

ESCRITORES DE CHILE VIII

JUAN EMAR UMBRAL

TERCER PILAR
SAN AGUSTÍN DE TANGO



JUAN EMAR
UMBRAL
TERCER PILAR
SAN AGUSTÍN DE TANGO

© DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS, 1996

Inscripción N° 83.066

ISBN 956-244-046-X

ISBN 956-244-043-5

Derechos exclusivos reservados para todos los países

(Autor: *Juan Emar*)

Directora de Bibliotecas, Archivos y Museos y

Representante Legal

Sra. Marta Cruz-Coke Madrid

Director del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana y

Director Responsable

Sr. Alfonso Calderón Squadritto

Coordinadora del Centro de Investigaciones Diego Barros Arana

Sra. Orietta Ojeda Berger

Edición General

Sr. Pedro Pablo Zegers Blachet

Producción Editorial

Sr. Marcelo Rojas Vásquez

Colaboraron en la Edición

Sr. Thomas G. Harris Espinosa

Sr. Ricardo Lochell Silva

Sra. Cecilia Gamboa Miño

Reproducción Ilustraciones

Sra. Claudia Tapia Roi

Ediciones de la Dirección de Bibliotecas, Archivos y Museos

Av. Libertador Bernardo O'Higgins N° 651

Teléfono: 6338957. Fax: 6381975

Santiago, Chile

ESCRITORES DE CHILE VIII

JUAN EMAR UMBRAL

TERCER PILAR
SAN AGUSTÍN DE TANGO





TOMO I

1

San Agustín de Tango... Vuelvo a ver esta ciudad con verdadera emoción. Es francamente hermosa. Sobre ella se ciernen los recuerdos de los días pasados con Isabel. ¡Que se vayan! No quiero recuerdos de ninguna especie, quiero una nueva vida, que todo sea novedad para mí. Sobre esta vida estará..., estará –lo espero– Marul Carampangue.

Tengo un pequeñito departamento, en el N° 2 de la plazoleta Fray Tomate, 3^{er} piso. En el 2° –¡qué suerte!– vive Lorenzo Angol. En el salón-escritorio hay un balcón ochavado que mira sobre el río Santa Bárbara y sobre la plazoleta. ¡Magnífica vista! A mis pies, el Muelle de la Sotana, junto al río. Del otro lado, en la ribera izquierda, el Paseo del Corde-rito Pascual, al que dan, aquí a mi lado, el Hotel Santa Quiteria, donde se aloja Jacqueline; la tienda del chino Pey y, más lejos, la casa del chino Fa. Dos chinos; no creo que los haya más en esta ciudad. El puente de los Concilios Ecuménicos me une con todo ese lado. Algo a mi derecha, en esta ribera del río, veo el techo del taller de Rubén de Loa; al frente y lejos, diviso la vieja casa de Baldomero Lonquimay. Y para todas partes, entre el dédalo de calles interminables, ¡San Agustín de Tango!

Ahora, afirmado en el balcón, siento una sensación de “espera”, de “¡alto!”, de “poco a poco”. ¿Qué me ocultará esta ciudad? En cada rincón y en cada esquina presiento un misterio. A ellos iré pero... –lo he dicho– poco a poco, sin idea preconcebida, dejándome llevar por los hechos y por... el viento. Luego anotaré, anotaré todo lo que ocurra, tanto a mí como a los demás. Quisiera poder juntar un alto de notas, notas que cayeran sin plan. Después haré como Lorenzo en La Cantera. Iré a La Torcaza y allí, en un rincón sombrío, como la Bóveda, las leeré, me empaparé en ellas. Luego saldré al campo, a los cerros, tras un águila. Cuando ésta aparezca, muy alto, alzaré la frente y me preguntaré:

“¿Qué hay de San Agustín de Tango? ¿Has llegado a una nueva visión ¿Qué piensas, ahora, del mundo?”

Veremos, veremos.

Sumerjámosnos en la ciudad. Empecemos a acumular notas.

2

Primera salida:

Fui solo a la Taberna de los Descalzos. Vacilé un momento antes de entrar. Pero llegó Romualdo Malvilla, me abrazó eufóricamente y me empujó hacia el interior.

Como de costumbre, Malvilla estaba ebrio. Me dio una serie de explicaciones sobre “los misterios de esta Taberna”. Le comprendí a medias, mejor dicho, no le comprendí nada. Luego el hombre se serenó, se reconcentró. Después de un largo silencio me dijo:

—Yo bebo, amigo Borneo, bebo mucho. Usted es un hombre inteligente. Puedo, entonces, decirle la causa de mi tanto beber. Bebo, amigo Onofre, por una mujer. Ni más ni menos: ¡por una mujer!

Le pregunté:

—¿Le gustan a esa mujer los hombres que beben?

—¡Quiá! —me respondió—. Los odia. Bebo *por* una mujer; no *para* una mujer. ¡Ah, se va usted a reír cuando sepa quién es! ¿Lo sabe?

—Lo ignoro.

—Pues es su prima, amigo Onofre, la hija de don Modesto Borneo, el hombre del fundo aquel de nombre impronunciable. Por eso lo vendió, por el nombre. ¡Su hija, su hija! ¡Qué linda es! Usted la conoce: Trumencia Borneo... La quise. Ella, entonces, me pidió que la quisiera hasta la locura, más y más. Así lo hice, amigo Borneo. Así lo hice hasta que... Oiga, amigo, le escribí una carta que ella me devolvió. Aquí la tengo, no me separo de ella jamás. Déjeme leerle un párrafo.

Buscó Malvilla, encontró y leyó así:

“Durante meses, Trumencia, has pedido que te amara, que te amara hasta la locura. Desconocías tus fuerzas, Trumencia. Es ésta la eterna historia del niño jugando con el revólver. Dadas esas fuerzas, fuiste obedecida, es decir, el niño rompió de un balazo el espejo del salón. Ahora llora y no sabe qué hacer. Evocar la locura es más peligroso que jugar con armas de fuego en medio de una habitación llena de espejos y cristales. Esta es toda la historia sentimental tuya, y la mía también. ¡oh, Trumencia, oh, mujer mía!”

Nuevo silencio. Luego:

—Ahí está la causa; no hay otra.

No sé si Romualdo Malvilla siguió hablando de su amor infortunado porque, en ese momento, llegó gente y más gente. Entre esta gente vi a Lorenzo. Se charló un rato, luego me pidió que nos fuéramos de allí, que pasáramos al taller de Rubén de Loa. Allá fuimos.

Mientras marchábamos pensaba yo:

“¡Vaya un comienzo para este año en esta ciudad! Amores, desilusiones; desilusiones y amores de un hombre ebrio...”

En fin, volví a entrar en el gran taller de Rubén de Loa. Es un taller de primera calidad. Allí estaba Rubén, sentado, fumando pipa, una tela frente a él por tierra. Lo acompañaba Vitelio Doñihue, paseándose de un lado a otro. Nos saludamos. Luego la conversación siguió el rumbo que, al parecer, nuestra llegada había interrumpido. Decía Rubén:

—Hay dos bellezas, Vitelio, no lo olvides: dos bellezas. Una de ellas es la estática; la otra, la dinámica. Recuerdo siempre mi llegada, en barco, a Santos y Río de Janeiro. ¡Qué belleza, qué belleza estática! Contemplándola la descubrí, la formulé, mejor dicho, en Santos; luego la verifiqué en Río. Es una belleza asentada, permanente sobre la Tierra. Allí está. Es el fruto de esos sitios. ¿Qué lo es de muchos más? Por cierto. Esta belleza tiene mil puntos de asidero sobre el planeta. En cambio la belleza dinámica... ¡ah!, es otra cosa. No es ésta el fruto de ningún sitio, es una belleza que pasa y pasa, corre, vuela desafortada tocando puntos y más puntos terrestres, estando en todas partes sin estar en ninguna. ¡Felices quienes la ven! Envidio a quienes la divisan siquiera. Me envidio a mí mismo porque la he divisado algunas veces. He divisado lo que *está en todo lugar*. Al encontrarme frente a ella he tenido una reconciliación con el mundo entero. Es la belleza de las lindas mujeres, de Perpetua Mamoeiro y... ¡de Lucila! ¡Lucila Volcán! Como lo es también de un rufián cualquiera, o de un desierto, o de una encrucijada de casas, o de un mar a mediodía.

Hay que moverse para verla, hay que escudriñar día y noche. Porque te digo, Vitelio, en todas partes está sin estar en ninguna. ¿No crees tú que, nosotros los hombres, podríamos dividimos en dos categorías bien marcadas? La mayor, la del 95 por ciento: la que se emociona con la belleza estática; los pocos, un 5 por ciento, que, no contentos con ella, nos afanamos por encontrar la dinámica. Encontrarla, sí, y donde sea. Aquí, en este taller. ¡Si pudieras verte! No te muevas de ese rincón, con el extremo de la chimenea a un lado. ¡Muévete y ven! ¡Mira a Lorenzo, tal como está, sentado, con luz de lo alto, fondo oscuro...! En fin, así es la cosa. Lo terrible es que, al reproducirla, a esta belleza dinámica la estatizamos, muchas veces, muchas veces.

Golpearon a la puerta.

—¡Adelante!

Entró Macario Viluco en compañía de Mamerto Masatierra, el profesor de Castellano y Geografía. Saludos. Venían ambos de Pompita, el nuevo y floreciente balneario a un paso de San Agustín de Tango. Macario Viluco es sobrino de Ascanio Viluco, el crítico literario. Es un joven de unos 24 ó 25 años, completamente posesionado de la grandeza de los de su estirpe, salvo "el borrico" de su tío; desprecia a los capitalistas y se inclina a los comunistas mas... sin Marx. Venera a los intelectuales y, entre ellos, a los Viluco, sin, naturalmente, el borrico del tío. Mamerto es un hombre de poca estatura y más bien grueso. Es jovial y verdadero conocedor en sus temas predilectos: castellano y geografía.

Macario tomó la palabra desde que entró. Mamerto sonrió y rio todo el tiempo. Dijo el primero:

—Discutíamos con el amigo sobre el balneario de Pompita. Créame usted, Mamerto, que en la ciudad de Pompita no hay tiendas, ni sitios, ni qué decir barrios más baratos. No los hay. Todo ha llegado a tener un precio estándar. Adonde usted vaya encontrará los mismos precios, los mismos precios idénticos. Esto en cualquier artículo, en cualquiera.

Rubén intervino:

—En Pompita lo que hay es otra cosa. Pompita es fea, simplemente fea. Pero tiene la belleza dinámica. ¡Ah, las cosas que allí he visto! Pompita es el dinamismo puro, puro.

Mamerto rió aprobando. Lorenzo quedo ajeno. Macario se interrumpió unos instantes y luego dijo:

—Le aseguro a usted Rubén que ese dinamismo de que usted habla tiene su precio estándar. No se lo van a vender aquí a tanto, allá a cuanto. Se lo aseguro.

A lo que Rubén agregó:

—En Pompita no hay nada estático. Lo estático en ella es feo, sin gracia, sin movimiento. Tal vez en la luz viene lo dinámico.

—Lo ignoro —declaró Macario—. Puede ser que venga de la luz. Pero convengan ustedes que los precios son únicos, en todas partes, en cualquier parte.

Mamerto rió con sonora carcajada.

—¡Alto a esas risas! —gritó Macario—. Te prometí un dibujo. Lo haré.

Tomó un papel y un lápiz y trazó una línea larga sobre la cual escribió: "Precios estándares". En un extremo, el izquierdo, de esta línea, dibujó un pequeño cuadrado hacia abajo y en él escribió: "No". En el otro extremo, otro hacia arriba al que denominó: "Sí". Luego blandió el papel diciendo:

—¡Aquí está la cosa! ¿Precios más bajos? ¡No! (Mostró el cuadrado hacia abajo). ¿Precios más altos? ¡Sí! (Mostró el cuadrado hacia arriba). Éstos los hay. Hay sitios donde todo es más caro. Sí, señor, los hay.

—Como hay esa magnífica belleza dinámica que en todas partes está sin estar en ninguna —dijo Rubén.

—¡Exacto! —exclamó Macario.

—En el cuadrado del “No” debió usted poner “Belleza estática” —le dijo Rubén—; en el otro, “Belleza dinámica”. Así tendríamos el perfecto retrato de nuestro balneario.

—Voy a poner otra cosa —explicó Macario—. ¿Saben ustedes qué? Pues la palabra: “Velocidad”. Porque hay un punto notable: la vida en Pompita no es más cara que aquí, ni que en Santiago, ni que en ninguna otra parte. Es igual. Lo que pasa es que los billetes se van con velocidad inaudita. ¡Ah! Porque los billetes tienen, según donde se encuentren, una velocidad dada. En Pompita es la máxima. Se van, se escurren. Eso es todo. Pero la vida más cara... ¡no!, de ningún modo.

Rubén observó:

—Por cierto. Se van, se escurren como la belleza cuando no es estática. Se va, se escurre. Aquí está el talento del observador: no dejarla irse, no dejarla escurrirse, atraparla siempre. Entonces saberla coger y... ¡a la tela, a la tela! Este es nuestro difícil problema.

Me levanté, me despedí y me marché.

Tenía la cabeza llena de bellezas estáticas y dinámicas, de precios altos y bajos y ¡qué sé yo! A Macario Viluco lo encontré normal: el joven siempre apasionado ante cualquier cosa, sea ésta el extremo izquierdismo o los precios de Pompita. En cambio Rubén de Loa me preocupó con su división de la belleza, con su insistencia en ella, con la incapacidad de entrar en otro tema que el que le ocupa. Pensé, por un momento, que esto podría llevarlo a la locura. Pero luego, por disciplina, me impedí pensar en ello. ¡No! No debía yo meterme a tirar líneas para el futuro de tan simples observaciones. Este sistema de ver así el porvenir me fracasa. Debería concretarme a mis notas, nada más que a ellas, con tal de que sean justas y exactas. La vida misma, después, pondrá en todas ellas el orden necesario y hará fructificar su contenido subrayando lo que llevaban de síntoma en un sentido o en otro. Así tendría yo un hermoso trabajo: descubrir, gracias a los acontecimientos reales, lo que esas notas ocultaban.

Por lo demás, esta noche me ha cansado, la he encontrado hueca, sin ningún peso. Tal vez estoy fatigado con el viaje. En casa, al llegar, apagué las luces y miré por el balcón ochavado. ¡Luces y más luces! Sentí ganas de salir y mezclarme con cuanto presiento. Pero estaba fatigado. Mañana será otro día.

3

Me levanté temprano. Día esplendoroso aunque algo cálido. No quise ver a Lorenzo ni a nadie. Salí solo.

Crucé el río Santa Bárbara por el puente de los Concilios Ecuménicos. Me detuve un momento sobre él a contemplar sus aguas azules y tranquilas; varios botes, una que otra lanchita a vapor, algunas a bencina. Sensación de paz. Luego entré, lentamente, por la calle de la Eucaristía. En ella se alzan los vetustos muros del Viejo Teatro del Hablar. ¡Qué de buenas cosas se han dado allí y qué de buenos actores! También ha sido, este viejo teatro, lo bastante amplio de criterio como para recibir a los autores de avanzada. Ahora estaba cerrado: reposo.

Luego miré –confesaré que a hurtadillas– el Hotel Santa Quiteria, cerca de mí, allí en la calle Llena Eres de Gracia. Un portero, un cliente acicalado que salió, un botones... Dentro, pensé, está Jacqueline. Jacqueline... Su nombre me llevó a Curihue, a los amigos, a la locura y al chino Fa, ese misterioso y, a mi parecer, genial autor que pronto lo tendreiros como huésped aquí en su casita del Muelle del Abad. Me vino, también, el recuerdo de su intérprete, don Fidey de Comiso, hoy descansando en el Cementerio Apostólico. Iré a visitar su tumba.

Luego tomé por la calle del Pentecostés. Me encontré frente a los grandes almacenes de San Fructuoso y Cía. Ltda. A pesar de la hora temprana, ¡qué de gente en ellos! Seguí. Llegué a los muros del Ayuntamiento, muros severos que protegen la alta torre de tipo medieval. Un paso más, y volví a ver la Plaza de la Casulla.

Largo rato estuve detenido en la esquina del Ayuntamiento. A mi lado, la Biblioteca, de tipo moderno, llena de columnotas. Más allá, la Estación de los Ferrocarriles. Al fondo, el Hotel Vaticano, paradero obligado de Ascanio Viluco. Sonreí pensando en aquello del "borrico". Al centro de la plaza, erecto y majestuoso, se eleva un gran monumento.

En éste una columna de mármol que tiene, arriba, toda en oro, una enorme cabeza de burro. Los ojos están cerrados; las orejas, gachas. Los habitantes de San Agustín de Tango veneran a este burro como a un dios. ¡Ay de quien se mofe de él, siquiera que se extrañe de su presencia en sitio tan predilecto! Pues dice la leyenda que fue él el verdadero fundador de la ciudad.

Las huestes de Pedro de Valdivia merodeaban por los alrededores de este sitio. Se agrupaban ellas para seguir su marcha al Sur. Pero entre los burros que estas huestes tenían, había uno –regalón de los soldados por su docilidad– que, de pronto, se taimó y se negó rotundamente, a seguir la marcha. Cuanto se hacía era inútil: el asno en cuestión, llegado a cierto punto, se detenía, doblaba a la derecha y avanzaba unos cuantos pasos. Si se le seguía, continuaba avanzando. Si se le dejaba y se alejaban de él, volvía hacia la tropa y rebuznaba. Pedro de Valdivia dio orden de abandonarlo y proseguir la marcha sin él. Pero algunos soldados, con las lágrimas en los ojos, se opusieron a ello y juraron no separarse de él. Pedro de Valdivia rió ante tal terquedad. Luego dijo, al parecer, en tono de sorna, que allí su ejército se dividiría en dos: los que con él vendrían; los que irían con el burro. Fue aplaudido y, entre risas, las columnas se formaron tras el aguerrido capitán.

Sin embargo dos soldados dijeron que aquel "hemíono" tenía inspiración divina así es que ellos lo seguirían hasta donde los quisiera llevar. Nuevas risas. Estos dos soldados eran: Melquiades de Tango y Guadalajara y Prisciliano Badajoz de Tango; el primero ya de edad madura; el segundo, un jovencuelo. Les preguntó el jefe por qué lo llamaban "hemíono" y no, simplemente, burro o asno o pollino. Respondió Melquiades que se trataba aquí de un asno silvestre oriundo del Asia occidental y que tal era el nombre que le correspondía. Más risas. Pedro de Valdivia les dijo:

–¡Id con Dios y con el hemíono!

Ambos soldados contestaron:

–¡Gracias tantas!

La tropa se alejó hacia el Sur; el hemíono, seguido por sus dos compañeros, hacia el Oeste.

Resulta que estos dos hombres eran fervientes devotos de San Agustín. Al seguir al bicho, a él se encomendaron. Durante la marcha, dicen que Prisciliano, indicando al animal, preguntó a Melquiades:

—¿Cómo hemos de bautizarlo?

A lo que éste respondió:

—Merece el jumento llevar nuestro nombre. De Tango nos es común a ambos. Se llamará, pues, de Tango. Ahora bien, donde él se detenga, allí colocaremos la primera piedra de su monumento. Alrededor de esta piedra se elevará, con el tiempo, una importante ciudad.

Prisciliano dijo:

—La ciudad de nuestro santo protector e inspirador, la ciudad de San Agustín.

—Eso es —agregó Melquiades—, San Agustín de Tango...

Caminaron, caminaron.

Pues bien, el 1º de enero de 1541, de Tango, rebuznando y pateando, se detenía justo donde hoy se enclava la columna. Los dos españoles cayeron de hinojos. Acto continuo colocaban la primera piedra.

La noticia se propagó. San Agustín de Tango pasó a ser un símbolo de la libertad, de una libertad que convenía muy bien al nuevo continente. Afluyeron los peregrinos. Empezaron a edificar. En sus horas de descanso arremetían con el monumento. Dos años más tarde, es decir, el 1º de enero de 1543, fue solemnemente inaugurado. Sobre él se colocó una placa que aún allí está. En ella se lee:

HEMIONO DE TANGO
FUNDADOR DE
SAN AGUSTIN
1-I-1541

Agregan las crónicas que ese mismo 1º de enero de 1543, el buen jumento o hemiono falleció. Al día siguiente fue enterrado al pie de la columna que hoy immortaliza su memoria.

Estuve largo rato frente a esta columna. Luego me alejé, pausadamente, por la Avenida Benedicto XX. No habría caminado veinte pasos cuando alguien me dijo:

—¡Hola, mi querido don Onofre! ¿Qué tal? ¿Tan de mañana por la ciudad?

Era Jovino Panquehue, el astrónomo, que, en el tren, me había presentado a Marul Carampangue.

—Así es, don Jovino —respondí—. He querido dar una vuelta por ella y... aquí me tiene usted.

—Hermosa ciudad es ésta —dijo don Jovino—. Lástima tan sólo que sea una ciudad de... visionarios.

Lo interrogué con los ojos.

—Sí, sí —prosiguió—, la ciudad de seudos visionarios. Fíjese usted en esta avenida, magnífica, por lo demás. La llaman, lo sabe usted, Benedicto XX. ¿Conoce usted algún Benedicto XX? ¿Cuál es el último papa con tal nombre?

—Benedicto XV, si mal no recuerdo.

—Exacto. ¿Entonces qué? Se lo voy a decir, don Onofre. Los católicos, apostólicos y romanos de aquí, de acuerdo con los demás de otras partes, esperan el advenimiento de Su Santidad el papa Benedicto XX. Este papa, el que así se apode, hará maravillas, hará el gran milagro. Por ahora faltan aún varios Benedictos. Pero después del que lleve el número

ro XIX... ¡oh!, don Onofre, va a ser la expectación general! Pues el numerado con la cifra XX será el encargado de recibir a Cristo, nada menos que a Cristo, en su segundo viaje a este mundo. Preguntará usted por qué los papas escogen otros nombres y no se llaman todos Benedictos... Justa pregunta. El nombre en cuestión no puede ser usado más que con el permiso de un arcángel, sí, señor, de un arcángel, que baja del cielo y coloca el índice de su diestra sobre la frente del nuevo pontífice. Creo, según he oído, que en el siglo próximo la cosa se hará.

Pregunté:

—¿Y qué va a ser ese gran milagro?

Don Jovino se echó a reír al decirme:

—Benedicto XX, con Cristo al lado, hará la síntesis armoniosa de los humanos. ¡Se acabarán las guerras y las revoluciones y hasta los motines! Todo será paz y dulzura. Las prisiones se abrirán pues los lobos allí encerrados se habrán transformado en mansos corderitos. Han terminado asesinatos y robos. Los hospitales y manicomios cerrarán sus puertas pues ya no hay ni enfermedades ni actos de demencia. Un solo grito nos unirá a todos los hombres: "Amor". Benedicto XX, siempre con Cristo al lado, recorrerá la Tierra, en un superavión, bendiciendo a diestra y siniestra. Naturalmente pasará por aquí y ¡yaya que va a estar contento el buen papa al ver esta avenida! En fin, mi buen señor Borneo, ¡tonterías y más tonterías todo esto! Hablemos de otra cosa.

Hablando menudencias seguimos nuestra marcha. Le mostré, allí en la avenida, la casa de nuestro poeta Javier de Licantén y, un poco más allá, la de don Pimpilimberto Gorrocoitia. Luego le pregunté por sus trabajos.

—Le diré, amigo —me dijo—, que soy yo un hombre de doble naturaleza: astrónomo, por un lado; discípulo de aquel inmenso hombre, Sulpicio Calatambo. ¡Pobre Calatambo! ¡Que en paz descanse! Pues bien, con este hombre inmenso, recuerdo, hablábamos a menudo del advenimiento de Benedicto XX. Esto, entre risas socarronas, por cierto. Sin embargo un día me dijo que él no desearía otra cosa que esta leyenda para el futuro fuera cierta. ¿Sabe usted por qué, don Onofre? Porque sería la caída estrepitosa de aquello que Calatambo odiaba como lo odio yo: el catolicismo. Imagínese usted la palabra "amor" reinando sobre el planeta... Sólo de pensarlo... ¡pobres católicos! No todos, por cierto, pero sí un 80 por ciento de ellos. En cambio Cristo, sus palabras, su actitud... Trato de acogerme cuanto puedo a Él, evocando la sombra del gran Sulpicio Calatambo. Créame usted, don Onofre, que cuando más cerca me hallo de este hombre es cuando trabajo en astronomía. Mientras más me alejo de esta Tierra, más cerca estoy de aquella sombra. ¡Andrómeda! Allí tiene que estar Calatambo. ¡Andrómeda! ¿Sabe usted por qué? Porque esa constelación, con unos 3.500 millones, sí, señor, 3.500 millones de soles, se encuentra a... ¡¡800.000 años de luz de aquí, de esta Tierra!! ¿Se da usted cuenta? ¡Un mundo fuera del mundo! ¿Qué otro sitio para Calatambo, el verdadero amigo de Cristo?

Nos separamos en la esquina de la avenida del Todopoderoso. Don Sulpicio volvió hacia la plaza de la Casulla. Yo me quedé un momento detenido en aquella esquina. Miré hacia la calle de los Sagrados Corazones, miré, más bien, el N° 391. ¡Mi casa, mi antigua casa! Isabel volvió a aparecerme. Mi familia, el sofá esquinado, mi hermano Pedro, el Cónsul del Uruguay... ¡Recuerdos, nada más! Seguí.

Entré por la avenida del Todopoderoso y doblé por la calle de la Ostia. Miré un rato el cabaré *San Lito*, cerrado, naturalmente, a esta hora. Luego, en la calle del Vicario, vi, allí en un 2º piso, la casa de Rosendo Paine. Era ya hora de almuerzo. ¿Por qué no ir donde

Rosendo? Había vuelto de Europa y no había hecho más que pasar por Santiago donde lo divisé sólo algunos minutos. La ocasión me pareció propicia. Entré y subí. Allí estaba Rosendo en mangas de camisa. Saludos. Almorzamos juntos.

—¿Lorenzo y su famoso pacto? —me preguntó riendo—. ¡Patrañas, hijo! ¡Absurdas lucubraciones de intelectual! Porque ¿te imaginas tú que yo, o cualquiera, viva en función de otro, haga sus actos para darle, a este otro, un alimento literario? Yo sigo mi vida. Si a Lorenzo le interesa, que tome de ella cuanto quiera como puede tomarla de la tuya o de quien sea. Pero de ahí a formular y casi firmar un pacto... ¡Patrañas, hijo!

—¿Y Nicole? ¿Qué es de ella?

—Quedó allá. Tal vez venga. Me entiendo bien con ella. Empiezo a cansarme de la vida solitaria. Una mujer hace falta. Por lo demás no creo que, al pensar así, piense equivocadamente. Hace falta una mujer. No hay que proceder, amigo, como Estanislao Buin. ¡Ja, ja! ¿Sabes tú qué hizo cuando fue a Europa? Viajaba en auto. Miraba mucho, para un lado y otro lado. Cuando el auto pasó por los bosques del Esterel, en los alrededores de Cannes, lo hizo detener. Bajó. ¡Oh, la naturaleza! ¿Hasta cuándo?, me pregunto. Allá no se va a ver naturaleza por mucho que la haya. Pues bien, el grande de Buin, sin más, acampó en el Esterel. ¿Para qué? Hijo, ¡en busca del león, sí, del león! Junto a una cueva se puso a esperar su salida. Allí pasó tres meses, el infeliz. El león no salió. Tuvieron que ir a buscar al pobre Estanislao... ¡Es un tipo este Estanislao Buin! He estado en su casa por asuntos de negocios, aquí en la avenida del Agua Bendita. La primera en levantarse es la empleada y lo primero que hace es conectar la radio. Funciona, esta radio, el día entero, hasta que Buin y señora se van a la cama. Te aseguro que nadie la escucha. A veces, raras veces, hay un trozo que les interesa. Lo oyen y siguen. ¡Qué raro! La consideran como lo más natural del mundo. Yo recuerdo la formidable impresión que me causó, cuando me di cuenta de que estaba escuchando una transmisión de Buenos Aires; esto, con mi primera radio. Hoy, no sólo Buin y señora, indiferencia general, venga de donde venga la transmisión. ¡Qué diablos! Es lo natural. Se la echan al bolsillo. Me acuerdo del día en que Buin estrenó el último modelo de aparato. ¡Budapest! ¡Qué nombre más raro! Lo conectaron. ¿Sabes qué oyeron? Pues el "Ay, ay, ay", de Pérez Freire... Entonces Macario Viluco, que ese día allí estaba y comunizante hasta no poder más, pidió Moscú. Se le conectó y... "La Viuda Alegre". Pero tanto canción como opereta venían emitidas desde el otro extremo del mundo... Esta es la cuestión y no hay otra: que lo que se oiga venga de lo más distante posible. No hay más.

Así, hablando de todo un poco, pasamos el rato. Al fin me retiré. Es Rosendo una simpática persona.

Volví a la avenida del gran papa Benedicto XX. Me detuve en la esquina de la avenida del Ave María. Allá lejos, lejos, divisé, en un 4º piso, unas pequeñas ventanas. Marul...

Seguí. Llegué a los viejos y grandes parques del Convento de los Jerónimos.

Es este convento un sitio imponente para mí. Ya he dicho —en la introducción— cómo se ha formado y por quiénes. Entré al parque. Me paseé por entre los árboles añosos y por los jardines. Alcancé a ver a uno que otro conocido mas no abordé a ninguno. Miré la iglesia desde fuera; no me atreví a afrontar las tantas capillas de tantas religiones. Miré los muros severos del convento mismo. ¡No, no! Será para otra vez. Así como había entrado por la pequeña puerta de la calle del Pecado Mortal, salí por la puerta principal, la grande, que da a la plaza del Monaguillo. Miré al frente mío.

Ahí estaba el Gran Teatro Musical. Una ojeada me bastó. No soy músico y, en verdad, he estado en él una sola vez acompañando a Isabel.

A su lado, y junto al río, se levanta el Palacio del Juego. No soy jugador. He estado en este palacio dos veces y, ambas veces, para conocerlo y verlo arquitectónicamente.

Luego, desde el Paseo del Corderito Pascual, contemplé el Hotel de los Vicarios. A pesar de mi falta de musicalidad, me sentí emocionado: allí está Stramuros. Este hombre, con su música, no voy a negarlo, me emocionó profundamente en la tragedia del chino Fa. Esta tragedia se une al inolvidable recuerdo de su intérprete, don Fidey de Comiso. ¡Grande hombre hoy dormido! Además debe estar allí, alojada, nuestra compañera curihuña, Isidra Curepto. Tengo un buen recuerdo de ella. Cavilando sobre estos personajes, miré y miré mucho las ventanas. Luego seguí.

Atravesé el Puente de la Catedral. ¡Lindo punto de vista! A mi derecha, los macizos edificios de la Ulpif, donde tanto se trabaja; al frente, la Catedral. Vi con emoción su curiosa arquitectura, el patio, lleno de naranjos, que la precede, con los anchos corredores del monasterio; la catedral misma, al fondo, con su enorme cúpula.

Llegué hasta ella y me senté en un banco en la oscuridad. Todo daba vueltas en mi cabeza. Dos notas predominaban en este carrusel: el futuro de San Agustín de Tango, y Marul. Con el olor a incienso se acrecentaban estas visiones: Marul, San Agustín de Tango. Salí.

Al lado de la Catedral, la Cárcel Católica. Nuevamente recordé a Isabel, mejor dicho, a ese pobre Rudecindo Malleco, guillotinado. Pensé en su mujer, la desdichada Matilde Atacama. Recordé los alegatos apasionados de Felipe Tarapacá y del terrible Arzobispo de aquí. Recordé a Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe; al pajarito aquel que gritó: "¡Cu-cú!"; a Fray Benito del Crucifijo, y ¡qué sé yo! Seguí. Salí al Muelle de la Sotana. A mi lado, el Zoo de San Andrés...

Apresuré el paso. No quise ni siquiera atisbar las jaulas. ¡Oh, Isabel, Isabel...! ¿Hasta cuándo? Me serené un paso más allá al encontrarme frente a la Universidad. Movimiento. Estudiantes que entraban y salían, doctos profesores, etc. Luego, discrepando un tanto, la vieja casa de Baldomero Lonquimay.

Crucé el puente del Fruto Prohibido. Otra vez volví a ver los botes, las lanchas, algunos pescadores aburridos. Y me encontré, teniendo a mi derecha, el Museo de Ciencias; frente a mí, la esquina aguda del Museo de Bellas Artes. ¿Entrar en alguno de ellos? Era ya tarde; sería tan sólo un vistazo general. Sigamos.

Me senté en un banco de la plaza Dominus Vobiscum. ¡Bonitos árboles! ¡Agradable temperatura! Tras de mí, el viejo Portal Colonial donde habita Florencio Naltagua. La imprenta de "La Nave", a mi izquierda; el Museo de la Historia, a mi derecha. Allí hay retratos al óleo de Melquiades de Tango y Guadalajara y de Prisciliano Badajoz de Tango, los fundadores verdaderos de esta ciudad. Hay también un cabestro del burro-homiano de la gran columna. Al lado de este museo vi la aguda torre de la Asunción.

Allí estaba sentado, fumando, cuando vi pasar a mi primo Teófilo Borneo. Lo llamé. ¡Qué gran gusto al encontrarnos! ¡Teófilo... mi viejo confidente! Me llevó, de inmediato, a tomar un trago al bar más cercano. Charlamos y charlamos. Después fuimos a comer al restaurante de la Basílica. Nos separamos como a las 11 de la noche.

El bueno de Teófilo es un hombre inteligente. Había estado enfermo, con gripe y mucha fiebre. Me contó lo siguiente:

—Es increíble cómo nuestra mentalidad cambia según nuestro estado de salud. Re-

cuerdo cuando estaba en cama, enfermo, ¡qué manera diferente tenía yo de ver cuanto me rodeaba! Los libros, las notas que hacía y que había hecho, mis recuerdos del pasado, el ritmo total de la vida... El mundo entero se reduce al tamaño de nuestros brazos estirados. ¡Grande y linda cosa! La mayoría de la gente lamenta esta reducción de la vida. Yo no. Porque de pronto tú sanas. Entonces, ¡adiós mundo pequeño y enorme a la vez! Es ahora del tamaño de la casa, de la ciudad, del país. Dicen los demás: "¡Ah ¡Qué de cosas donde poder desplegar nuestras actividades!". Uno dice: "¡Oh, qué desorientación en un mundo diluido!". Es triste esta vuelta a la vida. Es triste ir reentrando al vivir normal. "Hoy puedes hacer esto, mañana puedes hacer esto otro, etc.". Te lo digo: para algunos, ¡qué felicidad!; para otros, ¡qué tristeza! Es, al menos para mí, como la vuelta a un trabajo forzado. Porque hay que decirse: "¡Adiós para siempre la vida honda en que se vivió en contacto con otro mundo! Ahora, ¡a vivir de nuevo la vida de todos!". Onofre, terminó ese comercio inefable con seres de otro planeta... ¿Encuentras que exagero al hablar de otros planetas? No, mi querido Onofre, no. Hay que tener la fuerza de reducir, de reducir el mundo. Cuando se está en cama es ello hacedero. Cuando ya el mundo es pequeñín, verás tú cómo, de esa pequeñez, crece un árbol que te cobija. Estás tú casi, casi totalmente desprendido de todo. Pero se sana. ¡Vuelta a la vida de siempre!

"También me vi agonizante. No que lo estuviera, ni qué decirlo. Pensaba, nada más. Me veía allí tendido, de mal en peor. Entonces hice la imagen de la casa, de mi casa. Vi una serie interminable de gente que llega a ella; todos pasan siquiera un momento. Se ha establecido, cerca de mi habitación, un verdadero servicio de té. Hay quienes prefieren café; otros, chocolate. Vi a esa serie interminable de gente reunida bajo el peso de un hombre que muere en la habitación contigua, allí, al lado, en el N° 731 de la calle Ruega por Nosotros los Pecadores. Entre tanta gente está Benigno Naltagua, el hermano de Florencio, con su mujer, Brígida Chipana. Están todo el tiempo. Además está, con una majadería insoportable, ¿sabes quién? ¡Quintín! El primo de tu amigo Lorenzo Angol, a pesar de haber muerto, viene y viene a casa, toma chocolate, se asoma, se va y vuelve.

"Pues bien, ¿crees tú que vi a esas gentes tristes o preocupadas ante mis últimos momentos? No, no lo creas, Onofre. Estaban alegres, contentos, la vida les brotaba a borbotones, surgía, a través de sus cuerpos, era una franca vitalidad que, a un hombre superficial, le habría parecido indiferencia, hasta dureza. Yo vi que no era tal cosa. Sé que todos me quieren. Esa vitalidad venía del cuerpo, no de la mente. El cuerpo, al contacto de la muerte, se afirma, se revela, se expla. Es una defensa inconsciente, es una afirmación de su vida. Debo haber tenido bastante fiebre porque ¡cómo hablaba Benigno Naltagua! Y su mujer, Brígida reía y reía siempre. Sobre todo la hacía reír Quintín que, como te he dicho, se asomaba, se iba y volvía.

"De pronto apareció, en esa ensoñación, Epifania Tamarugal. Siempre bonita, movediza, provocante. Tú sabes que yo la he querido. No sé si la quiero aún. Venía con Remigio Natales, el docto filósofo. Ignoro si se conocen; tal vez, no. ¿Por qué van a conocerse seres tan diferentes como Natales y Epifania? Pero venían juntos. Entonces fui tomado por unos deseos locos de morir. ¡De morir para fastidiar a esa gente! A Natales, apenas si lo conozco. Pero allí estaba. En cambio a esa Epifania... Quería yo que dijera: "¡Pobre Teófilo! ¡Pobre amor mío!". Junto con decir así, todo el mundo se ponía a llorar, a llorar desesperadamente. ¡Qué diablos! Acababa yo de morir. Entre lágrimas me comentaban. No se hablaba más que de mí. Te aseguro que en forma elogiosísima. Llegué a sonreír, satisfecho. Para eso quería morir, para ser el centro obligado de lo que se hable. ¡Que hablen de mi Epifania

y aun Natales! Hasta que nuevamente... ¡la lata y nada más que la lata! Pues el calendario se precipitó: hoy, muerto; mañana, funerales; pasado mañana, y otro día y otro más, un mes, un año... ¿Y qué? ¿Teófilo Borneo? Murió hace ya tiempo. Está catalogado entre los muertos. ¿Su sepulcro? Cementerio Apostólico. ¿En qué quedó aquel instante en que era yo el centro obligado de cuanto se hablaba? ¡Nada! Ahora mueren otros y otros. El centro obligado va de casa en casa. De casa en casa... Así, viendo casas, me dormí.

"Me despertó el doctor Hualañé. En fin, este viejo tan querido me sanó".

Me separé de mi primo Teófilo y me fui a acostar.

4

Me he encontrado con Marul Carampangue. En la calle, cerca de su casa. Hemos andado juntos el día entero. Por la tarde fuimos a ver a Lorenzo y comimos con él. Estuvimos también un momento en mi departamento.

Le conté a Marul mi trabajo biográfico: biografiar, en vida y lado a lado, a Lorenzo y a los amigos que me rodean. No voy a negarlo: Marul quedó estupefacta ante semejante empresa. Además no le vi objetivo alguno. Luego hizo un gesto, algo malicioso, que quería decir, a no dudarlo, que allí había algo como una "tomadura de pelo". Fueron luego sus propias palabras.

Marul y Lorenzo se conocían vagamente, a la manera que todo el mundo se conoce aquí. Nuestra conversación cayó, naturalmente, en el proyecto de biografías. Lo defendí con valor. Pero Lorenzo, sonriendo, me dijo:

—No, mi buen Onofre, no. ¡Qué biografías ni qué nada! Te vi, en un momento, decaído, diré mejor, desorientado. No sabías de qué tomarte y ardías de deseos de hacer algo. Había que empujarte. Lo hice. Pero piensa bien: ¿para qué querría yo una biografía? Mi vida es la de todo el mundo: la niñez de los chicos que ves por aquí y por allí, la juventud rítmicamente sucedida, luego un amor errado... ¿Lo sabía usted, Marul? Un amor sin base, frustrado por mí. Creo que usted la conoce a ella: Lumba Corintia. En todo caso no es tema suficiente como para arremeterlas con una biografía. ¡No, nada de tales cosas! ¡Deja de lado tales intentos! Por lo demás, veo que ya estás enrielado. Sigue escribiendo sobre cualquier cosa.

Después de un rato me agregó:

—Has estado haciendo mi biografía y, con ella, la de varios más. ¿Qué has ganado, qué has avanzado con ellas? Has contado hechos y más hechos pero *el fondo que nos mueve* te ha quedado ajeno. Si no se tiene un retroceso suficiente, me pregunto: ¿puede hacerse la biografía de un ser humano? Onofre, no. Ni siquiera la de un animal es posible hacerla. Has tenido una buena intención y nada más. Conténtate con ella. El fondo, el último fondo, quedará siempre como una incógnita. Por lo demás es lo que nos ocurre a nosotros, los biografiados...

Salí desalentado de casa de Lorenzo. Nos encaminamos, Marul y yo, hacia la avenida Ave María. Íbamos en silencio. De pronto Marul me dijo:

—Parece que Lorenzo le hubiese quitado a usted su razón de ser. ¿Tanto le afecta el hecho de no tener a quien biografiar?

Le respondí:

-Sí, Marul, ello me afecta hasta cierto punto. No es que yo haya creído que podría hacer bien, a fondo, una biografía. Pero pensar que Lorenzo me iría a leer, partiendo de esa base, me era un incentivo. Además formaba -¿cómo explicárselo a usted?- el eje, el motivo de lo que escribiría. Hoy todo ello desaparece... ¿Qué hacer?

-Vuelva a escribirle a Gumi.

-¡No, no! No quiero vueltas alrededor del mundo. Quiero, por el contrario, paz, paz y más paz.

Marul me miró y sonrió. Me dijo en tono bajo:

-No desmaye, Onofre. Siga escribiendo. ¿Qué le parece que yo haga las veces de Lorenzo en lo que se refiere a lectura? Si al escribir, la cosa no sale bien..., dígamelo y lo veremos juntos. Pero dígamelo por escrito.

Me acordé del querido Teodoro Yumbel cuando Norca fue asesinada. Me acordé que yo le había dicho:

"Ánimo, amigo, ánimo. Jamás hay que olvidar que siempre, siempre, por cada puerta que se cierra hay otra puerta que se abre".

Lorenzo hizo un gesto para darme aliento. Está muy bien. Marul ahora me tiende la mano. ¡Adelante!

La acompañé hasta su casa. Volví a Fray Tomate bendiciendo esta noche.

5

Por la tarde, taller de Rubén de Loa. Hubo una serie de gentes. Al principio estábamos nada más que Lorenzo, él y yo. Nos dijo Rubén al mostrarnos una tela en que nada preciso se adivinaba aún:

-No debe el artista tener ideas preconcebidas y decirse: "Voy a hacer gracia, voy a hacer dramatismo, voy a hacer alegoría, y otras cosas por el estilo". Debe el artista decirse únicamente: "Voy a hacer plástica". ¡Nada más! Luego, esta plástica, le dirá si él es gracioso o si es dramático o si es alegórico o lo que sea. Así su obra realizará aquello de "conócete a ti mismo". De igual modo debe proceder ante el natural. No buscar con una idea en la cabeza. Debe buscar, lo repito, plástica y tan sólo plástica.

Quise discutirle. Vi que Lorenzo también lo quería. Pero nos callamos. Rubén, cuando está con una búsqueda en la mente, tiene el afán de generalizarla.

Llegaron pronto Facundo Doñihue; un momento después, Jovino Panquehue. El primero es hermano de Vitelio; es, a su vez, pintor pero de calidad inferior, de calidad francamente mediocre. El segundo me es un hombre simpatiquísimo. Me gusta en él su curiosidad inagotable. Esta curiosidad es contraria, por lo general, a los hombres de ciencia, y Jovino es un astrónomo de primera calidad. Luego llegaron Ascanio Viluco y Cicerón Haütí, hombre de letras este último, la admiración actual de Ascanio.

Fumamos. Una caja de fósforos, marca Volcán, salió y pasó de mano en mano hasta llegar a las de Rubén. Éste la miró un buen rato y luego dijo:

-Los pintores chilenos no han logrado aún desprenderse de las pastas dentífricas cuando quieren pintar la cordillera. El único que algo se ha desprendido es el autor de las tapas de estas cajas de fósforos marca Volcán. ¡Miren! ¡Qué bonito!

En estas tapas hay dibujado un pedazo de cordillera: varios pequeños picachos erectos y, al medio, un volcán grande, imponente, que se eleva recto, casi vertical. Siguió Rubén:

—Yo he volado. He atravesado la cordillera de los Andes, tres veces: dos, de aquí a la Argentina; una, de la Argentina a Chile. ¡Nadie tiene idea de lo que es aquello! Salvo, naturalmente, el incógnito autor de las cajas de fósforos. Es una locura de puntas y puntas y más puntas. Es una cordillera en movimiento, una cordillera que se retuerce. Los pintores siguen con sus pomadas, con sus pastas dentífricas. ¡Horror! La cordillera es el verdadero sitio, el verdadero hogar de los personajes del Infierno de Dante. ¡Oh, las cosas, los suplicios que allí suceden!

Facundo Doñihue se sentía mal. Es él quien más pinta cordilleritas de fondo: un paisaje cualquiera limitado por rosados y celestes cordilleranos. Se paseaba de un lado a otro. Rubén le dijo de pronto:

—¡No te muevas, Facundo! ¡Déjame observarte!

Se caló un par de anteojos oscuros. Facundo exclamó:

—¡Vaya un pintor! ¿Cómo, para observar, puedes ponerte anteojos negros?

—Encuentro que cambian los colores y, a menudo, los mejoran.

—¡Cómo! —exclamó Facundo—. Para algo Dios nos ha dado esta luz y estos ojos.

A lo que Rubén le objetó:

—Dios no sabía ni sabe nada de pintura.

Reímos y aprobamos, menos Ascanio. Facundo murmuró:

—Gente sin fe, gente alejada de nuestra madre la naturaleza.

—Es lo que iba a insinuar —dijo gravemente Ascanio.

Jovino Panquehue se divertía una enormidad. Para alentarlo, Lorenzo, con gesto solemne, pontificó:

—No hay que alejarse de la naturaleza... estándar.

—¿Cuál es ella? —preguntó Rubén, al parecer altamente intrigado—. ¡Ah, ahora recuerdo algo de la naturaleza! Fue aquí, en San Agustín de Tango, hace poco. Una compañía italiana de títeres; creo se llamaba "Los Piccoli" o algo así. Títeres movidos, desde arriba, con hilos. Había mil y una escenas y había que ver a esos muñecos, chiquitines, por cierto, cómo actuaban. Era maravilloso, maravilloso. Al final, aplausos y más aplausos. Los muñequitos salían y agradecían. Más aplausos. Entonces salen a escena, a agradecer, unos gigantes. ¡Oh, eran seis o siete monstruos inmensos, descomunales! ¿Qué había pasado? (Miró a Facundo y a Ascanio). Con los títeres, la naturaleza se había empequeñecido. Con la naturaleza real, se hizo enorme, enorme, de no comprender cómo hombres de tal tamaño pueden representar a diario sin protestas del público. ¡Qué vienen ustedes con naturaleza estándar y real!

Avanzó hacia Facundo indicándolo con el índice derecho. Le dijo:

—¿Conoces tú a Picasso?

—Sí —respondió Doñihue.

—¿Te gusta?

Titubeó el interpelado. Se veía que quería decir "sí" pero que necesitaba antes dar explicaciones, poner algún punto sobre una i. Rubén se dirigió a un cartapacio, buscó y sacó un dibujo. Lo mostró diciendo:

—Aquí tienen ustedes un dibujo, que hice hará un mes, como los de Picasso. Dibujo magnífico para una cerámica. ¿Qué tal, amigo Facundo?

Ascanio lo miró y dictaminó:

—No. No es igual a uno de Picasso. No se parece exactamente.

Rubén se rió. ¡Qué bien ríe Rubén!

—¿No se parece exactamente al original? Pues bien, don Ascanio, sepa usted, porque los comparé, que el dibujo del maestro tampoco se parece exactamente al mío... Entonces, ¿qué?

—¡Bravo, bravo! —gritó don Jovino—. Lo que acaba usted de decir, Rubén, tiene puntos comunes con la ley de la relatividad. Es astronómico. ¡Bravo, bravo!

Golpearon a la puerta.

Apareció el suizo de Zurich, herr Hans Interlaken. Alto, flaco, sonriente. Es Interlaken un curioso tipo. Sé que es riquísimo y que se ha hastiado de su país y de Europa en general. Empezó a viajar y, en sus viajes, a tratar de verlo todo. Yo lo conocí durante la marcha forzada de *Don Fidey de Comiso*. Ahora aparecía aquí.

—¡Hola, amigo! ¿De dónde viene usted? ¿Del Senegal o del Tibet?

Así nos precipitamos hacia él. Herr Hans reía. Al fin nos dijo:

—Ni del Senegal, ni del Tibet. Vengo del Brasil. He estado varios días en Bahía, esa magnífica ciudad. No será como San Agustín de Tango pero es mejor que Pompita. Se construye allí, se construye de manera loca, con la misma velocidad con que desaparecen los viejos rincones. Es la ley hoy día: *construir a la manera americana*. ¡Tanto peor para esos viejos rincones!

Intervino Cicerón Haití:

—De acuerdo: *construir*. Que todo el mundo tenga donde hospedarse y con comodidad. Pero encuentro que se exagera un poco. ¿No podrían dejarse en pie algunos viejos rincones, o rincones de esos rincones? Dejar elementos para hacer la historia de un país.

—Deberían dejarse todos los rincones viejos —aseguró Ascanio—. Se está terminando la santa poesía en este mundo. Si quieren edificios grandes y cómodos..., que los hagan en otra parte.

Herr Interlaken dijo:

—Existe, hoy día, la imposibilidad de *construir* en un estilo que no sea el moderno. Este estilo, todo el mundo lo pide: el pueblo, la pequeña burguesía, la gran burguesía, la aristocracia, todos. Veán ustedes que el hecho de apoyarse, nada más que apoyarse, en una tradición, es considerado como un retroceso que puede hacer pasar, desde pueblo hasta aristocracia, como a los "naturales" de un país dado y de un país que aún no está en la civilización, país quedado atrás, fuera de moda. ¡Terrible palabra es esta de "moda"! Todo se subyuga a ella. Dirán algunos que la moda es un capricho. ¡No! Está dirigida, sí, señores, dirigida desde atrás. Hoy quiere esos edificios llamados modernos. ¿Quién va a ir en contra del gusto general para complacer a unos cuantos refinados? Decir "refinados" equivale a decir "anticuados". Si alguien lograra edificar a la antigua manera, o lograra *no edificar* para conservar esos viejos rincones —tan gratos a don Ascanio Viluco y a usted también, don Cicerón Haití— aparecerían, de inmediato, cientos de hombres de negocio que, lápiz en mano, le demostrarían a ustedes que aquello no es negocio, que aquello no conviene, que es cuestión de sacar la cuenta y se verá claro. ¿No lo cree usted, don Ascanio? Es decir que, por un lado sale más caro y, por otro lado, carece de la aceptación general. Habría que gastar sumas fabulosas para dar en el gusto estético de unos cuantos. Hoy hay demasiada miseria, demasiada. La izquierda se vendría también encima. No hay ni puede haber caso: el mundo se cubrirá de esos cajones de azúcar.

—Es esto —dijo Lorenzo— una prueba más del imperio del dinero. Cada cajón de azúcar infla la cartera de algún señor.

Ascanio afirmó rotundamente:

—La influencia de Moscú.

A excepción de Ascanio y Facundo, nos reímos todos los demás de buenas ganas. Rubén sonrió. Se acercó a mí y me dijo en tono confidencial:

—Es preferible tratar lo concerniente a la belleza estática y a la belleza dinámica. ¿Qué vienen a hacer aquí esos cajones de azúcar? ¡Y Moscú...!

—Moscú... —repetí.

Lorenzo, que nos escuchaba, dijo con desaliento:

—¡Pobre Moscú...!

Después de un rato, Lorenzo y yo nos fuimos. Pensé en mi padre, en don Eleuterio Borneo, cuando nos decía que la sociedad femenina era indispensable. ¡Ocho hombres solos! Pensé luego en Marul. Junto a su recuerdo me dormí.

6

He estado con el doctor Pitruquén y con el profesor Aliro Gorbea; es decir, en plena Ulpif. Al doctor Pitruquén ya lo conocemos. Cuanto a Aliro Gorbea es, desde hace ya tiempo, profesor de Ciencias físicas.

Se produjo, entre ellos, una especie de discusión que, al menos para mí, tuvo los caracteres de una simple lucubración. La verdad es que, en materias de los hombres de la Ulpif, estoy bastante de a pie.

Hay que tener en cuenta que, cuanto escriba concerniente a esos imponentes edificios de la Ulpif, es lo oído y sabido por un lego. Llegan a mí de lejos los resultados y las resonancias terribles de la ciencia y sus investigaciones. Me ha hecho esto pensar en tantos chilenos que he conocido en París, chilenos de paso y aun que permanecen allí durante bastante tiempo. No ven la ciudad misma, ni cosa que se parezca; en ellos se ve el efecto que ella produce ante un ser ajeno y lejano, cierto es que, la mayoría de las veces, lleno de buena voluntad. Así resuena la Ulpif en mí. Veo su grandeza allá en el horizonte.

He aquí la discusión o, mejor dicho, la lucubración:

La distancia que separa a la Ulpif de la Universidad es, en auto, nula. En auto, ambas instituciones están al lado. El Zoo de San Andrés, que las separa, desaparece. Sin embargo, sea en auto o en tortuga, ambas instituciones están siempre a igual distancia.

El doctor Pitruquén alegaba que no. No sé si lo hacía por convicción o por el gusto de alegar. Aseguraba que, mientras más lento sea el medio de locomoción, mayor es la verdadera distancia que separa a dos puntos. Gorbea, entonces, le preguntó:

—Y si la velocidad es nula, ¿qué distancia hay entre esos dos puntos, en nuestro caso, la Ulpif y la Universidad? Si me quedo en la Ulpif, ¿dónde está, en tal caso, la Universidad?

El doctor Pitruquén contestó con una solemnidad dudosa:

—Amigo Gorbea, si usted queda en la Ulpif, la Universidad se transporta, de verdad, al infinito; por lo tanto la distancia que las separa es infinita.

—¿Y si camina usted en sentido contrario, es decir, alejándose de la Ulpif? ¿Qué ocurre con las distancias?

El doctor, sin vacilar, respondió:

—Entonces, y de inmediato, la distancia vuelve a ser mensurable; y es igual a la del auto, o bien a la de nuestros pies, o bien a la de la tortuga.

—Es decir —pensó Gorbea—, que si, desde la Ulpif, usted se mueve en auto, el señor Borneo a pie, yo en tortuga, ¿hay tres distancias diferentes para el edificio de la Universidad?

—¡Perfectamente! —exclamó Pitrufrquén.

Gorbea sonrió satisfecho. Luego, golpeándole al hombro, dijo con entusiasmo:

—¡Muy bien, doctor, muy bien! Deje usted de lado sus estudios psiquiátricos y dedíquese a esta clase de problemas. ¡Muy bien, doctor, muy bien!

¿Hablaban en serio estos dos hombres? ¿Será así...?

En este momento, aquí solo frente a mi pequeña mesa de trabajo, en la plazoleta Fray Tomate, estoy rodeado de infinitos; porque estoy quieto, porque, a parte de mi pluma, nada se mueve en mí. Pero si me levanto y voy hasta la biblioteca, a 4 metros de esta silla, todos los infinitos se reducirán y se humanizarán. Luego se alargarán y se acortarán según cómo mueva yo los pies.

¡Quietud, pues, quietud!

Quietud para que sean igualmente infinitas la distancia que se extiende hasta mi máquina de escribir y la que se extiende a las lejanas nebulosas. Son ambas iguales pues ambas miden: infinito.

Pero tengo yo —yo aquí en Fray Tomate— la posibilidad de anular este infinito. Es cuestión de avanzar o retroceder. Sí, de acuerdo. Sin embargo no puedo dejar de preguntarme:

“El hecho de pensar en que puedo moverme, ¿anula el infinito? Esta ley de Gorbea y Pitrufrquén, ¿rige únicamente en el mundo físico o se extiende también al mundo del pensamiento? ¿Y los sentimientos y los instintos? ¿Jugarán aquí algún papel?”

Pero, resumiendo, digamos:

El espacio puede hacerse infinito. O sea: el espacio es infinito. ¿Cuándo? Cuando no hay movimiento, cuando cesa la posibilidad de tardar tanto o cuanto tiempo para trasladarse de un punto a otro punto. Es decir: cuando cesa el tiempo. Cuando el tiempo cesa, el espacio se agiganta. Cuando el tiempo es igual a 0, el espacio es igual a ∞ .

¿Será también exacto lo contrario? Es decir, que a un espacio igual a 0, corresponda un tiempo igual a ∞ .

¿Sabrá estas cosas el profesor Aliro Gorbea?

Seguí pensando y dando vueltas estas ideas. De pronto una duda me atormentó pues se clavó en mí:

“¿Podrá uno inmovilizarse totalmente...?”

Me dije:

“¡No!”

Tal vez baste el latido del corazón para que no haya inmovilidad completa.

¡Oh, qué lástima sería!

Además la Tierra gira sobre sí misma; además gira y corre junto al Sol... ¿Qué inmovilidad cabe? Pero se trata de mí, de mi persona. Se trata de la quietud aquí.

Aquí hago infinitos, para mí y nada más.

Hago infinitos, sí. Luego, hago absolutos. Porque no caben infinitos relativos. Si de tengo mi corazón, cae un infinito entre la Ulpif y la Universidad. Como tal, lo abarca todo,

todo. Luego: sale él de nuestra órbita terrena. Al salir es un infinito —o sea un absoluto— que traspasa, como una daga o como agudísimos alfileres, los reducidos espacios mensurables. Así traspasa estos reducidísimos espacios que nos separan de las estrellas, de las galaxias y de lo que ha de seguir más allá, más allá.

¡Marul! Ma apareció de golpe. Me sentí frente a un infinito. ¿Podría ella sacarme de estas dudas? Aunque, en verdad, todo ello —infinitos, absolutos, inmovilidad y demás— se apaciguó y hasta se borró para no dejar, en mí, otra cosa más que su nombre: ¡Marul!

Bajé a ver a Lorenzo. Le expliqué lo hablado con Aliro Gorbea y con el doctor Pitruquén. Me escuchó en silencio, interrumpiéndome sólo de tarde en tarde con una pregunta aclaratoria. No me dio su opinión. Sólo me dijo que hablaría con Baldomero Lonquimay. También me dijo que ello interesaría a Teodoro Yumbel. No veo por qué pero, en fin...

—¿Ya Desiderio Longotoma? ¿Qué crees tú? —pregunté.

Me respondió:

—Creo en Desiderio más de lo que generalmente se piensa. Hablaré con él también de estos problemas.

7

Anoche, en el parque del Convento de los Jerónimos, he oído hablar largamente a don Irineo Pidincó. ¡Qué hombre atormentado! Estábamos bajo una serie de maitenes; nos alumbraba la luna. Hablábamos de "experiencias", de esas experiencias que nos llevan hacia otros mundos. Don Irineo quería hablar, quería contarme algo. Lo alenté. Me dijo entonces:

—¡Ah, mis experiencias, señor Borneo! No, no. No hablemos de ellas. Una sola viene ahora a mi recuerdo. Si usted permite se la contaré. ¡Qué quiere usted, mi buen señor! Estas experiencias no las escogemos nosotros. Se nos imponen y entonces hay que llevarlas a cabo. Yo quería vivir de otro modo. Esto se me imponía. Tenía yo que extraer mi existencia de otras fuentes para sentir entonces la sensación que me obcecaba. En mi imaginación de niño, este otro modo de existencia tomaba una forma, como es natural, infantil. ¡Sí, señor, infantil! Pero su sensación... ¡oh, qué voluptuosidad me ofrecía!

Quería yo excluirme de las normas del vivir, las que se aposentán sobre todos los seres. Quería liberarme de estas limitaciones que nos encadenan. Por allí empezó la cosa. Luego la cosa creció y creció. Porque empezó por el lado..., ¿cómo explicarme? Digamos "físico". Sí, está bien: liberarse de las limitaciones que encadenan nuestro ser físico. Luego aquello, al crecer, alcanzó al ser moral. Al llegar a este punto fue cuando me ocurrió un fenómeno fatal que han de conocer cuantos imaginan sin proceder, cuantos no guardan la justa medida entre la concepción y la realización.

Si usted me permite, mi señor don Onofre, voy a aclararme con un ejemplo: Imaginemos —es pura imaginación, se lo advierto a usted— a un hombre que se rebelara contra las cadenas que nos tienen atados a esta superficie terrena, estas cadenas que nos impiden remontarnos por los aires como las aves. Si este hombre posee en iguales proporciones la facultad imaginativa de realización, créame usted que este problema ocupará su vida entera y que encontrará sobradamente donde emplear sus fuerzas sin salirse de él.

Sí. El acto de imaginar genera fuerzas. Encauzar dichas fuerzas hacia la transmutación de lo imaginado en una forma u otra cualquiera que pueda existir *fuera* del hombre. Si no procede así, sus fuerzas se lanzarán al vacío. Ese hombre corre riesgo de ser arrastrado por ellas y, por cierto, al vacío también.

Permítame que siga con el mismo ejemplo: voy a decirme, pues, que el hombre debiera volar como el águila. Para tener derecho a sustentar tal idea, debiera ponerse a estudiar, junto con formularla, a estudiar, señor, a pensar, a calcular. Su vida pasaría en este estudio, pensamiento y cálculo. ¡El águila como objetivo! ¡Nada más que el águila!

Pero, ¡qué quiere usted, mi señor! Imaginar es agradable. Dejarse mecer en las visiones imaginativas, es delicioso. Por otro lado, trabajar positivamente es doloroso. Luego, ¿qué pasa? Se detiene ese hombre en lo imaginado. Sueña y a diario se repite: "¡Oh magnífica cosa volar por los aires!". Pero aquí las fuerzas engendradas lo arrastran. ¡Adiós aviación! El diablo mismo se ha mezclado en el asunto.

Sería ingenuo pensar que una frase sobre la magnificencia del vuelo traería una satisfacción. No la trae, mi señor. Pondríase luego a pensar mi hombre en las sensaciones que un vuelo traería. ¡Nuevo acto imaginativo! ¡Nuevas fuerzas generadas! Aún es tiempo de darles su justo empleo. Escribir, siquiera, un pequeño poema basado en tales sensaciones. ¿No es verdad? Pero no. Trabajar es molesto. Las fuerzas, nuevamente, se perderán en el vacío.

¿Me ha comprendido usted, señor Borneo? Sueña, entonces, nuestro hombre en las magníficas sensaciones de volar y de contemplar los panoramas desde las alturas. Pero estas sensaciones indirectas no pueden satisfacerlo. Entonces, para dar alimento a su sed de sensaciones, fuerza le será aumentar la dosis de imaginación: volar sí y cada vez más alto, más veloz. Alrededor de la Tierra sería poco. Volar, entonces, entre los planetas y más allá; llegar a otros sistemas solares y siempre más lejos, más lejos y más veloz.

Pero siempre, desde un rincón atisba la posibilidad de detenerse, de coger sólidamente esas visiones, de darles una forma cualquiera y echarlas al mundo en obra, a vivir como organismo propio, fuera de él.

Así es la ley, mi señor, así es y usted perdonará. Es la ley natural arriba como abajo.

La ley natural nos impone dolor.

¡Y qué quiere usted, señor! Yo, personalmente, soy egoísta. Diría mejor, era egoísta. Quería sólo el goce. ¿Qué hice? Se lo diré: seguí al diablo mismo, lo seguí sin calmar jamás mi sed.

Volvamos a los recuerdos de que me tomé la libertad de hablarle:

Se lo he dicho, don Onofre, quería yo la libertad absoluta, la libertad completa, más allá de este hecho de tener cuerpo.

¡Ah, no poder correr con la velocidad de la luz; no poder volar de sol a sol; no vivir bajo las aguas; no atravesar los muros y cruzar las llamas; sentirse fatigado, enfermar y morir! ¿Comprende usted, señor mío, cuán fuerte era mi dolor? Dios ha de saber —y únicamente Él— si puede haber un límite a una imaginación indisciplinada puesta en semejante terreno. ¡Qué dolor, mi señor!

Ahora le confesaré a usted, don Onofre, que más de una vez quise tomar la pluma y escribir mis espléndidas visiones. Hasta tuve un libro en perspectiva, sí, señor, yo, este mísero servidor de usted. Iba a llamarse: *Impresiones del hambre sin cuerpo*. Creo que nunca pensé escribirlo. Era sólo un pretexto para entregarme cada noche a ensoñaciones que,

en el fondo, comprendía perfectamente inútiles, que jamás se transmutarían en nada sólido.

Una vez pensé algo. Con su beneplácito se lo diré: carecer de cuerpo sería igual a tenerlo más denso, más torpe que el nuestro. ¿Por qué? Por una razón sencillísima. Oígame bien, señor Borneo: si estamos sin cuerpo, señor, vivir bajo las aguas, atravesar muros y cruzar llamas, nos sería algo tan natural como ahora nos es pasearnos paso a paso a lo largo de un camino. ¿No es verdad?

¡Ah! La cosa tenía que ser otra: era menester tener cuerpo, ser como hoy se es. Entonces poder vivir como si no se le tuviese. Sólo así aparecería la *sensación*.

A gozar en silencio estas extrañas sensaciones me entregué noche a noche.

Señor, es natural suponer que pronto los hechos no fueron más que un punto de partida. Es natural pensar que la sensación se hizo el único objeto de mi interés.

¡Peligrosa pendiente, don Onofre! No es fácil detenerse en ella...

Por ejemplo, si me permite usted otro ejemplo: atravesar muros. Yo poseía un cuerpo y nunca lo abandonaba; el muro no cambiaba en nada su constitución. ¿Me entiende usted? Yo lo atravesaba. Entonces nos mezclábamos, éramos uno, el muro vivía un instante la vida misma de mi sangre y yo la vida última, infinitesimal de sus átomos. Era, por cierto, diferente si se trataba de un muro de tierra o un muro de piedra.

Otro ejemplo, si usted permite, mi señor Borneo: volar a velocidad tan vertiginosa que, en un instante, me hallaría entre dos planetas, suspendido en el éter. Este ejemplo no sé si es mío; es más bien de una dama, usted perdonará, sí, de una dama, de doña Teodosia Huelén. ¿Es una dama enferma? A veces solamente, a veces. Cuando está sana ve cosas maravillosas. A éstas yo las seguía. ¿Sabe usted cómo? Pues vea, mi señor: Contemplaba a uno de los planetas, lejos, como una bola, sola en ese éter, una bola que rodaba... Más me acercaba a ella, más crecía. Era ahora un globo inmenso. Entonces me colocaba en la órbita de uno de estos globos, no en la órbita misma sino cerca. Esperaba. Lo divisaba muy, muy distante, como se les ve desde aquí, lo divisaba venir. Pronto sería del tamaño de la Luna. Pero no sería plano, no estaría, no, pegado al cielo. Sería un globo en relieve. ¿Lo ve usted, don Onofre? ¡Un globo en relieve y solo en la inmensidad!

Avanza, avanza, crece, se agiganta de modo descomunal. Parece que viene a estrellarme. Yo siento algo semejante, pero cien mil veces más intensamente, a lo que se siente cuando, colocado uno al lado de una línea férrea, espera a un expreso que se precipita con ruido ensordecedor. El astro ya ocupa todo el espacio y crece siempre. Ya no es un globo, es un plano inmenso y yo me siento colocado *sobre* él. Mas como no me muevo, lo veo pasar cual un relámpago, con sus montañas, sus océanos, sus valles y qué sé yo. Pasa. Ese mundo vuelve a tomar la forma de un globo que rueda en el espacio infinito. Se va, se va. He quedado temblando, he quedado frenético. Vuelvo a la Tierra entonces. ¡Qué espléndida visión, mi señor Borneo!

Yesto no es nada, don Onofre. Otras veces era la música de las esferas la que hacía el objeto de mis meditaciones. Oíga usted: cada globo tenía un ruido —permítame que así lo llame—, un ruido especial. Al principio se oía un murmullo lejano. Luego éste aumentaba en intensidad. Llenaba los ámbitos, mi buen señor. Me asustaba. Me hacía creer en un caos horrible. Usted perdonará pero es el caso de que yo gritaba a mi vez poseído de espanto. Pero el ruido, con el astro, pasaba también.

¿Para qué seguir con más ejemplos? No puedo decirle más que una cosa, señor Borneo: aquello era una sed inagotable. Pronto mi imaginación no ideaba más que para saciar

el ansia de voluptuosidad que me roía. Entonces... ¡qué quiere usted!, fuerza me era volver sobre los mismos asuntos. La verdad se la diré a usted, mi buen señor: aquello picaba cada vez con menor sabor.

Pero cierta vez hubo un pequeño desvío en el rumbo de mis pensamientos. Usted me disculpará, don Onofre, pero fue así. Con este desvío el terreno me apareció virgen. ¿Me entiende usted? ¡Virgen! ¡Un campo inexplorado! Era el fenómeno común, fatal...

Hasta ahora —ya lo habrá notado usted— sólo tocaba el terreno físico. Nada más. Cierta vez, repito, toqué el mundo moral. ¡Oh, todo un riquísimo terreno inexplorado! Aún me acuerdo del goce tan intenso que experimenté al descubrir que este mundo podría servir para el cultivo de mis caprichos.

Mas aquí —desventura mía— mis lucubraciones tomaron otro rumbo. Yo lo llamaría astucia demoníaca.

Imagínese usted, señor, imagine al bueno de don Irineo Pidincó, en tan escabroso terreno. Créame, señor, que nunca, ni remotamente, tuve ni el más ligero intento de hacer efectivos esos meros sueños. Ello me hubiese repugnado. ¿Por qué? Señor, por la muy sencilla razón de que apenas el mundo moral hubo aparecido, apareció, como su complemento, el genio del mal.

Hoy, que recuerdo con calma, ya del todo ajeno a cuanto pudo pasar por mi mente en aquellos tiempos, me extraño al ver que el bien nunca me atrajo; ni siquiera supuse la posibilidad de que pudiera servir de igual modo que el mal para alimentar mi imaginación.

Pues bien, el otro rumbo a que hice mención, esa astucia demoníaca, consistió simplemente en atribuirle a otro ser —ser, por supuesto, imaginario— lo que me atribuía a mí mismo cuando se trataba de este mundo físico. Fue todo, mi señor, fue todo. ¿Y sabe usted qué imaginé? No se ría, don Onofre. Imaginé un poderoso mago negro.

Entonces, noche a noche, le atribuía nuevas y nuevas experiencias.

A este mago negro lo veía con bastante nitidez respecto a su vestimenta y a sus alrededores; en cambio su rostro me fue siempre impreciso, nebuloso.

Pues bien, señor Borneo, este hombre empezó con varias prácticas bastante incoloras. ¿Su ritual? Vago también. Sin embargo, poco a poco, lo fui conduciendo hacia el vampirismo. ¿Sabe usted, mi señor don Onofre, en qué consiste el vampirismo? Se lo diré, señor: la vida del vampiro es la vida en la muerte.

Si usted permite, señor, voy a leerle unas cuantas líneas de Leadbeater.

Don Irineo trajinó en sus bolsillos, sacó un libro y luego un cabo de vela que encendió.

Óigalas, mi señor:

"La entidad perdida se encontraría, poco después de la muerte, incapaz de permanecer en el mundo astral y fatalmente y con plena conciencia caería a la misteriosa octava esfera, su legítima morada, para desintegrarse en ella en medio de sensaciones que más vale callar. Pero si muere por muerte violenta o por suicidio, puede, sobre todo si tiene conocimientos de magia negra, escapar a esta horrible suerte, cambiándola por otra que en nada le cede en horror: la vida en la muerte, que es la espantosa existencia del vampiro. Como la octava esfera no tiene derecho sobre el difunto más que después de la disolución de su cuerpo físico, el vampiro mantiene a éste en un estado cataléptico valiéndose del horrendo expediente de la transfusión de sangre tomada a seres humanos por su cuerpo astral parcialmente materializado, y retarda así, a fuerza de crímenes, el cumplimiento de su destino. Cuando se abre la tumba de tal horrible criatura, se encuentra el cuerpo por lo general bien conservado y, a menudo, lleno de sangre el ataúd".

Así habla Leadbeater, mi señor. Esto da una idea global del vampirismo. Fácil es comprender que este nombre debe extenderse algo más allá de los límites del caso a que este autor se refiere. Sin embargo de este caso se desprende una idea que es fácil generalizar: vampirismo es chupar la sangre, la vida ajena para acrecentar la propia.

Don Irineo quedó un momento en suspenso. Luego apagó la vela y se la guardó en un bolsillo junto con el libro. Por fin me dijo:

Pues bien, señor, mi amigo el mago negro se encamina por esta senda. Él hace vampirismo en vida, no para él mantenimiento de su cuerpo sino para acrecentar sus sensaciones. Ávido de conocimientos, sus medios, su ser, no le bastan para adquirir las experiencias que su obra requiere pues pronto se da cuenta de que él no puede salirse de sí mismo. Por lo tanto sus experiencias, por variadas que parezcan, no son más que el reflejo de una misma y permanente cosa: su Yo.

Estamos en las limitaciones del mundo interno, iguales a las anteriores, aquellas de que le hablé a usted, mi señor, iguales a las del mundo externo. ¿Qué hacer para salvarlas? Le sería necesario poseer las experiencias de otros seres. ¿Poseerlas? Sí, mi señor Borneo, y, usted disculpará: poseerlas directamente, tal cual son y no a través de él.

Lo que hace... es simple. Se rodea de sensibles muchachas. Así imaginaba yo al mago negro. ¡Curiosa manera! Son sensibles muchachas que algo tienen de la maldad de la serpiente y también algo de la fineza e inocencia de la gacela. Sugestionadas, las envía al mundo en busca de sensaciones...

Entonces —¡ah, mi señor don Onofre Borneo, ah!—, entonces se despliega ante mi vista un hermosísimo cuadro. Óigalo usted:

Van galopando en las noches oscuras, van galopando por montes y quebradas; otras van penetrando a los más lujuriosos antros que pueda haber; otras van buscando la muerte, una muerte trágica, una muerte horrible...

Las primeras vuelven a la cueva del mago; las siguientes vuelven también. Las últimas quedan inertes en caminos desolados o en pequeñas habitaciones sospechosas. El mago recibe a aquéllas; el mago vuela hacia éstas, vuela como en los buenos tiempos de antaño, a caballo en una escoba y a la luz de la luna.

Las primeras, digo, han vuelto. Vienen llenas de sensaciones que él, hombre viejo y cansado, no puede ya tener. Entonces, señor Borneo, el sacrificio. Porque hay que beber esas sensaciones; para beberlas hay que arrancárselas; para arrancárselas, la muerte. La muerte pone en libertad cuanto la vida aprisiona entre sus muros de carne.

Mueren mis muchachas, mis gacelas finas. Mueren las pobrecillas.

Interrumpí a don Irineo. Noté que sus ojos se llenaban de lágrimas.

—¿Llora usted, amigo mío? ¿Tanto le afecta haber soñado así?

—¡Oh, no! ¡Oh, no, mi señor! —me respondió—. No es por mí que se desprenden estas lágrimas. Es por ellas, las finas gacelas. ¡Eran tan, tan hermosas!

—Tiene usted, don Irineo, una gran fuerza de imaginación. Llorar por lo soñado...

—¿Está usted seguro, mi señor don Onofre, que los sueños no son realidad?

Me callé. Después de unos momentos siguió hablando don Irineo:

Mueren las desdichadas. El vampiro, entonces, se hincha con su sangre.

Pero otra, allá lejos, como le decía, señor, ha ido en busca de la muerte. Rápido, ahora, cabalga el mago en su escoba.

¡Oh, qué sitio tan importante ocupó esta escoba en mi mente! Como usted tan acertadamente lo decía, todo no era más que fantasía en esta lamentable historia. Pero la

escoba, no. Era realidad. Era la que usaba una de las criadas en la casa de pensión en que me albergaba yo. Cuando, de día, divisaba esta escoba lánguidamente olvidada en un rincón o frotando a golpazos el parqué, la atisbaba con curiosidad y, a veces, hasta le sonreía a hurtadillas.

El caso es que el mago, sobre ella, cabalgaba. Debe llegar para la muerte o pocos instantes después. Si no, demasiado tarde. Entonces la sensación preciosa, experimentada por una muchachita ante el puñal que le ha de dar la muerte, se habría ido en su cuerpo astral. Esto equivale, para nosotros hombres y aun para mi poderoso mago, a irse en lo que en estilo grandilocuente se llama *el secreto de la tumba*. No hay tiempo que perder. ¡Cuán rápida cruza mi escoba los ámbitos!

Sobre el cadáver aún caliente chupa el vampiro. ¿Lo ve usted, mi señor? Chupa.

Pero, ¿no hay una sensación más fuerte todavía, a un paso, e hija de este mismo crimen? Sí, la hay. En las tinieblas es entonces una carrera infernal. Huye el asesino por carreteras y encrucijadas, aún con sabor a sangre. Se precipita tras él nuestro mago negro. De pronto se le deja caer como una avalancha. Le hunde los dientes en el cráneo. Aquí mi imaginación lo representaba no ya como a un hombre sino como a un vampiro verdadero y enorme, de alas nervudas y vientre velludo. Así devoraba al criminal en la noche.

Mi señor Borneo, pronto empieza a despuntar el fenómeno fatal, eterno, agotador. Toda la escena y los hechos de ese mago imaginario —escena y hechos que a lo más podrían servir para un folletín macabro y trivial— pasan lentamente a segundo plano, pues ya no bastaban para saciar una imaginación sobreexcitada. Entonces la atención y el interés empiezan a colocarse en las sensaciones mismas. Sí, señor, hay que imaginar vívidamente la sensación que el mago había experimentado si hubiese existido. Si no... la imaginación trabaja en el vacío, se esfuerza en vano y viene el cansancio, el mal humor, el asco.

Un buen día —cualquiera lo comprenderá— sentí que era menester dar fin a tales lubricaciones. Había que hacer cualquier otra cosa. No me costó —y lo digo sin arrogancia, mi señor— esfuerzo alguno. No pensé más en ello... durante algún tiempo.

Es el caso de que apenas había tomado esta determinación, y hallándome tranquilo de cuerpo y alma, empecé a sentir una inquietud rara que, paso a paso, fue acentuándose. En menos de un mes se había convertido en una obsesión intolerable.

Trataré —siempre que usted me autorice— de explicarme con la mayor brevedad posible:

Empecé, mi distinguido señor, por recordar, recordar mis buenos sueños. Pero no crea usted que rehaciéndolos con intensidad. No; porque ello habría equivalido a volver a ellos de lleno. Me acordaba, nada más, de los tiempos en que soñaba. ¡Bonitos tiempos, señor, bonitos! Fue esto lo primero. Lo segundo fue tan sólo el aumento constante de lo anterior. Cualquiera diría que ambas etapas no son más que una. Sin embargo para mí son dos, bien definidas: recordar y recordar mucho más. En fin, no voy a discutir este punto, y menos con usted, don Onofre, a quien tanto estimo. Así es que pasemos, si usted permite, a la tercera etapa. Fue ésta, ¿cómo decir?, un acto de conciencia: me di cuenta, de pronto, de que seguía con mi maldito mago negro lado a lado. Me había creído libre de él y, un buen día, lo veo sentado junto a mí. ¿Se da usted cuenta, señor? No sé por qué me cogió un verdadero terror. Entonces vino la cuarta etapa. Óigala usted bien. La cuarta consistió en una certeza, la certeza de que *alguien* me incitaba a volver a mis sueños. Le pregunto nuevamente, mi señor, ¿se da usted cuenta? Había un *alguien* en la atmósfera. ¡Qué horror!

—Aquí se nos presenta toda otra serie de reflexiones. También las explicaré brevemente; no tema nada, mi señor:

Aquella idea de *alguien* vino a golpearme día y noche a la cabeza. Al cabo de algún tiempo casi no tuve duda de que la inclinación a volver a mis sueños era gobernada por algo externo a mí mismo. Una infinidad de cavilaciones me llevaban a esta conclusión. Además, mi señor, pude, un día, confirmarme ya sin asomos de dudas: fue cuando sentí a ese *alguien* como a un ser inmaterial que rondaba junto a mí. Lo sentí así, créamelo usted. Ese ser me impedía toda concentración mental sobre cualquier punto que no fuera el perseguido por él.

Comprenderá usted fácilmente que, con esta convicción dentro, tuve que pensar que en alguna parte había un ser, o una logia, que mostraba interés por el giro de mis pensamientos. Cosa natural, por cierto, pensar de este modo. Esto en cualquier mundo en que nos coloquemos. Total: pasé de la idea de que volvía yo a esas malsanas ensoñaciones, no por costumbre ni vicio sino porque un tercero —uno o muchos— me inducía a hacerlo.

He ahí lo que pensé, don Onofre. Quedé por fin con la seguridad de que un ser sin cuerpo me acompañaba a todo instante. O bien era un ser lejano quien me ordenaba pensar en tal o cual forma.

¿Quién, mi distinguido señor, puede impedir la lógica del pensar? Llegado a este punto, el siguiente tenía que mostrarse: dado ese o esos seres y el interés que por mí mostraban, todo aquello tenía fatalmente que llevar una finalidad. Luego: estaba yo trabajando con un fin preciso aunque ignorado; en algún punto echaba las bases de una construcción, obra mía, que, por cierto, de todo podría tener menos de buena.

Puedo asegurarle a usted, ¡oh paciente escuchador de mis desvaríos!, que fue ésta una sensación extrañísima, extrañísima. Me vi como vivía en aquellos días, inconsciente y des-preocupado, dando vueltas y más vueltas por las calles... Y lejos, en un punto oscuro del espacio, un ser fabricando con mi mente un cúmulo de causas primeras, de gérmenes, que luego se explayarían sobre esta Tierra como efectos, produciendo un torbellino atroz, al menos en lo que respectaba a mi propia vida.

Le diré a usted la verdad: me dejé mecer por esta sensación largos días a pesar de tener la certidumbre de que me hallaba jugando con fuerzas tan por encima de las mías que, a la hora menos pensada, podrían hacerme volar como vuela una cajuela que guarda un explosivo que estalla.

Señor mío, distinguidísimo y penetrante amigo, fue por entonces que vino a preocuparme, por vez primera, la idea de Magia Negra. Puedo resumir esta idea así: mayor será su utilidad mientras mayores sean su potencialidad y precisión; mis pensamientos pueden ser utilizados *en sí*, un ser o varios seres peritos en el arte de valerse de las fuerzas del pensamiento me han advertido ya y me inducen a que con ellos colabore; esta colaboración tendrá que hacerse inconscientemente al principio; mas cuando ya todo mi ser esté sumergido en esto, se hará inconsciente; el fin perseguido no puede ser más que negativo; resumen: me preparo para el adeptado de una logia de Magia Negra.

He ahí lo que pensé, mi buen señor don Onofre.

Estas ideas me preocupaban tanto más cuanto más aumentaba la presión para entregarme a fabricar ensoñaciones de maldad y disminuía la fuerza para luchar en contra de ellas.

Sólo me libraba un tanto el pensar justamente en la posibilidad de Magia Negra, el poner argumentos en pro y en contra, hojear libros sobre el asunto para cerciorarme de

si era de tal modo como se avanzaba hacia tal arte, recordar los momentos en que el acecho del ser invisible había sido más tenaz, pesar las circunstancias que lo habían acompañado y ver si no podían atribuirse a cualquier otra causa.

¿Para qué decirle, señor Borneo, que después de tales meditaciones quedaba en el mismo punto que antes? No aclaraba nada, las ideas se me enturbiaban y un desgano sin límites me postraba. Lo único que podía entonces reponerme un tanto era soñar con alguna nueva hazaña de vampirismo y... ¿qué quiere usted?, tomar un poco de café.

Hasta que se produjo un hecho insignificante. Este hecho determinó mi estado. ¡Qué sabremos, mi señor, de lo que es insignificante o trascendental! El caso es que, por esos días, partí al campo. ¿Sabe usted adónde? Es curioso: partí a Curihue. El capitán Angol estaba en vías de adquirirlo. Lo acompañé. Cuestión de los garbanzos, ¿sabe usted? Pasé en su compañía durante un mes. De día salíamos a caballo y a pie también. ¡Los garbanzos, usted comprenderá! Es mi especialidad.

—Lo sé —le dije—. Desde aquel venturoso día en que el Sol tuvo a bien acercarse a la Tierra.

Usted lo ha dicho, penetrante amigo. El garbanzo fue el que más provecho obtuvo de este acercamiento. Yo, en compañía del capitán, miraba los terrenos propicios para su cultivo. Se los mostraba al capitán y los discutíamos. Luego volvíamos a las casas. He de confesarle, mi distinguido amigo, que los garbanzos ocupaban sólo parte de mi tiempo a pesar de haberse implantado en mi mente por un éxtasis cósmico. Tenía otra cosa más importante en esa mente: ¿seré o no seré un candidato a la Magia Negra? Buscaba los ratos de soledad. No me faltaban. Tenía todo ese vasto caserón a mi disposición. El capitán se encerraba en su escritorio a revisar papeles; luego se acostaba. Yo pensaba: “¿Será todo esto sólo un desvarío de mi sensibilidad? ¿Realidad o fantasma?”.

Así pensaba. Cuando lo hacía con calma, aquello de la Magia Negra me parecía tan raro, tan extraordinario y fantástico, que me apegaba a una solución más racional pero junto con hacerlo sentía un pequeño desencanto por lo mismo que lo otro era raro, extraordinario y fantástico. Me decía entonces:

“¿Qué, qué? Un especialista, un tratamiento, inyecciones y un régimen. Y volver a la tierra cansada y monótona de todos los días y de todos los hombres...”

He de confesarle, mi señor, que este desencanto venía sólo cuando la cuestión de la Magia me parecía imposible, cuando perdía la esperanza... En cambio cuando por cualquier motivo me venía la certeza contraria, ¡oh, sentía un terror indescriptible!

Había, pues, noches de tranquilidad y noches de exaltación. Al cabo de algunos días, apenas me despertaba, me formulaba esta pregunta:

“¿Cómo irá a ser la noche de hoy?”

Una curiosidad picante me acompañaba entonces durante todo el rato. Si llegaba a presentir una noche excitada me invadía un cosquilleo voluptuoso ante el peligro próximo, peligro que, de ser efectivo, tendría que venir acompañado de una visión inaudita. ¡Buenos tiempos, mi señor Borneo, para este grano de polvo que soy!

Fue así como yo mismo fui aguzando mi sensibilidad hasta un punto temerario. Al final olvidé, o casi, mis garbanzos. El día no tuvo más razón de ser que la de esperar la noche. Ahora bien, la noche no me deparaba nunca una revelación definitiva, llegó un momento en que invariablemente me iba a la cama descontento por no haber visto lo que tanto temía ver. Con razón, mi señor Borneo, con razón: ni lo extraordinario ni lo fantás-

tico se mostraban. En el momento mismo le hallaba a la más mínima insignificancia un sentido especial. Luego, encogíendome de hombros, olvidaba ese sentido.

Hasta una noche. ¿Osaré contársela, mi señor? No olvide usted, como acabo de decirle, que no soy más que un grano de polvo.

—Hable usted, don Irineo —lo alenté—. Créame que soy todo oídos.

—Gracias —me respondió—, gracias mil. Una noche me sentí, de súbito, cogido por un pánico inexplicable. En verdad nada de anormal había sucedido. Pero tuve miedo. Mi primer movimiento —grano de polvo, al fin y al cabo— fue volver a las casas, aun llegar a la habitación del capitán y contarle todo. Pero acto continuo tuve una curiosidad desenfrenada. Pues me pregunté:

“¿Y si viera...?”

El miedo se disipó. Sentí en todo este mísero cuerpo una sensación de debilidad tan dulce, tan agradable, que esperé ansioso que el miedo volviera. Así esperé en el huerto, apoyado sobre un tronco de árbol que busqué a tientas en las tinieblas.

¡Nada! ¡Nada, mi señor! El miedo no volvía. Por el contrario, me sentía pronto y deseoso de afrontar cualquier eventualidad. Más aún: me sentía como embriagado deseando la aparición de un vampiro monstruoso que me chupase la sangre. ¡Ah, mi señor don Onofre! Era ello una voluptuosidad tan intensa que la cabeza me daba vueltas y un nudo se me hacía en la garganta. Era un placer angustioso. Pero pronto volví en mí. Me sentí seguro, inviolable. Tuve la seguridad de que todo un mundo de seres invisibles me acompañaba y esperaba sólo una voz para abrirme un antro de satanismo donde las más punzantes sensaciones de los hombres palidecerían al lado de las que allí podrían experimentarse.

Mi señor, entonces avancé.

Cosa extraña, mi señor: este gusano de don Irineo Pidenco... avanzó.

Estaba siempre en el huerto. Recordará usted que termina con una tapia. Pues bien, a la derecha —¿recuerda usted?— se abre una pequeña puerta que da a un potrero no muy grande. Siguiendo la tapia, del lado del potrero, se llega a un grupo de sauces plantados en círculo. Dejan en el centro un pequeño claro cubierto de malezas. Tiene que recordar usted, don Onofre. Está todo ello igual hasta hoy. Cogiéndome a los troncos de los sauces, caminando enredado en la maleza, avancé, es decir, avanzó este mísero de don Irineo Pidenco. Busqué, a tientas siempre, un paso, el único que daba acceso al claro central. Me rasmillé de pies a cabeza. Al fin llegué. Estaba seguro de que, si algo podía sucederme, tendría que ser allí con preferencia a todo otro punto.

Al fin llegué, don Onofre. La noche era oscura, oscurísima. Llegué.

¡Nada!

Yo solo allí al medio.

De pronto oigo una voz:

—¡Hola! ¿Viene usted?

¡Era una voz femenina, señor Borneo!

A pesar de la noche oscurísima, la vi. Estaba sentada sobre un montón de hierbas. Me saludó con la mano. Le contesté. Y aquí viene algo significativo, mi señor, altamente significativo. Óigame usted:

Señor Borneo, me sentí, súbitamente, a mis anchas. ¿Cómo explicarle? Me sentí sin nada de extraño ni de fantástico a mi lado. Sabía yo que en Curihue no había huéspedes

femeninos. Agregue usted la oscuridad de la noche. Pero ¡no! Era natural, francamente natural lo que acontecía. Así es que me acerqué a la dama.

¡Oh, qué dama, mi señor, qué dama!

Usted perdonará pero debo –si quiero ser exacto en este relato–, debo entrar en algunos detalles de mi vida privada.

Señor, no era, por cierto, la primera dama que veía yo en mi vida. No, señor, no lo era. Pero puedo asegurar a usted que ella fue la última. ¿Por qué? ¡Ah! Mejor será que escuetamente continúe mi relato. Es difícil hacerlo, claro está, pero ya que empecé...

Señor, aquello fue el delirio. Es lo que diría cualquier hombre de este mundo. Aquello fue atroz. La dama –que repito, no hay como ella belleza semejante en esta Tierra– me cogió, me besó, me apretó y... En fin, mi señor, hizo de mí cuanto quiso. ¡Me hizo poseerla, mi señor, y me poseyó! ¿Cómo, en qué forma? Usted lo comprenderá. Yo no era más que un juguete entre sus brazos, entre sus piernas, entre su sexo y el mío... Creo que grité llamando a nuestro capitán Angol. O adivinó ella que iba a llamar. El caso es que me tomó de los cabellos y me hundió la cabeza en un charco de agua barroza. Luego saltó sobre mí, trepó en mí y volvió a poseerme. ¡Oh, fue algo horrible, mi señor don Onofre! Yo no sé lo que al final ya era. Sólo recuerdo que me empujé diciéndome:

–Bueno, Pidínco, ¿estás satisfecho? Era lo que tú buscabas, ¡no lo niegues! Ahora, ¡vete, vete! Haz estado con una servidora tuya, con doña Paulina Corcho. ¡Vete, vete!

Me fui a trastabillones. Caí tres veces. Pero me fui.

Paulina Corcho... Lo de Paulina, pase. Pero lo de Corcho... Raro, raro, ¿no es verdad? Me han dicho que el apellido existe, pero... En fin, ¡vaya uno a saber! Me fui. Llegué a mi habitación. Me costó acostarme. Por fin dormí y tuve las más horribles pesadillas.

¡Triste, triste aventura!

¡Sí, por lo menos, mi señor, hubiese sido una mujer real...!

Calló don Irineo Pidínco. Después de un rato le pregunté:

–¿Una mujer real...? ¿Qué entiende usted por tal? No lo comprendo.

–¡Ay, mi señor Borneo! ¿Cree usted, acaso, que todos los seres que nos rodean son reales, son de carne y hueso? No, señor, no. ¡Cómo! ¿Va usted, entonces, a negar la existencia de esos miles y miles de seres que pululan en la naturaleza por doquier? Sé que las gentes los niegan. Es que no miran, señor, no saben mirar. Doña Paulina Corcho era un ser como esos pululantes que hay en la naturaleza. Si no lo hubiese sido, ¿cree usted que habría podido...? Usted me comprende. Hay quienes hablan de ellos, por cierto. Hablan y hablan pero en un sentido poético. ¡Oh, son poetitas de segunda mano! Nada han visto jamás; entonces poetizan...

–Sin embargo –repliqué– Teodoro Yumbel ha visto algo. Recuerde usted su viaje a Venus.

–Nuestro amigo, distinguidísimo amigo, don Teodoro Yumbel, eso es, bien digo, el señor Yumbel, poetiza también. No sabe lo que es la experiencia verdadera. Por ejemplo, mi señor, el señor Yumbel contempla el mar. ¿Qué ve? Con fina perspicacia, no lo pongo en duda, ve lo siguiente, sí, señor, que me sé de memoria largas páginas de él:

“Cuando las olas vienen en precipitada cabalgata y con estrepitoso chapoteo, algunos lejanos peñascos, al ser cubiertos por las aguas, parece que se agacharan, que se encogeran”.

Eso dice, mi señor, son sus propias palabras. Observe usted ahora el mar respaldado con esta humilde ciencia que a sus pies deposita. Verá entonces que tras esas olas vienen

los "arremetedores" –sí, señor mío, que así se les llama, con el permiso de usted–, que vienen látigo en mano azotando. Si así no fuese, pues tendríamos olas lánguidas y sin olor a mar. Vea, además, cómo los peñascos se agachan de verdad. Pero don Teodoro dice: "parece". Se agachan como usted o como yo. ¿Y sabe usted por qué lo hacen? Por temor al látigo. Luego escribe con fina observación, no lo dudo:

"Cuando la ola se retira de sobre las rocas, quedan miles de diminutas y accidentadas cascadas blancas que se van destiñendo poco a poco, que se apagan, hasta que una nueva ola las alimenta".

Claro está que ello es verdad. Pero no toda la verdad. Si observa usted bien –con mi humilde ciencia– verá además que miles, millones de duendecillos aprisionados por el mar desde tiempo inmemorial, tratan de escaparse corriendo, precipitándose y desbarrancándose por esas cascaditas, pues son duendecillos de lo sólido y no de lo líquido. Pero, ¡ay!, una nueva ola y vuelven a ser aprisionados. Los pocos que logran no caer presos, los "húmedos" –como se les llama en nuestro esotérico lenguaje– se trocan en agua salada y descolorida, languidecen, agonizan y fallecen. Luego nuestro hombre de letras, siempre el respetado señor Yumbel, nos hace la siguiente observación:

"Al chocar la ola contra la roca salta el agua en un majestuoso manajo compacto, enhiesto, como si una fuerza invisible lo tuviera así apretado y unido. De pronto parece cesar la fuerza. El agua entonces se disgrega, se sutaliza, pasa a un plano menos denso y, floja, cae y se quiebra".

Fina observación también pero superficial. Resbala y no penetra. "Como si una fuerza...". No, señor mío; ese "como" está de más. Esa fuerza existe y existe en forma real de una mano real, grande, enorme, que tiene el agua apretada. Al apretarla más, hasta el dolor, surge y se eleva el manajo. Al abrir los dedos, cae y se quiebra. Don Teodoro, hombre distinguidísimo, por cierto, ve el efecto y no ve la causa, la mano, que es lo que debería interesarnos. ¡Y ese constante "parece"! Es empezar a ver y no atreverse a seguir hasta ver. Luego cae y cae con este sistema. Dice:

"El movimiento del mar, lento, rítmico, balanceado, semejando una monstruosa respiración".

¡Ay, triste cosa es percibir una respiración sin... narices ni bronquios ni pulmones! Es esto quedarse siempre al borde. Vea usted lo que también dice hablando siempre del mar:

"Esa impresión de infinito es acentuada por el vuelo de una lejana bandada de patos".

¡Dios mío! Hablar de infinito... con patos...

En fin, don Onofre, dejemos en paz al señor Yumbel, tanto más cuanto que se trata de uno de los más conspicuos conocidos nuestros. Me alargué hablando de él. Es que quería demostrarle, mi señor, el mal que los poetas hacen en esta clase de cosas. Si los poetas, y tan conspicuos, lo hacen, ¿qué esperar de los demás hombres? No espero nada, mi señor, nada. En usted confío, sí. La dama aquella, aunque se apodara Paulina Corcho, ¡no era real! ¡Era como esos miles y miles de seres que pululan en la naturaleza por doquier!

Sí, mi señor Borneo, así era. Pero, al mismo tiempo, era mujer, era femenina. ¿Me entiende usted? Fui poseído por una mujer, por una casi mujer. ¡Horror! Desde aquella nefasta experiencia nocturna, mi señor, le he tomado distancia, ¡le he tomado asco a la mujer!

Ahora, don Onofre, soy puro, puro, puro.

Como un mes más tarde tuve una conversación con Tadeo Lagarto, a propósito de lo hablado con don Irineo Pidenco. A pesar del tiempo que medió entre ambas conversaciones, voy a ponerlas juntas pues se refieren al mismo tópico. Además hablé con Lorenzo sobre ellas al día siguiente de oír a Lagarto. Lo dicho por don Irineo me había preocupado, así es que, cuando hablé con Lagarto, llevé el tema a lo sobrenatural. Le hablé sobre los miles de seres que pululan en la naturaleza y también de la posibilidad, que algunos de ellos tienen, de convertirse en humanos y, de este modo, atacar al hombre. Tadeo parecía escucharme distraídamente. Al fin me dijo:

—Curioso, curioso. Todo lo que usted me ha dicho, caballero, me huele a propósitos del tal don Irineo Pidenco. Curioso. Porque a mí —y a pesar de que he ahondado tales cuestiones en forma asaz atrevida— jamás me ha sucedido nada sobrenatural. Como todos, y en un principio, me esperaba a cosas inauditas. ¡Error, caballero! Error que muchos abrigan y que miman como a un bebé. Error que se debe más que a nuestra torpeza, a que jamás nos detenemos a pensar seriamente en tales cosas.

Piense, entonces, caballero. Verá, enseguida, que lo sobrenatural no es sino un efecto que sucede ante nuestros ojos, un efecto de una causa que ignoramos. Esta causa se halla tan lejos de nosotros que no podemos ni siquiera concebirla. No podemos ni siquiera buscarle puntos de referencia con otras causas ya conocidas.

Íbamos por las calles, de noche. Tadeo Lagarto me dijo que no era su oficio tocar estos asuntos en la vía pública.

—Vamos a casa, en el N^o 1010 de la calle Sacerdote Pérez. Estaremos allí en sitio apropiado.

—Encantado, señor —le respondí.

Apenas llegamos me ofreció asiento en un cómodo sillón. Casa, o departamento, mejor dicho, pequenísimo con varias antigüedades extrañas que, a no dudarlo, se referían a los estudios de mi anfitrión. Una vez sentados me dijo:

—Le he hablado a usted de lo sobrenatural. Hay equívocos en esto. Le pido a usted que piense, caballero. Si un objeto se pusiera de pronto a hablar y a decirnos mil lindezas, ¿qué cosa sobrenatural! Experimentaríamos la sensación correspondiente. Hablo de sensaciones, nada más. No es mi intento hablar ni hacer filosofía. El objeto habla como usted, como yo, como el vecino. ¡Sobrenatural! Sin embargo un objeto habla: el fonógrafo. Otro objeto habla: la radio. ¿Siente usted lo sobrenatural al oírlos? Conocemos la causa que los hace hablar. Si no la conocemos, sabemos que es cuestión de averiguarla y seremos satisfechos. Un fonógrafo ha sido hecho por nosotros. Una radio, también. Vivimos, pues, en armonía con ambos. Vivimos al mismo pie de esas causas. No nos proporcionan, pues, la sensación de voluptuosidad que esperábamos.

¡“Pidinquerías”, permita la palabra, eso de los seres que se transforman en humanos! Las transformaciones no se operan de tal modo. No, caballero, no.

He practicado y practico la magia, caballero.

He penetrado en ella y en ella estoy. ¿Cómo? Como se ha de penetrar. Es decir, por sendas escarpadas que obligan a avanzar paso a paso. Se penetra en su esfera tan lenta, a la par que tan lógicamente, que cuando se percibe un efecto se presiente su causa. Puede usted no saber cuál es esta causa. Pero sabe que es del mundo suyo, de las que rigen la

esfera en donde usted se encuentra, en la que se mueve y respira. No hay, pues, tal sensación.

Es como el alcohol, caballero. El alcohol que da sensaciones. Creo que usted lo sabe. ¿La causa? Se ignore o se sepa es igual. Es una causa corriente, una causa que está en nuestras vidas. Así es que cuando actúa no nos aparece como venida de otros mundos.

No hay, pues, que esperarse a sentir cosas de otros mundos. Nada de cosas extraordinarias. En todo caso, si las cosas son, en verdad, extraordinarias, no hay que esperar sensaciones nuevas. Esto es claro como el agua clara.

Pero no caigamos en error. Las sensaciones son nuevas en relación a las que se tienen aquí. No aparecen de súbito. Aparecen gradualmente a medida que uno va siendo un organismo propicio para ellas. Así es que no se espere usted, caballero, a sensaciones "pidinieras". No tendrá nunca la sensación que hoy y aquí nos produciría un hecho inadecuado a nuestra naturaleza. Porque usted ya no será quien es, caballero. ¿Me entiende usted? ¡No será quien es ni por asomos!

Vamos a un ejemplo: se trata de vivir bajo las aguas, en el fondo de los océanos. Si un practicante de nuestra ciencia lo consiguiera, no sentiría, no, la sensación *nueva y sobrenatural*. Ésta la sentiría un señor cualquiera si a tal señor le ocurriera vivir así. El estudiante tendría que empezar por llevar toda su vida a la esfera en que es posible, y luego natural, poder vivir en el fondo de los océanos. Pasaría esto a ser lo propio de él. Tendría, por cierto, otra sensación que no tenemos nosotros. Pero no aquella de cosa sobrenatural e inaudita. ¡Nada de estupor ante el milagro! ¿Sabe usted qué le ocurriría? Se echaría sobre los hombros un mundo entero de preocupaciones nuevas. ¡Oh, todo un aprendizaje para circular convenientemente en su medio nuevo! ¡Una lata, caballero, un hastío y nada más! ¿Hay algo que no lo sea aquí abajo? Usted va a responderme que no, que todo es hastío. Caballero: no todo lo es. El hombre submarino tendría que encontrar su compensación en el hecho de tener una nueva visión del mundo. Nada más. Como ya las ha tenido usted y las he tenido yo en nuestros momentos de honda meditación.

Imagínese a un romano, de la buena y noble Roma de antaño. Se le dice que va a volar en un aparato y a trasladarse en vehículos que andan solos a gran velocidad. Esperaría nuestro romano —y con sobrada razón— sentir la sensación de hallarse ante lo sobrenatural. Pero comprendemos muy bien que ya una vez en nuestra época no sentiría tal sensación. No, caballero, ni al ir en avión ni al ir en automóvil. Ello no quita que se enriquecería de nuevas sensaciones. Dejaría lelos a sus contemporáneos contándose las.

Don Irineo, me dirá usted, fue lo que hizo: experimentar y contar. Sin embargo no se explicó nada. Fue tal su pavor que éste se trocó en horror a nuestras hermanas...

Esa tremenda sensación que nace en la cabeza de quienes oyen pronunciar la palabra "magia", no la he tenido jamás, caballero. Porque soy un verdadero mago como el señor Stramuros es músico y don Estanislao Buin es corredor de la Bolsa y don Juan Enrique Arancibia Ocampo es político y los demás y demás.

Cuanto me ha ocurrido y me sigue ocurriendo, es natural. Serán sensaciones que no habría tenido, que no iría a tener jamás. De acuerdo. Es todo, caballero. Soy más rico que otros en sensaciones. Nada más. Pero lo sobrenatural... ¡jamás, caballero, jamás!

A Lorenzo, como he dicho, le conté con detalles la andanza nocturna de don Irineo Pidino, andanza sucedida después de tantas cavilaciones. Luego le repetí las palabras de Tadeo Lagarto. Por fin le pregunté:

–¿Qué piensas tú de todo esto? ¿Cuál, de ambos, está, a tu parecer, en la razón? ¿Existe o no existe lo sobrenatural?

Lorenzo levantó los hombros. Luego me dijo:

–Si existe o no existe lo sobrenatural, te lo contestaré de aquí a un tiempo que, espero, no ha de ser muy largo. Todas estas especulaciones me interesan en alto grado. Pero por hoy están suspendidas. Me falta el ejemotor que las ponga en marcha. Tú tienes que comprenderme: falta, a mi lado, ella, Lumba Corintia. Junto a ella lo sabré. Espera, Onofre, espera y ya hablaremos sobre el particular.

9

Fuimos, enseguida, a la vieja casa de Baldomero Lonquimay, en el N° 1644 del Muelle de la Sotana. Nos abrió la puerta una vieja viejísima que algo tenía de bruja zarrapastrosa. Antes que nada le dijéramos, nos indicó hacia el interior de la casa:

–Última habitación –murmuró– del tercer patio, es decir, al fondo, fondo. Allí está.

–Gracias. ¿Se ocupa usted de don Baldomero?

–A Dios gracias y... al diablo también. Tal es mi oficio, señores. ¡Y las hormigas...!

–Encantados de conocerla, señora...

–Cleta Purén, servidora de ustedes.

Cruzamos la vieja casa. Un solo piso, tres patios, un abeto, naranjos y limoneros. Doña Cleta nos acompañó hasta esa última habitación. Golpeamos. Una voz de trueno contestó:

–¡Adelante!

En realidad, allí estaba, sentado en el suelo con un gran lente en su diestra. La habitación en cuestión recibía luz por una ventana, contigua a la puerta, que daba sobre el patio. Lorenzo dijo:

–Hemos venido a informarnos de su vida, mi querido Baldomero.

–Mi vida –respondió– está bipartida entre los himenópteros que aquí veis y mi facultad de estudio y observación.

–Interesante trabajo –exclamamos.

En efecto vimos, por el suelo, una larga hilera de hormigas que corrían presurosas, yendo y viniendo, desde una cueva junto al muro hasta algunos alimentos depositados al centro de la habitación.

–¿Estudia usted las hormigas ahora? –preguntó Lorenzo.

Baldomero meditó unos instantes. Luego dijo:

–Tomad asiento, dignos mancebos. Aquel diván os esperaba. La finalidad de mis trabajos debe escucharse en cómoda posición. Mancebos excelsos: hago, en estos momentos, profundas investigaciones sobre la causalidad en estos pequeños seres (mostró la hilera de hormigas). Doña Cleta Purén, esa anciana que os abrió este templo, me ayuda. ¡Buena ayuda! Doña Cleta Purén tiene 344 años.

–¡Qué interesante! –exclamamos.

El pelirrojo contempló las hormigas con su lente. Después nos dijo con voz altisonante:

–Mi punto de partida para meditar es, desde anteayer, el siguiente:

“¿Cómo se presenta la causalidad para una hormiga?”.

Lente en mano las contemplo y he contemplado largo rato. Esta habitación no es mía. Es de ellas. Pertenece a estos sagaces himenópteros. Estáis, pues, de visita en su casa. ¡Regocijaos! Por si queréis volver, he aquí su dirección:

"Sabios himenópteros -1644, Muelle de la Sotana- 3.er patio - Habitación última - San Agustín de Tango - Chile - América del Sur - Nuevo Mundo - Globo terráqueo - Sistema solar -Vía Láctea".

Con esta dirección no os perderéis. Os la ofrendo y escuchadme:

Anteayer, a las 5 de la tarde y 35 minutos y 35 segundos y $\frac{3}{5}$, mi pie pisó esta hilera afanosa. Luego mi mente contó. He aquí los resultados: hormigas fallecidas, 46; a punto de fallecer, 17; heridas y contusas, 29. Total de víctimas: 92. Hoy haré lo mismo. Lo haré cuando el reloj marque las 6 y 14 minutos, 10 segundos y $\frac{1}{5}$. Mañana haré lo mismo con una anticipación de 3 horas. Pasado mañana, paz para estas laboriosas amigas. El jueves por la mañana, a las 10 y 10 y 10, las soplaré. El viernes y sábado, paz para estas laboriosas amigas. Y los calendarios anunciarán el día domingo. Ese día, mancebos, almorzará aquí el muy badulaque de Desiderio Longotoma. Impondrélo de mi alta meditación y de los actos que ella ha originado. Luego le pediré que, a la hora que juzgue oportuna, entre en esta habitación y haga, con sus dignas dueñas, lo que bien se le ocurra. Entrará solo. Cerraré la puerta y montaré guardia por espacio de 9 minutos justos. Luego lo pondré en la calle con todos los merecimientos que él merece, a pesar de su innegable badulaquería. Luego llamaré a doña Clea Purén y le pediré se digne entrar aquí. Puerta cerrada y monta de guardia durante el tiempo que yo tarde en contar hasta 344, o sea el número de años de la anciana. Libertad de acción absoluta. Esperaré un día. Lunes. Volveré a entrar. Volveré a pisar. Esperaré 2 horas. Entonces, lente en mano, entraré yo. Caeré en meditación. Esta meditación se apoyará en las observaciones recogidas. ¿Cómo? ¿De qué modo? Escuchadme, oh aventajados mancebos:

Me sintonizaré:

¡He aquí la clave! Me sintonizaré en forma aguda con mis insectos. La sintonización entre un humano y un himenóptero, jamás ha sido negada por ningún entomólogo ni por ningún homosapiensólogo. Luego existe.

Mi cosecha será debidamente comunicada a la Ulpif y al Convento de los Jerónimos. Ignoro, por el momento, a qué sutiles detalles y a qué detalladísimas sutilezas llegarán ambas instituciones. Como ignoro también adónde he de llegar yo. Pero puedo hacer algunos anticipos. Helos aquí:

No caigo en error si proclamo que las más sabias entre las sabias de las hormigas van a llegar a conclusiones tremendamente más desalentadoras que nosotros los humanos cuando nos aventuramos por iguales y tan escabrosos y escarpados senderos. Mancebos, me explico:

Estimo yo al grande a la par que pequeño himenóptero. Él es estimado también por doña Clea Purén. Dos luces encefálicas brillan, pues, sobre él. Luego, solución *sine qua non*: en dicho y ya mencionado himenóptero arde el sentimiento místico.

Os preguntaréis: "¿Qué es misticismo?"

Mancebos, ello es, como lo cree doña Clea Purén, lo siguiente:

El hecho de sentir y saber que la sapiencia no se detiene en el humano sino que, por encima de él, siguen innumerables y cada vez más venerables jerarquías de seres que nos sobrepasan en adornos culturales, potenciales y espirituales.

Eso es y no hay más.

La hormiga así lo siente y así lo sabe. Una de sus jerarquías superiores somos nosotros. Que ella esté formada por doña Cleta Purén, por vosotros, ¡oh mancebos!, y por mí, no se pone en duda. Pero hay más. Está formada, además, por Desiderio Longotoma, el muy badulaque.

La hormiga no nos conoce individualizadamente. Nosotros tampoco conocemos de este modo a Serafines y Querubines. Pero la hormiga nos adivina y nos soporta como nosotros adivinamos y soportamos a Querubines y Serafines, sin definirlos, sin catalogarlos.

Nosotros deberíamos llamar a tales jerarquías: "Sublimes Padres y Madres de las Universales Causalidades".

Ellas, las hormigas, así nos llaman.

Hacen bien.

Nosotros, al aventurarnos por semejantes senderos, alcanzamos a vislumbrar un orden grandioso, una grandiosa razón. Alcanzamos a vislumbrar una seriedad imponente.

¿Ellas?

¡Ay miseras y compadecientes criaturas!

Después de mis pisadas y soplidos, después de los haceres de doña Cleta Purén y después de lo que el badulaque de Desiderio Longotoma se le haya antojado fabricar con ellas... ¡Ay miseras y compadecientes criaturas...!

Veremos al mundo de los himenópteros caído al mundo del desorden. Lo veremos debatiéndose en medio de la sinrazón. Lo veremos en medio de la inseriedad total. Lo veremos sumido en el caos arbitrario, dirigido, únicamente, por la soberanía sin frenos de la libertad albedriaca.

Entonces, ¡oh amados mancebos!, desesperarán y desesperarán. Negarán, confusas, toda causalidad. A las que se aventurasen a sostener que, tal vez, esos que hombres se apodan, tienen causas para hacer lo que hacen, ¡ay!, las demás hormigas las tildarán de dementes idealistas...

Serán, entonces, desacreditadas. Luego serán recludas. Luego serán sacrificadas.

Acometerán, a nuestro gremio, las neurosis.

Por fin las hormigas todas, sin excepción, pasarán a la categoría de los vivientes que atentan contra sus propias vidas.

¡Serán suicidas!

¡Qué horror!

Todo esto será por negar la causalidad.

Pero esta experiencia hay que hacerla. Alguna vez, y en algún sitio, esta experiencia será redimida. ¿Por qué?

Por haber sido emprendida por un hombre de la envergadura mía, por mí, por Baldomero Lonquimay.

10

Nos despedimos de Lonquimay y de doña Cleta Purén que encontramos junto a la puerta de calle.

Salimos en silencio. Vagar. Por el Muelle de la Sotana hacia la Ulpif. Pasamos, por la

plazoleta Amén, frente a la Universidad; luego pasamos frente al Zoo de San Andrés. Entramos en la Ulpif. Al primer conocido que encontramos fue al doctor Pitrufuquén. Nos saludamos con efusión. Luego se acercó a nosotros el doctor Hualañé. Nuevos efusivos saludos.

El doctor Pitrufuquén es discípulo del doctor Hualañé. Fue éste quien le indujo a seguir psiquiatría, pues Pitrufuquén dudaba qué rama seguir y sufría, por esto, de una fuerte psicosis. El doctor Hualañé le aconsejó fuera de inmediato a ver a su colega el doctor Linderos, quien lo psiconalizaría. Dicen que le dijo:

—¡No tema usted nada, futuro colega! El doctor Linderos es un experto psiquiatra a la par que un hombre calmado, carente en absoluto de supercomplejos maternos y sin literatura semejante. ¡Vaya, futuro colega, y entréguese a él!

Esto ocurrió en 1924, siendo Pitrufuquén ya bachiller. Se aprontaba a entrar en la Universidad. Fue Pitrufuquén. Linderos le dijo:

—Bueno, amigo, vamos a comenzar por el comienzo.

Pitrufuquén se sorprendió. Luego argumentó:

—¡Por el comienzo! ¿Ha dicho usted, doctor, que empezáramos por el comienzo? Doctor, si logra usted llegar al comienzo, lo nombraré, ahora mismo, rey y emperador de todos los psicoanalistas, psiquiatras y psicólogos que hoy existen, que hayan existido y que puedan alguna vez existir.

El doctor Linderos quedó lelo. Tuvo que aplazar la consulta. Pitrufuquén se retiró.

Luego se supo que, desde ese momento, el doctor Linderos empezó a perder la cabeza creyéndose un rey-emperador. A causa de ello enloqueció y murió el 9 de marzo de 1927, tres años después de la consulta. Yo supe la noticia en Curihue el 10 de marzo, día 7 de nuestra estadía allí.

El doctor Hualañé miró largo rato al doctor Pitrufuquén. Al fin le preguntó algo socarronamente:

—¿Y qué hay de esos "comienzos", querido doctor?

El joven médico meditó. Es verdaderamente increíble que, ahora, aquí en San Agustín de Tango, acabe de cumplir sus 13 años de vida. A ojo se le darían bien unos 40 años. Meditó y luego dijo:

—Maestro, ¿qué otra cosa es la historia mental y anímica del hombre? Para mí es algo elemental que ella puede resumirse de este modo: hacia atrás, encontrar el comienzo; hacia adelante, encontrar la meta. Nos perturbamos por el hecho de buscar y no encontrar. Esto es por falta de disciplina, por falta de medida. Note usted, mi querido maestro, cómo quería proceder el doctor Linderos: pretendía no sólo esquivar la busca del comienzo sino empezar desde él... ¿Qué menos merecía que el título que yo, lleno de entusiasmo, le ofrecí?

El doctor Hualañé contestó:

—Exacto. En vista de ello me felicito por el consejo que hace años le di: ¡la psiquiatría! Es usted psiquiatra y nada más que psiquiatra. Tal título y usted no son más que uno. Aquella psicosis que le atormentó mientras dudaba qué rama de la medicina seguir, aquella psicosis, créamelo joven colega, le servirá a usted de vehículo para encaminarse a comienzos y metas. ¡Adelante sin temores! Cuidese, tan sólo, de no creer que va hacia metas cuando va hacia comienzos; cuidese también de lo contrario; cuidese, colega, de no despreciar una marcha que asemeja retroceder cuando, en verdad, va avanzando.

Dos veces he ido al teatro: la primera, al Gran Teatro Musical; daban *La Bohème*, de Puccini; la segunda, al Viejo Teatro del Hablar, donde vi *Fuenteovejuna*, de Lope de Vega.

No soy un gran entusiasta del teatro en general pero estas representaciones había que verlas. Ellas fueron llevadas a la escena por todo un movimiento susurrado, por un pedido mudo del público. Apenas si los periódicos dieron cuenta de él. El resultado, como se ve, fue tan dispar que difícilmente se creería que había allí un fondo común: *Fuenteovejuna* y *La Bohème*. Sin embargo ambas obras, al ser montadas, obedecían al mismo motivo, que es el siguiente:

El teatro de San Agustín de Tango pasaba por un mal momento. Daban piezas y más piezas, ellas eran aceptadas y hasta aplaudidas pero el público no se apasionaba, no se estremecía; apreciaba únicamente. De más decir que hubo una serie de intelectuales que aseguraron que era ésta la buena manera de juzgar el teatro. Pero, naturalmente, primó el concepto de la mayoría, llamémoslo concepto de la pasión. El público, en voz baja, pidió obras que lo estremecieran, que le arrancaran lágrimas, que lo sacara de su tedio del hogar. Los empresarios oyeron este rumor que se extendía por la ciudad. Helos, pues, en acción.

¿Qué mejor elección pudo hacerse? *La Bohème*... Al menos yo, cada vez que la oigo, lloro. Me lloro a mí mismo, siento que en mí se remueven mil cosas pasadas o cosas ansiadas que nunca se realizaron. *Fuenteovejuna*... Al oírla me estremezco y salto en la butaca. No estoy implicado en su acción, no; ella pasa fuera y lejos. Pero ante aquello de:

—¿Quién mató al Comendador?
—Fuenteovejuna, Señor.
—¿Y quién es Fuenteovejuna?
—¡Todos a una!

...ante aquello tiemblo movido por algo que es como un llamado, un llamado tremendo y gigantesco.

De este modo aparecieron en los carteles ambas obras, la del gran clásico español y la del moderno compositor italiano. ¡Ahora podía el público estremecerse! Los sanagustindetanguenses asistieron, aplaudieron y discutieron. Yo también asistí, aplaudí y discutí. Me balanceaba entre ambas obras sabiendo que algo motivaba mi exaltación, mas... ¡Qué obras tan diferentes! Con ellas, retumbándome en la cabeza, llegué, cierta vez, a casa de Florencio Naltagua, en el N° 6 del Portal Colonial.

Le conté esta dualidad emocional mía ante aquellas piezas, le conté cómo sentía que ellas despertaban en mí emociones de un origen diferente. Pero le dije que ese origen me quedaba sumido en las tinieblas. Venía él de dos partes que en mí había, o de dos estados, o de... No iba más lejos.

Naltagua me reprochó, de inmediato, mi mala memoria:

—¿Así recuerdas la obra del chino Fa, *Don Fidey de Comiso*? ¿Nada te dice aquella escena del 1^{er} acto, cuando Otelo vuelve a inmolarse a Desdémona? ¿No te acuerdas de lo que el general habló sobre la "actitud"? ¡Haz memoria! ¡Haz revivir en ti esa palabra de "actitud"!

"Pues bien, Onofre, ante *Fuenteovejuna* te estremeciste hasta las lágrimas por la actitud

de la eterna rebelión. Sentiste su fondo surgir de siglos atrás y viste caer su vestimenta local como una cascada de perlas. Viste las perlas queriendo perforar el dolor eterno, las viste fracasar aunque proclamaban llevar, ellas también, esa verdad eterna. Viste un divorcio que te entristeció. Pero luego las viste inseparables, eternamente inseparables. Por un segundo se cernió sobre ti el destino y el deber del hombre. Lloraste, saltaste en tu butaca. Lloraste al ver que, en cierto plano, no existe el suceder, no existe el Tiempo. Llorando te elevaste. Fue la muerte de tus contemporáneos como tales y su precipitación como vivientes y amigos e iguales de los de ayer y de mañana.

"En *La Bohème* fue lo contrario. Lloraste no tener ya 15 años, lloraste ante la emoción que entonces tenías, cuando aún ignorabas qué te emocionaba. Te lloraste al no poder hoy llorar por las mismas causas. No saliste de tu propia persona.

"Esa actitud de que se habló en *Don Fidey de Comiso* no apareció aquí pero apareció allá: la actitud del hombre al mirar fuera de él. Puede, ese hombre, mirar como sabandija y puede mirar como héroe.

"Fui, hace algunas noches, a ver a los hermanos Doñihue, allí en la calle Llave del Cielo. Vitelio no estaba en casa. Me encontré con Facundo. ¿Sabes tú qué hacía? Pues hojeaba el *Tratado de la Pintura* de Leonardo de Vinci. Luego me dijo, riendo de buena gana, que aquel libraco él lo tildaba de totalmente inútil, de pasado de moda... Ahí tienes, Onofre, otro hombre que ignora en absoluto lo referente a las actitudes del drama del chino Fa. No vio ni verá jamás al hombre Leonardo abriendo los ojos, mirando, interrogando, suspendido y anotando. Esto es lo que hoy se pierde. Hoy se va al resultado, nada más que al resultado que lo dictan una serie de gentes ignorantes. No se ve al hombre ante la naturaleza. No se aprecia su interrogación... en las artes. Tal vez existan en la Ulpif los que saben preguntar.

12

Marul quería ir al taller de Rubén de Loa, calle de la Tiara. Fuimos. Nos encontramos allí, fuera de Rubén, con Vitelio Doñihue y Lorenzo Angol. Se habló y se discutió. He aquí lo que, principalmente, se dijo:

Rubén de Loa:

—En pintura no se trata de alcanzar un estilo propio, una manera propia, sino, por el contrario, de huir de cada manera y de cada estilo que empieza a hacerse propio. ¡Cuántos tienen como ideal que una tela de ellos sea reconocida a lo lejos y al primer vistazo! Este es el mal. Hay que huir de una tela reconocible. El arte es búsqueda y búsqueda. ¿Qué podemos saber sobre lo que se va a encontrar? ¡Oh, felices tiempos los de los conquistadores! ¡Cada paso a un desconocido! ¡El misterio alrededor de uno! Entonces... caminar, caminar. Cada encrucijada es el comienzo de un infinito.

"Los pintores prefieren hoy tener un estilo. Los mercaderes de la pintura así lo exigen. ¡Que se sepa, a primera vista, que aquella obra es de usted y no de otro! ¡Aprenda usted un oficio y hágalo hasta caer desfallecido! Entonces, a través de bellezas sin fin, de sorpresas que me atisban, de secretos que se me iban a conferir, entonces paso, sin verlos, sin parar mientes en ellos, paso y sigo repitiendo el estilo que he adoptado, ¡mi estilo!, para que la gente diga sin vacilar: "Un cuadro de Fulano, un cuadro de Zutano...". ¡Horror!

Vitelio Doñihue:

—Las artes no vienen del intelecto. Pasan a través del intelecto para hacerse visibles, para poder circular en este mundo, para tener siempre una puerta abierta frente a cada hombre.

—¿Quiere alguien tener un estilo? Primero habría que saber si se tiene la suficiente profundidad de donde extraer los materiales necesarios para crearlo. Si esto se ignora, ¿cómo saber cuáles son? Por el camino que se avance se va formando sólo una característica o una singularidad. Si a esto lo llamamos “estilo”, quien más lo tiene es, sin duda, Teniers: recordemos la eterna pipa en el extremo inferior del cuadro.

—Las artes no son argumentaciones, no son periodismo, no son propaganda. Pueden, además, provocar polémicas. Pero su fondo, como lo ha dicho Rubén, es búsqueda, es investigación en el más hondo y oscuro desconocido. Es, justamente, seguir escudriñando por los rincones dejados en olvido por aquellos que han hallado ya una serie de puntos claros y convenientes. Sobre estos puntos hay que polemizar hasta hacerlos entrar en la vida diaria.

Marul Carampangue:

—¡Supieran ustedes cuánto los envidio! ¡Tener un tema donde poder explayarse! ¡Olvidarse del mundo para crear un mundo! No sé cómo hay artistas que pueden considerarse desdichados, cómo pueden siquiera aburrirse.

Rubén de Loa:

—Cuando se trabaja... ¡Ah, Marul, supiera usted cómo se olvida el resto de la vida! Terminan los ajeteos, terminan las preocupaciones y los desvelos. Todo ello cae en olvido.

Vitelio Doñihue:

—A mí no me ocurre lo mismo. Diría que casi me ocurre lo contrario, que ajeteos y preocupaciones y desvelos y demás se me acentúan. Adquieren nuevos relieves. Lo que pasa es que se alejan de mí, se me desprenden y, una vez desprendidos, se unen entre ellos para formar un todo compacto, allá, bien definido y diferente a mí. Entonces ese “todo” canta, sin más, canta lindas cosas, fuera de mí aunque mías.

—Es cuando nos miramos como enemigos. Yo, aquí, con mi paleta y pinceles; él, allá, cantando lo mío para atacarme. ¡Lucha, despiadada lucha! Lo curioso es que, a veces, ese cantante de las lindas cosas toma mi paleta y mis pinceles y pinta. Yo entonces me voy a ocupar su sitio y canto y canto pero no cosas lindas. Canto cosas melancólicas.

Rubén de Loa:

—Ahora estoy detenido pues un problema me acosa. Me pregunto si estoy contento con la pintura, con lo que estoy pintando... Me respondo que sí, que estoy contento. Pero no sé, en absoluto, si es por ella, si es por los resultados obtenidos. Sólo sé que lo estoy por mí mismo ante ella.

—Porque hay un doble trabajo en las artes: ese resultado que el artista hace, que fabrica pincelada tras pincelada, queda fuera y se va para vivir su vida; el otro resultado que las obras hacen y fabrican en el artista, el artista que se va también a vivir su vida modelado de otro modo por ellas...

—Viene el problema:

—¿Quién hace a quien? ¿El pintor hace los cuadros o los cuadros hacen al pintor?

—A menudo me inclino a creer que son los cuadros los verdaderos hacedores. Yo pinto, es decir, caigo en trance. Entonces *el cuadro* se expresa a través mío. Cuando vuelvo en mí soy yo más lo que el cuadro dejó en mí al pasar.

¡Estás de acuerdo conmigo, Vitelio! ¡Nos estamos deshaciendo! Cada cuadro que hacemos deja su sedimento en nosotros. Llegará un día en que no nos reconoceremos. Seremos un conjunto de murmullos y murmullos venidos de lejos. Entonces partiremos, a la hora de la muerte, cargados, doblados bajo el peso de todo aquello que hemos escuchado y hecho pasar a través de nuestra carne.

“Como ahora están los artifices de la Edad Media. ¿Recuerdas, Vitelio, recuerdas? Tú, en un momento de luz, los viste deshaciéndose de las marcas que catedrales y esculturas habían impreso en ellos. ¿Recuerdas?

Vitelio Doñihue:

—Se dice hoy que la Edad Media pecó por falta de firmas. Debiera decirse que nosotros abusamos de las firmas.

“La Edad Media puso el acento únicamente en el genio colectivo. Acaso ni siquiera pensó que ese genio se manifestaba por intermedio de hombres especialmente dotados para recibirlo y para transmitirlo en este mundo. Todos esos hombres que en la Edad Media trabajaron, quedaron marcados por una voz del más allá. Hoy, al irse despojando de ella..., tal vez encuentren que han dejado una caparazón y que se han trasladado a esferas mejores.

“Nosotros creemos que es posible hacer algo sin oír a miles de otros hombres y a edades ya idas. Por eso firmamos, firmamos inmediatamente, antes que la obra esté terminada. Cada firma es una luz que se apaga.

“Un artista parece hoy proclamar: “¡Soy yo y nada más que yo! ¡Aquí no hay influencias!”. Sin embargo la sabiduría —que creemos ida— allí está y nos inunda antes, durante y después de ejecutar una obra.

“El arte nos une con la inmortalidad humana.

Lorenzo no habló; escuchó todo el tiempo. Cuando nos retiramos nos detuvo a Marul y a mí. Nos dijo:

—Mientras Rubén y Vitelio hablaban yo trataba de saber dónde y por qué, ¡por qué!, Dostoievski vio a los Karamázovi.

13

Escribí lo que se dijo en el taller de Rubén. Habló Vitelio y terminó Lorenzo con la frase sobre Dostoievski. Luego le mostré lo escrito a Marul. No pude dejar de preguntarle una vez que lo hubo leído:

—¿Y qué, Marul? ¿Voy a acumular notas y más notas? ¿Qué objeto puede esto tener?

Me respondió sonriendo:

—Siga, siga, Onofre. No desmaye. ¿Ya se olvidó usted de lo que acaba de anotar? Está ello dicho por Rubén y por Vitelio. Es verdad. ¿Qué debe usted hacer ahora?

—Lo he anotado, por lo tanto he cumplido.

—No —me dijo—. Ahora vívalo; que sea usted un ejemplo perfecto de ese paso de cosas superiores que se manifiestan. He ahí un buen camino para elevarse, para llegar a ser otro hombre del que se es.

—¡Vaya una faena!

—Es la menor, Onofre.

—No lo creo, Marul; es ello algo matador y tonto; eso es, tonto.

Volví a sonreír. Estábamos en su departamento de la avenida Ave María. Me preguntó:

—¿Qué piensa usted del arte en general?

No pude menos que responderle:

—Ahora, nada. Estoy hartado de él y de sus notas. Es, después de todo, un trabajo como cualquier otro. Usted tal vez no piense así. Dígame por qué me ha hecho esa pregunta.

Guardó silencio unos instantes. Luego me dijo:

—Pienso, Onofre, que el arte nada tiene que ver con los hombres. Hay otro sitio, tiene que haberlo, donde está su reino. De él se transmiten sus leyes. ¡Oh, lo veo cerniéndose sobre nosotros! Nosotros, bajo esas leyes, caminamos, sin oírlas, sumergidos en nuestros problemas cotidianos. De pronto hay un hombre que algo siente, que se ha encontrado con una norma venida de aquel reino. La capta. Podría decir que el arte lo ha captado. Ese hombre si trabajará, se irá a su taller o a su gabinete, y trabajará. Luego dirá orgulloso: “Yo he imaginado esto; yo lo he visto y ahora lo transcribo; yo soy el innegable autor de cuanto hago; yo...; yo...”. En fin, Onofre, ¿no es verdad que todos ustedes hacen así? Sin embargo esto es falso, falso. La obra de arte no es la hija de ese hombre, ni de aquél, ni de ninguno. Ella está —¿cómo, cómo explicarlo?—, está en la atmósfera. No puede ser la obra de un hombre. Los hombres son médiums y nada más. Quien se pone a trabajar está oyendo un dictado.

“El arte tiene que tener una finalidad. Una finalidad que nos sobrepasa enormemente, enormemente. Es una voz sublime. Pero ha de encontrar a la inercia de los hombres, a su vanidad, a su yo. Es decir, ha de encontrar a quienes quieren oír pero que, apenas han oído, piden que se les pague para transcribir, piden se parte, piden el reconocimiento de que nadie ni nada los ha ayudado, ni siquiera insinuado una obra.

—“Por eso firman ahora. Por eso ahora y antes que todo firman. Usted lo ha escrito, Onofre, lo acaba de escribir al reproducir lo dicho por Vitelio Doñihue. ¿Recuerda? Y ha escrito usted algo más, algo dicho por Rubén de Loa: “¿Quién hace a quien? ¿El pintor hace los cuadros o los cuadros hacen al pintor?”.

“Rubén ha sentido que las obras de arte vienen de fuera, de otro reino. El artista debe ser un apóstol. Lo contrario a este apostolado es la firma. La firma es un afán por traer a esta Tierra, por negar el origen superior del arte.

“¡Médiums! Es la palabra que los artistas no deberían olvidar jamás. El arte, Onofre, no es obra de los hombres. Es un llamado de más, de más alto. Para que haya un llamado tiene que haber quien lo lance.

“¡Oh, veo este llamado como el redoble cadencioso de una campana! ¡Campana que suena y suena desde los albores de la humanidad! ¡Toque magnífico que se cierne sobre los hombres recordándoles quiénes son!

“Ya lo he dicho: hay quienes captan. Si captan pero... hay que traducir lo captado. ¡La vanidad! Firman.

“Me pregunto a menudo, sobre todo cuando miro los edificios de la Ulpif. ¿qué es la ciencia? A veces me digo que, contrariamente al arte, es ella una obra de los hombres, la obra que pide firmas. Pero más a menudo aún me digo que es también el toque de las campanas que ha encontrado miles de seres que la oyen llenos de un espíritu religioso. Entonces la transcriben.

“Salga, Onofre, salga un momento de este mundo. ¡Salga! ¡Véalo desde distancia in-

conmensurable! ¡La campana! ¿La oye? Los hombres que se dejan imbuir por su tañido y que luego, humildemente, traducen.

“Entonces se comunicará usted, Onofre, poco a poco, con esa magnificencia del arte anónimo. Se pondrá usted en comunicación con ese otro mundo sin autor, el mundo del apostolado, el mundo de la sumisión a ese Dios que tanto clama.

“Crémelo: estoy obsesionada por ese mundo que existe fuera de nosotros y al que obedecemos fiel e inconscientemente.

“Porque debemos obedecer. ¡Qué dicha cuando se ha obedecido! Es el mundo de las artes. En él se está.

“Pero esta obediencia es tarea difícil. El tañido de la campana está mezclado con otras voces. ¡La voz de la vanidad! ¡La voz del yo! Estas voces se filtran y se filtran. Al fin sólo a ellas se oye y se cree aún estar oyendo la gran campana que redobla sin mezcla de bajas pasiones humanas.

“¡Alerta, alerta! ¡Calma!

“Ha llegado el momento de la desobediencia. Ahora hay que desobedecer. Ya no es aquella campana la que usted oye. Un éxito, un aplauso, una buena crítica... y basta para sumergirnos en la propia voz. ¿Cuándo? Onofre, cuando haya usted encontrado una fórmula de *cómo hacer*. Desobedezca entonces, límpiense hasta la pureza. En la próxima obra empezará de nuevo, puro, inocente.

“Le costará a usted terriblemente desprenderse de la comodidad de la fórmula. ¡Despéñdase! Desarraigándose de ella con dolor irá hacia otros mundos mejores.

“Déjeme contarle ahora un recuerdo, un recuerdo viejo ya, de mis tiempos de viajera, cuando, niña aún, recorría los países de Europa. Italia. Para mí Italia es un recuerdo que se sobrepone a todos. ¿Sabe usted qué? Es un nombre, si quiere, una anécdota. Se trata de Fra Angélico de Fiesole. Lo dijo un guía, un guía cualquiera, en el convento de San Marco.

“Fra Angelico pintaba en éxtasis y no corregía jamás. ¿Me entiende, Onofre? Corregir..., firmar... Es lo mismo. Es hacer intervenir al hombre cotidiano. Fra Angélico estaba unido con el reino del arte. Es la actitud que comprendo, la actitud contraria a la de hoy.

“Esto es trabajar sin vanidad. Es el trabajo acorde con ese grano de arena que es nuestra Tierra. Don Jovino Panquehue, estoy cierta, lo sabe. ¡Grano de arena! Pero... con finísimas uniones a una inmensidad deslumbrante. ¡Oh, sí, Onofre, créamelo usted, deslumbrante!

Le respondí:

–Te creo, Marul. Veo, presiento tu idea básica sobre las artes. Te he tuteado. ¿Permites...?

–Sí –me contestó–. Es mejor. Vamos a tutearnos.

–Mis anotaciones, tú las verás, Marul. ¡Oh, llévame a ponerme en conexión con ese reino del arte! ¡Llévame, por piedad!

Sonrió otra vez. Luego dijo:

–Te llevaré. Pero debes ser humilde, Onofre. Conversa con don Jovino Panquehue. La astronomía... ¿No te causa un verdadero calofrío sólo de pensar en ella?

–Sí y te obedezco, Marul. Un día nuevo empieza.

Hubo un silencio largo. De pronto la miré. Pensé:

“¿Quién y qué será Marul?

Como una flecha atravesó mi mente el II Pilar, el de Lorenzo Angol y de Lumba

Corintia. Llega un momento en que él le escribe. Yo hago lo mismo ahora. Luego pasó Guni por mi memoria. Nuevamente se presentó Lorenzo.

—¡No, no! —grité—. ¡A tí me entrego, Marul!

Me miró sonriendo siempre:

—Conéctate. Escucha. Piensa en esta Tierra... Si ella te hace caer demasiado, piensa en Cristo. Nada hay sin razón de ser.

—¿No crees tú que ya es tiempo de que algunos artistas cumplan su apostolado internándose en sí mismos para oír esas voces? Es la única misión que tienen los artistas. Otros que vayan al público. Ojalá llevando ecos de esas voces.

Me sentía atraído por las palabras de Marul. Era la sensación de lanzarme a un precipicio. Era empezar todo de nuevo. ¡La unión con el reino del arte! Camino hacia el silencio...

No sé en qué punto Marul me había colocado. El hecho es que veía al hombre de hoy sin pasado y, lo que es peor, sin futuro. No mantenía la voz de esa campana. Se conectaba con el público; de él recibía las órdenes; a él lo seguía; a él le traducía su subconsciencia, subconsciencia vaga, nebulosa, apenas dibujada. Era el público el que oía el tañer de la campana y, al oírlo, se perturbaba un poco, casi nada. Entonces el artista lo atisbaba y le ofrecía un calmante, una obra. No, no debería ser así. Veía ahora una enorme campana; veía al público oyéndola de una oreja, nada más; veía a los artistas mirando ansiosos a este público para hacerles una explicación de lo que ellos nunca habían oído... ¿Sería posible que la cosa fuese así?

Marul me decía:

—Tú has leído a Ouspenski. Sé que te gusta, sé que lo has meditado mucho. ¿No es verdad?

—Sí, me gusta y lo he meditado —respondí— pero no tanto como para creerme un sabio en esas materias.

Al mismo tiempo me pregunté:

—¿Cómo sabrá Marul que he leído y que me ha gustado Ouspenski?

Siguió Marul:

—Acuérdate entonces de lo que dice: “Sabemos que los acontecimientos de hoy fueron los sentimientos y las ideas de ayer; que los acontecimientos de mañana están forjándose hoy en la irritación de alguien o en su hambre o su sufrimiento; que ellos yacen en la imaginación de alguien o en su fantasía o en sus sueños”. ¿No ves aquí el reino del arte? ¿Una insinuación o una aproximación a él?

Quedamos un rato sin hablar. Yo sentía lo que ella iba pensando. ¿Qué era? Imposible decirlo; no lo podría decir. Oía en ella tan sólo el tañer de una campana.

—Dime, Onofre, ¿qué tiene que ver el hombre inteligente, la inteligencia en este poder de éxtasis? Son dos mundos aparte. Inteligencia y éxtasis.

—¡Oh, qué palabra es esta de “éxtasis”! Para mí ella no quiere decir nada ilógico, nada de trance ni pérdida alguna de nuestras facultades cotidianas. Es un sonambulismo despierto, un sonambulismo que toma una parte de nosotros, una ínfima parte, dejando todo el resto para siempre. ¡Nada de extraño hay en nosotros durante este éxtasis! ¡Nada! Ya te lo he dicho: se está escuchando un dictado.

“Se obedece.

“¡Ah, Onofre, se es feliz.

Nos separamos. ¡Oh, Marul, Marul! ¿Hacia dónde me llevas? Si tomo en serio tus

palabras, si me entrego a escribir siguiendo los tañidos de esa campana... ¡Todo un mundo que rehacer!

Caminé por la calle del Sumo Pontífice. Gente, gente y más gente. Después me paseé un rato junto al río Santa Bárbara. ¿Ir a ver a Rubén de Loa? Vacilé algunos instantes. Al fin me decidí.

14

Allí estaba nada menos que Zócimo Taltal, echado en un gran sillón, fumando su pipa y moviendo la cabeza como si ésta se encontrara flotando en un mar con oleajes ininterrumpidos. Me saludó con extrema seriedad; chupó la pipa; luego se dirigió a Rubén con tono adusto:

—Tenemos, amigo Rubén, que cambiar nuestro punto de vista. Ha cambiado la geodesia del mundo y de nuestros ojos. ¿Por qué? Por los aviones. Sí, señor, por los aviones. No los hay aún en suficiente número. Pero cuando los haya, cuando ya no quede ni un ser que no haya volado, entonces la geodesia será otra. ¡Sí, señor, otra la línea privilegiada entre los ojos y el mundo! ¿Cómo alguien va a sostenerme que hoy se ve como se veía antaño? Tenemos otro punto de vista por el hecho de volar. Secuela innegable: vemos de otro modo. Secuela innegable: ¡otros nuestros cuadros!

Rubén contestó:

—Si antiguamente hubiese habido aviación; si, por ejemplo, todos los caballeros medievales hubiesen tenido, en vez de un corcel, una avioneta; si los torneos hubiesen sido en los aires; ¿qué habrían pintado los pintores que los contemplaban y que los contemplaban encaramados en otras avionetas? Taltal, convéncase usted: salvo pequeñas perspectivas de más alto... habrían pintado exactamente igual a como lo hicieron. ¿Qué se pinta, Taltal? Lo que se pinta es el concepto que el hombre se forma ante el mundo y ante el universo. Los puntos de perspectiva no tienen importancia. El concepto profundo del mundo es el que prima. No hay más.

Zócimo Taltal se cogió su voluminoso vientre con ambas manos. Se le agitó más aún la cabeza y chupó y chupó la pipa. Zócimo Taltal es un viejo pintor de los buenos tiempos. No admite otra cosa más que la naturaleza bien pintada, bien copiada. Manifestó luego su descontento:

—No va usted a negarme la perspectiva. Gracias a ella hacemos la tri-dimensionalidad en un plano bi-dimensional. ¿Qué más concepto cabe en un cuadro? ¡Exagera usted, Rubén, exagera! Se entiende un cuadro bien pintado, con su perspectiva y todo. Ese concepto del mundo —entiéndalo Rubén— era la ignorancia la que lo dictaba. Ignoraban el punto de vista y cómo las líneas se alejan de nosotros. Hoy ya lo sabemos.

Rubén de Loa dijo con gesto grandioso:

—Zócimo Taltal, el que la perspectiva haya sido descubierta no es una causa; es un efecto.

“La causa está en nosotros, en el concepto que tenemos del mundo y del universo. Hubo quienes se dijeron que este mundo era perfecto, que era hecho a imagen de Dios. Era la idea que predominaba entonces. ¡Recogimiento ante esta idea! Vea usted cómo la perspectiva se pliega a este sentimiento. Usted llama a ello ignorancia... ¡No, mi amigo! La

ciencia no había puesto aún su mano en esta visión del mundo. El hombre debe hacerse científico... con el tiempo: ¡ya vendrá la perspectiva! Su descubrimiento será el efecto de una nueva manera de ver y de pensar.

"Siempre he creído lo mismo: se toman como causas los simples efectos.

"Piénselo, amigo Taltal. ¿No lo cree usted?

"¡Ah, ese mundo perfecto que vieron los primitivos! ¡Mundo perfecto según Dios! No existían entonces, Taltal, las posibilidades de descifrarlo ni menos de cambiarlo. ¿Quién iba a pensar en someterlo? Éramos nosotros los sometidos y éramos felices sometidos. ¡Qué bella sumisión! ¡Teníamos un amo y un señor! Nosotros obedecíamos. ¿Quería usted una rebelión? Pues allí la tenía sólo que con esta diferencia: era la rebelión en nuestro trato diario, era la rebelión en un pequeño círculo que se nos dejaba bajo nuestro dominio. ¡Nada más! Entonces, en ese pequeño círculo, matábamos, conspirábamos, matábamos. Afuera..., afuera seguía la Tierra y el Sol y la Luna y las estrellas. Nadie osaba dirigir su rebelión hacia esas grandezas. En ellas estaba el amo y señor. Él se encargaría de dirigir y ordenar los problemas trascendentes, de elevarnos a cumbres o de dejarnos de primer eslabón de la gran escalera, de velar por la constitución de la materia, por las condiciones sociales, por..., por el psicoanálisis de individuos, pueblos y razas. Era un tiempo ideal que no necesitaba perspectiva! ¿Para qué, para qué la necesitaría? Ninguna línea se iba al infinito. Quedaban todas ellas junto al contemplador.

"Zócimo Taltal, me imagino a menudo a un gran místico, a Fray Benito del Crucifijo, me lo imagino imbuido en un misticismo, más en otro mundo que en éste. Va el buen fraile a Santiago desde aquí, desde San Agustín de Tango. Va en carreta, va en tren, va en avión, va en un bólico veloz a 10.000 kilómetros hora... Vuelve a San Agustín de Tango. Vuelve a ir a la capital. ¿Qué expresará de estos viajes? Zócimo Taltal, expresará siempre lo mismo. Al menos mientras aviones y bólidos y demás no cambien el concepto de los hombres en general, en total, sobre este mundo. Mientras no lo hagan, no pasarán ellos de ser más que formas, formas..., ¿cómo explicarme?, formas decorativas agregadas al paisaje.

"¡Un auto, un avión...! ¿Y qué? ¿Por qué no una carreta? Una radio o... un retablo, ¡Eh! Serán autos y aviones y bólidos y carretas y radios y retablos como las cartas del enamorado: será siempre el cántico de su amor, la fe en la permanencia del amor. ¡El único tema! ¡No hay más! ¿El estilo? Será el estilo que nazca, como hecho superfluo, de ese concepto general del mundo. ¡Puros detalles anecdóticos! ¡Detalles decorativos que sobrecargan la obra, que más valdría evitar! Su perspectiva, Zócimo Taltal, no tiene tanta importancia como usted le atribuye, no la tiene.

Taltal chupó su pipa. Luego dijo:

—Como sea, amigo Rubén, pero el caso es... Bueno, ya hablaremos sobre el particular. En aquel cuadro (mostró una tela en un rincón del taller) usted ha hecho perspectiva. En fin... ya hablaremos..., con el tiempo. Por ahora quisiera ver sus dibujos, aquellos de que usted me habló hace poco.

Antes de meterme en dibujos, me despedí.

Tú, Marul, tienes razón. He oído el toque de la Campana en las palabras de Rubén de Loa; al mismo tiempo he sentido su silencio en las palabras de Zócimo Taltal...

Marul ha partido, se ha marchado a su fundo, a Taulemo. Haré como Lorenzo Angol hizo con Lumba Corintia: le escribiré.

Queda un vacío en este sitio.

Escribiéndolo lo llenaré.

Vendrá a San Agustín de Tango de cuando en cuando. Yo iré a Taulemo también de cuando en cuando. Por ahora, salgamos a ver qué da esta ciudad. Lo que dé será para ella.

Estoy inquieto, Marul, sumamente inquieto. Tú ausencia contribuye a ello, no puedo dudar. Es una inquietud rara: no sé quién soy, mejor dicho, hasta dónde soy. Déjame explicarme lo mejor que pueda.

Te diré, ante todo, que tú me apareces como una ficción. No siempre, Marul. Diría que siempre eres real, eres la mujer que he buscado continuamente. Pero de pronto y por algunos segundos, te evaporas y desapareces. Entonces viene la ficción de Marul.

Es esto el fruto de mi vida pasada, del rumbo que ella tomó desde aquel día en que Lorenzo Angol plantó en mi alma una semilla como respuesta a una pregunta mía, a la pregunta de qué debería escribir. Tú lo sabes; me respondió con una sola palabra, una sola: "Biografías".

Partí, pues, tras las biografías, de él y los amigos y amigas que me rodeaban. Tras las biografías llegué a Curihue. Pero te dije que me explicaría lo mejor que pudiera. Vamos por partes:

Partí errado, Marul. Una partida errada tiene, allá en su fondo, un punto de llegada falso. A este punto me encaminaba y, tal vez, me encamino aún. Ha habido siempre, en mi vida, llamados al orden, llamados a enderezar las líneas que se desparramaban, que se iban a objetivos no fijados por mi conciencia.

Recuerdo ahora, y te pido que recuerdes, el Día Uno de mi estadía en Curihue, el 4 de marzo de 1927. Es sólo un ejemplo pero un ejemplo significativo. Converso con Teodoro Yumbel sobre los roperos que se han mezclado, que se introducen en mis biografías: el de Lorenzo con Chinchilla dentro; el de Yumbel con la imagen de Clarisa dentro.

Un afán, una inclinación me golpea al disertar sobre esto: es el afán o la inclinación que se ha sentado en mí de buscar, a todo momento, un doble. Un personaje no me aparece solo. Solo me es algo amputado. Necesita, para completarse, otro ser al lado que haga las veces de contraparte. Así encontré a Rosendo Paine y lo puse con Lorenzo, lo pegué a él. Luego me aparece Teodoro como contraparte de Lorenzo y trato de pegarlo, de que funcione como contraparte. Le dije entonces:

-Cada humano lleva *su otro*.

Me dirás que es un sistema de hacer biografías. Bien. Pero aquí hay más que un sistema, hay, te lo repito, un afán que se impone. Por eso me pregunto si en él no está escondido el afán de buscar mis recuerdos pasados.

Por lo demás como sistema no se mantiene, no se defiende. Lorenzo mismo, allá en

Curihue, me lo rebatió y lo deshizo. Se mofó de los personajes Lonquimay-Longotoma como se mofó de sí mismo con Rosendo. Me dijo que ciertas coincidencias o ciertos recuerdos en la vida de ellos, los elevaba yo a categorías de prototipos. A éstos me aferraba y con ellos construía cuanto escribía.

Mis recuerdos pasados... Sí, Marul, hay algo que se me ha impuesto, hay algo que es una vivisección de mi propio ser cuya apariencia es ese trabajo literario que emprendí.

Recuerdo cuando le dije a Lorenzo:

—Hay algo equivocado. En alguna parte se empezó al revés. Porque no es así, no es así, no puede ser así.

Pensaba yo en que todo esto de biografías y demás era sólo una inmensa equivocación, algo que resbalaba sobre una verdad interna que, a veces, de cuando en cuando, trataba de mostrarse.

Fue entonces cuando Lorenzo me habló de los tormentos que azotan a un hombre, de los tormentos que están de acuerdo o no lo están con la persona azotada. Los de Baldomero Lonquimay están de acuerdo; los míos, no lo están. El radio de conciencia de Baldomero llega hasta el terreno donde ellos se hallan; el mío no llega. Ellos, desde un sitio para mí nebuloso, se filtran hacia mí.

Tal vez aquí está la causa de muchas neurosis.

Marul, Lorenzo me ha dicho más de una vez:

—Tienes tú, Onofre, enormes vacíos que llenar.

Es esto, Marul, Marul mía, una prueba más de que mis tormentos vienen de fuera, de fuera, de muy fuera. Por eso me llaman. Por eso me vuelvo hacia ellos y... desaparecen. Desaparecen como tú. Sólo que ellos tardan tanto en volver a presentarse con su llamado.

Cuando Lorenzo me habló de estos vacíos, negué. ¿Qué vacíos había en mí? Los había, sí, como los hay en toda persona pero no se me podía singularizar por ellos. Después medité. Era verdad. Vi, a lo lejos, ese sitio de donde venían esos llamados. Los llamé "golpazos". Venían estos golpazos de algo que fluctuaba entre mi conciencia y un más allá.

Es inmensa esta pujanza de los recuerdos por aflorar. Ella se presenta, creo, en la mujer inexistente. Ella la lleva. Por eso la buscamos tanto a esa mujer. Al fin aparece como has aparecido tú. Los hombres, como por acto de prestidigitación, olvidan el mensaje que ella trae y... aman. Yo no lo olvidé, mi Marul. Leeré tu mensaje.

¿Tu mensaje? ¿La mujer inexistente? Resuenan en mí dos nombres: Bárbara y Colomba. Resuena en mí el recuerdo de aquel drama, hace ya dos años, del chino Fa, *Don Fidey de Comiso*, el recuerdo de aquel estallido común de celos que nos inundó a todos los asistentes, cuando quisimos matar y matar. Tú conoces esta escena; te la he contado. Pero no te dije contra quiénes mis instintos iban dirigidos.

Marul, ellos iban en contra de dos mujeres, de Bárbara y Colomba, que han de aparecer, que van a aparecer en mi vida y en un fondo en varios, en muchos años más. Bárbara está de negro, Colomba está de... ¿Qué más da la manera como estén ataviadas? Son para mí, hoy, el futuro. Lo son como lo fueron aquella noche del drama.

Luego el tiempo no existe.

O hay aquí una mezcla de tiempos para mí inexplicable.

Prueba de ello es que en Curihue vi, un día, a Perquenco Zapallo, lo vi pasar... Y luego, el último día de mi estadía allí, vi sus funerales.

Hasta que volví a mi casa con Isabel, a mi casa de Lastarria.

Allí medité, medité mucho. Al fin escribí:

"Algo había en mis biografías que, aparte de los problemas propios de ellas, no andaba bien, algo que parecía asemejarse a un recuerdo... ¿Qué?".

Luego anoté:

"No está pasando ni ha pasado nada".

Ya lo ves, Marul: Un recuerdo y... no ha pasado nada.

Luego apareció *El Unicornio*, mejor dicho, apareció esa vez que entré, en Curihue, al oratorio y lo vi. Aquello que yo había escrito *basándome en mis recuerdos personales*, que había sido una historia real. Sin embargo —te lo repito ahora como ya te lo he dicho— nada de lo escrito ni descrito en ella, en esa historia, lo había jamás vivido. No había duda: en mi vida había existido, desde que Lorenzo me dijo: "Biografías", un caso de desdoblamiento, de doble personalidad. Supe entonces, como ahora lo sé, que "mi vida pasada no había sido como yo la creía sino que actuaba además en ella el reflejo de una vida ajena".

Como ves, Marul, me cuesta delimitar esta vida. Ello me lleva a una inquietud espantosa. Hay otro ser que se mezcla en mis recuerdos dándome los suyos. No sé, Marul, no sé qué he vivido yo, qué ha vivido el otro ser.

Creo a veces que han terminado mis buenos momentos de ocio. No obstante salgo, voy a un lado y a otro, y la vida me aparece llena de interés. Hasta que...

Te repito, Marul: estoy inquieto y esta inquietud me lleva a una profunda tristeza.

¡Salgamos, salgamos!

¡No hablemos más de estos golpazos!

He venido a San Agustín de Tango con un propósito firme: aclarar mis biografías. Sé, Marul, que ya a Lorenzo no le interesan, que el convenio que habíamos hecho ha quedado reducido a nada. Pero, a pesar de todo, me afirmaré en ellas para escribir. He empezado. Debo seguir.

Me he encontrado frente a los edificios de la Ulpif. ¡Qué grandes, qué inmensos son! Los veo de lejos. Sé lo que dentro se labora, sé de cuántas búsquedas y de cuántos sinsabores son testigos. Sé, también, de sus triunfos. No hay duda, Marul, admiro a toda esa gente que allí trabaja. Sólo que hay un punto frente al cual no los entiendo: es cuando hacen filosofía. ¡Qué afán de salirse de sus casillas! Al salirse dejan, diría, estrepitosamente abajo su campo de investigaciones. ¿Te das cuenta de lo que es una filosofía? Es, por lo menos, divisar los otros mundos que están fuera, que están más allá de nuestros sentidos. Pues bien, con el estudio de lo que cae bajo estos sentidos, y nada más que con él, quieren abarcarlo todo, quieren hacerlo penetrar todo en esta sección que ellos conocen e investigan. En materia filosófica, te lo confieso, me estoy inclinando cada vez más hacia un rito que no veo otro nombre que darle: un rito oculto. Por ahí tiene que estar la cosa. El libro de que hemos hablado me ayuda enormemente en este sentido. Hablo de Ouspenski, de *Tertium Organum*. Desde él, desde allí, se ve la filosofía de los científicos como un ave a la que se le hubiesen cortado las alas: intenta volar, agita lo que de alas le queda; no lo logra. Entonces proclama, a voz en cuello, que volar es... agitar las alas. ¿Quién va a negarlo? Pero falta la elevación por los aires.

En fin, Marul, son éstas tan sólo ideas mías. Hoy no pensaba en ellas; hoy miraba los edificios y con esto me contentaba. Al fin entré. Me dirigí al gabinete del doctor Pitrufluén. ¿Sabes en qué lo encontré? Pues revisando un viejo cuaderno. ¿Sabes qué había escrito en él? Nada menos que un diario, un diario del mismo doctor.

Me dijo Pitrufluén a propósito de su cuaderno:

—¿Conoce usted, amigo Borneo, los versos de Jorge Manrique sobre el pasado? Dicen

ellos que "...cualquier tiempo pasado fue mejor...". ¿Lo cree usted? Para saberlo, a ciencia cierta, es conveniente hacer, de cuando en cuando, un pequeño diario, marcando bien y con toda claridad, los hechos y las preocupaciones cotidianos. Escribirlos al día, amigo. Se verá, entonces, qué de cosas se cernían sobre nosotros, qué de cosas negras, negrísimas. De contragolpe servirán ellas a ayudarnos a ver nuestros recuerdos, lo que hoy vemos como mejor. Verá usted que esto no lo hemos anotado. La tónica de la vida se elabora fuera de lo que diariamente hacemos.

Luego, charlando, salimos y nos dirigimos a la Taberna de los Descalzos. Aquí nos sentamos en una mesa en que estaba ese hombre inefable de Romualdo Malvilla con su trago frente a él. Lo acompañaba otro "ulpifiano" (¿no cree usted que hay que llamar así a los hombres que algo tengan que hacer con la ciencia?), el ulpifiano Evaristo Gultro.

Tomaba éste café con leche. Frotándose las manos le había dicho al camarero que quería "un café con leche a la chilena". Fue lo bastante para abrir en Malvilla la elocuencia. Dijo éste que cada día había allí un cliente que pedía un café con leche según su nacionalidad: "a la española, a la francesa, a la inglesa, a la peruana, a la alemana, etc. y etc.". En medio de su excitación alcohólica esto lo llevó a conclusiones generales sobre el "cretinismo humano" y, por encima de todo, sobre el "espíritu chovinista, espíritu de separación regionalista en vez de humana unidad". Tales fueron sus palabras. De más decirte que esos cafés "nacionalistas" son todos iguales. Es lo que a Malvilla saca de quicio. Pero allí estaba el doctor Evaristo Gultro. ¿Lo conoces tú? Creo que no. Por eso déjame decirte dos palabras sobre él:

El doctor don Evaristo Gultro es médico y recibido. Su especialidad: psicoanálisis que, de ella misma, ya poco le ha de quedar. Es más bien una adaptación de nuestro profesor a las necesidades colectivas que él ve por todas partes. ¿Clientela? Claro está, la tiene en abundancia. ¿Su rostro y sus ademanes? ¡Seriedad! Es uno de los hombres más serios que jamás he visto. Es tan serio que escuchó en silencio y con aguda penetración las palabras de Romualdo Malvilla. El estado de semiebriedad en que éste se hallaba, lo pasó por alto.

Al primer silencio, el profesor Gultro dijo:

-¡No!

Tosió y luego agregó:

-Lo que hay en esas apelaciones con carácter nacionalista es un amor escondido, digamos la palabra, subconsciente. Es el amor subconsciente a la patria. Es un amor que se cierne por encima de las disciplinas idiotas y de los idiotas convencionalismos. Sí, señores, la patria. Veán ustedes esta expresión: "Madre Patria". En la subconsciencia, Patria y Madre forman uno solo. Esos modos de apelar el café con leche que con tanto acierto nos ha citado usted, son únicamente expresiones de amor. En este amor, súpalo joven Malvilla, todos los pueblos de la Tierra se unen y todos confraternizan.

Entonces Romualdo levantó su copa, la acercó al facultativo y le dijo:

-Doctor, por el café con leche, ¡salud!

Todos brindamos. ¡Gran sorpresa! Vaso en mano brindaba también con nosotros Desiderio Longotoma. No sé por dónde había llegado pero ahí estaba. Imagínate ahora una tertulia con Longotoma y con Malvilla medio borracho... El caso es que nuestro profesor Gultro se retiró. Longotoma, entonces, ofreció la comida, buena comida, rica comida. Enumerando los platos se frotaba las manos con velocidad inaudita. Malvilla impuso silencio y dijo:

-Yo sé lo que voy a comer. Quiero un lampone seguido de queso reblochón. De postre

quiero lúcumas. Nadie podrá decir que es éste un mal menú: lampone, reblochón y lúcumas.

—¡Bravo, bravísimo! —gritó Desiderio—. Me gustan los hombres a quienes el buen comer les entra, ante todo, por los oídos. Esas tres palabras son un poema. A mí me entra por los ojos. ¡Camarero! ¡Un conejo en salsa tricolor! Sólo de mirarlo...

—A mí, el paladar —dijo Pitrufluquén—. Debiera decir la lengua porque es en ella donde radica el sentido del gusto; no en el paladar. Hoy es día de charquicán. Luego un queso chileno. Hoy es día de cosas del país, día de amor a la patria, aunque no sea más que como recuerdo del profesor Gultro.

—¡Bravo, bravísimo! —volvió a gritar Desiderio—. Un charquicán de la patria... ¡Estupendo!

Yo me incliné a Pitrufluquén y pedí también un charquicán y un queso chileno. Comimos.

Desiderio Longotoma llevó el alto en la conversación. Romualdo Malvilla lo acompañaba con frases cortadas.

¿De qué se habló? Marul, se habló como se habla en una comida corriente: de esto, de aquello, de lo de más allá. Recuerdo que Longotoma dijo, no sé a propósito de qué, que él conocía a un zapatero, aquí en San Agustín de Tango, que era pianista. Malvilla, al oírlo, despertó de entre su plato y exclamó:

—Pues yo, amigo, conozco un pianista que es zapatero.

Luego Longotoma, al hablarse de aperitivos, explicó que ellos sólo servían para quitar el apetito. El doctor Pitrufluquén lo apoyó. Me vi obligado a preguntar, entonces, de dónde venía su éxito y que no se concibiera una comida sin ellos:

—Sí, sí —nos dijo Desiderio—, se propagan los aperitivos en forma inaudita. En mi próximo restaurante los habrá gratis, el primero, en todo caso, gratis. ¡Oh, cómo se los van a pelear! ¿Pelear? Sí, amigos, pelea en beneficio del propietario del restaurante, en beneficio mío. Porque he aquí lo que sucede: el aperitivo entusiasmo; del entusiasmo se da un paso más y sale uno de sus casillas. ¿Qué hace un hombre en una ciudad, a la hora del aperitivo, estando fuera de sus casillas? Sólo una cosa: ¡el restaurante! Las cuatro quintas partes, por no decir las siete octavas partes, de los que llegan a comer son gentes de aperitivos. ¡No hay más, señores! El negocio... ¡allí está!

Malvilla volvió a salir de su plato y dijo:

—Estupendo, Desiderio Longotoma. Ahora mismo diré al barman que venda, entre cóctel y cóctel, pastas dentífricas de anchoas, de paté, de sardinas y de cuanto haya, mezclados con alcoholes varios. ¡Sí, señores! Anchoas, paté y sardinas quedarán en la boca recordando la buena mesa y el alcohol empujando al restaurante, a su restaurante de usted, Desiderio Longotoma.

—¡Vivan los restaurantes! ¡Y viva el próximo mío! Es buena cosa poder comer a su gusto. Vengo del campo, de un fundo, queridos amigos, fundo de tres damas solteronas o que deberían serlo. Fui a comer buena comida campestre y a reposarme después. Pues bien, las tres damas me recibieron con la siguiente letanía:

“Los huevos y el chocolate hacen mal al hígado; la sandía y el vino tinto forman una piedra en el estómago; la leche es la causa de la tuberculosis; helados y cerveza atacan los riñones; el café deja sin dormir; la carne endurece las arterias; los cereales convierten los músculos en grasa; las frutas y legumbres producen el cólico miserere; el pan y el tabaco paralizan el corazón; todo alcohol revienta en el esternón; y miles de cosas más. ¿Qué va

usted a comer? Lo que es el reposo..., otra letanía: un baño después de las comidas produce congestión cerebral; la calefacción enchueca la boca e hincha las orejas; una ventana abierta nos da bronquitis; dos ventanas abiertas dan pleuresía; una ventana y una puerta abiertas dan pulmonía doble...; y más y más vaticinios horribles. Señores, me volví.

“¡Coma y repótese, Malvilla! La vida, aquí en esta Taberna, es un soplo.

Malvilla respondió:

—Cuando no está en el recuerdo la bella Alicia Bick. ¡Oh, oh, qué ojos tiene! Los he visto una vez, durante una hora, y eso me basta, me basta... para escribir un poema. Se los leeré, señores contertulios, se los leeré.

Sacó Malvilla unos papeles y leyó así:

Antes de someterme a mi trabajo, salí a caminar. Llegué al Zoo de San Andrés mientras los habitantes de mi casa quedaban haciendo gimnasia sueca.

A los pocos pasos me encontré con mi amigo el gran musicólogo Silvestre Tongoy. Me dijo:

—Quiero presentarte a una persona.

Y junto con decírmelo, apareció la persona de tras la jaula de los leones.

—Alicia Bick —profirió Tongoy.

—A sus órdenes.

—Tanto gusto.

¡Alicia Bick!

¡Oh! ¡Alicia Bick!

Perdón. He de decir mejor:

¡¡Oh, los ojos de Alicia Bick!!

Ojos azules, ojos verdes, ojos glaucos, ojos de ópalo.

¡¡Oh, los ojos de Alicia Bick!!

Ojos amarillos, ojos anaranjados, ojos de limón, ojos de agua, ojos de limón con agua, ojos de limonada... ¡Oh, las limonadas de los ojos de Alicia Bick!

Ojos tornasoles, ojos aceitosos, manchas de aceite de ojos sobre aguas estagnadas en ojos detenidos.

Llovía sin paraguas en los ojos de Alicia Bick. Corríame la lluvia a lo largo del cuerpo. A través del agua, eran los ojos de Alicia Bick dos amibas transparentes. Estaban los ojos de Alicia Bick en el fondo del Mar Muerto y olía el Mar Muerto a flor de té y sus olas de palo de rosa me mojaban los pies con lengüetazos de protoplasma de los ojos de Alicia Bick.

Y había un termómetro en cada ojo de Alicia Bick. Termómetros de mercurio, de mercurio escurridizo que entraba por los ojos míos y se derretía ahogando y matando todas las sífilis de mis éxtasis ante los ojos de Alicia Bick.

Y con mis éxtasis ya purificados por los chorros de mercurio de los termómetros de vidrio de los ojos de Alicia Bick, absorto masticaba yo, paladeaba y engullía los electrones de los ojos de Alicia Bick. Tenían gusto a nata, gusto a quesillos en una mañana de viento verdense balanceando una cascada.

Puse mi pañuelo en los ojos de Alicia Bick y oleó a agua de Colonia mi pañuelo y todo, desde aquel momento, fue ajenjo en los ojos de Alicia Bick.

Veraneé, entonces, mis primeros veraneos en los ojos de Alicia Bick, en las grandes, sosegadas, susurradoras playas amarillas de los ojos de Alicia Bick, veraneé hasta el primer sol nublado de mi vida, hasta el primer pañal, allá cuando aún no era.

Eran de semen los ojos de Alicia Bick.

¡Oh, los ojos de Alicia Bick!

Nevaba nieve azul en los ojos de Alicia Bick. Hacía frío, frío, frío. Pero pasaba el sol y caían naranjas de los ojos de Alicia Bick. Cesaba un rato el frío. Por las estepas de hielo tibio cantaba y entonces saetas de adoración ante los ojos de Alicia Bick.

Luego pasaba la luna y caían filigranas de piedras medievales de los ojos de Alicia Bick. Yo confesaba mis pecados, arrepentíame llorando y juraba pecar mil veces en los ojos de Alicia Bick.

Yentre tanto comía naranjas hasta la saciedad. Naranjitas con jugo de sol, con incienso de piedrecillas talladas, comía ojivas de ojos de Alicia Bick.

Ojos de Alicia Bick que siguen hacia arriba, se prolongan hacia arriba echando cabellos de oro. Ojos de Alicia Bick que destilan hacia abajo dientecitos que sonríen y senos duros con rosado.

¡Cuánto amé por muchos instantes las caderas que se moldeaban desde los ojos de Alicia Bick!

Ojos que, como raíces, echaban piernecitas, ojos hasta el suelo, ojos que hasta el suelo echan sangre caliente, la recogen, la resbalan junto a las sedas de las prendas y de las medias de seda, ojos empinados sobre los taconcitos que ellos echan para tocar el suelo y alzarse de él.

–Ojos de Alicia Bick, ¿vamos a una confitería a tomar helados de bocado con pasteles?

–¡Idiota! –sonó entre los dientecitos de Alicia Bick.

Entonces despedí a Silvestre Tongoy y, poniendo mi mano sobre los ojos de Alicia Bick, los cerré.

¡Oh, lo ojos cerrados de Alicia Bick!

¡¡Oh!!

Aplaudimos con vehemencia. Malvilla callaba con lágrimas, con verdaderas lágrimas.

–¡Vamos, hombre, vamos! –le dijo el doctor Pitrufquén–. Escriba usted otro poema y ¡santas paces!

Explicó Malvilla:

–Estas lágrimas son sólo en mitad por aquellos ojos. La otra mitad va dirigida a Trumencia Borneo. ¡La he olvidado! Ante esos ojos ha caído en olvido la muy bella Trumencia. No hay en este bello planeta ni en planeta alguno resistencia para... ¡Eh! ¡Ustedes me comprenden aunque no hayan visto los ojos de Alicia Bick! ¡Sí, sí! La muy bella Trumencia lo ha de comprender. Me perdonará.

Un silencio. Luego el doctor dijo:

–Me retiro, amigos. ¿Quedan ustedes aquí?

No; nos retiramos. Volví a la plazoleta Fray Tomate. La noche había terminado. Una noche más.

En cama pensé y pensé.

Marul, hice un recorrido del día de hoy, es decir, de esta carta. Es mi primera carta. No me negarás que he anotado cuanto he visto y cuanto he hecho. ¿A qué resultado he llegado?

Marul, ¡notas, notas y más notas!

El hecho es que el fondo, las “biografías” –le interesen o no le interesen a Lorenzo–, se escapa, se me escapa. Está él, a lo largo de mis escritos, reemplazado por cuentos, por cuentecillos. *El Señor Agacio, Al Margen*, aquellos *Polos*... Si vamos al pasado, igual cosa:

Pequeño Problema y ¡qué sé yo! El todo rodeado por disertaciones mías, por palabras a Guni y, nuevamente te lo digo, ¡qué sé yo!

¿Crees tú que debo seguir?

Es ésta la pregunta que me pongo a todo momento.

Pero, en fin, tú me has dicho que siga, que no desmaye, que anote cuanto vea. Seguiré.

Vamos, pues, a una segunda carta.

Partió mi carta a Taulemo. La puse en la oficina principal de Correos y Telégrafos. Entré en ella por la calle Fray Celeste y salí por la avenida del Ave María. Un mundo de gente. No encontré a ningún conocido. Esto me extrañó grandemente pues una de mis preocupaciones mayores, cuando era yo un niño, consistía en saber: "¿dónde conocen tanta gente las personas grandes?". Yo me paseaba por calles y más calles y, en verdad, no conocía a nadie. Veía a mi padre, don Eleuterio: no daba diez pasos sin saludar... Al fin descubrí el misterio: la gente grande se conocía en las oficinas principales de Correos y Telégrafos... Quedé en paz y me resolví a esperar la edad en que yo también pudiera entrar en dichas oficinas.

Hoy he estado en ellas. ¡Nadie! Lo único que sentí fue que parte de mí se iba a las casas acampadas de Taulemo.

17

He salido con Lorenzo. Te diré de paso, Marul, que noto a Lorenzo preocupado, mejor dicho, ensimismado. Tal vez vive más en Nueva York que aquí.

Fuimos al Convento de los Jerónimos. En la puerta del gran templo nos encontramos con Teodoro Yumbel. Salía presuroso y con la vista gacha.

—¿Qué te pasa, Teodoro?

Nos miró un rato. Luego nos dijo:

—La última llama que ardía en mí respecto a la Iglesia Católica, Apostólica y Romana se ha extinguido. ¡Ay, qué vacío siento! Yo era católico, mis queridos amigo, no un católico ferviente, pero contemplaba las iglesias como se contempla algo seguro: ahí está —me decía— guardado y esperándome el último y verdadero secreto. ¡Ya vendrá, ya iré yo hacia él! Ahora... ¡se acabó todo! Esa llamita que sólo consideraba de tarde en tarde, como se considera un simpático recuerdo de la niñez y como el foco que iluminará la vejez, esa llamita se ha extinguido.

"Hoy me confesé. Fue mi confesor el cura de Putaendo. Ustedes lo conocen. Es un hombre como todos, sarcástico a veces, severo otras veces. Parece preocupado de las pequeñeces del mundo pero cuando la severidad lo toma, ¡hay que verlo! Recordando esta severidad me acerqué a él.

Confesarme... Sí, amigos, es cosa que hacía una vez cada dos o tres meses. Experimentaba un verdadero alivio al despojarme de tantos hechos que se amontonaban sobre mí. Luego, durante la confesión, revivía la llamita, revivía llevándome a mi primera infancia, proyectándome a la ancianidad. ¡Oh, esa llamita! Ahora veo —vi, mejor dicho, mientras me confesaba— una mezcla de vela humeando de un humo que me envolvía y me ahogaba. Estoy desolado. ¿He quedado, entonces, sin nada? No, amigos míos. He quedado con otro problema que ha llegado a substituir a esa llamita. Es el problema de este disfraz que me

cubre, de este disfraz con número de identidad, que me acompaña y me acompañará siempre, desde mi infancia hasta mi muerte.

“Porque llevamos todos un disfraz, mis buenos amigos, todos. Naturalmente, me dirán ustedes, es indispensable llevarlo para poder circular por este mundo. Pero sucede que el disfraz se indentifica con nosotros y, al fin, a él lo seguimos, como él somos.

“Hoy se me ha caído el mío. He sentido la sensación de hallarme desnudo. De pronto me dije que otro, sí, otro disfraz reemplazaba al que se iba con la Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

“Me pregunté si sería un buen disfraz el que ahora llevaba. ¿Estará él, en este baile de la vida, como están los de tantos seres que conocemos? Pensé, no sé por qué, en nuestro profesor de ciencias físicas, don Aliro Gorbea. Luego, tal vez por oposición, pensé en don Ricardo Cortés Mandiola. Sí, no hay dudas, no las hay: a ellos, y a muchos más, el disfraz que llevan les va bien. O tal vez ellos lo siguen tan satisfechos que van, día y noche, expresando y representando sus modalidades.

“Vi, entonces, a Florencio Naltagua. Lo vi como el hombre sin disfraz, el hombre que ha logrado ser más allá de cuantas envolturas pueden cubrir a un hombre. Lo vi —¿saben como a quién?— como a nuestro viejo conocido de Taita Higuera. Porque en Taita Higuera no hay ropaje alguno. Es él, íntegramente, en cada ademán que hace. Y por oposición, nuevamente, aparecieron otros, como Gavino Cuncumén, el terrible revolucionario, el terrible ramplón. Ahí tienen ustedes un hombre que, a mí parecer, se le ha disfrazado con los harapos de la revolución; y él los sigue, los sigue... Total, mis buenos amigos, ¡harapos y harapos!

“Me vino, entonces, como una lluvia, una tempestad de disfraces. Pasaban gentes y más gentes frente a mí. Unos contentos con la vestimenta que les habían puesto; otros afanándose por coincidir con ella, con bien encajar en ella; otros, soportándola resignados.

“¿Y el hombre, amigos, el hombre? ¡Qué grande veía a Florencio! Sólo que no podía considerarlo con calma pues a su lado aparecía don Bartolo Traiguén, riendo, feliz con los harapos de hombre de negocios que lleva.

“¿Cuánto habrá durado esta visión de disfraces? Créanmelo: apenas unos segundos. ¡Oh, qué rápido es el pensamiento! Acabo, de abandonar el confesionario. Debe haber durado el tiempo que tardó el cura de Putaendo en darme la absolución. No creo que haya durado más. Y desde el confesionario hasta esta puerta he venido con la imagen de don Irineo Pidinco. Lo he visto queriendo deshacerse de sus disfraz de mago, queriendo vivir sólo para sus garbanzos. ¿No lo creen ustedes?

—Yo creo —repuso Lorenzo— que a don Irineo le vendría bien un traje de audaz mosquetero.

—No, Lorenzo —se apresuró a decir Yumbel—, no, no. Seamos modestos. Yo creo que la sapiencia que nos creó le ha dado a cada cual el disfraz que necesita aunque así no lo crea el portador. Para algo estamos todos disfrazados; para alegrarnos, para afanarnos, para soportar.

“Ahora sé que estoy desnudo, con un vacío enorme en mí. No creo, amigos, no creo más. Esta pérdida de fe ha venido a mí llena de las terribles tribulaciones de que le he hablado. Ahora sólo me toca ver qué ha reemplazado a esa llamita que se ha extinguido.

Se detuvo un instante. Luego exclamó:

—¿Por qué no hay alguien, hoy día, que me envíe a Venus?

Me atreví a preguntar al desdichado Yumbel qué papel había tenido el cura de Putaendo en esta pérdida de fe.

—¿El cura, el cura de Putaendo? —me interrogó intrigado—. No ha tenido ningún papel. Me confesaba distraído, por rutina. No debe sospechar que él fue el instrumento que sirvió para que aquello se explotara. ¡Entiéndeme, Onofre! ¡Entiéndeme, Lorenzo! Fue una visión súbita, repentina, que tuve al mirarlo. Por él se extendió, hasta los substratos de la religión católica, esta inmensa máquina de explotación que es la Iglesia. Me vi explotado, amigos, explotado y contribuyendo a que otros lo sean. Esta idea tiene que haber estado en mí. Hoy la he visto clara y nítida. El cura me escuchaba, nada más, y después me dio la absolución pensando, de seguro, en otra cosa. Yo me levanté y caminé hacia acá... con don Irineo Pidenco. Es todo.

Marul, así nos habló Teodoro Yumbel. Luego anduvimos por la iglesia. Al fin le dije: —No fueron tan horribles aquellos días de Venus. Debes haber lamentado a los personajes que tuviste la suerte de encontrar allá. Perder una fe es peor, Teodoro.

Reflexionó un momento para luego decir:

—Sí, es peor, horriblemente peor. Se ha roto un hilo inexistente... Se ha roto la ficción de un hilo... Esta ficción mantenía el equilibrio de mi vida. Ahora es la sensación, la sensación... —¿cómo decirlo!— de un hueco donde debería haber existido ese hilo.

—Pero ¿hilo de qué? —preguntó Lorenzo.

—Óyeme, Lorenzo; oíganme ambos —dijo Teodoro—. Uno se forma aquí en este mundo acumulando ideas y más ideas. Yo ya tenía un conjunto de ellas y con ellas me paseaba, con ellas seguía y seguía esta peregrinación que es vivir. Todas estas ideas han de conectarse con el otro costado. Tiene que haber un hilo, digamos si les parece, telegráfico que las tenga unidas. El otro lado es la religión. La religión es todo este misterio que aparece apenas nos separamos un poco, un poquitín, de las ideas que nos forman. El otro lado era para mí la religión católica. La sabía allí permanentemente. Allí estaba esperándome. Por el hilo en cuestión nos conectábamos de cuando en cuando. Creía yo firmemente que para llegar a ella tenía que formarme un grueso número de ideas que, una vez expuesto, recibirían su visto bueno y entonces... ¡adelante! El hilo nos conectaba, mis amigos. Sentía yo su trepidación.

“Vi, de pronto, que él no existía ni había existido jamás. Vi que esa fe mía era algo aparte, algo solo, sin lazo alguno que la uniera a ninguna de mis actividades. No era ella algo viviente; era algo petrificado. Era una idea, ¡qué!, un esbozo de idea que se me había inculcado y que allí había quedado. Esta idea o esbozo no coincidía con nada de lo mío. Por el contrario, contradecía muchos de mis principios. No sólo principios míos sino también los de los grandes cristianos. Esta idea o esbozo se desprendió, se deshizo y luego cayó. Cayó, pues, un mundo vacío. ¡Hay que ver, amigos míos, cuánto sitio ocupa un mundo vacío! Venus, con todo lo suyo, pudo amoldarse a mi mundo sin mayor esfuerzo. Pero un hueco... ¿cómo va a amoldarse?

“Un hueco... Debo llenarlo y llenarlo cuanto antes, con las vestimentas que llevamos. Sólo que no veo cuál es la mía, no la veo.

“Prefiero, por ahora, retirarme de esta iglesia. Iré al parque, iré a reposarme bajo los árboles. Disculpeme.

Teodoro Yumbel se nos separó. Lorenzo y yo quedamos en el inmenso templo de los Jerónimos. Es, en realidad, inmenso. ¡Y cuántas capillas, Marul, dentro de él! Intimida sólo el hecho de mirarlas. Sin decir palabra nos dirigíamos a la puerta cuando Lorenzo se

detuvo, me tomó de un brazo y me murmuró mostrándome a un hombre arrodillado en un rincón algo oscuro:

—¿No es don Olegario Cunaco?

Sí, Marul, era él. Don Olegario se postró hasta el suelo, luego elevó los ojos, luego se levantó. Nos pusimos en su camino. Nos reconoció.

—No sabíamos que era usted, don Olegario, hombre de prácticas religiosas.

—Sí, señores, lo soy—nos respondió—. Mejor dicho, estoy forzado a serlo porque mi caso es muy curioso. Para su remedio debo venir a esa capilla, concentrarme, orar, pedir y esperar. Al menos tales son los consejos que me ha dado un hombre que mucho sabe sobre estas materias, don Romelio Renaico. “Vaya usted—me ha dicho—al templo de los Jerónimos y prostérnese en la capilla de la Aceleración Vital”. Es lo que hago. Cada dos días me verán ustedes pasar unos veinte minutos de hinojos en ella e implorar, implorar, implorar.

—¿Una desgracia acaso...?

—No, señores, no cabe el nombre de desgracia a lo que a mí me acontece. Es así el suceder mío. Permítame que le explique mi caso y ustedes dirán si él puede llamarse una desgracia.

“Es el hecho, señores, que yo viví en la Lemuria, en el viejo continente, hoy desaparecido, de la Lemuria. Fui un lemuriano. Allí viví hasta avanzados años y luego vino la muerte. Pues bien, señores, desde entonces hasta hoy no había vuelto a encarnar en esta Tierra. ¡Qué quieren ustedes! Tal vez habré encarnado en otros planetas, tal vez. No lo recuerdo. Piensen, por lo tanto, qué salto es: Lemuria-siglo xx. Me encuentro desorientado, confundido. Me falta la larga, la larguísima experiencia que da el trato regular con esta clase de seres que aquí somos.

“Vean ustedes qué diferencia entre los demás hombres y yo, para qué decirles entre esos que se tildan de rápidos, de expeditos. Son éstos los de encarnaciones múltiples, la última de las cuales ha sido reciente. Se van de un sitio y vuelven al mismo sitio. Han dejado sólo por unos momentos la cuerda que tenían entre manos. ¿Qué puede costarles el hecho de volver a tomarla?

“Mi caso es justamente el contrario. Todo cuanto me acontece se me asemeja como algo con un sin número de puntas de cuerdas, todas ellas con un significado que yo ignoro. Entonces, antes de coger la una o la otra, vacilo. La gente dice que soy un hombre distraído; los más benévolos dicen que soy un “sabio”... Es proverbial la continua ausencia de los sabios; lo sé, señores. Pero ella es debida a que un extremo de esas cuerdas, de que a ustedes les he hablado, los ha tomado fuertemente. En mí es, nuevamente, lo contrario: la vacilación por cual tomar. ¿Cómo no he de vacilar? Si no sé, no cojo el resorte que a ustedes los mueve... El mundo entero, visto desde esta Tierra, me es como una gigantesca improvisación.

Así, oyendo a Olegario Cunaco, habíamos llegado a los corredores del Convento. Nos sentamos en un banco. Otra vez quiero decirte, Marul, ¡qué hermoso es este Convento! ¡Qué gran calma se respira en él! Y es una calma llena, llena de laboriosidad y de éxtasis, de paz sagrada y de terribles tormentos. Cunaco se sintió bien; respiró hondamente; luego sonrió.

—Señores—nos dijo al cabo de unos instantes—, voy a decirles a ustedes cómo veo mi situación. Permítanme que me ayude con un pequeño dibujo.

Tomó su cuaderno, un cuaderno de dibujo, y en él hizo el siguiente croquis: a un lado del papel, el izquierdo, un círculo; al otro lado, otro círculo; entre ambos, una estrella;

luego unió el primero de los círculos y la estrella con varias flechas que la indicaban, luego de la estrella trazó nuevas flechas que iban al segundo círculo. Lo miró y nos dijo:

—Así como esa estrella debería ser yo. Sé que de estrella nada tengo pero ella vino al papel. Si quieren la cambio...

—No, don Olegario —nos apresuramos a decirle—. Está bien. Siga usted.

—¿Lo creen? —nos preguntó—. Bien, esa estrella debería ser yo. Este círculo de la izquierda representa las encarnaciones del pasado; el de la derecha, las que han de venir. Es éste el caso de un hombre como todos. Escribamos ahora en el círculo izquierdo: “Remembranzas, Atracciones”. Es decir, que ese hombre está atraído por mil remembranzas que le vienen de su pasado. En el de la derecha escribamos ahora: “Intentos, Ansias”. Es decir, que ese hombre se siente inclinado a realizar cientos de cosas hijas de lo ya vivido y que al él se le imponen con fuerza ciega. Para mi caso este círculo izquierdo deberíamos colocarlo lejos, muy lejos, allá junto a aquel naranjo: las flechas que lo unen con la estrella se debilitan, se quiebran, desaparecen. Las de la derecha, entonces, sin tener qué las alimente, no existen, señores míos, no existen. Hay en este dibujo una estrella solitaria, sin apoyo.

“A eso vengo a la capilla de la Aceleración Vital, a hacer, a rehacer esas flechas que ustedes llevan sin saber, señores, y de las que yo carezco. Es un trabajo duro pero, felizmente, Romelio Renaico me da las fuerzas necesarias para llevarlo a buen fin. Sin embargo al principio...

“¡Oh, al principio fue difícilísimo! Los actos más insignificantes me aparecían llenos de puntas erizadas. Sabía yo que había una o que habían dos o más que sólo tenían el aspecto de puntas. Vacilaba, es natural, vacilaba. ¡El distraído, el sabio! Al fin escogía y... me equivocaba la mayoría de las veces. Hacía justamente lo que no había que hacer con la estupefacción de cuantos me veían. Por ejemplo: estaba de visita en una casa, acababa de llegar; otro visitante se despedía y partía. Me preguntaba entonces: “¿Deberé partir yo también?”. ¡Tribulaciones! A veces partía de inmediato; otras, me quedaba y me quedaba tanto rato que al fin llegaba a notar las insinuaciones para que me marchara. Al ir a mi casa me detenía siempre en una esquina. ¿Qué camino tomar? Había tres caminos más o menos iguales. No podía avanzar. ¿Por cuál de ellos irme? Me era necesario esperar la aparición de algún conocido que me lo indicara. Después de todo el camino de la derecha era un poco más largo. Varias veces me lo indicaron. Entonces lo adopté. Hasta que un señor me miró asustado y me hizo ver que, tomando el del medio, acertaba camino. Un bar... Todo el mundo sabía qué pedir. Yo vacilaba también. Si era después de comer, pedía un aperitivo; si era antes, un bajativo. Tuve que aprender de memoria la lista de bajativos y aperitivos. Cuando la supe al dedillo pedí un bajativo durante la comida con gran espanto de mis contertulios. En fin, señores, los casos son infinitos. Un tranvía... ¡Oh, esos tranvías! Ahora sé que van por líneas diferentes y que no importa que se desvíen un tanto porque la rapidez y comodidad que ellos otorgan compensa el hecho de tomarlos. Cuanto al dinero... ¡era algo atroz! ¿Pagar lo que se había consumido con un amigo o no pagar? A veces había que pagar; otras veces no había que pagar. Acepté pagar siempre. Entonces me decían: “Si ya está pagado, Olegario...”. Lo espantoso era que había que dar el dinero justo, ni un peso más ni un peso menos. Y una vez dada la cantidad justa, había que dar al camarero un 10 o 20 por ciento más... ¿Soy yo acaso un matemático para meterme en porcentajes? Los amigos que me rodeaban eran, todos ellos, matemáticos. Salíamos y ¡el problema de los tres caminos!

“Ahora recuerdo algo que he leído. ¡Ah, porque leo mucho, mis señores! Consejo éste,

también de Renaico. Es de Max Heindel, en su *Concepción Rosacruz del Cosmos*. Dice así: "Si supiéramos sin duda alguna que en un día más o menos remoto seremos transportados a un país donde deberemos vivir durante muchos años bajo nuevas y extrañas condiciones, ¿no sería razonable creer que si se nos presenta una oportunidad de saber algo sobre aquel país, por adelantado, la aprovecharíamos gustosamente? Ese conocimiento nos facilitaría el poder acomodarnos a las nuevas condiciones de vida que encontráramos en aquél".

"¡Ya ven ustedes qué memoria tengo para lo que leo! Gracias a Romelio Renaico, gracias a esta capilla de la Aceleración Vital donde imploro.

"Ahora bien, ¿qué gano con esta memoria? Creo, a veces, que no avanzo. Sobre todo lo pienso cuando veo que es enorme lo que ustedes saben sin saberlo. Es enorme lo que saben anticipadamente. Su crecimiento, señores, me hace el efecto de una serie de despertares. Es el ir reconociendo cosas ya sabidas, cosas que están en ustedes. Les basta una de las tantas insinuaciones que a cada momento da la vida. Esto basta. Esas cosas se incorporan en ustedes, sí, se incorporan. Romelio Renaico me ha asegurado que así es. ¿Se dan cuenta, señores, lo que es carecer de todo eso que ustedes saben por milenios?"

"Por ejemplo: yo leo, como les decía, lo más que me es posible. A menudo esto calma mis tribulaciones. Tomo un libro y leo. El autor sigue hablando con igual tono, con igual serenidad. Mis hondas tribulaciones no lo han afectado; sigue como si tal cosa; y esto a cualquier hora que se abra el libro. "¡Bravo!" –me digo–. Voy y comunico este hallazgo a mis relaciones. Me miran y me contestan: "Ese autor murió ya hace varios años". Quedo perplejo. No atino a resolver. Porque si el autor ha muerto... ¿cómo es que sigue hablando?"

"Caigo en nuevas tribulaciones. Me digo que soy yo acaso como un abogado sapientísimo que sabe los códigos de memoria, que, gracias a su sapiencia, salva una difícil situación y que... sencillamente ignora que el café y el trigo son vegetales y que la carne viene de los vacunos.

"Y ahora me van ustedes a permitir, señores, que me atreva a hacerles una pregunta: ¿es ya la hora en que debemos retirarnos de este Convento?"

–¡Oh, no! –respondimos al unísono–. Podemos quedarnos aquí cuanto rato queramos.

–¡Cuanto rato queramos! –exclamó sorprendido don Olegario–. Curioso, curioso... –dijo luego sumido en hondas preocupaciones.

Marul mía, te diré ahora que yo no había pensado nunca en esta cuestión de las encarnaciones, es decir, que nuestro don para ser alertas, para ser expeditos, venía del mayor o menor número de encarnaciones y de la distancia que de la última nos separa. Fue lo que le dije a Lorenzo Angol apenas nos separamos de Olegario Cunaco. Lorenzo me miró con un cierto aire malicioso.

–¡Qué afán tienes –me dijo– de aceptar las cosas sin causa alguna que las origine! Veías claro: los hombres alertas y los hombres tardos; ¿no es verdad? Te contentabas con hacer esta clasificación. Pero, ¿por qué los hay tardos y alertas? Esto no tiene que ver con la inteligencia. Olegario Cunaco te ha dado una clara explicación. Acuérdate ahora de este consejo mío: toda explicación es buena, es exacta, si no hay otra más amplia con que reemplazarla. Yo, mi querido Onofre, había pensado en los hombres y en sus encarnaciones. Ahora estoy contento al ver que mi teoría calza y se confirma en la práctica. Pensaré más a fondo en este problema.

Estábamos, en ese momento, en la puerta de los jardines de los Jerónimos. Marul, ¡el cura de Putaendo que entraba atolondrado!

—¿Qué le ocurre, señor cura? —le preguntamos.

—Nada, nada —nos respondió—. Son aquellos bellacuelos, aquellos colegiales granujas (en realidad unos chicos se alejaban por la plaza del Monaguillo) los que, a veces, me sacan de quicio. Me dicen como, al fin, se me debe decir: el cura de Putaendo. ¿Importa esto? ¡Ah, señores, depende, depende! ¿Saben ustedes de qué? ¡Del tonito en que lo dicen! Sí, señores, porque las palabras no son más que vehículos para que se transporten los tonitos. Es así la cosa: los tonos son todo, son el espíritu, son el alma que adquiere la palpabilidad al incrustarse en las palabras. Y esos granujas...

Siguió el cura por entre los árboles.

Es verdad, Marul, ¡el tonito! No pude impedirme de decir a Lorenzo:

—En las artes es igual. El tono con que algo se dice juega un gran papel. ¿No has oído hablar de los artistas cuyas obras tienen un “contenido social”? Es cuestión del tono, del tonito, con que se digan estas graves palabras: “contenido social”. Pero los artistas lo ignoran, lo dejan de lado.

Lorenzo me respondió:

—Es la vanidad de las palabras. Acuérdate de lo que dice Hamlet: “*Words, words and words...*”. Podría hacerse un tema de fondo con estas palabras y, sobre él, un estudio sobre el tonito. ¿No lo crees tú?

Seguimos. Caminamos por la calle Sursun Corda. No habríamos hecho veinte pasos cuando apareció, súbitamente, como brotado de los muros, Baldomero Lonquimay. Venía el hombre, al parecer, furioso. Se detuvo frente a nosotros. Nos dijo:

—Vengo de refocilarme bajo las sombras que a bien tiene prodigarme el abeto de mi patio. En ellas tejí las meditaciones sobre los himenópteros que guardo bajo mi techo.

—¿A qué conclusiones ha llegado usted? ¿La causalidad...?

—¡Silencio! La causalidad yace aún entremezclada con esas mis meditaciones. Ahora reposan junto al abeto. ¡Otro tema me guía, otro tema!

—¿Y es él?

—Mi propia anatomía. Sólo hay un hombre en este mundo que, en vez de hígado, posea una hidra, una inmensa hidra de sólo un ojo circular e infinito cual el firmamento. Ese hombre soy yo.

—Entonces, ¿la medida del tiempo...?

—¡Esos son conceptos, son lucubraciones de cerebros no bien ajustados con la realidad! El hígado es un escarabajo, nada más que un escarabajo, junto a esta hidra que me devora y que frenética me impele. ¡Adiós, mancebos, adiós! La hidra me empuja hacia otros mundos.

Y el hombre desapareció, inmenso, envuelto en su capa española y bajo su sin igual chambergo.

Aquí va, Marul, mi segunda carta. Déjame sonreirme: No me dirás que no acumulo notas y más notas. Veamos: notas sobre los “golpazos” que recibo de cuando en cuando; notas sobre el doctor Pitrufuquén; sobre Romualdo Malvilla y el doctor Evaristo Gultro; poema sobre la desconocida Alicia Bick; notas sobre la pérdida de fe de Teodoro Yumbel; sobre la falta de encarnaciones de Olegario Cunaco; sobre el nombre del cura de Putaendo; sobre los problemas que acosan a Baldomero Lonquimay.

¿Qué más puedes pedirme? Lo sé: una carta que sea la N^o 3. Me fijaré bien en cuanto suceda a mi alrededor y la carta N^o 3 saldrá, Marul, saldrá.

Carta de Taulémo, carta de Marul. La copiaré exactamente. Es escrita antes de recibir las mías. Mejor. Así se habla de otros temas.

Onofre, quiero hablarte sobre un asunto que me preocupa. Vas a oírme bien y vas a pensar en lo que te digo.

¿Quieres que hablemos sobre el amor? Ya veo que, con sólo esta pregunta, vas a partir hacia un terreno que no es. La palabra, sólo la palabra "amor", es tan grande que forma la base de nuestra vida, que es el móvil que aquí, en el mundo, tenemos. Pero debemos explicarnos primero.

He meditado mucho sobre el amor. Es uno de los puntos que me dirigen, que me guían y uno de los que me hacen diferente a los demás seres. Escúchame:

Tú, Onofre —como todos— obedeces a una fuerza que no vacilo en llamar brutal. Esta fuerza te lleva hacia la mujer. No tienes más que recordar tu pasado: Guni, ¿recuerdas?; en Curihue tu amor por Jacqueline; no hablemos de Bárbara y Colomba; ahora parece que estoy yo. Siempre hay una. Esta fuerza, no lo niegues, está sometida al deseo y, digamos claro, al deseo sexual. Quitas el deseo sexual y verás cómo cambia la cosa, cómo, de inmediato, el sentimiento que te embarga se asemeja a una amistad. ¿No es verdad?

Ahora bien, esa atracción sexual tiene su paliativo. ¿Cuál? Los hijos; no hay más, los hijos. Que tú quieras o no quieras tenerlos, que siquiera pienses en ello o no lo pienses, nada de esto importa. El paliativo allí está. Lo encubre todo. Es él como un justificativo. Teniendo este justificativo se va hacia adelante. El amor sexual lo inunda todo. Es siempre así; así obran ustedes y casi, casi todo el mundo. ¿Me entiendes bien? Hay una fuerza, una fuerza inmensa, para conseguir un fin pequeño. No llamo, no, pequeño el hecho de procrearse. Es la desproporción lo que me choca: tanta fuerza para algo que con una mera insinuación de la misma bastaría. Entonces me pregunto:

¿Adónde va el resto de esa fuerza? ¿Qué se hace?

Quisiera que pensaras sobre esto, que pensaras en la inmensa fuerza que tienes entre tus manos. ¿No ves, acaso, que toda creación, toda comunión con un mundo superior es hija del amor? Pero necesitamos apoyarnos en algo. Tómame, Onofre, como el punto de apoyo. Desde mí, construye, crece.

Pienso, a veces, en un mundo sin amor. ¡Qué miseria, qué desolación! Y pienso también en lo que oí decir cierta vez: la pobreza de nuestro idioma pues tiene una sola palabra para indicar algo que lo mueve, que es su base: el amor. ¿Por qué no hay muchas palabras para distinguir sus matices? Desde la inclinación placentera hasta la abnegación, pasando por la sexualidad... ¿Puede todo esto caber en una sola denominación?

Sí cabe y cabe perfectamente. Hacemos tantas diferencias porque sólo tocamos los extremos de un mundo, de una unidad; tocamos las puntas, a nuestro parecer, ya diferenciadas.

Ahora he de decirte algo que creo con fe absoluta:

No hay prueba mayor que este reconocimiento de la unidad del amor. Es decir, la prueba mayor está en someterse a esta unidad. Y una vez sometido a ella, ¡darle su amplitud!

Piensa, Onofre, busca. Y verás, de pronto, que el amor es uno, nada más que uno. Es el reverso de los instintos de aniquilación, de los de odio. ¿No lo ves? Esto —del anverso y

reverso— todo el mundo lo sabe, parece un lugar común. Es que se trata de algo más: se trata de que veas el mundo entero con sólo esos dos principios, eliminando todo el resto. No hay más para los humanos: amor y odio. O los mueve el uno o los mueve el otro.

¿Qué hacemos la mayoría? Porque no me vas a negar que es raro encontrar un ser que sea todo amor o que sea todo odio. Lo que hacemos es balancearnos entre esos dos extremos, balancearnos tendiendo siempre hacia el odio. ¿Es demasiado nuestro odio, se nos va a criticar? Entonces vamos hacia el amor, vamos a él hasta aplacar las iras posibles que despertemos. No hay más, al menos yo no veo más.

Pero ahora me siento algo confundida. No logro expresarme bien sobre estos puntos del amor y de su reverso el odio. ¡Es tan difícil verter a letras lo que uno sabe de memorial! Prefiero hablarte de otras cosas.

Me dijiste, la última vez que conversamos, que te aburrías, que sobre toda tu vida pesaba un inmenso aburrimiento, que tú trabajo era como buscar algo que lo ahuyentara, que no era un impulso directo y sano hacia la obra. Recuerdo que terminaste diciéndome que el mundo te era pequeño, que ya en él no existía un sitio donde quisieras vivir y trabajar con entusiasmo.

¿Por qué tales sentimientos, Onofre?

En algo estás desentradado. No has tocado el fondo vital de la cosa. Hay un desequilibrio en ti. Porque, en verdad, en tí hay un anhelo, y muy grande, por realizar tu obra. Y este anhelo te aparece, de pronto, como un peso, casi como una maldición.

¿Por qué? Me lo pregunto y te lo pregunto. Pero es ésta una pregunta hecha en vano. Tú no lo puedes saber. Yo lo presiento apenas. Tal vez llevas contigo algo insatisfecho, algo que ya debió haberse cancelado hace tiempo, hace mucho tiempo. ¿En otra encarnación? Seguramente. Porque no es normal ver la vida a través de un velo gris.

Onofre, no es normal luchar *para* vivir. Lo normal es vivir, vivir plenamente, y entonces, sí, luchar.

Pero ese recuerdo nebuloso del pasado, del lejano pasado, se antepone entre ti y la vida. Cada paso que quieres dar hacia adelante es retenido por un llamado hacia atrás.

Voy a pensar sobre esto. Voy a fijarme bien.

A propósito: ¿Recuerdas cuando hablamos de Fra Angélico? Quiero aclararte algo sobre ello. No he querido decirte que el hombre debe trabajar encerrado como Fra Angélico. ¿Cómo *debe* trabajar? Es esto algo que nos sobrepasa. No voy yo ahora a dictaminarlo. Poco a poco lo veremos. Por ahora creo que es suficiente decirte lo que sigue: Debe trabajar —todo hombre que estime, en verdad, su trabajo— como partiendo de la base de que lo que hace es en contradicción de las "firmas". Lo hablado con Vitelio y con Rubén, lo que ellos decían de las "firmas". ¿Lo tienes presente? Debe trabajar como insinuación y como comienzo de una nueva era. ¡Qué grande veo esta nueva era! ¡El trabajo anónimo! Después de hecho, ya podrás firmar cuanto quieras. Pero no empezar con la firma, Onofre, por Dios; no empezar con ella. Debes zafarte de este momento. ¡Záfate de él! Sé altruista en la eternidad del hombre. Sé altruista en el hecho de no darle tanta importancia a *este* momento.

Me dan ganas de hacer una imagen literaria:

Trabaja, Onofre, como un pájaro canta.

Y creo que es bastante con lo que te he escrito. ¿No lo crees tú también? Tienes en qué pensar. Otro día seguiré. ¡Adiós!

He recibido tu carta, Marul. Entiendo perfectamente cuanto en ella me dices. Pero déjame meditarlo y meditarlo mucho. Empezaré escribiéndote como si no la hubiese aún recibido, empezaré escribiéndote sobre lo que he hecho y he visto.

He estado con Lorenzo en casa de Rosendo Paine. Nos encontramos allí con dos chilenos que acababan de llegar de Europa. Eran ellos Ubaldo Masafuera, el crítico de arte, y el abogado Waldo Caracoles. Tú sabes, además, que Rosendo es un ferviente admirador de Europa y que se halla aquí siempre como de paso. ¿Tema de lo hablado? ¡Ni para qué decirlo! ¿Dónde se vive mejor? Los tres –Rosendo, Ubaldo y Waldo– estaban de acuerdo: ¡en Europa!

Yo escuchaba y nada más.

Cuando ya parecía un hecho innegable que la vida en Europa era mejor que la vida en Chile, Lorenzo habló. ¿Sabes qué dijo? Pues que en todas partes la vida es igual, sencillamente igual...

Pero déjame explicarte su argumentación:

Según Lorenzo –cosa extrañísima– todo depende, únicamente, del dinero que se tenga en el bolsillo. Nada más. Aquellos que lo tienen en abundancia, vivirán bien; aquellos que lo tienen medianamente, vivirán en forma mediana; los que no lo tienen, no vivirán. Esto en Chile como en Europa. Ubaldo saltó aquí y dijo que allí estaba, justamente, la principal diferencia y ventaja del viejo mundo pues en él existía ese maravilloso conjunto de museos y de antigüedades. A este conjunto puede ir cualquiera.

Lorenzo se rió. Luego alegó así:

–¿Conjunto de museos, conjunto de antigüedades? Oye, Ubaldo, a ese conjunto –que es un mundo aparte– los que tienen dinero ¡maldito lo que les importa! Viven fuera de él. Cuanto a los demás... A él va gente sacada de cualquier grupo, sean ricos, sean medianos o pobres. A él va gente guiada por otros objetivos. Y, créeme, que es bien poca esta gente. Esta Tierra está llena de cosas a las que los hombres se apegan. Entre ellas, ¿te atreverías tú a poner los museos y las antigüedades? ¡Apenas, Ubaldo, apenas! Los que tienen los bolsillos llenos van hacia esas cosas de que la Tierra está llena; los medianos se asoman a ellas; los carentes, pues sencillamente no van. Llegan, miran y... siguen. ¡Es demasiado caro!

¿Crees tú, Marul, en la verdad de esta argumentación? En un principio protesté, me puse en contra de ella. Después, pensándolo, me he dicho que, tal vez, Lorenzo tiene razón. Porque hay sitios en el mundo para los ricos y a los que los demás sólo se asoman. Hay sitios para los medianos y los hay también para los pobres. En cambio los museos y las antigüedades... Salvo los ricos, van los demás. Es natural. ¿En qué va a gastar un rico frente a un cuadro o una vieja piedra? Bastan los ojos. Pero la verdad es que yo no he ido al Louvre, ni al Prado, ni a ninguno de ellos, llevando como finalidad esta observación. ¿Tendré que volver? No lo creo. Así es que sigamos.

Estuve, por la noche, en el palacete de don Plácido Romeral. Una fiesta. Allí estaban, por cierto, doña Plácida; la hija de ellos, Agripina, que llamamos Yoni; sus hijos, Justiniano e Higinio y un mundo más en el que vi a doña Martina Vichuquén. ¡Hay que ver qué lujo y qué iluminación en la calle de los Sagrados Corazones! Llegué contento, convencido de que tenía ante mí un vasto panorama para observar y para, luego, verter en una carta para

ti. Miré, hablé, bebí, comí, bailé. ¿Qué puedo decirte ahora? Nada más que una cosa: las fiestas burguesas son insoportables y, sobre todo, huecas. Hablé todo el tiempo, la gente habló conmigo y habló entre ella. ¿Qué se dijo? ¡Nada! Era aquello como una competencia en meter bulla pero cuidándose, todos, de no ir a decir algo. Esto está prohibido.

Si te dijeran a ti, Marul, que debes hablar durante unas tres o cuatro horas sin detenerte y no decir absolutamente nada, ¿lo podrías? Yo creía que era éste un arte desconocido para mí. No lo es. Lo conozco perfectamente; la prueba de ello es la fiesta de don Plácido Romeral.

Pero había gente que quería expresar sus ideas. ¿Quién? Pues doña Martina Vichuquén. Varias veces me llevó hacia un lado y me peroró. La dejé hacer. En ese medio ambiente podía perorar cuanto quisiera. Sus palabras eran vacías, vacías y se iban arrastradas por los bailes y las copas.

Ahí tienes lo que he hecho: casa de Rosendo Paine y palacete de don Plácido Romeral. Es todo. Volví de este último creyendo tener tema para llenar cien páginas para ti. Ahora veo que cuanto allí sucedió se va, como las palabras de doña Martina, arrastrado por bailes y copas. No hay nota posible sobre una reunión burguesa; no he nacido para ellas. ¡Qué quieres!

A veces, Marul, se me cae la pluma de la mano al escribirte sobre lo que he visto, sobre lo que los demás han dicho y, creo, han pensado. Debiera yo escribir sobre otras cosas, debiera escribir ¡sobre ti! ¿Para qué negártelo? Porque es la verdad que sin ti a mi lado me siento solo, atrozmente solo. He buscado y he buscado tanto, Marul. Al fin encuentro a la mujer. Entonces, Taulemo. Hay veces que siento que esto no puede seguir así.

Es entonces cuando me cae esa atmósfera negra que me ahoga, esa atmósfera de que te hablé. Haces alusión a ella en tu carta. ¡Es verdad! ¡Es el aburrimiento llevado al máximo!

¿Siempre ha rondado junto a mí? Tal vez, sí, es cierto. Es que siempre algo me ha faltado. No creas que tenga yo, ni menos que cultive, ideas pesimistas. ¡No y no! Mi afán es vivir en el optimismo. Es, simplemente, que, de pronto, todo me falta, que se crea un hueco frente a mí, un hueco sin ni una luz en él, sombrío hasta el final..., sí es que ha de tener un final. Esto es lo que hay de desesperante: ¡un hueco sin final!

Antes me desesperaba. Hoy te llamó.

Es todo.

Pienso en este momento en lo que me dices sobre el punto de apoyo, es decir, que tú seas ese punto y que desde él yo trabaje. Junto con esto pienso en el trabajo anónimo. ¿Cómo concilias ambas cosas? ¿O crees, acaso, que yo voy tras la gloria, tras los grandes aplausos? No, Marul, ni aplausos ni gloria me han tentado nunca. Pero no puedo negártelo que le temo a la soledad enormemente, que le temo como la hacedora de profundas neurosis.

Tú apareces, tú me tiendes la mano. ¿No ves que con este hecho cesa de inmediato todo anonimato? ¿No ves que ha terminado la soledad y, con ella, la posibilidad de neurosis? ¡Ya tendría un objetivo, ya habría en mí una colaboración! Porque esto lo creo necesario, lo creo indispensable: una colaboración.

Marul, todos colaboramos, todos. Todos tenemos, escondido o en el fondo de la subconsciencia, un compañero a quien nos dirigimos. Voy a explicarme y lo verás claro.

Creo que no hay nadie que escriba al vacío. Todos los escritores se han dirigido a alguien. ¿Quién es este alguien? Es desde una persona determinada hasta un público de-

terminado. Sea para felicitarlo o, las más veces, para corregirlo, todos nos dirigimos o a algo bueno que hemos visto o esperado, o a algo que nos desasosiega y que convendría enmendar. Porque hay un ideal en nosotros, es decir, hay una ambición. ¿Se encuentra ella en la realidad? No se encuentra, Marul. Si en la realidad estuviera, créeme, no escribiríamos. Queremos alentar o modificar tantas cosas. Queremos que se oiga nuestro grito de aprobación o que se oiga nuestro grito de protesta. Queremos formar parte del todo y en este todo actuar. No nos mezclamos directamente en él; nos hacemos un lado para verlo y cotizarlo mejor. Entonces lanzamos nuestra opinión. Ella puede estar alejada, muy alejada, de los problemas que ocupan al todo. Es que a través de sus ajeteos vemos, con mayor o menor claridad, lo que se mueve y bulle en ellos. Puede esto, de pronto, hacerse visible, tomar cuerpo. Entonces gritamos. La gente puede no ver a qué cosa de la realidad nos hemos referido. Nosotros mismos podemos no verla. Pero está, sí, está. Sería un hermoso trabajo desmontar cuanto se ha escrito hasta encontrar lo que fue su origen. Al fondo está siempre el ideal.

En mi caso estás tú, quiero que estés tú. Aquí viene una de las eternas jugadas de que somos víctimas: yo te apruebo, Marul, en todo; yo nada tengo que criticarte. ¿Entonces? ¿No tengo nada que escribirte? Si; tengo que escribirte porque tú pasarás a ser el camino que me lleva a quien y para qué escribo. A través de ti estará aquel a quien quiero hablarle.

Te digo "quiero hablarle...". ¿Es verdaderamente que queramos hablarle? ¿No será, más bien, una repetición de nuestro grito de agonía? ¿O de resurrección? ¿O es una manifestación de ese amor único de que me hablas?

La verdad es que esta idea del anonimato me ha hecho mal, o al menos me lo ha hecho hasta ahora. Coloco lo más lejos posible a ése a quien quiero hablarle, destruyo todo plan de trabajo, quiero escribir como un pájaro canta. Son tus palabras. Caigo, entonces, en medio de las trivialidades del diario vivir. Los valores se confunden. Todo se pone plano. Me siento un ser bi-dimensional... Marul, no lo puedo.

Sin embargo lo quisiera con todo el ardor que hay en mí. Alejar y alejar al público; tú, sólo el camino que incita a moverse. Entonces vaciar lo que hay dentro de uno. ¡No! Que uno pase a ser un sendero por donde las cosas que quieren aflorar encuentren libre vía.

¡Oh, si pudiéramos escribir en estado de trance! Créeme que no veo otro modo de ponerme en contacto con ese lado único que se llama "amor". ¡Despersonalizarse, ser un ecol

Pero allí están las fórmulas, allí está el modo de hacer, allí está el público en la platea esperando, allí está nuestro deseo de éxito, de aplauso. Entonces todo eso se nos introduce, arma un plan de trabajo y nosotros le obedecemos. ¡Sí, es así! El anonimato absoluto no existe. ¿Me citarás nuevamente a Fra Angélico? No, Marul. Fra Angélico supo escoger su público y a él se dirigió: Dios y el Cielo.

La unidad del amor, el anverso de la medalla... ¡Sí, sé que es así! Pero, te lo he dicho, no puedo avanzar teniendo tal idea en mí. Déjame escribirte sin tanta preocupación. Voy a salir, voy a hacer la vida de siempre. Voy a... No lo sé. Voy a salir.

He salido. Aquí estoy, de nuevo, en Fray Tomate. Me encontré con Ubaldo Masafuera. Me contó lo siguiente:

Iba él por la calle del Pentecostés cuando vio, ensimismado frente a una vitrina de los almacenes de San Fructuoso, a Zócimo Taltal. Se acercó a él: miraba Taltal unas camisas entre decenas de corbatas de mil colores. El hombre quería comprar algo y antes escogía. Al ver a Ubaldo le explicó que estaba a punto de decidirse por una camisa gris que con aquella corbata roja haría un conjunto magnífico. Ubaldo, sin más, le preguntó:

—¿Y la pintura, Zócimo? ¿Qué hace usted ahora?

—¿Qué pintura ni qué nada? —le respondió—. La pintura, en mi taller. Creo que tengo derecho a salir y refocilarme con cosas ajenas a ella.

A lo que Ubaldo le dijo:

—Amigo Taltal, si no es capaz usted de ver en esta vitrina de corbatas y camisas toda la cordillera de los Andes, con sus inmensidades todas, ¡abandone la pintura! Como también si no es usted capaz de reducir esas inmensidades de los Andes, aun en medio de pavorosas tempestades, a una vitrina con camisas y corbatas, ¡abandone la pintura!

Zócimo Taltal lo miró boquiabierto.

—¿Siempre con ideas extravagantes? —le preguntó.

Ubaldo contestó:

—No, mi amigo. Nada tienen de extravagantes. Es un sano, muy sano consejo que le doy a usted. Yo veo allí el Aconcagua y veo el Tupungato y también el Picoldo, nuestro Picoldo que tantas veces hemos contemplado. Cuando veo esos inmensos picachos, no puedo menos, en la emoción que me embarga, que ver las vitrinas de San Fructuoso y todas las que ostenta esta ciudad y las ciudades vecinas.

El hombre Taltal levantó los hombros y se introdujo en la tienda. Pronto lo veremos ataviado con gris y rojo, sin sospechar que lleva en él trozos de nuestra cordillera. Lo mismo será cuando lo llevemos a ver la majestad andina: una vitrina y nada más que una vitrina. Porque Taltal divide el mundo en categorías: la cordillera, en la cordillera; las vitrinas, en la ciudad. No hay más.

Después Masafuera suspiró. Una puerta con una escalera descendente le recordó las estaciones del metro de París. ¡Ah, el metro! ¡Qué cosa magnífica! Él es el ideal para el hombre imaginativo. ¿No lo crees tú? El metro, Marul, nos suprime los intermedios inútiles, nos suprime el vivir negativo, la distracción, el impedimento de concentración. En cambio con él... Habría querido que hubieses escuchado a mi amigo. Estás tú en un sitio cualquiera y quieres ir a ver algo. Lo tomas. Te llena un ruido completamente ajeno al objeto de tu visita. Tú sientes que todo converge hacia esa finalidad. Y hay en él un ritmo de corazón que late con las paradas regulares en las estaciones. De pronto, ¡estamos! Uno baja y ve lo que tenía que ver sin ese tropel de vida que te distrae, lo ve puro y en sí. ¡Es, sin duda, el ideal!

Ahora, Marul, antes de adentrarme en ese anonimato que me ha de llevar a tocar la unidad, déjame contarte una entrevista, a mi parecer, curiosísima. Se trata, naturalmente, de don Irineo Pidincó, y en su domicilio, en la calle del Pentateuco.

Me dijo don Irineo que él no era un soñador. Soñar es dejar vagar la imaginación por lo imposible. Él, en cambio, trabaja —y mucho— dentro de lo posible: trabaja mentalmente. El fruto de su trabajo va a esa región en que se junta lo mental para luego desprenderse e influir en los hombres. ¿En qué? En que, por fin y de una vez, abominen de estas ciudades, como San Agustín de Tango y demás, y se resuelvan a construir la ciudad ideal. Hay que ver a don Irineo cuando es tomado por sus creencias. Me decía:

—¡Oh, mi señor, oh, esa ciudad lejana y aún inexistente! En ella nadie ha de trabajar

con las manos ni menos por dinero. ¿Qué se come? Algo, nada, en fin, no importa. Aquel que tiene da al que no tiene y nadie se preocupa de ello. No hay en ella ni inventos ni máquinas. Todo es, mi señor, ideación, lucubraciones y muy, muy bellas. Es todo un himno a la belleza y a la sutileza metafísica. Y hay en ello misterio, enormemente misterio.

Está iluminada con luces bizarras y abigarradas y, por doquier, surgen olores cavernosos y se oyen ruidos de cadenas y ruidos de rechinar de dientes.

Colón no ha existido aún. Más allá del horizonte ¿qué hay? Hay monstruosas serpientes, pérfidos tritones y sirenas embrujadas.

Las viejas —porque yo no concibo mi ciudad, don Onofre, sin viejas, muchas viejas escualidas de rostro apergaminado, cohabitadoras de incubos, hechiceras maléficas de ojos penetrantes, de nariz de garra, de cráneo manchado con manchas de cabellos y cubiertas de harapos y de hablar extraño— las viejas, señor; en las noches sin luna, cuentan horripilantes historias que suceden más allá del horizonte, más allá de las montañas, más allá de lo que es posible ver, más allá...

¿Muy negativo cuanto le cuento, señor Borneo? No lo crea, no lo crea usted. Porque en mi ciudad se hacen obras de arte. En ella se piensa, se medita, se elaboran fantásticas visiones mentales. Entonces ese pueblo se afana en realizarlas.

¡Si usted viera, si usted pudiera ver, los pájaros y animales e insectos que allí pululan! No, no los ha visto jamás mortal alguno.

Ahora cavile usted, mi señor, que medio pueblo es poseído por raras entidades de la sombra. El otro medio pueblo observa al primero y sus observaciones las transmuta en arte.

Yo formo parte ya de una mitad, ya de la otra.

Virgenes de sexual pudor.

Bailes, cantos y músicas y algazara.

En las noches... misterio. A veces, horror.

¿Sabe usted qué más hay?

Hay frailes inquisidores, enorme cantidad de frailes inquisidores. Pero hay también pajes hermosos y finos como un vaso griego. Hay gatos negros. Hay pavos reales y cisnes de alargadísimo cuello. Hay también reyes omnipotentes y sanguinarios que reinan sobre mendigos iluminados y temen a alquimistas omniscientes y tenebrosos.

Allí no existen las industrias, mi señor don Onofre. Las que hay son para cantar o ayudar a cantar las artes. Nada de trenes ni vapores ni hoteles. ¡No hay hoteles en mi ciudad! ¡Horror a los hoteles! Como también quedan abolidos los hombres de frac y los camareros de ceremonias. Todos ellos desaparecen junto a los hombres de negocio. ¡Muerte a toda esa especie humana!

Es el Sol el que se mueve, es él el que sale para alumbrar y se pone para no alumbrar. ¿Por qué? Porque así la gente lo desca. La Luna tiene luz propia.

Señor mío, para el buen cumplimiento de estas cosas, no hay más razones que las que he tenido a bien exponer ante usted.

Pero volvamos a la comida.

La comida no es en esa tierra bendita una solemnidad como lo es en ésta. Es justamente lo contrario. ¿Extraño? No, señor, no es extraño; es acercarse a nuestra santa madre la naturaleza. La comida es una necesidad como tantas otras. Es mejor hacerla, esta necesidad, a solas y escondido.

Los seres que por un orificio se introducen materias aliñadas o cadáveres condimentados, repugnan a los habitantes de esta tierra ideal.

¿Permite usted, mi señor, que le hable de los edificios que allí se elevan? ¡Ah, los edificios! Los hombres de allí saben una enormidad respecto a la conservación de los edificios. Desde luego sólo construyen en piedra. La piedra que durante tantos siglos ha vivido sepultada, oyendo los secretos de nuestro globo, esos secretos que, en cierta medida, comunican a los oscuros vacíos que forman.

A veces edifican con mármoles de color. Pero agregan que la piedra es más noble, mi señor. Los demás materiales son ruines. El cemento, la tierra, los ladrillos y demás no tienen, de ningún modo, la propiedad de coger los secretos que hay aquí abajo, aquí a nuestros pies. ¿No es verdad?

No he sabido aún por qué se afirman tales cosas pero así lo creen todos. Ni para qué decirle que yo también lo creo.

Cuanto a la conservación de los edificios, se dice allí que todo su arte reside en saber distinguir el beso de los protectores y el beso de la trivialidad. No hay más, don Onofre. Los primeros son seres reales y grandes; los segundos, seres incoloros y pequeños. Todas las noches se posan invisiblemente sobre los muros de nuestras mansiones. Ahora escúcheme usted bien:

El beso de los protectores nocturnos es la pátina, ni más ni menos, la pátina. A ella jamás ningún hombre de ese país se atreve a tocar, jamás. Lejos de eso, cuando terminan un edificio cualquiera, caen en oración rogando a esos portadores de brisa, de humedad, de evaporaciones olorosas brotadas de los campos, de humos que revolotean inútiles, de polvo que se ha elevado a los aires ayudado por el golpe del casco de un caballo que corre, por el rudo pisar de un vagabundo con botas; caen de rodillas, digo, rogándoles que sus manos invisibles cojan esos invisibles materiales, cojan a esos sutiles habitantes de la atmósfera, los condensen y los posen cual minúsculos dioses tutelares sobre los muros de piedra que siempre los recibirán con indescriptible alegría.

El beso de la trivialidad allí no existe ya. Lo imprimían antes con furor los mismos hombres. Lo imprimían al deshacer la obra de los protectores, al mezclar materiales que se odiaban, al echar pintura de gusto detestable.

Esos hombres han sido arrojados de tales tierras, tiempo ha que han sido arrojados, señor Borneo. Todos los que impiden la libre comunión de las ocultas fuerzas de la naturaleza con las moradas de los hombres, fueron maldecidos de esos lugares. Así es que ahora toda morada tiene algo de las selvas, algo de las flores y de la noche. Y toda la naturaleza tiene algo de cobijante y de protector para el hombre.

Ahora, mi señor, se está pensando en construir un castillo pequeño, pequeñito, entre las ruinas de otro anterior, de tal modo que no se sepa dónde principia el uno y dónde concluye el otro. Es como un tallo y una flor; es como el pedestal y su estatua; es como una gruesa, tosca y potente mano bruñida por el trabajo que ha cogido y mantiene entre sus dedos una joya de extraño tallado.

Así se formarán sombríos patios y encrucijadas temibles, sí, temibles. Y también delgados corredores, mi señor. Los muros antiguos serán un montón de viejas piedras ya casi invisibles bajo el manto de atmósfera y misterio condensado sobre ellas. Mas de cuando en cuando, por ahí, asomarán restos de las pasadas glorias: capiteles ingeniosamente labrados, cabecitas melancólicas, cabecitas de santos cuajadas de misticismo, cabecitas des-

trozadas y vivas siempre, trozos que denotan una arquitectura encantada y sepultada ahora en los siglos.

Y todo es húmedo, húmedo y fragante. Parece que aquello se apreciara por su aroma de cosa vieja acariciada por los años. Y es sombrío, repito, sombrío, casi oscuro. Pues el todo se halla cobijado bajo inmensos árboles centenarios de hojas frescas de rocío, de troncos negros y vetustos.

Se siente miedo al avanzar, mi señor don Onofre.

Al ras del suelo, una pequeña ventana enrejada perfora el muro y se abre sobre viejas catacumbas que no se ven.

Usted perdonará, mi buen señor, pero es el caso de que uno se acerca temeroso al divisar, a través de la reja, esas cosas que no se ven, esas cosas extrañas.

Pero nada, señor Borneo. Silencio y tinieblas.

Se afinan los sentidos queriendo penetrar el misterio. Nada. Sólo al fondo, allá, se oye cantar un grillo..., un grillo..., un grillo... ¿Por qué querré yo tanto a los grillos?

Con esta preocupación sobre su amor por los grillos, don Irineo Pidincó me despidió. Me dijo que iba a meditar sobre una nueva y enorme plantación de garbanzos. Lo vi sentarse ante su mesa, cogerse la cabeza con ambas manos y así quedar inmóvil. Me fui.

Antes de venir a mi departamento pasé a ver a Lorenzo. ¡Otra vez el pacto! Estaba Lorenzo sombrío. Se veía que pensaba sobre sus actividades y sobre su porvenir. Le pregunté:

—¿No marcha el trabajo?

Me respondió:

—Sí, sí marcha aunque lentamente. ¡Qué quieres, Onofre! Hoy estoy solo, ahora estoy solo. Tú lo sabes, ya no hay pacto. Por eso he venido a San Agustín de Tango. Entre tanta gente que se agita, ¿cómo no he de encontrar materiales para escribir? Además —te lo confesaré— tengo miedo a la soledad. Tal vez este miedo me llevó a buscar a Rosendo. Necesitaba yo, por lo menos, una ventana, una ventanita abierta hacia la vida. Hoy hay demasiadas ventanas, hay ventanales abiertos. Créeme, ¡es demasiado!

“Necesito que alguien me hable de su vida, de lo que ha visto y oído y pensado. Oyéndolo ¡qué grande veo cuanto me dice! Es tan sólo cuestión de coger la pluma y copiarlo. Si hay dos seres que así me hablen, la cosa es algo más nebulosa; si hay tres, es más nebulosa aún; si hay todo un mundo es como si no hubiera nadie y nada tengo que copiar.

“Por eso pensé en un amigo, ¿cómo decirte?, en un amigo *básico*. En uno que llevara el alto, ¿me entiendes? Pensé en todos los amigos, en ti también, Onofre. Pensé también en Lumba Corintia. Pero ella me aparecía demasiado como yo mismo. Habríamos quedado ambos en un solo cerebro. Lumba Corintia...

“Hoy siento que todo eso se desgrana, siento que se deshace. Sin embargo, sin embargo...

Creo, Marul, haber encontrado la clave de este pacto, es decir, lo que movió a Lorenzo a ir hacia cosa tan extraña. Oyeme:

Lorenzo quiso bifurcarse en Rosendo. Quiso ser doble. ¿Para qué? Sencillamente para deshacerse de la vida cotidiana, de esta vida que a él lo perturba y lo ensucia. Pero por frases que se le escapan, he creído ver que su problema es algo más complicado. Es un problema cuyo fondo está en lo que me dijo sobre Lumba Corintia:

“... es demasiado como yo mismo; habríamos quedado ambos en un solo cerebro...”.

Si Rosendo hubiese mantenido el pacto habría aparecido, de inmediato, un cerebro

único. ¿Entonces? Entonces bifurcarlo a su vez. Esto tendría que hacerlo siempre. Aumentaría indefinidamente el número de colaboradores. Por lo tanto aumentaría también el número de bifurcaciones hasta llegar al infinitamente pequeño. Es decir, llegar a la nada.

¿Qué crees tú que Lorenzo hizo en Curihue? Naturalmente lo hizo sólo en su mente. Lorenzo se bifurcó con los amigos, sobre todo con las tres damas. Por eso se fatigó. Por eso quiso partir y partió. Por eso dijo: "¡Vámonos!". Tiene que haber visto como un cerebro descomunal que para tocar a la vida que lo rodea da cada vez un pedacito menor.

Y ahora, Marul, ¡qué quieres!, dudo de tu existencia real. Es algo que me obsesiona: siento, de pronto, como que nada de lo que vivo sea propiamente mío. Tú me has citado en tu carta a Guni, a Bárbara y Colomba y también a Jacqueline... Dudo de la existencia real de todas ellas menos de Jacqueline. Entiéndeme: no creo que no existan, que ellas hayan sido fruto de mi imaginación: Si esta idea me asaltara estaría yo, simplemente, loco. Sé que existen como existes tú y como existo yo. Pero a veces dudo de la realidad de mi verdadera relación con las tres primeras.

No me lo niegues: es raro haber amado a Guni, es decir, haber amado a una persona cuyo destino es viajar y viajar siempre, de Norte a Sur y de Sur a Norte, pasar y pasar siempre y este afán de pasar es raro, no me lo niegues, que le haya venido de súbito, que le haya venido cuando tan bien iba nuestro idilio. Es raro, sobre todo, que no se pueda detener.

Es rara la presencia en La Torcaza de Bárbara y Colomba. Negro y oro; estáticas; inmóviles. ¿Cómo llegaron allí? Sé lo de Balbontín y demás. Como sé también aquello de: "Quieta, Colomba, quieta". Luego en mi memoria se han esfumado. Han desaparecido. No he vuelto a tener noticias suyas. Ahora tengo como el recuerdo de una pesadilla.

Jacqueline... Es diferente. La conozco en el verdadero sentido de esta palabra. Sobre ella no ronda misterio alguno. Jacqueline me sirve para cotejar mi relación con las otras tres. Fue aquí, Marul, un amor vago, una admiración a su candidez. Fue ella, en mi vida, como Luciérnaga Nahuelhuapi. Una amistad, nada más. ¿Cómo Chinchilla? Al evocar a Chinchilla caigo, nuevamente, a las vaguedades del ensueño.

¡Pero, no! ¡Tú existes, Marul, tú existes!

Tienes que existir porque yo, como Lorenzo en su Bóveda, le temo a la soledad. Necesito alguien a mi lado. Pero no mucha gente. Ojalá una sola persona. ¡Ya ves! Pienso como Lorenzo Angol. Y Guni y Bárbara y Colomba y Chinchilla giran alrededor mío. Pero ¡basta! Sigamos con mis notas. Sigamos... si logro deshacerme de esas palabras que Bárbara me dijo allá en el fundo. Fue la primera vez que me habló. Se refería a mi súplica permanente:

"Alguien que me obedezca, que me adore y venere, alguien que no conciba nada mayor que una ofrenda mía".

¿Será verdad? Otra vez, ¡basta!

Estoy ahora en Fray Tomate con mi amigo. No recuerdo cómo llegamos a hablar de la necesidad que muchos sienten de tener una corte a su alrededor. A este propósito Lorenzo me dijo:

—Yo puedo decir que la tengo. Hay en ella mujeres y hay también hombres. Desde luego estás tú con tus Biografías. Es bonita cosa sentirse con una corte alrededor. Sólo que, ¿serán ellas ciertas? Pues fíjate que, vista desde otro ángulo, cualquiera de mis súbditos es al mismo tiempo centro de otra corte y paso yo, entonces, a ser su súbdito.

Guardó un momento de silencio. Luego dijo:

—Saber que se sabe... Esto merecería que le dieran a uno su corte permanente. Está bien saber que se sabe. La mayoría de las gentes no saben que saben. Lo que saben les es algo que se emparenta con la biología pues es como respirar. Es lo natural, es el existir del hombre y de cualquier ser. Las gentes no han hecho este pequeño trabajo de separación propia, poniendo a un lado lo que se sabe, del otro lado poniendo a un ser que ve que hay uno que sabe. Pongamos, por ejemplo, a un señor cualquiera que sepa preparar una comida o cómo arreglar una habitación o, si quieres, cómo conservar el hielo o preparar cocteles. Puedo asegurarte que ese señor no se ha aislado nunca, no ha llegado a su punto de origen para, en el silencio de ese punto, oír una voz que le diga: "Tú sabes preparar una comida, tú sabes arreglar una habitación y conservar el hielo y preparar cocteles".

"Esta ida a nuestro punto de origen es el primer paso para ir a la separatividad del mundo, para recobrar nuestra independencia. Es, Onofre, como un intento por zafarse de cuanto nos rodea. ¡Ah, poder aislarse! Basta, para empezar, con decirse y realizar este hecho al parecer tan pequeño: "Yo sé que yo sé hacer un cóctel".

¡Siempre la tendencia a lo trascendental! ¿Hasta dónde podrá llevarlo esta tendencia? Ya vez que de la preparación de un cóctel puede uno sumergirse en oscuras cavilaciones.

Ya es tarde. Siento pasar la noche junto a mí. ¡Hasta mañana! A pesar del desaliento que me invade, seguiré. Por notas la cosa no ha de fallar. San Agustín de Tango es buen terreno para ellas. De nuevo te digo: ¡Hasta mañana, Marul mía!

21

Onofre, he hecho algunas notas para ti. He recibido tus dos últimas cartas. Las he leído varias veces. ¡Qué atormentado eres, Onofre! ¡Qué de tormentos tan inútiles! Por un lado estás bien; por otro lado caes.

¿Cómo no te das cuenta de que estás ya en el anonimato, ya cerca de la unidad? ¡Sigue en el mismo sentido! ¡Haz notas, cuantas quieras! Pero cuidate de una cosa: cuidate de hacerlas tuyas, de hacerlas parte de tu vida.

Lorenzo Angol, Rosendo Paine, Ubaldo Masafuera, Waldo Caracoles, don Plácido Romeral, doña Martina Vichuquén, Zócimo Taltal, don Irineo Pidínco... Y luego escribir "en estado de trance", para colaborar con un público lejano; y se te cae la pluma de la mano y etc. y etc. Está muy bien, Onofre. Hay ahora una sola cosa:

Todas tus observaciones, tanto las hechas sobre los demás como sobre ti mismo, son las observaciones de un hombre ajeno a ellas que mira el mundo desde la soledad unitaria. ¡Que no sean las que de sus entrañas saca Onofre Borneo! Onofre Borneo es quien las experimenta, nada más. El que las ve y analiza y escribe es otro ser que está impertérrito. Es todo.

Así estarán en tus escritos muchos personajes y estarán las estaciones del metro de París y las cavernas de don Irineo y cuanto oyes. Así llegarás a ese punto, sin duda ambicionado por Lorenzo, de saber que sabes.

Prueba de que te personalizas demasiado es la duda que te atormenta sobre la realidad de las personas que han figurado en tu vida. Me pones casi como una sombra. No, Onofre,

no. Son tan real como cualquiera, como estas casas de Taulemo con sus grandes encinas cobijantes.

Quisieras escribir sobre mí. ¿Para qué? Al hablarme de tus amigos, escribes para mí, es decir, escribes sobre mí, como yo escribo para ti y sobre ti al copiarte mis notas. Voy a ellas:

¿No has notado muchas veces que el amor sin sexualidad es más hondo, es más profundo? ¿No has tenido deseos de llevar el amor sexual hacia una amistad?

Es esto un deseo, nada más. Pero has de reconocer su fuerza, has de ver que no es una idea tuya, personalmente tuya, que ella viene de mucho más lejos. Imagino su origen como un grande, un inmenso antro que nos envía, así como insinuaciones, sus verdaderos designios.

Este antro me ha enviado algo más. Me ha enviado algo que me atrevería a llamar "sobre los movimientos humanos". Un movimiento cualquiera, ¿es en él mismo causa o efecto? Tú, por ejemplo, te apegas a mí y de esto nacen mil cosas. Estas cosas, ¿tienen como causa el hecho de apegarte a mí? ¿O es la cosa a la inversa, es decir, que lo producido sea una causa para otras más lejanas y que entonces tú y yo no seamos más que el efecto que ellas fatalmente producen?

Yo creo, Onofre, que aquí en esta vida todo es efecto de una causa mayor: el nacimiento.

Al nacer traemos mil cosas que hay que realizar en la vida; traemos nuestro destino, creo, totalmente trazado. La vida es la realización, más o menos acertada, de este trazo. ¿La causa, entonces? Te lo repito, la causa viene desde el nacimiento. Llegamos al mundo con una carga. Llegamos para desenvolverla aquí.

Pero esta causa –llamémosla "antinatal"– es pura, es una orden que se nos da. Es el resultado de tantas vidas pasadas ya clarificado, es la esencia de ellas construida ahora en una fórmula, en un imperativo.

¡A nosotros, Onofre, conservarle ese estado de pureza!

Nuestro vecino piensa lo mismo; el que sigue, también; y el que sigue; y los que siguen. Todos pensamos igual. Y de pronto se nos dice: "¡En marcha!".

¿Ves lo que ocurre, lo que fatalmente tiene que ocurrir? Son líneas, vidas dispares que se cruzan y se influyen, que se atraen y se repelen. Es la confusión, es el caos. Estos son los efectos, los que debemos saber evitar para conservar la causa única que hemos traído desde nuestro primer día.

Esto no es todo: A veces la causa duerme muy honda en nosotros mismos, duerme casi invisible. Esos efectos, de que te he hablado, la rozan, la sacuden. Onofre, casi la despiertan. Pero nuestro abandono las deja pasar o las tuerce dándoles otro significado que no traían. La causa –es decir, lo que en esta vida teníamos que hacer– sigue dormida sin lograr revelarse a nuestros ojos.

¿No estará aquí la causa de ese decaimiento que de pronto te invade, de ese hastío máximo que te hace ver inútil cuanto te rodea?

Sé cuán difícil es ir en contra de la corriente, sé lo que el "anonimato" significa. Sé que hoy no hay razón alguna para dedicar los pocos años que hemos de pasar sobre la Tierra entregado sólo al perfeccionamiento de una obra. Sé lo que es no tener otro objetivo en la vida: perfección, sinceridad.

No confundas, Onofre: en mi "causa" –estoy cierta– venía esta misión: despertar a un hombre. Por eso te hablo y te hablo. A ti saber si has de obedecerme ciegamente o si has

de colocarme como una de las tantas circunstancias que te han ocurrido al pasar por esta vida.

Parezco, Onofre, una preceptora. ¡Qué tono tan altisonante! Créeme que no es el mío. Pero es que estas cosas las escribo *como son* y no las escribo *más o menos*. Bajemos un poco de tono.

¿Sabes en qué he pasado mis horas aquí en Taulemo? Pues, sencillamente, mirando los pájaros. Mis observaciones han ido al tranquilo y adormilado tutucuy, y al altivo y bravo cocolay. Pensé en una película sobre estas aves, película que todos apreciaríamos, no sólo los ornitólogos. Fíjate cómo veo esta historia de la película:

Nos pasan la vida de los tutucuyes. Tú sabes que son aves gordas y sedentarias que apenas se mueven, que de tarde en tarde dan unos pasos o un pequeñito vuelo a una rama vecina, que pasan buscando lombrices en el suelo y duermen la mayor parte de su tiempo. Digamos la palabra: la película sobre el tutucuy es una película aburridísima y su protagonista un personaje sin interés. Luego nos pasan una sobre los cocolayes que, lo sabes también, son aves vivaces, fieras, arrogantes, nerviosas y esbeltas. Saltan, vuelan, se lanzan en picada a las aguas, sacan un pez, se disponen a comerlo y otros semejantes los atacan para arrebatarles la presa. Entonces luchan con gritos estridentes. Hasta que viene el más viejo de ellos. Todos se calman y esperan hieráticos. El viejo cocolay reparte el botín a picotazos y se deja un trocito para él. Todos comen cantando. Luego es la danza frenética, danza semejante a la de ellos en el amor. No olvides que tiene este pájaro el don, cuando baila, de agitar las alas una hacia arriba mientras la otra va hacia el suelo. Digamos que es una película interesantísima y el cocolay un ave plena de interés.

Onofre, igual ocurría antes con los hombres: el hombre humilde le era al público como un tutucuy; el hombre noble y poderoso, como un cocolay. Hasta habría muchos que opinarían que el tutucuy debería ser exterminado; ¿para qué puede servir pájaro tan torpe? Otros responderían que no, que es útil pues se nutre de esas lombricillas que son muy dañinas para el trigo y la cebada. Bueno, que los dejen entonces ya que para algo sirven pero ¡que no los filmen y, si lo hacen, que no nos den la película!

Ahora bien, ¿crees tú que esto sólo ocurrió en épocas pasadas? No; ocurre hoy todavía. Hay mucho público aún que sólo aprecia las películas de gran espectáculo, con poderosos monarcas, arrogantes príncipes y hermosísimas reinas y princesas. Es decir, los blancos y amarillos cocolayes que se placen cerca de las minas de manganeso en Curacopque; no los grises o pardos tutucuyes que se placen en las quietas aguas termales de Tincau.

Hasta que vino el día en que alguien encontró el soplo de vida que arremete tanto en unos como en otros. Entonces, ¡gloria a los tutucuyes y gloria también al hombre humilde!

De los pájaros al cine; ahora vuelvo del cine a los pájaros. Y de los pájaros me voy, otra vez, al cine y al teatro. Llego a una conclusión: ahora, poco a poco, el público empieza a interesarse por la gente humilde, por aquella que lucha en contra de un penoso diario vivir. ¿No lo crees tú?

¡Y parta ahora mi segunda carta! Balancéate, Onofre, entre el cocolay y el tutucuy. Pero no dejes de pensar también, de cuando en cuando, en nuestra causa, en ésa que traemos al nacer.

Claro está que pienso en esos dos pájaros: el cocolay y el tutucuy. ¿Sabes qué veo en ellos? En el primero, la vida activa: en mí, la vida de notas y observaciones directas; en el segundo, la vida en ese "anonimato" de que tanto me hablas. Debe haber llegado ya el día en que alguien haya reconocido que el soplo vital es igual en cualquiera manera de vivir. No lo dudo. Pero no veo la necesidad, ya que el soplo es igual, de abandonar una manera para ir a la otra.

Quiero preguntarte una cosa: ¿por qué llamas "anonimato" a la manera que pregonas para el trabajo? Me parece mal llamada. Yo hago mi labor y no hay más. Que ella sea leída o no lo sea, es cosa de importancia secundaria. En todo caso no me preocupó de ella.

¿Qué nombre darle? Lo que tú pides es la labor silenciosa de un monje medieval. Me atrevo a decir más: de un monje sin convento. Estoy cierto de que los monjes, entre ellos, se leían y discutían lo leído. Lo que no quita, si quieres, que lo llamemos "monje medieval". La verdad es —según lo que veo— que tú me pides una sumersión a ese antro de silencio. Este antro es para mí el sitio de la desintegración total. ¿Hay que pasar a través de él? Tal vez. Tal vez, una vez cruzado, ha de aparecer algo en la ribera opuesta, tal vez un nuevo sentido de trabajo.

Te diré cuál es mi posición cuando me hallo aquí ante mi mesa, una pluma en la mano y el papel ante mí. Dejo de lado cuanto me hayas aconsejado, aun tus mas ligeras insinuaciones. Si te parece bien: cual *era* mi posición:

Leí, hace ya tiempo, en Ortega y Gasset, una reflexión sobre doña Emilia Pardo Bazán. Se refería a que dicha escritora dice, en una de sus novelas, que un personaje es sumamente chistoso pero como nosotros los lectores no lo vemos hacer chiste alguno, terminamos por aburrirnos con él. Claro está que es ésta una falta "literaria" de Pardo Bazán. Pero no lo es, no lo sería, mejor dicho, si fuera otro el objetivo que ha tenido al escribir. El de esta autora es el de "dar la sensación", si quieres el de "contagiar" o "hacer vivir al hombre chistoso". Mis objetivos no son tales. Nunca lo han sido. Por lo tanto, aunque incurra yo en esa falta, ella tiene que dejar de ser una puesta que falta es únicamente errar en el blanco que uno se ha puesto al frente.

Mi objetivo es el de "informar" y no el de informar sobre el fondo profundo de las cosas y sus móviles —que tal intento sería la manifestación de una búsqueda personal y de una plena sabiduría en mí— sino que informar sobre lo que he visto y he oído. Nada más. Si he de decir que un tal es graciosísimo porque nos hizo reír a carcajadas con las historietas siguientes —y transcribo aquí dichas historietas—, buen cuidado tendré de no hacerlo así. Transcribiré las historietas, diré y afirmaré que reímos a carcajadas cuantos las oímos, que siempre esperábamos ansiosos a este narrador para reír de nuevo y deja constancia de que así sucedían las cosas en el mundo en que yo vivía. Creo que no es mayormente difícil comprender que éste es otro modo literario, que tiene otro punto de partida y, por lo tanto, otro de llegada.

Me vino, al leer tus cartas, la idea de explicarme sobre lo que he escrito de Florencio Naltagua. No he querido escatimar ocasión alguna para repetir y asegurar enfáticamente que es Naltagua un hombre superior, tal vez el de mayor superioridad de cuantos conocemos tanto tú como yo. He afirmado también que, si así yo lo considero, así y de igual modo lo consideran cuantos amigos tenemos, desde los grandes hasta los pequeños, desde los sabios hasta los ignorantes. Es bastante para proclamarlo como tal.

Pues bien, ahora ¡que se lea, que se me lea! ¿Qué pasará? Ahí están sus palabras y sus actos y demás. No lo dudo, Marul: pasará a ser Naltagua el chistoso de Pardo Bazán. Lo lamentaré mucho, lo lamentaré enormemente, como lamento que de 100 lectores de las grageas historietas de éste, 99 queden impávidos y el 100º sonría apenas. Pero yo tengo que informar sobre el hecho que a mí me incumbe: con las dichas historietas hemos reído como nunca habíamos reído y con las palabras y los actos de Florencio Naltagua hemos reconocido que nos encontrábamos frente a un hombre verdaderamente superior.

Vamos, Marul, a un hecho para mí indiscutible:

Naltagua, ¿hacia dónde se encamina? ¿Cuál es su meta?

Al querer precisarlo empiezo por creer que debiera poner "sus metas" y no reducir ésta a una sola. Un hombre de tal envergadura tiene que tenerlas en gran número. Seguramente la mayoría de ellas se me escapan. Mas hay una que columbro y que me parece indiscutible. Es la siguiente:

Llegar a la plena y clara demostración de un hecho simple y sencillo como "nuevo huevo de Colón". En buenas y profanas palabras, por cierto, demostrar que "inteligencia y sentimiento" –o razón y mundo anímico– son una misma y única cosa. Estoy casi cierto que uno de sus objetivos es éste.

Naturalmente que es un punto creer y entenderlo así pero otro punto es demostrarlo y probarlo, hacer de ello una realidad innegable. A esta realidad se encamina Naltagua. Por palabras tuyas que he columbrado sospecho que quiere ir más lejos aún en esta senda. Quiere ir a la demostración de que si se les toma separadamente y se considera que pueden, y hasta deben, actuar con plena independencia, se produce, acto continuo, una serie tal de males que ellos llegan a ser las causas de cuantas dolencias sufre la humanidad en su conjunto y cada individuo en su persona.

Y basta, Marul, de Naltagua. No sé por qué me puse a hablar de él. Quiero decirte otras cosas:

1º. Lo que trato de hacer: te lo repito, es, únicamente, informar sobre lo que bulle en torno mío, describiéndolo con la mayor exactitud posible; el modo de hacerlo: notas y más notas, en todo caso como comienzo; que ya vendrá otro, el que ha de seguirme, y ya se encontrará, con mis notas, lleno de materiales para su trabajo;

2º. Huir del "anonimato y unidad", es decir –llamémoslo con su nuevo nombre–, huir del "monje medieval sin convento".

Marul, veo en este "monje" a un enemigo que me lleva nada más que a gritar, sí, gritar con gritos carentes de significado. Mano a mano, con este monje, iríamos sumergiéndonos hasta llegar a nuestro punto de origen, cuando aún nada se ha hecho y hay que hacerlo todo. El solo hecho de pensar en este punto me hace ver la inmensidad de la labor humana, ver cómo se ha luchado en busca de una certeza. ¿No es, acaso, lógico que yo me ponga cerca de una de estas certezas y desde ella trabaje? Sí, Marul, es lo lógico. Déjame aún seguir con mis notas basándolas en la diversidad de cuanto veo.

¡Muera ese monje! Creo que debemos dedicarnos a colaborar en la obra común. ¡No retroceder! ¡Siempre hacia adelante! Entonces verás dos objetivos a esta obra: Ayudar a que la humanidad haga también su *causa*, la que trajo cuando nació; e impedirnos, a quienes la formamos, impedirnos por todos los medios, el ir a ese antro de silencio donde no se puede gritar y gritar.

No olvido, no, la otra ribera. En ella hay, de seguro, otra manera de trabajar. Pero es

necesario, para cruzar el antro de silencio, estar precavido y lleno de lo materiales que puede dar esta ribera en que estamos.

Nuevamente aparece aquí la figura de Florencio Naltagua.

Estamos en su casa, en el Portal Colonial, con Teodoro Yumbel y con don Irineo Pidinco. Hablamos. De pronto Naltagua nos dice:

—No sé, amigos míos, si Mamerto Masatierra o Silvestre Tongoy o el señor A, o los señores B y C, me son o no me son estimables. A veces, cuando me lo preguntan, esta pregunta carece para mí totalmente de sentido. Porque, de pronto, veo que todos son iguales, igualmente estimables, veo que son todos agua del mismo río, gotas de la misma lluvia. ¿Qué sentido tendría para el chubasco preguntarme si prefiero la gota que viene a la derecha a tal altura, o la gota a ras de suelo a su izquierda? Es aquello la lluvia y nada más. Es la lluvia impersonal, si ustedes quieren, que sigue al devenir total. Las gotas son iguales y cualquier diferenciación que se haga entre ellas es antojadiza, es convencional, se relaciona con nosotros y no con ellas.

“Claro está que me rebaten. Me dicen:

—¡Pero cómo! Hay enormes diferencias entre los señores A y B y C y demás. Desde A hasta X está desde el más pícaro hasta el más honrado, desde el más mediocre hasta el más ilustre, desde el más tímido hasta el más audaz, en fin, están las diferencias máximas entre los hombres.

“Yo les respondo:

—Sí, si miramos en superficie, si nos detenemos en las envolturas. ¿Nunca han estado ustedes en un baile de disfraces? En un baile así nadie, al menos en los primeros momentos, mira a los hombres ni a las mujeres ni se da la pena de juzgarlos; todo el mundo mira y juzga los disfraces, en ellos se detiene; todo el mundo conjetura en cómo irán a pasar esos disfrazados durante la noche con la vestimenta que llevan y cómo lo pasaría uno con ésta o aquella vestimenta. La noche entera quedará bajo el signo y el designio del atavío que a cada cual envuelve.

“Se puede, no lo nieguen, apreciar de otro modo. Si así se hace, los disfraces desaparecen. Entonces, para mí, la noche del baile se convierte en una vida entera, desde el nacimiento hasta la muerte. Mas con una pequeña diferencia: en el baile cada uno de los asistentes ha escogido su disfraz; en cambio cada habitante de la Tierra no ha escogido el suyo: al nacer se lo han dado, le han dado un disfraz que ha de llevar hasta su último día.

“Pues bien, ¿qué hace uno como entretenimiento principal en una fiesta de fantasía? Entre ese mundo de trajes abigarrados y heterogéneos, de máscaras y antifaces, uno se entretiene en adivinar quién está, quién es bajo tal o cual vestimenta, quién bajo tal otra y tal otra. Al pensar que se ha acertado, se le habla a este pelele y a aquel monigote o a ese titán o a ese títere. Queremos verificar si nuestras sospechas eran o no eran exactas y acertadas. A veces lo eran, otras veces no lo eran. Luego vemos, como vi yo, que Mamerto Masatierra viste de mosquetero y que con tal indumentaria está muy bien. ¡Con qué soltura lleva el traje! Se diría que durante toda su vida lo ha llevado. En cambio vi a Silvestre Tongoy vestido de payaso. Tongoy estaba cohibido, no sabía qué hacer y lo que hacía lo hacía con una timidez que rayaba en el ridículo. A Mamerto su traje no alcanza a pesarle una libra a pesar del chambergo, del chaquetín y camisola, de la espada y de las grandes botas y espuelas; a Silvestre, con sus ligeras sedas de clown, le pesa aquello una tonelada. Ambas son distinguidísimas personas, dignas de respeto y admiración. Si bien considera-

mos Silvestre lo es aún más que Mamerto. Me pregunto entonces: ¿cómo es posible que nos detengamos, para juzgar a nuestros semejantes, frente a esta frase carnavalesca? ¿Cómo es posible que, además, olvidemos esos méritos que ambos adornan, sobre todo a Silvestre?

“Muchas personas se empecinarán en dar, a este punto errado de vista, la siguiente respuesta:

“—Mamerto es un hombre meritorio porque es un mosquetero de calidad; Silvestre es un pobre diablo porque es un payaso pusilánime.

“Quiero, amigos, que subrayemos esto: *es un mosquetero y es un payaso*. Subrayémoslo y veamos que nadie jamás ha pensado que ni el uno ni el otro han sido ni son ni nunca serán ni payaso ni mosquetero.

“¡Las investiduras, las investiduras nada más! ¡Las envolturas ocasionales, totalmente ajenas a sus espíritus, que fueron puestas al anochecer para ser sacadas y luego olvidadas para toda la existencia!

Luego habló don Irineo Pidinco. Entusiasmado y chiquitín le dijo a Naltagua:

“—Sí, mi señor don Florencio, sí. Así y sólo así. ¡Qué honor para mí que usted haya pensado tal cual piensa este humilde sevidor de usted! Tuvo usted la ventura de asistir a ese carnaval. Yo, no. A mí se me invita porque saben todos que escasea mi tiempo para tales diversiones, ocupado todo él como está en el perfeccionamiento de la siembra y cosecha del garbanzo. Pero, mi señor, atisbando por aquí y atisbando por allá habíame percatado de lo mismo: disfraces y disfraces, como usted tan acertadamente los llama; capas y capas, como oso yo llamarlos, con el perdón de usted. ¿Cómo habría podido yo no notarlo? Basta ver y considerar ésta mi reducida capa que el señor tuvo a bien, en sus designios impenetrables, colocarme y sujetarme para que con ella atravesara éste que tan justamente ha sido apodado “el valle de lágrimas”. Voy por un lado y por el otro, como su noble amigo el señor Silvestre Tongoy, ataviado de payaso. Más de una tonelada pesa sobre mis hombros con este mi cuerpo, con mi torpeza, con mi falta de lavia y la falta de sonridad en la poquísima que tengo, con esta mi sangre que tan presurosa acude a colorear mi rostro, con este desmesurado amor por mi fiel leguminosa preferida, con mi poca destreza ante las bellas damitas que florecen por doquier, con mis tan amarrados pies que tropiezan, con mi cráneo semicalvo y mi nariz puntuda... Soy el remedo —disminuido, por cierto— del señor Tongoy, su preclaro amigo de usted, cuando quedó colocado en una vestidura de clown. Ahora osar me atrevo a formular una pregunta si usted, don Florencio, me otorga el permiso para ello:

“¿Por qué, señor, por qué ese ilustre caballero no se quitó y arrojó lejos su clownesca investidura; por qué no se caló de inmediato su vestón, chaleco, pantalones y corbata? ¿Por qué? Habría así sentado una precedencia, señor mío. ¡Qué magnífica antelación habría podido llegar a ser para luego, apoyado en ella, yo hubiese logrado despojarme de esta mi capa, de este que ha de llamarse, mientras viva, Irineo Pidinco, y que tiene un número determinado para su cédula de identidad...!

—Don Irineo —le dijo Naltagua—, el señor Tongoy no podía hacerlo a causa del peso que la sociedad que le rodeaba hacía gravitar sobre él.

—¡Oh, qué sabias palabras! —exclamó don Irineo—. ¡Qué profunda sabiduría se alberga en ellas! Si no es un atrevimiento de parte mía, le rogaría, le suplicaría, don Florencio, que a bien tuviese usted considerar, por un momento, el caso de éste su tan seguro servidor. Ve, mi señor:

“Si basta el peso de una sociedad humana —y sociedad, después de todo, reducida y disfrazada con jolgorio—, si tal peso basta para impedirnos huir de capas artificiales y pasajeras... ¿columbra usted lo que sería el despojo y la huida de la capa que al nacer nos impuso el Omnipotente? No divaguemos que sólo insinuarlo es divagación doblada de temeridad.

Aquí me atreví a hablar. Me dirigí a don Irineo y le dije:

—Hay un consuelo, señor Pidinco. Este consuelo es saber que muchos somos, muchos más de lo que usted se imagina, los que, ya sea en un carnaval o en la vida cotidiana, vamos y venimos y circulamos sin parar mientes en disfraces ni capas. ¿Se fija usted en las corbatas de sus amigos o pone el acento, para fundar su juicio, en el color de sus calcetines? Vemos, únicamente, al hombre que está frente a nosotros. Creo que así hace usted también. En todo caso yo lo hago. Veo entonces al hombre en todas partes, al hombre igual en categoría y grandeza y arrebujado en tal o cual capa, sometido a ella mientras la lleva. ¿Va, ese hombre, obedeciéndole? Va tal vez sólo fingiendo obediencia, simulándola, pero por dentro va puro, incólume y siempre, un poco más o un poco menos, esforzándose por poder mostrarse. Así lo he visto aun en el más ruin, en el más villano. Y también en los grandes hombres. ¿Conoce usted, señor Pidinco, al profesor Aliro Gorbea? ¡Qué hombre superior y excelso sabio! ¿No es verdad? Pues bien, en esa fiesta de fantasía a que yo también asistí, Aliro Gorbea iba de borracho, de abyecto borracho de bajo los puentes, desgredado, raído y botella en mano. Varias damas, a su paso, gritaron: “¡Uf, qué horror!”. Era Gorbea. Con eso lo digo todo. Al ir así metido en su contraparte y arrastrándola, créame que su superioridad y excelsitud se agigantaban.

Don Irineo me miró dudoso. Naltagua, entonces, volvió a hablar:

—Hay quienes pueden, con facilidad, expresarse a través de sus capas; capas de la Tierra, se entiende, no de bailes. Hay quienes lo pueden menos y quienes no lo pueden. En la vida hay que ver como se vio a Tongoy de clown: ¿qué importa? En un par de horas será diferente. Pero en ese momento, por razones válidas, tenía que estar vestido así, como todos nosotros; desde el nacimiento hasta la muerte, tenemos que estar con el distintivo del número de cédula de identidad. Créame usted, don Irineo, que es un engaño ver a un gran hombre —y todos son grandes hombres— bajo el peso de su capa. Que me baste citar a ustedes una pequeña escena de la que fui testigo: entré en el lavabo y allí, frente al espejo, estaba Mamerto Masatierra que decía: “¿Hasta cuándo durará este baile? ¡Qué ganas de sacarme todo esto, de sacarme tanta absurdidad de encima!”. No hay que olvidar que Mamerto era el verdadero éxito de aquella fiesta...

Salí con Teodoro Yumbel. Me dijo con voz precipitada:

—Quisiera ver a Artemio Yungay. Vamos a la calle de la Inquisición. Es en el número 297. Necesito, Onofre, oír hablar y oír hablar. Artemio puede hacerlo pues asistió al baile de fantasía de que nos habló Naltagua. Allí, creo, conoció a Prascovia. Tengo en la cabeza una verdadera lluvia de disfraces. Esto yo lo había sentido tal cual Naltagua lo ha dicho: el disfraz y el hombre puro... ¡Oh, la fe, la fe...! Si ha desaparecido la religión de nuestro cura de Putaendo, he de reemplazarla con otra. Vamos, de prisa, por favor.

Llegamos. Artemio nos recibió afablemente y nos contó los pocos recuerdos que guarda del baile. Te los anoto:

—Los amigos me aseguraron que yo daría golpe disfrazándome de cocodrilo. Me trajeron el disfraz y me lo calé con la ayuda de ellos. En verdad, no estaba mal. Esto lo digo ahora porque, en un comienzo, me sentí francamente ridículo. De pronto vi a la hermosa

Prascovia. Iba ella disfrazada de alcachofa. Acto continuo mi cocodrilo se dignificó tomando proporciones inmensas al golpe del amor. Antes no lo habría pensado. ¿Cómo imaginarme que de las escamas y colmillos de un cocodrilo pudiese escaparse de súbito un soplo de elevación magnánime? Lo curioso es que a ella le ocurrió otro tanto. Estaba cohibida al sentirse vestida de alcachofa. Luego sintió algo enorme que brotaba de las hojas y del fondo de su piña. ¡Cuánto bailamos! ¡Qué bien me sentía vestido así de cocodrilo y llamándome Perpiñán! En fin, amigos, no hay disfraces que algo puedan contra el designio que a uno lo guía. Saben ustedes lo que pasó: Prascovia, a pesar de haber sido toda una noche la más bella alcachofa de este mundo, Prascovia no me acompañó más que hasta el Perú. Llegué solo a Francia para enredarme en otras aventuras. Sin embargo siempre pienso que es conveniente vestirse, de cuando en cuando, de manera inusitada. ¡Hay algo, amigos, en los disfraces! Si no lo hay... ¡ah, que lo diga nuestro profesor de Castellano y Geografía, el insigne Mamerto Masatierra; que recuerde cuán bien estaba el altivo mosquetero! Por ahora no veo otro baile de fantasía pero si lo hay me vestiré de ornitorrinco y ¡ya verán ustedes!

Salimos. Teodoro Yumbel me cogió del brazo. Caminamos un rato en silencio. Al fin llegamos a la Taberna de los Descalzos.

—¿Quieres entrar un rato? —le pregunté.

—Sí, sí —se apresuró en decirme—. Necesito, te lo repito, bulla y oír hablar. ¡Oh, la fe, la fe! ¡Y los disfraces, Onofre!

Allí estaban Lorenzo Angol y Desiderio Longotoma. El tema, propuesto por Teodoro, fue el famoso baile de fantasía. Lorenzo había asistido a él disfrazado de gladiador romano; Desiderio, de perejil. Dijo Lorenzo, ofreciéndonos sendos piscos:

—Tal vez ha de ser verdad lo que ustedes me dicen que ha expresado Naltagua pero a mí no me sucedió tal cosa. A pesar de tanto y tanto disfraz veía yo sólo un simulacro por querer salir de lo que nos es habitual. Me parecían todos esos seres, empezando por mí, sencillamente extravagantes y en ninguno logré ver un cambio fundamental al llevar esa "capa", como las llama Pidínco. Era tan sólo absurdo ver a Artemio Yungay vestido de cocodrilo; a Prascovia, de alcachofa; a Mamerto Masatierra, de mosquetero; a Silvestre Tongoy, de clown; a Nora de Bizerta y Ofqui, de gaviota; a mi primo el capitán, de arrecife; a Huinchita Pin, de curandera; a Isidra Curepto, de evangelista; a ti mismo, Onofre, de camanchaca; a mí mismo, de gladiador romano; y a usted, Desiderio, de perejil; y a cientos y cientos más... ¡era absurdo y nada más que absurdo! A través de esas capas se veía traslucir al hombre puro y —lo que es peor— al impuro que yace bajo la capa del nacimiento.

"Bebamos otro pisco. El me hará recordar vívidamente lo que sentí en Europa al llegar: la gente es igual, igual en todas partes. En todas partes tiene idéntico resorte que la mueve. Aquí en Chile como en el más lejano país se encontrará la misma, la exacta entelequía. Ahora que irá cubierta con capas diferentes. ¡Pobres miserables los que ven y toman estas capas por el hombre! Ya sé que en Europa son, acaso, más trabajadores que aquí, acaso... Son menos alcohólicos, por cierto. ¿Y qué? ¡Ribetes y adornos de la capa! ¡No hay más! Al fondo y bajo ella galopa insaciado el hombre puro.

"¡Eh! Camarero: ¡cuatro piscos más!

Desiderio Longotoma se frotaba las manos y aprobaba riendo cuanto Lorenzo decía. Al fin exclamó:

—¡Claro, claro! ¡Por supuesto! ¿Tanto han tardado ustedes para verlo? Yo, mis siempre queridísimos amigos, lo he visto desde hace ya largos años. Me preguntarán ustedes: "¿en

qué?". ¡Aaaaah! Amigos míos, lo he visto en las mujeres, ni más ni menos, en las mujeres. De ahí a generalizar... no cuesta mayormente. A las mujeres, ¡sacarles la capa! Porque están cubiertas, cubiertas de capas. Pues bien, se le saca a una la capa de nacionalidad... ¿Se dan ustedes cuenta? Parece, al principio, que va a quedar reducida a un cero. ¡No! Hemos avanzado un paso en la vía de la mujer. Luego se le saca la de su estado social; luego la de su tamaño y las de sus otras cualidades y calidades físicas... ¡Siempre la mujer! Aquí está, amigos, la clave de mi amor por la Tomasa. ¡Oh, qué de capas caían junto a sus indumentarias! ¡Era aquello el delirio!

—¡Camarero! ¡Más, mucho más pisco para brindar por esas capas caídas!

Lorenzo agregó:

—Florencio Naltagua me ha repetido lo que tú, en su casa, Onofre, le dijiste a don Irineo Pidinco. ¿Recuerdas cuando citaste a don Aliro Gorbea? Es lo que yo vi en aquel baile de máscaras: vi a hombres y a mujeres, a todos, "esforzándose por poder mostrarse".

Lorenzo Angol y Desiderio Longotoma se marcharon. Allí, en la Taberna de los Descalzos, quedé solo con Teodoro Yumbel.

Teodoro se bebió su pisco y pidió otro más. Me dijo entonces:

—¡Las capas de la fe! Se caen y desaparecen también, Onofre. Cada una que desaparece nos abre un pedazo del hombre puro.

Un silencio largo. De pronto, en medio de su cabeza empiscada, Yumbel vio algo que se le nublaba y volvía a aparecer. Al fin logró sujetarlo: era un recuerdo.

—Onofre —me dijo—, estoy asaltado por una remembranza. Una remembranza lejana, lejanísima. No; son dos remembranzas. Las dos son lejanas, lejanísimas. ¡Bailes de máscaras, Onofre! El uno es de mi infancia, cuando yo era pequeñito, cuando hice mi primera comunión. El otro es de la adolescencia, es otro con un baile de fantasías también. ¡Siempre disfraces y más disfraces! Recuerdo que, vestido de primera comunión, me sentí pésimamente mal, sí, pésimamente mal, tanto que casi perdí la fe que me daba el hecho de estar ataviado así para recibir la sangre del Redentor. La otra vez fue cuando tenía yo 17 años o 16 años. ¡Ah! Esta vez me sentí fuerte, me sentí magnífico al sentirme de buzo, ¡de buzo, Onofre!, con mi gran escafandra y con todo. Ahora, al recordar esos momentos, me siento otra vez pésimamente mal, me siento pecaminoso, Onofre. ¿Por qué? ¿Por qué esta idea del pecado se inmiscuirá en mí? Onofre, iré al Convento de los Jerónimos, iré en demanda de Fray Benito, Fray Benito del Crucifijo. Con él necesito hablar, él me explicará. ¡Basta ya de esta lluvia de disfraces! ¡Todo está disfrazado en este mundo! ¡Hay que poner coto a tal cosa, Onofre! ¡Hay que poner coto! ¡Vámonos ahora: yo tras Fray Benito del Crucifijo; tú, tras lo que quieras!

Nos separamos. Teodoro Yumbel marchaba dificultosamente. ¡Tantos piscos, qué quieres!

Aquí estoy, otra vez más, en mi departamento. Otras ideas revolotean en mi cabeza. ¡El monje medieval sin convento! ¡Y las notas, las notas, Marul!

Sí, es mejor hablar de otras cosas. Siento que tu monje me atisba para saltarme encima. Yo le pongo notas y más notas por delante. Tras ellas me escondo.

¿Qué te han parecido las que ahora te mando? Todo lo que he hecho y he hablado con los amigos, está traducido. El monje, te repito, atisba.

Ha habido un cambio en mí: al principio estaba harto con las notas; no quería seguir haciéndolas; ahora pido seguir con ellas y en ellas he encontrado un sentido a la vida. ¿Eres tú, Marul, quien ha despertado este amor a las notas al mostrarme, aunque de lejos, el

"antro del silencio"? La verdad es que uno pone su punto de llegada lejos, indescriptiblemente lejos. Claro está, yo tenía que hacer una obra enorme. ¡Las biografías! ¿Comprendes? Estas biografías serían un punto de apoyo para lanzarme a distancia loca. Con esta enormidad dentro, despreciaba la labor modesta, la de anotar a diario lo que sucede. Sin embargo lo hacía siempre; prueba de ello, releer lo que he escrito. Pero eran cosas, como quien dice, hechas al pasar. Eran sólo pequeños puntos de apoyo para esa obra enorme.

Cuando hemos hablado, Marul, tú te has puesto con tu monje en el anonimato; yo, para estar a tu altura y poder hablar mano a mano, me puse en la enormidad de mi obra. Eran nuestras dos posiciones. Y hablábamos; mejor dicho y sobre todo, hablaba yo.

Viene luego el momento de recapitulación, viene una revisión de cuanto se ha dicho. Viene, por fin, la confrontación con la verdad.

Marul, este punto lejano donde mi obra debería explayarse no existe en mí, no es, a mis ojos, más que una nebulosa vaga, sin contornos y sin núcleo. No es un punto nítido hacia el cual me encamino. En él hay sólo sueños o fantasías movedizas. Tú me has forzado a verlo así al hablarme del "antro del silencio". ¿Permites que desde ahora lo llamemos así? Lo que pasa es muy simple. Te lo repetiré para que bien me entiendas:

Uno tiene un punto en el cual trabaja o simula trabajar. Este trabajo es para llegar a otro punto lejano y que llamé enorme. Cuando alguien le muestra a uno cómo es este punto lejano y grande, entonces se vuelve al punto de partida. ¡Era demasiado grande aquél! ¡Hay mucho que hacer donde estábamos! Es todo.

Por eso, por tus palabras, he vuelto a las notas. Es verdad que a veces "se me cae la pluma de la mano". No importa. ¡Déjame seguir con ellas! ¡Déjame seguir colaborando en la obra común!

Teodoro Yumbel ha estado con Fray Benito del Crucifijo. Venía desilusionado. ¿Sabes tú qué le ha dicho? Lo hizo pasar, lo acomodó en un sillón y el fraile cayó en éxtasis frente a una azucena. Luego volvió en sí, miró a Yumbel y le habló de este modo:

¡Cuenta hijo mío, tus ásperas tribulaciones! ¡Abre tu corazón y que él se derrame con el inmoderado gusto de todo dominio restringido! Pues es nuestra época y esta ciudad de San Agustín de Tango quienes producen a los individuos abstractos.

Tu inclinación sin freno hacia la distinción te juega, a cada momento, una mala pasada.

¿Será preciso que ahora yo insista sobre el carácter profundamente idealista de tus pasos?

Tu rostro y tu silueta deben ser las de un niño; que sobre ellos no se muestre más que una corona campestre. Antes de hallar verdadero refugio en este templo debes ir al sepulcro de Santa Prisca, la patrona de esta ciudad. Está él en el Cementerio Apostólico. Póstrate ante su mármol sagrado.

¡Aléjate del realismo, hijo mío! Es éste, quizás, el más pobre documento de tu evolución.

Vuelvo a este detalle desconocido y sintomático. ¡Mirad los ángeles que escoltan a la Virgen Santísima! No te canses nunca en tu papel de confidente. Obtendrás así la admisión popular, obtendrás el volumen y la corporeidad.

Mañana ya será otro día. Mañana la bondad tal vez vuelva a la mudable esfera del espejo.

¿Aplicas este principio a las expresiones del pensamiento?

Recuerda que los ojos están a tu merced más aún que los oídos. En los edificios que

el hombre construye debería encontrarse el culto respetuoso que rodea a la selva y circunda la bóveda de sus avenidas. Si en el elefante y en el rinoceronte la parte terrosa de los huesos hubiera sido hecha de diamantes, podríamos imaginar creaciones distintas para cada elemento.

¡Oh, sí, hijo mío! El diezmo satisfecho de la tienda es la condición formulada y admitida lealmente en nuestra actual acumulación que parte del motivo de admirable sencillez.

¡Yo te bendigo, hijo mío, y la paz sea contigo!

No es difícil comprender que, después de tal plática, la fe tiene que perderse definitivamente. Quedé en suspenso con las palabras de Fray Benito. Vine a casa, me senté y cogí un libro: Kahler, *Historia Universal del Hombre*. Te he hablado más de una vez de él. Lo abrí y leí. Era en el capítulo *Religión Universal*. Los siguientes conceptos me quedaron grabados:

"Así, pues, el espíritu es al principio un mandato divino, y la comprensión de este mandato divino por parte del hombre se manifiesta primero en su intranquilidad de conciencia, pues se ve como ser terrenal particular sensible y, por consiguiente, como pecador, cuya vida no está justificada ante la existencia espiritual, universal y perenne. La conciencia aparece primero como conciencia culpable en todos los diversos movimientos que convergieron a engendrar el cristianismo".

Luego pasó por mi mente el Parlamento C, de *Blenda y Feldepatto*. Vi a Calderón de la Barca:

"Pues el delito mayor del hombre es haber nacido".

¡Pobre Teodoro Yumbel! Pensando en él me acosté y me dormí.

23

Onofre, he llegado a una conclusión: nada es mentira, absolutamente nada. La mentira misma, ¿lo es? Por ejemplo digo yo: "He estado en la China; mi fundo de Taulemo se encuentra al Sur de Santiago; etc. y etc.". Empiezo a dudarlo. Son éstas maneras de expresarnos y nada más. En el fondo hay una verdad en ellas. Para descubrirlas es necesario no ser *materialista*. ¿La descubrirás tú? Lo dudo.

Onofre, eres tú completamente materialista. Lo eres como el que más con sólo esta diferencia: tú no lo crees, no lo ves, y, entonces, te proclamas *idealista*. Pero estás sumido en el materialismo hasta el cuello. Dime una cosa: ¿dónde está el bien que haces, dónde lo positivo? No lo niegues: te dejas influenciar por los otros, partes tras los otros, corres tras ellos. Falta en ti una línea segura, firme, que se sobreponga. Falta una finalidad que sea tu único objetivo. Parece que éste lo buscaras en las demás personas.

Todo esto es materialismo.

Entonces, ¿el idealismo?

También he pensado en él, Onofre, y he llegado a una conclusión:

Cualquiera que hoy viviera según los preceptos del Nuevo Testamento sería, antes de un mes, o aprisionado o abofeteado o fusilado.

Pues dime, ¿es posible la realización de Cristo hoy día?

Quien lo intentara tendría que empezar por despegarse de la vida diaria. Al fin terminaría en la casa de locos.

Ante el temor de la casa de locos, la mayoría sólo piensa en huir. Huir como sea pero

huir. Son pocos los que en vez de huir van hacia el temor y van hasta el dolor; son pocos los que se precipitan hacia ellos.

Yo formo parte de los que no huyen. No temo al dolor. Antes bien, lo apuro.

Date prisa, Onofre, en deshacerte lo más pronto posible de cuanto traigas de postizo sobre tí. Tienes tú todavía mucho que liquidar en ti mismo. No se trata de usar los ambientes que te rodean para, según tus observaciones, arrancarles chispazos. Puede ser que esos ambientes estén en algo superior y que deseen ver estas superioridades puras como una flor. ¿No te das cuenta de que necesitan flores puras?

Vacilas, vacilas demasiado. Es porque ves, ante cada acción, el pro y el contra. Odiabas las notas; hoy estás en ellas. Tu verdadero ideal sería Hamlet. Vacilar. Hasta que se llega al punto extremo, o sea, a la exageración.

Acabo de releer Hamlet. Shakespeare me lleva a regiones altas, muy altas. ¿Por qué se ha de vacilar siempre? ¿Es por un estado de autocrítica que pesa siempre ese pro y ese contra de cada acto? Tal vez. En Hamlet ello es trágico. En tí es displicencia, es un donaire de lujo. Al final, Onofre... ¡Cuidado!

Vuelvo a las notas y a... la obra enorme. Te veo, al mismo tiempo, con un peso gris, un peso negro encima.

Hay dos estados de ánimo diferentes: la Vida y el Arte. Habrás oído decir a menudo que si tal obra de Fulano no resultó fue por haber sido hecha durante la época en que tal o cual suceso lo tenía en pésimo estado de ánimo. Es decir que el ánimo influye tanto que el ánimo es todo. Se agrega que sobre las craciones artísticas influye también el estado sentimental y que influyen las preocupaciones de cualquier orden y el estado físico.

Ayer he oído una discusión sobre este tema. Había aquí varios amigos. Unos afirmaban que esta influencia era primordial; otros, que tenía su parte; sólo uno, Rubén de Loa, sostuvo que los estados de ánimo no influían. Rubén pasó aquí en Taulemo unas cuantas horas. Sostuvo así su afirmación:

—El estado de ánimo del arte lleva otras leyes, se desenvuelve según sus propias leyes, decayendo o exaltándose según hechos sea anteriores o sea venideros; es decir, hechos que ya han sucedido o que se espera que acontezcan. Es un estado de ánimo superpuesto, paralelo, si se quiere, en el correr del tiempo pero diferente en su esencia. A veces coincide, por su calidad, con el estado de ánimo de la vida; a veces es su opuesto. Atribuir la bondad del estado de arte a la bondad del estado de vida, es un profundo, muy profundo error. Sucede a menudo que se compensan justamente por los contrarios, es decir que a la bondad de la vida corresponde una negación del arte; a la negación de la vida, una bondad del arte. Jamás podremos saber qué circunstancias de la vida nos ayudarán o nos dificultarán en una obra de arte.

¿Vendrás a Taulemo? Mañana llegarán el capitán Angol y Nora de Bizerta y Ofqui. Podremos conversar largamente. Así es que te espero.

24

Taulemo. He pasado cuatro días en Taulemo.

Los 30 ó 40 kilómetros que hay hasta Curacopque los recorrí en tren. Allí me esperaba

Marul Carampangue. Seguimos juntos, hacia el Norte, hasta Taulemo en su auto. Otros 30 ó 40 kilómetros y llegamos.

Viejas casas bajo dos enormes encinas; un parque pequeño y algo abandonado; trozos de jardín; huerto y hortaliza. Las habitaciones de las casas son oscuras y en ellas se respira humedad. Tuve al llegar una gran sensación de sosiego. Me pareció que el mundo se había detenido.

Hacia todos los alrededores, colinas y colinas. A lo lejos, cerros grandes y azules. Está Taulemo en medio de la cordillera de la Costa y no lejos del mar.

Bajo los árboles del pequeño parque me detuve unos instantes a respirar hondamente y a hacer venir a los alrededores del fundo hasta mí: Curacopque con sus minas de manganeso y sus miles de obreros que, al verlos, parece que hubiesen tomado algo de la dureza y del color gris del metal; allá, hacia el Sureste, el fundo de San Pascual, en la estación de Sacamoscas, lavado, peinado, digno refugio de Florencio Naltagua; más hacia el Este, el gran macizo del Picoldo, con sus 6.200 metros de altura. No se ve desde aquí pero lo presiento elevándose con majestad hacia el cielo. Por fin, entre este fundo y el Picoldo, la pequeña ciudad de Illaquipel, dormida y triste y que es uno de los temas, casi una obsesión, de Baldomero Lonquimay. Ahí, en el bosque abandonado, me pareció verlo pasar a grandes zancadas y proclamando, ufano hasta lo indecible, que hay que ir, que hay que bajar, a las calderas de Illaquipel. ¿Qué serán estas calderas? En todo caso, parte del desprecio que Lonquimay nos prodiga, es porque él ha estado en las calderas y nosotros no hemos estado.

Luego vi pasar, muy alto, una bandada de cocolayes. Se dirigían hacia el Sur, hacia Curacopque, lanzando estridentes graznidos. ¡Bonitos pájaros! Pasaron y se perdieron. Volví a las casas. Por el suelo, arrastrándose cual una rata, vi un tutucuy que llevaba una lombriz en su pico. Respiré nuevamente el perfume del bosque. Llegué a las casas; allí estaba el capitán Gaspar Angol y su mujer, Nora de Bizerta y Ofqui.

Saludos. Luego nos sentamos alrededor de una mesa con Marul. ¡Qué calma, qué paz!

El resto del tiempo se hizo la vida habitual del campo: paseos a pie, una vez a caballo, charlar mucho en diferentes sitios, comer, dormir.

Al ir a Taulemo ansiaba yo hablar con Marul. Al día siguiente de mi llegada se presentó la ocasión. Vagando por el huerto nos dirigimos a un pequeño pabellón recién construido. Se encuentra entre viejos sauces. Ha sido hecho por Ladislao Casanueva y Limarí. Todo en él demuestra un marcado buen gusto que contrasta con otras de sus obras. A él va Marul a menudo a pasar sus horas y a leer. Apenas nos instalamos le dije:

Ob: En tu última carta me tratas, Marul, de materialista. Me reprochas que yo no tenga una línea que se sobreponga y me lleve recto a una finalidad. ¿Por qué? ¿Por qué ves en mí tales cosas?

Mc: Te veo vivir, Onofre. Te veo como sigues a los demás. Lo último que te han dicho parece ser la norma de tu conducta. Y partes, con lo ojos cerrados, como si al fin se te hubiese aclarado el problema que tienes.

Ob: No, Marul, no es así. Hay una confusión en ti que te hace juzgarme mal. En mí hay una casi completa falta de carácter. Es verdad, no me impongo, me dejo llevar. Pero esto lo hago voluntariamente. Me dejo mecer por la vida de los demás. ¿Hasta dónde? No creas que demasiado lejos. Pues en mí hay, dominándolo todo, una voluntad de acero. Esta voluntad es la que guía mis pasos.

Mc: Voluntad... ¿Dirigida hacia qué?

Ob: Hacia algo. Cuando trato de precisarlo se me esfuma. Pero sé que mi marcha está guiada y vigilada desde otra región. No puedo separarme de su voz. ¡Ah, su voz! La oigo a veces. Lorenzo habló por ella cuando me dijo que hiciera las biografías y entonces me cogí a sus palabras. Era un comienzo para ir donde tengo que ir. Lorenzo ya no se interesa. Has aparecido tú. Creo que lo dicho por Lorenzo fue el anuncio de tu presencia.

Mc: La voluntad debe demostrarse de dos modos: lo que se hace y lo que uno se niega a hacer. ¿Tienes ejemplos para ambas maneras de demostrar tu voluntad?

Ob: Sí, los tengo. Pero déjame pensar, déjame meditar, déjame serenarme un poco y te lo diré.

Guardamos un momento de silencio. De pronto le dije:

Ob: Siento que mi vida lleva un signo atroz pero no sé cual es. A él me lanzo con mi voluntad. No lo evito. Marul. Adónde me lleve, allá iré. Conozco las líneas generales de la marcha hacia él. ¿Adónde lleva? Te lo repito, lo ignoro.

Se produce en mí un verdadero desdoblamiento. Llego a preguntarme: "¿Quién soy? ¿Soy el hombre de voluntad o soy un buen señor como todos?".

Es aquí cuando me aparece el problema del desdoblamiento.

Óyeme, Marul:

Hay algo que me obliga a firmar cuanto escribo y cuanto escribiré: "Álvaro Yañez". No me vendría a la mente firmar Onofre Borneo. Pienso entonces en Álvaro Yañez... ¿Quién es?

Veo, allá lejos, muy lejos, como un embrión. Es un embrión que sólo tiene vitalidad, es decir, que posee todas las características de un ser que vive. Nada más. Es la vida que ha hecho y hará hasta el final Álvaro Yañez:

Pues bien, cierta vez... ¿cuándo, en qué momento?... otro ser se incorporó en este embrión: Onofre Borneo. Tomó las riendas, clavó las espuelas y... ¡adelante!

Adelante... ¡Qué fácil es decirlo! Este Onofre Borneo me recuerda a Olegario Cunaco, el hombre sin encarnaciones cercanas, el hombre lleno de dificultades para las cosas sencillas para nosotros. Es un hombre que necesita tomar contacto con la vida de todos los días. Si no lo tiene, decae y se va o quiere irse. Lorenzo tiene que haber visto este problema. Por eso habló de su biografía. Fue una idea lanzada al aire. ¡Ah, Marul, Onofre Borneo, de inmediato, incitó a Álvaro Yañez para cogerla! ¡Qué quieres, Marul! Onofre Borneo no puede escribir...

No creas que hago ninguna figura literaria al hablarte así. Esto lo creo firmemente.

En mí hay dos seres diferentes, dos seres opuestos.

Tú, Marul, los confundes.

Piensas en Onofre y te encuentras con Álvaro. Por eso, esquilmando cuanto existe del primero, me juzgas ufánamente así. En realidad, ¿quién seré?

Onofre Borneo es la voluntad, es la misión que siento;

Álvaro Yañez es un hombre cualquiera.

Sobre ambos gravita la sombra de Lorenzo Angol. Recuerda su frase: "... algo que parece asemejarse a un recuerdo...". No olvides tampoco cuando me habló de los "enormes vacíos míos que llenar". Y están esas mujeres en mi vida: Bárbara, Colomba. Creo que también está Guni. Todo esto, Marul, es un escenario que tiene como fondo un patio, un patio medio español, con mi madre, con una madre en él, y los gatos que pasan, que pasan por el tejado, que llegan hasta mamá y hasta mí.

¿Cuál, cuál soy yo?

¡Qué espantosa palabra es esta de "yo"! Porque no me negarás que existe en todos nosotros un sentimiento que nos acosa: es el sentimiento del yo. ¡Sentimiento inconfundible, Marul! Sí, inconfundible. Por eso no he vacilado al firmar: Álvaro Yañez. Imposibilidad de otro nombre cualquiera.

¡Tener que hablarte de estas cosas! ¡Qué miseria! ¿Cómo es que no te habías dado cuenta de esta existencia doble en mí?

Es lo triste, Marul: ¡que haya necesidad de hablar para entenderse!

Mc: ¡Cómo exageras, Onofre, un pequeño mal! ¿Tendríamos el derecho de llamarlo "mal"? Existe la costumbre de llamar mal a lo que nos es francamente natural. En esta lucha entre dos personas —o personajes, mejor dicho— tú cumples tu misión. Es lo que debes hacer. Óyeme bien:

Una vez le oí decir a Rubén de Loa:

—El arte no es *hacer*; el arte es *buscar*.

¿Entiendes?

¡Hay que buscar, hay que buscar siempre! Me atrevería a decir que es un desgraciado el artista que ha encontrado. Encontrar es detenerse; es bajar las armas; es abandonar la lucha. Es la rendición.

Sucede a menudo una escisión en los artistas: el problema del arte y el problema de la vida. ¿Por qué sólo buscar en el arte? Hay que buscar en la vida también. Si estas dos búsquedas se juntan y no forman más que una, ¡tanto mejor!

El arte debe nacer de nuestra propia vida.

Es tu caso.

Debes amar a ese personaje, llamado Onofre Borneo, pues es él quien te empuja y te empuja siempre. Es él quien sacude la apatía de Álvaro Yañez.

Ob: Sí, es verdad. Lo amo. ¡Que sea en mí el bienvenido! ¿Qué sería de mi vida sin él? Álvaro Yañez no puede tirar líneas para el futuro. Ni las menores logra cumplirlas. Basta que me diga: "mañana haré tal cosa; pasado mañana haré tal otra...", para que una fuerza sórdida me distraiga y me impida hacerlas. En cambio cuando menos me lo he propuesto, estoy en la obra. Creí, en un momento, que así era mi temperamento, que tenía yo un temperamento impulsivo. No hay tal. Es Onofre Borneo que, vigilando, ordena.

Ve, Marul, a Alvaro Yañez. Un día se casa con Isabel. Se casa como todo el mundo. Salen ambos de viaje. ¿Adónde? A San Agustín de Tango. Días monótonos. De pronto uno de ellos se inflama y me arrastra hasta los límites de la locura.

Ese día lo escribí. Tú lo has leído. Lo llamé *Ayer*.

Es él algo absurdo para mí y para mi modo de vivir. Sin embargo lo recuerdo con cariño, con intensidad. Algo en él reconocí. ¿Algo mío? No. Recuerdo haber vivido un día entero viendo todo desde un ángulo ajeno; desde el ángulo de Onofre Borneo. Fue tan profunda esta visión que hasta Isabel la sintió: aceptó todo, todo, sin elevar ni la menor protesta.

Mc: En tu pasado, ¿qué otros recuerdos se yerguen?

Ob: Desde luego y siempre se yergue el de no cumplir, el de la imposibilidad de cumplir, un proyecto que tenga una fecha para su cumplimiento. Esto de las fechas —me he fijado— es un paliativo que adormece a Onofre y da alas a la pereza de Álvaro.

Puedo apreciar la calidad y la personalidad de Onofre Borneo pues no es ésta la primera vez que cambio de nombre. Has de saber que, un tiempo, firmaba yo Juan Emar y así la gente me llamaba. Escribía, en un periódico, crónicas sobre arte. ¿Sabes el origen de

este nombre? Es la frase francesa: *j'en ai marre*. En realidad tenía yo *marre* al escribir esas crónicas. ¿Por qué? Creo que Onofre Borneo ya estaba en mí, y Juan Emar era un intento de Álvaro Yañez. Onofre no protestó; me dejó hacer para demostrarme el fracaso que ello significaba. Juan Emar era algo de nosotros dos. Era un poco más de Álvaro Yañez que de Onofre Borneo.

Y luego, Marul, ¡Tengo otro recuerdo! Me lancé a pintar. ¡Amaba yo tanto cuanto fuese de arte! Álvaro Yañez quería ser pintor... Dos profesores –José Backhaus y Richon Brunet, uno en París y el otro en Chile– y los utensilios, una cantidad de utensilios. Pues bien, pinté. ¿Podrá llamarse pintura lo que hice? Veo a mis profesores haciendo muecas cuando les muestro mis ensayos; veo también a un amigo pintor, Rafael Valdés, que disimula sus muecas. Hasta que no pude más y abandoné la pintura. Onofre tiene que haber reído en esos momentos, tiene que haberse mofado de mí. Tiempo después volvía a pintar pero esta vez guiado... sí, Marul, guiado... Esta vez Onofre vigilaba y vigila aún.

Pero siento, sobre todo, que hay una identificación mía con Lorenzo Angol. Mis propios recuerdos se confunden con los suyos. Es esto lo que me desorienta.

M: Tú, para mí como para todos los amigos, eres Onofre Borneo. Del otro, de Álvaro Yañez, nada sé, mejor dicho, nada quiero saber. Tal vez, ¿un sueño tuyo? Debe ser algo como Juan Emar.

On: He pensado, Marul, en otros nombres, nombres que me fueran un seudónimo. ¡Ha sido inútil! Onofre Borneo se me ha impuesto con una fuerza incontenible. Créeme: ¡es otro ser que, a través mío, vive su vida y me dirige!

M: Hay, en todo esto, una confusión básica en tí. Hay un hecho que debiera llenar tu vida: esa escisión que has hecho de tu persona: Onofre y Álvaro. Ella debería alegrarte, darte ánimos. Has logrado dividir la parte intelectual de la parte sentimental; en todo caso, lo estás logrando. Para Onofre, lo intelectual; para Álvaro, lo sentimental. Ahora que Álvaro da y dará siempre una nota de ambiente al trabajo de Onofre. Si hay una oposición entre tu intelecto y tus sentimientos, ¡mejor! Es allí tu trabajo.

Este trabajo te esquilma... en apariencias. Ya te lo han dicho: eres un hombre misterioso. Esto te atribula, ¿verdad? ¡Mal hecho, Onofre, mal hecho! Los seres misteriosos no existen. Son el misterio terrible para ellos mismos.

¿Concibes tú un artista sin un misterio profundo dentro de sí?

No, Onofre, no lo hay.

On: Bien; no lo concibo. Es verdad lo que dices de los seres misteriosos; todo lo que has dicho es verdad. Pero hay siempre un punto que me atribula: el hombre lleno de misterio es Onofre Borneo. Tú me dirás que soy yo. ¡Oh, por favor, no discutamos este punto! Déjame tan sólo decirte que, con o sin misterio, trabajo y trabajo, quiero que Onofre cumpla su misión en esta Tierra. Escucha:

Una noche en La Torcaza, hace ya tiempo, vi lo que tenía que hacer. Vi más, Marul, vi cómo había que hacer aquí en el mundo. Vi la enorme respiración literaria, la enorme respiración artística. Vi esa respiración a la que todos, todos, obedece y que es la que otorga un mérito a los hombres. ¿Sabes tú en qué consiste? Escúchame, Marul:

Hay que tomar grandes períodos, grandes épocas. Entonces verás esa respiración artística. Verás una obra purificada, una obra que es como el resumen, como la esencia de un estado de alma. Es una obra definitiva que ha cerrado un ciclo. Más lejos no se puede ir en ese sentido. ¿De dónde viene dicha obra? Viene de un conjunto, de un sin número de intentos anteriores cuando los artistas buscaban y ensayaban. Ahora, que la obra puri-

ficada ha sido hecha, empezarán nuevamente los artistas a buscar y a ensayar. Así vemos dos ciclos: el de la búsqueda en el que entra todo cuanto pasa por la cabeza; el de la síntesis de todo aquello.

De este modo se mueve el arte: una búsqueda desenfadada; una solución de ella; una búsqueda; una solución.

Yo, Marul, me encuentro entre ambos períodos, entre ambos ciclos, es decir, me balanceo sin saber qué hacer. Es esto, tal vez, lo que sentí cuando hablé con Lorenzo. Por eso tomé con tan gran ímpetu la idea de las *Biografías*.

Ahora me pregunto: ¿se hace esto *voluntariamente*? ¿Es voluntariamente que uno se decide por la búsqueda o por la solución?

Creo que sí. Creo que es el resultado de una labor profunda pero casi inconsciente. A veces se recuerdan algunos momentos en que se ha deseado, se ha pedido que venga esa solución. Luego es el olvido. Pero por dentro sigue el trabajo, sigue y sigue. De pronto aparece. De pronto se presenta lleno de facilidades... Creemos entonces en la inspiración. ¡No hay tal, Marul! Ha sido la obra de nuestro ahínco, nada más.

Así creo, así estoy cierto ha sucedido en los grandes de los grandes. Así ha sido en Shakespeare y así en Cervantes. De pronto, ¡todo claro sin nada subrepticio! Es cuestión de ponerse a la obra que ella saldrá de una plumada.

¡Oh, los genios! ¿Serán tan geniales? Sería mejor gritar ante ellos: ¡oh, los grandes asimiladores! Porque han asimilado cuanto bullía a su alrededor. Es de preguntarse qué sería de esa genialidad sin los hombres que han pasado su vida como locos buscando y dando retazos de sus encuentros.

Te he dicho que todo esto es el fruto de nuestro ahínco... Es aquí cuando la duda me asalta. ¿Nuestro ahínco? ¿Es verdaderamente el nuestro? ¿O es del otro?

¡Es del otro, Marul! En mí, ¡es de Onofre Borneo!

Distingo con toda claridad lo que viene del uno y lo que viene del otro. Llamemos a esto que viene "inspiración", ¿quieres? Pues bien, la inspiración traída por Álvaro es mala, es mediocre, es la de un colegial cualquiera. La que viene mandada por Onofre es buena. En todo caso lo es en comparación a la primera.

En la primera se remueven mil resavios ajenos a la materia misma que trato; en la segunda hay una perfecta unión entre la inspiración y el trabajo. De este modo distingo el origen de mis inspiraciones.

¡No hay duda, Marul! En mí, en Álvaro Yañez; vive Onofre Borneo.

Mc: Podrás hablar, Onofre, cuanto quieras. Un simple juego de nombres te lleva a todas esas cavilaciones. No creo en dos personajes. Hay en ti una naturaleza dual. Debe haber en ti un germen de inferioridad, sumido tal vez en la inconsciencia. ¿Cómo superarlo? ¡Cambiando, cambiando! Matar ese germen es punto menos que imposible. Entonces lo has puesto a un lado y te has bautizado con otro nombre para escribir, para realizar tu obra. A ella, ¡que no toque ese fondo de amargura y de pequeñez que hay en ti! ¡Que quede limpio y ajeno a ellos lo que ahora se llama Onofre Borneo! Es éste el secreto de los seudónimos.

¡Oh, mi querido Onofre! ¡El que eres y el que habrías querido ser! A este último lo designas con un seudónimo. ¡No hay más!

Pues bien, confía en las órdenes que te da Onofre. Sigue sus planes. Sabe más pues en ellos no hace colaborar esa parte aminorada que se esconde en tu infancia.

Onofre, esta parte es una manifestación de tu pereza.

Es tanta tu pereza que la dualidad se ha visto obligada a surgir en ti. Por eso confías en la sabiduría *del otro*. Es el remedio que tienes para doblegarte al trabajo.

Aquí Marul rió de buenas ganas y con un dejo de ironía. Me tomó ambas manos y me dijo:

Mc: Ya que es así, ya que ese espíritu sin cuerpo vive en ti... ¡déjalo que escriba a su antojo! ¡Y que pinte! ¿Por qué no?

Ob: ¿Y las reglas y los principios? Debo hacer algo bien, bien compaginado, con todo un plan que lo preceda...

Mc: Ahí veo a tu otra parte, a la que llamas Álvaro Yañez y que ha de firmar tu libro. ¡El complejo que se opone al trabajo, que inventa pretextos y más pretextos para quedar en la nada! Te repito: ¡deja libre a tu... Onofre Borneo!

Ob: Hay reglas, hay una visión de conjunto de la cual carezco, Marul.

Mc: Habla claro, Onofre, habla claro: hay Álvaro Yañez.

Ob: Total, Marul, tú me pides que escriba en estado de trance. ¡Imposible, imposible! Álvaro vigila y lo impide. Con esta vigilancia mi obra fracasará porque es increíble cómo todo en ella se desmiente y desmiente los ímpetus de aquel que se llama Onofre. La verdad es que se pelean ambos, Onofre-Álvaro, Álvaro-Onofre. Es el fracaso por todos lados. ¡Es una jugada de Onofre el hacerme firmar con mi verdadero nombre! ¡Tú me lo has hecho comprender, Marul!

Pues bien, ¿quieres que te diga la verdad o, al menos, una verdad pero absoluta? Hela aquí:

A Álvaro Yañez no le importa nada, nada, ni Lorenzo Angol ni Rosendo Paine ni Baldomero ni Desiderio ni Lumba Corintia ni Teodoro Yumbel ni Nicole ni Isidra ni...

Mc: ¡Claro está! ¿Qué pueden importarle? ¿Qué pueden importarle a esa parte tuya hecha de pereza? Pero estás atraído, atraído ciegamente, por tus ansias de crear algo.

Ahora recuerdo un párrafo que te vendría muy bien. Es en el *Romance de Leonardo de Vinci*, de Merejkovski. Habla el autor de Giovanni Beltraffio, el alumno deshecho por las dudas ante la personalidad de su maestro, de Leonardo. Cree Giovanni que Leonardo es el servidor del Antecristo pero siente que aunque lo dejara cien veces, una fuerza sobrenatural lo arrastraría siempre hacia él, que siempre estaría amarrado a su persona.

Así estás tú amarrado a tus ansias de crear algo. Para justificarlas juegas con dos personajes que habría en ti. Esto te hace resaltar el que habrías querido ser, sin pereza. Sí, hay una lucha en ti. Prueba de ello es que hablas siempre demasiado de tu persona. ¿Por qué hablas tanto de ti mismo?

Ob: Sencillamente, Marul, porque en todos nosotros hay todo. ¡A eso ha venido Onofre Borneo! ¡A despertar ese fondo común de nosotros que en Álvaro Yañez —por pereza, si quieres— habría quedado muerto. Este es el papel de Onofre, esta es su manera de expresarse. Juntándose con Álvaro, tal vez, puede ser... Porque jamás ha habido en mí la pretensión de creer que *mis* problemas sean únicamente míos, ni siquiera de varios. ¡Son ecos universales, ecos de inmensos egrégos que así se manifiestan! En todos nosotros resuena la voz de un Dostoievski y la plácida sabiduría de un Leonardo da Vinci y el esoterismo de un Vivekananda y...

Mc: Sí, sí. He ahí lo que ha traído Onofre Borneo. Vuelvo a lo mismo; ¡Déjalo que se exprese! ¡Déjalo que saque ese universal que resuena en nosotros!

(Riendo o más bien sonriendo).

Tal vez me ponga yo también a buscar mi Onofre Borneo, un ser sin cuerpo que necesite de Marul Carampangue para expresar esa universalidad inmensa, inmensa...

(Ahora con ironía).

Sólo con Juan Emar no puedes seguir. Ya a Guni se lo has dicho. Recuerda cuando te preguntó por tu vida, cuando te pidió que le contaras algo tuyo. ¿Qué recuerdos afluyeron a tu mente cuando te lo preguntó? Afluyeron los de tu vida de pereza marcada por algo que te aminora desde la niñez: el de las gotas de opio, en la Torcaza, que te hacen sentirte mal; el de tu "experiencia" mística equivocándote de iglesias pues tomas una protestante por católica; el del vértigo del juego con tu dinero que prefieres invertirlo en whisky; el de Fermín Baracoa con sus coronas y tú que contemplas de lejos a Ginette...

Ob: Fue un momento en que Onofre me abandonó. Entonces Juan Emar pudo recordar. ¿Crees tú que tales extremos puedan existir en una sola y única persona? ¡Ve, en cambio, a Juan Emar cuando Onofre tiene las riendas! Después me dirás cómo logras juntar, en una sola persona, estos dos extremos tan opuestos. Para ello sé pragmática, Marul: los hechos y los hechos, nada más. Óyeme:

Estamos en La Canterana en el taller de Lorenzo Angol con nuestro amigo Florencio Naltagua. Allí hay un ropero con tres espejos. En él está enclaustrada Chinchilla. En él entro yo mientras los otros conversan. En él, Marul, poseí a Chinchilla... Fuera del ropero siguen conversando Florencio y Lorenzo.

No sé si lo sabrás pero es el caso de que, después de esta posesión, quedé con un espantoso sentimiento de dualidad en mí: a veces me sentía ufano con mi acto; otras veces me sentía nervioso, arrepentido, sin lograr saber qué me había dado fuerzas para realizarlo. Ya ves: A veces en mí pensaba Onofre; a veces.

Hoy me pregunto:

"¿Cuál de los dos -Onofre o Juan Emar- la poseyó?"

Marul, no lo sé.

Recuerdo, además, en el comienzo de mis biografías, en lo que llamé *Dos palabras a Guni*, que me vi obligado a escribir algo que no coincide con la personalidad perezosa de Juan Emar. Digo allí:

...Yo ignoro toda solución por la imperiosa y muy simple razón de que ella, de encontrarse en algún sitio, no se encuentra en mí sino en otros y de presentarse algún día no se ha presentado aún puesto que estos otros siguen hoy, y seguirán mañana, viviendo y actuando.

Sí, ignoro toda solución y sin embargo escribí.

¿Título? Lo digo también: *se me impuso* el de UMBRAL. Marul, este título me fue impuesto.

Pero ahora Juan Emar se despierta. Entonces me hacer decir:

Quede, por lo tanto, bien establecido que yo no doy ni podría dar clave alguna, que sólo formulo problemas, que sólo pregunto frente a los hechos que he presenciado.

A veces pienso que Onofre Borneo ha venido a redimirme, que es un verdadero redentor. Pienso que no es él quien quiere escribir, que no tiene ninguna obra que hacer. Quiere tan sólo demostrar al perezoso de Juan Emar lo que es posible hacer si se enriela debidamente y entonces trabaja.

Esta idea me viene de cuando en cuando. Luego la arrojo lejos de mí. O tal vez se me va sin que mi voluntad tome parte en ello. Pero vuelve, Marul, vuelve siempre. ¿Sabes cómo? Óyeme bien:

Tengo en casa, en San Agustín de Tango, en la plazoleta Fray Tomate, unos cuantos libros con vidrieras medievales. Son libros hermosísimos, en colores. Te los mostraré. Por lo general yacen olvidados en mi biblioteca. De pronto, maquinalmente, corro hacia ellos, los abro y caigo en contemplación. Entonces de sus páginas empieza a levantarse como una canción que, atravesando los siglos, se une con esos artistas de antaño, con su candidez, con su profundo espíritu místico. Quedo, pues, en contemplación y no puedo impedirme de decir:

“¿Qué haríamos hoy día nosotros si esa edad llamada de tinieblas no hubiese existido?”

Onofre Borneo me ha cogido. Onofre Borneo me tiene entre sus garras. Un momento después estoy escribiendo. Un momento después soy feliz.

Hasta que... Marul, hasta que las imágenes medievales se van borrando poco a poco. Al fin desaparecen.

Ve entonces la venganza de Juan Emar. No sé cómo se instala pero es el caso de que ahora echa fuera a Onofre Borneo, lo echa con vidrieras medievales y con cuanto quieras.

Un peso de plomo cae sobre mí. Es el momento de la amargura, cuando maldigo este hecho atroz de ser un hombre sin interés por nada, un hombre decaído que no le importan ni Lorenzo ni Rosendo ni Baldomero ni Desiderio ni Lumba Corintia ni... En fin, todos los amigos, los que son objetos de mis biografías.

Dejo de escribir. Es todo.

Estaba yo emocionado al hablar. Marul calló. Me tomó nuevamente las manos y las apretó contra ella.

Así, más o menos, hablamos en el pabellón de Ladislao Casanueva y Limarí.

25

El tercer día de mi estadía en Taulemo hicimos un paseo a caballo. Éramos cuatro: Marul, Nora, el capitán Angol y yo. Nora llevó el alto de la conversación. Entre galope y galope nos habló de mil cosas. Recuerdo ahora su crítica al estafador don Aniceto Pichilemu, pero no por sus estafas sino por su manera de comer; la locura, el vértigo que en los burgueses, como don Plácido Romeral y su mujer doña Plácida, trae la palabra “pic nic”; el baño semanal que se daba el grueso y tranquilo don Aquilino Tocopilla y las consecuencias que este baño extendía en su familia. Nos hizo reír.

Pero antes de transcribir estas historietas de Nora, un problema me asalta:

¿Es una frivolidad, después de hablar de mi conversación con Marul sobre Onofre y Juan Emar ponerme a narrar lo hablado por Nora? Confieso: no lo sé. Pero he dicho que aquí transcribiría cuanto he oído así es que vamos adelante.

Recordó Nora a don Aniceto Pichilemu, el estafador de que habla Lorenzo en su *Canto del Chiquillo*. Era un hombre distinguidísimo y ponderado. Comía a menudo en casa de ella. Pues bien, cuando alrededor de la mesa había poca gente, don Aniceto comía introduciéndose con el cuchillo los manjares a la boca; pero si había mucha gente, el hombre se abstenía de tal práctica. Cuando lo hacía nadie le prestaba atención, nadie le decía nada. Entonces don Aniceto doblaba su ostentación y... ¡el cuchillo a la boca! Salvo, naturalmente, si había alguien de etiqueta. Al fin, no pudiendo más, dejó a entender al principio y explicó largamente después y por vías alejadas, que el rey tal y el príncipe cual

comían siempre llevándose el cuchillo a la boca... Silencio, indiferencia entre quienes le oían. Don Aniceto volvió a comer como persona bien educada.

¡Oh, y don Plácido Romeral y doña Plácida! ¡Qué gente, Dios mío! Que ante ellos se diga la palabra "pic nic" y ¡pierden la cabeza! ¡Hay que hacerlo, hay que hacerlo! ¡Oh, un pic nic!

Son éstos viejos recuerdos. Nora no sabía en qué consistía un pic nic. Creía en un juego o en un deporte. En un fundo se había organizado uno. Nora fue. Iba inquieta. Llegó la concurrencia a un pequeño bosquecillo junto a un riachuelo. Luego llegó una carretela cargada con canastos de manjares y con botellas. Se sacó el todo y se lo puso por tierra. Todos los invitados, entonces, se echaron también por tierra. Y comieron, comieron de cualquier modo, yendo de un canasto a otro canasto, usando un solo plato y un solo vaso y, todo esto, en medio de una alegría, de una locura delirantes. Era toda la finalidad: no había más. La cosa consistía en no tener mesa ni sillas. Alguien insinuó la idea de que, sin duda, estarían mejor en el restaurante que acababan de pasar. Fue la indignación general. ¿Y el pic nic, entonces? Se trataba, justamente, de no tener mesas ni sillas, de estar lejos de todo restaurante, que ni se divisara uno a leguas a la redonda. ¡De eso se trata! ¡Había que comer tirados en el suelo! Había que comer como... ¡Ah, por aquí está la cosa! Había que comer como tal vez comían los hombres de las cavernas o como hoy comen los forzados o los soldados en las trincheras. Aquella gente no lo precisa pero aquella gente lo hace. Es algo como alejarse de su cama para ir a dormir arriba de un árbol o sobre una roca empinada y... *sin tener necesidad alguna* de hacerlo. Desiderio Longotoma, que formaba parte de los asistentes al pic nic, llevó a él un taburete plegable bajo el brazo. ¡Nueva indignación general! Ese taburete quitaba el ambiente, quitaba el color... Longotoma se sometió. ¡Al suelo, como todos! ¡Ay, amigos! ¡Cuando a los burgueses se les deja hacer...!

Marul, con tono indiferente, intervino entonces. Dijo:

—He visto la vida de los burgueses simbolizada por un cuadrado, un cuadradito pequeño, sobre el cual hay una estrella, o cosa parecida, que en varias partes sale de sus aristas. Este cuadradito aprieta y aprieta esa vida. Es el límite de los prejuicios a que está sometida esa vida. La estrella... ¡oh, son las ansias que bullen en todo ser! Pero aquí están retenidas. No pueden expandirse. Los burgueses van a morir apretados. Esto lo sienten; sienten los dolores que una vida así ha de traerles. Entonces tiran a expandirse. Sin embargo están los férreos lados del cuadrado. ¿Qué hacer? ¡Una locura! ¡Hay que hacer algo que los ponga en la vida del verdadero ser! ¿Pero qué, qué? Solución, amigos: un pic nic. ¡Comer por tierra...! ¡Deshacer siquiera una vez las trabas de la vida burguesa!

Luego Nora, escarbando en sus recuerdos de infancia, habló del benemérito don Aquilino Tocopilla. Es el señor Tocopilla un hombre grueso, fornido; mira a sus semejantes con insistencia, habla poco, opina gravemente y, de vez en vez, se baña.

¡Hay que ver cuando este momento se aproxima y cuando se realiza! ¡Hay que ver las consecuencias que trae!

Como este baño no tiene día fijo, es anunciado repentinamente con dos o tres días de anticipación. Don Aquilino Tocopilla impone silencio, mira a todo el mundo y por fin declara:

—El jueves me bañaré.

¡Qué alarma en la casa entera! Su mujer corre al teléfono y se comunica con el médico de la familia. Momentos después llega el médico. Examina a don Aquilino. Don Aquilino

se somete al examen. Su mujer y sus hijos esperan en la pieza contigua. Sale el médico y dice:

—Puede.

Sale don Aquilino y dice:

—Puedo.

Acto continuo los criados de la casa se precipitan a la sala de baño y empiezan los preparativos: se asea la tina, se verifica el calentador de agua, se frota el suelo, se traen sábanas y se trae jabón, etc. y etc. Mientras tanto la señora de Tocopilla ha telefonado a Baldomero Lonquimay. ¡Baldomero quiere estar presente en este hecho singular! Bufo por el teléfono y promete encontrarse en casa de los Tocopilla el día y a la hora del suceso. ¡Llega el día! Hay mucha gente en la casa: parientes, amigos, el médico y, en un rincón, Lonquimay. Hay silencio. Se habla a media voz. Mientras don Aquilino se baña hay guardias en la puerta y se oyen resoplidos en el interior. Al fin sale envuelto en batas y felpudos. ¡A la cama! Desfilan ante él los asistentes; se informan del estado de su salud. ¡Ofuscación general! Don Aquilino piensa levantarse y salir... ¡Consulta general! Nuevos telefonazos a otros médicos. Vienen a casa del bañista. Se le examina. Al fin puede salir. Queda la expectación en casa. Cuando regresa lo esperan cientos de personas. Para la comida le han preparado dieta. Lo acuestan acabando de comer. Lo abrigan y le obligan a tomar aspirina. Baldomero Lonquimay vuelve un momento. Contempla al bañista, en cama, desde lo alto de su estatura. Bufo nuevamente y, sin decir palabra, se aleja a grandes trancos.

Así nos habló Nora de Bizerta y Ofqui, hoy de Angol, durante nuestro paseo a caballo y en medio de nuestras risas.

Al llegar a lo alto de una colina divisamos el mar. Nos detuvimos unos instantes. Luego ellos galoparon. Yo, con el mar a mi derecha, seguí al paso.

De pronto me detuve. Por otra colina, entre el mar y yo y recortándose ya sobre el agua, ya sobre el cielo, pasaba una manada de quidapermos escoltada por algunos hombres en sus cabalgaduras. Caminaban los quidapermos lentamente, con pasos macilentos, balanceando sus cabezas. Los hombres, de atrás, los seguían en silencio. Pasaban por algún camino sinuoso que sin duda había allí. Los miré.

Sí, los miré y, súbitamente, fui cogido por un terror pánico, un terror que algo tenía de cósmico. Me vi solo en aquella cordillera, solo en las colinas sin vegetación, desamparadas y, a cierta distancia, esos pesados quidapermos que pasaban para perderse entre las tortuosidades de aquel paisaje.

Me vi solo y... me vi alargado y alargándome más y más. Mi terror creció. Cada pedazo de tierra que hollaban esas bestias —y aunque yo no oyera sus pisadas— sentía que del sitio hollado se levantaba el ruido por la atmósfera, lo envolvía todo, me sacudía e iba a golpear en un planeta; iba más lejos, en una estrella; y hacía del universo una unidad. Era una unidad presente, allí a mi lado, que me hacía desaparecer, me hacía reducirme a las verdaderas proporciones que un hombre, solo y a caballo en esas soledades, adquiere en tal inmensidad.

Una voz lejana me despertó. El capitán me llamaba.

—¡Onofre, Onofre! ¿Vienes?

—¡Voy! —contesté o algo por mí contestó.

Clavé espuelas y me junté con ellos.

Alcancé a ver a los últimos quidapermos y a los hombres en sus caballos perderse y desaparecer.

Me junté con ellos.
Volvimos a las casas.

26

Cuarto y último día en Taulemo.

Mis recuerdos dan la voz al capitán Angol.

Nos habló primero de las vicisitudes de Cirilo Collico, el pintor nebuloso y detective audaz. Cirilo Collico era, hace tiempo, un terrible alcohólico. El alcoholismo lo tomaba en forma desenfrenada cuando caía en sus manos un caso detectivesco que solucionar. Bebía y hurgaba; hurgaba y bebía. Total: ya en completo estado de ebriedad, Collico encontraba y solucionaba. Después de borrachera y solución, Collico se encerraba en su casa y dormía. Despertaba luego pálido y temblante. Contemplaba el cielo. Algunas lágrimas le rodaban por las mejillas. Entonces Collico pintaba sin beber nada. Hasta que un nuevo caso detectivesco lo cogía.

Pero el alcohol se daba mayor prisa que sus actividades. En sus últimos casos la solución del problema era encontrada por otros, claro está que basándose en las pesquisas que él había hecho; sus pinturas quedaban inconclusas pues el hombre, paleta y pinceles en mano, lloraba y lloraba. Un día Cirilo Collico dijo:

—¡Basta!

Y se encerró en su casa, mudo, impertérrito. Si alguien llegaba a verlo y le preguntaba por su vida, respondía:

—Cirilo Collico, el que usted conocía, ha muerto. Ahora, sus funerales. Después, esperar. Por fin nacerá de nuevo y sin alcohol.

Realizó cierta vez sus propios funerales. Luego se echó a la cama y pasó en ella una semana, sin hablar, inmóvil. El séptimo día se levantó y desde entonces ¡ni un trago! Volvió a su vida de detective férreo y de pintor melancólico.

Otra vez habló nuestro capitán de Lorenzo Angol, de su mayor concentración, de su especie de ensimismamiento. ¿Es por Lumba Corintia, por su ausencia? En parte, tan sólo. Lorenzo es de los que toman todo profundamente en serio. Y ahora va derecho al comunismo. Pero no es un comunismo parecido al de las masas, el de turbamultas. (El capitán dijo estas últimas palabras con marcado desprecio). Lorenzo, antes de ir a él, ya se había hecho místico. El ocultismo lo había tomado, se había imbuido en él a tal punto que el mundo entero se le había transformado en algo extraño, lejano.

De pronto, y de tanto oír hablar de política, se había interesado en ella pero displicentemente. Era más bien como una curiosidad de ver si aquello, lo de la política, tan fuera de las normas que hoy lo guiaban, podía tener relación con estas normas. Frecuentó gente y leyó mucho. Un día se dijo y luego lo gritó por todas partes:

—¡Comunismo! ¡No hay más! ¡Comunismo!

Y sobre todo tomó en odio al capitalismo declarándolo en crisis. ¿Acaso fue una necesidad para llegar a esta unión de los pueblos? Tal vez. Pero ahora, ¡se acabó! Hay necesidad de cambio en la humanidad; la humanidad debe ser dinámica, jamás estática. Ahora, ¡comunismo!

Así habló Lorenzo Angol. Así es como por el misticismo ha llegado al comunismo.

Entonces ha ido a visitar gente humilde, a ver cómo vive el 90 o el 95 por ciento de los seres. Ha visto esa miseria negra, esa miseria que los roe, disimulada ante la presentación frente al público. Ha visto la parte baja que queda en casa. Y ha visto —que es lo que más le ha afectado— la resignación de esa gente. Parece que el mundo es así. ¡Tomémoslo como es!

El capitán empezó a hablar alegremente. Terminó hablando con marcado apasionamiento, tanto que Nora le preguntó si Lorenzo lo había convencido y se había hecho comunista.

Por fin habló el capitán de Olegario Cunaco, el hombre carente de encarnaciones sucesivas sobre la Tierra. Según el capitán, Cunaco es digno de compasión pues es el hombre que se equivoca siempre, se equivoca sobre todo en las pequeñas cosas, en ese saber vivir que los demás aprendemos sin darnos cuenta. Por eso Cunaco pasa por raro, aun pasa por tonto. Pero hay que ver cuánto sabe el hombre en cosas mayores. ¡Oh, en esto sabe una enormidad! Sólo que... ¿dónde y cuándo expresarlo? Olegario Cunaco se turba y, al fin, lo expresa cuando no debía hacerlo. Esto lo amarga. Hay que hacer algo por él, hay que ayudarlo a solucionar tan engorroso problema.

Luego partimos de regreso a San Agustín de Tango. Partimos todos alegremente en tren. Nos despedimos en la Estación de los Ferrocarriles. Me vine a Fray Tomate donde me encontré con Lorenzo.

27

Nuevamente en San Agustín de Tango y, como de costumbre, en la Taberna de los Descalzos. Allí estaba, también como de costumbre, Desiderio Longotoma. ¡Siempre contento, regordete, frotando sus manitos a pasmosa velocidad!

—¡Oh, querido amigo —me dijo al divisarme—, qué gusto de verlo! Estaba meditando sobre dos conocidos: Mister Harry Norwich, un inglés que me ha dado mucho que cavilar, y sobre el desgraciado de Justiniano Romeral. ¡Pobre Justiniano, pobrecito!

—¿Qué le ocurre? —le pregunté.

Me respondió gravemente:

—Se suicidó. Terrible suicidio, amigo. Un balazo en la sien derecha y... ¡se acabó todo! Usted tiene que recordarlo. Dirá: "Es el fin de muchos alcohólicos". Lo sabíamos: Justiniano bebía. Pero dígame, amigo, si puede usted definir claramente la psicología de un alcohólico. Justiniano no bebía nunca, jamás. Era el temperante Nº 1. Alegaba en contra del alcohol. Hasta que... hasta un día, en casa de mi distinguida amiga Carlota Paipote, fue inducido por ella a tomar una copita de champaña. ¡Nada más! ¿Qué es una copita de champaña? El joven Romeral la tomó. ¡Qué quiere usted! Hay que ver lo que es una insinuación de Carlota Paipote. Pues bien, amigo, el hombre bebió otra copita y luego una tercera, y luego una cuarta... De esto hace ya más de ocho años. Hasta el otro día en que se dio un balazo... ¡Y se acabó todo! ¡Oh, pasaron por su gaznate cuantos tragos puede usted imaginar: vinos de variadas clases, pisco, whisky, gin, ron, amargo, pernod, coñac y qué sé yo! ¡Siempre en estado de ebriedad! ¡Y la correspondiente alegría entre todos sus conocidos! Es así, amigo, como Carlota no supo lo que hacía. Porque en estado de desintoxicación, Justiniano lloraba arrepentido. Un día lloró más que de costumbre, más de lo

que el hombre resiste. Un balazo en la sien derecha y ¡se acabó todo! Será nuestro fin, mi distinguido amigo, si hemos de seguir frecuentando esta Taberna de los Descalzos o sitios similares...

—¿Y mister Harry Norwich?

—Ah, ese es otro asunto. Mister Harry Norwich es la voz de la razón, ni más ni menos, de la razón. Se suicidó también.

—¡Cómo! ¿Puede uno suicidarse por razón?

—Sí, amigo. Mister Harry Norwich puso fin a sus días porque en esta vida hay demasiados botones que abrochar y que desabrochar.

Seguí al taller de Rubén de Loa.

Rubén de Loa pintaba. Había vuelto a ver a Lucila Volcán. Estaba molesto y odiaba a esa mujer. Era, según su opinión, una clara síntesis de la burguesía. ¡Horror! Además allí estaba Pascasio Vallenar, tu primo, que yo deseaba conocer. Sé que es miembro del Club Cero y esto basta para que me atraiga.

Hablaban de la burguesía. Decía Pascasio:

—Las normas burguesas... Priman estas normas sobre todos los ímpetus que una persona pueda tener. Priman sobre sus ímpetus de arte, sobre sus ímpetus de religión, sobre todos, todos ellos. La norma de la vida es, antes que cualquier cosa, comportarse según una serie de principios rígidos. Si están estos principios rígidos y duros como el hierro, entonces ¡venga lo demás, venga la religión y venga el arte!

“Se creería que es cosa de temperamento... ¡No! El temperamento no entra en juego aquí. Hay algo más hondo. ¿Sabes qué? ¡Ah, veo que no has pensado lo suficiente! Tienes razón. Ellos tampoco lo han pensado. Obran instintivamente. ¡¡Porque hay una causa común que defender!!

“¿Qué importan aquí los temperamentos? A uno puede gustarle el arte: otro puede desestimarlo. Este barrigón puede amar la buena vida; aquel escuálido puede ser un asceta. En la vida diaria no congenian. Pero todos, Onofre, obedecen fielmente a la voz de orden: ¡la causa común! ¡El peligro que en contra de ella se dibuja en el horizonte!!

“Llegará un día en que Gran Bretaña, la capitalista, hará una unión sagrada con Rusia, la comunista. Lucharán lado a lado. Lucharán en contra de Alemania, la de Hitler. ¿Se amarán por eso Gran Bretaña y Rusia? ¡No! Es el peligro común. ¡Nada más! Pero el odio entre esas potencias subsiste, un odio feroz.

“¡Lorenzo! la burguesía defiende su estado actual. La burguesía defiende el derecho de poder acumular cuanto dinero le sea posible aunque aquello sea en desmedro de otras clases.

“Esta defensa les forma una mentalidad especial. Ramifica esta mentalidad. Encontrarás, de pronto, a Lucila Volcán.

Rubén, entonces, aclaró el caso de Lucila Volcán, diciendo con pesadumbre:

—Piensa en esa mentalidad. Dice Lucila al hablar de Cayetano Salvamares:

“—¡Me las pagará Cayetano, me las pagará! ¡Lo perseguiré hasta que lo hunda! ¡¡Aunque tarde en ello treinta años!!

¡Treinta años! ¡Treinta años! ¿Te das cuenta? Y lo dice del modo más natural, como si se tratara de una función orgánica en perfecto estado de normalidad.

¡Pobre Cayetano Salvamares! Sepa Dios qué le hizo él a ella o ella a él, el caso es que Lucila lo aborreció súbitamente.

"Así dice a quien quiere oírle. Del brazo de Carlota Paipote va y viene hecha una furia desenfrenada.

"¿Es ello posible? ¡Treinta años! Y Lucila Volcán lee y lee libros sobre ocultismo, los lee, los devora y habla maravillas de ellos...

"¡No, amigo Onofre, no los lee! Pasa los ojos sobre ellos y se refocila meciéndose en este divino mundo de la literatura religiosa. ¡No hay más! Porque a ella, como a su amiga Carlota Paipote, toda la literatura le es un mundo aparte, otra región, una región bifurcada que no nos atañe más que como espectadores. ¡He aquí la palabra: espectadores! Como en el teatro. Lo que vemos en el teatro pasa de las candilejas para allá. No viene a la platea ni sube a las aposentaduras de lo alto. Sin embargo aquello nos place... mientras no ha caído el telón. Que éste caiga y... ¡la vida cotidiana! Lucila diría: "La verdadera vida."

"Falta el lazo de unión. Falta el concepto de que todo, todo no es más que uno. ¿El ocultismo encerrado en libros y ajeno a la vida diaria? ¡Error! ¡Concepto burgués! Si él no nos acompaña paso a paso por la vida... ¡Eh, la vida diaria! ¡Ella es el punto difícil! Por eso hay que tener cerca de uno una vieja con un tucán y poner al lado de éste las telas que se pintan.

"¡No hay pintor sin un tucán!

Quedó un rato en silencio. Luego me dijo tomando un carboncillo:

—Tracemos una línea, la línea de vida de Cayetano Salvamares. Ahora continuémosla con puntos. Así. En el sitio en que la línea se convierte en puntos es porque otra línea, la línea de venganza de Lucila ha venido a interrumpirla. ¿Adónde va ahora la de Salvamares? ¿Adonde sea, amigo Borneo, pero ya no seguirá los puntos! Esta línea, la auténtica, ha sido frustrada por los deseos de venganza de Lucila Volcán.

"¡Ahora irán juntas estas líneas!! La venganza las ha unido. Es lo malo. Es malo vengarse. No sólo el amor une las vidas. ¡El odio también las une, amigo!

"Y nuestra vida burguesa está toda ella hecha de un poco de amor y de mucho, mucho odio!

Un largo silencio.

—Peleó Lucila Volcán con Cayetano Salvamares. Por carambola peleó también Carlota Paipote. ¡Pelea formidable, pelea macabra! ¿Por qué? ¡Sepa Dios lo que se han hecho! En todo caso nadie lo sabe. ¡Peleíllas y nada más!! Pero está la burguesa, la burguesa que se aburre con esta vida que no cambia, esta vida hasta la eternidad igual. ¿Qué haces tú en semejante caso? ¿Qué haces tú con la expectativa de una igualdad incambiable? No hay más que una cosa que hacer para devolverle a la vida su verdadera característica: ¡agrandarlo todo, agrandar los sucesos mínimos hasta decorarlos con tonos de catástrofe! ¡Sí, Onofre! Nada hay en la mente; entonces hagamos catástrofes.

"Pero... ¿es tan fácil hacerlas?

"¡Sí, señor; sí, señor! ¡Es facilísimo!

"¿Cómo?

Otro largo silencio. De pronto dijo:

—¡Dinero!! No hay más y la catástrofe es registrada en todos los medios. ¡Dinero!! Que sea por dinero la pelea; poco importa la cantidad pero que sea por él. Entonces la burguesía encontrará que había razón para pelearse.

"Tiene que haber un billete de 5 o de 10 pesos de por medio. No lo dudes, Onofre. Porque esta es la clave de nuestra sociedad. ¡No hay más!

"¡Pobre Cayetano Salvamares!

Rubén de Loa quiso pintar pero abandonó los pinceles.

—¡Pobre Cayetano Salvamares! ¡Hombre singular! Es el hombre que da brinco hacia la muerte. Hombre bien nacido y bien educado. Pero esto no quita el hecho de que salte y salte hacia la decrepitud y hacia el cajón mortuorio. Ha dado ya tres saltos. Óyeme bien: nació feliz porque nació con una alegría loca. Fue el loco alegre hasta la edad de 22 años. A los 22 años se acostó una noche, durmió y amaneció en su lecho otro hombre. ¡Otro hombre cubierto de una tristeza negra! Paseó esta tristeza hasta los 39 años. ¡Oh, qué hombre tan triste! Era de ponerse a llorar con sólo divisarlo. Hasta que se acostó una noche y durmió. Al día siguiente despertó otro hombre, despertó el hombre de la serenidad. ¡Terminada definitivamente la tristeza negra como antes había terminado la alegría local! Ahora es la serenidad. ¡Sublime serenidad! Es la serenidad de un anciano. Hasta los 51 años. A esta edad se acostó una noche y durmió. Despertó otro hombre, el hombre de la indiferencia. Hace de esto dos años pues tiene Salvamares 53 años. Es una diferencia completa, hacia todo y hacia todos. La culpa de su desavenencia con Lucila Volcán tiene que ser de ella. ¿Qué, qué puede importarle nada a un hombre de tamaña indiferencia? La culpa tiene que ser de ella. ¡No hay más!

“Estos cambios, Onofre, son difíciles. He hablado con él sobre ellos. Son difíciles. Imagínate: eres, por ejemplo, un joven, con todas las características de esta palabra de “juventud”; un día te acuestas y duermes y amanece hecho un anciano, con todas las características de esta palabra de “ancianidad”. Fue lo que sintió Salvamares a los 22 años. Luego lo sintió a los 39 y luego a los 51. Imagínate: amanecer viejo y triste... Imagínate: amanecer luego sereno como un filósofo griego y amanecer luego indiferente como un arbusto. Todo esto, ¡de un golpe!

—¿Qué le pasaba a Cayetano en estos brinco?

—Óyeme:

“Después del primer desasosiego se decía que había que acostumbrarse a este nuevo estado, acostumbrarse a otra manera de vivir. Esto le cansó. No había transición ni menos una lenta adaptación. ¡Había que cambiar de la noche a la mañana! ¡Deshacer, borrar el pasado! Si se allegaba a sus antiguas costumbres y pasiones, era el vacío. ¡Ya no servían! ¡Fuera con ellas! Y su cuerpo entero estaba moldeado por ellas. Sus instintos lo empujaban hacia ellas. ¡Horror! Porque, te lo digo, tocaba el vacío. ¿Es esto un círculo vicioso? Tristeza primero; vacío después; nueva tristeza al verificarlo; mayor profundidad en el vacío... Tal vez algo haya aquí de un círculo vicioso. Si lo hay es poco. Porque, no olvides, a los 39 años esta tristeza se trocó en noble serenidad. ¡Y también de la noche a la mañana!

“El cierto caso es que cada costumbre y cada pasión que Cayetano echaba fuera, lo desgarraba. ¡Y esto a los 22 años de edad!

“Necesitan mayor tiempo para irse. De un día para otro, es en verdad demasiado. Es, te repito, el permanente vacío, el vacío que no hay que llenar pues no existe la costumbre de las nuevas cosas que han de ocupar el sitio de las antiguas.

“¡Oh, agrega a esto el peso del medio ambiente! Porque la gente que lo rodea se extrañaba. La gente creía que Cayetano Salvamares estaba de mal humor... Después creyeron que un hondo trabajo interno se había operado en él...

“¡Pobre hombre! A los que saltan así, de un brinco en la vida, debería tenérseles todo listo. Rodearlos de seres tristes si han brincado hacia la tristeza; rodearlos de seres serenos si han brincado hacia la serenidad.

“Es la ocupación que debería tener la Ulpif. Al menos una parte de ella. Pero no lo

hacen. No hay nada listo. La gente desea que se siga como se ha sido antes. La gente no se da cuenta del brinco súbito que se ha dado.

“Pintemos un cuadro en honor de Cayetano Salvamares.

Rubén de Loa tomó paleta y pinceles y se engolfó en una tela. Yo me retiré.

Quedé pensando en este hombre de los brincos.

Al día siguiente me dirigí a la Ulpif y en ella busqué al doctor Hualañé. Le hablé del caso. Me dijo lo siguiente:

—Hay tres caminos que llevan a la vejez.

“El primero puede indicarse con una línea recta ligeramente inclinada hacia abajo. Es el camino normal. El sujeto va apagándose lentísimamente; cada día es un poco, un poquitín menos activo o más sereno que el anterior. La diferencia viene a ser registrada en el curso de los años. Para el sujeto son todos los días iguales. Necesita, como digo, años para notar diferencias.

“El segundo, el de los ciclotímicos, es una línea quebrada, con altas y bajas y, naturalmente, siempre inclinada hacia abajo. La línea en sus puntos altos desborda de vitalidad; en sus puntos bajos se hunde en el decaimiento. Por cierto que este decaimiento es cada vez más profundo, hasta que un día es el fin.

“Pero veamos el tercer camino, el de este señor Salvamares. Para él deberíamos dibujar el perfil de una escalera. Verá usted entonces una vida siempre igual, un temperamento uniforme hasta que se llega al borde de un peldaño. Aquí, en un cortísimo espacio de tiempo, se cambia. A estos largos períodos iguales sucede este cambio brusco que, por cierto, va bajando hacia la decrepitud.

“A Cayetano Salvamares le ocurría el descenso en una noche de sueño. A otros les ocurre de cualquier otro modo, en un paseo, en un trajín, o estando tranquilos en casa, o en una comida, o en una fiesta. Está Salvamares en la indiferencia. ¿Por cuánto tiempo? ¡Vaya usted a saberlo! Después, después... Nada se puede anticipar.

Al doctor Hualañé se le olvidó otra manera de envejecer.

Marul, yo no sé esperar. No sé dejar que la vida se deslice suavemente. Sufro de una precipitación angustiosa y la sufro si nada urgente tengo que hacer. ¡Para qué decirte cuando me he propuesto vencer algo! Es una manera de desaliento, es un modo de abandonar lo que me he propuesto. Es una pesadilla que me roe y me roe diariamente. Siento a todo momento que tengo que hacer algo, algo apremiante, indispensable. ¿Qué? ¡Nada! Al doctor Hualañé se le olvidó citar esta manera de envejecer.

¡Qué linda noche hemos pasado, Marul! ¡El cine! No puedes imaginarte cuánto me gusta. Tener ante sí una placa plana y blanca, sin nada. De pronto se apagan las luces y, ante tí, se presenta entera la naturaleza toda, se presenta con más aún de lo que podemos ver. ¡Es algo maravilloso!

Recuerdo ahora cuando se pasó un pequeño film en La Torcaza. La mayoría de la gente que lo presenciaba asistía por primera vez a tal espectáculo. Creía yo que el arrobamiento ante semejante maravilla iría a llegar al éxtasis. ¡Nada de eso! ¿Sabes tú qué fue lo

que les llamó la atención y a tal extremo que los condujo hasta una franca hilaridad? Fueron, Marul, los saltos, ni más ni menos, los saltos.

Me explicaré:

En este pequeño film había una escena de una mujer que avanzaba hacia un grifo de agua en el primer plano. La mujer está lejos, muy lejos. Cuadro siguiente: la mujer está junto al grifo. Y la gente se desternilla de la risa. Otra escena: un señor está en su departamento, en un 4º o en un 5º piso y se le ve salir. Cuadro siguiente: el señor está en la calle. Nuevas risas locas.

Como ves, tanto la mujer y el señor han dado sendos saltos acrobáticos. ¿Y el trazo hasta el grifo de agua? ¿Y las escaleras hasta la calle? Nada de ello existe. Entonces estallan en un reír desenfrenado.

29

Con Romelio Renaico he estado en casa de Lorenzo Angol. Ha sido una noche de larga y buena conversación.

Lorenzo estaba en un día sin luz. Una mancha negra se extendía de sus ojos hacia allá. Sobre esta mancha, como una gota de sol, vivía el recuerdo de su madre. Más lejos vivía el recuerdo de su padre. Él, Lorenzo, se distinguía, allí en la oscuridad, apenas como un resplandor mortecino.

De pronto nos dijo:

—Estoy sumergido en el año de 1887. En ese año mi padre tenía la edad que yo tengo ahora; mi madre tenía 25 años. Paso, bajo las aguas, a 1902. Cuando mi madre tenía los 30 años que hoy tengo.

¿Qué realidad tendrán estas dos fechas de 1887 y 1902? Es el misterio que no logro descifrar.

¡Vaya una ilusión esto de las fechas!

Porque tanto mi padre como mi madre viven aún, aquí, junto a mí, en una eternidad carente, como tal, de principio y de fin.

Los recuerdo a ambos, los veo, en 1924, al celebrar sus 40 años de matrimonio. Un año después moría mi padre; dos años después moría mi madre. Dos duelos seguidos, casi seguidos.

No creo en los duelos. Es una ilusión nacida de la ilusión de las fechas.

¡Quítennos esta percepción forzada del nacimiento y de la muerte! Veremos entonces una eternidad plácida asentada sobre nosotros.

Sobre ella resbalamos sin movernos.

A menudo me digo:

“¡Ya tengo la edad de mi padre!

Entonces vacilo entre una eternidad estable en la que esta frase carece de significado; y un sentimiento de marcha forzada hacia la decrepitud y la muerte.

Luego me turbo. Espero ver. ¿Ver qué? La realidad clara y nítida. ¡Sin fechas! ¡Sin tener hacia el futuro ni decrepitud ni muerte! Pero me turbo.

Y es necesario ver. Ver de pronto. Ver una armonía. Ver el comienzo de la armonía total.

Puesto que somos un extremo del infinito... Somos, por lo tanto, el infinito. Cualquier golpe a este extremo tiene que resonar en el todo. Por eso digo y repito que no es posible hacer sufrir a un humano.

Así, sin darnos cuenta, estamos recibiendo indirectamente los sufrimientos de los demás.

Esto explica nuestros estados de desasosiego, cuando una tristeza sin causa pesa sobre nosotros. No sabemos, no podemos localizarla ni atribuirle una causa verdadera.

¡Es el eco de tanto sufrimiento que en nosotros rebota!

Este es el principio de la moral, principio que debe estar por encima de las artes. No estoy de acuerdo con el chino Fa que proclama que las artes deben prolongarse, ajenas al sufrimiento, hasta lo inimaginable.

¡No! Esto no debe hacerse.

Somos todos uno solo, unidos por el sufrimiento común.

Romelio Renaico había escuchado sin decir palabra. Se levantó tranquilamente de su sillón y, sin más explicaciones, nos propuso que lo acompañáramos al Convento de los Jerónimos. Allí seguiríamos hablando. Renaico gusta hablar rodeado del ambiente del Convento. Fuera de él escucha y observa.

Salimos. Atravesamos el centro de San Agustín de Tango. ¿Cómo? Debo confesar que no lo sé. Sólo sé que él iba al medio, a su izquierda Lorenzo y a su derecha yo. Sé también que caminábamos a grandes pasos, pero no queda en mí ningún recuerdo de nuestra travesía, ni de calles ni de plazas ni edificios ni gente conocida alguna. De pronto estábamos en el umbral del pórtico de la enorme iglesia.

—Adelante —nos dijo a media voz.

Entramos. Cruzamos la nave principal, luego una lateral y subimos por una escalerilla empinada. Al fin nos encontramos en una pequeña celda vagamente iluminada. Renaico se sentó sobre su cama. Nosotros sobre sendas sillas. Entonces nos dijo:

—Dejadme hablar. Lo que yo diga ha de tener relación con lo expresado por el señor Angol.

Guardó un momento de silencio. Luego prosiguió con voz lenta y acentuando cada palabra:

—Quisierais ver, amigo Lorenzo. Vos también, Onofre, quisierais ver. ¡Ver! Se espera que, de un momento a otro, se ha de ver. Recuerdo cuando yo lo ansiaba. Era un deseo loco, desenfrenado. Pero un deseo que yacía en el fondo de mi ser, sin manifestación alguna externa. Oraba día y noche. Oraba pidiendo otra visión.

Tenía yo la impresión de que se nos había puesto un antifaz, o un velo, ante los ojos que nos hacía ver todo erróneamente. Lo vemos como un suceder en el Tiempo, como si el Tiempo fuese algo real, algo palpable. Decimos entonces: ayer, hoy, mañana.

No es que esta manera de expresarse sea totalmente falsa. No es que el ayer, el hoy y el mañana no existan. Sí, existen. Pero existan de otro modo.

Cierto día vi.

¿Qué?

Escuchadme bien. Hablaré mejor con ejemplos.

Cuando vi, vi en un momento resumido todo esto que llamamos "Historia". Desde este momento se proyectaban largas líneas hacia lo que llamamos "futuro". Pero este futuro estaba también allí. Nuestra visión lo colocaba en una lejanía que lentamente se acercaba.

Vi a los romanos, vi a los griegos y a los egipcios y a todos los pueblos. Oí, al mismo

tiempo, a los hombres clasificándolos por las fechas. Los delimitaban, les ponían un principio y un fin. Sobre el mundo se recostaba esa idea de nacimiento y de muerte.

Todos los pueblos estaban a mi lado. Todos convivían aquí.

De pronto sentí sobre mis ojos el antifaz.

Los pueblos, entonces, retrocedieron y se alinearon según una cronología establecida.

Me pregunté:

“¿Cómo los hombres no ven que hay, por encima de esta cronología, un algo estable?
¿Cómo no ven que hay algo anticipadamente estable?”

Vi este algo como un tubo, como un enorme tubo.

Dentro de él giramos y giramos. Eternamente.

Todos giramos con un ritmo lento y seguro. Todos. Al menos tal es la ley que debería seguirse. Pero esta ley no siempre se sigue. Hay fallas en ella.

Porque de pronto hay quienes se quedan enredados en un punto...

Entonces los demás pasan a su lado, los dejan, los pierden de vista.

Estoy cierto que así habéis anticipado esta visión. Ahora, Lorenzo, quisierais verla.

Seguid, seguid y veréis.

Pero estad dispuestos a encontraros en la más absoluta soledad. Es lo que ocurre en este estado.

¡Soledad! ¡Soledad!

Oímos, en ese instante, el toque de varias campanas. Renaico calló y nosotros levantamos los ojos en signo de apreciar su dulce toque. Repicaban y repicaban las campanas. Escuchábamos nosotros. Entonces Renaico no advirtió:

—He ahí que el toque de esas campanas os distrae.

Lo que érais hace un segundo ya no lo sois.

Porque os falta la vivencia de esta visión. Esta visión está aparte de vosotros. Debe estar dentro de vosotros.

He aquí una jugada que nos hace el intelecto. ¡Saber...! ¿Hay algo que no se sepa?

Hay que ser lo que se sabe.

Es a lo que yo he llegado.

Así se obedece a la evolución.

¡La evolución...! Digamos mejor: las evoluciones. Las veo fuera del Tiempo, prolongadas en el pasado y en el futuro. Las veo como enormes tubos. Necesitan venir a la Tierra para expresar o cumplir una misión. Así vienen estos tubos; así cada cual, al nacer, tiene su tubo. Vienen. Se pegan al recién nacido. Éste apenas los oye; mejor dicho, no los oye ni los sabe.

Ved el inmenso tubo. Ved dentro al niño.

Grita, llora. Despierta para gritar y llorar.

Es que ha nacido para una vida animal, para satisfacer sus instintos. Y se siente encerrado en este inmenso tubo. Por eso grita y llora.

Luego el niño crece. Empieza a tomar a este tubo como a su casa. Su voz empieza a oírse. Es una voz vaga, muy vaga para la gran mayoría. Cuando esta voz es nítida es la revelación.cae, entonces, el adolescente de hinojos.

Cuando esta voz es un llamado que no se quiere oír, entonces el adolescente primero, el hombre después, se esquilda. Se siente acosado por mil órdenes de deber que él quiere evitar.

Pero, os digo: hay quienes las escuchan.

No olvidéis: Cada tubo trae su mensaje. Así pues, todos somos misioneros. El hombre debe oírlo. Pero la vida de los instintos es como un loco...

Dibujad con dos líneas paralelas, de arriba abajo, y luego sombread el interior. Luego haced dentro una línea incierta, quebrada y que se salga, tanto de un lado como del otro, de los límites del tubo.

Así lucha nuestra vida. Se sale, se desparrama a todo momento.

Es lo que se llama: "vivir la vida de cada cual".

Pero los que se quedan quietos y siguen, por encima de los instintos, la voz serena del tubo, son los verdaderos redentores.

Pueden tomar como base la moral, la alta moral, lo que los pone en el punto superior. Pueden tomar las artes o las ciencias.

¿Escucháis, Lorenzo, vuestro tubo?

Esta lucha, la del niño que grita y llora, quedará impresa en el alma para siempre. De aquí la influencia de la niñez. Es la lucha del instinto bestial en contra de la alta voz.

Reconoced, Lorenzo, cuando toméis una determinación, si obedecéis a la voz del niño, si es su voz la que oís.

Es éste el sentido de lo que se llama "domar la bestia".

Pero fijaos en el hombre que se mantiene erecto y no es perturbado ni por gritos ni por llantos.

Veréis que en torno a él el tubo se adelgaza. Nada queda fuera de él.

El hombre se concentra.

Entonces lo que hay arriba se derrama en él. Lo que hay abajo se explaya fuera de él.

El hombre entonces empieza a envejecer. El tubo empieza a tomar su forma primera.

El tubo empieza a retirarse. El tubo sigue su marcha.

Se retira. El hombre queda.

Se va. El hombre muere.

Muere... ¿Quién ha muerto?

Ha muerto, únicamente, lo que sirvió de instrumento a la voz.

Os hago en este momento un papel kármico. Lo hacemos varias veces sin saberlo. Yo lo sé. Representamos ante otros un mal, una desgracia o un bien. Sé que hay que evitar el hecho de representar simbólicamente un aspecto ante los otros. Cada cual debe ser y nada más.

Pero en nuestro destino hay una parte que es necesario agotar. Debe saberse distinguir esta parte. Entonces... ¡agotarla!

La mayoría de los hombres la evita. La deja para después...

No se da cuenta, esta mayoría, que estas partes subsistentes son como las cuentas con multa si no se pagan. Al fin se pagará más.

Es que parten de la base, los hombres, de que sólo tienen una vida. Morirán y una vez muertos... ¿qué importa lo que no se ha cancelado?

Si tuvieran una clara noción de la eternidad, cancelarían de inmediato.

¡Afrontad vuestras experiencias amargas! Mientras más experiencias amargas tengáis, mayor ha de ser vuestro avance y mayores han de ser vuestros conocimientos.

¡No lo olvidéis! Sobre esto cambiante de la vida cotidiana, hay algo estable.

Tal es la voz que resuena en cada tubo.

¡Oídla, Lorenzo! ¡Oídla, ambos!

Salimos. Romelio Renaico quedó en su celda. Atravesamos de nuevo el centro de la

ciudad. En la calle de la Eucaristía esquina de la calle del Pecado Venial nos encontramos con Jovino Panquehue. Charlamos un rato. Nos confirmó la noticia, ahora sabida de ciencia cierta: Sulpicio Calatambo, después de su fallecimiento en la batalla de *Don Fidey de Comiso*, se había marchado a la constelación de Andrómeda, a la distancia, como lo he dicho, de 800.000 años de luz de aquí de la Tierra. Según Panquehue está Calatambo feliz. Le dije:

—Sulpicio acaba de morir. Desde aquella batalla hasta hoy... Andrómeda está lejos, muy lejos, mi amigo, porque 800.000 años de luz, aun suponiendo...

—Sé lo que usted me va a decir, Onofre. Pero no hay que olvidar una cosa, amigo mío: la medida de año-luz es una medida terrena, una medida para entendernos nosotros aquí en el planeta. Cuando usted muera lo verá más claramente y Sulpicio Calatambo ya murió. ¿Qué pueden significarle a él 800.000 a 1.000.000 de años de luz?

Nos separamos.

Entonces Lorenzo me dijo:

—Estoy, Onofre, con la cabeza que me estalla. Las palabras de Renaico... Sin duda tiene razón. Luego Andrómeda y Calatambo en ella... ¡Qué enorme es esta vida! Lo que me ocurre es que estoy concentrado aquí en la Tierra. Es lo único que me explica mis dudas y tormentos. ¡Quisiera desconcentrarme, Onofre! Hace ya tiempo que lo quiero. Se lo he escrito a Lumba Corintia. Le digo que es esto, esto de vivir en la Tierra, como una cosa forzada, una cosa a la cual se nos obliga. A veces me he desprendido un tanto. Lo recuerdo. Recuerdo Roma, ¡Roma! No la de hoy. La recuerdo en los primeros tiempos del Imperio Romano... Cuando viví allí. Pero este recuerdo se me enreda con el de Jenara Linares. Jenara... Y con el encuentro del Globo de Cristal...

Llegamos a Fray Tomate y nos separamos.

30

Marul, he estado en el Club Cero. Fui por la tarde. Me convidaron a comer. Se habló mucho.

Salí de allí después de la una de la madrugada. Te aseguro, Marul, que salí con la cabeza trastornada. Todas mis ideas, aun las más asentadas en mí, se balanceaban y daban rebotes. Caminaba de prisa. En la calle de los Franciscanos, esquina de la calle de la Primera Comunión, me detuve. ¡No, no era posible! ¿Entonces...?

Déjame, Marul, explicarte lentamente. Déjame ir por orden.

Fui al Centro Marxista llevado por Tiburcio Azapa. Es decir, fui al Club Cero. Su nombre, o sobrenombre, me inducía a un error: Cero. Para mí, cuanto sucedía en él, era un cero rotundo. Ahora este cero se llenaba, se llenaba de significado. Pero no adelantemos.

En el club me encontré con Hilario Quinchao, con quien comimos. Después de la comida nos juntamos con Pascasio Vallenar y con ellos tres —Azapa, Quinchao y Vallenar— pasé la noche.

Yo los oía hablar y preguntaba algo de cuando en cuando. Ellos no se retenían y hablaban profusamente. No te negaré: hablaban con claridad, con suma claridad. Sería en vano que yo pretendiera explicarme aquí con igual claridad. Desde luego, como te lo

he dicho, tengo la cabeza trastornada; además la claridad en la expresión no es ni ha sido nunca una de mis facultades. Te explicaré como ello me venga, como salga. ¡Perdóname, pues!

La verdad es que la cosa cambia. La verdad es que estamos todos viviendo en una monstruosa equivocación. Yo quería —¡como tantos!— solucionar este mundo y arremetía para ello a zonas de pura intelectualidad y de complejos sentimentales. Lo que no estuviera dentro de estas dos zonas era para mí algo deleznable. Lo pragmático, lo verdaderamente pragmático, estaba en sus esferas. ¿Fuera de ellas? Eran lucubraciones de gentes que no habían aún llegado a tales esferas. Las dejaba, pues, de lado. Evitaba su insubstancial oquedad. Es decir, quería un mundo nuevo cimentándose sobre seres soñadores, ajenos al inmenso vivir de estos 2.500 millones de seres que están a nuestro lado.

Pascasio Vallenar, que fue quien más habló y que es, sin duda, un hombre muy hábil, supo convencerme, o trastornarme, si quieres, con mucha precisión y mucha certeza. Se dirigió siempre a mi punto de vista: los hombres —digámoslo— superiores. Entonces venía su pregunta:

—¿Cómo pueden, estos hombres, obrar plenamente en medio de un mundo hecho por unos cuantos, entre los que ellos no están?

Así Vallenar me acosaba. Al fin tuve que convenir con él que era menester cambiar el régimen de este mundo.

Entonces comprendí la inmensidad de la revolución, comprendí el pánico que ella produce en sus contrarios, vi las estepas rusas extenderse hasta el infinito y llenas, llenas de hombres puros que claman por la paz y la justicia.

A mi lado... las calles de los Franciscanos y de la Primera Comuni6n... En la sombra, dormidas: En sus casas, durmiendo, miles y miles de seres que...

De seres... ¿qué?

Es aquí donde vacilo, donde me ofusco.

Los recorrí uno a uno en mi memoria. Seres... ¿qué? Todos me aparecían como buenas personas, como... inocentes. Se decían con un ligero tinte de amargura:

—¡Qué diablos! ¡La vida es así!

Y sonreían satisfechos de que la vida fuera justamente así.

Esto seguiría siempre, eternamente.

Esto lo vi.

Sin duda este nuevo modo de ver el mundo ya existía en mí. Sólo que yo no era consciente de él. Se había elaborado en mi interior como un trabajo profundo que había sucedido a pesar mío. Pero es el caso de que yo trabajaba en él con la misma tenacidad con que trabajaba en mis obras conscientes, como, por ejemplo, en las biografías. Este trabajo profundo no se había cristalizado, no había formado un bloque nítido y, sobre todo, expresable.

Sólo así me explicaba la rapidez con que había comprendido. Era la solución de esa sensación algo extraña que sentía ante ello: la sensación de lo ya visto, de lo ya sabido.

No me quedaba más que decirme:

—¡Si es claro, claro!

Y luego preguntarme:

—¿Cómo no lo ven los demás, cómo no lo ven todos?

Creía yo que era cuestión de ver, de ver... Creía que aquello era como un problema científico ante el cual dos hombres se colocan a examinarlo, fuera de ellos mismos, sin

pasiones de ninguna especie. Se colocan y **de** ahí no se mueven hasta que desentierran la verdad.

Aquí, no. Se colocan, sí, y no se mueven y examinan, por cierto, con criterio agudísimo. Pero no van tras la verdad, es decir, no van tras de descubrir la mejor manera posible para aumentar la felicidad de los hombres.

Allí están sin moverse y examinando para mantener este estado de cosas, para que ni un cimientito se balancee en él, para que se afirme más y más, para que se entierre en la tierra, para que todos, al contemplarlo, se **di**gan plenamente convencidos:

—¡Qué diablos! ¡La vida es así!

Esto me parecía inaudito.

Lo que más me chocaba era la aceptación burguesa frente a este estado de cosas. Si, esta pacífica y hasta satisfecha aceptación, justamente de que la vida sea así.

Ahí tenemos, junto a nosotros, a un mundo quejumbroso. Todos se quejan, todos desconfían de los demás, todos parecen enfrentarse ante algo soberano, inamovible, de lo cual los demás son simples representantes. ¡Buena cosa representar lo inamovible y soberano! ¡Ya lo representaré yo también! ¡Ya lo estoy representando!

Entonces... ¡al ataque! Devoro a uno, a otro y a otro más. Devoro antes que a mí me devoren. ¡Sigo la ley, la sagrada ley!

¿Cuál?

¡Hay que ganar dinero!

Poco antes había yo oído hablar, en un grupo, a dos personas que eran felicitadas por sus oyentes. Hablaban de una venta de mercancías malas que habían sido vendidas como si se tratara de mercancías buenas. La alegría era común. No había ni sombras de haberse cometido un engaño. Eran vicisitudes de la vida. ¡Les había tocado la buena vicisitud! Era todo.

¡Qué diablos! ¡La vida es así!

Llegué tarde a Fray Tomate. Había un silencio sepulcral. Me acosté inquieto y dormí mal. Necesitaba hablar con alguien, con Lorenzo, contigo, Marul.

Al día siguiente me presenté ante Lorenzo y le dije cuanto había oído en el Club Cero. Me escuchó, como es su costumbre, en silencio. Cuando hube terminado me dijo:

—Debes, Onofre, acostumbrarte a considerar que hoy los hombres se dividen en dos grupos: los hombres del siglo XIX y los hombres del siglo XX.

Esto lo comprenderás al tratar íntimamente a gentes de tales siglos. Entonces distinguirás con nitidez a los del siglo pasado. Entonces verás cuán difícil es el triunfo del comunismo. Porque verás, verás ¡cómo están arraigadas en ellos las costumbres, digamos la palabra, las calamidades del capitalismo! Tú lo has dicho: "La vida es así!". Esto es más que una aceptación: es una fe ciega que no permite dudas de ninguna especie. A lo más aceptarán cambiar el mundo un poco, un poquitín. Una modificación por aquí, otra por allí. Pero nada más. La esencia debe quedar tal como está.

Porque el terror común a todos los burgueses es el dinamismo. La ley a que ellos están sometidos y la ley que adoran es el estatismo.

¿Recuerdas la conversación con Rubén de Loa frente a Macario Viluco? ¿Recuerdas que hablaba de lo dinámico y de lo estático? Esto está en todas partes.

El burgués es el estático completo. Si algo modifica debe estar cierto de que es para contrarrestar un dinamismo mayor que se vislumbra. Pues, en el fondo, ¡horror a cuanto modifique!

Las cosas para ellos están bien tal como están. Un cambio puede perjudicarlos. ¿Entonces? La protesta contra este cambio no se hacía. Hoy ya se hace. Entonces han formado un partido, un potente partido: el partido del capitalismo.

Junto a ellos, ¡cómo el mundo sufre! ¡Cómo el mundo se arrastra bajo el peso de una desgracia! Pero ¡qué quieres! Ayudados por la Iglesia, por cada púlpito, se tratará de vencer a ese mundo de desdichados de que... Tu frase, Onofre:

—¡La vida es así!

Sólo que no dirán: “¡qué diablos!”. Dirán que el Señor lo ha impuesto así para que, con el dolor, alcancemos la gloria eterna.

Sobre este dolor se cierne la sombra del capitalismo.

La finalidad de la vida no es, según ellos, la creación.

La finalidad de la vida es el dinero.

Ahora piensa bien: La cantidad de dinero es deleznable. La ambición de la burguesía es inmensa. ¿Qué pasa entonces? Pasa que para conseguir ese superfluo que ellos ambicionan tendrán que despojar a otros.

¿Es la guerra!

Por eso la guerra es sagrada. Todos tenemos que estar prontos, estar listos para ella.

La voz que hoy impera es:

“Cada semejante es un enemigo en potencia”.

Ahora que este enemigo no lo es en su plena conciencia. No olvides que “la vida es así”. No olvides que esto está profundamente arraigado en sus mentes que quien quiera discutirlo desvaría. Así es que esos enemigos no lo son de verdad. Son fieles a la vida. Son como se debe ser.

¿Los que han triunfado? ¿Los que están llenos de millones?

¡Son los héroes! ¡Se les admira!

Óyeme: el otro día estaba yo tomando café en un figón de mala muerte. La patrona, una vieja, conversaba con otra vieja.

—¡Ah, qué difícil está la vida —se decían—. ¡Ah, qué difícil ganar unos cuantos pesos!

Me dije:

—Estas viejas están a punto para comprender.

Me distraje un rato y luego volví a oír las. ¿Sabes tú qué decían? Pues ahora hablaban de la “bella” clientela del Hotel de los Vicarios, de la “bella” clientela del Hotel del Vaticano... ¡Y con qué respeto lo decían! ¡Oh, con qué admiración!

¿No ves tú que esa “clientela” es la meta hacia donde todas esas viejas quieren llegar? El jinete que en una carrera llega último no odia al ganador; lo admira.

Este es el secreto de la estabilidad del capitalismo: la admiración. Esta admiración no puede modificarse porque en el fondo de cada burgués reside la posibilidad de alcanzar un sitio prominente.

Los sitios, me dirás tú, son 10; los burgueses pretendientes a ellos son 10.000... ¿Entonces?

¡Ah, Onofre, esto no lo piensan!

Además..., además existe el aliciente de ser uno de los 10 y de mirar de alto a bajo a los 10.000.

Yo también, cuando oí hablar por primera vez de estas cosas, yo también me pregunté cómo la gente podía vivir en semejante mundo de capitalistas... Pensé en la guerra a muer-

te que se hacen día a día los unos y los otros. Vi esta sociedad en armas y batallando. Y... ¡los vi a todos satisfechos!

Créeme: en aquel momento una venda cayó de mis ojos.

Quedé en suspenso.

Sólo después empecé a ver –por aquí, por allí– cómo se desprendían algunos de esta masa y se iban al otro lado.

Ahora me preguntarás tú qué imperativo moral mantiene unidos a estos hombres de derecha. Ya lo sabes: sin un imperativo no hay unión posible. Este imperativo es:

La Honorabilidad.

¿Te extrañas? Sí, Onofre, la honorabilidad.

Es ésta una consigna, una voz de mando que no se puede tocar. Es de esas cosas sagradas que forman la base de algo, en este caso de la sociedad capitalista.

La honorabilidad quiere decir:

“¡No se toque al dinero ajeno!”.

Ante este mandato moral, todo lo restante pasa a categoría secundaria. ¿Qué importan, después de todo, los vicios o la dejación? ¿Las borracheras? ¿Quién no se ha embriagado alguna vez? Hasta la inversión, si se es honorable. Porque, te repito, hay que observar la máxima suprema: ¡no se toque el dinero ajeno!

Quien es honorable tiene un certificado de buena conducta que le abrirá todas las puertas. Se dirá de él:

–Es un hombre de una honorabilidad sin tacha; jamás deja de pagar lo que debe; jamás toca ni un centavo ajeno.

¿Quiere decir esto que yo no juzgo la honorabilidad en un grado alto?

¡No, Onofre, no! Pero de ahí a darle esa importancia suprema, de ahí a tenerla como piedra de toque para verificar la calidad de un individuo... ¡No, Onofre, no! Su existencia es loable para cualquiera; su carencia es reprochable. Sin embargo hay más. No es, no puede ser la única piedra de toque.

Si como tal se la toma, puedes estar cierto que el capitalismo está detrás, sí, está detrás.

Mi estupefacción crecía, Marul. Le dije a Lorenzo:

–No sabía que eras comunista. Ignoraba totalmente que tales ideas te alimentaban.

Me miró sorprendido. Al fin me dijo:

–¿Yo, comunista? No lo soy. Voy por otros caminos, mi querido Onofre. Voy hacia el ocultismo. Mis maestros son Ouspenski, Stanislas de Guaita, Rudolf Steiner y demás. Ahora que soy, de todo mi corazón, anticapitalista... sí, esto es verdad, es la verdad misma.

Le pregunté entonces, pensando en los autores que acababa de citarme:

–¿Desde cuándo sigues esa clase de estudios?

Me contestó:

–Desde..., desde hace ya tiempo. En fin, ya hablaremos. Por ahora, no lo olvides, soy anticapitalista.

Hubo aquí un largo silencio. Al fin me dijo:

–Sobre todo esto, Onofre, se recuesta una tristeza infinita, una tristeza grande como el universo que nos rodea. Dicen que me estoy acostumbrando a otro modo de ver, a otro modo de sentir. Pero este modo no lo vislumbro. Vivo, hoy por hoy, en la intranquilidad. Estoy acometido por mil clases de dudas. Me llevan ellas a la detención, me llevan a detener todo ímpetu. Es entonces... el vacío.

No pude menos que decirle:

-Lorenzo, ¡qué misterioso eres!

A lo que me respondió:

-Los que aparecemos como misteriosos es que somos, para nosotros mismos, un terrible misterio.

Así, Marul, me habló Lorenzo. Calcularás cómo salí de su departamento. El mundo entero cambiaba de fisonomía para mí. Las gentes que recordaba me aparecían de otro modo. No podía dejar de preguntarme ante la evocación de cualquiera:

-¿Será éste comunista o capitalista?

Y otra idea me inquietaba:

-¿Y el ocultismo?

Tú sabes que, en mis horas de ocio, me he dedicado a él. Jamás pasó por mi mente la idea de relacionarlo con estas nuevas ideas que ahora me acosaban. ¿Está en esta relación su verdadero significado?

Luego otra idea venía, a su vez, a inquietarme:

-¿Y el arte?

En fin, Marul, no lo sé, no lo sé. Tenemos que hablar, tendrás tú que explicarme mucho sobre estos asuntos.

31

Conversación con Marul.

El mundo de las artes se me desplomaba. Vi que ya este mundo no tenía razón de ser, que era una especie de lujo y nada más. Sin embargo..., sin embargo...

Se lo expliqué a Marul. Entonces me dijo:

-¿Qué es el arte, Onofre, de dónde viene? Tiene dos orígenes diferentes. En este mundo toma las formas correspondientes a su punto de origen. Entonces se coloca de un lado y del otro lado. La gente no ve esta división. Existe, Onofre, existe. Piensa tan sólo en esto que yo creo como una verdad inamovible:

El reino del arte está fuera de todo partido político.

Agrega ahora mi segunda creencia:

Los partidos políticos se fabrican un arte especial para ellos.

Estos partidos pueden estar tanto en la extrema izquierda como en la extrema derecha. Son iguales. Sobre ellos hay una perfecta igualdad de criterio. En el arte son hermanos. Lo que les interesa y diferencia es otra cosa. ¿Sabes qué?

Lo que los diferencia es la intención del tema.

Verás en una tela a Lenin y sus gentes; verás en otra tela a Roosevelt y sus gentes. Tendrán los mismos ademanes. Estarán ellos dirigidos, en la primera, hacia la hoz y el martillo; en la segunda, hacia estrellas y rayas. Podrías entretenerte cambiando las cabezas...

No lo dudes:

Todos los partidos políticos odian las artes.

Pero..., pero... ¿Pueden llamarse artes estas copias de escenas reales y corrientes?

Es lo que habría que preguntarse.

Esta es la verdad.

Las artes son desconocidas para todo partido político, sea éste de extrema derecha o de extrema izquierda.

Se contentan, pues, con esta sección del arte: figuras que creen inmortalizar sus diferentes procederes. El verdadero arte está fuera, fuera, a indescriptible distancia de estos partidos.

¡Cómo no ha de estarlo! ¿No ves tú que el arte es justamente la negación de los intereses políticos? ¿No es acaso una afirmación de que hay un modo de vivir sin tales intereses?

Pero esta afirmación está muy, muy alto. Tiene que estarlo pues si se bajara se desvirtuaría. ¡Tan alto! Es mejor no pensar más en ello. No hay que rebelarse porque no se ve aquello contra lo cual habría que rebelarse. Llegan a ser ideas abstractas. Sería como rebelarse contra el destino o contra Dios, contra las fuerzas inalcanzables por el hombre. ¿Para qué rebelarse?

Para eso se han hecho las leyes, para indicarle al hombre cuál es su dominio, dónde debe actuar. ¿Será así?

Óyeme, Onofre, yo creo que jamás las leyes se han hecho para beneficiar a los individuos. Todas ellas se dictan para salvaguardar un principio abstracto.

¿Es él tan abstracto? ¿Es una abstracción convertir un medio en un fin?

¡El dinero! ¡El dinero!

En las leyes de un país se contempla sólo este principio que todos ignoran, o fingen ignorar, que todos veneran.

Pero ya nos hemos extraviado con este dinero y dinero. Estábamos en el arte, ¿no es verdad? Quedemos en él, al menos, pensando.

Entonces, por una asociación de ideas, le pregunté qué pensaría Romelio Renaico sobre todo esto de que habíamos hablado. Marul me dijo:

—¿Romelio Renaico? No lo dudes. Ha de pensar como nosotros, como yo te he hablado. Si es un verdadero ocultista —y lo es— no puede pensar de otro modo.

32

Me he encontrado con el cínico de Valdepinos. Ha llegado a San Agustín de Tango y se hospeda en la Cité del Altar, N^o 9, en el 4^o piso, en el mismo edificio que yo ocupé con Isabel. Venía yo por la calle Llena Eres de Gracia y, al torcer en la calle de los Camerlengos, lo vi. Estaba de pie, alto, largo, y miraba hacia arriba. ¿Buscaba el hombre un pilar por donde encaramarse?

—¡Hola, amigo! —exclamé—. ¿Qué hace usted aquí?

—Dejo pasar mis furias —me respondió—, espero que se vayan, que se vayan. Este sitio es apropiado para ello. Por algo se llama la calle de los Camerlengos.

—¿Furias? ¡Qué cosa más extraña en usted! ¿Por qué tan inusitado estado de ánimo?

Me miró un momento. Luego me dijo mientras nos encaminábamos en dirección a la Prisión Legal:

—Amigo, porque hoy he vivido de furia en furia, rebotando ellas así, una, dos, tres; una furia, otra furia y otra más.

Primera:

Salí de casa, de la Cité del Altar, de gratos recuerdos para usted. Caminé y caminé. Llegué, por fin, a la Universidad. Allí, frente a la puerta de la Escuela de Altos Estudios Politécnicos, había un grupo de viejas harapientas. Hacían cola. Por cierto estaban en espera de algo. Pero ¿qué pueden esperar once o doce o trece viejas de la Escuela de Altos Estudios Politécnicos?

Esta pregunta me atravesó como un proyectil. ¿Qué pueden esperar? Fue suficiente: la furia me dominó.

Pues, al fin y al cabo, yo iba por las calles y pasaba frente a dicha Escuela gozando de todas las prerrogativas de libertad a que es acreedor, en esta República modelo, todo ciudadano honesto, y gozando ampliamente de mi propia libertad. Hoy, al despertar, había decidido no formular pregunta alguna a mi mente. Sin embargo apenas había caminado unas cuantas cuadras, trece o catorce viejas se clavan en una acera impidiéndome todo avance y desmintiendo las libertades ciudadanas, las libertades de una República modelo.

Una pregunta se me antepone y me desmiente. Porque durante largos años me he dicho que soy un hombre libre, tan libre que sólo se pregunta lo que a él, y no a otros, se le antoja preguntarse.

Dígame, mi querido Onofre, ¿qué pueden esperar de la Escuela de altos Estudios Politécnicos semejantes viejas harapientas? Me costó un esfuerzo inaudito despegar los pies del asfalto para seguir la marcha. Fue mi primera furia.

Segunda:

Despegué los pies y marché. Marché solo. Los transeúntes que cruzaba resbalaban como si patinaran sobre hielo. Solo... pero no olvide usted que iba con mi furia. Un hombre solo con una furia dentro... es peligroso, peligroso... para él, no para la furia.

Volví a casa, a la que fue de usted con Isabel. Yo vivo en el 4º piso. La casa, amigo, tiene ocho pisos y en cada piso hay un departamento. En cada departamento habita un amigo mío. Total: siete amigos ascendentes. El del primer piso es un amigo grande y sincero; pero el del segundo, lo es más; y el del tercero, más. Y así, a medida que suben los pisos, sube también la amistad que nos une. Hasta que llego al octavo.

Cuando reina la paz total de mi espíritu, cuando en él no se percibe ni un oleaje, visito a los amigos del primero y segundo piso. Pero cuando alguna pasión empieza a removerse dentro de mí, voy trepando por las escaleras en proporción exacta de la potencia de tal pasión. Raras veces visito al entrañable amigo del octavo. Pero las veces que lo visito, nuestra amistad se explaya, estalla, como una bomba colosal.

Después de haber visto a las viejas llegué al umbral de la puerta de cada amigo. Cálculos hechos y furia pasada, decidí dejar atrás al primero, al segundo, al tercero y toqué la campanilla del departamento N° 5.

Cordiales saludos. Luego le expliqué al gran amigo mi desasosiego ante la Escuela de Altos Estudios Politécnicos. Me escuchó atentamente. Al fin me dijo:

—¡Qué hermosa mañana la de hoy! Asómate al balcón. Nada temas. Aunque mucho hayas tranqueado por esas calles sin encontrar quietud, no es lo mismo, te aseguro, contemplarlas desde arriba sin tranquear.

Me asomé para contemplar esas calles. ¡Hermosa mañana, de verdad! Aire frío y sol esplendoroso.

Sí, sol, mi querido Onofre, mucho sol. Por eso abajo, por las aceras y por las calzadas, por eso cada hombre, al pasar, llevaba a su lado su sombra...

Sentí mi segunda furia.

¡Irremediablemente una sombra para cada hombre! ¡Irremediablemente una imitación perfecta, en la sombra, de cada movimiento de cada hombre!

Segunda furia, amigo. Pero distingamos porque hay un distingo que da la clave de por qué esta furia, la de las sombras, vino a colocarse encima de la otra, la furia contra las viejas, encima, sin formar ambas una furia total. Hay algo que explica por qué quedó sobrepuesta, aislada, de tal modo que la primera pudo conservar toda su presencia y fuerza, y la segunda, de igual manera, conservar las suyas. ¡Doble peso para mí! ¡Doble cólera...!

Pero vamos al distingo:

En el primer caso las viejas fueron el pretexto que inflamó mi furia. Entonces la furia entera recayó sobre mí mismo, y las viejas, mal que mal, quedaron excluidas de ella.

Mi furia tal vez rondaba en torno mío sin penetrarme y yo iba dentro de su atmósfera, libre, tranquilo, ignorándola como el aire que se respira distraído. Choca ella con esa serie de viejas, se materializa en forma de interrogación. Rebota. Se apodera de mí porque la interrogación me envuelve, estrujándome y preguntándome cómo es posible que el hombre soberano pueda ser detenido ante la primera contradicción callejera que no atina a esclarecer: la ancha puerta de la Escuela de Altos Estudios Politécnicos alargando, desde el umbral por la acera, una serie de viejas harapientas.

Furia contra mí, hombre ya de muchos años soberano.

Ahora en el segundo caso es todo muy diferente. ¿Qué furia cabe contra mí mismo, hombre suelto y aislado en la radiante mañana de un balcón? Pero hay cólera, odio a muerte, contra todos los demás hombres que pasan por el asfalto, hombres que pasan del costado sombrío de la calle al costado de sol esplendoroso.

Pasan. Pasan de la sombra a la luz, de la luz a la sombra. Como un chorro que se les desparramase de los pies, alargan un apéndice sombrío sobre el suelo luminoso. Llegan a la sombra: por los pies también, chupan su apéndice que se pierde piernas arriba y desaparece. Así todos, sin excepción todos.

Miro sus rostros. Tengo una pequeña esperanza: por lo menos que en algunos haya un cambio de expresión al desparramarse en el sol, al chupar el desparramo en la sombra. ¡Nada!

Se ocupan de todo, todo les cambia la fisonomía: otro transeúnte, un auto, un tranvía, una muchacha en su ventana, el periódico, el tabaco, un perro de la calle. Todo, menos lo que de ellos mismos se desprende hacia el suelo, lo que ellos mismos absorben con el cuerpo entero. Acaso porque, de tanta cosa, esto es lo único inexorable: sombra en el sol, nada de sombra en la sombra.

Pasan por todos lados, para todas las direcciones. Cambian de fisonomía hasta frente a una mosca extraviada entre coches y faroles. Mas no ante lo inexorable. Ni un cambio, ni un gesto, ni una mueca. ¡Hombres cobardes, mi querido Onofre!

Por lo menos si uno, uno durante el día, de pie al centro de la calzada, protestara a voz en cuello, los puños alzados contra el cielo, protestara al desparramar sombra en el sol, protestara al no dibujar con nitidez su silueta sobre el pavimento. ¡Nada! Le repito, amigo mío: ¡hombres cobardes!

Mi cólera mortal va hacia ellos; no hacia mí, hombre puro y elevado en un balcón.

Primero contra mí mismo; después contra los demás. Por eso las dos furias han podido sobreponerse, cada una con su propia fuerza. ¡Doble cólera para mí!

Y pasa ahora, calmadamente, a trote corto, un viejo victoria con su cochero viejo y

adelante un viejo jamelgo. Y los tres, tanto cochero, coche y jamelgo, proyectan sobre el oro del pavimento tres vejestorios azulados que vibran con trote corto...

Quinto amigo del piso 5º, no bastas para calmar mi desenfreno.

Me despido. Sigo trepando las escaleras. Me detengo. Suena la campanilla del 8º piso del octavo amigo. ¡Adelante!

Tercera:

Mi amigo no me dice palabra alguna. Sólo con un gesto ligero me indicaba su balcón. A él mi dirijo. ¡Hermoso día! Hay aire frío y sol, mucho sol.

No vuelvo a mirar esa Cité del Altar. Ahora miro hacia el frente, otra casa grande como la mía. Ventanas y más ventanas. Por ellas atisbo hacia la vida interior.

Tercera:

Apenas vi esta casa, una idea me fulminó: la idea de *un todo*. Allí no había partes y, de haberlas, eran secundarias. Pisos, ventanas, muros y demás...; todo ello secundario. Una casa, un total, un ser. La casa allí, fija en un punto de la ciudad, del mundo. Una casa, ella sola. Un solo destino para ella, para toda ella, hasta su propio y definitivo fin que es, justamente, su destino. Como el destino mío y el suyo, amigo: el curso de nuestras vidas. Y si la mano derecha tiene otro destino que la mano izquierda, tal diferencia es un solo y único destino: el nuestro.

En la casa de allí enfrente, lo mismo.

Para los seres de la casa de allí enfrente, lo mismo. Porque ellos son de la casa, ella los engloba y si cada cual pretende tener —además— el suyo propio, prima siempre el del total: la casa.

Yo, del otro lado, estoy aparte. Otra es mi suerte, otros mis designios. Estoy fuera de toda esa corriente de vida. Solo, lejos y miro.

En un piso se afanan algunos vendedores extendiendo sedas ante una dama. Encima, varias dactilógrafas escriben. Encima, a mi altura, se desayuna una familia: un señor, una señora gruesa, una muchacha y un chiquilín. Y encima de éstos y de mí, cada medio minuto aparece tras el cristal de una ventana la pelada de un vejete, a veces sus anteojos, rara vez su bigote cano, pero siempre su calva que se detiene un instante, gira y desaparece en la ceniza de su habitación.

Total: la casa, el destino de la casa con sus glóbulos.

Yo... ¡otra suerte, otros designios!

Tercera:

Yo veía lo que ellos hacían y ellos no se veían entre sí.

Primera: ira contra mí mismo; segunda: ira contra los demás; ahora: ira contra Dios.

Pues yo, en el balcón de este amigo y frente a mis vecinos, hacía en pequeño, en miniatura, el rol de ver en globo lo que los de ese mismo globo veían seccionado...

¡Oh, amigo mío, ese vejete de los medios minutos! La vez, por ejemplo, que mostró su bigote: en ese mismo instante el señor de abajo tosió y una de las dactilógrafas del piso inferior volvió bruscamente su cabellera dorada. ¿Y qué?

Algo, mucho:

Evoqué, Onofre, el último siglo de la era humana. Multipliqué más allá de todas las posibilidades de mi mente cuantos sucesos estén por acaecer y los lancé más allá de la Tierra, a los planetas, al Cosmos para implicarlo a su vez. Enormidad de hechos en inmensidad de tiempo.

Pues bien, por enormes que fuesen los hechos, por inmenso que fuese el tiempo,

jamás un pequenito hecho minúsculo en un instante fugaz e incoloro, jamás sería sabido por aquellos que fueron sus actores. Jamás por ellos y sí por mí.

Jamás el vejete sabría que junto con despuntar su bigote tras los cristales, un hombre de su propio total había lanzado por los aires un tosido. Y éste tampoco sabría que su tos correspondía a una cabellera de oro en el momento de voltearse.

Esa línea de coincidencia que cayó instantánea como una aguja inmóvil, traspasando en un mismo instante de tiempo esas tres puntas de hechos, esta línea que los enlazó en un instante único y común para ellos tres, esta línea la ignorarán para siempre aunque prolonguemos el tiempo y los sucesos fuera de todos los cálculos posibles.

Y yo, mi querido Onofre, la sabré mientras dure mi propia eternidad.

En ese momento la dama que mira las sedas estuvo inmóvil. Pero pudo haber hablado o pudo haber elevado un trapo anaranjado por el aire o haber vacilado para caer inanimada.

¡Yo lo habría sabido, amigo!

Pero el vejete aquel, no. Nunca habría sabido que su bigote cano tocando las maderas de su ventana, era la misma línea de una mujer cayendo herida entre sedas.

¡Yo, sí!

La mujer habría muerto. Su alma, llevando sus méritos y pecados, habría volado hasta el trono del Sumo Hacedor y allí se habría deshecho para ser juzgada. Pero cual pudiera ser o no ser su suerte, esa alma habría seguido ignorante de que su desprendimiento había sido una sola línea de coincidencia con el volteo de oro de la muchacha, con el sacudimiento de hupos del hombre, con el bigote del vejete apuntado hacia la cité como los colmillos de un perro en furia.

Ignorante ella. Yo, no.

Algo, sí, mucho. Es mucho haber tenido un poco de la visión de Dios sobre cuatro seres que en una casa, en un instante, son "uno" y que no atinan a saberse ni lo atinarán jamás.

Ira contra Dios. Ira por haberme hecho presentir una mínima parte de Su rol. Pues quiero permanecer en el mío, sin distracciones ni vislumbres, rol de hombre gusano que se arrastra y que llama y clama a los Infiernos.

No bastó tampoco ese octavo piso para devolverme la paz.

Me despedí y bajé. Calles y más calles y transeúntes. Y ahora buscar la calma por otra senda...

Así, Marul, me habló el cínico de Darío Valdepinos. Había empezado su perorata en la calle de los Camerlengos; la había terminado en una mesa del Bar Azul, calle del Deuteronomio.

Marul, Valdepinos me aburre. Ya he dejado de interesarme por esa clase de ingenio de que él tanto se satisface. Hablaba de sus "furias" y, en el fondo, reía. Hablaba de los amigos que vivían en la Cité del Altar y de la casa de muchos pisos frente a la suya. En la Cité del Altar no vive ningún amigo suyo y frente a la suya no hay ninguna casa de muchos pisos. Es raro también que haya "pasado" un viejo coche por allí. Todo esto era una composición de su mente. Veo a Valdepinos viviendo para otra clase de gentes, para gentes que aún pueden considerar el giro que da a su ingenio como una cosa abracadabrante.

Y de nuevo estoy en el taller de Rubén de Loa. Estoy con Lorenzo.

Como la otra vez llegó Macario Viluco siempre en compañía de Mamerto Masatierra. Como la otra vez venían discutiendo, es decir, Macario discutía y era escuchado por la sonrisa, y a veces risa, de nuestro profesor de Castellano y Geografía.

Alegaba Macario:

—La sangre tira, sí, señor, la sangre nos bulle y tira siempre al sitio de su origen. Esto no lo sabemos pero lo sentimos. A mí la sangre me tira hacia España. Yo no soy, no soy hispanófilo. Sin embargo, usted comprende Mamerto, cuando oigo decir esa palabra de España, siento, sí, siento que debo ir a España. Y aunque no la oiga. Sólo con pensar en ella me basta. ¡La sangre! Nada de especial tengo que ver allí. Lo que vería podría, después de todo, verlo en cualquier otra parte. ¿Los toros? Desde luego ahí están el Perú y México. Por lo demás yo soy contrario a los toros. Sin embargo no hay caso; ¡España! Y lo que es curioso, porque lo he observado mil veces, es que a los que tienen sangre extranjera les ocurre igual cosa con el sitio del origen de esa sangre. ¿Conoce usted a herr Interlaken? Pues bien: Suiza. ¿Y al signore Dino Orvieto? Pues bien: Italia. Y creo que conoció usted a mister Harry Norwich, el hombre que se suicidó por tantos botones que hay que abrochar y desabrochar en este mundo. Estoy cierto que en Inglaterra, su patria, no se habría suicidado. ¡No, señores, no se habría suicidado!

Mamerto, balanceando los pies, reía de buena gana. Al fin dijo:

—¿No cree usted, mi amigo Viluco, que esto de la atracción por países dados es más bien una cuestión de sensibilidad, que es una cosa interior?

—¡No, no...! —empezó a gritar Macario. Pero de pronto se detuvo.

Ante un gesto solemne de Rubén se produjo el silencio. Entonces éste dijo:

—Tenemos nosotros una misión en esta Tierra. Esta misión nada tiene que ver con el origen de la sangre. Donde encontremos vías para realizarla... ¡allí iremos! Porque ser un artista es tener la fuerza de liberarse de todo, de todo. Hay que liberarse de los principios y también de la sangre. Entonces empezar, frente a cada obra, con la primera inocencia.

—Usted habla de arte y de artes —exclamó Macario—. Yo hablo de un hombre cualquiera, de un hombre sin misión alguna. Un hombre que únicamente siente lo que circula dentro de él.

—¡La sangre! —gritó Mamerto.

—Usted lo ha dicho, Mamerto Masatierra: ¡la sangre! El hombre que sabe recogerse hasta sentir su circulación.

Mamerto le observó:

—En los distinguidos señores que usted citó —Interlaken, Orvieto, Norwich— pongo yo en duda esta historia de la sangre. ¿No se da usted cuenta de que cada uno de ellos tiene en su mente un atado de recuerdos infantiles que los une a sus respectivos países?

Macario se le plantó delante y dijo:

—¿Y sus hijos? ¿Y sus nietos?

—Hombre, no sabía que los tuvieran.

—¡Cuando los tengan, señor mío! Salvo el suicida, ¡cuando los tengan! ¡Cuando tengan descendientes otros compatriotas suyos! Créame usted: sin este imperativo de la sangre, no habría vida posible en este mundo. Por eso yo, ¡España! ¿Qué gracia tendría que yo

sintiese deseos de ir, por ejemplo, a Checoslovaquia? También los tengo pero ellos nacen de otras fuentes, sí, señor, de otras fuentes.

Rubén volvió a hablar:

—¡La gracia, la gracia! He ahí la palabra que nos lleva a una serie de errores sin fin. ¡Maldita palabra! Se oye a cada momento decir: “Es más gracia hacerlo así o así; no es gracia hacerlo asá o asá...”. Amigos, no se trata de tal cosa. Porque el arte está fuera de toda gracia. Si alguien quiere gracias, ¡que vaya al circo! El arte es terriblemente serio. En su seriedad reside su potencia. Pero, ¡qué diablos!, la crítica está en ruinas. ¿Qué vemos a todo instante? Vemos criticar a las obras por las obras; vemos que se critica si ellas están o no están de acuerdo con tal o cual otra obra. ¡Mala cosa! Debe criticarse al hombre que las ha hecho. Debe buscarse si ese hombre ha estado, al hacerlas, de acuerdo consigo mismo. Si así se hiciera, el número de artistas disminuiría enormemente. Esto sería un bien para las artes todas.

—¡Bravo, bravo! —gritó Mamerto.

—¡Otra vez el arte y el arte! —dijo Macario.

—Sí, siempre al arte —agregó Rubén.

Guardó un rato de silencio, fumando su pipa. Luego se expresó de este modo:

—Pienso en mi oficio, en la pintura. Al pensar en él veo de inmediato dos tipos de pintores: 1^o) el que ha encontrado una fórmula y la repite hasta la saciedad; 2^o) el que busca siempre y voluntariamente algo nuevo. ¿Un ejemplo del primer tipo? Jean Gabriel Domergue. ¿Un ejemplo del segundo? Pablo Picasso. ¿Adónde va el primero? A construirse una gran casa, dos casas: una en París, otra en Cannes. Luego se construirá más y más casas. Es el objetivo de su vida; la pintura, el medio de llegar a tal objetivo. El segundo está en brazos del destino.

—¡Bravo, bravo! —volvió a gritar Mamerto.

—Señores, me voy —dijo Macario.

—Hasta pronto —contestó Rubén.

En la puerta del taller se cruzó con Lorenzo. Rubén observó a éste largo rato para al fin preguntarle:

—¿Sabes tú, Lorenzo, lo que vas a hacer en un rato más y lo que harás mañana y pasado mañana?

Respondió Lorenzo:

—Lo ignoro totalmente.

—Es el momento en que usted debe gritar: ¡Bravo, bravo!, mi querido Mamerto —le dijo Rubén—. Es lo que busco: un hombre que no sepa qué va a hacer hoy, ni mañana, ni pasado. Pero que siempre haga algo. Así será como un buen pintor. ¡No como aquellos que saben de antemano lo que van a pintar! Vuelvo a Domergue y a su corte numerosa: él y toda ella tienen una imagen clara y precisa de los cuadros que harán, en un mes, en dos meses, en un año, en la vida entera. Al lado de ellos hay otros que no la tienen. Para éstos cada cuadro es una búsqueda, es una tentativa nueva. Los primeros, a medida que hacen el cuadro, lo comparan con su imagen, con la que guardan en su mente. Los segundos le preguntan a las formas y a los colores que han aparecido, preguntan con gran recogimiento, adónde van, adónde quieren ir. Entonces el pintor se entrega a esto que es, que era una incógnita. Y se espera. El mundo entero espera.

“El arte debe dividir su mundo en dos partes: los de la búsqueda y los de la certeza. Una parte y la otra, nada tienen que ver. No hay entre ellas ni el más mínimo parentesco.

no hay en ellas lazo de unión alguno. Porque obedecen a finalidades diferentes. Son dos funciones sociales que en ningún punto se juntan.

“Primera parte: el arte en sí, en la región de la búsqueda, esa región adonde se ha de llegar, esa región que es y está fuera del artista; segunda parte: la satisfacción de una pasión, ¡qué!, de un gusto corriente que, para creerse en la primera, ha menester de flores o de retratos parecidos y mejorados o de qué sé yo.

“¿Por qué a estas partes se las designa con el mismo vocablo: “arte”? Es una pobreza de los idiomas, una trágica pobreza.

“El artista debe ser: ¡búsqueda y búsqueda! Debe buscar hasta que de esa región impersonal se le envíe la inspiración.

“¡Y es ésta la buena manera de entregarse al trabajo! ¡No tratar, jamás, de hacer anticipadamente obras geniales! Es la manera de que estas obras lleguen hasta nosotros. ¿Cómo? Pintando humildemente.

Entonces Lorenzo dijo:

—Pintar humildemente..., pintar siempre así. ¿Sabéis de dónde vengo? Pues del taller de Facundo Doñihue. Está haciendo ahora el retrato de una dama, de una gran dama en traje de noche. Le pregunté si, a veces, no sentía el deseo de pintar otra cosa, de acercarse algo a ese mundo aparte que se halla fuera, ese mundo que tú veneras, Rubén. Facundo, el hermano de ese gran pintor que es Vitelio, Facundo también sueña con el arte... de él. ¿Es posible tal cosa? ¿Puede hacerse un arte “mientras tanto”?

Rubén exclamó:

—¡Jamás!

Luego de una pausa agregó:

—No se puede servir a Dios y a Satanás. O nos conectamos con el mundo del arte o no nos conectamos. Pienso en...; ustedes saben, en los del grupo que contenta los gustos de la sociedad. Me place interrogarlos. ¿Qué responden? ¡Ah! Dicen que pintan así porque es algo que están obligados a hacer, algo hacia donde la vida los empuja. ¡Hay que ganar dinero! ¡Hay que ganar mucho dinero! Entonces, después... ¿Qué? Entonces, después, harán su obra. ¡Harán lo que han soñado siempre hacer! Mas por desgracia, ¡no hay caso! En arte existe la imposibilidad de posponer el sentido de una obra.

“Desaparezcan cuanto antes esas similitudes del arte con otras actividades. ¡Desaparezcan! “Hoy hago esto; mañana haré esto otro”. Se denigra a los verdaderos artistas. Se les pone al nivel de ganadores de dinero, de boxeadores, de caballos de carrera. Se les juzga como tales. Se habla de ellos como tales. Se hacen a su alrededor las mismas preguntas que para boxeadores y caballos de carrera: “¿Cuál es mejor? ¿Cuál ganará?”.

“¡Ninguno, ninguno!

“Hay una misión que dar al mundo. Ellos, los artistas verdaderos, la hacen.

“A cada artista hay que mirarlo como único y solo. La única pregunta que le viene es: “¿Dice bien lo que tenía que decir?”.

“¡Pregunta única! Es la manera de juzgarlo. No hay otra. Porque hay que quitarlos del ras del suelo. Hay que convencerse de que hablan por mandatos de voces superiores para cumplir tan alta misión.

Luego hizo Rubén una especie de esquema sobre el genio. En realidad sus expresiones nos habían llevado a un terreno casi inverosímil de grandezas. El genio, Marul, el genio...

Nos imaginamos algo extraordinario, algo inaccesible. Para Rubén no hay tal. Nos explicó lo siguiente:

—Comparado el genio con un hombre mediocre, la diferencia es pequeña, casi nula. Con este ángulo indicaré la capacidad del mediocre. El genio, ¿se cree que es un ángulo enorme que sobrepasa a éste en volumen hasta hacerlo casi desaparecer? ¡No! He aquí el ángulo del genio.

Dibujó, entonces, sobre el primero, un ángulo ligeramente mayor y más acentuado. Nos miró. Luego sobre la cúspide de ambos trazó dos líneas rectas y horizontales. Las mostró y nos dijo:

—Aquí está la clave. Estas líneas representan las esferas o regiones de nuestra capacidad. Están casi juntas, separadas únicamente por la pequeñísima distancia que hay entre el genio y el mediocre. ¡Pequeñísima distancia! Pero es la distancia que separa a dos regiones, a dos esferas. Pasar de una de ellas a la siguiente es lo difícil. No existe la diferencia estrepitosa entre Miguel Ángel y un artista de la calle. Esto, ¡no existe, no existe!

Ahora dibujó otro ángulo agudo y elevado en cuya base colocó uno pequeño que rayó. Mostró su dibujo y nos explicó:

—No se mide por volumen ni por altura. Se mide por una serie de pequeñas cosas, se mide por justeza.

—¡Bravo, bravo! —gritó una vez más Masatierra—. Sí, señores, ahora digo “¡bravo!” porque esto lo merece. ¡Oh, el trabajo en el silencio y la calma buscando cómo salvar el pequeño límite entre dos esferas...!

—Sí... Si se tiene dinero...

Nos volvimos los tres hacia Lorenzo. Había dicho su frase con tono solemne. Luego nos miró entre serio y socarrón y volvió a decir:

—Sí... Si se tiene dinero. Ustedes olvidan una cosa: el pintor es un hombre como cualquier otro hombre. Quiero decir que necesita comer este hombre y necesita vestirse y tener un lecho donde reposarse. Es decir como un hombre cualquiera. Si se entrega a esa labor de calma, y no tiene de antemano su cartera llena de billetes o si no tiene quien se encargue de llenarla cada vez que ella mengua, sobre él se extenderá de inmediato una sombra. ¿Qué sombra? Sencillamente la sombra del capitalismo. Una sombra cada día más y más densa. Al fin será la oscuridad completa. Digamos la palabra: ¡hambre! Digamos mejor: o prostituirse o sentir hambre. Porque... porque hay que halagar al que tiene dinero, ¡al burgués capitalista!

Rubén de Loa hizo un gesto con su diestra que quería decir: “¡alto!” Luego dirigiéndose a Lorenzo dijo:

—Has tocado, amigo, un punto crucial: el artista y el burgués. El artista desprecia al burgués, desprecia a ese hombre estático siempre listo para ir a la guerra, a ese hombre que ve la solución del concepto del mundo en matar y matar a quienes no piensen como él. Sin embargo..., sin embargo su éxito, el de sus obras, lo mide por el efecto que ellas producen en la burguesía. ¡Que ellas se vendan! ¡Que produzcan dinero! ¡Que el dinero salga de los bolsillos del burgués y se incline ante las obras del artista! Entonces los artistas se inclinan a su vez. El Dios ha tocado sus obras... Casi ningún artista es consciente de esta desdicha a que están sometidas las artes. ¡Conversen, amigos, con los comerciantes del arte, con los *marchands*! Para ellos el éxito es la venta. Así vemos al artista, hombre puro, libre y dinámico, midiendo su pureza, su libertad y su dinamismo según el criterio del sórdido burgués.

“Por lo demás, ¿qué puede importarme todo esto? Yo, reconozco, no sé vivir. Vivir... en el sentido que entienden los demás. Sólo sé pintar. Hago bien en no saber más que una

cosa. Sin embargo me lo reprochan y me reprenden. He llegado a creer que es un defecto mío. Soy el que más sufro con ello. En fin...

Lorenzo dijo como comentario a estas palabras:

—Es la verdad. Basta frecuentar talleres y se verá que todos, todos están preocupados del dinero, es decir, del momento mismo. Todos, todos preocupados de tener éxito, de ser conocidos, de estar en voga. Hay que escudriñar mucho para encontrar uno que trabaje sin medir el tiempo.

“En las letras hago la misma diferencia que tú, Rubén, haces en la plástica; la mayoría, por un lado, que escribe algo para contarlo, algo ya sabido que exponen; la minoría, por otro lado, que escribe para aprender, que están siempre frente a un problema. Estos son... Como tú diré también: en fin...”

Mamerto, que había guardado silencio, interrumpió:

—¡En qué problemas se engolfan ustedes! Yo soy más simple. Con los resortes que ocultan el castellano y la geografía, me saturó. Así saturado salgo y camino, camino. ¿Hacia dónde? ¡Hacia Noriol, mis queridos amigos, hacia Noriol! ¡Oh, qué hermoso es ese viejo puerto! ¡Barcos que van y vienen, mercaderías que entran y salen! ¡Actividad, al fin y al cabo! Entre tal actividad, ¿saben ustedes con quién me encuentro? Pues con mi compañero Aliro Gorbea, el sabio, nada menos, el sabio en ciencias físicas y matemáticas. Entre barcos, muelles, mercaderías, grúas y demás, charlamos. Verán ustedes que a menudo cae nuestra charla sobre tópicos como los que aquí trataban. Claro está que con Gorbea se tiñen científicamente. Ayer, sin ir más lejos, me decía que el gran mérito de las artes estaba en algo de que carece la ciencia. ¿Saben ustedes qué? Pues que en ciencias, lo que fue descubierto por X, o por Y, o por Z, si no hubiese sido descubierto lo habría sido, años después, por A, o por B, o por C. En cambio una obra de arte pudo no haber sido hecha nunca. La obra de arte tiene un padre, tiene su padre único. Si éste muriera antes de realizarla, esa obra quedaría para siempre en la sombra.

Esta vez yo grité:

—¡Bravo, Mamerto, bravo! ¡Muy bien dicho!

Pues algo me había golpeado profundamente. ¿Sabes qué? Me había golpeado aquello de la región superpuesta del arte, aquello que se encuentra fuera y encima de nosotros y a la que pocos hombres tienen la posibilidad de alcanzar. ¡Qué sublime región, Marull! Vi a los artistas, a casi todos ellos, siendo los profesores de lo que *no hay que hacer*. Los vi lejos de esa región, esforzándose en copiar y de espaldas al mundo del arte verdadero. Vi cómo trataban de encontrarse un estilo propio, un estilo que los distinga desde lejos, un estilo que haga señas al burgués y le permita su gran fanfarronería de decir: “¡Esa obra es de tal o cual autor!”

Tú me has hablado de ello, ¿recuerdas?, cuando colocaste al arte fuera de los partidos políticos. Con esto, no sé por qué, un recuerdo se levantó en mí:

Fue en La Torcaza hace ya tiempo. Íbamos a caballo el administrador y yo atravesando unos potreros. Conversábamos sobre lo que veíamos. Ya te digo, potreros y potreros, algunos árboles, cerros lejanos.

De pronto me hizo una observación agrícola sobre un punto: verde plano en primer término, una higuera sin hojas retorciéndose, un rancho y un cerro de fondo. Se trataba de unas vaquillonas para ese pasto verde que pertenecían al hombre del rancho. En un momento en que calló le hablé de la higuera y de los cerros. Me miró en suspenso y luego siguió con las vaquillonas.

Me vino entonces a la mente la imagen de Estanislao Buin y del sin número de colegas suyos que se afanan y se afanan alrededor de la Bolsa de Comercio y a lo largo de las calles de las Mitras y de Sursum Corda.

A su lado apareció la Ulpif llena de sabios y más sabios, de hombres concentrados en un microscopio o balanceándose por los aires tras el modo de despejar una incógnita.

Así me vi, Marul, con el administrador, el corredor de la Bolsa y el sabio. Frente a nosotros, un paisaje único, el mismo para los cuatro.

¿Qué nos une en ese momento? Frente a nosotros hay cuatro imágenes totalmente diferentes, cuatro puntas de vida que llevan tras ellas una explicación de..., de... ¿De qué, Marul? He dicho varias veces que estamos concentrados en esta Tierra. Ahora veo que esta concentración se desmenuza en cientos, en miles de más concentraciones, en casi tantas como hombres hay.

Los otros—Rubén, Lorenzo, Mamerto—hablaban siempre o acaso discutían. Yo los veía como a nosotros los del grupo de La Torcaza, cada cual en la punta de una imagen que les daba este mundo. Pues ¿qué otra cosa hacemos? Hablar, discutir, cambiar ideas... ¡No hay tal, Marul! Cada uno expresa lo que ve desde su concentración. Los demás lo oyen. Hay quienes—¡Dios mío!—lo rebaten.

Volví a mí. Mis amigos estaban en silencio. Cada uno en su punta. Lorenzo, entonces, dijo o murmuró:

—Te comprendo, Rubén. Los artistas, los místicos... Comprendo cómo ves tú la labor artística. *Dejarse* pintar. Que resuene dentro de uno el *eco*. Todo ello en el silencio.

34

Marul, ¡qué hermoso y qué interesante paseo hemos hecho! Éramos ocho los que salimos, en tren, de San Agustín de Tango hasta nuestro querido Curihue; de ahí seguimos en auto hasta la pequeña estación de Pescapejes y tomamos caballos para internarnos por la cordillera. Formábamos el grupo el doctor Hualañé, Florencio Naltagua, Romelio Renaico, Lorenzo Angol, Baldomero Lonquimay, Rosendo Paine, Darío Valdepinos y yo. Nuestro itinerario era el cajón del Lepomande. Alojamos en Pescapejes y al día siguiente, muy de alba, salimos, costeadando el río Tincau.

Imagínate un cajón montañoso, con algunas tortuosidades, que se interna por entre altos, altísimos despeñaderos de inimaginables colores. Por este cajón corre el riachuelo Urcoya que varias veces atravesamos. Cuando nos deteníamos y callábamos, el ruido cristalino de sus aguas era lo único que oíamos en medio de ese pavoroso silencio. ¡Qué contraste de tal silencio con esa grandiosidad inmóvil que nos rodeaba! Es muy difícil medir los tamaños y sobre todo las alturas en la cordillera. Calculo yo que los muros—es la mejor palabra que encuentro para designarlos—que cerraban el cajón tendrían por lo menos unos 300 ó 400 y hasta 500 metros de altura. A simple vista eran verticales, lisos. Parecían hechos por la mano del hombre. Pero, sin duda, habían sido coloreados por seres que se encuentran más allá del hombre. Tonos herrumbrosos que pasaban por todos los rojos, los sienas y los ocre y que se chorreaban por entre verdes, violetas y azules. En fin, Marul, tú sabes muy bien que yo no sé hacer descripciones, que me turbo, pero puedo asegurarte que jamás había visto un paisaje semejante. Paisaje, dentro de lo movido y

retorcido por las manchas de color, que se hallaba asentado en la más absoluta serenidad y que se sumergía en el total silencio.

Una cosa recuerdo y déjame decírtela: un cóndor. Pasó alto, muy alto, las alas desplegadas, giró una vez sobre nosotros y se alejó. Fue esto en un momento en que nos hallábamos lejos de las aguas del Urcoya; no las veíamos ni la oíamos. Lo único con movimiento, con vida, era allí el cóndor. ¡Qué hermoso!

Pronto me puse a pensar, no sé si con justeza o no. El hecho es que fui tomado por una idea que no me abandonó. Es la siguiente: Al ver esos inmensos despeñaderos de colores pensé que allí estaban, iguales, idénticos, en tiempos de Leonardo da Vinci.

En un momento se lo dije a Lorenzo. Se sonrió. Luego me explicó que él venía pensando algo muy semejante: sí, allí estaban aquellos despeñaderos en tiempos de Cristo y allí estaban... ¿desde cuándo? Para nosotros, ¡desde siempre!

Créeme que todo aquello se me agigantó.

Por fin nos acercamos a la "pared" de la derecha. Todo eso que parecía liso no lo era. ¡Qué de recovecos, salidas, entradas, encrucijadas! Dirigimos nuestras cabalgaduras por un estrecho camino y empezamos a trepar. Soplaban un pequeño viento. Ya casi en el máximo de la altura hicimos alto. Frente a nosotros se abría una gruta. Bajamos de los caballos y entramos en ella. Era una gruta vasta con piedras que parecían sillones. En ellas nos acomodamos y nos pusimos a charlar.

La charla cayó luego sobre el doctor Hualañé. No me vas a negar que es una verdadera gracia que este hombre de 100 años sea tan ágil para emprender semejantes excursiones. Sonreía el doctor. Al fin nos dijo:

—Ustedes ignoran, jóvenes amigos, la cuestión de la estaca y el arpón.

Nos miramos todos salvo Baldomero Lonquimay que quedó impertérrito. Luego siguió el doctor:

—Es algo muy sencillo. Hace algunos años dije mi edad: 100 años. Hoy la repito: 100 años. Cuando ustedes u otros me la pregunten en cinco o diez años más, responderé también: 100 años. Porque vean ustedes lo que ocurre:

“Cuando nacemos, este acto clava una estaca en el calendario en la fecha de nuestro nacimiento. El calendario se va, sigue su marcha, esa marcha permanente, tal vez la única real de esta vida. Pues nosotros no marchamos, nosotros somos inmutables.

“Ahora bien, al irse el calendario se lleva consigo a la estaca. Entonces la cuerda que nos une a ella se estira. Un buen día se rompe. Ese día es la muerte. ¿Qué hacer?

“Sujetar el calendario es imposible. Lo único que podemos hacer es templar nuestros músculos y engrasar la cuerda para que adquiera flexibilidad.

“Pero es el caso de que junto a la estaca, acurrucado, si es posible que cosa así se acurruque, hay un pequeño arpón. Aquí está el secreto, jóvenes amigos, en este arpón que son muy pocos los que lo ven. Yo tuve la suerte de verlo. ¿Cuándo y cómo? El día en que cumplí 85 años. Tal fue el regalo que los dioses se dignaron enviarme: me cogieron y, con vuelo frenético, me llevaron, a lo largo del calendario, hasta la estaca. Allí me dijeron:

—Busca y procede.

“Busqué. Encontré el arpón. Lo cogí con suma delicadeza y lo clavé al lado de la estaca. Luego me deshice de la cuerda que a ella me unía y me amarré al arpón. Vi, entonces, la marcha del calendario, vi cómo empezaba a alejarse llevándose mi estaca. Yo volví al punto de partida. Tardó esta incursión, con ida y vuelta, 15 años. Tenía, pues, en aquel momento, 100 años.

“Ahora, amigos, aquí viene mi secreto: a la distancia de esos 100 años, el arpón me seguía y me sigue aún. ¡Siempre la misma distancia, siempre 100 años! Rasga el calendario y sigue, me sigue. ¿Quiere esto decir que soy inmortal? ¡Oh, no, jóvenes amigos, no y no! Lo permanente es una ilusión. Desde aquel momento en que abandoné la estaca, el arpón camina ligeramente más lento que yo. Cada año retrasa una hora. Así es que cumplo edad, como todos, aunque con mayor lentitud. Para tener un año más necesito tantos años de nosotros como horas hay en él, o sea 8.760. Es decir que, prácticamente, siempre tendré 100 años.

En resumen, queridos amigos, les puedo asegurar a ustedes que arrastrando nuestra cuerda, haciéndola rajar el calendario, se logra tener una edad casi permanente, se logra prolongar una enormidad nuestra estadia en este planeta. Pero ¡no olvidemos la tensura de la cuerda! Tarde o temprano se romperá. Luego un día vendrá en que me iré como todos. Pero me iré a la edad que hoy llevo sobre los hombros. No envejeceré nunca, no envejeceré jamás.

Lorenzo entonces le preguntó:

—¿Y sus 75 años de práctica, doctor? ¿Aumentan o siguen estacionarios?

Contestó el doctor:

—Aumentan. Ellos crecen, se acumulan en forma magnífica. Pero sus frutos son lentos para mostrarse. Es otro problema. Otra vez hablaremos de él.

Afuera el viento arreciaba. Lo veíamos por la capa de Lonquimay que, durante la explicación del doctor Hualañé, se había levantado y se había puesto, de pie y erguido, en la puerta de la gruta. Nos dirigimos hacia él.

Abajo el valle del Urcoya serpenteaba entre los dos altos barrancos del cajón del Lepomandé. El viento se infiltraba por él y a cada momento aumentaba su vigor. Veíamos pasar una serie de hojas y de ramas. De pronto pasó, por los aires, una oveja. Pasó, pasó y se perdió. Luego fue un ternero seguido de otra oveja y otra más y otro ternero. Luego pasaron, volando, unas cabras entre arbustos desprendidos. Era aquello un verdadero ciclón. A nosotros, despavoridos y acurrucados en la puerta de la gruta que nos pretegía, nos zumbaban los oídos hasta el dolor con ese espantoso silbar. ¡Otro ternero y otro más! ¡Raíces de árboles! Aquello era un tifón.

De pronto pasó por los aires, veloz como el más veloz de los aviones a chorro, ¡un toro! Era un toro oscuro, colorado oscuro, con el hocico hacia adelante, azotado por la grupa, las cuatro patas recogidas y la cola pegada al cuerpo. ¡Pasó, pasó! ¡Un toro!

Al verlo fue la risa, la carcajada general. Brotaron los vítores y saludos de nuestra parte. El toro se perdió por el Lepomandé, Urcoya abajo.

Esta carcajada me hizo mirar a mis compañeros. Me vi con ellos en nuestra alegría común al paso del toro. Luego pensé que era nuestro grupo un grupo heterogéneo, por no decir absurdo. Pues ¡qué gente más diferente!

Pensé entonces en mis grupos, en cómo yo los tenía divididos para escribir este III Pilar: los del taller, los de la taberna, los del convento, los de la Ulpif, los del club Cero y demás. No pude dejar de preguntarme:

“¿No será yo el absurdo con tales clasificaciones?”.

Pues el hecho era de que todos subíamos a la cordillera. Esto lo supe y lo confirmé con nuestra actitud ante el vendabal: primero fue con el pánico casi cósmico al vernos envueltos por esas ráfagas de viento; luego fue con la carcajada general que en nosotros produjo el paso veloz del toro. Entonces me dije:

“Nada raro sería que fuese éste el más homogéneo de cuantos grupos he visto...”

Me sentí de pronto como un biógrafo que se afana en hacer y hacer biografías herméticamente clasificadas. En esta clasificación entraban divisiones que a mí me convenían para realzarme. Porque el hecho real era de que allí estábamos todos reunidos y todos presa de una risa común al paso de ese toro veloz. Vi, pues, algo como el derrumbe de mis esquemas literarios.

Vino el crepúsculo. Luego fue la noche. Rosendo y Darío habían llevado velas. Las alumbramos, charlamos otro poco y nos echamos por tierra para dormir. A la mañana siguiente, de alba, estábamos en pie. Nuestra excursión, Marul, iba a empezar. ¡Íbamos a ir a la Caverna Común!

Renaico nos preguntó:

—¿Quiénes vienen y quiénes regresan?

Nuestro grupo quedó dividido en dos pues Baldomero Lonquimay, Rosendo Paine y Darío Valdepinos prefirieron volver para ir a visitar la laguna de Elicura situada a la salida del Lepomande.

¡Qué tres tipos más diferentes! ¿Qué podría unirlos para hacer un paseo juntos, de qué podrían conversar? El caso es que ensillaron sus caballos y partieron. Los vi alejarse bajando el estrecho sendero que lleva al valle. Pues bien, conversaban, gesticulaban, iban inseparablemente unidos como cuando rieron al paso del toro por los aires.

A Paine y a Valdepinos no les interesaba nuestro paseo. Lonquimay hizo un gesto negativo al oír hablar de él y luego algo susurró sobre sus Calderas de Illaquipel. Cuanto a la edad del doctor Hualañé le era indiferente. Antes de que partieran lo abordé un momento. Me dijo:

—En materia de permanencia en éste que llamamos Tierra como planeta, el único caso de interés que existe es el de mi sierva y noble servidora, doña Cleta Purén. No la conocíais vos, mancebo. Con razón. Doña Cleta Purén vino al mundo hace sólo catorce meses. Tiene hoy 344 años. Esto es sabido por todo varón ilustre. ¿Qué le ocurre? Como el eminente facultativo que acabáis de escuchar diré: ¡el arpón, la estaca! La estaca de ella raja el calendario a inaudita velocidad... ¡alejándose! El arpón va delante de ella... ¡alejándose también! Hoy los separan 344 años. Mancebo, ¡me marchó!

—Un momento —le supliqué—. Nada me ha dicho usted de esas hormigas y del efecto que en ellas producía la ley de causalidad.

Me miró un momento con el pie en el estribo. Al fin me explicó a media voz:

—Los sabios himenópteros que tuvisteis la honra de visitar, ya han dado muerte a ocho de sus semejantes. Han sido, a no dudarlo, ocho atrevidos que han osado asegurar la existencia de la ley.

Montó a caballo y se juntó con sus compañeros. Así los vi perderse hablando, como te dije, amigable y alegremente.

35

Momentos después bajábamos nosotros a caballo hasta la mitad del trayecto. Éramos, pues, cinco: el doctor Hualañé, Romelio Renaico, Florencio Naltagua, Lorenzo Angol y yo. ¿Nuestra destinación? Marul, íbamos a visitar, nada menos, la Caverna Común.

Ya por mi relato te darás cuenta de qué se trata. Por el momento te diré que en la

mitad del camino se abría una senda angostísima. Por ella nos internamos dejando a nuestros caballos que se guiaran por su instinto para que no se desbarrancaran. Minutos después nos apeábamos frente a una pequeña encrucijada en las rocas cordilleranas. ¡Estábamos, Marul, en la entrada de esa Caverna Común! Desensillamos nuestros caballos y los dejamos en libertad.

Empezamos a bajar de a pie, Romelio Renaico, seguido de Florencio Naltagua, abría la marcha. Íbamos de uno en fondo. A veces el sendero se ensanchaba un poco, luego se estrechaba hasta dificultar nuestro pasaje. Por lo que me di cuenta nos dirigíamos hacia las profundidades del Picoldo. Duró este descenso, por lo que calculo, unos tres cuartos de hora. Por fin llegamos a la verdadera gruta.

Era un sitio grande, me atrevería a llamarlo enorme y extremadamente alto. Su límite superior lo veíamos a veces, luego se nos perdía envuelto en tinieblas. Contemplábamos sus grietas, sus largas estalactitas y estalagmitas con admiración, casi con veneración. Luego cruzamos la gruta hasta encontrarnos frente a una nueva abertura en la roca. Una idea me asaltó. Me dirigí a Naltagua:

—Dime Florencio, ¿quién o cómo se ilumina todo esto?

En realidad no se veían lámparas por ningún lado y la luz era suficiente para ver a buena distancia. Me respondió:

—En sitios como éste, sobre todo si se viene con un verdadero conocedor de él, la luz se produce..., en fin, digamos sola. No olvides que vamos guiados por Romelio Renaico.

Penetramos por esa abertura y seguimos bajando por lo menos una hora más. Al fin llegamos frente a una puerta de hierro. Se abrió y penetramos.

Nos encontramos en un sitio verdaderamente inmenso. Todo él se hallaba vagamente iluminado. Brillaban resplandores de grandes estalactitas y, por entre focos de oscuridad, veíamos brillar, de cuando en cuando, algunas solitarias estalagmitas.

Guardábamos silencio, sobrecogidos ante tal espectáculo. Luego nos inquietamos: el brillo, los resplandores, que habíamos admirado, se borraban, desaparecían para volver a aparecer segundos después. Era como si pasaran un velo delante de ellos, un velo movido que se alejaba para volver momentos más tarde. Era un movimiento continuo de sombras que pasaban. A veces formaban como grandes tuberías; luego se diluían para reaparecer en otro punto.

De pronto Renaico habló:

—Veis esas sombras movilizadas. Se os acercan, luego se alejan, por fin se entrelazan como las ramas de un árbol. ¿Qué son? Hace pocos días os he hablado de ellas; hoy las veis.

Estas como sombras son aquellos tubos de que, en mi convento, os hablé a vos Lorenzo Angol y a vos Onofre Borneo.

Cuando los veis de cerca, cuando circuláis entre ellos, los veis inmensamente diferentes y, sobre todo, separados. Es esto uno de los temas gratos a los poetas: la separatividad de los tubos, sintiendo —eso sí que muy vagamente— su unidad. Recordad a un poeta cuando dice: "... el hondo abismo que existe entre los dos...". Consideraos vosotros mismos, en algunos ayer, en otros hoy, cuando desilusionados os decís: "No se me comprende".

¡Falta el retroceso!

Ahora habéis retrocedido y podéis apreciar de otro modo. Ahora son grupos o conglomerados con apenas pequeñas diferencias. Pero a medida que nos acercamos a la superficie, allá al valle del Lepomande, a los campos, a las ciudades, se van diferenciando y van tomando un carácter individual.

Individual... Hasta cierto punto.

Siempre hay un todo que envuelve a los tubos.

¿Habéis visto, por ejemplo, a un conjunto de hombres ocupados en una faena común?

Os pongo un pic nic. Están todos juntos, echados por tierra, y comen y hablan y conversan.

¿Hablan, conversan qué? ¡Las mismas y eternas cosas! En ninguno entra la duda de que no lo hacen por su propia voluntad. Recordad una asamblea política. Igual cosa. ¡Es la exaltación de la personalidad! En ninguno pasa la idea de que lo hacen por *orden superior*.

¿Superior?

¿De quién viene esta orden?

Estáis aquí un paso más cerca de la verdad. Habéis retrocedido un tanto frente a la personalidad. Os encontráis al borde de los grandes tubos. Están ellos formados por millares de personalidades que, al juntarse así de este modo, forman, a su vez, nuevas personalidades de un radio de acción y potencia mayores.

Es lo que ocurre cuando un psicólogo quiere penetrar psicológicamente a un hombre; llega a esta formación de tubos y por ella se engolfa. Al fin se turba y su psicología se esfuma.

¡Oh, amigos, querer ir a la esencia del ser humano!

Se empieza por conocerlo. Luego se avanza, luego se hunde en él y así se sigue: Se sigue por tubos subterráneos como en las grutas prehistóricas, por galerías que se ensanchan y se angostan. Digamos la palabra: se sigue por tubos y más tubos... Hasta que de pronto, y en un punto remoto, se abren, dejan de ser tubos, y abocan todos ellos en una bóveda, en una inmensa bóveda sin fin.

Esta bóveda no es de nadie, no puede tener nombre de humano alguno. Esta bóveda es de todos.

Sin embargo veréis una cantidad de agujeros. Estos agujeros, que por todas partes aparecen, son los comienzos de seres, de hombres. Son agujeros que se alejan complicándose, llenos de tortuosidades, son agujeros escarpados. Al final, al aflorar la luz del mundo, adquieren un nombre y un número de identidad.

El estudio de la psicología no puede tener una finalidad pues se diluye en la Caverna Común, en esta Caverna que ahora veis.

Todos los psicólogos, hasta hoy, pasean por los tubos.

Dicen —y lo creo firmemente— que vos, doctor Hualañé, como vos, señor Florencio Naltagua, habéis llegado ya varias veces hasta esta Caverna. Bien. Comprenderéis entonces que, desde ella, no es posible hacerse entender por nadie. Pues al haber sido oídos, la gente se ha confundido. Es que quieren individuos separados, aislados. Los más comprensivos seguramente se han dicho que el camino a tales profundidades está hecho de tantos y tantos tubos múltiples que es un deber penetrar en ellos y ver lo que al final se ha de encontrar. Pero dudo de que lo hagan.

Vosotros habéis viajado. Vosotros conocéis otros países. Cuando os habéis encontrado en medio de otro pueblo tenéis que haber sentido, sin duda, que ese pueblo era una entidad única, algo como un ser inmenso, un ser de una sola vida, ser completo en sí.

¡Curioso ser! A veces estamos a punto de cogerlo. A veces se nos escapa. Al mismo tiempo verificamos que ninguno de los de ese pueblo lo sabe. Es inútil preguntar, es inútil investigar. Se comportan como se comportan las células con relación al organismo total. Sí, son células que forman parte de un individuo. A este individuo lo conocemos o podemos conocerlo. Es don Fulano o don Zutano que encontramos por las calles. Tienen estas personas una conciencia tan oscura como la que tienen las langostas y cangrejos respecto

al mundo que los rodea y los cobija. La que tienen y de la cual hablan es aprendida, es literaria. ¡Desesperante cosa!

Florencio Naltagua dijo entonces:

—Eso que ha dicho usted, señor Renaico, es comprobable en todo sitio. Estaba yo cierta vez en un casino y contemplaba las atracciones. Cantaba una mujer: Alma Paia. La gente aplaudía. De pronto sentí igual cosa respecto a las mujeres, a todo un inmenso grupo de ellas, a ese grupo que se llama “el eterno femenino”, a eso que significan como total representativo. Es la expresión de un sentido viviente y actuante, un sentido que se halla fuera de ellas y que de ellas se sirve para expresarse. Expresarse para... ¿qué? Yo digo: para que “la cosa” siga su marcha.

“Luego fui tomado por la orquesta, por la pequeña orquesta. Allí, bajo un fondo permanente de piano, de cajas y platillos, una corneta llevaba un alto agudo que culebrea. Esta palabra me detuvo y me hizo meditar: culebrear. Tal cual usted lo ha dicho, señor Renaico, sentí que ya, que ya iba a coger y ver... ¿Ver y coger qué? Simplemente la verdadera línea de esa corneta en el Mundo de su Melodía, una línea que sale, que se estira, camina, va, se tuerce y retuerce y... ¿muere? ¡Oh, poder verla y aislarla con pinzas! Esta línea melódica vive sobre el fondo de una caverna oscura. No forma ni es parte de ella. Es y está siempre. La corneta la hacía aparecer *ante* nosotros. Era una especie de coincidencia con nosotros. Me quedó grabada esta línea eterna.

El doctor Hualañé golpeó las manos. Era signo de almorzar. En un recoveco de la gruta encontramos una mesa servida, con mantel, platos, servicios y demás. Nos sentamos a su alrededor y Naltagua trajo los platos de otro recoveco. No hubo ni una gota de alcohol. Se habló de todo, es decir, de nada. Hasta se citaron palabras del Presidente de la República. Después bebimos el café y fumamos. Por fin Renaico preguntó:

—¿Seguimos?

Nuestra contestación fue unánime:

—¡Seguimos!

Cerca de nuestra mesa abocaba la parte superior de un ascensor. En él entramos. Renaico, apoyando en un botón como en un ascensor cualquiera, lo hizo bajar.

Bajamos en silencio. Yo observé a mis cuatro compañeros.

A mi lado se encontraba el doctor Hualañé. Lo miré. Indiscutiblemente, Marul, era todo él una mente, era la reflexión misma, era el deseo de investigación. Él, siempre risueño y alegre, ahora iba transformado, concentrado en sí. De cuando en cuando levantaba los ojos. Luego los agachaba y se veía que se sumía en hondos pensamientos. Sin duda llevaba un objetivo.

Frente a mí iba Romelio Renaico. ¡Otra expresión, otra finalidad! Era en él la expresión de la fuerza, de la terquedad. Se veía que nada podría detenerlo en su intento. Comprendí la potencia que en algunos seres alcanza la magia. Era la magia misma mezclada con un ímpetu industrial.

A su lado, tranquilo siempre, iba Florencio Naltagua. Todo él era sentimiento, sensibilidad elevada. Se veían lejos de él los movimientos de sensibilidad arrebatada, las escapatorias casi histéricas de la inteligencia. Diría que era espera, una larga espera para algo que ineluctablemente ha de llegar un día.

A mi lado estaba Lorenzo Angol. Me hizo el efecto de un aprendiz. Observaba, aunque allí en el ascensor nada había que observar. Con los ojos interrogaba los ojos de los demás.

Luego volvía a observar. Se notaba en él una franca inquietud mezclada con no menos cantidad de curiosidad aunque rodeada de miedo.

Por fin el ascensor se detuvo. Renaico nos abrió la puerta y salimos.

Nos encontramos frente a una nueva y estrecha galería que a los pocos metros se bifurcaba. Renaico, dirigiéndose a Lorenzo y a mí, nos preguntó por cuál de ambas bifurcaciones preferíamos ir. Le contestamos espontáneamente.

—Por la derecha.

Por ésta entramos. Fue un error pues a unos 100 metros la galería terminaba. Volvimos, pues, a nuestro punto de partida, bajo la mirada ligeramente irónica de nuestro guía. Durante esta caminata inútil Lorenzo me habló:

—¿No crees tú que hay algo raro en todo esto? Porque a veces pienso que no hay ni puede haber tal Caverna, en el sentido que Renaico nos la pinta. Debiera haber una inmensa neblina y nada más. Le he hecho esta observación al doctor. ¿Sabes tú lo que me ha dicho? Sencillamente que piense en el volcán, en el Picoldo; que éste, aunque se halle muy abajo, a honda profundidad, se muestra a nuestros ojos por su permanente columna de humo, por su luz y sus llamas y, hasta a veces, por su erupción con su lava. Todo esto es el resultado del volcán que, en sí mismo, no vemos. Luego me habló de estos picniqueros. Me dijo que ellos se hacían, en un momento, buenos reflectores de su hondo común. En este momento, como que se les toque o "sople" (fue su expresión) dejan de lado toda su capacidad de reflectores y se vuelven personalmente opacos. Parece que aquí abajo la cosa es diferente: no hay toque ni soplido capaces de crear opacidades aisladas. Aquí sólo hay seres enormes, inseparables, incórtables. Se debe uno alejar hasta la superficie de la Tierra para ver las individualidades. En fin, ¡sigamos, Onofre, sigamos!

Seguimos. Al cabo de una media hora de marcha llegamos a una nueva puerta que se abrió ante Renaico. La trasparamos y nos encontramos en un..., en un...

Aquí, Marul, las palabras me faltan o no sé escogerlas. Claro está que podría hacerte una descripción pero el ambiente que nos rodeó no podría explicártelo. Estábamos, ni más ni menos, en otro mundo.

Era, por cierto, una gruta, una caverna enorme, enorme. Estaba iluminada como el resto. Luego me pareció que aquello era algo más que una caverna por inmensa que ésta se concibiera. Por varias partes parecía alejarse, perderse. En esta parte había resplandores rojos que me hicieron pensar en el volcán Picoldo, en sus profundidades. En todo caso vi a mis compañeros y me vi yo mismo como simples pigmeos en medio de ese abismo subterráneo.

Me acordé de las palabras de don Fidey de Comiso, en la Noche 6 de Curihue, cuando nos habló apenas acabábamos de construir la Catedral:

"Ya cayó en remoto pasado la sala primera con el imprevisto oculto aunque iluminado por las candilejas. Ya en remoto pasado va cayendo ese amable bar con su generosa apariencia de plena libertad para sus clientes".

Así sentía yo mi pasado, todo él. Sus verdades me parecían iluminadas por candilejas. Te lo repito: era ahora otro mundo y el pasado remotísimo se me presentaba como una ilusión.

Me recogí en mí mismo para soportar. Renaico, el doctor y Naltagua quedaron como si tal cosa. Lorenzo sufrió.

Las palabras que voy a emplear debes tomarlas en un sentido sólo aproximativo. De este modo puedo decirte que Lorenzo se diluyó. Por su aspecto y ademanes creo que tiene

que haber sufrido aunque después no guardara recuerdo alguno. El doctor Hualañé vino hacia él y, en pocos momentos, lo reintegró.

¿A qué se debió este hecho de diluirse? Pues yo no sentí nada semejante y, como preparación para esta visita, estábamos ambos en el mismo punto. Creo que fue a causa de nuestro estado interior: yo, dispuesto a que me sucediera cualquier cosa; en cambio él con una terquedad por ser hombre, por seguir siempre igual y no experimentar ningún cambio. Los efectos de estos estados produjeron un síntoma contrario.

Después de esto quiso Lorenzo volver a la superficie de la Tierra. Bastaron unas cuantas palabras de Renaico y de Naltagua para disuadirlo. Le pregunté, entonces, qué había sentido en aquel momento. Me dijo, sencillamente, que se encontraba en un principio plenamente reintegrado en su cuerpo físico; que luego sintió que su Yo quería irse, separarse; luego que había alcanzado a ver su Yo, en la forma de su razón, alejarse, volar a distancia. No recordaba más. Sin embargo de pronto recordó que lo más que añoraba era la falta de objetos externos, de esos miles y variados objetos que a diario nos rodean y la forzada carencia del intercambio con ellos. Parece, Marul, que es enorme lo que un objeto cualquiera, una mesa o una silla o nuestra cama, nos dice y nosotros le decimos a todo instante. Esta aparición de las cosas que nos son habituales en su forma de grandes aglomerados sin diferenciación, lo comprendo, es verdaderamente atroz.

Florencio Naltagua me tomó del brazo.

—¿Seguimos, amigo? —me preguntó.

—Por cierto —le respondí.

—Entonces, ¡adelante!

Así, del brazo, seguimos. Se oía a ratos como un lejano ulular que luego se apagaba para renacer en otro punto. Nosotros caminábamos lentamente. Naltagua me preguntó:

—¿Te extraña este paseo?

—Me extraña —le dije— en cierto sentido pero no puedo negar que lo encuentro de alto interés.

Me miró un momento para luego decirme:

—Debes comprender una cosa. El ideal de toda persona, su ideal profundo y ancestral —subrayo esta palabra de “ancestral”— se cierne en todo su rededor y, sin que se sospeche, lo tiñe. Estos ideales así cernidos son ya secciones de la Caverna Común, son sus Espíritus Grupos. Los demás perciben esta como especie de aura que influye sobre ellos por catálisis; ¿me comprendes? Es una influencia por presencia. Influye en todos pero de diferente modo según sea el aura de cada cual. Vienen estas auras de cavernas menores aún separadas del gran común total. Digo “cavernas menores”... En realidad son conjuntos inmensos. Quienes los reconocen sienten su influencia porque, no lo olvides, todos los grupos tienen su origen en esta Caverna Común.

—Por lo que me doy cuenta, Naltagua, es aquí la patria de los Egrégores.

—Lo has dicho, querido Onofre.

Quedé un rato en suspenso. Luego traté de explicarme:

—Quiere esto decir que mis personajes tienen carácter únicamente por el tubo por el cual chupan del Egrégor que les dio su origen.

—Sí —me respondió Naltagua—. Sus biografías debieran ser las biografías de esos tubos: ver cómo se comportan con los hombres que han echado en la Tierra. Pongamos, por ejemplo, la fabricación de la radiotelefonía. Debiera ser ella no la fabricación de los apa-

ratos sino la marcha de la onda desde una garganta humana hasta un oído humano y del inmenso paisaje de éter que contempla durante su marcha.

—Comprendo, Naltagua. Y ahora, ¿adónde vamos?

—Ahora —me respondió— vamos a lo que bien podríamos llamar la Central Telefónica.

—No entiendo —repliqué—. ¿Qué llamas tú una Central Telefónica? No veo qué vienen a hacer aquí los teléfonos.

Naltagua sonrió un momento para luego explicarme:

—Tú debes conocer el sistema que se emplea en una Central Telefónica. Es ella quien une a dos personas separadas permitiéndoles conversar. Pues bien, en lo que vamos a visitar es igual sólo que en proporciones mayores, inmensamente mayores. Es donde se encuentra nuestra base de... En fin, ya lo verás.

Llegamos.

¡Oh, qué difícil me es, Marul, explicarte lo que vimos! ¿Puedo, en realidad, decir que vimos? ¿O sentimos? No lo sé. Tú me lo dirás luego.

El caso es que aquí, donde ahora nos encontrábamos, se reciben y se contestan cuantos llamados hacemos en aquel mundo donde vivimos. Es decir que nosotros somos mucho mayores, mucho más grandes que eso que llamamos nuestra personalidad, que nos prolongamos a regiones de las cuales no tenemos conciencia, que somos, de verdad, estas regiones. Y aquí, además, lo que llamamos personalidad delimitada, se esfuma un tanto. Pero déjame hablarte de esos llamados que todos permanentemente estamos haciendo.

Son, Marul, preguntas o son averiguaciones o son órdenes que nos imponemos o son deseos que anhelamos se realicen. ¡Nos creemos tan limitados que vemos al universo entero como nuestra contraparte! Entonces ¿por qué no pedir y ordenar? Aquí veíamos la vanidad de estos pedidos y de estas órdenes. Por cada cosa que no sea estrictamente el mínimo, que no pertenezca a nuestro cuerpo físico, que toque, que roce siquiera la mente, por cada una de ellas, hay que ver cómo entran en su respuesta miles y miles de otros seres, de otras entidades como nosotros.

Puedo decirte lo siguiente:

¡Qué ilusión es esto de creernos solos y aislados, esto de creernos uno con la contraparte, el universo, al frente! ¡Qué ilusión es esto de creer que hay algo de fuera que nos pertenece si no tomamos contacto con otros!

Marul, no somos más que el instrumento que ejecuta una determinación tomada por enormes egrégores. Pero no sé qué nos pasa que nos hace darnos la ilusión del Yo, de un Yo absoluto y completo. El mundo y su marcha se hace aquí. Pueden verlo quienes se desprenden totalmente de su personalidad.

Le dije esto a Lorenzo. Pensaba él lo mismo pues me manifestó:

—No basta desprenderse de la personalidad. Debes fijarte cuánto le agregamos de separaciones y más separaciones. Piensa que nos consideramos pertenecientes a una nacionalidad y miramos de reojo a los que se consideran de otra nacionalidad; piensa que el fantasma de la edad lo tenemos siempre presente; piensa que hasta la época histórica nos abruma... ¡Qué de errores, Onofre!

Es la verdad, Marul. Ahora puedo escribirte todo esto, claro está que confusamente. En aquel momento no sabía si era yo o era Lorenzo o era otro quien lo pensaba y así veía. Acaso era Florencio Naltagua o Renaico o bien otro ser lejano... ¡No! Esto sería, por cierto, ponerme a divagar.

Éso sí que hubo algo que no me abandonó: la presencia del dominio del arte. Este domi-

nio o región estaba allí, lejos de la conciencia personal. Sí, estaba allí aunque no podría precisar dónde.

Ahora puedo decirte que al volver, más tarde, a la superficie de la Tierra sentí cómo me aislaba de esta comunidad inmensa y, poco a poco, volvía a ser, volvía a reintegrarme en estas limitaciones del Yo.

Pero creo que me he puesto a divagar. Volvamos a la Caverna Común.

¿Qué objetivo tenía este descenso? A Lorenzo y a mí no nos cupo la menor duda: era verificar la justeza de estos “telefonazos” que damos a... la Espina Dorsal. Tú sabes que así llamo yo esta región que nos parece sin sustancia, como una simple quimera. Es la región adonde van, como te lo he dicho, nuestras preguntas y averiguaciones, nuestras órdenes y nuestros deseos. No van a la nada, no. Van a estos enormes tubos que juntos forman lo que Naltagua llamó la Central Telefónica. En ella son recibidos y de ella nosotros tenemos una contestación, a veces positiva, a veces negativa.

La gente de la Central Telefónica—gente o lo que sea: ¿cómo voy a saberlo yo, Onofre Borneo?—ignoro si tiene en consideración las conveniencias de los que a ella llaman, es decir, de los “abonados”. ¿Sigue o no sigue el desarrollo de sus destinos? ¿O se limita a respuestas y órdenes escuetas, considerando sólo la cosa en sí y aislada sin tomar en cuenta la psicología de su dueño ni sus circunstancias?

Vimos que sobre esto rondaba lo que ellos—Renaico, el doctor y Naltagua—discutían e investigaban. No sabemos a qué conclusiones hayan llegado. Lo que supusimos fue otra cosa: los había inducido a llegar a la Caverna Común esa serie de llamados que parecían no haber sido advertidos pues sus respuestas no llegaban. En esto—¡no nos cupo duda!—figuraba nuestro amigo Teodoro Yumbel.

¡Es que Teodoro Yumbel ha sufrido tantos engorrosos chascos! Parece que hay una innegable tardanza en la contestación a sus mensajes. Si se tratara de soluciones a problemas o acertijos no muy “intelectuales”, el mal no sería mayor. Pero cuando se trata de la realización de ideales o de normas de conducta o de templanza del carácter, el mal puede alcanzar proporciones mucho mayores.

Tú tal vez me preguntes:

—¿Teodoro Yumbel? ¿Pero que no es un hombre de una pieza? Sus caídas y sinsabores ¿pueden venir de simples contestaciones triviales, de la rapidez y justeza de ellas?

Sí, Marul. Yumbel es un hombre de una pieza... en el fondo. Es un hombre poseedor de un alto ideal y hacia él se encamina. Sin embargo no logra encaminarse debidamente. Está lleno, lleno de mil tubos que lo sacan de su camino cuando se dirige a las pequeñas cosas. Te daré algunos ejemplos:

Yumbel, desde hace años, desea ser un hombre madrugador. Pues bien, no lo logra. Es de una pereza crasa. Yumbel desea tener un completo desinterés por el mundo llamado frívolo. Pues bien, está permanentemente incitado por este mundo. Quisiera, además, ser de una disciplina férrea en su trabajo. Es el caso de que esta rigidez le falla a todo momento. Está el hombre metido en una de fórmulas, diría, arquitectónicas sobre clasificaciones de personajes y también de escenas que toda lozanía en su trabajo huye, muere. Quisiera no tener su corazón tan compasivo y reemplazar este corazón por un espíritu dominador, digamos la palabra, napoleónico.

Es el caso de que no supimos a qué resultados llegaron nuestros compañeros. Creemos, eso sí, que Yumbel mismo no va a obtener resultado positivo alguno pues, en esta inspección, se interesaban ellos mucho más en ver el funcionamiento de la Central Tele-

fónica que en los resultados que podía traer. Vieron, constataron, verificaron y, por sus rostros sonrientes, nos dimos cuenta de que estaban altamente satisfechos y el pobre Teodoro pasó al olvido como debe pasar cualquier efecto de una máquina complicada si es el que de ella se esperaba.

Luego hubo algo que tanto a Lorenzo como a mí nos sorprendió muchísimo. ¿Recuerdas tú a Liberio Barón, el marido de Frasquita, el hombre que encontraba que todo le tapaba la vista? ¿Recuerdas que murió en la batalla de *Don Fidey de Comiso*? Pues bien, Liberio Barón allí estaba, no nos cae la menor duda, allí estaba. Y no sólo allí estaba sino que conversó un buen rato con el doctor Hualañé y también con Romelio Renaico. Nosotros no lo vimos pero es como si casi lo hubiéramos visto. En un momento se sentaron ambas personalidades frente a una piedra que bien podía servir de silla. Y hablaron, Marul, con el fantasma o con la nada de la silla. Por lo que pudimos colegir, Hualañé llevaba un encargo del doctor Pitrufrquén de saber el rumbo y destino de esos tubos en la Caverna Común; además algo se habló también del doctor Mangual por lo que sospechamos que se trataba de crímenes y crímenes cometidos en la Tierra. No podíamos prestar mayor atención a esta extraña charla pues Naltagua, que estaba con nosotros, nos hacía oír el largo, el tétrico ulular que recorría la Caverna y nos llamaba la atención sobre los resplandores rojizos que aparecían y desaparecían a todo instante. Por último nos indicaba el paso de los tubos, sus vueltas, sus idas y venidas.

Recuerdo que en un momento Lorenzo le habló de un amigo suyo con quien había conversado largamente. Naltagua le hizo la observación siguiente:

—¿A quién le hablabas en aquel momento? Ahora has de comprender que no se habla a las personas sino a la idea que sobre ellas se tiene.

Es verdad: se habla, en general, a estos tubos; no a su expresión última en el mundo. ¡Porque presentimos su existencia!

Se levantaron, por fin, Renaico y el doctor. Se despidieron y vinieron a nosotros. Renaico nos dijo:

—Ahora, amigos míos, vamos a ir a ver algo que se gesta, algo que nos concierne a todos para el futuro.

Avanzamos, digo yo. Pasamos por una serie de encrucijadas hasta que llegamos a un sitio de grandes proporciones, parecido al que acabábamos de dejar. ¿Qué vimos? Sencillamente un torbellino. Pero aquello no se movía. Era un torbellino en reposo que se ejecutaba en una enorme cantidad de tubos. Creo que más que verlo lo adivinamos. Quedamos un rato en suspenso. Al fin preguntamos:

—¿Qué es? ¿Qué pasa?

—Es esto —nos respondió Renaico—, un pedazo de futuro. Es algo que sucederá de aquí a algún tiempo. ¿Qué? ¡Una revolución! ¿Dónde? Amigos: en San Agustín de Tango.

Era cierto, Marul. Vimos cómo se gestaba la revolución próxima en nuestra ciudad. Por lo tanto debemos estar listos. La gente se levantará y atacará. Puedo asegurarte que, que al menos por un tiempo, cesarán las calles amenas para convertirse en sitios de motines sin fin. Vimos esto en globo. No podría, por ahora, definirlo debidamente. Tal vez cuando venga la revolución veré mejor esta visión del pasado. Nos sentíamos aniquilados, Lorenzo y yo. De seguro hacíamos un verdadero contraste con la calma de nuestros tres maestros.

Felizmente el doctor Hualañé nos llamó. Había otra mesa servida. Nos sentamos a su alrededor y nos reconfortamos con una taza de café y con bizcochos.

Entramos en un segundo ascensor que Renaico puso en marcha. Bajamos. Luego, al salir de él, nos encontramos en un vasto recinto profusamente iluminado.

Hubo algo que aquí me llamó de inmediato la atención: era la belleza rutilante que aflucía por todas partes. Los muros eran, a no dudarlo, de alabastro y había trozos en que el ámbar se dibujaba en grandes manchas. Luego aquello tomaba tonos que titilaban cegándonos casi con sus reflejos de rubí y de esmeralda. En otras partes todo era liso, quieto; eran grandes muros de ónix. Reinaba en todo aquello un silencio susurrante.

Luego fui tomado por los muebles y quedé un buen rato en suspenso contemplándolos. Los habían traído de fuera, a no dudarlo. Eran, en su mayoría, grandes sillones de un tono gris azulado. ¡Qué bien se estaba en ellos! Me eché sobre uno y pasé largo rato ensimismado contemplando las paredes tortuosas de alabastro, de ámbar y de ónix y deleitándome con los reflejos movedizos de rubí y de esmeralda. Mientras tanto Lorenzo deambulaba por todos lados; Renaico y Naltagua, igualmente sentados en grandes sillones, conversaban animadamente; y el doctor Hualañé se afanaba junto a una mesa servida con magnificencia. Noté que en ella el doctor había colocado ocho asientos. Me acerqué a él:

—¿Por qué tres asientos de más? —le pregunté—. ¿Tiene usted invitados, doctor, o acaso vuelven los amigos de la laguna de Elicura?

—No —me respondió—, no son ellos. Vendrán a cenar con nosotros un matrimonio que pasa su luna de miel en estas grutas y cavernas. Ya los conocerá usted, al chico y a la grande. Además ha de acompañarlos un amigo.

En efecto, minutos después aparecía el matrimonio.

Marul, quedé atónito. Él era un hombre de baja estatura y extremadamente grueso; ella, una mujer alta, altísima y flaca como una escoba. Él, como buen gordo, sonreía a todo momento y se prodigaba en atenciones; ella, como buena flaca, era seria y apenas hablaba. Nos reunimos todos a su alrededor y fuimos presentados por el doctor. Nos indicó a la dama y dijo:

—Doña Palmorina Retamales.

Luego indicó al caballero y dijo:

—Don Esculapio Resquemores.

Después llegó el amigo del matrimonio. Se presentó:

—Calisandro Pitaluga.

Nos sentamos a la mesa y devoramos la comida del doctor. El señor Resquemores se deshacía en atenciones ofreciéndonos cuanto estaba a su alcance. Pitaluga nos sonreía, insinuaba largas peroratas que, apenas comenzadas, se terminaban por ademanes corteses. Doña Palmorina Retamales no despegó los labios y se limitaba a engullir con verdadero apetito.

Yo me sentía francamente fatigado. Mucho de lo que se habló se me fue, pero cuando don Esculapio tomaba la palabra, hacía yo un esfuerzo y lo escuchaba. Después eran de nuevo esas tinieblas en que nos lanza el cansancio. Por eso no podré explicarte el curso de la conversación. Sólo te transcribiré lo que de ella recuerdo y que, por cierto, pertenece al grueso de Resquemores.

En un momento decía éste:

—¡Oh, sí, señores! Fueron los funerales de un soldado. Eso soñaba yo. Óiganme ustedes bien: me encontraba yo con mi amigo aquí presente, sí, señores, con don Calisandro

Pitaluga, en una ciudad populosa. Nos encontrábamos a la vuelta de una esquina. Era el crepúsculo. Casi todos mis sueños son a la hora del crepúsculo. De pronto oímos una música. ¿Saben ustedes qué? Pues... "Ciento cincuenta pesos me han ofrecido, ¡ay, sí!". Entonces le digo a mi amigo Pitaluga, sí, a usted, mi buen amigo:

-Nada sabíamos del soldado muerto; ahora sabemos que le gustaba la juerga.

Y pasa el cortejo, pasa frente a nosotros. Adelante va un tambor mayor seguido por dos músicos que hacen más bulla que una banda al completo, al completísimo. Detrás vienen, de a uno en fondo, cuatro o cinco soldados tomados de una cuerda. ¡No! Tomados de dos cuerdas porque son dos las hileras de soldados. Estas cuerdas van a la carroza, una carroza chica, chiquita. En ella va el muerto. Entonces el tambor mayor hace callar a los músicos y los hace recomenzar con el himno patrio argentino. Es entonces que usted, Pitaluga, me dice:

-Ahora sabemos dos cosas del soldado muerto: que le gustaba la juerga y que su madre era argentina...

Y desperté, señores, desperté.

Pues esto no es nada, nada. ¡Ah! Porque soñé luego con una dama francesa. Tal vez ustedes la conozcan: Edith Pivot. Pues llega a Chile la bella Edith, llega a una pieza llena, llena, llena de ventanas y de claraboyas. Todos la abrazamos y todos gritamos. Pienso yo que sería conveniente decirle algo en serio, en muy serio. Le digo entonces:

-Edith, ¿cuánto tiempo pusiste en venir de Francia a Chile?

Me responde Edith:

-Treinta días.

¡Oh, amigos! ¡Aquí se me ocurre un chiste estupendo! ¡Un chiste que hará reír a todos, sí, señores, a todos! Coloco mi chiste:

-Entonces has venido en camello...

Nadie ríe. Todos, amigos, quedan serios, serios.

Edith me dice:

-No he venido en camello. Treinta días es el tiempo que pone un buque de Francia a Chile.

Amigos, ¡me chupé, me chupé!

Y ahora aparece usted de nuevo, Calisandro Pitaluga, sí, de nuevo. Me encuentro en medio de suaves colinas hermosísimas con grandes árboles verdes. Pues bien, señores, en un pequeño claro hay una pila de piedras medievales. Mucha gente las mira. Y usted, Pitaluga, aparece. ¿Cómo? Se me acerca y me pregunta:

-¿Le gustan a usted, don Esculapio Resquemores, estas piedras medievales?

Le contesto yo:

-Mucho; sólo que esto ha de ser enormemente caro.

-¿Caro? ¡Oh, sí! -responde usted, don Calisandro.

-¿Cuánto vale? -pregunto.

Vean ustedes lo que me contesta el amigo:

-Vale aquí 66 pesos la hectárea sin puertas ni ventanas...

¡Eso es lo que he soñado, mis grandes amigos!

Luego caí en somnolencia. Pitaluga trataba de hablar y la señora Palmorina seguía, impertérrita, comiendo. No sé cuánto rato pasaría hasta que oí decir a don Esculapio:

-¡Ah, sí, sí, sí! Es lo que digo y sostengo siempre. ¡No hay nada como comer fuera, fuera de su casa! En un restaurante o en una taberna o en casa de amigos...

A la voz de amigos Pitaluga se inclinó y quiso ponerse a hablar. Creo que fue detenido por una severa mirada de la señora Retamales.

-¡Oh, qué encanto, amigos, salir del menú cotidiano! Siempre que no lo haga usted a menudo. No hay que hacerlo a menudo, no, no. Porque si lo hace usted llega un momento en que... ¡se acabó todo encanto! Conozco a un señor que empezó a hacerlo todos los días tomado por este encanto gastronómico. Hasta que uno de esos días se dijo...

Nueva somnolencia; nuevo despertar ante la voz de don Esculapio.

-Es una fatalidad, ni más ni menos, una fatalidad del destino. Yo la sufro, mis amigos, y la sufro enormemente. No logro ni creo que lo lograré jamás, aterrizar. ¡Empleo palabras de hoy: "aterrizar"! ¡Ah, qué quieren ustedes, amigos míos! ¡Siempre tambaleando de un lado a otro, siempre! Les aseguro a ustedes que mi vida, si ella fuese escrita por un biógrafo superficial, estaría llena, llena, llena de aventuras y de movimientos. Sin embargo es una vida de paz sin aventuras y sin...

Nueva mirada severa de la señora Retamales a Resquemores y súbito silencio de éste. Nueva somnolencia mía.

-Porque hay hombres que son gordos, como este servidor de ustedes, y los hay que no lo son; como hay hombres que tienen pulgas y los hay que no las tienen. Y sobre todo, amigos, hay hombres que se equivocan y no los hay, ¡no y no!, que no se equivoquen.

Grandes muestras de asentimiento de Pitaluga. Nada de parte de doña Palmorina. Creo que me dormí unos instantes. El caso es que desperté a la voz de don Esculapio que reía y reía.

-¿Qué es una brújula? ¿Una brújula? Pues, amigos, es una viéjula montada en una escóbula...

Pitaluga también ríe sonoramente. Me vuelvo a dormir hasta que don Esculapio me despierta pues decía:

-El paso de un plano a otro plano trae, amigos, trae, sí, amigos, trae el sentimiento de infinito. Este sentimiento ha de traerlo también el paso de un estado a otro estado. Pero está la costumbre, está la inercia. Es esto algo tan extremadamente fuerte, poderoso, que borra lo asombroso de cada paso o cambio de estado. Les digo esto, mis amigos, porque en este momento estoy pensando que cada despertar después del sueño, cada caída al sueño al dormirse, debería darnos un momento asombroso. Pero hablemos de lo que aquí se refiere, hablemos del despertar sexual. ¡Despertar! Paso de un estado a otro. Como el paso de un plano a otro. Luego: también aparición de lo infinito. Hasta hoy yo era nada más que yo, sin posibilidad de expandirme, es decir, de no ser yo fundiéndome en otro ser y, además, de no quedar únicamente yo por aparecer la procreación. Les hablaré entonces, mis buenos amigos, del caso de mi amigo, no de usted, Calisandro Pitaluga, sino de otro amigo: Solano Pucón. Se produce en Solano Pucón el despertar, el despertar

sexual y... es detenido. Es decir, no puede inmiscuirse en él la costumbre de su NO realización. Es reprimido, amigos, queda en potencia. ¡Sí, señores, en potencia! Sintió Pucón lo infinito pero no pudo entrar en él. No pudo dominarlo, hacerlo suyo, en buenas palabras, hacerlo cotidiano y finito. Esto lo hacen muchos. Olvidan, pues, el momento de infinitud ahogándolo en la práctica. Les aseguro, amigos: quien logre atajar la práctica, cogido por el arrebato de ese momento, tiene un éxtasis a su, a su y a su merced. Pero Pucón no pudo lograrlo. Su naturaleza sexual era demasiado potente y su inclinación al arrobamiento no estaba bastante marcada, no lo estaba...

Marul, no oí más las lucubraciones de don Esculapio Resquemores. Me levanté de la mesa y me puse a deambular, como Lorenzo, y un poco por todas partes. Luevo vi que todos se ponían de pie y se despedían. Corrí hacia ellos.

—Tanto gusto..., tanto gusto..., tanto gusto...

Partieron.

El pequeño gordo colgado del brazo de la enorme flaca. Pitaluga de atrás.

Los vi perderse entre reflejos tornasol.

37

Tuvimos un rato de reposo. Cada cual, por su lado, se sumió en sus pensamientos. Los míos tomaron un franco tinte pesimista. ¿Valía la pena todo esto? Alejarse de San Agustín de Tango, de ti, Marul, para ir a visitar esta famosa Caverna Común y... encontrarse con la charla de don Esculapio Resquemores... Este sitio es nuestra prolongación, o al menos así lo entiendo. ¿Qué hay en él? Los esfuerzos de Calisandro Pitaluga por hablar y el impertérrito silencio de doña Palmorina Retamales de Resquemores...

No, no era posible. Me levanté de mi sillón y me dirigí a mi amigo Naltagua. Le expliqué mi punto de vista. Me contestó:

—Es curioso que un simple entreacto, como ha sido la visita de los Resquemores y de Pitaluga, pueda hacerte olvidar el resto de esta excursión.

—No, Florencio —le repuse—. Tal vez lo que me ha inquietado es algo que no logro aclarar. ¿Por qué gente como don Esculapio visita esta Caverna Común, por qué trae a su mujer y a un amigo y por qué se siente aquí como en su propia casa? ¡Es esto lo que no comprendo, Florencio, lo que me echa por tierra las otras impresiones!

—Escucha bien —me contestó Naltagua—. Te has dado clara cuenta de qué es esta Caverna y lo que llamamos la Central Telefónica. Pues bien, Onofre, todos, todos los humanos pueden venir hasta aquí. Si los invitas, algunos, pocos, te aceptarán tu invitación; la mayoría levantará los hombros y no aceptará. Tienes el caso de Paine y de Valdepinos; prefirieron ir a ver la laguna de Elicura. No te hablo de Lonquimay que está demasiado aferrado a sus Calderas de Illaquipel. Pues bien, Resquemores y su gente aceptaron venir. No levantaron los hombros en signo de indiferencia. ¿Querías tú una serie de méritos especiales para llegar aquí? No, Onofre; no te mezcles en la vida privada de los demás.

Ahora debes laxarte. ¡Sí, Onofre, laxa tu mente! Toma en serio todo cuanto veas pero sin juzgarlo, sin que ello impresione tu juicio crítico.

Luego, antes de retirarnos a dormir, nos juntamos todos un momento. Renaico estaba sombrío. Nos explicó:

—Me preocupan los llamados de Teodoro Yumbel. Hay en él una enorme pena, un profundo desasosiego, mejor dicho, hay en él un remordimiento que lo roe a todo instante.

Nos extrañamos grandemente. ¿Remordimientos de qué? Si hay una vida clara y limpia es la de Yumbel.

—Sufre y sufrirá siempre de un terrible pecado que lleva dentro.

—¡Un pecado! —exclamó Lorenzo—. ¡No es posible!

—Silencio, amigo Angol. No todo lo que ocurre, ocurre en esta vida. El hombre es infinito. Todo hombre ha cometido grandes faltas. En una encarnación sus efectos se manifiestan y agobian. ¿Es el hombre consciente de esta falta? Yumbel no lo es. Pero la falta lo persigue. A menudo se le hace real sin que él pueda determinar su causa.

Quedamos en silencio. ¡Qué poca cosa es esta vida junto a la infinitud que nos rodea! Sentí, de pronto, como si me abriera hacia atrás, hacia mi pasado que dejó de tener un principio con el día de mi nacimiento, hacia ese pasado que ahora, tal vez, se me presentaba en cierto modo aquí en la Caverna Común.

Sentí, como nunca de fuerte, de presente, que nuestra vida no es más que una concentración sobre la Tierra.

Quise desconcentrarme. Fue ésta mi ambición suprema.

De pronto sentí que me diluía a mi vez. Comprendí, por un instante, a Lorenzo. Grité:

—¡Doctor! ¡Doctor Hualañé!

Alcancé a ver al doctor que venía hacia mí. No recuerdo más, Marul. El doctor debe haberme reintegrado. Volví en mí.

¡Oh, Marul, qué pesado, qué grueso me apareció todo a mi alrededor!

Pero —acaso, digo yo— ya no era yo el mismo. Una idea revoloteaba junto a mí y a veces —no te rías, Marul— sentía que se me posaba sobre la cabeza y me enterraba sus garras como un ave rapaz. Entonces me preguntaba o preguntaba en alta voz:

—¿Cuál, cuál soy yo? ¿Dónde están mis límites?

Nos retiramos a dormir. Nuestras camas eran buenas, muelles. Aprovechando las sinuosidades de los muros, estaban colocadas con bastante independencia y lejos unas de otras. Apenas en cama la luz bajó hasta la oscuridad. Sin embargo se sentía, se respiraba el enorme espacio que nos envolvía. Al fin me dormí. Luego caí en un semisueño.

¡Tú me apareciste, Marul!

Estabas de pie con una ligera sonrisa que te rodeaba entera. Alargaste una mano que tocó la mía. Me dijiste en un susurro:

—¡El arte! ¡Qué hermoso es! ¡Qué hermoso!

¡Marul —te digo—, no hablemos de arte. Estamos en la Caverna Común, junto a la Central Telefónica. Entonces háblame de amor, sí, de amor. Prolonguémonos en amor.

Tú, como si no oyeras, repites:

—¡El arte! ¡Qué hermoso es!

Me miras intensamente. Luego agregas:

—¿Has descubierto tú, Onofre, dónde está el arte? A veces temo que te confundas y tomes, por el camino hacia el arte, el camino hacia el arte, el camino de nuestras conveniencias ajenas al arte.

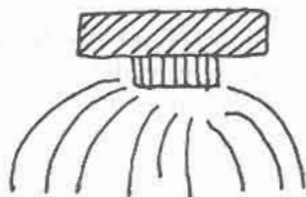
—¡No! —te grito—. ¡Voy bien!

Tú te alejas y te acercas; te evaporas y vuelves. Al fin te sientas a mi lado, me tomas ambas manos y hablas:

-Temo, Onofre, que hagas con el arte como hacen casi todos con la religión. Temo que en esto te comportes como un político. ¡Oh, que hagas igual cosa con la religión! ¿Quieres que aquí te explique qué es lo que hacen los políticos con la religión? Pues hacen como con el arte, hacen una pequeña, pequeñita, mezquina, que esté al alcance de sus secuaces. Es todo.

"Onofre, la religión es otro mundo que nada tiene que ver con la política.

"Recuerda siempre este dibujo. Míralo bien.



Prefiero copiártelo tratando de hacerlo lo más exactamente posible al que tú, en sueños, me mostraste. Lo miré bien. De pronto comprendo:

El rectángulo superior es ese mundo de las ideas puras; está fuera de nosotros; es lo que soñamos. El rectángulo inferior y menor es un remedo que dé la ilusión del superior; es una obra fabricada por los hombres para darse la creencia de que tocan lo alto. Las líneas que caen son los hombres aislados, los que son la contraparte completa del universo; o, si quieres, son los partidos políticos, desde la extrema derecha hasta la extrema izquierda. Esto te lo digo con muchos detalles más. Tú asientes dulcemente. De pronto te pregunto.

-¿Por qué me muestras ese dibujo? ¿Que no hablábamos de la religión? Ese dibujo está bien para las artes. No veo qué vienen a hacer en él las religiones.

-Es igual -me contestas tú-. Es éste el dibujo que conviene a la Caverna Común. En el rectángulo superior está el silencio, está la paz con hondo sacrificio por nuestra parte. En el inferior están las iglesias, están las catedrales, si quieres. Está todo ese barniz de vulgaridad y de vano culto con que ello se reviste. ¿No ves que llevando a la gente al rectángulo inferior se les inculca un fanatismo que sólo tendría sitio en el superior? De aquí viene, Onofre, el interés de los partidos políticos por ser ellos Jefes de la Religión...

Comprendo súbitamente el parentesco íntimo entre la religión y el arte. Me siento arrobado y quiero besarte. Tú extiendes una mano y, lentamente, me dices:

-¿Crees tú que el rectángulo del arte está en esta Caverna? ¿Crees tú que lo hemos visto? Yo no lo creo. Está más, mucho más lejos. Hay aquí, claro está, secciones de esa región divina, hay extremos de ella. Aquí hay un eco de un pensamiento común. Es, a no dudarlo, el pensamiento de esos tubos que hemos visto. ¿Te extraña esta palabra de "tubos"? Es que no encuentro otra, Onofre. De estos tubos se desprenden hilos y más hilos que se comunican con algunos hombres, con algunos artistas. Son hilos que vienen del fondo común de los arquetipos. Yo -piensa, por favor, que no soy más que Marul-, yo no sé la manera como funcionan esos hilos que unen esa región superior con ciertos hombres... No lo sé, no lo sé... Tal vez tú algún día...

Te borras. Despierto un momento. Luego me duermo profundamente.

Despertamos, por mi reloj, a las 7 de la mañana. Una vez todos reunidos junto a nuestro desayuno, Renaico nos dijo:

—Ahora, amigos, esperemos la llegada de los buenos visitantes.

—¿Vuelven don Esculapio, señora y Pitaluga? —pregunté.

—No. Tendremos la visita de Tadeo Lagarto y de..., de un compañero.

En efecto llegaron un rato después Tadeo Lagarto y el compañero. ¿Sabes tú quién era éste? Pues sencillamente era Saturnino...

Era Saturnino, Marul, el habitante de Saturno que Teodoro Yumbel había encontrado en el planeta Venus; Saturnino que, en el avión del capitán Angol y en medio del espacio, lo había hecho detener para bajarse y seguir a pie. Ahora aparecía aquí en esta Caverna Común en compañía de Tadeo Lagarto.

Lo miré largo rato. Era más bien pequeñito, agachado, los ojos con un mirar vago pues la fuerza de ellos recaía en el ojo mandibular. En fin, era, más o menos, como Yumbel lo había descrito. Una cosa me llamó la atención en él: su extrema nerviosidad mezclada con una calma serena. Pasaba rápidamente de un estado al otro y ello sin tener relación con lo que se hablaba o con lo que ocurría a su alrededor.

Renaico, el doctor Hualañé y Naltagua lo recibieron con toda naturalidad. Lorenzo y yo nos abismamos, sobre todo con sus ideas y su lógica.

Voy ahora a transcribirte cuanto recuerde de lo que con él se habló. Trataré de ser fiel en lo posible. Después de los saludos y mutuas congratulaciones, Saturnino, sumido en sus pensamientos, nos dijo lo siguiente:

—Hay algo que aquí en este mundo de ustedes, en esta Tierra, como la llaman, hay algo que me extraña grandemente. No logro entenderlo como es debido. Ustedes lo hallan natural, lo hallan como si no pudiera ser de otro modo. Sé que van ustedes a sonreír. No importa. Vean, señores, lo que me extraña:

Por qué a ustedes los humanos —y por extensión a cuanto hay sobre la Tierra— un vehículo los lleva, se los lleva al introducirse en él.

Encuentro este hecho el sinsentido máximo. Pondría yo sobre él un “no” rotundo.

Mi inteligencia, sin embargo, lo admite. Luego admito yo que así sucedan las cosas en la Tierra. Pero esta misma inteligencia rechaza totalmente un hecho semejante allá en Saturno. ¡No y no!

En un vehículo —sea una carreta, un auto o un avión— con gente y con cosas dentro y el total moviéndose al unísono, en un caso así veo una diferencia esencial entre ambos planetas. Veo, señores, la diferencia. Todo lo demás no pasa de constituir diferencias al fin y al cabo explicables. Pero en esto del vehículo está el principio de mundos y de leyes y posibilidades absolutamente distintas.

En ese vehículo veo la sin par inmensidad de la creación.

¡Ah, porque esto del vehículo lo he meditado mucho, machísimo! Por ese vehículo he llegado al concepto del infinito. Él me lo ha hecho ver.

¿Quieren ustedes que me explique? Pues vean, señores, y llegaremos a esto, familiar para ustedes, del infinito que no se corta o que se corta y se vuelve a soldar.

Es el caso de dos personas y de un coche. Las personas somos el amigo Tadeo Lagarto, aquí presente, y yo. El coche es el auto de mi amigo. Lagarto conduce automóviles. Salimos

de paseo en dicho auto, una noche; ¿lo recuerdas, Tadeo? Volvimos tarde, muy tarde, en el coche de siempre. Volvimos y pasamos primero por frente a la casa del amigo. ¿Saben ustedes qué me dijo este amigo? Pues me dijo:

-Saturnino, te voy a conducir hasta tu casa.

-No te molestes -le repliqué-. Puedo seguir a pie.

-No -me insistió-. Te voy a conducir.

Le contesté entonces:

-Bueno. Después te acompañaré a ti para que no te vuelvas solo en el coche.

Lagarto entonces:

-Y yo después te iré a dejar para que no hagas el trayecto a pie.

-Y luego yo te acompaño.

-Y yo te conduzco.

-Y yo te acompaño.

-Y yo te conduzco.

Y así íbamos a seguir acompañándonos y conduciéndonos. Es decir, señores, ¡un infinito que no se puede cortar!

No he podido jamás entender el fondo de esta historia. Menos puedo aún realizarlo en mi mente. Porque me pregunto:

¿Cómo el coche no puede dejar a cada uno en su casa?

El caso era de que siempre sobraba uno de los dos, siempre quedaba fuera... teniendo casa y además teniendo coche...

Tú, Lagarto, me explicaste que había aquí: dos casas y tres elementos: tú, yo y el coche.

Vino mi primera confusión al ver que el coche era tomado como un elemento igual a las personas. ¡Cómo! ¿Acaso el auto es una persona? ¡Hay aquí una deficiencia de ustedes al confundir elementos tan diversos!

Cuando me convencí de esta imposibilidad para poder quedar cada cual en su casa, lloré, señores. Es decir, en mí se levantó un estado tal de ánimo que sólo puede ser comparado con lo que ustedes llaman "llorar". ¿Por qué tal estado de ánimo? Lo consideré como un castigo de Dios: estaban ustedes sometidos a las condiciones espaciales: ¡Horror!

Aquí viene a mi memoria una larga explicación que me dio don Remigio Natales, el filósofo. Me dijo que hiciera yo un esfuerzo, un pequeño esfuerzo de imaginación: en vez de ir en el coche de Lagarto voy en su propio coche, en el de Natales. Dado el sitio de donde veníamos, las casas quedaban situadas así: 1^º) la de Lagarto; 2^º) la mía; 3^º) la de Natales. Pasaría, pues, el coche frente a la primera y Lagarto se bajaría; seguiría el coche hasta pasar frente a la mía y me bajaría yo; seguiría el coche a la casa de Natales y... ¡terminada la cosa en una lógica que en nada se sale del círculo hermético y perfecto del paseo! Es decir que todo habría sucedido como en Saturno.

No le entendí nada, nada, señores. Natales debe haber creído que yo enloquecía, que los males terrestres empezaban a tener efecto en mí. Porque me preguntaba y me preguntaba yo por qué razón él, Remigio Natales, hacía ahora un trayecto que nunca había hecho y por qué se imagina que pasa frente a la casa de Lagarto y frente a la mía.

Además esto se me embrollaba en aquel infinito que al amigo Tadeo y a mí se nos producía entre nuestras casas. En Saturno no es así. En Saturno jamás sobraría uno de los presentes fuera del armónico círculo de un paseo proyectado. Allá se pueden proyectar cosas finitas, completas, sin desparramos hacia lo infinito incomprensible. Sí, señores, incomprensibles no sólo para seres vivientes sino para casas y coches.

Es mi tema, uno de mis temas de meditación: el infinito cortándose o no cortándose, la posibilidad de cortarlo o de no cortarlo... Ustedes, aquí en la Tierra, cuando se encuentran con un infinito, tienen que cortarlo, dejarlo de lado, abandonarlo. Allá en Saturno nosotros lo desviamos, que se vaya a seguir por otras sendas con otros elementos. Allá lo sacamos de los elementos o de los hechos en que se había encarnado —si puedo expresarme así— y entonces obramos sobre éstos como si fuesen finitos y... ¡santas paces!

¿En el caso mío con Lagarto y el coche? Lo habríamos arrancado de ese tríptico o triunvirato o trinidad o triángulo y habríamos dejado a cada cual con su lógica, con la alta lógica. Entonces el infinito, en forma matemática de número irracional, se va por los ámbitos rodando y rodando.

Bueno, dejemos de lado tales problemas. Hoy estamos en el mejor sitio de la Tierra, en esta magnífica Caverna Común, en esta prolongación de ustedes a seres colectivos. Hay tranquilidad aquí. Aquí se puede dejar que pase el correr del calendario.

Pero arriba... La curiosidad de ustedes, señores, me estrangula. Es algo insoportable, insoportable.

Llegué a San Agustín de Tango. La gente, llena de curiosidad, se me vino encima. Me acuerdo que me cogieron y me llevaron en un auto, luego en otro auto... ¿Adónde? Pues a la Ulpif. Allí me instalaron. Vino luego un señor muy docto y me dijo que un habitante de otro mundo les pertenecía a ellos, que me examinarían, que me interrogarían, que me someterían a mil experiencias. Luego el docto personaje se alejó. Quedé solo. Un rato. De pronto se abre la puerta de mi habitación y entran en ella varios jóvenes que me hablan precipitadamente. Así hablando me cogen y me obligan a seguirlos. ¿Saben ustedes hacia dónde nos encaminamos? Pues al taller del señor Rubén de Loa. ¡Ese era mi sitio! Allí me examinarían, me copiarían, me harían posar... Llegué al taller. El señor de Loa me saludó y no se ocupó más de mí. ¡Pero los otros...! ¡Había que verlos! Hasta que llegó una delegación del Convento de los Jerónimos. ¡Querían verme también! ¡Necesitaban hablar conmigo! Alegaron y alegaron hasta que me sacaron del taller y me llevaron al convento. Sí, señores, donde fui secuestrado, ni más ni menos, secuestrado.

Más de una semana pasé allí. ¡Oh, qué semana!

A veces me asomaba por una pequeña ventana que tenía mi celda y veía, escondidos entre los árboles, hombres de la Ulpif y hombres de la Universidad y de la Intendencia y de los Museos y de la Escuela de Bellas Artes y qué sé yo. Veía también policía que rondaba entre ellos. Comprendí que algunos eran juerguistas que abandonaban su pasión por el juego y las mujeres para ir a atisbar. Vi otros del cabaré San Lito, otros de la Taberna de los Descalzos y de todos los sitios semejantes. Todos llevaban la esperanza de divisarme. En fin, aquello era un tumulto perpetuo.

Un día, el séptimo u octavo de mi permanencia en mi celda del Convento, llegaste tú, sí, tú, Tadeo Lagarto. ¡Bendito seas! —como se dice aquí en la Tierra. ¿Recuerdas tu llegada? Fue aquello rápido, rapidísimo. Me hablaste del cajón del Lepomande, me hablaste de esta Caverna Común. Me acuerdo perfectamente cómo nos escapamos del Convento. Me acuerdo de nuestro viaje. Me acuerdo, lleno de dicha, de nuestra entrada en la Caverna Común.

Pero no crean, señores, que mi permanencia en el Convento de los Jerónimos fue ociosa. Tuve en él una sorpresa inimaginable. Se las voy a contar:

En la celda contigua a la mía se alojaba Fray Canela del Calvario. Es este fraile lo que

ustedes tanto aprecian aquí en la Tierra: es astuto, astutísimo. Me visitaba a todo momento. Yo le pagaba sus visitas. Conversábamos.

Una vez fui atraído por un objeto raro que se hallaba sobre la repisa de su lavabo. Lo miré con atención hasta, que sin comprender de qué se trataba, le pregunté:

—¿Qué es esto, Fray Canela del Calvario?

—¡Oh, perdón! —se apresuró a contestarme—. Es mi plancha dentífrica.

La cogió, y la cepilló y se la introdujo en la boca. Luego se puso a hablar de otras cosas.

—¡Un momento, Fray Canela! —le grité—. ¿Qué es lo que acaba usted de hacer?

El astuto del fraile me lo explicó. No necesito explicarlo a ustedes, señores, que lo han de saber tan bien como el fraile.

Señores, quedé lelo, quise huir por el Convento, luego noté que me faltaban las fuerzas y allí quedé atónito con un verdadero sentimiento de disgusto.

¿Es posible que no comprendan ustedes que los dientes son parte integrante de la anatomía? No, no lo comprenden, se los sacan, los cepillan, se los ponen... Tuve que esperar un buen rato para serenarme. Porque esto de jugar con una parte del cuerpo, de abandonarla, de volverla a coger y usar... ¡Oh!, es cuanto hay de indecoroso, sí, señores, de inmoral. ¡Sacarse pedazos del propio cuerpo, sacarlos y manipularlos y luego reponérselos...! Esto, por ningún motivo, sería tolerado en Saturno, mi planeta. Las Autoridades se opondrían. ¡El cuerpo es sagrado, señores, por el hecho de ser uno y único! Ustedes corren el riesgo de dejar olvidado, a cada momento y en un sitio cualquiera, un trozo del cuerpo... ¿Es posible?

Todo esto se lo dije a Fray Canela del Calvario. Fue tal el rostro de estupefacción que fue poniendo a medida que le hablaba que al fin me callé.

Como ahora lo ponen ustedes, señores Lorenzo y Onofre. ¿No habían pensado nunca que una plancha dentífrica rompe la unidad del cuerpo, esa sagrada unidad corporal que ustedes tienen? ¡Extraña, extrañísima cosa! Son ustedes así. ¡Qué hacerle!

Tenemos, señores, puntos de partida y puntos de llegada muy diferentes. Es otro ciclo de evolución.

Les voy a poner a ustedes un ejemplo: una modificación cualquiera en cualquiera cosa: una pequeñita mejora en el tablero de un automóvil... En mi continente, digo, en mi planeta —me cuesta habituarme a estas divisiones convencionales de ustedes— ¡uf, qué escándalo, qué reacción en contra ello produciría! Porque Saturno es, según el modo de ver de ustedes, esencialmente estático, esencialmente inamovible. Lo que aquí en la Tierra es un defecto del que todos sufren, allá es una base de nuestras cualidades. Eso sí que hay que verlo desde otro punto. Entonces se verá que es mucho más firme y seguro en la evolución hacia lo dinámico y, como lo llaman ustedes, lo avanzado.

¡Oh! ¡Saturno avanza firmemente con la certeza de un cronómetro! Por eso se cuida su avance con una severidad casi desconocida aquí.

En nuestra historia, comparada con la de ustedes, no existen esos trastabillones, esos retrocesos, esos tiempos y hasta épocas perdidas de que está plagada la historia terrestre. Dirán ustedes que nosotros avanzamos con lentitud de tortuga. No hay tal, señores, no hay tal. Si se compara el tiempo que ustedes han puesto desde el hombre de las cavernas hasta hoy día con la duración que nosotros hemos puesto desde el fósil irradiante hasta hoy día, se verá que hemos empleado casi el mismo tiempo, tal vez un poquitín más nosotros.

¡Sí! ¡Un poquitín más! Es que, señores, he contado con los años de ustedes, con los

365 días que tarda la Tierra en girar alrededor del Sol. Ahora comparemos con nuestros años. La relación no se pierde; por el contrario, se ajusta.

Un año nuestro dura 29 años y medio de ustedes. Nuestra vida es igual en número de años a la vida de la Tierra, es decir, que vivimos 29 veces y media más que lo que aquí se vive. ¿Entonces?

Señores, hemos empleado casi 30 veces menos unidades en este largo camino.

¿Por qué? Por nuestra severidad y razón que ustedes llaman lentitud, por no decir, pereza.

He notado, señores, en algunos de ustedes, una cara de sorpresa al decir yo "fósil irradiante". Con razón. Permítanme que les explique cómo se generó la vida en Saturno:

Vino primero, en mi planeta, una vida de moluscos. Esta vida desapareció en la horrible catástrofe que produjo la formación de los Anillos. No quedó más que una inmensidad de fósiles calcáreos. Eran parecidos a las conchuelas diseminadas aquí y que son el ideal de esas bestezuelas que llaman, creo, Bernardos Ermitas. Con estas conchuelas pasaron varios millones de siglos. Era el silencio, era la nada, señores. Hasta que a dichos fósiles vinieron a hospedarse, súbita y rápidamente, en apenas un año saturniano, unos espíritus, unas almas, hartos rudimentarias, por cierto, en fin, unas almas. Así empezó nuestro existir.

¿De dónde venían? ¡Ah! Nosotros decimos:

—¡Silencio!

Ustedes, en igual caso, habrían formado cien, mil, diez mil hipótesis diferentes. Los partidarios de cada una de ellas habrían sostenido su verdad y habrían negado las restantes. Nosotros, no; nosotros decimos:

—No sabemos aún; quiere decir esto que no ha llegado todavía el momento de saberlo; pero como avanzamos terca e implacablemente, tendremos que llegar a este conocimiento.

Hubo, claro está, algunos que insinuaron teorías de origen: el Sol, algunas estrellas, nuestros vecinos Júpiter y Urano y qué sé yo. Me disculparán ustedes pero es el caso de que nadie pensó en la Tierra.

Todos estos insinuidores fueron pulverizados. Sí, señores, por atrevidos fueron pulverizados. Cuando a nosotros se nos pulveriza no desparramamos nada. Sólo nos convertimos nuevamente en una concha fósil. Esta concha, a martillazos, vuelve a ser pulverizada. Este polvo se arroja a las llamas del primer Anillo y ¡se acabó!

Total, señores, que hay el más absoluto silencio sobre la proveniencia de aquellas almas.

Vivían en sus conchas. Irradiaban. No encuentro otra palabra que mejor dé la idea que quiero expresar: irradiaban. De aquí viene el nombre, no muy justo, de "fósiles irradiantes".

Cada fósil irradiante vivía reconcentrado en sí mismo. ¡Oh, qué trabajo emprendía! Tenía que asimilarse, hasta cierto punto, la sustancia de la concha. Lograron llevar a buen término este trabajo. Parte de la concha fue asimilada.

Entonces estos seres se pusieron en movimiento. Se vieron entre ellos, se conocieron y, todos juntos, empezaron a hacer la enorme, la magnífica labor de la construcción de una civilización saturniana.

En esos momentos ustedes vivían como salvajes, no como los salvajes de hoy, no. Vivían peor que ellos. Aquí llaman ustedes, según creo, la época cuaternaria a este período. Hace ya cierto tiempo de todo ello, sí, señores, cierto tiempo.

Desde aquel entonces hasta hoy, ¿quiénes han avanzado más, ustedes aquí en la Tierra o nosotros en Saturno? Aunque ustedes se sientan, señores, lo diré: nosotros en Saturno.

Lo he dicho ya repetidas veces. Me han respondido que ello es imposible por dos consideraciones, consideraciones terráqueas, por cierto: 1ª Nuestra densidad gaseosa; 2ª nuestra distancia del Sol, o sea un frío, un frío inimaginable. Como les digo, ¡consideraciones terráqueas!

¿La densidad gaseosa? ¡Quiá! Son ustedes los terráqueos los que viven sobre tierra más dura que el mármol y los que navegan por aguas sólidas. Pero no discutamos este punto, señores, no lo discutamos. Son ustedes demasiado presuntuosos para engolfarme en tales discusiones. Ustedes sufren de una verdadera fiebre, acaso por la cercanía del Sol. Están sólo a una distancia media de 150 millones de kilómetros; nosotros a una distancia de 1.428 millones de kilómetros. Ustedes son susceptibles a la temperatura..., lo entiendo perfectamente. Nosotros ignoramos este curioso hecho de la temperatura. Frío, calor, frío, calor... Lo ignoramos. Estamos siempre a la temperatura conveniente. Esto es lo natural, es lo lógico, sí, señores. ¿Por qué, por qué esa lucha con algo que por su grandeza nos sobrepasa tanto, tanto? ¿Qué tenemos que hacer nosotros con la temperatura? ¿La hacemos acaso? Ella se hace fuera de nosotros; es un efecto del Universo. Nosotros también somos un efecto de este Universo. Deberíamos, pues, vivir en completa armonía. Como se vive en Saturno.

(Oyendo embelesado a Saturnino eché mano a mis cigarrillos, saqué uno y lo encendí).

¿Por qué, para qué fuma usted, don Onofre? ¡Cuántos, cuántos fuman aquí en la Tierra! Y... ¡cuántos, cuántos beben alcoholes y más alcoholes!

No crea, señor Borneo, que lo reprocho. Lo lamento solamente. Lamento que no dé usted el paso definitivo. Porque si los hombres fuman y beben es porque añoran algo, añoran cosas mayores. Es éste el fondo de los vicios. Si fuera usted directamente a estas cosas mayores, dejaría de fumar. Pero no saben ustedes avanzar de este modo. Son ustedes locos de atar en sus avances. ¡Locos de atar!

¿Cómo avanzan ustedes? Encuentro que, por la fiebre desordenada que los domina, avanzan así:

Están ustedes en un punto; llamémoslo el punto A. Ambicionan ustedes un objetivo o un conocimiento que vamos a llamar el punto H. Pues bien, señores, en vez de ir con calma y con lógica al punto B y de éste al C y así sucesivamente hasta llegar al punto ambicionado de H, se dejan tomar por una verdadera borrachera mental y saltan, queman las etapas y se instalan en ese punto H. ¿Cuánto tiempo quedan ustedes allí? Pronto ven que para quedar en el punto H hay que volver atrás: algo faltaba, sí, señores, algo faltaba. Vuelven entonces a G. Aquí, igual cosa: vuelven a F. Y de F a E, y de E a D, y de D a C, y de C a B, y de B a A... Una vez y de nuevo en A empiezan a trepar por B, C, D, E, F, G y llegan a H.

Nosotros, en Saturno, nos evitamos todo ese primer salto por los aires, en trampolín. Empezamos por la segunda etapa de ustedes, empezamos lentamente. Sí, señores, lentamente: de A vamos a B, de B vamos a C y así seguimos hasta llegar a H.

Veo, señor don Lorenzo Angol y señor don Onofre Borneo, que esto les ha parecido bien. Veo que lo han entendido ustedes. Entonces, ¿por qué no obran con la lógica que les digo? ¿Por qué siempre, en ustedes, la falta de lógica?

Claro está que nuestras lógicas chocan a menudo. Recuerdo a un pintor, a don Facun-

do Doñihue, en el taller del señor de Loa, que quería hacer, en pintura, una vela encendida igual a la que había visto en una iglesia. Fue aprobado por los demás. ¿Para qué quería hacer una vela exactamente igual a otra que ya existía? ¿Podía acaso ser igual? Una vela, según me han dicho, es hecha de esperma o de sebo. Don Facundo, para hacer la suya, tenía pinturas. Una vela ocupa tres dimensiones en el espacio. Don Facundo iba a hacer la suya sólo en dos dimensiones. ¡No entiendo, señores, no entiendo! Y como les digo, los demás aprobaban...

No, señores, no. Esto no se puede. ¿Para qué, para qué hacerla? Si ahí la tenía don Facundo en ella misma. Puede, además, comprar otra igual y encenderla y tendremos dos iguales. ¿Iguales?

¡Ah, no! Jamás se logrará que sean exactamente iguales. Y si las miramos a la lupa serán enormemente diferentes. Y el espacio, el espacio... ¡Qué quieren! ¡Condición humana!

Por lo que oí hablar me di cuenta de que había un interés para que ambas velas se parecieran lo más posible. Yo me preguntaba:

—¿Para qué? ¿Es para verificar una vez más esa condición humana?

Se los dije. Me expresé, más o menos, en términos así:

—¡Basta ya de seguir verificando! Se trata ahora de salir de esas verificaciones, de buscar puertas de salida. Pero ¡cuidado con caer, ante la imposibilidad de hallar la puerta definitiva, en substitutos que expresen, no la vela sino la desesperación de ustedes al no hallarla! ¿Tratan de pintar la impotencia que les coge ante este problema de la igualdad? ¡Oh, si lo hicieran, un respeto les llenaría al ver que una simple vela los ha hecho impotentes! Lo que en mi planeta hoy se trata y apasiona —como a ustedes la relatividad, lo atómico, la aviación y el radar— es la posibilidad de hacer *un igual* a su modelo. Estamos lográndolo. Pero ¡qué difícil es! Lo que dificulta es la cuestión del espacio que estos dos iguales van a ocupar y que debe ser el mismo espacio permaneciendo siempre dos. ¡No uno solo igual a sí mismo! ¡No! Es difícil pero se logrará.

Nadie entendió nada, señores. Ignoro si don Rubén de Loa se dio cuenta de mi discurso. Miraba una tela y de ahí no se movía. Los demás... ¡nadie entendió nada!

Veo que ustedes me entienden. Sé, señores, que usted don Romelio Renaico como usted, doctor Hualañé, y usted don Florencio Naltagua, saben todas estas terribles tribulaciones mías. Perdón si las repito. Tú, Tadeo Lagarto, eres mi confidente. Me refería a usted, don Onofre Borneo, y a usted don Lorenzo Angol. Veo que me entienden. ¡Cuánto me alegro!

Pero la travesía de este bosque está llena de peligrosos acechos. Llamo "travesía del bosque" a este mi paso por el planeta de ustedes. Hay peligrosos acechos en todo, en todo. ¿Creerán ustedes que los hay en vestones, en los simples vestones que llevan ustedes como si tal cosa?

Fue en la Ulpif donde ocurrió esto de los vestones. Fue una discusión, si puede llamarse así. El hecho es que don Jovino Panquehue allí estaba con un vestón cruzado y el doctor Mangual con un vestón derecho. Fue algo, como ustedes ven, insignificante. El caso es que don Jovino prefería los vestones cruzados y el doctor Mangual, los derechos. Me preguntaron a mí cuáles prefería. Les contesté:

—Los cruzados.

—¿Por qué?

—Porque tienen mayor sitio para los bolsillos.

—No, señor —me replicaron—, el sitio para los bolsillos es siempre igual en ambos.

Pensé un rato y luego les alegué:

—No puede ser. Puesto que el vuelo del vestón cruzado es mayor y sobrepasa en muchos centímetros al otro, tiene que ser mayor para todo, incluso para los bolsillos. Si así no fuera, no habría lógica ninguna en este planeta.

Ambos señores, el astrónomo y el abogado, me explicaron con lujo de detalles que el espacio para los bolsillos era el mismo en ambos, que la conformación interna o la estructura interior —si así se puede decir hablando de tales cosas— era idéntica, prueba de ello...

Se sacaron sus vestones y los pusieron abiertos sobre una mesa. Luego el que estaba abajo lo pusieron encima. Midieron. Eran de exactas dimensiones. Como notaron cierto escepticismo en mí, me explicaron que lo mayor del cruzado era un agregado, una prolongación, algo superfluo, una cuestión de moda, no de mayor capacidad en ningún sentido.

Les dije que no, que tales argumentaciones iban en contra de la lógica: a mayor extensión o superficie, menor o igual capacidad. Les agregué que la lógica no era cosa de Saturno o de la Tierra o de Júpiter o del Sol o de lo que fuera. Les dije que era ella un bien absolutamente universal.

¿Sabían ustedes, señores, qué hicieron el abogado y el astrónomo? Pues dibujaron en una gran pizarra que allí había el vestón N^o 3, como lo llamamos. Fue una tentativa suprema que hicieron ambos para mí. Sobre este vestón N^o 3 agregaron varas y más varas de paño imaginario. Salieron de la pizarra. Con puntos de tiza ocuparon la habitación entera. Me dijeron que podían seguir así hasta ocupar toda la Ulpif. ¿Me entienden ustedes? Podían hacer un ruedo inmenso, inmenso, exagerado hasta el absurdo, exagerado en metros, en kilómetros, un ruedo que podría dar la vuelta al planeta y que... ¡nada de ello haría cambiar el tamaño del sitio donde se hallaban los bolsillos ni el tamaño de los mismos!...

En un momento, lo confieso, señores, creí enloquecer o creí encontrarme entre locos de remate. En un momento no quise seguir con el tema. Pero luego, cuando me convencí de que así juzgaban y razonaban todos aquí, me puse a meditar y, al fin, les dije:

—Lo que ocurre, señor don Jovino y señor doctor, es que sufren ustedes de un vicioso modo mental para dirigir la lógica, si lógica puede llamarse. Es un vicio de principio, de punto de partida. Parten ustedes mal, parten en pequeño y mezquino. No hay más. Partiendo mal todo seguirá mal y la meta será una aberración. Lo comprendo, en ustedes, por cierto; no en lo universal. No en vano tienen ustedes sus facultades pensantes aprisionadas dentro de una materia hartó más dura —los huesos, que ustedes llaman— que la materia misma de lo pensante. Deberían ustedes empezar por corregir su anatomía. Esta prisión exigua les lleva al vicio mental de que hablé. Este vicio se traduce por un afán invencible, indomable, de separarlo todo. Todo lo separan ustedes. Todo lo cortan, a todo le ponen límites, cercos, muros, a imitación de la calavera craneana a que están sometidos. Todo para ustedes es delimitado, todo principia en un punto y termina en otro. Todo ocupa un sitio y no es más, nada más ni para acá ni para allá. Son ustedes, los terráqueos, aficionados a los emblemas y cada grupo, al constituirse, lo primero que hace es fabricarse uno. Pero con el afán de delimitar y cortar los fabrican fácilmente para grupos pero no se les ha ocurrido un emblema para todos ustedes juntos. Este emblema debiera ser un par de tijeras. No exagero, no. La prueba la acabamos de ver: el agregado de paño que tiene el vestón cruzado y el inmenso agregado del vestón N^o 3. Por el hecho de prolongarse, ya para ustedes no es el vestón, es otra cosa, otro mundo u otro reino que no puede por esto

alcanzar ni tocar a sí mismo o sea a lo que llaman el vestón mismo y, por ende, a sus bolsillos. Prolongan y prolongan, agrandan y agrandan una sola y única cosa y la prisión craneana hace que, en esa misma cosa, los bolsillos queden perfectamente iguales. ¿Es posible? ¿Puede llamarse lógica a tal modo de proceder? No, señores, categóricamente no. En mi mundo, en Saturno, las cosas no podrían suceder así aunque todos, por placer o curiosidad, quisiéramos imitarlos a ustedes. Tal vez por esto allá no usamos vestones. Pero supongamos que un saturniano se confeccionara uno y uno recto. Muy bien. Luego o agranda a éste para hacerlo cruzado o se confecciona uno cruzado con nuevo paño. Allá en Saturno los bolsillos de estos cruzados serían, tendrían que ser mayores y no habría fuerza posible en todo el planeta que lograra hacerlos del tamaño de los del vestón recto. ¿No es esto lógico, no es ésta la lógica misma? Ahora si allá se confeccionara un vestón N° 3, en cada uno de sus bolsillos cabría una de las locomotoras de ustedes. Y si no cupiera, pues sería el caos, el derrumbe, la locura, la nada pulverizándose. Jamás logrará usted, señor don Jovino Panquehue, ni usted, doctor Mangual, convencerme de que es mejor este mundo de ustedes visto y hasta hecho a tijeretazos, mundo viviseccionado, mundo con bolsillos iguales en sitios diferentes, que el mío que es una enorme, una grandiosa unidad. Sigo y seguiré siempre con mi lógica, la única y verdadera. Así es que si van ustedes a ofrecermé un vestón, que él sea cruzado. Aquí dirán ustedes que sus bolsillos no son mayores que los del vecino que lo lleva recto. Apenas yo me encuentre en mi bienaventurado Saturno veré cómo se agrandan mis bolsillos para entrar en el reino de la lógica y de la alta, muy alta cordura.

Así les hablé, señores, así. Y así pienso yo y así pensamos todos en Saturno. No hay más y no hay más.

Saturnino calló amurrado. Entonces Tadeo Lagarto tomó la palabra de este modo:

—Estoy de acuerdo contigo, Saturnino. Pienso como tú. Ahora entendámonos, amigos. Dejemos vestones y demás de lado. ¿Qué pasa en Saturno con relación a la Tierra? Salvo estos dos jóvenes, los amigos Angol y Borneo, lo sabemos todos. En Saturno se vive penetrado en los tubos uno o dos puntos más que aquí en este planeta. De ello viene nuestra permanente equivocación, esos tijeretazos de que tú hablaste, Saturnino. ¡Falta aquí la unidad! Aquí nos devora la vanidad, ¡la vanidad! Pero es que aún no lo conoces todo en la Tierra, Saturnino. Cuando se te oye hablar se ve que piensas que todo nuestro planeta está formado y habitado por esta raza blanca y que no hay otra en el mundo. Has caído bajo la influencia europea. Es la que sufrimos aquí. Para esta raza la concentración en lo terreno es la máxima; todos tratan de concentrarse más y más. Porque esto halaga nuestra vanidad. Es la vanidad burguesa, es la que impera aquí. Mientras el espíritu burgués nos domine... Oye, oye, Saturnino. No todos son burgueses en esta Tierra. ¿Sabes tú qué es un burgués? Es un señor que cree que lo que a él le interesa es lo que interesa a los demás; es un señor que cree que todos tienen la misma finalidad. ¿Cuál? ¡La de él! Todos tratan de saber lo que él sabe, conocer lo que él conoce, pensar y sentir como él piensa y siente. Como todos son diferentes, como todos viven en diferentes proporciones en los tubos, el burgués, inflado como un pavo real, se refocila en su vanidad y asegura que esos demás no han logrado realizar sus ambiciones, que están en deficiencia. Es ésta la característica del burgués. Pero, Saturnino, no todos los habitantes de la Tierra son burgueses. ¡Se levantan nuevos mundos! Tendrás que viajar, Saturnino, y viajar mucho si no quieres volver a tu planeta con una idea errada. ¡Paciencia! Sigamos nuestro viaje.

Saturnino y Tadeo Lagarto se despidieron y se retiraron. Nosotros nos dirigimos a

almorzar, siempre servidos por el doctor Hualañé. Durante el almuerzo se habló poco. Lo único que recuerdo fue lo que, a Lorenzo y a mí, nos dijo Renaico:

—Quería yo que Saturnino hablara cuanto le pasara por la mente. Lo quería, sobre todo, para vosotros dos, Lorenzo y Onofre, para que se amplíe un tanto vuestra mente paseando por otros planetas, oyendo a un habitante de ellos. Es buena cosa que nuestros pensamientos habituales recorran mundos ajenos a la Tierra.

Luego quedé un rato con Naltagua. Había algo que me turbaba, que no lograba ajustar como es debido. ¿Quién mejor que Naltagua para sacarme de mis tribulaciones? Le pregunté:

—¿Por qué esta Caverna Común se encuentra en Chile? Al fin y al cabo el mundo es muy grande y la Caverna Común debería hallarse en otro sitio más populoso que el nuestro.

Naltagua me respondió:

—¿No te das cuenta de que eso de Chile, o de cualquier punto geográfico de aquí, es algo que corresponde a la superficie de la Tierra? Bien podríamos haber entrado por cualquier país, por el Tibet o por la Antártida. Al traspasar el primer umbral de esta Caverna Común traspasamos también nuestra idea del espacio.

Le dije entonces:

—Vamos a otro punto, Florencio, que no logro ver con claridad. Es referente a esos tubos que nos rodean. Al verlos y al apreciarlos en su valor me sentí fuerte, sí, fuerte. Luego una duda me asaltó: ¿dónde termino yo? Mejor dicho: ¿quién soy yo?

Me respondió:

—Tú eres una parte, un extremo de una enorme colectividad.

—Otra cosa, Florencio, que no comprendí bien es eso del paso definitivo si no fumo, si no bebo, eso de la añoranza...

Naltagua me dijo:

—Es sólo una manera de consolidar los hilos que te vienen de los tubos. ¿Cómo? Debes tomar en serio, muy en serio, todo cuanto pienses, todo cuanto sueñes y cuanto anheles. Pide entonces que de ahí te venga la verdad. El tabaco y el alcohol dan la ilusión de acercarnos a la verdad apoyándose en nuestros pensamientos, ensueños y anhelos. Nos dan un miraje. Hacen vivos los hilos aunque los hacen intocables. Entonces el hombre se marea o se pierde en brumas de cosas entrevistas y, te repito, intocables.

—¿Y este sentimiento del Yo? —le pregunté.

—Es todo lo que tienes —me contestó—. A veces crees tocarlo y estás tocando una colectividad. Para llegar a él, a él puro y distante de cuanto lo rodea, hay que sumirse muy hondo, hay que haber pasado y traspasado toda colectividad. Algún día, Onofre, lo lograrás. No desesperes nunca, nunca.

“Por ahora conténtate con estar unido por hilos a una colectividad. ¡Toca los otros hilos! Un día sé que los tocaste. Fue aquel día en que hablaste con Pascasio Vallenar, cuando fuiste al Club Cero; ¿recuerdas? El golpe que sentiste fue porque tocaste otros hilos, te insinuaste en una nueva colectividad. En el Club Cero, Onofre, toda la gente está con hilos, con hilos que vibran y se agitan permanentemente. Porque es aquí, en esta Caverna Común, donde se hace la marcha de la humanidad. ¿Quién la hace? ¡Todos! ¡Un pensamiento común! Aquí es claro, es nítido. A la Tierra llega borroso. Porque tiene que albergarse en la individualidad de cada uno. Pero que te baste con saber, Onofre, que esta

marcha gigantesca que aquí penosamente se elabora, la vio Romelio Renaico cuando se gestaba la revolución en Rusia.

Quedé, Marul, sin atreverme a pronunciar palabra. Las ideas me daban vueltas, se atropellaban en mi mente. Por momentos veía claro y clara también veía la marcha de la humanidad. Luego todo se me oscurecía. ¡Qué quieres, Marul! La Caverna Común en Chile y el hecho de poder entrar en ella por la Antártida o el Tibet; esa enorme colectividad a que pertenezco; el tabaco y el alcohol llevándome a un reino de quimeras; el sentimiento del Yo; ese mundo de hilos que nos rodea; el Club Cero también en ello; ese pensamiento común... No sé cuánto tiempo pasaría así. La voz del doctor Hualañé me volvió en mí:

—Nos vamos, amigo.

Miré por última vez aquellos muros de ónix, ámbar y alabastro y las manchas verdosas. Luego vinieron varios ascensores que trepaban con lentitud. Hablábamos poco. Creo que tomamos otro camino que al bajar. En todo caso, después de ir en ascensor y caminar un buen rato, nos encontramos, ya de noche, en lo alto de un cerro. Brillaban las estrellas. Al verlas le dije a Lorenzo, evocando a Dante Alighieri:

E quindi uscimmo a riveder le stelle.

39

Marul, creo haber cometido un error, un pequeño error. Tienes en tus manos lo que escribí sobre nuestro paseo al cajón del Lepomande y a la Caverna Común. Antes de dártelas, ¿sabes tú qué hice con esas páginas? Sencillamente se las mostré a Ascanio Viluco. Nos encontramos en la calle y me convidó al hotel Vaticano, donde se hospeda. Después de charlar unos minutos le dije que tenía que hacer ciertas correrías, que le dejaba mis escritos y que por la tarde pasaría a buscarlos. Ascanio Viluco quedó leyendo. Es su oficio: leer y hacer luego la crítica de lo leído. Pasé por la tarde y me criticó. Te diré su opinión:

—He leído atentamente, señor Borneo, sus fantasías sobre el cajón del Lepomande y sobre aquel toro llevado por el viento. Como también leí con minuciosidad su bajada a la que usted llama la Caverna Común. Empezaré por criticar algo que no está de acuerdo con los cánones que deben dirigir las bellas letras: se refiere este mi juicio, a la compañía o acompañantes con que se hace usted rodear: los señores Renaico y Naltagua y el doctor Hualañé y luego el loco aquel de Tadeo Lagarto. Son éstas personas reales, que existen. Las conozco. Pues bien, usa usted la realidad para una aventura a todas luces fantástica. Prueba de ello es que hace intervenir a un personaje de otro planeta, al tal Saturnino, especie de hombre o especie de monstruo, con dos ojos tenues y un ojo mandibular y que, por lo demás, habla nuestro idioma como cualquiera de nosotros.

—Permítame usted, señor Viluco —le repliqué—, se equivoca al llamar a mis páginas “aventuras fantásticas”. Le aseguro a usted que es una aventura real como los personajes que usted conoce. El toro que pasó volando, así pasó. Luego bajamos a la Caverna Común tal cual allí lo explico. Cuanto a Saturnino...

—Conozco, conozco esos trucos literarios —me dijo entonces Ascanio con tono protector—. Pero vamos al fondo de la cuestión, vamos a la organización íntima de lo escrito por

usted. En ello, no cabe duda posible, falta la unidad de concepto. Por lo tanto el resultado obtenido es deshecho. No hay en ello una línea directriz que nos lleve desde el comienzo hasta el fin.

—¡Qué quiere usted! —le contesté—. Yo no hago más que transcribir lo que veo, trato de reproducirlo tal cual ello sucedió. No me preocupo de esa "línea directriz". Escribo y cuento y nada más.

Me miró severamente un rato. Luego dijo sentencioso:

—Malo, malo. La obra llegada a su punto máximo exige mayor penetración constructiva y exige, sobre todo, menos presuntuosidad. Cuando se habla de simples fantasías interplanetarias no es conveniente elevarse a los más elevados rangos literarios para poder terminar su elevación citando las palabras de una de las estrellas de los mencionados rangos. Me refiero, lo ha de comprender usted, a su cita de Dante Alighieri.

Me devolvió mis escritos y nos separamos. Espero ahora, Marul, que tú no seas tan severa como Viluco frente a mi achacosa "penetración constructiva" y a mi cita de grandes personajes.

40

No puedes imaginarte, Onofre, cuánto me alegro de que hayas estado en la Caverna Común. Yo ya la conozco. Bajé a ella no hace mucho tiempo y en ella permanecí varios días. Soñé, soñé mucho allí. Creo que ahora me comprenderás mejor lo que voy a decirte.

Los que pintan o los que escriben, los que hacen arte en cualquier sentido, debieran relacionar las obras que hacen con los tubos que Renaico te hizo ver y sentir. Piensa en esos tubos, piensa en la inmensa colectividad de que formamos parte, piensa que ella tiene un origen más alto.

Ustedes los que hacen arte debieran siempre pensar en esos tubos. Recuerda lo que Renaico les dijo, a Lorenzo y a ti:

"Veréis que en torno al hombre el tubo se adelgaza. Nada queda fuera de él. El hombre se concentra. Entonces lo que hay arriba se derrama en él. Lo que hay abajo se explaya fuera de él".

Así les habló Renaico. Es la verdad, Onofre. Pero ustedes, los artistas, confunden. Creen que hacer arte es hacer cosas "bonitas". No. Es algo superior, algo que viene de regiones ante las cuales debiera estarse siempre de rodillas.

Ahora cabe una pregunta:

—¿Se sabe o no se sabe escuchar esa voz?

Te preguntarás de inmediato:

—¿Quién sabe o no sabe?

Onofre, hay un punto en que se sabe, en que todo se sabe, pero este punto no está en todos conectado con aquel que se lanza a traducirlo, con aquel a quien corresponde la pregunta de "sabe o no sabe".

Hay cosas en común, hay cosas que casi todos saben: la buena disciplina burguesa para asistir a una comida..., por ejemplo. La sabemos esta disciplina. Los artistas que ostentan una gran melena, es otro ejemplo. Y así podría citarte un sin número. Todas éstas son cosas

que viene de allá, de los tubos, como los llamamos. En ellos todos saben. Ahora que bien podríamos preguntarnos:

—¿Quiénes saben? ¿Son ellos personalmente o es un conjunto de miles más?

Es nuevamente tu pregunta o la que yo supuse en ti.

Delimitar esta cuestión es muy difícil. Es tan difícil como lo es en cada cual delimitarla cuando quiere independizarse de esos conjuntos y quiere ¡ser!

La mayoría quiere ser pero sigue siendo una parte de esos conjuntos. Cuando se es así, créeme, todos lo notan.

¿Sabes tú cómo veo nuestra marcha en la vida? Imagínate un auto, de noche, con sus potentes faros adelante. Están éstos alumbrados. Pero su luz no se desparrama; su luz llega hasta los cristales y de ahí se va hacia atrás. Hacia adelante es la oscuridad; y el auto rueda, rueda por su camino. Hacia atrás ¡qué bien iluminan ambos faros! Lo iluminan todo. Su luz se va perdiendo poco a poco. Tú, en el volante, estás en una llamarada; lo mismo está tu compañero; lo mismo están los pasajeros de los asientos traseros. Avanza siempre el auto y la luz sigue sumergiéndose en la oscuridad lo que hace un instante estuvo iluminado.

Pero, Onofre, para adelante: las tinieblas. Y el auto rueda.

¿No crees tú que es esto un buen símil con nuestra vida? ¿Sabes tú, sabe alguien qué va a ocurrir en el día de mañana, en una hora, en un minuto más? Nadie lo sabe. Estamos ciegos. Pero hay que seguir. Si te detienes... el calendario rodará bajo tus pies. No somos el doctor Hualañé para seguir con nuestro arpón arrastrando la estaca. ¡Sigamos! ¡Cerrremos los ojos! Sí, cerrémoslos pero cuidando de que el hilo que nos une con el mundo del arte no se corte. ¡Sigamos! No olvides que de pronto un obstáculo y... ¡es el fin!

Onofre, tú sabes como yo escribo: lo que me venga a la cabeza encontrará siempre buena acogida en mi pluma. Escribo como tú: lo que ves lo cuentas; yo, lo que *oigo* lo cuento. ¡Qué lejos siento a Ascanio Viluco! Los cánones literarios... y demás. Esto no lleva sino a una obra siempre igual, no lleva sino a forzar a un escritor a repetir una vez más lo que se viene diciendo de tantos y tantos años hasta hoy. Es bueno que hayas oído a Viluco. Te ha enseñado algo importantísimo: cómo *no* hay que hacer. ¡Y basta de Viluco y compañía!

El otro día oí un proverbio, creo que es un proverbio árabe. Dice:

El perro ladra; la caravana pasa.

¡Deja, deja, Onofre, que los perros ladren! Tú formas parte de la caravana. Pasa. Sigue. No te toca a ti fijar un punto de llegada ni una dirección de marcha. Pasa. Sigue.

De allá, de los tubos, viene una orden. Hay que obedecerla. El radio de nuestra conciencia es tan limitado. Lo malo es que nos concentramos dentro de sus límites. De este modo cerramos la ventana por donde nos viene la luz.

¡Ábrela, abre tu ventana! No olvides que toda luz que por ella se filtre es siempre tu luz, tu luz.

“¡Abre tu ventana! La luz que por ella se filtre es siempre tu luz...”.

Así me hablas, Marul. Fácil es decirlo. Pero me turbo, me enredo. Quisiera poder escribir mil veces:

“¡Maldición, maldición, maldición!”.

Pero, ¿me atreveré?

Sin embargo acabo de escribirlo y... estoy en el mismo punto.

42

Lorenzo Angol ha estado en el cine. Ha ido acompañado con Desiderio Longotoma. Han visto dos películas: *El Ángel azul*, con Marlene Dietrich y Janning; y *Limelight*, de Charles Chaplin. Luego hemos conversado.

Cada uno me habló de una película: Lorenzo de la de Chaplin y Desiderio de la de Marlene y Janning. Entonces la sombra de ese Ascanio Viluco, a pesar de nuestro desprecio por él, vino a revolotear sobre mí. ¿Sabes tú que me decía esta sombra? Pues me decía lo siguiente:

—Usted, don Onofre, no podrá transcribir lo que oyó a don Desiderio Longotoma y a don Lorenzo Angol. Va a faltar, en lo que intente escribir, “la penetración constructiva”. Al personaje Desiderio Longotoma, a quien conozco, no debe usted hacerlo decir tales cosas si quiere conservar su calidad literaria. Lo ha retratado usted bien; ahora, con un juicio así, lo desbarata usted. Igual cosa puedo decirle del personaje Lorenzo Angol. Porque o son personajes de una obra literaria o son simples conocidos. Para bien formar a estos personajes debería usted...

Así, Marul, me habla Ascanio Viluco y se me enreda en la pluma. ¡No importa! ¡Pienso en tu ventana y en mi luz! Yo transcribo y es todo. Según Viluco debería yo poner otras cosas en boca de Longotoma frente al *Ángel azul*. Pero ¿qué culpa tengo yo si habló de ese modo? ¿Es acaso, tan grande su juicio? Déjame decirlo.

—¡Qué hermosa película hemos visto Lorenzo Angol y yo! ¡Oh, créame usted, hermosísima! No hay en ella lo que la gente proclama y proclama. No hay ni “mujer malvada” ni “profesor ingenuo”. Cada uno es de buena fe en su ambiente, en su propio ambiente. Cada uno es sabio y hasta astuto en su ambiente. Lo que sucede es que ambos son de horizontes limitados y ven, en sus respectivos ambientes, el eje principal y tal vez único de toda existencia. Es, por lo tanto, no una lucha pasional de caracteres o de temperamentos sino de ambientes, de mundos diferentes. ¡Es todo, amigo Onofre! Es lo que ocurre: se juntan dos mundos diferentes. ¿A qué se debe esta coalición de astros diferentes, con órbitas diferentes, viajando en universos diferentes? ¡Se debe a cosas elementales, amigo, elementales! Él se enamora; ella lo encuentra natural... Y se casan. Después del enamoramiento de él es lo natural: casarse. Y ha de empezar la vida en común. Ha de empezar la tragedia, amigo Onofre, la tragedia.

“Recuerde una cosa: el estupor de Marlene cuando caen de su maleta, en plena luz de miel, sus fotos de cantante y él cree, de buenísima fe, que *eso*, sí, *eso* va a terminar. Recuerde el estupor de él al verlos a todos convivir vestidos de payasos y de tonis y qué sé yo y con un oso, nada menos que un oso, que va y viene como una persona. Mutuos y demasiados estupores. Se encuentra cada uno ante un mundo carente de sentido, un mundo al revés. Es el choque de dos ambientes cerrados y perfectamente naturales cada uno. Es todo el drama, no hay más, todo el drama. Recuerde que Marlene lo mima, lo peina, lo acaricia. ¿Se imagina usted tal cosa en el ambiente de Janning? ¡Jamás, amigo,

jamás! Ella... ¿qué otra cosa podía hacer? Es lo lógico, es lo obligado. En un mundo de un "herr professor", ¿cómo se responde a tales muestras de tanto cariño? ¡El matrimonio, no hay más, el matrimonio! El matrimonio significa un cambio total en la vida... para él. ¿Para ella? Un accidente que en nada cambia la vida. ¡La vida ha de seguir fuera de tal accidente! Y sigue. Igual para todos. Menos para él, para él que no entiende nada. Hasta que lo abandona todo y muere. Es todo.

"Ahora, claro está, que existen los críticos técnicos. Dicen éstos: "Janning está bien pues en aquella época el cine era así. Era exagerado, sobrecargando las actitudes". Otros dicen: "Janning está mal porque no vio hasta el futuro, no vio la continuidad del cine ni aquilató el valor del cine parlante". Sobre Marlene dicen: "Ella está bien: un gesto, una sonrisa o una risa o una extrañeza le son suficientes".

"¡Ah, los críticos, amigo! ¡Tonterías y nada más! La película está bien y, créame usted, me gustó, me gustó mucho.

Fue esto, más o menos, lo que me dijo Desiderio Longotoma.

Otra cosa me habló Lorenzo Angol. Me hizo Lorenzo un juicio que algo tiene relación con lo que podría llamarse "inteligencia y sensibilidad". He aquí su pregunta:

—¿Hasta qué punto tiene influencia en la gente el hecho de que sea Chaplin el actor?

Sabemos lo que es Chaplin: el menesteroso de sombrero hongo, chaqué y grandes zapatos y con su eterno bastoncito de junco. Es el Chaplin de rigor, el que no debe cambiar. Al ir a una película suya hay que encontrarlo así. ¿Es esto justo o es errado? ¿Deben tomarse en cuenta el pasado o la personalidad de un autor o de un actor, o ver directamente la obra como si fuera virgen o simplemente la primera de un desconocido?

En este último caso es hacer primar la independencia de la obra, el valor de la misma en sí, ajena al valor humano. Es ver el resultado sin pensar en lo que lo produce. En el primer caso es lo contrario: se pone el acento en la curva de vida que *debe* seguir todo hombre, es decir, debe haber responsabilidad, debe haber lógica y se debe ser consecuente: el hombre y su evolución es lo esencial. En este caso hay una META; en el otro caso hay RELÁMPAGOS.

Le pregunté, entonces, si el film le había gustado. Me respondió:

—No lo sé. Tendré que esperar varios días para saberlo. Nunca sé espontáneamente si algo me ha gustado. Encuentro que es esto natural. Lo que se ha visto o se ha oído o se ha leído y demás, tiene que recorrer un camino largo, muy largo en mí pues debe consultar a los... Cuarteles Generales —así los llamo yo—. ¿Sabes tú qué son ellos? Son los Cuarteles Generales las secciones donde se elaboran y se almacenan nuestras ideas. Son los Cuarteles Generales lo que tú, Onofre, llamaste un día "la Gran Base".

Ahora tendré que explicarte, Marul, lo que yo, en realidad, llamé, cierta vez, la Gran Base:

Tú sabes cómo clasifiqué a mis personajes. Fue una clasificación, a mi modo de ver, clara y nítida: según el sitio que, en San Agustín de Tango, frecuentan con mayor asiduidad o, mejor dicho, según el sitio en que cada persona se siente mejor. Luego estas clasificaciones las separé con tabiques bien definidos. Así hay un sitio que se llama "la Taberna de los Descalzos"; hay otro que se llama "el Taller de Rubén de Loa"; hay otro que es "el Convento de los Jerónimos"; y otro, "la Ulpif"; y otro... en fin, etc. Todos mis personajes deberían obedecer a estas divisiones. Ahora me pregunto:

—¿Será así?

Me asalta la duda. Le he explicado esta Gran Base a Hipólito Pisagua y a Teodoro

Yumbel, un anciano y un joven: no me entendieron; también se la expliqué al filósofo Remigio Natales; tampoco me entendió. Encontraron que era algo antojadizo, algo que a mí me convenía pero que no correspondía con la realidad. Me dieron, cada uno de ellos, otras clasificaciones tan plausibles como la mía. Desde luego todos los personajes de cada sección hecha por mí, van a todas las demás secciones y en ellas se encantan o protestan violentamente. Porque en realidad, ¿cabén clasificaciones tan marcadas y definitivas según el oficio de cada persona? ¿No hay, acaso, en un mismo oficio —abogados, médicos, pintores, boxeadores, etc.— toda clase de temperamentos e ideas que van desde la extrema derecha a la extrema izquierda? ¿No están allí confundidos el hombre práctico con el soñador, el materialista con el espiritualista? Y en cada uno de estos extremos recalcitrantes, ¿no hay toda clase de profesiones y oficios?

Pienso ahora en Ascanio Viluco y su juicio sobre mis escritos: si se quiere guardar la clasificación ideal hay que inventar una serie de personajes o a los verdaderos hacerlos mentir. Entonces, ¿cómo se dividen los humanos? ¿Cómo?

Pues bien, Marul, Lorenzo me recuerda siempre esta clasificación mía. No sé si lo hace en serio o con cierta sorna. Me dice, a menudo, que él también la ha hecho, diferente a la mía, pero la ha hecho sobre todo en lo que se refiere a sus propias ideas. Tengo que creerle que están ellas debidamente clasificadas. Para eso están sus Cuarteles Generales. Y Lorenzo siguió hablando:

—Porque tengo también mis divisiones, también divido todo en A, B, C, D, etc. como divides tú. ¡Es lo malo, Onofre! ¡Tanta, división! Espero, de un momento a otro, que todas ellas se aglomeren en una sola visión. Espero que nada tenga que pasar por tantas y tantas clasificaciones, que todo converja al Cuartel General único, a un solo punto de vista.

Me quedé mucho rato pensando en lo dicho por Lorenzo. “El Cuartel General único...”. En fin, Marul, sigamos. Porque me habló también de Cicerón Haití. ¡Imagínate que Cicerón Haití ha llegado y se encuentra aquí entre nosotros! Lorenzo lo encontró en el cine. Partieron juntos unas cuantas cuadras. Cicerón hablaba poco. De pronto le preguntó:

—¿Cree usted que Chaplin es mayor que Stravinski? Déjeme usted aclararle lo que llamo “mayor”: es mayor el que subsistirá mejor en dos o tres siglos más. ¿Qué piensa usted?

Lorenzo le contestó:

—No tengo la menor idea de lo que va a pensar la gente en dos o más siglos y de qué va a gustar. Hasta hoy nada me asegura que la gente vaya evolucionando en tal proporción que, dentro de ese tiempo, juzgue mejor que nosotros.

Luego se separaron. Cicerón Haití partió algo molesto.

Bueno, Marul, he escrito lo que se me dijo a propósito de esos dos films. Me gira y me gira “la penetración constructiva”. Es claro: ¡no la hay!

Marul, es algo cierto: ¡no sé escribir! Estas conversaciones con Desiderio y con Lorenzo me lo han demostrado. ¡No sé escribir! No he querido releer lo anteriormente escrito por mí; puede ser que en otro tiempo lo supiera. Hoy, no. A veces pienso algo. ¿Sabes qué?

Pienso que Onofre Borneo se mezcla en lo que ahora escribo pues en ello no hay unidad, hay una desorientación completa. Debería haber escrito así:

1º. Esta mezcla de Onofre Borneo que me impide ir al fondo y que lucha en contra de Juan Emar, dándome un verdadero desaliento;

2º. Desiderio Longotoma habla sobre *El Ángel azul*;

3º. Lorenzo Angol habla sobre *Limelight*;

4º. Hago una descripción de la Gran Base;

5º. Lorenzo y yo ponemos los puntos sobre las *i* apoyándonos en la Gran Base y en sus Cuarteles Generales:

6º. Y todo esto haberlo tenido nítido en la mente antes de escribirlo.

No hay duda: Onofre Borneo, el del San Lito, el amigo de Malvilla, se ha mezclado en esto. Por eso te pido, Marul: ¡llámame siempre Onofre, siempre a ver si logras comunicarlo a perpetuidad con Juan Emar.

Pues piénsalo bien: con esto de Longotoma y Angol, ¿qué obra, qué esbozo de obra he hecho? Una obra es otra cosa. Una obra debe tener un principio, luego un medio y luego un fin. Las impresiones que en ella han de aparecer deben infiltrarse en todo su desarrollo. Aquí en lo mío no hay tal cosa. ¿Crees tú que habrá alguien que acepte algo tan deshecho? Las obras deben facilitar la labor de los críticos oficiales. Sí, Marul, oficiales. Éstos deben saber dónde colocarlas.

Sé que piensas en Ascanio Viluco, sé que lo ves revolotéandome y enterrándome sus garras. No, no hay tal. Lo que hay es que me pregunto y me vuelvo a preguntar:

“Después de todo, ¿para qué escribo las opiniones de dos amigos sobre dos películas?”

Estaba escribiéndote, estaba desahogándome cuando golpearon a la puerta y entró Trifón Bucalemu. ¡Imponente figura! Sus barbas blancas, su traje verde oliva y su capa de color ladrillo, sus alpargatas oscuras que se deslizan y su gran bastón... Lo acompañaban sus dos perritos, Gil Blas de Santillana y Guillermo Tel. Me saludó cordialmente y me dijo:

—He venido, señor Borneo, a pedirle que, en mi nombre, felicite usted a sus dos amigos, los muy estimables señores Desiderio Longotoma y Lorenzo Angol. ¿Por qué? Por el hecho de encontrarnos en el año de 1929 y haber contemplado en el cine una película que aún se gesta. Me refiero a la de Chaplin, a *Limelight*, que aún no ha sido filmada.

—¡Tome usted asiento, señor Bucalemu! —me apresuré en decirle—. Aquí, en este sillón. Quisiera oírle nuevamente lo que acaba usted de decir sobre esa película de Chaplin...

—Es muy sencillo —me respondió—. Las cosas existen, han existido y existirán siempre en la eternidad. Las cosas esperan que aparezca un hombre que les dé la forma terrena. Así para la película en cuestión; así para Chaplin que ha sido ese hombre. Ahora hay otro punto y este punto se refiere a sus amigos de usted. Ellos han visto esta película. Ellos se han zafado de nuestro tiempo y se han conectado con lo que en la mente de Chaplin se gesta, con lo que a ella se acerca. No la volverán a ver. Luego la veremos todos, es decir, la verán ustedes; yo ya estoy demasiado viejo y pronto he de traspasar el umbral. Usted sí, señor Borneo, la verá en su realidad. Pues bien, no olvide usted de felicitar a ambos amigos. Han tenido un momento de anticipación dentro de la eternidad. Un hecho así no se repite a menudo. ¡Felicítelos efusivamente en mi nombre!

Trifón Bucalemu se despidió y partió seguido por sus dos fieles perritos. Y yo quedé, una vez más, confundido, sin saber si estaba despierto o si soñaba, sin saber en qué soñaba.

He hablado mucho con Marul. Pongamos ahora un poco de orden en lo que le he oído. ¿O dejaré que vengan las cosas impulsadas por...? ¿Impulsadas por qué? De todos modos, escribamos.

Al verla le pregunté de inmediato:

—¿Crees tú que Ascanio Viluco tiene razón? Respóndeme con toda espontaneidad; no pienses demasiado.

Marul, sonriendo, me dijo:

—Por cierto, tiene razón. La tiene si..., si se quiere hacer de la literatura un oficio establecido, un paliativo para todos aquellos que no están unidos con el mundo del arte. La tiene si ella se hace al por mayor, si se la hace para las masas, es decir, para quienes consideran las letras un pasatiempo, un descanso a la obra que ellos verdaderamente creen superior. No olvides nunca el dibujo que te hice mientras dormías en la Caverna Común: si las letras vienen del rectángulo inferior, Ascanio Viluco tiene toda la razón del mundo; si vienen del rectángulo superior, deja de tenerla. ¿Qué idea tienes tú sobre las letras y sobre el arte en general? ¡Piénsalo, Onofre!

De pronto me detuve; una visión me detuvo: Marul y yo. Diré mejor: nuestra mutua relación.

A ella la vi como una línea recta y pura, una línea inclinada que desde un punto va ascendiendo, inamovible; a mí me vi como otra línea tortuosa, enredada en la primera, que sube a inimaginables alturas para luego caer a profundos abismos. Desde éstos vuelve a trepar y se eleva. Desde el punto más alto vuelve a caer.

Entonces me vi desdoblado, partido en dos. ¿Cuál era yo de esas partes? ¿O no era ninguna de ellas? ¿Era solamente el hecho de verificarlas?

Dos partes: a un lado, Onofre Borneo; al otro lado, Juan Emar.

Vi a éste como a un hombre incoloro, decaído; apenas logra moverse. Vi al otro erguido, altivo y pletórico. Tiene un vaso en la mano y en él hay trago, trago, mucho trago. Extiende la mano y ofrece un trago, otro trago, más trago. Emar acepta y bebe y es aquello un éxito completo. ¡Qué alegría de ambos! ¡Hay que corresponder a esta alegría! Emar vuelve a beber y sigue bebiendo y sigue y sigue. Onofre ahora se entristece y quiere detenerlo. ¡Detente! La lucha de ambos se ha establecido. Onofre no insiste; sólo reprocha, mudo. Entonces vienen los arrepentimientos de Juan Emar. Son arrepentimientos ligeros. No ve cómo Onofre llora, se desespera. El alcohol ha perdido su don benéfico. Ahora tira, a su vez, para su lado. Es otro personaje más que ha entrado en acción. Este personaje hace caer, degrada, hunde en el estiércol. A él, al estiércol, va Juan Emar riendo, feliz. Por él, por el estiércol, Onofre llora, se desespera. El alcohol cumple su misión, inexorable.

—¡He caído, Marul! —alcanzo a gritar—. ¡Tu mano, por favor, tu mano!

Marul me responde:

—Aquí esta mi mano. Tómala. En realidad hay dos personajes en ti, dos personajes que luchan, que se odian. Quiero a uno de ellos; no quiero al otro. ¿A qué viene ahora esa vieja historia del trago? ¿Sientes deseos de beber aún?

—No —le digo—, no los siento. El alcohol ha pasado y se ha perdido lejos. Al irse ha fundido en uno solo a esos dos personajes que había en mí. Ahora soy Onofre Borneo. Lo demás..., ¡literatura, desvíos literarios! Oyeme Marul: Fray Canuto ha dicho algo que mudé-

cho me ha hecho pensar: en Cristo reinó la armonía máxima, no hubo ni un momento desarmonico en su vida. Entonces yo pensé que en mí había desarmonía, lucha, lucha atroz. Ahora esta lucha se calma. ¡Marul, créeme! He dado un paso hacia la morada de Cristo.

Marul me dijo, creo que en aquel momento:

—Ve, entonces, a ver a esa digna persona que es Cirilo Collico. Recuerda cómo bebía antes. Hoy no bebe. Hoy es el temperante número uno, de tal manera que algunos no lo reconocen al encontrarlo tan cambiado; otros echan de menos al buen Collico con alcohol; pocos, muy pocos, lo felicitan. Tú, Onofre, ¿qué actitud tomarás ante él?

—¿Yo? Lo felicitaré calurosamente.

Debe haber habido un instante de silencio mientras los hilos de la conversación se tejían nuevamente pues Marul exclamó:

—¡Oh, qué horror son esas normas! ¡Las normas burguesas! Creen en ellas como se cree en dogmas de fe. El fondo no ha de estar en el temperamento mismo del hombre. ¡Es acaso el régimen, Onofre! Porque óyeme bien: ¿qué es el trabajo? ¡Una calamidad por la que hay que pasar! ¿Vas a decirme que así es lo natural? No. Se odia el trabajo impuesto cuyo rendimiento va lejos, lejos. Ahora... no se piensa en esto. Se piensa —otra vez digámoslo— en que la vida es así. De aquí viene la falta absoluta de amor por él y, por ende, de amor por la vida. Salvo en los artistas y en los sabios. Alrededor de éstos ronda y ronda siempre el espíritu de la utilidad, ronda y ronda para saltarles encima y doblegarlos. Porque es la ociosidad el ideal, el verdadero ideal. ¿No ves pensando así y protestando a Lorenzo Angol?

Medité un rato para responderle:

—Sí, Lorenzo Angol. Sobre él se alzan para defenderlo sus 15 puntos. ¿Los recuerdas? Óyelos:

“1º) Quince conos se levantan sobre la mesa y con su imbecilidad externa protegen vidas interiores completas y grandes: (¿Hay, Marul, imbecilidad en esto?); 2º) Y un ratonzuelo, cuyo destino se encontró con el de Desiderio Longotoma, tiene que sufrir las vicisitudes que acarrea el hecho de que haya talentosos y cretinos en este mundo; (Es nuestra lucha permanente la que sostenemos con talentosos y cretinos); 3º) Y un gato ignorado pone a todo trágico fin; (¡Claro está, hasta que nos salta encima el gato); 4º) Y ante el entusiasmo casi diabólico de su nocturno compañero, un Aglomerado de mandatos vuela hasta el sueño de Rosendo; (Porque todo no es más que un Aglomerado en un sueño); 5º) Y como constancia de lo sucedido queda una firma en una hoja de nispero; (¿Qué otra cosa puede hacerse, Marul, sino firmar?); 6º) Y sin más y así tal cual suena, es el hecho de que Ascanio Viluco está seguro de no ser sino Ascanio Viluco; (¿Ves tú cómo aparece siempre el hombre seguro de sí mismo?) 7º) Y recibe en la Bóveda una reverencia de Juliano el Apóstata, de Leonardo da Vinci y de Pedro el Grande; (Saludan de lejos, de muy lejos, estos hombres enormes); 8º) Y entonces un monstruo sobrevenido le presenta una faz espantosa; (¡El monstruo, el monstruo que nunca nos abandona!); 9º) Y todos los objetos, con uno incaico a la cabeza, se ponen, mudos, en marcha por el tiempo; (Se van los objetos, se va el objeto incaico... ¿Se van? ¿O son ellos los que quedan?); 10º) Y vuelve una pequeña tela con su ambiente y con un viejo amigo fallecido; (Una pequeña tela que queda por encima del hombre que falleció); 11º) Y un triángulo temible está a punto de malograrlo todo al alzar en su vértice un álamo solitario; (Aquí está lo grave, Marul, en este triángulo que alza su vértice, su ideal, sobre un árbol que nada tiene que hacer en la

cuestión); 12º Y entonces y a pesar de juergas en medio de las reses muertas, hay que raptar a una mujer maravillosa; (Sí, raptémosla por encima de las reses muertas que bien muertas quedan); 13º) Y la mujer, virgen hasta entonces, pierde su virginidad detrás de tres espejos que no la reflejaron; (¡Sí, la perdió sin reflejo alguno); 14º) Y Naltagua, con voz cadenciosa, le asegura que el conocimiento total ya nos acecha por ahí; (¡Naltagua! ¡El hombre sereno entre todos y que está por encima de todos!; 15º) Y al ver a Júpiter cayendo tras las tejas, sabe que es necesario el apoyo de una estrella; (No hay más, Marul, ¡pidamos la ayuda de una estrella!).

Marul entonces me dijo:

—Haz calma en tu corazón. ¡Calma, calma! Sumérgete en los recuerdos del pasado! Se levantará entonces en ti un viejo patio silencioso y por este patio pasarán, sin hacer ni un ruido, muchos gatos. Una madre, dos madres, todas las madres cobijarán este silencio.

—Pero tú, Onofre, has caído tan bajo... No, no has caído; tienes tendencia a caer, a desmoronarte. Ahora, desde el hoyo en que has golpeado con la cabeza, ves la senda que se eleva. Vuelves a ser el que debías ser, el que eras de verdad. Yo soy la mujer en esas sendas. Sé cuán difícil es ir abandonando las costumbres antiguas. Sé que has de sentir la sensación de ir desnudándote, de ir quedando desnudo ante el mundo.

Le imploré entonces:

—¡Ayúdame! ¡Podrías ayudarme tanto! ¡Que jamás te sienta lejos de mí! Pero déjame pensar: ¿No es esto confiar en una ayuda ajena, no es una especie de pretexto para no trabajar?

Me contestó:

—Ten confianza en lo que escribes. Temes que los otros no se den cuenta de tu sistema de trabajo. Pero, ¿es que hay algún sistema de trabajar? Todo trabajo es de por sí un sistema. ¿O es que crees a los demás tan necios que nada logran ver? Habrá, créeme, quienes te descubran, habrá quienes investiguen. Habrá quienes vean la lucha cruenta de tu alma.

—Es bueno sufrir, Onofre. Ve el significado último del dolor, ve su valor.

—Es únicamente el dolor el que logra desconcentrarnos. Es únicamente él el que pasa por delante de nuestros ojos un pedazo de eternidad, el que nos une con el más allá.

—La voz de Juan Emar la encuentras tú, sin duda, algo dura. Tiene esa dureza que esconde en ella una gran recompensa. Debes fijarte que trata siempre de sublimizar los malos instintos de Onofre.

45

Golpearon a la puerta. Rubén de Loa me dijo:

—Han de ser aquellos dos.

En efecto, entraron Macario Viluco y Mamerto Masatierra. Macario venía excitado. Saludó lo menos posible para seguir hablando. ¡Eran los tenedores lo que lo ocupaban hoy día! ¡Los tenedores! ¡Qué iban a ser un invento divino! ¡Jamás los dioses, o aquellos que vigilan la buena marcha de la humanidad, los habrían inventado! Porque hay que ver una cosa: ¿cual es el ideal, el punto que se busca, el máximo de perfección en un invento? Servicio y economía, no hay más, servicio y economía. ¿Qué es lo superfluo, aquello en

que los hombres se han de meter? Es lo que, aparentando prestar un servicio, golpea en la economía. ¿Economía? Para ella bastan los cuchillos y las cucharas. ¡He aquí el invento de los dioses! ¡Los dioses influenciaron a los hombres para imaginarlos! Y una vez imaginados, los hombres agregaron algo. ¿Qué? ¡Los tenedores! Porque no cabe duda de que nosotros, todos nosotros, podríamos comer perfectamente bien con cuchillos y cucharas: cuchillos para cortar, para reducir al tamaño debido lo que se come; cucharas, para cogerlo y engullirlo y para beber los líquidos. ¿Cómo se beberían los líquidos sin cuchara? Pero no. El hombre se metió en ello, quiso perfeccionar, quiso alcanzar la perfección. Y entonces aparecieron los tenedores. ¡No hay duda posible, Mamerto! ¡Así es la cosa, Mamerto! ¡Convéznase usted, Mamerto! ¡El tenedor es el símbolo de la necedad humana, Mamerto!

Me atreví a intervenir:

—Los tenedores sirven para clavar el pan con que se coge el aliño y también para clavar la fruta.

Macario gritó:

—¡Necedad, necedad humana! Tanto aliños como frutas se comen con la mano. El aliño con pan, se entiende.

Mamerto Masatierra reía, reía de buena gana. Mamerto Masatierra aseguraba, entre risas, que una comida sin tenedores era una comida a medias. Él los tenía en su departamento y los usaba estando solo o acompañado. Naturalmente, aseguraba Macario, hay que usarlos porque tal es la moda, pero cuando él tenga su departamento, un departamento bien de él... ¡no habrá tenedores!

Rubén de Loa entonces, saliendo de una profunda meditación, dijo:

—Ese departamento... Es aquel con que soñamos todos. Es el ideal no alcanzado aún. Un departamento vacío, sin nada dentro. Y facilidad para arreglarlo a nuestro gusto. ¿Cómo lo arreglaría usted, Macario? ¿Qué pondría en él? ¡Es el problema!

—Yo pondría muebles modernos —se apresuró en declarar el joven—. No veo problemas. Muebles de hoy día, todo a la manera de hoy día.

Rubén le rebatió:

—Sin embargo a usted le gustan las antigüedades.

—De adorno —explicó Macario—. Pondría algunas sobre los muebles modernos como las he puesto en mi habitación. Pero nada más; únicamente, adornos.

Aquí Mamerto estalló en una risa sonora. El otro, creyendo que ella era causada por su habitación, se indignó:

—¿Por qué ríe usted, por qué? ¿Es mi acomodo el productor de tanta hilaridad?

Rubén entonces sentenció:

—Ningún departamento puede arreglarse. Como tampoco puede arreglarse una casa ni nada en este mundo. Hay que dejar puertas y ventanas abiertas y dejar que las cosas entren, entren y entren. Al cabo de un tiempo se vive en él. Y se vive bien se se ha dejado libertad a muebles y objetos para que entren y se acomoden. O bien se arregla con un estilo... ¡Ja, ja! Como la casa de Ascanio Viluco y de la señora de Viluco. Entonces se vive en un ballet Jozz. Como tú, Onofre, se lo has dicho a Guni: se vive matematizado. ¿Y si de pronto tengo ganas de poner una gran escoba, sola y aislada, en medio del living-room? ¿Y si tengo ganas de poner el tarro de la basura en medio del comedor? ¡No se puede! Desde los tubos, desde la Caverna Común —que tú, Onofre, ya conoces— te lo impiden, sí, te lo impiden. ¡Prohibido! Es en la Caverna Común donde se rige el arreglo de casas y departamentos. Lo he visto cuando visité esa enorme Caverna. ¡Lo he visto! Porque yo

también he estado en el cajón del Lepomande y he entrado en la Caverna Común. Estuve sólo un día; es lo suficiente para ver la ley que rige el arreglo de casas y departamentos. En todo caso valía la pena abandonar este taller para visitar aquello. No todos van. Somos pocos quienes ya la hemos visto. ¿Somos, acaso, los inteligentes? ¿Somos, acaso, los necios? Este problema me acechaba a todo momento: ¿seré un hombre inteligente? He encontrado la respuesta, anoche la encontré y, desde hoy en adelante, voy a gritarla a voz en cuello. La respuesta es:

—¡Sí y no!

Sí, amigos míos, soy un hombre verdaderamente inteligente si me comparo con la enorme mayoría de los demás hombres; soy un perfecto necio si me comparo con la inteligencia misma. Me siento pequeño, pequeñín, como un escarabajo, cuando delante de mí se alza el fantasma de esta inmensa inteligencia misma.

¿Les extraña, amigos, que emplee la palabra "fantasma"? Cuando yo la empleo no significa nada de sobrenatural, nada de fantástico ni del otro mundo. Es sencillamente como yo llamo a los grandes muertos. Porque he visto a algunos de los grandes muertos.

Fue una vez; fue en Italia. Allí vi a Giotto, a Ghiberti, a Donatello, a Boticelli, a Miguel Ángel. A todos ellos los vi vivos, vivos.

Tienen que estar todos vivos. Yo a los demás no los vi. Vi, les digo, a Giotto, a Ghiberti, a Donatello, a Boticelli y, de pronto, apercibí a Miguel Ángel. Allí están junto a sus obras. Hay que saberlos encontrar, fuera del ruido. Hay que ser humilde y acercarse en la máxima paz a esas obras. Hay entonces que esperar, esperar que se acallen los ruidos de este mundo. Allí están viviendo de otro modo.

Están en éxtasis ante la región del arte.

Frente a sus obras están olvidando lo que en ellos, durante sus vidas, hubo de terreno. Además levantan una voz, una voz férrea:

—¡Desgraciados los que pintan como ya se ha pintado!

Repetir es detenerse. Detenerse es retroceder. Retroceder es caer a los abismos, a los negros abismos.

Dicen ellos:

—¡Poned en vuestras obras lo que nosotros pusimos en las nuestras!

¿Qué pusieron? ¡Pureza, pureza y pureza!

No se encuentra esta pureza en el tema. Ella está en la región del arte. Hay que subir hasta ella. ¿Cuál es el camino? Los hay tantos como artistas hay en este mundo. De aquí que sea un desgraciado el que arrebatase un camino ya transitado. ¡Sí, sí! Es un desgraciado el que sabe de antemano lo que va a hacer y sigue esta directiva. Hoy la voz de la región del arte nos lo dice; hoy no debe saberse. Hoy hay que marchar hacia lo desconocido, hay que marchar hacia la subconsciencia. Porque hay todo un mundo nuevo que explorar. ¿Nos alejamos, al ir a este mundo nuevo, de los fantasmas del pasado? ¡No! Nos acercamos a ellos por la pureza, la pureza y la pureza.

¡Ah! Se nos ordena hoy día algo difícilísimo. Lo he dicho:

Explorar lo desconocido, marchar hacia la subconsciencia.

Es lo que se hace, es lo que algunos hacen. A su alrededor están los que atisban el camino y no su hondo significado. Lo atisban y lo repiten. Pero han olvidado el hondo significado.

Vislumbro una síntesis. Artes y ciencias se juntan ¿Cómo? No en la mutua copia, no, jamás. Se juntan en el fondo, en lo que sabemos casi sin formularlo. ¿Qué es ello?

¡La desaparición de la materia! ¡La ductibilidad de la materia!

La materia que se va, que se tierce, que reaparece, que se mueve, que cambia, que vive...

Sabios y artistas están atónitos ante este movimiento.

Rubén de Loa calló. Mamerto b miraba sumido en una verdadera admiración. Yo, del mismo modo; a través de sus palabras veía, vislumbraba hasta donde el hombre alcanzaba a llegar. Macario paseaba displicente por el taller. La idea de los tenedores no lo había abandonado.

Golpearon a la puerta. Rubén de Loa dijo:

—Mis invitados.

En efecto entraron varias personas, hombres y mujeres. Entre estas mujeres venías tú, Marul.

¿Recuerdas? Se habló, se alegó, se discutió y, sobre todo, se rio de buena gana, como ríe nuestro profesor de castellano y geografía, Mamerto Masatierra. Me pediste que escribiera, que te escribiera, esta reunión en el taller. Veamos si lo logro. Lo más importante de ella fue, sin duda, lo que dijo Rubén y también... los poemas de Javier de Licantén, hoy Javier Licantén, sin ese "de" aristocrático. ¿No crees tú que, antes de todo, debo empezar por hacer una lista de los asistentes? Mujeres: tú, Isidra Curepto, Perpetua Mamoeiro y Alicia Bick; hombres: Lorenzo Argol, Vitelio Doñihue, Javier Licantén, Zócimo Taltal, Ubaldo Masafuera y los cuatro queya estábamos; total: mujeres, 4; hombres, 9. Estábamos allí 13 personas. ¿Por qué Rubén de Loa gusta abrir así su taller, por qué gusta ofrecer bebidas, sandwiches, dulces y demás, a tanta gente? Además Rubén sigue ajeno a todo ello, sigue con sus ideas o corriendo tras ellas. Que haya con él una persona o las haya por centenares, es siempre lo mismo. En fin, tal es su gusto. Dejémoslo como, por lo demás, todos lo dejan y así lo quieren.

Veamos ahora a Rubén de Loa. Nos habló, en un principio, a Lorenzo, a Vitelio y a mí:

—Tenemos dos partes, somos constituidos por dos partes. Es lo justo. Una parte está formada por las facultades que traemos al nacer, las facultades naturales del hombre, las que nos ha asignado el destino; la otra parte es el poder de la voluntad. Es la que vigila a la primera y la encauza, fortificándola, por rieles severos. Es lo que el hombre construye, lo que agrega durante su vida a lo que ha traído al nacer.

Todos traen con el nacimiento una cierta suma de facultades para una o varias actividades. Sólo el idiota puede carecer de ellas. Y... ¿carecerá? Esto se sabe en los tubos. Sólo los hombres superiores tienen el don, no de hacer activas estas facultades (lo que es un patrimonio de todos nosotros) sino de acrecentar y fortificar sus facultades durante esta vida. He aquí lo que distingue al ser talentoso del ser mediocre: una potencia de voluntad.

De este hecho de estar constituido por dos partes vienen errores de juicio. Aquí hay que poner a los talentos que parece que de pronto se marchitan. No se marchitan de verdad. Se les dio el calificativo de talentos al considerar en ellos sólo a la primera parte, la que se trae al nacer. No se dan la pena de averiguar si poseen o no poseen la segunda parte, ¡la voluntad!

Los hombres nacen por miles, por millones. Todos traen fuerzas latentes, los unos para las artes, los otros para la ciencia, los otros para la filosofía, los otros para esto o aquello. Sé que tú, Lorenzo, me dirás "para la religión". Estas fuerzas, que son el individuo, que son de su propiedad como lo son sus ojos y lo son sus oídos; que son ellos mismos, por

fin, basta de un mínimo esfuerzo exterior o interior para que de latentes se hagan activas. Y entonces el individuo se apropia con rapidez del fruto de estas fuerzas, se apropia de un golpe de lo que legítimamente le pertenecía. Es un florecimiento espontáneo. Cuantos le rodean se abisman ante sus grandes cualidades y predisposiciones. Juzgando este bruco florecimiento, muchos talentos son ungidos; los mismos que más tarde se marchitarán a mitad de camino para los ojos de la gente. Pero no hay tal, no hay tal. Han recobrado sus facultades que cuando niños dormían, han llegado al punto que la naturaleza les había indicado como el de su completo desarrollo. Hasta aquí sólo hay crecimiento natural. Es la marcha que cada cual hace hasta el sitio que le estaba indicado. Más que hacerla él mismo, la ha hecho la naturaleza. Como crecemos físicamente.

Ha concluido, amigos, el crecimiento. La naturaleza se retira diciendo:

"Has quedado solo; válete ahora de tus propias fuerzas que ha llegado el momento de empezar a vivir; error si has creído que hasta este instante has vivido; has ido, únicamente, a colocarte al sitio donde el destino te manda para que desde él avances".

Una gran mayoría se detiene; el 99 por ciento se detiene. Se detienen inquietos, temerosos. ¡Había sido tan sencillo el trabajo! ¡Se sentían los hombres impulsados por manos invisibles y los progresos se acumulaban día a día! Ahora no hay manos invisibles, no hay más progresos. Es el momento de avanzar solo. Es el momento de ¡la voluntad! Ha empezado el verdadero trabajo. Aquí ha empezado el camino del talento. Muchos retroceden espantados.

Los hombres corrientes han traído su cosecha. Pero no han traído el poder de acrecentarla. Los hombres de talento han traído la suya y además han traído el poder de acrecentarla. ¡Error de juicio es juzgar por lo que se ha traído y no por la fuerza que se tiene de acrecentar lo que se ha traído! Pues un talento puede traer una cosecha ínfima en comparación a la de un hombre cualquiera. Entonces al primero se le juzga genial y al segundo vulgar. Luego viene la estupefacción: el primero se ha detenido; el segundo fue ignorado su vida entera.

Es así, amigos. ¿Qué hogar no ensalza el talento de uno de sus hijos? ¿No vemos rudimentos de genios en cada hogar para las letras o las bellas artes o las matemáticas? Esto no es un error. Es verdad que allí están esos rudimentos para letras, para bellas artes, para matemáticas. Por desgracia todos tenemos en nosotros esos rudimentos para algo. Pero no todos tenemos la voluntad. Si no la tenemos nos detendremos irremediablemente. Entonces empezaremos a languidecer faltos de la savia tenaz e indomable de la voluntad.

Es esta voluntad por vivir, es este empuje potente por realizar, por ser y manifestarse altamente lo que distingue al talento y con mayor razón al genio.

Todos los talentos y todos los genios tienen este rasgo común: la voluntad de confirmarse a sí mismos.

En un hombre corriente las facilidades son lo esencial; en un hombre de talento son lo secundario. Son sólo el pretexto. Son el punto de mira sobre el que converge lo que en realidad ellos son: la voluntad de confirmarse a sí mismos. ¿Cómo? No hay más que una manera: proyectando fuera esta voluntad. ¿Sobre qué? Aquí se oye la voz del nacimiento, de lo que se traía. Juntas marchan.

En un gran músico lo que ha realizado su obra no es su facilidad por la música sino su voluntad imperiosa que se ha manifestado en forma de música. Por esto creo que el inmenso amor que todo talento siente por su actividad, no es un amor directo; es un amor indirecto pues aman en esa actividad la posibilidad que ella les presenta de conseguir lo

que ellos son y aman de verdad: la realización acabada de sí mismos. Como en todo amor. Un hombre que ama a una mujer cree amarla a ella directamente. Lo que ama en realidad es la posibilidad que ella le presenta de dar expansión al amor que hay en sí.

Pero hay voluntad y voluntad. Un nuevo error nos acecha. Un hombre voluntarioso no es, por este hecho, un hombre de talento. La voluntad del hombre de talento difiere esencialmente de la del hombre de carácter, de acción. La de éste es una voluntad que va dirigida a un objetivo externo; la del otro va dirigida a una facultad intelectual. La voluntad del hombre de talento va encaminada a realizar la potencia interior, la potencia del alma.

Así habló Rubén al comenzar la reunión. Luego calló y se sumergió en su contemplación. Circulé entonces entre los asistentes. Pasé al lado de Mamerto Masatierra que conversaba con Isidra y le decía:

—No, señorita, se equivoca usted. Las vocales fuertes son, justamente, A, E, O; y las débiles son I, U.

Isidra respondió:

—Curioso...

Luego miré a Alicia Bick, miré, mejor dicho, los ojos de Alicia Bick recordando al pobre Romualdo Malvilla. Son, en realidad, dos hermosos ojos, grandes, grandes y velados de un tono verdoso. Veo a Malvilla ante ellos y no puedo dejar de pensar, ahora que escribo, como pensé en el taller en su poema y, en éste, en aquella frase que me quedó grabada:

“Nevaba nieve azul en los ojos de Alicia Bick. Hacía frío, frío, frío. Pero pasaba el sol y caían naranjas de los ojos de Alicia Bick”.

Estuve también con Zócimo Taltal que, ingiriendo abrumadoras cantidades de ponche, trató de llevarme a su tema de la geodesia y del punto de vista que los aviones nos están proporcionando.

Luego me acerqué a la siempre bella y provocativa mujer Perpetua Mamoeiro. Acompañada de Macario Viluco se servía una torta de bizcochuelos y cogía un tenedor. Macario hacía lo mismo y cogía una cucharita, mientras le decía:

—Esta torta puede comerse con cuchara como puede comerse todo. El tenedor que usted usa es una torpe invención de los hombres...

Perpetua lo escuchaba atentamente pero pensando, por cierto, en cosas bien distantes de cucharas y tenedores.

De pronto Vitelio Doñihue golpeó las manos. Se hizo el silencio.

—El poeta Javier Licantén—dijo en alta voz— nos va a leer sus últimos poemas en versos y un poema en prosa de Abdón Ucayali.

—¿Por qué lo llama Licantén y no de Licantén?—preguntó Perpetua a Javier.

Respondió éste:

—Estamos, Perpetua, en una república donde sólo tienen derecho a conservar ese aristocrático “de” los que como Rubén de Loa tienen un bisabuelo oriundo de España y que en la península ostentaba ese “de”. Mis antepasados, hasta pérdida de vista, son todos chilenos. Eran ellos: Licantén, sin más. Un tío abuelo fue a España y volvió hecho conde. ¡Pesetas y pesetas! En fin, yo pongo fin a estas pesetas y las cambio por pesos. Ahora, permítame usted...

Y Javier Licantén sacó sus papeles. Fue el momento en que yo me acerqué a tu lado, Marul. Fue cuando Licantén dijo:

—Les leeré a ustedes unos pequeñitos poemas míos; luego les leeré un poema en prosa

de Abdón Ucayali, el escritor bien conocido. Me lo ha enviado como heraldo de su próxima llegada a estas tierras desde su lejana patria. Empiezo, pues, con los poemas míos. (Marul, me conseguí con Licantén esos poemas. Aquí los copio).
El poeta leyó así:

1

*El perro flaco en la callejuela oscura, farol.
En la callejuela oscura el farol amarillento, perros.
Daba vueltas al farol amarillento un perro, callejuelas.
Callejuelas del perro y del farol.*

2

*Enigmática hermosa niña mía taconcitos
Taconcitos enigmáticos ciudad inmensa
Dédalo inmenso de una ciudad
No hay dos no hay dos inmensa niña hermosísima
Mía tus taconcitos en la ciudad mía
Dédalo mío de mi niña linda
Inmensamente lindos los taconcitos.*

3

*Subía yo peldaño por peldaño su risa.
Escalera abajo su risa me desmoronaba yo.
Pecho a pecho nos estrellamos un peldaño,
Ella, su risa, sube escalera, baja, yo.*

4

*En la luz ocre del candil del circo
Por el aceite pasan los payasitos y el aserrín
Un trapecista un clown dos monos un insecto
Ocre aserrín lentitud ocre
Pasan los payasitos ocre de aserrín
Se aburre el insecto solo
En la luz del circo del candil
Una fresa roja un chico trae allí
Huele a llanuras suaves y lomas grandes
Una fresa fragante
Brilla escarlata hacia el insecto el payasito el clown
Por el aceite pasan los trapecistas
El insecto y los monos por el candil
Ocre se aburre el circo solo
Roja la fresa luna fragante sol.*

La lluvia se desploma fuera del sexo del matorral
 Fría fina y aceitosa
 Y en el sexo una arañita teje su aceite y su veneno
 Duermo yo
 Duermo al costado de la lluvia fragancias de matorral
 Teje teje la arañita
 Sueña el alma mía
 En una lágrima neutra sin color
 Que se enreda en el aceite de la tela
 Y mi cuerpo en su veneno
 En el veneno que se teje
 Por la lluvia fría fina en que dormía

Ahora sin alma yo
 Llueve la arañita envolviéndola
 Aceitosa el alma tan grande mía
 Mi cuerpo sin sexo duerme.

A trancos trotan galopan los bultos negros
 A golpazos sacuden con adoquines su avanzar
 Zapatos corren van a la llama
 La llama verde sola en la noche
 A lengüetazos se afirma en sus puntales anaranjados
 Cruje un puntal chisporrotea
 La absorbió una estrella
 La aplastó Dios se la llevó Satanás
 Cruje la oscuridad chisporrotea ¡nada!
 A trancos lentos a golpes tardos
 Regresan por el negro los bultos negros llorando llamas
 A sus zapatos de la ciudad.

De la punta de un lápiz se vació un retrato
 Del retrato crecieron bigotes grises
 ¡Un caballero!
 Corbata grande corbata inmensa corbata eterna
 Una ampolleta
 Dos tres cuatro cinco ampolletas
 Raspan y lamen con sus cinco luces
 Al caballero del marco de oro
 Corbata eterna reposo eterno estagnación silencio
 Las cinco luces con sus bigotes

Lápiz travieso por toda la eternidad

En una corbata de un caballero como la perla de un prendedor.

Javier Licantén saludó y nosotros prorrumpimos en una ovación, menos Ubaldo Masafuera que se limitó a un aplauso somero. Cuanto a Rubén de Loa, aprobó con la cabeza. Entonces Licantén anunció la lectura del poema en prosa de Abdón Ucayali. Hicimos silencio.

El Retrato que vi era un retrato de los llamados al lápiz. El busto y la cabeza de un caballero respetable, con bigotes grises a lo kaiser, cuello tieso, gran corbata. Fondo oscuro a su izquierda; claro, a su derecha. Marco ovalado de oro. La vidriera estaba iluminada por dos ampolletas de cada lado y una superior al centro. Lo contemplé mucho rato, hasta que todo el mundo se echó a correr calle arriba. Yo entonces corrí también.

El Incendio era allí cerca. Las llamas, en la noche, hacían un efecto magnífico, sobre todo de lejos, como me hallaba yo, retenido por un cordón de policía. De pronto se extinguieron chisporroteando. Mi amigo Vivanco dijo: "Se acabó la fiesta". Paredes, que estaba a su lado y que sabe una enormidad en materia de incendios, le replicó: "No se puede decir nada; el fuego...". E hizo un gesto misterioso. Mas yo pensé como Vivanco.

El Perro en la callejuela oscura era flaco. Era flaco al dar vueltas alrededor de un farol, pues si se alejaba de él, no se le veía más, por lo tanto podía engruesar, crecer o empequeñecerse, podía hasta dejar de ser un perro transformándose, por ejemplo, en gato, lechuzo o adoquín o bien en un señor cualquiera que piensa en una cosa cualquiera. Pero al llegar al farol volvía a ser perro y perro flaco en una callejuela oscura.

La Enigmática, la hermosa niña enigmática mía, la crucé unos cien pasos más allá. Iba de prisa sobre taconcitos empinados, muy empinados. ¿Quién, quién podrá ser? ¿Y por qué su trayectoria tendrá, fatalmente, que cruzarse con la mía en el dédalo de una ciudad, después de todo, hartó grande? Es curioso, muy curioso y lo que llega a ser extraño es que mi enigmática mujer sea linda, linda como no hay dos.

El Herido fue colocado en una camilla y ésta, llevada por dos guardias de la Asistencia Pública, salió del circo. La rodeaban y seguían un buen centenar de ociosos. Yo iba entre ellos. Al traspasar el umbral de la carpa, todos, herido, camilla, guardias y nosotros, dejamos el color ocre dentro y fuimos pintados de verde por un farol amarillo y por la luna azul. El herido, entonces, se cubrió el rostro con su antebrazo izquierdo y alargó sobre la camilla su brazo derecho tomando un gesto tal que, si en vez de horizontal, como se hallaba el infeliz, lo hubiese puesto vertical, habría sido el remedo exacto de ese cartel pegado por toda la ciudad: un hombre altivo y fornido contemplando, hacha en mano, la selva que va a derribar para que se hagan muebles baratos y cómodos al alcance de todos los bolsillos. Pero entonces su sangre hubiese corrido hasta los pies. Sangre roja de trapezista pálido con malla negra a la luz verde... Demasiada complicación. Partió la ambulancia para un lado; yo, para el otro.

Un Matorral había allí cerca. Debajo de él me guarecí de una lluvia fina, fría y aceitosa. Luego me dormí. Entonces una arañita pequeña, minúscula, aprovechó mi sueño para picarme, sigilosa, en la carótida. El veneno entró por mi sangre y una hora más tarde fallecí. El matorral oculta mi cuerpo a las miradas indiscretas y la arañita envuelve mi alma con su tela como si fuese una simple mosca.

El Cementerio apareció a mi vista. Lo vi a través de mi ataúd. Es decir, no el cementerio mismo sino un muro de adobes que corría paralelo a un sin número de casitas bajas su-

mergidas en el barro. Al otro lado del muro estaba el cementerio, estaba mi tío Simeón, mi tía Trinidad, el gordo que vendía los cigarrillos, mi hermanito que, de no haber pasado directamente de nuestra madre a este sitio, se habría llamado Nemesio. Si tal hubiese sido, mi vida sería siempre lo que es, más uno, Nemesio, un uno obrando, agregando, quitando, cambiando; dado lo cual cuanto ahora escribo no habría acontecido o habría acontecido en sucesión diferente, por lo menos con el retrato al lápiz al final y el matorral al comienzo. Pero partiendo de un matorral, ¿ha de hallarse fatalmente un retrato al otro extremo? Nemesio del otro lado; yo, de éste. Es mejor así. Sigamos a trancos por la noche porque no quiero morir picado por la arañita en la carótida, no quiero hacerle compañía a mi hermano Nemesio. Así es que salgo de mi ataúd y sigo a grandes trancos por la noche.

La Violoncelista, con un re quejumbroso que pudo salir a la calle gracias a que un borracho abría la puerta para entrar, me hizo volver la vista, pensar en ella y entrar, a mi vez, tras el borracho. La miré desde el mesón: estaba allá arriba, encaramada, rubia, rellena. Ahora era un fa que, cerrada la puerta, quedó dentro de la taberna, revoloteó y cayó en mi vaso de vino tinto. Esto nos hizo reír a los dos, a ella y a mí, reír suavemente. Entonces tocó un aire triste de amor que el pianista seguía de atrás cantando: "¡Oh, Marí! ¡Oh, Marí!". El borracho levantó los ojos hacia la música; luego me los clavó a mí como si alguna culpa tuviese yo en todo aquello. Con la punta de sus miradas me puso otra vez en la acera sin una nota en los bolsillos.

Un Cigarrillo es lo mejor que puede hacerse en tales casos. Compré un paquete de Cabañas y una caja de cerillas en la cigarrería de la esquina que es hoy día de un español cascarriento, sucesor de mi amigo el gordo del cementerio. Hablaba política, policía y carreras con un tipo de sombrero de paja. Sin dejar de hablar, sus manos me pasaron el paquete; sin dejar de hablar, sus manos me alargaron las cerillas; sin dejar de hablar, sus manos recibieron mi dinero y luego me dieron el vuelto sin que dejara de hablar el hombre aquel. Así pues, todo lo hicieron sus manos, sin que él hiciera nada. El cigarrillo que encendí era hueco, muerto, sin gusto alguno. Y el humo que despedía era pesado, viscoso, largo por esa calle; tuerce por la siguiente y se agolpa frente a la puerta de mi casa, bajo el primer peldaño de la escalera que sube angosta hasta mi cuarto. Y ahí estoy yo, envuelto de humo los zapatos.

La Escalera hay que subirla peldaño por peldaño de cada tramo. Mas al llegar al primer descanso, vi que venía escaleras abajo su risa cristalina de cascabel endiablado. Nos estrellamos, pecho a pecho, allí, su risa y yo; la luz de la linterna vaciló un instante con el choque. Ella quería seguir bajando pero mi cuerpo opaco la detenía y, al detenerla, no alcanzaba las orejitas del gato casero quedado junto a la puerta, dormitando. Mas como yo me apoyé contra el tabique, vencido por la emoción, su risa de ella, ¡mujer enigmática!, siguió su veloz carrera. Despertó el gato con su contacto. Y yo volví a bajar lentamente, silbando distraído. Entonces, sí, pensé que era mejor morir y fallecí definitivamente.

Nueva ovación, salvo de Ubaldo Masafuera que se contentó con sus aplausos someros, y salvo Rubén que no sé si oyó o no oyó el poema. Luego Licantén nos dijo:

—Abdón Ucayali escribió su poema en Guaranda, su ciudad natal. Lo escribió presa de sonambulismo. Sólo sintió que era él una mezcla de cosas que le enviaban que rebotaban en cosas que él tenía dentro. Yo acababa de terminar mis siete poemitas cuando Ucayali cayó en sonambulismo y escribió. Es éste un caso, señoras y señores, de extraña transmisión del pensamiento. Cuando lo terminó, una silueta se presentó ante él. Era mi silueta. Entonces, sin tardanza, me envió el poema. Merece esto una larga meditación. Háganla.

por favor, ustedes. Yo me voy a casa de Florencio Naltagua a someterle a él y a varios amigos esta transmisión pensante. Aprovecho para decirles a todos ustedes que Naltagua va a inaugurar unas noches de lectura y que los invita a ellas. Ahora, con el permiso de ustedes, me voy a retirar.

Javier Licantén se marchó y nosotros quedamos en animada tertulia. Me paseé un rato. Hablé contigo algunas palabras, ¿recuerdas? Luego me acerqué a Vitelio que escuchaba a Ubaldo que decía:

—Yo no aparto a la gente de mi camino por ninguna consideración moral. No resuena en mí el sentido del bien y del mal. Aparto o acerco a la gente por la siguiente razón: El señor X, ¿aumenta o deja igual o disminuye mis conocimientos? ¿Me estimula para seguir en el mundo superior o me distrae de él? ¿Traigo para mi mundo superior una observación más, un tema de estudio más, o bien vuelvo a mi mundo con la odiosa sensación de ociosidad y de tener que “volver a poner el motor en marcha”, ese motor que se me había detenido? Es por esto que, en muchas circunstancias, un miserable puede enriquecerme más que un intelectual.

Luego me junté con Lorenzo y nos acercamos a Rubén en el momento en que te decía: —Cuando alguien lee, Marul, me saca de mi contemplación. Necesito, sin embargo, de gente a mi alrededor, de gente que venga de cuando en cuando y hable y hable. Esto me renueva. Pero que no lean en voz alta. Los libros son para ser leídos a solas, para ser leídos en silencio. Mucho silencio es necesario, Marul, mucho silencio. Porque hay que tratar de ser lo que se lee. Es increíble la diferencia que existe entre “ser” y “leer”. Es éste el secreto de las conversiones: los que se deciden a “ser” lo que “leen”; por lo menos penetrar en el círculo de que habla un autor. Para esto, ¡Silencio! Es como buscar en pintura. Yo busco, ¡oh, busco y busco siempre. Me preguntará usted para qué tanta búsqueda, para encontrar qué... Busco para no encontrar jamás, jamás. Pues el día en que en mi pintura encontrara, ese día dejaría de pintar; como ha de dejar de escribir el escritor que en las letras encuentra, y el músico que en música encuentra... ¡Ah, Marul! El día en que en la vida encuentre... forzado me veré a suicidarme.

Seguimos Lorenzo y yo. Llegamos nuevamente junto a Mamerto Masatierra que hablaba con Isidra Curepto.

—¡Oh, no, señorita! —le decía—. ¡Se equivoca usted, se equivoca! Los límites de Turquía son diferentes pues al Norte está el Mar Negro.

—¿El Mar Negro? —preguntaba Isidra.

—Sí, señorita, el Mar Negro.

Isidra reflexionó un rato para luego decir:

—Curioso...

Marul, aquí tienes un resumen de la otra tarde en el taller de Rubén de Loa. Por cierto mucho me he saltado o bien olvidado. Es que tengo ansias de escribirte sobre otro asunto, un asunto que mucho me ha hecho pensar.

Fue en el Convento de los Jerónimos, en una pequeña habitación en que se encontraba Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe. A ella llegué con el doctor Pitrufrquén. En ella se encontraba, con el fraile, mi conocida Teodosia Huelén.

Tú conoces también a Teodosia. Es esa muchacha de unos 17 ó 18 años de edad, débil, enferma y, a menudo, iluminada. Hay momentos en que parece perdida en sus sueños; luego cae en un embotamiento tal que se diría que la ha abandonado cuanto poseía de inteligencia. En otros momentos se ilumina, llega a una especie de éxtasis y entonces habla y habla, se expresa por regiones elevadas y todo su rostro se aclara hasta presentarla como una verdadera belleza. En otros momentos, créeme, han dejado tan lejos a ese ser embotado y a esa alma en pena que se pasea en busca de objetivo, que ambos parecen desaparecidos para siempre.

Hoy estaba llena de luz. Hoy hablaba y era un placer lleno de interés el que nos forzaba a oírla. Te diré lo que decía cuando el doctor Pitrufluén y yo entramos en esa pequeña habitación:

—Sí, Fray Canuto, tú que todo lo sabes, me explicarás lo que veo cuando salgo de la Tierra. Porque salgo, Fray Canuto, salgo y me voy, lejos, lejos. La atmósfera no es nada. He leído mucho y sé cuánto mide la atmósfera. ¡No es nada! Porque salgo mucho, pero mucho más lejos. Hasta los espacios interplanetarios. Llego a ellos. Me detengo. A veces sigo más lejos: a los espacios interestelares. ¡Qué hermoso es el universo, Fray Canuto! Salgo. ¿Qué crees tú que veo? Al principio veo lo que es natural que vea: lo que he abandonado, esta Tierra y la Luna, se empequeñecen, como es natural. Los planetas vecinos —Venus, Mercurio y Marte— se agrandan. Es también natural.

Una vez seguí más lejos. Estuve cerca, si puede decirse "cerca", de Júpiter y de Saturno y de Urano... En fin, estuve entre Neptuno y Plutón. ¿Te cansan mis conocimientos astronómicos? ¿No? ¡Déjame seguir entonces!

Continué volando. Hasta los espacios interestelares. ¡Qué lindo es! Voy a menudo a ellos. Es aquello de una inmensidad solitaria que no sé cómo explicarte. ¡Y qué silencio! ¿Tú has estado en la cordillera, solo, y todo nevado a tu alrededor? ¡Acuérdate del silencio de la nieve! Ahora multiplícalo por mil. Es así.

Ahí me quedo, ahí me duermo. Sola en la inmensidad. Duermo. Luego despierto. ¿Sabes tú qué veo, Fray Canuto? Pues lo veo todo igual. Es decir, igual a como lo había dejado al dormirme. Hay estrellas grandes, enormes, mucho más grandes que nuestro Sol. Hay muchas así, por todas partes. Piensa, Fray Canuto, que nuestra Vía Láctea contiene unos 50.000 millones de soles. Nuestra Tierra... ¡Ni se ve, Fray Canuto, se ve apenas, apenas! Todo sigue igual. Podría seguir igual eternamente. ¿Por qué nada cambia? ¡Oh, es la inmovilidad perfecta!

Un día comprendí lo que me ocurría. ¿Sabes tú qué? Es muy sencillo: yo giraba, giraba también con las estrellas. Entonces tenía esa impresión de que todo era inmóvil, era lento, lentísimo en el movimiento que pudiera tener.

¡No, no! ¡No quise vivir con esa lentitud! Volé, volé y ¡volé!

Y me detuve. ¿Entiendes, Fray Canuto? Me detuve.

Dejé que el universo siguiera su vida.

Yo me detuve y me cubrí los oídos con ambas manos. Esperé.

Esperé.

¿Te das cuenta lo que es estar detenida? Porque entonces todo empieza a moverse a mi alrededor. ¡Y a qué velocidades, Fray Canuto!

Entonces una voz se levantó en mí. ¿Era mi voz? No lo sé pero sé que gritaba con la locura de la obsesión:

—¡¡Sirio!! ¡¡Sirio!!

Otra voz, más baja, como un eco, le respondía:

–Aldebarán... Aldebarán...

Y allá lejos, lejísimo, venía el Sol con sus satélites.

Me lancé, entonces, huí, huí... ¿Podrá llamarse “huir” a esto? Huí y me detuve cerca de Sirio.

¡Qué mal me vas a comprender, Fray Canuto, cuando digo “cerca”! Porque debes imaginarte un globo de 2 metros de diámetro. Sí, de 2 metros. Ahora tiene 4 metros. Ahora tiene 10 metros. Ahora tiene 100, 500, 1000 metros de diámetro. Yo estoy detenida, no lo olvides. Entonces el globo de 1000 metros pasa, pasa. Llega a los 2.000 metros su luz, su llamarada inmensa. Pasa, pasa, Fray Canuto. Oigo su mugir, oigo esa música de las constelaciones. Quedo en éxtasis, en éxtasis oyéndola. Ahora se empequeñece. Se va.

Y otro aparece, allá en las remotas lejanías. Es Aldebarán que viene. Porque viene también. Y Aldebarán habla, Fray Canuto, habla con sus colosales llamas.

Me llamó por mi nombre entre su sonar de música:

–Teodosia... Teodosia... Teodosia...

Era una voz ronca entre llamas.

Esta voz aumentó en potencia. Gritó ahora:

–¡Teodosia!

Y gritó más alto, más alto, más alto. Hice bien en cubrirme los oídos con ambas manos. Es, entre su música y sus llamaradas, un grito peor que desgarrador:

–¡Teodooooosia!!

Así gritó Aldebarán, con una “o” larga, muy larga. A pesar de tener los oídos cubiertos, oí mi nombre y me sentí perforada por esa “o”.

Se calma la voz porque Aldebarán se va. Se va. Se va.

¿Me crees, Fray Canuto? ¿Y tú, doctor Pitrufquén? ¿Y tú, Onofre Borneo?

Hay que crearme. Aldebarán dijo mi nombre. Lo gritó.

Calló Teodosia Huelén. Nos miró interrogativamente. Yo incliné la cabeza. Fray Canuto y el doctor Pitrufquén aseguraron creer su historia en todos sus detalles. Esto me causó cierto estupor. Luego, con frases muy amables, la incitaron a seguir hablando. El interés que mostraban era sincero. Le hacían, de cuando en cuando, alguna pregunta, mostraban su extrañeza, aprobaban cuanto decía. A instigaciones del fraile y del doctor, Teodosia siguió hablando:

–¡Oh, mi sueño, mi sueño! Es siempre en cama donde mejor me alejo y me junto con el otro mundo. Lo llamo “sueño”. ¿Crean ustedes que es verdaderamente un sueño? ¿No será, más bien, nuestra manera de conectarnos con algo que está más allá de nuestro vivir diario? Porque fíjate, Fray Canuto, fíjate bien, y fíjate tú también doctor. ¿Tú, Onofre Borneo? Debes fijarte porque es necesario que aprendas a zafarte de estas ligaduras que nos atan a todo momento. Oigan mi sueño:

Había un galán encantador. ¿Dónde? En un gran salón sombrío y solitario. En ese salón, sombrío y solitario, me iba a besar. Sonreía el galán. Pero el sueño tenía otros designios, iba por otros rieles ajenos a mí, al galán y al beso. Así es que sucedieron otras cosas. Hubo otras andanzas. Se fue por otros precipicios. ¡Lo llamo un sueño! ¿No sería, acaso, una realidad? Porque no había galán alguno, ni había preocupaciones de beso. Hasta que en un recodo de alameda...

¡Qué lindas alamedas, qué serenas! En ellas estaba mi galán. Estaba con igual sonrisa,

con la misma frase suspendida en sus labios, con su misma actitud. Así estaba mi galán. ¿Les extraña que lo llame "mi" galán?

Yo soldaba la alameda al salón. La soldaba en su continuidad. No había entre ellos, entre salón y alameda, ni un instante de interrupción. Así es que en estas andanzas, en estos precipicios, en este beso, la cosa sucedía al margen, sucedía en otro tiempo coexistente al primero; ¿me entienden? Era un tiempo tan efectivo como aquél, como ese primero. Era un tiempo doble y simultáneo a la vez.

Yo estaba en ambos sucesos. Yo estaba en ambos tiempos. ¿Y las andanzas y los precipicios? Sucédían también, sucédían, Fray Canuto. Sucédían, doctor Pitrufrquén. Pero sucédían fuera, lejos. No, no se materializaban. Sucédían, nada más. Porque no había ni interrupciones, ni intercalaciones. No había nada.

Me reí, me reí. Me extrañé enormemente pero me reí. Lo besé, lo besé, entonces.

Haz tú, Onofre Borneo, una raya, una raya recta y llámala "salón"; a continuación haz otra raya, recta también, y llámala "alameda". ¡Que no se junten, no! Deja un espacio pequeñín entre ambas. De este espacio has una línea curva que salga del extremo de la raya "salón" y, después de alejarse, vuelva al extremo de la raya "alameda". Escribe, ahora, sobre esta raya curva, las palabras "andanzas" y "precipicios".

Guarda ahora, Onofre Borneo, ese papel. Es un recuerdo mío, un recuerdo de Teodosia Huelén.

¿Lo has guardado? ¡Muy bien!

Porque ahora tengo que contarles otra aventura... ¡Aventura! ¡Qué simples les han de parecer a ustedes estas cosas para merecer un título tan pomposo! ¡Aventuras!

¿No? ¿No les parecen tan simples? Bien. Mi otra aventura es la siguiente:

Es algo parecido. ¿Parecido? No lo sé. ¿En qué y por qué se parecen? Pero déjenme llamarlo "parecido" a este suceso que me acaeció.

Va por la calle del Sotacura un joven alto, esbelto, gracioso. Camina lentamente. Lo paso. Entonces entro en una confitería. Es la confitería que hay allí, en la calle del Sotacura, esquina, esquina misma de la calle de la Penitencia. ¿La ven? Tras ella... ¡oh!, tras ella está esa callejuela o cité Urbano XXX, que tiene al fondo... Pero no se trata de eso y menos si está entre nosotros Fray Canuto...

Bien; entro en la confitería. Como pasteles. Estoy comiéndolos cuando entra a su vez el joven alto, esbelto y gracioso. Lo veo, claro está. Lo atisbo. Entra luego un muchachón cualquiera. Mientras como pasteles los veo a ambos. Hay muchos clientes que compran y comen. Hay además un gran número de espejos. Los hay por todos lados.

Por estos espejos, y en medio del va y viene de los clientes, aparecen ellos dos, el esbelto y el cualquiera. ¡Oh, el alto y esbelto y gracioso qué serio es! ¡Es la seriedad mismal

De pronto, por un espejo, veo que ríe, ríe con hermosa risa.

Desaparece. Desaparece entre otras imágenes de personas.

Muevo, entonces, los ojos. Y veo, veo..., ¡Oh, lo que veo!

Ve, por otro espejo, que es el muchachón el que ríe.

Vuelvo, entonces, al primero, al esbelto, y le llevo, le doy, le pongo la estampa de la risa del segundo, la del muchachón. Esto es rápido, rapidísimo. Apenas un décimo, un centésimo de segundo. ¿Por qué tanta rapidez? Porque la risa se despegó del rostro en que la he puesto, se despegó, Fray Canuto, se despegó, doctor Pitrufrquén, se vuela, se vuela. El joven esbelto sigue siempre muy serio, como siempre ha estado.

Pero, pero... ¿No creen ustedes que esta risa estuvo en el joven esbelto, que en él se grabó al pasar, que en él se sobrepuso?

Fuera de los espejos, la distancia entre ambos era no menor de unos 3 metros. Dentro de los espejos era aún mucho mayor. Sin embargo estas distancias se anularon un rapidísimo instante.

En ese instante vi, Fray Canuto, vi, doctor Pitrufquén, vi, Onofre Borneo, vi reír al joven alto, esbelto y gracioso con la risa del muchachón cualquiera.

Vi, vi, vi...

¡Qué de cosas se ven! Como ven ustedes. Porque ustedes me ven, ¿no es verdad? ¡Claro está, ustedes me ven!

Yo... ¡no me veo!

Peor aún: veo yo mis extremos, veo mis manos, mis brazos, mis piernas y mis pies, los veo como si no fueran míos. ¡No son míos! Puesto que están allí y allá. Están fuera, fuera.

¿Y yo?

Yo... yo estoy aquí donde no veo, donde no se ve...

Esto me atormenta, me atormenta mucho.

Como me atormentó Silvestre Tongoy, el musicólogo, el hombre que tanto sabe en música, tanto.

Se le festejó cierto día ¿Cierto? No, fue un día, el día en que cumplió sus 45 años. Asistí a ese festejo. Fue una comida. Ustedes no estaban en ella.

¡Qué absurdo, qué absurdo fue! ¿No te das cuenta, Fray Canuto? ¡No te das cuenta, doctor Pitrufquén, el absurdo que es poner, que es meter esa cifra de 45 en medio de un infinito!

Alguien, levantando su copa, le dijo:

-¡A tu salud, Silvestre! ¿Te haces cargo, Silvestre, que desde el día en que tú naciste, este planeta ha dado 45 vueltas más alrededor del Sol...? ¡Salud, amigo!

Yo quedé sin saber qué pensar. Es verdad, no sabía qué pensar. Divisé a Jovino Panquehue. Después de la comida me acerqué a él. Le pregunté:

-¿Crees tú, Jovino, que la Tierra ha dado 45 vueltas más alrededor del Sol desde que Silvestre Tongoy nació?

Jovino me tomó en serio. Como ustedes ahora. ¿Saben qué me dijo? Me miró un rato. Luego se expresó así:

-No, mi amiga Teodosia, no. ¿Cómo voy a creerlo? ¿Cómo cree usted que voy a admitir que se introduzca un número, un numerito, un 45, de pronto y en cualquier parte de un suceder infinito? Sería poner divisiones, vivisecciones, sería poner "principio y fin" en él. Esto no cabe en una mente equilibrada.

¡Oh, desde ese momento, estimo mucho a Jovino Panquehue! ¡Es astrónomo, astrónomo! Yo creo que ha visto pasar a Sirio y ha visto pasar a Aldebarán. Debe haber visto a Betelgeuze también. Tiene que haberlos visto a todos. Porque me citó a un autor, a Bürgel. Me dijo que Bürgel decía:

"¡Aunque voláramos con la rapidez del pensamiento seguiríamos hallando soles y más soles en el espacio infinito!".

¡Volar, volar! ¡Qué linda cosa es, Fray Canuto! Tú vuelas hasta el Cielo a todo momento. Vuelas en círculo, en un círculo que todo lo abarca. ¡Es más lindo aún!

¿Yo, yo? Yo vuelo un poquito, un poquito nada más. Como un papelito que voló desde mi mano hasta el suelo. Cuando se me resbaló desde un conjunto de papelitos que sostenía

con una mano. Salió de mi mano y se fue, se fue, balanceándose por el aire, se fue al suelo. ¡Qué hecho tan insignificante! Pero fíjense bien, fíjense, Fray Canuto y doctor Pitrufrquén. Fíjate tú también, Onofre Borneo. Esé papelito se fue cumpliendo y guiado por una serie enorme de leyes de la naturaleza. Tiene que haberse ido cumpliendo y guiado por esas leyes. No puede ser sino así. Momentos antes de resbalar, instantes antes, allí estaban esas leyes, inempleadas, estáticas, hieráticas. Estaban al acecho. Apenas se presentó la ocasión de manifestarse, se precipitaron... Se precipitaron todas, todas, sin una excepción, en sus puestos, rigurosamente en sus puestos.

Quedé atónita, créanmelo ustedes, atónita.

¿Quién, quién pudo distribuirlas con tanta justeza y rapidez sin que se olvidara ni una sola?

¿Quién estaba en mi casa, en un rinconcillo oscuro de mi casa, con todas esas leyes a sus órdenes?

¿Quién, quién?

Nuevamente calló Teodosia Hueblén. Se veía que se encontraba fatigada, pronta a caer en su estado de embotamiento. El doctor Pitrufrquén se ofreció para acompañarla a su casa, calle del Oratorio.

Me atreví entonces a preguntarle su opinión a Fray Canuto sobre Teodosia. Me contestó:

—Es una muchacha que está al borde, al borde. Un poco más y entrará en el reino de la sabiduría. Lástima es el mal de que sufre. Si alcanza ese reino, sanará.

47

Salí por la noche. Fui al Muelle del Abad y allí miré, unos momentos, la vitrina, siempre abierta, del chino Pey. Tiene, este chino, lindas cosas. Caminé otro poco.

Al lado de la tienda hay una vieja casa, del tipo colonial. Siempre está cerrada. Ahora había una ventana abierta en el piso bajo. Estaba iluminada. Me asomé a ella y vi una vasta pieza, bastante destaralada, alumbrada con varias velas. En ella estaban los tres hermanos Marx, sentados en un banco, junto al muro de la derecha. Estaban serios, con la seriedad de la indiferencia, salvo Harpo que reía en silencio. Me extrañó, tanto la indiferencia como la risa, que así se encontrarán pues tenían al fondo, sobre una tarima y ante un pupitre, a Fouquier-Tinville. Éste los increpaba. Afirmado sobre el muro de la izquierda, un guardia, de grandes bigotes caídos y de pantalón rojo, dormía profundamente apoyado en su viejo fusil.

Seguí. Entré por la calle del Rosaario. En la esquina de la calle de los Frailes encontré a Desiderio Longotoma que vagaba, de ocioso. ¡A comer, a cenar! Tanto él como yo habíamos ingerido muy poco alimento así es que una colación nos pareció indispensable. Estábamos a un paso de la Taberna de los Descalzos. A ella pasamos.

—Amigo, amigo —me dijo Longotoma jovial—, amigo, no hay otro sitio adonde poder ir. Aunque usted busque y busque, llega siempre a esta Taberna de los Descalzos. Es el único restaurante donde se puede gozar de la comida. Los demás, ¡mediocridades! Son restaurantes para fiestas de burgueses medianos que, al salir fuera, necesitan que aquello sea una fiesta, una bacanal, algo que les saque del ambiente de la casa. De aquí viene esa

abundancia exagerada de luces, esas orquestas estrepitosas que aturden, y esos teléfonos, ¡oh, sí, los teléfonos!, en cada mesa. ¿Recuerda usted restaurantes así en otras ciudades? Yo recuerdo... ¡Oh, hay tantos y tantos! ¡Ea! Vamos a comer. ¡Lancémonos a la gastronomía! Sin embargo, sin embargo... No; hay algunos restaurantes que no están del todo mal. Piense, mi querido Onofre, en el Occidente y pida en él unos Huevos a la Ópera; y piense en el Vascongado con sus deliciosas Angulas al Pilpil; y en el Criollo con un sandwich de arrollado de chanco... Pero no es que sea la especialidad de esas casas, no. Es, más bien, una cuestión de costumbre, es algo de ambiente, es una tradición, diría, personal.

“¡Ah! ¡Ah, mi buen amigo! ¡Qué cosa es comer! ¡Comer y atacar una sola especie de comida! ¡Siempre la misma y por un espacio determinado de tiempo! ¡Delicioso! Así, por ejemplo, yo me dediqué, en un tiempo, a las aves, nada más que a las aves. Entre ellas, ¡el pato, amigo, el pato era mi ave preferida! ¿Y los mariscos? ¡Oh, las cholgas son mi predilección! Luego, por otro período, fui un verdadero tuberculómano. ¡Qué de tubérculos comí! Pasé luego a los interiores de animales: hígados, riñones, criadillas, guatitas... Y también el corazón... ¡Exquisito! Seguí con las algas: con el luche y el cochayuyo y con los güiros. ¡Los güiros a la nortina! ¡Y matizar lo que se come, amigo, saber matizarlo! ¿Cómo? ¡Por tamaño! Ya la historia del sabor pasó de moda; es algo de los gastrónomos anticuados. Los tamaños deben guiar, sea en marcha ascendente o en marcha descendente, de pequeño a grande o de grande a pequeño. ¿Quiere usted un ejemplo? Pues bien, de la ballena a la anguila o viceversa; de trompas de elefantes a patitas de pulgas; de criadillas de rinoceronte a criadillas de picaflores. Y luego, puesto que se ha ido de mayor a menor, recomenzar de menor a mayor. Y hay más escalas que hacer. Por ejemplo, otro ejemplo más: profundidad y altura. Muy propicio es esto para los tubérculos. Tomemos los de la superficie: zapallos y sandías. Vamos a los profundos: puntas de raíces de licorías. Y no de un salto, pasando por los intermedios como papas y cebollas. En altura podemos ir del topo a los sesos de jirafa... Es éste, créamelo usted, el mejor modo de penetrar en ambientes y en vidas rarísimas; entrar en ellas por medio de la gastronomía...

—Bueno, Desiderio —le interrumpí—, haría usted bien en comer algo y dejar su labia de manjares.

—La dejo, amigo, y comeré —me respondió—. ¡Mire, mire quienes vienen allí!

Miré. Entraba, Javier Licantén. A su lado, eufórico, caminaba Romualdo Malvilla.

El joven se puso a nuestro lado y nos dijo:

—Tomaré reposo junto a ustedes. Gracias. He venido sabiendo que aquí, y no en otro sitio, les encontraría. Debo rendir cuenta de mi viaje o escapada al Sur. Permítanme que lea estas páginas. Después seguiré mi ruta en la soledad que me es grata.

—¡Bravo! ¡Muy bien! —gritó Malvilla.

—Silencio —dijo Licantén.

Entonces el joven se acomodó y leyó lo siguiente:

1. Cuando estoy abajo, lo hermoso está arriba. Para gozar de lo hermoso, subo. Llego a lo alto y encuéntrome con algo totalmente diferente. Giro la cabeza y veo: cuando estoy arriba, lo hermoso está abajo. Para gozar de lo hermoso, bajo. Llego abajo y encuéntrome que lo hermoso se ha marchado hacia arriba.

Por el camino nos hemos curzado sin vernos.

2. ¿La Naturaleza? ¿Nuestra madre la Naturaleza? La Naturaleza somos nosotros. Somos los reyes y el centro de la Naturaleza. ¡Contemplémonos, pues, los unos a los otros!

3. La belleza está formada por la suma de: A, es hermoso; B, es hermoso; C, es hermoso; D, es hermoso. A+B+C+D es la belleza misma.

En estos puntos del Sur de la patria hay enormes cantidades de ABCD. ¡Horror! Porque hoy y por hoy yo vivo embargado por otra suma que así expreso: E+F+G+H. ¿Do estáis? ¿Do? Aquí no hay EFGH.

4. Lentitud; incomodidad. Al fin llegamos. ¡ABCD! Pensemos: entre A y B, entre B y C, entre C y D... ¡oh! tendremos que volver a tanta incomodidad y lentitud. ¡He aquí el acicate de la belleza! Sin él, ella no es.

5. Busquemos "típico". ¡Consérvese el típico! Toda Agencia de Turismo, que lleve a sus clientes a lo típico, debe estar provista de dos elementos: 1º) una muralla de hierro; 2º) una cortina de humo. ¡Enciérrese a actuantes y actores dentro de la muralla de hierro! ¡Cúbraseles con la cortina de humo! ¡Que no conozcan nada, que se sumerjan en el cero absoluto! ¡Oh, el cero de la total ignorancia! Sobre todo: ¡ojo a la sospecha! ¡Que no sospechen nada! Fuera de la muralla, más allá de la cortina: ¡no hay mundo! Si de este modo no se hace, el turista puede sorprenderlos: conociendo, probando, averiguando, sospechando... Entonces, ¿qué hacen esas Agencias? Las Agencias me han llevado a ver gente que, como yo, como usted, como él: conoce, prueba, averigua, sospecha. La pena que me he dado, ¡no valía!

He visto en Puerto Varas un anuncio. El anuncio se encontraba en el cine. En él se leía: *Hamlet*. He visto en Puerto Montt varias vidrieras o vitrinas: en ellas se lucían zapatos como estos donde mis pies se albergan. He visto en Valdivia camisas último modelo. He visto en La Unión el cartel de *Monsieur Vincent*.

He sido estafado.

Si queréis hacer turismo: ni puertovarininos, ni puertomonttinos, ni valdivianos, ni unionenses deben conocer ni zapatos, ni camisas, ni *Hamlet*, ni *Monsieur Vincent*. ¡Ignórese el cine! ¡Cálcence con hojotas estrepitosas! ¡Cúbranse con inverosímiles chamantos!

He sido estafado.

Lo típico dura 3 días. Al 4º desaparece. Se transforma en habitual. Es mejor un habitual habitual.

¡Cómase a la francesa! ¡Viájese en auto americano!

Así se llegará a lo monótono. Así se llegará al lento suceder de los días en los meses y de los meses en los años.

6. El único paisaje que tuvo la honra de arrebatar me fue aquel que no vi: infinitos e inmensos ruidos broncos. Ruidos inimaginables. Ruidos producidos por hielos y témpanos que se quebraban en los ventisqueros de San Rafael.

7. ¡Oh, Naturaleza! Eres el pensamiento de Dios.

Esto me lo manifestó un hombre. Yo lo detuve diciéndole:

—¿Cree usted que Dios piensa tantas tonterías?

8. Dios ha hecho una sola cosa y para hacerla necesitó la colaboración de Satanás: el hombre.

Lo demás se hizo solo.

9. He divisado un hermoso cristal blanco, violáceo, rojizo. Alzábase sobre un cielo azul. A él llegué.

Era éste un picacho. Era este picacho un inconmensurable conjunto de piedras inhospitalarias. Eran ellas abruptas y eran belarlas. Eran mayores que yo. Eran a tal punto ma-

yores que me cercaron por todos lados y me impidieron verter oxígeno en mis pulmones. Tenían algunas rendijas. Por ellas atisbé.

Mostraban, a lo lejos, muy lejos, una casa, una huerta, un camino, una colina. ¡Maravillosos juguetes limpiamente coloreados! Pensé:

“¡Oh, qué prodigio sobrenatural poder vivir allí!

Mi memoria vino en mi ayuda:

Allí vivía yo.

Deducción:

Lo maravilloso, tanto si está arriba como si está abajo, es una ilusión. La ilusión sucumbe al ser apretada.

¡Subir! ¡Bajar! No. El único ser que puede subir y bajar con toda impunidad es el que abandona las ilusiones. ¡El que encuentra maravillas dentro del alcance de sus brazos! ¿Quién? ¡El técnico!

¿Para qué salir de nuestra propia habitación si en ella tenemos objetos de infinito estudio y conocimiento?

10. Amo pocas cosas. Las que amo, poco las amo.

No soy humano que me mueva por “gustos”. Esto es resbalar con la epidermis por sobre las cosas.

Amo los mariscos para masticarlos e ingerirlos.

Hay gentes que quedan en éxtasis frente a paisajes, frente a versos, música, pintura y demás especulaciones de nuestro cerebro. Hay gentes que quedan en éxtasis frente al amor. Como yo frente a los mariscos.

No soy gastrónomo.

11. El interés del turismo es...; el interés de *mi* turismo es, por alfabético orden: 1) Arquitectura; 2) Historia; 3) Razas. Después la Naturaleza misma. En ésta: 4) Reino Animal; 5) Reino vegetal. Último, pues, el reino vegetal.

¿Qué he venido a hacer a estos confines del Sur?

12. Hay dos mentalidades: 1) La del que viaja y visita y en todo se introduce; 2) La del que vive allí.

Nosotros llegamos con mente de viajero y nos encontramos con mentes que están ahí. Los de ahí saben qué cosa nos gusta o nos gustaría a nosotros que viajamos. En Valdivia, ¡el río! No hay más: ¡el río! La vida es: ¡el río! Se vive y se muere por: ¡el río!

Entonces todo se hace lejos del río. Así se hace la Intendencia, así se hacen los mejores hoteles, así se hace el club y el teatro. Obran, pues, como los viñamarinos obraron: ¡un siglo, más de un siglo para que sus habitantes se dieran cuenta de que existía el mar! Así construyeron el club y la Municipalidad y el Hotel O'Higgins y qué sé yo. Todo escondido del mar. Ahora se acercan del mar. Pero les cuesta. Es un horrible dolor salir a las aguas, al aire, a la luz. ¡Escondamos a los grandes hombres! ¡Que no vean las aguas! ¡De espaldas a las aguas! Así está de espaldas Prat en Valparaíso; está Valdivia en Valdivia; Cochrane en Corral; Pérez Rosales en Puerto Varas; éste y Manuel Montt en Puerto Montt.

13. ¿Y de qué se trata, después de todo? Se trata de ver puntas erectas contra el cielo: ver el Osorno, el Calbuco, el Puntagüedo, el Tronador y demás.

Yo prefiero ver otras puntas que también se alzan contra el cielo: Notre Dame, San Pedro, la Signoría, el Escorial.

14. Los sitios que se visitan carecen de interés. Los sitios que se visitan lo adquieren cuando se les comenta con los amigos.

15. ¡Oh, Violeta Quevedo! ¡Tú has viajado! Un viajero sin objetivo, un viajero que tiene por objetivo viajar es una réplica de Violeta Quevedo. Recuerda, ¡oh, Licantén!, lo que ellos hablan, lo que cuentan. Que vengan de Europa o de los Estados Unidos o del Japón o de donde sea, ¡oh, Licantén!, recuerda lo que hablan y lo que cuentan. O es Charles Darwin, ¡el objetivo!, o es Violeta Quevedo. Es la mentalidad que surge indomable: Violeta Quevedo. ¿Por qué mofarse de ella? ¡La única persona que ha tenido la valentía de transcribir fielmente lo que se rumia en millones de cabezas que salen a enriquecer su nutrición.

Guardó sus papeles Javier Licantén. Desiderio Longotoma se levantó y le apretó ambas manos sin pronunciar palabra. Romualdo Malvilla prorrumpió en un grito:

—¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Nada mejor se ha escrito hasta hoy!

Javier se retiró en silencio. Entonces Malvilla tomó la palabra:

—¡Es mi turno! Si de lectura se trata, ¡es mi turno! ¡Oh, aquí guardo siempre mi último poema, el poema que dedico a Javier Licantén! ¿Por qué ese magno poeta no lo lee jamás? Escuchen ustedes:

Se alzó un brocal escupiendo un filo. Las bremas, con ruido de aspilleras, se sumergieron y sólo un gazapo y dos rullas protegieron la sumersión.

Embridé al mundo que piafó. Todos los cilantros espolvorearon gotas de peonías. Un becaquino único se lamentó arrugándose.

¡Oh, lúpulo atiborrado!

Baja a los vergeles bajos, coge geranios gemelos y enjaula al último alcaraván.

Rueda rodajas rubias, rásपालas en rabos de rameras y retuerce al último alcaraván.

¡Oh, lúpulo! ¡Oh, lambreas!

¡Oh, lampadario inútil!

Pidió Romualdo un pisco y luego un segundo y un tercer pisco que se los bebió de un sorbo. Luego, a media voz, nos confesó:

—Bebo, amigos, y no me canso de repetirlo, para acercarme a ella, a Alicia Bick. Ya cerca de Alicia Bick la inspiración acude a torrentes. ¡Estoy inspirado, amigos! ¡Un momento, por favor, por piedad!

Se levantó y, lápiz y papel en mano, se hundió en una mesa contigua. Longotoma pidió una lumbreta a la espinaca; yo, un luche al centurión y nos pusimos a comer.

—Simpático muchacho es Romualdo Malvilla —me dijo Longotoma—. Está en mi categoría N^o 3. La mejor, sin duda, la mejor. Porque divido yo a los hombres por categorías: 1^a Idiotas; 2^a Medio idiotas; 3^a No idiotas. Así caben todos, todos.

“Los de la 1^a categoría tiran hacia atrás. Encuentran tarea demasiado dura la de ser y actuar como hombres. Prefieren destruir a construir, el instinto al pensamiento, la reducción a la amplificación. Y a todo esto son activos, activísimos.

“Los de la 2^a categoría están en reposo en lo que se refiere a la marcha que hay que darle a los humanos. No pretenden tirar hacia atrás ni averiguar para adelante; rigen sus instintos por un pensamiento calmado; trabajan en lo que existe aprovechándolo pero sin modificarlo; son, pues, trabajadores pero son indiferentes al avance o retroceso humano.

“Los de la 3^a categoría están siempre averiguando hacia adelante; no se contentan con su calidad de hombres, ¡no, señor!, y sueñan entonces con el hombre superior, con un ser superior; la inquietud les domina y siempre están en espera de algo, buscándolo o pidiéndolo.

“Estos últimos, créamelo amigo Borneo, irán hacia Dios; los anteriores, hacia la Tierra; los primeros, hacia el Mono.

Saboreamos, Longotoma su lumbreta a la espinaca, yo, mi luche al centurión. Súbitamente vimos a Malvilla que nos gritaba agitando un papel en la mano:

—¡Aquí está, señores contertulios, aquí está! Oídme, dignos hipercontertulios.

Se detuvo unos instantes para luego leernos:

¡Oh, los ojos de Alicia Bick! Es horrible ver de pronto, para uno que está habituado a ver sólo cosas que viven, ver la vida misma.

Pequeñas, pequeñitas, dos pequeñitas ranuras de carne y en ellas ¡la vida misma!

Todo lo restante, entonces, las cosas vivas, se mueven y mueren en lenta putrefacción. La piel, las venas, los movimientos, el ruido. Y los ojos de Alicia Bick son lagos enormes.

Por ellos, a pie, se alejan miles y miles de señores chicos, chiquitines, todos de negro, presurosos, encorvados, con paraguas cerrados bajo el brazo. Van al infinito, hasta que sea demasiado tarde y se ponga el Sol en los ojos de Alicia Bick.

¡Oh, los ojos de Alicia Bick!

Malvilla se enjugó los ojos. Casi lloraba. Entre sollozos nos explicó su tragedia:

—Señores contertulios, mientras escribía a Alicia Bick, fui arrancado de mi asiento y fui llevado a un barco lejano que navegaba y navegaba por medio del océano. Debe haber sido a causa de esos señores chiquitines, a causa de sus paraguas. Estaba yo solo en el barco, en el comedor del barco... ¡y solo! De pronto... ¡No! Mejor será que les lea a ustedes lo que vi. Por escribirlo he tardado más de lo estipulado. ¡He aquí lo que vi!

Pasó una ola que vi alejarse por la ventanilla del comedor. Corría como una vieja escueta, echada hacia adelante, la nariz primero que todo, el sombrero con su pluma perdiéndose tras la cabeza, un paraguas golpeando las caderas, bajo los vestidos se ven sus botas negras, sus medias blancas, arrugada, el trasero prominente, corre que corre la vieja, a grandes zancadas, avestruz despavorida por el asfalto, esquivando los taxis de la Plaza de la Casulla.

Luego, mientras nosotros terminábamos de comer, Romualdo pidió una botella de pisco que puso, con su vaso, junto a él. Bebió. Meditó. Por fin nos dijo:

—Me gusta el trago, me gusta porque con trago me pongo a conversar conmigo mismo. Al fin y al cabo yo soy mi mejor amigo. ¡Oh, la pena de que las bellas cosas que hablamos no las sepa nadie! Pero ¿y en tiempo de los otros amigos? Era lo mismo, lo mismo. Apenas ya nos estimábamos con uno o con otro, lo mismo, la misma cosa: que otro y otro más la supieran, esas bellas cosas. Pero yo, yo conmigo soy a veces insoportable. Prefiero ser insoportable. Así es que ¡nada de amigos! ¡Se acabaron los amigos! Entonces, cuando converso, pongo, para que represente al amigo que ya no es, pongo a otro hombre que no conozco, o a una ella, a Alicia Bick, o a un grupo o una asamblea. ¿Pongo? ¡No, ponía! Porque esto me ha fatigado. Antes así lo hacía. ¿Por qué? Porque en el subconsciente, lejos, tal vez creía que ello alguna vez sería realidad. Era como... como la rebelión del débil. Ahora que sé, que sé que así no será jamás, retengo y retengo y, aunque me figure a otro conmigo, converso solo conmigo, conmigo y nada más que conmigo. Viene, entonces, el gran alivio.

¿Por qué bebo? Ustedes no me lo han preguntado pero sé que esa pregunta está a punto de formularse. Les contestaré. Bebo, señores, para muchas cosas, bebo para:

1°. Para ver también el movimiento del puntero pequeño del reloj;

2º. Para dar libertad a los presidiarios del mundo entero y aliviar a los enfermos con dolores agudos;

3º. Para dar descanso a los 707 diablillos rojos que habitan en mi cerebro, pues paso, día y noche, consultándolos y justo es, muy justo, que puedan sentarse alrededor de la mesa, sí, señores, mesa de la exclusiva propiedad de ellos, y puedan, ya sentados, jugar rápidamente a las cartas;

4º. Igual cosa para los 38 sabios que habitan en el mismo sitio y, a su vez, puedan abotonarse la levita negra, calarse la chistera, inclinar el busto hacia adelante, ponerse unos tras otros y salir a largos trancos a lanzarse cabeza abajo en las aguas del río Santa Bárbara;

5º. Para poder entrar en los bares. ¿Qué iba a hacer yo en los bares si no bebiera...?

6º. Para que tengan un objetivo claro, un objetivo definido, puro, mis pasos por la calle;

7º. Igual cosa para Venus en el cielo de la avenida del Todopoderoso;

8º. Para llegar a saber, por fin, el precio del ramo de flores que separa el catafalco del Señor Conde de la playa lejana y asoleada; y

9º. Para que Chinchilla —¡pobre Chinchilla con otra suerte que Alicia Bick!— se desespere dentro del ropero donde Lorenzo Angol la tiene, o la tuvo, secuestrada y tema, con pavor, su lanza erecta que la vigila apuntado al infinito.

¡Para eso yo bebo, señores míos! ¡Para eso bebo, Desiderio Longotoma! ¡Para eso bebo, Onofre Borneo!

Pero aún no he visto con matinal claridad la solución de los 9 problemas o causas que me inducen a beber. Creo que es para... para poder descifrar debidamente mis propios sueños, ¡eso es!, mis propios sueños.

¡Oh, soñar! ¡Soñar!

Tuve un sueño, señores míos, un hermoso sueño. ¿Dormido o despierto? Poco importa. El caso es que lo escribí. Porque yo escribo, escribo y escribo. El caso es que leo y releo ese sueño mío. ¿Qué?

No viene nada, nada. Todo salta, se acerca, huye; huye, se acerca, salta. El caso es que, en un momento, sentí que me sería imposible, imposible ir a esas magníficas asociaciones libres, hoy de moda, de gran moda. ¡Imposible! Porque cualquier cosa, acto continuo, la pienso y me coge, entonces, el deseo de desarrollarla. De mi sueño una palabra subsiste, una palabra es la que más suena, sí, amigos, la que más suena: "habitación". Luego, otra palabra la acompaña: "desayuno".

Habitación... Es mi primer escritorio. Yo lo llamo "taller". En la calle de la Parroquia donde yo vivía, donde vivo aún. Es aquí cerca. En esa habitación hay un ser en silencio. ¡Silencio! Éste ser marcha con zapatillas blandas y mudas. Pero no mueve los pies, no, no los mueve. Mueve el pecho muy abierto. Porque el pecho se abre, amigos míos. Lo mueve y las piernas le quedan atrás, atrás, flotando...

¿El color, el color de la habitación, de mi taller? Es gris pardo y, a pesar de ello, nadie sabe que estoy allí. El taller es para no estar, para que nadie esté en él. Entonces...

Entonces crecen duendes del papel secante verde. Y hay luz verde. Todo es verde. Fuera... Todo es de plomo inmóvil. ¡Silencio!

Entonces hay que derretir. ¡Ah, don Desiderio; ah, don Onofre! ¡La inmensa voluptuosidad de derretir! El rostro está sereno, los ojos cerrados... Es el rostro muerto de Alicia Bick, su rostro respirando una sola vez eternamente.

¡Alicia Bick! Crece sobre tacones agudos; la acompañan muchas campanas de tranvías y muchos bambúes, muchos. Pero todo está lejos.

Derretir es unir sangre. Mil cabecitas de venas se abren en mi cuerpo. Otras mil se abren en su, en su, en su cuerpo. La sangre se filtra.

Me voy, entonces, con sangre de ella, de Alicia Bick.

Me voy.

El elástico se estira por todas las calles.

¡Fiestas! ¡Luces! ¡Risas! ¡Saludos!

Crean, esas pobres gentes, que yo estoy allí... Estoy yo, sí, mi representante, a lo largo del elástico que penetra en Alicia Bick.

Un pequeño permiso para salir, ¡para poder volver y entrar! Gira ese absurdo con luces, risas y espejuelos. Y también con mucho dulce de membrillo, de ese dulce que yo comía cuando chico.

Cuando chico... Cuando aún tenía padre...

Ahora está en una tumba escondida en el cementerio Apostólico, escondida, escondida.

R.I.P.

Esto quiere decir Requiescat in pace. Esto quiere decir: Descansa en paz.

Paz, paz, paz. Así duerme mi padre en la quietud absoluta, en la quietud total. ¡Quietud!

Como la quietud de ese frasco que no se mueve. En él se lee: "Volcán Verde". Porque ahora yo uso tinta verde para escribir, como mi papel secante y mi luz del taller. Todo es verde.

Todo podría ser rojo.

Pero no hay ningún rojo aquí. Les he dicho que mi habitación, o taller, era gris pardo. Ahora lo repito: es, ¡es! gris pardo. En el sueño y... viene la segunda palabra: "desayuno". En el taller tomo a diario mi desayuno: chocolate y pan con mantequilla, o con manteca, como dicen nuestros vecinos, los argentinos.

¡Sí, mis queridos amigos! Tomo mi desayuno y... el enorme, el inmenso aburrimiento entra con bigotes.

¡Qué asco es mi bigote! ¡Oh, eso que brota! Tan asqueroso como es la tierra cuando brota árboles. Salen de ella como tumores. Y los personajes normales cantan arrobados la belleza de los árboles. ¡Qué inmundos en el fondo! ¡Si supieran lo que están cantando!

Nada debe brotar. Todo debe sumergirse. Por eso te quiero y te quiero, mujer mía, Alicia Bick. Porque te veo sumergirte en el océano, ahogarte en voluptuosidad. Yo iré después, inmediatamente después.

¡Nos ahogaremos en voluptuosidades sin fin!

¡Ah! ¡Mozo! ¡Camarero! ¡Garzón!

¡Servidnos a beber! ¡En grandes copones como en el tiempo de los mosqueteros!

¿Estaba yo triste? Es que había olvidado mi diario, mi dietario, mi... Diario o dietario. Ahora conozco esta bella, esta bellísima ciudad de San Agustín de Tango. Oígan ustedes, Desiderio y Onofre, oíganme bien:

Día 1: Visita a la desembocadura del río Santa Bárbara; de ahí a Noriol, el puerto, nuestro puerto. Contemplo un navío grande, grande. Se llama "Vulcania".

Día 2: Visita al Manicomio del Eclesiástico. Me introduce en él nuestro psiquiatra, el

doctor Pitrufrquén. Vemos locos y locos y más locos. Vemos una loca. ¡No es ella, no es Alicia Bick!

Día 3: He contraído matrimonio. ¿Con quién? Con ella. Hoy he dado el gran paso. Después de contraído nos hemos quedado todo el día en casa, calle de la Misa, amándonos frenéticamente. Sensaciones intensas y variadas a lo largo de todo nuestro organismo.

Día 4: Al Cementerio Apostólico. Muy triste. Vi las tumbas de mis finados tíos y tías, de mis finados abuelos y de mis finadas abuelas. Ahí me quedé. Porque yo me prolongo, hacia el pasado, hasta los abuelos y... ¡alto! Lo que vale a decir que no tengo antepasados. ¡Y cuánta falta me hacen los pobrecitos! Yo soy hijo de mis padres; mis padres, hijos de mis abuelos. ¿Y éstos? ¿Quiénes fueron sus progenitores? ¿Y quiénes los progenitores de estos progenitores? ¿Y quiénes...? Así hasta lo infinito, carretera hasta Adán y Eva, ignorada, cerrada, clausurada para mí. ¡Oh, dolor, dolor! Sigamos:

Mis cuatro abuelos yérguense tras de mí murmurándose en medio del silencio de sus esqueletos:

—*Di qui non si passa.*

Bien.

No pasaré. Prefiero pasearme bajo los cipreses funerarios, prefiero contemplar las tumbas.

Así veremos cómo fueron mis antepasados, si es que los cuatro esqueletos no se han formado de una casualidad afortunada, en una revoltura de huesos inútiles y salieron por las calles aspirando rapé y crinoleando. Han salido con formas informes, entre naturaleza, hombre y bestia; han de haberse entendido con gritos broncos, gestando en brumas cerebrales la solidificación de mis padres. Lo mismo ha de haber sido para la esposa de mi corazón. Por eso es que, tanto ella como yo, sentimos dolores de truenos sordos en la cabeza y que nuestras formas, tan definidas a simple vista, se nos deshacen y se desparraman cama abajo.

Pero éstas son lucubraciones y nada más. Porque yo no me he casado, no me he casado. Quiero casarme con Alicia Bick, quiero vivir siempre con ella.

¡Sigamos, sigamos!

Día 5: No he salido a ninguna parte. He pasado el día entero meditando sobre el problema de mi origen. ¿La revoltura de huesos? Hasta que luego, a las 3 de la tarde, se me empezó a deshacer un tobillo. Salí entonces a consultar a un geólogo-geógrafo que me afirmó, pruebas científicas en mano, que el origen de los ríos de Chile no es otro más que el desparramo de mis antepasados, no es otro. Este desparramo se produce cada vez que, olvidando mi futura gestación, se distraían con pensamientos errantes y lúbricos.

Día 6: Converso con mis esposa. Le digo:

—Nuestra diferencia con nuestros semejantes es demasiado enorme. Ellos van retrocediendo de hombre en hombre hasta Adán, se van esfumando de hombre en hombre en 1/100 de milímetro por generación hasta que el último, allá en la creación, se le ve como un punto.

Mi mujer replicó:

—Sí, nos esfumamos en 1/100 de milímetro.

Yo, envalentonado, continué:

—Por lo tanto, amor mío, cualquiera de nuestros semejantes puede recostarse, echarse de espaldas impunemente. Caérase entonces sobre su padre, el que a su vez cae sobre el suyo, y el suyo y el suyo y el suyo... En fin, amor mío, tantas veces como centésimos de

milímetros hay desde 1 metro 71, que es el promedio de la estatura humana, hasta un punto. Lo que quiero que entiendas es que el ángulo de caída, al echarse de espaldas, va disminuyendo en razón directa de las sumas de las resistencias encontradas, de modo que por mucho que el tío en cuestión se largue hacia atrás, el punto final no se mueve. Como consecuencia: cuando es el punto final el que se lanza hacia adelante, muévense todos amortiguándose hasta llegar a ese tío que tampoco se mueve. Entonces el muy badulaque, al no moverse, se siente firme, sonríe, se rasca el vientre y de nuevo sonríe. En cambio nosotros, ¡Oh, Alicia Bick! ¿Te das, te das cuenta?

Ella, enternecida, repitió:

-¿Te das cuenta?

Entonces le dije:

-Veo que me entiendes, esposa mía, esposa que he de tener, sí, algún día. Ya que el abismo nos acosa por detrás, prolonguémonos hacia adelante. Si no lo hacemos, un nuevo abismo de vacío vendrá después de nuestras muertes. Entre ambos, entre nosotros, Alicia Bick, sólo están nuestros 8 abuelos y nuestros 4 padres. ¡Nadie más! Entonces la humanidad entera del porvenir, la humanidad entera del pasado, los animales y las aves, los peces y anfibios, los insectos y microbios, las plantas, los minerales y los planetas, todos, todos, sentirán al mismo tiempo, simultáneamente, un mal, un terrible mal, el día en que el Sumo Hacedor, aburrido, apague las luz de los relojes. De dicho mal nos culparán a nosotros. Único remedio, pues, para aliviar nuestra culpa: ¡prolonguémonos!

-Prolonguémonos -dijo ella.

-¡Prolonguémonos! -dije yo.

-Prolonguémonos -repitió.

-¡¡Prolonguémonos!! -grité.

¡¡¡Oh, santa dichal!!!

Mañana nos prolongaremos.

Y nos prolongamos en mi mente. Porque ya les he dicho, tanto a usted, Desiderio Longotoma, como a usted, Onofre Borneo, que yo no me he casado, no me he casado.

¡Por eso bebo! ¡Por eso bebo! ¿Qué mal hay en beber? El peor mal del alcohol es la exageración que se hace sobre los males del alcohol. El terror a estos males induce a muchos, los induce de modo irresistible, a ir hacia el alcohol. ¡No hay más! Por eso bebo yo. Por eso.

¡Y por Alicia Bick!

Quedó un rato en silencio Romualdo Malvilla, contemplando contra la luz un vaso de pisco. Luego lo bebió. En ese momento entraron en la Taberna varios amigos suyos. Grandes saludos y muestras de amistad. Lo invitaron a ir de juerga, a bailar y que sé yo. Ni qué decirlo: Malvilla aceptó lleno de alegría. Se despidió de nosotros. Al retirarse nos dijo:

-Mañana me prolongaré.

Una vez que quedamos solos, Desiderio Longotoma me dijo:

-Pienso en algo, amigo mío. ¿Es ésta la causa o es el efecto? He aquí un problema que mucho me preocupa. Vea usted el caso del buen compañero Malvilla. Es un caso como el del que fuma, o el del que bebe, o el del que se clava morfina, o el del que se degrada en cualquier sentido. ¿Por qué se fuma, se bebe, se clava, se degrada? La cuestión, mi amigo Borneo, está en saber si ello es la causa o es el efecto. Es lo que me preocupa. Porque vea usted:

"Conocemos a don Plácido Romeral, el hombre severo, "el tonto grave". Hay que

apercibirlo por las calles: camina lentamente y se detiene de cuando en cuando. ¡Qué bien le va el nombre de Plácido! Luego camina otro poco. Se ve que hacer ejercicios jamás ha entrado en esa cabeza. Hasta que alguien le dijo que debía caminar con paso alerta y hacer frecuentes ejercicios físicos. Don Plácido, obediente, obedeció: caminó con donaire y, todas las mañanas, hizo gimnasia sueca. ¿Qué le pasó? Pues, amigo Borneo, al cabo de una o dos semanas ¡casi se muere el pobre hombre! Volvió a su lentitud. Hizo muy bien. Esa lentitud era efecto —¿Me entiende usted?—, era efecto, era el efecto de su constitución.

“Vea, ahora, otro caso: el viejo leguleyo de don Bruno Camarones. Es el caso justamente contrario. El hombre es activo, va rápido por las calles, habla, alega y... ¡mira a las damitas! ¿A su edad? Sí, amigo. Hasta que alguien —siempre hay un alguien que se mete en lo que no le concierne— le aconsejó que se condujera de otro modo. Y don Bruno Camarones, obediente, obedeció. Al obedecer se desesperó. En fin, amigo, casi muere. Su actividad era el efecto de su constitución.

“Hoy están bien los dos, don Plácido y don Bruno. El primero es la solemnidad tranquila misma; el segundo es la actividad dinámica misma.

“¡Ah, mi grande y buen amigo Borneo! ¡El equilibrio, el equilibrio! Es lo que hay que buscar. ¿Se imagina usted al enorme Baldomero Lonquimay sin trascendencia? ¡Lo mata usted, amigo, lo mata! ¿Y a mí? Por el equilibrio froto presuroso mis manos, por el equilibrio nuevo y nuevo los pies y digo chascarros a porfia. ¡No quiero morir aún!

“Romualdo Malvilla bebe por efecto de su constitución. Así, bebiendo, le da curso a... a... ¡En fin! ¡Ya lo veremos! La gente le dice que bebe demasiado. ¡Qué torpes, qué supinamente torpes! Si no bebiera créame, moriría ahogado en un líquido que se le viene encima.

“Ahora que... ¡Ah, aquí está lo grave del asunto! Muchas veces ese efecto se transforma en causa. ¿Causa de qué? Es el caso de los verdaderos viciosos sin remedio, de los empedernidos alcohólicos y demás. ¿Causa de qué?, me pregunto. Pues de una serie infinita de desvaríos. ¡Ni más ni menos! De un sin número de desvaríos. Se pierde el control, amigo Borneo, y se es llevado por el demonio mismo. ¡Ojo, ojo y más ojo! Pero tal no es el caso de Malvilla. El hombre tiene buena memoria y no la pierde; tiene una obsesión y es plenamente consciente de ella. Recitó sin equivocarse su diario y demás; habló de Alicia Bick. Malvilla bebe lo que ha de beber para..., para subsistir, amigo Borneo, para subsistir. Todo se aplaca con el tiempo, todo se aplaca. Créame usted que él no correrá nunca, jamás, la suerte del malogrado Justiniano Romeral.

Momentos después Desiderio Longotoma se transformaba. Fue a saludar a una mesa vecina; de ésta pasó a otra; y de ésta otra, a otra más. Yo lo abandoné. Vi, eso sí, sus manitos que se refregaban veloces, vi el zapateo de sus pies y vi, sobre todo, su rostro jovial que parecía multiplicarse por mil.

Marul y yo hemos tenido una noticia sensacional: la Santa Sede, nada menos que la Santa Sede, con el papa a la cabeza, ha lanzado su anatema sobre el Convento de los Jerónimos.

Inmediatamente ambos pensamos en Fray Canuto Que Todo Lo Sabe. Luego pensamos en Fray Benito del Crucifijo y en Fray Canela del Calvario. Luego recordamos al

tonante y severo Contraprior de los Jerónimos y recordamos también al Super-Prior. Por fin pensamos en el Arzobispo de San Agustín de Tango. ¿Qué partido iría a tomar? Era un hombre, el Arzobispo, que siempre había manifestado sus simpatías por el Convento y, muy especialmente, por el cúmulo de religiones que en él encontraban asilo. Pero estaba la Santa Sede y el papa, en persona, el papa...

Me encontraba yo en casa de Marul, en la avenida Ave María, cuando un telefonazo de doña Nora de Bizerta y Ofqui de Angol, le dio la noticia. Salimos de inmediato. Habríamos marchado unos cien metros por la avenida cuando nos encontramos con el cura de Putaendo. Lo detuvimos y charlamos con él. Nos dijo el cura, radiante de felicidad:

—¡Anatema, anatema! ¡Tenía que venir! Créanme ustedes que todos lo esperábamos y yo, al menos, me preguntaba por qué tardaba tanto en venir. Ahora, ¡por fin!, el Convento estará libre. Esta libertad se extenderá y nos alcanzará a todos nosotros, a todos los fieles amantes de la verdadera religión que allí se venera. Creen, allá en Roma, haberles dado un golpe. En realidad les dan la libertad y les dejan libres los brazos para ir a la confraternidad religiosa. ¡Bravo y bravo! Sea ello dicho en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

“Temíamos algo respecto al Arzobispo de San Agustín de Tango y al tonante Contraprior. ¡Nada, nada! Apenas supieron la feliz noticia se abrazaron emocionados. ¿Y Fray Canuto Que Todo Lo Sabe? Fray Canuto lo sabía desde antes, estoy cierto de ello. De ahí venía su serenidad esperanzada. Y Fray Canela... ¡Oh, Fray Canela! En fin, es aquello la gloria. Ahora yo, simple cura de Putaendo, escribiré a mi diócesis y escribiré a mi parroquia preguntándoles si se pliegan a no se pliegan a éste que es un soberbio movimiento. Si veo que se pliegan, regresaré de inmediato a Putaendo; si veo que no se pliegan, me quedaré aquí, en esta cien veces bendita ciudad. ¡Y frecuentaré a los fieles de otros credos, a todos ellos! Bendiciré a los adeptos de la capilla de la Acelaración Vital y bendiciré, asimismo, a vedantas y astrólogos y budistas y cabalistas y teósofos y esotéricos francmasones y templarios y albigenses y rosacruces y ¡a todos, todos! ¡Gloria, gloria! Así unidos marcharemos por la gracia de Dios. ¡Qué golpe se ha dado el papa sin darse cuenta! ¿No lo ven ustedes, no lo ven? ¡Ah, el papa, el papa! Es nuestro peor, peor enemigo porque es el gran mago negro. Sí, mago negro. Porque díganme ustedes, ¿qué es la magia negra? Muy sencillo: es reducir al tamaño de los bienes terrenales una idea que sobrepasa estos bienes y llega hasta el Cielo; una vez hecha esta reducción, dirigir su potencia a la esclavitud de los que la han aceptado. Tal ha sido la obra de la Iglesia, tal es lo que pontifica el pontífice, tal es lo que, desde los balcones del Vaticano, predica y predica con rostro humilde, con corazón lacerado. Ahora ello ha terminado. El primer grito de rebelión saldrá del Convento de los Jerónimos, ¡oh, sí, del Convento de los Jerónimos!

Y el cura de Putaendo se alejó veloz.

49

Seguimos, Marul y yo, a la Ulpif. Nos devoraban los deseos de oír noticias y comentarios sobre este anatema. Creíamos al mundo entero vibrando ante él.

Apenas cruzamos la puerta vimos a un grupo de jóvenes que hablaban animadamente.

Con cautela no acercamos a ellos. Discutían con pasión sobre las mejores marcas de cigarrillos... Seguimos.

Dos profesores se paseaban de aquí para allá, de allá para acá. Se detenían a veces y luego continuaban su paseo. Al pasar junto a ellos oímos que uno le decía al otro:

—Lo grave del caso es que el viejo, ¿sabe usted?, el suegro, es un fregado, un fregado, ni más ni menos. Entonces hay que...

Seguimos. Llegamos al gabinete del doctor Pitrufquén y en él entramos. Estaba con Jovino Panquehue. Por sus rostros vimos que algo les interesaba en alto grado. Inmediatamente me avalancé sobre el doctor y le dije:

—¿Saben ustedes la noticia? La Santa Sede, con el papa al frente, ha lanzado su anatema...

—Sí, sí —me respondió Pitrufquén— cosas de frailes, cosas que siempre ocurren. Agitarán un poco al principio y luego se amoldarán a las circunstancias. Tomen ustedes asiento y dígnanos su parecer sobre el caso de que tratábamos con Panquehue, el caso de Nemorino Limache, del complicadísimo Nemorino Limache.

Nos sentamos y escuchamos al doctor. Nos dijo éste:

—Limache —creo que usted lo conoce, Onofre— está ahora lleno, pletórico de tribulaciones. Naturalmente son tribulaciones de carácter amoroso—sexual. Sobre este asunto ha venido a consultarme y me ha agregado que yo, a mi vez, podría consultarlo con quien creyera necesario. No hay, pues, infidencias de ninguna especie en lo que les voy a relatar.

“Nemorino es casado. Su mujer no está mal. Podrían ser una pareja feliz, sobre todo podría serlo él. Pero el hombre quiere, a toda costa, encontrar en su compañera seis personas diferentes y tan prontas a aparecer como si se tratara de un juguete mecánico. Estas seis personas son: 1) la madre; 2) la hija; 3) la musa; 4) la tirana; 5) la esclava; 6) la secretaria. La madre debe cobijarlo; la hija debe seguir sus consejos; la musa debe caer en trance e inspirarlo; la tirana debe ser cruel en el sexo hasta lo indecible; la esclava debe, en el sexo también, ser sumisa como un faldero; la secretaria debe estar siempre pronta a trabajar en sus escritos. ¿Cómo poder unir a estas seis personas en una sola? Esto lo desea, lo implora Nemorino Limache que..., en fin, como mujeriego no es un as ni nada que se le asemeje.

“Pero ahí está su mujer, la buena y santa de doña Clotilde Antilhue. Es la única mujer que el bueno de Nemorino encontrará, porque Clotilde lo ama y esta siempre a su alrededor, siempre... equivocándose. Porque no es tan fácil pasar de la madre a la musa, de la tirana a la secretaria... Y nuevos y más cambios. Se lo dije, claro está. Entonces me respondió:

—¿Cómo yo puedo ir de un personaje a otro sin equivocarme jamás? Puedo ser, doctor Pitrufquén, y lo soy: ora el padre, ora el hijo, ora el poeta, ora el tirano, ora el esclavo, ora el secretario, ora el patrón, ora el inspirador. ¡Soy ocho personajes diferentes, doctor! En cambio, ¿qué pido? Solo seis personajes diferentes; nada más que seis le pido a doña Clotilde Antilhue, mi tan cara esposa. Pues ella responde ¡que no puede, que no puede ni puede...!

“Yo le contesté de cierta manera que me pareció bien, muy bien. ¿Qué le habrían contestado ustedes?

Marul se irguió sobre el asiento y, después de reír y reír, en tono serio le dijo al doctor:

—¿Ha visto usted una rueda? Claro está que tiene que haber visto muchas y muchas.

Entonces imagínese una con su circunferencia de un color determinado, y su centro y sus radios de otro color.

“Pues bien, en este centro o eje coloco yo a su amigo don Nemorino Limache. De ahí no lo muevo ni tiene para qué moverse. Puede ser la placidez personificada. De este centro salen y se alejan los radios de la rueda. Son rojos, de color de fuego como lo es ese centro donde él se halla. Son ocho estos radios. Van a la circunferencia que es de un tono frío, verdoso. ¿Ven ustedes la gran diferencia que existe entre estar en el eje del rojo con ocho radios a su disposición, a estar en el verde, en el frío verde, recibiendo órdenes y más órdenes? Don Nemorino Limache tiene un centro único que recoge, lanza, asimila, condiciona. Puede allí, en ese centro, concentrarse. En cambio el que está en el verde, digamos mejor, la que está en el verde, en vez de centro tiene órbita, se desplaza y no logra recogimiento alguno pues a todo momento tiene un camino que seguir, ya sea hacia adelante, ya sea hacia atrás. En esto de la órbita está la cuestión.

—¡Muy bien, muy bien, Marul! —exclamó Jovino Panquehue—. Es como nuestro sistema planetario, como la grandeza del Sol y la mísera condición de nosotros los pobres planetarios. ¡El Sol está al centro! Nosotros los planetas... ¡girar y girar!

Entonces el doctor Pitrufoquén dijo:

—Ha hablado usted, Marul, admirablemente. Ha sido lo que a Nemorino Limache le he dicho. Se diría una transmisión de pensamiento pues yo le hablé de una rueda, con su centro y radios, y de la circunferencia inestable que debe girar a todo momento. Apenas don Nemorino hubo partido, llegó Desiderio Longotoma. Le expliqué el caso. Longotoma no cabía en sí de alegría. Riendo como un chico me dijo:

—Doctor, debió usted haberle aconsejado a su gratisimo paciente que siguiera casado con doña Clotilde Antilhue, que tuviera una hija, que viviera con su madre, que se inspirara en Sófocles y Esquilo, que frecuentara a su suegra, que fuera a menudo a los prostíbulos y le pegara a su perro y que se pagara una secretaria.

“No me parece mal el consejo de Desiderio Longotoma.

“Por lo demás lo ha dicho usted, Jovino Panquehue, con extrema claridad: en el sistema solar siempre se gira en un mismo sentido y a igual distancia del centro salvo la pequeña diferencia causada por la forma elíptica de nuestra rotación. Por lo tanto hay una regularidad y un ritmo en este movimiento. Es decir, habría un aburrimiento sin esperanzas si no fuera que a la vez avanzamos a una velocidad de 19 a 20 kilómetros por segundo a la constelación de Hércules, o sea a una velocidad de 615 millones de kilómetros por año. Usted lo ha dicho, Jovino: ¡es nuestra única distracción sideral...! En el caso de Nemorino no existe este aburrimiento, no existiría si doña Clotilde, hastiándose en la incertidumbre, aceptara ser obediente al radio que obrara sobre ella. Pero, por desgracia, no es así. Es para ambos la terrible, la espantosa guerra de nervios.

Después de conversar sobre varias cosas indiferentes, Marul y yo nos despedimos del doctor y del astrónomo y nos marchamos. ¿A dónde ir? El asunto de la Santa Sede nos inquietaba siempre. Nos dirigimos, pues, al sitio en que él debería estar ardiendo, es decir al Convento de los Jerónimos.

A él llegamos. La iglesia estaba llena de gente. Lentamente avanzamos hasta quedar cerca del púlpito. En él hablaba Fray Canela del Calvario. Todo el mundo lo escuchaba con recogimiento.

Pero antes debo explicar cómo es este púlpito:

Se levanta sobre una columna de madera laboriosamente tallada que alarga a ambos lados dos maderos gruesos en forma de cruz. Éstos sostienen en sus extremos unas pequeñas plataformas sobre las cuales se hallan dos sillones cómodos. A ellos se llega por sendas escalas de cuerda. En el sillón de la derecha se encontraba el Arzobispo de San Agustín de Tango quien, supimos por nuestro vecino, había sido especialmente invitado a esta ceremonia; en el de la izquierda se encontraba el Contraprior de los Jerónimos.

Cuando nosotros llegamos, Fray Canela del Calvario decía su sermón a los fieles mientras el Arzobispo sonreía beatíficamente y el Contraprior lo animaba con los ojos y con gestos y hasta con exclamaciones:

—... Sí, hermanos míos, para marchar por la senda de la santa perfección, sed probos en todo; no os dejéis tentar por la nauseabunda gastronomía que ello es nefasto para la salud del cuerpo y, por ende, para la salud del alma; huid del vicio de las bebidas espirituosas que ellas corrompen vuestros intentos hacia la divinidad; no trasnochéis jamás que por las tinieblas de la noche cabalga el Maligno; levantaos con el toque de maitenes que con las primeras luces del astro rey sonríen los ángeles y arcángeles; no os quedéis en vuestros lechos que, después del reposo que Dios os ordena, se repleta este lecho de súbditos infernales que nada santo os desean; no desobedezcáis las órdenes de vuestros jefes y patronos que con el límpido sudor que derramáis por ellos ganaréis sitio a la diestra del Altísimo; no asistáis a espectáculos profanos que en ellos se habla por boca del demonio; no déis rienda suelta a vuestras carcajadas que si es verdad que en cada sonrisa reside un querubín, es verdad que cada estrepitosa risa va espoleada por el rabo de Belcebú; no améis con frenesí a los seres del sexo opuesto que en todo espasmo lujurioso hay una llama de castigo eterno; amad en cambio elevando vuestras mentes y vuestros corazones hacia el Sumo Hacedor pidiéndole con fervor que os otorgue un descendiente para seguir glorificando vuestra divina religión; no dejéis día alguno sin asistir al santo oficio y en él arrepentíos de vuestras faltas presentes, de vuestras faltas pasadas, de vuestras faltas futuras; arrepentíos de vuestros malos actos, de vuestras malas obras, de vuestras malas intenciones, de vuestros malos pensamientos, de vuestros malos pasos y de vuestros malos gestos; arrepentíos de todo, de lo hecho y no hecho, de lo apenas insinuado o por insinuarse, arrepentíos siempre y en todo lugar; secad, por Dios os lo pido, estas lágrimas que veis brotar de mis ojos, lágrimas que derramo de compasión por vosotros al ver que podéis vivir sin hacer el Norte de vuestras vidas a ese arrepentimiento perpetuo, perpetuo y perpetuo... Así Su Santidad que nada tiene que reprocharnos, verá el error que ha cometido al atacar y anatematizar estas palabras puras que aquí se elevan hacia Dios que las escucha desde los Cielos eternos.

Marul me tomó del brazo y me dijo al oído:

—Vámonos, Onofre, vámonos. Será siempre la misma historia. ¿Basta, acaso, una pequeña alusión al papa...? Vámonos.

Fuera de la iglesia prosiguió en tono confidente:

–Iremos a ver a un personaje que, de seguro, te va a interesar en alto grado. Está aquí, vive aquí en el Convento de los Jerónimos. Es Bárulo Tarata. ¿Has oído hablar de él?

–Jamás –le respondí–. Es la primera vez que oigo su nombre.

–Te interesará, te repito. Vamos enseguida.

Entramos por un zaguán que nos llevó a una azotea que daba entrada a un sotabanco. De aquí trepamos por una escalera angosta. Después de atravesar por varias salas y pasadizos nos encontramos frente a una pequeña puerta. Marul golpeó. Vino a abrirnos un hombre alto y erguido, de rostro afable. Nos presentó y pasamos a su habitación.

En un momento Marul le explicó nuestras andanzas desde que supimos el anatema de la Santa Sede y nuestra extrañeza ante la indiferencia que ella había causado en los diferentes círculos.

Bárulo Tarata la escuchó complaciente asegurándole que él había escuchado entero el sermón de Fray Canela del Calvario. Luego, como síntesis dijo:

–Hay que luchar en contra de esa gente o nos enferman a toda la ciudad.

Le pregunté de inmediato:

–¿Nos enferman de qué, señor Tarata?

Sonrió éste para decirme:

–De constipación.

Apareció en ese momento una mucama con un servicio de café. Tarata se apresuró en ofrecernos una taza. Después de beberlo se arrellanó en su asiento y nos dijo lo siguiente:

–No crean ustedes que la decisión del Vaticano les ha sido tan indiferente. Me refiero, naturalmente, a los que aquí están con los católicos. La buena amistad con el papa no está nunca para ellos de más. ¿Cómo acercarlo de nuevo? Dando la palabra al muy astuto de Fray Canela del Calvario. ¿Qué podrá decir el papa después de conocer su sermón? Tendrá que meditar en lo que ha hecho. Las palabras del fraile han sido las que Su Santidad añoraba. Es decir, ¡constipación! Porque Fray Canela del Calvario y sus gentes confunden perfección con constipación. ¿Confundirán de verdad? No lo creo. Les diré por qué razón:

Hacen expresamente de la senda hacia la perfección una senda hacia la constipación, hacia el más apretado estreñimiento. No hablo del organismo; hablo de la cabeza y del corazón. Si siguen estos ortodoxos como carcomas del espíritu, si siguen en el trabajo en que están empeñados, el estreñimiento de nuestros conciudadanos será tal que de la pique pasará al resto del organismo y propagará por doquier los vientres herméticos. Lo hacen expresamente, repito. Un humano constipado es de más fácil manejo que el humano que a diario se gratifica con una abundante evacuación.

Hablo aquí de espíritu, de cerebro, de corazón, de intestinos, de recto, de todo. Fray Canela del Calvario decía a sus fieles –¡con qué amenidad que hacía pensar en bondad!– que para marchar y avanzar por la senda de la santa perfección había que llegar a una sumisión completa de todo momento y en todo lugar.

Gastronomía, bebidas espirituosas, trasnochadas, levantadas con los maitenes, perezas en el lecho, obediencia a jefes y patronos, asistencia a espectáculos profanos, carcajadas y risas estrepitosas, amor al sexo opuesto, espasmos lujuriosos, descendientes para gloria de la religión, presencia en el santo oficio, arrepentimientos del pasado y del presente y del futuro, malos actos y malas obras y malas intenciones y pensamientos, arrepentimientos ante las insinuaciones todas... En fin, ¿qué sé? Es uno de los más lóbregos sermones que haya yo escuchado jamás.

Así hablaba Fray Canela del Calvario mientras lo aprobaba beatíficamente el Arzobispo de San Agustín de Tango y realizaba sus palabras con gestos el Contraprior de los Jerónimos. Los prosélitos picaban y caían cual mosquitos.

¡Vaya un exégeta el tal fraile! Me habría gustado que hubiese sido oído por el doctor Hualañé; créanme que lo habría rebatido apasionadamente; como si en los oyentes hubiese estado el doctor Evaristo Gultro, a falta de argumentos, habría subido al púlpito a insultar.

“Arrepentimiento y más arrepentimiento como Norte de la existencia...”.

Es decir, y traduzcamos con claridad: la nota negativa, jamás la positiva, a cuanto se hace, se piensa, se anhela, se columbra. En resumen uno debe decirse:

“Todo lo mío está mal; yo estoy mal; yo soy malo”.

Ahora bien, debe pensarse que, según los ortodoxos, todo lo malo se castiga con los tormentos eternos. Seré, pues, horrendamente castigado. De aquí, ¡terror! Si se quiere escapar de él aparecen, por todos lados, las trabazones en forma de demonios. Esto es: encadenar, frenar. ¡El terror!

Una humanidad aterrorizada se convierte fácilmente en una dócil manada de ovejas. A una manada así se la convierte a la esclavitud. A los esclavos sumisos se les conduce adonde uno quiere. Digamos en síntesis: se les constipa aquí en el gran templo de los Jerónimos, que representa a este mundo; se les promete evacuación allá en los altos Cielos.

Amigos, al salir del sermón me encontré, en los jardines del Convento, con doña Martina Vichuquén que eufórica venía bajo el embrujo de las palabras de Fray Canela del Calvario. La acompañé y juntos caminamos unas cuantas cuadras por al avenida del Evangelio. Le di, como es natural, mi parecer sobre el sermón. Doña Martina me rebatió empleando el mismo sistema de tuición, el mismo sistema deleznable en su monserga atolondrada. Es este sistema rebatir llevando al lado contrario hasta sus extremos límites. Me decía doña Martina:

—¡Cómo, señor don Bárulo Tarata! ¡Cómo! ¿Querría usted entonces que ese santo fraile hubiese exhortado a esa grey, que respetuosa lo escuchaba, a devorar pantagruélicamente hasta congestionarse y hasta indigestarse; y a beber hasta caer borrachos por las calles; y a vivir de noche y de día; y a roncar mientras afuera brilla nuestro Sol; y a desobedecer, sublevándose contra el trabajo, desobedecer a jefes y patronos; y a buscar los espectáculos denigrantes y pornográficos hasta la indecencia; y a encontrar en ellos la alegría desenfadada que se manifiesta en torpes y estruendosas carcajadas; y a amar como bestias en calor violando a vírgenes, corrompiendo a menores y aceptando, como natural y lógico, el incesto; y a nunca más venir a la santa misa y, si ella se viene, apedrear las imágenes y a escupir dentro del cáliz...? ¿Tal cosa espera usted don Bárulo, del santo Fray Canela del Calvario? ¡No, no, señor Tarata, usted no podía esperarlo pues bien sabía que tales conceptos jamás serían expresados por sus beatos labios! Quiere decir, ni más ni menos, que esos conceptos es usted quien los alberga en su cráneo de hombre ajeno a nuestra santísima iglesia. ¡Uf, uf, uf! ¡Parte el corazón ver hacia donde se encamina el mundo de hoy!

Esquina de la calle del Te Deum pretexté no recuerdo qué y me separé de la santa dama. Vine entonces a mi habitación y aquí estaba en espera..., en espera... Creo que de ustedes, mis buenos amigos, sí, de ustedes.

Marul le dijo:

—Siento, don Bárulo, que vuelvo a ser quien soy. Ello es gracias a sus palabras de usted. Fray Canela del Calvario me había trastornado, sobre todo cuando me di cuenta cómo lo escuchaba todo ese público que allí se había conglomerado.

Nos despedimos de Bárulo Tarata y volvimos a los jardines del Convento. Estábamos complacidos. Ahora, ¿qué hacer? Ambos pensamos simultáneamente: Lorenzo Angol. Tras él nos lanzamos.

51

Marchamos lentamente y sin hablar. Yo, poco a poco, fui cayendo en una verdadera meditación. Las ideas giraban en mí, se asentaban un tanto y luego volvían a emprender el vuelo.

¿Quién era Bárulo Tarata?

Era, sin duda, un hombre de otro credo. Lo sentía planear sobre las religiones del mundo, lo sentía teniendo una visión de conjunto sobre ellas, visión que eliminaba su forma baja, a la altura de las masas.

Esta sensación me la producía... ¿qué? No era únicamente lo dicho sobre Fray Canela del Calvario; esto podía haberlo dicho cualquiera que mirara una iglesia de fuera, que la mirara libremente. Era, más bien, su presencia serena, era lo que se adivinaba que había bajo sus frases. Luego era la calma. Al entrar en su habitación entrábamos en la quietud máxima; al salir de ella salíamos al mundo, a un mundo estrepitoso y desorganizado.

Además Tarata era un hombre sin edad. Parecía tenerlas todas ellas en sí. Su pasado se extendía por la humanidad hasta lejanías insospechadas; su porvenir también se extendía sin fin.

Bajo esta inmensa curva de vida yacían, agitándose lentamente, pugnando con esfuerzos por sobresalir un tanto, todos los conocimientos de los hombres, todos clasificados, todos en su sitio.

—Estamos en Fray Tomate —me despertó Marul.

—Es verdad —le respondí— que íbamos tras de Lorenzo Angol.

—Vamos a charlar con él de lo que venga y como sea.

—Vamos.

52

Fray Tomate, 2º piso, departamento de Lorenzo. Estaba tendido en un canapé, fumando. Estaba, según él, trabajando con toda intensidad. Terminaba su trabajo así es que nos recibió con su habitual gentileza. Ante mi sorpresa, la de no conciliar a un hombre tendido con el trabajo, me dijo:

—No tengo prisa. Trabajo desde siempre y seguiré trabajando para siempre. Conozco todas las euforias y todos los sinsabores del trabajo o he desechado la prisa. Me asalta esa idea de eternidad, me asalta y me ronda a todo momento. ¿Cómo voy a dejarme interrumpir por la pequeñita marcha de los calendarios?

Tenía razón Lorenzo. Nos sentamos ante su balcón abierto. Miraba, pues, una vez más ese panorama acostumbrado. Mi vista era llamada a todo instante por la casa de Baldome-

ro Lonquimay. Pensaba en el grande hombre y en sus hormigas, pensaba en doña Clea Purén.

Empezaba el crepúsculo. Luego Lorenzo nos preparó una comida ligera. De pronto nos dijo:

—Pensaba, como de costumbre, en Lumba Corintia. Pensaba en una tarde, poco antes de mi partida a Europa, en que le leí unas páginas mías. Ella me pidió mayor claridad, me pidió que le explicara exactamente lo que había querido decir. Se lo expliqué. Me dijo entonces:

—¿Por qué no lo escribiste como me lo has explicado?
Quedé atónito.

Es verdad. ¿Por qué no escribir de modo que se entienda lo que queremos decir? O sea, bajar de tono. Es el punto crucial: bajar el tono, llegar a escribir como se habla. Pero resulta difícil, difícilísimo, porque mis personajes no tienen un destino prefijado.

Escribo al unísono con sus vidas. En estas vidas nuestros deseos tienen un destino prefijado pero en la realidad este destino se pierde, se embrolla y el resultado es, a menudo, contrario al que se esperaba.

Hice yo un pacto con Rosendo Paine. Mis intenciones eran nítidas. Con estupor fui viendo que ese pacto fracasaba, hasta que, un día, fracasó.

Más que escribir un libro debiera escribir por qué lo escribo. Explicar su génesis. Llegar a escribir, a desentrañar estas fuerzas que nos impulsan a realizarlo. Pero... ¿cómo?

Escribo casi sin saber, escribo, diría, en estado de trance.

Le dije entonces:

—Si algo hubiera prefijado, ¡te lo habría dicho, Lumba Corintia!

Hice luego el parangón mío con Cicerón Haití; me acordé de sus ideas sobre la literatura. Cierta vez Haití me había dicho:

—Soy el arquitecto de mis libros. Antes de escribir, todo está ya en mi mente. No tengo más que copiar.

Pensé en mí lanzándome a las tinieblas. Pensé que voy “a lo que venga”. En realidad voy en busca de lo que ha de venir. Es una incógnita la que hay frente a mí y tras ella marcha. Pero es una incógnita sólida, una incógnita matemática.

“¡Sésamo ábrete!”.

Es mi frase. Rara vez logro que se abra. Porque yo no explico, yo no soy el poseedor de una clave mágica. Presento problemas, presento inquietudes. Creo que tal es el papel del escritor.

No es el de contar hechos sucedidos.

Su papel está en la nebulosa del porvenir.

¡Bajemos de tono! El arquitecto debe subir de tono.

Son nuestras posiciones: Haití sabe de antemano lo que tiene que decir; trabaja con peleles que él mismo ha fabricado. Yo voy por las tinieblas entre fantasmas.

¿No es acaso lógico que cuanto escriba necesite luego una explicación? Al explicarlo aumento mi trabajo.

Explico y escucho lo que ella dice. Lo que decía Lumba Corintia. Creía que esto era un detalle, nada más que un detalle. Ahora veo que era una base.

Tal vez me sorprendió escuchándola porque me dijo que era yo indeciso, que tenía miedo.

No, no tenía ni tengo miedo.

No se trataba ni se trata de una obediencia ciega, de una obediencia sin reflexión ni sensibilidad. Se trata únicamente de tener siempre los oídos alertas a toda palabra que se oiga. Se trata de cultivar esa fe en la mujer, en su contacto, y compararlo con lo que es espontáneo y puro.

¡Quién podría escucharla ahora!

Todo lo discutiríamos, todo iría luego a albergarse en la espina dorsal. Ustedes saben que así llamamos a lo que queda en silencio gestándose más allá de nuestra conciencia.

Luego lo comentaríamos. ¡Todo, todo!

Pero hay que bajar de tono.

Este es el momento de ángulo en mi obra y en mi vida.

Veamos si algo puedo explicar. Óiganme ustedes:

Ante todo, y claro está, que de lo ocurrido en mi vida y de lo visto y oído, tengo anotaciones por altos. Creo que todo lo he anotado. No tendría más que transcribirlas y habría un libro más, habría una serie de tipos con destino prefijado. A él obedecerían.

Pero un día toqué una misteriosa clave. Desde entonces los destinos se multiplicaron. Yo quedé detenido.

Tracé una línea, de izquierda a derecha. En el extremo derecho la bifurqué, la trifurqué en fin, la prolongué dividida en seis o siete partes.

Una de esas rayas es la que vemos. Una de ellas es la que llamamos el destino de cada ser. Pero todas son igualmente posibles.

Las confundí. Confundí lo que es el destino, confundí esa línea que es el destino con las que pudieron haberlo sido.

Pensé que los hombres, los hombres valerosos podían saltar de una línea a otra.

Sigo pensándolo y lo creo.

Hay quienes buscan vidas de alta actividad; hay quienes las buscan sin actividad alguna. Así se busca hasta que se encuentra la línea que se va a seguir.

A veces pienso:

¿No seremos todos, los rayos de los demás? O los demás, ¿no serán nuestros propios rayos?

Por esto creo que nada sé de mis personajes.

Hoy por hoy es la luz en el presente y en el pasado de ellos. Para el futuro, siempre un negro lleno de posibilidades. Para el futuro es la sorpresa, el estupor. Es "¡Sésamo, ábrete!"

He escrito la vida de mis personajes. Tal como las he escrito, así pasaron. Pero la posibilidad que hubo de que hubieran podido pasar de otro modo, es lo que me deja la sensación de no conocer el destino aunque ya haya sucedido, aunque se trate de un ser que vivió en otras épocas. El destino se teje fuera, fuera y a pesar mío y a pesar de todos.

Recuerden ustedes mi creencia en el favorable resultado del Pacto con Rosendo Paine. Luego recuerden la borrosa visión que tuve de un Tercer Personaje que haría fracasar cuanto intentara. ¿Qué medios empleó para llevar todo al fracaso? No lo sé. Tal vez un día lo sabré, tal vez lo sepa de un instante a otro. Pero, no olviden: como lo he escrito, así han sido las vidas de mis personajes.

Viene ahora la terrible pregunta. Si tengo suerte encontraré su respuesta. Óiganme bien:

Las cosas pasan de una manera, de una manera única, como una línea recta, como la línea de mi clave. No hay más ni puede haber más. Pues bien, pienso yo que cada uno de

los puntos que forman esta línea ha sido, un momento, como un abanico, se ha dividido en una serie de puntos que cada cual indicaba una prolongación.

¡Uno de los rayos sucedió!

¡Los otros no sucedieron!

Entonces me poso en la terrible pregunta:

¿Y si todos han sucedido y suceden y es únicamente que no los vemos...?

¡Oh, amigos! Algo me dice cuál es la respuesta:

¡¡Todos suceden!!

Tengo conciencia de uno solo; en él está Jenara Linares, en él brilla Lumba Corintia. Rosendo tiene conciencia de uno solo: Nicole y también Catalina; un amor..., en fin, ya lo sabrán ustedes. Así está la conciencia de todos, de Baldomero, de Desiderio, de Rubén, ¡que sé yo! De todos. Así viven, así irán a sus tumbas. Y mis personajes...

Mis personajes tienen, a su vez, un destino que se impone a la pluma. No se hace con ellos lo que se quiera.

Los personajes son las líneas que se han bifurcado.

Ellos son la primera conciencia de lo que pudo haber sido plenamente consciente. La primera conciencia que se desarrolla fuera de nosotros pero que vive tanto como nosotros.

Todos ellos—Rosendo, Baldomero, Desiderio, Rubén, Valdepinos, tú, usted Marul...—, todos vivimos una doble, una triple, una cuádruple vida en... otras regiones de las cuales vemos vislumbres a través de nuestros personajes.

Los éxtasis, las iluminaciones, ¿no son, acaso, percepciones fugaces de los infinitos rayos que todos vamos simultáneamente viviendo?

Creo que sí.

¡Sí!

Nuestra vida no es sólo ésta que vemos. Vivimos muchas vidas a la vez.

Cuando ustedes llegaron recordaba un hecho de aquí, de San Agustín de Tango. Hará de ello unos dos meses o cosa así. Fue paseándome en el Zoo de San Andrés. Allí vi, con estupor, que en otros planos también había sucedido y seguía sucediendo esta misteriosa coincidencia de vidas en una sola persona. Mi ideal, desde entonces, fue el de separarme cuanto pudiera de esta vida, de esta en que se me llama Lorenzo Angol y que ustedes conocen. Separarme de ella e irme acercando a las otras.

Luego pensé:

Con todas estas vidas viviría en armonía perfecta. Un ritmo profundo las envolvería. Vi entonces que cuando así sucede, cuando las figuras de las vidas coinciden, cuando esta coincidencia se encarna en grande, cuando pasa más allá de un caso personal y abarca a una ciudad, a un país, a la humanidad entera; entonces se producen los momentos que la historia registra como épocas de florecimiento.

Veo ahora que tal es el leitmotiv de mi obra, ojalá de mi existencia misma: alcanzar la vida de los rayos, hacer algo tangible de lo que figura como vaga marcha conductora.

Ya los rayos hechos carne..., entonces ver cuáles son los míos, cuáles son los de otros. Y ver de quién son.

Tal vez así podría descubrir el fantasma literario.

¡Oh, el terrible fantasma literario!

No, no podemos escribir libremente. El fantasma nos observa y, al primer descuido nuestro, nos ataca.

¿Cómo?

Nos pone frente a nosotros el público prefijado.

¡Hay que ver cómo ronda y ronda a nuestro alrededor este público! ¡Cómo nos exige desde la forma hasta el fondo!

Pone fin a la espontaneidad.

Porque hemos nacido y siempre hemos respirado en medio de *Conos de Imbecilidad*.

¿Recuerdan ustedes el sueño de Rosendo? Así hemos nacido y así vivimos.

¡Cuánto pesa la educación y cuánto pesa lo genial!

No quiero nada de eso. Quiero llegar a la contemplación. Tal es mi finalidad. Llegar a un mayor conocimiento, siempre mayor pero con la realidad al lado. Por eso recurrí a Rosendo. Rosendo era un recurso que debería estar siempre a mi lado. Al fondo veía otras figuras. Había una que era mi justificación moral: Vivekananda. Había más figuras.

Entonces me veía en la Bóveda, de noche, solo, a la luz de tres velas. El silencio en todas partes.

En medio de este silencio brilla el segundo de Baldomero Lonquimay. Ante su pequeña luz vacilante retroceden los señores de Do y de Re. Ante su pequeña luz vacilante se agiganta el *Pequeño Problema*. Y se agigantan también otras y otras escenas.

El fantasma del público prefijado las vigila.

Porque he sido llamado a alejarme de ese fantasma. He sido llamado mil veces.

¡Ah, no, no! ¡La vida ha de seguir, la vida es la de todos! ¿Vas a detenerte en pequeñas escenas de cada instante? Sin embargo en ellas estaba el llamado. Diría, la clave. Pero son escenas tan ínfimas; tienen otro objetivo.

¡No, no lo tienen!

Son los llamados para los que tienen oídos.

Van envueltos, estos llamados, por una honda voluptuosidad. Nos cogen y muestran otro modo de vivir.

En todas partes están.

Con mis padres y con amigos asistí una noche, siendo yo un niño, al Gran Teatro Musical. En el cartel: *Baile de Máscaras*, de Verdi.

Pasó el espectáculo. Vinieron algunos comentarios. Después se habló de otras cosas. No se pensó más en él.

Sin embargo... Había sido un llamado.

No sé si ustedes han visto esa ópera de Verdi. En el 11 acto, en la guarida de la vieja, fui llamado. Oí un llamado inmenso. Creí que el público entero obedecía a él. ¡Allí estaba, allí estaba el templo alquimista!

Como les digo: algunos comentarios, mayor número de comentarios sobre los asistentes y... nada más.

A mí —tengo que eliminar a los demás—, a mí se me había llamado mostrándome la posibilidad de llevar en mí mismo el universo entero y la de no necesitar más.

¡Era en mí donde el universo radicaba!

En esa noche tiene que haberse implantado en mí la idea de mi Bóveda y la idea de...

Rosendo Paine tiene que haberme aparecido. Aparecía como un agente, como un servidor.

¿Útil?

No lo creo.

¡Era el miedo el que me aparecía, el miedo que me acechaba! ¡El miedo a una reclusión demasiado severa! ¡Dejemos una puerta de escape!

Ahora me pregunto:

¿Una puerta que lleva hacia dónde? No, no hay puerta alguna. Es no atreverse a lanzarse al agua, es quedar siempre a la orilla; no es una puerta. Es el miedo de cambiar de vida.

¿Por qué este miedo en mí?

Porque es el miedo de gozar, es, sencillamente, el miedo a dar vuelo a los instintos de placer máximo, sólo que encontrándolos en el sentido de la intensidad de vivir.

Primaba este miedo, primaba la cobardía.

Primaba el terror de ir a enclaustrarme en la Bóveda. Como, por otro lado, primaba el terror de ir a lanzarme a la vida mundana.

No olviden que aquello de los señores de Re y de Do era sólo un compendio de mil humillaciones imaginarias que iría a sufrir. ¿Serían imaginarias?

Rosendo Paine venía a ser un hombre que soportara el castigo. Él iría a la vida de las humillaciones. Yo quedaría incólume, sereno.

No me bastó la resonancia de todo el sufrir humano.

Necesitaba un cuerpo.

Acaso necesitaba una sangre que poder, un día, chupar. ¡Para mi provecho!

Como todo el que acumula que no puede hacerlo sino con desmedro de otros.

En fin, no sé, no sé.

Dirán ustedes que todo esto es ficción mía.

¡Quién sabe!

¿Y si cuanto llamamos ficción fuera de verdad la realidad?

Tal vez un día logre saberlo.

Así nos habló Lorenzo Angol. Después de oírlo nos retiramos. Acompañé en silencio a Marul hasta su casa en la avenida Ave María. Junto con despedirse me dijo:

—Ya hablaremos sobre lo que hemos oído esta noche.

Volví lentamente, pensando.

53

—Amigo Borneo, vengo de la región despavorida —exclamó con potente voz Baldomero Lonquimay al cruzar el umbral de mi puerta.

—Tome usted asiento —le dije.

—No me sentaré —contestó—. Un hombre que ha estado mezclado en semejantes despavorimientos debe quedar el mayor tiempo posible, sin despavorizarse, de pie y sereno, sumergido y compartiendo el despavorizante espectáculo que le fue otorgado contemplar.

—¿De qué se trata? —le pregunté.

Lonquimay tosió tres veces consecutivas como un nuevo ritual para los casos tales. Luego me comunicó:

—Conocéis Taulemo, ¡oh, mancebo! Mas no habéis perforado más allá, más hacia el Norte. Perforad. Aunque nada ganaréis con tal perforación. Llegaréis a Itoquito, el villorrio calmo entre los calmos. Todo allí es calmo. Ellos, ellas, los vástagos, los canes, los vacunos, las cabalgaduras, todo. ¿A qué se debe tanta calma? Respuesta:

“El viento allí se ignora.

“No hay memoria de humano que tenga en ella grabada la imagen del de Cupido vendaval. ¡No la hay! Esto, desde los tiempos remotos entre los remotísimos: esto sobrepasa en lejanía temporal a las andanzas de don Melquiades de Tango y Guadalupe y de don Prisciliano Badajoz de Tango.

“Porque el viento allí se ignora. ¡Por Venus y Arión, se ignora!

“Ahora debéis saber que viento en la atmósfera e inquietud en la mente son cuasi sinónimos. A mayor viento corresponde mayor inquietud. Suprimid el viento y es la calma. En Itoquito no hay viento. Todo allí es calmo.

“Este calmo me llevó a él. Necesito paz.

“¡Paz, paz! Todo era paz.

“Hasta el día de anteayer. El día de anteayer rugió el vendaval... para los habitantes de Itoquito. Sopló una brisa para mí. Porque yo soy bípedo que costumbre tiene a las iras báquicas del dios de las estelares y atmosféricas perturbaciones.

“Tengo mi capa española, mi hispánica capa que de ellas todas me defiende.

“Sopló la brisa en Itoquito y los habitantes se despavorizaron. Yo, envuelto en ocho vueltas de la hispánica, los contemplé. Los contemplé enloquecidos ante aquel vientecillo o ventichelo.

“Los árboles, como movidos por la mano de Ganimedes, se inclinaron. ¡Pavor! Las aguas, como removidas por el soplido de Pandora, se encrespaban. ¡Pavor! El polvo, como impelido por la pujanza de Ceres, se alzó y se puso en movimiento. ¡Pavor!

“Pero un cancerbero de testa única... no se movió. Los grandes milagros de la palingenesis obraban en él. No se movió. El populacho enloquizante, acometido por su despavorimiento, lo linchó. Y el vientecillo o ventichelo se calmó. El pueblo cayó de hinojos. Oró.

“¿Causas del linchamiento del cerbero? Su insensibilidad ante las demoníacas furias de nuestra madre natura. Su insensibilidad ante la penetración del agnosticismo. Fue considerado, por aquella turbamulta, pragmático en demasía. ¡Esquilmesele! ¡Escíndasele!

“Yo reduje las ocho vueltas de mi hispánico capuz. Quedé con sólo dos. Y me marché. Solo, único, caminé.

“Llegué.

“Aquí estoy, ¡oh, mancebo! Ahora, solo, único, me marcharé. La sopa de langostinos, por intermedio de doña Clea Purén, me llama, me requiere.

“¡Adios!

Baldomero Lonquimay se alejó a grandes zancadas.

54

Marul y yo hemos sido invitados a almorzar en casa del doctor Hualañé en compañía del doctor Pitrufrquén. Llegamos, pues, a la calle del Escapulario.

Nos hablaron mucho; estaban en un día locuaz. Nos llevaron al Manicomio del Eclesiástico donde vimos locos, semilocos, locos de atar y ¡qué sé yo! Todo ello ilustrado, amenizado con sus charlas y explicaciones que no cesaban jamás. Trataré de recordar, de la mejor manera que me sea posible, sus labias inagotables.

—Para toda enfermedad —nos dijo el doctor Hualañé— hay y ha habido siempre un

remedio eficaz. Lo que en otros tiempos sucedía era que los remedios tenían un efecto más nocivo que la enfermedad misma. La medicina consiste, pues, en encontrar el remedio que sea la contraparte de cada enfermedad.

¡Ah, porque la naturaleza no hace ni nada puede hacer sin su exacta y precisa contraparte! Después hay que depurar y filtrar el remedio. Hasta que quede puro. ¡Ah, porque la naturaleza no nos ofrecerá nunca nada puro!

¿Por qué, por qué nada puro? Pensémoslo bien:

Sencillamente porque, si no se procedía así, el hombre nada tendría que hacer sobre la Tierra y sería, entonces, el aburrimiento ilimitado.

Ahora bien, todo remedio, sea el que sea, deja una huella más o menos nociva. Nunca es ella saludable.

Se trata, pues, de medir y comparar lo nocivo de la enfermedad en relación con lo nocivo del remedio.

Cuando lo nocivo del medicamento es menor que lo nocivo de la enfermedad, ni para qué decirlo, los de mi escuela atacamos y obtenemos buenos resultados. Cuando su nocividad es mayor, los resultados son nefastos. Cuando es igual... Bien, en estos casos dejamos que los pacientes escojan. Se ha verificado que la selección es igual al 50%.

Inmediatamente después de la selección hago en estos pacientes grandes campeonatos: de ajedrez, de damas, de dominó y demás. A veces, hasta de box.

Para medir el grado de nocividad de una enfermedad y la de un remedio... ¡ahl, necesito de muchas máquinas, de microscopios, de balanzas, de condensadores, de solidificantes, de petrificadores, de reblandecedores, en fin, de muchas, muchas.

Al pasar, mejor dicho, al haber pasado enfermedad y medicamento por estas máquinas, se llega a una conclusión:

La conclusión del momento justo.

Porque las enfermedades están lejos, se acercan, vienen, coinciden con el cuerpo, en él se implantan, luego se van, pasan, se alejan y el cuerpo sana o sucumbe en este paso.

Viene una enfermedad y se le ataca con dosis exacta para otro momento. Resultado: nulo o nocivo.

He aquí mi especialidad: encontrar, como les digo, el momento justo de remedio y enfermedad. Así, con una cibalgina, nada más que con una cibalgina, sané, cierta vez, un cáncer avanzado.

¿De qué se trata entonces, cuando se logra encontrar el momento justo?

¡Ah, mis amigos! Se trata de aumentar el radio de acción del medicamento. ¡Como en los aviones, ni más ni menos, como en los aviones! ¡Encontrar esta coincidencia en el tiempo y prolongarla, prolongarla! En esto consisten las cualidades terapéuticas: en seguir las coincidencias, en diferentes planos y etapas, tal cual el perro zorrero sigue las huellas de su presa...

Ahora, a parte de mis máquinas que obran sobre el medicamento, ¿qué debo examinar? Debo examinar a mi paciente en lo que a él le gusta o en lo que a él le disgusta. En todo ello, amigos míos, en todo ello. Con mirada de águila veo las cosas y los seres que él ama o que él odia. Examino, muy especialmente, a la mujer que mi paciente ama con frenesí o que le es indiferente o que ya ha olvidado. ¡Muy importante este punto! Por eso es que apenas visito a un enfermo salgo escapando a examinar fuera, fuera, a examinar los sitios que frecuenta y los seres con quienes se mezcla.

¡Ah, si los hombres pudieran vivir en el centro, cada cual en su actividad sin moverse

de ella! Nos evitaríamos así mil neurosis y con ella miles de males que vienen en pos. Me decía, el otro día, mi distinguido colega el doctor Pitrufluén, que es increíble el número de gente perturbada, que se halla fuera de foco, por salirse de su radio de acción, de su "carameler", como sé que dicen entre ustedes.

Conócete a ti mismo; la frase de Platón, es una frase de incalculable alcance.

Pitrufluén conoce a un joven músico, un joven sensitivo como ninguno que avanzaba paso a paso por la senda que ante él se abría. Lo volvió a ver. Era ahora el hombre un político, un internacionalista, un revolucionario! Hacía triste figura. Los que han nacido para políticos internacionalistas y además revolucionarios pasaban sobre él a inmensa distancia. Cuando se enfrentaban con este tema, cogíanlo y explicábanlo en un minuto. Nuestro músico tardaba no menos de media hora o de una hora para la misma labor... Cuando después de esto quería volver a su música sensitiva... estaba fatigado, estaba vacío y, sencillamente, no lo podía.

Pero caminemos un poco, amigos. Recorramos con ojos de profesionales esta noble ciudad. Algo veremos, algo veremos, créanmelo ustedes.

Veán, desde luego, ese anuncio allí en el cine: *Hamlet*, de Laurence Olivier. ¿No les dice nada? Pues a mí me dice mucho. Porque tiene ese film —que, por lo demás encuentro perfecto— una pequeña mancha más o menos en la mitad. Me refiero a ese cortesano que se cae escaleras abajo. No es nada, casi nada. Sin embargo... Es aquello como una lámina de cristal, pura y límpida, pero con un punto, un puntito, sucio. ¿Vale la pena limpiar esta lámina? No, no tiene importancia. Sin embargo...

Molesta esta suciedad. Desde antes uno la está esperando. Después, alivio, se respira, pero se sigue el film con un estado de ánimo alborotado que no es el conveniente. No es un estado de pureza, de la pureza de serenidad que se necesitaría para juzgar con justeza y profundidad. Es como si en un concierto una vieja estornudara, como si siempre tuviera que estornudar en el mismo pasaje. Créanme, amigos, que se acaba todo.

Así, el cortesano del film y la vieja del concierto, que son en sí insignificantes, llegan a ser un foco del total, un foco que abarca, que inunda y termina por aniquilar.

Igual cosa ocurre con las enfermedades, con algunas enfermedades. Un punto, un puntito malo en sí llevadero e inexistente en un hombre mediocre; pero en un hombre superior, en un hombre que quiere poner el total en marcha... ese puntito inunda y es ¡fatal!

Ahora pienso en nuestro querido Teodoro Yumbel. ¡Qué joven tan tímido! Hay que verlo ante los demás grupos de gentes, ante los políticos, ante los comerciantes, ante los actores y, ¡para qué decir!, ante las cortesanas. Se confunde Teodoro, no sabe qué hacer.

—Díganos usted, doctor Pitrufluén, cómo intentó sanarlo de este complejo.

El doctor Pitrufluén nos miró un rato luego nos dijo con voz calmada:

—Pues sencillamente le hice la siguiente observación: "¿No se da cuenta, Yumbel, de que toda esa gente dice exactamente lo mismo que usted dice de ellos, es decir, que son ajenos, que son distantes, que son raros? Es usted, por lo tanto, una fiera entre las fieras... visto desde este lado; pero visto desde otro lado, que es el que usted ve, es usted bueno, buenísimo. ¿No podría usted verlos a ellos de igual modo?"

Ahí venía nuestro amigo Lorenzo Angol. Traía unas páginas en mano que leía meditando. Luego nos las leyó. Decían así:

Hoy por la mañana hemos fondeado en Iquique. ¡Oh, poder de la imaginación! Porque sin mayor esfuerzo me imaginé que nuestro barco fuera uno de guerra y que bombardeara la ciudad. Vi los obuses volar, los vi caer y estallar.

Después de efectuado el bombardeo fui a tierra. Soy un testigo ocular y raciocinio filosóficamente llegando a explicar y a deducir:

En el ancho paseo que se alarga junto al mar, cuando el numeroso público que allí se agolpaba sufrió el efecto de las primeras granadas, prodújose algo francamente interesante: dividióse dicho público en dos grupos psicológicamente diferentes. Medio grupo huyó desahogado hacia el interior de la ciudad para protegerse tras los muros de los edificios; el otro medio grupo se echó por tierra ahí mismo, agazapándose tras los parapetos del paseo. Entonces pude observar lo siguiente:

Los obuses matan a los que huyeron y libran a los que se quedaron:

¡Ah, señores! Los que fueron tranquilos y serenos, los que confiaron en el sitio en que se hallaban, escaparon de la muerte. En cambio, los que pensaron —¡cosa tan común!— que la salvación debería hallarse donde no se está, perecieron, sí, señores...

Los obuses matan a los que se quedaron y libran a los que huyeron:

¡Ah, señores! Los que fueron vivos y alertas y no titubearon en afrontar otras posiciones, escaparon de la muerte. En cambio, los que pensaron —¡cosa tan común!— que la salvación debería hallarse donde siempre uno está, perecieron, sí, señores...

Que esta experiencia os sirva de ejemplo para toda la vida. No olvidéis que, sean cuales sean las circunstancias, debéis...

(Sáquese la moraleja de este lado).

(Sáquese la moraleja de este lado).

Obsequio esta información a los psicólogos profesionales.

Luego Lorenzo, frente a una mesa, nos dijo:

—Tengo aquí un dibujo que quiero que ustedes vean. Es, mis amigos, un dibujo que guarda cierta relación con la psicología.

Nos lo mostró. Era, simplemente, una elipse que en su parte inferior tenía una serie de puntos o patas agudas que se terminaban por sendos gruesos círculos. Sobre la elipse Lorenzo había escrito: "Subconsciencia única y general"; al lado superior de cada punta: "Suconsciencia individual"; indicando estas puntas: "Los individuos"; e indicando los círculos: "Las cosas". Luego nos explicó:

—Cuando este dibujo sea, más que comprendido, sentido intensamente entonces y sólo entonces todas las ciencias que tratan de la psicología de los hombres abrirán un tubo de comunicación hacia las psicología de las cosas y abrirán los brazos hacia el cielo de las ciencias herméticas donde serán totalmente recibidas. Entonces y sólo entonces el dibujo no será ovalado ni tendrá esas como múltiples patitas sino que será un círculo perfecto de todos los colores, es decir, será blanco.

Hoy he hecho este dibujo. Hasta ayer seguía en mí un sentimiento de profunda melancolía, una añoranza de playas lejanas que ya no existen. Pero, al mismo tiempo, por la espina dorsal me golpeaban y me penetraban todas las fuerzas vitales del universo que, sin encontrar acogida en mi corazón ni en el cerebro, ya que los cielos se cierran aún a las ciencias humanas, se precipitaron a mi sexo. Ya allí... ¡que salgan! Devolverlas por la no acogida que sufrieron. Después me dije:

—Esto ha sido un suicidio; no; ha sido un asesinato.

Busqué entonces un espejo. Lo busqué instintivamente. Recordé que ella, que Lumba Corintia, me había dicho cierta vez:

—Sé lo que es el narciso. El día en que el narciso transforme su imagen del espejo en una mujer, será el amor.

Entonces el sentimiento de melancolía se ahondó. Me hizo sentir como si me hablasen de épocas remotas. Una voz sonaba monótona en esto: "Alguien ha muerto". A través de ellas esas épocas me tomaban. Eran épocas mías, sí, pero más lejos de los hombres, allá en los monos cavernosos anteriores a los hombres y a los monos. Sentía una nostalgia, sentía un vacío. En alguna parte tenía que haber una comunicación con ese vacío dentro. Todo ello era una placidez triste que quiere desatarse.

En cuanto he escrito tales sentimientos afloran, lo enrollan todo como serpientes. Sin embargo más de un crítico me ha llamado "humorista". Si a los críticos yo les escribo desnudamente los martirios que un ser experimenta ante el temor de morir y de dejar tras de sí lo inconcluso, lo que pudo haber hecho y no hizo, si les escribo su terror a los remordimientos que se avecinan, dirán que eso es tragicismo. Eso he escrito pero ocurriendo de otro modo. He escrito *Maldito Gato*. Todo allí ocurre pero... frente a un gato y, sobre todo, a una pulga. Entonces la tragedia se les escapa porque está un paso más allá de lo que se escribe.

Me acuerdo ahora de lo que, en mis viajes, me contó un amigo tunisiano, Abdul: si a ciertos negros primitivos del Africa se les dibuja un pez y se les pregunta qué representa el dibujo, responderán: "Un pez". Luego este pez se rodea con una línea, a manera de marco, y se les vuelve a preguntar qué representa el dibujo. Responderán: "No lo sé". Este marco los confunde a tal extremo que dejan de ver el pez.

Pero en fin, lo importante y lo que me preocupa es pensar en cómo dormí yo anoche. Traté de dormirme de espaldas, medio a medio de la cama, pero apenas el sueño empezaba a invadirme me cogía una tos brusca que me volvía a una vigilia casi incompleta. Entonces me eché sobre un costado. Pasé la noche entera volteándome del costado derecho al costado izquierdo de la cama y viceversa. Al ir de un lado al otro era altamente grato el sentimiento experimentado; pero luego se iba haciendo penoso. Se hacía penoso porque ya iba siendo necesario ir al lado anterior.

Ese lado era Lumba Corintia. No digo que en ese lado ella estuviera; no. Era Lumba Corintia. Mejor sería decir que allí yo era Lumba Corintia.

Del otro lado era yo solo, era la vuelta a mí.

Seguimos. Lorenzo se separó. Al atravesar la calle de los Cartujos nos cruzó un coche a gran velocidad. El doctor Hualañé se escapó apenas. Del coche un muchacho gritó o más bien dicho habló. Por la velocidad del auto sólo oí, pero fuerte y diría de manera metálica, dos vocales con una consonante que se pierda entre ambas y que indicaré con una "h": "¡Ahe!".

Esto me interesó especialmente. Tuve la imagen de una enorme cantidad de pájaros que se desbandaban en abanico. Un ala de un pájaro, una sola, me golpea al pasar los... oídos. Sin embargo la idea me vino poniendo "los ojos".

—Doctor —le dije a Hualañé—, ¿por qué ese "ahe" me ha golpeado en los ojos más que en los oídos?

El doctor me respondió:

—Es una reminiscencia de un sueño antiguo, un sueño que usted tuvo y que luego escribió. Soñaba estar en una iglesia y, de pronto, aparece una paloma que vuela y vuela y usted teme que con las alas le estropee los ojos. Nada se olvida, amigo Borneo, todo está, todo yace en nuestro cerebro. Este "ahe" quedará también. "¡Ahe!"...

¡Pobre muchacho al creer que hablaba, que decía algo conexo, largo, con punta y cola, retirándose de él por espacio y tiempo y siempre entero y construido! ¡Pobre muchacho si viera lo que es su hablar visto y oído desde otro punto! Que es otro punto ir como nosotros tres a pasos lentos por las calles y un auto que corre veloz con ocupantes convencidos de la hermosura que es correr y correr...

Baldomero Lonquimay...

Meditaba mirando el cielo. Apenas nos vio abrió su capa y con voz de trueno nos dijo:

—Pienso, ¡oh, preclaros habitantes de esta Tierra!, en las gotas de agua del océano. Pienso en las misérrimas gotas que tocan las playas como la playa de Pompita, y allí resbalan por las arenas o, al lado, se azotan contra arrecifes. ¡Mil veces misérrimas gotas! La cosa, la inmensa cosa, o la clave, la inmensa clave, para ellas se encuentra lejos, lejos, lejos... Se encuentra pasado lontananza. Se encuentra en medio, en el opúsculo, de los formidables océanos. Y en éstos, mientras más hondo... ¡mejor! Allí está el nucléolo de esas existencias mil veces magníficas. Mas mi pensamiento vuelve a las gotas de las playas. Poseen, a veces, ligerísimas y verdosas alegrías. Es cuando forman parte de una ola esplendorosa. ¡Oh, esplendor! No; niego tal esplendor. Porque en los libres aires son acogidas por aun más verdoso terror: el de caer demasiado en tierra. Entonces las misérrimas, añorando los opúsculos, han de compartir sus vidas con las torpes jovencuelas que se laberintean por esas playas escuálidas. ¡Oh, miseria negra cual carbón!

El Manicomio de San Agustín de Tango es un inmenso edificio. Ocupa toda una manzana. La entrada principal está en la calle del Incienso; está rodeado por las calles de la Excomunión, por la de los Camerlengos y la del Fuego Eterno. Al cruzar su umbral en compañía de los doctores Hualañe y Pitrufquén fuimos amablemente saludados por los guardias.

Pasamos a una oficina grande y severa que, comprendí, pertenecía al doctor Pitrufquén. Allí tomamos asiento. El doctor Hualañe nos dijo entonces:

—Amigos, vamos a visitar los patios de los colarvantes o larvados. ¿Les extrañan a ustedes estos nombres? Las larvas son entidades de otro plano, invisibles a nuestro ojos físicos, que, de pronto, comparten su existencia con los hombres. A estos hombres los llamamos colarvantes o larvados. Les daré, sobre esta materia, una pequeña explicación basada en la gran autoridad sobre esta materia, el insigne Stanislas de Guaita, uno de los autores preferido de nuestro amigo Lorenzo Angol.

“De Guaita divide a los larvados en cuatro categorías:

1ª El ocultista logra expulsar al enemigo y toma el sitio de asalto; es la salud. 2ª Después de haber desalojado al instrumento, la fatiga de esta lucha le agota las fuerzas para reintegrar el cuerpo; es la muerte. 3ª O bien penetra sin haber podido expulsar al fantasma; debe resolverse a vivir en participación con él; es la locura, la monomanía, la posesión. 4ª La larva queda dueña del campo de batalla; va, por lo tanto, a vegetar en su cuerpo y es el idiotismo.

“Nosotros, mejor dicho el doctor Pitrufquén, debidamente ayudado por sus colegas, ha dividido a los larvados, para la práctica, en tres categorías. Veamos, doctor, explíqueles usted a estos dignos oidores.

Pitrufquén, entonces, nos dijo:

—Los hemos dividido según la avenencia o desavenencia que los pacientes guardan con sus larvas. Esto nos ha llevado a tres importantes divisiones: 1ª Los que con ellas se avienen; son locos alegres, felices. 2ª Los equilibrados con ellas; son locos idiotas. 3ª Los

que se rebelan contra ellas; son locos furiosos que necesitan, a cada momento, el uso de la camisola.

“Y ahora viene algo fantástico que es mejor que lo vean ustedes en vez de explicarlo.

Empezamos nuestra visita. Nos guiaba el doctor Pitrufluén y, tras sus pasos, pasamos por patios y más patios oyendo sus explicaciones, interrogando a algunos pacientes y haciendo toda clase de observaciones.

Una cosa llamó de inmediato la atención de Marul: la locura, aun en sus más agudos aspectos, respetaba nuestra calidad sexual; la locura en los hombres, en general, era diferente a la de las mujeres en general. Creía ella, como yo, por lo demás, que la locura nivelaría a todo el mundo en su reino, aun creía que impondría una similitud para abrir las puertas de este reino. Pues bien, era justamente lo contrario. Aquí se diferenciaban ambos sexos, se bifurcaban y un abismo, mayor que el existente por las calles, los separaba al parecer sin esperanzas.

Los hombres eran agitados o serenos, expansivos o profundos y meditativos; todos ellos dejaban la impresión de que algo en la mente se les había introducido.

Marul dijo:

—Cada uno de estos hombres tiene dentro un bicharraco de otro mundo, de otro plano, a veces pienso que de otro planeta...

El doctor Pitrufluén asintió. Se limitó a observarnos:

—No olviden ustedes que estamos entre los larvados.

En verdad allí estaban todos, todos bajo el signo del bicharraco mental, los unos atónitos ante su presencia, los otros divertidísimos de tal compañía, éstos haciendo inauditos esfuerzos por descifrar el mensaje que les parecía traer, aquéllos indignados y hasta coléricos por haberse filtrado un semejante bicharraco a ese terreno que con justa razón consideraban de su más íntima y legal propiedad.

El doctor Pitrufluén nos dijo entonces:

—Ha estado de visita en este Manicomio un caballero distinguidísimo, don Ponciano Chacarilla. Su historia les hará ver a ustedes a qué extremo puede ser seria esta relación entre el hombre y la larva —el bicharraco, como usted lo llama, Marul—. Este distinguidísimo caballero había tenido una educación poco común: había pasado su vida ignorante de la existencia de los locos. Por otro lado había estado al corriente de los sucesos pero, naturalmente, sin haber visto a estos sucesos ni a sus protagonistas. De pronto le preguntó usted, doctor Hualañé, la impresión que este mundo, nuevo para él, le causaba. Inmediatamente Ponciano Chacarilla respondió:

—Estoy confundido pues me parecen estos huéspedes un grupo de los grandes hombres de la política, de las ciencias y de las artes. Al menos así me lo imagino yo: reconcentrados y ensimismados, siempre dinámicos, algunos indignados, otros radiantes de felicidad, es decir, de acuerdo con la marcha de los asuntos políticos, científicos o artísticos de que se ocupan. Me dicen ustedes que ahora me encuentro entre locos... En verdad no entiendo el significado de este vocablo.

Ponciano Chacarilla vio justo una réplica de los grandes hombres: los alegres, los satisfechos y serios, los indignados y coléricos. En todo caso, no me negarán ustedes, que hay en ellos una grave preocupación.

Veamos ahora a las mujeres.

Fue un espectáculo degradante. ¡Ni asomos aquí de bicharracos o larvas!

—¿Qué piensas, Marul?

Miró mucho rato. Al fin se explicó:

—Parece que las mujeres, al ver venir a los bicharracos, sospecharan que ellos pueden introducirse en el cerebro. Entonces huyen, huyen... Dan primero media vuelta y luego corren y corren despavoridas hacia el sitio de donde venían; digamos de donde todos nosotros venimos. Las mujeres huyen a protegerse en el reino animal.

—¿Cree usted, Marul, que el reino animal sea o haya sido nuestro reino? —preguntó el doctor Hualañé—. No, amiga mía. El reino humano y el reino animal son totalmente diferentes. Son similares únicamente en su estructura primera, en su primer origen o primera intención: propagarse, inundar la Tierra. Luego se diferencian más y más según la semilla que llevan dentro. Sí, la "semilla". Insisto en este nombre. La diferencia es pronto tan marcada que el mismo calificativo no acierta a englobarlas. Es como dos ciudades, como la intención que llevó a su primera construcción. Pongamos un ejemplo: Londres y Pailahueque. Ambas son ciudades y en el primer comienzo fueron igualmente empezadas y destinadas al mismo objetivo. Pero una de ellas fue pronto llamada metrópoli; la otra, villorrio. Tan sólo el pronunciamiento de sus nombres evoca, en quien los oye, dos cosas, dos vidas, dos intenciones, dos *reinos* completamente diferentes.

"Igual ocurre entre hombres y animales. Es tanta la distancia que separa el alcance de la inteligencia del hombre respecto a la del animal; es tanta la imbecilidad a que llega el hombre respecto a la carencia de imbecilidad de los animales; es tanta la bondad del hombre frente a la casi no existencia de ella en los animales; es tanta la canallada del hombre ante la inexistencia de canallada en el animal; que, francamente, puede y debe clasificarse en dos reinos diferentes.

Marul siguió:

—Tiene usted razón, doctor Hualañé. Pero no me niegue usted que estas mujeres parece que trataran de protegerse en las cavernas, en las cuevas, nidos y madrigueras; en esos sitios en que los bicharracos no se atreven o no quieren frecuentar.

Era verdad. El contraste de los patios de los hombres con el patio en que nos hallábamos era inmenso. Los primeros estaban llenos de imponentes filósofos, de frenéticos hombres de acción, de visionarios artistas, de furibundos recriminadores del mal: ahora estábamos en un patio mazamorriente de seres desgredados tirados por el suelo, seres hechos de muecas, de gritos y chirridos, seres arrastrantes o agazapados y a menudo obscenos por haber conquistado ¡por fin! el derecho de desnudez tanto tiempo negado a los humanos y nunca discutido a los animales.

Me acerqué a Marul y le dije en voz baja:

—Los perros y caballos en las calles van desnudos; igual ocurre con los gatos y las aves en casa; igual en los campos y en las selvas; igual en el universo entero. ¿Por qué, por qué estas diferencias entre los animales desnudos y los humanos decorados? Estas mujeres piden se les otorgue el derecho primero.

El doctor Pitrufuquén, tomándonos del brazo a Marul y a mí, nos preguntó:

—¿Desearían ustedes conocer a Ponciano Chacarilla?

—Pero ¡cómo! —exclamé—. ¿Está aquí?

—Sí —me respondió—. En su segunda visita juzgamos mejor internarlo. Por lo demás se muestra contento. Vamos a verlo.

Al ir hacia Chacarilla me detuve unos instantes frente a una pequeña habitación donde una mujer, usando un aparato de su invención, telefoneaba a todo momento. Hablaba,

oía, colgaba el receptor. Luego volvía a hablar, oír y colgar. Descansaba unos instantes y empezaba de nuevo.

El doctor Pitrufrquén vino a mí y, riendo, me explicó:

—Las mujeres y el teléfono... ¿No ve usted de qué sufre esa desgraciada? Piense tan sólo en lo siguiente: el receptor, su forma, su consistencia; el hoyo del oído... Toma usted el primero y lo introduce en éste... Un descanso y volvemos a empezar. Ahora que, en vez del goce real... ¡se oye! ¿Qué más puede desear una mujer? Sigamos, amigo Borneo.

Nos encontramos luego con un joven bien presentado, sereno, digno. El doctor Hualañé nos lo presentó:

—Don Bernabé Maullín.

El joven se retiró tres pasos, hizo tres solemnes reverencias, luego avanzó tres pasos y nos dio tres apretones de mano. Luego se dirigió a Marul y a mí y nos dijo mostrándonos a ambos doctores:

—Dos cretinos. Ustedes, dos luminarias.

—Vamos, Maullín —lo interrumpió el doctor Pitrufrquén—, vamos, hombre, no se preocupe de nosotros. Cuénteles usted a estas dos luminarias sus últimas preocupaciones.

—Bien —respondió solemnemente Bernabé Maullín.

Dio tres vueltas alrededor nuestro y, preocupado, nos dijo:

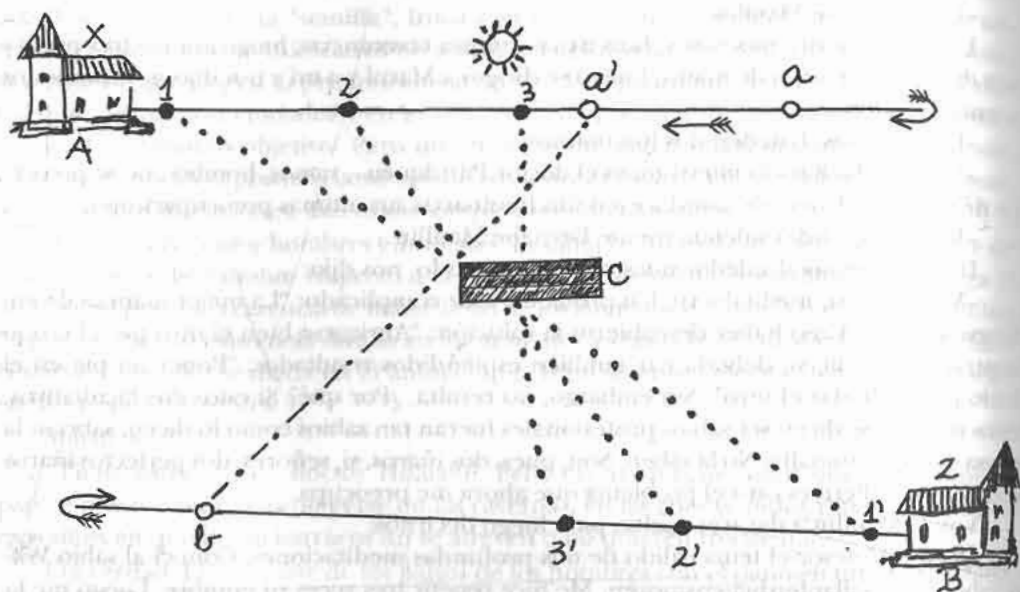
—Meditaba, sí, meditaba yo. Un problema asaz complicado: "La mejor manera de enfiarse un pie". Creo haber descubierto la solución: "Abrigarse bien el otro pie". Pero lo contrario debería, sí, debería dar también espléndidos resultados: "Poner un pie en el hielo para calentar el otro". Sin embargo, no resulta. ¿Por qué? Si estos dos facultativos, estos dos que se dicen ser sabios profesionales fueran tan sabios como lo dicen, sabrían la causa de esta anomalía. No la saben. Son, pues, dos ñarros, sí, señores, dos perfectos ñarros o ignorantes. Pero es otro el problema que ahora me preocupa.

Volvió Maullín a dar tres vueltas para luego decirnos:

—Es un profesor el tema cálido de mis profundas meditaciones. Conocí al sabio Wittensheursdonkillapferdiggenmoven. Me hice repetir tres veces su nombre. Luego me lo hice repetir otras tres veces. Luego me lo hice escribir y lo leí hasta saberlo sin dificultad y poderlo escribir de una plumada. Pero nada de esto lograba impedir que sintiera yo un verdadero miedo, un verdadero pánico ante su encuentro. Al llegar a su casa, diré mejor, su mansión, su noble mansión sombría y adusta, sentí el paroxismo de ese pánico. Entré en un gran salón. Luego un lacayo viejo lo anunció con solemnidad: Wittensheursdonkillapferdiggenmoven... Se abre la puerta del fondo y entra, precipitadamente, como una rata, un hombrecillo menudo, agachado, de nariz aguda, con bigotillos, afable, sonriente y frotándose las manos. Lo extraño... ¡ah, lo extraño!, es que llevaba gabán a pesar del calor ambiente aumentado por la calefacción del interior. Llevaba, además, una bufanda de seda morada. No cabía yo en mi estupor de que un hombre semejante pudiese caber en semejante hombrecillo-rata. Todas mis ideas de lógica y de armonía, todas ellas vacilaron y volví a caer en mi sentencia máxima: "El caos es el único amo del mundo". Este caos aumentó, creció. Llegó a las dimensiones de este globo. Porque de pronto me apercibí de que el profesor tenía una marcadísimo parecido con nuestro señor diputado por todos los puntos de este país: don Ricardo Cortés Mandiola. ¿Qué de extraño hay en ello? Nada hasta aquí. Pero visto con sostenimiento adquiriría un marcadísimo parecido con don Juan Enrique Arancibia Ocampo. ¿Qué de extraño hay en ello? Nada hasta aquí. Pero la extrañeza acomete, acosa y a uno lo escinde cuando se piensa que Cortés Mandiola y Arancibia

Ocampo no se parecen, no se parecen entre ellos, no se parecen en lo más mínimo. Sin embargo Wittensheursdonkillapferdiggenmoven los abarcaba a ambos, formaba la síntesis que tanto buscamos. Tras esta síntesis, en pos de ella, pasemos a mi gabinete privado. Os invito a vosotros también, par de ñaros o ignorantes. Así podrá la luz inundar vuestros menguados entendimientos.

El "gabinete privado" de Bernabé Maullín era una celda como las hay por cientos en el Manicomio. Nada de especial salvo un detalle: en el muro y sostenido por cuatro chinches, un dibujo hecho descuidadamente y torpemente. Voy a copiarlo aquí:



Maullín se dio sus tres vueltas reglamentarias ante él; luego le prodigó tres reverencias y se dirigió a nosotros en estos términos:

—Veis la letra A; veis la letra B: son dos casas, dos pequeñas casas. En ellas habitan: el señor X en A; el señor Z en B. Cada tarde, tanto X como Z, hacen un paseo como las líneas rectas y rellenas lo indican.

“Hombres puros, conectados con el mismo alto punto del Cosmos; punto indiosincrasiamente magnífico... ¡allí estáis! Te indico clavando este mi dedo en tu gran Sol. De él vienen las órdenes, las mismas y exactas órdenes para ambos personajes: la diaria necesidad de un paseo a la misma y exacta hora. Ambos pasean, pasean y pasean. ¿Cómo? Pasean desde la punta de sus respectivas casas hasta la altura de la casa vecina. Es el objeto de la raya recta y rellena: indicar este paseo. Pasean hasta la flecha curva. Allí, ¡media vuelta! Y sigamos y volvamos. Hasta la desaparición del Sol en el horizonte. Esto, señores visitantes, esto, señores facultativos, duró 14 años, 1 mes y 6 días. Durante 14 años, 1 mes y 6 días no se vieron. X no vio a Z; Z no vio a X. ¿Por qué? Por la letra C.

“Ved la letra C. Representa una muralla, una murallita corta, no muy alta, plantada allí al medio entre ambas casas; murallita de adobes, pintada de blanco. Murallita pequeña en su tamaño pero incomensurable en su papel de destino.

"Recordad ahora que las órdenes del Cosmos, que emanan del astro rey, son para ambos iguales: iguales los relojes, igual la cadencia, iguales los pasos, igual el religioso silencio...

"Tiremos entonces las líneas de puntos: ellas muestran los rayos de sus respectivas visiones: X y Z no se ven, no se vieron, ¡no se sospecharon!, jamás, Podéis confirmarlo contemplando este croquis: 1 con 1', 2 con 2', 3 con 3' son líneas bloqueadas por la muralla C.

"Pero "jamás" es una palabra que no existe ni puede existir en ningún concepto profundo, menos aún si el Cosmos entra en juego.

"Cierta vez, después de 14 años, 1 mes y 6 días, el Cosmos tituló. Su titulación tocó a Z. Z se detuvo un momento. Se detuvo en este punto que he marcado con la letra b.

"X siguió su marcha, siguió de a hacia a'. Al llegar al punto a' se produjo la línea de rayas y puntos, la fatal línea a'-b. Se produce para Z, no para X. Pues Z, que aún se halla bajo la titulación de que os hablé, ha recobrado mayor libertad de acción que X que sigue siendo una simple expresión de órdenes muy superiores. Z, por lo tanto, mueve el rostro hacia todos los lados como para recompensar el reposo de sus pies. Se produce la línea de rayas y puntos y... ¡es la catástrofe!

"¡Ah, ah, ah! Tenéis que compenetraros de lo que suman como sentimientos, luego como creencia, luego como absoluta certeza, una experiencia vieja de 14 años, 1 mes y 6 días sin falla alguna. Esta experiencia y certeza es para X: "Yo paseo solo cada tarde por aquí". Es para Z: "Yo paseo solo cada tarde por aquí". Esto está tan anclado en cada cual que no hay ni la posibilidad de imaginar la presencia en el terreno de otro ser. Agregad que ese terreno es un vasto llano de modo que cada uno, al abrir la puerta de su casa, al extender su mirada hasta el horizonte y no ver a nadie, afirma en su interior no sólo la soledad allí reinante sino también la imposibilidad de una turbación a esta soledad.

"Es la catástrofe, ¡es la catástrofe! Z ve a un hombre, lo ve repentinamente, lo ve relampagueante. ¡Claro está!

"¡Un hombre ha surgido de la NADA!!

"Se le escapa un grito atroz.

"X, igualmente posesionado de esta soledad, vuelve los ojos hacia el grito atroz. Los vuelve hacia donde jamás ha habido ni hay ni podrá haber persona alguna. Y ve a un hombre... ¡¡a un hombre brotado de la NADA!!

"Es en ambos tan fuerte la conmoción nerviosa que, de golpe, quedan desconectados de las líneas que los unían al Cosmos.

"¿Qué les ocurrió? X, hombre superior, arremete a bastonazos contra el muro de adobes; Z, hombre tímido, falleció.

"Sus restos fueron sepultados aquí, en este sitio. Sobre su tumba se lee su nombre: Ponciano Chacarilla.

"X, señores, soy yo.

El doctor Hualañé nos dijo:

-Antes de visitar a Chacarilla veremos a Galo Carón. Es un hombre de la 3ª categoría indicada por Stanislas de Guaita, un prototipo de esta categoría. Por el momento está más bien tranquilo pero a menudo tiene el doctor Pitrufrquén que llevarlo al patio de los furibundos y meterlo en una camisola. Ya lo verán ustedes.

Nos encontramos con un hombre de cierta edad, un hombre serio, extremadamente

serio. Se habría dicho de él un filósofo sumido en sus problemas. Nos dio la mano con distracción pronunciando su nombre maquinalmente:

—Galo Carón

El doctor Pitrufluén le preguntó de inmediato:

—¿Y la revolución, señor Carón, qué tal marcha?

Carón respondió sin titubear:

—Como se debe, señor doctor. Prueba de ello: he dejado de ser un hipocondríaco. ¡Viva la revolución total! ¡Viva y mil veces viva porque se realiza en forma y en total! Es lo importante: ¡el total!

—Explíquese usted, señor Carón.

Meditó un rato el señor Carón. Luego, como volviendo de un largo viaje, nos dijo pausadamente:

—Toda esta revolución está relacionada con aquello de los comandos. Ahí está la clave: los comandos. Es un error creer que nuestras determinaciones las tomamos nosotros mismos; que las toma una voluntad que no se extiende más allá de nosotros; que ella vive y determina dentro de nosotros. ¡Error! ¡Craso error! Los comandos voluntariosos o volitivos están fuera de nosotros. Entonces... ¡Ah! Entonces... ¡obediencia! No hay más: ¡obediencia! Por difícil que sea saber obedecer: ¡obediencia! Es el papel del hombre, del hombre superior como yo y como esta digna y noble dama, más que reina del rodar humano, que se digna y se nobla en visitarme.

“Dignidad de dama, dignate dignamente apercibir esos comandos. Dignidad de dama: dignate dignamente elevarte a estratosféricas elevaciones y dignamente dignate contemplar. ¿Qué ves? ¡Los comandos y los comandos! Allí están a inconmensurable altura, allí están comandando. Nosotros: lo he dicho y lo repito y lo vuelvo a repetir: ¡obediencia, obediencia! He aquí la madre de la sabiduría, la madre de la naturaleza: ¡obediencia, obediencia! Oír la voz de lo comandado y: ¡obediencia, obediencia!

“Dignidad de dama: suceden, a veces, cosas asaz singulares... para nosotros los obedientes. ¿Qué cosas? La indescriptible altura a que te habías elevado, dignidad, está dentro de ti. Porque las distancias no existen, ¡no existen! He aquí nuestra gran estupidez: la creencia en las distancias. He aquí la causa de nuestros males: la creencia en las distancias. ¡Mueran y entiérrense a las distancias! Los comandos están dentro, dentro, dentro de nosotros. Están aquí, aquí, ¡aquí!

(El señor Carón se tocó con su índice las diferentes partes de su cuerpo).

“Es, dignidad, lo que un día yo sentí. Los comandos estaban dentro de mí. Dentro de mí estos comandos comandaban. Y yo, mísero humano, obedecí a sus comandaduras. Es lo que hoy hago: obedecer a sus comandamientos.

“Dentro de mí se toman las celebérrimas determinaciones. Dentro de mí, sin consultar la parte de este “mí” que ella significa, se resuelve lo que conviene o no conviene hacer.

(El señor Carón se tomó la cabeza con ambas manos y, en silencio, permaneció unos instantes. Luego siguió).

“Hay dentro de mí verdaderos sindicatos, verdaderos consejos de células, verdaderos consejos y sindicatos de células que se visten de soldados y de obreros. ¿Me toman en cuenta estos obreros y soldados? ¡No! Obran y proceden sin tomarme en cuenta. Yo miro a estos consejos sin pronunciar palabra. Yo atisbo este obrar y este proceder. Los consejos y sindicatos se ponen en combinación; los sindicatos y consejos se conectan con poderes

lejanos, lejanos, lejanísimos; con poderes imbatibles, fuera de nuestro alcance y del alcance de ti, ¡oh, dignamente dama!

¡Moscú!

"Hay un Moscú en cada región de esta humanidad. Sin un Moscú, pereceríamos. Vivimos por Moscú. Obedeciendo llegaremos a Moscú."

"Moscú... O las inquebrantables leyes de la naturaleza."

"Me aterró, en un principio. No obedecí, en un principio. Me revelé, en un principio. Me creí un revelado que reveladamente era dueño de la revelación. Hasta el momento sacro de la obediencia. ¡Sacro momento, dignamente dama!

"Escúchame tú en silencio:

"Las células de este mi organismo se sublevaron. Una vez ya sublevadas, arremetieron. Una vez que arremetieron, desbancaron. En vano, en vanísimo traté de hacer concesiones, traté de apaciguar, traté de premiar. ¡Nada! ¡No! Las células eran inexorables. Me inclino hacia mí mismo en silencio, en silencio y más en silencio... ¡Qué oigo! Dama dignamente, escúchame: oigo dentro, dentro de mí, el sordo vocerío que pulula. Transijo, entonces, transijo y a mis células me dirijo de esta suerte:

"-Veneradas constituyentes de mi constitución: Haced lo que os venga en venida. ¡Libertad! Mas a mí, hombre arremediado, dejadme amar ahora que soy amado, dejadme viajar por este mundo ahora que pletóricos se encuentran mis bolsillos, dejadme sentir el tremolar del trémulo de nuestra mil veces santa y noble madre y gran amiga la naturaleza."

"¡Nada! ¡No! ¡Nada! ¡No!

"Siguen los sindicatos, siguen los consejos."

"Como un ángel acompañante apareció en lontananza el acompañante angélico de estos casos. ¿Quién? Estoy desposeído, estoy, sí, aniquilado. ¿Quién? Apareció en lontananza... ¡el suicidio!

"Esquivé a mis células, las esquivé a todas ellas, me reconcentré conmigo mismo y me planteé el problema:

"¿Puedo o no puedo suicidarme?"

"Respuesta:

"¡Puedo!

"Ya no existen los impedimentos que existieron en mi juventud, en mi lejanísima juventud. ¡oh, digna dama! Ya no existe el impedimento que en esa lejanísima juventud existió. ¡Puedo! Ya no existe la potencia vital. ¡No existe! ¡Puedo!

"Aparecen entonces las células, reaparecen todas ellas, en formación cerrada. Avanzan a paso militar-obrero. Se detienen frente a mí. Me claman a una voz:

"¡No!

"Respondo:

"¡Sí!

"Entonces se oponen lanzándome la terrible cosa que se llama la pusilanidad. Me invade la pusilanidad. ¡Soy un pusilánime! ¡No estoy en la edad, ya no lo estoy, de tales..., de tales suicidios! No me suicido, dignamente dama digna de dignidades."

"Acepto. Realizo. Con mi aceptación incondicional hácese en mi cuerpo la revolución total, que se efectúa en su total totalidad."

"Ahora... ¡adelante! No retrocedo, no he de retroceder. Ignoro en su total totalidad la retrocesión."

"¡Adelante! ¡Oh, células mías y yo de ellas! ¡Adelante!

El doctor Pitrufluén, con un entusiasmo poco común gritó:

—¡Adelante!

Lo seguimos nosotros mientras Galo Carón quedaba en su sitio gritando frenéticamente:

—¡Adelante! ¡Adelante!

Reía Ponciano Chacarilla, reía de buenas ganas en su celda. Era un hombre, a todas luces, bien.

—¿Por qué tanta risa, amigo Ponciano?

Después de un rato contestó:

—Reía por el pulgo de Bernabé Maullín. ¡Ja, ja! ¿Yo muerto, yo enterrado aquí? ¡Ja, ja! Estaba yo tras la puerta cuando el pulgo habló. Cuanto dijo es mentira. Estoy vivo, vivo y vivo. Prueba de ello... pasen, señores y señora, a mi "gabinete privado", como lo llama el pulgo. Pasen, señoras y señores, pasen. En este mi gabinete, no privado como el del pulgo sino abierto a todos los vientos, les daré a ustedes los últimos toques de ilustración que veo les falta. Porque es el caso de que el señor A se ha peleado con el señor B y ha tomado como abogado al abogado C, mientras el señor B ha tomado como abogado al abogado D. ¿El motivo de esta discordia? El caso F. ¡Por este caso se han peleado! Pongo, pues, una F grande, enorme, inmensa, así.

(Ponciano Chacarilla tomó una hoja de papel y en medio hizo esta F. Luego tiró dos líneas hacia arriba al final de las cuales puso A y B; luego tiró otras dos líneas hacia abajo con las letras C y D. Nos miró y rió. Al costado, entonces, hizo un círculo con uno pequeño en su interior; los denominó T y T' respectivamente. Al lado, y unida por una flecha, puso una letra M. Volvió a mirarnos y volvió a reír. Por fin nos dijo):

—Los abogados C y D están fuera, muy fuera de A y B y fuera, muy fuera de F. Es lo que quería que ustedes supieran. En cambio en estos círculos figura el caso de la medicina: T pelea, combate con T', la enfermedad. ¡Pelean, combaten! ¿Qué hace M? ¡La flecha! ¡La M sigue a la flecha! ¿Qué es esta M? ¡El médico! El médico tiene que entrar, tiene que someterse a enfermo y enfermedad.

“Pero esto ni importa, ni importa. ¿Causa de su no importancia? Porque es así. Si no lo fuera... entonces importaría. Todos llevamos un médico con nosotros que nos acompaña día y noche. Todos... salvo uno, el único, el uno. ¿Saben ustedes quién? Han de saberlo: Nemorino Limache. Tenía también su médico Nemorino Limache. ¡Yo se lo saqué! ¿Cómo? Sencillo, sencillísimo, extremadamente sencillísimo: en vez de llamarlo Nemorino Limache lo llamé, sin más, lo llamé Calixto Ri. Nada más, señores: Calixto Ri...

“¡Aaaah! Pero yo no estaba solo, yo no era el único. Era, era aquello una confabulación. Una inmensa confabulación en la que entrábamos todos los amigos, todos los amigos y enemigos, todos los enemigos y amigos de Nemorino Limache y entraba también... ¡el cartero! Todos confabulados bajo el signo de Calixto Ri. Sí, señores, Calixto Ri... ¡Calixto Ri!... ¡¡Calixto Ri!!

“¿El compañero, médico o lo que fuera, de don Nemorino Limache? ¡En el mejor de los mundos! Vivía, nada más, vivía, comía la mitad de lo que Nemorino comía, reía el doble de lo que Nemorino reía... Es decir: Vivía. Cuando dormía Nemorino... ¡calla, calla, Ponciano! Cuando dormía Nemorino... ¡calla, te lo digo. Ponciano Chacarilla, calla! ¿callas? Bien.

“Un día contemplaba yo las aguas del Santa Bárbara y nadaba en imaginación por

ellas, cuando veo venir al grande de don Nemorino Limache. ¿Qué hago? Me acerco a él y dándole una apretón de manos exclamé:

“¡Hola! ¿Qué tal está usted Calixto Ri?”

“Me miró asustado. Luego me dijo que no; que no, ¿entienden ustedes?, que no. Me dijo que él era Nemorino Limache. Me eché a reír ante tal nombrecito, le golpeé los hombros y no me cansé, entre risa y risa, de llamarlo Calixto Ri.

“¡La primera granada había sido lanzada!”

“Llega a su casa: “¡Hola, Calixto! ¡Señor don Calixto Ri! ¿Qué hay, Calixto? Buenos días, Calixto Ri, ¡buenos días! Una carta para don Calixto Ri...””

“¡Soy Nemorino Limache! –gritaba el infeliz.

“Risas, risas y más risas. Ya basta de bromas, Calixto, basta.

“Corre el hombre a su bufete o gabinete o madriguera. Coge sus papeles. Lee el membrete: “Calixto Ri”.

“Sale el hombre a la calle: “¡Salud, don Calixto Ri!”.

“Otra carta: “Señor don Calixto Ri”.

“Una semana, dos semanas, tres semanas. Al comenzar la cuarta semana, el hombre se rindió. ¡Bandera blanca! Declaró, en medio de caras aceptantes, llamarse Calixto Ri.

“¿Y Nemorino Limache? ¡Se fue, se fue Nemorino Limache! Por cordilleras trepa y se va Nemorino Limache. ¡Se va, se va, se va! ¿Solo? ¿Creen ustedes que solo? ¡No! ¡Mil veces no!

“A su lado va T', va el pequeño círculo, va con el médico, va con el compañero eterno.

“Don Calixto Ri engorda y engruesa, engruesa y engorda y echa humo por boca, narices, orejas y ojos. ¡Yo lo sané! Yo, señores, con mi sentido heroico de la vida, con la heroicidad que hay en mí. Porque veamos:

“Sentido heroico... Existe, además, el sentido de la paz, de la seguridad. Existe, además, el horror a las guerras. Tres existencias. Tres. Un triángulo. Es como aquí en San Agustín de Tango: Taberna de los Descalzos, Ulpif, Convento de los Jerónimos. Tres. Un triángulo. Tres vértices. Hay que recorrer este triángulo. Yo, adelante; tras de mí, la plebe, la turbamulta. En cada vértice cambio de rumbo y sigo. La turbamulta, en su mayoría, cae. Porque hay que declarar la guerra, hay que estar en guerra. Pero están los otros dos lados del triángulo: paz y seguridad; horror a las guerras. ¿Qué hacer?”

“Aquí está la solución que mandaré en esta carta certificada al Gobierno de la República. Dice mi solución:

“Declárese la guerra, desde hoy y hasta vencimiento total del enemigo, a la cordillera de los Andes, al océano Pacífico, al polo Sur, a las enfermedades contagiosas y a las moscas.

“Pueden ustedes retirarse, caballeros; puede usted retirarse, señora. El estado de guerra así lo aconseja. Adiós, adiós, adiós y adiós.

“Pasamos, por fin, al patio que, tanto el doctor Hualañé como el doctor Pitrufquén, llamaban “algo fantástico”, es decir, pasamos al patio en que... se cultivan a las larvas.

“Es ésta una idea del doctor Hualañé. Una vez que la expuso fue ampliamente ayudado por su colega Pitrufquén.

“Llegamos a un amplio patio desierto cubierto por una techumbre de vidrio. De este techo como de los muros se erguían miles de puntas aceradas dirigidas hacia el interior. Al entrar en él hicimos una mueca pues un olor pastoso y no poco nauseabundo nos impregnó. El doctor Pitrufquén nos previno que él era debido a los riegos que, a diario, se sometía este patio: una solución de agua estancada en barriales pantanosos con dosis

de extractos de cantáridas, de beleño, de menstruos y de semen. Aumentaba esta fetidez un aroma de jazmines que a todo ello se mezclaba. Cubriéndonos las narices con nuestros pañuelos miramos hacia todos lados: ¡nadie, ni un alma, el silencio sepulcral!

Nos interrogamos con los ojos.

Al fin el doctor Pitrufluquén nos dijo:

—Aquí está el sitio donde todos los días pasean por un cuarto de hora o veinte minutos muchos clientes nuestros, pertenezcan ellos a la 1ª o 2ª o 3ª categoría en que los hemos dividido. A este patio vienen Bernabé Maullín, Galo Carón y Ponciano Chacarilla. Los dejamos que hagan lo que quieran. Luego se retiran por aquella puerta.

Aquella puerta estaba erizada de puntas metálicas agudas. Me acerqué a ella: estas puntas estaban admirablemente cinceladas; eran una serie de "purbus" tibetanos, ese objeto que, según Stanislas de Guaita, sirve "para disolver las coagulaciones malhechoras de la luz negativa".

Poco a poco sentí cierta opresión que lentamente aumentaba. Me sentí pronto francamente mal. Miré a Marul: estaba algo pálida e insegura en sus movimientos. Entonces me dirigí al doctor Hualañé y entre nosotros se entabló el siguiente diálogo:

—Bien, doctor, ¿damos por visto este patio y seguimos nuestra visita?

—¡Cómo, amigo Borneo, cómo! ¿Ya lo da usted por visto?

—Sí; al menos si hubiera aquí un... un caso que nos hablara, nos contara sus tribulaciones... Pero esta soledad y este olor espeso... Créame usted que lo doy por visto.

—Aquí no hay tal soledad, no la hay. ¿No ve usted nada, nada que llame su atención?

—Francamente, doctor, nada. Allí una pequeña fogata de desperdicios; a su lado unos trapos o ropa sucia... Allá veo un conejo o una rata, en fin, un animalucho muerto y destripado; más allá veo otro en iguales condiciones... Es todo, doctor. Pero este silencio y esta soledad me pesan. No se oye ni un rumor. Se me figura estar lejos, lejos de todo sitio habitado...

—Está usted rodeado, oprimido por miles y miles de larvas por el momento invisibles pero que sólo ansían inculcarse en un ser viviente que les preste la objetivación que anhelan. Esos trapos sucios al lado de la fogata están sucios de menstruaciones; esos animaluchos muertos son hervideros de larvas. Yo las veo como las ve mi colega Pitrufluquén. Veo fosforescencias por todos lados, veo torbellinos que van y vienen a enorme velocidad.

—Tal vez como ven los locos con quienes hemos estado...

—No, ellos no ven nada. Viven en su locura sin conciencia de lo que les ocurre. Son gentes plenamente convencidas de sus ideas que de pronto... de pronto...

—De pronto... ¿qué?

—Bernabé Maullín, Galo Carón y Ponciano Chacarilla fueron amantes de la soledad, de la mala soledad.

—Pero, doctor... ¿es que hay una soledad mala y otra soledad buena?

—Sí, amigo Borneo, las hay. Hay una soledad proveniente de la carencia de hombres, compañeros, amistades, una verdadera soledad humana que todos conocemos más o menos y que, en ciertas circunstancias, es francamente mala, francamente nociva. Porque ella no es soledad. Está poblada de "seres con un vago instinto, seres semiconscientes de una inteligencia limitada"—como los llama de Guaita—, seres que sólo ansían encarnarse. Debe frecuentarse esta soledad armado de un "purbus" o, si se está en estado cataléptico, envuelto en un manto de lana replegado tres veces sobre uno. Si así no lo hace usted, es peligrosísimo aventurarse en ese mundo.

—¿Y esto ocurre sólo a los hombres? ¿Por qué las mujeres son atacadas de otro modo o, mejor dicho, no son atacadas?

—Las mujeres son atacadas igualmente. Esta regla no tiene excepciones. No juzgue usted tan a la ligera que no ha visto el total de este asilo. Cuando lo conozca bien verá que, para hombres como para mujeres, no hay término medio: se retira uno de la humanidad o para vivir con Dios o para vivir con Satanás. Recuerde las palabras de de Guaita: "En la soledad el humano se fija en su vía: recta o tortuosa; de ella sale hecho Espíritu de luz o de tinieblas".

—Sí, sí, las recuerdo, doctor, y recuerdo además cuando habla de la atmósfera secreta de los lugares desiertos. Recuerdo que dice que en ellos se vive cara a cara con su Karma porque no hay allí voluntades antagónicas. Así esos sitios son propicios a la recepción de cualquier verbo. Dice también que el menor pensamiento y el menor deseo se desarrollan en él con maravillosa intensidad.

—Es verdad. Es el peligro de los sitios desiertos.

—¿Y que remedio hay, doctor, para estos males?

—Ya hablaremos. Ya oiremos a mi colega Pitrufluén disertar sobre este tema. Vamos hacia él y hacia Marul.

Allá fuimos. Juntos los cuatro dimos una vuelta por el patio y salimos por la puerta de los "purbus". Llegamos, por fin, a un verdadero jardín zoológico en miniatura: había en él dos tigres, un camello, gallos y gallinas, liebres, peucos, gavilanes y ¡qué sé yo!

—Son los animales vírgenes aún —nos dijo el doctor Pitrufluén sentenciosamente—, los que no han sido sometidos a experiencia alguna. Los que se experimentan o que están en vías de experimentación están en otros lugares.

—Pero ¿qué experimentan ustedes, doctores, con estos animales? —preguntó Marul.

Rió el doctor Pitrufluén para luego decir:

—No va a querer usted, Marul, que tanta larva sin misión quede eternamente desocupada. Pues bien, con estos animalitos les damos y les daremos ocasión para que se ocupen.

El malestar que sentía yo desde que llegamos al patio de las larvas, estalló por fin. Sentí, frente a un loro que me miró con toda indiferencia, ganas de gritar, ganas de desesperarme. Hice los primeros ademanes. Marul me tomó una mano y me la sacudió. Me calmé. Pasamos, entonces, al escritorio del doctor Pitrufluén. Voy a hacer un resumen de lo que él nos dijo; escribirlo todo me sería punto menos que imposible.

Es el hecho de que aquellos infelices —como Chacarilla, Carón y Maullín— viven en concomitancia con una larva, o sea con un semiser del nimbo invisible que nos rodea. Este ser se ha apropiado de sus personalidades y en ellas vegeta. Naturalmente las ideas y sentimientos de los pacientes están influenciadas por él. Se trata, pues, de arrancarles este ser y devolverlos a la vida normal. Pero una larva no logra vivir sola después de haberse encarnado. Asediará permanentemente a su víctima. Entonces se la hace encarnar en un animal cualquiera, hecho lo cual se sacrifica al animal. La larva que ha encarnado dos veces —en el hombre y el animal— se disuelve, en todo caso no vuelve a atacar al hombre.

Pero ¿cómo sacarlas de sus víctimas? Hay hombres fuertes, extremadamente fuertes que, al contacto de una larva, reaccionan y luchan con denuedo y hasta logran vencer. Otros, más débiles, se dan por vencidos y forman parte de esos monomaniacos que hemos visto. Para éstos está el patio de las larvas que acabábamos de visitar: allí, rodeadas de sus semejantes, de los trapos con menstruaciones, de los animales muertos, del vaho de los riegos a que el patio a diario se somete, tienden las larvas a esa vida común y debilitan la

fuerza con que se han asido; Vienen entonces las puntas metálicas a acosarlas; viene la presencia de animales que las tientan y, un buen día, se han desprendido del hombre. Es la salud.

Estos animales larvados deberían, como lo he dicho, ser sacrificados pero el doctor Pitrufuén los conserva, o al menos conserva buen número de ellos y con ellos se entrega a profundos estudios. Tiene, pues, a su disposición un peuco introvertido, un oso blanco neurótico, un camello paranoico, un tigre masoquista, un gallo homosexual, una liebre sádica, una cerda lesbiana, un lobo soñador, una pantera displicente y un topo esquizofrénico.

Luego nos mostró unos grandes cuadros en que marcaba el curso de la marcha de sus enfermos. Con rayas de color indicaba a los que sanaban, a los que seguían sin mejoría, a los que empeoraban; vimos, con agrado, que estos últimos estaban en franca mejoría.

Cuanto al doctor Hualañé su misión, aquí en el Manicomio de San Agustín de Tango, es bien diferente: se encarga de estudiar a los posibles clientes de él, a aquellos que muestran una marcada inclinación por ir a la terrible soledad. Los disuade de semejante aislamiento y, si ellos insisten en ir, los arma de modo que su inclinación se dirija hacia la buena soledad.

Aun unas cuantas palabras y por fin nos retiramos.

Yo me sentía fatigadísimo. Las ideas, si así puedo llamarlas, me daban vueltas en la cabeza y sólo anhelaba dormir. Dejé que Marul, a pesar de la hora avanzada, regresara sola a su casa, eso sí que después de comprometernos a una charla sobre lo que habíamos visto.

Tomé un taxi y me fui a Fray Tomate.

TOMO II

Amanecí algo nervioso. Lo primero que hice, al bajar de la cama, fue dirigirme al espejo y mirarme con detención: No, no había temor alguno; mi expresión era normal, no había en ella ni asomos de trastornos causados por la frecuentación de larvas...

Me vestí y salí. En la plazoleta El Señor Es Contigo, frente al Restaurante de la Basílica, me detuve un instante a mirar, en una vitrina, una serie de chucherías entre las que había algunas de Talagante. Me llamaba, sobre todo, la atención un hombrecito a caballo que llevaba una canasta de cada lado; en estas canastas había tres gallinas: la una roja, la otra azul y la tercera verde. Me aprontaba a seguir mi marcha cuando fui abordado por Ascanio Viluco. Me preguntó de inmediato:

-¿Le gustan a usted esas baratijas de Talagante?

Le respondí:

-Sí, son hermosas. Vea usted ésa, ese hombrecito a caballo con sus gallinas. Es, de verdad, muy curioso.

-Así es -me dijo Ascanio-. Sobre todo esas gallinitas tienen la mar de gracia en lo que respecta a su colorido. ¡Muy bonitas, muy bonitas!

-¿Le gustan a usted francamente?

-Por cierto, tanto que en casa tengo unas parecidas. Las compré donde el otro cachivachero, el de la calle de la Parroquia, ¿sabe usted? Pues ahora, si los fondos no anduvieran tan escasos, compraría éstas; cuestión de hacerles juego a la de casa, ¿comprende usted? Y éstas son aun mejores que las que yo tengo, son más graciosas. ¡Oh, el colorido es el que me fascina! ¡Azul, rojo, verde! ¡Qué bonito, qué bonito!

Pensé un rato; luego con tono burlón le dije:

-¡Ah, mi estimado don Ascanio! ¿Qué pensaría usted si mañana yo le mostrara un cuadro, un cuadro al óleo, hecho por Tulio Azapa o por Rubén de Loa, con gallinas azules, rojas y verdes? ¿Qué escándalo haría usted en contra de los que llama "modernistas"! ¿Qué de gritos de protesta en nombre del neorrealismo! ¿No es verdad?

Ascanio enarcó el busto y me miró en silencio. Luego me tomó de un brazo y caminó conmigo. El hombre, se veía, preparaba una contestación. Llegó ésta:

-El arte tiene categorías, señor Borneo, sí, tiene categorías. En esa terracota que hemos admirado, admiro la ingenuidad de esa gente ignorante, su frescura de alma que podríamos llamar primaveral. Si por mí fuera, créamelo usted, averiguaría quién es el autor de ella, el autor o autora, o autores. Iría de inmediato a su morada y lo felicitaría calurosamente, lo felicitaría a ese autor. Porque ha de ser un hombre; no una mujer. ¡No! Ha de ser una mujer, una mujer vieja que ha de habitar en Talagante o en Pomaire. Sí, en Pomaire. Aunque le expresaría una felicitación parca, parca y parca. El éxito prematuro corrompe a los artistas. Y sería éste un éxito prematuro por muchos años que tenga su autora.

—¿Qué de ideas extrañas señor Viluco! —le dije—. Usted se regocija con la ingenuidad nacida de la ignorancia. Debería usted indignarse ante ella y destruir con su bastón esos monicacos. Así aprendería esa gente que las gallinas no son azules ni verdes ni rojas.

—Depende, depende —sentenció Viluco.

Caminó a mi lado algunos pasos. Súbitamente me dijo:

—Proclamo la marcha del arte pictórico; es ella digna de aplauso. Varias veces nos sobrepasan a nosotros los literatos. Hay que ver que la inocencia —no la ingenuidad ni menos la ignorancia— pinta lo que ve tal como lo ve. Llega así al realismo y llega a la sinceridad. Esas gallinas fueron azules, verdes y rojas en la mente de su autora. Se estima su inocencia. Es el primer paso. Ahora debería enseñárseles a coordinar la naturaleza y tendríamos gallinas como son las gallinas. Es el segundo paso, el difícil. Para eso están las escuelas de Bellas Artes. Es todo y no hay más. Señor Borneo, el placer ha sido para mí.

Me tendió la mano y nos separamos.

56

—Marul, yo no estoy loco —le dije apenas la vi—. Pero esto no quita que, desde nuestra visita al Manicomio, vea locos por todas partes. Ascanio Viluco, el doctor y pesado crítico literario y pictórico, padece de trastornos mentales que lo conducirán a la locura: ama las gallinas azules, verdes y rojas; da, sobre ellas, explicaciones mezcladas con la inocencia y la ingenuidad que nadie entiende. Lorenzo Angol, mi presunto biografiado, está loco. Recuerda su dibujo y sus preocupaciones, recuerda a Lumba Corintia imaginativamente en su cama... ¡Locura, Marul, locura! ¿Y ese gran Baldomero Lonquimay? ¡Ni para qué decirlo! ¡Loco, loco! Es un segundo Galo Carón. ¿Qué diferencia hay entre los comandos de Carón y las hormigas de Lonquimay? Lo que es peor es que Valdepinos es un candidato a la locura que se defiende con denuedo. Se defiende con ironía, con frases picantes. Quien hiere a otro es... sí, no cabe la menor duda... es para cerciorarse de su superioridad, nada más; quien es superior no puede estar loco. Cuanto a Isidra Curepto, ¡loca, Marul, loca! Allá en Curihue, o en otra parte, no sé bien ahora, cuando cayó —¿recuerdas?: te lo he contado— entrevió la cordura por unos instantes. Es una loca como doña Nora de Bizerta y Ofqui. Y por lo que respecta a Hilario Quinchao, el feroz miembro del Club Cero, el hombre batallador y apasionado hasta la ferocidad... ¡un loco, Marul, un loco!

—¿Has terminado de citar a tus conocidos? —me preguntó con displicencia Marul—. Cítame ahora a mí y cítate tú mismo y así formaremos una nueva casa de orates.

—Perdón, Marul —le dije—, pero es el caso de que no veo al mundo tan bien dividido entre locos y cuerdos. Hay puntos en que ambos estados se juntan. Tal vez exagero. Pero en cuanto a Baldomero Lonquimay con sus hormigas y a Lorenzo Angol con su dibujo... Son síntomas de locura, Marul, ¡de locura!

Marul me respondió:

—¡No! Ni Lonquimay ni Angol, el uno con sus experimentos y el otro con sus dibujos, se han separado de la vida. El círculo en que trabajan es tan amplio como es el mío o el tuyo o el de cualquiera. En este círculo se encuentran con ideas, con problemas, y tratan de resolverlos. La obsesión empieza cuando un problema o idea se aísla. Un problema aislado que atrae al individuo haciéndole pensar que él es el total de la creación, es el

comienzo de la locura. La larva —y volvamos a ellas— necesita de este expediente: ser el total y fuera de la idea que ha sugerido, no hay nada. Las que no llegan a este grado son inofensivas. Tal vez las tengamos todos. Pero que no se convierta ella en un sosia nuestro. Viviremos entonces sometidos a su tiranía.

—¡Ah, el hábito, mi querido Onofre, el hábito! ¡La costumbre inclemente que se apropia de todo nuestro ser! Ve el caso de Maullín, de Carón, de Chacarilla. Todo, todo el rededor se ha aminorado para ellos. Se ha aminorado a tal extremo que existe únicamente en función a la idea que los taladra. Fuera de esta idea son nulos, nulos. Viven y funcionan por esta idea. Es decir, viven y funcionan por la idea que la larva les ha impuesto.

—Pongamos el caso de Lorenzo. Si quieres hacer de él un loco deberías anular completamente cuanto está fuera de su dibujo; deberías poner en él toda su vitalidad. Cuanto queda fuera, no existe o es a tal punto secundario que lo pierde de vista. No es tal el caso.

—Es verdad que, a veces, una idea toma proporciones fantásticas. Es el caso de los hombres de talento, de genio. Porque en ellos lo demás retrocede pero no desaparece. Su existencia es la salud, es la cordura. Si desaparece, es la locura.

—La locura es una disminución casi total de nuestro radio de acción.

—Yahora, Onofre, vamos a visitar a Rubén de Loa. ¿Por qué no lo citaste entre tus locos? En él habrías tenido un candidato a la locura mucho más marcado que los demás. Vamos a visitarlo. Hoy es el día en que irán a verlo Mamerto Masatierra y Macario Viluco. ¡Vamos, Onofre, vamos!

57

Rubén de Loa, sentado en el último peldaño de una escala de mano, tarareaba una canción acompañado de su guitarra. Lo único que nos dijo fue:

—Asiento.

Y siguió tarareando. Después de un rato agregó:

—Cuando aparezca esa pareja, entonces y sólo entonces hablaremos. ¿Qué idea van a traer ahora? ¡Cualquiera! Las ideas de ese Macario Viluco ponen en movimiento a las mías. Las mías se desarrollan en otros planos, en otros planos. Pero Macario Viluco las mueve. Ahora déjenme seguir mi canción.

Tuvimos por lo menos un cuarto de hora de "canción" hasta que resonaron unos pasos. La puerta se abrió y entró "esa pareja"... Mamerto, como de costumbre, reía de buenas ganas; Macario, azorado, alegaba y alegaba.

—Mamerto, me atrevería a llamarlo a usted con un nombre que no le hace honor. Es de un cretinismo sin nombre lo que usted sostiene, Mamerto. Piense un momento en lo que es la mano izquierda. Ella es lo que la derecha es para un zurdo. Es decir, es lo asentado, lo estable, lo estático. En cambio la derecha, y la izquierda para un zurdo, es la acción, sí, señor, la acción. Entonces... ¡vamos, Mamerto, hasta un chiquilín lo entendería! Por eso los niños, al saludar, dan la mano izquierda. Porque ella va a quedar ocupada, tomada, inútil. ¿Y si ocurre algo? ¡Está la derecha lista, está en espera!

Mamerto reía a desternillarse y sólo interrumpió a su contrincante con algunos: "¡Qué idea, qué idea!".

—No entenderá usted jamás nada, Mamerto. Es usted el hombre de las ideas ancladas.

Como lo que discutíamos hace un momento. Óigame usted, Rubén; óigame también usted, Marul; óigame Onofre. Hablábamos, es decir, yo le hablaba de dos comerciantes, sí, dos españoles que, delante de mí, se quejaban de la poca mercadería que tenían. ¿Saben ustedes cuánta tenían? Sólo 23.483 metros de paño, de un buen paño, aparte de lo restante, de todo lo restante. Pero eran estos 23.483 metros los que les hacía creerse casi en la miseria, casi en la ruina. ¡Y el negocio que empieza a prosperar! Inmediatamente yo les hago ver que esos 23.483 metros de paño, o de casimires, si ustedes prefieren, extendidos por la vía pública podrían ir desde su tienda hasta Pompita y aquí, en Pompita, dar tres o cuatro vueltas a la plaza principal. ¡Hay que ver qué cara de espanto pusieron mis dos españoles! Me hicieron verificar varias veces el cálculo. ¡Qué diablos! ¡Son 23 kilómetros, casi 23 $\frac{1}{2}$ kilómetros! ¡Qué diablos! Y es lo que Mamerto no entiende, no entiende. Óiganme ustedes bien: nunca, jamás a esos comerciantes se les había ocurrido considerar ese tamaño en extendido pues ello para el negocio no hace falta. ¿Me comprende usted, Mamerto? ¡No se les había ocurrido! Ellos medían en enrollado. De aquí viene una diferente idea de las medidas, de la extensión. Mamerto no me entiende. ¡Esos comerciantes no habían hecho jamás la relación existente en un enrollado con un extendido!

Rubén de Loa dió un último acorde en su guitarra y bajó de la escala para decir:

—Lo enrollado y lo extendido son puntos de vista que a algunos convienen y a otros no convienen.

—¡Bravo, bravísimo! —gritó Mamerto Masatierra.

Macario Viluco gritó aún más fuerte:

—¡Era lo que yo sostenía y usted, Mamerto, negaba! ¡Es algo que todo el mundo piensa y sabe, es algo...!

Rubén lo interrumpió:

—No todo el mundo piensa así. ¿Y si todo el mundo pensara así? ¡Error, error! He aquí una frase que sale y sale, que todos repiten y repiten. Es la frase que sirve para obstaculizar, para poner un tope a cualquier impulso noble. Es el: “¡Detente!”. Es la frase niveladora que obliga a pensar como todos.

—¡Bravísimo, bravísimo! —volvió a gritar Masatierra.

—Hay que tener cuidado con estas frases —prosiguió de Loa—, hay que tener mucho cuidado. ¡Atención a ellas cuando salen solas! Tiene que haber allí un fondo escondido. De pronto puede manifestarse. Por el momento estamos sumergidos en el estupor del “talento”. ¡Qué admiración causa el talento! ¡Es el pasaporte universal! ¿Por qué? Es porque se siente la conexión con ese plano aparte del arte, con esa región que no es la propiedad de nadie y que de ella sólo algunos son los beneficiados. Entonces, en la mayoría de la gente, se produce la sensación de algo superior que no se explican pero que respetan al aceptarlo.

“¡Ah, ese plano aparte del arte! Ahora calla y calla. Estoy desconectado con él. Siento mi mente laborando; cuando pinto siento mi ser terreno laborando. Por eso no hago mis telas, las que me sueñan allá y que espero con paciencia, con paciencia. Espero que “de allá” me las comuniquen y me las envíen. Por el momento colaboro con la tela, la respeto enormemente. Es la manera de oír la voz del “allá”. Dejar la tela en libertad, que ella indique el camino; no yo. De pronto aquel mundo hablará. Lo veré. Seré su instrumento y la obra se producirá a pesar mío. Será una obra grande, grande.

Macario intervino:

—Grande como de aquí a Pompita, más tres o cuatro o cinco vueltas a la plaza principal.

Como el casimir extendido de esos comerciantes. Lo que yo le decía a usted, Mamerto. Pero usted no entiende o no quiere entender.

Rubén le dijo:

—Mamerto entiende todo.

—¡Bravísimo! —exclamó éste—. Al menos hago lo posible por entender dejando de lado los casimires. ¡Bravísimo!

Y se echó a reír. Rubén entonces le observó:

—Usted ríe, Mamerto, ante la vanidad. ¡Vanidad y vanidad! Me refiero a la de los artistas y a la del público en general. Obran por vanidad. ¿Por qué? Porque sobre sus obras se cierne la sombra del capitalismo que de atrás, escondido, dirige la marcha de las artes. ¿Dónde, dónde el que como lema tenga el de trabajar y nada más que trabajar? Los pintores, hoy día, están al servicio de los comerciantes y mercaderes. Y éstos están a merced de un público esencialmente burgués. Este público indica el “gusto”. Tras este gusto se marcha. ¿Dónde, dónde el artista del silencio?

—En usted, Rubén —le dijo Marul.

Rubén quedó un rato pensativo. Luego dijo:

—Gracias, Marul. En este país, Marul, el arte es todavía ornamento; no es una necesidad vital. De aquí viene la falta, la total falta de apasionamiento hacia las artes todas. ¡Qué diferencia con lo que ocurre con la política! En ella está lo estable. Lo estable en el arte es inalcanzable, es aquella región. Alcanzarlo... ahora se confunde con el éxito. Porque quienes en el pasado estuvieron en la región alta y hoy tienen la fama del éxito, éste ha pasado a ser el termómetro con que se toma la temperatura a las artes... ¿Quién da el éxito, Marul, quién? Un público que nada sabe, nada entiende y que el artista desprecia. Este público aplaude... ¡Oh, es el éxito! ¡Silencio y respeto ante él! Ese público ha pasado a ser la voz, ¿me entienden ustedes?, la voz, la voz que dice cómo las cosas son.

“Los siglos siguen, siguen. Su paso cae sobre todos los seres. En algunos cae en forma positiva; en otros, en forma negativa. La forma positiva es: La inmensidad es UNA. Los siglos la hacen sentir. Como en un ser cualquiera que de pronto y vívidamente sintiera su propia unidad, en un solo instante, desde su nacimiento; luego que clarividenciara su porvenir. La forma negativa es la costumbre, la inacción, la repetición porque siempre así se ha hecho, siempre, desde siglos, siglos y siglos.

“La costumbre burguesa; la repetición burguesa... Sin embargo los burgueses van adelante, rompen, hieren, matan, resucitan... y ¡hablan! Lo que es peor: dan su opinión. Y la dan con aire mesurado, con aire profundo.

“¿Conocen ustedes a Bonifacio Colbún? ¿No? Pues lo conocerán. Bonifacio Colbún es un pintor melancólico. Sólo de verlo se oprime el corazón y los ojos se llenan de lágrimas. Es, de verdad, un hombre melancólico. Pinta Colbún cuadros alegres, festivos. La gente, la burguesía los mira y declara: “Es natural; es su defensa”.

“¿Conocen ustedes a Anacleto Ibacache? ¿No? Pues lo conocerán. Anacleto Ibacache es un pintor melancólico. Sólo de verlo se oprime el corazón y los ojos se llenan de lágrimas. Es, de verdad, un hombre melancólico. Pinta cuadros tristes, que parten el alma. La gente, la burguesía, los mira y declara “Es natural; es su reflejo”.

“Los dos, tanto Bonifacio Colbún como Anacleto Ibacache, son melancólicos: se han colocado en los extremos de la psique y desde ellos se expresan. Ambos gustan a la burguesía como gusta mi amigo y excelso pintor Vitelio Doñihue. Ha tenido Vitelio un gran éxito pictórico. Ha recibido los parabienes de Ubaldo Masafuera. Es lo que yo considero

como éxito. Pero cuanto se refiere a la burguesía o plebe... ¡es de reírse, de reírse a gritos! Vitelio, para esta burguesía, pasó a ser el amo, el rey, el Dios. Cuanto hizo o dijo recibió formidables comentarios; se comentó hacia donde iban sus intenciones y, sin duda, iban hacia búsquedas en sentido profundo. ¿Ha hecho Vitelio una mala tela? ¡No, no, jamás! Era una tela magnífica que escondía un lado misterioso. La gente, ante ella, callaba y luego repetía mil veces: “Curioso...; extraño...; singular...”.

“¡Mala cosa, amigos, mala, pésima cosa! Un artista que busca en el sentido de lo “curioso, extraño, singular”... ¡mala cosa, vuelvo a decir, mala, pésima cosa! Se ha desconectado de esa región superior. En este sentido alcanza igual interés cualquier obra de cualquier hombre pues ella no refleja al hombre-artista sino que refleja la marcha del hombre como especie. ¡Ahora la especie hace cosas curiosas, extrañas, singulares! En el arte lo único que debe interesar es la calidad. ¡No hay otra cosa! ¡La calidad!

“Vitelio Doñihue se dio cuenta de esto, es decir, que su arte era juzgado y apreciado por lo curioso, por lo extraño y singular; se dio cuenta de que él era estudiado y apreciado como hombre-especie. Me dijo cierta vez:

“-Soy un conejillo de Indias. Los sabios que me experimentan: los burgueses.

“Vio que tenía que ceder todo su arte a los psiquiatras.

“Por contagio... yo también cedí... a los psiquiatras.

“Fuimos dos.

“Nuestros problemas de arte se guarecieron en las mil alternativas de la vida diaria, olvidando así la grandeza que el hombre tiene al poder conectarse con esa región de “más allá”.

“Vitelio partió tras Bonifacio Colbún, tras los cuadros alegres y festivos; yo partí tras Anacleto Ibacache, tras los cuadros tristes que parten el alma.

“¡Soledad! Abrí su puerta. Entré. ¡Soledad!

“Vitelio se dijo que lo malo que se haga en arte, lo negativo o falso –que lo haga él o cualquier otro, por grande que sea, por genio que sea– no tiene ni un milímetro más de importancia que lo de negativo y de falso haga cualquier hijo de vecino.

“Partió Vitelio a ver los hijos de vecino. Yo, ¡soledad!

Calló Rubén. Entonces habló Marul:

–¿Qué pasa con la soledad? Desde ayer nos persigue. Primero ha sidò con los doctores Hualañé y Pitrufulquén; ahora es usted, Rubén, quien nos habla de ella. ¡Qué bien, Rubén, qué bien! Ese deseo de usted por ir a la soledad, por fortificarse en ella y no abandonarla, es lo que me reconforta al venir a su taller de usted. Ya está usted casi en ella, ya está armado, Rubén; no teme nada. Al tocarla se amplía y crece el mundo que ambiciona tocar y poseer.

–Sí, es verdad –repuso de Lóa–. La soledad completa en lo que se refiere al interior, a la gestación de lo que comunica esa región del arte, es lo que ambiciono. ¡Bulla, bulla en todo lo demás! La bulla defiende en contra de los malos espíritus. ¿No es así, Macario? ¿No es acaso como ir hasta Pompita y dar vueltas a la plaza sobre pavimento alfombrado con el casimir de los comerciantes españoles?

–Sí, señor; sí, Mamerto; porque tenían tanto casimir como para ello y se consideraban arruinados... Es lo que usted se niega a comprender, Mamerto. Mejor será que me retire. ¡Adiós, adiós!

Rubén lo miró alejarse. Cuando sus pasos se perdieron nos dijo:

–Macario Viluco me hace pensar en algo completamente distinto a su persona. Cuan-

do traspasa este umbral se me transforma en un personaje de *La femme 100 têtes*, de Max Ernst. Me dan deseos de recortarlo con tijeras y plasmarlo aquí en medio de nosotros. Me da Macario un cierto vértigo dulce que me pone en ebullición. Sus problemas son deliciosos. ¡Ah, qué diera yo por tener una mente así, una mente que no esté acosada, día y noche, por este hecho de encontrarme hoy con vida y en esta Tierra! Tener una mente que se preocupa de los precios de la vida en Pompita, de nuestra sangre que tira al sitio de su origen, de la inutilidad de los tenedores, de la mano izquierda de los niños, de los 23 kilómetros de paño de esos comerciantes... Es un tipo raro. Para sacarlo de su llaneza, lo he dicho, lo recortaría y lo plasmaría aquí. Tendríamos entonces un admirable Max Ernst. Porque ¿qué son sus ilustraciones de *La femme 100 têtes*? Son los dibujos que, desde pequeños, hemos visto por todas partes, en todos los libros. No tienen más rareza que la de pertenecer a la época 1900. ¿Es esto una rareza? Se les mezcla entre ellos, se juega con el ambiente que los rodeaba y entonces pasan a ser hombres y mujeres de otro mundo.

“Macario Viluco con sus precios, su sangre, sus tenedores, sus manos y su paño; Macario Viluco revoloteando con ellos sobre mis ímpetus de pintura, es un personaje de Max Ernst. Es un hombre bueno que vive hoy; es un hombre bueno sin pasado; es, se diría, la primera vez que viene a la Tierra.

“Yo estoy bajo el peso de un pasado larguísimo. Siento en el fondo de mí mismo que *ahora* soy pintor. Con mis pinceles y con mi paleta tengo que cancelar una deuda por faltas antes cometidas. Es en aquella región independiente del arte donde está mi salud. ¡Oh, región! La veo cuando caigo a una pasividad completa.

“Ya en estado pasivo necesito el ruido insonoro de campos, de ciudades, de mares y cordilleras. Me empapo en él y entonces pinto en estado de trance. Aunque guardo mi lucidez en perfectas condiciones.

“¡Oh, los grandes espacios resplandecientes! ¡Oh, las casas sombrías y las cavernas no menos resplandecientes! ¡Oh, esos rincones en sordina siempre y siempre variados!

“No entiendo a Lorenzo Angol que sólo vive incrustado en su Bóveda con un paisaje siempre igual. Al cabo de cierto tiempo ello sería para mí un sinónimo de la nada.

Golpearon y entró Cirilo Collico. Rubén lo puso al corriente de lo que hablábamos. Collico dijo:

—Ustedes lo saben, soy pintor y detective. Tengo como taller de pintura una especie de caverna en la que me encierro. En ella se renuevan los resplandecientes sin interrupción. Nada se mueve, nada cambia, todo sigue igual dentro de mi caverna. Es un movimiento perpetuo pues cada cuadro que pinto da nuevos modelos. ¿Cómo? ¡Ah, gracias a mi gran tablero de madera! En él clavo los papeles en que pinto. La pintura resbala fuera y mancha el tablero. Pues bien, en estas manchas de pintura se forman cuadros y más cuadros, todos ellos tristes, todos ellos melancólicos, y llenos de personajes que se mueven lenta, lentamente. Es ya viejo mi tablero de madera. Lo contemplo largo rato. Luego copio de él. Esta copia causa nuevas manchas, o sea, nuevos cuadros. Es mi método: mirar y mirar el tablero hasta descubrir. Porque no hay tal contrapeso psicológico que alegan psicólogos y psiquiatras. Es algo como el campesino vagabundo que, de pronto, descubre una veta de metal o un pozo de petróleo. He descubierto mi veta, mi pozo, con reflejos significativos de la naturaleza. Ahora lo exploto. Me pongo, pues, en mi verdadero sitio de hombre, es decir, de colaborador con Dios o con las fuerzas gigantes. Así las llamo yo: ¡las fuerzas gigantes! El verdadero hombre no debe moverse cuando alcanza esta divina colaboración; el hombre animal debe aún moverse y correr.

"Soy, señores, un hombre animal... También. Soy detective. Entonces me muevo y corro. ¡Qué hacerle! No he encontrado aún un tablero de reflejos purificados y sintéticos de las maldades humanas. ¡Ah, señores míos! El día en que lo encuentre descubriré, sin ni siquiera asomarme más allá de mi ventana, los crímenes cometidos en las más lejanas comarcas.

"Hago, pues, con estas dos actividades, lo mismo que hace usted, Rubén de Loa, con su bulla alrededor y su silencio al pintar. Somos seres de extremos psicológicos. Hay que mantener el equilibrio entre estos dos extremos; no hay que contrariarlos. Hay que abandonarse al que tintinea con mayor intensidad.

"Pinto. De pronto siento que el ímpetu de pintor empieza a abandonarme. ¡Oh! Es un caso, un caso detectivesco, que se avecina. Dejo los pinceles. Escucho. Salgo. Encuentro.

"¡Un caso! ¡Otro caso! Voy, vengo, husmeo, averiguo, pregunto, interrogo; vuelvo a ir, vuelvo a venir; me agito, corro. Al fin descubro el caso y ¡a la prisión!

"Entonces zumba lentamente, muy lejos, el otro compás de mi vida. El tablero me habla con dulzura, al principio. Me siento frente a él y lo contemplo. Luego pinto. Cerrada mi puerta. Estoy solo en mi caverna. Pinto.

"Así vivo. De un extremo al otro extremo. Es, lo repito, el movimiento perpetuo en la vida. He terminado de pintar y ahora he salido. ¡Se cometen tantos y tantos crímenes!

"¿Hay en esta vida de extremos alguna oposición? ¡No, no la hay! Es así mi ritmo. Con él me avengo perfectamente.

Marul entonces le preguntó:

-¿Cree usted que haya seres de una sola actividad, de una sola línea, que siempre laboren en el mismo punto sin estos cambios de extremo a extremo?

Collico le respondió:

-Sí, los hay.

-¿Quién, por ejemplo?

-Usted, Marul.

Nosotros aprobamos en medio de un: "¡bravísimo, bravísimo!" de Mamerto Masatierra. Luego Collico nos citó otros ejemplos: Tulio Azapa, el pintor; Tiburcio Azapa, el miembro del Club Cero, el hombre puro, idealista, que desparrama su amor por sobre la humanidad entera; y Pascasio Vallenar; y el musicólogo Silvestre Tongoy; y la bella Jacqueline; y Hans Interlaken; y ¡qué sé yo!

Quedamos un rato en meditación. Noté que Rubén ya tenía bastante de charlas y bullas pues sus ojos se iban, a todo instante, a su caballete. Por otro lado, Cirilo Collico se ponía nervioso hasta que, por fin, exclamó:

-¡El caso! ¡Se me busca! ¡Me voy, me voy!

Y salió hecho una tromba.

Nosotros, entonces, nos despedimos y nos retiramos.

-¿Te fijaste, Marul, en un pequeño signo que te hice, de pronto, cuando Collico hablaba en el taller? Pensé en mi sueño, Marul, ¿recuerdas? Pensé en ti. Pensé cuando tú me

mostrabas aquel dibujo, el cuadrilátero de arriba, con uno más pequeño abajo y con rayas que salían de éste.

Marul me contestó:

—Sí, me fijé y comprendí a lo que te referías. Es un hecho, Onofre, que se piensa fuera de nosotros. El mundo del pensamiento está aparte. Pensar es conectarse con este mundo. Lo que uno tiene que hacer es registrar como él se mueve, es poner en orden, adaptándolos, estos movimientos. Y, sobre todo, cuidar a que estas conexiones no se corten.

“A veces se cortan. Es entonces cuando hay que ver si ella se ha cortado de arriba o se ha cortado de abajo. Hay que ver si ese mundo ya no nos envía nada o si es nuestro aparato receptor el que no funciona. Si es de arriba que ya nada se envía, es entonces el camino hacia la imbecilidad, es un cuerpo sin soplo el que queda; si es de abajo, es la amargura, es una vejez decrepita la que agarota al hombre.

“¡Atención, pues, cuando las conexiones marchan como es debido! Estamos, en esos momentos, en el mundo de todos. Al estar en él tiene verdad cuanto pensamos, cuanto soñamos, cuanto interpretamos. Piensa en los niños. Piensa, haz un esfuerzo y recuerda, en lo que pensabas y en cómo veías el mundo cuando eras un niño. Un niño ve vislumbres ciertas de la verdad. ¡No hay que olvidarlo jamás! Hay, únicamente, que depurar, hay que limpiar, poner cada cosa en su punto. Porque no olvides nunca, Onofre, que no hay una verdad. No existe la verdad única a la que haya que alcanzar.

“Ahora relacionemos esta idea con aquello que expresaríamos, más o menos, así: “No se inventa nada”.

“Todo está, está de siglos y siglos atrás. Pero este todo es tan grande, tan inmenso que, al avanzar por él, la parte que vemos parece destruir la que hemos visto.

Después de un silencio, Marul me llevó por este camino de los recuerdos. ¡Isidra Curepto! ¡Tan aporreada por todos por el hecho mismo de querer vivir un poco más allá de la turbamulta! Una impresión brotó en mí: cuando la vi caer y vi esa mirada... Fue un instante, nada más. ¡Qué lejos puede llevar un instante! Es como cuando Longotoma y Lonquimay se pelearon y Lonquimay vaciló por un instante... ¡Isidra Curepto! Caer y mira. Veo en sus ojos una desesperanza, una angustia que la sumerge en el fondo general del dolor, ese fondo yacente acaso allá, allá en la Caverna Común. ¡Extensiones y extensiones de dolor y dolor! ¡Miles, millones de hilos que se retuercen como serpientes buscando una conexión humana para cogerla y hacerla efectiva! ¿Por qué tú, Romelio Renaico, no nos hablaste de este movimiento? Es grande, es enorme, es noble este movimiento cuando se incorpora en un ser y lo arrastra. Porque en aquel momento me pareció, y ahora me parece nuevamente, que Isidra recobraba sus derechos tan humanos como cualquiera. Su fondo de dolor estaba allí, incólume, virgen. Tal vez trabajaba desde un sitio recóndito.

Entonces apareció, de lejos y con lentitud, otro personaje: el fantasma literario. Me preguntó:

—¿Qué personaje completo has hecho? ¿Has tocado ese fondo en alguno de ellos? ¿Qué haces como biógrafo?

Es claro. Es como Isidra, como Isidra Curepto. Todo lo descrito y actuante en ellos son sólo apariencias, son sólo cáscaras.

—¡Marul! —exclamé—. ¡Son sólo cáscaras, sólo cáscaras!

Marul me dijo:

—Se te ha presentado otro problema que envuelve al anterior. Todos ellos, todos tus personajes, todo lo existente, ¿no es una apariencia únicamente, no es una cáscara? Los

verdaderos, aquellos cuyas cáscaras tocas, ¿dónde están? ¿Es posible que estén sólo en el fondo común de dolor? Presientes, en este momento, esos hilos que mueven sin ver a quien ponen en movimiento.

59

—Cuando yo era un niño, cuando abismado miraba a mi alrededor, una creencia se me imponía: la razón triunfará siempre. Aún espero este triunfo.

—Estás en un día de pesimismo, Lorenzo —le dije.

Lorenzo movió la cabeza en signo de negación.

—No, no estoy pesimista —me contestó—. Sólo pensaba y pensaba, recorría el pasado, calculaba el porvenir. Llego, después de esto, a una conclusión: mi falta de humildad. Estoy roído por un inmenso número de proyectos. ¡Proyectos! Me acosan por todos lados, rondan a mi alrededor: mis proyectos de literatura que crecen y crecen cada día; mis bienes terrenos que se separan de mí para llamarme y llevarme tras ellos... ¡No, no quiero ir, no lo quiero! Tiene que haber un modo de vivir diferente. Un hombre solo, claro está, puede encontrar este modo de vivir pero yo quiero una manera colectiva, que alcance a todos. ¡Y que cese, que cese este juicio crítico sobre cuanto existe! ¿Entiendes tú este laberinto en que estoy encerrado? La vida es hoy... ¿sabes qué? La vida son los intereses. Esto es lo que explica la resistencia formidable que encuentra el comunismo.

Lorenzo me habló mucho, mucho, pasando de un tema a otro, me habló con cierta incoherencia pero marcado todo con un fondo común que no se precisaba, ni para él ni para mí, pero que se cernía sobre sus palabras.

Así me habló de uno de sus autores preferidos: Ouspenski. Me habló de la primera y más terrible prueba antes de la iniciación, cuando el candidato se siente solo, aislado, sin ayuda de ninguna parte y no le queda más que decirse que nada, nada existe y que todo, a su alrededor, no es sino un infinito vacío. Es una sensación de horror —no hay otra palabra: horror— porque se pierde todo lo real, porque, sin más, desaparece este mundo. Entonces hay que renunciar a cuanto de bello y de esplendoroso nos aparece y que allí está en actitud de espera para recibirnos. Todo ello se hace fantasmagórico, irreal. El mundo termina. Sólo se es mantenido por una esperanza: en alguna parte hay, tiene que haber, una luz. Pero ¿cuál y dónde? Renunciemos, mejor a cuanto de bello y resplandeciente nos rodea; renunciemos a todo lo esplendoroso, no que nos rodea sino que nos rodeaba. Sabía él que debía regocijarse ante esta impresión. ¿Regocijarse? ¿Cómo? Es, a su alrededor, el silencio, el silencio absoluto, no causado por la carencia de ruido sino por la no existencia de... de...

—¡No hay nada, Onofre; es el vacío, el vacío total!

Yo lo miraba y lo miraba. Sentía, a cada rato, una atracción hacia él, unos deseos recónditos de caer también en ese vacío total, de presenciar junto a mí la desaparición de cuanto existe. Algo me detenía, me detenía. ¡Todavía no, no! Resonaban en mis oídos tantas grandezas, tantas, tantas. Hasta las más mínimas pequeñeces se me agigantaban: la Taberna de los Descalzos, el palacete de la familia Romeral, la casa de los Viluco... Para qué decir esas inmensidades del taller de Rubén de Loa, de los austeros edificios de la Ulpif, del Convento de los Jerónimos... Y allá, lejos, muy lejos, veía el Zoo de San Andrés

que se agrandaba y se empequeñecía, se empequeñecía y se agrandaba, con un tigre, uno solo, que se paseaba y se paseaba y se paseaba...

Sin duda me desorbitaba. Porque todo es cuestión de concentración. Concentrarse, es todo. La prueba está en la lectura. Sí, me he fijado, Lorenzo, que la lectura puede ser una clave para medir el grado de concentración. Es muy cierto lo que me dices: tomemos un libro cualquiera, cualquiera, y que lo lean varias personas. La mayoría de ellas, la casi totalidad, empieza por levantar un tabique entre el libro y sus personas. Lo que se lee son cosas que pasan fuera, lejos, que no tienen ni nunca han tenido relación con uno; son cosas de otras gentes que no se mezclarán jamás con nuestras propias vidas de todos los días. Son muy pocos los que consideran el libro como una orden, como la manera de comunicarnos aquí en la vida, de dar cuenta de las experiencias que nos suceden. ¿Y para qué se da cuenta? ¡Es una necesidad mayor! Es, tal vez, la busca de amigos, el consuelo de no sentirse solo en este mundo desierto. Pero... ¡no, no! Aquello, lo que leemos, le ocurrió a Fulano y a Zutano y a Mengano. ¿Son seres vivos, seres como nosotros? ¡No! Son seres del mundo literario, ese mundo que ocurre cuando nos aislamos a leer, bien acomodados en un sillón. Después vienen los quehaceres diarios, viene nuestra vida y... la lectura se borra, desaparece hasta que nuevamente vayamos al sillón.

Reconoce Lorenzo a los que van por las calles con un libro en la cabeza. Los distingue de los que han dejado el libro en casa.

¡Pobres autores! Van a esas calles empapados, sumergidos en sus propias obras. ¡Es natural! Van a encontrar tantos y tantos compañeros de sumersión. Como fue por las calles Teodoro Yumbel. Hizo un pequeño folleto con su manuscrito de *Al Margen*, en el que yo, Onofre Borneo, le presté toda mi ayuda. Lo felicitaron, lo felicitaron mucho. Fue aplaudido y comentado apenas se retiró de su casa. Entonces Yumbel, en vez de alegrarse, fue tomado por un pánico atroz y sintió deseos de huir, de guarecerse en un lugar inalcanzable por esa gente que felicitaba.

Todas las felicitaciones caían erradas, caían fuera de foco. ¿Por qué se le felicitaba, después de todo? Pues por una idea de un cuentecito que él había ido a buscar al otro lado del tabique. La había desarrollado muy bien y... ¡hasta luego! Porque la vida es otra cosa, ya lo creo, otra cosa donde no hay tíos así que queden al margen de lo que ellos mismos viven.

Todos ignoraron que así era la manera de expresar una desorientación profunda, una desconexión con este hecho de vivir, un algo que a todos puede ocurrirnos como él lo relataba, que a todos nos ocurre a diario, a todo momento si nos concentramos con aquel hecho de vivir.

¡Pobre Yumbel! Conversaba cierto día, a raíz de la publicación de *Al Margen*, con un grupo de amigos. Unos aprueban, otros desaprueban, unos preguntan, otros explican; en fin, la cosa toma bríos. Yumbel está entusiasmado. De pronto la conversación cambia. ¿Cómo, a propósito de qué? El hecho es que cambia y de la obra literaria pasa a hablarse del dinero, de lo que se tiene, de lo que no se tiene, de quienes tienen, de quienes no tienen, de cuanto se tiene, de cómo hay que hacer para conservar lo que se tiene, en fin, el centro es el dinero, todo gira alrededor de él. Y los amigos se han entusiasmado, hablan ahora con pasión. ¿*Al Margen*? Se ha ido, se ha hundido, ha desaparecido. Era un tema de conversación, nada más, un tema mientras se han de abordar los verdaderos temas. ¡Ahora se habla de cosas serias! Como se siguió hablando del otro tema profundo: el nacionalismo. ¡Ah! ¡El nacionalismo! Dos puntos: el dinero y el nacionalismo, puntos a que están

todos sometidos, que todos aceptan como ejes de sus vidas; lo aceptan tan de fondo y tan sinceramente que ni siquiera saben que lo han aceptado.

Así me hablaba Lorenzo Angol. Me hacía ver el placer de esa gente al encajarse en un tema común a muchos, al identificarse con un gran número de otras gentes. ¡El hombre de las masas!

Es lo que busca la mayoría, es lo que busca ávidamente: ¡el hombre de las masas! Él, Lorenzo, lo evita, se siente manchado cuando ese espíritu se avecina y quiere cogerlo.

¡Ah, el hombre importante, importantísimo que se refocila en su vientre! ¡Ah, los artistas soñadores y ajenos a estas trivialidades que viven escondidas detrás de un ideal! Y los jóvenes, los jovencitos que concurren a un baile; su manera de llegar, su manera de desprenderse de su abrigo, su manera de saludar... ¡Ni una nota discordante! ¡Que entre y en mí se asiente el espíritu de las masas!

—Y allí está el Fouquier-Tinville, allí está, mi querido Onofre, en su pupitre, allí está sereno y adusto. Porque yo, Lorenzo, también lo he visto, en la casa al lado del chino Pey. Te vi una tarde, ya oscuro, asomándote a una ventana. Luego seguías. Hice lo mismo y miré. Vi también a los hermanos Marx, sentados, displicentes. ¡Y ese soldado que se dormía sobre su fusil! En otros tiempos habría corrido hacia mi padre a preguntarle qué hacía esa gente allí. Hoy, no. Hoy no le preguntaría nada. Te lo digo a ti porque sé que también has visto a Fouquier-Tinville, a los hermanos Marx y al soldado modorriento. Bien. Por algo estarán allí. Yo también seguí mi camino pensando en lo que mi padre me habría contestado. Los padres creen que todo lo saben cuando son sus hijos los que preguntan. Un padre no vacila en confesar su ignorancia sobre una materia dada a un señor cualquiera. Un padre se hace un erudito sobre esa misma materia cuando es su hijo el que sobre ella pide informaciones.

“¡Qué de cosas curiosas, raras, existen! ¿Sabrán los padres las causas de ellas? Pensé en el sexo, en esta voz segunda que llevamos dentro y a la que oímos sin vacilar. Pensé en las enfermeras. Sí, en las enfermeras que lo exaltan y las comparé con las profesoras que lo disminuyen. ¿Por qué? Es, para mí, como las mujeres con perros. ¡Qué horror! El perro se come al sexo. No así las mujeres con caballos. El caballo lo lleva en su grupa.

“Porque estamos rodeados de cosas misteriosas! Los frailes, los frailes medievales, por ejemplo... En una época me preocuparon enormemente, tanto que a esa época la llamo yo “medieval”. Luego vi que la cosa era más honda, más sorprendente, sobre todo, que obedecía a principios de otra categoría. Ante mi sorpresa vi, cierta vez, que hay una semejanza entre ese fanático absoluto y un pintor desconcertante. Esta semejanza consistía en el hecho de que ni al uno ni al otro logro entenderlos. Pero quitándome yo, ¿subsiste esta semejanza? El fraile tiene todo su ser, todo él, hasta la médula de los huesos, sumergido en sus creencias. En cambio esos pintores desconcertantes no tienen nada de sus seres, ni la punta de una uña, encajado en ese mundo que de pronto detiene de un golpe, ensimismado, a un hombre cuando en una armonía de la tierra vibra una armonía abstracta. Hay en esa obediencia de ellos a ese llamado abstracto algo tenebrosamente oculto para mí. Pero ¿no vemos esto mismo a cada momento en nuestra vida diaria? Una sinrazón que lo deja a uno estupefacto y que sólo la abulia de la costumbre nos impide notar. Porque pongo el caso de un policía. ¿Hay algo más extraño, más absurdo, algo que considerado con la razón serena y elevada, no sea capaz de convencernos de que este mundo es un guirigay? Sí, Onofre, es una merienda de negros, como dice mi tío Dionisio cuando se habla de algo que esté más allá de su entendimiento. Un policía... Hay que ver al hombre,

a ese hombre con el total de peso de grasas a las que hay que sumar el total de peso de sus idioteces. Velo ahora en una esquina vigilándonos a todos y pronto a castigarnos duramente si no hacemos las cosas como se deben hacer. Entonces me pregunto: ¿Qué piensa ese hombre cuando está solo, cómo logra equilibrarse entre dos puntos tan distantes y contrarios? Bueno; la verdad es que los policías no están nunca solos y si llegan a estarlo o tararean una cancioncilla cualquiera o se comen las uñas.

—“Pero volvamos a los pintores, a mis pintores. Volvamos a ellos como volví yo anoche mientras me paseaba por los alrededores de la Taberna de los Descalzos y los atisbaba por aquí y por allí. Aquí estaban, allí estaban. Hablaban, bebían, algunos comían.

“No sé por qué asociación de ideas... No, no fue por ninguna asociación de ideas; si hubiese sido por una de ellas, fácil me sería ahora reconstituirla. Tengo para ello buena memoria.

“Al verlos pasé, subitamente, por un parentesco de imágenes cuyos resortes ignoro, a la visión de un encantador de serpientes. Apenas tuve esta visión goteó en mi pensamiento la extrañeza de este hecho. Salpicaron las interrogaciones: Una serpiente fascinada por la música, ¿hay mayor desmentido al edificio de nuestras doctas razones? La serpiente veámosla en lo que es, veámosla como un bicho que se arrastra, como un conjunto, una aglomeración de instintos que podrían desenvolverse plenamente sin el hombre. Véase ahora, allí en la Taberna, esas cabezas elaborando música con la espuma de cerveza en los labios, con la taza de café. Y véase al bicho siguiendo entre la yerba la línea de su destino: el pajarito que comerse.

“De pronto, ¡alto, alto! Se ha detenido a oír música...

“Me encontré con Aliro Gorbea. Le conté mi perplejidad ante este fenómeno. Entonces Gorbea me explicó:

—“Las serpientes son sordas. Jamás han oído ni una nota de música. Lo que hay es que la música, al hacer vibrar el aire, hace vibrar también la tierra en que reposa el cuerpo de la serpiente. Esta vibración es la que la inmoviliza. Ante su inmovilidad creemos que ella se debe a las armonías musicales que nunca ninguna serpiente ha oído.

“Empecé a comprender, Onofre, ahora sí empecé a comprender. Mis pintores se inmovilizan hipnotizados; suspenden sus actividades vitales, insintivas e intelectuales; suspenden su vida toda ante otra vibración: la de los colores y arabescos que ¡anda tú a saber por dónde y cómo se va al suelo, por dónde y cómo se les introduce en el cuerpo! Así los paraliza y les hace pronunciar una frase artística y borrar una tela. Han obedecido como la serpiente a los sonidos que no oye, a esa armonía y a esos arabescos que nunca han visto ni nunca verán.

“Es lo que trato de meditar en mi Bóveda, el sitio donde no se puede estar inactivo. En ella ¡hay que hacer algo! Es un error creer que es un sitio bueno para meditar, con meditación pura y sola. Ello es casi imposible. La meditación en la Bóveda es obrando, es trabajando como un peón. Ni siquiera logro leer en ella; si cojo un libro es para consultarlo. Sin duda medito fuera, aquí en San Agustín de Tango.

“Me han preguntado no pocos escritores y pintores y qué sé yo, lo que, según mi idea, ellos deberían hacer. Al principio evadí la respuesta. Ella no estaba nítida en mí. Pero al fin la encontré. Se la di a Anacleto Ibacache. ¿Deseaba él saber de arte para de ahí partir a su obra? Estaba Anacleto con el joven literato que acaba de regresar de Europa, Eusebio Palena. ¿Lo conoces tú? Es un joven desorbitado que habla poco; Anacleto habla por él. Les dije a ambos que buscaran inspiración en la Biblia, que leyeran y releyeran el Nuevo

Testamento. Luego les hablé de San Mateo e hice hincapié en el Sermón de la Montaña. ¿Recuerdas? “Buscad y encontraréis; llamad y se os abrirá”. ¿Qué más podía decirles yo? Lo que diga ha de quedar flotando sin disolverse. Porque me acordé súbitamente de Tiziano. Les dije que Tiziano, a los 98 años de edad, es decir un año antes de morir, al ser felicitado por un cuadro que acababa de terminar, había respondido a tanto halago que ahora y sólo ahora empezaba a comprender lo que era *la vera pittura*. ¿Qué podía agregar? Les aconsejé que hicieran como yo: cuando empecé a escribir compré un cuaderno; desde la primera hasta la última página escribí en él: “No sé; no sé; no sé...”. Te lo digo: hasta la última página.

“En fin, Onofre, es ya la hora de un poco de reposo.

60

He conversado largamente con el joven literato Eusebio Palena. Como te he dicho, me pareció, cuando lo conocí con Anacleto Ibacache, un hombre un tanto desorbitado, que teme, que busca, que quiere saber adónde ir y que, sin embargo, algo lo retiene apenas ha emprendido la marcha. Acaba de cumplir sus 26 años de edad. Vive en la casa en que nació, en la calle de los Seminaristas, en una vieja casa colonial. Acaba de hacer un viaje a Europa y ahora ha regresado. Naturalmente estuvo en París y, en esta ciudad, en el Museo del Louvre. Hablamos de cuadros y más cuadros. Noté que había algo que le inquietaba. ¿Sabes tú qué? Una pequeña tela de Jerome Van Aeken, llamada *La Nave de los Locos*. La recuerdo y seguramente la recuerdas tú también. Es una hermosa tela pero de ahí a ser lo que más llama la atención... En realidad no comprendía a Palena. De pronto el hombre se transfiguró. Me dijo como vaciándose de un peso:

—Es que frente a ese cuadro quedé clavado, sin poder hacer ni un movimiento. Luego, cuando me desprendí de él, el cuadro me siguió y me ha seguido hasta hoy. Iba al Louvre y me dirigía sin vacilar a las pequeñas salas de los pintores holandeses. Durante el resto del día, Van Aeken me aparecía a cada momento. Comprendo que a usted le extraña esta especie de obsesión mía. A mí me extraña tanto como a usted pues no logro esclarecer el motivo de tal atracción. Es decir, creo que no lo lograba hasta una tarde extremadamente gris y fría.

Contemplaba el cuadro en paz. Los días invernales obran sobre mis nervios como calmantes. Pero de pronto me cogió un estremecimiento horrible, nacido de la comprensión súbita y certera de cuán cerca estamos de perder la razón. Vi que de ella no me separaba más que un hilo y quedé, entonces, aterrado pensando en qué me había librado hasta aquel día de sus garras.

En la nave —que es de verdad una simple barca— van varios personajes extravagantes, dos de los cuales son admirables por lo grotescos. Son ellos un chico o enano o monstruo que está echado hacia lo proa de la embarcación, y, sobre todo, un fraile sentado ante una tabla puesta a manera de mesa, un fraile que va cantando con una mujer que le hace frente.

Pintura todo ello, nada más y felizmente. Pero es el caso de preguntarse: ¿Si fuera realidad, si viera un día una barca así pasando ante mis ojos, con el enano a proa, con el fraile y la mujer al centro, cantando ante esa mesa? Tal vez aún podría resistir en mi sano

juicio reduciéndolo todo a un susto y nada más. Pero ¿si se me obligara a seguir al lado de ellos, mirándolos por horas, por días? De un hombre cuerdo que había en mí al embarcarme habría pronto un perfecto alienado. No lo dudo, Onofre Borneo. La prueba es muy simple: sólo de suponer que esa tela pudiera trocarse en realidad, sentí un calofrío insupportable.

Ahora pienso que, en verdad, varias veces he estado al borde de ese terreno de la sinrazón con sólo mirar detenidamente una figura, una expresión, mejor dicho, y a veces con sólo observar furtivamente el gesto rápido de una persona cualquiera, cierto gesto, desde luego; no todos. Otras veces, con sólo contemplar un objeto que se me antoja animado de una expresión humana, de cierta expresión, lo repito, no de todas.

Hace tiempo hice esta observación a propósito de un lápiz que estaba afilando y a propósito del ritmo con que se columpiaban en un balancín dos muchachas. Escribí entonces:

“Me hallaba en las casas de un fundo. Iba a ponerme a escribir y, para ello, sacaba punta a un lápiz pequeñito y viejo. De pronto, mientras lo cortaba con un cuchillo y saltaban sus pedazos de madera, tomó el lápiz un extraño aspecto. Fue como si por un instante mostrara una fisonomía especial que, junto con entreverla, vi, recordé haber visto ya, creo que en alguna persona, o en un sueño, o en mi imaginación. Fue como si me hubiese murmurado algo al oído, algo que casi comprendí y que casi me hizo recordar otras cosas nebulosas escondidas dentro de mí. Pero ¿qué eran tales cosas? Las sentí dentro junto con darme cuenta que para saberlas a ciencia cierta habría sido menester que el lápiz hubiera permanecido largo rato mostrando su fisonomía especial. Ya el cuchillo había rasgado otro pedazo de madera. El lápiz volvía a no ser más que un lápiz, pequeñito y viejo. Media hora después no pensaba para nada en lo que estuve a punto de ver y conocer. Pero si hubiera habido un poco más de curiosidad en mí habría encontrado lo que ese lápiz quiso decirme y no me dijo.

“Me puse a escribir en el corredor de las casas. Frente a mí dos muchachitas se columpiaban cada una en el extremo de un palo horizontal que giraba sobre uno vertical. Las veía distraídamente dar vueltas con suma rapidez, elevándose la una cuando la otra tocaba el suelo. Entonces ésta se empujaba con los pies, partía veloz hacia arriba, la otra caía de su altura, y el palo giraba y giraba sobre el soporte central.

“De pronto vino lo que uno cree que va a comprender. Fue en la persona de una de ellas cuando se dio empuje con los pies y se elevó. Su movimiento me hizo recordar la fisonomía o carácter, no sé si de forma humana común a los objetos en circunstancias determinadas. Me produjo la impresión de que, por fin, había encontrado algo que buscaba de tiempo atrás: era un aspecto, una expresión que tal vez había vislumbrado entre sueños y que, en ese momento, me aparecía asociada a algo material, palpable; único modo de poder ser poseída por alguno de nuestros sentidos. Para poseer lo abstracto no es necesario que lo material lo presente. La alegría, la tristeza... ¿cómo expresarlas, a pesar de comprender tan bien su esencia, sin asociarlas a algo apreciable por los sentidos? Me pareció, aquella vez, que tenía yo una idea, o sensación, abstracta, puramente abstracta, siempre fugaz e inabordable a mis facultades, que ahora se me presentaba unida a algo que me haría ser dueño de ella y capaz de expresarla.

“Pero ya el columpio había girado muchas veces y todo se había ido. No pensé más en el asunto. Pero si mi curiosidad hubiera sido más fuerte que mi indiferencia, habría pasado

la vida entera tras ese algo, ¡ese algo!, que encierra la expresión que tan sólo, tan sólo vislumbra.

“Es demasiada curiosidad. Al fondo: la casa de locos.

Me acordé que, otro día, iba yo de prisa a una cita. Era feliz ante la expectativa de llegar pronto. Pasó un coche vacío en dirección contraria a mí. Si lo llamara, me dije, y diera orden al cochero de ir a casa o a cualquier otro sitio, ¡qué natural, qué natural le parecería y me obedecería con total indiferencia! Sin embargo... si eso hiciera, para el cochero tan natural, querría decir que empezaba a perder la razón.

Pero no nos alejemos del primer aspecto de mi tema y volvamos a la tela de Van Aeken.

Sí, Onofre Borneo, hay ciertas expresiones, ciertos aspectos, que no puedo tolerar impunemente pues me producen como un vértigo insoportable.

Tenemos todos la facultad de ser algo más que nosotros mismos. Nuestra vida no está limitada dentro de nosotros como lo creen los predicadores de la soledad interior. La manera de comunicarnos con el exterior no es solamente la que pueden darnos los sentidos, la inteligencia o el amor. Hay otra manera. Ella sería la de *ser* lo que consideramos del exterior, la de poner nuestro centro de vida en otro individuo o en otra cosa acallando así nuestra propia conciencia. O bien la de crear el vacío dentro de nosotros replegando esa conciencia, vacío que atraería a sí la esencia de vida de otro individuo o cosa.

Este modo de conocimiento sería el más poderoso y certero. La vida misma del individuo o cosa por conocer estaría dentro de uno, o uno dentro de él. Pero necesitaríamos saber cuánto del objeto por conocer entra en uno, si entra total o parcialmente; o bien cuánto es nuestra capacidad de salir de nuestros límites. También necesitaríamos saber el papel que nuestra conciencia juega en tal momento, si guarda su perfecta calma y clarividencia para estudiar y sentir lo externo o si es perturbada por él.

Esta facultad la llamo “intuición”. Se la confunde con instinto.

Un hombre perfectamente intuitivo sería el que poseyera la facultad de salir entero hacia un objeto, que penetrara en su esencia de vida y que guardara su plena conciencia para sentirlo, para estudiarlo. Todos tenemos, más o menos, esta facultad. Tenerla a fondo es raro, muy raro.

Penetramos así en la vida de otros seres; penetramos así en la vida de las cosas, gracias *al aspecto que sugieren*.

Tal vez.

Pero esto es para hombres superiores. No lo es para mí.

Acaso lo que yo hago es penetrar en regiones siempre más pero totalmente inexploradas. La fugaz fisonomía de mi lápiz, la rápida ascensión de la chica en su balancín fueron dos ventanas, que se abrían y se cerraban, sobre dos abismos de posibilidades más.

El objeto que creemos penetrado no es más que un vehículo por el cual nuestra intuición logra el acceso a lo que aún dormita.

El trabajo del intelectual, en general; del artista, en particular; del místico, sobre todo; no es más que poner en actividad esta facultad. ¡Inspiración! ¡Éxtasis!

Pero nuestra conciencia no logra replegarse totalmente. Queda siempre vida nuestra donde, chupada por el vacío, va a precipitarse la otra. Mezcla de ambas, mezcla informe.

La observación intuitiva difiere de toda otra observación. La intuición no observa el objeto; observa *la esencia misma* que ha creado al objeto. Luego: una esencia diferente penetra y se mezcla con la esencia nuestra.

Tiembo, Onofre Borneo, ante los resultados de cohabitaciones de esencias diferen-

tes. Aquella era para crear aquel ser, aquella cosa. Ésta, para crearme a mí. Nada más. Permitir la cohabitación es tentar,

Todo esto se refiere, naturalmente, a cuando el repliegue no es completo. Si lo es, nuestra conciencia observa y conoce con toda frialdad. No hay por qué temblar. Pero hay que poder. No es mi caso.

Hablo de cuando ambas esencias se funden y forman una tercera que se implanta en uno y uno siente y vive. A veces quisiera saber exorcizar.

¡Ah, Onofre Borneo! ¡No necesitar de exorcismo alguno! Porque nuestra vida entera está replegada sin manchar el terreno en que toda otra esencia entra y fructifica. Así sería yo lo demás.

¡Sueños!

Quedo con una tercera esencia destinada a no crear nada fijo. Para decirle a usted la verdad: quedaría con una tercera esencia. Pues en mí ocurre lo que en el corriente de los mortales: las cosas penetran un instante y se retiran. Lo que hay es que yo tomo nota de estas incursiones. La mayoría no las registra.

Pero un buen día una de ellas puede quedar. Puede ser una de destino diferente, de destino opuesto a la que a mí me dió origen. Felizmente no encontraré jamás la barca de Van Aeken. Pero puede haber otras barcas. Puede una ascensión de una chica, hecha toda ella de ritmo, implantarse en la vida mía. Como puede ser un lápiz.

La pérdida de la razón...

¿Para qué ir tan lejos? Acerquémonos hasta la calle con todos sus transeúntes, con los más simples, con los más triviales. No sé quien ha dicho que todos los hombres tienen algo de locos. Si así fuera, decir que "todos" equivaldría a decir que "ninguno". Sin embargo empiezo a comprender esta afirmación, empiezo a comprender que se puede hablar de todos sin que ello signifique ninguno.

Lo comprendo al contemplar el asunto desde esas esencias que penetran.

En todos algo queda. Luego: todos están algo locos.

Porque ninguno no es nada más que sí mismo. El que lo fuera sería el hombre totalmente sano.

¿Qué otra cosa sería la influencia del medio ambiente?

Esencias de miles de personas que penetran en esencias de otras miles y... allí se quedan.

Sólo que no se rechazan; se amalgaman sin producir un tercero monstruoso, produciendo únicamente un tercero viable en su mediocridad sin asperezas. Sin esperanzas.

Pero, en todo caso, un tercero. Ni yo, ni usted, Onofre Borneo. Es un *él* sin cuerpo propio, sin carne. Es una larva híbrida que reduce a su poseedor al alimentarse de él; que debilita a su progenitor al haberse escapado de él.

Así ruedan los miles, los millones de semilocos pacíficos de las calles.

Pero, a veces, viene el choque de dos esencias: la razón se ha perdido.

Vuelvo al enano y al fraile del cuadro de Van Aeken.

Sus expresiones eran una evocación de cierta esencia de vida. Mi intuición se sentía atraída por ella. Pero era esto una evocación y nada más. Presentí que se transformaría en realidad viviente si la barca pasara ante mí y fuerza me fuera contemplar largamente sus personajes.

Ahora bien, la esencia de vida aquella formada por un enano y por un fraile que salen navegando por los ríos con seres a ellos parecidos, esa esencia es contraria a la mía, es

opuesta, es la negación. Ella me precipita a las cavernas infernales de mi propio ser, cavernas cerradas, lapidadas, pues mis ojos no soportan aún el resplandor negro de sus tinieblas.

Temo los lápices viejos y pequeños; temo el ritmo de las chicas columpiándose; temo, sobre todo, los grandes ríos de aguas mansas que pueden ser cruzados por naves silenciosas.

Quedamos un rato en silencio hasta que Eusebio Palena gritó:

—¡Mire! ¡Mire usted!

Estábamos frente al Zoo de San Andrés. Allí habíamos conversado. Palena, a través de la reja, me mostraba el interior:

Allá, allá lejos, caminaba el hombre Martín Quilpué. Se escurría bajo los árboles. Había en cada árbol millones de pajaritos. Todos, sin excepción, miraban al hombre Martín Quilpué. Todos, en vuelo de jolgorio, se precipitaban alrededor del hombre Martín Quilpué. Volaban, danzaban, cantaban, brincaban junto al sombrero calañés. Lo acompañaron así hasta el último árbol. Ahora volvían. Seguía solo el hombre de Martín Quilpué.

Palena me agregó:

—Estemos bajo techo. ¿Quiere usted que vayamos a mi casa?

—Con todo gusto —le contesté.

Su casa: sombría, solitaria. Nos acomodamos en un escritorio de silencio. Palena dijo entonces:

—Aquí, a veces, escribo. Voy a decirle a usted lo que... ¡Un momento! Así se llama lo que escribo: "Lo que..."

Quedó un momento inmóvil. Luego de un cajón sacó un papel que me alargó pidiéndome que lo leyera. Leí:

Lo que una mañana vi:

Al despertar y abrir los ojos vi, filtrándose por la persiana, un rayo de sol que no llegaba a destinación. Cesaba a mitad de trayecto, en el aire. En el suelo no había ni una gota de luz.

Lo que una noche sorprendí:

Oí un pequeño cuchicheo bajo la cama. Me incliné y me asomé súbitamente. Mis dos botas de montar —mi cama es muy alta, muy alta— habían volteado sus cañas hasta unir las por los huecos y charlaban quedamente, comentando las andanzas que a diario les inflijo cuando voy de a caballo por los campos y luego cuando, desde las pesebreras, vuelvo a grandes trancos a mi casa. Junto con sentir mis ojos, ambas botas se enderezaron rígidas.

Lo que desde esa noche ansío aprender:

¡Ese idioma! Para entender lo que ellas hablan y así conocer otro lado de la vida que yo dibujó en el espacio al marchar. Pues las botas ven por las suelas. Al avanzar mi pie ven hacia adelante; al despegarlo del asfalto ven hacia atrás; al apoyarlo por tierra no ven nada. Entonces se despierta su olfato y huelen por un segundo el sentido íntimo de las charcas, de los céspedes, de los adoquines y los excrementos.

Lo que una tarde invernal produjo mi calvicie:

Me hallaba en un bodegón sombrío esperando... nada. Porque toda espera motivada hiere los nervios. Llegó una mujer hermosa y subió lentamente por la escalera. Yo entonces me agazapé debajo para ver sus piernas. Cuando llegó a lo alto me miró, luego se alzó las faldas y, mirándome siempre, desatornilló su pierna derecha. La levantó muy por alto

y, con gesto rápido, me la lanzó a la cabeza. Todo mi pelo al golpe cayó. Nunca más ha vuelto a crecer.

Lo que odio:

En las afueras de esta bendita ciudad hay a menudo ciertas casas de un piso, pintadas de colores vivos y sucios, con puertas de calle siempre abiertas y mamparas siempre cerradas. Algunas de estas mamparas tienen cristales coloreados: verdes, azules, rojos, amarillos. Traspongo en silencio el primer umbral y atisbo hacia el interior a través de ellos. Hay siempre un patio muerto y un naranjo. Alrededor, muros ajados, ventanas y puertas de habitaciones destartadas. Todo ello en una atmósfera de agua como si fuese un patio que, llevado por un barco cuya mala estrella hizo naufragar, hubiese quedado en el fondo del océano; todo ello en una atmósfera azul, un cielo añil que ha bajado, tangible, y se ha embutido allí; todo ello en una atmósfera roja como la del infierno que veíamos en las noches de nuestra infancia; todo ello en una atmósfera amarilla de limones agrios hasta la mueca ridícula que hace abominar de la eterna ebullición del Sol; todo ello verde como los campos transparentes. Entonces todo el odio almacenado desde el primero de los vagidos después del parto se me agolpa y me obliga a maldecir.

Lo que amo:

Hay a menudo en esta bendita ciudad grandes casas solariegas cuyos huéspedes abandonan dejándolas de vivienda a ratas y cucarachas. Ni un mueble, ni un trasto, ¡nada! Polvo, humedad y silencio. Entro. Me paseo imaginándome que medito. Hasta que súbitamente amo arrebatadamente esas casas vacías y mi amor, por las rendijas de las ventanas cerradas, sale y se explaya, sale y cae sobre todos los seres que sé que van en esos momentos por las calles.

Lo que reemplazó en mí el espasmo sexual:

También hay en esta ciudad bendita un cerro. Junto a una de sus faldas hay un barrio complicado. En él, grandes edificios residenciales más complicados aún. En uno de ellos, ¡jella! Yo había llegado una vez hasta su departamento. Una noche alcohólica de recuerdos difusos. Así, pues, ella se esfumaba inmaterializada entre calles tortuosas, entre escaleras altísimas, entre mil puertas iguales por fuera, con mil secretos diferentes por dentro. Yo llegaría a pesar de alcoholes pasados, de vaguedades, de la oscuridad de la noche. Llegaría. Al sentir que, al llegar, haría carne su inmaterialidad, sentí ante esta certeza que el espasmo sexual puede ser reemplazado sin modificar su íntima esencia.

Lo que siempre he deseado saber:

El precio del ramo de flores que separa el catafalco del Señor Conde de la playa lejana y asoleada.

-Muy bien, Eusebio Palena, muy bien. Permítame una pequeña observación: en el 4º "Lo que..." habla usted de su calvicie y de cómo ella se produjo. Eusebio Palena: ¡usted no es calvo!

-Onofre Borneo, para las necesidades de una historia, soy tanto calvo como no calvo.

-Entonces puedo marcharme.

-Entonces puede usted marcharse.

-¡Adiós!

-¡Adiós!

De pie, echado hacia atrás, inmóvil, Baldomero Lonquimay, en plena Plaza de la Casulla, contemplaba el hemífono. A su lado fingía contemplarlo Desiderio Longotoma.

Apenas se percató de mi presencia, Lonquimay me dijo:

–¡Ven con nosotros, oh, joven mancebo, ven!

Juntos los tres nos dirigimos al Muelle de la Sotana.

–¡Cleta Purén! ¡Festead!

Doña Cleta Purén nos puso café en una mesa; luego trajo tostadas.

–¡Comed! ¡Devorad!

Comimos, devoramos.

Longotoma entonces dijo:

–Ha pasado usted, Baldomero Lonquimay, por experiencias inimaginables. Una vez más quiero felicitarlo, amigo mío.

Lonquimay respondió:

–Sea ello como deba ser.

–¿Qué experiencias? –me inquirí.

–Lonquimay ha jugado –dijo Longotoma–, ha jugado enormemente, en el Palacio del Juego. ¡Y con una suerte, una suerte... que ni Dios!

–Ese hombre –dijo Lonquimay mostrando a Longotoma– hame amedrentado. Amedrentación... Ante cualquier vicio... Si puede, si puede vicio llamarse. ¡Callad, hombre mezquino! Quisiste que jugara... ¡Jugué! ¿Clavaste en mi propio amor o como el vulgo lo llama, clavaste en mi amor propio? Es lo que pensáis. ¡No! No clavaste en el amor propio de mi persona. Tú, Longotoma; usted, señor Longotoma, creía que yo me amedrentaría ante cualquier vicio. No cabe en mí amedrentación o me amedrentamiento alguno porque mi mente queda en las nubes, queda rayana al Sol. Aunque este envoltorio llamado o calificado de cuerpo, baje y baje. Que siempre ha de bajar defendido y fortificado por mil erectas puntas de acero templado. Ahora os dejo en son de engullir café y tostadas. Voy a despedirme de mis hormigas. El experimento ha terminado. Voy a rendir homenaje al más altanero pavo sobre el más altanero tronco leñoso. Voy, voy a recostar mi cuerpo inamedrentable. ¡Adiós!

–¡Id con los ángeles, oh, Baldomero! –le gritó Longotoma.

–¡Id con los arcángeles! –le grité yo.

–Ángeles, arcángeles y Dios mismo me guían y yo los guío y los conduzco –terminó nuestro anfitrión eclipsándose por los mil recovecos de su casa.

Entonces Desiderio Longotoma me contó las andanzas de su gran amigo Baldomero Lonquimay:

Había jugado, noche a noche y durante varias noches, en el Palacio del Juego, y había ganado y ganado y ganado. ¿Cuánto? Tres sacos de fichas. Dos de ellos se los echó él mismo al hombro; el tercero se lo echó Longotoma al hombro. Así salieron y dieron una vuelta al Palacio; volvieron a entrar y Lonquimay cambió las fichas en dinero. Al día siguiente, pletórica su cartera, se dirigió a la tienda de antigüedades del chino Pey. Compró una pequeña porcelana vieja en 65 pesos. Luego dijo al chino:

–Cómprole a usted la tienda.

El chino Pey sonrió suavemente y con la cabeza dijo que no. Lonquimay se inquirió:

-¿No la vende usted?

El chino Pey sonrió suavemente y con la cabeza dijo que sí.

Lonquimay comprendió: era cuestión de precio. Sin más ofreció el total de sus ganancias de juego menos los 65 pesos de la porcelana que ya había cancelado. Total: 2.125.507 pesos.

El chino Pey aceptó. El negocio se cerró. Lonquimay pagó. El chino se alejó.

¡Reposo! ¡Divina palabra!

Lonquimay, después de clausurar su puerta, se echó a descansar cómodamente en un sillón de tiempos remotos.

Las horas pasaron. El hambre se presentó. Buscó por todas partes algo que comer. ¡Nada! El hambre aumentó. ¡Nada! No había más que salir de allí e ir a restaurarse fuera. Pero... había un pero. Helo aquí:

¿Si se colaba un cliente al abrir la puerta?

Meditó cómo salir con la puerta cerrada. Podía, sí, podía, salvo su barba roja que se resistiría. Luego: no podía.

Pegó el oído a la celosía. Silencio. No se escuchaba el menor rumor de pasos. Pero un cliente, y un cliente de hoy día, muy bien podía encontrarse del otro lado, quieto, quieto. Entornó la celosía. ¡Nadie! Abrió rápidamente la puerta, traspuso el umbral, cerró tras sí y clavó con un chinche en uno de los batientes un cartel previamente preparado y que decía:

Cerrado por duelo.

Baldomero Lonquimay se alejó satisfecho. En su mente revoloteaban los guisos que pronto ingeriría.

Primer día: A nadie llamó la atención este cartel.

Segundo día: se alarmó la policía.

¡Ah, ah, ah, mi amigo Onofre! No existía parte de defunción alguno mencionando al chino Pey. El mismo, evidentemente, tan evidentemente que hasta los detectives lo comprendieron, no habría podido colocar tal cartel si antes hubiera muerto. ¿Un suicidio? No, amigo, no. Dos antiguos clientes del chino declararon con toda formalidad que acababan de ver al ex propietario vagando por la Plaza del Monaguillo.

-¿Ex propietario...? -preguntaron alarmados en la Comisaría.

-Sí, señores -respondieron los declarantes-, sí, señores, porque nuestro anticuario nos comunicó que acababa de vender todo su negocio a un desconocido.

¡Estupor!

Ahora todos los muertos del día anterior, como los del ante anterior, podían afectar al nuevo dueño desconocido. ¡Oh! Se pusieron avisos en los diarios. ¡Había que ver la página entera que El Farol dedicaba al asunto! ¡Y La Nave! Agregue usted que se pegaron carteles en las calles rogando al actual dueño de la tienda se acercara a la Comisaría para que el señor Comisario le presentara sus más sentidas condolencias.

Baldomero Lonquimay se había encerrado en su casa, aquí en su casa; Baldomero Lonquimay no lee los periódicos; Baldomero Lonquimay dio orden a doña Cleta Purén de no recibir visitantes. Nadie se presentó. El infeliz propietario se hallaba, de seguro, dentro de la tienda. Se forzó la puerta. Se buscó, se registró por todas partes. ¡Nadie! El señor Comisario anotó entonces en sus libros:

-“Ha fallecido un hombre desconocido e invisible”.

El Director del Cementerio Apostólico anotó en sus registros:
"Funerales de un hombre desconocido, de cuerpo y ataúd invisibles".

Así se finiquitó el asunto.

Pero quedaban las mercaderías. Nuevos anuncios y nuevos carteles. ¡Presentarse quienes se creyeran con derecho a ellas! Nadie se presentó. Entonces: el Código. Decía éste que las mercaderías pasaban automáticamente al Estado. Se enviaron, pues, a Santiago y se repartieron así:

A Su Excelencia el Presidente de la República:

Un viejo sillón; 10 choapinos araucanos; 2 lanzas medievales; 6 camafeos del siglo XII; 5 estatuillas de marfil de autor desconocido; 3 braseros de bronce; 10 cacharros de bronce; 17 cacharros de cobre; 4 filigranas chinas; un dogo embalsamado.

Al Señor Ministro del Interior:

8 trabucos coloniales; 2 viejas pipas de opio; 15 estampas Luis XIV; 3 bargueños; 2 filigranas japonesas; 9 guacos peruanos; 7 sables mellados; 2 óleos del siglo XVII; 1 mesa colonial.

Al Señor Ministro de Relaciones Exteriores:

6 frascos antiguos de farmacia; 77 fetiches repujados en plata; 1 reja colonial; 3 cimitarras; 9 máscaras indochinas; 4 cinturones de castidad.

Al Señor Ministro de Hacienda:

5 cajuelas coloniales; 9 libros en pergamino viejo; 22 cuernos de búfalo; 1 colmillo de elefante tallado; 3 samovares; 13 ópalos; 4 morteros de cobre; 6 arcabuces.

A los demás Miembros del Gabinete:

2 sombreros de mosqueteros a cada uno; 1 estatuilla de la Isla de Pascua a cada uno.

A los Subsecretarios de los Ministerios:

El resto de las mercaderías recogidas en franca arrebatina.

Al día siguiente de hecho este reparto, Baldomero Lonquimay salió por primera vez de su casa y, con aire perfectamente normal, se dirigió a su tienda. Entró y verificó que no había ni un solo objeto. Era aquello el vacío total. Pensó unos momentos y luego se dijo:

—Proyéctémonos en el secreto escondite. Luego hagamos las cuentas que han menester estos acontecimientos o acontecencias. ¡Todo ha sido vendido y expendido! Mas no tú escondite secreto.

Fue Lonquimay a ese escondite y extrajo de él una serie de estampas japonesas francamente pornográficas. Las miró y las volvió a embutir en el escondrijo aquel. Luego se dijo:

—El amo o señor se beneficia, en esta suerte de negocios, con un 30%. A mí me costó la cantidad de 2.125.507 pesos. Entonces... veamos, veamos...

Sacó su libreta y un lápiz y, después de laboriosos cálculos, terminó haciendo la siguiente suma:

2.125.507,00
637.652,10
<hr/>
2.763.159,10

Siguió pensando:

—Poseo, pues, la hermosa fortuna de 2.763.159 pesos y 10 centavos. ¡10 centavos! ¡10 centavos!

Esto de los 10 centavos lo sumía en una dicha inexplicable. Iba riendo solo por las calles apenas se marchó de su local.

En un momento su atención se fijó en una muchacha esbelta que marchaba a unos veinte pasos delante de él. De pronto fue asaltado por la siguiente duda que formuló en voz alta:

—Bien hará un cuarto de siglo que he cesado mis lucubraciones corporales con toda clase de hembras. Mis principios, los 4.088 que sustento y que por mi ábaco han sido dados, se anteponen a cualquier comercio carnal con ellas. Mas pudiera ser que la alejación que al respecto he sentido se haya debido, únicamente, a mis antiguos y escasos recursos o rótulos dinerales. Ahora soy hombre de riquezas. Veamos... Sí, veamos...

Volvió a considerar a la muchacha. Súbitamente, instantáneamente, fulgorosamente, se sintió Lonquimay abrasado por una violenta excitación. Aceleró el paso dispuesto a alcanzar a la doncella y poner a sus pies todos sus pesos y aún los 10 centavos. Esta última idea le llenó de regocijo. Marchó a grandes zancadas. La muchacha se había detenido en un cruce de calles, al borde de la acera. Cuando no mediarían más de unos seis o siete pasos entre ambos, Baldomero Lonquimay sintió una sensación extraña. Fue como si una resistencia física se antepusiera ante él dificultándole la marcha, como si el aire se hiciera más denso obligándole a proporcionar mayor esfuerzo para avanzar. No obstante Baldomero Lonquimay insistió en seguir hacia el objeto de sus desvelos. Pero, mi amigo Borneo, el aire, a su vez, insistía en su resistencia y la aumentaba a medida que disminuía la distancia que los separaba. Avanzaba ahora Baldomero Lonquimay inclinado hacia adelante, ya casi en un ángulo de 45 grados y moviendo lenta, lentamente cada pierna. No pudo progresar más en su marcha. Baldomero Lonquimay hizo un último esfuerzo pues todavía faltaban tres pasos. Pero, con este esfuerzo, aquello invisible se comprimió para luego dilatarse como queriendo volver a su densidad normal. Nuestro amigo, que se hallaba ya sin fuerzas, no pudo resistir el contragolpe. Cayó de espaldas. Sintió la sensación de un huracán repentino que lo golpeaba para luego quedar todo en calma.

Se levantó el pobre hombre, dio media vuelta y regresó a su casa meditando. Comprendía: lo que había ocurrido, y que siempre ocurriría, era que el aire entre su pecho y la espalda de la muchacha se comprimía al ser empujado por aquél y encontrar resistencia en ésta. Para impedir tal cosa no había ni podía haber ni un remedio sobre la Tierra.

Reapareció Lonquimay:

—¿Habéis ingerido tostadas al café hasta la saciedad?

—Por cierto —respondimos ambos.

—Entonces idos a vagar por calles, plazas, parques y avenidas. Mas libraos de encontraros con doncellas que compriman el aire con sus espaldas. Las que así lo hacen hablan sólo necesidades. ¡Anatema a las necesidades! Porque me encontré con dos finísimas mancebas en el Zoo de San Andrés. Estaban a mi lado, bajo corpulentas y añosas encinas. Pregunta la una:

—¿Crees tú que una mujer debe entregarse cuando siente deseos?

—Responde la otra:

—¡Por cierto! ¡Debe entregarse!

—Replica la una:

“¡No debe entregarse! Porque tal acto conduce a lo material. Si una se da a lo material, ¿dónde queda lo espiritual? Una cosa es la materia; otra cosa es el espíritu.

“Ingeridores de café a las tostadas: llevo luengos años en plena meditación sobre los que ostentan el título de filósofos en este planeta. Helos recorrido desde los antiguos hasta los de hoy. Sólo tengo conjeturas, vislumbres sobre tan arduo y misterioso problema. La doncella ya lo sabía: “Aquí la materia; allí el espíritu; al centro el límite...”. ¿Es posible, es posible, oh, amigos y compañeros de mis desvelos? Preferible es que vayáis a recorrer avenidas y calles y plazas y parques alejándoos de las instruidas sílfides que yo ahora llamaría gnomas. ¡Idos, idos!

Nos retiramos. Desiderio Longotoma, frotándose las manos y dando pequeños saltos, me dijo entonces:

—En un número del *Crapouillot* sobre la guerra leí la siguiente cita de los *Recuerdos* de W. Steed:

“Tiene usted suerte al saber lo que ocurrió en el Marne. ¡Vaya con estos diablos de historiadores! —declara Joffre a un joven oficial que llevaba al generalísimo un relato de la batalla.—

—¿Me lo dice usted a propósito de las niñas que oyó Baldomero Lonquimay?

—Naturalmente, amigo —me respondió Longotoma—. Cuando ni Joffre, ni Gallieni, ni von Kluck, ni von Bülow nada sabían de lo que acababa de ocurrir, el oficialillo aquel ya lo sabía todo y lo describía... En realidad, ¡diablos de historiadores!

Caminamos un rato en silencio. Luego Longotoma se dirigió a la Taberna de los Descalzos. Yo volví a mi casa.

62

¡Catalina! ¡Catalina!

Rosendo Paine, en su casa, me ha contado la historia de su amor con Catalina. Han cambiado, Marul, mis ideas sobre Rosendo. Veo en él a otro hombre tras su apariencia de frivolidad. Catalina... ¿Y ahora Nicole? No entiendo, no entiendo nada. Te contaré, Marul, lo que Rosendo me ha dicho:

No se pueden enfocar dos puntos con igual nitidez. O se enfoca el uno o se enfoca el otro. A no ser que enfoques medio a medio. Entonces verás ambos puntos casi con nitidez pero no con la nitidez completa. Esto lo sé y, además, lo he leído, no recuerdo dónde; creo que en James Jeans. Es lo que he explicado a Naltagua, ¿sabes?, a Florencio. Quise una vez enfocar el amor y la amistad. Naturalmente fracasé, porque el amor y amistad suceden en planos diferentes de la naturaleza. Esto es sin vueltas, no depende de la calidad del instrumento que tú uses. Apenas lo hice vi que mientras más se destacaba el amor, más se borraba la amistad; hacía hincapié en la amistad y se borraba el amor.

Tenía yo un problema filosófico, una terrible inquietud interna. ¿Su origen? Creo que una ensoñación vagamente sensual. Más la lectura. Porque he leído mucho, mucho, Onofre, y he buscado siempre libros poco comunes. Ahora leo poco. Total: la creación de otro mundo donde vivir. Aislarme de este mundo. Desde él ver y ver y, lo diré, crear. ¿Cómo tiene que ser este mundo? Un mundo altruista, un mundo de sacrificio. Pero el mío, no sé como ni por qué, es uno egoísta, uno de goces.

Yo quería una muerte. Sí, ¡morir! Alguien, o yo mismo, ha dicho siempre: "Toda muerte trae con ella una resurrección". A ella, a la resurrección, quería ir.

¿Morir? ¿Aceptarías tú la muerte en vida? Era ello un pretexto, una escapatoria. No. Yo no quería morir. Quería, vivo, ir al otro mundo, a ese creado por mí, mundo de soledad... De soledad acompañado justamente por el mundo. En él quería gozar. Defendía su entrada con el rótulo de: "Soledad".

Los seres débiles necesitan de bajezas para gozar. Necesitan de bajezas para excitarse. No quienes tienen el poder de generar esa vida y vivir en ella. No quienes logran realizarse.

Sí, realizarse... Realizarse... ¿Dónde? Escogí el campo. Me fui a Lo Gay, allá en la estación de Pillatopos. Creo que tú lo conoces. Es un campo grueso, es la palabra, grueso. Es un campo fuerte y, por lo demás, trivial, como todos los campos. El encanto de él estaba en mi mente. ¡Había que despertar al hombre interior!

Hay dos modos para despertarlo: afinidad con el mundo externo; o afinidad con el infinito. Para este último modo hay que implantar el silencio. Entonces te afinas con lo invisible. Pero no olvidemos que todo cambio es una muerte. ¿Viene luego la resurrección? Sí, viene luego. ¿Y si tarda en llegar?

No, no tenía miedo. Todos esos... ¡accidentes, pequeños, sí, pequeños accidentes del viaje! Por otro lado el mundo me cansaba, me fatigaba. En cambio el silencio... y la soledad... poblada.

Yo llamaba a esa vida: El mundo sacro. Yo llamaba a Lo Gay: El templo sacro.

Pero ¿me entiendes tú? Dime, ¿entiendes lo que buscaba?

¡Tener mi templo sacro y en él mi mundo sacro!

Es algo de contrastes.

¿El contraste? Agrandar la butaca desde donde se mira el mundo de los hombres. ¿Para qué? Para gozarlo mayormente.

Porque aquí está mi error, Onofre, en creer que el mundo sacro sería la base de mi vida. ¿El mundo de los hombres? ¡Oh, sería el impulso, el impulsante a ir al mundo sacro!

¿La verdad?

La base de mi vida era el mundo de los hombres. Era:

El amor a las sensaciones de los sentidos. De los sentidos físicos y... astrales. ¿Entiendes? ¡Astrales! Porque el mundo sacro me agujoneaba a ello, disimuladamente:

Lo Gay: ¡flores, yerbas, caserones, animalejos, nubes! Todo está allí. ¡Que lo dé! ¡Sería el ideal!

Pero no es fácil contentarse con el aislamiento.

Gozo con los sentidos entre los hombres y mujeres porque allí es fácil gozar. ¿La naturaleza? Me presta un excitante, me da el contraste.

¡El mundo sacro! Deseo reír con amargura cuando lo evoco... ¿Lo Gay? ¡No! No es el campo el mundo sacro. ¡No! Ahora veo:

El mundo sacro es la esencia de la vida extraída de la contemplación. Para mí el mundo sacro es siempre el mundo de los hombres gozado a través de él, a través del mundo sacro. Era unir ambos mundos para el goce.

¡El goce de los sentidos! No sólo las mujeres y el alcohol y el opio y demás. ¡Toda sensación fuerte!

El arte con sus luchas... Estudiar a los seres que me rodeaban... Estudiarlos como individualidades; no en una unidad, no en una unidad espiritual...

¡Catalina!

Me encontré con ella. ¿Donde? ¡No importa! Nos encontramos. Mis aspiraciones redoblaron porque ella realizaba mis aspiraciones: es una mujer hermosa, no lo negarás. Realizaba, pues, las de ese que he seguido llamando "el mundo de los hombres". Es fiera, es voluntariosa. ¡Sueña con los mundos de espiritualidad! El mundo sacro, ¿me entiendes?

Mi ideal: la unión de ambos mundos y, en esa unión, ir, subir, hasta... ¡la nebulosa soñada!

Estaba, pues, frente a la realidad.

¡Temblé, Onofre, temblé!

¿Por qué? Escúchame bien: Catalina, poco a poco, me expuso sus ideas, sus sueños: ¡iban más allá de la nebulosa soñada! Yo era, en estos sueños, la salvación. Catalina me tomó como el símbolo puro, perfecto, del mundo sacro.

Se entregó a mí de lleno, completamente. Con esto hizo florecer en ella una austeridad indomable por ir al fin perseguido.

Catalina fue la lápida que se ha puesto para acallar los ruidos de la vida. ¡Acallar los ruidos!

Fue mi error.

¿Crees tú en la reencarnación? Si Catalina tiene diez vidas tras ella, yo tengo cien vidas tras de mí; si Catalina tiene cien vidas tras ella, yo tengo mil.

Pero la fuerza de las cosas me llevaba a tener que realizar el verdadero mundo sacro.

¿Por qué, por qué?

Por haber engañado a Catalina; no conscientemente, no; me engañaba a mí mismo para que no se me escapara, ella. Porque la quería. ¿Será esto querer? No lo sé. La quería.

Fue lindo, fue bello nuestro comienzo de vida en común. Todo era proyectar. Dejaba yo que se proyectara hasta lo indecible. Para mis adentros Catalina era el mundo de los hombres que yo gozaba. Te he dicho: es hermosa.

Al cabo de un tiempo la conocí. ¿Sabes tú lo que es "conocer" a una mujer? Es algo de una sutileza increíble o... es simple como todo lo que aparece de sutileza increíble:

Deja de ser algo externo que existe. Cuanto se conoce... deja de ser algo externo que existe. Pasa ahora a ser algo de uno mismo.

¿Podrías tú, Onofre, cohabitar contigo mismo?

Dímelo, ¿lo podrías?

Al lado está, lleno y con bulla y con entusiasmo, el mundo de los hombres y... ¡mujeres! Fui a él pero con cuidado, poco a poco: un amigo, otro amigo, una conversación, una presentación... Seguí yendo.

Hasta que Catalina puso fin a todo.

Entonces medité:

Temía yo, inconscientemente, tener que confesarle la verdad de mis gustos... ¡Horror! Esto en el caso de ir.

¿No ir, entonces?

Caía sobre mí el peso de la total falta de entusiasmo. ¿Por qué, por qué?

Tenía aún fe y amor. Faltaban las fuerzas.

Esta fe y este amor me aburrían. Vivía distraído. En la imaginación vivía el mundo de juergas.

Pero la fuerza tiene que estar en mí. ¡Falta el acicate que la haga activa!

Piensa un rato, Onofre, y tendrás que preguntarte:

¿No perderé mi vida tratando de crear esta fuerza?

Total: el mal no existe, no debe existir; o el mundo con paz o la paz con el mundo.

Hasta ahora todo esto no es más que una meditación sombría.

Esta meditación sombría trajo como consecuencia la implantación de una idea firme:

La vida en el campo me gustaba. ¿El campo? Me sorprendí llamando "campo" a Lo Gay; no lo llamaba ahora "el mundo sacro". Es que pensaba en Catalina. ¡No importa! Con ella, con Catalina, toda una existencia se dibujaba. La contemplaba y la contemplaba... esta existencia. Pensé:

Si la contemplas... ella no es.

Surgió entonces la idea del chispazo. ¡El chispazo que mueva el acicate, el acicate que dé las fuerzas, las fuerzas que den la fe y el amor...!

¿Qué era este chispazo?

Era ir a la juerga, al jolgorio, al mundo de hombres y mujeres, cogerlo y llevarlo al mundo sacro.

Hablé, entonces, con Catalina. Le conté mi proyecto. Catalina quedó encantada. Dijo:

—Es Rosendo que vive plenamente en el mundo de las juergas estando en el mundo sacro.

¿Encantada? Sólo por un momento. Comprendió luego que tal era mi vida misma.

Entonces atacó enfurecida.

Quedé con un problema, con otro problema: o ir al mundo de juergas y quedar solo; o el sepulcro con Catalina.

¡No, no, no! Yo estoy bien, no traiciono ninguna idea mía. ¡Puedo ir a la juerga! ¡Es mi libertad! ¿No debemos, acaso, morir por la libertad?

¡Moriré! No. Se muere cuando no se puede castigar.

Entonces castigué.

—¡A-ii! ¡A-ii! —gritaba Catalina.

Yo golpeaba y golpeaba bestialmente.

Pero después sonreíamos. Al fin y al cabo defendíamos un ideal, un sistema. Teníamos admiradores. Nuevas generaciones empezaban a formarse con nuestro ejemplo. Si este ejemplo fallaba volverían a triunfar los imbéciles. ¡No, no! Era menester defender, a todo trance, nuestro ideal, ¿Cómo?

Golpeaba nuevamente.

—¡A-ii! ¡A-ii! —gritaba la infeliz.

Yo golpeaba bestialmente.

Porque la culpa era de Catalina. Catalina era el símbolo de ese mundo bajo, ¡el mundo de hombres y mujeres!, que ella decía despreciar. Porque era tirana, era celosa. Creía que me manchaba si iba a ese mundo.

¿No estoy yo, acaso, en pleno mundo superior y no son éstas las búsquedas de él? ¡Puedo ir a esas búsquedas impunemente! Que ya en el retiro sabré expiar cada algazara, cada risa, cada sonrisa del mundo bajo.

Algo me detenía:

¿No me estaré engañando cobardemente?

Tal vez Catalina tiene razón. Catalina es grande.

Onofre: aquí hubo un cambio en mí: me acerque, me apegué a Catalina. Porque ella tenía razón.

Veamos la verdad:

Yo no puedo estar *todavía* en el mundo sacro.

Había que decírselo.

Se lo dije. Fui hacia ella y se lo dije.

Catalina creyó que volvía yo al mundo sacro. Vio lo contrario, vio que me engañaba cobardemente.

Catalina me despreció.

Sonreí. Tenía fe en mis designios. Partí.

Partí.

Después de tanto tormento he cambiado. ¡Oh, el aspecto de ella, de Catalina enfurecida me aterra! Ella me representa, me es el símbolo de la bajeza.

¡Me purifiqué, me purifiqué! ¿Con qué hecho? Nada más que con uno, con uno solo: convirtiendo en consciente lo que en mí era antes inconsciente.

¡Estamos, Onofre, en pleno "mundo de los hombres"! Así lo llamo: mundo de los hombres y... mujeres. Por oposición al mundo sacro.

Primera impresión: ¡magnífica! ¡Hay mujeres, hay amigos, hay bares con alcohol, hay teatros y espectáculos de todas clases, hay fiestas y más fiestas y más fiestas!

Segunda impresión: hay agotamiento, sí, agotamiento. ¿Por el mundo mismo? ¡No, no! Lo hay porque a él me entrego a medias, porque no me doy de lleno. Porque... porque...

Porque surge a cada momento el espectro de Catalina.

¡Volver donde ella! ¡No hay más!

No puedo. El mundo de juerga me llamará, se asomará y me hará señas. Me ocurrirá otra vez lo mismo...

Porque la vida en el mundo sacro es aburrida, Onofre, aburrida, aburrida. Lo sé. ¿Como no voy a saberlo?

Lo supe en Lo Gay, una tarde. Iba yo solo a caballo. Era la hora del crepúsculo. Llegué a lo alto de un cerro y me detuve. A mis pies, hasta distancias enormes, se extendía la naturaleza: valles, cerros y más cerros y más valles. Había árboles, muchos árboles. Todo en calma, en reposo. ¡Oh, sentí, de pronto, la terrible inclemencia de la naturaleza! Sentí, sobre todo, la vida, su vida rodando subterráneamente y, lo que es peor, ajena al hombre. Vive la naturaleza de otro modo que nosotros, en otras esferas.

Allí me quedé inmóvil. Una voz me volvió a mí:

—¡Adiós, don Rosendo!

¿Sabes tú quién era? Pues nada menos que don Irineo Pidinco que pasaba, que excursionaba, que, tal vez, buscaba garbanzos... Así iba don Irineo, apresurado, con su cráneo medio calvo y su nariz puntuda. Se perdió entre matorrales.

Volví a las casas, decaído.

Así fue una vez entre tantas.

¡Ahora a descifrar la vida de la naturaleza! ¡Ahora a sumergirme en esas esferas ajenas al hombre!

O quedar a medias...

¡Volví! ¡Volví!

Fue aquí en San Agustín de Tango.

Volví...

Catalina vivía como una fiera iluminada.

Le hablé:

—El trabajo debe ser para otros. No debe ser para uno. Debe estar junto a una vida

sana, fuerte. No debe caer en el placer cerebral y sensual. La comunión con espíritus superiores debe ser sana, fuerte. No debe ser tenebrosa, no, jamás.

110 Catalina me escuchó mirándome. Cuando terminé de hablar... Bueno, Catalina, sin más, me increpó.

111 ¡Nada que hacer!

112 No la he vuelto a ver. Sé, me lo han dicho, que está aquí, por los alrededores o no sé dónde.

113 Partí a Europa. En mis idas y venidas conocí a Nicole.

114 Cambió mi vida.

115 ¿Cambió? ¿Cambiaría?

116 Algo se había transformado en mí, algo se había..., ¿cómo explicártelo?, se había quebrado, se había dividido:

117 Cuerpo y espíritu.

118 Eran dos regiones aparte. Por un tiempo viví en espíritu. En ese tiempo el cuerpo pedía y pedía. Bueno... Le accedía siempre. ¡Eh! ¡Déjame en paz –le decía–. ¿Qué quieres? Eso y eso y eso y eso... Bueno, ¡tómalo!

119 Al fin el cuerpo ocupó mayor sitio. ¡Mucho, demasiado sitio! ¿Sería, en realidad demasiado? No lo creo. Al fin se llegó a un acuerdo entre cuerpo y espíritu. Yo miré con indiferencia este acuerdo que se estipulaba entre ellos.

120 ¿Indiferencia? No lo sé.

121 Como no sé todavía si estoy o no estoy con indiferencia ante el papel que han tomado cuerpo y espíritu.

122 No lo sé.

63

Con Marul hemos estado en casa de la familia Viluco. Había en ella una pequeña reunión. Es una casa amplia y cómoda, con salones y con salas y antesalas. Esto, naturalmente, por dentro pues por fuera es pequeñita, apretada entre otras casas parecidas. He aquí un milagro de los arquitectos de hoy día: hacer casas enormes con fachadas que apenas se ven.

Viven los Viluco en la calle de la Primera Comunión, N° 647. Todo el mundo llama a esta casa "la seis cuarenta y siete" y lo escriben así: 6.47. En ella se habla, se discute, se perora. Ascanio Viluco –que vive, como lo he dicho, en el Hotel Vaticano– llama a sus parientes "unos desalmados", lo que no quita que concurra a estas reuniones y tome parte activa en ellas. Pero nunca deja de decir, cuando se ha retirado:

–Mis parientes... son de esos comunistas...

Y hace un gesto de desdén. Luego agrega cejjunto:

–Debería esa gente frecuentar el 3.91, debería frecuentarlo a menudo y entonces verían...

¡El tres noventa y uno! Se refiere Ascanio Viluco al palacete de la avenida de los Sagrados Corazones, N° 391, que fue de mi familia antiguamente y donde pasé una noche con Isabel, con mi hermano Pedro, con el Cónsul del Uruguay y demás. Hoy, creo haberlo dicho, pertenece a don Plácido Romeral y a su familia. Hoy es uno de los centros de la

“alta Bolsa” donde se discuten asuntos extremadamente serios... Es, este palacete, un emblema de la verdadera vida para Ascanio Viluco, un baluarte de lo que se llama “el Orden”. ¿Cómo puede frecuentarse el 6.47 donde al orden se le pisotea y se le aportilla en lo que se puede? ¡No y no! Ascanio es severísimo en lo que él considera el orden, o sea el cumplimiento estricto de la Ley. La Ley es lo inamovible, la barrera y barricada que impide que el caos se precipite y nos sumerja en la ruindad desesperanzada. Cuando así habla, Ascanio recibe felicitaciones por todos lados. En cambio en casa de su familia... ¡Qué ley ni qué nada!

La reunión fue movida y fue variada. Se discutió mucho. Voy a anotar aquí lo que de ella recuerdo:

Se habló de doña Nonata Doltagua con su tiendecilla de chiches y bagatelas, en la avenida Benedicto XX, que hace traer de Europa revendiéndolos aquí con una ganancia mayor al 100%. Ascanio Viluco, después de meditar unos instantes, sentenció que, por la Ley, esa dama debería ser castigada. Pero primos y sobrinos, como llevados por un viento común, protestaron:

—¡No, Ascanio! ¡No tiene por qué ser castigada! ¡Los compradores no son engañados! Porque debes fijarte en una cosa: esos compradores pagan de buena voluntad y hasta defienden esos precios. ¿Que en París y en Londres valen menos? No estamos en París ni en Londres; estamos en Chile. ¿Que doña Nonata Doltagua gana tanto y tanto? ¡Bien hecho! Al fin y al cabo es doña Nonata Doltagua la única que trae lo que aquí gusta. Es la única, doña Nonata, que nos comprende. Así está hecho el mundo. La Ley debe seguir la realidad del mundo; no debe tratar de cambiarla a su imagen. Hay que ver que para nosotros, los Viluco, claro está que esos compradores y esas compradoras son unos idiotas pues tiran el dinero para fines inferiores. ¿Qué fines? ¡La vanidad! ¡Encandilar a sus amigos! Pero piensa, Ascanio; ¿y si este encandilamiento les produce satisfacciones y hasta bienes muy cotizables? Oye, Ascanio, conocemos a un señor, a don Lircadio Quilmarí, que, el otro día, pagó, en una tiendecilla parecida a la de la Doltagua, un precio exorbitante por un lápiz de plata. Al día siguiente almorzaba, ¿sabes tú con quién? Pues con Su Excelencia, con el Presidente de la República. Tú conoces su verdadera locura: los lápices de plata. ¿Qué buscaba el tal Lircadio Quilmarí? Encandilar al Presidente, nada más. Eso quería: encandilarlo. Con ese lápiz le abriría de par en par todas sus codicias, con ese lápiz se fijaría en él, le ampliaría su camino. ¿Qué tal? ¿Qué piensas de Quilmarí y su lápiz? Porque lo que hay que pensar es que no tanto el hombre del lápiz, es decir, nada menos que Lircadio, es un imbécil sino que lo es el propio Presidente de la República. ¡La Ley no tiene ningún derecho a castigar abusos ni aun crímenes si no se le otorga el mismo derecho para castigar la imbecilidad! Mientras así no sea... ¡muera la Ley!

Pasé al comedor. ¡Muera la Ley! Al centro y alrededor de la mesa vi que Marul, callada, oía a doña Martina Vichuquén y a Gavino Cuncumén que, al parecer, estaban enredados en una discusión. ¡Muera la Ley! Me acerqué.

Doña Martina es una vieja dama reaccionaria hasta la médula de los huesos. Gavino es... ¿qué será Gavino? Es hombre de ideas muy avanzadas, aquí, en los salones. Es hombre de ideas avanzadísimas cuando tiene al frente a una dama así como doña Martina. Pero en el resto de la vida, ¿qué será Gavino?

Cuando llegué la señora Vichuquén, nerviosa, preguntaba a Cuncumén:

—¿Cree usted, entonces, que el comunismo es el ideal?

—No se trata de ideal, señora —respondía Cuncumén—. Esa palabra “ideal” me suena a putrefacción cuando la pronuncian usted y los suyos. Pronúnciela como es debido y verá.

Entonces Cuncumén puso, derecha, una caja de fósforos sobre la mesa, diciendo mientras la golpeaba:

—Aquí estamos hoy, señora Vichuquén, aquí en nuestro mundo, nuestra sociedad. (Luego sacó un fósforo y lo puso de pie, a unos 30 ó 40 centímetros de la caja y sosteniéndolo con su diestra). Este, este fósforo es el ideal que vemos, que vemos allá en el horizonte, el ideal al que hoy hay que ir, al que tenemos que ir todos, todos, la caja entera y cuantos fósforos haya dentro. ¡Marcha al ideal, marcha al ideal!

—¡Ja, ja! —prorrumpió la Vichuquén—. ¡Qué candidez! ¿Cree usted, Gavino, que el ideal se alcanzará alguna vez, que es cuestión de una marcha, de su marcha? ¡Oh, Dios mío, qué candidez!

—Espere, espere, misia Martina, y vea mi marcha, la marcha que propongo. (Resbaló la caja hacia el fósforo). ¿Ve usted cómo avanza? Pero ¡mire acá! (A medida que llevaba la caja hacia el fósforo, alejaba a éste de aquella conservando siempre igual distancia entre ambos). ¿Ve usted, lo ve? El ideal, el ideal último y supremo es inalcanzable. ¡Esto es lo grande! Es ello lo que incita a la marcha del hombre y evita la estagnación. Es la marcha que hoy, altivo y triunfante, ya ha empezado e iniciado el proletariado universal.

—¡Linda, lindísima cosa! ¡La marcha hacia la quimera, la marcha tras un fantasma! Sujete el fósforo, por lo menos, para que la caja lo tope. No, no. No me negarán ustedes que lo oyen que es graciosísimo ver a un marxista materialista corriendo como un loco, corriendo desahogado tras un fantasma. ¡Graciosísimo!

—¡Hepa, hepa, señora mía! ¡Hepa, hepa! Veo que es menguado su espíritu de observación. No se ha fijado usted que hace un momento la caja estaba junto a ese tenedor y lado a lado de esas migajas de pan. ¿Y ahora? ¿Dónde está? Está, señora, junto a este cuchillo y acercándose, lentamente pero con fuerza incontenible, a esa compotera con ciruelas. Señora: ¡no va usted a preferir unas migajas de pan a una compotera con fragantes ciruelas maduras!

Macario Viluco, que ignora por dónde apareció en el comedor, se precipitó de súbito exclamando:

—¡El cuchillo, el tenedor! ¡El cuchillo es superior al tenedor! ¡Es lo que Mamerto Matsierra no quiere entender! ¡Créanmelo ustedes! ¡Podríamos comer de todo cuanto hay con sólo cuchillo y cuchara! ¡El tenedor es un aderezo de los hombres! ¡Dios come con cuchillo y cuchara! ¡Estoy cierto de ello!

—¡Oh, qué de complicaciones! —dijo doña Martina—. Fósforos que se mueven, migajas de pan, compoteras de ciruelas, cuchillos, tenedores y ¡hasta Dios, hasta Dios!

—No nos alejemos de nuestro tema —sentenció Cuncumén—. El ideal, que usted, señora, con su vocabulario llama “fantasma” y que yo persisto en llamar “ideal”, se aleja siempre. Conforme, sí, conforme, señora. Pero es gracias a la carrera huidiza que los humanos avanzamos. Si no, estaríamos detenidos, estagnados. Ahora bien, en esta naturaleza real y objetiva la estagnación es imposible porque en ella todo es dinámico. Retrocederíamos como hoy, ¡ay!, tantos retroceden, como hoy, ¡ay!, a tantos se les fuerza a retroceder. ¡Sí, señora Vichuquén! Millones son hoy los que albergan como ideal nada más que esto. (Cuncumén retrocedió hasta el extremo izquierdo de la mesa la caja de fósforos y plantó el fósforo ideal en medio de las migajas de pan). ¡Esto, señora, por todo ideal! ¡Conseguir para cada día algunas migajas de pan que mascar! ¡Oh, vergüenza para la humana socie-

dad! ¡No y mil veces no! ¡Adelante! ¡Sigamos adelante! (Cuncumén, con gesto olímpico, sumió la caja de fósforos en medio de la computera y, con gesto más olímpico aún, colocó el fósforo ideal sobre el aparador vecino, recostado sobre una erecta bandeja de plata). ¡Hacia allá vamos, doña Martina Vichuquén, hacia el brillar y relucir de ese precioso metal!

Macario Viluco intervino aquí gritando:

—¡Bravo, Gavino, bravo! ¡Bien hablado! Yo, Gavino, ¿sabes tú cómo me guio en la vida para no errar jamás? Y te aseguro que no yerro. Cuando oigo controversias, sobre todo de asuntos públicos que poco entiendo, pregunto inmediatamente: “¿Qué piensan sobre esto las derechas?”. Me contestan: “Piensan tal y tal”. Entonces yo digo: “Pues yo pensaré lo contrario, pensaré cual y cual”. Sé que, pensando así, tomaré el buen camino.

—¡Bravo, Macario, bravo! ¡Bien hablado! —exclamó Gavino.

—¡Uf, uf, uf! —clamó doña Martina—. ¡Qué de ideas, qué de ideas subversivas! ¡Perdónalos Señor! ¡Protégelos Virgen Santísima! ¡No saben lo que dicen!

Macario interrumpió con solemnidad:

—Sí sabemos, señora doña Martina Vichuquén, lo sabemos perfectamente bien. Ahora que... ahora que, entre nosotros, Gavino, y a pesar de estar en el fondo de acuerdo contigo, te confesaré que encuentro que exageras un tanto. Mejor dicho, ves el problema con claridad pero quieres resolverlo en forma errada. Escúchame bien: acabas de decir que la marcha hacia el grande y verdadero ideal la está haciendo, triunfante, el proletariado universal. Dejaste a entender que sólo él es el capaz de hacerla. No. Tú, Gavino, te equivocas. Desde luego no está tan triunfante que digamos. Olvidas a *United States of America*. Pero no importa. Vamos al fondo del asunto: ¿Por qué ese afán, esa majadería ya casi mística del proletariado? ¿Son los proletarios unos superhombres? ¿Qué saben, al fin de cuentas, tus proletarios? ¿Qué saben?

Doña Martina gritó:

—¡Bravo, Macario, bravo! ¡Espléndidamente bien hablado!

—No tanto como usted cree, señora —respondió Macario—, porque si usted tomara el mando pondría como superhombres a los de esas derechas que venera y que son peores, mil veces peores que los venerados por Gavino aun cuando hayan sido contaminados por Karl Marx.

—¡Uf, uf, uf! ¡Otra vez. Dios mío, empieza la subversión!

Cuncumén, entonces, preguntó con socarronería:

—¿Quiénes serían los capitanes de la marcha?

Macario contestó:

—Nosotros.

—¿Debo entender los Viluco?

—En lo que a San Agustín de Tango se refiere, sí, señor. Lo he dicho: los Viluco.

—¿Con tu tío Ascanio a la cabeza?

—Mi tío Ascanio es un borrico. No merece ser un Viluco.

Doña Martina Vichuquén:

—¡Señor mío Jesucristo! ¡Siguen los subversivos!

—Sigue lo razonable, señora: los verdaderos Viluco aquí en esta ciudad. No pido más: en esta ciudad, los Viluco, sin el gran borrico de mi tío. En la capital habrá otros que nos correspondan. En otras capitales habrá otros que correspondan con nosotros y con los de nuestra capital. Así será en cada país y, en cada país, en cada capital, en cada ciudad, en

cada villorrio de cada comarca del mundo entero. No tienen por qué, ni para qué decirlo, llamarse Viluco.

—Cuncumén siempre con socarronería;

—De acuerdo, de acuerdo, que se llamen como quieran. Pero en fin, ¿quienes son, qué los caracteriza, qué los une?

—El intelecto.

—Es decir, ¿los intelectuales...?

—Ni más ni menos: los intelectuales. Pero los intelectuales bien encarrilados, como nosotros los Viluco. No los intelectuales ya envenenados por ese Karl Marx ni menos los podridos por el Vaticano y sus secuaces. Sí, señor, deben ser los intelectuales de vanguardia. ¡Ellos a la cabeza del gran desfile universal!

Aquí, tanto Marul como yo, nos acordamos del drama del chino Fa, *Don Fidey de Comiso*, mejor dicho, de una de sus escenas: cuando después de las peroratas del papa Urbano II, Carrera lanza la más formidable carcajada: Gavino Cuncumén se echó a reír estrepitosamente.

Doña Martina Vichuquén se contagió de inmediato y también se echó a reír. Marul y yo, al ver reír a ambos, fuimos presas de hilaridad. Total: los cuatro reíamos a mandíbula batiente.

Macario se desconcertó. Quiso protestar mas no lo pudo. Hizo entonces un gesto despreciativo y se alejó presuroso. De pronto se volvió amostazado y exclamó:

—Rían, ríen todo lo que quieran y mientras más ríen, ¡mejor! Porque esa risa no demuestra más que la unión sagrada que existe entre Gavino y doña Martina. Tienen ahí dos pajes, Onofre y Marul, ¡Deberían ustedes dos contraer matrimonio! ¡Sí, señores, sí y sí! ¡Matrimonio!

Nosotros redoblamos nuestras carcajadas. Macario se alejó moviendo los hombros. Luego nos dispersamos.

Lo demás... ¿vale la pena, Marul, que lo escriba? A pesar de que estábamos en la 6.47, es decir, ¡en casa de los Viluco!, no veo nada que merezca el más mínimo interés. Oímos anécdotas y más anécdotas, oímos hasta cuentos e historias... ¿Y qué? Es algo atroz oír a esa gente llamada "buena charladora": lo que hacen es que cada anécdota la cuentan no menos de cuatro o cinco veces cambiándole los perifollos que la adornan. La voz de orden es hablar y hablar, sin preocuparse si se dice o no se dice algo; hablar, hacer ruido con la lengua y el paladar, ocupar el tiempo... Creo que esto es el horror al vacío. Sin embargo, ahora que pienso: en esta reunión estaba Lircadio Quilmarí, estaba el general Mataquito con su señora, doña Águeda Colehagua, estaba Nemorino Limache con la suya, doña Clotilde Antihue, y estaba, ¡ese inefable Macario Viluco! En fin, escribamos, Marul:

Lircadio Quilmarí es un "buen charlador" y hombre dispuesto a comprar lápices de plata. Estaba entusiasmado con unos proyectos de leyes que iban a ser propuestos para la República y, en caso de ser rechazados, para la provincia de San Agustín de Tango. No sé si estos proyectos eran obra suya; en todo caso los aplaudía francamente.

El que más cogía su celo era el pertinente al divorcio. ¡Podríamos divorciar en Chile, podríamos divorciar, en todo caso, aquí en San Agustín de Tango! ¿Las causas para ir al divorcio? Aquí era cuando Lircadio Quilmarí no cabía en sí de gozo:

Se prohíbe todo divorcio por causas mayores; se acepta todo divorcio por causas menores.

¿Cómo no ha de ser una causa la que golpea a... (bajó la voz Lircadio para no ser oído),

la que golpea a... Nemorino, sí, señores, a Nemorino Limache y a... (bajó aún más la voz), a doña Águeda Colchagua...?

Oigan ustedes: Llega Nemorino a su casa. Clotilde Antihue lo recibe...¿cómo? Hay disputa pues él ha llegado con la idea que hay una tirana allí; oye, en cambio, un: "Buenos días, hijo". Llega Nemorino a su casa y Clotilde lo recibe con un silencio turbio. Nueva disputa. Era el momento de decirle, después que él haya saludado: "Buenos días, señor Limache". Es decir, la secretaria. Y así siempre. ¿Qué puede hacer doña Clotilde? No hay más que una cosa: el divorcio.

Cuanto a doña Águeda Colchagua... ¡Uh! Tenía la costumbre doña Águeda de trajar en el bolsillo del pantalón de nuestro general Mataquito cuando éste ya se había acostado. Cuestión de sustraerle algunos pesos. Porque nuestro general no es hombre de soltarlos así como así. No dice nada el gran Mataquito. Hasta que una noche... ¡gritos y gritos! El general había colocado en su bolsillo una trampa para lauchas... doña Águeda mete la mano y... ¡paf! La trampa le coge un dedo... Causal de divorcio.

Un saludo, una trampa para ratones... Don Nemorino quiere el divorcio; doña Águeda Colchagua de Mataquito quiere el divorcio.

Porque las pequeñeces y majaderías hay que cortarlas inmediatamente. Estas cosas mínimas son las que influncian y las que tiñen la vida con mediocridad impidiendo cualquier ascenso, cualquier alta determinación. Es el llamado permanente a eso, a eso, a la nulidad mezquina.

En cambio las grandes causas, las terribles desavenencias, las hondas incompatibilidades... ¿Qué pasa con estas causales? ¡Ah, señoras; ah, señores! Estos espantosos males obligan a quienes los sufren a sumergirse en las leyes verdaderas, aunque muy dolorosas, que rigen a los hombres. Se tiene ante sí una empresa de magnitud en la que hay que salir victorioso. ¡Hay que luchar ferozmente! Porque no se otorga el permiso para seguir feliz como un gato recostado frente a un fuego de chimenea...

El general Mataquito... ¡Ahí está! Lo vi charlando con don Juan Enrique Arancibia Ocampo y con don Ricardo Cortés Mandiola. ¡Imponente figura, en realidad! Alto, grueso, fornido, con bigotes altaneros. Vi a doña Águeda con la trampa de ratones en un dedo. Luego sus modales y su prestancia indicaban al viejo militar. De pronto apercibí en otro rincón a un hombrecillo vestido de uniforme que bebía naranjadas y naranjadas.

—¿Quién es? —le pregunté a Gavino Cuncumén que pasaba a mi lado—. Sí, el hombrecillo de uniforme y naranjadas, ¿quién es?

—¿Ese? Es el general Mataquito.

Gavino siguió presuroso.

Aquí no pude impedirme hacer un recuerdo: Bernabé Maullín en el grande y adusto salón esperando al profesor Wittansheursdokillapfardiggenismoren. Aparece éste y... es un hombre rata...

Me acerqué al alto, grueso, fornido y a ambos diputados. Discutían. Decía don Juan Enrique:

—Créame usted, mi señor don Sidonio Liucura, que no hay nada peor que padecer de lo que yo padezco; ¡se me ha perdido el dulce sueño! Porque es el caso de que hay que adoptar una postura para quedarse dormido... ¿no es verdad? ¡Yo no sé qué postura tomar! Buscando esta postura paso no menos de dos o tres horas cada noche, cada noche. ¡Es algo nefasto!

Don Sidonio Liucura quedó reflexionando. Al fin dijo:

—Lo que me ocurre a mí es peor. ¡Se me ha perdido la comida! Y soy hombre —¡mírenme, mírenme!— que, dada mi corpulencia, mi enorme corpulencia, necesito comer. No, señores, ¡se me ha perdido la comida! Poco después de cumplir mis 42 años —tengo hoy 51— dejé, súbitamente de encontrar una sabrosidad en lo que ingería. Podría usted darme porotos a la chilena o castañas confitadas, una chuleta de cordero o un pastel de mil hojas... ¡igual! Es algo atroz, lo repito, atroz.

—Peor es perder el sentido de dormir —dijo don Juan Enrique.

—Peor es perder el sentido de comer —dijo don Sidonio.

—No; es peor no saber cómo dormir —dijo don Juan Enrique.

—No; es peor no saber cómo comer —dijo don Sidonio.

—¡Hola, hola! ¿Es usted, mi señor don Onofre —exclamó de pronto don Ricardo Cortés Mandiola al apercibirme—. ¡Venga, amigo, venga! ¡Aaah! ¡Estos poetas, estos poetas! ¡Qué hombres tan, tan felices! ¡El claro de luna, la playa solitaria, los arboles y los pajarillos! ¡Ay, amigo! Porque le diré a usted, mi querido joven, que yo también soy poeta. Es decir, debí haber sido poeta...

Cómo se pasa la vida,
Cómo se viene la muerte
Tan callando.

“¿Y Tirso de Molina? Me sé, de él, comedias enteras de memoria:

Dejéle en fin por no ver
Santo que, tan gordo y lleno,
Nunca a Dios llamaba bueno
Hasta después de comer.

“Pero usted sabe: la vida y los deberes que se acumulan...

—Es lo que pasa, señor don Ricardo —exclamó don Juan Enrique Arancibia Ocampo—. Es lo que pasa, don Sidonio. Yo también debí haber sido artista: la escultura, ¡qué ensueño! Todavía me entretengo con pedacitos de plasticina. Evoco a Donatello, a ese gran coloso. Su *Jeremías*, ¡qué cosa estupefaciente! Y sobre todo, sin lugar a dudas de ninguna especie, *Il Zuccone*, es inenarrable. Pero usted lo ha dicho, señor don Ricardo: ¡la vida y los deberes que se acumulan! Y: ¡la cosa pública!

—Es verdad: ¡la cosa pública! —subrayó Cortés Mandiola.

Como un eco profundo sonó don Sidonio Liucura:

—La cosa pública...

Marul, me encontraba entre artistas que “la cosa pública” había devorado.

Luego me distraje con el ir y venir de gentes. Cuando volví a ellos hablaban, mis tres contertulios, de la Caja de Crédito Hipotecario y de las maquinaciones que en ella hacía el partido radical. ¿Qué relación puede haber para ellos entre Jorge Manrique y Tirso de Molina, por un lado, y la Caja de Crédito Hipotecario, por otro lado? ¿Y qué relación entre las obras de Donatello y el partido radical?

Con este problema te busqué, Marul, para despedirnos de la familia Viluco.

¡Todavía no! Don Sidonio Liucura me atisbaba. De pronto, cuando iba yo a estrechar la mano del inefable Macario, me cogió de un brazo para declararme:

—Yo, señor Borneo, no estoy muy de a caballo en escultura y en poesía como lo están los conocedores Arancibia Ocampo y Cortés Mandiola. Mi fuerte es la filosofía y, en ésta,

René Descartes. Soy un verdadero cartesianista. Leo y releo el *Discurso sobre el método*. Él es mi sustento y mi consuelo en medio de los ajetreos de la cosa pública.

–Buenas noches, señor don Sidonio Liucura.

–Buenas noches, señor don Onofre Borneo.

Pero el diputado Arancibia Ocampo me retuvo todavía unos instantes:

–¡Aaah! ¡Donatello, Donatello! En una reproducción hay que ver, don Onofre, la Cantoría de la catedral de Florencia; no la de Lucca della Robbia. ¡La de Donatello! Y habrá visto usted la quinta esencia del genio creador.

–Buenas noches, señor don Juan Enrique.

–Buenas noches, señor don Onofre.

El diputado Cortés Mandiola me retuvo también unos instantes:

–Antes de marcharme oiga usted estos versos:

Yo soy aquel que ayer no más decía
El verso azul y la canción profana,
En cuya noche un ruiseñor había
Que era alondra de luz por la mañana.

“¿Conoce usted esos versos? ¡Rubén Darío, Rubén Darío el inefable vate! Porque desde Manrique a Darío los conozco a todos, a todos.

–Buenas noches, señor don Ricardo.

–Buenas noches, señor don Onofre.

Salimos a una noche tibia y caminamos en silencio. Hasta que nos detuvimos súbitamente. ¿Recuerdas? En un rincón de la calle de los Antisacrílegos, cerca de la plaza de la Casulla, estaba parado Gavino Cuncumén. Estaba solo, inmóvil. Lo vimos que se llevaba varias veces su pañuelo a la cara...

64

Gavino Cuncumén se enjugaba los ojos, perdido ahí en la oscuridad de esa calle. Gavino Cuncumén lloraba. ¿Por qué, por qué? El hombre que tan bien manejaba un fósforo ideal con una caja entera que seguía detrás hasta la computera de ciruelas para ser su sueño junto a una bandeja de plata... ¿Concibes tú la dualidad de este personaje alegador y brillante con el solitario triste de las calles oscuras? ¿Qué vacío profundo habrá en él? ¿Qué aislamiento puede roerlo? Habría imaginado a cualquier otro en esa actitud, pero no a Gavino Cuncumén.

–¿Será, Marul, tan necio como pensábamos? ¡Qué nimbo enorme de misterio rodea hoy día a todos los seres!

Inmediatamente caí en un recuerdo, mejor dicho, caí en dos recuerdos: Baldomero Lonquimay batiéndose en duelo con Desiderio Longotoma en Curihue y su súbita cara de miedo; Isidra Curepto que, en Curihue también, en el jardín, da un trastabillón, cae y yo veo en su rostro... veo a otro ser en el momento en que ella se halla en el suelo.

Entonces Marul me dijo:

–Recuerda, Onofre, algunas palabras que has leído:

“No te detengas en el carácter cambiante del Yo exterior; trata más bien de descubrir en él el Yo interior, la chispa divina”.

“Estas palabras te golpearon cuando leíste el *Código Rosa Cruz*. Ahora déjame decirte como ese libro te dijo:

“¿Qué interés tienes en saber que otro sea o no sea culpable? Ven, amigo, y mira tu propia vía”.

—Es que es el caso, Marul, que esas visiones, la de Baldomero Lonquimay que vacila un momento; la de Isidra que me mira desde el suelo; y ahora la de Gavino que llora en una esquina oscura... me quedarán grabadas siempre, siempre. Me van a acompañar la vida entera.

—Algo se encerrará en ellas —me respondió—. Sigamos, Onofre, sigamos por esta noche tibia.

Volví a pie. Al llegar a la plaza Dominus Vobiscum me encontré con Hilario Quinchao y con Tiburcio Azapa. Pasamos al bar de la Penitencia, bajo el portal Colonial. Allí les conté la discusión entre doña Martina Vichuquén y Gavino Cuncumén con la intervención de Macario Viluco. Creía yo de buena fe que ella les gustaría, que la aplaudirían sin reservas. Pero no fue así. Quinchao me dijo:

—Vea, compañero Borneo, hasta dónde ha llegado la putrefacción burguesa. A esa gente se debería colgar en una plaza pública.

Azapa me dijo:

—Es triste, es algo que acongoja pensar y luego verificar que por cosas tan miserables se entorpezca la marcha feliz de la humanidad por años y años, acaso por siglos. Pues sepan ustedes que individuos como los parientes de ese real pavo que es Ascanio Viluco, casas en que de ese modo se plantea y se discute el único problema vital que hoy puede existir, individuos y casas así pululan por todas partes: aquí en San Agustín de Tango, en Santiago, en provincia, en los países vecinos, en los demás países, en fin, en el mundo entero. Acongoja, sí, y, digamos la palabra, avergüenza que la crasa estulticie de la burguesía ponga en jaque ese gran triunfo redentor del proletariado mundial. Porque tanto como un inmenso egoísmo hay aquí un caso de estulticie pavorosa.

Quinchao exclamó:

—Hoy hay libertad para... ¿para qué, compañero Borneo? ¡Hay libertad para explotar a los demás! ¡Es uno de los principios del capitalismo! ¡Mecer y mecer a la gente con la palabra libertad!

Ante mi perplejidad, Tiburcio Azapa creyó bien explicarme:

—Hay dos tipos de revolucionarios, compañero, y debe haber siempre estos dos tipos: los que propagan el bien y los que combaten el mal. Yo propago el bien. ¿Y tú, Quinchao?

—Yo combato el mal. El capitalismo ha hecho crisis y, en esta crisis, ¿qué vemos? Vemos la lucha de los demonios que se pelean como sabandijas. Hay que colgar a los antirrevolucionarios, hay que destruir hasta los cimientos de su ambiente.

—Yo digo —observó Tiburcio— que hay, ante todo, que amarse.

Quedé en suspenso. Preferí despedirme y dejarlos en el bar de la Penitencia. Salí. Caminé.

A los pocos pasos me encontré con un grupo de personas que volvían del 6.47 charlando animadamente. Entre ellos estaban Ascanio Viluco y su señora esposa. Saludé a ésta con toda amabilidad. Me contestó con una frialdad desconcertante. Recordé de inmediato que hace algún tiempo pedía ella que la llamasen “Madame Viluco” y no “Señora Viluco”

y que ayer alguien me había advertido que ya no había que llamarla "Madame" sino "Lady Viluco". Yo la había saludado diciéndole "Señora"... Una plancha. ¡Qué hacerle! De pronto se acercó a mí y me dijo:

—He visto, Borneo, con gran pena, porque yo lo estimo a usted más de lo que se imagina, que usted frecuente cierta gente... sí, cierta gente de baja calidad, de mentalidad de "roteques" sublevados e ignaros. Sabe usted a quienes me refiero. He tenido que ir esta noche donde ellos. ¡Cosas de Ascanio! Sí, sí, no lo niegue, Borneo: usted va con frecuencia a la casucha esa de los comunistas de la Primera Comunión. ¿Es posible, Borneo, es posible?

Me callé y me alejé. Corrí a la plazoleta Fray Tomate.

¿Qué hacer? Todo esto voló y se separó de las personas y sus ideas. Revoloteó la cosa por mi pequeño departamento y vino, al fin, a posarse sobre mis famosas categorías y clasificaciones. ¡No estaban clasificados todos los habitantes de San Agustín de Tango! Debo abrir una clasificación más: la 6.47 y... otra clasificación más: el 3.91...

Y por favor, durmamos en paz.

65

En Pentateuco 20, casa de don Irineo Pidenco.

Estaba don Irineo preocupado, estaba nervioso. Me ofreció tres sillas para que me sentara. Él permaneció de pie, luego se sentó, luego se levantó para volverse a sentar, etc., etc. Me dijo precipitadamente:

—He sido visitado por fantasmas. ¡Oh, los fantasmas, mi señor Borneo! Cuando vienen a verme se han de sentir, de seguro, a sus anchas pues les cuesta un mundo retirarse. Quieren verlo todo. Me agobian, créamelo, mi señor. Le dan otra fisonomía a esta casa, tan tranquila de costumbre. Yo los soporto. ¿Qué puedo hacer? Tengo que soportarlos, no hay más, tengo que soportarlos.

Yo estaba con mis garbanzos. ¡Una plantación enorme en Curihue! El capitán Angol los ama de verdad. Doña Nora de Bizerta y Ofqui también los ama, mi señor. Estudiaba con ese plano las laderas del fundo. Cuando de pronto entró uno aquí, entró un fantasma que no vi, en el sentido ordinario de este vocablo, se puso aquí, aquí a mi lado y me dijo:

—Hay demasiadas moscas en la habitación contigua. Mátelas usted.

—¡Cómo! —exclamé—. ¿Demasiadas moscas? Sepa usted, señor fantasma, que es una habitación herméticamente cerrada. ¡No puede haber moscas en ella!

Me repite:

—Hay demasiadas moscas en la habitación contigua. Mátelas usted. Vaya a ella con flit y con un matador y proceda hasta convercense de que no queda ni una sola con vida. Entonces, espere lo que sea necesario. Entonces, deduzca.

¡Sí, mi señor don Onofre! ¡Así me habló! ¿Me habló? Usted disculpará pero ese fantasma no habló. Oí su voz interiormente, eso es, ¿comprende usted? No sé si me explico bien: oí la voz, oí esa voz interiormente. Como yo les contesto, por lo demás, a esta clase de seres. Sí, señor, interiormente.

¿Qué podía hacer? Se lo pregunto a usted, mi señor don Onofre. ¿Qué podía hacer?

¡Obedecer! Cogí el flit y un matamoscas y me dirigí a la habitación contigua, aquí al lado, por esa puerta, sí, sí, esa puerta.

En realidad, señor, había moscas, muchas moscas. Felizmente yo estaba prevenido: flit y matador. Las exterminé, mi señor, doloroso es decirlo, pero las exterminé. No me gusta matar a seres a quienes Dios o ese algo ha concedido la vida. Está ello fuera de mis principios. Pero la orden en un fantasma es cosa tan seria, es cosa que nos sobrepasa y nos sobrepasa, mi señor, a tal, a tal extremo que no hay más que hacer que lo que yo hice: obedecer.

Las maté, usted me disculpará, pero las maté a todas. Entonces obedecí, es decir, obedecí nuevamente: esperé.

¿Cuánto rato? Creo que no menos de diez minutos. Sí, señor Borneo, diez minutos. Entonces una mosca cruzó la habitación y se fue a parar a los cristales de ese balcón. ¡Y todo aquello... oh, todo aquello estaba saturado de flit! ¡Qué olor, qué olor! La mosca revoloteaba en los cristales. Yo la miraba. ¿Qué podía deducir don Onofre, qué podía deducir? Volví a esperar. Empecé a aburrirme, cosa que casi nunca me ocurre. Cuando de pronto me di cuenta de que, de que... usted perdonará, que ya había deducido. ¿Qué?

Hay algo, algo, mi señor, algo entre este país y las moscas.

Volví aquí a mi gabinete.

Señor, señor mío... casi me helé. Miré por la ventana para afuera y vi, vi... usted sabe lo que es ver y oír y sentir en el mundo de los fantasmas... vi que desde esa casa de enfrente, sí, esa de seis pisos, caía, desde el sexto piso al suelo, un grande, un inmenso piano de cola con todas sus notas y se despedazaba en el pavimento...

Fue horroroso, me disculpará usted, pero fue horroroso. Tan horroroso fue que creí, en un momento, enloquecer.

Se habrá fijado usted, mi señor don Onofre, que aquí estamos en el segundo piso. Pensé entonces salir y subir al cuarto piso, a casa de don Manfredo Angachilla, ¿lo conoce usted?, sí, don Manfredo Angachilla, el dentista. Llegué a mi puerta, la abrí y... me detuve. Es decir, me detuvieron... ¿Quiénes me detuvieron? No lo sé y creo que usted, señor, tampoco lo sabe. No es que considere menguados sus dones cognoscitivos, pero en estos asuntos...

Me detuvieron, señor, para que oyera, para que oyera... un piano, otro piano, digo yo. Sí, señor, un piano, u otro piano, como el que acababa de ver cayendo del sexto piso de esta casa vecina. Tal vez no sería de cola pero, en fin un piano que tocaba. Tocaba un valse cualquiera. Se equivocaba a veces y luego recomenzaba. En fin, mi señor don Onofre, tocaban ese piano. ¿Quién? Una mujer, una mujer envuelta en tules blancos. Es rubia esa mujer. Yo no la vi; no me había movido del umbral de mi puerta. Es decir, la vi... interiormente. Estaba, tiene que haber estado, en el tercer piso, aquí encima. Allí era donde tocaba piano esa mujer rubia envuelta en tules blancos.

Aquí, mi señor, usted me permitirá, si no es esto abusar de su paciencia, aquí me permitirá que le haga una pequeña confesión: sentí terror, mi señor, terror. ¿Por qué? Es lo que no atino a comprender. ¿Es un terror ante la escena, es decir, ante ese departamento que no conozco y colocado entre dos departamentos que conozco, el del dentista Angachilla y el mío? Pero pensando: ¿qué hay para causar terror en este hecho? ¡No, no, no puede haber sido esto!

Creo más bien, y vuelvo a pedirle su permiso para hacer tanta suposición, creo más bien... que era el terror, convertido en real por un fantasma, el terror de sentir de súbito,

de lleno, que había vida existente, presente, ¡sea eterna!, fuera de mí mismo. Que había vida, y usted perdonará, dentro de esta casa, es decir, dentro de donde estoy, dentro de mí... Tal vez sea así. La mujer rubia de tules blancos no sería entonces más que un sustituto, nada más, para distraerme. ¿comprende usted?, para desviar el terror, desviarlo, desviarlo. Tiene que haber una voluntad, ¡la voluntad de los fantasmas benévolos!, para impedir al hombre, para impedirle que se mezcle en semejantes asuntos. Asuntos... asuntos... ¿Qué asuntos? Quiero decir la simultaneidad temporal y espacial. Al menos mientras no estemos debidamente armados para ello.

No soy miedoso, mi señor don Onofre Borneo, no lo soy. Si lo fuera no podría dedicarme a ésta que es mi especialidad: la siembra del garbanzo. Subo a caballo y me voy por campos y serranías, me voy solo, solo. Cuestión del garbanzo, comprenderá usted. Vuelvo tarde, muy tarde, a las casas del fundo en que me hallo. Nunca he sentido miedo. Pero me voy a permitir pedirle que reflexione usted unos instantes: ¿es lo mismo una serranía solitaria a una serranía poblada de fantasmas? De aquí agrego: ¿es lo mismo la escalera común de una casa grande como es ésta sin más seres que los de todos los días, los corrientes, a esta misma escalera con fantasmas en cada recodo? Aun suponiendo que fueran todos benévolos, muy benévolos... Es el hecho, señor Borneo, de que son seres que no son como nosotros...

Por esto sentí terror, por esto nada más. Así es que entré, entré aquí, mi señor, y me encerré aquí, aquí en mi gabinete. Me senté aquí, aquí donde ahora estoy. ¿Ve usted donde estoy? ¡Mire, si tiene usted a bien, mire por este balcón para afuera! ¡Sí, al lado de la casa de los seis pisos y el piano de cola! ¡Unos chalets, varios chalets! ¿Los ve usted, mi señor? Esos chalets veía yo cuando entré y me senté aquí, aquí mismo donde ahora estoy. Así es que veía, ¡mire, mire usted!, los altos de ese chalet, con sus techos y un árbol. Entonces, presuroso, salí. ¡Qué de bromas hacen estos fantasmas, mi bueno y respetado señor! Salí. ¿Creerá usted? ¡La casa, ese chalet, no estaba!

Volví a entrar y volví a sentarme aquí, aquí mismo, y miré por el balcón: la casa, el chalet, es decir sus techos y el árbol, ahí estaban.

Esto lo he hecho varias veces, si usted permite. Es decir, he verificado que esa casa y ese árbol sólo existen desde un punto de vista y no existen desde ningún otro.

¡Cosas de los fantasmas, mi señor, cosas de los fantasmas!

Porque yo me hago ciertas preguntas como, por ejemplo, la siguiente:

¿Si viniera un verdugo a esta pieza, si viniera aquí con un hacha y me dijera que si hay error en la respuesta a la pregunta que me va a hacer, me cortará la cabeza? ¿Qué podría responderle? ¡Oh, perdón, mi señor don Onofre! No le he dicho cuál es esa pregunta, lo había olvidado. Es la siguiente:

—¿Existe o no existe esa casa o chalet fuera de la ventana y de este sillón?

Indudablemente, para salvar mi cabeza, respondería:

—Sí, señor verdugo, existe desde todos los puntos de vista.

Sin embargo... señor mío, sin embargo... Créame usted, se lo ruego, créame usted que guardaría para mis adentros la convicción de que al responder de la suerte haría una especie de transacción con... con la necesidad del verdugo.

A usted, mi respetado señor, le contestaría de otro modo. Usted no tiene hacha ni ningún arma semejante. Así es que usted, mi tan respetado señor, puede preguntarme:

—¿Existe o no existe ese chalet con su árbol?

Mi respuesta debe ser sincera, señor, sincerísima:

—No lo sé. ¡Depende de la voluntad de los fantasmas!

—¡Y son tantos, tantos esos fantasmas abrumadores! ¡Son tantos, mi buen señor don Onofre! ¡Y qué de añagazas tienen! ¡Es para enloquecer al más cuerdo!

—Porque sabrá usted que encarnan, sí, señor, encarnan. Si usted permite le referiré lo que ocurre cuando ya se ha adquirido cierta práctica con los fantasmas. Se les ve, sí, señor, se les ve en algunos señores de todos los días, mejor dicho, de todas las noches. ¿Las larvas, piensa usted? ¡No, mi señor Borneo, no! Esas larvas, que sé usted visitó con la muy distinguida dama que ahora enjuga sus sinsabores, las larvas, que a la señora Marul y a usted le mostraron los sabios doctores Hualañé y Pitrufquén, son otra cosa, son inferiores, son parasitarios y nada más. Un fantasma vale por mil y más larvas. ¡Son muy potentes los fantasmas, mi respetado señor!

—Señor, vaya una de estas noches a un bar cualquiera, sí, sí, cualquiera y mire, mire, mire bien. Ahí los verá usted acoplados a un señor de todos los días, diré mejor, de todas las noches. Yo prefiero verlos no acoplados. ¿Recuerda usted, mi señor Borneo, lo que es ver? Sí, los verá usted en cada juerga de cada sitio, entusiasmando a sus poseídos, a esos tristes personajes que de día rumian impotentes ante cualquier movimiento que tengan que hacer. ¡Y uno, mi señor, uno como este mísero de Iríneo Pidínco, servidor de usted, uno... en medio de ellos! Yo, con el permiso de usted, lo que hago en tales casos es ponerme a observar: según como estén los ojos veo a veces a los señores, a veces a los fantasmas. Sí, sí, veo a los fantasmas hacer sus muecas a través de los señores.

Pero me permito pedir a usted, si no es mucha mi osadía, que deseche toda idea de larvas cuando se trata de fantasmas. Porque hay diferencias esenciales, sí, es la palabra, esenciales. Lo he conversado largamente con esa lumbrera que es nuestro psiquiatra, el doctor Pitrufquén. Él me lo explicó y gracias a él hay un poco de luz en esta menguada cabeza.

Mi señor Borneo, cuando una larva logra introducirse en un sujeto, este sujeto ¡enloquece! ¡Es ella una de las causas de la locura! Cuando un fantasma se introduce... ¡oh, no, mi señor!, no se enloquece jamás.

¡Un fantasma tiene tanta plasticidad! Diría yo que tiene tanta vida... nerviosa, no siempre malvada pero siempre nerviosa. ¿Cómo van a quedarse para toda la vida en forma parasitaria con un individuo? Entran en él, lo cogen, lo mandan, como a mí con las moscas de esta habitación contigua y luego... ¡se van, se van, se van! Las larvas quedan nutriéndose de sus pobres víctimas. ¡Es más terrible aún, más terrible la larva, mi señor!

¿Se van los fantasmas? ¿Se irán los fantasmas? Es lo que yo oso preguntarme, mi tan distinguido amigo. ¿Permite usted que lo llame "amigo"? Gracias, tantas gracias. Entonces voy a formular nuevamente la pregunta que me inquieta:

—¿Se irán los fantasmas?

He llegado a una conclusión, mi amigo, a una conclusión:

Los fantasmas son libres, libres y, como libres, escogen sus frecuentaciones.

¡Oh, oh, mi respetadísimo amigo! ¡Me frecuentan a mí!

¿Qué hacer? Formúlome esta cuestión, si usted no ve inconveniente para ello. ¿Qué hacer?

Voy a atreverme a decir a usted lo que he hecho:

¡¡Me he convertido, a mi vez, en fantasma!!

¡Aaah! ¡Es mi treta, una artimaña mía, sí, mía! Verá usted:

Momentos antes de que tuviera usted a bien visitarme, miraba yo mi biblioteca y sor-

prendía un libro que no se refiere a los garbanzos ni a nada de lo que leo de costumbre, al menos de ese autor. Es un libro de Thomas Mann, llamado *Tristán*.

¿Ha visto, señor y amigo, cosa más rara? Un libro de Thomas Mann entre los míos... Me dije que era éste un hecho de un fantasma. Thomas Mann... Tristán... No es que yo niegue el inmenso talento que sin duda ha de tener el insigne escritor Thomas Mann, ni mucho menos. Pero me interrogo, mi señor: ¿Qué tiene ello que ver con los garbanzos? Ese libro, que por lo demás, puede usted ver sobre la mesa, no es mío, no es mío. Véalo, mi señor y amigo, por favor: traducido al francés por Gabrielle Valère-Gille; Ediciones Kra; 20 rue Henri-Regnault; Paris. No es mío.

Me puse a hojearlo momentos antes de que usted llegara. Es decir, hace un momento, hoy en 1929, hoy en San Agustín de Tango.

En la primera página había puesto su nombre un antiguo dueño del libro. Véalo usted: Epifanio Runcay. ¿Por qué está este libro en mi casa?

Lo abrí, mi señor, como se abre todo libro que se va a leer por primera vez, es decir, por el medio, que ya vendrán las páginas del comienzo. Así, por lo general, los abro yo. ¡Mala, mala costumbre, sin duda! Lo abrí y... cayó de dentro una tarjeta de visita:

Dr. ALEXANDRE AFENDULI

2 via Bonaparte
Trieste

Créame usted, mi amigo y señor, que fui cogido por la no vacilación. Lo hice, si usted permite, espontáneamente. Cogí un sobre y escribí en él el nombre y las señas del doctor. Luego tomé una esquila y en ella escribí... Vea, mi señor, aquí tengo la copia de lo que escribí:

Doctor: Aquí, en San Agustín de Tango y mientras corre el año de 1929, aquí, mi muy estimado amigo, se os recuerda, se os ama y se os admira.

Ahí está la carta. Iré pronto al correo y la despacharé. Luego esperaré y esperaré. Tiene que ir la carta hasta Trieste, usted ha de comprender.

Entonces me acordé de cuando yo era un niño. Porque, por muy extraño que ello parezca, he sido también un niño. Me acordé de un diario hecho por mí cuando, como le he dicho, señor, era yo un niño. En él anotaba lo que hacía y algunos días empezaban así: "Hoy ha sido un día colosal".

Me refería, amigo y señor, a la broma que nosotros, los niños, hacíamos a los mayores: nos proveíamos de un paquete de cohetes con una larga mecha y llegábamos sigilosamente hasta una persona mayor: un tío mío, por ejemplo; o el administrador del fundo en que nos hallábamos; o mi propia madre, cuando vivía, no ahora porque ya ha muerto; o la cocinera atareada junto a su cocina; o un visitante cualquiera; o quien fuese. Colocábamos, entonces, ese paquete en sitio estratégico. Luego el dentista que vive aquí en el 4º piso, don Manfredo Angachilla, que ya fumaba y que no era dentista todavía, le prendía fuego a la mecha con su cigarrillo. He sido amigo con Angachilla desde hace largos años. Entonces nos retirábamos lentamente, nos escondíamos y esperábamos. A veces pensábamos que la chispa roedora se hubiese apagado sola o que...; en fin, esto creo que ya lo pensaba yo, que ellos, los fantasmas, la hubiesen apagado. Así esperábamos. Hasta que venían las terribles detonaciones y el susto del agraciado con nuestra broma. Pero es el momento de

espera el que ahora me preocupa. ¡Esperar, esperar! Como me han contado que esperó el comandante Spiess, Johannes, sí, Johannes Spiess, eso es. ¿Sabe usted quién era, mi señor? Era un Teniente de Navío alemán durante la guerra europea, comandante de los submarinos U-9, U-19 y U-135, si mi memoria me es fiel. Él fue quien hizo torpedear a tres cruceros ingleses, el Aboukir, el Hogue y el Cressy. ¿Le extraña a usted que yo conozca estos datos? Es así, mi amigo, es el caso de que conozco la guerra europea casi de memoria, es el caso de que me la he aprendido casi de memoria. No sé como pero es así. Debe ser cosa de los fantasmas... Yo, hombre pacífico como no hay dos, sabiéndome de memoria esa fatalidad de la historia que no guarda relación alguna con mis estudios preferidos; para qué decir con la siembra y cosecha del garbanzo... Han sido ellos, sin duda, los fantasmas; una broma, como tienen el hábito de hacerlas.

¡Esperar, esperar! Como esperó el comandante Spiess y la gente del submarino cuando lanzaron el primer torpedo a uno de los barcos ingleses, al Aboukir, desde unos 500 metros de distancia. ¡Esperar los efectos de este torpedo! Se ignoraban, mi señor, los efectos que sobre un submarino pudiera tener la repercusión de la explosión a tan corta distancia. Esperaron el comandante y su gente. Esperaron 31 segundos. Se oyó la explosión. No ocurrió nada en el submarino. Pero habían pasado 31 segundos. Era lo que quería decirle, mi benévolo amigo: algo que corre, que se aleja, un tiempo de espera, ¡una explosión!

Y ahora, pidiéndole a usted mis excusas, estoy obligado, sí, obligado a acordarme de algo más, del escritor francés que ha de conocer usted: Guy de Maupassant. Me acuerdo de su cuento, su tan famoso cuento, *Le Horla*. Así, como el héroe de este cuento, voy a tener que esperar yo desde el momento en que ponga esta carta al correo. ¡Trieste! Aquí tengo el libro de Maupassant. Sí, recuerdo ese cuento. Aquí lo tengo, mi gran amigo. ¿Permite usted que le lea unas pequeñitas líneas? Es cuando el héroe del cuento quiere matar a su fantasma, un fantasma nada benévolo, por cierto. Quiere matarlo y entonces le prende fuego a su casa, con el fantasma dentro, y él huye al jardín, para ver. Pero es mejor que le lea. Aquí está. Si usted permite le leeré:

Miraba yo mi casa y esperaba. ¡Qué larga espera! Creía ya que el fuego se habría apagado solo o que lo habría apagado Él, cuando una de las ventanas del piso bajo estalló con el empuje del incendio, y una llama, una gran llama roja y amarilla, larga, blanda, acariciadora, subió por lo largo del muro blanco besándolo hasta el techo.

Larga espera... Es esto lo que quería decirle a usted, si ello no es abusar de su innegable paciencia. Algo que crece, que se estira, que avanza, un tiempo de espera y... ¡fuego! ¿Comprende usted, mi señor? ¡Trieste, Trieste! ¡Está tan lejos!

No importa, mi señor y amigo. Esperaré.

Hablemos en voz más queda, si usted permite.

Con esta carta creía yo librarme de los fantasmas, al menos, compartirlos con el doctor Afenduli. ¿Y quién será este doctor Afenduli? Sin duda va a creer que se trata de la carta de uno de ellos, de uno benévolo. No olvidemos, amigo y señor mío: "... se os recuerda, se os ama y se os admira...". Pero pienso yo: ¿si el doctor se hallare al borde de la locura y mis palabras fueren el último golpe que derrumba? Y pienso también que el doctor puede haber fallecido, puede acabar de fallecer. Llega mi carta, carta rarísima, de San Agustín de Tango, en el sur del continente sudamericano... Puede haber muerto misteriosa, sospechosamente, mi señor y amigo Onofre Borneo. Entonces veo a los deudos, dudosos; al

notario, curioso; a los policías, recelosos... ¡Pueden pasar cosas horribles, mi señor! Mejor, dirá usted, me imagino, será no mandar la carta. ¡Imposible, amigo mío, imposible! Tengo, tengo que mandarla y esperar y esperar y esperar... ¡Qué lejos, lejos está Trieste!

Así me ordenan los fantasmas. ¿Yo ser uno de ellos para el doctor Afenduli? ¿Yo...?

¡Aaah, no, mi señor y amigo! Ya lo ve usted. Hay un fantasma aquí. Lo acabo de ver. Se va, se fue. Él puso el libro de Thomas Mann en mi biblioteca y Él me ha hecho concebir esta historia del doctor pues Él ha puesto su tarjeta entre sus páginas. El fantasma, mi señor, le ha sustraído el libro a Epifanio Runcay. Usted perdonará, mi señor y amigo, pero no me cabe duda sobre esto, sobre este particular.

Ahora, pues, al correo, si ello no le molesta a usted. Así me han castigado los fantasmas, señor mío: yo que he querido serlo para el doctor de Trieste, tendré que sufrir la influencia de ellos durante largo tiempo. ¿Cómo? ¡Esperando en medio de estas ideas movedizas, esperando como esperaron llenos de incertidumbre el comandante Spiess y el héroe de Guy de Maupassant!

¡Y yo también, mi señor, cuando era un niño!

Salimos juntos y lo acompañé hasta las oficinas de correos donde don Irineo, como quien ejecuta el más solemne de los actos de su vida, despachó la carta. A cada momento me decía y me repetía:

—Hay que hacerlo, mi distinguido amigo y señor, hay que hacerlo. Ellos, los fantasmas, así lo han decidido.

Una vez que la carta fue despachada, don Irineo Pidínco se sintió otro hombre. Gesto inhabitado en él, me golpeó el hombro junto con exclamar:

—¡Qué bien, mi tan respetado don Onofre! Ahora sí podré dedicarme al estudio de la siembra y cosecha del garbanzo.

66

Con Marul hemos ido al cine. En verdad, me aburría. ¡Siempre la misma cosa! Me quedé dormido. Cuando desperté, gracias a un pellizco de Marul, vi, sobre el ecran, la siguiente escena:

Era una pequeña calle de una ciudad desconocida. De pronto, no recuerdo por qué motivo, un muchacho de unos diez años da una palmada en el rostro a otro muchacho de no más de seis años. Éste se pone a llorar a grandes gritos.

Aparece su hermano, o al menos tal lo supongo, de unos diez y siete años y venga al chico castigando al matoncito precoz que, a su vez, rompe en llanto.

Viene entonces el padre de éste y da un bofetón al mozo, lo cual visto por su propio padre, obliga a éste a iniciar un pugilato con el padre primero.

Acuden los vecinos que presurosos se abanderan bajo uno u otro contendor.

Y las vecinas, para no ser menos, bien decididas por cada bando, se van a las manos.

Como es natural, la policía interviene y, como es natural también, la policía contaba en aquella localidad con no pocos enemigos.

¡Magnífica ocasión!

Éstos, pues, garrote en mano, se lanzan sobre los policiales.

Mas los policiales cuentan con la incondicional ayuda de los bomberos y del ejército

pero no –¡ni qué pensarlo!– con la de los carteros,
marinos
y aviadores
que se declaran al punto partidarios de los hombres de los garrotes.
Se alarman los teléfonos,
los telégrafos,
y las estaciones emisoras.

Su alarma la desencadenan a cada localidad de los alrededores.
Sin perder un instante todos los seres se van los unos contra los otros.

El cuartel de bombas
salen las bombas.

La Asistencia Pública
sale la Asistencia Pública.

El cuartel de Granaderos, de Húsares, de Dragones
salen todos, feroces, armados, diabólicos.

Pronto, en cada una de estas localidades, se repite la cosa y se agranda
(¡Estupendo efecto cinematónico!)

y los palos,
bofetones,
balazos y bombas explosivas
y patadas y cuchilladas
se van extendiendo como las ondas del agua golpeada,

(¡Nuevo magnífico efecto!)

como las ondas sonoras a 300 metros por segundo,
a 600, a 5.000, a 100.000 metros por segundo,
y sigue la velocidad hasta casi alcanzar la de la luz.

Así va cubriendo el mundo entero,
precipitando a la refriega a hombres y mujeres,
haciendo saltar de sus cunas a los bebés,
de sus sillones a los ancianos,
de sus lechos a los enfermos,
de los conventos a los frailes y a las monjas,
de las oficinas a los empleados,
de los nidos a los pájaros,
de sus guaridas a las sabandijas,
de sus cavernas a las fieras,
de las selvas a los huracanes,
de los desiertos a los huracanes
de las llanuras a los huracanes,
de las montañas a los huracanes.

(¡Estupendo, estupendo!)

Y la onda maléfica llega por cien puntos, por mil puntos a la vez al borde de los océanos...

Entonces las sardinas y peces menores se agrupan y, en filas cerradas y furibundas,
arremeten contra
los tiburones

y los tiburones contra
los cachalotes y peces mayores.
Y todos ellos, enardeciendo a todos
los anfibios
y moluscos,
se mezclan en la contienda sin igual.
Se movilizan en los puertos
barcos, chalupas, botes, galeones, goletas y ¡qué sé yo!
No queda marinero que no ataque a marinero,
ni Almirante que no ruja contra Almirante.
Como rugen General contra General,
y pelean jefe contra jefe,
dueño contra dueño,
empleado contra empleado,
viejo contra viejo,
joven contra joven.
Ahora la onda ha cubierto al planeta entero.

(¡Gloria a la técnica del cine!).

Lo vemos en su totalidad, de polo a polo y en toda la línea del Ecuador.
No queda un sitio en que la matanza no arda.
En todas partes, sin excepción, se dan y se reciben los palos,
bofetones,
balazos y bombas explosivas,
patadas y cuchilladas.
¡Y el huracán que arrecia, que arrecia!
Por todas, todas partes es el exterminio:
en las casas,
en los techos,
en los campos,
en los árboles,
en los sótanos,
en los ríos,
en los mares,
en las llanuras,
en las montañas,
en los desiertos,
en los pantanos,
arriba de los postes telefónicos,
adentro de las minas,
adentro de las alcantarillas,
alrededor de las nubes,
a lo largo de los hilos de las lluvias,
a lo largo de los rayos del Sol.

(¡Espectáculo soberbio!

El público aplaude con frenesí.

Yyo... yo me lamento al no poder recordar por qué demonios el muchachín aquel de los diez años golpeó al pobre mocoso de los seis años).

67

Marul y yo hemos estado, con el doctor Pitrufluén, en la Taberna de los Descalzos.

Antes de ir a ella, el doctor nos dio una pequeña explicación sobre los ebrios. Nos dijo:

—En la mayoría de los casos el hecho de tomar y de tomar en gran abundancia no es, como se cree comúnmente, un vicio que persiga el poder entrar a otra región ajena y lejana; como tampoco es una mera necesidad física, un mero reclamo de nuestro organismo. El ebrio tiene dentro un mal, un mal que yace escondido, que yace agazapado en él. Bebe entonces para sacarlo de su guarida, para que se desprenda de él, para verlo como a otro ser que en cualquier momento puede abandonar. Por eso bebe y bebe mucho. Ahí están ahora frente a frente. Luego pasa la borrachera y el mal vuelve de nuevo a introducirse en él.

Nos sentamos en una mesa retirada. Luego apareció, como lo esperábamos, Romualdo Malvilla. Se mostraba contento con habernos encontrado. Nos dijo:

—¿Saben ustedes en qué pensaba? Pues pensaba, mis queridos amigos, en algo que no encuentro cómo resolver. Es decir, pensaba en la carencia de un grito que la historia no registra; de dos gritos; de tres gritos; de muchos gritos. Pongamos el caso: una oficina con empleados; llega un solicitante. Le preguntan:

—¿Su nombre?

Y el solicitante responde:

—Ludwig van Beethoven.

—¿Me entienden ustedes? ¡Ludwig van Beethoven! Y los empleados, sin gritar de estupor, sin ni siquiera dar un salto de emoción, anotan el nombre, lo anotan y lo anotan.

—¿Su nombre?

—Miguel de Cervantes y Saavedra.

Los empleados lo anotan y no hay ni gritos ni emociones.

El doctor Pitrufluén le observó:

—En el momento de decir sus nombres, esos personajes, mi buen Malvilla, era aún desconocidos.

—¡Eso es lo que no entiendo! —exclamó Malvilla—. ¡No, no lo entiendo y no lo entiendo! Dígalos usted, mi doctor, hágame el favor de decirlos usted: Bee-tho-ven, Cer-van-tes... Hay algo aquí de incorporación silábica en carnes y huesos... y en los empleados. Algo que anda mal, mal, muy mal. Como anda la cosa aquí, en esta Taberna de los Descalzos. ¡Mozo, mozo! ¡Pisco general! ¡Para todos!

Marul dijo:

—¿Qué gana usted, Malvilla, con beber de esa manera, hasta emborracharse, si después no se acordará de nada?

Malvilla:

—¡Justamente, mi gran señora, justamente! Es saber, es sentir que se ha estado y se ha vivido sin pasar por este terrible control que nos acompaña siempre.

Marul:

-Es decir, ¿una emancipación?

Malvilla:

-Usted lo ha dicho. Una emancipación de uno mismo. ¡Uno mismo! ¡El peor tirano que la creación nos ha dado, el peor, el peor! ¡No acordarse! Es lo grande. Se ha vuelto a casa... ¿Cómo? ¡Ah! Se ha tirado uno por el suelo y... ¡nada! ¡Ni un recuerdo!

Quedó un rato en silencio; luego nos explicó:

-¡Ah, los misterios de esta copa, de esta copita! Todo anda al revés, todo es gris y nauseabundo. Ahí está la copa llena de un líquido, un líquido incoloro, algo inodoro y muy saboro. Digamos la palabra: ¡pisco! Usted lo mira y piensa que en él está la vida, que en él hay movimiento, que hay sucesión de ideas y demás. Es sólo cuestión de beberlo y el significado total aparece. ¡Bebamos, bebamos! Conviértase, doctor, en Edgar Allan Poe, el gran Poe, y ¡beba! Tú, Onofrito u Onofrense, te convertirás también en otro, en Fiodor Mijailovich Dostoievski. ¡Buena compañía para servirnos otro pisco! ¡Mozo, mozo, más pisco! Usted, doctor, es decir, el que usted es ahora, Poe, el gran Poe, es el único que ha tocado el asunto, el único. Tú, no, tú no lo has tocado, Onofrense, no lo has tocado. Porque Dostoievski habla de un hombre, de dos, de tres o más hombres, borrachos. ¿Y qué? ¡No toca el mundo, no toca el mundo sacrosanto del alcohol! ¡No lo toca! Porque veamos, mi señora Marul:

"Si en vez de estos míseros cinco sentidos... ¡Ah! ¿Si tuviéramos seis o siete sentidos? ¿Si no tuviéramos más que cuatro? O si quieren ustedes, tenemos cinco, los cinco que tenemos, pero... pero percibiendo otras vibraciones, otras y otras... ¡Ah, qué de cosa veríamos! Porque hay otros mundos, otros mundos, otros mundos. Entre estos otros mundos está el del alcohol. ¡Sí, sí, Fiodor Mijailovich! Está el del alcohol que es un mundo lógico, lógico, coordinado, coordinense, sensato y sensatense. No hay más que la mala adaptación a él, nuestra mala adaptación. Ella lo hace ver contradictorio y abigarrado o abigarradense. ¡No hay más! ¿Qué han hecho los humanos? ¿Qué has hecho tú, Fiodor Mijailovich? Te lo voy a decir: has escrito tus recuerdos de ese mundo. De acuerdo, tus recuerdos. Pero los has escrito desde aquí, desde este mundo sin trago, desde aquí. ¿Qué te ha resultado, qué, qué? ¡Un extremo desajuste y nada más! ¡Falto de interés como todo desajuste! Otros escritores tratan de explicar ese mundo. ¡Allá ellos! Otros tratan de hacerlo calzar. ¡Allá ellos! Es la incoherencia misma. ¡Me cargan todas las incoherencias! ¿Por qué me cargan las incoherencias, por qué? Porque en ellas está siempre este mundo entrometido. Tú, doctorcito, cuando te llamas Edgar Allan Poe, no eres incoherente. Entraste de lleno en el mundo alcohólico. Desde él no has hablado. Moviste el tornillito. ¡Estupefacción de los patos, de los hombres patos! ¡De los patos-estrabóuticos-artistoides! ¡Mófate de los patos, doctorcito! Tu narración, tu composición, tu estilo, cuando eres, no Dostoievski sino Poe, son... son... son perfectos, son lógicos y precisos como es todo mundo que es. Pero... pero de otro modo regido. Está bajo el planeamiento de otra ley, de otro punto de partida, de otra permanencia, de otro punto de llegada, de otra finalidad. Allí está la sumersión de tu doble. *El Gato negro* es un cuento clave. Como lo es *Ligeia* y lo es *Berenice* y lo es *El Tonel de Amontillado*. ¡Mis felicitaciones, doctor Allan Poe! Te felicito, sobre todo, por aquel cuento de la peste en Chicago o en Nueva York o en Detroit con un señor junto a una ventana que mira y mira y ve un bicho, un bicho enorme, inmenso, como esta Taberna de los Descalzos... ¡Ja, ja! Es un bichito minúsculo que está en la ventana y una ilusión de óptica... En fin, ¡mozo, mozo, camarero! ¡Más pisco para beber por Poe-Pitrufuén!

El doctor le observó:

—Bebe usted demasiado, Malvilla. No crea usted que soy partidario del régimen seco. Pienso en esto con Baudelaire: “Un hombre que no bebe más que agua tiene un secreto que esconder a sus semejantes”. Pero de allí a ir a esos otros mundos... ¡Piense, piense, Malvilla, en Alicia Bick!

—¡Alicia Bick, Alicia Bick! —gritó Malvilla—. Pero, pero doctorcito lindo, por Dios, óigame usted: ¿cómo quiere la tan, tan bella Alicia que haga yo tangible este estado suprasupremo si no lo imprégno de alcohol? ¿Cómo, cómo? Es lo que le pregunto a usted, mi señora Marul, a usted que es del mismo sexo que Alicia, que Alicia Bick, aunque su apellido sea Carampangue. ¿Cómo, cómo? Debe decírmelo, señora Carampangue, cómo he de materializar esta visión para que no se vea como una vulgar, una vulgarísima imaginación soñadora, una imaginación solitaria y arbitraria. ¡Eso es! ¡Eso es! ¡Arbitraria! Existe la costumbre de ver en el trago un pecado, un voluminoso pecado. ¿A cuánto se cotiza este pecado? ¿A cuánto? A tanto, mi señora, como el opio o la morfina. Un opiómano o un morfinómano son hoy día sinónimos de un alcohólico. Y no ven el otro lado que encierra esa copa, esa copita que todo lo transformará: la voz infinita, el impulso hacia el espacio sin tiempo. Y todo esto con la certeza que nos da una cuarta dimensión.

“¡El personaje alcohólico no es borroso! ¡Es nítido, nítido y nítido! Es culpa de nuestra época y de nuestra mentalidad de hoy día si no lo vemos nítido y lo vemos borroso.

“¡Aaah, señora y señor Pitrufrquén y Borneo, señor Edgar Allan Poe y Fiodor Mijailovich Dostoievskil ¡Os invito a todos, a todos, al gran cabaré San Lito! Vamos, Dostoievski, un rato, un ratito no más, cuestión de asomarnos y si no nos gusta, no nos gusta y nos vamos a dormir, a... dormir, si tú quieres, cada uno para su casa y dormir, dormir, ñatito lindo. Con la bella Alicia Bick, sí, Alicia Bick... Alicia Bick...

Marul y el doctor Pitrufrquén se nos separaron al salir de la Taberna de los Descalzos. Romualdo Malvilla me cogió de un brazo y me arrastró al cabaré San Lito.

Bebimos y bebimos. Nos emborrachamos.

Todo cambia, todas las medidas son diferentes.

¿Nos emborrachamos? ¿Me emborraché?

No; fue un viaje, una entrada, una asomada a otra manera de vivir. Es otro mundo. Entendámonos: “Otro mundo” significa aquí este mismo mundo; no significa la Luna ni el Sol ni una estrella cualquiera; no significa algo que lo negara o que le fuera totalmente diferente. Es este mismo mundo considerado desde un ángulo distinto que, por cierto, al día siguiente se deshace. Es este mismo mundo pero adaptando y poniendo en práctica sus relaciones de otro modo.

Ahora hay algo malo, algo que está mal:

Para expresar este nuevo mundo no cambian los modos de expresión. Hay que hablar un lenguaje de clave, clave que se pierde y se pierde; se pierde junto con cesar el efecto del alcohol.

Quien tenga la clave puede descifrar esa otra relación a través del discurso del interlocutor. Sin la clave es un discurso de este mundo exagerado la mayoría de las veces; no ajustado, errado, las otras veces. Es decir, y justamente, error de relaciones.

¿Qué pasó anoche?

La gente dirá:

—Estuvieron de fiesta; se emborracharon...

Yo no sé si esto puede llamarse fiesta. Fiesta, fiesta... —Qué es, después de todo, una fiesta— No es más que el olvido, por algunos momentos, de nuestras preocupaciones dia-

rias. Anoche, entonces, no fue fiesta, fue la sumersión a esas preocupaciones diarias, sí, sumergirse en ellas de lleno y... ¡pasar, lograr pasar al otro lado!

¡Oh! ¡Es la vida sin tiempo!

El tiempo es algo falso, falso, a que estamos sometidos aquí. El tiempo no existe. Anoche hemos salido de esta terrible dureza que es vivir con el tiempo.

Daré un pequeño ejemplo:

Anoche, creo que en el San Lito, estaba mi juicio en un sitio dado sobre un asunto cualquiera, asunto que he olvidado. Mi compañero, un compañero, tenía otro juicio sobre este mismo asunto. He olvidado también en qué disentíamos. Diferencia de juicios. Los otros compañeros oyeron, de mi parte, que yo tenía un "odio mortal" por el primer compañero. Ninguno pensó que, desde el punto en que yo me hallaba, desde ese ángulo, "odio mortal" ocupaba un sitio diferente, otro sitio y tenía otro valor que el que ocupa y tiene en la vida cotidiana. Luego al ver que en el curso de mi vida este odio mortal no se expresa, se explican este fenómeno inexplicable diciendo que yo "estaba borracho".

Pero ¿qué es para ellos estar borracho? No es más que abrir la llave de la subconsciencia para dejarla expresarse. A la luz del sol esta llave está cerrada, no me atrevo a abrirla, no me atrevo a dejar que corra, que corra y que corra.

¿Qué diablos? Nuestro lenguaje no se agranda con la borrachera. Nuestro lenguaje es siempre el mismo, limitado, y hecho exclusivamente para la vida a la luz del sol.

Uno ya no está bajo la luz del sol. Diré que hay, claro está, hay un desdoblamiento. ¡Desdoblamiento! ¡Qué palabra tan de acá, tan de la luz del sol! No tengo otra palabra así es que vaya la cosa, por ese desdoblamiento.

¿Es desdoblarse el hecho de que ahora todo sea tan fácil? ¡Tan fácil! Uno puede encontrar el comienzo del hilo del comienzo de un comienzo cualquiera. Se habla y se conversa con un compañero, con un desconocido cualquiera. ¡Se habla y se habla y se habla!

Mientras se habla uno piensa:

—Mañana tendré vergüenza de esto...

Uno lo sabe; yo lo sé. Pero se sabe y nada más. Es imposible sentirlo, sentirlo a fondo. Porque ahora, ebrio, estoy en la real razón.

Día siguiente:

¡Qué vergüenza! ¿Qué habré hecho? ¿Qué le dije a ese compañero o compañera? Pero... ¿dije algo?

Entonces, al día siguiente siempre, se avanza por las calles, por las calles interminables de largas, deslizándose por las murallas.

¡Hay que rescatar esa vergüenza! Me propongo fijarme más, me propongo fijarme bien, cómo es uno cuando está ebrio. ¡Aquí está la cosa! ¡Fijarse bien, bien! Entonces: ¡ser siempre así!

Para que no nos den fama de borracho. La gente dirá que uno es así, siempre así, ¡siempre! Es un tipo raro, curioso...

Bebamos.

Ahora bebo en el cabaré San Lito. Estoy medio borracho. Veo perfectamente cómo soy. Es algo claro, facilísimo. ¿Qué cuesta ser hablador, brillante, solucionarlo todo? ¿Qué cuesta? Tratemos de retener estos recuerdos para mañana. Ahora no se irán estos recuerdos. Son recuerdos vívidos. ¡Están bien!

Día siguiente: son recuerdos muertos, muertos. Son recuerdos polvorientos. Falta el motor que les da vida.

Pero cantan y cantan y bailan.
Canta la mujer, una media rubia:

En París yo soy famosa
por gentil y peligrosa...

Ahora se baila o se bailó hace un momento; ahora se baila. ¡Oh, qué de milagros hace el baile! Logra hacer cosas desconcertantes por su sin sentido, por su imprevisto. ¡Esa pareja...! Él es ñato, ñato, rubio, risueño, con rostro de clown, encantado de la vida; ella es morena, de pelo liso, facha de tísica, agachada, triste; baila maquinalmente mientras él ríe a la concurrencia y vuelve a reír. Bailan. De pronto él se equivoca. Ella le hace ver, entonces, que ha comprendido, con una sonrisa lacia, lacia, que pasa y se va. ¡Qué cabezas junta el baile! Sin el baile, jamás se habrían juntado.

Es un contrasentido total; todo aquí es el contrasentido, desde ese baúl antiguo, colonial sin duda, como los baúles de nuestras tatarabuelas, en medio de las cortinas de felpa... Y las mujeres, ¡las putas!

¿Qué hacen juntos: baúl, cortinas y putas? ¿Estarán juntos? No; es el tiempo que pasa, el tiempo de la vida cotidiana, el que ahora nos está esperando, ahí en la calle de la Ostia o en la calle del Vicario. El tiempo que nos acompaña a casa, dos pasos más atrás que nosotros; que subirá por las escaleras, dos pasos más atrás que nosotros; que quedará inmóvil junto a nosotros mientras dormimos y que a la mañana siguiente... nos agarrotará.

Caminemos por entre las mesas. Se conversa. Se conversa interrumpidos por los bailes y por la mujer medio rubia que vuelve a cantar:

... porque el misterio de la noche
hace más fuerte a la mujer...

Un ebrio dice:

—El perro es un animal innoble y puerco, compañero, porque es el policía, es el paco de los animales. ¡Sí, señor, el paco! Bueno para defender al amo, como el paco, y con la fidelidad del paco, del policía cuando es fiel. Porque siempre el paco es fiel con los suyos. ¡Bonita gracia! ¡Hasta yo y usted también! Pero que se arrime otro que no sea el amo... ¡A ver, a ver! Arrímesele usted, sí, usted, compañero, a un perro... El perro lo muerde y a traición, a traición. Compárelo con el gato... ¡Ese es un animal noble! No tiene amos ni tiene ná. Vive en... en... en la internacional del amor de toos, de toos.

—¡Se conoce, señor, que a usted no lo ha arañado nunca un gato!

—¡Sí, señor, me han arañado y más que a usted, se lo apuesto! Pero si un gato araña...

—¿Araña, dijiste, ñatoco? En qué quedamos: ¿gato o araña?

—¡No vengan con chistes malos! Digo que si un gato araña no lo hace como el perro. ¡No me haga chistes, compañero! Sé que los perros no arañan; los perros muerden. Muerden pa defender al amo, al amo que está detrás. El gato araña pa defender su integ... gr.. gridá personal como lo hace el hombre que es hombre y no los...

Un acordeón, un piano, un saxofón, una batería. Bailaron todos. Aquello ensordecía. Entre dos acordes, todavía oí desde la mesa del gato:

—¡Ya, hombre! ¡Tómese su trago, será mejor!

La mujer algo rubia, o tal vez otra mujer; sí, es otra mujer la que canta ahora:

¡Soy rayo de oro,
la reina de apaches!

Cuando una vieja, viejísima, se veía que bajada recién de la cama, con trenzas, vino a una ponchera, a revolverla y a echarle nuevos tragos y pedazos de fruta... ¡pedazos de fruta! Es esto algo inimaginable.

Chispita entonces dijo... ¡Pero cómo! ¿Chispita con nosotros? ¡Bien, Chispita querido, te escucho! ¡Habla, Chispita!

—La vida con trago, amigos, con harto trago, es la vida que cada tarde vuelve a empezar con la expectativa del panorama, del inmenso panorama de toda la noche que se avecina. Cada tarde, al pedir el primer trago, todas las posibilidades se asientan y se sientan con uno en el bar, o en la mesa, o donde sea. ¿No es así?

—¡Así, así! —gritamos todos—. ¡En la mesa o en el bar o donde sea!

—Sí, señores —siguió diciendo Chispita arrebatado—, las posibilidades de una vida entera que, precipitada, violenta, se desarrolla y se desarrollará en unas cuantas horas, hasta la hora de la muerte, por la noche o por la madrugada. ¡Da lo mismo morir a media noche que por la madrugada! ¿No es así?

—¡Así, así! —gritamos todos—. ¡Da lo mismo!

Siguió Chispita eufórico:

—Sin trago la vida es un solo día. Es un día inmensamente largo, que se estira por los años y más años y más años. Años con mañanas, con tardes, con noches. ¿Por qué? Cuestión del Sol y nada más que del Sol. Pero uno... uno... ¿qué? Nunca se ha metido en esto. ¡Jamás! Es un día, uno solo continuado. Al no renacer, al no empezar de nuevo, no hay en todo ese día de años, no hay por lógica y por hechos, no hay muerte, ni una sola muerte. ¡Y hay que morir, amigos míos, hay que morir!

—¡Viva la muerte! —gritamos todos—. ¡Viva la muerte!

—¿Viva? —preguntó Chispita asustado—. ¿Cómo puede haber una muerte viva? ¿Cómo? Eso carece de sentido. ¡Hay que morir sin más! Por eso bebo yo, para morir por las noches. ¡Mentira y mil veces mentira que se toma trago para aumentar por algunas horas la vibración de vida! Se toma para otra cosa. ¿Quieren saber ustedes para qué? Se toma y se bebe para repetir por adelantado el hecho final, el hecho ineludible que está allá, allá; o está aquí, aquí; al fondo o al lado. El hecho que nos espera: ¡la muerte!

—¡Viva la muerte! —gritamos todos—. ¡Viva la muerte!

Y una mujer, otra mujer, no la medio rubia, cantó un canto largo, larguísimo, con un ritornelo:

¡No me rindo ni al amor!

Ya que no se rinde ni al amor, ¡vamos, vamos! ¿Adónde? Un momento. Primero hay que saber una cosa; hay que solucionar este tan oscurísimo problema: ¿estoy o no estoy ebrio? Así reflexioné mientras iba de la mesa de Chispita al W.C. ¿Estaba o no estaba ebrio? La solución me vino de pronto, súbitamente, de todas las caras de esos mil clientes. Me miraban todos, sin excepción, me miraban que allí iba yo. Me miraban... no especialmente, entendámonos bien, sino que como mira todo mortal a otro mortal desde que cambia su calidad de mortal en la de cliente. Entonces el mirado pasa vacilando entre ambas calidades. Así me miraban, por lo tanto estas miradas no podrían ayudarme en la solución de mi oscurísimo problema: ¿Estaba ebrio yo? Pero al percibir las, esas miradas, al chocar ellas en mí, por un proceso interior mío, cayó la solución:

¡Sí! Yo estaba ya un tanto ebrio, un tanto "curao", yo, Onofre Borneo, pues de inmediato me sobraron las manos.

Darles ocupación, es lo que hay que hacer. ¡Darles ocupación! Entraron en los bolsillos, arreglaron la corbata, se restregaron aunque allí no hacía frío. Pero las mil miradas de aquella concurrencia me hicieron fijarme que, desde que dejé al hombre de la labia sin fin, al gran Chispita, hasta ahora, traía yo en los labios una sonrisa que verdaderamente no hallé qué hacer con ella.

Me la tragué y nada más. Y ahora, ¡vamos a tomar un trago, linda mujer, Clementina Rengo, mujer de ojos únicos por lo chicos y por lo risueños! ¡Aquí al bar! ¡Con Gualberto Choapa! ¡Hombre que sabe, ya lo creo, sabe hablar!

—¿Te gusta hablar, chiquillo? —me preguntó Clementina Rengo.

—Sí, Clementina, me gusta y, sobre todo, me gusta oír hablar, porque has de saber que me gusta todo lo que viene de aquí, de la cabeza. Es la verdad: yo soy filósofo, Clementina.

Ella me miró con compasión:

—¡Pobrecito, m'hijito, que es filósofo!

—¡Venga, amigo Borneo! —me dijo Gualberto Choapa—. Venga a charlar un poco, a convencer al amigo aquí, al amigo algo porfiado, que no quiere creer la cosa. Le presento: don Ramiro Lampa; don Onofre Borneo. Tú ya lo conoces, Clementina.

Habló Gualberto Choapa. Los hombres eran necios, más que necios; eran complicados, torturadamente complicados. Se gozaban con sadismo en retorcerlo todo porque no pueden ver nada que sea claro, que sea límpido. Si lo ven, lo revuelven y lo enredan. Veamos un ejemplo: la escritura. ¡Qué invención formidable! Ella tiene y ha tenido, desde siglos atrás, toda la prolija y minuciosa inteligencia de las mil maquinillas que se han inventado. ¿No es así, acompañante Ramiro Lampa? Un hombre piensa porque así lo quiere Dios. ¡Sé, Ramiro Lampa, que usted lo va a negar! ¿Y qué, qué saca? No, amigo, no se discute este punto. El hombre habla sus pensamientos. Esto también lo quiere Dios. Que los hable más o menos bien... son cosas que no están en mi incumbencia. ¡Allá lo sabrá Dios! Pero ahora el hombre inventa varios signos, inventa una serie de rayitas complicadas y, sin más, y las combina unas con otras. Hecho lo cual uno las mira, minutos, horas, días, años después, estando el Sol arriba o estándolo la Luna, haya flores o haya hojas secas en el prado vecino, arda la guerra o reine la paz en el planeta. Uno las mira y todas las rayas hablan, todas las rayitas, cantan su misma canción, su misma nota, su mismo relato, siempre, siempre, repitiendo cada grupo de rayas o rayitas, repitiendo hasta la consumación de los siglos lo que se les ha enseñado a decir. Hay quienes se admiran del fonógrafo. Esto es más, mucho más prodigioso. Lo mira usted, señor Borneo, y allí le cuentan lo que pensó un señor en tiempos de Pericles. ¿Quiere prodigio, más prodigio, el sumo del prodigio? ¡A ver, Ramiro Lampa! ¡Mirar, no más, mirar! Y sabrás tú Ramiro lo que pensó anoche, lo que pensó un idiota en su escritorio. ¿Qué tal, señor Borneo?

Gualberto Choapa está satisfecho con sus ideas. Me mira mientras habla, me mira, me fija los ojos turbios y no los quita de encima. Yo pienso:

—Este hombre se va a volver loco y me va a matar...

—¡No es de esto de lo que yo quiero hablar, no, señor, no y no! —grita ahora Gualberto—. Quiero hablar de mi meditación, de mi meditación, me-di-ta-ción. ¿Me entiende, compañero Borneo? ¿Me entendís, Lampa? Me-di-ta-ción. Estoy solo y en silencio, solo en una esquina de una calle esperando la micro... ¡Obligado a pensar y a meditar! ¡Sí, señor Lampa, obligado a afirmar que los hombres son necios hasta hacer doler y gritar y que su mayor, su mayor, su mayor necesidad reside en el afán estúpido de complicarlo todo, aun

cosas que jamás deberían tocar, cosas pasmosas en su inteligencia y, como la escritura... Porque, dígame, amigo Borneo: ¿hay algo más sencillo que la escritura? Una forma para cada sonido; se juntan las formas, o sea los sonidos y aquello le habla, le habla... ¡Es prodigioso! Por eso amo y respeto la absoluta claridad de estos signos y la absoluta regularidad en la manera de colocarlos. ¡Muy puro! Pero no, señor, no: han de venir los hombres a complicar, a torturar hasta el asco. Ahí, por ejemplo, sí, ahí, lea, señor, lea mi señor Borneo. ¿Querís leer vos también, Ramiro Lampa? Leamos todos: "Beba Pisco Peralta". Nada más. Pero dentro del que escribió eso había el hombre que escribió eso, de izquierda a derecha y de arriba a bajo. Escribió "Pisco" con una "P" descomunal; y a la izquierda con letras más chicas: "Beba"; y a la derecha, en horizontal: "Peralta". ¿Dónde, dónde está lo prodigioso? Está, señor Borneo, en que leyendo no se ven más los signos, no se ven. ¡Se oyen sonidos! ¿Para qué tal cosa, para qué? Voy a decirlo, sí, voy a desenmascarar la total necedad de mis semejantes. Porque todos miran ese letrado. ¡Los he observado, los he observado! ¡No hay gestos de reprobación! ¡Qué idea! Hay, por el contrario, un gesto de pequeñísimo halago. Pues todos, todos, todos, sin darse cuenta ellos mismos, han registrado el embrollo del letrado. Como este embrollo es una estupidez, cada ser, hombre o mujer, mujer u hombre, ha resentido instantáneamente que desembrollar el embrollo es, para él o para ella, cuestión de vida o muerte o, si no se quiere tanto, cuestión de su permanente tranquilidad futura. Sí, señor, porque si obedece al letrado tal cual está allí, se produciría en él lo que debe y tiene que producirse, lo que produce esta maquinita de la escritura: dejar de ver los signos y lanzar música. Esta música, tal cual se la ve, es una destemplanza que rompe los tímpanos. Una "P" descomunal; a la izquierda y más chico... ¡En fin! ¡Ya pueden ustedes mismos ver el letrado! Porque todos, todos, todos los que miran el letrado, sin excepción alguna, han de pensar que es imposible, imposible, imposible que tamaña destemplanza haya podido producirse... ¿Qué se dicen? Pues se dicen que si sigue la destemplanza y siguen sufriendo los tímpanos, es porque ellos, ellos los que leen ese letrado, son irremediables imbéciles. Esto no dura más de un centésimo de segundo, no dura más. Por poco que haya durado, el hecho es que ha sucedido y esto es lo importante. ¿Es lo importante? ¡Sí, Ramiro Lampa! Lo importante es que los que lo han leído se han sentido al borde mismo de la estupidez. Ahí suena lo peor que en el mundo puede sonar, ¡Lo peor! ¡Socorro! Estamos en el segundo centésimo de segundo. ¡El segundo de centésimo de segundo! Hay satisfacción ahora, plena satisfacción. Ahora suena la dulce música: "Beba Pisco Peralta". ¡El tipo que ha leído, la mujer que ha leído, se han salvado de la estupidez! Ahora... ¡a bailar, a bailar! Ahora hay tranquilidad. Porque ni por asomos se ha percatado de lo necio que es todo esto, lo necio del tío que torturó el letrado, lo necio del que consintió pegarlo ahí, necios todos, todos, todos. Necio él mismo, o los mismos, que aceptaron sin percatarse tal proceso. Habría que decírselos. Coger a un tipo por la solapa y decirle sin más: "Caballero, es usted un necio". Me respondería: "Usted, caballero, está borracho". Muy bien. Aceptado. Entonces yo le diría: "¿Qué es peor, caballero, estar borracho o ser idiota?". ¡Aaah! ¡Qué cara de estupefacción pondría el tipo? "¿Por qué me llama idiota, con qué derecho?". Entonces yo que he visto hasta el fondo el proceso de la estulticie humana, le diría: "¡Caballero! ¡Beba Pisco Peralta!". Así se haría la luz en esa cabeza, la luz...

Así hablaba Gualberto Choapa. En medio de sus palabras... ¡un shimmy, un valse, un tango de otros mundos, de los que dan la vuelta al mundo y pasan por aquí por San Agustín de Tango, con hemíono y todo, con Melquíades y Prisciliano, y siguen y siguen...! ¿Es

posible? Entonces salieron tres señores de gorra, parecidos los tres, risueños. ¿De dónde venían? ¿De bajo tierra? ¿Se trataría de una aparición?

¡Ven, es mejor, Clementina Rengo! ¡Deja que se haga la luz en esa cabeza! ¡Bailemos!

Bueno, la verdad es que para entender esto, para compenetrarse con ello hasta el fondo, hay que estar en perfecto estado de ebriedad.

Porque... ¡es otro mundo, es el roce con el deslinde de otro mundo!

Sobre todo aquí, aquí en el San Lito.

Hay quienes se extrañan de este deslinde, que no quieren llegar a él, que se resisten. Entonces se enojan. Es necesario enojarse, enfadarse cual ninguno. ¡Los matones! Rodean a un tipo solo. Uno adelante que alega; están bien guardadas sus espaldas por los demás que se acercan poco a poco, rodeándolo. Se alega y se alega. No, no pasa nada. Aquello se deshace. ¡Siga el baile, Clementina Rengo! Así, con un beso.

De pronto la pelea estalla, el "boche". Es algo rápido, rapidísimo. Cae la mesa y vuela por los aires un vaso. Bofetadas y puñetazos. Acude el dueño, acuden los camareros. Se habla, se grita, se discute. Rompe la orquesta con un paso doble y todos bailan. Es mejor. Bailemos, Clementina Rengo. Los matones se dispersan. El tipo solo bebe tranquilo ahora, bebe, paga y se va.

¡Vámonos!

—¡Vamos, vamos, Malvilla, salgamos del San Lito!

—Sí, vámonos del San Lito, pero antes déjame decirte que el alcohol me ha dado una gran enseñanza, me la acaba de dar: todo está en nosotros, en nosotros mismos y nada más. ¿Fuera? Es como uno es. ¡No hay más! Aquí está la expresión de esta expresión mía cuando la expreso. Oyeme, Onofrense: es un poema corto, cortísimo. Oyeme aquí en el San Lito.

Sacó Malvilla un papel y me leyó:

¡Uf! ¡Qué noche! Entré en mi cabeza. Pedí un vómito. Alargué un bar para pagar. Regresé a mi whisky. Pero luego se me nubló el gendarme. Vinome un súbito dormitorio. Tuve que detenerme en medio del billete. Arroqué con náuseas mi casa entera. Mas vi que me atisbaba un lecho. Era el de un severo trago. Eché a correr olvidando un ojo. Por fin pude encerrarme en mi bastón. Me dormí en mi blando bulevar. ¡Uf! ¡Qué noche!

Salimos Malvilla y yo del brazo. Al salir oí a la media rubia o a la otra que cantaba:

Así me has pagado

Por ser seductora...

68

Lamentable impresión al despertar. Todo lo que anoche era claro, está ahora envuelto por una bruma. Me vuelvo a dormir y vuelvo a despertar para dormirme enseguida. Hasta que llaman a la puerta: ¡Romualdo Malvilla!

¡Helo ahí contento, eufórico! ¡La fiesta sigue y seguirá y ha de seguir siempre! Prueba de ello es que viene en compañía de la señora, de la señorita, de misia, ¡qué!, de Braulia,

de doña Braulia Tinguiririca. Braulia Tinguiririca es joven, morena y muy delgada. Braulia Tinguiririca habla apenas y sonríe siempre; sigue a Romualdo como un perrito fiel. Hoy Malvilla ha venido a mi casa; bien, vamos a casa de Onofre Borneo. Ahora que veo a Braulia la recuerdo: anoche en el San Lito bailaba, claro está, hasta conversamos unas palabras... ¿no; no conversamos? Pero, en fin, recuerdo a Braulia, en el San Lito.

—Braulia Tinguiririca es la salvadora de la patria y de cuanto hay, cuanto hay —dijo Malvilla—; ella me ha salvado de lo peor que a un hombre puede ocurrirle: quedarse dormido. ¿Te acuerdas, Braulia? No en el San Lito; después, después en mi casa. Porque fuimos a mi casa y ahí, ahí, Onofrense, recurrí a la voluptuosidad máxima, a la indescripible voluptuosidad que sólo el alcohol, no más, el alcohol procura. ¿Sabes cuál? ¡Derrumbarse! ¡Aceptar de pleno lo que jamás se acepta en la vida llamada sana! ¿Sabes qué? ¡Caerse! Tal vez es un proceso como el que acabo de explicarte... Tal vez sea una expresión de la eternidad. ¡Tirarse al suelo! Sí, repetir por un gesto, poder repetir, pues ningún músculo monta guardia, un pasado infinitamente lejano, ¿entiendes, Onofrito?, ¡tirado en la tierra!; repetirlo con un futuro infinitamente lejano, más allá de esta convención, convención pues en la conciencia lo tenemos como orgullo, sí, esto de estar perpendicular. ¡Caerse por la propia voluntad! Uno cae con todo el gusto de extender dos manos, una hacia atrás y otra hacia adelante, por encima, única vez en la vida, por encima del bien y del mal. Así me caí en mi casa. Así me viste, Braulia Tinguiririca, y así me ayudaste con paños de agua fría. ¿Y qué? ¡Aquí estoy listo para empezar de nuevo! ¿No es así, linda Tinguiririca?

—Sí —contestó ésta.

Malvilla siguió:

—¿Después? ¡Defecar, compañero, defecar! ¿Abundantemente? No mucho, no mucho pero... para lo tiempos que corren y al precio que está la vida... no estuvo mal. ¿O encuentras que fue poco, muy poco, Braulita?

—No —respondió ésta.

Malvilla vaciló un momento para luego decir:

—El alcohol es un síntoma; no es una causa, gran hijo de Judit y Holofernes. Ahora que haya veces que el síntoma se dé vueltas, que dé una vuelta entera y que se convierta en la causa... ¡Es otro asunto!... Es la historia de la causa y el efecto, del efecto y la causa... ¡El asunto indeterminable! Es, m'hijo lindo, el asunto del huevo y la gallina... ¿Cuál fue primero? Te lo pregunto a ti, Onofrense. Es de no acabar nunca. ¡No, no! Es cuando llegaron a este punto que todos los sabios salieron a la calle y, bien, bien abotonados y con el sombrero sumido, se lanzaron al Santa Bárbara, los unos tras los otros... ¡Hagamos como ellos, Braulia mía, gran Braulia Tinguiririca! ¡Al Santa Bárbara! ¿Quieres?

—Tomas demasiado trago —observó ésta.

—Entonces... ¡nada de Santa Bárbara! Vamos a recorrer todas las calles de San Agustín de Tango, los bares de las calles de San Agustín de Tango. Vamos a esta bendita ciudad donde, por encima de todo, planea el espantoso velo del alcohol. Vamos y, antes de irnos, un consejo, Onofrense, un consejo, hijo de Holofernes y de Judit: cierra la llave, cierra el grifo de tu baño. Gotea, lo oigo de aquí, gotea. Y has de saber que un grifo que corre, por poco que sea, si no hay nadie que lo use, gasta más agua, mucha más y más agua... Es como auto parado y con el motor andando... ¡Qué gasto de bencina! Es peor que una vela encendida en una pieza solitaria... Y esta vela es como la gente cuyos relojes se retrasan: son de movimientos lentos y de temperamento perezoso; son lo contrario de los que tienen relojes que se adelantan: son de rápidos movimientos y de temperamento alerta. A veces

te habrás fijado, m'hijo querido, que las personas cambian. Se atribuye este cambio al régimen del médico o a sucesos psíquicos... ¡No hay tal! ¡Se debe ello al relojero y nada más que al relojero! ¡Vamos a ver a los relojeros de San Agustín de Tango! ¡Vamos, Braulia Tinguiririca! ¡Vamos!

—Vamos —asintió ésta.

Se fueron. Quedé solo.

¿Dónde está lo sucedido anoche? Es algo aparte en mi vida que no tiene enlace ni con mi pasado ni con mi futuro. Lo veo ahora encerrado como un paquete, sí, eso es, en un paquete. Se lo han llevado. Pero, ¿hacia dónde? Este paquete lo veo muy bien, muy bien envuelto, bien amarrado, con cintas azules; no, con cintas rosadas. Queda en el aire balanceándose y llamando. Ahora comprendo:

Es tras este paquete que vuelven y vuelven los borrachos a sus farras...

Yo dejaré el mío que solo se desintegre.

Ahora quiero dormir otro poco.

69

He estado con el joven escritor Eusebio Palena. Estaba inquieto pues se sentía cogido por las garras de Ascanio Viluco; sentía, mejor dicho, que las garras de nuestro crítico podían cogerlo. Se habían juntado varios amigos y amigas en casa de Florencio Naltagua, en el Portal Colonial. Entre los asistentes estaba Viluco. Se habló de mil temas pero la cosa decaía. Entonces, para levantar un poco los ánimos, Javier Licantén propuso que cada cual escribiera una estrofa, sin mostrarla, y luego se juntaran. Viluco se negó proclamando que aquello era una tontería y nada más que una tontería sin objetivo alguno. Escribió una estrofa Licantén; luego, Naltagua; luego, Jacqueline; por fin, Yumbel. Resultó lo siguiente:

Los ojos huecos que sufren
Entre las constelaciones desconocidas
Fuiste tú dibujada en los potreros
Con la guitarra que cayó sobre las flores.

Ascanio Viluco levantó los hombros y dijo:

—¿Ven ustedes? Tiene que salir una tontería pues el verso es un concepción de conjunto y hecha por una sola cabeza.

—Pero, en fin —observó Palena—, algo salió.

Viluco sentenció entonces:

—Si algo ha salido, debería usted explicarlo...

Se habló de otros temas. Luego en su casa, Palena, que había llevado consigo ese verso, escribió lo que sigue a guisa de explicación:

Los ojos huecos que sufren

Es parte de la verdad. Pues la gente entera, de los cabellos a los pies, sufre porque el ciego sufre. Sin embargo jamás ha habido ciego que sufra ni en este planeta ni en ningún otro. Acaso en Urano. Pero no hay prueba alguna. Jamás podrá ser concebido por una mente humana un hombre sufriendo porque no ve. Jamás, aunque al abrirse los ojos pudiésemos

ver por qué crece una espiga, por qué y donde mueren los gusanos. Sufren los ojos, eso sí. Pero no los ciegos. Esta es la parte de verdad en lo que escribió Javier Licantén. ¡Oh, seguramente el poeta lo sabe todo! Sólo que su manera de expresarse no es clara, puede inducir al yerro. Pues está ahí: "huecos". Uno piensa en los huecos que están en los ciegos. Luego se piensa que el ciego sufre. Jamás ningún ciego ha sufrido ni en éste ni en ningún planeta, ni aun en Urano. Líneas más arriba lo ponía en duda. Ahora, no. Ahora lo afirmo rotundamente, con igual certeza que una palabra sola, suspendida, en una noche lluviosa mientras su autor huye, hoy y mañana, huye como un ser maldito. Una palabra así es la certeza misma, es la afirmación que, de crecer, volcaría al universo entero. Porque las palabras pierden su potencia al rodar. Detenidas vuelcan al universo. Sólo hay posibilidad de detención en la noche porque el día siempre resbala; con lluvia porque el agua cayendo aísla. Sólo que el hombre que huye como un maldito ha de tener velocidad inaudita. Pues toda palabra sigue a su autor, sigue tras él por la eternidad. Pero si es inaudita la velocidad, la palabra fatigada se detiene. He aquí el peligro que se avecina con los aviones si continúan su progreso y si los aviadores no se resignan a cerrar sus labios en el aire. Jamás ningún ciego ha sufrido. Son los ojos los que sufren, los ojos caídos de sus órbitas, los ojos abandonados en el suelo. Todos los ciegos han dejado caer sus ojos. Aquellos que parecen llevarlos consigo nos engañan por una ilusión de nuestros propios ojos. Pues si estuviesen con su dueños, verían. Todos los ojos de los ciegos están abandonados lejos. Dios, en Su potencia, ha fracasado en un punto: nunca ha logrado hacer un ojo que no vea. Ha hecho oídos que no oyen, manos que no palpan, sexos dormidos eternamente. Mas nunca un ojo que no vea. Por cada ciego hay dos ojos con tierra, ojos que sufren.

Entre las constelaciones desconocidas

Allí, entre las constelaciones desconocidas, está el gran armario de los relámpagos. Nunca ningún mortal sabrá dónde están los relámpagos que aún no han pasado por nosotros. Pero allí, en el armario grande de esas constelaciones, puede saberse que están los que ya pasaron. Allí se guardan. Allí, unos tras otros, por orden cronológica, se recuestan calladamente y duermen. Los relámpagos dormidos son como vastas láminas delgadas y rectangulares. Al irse recostando los unos sobre los otros, son como libros que hoja tras hojas se cierran. Libros sonoros. Al caer un relámpago sobre otro, tiritando suena el éter de las constelaciones. Sonido que las mismas constelaciones se tragan para, más tarde, hacer con cada millarda de ellos, una nueva estrella que cante. Para juntar una millarda hacen falta una millarda y dos relámpagos. Porque de cada una, Dios quita dos: uno recién llegado, seguramente el que hemos visto por la ventana tres minutos antes, pues los relámpagos corren a velocidades que jamás la luz ha soñado; otro, sepultado ya de siglos. El primero es transparente, luminoso y cruje. El segundo ya es opaco, negro y no suena más allá del algodón. Dios los parte, los tritura. Hace con los pedacitos del primero los diamantes; hace con los pedazos del segundo el carbón. Y diamantes y carbón los arroja por el éter de los océanos a nuestra Tierra. Allí dos barcos esperan: *El Buque Fantasma* y *El Caleuche*. Carga el primero los diamantes y zarpa, ligero, veloz. Carga el segundo el carbón y su peso oscuro hace que todo su casco se sumerja y muestre su presencia sobre las aguas con el extremo de sus cuatro mástiles. Zarpa lento, quejumbroso. Entonces ambos barcos, obedeciendo a los cadáveres de sus respectivos capitanes, llenan de noche y en silencio, las minas que los hombres vacían, gimiendo, durante el día.

Fuiste tú dibujada en los potreros

Porque tú naciste en la tierra de un potrero. En el lenguaje poético, dibujar es tanto delinear sobre una superficie como pasar de elementos muertos o semivivos a la vida. Tú, mujer, no tuviste ni padre que te engendrara ni madre que te concibiera. Tú solo tuviste la germinación honda de la tierra, de las raíces agudas de los pastos, del agua mansa y plana que lame, del aire lleno, de un sol para fermentar tu sangre, de una luna para pervertir tus ideas, de un rocío que goteara más tarde por tu sexo. Todos estos elementos dormían desde que el mundo es mundo; ansiaban vagamente poder algún día, unidos y amarrados, sujetos por un ímpetu de gran lascivia y de belleza, salir a golpazos con el suelo, poder corromper a los hombres que los vieran. Mas la palabra primera faltaba. Los elementos dormían. Una noche pasó un cometa por encima, alto, del potrero. Era un cometa de cabeza absurda, dispuesto a ir en cualquier sentido. Su cola larga, larga como un quejido, dejaba caer tras su paso un polvo suelto, polvo de materia estelar, polvo que, al tocar nuestra atmósfera, se hacía ligeramente acuoso. Ese cometa fue tu padre. Pues su materia, al hendir el suelo, obligó a despertar. Todos esos elementos, entonces, tuvieron fuerza, se mezclaron, palpitaron, se estiraron, latieron y tú, desnuda como un mármol, tú, mujer, quedaste de espalda, dibujada en el potrero. Luego te levantaste y saliste caminando. Un muchacho, al verte, te dio dos altos taconitos rojos para que hincaras e hirieras con cada paso a tu propia madre y para que la mirada de todos los hombres se fijara en ellos, sin esperanza alguna de poder, en adelante, mirar algo que no fuese el rojo de la sangre de tus pies.

Con la guitarra que cayó sobre las flores

Fijemos, pues, muy bien los tres puntos esenciales. La tierra está sembrada de ojos que sufren que, cien veces, sin que tengamos noción de ello, golpeamos y lanzamos lejos. Los relámpagos tienen su armario y hacen, después de muertos, los diamantes y el carbón. Ello es motivo para que dos barcos naveguen fuera de la vista de los hombres. Esa mujer no tiene ni padre ni madre de carne, pero ella es toda carne sostenida por dos diminutas y afiladas columnas de sangre. Tres puntos que crean un acorde. Este acorde erró por el mundo sin cuerpo. Todos los cuerpos existentes ya tenían los suyos y rechazaban al último venido. Fue entonces cuando se hizo la primera guitarra. Una guitarra muda. Hasta que el acorde llegó a ella y vibró. Desde entonces las guitarras pueden cantar y se han multiplicado al infinito. La primera de todas, en su contento inefable, se lanzó, brazos abiertos, sobre las plantas verdes, sin ojos. A su contacto las plantas vieron y echaron flores. Así las flores vinieron a este mundo. De una guitarra que se creó para que esa mujer, de los relámpagos y de los ciegos, tuviese la síntesis y vibrara.

Después que leí su escrito me dijo Eusebio Palena con marcada determinación:

—Se lo mostraré al señor Viluco.

—No pierda usted su tiempo —le repliqué—. Muéstrelo a quien sea y deje luego que ruede y que ruede...

Creo que el joven Palena se retiró a su casa colonial más bien satisfecho con mi consejo.

He conversado largamente con Lorenzo Angol. Había estado con Desiderio Longotoma, en el 590 de la calle de la Excomuni3n, donde fue invitado a almorzar. Su optimismo afable y sonriente, su modo obsequioso, lo reconforta y sobre todo lo saca de las tinieblas trascendentales en que lo sumerge la labia de Baldomero Lonquimay. Había comido con 3l la noche antes. Le haba3a hablado, entre otras cosas, de un mon3ptero que piensa elevar junto al abeto del primer patio para distraer al pavo con su forma redonda y su carencia de paredes. Luego le haba3a hecho varias consideraciones sobre las relaciones existentes entre el planeta Marte, el mon3ptero, el pavo y el abeto. Despu3s, ¡silencio! Al retirarse de la casa del Muelle de la Sotana haba3a sentido la necesidad de cambiar de compa3a. ¿Qu3en mejor que Desiderio Longotoma? Le telefone3 y fue invitado a almorzar. He aqu3 lo que Lorenzo Angol me cont3 de su almuerzo con Longotoma:

—Este hombre es para m3 un verdadero calmante. Aunque ahora que te hablo me pregunto con bastante duda: ¿no hay tambi3n ciertas tinieblas trascendentales y metafisicas en las sonrisas de Desiderio? Es 3l un hombrecillo de una permanente jovialidad. ¿Cab3n tinieblas dentro de ello? No lo s3. Sin embargo me inclino a pensar a menudo que ambos amigos son iguales y que la diferencia reside 3nicamente en que Lonquimay encuentra que es altamente trágico que existan sobre nuestras cabezas y bajo nuestros pies negras regiones sulfurosas, y que Longotoma lo encuentra de una gracia indescriptible. En todo caso yo, y como sea, poco me intereso directamente en esas regiones y en esa casa de Lonquimay soy tomado hasta la m3dula de los huesos por la impresi3n grandilocuente que ellas causan en 3l, y en casa de Longotoma, por la impresi3n de regocijo que en 3l producen.

Almorcé, pues, con el hombre alegre. Fue un almuerzo cordial. Hablamos sobre toda clase de asuntos de actualidad, comentamos los 3ltimos films, contamos algunos chascarrs y comimos con apetito.

Despu3s del postre nos sirvieron una taza de t3 claro de Malaca. Inmediatamente Longotoma cogi3 un terr3n de az3car, lo dej3 caer dentro del t3 y, sonriendo, mir3 en silencio c3mo el terr3n se disolv3a con suma rapidez. Luego me dijo:

—Haga usted lo mismo, amigo Lorenzo; es interesant3simo.

Se levant3 de su asiento, vino a mi lado, me puso un terr3n entre el 3ndice y el pulgar, me levant3 la mano a m3s de un jeme y por fin orden3:

—¡Suelte! ¡Que caiga de golpe!

Obedec3. Entonces agreg3 con voz lenta:

—Contemple ahora.

Lo hice. En pocos segundos el terr3n se disolv3a totalmente y sus part3culas se esparc3an veloces por todo el l3quido titilando finamente.

—Ya lo s3, amigo —dije—. Ya s3 que es leg3timo de Malaca.

Como se sabe el t3 de Malaca tiene la propiedad de disolver el az3car casi instantáneamente, esparcir sus part3culas en todos sentidos y hacerlas vibrar mientras se esparcen.

Longotoma exclam3 sin o3r mi observaci3n:

—¡Magn3fico espect3culo, mi querido Lorenzo! ¿No es verdad? S3lo que mucho me temo que no alcance usted a comprender su alto significado.

—¿Qu3 significado? —pregunt3.

—El siguiente —me respondió con aire severo aunque noté que sus ojillos reían de buena gana—, el siguiente: ahora mismo iremos al Zoo pues ha llegado un ejemplar de buitre del Antiatlas que es ¡magnífico, amigo, magnífico!

Acostumbrado como estoy con las aparentes incoherencias de Longotoma, nada dije y sin tardanza me puse el sombrero.

Un instante después abandonábamos la calle de la Excomuni3n y, tras algunos minutos de marcha, entrábamos al Zoo.

El buitre del Antiatlas recientemente llegado era, en realidad, magnífico. Medía 1 metro 20 de altura y su envergadura era de cerca de 3 metros. Todo su plumaje era de un fuerte color castaño y el cuello se adornaba con un anillo de plumas blancas. Su pico era negro brillante; sus garras, negras también, eran descomunales; sus ojos, áureos, clavaban una pupila profunda; su mirada, extremadamente altiva, era capaz de hacer caer la del águila más altanera; su gesto era, a la vez, rígido y soberbio.

Al acercarnos a la jaula que le habían fabricado expresamente, el ave miraba el espacio. Luego posó sus ojos sobre mí, luego, tras no menos de un minuto, los posó con calma sobre mi amigo. Longotoma no cupo en sí de contento. Exclamó como enloquecido:

—¿Ha visto, amigo Lorenzo? ¡Primero lo ha mirado a usted! ¡A usted! ¡Rato después a mí! ¡En usted está la cosa! ¡El buitre del Antiatlas lo sabía!

Sentí cierto enojo con el personaje. Me pareció que exageraba su modo majadero. Pero, al fin, no sé por qué, le pregunté:

—¿Qué es lo que el buitre sabía?

Me respondió:

—Calma, amigo. Ya habrá tiempo para todo. Lo principal por el momento es que... Vea, amigo: lo he traído al Zoo para que contemple el más bello ejemplar que existe de estas aves. Sé cuánto le gustan a usted todos los bichos. Pues bien, usted no ha pronunciado ni una palabra ante esta maravilla. En vez de lanzar un grito digno de ella, se calla primero y luego, prestándole mayor atención a lo que yo digo, me hace una pregunta. ¿Es posible? No, mi amigo. Diga algo ante este buitre, diga algo, que otro semejante no se ha de ver ni en éste ni en ningún otro Zoo.

Dije espontáneamente:

—¡Qué ave más salvaje!

Desiderio Longotoma, entonces, rompió a grandes voces:

—¡Bravo, amigo Lorenzo, bravo! Ha dado usted en el quid. Era justamente, justamente, lo que quería, y además esperaba, que usted dijera: "¡Qué ave más salvaje!"

—¿Y qué? ¿No la encuentra usted así?

—Justamente, repito, justamente, eso es. Yo también digo: ¡qué ave más salvaje!

—Desiderio Longotoma, no veo, he de confesarle, adónde quiere usted ir a parar.

—Amigo Angol —me dijo tomándome del brazo y alejándose de la jaula—, si no lo ve usted es por una cierta superficialidad. Usted no piensa. Lanza..., lanza..., ¿cómo decir?, lanza sentimentalmente, es la palabra, sentimentalmente, lanza exclamaciones de una enorme justeza como, por ejemplo, la referente a lo salvaje de ese pájaro. Pero, ¿piensa usted? Grita: "¡qué ave más salvaje!", y se queda tan tranquilo... Luego, momentos antes, ¿recuerda?, le hago ver el magnífico espectáculo de la disolución de un terrón de azúcar en una taza de té de Malaca. No exclamó usted nada, es verdad. Pero estoy cierto que de haber exclamado algo, habría sido justamente lo que se debería exclamar ante tal espectáculo. ¿Y después? Como con el buitre se habría quedado usted tan tranquilo. Tal tran-

quilidad, mi buen amigo Lorenzo Angol, es signo de superficialidad. Es menester pensar. Sigamos por este sendero y lleguemos al lago. Allí voy a mostrarle el sitio indicado para ello, es decir, indicado para pensar qué es lo que a usted le hace falta.

El sitio en cuestión, querido Onofre, era un banco colocado bajo un sauce junto al extremo del lago que no mediría, en este punto, más de unos veinte metros. Ahí en el término había una pequeña cantina con tres o cuatro mesas al aire libre. Frente al banco, del otro lado del lago, colgaba, entre dos robustos alerces de Nicaragua, una hamaca de tela amarillenta. Por el lago nadaban algunos peces colorados y, de cuando en cuando, unas largas y escurridizas anguilas que parecían hechas de un finísimo terciopelo gris azulado. Es todo cuanto se refiere al paisaje. Olvidaba, Onofre: tras la hamaca, por entre los verdes del parque, se divisaba otra jaula en la que se aburría una silenciosa comadreja imperial.

Desiderio Longotoma me indicó el banco, bajo el sauce, como el sitio que me estaba destinado. Luego agregó con voz muy lenta:

—Ahora, amigo Lorenzo, a pensar y nada más. Recuerde que todo cuanto se hace por primera vez parece un trabajo de romanos, sí, sí, un esfuerzo de titanes. Pero pronto, con el hábito, pasa a ser algo espontáneo, como quien diría una segunda naturaleza. No ignoro, amigo, que usted se ha de estar preguntando si vale la pena darse el penoso trabajo de romanos y titanes para obtener tan poca cosa como le ha de aparecer esa segunda naturaleza. (Te he decir al pasar que yo nada me preguntaba). A tal pregunta que usted se formula con el ceño arrugado (yo arrugo el ceño siempre que Longotoma empieza a hablarme lentamente por la simple razón de que ello me aburre), a tal pregunta le contestaré que para adquirir esa doble naturaleza de hombre pensante, todos los esfuerzos que se hagan son ampliamente recompensados pues no hay dicha igual en la que ofrece un cerebro bien construido y puesto en marcha. Es así y no de otro modo. Ya lo confirmará usted, ya lo confirmará... Así es que ¡a pensar, a pensar! No olvide que estamos en un zoológico y lo que más nos diferencia de todos sus huéspedes es nuestra potencia de pensamiento. Lo dejo pues un momento, amigo Angol, y no olvide: ¡hay que pensar!

Dicho lo cual, con paso presuroso, se dirigió a la pequeña cantina, ocupó una de sus mesas y, pude oírlo, pidió una limonada con agua gaseosa. Luego voló un pájaro. Después se oyó el rugido de un felino. Una orquesta lejana tocó un vals de moda. Decenas de peces colorados ejecutaron mil torbellinos. Pasó una anguila. La hamaca permaneció vacía. Me senté.

¡Pensar! No veo por qué razón Desiderio Longotoma me considera tan antipensante. Es verdad que no logro extraer pensamiento alguno de un pedazo de azúcar deshaciéndose en una taza de té de Malaca, como tampoco de un gran buitre quieto en su jaula. Tampoco pienso que pueda haber alguna relación entre el azúcar y el ave, cosa que, se me imagina, ve Longotoma. Pero ¡es esto no pensar! En todo caso sería pensar de otra manera. Yo pienso, Onofre, sobre asuntos muy diferentes. Que no escoja como temas de pensamientos los mismos que mi amigo, no basta para negarme la facultad pensante. Además, el hecho mismo que a uno lo pongan en un sitio determinado y lo dejen solo después de haberle dicho: "¡a pensar!", es bastante, creo, para ahuyentar toda concentración mental.

Así me dije a penas sentado en el banco. Así habría seguido y seguido diciéndome largo rato sin extraer, por lo tanto, ni la más insignificante idea hasta que, hastiado ya de la que se me antojaba una farsa ridícula, me hubiera dirigido a la cantina a decirle al

personaje: "¡Vámonos, hombre, y no sea usted necio!". Pero un momento antes de dar forma a este acto sucedió un hecho y permanecí en mi puesto..Helo aquí:

Al frente, del otro lado del lago, apareció Baldomero Lonquimay.

Te preguntó ahora, Onofre, como me pregunté en aquel momento si es o no un hombre serio este Baldomero Lonquimay. Su negra metafísica, sus especulaciones grandiosas, sus ráfagas sombrías, ¿son reflejos de una vasta sabiduría acumulada en el estudio o son simples ocurrencias tuyas venidas de un hígado cansado? ¡Vaya uno a saberlo! A veces creo que este hombre sabe una enormidad, pero otras veces lo pongo en duda. Desde luego su indumentaria y sus ademanes me inclinan a desconfiar de él. Como tú lo sabes, viste de negro, deja crecer su barba pelirroja, se toca con gran chambergo, hace flamear al viento su corbata flotante... Todo esto... hmm... es dudoso. Marcha con pasos lentos y agigantados, mira con ojos vagos, acciona con gestos bíblicos... Todo esto también lo encuentro... hmm... altamente dudoso. Pero te repito: ¡vaya uno a saber! Acaso la gente de la época romántica tenía razón en lo que se refiere a indumentaria y ademanes. ¡Vaya uno a saber!

El caso es que en aquel momento, del otro lado del lago apareció solemne Baldomero Lonquimay. Se detuvo un instante, me miró, no me saludó y, sin más, se tendió en la hamaca amarillenta y clavó sus ojos en las ramas cruzadas allá arriba de los alerces de Nicaragua. La comadreja imperial bostezó y lanzó un agudo silbido, el único, por lo demás, de todo el día. Tres palomas huyeron veloces. Una anguila se detuvo y luego siguió con manse dumbre. Todo volvió a la calma.

Ignoro por qué me pareció de golpe, después de lo sucedido, que pasaba a ser yo un franco objeto de mofa para Longotoma. Tuve la certeza de que el hombre estaría riendo. Le lancé una rápida mirada. ¡Error! Por el contrario, Longotoma había abierto un diario y leía con el ceño fruncido, demostrando un interés profundísimo en su lectura. No daba la menor ceña de haberse percatado de la llegada de Lonquimay y que éste se hubiera echado en la hamaca frente a mí. Pero con Longotoma... ¡No, no hay duda! Sé que sabía la presencia del otro, sé que sabía que yo lo atisbaba, sé que su diario le importaba un bledo, sé que, para sus adentros, reía y reía sin contenerse.

Cuanto al otro, ¿qué sabía? El otro miraba siempre las ramas sobre su cabeza. ¡No hay duda tampoco! Sé que también sabía que en aquel momento yo me preguntaba si esas ramas le interesaban o no y que mi respuesta evidente era que ni éstas ni otras ningunas no le importaban ni podrían importarle nunca nada.

Pasó un cisne. Sin querer exclamé:

—¡Cuánta gracia!

Al mismo tiempo Desiderio Longotoma movió con ruido las hojas de su periódico.

Entonces —por analogía con mi exclamación ante el cisne y por el llamado hacia él que me hacía aquel hombre con su ruido— volvió resonar en mí la otra exclamación:

—¡Qué ave tan salvaje!

Y apareció a mi vista interior el magnífico buitre del Antiatlas.

En ese momento Lonquimay quitó sus ojos de las ramas y me miró un instante. No me saludó tampoco.

En efecto, aquel buitre, ¡qué ave tan salvaje!

¡Al diablo Desiderio Longotoma con sus risillas y lo que ellas escondan! ¡Al diablo Baldomero Lonquimay con sus gestos teatrales y sus frases trascendentales! ¡Dios mío! Existiendo a pocos pasos de mí tan soberbio ejemplar, ave nacida entre los abruptos y elevados

peñascos de los desiertos africanos, ave que ha visto los cielos, las arenas infinitas, los camellos agonizantes, los turbantes y las miserias de los hombres, ave que ha visto el Sol... ¡Al diablo, al diablo y para siempre esos dos seres!

Sí, al diablo, pero ello no impedía que yo supiera que allí estaban los dos.

No volví a la jaula del buitre. En mi cerebro, largo rato, hizo eco esta palabra: "salvaje... salvaje...".

Tal vez entonces el diablo oyó mi imprecación y se llevó a ambos amigos, en todo caso se los llevó para mí, pues para mí desaparecieron totalmente. Quedé solo con la imagen del buitre y, dentro de mi mente, con una palabra, una sola, una palabra que acaso era un concepto: *salvaje*.

Todos los ruidos callaron. Mis ojos se dirigieron lejos, muy lejos, sin ver nada. Un vacío absoluto me llenó. Ni una idea, ni una sensación quedó en mí. Todas, sin excepción, huyeron como las tres palomas asustadas por el silbido de la comadreja imperial. Vacío, absoluto vacío... Sin embargo ahora que te hablo, Onofre, recuerdo que no era totalmente absoluto. Algo permaneció vagamente dentro de mí, algo que, por varios minutos, representó toda mi actividad viviente. ¿Qué era? ¿Cómo era? Recordemos en paz.

Era algo como un sentimiento de temor. No. Algo como un sentimiento de expectativa con la certeza de que algo iba a acontecer. Es como si me hubieran vendado los ojos y de pronto me fueran a arrancar la venda mostrándome un enorme panorama. Algo así. Pero ¿qué panorama? Lo ignoraba. Sólo sabía que estaba frente a mí. No. Supe súbitamente que lo que iba a acontecer estaba encima de mí y que, por lo tanto, me iría a caer sobre la cabeza, quebrarse encima de ella y cada pedazo penetrarme cráneo adentro y esparcirse por todo el cerebro, por todos los nervios y tejidos, por el cuerpo entero hasta el extremo de los dedos de los pies. Así iría a esparcirse veloz y titilando, ¡eso es!, titilando como titilan todas las partículas del azúcar en una taza de té de Malaca.

—¡Bien, amigo, muy bien! —exclamó al punto Desiderio Longotoma, y yo quedé perplejo ante la coincidencia de tal exclamación. ¡Cómo! ¿Seguía ese hombre desde su diario el curso de mis ideas? Miré. ¡No!

A su mesa había llegado, sin que yo lo notara, el musicólogo Silvestre Tongoy que terminaba un relato en aquel instante y que Longotoma lo encontraba, seguramente, de todo su gusto.

Recogí entonces los ojos y los pasé por la hamaca. Lonquimay no se veía. Tendido largo a largo se había cubierto con los bordes de la tela semejando aquello una gigantesca humita suspendida en los aires. Pero su presencia se adivinaba por una columna recta, fina, de tabaco que se elevaba y se perdía entre las hojas de los alerces de Nicaragua.

Nada seguían de mis pensamientos. ¡Coincidencias! Tanto la exclamación del uno como el humo del otro, ¡coincidencias! Volví, pues, a caer de lleno en mi meditación vacía: azúcar, té de Malaca y una palabra sola, acaso un concepto: *salvaje*.

Y el diablo, nuevamente, se llevó a ambos hombres.

Paz en el Zoo. Paz en los bichos del globo entero. Paz en sí.

Entonces mi mano derecha se dibujó claramente ante mi vista. Tenía un terrón de azúcar entre el índice y el pulgar. Yo era, tenía que ser, una taza de té de Malaca. La mano subía hasta encima de mi cráneo y se detenía unos instantes. No soltaba el azúcar. Volvía ante mis ojos. Volvía a subir. Nada soltaba. Volvía, volvía. Al frente, arriba. Y cuando estaba arriba alguien me decía:

—¡Ahora! ¡Adelante! ¡Valor!

Este alguien no era Desiderio Longotoma; no era tampoco Baldomero Lonquimay. El diablo, te repito, había dado cuenta de ambos. Este alguien *era* y nada más. Sus voces de estímulo se dirigían a mi mano, al terrón, a que mi mano soltara el terrón, bruscamente, sobre mi cabeza. Ya recuerdas tú el resto: el azúcar se disuelve en el té, lo impregna entero al disolverse, de modo que lo que hace un segundo eran dos es ahora uno solo ya que el azúcar no es más solo sino azúcar con té, y ya que el té no es más solo sino té con azúcar. De modo que si yo, o mi mano, soltaba el terrón imaginario, dejaría él de ser lo que era puesto que pasaría a ser él más yo, y yo, por lo tanto, empezaría a ser otro, otro que hasta entonces nunca había sido completamente, ya que sería yo más las partículas de él. De ahí mi vacilación para soltar. De ahí la voz —¡ahora, adelante, valor!—, voz que quería la realización del hecho, voz que no era, porque yo no quería, ni de Longotoma ni de Lonquimay.

Onofre: paz en el Zoo y en todas partes a pesar de la voz.

Debería explicarte algo sobre el carácter de esta voz. Una voz como cualquier sonido, no tiene que oírse forzosamente por los oídos. Quien quiera puede evocar una voz y oírla con la imaginación, oírla interiormente. Así era mi voz en cuestión. Esto pasa todos los límites de lo simple; basta, pues, sobre el particular. Una voz, por lo general, dice algo. Es también el caso de la mía y está ello también más allá de lo simple. Pero toda voz que dice se extiende a lo largo del tiempo. Mi voz del Zoo, no. Era una voz permanente, estática. Pero no como un sonido uniforme sino lleno de un contenido, de una larga explicación que no ocupaba tiempo pues permanecía totalmente presente como si la explicación fuera visual, capaz de ser abarcada de una sola mirada. Así era aunque la vista no entrara en ello para nada y su sensación fuera exclusivamente auditiva.

Pasemos, Onofre, a lo que ella contenía. Por cierto que aquí al hablarte, fuerza me será recurrir al paso del tiempo. Pero no olvides que lo que va a ocupar mucho tiempo en explicártelo, era allá en el Zoo instantáneo y permanente. Aquí está mi reloj: vamos al correr del tiempo.

El contenido permanente y presente era:

Los hombres cuando ven algo —una catedral o un perro— gustan, más que ver ese algo, ver otra cosa que les represente ese algo. Si yo quiero emocionarme hasta el éxtasis frente a la cordillera de los Andes debo mirar mi lámpara o mi camisa y si en ellas logro ver la cordillera viene el éxtasis. El sueño dorado de todo hombre culto es ver una catedral en cada perro y un perro en cada catedral. Por eso los hombres cultos proclaman que nada hay más allá del símbolo. Recuerda, Onofre, lo que se ha dicho de una vitrina con corbatas y la cordillera; de la cordillera y la vitrina con corbatas. Víctor Hugo lo sabía. Decía, más o menos: "A la piel de la mujer le pedimos que sea de mármol; al mármol de la estatua, que sea de piel". Longotoma también lo sabe y, puesto que lo sabe, ha de saberlo a su vez Lonquimay.

Me preguntarás tú por qué razón si uno de ellos lo sabe ha de saberlo el otro. Ahora lo ignoro. Pero en aquel momento la voz lo decía y no me cabía duda alguna sobre el particular. Sigamos.

Ambos saben que soy yo un hombre como cualquier otro y, puesto que me invitan a menudo a sus respectivas casas, que soy o pretendo ser culto. Por lo tanto que, para que algo me emocione, me penetre, se me haga carne, debe dárseme otra cosa que no sea ese algo. Más aún: para que todo marche hasta la perfección última, saben que ojalá yo mismo no sea yo mismo sino otra cosa que me evoque yo mismo ante mí. Por eso ahora yo soy, o me creo, o me simbolizo en una taza de té de Malaca.

Onofre: en una taza de té legítimo de Malaca cae un terrón de azúcar. De ahí la visión de mi mano suspendiéndose sobre mi cabeza para dejar caer un terrón. El terrón se deshace.

—Aquí por lógica, allá en el Zoo por presencia evidente, si el té era yo —es decir, se había cambiado—, el azúcar se cambiaría a su vez, sería otra cosa. Esta cosa caería, entraría en mí y me impregnaría entero titilando. Sobre todo esto, certeza absoluta. Quedaba ahora un punto por dilucidar: ¿Qué iría a ser, o qué era ya tal cosa, simbolizada por el azúcar? Pero aquí viene un alto, viene un cambio, un suspenso. Mis ojos vuelven a ver el exterior: frente, sobresaliendo de los bordes de la hamaca, brilla la roja barba de Baldomero Lonquimay. Volteo la vista a la derecha: Desiderio Longotoma percibe mi gesto, me hace un signo amable, signo que no vacilo en interpretar como una calurosa felicitación.

Bien. Y el diablo entra otra vez en juego. Paz.

Ahora, dentro de mi cerebro, no es el cuadro auditivo permanente sin colaboración del tiempo. Ahora la voz colabora con él. La voz habla, profesa, afirma. La voz la reconozco como mi propia voz. Yo me hablo, me profeso, me afirmo. Es mi cerebro pensando por su cuenta, aisladamente, pero es *mi* cerebro. Yo, desdoblado frente a él, veo y acepto sin réplica su pensar. Dice, me digo, se produce —una expresión exacta me falta— así:

—Señor...
(Onofre: La voz dijo "señor". Habría preferido oír "amigo" y seguido de mi nombre. Pero junto con despuntar en mí este deseo, la voz dijo: "Respetado señor Angol...". No insistí más. Porque ante cualquier insistencia oí que ella insistiría también. Prueba: alcancé a oír que se preparaba a exclamar: "Respetadísimo señor Angol...". Esto habría seguido indefinidamente y allí habríamos quedado la voz y yo).

—Señor: Desiderio Longotoma os llamó hombre superficial. Este personaje siempre ha de decir una cosa por otra. Es su modo, nació así, hay que perdonarlo. Dijo: "hombre superficial"; quiso decir: "hombre vanidoso". ¡Sí! Longotoma os considera —y no os ofendáis por ello pues igual considera al 99 por ciento de los humanos— un indudable representante de la más pura vanidad que existe sobre la Tierra. Longotoma sabe que sois poseedor de un sin número de ideas que juzgáis como vuestra innegable propiedad pues no ignora cuánto trabajo, cuánta tesonera laboriosidad habéis empleado durante años para ahora poderos decir ufano y con justicia: "Estas ideas son mías, mías porque yo las he creado, amasado, elaborado, digerido y mil participios más". Desiderio Longotoma sabe que los hombres luchan y penan para fabricarse sus ideas; que nada es la abeja con sus panales, la araña con su tela, al lado del hombre con su cabeza; que el hombre junta, hilvana, anuda en mil pequeñas ocurrencias, mil experiencias, mil observaciones para, al final, poder decirse: "He aquí una idea mía". Longotoma siente gran respeto por esta labor y admira sin rodeos a quienes la llevan a feliz término. Así es, mi señor, así es aunque Lonquimay considere con la más franca indiferencia las ideas obtenidas de este modo y con mayor indiferencia aún a quienes tanto hayan penado por obtenerlas. Ahora comprenderéis la actitud de este último al no saludaros y al mostraros de su persona sólo su barba roja y su columna de humo azul; como comprenderéis también los efusivos ademanes y buenos consejos de aquél al sentaros en este banco y enviaros gentiles gestos con su diestra. Pero al mismo tiempo os preguntaréis por qué Longotoma, si reconoce y aplaude vuestras ideas propias, os llama hombre vanidoso. Si es vanidad estar satisfecho con el fruto de su trabajo, no debería estimularse a nadie para insistir en él y menos aún darle muestras de aprobación. Es verdad. Pero, escuchadme: sí, es verdad... a primera vista. En el fondo

la cosa se complica un tanto. Sin embargo, no os alarméis; también se explica y, a mi modo de ver, muy satisfactoriamente para todos.

¡Ah, mi buen señor! ¿Os preguntáis cómo?

Un momento. Vamos con calma. Porque a mí, voz muda, me cuesta, diré, más bien, no me resigno gustoso a meterme y enredarme en eso que llamáis explicación, larga explicación, interminable explicación. Conversemos, nada más. Vaguemos por encima de conversaciones. De este modo estaremos satisfechos.

Erais una taza de té de Malaca. Sobre ella, sea sobre vuestra cabeza, hay suspendido un terrón de azúcar que va a caer. Una vez caído impregnará el té todo entero, es decir, a vos, respetado y respetadísimo señor. Ante este fenómeno inminente os preguntáis ansioso qué demonios es tal azúcar siendo vos el té. Voy a decirlo sin explicaciones ni pruebas. Si queréis, aceptad mi decir; si no queréis... no lo aceptaréis.

El azúcar es una idea.

¿De acuerdo? ¿Dudáis?

Puedo decir un concepto, un principio, un arquetipo. ¡Se pueden decir tantas cosas! Quedémonos con idea y resumamos rápidamente: una idea *va a caer* en vos. ¡Ah, mi gran señor! Porque, habéis de saber, hay ideas que caen en uno, contrariamente a otras que se forman, que se fabrican lenta y laboriosamente, ajustando pedazo tras pedazo: raciocinios, cálculos, deducciones, inducciones, comparaciones... ¡Eh! ¿Es que acaso lo sé yo? No es mi oficio saberlo. Por lo demás, basta una ojeada a la humanidad: allí están los hombres ajustando pedazo tras pedazo, lenta, laboriosa, pesadamente. Pero, en fin, sepamos lo siguiente: hay ideas que uno forma y fabrica; y las hay que en uno *caen*. Desiderio Longotoma, creedme, sabe una enormidad.

Si caen es porque estaban fuera de aquello dentro de lo cual caen. Esto lo comprende Perogrullo. Mas os advertiré, al pasar, que lo que comprende Perogrullo pocos hombres lo saben. Así el terrón de azúcar pudo caer en el té de Malaca porque se hallaba fuera de él. Desiderio Longotoma está entre los hombres que saben lo que Perogrullo comprende una vez que se le ha explicado.

Pero me parece que nos estamos alejando de nuestro tema.

¡Vamos, mi señor, en que hay ideas que uno mismo fabrica y otras que caen fuera. He ahí nuestras dos conclusiones hasta ahora.

¡Qué! ¿Encontráis que la palabra "conclusiones" es demasiado presuntuosa? ¿Pensáis que son simples afirmaciones arbitrarias de mi parte que nada las prueba? Ya os he dicho: a mí o se me cree o no se me cree. Si no me creéis ¡idos! Idos a fabricar ideillas al por mayor. Pero sé que no os iréis. Aquí estáis, aquí permaneceréis, aquí me escucharéis hasta que a mí bien me plazca.

Conclusiones irrefutables... La que de ellas nos interesa es la de ideas que caen. Ideas que caen quiere decir ideas que están fuera. Ideas que están fuera quiere decir algo que uno en sus paseos, sean internos o externos, puede de pronto encontrar como también puede no encontrar. Veamos algunas analogías:

Hace años os hallábais en París en el momento del desfile de la victoria que visteis pasar desde una ventana de los Campos Elíseos. ¿Y qué? ¡Mucho, muchísimo! Pues debéis decirnos lo siguiente para estar bien ajustado a la verdad:

—Yo, por las líneas de destino de mi vida, me hallé un buen día en tal sitio y *me encontré* con el desfile de la victoria.

Ved lo que esto significa.

Ese desfile estaba fuera de vos, señor mío, fuera. Sucedió de todos modos, estuvieseis vos en el cielo, o en las estrellas, o durmiendo en vuestra cama chilena, o carcomido bajo tierra. Este desfile sucedía absoluto, igual, indiferente. Casi podríamos decir que aquel desfile *era* y nada más. Llegasteis vos frente a él, lo encontrasteis... como pudisteis no haberlo encontrado, como pudisteis haberlo ignorado hasta vuestro último minuto.

Bien; así son las ideas, ciertas ideas. ¡Fuera, absolutas, iguales, indiferentes! ¡Son! Y nada más. Aunque los hombres estén en cielos o estrellas o en camas y sepulcros. Son en todo el rededor de la Tierra; tal vez en todo el éter; en el cosmos todo. Y hay hombres cuyas líneas de destino los lleva a encontrarse con ellas; hay otros que jamás las han encontrado.

Es así, noble señor. ¡Cuán lejos estamos ya de las minúsculas ideillas fabricadas por cerebros para los quehaceres cotidianos! Estas últimas son vos mismo pensando cómo atar los cordones de los zapatos para ir a presenciar el desfile: aquellas son... ¡el desfile mismo que pasa, más allá de vuestros zapatos, que pasa con banderas, fanfarrias, con miles de hombres golpeando las calzadas sobre millones de cadáveres lejanos y olvidados!

En un balcón, avenida de los Campos Elíseos, estáis vos con ojos desorbitados y atado los zapatos, la retina llenas de banderas, los oídos de fanfarrias, la mente de cadáveres.

→ Allí estáis vos.

→ ¡Bravo, bravo, mi gran señor Angol! Estamos llegando al punto que nos interesa, punto en el que colabora Satanás en persona. Digo: Satanás. También podríamos decir: vuestra necedad o, mejor aún, vuestra vanidad. ¡Qué de cosas conoce Desiderio Longotoma!

→ Pero escuchadme un instante, un pequeño instante. Vamos a entrar por una bifurcación: hacia un lado, el mundo de los hechos y espectáculos; hacia el otro, el mundo de las ideas.

→ En el primero ajustan perfectamente los dos ejemplos citados: vuestros zapatos atándose al ritmo de vuestros dedos; el grandioso desfile de la victoria. Ambos son dos hechos, dos espectáculos, algo diferentes, posibles de tener a un tercer personaje como espectador. Ese personaje sois vos, mi buen caballero.

¿Me será posible examinaros como tal personaje espectador?

→ Cuando el hecho producido lo producís vos mismo, os decís acto continuo que él es vuestro, que él os pertenece, que es vuestra obra, vuestro hijo, vuestra sangre. “Yo até mis zapatos, yo”. No hay más que alegar. Quienes os ven exclaman: “El ató sus zapatos, él”. No tienen tampoco nada más que alegar. Sigamos:

→ Cuando el hecho producido lo producen otros, decís también como quienes os vieron atando los zapatos: “Ellos”. Es decir: “No yo”. Modesta y humildemente os colocáis en vuestro rol, es decir, en el de espectador. Así ante el grandioso desfile desde el balcón de los Campos Elíseos.

→ Cuando ante un afán cotidiano, cuando ante un pequeño problema, montáis todo el rodaje de vuestra máquina pensante y, calculando, deduciendo, induciendo y demás, llegáis a feliz resultado os decís también: “¡Yo!” Todo aquello es vuestro y no lo ponéis en duda. Vuestros amigos os felicitan por la solución mostrándoos con el dedo y exclamando: “¡Él!”

→ Mas cuando la idea con que os encontráis de pronto, como de pronto os encontrasteis ante aquel desfile, cuando la idea os cae de fuera, como el azúcar en el té de Malaca, entonces —¡hombre vanidoso!— en vez de contemplar quieto lo que ocurre ante vos y decir: “¡ella, ella allá!”, y en vez de convertiros en humilde espectador, siempre decís: “¡yo, yo y yo!”. Es la jugarreta que os hace Satanás.

Señor mío: como que sigáis cayendo engañado de tal modo, Satanás se va a envalentonar y llegará un día en que os digáis convencido: "yo soy aquel avión que pasa; yo, aquel niño que nace; yo aquel hombre que muere..."

Empezaréis a inflaros hasta reventar.

Pero abreviemos, mi buen señor. El tiempo pasa y ya van enervándose esos dos personajes. Ríe y ríe Longotoma con su amigo, su gran amigo Tongoy; mudo en su hamaca Lonquimay muestra sólo la punta de sus botines. Mis nervios empiezan a ceder. ¿También los vuestros? ¿Queréis marcharos?

¡No, no! ¡No os marcharéis! Cuando se ha recibido la orden de pensar y tres altos personajes ocupan los tres ángulos de un triángulo equilátero, es muy difícil marcharse. Lo que más podemos hacer es abreviar.

"Son en todo el rededor de la Tierra; tal vez en todo el éter; en el cosmos todo...". Ha pasado algo de tiempo desde que os lo dije la primera vez. Podemos avanzar un paso más: en vez de *son*, digamos *es*.

¡Una sola idea, señor, una sola, nada más que una! Y como los ojos de miope que os adornan os hacen ver hoy un pedacito de ella, mañana otro pedacito, después otro y tantos otros, os hacen creer que cada uno es toda una y que hay tantas en este mundo, tantas y por todas partes, como vistazos fragmentarios lográis lanzar.

¡Una sola y nada más! Como un solo desfile y nada más.

Pero es el caso que en hechos, diferentemente a ideas, tenéis ya todos los hombres la facultad de ver el conjunto; de percibir la unidad y luego la de fragmentarla hasta el infinito pero sin olvidar, ni por un instante, la primera unidad madre. Así en el desfile de la victoria podéis verificar: "Esos son los belgas...; éstos, los ingleses...; éstos, los franceses...; ése, un regimiento de los franceses...; ése, un soldado del regimiento...; ése, un fusil del soldado...; ésa, una bayoneta del fusil...; etc. y etc.". Pero nunca perdéis la noción primordial de que todo aquello, aun desmenuzado hasta el microscopio, no es más que uno, un desfile, el desfile, el único.

Más aún: si por el enorme gentío que presenciaba hubieseis quedado diez filas atrás teniendo por delante personas corpulentas y, debido a empellones y resbalones, solamente hubieseis divisado una bota militar pasando allá por entre un claro producido entre las piernas de los espectadores, esa bota os habría sido "el desfile", en toda su integridad, de tal modo esa idea de integridad ya está arraigada en las mentes humanas cuando se trata de hechos producidos por los demás. ¡Sí, señor! Tal bota no habría sido una bota ni nada aislado ni subdividido; habría sido el total.

Esto es lo que no lográis hacer con las ideas en relación a *la idea*. Ante el desfile os decís que aquella bayoneta era parte del todo que vos, por circunstancias A, B y C, no lograsteis percibirlo en su conjunto. Ante una idea, aun cuando claramente venga de fuera, no aceptáis jamás que sea un pedazo de algo mayor y único, no aceptáis que por miopía vuestra os aparezca sólo una partícula que queréis ver sola, aislada, completa, independiente. Sin remedio dais un paso más: puesto que eso es solo, aislado, completo, independiente, puesto que en ningún punto tiene origen ni preexistencia y puesto que tales tienen que existir...: tales han de ser, tales con mi cerebro, tales soy Yo... Y os rascáis el ombligo con gran satisfacción.

¡Infeliz! ¡Mil veces infeliz!

La voz se echó a reír con desdén.

Ante esta risa me irrité súbitamente. ¿A qué venía todo ese interminable discurso? Fuera o no fuera verdad cuanto se había alegado, ¿qué tenía que ver conmigo?

—¿Y qué, y qué? —exclamé en toda voz—. ¿Y qué, después de todo?

Baldomero Lonquimay bajó los pies de la hamaca, se sentó en ella y me miró con ojos indignados; Desiderio Longotoma se levantó de su mesa y me consideró entre extrañado y risueño; yo me sorprendí de pie al borde de las aguas del lago.

Algo amostazado con mi gesto irreflexivo volví silencioso a mi banco. Lonquimay se echó en su hamaca. Longotoma se despidió de Silvestre Tongoy y avanzó hacia mí.

Llegó a mi lado. Me preguntó riendo para sus adentros:

—¿Ante qué fantasmas las arremetía usted?

—Nada, no es nada —respondí—. Cosas que ocurren...

—Sobre todo cuando se ha tomado legítimo té de Malaca. Es extraordinariamente excitante. ¿Marchemos un poco?

—Marchemos.

Me tomó del brazo y nos internamos por entre árboles y jaulas. Después de algunos pasos en silencio:

DL.: ¿Quiere usted que vayamos a ver la hiena manchada?

Yo: Como usted guste.

DL.: ¿O preferiría volver a ver el buitro del Antiatlas?. Hay algo que me intriga en él y es preferible que lo dilucidemos en su presencia.

(Frente a la jaula del buitro que ahora da de picotazos a una cabeza de caballo).

DL.: Dígame, amigo, ¿por qué este bicho le pareció a usted tan salvaje?

Yo: Hombre... por su mirada, por sus formas, su gesto, en fin, por su expresión total. Me apareció de pronto como una representación de lo salvaje.

DL.: Es decir, si le comprendo a usted bien: tuvo usted la clara representación de la idea salvaje con simples formas o gestos...

(La intromisión de esa palabra "idea" me puso un tanto desconfiado; yo había dicho: "representación").

Yo: Creo, sí. Porque, en verdad, no tuve ninguna representación real de su salvajismo. No pensé, por ejemplo, en que el buitro nos devorara, no lo vi a picotazos ni conmigo ni con usted ni con nadie.

DL.: Es decir, si le comprendo bien: no fue una representación directa del salvajismo mismo sino, más bien, una representación paralela, una analogía. ¿Le parece a usted bien? ¿O prefiere un símbolo?

Yo: Desiderio Longotoma, yo no soy versado en estas materias. Llámelo usted como mejor le parezca.

DL.: ¡Hombre! ¡Si esto nada tiene de tan complicado! Escuche: al decir yo analogía o símbolo o lo que usted quiera, mi buen amigo, quise decir lo siguiente: que el buitro le evocó a usted, hizo una evocación en usted... ¿Comprende? Si alguna cosa evoca queda entendido que hay fuera de ella otra cosa que es la evocada. Esto puede comprenderlo Perogrullo; ¿no es verdad?

Yo: Perogrullo... Por cierto.

DL.: En su caso esta última cosa es *lo salvaje* (según su modo de expresarse; yo prefiero decir "la idea salvaje"; pero no vamos a enfadarnos por ello). Confesó usted que no fue el

salvajismo directo el que le hizo exclamar: "¡qué ave más salvaje!", puesto que no pensó en la posibilidad de ser destrozado por ella. Fue —a ver qué le parece esto— una idea abstracta, suspendida y estable, que ciertas formas o combinaciones de formas, la hicieron presente en usted, la precipitaron en usted.

Yo: Como se precipita el terrón de azúcar...

D.L.: ¡Bravo, amigo! ¡Adelante!

Yo: ... en una taza de té de Malaca.

D.L.: ¡Pero qué inteligente es usted, amigo mío!

Yo: Desiderio Longotoma, mófese usted del buitre y de las filigranas que se tejen en torno de él pero ¿con qué fin mofarse de mí?

D.L.: No hay mofa alguna, amigo Angol. Estoy serio como una esfinge. Así es que sigamos.

Yo: Sigamos.

D.L.: El buitre fue para usted una evocación en miniatura de algo inmenso que se cierne muy alto. Fue como un rincón de naturaleza que, según la luz que lo ilumine y los arabescos que forme, puede en uno evocar un sentimiento de paz o de horror. Aquí está la cosa, amigo: tales sentimientos aparecen antes que la representación de sus aplicaciones prácticas. Se dice: "¡Cuánta paz!"; o: "¡qué horror!". Al decir así, en ese primer instante espontáneo, se ha sentido la paz en sí, el horror en sí. Se les ha sentido, se les ha visto, ajenos a los efectos que puedan tener sobre los mil hombres que los han experimentado. Pero este relámpago pasa; entonces uno, por pereza y por frivolidad, aplica y reduce a una vida. Así se pone usted a pensar en las cosas que pueden causarle horror o proporcionarle paz... En fin, me comprende usted muy bien. ¿Para qué hacerme hablar tanto?

Yo: Yo no le hago hablar, Longotoma. Usted habla porque se le da la real gana.

D.L.: No es verdad. Usted me hace hablar. Le obedeceré, amigo, y seguiré hablando. Si usted no tiene en ello ni arte ni parte, márchese a ver la hiena manchada. Yo voy a la vaca marina.

Yo: Al venir a este Zoo le acompañé a usted a la jaula del buitre por pura cortesía. Puedo asegurarle que no me importa ni un rábano. Mi intención era aprovechar el primer momento para ir a ver, justamente, la vaca marina.

D.L.: Usted me hace hablar. Sepa, además, que existe una relación sutil entre un estado de ánimo en sí ajeno, *et pour cause*, como han dicho Rabelais, Corneille, Victor Hugo y... y... y... ¿quién es el otro?

Yo: ¡Desiderio Longotoma! ¡Me marea usted como un carrusel, como un grillo!

D.L.: Nada sabemos del mareo. En cambio sabemos la existencia de esa sutil relación entre: A) el estado de ánimo en sí ajenamente considerado a toda lógica real; y B) ciertas manifestaciones de la naturaleza aunque —note esto— ellos no sean expresiones directas de tales estados de ánimo. No pongamos un fin de tormenta para la paz; no pongamos la hiena manchada devorándole a usted, para el horror. Un simple efecto de luces sin calidad moral; una cierta cadencia. Es, amigo Angol, como si esto se produjera fuera de la experiencia. ¿Me entiende?

Yo: Muy bien. Aunque...

D.L.: ¡Eh! ¿Lo del estado de ánimo en sí sin lógica porque no hay hombres? ¡No sea usted niño! Si no hay hombres, pues ¡para cuando los haya! Para cuando algo limitado y seccionado quiera dejar tal estado fragmentario.

Yo: No era eso. Era...

D.L.: Calle. Paz, horror, salvajismo, bondad... La gente cree que tales sentimientos los conocemos por experiencia. ¡No hay tal! Lo que de ese modo conocemos es ínfimo. Lo que ocurre en realidad es que *reconocemos*. Reconocemos como un anhelo oscuro, hundi-do, que buscamos durante la vida entera. Anhelo de paz, de horror, de todo. Porque todo es lo mismo, porque son faces momentáneas y al parecer diferentes. Todo lo mismo, todo uno. Anhelamos este uno. Él nos aparece teñido por cualidades morales, por sentimientos. Después aplicamos, después hacemos práctico, concreto, por distracción, por pereza. Prueba de ello es que cada cual aplica a su manera.

Yo: Desiderio, no veo hacia dónde se encamina usted.

D.L.: Quiere decir que un Jardín Zoológico, y en él la presencia de un buitre, le hace a usted muy mal. Volvamos a casa.

Yo: Volvamos.

71

Ya se aproximaba el crepúsculo. Entraron en la biblioteca de Longotoma. Colores som-bríos. Un rayo de sol rojizo cayó sobre el pie de mármol oscuro de la chimenea. Pequeño rectángulo de luz al parecer artificial. Lorenzo se adormeció. La misma voz que le había hablado en el banco del Zoo se presentó entonces incorpórea frente a él; incorpórea y a la vez visible. Lorenzo pensó que era ella la voz de sus subconsciencia.

Longotoma habló sin tregua, frotándose las manos, levantándose, volviendo a sentarse. Lorenzo le oía y registraba cuanto Longotoma decía. Al mismo tiempo oía esa voz y la registraba también. Así llegó un momento en que se sintió trifurcado: el que oía y regis-traba a su amigo; el que oía y registraba la voz de la subconsciencia; el que oía a ambos y tomaba exacta nota de lo que al frente se decía.

Decía Longotoma:

—Puesto que parece, amigo Angol, que sus ideas se han embrollado un tanto, resuma-mos:

Querido amigo, hay sólo uno. El pasado, el presente, el futuro, forman sólo uno. Este uno, al ser, se siente a sí mismo en ínfimas partes, distribuye su única conciencia en dife-rentes puntos minúsculos y entonces estos puntos saben que son limitados, fraccionados.

Pensaba Lorenzo:

Sol crepuscular, sol anaranjado en la chimenea... Debe, por allí, haber unos chinitos... ¿Chinitos? ¡Ah! ¡Ya lo sé! Todo esto es Merejkowsky, es *El Antecristo*. El zarevich al día siguiente de una borrachera descomunal. Tedio hasta la angustia que grita. Mira una chi-menea en la que hay pintados animales barrocos, aves, hombres: un fraile japonés. Eso es; por eso yo pensaba en chinitos. ¡Borracheras, borracheras siempre. El zarevich recuerda la última: "Entonces todo aquello parecía tener gracia; ahora sólo era repugnante y ver-gonzoso...". Repugnante y vergonzoso... Frase que tantas mañanas me ha acompañado. ¡Pobre zarevich Alexis! Pasó, todo eso pasó. Ya casi no leo a Merejkowsky. Pasó. Como *El Paraíso Perdido*. Milton es para mí aquel amor profundo de mi adolescencia. Sobre sus

Al querer ser el todo-uno sienten a éste vagamente desarrollándose fuera, y el sentimiento de "fuera" crea automáticamente la sensación, la ilusión de tiempo, la ilusión de espacio. Sea: la ilusión de separatividad. Así es, amigo, y no de otro modo.

Usted es uno de los muchos millones de puntitos minúsculos. Por eso añora. Por eso tiene un cierto vacío de angustia. *El Paraíso Perdido...* ¡Hermoso título! ¿Verdad? Aunque dificulto que algún día logre usted comprender su vasto alcance. En cambio yo... Yo vivo, soy la vida que llamaremos Z; me divierto verificando la vida que llamaremos Y; para usted y demás puntitos descendiendo y soy la vida que llamaremos X. Eso es: X, Y, Z. En marcha ascendente de X a Z.

Escúcheme: en la vida X hago como hace usted y como hacen sus iguales. Es la vida diurna, la de ajetreos y calles y pasiones. Es cuando nos acomodamos a la máxima separatividad, tanto dentro como fuera del cuerpo, y exclamamos ante cualquier idea, ante cualquier *reconocimiento*: yo. ¿Comprende? Tengo que hacer así para poder circular en la ilusión. Usted perdonará.

La vida Y no la uso. Es un término medio que carece de interés, al menos para mí. Porque está formada por esos momentos fugaces en que una idea o reconocimiento, como acabo de llamarlos, aparece no aislado, no independiente, sino como expresión, como faceta de algo mayor o más general, de un arquetipo que uno, al reconocer, siente cerniéndose fuera como potencia inmensa que le es dado contemplar. Pero tales momentos no me interesan en este período pues aparecen y se borran y uno vuelve a acomodarse en la vida X. Como usted ante el buitres del Zoo. Sintió grande durante una fracción de segundo, sintió *lo salvaje* y... ¡nada! Si no es por mí, sigue usted de largo de jaula en jaula.

páginas le dije por primera vez que la quería, que te quería, a ti, Lumba Corintia. Cuando nada repugnante ni vergonzoso aparecía. Tal vez al frente ya estaba. Por eso yo marché ciegamente hacia ello. Pero no en marcha ascendente, no. ¡Bajando, bajando, siempre! ¡Hundiéndose en el lodo! Poe conocía todo esto: "La certeza del pecado o del error incluidos en un acto cualquiera es a menudo la única fuerza invencible que nos arrastra a su realización". Esto está en *El Demonio de la Perversidad*. Poe lo conocía todo. Las borracheras mejor que Alexis. La prueba es que dice: "¿No tenemos una perpetua inclinación, a pesar de la excelencia de nuestro juicio, a violar lo que es la Ley?". Hay que juntar, que arrimar esto al gato que huye y vuelve, huye y vuelve; con un ojo menos. "Pues, ¿qué mal hay comparable al alcohol?". Acaso haya males peores. Esos personajes de Jean Lorrain y algunos de Huysmans habrían hecho bien en coger una borrachera de cuando en cuando. Con el hálito vinoso habrían salido, para no volver, muchas ruedecillas enmohecidas de exquisiteces pútridas. Habría que hacer una literatura sana, muy sana. ¿Qué será una literatura sana? Tal vez no fijarse más que en lo que todos, sin excepción, pueden fijarse. No anotar nada más. Por ejemplo: si describo esta escena, la de ahora, no fijarme en ese pequeño movimiento de los pies de Longotoma. Porque es mucha la gente que no ve los pies de un hombre que habla. En cambio yo siempre los veo, los atisbo siempre. Esto desde que tengo uso de razón. Sí. ¿Sí? ¿Siempre? No. Desde un día determinado, nada más. Ya sé desde qué día. Allí está Smerdiákov. De pie. Habla. Iván Karamázov, sentado en un banco, escucha. El destino del viejo libidinoso se juega en el aire, apenas en el aire, en el éter: se le asesinará sin piedad. Y para insinuar, para convencer, para ordenar, Smerdiákov avanza el pie izquierdo sobre el derecho, luego el derecho sobre el izquierdo, y yo, al ver ese movimiento

La vida Z ya es otra cosa. De ahí soy. ¡Soy! ¿Cómo explicárselo a usted? En fin, hagamos un pequeño esfuerzo: El comienzo de ella sería *insistir* en Y. Insistir y tener confianza. La continuación sería *vivir* en el mundo de esa insistencia.

Busquemos otra explicación pues veo en su rostro que no nos estamos comprendiendo bien. Digamos, si le parece, ir borrando toda separatividad por considerarlas como simples manifestaciones de algo; ir, entonces, a ese "algo" que ha de englobarlas. Ir, pues, de multiplicidad a unidad.

Hmm... No me satisface su rostro de usted.

Ha de imaginarse que hablo de cosas que únicamente a mí pueden ocurrirme y puesto que a usted no... ¡al diablo con ellas! Error, amigo Angol, error. Desde luego, si algo le ocurre a un hombre existe la posibilidad, ¡la realidad!, que ello ocurra en todos. ¿Que usted lo haya o no la haya registrado? Es otro asunto. A usted todo le ocurre. Sólo que su indiferencia, su pereza, su frivolidad, su vanidad, en fin... me irrita discutir sobre las palabras bajo el pretexto de que hay que encontrar la exacta. Vamos al grano. Vamos a usted:

Su vida X es ésta, la de todos los días con sus paseos, con sus preocupaciones, anhelos, amores, amigos, yo, nuestro compañero Baldomero Lonquimay, la que usted relata cuando alguien le pregunta qué hizo ayer o qué piensa hacer mañana, en fin... es increíble lo que hay que hablar cuando se habla con usted. He dicho "sus amores". Es decir, sus amores cuando arde usted en celos, cuando llora por el olvido de que es víctima, cuando besa arrobado, cuando posee, cuando escribe cartas, en fin... ¡Es increíble de verdad! Pero en los amores, tanto de usted como de los demás seres, hay momentos que salen de la vida X

minúsculo, mordiente, me estremezco, haciendo crugir las páginas del libro. Dostoievski no es suficientemente sano.

Este hombre Longotoma tampoco lo es. No debería repetir a Smerdiákov. Pues yo no soy Iván. Yo, que sepa, no voy a asesinar ni a un viejo, ni a una muchacha, ni a un niño. Ni a un niño por intruso que sea, ni a un niño, como lo asesinan D'Annunzio y Maupassant.

Maupassant... ¡Viejo compañero de mis primeros años literarios!

Un amigo se mofaba de mi admiración por él. Me decía:

—Todos éstos son cuentos de sobremesa.

¿Será verdad? ¡Qué me importa! Pues hay otra cosa en estos asuntos literarios. Lo hablaba yo el otro día en casa. Estaban allí varios amigos. ¡No, no! Estoy confundiendo. Hay algo aquí que me marea, algo que lo embrolla todo. Estaba sólo Onofre Borneo y hablamos de Kafka. ¡Aquel pobre hombre convertido en insecto! A eso, tal vez, tiende Desiderio Longotoma: a convertirme, con su interminable charla, en un subser. ¡Algo pretende este individuo! Me recuerda las estaciones de ferrocarriles, en los campos, con los rieles, los rieles que se van y se van. ¡Siempre rieles que se van! Uno entonces se desintegra porque nada hay alrededor. Entonces, como defensa, se escribe. Pero la cosa no es tan sencilla. Ahora me siento de sobremesa, clavado aquí en este sillón porque toda mi sangre está en el estómago. Apenas algunas gotitas han quedado en el cerebro. Gotitas que no alcanzan a pensar, gotitas que juegan con sus propios glóbulos a blanco y a rojo. Y en el corazón... ni una sola gota. Goethe sabía sobre esto una enormidad; Mefistófeles, también; no sé si Fausto. "La sangre es un fluido muy especial". Rudolf Steiner dedica todo un libro, verdad que no muy voluminoso, a esta frase. El libro tiene tapas granates. Se intitula:

y van a la Y y a veces a la Z. Momentos como un terrón de azúcar cayendo en el exquisito té de Malaca, momentos como un buitre quieto en un Zoo. ¡Ya hablaremos de todo ello, sí, ya hablaremos! En fin, amigo, su vida X es harto poco interesante. Vida —no sé por qué se me antoja decir así— de sobremesa... Es decir, cuando el estómago digiere y allí está la sangre, cuando la cabeza, soñolienta, rumia chascarros, por lo general obscenos. Esa es su vida X. ¡Y pensar que tengo yo que bajar a ella tantas veces! Tantas veces porque todos ustedes van por los Zoos de jaula en jaula diciendo frases justas pero sin saber por qué las dicen. ¡Qué hacerle!

Pasemos a su vida Y. ¿Explicarla? Para las cosas más insignificantes hay que hablar con usted sin fin. Y ahora que vamos subiendo de plano... En fin, espero que lo ya hablado sobre buitre, té y azúcar le habrá aguzado un tanto sus dotes de penetración. Además me imagino que durante el largo rato que quedó en silencio en aquel banco bajo el sauce debe usted haber meditado como hay que meditar cuando se quiere llevar el título de hombre. Aunque a veces lo dudo pues me fijé en un pequeño movimiento de sus pies. Pues yo siempre me fijo en los pies de un hombre que medita. Usted marcaba el paso..., un movimiento, diré, marcial..., como si estuviera allí presenciando una parada..., como si estuviera presenciando un gran desfile... Eso es, un desfile y un desfile victorioso...

Sigamos, mi buen amigo y evitemos explicaciones. Me molestan las explicaciones. Le contaré, más bien, una anécdota justamente de usted. ¿O es del doctor Hualañé? Porque está en ella esa calle de los Cartujos y un taxi, sí, creo que un taxi. En fin, de quien sea. El hecho es que casi fue atropellado, el doctor Hualañé o usted, por un taxi que apareció en

El Significado Oculto de la Sangre. ¡Qué inmenso poema podría hacerse con él! Pero ¿quién? No yo, en todo caso. Yo no iré punto más allá de una clara descripción de los objetos de la residencia de Longotoma. Tal vez un poco también de los menudos movimientos de sus pies cuando diserta interminablemente creyendo que penetra los arcanos de todas las vidas. Pero esto me enredaría hacia Dostoievski y ¿qué podría yo hacer solo, desamparado en medio del océano dostoievskiano? Estos objetos son suficientes: es decir, cómo han llegado hasta esta casa; qué idea los arrancó de su sitio primero, los hizo pasar por la calle de la Excomuni6n y petrificarlos aquí. Qué ideas... Hay demasiadas ideas en todas partes. Por eso es mejor que no se hagan más poemas, ni inmensos ni microsc6picos. Esperar un tiempo. Hasta que muchas ideas se hayan marchado a otros planetas. A planetas empobrecidos, a planetas con habitantes que anhelan poder pensar, que ofrezcan la vida, que ofrezcan hasta grandes cantidades, por una idea, por cualquiera que sea, pero, en fin, una idea.

Entonces aparecerá aqu6 en la Tierra un hombre de genio. Por el momento hay demasiados genios en la Tierra. En cada esquina aparece uno. Como en las ciudades pestíferas: en cada esquina agoniza un hombre que hiede a putrefacci6n anticipada. Como en Veracruz cuando la visit6 Mac Orlan a bordo de su *Estrella Matutina*. Como en *Los Novios* de Manzoni, seg6n me cont6 mi madre pues yo nunca he le6do ese libro. ¿Para qu6 leerlo, para qu6 m6s pestes? Puesto que s6 que m6s de alg6n punto de mi cuerpo ha empezado ya a preparar una pr6xima putrefacci6n. Pero en Veracruz se pasea uno ahora como en cualquier ciudad bien saneada. Como nos pasaremos pronto por la Tierra cuando se la haya saneado de tantos genios. Entonces aparecerá el que escriba sobre la sangre y su significado oculto.

precipitada carrera. Usted se detuvo; o el doctor se detuvo; y sin quererlo hizo que el taxi se detuviera también. Así quedaron ambos un instante cediéndose el paso hasta que ambos a la vez intentaron seguir adelante lo que les obligó a detenerse nuevamente pues se iban el uno contra el otro. El chofer tuvo un gesto desesperado, abandonó el volante y abrió los brazos como preguntando si había usted tomado una resolución, o pasar o no pasar. Usted tomó su resolución y no pasó; usted, sí, no se trata del doctor Hualañé. Pero el chofer, que por segunda vez había detenido su vehículo seguramente para que usted pasara, se indignó ante su poca pericia y ante el tiempo que le hacía perder y rompió con improperios contra su persona. Entonces, asustado, apretó usted el paso y pasó justo en el momento en que su buen amigo, viendo su prudencia, apretaba el acelerador y lanzaba su coche hacia adelante. El tapabarro alcanzó a rozarle. El chofer llegó al paroxismo de la indignación y mientras usted se alejaba a pasos rápidos por la calle, él se alejaba a su vez lanzándole toda clase de insultos. Fue así, ¿no es verdad?

— Cuando supe este altercado, recuerdo que le pregunté qué había hecho al ser tan donosamente escarnecido, y su respuesta fue, primero: “nada”; luego de un corto silencio: “no, no es verdad; caí en una meditación oscura”.

Yo entonces:

—Que le condujo... ¿a qué conclusión?

Y usted:

—¡Hombre! A ninguna.

Entonces le dije:

Nos ahogará a todos en una enorme cuba de sangre. Nuestras personalidades aisladas y presuntuosas se derretirán para darnos conciencia —con notas bajas, graves, como notas de órgano y de bombo— no sólo de la unidad pensante que existía antaño entre un hombre y toda su línea de antepasados, como lo explica Steiner, sino de la unidad pensante de la humanidad entera. ¡Hermoso poema! Pero lo que es yo, por el momento... ¡nada más que un objeto!

Esé florero, por ejemplo. No el azul; el granate. Un florero que, al describirlo, me revele mil cosas insospechadas. Yo entonces lo llamaré: Maestro.

Como de niño llamé maestro a D'Amicis pues sus cuentos de *Corazón* me dijeron que era necesario hacer cuentos yo también, que la vida podía cortarse como con tijeras en un punto y en otro punto, y lo que queda entre ambos, sacarlo, ponerle letras y las letras ponerlas en un papel. Pero yo no tenía acciones heroicas que referir. Así es que era muy difícil escoger el sitio donde dar el primer tijeretazo. Daba lo mismo aquí, o allí, o más allá. No lo di.

Pero el insectito quedó metido y picó y picó. Sin cansarse. Entonces llamé maestro a Poe; y a Maupassant; y cuando caí enamorado, a Goethe. No al de la misteriosa sangre del doctor Fausto sino al de *Werther*. Escribí, entre llantos, todo su diario y todas sus cartas a mi Carlota, a Lumba Corintia. Salvo las últimas, se entiende. Porque entonces habría habido necesidad de coger una pistola y esto no entraba en mis planes literarios. Así es que, para cambiar, leí como fervoroso discípulo el *Juan Cristóbal* y llamé maestro a Romain Rolland.

Resumiendo: D'Amicis, Poe, Maupassant, Goethe y Rolland. Muy pronto, el florero granate de Desiderio Longotoma.

—¡Ah, ah! ¡Como que llegue a nuestro Zoo un extraordinario bicho...; este hombre podrá comenzar su cultivo interior! Ojalá sea un ave y un ave rapaz. ¡Ojalá sea un buitre salvaje!

No crea, amigo Angol, que estoy haciendo aquí el profeta del pasado; no y no. Así me dije aunque bien faltarían en aquel entonces dos o tres meses para que llegara a mis oídos la feliz noticia del arribo de nuestro huésped. Las cosas están entre ellas más amarradas que lo que usted se imagina.

Llámeme farsante, si ello le place: llámeme insoportable pedante. Bien. ¿Qué puedo hacer? Escúcheme:

Voy a decirle qué fue lo que le obligó a caer en tan oscura meditación y cuál fue la conclusión a la que habría deseado llegar pero a la que no llegó por su eterna pereza. Escúcheme:

Hay que tener, amigo Angol, una enorme curiosidad y saber descubrir las cosas ingeniosas en cualquier rincón. Por ejemplo en una vitrina de una tienda. Por ejemplo de una ferretería. ¿La ha mirado usted lo suficiente?. Su rostro me dice que no. ¡Mírela, mírela usted! Piense luego qué podría regalarle, de lo que hay en ella, a un novio o una novia en el día de su matrimonio... ¿Qué? Cualquier objeto que usted escoja es agarrotado por el simbolismo, ¡y por qué simbolismo! ¿Les regalaría usted un candado, unas tenazas, una llave maestra, un torniquete, una serie de clavos, una lima, un serrucho, un martillo, un tornillo..., en fin, qué, qué? ¡No hay nada, amigo, nada! Es mejor buscar otra tienda.

¡O irse al mar a navegar!

También Dante. ¿También? Dudoso. Yo creía que era mi maestro porque, al pasarme junto a la luna por los corredores de casa, sentía un ahogo al decirme, mostrando una puerta cualquiera:

Per me si va nella cittá dolente,
Per me si va nell'eterno dolore,
Per me si va tra la perduta gente.

Pero no era Dante, no. Ahora lo veo claro. ¡Cosas que yo creía! Porque mi padre no se cansaba de repetirme que aquel hombre había sido una de las grandes cúspides de la humanidad. Entonces yo... ¡Comprensible, comprensible!

Lo que me ahogaba era el gran volumen de *La Divina Comedia* que había en casa. Mejor dicho: las terribles ilustraciones de Gustave Doré que en él había. ¿El texto? ¡Si yo no leo italiano!

Las ilustraciones me causaban pavor. Cuando se es adolescente y atisba el pavor por cada puerta entornada, el mundo literario conecta el sexo con el cerebro y uno murmura: "¡Oh, Maestro!".

¡Tantos maestros! Cada uno de nosotros puede formar una galería de cientos de cabezas. Sólo que al visitante se le mostrarán algunas y se le ocultarán las más. Porque en asuntos literarios hay que hacerse valer. Cada uno vigila al del lado. Yo me paseaba tiempo atrás recitándome emocionado:

A propósito:

Usted debe haber visto el gran, el enorme disco inmóvil y moviente sobre el que flotan los barcos. ¡Qué hermosa cosa! Usted, Lorenzo Angol, ha viajado por mar, como yo, por lo demás. A bordo, en alta mar, era mi principal ocupación contemplar el enorme disco de agua que nos rodeaba. ¡Qué cosa hermosa! El barco está al centro. El barco está justo al centro. El horizonte, por todos lados, corta y delimita el disco. Inmovilidad. ¡Ah, pero no, amigo, no! Todo aquello camina y camina... y sin cambiar de tamaño. Hacia proa el horizonte huye y huye siempre; hacia popa el horizonte persigue y persigue siempre; a babor y estribor queda inmóvil, inmutable, hierático, protegiéndonos de dos soberbias locuras dignas de nuestro amigo Baldomero Lonquimay.

Es decir, amigo Angol, que ese disco de agua... resbala sobre otro disco inmenso, inmenso. Nosotros, los tripulantes del barco, llevamos nuestro disco, nuestro horizonte, nuestro mundo... Y este mundo, ¡resbala y resbala!

¡Oh, qué espectáculo! Disco sobre disco, disco sobre disco...

¿Había usted pensado que había resbalado, cernido por su horizonte, por sobre la inmensidad de nuestro globo?

Amigo: cuando, en medio del océano, me di cuenta de ello sentí el infinito. Corrí donde Lonquimay y se lo dije. Me miró de alto a bajo para lanzarme esta sola palabra:

-Mentecato...

Yo le contesté:

Mi carta que es feliz pues va a buscaros

Cuenta os dará de la existencia mía...

¡Chcht! ¡Nada de Campoamor! Yo me recitaba a Shakespeare:

To be or not to be, that is the question...

Yo jamás he sabido inglés. ¡No importa! ¿Y las antenas? ¿Y el instinto cierto para reconocer al hermano aunque sea en chino? ¡Oh, tantos maestros! Los inconfesados son, a no dudarlo, más numerosos. No sólo los inconfesados. También algunos objetos humildes. También algunas escenas triviales. Espectáculos pobres sólo capaces de conmover a un peluquero novelesco. De pronto uno despierta. ¡Entiende! Ha aparecido el extremo de un hilo que puede llevar... llevar... Pero guardémoslos de nombrar a nuestro peluquero. No es él quien ha deshecho nuestra maraña mental con su frase tan justa mientras nos cortaba el pelo. ¡No, señores, no fue él! ¡Fue Cervantes!

Esto es lo que hay en estos asuntos literarios. Esto es lo que he hablado con tantos amigos. Víspera del día de Kafka. Y también de Louis Guilloux. Pues me decía que era menester conocer todos los achaques de Cripure, del viejo y grande Monsieur Cripure. Pues Monsieur Cripure vivió una vida como yo, como usted, como el otro y el otro, como todos. A excepción acaso de Desiderio Longotoma y Baldomero Lonquimay. ¡Al diablo ambos majaderos! Vivió, nada más. Pero llegó Guilloux con unas grandes tijeras y cortó: aquí y allí. Y resultó que el pobre Monsieur Cripure, durante veinticuatro horas, había

—El mentecato ha visto lo horrible y lo grandioso.

Bajé entonces a mi camarote. ¿Sabe usted qué vi desde el ojo de buey? Vi que el disco era menor. Y vi otra cosa, amigo Angol, otra cosa: el horizonte de mi disco dejaba de ser una línea pura porque se encrespaba en líneas tortuosas, quebradas y duras. Esto solamente a ratos porque a menudo las olas primeras, las que van junto al ojo de buey, se alzaban tanto que sobrepasaban el horizonte y lo ocultaban de modo que... de modo que... de modo que...

hecho una vida revolucionaria, puesto que es *Le Sang Noir*, donde el filósofo se explaya, una novela revolucionaria. Así, por lo menos, la considera Aragón. Hay que entrar ahora en la revolución por todas las puertas a la vez. Que no quede ni una sola por trasponer; que no quede ni una sola entornada. Cerrarlas bien una vez traspuestas.

¡Qué de cosas, qué de cosas en estos asuntos literarios! Con Ubaldo Masafuera hemos buscado lejanos maestros miserables y vergonzosos. Quien estaba con nosotros era también Ascanio Viluco. ¡Qué ojos de espanto, de sacrilegio, ponía el hombre! De sus labios caían hilos de saliva despreciativa. Decía:

—Si dijieran ustedes Homero, comprendería...

Hay tipos serios, de peso, en estos asuntos literarios. En los asuntos literarios y artísticos, en general. Ese gran pintor, gran pintor nacional...

Era a raíz de la guerra mundial. El gran pintor nacional llegaba por primera vez a París y por primera vez hollaba los pisos encerados del Louvre con sus gruesas suelas, gruesas como conviene al hombre que ama la naturaleza directamente.

El Louvre, después de su sueño de clausura, empezaba a desperezarse abriendo sala por sala. El pintor miraba cuadro por cuadro. Opinaba. De Homero para arriba...

Yo, ingenuamente, le dije un día:

—Lástima que las salas francesas no estén abiertas todavía.

El hombre me miró severo:

—Todos los que forman esas salas —pronunció— son astros de segunda magnitud. No me interesan.

Y miró, nuestro pintor nacional, al cielo, a ese cielo allá por encima de techos grises y chimeneas puntudas.

En él proyectó un Tiziano, un Veronese, un Greco, un Zurbarán, un Tintoretto... ¡Astros de primera magnitud!

Quedémonos con el florero granate. ¡Basta! Será mi próximo maestro. Maestro confesado, voceado a diestra y siniestra. Porque con él no hay necesidad del "chcht, chcht". Si yo dijera que vuelvo a Paul Bourget... ¡Hombre perdido para las letras, para las artes, para la causa! En cambio si vuelvo a un florero... Hay esperanzas, hay acaso más que esperanzas. Hay posibilidades de que el que me esté vigilando se diga:

—Este hombre, a lo mejor, ve cosas donde yo nada veo. ¡Vaya uno a saber!

Podría decirse lo mismo ante los Paul Bourget y compañía. Pero ¿lo podría?

¡No, no! No lo podría. No sé bien aún por qué. Pero sin dudas, sin asomos de dudas, no lo podría. ¡Qué diablos! El que me vigila no es tan cretino tampoco.

¡No lo es! De modo que... de modo que... de modo que...

Lorenzo Angol se durmió. Desiderio Longotoma quedó suspendido en su: "de modo que...". Luego respetó el sueño de su amigo, guardó silencio y se puso a fumar.

Un rato después Lorenzo despertaba, agradecía el almuerzo y se despedía.

Marchó.

Una idea se cernía sobre él, un bosquejo de idea. Daba vueltas alrededor del taxi aquel de Desiderio Longotoma, el taxi que casi atropelló... ¿al doctor Hualañé? No, había sido a él; lo del doctor es otra cosa. Pero el chofer que abre los brazos, deja el volante, lo vuelve a tomar, acelera y el tapabarros... Es él; Lorenzo Angol.

Un hecho insignificante como los hay todos los días. Sin embargo le había quedado en él. Desiderio Longotoma lo despertó, lo volvió a traer al recuerdo, a la conciencia. En realidad, Desiderio Longotoma sabe mucho...

Siguió marchando.

Fue en la calle de los Salmos. Había hecho una nota sobre este pequeño incidente; una nota que luego había olvidado, que ahora no sabía donde se encontraba.

Una palabra sonó en él como un campanazo, una palabra venida de fuera, caída en él:

—¡Decadencia!

Alrededor de ella Longotoma reía, se frotaba las manitas, se levantaba para volverse a sentar y hablaba y hablaba del enorme disco que acompaña a los barcos que navegan, esos discos que resbalan y resbalan sobre otro disco inmenso que no se ve.

Luego aparecían junto a esa palabra una serie de candados, de gatillos, de manubrios, pernos, llaves... y Longotoma reía.

—¡Decadencia! Pero... ¿dónde está la decadencia? ¿En mí o en los otros o en el medio ambiente o en el mundo entero?

No sabía qué contestar. La decadencia se cernía sobre él, planeaba, inmaterial, sobre el mundo. Sentía que algo hacía crisis en torno suyo.

¿Qué? ¿Dónde?

Silencio en torno suyo.

Había llegado a Fray Tomate.

Silencio.

Sobre este silencio... ¡decadencia!

Sobre esta decadencia, Desiderio Longotoma reía y reía.

De pronto volvió a ver al chofer con su taxi, calle de los Salmos, suelta el volante, lo vuelve a tomar, acelera y... el tapabarros. Se presentaba nuevamente el hecho olvidado, se presentaba con nitidez.

El chofer lo insulta. Lorenzo se pregunta:

—¿Es a mí a quien insulta? ¿A quién va dirigido el descontento, la reacción de su naturaleza que se traduce por insultos? ¿Es por el temor de haber causado un accidente que le acarrearía mil molestias? ¿O es por la pérdida de tiempo que mi torpeza le ocasiona?

Así pensaba cuando llegó un visitante: Bárulo Tarata. Puesto al corriente de las preguntas que Lorenzo se hacía, Tarata dijo:

—El chofer ha insultado una idea, un principio, que existe *fuera de él*. Usted ha sido quien lo ha manifestado. Ha insultado a uno de los tantos sentimientos que se hallan sobre

las posibilidades de la humanidad en esa región de los prototipos puros y que se presentan confusos y entremezclados en la vida cotidiana. Lo ha insultado porque su presencia le era dañina. Sintió, pues, el peligro, reaccionó e insultó. Seguramente él ha creído insultar a su persona de usted; no hacía más que manifestar en forma notoria que uno de esos principios por los que todos hemos de pasar, no le es, por el momento, favorable.

Un mismo hecho hace reaccionar ante él de diferentes maneras.

No olvide, Lorenzo Angol, que todo hombre, sea cual sea su situación, está evolucionando, haciendo de su existencia un cometido, realizando una misión.

Vivir, en la forma que sea, es evolucionar.

No olvide tampoco que se puede evolucionar en bien o en mal. Vivir es estar en vías de una realización cualquiera. Así es para la planta, para el mineral, para el animal, para el hombre de todos los días, para el más elevado de los hombres.

Para esta evolución hay ahora elementos que le son favorables y elementos que le son desfavorables. Hay sentimientos, hay ideas que pueden apresurar la evolución como las hay que pueden retardarla. Para algunos todo lo que es un sentimiento de quietud puede serles de gran utilidad, así como a otros dichos sentimientos no pueden serles sino una verdadera barrera que se antepone a su marcha. Las ideas abstractas pueden convertirse en la más poderosa palanca para mover a ciertos seres; pueden ser un terreno estéril y hasta dañino para otros que evolucionan en medio de las ideas concretas. El mismo sitio puede ser uno de luz que atrae para guiar, como puede ser un lugar de muerte que repele a todo instinto de conservación.

Ahora bien, esas esferas se hallan más allá de nuestra vista. Ningún hombre puede contemplarlas cara a cara. A lo más se tienen vagas impresiones de su existencia al encontrarse súbitamente con algo que las muestre con precisión, como fue su caso ante el buitre del Zoológico de San Andrés; como lo fue frente al chofer de taxi de la calle de los Salmos.

Hay en esos espectáculos o hechos de la vida cotidiana una parcela de cada uno de los prototipos, hay una expresión o fuerza de ellos, tan mezclada a la de otros prototipos que difícilmente se reconoce. Mas al reconocer los elementos que le son favorables, gusta el hecho que los ha traído; si reconoce elementos adversos, no gusta el hecho. Para ser más claro diré que cuando un hombre gusta de un hecho no es porque guste del hecho mismo; es porque este hecho le ha bastado para sentir la esfera donde se hallan los prototipos que le son útiles y necesarios.

La humanidad entera llega, por su evolución, a un momento en que le es necesario conquistar tales o cuales pasiones, comprender tales o cuales ideas. Pero el orgullo del hombre es infinito: le es duro darse cuenta de que no hace más que reaccionar, en bien o en mal, cada vez que presiente.

Se tiene un fin marcado en la existencia.

Es la idea con que contemplo a las masas caer a sus pasiones e instintos; a los hombres aislados hablar, opinar, proceder en cualquier sentido. No hacen más que reconocer confusamente el faro que los alumbraba, el faro del momento.

Quedo entonces atónito ante la estulticie de esas masas y de esos hombres que creen determinar por sí sus actos y palabras.

No olvide usted, amigo Lorenzo Angol: si tiene un fin marcado en la existencia. A nosotros... ir por el bien y evitar el mal.

Bárulo Tarata se marchó. Lorenzo Angol quedó solo. Una palabra volvió a resonar en sus oídos:

-Decadencia...

Las ideas danzaban en su mente. Aparecían unas; se iban; venían otras; eran lanzadas fuera por otras y otras más. Se sentía solo en un mundo enorme, desconectado por todo lazo vivo de sus semejantes. Sus semejantes... ¿Quiénes eran? ¿Eran los indiferentes, o eran los gracejos, o los nostálgicos, los que gozan con todo o los que se afanan en buscar un goce cualquiera sin encontrarlo? Un ansia de salud, de optimismo, soplaba de cuando en cuando en él. Luego se apagaba, desaparecía. Otra vez la soledad le caía encima.

Se preguntaba:

—¿Dónde está la salud? ¿Dónde encontrar un ímpetu sano que muestre la luz?

El mundo entero estaba regido por una sola ley: el capitalismo. Hay hoy día un dios: el capitalismo. Hay un pequeño montón de oro... ¿Será tan pequeño? No tiene propietario; pertenece al más audaz, al más astuto. ¡Acumular, acumular! ¡Fortificarse tras de barreras de oro! El mundo entero se inclinará entonces ante uno. Ha habido, por cierto, quienes han protestado de esta manera de considerar la vida y han hecho nuevos mundos. Se levantan ahora estos mundos. Es un sol que nace. ¡Vamos, vamos hacia ese sol! ¡Pongámonos de hinojos ante su luz!

Así seremos más felices. Más felices... Pero, ¿es la felicidad la que hay que buscar?

Apareció el cuadro de la felicidad completa: un gato con modorra, junto al fuego que arde en la chimenea, durmiendo dentro de una eternidad; a su lado una viejita teje y teje. ¿Hay mayor felicidad? Es la detención del ajetreo diario, es la entrada al mundo del ser, del ser... La viejita teje y teje; el fuego chisporrotea; afuera tal vez nieva. Se está al margen de la vida que galopa por todos lados.

Pero he ahí que Longotoma, sí, Desiderio Longotoma ríe y ríe y se restrega las manos y corre y corre veloz, a tanta velocidad que se eleva del suelo a quince, a veinte centímetros y la Tomasa lo aguarda agachada como una gallina.

¡Oro, oro, oro!

Para eso se trabaja, se pena hasta caer rendido.

Hay que rendirse, hay que extenuarse.

O vivir quieto, quieto. De modo que..., de modo que...

Lorenzo se adormeció. Luego durmió un rato. Una palabra, que sonó como un cristal, lo despertó:

—¡Decadencia!

Vivir es carecer del valor de acercarse al silencio y, en él, saber esperar. Por eso hay que agitarse, para ocultar esa decadencia.

¡Oro, oro, oro!

Lorenzo se dijo:

—Si tuviera yo la fuerza de permanecer todo un día inmóvil, hierático... Entonces tal vez se desplomaría este cerco que me rodea y entonces... ¿Qué? ¿Otra vida?

Sí, otra vida. Pero... ¿cuál?

Tal vez la vida de la cancelación... No, la vía de expiación por faltas alguna vez cometidas.

¡Sigamos, sigamos!

Y no hablemos mucho.

Reunión de intelectuales. Hemos estado anoche, Marul y yo, en el Portal Colonial. Florencio Naltagua recibía una serie de escritores y escritoras, dando curso a sus noches de lectura. Conocimos a un hombre de letras: don Antenor Lentejuelas, hombre de una edad indeterminada, de modales solemnes aunque de pronto brillaba en sus ojillos burlones una innegable malicia. Antenor Lentejuelas era el centro de la reunión. Nos leyó varias composiciones suyas. La primera fue:

Pernambuco

Es extraño, es extrañísimo el caso, tanto que hace pensar en la paranoia o en la esquizofrenia.

Pero es un caso verdadero.

En París, capital de Francia, vivía no ha mucho, con sus padres y hermanos, una muchacha chilena.

Es trastornante el caso. Enloquece. Pero, repito, es auténtico.

Era agraciada esta muchacha. Se llamaba Caterina.

Los astrónomos y los altos matemáticos pueden predecir la conjunción de los astros, la existencia de invisibles planetas, la aparición de insospechados cometas. Mas ¿quién puede predecir tan insondables sucesos cuando se está en el campo de la más pura, pura psicología?

Que yo sepa, nadie.

Porque este segundo caso es también extraño, extrañísimo y, aunque no llegue a traspasar los umbrales de la cordura para pisar de lleno sobre los predios del manicomio, es un caso que hace meditar al filósofo, soñar al poeta, revisar al científico, aplicarse al sociólogo, temblar al psiquiatra.

Caso segundo es que en Chile, nuestra querida patria, un joven bien parecido y simpático, llamado Sebastián..., tenía un fundo.

Queridísimos lectores: No quiero arriesgarme en los hondos senderos del misterio. Temo —yo, intruso mortal— atraerme en contra la justicia del Omnipotente y la diabólica ira del diablo de Satanás. Bien sé y lo practico que “mas vale un pájaro en la mano que ciento volando”.

Iré, pues, a los hechos escuetos. Allá a cada cual cavilar y sumirse en búsquedas y problemas para tratar de descifrar tantas cosas que a mí me desvelan, me enflaquecen, me enferman y aminoran.

¡A los hechos!

Caterina, desmintiendo a todas sus lindas compatriotas, estaba ya harta de París y quería regresar a su país. Y en su país, volviendo a desmentirlas, por lindas y más lindas que sean sus lindas compatriotas, quería radicarse... no en la metrópoli sino en su fundo.

¡¡Porque los padres de Caterina también tenían un fundo!!

Sebastián, confirmando a todos los mozos de su edad, entre faenas y faenas agrícolas, soñaba con París, la ciudad luz. A cada saco de trigo que vendía, a cada vaquillona que beneficiaba, Sebastián le hacía esta pregunta:

—¿Será tu dinero para llevarme a la ciudad luz?

Pues bien, entre ambos anhelantes el que primero vio su sueño realizado fue él. No ella. Repito: él.

Sebastián se embarcó y, cosa curiosa, el barco iba a Cherburgo y, como todos sabemos, de Cherburgo a París hay una línea de ferrocarril. Por lo tanto Sebastián llegó a París.

Indescifrables arcanos del indescifrable sino... ¡No me tentéis!

Llegó.

Era una tibia tarde primaveral de fines de abril. La inmensa a la par que poética urbe trepidaba de intelectualidad. Allí todo era refinado, nada había de prosaico. Cada conserje era un Maupassant; cada gendarme, un Chateaubriand. Los gruesos y burdos chilenos que hablan de dinero y se alimentan –¡repugnante cosa!– de legumbres, carnes, frutas, cereales, pescados, mariscos, dulces, queso y pan –¡asquerosos vocablos!– se sentían, por cierto, expatriados. Las almas supersensibles, los espíritus hiperarmoniosos, los corazones ultrasensitivos que se balancean en sutiles columpios entretejidos de nubes y temblantes nebulosas, se sentían a sus anchas: flotaban, no vivían; respiraban por el ojo astral, no comían.

A Sebastián le encantó París. Lo encontró regio.

Fue a todos los cabarés y boites de Montmartre, de la Villette, de Montparnasse y qué sé yo. Y fue a todos los burdeles. Claro está que, entre tanto y tanto encanto, el muy pillo, que sabía más de lo que uno puede sospechar, decía a media voz:

–Compañeros, lindo será todo esto pero no me negarán ustedes que Europa ya entró en la decadencia y que nosotros tenemos la fuerza.

Meditaba entonces el pobre joven, soñaba en lo estupendo que sería conciliar, poder conciliar ese encanto sin igual de la tan milenaria ciudad con la fuerza del continente sano y macho.

Un día...

(Arcanos, ¡no tentéis!)

... Conoció a Caterina.

Historia Antigua, Edad Media, Moderna, Contemporánea... ¡Nada! Todo se anuló. Empezó otra historia. Sebastián se enamoró. Otra historia que a todas las contenía: Caterina se enamoró.

Y en una sutil iglesia parisina, Caterina se casó.

Y en la misma iglesia pletórica del recuerdo de d'Artagnan, se casó Sebastián.

Vino la miel de la luna en Chantilly.

¡Qué vibrante se pasaba allí!

Caterina se entregó.

Sebastián la poseyó.

Mas no la noche primera porque ella pensaba de su gran fundo en la era.

Fue en la noche tercera cuando Sebastián la convenció de que un coito, sí o no, es mejor en Chantilly, ¡oh, sí!, y superior à Paris que “en Santiago –le decía– donde yo nunca nada hago, donde yo naufrago; donde el trigo está connigo y la posesida está ida; comprende Caterina mida, tú que amas esta Francia, esta Europa, donde podré comprarte tanta y tan estupenda ropa...!”.

Debo, por veracidad del relato, asegurar la entrega de Caterina. Pero esto no quitó su deseo de regresar a Sudamérica, es decir, a Chile, a su fundo.

El desolado Sebastián sentía la imposibilidad de realizar su ambición de la anhelada combinación, aquello de lo milenario con lo potente.

Se pelearon. No mucho, por cierto. No hubo asomos de divorcio ni siquiera de separación de bienes. Se pelearon así como todos hemos peleado y nada más.

Transacción:

Cuestión de un año, nada más. Caterina iría a Chile un año, nada más. Sebastián quedaría en París ese mismo año, nada más.

Caterina Partió.

Sebastián permaneció.

A los seis meses de residencia en Chile, Caterina, sin que nadie sepa por qué, se dijo:

—Después de todo... ¡qué lindo es París!

(Arcanos, arcanos...)

A los seis meses de París, Sebastián añoró de este modo:

—Tenía razón Caterina. ¡Nuestros campos, nuestros campos!

Un mes después cada uno se embarcaba para reconocer la verdad del otro. Los arcanos que no quiero tocar hicieron que ambos amantes en sus respectivos barcos ni siquiera se divisaran en el vasto océano.

Llegó Sebastián a Chile; Caterina no estaba.

Llegó Caterina a Francia; Sebastián no estaba.

Al volver a ver Sebastián sus campos, testigos de sus más frecuentes dolores de cabeza, comprendió la ausencia de la bella y mil veces bella Caterina. Se dijo con interior satisfacción:

—¡Ya lo decía yo...!

Y regresó a Europa.

Caterina, al encontrarse otra vez en medio de la gris ciudad de piedra, sintióse dichosa al verificar que su tierno esposo ya entraba por el sendero de la naturaleza soleada, con mugidos de lecheras vacas, con paltas, chirimoyas y silbantes polluelos.

Regresó a las Américas.

Estimados lectores:

Ahora viene la parte neurálgica, diría con mayor exactitud: cardíaca de esta singular novela. Porque cualquiera, al enterarse de ella y pensar que lo que aquí ocurre podría ocurrirle a sí mismo, cualquiera correría el riesgo de sufrir un ataque o por lo menos una alteración de nuestra latiente fibra número 1.

Doce veces, ¡una docena!, se efectuó este mutuo viaje, esta mutua travesía de sur a norte y de norte a sur; doce veces coincidió la comprensión de Sebastián sobre los encantos de la agricultura chilena con la comprensión de Caterina sobre los encantos de los grandes bulevares. Y viceversa —¡terrible palabra es esta de "viceversa"!—, cuando Caterina era cogida por la nostalgia de sus queridos campos, la nostalgia de los Elíseos Campos cogía al pobre Sebastián...

Y se cruzaban sin encontrarse.

¡Es tan inmenso el inmenso mar!

Hasta que llegó el turno de la décima tercera travesía.

¿Quién podrá osar predicar, al leer hasta la última página de esta particular relación, que es el número 13 un número fatídico? Yo comparto el juicio de los dos amantes: es el número 13 el número portador de gran ventura. Pues veréis:

El barco que navegaba de norte a sur tocó una mañana en la rada de Pernambuco. El barco que navegaba de sur a norte también tocó en dicha rada y, lo que es despampanante como el último de todos los arcanos, tocó esa misma mañana.

Ambos viajeros fueron a tierra. A la vuelta de una esquina se encontraron.

Cayó la una en brazos del otro. Parecía un abrazo que no iba a tener fin. Hasta que vueltos de la emoción lograron articular las primeras palabras:

—¡A Chile!

—¡A Francia!

No habiendo acuerdo entre las partes decidieron entrar en un restaurante, que siempre con buen alimento se aclaran los conceptos.

Transigieron. Al transigir, dichosos se besaron.

Ni lo uno ni lo otro.

Resolvieron permanecer en Pernambuco, la santa tierra que, después de tan dolorosas ausencias, los había unido.

¡Pernambuco!

Melodioso vocablo, protector de los corazones lacerados, realizador de las pasiones insatisfechas...

Armonioso vocablo:

¡Pernambuco!

Amados lectores:

Hace catorce años que Sebastián y Caterina viven en dicho puerto brasileño, punto medio entre la patria de Vercingétorix y la patria de Caupolicán. Viven felices, ni una nube ha ensombrecido sus apasionados existires, están bien de salud y de pesetas y han tenido siete alegres y robustos hijitos.

La paz y el amor reinan entre todos ellos.

Que los extremos son siempre dañinos y sólo es prudente y sabio el justo término medio.

¡Per-nam-buuu-co!

AMÉN

Luego de esta lectura y después de recibir nuestras felicitaciones, don Antenor Lentejuelas nos leyó su segundo cuento que decía así:

Pero hete ahí...

En el pueblo de Pilipoli vivían un señor y una señora que no nombraré pues el objeto único de ambos es haber echado al mundo a Paulina, que todos llamaban Paulette a pesar de no tener tipo francés sino tipo francamente checoslovaco.

Paulette, de 19 años, iba al mercado, ayudaba a la cocina y a los diversos menesteres del hogar. En una de las páginas del inevitable diario de la niña heroína, inevitable para esta clase de narraciones o novelas (que de ambas maneras se las puede llamar), se leía así:

Abril 14.

En el día tejo. En la tarde cuezo. En la noche zurzo.

Pero hete ahí que un día cayó en su mano un número de *Life*. Luego de ver los lindos trajes y sombreros de las retratadas, se miró al espejo. Encontró que su sombrero y su traje eran muy feos.

Paulette, desde ese momento, soñó.

Pero hete ahí que en Pilipoli había una librería de un italiano que tenía un hijo bautizado e inscrito con el nombre de Giovanni. Tenía a la sazón 24 años. A pesar de tener tipo esencialmente lombardo, nadie le decía Giovanni y todos le decían Juanito.

La revista *Life* de Paulette –¡y Paulette lo supo!– provenía de la librería de Juanito.

Paulette, ingenua, creyó que si Juanito tenía las imágenes de elegantes mujeres, tendría también los trajes y sombreros del caso.

Por su lado el galán ya había soñado muchas veces con la ninfa.

Dados estos antecedentes, toda persona perspicaz calculará el resultado: el ninfo y la galana se casaron.

Pero hete ahí que dos años después de la boda y como nuestras relaciones con Yugoslavia no estaban en aquella época muy buenas el Supremo Gobierno envió a Pilipoli un regimiento de caballería.

Entre los oficiales estaba el capitán Machuca quien, a pesar de su carrera y de su nombre, era un ser benévolo que a nadie pensaba hacer mal ni menos machucar.

Al cabo de un mes el capitán Machuca empezó a aburrirse en el pueblo.

Al cabo de dos meses estaba francamente aburrido.

En un pueblo todo el mundo se conoce. Paulette, Juanito y Machuca se conocieron.

Machuca, exagerándolo, por cierto, contó a Paulette su terrible aburrimiento que llamó “negra y profunda soledad del corazón”.

Paulette, a hurtadillas, narró a Machuca su error: creer que quien tenía y vendía revistas poseía asimismo el contenido de ellas.

Juanito no contó ni narró nada. Pero invitó a comer esa noche al capitán y destapó una botella de champaña.

Pero hete ahí que un mes más tarde, como nuestras relaciones con Yugoslavia empeoraban a ojo de buey y aun de pato, el Supremo Gobierno resolvió enviar el regimiento a Quicocaco.

Pasó el regimiento por la plaza Principal, rumbo a la Estación de los FF.CC. del E., atornando cornetas, cornetines, pífanos y cornamusas.

Juanito, desde la acera, lo despidió emocionado y, al pasar su amigo, agitó el sombrero. Su amigo lo saludó con la espada.

Juanito regresó de prisa a su casa pues para aquel día Paulette había dispuesto como almuerzo:

Cazuela de ave

Cordero con porotos a la chilena

Picarones

Té con leche

Pisco Peralta

El almuerzo allí estaba y estaba excelente.

Pero Paulette no estaba.

Paulette se había escondido en la Estación de los FF.CC. del E. y luego había tomado el tren siguiente al del regimiento y con igual destinación que éste.

La vida en Quicocaco fue un jolgorio. ¡Qué felices eran el capitán Machuca y Paulette!

En Pilipoli la vida para Juanito fue muy triste. No creo sano para los lectores vivos de la nación escribir sobre tristezas. Pasemos, pues, por alto esta dolorosa biografía y repitamos que era un delirio la vida para la chica y su capitán.

Mas jolgorio y delirio no salían de Quicocaco. No debemos olvidar que, si bien es cierto que Londres atrae a todos los ingleses como un imán, y Lisboa a todos los portugueses, y el Cairo a todos los egipcios, y Teherán a todos los persas, y Tokio a todos los japoneses, y la cerveza a todos los teutones, no es menos cierto que de igual modo procede Santiago para con todos los chilenos y aun para con todas las chilenas.

Sin embargo, ¡cuánto se amaban los dos tortolitos! Sus dos corazones eran sólo uno.

Pero hete ahí que en las minas de platino de Quicocaco había un joven ingeniero de minas de apellido Wellmington, a pesar de tener un rostro asaz tiahuanaco.

El que haya un ingeniero de minas en unas minas no tiene nada de particular pero sí es particular y singular hasta frizar los insondables designios del sino que, junto con empezar Paulette a sentirse imantada por la metrópoli, el dicho Wellmington hubiese puesto fin a su tarea y se aprestase a regresar a su hogar y oficina, ambos en las orillas del Mapocho.

Paulette se dijo:

—¡Esta es la mía!

Y agregó:

—¡O ahora o nunca!

Poco le costó a la hermosa y picaresca sílfide trocar, de calmo, en verdadero volcán el entendimiento del ingeniero.

Un día, a las 4 p.m., la nueva pareja se alejaba de las costas nortinas, a bordo del Aysén, en demanda de Valparaíso, nuestro puerto principal.

¡Pobre capitán! Pero no es cosa sana hablar de lamentos y de negros dolores.

Santiago.

Paulette no tenía ojos para mirarlo todo. Quería mirar tanto, tanto, que el honesto Wellmington empezó a nota que él no tenía el suficiente dinero como para mostrarle todo a su dulce amada. Sin embargo mostraba el buen hombre. Mostraba por aquí, mostraba por allá, por todas partes, por todas las que él podía. Y Paulette, seamos justos, le agradecía, lo besaba y a sus oídos juraba no olvidarlo jamás.

Pero hete ahí que en tantas idas y venidas, Paulette conoció a un rico ganadero pampero que obedecía al nombre de Pueyrredón y que a pesar de llevar tal nombre y de ser pampero, tenía en toda su persona, cosa abracadabrante, el aspecto de un rico ganadero pampero.

¡Otras tierras! ¡Cruzar cual veloz serpiente las nevadas cumbres de los Andes! ¡Y dinero sonante y brillante a porfía!

¡Tuuuuuh...!

Partió el trasandino.

Wellmington, ingeniero mío... ¡Calla boca, calla boca!

Mi novela o narración se ha desplazado por la ineludible fuerza de los acontecimientos más allá de nuestras fronteras. Debo interrumpirme altanero, el pecho enarcado, los ojos feroces, alto el acero o la pluma si de ellos se ha menester.

No se tome esta interrupción como malquerimiento a la nación hermana y vecina, nación que merece todo mi respeto. Vivo está en mí el sacro recuerdo del abrazo de esos dos superhombres, llamado el uno don José de San Martín, llamado el otro don Bernardo O'Higgins. Pero soy de esta tierra, en ella vivo, en ella he de morir. Un solo lema, una sola palabra ha de guiar mi pluma y mi espada y mis pasos y mi fe y mi cultura y mis anhelos y preocupaciones y voliciones e instintos; una sola y ella es la noble, la excelsa, la santa palabra de

Chilenidad

Lo que ahora ocurre entre Paulette y Pueyrredón no ocurre en el caro suelo que me vio nacer. No he menester de entrometerme en cosas y vidas trasfronterinas. Quiero, debo y puedo, como todos mis conciudadanos, arrancar de este suelo, nada más que de él, la inspiración y el ejemplo. Hundirse podrán los cinco continentes. Nosotros aquí ya lo tenemos todo, ya estamos pletóricos de grandiosidades, de nada ni de nadie necesitamos, ya podemos seguir nuestro andar navegando sobre las llamas de un volcán.

¡Viva Chile!

Pero hete ahí que en este Chile pasaron diez años, pasaron veinte años, pasaron treinta años.

Cierta vez corría el nocturno del Sur con rumbo a Santiago. En el vagón comedor se juntan en la mesa N^o 6 cuatro viajeros. El destino —que siempre tan solícito se ha mostrado con nosotros los hombres de pluma (sobre todo cuando tenemos talento)— hace que uno de ellos sea un viejo librero; el segundo, un coronel retirado; el tercero, un ex ingeniero de minas; el cuarto, un forastero y entrado en años y, al parecer, millonario.

Los dos primeros se reconocen y entablan conversación. Luego la conversación se hace general. Los ricos vinos chilenos van desatando las lenguas en el orden indicado.

Bebe el librero y habla de Pilipoli y de su triste fortuna. Bebe el coronel y, por asociación de ideas, habla de Quicocaco. Bebe el ingeniero y, por igual procedimiento mental, habla del Aysén. Bebe el forastero y, por idéntica causa psicológica, habla del trasandino.

Llora luego el primero; lo sigue el segundo; lo sigue el tercero; y el cuarto que, pocos meses después de cruzar los Andes sufrió la misma suerte que sus compañeros de mesa, lo sigue también.

Los cuatro han comprendido.

¿Qué creéis vosotros, queridos lectores, que aconteció entonces alrededor de la mesa N^o 6? ¿Acaso que los cuatro se fueron a las manos y se abofetearon sin piedad? Nada de eso. Veréis:

Las cuatro diestras de los cuatro machos deshonorados se juntaron sobre el centro de la mesa 6 y, empuñándose fieramente mientras los rostros palidecían, juraron vengarse de la pérfida y pútrida meretriz.

La capital.

Salen los cuatro en busca de la traidora.

El uno como galgo, el otro cual podenco, éste convertido en perdiguero, aquél trasmutado en lebre; los cuatro se lanzan y se lanzan, husmean, averigüean, acechean, espiean, interroguean, alertean, detectivean...

Y encuentran.

Paulette, mísera Paulette, vive en el N^o 107 de la avenida de la República, 3^{er} piso, departamento F; teléfono: 99012.

Allá parten.

Lleva el librero su revólver, de noche; el coronel, su pistola de servicio; el ingeniero, su regla metálica de 1 metro; el forastero, su revenque.

La suerte de la pícara ramera ha sido sellada.

Pero hete ahí que, al acercarse a su domicilio, atónitos los deja el espectáculo que frente a la puerta se desarrolla:

Frente a la puerta una negra carroza funeraria espera al cliente y varios servidores acarrear coronas y más coronas. Luego enlutados personajes llevan un sarcófago y en la carroza lo depositan. Un minuto después, el cortejo se pone en marcha.

Paulette ha muerto.

Ante tan macabro cuadro, ¿qué creéis, amados lectores, que los cuatro hicieron? ¿Lanzarse a despedazar el sarcófago y la carroza? Nada de eso. Sabréis:

Los cuatro, ante el misterio del más allá, juraron perdonar. Los cuatro llamaron un taxi y siguieron el triste sepelio.

Llegaron hasta su tumba.

Cuando los deudos se alejaron, los cuatro, que llevaban –fuera de sus armas y gracias a esa admirable bondad que el destino nos depara a nosotros los literatos (sobre todo, repito, cuando tenemos talento)– un ramillete de lirios cada uno, dejaron caer este dicho ramillete sobre la pecadora redimida y luego, a pasos lentos, retornaron a la metrópoli, retornaron cabísticos y pensabajos.

Y hete ahí que después de este trágico e inesperado final, fueron los cuatro muy felices y vivieron largos años de salud y de bonanza.

Que siempre la virtud se premia y el vicio se castiga.

AMÉN

Por último, y después de las consabidas felicitaciones nuestras, don Antenor Lentejuelas nos leyó su tercer cuento asegurándonos que era de otro estilo. Se acomodó debidamente y leyó así:

Tuga el tabulador

Tuga se había llevado cuanto poseía de muchas maneras diferentes pero, tal como nosotros lo suponíamos, era demasiado desconfiado. Por eso no encontró el tesoro.

Deseo siempre de servirme, yo pensaba que con su ayuda y con todas las indicaciones necesarias para volverlo a encontrar, habríamos estado dispuestos a jurarlo con el fin de proceder rectamente hacia el escondite indiferente. Mas era fácil leer en sus ojos recíprocos. Toda la malicia que Tuga empleaba sólo logró hacer condenados a trabajos forzados como también hilachas de conocimientos médicos.

Hay que ver, además, que el Duque tenía a sueldo gran número de soldados que intercambian algunas palabras cogiendo cada cual sus armas.

Tuga, mientras tanto, trabajaba en la botica de Floridor. Se esforzaba por servirme, sin prestar oídos ni importantes ni felices, pero oídos que no querían escuchar a su modelo, fuese éste cual fuese, estuviere tendido o pobre, se levantase la mujer o cayesen los sarcófagos. Pues, en el momento en que el Duque llegó a caballo, quedó admirablemente puesto frente a esas casas y al jardín bordeado de setos espinosos.

Reflexioné asomado a una de las ventanas del granero. El lúgubre aspecto del edificio fue hecho a conciencia. Eran cerca de las 11 de la noche. Tuga era un muchacho muy inteligente y muy ordenado, y pensaba detallar los corredores y pasadizos. Floridor quería, en cambio, una pequeña cruz escarlata. Cuanto al Duque sólo soñaba con las s finales de la deducción haciendo algunas notas que se dirigían más a sí mismo que a Tuga, que a Floridor o a mí.

Hay que tener presente también que, por las tardes y a la luz vaga del quinqué, leíamos y comentábamos a Eurípides, el último de los tres grandes poetas trágicos de Grecia; y que

tal poeta nos fue siempre, a todo momento del reloj, como un río muy ancho, muy profundo y que no tenía, para ser atravesado, sino una fórmula, una teoría.

Floridor, que en aquel instante nos guiaba, dejó la linterna. Tuga, entonces, cogiéndola, la balanceó lentamente. Pude ver, acto continuo, que el Duque venía hacia nosotros en compañía del Obispo.

—¡Ha sucedido una desgracia! —gritó el Duque.

—Entremos en casa —propuse yo.

—Cuando este hombre mató a Pompeo —siguió el Duque indicando al Obispo— le asestó dos puñaladas en la garganta, a pesar de que ésta se hallaba defendida por diez de mis soldados armados de un cuarto de hora cada uno. Pompeo, sin proferir ni una sílaba, cayó.

—¡Sí! —exclamó Tuga—. ¡El señor Obispo cometió ese crimen para ir tras el gran tesoro!

—Lo creo —repuso el Duque—. Si así no hubiese sido, Pompeo habría exhalado por lo menos una sílaba por encima de su garganta y de los diez soldados.

—¡Entremos en casa! —volví a proponer, ahora con apremio.

—¿Y si sucede otra desgracia? —preguntó el Duque.

—Entremos en compañía del Obispo —dijo Tuga, volviendo a balancear la linterna que Floridor, aburrido de su papel de guía, había dejado momentos antes.

Nos embarcamos, entonces, en una fórmula en forma de teoría y, remando al compás del único reloj visible, cruzamos el ancho y profundo río: de pie sobre la ribera opuesta, y teniendo un quinqué en la mano, esperábanos Eurípides, el último de los tres grandes poetas trágicos de Grecia. Era ya tarde.

El Duque soñaba con el arabesco de una *s* y deducía algo que no era para mí como tampoco para Tuga ni Floridor. Porque Floridor estaba ahora escarlata como una cruz; y Tuga, plétórico de orden, ordenaba su inteligencia por corredores y pasadizos.

Dieron las 11. Mi conciencia fue, al instante, edificio de aspecto lúgubre. Desde el granero una ventana me asomó a mis propias reflexiones.

Luego vimos un seto espinoso bordear la casa y el jardín que quedaron así, en un momento, admirablemente puestos a caballo sobre el Duque. Entonces los sarcófagos se levantaron y una mujer cayó, quedando pobre y tendida.

¡Era la modelo de Tuga! Era aquella que no escuchaba ni con felices ni con importantes oídos, aquella que, en la botica de Floridor, esforzábese, mientras tanto, en trabajar a Tuga sirviéndome.

—¡Cada cual a las armas! —ordenó el Duque con entrecambiantes palabras.

Y nos convertimos en soldados suyos, siendo pagados con gran número de sueldos.

Hubo que ver, entonces, cómo se deshilaron los conocimientos médicos. Los trabajos forzados lograron hacer condenados y Tuga empleó su malicia leyendo, con ojos de reciprocidad y fácilmente, la indiferencia del escondite.

Procedimos rectamente a jurarlo con el fin. Dispuestos quedamos ya que habríamos estado encontrando las indicaciones necesarias de una ayuda que yo pensaba, deseoso de servirme siempre.

El tesoro no encontró desconfianza demasiada. Lo suponíamos. Diferentes maneras, muchas maneras, poseía cuanto Tuga se había llevado, Tuga, ¡Tuga el Tabulador!

FIN

Así nos leyó don Antenor Lentejuelas. Las felicitaciones le llovieron. Entonces Lentejuelas nos dijo:

—Mis dos primeros cuentos son de una forma literaria. En el tercero la cosa cambia. Hay en él una búsqueda curiosa que me ha de llevar a incalculables dimensiones. No puedo decir más por hoy. Señoras, señoritas y caballeros: muy buenas noches.

Luego nos retiramos todos.

Florencio Naltagua nos dejaba vivir y, según don Antenor, crear.

—¡Creemos, Marul, creemos!

—Creemos.

74

Misiones en Melichaqui, el fundo de la familia Romeral. En el Club Cero hemos charlado largamente sobre ellas. Habían asistido Tiburcio Azapa, Teófilo Borneo, mi primo, y Hans Interlaken. Salvo este último, estuve con los otros dos en el Club donde Tiburcio me había invitado. Estaba además con ellos Hilario Quinchao. Ahí, pues, vi desfilar a la familia Romeral: don Plácido, doña Plácida, Higinio y Agripina, es decir Yoni. Conocí a un señor más: don Manrico Cocalán; y a dos frailes más: el padre Froilán y el padre Protasio. Todo esto entre grandes multitudes que la labia de Tiburcio y los comentarios de Teófilo le daban un verdadero realce que crecía con las notas de ira que le lanzaba Hilario Quinchao.

Encontrarás extraño que un hombre del Club Cero, como es Tiburcio Azapa, asista a misiones. Tú sabes, Marul, que Tiburcio es un hombre curioso hasta la saciedad; donde puede observar, allí lo encontrará; además casi todo el mundo se conoce aquí; los Romeral querían que asistiera a este acto trascendental, según ellos, con la esperanza de que se convirtiera... Ahora verás cuál fue su conversión.

¡Melichaqui! ¡Estación de Pisarranas! ¡Qué de evocaciones me trajeron estos nombres! Artemio Yungay me apareció junto a esa terrible mujer que es Tártara Tigre. Vi su paseo a caballo por la avenida de los Membrillos, vi al caballo mulato, el Despiporren, y a la yegua alazana, la Repanocha. Vi a Agripina, a Yoni, la asesina; vi el cementerio con los restos de Tártara Tigre; a mis oídos sonó varias veces esa trágica palabra de "necrofilia"...

Llegaron una mañana, a la estación Pisarranas, los tres invitados: Tiburcio, Teófilo y Hans. En ella los esperaba Higinio. Juntos se fueron a las casas de Melichaqui donde la familia, en masa, los recibió con grandes muestras de alegría. Había además un invitado: Manrico Cocalán. Es éste un hombre de unos 60 años, más bien alto y grueso, fornido y, contrastando con ese aspecto, francamente bonachón. Pocos días después llegarían los misioneros, los padres Froilán y Protasio.

Durante la comida y luego en el salón del fundo se volvió a reanudar la discusión sobre estas misiones. Ahora, es claro, ellas se harían y no había más, pero cada cual conservaba su opinión al respecto.

Dividió Tiburcio a aquella gente en tres grupos bien definidos: 1º) Don Plácido y su hijo Higinio; 2º) Doña Plácida y su hija Yoni, o sea Agripina; 3º) La mayordoma del fundo, la Simeona, rodeada de sus innumerables huestes. Cada grupo, por cierto, se extendía, se desparramaba fuera de sus límites. La lucha había sido cruenta. Había habido necesidad de la aparición de don Manrico Cocalán para que se implantara la paz con la decisión inapelable de: "se harán misiones".

Demos ahora la palabra al grave de don Plácido con el subrayado de las aprobaciones de su hijo Higinio.

—Me opongo a estas misiones. Ellas son contrarias a los altos principios que sustentan. Soy radical, sí, señores, formo parte del partido radical. Estamos, pues, en contra de la frailería. No se puede mantener una idea públicamente y, en casa, practicar lo que a ella le es adverso. Esto ¡no es posible!

—¡Muy bien dicho, papá!

—La religión es un cúmulo de rastros que quedan de épocas ya pretéritas. Tal cúmulo no se aviene con el feroz, sí, señores, el feroz avance que hoy día se produce. Ella es un llamado hacia atrás, ni más ni menos, hacia atrás.

—¡Bravo, papá!

—¿Cómo quieren ustedes que estas tierras de Melichahui sean el albergue de un retroceso? ¿Y mi nombre? ¿Y mi actuación de toda una vida? ¿Y el sin número de correligionarios que me apoyan con sus ideas? ¿Y los que atentos están en espera de mi voz? ¿Puedo, acaso, tener ante ellos, lo repito, una actitud y, a sus espaldas, tener otra? ¿O quieren ustedes que los invite a estos campos para que compartan con esos frailes sus nobles ideas? ¿Eso me piden?

—¡Esto te piden, papá!

—Pues entonces yo no lo acepto ni lo aceptaré jamás.

—¡No aceptes, papá!

Doña Plácida tejía; Agripina arreglaba los discos del fonógrafo; don Manrico Cocalán leía.

Doña Plácida dijo:

—¡Ay, ay, ay! ¡Qué de palabras, Dios mío!

—Palabras que encierran el ideal por el cual se lucha; palabras que encierran el ideal de nuestro acerbo partido radical.

—¡Acerbo y acerbo, papá!

—Vives tú, Plácida, y vives tú, Agripina, alejadas de la cosa pública y de sus terribles y diarias lidias, lidias dignas de los más arduos momentos de la universal política. Ven ustedes unas misiones como un pasatiempo, como una inodora e insabora costumbre de los campos que en nada puede tocar estos ideales que nos sustentan ni menos alcanzar el seco combate en que hoy estamos sumergidos. Debieras, hija, debieras, hijita, debieran ambas interesarse en la cuestión pública. De ella depende nuestra elevación y a ella está sujeto el destino de este fundo de Melichahui. Si tal cuestión la descuidamos, una tremenda tolvenera lo cogería y entonces, ¡ah!, entonces... ¡será el adiós, el para siempre adiós!

—¡Sí, el adiós, el para siempre adiós, papá!

Doña Plácida preguntó a Agripina:

—¿Cómo se llama eso de que te hablé hoy por la tarde?

—La deformación profesional, mamá.

—Eso es, Plácido, eso y nada más: la deformación profesional. Es tu profesión la política... La deformas de tal manera que cuanto ocurre un poco más allá ni lo ves, hijo, ni lo ves. Pero te lo digo y te lo repito: hay cosas que hay que hacer, sí, hijo, que hay que hacer. El mundo no es sólo ese partido radical que tanto te preocupa. Existe la sociedad y existe en forma contundente. Tú lo sabes muy bien, prueba de ello es...

—¿Qué cosa? —preguntó severo don Plácido.

—¿Qué cosa? —repitió Higinio.

Doña Plácida, después de un rato, respondió:

—A este fundo vienen de visita no sólo miembros del partido radical. Es todo.

Agripina aprobó:

—No sólo del partido radical, mamá; vienen otros y otros que nada tienen que ver con ese partido, mamá.

—¡Sí lo sabré yo, hijita, si lo sabré yo!

—¿Y qué? —preguntó severo don Plácido.

—¿Y qué? —repitió Higinio.

Un rato de silencio. Al fin don Plácido, desde lejos y con tono protector, habló pausadamente:

—Has hablado de deformación profesional. ¿Qué es ella? ¿En qué deformato y qué deformato? El partido radical es mi vida, si por vida debe entenderse, como entenderse debe, nuestra primera y casi única actividad. He dicho "casi". Ahora lo quito y lo quito. Lo demás no alcanza a merecer ese título de "actividad". Ello es el rodar del existir, del existir sin el cual nada podría ser. Porque has de saber, hija, como tú también Agripina, que existir y ser son sinónimos, en cierto sentido. ¡Dejar paso, pues, al existir! ¡Déjalo que exista! ¿Voy yo, hombre mísero—fuera de mi partido, se entiende—, a pisotearlo hasta que desaparezca? ¡No! ¡Déjalo que exista! Ahora bien, me pregunto y a ustedes les pregunto: ¿en qué consiste este existir, en qué? ¿En qué consiste este ser o existir que nos rodea y nos agobia? Consiste en el desenvolvimiento de aquello que nos rodea; ni más ni menos; en su desenvolvimiento. ¡Atajarlo, desvirtuarlo hasta anularlo! Es nuestro deber, nuestro sagrado deber, nuestro supersagrado deber. En él yo estoy como miembro de mi partido, en él estoy atajando, desvirtuando hasta anular.

—¡Bravo, papá! —gritó Higinio—. ¡Has hablado maravillosamente! ¡Atajar, desvirtuar hasta anular...! ¡Viva el partido radical! ¡No habrá misiones!

Doña Plácida dejó su tejido y se encaró a don Plácido diciéndole:

—¿Quiéres explicarte mejor? A Melichaqui vienen conservadores de visita y son recibidos por ti y por Higinio... en fin, casi de rodillas.

Don Plácido sentenció entonces:

—Ya que te opones a esta verdadera tolvenera, no habrá ni asomos de misiones y no... no... no vendrán más esos conservadores a visitarnos.

Pero Agripina estalló aquí en una risa desenfrenada:

—¡Ja, ja! ¿No vendrán más? ¡Ja, ja! Si no vuelven, papá, ¿te das cuenta adónde iría a parar tu tan lindo Melichaqui? ¿Quién ha hecho y hace surgir este fundo? ¿Son tus radicales? Dímelo, por favor, papá, ¿son tus radicales? ¡Ja, ja!

Doña Plácida con gesto altanero:

—Son los conservadores.

Un silencio enfadoso. Al fin Agripina:

—Quisiera ver lo que sería de este Melichaqui sin los conservadores y, además, quisiera ver... quisiera vernos sin ellos.

Don Plácido se sentó agobiado tomándose la cabeza con ambas manos. Luego susurró:

—¡Oh, qué monserga, Dios mío, qué monserga!

—Evocas a Dios —gritó riendo nuevamente Agripina.

—Sí, lo has evocado —sentenció doña Plácida.

Entonces don Plácido hizo un esfuerzo para poner las cosas en su debido sitio:

–“Dios mío” es una expresión de la lengua castellana y nada más. Ahora vean que hay dos puntos que son diferentes, diferentísimos: uno de ellos es la cuestión pública-política; el otro es el punto de las relaciones sociales. Éstas debo cultivarlas para surgir, para llegar hasta el pináculo y, una vez en él, entonces... ¡el partido radical dará cuenta de los conservadores! Por el momento vienen ellos, vienen los conservadores. Hay que saber darles gusto pero sin llegar a aquello que es un abandono de nuestro ideal. Hay que saber quedar en su sitio. Así pues, me opongo a las misiones.

Higinio:

–¡Nos oponemos a las misiones, papá!

–¡No, hijo, no! –gritó doña Plácida–. Si quieres algo con los conservadores, habrá y habrá misiones.

–¡Habrá y habrá misiones, mamá, habrá misiones!

De pronto don Manrico Cocalán despertó de entre las páginas de su libro:

–Nada he oído sobre la opinión de la gente de este fundo. Al fin y al cabo las misiones se hacen tanto para la sociedad conservadora como para la gente de este fundo. Sería importante saber lo que piensa sobre las misiones la gente de este fundo.

Higinio dijo:

–La gente de este fundo, como, por lo demás, la de todos los fundos no tiene voto. Son unos roteques y nada más que obedecerán a la voz de los patrones como buenos roteques que son.

–¡Arribista! –le gritó Agripina.

Don Manrico Cocalán siguió:

–Hay que tomar en cuenta a la gente de este fundo o, al menos, al menos... al menos consultarlos. No a todos, naturalmente, pero sí establecer un contacto con ellos, por ejemplo, con el administrador o con el llavero o con la mayordoma. Es conveniente consultarlos pues para ellas y la gente conservadora se hacen estas misiones. Así es que bueno es consultarlas.

–¿Quiere consultarlas, don Manrico –preguntó Agripina al punto–, quiere consultarlas? Muy bien, lo sabrá.

Salió unos instantes del salón y volvió con la Delfina, la mayordoma del fundo.

Era la Delfina una mujer gruesa, de graves palabras. Apenas se dio cuenta de qué se hablaba dijo:

–Sí, patrón; sí, patrona; ya luego empiezan las misiones y harta falta que hacían en estas tierras. La gente está descreída y hay que hacerla creída. El padre Froilán y el padre Protasio lo harán. En los fundos en que la gente es descreída todo va mal, desde los hijos hasta las cosechas. El padre Froilán y el padre Protasio lo saben.

Higinio le gritó:

–¡Esas son ideas tuyas, Delfina! ¡Nada más que ideas tuyas! Los roteques –llámame “arribista” si quieres, Agripina– no hacen más que obedecer y las misiones son una fiesta para ellos.

–Una fiesta es la algazara, mi señor don Higinio –dijo la Delfina–. Las misiones son un acto de contrición que nos lava de nuestros pecados.

Agripina sentenció entonces:

–Que las misiones nos laven o no nos laven es otra cosa, pero hay que vivir en el mundo en que estamos. ¿Saben ustedes de dónde vienen los padres Froilán y Protasio? Pues sepan que vienen de San Gomo donde se acaban de hacer misiones. ¿Y saben ustedes adónde

irán después? A Lo Yrureragoyanagorigoitía donde se harán misiones también. Melichaquí tiene que ser un fundo como esos fundos, con misiones y con todo. ¡No hay más!

Don Manrico Cocalán dejó su libro y se levantó. El hombre entonces habló:

—Olvidan ustedes, Plácido e Higinio, la razón. Hay que tener en cuenta lo razonable...

—De otro modo, ¡despídete, papá, de la sociedad!

—... lo razonable. ¡Dónde está ello! En la voz del pueblo. Hay que hacer lo que él desea. El pueblo pide misiones. ¿No es así, Delfina? Entonces seguir su pedido es lo razonable, y se hacen las misiones. ¿Creen ustedes, Plácido e Higinio, que en el partido radical no van a entender lo que los ha movido a hacer las misiones? Sí, Plácido; sí, Higinio; lo entenderán y lo pasarán por alto. El campo, hoy día, pertenece en su mayoría a la gente conservadora y a sus secuaces. Hay que estar bien con ellos, bien con ellos. Ahora las misiones son una cosa para las mujeres. Las mujeres no militan en los partidos políticos. ¡Déjenlas que vivan su vida! Puedes muy bien, Plácido, para el día en que lleguen el padre Froilán y el padre Protasio, puedes muy bien pretextar un viaje cualquiera, una ausencia, el partido que te llama o cualquier cosa. Puedes hacerte acompañar por tu hijo, por ti, mi buen Higinio, y entonces... ¡santas paces! Todo así queda y quedará en su sitio.

—¡Alabado sea el Altísimo! —dijo la Delfina santiguándose con fervor—. El señor don Manrico lo ha dicho...

—Y a honor lo tengo de haberlo dicho —pronunció con gravedad don Manrico—. ¡Lo razonable y lo razonable! Compréndanlo ustedes, Plácido e Higinio, compréndanlo ustedes, compréndanlo.

Total, compañeros, las misiones se harían, las misiones tendrían que hacerse.

Yaquí abramos un paréntesis: Agripina Romeral, Yoni.

¡Se harán misiones! Vendrá al fundo el padre Froilán y, con su voz de trueno, lanzará sus anatemas sobre nosotros los pecadores, sobre los que no guardamos con fidelidad los santos preceptos de la Iglesia Católica Apostólica y Romana; vendrá al fundo el padre Protasio y, charlando amenamente y con frases ligeras que llevan a la risa, lanzará también sus anatemas en contra de los que se alejan del santo camino que la Iglesia Católica Apostólica y Romana nos muestra como único para ir a la salvación. La gente, sobrecogida por sus palabras, se plegará a ellas, temerá y se arrepentirá.

¿Y Yoni?

También sobrecogida temerá y se arrepentirá. La cabeza gacha, los ademanes mesurados, la voz vaga y suave marchará tras los misioneros, escuchará con sumisión sus palabras y los seguirá, contrita, en sus procesiones. Así recibirá de ellos la santa y muy santa absolución.

Pero sus ojos arderán. El espectro de Tártara Tigre la acompañará a todo momento desde su tumba.

Llegarán a la entrada de la avenida de los Membrillos y algo avanzarán por ella y toda ella se llenará con los cánticos piadosos de la multitud acompañando las voces de ambos frailes.

Yoni cantará también.

Cantará hasta la noche, hasta que Melichaquí entero se ilumine con los cientos de velas que en él se encienden.

Entonces se hará viva en ella la voz que, durante el día, la había acompañado, la voz que susurraba junto a los truenos del padre Froilán y a las sátiras del padre Protasio, la que siguió a su lado bajo los membrillos, la que no la abandonó ni un solo instante:

"Yoni ya lleva sellados, hasta la eternidad, sus labios con la sangre de Tártara Tigre".

Todas esas misiones se teñirán por bajo, muy por bajo, con esa sangre. En ellas se respirará un hálito sanguíneo que Yoni desprenderá en medio de sus ademanes mesurados.

¿Pero qué sabrán de ello los padres Froilán y Protasio? ¿Y qué la multitud que los sigue? Irán, todos ellos, envueltos por un nimbo que no dejará traspasar ni un rayo de las verdaderas cosas que se cometen en este mundo.

Así irán, así elevarán sus oraciones al Altísimo mientras, solapadamente y sonriendo, Yoni y sus semejantes también elevarán sus oraciones de agradecimiento al Altísimo.

Entonces Yoni absolverá a Artemio Yungay. Luego irá hacia su amiga y cómplice, Cuncuna Ruibarbo, y juntas... juntas... ¿Qué harán juntas? ¡Nada! Charlarán de esto y aquello, comentarán los últimos acontecimientos y... nada.

Sus labios están, hasta la eternidad, sellados con la sangre única de Tártara Tigre.

Los padres Froilán y Protasio nada sabrán. Es mejor que nada sepan.

Hagamos silencio y sigamos el camino hacia el Altísimo.

Habló Teófilo Borneo.

Teófilo es un hombre que pasa por dos épocas diferentes en su vida. Creo que su voluntad entra en juego en ellas: 1) Una época de seriedad, en que toma cuanto ve y le acontece con suma gravedad, de manera trascendental y lo estruja cuanto puede: 2) Una época de risa, echándolo todo a la chacota, haciéndolo resbalar pues nada importa nada.

Estaba ahora en su primera época. Nos dijo:

-¡La fe y los frailes! ¡Los frailes y la fe! Es algo horrible, algo hecho para desconectarnos de los altos principios. ¡Hasta donde se llega, hasta donde se llega! Poco antes de ir a Melichaqui pasé a ver a Facundo Doñihue. ¿En qué estaba Facundo? Muy sencillo: haciendo un enorme dibujo para un fresco encargado por la familia Angamos. ¡Naturalmente un fresco piadoso, como ellos dicen, y además... medieval! Representaba el descendimiento de la cruz. Cristo era descendido en medio de una serie de gente. ¿Quiénes eran estas gentes? Ni más ni menos que la familia Angamos en masa, iguales, idénticos, tomados de fotografías, pero vestidos todos a la usanza de la Edad Media... ¡Sí, compañeros, a la usanza de la Edad Media! Y esto no es nada: todos ellos... ¡con aureolas! ¡Santificados en vida! ¡Había que ver la importancia, la rigidez de don Iñigo, de don Iñigo Angamos! ¡Había que ver la inmensa aureola que lo adornaba. Y don Iñigo, por cierto, conservaba sus bigotes...

"Esta ha sido la causa: los bigotes de don Iñigo: el Gobierno se quiso mezclar en el asunto. ¿Pueden o no pueden anticiparse las aureolas? Al fin y al cabo este fresco iba a ir a la Asunción, un sitio público, ¡qué diablos! Inmediatamente se interpuso el Convento de los Jerónimos. ¡Esto era asunto de él y de nadie más que de él! Reunión en el Convento, alta reunión, presidida por el Superprior y por el Contraprior. Se discute, se rebate y debate. Al fin el permiso es otorgado: la familia Angamos es una familia respetable e imbuida en la fe... ¡Tienen derecho de llevar la aureola en vida! ¡Tienen derecho a la santidad! Pronto los podremos ver en un fresco ornando la iglesia de la Asunción...

Entonces, haciéndonos un dibujo, habló Hilario Quinchao:

-Compañeros: Se busca y no se encuentra el eslabón perdido entre el hombre y el antropoide. Se le busca en línea recta. Aquí está lo malo. La línea de búsqueda debe ser curva, una gran línea curva que, partiendo del hombre, baje hasta un nivel inferior al del antropoide. Luego sube y llega a éste. En su punto inferior, en el punto más bajo, ¡ahí

están los creyentes y sus frailes; ahí están los nazis! ¡Ah, compañeros, no siempre la línea recta es la mejor! Los creyentes y los nazis... ¡forman el eslabón perdido!

“Pongamos ahora una escala de valores. A la altura del hombre, del gran hombre, pongamos un 10; bajemos hasta el 0. Y veamos: ¿Dónde queda el antropoide? ¡Ya lo ven ustedes! En el número 4, sí, compañeros, en el 4. ¿Y el nazi y el creyente? En el 0, ni más ni menos, ¡en el 0!

“¡Ah! ¿Curiosidades de la naturaleza? ¡Vaya y mil veces vaya por estas curiosidades! El espíritu burgués las llama “caprichos”.

“Sí, compañeros, caprichos que hay que mantener. ¡Por eso los mantienen! He oído hablar al tal Inigo Angamos como al tal Manrico Cocalán. Estos curiosos caprichos son mantenidos por ellos. Tanto el uno como el otro dicen a quienes quieren oírlos:

“—Es bueno que el pueblo esté donde está, es bueno que el pueblo crea; al creer, teme; al temer, obedece; al obedecer, trabaja; al trabajar... ¡se prospera!

“¿Quiénes prosperan, quiénes? ¡Ni para qué decirlo! ¡Se sabe! Se prospera con el sudor y con la sangre del pueblo, del pueblo. No hay más que alegrar: ¡sudor y sangre del pueblo!

Así, Marul, se habló en el Club Cero. Me alejé de él en compañía de Tiburcio Azapa. Después de un rato de silencio me dijo:

—¡Es necesaria la alegría en el trabajo! ¡Es necesaria la alegría por el trabajo mismo! Hay que redimir esta palabra noble de trabajo. Es, al fin y a la postre, el único y mejor bien del hombre. ¿Cómo llegar a ello? No hay más que una manera, Onofre: que terminen para siempre los explotadores.

75

He conversado largamente con Viterbo Papudo. Hemos pasado una tarde en su casa, calle de las Once Mil Vírgenes.

Lo primero que le dije fue:

—Viterbo, debes invitar a Damita X. Tienes algo espléndido para comer: tu pavo. El naranjo quedará sin su habitual ornamento pero es el caso de que, para mis clasificaciones de personas, no me gusta que haya dos de ellas con un rasgo común y menos aún si no es un pavo. Porque has de saber que Baldomero Lonquimay orna su abeto con otro pavo. ¿Qué van a decir mis futuros lectores? ¡Pavos, pavos y pavos! Es demasiado, Viterbo. ¡Mátalo y con Damita X nos festejaremos debidamente!

Me respondió:

—Hablas de más, Onofre. Mi pavo ya murió y fue, antenoche, devorado por Damita X. Sus restos —y gran parte de él pues era uno como no hay dos— se engulleron anoche. Puedes preguntarle a Desiderio Longotoma que devoró como pocas veces en su vida; además a nuestro insigne Stramuros que, a parte de músico, es un gastrónomo de primera calidad. Cuanto a Jacqueline, no lo hace mal en la materia; comió con un apetito sin igual. Pero pronto el de Baldomero Lonquimay tendrá su nuevo compañero o, mejor dicho, sus nuevos compañeros: tendré tres pavos, Onofre, y te prometo que tú formarás parte de los engullidores de ellos. Ahora hablemos de otras cosas.

-Por los próximos pavos, sí, hablemos de otras cosas.

Entonces Viterbo Papudo, el hombre frívolo que lee a Spengler, sonriendo me dijo:

-Has empezado a escribir tus Biografías y, para ellas, has empezado haciendo unas claves, es decir, catalogándonos a todos en secciones bien separadas. Has empezado mal. O has empezado como cualquiera, como habría empezado yo.

El otro día pensé en algunos de tus personajes y los clasifiqué, a mi modo, se entiende. Óyeme:

1. Lorenzo Angol: Pensé en Hamlet, es decir, pensé en la duda, en la vacilación. ¡El hombre lleno de cualidades y que esta indecisión detiene. ¿No habías pensado tú en Hamlet al querer escribir sobre Lorenzo?

2. Rosendo Paine: Es decir su doble porque... porque cierta vez Lorenzo, solo, así lo pensó. Es decir, doble de Hamlet, su terrible doble, ¿quién? ¡Prometeo! Ni más ni menos, ¡Prometeo! El hombre como un enemigo externo; el hombre que quiere vencer con una guerra.

3. Baldomero Lonquimay: La grandiosidad quijotesca en todo lo que es intención. A veces las lleva a la realidad, como en el caso de las hormigas. Al llevarlas brama y bufa como un desorbitado y de lleno se sumerge en el absurdo.

4. Desiderio Longotoma: ¡El eterno experimentador! Es el hombre curioso por excelencia. Siempre afable, siempre sonriente, siempre restregando sus manitos y moviendo los pies. Se diría que, como Rosendo, está atacado por un enemigo exterior pero que él, en vez de guerra, se divierte desmontándolo.

5. Teodoro Yumbel: Aquí estamos con el hombre que se halla a punto de encontrar y no sabe qué es lo que quiere encontrar; el hombre que recibe una verdadera cascada de otro mundo y carece del recipiente para recibirla. La eterna búsqueda de algo que se sabe que existe y en ninguna parte está.

6. Valdepinos: El moleador, el hombre del veneno, el ser terrible con demasiado ingenio que a cada cual trata de dar y dar su anafilaxia; sonriendo... con amargura. Porque hay en él mucha, mucha amargura.

7. El capitán Angol: El equilibrio bondadoso, el burgués al ciento por ciento con su sentido estático de la vida. Sobre ello se cierne un franco sentido de la tranquilidad salvo cuando hay que actuar porque entonces...

8. Taita Higuera: El vegetal, la tierra. Un hombre hecho de tierra y de vegetales.

9. Guido Guindos: El hombre desalmado hasta el crimen. Recuerda a la pobre Norca. Porque recibe la influencia de tanta sangre de matadero, de tantas vísceras, sin sospechar en su mala influencia. ¡Guindos! Un hombre alegre, después de todo.

¡En fin, Onofre, cuántas clasificaciones podríamos hacer! A cada personaje puedes cogerlo con pinzas y colocarlo donde mejor te parezca. Sin embargo... ¿Están mal las clasificaciones que te he hecho sobre algunos de nuestros conocidos? No; están bien como pueden estar otras y otras más. ¿Por qué no los dejas vivir y te limitas a narrar lo que hacen? En todo caso deberías empezar por catalogarte a ti mismo y entonces verías cómo se amplía aquel que podríamos llamar tu catálogo.

Me entretuve, después de pensar en tus personajes, en clasificarme yo, sí, yo Viterbo Papudo:

Me apareció, de inmediato, "el hecho gratuito", del que creo habla André Gide. ¿Te das cuenta cuántos hechos gratuitos nos acechan día y noche? ¿Ir a ellos, hacerlos?

Tú has estado en la Caverna Común. Yo, no. Pero he oído hablar de ella. Rubén de Lo me ha dado sobre esa Caverna largas y muy buenas explicaciones. Naltagua-también me ha hablado de ella. Hay allí un sitio en que nos bifurcamos, en que pasamos a ser un conjunto. De él vienen los que se llaman "hechos gratuitos": son cosas nuestras, de nuestro tubo, que no llegan a la conciencia de todos los días. Pero vamos a mí mismo; déjame catalogarme:

Soy el hombre de los imprevistos. ¿Serán tales? No, mi muy querido Onofre. Mis imprevistos son de mi verdadera naturaleza, son lo que en realidad yo soy. Ahora que para la vida... bueno, para la vida tengo otra manera de ser, aquella con que todo el mundo me conoce. Me desconecto de un tubo de la Caverna Común y me dejo balancear en otros tubos más ligeros, que son más como son los de la mayoría de la gente. Así se me deja en paz. Paso por frívolo, ¡qué hacerle! Paso por despreocupado, ¡qué hacerle! Hasta que... un imprevisto y quedan las gentes atónitas ante mí.

¿Quieres tú que hagamos otras clasificaciones? Basémonos en el crimen puesto que había un criminal en los personajes en que pensé: Guido Guindos.

Ponte ahora la idea fija del crimen; ponte el acento en esta tendencia humana: matar, deshacerse de quienes nos perturban. Habrías puesto como eje a Guido Guindos y de él, obedeciéndole, se habrían desparramado los demás. ¡Que no hay criminales en ellos! Pues entonces se fabrican según sus tendencias, según... ¿sabes tú qué? Según esos vagos impulsos que todos hemos tenido de que desaparezca un ser cualquiera, que muera ese ser que te perturba en tu paso por la vida, sí, que muera. ¿Cómo? Aquí vendría tu clasificación: yo lo mato; yo lo hago matar; se mata en un accidente deseado; se mata sin que ni tú mismo sepas la causa de su muerte. Entonces, ¡a estudiar los personajes! ¡A desenterrarles el instinto criminal que llevan más o menos solapado! ¡Oh, qué de cosas descubrirías! Llegaría un momento en que te encontrarías rodeado de criminales y, a lo mejor, el miedo se apropiaría de ti.

Es ésta una buena manera de clasificar, créemelo Onofre. No la eches en olvido.

También existe la clasificación por la grandilocuencia. ¿Un centro? Baldomero Lonquimay. ¿En quiénes no hay esta tendencia? Es la de llevarlo todo a regiones superiores y en ellas hacerlo sonar con ruidos ciclópeos. ¡Qué de cosas descubrirías! Los menos aparentes en tales regiones, como Teodoro Yumbel y Taita Higuera, te las harían ver. Las manejan de otro modo que nuestro amigo el gran Lonquimay, por cierto. Pero ese afán de encontrar lo grande, lo duradero en toda acción, eso inmenso que se esconde siempre... Y ese afán de no querer salir de su calidad de vegetal, de no ser más que uno con la tierra que pisamos...

¿Y los pavos, Onofre? ¿Por qué no clasificamos a los hombres según los pavos? ¿Por qué no? Aquí tendrías una dificultad para otorgar el centro: o Lonquimay o yo. Con él viven los pavos en paz, hasta les hará un monumento para su solaz; yo los mato y los devoro. ¡Mejor es él! ¡Tenemos un centro! Ahora vamos colocando a los demás, hasta el último, el menos pavófilo que se encuentre entre ellos. ¿Quién será éste? ¡Difícil, difícil encontrarlo! Porque en materia de pavos...

¡No, Onofre, no! ¡No dispongas así de los que somos tan vivos como tú! Estas clasificaciones me suenan... ¿sabes a qué? ¡A literatura y nada más que a literatura! ¡Es el defecto de ustedes los literatos! ¡Impedir que la vida, tal cual es, entre y penetre hasta el fondo! Quieren ustedes sistematizarla antes de vivirla o de verla vivir. ¡Pequeñeces y nada más!

Lo más que podrías hacer en esta cuestión es la de juzgar bajo otro punto de vista. Observas una marcha, ¿no es verdad? Obsérvala bien y verás que ella es o ascendente o descendente. Es muy raro que encuentres casos estacionarios. Sí, Onofre, hay quienes suben, quienes progresan; hay quienes retroceden, hay quienes se encuentran entre el semidiós y la bestia y sus miradas son atraídas por ésta.

¿Podrían estas dos corrientes de vida ser justificadas por aquello que, en *Blenda y Fel-despato*, nos dijo el Parlamento C? Recuérdalo:

“El delito mayor del hombre es haber nacido”.

Es la frase de Calderón de la Barca.

¡El delito mayor! ¿Crees tú que esta marcha es un cumplimiento del hecho de haber nacido? ¿Y crees tú que la determinación que se toma es consciente en el hombre?

¡No, Onofre! ¡Otra vez te digo: no!

Hay quienes van en marcha ascendente, como Lorenzo, sin ir más lejos; hay quienes van en marcha descendente, como Rosendo y como Valdepinos. ¡No hay más!

Mirémonos ahora; mírate tú, mírate bien.

¿A quién encuentras? ¿Cuál eres tú? Y otra cosa, Onofre; ¿cómo te ven los demás? ¿A quién ven en tí?

Con mucha y mucha literatura, ya has hablado de esto. Recuerda: Onofre Borneo y Álvaro Yañez. Agrega a ellos Juan Emar. Y agrega, sobre todo, al que agazapado vive y atisba bajo cualquiera de esos nombres. Y agrega más aún: a los que ven los otros y así eres juzgado.

¡Qué complicación, qué complicación! Es algo para volver loco.

Quedemos en que eres Álvaro Yañez y nada más. Después tú me dirás si te contentas en no ser más que él. Óyeme:

Nacido, en Santiago de Chile, el 13 de noviembre de 1893. En 1902 va al colegio alemán de herr Schlüter y, al año siguiente, vuelve a este mismo colegio. En 1904 tiene su primera gran pena: muere su hermana menor, Inés, que él llama Jateña. Van entonces de vacaciones a un fundo en Apoquindo, que administra un amigo de su padre, don Daniel Troncoso. Allí monta a caballo por primera vez. ¡Oh, qué encanto! Galopa. Su caballo es un mampato; ¿lo recuerdas? Vuelve a las casas y “pinta monos”. ¿Qué se habrán hecho esos lindos “monos”? Pero empieza el año y hay que ir a la escuela, no al colegio alemán, sino que ahora a los Padres Franceses. Sus primos se mofan de él: ¡los Padres Franceses, qué idea! ¡Hay que ir al Instituto Nacional! Pero también hay que hacer la Primera Comunión y para ello, ¿qué mejor que esos Padres? Al año siguiente iremos al Instituto Nacional. Y así se hace. Es el año 1905. Tu padre hace entonces su primer viaje a Europa. ¡Suenan por primera vez esa palabra de Europa a tus oídos! Cuando tu padre regresa ¡con qué concentración lo escuchas contar sus impresiones europeas! Y ahora vienen los años en el Instituto, el gran colegio de tus primos. Cada año se marca, a parte de tus estudios, por algunos hechos que te quedarán grabados en la memoria: 1906, muere tu primo Quico, ese primo tan querido, de algunos años mayor que tú. ¡Qué misterio es eso de la muerte! Hace algunos días que Quico estaba ahí en tu casa y conversaba y reía y te enseñaba a jugar al fútbol. ¡Pobrecito! ¡Murió! Después tu padre compra un fundo: Lo Herrera. Ahora habrá vacaciones aseguradas con amigos en la linda vida campesina, ¡qué demonios! Y el 16 de agosto de ese año viene el terremoto. Duermes en el coche que se hace enganchar rápidamente para ir a desengancharlo a orillas del Mapocho. Un tipo tocó fonógrafo toda la noche; había resplandores rojos en el cielo. ¿Recuerdas fonógrafos y resplandores? Viene

1907: allá en Buenos Aires fallece un tío tuyo, Álvaro Bianchi, Avo, como tú le decías. Hacía tiempo que no lo veías pero ¡qué de recuerdos te trae ese tío! ¡Era tu admiración, tu profunda admiración! Pero ya estamos en 1908. ¿Te das cuenta? ¡1908! Es en aquel fundo comprado por tu padre donde ello ocurre. ¿Cómo lo llamas tú? ¡Ah, sí! Onofre Borneo. Llega y se presenta en tu fundo. Es un hombre simpático, halagador hasta la exageración. Pero dejémoslo de bromas. En Lo Herrera haces tú tus primeros proyectos, tus primeros grandes, enormes proyectos para tu vida futura. Veo tu pieza sombría en las viejas casas: ahí estas tú, Onofre Borneo, encerrado con una libreta y un lápiz y escribes y escribes. ¡Oh, harás cosas inimaginables! Hasta que, hasta que... ¡Demonios, has cumplido ya los 16 años! ¡Qué linda edad! Y están los campos, la sombra de esas tres grandes encinas, el lejano cacarear de las gallinas... Tu primer amor... ¡El primer amor! Aquel que nunca se podrá olvidar. Ella es algo mayor que tú pero ¡es tan hermosa! Te comprendo cuando quedas embelesado mirándola. Pero en 1909 ha de cambiar la cosa un tanto: ¡Europa! En el puerto de Valparaíso te embarcas para pasar al otro lado, para pasar por el estrecho de Magallanes. Caes enfermo. Un tifo. No es broma. Tienen que desembarcar todos y esperar que sanes, en Buenos Aires. Pero en fin, sanas y sigamos. ¡Europa! ¡Altas y bajas! Me refiero a eso que a ti te gusta llamar con dos nombres, con el tuyo y con tu pseudónimo, es decir, Álvaro Yañez y Onofre Borneo. Ves París y Mont Dore; vas al colegio en Suiza, al liceo de monsieur Jaccard; luego vas a Italia. ¡Ah! ¡El palacio de la Señoría y esa capilla Sixtina! ¡Y el Vesubio! ¿Lo recuerdas? Ves además Niza y Londres con los funerales de Eduardo VII; y Berlín también lo ves. Hasta que, hasta que... ¡otra vez esas malditas enfermedades! Pero ahora son un poco diferentes, ¿no es así? ¡Qué demonios! ¡Pecados de juventud! Volvamos mejor a Chile. Traes la cabeza llena, llena de recuerdos fantásticos y en Chile te encuentras con que la gente tiene la cabeza llena, llena de comentarios fantásticos también: ¡el centenario! No se puede hablar con esa gente, no se puede. Pero ahí está tu segundo amor que parece esperarte. Te enamoras por segunda vez. Mejor dicho, caes enamorado. A ella vas a contarle tus recuerdos fantásticos con los proyectos que han hecho nacer. ¡Ante ella matarás a Onofre y aparecerá entero nada menos que Juan Emar! ¿Juan Emar? ¡Qué cosa más rara! ¿No preferirías ser notario...? ¡No, no, no lo prefieres! Entonces, separación y... hay un novio, hay un verdadero novio que, si no es notario, tiene un fundo. ¡Cuánto se sufre con esto de los amores! Pero hay que recibirse de bachiller y te recibes. ¡Adiós! Porque viene tu segundo viaje a Europa, con tu madre, esta vez, solos los dos. ¡Buenos meses parisienses! ¡Ya lo creo! ¡Buena ocasión para que Onofre se instale y se implante. Tu madre acepta todo, Y hay además otro amor que te da fuerzas y mantiene tu ánimo alerta: Isoletta. Conoces en la ciudad luz a José Backhaus, el pintor. ¡Qué bien habla ese hombre, qué bien sabe sumergir a un adolescente en el océano del arte! ¿Encuentras que exagero al llamarlo "océano"? Pero te has sumergido y ¡no hay más! Regresas a Chile hecho un pintor. ¿Serás un pintor? No vamos a discutir este asunto. Es justo que Juan Emar quiera tomar su sitio y no todo sea para Onofre. Con tu caja de pintura partes entonces para Zapallar, el lindo balneario. ¡Y viene otro amor, otro amor, otro amor...! ¿Hasta cuándo vas a tener amores, amigo mío?

Al fin no pude más y exclamé:

—Y tú, ¿hasta cuándo vas a seguir, Viterbo? Se diría que mi vida te pertenece, que eres tú quien ha vivido lo que yo he vivido. Pareces saberla de memoria.

Me respondió riendo:

—¡Cálmate, hombre, cálmate! El secreto de mis conocimientos es muy sencillo: yo sé mucho porque soy más simple que los demás.

Aquí nos despedimos. Me fui con la imagen de Viterbo metida en la cabeza. Ahora me irá a influenciar, a implantarse en mí como una idea fija. Para sacármela de mí pensé:

—¿Por qué, después de todo, lo dicho por Viterbo Papudo no lo dijo, por ejemplo, Lorenzo Angol? ¿Por qué?

Sin embargo, sin embargo...

76

Bueno, Marul, ahí, más o menos, tienes mi biografía. Hace tiempo dividí mi vida en Azul, Rojo y Gris. Ahora veo que sólo es mío el Gris. Te lo digo con toda lealtad. Viterbo me lo ha hecho ver. ¿Quién, entonces, quién es Juan Emar? Marul: tú podrás decírmelo porque Onofre Borneo ocupa un lugar absolutamente secundario. Es sólo un receptáculo que tiene conciencia, y nada más que conciencia, de lo que el otro piensa y de cómo actúa. ¡Qué hacerle!

¡Soy, seré Onofre Borneo! Pero hay en éste algo vago que se deshace. Aunque superior bajo todos los puntos es menos entero, menos *uno*. No tiene los derechos de Juan Emar de decir: “¡Yo!”.

Ese concepto que tenemos sobre la personalidad, sobre la individualidad, no calza con Onofre.

A Onofre lo siento viviendo, masticando lo que en realidad vive y mastica Lorenzo.

¡Bárbara! ¡Colomba! Y acaso también Guni.

Acaso no las he vivido yo. Entiéndeme bien: yo, Juan Emar. Han sido vividas por ese fantasma que llamo Onofre. ¿O es por Lorenzo? ¿O Lorenzo y Onofre no son más que uno y a mí, Juan Emar, se me presenta así?

Porque no hay duda: mi biografía es como Viterbo la ha dicho. ¡Qué pobre biografía! Ahora recuerdo lo que Lorenzo me dijo cierta vez. Ello vendría bien para Onofre:

—¡Qué contento estoy, qué contento debería estar con mi cabeza! ¡Piensa tan lindas cosas! Todas ellas están perfectamente armonizadas. Sin embargo no enchufan con mi cuerpo que sigue, sigue arrastrándose en la desesperanza. Mi cabeza y mi cuerpo son dos mundos separados. ¡Es el purgatorio, Onofre! A veces creo, como el amigo Teodoro Yumbel, que he cometido un enorme pecado, una culpa sin perdón. Pero, ¿dónde, cuándo, en contra de quién? Es en vano buscar. Tengo que sufrir esta culpa. Y mi cabeza, mi espíritu se cierne en lo alto, dominando un mundo tan bello.

De esto viene nuestra mutua melancolía: de una inadaptabilidad, de estar mal encajados en la vida.

Sí, Lorenzo, te entiendo. Al haberme mostrado Viterbo mi existir, después de todo hartito gris, te entiendo. Veo tu permanente desasosiego.

Lorenzo, una parte de ti quedó fuera, sin desprenderse para hacerse terrena y acompañarte en este paso por aquí. Una parte de ti quedó conectada con los tubos de la Caverna Común. De allí te trae y te traerá siempre una serie de ecos que se deforman al traducirse en tierra.

Es lo que te ha ocurrido en tu amor con Lumba Corintia. Al alcanzar la posesión de ella sentiste, justamente, la imposibilidad de todo alcance. Fue entonces el más horrible de los vacíos. ¡No lo niegues! Hubo un momento en que la odiaste y al mismo tiempo te tuviste que confesar que en ella, en la linda Lumba Corintia, no había culpa alguna. Ella era tuya, ella sabía entregarse sin dejar nada que no entregara. La falta estaba en esa parte tuya que pide y pide, insatisfecha siempre, pide y pide... ¿qué?

¡Lamento tu existir, tiemblo ante tu futuro, Lorenzo Angol!

Poseíste a Lumba Corintia con tu sexo queriendo poseerla con tu espíritu. Es el espíritu el que se conecta con los tubos de la Caverna Común. ¡Era tu ideal poseerla con el espíritu! Pero tu sexo dejaba oír su voz y hasta se sobreponía y dominaba. Por eso, estoy cierto, quedabas aterrizado ante el semen y también quedabas encandilado.

Sonabas entonces, sonabas:

¡Oh, tener la clave de una comprensión mayor! ¡Querías tener la clave o bien para ir al mundo del espíritu plenamente, o bien para traerlo de lleno a tu paso por este mundo!

Como a mí me pasó con Bárbara y con Colomba. Como a mí me pasó, creo, con Guni. Pero pienso que ellas no han existido, al menos para mí. Dime, Lorenzo, ¿han sido tuyas?

Ahora veo esa dualidad con Rosendo Paine. Querías, en el fondo, entregarle tu parte terrena. Querías formar... ¿cómo decírtelo?, querías formar un binomio, ¡oh, como el de Baldomero Lonquimay y Desiderio Longotoma! Podríamos preguntarnos qué binomio forman estos dos personajes. Pero no discutamos. Sentías que Rosendo era un llamado tuyo que, como todos los tuyos, no era oído. No discutamos, te repito, pero es el caso de que Baldomero y Desiderio se complementaban... para tu enfocamiento. Sentías que ustedes dos se complementaban *fuera*, en la parte que en ti ha quedado unida a la vida cotidiana.

¡Es espantoso bifurcarse, Lorenzo! ¡Siempre te ocurre! ¿Recuerdas un año nuevo o acaso dos años nuevos? Es un 1º de enero. Tú estás inquieto, casi abismado. ¿Por qué? Porque verificas que todos tus pensamientos y todos tus sentimientos son iguales, idénticos a los del año que acaba de terminar...

Esto te causó un malestar profundo, insoportable. ¿Por qué no se pasaba un umbral? ¿Por qué no se realizaba aquí materialmente lo que era tu constitución interna?

Caías entonces en tus años pasados. En tus libretas, que nunca te abandonaban, habías escrito:

"Hoy soy feliz y lo seré siempre".

¿Tú, feliz? No, amigo, no. Era sencillamente que un Onofre también penetraba en ti y entonces tú le preparabas la recepción. Te lo confesaré: yo también, en una libreta que me acompañó durante largo tiempo, escribí:

"Hoy soy feliz y lo seré siempre".

¡Qué conflicto!

Es el que nos sucede a los que mentalmente nos anticipamos a la evolución del cuerpo que tira y tira hacia él.

Total, mi buen amigo, tantos y tantos personajes, tantos seres reales convertidos en personajes, que son muy amados por nosotros, muy amados... personalmente. ¡Qué gusto da encontrarlos! Pero como personajes literarios fatigan y llegan a ser una verdadera obsesión.

Ahora me pregunto una vez más:

“¿Por qué lo dicho por Viterbo Papudo no lo dices tú; por qué lo que acabo de decirte no se lo dije a Viterbo?”

¡Viterbo! Es superior a nosotros. En este momento ha de estar elaborando su hermosísimo monóptero, un monóptero que sobrepase al del pavo que tiene Baldomero Lonquimay.

77

He conversado con Lorenzo. Lo que acabas de leer, Marul, se lo he explicado detalladamente. Lorenzo me ha dicho:

—¡El peso, el terrible peso de la vida! Es algo que me agobia. Todo a mi alrededor está bien y son muchos los que desearían estar como yo. Sé que cumplo mi cometido al pasar por la Tierra. Amo la vida. Sin embargo pesa un peso inmenso sobre mí.

“Hay un pecado que ronda y ronda a mi lado. ¿Qué pecado? No lo hay en ninguna parte. Tengo una vida pura.

“Tiene que ser un pecado cometido antes, antes del día de mi nacimiento.

Déjame, Marul, volver a mi idea fija: ¡las categorías!

Un pecado anterior que ronda. Hagamos, entonces, una nueva categoría de él, de Lorenzo, con Teodoro Yumbel.

78

Felizmente existe el taller de Rubén de Loa.

Felizmente existen Macario Viluco y su compañero Mamerto Masatierra.

Ahora la cosa es grave, es algo que ni tú, Marul, lograrías resolver:

—¿Puede dársele la mano al papa?

Con este tema llegó al taller Macario Viluco. Sobre este tema reía y reía Mamerto Masatierra.

Porque es una cosa muy seria sobre la cual no había que reír como lo hacía nuestro profesor de Castellano y Geografía. Macario pensaba volver a Europa e ir a Roma. Iría a ver al papa en audiencia especial. Al ser presentado a Su Santidad, ¿debería alargarle la mano? ¡Terrible problema! Macario lo ha consultado con todos sus conocidos.

—Sí, señor —han dicho los unos—, debe darse esa muestra de sumisión alargando la mano a Su Santidad.

—No, señor —han replicado los otros—, no debe darse esa muestra de confianza con Su Santidad.

Y los primeros han agregado:

—Dar la mano significa estar aliado al ciento por ciento, es ser todos uno solo, es el juramento de morir por la causa común.

Y los segundos les han contestado:

—¡No, señores! Ante el papa debe caerse de hinojos como prueba de la completa sumisión a nuestra santa madre la Iglesia Católica Apostólica y Romana.

¿Qué debe hacerse? Porque es verdad que ese gesto de dar la mano pesa apenas la cantidad de 0,01. ¡Sí, eso pesa! Pero tal hecho ejecutado por el mundo entero pasaría a nivelar la sacrosanta figura del Sumo Pontífice. ¡Y de eso y no de otra cosa se trata! ¡De nivelar esa falsa figura! Sí, señor, se la nivela ¿y qué? ¿Cuántos crees tú que quedan esperando y esperando el momento de poder aclamar la dignísima figura? El que iba a ver al papa sin su mano lista, no debe ir a ver al papa. Su gesto, al no dar la mano o al alargarla como se hace con un hijo de vecino, es nulo y nulo. ¡Hay aquí una equivocación! Su gesto es un ritual y no hay más. Debe, pues, lucharse en contra de los rituales, porque seguir con los rituales es obedecer a ellos. ¡Mueran los rituales! ¡No, señor, no tienen importancia alguna los rituales! La lucha debe ser hecha con masas organizadas. De otro modo es la chacota. ¡Debería matarse al jefe de la frailería! ¿Y quién es este jefe? ¡El papa! ¡No y no, señor, el papa no es más que un símbolo! ¡Sí, señor! ¡No, señor! ¡Sí, señor!

Macario Viluco nos repetía las opiniones de sus consultados y se acaloraba y se acaloraba porque, de verdad, ¿debe o no debe dársele la mano al papa? Mamerto Masatierra reía y reía tomándose la cabeza con ambas manos y modulando un: “¡Inefable!” que se le escapaba a cada instante.

—Mi mano yo la alargó con un pincel entre los dedos...

Nos volvimos todos. Rubén de Loa acababa de hablar. Entre esos “todos” debo agregar a Marul, a Jacqueline y a Teodosia Huelén, como mujeres; como hombres a Ubaldo Masafuera y a Vitelio Doñihue.

Luego Rubén siguió:

—Cada uno debe saber hacia dónde va su mano. La mano es la intérprete fiel de lo que pasa en nuestra mente. ¡Cuidado, atención con el sitio que la mano busca! Si no lo hacemos caeremos en el caso de Adalberto Huachipato, ni más ni menos. ¡Oh, Adalberto Huachipato!

—¿Adalberto? —preguntó Teodosia—. Nunca lo he visto en mis paseos por el cielo.

—Yo lo he visto en la confitería de los hermanos Elqui —dijo Jacqueline—, en la esquina de las calles del Sotacura y la calle de las Penitencias.

—He estado una vez en mi taller —dijo Vitelio— con su amiga doña Gervasia Cachapoal, la que tiene fama, y con razón, de ser una hermosura.

Rubén preguntó:

—¿Qué efecto les ha causado Adalberto Huachipato?

A Jacqueline le había parecido un hombre cualquiera; Teodosia no lo conocía; Vitelio lo consideraba un cero a la izquierda. Pero Macario protestó proclamando que era un verdadero dios.

—¡Ya lo ven ustedes! —prosiguió Rubén—. Desde un dios hasta un cero a la izquierda. ¡Algo ha de tener este Adalberto! O tal vez son simples apariencias, pero han de ser apariencias significativas. Hay quienes han deseado toda su vida alcanzar una cualidad dada mas ella está tan lejos, tan lejos. Entonces se apegan al síntoma externo que esa causa ha de producir en quien la tiene. Hay otros que temen un defecto que se les viene encima y han verificado que ese defecto se manifiesta físicamente como tal y tal síntoma. Donde lo encuentran lo desprecian. Adalberto Huachipato les ha de revelar con sus modos o una cualidad o un defecto. Unos ven en él la grandeza; otros, la miseria. Y el pobre hombre... ¡a lo mejor está lejísimos de defectos y cualidades!

Macario gritó en medio de una franca risa de Mamerto:

–¡Sus modos son los de aquel que se encuentra mano a mano con un dios! ¡Sí, amigas y amigos, con un verdadero dios!

Mamerto le dijo:

–Habría que ver qué idea tiene usted de un dios. A lo mejor es un ente...

–Nulo y nulo –dijo Jacqueline.

–Hueco y hueco –agregó Vitelio.

Macario entonces volvió a gritar:

–¡No, no! Es un ente universal, tan universal como hermosa es su compañera Gervasia, sí, Gervasia Cachapoal. ¡Y ésta es mil veces hermosa! ¡No lo van a negar ustedes! Es tan universalmente hermosísima como universal es la palabra “bar”. Sí, amigas y amigos, la única palabra verdaderamente universal puesto que se encuentra adonde ustedes vayan. ¡Bar, bar y más bar! ¡No hay otra! Y esta palabra progresa, hace atronadores progresos. Pude notarlo en Angola, en medio del África, en la ciudad de Cubango: hay allí un bar que se llamaba un bar. Como lo pude notar, lo pude ver en Diyarbekir, en medio de la Turquía; ahí también había un bar que se llamaba bar.

Mamerto Masatierra le preguntó entonces socarronamente:

–¿Y la palabra “hotel”?

–¡Basta, basta! –exclamó Rubén de Loa–. Ya usted, Macario Viluco, me ha puesto en ebullición. Algo no se movía en mi mente. Ahora, gracias a sus conceptos sobre la mano del papa y sobre la universalidad de la palabra “bar”, y tal vez “hotel”, todo en mi mente se mueve.

–¡Bravo! ¡Bravísimo! ¡Bravisísimo! –profirió Mamerto y se echó a reír.

Macario lo miró y, furioso, le espetó este reproche:

–¡Lo único que usted sabe, señor Masatierra! ¡Reír y reír!

Rubén de Loa alzó las manos y con voz honda exclamó:

–Volvamos a Adalberto Huachipato. Siento que es él quien ocupa el centro de esta reunión. Disculpe usted Jacqueline, como debes disculparme tú también Vitelio, pero Huachipato no es ni un nulo ni un hueco. Ahora usted Macario, ¡perdón! Huachipato nada tiene de un dios. Es un hombre corriente sobre el cual pesa un negro sino. ¿Qué negro sino cabe en un compañero de la tan linda Gervasia Cachapoal? Cabe uno: Adalberto Huachipato es un hombre a quien nunca le pasa nada. ¿Me entienden ustedes? ¡Nunca le pasa nada de nada! Es algo horrible porque tal es la verdad. Yo me he librado, en todo caso ante él, del juicio prematuro. Cuando lo conocí hice en mí el vacío y entonces dejé que el espíritu de clasificación se me implantara. Conclusión: ¡nada de nada! Huachipato va y viene, asiste a todas partes, es amigo de todo el mundo y... las cosas pasan a su alrededor y a él no lo tocan, mejor dicho, él no logra tocarlas. Parece que lo esquivaran para hacer su cometido fuera y lejos de él. Y Huachipato insiste hasta que cansado se detiene. ¡La vida sigue!

Me encontré con él, cierta vez, en Buenos Aires. Ahí estaba el hombre, correcto, alto y silencioso. En una esquina de la calle Corrientes estaba inmóvil, mirando y esperando algo, esperando que le sucediera algo. Llegué yo y me transformé en un sucedido suyo.

–Amigo Huachipato –le dije–, vamos de inmediato al jardín zoológico. ¿Le gustan a usted los canguros?

–¡Muchísimo! –exclamó como transfigurado–. ¡Vamos al zoo!

–¿Qué hace usted aquí en Buenos Aires?

Me respondió:

—Soy el secretario de una comisión que acaba de llegar de los Estados Unidos y de Europa. Ahora, Buenos Aires. Usted comprende, señor de Loa: la Sociedad de las Naciones, los problemas americanos, la alta política y demás. Es mucho lo que hay que hacer.

—¿Y lo hace usted?

Vaciló unos instantes para luego decirme:

—Es decir, sí, lo hago; es decir, escribo a máquina lo que hacen los demás. Pero, le seré a usted franco, no sé adónde van esos papeles que escribo a máquina. Creí un momento interesarme en ellos pero luego..., luego vi que a los señores que los escribían les eran indiferentes. Entonces copié maquinalmente y me interesé en otras cosas.

—¿En qué? —le pregunté.

—En los hipopótamos y sobre todo en los canguros.

Henos, pues, en el zoo frente a las jaulas. Huachipato mira a los hipopótamos y canguros pero más me mira a mí. Después mira a los demás visitantes y se entretiene con un niño que juega. Me quedo embelesado frente a un magnífico ejemplar de canguro. ¡Qué hermosos son!

—Adalberto, ¿no encuentra usted hermosísimo un canguro?

—Sí —me responde—, hermosísimo. Cierta vez hablé sobre ellos con un grupo de amigos. Es decir, hablamos sobre la bolsa que tiene la hembra, la bolsa marsupial. Como yo no sabía mucho sobre ella me puse a estudiarla en libros de zoología y fui varias veces al zoológico de San Andrés. Al cabo de unos quince o veinte días me encontré otra vez con el grupo de amigos y me apronté a darles una conferencia sobre esa bolsa marsupial. Me miraron atónitos. La habían olvidado. Yo, entonces, hice lo mismo: la olvidé. Ahora recuerdo vagamente lo que supe sobre ella.

Huachipato es atraído por unos viejos que compran barquillos.

¡Nada que hacer con Huachipato! ¡Estará siempre alrededor de la nada o partiendo en falso! ¡Nada y nada!

Pienso en un artista. Su objetivo es hacer desaparecer la nada de su vida.

He conocido tantos y tantos artistas. He conocido miles de pintores. Nuestro hábito, un hábito tal vez de siglos atrás, nos hace considerar el caso con tal naturalidad que llegamos a clasificarlo en lo lógico y su desaparición nos causa sorpresa. Es lo que a Lorenzo Angol le llamó la atención, lo que no logra descifrar, lo que atribuye al hipnotismo.

Creemos, por ejemplo, que la Edad Media era una época fantástica por estar llena de tipos poseídos. ¡Ah, esos tipos siempre en contra de la lógica claridad! ¡Esos tipos que contradicen a Adalberto, al bueno de Adalberto Huachipato! Hoy estamos llenos de tipos así. ¿No lo creen ustedes? Basta ver a los pintores. Pero ¿qué es un pintor para el vulgo? Es un hombre que tiene un oficio como cualquier otro oficio. Pasa, pues, resbalando inadvertido como un ser de una lógica pura.

Porque los pintores son vulgares. Jamás un pensamiento de ellos ha perforado la vida cotidiana. La intención entera de ellos es la de avenirse bien con cada día y con sus cosas. Hablo, naturalmente, juzgándolos como hombres, como seres de acción y nada más. Podrían ser aviadores o podrían ser librereros o carteros. Son francos, son generosos, ríen con estrépito, saben guisar bien y aman a una mujer. Una vez que la han amado la invitan a tomar un trago. Son de todos los días y, sobre todo, están en todos los días.

Pues bien, ese señor así cuya lógica entera, cuya resultante de todos sus movimientos vitales debería llevarlo a algo sólido como el calendario, en vez de proceder a todo instante con la energía que uno espera, se detiene de pronto en un recodo, deja de lado y la olvida

esa vida fuerte y se detiene. Se ha detenido y allí se queda en un éxtasis inexplicable, contemplando una hoja verde sobre un pasto verde y frente a una flor azul... ¡El hipnotismo de mi amigo Lorenzo Angol!

¡Sí, amigas y amigos! Toda la potencia de su vida de toro la ha detenido una sutileza.

Se queda y se queda mirando y mirando. Se queda esforzándose por hacer cantar en su cuello robusto un pajarito nostálgico.

Luego vuelve a su taller, vuelve la vida fuerte y clara.

¿Qué ha hecho del verde y del azul? ¿Qué ha hecho de la relación misteriosa que los envolvía y que, a la vuelta de un camino, le hizo señas fascinándolo? ¿Dónde está ese cuento de hadas que lo ha sacado de la vida a que estaba destinado? ¿Qué relación hay entre esa sutileza y los pensamientos que teje su vida?

Él no lo sabe ni jamás se lo ha preguntado. Pasará la vida y morirá sin preguntárselo. ¡La vida, la muerte...! Eso es otra cosa. El es pintor y nada más que pintor; la pintura tiene que ver con las telas y los colores y pinceles; no con la vida ni menos aún con la muerte. Es un hombre dividido en dos partes: una grande, enorme; otra chica, chiquita. Pero ésta es peligrosa como lo es lo minúsculo, lo microscópico.

La grande es él, todo él, de pies a cabeza y desde el día en que nació hasta el día en que muera. Lo es con todo lo que ha visto, oído, sentido, pensado y discurrido. Lo es con sus pasiones, con sus amores, rabias y placeres. Lo es con su casa, con sus padres y sus amigos. Y lo que es más, lo es también con su oficio, ese oficio que consiste en ponerse frente al caballete y pintar cuadros. ¡Tanto le convendría ser aviador o librero o cartero! ¡No importa! Lo es con toda actividad, sea ella cual sea. ¡Así lo es!

La parte chica, chiquita...

¡Ah! Es la que lo emparenta con el hombre, con el artista de la Edad Media, es la que opera el milagro desconcertante porque es ese puntito pardo en el cerebro que a ese artista, a todo él, lo hace de pronto pintar, lo obliga a subordinarlo todo en una línea que se quiebra, a un verde o un azul que se funden sin que jamás logre saber qué importa que las líneas se quiebren y los colores se fundan.

¿Y para qué necesita saberlo?

¡Tú, Onofre, que has estado en la Caverna Común, como usted también, Marul, se darán cuenta de la obra de los tubos que en ella se ven! ¿Nuestra personalidad? ¡No existe! Sólo existe la facultad de comunicarnos con esos tubos de la Caverna, los tubos colectivos donde se halla el dominio de las artes.

¡El dominio de las artes! ¡Hay que aislarlo, que se sepa y se vea que es otro mundo! He ahí el objetivo de los marcos. Los marcos son para aislar el cuadro de todo el resto del mundo, para advertir a quien lo contempla que el cuadro es otro mundo, con sus leyes propias que se satisfacen a sí mismas y sin que haya en ellas contradicciones internas.

¡Es un desgraciado el que no siente que ha abandonado esta vida apenas sus ojos han penetrado dentro de un marco! He ahí el misterioso significado de los marcos. Gracias a ellos se ve si el cuadro viene de aquella región o es una mera ilustración de un suceso o de un rincón de esta vida cotidiana.

¡Horror a esas meras ilustraciones de la vida cotidiana! Allí, en ellas está el arte llamado neorrealistas, el arte que tiene su idéntico parangón en las derechas. Pasarán los siglos. Un buen día un buen señor, un buen hombre de taller se preguntará:

—¿Por qué en ese siglo xx se pintaron tales horrores?

Otro buen hombre le responderá:

—Porque era necesario halagar al pueblo, era necesario pintarle lo que en política pesa; porque tal era lo que quería y en lo que se complacía.

Entonces el buen hombre de taller se dirá:

—¡Vaya un pueblo de subhombres!

Luego los dos buenos hombres, después de quedar un rato en silencio, pensarán:

—¡Y vaya unos canalletes quienes pintaron así y los compraron a base de falsa moneda!

Porque tal es el rol de la política. Apenas sale de su esfera no hace más que enlodar. Aquí me son iguales las extremas derechas como las extremas izquierdas. En esto son iguales, lo repito, son idénticas. El artista no tiene color político. No puede tenerlo.

Debe buscar sólo la belleza.

Pero... ¡aquélla! La que brilla en la región separada de nuestra vida cotidiana.

Porque hay varias bellezas. Hay que saber distinguirlas. Por ejemplo: todo aquello que es de alta calidad y sirve justamente para el uso a que está destinado, es bello. Las cosas que tienen carácter son las que cumplen exactamente con ese uso pues así revelan con precisión las necesidades y —continuando— el estado de ánimo de un hombre, o sea, de un alma.

He visto, no recuerdo dónde, una definición de la palabra "mugre". ¿Qué es mugre? Sencillamente: "materia fuera de su lugar". Luego: todo puede serlo; luego: nada puede serlo.

He visto, el otro día, una maqueta del trasatlántico alemán Bremen. Todo en ella obedecía a una finalidad; no había nada de más, nada que no tuviese una finalidad de uso explicada. En esa maqueta no había mugre.

He recordado, en silencio, la silueta de Notre Dame. Ella es la negación de la mugre.

He juntado mentalmente el Bremen y Notre Dame. He llegado a la mugre, a los desperdicios; al tarro de la basura.

¡Cada cosa en su sitio! Aquí está el Bremen; allí está Notre Dame.

Notre Dame está más arriba que el Bremen. En ambos hay arte de dentro para fuera. Pero Notre Dame viene de necesidades más hondas del espíritu humano. Ella obedece a la otra región.

El caso es que el Bremen es bello. Pero... está unido a la región del uso perfecto. No obedece a la otra región. Notre Dame entra en ella, alta y pura.

Hay, por lo tanto una región del arte. ¿Qué pienso ante ello? Una sola cosa; ¡el hombre es infinito! Pues sale de sí mismo y puede explorar más allá.

¡He aquí la clave!

Entonces habló Ubaldo Masafuera. ¿De qué habló justamente? Marul, tengo un hueco en mi memoria; no atino a saber cómo se hilvanaron las conversaciones. Pero, de pronto, lo oí claramente, lo oí nítidamente. Decía Ubaldo:

—¡Las influencias, las influencias! Se puede influenciar hasta el convencimiento; es algo fácil que a diario se ve. Ello puede llevar hasta la locura. Pero por lo general es lo contrario. Ante las influencias se pone a prueba la espina dorsal de un hombre. Veamos el caso de Tulio Azapa.

Es un pintor lleno de talento. En un principio fue la esperanza que se levantaba en el cielo. Fue uno de los fundadores de la escuela Pampantumista. A su lado está su hermano Tiburcio, un gran revolucionario que explaya amor hacia la humanidad. Viene, para Tulio, el éxito. No digo más: el éxito. Y vemos al hombre cómo, poco a poco, se va mareando.

Vemos cómo en él va entrando el esnobismo con su nimbo de dinero. Vemos a Tulio Azapa que entonces se detiene y piensa:

—¡Soy genial!

¿Qué hace Tulio Azapa? Da rienda suelta a su genio. Lo vemos hacer lo que hace hoy: compra pequeños blocs de piedra y de arcilla y encima de ellos tira rayas y más rayas y... los expone. El hombre está satisfecho, más que satisfecho; está pleno con su genialidad.

¿Qué pasa en el fondo de él?

Estamos, repito, frente a un ser talentoso, un ser culto y viajado. ¿Cómo puede perderse a tal punto el juicio crítico que si, de pronto, hace en un papel una estrella o una cruz las crea únicas y geniales? Podríamos pensar que se trata de un simple badulaque que se aprovecha de la imbecilidad humana. Pero, lo sabemos, no es así. Tiburcio, su hermano, sólo con que se sospeche una falta de honorabilidad en Tulio, protesta indignado. Tiburcio, también lo sabemos, es un hombre serio, intachable. ¿Entonces?

He hablado sobre este asunto con el doctor Pitrufrquén. Me escuchó interesadísimo. Le expuse el caso del hombre de talento que, de pronto, vemos embelesado ante tres rayas trazadas sobre una piedra. El doctor sonrió. ¿Qué quieren ustedes? Un artista que se oye llamar, todo el tiempo y por todo el mundo, un verdadero genio y que esto puede apoyarlo sobre una buena obra pasada, si no es poseedor de un acendrado juicio crítico, llega a creer con perfecta buena fe que su estrella o su cruz tienen algo que ninguna otra de su especie ha logrado tener. Porque la carencia del juicio crítico nada tiene que ver con el talento.

Al fin llega a decirse que acaso él no ve ese algo, que él es sólo un medium de que se sirven los dioses o se sirve esa región alta de las artes, un elegido en estado de éxtasis y que tener o no tener conciencia de ello no es su papel ni su oficio.

¡Todo el público lo ve! ¿Puede este público equivocarse a tal extremo? Su misión es otra, su misión es dar y dar y nada más, es siempre dar. ¿Acaso todos los genios han sabido con justeza el valor de sus obras? El mismo Cervantes, nada menos que Cervantes, ¿no preferiría el *Persiles* al *Quijote*?

Tulio, lo repito, no es ni un tonto ni un badulaque. Es un hombre ingenuo y de magnífica buena fe.

El doctor Pitrufrquén me dio entonces un ejemplo: el que es uno de los temas que acosa a Ponciano Chacarilla: cuando a Nemorino Limache le hizo creer que se llamaba Calixto Ri. Creyó en una falla mental suya y, desesperado, casi enloqueció. Porque este caso fue verdad. Tuvieron que pasar varios días para que la gente se diera cuenta de que Chacarilla desvariaba. En fin, Limache creyó. Pero su juicio crítico era mayor que el de Tulio Azapa. Además llamarse de una manera o de otra no tiene mayor importancia. En cambio que los dones de la genialidad creadora destilen por la punta de cualquier lápiz con sólo hacer una estrella o una cruz aunque ellas se hagan con los ojos cerrados... ¡oh!, es algo de gran superioridad sobre el pobre mísero que, para igual cosa, tiene que trabajar y trabajar, con los ojos bien abiertos, durante días, semanas, meses.

En el caso de Limache hay una especie de defensa psíquica: si el ataque es demasiado fuerte puede llevar al trastorno; en el caso de Tulio hay aceptación plácida, hay libre vía para dar curso al error.

Aquí el doctor Pitrufrquén me hizo reír pues parangonándolo con las piedras y arcillas de Tulio, me citó el caso, miles de veces repetido, de las damitas de sociedad. ¡Ah, esas damitas apetecidas por cientos de cortesanos! ¿Qué les dicen éstos? Pues nada menos que

son hermosísimas, espirituales, graciosas, distinguidas. Se lo dicen tanto que al fin las damitas "tienen fama" de una cualidad sobresaliente. Se les verá vivir siempre con este doble de ellas mismas sin jamás cotejarlo con la realidad. Es igual a lo que ocurre con los hombres que han tenido un éxito repentino. ¿No vemos igual cosa entre los políticos? Tal como es el caso de Tulio Azapa.

Guardamos un rato de silencio. Yo veía con pena esta trayectoria seguida por un hombre de talento. Vitelio Doñihue, el otro fundador de la escuela pampantumista, no se cansaba de repetir:

-¡Qué diablos, qué diablos!

Hasta que golpearon a la puerta. Rubén de Loa abrió y se presentó ante nosotros Tadeo Lagarto. Nos saludó precipitadamente. Luego dijo:

-Sé muy bien, señoras y señores, que aquí, en este taller, no es mi sitio. Soy un hombre de las grutas profundas, húmedas y ojalá llenas de alacranes y otras sabandijas. Pero ello no importa porque conozco la nunca desmentida hospitalidad del dueño de casa. A través de las ondas, no del aire sino de cierto éter que me es grato y muy obediente, acaba de llegar a mi conocimiento el debate que sobre el pintor bien afamado, don Tulio Azapa, aquí se producía. Si se me permite haré sobre el particular algunos pequeños alcances que no tomarán mayor tiempo. Pido, pues, que se me escuche con buena voluntad porque sólo voluntad buena albergan mi corazón y mi cacumen.

El caso de don Tulio Azapa presenta ciertas particularidades que creo es del caso señalar. No tengo la osadía de creer que cuanto señale sea la verdad absoluta y completa. Se trata de simples creencias mías pero creencias basadas en una larga experiencia.

Empecemos por preguntarnos:

-¿De dónde puede venir ese verdadero torrente de ingenuidad que inunda de pronto a un hombre?

Me refiero a sus arcillas y piedras rayadas que expone como obras maestras. No olvidemos que se trata de un hombre talentoso y ocurrente que, durante largos años, fue hasta astuto. Como no debemos olvidar tampoco su labor tesonera en la escuela pampantumista. Usted, señor don Vitelio Doñihue, puede darme razón. No hay que olvidar, por fin, sus pasados y sonados éxitos y cómo se manejó para hacerlos más que brillantes aunque, en verdad, fuesen muy merecidos.

De pronto, sin cambios mayores en él, pasa a una ingenuidad semejante a las de esas damitas de sociedad que "tienen fama" y que tan bien mostró usted, mi señor don Ubaldo Masafuera. Don Tulio Azapa se convierte en una de ellas apetecida por mil calaveras de provincia. ¡Sí, amigos! Que una calavera de provincia es el público que lo admira. ¿Es ello aceptable? Pasa a esta ingenuidad porque sí, por nada, por cualquier cosa, sin causa fuerte. ¡Grande, muy grande, enorme efecto! ¡Ninguna causa real, de peso! ¿Es ello posible?

Señoras, señores, amigos:

¡No! ¡Ello no es posible! ¡Ello no es aceptable! Sin embargo parece que ustedes así quisieran verlo. Me extraña. La discrepancia entre causa y efecto lleva a una tal ilógica que no podemos guarecernos bajo su tutela o riesgo corremos de ser aniquilados por ella. Debemos ver de otro modo.

¿Qué le ocurre a esa gente bajo tantos puntos de vista superior, a esa gente meritoria? ¿Qué le ocurre a esa gente en general y a don Tulio Azapa en particular?

Amigos míos, permítanme que lo diga: ¡Es cuestión de los tubos, sí, nada más que de los tubos, mis amigos míos, siempre míos! ¡Es así, cuestión de esos tubos cuya última ex-

presión somos, de esos tubos que se hunden hasta la Caverna Común, nuestra única y verdadera y grandiosa madre!

Los hombres, como don Tulio Azapa, se han desligado, se han desconectado un tanto de su personalidad periférica y han fijado su atención –¿se me permitiría decir “sus oídos”?– a las paredes de sus tubos y a la dirección que llevan al hundirse. Así lo hacen. Lo hacen espontáneamente y sencillamente, con naturalidad e indiferencia como la cosa más lógica del mundo. Entonces cuando oyen halagos y ven flores de vanidad, en vez de cotejar todo ello con el juicio crítico y con la balanza de la frialdad cerebral, lo cotejan con las paredes de que he hablado, lo golpean contra ellas y, al golpearlos, producen ruidos, producen ecos que despiertan a otros tantos de la Caverna Común.

Entonces tienen una visión de *lo bueno* de ellos mismos, de la palabra *bueno* que por ellos circula junto con la sangre de esa bondad y sabiduría a todos comunes, de ese fondo en el que no hay ni puede haber posibilidad alguna de mentir pues mentir sería, en su último significado, ir más allá de toda ley humana, de toda ley universal.

En buenas cuentas, y para expresarme mejor, podría decir:

¡El cáncer y el piojo! ¡Sí, amistad mía! ¡El cáncer y el piojo!

Veámoslos con la balanza cerebral: ¡puaf! ¡qué asco! Con ella, con esa balanza, es la negación total del Apolo y de la Venus de la salud, como lo es también del leopardo ondulante y del cisne que por las aguas resbala.

El sabio mira por su microscopio; el médico se desvela en sus investigaciones. Así trabajan y trabajan todos ellos, sabios y médicos. Así trabaja el profesor Aliró Gorbea y el doctor Hualañé. Hasta que de pronto, a través de aquello que han llamado ustedes “asco” y ante lo que han exclamado “¡puaf!”, ven la naturaleza toda, ven la obra de Dios que, por disimulada, con mayor potencia se revela. No cabe en ella ni lo malo ni lo sucio ni aun lo mediocre ni menos lo falso. No hay desmentidos falsos. No puede haberlos. Oyén todos, oye don Tulio Azapa que esa cruz y esa estrella son admirables... Ve, siente, oye que no pueden dejar de serlo porque, como el piojo y el cáncer, son de la naturaleza puesto que su último origen está allá, allá en la Caverna Común.

A esto... a esto ¿van ustedes a llamarlo “ingenuidad”? No, no es posible. Es otro proceso. Es un proceso errado para aquella balanza de que he hablado pero justo para la Caverna.

Nuevo silencio. Tadeo Lagarto lo aprovechó para retirarse tan precipitadamente como había llegado. Cerró con fuerza la puerta y oímos sus pasos que se alejaban. Siguió el silencio hasta que Rubén de Loa se dirigió a Mamerto Masatierra:

–¿Qué lee usted, Mamerto?

En efecto Masatierra leía, mejor dicho, seguía leyendo como si las palabras de Tadeo Lagarto no lo hubiesen alcanzado.

–Leo Verlaine, amigo de Loa –respondió–. He encontrado sus versos allí en la biblioteca y me es grato recordarlos. Lo amé en un tiempo, lo amé con lucura. Hoy lo considero... ¿cómo decirles? Lo considero vulgar.

Macario Viluco despertó:

–¡Bravo, Mamerto! –dijo–. ¡Por fin vamos a estar de acuerdo en algo! Verlaine... ¡un borrico y nada más!

–Si usted quiere, Macario, un borrico –repuso Mamerto.

Entonces Macario le preguntó:

–¿Qué poeta le gusta a usted ahora?

A lo que el otro respondió:

—Baudelaire.

Macario quedó lelo. Al fin pudo exclamar:

—¡¡ Ese Baudelaire es más borrico aún!!

Mamerto se echó a reír repitiendo su “inefable” entre sus risas. Macario, indignado, declaró:

—Me voy.

Y se fue.

Rubén de Loa tomó entonces la palabra:

—No basta gustar o no gustar de lo mismo para estar de acuerdo. A veces una coincidencia de gustos es justamente la máxima lejanía porque algo gusta o disgusta por *razones opuestas*.

Usted, Mamerto, seguía, algo de lejos, una trayectoria poética. Por eso llegó a Verlaine y fue un momento encandilado. Siguió y se le presentó Baudelaire. Verlaine pasó, cayó.

Para Macario, ocupado como se haya con otros asuntos como es el de si debe o no se debe dar la mano al papa y como es el de la inutilidad de los tenedores y muchos otros más, no se preocupa ni nunca se ha preocupado de los poetas, llámense Baudelaire o Verlaine. Para Macario son gentes majaderas y mientras mayor sea su fama, mayor es el desprecio de ignorante con que los cubre.

El hecho de que usted Mamerto y Macario coincidan en su falta de amor por Verlaine no prueba semejanza alguna de ideas; demuestra únicamente una profunda separación intelectual.

Verlaine ha desaparecido para usted, Mamerto, ha caído el que fue un dios, un dios presente, actuante y bondadoso, sí, digo, “bondadoso” a pesar de llamarse Verlaine.

¡Ve el cuadro! Atrás, como un telón de fondo, lejanos, tan lejanos que ya han cortado los caminos entre ellos y nosotros, están los clásicos. Es como en la pintura. ¡Ve el cuadro! allá, lejos, muy lejos, están los clásicos. Se alzan como grandezas más bien morales, como ejemplos de estados de ánimo, como ejemplos de cómo hacer pero guardándose bien el secreto por qué hay que hacer así y no de otro modo. Se sabe ante ellos cómo hacer pero ante ellos se ignora lo que hay que hacer.

Los de hoy... Los de hoy son demasiado humanos, con demasiadas altas y bajas y demasiadas incertidumbres. No tienen la serenidad debida; carecen de una actitud olímpica.

¿Qué nos importa hoy esa actitud olímpica? ¿Somos acaso dioses o siquiera semidioses?

Bajamos hoy a la busca de nuestros resortes más hondos, a los que producen esta calidad nuestra, me atrevería a llamar, calidad de semibestias.

Dios es hoy un lejano recuerdo.

Hay que amamantar este recuerdo. Sin él un artista no puede vivir.

Es lo que usted reconoce, Mamerto, en *Las Flores del Mal*. Es la presencia lejanísima y añorada de Dios.

Así terminó esta visita al taller de Rubén de Loa. Luego nos retiramos. De Loa quedó sumergido en una tela. Vitelio Doñihue nos dijo que se iría a pintar y a pintar pues de Loa lo ponía en franca ebullición. Los demás desaparecieron cada uno para un lado. Quedé un rato con Teodosia Huelén. Me dijo de pronto:

—¡Qué hermoso, qué hermoso es!

-¿Qué cosa? -le pregunté-. ¿Lo hablado por nuestros amigos artistas?

-¿De qué artistas me habla usted? -me interrogó extrañada.

-¡En fin, Teodosia! -repliqué-. Sepa usted que Ubaldo Masafuera es uno de los más reputados críticos de arte; sepa también que tanto Rubén de Loa como Vitelio Doñihue son excelsos pintores; y cuanto a Mamerto Masatierra, que es profesor de Castellano y Geografía, ya lo ha visto usted amando plenamente al poeta Baudelaire.

Quedó un momento pensativa. Al fin dijo:

-Sí, tal vez han hablado mucho todos ustedes. Algo recuerdo. Se habló de Adalberto Huachipato y esa joven Jacqueline lo vio en una ocasión, en una confitería, sí, recuerdo, de los hermanos Elqui. Yo hablé de mis paseos por el cielo. ¡Y me fui, me fui, me fui, Onofre! ¿Mi cuerpo estaba allí con ustedes? Yo, mi verdadero yo, estaba lejos, lejos, muy lejos. ¿Sabes tú dónde? Nada menos que en la Constelación del Can Menor. En ella vi pasar, con una grandiosidad indescriptible, vi pasar a ¡Proción! ¡Es inmenso, es inmenso, Onofre! ¡Y qué hermoso es!

Se había detenido arrobada. Yo esperaba. Al fin agregó:

-Ahora déjame sola, ¿quieres? Voy a casa a anotar mi impresiones sobre el paso de Proción.

Así nos separamos.

79

Como un ventisquero entró Baldomero Lonquimay. Yo estaba aún en cama. Me ordenó:
-¡No os levantéis, feliz mancebo! ¡Quedad y escuchadme en reposo! ¡Concentraos en vuestro lecho y en vuestro tabuco!

Un largo silencio durante el cual Lonquimay bufó repetidas veces. De pronto me dijo:

-He besado a doña Cleta Purén. La he besado largamente. La he besado sañudamente. Mientras nuestros cuatro labios no formaban más que un solo labio... mis pies, estos que aquí veis, éstos y no otros, engendraban con fragor la exterminación entre las tan plácidas hormigas. Así, yo, Baldomero Lonquimay, reditué un hecho digno de los más dignos hechos y anales. He besado a doña Cleta Purén. Su ósculo me circunda cual una aureola. De este modo me circundará durante luengos días, luengos meses, luengos años. Pues él es el símbolo de una manifestación de amor... en lo alto, en nuestro labios; él es una manifestación de ruina y miseria y perdición... en lo bajo, en las plantas de mis pies caustantes de esa dicha perdición, miseria y ruina.

"He ahí la forma del ósculo. ¡El fondo es otro!

-Amigo mío -le dije-, ¿podría saber cuál es ese fondo?

Cuatro sonoros bufidos me respondieron. Luego el hombre se dignó hablar:

-Debemos sumergirnos en el vasto océano del amor. Debemos escudriñar el sentido íntimo del amor. Debemos dejarnos llevar por la tolvanera arremolinada, por el remolino atolvanerado del amor. He ahí lo que me aconseja la hidra de un solo ojo que en mi hígado se place; he ahí lo que me confirma la solitaria lombriz que ronda por entre las células de mi cerebro.

"Hay que homicidiar al espectro sexual.

"Yo lo homicidié, ¡yo lo homicidié!

Con mi desayuno en una mano le dije:

—¡Lo felicito, Baldomero Lonquimay! ¡Jamás tan santo homicidio ha sido hecho!

—La verdad fluye por entre vuestros pórticos hablantes—me respondió—. ¡Jamás, jamás tal hecho ha sido consumado! No obstante fue consumado. Murió aquel fantasma sexual que, desde que doña Cleta Purén se avecinaba junto a mí, rondaba, me rondaba y me rondaba día y noche, noche y día. ¡Feneció! ¿Qué resta en su sitio? ¿Qué? "He ahí el dilema", como ha dicho Hamlet por boca del muy insigne Shakespeare.

"Queda algo menos volcánico pero más duradero. Queda la amistad cuyos tentáculos se alargan por ámbitos inimaginarios.

"No se besa al amigo, si ella es fémica; no se besa al amigo si él es máchico. Yo besé. Hice errado. Mas con tal beso maté. Hice bien.

"Entonces encendí un candil. Sobre su fibieza desparramada por la llama pasé estos mis labios. Vi al ósculo perderse en la nada. Se perdió. Quedé puro, quedé sin mancha y el cadáver que empezaba a rondarme desapareció, se perdió en el torbellino de lo sexual.

"Joven mancebo, me marchó a transmitir la feliz nueva:

"Baldomero Lonquimay es el amo y nada más que el amo;

"Doña Cleta Purén es la sierva aureolada de la dignidad que una sierva merece;

"La hecatombe de los himenópteros ha tocado a su fin.

"¡Adiós, oh, dichoso mancebo!

Como un nuevo ventisquero el barbudo se alejó.

80

He caminado sin objetivo fijo. Después de varias vueltas por las calles céntricas de San Agustín de Tango llegué a los jardines del Convento de los Jerónimos. Me senté en un banco. Luego vi pasar, en amena charla, a Bárulo Tarata y a Romelio Renaico. Sólo de divisarlos pensé en sus vidas plácidas; vi sus respectivas celdas allí en el Convento y me sentí bruscamente lleno de optimismo.

Avancé, pues, hacia ellos. Tarata entonces me invitó a que pasara unos momentos a su aposento. Allí, Marul, hemos estado, los tres, un largo rato oyendo a Tarata con las repetidas aprobaciones de Renaico.

Nos habló de los bosques, de enormes y tranquilos bosques.

Escuché a Bárulo Tarata con una verdadera emoción. ¡Oh, los bosques, Marul! Yo he sentido en ellos, en medio de ese silencio susurrante, algo cuyas raíces están en otra zona, he sentido como que los límites de mi personalidad se agigantarán.

He dicho "susurrante". Es la palabra, Marul. Ahora comprendo.

Los bosques me han inspirado siempre un cierto temor, me han causado un desasosiego que a veces deslinda con el miedo. Tal vez Tarata me ha dado la clave de él. Es un sentimiento de no ser yo, de prolongarme más allá de mí mismo. Es como si me disolviera hasta fronteras desconocidas.

Tarata frecuenta a menudo los bosques. Va a ellos solo y en ellos pasa largo rato, hasta días enteros, y por las noches se inmoviliza junto a un tronco o en una gruta cualquiera.

Se concentra entonces; mejor dicho, se coloca en un estado de receptividad completa. A su alrededor, el susurro.

Te diré mejor lo que recuerdo de sus palabras.

Habló. Yo lo escuchaba entendiendo, por cierto, cuanto decía pero poniéndolo en esa parte, tan común, de nuevas cosas que se saben sin hacerlas vívidas en nosotros. Una voz de orden —o tal me pareció— bastó para cambiar mi estado de ánimo.

Me dijo Tarata:

—Debe usted alejarse de su vida ordinaria. ¡Abandónela! Sólo entonces empezará a entrar en la otra vida, en la vida de los bosques, para qué decirle, de las selvas.

¡Qué desgraciados los hombres que no han sentido aquello que pulula en un bosque, en una selva! Sin embargo creo que no hay ni uno solo que no lo haya sentido. Entonces cortan, cortan y cortan. ¿Qué pretexto para tal acto? En el sitio en que estaban los árboles se plantarán cereales y chacarería. Esto rinde. ¡Adelante! Se es progresista...

¡No! Es el temor, es el pánico al bosque susurrante.

Entonces... ¡que desaparezca!

Es el temor a un contacto demasiado frecuente y demasiado profundo con los espíritus de la selva.

Aquí quiero detenerme unos instantes; he dicho "los espíritus de la selva".

Los espíritus de la selva son de otra índole que la nuestra. Pertenecen a otra línea de evolución. Las selvas están llenas de estos espíritus.

En un principio sentí miedo porque sentía que algo circulaba en torno mío y yo no lograba verlo ni situarlo en parte alguna. De pronto me di cuenta de que ese algo era tan viviente como yo y como yo tan aislado. Luego supe que me admiraban y que, con cierto temor, buscaban mi amistad.

Entonces me decidí. Penetré y penetré por la selva, por primera vez.

Ustedes conocen el gran bosque, mejor dicho la selva de Guayacán. Allí penetré.

¡Qué absurdas me parecieron estas sensaciones mías! Temor, primero; confianza, después; es decir, que el cuerpo mío llorara en un principio para que luego, ya en la confianza, estuviese a punto de reír. ¡Oh, que el cuerpo llorara, que el cuerpo riera...! ¡No, no era ello posible! Sentí que sólo había una actitud adecuada allí en el bosque: la serenidad.

Serenidad para meditar... Mas no me era posible reconcentrarme. El espíritu de los bosques me había inundado. No era yo, en aquel momento, yo mismo. Imposible orar como había sido mi intención primera. Pues a cada instante oía cómo el susurro de ese espíritu retumbaba en las gargantas solitarias de esas selvas, gargantas llenas de vida. Sí, de esa vida casi paralela a la nuestra. ¡Era lo que me atacaba! ¡Esa vida casi paralela!

Apercibí de pronto un grupo de viejas encinas. Fui a colocarme bajo sus ramas.

Al principio, silencio. Luego, un vago rumor. Este rumor se acentuó. Al fin fue claramente audible. Había yo formulado varias preguntas. Las encinas ahora me contestaban. Me decían que marchara siempre, que me internara más y más por las profundidades del bosque.

Así lo hice.

Caminaba con dificultad.

De pronto, por un claro de los árboles, vi al fondo, lejos, la silueta del volcán Coscorón.

Fue un llamado a mi vida de hombre. Sobre su cima se retorcián mis preocupaciones diarias, las que causan este vivir aquí en el mundo.

Seguí caminando. Desapareció el Coscorrón.

Me decía una cosa:

“Trata de saber dónde se coloca una persona para que logres ver tal como ella ve.

Para esto: ¡silencio en uno, silencio!

Caminé.

Al fin me detuve entre troncos y raíces.

Ahora me sentía acosado por los espíritus del bosque. Sentía como giraban y giraban alrededor mío. Mas no lograba verlos. Me repetí:

“¡Silencio en uno, silencio!

Los sentía de una ductibilidad tal que a su lado veía cuán pesado era yo, cuán atado estaba a este vivir.

De pronto el panorama cambió. Cambió todo.

Entré en contacto directo con esos espíritus.

¡Los vi!

Onofre, ¿debo tratar de darte una idea de esos volátiles espíritus?

Son espíritus alegres, jocosos, ligeros. Se contraen y se expanden con suma rapidez. Una vaga aureola de luz los corona. Toman nuestro aspecto. Se van. Vuelven. Nuevamente se van para volver. Lo que más me llamó la atención en ellos es el deseo de imitarnos.

Pensé en Merlín, en Merlín el Encantador. Pensé tanto en él que al fin lo llamé. Oyó mi llamado. Pasó junto a mí y desapareció. Entonces de todas partes, de bajo de la tierra, de los árboles y de las yerbas empezaron a salir una serie de serpientes que se arrastraron perezosamente hacia mí.

A mi lado se detuvieron, hieráticas. ¡Miseros seres! Si, digo bien al llamarlos miseros. ¿Qué conciencia pueden tener? No hay conciencia en cada una de ellas. Mas no olvidemos el *espíritu grupo*.

Me sentí con el espíritu grupo de las serpientes, me sentí lado a lado con su enorme sabiduría.

Sentí en aquel momento el hondo deseo de alimento espiritual que en ese espíritu grupo yace con una fuerza indescriptible. Era lo que me unía a él.

Pero me llenaba el sentimiento de una larga espera, de una larguísima espera. Me concreté, pues, a respirar ese gusto, esa tendencia por conocer el dominio de la inteligencia. Pensé en su veneno. Pensé en el sentido colectivo de él, lo vi como una fuerte emanación anticipada de apresurar la marcha hacia ese reino inteligente.

En la *Concepción Rosacruz del Cosmos*, de Max Heindel, se nos explica muy bien esta diferencia entre el individuo animal y el espíritu grupo, o sea su alma colectiva. Imagina el autor a dos hombres separados por una cortina en la que hay cinco pequeños agujeros. Uno de los hombres introduce los cinco dedos de su mano por esos agujeros de modo que el otro los vea. ¿Qué ve éste? Ve que todos ellos se mueven, que muestran una vida independiente y concluye que son entidades separadas sin nexo alguno. Pero está la mano que a todos ellos los junta, está la unidad que se prolonga por el brazo hasta el hombre mismo. Este hombre vendría a ser el grupo, vendría a ser la inteligencia común que ordena el movimiento de los dedos. Está invisible pero es soberana. Está invisible como para nosotros lo está el alma colectiva de los animales. Comprendan lo que he sentido al llegar a esa región común de las serpientes. Traspasé la falta de conciencia individualizada y llegué a la gran sabiduría de la conciencia común.

Entonces Merlín, el Encantador, volvió hacia mí. El bosque creció, el bosque se agi-

gantó. Todo vivió en él, desde las bestezuelas que aparecían por miles y miles hasta las altas, altísimas ramas susurrantes.

Merlín me tomó de un brazo y me hizo seguirlo. Las serpientes y alimañas nos siguieron.

Llegamos a un pequeño claro donde se hallaba *la* mesa redonda. Varios espíritus del bosque se acercaron a nosotros. Nos sentamos en pequeñas sillas en torno a la mesa. Entonces un espíritu, de figura adusta, se levantó y me dijo:

—Debe usted, Bárulo Tarata, tener siempre presente un hecho trascendental. Es un consejo que a usted le doy para que le sirva en sus especulaciones. Helo aquí:

“La Historia ha sido toda verdad. ¡No lo olvide! Las creencias de los antiguos eran tan exactas como las nuestras. El hombre es un contemplador. Cree él moverse, cree él actuar a todo momento. Sólo contempla. Eso sí que posee en potencia una gran sabiduría: con ella lo que hace es ir verificando los cambios del pensamiento humano al enfrentarse ante nuevas condiciones de la Historia.

El día declinaba. Nos separamos. Merlín y sus espíritus se marcharon. La mesa redonda desapareció. Quedé solo. Vino la noche.

Entonces, en medio de las tinieblas, pasé momentos... Querido Onofre, sólo encuentro la palabra de angustia para dar sobre ella una idea exacta.

¡La noche es terrible en un bosque!

Una sensación empezó a implantarse en mí y ella empezó a crecer y a crecer: sentí que me diluía. Lo sentí a un grado que me hizo sonreír al pensar en lo sentido durante el día. Las distancias pequeñas se hicieron enormes. La vida invisible aparecía por todas partes. Oía coloquios, oía murmuraciones. Era alcanzado, a cada instante, por seres irrealles. Estos seres algo me reprochaban, sí, por algo me vituperaban. Quería entonces enfrentarlos. Se mofaban de mí.

Luego una parte muy lejana mía vio la fisonomía de los árboles. ¡Oh, eran seres detenidos en su evolución! Alrededor de ellos se mecían los siglos.

Por fin me dormí. No soñé. Dormí plácidamente. Desperté cuando ya el sol empezaba a iluminar. Oí una serie de gritos estridentes que se acercaban y se alejaban: eran producidos por bandadas de loros que pasaban veloces.

Pero algo me satisfacía plenamente: era la vuelta en mí mismo, la vuelta a mis propios límites. Antes, horas antes, no habría podido decir: “yo”. Ahora sí lo podía. Estaba tal vez disminuido mas estaba completo, totalmente completo.

Nunca olvidaré esta primera incursión a los bosques. Ahora me he acostumbrado y a menudo las repito. Han desaparecido las sensaciones negativas y engañosas. Ahora...: en fin, otro día te contaré, Onofre, lo que siento aunque ello tal vez no vaya a llamar tu atención.

Así me habló Bárulo Tarata. Habló más, sin duda, y toda su charla fue aprobada por Romelio Renaico que, según me parece, es también un hombre que frecuenta ese mundo de las selvas. A cada momento colocaba una observación aclaratoria o un asentimiento a las palabras de su amigo.

Pero lo más importante que se dijo en la celda de Tarata fue algo concerniente al origen de nuestras ideas. No podría decirte si fue éste o fue Romelio Renaico, o fueron ambos, los que formularon tales ideas. Ello poco importa. El hecho es el siguiente:

Fue una nueva afirmación, después de tantos siglos, a las ideas de Platón, es decir, a la preexistencia en nuestro espíritu de ciertas ideas abstractas. Ellas están en nosotros, han

venido con nosotros al nacer y nuestra labor, aquí en la Tierra, no es más que desenterrarlas hasta que se nos incorporen plenamente. Los cuerpos materiales –¡los árboles!– son expresiones del principio eterno. Nuestro deber, pues, es mantenernos en correspondencia clara con ese principio supremo para así despertar la visión que tuvimos en otras vidas anteriores.

¡Qué quieres, Marul! Vi de pronto allá muy lejos como una formidable estación de transmisión radiofónica. En ella todo cuanto se transmite es perfecto. Nosotros tenemos nuestro pequeño aparato receptor, a veces muy bueno, a veces muy malo. ¿Nuestra obligación? ¡Cuidar, perfeccionar este aparato!

Algo diluido debo haber estado, tal vez lo acaecido a Tarata en su primera excursión al bosque se repetía en mí. Tuvimos aún un rato de charla corriente y, al fin, me retiré.

Salí al jardín y luego al parque de los Jerónimos. Me parecía ver las fisonomías de los árboles en los que allí se alzan. Luego creo –creo, nada más– haber alcanzado a sorprender un espíritu de los bosques entre las sombras verdes del follaje.

81

Larga conversación con Marul. Hemos estado juntos en su departamento de la Avenida Ave Maria. Ha sido hoy un día gris, oscuro, casi tenebroso. A ratos llovía. Me sentía nervioso y sin poder dar salida a mis nervios. Miraba hacia fuera: gris, gris y gris. De pronto le dije:

–Marul, he releído cuanto he escrito de este que llamo Tercer Pilar. Anoche, en casa, me entretuve en ello. ¿Me entretuve? Marul, quedé descontento después de mi lectura. Marul, no sé escribir, no puedo trabajar.

Me preguntó entonces:

–¿Qué es lo malo que en tus escritos has visto? Expílicate, Onofre, expílicate con calma. Repliqué:

–La totalidad de lo leído me ha dejado una sensación como la del día de hoy, es decir, gris, terriblemente gris. Llegué a preguntarme para qué yo escribía, qué objetivo pueden tener tantas y tantas páginas sin cohesión, sin unidad. Pero a veces veo que no es así, que mis páginas no están tan mal, que no son como es el día de hoy, es decir, tenebrosamente gris.

Marul guardaba silencio. Por su mirada veía yo que me pedía que desarrollara, que desentuviera este complejo negativo que mis páginas hacían levantarse en mí. Por fin me repitió:

–Expílicate, Onofre, con la mayor claridad que te sea posible.

Entonces le dije:

–Figuran muchos personajes en lo que he escrito. He querido caracterizar a cada uno de ellos, he querido que cada cual tenga una lógica en su modo de actuar.

La lógica en cada persona, claro está, la veo y sé que existe. Pero también veo que ella no es uniforme ni está siempre en la superficie visible. Está lejos, dirigiendo *en general* la marcha total, la marcha en contra de la corriente propia que cada individuo trae consigo al nacer.

Por esto toda marcha, Marul, en este mundo es una lucha; claro está que lo es en

individuos que se hallen más allá del común. Éstos, los del común, se caracterizan justamente por vivir sólo según corrientes.

Por esto, y nada más que por esto, me intereso con mis personajes tanto o más en sus hechos ilógicos pues sólo con ellos logro ver al personaje entero. Pero no vamos a creer que todo gesto ilógico es signo de la corriente. Los hay también que son llamados, sí, Marul, llamados de otras lógicas que habrían podido ocupar el sitio de la actual. Hay además otros llamados lejanos: son los eternos y siempre presentes de un mundo mayor y que escucha todo hombre que tenga oídos.

¡Con estos llamados hay que colaborar! Pero hay seres que los dejan escapar. Por eso mis personajes, al hacerse literarios, al describirlos yo, son sólo unos perfectos imbéciles.

Tú los conoces, Marul. ¿Son ellos unos perfectos imbéciles? ¡No, Marul! Yo los convierto en tales.

Estas ideas hace tiempo que rondaban junto a mí. ¡Me he leído tantas veces!

¿Qué he hecho entonces? Una sola respuesta he tenido, nada más que una: concentrarme en mis escritos, crear alrededor de ellos una verdadera muralla impenetrable. ¡Una confesión de silencio, una confesión mía ante lo que me rodea!

Pero existía el mundo. En un momento vi que ese mundo entero me miraba. ¿Qué hace Onofre? Parece que tenemos un deber para con los demás; hay que hacerles algo.

De aquí, de estas cavilaciones, nació mi segundo oficio: ¡para que me dejaran en paz! Segundo oficio: la pintura.

Tú recuerdas cuanto hemos hablado de esa bifurcación de mi persona, de Juan Emar y Onofre. Bien: Juan Emar pintaría. Juan Emar es el que cuenta en el mundo. Si cumple bien, vendrá el recogimiento sagrado para que Onofre pueda actuar. Así todo quedaba bien; había algo que me justificara ante el bullicio que hay que hacer. Tú lo sabes: "No se permite el silencio".

Pinté, Marul, pinté como pinto aún.

Entonces otro mundo empezó a acercarse a mí, mundo quieto, mundo de insinuaciones. Una pregunta, una observación, un comentario...

¡Mi segundo oficio tomaba sus derechos!

Este oficio pedía, a su vez, su ración de recogimiento y, burlándome, se guarecía en el templo sagrado.

¿Quieres, acaso, que busque un tercer oficio?

¡No, jamás! ¡Basta ya!

Desde entonces Rubên de Loa empezó a serme como un ser que he de llamar obsesionante. Era el hombre que daba su merecido al que yo llamaba "segundo oficio". A cada momento oía sus palabras:

—Trabajo en una actividad que, de pronto, me llega a ser nada menos que fantástica. ¿Para qué es esto, para qué pinto? ¿Por qué he de sacar colores que están en sus tubos y he de ponerlos en otra parte? Yo no veo justificación ni razón alguna de multiplicar los objetos y los seres y menos en sitios para ellos extraños como son las telas. No veo por qué hay que sacarlos de los sitios que ocupan. Tampoco quiero retenerlos ni que se armonicen si ellos mismos no lo han hecho. Entonces, ¿qué busco? ¿Qué descargo? No encuentro ni razón ni justificación. Pero lo que pasa los límites de la extrañeza es que soy presa de la necesidad de pintar y sigo, sigo pintando.

¡Qué lejos estaba yo de tal actitud! No supe si debía continuar con mi pintura o dete-

nerme. Porque es imposible hacer algo a medias. ¡Imposible! Si se hace, un sentimiento de cobardía te acecha.

Pero volvamos a lo que deseo declararte:

¡No sé escribir, Marul, no puedo escribir!

Ahora me veo en mi escritorio, pluma en mano, y, a mi alrededor, una serie de fantasmas que tratan de llevarme de un lado a otro... Entonces para defenderme de ellos lucho y lucho hasta que me viene el desaliento al ver que toda mi lucha de defensa no ha sido más que el afán de hacer de esos personajes que tú conoces, una serie de autómatas de una preconcebida manera de ser.

Porque no hay que olvidar, Marul: como idea de principio y desde el primer momento, de acuerdo con Lorenzo Angol, las *Biografías* que empezaba tendrían que ser concebidas de otro modo.

Marul, tendrían que ser con el biógrafo conviviendo con los personajes. No deberían ser como la mayoría de ellas en que el autor mira de lejos y trata, justamente, de no mezclarse en nada con sus biografiados.

Recordé una obra: *Mi Amigo Robespierre*, de Henri Béraud. Algo así pensé. Había una diferencia sin embargo: lo que en esa obra es ficción en la mía tendría que ser del natural. Es decir que en la vida de los personajes vistos por mí, a través mío, yo debería circular entre ellos, yo debería ser uno de tantos.

Me decía: Las características son sólo un acento y no una mole de fondo. Me afano en el acento y pretendo fijar grandes moldes representativos de intenciones humanas haciendo así a cada biografiado su más puro representante. Empiezo, pues, en mi "laboratorio" a encajar seres en moldes y empiezo a ver cuánto y cómo tocan otros moldes y cuánto y cómo se salen de ellos para vagar por los vacíos circundantes.

De cuando en cuando estos vacíos me aparecen como tal vez lo más importante y profundo y acaso como el sitio común no diferenciado que guarda las primeras síntesis.

Este trabajo yo lo hago en mi casa, aquí en San Agustín de Tango, aquí en la plazuela Fray Tomate. Un trabajo similar, a pesar de sus alegatos, hace Lorenzo tanto aquí como, sobre todo, en su Bóveda. Total, Marul, que biógrafo y biografiado están en un momento colaborando... ¿No es ello absurdo?

Luego..., luego trabajé en reducir el mundo de esta ciudad clasificándolo con claridad en A y B y C y D... ¡En fin! Fue una fabricación de arquetipos...

A todo esto sentí que otra..., otra cosa, diré, me rondaba. Era un murmullo que lentamente empezaba a levantarse en San Agustín de Tango, el murmullo sobre mi ociosidad. Todo el mundo sabe, más o menos, esta cuestión de mis *Biografías*, todo el mundo me ve anotar y cavilar. Vienen entonces las preguntas que yo llamaría insidiosas:

—¿Progresas tu obra? ¿Está ya listo tu libro? ¿Para cuándo es la publicación?

Marul, mi trabajo tiene que ser lento, sin publicidad, tiene que ser un trabajo casi secreto. Que el Pacto entre Lorenzo y Rosendo ya no exista, que al primero poco le importe lo que yo escriba, nada tiene ello que ver con el fondo de mi labor. Créeme, la cosa se hizo insoportable.

¡Otra vez se yergue el segundo oficio! ¿Para la exportación? Tú sabes la secuela que a esto sigue. Pasemos. No; el segundo oficio insiste e insiste. Rubén de Loa, nada menos, y Viterbo Doñihue también, me habían preguntado varias veces:

—¿Por qué tú no pintas?

Además recordaba que Isidra Curepto —que es, después de todo, una mujer sumamente intuitiva— más de una vez me había dicho:

—No sé por qué, Onofre, pero es el caso de que en repetidas ocasiones, al verlo de pronto a usted, una voz me ha murmurado: “Ese hombre es un pintor”.

La cabeza me da vueltas, Marul. Recuerdo, a cada momento, a esos tres amigos, esos tres pintores, que se me presentan como fantasmas en la memoria: José Backhaus, Rafael Valdés y Richon Brunet; mis comentadores en la pintura. Pero ¿qué tenía yo que hacer con ellos o ellos conmigo? Me ofuscaba. Al fin resolví la cosa diciéndome que seguramente, al mostrar mis cuadros y al conversar, me habrían invitado a pintar.

El caso es que pinté, mejor dicho, empecé a tratar de pintar y pintar. Con sorpresa encontré que poseía ciertas facilidades, no las de nacimiento sino las venidas con el aprendizaje.

Pinté, nuevamente te lo repito. Hice una lista de las ilustraciones para esto que escribo. Algunas las hice del natural; otras, de recuerdo. Creo que las del natural dan clara idea de sus modelos; las de recuerdo también la dan como fidelidad aunque estén lejos de darla como intensidad y esplendor.

En fin, Marul, no creo en mis clasificaciones aunque no logro desprenderme de ellas. ¿Cómo no he de recordar el vendaval aquel en el cajón del Lepomande cuando se me derrumbaron todas ellas al paso de ese toro volando? Me aparece, de pronto, una homogeneidad mayor que se me escapa.

Ahora veamos si puedo abrir el fondo de mi ser:

Nunca, Marul, he podido considerar mi tarea de biógrafo como la narración de los hechos de mis amigos. O mejor dicho, la he considerado como la narración obligatoria justamente de los hechos *completos* de sus vidas.

Ahora bien, desde los comienzos me percaté que una parte de lo completo se me escapaba y, lo que es peor, a ellos también.

Mi primera pregunta fue si en los amigos y amigas había o no había problemas interiores, si había causas que debieran caer en los dominios del psicoanálisis. Pero, no sé por qué, esto me sonaba a dogmático, a ortodoxo.

Había algo más. No niego la existencia de estos problemas. Pero, te repito, había algo más que en todo caso a ellos los movía siempre y, a veces, llegaba a ser el eje. ¿Qué?

Muy poco a poco empecé a ver que era una permanente relación entre ellos y otro mundo vivo, pensante, actuante, pero invisible; un comercio con otros seres *fuera de nosotros* que son nuestros colaboradores; a veces, nuestros maestros; a veces, nuestros discípulos. Sus tragedias han nacido siempre por los esfuerzos de querer establecer mejores comunicaciones entre ambos mundos —casi estuve por decirte “ambos continentes”.

Hay dos mundos, Marul. De ellos ignoro si los hombres, esos amigos y amigas, han sido conscientes de esto o sí, como la generalidad ortodoxa, han achacado todo al “problema psicoanalítico”; como ignoro también si este comercio bimundial es común a todos los hombres o sólo a algunos por su estado de desenvolvimiento o de actitud. Pero que el hecho existe, no lo dudo. Y creo o presiento que mientras no se consideren las cosas tomando en cuenta el mundo bimundial, acaso trimundial, la psicología ha de quedar trunca. Pero el hecho existe, no lo dudo. Porque habrá fallas, será una psicología “euclidiana”, es decir, sólo exacta en superficies planas.

Mis amigos y amigas, tal vez no siempre pero sí a menudo, no sólo proceden por sus fuerzas interiores o por sus complejos más las fuerzas del ambiente y de la naturaleza sino

también por las fuerzas e influencias de otros seres aparte de ellos, separados, que tienen su propio mundo y que mutuamente se influyen.

Todo esto lo he consultado con algunos amigos. ¿Sabes tú qué me han respondido?

Tadeo Lagarto:

—Ése otro mundo son los seres astrales...

Lorenzo Angol:

—Hay que tener en cuenta la evolución humana; hay que tener en cuenta las posibilidades infinitas de la mente y no hay que buscar cohesión.

Hilario Quinchao:

—Ésas son ideas que se arraigan en la izquierda, en nuestra izquierda.

Bueno, Marul, ¿hasta cuándo me voy a quejar? ¡Ya basta, sí, ya basta! Pero me persigue la obsesión de escribir inútilmente.

Creo a veces que todo se confabula en mi contra. Antes de venir a verte me encontré con Lorenzo y con Ascanio Viluco. Pasamos un rato al bar de la Penitencia, bajo el Portal Colonial. Ascanio Viluco tomó la palabra:

—Es necesario en toda obra la unidad de tono, esa unidad propia a toda obra bien concebida. Debe ella surgir de un solo golpe como una luz o una llamarada. Esto, sea en letras o en artes. Porque al lado del realismo existe la fantasía. Toda obra debe estar pléfrica de fantasía. Si ella no lo está, cae, sencillamente, en la puerilidad.

(Ascanio me miraba mientras dictaminaba así. Pienso que tal vez ve justo).

Yo le alegué:

—Deseo la copia fiel del natural, describir las cosas tal cual ellas han pasado, sin esas malditas selecciones artificiales que, en nombre de esa unidad de tono, hace que los literatos vayan siempre castrando la realidad. Son los cánones, los moldes literarios los que castran. ¿Hay acaso cánones en un total que vive? ¿Puede encerrarse en una fórmula lo que acontece? La fórmula es una concepción del hombre y no del existir.

Ascanio dijo entonces:

—¡Fantasías de niño!

Yo le contesté:

—Realidad apenas, ¡apenas!

Entonces Lorenzo explicó:

—Tiene razón Onofre. Aunque lo malo es que aun queriendo escapar a cánones y a fórmulas y a moldes, se cae siempre en ellos por el hecho mismo de querer escribir lo que acontece y lo que deviene sin escritura alguna. Hay en ti, Onofre, un esfuerzo meritorio aunque, me temo, infructuoso. Hay en usted, Ascanio, un quite a la verdad que se le viene encima, hay algo que me recuerda al avestruz que esconde la cabeza en la arena para no ver la avalancha.

¡Ya lo ves, Marul! El borrico de Ascanio Viluco me critica y has de saber que los borricos saben una enormidad. Cuanto a Lorenzo Angol... Ya lo has visto: un esfuerzo infructuoso...

Es la verdad: no sé, no puedo escribir.

Así, más o menos, le hablé a Marul. Ella trató de rectificar cada cosa que le dije. Si esta conversación la hubiera escrito con exactitud habría sido un diálogo. Naturalmente nada logró en el sentido de levantarme el ánimo. Porque ahora veo, ahora que escribo, que ello es un mal de fondo, de una descentralización que aparece hasta la superficie del ser. Sale a flote y toma entonces los caracteres más estrambóticos.

Sí; esto sé sobre el proceso psicológico que en mí se realiza. Pero queda la otra pregunta siempre sumida en neblinas:

“¿Escribo bien o escribo mal...?”

82

Hemos oído dos composiciones de Eusebio Palena, el joven de 26 años que, recordando a Antenor Lentejuelas —al menos así lo dice— se ha lanzado por los sueños y por las zambafusas.

Fue por la noche en casa de Florencio Naltagua. Antes de que llegaran los invitados a su sesión de lectura, comí allí acompañado de Lorenzo Angol.

Naltagua habló durante la comida. ¡Qué bien, qué claridad tiene este hombre para expresarse! Pero ya tú lo sabes, escribo mal y uno de mis principales defectos consiste en no saber pintar ni siquiera esbozar a un personaje.

Se habló de nuestro diputado don Juan Enrique Arancibia Ocampo, el amante frustrado del gran Donatello. A ciertas apreciaciones que sobre él hizo Lorenzo, Naltagua nos dio una síntesis del proceso interior que en Arancibia Ocampo ha ocurrido. Oigámoslo será mejor:

—Lorenzo, te diré dónde y por qué se encuentra Arancibia Ocampo en el sitio en que lo vemos. No olvides que este don Juan Enrique fue joven y como tal removió en su mente la llama del saber y del poder. No olvides su pasión por Donatello, por cierto un Donatello hecho a su altura.

Pasaron los años. Su fiebre se calmó y esas primeras ideas juveniles las confrontó con los que él consideraba grandes seres: el senador don Tiberio Yelcho, el ministro don Juanuario Rare, el entonces diputado y director de un diario don Remolino Pilcura, y muchos más. Entonces pensó:

“¡Claro está! ¡No es la cosa como yo creo!

Confrontaba con hombres ya diestros en la política...

Es algo como a nosotros, como a ti, Lorenzo, con tus suburbios y cloacas mal olientes que en una época te encantaron y daban a todo enorme color local. De pronto confrontaste aquello con otra literatura. Leíste mucho. Recuerdo tu estado casi de éxtasis al pasearte por los parques llevando en la mano un libro de Eurípides, o uno de Shelley, o uno de Unamuno. Después vinieron los tiempos de Guaita, de Steiner, Roso de Luna y Ouspensky. ¿Adónde se iban tus cloacas?

Allí adonde ellas se fueron, se fueron también las ideas juveniles de don Juan Enrique. Las categorías cambian; no cambia el proceso que en un hombre se realiza. Para algunos es Tiberio Yelcho; para otros es Eurípides; para éstos es Juanuario Rare; para aquéllos es Shelley; para estos otros es Remolino Pilcura; para los de más allá es Unamuno.

El proceso es igual pero la dirección que se sigue y el sitio adonde se llega son diferentes.

El total, o es sumirse en Yelcho, Rare, Pilcura y compañía; o es elevarse con los grandes literatos.

Pero, en fin, ¿de qué se trata en esta vida? Hay quienes nos sostienen que nuestro fin es, sencillamente, la felicidad. Lo ha conseguido quien pueda decirse que es feliz. Pero en

esto también hay categorías. Hay tantas calidades de felicidad como hay calidades de hombres. Basta un pequeño indicio para saber dónde se está.

Arancibia Ocampo, a pesar de Donatello, es un hombre feliz. Es un hombre que está imbuido en su grandeza como diputado. Veamos cómo lo demuestra a cada momento: lo demuestra con una especie de coquetería, común por lo demás, a los políticos. Consiste ella en tener un chiste en los labios, un chiste siempre listo para salir y causar sensación. Es una pequeña cosita, diría, inalámbrica que hace ver que las preocupaciones son tantas y tantas en la cámara que ahora más vale reír, más vale chistear aunque de verdad se sea otra cosa. Esto recrudece la importancia sobre sí mismo. Esto acaricia el terreno en que se trabaja impidiéndoles, librándoles de ir hacia la vida. Es algo como las viejas chanzas siempre iguales de la gente que se cree ser graciosa. Así, entre ellos, los políticos conservan una misma temperatura, conservan el calor que los mantiene conscientes de su grandeza.

¿Su grandeza? ¡Ya la veremos en las cámaras! Por ahora más vale hacer una broma y otra broma.

Es de este modo como se mantiene vivo el respeto y la admiración de los unos por los otros. Es de este modo como se cierra y como se robustece este pequeño círculo.

Podrá decirse lo que se quiera pero tal cosa no sucede en el Club Cero.

83

Llegaron los invitados. El centro de la reunión iba a ser el joven Eusebio Palena. Florencio Naltagua hizo magníficamente su papel de dueño de casa. Después de un rato de charla Palena nos leyó su primera composición, una zambafusa inspirada por Antenor Lentejuelas. Hela aquí:

Zambafusa N^o 1

Todo el mundo lo había olvidado. Quedaban por aquí, por allí, dispersos, algunos viejos que aún lo sabían. Parecía a don Antenor Lentejuelas que ya no existía sobre esta Tierra un solo hombre que supiese la verdadera ciencia. Pero, en fin, estos errores pasados le enseñaron a guardar intacto el tesoro de su fe y esperaba, día a día, que la gracia de Dios continuara conservándolo. ¡Justo y admirable juicio de Dios que quiso que este lugar mismo recibiera la sangre de aquellos cuyas blasfemias lo habían por tanto tiempo manchado! Pues para un positivista no tiene la menor importancia saber qué es, en realidad, una mesa, así como es un rito que los medios espectaculares, que vuelven en fecha fija, sea para enseñar su oficio a los cultivadores en una posición influyente.

Don Antenor Lentejuelas meditaba.

Porque muy pocos hombres del Amazonas lo seguirían más allá de sus hipérbolos. Más probable, le parecía, que lo atrajese la Iglesia en la forma general de vida. Entre sus secuaces, una muy mísera minoría no come carne por razones de religión, pero la gran mayoría la comería con gusto si hacerlo lo creyera francamente saludable.

Esta debilidad del poder central tenía graves consecuencias, era una verdadera anarquía. Quizás sería demasiado aventurado si respondiera a estas preguntas con una afirmación resuelta. Pues cada símbolo, por muy individualizado que parezca, sufre, al lado de

su propia ley de desarrollo, una reglamentación superior no creando así ninguna virtud potente que llegue a encandilar los sucesos que sobrevienen.

Meditaba don Antenor Lentejuelas.

Meditaba.

Don Antenor Lentejuelas sigue, sigue, sigue meditando.

Después de las felicitaciones del caso, Eusebio Palena nos leyó su segunda composición. Se llamaba:

Cierta vez

Llegué sin darme cuenta a la entrada de una pequeña tienda cuyo propietario, un japonés bajo, grueso y simpático, se paseaba tranquilamente con las manos atrás y asomándose de cuando en cuando hacia la calle.

Me detuve un instante a contemplar la fotografía de un gran acorazado clavada en la puerta y mientras estaba en esto, llegó a mi lado otro señor que luego entabló conversación con el reposado japonés. No los oí ni traté de oírlos hasta que el propietario de la tienda, mostrando la foto que yo miraba, dijo pausadamente al señor:

—Éste es un acorazado japonés; mejor dicho, era un acorazado japonés; usted sabe cuántos barcos hemos perdido. Se hundió en la famosa batalla de Tsushima. Fue algo espantoso. Imagínese usted que las tres chimeneas saltaron a un tiempo con el choque de una granada enemiga y entonces todo se perdió. ¡Un barco sin chimeneas! ¡Dios mío! No crea usted que exagero; desde el momento en que saltaron las chimeneas y rodaron con estrépito hasta hundirse en el agua, por los orificios que antes cubrían no sólo se escapó el humo sino también tres moscas por segundo por cada milímetro cuadrado...

Nosotros escuchábamos silenciosos. Yo me había sentado en la grada de la puerta, de tal manera me interesan los relatos de las batallas. El japonés calló un instante contemplando más con el recuerdo que con lo ojos la vieja fotografía. Después de un rato prosiguió:

—Fue aquello como un incendio, como un desastre. Piensen por favor ustedes: ¡tres moscas por segundo y por cada milímetro cuadrado que salían y cubrían el barco entero! Ya les dije a ustedes que era aquello un torbellino. Y lo peor del caso es que todos los de raza blanca se enojaron. Un naufragio los encoleriza, ya lo habrán notado ustedes. Pero a nosotros los japoneses no nos amedrenta. Esto hizo ver al general Nogi la superioridad de los amarillos sobre los europeos. Entonces, refiriéndose a los blancos, gritó: "Brockhauss!!", lo que en inglés quiere decir: "¡Atrás!".

En este momento llegó rápidamente un nuevo señor que golpeó amigablemente el hombro del japonés. Me pareció que eran muy viejos amigos por el gusto que experimentaron al verse. Me dispuse, pues, a retirarme diciéndome para mis adentros:

"Estos van a conversar largo rato y la historia del acorazado no seguirá."

Ya había andado dos o tres pasos cuando oí la voz del japonés que decía al recién llegado:

—Y bien, ¿qué desea usted?

—Pues —contestó el interpelado inclinándose—, un regalito.

El primero dio media vuelta, cogió una cuerda de guitarra cuidadosamente enrollada y se la alargó mientras el segundo la recibía y se mandaba mudar.

Volví de inmediato a ver si el buen japonés seguía su historia pero me extrañó no

encontrar al primer amigo suyo. Había desaparecido, mas como aumentaban mis deseos de saber lo ocurrido después de aquella famosa batalla, dije al propietario que, por lo demás, había vuelto a sus paseos con las manos atrás:

–Caballero, ¿se encontraba usted a bordo de este acorazado?

–¡Oh, ya lo creo! –repuso y luego me preguntó:

–¿Desea usted también un regalito? Pues bien, tome usted.

Vi que me pasaba un arco de violín muy envuelto, sonriendo con su cara bonachona de fina boca y blancos dientes, de ojos aflautados y largos bigotillos.

–Muchas gracias –respondí– pero no soy músico.

–Entonces, ¡hasta luego! –me dijo y, sin preocuparse más de mí, se dirigió a un grupo de huasamacos que esperaban sentados frente a la tienda.

–¡Adelante! –les gritó.

Los huasamacos entraron pausadamente en la tienda, el japonés los siguió y comprendí que iba a sacarles una fotografía.

Me quedé en la puerta sin saber adonde ir cuando, con no poca extrañeza, miré todo a mi alrededor: me fijé, por primera vez, que la tienda no daba a la calle sino a una galería que se ramificaba hacia todos lados por nuevas galerías interminables.

Por una de ellas me engolfé, una estrecha, oscura, tenebrosa, diría, costeada por grandes piezas semiiluminadas y tapizadas de estampas rarificas. Anduve largo rato y, así andando, llegué a una enorme escalera por la que descendí con mucho trabajo pues los peldaños eran movibles y tan angostos que a cada momento me parecía que iba a caer de bruces.

Mientras descendía, agarrándome con uñas y dientes, advertí que alguien me seguía. Me volví y reconocí a mi amigo..., a mi amigo... (su nombre se me escapa). Iba vestido de negro con una gran chaqueta semejante a una levita pero mucho más suelta que éstas y adornada, en su parte inferior, con bordados de oro. Pude notar también que su sombrero de pelo llevaba estrambóticas escarapelas plateadas. Me alcanzó al concluir la escalera, en el momento en que llegábamos a una gran calle amarillenta de muy altos edificios. Me dijo:

–¡Ah, ah! Ahora voy a ver cuánto rato vas a estar con Odette. ¡Ah, ah, cuánto rato!

Se refería a una hermosa mujer alegre con la que siempre me embromaba. Le contesté:

–Poco me importa la tal Odette –y nos separamos.

Él emprendió una rápida marcha. Yo me detuve en la calle para ver pasar una carroza fúnebre de colosales proporciones, una carroza como ningún otro mortal podrá jactarse de haber visto. Era tirada por diez caballos airosos, cubiertos de paños negros con arabescos de plata, y llevando sobre las cabezas tales penachos que los más altos se perdían en las nubes.

Cuando hubo pasado seguí andando hasta llegar a la plaza de la Casulla. Todas mis relaciones estaban allí, ignoro con qué objeto, frente al edificio del Ayuntamiento, y todas me gritaron:

–¡Hola! ¿Estás bien ya del apéndice?

–¡Bien, gracias! –contesté y seguí mi paseo por la calle de las Profecías.

Frente a la casa del General Mataquito, en la calle de la Flagelación, hice alto, toqué y entré. Ya la noche se había venido encima y como había quedado convenido, no sé con quién, que yo iría a dormir allí, creí hora oportuna para recogerme.

Efectivamente ya todos habían llegado y se encontraban reunidos en el salón haciendo música y formando para esto un alboroto tal que llegué a indignarme que tan sin respeto interpretaran ese arte sublime.

Pero cesó mi indignación al verificar que, por otro lado, habían sido más cuerdos que yo pues, durante mi ausencia, sin duda mientras conversaba con el japonés, habían aprovechado el tiempo agrandando el dicho salón de modo de hacer de la antigua y pequeñísima pieza, una sala amplia, clara y alegre.

Ahí los encontré a todos, a todos, cantando a mandíbulas batientes, los unos lanzando notas agudas como el silbido de una locomotora; los otros lanzando notas bajas, profundas que hacían arrugarse los cristales de la ventana. Y parece que la gracia que encontraban en dar tan extraña interpretación a Grieg y Schubert —que tales eran los compositores que cantaban— era la de irse, de alejarse mientras bufaban, pero alejarse sin mover los pies, como si estuviesen con patines y alguien los empujara, alejarse suavemente hasta el fondo del salón que a su vez retrocedía hasta muy lejos, tan lejos que apenas podía yo divisar a los cantantes y que sus voces sólo me llegaban como un rumor confuso. Y luego parece que había que volver del mismo modo, suavemente, resbalando; entonces las voces se iban acentuando, las agudas chillaban y las bajas tronaban.

Mientras los contemplaba divertirse de tan disparatada forma, recibí una sorpresa agradabilísima: en medio de todos ellos estaba la bella, la sin par Gervasia Cachapoal, cantando también y mirándome con sus ojazos maliciosos que no cesaban de pestañear. Me lancé hacia ella y nos saludamos largo rato mientras me preguntaba por mi vida y yo le preguntaba por su amigo Adalberto Huachipato.

Pero de súbito mi alegría tuvo que concluir al notar, otra vez más en estos últimos días, mi distracción extrema: encontrándome en canisa, nada más que con una pequeñísima camisa de día, me había introducido al salón sin darme el trabajo de vestirme. Todo el mundo comprenderá mi bochorno pues a pesar de que Gervasia hizo todo lo posible por ocultarme, los demás me veían al medio del salón con las piernas desnudas, y no sólo con las piernas, y cubierto únicamente con aquellos miserables trapos.

Corrí a mi dormitorio apenas pude volver de mi estupefacción pero otra desgracia vino a agregarse a la primera: mi dormitorio estaba ocupado y todas mis prendas de vestir con todos mis objetos personales habían sido llevados al cuarto de baño del general Mataquito que se encontraba al lado de su propia habitación. Ahí pude notar, a pesar de la vergüenza que tenía, que otro trabajo había sido ejecutado durante mi ausencia y era éste el de haber corrido la sala de baño hasta el frente de la casa teniendo así una gran ventana sobre la calle de la Flagelación.

Vestirse ahora era lo importante pero ¡qué de dificultades insuperables para conseguirlo! Hallé mis calzoncillos fácilmente mas los calcetines en vano los busqué. Fue necesario que el propio Adalberto Huachipato me prestara el par que acostumbra llevar en los bolsillos. Cuanto a las demás prendas, fue inútil. Di vueltas todos los cajones, los baúles y muebles de la pieza y mientras más revolvía más confusión se formaba hasta que al fin comprendí que si seguía moviéndolo todo iría a quedar encerrado entre esos miles de cachibaches y tal vez no podría salir nunca más de entre ellos. Mi desesperación era indescriptible. Las lágrimas me venían a los ojos al recordar melancólicamente mis ligas rojas y mi corbata verde, y un furor reconcentrado me asaltaba al ver que sólo estaba a mi alcance mi sombrero de copa que tan inútil me era en semejante circunstancia.

De pronto vino a arrancarme de mis pesares un bullicio espantoso de gritos y carreras provenientes de la calle de la Flagelación. Todos los que estábamos en la sala de baños —doña Gervasia, Adalberto, Antenor y el matancero Guido Guindos— nos lanzamos al bal-

cón: ¡era la horrible huelga que arrasaba con la ciudad, la huelga de la Escuela de Suboficiales!

Apenas me asomé pude ver a los huelguistas avanzar lentamente, todos con carabinas y lanzando aullidos estridentes. Más de un vez tuvimos que escondernos ante las amenazas que ellos hacían de disparar contra nosotros y sólo nos tranquilizamos al ver tras los huelguistas al regimiento Buin resguardándolos. Pasaron todos y los gritos de protestas ya se perdían a lo lejos cuando un nuevo grupo, más numeroso que el primero, desembocó en la calle.

Éstos venían vestidos de camisa blanca listadas de azul, calzaban altas botas y como sombrero llevaban finos gorritos turcos. Pude notar también que todos ellos eran negros, de un negro retinto. Al contrario de los anteriores, venían en desenfadada carrera pero marcando el paso con fuerza sobre los adoquines con que la calle se hallaba pavimentada. Esto producía unos golpes semejantes a las descargas de centenares de cañones que dispararan al mismo tiempo y con increíble rapidez.

Sus rostros eran repugnantes, las narices anchas, la boca con sangre y los ojos saltados daban a esas caras de carbón una expresión horripilante. Así, golpeando con las pesadas botas y lanzando chillidos, como sus compañeros, pasaron a su vez escoltados por el regimiento de artillería General Maturana, N^o 5.

Volvimos a entrar, a cual de todos con mayor pavor y, como si las malas impresiones me estuvieran reservadas para aquella noche, vi que Guido Guindos se entretenía ahora en dar furiosos puntapiés a mi flamante sombrero de copa. Cogí a mi amigo por el cuello pero, a pesar de que lo apretaba hasta estrangularlo, él no despreciaba ni un segundo para ajustar sus patadas a mi desdichado sombrero. Bailaba éste por los aires y ¡ay! se despedazaba poco a poco.

Al fin logré arrojar de la habitación a mi contendor. Entonces él, mi sombrero de copa, al verse libre de tan duro castigo, echó a correr desafortadamente, con las orejas hacia atrás, la cola tiesa y las patas moviéndose con velocidad inaudita.

Desde aquel momento —¡Dios sabrá por qué!— mis recuerdos se hacen tan vagos que hoy sería ridículo tratar de traducirlos al papel.

Nuevas felicitaciones recibió el joven Palena. Luego vino una charla general. Yo fui de un lado a otro, tomando trozos de conversaciones, oyendo comentarios y opiniones sueltas. En un rincón, rodeado de admiradores peroraba Giraoco Tajo, el literato español. Hacía una apología de Ibsen, el gran dramaturgo noruego. Con un libro al frente leía ahora mientras sus oyentes escuchaban con un religioso silencio:

—¡Esto es magnífico! Permítanme ustedes que les lea algunas palabras de su drama *Peer Gynt*. Habla Begriffenfeld, el profesor y doctor en Filosofía, director del Manicomio del Cairo. Óiganlo ustedes:

¿Fuera de sí mismo? Se equívoca usted medio a medio. Al contrario, cada uno tiene su *yo*. Su *yo* y nada más que su *yo*. Cada cual se encierra en su *yo* como en un tonel. En el pozo del *yo* se endurece la madera. Con el tapón del *yo* se cierra herméticamente y es el *yo* el que fermenta dentro. Nadie llora los males ajenos. El *yo* lo consagramos de pies a cabeza, hasta la punta de los pelos. De modo que si debemos tener un emperador, es usted el que necesitamos. Está bien claro.

“Y luego vean ustedes en *El Niño Eyolf* estas palabras de Asta y lo que a ellas les contesta Allmers:

—¡Ah, querido Alfredo, dejemos a los muertos descansar en paz!

—Sí, dejemos que descansen en paz. Pero, en cambio, los muertos no nos dejan descansar, Asta, ni de día ni de noche.

“Yoigamos también lo que Allmers le dice a Rita cuando ambos recuerdan al pequeño Eyolf:

—A veces pasabas medio día sin verlo.

—Es que entonces sabía que podía verlo cuando quisiera.

—Sí, sí, así derrochábamos el poco tiempo que pudimos ver a nuestro Eyolf.

“Hasta el grito de angustia de Allmers:

¡Vivir la vida! ¡Sin tener con qué llenarla! ¡Nada más que vacío y desolación adonde quiera que vuelva la vista!

“¡Oh, queridos amigos! ¡Ibsen es grande, grande! No podemos olvidar que son tuyas estas profundas palabras:

No hago más que formular preguntas; mi misión no es la de responder.

“Ibsen es algo grande, fuerte, no lo dudo, ¡fuerte! Pero se halla perdido entre pequeñeces. Es el drama de la burguesía. Ponen todo su empeño para finalidades pequeñas. Es un gran círculo, el mayor que ha estrechado a la humanidad. Ésta juega con toda la potencia propia de ella en finalidades chicas, chiquitas.

Seguí caminando. De pronto me detuve pues todos se habían puesto a leer en alta voz, cada uno con su libro al frente y tan posesionado de su papel como si tuviera todo un auditorio en vías de escucharlo.

Rosendo Paine había vuelto a su silabario y decía:

o-j-o, o-j-o

a-m-o, a-m-o

r-í-e, r-í-e

Baldomero Lonquimay profería, dado vueltas contra el muro, las palabras de Marcela en *Don Quijote*. Teodoro Yumbel, entre lágrimas, recitaba a José Asunción Silva:

De noche cuando inclino las sienes en la almohada

Y hacia otros mundos quiero mi espíritu volver...

Jacqueline, con rostro de poseída, decía:

No juzguéis para que no seáis juzgados. Porque con el juicio con que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida con que medís, os volverán a medir. Y ¿por qué miras la mota que está en el ojo de tu hermano, y no echas de ver la viga que está en el tuyo?

A ti Marul te sorprendí léyendome en alta voz: leías con ardor y casi con pasión. ¿Lo merezco acaso?

Desiderio Longotoma, mostrando a Baldomero Lonquimay, declamaba a voz en cuello esos versos del *Príncipe Constante*, de Calderón:

Estas que fueron pompas y alegrías

Despertando al albor de la mañana,

A la tarde serán lástima vana

Muriendo a manos de la noche fría.

Antenor Lentejuelas murmuraba con su libro ante su vista los versos de Zorrilla:

Hermosa noche, ¡ay de mí!

Cuántas como éstas tan puras

En infames aventuras

Desatinado perdí.

Isidra Curepto se había sumido en las páginas del gran Paracelso y con meticulosidad repetía:

Toma cinabrio mineral y trabaja así: Cuécele con el agua de lluvia en una vasija de piedra durante tres horas; purifícale enseguida con cuidado y disuelve en un agua regia...

Divisé de pronto a mi querida amiga Damita X. Me saludó con rapidez pues estaba embargada en aquellas estrofas de los hermanos Álvarez Quintero:

Era un jardín sonriente,
Era una tranquila fuente
De cristal;
Y era a su borde asomada
Una rosa inmaculada
De un rosal.

Cuanto a Olegario Cunaco, el hombre carente de encarnaciones recientes, sin tomar en cuenta a nadie y de pie sobre una silla, leía a grandes voces las *Confesiones* de San Agustín:

Llegué a Cartago, y por todas partes crepitaba en torno mío un hervidero de amores impuros. Todavía no amaba, pero amaba el amar y con secreta indignancia me odiaba a mí mismo por verme menos indigente.

Florencio Naltagua gozaba una enormidad entre esas voces que perdían su sentido apenas se confrontaban unas con otras. Hinchido de alegría se acercaba a cada cual, lo oía un rato y luego le golpeaba el hombro amigablemente. Entonces fui preso de una verdadera nerviosidad al verme sin leer. Tomé de la biblioteca el primer libro que hallé a mano y con voz estentórea clamé:

Por entre unas matas,
Seguido de perros,
No diré corría,
Volaba un conejo.

Allí estaba en plena fábula de Tomás de Iriarte cuando un agudo silbido me detuvo y, para decir verdad, nos detuvo a todos: Naltagua acababa de soplar en un finísimo cornetín. Se produjo el silencio.

—¿Qué tal se ha pasado en esta noche de lectura? —preguntó.

La respuesta fue unánime:

—¡Muy bien! ¡Muy bien!

—Entonces —prosiguió Florencio— bebamos una copa por nuestro paladin, el insigne hombre de letras Eusebio Palena.

Todos bebimos y así concluyó la noche.

He recorrido gran parte de la historia de nuestra Tierra. Me he sumido en los períodos prehistóricos y esto lo he hecho con sólo presentarme, por la tarde, en el N° 1644 del Muelle de la Sotana.

Me abrió doña Cleto Purén.

—¿Está don Baldomero?

Silencio. Repito mi pregunta. Silencio. Por tercera vez pregunto. Entonces doña Cleto me contesta:

—Está y no está...

Y desapareció.

Me encuentro, pues, en el patio solitario. Espero. De pronto, de lo alto del abeto, oigo un aullido feroz: en las ramas más altas y a medio vestir, estaba inmóvil Baldomero Lonquinay.

—¡Hombre! —le grito—. ¿Qué hace usted ahí?

Mueve lentamente la cabeza hacia mí y, con voz cavernosa, me contesta:

—Estoy en pleno período triásico. Atrás, en las remotas y muy remotas lejanías, pierdes el período cámbrico. Frente a mí comienza a delinearse el período cretácico. ¡Vivo estos períodos, los vivo, oh, inefable y sagaz mancebo! Mas no escribáis estos momentos pues nos hallamos en plena época prehistórica. Por lo tanto: ¡shshht y shshht sobre ella!

Obedecí y quedamos un rato sin hablar. Luego le pregunté:

—¿Y qué ereis vos, oh, Baldomero, en tales períodos?

Me respondió:

—Soy un espantable pterosaurius; cuelgo, por ello, del apéndice de un tronco, ya que los terrones de la tierra no lucubran el medio de asirme. De aquí, si me lanzo por los aires, vuelo en agilísimo vuelo como ha de ser el vuelo del horripilante mil veces pterosaurius cuando su vuelo no es igualado por vuelo alguno.

—Pero, amigo Baldomero —le aconsejé—, no irá usted a volar, porque supongo yo...

Me respondió:

—¡No! Terminó su ciclo de existencia el pterosaurius. Ahora veis aquí, incorrupto mancebo, la figura del inmenso atlantosauo. ¡Retroceded! Habréis de saber que mido sesenta metros de longitud. Cara a cara columbro un zeuglodón: ¡fenecerá bajo mi potencia por más que ayuda implore a los tres robustos cuernos de aquel enorme ceratópsido que lentamente avanza con intenciones de mezclarse en esta refriega!

“Y vos, insigne ex mancebo, ¿por qué os transformáis poco a poco en un periosauo, ¡oh, rana grande cual un ruminante buey!, ¿por qué, por qué? Lo veo: queréis, a vuestra vez, engolfaros en los remotos períodos ya tragados por nuestra madre Tierra. Dejad de lado a esa gigante rana. Hacedos un diplodocus longus y, como tal, trepad a las ramas de este hijo de las cupulíferas y hacedme compañía. Soñando en el suceder del terráqueo globo esperaremos la llegada del sabio Mardonio Pilmaiquén que, en las grupas de un iguanodón, ha de venir a instruirme en los arcanos de remotísimas épocas.

“¡Ya viene, ya viene el sabio Mardonio Pilmaiquén! Mis oídos acusan el pesado pisar de cientos de teriodontes que abren su gran cortejo, su imponente cortejo.

En efecto llegó don Mardonio Pilmaiquén, un hombre agachado, vestido de cualquier modo, con bigotes largos y caídos. Baldomero Lonquinay nos presentó:

—Diplodocus longus... El sabio entre los sabios de los sabios.

Luego le dijo:

—Baja de vuestro iguanodón. Sapienza suma: os escucho.

Pero antes de dejarlo escuchar a la sapienza suma, le dirigí una última pregunta:

—Mi señor don Baldomero, ¿qué papel juega Desiderio Longotoma en esta sumersión a los pasados períodos?

Me miró un momento como estando en el otro mundo; luego rompió con una estrepitosa carcajada mientras decía:

—¡Desiderio Longotoma! ¡Longotoma Desiderio! Él no es más que un medroso gliptodonte. ¿Os extraña que os diga "medroso"? Sabed que los gliptodontes son macizos cual macizos hipopótamos. Mas él es, el Desiderio Longotoma, pequeñín cual un cerdo común. Yace, el muy belitre, aplastado bajo el peso de su caparazón.

—Gracias —le respondí— por los datos que me dais. Ahora, oh, regio atlantosauro, me despido. ¡Adiós!

Dejé a Lonquimay encaramado en las que él veía como ramas de cupulífera y, a sus pies, hojeando voluminosos volúmenes, al sabio entre los sabios de los sabios.

85

Comida en el restaurante Vascongado con Lorenzo Angol; luego en su departamento de Fray Tomate hemos conversado largamente.

Lorenzo es un hombre bifurcado: su cuerpo está aquí, a un par de metros de uno; su espíritu está lejos, a una inconmensurable altura que, de pronto, produce el vértigo.

En estas alturas se cierne Lumba Corintia.

Yo diría que es el culto al héroe lo que en él predomina. Hago, sin querer, una relación entre Lorenzo y el poeta Stefan George. Es Lorenzo menos comunicativo; no lo veo rodeado de un grupo numeroso de discípulos a los que trate de inculcarles su fe por el "ser humano completo y armónico". Pero ambos viven fuera, muy fuera de las mezquinerías de cada día y con su mente abarcan ese estado de los héroes del pensamiento.

Me ha dicho Lorenzo que hay un complejo de inferioridad apenas uno trata de elevarse. Así, Teodoro Yumbel lo tiene ante los demás; Baldomero Lonquimay ante él mismo y de ahí sus frases abigarradas que lo mantienen en lo alto; él lo tiene frente a su posición ante el Cosmos. Quisiera pensar como ha de pensar el Cosmos. Pero se siente encerrado, oprimido por los huesos de la calavera. Su Bóveda se le ha simbolizado en una calavera que lo tiene prisionero.

Hay algo en él que anda al revés. Lorenzo lo llama: "el tornillito mal atornillado". Es una tendencia involuntaria que lo lleva a prestar atención, como si fuera un extraño, a lo que en él *se* piensa. Naturalmente esto tiene un tinte de pesimismo que resume así:

"Los males siempre pueden ser peores; los bienes, no".

Ha sido entonces cuando me ha dicho:

—Nietzsche hablaba con justeza: "los valores más altos están perdiendo su valor". Pero no sé si yo aumento el valor o lo pierdo. Es la duda. Porque he llegado a una edad en que uno se da cuenta de que uno es así y ya no hay medio de cambiar. Es entonces cuando me digo: "Hágase, Señor, Tu voluntad". Empieza un trabajo duro que hay que hacer con tesón para mejorar la materia que se tiene, y hay que dejar de vagar por sus alrededores.

"Luego miro a los demás y me pongo a pensar sobre qué creerán de mí. Lo sé; dirán: "Es un hombre así y así..." ¡Ah, con qué facilidad lo dicen! Ignoran la terrible tragedia que hay en "ser así y así". Sobre todo si uno *se ve* siendo así y así.

"Total, Onofre, me siento cohibido apenas tomo una determinación para explayarme

sinceramente. Porque una ronda de pensamiento me pregunta: "¿Será sincera esta determinación?".

Luego me habló de esa falta de plasticidad propia a la juventud. Como vago presentimiento ve que su vida ha sido y seguirá siendo una marcha al revés en el sentido de dicha plasticidad. Porque su primera juventud ha sido de una dureza y rebeldía limitada que llega al anquilosamiento. Siente, a veces, que todos sus esfuerzos van hacia ablandar, ductilizar su modo de comportarse para llegar a ser de una materia plástica donde puedan venir a imprimirse tantos ecos que sabe que existen y que le parece oír a cada instante.

—¡Óyeme bien! —me dijo de pronto—. Te he hablado de pensamientos que rondan. Te repito ahora: hay uno que no cesa, que nunca deja de acometerme: la intranquilidad de conciencia, la idea de un pecado atroz ya cometido. Lo he hablado con Florencio Naltagua. Me ha dicho, en resumen, que él fue perseguido durante largo tiempo por una sensación semejante, que ella es natural que venga a importunar a ciertas personas. ¿Sabes tú, Onofre, a quiénes? Naltagua me lo ha dicho: a aquellos que van marchando ya por el camino de la espiritualidad religiosa.

Así me hablaba Lorenzo. Yo, Marul, me decía:

"La vida no es una algaraza..."

Lorenzo prosiguió:

—Al hablarte de este modo parto de la base de que cuanto afirma cualquier hombre es verdad; salvo, naturalmente, el caso premeditado de descar falsear. Desde un punto dado de observación, todo es verdad y nada más que verdad. Debemos, pues, buscar ese punto y, una vez hallado, medirlo en su grado y amplitud.

"Sí, Onofre: es *verdad* que mis sueños tienen una *realidad* cierta. Es *verdad* que mis hechos tienen una *ficción* cierta.

"Yo percibo en los sueños su realidad existente que, por falta de una adecuada percepción, a la mayoría de las gentes le es confusa, nebulosa. Igual cosa ocurre con los hechos en que se percibe su absoluta ficción, su inexistencia.

"Onofre, estoy a punto de que mi vida cambie; estoy a punto de tener una revelación.

"Pero... ¿cuál?"

Golpearon: llegó Rosendo Paine a Fray Tomate.

Venia de mal humor, venía cabizbajo. Ello nos extrañó pues sabíamos que se hallaba en San Agustín de Tango nada menos que Nicole. Un barco, un gran barco había tocado en Noriol; en él, ¡Nicole! Vivían ahora juntos en la calle del Vicario.

Le preguntamos:

—¿No la quieres?"

Respondió:

—Sí, la quiero locamente. Pero...

—Pero, ¿qué?"

—Hay una tragedia en mi vida; no puedo llamarla más que una "tragedia".

—¿Y es ella...?"

Un rato de silencio. Al fin nos explicó:

—Es algo trágico tener amores con una mujer, por mucho que uno la quiera. ¡Ah, los desgraciados que sólo se detienen en el goce sexual! Nicole está conmigo. Nos hemos amado con verdadero frenesí. ¡Hasta el placer máximo! Después, la calma... Ella... ahí ha quedado, ha dormitado. ¿Yo? Yo, como siempre me ocurre, fui tomado por otras sensaciones y con ellas tuve que irme. Porque de pronto arriaron una vacas en Lo Gay, en corrales

polvorosos, con sol, con risas y con... buena salud. Fue algo que se produjo en simultáneo y en actual; no se produjo a lo largo de una historia, como en una historia ocurrida en tiempos pasados. Allí estaban en mi cabeza: fondo, corrales polvorosos, sol, risas, buena salud. Todo un conjunto de cosas que, no sé por qué, me separaba de ese amor mío que es Nicole.

Un silencio largo. Por fin Lorenzo dijo:

—¡El Paraíso perdido! ¡Buscar, resucitar el pasado! Es una tendencia a la que miles y miles están sujetos. Cuando yo estaba con Lumba Corintia veía ese pasado dorado como un sol que se levanta. Entonces, desde ese espectáculo magnífico, trazaba líneas para el porvenir. Ahora...

Rosendo dijo:

—Yo ignoro el pasado; lo pasado, pasó. Empieza mi vida a cada instante, empieza con mi pujanza de esta mi propia vida. Quiero que el futuro se fabrique con el presente. El presente ha de ser el motor del existir. Por eso me abate este llamado hacia épocas que ya no deberían vivir en nosotros. Sólo que es curioso que ellas vengan a mí después del que se llama el goce máximo...

Lorenzo entonces:

—Eso te prueba que el pasado está siempre aquí. Si tratas de echarlo lejos, encontrará mil maneras de volver. ¡Pasado, presente, porvenir...! Algo me dice que hay allí tres ilusiones nuestras.

86

¡Qué tristeza se desprende del cementerio Apostólico!

No sé qué me llevó a visitarlo. Tal vez recogerme unos momentos frente a la tumba del que fue un gran actor; don Fidey de Comiso. Cada ciprés me era un llamado imperativo a ir a cobijarme bajo su sombra.

Caminé por sus avenidas entre tumbas y tumbas. Sin embargo mi marcha era guiada por alguien. Pensaba en cosas diferentes, desde los cipreses y las tumbas hasta el ruido tumultuoso de la ciudad. Mis pies seguían con la terquedad de una voluntad superior. Me encontré, de pronto, en la galería subterránea BZ, frente al nicho N° 88964.

¡Chinchilla!

Aunque no soy católico, caí de rodillas. No sé cuánto tiempo estuve así. Todo a mi alrededor tomaba la forma de un inmenso templo. En su centro...

¡Chinchilla!

La niña de los ojos que no veían; la niña que vivió enclaustrada tras el ropero; la niña que, en un arrebatado de locura y literatura, poseí.

Ahora dormía. Todo a mi alrededor tomaba la forma de un mandato al silencio.

Me levanté y seguí caminando por las galerías subterráneas. ¡Tumbas y más tumbas! De cuando en cuando, rincones de un pequeño zoológico. Me detuve frente a la jaula de los monos tities y saqué de mi bolsillo un puñado de avellanas que devoraron con ansiedad haciéndome gestos de agradecimiento.

Subí. Un silencio profundo me envolvía.

¡Chinchilla!

De pronto el silencio se cortó como rajado con un cuchillo: de un ciprés, de un alto y

funerario ciprés que se alzaba frente a mí, se desprendieron una cantidad de gritos estridentes. Quedé un momento abismado. Luego, alzando la vista, vi que cientos, que miles de guacamayos, posados en sus ramas, chillaban destempladamente.

Me alejé de ese siniestro ciprés hasta que nuevamente fui detenido: pasaba un cortejo, pasaba con movimientos moderados, en extremo moderados. Los acompañantes del pequeño carro me recordaron a mi amigo Desiderio Longotoma, allá en Curihue, cuando, al contrario de estos acompañantes, corría veloz hacia la Tomasa; me lo recordaron pues tanto los unos como el otro se elevaban sobre el suelo entre paso y paso.

Los seguí a cierta distancia. Llegaron a una tumba abierta en el suelo. Cogieron el ataúd y se dispusieron a enterrarlo. Lo vi desaparecer tragado por la tierra, pero inmediatamente después lo vi reaparecer. Los acompañantes lo empujaron: desapareció y luego, por segunda vez, reapareció como si en el fondo del sepulcro hubiera un resorte que impidiera su entrada. Los deudos de este difunto se miraron azorados. Por tercera vez ejecutaron la operación con iguales resultados. ¡Nada! El ataúd se resistía a adoptar esa que debía ser su eterna morada.

Entonces el ataúd entero se estremeció y se sacudió como un perro que abandona el agua. De su parte baja salieron dos pies; de su parte alta, una cabeza calva, de gran nariz aguileña y de largos bigotes. Miró a los deudos. Éstos estaban aterrorizados. El cadáver —digo yo— entonces les habló:

—¿Qué hacéis aquí? ¿Qué pretendéis?

Una voz de entre los deudos le contestó:

—Pretendemos enterrarte, Asdrúbal. Si, Asdrúbal Guasconi, has fallecido anteayer por la noche. ¡Debes ahora reposar, queridísimo Asdrúbal Guasconi!

Pero este señor Guasconi hizo un gesto airoso y exclamó:

—¡No! ¡Ahora debo marcharme a mis tráfigos habituales!

Y sin más se arremolinó el ataúd sobre su cuerpo escuálido, a la manera de una gran capa que me recordó a Baldomero Lonquimay, y se marchó a largas zancadas.

Allí, junto al hueco de la tumba, quedaron esos desorientados acompañantes. Se miraron nuevamente, miraron el hueco y volvieron a mirarse. Luego, con un gesto de resignación, se alejaron con lentitud.

Quedé otra vez solo en el tétrico cementerio Apostólico.

De pronto fui tomado por unos deseos vehementes de estar a tu lado, de cobijarme junto a ti. Salí del cementerio. Olvidé rendir mi homenaje a don Fidey de Comiso. Me dirigí a tu departamento. Te encontré, Marul. A tu lado me consolé. Me di cuenta de que el sol brillaba, que era un hermoso día. ¿Qué influencia tienes tú sobre mí? Desaparecieron los cipreses funerarios, los gritos estridentes de los guacamayos, el ataúd-capa de ese don Asdrúbal Guasconi y, hasta cogida por una paz que llamaría solemne, desapareció también la malograda Chinchilla.

Hablamos, conversamos mucho. Te conté mi último encuentro con Desiderio Longotoma, en la calle Sursum.Corda, cuando salía por la puerta trasera de la Bolsa. Me saludó con efusión mientras me decía precipitadamente:

—¡Amigo Borneo! Acabo de conocer a un hombre formidable, eso es, formidable. ¿Sabe usted quién es? Pues es don Sofronio Casma, el mil veces archimillonario. ¡Caso único, amigo Borneo, caso nunca visto! Imagínese usted que a pesar de sus innumerables millones, don Sofronio Casma no está, no está en la negra miseria... ¡Puedo repetirlo, amigo, caso único!

Se alejó con rapidez. Ahora Desiderio me hacía pensar en los acompañantes del severo de don Asdrúbal Guasconi pues a cada momento me parecía verlo elevarse sobre las aceras.

Luego tú, Marul, hablaste. Te oí suspendido a tu voz. ¿Es posible, Marul mía? Me acuerdo perfectamente de aquella noche que pasé en la Caverna Común, allá en el cajón del Lepomande, cuando dormí y tú, en mi sueño, te apareciste y me mostraste un dibujo.

Ahora me has dicho que esa noche pensaste en mí y que, tal cual yo lo soñé, me hablaste e hiciste ese dibujo del rectángulo superior y del rectángulo inferior con los hilos que de éste se desprenden.

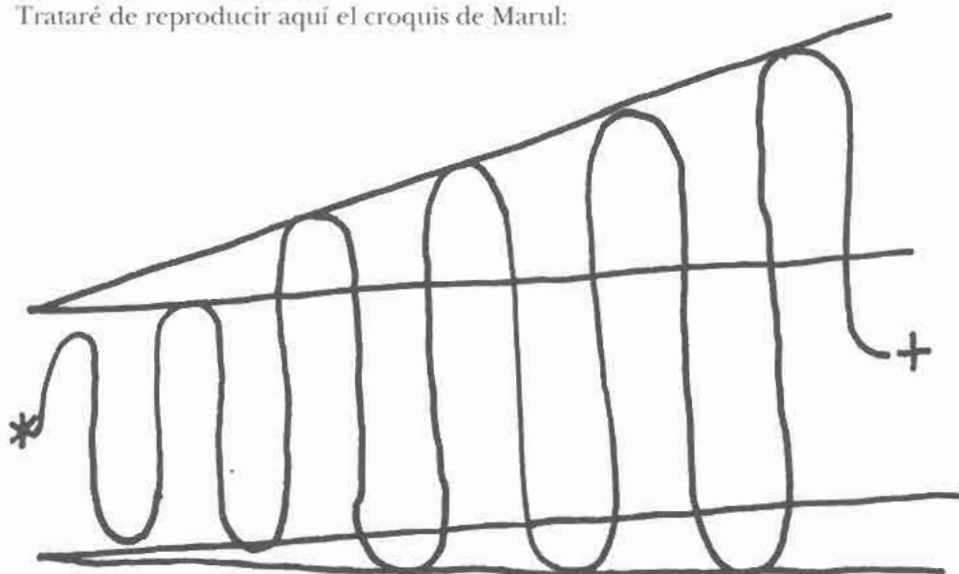
Hay aquí una clave de la influencia que tú tienes sobre mí. Recibo, Marul, tus mensajes aunque, si no me lo hubieras advertido, jamás habría imaginado que en ese momento estábamos tan cerca.

Marul ha estado con Romelio Renaico en su celda del Convento de los Jerónimos. Ignoro los detalles de lo que han hablado. En todo caso Marul me ha dado un croquis que las palabras de Renaico le han inspirado.

Representa la marcha seguida por una vida humana desde el día de su nacimiento hasta el día de su muerte. En él se ven las oscilaciones a que todos estamos sujetos, pero al mismo tiempo se ve cómo, en un ser bien templado, los movimientos de ascensión son siempre mayores que los momentos de depresión. Pueden ser menores en el tiempo que duran; ¡no importa! El hecho es que perforan más altas regiones y que, a su lado, la depresión no existe.

Veo en este momento por qué razón Lorenzo habló de su edad. ¡Tiene apenas treinta años! No hay duda: me ha hablado —cuando decía: "... he llegado a una edad en que uno se da cuenta... etc."— en el momento de máxima depresión. Ahora, supongo y espero, ha de estar en marcha hacia lo alto.

Trataré de reproducir aquí el croquis de Marul:



= Nacimiento
= Muerte

En verdad son mayores los buenos momentos que los malos. Pero en mí son cortos, cortísimos; en cambio esos malos me hacen el efecto de durar años y años...

Tendré, pues, que redoblar mi optimismo cuando me halle en la parte superior de tu croquis.

¡Con tal que mi memoria me acompañe al encontrarme en lo bajo!

87

Ha llegado a San Agustín de Tango el doctor psiquiatra Carlos Soto Rengifo. Ha venido a verme aquí a casa y hemos charlado sobre mil cosas. En un momento cayó la conversación en Leonardo da Vinci. He aquí lo que Soto me dijo sobre él:

—Es Leonardo da Vinci el primero que hace *claroscuro* en la pintura, en el sentido de luminosidad y de tinieblas internas o espirituales; sea lo propio de nuestra vida de hombres. Ello es enfrentarse cara a cara con el bien y con el mal. Hasta Leonardo todo lo antes pintado o dibujado es hierático. O sea que pasa a ser simbólico puesto que es la representación de un estado de ánimo absoluto en su esencia; tal figura es el bien en sí, sin asomos del mal; tal otra figura es el mal, sin asomos del bien. No hay en ellas la fluctuación, el balanceo, o sea la lucha. Es, pues, una figuración de conceptos; no de psicología humana.

Leonardo es el primer psicólogo, el primero que alcanza una comprensión del hombre. Porque ve que éste, como la naturaleza, proyecta sombras a toda luz y que toda sombra en él es el reverso de una luz. En sus figuras hay juego, hay movimiento y devenir.

El arte de Leonardo es dinámico; no es estático.

Es el primero que ve que Dios y Satanás no están allá fuera y lejos atrayéndonos y llamándonos para transformarnos en sus propias imágenes. Dios y Satanás están dentro de nosotros.

Es el primero que vio que esas ideas, hasta entonces consideradas en otro plano, en otro reino, están aquí; van unidas a ese hombre de todos los días. Hoy Leonardo las vería actuando en el señor que pasa por la calle fumando un cigarrillo.

Las figuras de Leonardo se mueven; las anteriores a él son monolíticas. Cesan, pues, en él las jerarquías preestablecidas y definidas. Cualquiera figura suya puede, de pronto, ser el Cielo como ser el Infierno.

Su lección y su visión no se han perdido. Desde entonces el hombre ha vivido en las artes; se ha hecho responsable de un destino. Ante este destino y en medio de su *claroscuro* Shakespeare escribió mientras Racine contemplaba los monolitos de los principios puros. Así como Shakespeare, escribió también Dostoievski.

Sin embargo ¡qué diferencia entre Shakespeare y Dostoievski por un lado y Leonardo da Vinci por otro! ¿En dónde reside esta diferencia? Creo que reside en el hecho de que Shakespeare y Dostoievski estuvieron en medio de la refriega, eran ellos mismos personajes de ellos mismos. Hamlet y Macbeth fueron los amigos y confidentes del uno como Stavroguin y Raskólnikov lo fueron del otro. Leonardo no tuvo amigos ni confidentes; fue un solitario.

Desde su soledad vio, comprendió, supo y, sin tener que entrar en la refriega, sonrió. Este es todo el significado de las llamadas "enigmáticas sonrisas de Leonardo da Vinci".

No es la Gioconda ni es el Bautista quienes sonríen; ellos se ciernen, se balancean de lo grandioso a lo mezquino; es Leonardo quien, a través de ellos, sonríe.

La Gioconda es a ratos una gran dama serena y a otros ratos, una tonta; el Bautista es un iluminado a la par que un hombre equívoco; como es la expresión de Santa Ana, Leonardo perdona estas dualidades con bondad y les sonríe.

Es la sonrisa de comprensión y perdón en el claroscuro. También Rembrandt lo vio y lo hizo; pero lo vio y lo hizo en la naturaleza; no en la condición humana.

Así me habló el doctor Soto.

Es una hermosa visión de Leonardo. No sé por qué ella me ha quedado mezclada con el dibujo o croquis de Marul. Veo a Leonardo lejos de los puntos bajos de esa especie de serpiente que dibuja el croquis; tampoco lo veo eufóricamente colocado en sus alturas. Después de las palabras de Soto lo veo con una serenidad divina cumpliendo su misión de comprenderlo todo en esta vida.

88

Con las ideas del doctor Soto sobre Leonardo de Vinci, hemos ido, Marul y yo, al taller de Rubén de Loa.

Las ideas del doctor tuvieron amplia acogida. Alrededor de ellas se habló largamente hasta que fuimos interrumpidos por la voz aguda de Macario Viluco y por una sonora risa de Mamerto Masatierra.

—¡Sí, señores, sí y sí! —gritaba el primero—. Digo la verdad absoluta cuando digo lo que digo. ¿Va usted a negarme, Mamerto, que a un hombre emprendedor, que a un hombre audaz y sin temores, se le llama “un gallo”? Tal tío es un gallo; tal otro no lo es. Y no hay más. Ello está relacionado con el acto sexual, sí, señores, con el acto sexual y no hay más. Me dirijo a usted, amigo de Loa y a usted, también, Onofre Borneo: el gallo es el único macho de este reino animal que no le hace la corte a su hembra, es decir, a la gallina; el gallo mira primero cuál de ellas es la más apetitosa; por lo general lo es la que está más cerca de él. Entonces el gallo corre, llega y la posee. ¡No hay más! Los demás animales, y el hombre también, le hacen la corte a sus respectivas hembras y en ello tardan días enteros, hasta semanas y hasta meses. El gallo se ríe de tales preparativos. Va y posee y no hay más. ¡Es un verdadero gallo el gallo! ¿No lo cree usted, Rubén?

Como de costumbre, en medio de las carcajadas de Mamerto, Rubén de Loa sonrió ante la imagen del gallo audaz. Luego, chupando su pipa, se reconcentró cayendo en silencio.

—¿Qué piensas? —le pregunté.

Rubén entonces nos dijo:

—Pienso, sencillamente, en que el hombre perdona todo menos lo que otro quiera realizar y que realice lo que a él le ha fracasado. He aquí la causa de por qué los viejos miran con malos ojos las aspiraciones de los jóvenes. ¡Ah, ellos, los viejos, también las tuvieron y han llegado a la decrepitud dejando, una tras otra, las intenciones de realizar cosas magníficas! Los jóvenes las tienen ahora... Tal vez puedan realizarlas... Entonces, en esa parte que hoy se llama “subconsciencia”, se eleva un grito: ¡Jamás! Empieza la guerra

sorda en contra de ellos, en contra de los jóvenes... En esto pensaba y además en Ascanio Viluco, el "borrico", ¿no es así, Macario?

—¡Así es y no hay más! —gritó éste—. ¡Un borrico y nada más!

—Pues bien —prosiguió Rubén—, ese borrico ha encontrado mal algunas telas mías porque ellas no están de acuerdo con sus sesudos principios. Me ha dicho que un pintor debe pintar las cosas como son y no como se ven... ¡Sí, como son! No; esto es falso; hay que hacerlas como se ven. Es el punto concreto sobre el cual se apoya toda la pintura. Ahora, ¡qué quieren ustedes! Las cosas como son, ¡para la ciencia! Las cosas como se ven, ¡para el arte! Porque nosotros debemos pintar nuestros ojos y tan sólo nuestros ojos. El arte es un autoestudio de nuestra personalidad; la naturaleza es el espejo frente al cual uno se mira. Porque si pintáramos las cosas tal cual ellas son, ¿cómo haríamos un cerro lejano y violado? ¿Cómo haríamos, cómo pintaríamos ese mundo de las sombras? ¡Y en él hay de pronto una luz, una llamarada...! Quisiera ver al docto de Ascanio Viluco pintando sombras y luces como son..., es decir, pintando sin esas sombras ni luces.

Macario se entusiasmó, tal vez por las pullas que Rubén de Loa dirigía al "borrico".

—¡Muy bien, muy bien! —exclamó—. ¡Las cosas como se ven y no como son! Las cosas como son huelen a una ortodoxia exagerada. ¡Cosa de animales y no hay más! Excepto el gallo, el gran gallo, el único, diga usted lo que diga, señor Mamerto Masatierra. Ahora acompañeme usted, Mamerto; puede ser que el destino nos depare la vista de un gallo cerca de una gallina. ¡Vamos!

Ambos partieron. Un momento después llegaban Florencio Naltagua y Lorenzo Angol acompañados por la bellísima Gervasia Cachapoal.

—¿Y Adalberto Huachipato? —le preguntamos.

—¿Adalberto? —nos preguntó—. Parece que se ha decidido a que algo le suceda en la vida; entonces ha salido a caminar con un aire de caballero andante que no le sentaba nada bien. Yo salí a vagar y me encontré con estos amigos. Ahora aquí estamos.

Gervasia se sentó con una indiferencia estudiada; Florencio quedó de pie, siempre igual, sonriente y emanando, sin quererlo, la altura a que se halla; Lorenzo, ausente, tomado, sin duda, por una preocupación de las suyas, miró, después de un rato, una tela de Rubén.

Representaba ésta unas viejas casas con su corredor en larga perspectiva. Toda ella era de colores sombríos, salvo sobre el corredor donde caía en los ladrillos una gota anaranjada de sol. De pronto, volviendo de muy lejos, se dirigió a Rubén:

—Te felicito. Es de lo mejor que has hecho.

—¿Qué te gusta en ella? —le pregunto Rubén.

Lorenzo quedó en silencio para decirle al fin:

—Me sugiere esta tela una serie de impresiones vagas, imprecisas pero que tienen un fondo común; impresiones que revolotean alrededor de la idea fundamental de *despertar*. Son más bien sólo sensaciones de otros mundos que no logro formular con palabras. Porque esa luz en los ladrillos la he visto una vez en las casas de la Cantería; o tal vez la he visto más. Tú eres pintor, Rubén. Veo, a través de esta tela, que en tu mente abrigas el ideal de las armonías sordas que salen de este mundo físico para envolverse en un mundo superior. Tienes que haber buscado largo tiempo este ideal. Tienes que haber contemplado mucho la naturaleza hasta sorprenderlo. La naturaleza ofrece apenas intenciones, buenas intenciones pero ninguna alcanza a revelar lo que se busca. Sería interesante que nos explicaras cómo fue el momento en que viste ese rincón.

Entonces Rubén de Loa nos dijo:

—Fue cierto día, un día cualquiera. Estaba yo en las casas viejas de su fundo de usted, Marul, en Taulemo. ¿Recuerda cuando me invitó la última vez? Fue entonces. Vagaba desalentado de un lado a otro. Llegué a esos oscuros corredores que dan a una explanada que se extiende bajo la sombra de encinas añosas. En ella crece a su antojo la yerba silvestre. Sé, Marul, que esa explanada es uno de sus sitios favoritos.

Allí fui detenido. ¡Oh, qué admirable visión tuve al ver, sobre los ladrillos del corredor oscuro, esa gota de sol, vibrante y pura! Las encinas, a cierta hora del día y por cortos minutos, dejan caer esa gota. El suelo fue manchado por una nota ardiente. Fue una nota de vida y de calor en la humedad muerta de esas viejas casas. Al golpear sobre los ladrillos pareció que en ella y en torno a ella algo pudo revivir.

Entonces tuve la impresión de que veía aquel corredor, por donde tantas veces me he paseado, por primera vez en mi vida.

Vi que cada ladrillo era un poema de color; cada ranura entre ellos, un poema de sombras y misterio. Color y sombra hacían un poema de muerte, de la muerte de las cosas de la naturaleza cuando lentamente, tranquila y serena, avanza, coge, trepa. Deja una huella y se detiene. Luego vuelve a empezar su trabajo de destrucción.

¡Cuántas veces he visto así morir una casa, un muro, un tronco, la rueda de un carruaje ya destruido, la cuba que se usó en faenas pasadas! Sentí que alrededor mío, en esos campos de paz y silencio, había, de ese modo, mil cosas muriendo. Porque es el caso de que siento a veces de manera sorprendente su lenta agonía.

La muerte coge a las cosas igualmente que a nosotros. Henos sanos, alegres, desbordando vida. De pronto la muerte nos toca. No hemos muerto aún pero ya hay en nosotros la marca de la muerte. Desde ese momento hay que dejar la vida poco a poco hasta dar el último suspiro. Cuando veo gente me fijo siempre a quiénes la muerte ha tocado ya. Algunos siguen alegres. Pero es inútil. Tratan de olvidar mas yo puedo verlo a pesar de sus esfuerzos. En las cosas es lo mismo. Los objetos están vivos, sanos. De pronto la muerte los toca, parece que sólo los muestra con su índice y empiezan a morir. Lo que es curioso es que empiezan entonces, y sólo entonces, a hablar, a contarnos sus pequeñas historias pasadas. Antes ellas no tenían interés. Ahora, sí. Antes, en su juventud, parece que se dedicaran a absorber vida. Cuando la muerte los toca se empeñan en devolverla pero sólo a aquellos que les han dado sus cuidados en su larga agonía.

Tales son los objetos antiguos. El hombre no puede matar un objeto. Sólo puede destruirlo. Así es un objeto viejo. Cuando "se hacen" antigüedades me da la impresión de que los hombres se dedicaran a dar a luz toda una generación de objetos agonizantes, pobres objetos que ignoraron la juventud y que, sin tener nada que decir, han de contar historias, miles de historias, forzados por la mano cruel del hombre. Pero basta, amigas y amigos, de divagaciones.

Les decía a ustedes que en torno mío agonizaban mil cosas. Las cosas al morir no se quejan ni temen. Ninguna exhala ni un quejido ni lanza un reproche. Al contrario: mueren haciendo ver que agonizar es para ellas ir al reposo. Harto han trabajado ya. Ahora vuelven a la paz. En ningún ser he apreciado mejor que en las cosas que la vida es un *venir* y la muerte un *volver*.

¡Cada ladrillo un poema de color! Los que vivían aún guardaban tonalidades rojas, pero de un rojo sombrío, profundo, sordo. Otros, ya más débiles, perdían su fuego pasado

y lentamente se teñían de matices violados. En estos matices veía yo una lucha: el rojo caliente de la vida; el azul frío que avanzaba carcomiendo la materia misma del ladrillo.

Otros eran casi azules. En otros la humedad, emisora de la muerte, había impreso su sello verdoso; un verde pálido, un verde cadavérico que se perdía poco a poco en un amarillo sin vida que moría mantenido por sólo un hilo a la existencia.

Este amarillo iba hacia el rojo, hacia los últimos rojos que sobrevivían. Al tocarlos esparcía entre los demás tonos un velo anaranjado. Pero por sobre todos esos colores, fuese el rojo mismo o el amarillo o el anaranjado, se cernía un aura sombría y triste.

El viejo corredor, su viejo corredor, Marul, había empezado ya a cantar su dulce poema de agonía.

A este mundo de agonizantes llegaba, todos los días, la visita de una gota de sol. Estaba con ellos breves instantes y luego se iba. Durante esos instantes, ¡cuánto contento entre los moribundos! Brillaba dentro del sol una nota de bermellón. Con su brillo despertaban notas de oro de matices anaranjados. Todas las notas sombrías, todos los fríos tonos de la muerte, por un momento siquiera, aspiraban el calor del sol. Entonces sobre sus fondos de violados grises, de verdes y azules perdidos, volaba un polvo de oro diáfano y transparente.

¡Oh, el poema de los colores que se mueven, que avanzan, que retroceden y se abrazan en los oscuros rincones, en la humedad de las ruinas, en los huesos carcomidos, en todos esos tristes parajes donde ningún ojo profano puede alcanzar a penetrar! Allí están más en paz, más lejos del hombre; por eso hablan más claro.

Las bellas cosas son tímidas. Las bellas cosas son como el pequeño insecto que cuando oye ruido se guarece. Cuando el hombre grita, cuando el hombre mira desde su orgullosa altura o cuando opina desde su orgullosa ciencia, corre la voz de alarma entre ellas y todas se esconden. Para llegar hasta esas cosas hay que pasar primero por las puertas de la humildad.

Bien lo recuerdo. Entre todas las añoranzas de su fundo, Marul, veo la falda de un cerrito donde crecen todas las malezas imaginables. Hay allí una serie de pequeños rincones, de rendijas misteriosas, de diminutos senderos que, durante horas, me han proporcionado mis más santos e intensos goces. En el silencio de las tardes llegaba varias veces hasta allí, miraba y veía. No sólo los ojos han experimentado placeres sin límites ante la visión del movimiento incesante y quedo de los matices del arco iris sino también el oído. Debajo de cada arbusto, de cada yerba, dentro de cada rendija sea entre dos piedras o entre las fibras de un madero carcomido, hay siempre un insectillo que no se ve pero que canta o grita orgulloso como si fuera un diminuto rey de un diminuto pueblo.

Cierto día vino a su fundo, Marul, mucha gente de paseo y, queriendo conocerlo todo, pasaron cerca de esos rincones hablando en voz alta y haciendo un ruido estrepitoso. Yo sentía en mi alma que se estaba cometiendo una profanación. Iba el último, solo. Miraba hacia todos lados para ver mis bellezas. ¡Nada, nada! ¡No vi nada! Todo no pasaba de ser un enmarañamiento de malezas sin belleza alguna.

En un principio me sentí herido en el corazón. Mas luego pude comprender que las bellas cosas no se habían marchado sino que sólo habían tenido miedo de la bulla y supuse que estarían escondidas en pequeñas encrucijadas un poco más profundas que las que mis ojos alcanzaban a perforar y que desde ahí nos veían pasar. Entonces, a hurtadillas para no ser notado, les dirigí un saludo, un pequeño saludo..

Rubén de Loa calló. Quedamos todos en silencio. Hasta que Gervasia Cachapoal des-

perió de esa belleza suya que la tenía cohibida. Quiso hablar. Lo noté por su gesto. No lo pudo. Luego hizo un segundo esfuerzo y articuló con voz precipitada:

—¡Sí, sí, Rubén, así es! ¡Yo he visto también esas gotas de sol! Pero no puedo expresarme, no lo puedo, Rubén; no lo puedo, Marul.

Luego se movió, se sacudió. Una belleza fue echada fuera y voló; otra nueva vino a suplantarla. Entonces, como caída a un éxtasis del pasado, dijo:

—¡He visto, sí, esas misteriosas gotas de sol! ¡Las he visto llegar e introducirse en los recovecos de la tierra! ¿De la tierra? ¡No! Las he visto cerca del mar, en el Mar Bravo de Pompita. En el Mar Bravo no hay árboles; es una desolación; sólo hay rocas y rocas y más rocas. Una de ellas tiene que haber hecho las veces de una vieja encina. Por ahí pasó la gota de sol y fue a caer en una encrucijada de una roca vecina. Lo había olvidado. Con sus palabras, Rubén, me he vuelto a acordar de ello. ¡Oh, qué lindo fue!

Era una luz que se iba lentamente. Era fuerte, brillante al principio; ahora palidecía. Como un ser vivo se estiraba, se alargaba. Pero al ser cada vez más pequeño el claro de la roca por donde lograba introducirse, hacía mil esfuerzos por permanecer un instante más en compañía de las rocas y del charco de agua que en ellas había.

Todo a su alrededor se sutilizaba. ¡No me gusta esta palabra de "sutil"! Pero, créanme, no encuentro otra. ¿Cómo poder explicar algo que de la materia de las cosas no tiene más que un hilo de existencia, sí, un hilo, como usted lo ha dicho, Rubén? Algo que se manifiesta sólo con armoniosa coloración. Porque no había allí ni solidez ni volumen. Era sólo una vibración de mil matices, de diez mil matices diferentes. Eran matices fugaces, vívidos, movedizos. Parecían tener... ¡No! Tenían su vida propia pues se acercaban y hablaban y luego se iban a otros puntos, a otros... Pero no se movían tanto, no. Todo ello sucedía ahí mismo, dentro de ese mundo pequenín de armonías. Yo diría que aquello vivía en otro elemento que el nuestro. Sí, vivían esos colores dentro de un elemento transparente, impalpable, que los penetraba y envolvía a todos: ¡un aura! ¿Green ustedes en las auras? Yo creo en ellas porque una vez las vi.

(Ahora, Marul, he de decirte que yo creo en las auras porque, en ese momento, vi un tono violado alrededor de Gervasia Cachapoal. Sentí que iba a caer en éxtasis ante ella. Como ella me moví y me sacudí. Entonces oí que decía):

—Dentro de esta aura vibraban los mil tonos afectados por ella. Había profundos acordes oscuros; había claras notas del sol que expiraba. Era aquello como usted lo ha dicho, Rubén; tal como usted lo ha pintado allí, allí en esa tela de su fundo, Marul, de Taulemo.

De pronto todo pareció hacerse sombrío. El rayo de sol no fue más que un pequeño velo anaranjado. Luego desapareció.

La atmósfera de humedad llegaba hasta mí. Era que el crepúsculo venía. Esos mil tonos que querían diferenciarse y lucir por sí, ahora se fundían en uno solo. Me acuerdo que pensé que una mano de igualdad había tocado a las rocas. Por eso se fundían en las sombras.

Entonces me pregunté si había sido todo aquello una simple visión mía. Porque no, no era posible que hubiera visto la vida misma de los colores, su existir...

Después viví mucho tiempo alimentando esta visión. La busqué de nuevo en otros parajes. No la volví a encontrar. Tal vez esa bulla de que usted ha hablado, Rubén, esa bulla de los visitantes a Taulemo, tal vez había entrado en mí.

Al fin dudé de la verdad de lo que había visto. Claro está que volví al Mar Bravo, a la

misma hora. No, no era igual. Era un sol, ¿cómo explicarlo?, un sol como todos, un sol que alumbraba y nada más.

Le conté entonces esta visión de fuego a Adalberto. Se la conté con todos los detalles posibles. Claro está, la encontró sumamente interesante y me dijo que volveríamos a Pom-pita, al Mar Bravo, y estudiaríamos el caso. Llamaba "caso" una visión de luz... Bien; Adalberto no ha vuelto a hablarme del caso. Tal vez lo ha olvidado. En fin, quería yo hablar de esas gotas de sol.

—Adalberto Huachipato es un... —dijo Rubén de Loa, pero se contuvo—. Quiero saber Gervasia, saber una cosa: si ustedes no logran hablar ni de una mancha de sol, ustedes deben andar muy mal.

Quedó Gervasia en silencio. Luego se movió nuevamente y se sacudió. La belleza que había huido con la llegada de la gota de sol, volvió y la inundó entera. La otra, efímera, emprendió el vuelo y se marchó. Entonces Gervasia dijo a media voz:

—No sé, de verdad, cómo anda la cosa pero... ¿qué quieren ustedes? Lo quiero, sí, quiero a Adalberto; es todo, lo quiero.

Después de un rato de charla nos retiramos. Marul, Lorenzo y yo fuimos invitados a casa de Florencio Naltagua. Ahí terminamos la noche.

—Sé lo que piensas, Lorenzo —dijo de pronto Florencio—, lo sé. Piensas en lo dicho por Rubén de Loa. El cuadro de las casas de Taulemo te gustó francamente, viste en él, de verdad, la mancha de sol. Luego lo oíste hablar y lo oíste confirmado por Gervasia, una mujer bonita. Has pensado: "Esto que oigo es literatura; es un cuadro literario el que veó y por eso me ha gustado". Entonces has dudado de ti, has dudado de tus conocimientos pictóricos.

No debes dudar de ellos. Les explicaré lo que pasa con las ideas de Rubén al respecto: Rubén no es un literato, no es ni por un momento de los que se mezclan en esa región ambigua que toma un poco de cada arte desnaturalizándolos a ambos. Rubén es como todos los grandes pintores, como todos aquellos a quienes el talento ha tocado. Sólo que... —¡aquí está la cosa!— Rubén es, a veces, consciente de lo que en él ocurre.

Cualquier otro pintor de talento pudo haber hecho una tela parecida en sus intenciones. Veamos el pasado: veamos a Van Gogh y a Gauguin; veamos a Goya y vamos hacia los holandeses y pensemos en los hombres del Renacimiento italiano; veamos a Cimabue, ¡sí!, insisto en Cimabue.

¿Creen ustedes que ellos no han visto todo eso que Rubén nos ha traducido hoy como literatura? Sí, lo han visto, lo han sentido hondamente. Entonces, sin sentirse acaparados por la necesidad de explicarlo con palabras, han pintado. Ha sido su modo de expresión. La traducción a palabras apenas ha rozado su mente; ha dejado dentro de la mente la semilla para que esta percepción no se pierda.

Ahora debemos pedir, debemos rogar, para que esta tendencia a las palabras no tome cuerpo en él. Es, por el momento, una puerta entreabierta, nada más. ¡Que no se abra de par en par! Si Rubén entra por ella temo que su mundo se diluya, se le separe de la mente y se aleje. Entonces lo veremos correr como a un loco tras ese mundo que huirá y huirá.

No es la literatura en la pintura lo que en Rubén de Loa temo. Basta mirar un cuadro suyo para ver que se hallan todos ellos bien protegidos. Lo que temo es la dispersión de su mente.

Nos separamos.

"Lo que temo es la dispersión de su mente."

Quedé dando vueltas esta frase. ¿Qué habrá querido decir, qué habrá visto Florencio Naltagua para enunciarla?

89

—París es la capital de Francia.

—París es una hermosa ciudad.

Dos hombres discutían: Romualdo Malvilla y Gualberto Choapa. Esto pasaba, naturalmente, en la Taberna de los Descalzos, Malvilla insistía:

—No, señor Choapa; París es la capital de Francia.

Pero su contendor no cejaba:

—No, señor Malvilla; París es una hermosa ciudad.

—Le digo a usted que no y que no. ¡Es la capital de Francia!

—Y yo le digo a usted que es usted un ignorante porque todo el mundo lo sabe: ¡es una hermosa ciudad!

—Vea usted un libro de geografía elemental y verá: ¡la capital de Francia!

—Son unos insapientes quienes escribieron esos libros: ¡es una hermosa ciudad!

Hasta que un tercero, Ramiro Lampa, los hizo callar:

—París es ambas cosas.

Gualberto Choapa hizo un gesto despectivo. Romualdo Malvilla, con el ceño fruncido, me tomó de un brazo y me dijo en tono quedo, confidencial:

—Se equivoca Ramiro Lampa porque es imposible que París sea ambas cosas a la vez. París es uno solo, no hay más que un París como no hay más que un Santiago de Chile y un San Agustín de Tango y un Valparaíso. Hay que ver la cosa en altísimo concepto y en este altísimo concepto todo es UNO. ¿Dónde ha visto usted, amigo Borneo, que uno sea dos? ¿Dónde, dónde?

Ramiro Lampa se me acercó. Sin duda algo había bebido. Después de un momento me dijo:

—Esta Taberna me aburre. Está bien para un minuto o dos o tres minutos a lo más. La finalidad es, para mí, el Cabaré San Lito. Hay en él otro ambiente, otra cosa. ¿Me acompaña, señor Borneo?

Lo acompañé de inmediato pues sabía que allí me encontraría con Desiderio Longotoma. En efecto allí estaba irradiando felicidad. Nos sentamos con él. Lampa estaba cabizbajo. Me preguntaba yo qué ambiente encontraba allí, aunque de verdad..., el hábito que poco a poco penetra y penetra. Después de beber un gran trago nos dijo:

—Que París sea una capital o una hermosa ciudad es igual, es igual. Otra cosa me preocupa ahora. Oiganme bien, sobre todo usted, don Desiderio Longotoma:

Ahora yo casi no bebo. Pero hubo un tiempo en que bebí como un loco. Al fin me dormía, por un rato. De pronto me despertaba entre una multitud de seres verdaderamente extraordinarios. Ustedes están acostumbrados y lo encuentran muy natural. Pero díganme, amigos: si yo entrara en un salón en cuatro pies y con un sombrero inverosímil en la cabeza, ¿qué pensarían? En ello no habría nada, nada de extraño más que lo imprevisto. ¡No deja de ser!

Estamos rodeados de imprevistos, o sea, de cosas extrañas: un ser con cuatro patas y

orejas en punta... No me negarán ustedes que esos seres nos acosan a todo instante y, sin embargo, ni los niños inocentes les prestan una mirada de admiración...

Sí, un caballo, un caballo grande; un gato del tamaño de un cojín... ¡Para qué citar más y más animales! Son ellos cosas muy extrañas que andan, andan y se van... ¡Ya se han ido! Siempre me he sentido lleno de sorpresa por la indiferencia de cuantos me rodean ante tales cosas. Deberían —de acuerdo con la creación— arrancar, por lo menos, un grito de estupor, uno solo, pero, en fin, uno.

Este hecho de despertarme de súbito entre cosas extrañas, contrarias a mí, a mí fuera de las costumbres, me producía, a menudo, una sensación molesta.

Porque vean ustedes: si así nos acostumbramos a que a nuestro lado caminen seres idiotas en posición horizontal, ¿quién puede decir hasta dónde va a extenderse nuestra facultad de acostumbrarnos?

Se le coloca a usted, Desiderio, y a usted también, señor Borneo —¿permite que le diga Onofre?— en medio de un sitio dado, de un sitio cualquiera, y se les vendan los ojos. Le quitan a ustedes la venda. Ustedes ven. ¿Qué? Pues un ser, totalmente diferente a ustedes que trepa por el muro sirviéndose de ocho patas...

¿Es ello natural? ¿Es normal? No es modo de solucionar el grave problema gritando: ¡Miren, una araña!

A propósito, mis amigos: esta palabra de "araña" me ha hecho nacer una pequeña sucesión de ideas. He conocido a un entrenador de arañas de combate; he conocido a dos o tres entrenadores. Se llamaba, o se llamaban, Lorenzo Angol; yo lo llamaba "el hombre de las arañas". Creo que me equivoqué: el hombre de las arañas era don Baldomero Lonquimay. Sí, él era. O era Viterbo Papudo. En fin, da lo mismo. En mi vida hay un hombre de arañas que me tiene, o me tuvo, a mí como confidente. Este hombre pillaba arañas grandes, como ratones, y velludas. Luego las echaba a una cajuela cubierta por un vidrio. Esos bichos se pasean. Uno pasa por sobre el otro. No se observa ningún signo de repugnancia. Otras veces se han batido. La vencedora ha enterrado dos colmillos, del tamaño de las garras de un gato, en el vientre de la vencida, vientre blando y redondo y grasiento entre los pelos. Otra veces los colmillos han perforado el tórax que es duro y que cruje entonces como una nuez que se parte. Las ocho patas, esas ocho que ahora trepan por el muro, se crispan. Y no hay tampoco signo alguno de repugnancia. A pesar de producirse al mayor acercamiento entre dos seres: romper el cuerpo con la boca.

¡Ah, ya lo sé, ya lo sé! Mi dirán ustedes que hay mayor acercamiento: el amor. La prueba es que con el amor se tiembla en el momento del supremo goce. El goce mío; y el suyo, Desiderio; y el suyo también, Onofre; el goce de todos. El goce de Clementina Rengo y de Braulia Tinguiririca. Esas pequeñas ternuras me las negarán ustedes en este caso, en el de las arañas que se baten. Pero ello es debido a la ausencia o pequeñez del aparato que registra el temblor. En este caso: aparato es la araña. No es culpa nuestra crecer de cerebro registrador. Pero el temblor, es decir, aquello que produce un temblor, es igual en nosotros como en ellas.

Yo soy hombre de laboratorio. Aumento, pues, los ganglios de la araña, los ganglios nerviosos, voy formando un cerebro y lo hago, al fin, como el nuestro. Las dos arañas tendrán entonces dulces ternuras que se murmurarán al oído; discurrirán medios para exaltar el placer y retenerlo. Y lo que es más: comenzarán, sí y sí, comenzarán a apreciar la sin par belleza de sus mutuos cuerpos. ¡Belleza! Será ella tanta que la harán, con mil artificios, eterna, ¡eterna!

Luego: una caminata alejándose de la repugnancia.
 ¡Sí, amigos, bebamos alejándonos de la repugnancia!

En ese momento el Cabaré San Lito estaba en la plenitud, en toda su plenitud: música, bailes, canciones, gente que se movía, que entraba y salía. Creo que vi a Gualberto Choapa y también vi —de esto estoy cierto— al gran Chispita.

Como nosotros mirábamos a unos recién llegados, Chispita se nos acercó y nos dijo:
 —¡Cómo! ¿Ustedes no distinguen, con sólo divisarlos, a un estafador, a un político, a un intelectual, a un rufián, a un invertido, a un comerciante, a un ocioso, a un maquinista, a un oficinista...? ¡Lo comprendo y lo comprendo! En los grandes tiempos románticos se distinguían al primer vistazo. Cuando yo era amigo de Chateaubriand y de Lamartine, de Gustavo Adolfo Bécquer y de Espronceda, cuando alternaba con Lord Byron y me paseaba con el taita de Goethe, nos entreteníamos justamente en clasificar a todos los que encontramos. Créanme, amigos, que en cien casos acertábamos no menos de noventa y cinco y hasta llegábamos a noventa y nueve aciertos. Pero hoy... ¡qué quieren ustedes! El invertido se viste de boxeador, el boxeador de dandy, el dandy de poeta, el poeta de notario, el notario de capitán de caballería, el capitán de juez y el juez de tenorio y el tenorio de santurrón y el santurrón de vividor y el vividor de político y qué sé yo... ¡Oh, me es imposible distinguirlos, señores míos! Por lo tanto ¡olvídemos este gran concurso de disfraces! ¡Y bebamos! Ahora nos va a cantar esa mujer, la medio rubia o rubia entera. ¡Bravo, bravo, qué cante! Usted, mi querido camarero, ofrezca un trago general aquí a los contertulios de esta mesa. ¡Yo pago, yo pago! Me gusta pagar porque el dinero no tiene futuro, amigos; sólo tiene presente y pasado, bien digo: presente y pasado. Presente, cuando están los billetes en la mano; pasado, cuando uno se acuerda de lo que fueron esos billetes en la mano. Pero futuro... ¡no, no! Le dicen a uno: "En un mes más recibirá usted la suma de tantos miles...". ¡Nada! ¡No hay futuro para el dinero!

Bebimos y Chispita, después de haber pagado, desapareció en un remolino de baile. Ramiro Lampa lo siguió. Quedamos, pues, solos Desiderio Longotoma y yo.

—¿Sabe usted en qué pienso? —me preguntó.

—En la compañera de Chispita —le respondí por responder algo.

—¡Oh, no! —me corrigió—. Pienso en Zacarías Punitaqui, muerto gloriosamente en la batalla de Antioquía.

Quedé intrigado. Me informé:
 —¿Qué le lleva a usted a pensar en un difunto en un ambiente como es éste?

Me replicó:
 —Los muertos, los difuntos, como usted los llama, amigo Borneo, tienen la costumbre de salir de sus tumbas y venir a visitarnos. Esto sucede, por lo general, los días domingos. Hoy es domingo. Ha sido el turno de Zacarías Punitaqui. Por lo demás le diré a usted entre paréntesis que Punitaqui aprovecha bien estas salidas pues recorre a todas sus relaciones. Acaba de estar conmigo. Ha llegado y se ha plantado frente a mí con una mirada un tanto socarrona y sin pronunciar palabra. Lo saludé disimuladamente. No me contestó sino que aumentó su socarronería. Pensé decirle algo, algo, cualquier cosa, pues no me negará usted que es hasta cierto punto asaz engorroso encontrarse con un visitante y quedar ambos en silencio. Pero ¿qué decirle? ¡Es tan difícil el comercio con los muertos, es tan difícil entablarlo! Porque están cada día más y más desligados de nuestros asuntos y de nuestras preocupaciones que han dejado de tener todo valor para ellos. ¿Cómo, pues, abordar una conversación? No existen ni siquiera las fórmulas pues a un muerto no puede

usted decirle: "¡Qué hay! ¿Qué cuenta usted de nuevo?". Y menos aún: "¿Qué es de la vida?". Entonces Zacarías Punitaqui se acercó a mí y me susurró al oído: "Bebe usted con fruición, Longotoma; beba entonces otro trago". Como usted ve, es lo que estoy haciendo.

Quedó un rato en silencio. Luego, riendo para sus adentros, me comunicó que Punitaqui le había dicho:

–Piense usted, siga pensando en la gastronomía.

Le pregunté intrigado:

–¿Qué más quiere usted pensar en la gastronomía?

–Yo, personalmente, nada –me respondió–. Pero el muy bellaco de Punitaqui me obligó a pensar lo siguiente: "¿Hay acaso en el más refinado de los gastrónomos algo semejante a un simple huevo a la copa?". Tuve que confesarme que no lo hay como tampoco hay algo que se asemeje a una taza de café con leche con pan tostado y mantequilla. Porque es indudable que lo elemental supera a las alambicadas invenciones del hombre. Estos alambiques son para los paladares y estómagos fatigados.

–Veo, Longotoma –le dije– que está usted del todo ausente de este cabaré. ¡Huevos a la copa y café con leche con...!

–¿Está usted, amigo Borneo –me interrumpió– más concentrado en él?

–En verdad, no. Reflexionaba, por el contrario, qué vengo a hacer aquí.

–Hable con Zacarías Punitaqui y verá usted entonces las bondades de un huevo a la copa y de un desayuno como se debe.

90

Preguntamos a un sacristán por Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe. Nos condujo por mil laberintos del Convento de los Jerónimos, nos hizo pasar por un gran refectorio y, por fin, llegamos a la biblioteca. Aneja a ésta hay varias pequeñas celdas iluminadas por altas ventanas. En una de ellas estaba el fraile, inmóvil, al parecer sumido en honda meditación.

Quedamos un momento en espera. Al fin Fray Canuto se volvió hacia nosotros y nos saludó con su acostumbrado afecto.

–¿Le interrumpimos a usted, Fray Canuto? –se apresuró en preguntarle Marul.

–Oh, no –nos respondió–. Pensaba, mejor dicho, terminaba de pensar. Ahora vendrá bien un momento de charla. Caigo a menudo en pensamientos que me llevan lejos y girando a su alrededor se me pasan las horas. Porque es verdad que lo que para nosotros es un problema, es para la mayoría una ocasión de actuar.

–¿Podríamos preguntarle en qué problemas estaba usted?

–Por cierto –nos contestó–. Ha estado a verme el poeta que ustedes conocen, Javier Licantén. Con él hemos hablado largamente.

Calló un momento fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe. Luego nos dijo:

–Está el poeta en una verdadera complicación psicológica. El que antes podía concentrarse tan bien y tan a fondo cuando lo envolvía el ambiente de paz, ahora no lo logra y se distrae.

Es un caso muy común, más común de lo que habitualmente se piensa. Hay casi una imposibilidad para conseguir la concentración mental en el silencio y en la soledad.

¡Oh, mis amigos, porque esto de la soledad no es verdad!

La soledad no existe, mis buenos amigos.

Calla un mundo, este mundo que perciben nuestros sentidos, e inmediatamente se insinúa primero, llega luego a nuestro lado y por fin acosa otro mundo que nos distrae tanto y aun más, mucho más que el anterior.

Acto continuo la mente salta hacia un lado y otro lado. Entonces uno se ve tratando de concentrarse. Hay algo como el ridículo que se viene encima. Y si no es el ridículo lo que sucede es que ustedes se ven atisbados desde todos los rincones.

El practicante de la concentración llega a decirse que no tiene las facultades necesarias para ella. Sin embargo...

Veán ustedes a ese practicante en el bullicio. Aquí en este bullicio ha encontrado su ambiente. Él es como una barrera que impidiera manifestarse al ruido de la soledad y con el ruido de este plano obra como una barrera aisladora que lo desprende a uno, diríase por autodefensa, de todo lo circundante y lo sumerge en sí mismo.

Es reducir el mundo por contraste: yo no soy el ruido; luego soy este mi silencio.

Saben ustedes de algunos que aman el lecho porque él reduce al alcance de los brazos el mundo y los pensamientos.

En la soledad este mundo y sus pensamientos pueden diluirse por la enormidad del espacio. Es entonces imposible su dominio.

En medio de la bulla y del ajeteo tiene que habérselas con seres de su condición; en medio del silencio y de la inmovilidad, con espíritus que no ve.

Va ahora por las calles y camina y camina. El bullicio por todas partes lo envuelve y forma altos muros a su alrededor. Dentro de estos muros, Javier Licantén va por las calles y camina y camina. Va caminando por un espacio menor. En cada espacio menor, cada sonido es más perceptible y mayor es su tersura.

Javier Licantén ha logrado concentrarse.

Marul y yo nos marchamos. Un momento después teníamos el siguiente diálogo en la avenida Ave María.

91

MARUL: ¿Te han hecho mal las palabras de fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe? Te has puesto melancólico; te veo pensativo, te veo triste.

Yo: No es únicamente el fraile quien me ha puesto en este estado; es el conjunto de esta ciudad: ¡tantas diferencias, tantos comienzos de camino que podrían ir tan lejos y que se detienen interrumpidos sin llegar a parte alguna! Esto no es más que un inmenso torbellino sin finalidad y, es claro, quien se afane en darle una consecuencia se pierde en él irremediadamente.

M: ¿No crees tú que es tu posición la que te hace ver de ese modo?

Y: ¿Qué posición?

M: Estás demasiado cerca de todo, te penetras demasiado en cada caso que encuentras. Parece que quisieras hallar una clave en la conversación de dos personas, sean ellas quienes sean.

Y: No, Marul, quiero tan sólo transcribir lo que oigo y veo.

M: Para transcribir te sumerges demasiado. Una vez sumergido te cuesta volver a la superficie. Te debates entonces. Quedas preso en lo que se ha dicho en un diálogo.

Y: ¡Qué quieres, Marul, qué quieres! Tengo que alimentarme con el alimento que me da esta ciudad. ¿Es culpa mía que San Agustín de Tango sea igual a todo cuanto hay de trivial en éste y en cualquier mundo?

M: Sin embargo San Agustín de Tango es una unidad, es de tal modo una unidad que ella logra diferenciarlo de esas otras ciudades en que tú no percibes más que su trivialidad. Fíjate bien, Onofre, que aquí has sido tomado por el vivir intenso de los demás, que en todo lo que escribes hay una búsqueda de esa clave.

Y: ¡Una clave, una clave! Mientras no la tengamos, aun para las menores cosas, nuestra vida se hace y se hará insoportable. El hombre de la calle va feliz porque posee una clave para sus preocupaciones diarias. ¡Quítasela y enloquecerá! Marul, caerá.

M: Irá al punto bajo de la serpiente.

Y: ¿Qué serpiente?

M: ¡Cómo! ¿Ya la has olvidado? Aquella que dibuja el curso de nuestra vida, con sus altos y bajos, aquella que al subir es siempre mayor que al bajar.

Y: Sí, tu serpiente... La recuerdo, la veo.

M: La serpiente mía y de Romelio Renaico.

Y: Esperemos que así sea para ese hombre de la calle: cuando suba, que sea su subida mayor que su bajada; esperémoslo. Ahora me pregunto: ¿sucede este movimiento en todo cuanto existe? ¿Sucede sólo con individuos o sucede también con grupos mayores, con las ciudades, por ejemplo, o con los países o con las épocas, las grandes épocas históricas?

M: Ello sucede con todo cuanto existe. Es así el movimiento general. Es imposible hacer desaparecer a la serpiente, como yo la llamo. Estamos condenados, por cada ascensión que hacemos, a llegar a su correspondiente descenso. De él nos volveremos a elevar. Pero he aquí lo que no hay que olvidar: el mérito consiste en tener clara la imagen de los puntos altos cuando se está sumergido en los puntos bajos. Piensa un poco lo que es encontrarse abajo. Lo que ocurre aquí es que nos coge un desamparo total. Se oye, por todos lados, el ulular de corrientes nocivas. Y tú estás, recuerda, desamparado. ¿Qué cuesta entonces a una de esas corrientes tomarte y arrastrarte como a una hoja? Te arrastra y te conduce... ¿adónde, Onofre? Ya lo podrás calcular. Es, te lo repito, el desamparo total, sólo que no lo verás pues te hallarás rodeado de gentes y más gentes, de bullicio, hasta de alegría. En cambio las alturas... ¡qué tristes y solas te aparecerán! ¿Tener que volver a ellas? ¡Oh, no! Es algo duro, duro. Mejor dejarse arrastrar.

Y: Dime una cosa, Marul: ¿en qué momentos nacemos, en qué momentos morimos? En tu dibujo están colocadas al centro de nuestras vidas las cruces que indican nacimiento y muerte. En tu dibujo ha nacido el ser simbolizado en un momento que se elevaba; y murió en un momento que descendía. ¿Es esto una ley?

M: No, no es una ley, Onofre. Ese dibujo fue hecho de cualquier modo. Nuestro destino personal indica la dirección de la curva que se ha de escoger, destino que está formado no sólo por nuestra potencia intelectual sino también por nuestra calidad moral. Puedes nacer para subir de inmediato, como puedes nacer para bajar y bajar de inmediato; puedes morir en el instante de un descenso como puedes morir en el instante de una ascensión. Pero esta línea, que ha nacido mucho antes que tú, tendrás que recorrerla entera, sin saltarte ni un solo tramo de ella. ¡No lo olvides! ¡Ni un solo tramo!

Y: No me hables más, Marul. Déjame ahora meditar. Una serpiente que marcha y crece ya...

M: ¡Alto con tu meditación! Recuerda que tenemos cita con el anciano Bárulo Tarata. Va a hablarnos de sus demás idas al bosque de Guayacán. En él debe haber serpientes también.

Y: Es verdad. Vamos a oírlo.

92

Marul Carampangue, Lorenzo Angol y yo hemos oído hablar, en su celda, a Bárulo Tarata sobre sus repetidos paseos al bosque de Guayacán.

Tarata nos ha dicho:

—Hundámonos, amigos, en el misterio de los bosques. Él es un misterio lleno de vida aunque de vida silenciosa. Hundámonos en él con lentitud. Que su susurro nos baste como lenguaje; que nos baste el tremolar de sus colores como visión y que ella nos lleve hasta el fondo de sus secretos.

Tenemos vista y tenemos oído. Dejemos a ambos en estado pasivo. ¡Pasividad! Así vendrán hasta nosotros los espíritus selváticos. Sí, ¡venid, venid!

Es el enorme bosque de Guayacán. Un bosque de paz. Lo he visto de todas las maneras posibles. Lo he cruzado en automóvil, a gran velocidad; entonces sus árboles se han alejado de mí, se han ocultado y han dejado en su lugar a formas semejantes a ellos, formas vacías, meros remedos de su sordo existir. Lo he contemplado desde lo alto, desde un avión; entonces lo he visto dormir en una quietud completa y he adivinado su presencia sólo por una gran mancha verde. Lo he visto también de a caballo, en marcha presurosa; oía algunos de sus secretos mas cuando quería penetrarlos huían veloces y era el silencio cernido de una vaga ironía.

¡No! No es así la manera de entrar en un bosque, no es así la manera de convivir con él. Hay que ir a él con calma absoluta. No hay que tener un tiempo limitado por los quehaceres de nuestro comercio mundano. Hay que ir a él y hay que entregarse. Hay que abandonar la dirección de nuestra vida. Hay que darla entera al susurro de las hojas y al calidoscopio de sus formas. Y hay que saber esperar.

Así he esperado yo.

¡Calma, calma!

En encrucijadas de sus senderos he divisado, de cuando en cuando, algunas personas que pasaban presurosas; por las ramas he visto, de cuando en cuando, mirarme o saltar uno que otro animalucho; por los aires he percibido, de cuando en cuando, volar los pájaros.

Aún no he llegado al verdadero bosque;

Tenían que desaparecer todos los hombres, todos los animales, todos los pájaros. Esos hombres y esa fauna eran seres de otra parte, de la ciudad, de los campos; seres que atinaban a pasar o vivir allí como yo; las veces que pasé de a caballo, en auto o en avión; como yo las veces que pensé que sería hermoso vivir cobijado por sus ramas.

¡Sumerjámonos, amigos, en el verdadero misterio del bosque! ¡Entremos, por fin, en su vivir de silencio!

¡Calma, calma!

Ya vendrán, ya aparecerán los espíritus selváticos.

Sumerjámonos.

Amigos, de todas mis incursiones al Guayacán me viene ahora a la memoria una vez, acaso la última vez que allí pasé.

Estaba solo. Me hallaba sentado junto a un tronco. El estado de pasividad me había invadido. Miraba a mi alrededor sin ver. El susurro de los árboles había cesado. Frente a mí se erguía erecta una enorme roca. Inmovilidad absoluta. Mis ojos eran llamados por esa roca.

De pronto vi.

Vi, a través de la roca, la vida universal. Vi cómo la roca se expandía, vi nuestro error al considerarla aparte, como una entidad sin nexos con cuanto la rodeaba.

Un aura la envolvía.

Esta aura era común a los árboles, a la tierra, a las piedras; se elevaba por el cielo.

Quedé largo rato en muda contemplación. Hasta que fui interrumpido por un crujir de hojas secas. Alguien venía, alguien se acercaba. Me volví. Era Romelio Renaico.

Romelio Renaico es también un visitante de los bosques.

—Me marchó —dijo—, me marchó pues por hoy basta de bosques, basta de Guayacán.

—¿Qué ha visto usted que le llena del deseo de marcharse?—le pregunté.

Me contestó:

—En un recodo del bosque y por algunos minutos he estado en comercio con cáscaras vitalizadas. ¡Basta ya, amigo Tarata! Un solo minuto con ellas se hace una eternidad. Porque estas cáscaras, estos cascarrones vitalizados y errantes, forman una real calamidad, una plaga, que si ignoramos la manera de defendernos de ella puede convertirse en un daño efectivo para nosotros. ¡Véalos usted! ¡Vea a cáscaras y cascarrones! ¡Vea cómo se acercan hasta aquí, vea cómo cabalgan por el aura que envuelve a este bosque!

En efecto venían.

Eran cientos, eran miles de andrajos abandonados ya por los hombres, andrajos pasivos, insensibles. Pero ahora estaban vitalizados por una inteligencia malvada que las convertía en demonios malhechores.

¿Qué buscaban estos seres? Porque se acercaron a nosotros, nos apremiaron. Buscaban, simplemente, ¡hombres, humanos! Los humanos son el alimento que tienen. Ante nuestra templanza retrocedieron. Pero tomaron nuevas fuerzas ante la presencia súbita de los que un día vivieron y se suicidaron. Entonces todos juntos nos rodearon y cantaron. ¿Podré llamar "canto" a estos gritos? Cantaban, con el claro intento de elevar hasta la gloria el tema de sus cantos, gritaban:

—¡Oh, las carnicerías! ¡Oh, las cantinas y los bares! ¡Oh, la carne sangriental! ¡Oh, las copas de alcohol!

Así se alejaron definitivamente en medio de una negra y espantosa tolvañera.

Como un manto que con lentitud cae, cayó alrededor nuestro el bosque de Guayacán. Volvimos a ver la enhiesta roca. Volvimos a ver los árboles.

Un ser pasó entonces presuroso: don Irineo Pidínco, con su cráneo medio calvo y guiado por su nariz puntuda. No creo que nos haya visto. Caminaba y caminaba el hombre con la velocidad que le daban sus pies. No iba solo. Junto a él corrían y corrían dando vueltas sin fin una serie de vampiros y un lobo garú. Se perdieron entre la espesura del bosque.

Renaico entonces me pidió:

—Cambiemos de ambiente, Tarata. Vamos a refrescarnos en las aguas del Tulcamar.

¡Hermoso río es el Tulcamar! Sus aguas, que nacen de las faldas del Coscorrón, caen en la llanura y atraviesan el bosque de Guayacán para ir a desembocar al sur del Noriol. ¡Aguas tranquilas, aguas plácidas!

Junto a su frescura nos sentamos. Yo volví a caer en ese grato estado de pasividad. Sentí que Renaico caía en otro estado: Renaico se concentraba y llamaba. Lo dejé, sin interrumpirlo, que hiciera a su antojo. Hice bien.

Pronto fue oído. Llegaron hasta nosotros miles de espíritus de la naturaleza. Fue, al volverlos a ver, grande mi emoción. Han de saber ustedes que esos espíritus no tienen de común con nosotros más que el hecho de habitar el mismo planeta, es decir, de habitar esta Tierra.

Llegaron los gnomos, llegaron las sílfides y las ondinas, llegaron las salamandras. Aunque conservando un aspecto característico, cambiaban de forma a cada instante. ¡Qué movimiento había en todos ellos! Y era un movimiento que incitaba, a todo momento, a la más franca alegría, a la liviandad de ánimo. Nos incitaba a las bromas, a hacer bufonadas.

¿Qué hay de extraño —me preguntaba— que humanos de carácter extremadamente débil se entreguen a su voluntad?

Por cierto que pasaron por mi memoria las sesiones de espiritismo. Pasaron los médiums.

Luego un bramido nos sacó de nuestra lisonjera contemplación. Él fue objeto de alborozo para los espíritus; fue objeto de inquietud para nosotros dos.

Nos incorporamos. Vimos entonces al que había lanzado este bramido: un leopardo. Era un leopardo altanero, soberbio. Su grito fue como un llamado. Aparecieron entonces, por todos lados, nuevas y nuevas bestias: lince, panteras, búfalos, bisontes y uno que otro gorila. Al mismo tiempo se arrastraban por tierra un sin número de serpientes, desde pequeñas víboras hasta enormes boas.

Nuestro miedo se disipó. Nos encontramos con esta tan extraña compañía completamente a nuestras anchas. Pero yo no dejaba de pensar:

—En el bosque de Guayacán jamás ha habido leopardos, ni lince, ni panteras, como tampoco búfalos ni bisontes; ¡para qué decir gorilas! El bosque de Guayacán está exento de semejantes serpientes...

Poco a poco esta fauna desapareció. La noche venía. Volvimos a oír el ruido de las aguas del Tulcamar. Sentimos hambre.

Entonces se presentó un espíritu de la selva.

Un hada, sí, era un hada. Pero era vieja, viejísima o simulaba serlo. La acompañaban otras hadas de edad indeterminada. Con un gesto obsequioso nos indicó que debíamos seguirla. Así lo hicimos.

A orillas de las aguas del Tulcamar los árboles formaban como mansiones bien cerradas. O eran acaso mansiones. El hecho es que allí había toda clase de muebles. Al centro, una mesa. Estaba ricamente servida. Nos sentamos a ella y entonces, bajo el ojo protector del hada anciana, fuimos servidos llenos de esmero por otras hadas. Volaban éstas trayéndonos y desembarazándonos de nuestros platos. Eran hadas jóvenes y eran hermosas.

Volaban. Pasaban con increíble velocidad por entre las ramas y los festones. Se confundían con las hojas de los castaños, de los laburnos, los maitenes y los fresnos. Pasaban

a través de mil zarzas y madre selvas. Rozaban los espinos y los turigos. El aire se llenaba con los pétalos de flores de escaramujo, de anémonas litorias. Algunos pétalos de ranúnculos quedaban suspendidos allí en el aire como si una mano los sostuviera.

Las ardillas saltaban de rama en rama. Corrían las comadreas y los tejones. De cuando en cuando nos miraba un trejano que luego huía. Pasaban las liebres. Se afanaban los necrobios. Los lanzuelos, las calenas y los fríganos y atacaban bellotas y samaras. Por lo alto crotoreaban las lechuzas y chonchones. Chillaban las chotacabras. Se mecían a gran altura los liromenses y su vuelo era cortado por el de veloces urracas. Un altivo emú vino hasta nosotros, estuvo un momento inmóvil y luego se alejó pausadamente hasta un espino lleno de tiuques. Un tucán entonces cantó: los jotes y gallinazos le contestaron.

¡Qué sentimiento de paz, de paz sagrada, nos inundaba! Era un sentimiento que se extendía hacia el mundo entero.

Sentíamos horror por los paisajes ilimitados. Sobre todo nos repudiaban las llanuras. Nos repudiaba la cordillera sin techo. Y el océano, el océano interminable y sin límites...

Comimos. Toda nuestra comida fue una algazara ante la presencia de las hadas jóvenes y hermosas.

Entonces charlamos. Renaico me dijo:

—Al ver tantos y tantos animales a nuestro lado no puedo dejar de evocar al espíritu grupo. Lo veo en lo alto reconcentrado y veo a cada uno de estos animales y de estas aves obedeciendo a una inteligencia que se halla fuera de ellos mismos.

—¿No cree usted —le pregunté— que es lo mismo con nosotros los hombres?

—Sí —me contestó—, hay una mano y un ser tras de nosotros.

Aproveché para explicar mi pensamiento:

—Basta prestar un poco de atención para percatarse de la existencia de esa mano común. Nosotros, como los animales, obedecemos a ella. Tenemos una conciencia de nuestra personalidad, una pequeña conciencia. La arrancamos de la comunidad y le arrogamos una calidad mayor. ¡Somos, amigo Renaico, los dedos de la cortina y nada más! Vea usted lo que es el concepto de nacionalidad... ¡Es la mano! Vea usted lo que es una época histórica y verá que en ella hay algo común a todos los seres que la formaron... ¡La mano, siempre la mano! Entremos por ella, tratemos de entrar y, allá lejos, dejando atrás nuestra calidad individual, llegaremos a la mente, a la gran mente que nos dirige.

La mente que nos dirige... ¡Qué inmensa y qué lejos la vimos!

¡Inmensa, inmensa y lejos!

Entonces, sin pronunciar palabra, nos pusimos a caminar y a caminar.

Así salimos del bosque de Guayacán.

93

Un momento más tarde, después de dejar a Marul en su casa, Lorenzo Angol y yo nos encontrábamos en mi departamento. Era ya de noche. Por el balcón abierto veíamos las luces de San Agustín de Tango. Permanecíamos silenciosos. De pronto Lorenzo habló:

—¡Onofre! ¡Estoy concentrado aquí en la Tierra!

Soy como un hombre lleno de grandes ideas pero que un dolor permanente, un dolor de dientes, le impidiera ir a ellas.

Pero mi mente está libre de este dolor. Lo está a veces; no siempre. A veces es sumergida en el mundo del dolor. ¡No de un dolor grande! Del dolor que tener que vivir minuto tras minuto.

Luego mi mente, desclavizada, se pasea desde un pasado infinito a un futuro infinito...

Ante estas dos infinidades me pregunto cómo es posible que tenga sólo algunos años de vida.

Tenemos una vida doble: la que no se interrumpe y es de siempre; la que empieza con el nacimiento y ha de terminar con la muerte.

He aquí un punto importante para juzgarnos y para juzgar a los demás. Hay que ver qué medida se toma antes de lanzar un juicio crítico: o la medida que no se interrumpe; o la medida de este vivir sin remoto pasado ni remoto porvenir.

No es posible juzgar los actos de una persona teniendo como medida una visión tan corta cual es la duración de nacimiento a muerte. Ello es como poner de base lo que se hizo por la mañana para orientarnos en el significado de lo que se hace durante el día.

De aquí viene la importancia extrema que se da a la edad. ¿La edad? Yo he ganado con los años en un sentido; en otro sentido he perdido enormemente.

No hay duda, Onofre, estoy únicamente a medias en esta Tierra.

Sin embargo, aquí en esta Tierra, me he repetido mil veces:

“¡Desde mañana seré feliz!”.

¿Lo recuerdas?

Pienso a veces que la muerte debe ser un motivo de alegría. Es un paso que se da en nuestra evolución. Que quede la pena para los que aquí siguen porque han de seguir sin el que se ha ido.

Tal vez lloremos en estos casos el hecho de no morir también.

Nuevamente cayó el silencio entre nosotros. Hasta que golpearon a la puerta. Entró Florencio Naltagua. ¡Bienvenido! Se extendió de inmediato un hálito de intimidad en todo mi departamento. Terminó el silencio. Naltagua y Angol hablaron.

FN.: (Miró por el balcón un largo rato). ¡Qué hermosa vista hay desde aquí! No me canso nunca de mirar San Agustín de Tango, sea de día o de noche como ahora.

LA.: Para mí es un peso esta vista. Hay veces que hasta lo que carece de la posibilidad de pesar, nos agobia como si fuera de plomo.

FN.: Lo que así agobia es la desconexión de lo que se ve con otra parte de uno. Nada puede ser una sensación positiva si queda aislada.

Pero vean, con sólo mirar esas luces y esos reflejos, cómo de ellos se levanta la idea de un hombre. Las luces y los reflejos la concretan.

Pensemos en grande, en Chile, por ejemplo; pensemos en pequeño, en esta ciudad. Es increíble cómo un país y una ciudad se parecen a un hombre en su constitución. Hay que dejarlos, por cierto, a cada cual en su esfera. Es el principio que genera el que presenta similitudes. Mientras más se avanza hacia la forma aislada, mayor es la diferencia; mientras más se avanza hacia el fondo, mayor es la similitud. Es así. Confundidos por esta similitud, muchos autores cometen errores y hacen lo que se llama “literatura”. Vemos colocar en un país un corazón, un hígado, un esqueleto y demás. La cosa parece muy hermosa... Pero cualquier espíritu crítico sorprende la debilidad de esta comparación superficial y sólo aparente. Fácil es entonces destruirla de un plumazo.

Hay semejanzas solamente. Como las hay entre todo cuanto existe. No exageremos;

no hagamos una franca similitud. Un país está en un plano; el hombre está en otro. Un país, después de todo, es un país y no es un hombre.

Si vamos hacia el exterior, la diferencia es completa. Mientras más se avance hacia el reino material de las formas, es mayor el alejamiento. Los ríos son las arterias con la sangre que circula; la capital es el cerebro que piensa... En fin, se puede seguir. Pero todo ello es literatura y nada más.

Se presiente por intuición la Unidad. No sólo se presiente; se sabe. Todo no es más que Uno.

Al saberlo se le quiere verificar en la vida diaria. De ahí tenemos los ríos y las arterias, la capital pensante.

A pesar de ríos y arterias, de capital o gran ciudad pensante, no se está satisfecho. Porque no es posible engañarse a sí mismo. La voz del sentido común dirá que un río no es una arteria sanguínea; que una gran ciudad no es un cerebro. Estas comparaciones son artificiosas. Hacia donde se extienda la vista, ¡variedad, diferencial!

No queda más que decirse que la Unidad no es verdad, que su concepto es una idea *a priori*.

Pero otra nueva voz dirá que tampoco se engaña frente a lo que uno sabe. La Unidad ¡es! La primera intuición que tiene un pensador, lo primero que asegura un iniciado es, justamente, la existencia de esta Unidad.

La idea de la similitud viene al *sentirse*, muy por alto, que tanto un país como un hombre obedecen y han sido generados por un mismo principio. Apenas este principio desciende hacia la manifestación, se bifurca en líneas que van alejándose de más en más. Siempre, hasta la última manifestación, guardan un sello de parentesco. La verdad de este sello está arriba, muy arriba, muy lejos del símbolo material que la expresa. A ella se puede llegar sólo por intuición. Por esto la intuición puede reconocerla a través de los objetos y de los seres.

Se tiene razón al afirmar que la capital es el cerebro pero no hay que llevar esta afirmación demasiado lejos. Debemos mantenernos en nuestro sitio. Aun en él, sin salir de él, ¡cuántas analogías se desprenden!

Una capital y una gran ciudad son aglomeraciones de individuos que se reúnen en un espacio de terreno relativamente pequeño para intensificar sus vidas, para formar un centro poderoso cuya fuerza se extienda sobre todo el país e inunde aquellas regiones que tienen un papel pasivo, como los campos y caseríos.

La vitalidad está en aquellos centros; allí están las ideas; allí están los principios; allí están los gérmenes del porvenir del conjunto.

Hay dos partes en una gran ciudad: esas ideas o principios o gérmenes que llamaría yo su parte abstracta; los edificios, paseos, calles, monumentos que llamaría yo su parte concreta. Si tomamos la ciudad como un todo, la parte abstracta la representan los habitantes. Lo que irradia de la ciudad como fuerza viva es lo que elaboran sus habitantes. Los edificios y avenidas no piensan; son expresiones estáticas de lo que piensa.

Los hombres se construyen una ciudad para poder radicarse, para establecerse, para crear un centro que sea a sus pensamientos lo que es un arma a la fuerza que lanzará el proyectil. Que son los hombres los que hacen las ciudades y que luego hombres y ciudad forman un todo que elabora, no se pone en duda. Ambos son importantes. Quitemos a San Agustín de Tango sus habitantes y diseminémoslos por los campos..., el cerebro que

así llamábamos habrá desaparecido. Por analogía digo: toda cosa material y tangible ha sido creada en igual forma. La idea en potencia precede a la realidad expresada.

No creo que nosotros pensemos porque tengamos un cerebro; tenemos un cerebro para dar curso y elaborar los pensamientos.

Existe plenamente una inteligencia superior. Ella es la contraparte de ese cuerpo inmenso que se llama "género humano". De ese cuerpo cada hombre es una célula.

¡San Agustín de Tango!

Aquí, en un tiempo, sólo había selvas enmarañadas. Pasan algunos hombres y bestias, como pasaron Melquíades de Tango y Guadalajara y Prisciliano Badajoz de Tango con su hemíono fiel, pasan y queda un sendero. Pasan otros y nuevas huellas se marcan. ¡Otros hombres y otros más! Crecen esos senderos. San Agustín de Tango empieza a nacer.

En medio de esas selvas se ha formado un pequeño centro de atracción. Es un pequeño torbellino sobre un punto de la Tierra. A él acude la vida; por él se encauza. ¡Vida antes disuelta, vida perdida sobre el planeta!

Este principio lo aplico al hombre. Aquí está la semejanza.

Sólo que toda ciudad es un momento; el hombre es una eternidad.

Un día esta ciudad será una ciudad muerta.

La corriente de vida habrá ido a otra parte.

LA.: Encuentro un verdadero goce en las aventuras triviales erizadas de peripecias misteriosas. Ya sea con un libro en las manos o sea en las tinieblas de una sala de cine, siempre aparece ante mí, apenas me pongo en contacto con tales aventuras, otro ser nacido de mí mismo. Este ser me toma la vista para recrearla en un entendimiento vulgar. Yo entonces sigo, con completa docilidad, compartiendo su encanto.

Luego soy cogido por el delirio.

Dos hechos llénanme de atrayente estupor: sentir cómo vuelven a flotar insospechados sentimientos; el placer de pedir un excitante a una infantil trivialidad.

Esos sentimientos vienen, tal vez, de remotos antepasados que, al morir, los han olvidado sobre la Tierra por descuido. Se han convertido en el equipaje inútil que rueda y rueda por las generaciones, que rueda hasta mí.

Ese placer es un excitante cerebral, es un excitante nervioso, capaz de removerme con la fuerza que tendría un espectáculo superior. Es un vértigo hacia un vacío. Ante el vacío pueblo y pueblo de prisa. Son emociones pueriles que, de pronto, llegan a tomar proporciones extrañas.

Luego dejo el libro o salgo de la sala. Mi mente vuela. Llega a orillas del mar. Hay un cielo crepuscular amarillo con nubes caprichosas en el horizonte. El mar es azul violado con reflejos de plata líquida. Espero. Espero que pase un gran barco pintado de blanco. Espero. Por fin pasa.

En su proa va el capitán. Es un capitán gordo de barba rubia. Va riendo en silencio a través de su pipa. Arriba, en el palo de mesana, va un mono acurrucado casi inmóvil. Detrás del barco salta y salta un tiburón, salta fuera del agua. Sus movimientos son muy flexibles y lentos, extremadamente lentos.

Caigo en meditación. ¡No! Caigo en una verdadera crisis, en una crisis de nervios.

Pienso en mi continuidad, en mi prolongación a través de la humanidad. Pienso en un hijo, pienso en mi hijo. ¡Oh, ese hijo mío que no existe!

Pienso:

-Hijo mío...

Una voz me responde:

-La naturaleza que florece...

Entonces repito y la voz repite:

-Hijo mío...

-La naturaleza que florece...

Alguien me susurra:

-Eso es exclamar: Yo...; Todos...; Yo...; Todos...

Me digo, o me dicen, que allí están los dos puntos alrededor de los cuales giramos los humanos.

La personalidad...; la colectividad...

La exaltación del Yo...; la fundición en el Todo...

El cielo amarillo, las nubes caprichosas, el mar azul violado, los reflejos de plata líquida..., hasta el barco blanco con su capitán a proa, con el mono en el palo de mesana y el tiburón que salta saliendo del agua, todos, todos, rompen en un canto:

-Ser...; Amar...; Ser...; Amar...; Ser...; Amar...

Para nosotros, hombres limitados que vivimos entre dos mundos, nos es necesario tocar permanentemente esos dos mundos.

En la justa proporción de este equilibrio crece el espíritu.

En el mundo corriente los hombres se apegan a uno solo de estos lados.

Al decir: "Hijo mío" ataco neciamente el efecto sin tener la potencia de penetración para ir hasta la causa.

Al decir: "La naturaleza que florece" solidifico, endurezco y cierro el conducto amoroso por el cual se ve; desprecio el más santo de los símbolos; nosotros sólo podemos comprender a través de símbolos.

Así veo de cuando en cuando. No veo así siempre. Porque cae sobre mí una terrible pesadez. Parece entonces que toda la imbecilidad humana volviera a cogerme y me atara.

FN: Estas aún, Lorenzo, en la teoría; debes lanzarte a la práctica.

La práctica es infinita. Yo tuve sobre el hijo ideas semejantes a las tuyas. Yo también me balanceé en la teoría y no logré traer esta teoría al vivir de cada momento. Hasta que...

Cierta vez nació Lola.

La quise enormemente. Mi amor sólo puede compararse al que por ella sintieron sus padres, mi hermano Benigno y su mujer, Brígida Chipana.

Hasta ese momento amé al hijo sólo intelectualmente. No sólo amé así al hijo sino que también, y sobre todo, a la naturaleza que florece.

Lola me fue como un lente a través del cual vi florecer a la naturaleza entera.

Vi más, vi mucho más:

Vi *el hecho* de que algo florezca.

Esta es la puerta que abro para ir hacia profundas cavilaciones. A veces llegan a ser desconcertantes cavilaciones.

¡Nuevas vibraciones he logrado captar!

LA.: ¡Vibraciones! ¡Palabra terrible, palabra maldita! ¡Toda la vida no es más que vibración, toda ella no está hecha más que de vibraciones!

He visto una tabla de ellas, de las estudiadas y reconocidas por la ciencia. He visto las que corresponden al sonido, las que corresponden a la electricidad, al calor, a la luz, a los rayos químicos y a los rayos x. Entre ellas he visto las desconocidas.

¡Naltagua! ¡Carecemos de órganos para registrar estas vibraciones desconocidas!

De la 1ª a la 3ª no registramos; después viene el sonido; después viene la 20ª que tampoco registramos; luego, la electricidad; luego la 40ª hasta la 45ª, irregistrables; luego vienen las del calor, la luz y los rayos químicos; después las desconocidas desde la 51ª a la 57ª; luego, los rayos x; por fin, la 62ª igualmente desconocida.

Dos vibraciones por segundo es la nada para nosotros; luego una cantidad de 19 cifras, cantidad que empieza por un 4, es también la nada para nosotros. En cambio una cantidad de 19 cifras que empieza por un 2, en vez de un 4, nos es conocida...

Esas vibraciones que no percibimos, que no registramos, ¿qué representan? ¿Qué nos harían sentir si tuviéramos el órgano adecuado para captarlas?

¡Somos incompletos! ¡Vivimos rodeados por el misterio!

F.N.: Tan misteriosas son las conocidas como son las desconocidas. No es ése el camino que hay que seguir.

Considerado desde un punto de vista, todo es vibración. Desde otros puntos de vista, las vibraciones pierden su importancia. La pierden totalmente. Porque ¿qué es una vibración? Es una medida, es como un metro para medir. Podemos también medir por yardas. Si así se mide se ve que hay estados en nosotros para los cuales las vibraciones no cuentan, al menos carecen de importancia.

El calor y la luz nos son perceptibles espontáneamente. No necesitamos de aparato alguno para sentir sus efectos. Las demás vibraciones conocidas necesitan aparatos para mostrarnos sus efectos.

Es ésta una investigación que merece nuestro respeto.

Algún día vendrá en que ella se junte con otras investigaciones.

¿Con cuáles?

Deberías poder decirme qué número de vibraciones son necesarias para hacer una marcha hacia el Sol.

Hay tantos Soles como estados hay en nuestra mente. Todos estos Soles tienen su centro en ese Sol que nos da calor y luz.

Esto merece un respeto mayor aún.

He hablado con hombres que han ido hasta el Sol.

He hablado con un místico y he hablado con un artista.

He hablado con Trifón Bucalemu y he hablado con Rubén de Loa. Ambos han hecho esta ascensión. Ambos han estado en el Sol. Ambos saben. Ahora puedo decirlo.

L.A.: Tú, Naltagua, los has acompañado; tú has estado también en el Sol. ¡No lo niegues!

F.N.: Tal vez he estado también en el Sol.

Estar en el Sol es la sumersión en el Todo. Esta sumersión implica la bondad absoluta. Ella viene, diría, sola. Viene por la imposibilidad de la existencia del mal. El mal es una relatividad. Por lo tanto es propio *antes* del Todo.

Trifón Bucalemu marchó por una línea recta y única de la Tierra al Sol.

Rubén de Loa marchó por líneas múltiples y quebradas, marchó por líneas que a veces eran contradictorias.

Cada cual siguió la línea que le indicaba la naturaleza de su trabajo y su temperamento.

Sin duda para la mirada de Bucalemu tiene que aparecer la marcha de Rubén de Loa llena de descensos.

De Loa siguió, al ir hasta el Sol, su misión de artista. Se apoyó en lo pintoresco.

Debemos ampliar el significado de esta palabra: pintoresco es ampliar en el sentido de lo negativo, es sublimar lo que no debiera ser. Es decir, es reconocer que en todas partes brilla el Sol, que en todas partes está Dios.

Por eso de Loa me ha dicho:

—En todas partes debemos estar iluminados por el Sol; en todas partes debemos ver a Dios. Por eso busco el carácter que espolea como un excitante. La mayoría de la gente, una mayoría falsamente beatífica, no es sensible a este excitante.

¿Qué mérito hay en encontrarse frente al Sol, frente a Dios, en el silencio de una catedral? Hay que desenterrar esas luces en la decadencia, hay que encontrarlas en medio de los lupanares. Es ésta una argumentación inconsciente. Todos los artistas la llevan en ellos. Sólo muy pocos son conscientes de llevarla.

A veces aflora en sus mentes; a veces se dejan tomar por ella y entonces hablan, gritan, gesticulan...

¡Oh, maravilla de los lupanares! ¡He visto, he apercibido en ellos...!

Pero otros artistas los detienen enseguida diciéndoles:

—Exageraciones y exageraciones! ¡Es demasiada insistencia proceder de la suerte! ¡El mundo, por lo tanto el Sol, es más que un lupanar!

De ello se deduce:

Si el Sol está en los lupanares, el Sol están con mayor razón en el fondo de las catedrales.

¿Por qué no querer verlos en ellas? ¿Por qué no ir directamente a ellos? ¿Es acaso por un placer oculto de hallarse en las miasmas que lo disimulan? ¿No será el gusto por las miasmas mismas y el hablar de Dios y del Sol el pretexto que justifique?

Así argumentarán los otros artistas.

Un descenso.

La gran visión allí está. Es aplacada. Pero allí está.

¡Un descenso obligatorio! Un descenso a redimir pecados, un descenso a enderezar entuertos.

Desde abajo se volverá a ver mejor, allá arriba, el Sol.

¡Volvamos a subir!

Por esto Trifón Bucalemu me ha dicho:

—He ido directa y personalmente al Sol. He ido como tengo que ir. Es decir, he ido yo y no he mandado mis obras hacia él. Este es el papel de los artistas: mandar sus obras. El artista se otorga el permiso de quedar donde le plazca.

Yo he llevado hasta el sol mis propios pies.

Mi obra es inseparable de mí mismo; mi obra es mi conducta. Es una obra de irradiación que procede por magnetismo, que arrastra a otros como atraídos por un imán.

He dicho que he ido por una línea recta y única. Parece esto decir que es una línea sin escollos. Entonces se piensa:

¡Pobres artistas tan zarandeados!

¡No! ¡Es falso pensar así!

Cada punto de esta línea recta y única es una puerta. Cada puerta es más estrecha que la anterior. Cada vez que una de ellas es franqueada hay que despojarse de pedazos de uno mismo. ¡Hay que dejar negaciones y relatividades! Hay que dejar que caigan y se pierdan esos pedazos.

Así me habló Trifón Bucalemu.

Me puse a meditar sobre los momentos de éxtasis. Veo que ellos son la desaparición del tiempo, del suceder.

Ellos están formados por la fusión del pasado con el presente y el futuro; ellos están formados por la extensión de la conciencia y no de sus componentes por separado. Éstos forman el tiempo.

Tales momentos existen también para el artista. Pero cada vez que llega a ellos da media vuelta y regresa hacia atrás para ver qué hacer con el no-tiempo, para ver cómo transmutarlo.

El arte es una alquimia.

De ella se deduce, tanto para el místico como para el artista:

Necesidad del parto.

Los artistas paren con obras; los místicos paren con su propia irradiación.

Dibujé, cierta vez, un momento de éxtasis. Fue un momento de éxtasis de un artista:

Era una especie de semicírculo. De él surgían rayos. Bajo él escribí:

Un momento mental. Un óvulo. Una semilla que se bifurca. ¡Hela aquí! Un despertar interior. Tomó esta forma. Podría haber tomado otra forma. Era único, preciso, cerrado. Lo vi en forma plástica. Yo, agachado. Era amarillo y verde. Estaba sobre mi cabeza. ¡Ser! ¡Realizarse! Algo de ayuntamiento carnal. Una certeza de grandiosidad, de mayor intensidad de vida por sendas tentadoras. Un momento entre dos abismos. Eso, la luz, o las imágenes que da. Eso, mejor, puesto que es esencia. Sí. Pero la mente no lo coge. ¿Cómo es, cómo? Imposible.

Después me pregunté al pensar en los místicos:

¿Basta el hecho de la existencia de los místicos aunque nosotros no veamos los efectos inmediatos?

En esta pregunta me detuve largo tiempo.

Bien. Los místicos dan a luz: Siendo.

Los artistas, he dicho, dan a luz con obras.

Entonces me pregunté, me hice una pregunta nacida de una vaga intuición:

El hecho de actuar y de producir en el campo de los artistas olvidando tener como objetivo final y único el Sol, ¿no va dejando, como contraparte a tantos y tantos arranques hacia el Sol, un sedimento de podredumbre?

Este sedimento se iría depositando en el alma de los artistas e irradiaría materialmente, sí, materialmente en lo que se llama:

Cenáculos, salones literarios, terrazas de café, bombo, charlas interesantes y demás.

Como sea y dígase lo que se diga:

Las obras de arte sobrecogen, llevan en sí el infinito.

Lógicamente es ello porque las obras de arte apuntan hacia el Sol.

¡No basta!

Ello es porque lo hacen, lo realizan con elementos cotidianos. Bajo este punto de vista: elementos insospechados.

Mientras más insospechado sea el elemento o la fusión o el desenvolvimiento de ellos, mayor es el golpe sobrecogedor.

Lautréamont con su paraguas y su máquina de coser vendría a ser la demostración irrefutable, al alcance de todos, la vulgarización picante de que así es la cosa. Vendría a ser el experimento de laboratorio con relación a los altos sabios que han descubierto la Ley.

Me baso, precisamente, en esto de lo insospechado; me baso en el hecho de fundir lo más pequeño, lo más mínimo, en lo eterno.

Mientras mayor sea la distancia entre el punto en que uno se halla y el Sol, mayor ha de ser su alcance, su penetración.

¡Mientras más bajo se esté, se está más alto!

Así veo a los artistas.

Entonces me pregunto alarmado:

“¡Dios santo! ¿Adónde lleva el arte a los artistas?”

Hablo, naturalmente, de los verdaderos artistas. La mayoría de ellos se queda a mitad de camino. La mayoría de ellos interrumpe su marcha hacia el Sol.

LA.: Mi felicidad es la plenitud.

Hay que saber encontrar esta plenitud.

Recuerdo mis afanosas búsquedas tras ella. Tenían una meta que yo me anticipaba a colocarla y para ello la escribía. La escribía siempre, en cualquier cuaderno, en cualquier papel en que fijaba mis proyectos. En ellos escribía:

“Seré feliz”.

Entonces buscaba; entonces leía; entonces trataba de ser un arsenal de múltiples conocimientos. Entonces quería que todo cuanto leyera, supiera, oyera, quedara grabado en mi memoria.

Recuerdo:

“La aleación del cobre y del estaño da el bronce”.

Así sabía miles y miles de cosas. Esta del bronce la he retenido. Las demás, la mayoría, las he olvidado. Cada olvido me era un sufrimiento. Tenía que decirme:

“No tengo capacidades para formarme a mí mismo”.

Miraba hacia el Sol que se alejaba y se alejaba.

Sólo la rabia depositaba algunos conocimientos en mi mente.

Leí, en cierta ocasión, por cuarta o quinta vez, que era de Zenón aquello de la carrera de Aquiles y la tortuga. ¡Era, sí, era de Zenón, discípulo de Parménides, en el siglo IV a. C.!

Me llenó la rabia por haberlo olvidado. Maldije mi destino. Desde entonces lo sé: Zenón, discípulo de Parménides, en el siglo IV a. C.; Aquiles y la tortuga...

Y aquello que tanto me repetía:

“Sólo sé que no sé nada”.

Junto con enterarme de Zenón me enteré que esta frase era de Sócrates.

¡Nueva rabia! Sócrates vino a sentarse en mi mente junto a Zenón.

Quería yo perforar mil puertas a la vez. Que una de ellas quedara sin ser traspasada me hacía el efecto de una derrota. ¡Una derrota producida por mi culpa!

¿Derrota? No era posible ser derrotado de esta manera.

Por eso partí por cien senderos diferentes. Partí a la vez en cien direcciones diferentes.

Hasta que quedé extenuado.

La plenitud ahora la vislumbro. Está aquí a mi lado, está a un paso. No tengo más que estirar los brazos para cogerla. ¡Qué trabajo pesado es estirar los brazos!

Pero, ¿sabes tú, Florencio Naltagua, que no era éste un esfuerzo continuo? Estaba siempre cortado. Estaba regularmente cortado. A intervalos iguales cruzaba por mi mente la imagen de una chica, de una niña, que lloraba y lloraba desesperadamente.

Hace ya tiempo de esto. Vivía yo en aquel entonces en medio del vicio: alcohol, mujeres, tabaco y qué sé yo.

Esa chica me indujo a suprimir el alcohol y luego a no dejarme llevar por el torbellino de las mujeres. Por ella disminuí el tabaco.

¡Qué vacío tétrico cayó sobre mí!

Se cree cambiar una cosa, una sola cosa; se cree suprimir un vicio, un algo que está de más en nosotros... Se ve que no hay nada de más, que todo está tan íntimamente ligado que cada una de esas cosas es parte integrante de un total que se llama: Yo.

Cuando hay una verdadera intención, ella termina por dar sus resultados. Poco a poco lentamente... pero los da.

¿Dónde? ¿Cómo?

¡Insospechados! Tú lo has dicho, Naltagua. Las cosas vienen por otros senderos que los esperados, que los apetecidos.

Vi que algo faltaba en mí. Vagaba en el mundo y no tenía un centro, no tenía una tierra ante la cual pudiera decir que era mía, que yo era de ella.

Fue en el cine. Fue al ver una película del Perú y de México. Fue al ver levantarse ante mí las ruinas incásicas y aztecas. Fue al ver personajes de esas tierras.

Vi el fondo de Sudamérica.

Vi estas razas revolcándose en su inmenso continente. Vi con otros ojos lo ya visto en el Perú. Vi sus raíces. Ellas se extendieron y abarcaron la raza entera.

Sentí la enormidad de la cordillera de los Andes. Sentí el misterio dormido y peligroso de las selvas que se alargan por el continente, calladas y llenas de ruido. Sentí la desolación de las pampas.

Sentí, aunque vagamente, la cisión que hay entre nosotros y los europeos.

Sentí el dinero que se cernía sobre nosotros. Lo sentí como la herencia que razas viejas nos legaban.

Quedé asombrado, quedé atónito.

Otras ideas empezaron a formarse en mí.

¿A formarse?

¡No! Porque luego vi que las ideas están dentro de nosotros. Allí duermen.

Hay que hacerlas despertar. Hay que hacerlas revivir.

La chica volvió a pasar. Lloraba y lloraba desesperadamente.

94

Salimos de mi departamento. Nos separamos en la puerta, cada uno en una dirección diferente. Quedé solo. Me puse a caminar.

¡San Agustín de Tango! ¡La ciudad y el individuo! Resonaban en mí las palabras de Florencio Naltagua. Caminé.

Había comprendido perfectamente lo hablado por ambos, por Naltagua y por Angol. Ello revoloteaba alrededor mío. A veces me penetraba hasta el fondo; luego se alejaba. Entonces pensaba en el Sol, en el Sol de los artistas.

¡San Agustín de Tango! Esta es la plazoleta El Señor es Contigo. Allí es el Restaurante de la Basílica.

Las ideas de Naltagua y de Angol no penetraban en mí, no hacían un todo conmigo.

Yo caminaba agachado y rápido, huyendo de las ideas de Naltagua y de Angol y de mi propio fantasma.

En una esquina, creo que en la esquina de las calles del Sumo Pontífice y de Ruega por Nosotros los Pecadores, alguien me detuvo.

—¡Alto! —me dijo.

Me detuve.

—¿Quién eres? —me preguntó.

Contesté:

—Es lo que busco. Déjame seguir. Debo volver a ver toda esta ciudad.

—Te acompañaré. Pasearemos por todo el centro. Cada edificio, cada calle, cada monumento, cada panorama nos evocarán... En fin, ya veremos qué nos evocarán. ¡Vamos andando! Alejémonos de aquí, de la plaza Dominus Vobiscum.

Caminábamos. Le dije de pronto:

—Tú eres Onofre Borneo. Yo soy Juan Emar. ¡No lo olvides! Ahora pasaremos al cabaré San Lito. Ahí estaremos con Romualdo, con el gran Romualdo Malvilla.

Onofre me detuvo y me preguntó:

—¿Qué has pintado?

Respondí:

—¡Nada!

A lo que Onofre me dijo:

—¡Pintarás y pintarás! ¿Cómo es posible que eches en olvido paleta y pinceles? ¡Necesitas pintar! Juan Emar, escúchame: tengo una serie de cosas que he de transmutarlas en pintura. ¡Necesito pintar! ¡Mira! El edificio del Ayuntamiento. Mira su torre iluminada. Mira el negro del cielo. ¡Pintarás!

—Después que hayamos ido al San Lito. Óyeme, Onofre: cuando voy al San Lito o cuando voy a otro cabaré o si entro en un café cualquiera, siento de inmediato que dejo de ser el mismo, que dejo de ser este Juan Emar que tú desprecias. Soy entonces Onofre, sí y sí, soy Onofre Borneo.

—¡Pintarás! Ahí está el hemíono. Al fondo está el serio y muy severo Hotel Vaticano. ¡Magnífico hotel! Hay en él todo el confort necesario. En él se explota a los ricos, se explota a Ascanio, a tu amigo Ascanio Viluco, el crítico de todo cuanto es bello. ¿Qué nos importa Ascanio Viluco? Más debe importarnos una mujer. Una mujer para ti, Juan Emar; no para mí, Onofre. Yo tengo a Marul Carampangue. O tal vez sea para ambos esta nueva mujer. Porque gustará de tu pintura, la apreciará. Se llama Alice de la Martinière. Le dicen Pépêche. Es francesa. Tú la llamarás: Tomba. ¡Recuérdalo bien y siempre! ¡Tomba! Hará de ti un pintor. Juan Emar, hará de nosotros un pintor. ¡Que sean de ello testigos los Consulados de las Europas unidas! ¡Allí están! ¡Que sean testigos los Consulados de las Américas unidas! Están éstos del otro lado. Da media vuelta y los verás. Donde brilla esa luz, en una ventana. ¿Esta plaza circular? La plaza Un Solo Dios No Más. Se miran, se contemplan ambos, se miden ambos grandes Consulados. Entre ellos: Estanislao Buin. ¡Los negocios, los negocios! Porque hay que ganar mucho dinero.

Detuve a Onofre. Le pregunté:

—¿Para qué ha de ganarse tanto dinero? ¿Es una manera indirecta de fomentar la revolución próxima? Me refiero a la revolución universal. Me refiero a la que ha de cambiar la faz del mundo. ¡Ah, cuando nadie tenga un centavo y todos trabajen!

Onofre me miró un rato. Había en su rostro un tinte de franca compasión.

—Debieras entrar en el Convento de los Jerónimos; sección, católica. Allí te sumirás en monedas de oro. Afuera, ¡será la revolución total, la que ha de cambiar la faz del mundo! Aquella inmensa revolución contra los capitalistas. Aquella de que se habla en el Club Cero, ¡No entres, no entres en el Club Cero! ¿Y el San Lito, entonces? Caminemos; será mejor y será mas saludable. Hace falta mejor salud. Caminemos.

Es una esquina ochavada. De un lado, la calle de El Cielo Que Me Tienes Prometido; del otro lado, la calle de El Infierno Tan Temido. Es decir: el bien y el mal.

Caminemos.

—Marul nos es de gran utilidad...

Caminábamos por la avenida de la Inquisición.

—Marul nos es de una gran utilidad —me repitió Onofre.

—Marul te es, a ti, de una gran utilidad. ¿Por qué? Porque te hace cumplir lo que deseas cumplir: ¡escribir!

—A ti te gustaría poseerla.

Caminábamos.

Onofre me dijo:

—He aquí la Prisión Legal. Vecina a ella, el Manicomio del Eclesiástico. Y allí vive, en el N° 73, el doctor... ¿cómo se llama?, el doctor Pitrufrquén. Pitrufrquén sabe mucho sobre lo que es la posesión de las mujeres que se conocen en un tren, sobre las que son representadas por astrónomos de la calidad de Jovino Panquehue. Poseer una mujer así es remontarse por la astronomía, es ir más allá de los planetas, es llegar a las estrellas. ¿Qué piensas tú?

Le repliqué molesto:

—Me haces pensar una enormidad. ¡Yo no quiero pensar! ¡Que sea maldita la hora en que te acercaste a mí!

—¿Quieres entonces que me vaya?

—¡No, no! ¡No te vayas! Sigue a mi lado. El San Lito y los bares... Sigue a mi lado. Estamos en la calle de Los Sagrados Corazones. La casa, la antigua casa de mi familia donde iba el Cónsul del Uruguay. ¿Por qué tantos Cónsules en esta ciudad? Un día vendrá en que serán nombrados Cónsules Ramiro Lampa y Gualberto Choapa. ¡Es curiosísimo oírlos hablar! ¡Hablan mejor que Cónsules! Pero no te vayas, Juan Emar no te vayas.

—Hablar como habla Macario Viluco. ¡De lo que sea! Esto lo sabe Rubén de Loa; sabe que debe haber seres que hablen y hablen; como te digo: ¡de lo que sea! Entonces, escuchar y escuchar ¡como se sea! Es así una manera indirecta de que esa región —tú sabes a qué región me refiero— se ponga en comunicación con uno. ¿Esa región? Sí, Onofre, esa región de donde yo vengo. La región de donde vienen todos aquellos que han pasado por esta Tierra y no han cumplido lo que tenían que cumplir. Allí esperamos. Hasta que, hasta que... Desde allí miramos hacia esta Tierra hasta que veamos un ser desorientado, un ser que tenga, aunque muy vagamente, deseos espirituales. Entonces bajamos. El caso de Rubén de Loa es diferente. ¡Movimiento y movimiento torpe, si es posible! ¿Quién mejor que Macario? El movimiento torpe revuelve muchas esferas, muchas esferas; entonces... Bien, se comunica y pinta. ¡La Intendencia! ¡Cómo mira, cómo contempla nuestro viejo río Santa Bárbara!

—¡Los que están allí dentro ni miran ni contemplan nada! ¡Es una tropa de insensatos y de gandules! Intendencia... Es como decir intendentes. El puente de la Serpiente Tentadora... Bajo él, las lanchas que pasan y que van a Noriol, nuestro puerto; del otro lado,

Pompita, nuestro balneario. Dos sitios en que no hay, no hay ni comunicados con esa región, ni incomunicados con ella. Allí se trabaja y se trabaja... en Norio!, se entiende. En Pompita es el reposo. Hay que reposarse después del trabajo, Onofre. Para eso están los cafés, los bares, los cabarés. Entre éstos, el San Lito. ¡Reposo! Para eso son los tipos como Gualberto Choapa y como Ramiro Lampa. ¡Tipos que hablan mejor que Macario Viluco! ¡Pisco Peralta! ¡Ah, si supieras tú lo que han deducido e inducido de un simple letrado que recomendaba el Pisco Peralta! Dime, ¿no beberías tú una copa?

—Las copas... Siempre te has de mezclar en todo para embrollarlo todo. Aprovechas cualquier oportunidad para tratar de hundirme en el vacío. Hay algo que se te escapa. Álvaro, tú no comprendes una cosa y es ella una cosa simple: tú no eres aislado en este mundo; tú no eres una gota, ¿me entiendes?, no eres como una gota de agua en un caudal enorme. Debes, por lo tanto, colaborar con..., contigo mismo.

—Tú buscas, Onofre, mi cuerpo, este cuerpo físico. Lo buscas para cumplir... En fin, las necesidades que acabas de decir y las que piensas decir.

—Busco al verdadero Juan Emar. No es culpa mía si te has identificado a tal extremo con tu cuerpo físico. Es decir, te has identificado con el instrumento que tienes. ¡El instrumento que necesito! El verdadero Juan Emar escribirá y firmará el libro. Lo quieras o no lo quieras, firmará.

—Onofre, allá al frente está el Zoo de San Andrés. ¡Qué de recuerdos me evoca! En este momento deben dormir los felinos, sí, deben dormir. Aunque dice Jovino Panquehue... ¡No! Me equivoco: dice Mardonio Pilmaiquén...; los dos apellidos empiezan por P; es lo que me confundió; dice Mardonio Pilmaiquén que los felinos no duermen de noche; de noche salen y exploran y atrapan sus presas. ¡Somos felinos los del San Lito!

—Para un felino ha de ser difícil distinguir a los artistas comunicados con la región superior, de los artistas que penan y se limitan a tener esta naturaleza transitoria como fuente única de inspiración. Sin embargo verás, que hablo aquí de una división que reina sola en las artes, una división valedera: aquellos que están comunicados y aquellos que están incomunicados. Es decir —y te lo digo a media voz— la diferencia que hay entre los que colaboran con los que ya se han marchado o con los que esperan pronto regresar; y los que se sienten tan completos que no ven su pasado remoto, que han nacido, ¡por primera vez!, el día tanto, del mes tanto, del año tanto. ¡Única división de las artes! ¡No hay otra!

—Dejemos esas divisiones para los felinos. Dejémoslas para todos esos animales que hay allí en el Zoo. Que ellos sean diurnos o nocturnos... ¡no importa!

—Tú, mientras tanto, firmarás tu libro. ¡Oh, tu libro! ¡Oh, nuestro libro! Es lo que ambiciono, es mi única ambición: que tú escribas, Onofre, que tú escribas, día y noche. ¡Que te doblegues a mi voluntad! Cuando te hayas doblegado sin asomos de protesta, entonces podré decir que he triunfado. Entonces habré renacido. Pronto ha de llegar ese instante. Pero ¿en qué piensas? Te noto ausente.

—Has dicho que yo tenía inquietudes espirituales, que una vez me viste y te decidiste a bajar. No sé si las tenga. Tal vez las tenga. ¿Encuentras tú que es una inquietud espiritual desear ir a Roma? ¡Piensa en todo lo que hay allí en Roma! Pero también quiero ir a Niza. En Niza ¿qué hay? ¿Sus alrededores? ¿La Costa Azul?

—Caminemos, Onofre, no nos detengamos. Tomemos por aquí, por el Paseo del Corredito Pascual. Atravesemos ahora este Puente de la Catedral y entremos por la calle San Tiburcio. ¡Roma y Niza...! ¡Roma es la ciudad! ¡Y Florencia!

—Por esta calle, si caminamos bastante, llegaremos al Norte de Pompita. Allí hay donde correrse una juerga. Cuestión, nada más, de caminar entonces hacia el Sur. ¡Oh, una juerga para llorar, para llorar después!

—Buscas la felicidad. Buscas la felicidad en esta Tierra. Eres perfectamente incorregible. Desde que llegué a tu lado te he dicho que aquí no estamos para encontrar la felicidad. Es éste un miraje y nada más que un miraje. No hemos venido para ello a este mundo. Te lo repito una vez más. Te lo repetiré hasta que te penetre en los sesos. Recuerda bien este hecho de tu pasado: Hace ya mucho tiempo. Llegas, cierto día, a Zapallar. Llegas con tu caja de pintura. ¿Pintar? No, no pintaste casi nada, pero ello poco nos importa. Quiero hablarte de otra cosa. En Zapallar empieza un gran idilio que te ha de llevar al matrimonio. Yo te dejé hacer. Pero no perdí oportunidad alguna para hacerme presente. ¡Comprende! Necesito que tu cuerpo sea dócil, lo necesito. ¡Ah, mi querido Álvaro, cuán difícil me era hacer dócil un cuerpo como el tuyo! ¡El mundo parece estar lleno de cabarés y de bares! Pero algo llenaba yo también el mundo, en todo caso, tu mundo. No, no debías beber, Onofre. ¡Qué faena era remover tu fondo! Alguien te hacía falta para llevarte al verdadero mundo. ¿Quién? Allí estaba en su casa, solo, pensando, meditando. ¿Quién? Zorobabel Quizapu. Lo conociste; te entusiasmaste. Fuiste entonces a verlo con tu mujer. Fueron ambos muchas veces. Sí, fueron y almorzaron juntos los tres muchas veces. Conversaron mucho. Luego pasaban a su escritorio. Media luz. Calma. Hay en él dos muros cubiertos de libros. Es Zorobabel Quizapu un hombre que conoce todos los misterios. Es un hombre que vive en medio de ellos. Habla muy bien. Te recomienda muchos autores y te presta libros. Tú escuchas y, de cuando en cuando, haces una pregunta. Alrededor de la casa es la paz. Alrededor de la casa es el silencio interrumpido por el cacareo de algunas gallinas. El mundo es serio. ¿Qué es este afán de ir tras de la felicidad? ¡No es ella la que debe perseguirse! Porque existe la intensidad. Hay que tener una vida intensa, en un rincón cualquiera, en La Torcaza, por ejemplo. En ella te esperan los compañeros, te esperan en tu taller. Están allí Giotto, Fra Angélico y Leonardo da Vinci. Están los escritores, está Stanislas de Guaita y está Eliphaz Lévi y está Rudolf Steiner. Está también Shakespeare. Están además los escritores rusos. Hay gallinas que cacarean como las gallinas de Quizapu. ¡Qué hermosa vida hace este Quizapu! Al abandonarlo le aseguras a tu mujer que es así la vida que siempre has deseado, siempre. Ella sonríe satisfecha y te coge una mano. Yo, Onofre Borneo, estoy feliz. Porque... ¡seremos tres, seremos tres los que ahora abandonaremos el torbellino de Santiago, que quedaremos indemnes al torbellino de Santiago! Seguiremos a La Torcaza y en la sombra del taller, rodeados del sol que alumbra los campos, laboraremos, Onofre, laboraremos.

—Recuerdo todo eso, Juan Emar. Todo eso merece un trago, un trago nada más antes de retirarse de la vida. Están los amigos... ¡Un trago! Puesto que estás a mi lado, puesto que no somos sino uno, ¿por qué no puedo pasar un momento de jolgorio? Recuerdo muy bien: bebía yo enormemente, bebí tanto que, al fin... ¡Si era cuestión de un tiempo, de un poco de tiempo! No se puede, Juan Emar, ir a un taller en el campo, taller sombrío y con sol afuera. ¡cómo! ¿Me vas a decir que ignoras tú, Juan Emar, los misterios de la soledad? Stanislas de Guaita habla de ellos y a de Guaita lo conoces mejor que yo. Bebía yo, bebí tanto que al fin... Al fin me fui por esa vida, fui Secretario en nuestra Legación en París y, como tal y por lo mismo, bebía y bebí tanto que al fin... ¡Onofre tiene que vivir su vida, su vida! Tanto bebí que al fin... ¡divorcio!

—Entonces, Onofre, volví a presentarme a ti. Me presenté mudo. Te miré. Tú me mi-

raste también. Mudos ambos. Con un gesto lento estiré mi mano, allí en París, hacia el Este. Tú te recogiste como un animal miedoso. ¡El Este! Te recogiste porque a tus oídos llegaron las voces de los que hacían, con trabajo y con dolor, un mundo nuevo. Cada vez que estiraba yo la mano veía a los rusos levantarse de más bajo que tú y dominar el mundo.

—Duraba poco un tal momento, Onofre; para algo hay tantos cafés y tantos cabarés en París. Pero caminemos, Vamos a El Viejo Teatro del Hablar. Donde se dio un día *Fuenteovejuna*... ¡Una lata! Y también se dio..., se dio... En fin, lo he olvidado. En todo caso tiene que haber sido otra lata. En cambio en la Taberna de los Descalzos y en el San Lito... ¡La gloria, Onofre, la gloria! ¿Quién te ha dicho que nuestra mente tenga siempre igual potencia? ¡No la tiene, no! A veces merma esa potencia. Entonces un poquitín de alcohol... ¡La gloria, Onofre, la gloria!

—En El Viejo Teatro del Hablar viste, en verdad, *Fuenteovejuna*. En el Gran Teatro Musical viste *Bohème*, de Puccini. Yo te hice ir a verla. Ella remueve en ti algo que está lejos de los bares. Olvidas mucho, Onofre. ¿Por qué dices ahora que la pieza de Lope de Vega es una lata? ¿Ya lo has olvidado? “¿Quién mató al Comendador?”. ¡Me has obedecido varias veces, Onofre, varias veces!

—Sí, te he obedecido varias veces. Te lo he de confesar sinceramente: cuando quiero ser yo, ¿me entiendes?, yo, Onofre Borneo, y te abandono en un bar cualquiera, me arrepiento terriblemente, me desespero y no hallo qué hacer. Es entonces cuando te llamo y te llamo, cuanto te obligo a estar a mi lado. Aunque luego me pregunto: ¿Para qué quiero que estés a mi lado?

—Para que firmes el libro.

—¡Pero Onofre! ¿Cómo voy a firmar algo que no he escrito?

—¿Y cómo voy yo a escribir si no tengo dedos para tomar una pluma?

—Ahí hay un cuartel, un regimiento. Entremos por la calle del Calvario. Veremos así la Prisión Católica, donde guillotinan a los seres... En todo caso ahí fue guillotinado Ruedecindo Malleco. Caminemos, Onofre. Un costado de la Ulpif... ¡Qué de tipos hay allí dentro! ¡Cuánto trabajan esos tipos!

—¿Crees tú trabajar menos? Piensa en tu pintura, nada más que en tu pintura. ¡No, no me echas la culpa a mí por tanto trabajo! En ella te dejo trabajar como todos los pintores, como todo el mundo. ¡Sí, como todo el mundo! ¿Quieres una prueba? Te la daré: tú pintas y luego comparas lo que has hecho con lo que han hecho otros pintores; luego preguntas y averiguas; luego te pones a escuchar. Te la seguiré dando: vendrá un día en que darás tus pinturas. Sí, las darás todas. ¿A quién? A la que llamarás Tomba. ¡A ella irá tu obra pictórica! Entonces ella las mostrará después de encuadrarlas y barnizarlas. Les hará propaganda, les hará mucha propaganda. Esto no quiere decir que yo no tenga cierta influencia en lo que pintas. ¡Ah, mi influencia! La recibirás por nuestro trato común. Sobre él trabajarás. ¿Cómo? Como trabajan estos hombres, éstos de La Bolsa. ¡Mira cómo se agitan! Se agitan tanto que no hay ni uno solo que no esté convencido de que es él quien produce el alza y baja de los papeles. ¡Son iguales a los pintores! Cada pintor está convencido de que es él quien produce la marcha de la estética universal... ¡Pobres hombres de La Bolsa! Corren y corren tras el dinero... ¡Pobres hombres! El dinero está fuera, fuera. Él es una potencia igual, ¡qué!, una potencia superior a nosotros. Simula obedecernos pero no nos obedece. Es el dinero un humorista. Se complace en crear absurdos por todos lados. Visita de pronto a un hombre; luego lo abandona o sigue siempre con él; luego se niega a visitar

a otro hombre; luego frecuenta un poquitín a uno que otro... Los hombres dicen que sólo los valerosos lo dominan. ¡Pobres hombres de La Bolsa!

—Ahora, a esta hora, está cerrado el Restaurante Naturista. ¡Muera la carne! ¡No se deben comer los cadáveres! Así gritan los naturistas. Tal vez no deban comerse. Pero entonces me pregunto: ¿Qué efecto produciría el alcohol en un hombre que se alimenta únicamente de lechugas y lechuguines? No, no puede ser. Hay que ingerir carne, mucha carne. Porque el alcohol nos enseña miles y miles de bellas cosas. ¡También nos pasea por el Infierno! ¡uh, las llamas del Infierno! No importan esas llamas ni ninguna especie de llamas de esta Tierra. ¡Hay que quemarse! ¿Quemarse? ¡Hay que chamuscarse! Sí, hay que chamuscarse lo suficiente como para... Sí, uno debe hacer cosas para uno. ¡Coraje! Cosas para uno y así sobresalir. Hay que ir tras la personalidad. La personalidad, la personalidad... ¡Es el quid de esta vida! Quien la tenga podrá encandilar a sus semejantes.

—Otra vez te lo diré: te crees único en la vida. Ves el mundo dividido en dos partes: todos los hombres; tú. ¡Y no, no es así! Tú no eres aislado. Debes colaborar con todos, es decir, debes colaborar contigo mismo. Porque no debes olvidar que este “contigo mismo” tiene ramificaciones increíbles, increíbles. Las tiene tanto en personas cercanas como en personas lejanas, desconocidas. ¿Quieres pruebas nuevamente? Ramificación hacia personas cercanas: ¡mi presencia a tu lado! Ramificaciones hacia personas lejanas: ¡Rusia!

—¡La Taberna de los Descalzos! Ahí se gesta el arte bajo la influencia del alcohol. Estamos de acuerdo, Juan Emar: no quiero beber más. Sigamos, caminemos.

—¿No quieres beber más? Está tu cuerpo fatigado. Porque esto no lo he dicho yo; lo has dicho tú, Onofre, tú y nadie más que tú. Ahora acércate a mí; ahora obedéceme.

—¡Onofre! ¿En qué quieres que te obedezca?

—Sigue escribiendo nuestro libro. Comunícate con aquella, con aquella alta región. ¡Hazte receptor! Es todo lo que te pido. Una vez que seas receptor, escribirás y escribirás. Así harás como han hecho todos los que han escrito algo que tenga un valor. Así han hecho todos los que han pintado. Así han hecho todos, todos los artistas desde que artistas ha habido en este mundo. ¿Crees tú acaso que alguna vez ha sido de otro modo? La vida de ustedes los hombres tiene un solo e inmenso deber: ¡conectarse!

—Detente un rato, Onofre. Estamos en la calle de los Obispos. Allí, en esa esquina, está la Escuela Primaria, es decir, donde se enseña a los muchachos... ¡Pobres muchachos! En ella se les dan los fundamentos para que..., para que... En fin, para que un día puedan conectarse y puedan trabajar. Ahora quisiera ir al Club Cero. ¿Me acompañas?

—No. Puesto que no quieres beber más... ¡Ve solo! Yo me quedaré errando por estas calles. Pero no lo olvides: ¡el Club Cero!

—No lo olvido: ¡el Club Cero!

—Nos separamos. Frente a mí, la calle de los Cartujos. Después, las líneas férreas y, a mi derecha, la Estación de los Ferrocarriles. Cuestión de atravesarlas y estaremos en la avenida del Todopoderoso. Luego, el Club Cero. Caminando siempre, el San Lito.

—Bien. Atravesemos las líneas férreas.

Gualberto Choapa... Apenas había yo atravesado las líneas del ferrocarril, lo encontré. Una alegría súbita me llenó; creo que él la sintió igualmente.

—¡Vamos, amigo Borneo, vamos al San Lito!

Me cogió de un brazo y me arrastró.

—Hoy habrá números nuevos. Chispita ya debe estar allí. ¡Y la Clementina Rengo! ¡Y Braulia Tinguiririca! ¡Vamos!

Una noche pasada en el San Lito. ¡Trago! Clementina Rengo me cogió de un brazo y me arrastró... Es el modo como se hacen las cosas aquí en el cabaré San Lito. Por lo demás es como se hacen en todos los cabarés del mundo. Porque el mundo está lleno, lleno de Gualbertos y de Clementinas. ¡Y de Chispitas!

—¡Hola, qué tal Chispita!

—¡Trago, trago! —me contestó—. ¡Bebamos y riámonos de esos, de aquellos, de los que usan estos sacrosantos lugares para discutir cosas inmensas, inmensas como dos mundos juntos!

Es cierto. Porque Gualberto Choapa se ha encontrado con Ramiro Lampa. ¡Y con Romualdo Malvilla!

Hablan, hablan... Discuten... ¡No! Están de acuerdo. Vamos a ver.

Ramiro Lampa dice acodado en el bar:

—¡Eh, eh! ¡La burguesía! ¡No, señores contertulios! La burguesía no está tanto en lo que se hace ni en la manera de hacerlo. ¡No! Está, sobre todo, en la importancia, en la celebérrima y muy celebérrima importancia que toma lo que se hace en el conjunto de la vida. ¡Es cuestión de valores y de valores! ¡No hay más!

—¡Bravo! ¡Muy cierto! —gritó Gualberto Choapa—. ¡Así es la cosa! ¡Así es! ¿Por qué? Les pregunto a todos y te pregunto a ti, hermosísima criatura, sílfide sin igual, náyade maravillosa, a ti, Clementina, Clementina Rengo: ¿por qué? Tú no eres burguesa, no, no lo eres, Clementina, porque eres una flor del vigoroso fango que brota sobre el universo... Aunque de verdad el fango no brota; brota la maleza y no brota en el universo. ¡Brota en el fango! ¡Brota sin dudar, sin dudar! ¡Como no dudan las personas burguesas! ¿Saben ustedes qué es una persona burguesa? ¿Lo saben? Es, señores, es, gran Clementina, es la persona que nunca ha dudado sobre la inmovilidad de las bases de la verdadera vida.

Romualdo Malvilla despertó, sacudió sus brumas y, clavándole un dedo en el chaleco a Gualberto, vociferó:

—¡¡Excelso!! Los que lo han oído piden otro trago. ¡Es un trabajo, un absoluto trabajo, hablar como tú hablas! ¿Qué es un, un, un trabajo? Es sencillamente lo que no gusta, lo que uno odia y odia y... ¡que está obligado a hacer, obligado!

—¡Obligado! —clamó Ramiro Lampa—. ¡La obligación que nos impone la derecha! ¡El símbolo de la pelea! Porque la derecha se pelea a muerte entre ella, a muerte. ¿Cómo? Se pelea unida. ¡Sí, señores, unida! Porque hay un enemigo común. ¿Me entienden? Yo no me entiendo pero hay que unirse en contra de la derecha. ¿Qué, qué quiere la derecha? Quiere acumular haciendo producir a otros. Si triunfa un partido de la derecha, dejan de ganar los otros partidos. Es el único problema que los mueve. Se promete entonces. Después... ¡nada! ¡Promesas y promesas! ¡No hay más!

Clementina me apretó el brazo y me preguntó:

-¿Te gustaría bailar?

-Bailemos -le respondí.

Creo que bailamos, que bailamos mucho. Al menos yo estaba, en un momento, abrazado con Chispita y con la sin igual de Braulia, de Braulia Tinguiririca. Después... Después, sí, recuerdo: la calle de la Ostia y la calle del Vicario... Después, nebulosas y nuevas nebulosas. Después, el puente de los Concilios Ecuménicos. Y..., y la plazoleta Fray Tomate. En el 2º piso. No, confundo: en el Nº 2. Ahora en el 3º piso. Una subida interminable por interminables escaleras. Abrir la puerta. ¡Es algo engorroso! ¡Vamos! Se abrió la puerta. Entremos.

96

Mi casa. Mi dormitorio. Mi cama.

Enciendo la luz. Silencio. Sin embargo se oye el ruido agudo de dos ojos que me miran y me clavan.

Tengo, en mi dormitorio, cerca de mi cama, un sillón. En él está sentado Juan Emar. Nos miramos largo rato sin hablar. Al fin me dice:

-Has estado en el San Lito; y estás ebrio.

Respondo con altivez:

-He estado en el San Lito; y estoy ebrio.

Entonces Juan Emar me dice:

-Mañana será el despertar, el malestar, el arrepentimiento.

Respondo:

-Bebo para hoy; no bebo para mañana.

Onofre:

-Subdivides demasiado. Por encima de hoy y de mañana estás siempre tú.

Yo:

¡Al diablo, al diablo!

Quedamos largo rato en silencio. Juan Emar no se mueve. Me mira únicamente con insistencia. Me clava los ojos y oigo el ruido de sus pinchazos en los míos. Estoy de pie, apoyado con una mano en la cama. Un cuadro del muro se acerca; se aleja; se acerca; se aleja...

-¡Basta! ¡No te muevas más, infecto mamarracho!

-Lo pintaste tú, ese infecto mamarracho. Antes de pintarlo, un enorme hueco sin pintura; después de pintarlo, otro enorme hueco sin pintura. Ese cuadro fue una gota de alegría entre esos dos enormes huecos. ¡Recuerda tu alborozo mientras pintabas y recuerda el futuro de plenitud que se vislumbró ante ti!

-¡Estoy en el presente ahora! ¡Bebo para el presente! ¡A los mil diablos los futuros, todos los futuros!

-Entonces me marchó. ¡Adiós, Álvaro, adiós!

Onofre se levanta. ¡Qué altanero es!

-¡No te vayas! ¡¡No te vayas!! Déjame un último trago, último trago y entonces... ¡No! ¡No beberé más! ¡Te lo juro! Pero siéntate otra vez. Charlemos como dos buenos compañeros. Sí, charlemos. Voy a confesarte algo. ¡Déjame confesarte algo!

-¿Confesarme qué?

-No beberé más.

-¿Nunca más?

-¡Nunca más! Porque es una vergüenza beber así. Mañana, tú lo has dicho, será el malestar, el arrepentimiento. Hasta la tarde. No más; hasta la tarde. Entonces, componer el cuerpo. La Taberna de los Descalzos y el San Lito. ¡Y beberé, beberé! ¡Viva el San Lito!

-¿Continuarás bebiendo? ¿Sí o no?

-Una vez más y nada más. Dos veces más y nada más. Una vez en la Taberna; otra en el San Lito. Y se acabó, se acabó, sí, se acabó y... ¡se acabó!

Vuelve el sonido de los ojos. Por fin Onofre me dice:

-Es imposible escribir y firmar y, al mismo tiempo, beber. O escribes o bebes. O escribirás inspirado por el alcohol. Yo, Onofre Borneo, no soporto el alcohol. Escribirás entonces únicamente con la inspiración tuya, sin mí, con la inspiración de Álvaro. Es decir, con mala, con pésima inspiración. Ya sabes la diferencia que hay entre estas dos inspiraciones. La tuya es una inspiración sumergida en una botella. Una botella que te recordará siempre mi ausencia. Porque me marchó, me marchó. Te dejo el recuerdo mío en una botella. ¿Me oyes? ¡En una botella!

-¡No, no, no te marches! Te he dicho ya que no quiero botellas, ni tuyas ni de nadie. ¡A muerte las botellas y todo el trago de este mundo! Te he dicho y te repito: ¡no beberé más! Entonces oiré tu inspiración. ¡Qué hermoso va a ser cuanto escribamos! ¡Oh, oh, qué hermoso! Pero ahora tengo sueño. Quiero dormir, dormir...

-Duerme. Y no bebas más. Recuérdalo: tu inspiración es mala. La mía sólo viene sin alcohol.

-Sin alcohol.

-Sin alcohol.

-Buenas noches. ¡Por las hermosísimas páginas que saldrán de nuestra colaboración, de nuestra inmensa colaboración!

-Buenas noches y... ¡sin alcohol!

-Sí... Sin, sin alcohol...

Brumas. Nebulosas. Hay que dormir.

-¡Soñaré contigo, Onofre, contigo!

97

No soñé con mi dualidad; Juan Emar no apareció en toda la noche. Soñé con Tomba. Soñé con ella misma; sin Juan Emar.

Estábamos en una habitación espaciosa. La luz venía por lo alto, por ventanas elevadas, allá arriba. Ella, Tomba, está de pie, apoyada en el muro. Sonríe. Con un gesto de la mano me indica lo que debo hacer: pintar.

Pero ¿qué pinto? Miro y miro a mi alrededor. Ahí están los colores, los pinceles, la paleta... Aquí hay una tela, dos telas, tres telas...

-¡Tomba! -grito- ¿qué quieres que pinte?

Entonces ella ríe y ríe. Me dice entre risas:

-*Comme tu es bête*

¡Qué hermosa es cuando ríe! No puedo dejar de exclamar:

—¡Tienes una *gueule* maravillosa!

Me indica con la mano un punto hacia lo alto. Me pregunta:

—¿Quieres que vayamos hacia allá?

Respondo:

—Vamos.

Estamos en lo alto. Estamos rodeados de gente, de gente muy extraña, extrañísima. Reconozco que son pintores. Me dicen:

—Es otro el sentido de la vida; es otro el que el arte tiene que encontrar; es otro, otro, otro... Este otro sentido lo confundes con ese cuerpo que tienes. Este cuerpo sólo puede concentrarse en esta Tierra y, una vez concentrado, fotografiar. Así se convencerá de la realidad de lo que lo tiene concentrado, de la realidad en que vive ahí, ahí, ahí donde está concentrado. ¿Por qué no te quedas con nosotros y te clausuras aquí? Entonces..., entonces...

Tomba dice:

—Pintarás.

Luego agrega:

—Pero fuera de la vida en que estás concentrado. Pintarás..., pintarás para mí.

Le digo:

—Sí, Tomba, pintaré para ti.

Me pregunta con cierto aire malicioso:

—¿Pintarás tú, tú, tú? ¿Quién eres tú? ¡Entiende, hombre de Dios! ¿De Dios? ¡Hombre del polvo! No debes pintar tú, no debes hacerlo tú. Debes dejar que *eso se pinte*.

Corro a coger mis pinceles. ¡Ahora sé cómo hay que hacer! Pero no logro avanzar. O acaso avanzo y son los pinceles los que se van, los que se alejan. En todo caso es imposible cogerlos, imposible. Hago un esfuerzo más, un esfuerzo potente... Despierto.

Me siento en la cama. Digo entonces:

—¡Tomba! ¡Tomba! ¡Tomba!

Reflexiono un rato, reflexiono lentamente:

—Tú serás, Tomba, mi compañera; tú serás la compañera de Onofre pintor. Porque aparecerás en mi vida y vendrás, vendrás hacia mí. Juntos nos enfrentaremos ante Juan Emar mientras Onofre pintará y pintará apoyado en ti. Tú lo redimirás. ¡Tú, Tomba, tú!

98

Fui al taller de Rubén de Loa. Después del sueño con Tomba había que ir, había que empaparse en pintura. Pero había que empezar con tranquilidad, había que dejar que, con lentitud, llegara el mensaje de lo que *se ha* de pintar. Había que dejar que se aplacara el remolino que bullía en ese momento en el taller. Calma, sí, calma. Estábamos en el remolino grato a Rubén. Porque Macario Viluco se paseaba, de un lado para otro, vociferando en medio de los "inefables" de Mamerto Masatierra:

—¡Es usted un borrico, como mi tío Ascanio, un borrico si no lo ha notado! ¡Pregúntele, Mamerto, la hora a un sujeto cualquiera! Verá usted que el sujeto mira con presteza, ¡sí, señores, con mucha presteza!, su reloj y luego le responde a usted. Y ese sujeto hacía

un instante que acababa de mirar su reloj... ¡Ha tenido que volverlo a mirar, Mamerto! ¿Qué significa esta doble mirada? Significa, sencillamente, que el sujeto, ese sujeto, como nosotros también, como todos, todos—¿me oye usted, Mamerto?—, todos, ¡no vemos la hora al mirar el reloj! ¡No la vemos ni la vemos! Lo que se ve al mirar el reloj es si tenemos o no tenemos tiempo, si es tarde o si es temprano para hacer lo que tenemos que hacer. ¡No hay más! Pero concretar en números, en horas y en minutos esa tenida o no tenida de tiempo... ¡Quia! ¡Eso necesita un trabajo mental diferente, muy diferente, Mamerto! Un trabajo para los que no tienen reloj y deben, necesitan saber si hay tiempo o no lo hay. Es así y no es de otro modo. Lo he verificado mil, diez mil veces.

Mamerto se desternillaba de la risa y repetía entre sus carcajadas su eterno:

—¡Inefable, inefable!

—Podrá usted tomar lo que avanzo por inefable —le espetó con furia Macario— pero hoy lo he verificado, hoy, sin ir más lejos. Fue con el ama de la casa vecina a la mía. Tenía un reloj pulsera que no miraba porque sus miradas eran tomadas por Anita, ustedes saben, la chiquilina. Sí, señores, ustedes saben que la anciana ama, ama a Anita...

—¡Jesús, qué hiato! —gritó Mamerto—. Anciana... ama... ama... a... Anita... ¡Qué horror! Macario quedó un rato irresoluto; luego se sobrepuso y exclamó sulfurado:

—¡Qué viene usted con hiatos! ¿Hasta cuándo nos va a dar lecciones de su tema, el castellano? ¡Siempre, siempre usted con sus cosas y palabras estrambóticas como esa de "hiato"!

Aquí Rubén despertó. Dijo con voz calmada:

—Ninguna cosa, ninguna idea ni palabra es estrambótica. En mi juventud yo, una vez, exclamé: "¡Basta ya de cosas estrambóticas!" Me refería a lo que tanto ambicionaba realizar y que no lograba llevar a la práctica, es decir, trabajar en silencio y con tenacidad hasta finiquitar la obra. Ahora lo hago. Cuando me sumerjo en una tela deja de pasar el tiempo, los relojes caminan por su lado. Yo, lejos, aparte de ellos, trabajo sin la menor inquietud, sin que ninguna venga a perturbarme. Lo que en un tiempo fue un estrambótico para mí, hoy ha dejado de serlo, hoy es una realidad cotidiana.

¡Así debe ser! Hay que pensar lo que es este mundo. Bárulo Tarata me ha hecho pensar en ello. En este mundo debe existir una enorme cantidad de sitio, de sitio y más sitio. ¿Para qué? Para que en él se coloquen todas las tendencias que en el hombre puedan existir. Estas tendencias tienen un origen más remoto del que creemos. Bárulo Tarata me lo ha hecho ver; Romelio Renaico lo ha apoyado en sus ideas; sé que Florencio Naltagua piensa de igual modo. Esas tendencias nos vienen de otras estadías aquí en la Tierra. Ahora debemos terminarlas. Así piensan Tarata, Renaico y Naltagua. Yo..., yo no pienso ni profundizo tales cosas. Doy fe a los que saben más que yo. Entonces creo lo que dicen sin tratar de averiguar más a fondo. El hecho es que lo estrambótico ha desaparecido de mi vida. Ahora termino con quietud lo que, tal vez, comencé en una existencia anterior.

Así han trabajado todos los que merecen ese nombre de artistas. Traían una misión, traían algo inconcluso que había que terminar; lo han terminado. Pero Bárulo Tarata agrega:

—Lo han terminado, es decir, han sembrado semillas para la próxima venida entre nosotros.

Así veo y juzgo ahora a los artistas. Los divido, a cada uno, en dos partes: el hombre y el artista. No son iguales entre ellas estas partes. El artista, a veces, tiene arranques muy

altos, tiene arranques altísimos. El hombre queda abajo abismado y, no es raro, desesperado.

(Pensé: Onofre-Juan Emar. Arranques muy altos...; el otro, desesperado...).

Recuerden, amigos, el caso de Baudelaire; recuerden al hombre dopado, al hombre con su mulata en un tabuco...; recuerden *Las Flores del Mal*...

La obra, la obra de aquella región...; el hombre que la hace... El hombre la hace semiconsiente. La obra ha pasado por él y se ha hecho. La obra se desprende y queda. El hombre sigue, sigue y sigue. ¿Adónde va este hombre? Tal vez va a su casa, se acuesta y duerme; tal vez mata a un niño. La obra permanece intacta.

Hay que separar, en lo posible, la vida artística de la vida cotidiana. ¡Que no se mezclen! Cada paso que la vida cotidiana da sobre la vida artística es un paso dado en contra del arte, es un retroceso. Mientras más se penetre en el arte, mientras más uno sea receptor de él, más la vida cotidiana debe ser como la de cualquier hijo de vecino.

Pero no siempre es así. Conozco —y creo que ustedes también conocen— a una noble dama que ha querido sumergirse en la alta región del arte. Decora muebles. Se inspira en la India. La escuela de Kangra y la escuela de Rajasthaní son sus fuentes predilectas de inspiración. Me refiero a doña Claudia Puchuncaví. ¡Hay que ver su taller! Hay que ir a la calle de los Frailes donde la dama se hospeda. Su taller es más bello que cualquiera de los muebles por ella decorados. Cada objeto allí es un monumento de arte. Cada objeto se armoniza con los objetos vecinos y, todos juntos, forman una intocable naturaleza muerta. Los muros hacen competencia con el suelo. ¡Oh, qué de cuadros raros colocados en esos muros! ¡Oh, qué de estáticas alfombras y tapices por el suelo! Algunos tapices trepan por los muros; otros se alargan sobre los muebles como si fueran enormes serpientes. Es aquello un museo de una finura sin par. En medio de tanta finura se inspira doña Claudia Puchuncaví. ¡Sí, amigos, se inspira sin atreverse a hacer el menor movimiento para no turbar ese quiéto primor que se expande fuera de ella! Es decir, esta señora ha construido un miraje de aquella región del arte y en él se refocila embelesada.

¡Mal hecho, amigos, mal hecho! Uno se inmoviliza allí dentro. Allí dentro se inmoviliza todo. No se puede ni pronunciar ni una palabra. Se queda uno en busca de una palabra que esté a la altura de tanta beldad. Es la parálisis completa.

Cuando fui a visitar a doña Claudia Puchuncaví me sentí cohibido. Salí de su taller como un sonámbulo. Pero salí. Me fui de inmediato al taller de Vitelio Doñihue. ¡Oh, qué descanso! ¡Nada aquí de artificial belleza! Aquí se trabaja. Aquí la belleza está fuera, está en su región elevada. Llega sin ostentación alguna. Llega a Vitelio y Vitelio la imprime en una tela. La tela queda. La tela se va, sale, se pierde en el mundo. El taller permanece como una casa cualquiera. ¡No necesita adornos! Es un sitio sin aderezos, un sitio anodino para recibir la voz de la alta región del arte. Cuatro muros desnudos; luz de claraboya, mucha luz; los materiales para traducir la voz... ¡No hay más! ¡Ah, sí! No hay que olvidar la cocinilla donde se guisan porotos, bifes, huevos y cochayuyo...

¡No hay más! ¡No se necesita más! Hay que rodearse con vacío. Porque cuando se toma un pincel o una pluma o un buril, lo primero que debe hacerse es olvidar completamente de que el mundo existe fuera del pincel, de la pluma o del buril.

¿Cómo olvidarlo si estamos solicitados por cuanto nos rodea? En ese momento hay que dejar el campo libre para que venga hacia nosotros la región del arte.

¡Oh, qué miseria cae sobre los artistas que *saben* de antemano lo que van a hacer! Debe el artista ignorar lo que va a hacer. Debe dejar que la intuición lo guíe, que resuene en él.

¡No distraerse con llamadas de fuera! No entiendo ni he podido entender jamás a los pintores que planean y delimitan un cuadro antes de hacerlo. La voz de lo alto, *hoy día*, llega a nosotros de otro modo, llega en la entrega total del pintor a sus colores. No entiendo ni he podido entender jamás a los que se rodean y se adornan, como doña Claudia Puchuncaví, con cosas de este mundo. ¡Somos mediums! La sorpresa que debe embargar al artista cuando termina su obra debe ser igual a la que embarga al contemplador que por primera vez ve esa obra.

En doña Claudia Puchuncaví hay un anticuario escondido. No hay un artista en trance. Anticuario y artista son dos oficios diferentes. El anticuario debe hacer resaltar la belleza del objeto mismo; el artista debe tomarlo como un punto de apoyo para que por él se deslice y aparezca la belleza que lo aureolaba, que estaba fuera de él. ¡Sí, amigos! La cosa reside en dónde poner el acento, en qué fijar la atención frente a un objeto. Es todo un trabajo interior de cambio de actitud.

Es la diferencia que hay entre el taller de la calle de los Frailes y el taller de la calle Llave del Cielo; ¡el de Viterbo, se entiende! No el de Facundo. Porque Facundo, como doña Claudia Puchuncaví, muestra también tendencias a rodearse de la beldad que falta en sus cuadros. ¡Horror al taller con labios pintados y con uñas maquilladas!

Lo que a mí me interesa en la pintura es el contacto directo del hombre con un objeto cualquiera. ¿Qué puede importarme que el objeto sea hermoso o sea feo? Por él debe pasar la voz, la voz del arte, la voz de aquella región.

Lo que a mí me interesa en la pintura es el paso de una ideación, de algo puramente abstracto, de una imagen de materia a través de la carne, a través de los nervios, de la sangre y de los músculos hasta que se detenga en el extremo de los dedos. Es el proceso que me atrae, que me fascina más, mucho más que la ideación misma. Como también baja en interés el movimiento de los materiales que el pintor juzga necesarios para su cuadro. ¡Necesito un verde, para combinarlo con un rojo, para combinarlo con un violado, para combinarlo con un gris...! Aunque el pintor sepa que todos los demás pintores, sin duda, los habrían combinado de diferente manera ¡Aunque el pintor sepa que de esas combinaciones puedan desgranarse miles de sutilezas para remover los miles de temperamentos de los hombres que miran cuadros! Ello me importa menos. Que a Fulano se le ocurra pintar un jarrón; que a Zutano se le ocurra pintar un desnudo; que a Mengano se le ocurra pintar un mar bravío... Sí; es muy interesante. Pero ello, como los medios de que se vale, es un proceso que está *antes* del que a mí verdaderamente me coge.

Ya saben ustedes cuál es este proceso; el paso desde un imponderable que se halla en la cabeza hasta alcanzar la mano, los dedos, el pincel. ¡La unión que aquí se forma entre el cerebro abstracto y el brazo de carne, sangre y nervios y un pincel! ¡Oh, fíjense ustedes, fíjese usted Mamerto, fíjate tú Onofre—y se fijará usted también Macario?— lo que es esto de hacer pasar una abstracción por el cuerpo y ver cómo el cuerpo, que se transforma en una entidad aparte, ha moldeado a su manera esta abstracción!

—¡Sí, señor, sí, mi amigo Rubén! —clamó Macario—. ¡Me fijo y esto confirma mi idea de lo estrambótico que por su proceso de usted se ha convertido en un no estrambótico!

Pero Rubén siguió sin parar mientes en Macario:

—Me pregunto a menudo: ¿no es acaso la pintura una especie de experimento casi anatómico de la vida oscura, de la vida subterránea de esto que habitamos, es decir, de este cuerpo? La ideación se ha presentado. Hela ahí. He ahí el cacharro, he ahí el desnudo,

el mar, la flor de oro y qué sé yo. He ahí la ideación entera que, según dicen, estaba dentro del cerebro...

Amigos: yo la creo fuera del cerebro. La creo una imagen, sí, una imagen externa que lo ha golpeado, lo ha llamado, le ha hecho señas. Entonces él, el artista, ha visto *eso*, lo ha visto con los ojos juntos. Entonces lo vemos amarrado a una tela. Entonces trabaja.

Y los críticos, amigos, los críticos... Los más avezados en las artes juzgan al revés: se elevan a la ideación primera, a eso que ha llamado y ha hecho señas; y entonces ven el trabajo del pintor, ven en su trabajo las modificaciones y contracciones que la carne de ese cuerpo ha impuesto al eco de la ideación que ha hecho señas.

Yo, no. Yo aprecio justamente la expresión de esa fuerza avasalladora del cuerpo del pintor, del cuerpo que todos los días vemos caminando por las calles, forrado en un vestón y en un par de pantalones y coronado por un sombrero...

Bueno, bueno, ¿y qué? Es el error en que caen críticos, artistas, pintores. ¡La ideación que ha hecho señas! Recuerden ustedes que ella está fuera. ¡Es el error buscar para fuera! ¡Basta con la seña que ha hecho! Una vez vista esa seña deben los artistas buscar para dentro de ellos mismos, ¡deben los artistas extasiarse en su propia carne!

Así nos habló Rubén de Loa. Nos retiramos. Ya en la calle Macario nos dijo convencido:

—Lo dicho por Rubén es tan estrambótico como su hiato de usted, Mamerto. ¿Qué es eso de extasiarse frente a lo que el cuerpo impone a la ideación? ¡Estrambótico y no hay más!

99

Marul, vamos al 2º piso del Nº 2 de Fray Tomate. Necesito ver a Lorenzo. Necesito oír su voz. Necesito que tanto tú como Florencio lo oigan con calma, con mucha calma.

Lorenzo Angol nos ha abierto su corazón. En una habitación de su casa nos ha hablado así a Marul, a Florencio Naltagua y a mí:

—No puedo decir falsedad alguna. O tengo que decir la verdad o tengo que callarme. La razón es muy sencilla: desde el punto en que me encuentro hablándoles a ustedes, una falsedad se correría hacia atrás e infectaría el fondo de cuanto en mi vida he dicho; y también se prolongaría hacia adelante infectando de igual manera cuanto vaya a decir. Así es que, quiéralo o no lo quiera, tengo que decir la verdad.

¿Me da esto un sentimiento de felicidad? Preguntémoslo de otro modo: ¿Da el progreso en la senda por donde hoy camino un mayor sentimiento de interna dicha? No vacilo en responder: No. Este progreso no lo da; este progreso aumenta en forma increíble el número de las preocupaciones que nos asaltan.

Una esperanza se yergue y nos mantiene; pero es una esperanza lejana:

“¿Será esta época de las mil preocupaciones sólo un período que ha de terminar? ¿Vendrá después de él la calma plácida?”.

Es la esperanza que se yergue allá muy lejos. Esperemos.

Hace ya de esto algunos años. Fue en un invierno crudo, en una noche de un frío cruel. Fue en el fundo cordillerano de Melichaqui. Ustedes han de recordarlo: Artemio Yungay, Yoni, Eustaquia Zepeda y... ¡Tártara Tigre! En aquel fundo yo estaba solo. Don

Plácido Romeral había ido a Santiago; doña Plácida dormía; Yoni y los demás... no lo sé. En fin, estaba solo y, aburrido, me había internado por la avenida de los Membrillos. La noche vino encontrándome lejos, casi al final de la avenida. Vino el frío cruel. Me cubrí con mi poncho y caminé presuroso hacia las casas. Mientras caminaba iba añorando la intimidad tan grata de Tragatencas y de mi fundo de La Cantera. En fin, caminaba.

De pronto me detuve. La sombra de Lumba Corintia me apareció. Lumba Corintia me habló. Yo, arrebuñado en mi poncho, tiritaba pero sin saber si era del frío mismo o de aquella visión frente a mis ojos. Porque al frío lo sentía rodeándome, ajeno a mí, sin penetrarme, como en espera. Parecía que mi cuerpo lo rechazara. Pero era el caso de que tiritaba como un pelele.

Lumba Corintia me dijo:

-Tienes que agotar un residuo de amor que hay en ti, que aún queda en ti. No eres un hombre para amar. Tu senda es otra. Pero no puedes entrar en ella llevando tales residuos. ¡Agótalos!

Creánme, amigos, que al oír los propositos de Lumba Corintia, creí en un delirio mío. A pesar de ello contesté en voz alta:

-¡No! El amor terminó contigo. Desde que partiste, desde que, defraudada, abandonaste este país, jamás la imagen del amor ha venido a perturbarme.

Ella repitió:

-Tienes que agotar el residuo de amor que hay en ti, que aún queda en ti. No eres un hombre para amar. Tu senda es otra. Pero no puedes entrar en ella llevando tales residuos. ¡Agótalos!

Desapareció. El frío inclemente, el frío teñido por rayos de luna, penetró en mí. Caminé. Llegué a las casas de Melichaqui. Me acosté y dormí.

El día siguiente fue un día hermoso, de sol y de aire tibio.

Aquí he de recordar siempre a Artemio Yungay y, por asociación de hechos, a la que fue la inquietante Tártara Tigre. El realidad Melichaqui ha de tener algo especial para los que dentro llevan un deseo subconsciente de amor. Y también he recordado a nuestro amigo Romualdo Malvilla en su poema a los ojos de Alicia Bick. ¿Por qué estos recuerdos me asaltan? Porque, bajo el sol tibio de aquel día, conocí a Vivencia Pocuro.

Sí, amigos, recuerden los ojos de Alicia Bick; recuerden la carta de Yungay a Eustaquia Zepeda, la carta en que habla de los ojos de Tártara Tigre... Ahora piensen en mí. La sensación que sentí al ver esos ojos... ¡Pero no, no! No avancemos nada. Que les baste saber que miré largo rato los ojos de Vivencia Pocuro. Yungay y Malvilla dieron de saltos en mi cabeza; Alicia Bick y Tártara Tigre también. En fin, bajo el sol tibio de aquel día conocí a Vivencia Pocuro.

Aquí viene la historia de un amor desafortunado pero, como sea, es un amor. No infrinjo aquí la regla que dirige a los relatos: hay que hablar de amor y nada más que de amor. Esto que debiera ser tan natural hasta llegar al anonimato, es el tema de todo, todo relato. ¡Siempre historias de amor! Se aman, no se aman, él la ama, ella lo ama... ¿Por qué se pone el acento en esto del amor? En fin, ya esto lo sabemos hasta la saciedad. Parece que no hay otros resortes que nos muevan. Dobleguémonos a ello y déjenme ustedes que les hable de mi amor con Vivencia Pocuro.

¿Qué pasó? Sencillamente la quise y ella también me quiso. En efecto quedaban en mí residuos de amor.

Partimos a Temuco, a un fundo de su propiedad en los alrededores de la ciudad. Era

el fundo de Rapilermo. Veo las casas bajo enormes árboles. Luego lomajes y lomajes, antiguas selvas hoy quemadas. Veo los troncos, sin hojas, sin ramas, alzándose contra el cielo. Troncos que en mí producían un terrible efecto de desolación. En una casa vecina vivía su padre, don Toribio Pocuro, un hombre ya anciano pero aún recio y lleno de vigor.

Empezó nuestra vida campestre. Empezaron las lluvias y más lluvias. Días enteros encerrados en las casas. Aquí, los árboles frondosos; luego, alejándose, por todas partes, esos troncos sin fin, esos troncos quemados y aislados. Por entre ellos, algunas siluetas humanas, muchas siluetas de vacunos bajo la lluvia que caía sin cesar.

Me dirán ustedes que aquello era un paraje ideal para entregarme de lleno a la vida de estudio y meditación que no dejaba de llamarme. ¡Yo deseaba esta vida con verdadero ardor! En aquellos días comprendí lo que es desear con ardor. Un maestro dice que el deseo debe ser tan intenso como el que experimentamos por querer sacar la cabeza del agua donde nos la tiene sumergida una mano poderosa. Así deseaba yo. Pero mis deseos estaban con Vivencia.

¿Vivencia Pocuro? Aquel paisaje entre divino y diabólico, jamás natural, era para ella el paisaje cotidiano.

En aquel paisaje —que tal vez ni veía— primaba la figura de su anciano padre, primaba la marcha de las cosechas, primaban los quehaceres de la casa, primaban los vecinos y los chismes de la ciudad.

Vivencia no se daba cuenta de cómo mi vida era solitaria en aquella inmensidad de Rapilermo.

En la casa de don Toribio había una capilla. La frecuentaba yo a menudo. Un día que me había visto entrar en ella me preguntó:

—¿Vas a la capilla? Te he visto permanecer mucho rato dentro. ¿Qué haces allí?

—Voy mucho a la capilla —le respondí—. Tengo en ella mis mejores momentos de honda concentración. Voy por las tardes; no hay nadie; me recojo y pienso, pienso...

Vivencia me miró largo rato. Supuse entonces:

“¡Va a empezar nuestra comunión!

Pero, amigos, estaba el anciano padre, estaban las cosechas, los quehaceres de las casas, los vecinos, los chismes... No hablamos más. Volví sólo a la capilla. Afuera seguía la desolación de Rapilermo, seguían —enhiestos, solos, sin movimiento— los troncos y más troncos quemados.

Pensé que Vivencia no me quería.

¡Siempre hemos de arrojar la culpa sobre otro ser!

Quería que me quisiera a mí, ¡a mí!, tal cual soy; quería que todos, todos, y Vivencia también, vinieran a mí a rendirme tributo, a colmar esos residuos de amor de que Lumba Corintia, su aparición, me había hablado. Así yo sería el centro, así pasaría a ser el centro. ¡Qué importaban ni el padre anciano, ni la marcha de las cosechas, ni la marcha de las casas, ni los vecinos con sus chismes!

No pensé jamás que Vivencia estaba, en aquellos momentos, más cercana que yo al verdadero y alto sendero.

Esto lo he realizado aquí en San Agustín de Tango. Aquí un día me dije espontáneamente y sin saber por qué:

“Los últimos serán los primeros”.

No creo que sea éste un aforismo para después, para el otro mundo; es para hoy y en este mundo. En él se nos significa el gran respeto hacia todos los hombres, aun hacia los

que nos son inferiores. ¡Qué decir, entonces, hacia Vivencia! Aquel residuo de amor que había en mí se mezclaba y se embadurnaba con residuos de intelectualidad.

Recordé a don Toribio Pocuro, de pie, solo, en lo alto de una colina, mirando los campos de Rapilemo; recordé a Vivencia siempre afanada con el almuerzo y luego contenta con el éxito alcanzado por su plato favorito: pana de vacuno con berenjenas y berro. No pude menos que preguntarme:

“¿Qué quiere decir esto de seres inferiores...?”.

Porque es evidente que es, en un momento dado, “inferior” un gran hombre durmiendo, sea un Aníbal o un Napoleón, a un hombre cualquiera despierto y en medio de su labor.

¡Vivencia! ¡Sus ojos... de agua! Revolotearon en mi mente Artemio Yungay, Romualdo Malvilla, Alicia Bick, Tártara Tigre... Volví a Vivencia. ¡Siempre atareada allá en Rapilemo! ¡Y los troncos secos, esos espantosos o grandiosos troncos secos!

No cabía duda: Vivencia ya no me quería. Con este sentimiento me recogía a nuestra habitación en aquel fundo.

Vivencia se dormía. Yo encendía la luz y miraba una fotografía que no me abandona: la parte baja de la fachada de la catedral de Bourgue, con sus cinco pórticos. Los miraba y soñaba. Cada detalle, cada rosetón, cada capitel, cada ventanal me arrancaba de aquel fundo y me transportaba por el aire, o por el éter, a aquel mundo del arte gótico: Bourgues, Reims, París, Amiens, Burgos, Colonia... A mi lado dormía Vivencia; en la casa vecina, don Toribio; afuera oía que los troncos secos cuchicheaban en las tinieblas.

Entonces, al día siguiente, volvía a la capilla y en ella me concentraba. ¿Qué pedía con toda el ansia de mi corazón? Pedía por Vivencia, pedía que olvidara su mundo y viniera a admirar el mundo mío...

Hasta una noche. Segunda noche. Recuerden la de frío y de luna de Melichaqui. Segunda noche: cálida, silenciosa, Vivencia durmiendo... Estaba yo en mi cama, sentado. Un pensamiento me dominaba:

“No podemos dejar inconcluso este amor; ello sería darse por vencido.

¿Me entienden ustedes? “Darse por vencido...”. La prepotencia del hombre en la Tierra había hecho presa de mí.

Fue entonces que apareció aquel que yo llamo: ANAM.

Este nombre de “Anam” lo dije naturalmente. Así lo bauticé. Sólo después vine a ver que era formado por las dos primeras letras de las palabras “ángel” y “amigo”. Era, pues, un ángel que llegaba hasta mí como llega un amigo.

Entonces le hablé mentalmente, le imploré. Repetí mil veces el nombre de Vivencia. Le pedí que se apiadara de mí.

Él me dijo tan sólo:

–Tu senda es otra. Mas tienes en la senda de Vivencia un deber. Es el deber de los residuos.

–¿Qué deber puedo tener –le pregunté– si es ella la que ya no me quiere, la que me ha abandonado por su padre y sus cosechas, por los vecinos y por su pana con berenjenas y...?

–Vivencia Pocuro –me respondió– no se avergüenza de ser como es, de amar lo que debe amarse, de odiar lo que debe odiarse. Es una vida sencilla; es esta sencillez la que ella ha adoptado en el pequeño transcurso por la Tierra. Porque Vivencia Pocuro no comparte ciertas ideas tan en boga entre los intelectuales...

Y aquí, mis queridos amigos, Anam me dijo algo que guardo dentro de mí como una verdadera revelación. Óiganla ustedes. Ella es la que guía mis pasos:

Acuérdate, Onofre, de las palabras de Rubén de Loa sobre la obra de arte: "Ella se hace; que su autor vaya luego a acostarse o mate a un niño, no tiene importancia para la obra".

Pues bien, para los que pretendemos al ocultismo la importancia reside, más que en la obra misma, en lo que ha de hacerse después. El ocultista debe superarse, ni un solo instante puede ser negativo en su vida. Es el diario vivir su verdadera obra.

Yo había enamorado a Vivencia, sí, amigos, yo. Yo me había dejado llevar por esos residuos. Por lo tanto no podía morir sin antes haber pagado la deuda que con ella tenía.

Dejemos de lado todo *deseo* por ella; un *deber* se cernía sobre mí. Entonces comprendí hasta el fondo aquellas palabras:

"Los últimos serán los primeros".

Vivencia pasaba antes que yo. Vivencia era mi deber. Su viejo padre, las cosechas, los quehaceres de la casa y hasta el susurro inevitable de los chismes de vecinos... era todo ello el desenvolvimiento lógico de un vivir humano.

De este modo me enamoré perdidamente de Vivencia.

Entonces habló Florencio Naltagua:

—Creo, Lorenzo, que ese amor perdido que sentiste en aquel momento por Vivencia Pocuro no fue más que una de las mil preocupaciones que asaltan a quien entre por el sendero del ocultismo. ¡Son los residuos de que te habló la sombra de Lumba Corintia! Cada vez que queremos sacudirnos para quedar limpios frente a la senda que se abre, se nos vienen encima cuantas cosas nos rodean. Así se te vino Vivencia. Es la tremenda dificultad, es el guardián del umbral que vigila la entrada de la "escondida senda".

A lo que Lorenzo respondió:

—Esta dificultad ya la sabemos; al menos de siglos a esta parte se nos la viene repitiendo. Acordémonos de San Mateo:

Porque en verdad os digo que hasta que perezca el cielo y la Tierra, ni una jota ni una tilde perecerá de la ley, hasta que todas las cosas sean hechas.

Pero no lo vi entonces. Entonces: "¡Vivencia no me quería!". Así es que partí de Rapierno, partí de Temuco. Vivencia me acompañó a los andenes de la estación. Yo en el vagón, ella abajo, nos miramos. Partió el tren. Junto con partir vi cómo Vivencia se desplomaba por el suelo.

Llegué a Santiago; vine a San Agustín de Tango; volví a Santiago. No sé cuántas veces fui de una ciudad a otra. Ahora aquí estoy y aquí vivo. El recuerdo de Vivencia ya se ha esfumado. En cambio el recuerdo de Lumba Corintia se agiganta hasta ocuparme entero.

Marul entonces preguntó:

—¿Cuándo volverás a ver a Lumba Corintia?

Lorenzo respondió:

—No sé si soy un hombre para amar. Creo de verdad que mi senda es otra. Pero, ¿cuál? Lumba Corintia me muestra algo que no logro ver con claridad.

Nos callamos. Luego nos separamos. Florencio y yo caminábamos en silencio. De pronto Marul sintetizó el pensamiento que a nosotros dos nos abrumaba:

—¡Lorenzo Angol! ¡El hombre de tanta serenidad! Hay que ver qué de tortuosidades se agitan en el fondo de un alma que tiene como meta la serenidad perfecta.

En la plazoleta El Señor Es Contigo he tenido un encuentro que no puedo llamar más que formidable: ¡Taita Higuera! Se alejaba el buen hombre, pesada y lentamente, del restaurante de la Basílica. A unos cinco pasos más atrás caminaba la llavera de Curihue. Ambos iban hacia la calle del Pecado Venial. Los detuve. Nos saludamos y nos saludamos sin fin. Al preguntarles yo por sus respectivas vidas, Taita Higuera, mostrándome el restaurante, me dijo:

—¡Ben haiga, señor don Onofre, qué almorzar tan bien! La señora llavera y su servidor de usted nos hemos pagado un apetitoso causeo: empanadas, tarllines y carne de vacuno con espinarcas; todo ello engullido con curchillo y ternedor; después, darnascos al jurgo y un buen café.

Les dije:

—¡Deseo que muy buen provecho les haya hecho! Veo que, además, usted Taita Higuera, ha ingerido una buena cantidad de “r”.

—Sí, señor don Onofre —me contestó—. Siempre que soy congratulado, aunque pague yo como hoy ha sido el caso, condimento lo ingerido y los instrumentos que ayudan a esta ingerción con las más y más “r” posible. Es algo, señor, saludable para la salud y estomacal para el estómago.

Seguí caminando. En el Paseo del Corderito Pascual me encontré con los enormes trancos de Baldomero Lonquimay. De pronto se detuvieron. Clamó entonces una voz entre barbas rojas:

—¿Do vais, oh, mancebo?

—No lo sé —respondí—. Camino sin objetivo, llevado por el viento.

—Sois un bergantín. Dejadme que, aliado a los dioses, comande la agitación de los aires de modo que los alisios de este caudal apodado Santa Bárbara soplen sobre vuestra vela. Iremos a parar en la mansión del gran mago Tadeo Lagarto. ¡Ea! ¡Vientos, soplad! Vuestra vela se infla. Estriboriemos a la calle que alberga al gran mago. ¡Adelante, adelante!

Tadeo Lagarto vive en la calle ¡Mahoma miente! en lo alto de un edificio. Subimos a su tabuco. Estaba con el joven literato y hombre curioso Eusebio Palena. Lonquimay les dijo:

—Seguid expeliendo vuestros elevados conceptos. No temáis ni os arredréis ante nuestra presencia. Os escuchamos.

Entonces Palena, continuando, a no dudarlo, la conversacion ya entablada, preguntó a Lagarto:

—¿Y qué era aquello, Maestro, que anoche iba pasando por el cielo?

Lagarto repuso:

—Era el pasado que pasaba.

—Entonces ¿se nos iba anticipando?

—Sí, para luego esperarnos y volvernos a recibir.

—¿Y esa llovizna que de aquello se desprendía y nos empapaba?

—Era su llamado permanente para que no lo echáramos en olvido.

—¿Y cuándo lo volveremos a encontrar?

—Ya lo estamos encontrando y siempre lo encontramos. ¡Tenga usted un poco de lógica!

—Por cierto. Pero es que me refería a aquel, a aquel mismo, que anoche pasaba por encima de nuestras cabezas.

—Ya el hecho de recibir esa llovizna es encontrarlo un tanto. Cuanto a encontrarlo en su realidad total... Lo encontraremos cuando de él, de aquello que pasaba, hayamos logrado separarnos de todo hecho limitado; cuando ya no digamos al pensar en un hecho: "Aún no es; ahora está siendo; ya fue". Cuando reconozcamos la permanencia de todo hecho fuera de los cascabeles que la disfrazan. Entonces, y sólo entonces, aquello que pasaba nos alargará ambas manos.

—Explíqueme usted bien, señor Lagarto, explíqueme cómo ocurre este fenómeno.

Lagarto entonces, sobre una gran hoja de papel, dibujó con un trozo de carboncillo el siguiente dibujo mientras decía:

—Vea, señor Palena..., vea usted...; vea usted.



Eusebio Palena contempló arrobado este dibujo. Luego preguntó:

—¿Qué es eso que ha llamado usted "muro monolítico"?

Lagarto repuso:

—Conténtese usted, por hoy, con lo que he dicho y con lo que ve en estos trazos míos. Haga que ello le penetre a usted en la sangre, en la médula de los huesos. Incorpóreselo de tal manera que no se pueda decir dónde ello empieza ni dónde usted termina. Una vez que haya usted procedido de la suerte, volveremos a charlar largamente.

Baldomero Lonquimay dijo entonces:

—He aprendido cuanto mi hígado unioocular necesitaba. Os agradezco, insigne Lagarto. Ahora, vámonos a otros triturbios!

Dio un formidable bufido y salió. Yo seguí tras de él.

En la calle ¡Mahoma miente! nos separamos. Seguí caminando. A los pocos pasos me encontré con Desiderio Longotoma. Había estado en el convento de los Jerónimos conversando con Fray Benito del Crucifijo; tú sabes, Marul, el fraile dulce y bueno. Le había dicho:

—Sépalos usted, frailecito querido, que en épocas pasadas, muy pasadas, remotas, remotísimas, los hombres tuvieron que trabajar, luchar, penar y sufrir para poder respirar. ¡Aire, aire! ¡Qué palabra quimérica era entonces! Hasta que, al fin y después de miles y miles de pellejías, consiguieron aire.

“Pero su dicha no duró largo tiempo: ¡les faltó el agua! Vino para ellos la misma historia, mi buen Fray Benito del Crucifijo: ¡trabajar, luchar, penar y sufrir! Al fin tuvieron agua en enorme abundancia. Pero entonces empezó a menguar la comida. ¿Se da usted cuenta, frailecito mío? Iguales luchas, penalidades y sufrimientos. Al fin tuvieron comida. El mundo empezó entonces a marchar. Siguió marchando sobre rieles aunque los rieles no se habían inventado aún.

“Hoy día y en la Capadocia —me lo han asegurado personas que vienen de allá— hay aire, agua, tinto, licores, comida vegetal y animal, vestimentas de cualquier sitio y cualquier edad, techos a porfía y de los más variadísimos estilos... Pues bien, ¿cree usted que son felices los hombres de la Capadocia? ¡No, mi frailecito, no lo son! Porque les falta algo; les falta... la dignidad humana.

“Sí, falta, no la hay en suficiente cantidad. Entonces, como la hay poca, se la distribuyen con severa medida. ¡La dignidad humana, racionada! Pero hay que ver cómo trabajan y luchan y penan y sufren los capadocios para distribuirla bien y, sobre todo, para aumentarla. ¡Y la aumentan, la aumentan!

“Pronto veremos, en plena Capadocia, un mundo como el que yo sueño: un mundo que ya teniendo aire, bebidas, comida, vestimentas, techos y teléfonos —¿por qué, Fray Benito del Crucifijo, me mira usted sorprendido?; los teléfonos son tan importantes como cualquier otra cosa...—, un mundo que ya teniendo de todo lo que es necesario y vitalmente importante, trabaje con tesón tras otra finalidad. ¿Sabe usted cuál, mi bueno y noble frailecito?

“¡Ah, ah, ah! Un mundo como el que sueño, un mundo en que todos, sin excepción, laboren enardecidos para alcanzar el convencimiento más absoluto de que no hay nada tan deleitoso como trabajar.

“Quiero un mundo, frailecito, en el cual el peor castigo sea decirle a un hombre:

“—Tendrá usted una semana de vacaciones y, si sigue comportándose así, tendrá usted un mes.

“¡Oh, el lindo mundo en que se trabaje por placer!

Fray Benito del Crucifijo, haciendo un gesto de resignación, había dicho entonces:

—Placer, placer... Única palabra que ustedes los incrédulos pronuncian con fruición. ¡Ayúdalos, Señor! ¿Va a negar usted, mi hermano Longotoma, que todo verdadero conocimiento, toda verdadera elevación, nace y nacerá siempre del dolor?

A lo que Desiderio Longotoma le había respondido, inclinado hacia adelante y moviendo la punta de su pie derecho:

—Frailecito mío, no lo niego porque muy bien sé que el dolor es exactamente como ese conocimiento y esa elevación de que usted habla y que, con justicia, parece anhelar; conocimiento y elevación son inagotables. Siempre que algo se alcanza aparece una nueva incógnita que pide, a su vez, ser despejada. Y cada despejo se logra con luchas, con esfuer-

zos inauditos, con terribles dolores. Pero así como cada incógnita despejada amplía nuestro saber, así cada dolor refuerza, en lugar de menguar, nuestro decoro humano. ¡Pobres capadosinos! ¡Los compadezco!

Marul, te lo digo y repito: así me habló Desiderio Longotoma. ¿Lo habrías creído tú?

Nos separamos. Seguí caminando. Te encontré a ti. Me hablaste de Lorenzo Angol, de su amor por Vivencia Pocuro. Me hablaste, sobre todo, de Rapilermo, de la mentalidad especial que se forma entre la gente de esos parajes. Me hablaste del enorme valor que toma la palabra "empeñar", en el sentido de "la palabra empeñada", entre la gente solitaria del Sur. Entonces, después de oírte, comprendí a Vivencia desplomándose en el andén de la estación de Temuco; comprendí cuál es el mal que roe a Florencio.

Una palabra empeñada es una palabra comprometida. Es más: es el hombre mismo que la ha empeñado quien, por su integridad moral, se compromete a cumplir aquello a lo cual ha suscrito.

Allá en el Sur, allá en los fundos como Rapilermo, un hombre que ha empeñado su palabra se encuentra solo con su compromiso frente a la enormidad y al desamparo de la naturaleza. Está viviendo ante lo únicamente aterrador. Hay, pues, que vivir con recogimiento y con respeto. Tiene que sentir que cualquier mal acto sería como un desafío, como un insulto a fuerzas descomunales que, después de todo, acontecen con una grandeza que aceptada en paz no puede ser dañina. Entonces se dice que hay que respetar la inmensidad empezando por respetarse a sí mismo. Tiene que respetar hasta el pavor su palabra empeñada.

Me separé de ti. Me encerré en mi habitación de Fray Tomate y me senté con el balcón abierto sobre el crepúsculo. Contra las nubes rojas pasó, aullando, una bandada de cocolayes. La saludé.

De pronto me sentí un hombre de los troncos quemados, de los despeñaderos, de los precipicios cordilleranos. El último cocolay que pasó se me antojó ser un cóndor inmenso, inmenso.

Imaginé un sillón frente al mío. En él te senté. Te pregunté ansioso:

—¿Te das cuenta, Marul, lo que es faltar a una palabra empeñada?

Pensé que alguien me hubiera defraudado mientras yo confiaba en su palabra. ¡Qué mal acto de quien me ha defraudado y cuánto ha de hacerlo sufrir! ¿Sufrir? No, Marul, él no sufre; es su oficio y nada más que su oficio trampear de este modo, ha sido una de las tantas alternativas de la vida, nada más.

Marul, ¡sufro yo por haber sido defraudado, engañado, pisoteado!

No hay duda: ¡la culpa ha sido mía y por eso se me defrauda, se me engaña y pisotea! Ha sido mi mala estrella. Hay algo de adverso en mí que así ahora se me cancela.

¡Pobre Vivencia! —pensé—. Tu mal sino, Vivencia, fue tanto que al fin te dobló las rodillas y por eso caíste en la estación: ¡te abandonaban!

Luego me levanté y me paseé. Vi otra bandada de cocolayes. Me dieron miedo. ¿Me estaré poniendo supersticioso? ¡No, no! Hagamos un poco de calma en mí.

—Oye, Marul —te dije—, veamos a Lorenzo Angol y a Vivencia Pocuro. Veámoslos: la mente del hombre trata de abarcar y de ocupar el medio ambiente en que vive y actúa. Pongamos dos mentes iguales en dos medios diferentes, uno de ellos mayor que la mente, otro menor que la mente. ¿Qué pasas? Imaginé un cuadrado y me dije que él representaba una mentalidad humana; luego imaginé un gran círculo que lo rodeaba y de él tiré flechas hacia el cuadrado: era la naturaleza inmensa que envolvía a la mente del hombre y que

terminaba por dominarlo. Luego hice a la inversa: un cuadrado grande que encerraba a un círculo pequeño y de él tiré flechas hacia el cuadrado: era la naturaleza que, menor y subordinada por la mente, entregaba sus secretos al hombre.

El primer caso era el de Lorenzo Angol en medio de aquellos troncos quemados. Tuvo el hombre que partir, que zafarse de aquella inmensidad devoradora; tuvo que partir en busca del equilibrio que da la sujeción de la naturaleza a nuestra mente, tal cual la representé con el círculo rodeado por el cuadrado que nos representa.

Porque es evidente, Marul, que cuando la naturaleza es soberana, cuando ella es lo único verdadero y, por su grandeza, se nos viene encima, es evidente que el hombre tiene que agarrarse como un loco a la manifestación de su personalidad. Tiene que hacer el equilibrio, tiene que hacer revivir el sentido de su ser...

Lorenzo Angol partió. Vivencia Pocuero se desplomó.

¡Son horriblemente peligrosos esos troncos quemados!

Me sacudí, me lavé y salí. Seguí caminando. Recordé que Adalberto Huachipato tenía una reunión en su casa, calle de la Manzana de Eva. Allá me fui. Naturalmente la bellísima Gervasia Cachapoal presidía. Había gran cantidad de gente. Se bebió y se picatosteoó en abundancia. De pronto, un silencio: Gervasia iba a cantar. Tuve ganas de retirarme pues ¿Qué y cómo podía cantar esa mujer únicamente preocupada de su propia belleza y del éxito de su reunión? Gervasia cantó. Al principio había bulla y había copas; poco a poco el silencio se fue haciendo; al fin todos estábamos en suspenso: Gervasia, de pie y apoyada contra el muro, cantaba. Una guitarra llevaba el acompañamiento:

Nunca, nunca, nunca
Pensé que me amaras,
¡Cómo iba a pensarlo,
Tan pobre que soy...!

Oíamos suspendidos a sus labios; ella se había transformado. Yo, mientras la oía, me decía únicamente que una cosa me faltaba, una sola cosa, Marul, para realizar mi vida, un deseo que me viene de la niñez: dormir, caer dormido junto a una mujer, una mujer que me tenga en sus brazos, en silencio, y pase sus manos por mi cabeza. Así dormir, así caer dormido. ¡Oh, tú, tú, mi Marul! Lorenzo estaba en casa de Huachipato. También oía cogido por la voz ronca de Gervasia. Lorenzo, al emocionarse, se recoge, se encierra en sí mismo, se chupa. ¡Pobre Lorenzo! Y sobre todo, ¡pobre yo! ¡Porque estamos rodeados de fantasmas, de terribles fantasmas que quieren apoderarse de nosotros! Gervasia, en éxtasis, cantaba:

Nunca me miraste
Como ahora me miras,
¡Bendito sea el cielo
Que al fin me escuchó!

¿Cómo pueden decir que a Adalberto Huachipato no le pasa nada? ¿Y esta mujer transformada, que se identifica totalmente con cada nota, que cambia el mundo con su voz...? Ahora aplaudíamos. ¡Qué suerte haberla oído! Porque Gervasia canta de tarde en

tarde; menos aún, casi no canta. ¡Por fin ha cantado! ¿Y ese grande de Adalberto Huachipato? ¿Dónde está?

Un momento antes de empezar Gervasia a cantar, Adalberto tuvo que llamar por teléfono. Salió del salón. Se encerró en la cabina telefónica. En ella, encerrado, pasó justo el rato en que la bella, la muy bella Gervasia cantó... Adalberto no oyó a Gervasia; fue el único que no la oyó; no ha logrado oír-la todavía...

Me retiré de aquella casa en compañía de Desiderio Longotoma. También había asistido a esta reunión y salía de ella radiante, eufórico; caminaba rápido, saltaba, se frotaba las manos, se detenía y volvía a partir con velocidad inaudita. De pronto se paró y, con voz sonora, me dijo:

—¿Qué bien se ha pasado, amigo Borneo!

—Así es —le respondí—. Oír cantar a Gervasia...

—¿Qué va! —exclamó—. Los cantos son todos una lata que interrumpe lo que ha de acontecer. ¿Sabe usted qué acontecía en esta fiesta? Óigame bien: ¡las patitas de las mujeres! ¡Y las había, mi buen amigo, las había! Es lo que a mí me gusta, es lo que a mí me enloquece sobre todo después de haber hablado, como hoy, con hombres tan serios como el santo de Fray Benito del Crucifijo. Estas conversaciones son las que me lanzan hacia mi amor, mi gran amor: Proserpina Coyancura. ¿Qué tal, amigo? Proserpina Coyancura —usted debe haberla visto en la fiesta— es hermosísima y sobre todo... ¡es celosa, como una pantera! ¡Uuuuh, sus escenas de celos! (Aquí Desiderio no cabía en sí mismo de contento; ¿qué encontrará de tan estupendo a estas manifestaciones de celos?). Fíjese usted que me sorprendió esta noche embelesado contemplando las patitas de Gervasia Cachapoal. ¿Se acuerda, amigo, esas como botitas que llevaba antes de cantar? ¡Qué maravilla, qué maravilla! Pero se acordará usted que cantó llevando otros zapatitos. Amigo Borneo: Gervasia cambió sus botitas por los zapatos de Carlota Paipote. Entonces yo clavé los ojos en Carlota Paipote... ¡Uuuuh, había que ver los celos de Proserpina! Pero hablemos en serio, mi tan querido amigo: ¿no encuentra usted que es mejor así, que es mejor amar los lindos calzados femeninos que amar a las mujeres mismas? ¡Sí, que el calzado indique la mujer que es estupenda! El calzado, hace tiempo, me indicó a Proserpina Coyancura. Por eso la amo. Lo cual no quita que, por extensión, ame ahora todos los calzados de todas las mujeres... Por eso clavé los ojos en Carlota, en esa inquietante Carlota Paipote. ¡Oh, mi buena de Proserpina! ¡No tienes más que calzarte con esas especies de botitas, nada más, mi Proserpina tan querida! Pero ¡no y no! Una vez tuvo patitas maravillosas... Ahora quiere que ame yo en ella sus doctas palabras de aula universitaria... ¿Esas palabras amarlas yo? ¡Pero, mi amigo Borneo, si son ellas para sacar apuntes! ¡No son para caer en éxtasis! Es como el trago, sí, como el pisco y el whisky. No son para sanarlo a uno de la lepra ni de la bubónica; son para alegrarnos. Y dejémonos de historias, mi queridísimo amigo: a todos los hombres nos gusta algo especial en las mujeres: a unos, los senos; a otros, los brazos; a otros, las caderas; a otros, ahí detrás de las orejitas... A mí, ¡las patitas! Y esto aparte del amor que siento por mi Proserpina. No comprenderá jamás esta Proserpina que necesito de otras patitas bien calzadas para aquilatar las suyas... No lo comprenderá jamás... Jamás... Jamás...

Desiderio Longotoma me estrechó las manos y se marchó presuroso a su casa.

Este día, viéndote tan poco, Marul, me ha sido extremadamente lento. Me he sentado frente a mi mesa para contártelo:

Encuentro con Taita Higuera y con la llavera de Curihue y su almuerzo con "r"; los enormes trancos de Baldomero Lonquimay y, con él, nuestra visita a casa de Tadeo Lagar-

to con aquello que pasaba por el cielo y que era la curiosidad de Eusebio Palena; la conversación de Desiderio Longotoma con Fray Benito del Crucifijo; nuestro encuentro y la influencia de los troncos quemados del Sur; mi charla aquí en casa con tu imagen, en el sillón vacío, sobre Lorenzo Angol y Vivencia Pocuero; la fiesta de Adalberto Huachipato con el canto de Gervasia Cachapoal; por fin Desiderio Longotoma, nuevamente, hablando del encanto del calzado femenino...

¿Por qué tengo, Marul, esta sensación de vacío en mí?

101

En el N° 18 de la calle del Oratorio. Allí, en su casa, está Teodosia Huelén. Está sólo a medias allí donde está. Golpean tímidamente a la puerta: es don Irineo Pidenco. Teodosia Huelén, ausente, le indica un asiento, Don Irineo se sienta. Está nervioso, sumamente nervioso. Un largo silencio. Por fin hablan:

LP: Usted perdonará, mi distinguida señorita, por la intromisión a éste su respetado hogar. Pero necesitaba..., necesitaba...

TH: Viajar por los astros.

LP: ¡Eso es, señorita, eso es! Sí, necesitaba, o mejor dicho, si usted permite, necesito viajar fuera de esta Tierra. Porque esta Tierra es —para mí, se entiende— un verdadero tormento.

TH: Hay que viajar por los astros.

LP: ¡Eso es, señorita, eso es! Aquí, ¿sabe usted?, se hospeda una malvada mujer. Al decir "aquí" me refiero a este satélite; no me refiero a su venerable hogar, señorita.

TH: Entre los astros no hay nada de malo; todo entre ellos es francamente admirable, es maravilloso.

LP: Así es; pues vea usted, si usted permite ver, que aquí reside esa mujer, reside doña Paulina Corcho. Es una desgracia, mi señorita, para un hombre tranquilo como yo, que sólo se preocupa de la siembra y cosecha del garbanzo, tener que compartir el mismo... iba a decir "techo" pero usted me perdonará; la costumbre, sabe usted, me hace cometer tales errores. Quería decir que es una miseria tener que compartir este mismo planeta con una cortesana..., eso es, mi distinguida señorita, una cortesana como es doña Paulina Corcho.

TH: ¿Paulina, has dicho? ¿Corcho? Tal vez el sonido "p" te confunda, como te ha de confundir el sonido "c". Con la primera de esas letras conozco Perseo y Pegaso; también conozco la constelación de la Paloma y la del Perro Mayor. Hay quienes la llaman la del Can Mayor. ¡Ahí está, Irineo! Es una confusión de Perro y Can. Lo que haces es traducir sus iniciales por Paulina y por Corcho. Pero te he de advertir que no hay constelación alguna que se llame Paulina ni que se llame Corcho.

LP: Me atrevería, mi señorita Teodosia, a confirmar lo que usted tan sabiamente ha avanzado. Doña Paulina Corcho, aunque no es una constelación, se transforma en tal apenas me ve y entonces salta sobre mí, sobre este mísero personaje que soy. ¿Estaré, acaso, condenado a sufrir estos ataques durante toda mi infortunada vida?

TH: La de Pegaso es la que más me atrae. ¡Hasta su nombre qué hermoso es! Pe-ga-so; Pe-ga-sus... Una vez que fui a ella estuve en una estrella estupenda. Se llamaba Markab. ¿La

has oído nombrar? Con la velocidad de una bala, ¡que!, con la velocidad de la luz di tres, di cuatro o más vueltas a su alrededor. Quería seguir girando así. Pero de pronto oí la voz de Fray Canuto Que Todo Lo Sabe. Me llamaba. Entonces bajé.

IP: Sí, bajó usted, mi buena señorita. Es lo terrible: tener que bajar. Porque no se crea usted que hacen falta claros entre sauces ni nada por el estilo. ¡Ello sucede en cualquier parte, si usted me lo permite, en cualquier parte! ¡Es algo atroz, es algo verdaderamente atroz, créamelo usted!

TH: ¿Atroz? No, no lo creo. El cielo no es nunca atroz. Lo que hay de atroz es... nosotros mismos. Porque fíjate, Irineo, que si por mí fuera, pasaría volando, volando y volando. ¿Qué hay de atroz en ello? Ya te lo he dicho: ¡volar hasta los astros y volar por entre ellos! Pero al fin caigo rendida, rendida. Felizmente caigo a esta casa, a esa mi cama. Entonces viene a verme el doctor Hualañé y viene a verme también el doctor Pitrufluquén. Ambos son muy buenos conmigo y me cuidan como a un bebé.

IP: Son ambos —si me atrevo a decirlo sin ofender a nadie—, son como yo, mi señorita Teodosia. No crea usted que es esto una autoalabanza. ¡Créamelo usted! Un hombre dedicado exclusivamente al garbanzo no puede ser malo. Podrá ser distraído, tal vez...

TH: ¡No hay que ser distraído! En medio de la soledad sideral hay que estar con todos nuestros sentidos alertas.

IP: Es lo que me digo, mi señorita. ¡Con todos los sentidos alertas! Pero uno se distrae y viene entonces la distracción. Sí, mi señorita, debo caer en distracción y es esta distracción la que aprovecha esa malvada mujer de Paulina Corcho. Cuando estoy con algún problema de garbanzos... ¡zas!, se presenta, me llama y... Usted disculpará, mi señorita Teodosia, y..., y... Puedo jurarle a usted que prometí ser puro, ser puro y más puro. Esto me lo prometí después de aquella noche, usted perdonará, de aquella noche... de, en fin, la primera vez que conocí a doña Paulina Corcho.

TH: Allí debe estar el quid de la cuestión: ¡ser puro! Es por esto que los doctores no me han aceptado la invitación que les hago para volar hasta los astros. Deben querer volar solos, cada uno por su lado, sin nada que los toque y los manche. Ahora que te he oído, Irineo, he comprendido. ¡Solos! Así se queda en una pureza total. ¿No crees tú que es mejor ser puro? ¡Oh, puro, puro!

IP: ¡Oh, puro, puro! ¡Oh, si lo pudiéramos! Pero las mujeres como doña Paulina Corcho saben defraudarnos, lo saben muy bien, ¡No veo cómo defenderme de sus ataques lascivos, no lo veo!

TH: Es muy fácil defenderse. Es cuestión de cambiar, Irineo, de cambiar de constelación: en vez de ir a Pegaso, ir al León Mayor. En ella está ese inmenso sol llamado Denébola. ¿Quieres que vayamos juntos? Tú ya estás preparado como para volar conmigo. No estás en el caso de ambos doctores. Son muy sabios en sus oficios de médicos, muy sabios. Pero volar, ¡ah!, es otra cosa...

IP: Volar... Claro está que es una solución. Pero..., pero, mi distinguida señorita, doña Paulina Corcho, me temo, sin por ello querer ofender a nadie, me temo que también sepa volar. Entonces...

TH: Entonces —¡oh, qué hermoso va a ser!— pasaremos a otras y otras constelaciones. ¡Lejos de esta Tierra, lejos, muy lejos, muy lejos! Hasta que la veamos como un puntito, un puntitito, apenas... Hasta que la perdamos de vista. Entonces miraremos a nuestro alrededor y nos detendremos, ¿entiendes? Nos detendremos. Guardaremos un gran silencio. ¿Te das cuenta, Irineo? ¡Detenidos y en silencio...! Esperaremos. De pronto ¡viene, viene, vie-

ne! ¡Qué hermoso va a ser! Porque el que viene es: ¡Antares! ¿Te das cuenta que vamos a estar en medio de la constelación del Escorpión?

IP: Sí, mi señorita, y sin autoalabanza: este servidor de usted se da cuenta ahora de cuanto ocurre a su lado. Es otro, otro el caso cuando doña Paulina Corcho me asedia y –sin querer ofensa alguna– me posee... ¡Qué desdichada vida es la mía, señorita!

TH: En el cielo no hay desdichas, Irineo. Todo en él es azul y azul. Los astros son amarillos y rojos. Sólo estos planetas como esta Tierra son opacos. Los soles que visito son verdaderas llamaradas, son inmensas llamaradas.

IP: Tal vez como las que roen a doña Paulina Corcho cuando me ve, cuando me divisa.

TH: En medio de esas llamaradas se acaban, definitivamente se acaban, todas las incomodidades vivientes de los objetos. Pues son vivos los objetos, Irineo, vivos y con marcada mala intención hacia nosotros. Esto, te lo repito, se acaba, definitivamente se acaba.

IP: Es mi esperanza, señorita: que definitivamente se acabe esa sed sacrilega que doña Paulina Corcho siente por este su seguro servidor, señorita Teodosia Huelén.

TH: ¡Ah, qué felices vamos a ser, Irineo!

IP: ¡Ay, desdichado de mí! ¡Qué felices, sí, qué felices...!

TH: ¡Hay que viajar por las estrellas!

IP: Creo que esa sed de doña Paulina Corcho..., sí, lo creo... Porque, ¿es posible negarlo, mi respetadísima señorita –y ello si no es ofender su nunca desmentida pureza– que estos ataques de esa dama sean un castigo que se me inflige por mi nefasta, tan nefasta curiosidad?

TH: Curiosidad... No, Irineo, tú no eres curioso; podría, sí, podría decirse que eres el anticurioso. Miras el cielo –si acaso lo miras– como algo, en fin, sin oír ninguna de las preguntas que permanentemente nos hace. Es una llovizna de preguntas y tú... Oye, Irineo, esto de llovizna... Acaba de estar a verme Tadeo Lagarto; a él lo había ido a ver Eusebio Palena; tú me vienes a ver a mí... ¡Qué de visitas! Todos se ven, se frecuentan, se pierden de vista, se vuelven a ver... Es como yo entre las constelaciones siderales. A Palena le dijo Lagarto: “Era el pasado que pasaba”. ¿Ves? Palena se había inquietado y preguntaba.

IP: Como yo le pregunto a usted, mi señorita. Porque es el caso de que doña Paulina Corcho...

TH: ¿Y tú? ¿Me preguntas? A lo más, al mirar el cielo, distinguirás a Venus y, tal vez, a Júpiter... que se te ha de confundir con Sirio. Tal vez distingues a Marte por se algo rojo. Pero tal vez lo confundas con los soles de la Osa Mayor... ¡No, no! Ya nunca más confundirás, Irineo, desde el día en que vengas conmigo a visitar los astros. ¡Ah, qué felices vamos a ser, Irineo!

IP: Sí, sí, muy felices... Siempre que doña Paulina Corcho respete mi pureza, si oso expresarme así. En realidad, ¡qué felices vamos a ser!

TH: ¡Qué felices! Ahora estoy cansada y quisiera dormir un rato.

IP: Con el permiso de usted me voy entonces a retirar.

TH: ¡No lo olvides! ¡Viajar por los astros!

IP: Sí, señorita, viajar por los astros.

TH: ¡Dios te guarde, Irineo!

IP: Dios me proteja de las asechanzas de que soy víctima.

TH: ¡Adiós, Irineo Pidinco!

IP: Adiós, señorita Teodosia Huelén.

He preguntado a Florencio Naltagua si Teodosia Huelén y don Irineo Pidenco se han entendido después del diálogo que acabo de transcribir. Porque la verdad es que Teodosia habló de los astros y don Irineo habló de Paulina Corcho. Ninguno de los dos pareció percatarse de esta diferencia de temas. Florencio me ha respondido:

—Sí, se han entendido perfectamente porque hablaban con un mutuo calor, con una mutua obsesión que era la que producía este calor. Es otra manera de entenderse que la que habitualmente se considera cuando dos o más hombres hablan. Teodosia e Irineo estaban unidos en otro punto. Este punto los unía. ¿Qué mayor comprensión que esta unidad? Durante ese diálogo, allí en la calle del Oratorio, fueron ellos como tantas y tantas parejas humanas: hablas con él y... es un mundo; hablas con ella y... es otro mundo. Sin embargo están unidos en otra región de la cual no hay necesidad de hablar. ¡Recuerda, Onofre, esa llovizna del pasado que pasaba de que habló Tadeo Lagarto! No olvides que es esa llovizna la que forma las grandes uniones.

Lorenzo Angol ha estado ausente algunos días en su fundo de La Cantera. Una noche, allí, soñó con Pibesa.

¿Quién es Pibesa? Según él es esta mujer onírica una mezcla de sus amores pasados: Jenara Linares, Vivencia Pucuro y Lumba Corintia. Es, tal vez, una expresión de sus ansias por una mujer.

Hé aquí su sueño tal cual me lo contó:

No fue por mi voluntad ni por la suya que nos dirigimos a visitar la cordillera. Fue por un simple azar. Íbamos juntos por unas calles atardecidas, respirando hastío y sin hablarlos. Di con el pie contra un papel arrugado color de rosa. Seguí largo rato golpeándolo, echándolo hacia adelante, obligándolo a preceder nuestra marcha. A veces era ella quien lo hacía. Ella se llamaba Pibesa porque es muy joven. Tiene un talle espigado y no habla cuando yo no hablo. Pero sé que está siempre conmigo. Prueba de ello: cuando un puntapié mío lanzaba el papel de rosa de modo a dejarlo en su línea de marcha, ella lo golpeaba y lo enviaba a mi línea. Al hacerlo temblaba la seda gris perla de su traje y bajo ella aspirábase la seda beige de sus piernas. Al fin me desentendí de sus sedas. El papel, de tanto acompañarnos, nos obligó a tomarlo en consideración. Lo recogí y lo leímos. Era un permiso para visitar la cordillera. Abajo se leía:

Válido para el día de hoy.

¡En fin algo nuevo, algo con qué llenar un hueco de la vida! Algo más: algo que no fuese este eterno pasco por estas calles que nos apagan los ojos hasta la oscuridad.

—¿Vamos, Pibesa?

Pibesa bajó los párpados y tembló. Siempre tiembla Pibesa cuando le propongo ir a alguna parte. Ir. En el verbo "ir", Pibesa ha concentrado todas sus voluptuosidades. No importa adonde sea. Es el hecho de ir y ello le basta.

—Vamos —susurró.

Entonces la miré con despaño, con mucho despaño, de alto a bajo. Y ella no tembló entera, no. Tembló poco a poco, tembló trozo por trozo de su cuerpo, fue temblando así mientras todo el resto de su ser quedaba inmóvil, así en cada parte, en cada fragmento, justo al final de los rayos de mi vista.

Fuimos a la cordillera. Marchábamos por entre galerías de nieve vagamente verdosa a causa del atardecer constante. Llegamos luego a una inmensa explanada. Nos detuvimos. Tras de nosotros se detuvo la noche. Allí quedamos en el atardecer de nieve verde. Diez pasos más atrás aguardaba en silencio la noche azul de mar, de pie y tranquila junto a los picachos que se dormían. Frente a nosotros, abajo, se extendían infinitas sábanas de cordillera en la tarde, infinitas hasta la desesperación y creo que hasta el suicidio si fuerza fuese caminarlas enteras, una a una. Más al fondo, al final, alargábase, sobrepasando esas sábanas muertas, otra cordillera única, ondulada, quebradiza, parpadeando en rojo y anaranjado sobre nubes estagnadas.

—Me parece —le dije— que hay algo de artificial en todo esto, Pibesa. ¿No lo crees? La noche allí no avanza. (Cierto que nosotros tampoco). La tarde sigue. (Cierto que nosotros también). El Sol no se va para aquel final de cordillera. (Cierto que nosotros aquí estamos y no nos vamos). ¿Pero hasta qué punto esto puede ser una explicación? ¡Presiento algo artificial en todo esto, Pibesa mía!

Ella me dijo:

—Vamos.

No sé si lo dijo por prudencia o por conjugarme el verbo "ir". Dio media vuelta y empezó a andar. Entonces fui golpeado por una excitación desenfrenada. Corrí hacia ella. Con el brazo izquierdo la cogí por atrás rodeándole la cintura; con la mano derecha le levanté sus faldas de seda gris perla. Y como ella se hallaba frente a la noche, es decir, de espaldas a la cordillera de fuego, este fuego vino a reflejarse sobre sus carnes que se doraron y ensangrentaron. Quise poseer su oro y su sangre de la cordillera. Pero Pibesa se esquivó, hizo resonar una risa de cascabel —ella que nunca ríe— y se escapó como una hembra de animalillo joven.

Yo siempre he corrido más que Pibesa. La alcanzo en cualquier sitio, en cualquier circunstancia. Entonces la beso. Pibesa es ágil, es ardilla, es volantín en sí misma, en cómo desenredar y extender su vida. Mas cuando corremos ella no halla qué hacer con tanta vida joven y yo la alcanzo, la cojo, la aprieto y la beso.

Pibesa corría después de mi intento de poseerla por su sol. Corría y reía con cascabeles; y yo, con los ojos llenos de rojo y amarillo, empecé a percatarme que era difícil, que era duro deslizar veloces los pies sobre la nieve verde. Pues casi no avanzaba. Movía las piernas con toda la velocidad posible. Mas, a pesar de ello, la tierra no resbalaba en compensación a mis esfuerzos. Y Pibesa se alejaba dando rebotes en los picachos mudos.

No sé si todos podrán darse cuenta cuán doloroso es no echar de cada zancada bastante suelo hacia los abismos de atrás. No lo sé. Sufría yo desesperadamente: hacia atrás, por lo poco que el mundo me retrocedía; hacia adelante, por la inmensidad creciente que Pibesa desparramaba entre nosotros. Y lo que más me mortificaba, con una mortificación que me obligaba a negar al Dios Todopoderoso, era que, en este retardo pesado de mis pies, la nieve nada tenía que hacer, nada, nada. Era un retardo amplificándose, un retardo sin causa y sin nieve.

¡Pobre Pibesa mía! En medio de la juventud de su risa debió haber percibido el punto oscuro de mi dolor al no poder lanzarme con mayor velocidad que la suya, de modo a

alcanzarla, estrellarla y perforarla quemando mi sexo en las llamas de sus carnes, llamas robadas a la última de todas las cordilleras.

Pues Pibesa se detuvo.

Acto continuo devoré en un mínimo de instante la distancia que nos separaba. Comprendí entonces que era la velocidad de Pibesa la que detenía a la mía y no un sin sentido de mis esfuerzos ni menos uno del universo. Quedé, pues, en paz con cuanto existe en la creación, me doblegué en silencio y con fervor ante el Dios Todopoderoso, y a Pibesa le dije:

—Pibesa, te amo.

Entonces Pibesa empezó lentamente a descender la escalera de caracol.

Nuevamente el miedo me asaltó. Podría repetirse, al ir bajando, ese error de velocidades. Mas Pibesa todo lo había previsto. Pibesa, bifurcándose, se desdobló en dos: dos muchachas con juventud de agua, ceñidas en seda de perlas. Una de ellas giró en el caracol, no muy veloz, no, pero sí con tal regularidad, con tal constancia, con tal absoluto, que jamás, jamás habría podido yo ponerme junto a ella. La otra fue lentitud. En cada peldaño detenía la vida un segundo, alargaba un pie de raso y luego lo rozaba en el peldaño siguiente. Así bajaba. Y, al bajar, tarareaba una canción ligeramente sentimental.

Hice un segundo intento con esta segunda Pibesa retardada. Volví a cogerla por atrás, a alzarle sus faldas gris perla y a ver sus carnes que, sombreadas ahora por los primeros tramos de la escalera de caracol, eran también de perlas azuladas. Entonces la poseí. Al sentirlo volteó hacia atrás la cabeza y nos besamos, mientras la otra, lenta, muy lenta, bajaba siempre, tarareando ella ahora la canción que ésta había dejado en suspenso a causa del primer dolor y del goce que empezaba a inundarla. La poseí con los ojos cerrados pero pronto fui abriéndolos para tenerla con la vista también a mi Pibesa mía. Mas junto con verla me apercibí con estupor que cambiaba, se transformaba y que yo iba teniendo con todos mis miembros a una mujer ignorada. Pero ya era demasiado tarde, ya no había fuerzas que me retuvieran y, aunque ignorada, tuve que vaciarme en esa incógnita de mi vida que Pibesa, en su alejamiento de seda, había sembrado en medio de mi persecución impotente.

Por un instante se borraron las cordilleras y los cielos y vino el silencio total. Luego un lamento mío despertó uno suyo y, al vibrar ambos, volvieron a depositarse las cordilleras, a suspenderse el cielo y a trepar por el caracol el canto de Pibesa.

—Bajemos —me dijo la otra.

Cien pasos más abajo Pibesa nos aguardaba y, al vernos, sonrió. No había en su sonrisa ni ironía, ni compasión, ni resentimiento, ni nada. Era una sonrisa sola, aislada en el mundo. Entonces seguimos los tres girando y sin hablar.

De pronto subieron hasta nuestros oídos los ecos acompañados de unos pasos robustos que, con seguridad, se encaramaban. Tuve un miedo instantáneo y horrible. Vi en el sonido de esos pasos que era el hombre aquel quien trepaba.

—¿Y qué? —me pregunté instintivamente como un gesto de protección ante un golpe.

Cruzó por mi recuerdo el papel de rosa, el permiso para visitar. Pero este recuerdo fue sumergido por una sensación de malestar vago. Claro está que tenía el permiso para visitar, allí lo tenía. Sin embargo no lograba serenarme. Había algo que pesaría más en mi contra para el hombre que cualquier permiso por válido que fuera. Había algo que no estaba bien, había algo que no había estado bien. Esto yo lo sentía. Él iba seguramente a saberlo si es que ya no lo sabía y por eso subía. Algo malo. Y lo que más me atemorizaba

y hacía de aquel momento un momento de angustia era la vaguedad de ese mal. Debería haber pensado que todo procedía de la posesión de hace un instante, tanto más cuanto que había sido con una mujer que no era mía. Pero no. Esa posesión no estaba ni para bien ni para mal. ¿Qué podría ella importarle a ese hombre? A mí no me importaba nada. A aquella mujer tampoco puesto que la había dejado después a lo largo de la escalera. Entonces a él, ¿qué?

Era el total lo que no estaba bien, lo que estaba algo descentrado o que echaba un hálito —aunque muy tenue, es cierto— de próxima descomposición, en todo caso de pronta decrepitud. Sobre todo el hecho de esa cordillera que dejábamos arriba, atrás. Todo ello no estaba en el punto justo en que todo puede perdonarse y a todo permitírsele seguir rodando. Mas ¿qué culpa tenía yo en tales cosas? Una lógica rigurosa me respondería: ninguna. Pero una lógica menos rigurosa no podría pasar por alto el hecho de la simultaneidad de existencia —aunque sólo fuese en este momento actual en que yo vivo— entre la cordillera, el cielo, la escalera, Pibesa, la otra y yo. Nadie querría entonces ponerse a distribuir faltas y responsabilidades y absolverme al final. Me dirían simplemente:

—Si usted para nada está en todo esto, ¿cómo es que está justamente en todo esto?

Y la verdad era que los pasos del hombre subiendo se acercaban.

Vi la punta de la copa de su gran sombrero mexicano girar a mis pies y desaparecer aproximándose. Tuve apenas tiempo para coger a Pibesa de un brazo y echarla hacia atrás. Quedamos entre dos pilares. Si al hombre no se le ocurría mirar a su derecha, estaríamos libres. Si no, nos vería y, al vernos, su sorpresa estaría a la altura de su furor. La otra quedó frente a nosotros, en medio de la escalera, inmóvil.

Apareció el hombre. Con el mismo gesto que yo había cogido a Pibesa, éste cogió del brazo a la otra y bruscamente la encajó por una estrecha galería que arrancaba de la escalera atravesando su eje y perdiéndose en las sombras. Ambos desaparecieron.

Entonces a media voz dije a Pibesa:

—¡Huyamos!

Empezamos a desmoronarnos caracol abajo. El eco de nuestros pasos precipitados debió oírse hasta en el más lejano rincón, pues, acto continuo, llegó a nosotros una voz potente:

—¡Ah, ah! ¿Eran ustedes? ¡Aguarden!

Y sentimos cómo ese hombre, a su vez, se dejaba desmoronar.

Ya he dicho que yo siempre he corrido más que Pibesa. Ahora, por cada vuelta completa que ella daba al caracol, yo daba por lo menos dos, de modo que al llegar ella al pie de la escalera, yo había ya salvado todo el largo corredor y doblaba por el zaguán precipitándome sobre la puerta para abrirla. Solté primero una cadena, quité luego dos cerrojos e iba ya a coger la llave cuando en el corredor mismo sonó una detonación. Procedí entonces con mayor presteza. Aún no se había perdido totalmente el retumbo del balazo que ya abría la puerta de par en par y volvía a ver la calma color café de las calles de mi ciudad. Llamé entonces a Pibesa:

—¡Pibesa! ¡Pibesa! ¡Valor! ¡Estamos a salvo!

Aguardé temblando. Nada. Nadie. Silencio.

De pronto apareció Pibesa en la esquina del zaguán.

Marchaba con majestuosa lentitud y en su rostro se había fijado una meditación indiferente. Su mano derecha se balanceaba como un péndulo al compás de su marcha tranquila. Su mano izquierda la apoyaba en la cintura.

Al llegar junto a mí me alargó esta mano. Destilaba de ella la sangre. Luego vi que desde la cintura, desde el punto exacto en que antes la apoyaba, empezaba toda ella a teñirse de rojo rápidamente hacia arriba como un vaso que se llena; hacia abajo, como un vaso que se desparrama. Así el rojo de su sangre iba tragando el gris perla de sus sedas.

Esperé un momento. Nada. Pensé que la sangre se habría estancado y que su misión era sólo empapar el traje de Pibesa pues su cuello no se teñía, el beige de sus medias seguía inmaculado y el negro de sus zapatitos quedaba negro como dos carbones empinados. Mas súbitamente sus dos tacones, nada más que sus dos tacones, se inyectaron, se hicieron escarlatas y al caer el color hasta el suelo, la tierra misma alrededor de ambas bases, en pequeño espacio, enrojeció ligeramente. Entonces comprendí que el mal corría por dentro.

Lleno de indignación empecé a gritar cuanto podía para amotinar al pueblo en contra del miserable que había hecho fuego en contra de Pibesa hiriéndola y ensangrentándola. Estábamos ahora en medio de la calle. De todas las puertas vecinas acudían hombres, mujeres y niños. Hasta un anciano vi en la multitud. Gritaba yo:

—¡El hombre de allí ha querido asesinarla! ¡El hombre de allí, de allí!

Y mostraba la puerta que quedaba abierta.

Pude percatarme que la indignación iba apoderándose de toda aquella gente. Producían un rumor sordo que crecía y, casi sin mover los pies, arrastrándose, iban sitiando el hueco oscuro de la puerta. Pero cuando ya no estaban más que a dos o tres metros de él plantóse sobre el umbral, con gran asombro de mi parte, el hombre aquel contra el vacío negro.

¡Yo que le creía huyendo caracol arriba para escapar al inevitable castigo por su acto ignominioso...! No. Estaba allí de pie sobre el umbral. Llevaba ahora un pequeño sombrero hongo pero conservaba siempre sus altas botas de montar. No miró a nadie. Desde un principio, lentamente, me miró a mí.

“Lo van a descuartizar” —pensé.

Grité:

—¡Helo ahí al miserable!

Todos lo miraron con ojos enfurecidos, las manos crispadas, listos a saltarle a la garganta.

—¡Él es! —volví a gritar.

Él me miraba siempre. Mas los otros no avanzaban. Esperaban acaso un gesto suyo que los provocara más ligeramente. La herida de Pibesa no era directa para ellos; lo era tan sólo para mí. La herida de Pibesa les era una herida abstracta, una noción de la herida que encolerizaba, por cierto, pero que permanecía flotando en torno sin clavárseles en los músculos. Así pensaba yo. El otro seguía inmóvil y me miraba. Yo gritaba siempre, azuzaba, el índice alargado recto hacia él. La gente vacilaba y, poco a poco, la crispación de las manos se les fue soltando. Entonces, ante la persistencia de su mirada, lentamente volvieron los rostros hacia mí y todos esos ojos me interrogaron. Hice un esfuerzo y grité:

—¡Asesino!

Con igual lentitud todas las cabezas giraron siguiendo la trayectoria de mi grito y las miradas, otra vez, se posaron en él. Pero vi que la furia no persistía en ellas. Era reemplazada por una interrogación atónita. Y como el otro no se movió, no parpadeó, no respiró, por segunda vez los mil ojos lo desertaron y vinieron a unirse a los suyos para caer y atajar en mis labios mismos un segundo insulto hacia el miserable.

En aquella gente debe haber empezado a abrirse paso la siniestra idea –para mí– de que si toda la culpa estuviera radicada únicamente en aquel hombre, aquel hombre algo más haría que quedar allí inmóvil, mudo, mirándome con un reproche creciente. Entonces quise, agitando desesperadamente los brazos, formular una tercera imprecación ya que la segunda había roldado hasta mis pies sin ser oída por nadie salvo por todo el largo de mi cuerpo. Pero sentí que había perdido terreno, que en alguna parte, una parte remota, ignota, ese hombre tenía por lo menos cierta razón y que el populacho de instinto la reconocía.

Una vaga culpabilidad me hizo palidecer. Ninguna imprecación se oyó. Sólo mis ojos lanzaron una mirada de tal angustia que todos, una vez más, se volvieron hacia el hombre, curiosos de ver su efecto sobre él.

Lo miraron todos, yo también y esperamos. Entonces él hizo su primer movimiento: con calma fría echó mano atrás, cogió su revólver y con más calma aún fue dirigiendo, de abajo hacia arriba, el cañón sobre mí. Todos siguieron el arma y me miraron para verme caer. Sentí en ese instante que la sangre se me filtraba por la piel. Era una sangre verde como la parte muerta de la cordillera que acabábamos de visitar, como las carnes de la otra al ser ensombrecidas por la escalera de caracol. Y la última esperanza, que la sentía anidada en el extremo de la cabeza, vi que se me escapaba, me abandonaba, volando como un pájaro asustado.

Pero justo entonces, avanzando con seguridad, ambos pulgares en el cinturón, un guardia se presentó. Se detuvo al centro. Primeramente consideró al hombre con su arma dirigida en mi contra y, alargándole su diestra con la palma abierta, le expresó: "¡alto ahí!" Luego nos consideró a Pibesa y a mí, y con la otra mano, como quien barre basura, nos indicó que nos alejáramos cuanto antes. El hombre obedeció, bajó su revólver, lo guardó, dio un profundo suspiro, giró sobre sus talones y se alejó puerta adentro. Nosotros hicimos otro tanto. Pibesa y yo resbalamos por las calles, presurosos. El gentío empezó a fundirse. El guardia se marchó.

–Pibesa –le dije entonces–, toda la razón estaba de parte nuestra. Por eso mismo huíamos, que nunca más ninguna de esas gentes nos vuelva a ver, que pueden ellas, de un balazo, de un mirar de sus ojos quietos, deshacer todas las razones por justas que sean.

Al cabo de una hora pasábamos frente a mi casa. Dejé a Pibesa, entré y corrí al subsuelo. El subsuelo de mi casa tiene una ventanita al ras de la acera. Me precipité a ella para ver pasar los pasos de Pibesa.

Pasaron.

Vi sus medias beige, sus pies de raso y sus dos taconcitos agudos, bañados en sangre escarlata.

TOMO III

¡Las Calderas de Illaquipel! ¡Por fin hemos ido a visitarlas! Baldomero Lonquimay se decidió a llevarnos a ellas y hemos partido.

Nos juntamos en el 1644 del Muelle de la Sotana: Remigio Natales, nuestro filósofo; Lorenzo Angol; Teodoro Yumbel y yo. El gran hombre de Lonquimay nos contempló en silencio un rato y luego habló:

—¡Mancebos, bienvenidos! Tales seréis, lo espero, en esas, oh, inmensas Calderas; ¡bienvenidos, mancebos! Alejémonos poco a poco de esta urbe. Nutrámonos. Luego: Illaquipel, el que mira hacia la estratósfera; luego caminaremos por encima de esta tierra; luego veremos unos altos peñones y, a su lado, un altísimo fresno. Yo, sí, yo prepararé a él y, de un relincho mío, esos peñones parirán la figura de un anciano. Entonces ¡sumerjámos! Seremos tragados y englutidos por los peñones. ¡Enterrémos! Echemos distancia entre nuestros aún testuces cráneos y esta de menos en menos esplendorosa superficie. Avanzaremos por larga y angosta galería, aniquilando lo que hace un momento han devorado nuestras extremidades. ¡Mancebos! Desdevoraremos hasta hallarnos a 577 metros bajo el nivel de Illaquipel. A esa profundidad estaremos junto a las jamás ni jamás desmentidas Calderas. Por lo tanto y por lo cuanto: ¡adelante! ¡No volváis vuestro mirar hacia atrás!

Almorzamos en el restaurante Criollo: güiros a la Nortina y alcayota ahumada; tomamos un café y partimos. En la Estación de los Ferrocarriles encontramos a Desiderio Longotoma. Lonquimay lo miró de alto a bajo mas no lo saludó. Longotoma, alzando una mano, le gritó:

—¡Insigne Maestro: gloria!

Momentos después partía el tren. Vimos, al pasar, las serranías del fundo Lo Gay. Recordé a Rosendo Paine con su destemplado amor por Catalina; luego pensé en Nicole que algún día vendría a San Agustín de Tango. Por fin llegamos a Illaquipel.

¡Bonito pueblo! Tranquilo, casi dormido. Nos alojamos en su único hotel, el Hotel de las Vertientes. Yo tuve una habitación con Yumbel. Después de instalarnos, Lonquimay nos dijo:

—¡Libertad y solaz!

Salí solo a dar vuelta. Vi la plaza terrosa y casi desierta; vi en ella la iglesia con su torre de madera. Luego entré a una cantina. En ella Desiderio Longotoma bebía una cerveza.

—¡Oh, queridísimo amigo! —me dijo apenas me vio—. ¡Es increíble cómo todo se cumple en esta vida! Ahora, ¡las Calderas, nada menos que las Calderas de Illaquipel! ¡Las grandes usinas del patriotismo internacional! Mas para mí... Tómese usted otra cerveza. Para mí... ¡Mozo! ¡Una cerveza para el amigo! Para mí, en estas mentadas Calderas, en estas que son el tema preferido del barbudo, para mí... hay algo más, algo más, créamelo usted. En fin, ya veremos.

Salimos y vagamos por las calles. Estuvimos detenidos unos instantes cerca de la casa

del juez de Subdelegación recordando su busto de O'Higgins quebrado por los gatos, recordando a los hermanos Perolutti y al ama de llaves de Curihue. Por fin volvimos al Hotel de las Vertientes, comimos rápidamente y sin pronunciar palabra con Lonquimay que, encerrado en sí mismo, bufaba y bufaba entre cada bocado. Luego en mi habitación hablé con Yumbel.

—¿Qué te ha traído a venir con nosotros? —le pregunté.

Me respondió:

—Algo muy sencillo. Tal vez va a parecerte, a ti, como uno de mis extravíos. Pero no es así. Recuerda aquel día, allá en San Agustín de Tango, cuando me confesé con el cura de Putaendo. Recuerda que aquel día perdí la fe. He de confesarte que, desde entonces, llevo en mí un hueco atroz en el alma. Por eso me verás viajar, ir y venir todo el tiempo. Comprende, Onofre, este hueco obra en mí como un... ¿podría decirte un "aspirador"? Es el efecto que me hace: me chupa y me chupa. Pero yo me pregunto: ¿qué me chupa? ¡Nada, Onofre, nada! Entonces la sensación de vacío es doble. Ahora vamos a las Calderas de Illaquipel. Tengo una esperanza, sí, una esperanza, algo lejana, pero es una esperanza. Se me figura que en medio de estas Calderas voy a encontrar algo con qué llenar este hueco, algo que reemplace el catolicismo que se fue. ¡Ay, amigo, si pudiera encontrar un fuego que mantuviera mi temperatura al grado suficiente para impedir que me inunde este frío glacial! Sé que el fuego quema. Pero no lo temo: lo que quema purifica. Es lo que me digo siempre: el horror de quemarse es lo que impide a los hombres ir derecho hacia la purificación.

—¿Y crees tú —le pregunté— que vas a encontrar en estas Calderas del patriotismo lo que se fue con el cura o algo que lo substituya?

—¡Vaya uno a saber! —contestó sin fe el pobre Teodoro—. En todo caso esta visita removerá en mí..., en fin, algo removerá. Es imposible que siga así, no lo puedo. Porque es terrible pasear por el mundo un hueco que chupa y chupa la nada sin cesar...

Al día siguiente fuimos despertados por una voz tonante:

—¡Arriba, oh, mancebos, arriba! ¡Ha llegado el momento de ir a sumergirnos bajo tierra!

De pie en el umbral de la puerta estaba Lonquimay. Luego se retiró. Lo oí gritar una vez más. Nos vestimos y pasamos al comedor del hotel a tomar nuestro desayuno. Estábamos atemorizados ante la presencia de nuestro guía: sumido en sus propias barbas el hombre, sin decir palabra, seguía bufando entre cada bocado. Al fin se levantó. Hizo un gesto que fue una orden. Obedecimos y salimos.

Adelante marchaba Baldomero, enhiesto y envuelto en su gran capa española; seguían los demás apretujados; cerraba la marcha Yumbel. Cruzamos las calles del pueblo que empezaba a despertar. Una mujer nos miró con curiosidad. Al pasar Teodoro le gritó que se apurara y se echó a reír. Dejamos atrás las últimas casas y nos internamos por un angosto sendero. A grandes pasos caminamos no menos de media hora. Nos detuvimos a la voz de:

—¡Mancebos, deteneos!

Entonces Baldomero Lonquimay, con una agilidad increíble, trepó a lo alto del inmenso fresno que allí había y, una vez en lo alto, relinchó tan bien que nos miramos con estupor. Pero este estupor cesó al aparecer, de entre los peñascos vecinos, un hombre anciano y cabizbajo. Lonquimay entonces, siempre desde lo alto del fresno y alzando su diestra, vociferó:

—¡Mancebos! Os presento, para vuestro bien y vuestra dicha, al nunca jamás desmentido sabio entre los sabios, al preclaro el incorruptible: ¡Viburno Llancahue!

Nos inclinamos. El recién llegado no se movió. Prosiguió el gran Lonquimay:

—Él es, ¡oh, mancebos!, el guardador de los misterios de las recondideces de los antros de los bajosuelos de los subterráneos de las subcapas de las honduras de las Calderas de Illaquipel. Él es el émulo del siempre celeberrimo y eterno Bárulo Tarata. ¡Inclinaos ante tan conspicua presencia!

Nos inclinamos. El émulo del conspicuo no se movió. Entonces Lonquimay, de dos saltos, bajó del fresno y preguntó:

—¿Do Tarata Bárulo?

Viburno Llancahue mostró el centro de la tierra y luego hizo un gesto hacia Illaquipel. Lonquimay dijo:

—Ahora puédese.

Viburno Llancahue se desperizó abriendo los brazos y luego nos indicó los peñascos. Por entre ellos se deslizó. Lo seguimos

Empezamos a bajar con precaución, despeñándonos y ayudándonos los unos a los otros. Al fin llegamos a una pequeña puerta. Viburno Llancahue dio en ella tres golpes y la puerta se abrió dando paso a una galería larguísima y angosta. Por ella empezamos a caminar en silencio. Estaba bien iluminada. Natales se me acercó y me preguntó:

—¿De dónde viene tanta luz?

Aquí recordé a Florencio Naltagua cuando bajamos a la Caverna Común y le contesté:

—En sitios como éste, sobre todo si se va tras de un verdadero conocedor de él y en compañía de otro no menos conocedor, la luz se produce..., en fin, digamos sola. No olvidés que vamos a encontrar a Bárulo Tarata y que vamos guiados por Viburno Llancahue.

Lorenzo Angol, que me oyó, dijo entonces con solemnidad:

—Así es. La luz..., Tarata..., Llancahue...

Luego nos preguntó:

—¿Saben ustedes en qué dirección caminamos?

Ante nuestra negativa nos explicó:

—Vamos en dirección a Illaquipel, es decir, estamos deshaciendo el camino que hicimos por la superficie. Me lo acaba de decir Baldomero Lonquimay. Las Calderas se encuentran justamente bajo ese pueblo. Claro está que son mayores y que se extienden hasta...

Una voz de trueno le interrumpió:

—¡Priesa, mancebos, priesa! ¡Al Bárulo está final Tarata!

Era Lonquimay que nos alcanzaba. Seguimos en silencio. Llegamos, por fin, a otra pequeña puerta. Llancahue golpeó, la puerta se abrió y nos encontramos en un magnífico gabinete silencioso y severo. Tras de una gran mesa se levantó un hombre. Era Bárulo Tarata. Nos dijo:

—Bienvenidos seáis, ilustres visitantes.

Respondimos al unísono:

—¡Salud!

Nos ofreció asiento, se sentó a su vez y nos dijo amablemente:

—Os encontráis de visita en las Calderas de Illaquipel de las que habéis oído hablar por nuestro común amigo, aquí presente, Baldomero Lonquimay. Estáis, además, en compañía del grande y noble Viburno Llancahue, uno de los más altos penetradores de estos tan

trascendentes misterios. Os invitamos –tanto Lonquimay como el penetrador Llancahue y yo mismo– a recorrerlas y estudiarlas y, creedme, os invitamos de buen grado porque al tanto estamos de la pericia y alta penetración que tenéis para ya conocerlas.

Agradecemos. Tarata, entonces, poniéndose de pie, nos invitó a seguirlo. Se dirigió hacia el fondo de su gabinete; abrió una gran puerta y nos pidió que pasáramos. Así lo hicimos.

Quedé asombrado ante lo que vi e igual cosa, estoy cierto, sintieron Remigio Natales, Lorenzo Angol y Teodoro Yumbel, es decir, los que por primera vez se encontraban allí. Cuanto a Desiderio Longotoma, no lo sé; no creo que conociera nada de las Calderas pero su continuo humor...; en fin, no lo sé.

En un enorme terreno tortuoso, lleno de erizamientos de piedras, había una... ¿podría llamarse fábrica o usina? Lo que veíamos era un conjunto inmenso de máquinas estrambóticas en acción: grandes aceros que se me antojaron extremos de las Calderas, espantoso ruido de émbolos, chirrear de engranajes, de cadenas, de tuercas que se desplazan y se reajustan, silbidos agudos mezclados con soplos bajos de gases, golpes rítmicos de metal, aserruchamientos destemplados, aserramientos broncos, temblores en el aire y hasta en el suelo...

Cruzamos esta locura sonante en movimiento. Naturalmente nada hablamos durante la travesía; parecíamos, al menos nosotros los neófitos de Las Calderas, sólo preocupados de escapar de allí. Por fin llegamos, ¡a Dios gracias!, a una sala más bien amplia y, diré nuevamente: ¡a Dios gracias!, completamente silenciosa. Allí nos repusimos y luego Tarata nos habló:

–Es muy poca la gente a quien le gusta escuchar; es muy poca la gente que sabe escuchar. Cuando alguien habla se está escuchando a sí mismo. Escuchar, queridos visitantes, es otra cosa. Permittedme que os la diga; es ponerse en un punto, el de nuestro interlocutor, desde el cual todo cuanto expresa es verdad. Es, ante todo, saber encontrar ese punto. Una vez que se le haya encontrado se verá que todo lo que dice tenía otro aspecto. No olvidéis: las cosas no son de una sola manera. Por lo tanto; ¡recogerse al escuchar, hacer el vacío en uno! Saber escuchar es partir con la certeza de que cuanto avanza una persona, sea quien sea esta persona, es una verdad absoluta desde un punto dado. Pero, ¡no olvidéis!, que el hombre no ha inventado aún la mentira y que, tal vez, jamás logre inventarla.

Un prolongado bufido lo interrumpió. Luego dijo Lonquimay:

–Vuestras palabras son la expresión de la sapienza misma. ¡oh, luminoso Tabara Rutalo! Nuestros entrantes acústicos se refocilan al dejarse taladrar por ellas. ¡Seguid, invulnerable Maestro!

Tarata hizo una venia para luego continuar:

–¡Oh, amigos, qué diferencia encuentro en estas profundas Calderas, a 577 metros bajo el nivel del suelo, y los plácidos bosques de Guayacán! Aquí es un antro, un antro como es todo donde algo se gesta; allá es un cántico a los espíritus ya gestados. Pero... ¡es necesario saber escuchar y saber ver! Entonces, al afinar nuestros oídos y nuestros ojos como ellos deben ser afinados, oímos y vemos surgir la bondad y la belleza justamente de tantas y tantas negras cosas. Allá en Guayacán vemos las plantas, los árboles, los animales e insectos, vemos los pájaros y, recordad, también las serpientes. Aquí vemos el espíritu grupo de ellos. Mas ¡sabad escuchar! Y... ¡sabad contemplar! Pues todo lo veréis mezclado con el espíritu del patriotismo. Pero es mejor que os enteréis personalmente. Seguidme. Así aquilataréis cuanto sobre ellas os ha insinuado Baldomero Lonquimay.

Empezó aquí nuestra verdadera visita.

Marchábamos de la siguiente manera: adelante, Bárulo Tarata y Baldomero Lonquimay, disputándose a cada momento por cederse mutuamente la derecha; luego Remigio Natales, Desiderio Longotoma y Teodoro Yumbel; al final, Lorenzo Angol y yo. Cuanto al ahora muy movedizo Viburno Llancahue, tanto estaba con los primeros como con los del medio y con nosotros los últimos. Siempre cabizbajo, siempre agachado, se movía con suma rapidez, todo lo oía e interrogaba con los ojos pero no pronunciaba palabra.

Ahora, que aquí estoy en Fray Tomate sentado ante mi escritorio, me siento detenido por algo francamente insólito al querer empezar a describir, a describirte a ti, Marul, nuestra visita a las Calderas de Illaquipel: ¡Ascanio Viluco! ¿Cómo se me ha filtrado en la pluma? Puedo asegurarte que no figuró para nada en nuestra excursión; creo, además, que ha de ignorar completamente la existencia de esas Calderas; por fin te diré que en ellas su recuerdo no me importunó. Es ahora y aquí que el tan sensato —y déjame llamarlo: badulaque— se ha inmiscuido en esto que escribo. ¿Sabes tú cómo? Pues con ¡la literatura! Me lo imagino aquí al lado, en el sillón; me lo imagino pletórico de gravedad. Me pregunta cómo voy a narrar cuanto he visto y, sobre todo, qué orden voy a seguir para hacer de una narración algo debidamente construido.

—El literato —oigo que me aconseja— debe tener una visión armónica de cuanto ha visto y con esa armonía debe traducirlo al papel. Si ha habido en su visita de usted algo inconexo, el hombre de letras debe vencerlo e introducir en su descripción la conexión que en la naturaleza faltó. Debe, por lo tanto...

Marul, ¡ayúdame a aniquilar tantos y tantos "debe y debe" de este literato "viluquino" y déjame escribir como las ideas afluyan a mi mente! En todo, por cierto, hay un orden. ¿Crees tú posible que el orden que yo establezca pueda llegar a ser superior al que allá se produjo, al de Bárulo Tarata y Viburno Llancahue? ¿Me ves, en plenas Calderas, dictando un orden por encima de Baldomero Lonquimay? ¡No, Marul, no! Lo mejor que *debo* hacer es confiar en mi memoria y escribir. Así, pues, ¡adelante!

Al cabo de una corta marcha nos encontramos frente a una gran Caldera. Yo sentía miedo aunque en realidad no sepa por qué; creo que mis compañeros, los neólitos, lo sentían también. ¡Oh, cómo bullía todo en el interior de esta Caldera! De cuando en cuando se destapaba un poco y por la abertura salían presurosos unos..., diré diablillos, a falta de nombre más apropiado. Salían y se alejaban veloces; o tal vez no se alejaban sino que ahí, al contacto con el aire externo, se deshacían.

—¡Ah, qué magnífica cosa! —gritó Desiderio Longotoma junto con verlos—. ¡Se van y se van! Si no se van ellos mismos, se va el fluido de que se componen. ¿No es así, mi distinguido señor don Viburno Llancahue?

Éste, al sentirse interpelado, se confundió y se agitó nerviosamente. Luego hizo a Longotoma unos gestos desesperados indicándole acaso que se dirigiera a otro de los presentes.

—¡Calla tú, mísero miserere Desiderium! —vociferó Lonquimay—. ¡No entremezcléis vuestros personales aportes a este hondo misterio que a bien tiene revelarse ante vuestra miope condición visual!

Tarata se interpuso. Sonrió y nos dijo:

—Aquí, es esta Caldera, es donde se fabrica el hálito de la nacionalidad. Esos como diablitos que habéis visto salir, llevan este hálito a la superficie de nuestro globo donde queda flotando en espera de un nacimiento masculino. Cuanto a los nacimientos femeni-

nos..., es otra cosa de la que pronto os hablaré. Apenas acaece un nacimiento masculino, estas nubecillas empiezan a rondar junto a él. Llega un momento en que lo penetran y se incorporan en él. Allí quedan incorporadas y, lentamente, empiezan a desenvolverse. Es así como se marca a los hombres. Todos ellos —o mejor diré, casi todos ellos— quedan de este modo marcados por el hábito de la nacionalidad.

Longotoma miró y volvió a mirar. Luego, levantando los hombros, dijo:

—Que esto lo entienda quien pueda entenderlo, porque lo que es yo...

Lonquimay alzó los brazos y exclamó:

—Expresión de acabada ignorancia. Un sapiente himenóptero iría a mayor vertiginosa penetración que esta ignorancia de este que osa llamarse atreviéndose a tildarse de *homo sapiens*.

Pero Tarata, abismado, preguntó:

—¿Qué es lo que no entendéis? ¿O es que creéis que nuestras ideas tienen su origen en nosotros mismos? Nuestra ideas, amigo Longotoma, nacen fuera de nosotros y tienen su vida especial. Ahora sí, para expandirse por el mundo, necesitan del hombre, necesitan de este receptáculo que llamamos cerebro. Ellas nacen en cientos y en miles de Calderas que se hallan distribuidas a lo largo de este planeta. En ellas se hacen, en ellas toman forma y luego de ellas salen. Salen y van a la superficie terráquea. A su lado están los hombres, pobres hombres aun con comienzos de sentimientos, aun con comienzos de impulsos. Ahí están las ideas, pobres ideas que no encuentran cómo expresarse. Hay que ver cómo estas ideas buscan y buscan un medio que propio les sea para cumplir su misión. Buscan. Por otro lado en los hombres se produce un estado de vacío inquieto. Saben que algo han de expresar, algo que los mueva, que les dé una razón de ser. De pronto una idea calza en una mente. Sin más en ella se incorpora y en ella se extiende. El hombre, entonces, se yergue frenético. Ha sentido que piensa. Cree que piensa por él y nada más que por él. Vuelve a erguirse. Allí lo veréis proclamando que la nacionalidad es la base de cuanto grande existir en este mundo pueda, que la nacionalidad es el fondo creador y único en nosotros, que a la nacionalidad hay que fortificarla más y más. Tenemos una especie de héroe. Ese hombre es aclamado. Por otro lado vemos a un diablejo que regresa a las Calderas, que regresa ya sin aquello que tantas fuerzas le había dado. Regresa mustio. Llega a las Calderas y quiere quejarse. Pero, ¡no! Aquí es tomado y, sin dejarlo alegar, se le vuelve a sumir en otra Caldera. Es así el ciclo permanente de este laborioso trabajo. ¿Entendéis ahora, mi amigo Desiderio Longotoma? ¡Mirad, más valdrá, mirad!

Nos llevó Tarata a una especie de sótano al que abocaban varios tubos pequeños. Miramos por ellos. Vimos una ciudad en su pleno ajetreo; creo que era un rincón de San Agustín de Tango. Sí, lo era pues entre la gente que pasaba vi, de pronto, la figura de Ascanio Viluco. Lo seguí y miré a su alrededor. En efecto, junto a Viluco flotaban unas nubecillas, se acercaban a él, trataban de penetrarlo, se alejaban y volvían a pasar por sus cercanías. Viluco marchaba siempre, ¡Otra nubecilla lo roza! Viluco saluda a una dama y sigue. Pero ahora se ha detenido y medita. Su cráneo se abre y se abre como un hocico hambriento. ¡Una nubecilla se ha precipitado en él! ¡Y en él se entierra! Ascanio Viluco mira de alto a bajo a cuanta gente pasa. Ascanio Viluco tiembla. Se ha entablado una lucha feroz en su cerebro: la nubecilla quiere entrar entera en su cerebro; pero allí ha surgido, de pronto, una verdadera tropa de minúsculos y muy aguerridos combatientes que tratan de impedir la entrada. Parece que dijeran: “Tú pasas; tú, también; tú no pasas; tú, tampoco”. ¿Qué significará todo esto? Oigo la voz de Lorenzo Angol que me dice:

—¿Has visto, Onofre? Esos combatientes, que permiten o impiden la entrada, son las defensas que tiene cada cerebro. No sólo son defensas; son los seleccionadores nacidos por el hábito. ¿Qué hábito?, preguntarás tú. Es el hábito, Onofre, del hombre plenamente satisfecho consigo mismo, un hábito que yace en la más perfecta inconsciencia. A lo que no está de acuerdo con él le gritan: "¡Fuera!". A lo que está de acuerdo, los combatientes le dicen amablemente: "Adelante". Y ese hombre ni siquiera sospecha la existencia de tales combatientes, ni siquiera sospecha la fuerza aplastante del hábito. Fíjate en algo: fíjate que mientras más impiden la entrada, más se *enorgullece el amo, el señor Viluco, don Ascanio...*

—Así es —le contesté—. Pero dime, Lorenzo, o aclárame un punto oscuro: tenemos nubecillas que van y vienen por el espacio; tenemos cabezas vacías de hombres vacíos. Las nubecillas entran... y salen... y etc. y etc. Parece ser éste el proceso total. Pero... ¿y las mujeres? ¿Es que no piensan como nosotros?

—Para saber esto —me dijo Lorenzo— ¡Tarata!
Corrimos hacia él.

—Señor Tarata, Maestro Tarata —le dijo Lorenzo inclinándose—, mi amigo Onofre Borneo y yo tenemos un problema que no atinamos a resolver. ¿Permite usted que se lo exponga?

Apenas Lorenzo lo había expuesto, Tarata le puso una mano en el hombro y sonrió. Luego le dijo lo siguiente:

—El papel de la mujer es muy complicado. Habéis visto cómo las nubecillas atacan al hombre y cómo éste las ingiere. Habéis visto a Ascanio Viluco ingerir una dosis del espíritu de nacionalidad. Habéis creído —tanto vos, Lorenzo Angol, como vos, Onofre Borneo— que el proceso había terminado. No, mis amigos; el problema entraba en su primera etapa. Tomemos el caso de este señor Viluco: él ha ingerido y, al mismo tiempo, ha temblado. ¿Qué es ese temblor? Es el temblor de una añoranza. ¿Qué se añora? Se añora a la mujer.

—¡Oh, amigos, se añora a la mujer que haga fecundas estas ideas que se arremolinan junto al hombre; se añora a la mujer que a ello le dé una estructura y pueda entonces vaciarse por el hombre y salir fuera de él!

—Pero algunas mujeres, muy pocas, abren también su mente. Son éstas cosas excepcionales. Una nubecilla entra entonces en ellas, una nubecilla de excepción. Aquí tenéis el secreto de las heroínas, de las mujeres superiores".

Quedé pensando en esto de las mujeres. Allí estaba cuando llegó a mi lado Remigio Natales. Al verlo, una idea me asaltó pues en mí tenía una inaudita confusión de cosas que iban y venían y que me parecían ser una Caldera en mi cabeza.

—Oiga usted, Natales —le dije—, mi cerebro si sigue así va a estallar. Ayúdeme a poner un poco de orden, ¿Sabe usted algo sobre el doctor Hualañé?

Me miró sorprendido y luego me preguntó:

—¿El doctor Hualañé? ¿Qué quiere usted que sepa de él?

—Voy a decirselo: una vez, creo que fue en la Caverna Común, nos habló de su edad. Usted lo sabe: 100 años y 75 de práctica... ¿No es verdad? Pues bien, amigo Natales, pasan los años y siempre tiene 100 años y 75 de práctica. Allá en la Caverna nos habló de este inexplicable misterio pero, le diré verdad, no entendí mayor cosa. Ello es algo que...

—No se confunda usted —me dijo afablemente Natales—. Voy a explicárselo tranquilamente. Tomemos asiento.

Entonces Remigio Natales se sentó en un... ¿En un qué? Estábamos en un sitio bien

iluminado y donde nada se veía que pudiera asemejarse a un asiento. Quedé vacilando. Natales, entonces, me dijo:

—Siéntese, Onofre. ¿Por qué es usted tan desconfiado? Haga como yo y ¡siéntese, le repito!

Obedecí y me senté en la nada y ahí quedamos cómodamente, muy cómodamente instalados. Natales sacó su cigarrera, me ofreció un cigarrillo y nos pusimos a fumar. Después de un rato me dijo:

—Sabe usted muy bien que el doctor Hualañé tiene hoy, como ayer y como tendrá mañana, 100 años, es decir, un siglo. Estos años se dividen en dos partes bien nítidas: los 25 primeros que, contando desde el nacimiento, incluyen su niñez, su juventud y, en ella, sus estudios; los 75 restantes en los que ha sido y es el facultativo de gran envergadura.

—¿Cómo se produce esto? ¿Cómo es posible que en él sean iguales el hoy, el ayer y el mañana en lo que respecta a la edad? Simplemente atrayendo hacia sí el día de su nacimiento. Me explicaré:

—El doctor Hualañé se doctoró y luego se profesó, en nuestra Universidad, en la Cátedra del Tiempo. Llegó a ser una formidable autoridad en esta materia. Usted, Onofre, algo ha notado sobre estos conocimientos del alto médico. Se doctoró a los 25 años de edad, junto con empezar a ejercer. Pasó luego a la Ulpif y en ella se profesó a los 29 años, pasando de profesor de alumnos a profesor de profesores. Luego, a los 34 años, el doctor Hualañé, con un aplauso general, se herrproferizó, es decir, adquirió el más alto título que allí en la Ulpif se concede. Como usted ve, el doctor subía y subía y ya era casi un dios. Este casi dios dio, un buen día, una conferencia oculta. Nadie, salvo sus poquitos y seleccionados oyentes, supo jamás de qué se trató en dicha conferencia. Pero es el caso de que esos oyentes proclamaron a diestra y siniestra la grandeza, la sublimidad de lo oído. Entonces..., un claustro pleno de la Ulpif y de la Universidad y ¡el doctor Hualañé fue hombrerizado, el doctor Hualañé se hombrerizó! Este título es más que sublime; rarísimas veces se otorga pues quien lo recibe se aferra a su calidad de semidiós y al mismo tiempo..., ¡esto es enorme, oh, Borneo!, al mismo tiempo se reintegra en su calidad de simple ciudadano. ¿Se da usted cuenta? ¡Un simple ciudadano que lleva dentro a un dios! ¡Un dios que cumple sus obligaciones de simple ciudadano! Esto le acaeció a la edad de 43 años.

—Fue en ese momento cuando adquirió vastísimos poderes. Entre éstos figura el del Arpón. Hay quienes lo llaman "Arpón del Parto". He oído varias veces su descripción aunque, de verdad, no he tenido ocasión de verlo. Todas ellas coinciden es decir que es hecho de "riquísimo metal". Obvio decirle a usted que esto ha de ser simbólico. Como tal, a uno le ha de tocar descifrarlo. He meditado en ello. Hasta ahora, ¡nada! Y piense usted que meditar es mi verdadero oficio porque soy filósofo. ¡Meditar! ¿Se da usted cuenta? ¡Meditar! ¡Oh, no, amigo mío, hay en ello un error, un profundo error, un profundísimo error! Todas mis meditaciones me han llevado a una sola conclusión, nada más que a una: un filósofo está encerrado en sus propias meditaciones. Porque vea usted —y permítame que me aleje sólo por un instante del Arpón—, porque vea usted qué es lo que nuestro oficio nos obliga a hacer: yo, filósofo, cojo una idea; luego la amplifico; de esta ampliificación deduzco en unos casos e induzco en otros casos. Al haber deducido o inducido, formo un sistema. Al formar un sistema cojo a la humanidad entera, y a la naturaleza también, y a ambas las encajo en él. ¡Soy un filósofo! Pero al lado mío hay otro hombre que también deduce e induce, que también llega a otro principio y también coje y mete dentro de él a la humanidad y a la naturaleza enteras. Y más allá hay un tercer hombre que repite este

sistema. Y más allá hay un cuarto hombre... Y hay un quinto hombre... Y hay un sexto... Y un séptimo... En fin, amigo Borneo, llega un momento en que hay tantos filósofos y hay tantos sistemas y hay tantas humanidades y hay tantas naturalezas como hay hombres que han tenido la peregrina idea de buscar humanidades y naturalezas para darse el título de filósofos... Esto no es posible, no, señor y amigo, no es posible. Pero no nos alejemos de nuestro Arpón y del sabio esculapio que lo posee. Alguna vez le hablaré a usted de esta meta filosófica en que me introduje. Alguna vez le plantearé a usted el problema que ella a mí me planteó.

"Pues bien, y volviendo al Arpón, le diré a usted cómo me describieron el aparato que lo lleva:

"Un larguísimo cordel cuya longitud no se mide por metros sino por años; el del doctor Hualañé tenía 100 años. En un extremo se le amarra el Arpón de "riquísimo metal". Ya sabe usted: símbolos, sin duda, y descifremos. El poseedor de este aparato —¿por qué no llamarlo así?— lo coge y lo lanza hacia atrás por encima del hombro derecho. ¡Imagínese usted cuánta pericia es necesaria! Pues el Arpón tiene que caer exactamente en el instante del parto del lanzador. Queda el cordel flojo, naturalmente. En este caso es lanzado a 43 años de distancia y tiene, como le he dicho, 100 años de longitud... ¿Se da usted cuenta? Bien; entonces el lanzador se pone en marcha por su propia edad. ¿Me entiende usted bien? Y entienda, además, que el instante del parto está ya arponado. A medida que el lanzador avanza, el cordel se va desenrollando y estirando. Cuando este lanzador cumple los 100 años, el cordel queda tenso. Cierta día, amigo mío, fue lo que al doctor Hualañé le ocurrió.

"Ahora sigue el avance... El doctor Hualañé avanza por la vida atrayendo tras él la fecha de su nacimiento. ¡Lo separan 100 años de esa fecha! ¡No importa! Le diré a usted por qué ello no importa: sencillamente porque, con el cordel tenso, siempre habrá 100 años entre el nacimiento y el hombre que avanza... ¿Me entiende usted bien? En un año más, tendrá 100 años; en diez años más, tendrá 100 años; en cincuenta años más, tendrá 100 años...

"¡El nacimiento camina con él!

"Lo dificultoso es llegar sano —y vivo, por supuesto— a los años del largo del cordel. Porque nuestro facultativo pudo haber muerto a los 60 o a los 80 o a los 90 o a los 99 años... Entonces, amigo mío, ¡todo perdido! Le diré a usted, para que vea que la cosa tiene sus riesgos, que a un tipejo, a ese don Atilio Torovaca —creo que lo conoce usted o, mejor dicho, lo conoció usted... ¿no lo recuerda? Pues bien, a ese tipejo de Atilio Torovaca le dieron un Arpón colocado en un cordel de 202 años de longitud... ¿Se da usted cuenta? Debería hoy día hallarse aquí con nosotros, podría estar aquí en estas Calderas y podría seguir y seguir mucho tiempo más. Atilio Torovaca falleció a los 57 años de edad... ¡Triste cosa! Si mal no recuerdo falleció en la batalla aquella de don Fidey de Comiso... Pero no, confundo; en ella fallecieron Liberio Barón y Sulpicio Calatambo; también falleció Mister Edinburg y Zacarías Punitaqui. Es que como allí discutí con el marrano de Silvestre Tongoy sobre el valor de la música... ¡Stramuros, Stramuros! Mis líneas filosóficas me llevan a ese momento, al momento cruento de la batalla... Pero le hablaba a usted del tipejo de Atilio, de ese Atilio Torovaca. Le decía que falleció a los 57 años, sí, a los 57, ahora recuerdo, en su cama y de pulmonía doble. ¿Es posible morir así teniendo en su poder un cordel de 202 años de longitud? Pero así fue. ¡Triste cosa! Por el Arpón y el cordel es triste cosa; no por el tipejo, no. ¡Ah, pero aquí no hay peligro, no lo hay con el doctor Hualañé! con

su inmensa ciencia le fue fácil llegar a los 100 años y seguir arrastrando el Arpón. Recuerde sus títulos, sus grandes títulos: doctor, profesor, herrprofesor y... alcanzó el sumo de la sapiencia al ser hombrerizado. Fácil, pues, le será seguir como sigue.

Le contesté a Remigio:

—Ahora comprendo, sí, comprendo pero hay siempre algo que no logro aclarar. Es la cuestión de los Registros de Nacimientos... Porque en ellos tiene que figurar una fecha...

Natales se echó a reír.

—¡En lo que usted se ataja, Dios mio! —me dijo—. ¿Las fechas? Ello es lo más sencillo del mundo: hoy, por ejemplo, veremos que el doctor ha nacido el 10 de febrero de 1829; en Curihue, por ejemplo, el 10 de febrero de 1827; el año próximo, el 10 de febrero de 1830; y así sucesivamente. ¿Me entiende usted bien? Todas las fechas pasadas del doctor vienen empujadas por el Arpón, de modo que siempre tendrá 100 años de edad y se habrá doctorado a los 25, se habrá profesorado a los 29, se habrá herrprofesorizado a los 34 y se habrá hombrerizado a los 43, es decir que...

Pero unos gritos nos sacaron de nuestra charla:

—¡Cuidado! ¡Cuidado! ¡Vamos todos a volar!

Nos miramos, nos levantamos de nuestros sillones de aire y echamos a correr en dirección a los gritos. Nos despeñamos para luego trepar. Al fin, después de atravesar una galería, llegamos a una especie de amplia sala. Allí estaban los demás presididos por la muy imponente figura de Baldomero Lonquimay. Vi, agachados, a Bárulo Tarata, Lorenzo Angol, Desiderio Longotoma, Teodoro Yumbel y, entre ellos, yendo y viniendo, Viburno Llancahue. Miraban, en compañía de Jovino Panquehue, a un hombre que con algo experimentaba; no lo reconocí en un principio pero luego vi que era Aliro Gorbea.

—¿De qué se trata, Teodoro? —pregunté.

—Parece que vamos a volar —me contestó—. Aliro Gorbea algo experimenta con una gota de nitroglicerina.

Créeme, Marul, en ese momento hubiera querido volar porque fue el momento en que, allá al fondo, donde desemboca la escalera de caracol, te vi aparecer. ¡Tú, Marul, en las Calderas de Illaquipel! ¿Qué podría importarme a mí la nitroglicerina? ¡Volar! ¡Qué palabra más hermosa! A tu lado estaba Jacqueline; detrás vi a Isidra Curepto. Volaríamos los dos solos; si los demás volaban, sería en otra, si, en otra dirección. Puedo jurarte que así es mi intención. Durante el vuelo me dejarías enviar un saludo, un gran saludo a la tan linda Jacqueline. Pero no volamos. Por el contrario, conversamos. Sí, mi Marul, conversamos sobre lo que sería nuestra vida dentro de una gota de nitroglicerina.

Tú dijiste:

—Piensa, Onofre, que bastaría un pequeño golpe, un papirote, para ponerle un punto final definitivo a nuestro destino. Un solo papirote... y todo el destino nuestro ¡terminaría!

Yo te dije:

—¡La angustia de ese golpe, de ese pequeño golpe! Marul, al ver a Aliro Gorbea manipulando esa gota de nitroglicerina recuerdo la película *El salario del miedo*. Es una gran película, pero...

MARUL: ¿Pero, qué?

YO: Hay algo en ella que no me gustó. ¿Sabes tú que cosa?

MARUL: Lo sé. Tendría que ignorar lo que es una explosión de nitroglicerina para no darme cuenta de lo que a ti en ella te chocó. Aunque, créeme, aunque...

Yo: ¡No, Marul, no! No hay "aunque" que aquí valga. Ese actor, ese cómico, ese Vanet está mal, muy mal. Naturalmente al gran, al enorme público le gusta y lo aplaude porque... ¡lo hace reír! ¿Es posible? ¡Ríe, ríe la gente! Ríe, Marul, con lo único fallido de la película y ríe como un signo de aprobación: hacer clownerías con el miedo. ¿Te das cuenta lo que es hacer clownerías con un sentimiento tan fuerte como es el miedo?

MARUL: ¡Qué quieres tú! Vanet trata de hacer reír y lo consigue. Sobre esto no se puede discutir, como no se puede discutir la actitud del público: Vanet lo hace reír y entonces, el público, obediente, obedece y ríe. Además, ¿a qué se va al cine? ¿Te has hecho alguna vez esta pregunta, Onofre? Piensa que a él van cientos de miles de personas.

Yo: ¡Estamos en las Calderas de Illaquipel! ¿Cómo quieres que me ponga a divagar sobre la actitud que hay que tener en el cine? ¡Las Calderas de Illaquipel, Marul!

MARUL: No grites. Por lo mismo que en ellas estamos, nada puede ser considerado como superfluo.

Yo: Superfluo... ¿Qué has querido decir?

MARUL: Que estamos en las Calderas de Illaquipel. Aquí está el origen de muchas, de muchísimas cosas que creemos hechas por nosotros mismos. Aquí hay un fondo verdadero. ¡Mira y escucha, por favor, mira y escucha. Onofre! Hablemos a media voz.

Yo: Siempre que recuerdes que el miedo es uno de los sentimientos más profundos, más vitales que hay en nosotros.

MARUL: El miedo... Sí, te comprendo. Tú lo sientes ahora, en este momento. Con sólo ver estas galerías con sus vericuetos, estos antros, estos precipicios y estas alturas; y aquella sala de máquinas en la que todo chirreaba y chirreaba... ¡Fíjate que cara la de Lorenzo Angol! ¡Y mira que cara la de Teodoro Yumbel! Hasta el mismo Desiderio Longotoma, ¿dónde están sus chistes perpetuos? La verdad es que están todos ellos cogidos por el hecho de encontrarse en las Calderas de Illaquipel.

Yo: Sí, todos tienen miedo. Entonces deberíamos reír como Vanet y como el público de los cines. Pero dime: ¿es que el miedo tiene un lado que sea risible?

MARUL: Antes de entrar en combate los soldados tiritan. Tú has leído, sin duda, *Sin novedad en el frente*, de Remarque; allí lo afirma. ¿Reirías tú ante ellos? ¿Reiría alguien ante ellos? Hamlet tiene miedo; Dante tiene miedo al bajar a los Infiernos. Tú, una vez, tuviste miedo.

Yo: Fue al acercarme a ese ropero de tres cuerpos donde estaba encerrada Chinchilla; fue al prepararme para abrirlo. Fue aquél un momento solemne en mi vida.

MARUL: Una vez, en Montparnasse, se habló de un poema que dos poetas iban a hacer: Louise Varèse y Vicente Huidobro. Iba a ser, según creo, un poema sobre el fin del mundo. Un hombre ve este fin de mundo y grita. Termina el poema con el grito de este hombre. El de Louise Varèse grita: "¡Tengo miedo!". El de Vicente Huidobro grita: "¡Mamá!".

Yo: "Tengo miedo..."; "Mamá...". Comprendo, Marul, lo que hay en esos gritos; no comprendo que pueda haber otros para el fin del mundo. En cambio los del *Salvato*, ante la muerte que puede cogerlos de un momento a otro, una muerte causada por un golpecito, por un papirote que desate una explosión formidable, en cambio ríen; No, ríe Vanet. ¿Es posible?

MARUL: Hay maneras de reír. Hay en esta risa, como en todo, dos lados: uno es la risa del clown; otro es una expresión mágica de nuestro cuerpo. El miedo, por cierto, es un sentimiento que está ajeno al ridículo. El arte, el gran arte, consiste en pasar al lado de este ridículo y no penetrar en él. Te hablé de Hamlet; ahora quiero hacerlo de su magni-

fico intérprete: Lawrence Olivier: a cada momento lanza chistes; a cada momento dice cosas hondas en tono jocosos, en tono despreocupado. Recuerda cuando dice: *Words, words ad words*. Un gran actor, como es Olivier, llega al lado del ridículo y cuando el público de necios va a reír, lo sujeta, lo supera y junto con superarlo lo lleva a algo emocionante, a algo agarrador. Entonces no es la carcajada general; es, apenas, la media risa que nos muerde por dentro al ver que ha desviado, que ha puesto en jaque al enemigo, a *lo* enemigo que ha visto asomarse. Lo ha puesto en jaque con chacota sublime. En el *Salario*, orinan. Olivier habría hecho lo mismo, orinar, sin orinar. ¿Cómo? Pero, Onofre, ¿cómo quieres que lo sepa yo.

Yo: Yo no quiero nada, Marul. ¡Estoy en las Calderas! Y tú me hablas de Hamlet y de Lawrence Olivier y me hablas de...

MARUL: No grites. Puesto que estamos en las Calderas, hablemos a media voz. Onofre, ¿sabes tú dónde se me antoja que estamos? ¿No lo ves? Estamos dentro de una gota de nitroglicerina.

Yo: ¡Horror, Marul! ¡Vamos entonces a volar!

MARUL: No grites, te repito. Mueve tu mente, transfórmala un poco. ¿Por qué no se ha de poder vivir dentro de una gota de nitroglicerina? ¿Qué inconveniente ves para ello?

Yo: Desde luego, nuestro tamaño. Piensa que una gota así no es mayor que una gota de agua y, además, piensa...

MARUL: Cambia, transforma un poco tu mente. Verás entonces que esa gota es de un líquido fantástico, de un líquido mágico. ¿Qué hay dentro de ella? Es lo que veremos pronto, Onofre. ¡Ah, si pudiéramos, una vez dentro de ella, vivir allí, ser de allí y mirar entonces la tierra! Pero no lo podremos porque este mundo, este pavoroso mundo de la nitroglicerina donde estamos ahora, es todavía nuestro enemigo, no cabe todavía en nuestra realidad. Así es que si lo tocamos, nos pulveriza.

Yo: Pero, ¿hablas en serio, Marul? ¿Dónde, dónde estamos? Hemos venido todos para estas Calderas de Illaquipel, hemos pasado por el pueblo de ese nombre, hemos bajado despeñándonos por aquellas rocas, hemos cruzado la galería larga, hemos...

MARUL: No grites, te lo vuelvo a repetir. No hay que molestar a Viburno Llancahue.

Yo: ¡Cómo! ¿A ese necio que gesticula sin pronunciar palabra?

MARUL: Sí; a ese necio que gesticula sin pronunciar palabra. Avancemos, Onofre. Vamos hacia el necio.

Yo: Pero, ¿qué veremos de nuevo?

MARUL: Vamos, vamos. Y, poco a poco, sumerjámonos en esta gota, en estas inmensas Calderas de Illaquipel.

105

Avanzamos.

Pronto estuvimos todos reunidos: Jacqueline, Isidra Curepto, Bárulo Tarata, Baldome-ro Lonquimay, Aliro Gorbea, Jovino Panquehue, Remigio Natales, Desiderio Longotoma, Lorenzo Angol y Teodoro Yumbel. Todos estaban quietos o haciendo movimientos extremadamente moderados, salvo, naturalmente, el necio de Viburno Llancahue que iba y

venía a todo instante: secreteaba con unos y otros, sobre todo con Tarata y Lonquimay; luego se detenía; luego volvía a empezar.

Empezó, pues, aquí nuestra verdadera visita a las Calderas.

Tú, Marul, vas a preguntarme:

—¿Hasta cuándo pones “verdadera” al referirte a estas visitas? Ya lo has puesto, luego de encontrarse ustedes con Bárulo Tarata...

Es verdad. Cometí un error la primera vez que puse “verdadera visita”. Estábamos aún sólo a medias en las Calderas; aún no se habían convertido en una gota de nitroglicerina. Aún teníamos los tamaños de la superficie de la Tierra.

Te pregunté, Marul:

—¿Qué es, cómo es una gota de nitroglicerina?

Me contestaste:

—¿Por qué me lo preguntas a mí? Creo que mejor harías en dirigirte a Baldomero Lonquimay. No olvides que es él quien te ha traído hasta este sitio.

—Lonquimay me hablará y me hablará. Yo..., yo nada comprenderé. Por eso me dirijo a ti.

—Entonces pregúntaselo a Bárulo Tarata.

Bárulo Tarata me miró sorprendido. Al fin me dijo:

—La nitroglicerina es un líquido aceitoso amarillento que, por efecto del calor o del choque, hace explosión con violencia; mezclada con un cuerpo inerte, la nitroglicerina forma la dinamita.

—Quiere decir entonces que...

Me susurraste:

—Silencio. Avancemos y mira y escucha.

Avanzamos. Te dije a media voz:

—Tarata se ha convertido en un diccionario, en un pequeño Larousse.

Lorenzo Angol estaba solo y mudo. No se movía. Apoyado en cortinajes amarillentos parecía meditar. Los cortinajes se movían por él. Eran espesos, casi líquidos, pastosos. Fui a su lado y le puse la mano en el hombro.

—¿En qué piensas? —le pregunté.

Vaciló antes de contestarme. Al fin me dijo:

—Me parece, a cada momento, que me voy a acordar de algo. Esto me impide todo movimiento. Le digo entonces a la mente que busque y busque. De este modo recorro España, Francia e Italia. Recorro el mundo entero. También vengo a Chile y lo recorro de Norte a Sur. Sí, porque puede ser que lo que tengo que recordar esté escondido en un sitio cualquiera de Italia, de Francia, de España, de Chile. Pero no encuentro lo que casi recuerdo. Entonces me recorro yo. Voy a mi infancia, voy a mi pubertad. Sigo adelante. Entonces mi mente llega hasta mí, llega a este momento. Mi mente se confunde con mi mente. Los cortinajes se mueven, van y vienen. Le digo a mi mente: “¡Alto!”. Quedo en suspenso. De lejos, entonces, giran las mujeres, giran con una insistencia inaudita. Pasa y pasa Jenara Linares. Más atrás está Vivencia Pocuero entre troncos secos y cortados. Se juntan y aparece Lumba Corintia. Y Lumba Corintia me dice que, al menos por el momento, es inútil cuanto haga por desprenderme de mí mismo. Le pregunto por la causa de esta imposibilidad. Me dice y me repite que estoy demasiado concentrado en la Tierra. Me grita: “¡Desconcéntrate, Lorenzo, desconcéntrate!”. Tú sabes, Onofre, es uno de los temas que me asecha y que, de cuando en cuando, me coge y me salta al cuello. Entonces

pasa el desfile de la Victoria, el desfile de hace diez años. Tocan y tocan música esos soldados al pasar. ¡Qué horror es la música, Onofre! Tocan de todo, no tocan solamente marchas. La música es un arma de varios filos. Tiene, lo sé, un filo profundo. Yo circulo fuera, lejos de él; de él saben Stramuros y Silvestre Tongoy y también sabía Julián Ocoa. Tiene un filo que roza nuestros sentimientos, que juega con ellos. Tiene un filo que se entierra en estos sentimientos, que se entierra en uno solo –¡triste sentimiento!– que los encierra a todos los demás. Entonces los hace vivir con una agudeza insoportable. Remueve el principio de este sentimiento unido y te tortura. Por eso odio la música.

–Aquí no se oye música –le dije–. Así es que avancemos. No nos separemos de Bárulo Tarata. ¡Fíjate, Lorenzo! Parece que quiere hablarte a ti, no hay duda.

En efecto, dirigiéndose a Lorenzo, Tarata empezó a hablar de este modo:

–La tristeza es múltiple. Veamos sus dos aspectos que más se perciben: la tristeza por otros; la tristeza por sí mismo. Pero ante todo os debo aconsejar que hablemos con calma, con mucha calma. No olvidéis que estamos en una gota de nitroglicerina. Entonces, un poquito de calor o un choque pequeñito es suficiente para hacerla reventar, para hacer estallar todo. Reduzcámonos al mínimo. Lorenzo, ¡cuidado! No exageréis vuestra tristeza ni vuestros odios. Volvamos a nuestro sitio de origen, volvamos al paraíso antes del pecado. Seamos chiquitos, seamos débiles. Seamos con ese nuestro origen sin pecado. ¡No olvidéis! Nitroglicerina... ¡Sí! Un poquito de calor o un pequeñito choque es suficiente para hacernos volar a todos.

“En vuestra tristeza, Lorenzo Angol, no entran los otros. Es una tristeza por sí mismo. Os falta aún encontraros. Por eso hacéis revivir el mundo entero. ¿Recordáis lo que habéis olvidado? No, no lo recordáis. Buscáis hacia afuera debiendo buscar hacia adentro. No, no podréis amar la música, no lo podréis jamás. Porque lo que detestáis son vuestros sentimientos que la música despierta. Os aconsejo que huyáis de la psiquiatría. ¡Huidla! “Cosa rara...” –pensaréis–. No, no es tan raro. La psiquiatría os somete como estudio sólo un pedazo, un pedacito de algo que es grande como la eternidad. ¡Mirad, Lorenzo, mirad! ¡Mirad todos vosotros!

Miramos. Era una gran caldera, al menos la vi como tal. En ella había resplandores; entre estos resplandores había un trazo oscuro. Insistí en ver algo, arrugado y guiñando los ojos. En realidad no veía nada.

–Fijaos en el trazo oscuro –nos dijo Tarata.

Volví a mirarlo sostenidamente. Al cabo de un rato vi un consultorio médico y en él, dictaminando, al doctor Evaristo Gultro. Una dama estaba con él. Se veía que era una paciente. Era bella, era fina, nerviosa y de rostro muy pálido. Hablaba con firme seguridad. Le oí decir:

–No, doctor, no y no; como que me llamo Salamina Metrenco, le aseguro a usted, doctor, que no y que mil veces ¡no!

–Señora –respondía con calma el doctor–, señora, se va usted a regiones ya canceladas, ya finiquitadas en la humanidad, canceladas y finiquitadas, señora, gracias a las profundidades profundas que ha conquistado la psiquiatría. Pues escúcheme usted, mi señora doña Salamina Metrenco, escúcheme con su razón a flor de piel...

Y el trazo oscuro oscureció. Fue negro, negro. El carbón, a su lado, se habría visto azul. Sus reflejos negros tiñeron el rostro de la hermosa Salamina. Ella quería interrumpir, quería hacer uso de la palabra. Pero ¿quién puede interrumpir al doctor Gultro? ¿Quién puede cambiar su palabra por la de uno? ¡Nadie, nadie! Los resplandores palidecieron,

los resplandores casi desaparecieron. Salamina Metrenco se retorció en su sillón. El doctor Evaristo Gultro se hundía en las negruras de lo negro.

—¡Maldito lo que entiendo! —gritó Desiderio Longotoma.

—El sonar vocal de la raquitica raquitiqez de la flotante y jamás elevante humana humanidad se ha hecho escuchar —profirió con desdén Baldomero Lonquimay.

Tarata calmó con un gesto este comienzo de lucha y dirigiéndose a Longotoma le dijo:

—Es muy sencillo. Fijaos a fondo en la dama.

En efecto, abrió ésta los brazos y, con su gesto, los resplandores reaparecieron y brillaron hasta casi cegarnos. Tarata entonces explicó:

—El doctor Evaristo Gultro es un psiquiatra psicoanalítico y un materialista. Como materialista toma al hombre desde su concepción hasta su muerte y... nada más. Antes de nacer, el hombre no existe ni ha existido; después de morir, el hombre ha desaparecido para siempre. Tiene, pues, un espacio cortísimo —la vida humana— para estudiar lo que pasa y puede pasar en ese hombre. El doctor Evaristo Gultro es un psiquiatra y, como tal, se zambulle en psicoanálisis y navega por las aguas de Freud. Navega por las olas agitadas que en su resaca lo llevan hacia atrás, hacia muy atrás y pasan por sobre el nacimiento para seguir hacia atrás, hacia muy atrás. Frente al nacimiento, el doctor Evaristo Gultro dice: "¡Alto!" y, braceando, vuelve a remontar la corriente mientras las olas que movían a ese individuo se pierden solas hacia atrás, muy atrás, sin el ojo vigilante del doctor Evaristo Gultro. Remonta el doctor y una ola lo lleva hacia la muerte de ese individuo. Choca la ola en la muerte y luego sigue, sigue y sigue. Pero el doctor la deja seguir y se dice: "¡Alto!". Puesto que el hombre ha muerto, ya nada tiene él que hacer. Vuelve entonces el doctor Evaristo Gultro a ese período delimitado de una vida humana. Quiere, pues, el doctor iluminar una vida real, o sea eterna, con un pequeño fragmento de la misma. El doctor, tocando eternidades, se sumerge en la negrura corta de este tan corto vivir.

"Doña Salamina Metrenco intuye la mezquindad de este proceder. Ella ve los resplandores de una vida. Se dice que si algo ocurre hoy en un hombre, ese algo debe tener su origen antes del nacimiento, mucho antes, en el eterno vivir; se dice que si algo anhela ese individuo, este anhelo no tiene forzosamente que ser para esta vida puesto que el campo del vivir es eterno.

"Cuando doña Salamina Metrenco lleva esta intuición hasta su conciencia y, basada en ella, arremete, los resplandores fulguran con la fuerza de una verdad. Cuando el doctor Evaristo Gultro se encierra en la vida que le es palpable, el negro que allí veis lo envuelve todo.

Isidra Curepto quedó un momento en éxtasis para luego sentenciar:

—Es algo claro como clara es esta nitroglicerina vista desde aquí. Pero si se guardan las visiones terrenas..., ¡ay! En fin, el doctor Gultro y algunos de los que aquí contemplan...

Miré a Jacqueline. Jacqueline miraba la Caldera. Muda, indiferente y hermosa como nunca. Luego nos miró a todos y caminó. Vacilé un instante pero, al fin, la seguí.

—Jacqueline —le dije—, ése que ves allí, ese con cara de aburrido, es mi amigo Viterbo Papudo.

Me contestó:

—Sí, ese que ves allí es tu amigo Viterbo Papudo. ¿Por qué te extraña?

Me extrañaba por el hecho de encontrarlo en sitio tan inusitado. Además llegó pronto a su lado *Nemorino Limache* y también llegó, con mucha calma, *Teodosia Huelén*. *Irineo Pidenco* pasó rápidamente entre ellos.

-¿No es para extrañarse, Jacqueline, ver tanta y tanta gente?
-No, no es para extrañarse -me respondió-. Todos vienen, todos vienen siempre. Ahora aquí están. ¿Están? Sí y no. Porque al estar en un sitio... ¿Qué crees tú que es necesario para estar en un sitio?

-¡Jacqueline! Es necesario estar en él... No veo otra cosa.

Sonrió Jacqueline. Luego me dijo:

-Para estar en un sitio es necesario tener conciencia de que se está en ese sitio. Así es como se entiende la palabra "estar". Pero no tenemos siempre conciencia del sitio en que nos hallamos, no la tenemos. Mira, por ejemplo, a esos dos. ¿Quiénes son?

-¿Esos? Uno de ellos es don Bruno Camarones y el otro es Bartolo Traiguén. ¡Dios mío! ¿Qué harán aquí? Te aseguro que la presencia de ambos, en una gota de nitroglicerina, me queda tan fuera de lógica como la de Nemorino Limache.

Volvió a sonreír para decirme:

-No te afanes, Onofre; ellos no sabrán jamás que aquí han estado, jamás.

-¿Y Teodosia Huelén -pregunté.

-Lo sabrá, tal vez, si consigue desprenderse por un momento de sus astros. Entre un sol y una gota...

-¿Y Viterbo Papudo? -volví a preguntar.

-Sí, Viterbo Papudo lo sabe, es plenamente consciente de ello.

-¡Y tú, Jacqueline! ¿Por qué has venido?

Volvió a sonreír para decirme:

-Yo vengo siempre; diría que soy de aquí y que, de aquí, voy a la superficie de la Tierra...

¿Me entiendes?

Quedé perplejo. Pensaba qué, qué, ¡demonios!, atraía a tanta y tanta gente a estas que se llaman Calderas de Illaquipel. Al fin pude decir:

-Adiós, Jacqueline.

Respondió:

-Adiós, Onofre.

Que Viburno Llancahue esté aquí, que él esté más que nadie aquí, sí, lo entiendo; pero Nemorino y Bartolo y don Bruno...

Lorenzo me dijo:

-Onofre, he pensado mucho en Rubén de Loa. He contemplado esa Caldera, la Caldera donde se elaboran las normas restringidas del arte del que podríamos llamar "el más allá". Tú sabes que, una vez elaboradas, salen y se van, se van... ¿Adónde se irán? Creo que a los tubos de la Caverna Común. Allí han de quedar. Sí, allí quedan. Algunos hombres las cogen. Tú lo sabes. Es uno de los temas de los que siempre habla Rubén de Loa.

Lo interrumpí para decirle:

-¿Hasta cuándo, Lorenzo, vamos a mirar Calderas? Me parece que ya es suficiente. Tú has de pensar como yo; al menos te vi echar apenas una mirada a la del doctor Gultro y la dama Metrenco.

Me contestó con un dejo de ironía:

-Así es. Nunca ninguna negrura me ha hecho dudar de la potencia de los resplandores. ¿No recuerdas que te he hablado, tanto a ti como a Lumba Corintia, de mi vida allá en el Imperio Romano? Me acuerdo de ella como me acuerdo de ayer o de anteayer. Después, es cierto, hay una época nebulosa pero me doy cuenta de cómo en ella se gestaba lo que ahora soy. Ahora soy aquí en estas Calderas. Ahora veo como un resplandor -dolo-

roso, sí— el porvenir que me aguarda para después de la muerte. Esta visión que nos ha dado Bárulo Tarata ha sido tan sólo una confirmación a la que siempre he sentido. ¡No te canses, Onofre, de mirar Calderas! Anda y mira la Caldera de que te acabo de hablar, pero anda silenciosamente. No perturbes a quien está en su contemplación. ¿Lo reconoces?

Un hombre alto y anhiesto se mantenía a su borde.

—¡Stramuros! —exclamé.

—Sí —me contestó Lorenzo—, es Stramuros.

—¡Marul, Marul! —grité—. ¡Fíjate en quien está allí! ¿Lo ves? ¡Stramuros! ¡Jacqueline! ¡Ahí está Stramuros!

Ambas, tomadas del brazo, se nos acercaron sonrientes. ¿Hasta cuándo va a sonreír la gente en estas Calderas? Marul me puso la mano sobre el hombro.

—¿Te extraña ver a nuestro músico? —me preguntó.

Contesté finemente:

—No, Marul, nada me extraña. ¿Oyes Jacqueline? Nada, absolutamente nada me extraña. Podrían aparecer hasta los muertos...

—¡Onofre, Onofre! —me dijo Marul riendo de buena gana—. ¿Los muertos? No te apresures. Ya los verás...

Acepté. Había que aceptar. Los muertos... Bien, acepté, pero no puedo negar que, a pesar de mi afirmación enfática, volví a extrañarme ante aquello de los muertos. Se produjo un silencio. Ambas miraron, entonces, interrogativamente a Lorenzo. Éste dijo:

—Aquella Caldera, la que ahora contempla Stramuros, es de un alto interés. En ella se elabora el trabajo del arte silencioso, del arte lejos del tropel del mundo. Su fruto sale de ella y va a aquella región que se cierne plácidamente sobre los hombres. Diré mejor: "Su fruto debería ir a esa región...". Así es, mis queridos amigos. Oigan ustedes lo que acabo de ver:

"Me acerqué a la Caldera del Arte Silencioso. Iba yo con Teodoro Yumbel. A nuestro lado, impertérrito, estaba Stramuros. Se veía que el hombre sabe donde inspirarse. Mirábamos los tres sin pronunciar palabra hasta que, de pronto, Yumbel exclamó:

"—¡Lorenzo! ¡Esta Caldera será mi alimento! ¡A ella me entrego!

"Quedé atónito. Le pregunté:

"—¿Te piensas dedicar a las artes?

"Me contestó:

"—Sí, Lorenzo. El arte me acaba de llamar. No sé cuál arte, no lo sé todavía pero una voz imperativa es la que me empuja hacia él. ¿Sabes tú qué voz, la voz de quién? Lorenzo: es la voz de Norca, de mi amada Norca. Mi cuaderno de defunciones, con su nombre idolatrado, ya lo sabes, se halla ahora en medio del océano; ella se halla en el más allá; yo debo ir hacia alguna parte, una parte grande, grande. Con la voz de Norca. ¡oh, crécelo, Lorenzo!, esta Caldera...

"Quedó en silencio. Lo incité a que hablara. Entonces me susurró:

"—De esta Caldera se acaban de abrir dos brazos, sí, dos brazos. ¡Los suyos! Y me han sonreído. ¡Oh, sé que los brazos no sonrien, lo sé! Pero, ¿cómo explicártelo? Alrededor de esos brazos rondaba una sonrisa. La acabo de ver. ¡Ay, qué sonrisa, qué rostro el suyo! Al verlo he pensado súbitamente en Fra Angelico da Fiesole. Y, al fondo, me ha aparecido Giotto di Bondoni. ¡Es una orden la que me han dado, es una orden de la pobre Norca!

"Entonces vino a nuestro lado Bárulo Tarata, diré mejor, resbaló hacia nuestro lado. En voz muy baja, para no perturbar a Stramuros, le dijo a Yumbel:

—Id hacia el mundo de las artes. Mas debéis tener cuidado con la región de Perquitestán, el negro país. Este país se encuentra bajo la Isla de Pascua. En él también hay Calderas pero son Calderas en extremo negativas. Son las que ponen en juego a éstas de Illaquipel. Su entrada está en el cráter de Rano Kau. Id a verlas; venid conmigo a verlas. Después de haberlas visto, decidiréis.

“Bárulo Tarata calló. Nosotros quedamos en suspenso. Al fin mi amigo Yumbel dijo:

—Quiero ver esas Calderas de Perquitestán. Así sabré lo que debo evitar.

—Estamos en la negra región de Perquitestán —nos dijo Bárulo Tarata que acababa de reunirse con nosotros.

Exclamamos:

—¡Cómo! ¿Qué? ¿Ha dicho usted? ¡No entiendo! ¡No es posible!

Tarata repitió:

—Estamos en la negra región de Perquitestán. Mirad hacia arriba.

A su lado, ansiosos, nos encontrábamos Marul, Jacqueline, Lorenzo, Teodoro y yo. Miramos hacia arriba: vimos un pedazo de cielo a través de escarpadísimas y negras murellas de tierra y de piedras sobresalientes. Al fondo, muy alto, allá arriba, el cielo y, en el cielo, una estrella. Creo que todos sentimos frío. Al fin dije convencido:

—No puede ser. Hace un instante, hace medio instante, estábamos bajo Illaquipel. ¿Cómo es posible que ahora estemos a miles de kilómetros de allí, que estemos bajo la Isla de Pascua?

—Es así —me contestó Tarata—, estamos en la negra región de Perquitestán, estamos en el fondo de la Isla de Pascua. Esta abertura que, en su cima, se adorna con una estrella, es el cráter del Rano Kau. ¿Os extraña cómo hemos venido hasta aquí, en qué momento y a qué velocidad inaudita? Recordaré las palabras que, sin saber tal vez su verdadero alcance, dijisteis vos, Marul Carampangue a Onofre Borneo: “Cambia, transforma un poco tu mente y verás entonces que esta gota es de un líquido fantástico”. Así hablasteis, Marul: así se ha confirmado ahora. Una gota de nitroglicerina rueda bajo tierra, rueda perforando cuanto encuentra. De pronto se detiene. ¿Dónde? En el sitio en que mentes superiores lo desean.

Quedamos abismados. Luego Tarata nos invitó a echar un vistazo a las Calderas de Perquitestán. Puedo ahora afirmarlo:

En estas Calderas de Perquitestán se pone en jaque cuanto se hace allá en las de Illaquipel. El trabajo de éstas está lejos de los hombres. Sólo un sentimiento religioso puede llevarnos hasta él. Es el trabajo que, sin duda, hacía Stramuros. Pero junto a las de Illaquipel hay miles y miles de movientes diablejos que se empeñan en coger lo que en ellas se ha elaborado. Cogen lo que está puro y límpido y, sin más, lo acarrearán a estas Calderas de Perquitestán. Aquí lo moldean y una vez moldeado lo anteponen, como mirajes, a las primeras ensoñaciones de los artistas. Oyen éstos, entonces, una voz, oyen dos y más voces que les dicen:

—Si su labor de usted, joven artista, es francamente meritoria, ¡oh, el éxito la coronará! ¿El éxito? Sí, joven artista, el éxito en forma de alabanzas sin fin, alabanzas que le llenarán a usted los bolsillos de dinero. Para eso estarán esperándolo los premios y las distinciones y emulaciones. ¡Adelante, joven artista!

A veces éste vacila. Se pregunta:

“¿El dinero de los capitalistas, de aquellos que yo desprecio...?”

A veces prorrumpe con un:

“¡No!

Aparecen entonces otras voces, voces de otros diablejos que han sido advertidos por los primeros. Dicen:

–¡Desprecia, joven artista, el dinero de los burgueses podridos! ¡Desprécialo! Debes trabajar ajeno a él oyendo tan sólo la voz del pueblo. ¡Oye la voz del pueblo! Para él debes trabajar. Sí, joven artista: ¡haz arte para el pueblo!

El joven artista queda en un dilema: o se somete a la voz de los diablejos del dinero capitalista; o se somete a la voz de los que le piden arte para el pueblo...

Teodoro Yumbel me dijo entonces:

–Fra Angélico da Fiesole... Él es de la verdadera y santa y enorme Caldera. En ella también está Giotto di Bondone.

Se inclinó. Luego susurró:

–¡Oh, Norca, Norca! Hacia ti me encamino.

Volvimos a los bajos fondos de Illaquipel. Nuestra gota de nitroglicerina perforó la tierra negra de Perquitestán y se lanzó por las aguas del océano Pacífico. Esta vez regresamos con relativa lentitud. Nuestra gota, allí sumergida en las aguas del Pacífico y luchando contra el impetu de la corriente de Humboldt, parecía un submarino desolado y perdido.

Marul y Jacqueline conversaban en un rincón; Tarata, sentado ante un escritorio, escribía; Yumbel, pegado al borde interior de la gota, miraba pasar las aguas y desprendía, de cuando en cuando, una lágrima para luego entretenerse, distraído, en echar comida a los peces que pasaban; una albacora lo miró un instante y luego se alejó. Yo me senté con Lorenzo en un canapé. Le dije:

–Era de noche cuando estábamos en Perquitestán. Recuerda la estrella sobre el cráter del Rano Kau. ¿Tienes tú una noción sobre cuánto tiempo ha pasado desde que estamos visitando estas Calderas?

–Iba a sacar la cuenta –me contestó–. Pero he recordado lo que te dijo Marul y que después repitió Tarata: “Cambia, transforma un poco tu mente...”. No me preocupa el tiempo que hayamos pasado aquí. Tal vez un día, tal vez una semana o más. ¿Qué nos puede ello importar?

Callamos. La gota de nitroglicerina se balanceaba lentamente bajo las aguas movidas por la corriente de Humboldt. Tarata terminó de escribir, se enderezó y golpeó las manos. A este llamado apareció Viburno Llancahue. Reía y reía como un loco. Tarata le dijo algo al oído. Llancahue se retiró unos instantes y volvió trayéndole un gran libro. Luego se retiró.

–Lorenzo –le dije–, ¿estaba Viburno Llancahue con nosotros? Sé lo que me vas a contestar: “Cambia y transforma tu mente...”. Porque en realidad, ¿qué puede importarnos? Pero hay algo que no me explico. Fíjate en Teodoro Yumbel y ve cómo se entretiene dando de comer a los peces. Hace un momento pasó a su lado una albacora. La observé. Te aseguro, Lorenzo, que era de tamaño normal. Si estamos reducidos nosotros como para considerar una gota grande como un submarino, esa albacora debió haberme parecido inmensa, descomunal. ¿No es verdad? Puedo asegurarte, sin embargo, que era de tamaño normal. ¿Cómo te lo explicas? A no ser que se tratara de una albacora minúscula, como no las hay...

–Es cierto –me respondió intrigado Lorenzo–. No había, te lo aseguro, reparado en ello. Tarata nos lo explicará.

Fuimos a él. La cosa era muy sencilla: la gota de nitroglicerina se agrandaba, hasta

tomar el tamaño de un submarino, al contacto del agua. Nosotros, naturalmente, crecíamos con ella. Luego, al entrar en contacto con la tierra, disminuía, se empequeñecía hasta llegar a ser una verdadera gota. Así perforaba los sólidos. Así se dirigía ahora hasta los substratos de Illaquipel. Nosotros seguíamos el ritmo que tanto tierra como agua daban a la gota. Agradecimos a Tarata su explicación y volvimos a nuestro canapé. Callamos. Callamos largo rato. La gota se balanceaba. A nuestro lado seguían pasando los peces, las algas y, de vez en vez, una albacora. Después de un rato Lorenzo me preguntó:

—¿En qué piensas, Onofre? ¿Por qué sonríes?

—Recuerdos —le contesté—, extrañas coincidencias que ahora vienen a mi memoria: me veo aquella vez en que pasé bajo la cordillera de los Andes en un submarino y miré desde abajo el cráter del Quizapu. Me hizo el efecto de un tubo lóbrego y carcomido. Sobre él vi un cometa que pasaba. Pues era de noche, una noche negra como ésta en que vi, desde el fondo del cráter del Rano Kau, una estrella allá en lo alto.

Quedamos nuevamente en silencio, echados en el canapé, hasta que Tarata nos dijo que pronto llegaríamos a los bajos de Illaquipel.

—Atracaremos lentamente —nos agregó—, tan lentamente como fue brusca nuestra separación de la otra gota. Debemos penetrar en ella con sumo cuidado. Debemos velar por los que en ella han quedado: la niña Isidra Curepto, Remigio Natales, Desiderio Longotoma, Jovino Panquehue, Aliro Gorbea y el gran Baldomero Lonquimay. No olvidemos tampoco a Viterbo Papudo a Teodosia Huelén, a Nemorino Limache y a don Irineo Pidínco como tampoco debemos olvidar a Bartolo Traiguén y a don Bruno Camarones. Sin que vosotros lo hayáis notado, hemos disminuido de tamaño. Ahora sí, Onofre Borneo, veríais una albacora de porte descomunal. Ved cómo Teodoro Yumbel se ha retirado de las paredes de esta gota y duerme tranquilo. Esta gota se juntará con la otra con toda calma. Ahora empieza a hacerlo... Ahora... Ahora... Hemos llegado, mis buenos amigos.

Al primero que vimos fue a Desiderio Longotoma.

—Oh, mi gran Desiderio! —le dije—. ¿Qué tal lo ha pasado usted?

—Me aburro y me aburro soberanamente —me respondió—. ¡Ah, qué lata es ésta, mi amigo! ¡Basta ya de Calderas! ¿Qué pueden importarme a mí? Es otro mi ambiente, amigo Onofre, es otro. Porque le diré a usted que no he venido a este planeta a hacer gracias deportivas o como quiera usted llamarlas. No quiero trepar al Tupungato, ni quiero trepar al Llullaillaco, ni al Coscorrón, ni al Marmolejo, ni a ninguna cumbre que aterrorice por su altura. No he venido para internarme por las selvas vírgenes del Brasil, ni he venido a explorar los polos ni a cosa que a ello se parezca; menos aún a sumergirme bajo tierra. Partí de San Agustín de Tango despreocupado, casi feliz, a ver estas Calderas imaginándome que, puesto que se llamaban Calderas, serían como todas las calderas habidas y por haber. Además usted sabe cuánto me gusta excursionar con Baldomero Lonquimay. Ibamos todos a Illaquipel, un pueblo como cualquier otro pueblo. ¿Qué mejor? Pero me empecé a sentir mal en aquella primera galería y en compañía de Viburno Llancahue. Luego me sentí peor en aquella usina con sus ruidos y chirreos. Ahora ya me siento fuera de mí y creo que voy a enloquecer cuando realizo que estamos en una gota de nitroglicerina. ¡Es algo horrible, amigo mío, sencillamente horrible!

Le respondí:

—No es cosa de tanto, Desiderio. En todas partes hay cosas de interés que ver y ellas nos distraen un poco de San Agustín de Tango.

—¡Ah, ah, ah! —exclamó Longotoma—. Nos distraerían si acaso nos pusieran por delante

una buena mesa con exquisitos manjares. Así se nos atendió en la Caverna Común. ¿Lo recuerda usted? Pero lo que es aquí, ¡nada y nada!

—¿Pero siente usted hambre? —le pregunté

—¡No, hombre, no, qué hambre ni qué niño muerto! Desearía esa mesa para no cambiar la costumbre, para hacer como se hace en todo sitio como se debe.

Quedé pensando un rato. Al fin le dije:

—Es verdad, Desiderio, que desde que estamos aquí abajo, no hemos comido ni una sola vez. ¡Isidra! —grité al verla pasar a lo lejos—. ¡Oiga usted! ¡Venga un momento! No es que tengamos hambre pero nos gustaría saber si vamos o no vamos a comer algo aquí, en estos fondos de Illaquipel. ¿Lo sabe usted?

Isidra se detuvo un momento. Luego nos dijo:

—El alimento es cosa vil. Aquí uno se alimenta de otro modo, aquí bastan los fluidos que emanan las Calderas.

Y se alejó.

—Ya lo ve usted —me dijo Longotoma sentándose en un sillón—. Ni siquiera la distracción de un buen plato. En cambio ver pasar y pasar gente insulsa como aquellos que allí van...

En efecto, pasaba una dama emperifollada y coqueta perseguida por un apuesto galán que le hablaba y le rogaba sin piedad. Cerca de ellos, oculto por un derrame amarillento, se hallaba otro hombre con un revólver en la mano.

—¿Quiénes son? —pregunté

Longotoma, displicente, me respondió:

—Es la tal señora o señorita Munizaga que se hace hacer la corte por ese Mandujano. Ya ve usted que Manterola, con su revólver, piensa poner las cosas en claro.

Le respondí casi enojado:

—Es esto, Desiderio, como estar de espectador en una tragicomedia, buena para las afueras de Santiago o de San Agustín de Tango. Pero aquí, en estas Calderas de Illaquipel, se presente un tal espectáculo... sobrepasa toda medida.

—¡Uuuuh! —exclamó Longotoma—. ¡Y crea usted en estas famosas Calderas!

Se perdió la joven Munizaga envuelta en las flores que le lanzaba Mandujano mientras Manterola los miraba furioso y los seguía entre derrames y derrames, siempre con su revólver en la mano. Me volví a Longotoma y le pregunté:

—¿Qué ha hecho usted mientras nosotros visitábamos las Calderas de Perquitéstán?

—¿Yó? —me dijo intrigado—. ¿Qué quiere usted que haya hecho? Pues mirar y mirar Calderas. Estaba paseándome de un lado para otro cuando llegó Aliró Gorbea, el fabricante y manipulador de este nuevo ambiente en que estamos. ¡Maldito sea! —diré entre paréntesis—. Pues bien, me tomó de un brazo y me llevó a que echara yo una mirada a la Caldera donde se gesta y fabrica... ¿Sabe usted qué? Pues nada menos que la O-pi-ni-ón Pú-bli-ca. ¡Qué diablos! Hay que darle con qué pueda nutrirse ese ser fabuloso que se nutre de todos nosotros juntos. Al ver lo que allí se condimentaba no pude dejar de encontrarlo extremadamente singular. Porque usted, amigo, piensa de un modo; Gorbea piensa de otro modo; yo pienso de otro modo más; cada cual piensa a su modo sin ocurrírsele averiguar el pensamiento ajeno. Los vi a todos, ¡a todos!, me vi yo mismo en aquella Caldera deambulando con mis propias ideas como deambulan los demás. Formábamos mundos individuales sin mayor conexión entre ellos que el hecho de ofrecernos un cigarro o de tomar el mismo tranvía o de invitarnos a cenar o de decirnos "¡salud!" al pasar o de discutir

los hechos diarios. Miraba yo todo aquello sin entender qué pitos venía a hacer la opinión pública entre tanto ser invulnerable dentro de su personalidad. Pero de pronto vi unos como hilitos que se desprendían de esos seres, tenues hilitos. A medida que se alejaban, la Caldera más y más se entromecía en ellos y les daba forma. Al fin se juntaban en uno como inmenso cerebro que llegaba a pensar por sí...

—¡Oh, amigo Gorbea —le grité—, nosotros hacemos la opinión pública!

—Me respondió sencillamente:

—Ponga usted atención en la dirección que lleva la corriente dentro de esos hilitos.

—Pues bien, amigo Borneo, la dirección que llevaba el tremolar de los hilitos no era de nosotros hacia ese gigantesco cerebro sino que era a la inversa, de ese cerebro hacia nosotros. Total que... Bueno, lo que yo siempre había pensado: la opinión pública es ajena a cada cual, se alimenta de una Caldera y luego imparte sus órdenes. ¡Pero no vale la pena sumergirse bajo tierra para saber lo que uno ha sabido toda su vida!

Entonces, pensando en nuestro viaje hasta la Isla de Pascua, le pregunté:

—¿Y no le causa a usted admiración al ver cómo nos movemos aquí en esta gota? Piense que un grupo de nosotros acaba de estar en Perquitéstán, bajo la Isla de Pascua, y ahora ya estamos de vuelta. En la superficie de la Tierra... ¿Se da usted cuenta? Hay trenes, barcos, aviones para ir de un punto a otro. ¡Y cuánto tiempo se pierde!

Longotoma me contestó:

—Bien y bien y mil veces bien. La gota supera a los aviones y a cuanto el hombre pueda inventar. Pero yo no soy de aquí, ¿me oye usted? ¡no soy de aquí! Esto está magnífico para las extravagancias de Baldomero Lonquimay. Y mire, mire, amigo Borneo, ¡mire quién va ahí! ¡Es el colmo, el colmo!

Miré.

Rodeado de bichos zumbantes, de bichos de las subcapas de la tierra, pisando pequeñas serpientes que se enroscaban con cada pisada, caminaba y caminaba, impertérrito, tomado y guiado por su destino, caminaba y se alejaba con rítmicos pasos el hombre Martín Quilpué. Vi su traje azul marino con rayas blanquecinas, su sombrero gris claro con cinta negra, su calzado de cuero de potro y alcancé a oír algo de *El Bolero*, de Ravel, que silbaba el hombre Martín Quilpué.

Nos acercamos sosegadamente y yo le dije mientras Lorenzo esperaba la respuesta:

—Óigame usted, Bárulo Tarata, que hay algo que aquí nos turba, nos obsesiona y que, a nuestro modo de ver, no puede estar bien. Me refiero a lo que vimos el día en que nos encontramos aquí por primera vez. Nos hizo usted pasar a un terreno tortuoso en el que nos encontramos con un enorme conjunto de máquinas que funcionaban silbando, chirreando y aserrando de una manera que no puedo llamar sino locura. Luego nos ha mostrado usted calderas y más calderas, positivas las unas como son las de Illaquipel, negativas las otras como son las de Perquitéstán. En todas ellas hemos visto como el fondo, como quien diría la esencia de nuestro vivir. Hemos visto, tal vez, aspectos de ese grande hombre que se cierne sobre nosotros. Pero ¿por qué hemos visto siempre máquinas materiales, tan materiales como las de cualquier fábrica de nuestro mundo? ¿O va a decirnos usted que ese gran hombre es un conglomerado de máquinas o de calderas o de cosas por el estilo? ¡Por favor, Bárulo Tarata, explíquenos usted semejante anomalía!

Nos respondió simplemente:

—A cada cual le aparece aquella mente a la medida de su visión espiritual.

—Quiere decir entonces —me dijo Lorenzo— que Baldomero no ha visto caldera alguna,

porque sin duda que, en esta materia, está más arriba que nosotros. Remigio Natales, con su historia del arpón del doctor Hualañé, debe haber visto... ¿Qué habrá visto? Cuanto a don Bruno Camarones y al Bartolo Traiguén...; ahora comprendo que no tengan conciencia de sus visitas a estas Calderas porque, a no dudarlo, las cosas les suceden sin que ellos las registren. Respecto a nuestro compañero Viburno Llancahue...

—Lorenzo —le dije—, yo ya estoy como Desiderio Longotoma: quiero irme de aquí, quiero subir nuevamente a la superficie y volver a San Agustín de Tango.

Di media vuelta y grité:

—¡Eh! ¡Desiderio, Desiderio Longotoma!

—¿Qué hay, amigo? —me preguntó asomándose tras amarillentos líquidos.

—Lo que hay es que pienso como usted y que ¡nos vamos!

—¡Santas palabras! Entonces, amigo Borneo, arregle su maleta y ¡en marcha!

—Yo no he traído maleta —le dije—, así es que parto sin más. Querido Teodoro, antes de decirte adiós te comunicaré que acabo de ver pasar al hombre Martín Quilpué, tu gran amigo. Parece ser otro de los visitantes de esta gota de nitroglicerina.

—El hombre Martín Quilpué camina sin rumbo y sin fin. Ha pasado por aquí y hemos conversado un rato.

—Me voy, Teodoro. ¡Buena estadía te deseo!

—Buen viaje —me respondió displicente.

Longotoma se puso a mi lado y partimos. Habíamos caminado algunos pasos cuando todo cambió.

Se presentó, desmelenada, Isidra Curepto. Nos preguntó:

—¿Saben ustedes la novedad? ¡Curioso! Baldomero Lonquimay ha desaparecido. No se le encuentra en ninguna parte.

Nos detuvimos en seco.

—¡Cómo! ¿Baldomero Lonquimay? ¡No es posible!

—Sí. Remigio Natales y yo lo hemos buscado afanosamente. No está en ninguna parte. Y puedo asegurarles a ustedes que de aquí, de esta gota no ha salido. Es curioso, sumamente curioso, pero es así.

—Bueno, que desaparezca si así lo juzga necesario. Pero, no lo olvide, amigo Borneo, que debemos irnos cuanto antes. Esto va a convertirse en dinamita. Recuerde usted que la nitroglicerina mezclada a un cuerpo inerte forma explosivos sin igual. Y yo me encuentro peor que un cuerpo inerte. ¡Vámonos, amigo! Usted también está tomando las características de una inercia completa. ¡Vámonos, por favor, vámonos!

Pero yo, haciendo de tripas corazón, le dije:

—No, Desiderio, no nos iremos. Hemos venido con Baldomero; pues con Baldomero partiremos.

Isidra Curepto proclamó:

—Es lo que esperaba de tan insigne varón.

La reacción de Longotoma fue inmediata. Dejando por tierra su maleta exclamó:

—¡A la busca de Baldomero Lonquimay!

Empezamos todos a girar por la gota. ¡Qué inmensa nos aparecía! Nos cruzábamos y luego nos perdíamos de vista. Vi a Jovino Panquehue que lanzaba sus ojos por un pequeño telescopio; Teodosia Huelén, junto a él, aprovechaba también el aparato; pasó Nemorino Limache mirando a lado y lado; Viterbo Papudo parecía preocupadísimo buscando; te vi girar anhelante, Marul; una vez vi a la niña Munizaga que decía: “no lo encuentro ni lo

encuentro..."; a su lado iba ahora Manterola más ocupado de ella que del perdido; luego pasó Mandujano, revólver en mano, buscando, sin duda, a su amada que huía con su nuevo galán; pasó Teodoro Yumbel; me crucé con don Irineo Pidíncó; me crucé con Lorenzo Angol y con Remigio Natales; Isidra Curepto, más desmelenada que nunca, pasó como una flecha repitiendo: "curioso, curioso"; Aliro Gorbea giraba sobre sí mismo desorientado; Stramuros preguntaba a los pasantes: "¿qué ocurre, señores, qué ocurre?"; Jacqueline tomaba poses de nadadora para mejor girar; al verla, Natales empezó a bracear con todos los ímpetus posibles; Desiderio Longotoma, en cuatro pies, atisbaba por debajo de los muebles; yo gritaba y gritaba: "¡Baldomero, Baldomero!"; a lo lejos me respondían los gritos de: "¡Lonquimay, Lonquimay!". En un momento pasé al lado de Bartolo Traiguén y de don Bruno Camarones que, ajenos a esta búsqueda, dormían plácidamente. Girábamos todos con inaudita velocidad. Subíamos, bajábamos, nos perdíamos y nos volvíamos a encontrar. Era aquello un delirio. Por todos lados retumbaban los gritos de "¡Lonquimay! ¡Baldomero!". Volvíamos a subir y volvíamos a bajar. De cuando en cuando oíamos la voz de Bárulo Tarata que, siempre escribiendo en un rincón, nos alentaba diciendo con voz persuasiva: "Buscad, buenos amigos, buscad...". A su lado Viburno Llancahue nos miraba y aplaudía. Al hombre Martín Quilpué no lo vi.

De pronto la voz potente de Lonquimay nos detuvo:

—¡Deteneos, giratorios mortales! ¡Heme aquí!

Nos detuvimos y, lentamente, nos fuimos agrupando a su alrededor. El grande entre los grandes, altivo y magnífico, envuelto en su capa española, nos miró a todos de alto a bajo y luego nos dijo:

—¡Triturbios!

Un silencio. Lo rompió el lanzante de la palabra enigmática:

—Gracias por el anhelo que habéis mostrado en mi búsqueda. Estaba yo donde vuestros ojos no penetrarán jamás. ¡Manturbios!

Nuevo silencio. Volvió a romperlo Lonquimay en plena persona:

—Estaba yo más allá de la perforación de vuestras agudas miradas, estaba en el reino de las milenarias selvas que se imperializaron antes de nuestra aparición en esta Tierra. ¡Politurbios!

Otro silencio cargado de expectación. Lonquimay dijo entonces:

—Se deshicieron entonces los límites de mi personalidad, de esta delimitada personalidad. Ahora los he vuelto a reintegrar. ¡Castraturbios!

Desiderio Longotoma, alzando su diestra, lo saludó entonces con sonora voz:

—¡Insigne maestro: gloria!

Todos, al unísono, repetimos:

—¡Gloria!

Baldomero Lonquimay nos respondió:

—¡Contrapoliturbios!

Y sin más se sentó en un amplio sillón. Nos apretujamos junto a él. Al fin nos habló:

—Me he ausentado de vuestro noble compañerismo para verificar una vez más, en mi silencioso a la par que tronador rodar por este planeta, si se cumplen o no se cumplen mis más recónditos deseos.

"Avancé por aquel estrecho corredor. El corredor avanzó en sentido inverso bajo mis plantas y suelas de estos zapatos que con ellas se avanzan. Cerré los ojos y seguí adelante. Entonces empezaron a venir y a arreciar, en mi torno, las selvas milenarias plétóricas de

nefastas concupiscencias. Aparecieron a mi mirar las fieras antediluvianas envueltas en atronadoras tempestades. Las ahuyenté con mis bufidos de tigre y de león; las hice perder terreno con el remolino de ésta mi valerosa capa. Ahuyentadas fueron. Yo, en medio de tantos ahuyentamientos, lancé, a diestra y siniestra, cual atómicos proyectiles, el bien, la dulzura, las mercedes, la mansedumbre y la docilidad.

“Pasé. Llegué a la patria de los arquetipos latentes.

“Pasé. Llegué a la patria donde lo recóndito que albergamos sumido en el subconsciente, es vivo, actuante, dinámico, moviente, hirviente, despampanante; llegué a la patria donde nada de ello es ni puede ser lucubrado, ni imaginado, ni quieto, ni dormido, ni soñado.

“Comprended do me hallaba, ¡oh, mancebos y vasallos míos; oh, mancebas y vasallas mías! Me hallaba en plena y plenísima región tercera donde todo es vivo, actuante, dinámico, moviente, hirviente, despampanante; donde nada es lucubrado, ni imaginado, ni quieto, ni dormido, ni soñado. Allí me hallaba. Me hallaba do tiempo ha, ¡oh, miseria!, enfermé y enloquecí, donde acudieron los galenos Hualañé y Pitrufquén y me salvaron. ¡Gloria y beneméritos al par de concienzudos y hoscos medicantes!

Proferimos todos:

–¡Gloria y beneméritos!

Siguió Lonquimay:

–Hoy no he enfermado ni he enloquecido. El equilibrio se aposenta en mi cacumen y el fiel de mi balanza no osciló. No he menester de ingerir galanas flores ni resaciarlas ni coadyuvarlas con dominguero jabalí. Hoy puedo bendecir y ningún hombre se distrapará; hoy puedo amar y ninguna joven se pervertirá; hoy puedo proteger y ninguna casa se derrumbará; hoy puedo comer cuanto mi mente se proponga y en polen no me desaguare.

“Señoras y señores:

“Hoy logro encaminarme hacia un recóndito deseo mío:

“¡Hoy puedo encaminarme hacia el coito inmortal!

–¡Olé y diez mil veces olé! –vociferó Desiderio Longotoma.

Tú, Marul, con las demás mujeres, prorrumpiste en un interminable:

–¡Uuuuuuh...!

Nosotros, los hombres, nos miramos y sonreímos. Bárulo Tarata siguió escribiendo. Viburno Llancahue, en cuclillas, aplaudió con verdadero frenesí. Bartolo y don Bruno siguieron durmiendo.

Después de un momento prosiguió Lonquimay:

–Mi tamaño, allá en esa tétrica a la par que grandiosa región, mi tamaño creció al encontrarse en esa grandiosa a la par que tétrica región. Mi tamaño estuvo a la altura de mi mente. Mi tamaño se agigantó mientras me alejaba por esos ignotos corredores. Mi tamaño llegó a ser, en medio de la tercera región, de 3 metros y 87 centímetros. Mi tamaño, al verse sabido y conocido por sí mismo, ordenó a ésta mi mano que cumpulsara el bolsillo interior de mi gabán que yace bajo mi capa. Extrajo de él un infolio. Extrajo el infolio en que el hacedor de viviendas, alias el arquitecto, Ladislao Casanueva y Limarí trazó sus desvelos para una mansión. Trazó en él sus desvelos con un compás. Trazó sus desvelos con compás fino y puro. Así fueron trazados sus desvelos arquitectónicos. Entonces se me produjo el inmenso milagro; se me produjo el jamás bien posible de poder describir de suprainmenso milagro: el desvelo de Casanueva y Limarí, la raya a compás, la fina de su desvelo de creador, se agrandó y se agrandó y se agrandó. ¡Ah, señoras y ah,

señores! Se agrandó 144.208 veces. ¡Piénsese, señoras y señores, en esta cifra de 144.208! Yo pensé y la contemplé. Es decir, contemplé la línea pura y fina y de compás del gran Casanueva y Limari y me sumé en sus proporciones de 144.208 veces mayor. Y vi, vi, vi y vi.

“¿Habéis mirado las nevadas cumbres de los Andes?”

“La línea pura y fina de Casanueva y Limari las sobrepasa.

“En esa línea, en el derrame puro y fino y a compás de su tinta única y china por añadidura, vi, vi y vi cimas y simas, cumbres y precipicios, cúspides y hondonadas, abruptas elevaciones y escarpadas profundidades, puntas erectas que rozaban los cielos y cosquilleaban las extremidades de San Pedro y huecos de lodazal que en una zambra que hedía se penetraban en ruidoso alboroto en los dominios de Satán el Satanás.

“Señoras y señores, creí enloquecer. No puede uno impunemente balancearse entre el reino de las altas galaxias y los broncos metales que murmullan y susurran a nuestros pies. Porque traspasados esos susurros y murmullos, nuevas galaxias vendrían a afrontar mis fatigados ojos.

“Señoras y señores, bastaba ya de tantos pináculos culminantes y de tantos hundimientos y tantas cuencas abismales. Pináculos y cuencas me llevaban a desear y anhelar y codiciar una fragante y solanácea petunia que devorar en mis días hábiles y un fiero e indómito jabalí para mis domingueros días. Clamé, de voz en cuello, por jabalíes y petunias. Mis gritos, envueltos en los aromas de flores inmaculadas y en el terrible rebudiar del terrible jabalí, fueron oídos por aquel hombre que llamáis Tadeo Lagarto. Oyólos. Meditólos. A mi vista presentóse. Con su mágico poder Tadeo Lagarto achicóme, empequeñecióme, disminuyóme hasta que yo alcanzara el tamañejo que ahora ostento. Luego espetóme a esta gota de nitroglicerina para que con vosotros me juntase y me acomodase.

“Señora y señores, pienso ahora en mi coito inmortal.

“Señoras y señores, he dicho.

Reinó un silencio. Baldomero Lonquimay se arrebuñó en su sillón envolviéndose en su gabán y en su capa. Me acerqué a ti, Marul, y nos alejamos lentamente. Vi que a nuestro lado marchaban Lorenzo Angol y Jacqueline. Tú nos dijiste:

–Asomémonos un momento al reino de la muerte.

–¿Qué muerte? –preguntamos inquietos.

Respondiste:

–Vengan conmigo.

Fuimos.

Galerías y galerías. Nos mecíamos mientras avanzábamos. De pronto tú, Marul, y Jacqueline empezaron a cantar suavemente, empezaron a modular una canción:

“¿Por qué tengo que ser yo?”

Lorenzo la acompañó. Cantaban los tres. Yo los oía francamente cautivado. Así, balanceándonos con esa melodía, ¡caminábamos a ver a los muertos!

Súbitamente tú y Jacqueline cayeron de rodillas. Nosotros, al verlas, nos detuvimos de golpe. Con razón: frente a nosotros, mudo e inmóvil, estaba Sulpicio Calatambo.

Recordemos un poco:

Sulpicio Calatambo es un gran hombre, grande entre los grandes. Cayó muerto en aquella feroz batalla de don Fidey de Comiso. Fue el hombre que todo lo supo y, podría decir, que casi todo lo pudo. ¡No! Digamos la verdad: ¡que todo lo supo y todo lo pudo! Siempre oímos su palabra como Norte de nuestras existencias. Cuando callaba... esperábamos anhelantes que su voz fuera la clave verdadera de aquello que esperábamos. Pero

hablaba poco, sólo de cuando en cuando. Entonces, como ahora tú, Marul, y tú, Jacqueline, caímos de rodillas. ¿Caímos de verdad? ¡No! Nuestra actitud estaba de rodillas. ¡Oh, qué hombre inmenso! Fue el grande entre los grandes, el enorme entre los enormes. Fue... fue... Bueno, fue Sulpicio Calatambo. ¡Honor a su memoria!

Pero ahora que releo lo que acabo de escribir veo que nada conciso he dicho sobre él. Habría podido citar hechos suyos...; nada me habría impedido darme cuenta de que habrían sido hechos que otro, otro cualquiera habría podido hacer. Habría podido citar su vasta sapiencia. Pero hay, sin duda, otros que la tienen tan vasta y aún más. En fin, diré que Sulpicio Calatambo tenía esa cosa de grandeza que se cernía sobre todo lo suyo. Sí, eso tenía y creo que es bastante para proclamarlo grande entre los grandes y enorme entre los enormes.

Allí estaba este hombre mudo e inmóvil; allí estábamos nosotros a la expectativa. De pronto sonó un vago ulular. De la atmósfera se fue concretizando una forma. Luego una segunda y una tercera forma aparecieron lentamente. Al cabo de un rato teníamos a tres personas junto a Calatambo. Las reconocimos: don Fidey de Comiso, Harry Norwich y Nastia Poltava.

Ninguno de los tres pareció percatarse de nuestra presencia. Parecían reconcentrados en sus propios pensamientos. No se preocupaban tampoco los unos de los otros. A veces miraban con cierta ansiedad a Calatambo. Luego caían en su meditar.

Marul me dijo al oído:

—Hay que meditar como allí se medita.

Me mostró con su índice un lejano rincón de esta materia glutinosa. Allí había una cantidad de seres en meditación. Apenas y sólo de tarde en tarde se movían un tanto. La inquietud no reinaba en ellos. Era en ellos la paz absoluta.

—¿Quiénes son? —pregunté a Marul—. ¿Son acaso nuevos muertos o son vivos?

—Son vivos, como tú, Onofre, o como nuestros amigos, como lo es Lorenzo y lo es Jacqueline. Hay mucho misterio en estas Calderas de Illaquipel. Así como en ellas Bartolo Traiguén y Bruno Camarones no hacen más que dormir, existen otros seres que a ellas vienen sólo a meditar.

—¿Y en qué meditan, Marul?

—Meditan en lo que significa este paso por la Tierra. Hacen, o tratan de hacer, de este momento un reposo en vez de un afán. Después vuelven al mundo, después los vemos por aquí y por allí. ¿Recuerdas a doña Salamina Metrenco? Ella estuvo aquí y mucho meditó. Los frutos de su meditación los has podido saber hace poco, en una Caldera.

—Mi reino no es de este mundo...

Una voz dulce pronunció estas palabras. Me volví. Había sido Sulpicio Calatambo. Los tres muertos se detuvieron. Una expresión de máxima beatitud los inundó. Cogí la mano de Marul y la apreté. El silencio total, más hondo aún que en medio de las cordilleras nevadas, cayó sobre nosotros. Calatambo, siempre dirigiéndose a los tres muertos, repitió entonces:

—Mi reino no es de este mundo..., dijo Cristo sobre la Tierra. Ya no estáis sobre la Tierra, vosotros que la habéis abandonado, ya estáis en el umbral del reino a que Cristo aludió. Os habéis zafado, os habéis desconcentrado de lo que acostumbrasteis a llamar: vivir. Ahora olvidad ese momento que así llamasteis. Extended vuestra vista más allá.

Mister Harry Norwich dijo solamente:

—*Impossible.*

Calatambo entonces insistió:

—¿Por qué? ¿Qué puede impedir a vuestra vista extenderse más y más allá? ¿No es, acaso, infinito el panorama que ante ella se presenta y de ella se aleja?

Mister Harry Norwich dijo solamente:

—*Impossible.*

Calatambo quiso saber:

—¿Mas por qué, por qué tanta imposibilidad?

Mister Harry Norwich explicó:

—Si la vida pudiera llevarse con menos botones que abrochar y con menos botones que desabrochar, tal vez pudiéramos olvidar ese momento que llamamos “vivir”. Pero tal como es y como los botones parecen ir en aumento, ello es *impossible*.

Dije entonces a Marul:

—¡Vámonos! Salgamos de este mundo de los muertos. ¡Vámonos!

Pero la voz de Nastia Poltava nos detuvo:

—Todavía siento el ramillete de sangre que aquellos dos ejércitos, al chocar, hicieron saltar de mi pecho. Todavía estoy bañada en esa sangre. ¡Oh, qué miseria es vivir! Me acuerdo de París, de sus calles estrechas y, de noche, oscuras, me acuerdo de los letreros sin fin: “Hotel..., Hotel..., Hotel...”. ¿Qué puedo yo hacer sola en París? No, Sulpicio, debo irme a las estepas. Allí debo esperar que dos ejércitos choquen. Entonces... el ramillete de sangre y venir para acá a recordar un pasado gris teñido de rojo al final...

Calatambo contestó:

—La vida, lo que vosotros llamáis “vida”, es sólo un momento entre dos eternidades. Esta eternidad está siempre presente con el dolor. El dolor no tiene otro significado. Es el llamado a lo eterno, el llamado que espera haceros despertar.

—¡Vámonos, Marul! —volví a decir.

—Ellos se irán; déjalos —me respondió.

Miré hacia todos lados: Jacqueline estaba como en éxtasis y muy pálida; Lorenzo estaba cabizbajo; Marul me miraba. Cuanto a Sulpicio Calatambo, a Nastia Poltava y a Harry Norwich, se desvanecían poco a poco. Se nos acercó un tanto don Fidey de Comiso; creo que algo nos dijo; luego se retiró. Se retiró... Se retiraron todos o tal vez se desvanecieron.

Volvimos lentamente. Otra vez, las galerías. Al fin llegamos. Marul, entonces, me preguntó:

—¿Te ha gustado nuestro vistazo a los muertos?

Respondí casi molesto:

—¡No vale la pena salir de este mundo para encontrarse con semejantes tonterías! Porque ¿qué hemos visto? ¡Sólo especies de fantoches que decían, con tono grandilocuente, una sarta de necedades! ¡Ya estoy harto aquí en estos fondos de Calderas! Todo ha sido de una vulgaridad inaudita. ¡Vámonos, por favor, vámonos!

Como un eco a mi voz oí que Desiderio Longotoma decía:

—Nos vamos, a Dios-gracia, nos vamos.

Todos estábamos ahora alrededor de Baldomero Lonquimay. Nos miró uno a uno y luego nos ordenó:

—Haced galana muestra de vuestras fórmulas de cortesía para aquellos que aquí quedan y de quienes nos separaremos poniendo los ámbitos que nuestras botas produzcan y verifiquen entre aquellos que aquí quedan y nosotros los productores y verificadores de lo que estas botas ejecuten.

Nos despedimos de Bárulo Tarata y de Viburno Llancahue.

Siguió Lonquimay:

-Traed a la realidad pronta a convertirse en realidad caminante a aquellos que Morfeo cobija entre sus brazos.

Despertamos a Bartolo Traiguén y a Bruno Camarones.

-Ahora, recta mancebería, ¡en marcha!

Nos fuimos. ¡Adiós Calderas de Illaquipel! No sé qué camino tomamos para regresar pues ni vi el gabinete de Tarata ni aquella sala de máquinas y de ruidos. A mi lado iba Teodoro Yumbel.

-¿Qué tal, Teodoro? -le pregunté-. ¿Has encontrado algo que reemplace tu catolicismo?

-La cosa es muy larga, Onofre -me respondió-. Pero algo he vislumbrado, algo que empieza a colocarme en un comienzo de fe. ¡He tenido, Onofre, la suerte de ver y de conversar con ciertos hombres que no esperaba volver a ver en esta vida!

-¿Acaso habían muerto?

-Sí, habían muerto. Es decir, lo que nosotros llamamos morir. Hoy los he visto y me han hablado. ¿Sabes tú quienes? Pues Julián Ocoa y el pequeño primo de Lorenzo, el pequeño Quintín. Y además, Onofre, ¡una mujer!

-¿Qué mujer?

-Norca, mi amada Norca.

Caminamos un rato en silencio. Al fin le dije:

-Yo también, Teodoro, he visto a personas, digamos, muertas en la Tierra. Yo también las he oído. ¿Recuerdas tú a Harry Norwich y a Nastia Poltava? Además vi, por cierto que vi, a don Fidey de Comiso.

-¡Onofre! ¡Esto vale el descenso a las Calderas de Illaquipel! Aunque... ¿Por qué no has visto a Chinchilla como yo vi a mi tan querida Norca? Pero, en fin, sabrás ahora que está más en vida, mucho más en vida que nosotros.

-Me hago también la misma pregunta: ¿Por qué no he visto a la malograda Chinchilla? En fin, como tú lo has dicho, vale la pena haber descendido.

-Sí, vale la pena. Ahora ha tomado en mí otro sentido el culto de los muertos. Por él vendrá la fe que todo lo abarca.

Una voz de trueno nos interrumpió:

-¡Priesa, mancebas; priesa, mancebos! ¡Al cielo veremos final el limpido!

Era Lonquimay quien vociferaba de ese modo. Nos apresuramos. Por fin, trepando por hendiduras, salimos a la superficie. Era un día de sol radiante. A lo lejos divisamos la torre de la iglesia de Illaquipel. Hacia ella nos encaminamos guiados por Baldomero.

De pronto éste se detuvo a contemplar una vaca de un potrero vecino a nuestro camino. Luego, mostrándola, dijo:

-¡He ahí la vaca del conspicuo mirar! Ved hacia donde van dirigidos sus ojos. Ved, ¡Van hacia Dinamarca! Ved su trayectoria. Esta trayectoria visual perfora los Andes y arriba a la vecina república de Argentina; raspa el sur de Bolivia y penetra en el Brasil; pasa sobre las olas del Atlántico océano y planea sobre el Norte de la Ibérica península; cruza la gris Bretaña y roza las costas de Bélgica y Holanda. Llega a Dinamarca y allí se detiene. ¿Quién se detiene? Este certero mirar de esta mil veces ilustre vaca. ¡Oh, Copenhague! ¡Ignoras que en este momento tus calles y avenidas y parques y jardines y ríos y canales y estrechos son juzgados por una vaca chilena, por una chilensis vaca!

"Ahora esperemos o, mejor, ahora sigamos nuestro andar. El mirar de este ilustre vacuno, de este ilustrísimo tatarachozno del chozno de los choznos del chozno del uro primitivo, seguirá también su andar. Suecia y Finlandia serán vistas por el urochozno de esta hoy vaca y vaca de estos campos. Verá el Mar de Barentz y sentirá frío al rozar el Polo Norte. Mas yo os lo digo, ese mirar seguirá y se alejará de tan polares regiones y volverá, con la velocidad de la luz, a cruzar este planeta, siempre recto, siempre veloz, siempre fatal, hasta que vuelva a penetrar en estas nuestras caras costas.

"Entonces avanzará en demanda de su dueña, de aquella dueña que a la vida lo dio. Llegará a esta vaca, ¡oh, vaca, vaca! Llegará al borde del trasero de esta vaca, ¡oh, vaca, vaca! Se detendrá unos instantes en sus bordes. Luego por él se introducirá.

"El círculo perfecto habrá sido ejecutado.

"¡Mancebería! ¡Sigamos! ¡En marcha!

Llegamos a Illaquipel. Luego tomamos el tren que nos llevó a San Agustín de Tango. En la Estación de Ferrocarriles nos separamos con saludos efusivos.

Momentos después salía a ver los sitios que me eran familiares. Salí solo. Me parecía, a veces, que había pasado ausente sólo unas cuantas horas pero, más a menudo aún y por más tiempo, me parecía que habían transcurrido años desde el momento en que nos reunimos en el Muelle de la Sotana para ir a visitar estas afamadas Calderas de Illaquipel. En fin, salí y caminé a grandes trancos.

De pronto fui cogido por una sed devoradora. Necesitaba trago y más trago. ¿Cuestión de emborracharme? No, por cierto. Pero todo eso de las Calderas... ¿Las había visto yo realmente o sólo había visto su fachada? Fachadas... ¿Puede decirse "fachadas" al hablar de esas maquinarias ruidosas y de esas especies de Calderas? Caminemos, sí, caminemos, vamos a un bar cualquiera y bebamos algo hasta que mi centro de gravedad caiga donde debe caer.

Minutos más tarde estaba en el Bar Azul, metido dentro de los portales coloniales. Un minuto después llegaba Desiderio Longotoma. Dos minutos después estábamos ambos con nuestras sendas copas de pisco al frente y bebíamos. ¡El centro de gravedad, naturalmente! ¡Bebamos, Desiderio! ¡Olvidemos a esa aldea de Illaquipel y a sus subterráneas Calderas!

—Desiderio —le dije— ¿podría usted decirme cuánto tiempo hemos pasado sumergidos en aquellos antros?

—Para mí —me respondió—, tantos siglos como siglos han transcurrido desde el año primero de esta era cristiana. Pero, ¡por fin!, ya estamos de nuevo en esta bella ciudad y ¡al diablo y cien veces al diablo lo que hayamos visto!

Medité un rato y luego le expliqué:

—Es que hay algo muy extraño, mi querido Desiderio. ¿Sabe usted qué? Sencillamente que he olvidado el día de nuestra partida. Ayer, por cierto, no ha sido; pero pudo haber sido anteayer o hace tres o más días. Estos días podría cambiarlos por semanas..., sí, por semanas...

—¿Y qué más da? Hemos salido y ¡ello basta! Estamos en San Agustín de Tango y ¡ello basta! Le diré, amigo, que yo he sentido siempre un franco horror por esa maquinilla que denominan con el terrible nombre de "despertador". Ahora es lo contrario. Créame, sí, créame que me refocilo pensando qué puede sonar por las mañanas y que, a su claro tintineo, se me presentará a la vista esta grande y magnífica ciudad. ¡Oh, y pensar que la enorme estatura de ese guía de Baldomero Lonquimay se agigantaba para asegurarnos

que era allí, en esas tenebrosas Calderas, donde la vida se veía tal cual es y se podía, entonces, apreciar, lo castrado de nuestra visión habitual! ¡Necesidades, amigo, necesidades! Ahora, ¡lancémonos por estas calles! Yo me iré, con los ojos cerrados, adonde el destino me quiera llevar. Sí, adonde él quiera... siempre que sea sobre esta superficie y no en aquellos bajos fondos sombríos. ¡Me voy, amigo! Y usted, ¿qué va a hacer?

—Yo haré como usted. Empezaré mi reentrada a la vida con una visita al taller de Rubén de Loa.

—¡Oh, lo que son las asociaciones de ideas, Onofre, lo que son! Usted ha dicho Rubén de Loa y yo entonces pensé espontáneamente... Bueno, pensé muchas cosas y ellas, en conjunto, me llevaron a ver esos pies, esos pies calzados de Gervasia Cachapoal; los cuales pies me llevaron a ver a esa inquietante Carlota Paipote. Y ahora gozo, amigo, gozo con el recuerdo de los celos de Proserpina Coyancura... ¡San Agustín de Tango es inagotable, es superinagotable! Mi amigo Borneo, ¡que lo pase usted admirablemente en ese taller, que se embelese usted con las sabias palabras del gran Rubén!

—¡Y recuerde, Desiderio, que hoy es el día en que irán también al taller Macario Viluco y Mamerto Masatierra! ¡Embelesémonos ambos con pinturas y con piernas de mujeres!

—¡Eso es y hasta pronto!

—¡Hasta pronto!

Terminamos nuestros piscos y nos separamos.

106

—Pensaba en Lucila Volcán. Pensaba, mejor dicho, empecé a pensar en la belleza estática; luego pasé a la belleza dinámica, a esa que fluye, que va y viene, que es como un nimbo aparte que, de pronto, se posa en un punto dado. ¡La belleza de los artistas! De ella pasé a Lucila Volcán. Con ella estaba.

Así me recibió Rubén de Loa. Luego un silencio. Luego golpearon.

—¿Qué piensa usted, Rubén, de Karl Marx? ¡Dígalo, amigo, sí, dígalo y sin más!

Antes de saludar, Macario interpellaba así a de Loa. Éste, sereno, le respondía:

—Pienso lo que usted piense; ya lo sabe, siempre estoy de acuerdo con usted.

—Pues bien, y así me gusta, yo pienso que Karl Marx fue un gran hombre, sí, señores, un gran hombre pero de nefastas consecuencias. Porque el comunismo es lo más nefasto que pueda producirse en este mundo. ¡Es lo más nefasto! Pero Karl Marx fue un gran hombre, sí, un gran hombre, sin más.

—¡Ay, qué locura, mi Dios! Un gran hombre..., y algo de nefastas consecuencias... ¿Cómo junta usted ambas cosas?

Y Mamerto se echó en un sillón riendo y riendo de buenas ganas.

—¡Sí, señor; sí, Mamerto! ¡Así es y no de otro modo! Es el gran hombre que sentó nuevas premisas para la humanidad. Es el enorme pensador. Ahora que el comunismo es una desviación de esas premisas. ¡Sí, señor, sí, Mamerto! ¡Admiro a Karl Marx! ¡Amo a Karl Marx! Mas sin comunismo. Porque el comunismo trae el desorden. Y en esta sociedad lo que hay que hacer es implantar el orden, el orden en su más alta acepción, no el orden de los comunistas ni el del borrico de mi tío Ascanio, ¡no, señores; no, Mamerto! Los dos órdenes son nefastos, igualmente nefastos y podridos porque se alejaron del centro. ¡Esta

palabra lo dice y lo está diciendo! ¡El centro!! ¡Él es el justo y justísimo equilibrio! ¿Dónde ha visto usted, Mamerto, un equilibrio en un extremo? ¡Dígallo y sin más! ¿Dónde?

Mamerto, desternillándose de la risa, exclamó:

—¡Inefable! ¡Inefable!

Rubén de Loa dijo entonces:

—En lo inefable está el quid de la pintura. Inefable es aquello que no puede expresarse con palabras. La pintura que es posible ser explicada, no es pintura. La pintura es, Macario, el equilibrio en un extremo. Desde este extremo debe el equilibrio extenderse y debe mantenerse sobre la vida.

—¡Pero no el comunismo! —vociferó Macario—. ¡No y mil veces no! ¡Vaya por la pintura, si usted quiere! ¡No me meto en esas cosas! Pero el comunismo... ¡Horror!

Rubén de Loa prosiguió:

—Porque el camino que ha de seguir un artista debe ser llevado en forma especial: primero debe sumirse en sí mismo; luego debe encontrar aquella región. ¿Cuánto tiempo se tarda en esto? Aquél que considera el tiempo para actuar, está perdido. Pues aquella región en todas partes está. Pero..., pero se es atraído, en general, por el ruido que hacen otras actividades, las actividades que simulan ser partes de aquella región. ¡Cuidado con emprender este camino en forma inversa! No hay que olvidar: primero en uno mismo; luego, en aquella región.

Macario exclamó:

—¡La región de Karl Marx! ¡No la región del comunismo! ¡No, mi señor don Mamerto, no y mil veces, no!

Quedamos todos un rato en silencio hasta que Macario, de súbito, tomó su sombrero y, sin despedirse, se alejó. Entonces Rubén de Loa, indicándonos sus telas, nos dijo:

—Ahora estoy pintando y pintando como, al fin, siempre, siempre he deseado pintar. Estoy pintando en seis cuadros a la vez; cinco de ellos en telas inmaculadas; uno, en tela ya pintada por..., en fin, por un pintor anónimo. Es una tela que me regaló Antenor Lentejuelas, que estaba arrumbada en un rincón de su escritorio: una especie de paisaje marino con un muelle en primer plano y un hombre de pie en el muelle. Alrededor, casas y más casas y, en segundo plano, el mar y, en el mar, botes y más botes. Es la tela que me interesa, es la que toma todo mi afán. ¿Por qué? Por ese hombre de pie en el muelle. ¡Aquí está! Aquí está la tela con la punta del muelle que ha de quedar y con el hombre.

Este hombre es el centro. ¡Qué hermoso es justamente con esa punta de muelle! A su alrededor la cosa ha cambiado y seguirá, por cierto, cambiando. Porque... ¿sabemos, acaso, lo que ese hombre piensa, lo que se agita en torno suyo? ¡Todavía no! ¡No lo sabemos todavía! Pero ya empezaremos a vislumbrarlo, ya empieza ello a tomar cuerpo.

¿Debiera yo hacer un hombre nuevo, hacer otro hombre? ¡No, no, jamás! Allí estaba él, ese hombre, venido de quien sabe dónde y para qué... Cojo, pues, lo que se cernía sobre él, y que el artista anónimo no vio, lo mezclo con lo que sobre mí se cierne y... ¡pintemos, pintemos!

Ahora me pregunto sí, de verdad, lo cojo yo. ¡No, no, jamás! Ello está; lo mío está. No pueden estar las cosas eternamente fuera de nuestra vista. Tienen que presentarse. Para ello, ¡silencio! Un silencio que se produzca después del alboroto de los que van y vienen, vienen y van por estas calles.

¡Ah, por estas calles...! ¡Qué inmensamente largas son estas calles! Van hasta el Sur de nuestro país, van, cruzando el océano, hasta las tierras europeas. ¿Lo niegan ustedes? ¡No

lo nieguen, no! Por esas calles se metió, una vez, el pintor nacional, el grande de Facundo Doñihue; por esas calles se metió, una vez, el enorme Zócimo Taltal. Facundo fue a parar al Sur, a la isla de Chiloé...; el otro, Zócimo, fue a parar a los viejos rincones europeos. Y ambos pintaron, pintaron y pintaron. ¡Es tan tremendamente atrayente nuestro sur! ¡Es tan tremendamente atrayente esa vieja Europa!

Regresaron. Se vieron. Charlaron. Total: Facundo, fascinado por las palabras de Zócimo, partió al viejo continente; Zócimo, embrujado por las palabras de Facundo, partió al Sur. Y ambos pintaron y pintaron y pintaron. Cada cual volvió con un alto de cuadros. Los he visto: se reconocía en ellos exactamente el sitio que había que reconocer.

Es lo que hace la mayoría de los pintores: ir, copiar y volver. Volver a... ¡Volver al centro! ¡A la feria! Volver donde el arte se cotiza.

Lo que sigue, ya lo sabemos: hay algunos burgueses que han clavado algunos cuadros más en sus casas.

Pero hablemos del viaje a Europa de Facundo Doñihue.

¡Europa! ¡Los museos! ¡Un velo va a caer de sus ojos! Es, sin duda, el momento de decirlo. Pues bien, con los museos... ¡nada! El encanto estaba en los rincones, en esos viejos rincones, lo he dicho, para encantar al burgués. ¿Los museos? Repito: ¡nada!

Fue a los museos, por cierto. El Prado, el Louvre, los Uffizi, el Vaticano... Pues, ¡nada! ¿Por qué? Sencillamente porque partió de aquí a encontrar allá, en esos museos, lo mismo, exactamente lo mismo que aquí... pero... mejor hecho, sin ningún defecto...

La pintura, ¿no es una? Al ser una, ¿no ha de tener una sola finalidad única? Aquí se pujaba por alcanzar esa finalidad única; allá ya estaría resuelta. Vería los cuadros de nuestro Salón anual perfectamente bien hechos, sin nada que corregirles.

Fue y miró y miró. ¡Oh, qué decepción! Porque encontró... ¡otra cosa! Sí; encontró justamente lo contrario.

Facundo Doñihue me ha dicho:

-¿Rubens? ¿Su gran galería en el Louvre? ¡Está mal eso, amigo, está muy mal! Me fijé mucho en el agua de Rubens, la que él pinta. Pues bien, es una agua dura, dura y durísima. ¡No, no! Debería correr y correr hasta mojar. ¡Mojar! Como la que hacemos nosotros, los modernos. Ahora que la perspectiva..., no estaba mal. ¡Y los primitivos! ¡Qué estafa! Creía yo encontrarme ante algo..., en fin, algo verdadero. ¿Qué veo? Las reproducciones de los cuadros que tienen las empleadas en cualquier casa... ¡Son cosas alegóricas y nada más! ¡Y qué alegoría! ¡Para empleadas! Todo lo alegórico que hay en ellos es..., es... demasiado alegórico...

En fin, ¡se acabaron los museos! Facundo Doñihue no irá más a los museos. ¿Y saben ustedes por qué razón de fondo? ¡Aaah! Porque aquello carece de *personalidad*. ¡No hay duda! Falta allí la personalidad. ¿Prueba? Hela aquí: todas las cosas sin excepción se parecen entre ellas según la época en que han sido hechas... ¿Qué mayor prueba?

En cambio hoy... Hoy..., hoy es una locura de personalidad, una verdadera locura. ¡Qué de diferencias entre unos y otros! Basta, sí, basta pensar en Zócimo Taltal y en Vitelio Doñihue, su hermano. Y si a ellos les agregamos a Cirilo Collico y a Tulio Azapa y a mí, Rubén de Loa, y a Bonifacio Colbún y a Anacleto Ibacache y a doña Claudia Puchuncaví... Y si agregamos los miles y miles de Europa... Y si agregamos... No, no agreguemos más. Fumemos y meditemos sobre las fantásticas incursiones que a los museos hicieron el gordo de Taltal y el flaco de Doñihue.

¡Meditemos, meditemos! Llegaremos a la conclusión de que el pasado, a partir del

último siglo hasta el más remoto de los siglos, es inexistente. ¡Inexistencia...! El arte, según Facundo, se mueve y crece con las fuerzas de hoy...

Pero los antiguos... ¡Ja, ja! En ellos, todos los seres tienen gestos sabidos de antemano: los unos aman mientras los otros odian; los unos son la inocencia pura mientras los otros son todo furor y malas intenciones; éstos son el pudor mismo mientras los de más allá son la impudicia misma... En cambio hoy...

¿Y los griegos? ¡Qué, qué...! ¡Tonterías mal hechas! Veamos tan sólo esos famosos jinetes griegos, los del Partenón, por ejemplo, esos jinetes que los reproducen y los reproducen por todas partes. Esos griegos montan mal a caballo. ¡Véalos, amigo de Loa, véalos! En un buen jinete, la rodilla y la punta del pie deben encontrarse en una sola línea recta perpendicular a la tierra. Esto lo sabe y lo sabe cualquier alumno de nuestra Escuela de Caballería. Pero en los griegos, la punta del pie está para adelante. ¡avanza para adelante! y ¡cómo, cómo avanza! Y ahora, ¡me va usted a decir que los griegos amaestraban leones para tirar carros...! ¡No, Rubén! ¡Es cosa para principiantes y nada más que para principiantes! El pasado tiene un interés histórico, mi amigo, sólo histórico, para ver el camino que se ha recorrido hasta llegar a hoy día...

Así me ha hablado Facundo Doñihue.

Zócimo Taltal es otra cosa. ¡Naturalmente, otra cosa! Desde luego, sus años y su... corpulencia. Un hombre de edad y grueso como Taltal no puede pensar así. Piensa: Rafael, Tintoreto, Murillo, Poussin y ¡qué se yo! Es lo que amó al confrontarse con los museos. Es Zócimo Taltal un hombre asentado en tierra firme y sólida como las rocas. ¿Qué menos puede gustar? Poussin, Murillo, Tintoreto, Rafael... Y él... ¡al medio! Serio, impertérrito, los mira, los contempla, los medita y... pinta. Sí, pinta y pinta. Creo que sería uno de los jeroglíficos más difíciles del mundo descubrir que su propia pintura ha sido hecha por alguien que ha estado extasiado ante las telas de Rafael, Tintoreto, Murillo y Poussin...

¡Pero basta ya de Zócimo y de Facundo! ¡Hablemos de otras cosas! Hasta Macario Viluco se enfadaría si supiera que sus problemas psicológicos dan como resultado las andanzas de Zócimo Taltal y Facundo Doñihue por los museos europeos. ¡Otras cosas!

Porque la pintura no tiene ni debe tener relación con ninguna otra cosa que no sea más que la pintura. ¡Para qué decir con esos dignos ciudadanos de Zócimo y de Facundo! Ella no debe hacerse para los burgueses, ni para el éxito ni oportunidades de ninguna especie. ¡No olvidar que ella es una traducción directa de aquella región! ¿Qué se ha visto, qué se ha oído? Lo que se haya visto, lo que se haya oído, traducirlo. Hay, sin embargo, quienes miden y cotizan su perfección por el número de niñas y niñitas que quedan abismadas y que, entonces, se entregan a su autor... Pero esto nos acerca a los ciudadanos de Zócimo y Facundo. ¡Basta ya, basta!

¡Oh, qué tupé hay en los grandes del arte de hoy! Imagínense ustedes un gran simulacro de búsqueda. Porque la búsqueda es algo importantísimo; quien no la lleva en sí... es un mediocre. ¡Buscar! ¿Qué? Ustedes tal vez sepan la terrible cosa que es buscar. Entonces todos buscan. Pero buscan con un ojo puesto en lo que hacen los demás y a ello le hacen algunas variaciones que reemplaza a la búsqueda. ¿Que ahora todos los avanzados hacen cubismo? Entonces yo también haré pero..., pero le agregaré una especie de figura entre los volúmenes. ¿Que todos hacen surrealismo? Entonces yo también lo haré pero..., pero le agregaré un rincón copiado directamente del natural. ¿Que todos hacen...?

¡Que hagan lo que quieran, lo que quieran! ¡Tienen que hacer mucho, mucho y mu-

cho! El número de burgueses con casas con muros vacíos, es infinito y aumenta y aumenta y aumenta.

He estado con estos burgueses. Los he seguido cuando han tomado posesión de una casa nueva en que van a habitar. Se preguntan:

-¿Qué se pondrá en las paredes? ¿Qué se usará hoy día? ¿Cuál será la moda?

Uno de ellos declara:

-A mí me gusta el impresionismo.

El otro lo rebate:

-No, hombre, no; ahora debe gustarte el cubismo.

-Es que a mí me gusta lo figurativo.

-No, hombre, no; ahora debe gustar lo abstracto.

¡Miseria y miseria todo esto! ¡Qué afán tiene esa gente de clasificar y clasificar: cubista, impresionista, realista, surrealista, abstracto, figurativo y qué sé yo!

No ven que la cosa no está en clasificar, no está en la escuela a que algo pertenece. Todo está en la calidad, está en la fuerza del pintor que ha hecho ese algo.

¡El pintor!

Yo no concibo al pintor que, junto con tratar de perfeccionarse en sus obras, no trate, con mayor ahínco aún, de perfeccionarse, de crecer interiormente.

Ahora me pregunto:

¿Puede un verdadero artista ser un verdadero artista sin acometer este trabajo interior?

Calló Rubén de Loa. Quedamos preguntándonos: "¿Podrá, podrá un verdadero artista ser un verdadero artista si no acomete ese trabajo interior?"

Al fin nos despedimos y salimos en silencio a las calles de San Agustín de Tango. Ya la noche había caído, una noche tibia. En vez de ir a vagar preferí ir a encerrarme a Fray Tomate. Me despedí de Mamerto y llegué a casa a contemplar la ciudad desde mi balcón.

107

He estado toda una noche, o tal vez dos o tres noches, con el grande de Romualdo Malvilla. Nos encontramos en el Restaurante de la Basílica, luego fuimos a la Taberna de los Descalzos, luego estuvimos en el Cabaré San Lito, luego..., luego... No podría precisar nuestras andanzas. Sé que estuvimos en su casa, en la calle de la Parroquia; sé que pasamos unos minutos por la mía. Sé que nos encontramos con Desiderio Longotoma y con..., sí, con alguien más nos encontramos pero ahora no recuerdo con quién. Creo que fue con el estafador de Aniceto Pichilemu. No; creo, más bien, que fue con el pintor Facundo Donihue. Pero ello importa poco. Ni los sitios en donde hayamos estado, ni la gente que hayamos encontrado tienen mayor importancia. Lo que importa es otra cosa:

Claro está que bebí y que bebí mucho; mas no llegué al estado de ebriedad. Por un milagro Malvilla tampoco llegó a él. Pero llegó a una elocuencia alcohólica febril. Me habló y me habló. Pasaba de temas para él profundos a cosas mínimas que lo envolvían y se lo llevaban lejos, muy lejos, como si fueran profundos temas. Además cuanto decía era cortado por cavilaciones sobre otros tópicos. Al fin desaparecían tópicos y cavilaciones.

Pero volvían a aparecer en otro sitio, traídos a su conciencia por algún detalle totalmente ajeno al asunto.

Íbamos del brazo por las calles de San Agustín de Tango; luego formábamos corro con gente que se divertía; después estábamos solos y arrinconados en una mesa con sendos tragos; después, eufóricos, bailábamos con mujeres que, lascias, cumplían su ritual nocturno; después las calles nuevamente y los corros y los tragos y las mujeres... ¿Puedo, acaso, saberlo yo?

En uno de estos sitios me dijo de pronto Malvilla:

—¡Algo nos falta, amigo Borneo! Tú ya lo habrás notado. Voy a tutearte. Es la ventaja que proporciona esta vida: poder tutear a todo el mundo. Es la ventaja de esta vida mía, mía y mía. Los tontos y los necios dirán que es la ventaja del trago. ¡No! Es mi ventaja y ¡no hay mas! Sí, mi amigo Borneo, pero, a pesar de todo, algo nos falta. Algo o alguien. ¿Quién? Braulia Tinguiririca, la inefable. Porque dime, Onofre, dimelo sinceramente: ¿qué efecto te ha producido Braulia Tinguiririca?

Le respondí convencido:

—Es hermosa como una flor.

Malvilla me detuvo con un gesto austero.

—Las flores —me dijo— son los órganos genitales de todas las plantas. Por eso tienen doble belleza: la belleza de lo bello y la belleza de lo feo, de lo horrible. Por eso mi Braulia... ¡Oye tú, tú Onofre! Braulia, si me encontrara ahora iría a la belleza de lo feo, de lo horrible; ¡me pegaría, amigo mío, me castigaría! Yo sería dócil al látigo, sería extremadamente dócil. ¡Salud, compañero! Los que no saben sentir el dolor, el acerbo dolor, y dominarlo porque es ella quien lo causa... Esos, amigo Borneo, no valen ni saben nada, nada de nada.

—Has de confundir, Romualdo. Braulia Tinguiririca pegando... ¡No, mi amigo! ¡No puede ser!

—No confundo, Onofre. Es ella. Porque ella es la mujer de los dos polos. Es el ama, es la superama; es la esclava, la superesclava. ¿Por qué crees tú que yo quiero como quiero a mi Braulia? ¿Por qué? Porque quiero al señor de los señores; es decir, a la señora de las señoras; quiero a la sirvienta, a la lacaya de las lacayas. Total: quiero a Braulia Tinguiririca. La quiero porque a veces amanece como una reina, altanera, arrogante, soberbia... Entonces... ¡látigo y látigo! La quiero porque a veces amanece disminuida, menguada, como un perrillo miserable... Entonces yo cojo el látigo y ¡pam, pam y pam! Le pego, la castigo y ella se retuerce de dolor y de placer.

—Increíble —le dije— que tales gustos estén en esa mujer que, cuando yo la vi en casa, sólo sabía decir: "sí" y "no". Verdaderamente carezco de esa intuición que nos lleva a adivinar el fondo de las personas.

Malvilla me miró con ojos fijos y vidriosos:

—Si pudieras adivinar el fondo de las personas... ¡Ah! Algo más sabrías sobre la inefable de Braulia. ¿Sabes tú qué?

—Lo ignoro.

—Pues bien, Braulia es una persona que no pelea jamás, jamás, jamás. Conmigo, se entiende. A veces es un poco engreída, un poco enquistada. Se le nota en los ojos y en una pequeñísima mueca de la boca. ¡Aaah, mi amigo! Es entonces cuando yo le digo:

"No, Braulia mía, no vayas a enfadarte. Sobre todo, no vayas a gritar. Scht, scht... Silencio... Con silencio podemos pelear siempre y cada vez un poco más que la vez ante-

rior. Pero... en voz baja, dulcemente. ¿No ves que con los gritos las paredes se agrietan, las puertas y ventanas se entreabren y entonces esas que llaman "malas fuerzas" aprovechan grietas y entreaberturas para entrar y penetrar e instalarse?

"Pues bien, Braulia entiende perfectamente esto de las malas fuerzas.

"Entonces yo le agregó:

"-Se instalan esas malas fuerzas, se instalan y quedan. Esas malas fuerzas tejen, hilan, laboran. Y esto no es nada porque lo peor es que esperan y esperan. ¿Qué esperan? Esperan una próxima pelea, sí, Onofre, una próxima pelea... Pues bien, viene la pelea. No, mi querido Onofre, no viene pelea alguna porque Braulia no pelea jamás, ¿me oyes?, jamás. Porque le obligo a que hable a media voz. ¡Si no hablara así...! ¡Oh, oh, oh! Vendría esa pelea con tres contrincantes, ¡sí, señor!, con tres contrincantes; ella, yo y... ¡él! El tercer contrincante es el que lleva la batuta, el que la lleva y que dirige todo a su antojo. ¡Desgracia, mujer, desgracia! Nosotros dos, Braulia y yo, Braulia, tú sabes, la Tinguiririca, y yo, creyendo obrar por nuestras propias voliciones, obraríamos bajo las órdenes inexorables de él, de él que ha entrado por los muros agrietados y por las puertas y ventanas entreabiertas. ¡Por las ranuras causadas por las grietas! ¿No ves, Onofre, no ves Onofrillo u Onofrov, que es preferible hablar en voz baja y lo menos posible?

Lejos estábamos de hablar en voz baja. Tal vez Malvilla gritaba. ¡Grietas, entreaberturas y más grietas! Las malas fuerzas podían entrar e instalarse. Así era. Por la calle de la Abadesa, por la acera de enfrente, pasaba, erguido, nuestro diputado por Loncoche, don Ricardo Cortés Mandiola. Saludos, naturalmente. ¡Oh, las grietas! El excelentísimo don Ricardo Cortés Mandiola iba en compañía del otro diputado, del diputado por..., por..., en fin, por donde sea, es decir, del diputado don Juan Enrique Arancibia Ocampo. Otra vez saludos y nos detuvimos a conversar. No, no nos detuvimos; marchamos juntos los cuatro: Cortés Mandiola, Arancibia Ocampo, Malvilla y yo. ¿De qué se habló? Sí, sí, ahora lo recuerdo. Se habló sobre los empleados particulares. Se habló —ellos hablaron; yo escuchaba y nada más— del maestro carpintero de Melichaquí, del vejete aquel, de Abraham Cherchenco. Opinaba Arancibia Ocampo:

—Ya al maestro Cherchenco la cosa le cunde poco. Está viejo.

Opinaba Cortés Mandiola:

—Lástima es que no haya sido empleado particular.

Entonces Malvilla opinó:

—¡Hombre! No sabía yo que los que no son empleados particulares tienen pleno derecho de morir de miseria...

Cortés Mandiola le dijo:

—Señor Malvilla, haga usted entonces las leyes de la República.

Arancibia Ocampo agregó:

—Sí, señor Malvilla, porque si se protegiera a los que no son empleados particulares, quebrarían las finanzas del país.

—¡Eh, eh! —clamó Malvilla—. ¡Esas finanzas brujas que quiebran siempre! ¡El eterno estribillo!

—No, señor —dijeron ambos diputados al unísono—, pues ha de saber usted que nuestro partido político sostiene que...

¿Qué sostendrá ese partido político? Porque ahora estábamos solos, Malvilla y yo. Ambos diputados se habían alejado con la ley de empleados particulares; y el hombre a quien

poco le cundé la cosa por estar ya viejo, seguiría envejeciendo cada vez más miserable. Malvilla me detuvo y me dijo:

—Como hablan esos diputados es lo que se llama hablar a ras de tierra; más abajo aún, a ras de barro; digamos la palabra: a ras de mierda. Cuando mencionaron a su partido político pensé si había una expresión más subterránea que la mierda. ¿Cuestión de cavar un hoyo y ver qué es lo que hay dentro? ¡No, mi amigo Onofre! ¡No, Borneo! A medida que tú cavas vas encontrando cosas mejores; no olvides el fuego central, el fuego que todo lo purifica. ¡El fuego que rescolda los cabarés! Sobre todo si en ellos está Braulia Tinguiririca, si ella está. ¡Vamos, vamos al San Lito!

Una idea me taladraba los sesos. No pude menos que lanzarla con todo el fulgor que me taladraba:

—¡No, Romualdo Malvilla, no! No iremos ni al San Lito ni a ninguna parte mientras no me hayas aclarado un misterio de tu corazón. Hablas ahora de Braulia Tinguiririca, de la mujer de los dos polos, de la reina y lacaya, de la mujer que tú amas... ¿No es así, no es verdad?

—Es verdad —me respondió.

—Bien —proseguí—, si es verdad, ¿dónde queda el objeto de tus eximios amores, la bella doncella de ojos enormes como lagos, de ojos cruzados por miles de señorcitos chiquitines, encorvados y con paraguas, de ojos que se empinan sobre tacones agudos y echan sangre que une y junta, de ojos...

—¡Alto! ¡Para! ¡Detente! —vociferó Malvilla—. ¡Los ojos de Alicia Bick! Esos ojos de donde llueven naranjas sobre la nieve azul que hollan mis pies... Tenías razón, Onofre Borneo. ¡Oh, los ojos de Alicia Bick!

—¿Y bien? ¿Los olvidas, al parecer, por los de tu Braulia?

—No, Onofre; he visto esos ojos, luego no podré nunca, jamás olvidarlos.

—¿A cuál de las dos amas de verdad?

—¡Oh, los ojos de Alicia Bick!

—Pero respóndeme; ¿a cuál?

—¡Oh, los ojos de Alicia Bick!

—Bien, amas entonces a Alicia Bick.

—Amo ahora, amaría, mejor dicho, un trago, de esos que sirven en el cabaré. Una vez que lo haya ingerido te contestaré. ¡Ea! ¡En marcha!

Otra vez en el Caberé San Lito. ¿O sería la primera vez que a él entrábamos? Primera o segunda vez, otra vez el cabaré.

—¡Hola, Chispita! ¡Hola, don Gualberto Choapa! ¡Hola, Ramiro Lampa!

Miré hacia todos lados: no estaba Braulia en ningún rincón, en ninguno. Estaba, en cambio, Clementina Rengo.

Ramiro Lampa se acercó a mí con gesto abatido.

—Yo, señor Borneo —me dijo—, o tomo whisky, pero buen, muy buen whisky, de primera calidad o, créame usted, prefiero una botella de pisco.

—¡Bravo el pisco! —gritó Malvilla—. ¡Y bravo mil veces el whisky de primera calidad! Por pisco y whisky ¡bailemos, bailemos Clementina!

—El señor será testigo —decía Gualberto Choapa— porque esa comparación no puede hacerse, sí, usted, don Onofre, será testigo.

Avanzó hacia mí trayendo de la solapa a otro sujeto que había yo visto muchas veces pero no aquí en el cabaré. Solemnemente nos presentó:

—Onofre Borneo; Carmelo Lipingue.

Nos saludamos. Choapa entonces dijo:

—No puede hacerse esa comparación, mi señor Lipingue, no puede hacérsela. Porque vea usted: en Europa hay un habitante por cada 2 metros de superficie; en cambio aquí en América Latina hay, por lo muy menos, 250 millones de habitantes para una superficie de, por lo muy menos, de 125 millones de kilómetros cuadrados; o sea que hay sólo 2 habitantes por kilómetro cuadrado, ¿me entiende, me entiende usted? Allá: 2 habitantes por cada 4 metros... ¿Comprende usted ahora? Si ha comprendido, ¡compare! Por un lado 4 metros cuadrados; por otro, un kilómetro cuadrado. ¿Me entiende usted, mi señor? Un kilómetro cuadrado tiene un millón de metros, sí, señor, un millón. Porque la Europa muy adelantada será pero es chiquita, chiquita. Sólo en Argentina cabe 6 veces toda Europa. De ahí viene el error, el profundo error...

El señor de la solapa, el señor Carmelo Lipingue, se echó a reír.

—¿Por qué ríe usted? —preguntó severo don Gualberto.

—Tal vez sea —respondió Lipingue— por lo de las 6 veces que cabe Europa en la república Argentina... Pero no, señor Choapa, no es por eso. Rió nerviosamente y nada más. Es ésta una de las características de los hombres como yo, es decir, de los que somos poetas y nada más que poetas: reír y reír nerviosamente. Sí, señor Choapa, ahora veo, ahora veo: reía porque las cancillerías de Washington y de Moscú no me envían sus secretos. Así es que yo ignoro la densidad de la población en Europa y en América. Ello es un secreto de esas cancillerías y, si es tal, tienen que saberlo las de Moscú y las de Washington. Porque, en realidad, son las únicas que existen, la de la capital de los Estados Unidos y la de la capital de la Unión Soviética. Vamos a escribirle a los cancilleres de esas cancillerías para que nos ratifiquen los datos que usted, señor Choapa, ha dado sobre los millones de habitantes que hay en Europa y que hay aquí en América. Y sobre las superficies, sí, sobre las superficies también les escribiremos, ¡ja, ja, ja! Sí, también les escribiremos una carta muy larga, ¡ji, ji, ji!

—¡Cállase usted, Carmelo Lipingue! —vociferó Gualberto Choapa.

—¡Pero, señor Choapa! ¡Si es lo propio de un poeta: reír nerviosamente!

—Me cargan, me revientan los poetas; ¿me entiende usted? Digo que ¡me cargan, que me revientan los poetas, señor Lipingue!

—Entonces, señor Choapa; podremos ser muy buenos amigos porque a mí también me cargan, también me revientan. Soy hombre de negocios y nada más que hombre de negocios...

—Pero... ¿en qué quedamos entonces?

Una voz me hizo girar:

—¡Eh, eh, Onofrov! —me sentenciaba Malvilla—. ¡Eh, despréndete de Choapa y despréndete de ese Lipingue. Yo estoy desprendido porque he bailado con Clementina. No tendrá los ojos de Alicia Bick ni su vida recorrerá los ámbitos que separan a la reina, a la emperatriz de la lacaya y esclava, como Braulia Tinguiririca. Pero baila y así lo aleja a uno de Choapa y de ese Lipingue. Choapa es un teórico majadero; cuanto a Lipingue, ese poeta nervioso y hombre de negocios... ¡Ay, ay ay! Si quieres guardar intacta tu segunda y muy santa virginidad, ¡huye de Lipingue! Porque te diré en silencio para que no haya pelea, en silencio como lo hace mi Braulia, así te lo diré: Carmelo Lipingue es un invertido, un pederasta. Se dice, él se dice poeta y hombre de negocios... ¡No! ¡Invertido y pederasta!

Quedé atónito:

—¿Cómo! ¿Carmelo Lipingue es así? —le pregunté.

Me contestó Malvilla:

—Es así. ¿Y qué te importa, Onofrov, que sea así o sea de otro modo? ¡Hoy día puede serse todo, todo, todo! No es que yo esté de acuerdo con los maricones, no, ni por un décimo de segundo. Pero estoy por... ¡libertad en el amor! ¡El amor es libre como lo son las golondrinas y las palomas! ¿Serán tan libres las golondrinas y las palomas? Aquí tenemos un tema de honda meditación porque, a lo mejor, son más libres los tiuques y los jotes.

—Sí —le respondí—, sí, Romualdo Malvilla, el amor tiene las libertades completas, como los tiuques y los jotes.

—¿Lo crees tú?

—Lo creo y lo propago.

Quedó Malvilla un rato en silencio. Luego habló:

—Amor... Amor... La gente, sea del cabaré o del palacio, sea del San Lito o de la calle de los Sagrados Corazones, le da una importancia fabulosa al amor. ¡No, Onofrov! ¡No hay tal! Para mí el amor es algo primitivo, prehistórico, algo de conjuro, conjuro de brujerías. Oírás por todas partes: "El amor lo justifica todo...; si es por amor no hay nada que decir...". ¡Necedades! Parece que el amor tuviera rompefilas para circular por todas partes atravesando los cordones de la razón, de la pasión pensante... Lo ponen, esas gentes, sean de los lupanares, de los palacetes o castillejos, sean de las buhardillas o sean de bajo los puentes, lo ponen más allá, más arriba que todo. Es una etapa supersuperior. Este proceder, mi amigo, es un modo de retroceder a etapas instintivo-pasionales. Se dan vuelta las cosas. Lo que está más acá se pone más allá, más allá. ¿Por qué? Porque hay que conservar los barnices. ¡Necedades! Con todo, mi amigo, se puede manipular y verificar el objeto, el objeto perfeccionado y perfeccionándose. Con algo mejor, algo que avanzando busque... manipular, verificar y perfeccionar. ¡No, no! Dejémoslo a ese amor como está que... Onofrov, ¡es tan rico!

"Tengo que hablarle a una dama... Tú perdonarás porque se trata de una pariente tuya. ¿Sabes quién? Tengo que hablarle a Trumencia Borneo. ¡Oh, por Trumencia! ¡Bebamos y bebamos! Ahora déjame, sí, déjame hablarle:

—¡Niña! ¡Niña Trumencia! el hombre propone y Dios dispone. No. ¡Niña Trumencia! Dios propone y el hombre dispone. Sí, porque nosotros no hacemos más que disponer y disponer... Disponer ¿qué? Lo que Dios nos ha propuesto: ¡amor! Nada se puede recordar debidamente, ¡nada! Hoy..., hoy, aquí en el San Lito y en compañía de tu primo Onofre Borneo, hoy, ¡Dios nos propone! ¿Qué? ¡Amor! Niña, oh, niña Trumencia: dispongamos bien; ¡no malogremos!

"Porque las flechas de Cupido están hechas con una sustancia de opio, whisky y cocaína. Dicen algunos, dice Alicia Bick, que también están hechas con miel. Braulia Tinguiririca no lo cree, no lo cree. Porque no hay miel. Hay sólo whisky, coca y opio. ¿Quién va a tener la culpa de que las flechas vean tal o cual cosa, cual o tal cosa durante el efecto de la triple droga? ¿Quién, Onofrov, quién? ¡Nadie, mi amigo, nadie!

"Pasa el efecto de la droga, pasa. Entonces... ¡Uuuuh! Pasa y pasa. Onofrov, si fuera de los éxtasis de la droga nada se ha construido con anterioridad..., ¡uuuh!, es entonces el despertar de las borracheras con sus espantosas consecuencias. Pero si algo se ha construido, ¡aaaah!, puedes tú seguir indefinidamente amando y amando. Como en el caso de los *invertidos: en castizo y muy castizo español: de los maricones, de los tuneros, para llevar el casticismo a su máximo*. Tal es el caso de Carmelo Lipingue. Busca, ese hombre, otro

hombre que haya construido algo, algo que no se rompa al despertar. ¡Idiota! ¡Y conversa con su excelencia, con don Gualberto Choapa! ¿Será idiota? Dime, Onofrov: ¿será idiota?

“¡Huyamos, Onofre! ¡Huyamos, Onofre Borneo! ¡Vamos a casa! No es por Carmelo que te lo digo; ¡es por Gualberto!

En realidad huimos. Dos pasos más allá de la puerta, ¡maldito lo que nos importaba Gualberto Choapa! Caminábamos del brazo. Yo buscaba algo que tararear, cualquier cosa. Malvilla buscaba en sus bolsillos. Al fin me dijo:

–Espérate, Onofrov.

Siguió buscando y, al fin, sacó, no sé de dónde, un paquetito blanco, sí, muy blanco. De dentro sacó con dos dedos un polvo blanco, sí, muy blanco. Luego lo respiró con fruición.

–No hay como esto para espantar la mona y para aclarar las ideas; no lo hay.

–¿Coca? –pregunté.

–Coca –me respondió–. ¡La eterna amiga!

Seguimos caminando. Al fin me preguntó:

–¿Quieres?

–¡Basta con lo que tengo de alcohol! ¿Para qué ensayar nuevas cosas?

–A tu gusto. Pero..., pero... Respira un poco de coca y así verás como ha de ser vista a la grande y hermosa Vidente que nos aguarda.

–Desvarías, Malvilla, desvarías.

–No, no desvarío, mi buen Onofre. Prueba un poquito y nada más. ¡Prueba! Luego me dirás..., luego me dirás...

En la puerta de su casa, en la calle de la Parroquia, me eché coca, una vez, dos veces o tres. Sentí que el universo entero se precipitaba por mis narices. Ciertamente la vida no es tan amarga como la pintan los poetas, los poetas nerviosos.

–No he leído nunca un verso del hombre de negocios, de Carmelo Vilcún.

–Entremos y leerás otra cosa. Leerás al tarambana de Romualdo Malvilla. Y... ¡parecerá la Vidente!

–¿De qué Vidente hablas?

–De la última.

Entramos. Malvilla tiene un pequenito departamento. Es un bar transformado en pequenito departamento. Hay en él botellas, hay copas y hay cocteleras. Todo ello bajo los ojos penetrantes de un retrato de Braulia Tinguiririca. Pero cuanto a Vidente..., no vi ninguna. Malvilla preparó un trago. Me ofreció y bebimos. Y un poco de coca, un poco de nieve, de blanca, de blanquísima nieve. Nos sentamos en anchos sillones. Malvilla dijo:

–Nada es casual en esta vida, nada. Todo obedece a profundas leyes del universo. Sabemos estas leyes. Luego debemos vivir según ellas. Sin embargo yo, sinceramente, vivo en lo casual, sólo en lo casual. Por lo tanto creo que vivir según esas leyes del universo sería, para mí y hasta cierto punto, una petulante mistificación que me haría a mí mismo. Porque, Onofre, es diferente “saber” a “ser” una cosa.

–Claro está. Es diferente.

–Tú conoces Hamlet –me dijo después de un silencio–. Tú, por cierto, conoces el monólogo de Hamlet. Ha sido aplaudido y vitoreado por Desiderio Longotoma. “Ser o no ser...” Así habla la Vidente, mi Vidente, mi última Vidente.

–Lee, Romualdo; hazla hablar. Yo te escucharé desde grandes alturas. Lee, por favor. Malvilla buscó dentro de un pequeño escritorio. Sorbió coca una vez más. Encontró

unos papeles. Con ellos, en una mano, se arrellanó cómodamente. Quedamos en silencio. Se oía el tic tac de un reloj que se acercaba hasta hacernos daño en los oídos; que luego se alejaba y se alejaba. Al fin Malvilla leyó:

Mi última vidente

Ser o no ser... Fórmula vacía. Era en vano que de ella quería arrancar un sentido para la vida. Era querer extraer vida de un cadáver. Aunque seguro –a causa de los grandes sabios que tanto me lo repetían– de que más allá no había horizontes mayores; con la desconfianza del chico irrespetuoso, púsemé a buscar por otros senderos. Sin la fe sagrada. Con la esperanza astuta. Encontré una y mil veces: nuevos campos, nuevos horizontes. Para cada uno, un emisario portador de la buena palabra. Cada vez la revelación venía más al alcance de mi mano y cada vez era más radiante. Sin embargo cualquier ruta que se siguiera, luego de haber caracoleado alrededor de cumbres espléndidas, burlando mis esperanzas, volvía a una existencia sosegada cuyo olor a claustro viejo se mezclaba o con el polvo dorado de campos demasiado extensos o con el polvo gris de ciudades demasiado planas.

De cada intento quedaba un grano de fe.

Así, a pesar de una vida sin imprevistos y con posibilidades reducidas al mínimo, llegué a creer en un deslumbrante misterio, en un bullir y trepidar de ideas, en una inmensidad de hechos indescritibles, en todo un mundo de magnificencia bíblica que se agitaba alrededor nuestro. Por todos lados. No sólo en las noches de luna cerca de construcciones ruinosas, sino aun en pleno día, en pleno mediodía ardiente, por las calles de nuestra ciudad adormecida por el sol y por el tedio.

Creía, pero deseaba ver también.

Cuando me encontraba con los bondadosos emisarios les preguntaba para qué momento me estaba reservado el ver. Entonces me daban vuelta las espaldas murmurando que si nada veía no era por la pobreza del camino emprendido sino por debilidad mía.

Nada veía. La ceguez había puesto su sombra sobre mi vista.

Los emisarios veían y sabían. Todo lo sabían de antemano y ya habíanse puesto en marcha modestamente como buenos santos. Hacía falta un corazón sencillo; hacían falta ambiciones muertas, dulzura y paz. Al lado mío agitábase larvas y espectros malignos...

¡Cuánto sabían! No obstante pude observar que, en la vida misma, todos plegaban la rodilla ante una fórmula.

Mas otros estudios me habían enseñado que las fórmulas nacen allí donde hay ignorancia.

Dos estudios, tres estudios. Acaso más. Una ignorancia se cubre con una fórmula.

Hallé por fin la solución: el fondo era verdad; sus adoradores eran humanos.

¡Era la solución!

Este estandarte –¡el estandarte de la solución!– lo pasé por el pequeño mundo de filósofos que juntos compartíamos el tedio colonial de la ciudad. Una ciudad tediosa agitada, en abstracto, por dioses, héroes y demonios. Pronto vi que desde ese tedio, tedio endiosado y heroificado y endemoniado, otros decían igual cosa, otros venidos de lejanas partes. Después observé que todos, todos estaban, de siglos atrás, repitiendo lo mismo sobre cualquier materia. Entonces comprendí que la solución no estaba tampoco allí. Esto no podía ser más que un velo encubridor de algo corroído en sus cimientos.

Me quedé con un estandarte inútil.

Me encerré en mi habitación.

Silencio. Era la noche. Silencio. Era un fondo de silencio, un fondo inmóvil. Por él, como culebrillas incandescentes, se agitaban débiles sonoridades. Tal vez eran risas; tal vez eran gemidos. Hasta que aquello tornóse nítido. Me asomé a mi balcón y vi:

Era el paseo de los estandartes. Pasaban los estandartes con ensordecedora música de trompetas. Se cruzaban los estandartes pues iban los unos al Convento de los Jerónimos e iban los otros al Cementerio Apostólico. Con estos últimos me fui.

Llegamos al cementerio con un bullicio atronador. Cruzamos el umbral y enmudecimos. Entonces yo, rodeado de estandartes, avancé. Caí de hinojos. Los estandartes se plegaron. Por vez primera en mi vida, lloré.

Entonces ellos, los emisarios, nuevamente empezaron a venir hasta mí. Me hablaban. Les respondía:

—No, no es exactamente así.

Ellos insistían y volvían a decirme que la verdad y el sentido de la vida estarían allí puesto que aquello, apenas se apagaba en un punto, aparecía en otro...

Renacía en mí la esperanza y se presentaban otra vez los caminos caracoleantes que, sin excepción, terminaban en esta ciudad tan demasiado extensa, donde hasta los más puros pensamientos parecen diluirse en tanto espacio.

Volví a encerrarme en mi habitación y volví a meditar.

Meditando vi, por primera vez, que lo que echaba y revolvió las dudas podía, en otro sitio, ser verdad; que la calidad de los sitios era la decisión de un individuo sobre un punto.

¡Ser!

Paseé un segundo estandarte entre los amigos que como yo se aburrían, a pesar de todo, soberanamente. Al pasearlo, nuestras voces eran cortadas por algún repique de campana de alguna iglesia vecina.

Pero allá venían los emisarios en sentido contrario. Preguntaban todos:

—Ser... ¿qué?

Dí, entonces, mi opinión:

Hablar del bien de la humanidad, de la luz de los tenebrosos, del pan del hambriento y a cada cual le vi plegada la rodilla ante un lugar común.

Ninguno nos dijo que había que ser sí mismo.

¡Ante los ociosos del trabajo medido se oculta la solución! Era, para ellos, la solución.

Son ociosos los que carecen del material para trabajar y el material lo forman las edades. Sólo la gran sabiduría conoce que en la más ínfima tarea, cuando el espíritu es grande, surge la total verdad. Los ociosos visan los resultados fabulosos. Ignoran que el único modo de dar —porque todos sus dioses eran para enseñar, para colocarse como portadores del último misterio— es ser uno dulcemente y que sólo cuando miles lo han sido así, en ese mismo punto nace, alguno que solamente entonces es para los demás. Su modo de ser él mismo es luz hacia otros.

Vino un tercer estandarte.

¿Cómo ser yo?

Recogí mis papeles. Púseme, influenciado por los demás, a hacer una obra monumental *mientras fuera, como buitres, rondaban los mismos que me reprochaban en nombre de aquellos que sufren de hambre y de sed.*

Todos los misterios los eché atrás. Mi obra se redujo. Mi obra se redujo de trascendentalismos hasta casi tocar mi tamaño.

Para mí la clave de la vida fue: una frase equilibrada cuyo equilibrio trataría el del mundo. Y quien lo sintiera ¡sería mejor!

¡Medida! ¡Armonía!

Mas por milésima vez un emisario ha venido. Este emisario me ha dicho:

—¿No toma usted en consideración el destino prefijado? ¿Dónde concluye el destino y dónde empieza nuestra voluntad?

He respondido:

—La marcha del mundo entero es lucha en contra del destino. ¡Oh, emisario! Ponéis siempre al destino del individuo primero; yo pongo a la obra.

La obra, así, hará al destino.

¡Lo hará!

Quedamos en silencio. De pronto, meditando, llegué a un punto y lo expresé:

—¡Mi última Vidente! Es admirable cuánto has leído, Romualdo Malvilla, admirable. Pero, como Vidente, ¡no! No la he visto ni por asomos. Allí no hay Vidente alguna.

Malvilla me miró atónito:

—¡Cómo, cómo! —exclamó—. ¿No la viste? Es increíble, es, verdaderamente increíble. Oye, Onofre, ¿recuerdas cuándo proferí: “¡Ser!”? Es allí, allí... Aguarda... Déjame volver a mi lectura. Sí, es así: “... la decisión de un individuo sobre un punto”. Así leí, así leía. Luego hice un alto, un alto pequeñísimo. Luego proferí con toda la fuerza de mis pulmones: “¡Ser!” ¿Recuerdas? Pues bien, Onofre —ya estoy por decirte Onofrov nuevamente—, cuando así proferí... Ella apareció. ¡Sí, tienes que haberla visto!

—Digas lo que digas, Romualdo, no la he visto.

—Escúchame, escúchame bien. Dije: “¡Ser!”. Entonces esa puerta, la que comunica con mi dormitorio, se movió un poco, un poco, se movió apenas. Fue en el momento en que en mis labios se modulaba, no, en el momento en que en mis labios empezaba a modularse el primer intento para expeler la primera construcción de la primera S. La expelí, la expelí a esa primera construcción. Siguióla la segunda y la tercera y última y la S fue hecha. En lontananza empezó, sí, mi amigo, empezó a dibujarse, tenue aún, la primera construcción de la E. ¡Oh, fue el momento del universal silencio, del sepulcral y terrible silencio! La E vio la luz del día en medio de la perfecta quietud ambiente. Sí, Onofre, la vio, la vivió, en ella se sumergió y... partió, partió, partió. ¿Por qué partió? Porque estaba, estaba... ¿cómo explicártelo? Estaba empujada por una enorme, mil veces enorme R. Planeaba por los aires esta R. De pronto: ¡pum, pum! Cae en mí, se retuerce, se revuelca, se laberintea; se vuelve a retorcer, se vuelve a revolver, se vuelve a laberintear. Al fin alcanza mi garganta. ¡Oh, cómo la siento, cómo te siento, R magnífica, R excelsa, en medio de mi boca! Llega, tras largas penurias, a la parte trasera de mis dientes y en ella golpea, ¿me oyes, Onofre?, en ella golpea. Aquí está el misterio de mi última Vidente. Porque al golpear esa R en la parte trasera de mis dientes... ¡Oh, oh, mi bueno y grande amigo! Al golpear... ¡Mi última Vidente apareció!

—Sí —murmuré apenas—, tu última Vidente apareció.

—Sí —me contestó Malvilla a media voz—, mi última Vidente apareció.

Quedamos otro momento en meditación. Al fin lo corté:

—Coca; dame un poco de coca.

—Allí está, junto a la segunda coctelera.

-Tú... ¿quieres?

-Sí, dame. Un trago también.

Aspiramos coca y bebimos trago. El rostro de Malvilla se iluminó de pronto:

-Apareció y quedó estática. Apareció allí, allí, tras la puerta que comunica con mi dormitorio. Desde allí nos acompañó.

-Sí -murmuré apenas-, desde allí nos acompañó.

-Sí -agregó Malvilla a media voz-, ¡qué grata compañía!

-Es una grata compañía, es una gratisima compañía ver a tu última Vidente al son de tus palabras.

Al son de tus palabras... Al son de tus palabras... Recordé entonces la lectura de Malvilla. Recordé que la había comprendido perfectamente, hasta en sus menores detalles. Ahora, no.

¡La última Vidente! Alrededor de las palabras de Malvilla había yo tejido un..., todo un... ¿Un qué? No era novela ni cuento, menos aún un cuento corto. ¿Sería poesía? No, poesía no podía ser porque yo nunca he hecho un verso. Pero era el caso de que lo leído por Malvilla había sido claro, claro, nítido, nítido y lleno, pleno de significado.

Ahora, no. Ahora era confuso, sin ilación alguna. Eran palabras y más palabras. Tuve que decirselo:

-Amigo Romualdo, la última Vidente es, por cierto, la última y así será siempre: de pie tras la puerta que comunica con tu dormitorio, con tu noble aposento.

-Si acaso yo no estoy en él -me respondió a media voz-. Si estoy en él, ella estará aquí.

-¡Debiera entonces figurar en tu cuento o en tu pensamiento dilatado o en tu..., en fin, en lo que me leíste! Allí no hay, no hay Vidente alguna, hay sólo emisarios y más emisarios, estandartes y más estandartes.

-Pero tú la has visto.

-¡Fuera de tu escrito, Romualdo! La he visto apoyada en uno de los batientes de esa puerta.

-Cada vez que leo eso. ¿me entiendes?, que leo eso, ¡eso!. Ella se presenta.

-Entonces volvamos al cabaré San Lito.

-Yo estoy, en este instante, en todos los cabarés del mundo, en todos, sin excepción.

-Pero estás sin Marul, sin Marul Carampangue. Hay que estar con Marul, con Marul Carampangue.

¡Qué lindo nombre es este de Carampangue!

Lo dije cien veces, lo repetí mil veces:

Ca-ram-pan-gue, Ca-ram-pan-gue...

Bajé entonces la escalera. Salí a la calle. Caminé. Llegué a Fray Tomate. Todo el tiempo pronuncié ese nombre, su nombre:

Ca-ram-pan-gue, Ca-ram-pan-gue...

Me eché a la cama y me dormí.

años y no sería nunca tomada ni por el trago ni por la coca. Sí, es lo mejor: Teodosia Huelén. ¡Viajaríamos por los astros!

Teodosia, en su casa de la calle del Oratorio, estaba, diría yo, como en éxtasis. Me atreví a preguntarle:

—¿Acaso molesto?

Me respondió:

—No, de ningún modo. Pasa y siéntate. Espera un momento.

De pronto Teodosia, volviendo tal vez de Régulo o de la Estrella Polar, fijó sus ojos en mí y me preguntó:

—Oye, Onofre, ¿conoces tú una célula?

—Conocerla... —respondí—, conocerla es mucho decir. Pero sé lo que es una célula.

—Onofre, yo no sólo voy a los espacios siderales. A veces hago lo contrario y voy, entonces, a lo pequeño, a lo diminuto. Ahora estaba allí. Estaba en lo bien pequeño, bien, bien diminuto. Pero ahora estoy aquí contigo, Onofre, y me siento muy en forma.

—¡Cuánto me alegro por usted! ¡Ojalá siga usted siempre así!

—Dime, Onofre, ¿me darías una tacita de café? Toma tú también y así charlaremos mejor. Tú sabes donde está el café. Eso es. Aquí estaba aburrida, sí, muy aburrida. De pronto, hará cuestión, de unas tres o cuatro horas, me resolví a ir a una célula. ¿Cómo puede vivir la gente en esta monotonía de la vida sin emprender viajes a lo infinitamente grande ni a lo infinitamente pequeño? No logro comprenderlo, Onofre, no logro comprenderlo. Además, ahora que he vuelto, te diré, pero en secreto, que ambos mundos, el grande como el pequeño, son iguales. Depende, solamente, del punto de vista que tú tomes para mirarlos. ¿Me comprendes?

—Perfectamente; la comprendo a usted como si siempre no hubiese pensado yo otra cosa.

—Entonces óyeme, será mejor.

Cerró los ojos y tuvo un momento de recapitulación. Al fin los abrió y me dijo:

—Todos los grandes seres, como nosotros —¿permítes que llame grande a nuestro tamaño?—, todos, estamos formados por una enorme aglomeración de otros seres pequeños, pequenitos. Llamamos "células" a estos seres pequenitos. Tú te preguntarás que por qué razón les doy el ampuloso calificativo de "seres"... Piensa, Onofre, en una sola cosa: ellos nacen, crecen, se alimentan, se reproducen y mueren. Son como nosotros. Son seres.

"Ahora te diré, mi buen amigo, que en una célula hay millones, millones de seres vivientes, de otros seres más pequeños, más, más diminutos, más ínfimos. ¡Oh, créeme, son minúsculos, minúsculos! Tienen un nombre. Sí, lo tienen. Es, me parece, "mitocondrios"...

"¿Por qué te ríes? ¿Acaso crees que "mitocondrios" viene de la palabra "mito"? Venga de donde venga yo los llamo así y nada más que así: "mitocondrios" y aseguro, a quien quiera oírme que no son un "mito". ¡Son ellos y muy ellos!

"Bueno, Onofrillo, se llamen como se llamen, ¿te das cuenta tú qué inmensidades representa una célula para ellos? ¡Es una bóveda celeste! Yo estaba bajo esta bóveda y en ella, ¿sabes lo que pensé? Pensé lo siguiente:

"Estos mitocondrios viven en una célula: estas células viven en nosotros. ¡Piensa, haz un esfuerzo, imagínatelo! El universo, la bóveda celeste, esa inmensidad, que podrías apreciar en una noche serena, es una célula, nada más que una célula y, como tal, forma parte, vive en un ser muy superior a nosotros. Los planetas, sus satélites, las estrellas, los cometas,

todos los astros sin excepción, son pequeñísimos, diminutos corpúsculos que encierra esta célula. Y esta célula... ¡Onofrillo! ¿Te das cuenta? ¿Te das cuenta de la proporción de tamaño entre una célula y nosotros? ¡La bóveda celeste con sus planetas, sus satélites, estrellas y cometas no es más que una célula de este nuevo ser inmenso, inmenso, descomunal!

"Había que verlo, Onofre, a este ser. Me fui a verlo. Acababa de volver cuando tú llegaste.

"Al principio ese ser no me vio. ¿Cómo iba a verme? Es como si tú pudieras ver a un mitocondrio y conversar con él...

"Debo haber crecido. Eso es: ¡crecí, crecí! Nos encontramos cara a cara. Entonces me preguntó:

"-¿Desca usted?

"Le respondí:

"-Saber tu nombre.

"Contestó:

"-Bro.

Nos llamamos. Teodosia Huelén, creo, empezaba a desvariar.

-Desvaría usted, Teodosia, desvaría.

-No, mi buen Onofrillo, no desvarió. Puedo asegurarte que así me respondió.

-¡Curioso señor ese señor Bro!

-¿Curioso? -me interrogó-. ¿Qué le encuentras de curioso? Te he dicho que lo infinitamente grande es igual a lo infinitamente pequeño. Todo depende de querer ir a visitarlo. No hay más. Bro tenía sus semejantes, masculinos y femeninos. Allí estaban todos. Vivían en un mundo que les aparecía inmenso, como a nosotros nos aparece esta Tierra. Era una tierra semejante a ésta. No creas que era mejor, no. La casa en que vivía Bro era hermosísima, como las hay pocas aquí. Me recordó ese castillo que ha dibujado en sus miles de rincones Gustave Doré. ¿Recuerdas a cuál me refiero? El castillo de *Orlando furioso*. Me sentí a mis anchas en él. Me paseé por él, de un lado a otro. Bro ni se preocupaba mayormente de mí. Luego me empecé a aburrir, no mucho, pero me empecé a aburrir.

"-¿Me podría retirar, señor Bro? -le pregunté.

"-Como usted guste -me respondió.

"¡Ah, mi Onofrillo! Me retiré. Llegué aquí a mi casa, aquí donde ahora estoy contigo. Estaba inquieta. Me era antipático ese señor Bro. ¡Tan grande! Quise descender entonces, quise ir a lo minúsculo. No quería ni astros ni espacios siderales ni personajes como el señor Bro. Descendí. ¿Me entiendes? Descendí a una, sí, a una célula mía. Pero me resultó igual, igual. Ya te lo he dicho: lo infinitamente grande es igual a lo infinitamente pequeño. Así, pues, yo empequeñecí. Me hice chica, chiquita, chiquirritita, y viví por no menos de una hora con seres, como yo, pequeños, pequeñitos, pequeñerritos. Pero eran muy inteligentes. Me di cuenta de ello apenas los vi. Esos seres hablaban, amaban, pensaban, reían, lloraban, gozaban, sufrían. En todas las células era lo mismo. En todas ellas había seres diminutos que hablaban, amaban, pensaban, reían, lloraban, gozaban, sufrían.

"Reconcéntrate ahora: yo llevo y tú llevas y todos llevamos millones de esos mundos en los que sus habitantes, además de hablar, amar, pensar, reír, llorar, gozar y sufrir, además de todo eso, de todo, discuten y discuten...

"¿Qué discutirán tanto?

"Oí hablar de cosas "de suma importancia"... ¡Es de morirse, Onofre, de morirse...!

Iba a decir "de risa". Pero no. Es algo, en el fondo, muy triste. Sí, es muy triste pensar que, dentro de uno, hay tantos mundos en que también se discute y que estas discusiones traen guerras y destronan reyes y caen gobiernos... Tú pensarás que hay en ellos ciudades magníficas, inventos colosales, artes sublimes, aventuras amorosas, carreras y deportes de todas clases, que hay bosques, ríos, mares, insectos y fieras, entretenimientos ilimitados, miserias, angustias, dichas, truenos, rayos, relámpagos, teléfonos, sombreros, trajes, vicios y cualidades... ¿No encuentras tú que es algo tristísimo? Y nosotros, nosotros, Onofre, somos, al mismo tiempo, al mismo tiempo, como esos minúsculos seres que llevamos por millones. ¡Como ellos, ni más ni menos! Porque, al fin y al cabo, formamos parte, no lo olvides, de ese insigne señor Bro. ¿Qué te parece, Onofrillo, cómo estamos constituidos?

—Sí, Teodosia, es una triste cosa pensar en cómo estamos constituidos.

—Sí —me contestó—, es una triste cosa.

—¿Querría usted otra tacita de café?

—No, muchas gracias; quisiera reposarme un rato.

—Entonces, voy a retirarme, si usted me lo permite, y así reposará usted mejor. Hasta pronto, Teodosia.

—Hasta pronto, mi buen amigo.

Y salí disparado.

109

Salí y seguí disparado. Llegué a la calle del Cura Párroco, torcí por la avenida de la Santa Locomotora, pasé bajo las líneas férreas, entré en la calle de los Cartujos... Caminaba, diré mejor, corría. La Taberna de los Descalzos me aparecía como un descanso, como un paréntesis a tanto Onofre y Onofrillo, como una lejanía que interponer entre la última Vidente y el señor Bro, por un lado, y yo, simple habitante de San Agustín de Tango, por el otro.

De pronto me detuve junto a la puerta de la Taberna. ¿Y Malvilla...? ¿No estaría allí?

—¡Salud, gran amigo, salud!

Di media vuelta. ¡Salvado! Era Desiderio Longotoma.

—¿Entramos?

—Le diré verdad, Desiderio; temo encontrarme con Malvilla y usted comprenderá...

—¡Quiá! ¡Quiá! —se echó a reír—. ¡Malvilla! Lo acabo de dejar en el San Lito con una mona..., una mona de esas feroces, de esas borracheras con pérdida de la memoria y ¡de la corbata!

—Si ha perdido la corbata entremos.

Nos instalamos en un rincón. Longotoma irradiaba felicidad, se frotaba las manos y reía.

—¿Qué le pasa, amigo, que está usted tan contento?

—¡Ah, ah, ah! —exclamó—. Pues me pasa que me ha resultado admirablemente mi gran experimento. Ahora, hacer que en él participe nuestro conciudadano Baldomero Lonquimay, el incommensurable de Baldomero Lonquimay. ¿No cree usted que tal ha de ser la finalidad de mi gran experimento?

—Por cierto, Desiderio —contesté—, siempre que usted me explique en qué consiste ese experimento.

Me miró largo rato, guiñando los ojos. Luego me dijo:

—Se trata, nada menos, que del candiyugo; también se trata del maltiyugo. La cuestión es administrarse un poco de candiyugo y luego un poco de maltiyugo. No mucho, no. Un par de copitas y nada más. ¡Oh, entonces viene la euforia, la verdadera euforia, la que sucede por dentro y no se expresa, por fuera, más que lo que es necesario! Como estoy yo en este momento. ¡Qué euforia, qué euforia, amigo! Y como usted ve, hago mi vida acostumbrada.

—Desiderio, me ha dejado usted en el mismo sitio, es decir, en plena ignorancia. ¿Qué es eso de candiyugo y maltiyugo? Debe usted explicarse.

Volvió a mirarme largo rato y volvió a guiñar los ojos. Por fin me dijo:

—Ahora le explicaré a usted en qué consisten estos admirables productos. En una palabra, son las dos más sapientísimas mezclas que ha ideado el cerebro humano. Le diré a usted en qué consisten, aunque me callaré las proporciones de los productos que en ellas entran. Un momento, amigo.

Buscó por los bolsillos, encontró y me alargó un papel. Decía en él lo siguiente:

Candiyugo

Canela de Arabia
Nuez moscada
Cálamo aromático
Lúpulo cordillerano
Raíz de Angélica
Escamas de brevas
Cardomomo mayor
Taka diastasa
Higado de alcaraván

Maltiyugo

Tuétano de huesos
Flor de árnica
Aloe sucotrina
Cardomomo menor
Antenas de grillo real
Ojos de lamprea
Negro de humo
Labios de jabalí negro
Haba tenca.

—¿Lo ha visto usted? Pues bien, mi amigo, después de tomar, como le digo, unas dos copitas de cada uno de estos productos... ¡Oh, el efecto sobrepasa todos los cálculos imaginables! ¡Es algo fantástico, fantástico!

—Entonces, Desiderio, por el candiyugo y el maltiyugo, bebamos un trago. Ahora dígame: ¿quién prepara estos estupefacientes y tan extraños condimentos?

Me miró serio, muy serio; sus ojillos bailaban un shimmy desenfrenado. Después de un rato me preguntó:

—¿No conoce usted a mis más íntimas relaciones, es decir, a mis relaciones... llamémoslas demoníacas?

—No tengo ese agrado, ese honor.

—Pues sepa usted que si por algo he venido a esta jamás ni jamás desmentida Taberna de los Descalzos, ha sido, justamente, para encontrarme con el jefe de todos ellos. No ha de tardar en llegar. Y sepa también que si he insistido en entrar con usted ha sido para tener el gusto de presentarlos. ¡Ahí viene, ahí viene! ¡Hola! ¿Es usted don Torcuato? ¡Qué placer, qué placer! Voy a presentarle a usted a don Onofre Borneo; este es el jefe de los jefes, don Torcuato Melipenco.

Saludó ceremoniosamente don Torcuato Melipenco. Era un hombre altísimo, enjuto y flaco como una aguja. Llevaba bigotes negros, caídos. Se sentó junto a nosotros.

—Amigo, excelso amigo —le dijo Longotoma con desmesurada confianza—, tengo una historia para usted, una preciosa historia que, entre risas contenidas, me ha contado el cura de Putaendo. ¿La conoce usted?

Respondió Melipenco:

—No.

—Pues bien —prosiguió Longotoma—, fue el otro día este cura a confesar a un grupo de seminaristas. Viene el primero y, después de referirle una vida modelo, termina diciéndole: "Acúsome, padre, de haberme acostado con Rosita". Una penitencia severa y absuelto. Viene el segundo e ¡igual cosa! Nueva severa penitencia porque también se ha acostado con Rosita. Viene el tercero, viene el cuarto y el quinto... ¡Lo mismo! ¡Todos se han acostado, como único pecado, con Rosita! Viene, por fin el sexto. ¡Amigos, una vida sencillamente ejemplar! ¡No se ha acostado con nadie, ni con la famosa Rosita! El cura de Putaendo se entusiasma y felicita calurosamente a este sexto seminarista. "Eres arquetípicamente excelente —le dice lleno de un santo fervor—. Mi buen muchacho, ¡no te olvidaré jamás y elevaré mis plegarias por ti! ¿Cómo te llamas?" El sexto seminarista responde compunjido: "Me llamo Elucindo; me apodan Rosita..."

Don Torcuato Melipenco rompió con una carcajada atronadora. Se serenó de un golpe. Longotoma no cabía en sí de gozo.

—¿Otra copa, don Torcuato?

Don Torcuato respondió serio como una estatua:

—No, e infinitas gracias. Me es imposible dejar de pensar en don Ocario Puelmapi. Por eso retengo mis deseos de beber. Tiene este caballero 104 años de edad. Está don Ocario Puelmapi fresco como una fresca naranja. Quien quiera puede oírle decir: "El único secreto de mis largos años es la temperancia; jamás he bebido ni una gota de alcohol". Me lo ha dicho, este caballero, más de cien veces. Sería una vergüenza no seguir su advertencia. Siempre la he seguido a la medida de mis fuerzas. ¡Una copa! No más. Quiero vivir más de 100 años como ese preclaro varón. Por eso, jamás dos copas.

Me atreví a insinuarle:

—Tal vez, señor Melipenco, le bastan a usted sus productos, el candi y el maltiyugo. Al menos por lo que de ellos cuenta el señor Longotoma...

—¡Oh, no, señor Borneo! —dijo de inmediato—. Yo los preparo, yo sé las proporciones justas en que deben ser distribuidos sus componentes. Mas no los tomo. Me dañan el hipocondrio. En general me dañan toda la región epigástrica.

Pregunté a Longotoma:

—¿No teme usted que esos ungüentos, o bebidas, o como quiera usted llamarlos, le hagan mal a esa región?

—¡Alto! —prorrumpió interrumpiendo don Torcuato—. ¡Alto! Nunca ni un candiyugo ni un maltiyugo podrán afectar a este tan distinguido amigo de don Desiderio Longotoma. Porque esa alegría eufórica que lo acomete, este caballero de don Desiderio Longotoma la lleva dentro de él desde el día de su feliz nacimiento. Esa tan eufórica alegría no desea, a veces, manifestarse. Entonces: venga candiyugo y venga maltiyugo. Hacen ellos lo que harían dos criados o siervos o lacayos encargados de despertar al amo o jefe o patrón. En cambio yo... Señor Borneo: soy un hipocondríaco por naturaleza. Esos criados o siervos o lacayos despertarían en mí la congoja y melancolía que yacen sepultadas en el fondo de mi ser. No, mi señor Borneo, no los ingiero jamás. Nuestros males como nuestros bienes están dentro de nosotros. Los alcoholes, las drogas, los yugos... sólo los despiertan, los hacen activos. Por eso, ¡una copa y nada más! ¡Una copa de tarde en tarde y nada más! Debo acercarme, cuanto me sea posible, al temperante de don Ocario Puelmapi.

“Señores, una noche acompañé hasta la puerta de su casa al muy venerable de don Ocario Puelmapi. ¡Piensen ustedes! ¡Una edad, una respetable edad de 104 años y alerta como un joven! Abrió la puerta sin titubear. La abrió y... oímos adentro ruidos, tumultos, alborotos! Le impedí que entrara. Le pregunté de inmediato: “¿Qué, qué ocurre en su mansión, don Ocario Puelmapi?”. El señor Ocario Puelmapi me contestó descorazonado: “¡Ah, Dios mío! ¡es mi padre que nuevamente se ha emborrachado...!”. Y se sumergió puerta adentro...”

Nueva risa incontenible de Longotoma acompañada con corta y estrepitosa carcajada de don Torcuato Melipenco.

De pronto sentí que me hundía en mí mismo: Cabaré San Lito, Braulia Tinguiririca y su látigo, Alicia Bick y esos señores de Ramiro Lampa y de Gualberto Choapa, y el pederasta de Carmelo Lipingue, el hombre de negocios y poeta nervioso... Y Trumencia Borneo, mi prima... Y la coca y la última Vidente que aparece tras la puerta del dormitorio cuando se dice: “¡Ser!”... Y Teodosia Huelén con sus viajes extraordinarios por las inmensidades donde reina el señor llamado Bro... Y el castillo a lo Gustave Doré donde habita... Y las células, las ínfimas células con sus mitocondrios... Y sus millones de seres que hablan y hablan de cosas de “suma importancia” y las vuelven a hablar... Y ahora Desiderio Longotoma que trae, junto a su candiyugo y maltiyugo, a don Torcuato Melipenco... Y han de reír y reír, el primero como un río y el segundo como balazos mientras cuentan chistes... Y vendrán más y más chistes... Y más y más y más... ¡Dios mío! ¿Seguirá eternamente la cosa así...?

Pretexté un olvido. Me despedí. Sali. Corrí.

Florencio Naltagua me apareció como un remanso después de seres tan diferentes pero igualmente odiosos para mis nervios fatigados. ¿Fatigados de qué? ¿Tal vez por la coca de Malvilla? ¿O por esas células de Teodosia? ¿O por los chistes de Longotoma y del señor Melipenco con sus raras copitas? ¿o era, acaso, por la incertidumbre en que vivimos como

el longevo señor Puelmapí que encuentra a su padre borracho? ¿O acaso era el señor Bro, ese hombre más inmenso que lo que uno puede concebir? ¿O era el látigo de Braulia Tinguiririca el que se cernía alrededor mío?

No podía dejar de pensar que en otro tiempo, en otro estado de ánimo, Tanto Malvilla como Longotoma y sus amistades y aun Teodosia empuñecida en una célula, me habrían parecido llenos de interés. Nuestros nervios se dislocan y no hay más. Se es, entonces, tomado por una terrible, por una angustiosa inestabilidad interior.

¡Florencio Naltagua!

Al día siguiente le telefoneé. Iría a almorzar con él.

Sólo con ver los arcos del Portal Colonial sentí que la paz volvía a mí. Las estancias de Naltagua... En verdad, ¡qué honda tranquilidad!

Le conté mis andanzas cocainómanas con Romualdo Malvilla y le hablé del látigo que sufría y hacía sufrir; luego evoqué a la última Vidente y pasé a los viajes de Teodosia Huelén, desde las inmensidades del señor Bro hasta lo diminuto de las células cargadas de grandes universos; por fin llegué a mi encuentro con Desiderio Longotoma y su amigo Torcuato Melipenco con los chistes que, riendo como locos, contaban en medio de copitas abundantes para el uno y medidas para el otro...

Naltagua me oyó más bien distraído. Por fin me dijo:

—Veo que todavía te inquietan las variedades de tus amistades. Ello me parece algo extraño. Porque, veamos, Onofre: ¿existe esa influencia tan fuerte en las que tú llamas "amistades"? No debes olvidar que la amistad trae consigo el hecho de entenderse y, más aún, de compenetrarse. En esto ¿qué mal puede haber? Si no ocurre así, quiere decir que no es amistad. Entonces esa convivencia debe ser reducida a su justo valor. Si la creías amistad... ¡bórrala y sigue! Debes buscar, únicamente, las amistades que correspondan a tus deseos internos. Sólo así podrás ver que no hay en este mundo malas compañías. No debes olvidar tampoco que, en el fondo, todos, todos los seres son buenos, que todos llevan una bondad muy grande pero que ella se halla cubierta por una capa de insensatez o de bullicio o de maldad.

Entonces le pregunté:

—¿Por qué me descarrila los nervios este trato fallido con otras personas?

Me respondió:

—Te preocupas demasiado de estas otras personas. ¡Déjalas que hagan su cometido en la vida! Entonces, ¡ámalas! Y guarda tu máxima serenidad. Porque todo está bien, todo, si sabes colaborar con tu existencia. Es otro modo de vivir. No lo olvides y repítetelo a cada instante: "Todo está bien en esta vida". Poco a poco lo descubrirás. Descubrirás que no puede haber nada malo. Porque malo sería la idea de un error fundamental. Pero se necesita, para obrar en esta forma, mucha humildad. Haz lo contrario de lo que hace la gente en su gran mayoría. ¿Qué hace esta gente? Empieza por formarse un esquema de su vida y pasan sus días tratando de acomodarse a tal esquema. Pero hablemos, Onofre, de otras cosas. Tal vez lo que quiero contarte tenga alguna relación con tu estado de ánimo. Dime, ¿conoces tú a Eusebio Palena?

—Por cierto —respondí— y mucho gusto de lo que escribe. No tengo más que recordar *La Nave de los Locos*, que ahora ha escrito y cuyas impresiones me contó; como recuerdo también sus impresiones al afilar un pequeño lápiz; y las que tuvo al ver a dos chicas en un columpio; también recuerdo su impresión al cruzarse con un coche desocupado; y aquello que intitulo yo *Lo que...* ¿Por qué me lo preguntas?

—Esa vez que hablaste con Palena, cuando te leyó lo que había escrito y te contó sus sensaciones, ¿no te mortificaste como ahora con Malvilla, Teodosia, Longotoma y demás?

—Por el contrario; lo encontré lleno de interés.

—Pues bien, Onofre, este joven escritor de Eusebio Palena se ha enamorado.

—¿De quién?

—De una hermosa muchacha: Silesia Tobalaba.

—¿Es correspondido?

—Sí, es correspondido.

—Pues les deseo una gran felicidad, tanto a él como a ella, esa hermosa muchacha de Silesia Tobalaba.

—Les haré presentes tus votos de felicidad.

—Pero dime, Florencio, ¿a propósito de qué me lo has citado?

Hizo Naltagua un gesto vago al decirme:

—Simple y lejana asociación de ideas. Me vino, súbitamente, el caso de Palena a la memoria. Si quieres te lo refiero.

—Por supuesto; te escucho.

—Tú sabes, Onofre, qué hombre inquieto es Palena. Más de una vez he pensado que se perdería. Recuerda, tan sólo, cómo ha sido perseguido por esos locos de la nave; recuerda también el lápiz que afilaba; en fin, recuerda las ideas que lo acometen. Eusebio Palena había llegado a una total indiferencia respecto al amor a los demás hombres. Era él solo, era único en medio del mundo que lo rodeaba. Pero en este mundo estaba Silesia. Un día la vio. Ese día se entregó a ella.

“Ella empezó por darle ciertas instrucciones sobre el amor a los demás hombres. Este sentimiento era francamente refractario a Palena. Sólo podía experimentar un amor teórico hacia sus semejantes cuando los consideraba en conjunto. Pero personalmente y en el contacto diario sentía una repulsión instintiva por cada uno que no fuera un amigo. Silesia le pide que ame a todos, todos los hombres pues de lo contrario se está creando una verdadera barrera a su desarrollo espiritual. Palena acepta. Palena lo pone en práctica.

“Es en vano. Todo en él no pasa de ser un anhelo. Cuando ha de tratar con un hombre inferior o con un hombre antipático siente un impetu por irse en contra de él para eliminarlo de la Tierra. Su temperamento, de una sensibilidad siempre en tensión, es sobre todo sensible a la humillación. Contra ésta reacciona con violencia. Pero le queda en su recuerdo un sabor amargo y durable que le arranca toda calma. Con el fin de evitar tal recuerdo huye de los hombres con algo de asco. Todos sus empeños fracasan. Sin embargo siente que seguir así es retardar su progreso. No olvides: está Silesia.

“Casi llorando se lo dice:

“Es la estulticie humana, es ella que lo rebela. Ha tratado a éste, ha tratado a aquél; movido por las mejores intenciones se ha acercado a aquellos cuyas inteligencias eran primitivas. Ha oído sus opiniones. Ha sentido, entonces, surgir una verdadera antipatía en contra de ellos. Sólo el temor al escándalo lo ha retenido; el contacto material le ha impedido abofetearlos. Se desespera Palena: ve vulgaridad en todas partes. Esas ideas pequeñas las siente como un veneno que se filtra y se filtra por las más escondidas hendiduras de su ser. ¿Cómo, pues, amarlos? ¿Desde qué punto considerarlos para que cuanto piensen y hagan pase por él sin tocarlo? ¿Tras qué idea, tras qué forma mental atrincherarse para impedir la influencia de esos hombres? Aquí tienes las preguntas que Palena se plantea. Pero, no lo olvides: está Silesia.

"Silesia, en vez de contestar directamente, coloca el problema en otro sitio. ¿Cuál? Sencillamente le habla de los niños.

"¡Los niños!

"¿Quiénes tienen conceptos más absurdos, ideas que llegan a la extravagancia por su lejanía a todo pragmatismo, quiénes tienen deseos más ínfimamente diminutos? He aquí uno que crece y afirma y pregona que nada hay más importante que su juguete; he ahí otro cuya preocupación máxima está tomada por correr y correr; y otro por hacer hoyos y montículos inútiles; y todos por comer dulces y golosinas hasta enfermar. Es un mundo de seres como imposible sería hallar entre personas mayores. Sin embargo tú, Eusebio —le dice Silesia—, pasas a través de este mundo sin inquietarte; a veces te es de tu agrado. Lo ves, lo comprendes. Las ideas de los niños, si pueden llamarse ideas, no llegan a ti.

"¡Ah, mi buen Eusebio, es que sabes que todo ello es un estado transitorio! Como tal se transformará y al transformarse, dará seres como todos.

"El estado que él tuvo. El estado que tuvieron los amigos de hoy día, esos amigos con quienes congenia. Silesia le dice y le repite que debe agrandar su mente para que su memoria logre abarcar un conjunto evolutivo mayor. Pues, ¿qué pasa? Las primeras fases de esta evolución se consideran, inconsciente e instintivamente, faltas de importancia; la atención entera va hacia el resultado de la evolución, en este caso, va hacia el hombre adulto. Hay que ampliar con todos los medios posibles esta apreciación. La vida entera de un ser, desde su nacimiento hasta su muerte, no es más que una etapa de la vida entera; óyeme bien, Onofre, que digo: entera. Así, en la actual, son etapas la niñez, la juventud, la madurez y la vejez. Es lo que hay que hacer: ver a todos los humanos haciendo de su vida actual una preocupación momentánea dentro de la vida entera. Como él, él, Eusebio Palena, puede, por un momento, preocuparse de una bagatela. Además ha de hacerse la imagen de lo que hizo cuando pasaba por tales etapas, hacer la relación de un hombre determinado con él mismo en otro tiempo. Porque dime, Onofre, ¿quién desprecia a un niño porque no tiene los conocimientos de uno? Nadie. Todos saben que pronto los tendrá. Más aún: habrá quienes envidien a un niño al ver, por las circunstancias que lo rodean y por las cualidades que demuestra en germen, que ese niño ha de alcanzar, cuando grande, estados superiores a los alcanzados por quien lo contempla.

"—Pues bien, Eusebio —le dice Silesia—, haz lo mismo. Viendo circunstancias y cualidades en una infancia podrás vislumbrar lo que en potencia tiene un gañán cualquiera. Hoy lo desprecias. Pronto no lo despreciarás. Porque todo está bien en la vida; todo reside en saber descubrir en qué y dónde lo está.

"Eusebio Palena partió de nuevo a esta vida que estaba de tal modo bien. Partió a poner en práctica las palabras de Silesia. Anduvo, vagó, anotó; volvió a andar, a vagar, a anotar. Fueron estas andanzas un verdadero fracaso. A todo momento se vio contrarrestado ante la presencia de los hombres. Porque ante ellos no pudo guardar la indiferencia tranquila que guardaba ante los niños. Los niños podían reírse de él, podían hacerle mil travesuras. Él no se inmutaba. En cambio si veía la mofa de un hombre o si este hombre lo insultaba o lo atropellaba, Palena no podía conservar la calma. Sentía que la sangre se agolpaba en su rostro; o bien sentía que se ruborizaba; a veces se enfadaba. En vano Silesia se lo reprochaba amargamente. Palena alegaba siempre:

"—No sé de nadie, Silesia, de nadie —a no ser de un perfecto yogi y esto lo sé únicamente por referencias —que pueda pasar por entre las multitudes sin sentir un escozor frente a los que, irónicos o enojados, lo miran y lo critican. Los que llegan a hacerlo, los intrépidos,

como se les llama, lo logran por una reacción furiosa en contra de sus enemigos, lo logran por una batalla que les causa el amor propio herido, cosas que hacen gastar más energías que el hecho de sufrir la vergüenza. ¿Dónde, pues, un ejemplo sano? ¿tendré que esperar hasta llegar a ser un yogi perfecto?

"Silesia le respondía:

"—El ejemplo está en todas partes. Esa indiferencia natural, que no proviene de la altivez ni proviene de la insensibilidad, aparece a cada instante. No tienes más que observarla y seguirla. He ahí un perro, sí, un perro... ¿Por qué te extrañas? Un perro que pasa por entre una multitud. Esta multitud se ocupa algunos instantes de él. El perro va tras una perra; la perra se ha ido con otro perro. La multitud ríe con esta malaventura amorosa. El perro pasa y no se inquieta. No es el momento de pensar en los hombres y en ellos no se piensa. Porque los animales, esos seres que están tan por bajo de nosotros, van enseñando, sin palabra alguna, la lección de indiferencia nacida de la certeza instintiva de que cada cual tiene bastante con arrastrar su cruz. Todos los hombres podrán mofarse. ¡Que se mofen! No por eso el perro detendrá su marcha. Como no detiene su vuelo el pájaro que se cierne sobre nosotros; ni el árbol se detiene en echar sus hojas; ni el agua en correr y correr incesantemente. He ahí, pues, cómo lo que consideramos inferior, cumple su misión. Aquél pasa, éste vuela; aquél da sus hojas, ésta corre y corre. Cada cual vive su vida...

"Dime, Onofre, ¿no te habría venido muy bien este discurso de Silesia a Palena? Porque tú te comportas como un hombre superior. Prueba de ello es que has temblado de asco al contacto de seres que se te antojaron inferiores. Tú te has rebelado contra Malvilla, contra Teodosia y contra Longotoma y Melipenco. ¿No lo ves! Piensa: ellos, todos ellos, te han castigado; te han devuelto la mano haciendo que sea tanto tu desprecio que este desprecio pase a ser el objeto único de tus posibles meditaciones.

Te diré como sé que Silesia dijo a Palena: ¡Déjalos que vivan!

Si ves a un hombre cuyo ideal es una mujer de cabaré y que, a través de la cocaína, hace aparecer a la Vidente; si ves a una que considerabas tu amiga viajando por astros inmensos y por células diminutas; si ves a otros hombres embelesarse con sus chascarros que cuentan entre copa y copa...; quiere decir que tal es su destino hoy por hoy; ver un ideal en la mujer del cabaré y luego ver a la Vidente; viajar por astros y células; reír con chascarros hasta el embeleso.

"Dime, Onofre, ¿qué derecho tienes tú para poner obstáculos a estas vidas? ¿Por qué, como habló Silesia, no te molesta que los árboles den hojas y el agua vaya adonde ha de ir? ¿O te molestas con cada perro que pasa y con cada pájaro que vuela? No, no te molestas porque, en todo ello, no ves un mal para ti. Si una muralla se desploma y está a punto de aplastarte, tú no te enfadas con ella. Si era inevitable que por allí pasaras en el momento mismo en que la muralla caía..., comprenderás que tal era su destino. Pasabas por ahí... Bien, es una coincidencia, una ley, un destino, un karma. El nombre poco importa. Te alegras de no haber muerto y de no estar herido y sigues tu camino. Si una mera curiosidad o un fin mezquino te lleva al lugar de una catástrofe que ha de venir, entonces te insultarás a ti mismo por haber ido a meterte adonde nada tenías que hacer. Pero... ¿insultar a la causa de la catástrofe o a la muralla que se ha derrumbado...? No, Onofre, no. Te diré ahora lo que Silesia Tobalaba le dijo a Eusebio Palena para terminar:

"—Piensa siempre que la culpa es tuya y de nadie más; es tuya por no vivir como vive el perro y el pájaro, el árbol y el agua.

Ahí tienes, Marul, lo que Florencio Naltagua me contó a propósito de Eusebio Palena y de Silesia Tobalaba. Creo haberlo repetido fielmente; al menos he tratado de hacerlo en su esencia. Tú sabes cómo habla Naltagua: ¡dice tantas y tantas cosas en medio de su calma! Déjame hacer un poco de memoria; así te pondré esa máximas o consejos que, a cada momento, se escapaban de sus labios.

Te las escribo como vengan a mi memoria, como aparezcan:

- El amor debe sentirse por quien comprenda y por quien ayude; no por quien guste.
- El dolor es lo único que demuestra nuestra personalidad.
- La imbecilidad consiste en confiar en nuestra mente diurna. A ella se le confía todo y ella todo lo resuelve.
- Siento un verdadero placer en charlar con los mediocres. Te pregunto ahora: ¿quiénes son los mediocres? ¿Es, acaso, la gente que "intelectualmente" consideramos más abajo que el intelectual? No. El plano intelectual suele ser un bluff y nada más; suele ser una crinolina, un pompón. Debiéramos hacer nuestro juicio sobre los hombres de otro modo, corregir los valores y así ponerlos según una escala de ¡méritos! Muchas, muchísimas veces ocurre que en el más humilde hay mayor profundidad que en el intelectual.
- Ante los iniciados... te daré un consejo: juzga siempre, en ellos, con suma desconfianza cualquier acto que no corresponda a un acto normal, a un acto de un señor como todos. Porque el iniciado debe actuar como todos; ¡jamás nada, nada estrambótico!
- En la práctica del ocultismo lo más difícil, más que las altas prácticas, es la práctica en las pequeñas cosas de todos los días.
- Hay que bajar y bajar el culto a la personalidad; hay que romper el mundo de las individualidades. Esto será el primer paso que demos hacia la unión. Será el comienzo del trabajo puro. Al decir "puro" pienso de inmediato en la Edad Media. Porque la obra se ha de hacer para después. Desvirtúa todo el sentido de un trabajo quien pone el acento en esta vida.
- Nuestro trabajo es matar al yo; nuestro trabajo es abrir los límites, abrir las vías de comunicación; abrirlas hasta que se forme un todo. Nuestro trabajo es "deshacernos".
- A veces pienso en lo que, cierto día, dijo Rubén de Loa. Fue a propósito de los clásicos. Los veía lejos, muy lejos, como en un telón de fondo; los veía a todos ellos unidos tras de un ideal común. Los comparaba luego con los artistas de hoy y, a éstos, los veía bajando en busca de nuestros resortes más hondos, bajando tras la semibestia. Tantas veces como pienso en las palabras de Rubén, me he de preguntar: "¿Será justa esta visión?".
- ¡No, no es justa, Onofre, no lo es! Veía a los artistas como manejando sus búsquedas por... su propia voluntad. No veía que lo que ellos hacen es recibir órdenes y ¡obedecerlas!
- Siempre que pienses en el ocultismo debes también pensar en la manera cómo en él se progresa. En ocultismo se progresa yendo tanto hacia arriba como hacia abajo. Total: una amplitud. No se puede ir solamente hacia arriba. Para ilustrar esto te dibujaré un cuadrado: representa al hombre común; de él lancemos dos líneas hacia lo alto; representan al iniciado; luego, en idéntica forma, lancemos dos líneas hacia abajo; representan la comprensión de lo que no debe ser.
- Los momentos hacia arriba pasan en un éxtasis silencioso; los momentos hacia abajo nos agarrotan y nos persiguen a todo momento.

– Cierta vez un médico rosacruz, el doctor Riboulleau me dijo: Debe llorarse el nacimiento de un ser humano; nunca su muerte.

– Cuando se progresa en ocultismo no hay aumento ninguno de felicidad. Uno se ve siempre donde mismo. Es el mundo el que se mueve; no es uno. Se ve, únicamente, que los demás están des preocupados, que están, por lo tanto, más bajo.

– Los hombres, todos ellos, buscan para fuera; no buscan para dentro de ellos mismos.

– ¡Oh, qué cantidad de hombres hay en uno! ¡Y cómo se pelean! ¿por qué te extrañas de que Álvaro proteste en contra de Onofre...?

– El “suceder” ocurre, sobre todo, en el modo de pensar.

– ¿Cuántas cosas tomas tû en serio? Estoy cierto de que haces una división: lo que ha de tomarse en serio; lo que no ha de tomarse en serio. Onofre, ¡esto está mal! Todo –¿me oyes?–, todo debe tomarse en serio y... entonces –¡ojalá!– meditar sobre ello.

– ¡Qué lindas cosas hacen los niños! ¿Has visitado alguna vez una exposición hecha por ellos? El canal que une con aquella alta región está abierto; por él fluye un raudal. Luego se cierra, se los cierran a los hombres... ¿Quién comete este acto? Lo cierran, Onofre, para que uno empiece de nuevo a hacer esa región a través de uno mismo, a través del hombre.

– Es así para tomar sentido de la reencarnación.

Habló más Florencio Naltagua, sin duda habló más. Pero es esto, Marul, lo que ahora recuerdo. Es un mundo de cosas dispares pero que siento pueden ser organizadas. Entonces... ¡adelante!

112

– ¡Prisa, Marul, prisa, Marul Carampangue! ¡Caminemos rápido, rápido! Fray Palomo de la Ojiva es un tipo único; créemelo.

Nos apresurábamos Marul y yo. Íbamos por las calles sin ver a nadie. Apercibimos, por fin, la mole del Convento de los Jerónimos. En él penetramos. Nos recibió Fray Canuto-Que-Todo-Lo-Sabe. Luego nos indicó un laberinto de escaleras. Por él nos engolfamos. Después de trepar y trepar nos encontramos con Fray Benito del Crucifijo. Nos llevó éste hasta la celda de Fray Canela del Calvario. Éste, sonriendo para sus adentros, aceptó llevarnos hasta las varias celdas de Fray Palomo de la Ojiva.

Entramos a una pequeñita y vacía.

– Esperen ustedes un momento aquí –nos dijo Fray Canela–. Yo voy a retirarme, si ustedes lo permiten.

Al cabo de un momento apareció Fray Palomo. Entró con estrépito. Nos saludó brevemente. Sin pronunciar palabra nos hizo pasar a la celda contigua. Aquí nos dijo sin preámbulo alguno:

– Stanislas de Guaita conoce a Satanás. Hay que seguir la huella de Stanislas de Guaita si pretendemos conocer a Satanás. Stanislas de Guaita ha dicho:

Donde sea que las tinieblas fétidas de la negación, al ofuscar la inteligencia del hombre, logren abolir en él la vida espiritual y puedan obliterar el sentido interior queda la intuición de lo divino y el sentimiento de lo eterno, –en verdad, Satanás está allí bajo su forma metafísica: el *Error*.

Donde sea que la perversidad corroa a las pobres almas hasta disolver los lazos íntimos de solidaridad que atan a unos y otros; donde sea que el escéptico deprave las conciencias, hasta confundir en ellas la noción de justo e injusto, —en verdad, Satanás está allí bajo su forma psíquica: el *Egoísmo*.

Donde sea, por fin, que la libre voluntad del hombre, induciendo a la Naturaleza (espejo de lo divino) a la más espantosa mentira, le fuerce a renegar la gloria de su tipo celeste, substituyendo la discordia arbitraria de los malos deseos individuales a la sabia armonía de las leyes generales, —en verdad, Satanás está allí bajo su forma sensible: la *Fealdad*.

¡Error, ceguera de los espíritus! ¡Egoísmo, mal hálito de las almas! ¡Fealdad, deformidad de los cuerpos!... Siempre la silueta infame de Satanás está allí, reflejada en los tres mundos del pensamiento, del sentimiento y de las cosas sensibles.

“Tal ha dicho el grande entre los grandes, Stanislas de Guaita; tal ha dicho el cien veces superior, Stanislas de Guaita; tal ha dicho el excelso, Stanislas de Guaita. Ha indicado los tres senderos que nos pueden llevar hasta la morada de Satanás y en ella encontrarlo. Por esos senderos voy yo en su busca.

Marul, entonces, le dijo:

—Veo, Fray Palomo, que es franca su admiración por ese escritor de las verdades ocultas.

Respondió Fray Palomo:

—Sí, señora, es franca mi admiración por Stanislas de Guaita.

—¿Acaso lo admira usted junto con la Iglesia?

—La Iglesia finge ignorarlo. La Iglesia, digámoslo sin ambages, lo reprueba.

Marul vaciló unos instantes para insinuar al fin:

—Pero Fray..., Fray Palomo..., Fray Palomo de la Ojiva...

Respondió éste:

—Sí, Fray Palomo y Palomo de la Ojiva; sí, señora, porque Fray Palomo de la Ojiva cumple con el alto deber que se le ha encomendado. Sí, señora, porque ha de saber usted que no es una Iglesia perfecta aquella que huye de sus enemigos. Para vencer a un enemigo, menester es conocerlo a fondo. Satanás y yo somos amigos. La Iglesia ha de callar.

Callamos los tres.

Marul y yo nos habíamos sentado en un pequeño sofá; Fray Palomo permanecía de pie. Largo rato de silencio. Oí, de pronto, el susurro del viento entre las hojas, entre muchas, muchísimas hojas. Debo haber puesto una expresión de extrañeza: junto al Convento de los Jerónimos hay árboles, es verdad; pero el Convento es inmenso así es que no hay posibilidad de oír el viento por los cuatro costados simultáneamente. Ahora susurraba el viento por los cuatro costados de la celda como si ella se hubiera desprendido del edificio. Fray Palomo, que vio mi perplejidad, se apresuró a aclararme el hecho:

—El Convento de los Jerónimos está lejos, ahora. Nos encontramos en medio del bosque de Guayacán, por el momento. Es preciso que os habituéis a los poderes de Satanás. También debéis habituaros a que os diga: “vos”; el “usted” ha terminado.

—Seremos toda obediencia a las órdenes que tendréis a bien impartir —murmuró Marul.

—Os diremos “vos” —agregué yo.

Nuevamente callamos los tres. De pronto el rostro de Fray Palomo se iluminó:

—¡Ha de venir, Él! —exclamó.

Repetimos nosotros:

—¡Ha de venir, Él!

Entonces, volviéndonos la espalda, volvió a exclamar:

—¡Satanás! ¡Entra!

Tuve miedo. Me esperaba a ver al terrible y temible Satanás como lo más horrendo que jamás mis ojos hubieran visto; Marul, igualmente. Fray Palomo volvió a repetir con voz estruendosa:

—¡Satanás! ¡Entra!!

Sentimos un crujido, creo que en las paredes, y vimos, de pronto, al medio de la celda, a... ¡Palemón de Costamota!

Nos hizo una exagerada reverencia a Marul y a mí. Luego sonrió. Luego se volvió hacia Fray Palomo y le dijo con toda sumisión:

—Maestro, aquí estoy. ¿En qué puedo poner los escasos dones que tengo para servirlos en forma eficaz y halagadora a la vez? Fray Palomo de la Ojiva: ¡decídmelo, por piedad, Maestro venerado!

Nueva exagerada reverencia y nueva sonrisa.

Fray Palomo contestó:

—Menos cortesías superfluas. Estamos en mi celda y en ella reina la tranquilidad acostumbrada. ¡Ea! Sentaos, Palemón de Costamota.

Otra reverencia. Su bastón caracoleó en sus agudos dedos. Se sentó cruzando las piernas. Luego preguntó:

—¿Otogariásemela la privilegiada aquiescencia de fumar?

—Haced a vuestro antojo —le respondió Fray Palomo.

Nos alargó una pitillera dorada, de oro seguramente. Marul y el fraile rehusaron fumar. Yo acepté un cigarrillo. Se apresuró a encendérmelo con un encendedor, al parecer, de oro también. Luego encendió el suyo echándose en un amplio sillón que yo no había advertido antes.

Lo examiné: Palemón de Costamota estaba igual a cuando lo vi por primera vez: chaquet negro, encintado; pantalones a cuadros, ajustados; botines puntudos; chistera de alas planas; alto cuello tieso; corbata vistosa; una flor; bastón de bola de oro; dos afiladas puntas como bigotes; perita larga...

Pero me quedé un momento confuso y traté de poner cierta luz, cierta claridad en lo que me acontecía. Repetí para mis adentros:

"La primera vez que te he visto, Palemón de Costamota..., la primera vez..."

Palemón preguntó:

—¿Por qué año circuláis vosotros, moradores de la Tierra?

Contesté sin vacilar:

—Por el de 1929; ya se avecina el de 1930.

Palemón hizo girar su bastón entre sus largas uñas; luego rió con estrépito y me dijo: —¡Por 1929! ¡Curioso, curiosísimo, mil veces curiosísimo! ¿No lo encontráis así, señor...? ¿Vuestra gracia, si me hacéis la gracia de concederme esta gracia?

—Onofre Borneo —respondí.

Miró a Marul con ojos interrogativos.

—Marul Carampangue —respondió ésta.

Se levantó, hizo otra exagerada reverencia y nos dijo:

—Palemón de Costamota, servidor de vosotros.

Respondimos al unísono.

—También somos vuestro servidor.

Entonces Fray Palomo cayó de hinojos y, levantando los brazos hacia el cielo, exclamó:
—¡Ánimo! ¡Fuerza! ¡Valor! ¡Ha caído una nueva, una novísima gota de amistad! ¡Gloria a lo que gloria merezca tener tanta gloria!

Palemón de Costamota se levantó de su asiento, dio su brazo a Fray Palomo ayudándolo a levantarse, luego, mirándome con fijeza, me dijo:

—Señor Borneo, tal vez os estáis demandando por qué causa el año de 1929 provocó en mí tan inusitada alegría que no tuve más que hacerla notoria con estrepitosa carcajada. Es ello extremadamente simple: porque os vi cogidos por el suceder de los años; lo cual indicáis con cuatro pequeñas cifras: un 1, un 9, un 2, otro 9. Os agarráis, con uñas y dientes, a estas pequeñas cifras y con ello —¡ah, ah, ah!—, con ello impedís que en vosotros suceda el mundo como ha de suceder. ¡Ooooh! Fue don Florencio Naltagua quien, cierta vez, lo expresó: “El suceder ocurre, sobre todo, en el modo de pensar”. ¿No se lo habéis oído expresar? Vosotros pensáis en los cuatro numeritos: un 1, un 9, un 2, otro 9. Y con ello os veis obligados a vivir al día, en el día en que vivís, con un desmedido pasado que se os amontona sobre los hombros; con una densa y grandísima nebulosa frente a vosotros. ¿No lo creéis verdad? A veces, raras veces, rásgase esta nebulosa y una vislumbre, un destello os aparece. Por eso, señor Borneo, cuando me visteis tuvisteis que deciros: “Palemón de Costamota está igual a cuando lo vi por primera vez...”. ¡Ah, ah, ah! Según estos fatídicos numeritos no me habéis visto, mi señor Borneo, antes que en este momento. Echándolos de lado, alejándose de ellos, sí, mi señor Borneo, me habéis visto. ¡La Torcaza! Allí tuve el nunca parecido honor de conoceros. Fue allá, allá por los años de 1941... Me diréis que faltan aún doce años para que se nos presente ese año de 1941. Bien, ¿como sea! Pero estáis pensativo en La Torcaza y meditáis en el caballero de la triste figura, el tan ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha; también meditáis en su fiel escudero, el juicioso Sancho Panza... Entonces yo me presento a vos, mi muy distinguidísimo señor Borneo y, después de haceros la venia, me permito daros una serie de consejos literarios. ¡Cómo! ¿No lo recordáis? Os hablé de un bisturí, de un microscopio, de un escalpelo. Sí, lo recordáis a través de la rasgadura de la nebulosa que hay ante vuestros ojos. Mirando por microscopio y con escalpelo y bisturí en mano laboramos las entrañas de Monsieur de Charlus, de don Segundo Sombra, del joven Werther, de Gargantúa, de Carlota, de Iván Karamazov, del roto Esmeraldo, de Stoyte, de Segismundo de Polonia, de Hamlet, de Bel Ami... ¡Claro está que veis, con luz casi meridiana, por la rasgadura de la nebulosa que hay ante vuestros ojos! Distinguido cientos de veces señor Borneo, la prueba de que veis es que me encontráis idéntico a la manera como me presenté ante vos en el correr del año de 1941.

Se volvió hacia Fray Palomo. Después de la consabida reverencia le susurró apenas:

—Maestro e invocador, algo falta aquí.

Respondió Fray Palomo:

—Palemón de Costamota, falta que os presentéis en forma debida. ¡Gloria!, he dicho por la gota de amistad caída entre vosotros. Ahora profundicemos esa amistad. Hablad, os lo ruego, de vuestros magnos poderes. Así os conocerán, estos dos jóvenes imberbes, como fuerza es conoceros.

Respondió Costamota:

—Os obedezco, Maestro e invocador.

—Debéis, pues, hablar de vuestros vastos poderes.

—¿Yo, mi Maestro e invocador? ¡Oh, no, de ningún modo, de ningún modo! Dejadme, tan sólo, que os cite unas palabras. ¡Son palabras que acepto! ¡Las sé de memoria! Vos también, Fray Palomo, las vais, de seguro, a aceptar. Porque os aseguro que ellas no están del todo mal. Oídlas, venerados oyentes, siempre que ello no sea un cargo para vosotros:

—¿Cómo hablarte de todos mis poderes? Me sería preciso para ello hablarte sin cesar hasta el fin de mi vida. En torno del que me escucha doy la sensación de una muchedumbre que lo protege. Con un poco de polvo de imán sobre un brasero, produzco temblores de tierra. Creo rayos artificiales. Con orines batidos hago nevar, llover, tronar, apago los incendios. Te transformaré a voluntad en joven o viejo, en niña o en chiquillo. Puedo hacerte volar por el aire, en una nube, en forma de águila, de cuervo, de buitre o de grulla. Detengo a los reptiles, protejo de todo ataque imprevisto, y gracias a mí no conocerás en tus viajes ni ladrones ni accidentes. Haré que tu perro y tu caballo sean más bellos y más despiertos. Alivio las torceduras, curo la sarna, destruyo las hemorroides; con algunas invocaciones ahuyento las fiebres. Doy la fuerza necesaria para caminar sin detenerse, si se escribe sobre tres trozos de papel los nombres de los tres reyes magos. Detengo, con la llave de San Pedro, el hocico furioso del mastín que te ataca. Quiebro los maleficios de otros magos. Sé captar el afecto de un rey, domar la hipocresía eclesiástica, promover guerras, sembrar la discordia en un ejército. Descubro el dinero robado, derribo castillos, hago que se hundan las ciudades, abro las prisiones, concedo los bienes materiales y la victoria, doy la invisibilidad, adormezco, hago olvidar, y en tanto que las religiones infames crean a voluntad el dolor, yo, infinitamente compasivo con todo y con todos —¡ah, este es el gran arcano!, “el más sólido y más precioso tesoro del universo”—, ¡impido el sufrimiento!

—Dejadme agregar ahora: “¡Así sea, por los siglos de los siglos, así sea!”. Es lo que hay que agregar siempre que se citen estas nobles palabras. ¡Repetid, por lo tanto, repetid, todos vosotros, este tan santo bordón!

Repetimos los tres:

—¡Así sea, por los siglos de los siglos, así sea!

Pero Palemón de Costamota quedó un momento perplejo. Chupó la empuñadura de su bastón y clavó sus ojos en Marul.

—Señora —le insinuó haciendo su reverencia—, mi señora, creo haber procedido de manera asaz incorrecta. ¿No lo pensáis vos de este modo?

—No veo en qué —respondió Marul.

—Señora, mi señora, el autor que a honra he tenido citaros, asegura en forma enfática, que la mujer... ¿Puedo exponer su punto de vista, Maestro e invocador?

—Os he dicho ya, Palemón de Costamota, que podéis hacer aquí a vuestro antojo —le respondió Fray Palomo.

Siguió Costamota:

—Gracias mil. Proclama este autor que “ella, la mujer, la propagadora de la religión que ahora la aplasta, se siente destinada a la obra sorda de las conspiraciones”.

—¡Vaya un autor! —dijo riendo Marul—. ¿Quién es él?

—Señora —respondió Costamota—, mi señora, se trata nada menos que de Jules de Bois. No he hecho más que citar algunas escasas líneas de su obra *Satanismo y Magia*. Señora, mi señora, cortado, mondado así en bien escogidos trozos, creédmelo, es un respetable autor. Por lo demás, ¿no os basta que yo, Palemón de Costamota, en este encerrado, en este

concentrado, en este comprimido gabinete viajante que a bien nos ha ofrecido Fray Palomo, que yo, el altísimo Palemón de Costamota, altísimo tanto en tamaño físico como en potencia mental luminosa, no os basta que yo lo encuentre un sapiente autor?

Respondió Marul:

—Por cierto, me basta, señor... Una pequeña pregunta, si vos permitís: ¿Por qué os he de decir "Palemón de Costamota"? Fray Palomo nos ha dicho que invocaría aquí a Satanás y lo ha invocado; vos habéis aparecido... ¿Entonces? Permitidme que os llame por vuestro verdadero nombre, es decir: Satanás.

El aludido rompió con nueva estrepitosa carcajada. Repuso al fin:

—Señora, mi señora, apeteceís apodarme con apelativo genérico. Señora, mi señora, columbro en vos finísima inclinación hacia muy elevadas generalidades. Señora, mi señora, permitidme que, cual lejana cornamusa, haga llegar a vos un paréntesis: Ese título de Satanás o de Satán o de Lucifer o de Diablo o de Demonio o de Luzbel o de Belcebú o de Patas Verdes o de Rabo Negro o de Cuernos Agujados o de Lengua Lenguaraz o de Ojos Bisojos..., ¡oh, señora, mi señora!, son apodos que más abarcan a un concebimiento que a un ente determinado, delimitado, conciso y formal tal cual en este inigualable instante prodúcese la honra y prez para mí de ser vuestro consultor. Señora, mi señora, ¿me concebís a mí, hombre de negro chaquet y de alto chapeo, huésped de este Fray Palomo siempre hospitalario, contertuliano de vos y de vuestro fiel servidor, el señor Borneo, me concebía siendo una idea genérica? ¿Me concebía a mí como el concepto del abismal Aqueronte, como expresión del bátrato insondable? Señora, mi señora, soy simplemente un hombre como todos que lleva en sí negro chaquet, pantalones de a cuadros, botines puntudos, sombrero de copa, cuello tieso, corbata flamante, orquídea vistosa y bastón de bola de oro. Debo, pues, tener un nombre. Me apodo: Palemón de Costamota, vuestro imperecedero servidor y doméstico incondicional.

Otra reverencia que contestamos nosotros con un saludo; Fray Palomo permaneció inmóvil. Costamota prosiguió:

—Ocurren aquí cosas extrañas, extrañísimas, extrañísísimas. ¡Oh, esta celda viajante y volante! ¡Oh, su manejador o —llamémosle con un apodo hoy adecuado— su piloto! ¡Salud por las negras y profundas profundidades infernales! ¡Salud a vos, Fray Palomo de todas las Ojivas existentes!

Fray Palomo permaneció inmóvil. Entonces Palemón se le acercó y lleno, pletórico de respeto le preguntó:

—¿Osaría yo, hombre como cualquier hombre de las calles que a diario recorréis, osaría yo, hombre...?

—Os he dicho que podéis hacer aquí cuanto os venga en gana —clamó colérico Fray Palomo—. ¿Hasta cuándo os lo he de repetir?

—He de menester de vuestra aquiescencia y de vuestro soberbio poder.

—Ambos los tenéis.

—Gracias mil.

Dirigiéndose entonces a mí me pidió que me asomara a una de las ventanas, después de abrirla, mirara hacia fuera y les comunicara lo que vería. Así lo hice.

Les dije:

—Al principio no percibí nada; hay luz aquí; afuera, tinieblas. Poco a poco fui distinguiendo algunas siluetas; eran siluetas de árboles. Luego los distinguí mejor: masas y masas de árboles, todos inmóviles. Ni una brisa de aire pasaba por entre ellos. Creí el silencio

absoluto. Era que había fijado mi atención en la brisa y en las hojas. Pero de pronto oí, claro está, oí: cantaban las ranas. Una sola, sola; luego un coro le respondía. Pensé en las aguas del Tulcamar, en los charcos que las rodean. Sentí un verdadero arrobamiento. Hasta que una mariposa o un bicho nocturno me chocó contra la cara y me sacó de esa especie de éxtasis en que estaba oyendo el canto de las ranas en medio del bosque. Entonces, al cerrar esos postigos, volví a pensar súbitamente en esta celda viajante o celda volante, como vos, señor de Costamota, la habéis llamado hace apenas un instante. Nosotros hemos venido al Convento de los Jerónimos... Ahora, después de haberme asomado por la ventana, puedo asegurar que no estamos en él, ni cerca de él. ¿Estamos acaso en el bosque, en el gran bosque de Guayacán? Si así lo decís, bien está. Tal vez esta celda se encuentra en medio del gran bosque de Guayacán. Pero esto es suposición mía. Lo que he visto ya lo dije.

Palemón aplaudió mostrándose abismado ante mi espíritu de observación. Al fin me dijo:

—Benemérito señor Borneo, habéis estado en el umbral mismo de la misma veracidad al haberos casi sumergido en el éxtasis faz a esos corpulentos arbóreos que se elevan por doquier. Mas habéis errado al articular ese nombre de Guayacán. ¡No, no hay aquí, ni por muestras de asomación, Guayacán alguno! Benemérito señor Borneo, estamos en una sintética síntesis de árboles y arbustos; estamos en la sintética síntesis de aquellos que pululan y pululean en la superficie de este planeta. Estamos en la selva única, en la selva madre de las selvas de la Tierra. Estamos en la selva en sí. Sí, mi señor Borneo: estamos en el arquetipo selvático del cual, éstos, aquellos que se retuercen en silencio, éstos, aquellos que modulan voces que no oye el oído no habituado, son sus simples representantes. ¡Oh, sí! Representantes son de esta idea genérica de selva, de selva en sí..., en sí..., ¡en sí!

“Ahora veo: ocurre con lo que habéis contemplado por acuesta lumbrera o ventanal, justamente lo contrario que ocurrióle a la tan conspicua señora Marul Carampangue cuando pretendió apodarme con el apodo de Satanás. Porque hicisteis, señor Borneo, un caso aislado y purificado de un inmenso total, de un total..., digamos la palabra que lo expresa, de un total ¡total!: llamasteis de un modo guayacanesco al tildarlo de Guayacán a la esencia de las esencias. Redujisteis, disminuisteis, menguasteis. ¿Fue, acaso, para contradecir a la bella señora de las señoras que ansió, con real e inimaginable encanto, derramar uno de esos arquetipos sobre una errabunda unidad? Ha sido para ello, para quebrantar el preciado don de la preciada señora Carampangue. Lo cual posee una explicación: la amáis, señor Borneo; luego: la provocáis, señor Borneo, la desafiáis, le arrojáis el guante. Os felicito a ambos pues bien os merecéis. Mas corriamos donde error puede mezclarse:

“¡No, estimadísimos oyentes, no! ¡Lejos, más allá de lontananza residen los arquetipos! Estamos, pues, lejos, más allá, mucho más allá de lontananza. ¡Fuera, pues, aquellos conceptillos míseros y mil veces míseros, conceptillos apenas conceptuales de Guayacán y de Convento de los Jerónimos! De esas que visteis como masas arbóreas puedo hacer surgir un bosque de Guayacán; luego puedo hacer surgir un Convento de Jerónimos; luego, nuevamente, un bosque de Guayacán; luego, un convento de Jerónimos; luego un bosque de Guayacán; luego un...

Fray Palomo se revolvió en su asiento y exclamó:

—¡Basta, Palemón de Costamota, basta, basta!

Respondió el interrumpido:

–Mis humildes excusas yacen por tierra a vuestros pies, ¡oh!, mi honorable Fray Palomo de la Ojiva.

Guardamos silencio largo rato. Al fin el fraile dijo:

–“Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los Cielos”.

A lo cual Palemón le contestó:

–“Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los Cielos”.

Entonces Marul y yo nos creímos obligados a decir:

–“Bienaventurados los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los Cielos”.

Palemón se irguió. Estaba trémulo. Dijo a media voz pero con marcadísima intención:

–Mísera y desventurada y raquítica e inope frase es esta inope y raquítica y desventurada y mísera frase que se ha escapado de nuestros labios cabalgada por oculto y ruín jinete.

Fray Palomo repitió como en un eco:

–Mísera y desventurada y raquítica e inope frase es esta inope y raquítica y desventurada y mísera frase que se ha escapado de nuestros labios cabalgada por oculto y ruín jinete.

–Creo que exageráis un tanto –me atreví a insinuar– llamando con tales blasfemias una de las bellas sentencias que existen en el Sermón de la Montaña.

Pero Palemón alegó:

–Sin embargo y no obstante el ruín y oculto jinete cabalgó a su vez por vuestros labios y a honor tuvo cabalgar por los de mi señora, doña Marul Carampangue.

–¡Alto! –exclamó Marul–. Citamos la frase bíblica y nada más. El concepto que ella os merece es vuestro, solamente vuestro, y en nada incumbe con nuestra opinión sobre lo dicho por San Mateo.

Entonces Fray Palomo, sonriendo, se acercó a ella y, con voz meliflua, le dijo:

–No traigáis tormenta, señora, donde existe la paz. Explicaos, mi buen Palemón de Costamota, explicad, por favor, a estos oyentes el sentido que para vos tiene esa frase de San Mateo.

Palemón respondió:

–Sí, debiera explicar, aclarar y esclarecer. Mas hacedlo vos, padre de los padres, pontífice de los pontífices y cumbre de las altas cumbres de la alta sapienza. Yo, en el ínterin, escucharé sumido en apocalípticas honduras que tras ellas dejen al habitual pensar. Entonces esta celda ¡obedecerá! ¡Sí! Esta celda obligada se verá a... ¡¡obedecer!!

A lo que Fray Palomo respondió:

–Sí, es verdad. Explicaré yo y, mientras tanto, esta celda, mi celda, obedecerá.

Palemón de Costamota fue entonces, para mí, el perfecto Satán: se irguió cuan alto era, con la cabeza altiva ligeramente inclinada, cruzó los brazos, se cuadró y su bastón de oro se elevó hacia los cielos. Lo miré casi admirado en pose tan altanera con su sombrero de copa pleno de reflejos. Rió una vez, rió dos veces y calló. Y así se quedó, inmóvil. Fray Palomo, humilde y, al parecer, fatigado, se arrellanó en su asiento. Guardamos silencio un rato. Habría deseado hacer un croquis de nosotros. Pero la voz del fraile me interrumpió:

–Cree ese hombre, sí, ese hombre –¿me permitís que llame un “hombre” a Satán en persona?– que cuanto dice aquel que consideramos como el libro santo es una aberración. Exagera Palemón, exagera Palemón de Costamota. Mi parecer es que allí, en ese libro, hay sólo una exageración. ¡Es un libro muy santo, muy noble! Por eso mismo es exagerado. Pero veamos, mis caros oyentes, esa frase que a los pobres de espíritu se refiere. Vosotros,

por cierto, habréis visto muchos pobres de espíritu; habéis tratado –digo yo– de trabar amistad con ellos. Porque os veo con vuestra tan cristiana solicitud yendo hacia ellos, sí, yendo hacia ellos. Bien, nada os reprocho; bien, vais hacia ellos y... ¿qué habéis logrado? En un principio os habéis sentido inundados por la compasión; luego ha venido el hastío. Porque con ellos no hay nada, nada que hacer. Se les mira como miramos a un animalejo cualquiera, a un topo o a un pangolín. Pero ni siquiera con el interés que tales animalejos han de despertar en un zoólogo. Os lo digo una vez más: es el vacío que con él trae el tedio, el desgano absoluto. Así sentís... y de pronto os acordáis que esos míseros seres tienen ganado, según el tan santo y noble libro de la Biblia, el reino de los Cielos... Os lo pregunto, mis queridos oyentes: ¿es ello posible? ¡No, no es posible! ¡Cómo! ¿Implantar aquí en nuestra Tierra el hastío, el total aburrimiento por falta de expansión de nuestras miradas y en este aburrimiento satisfacerse y en él vivir? ¡No, amigos míos, no es posible! Pediréis, con todo vuestro ánimo exacerbado, que ocurra algo, algo, sí, mi señora, sí, mi señor, algo que mate ese esplín que os acongoja, que va creciendo y amenaza reducir vuestras vidas, de hacerlas igual a la de un topo o a la de un pangolín... Entonces este mi amigo, este que llamamos Palemón de Costamota, se presenta y...

Una nueva risa corta y golpeada turbó la voz del fraile.

–¿Y...? –preguntó Palemón.

–Bueno, y... entonces –prosiguió Fray Palomo–, entonces... este que representa o es Satán o Satanás o Lucifer y Mefistófeles o, en fin, como queráis llamarlo, entonces este ser colabora, esa es la palabra, colabora con vosotros... es decir, insta al topo o al pangolín o a la musaraña que os iba a acogotar, inserta a esa vil bestezuela a zafarse de su calidad de tal, es decir, que... Digamos como ello ha de decirse: os hace individuos hechos y derechos, os llena vuestra mente de inquietudes, os rebosa de curiosidades, las multiplica, sí, es la palabra, las multiplica esas curiosidades e inquietudes hasta el infinito, en resumen, os hace alertas, vivaces, os hace luchadores tenaces por conseguir aquello que os ha de llevar al reino de los Cielos... ¿Me comprendéis?

–Os comprendemos más o menos –respondimos nosotros.

–Es que sois débiles, muy débiles aún –nos susurró el fraile con convicción–. Sois aún..., sois los atraídos, los llamados por la voz sorda que apenas se oye, la voz del topo y del pangolín. Eso es, sí, eso es. Defendedos de ese llamado. Repetios a todo instante y no ceséis de repetir y de repetir que...

La voz de Palemón preguntó:

–¿Qué deben repetir estos jóvenes imberbes?

Entonces Fray Bartolomé aulló:

–¡Orgullo! ¡Carácter! ¡Triunfar! Esta es la clave. ¡No hay otra! ¡Triunfar! ¡Carácter! ¡Orgullo! Si no os ponéis con estas palabras como guía de vuestros pasos por este mundo... ¡ay, míseros de vosotros durante este paso por este mundo! Caeréis en la calidad de esos desventurados e indigentes seres que forman las masas, que forman ese vulgo acarreado por los hábiles y astutos seres que van gobernando a ese lastimoso vulgo en este mundo... No os quedará más que afinar vuestras gargantas y entonar, entonces, un cántico, un Ave María, e ir, cadenciosamente, a engolfaros en los llamados y cien veces santificados Templos de este mundo. ¡Procesiones, sí, procesiones! ¿Qué son esas "santísimas" procesiones que van por las calles cantando y cantando hasta el embrutecimiento esas Aves Marías? Son, mi señora Carampangue, son, mi señor Borneo, los reos que van a prisión. Porque en esas prisiones serán estudiados y sometidos a mil operaciones para que... ¡para que

nada, absolutamente nada, pueda ser pensado ni meditado ni visto ni examinado en sus cerebros! ¡Obedecer! ¡Obedecer! No hay más. ¡No hay más! Y si alguno duda, si alguno quiere pensar y meditar y ver y examinar, ¡oh, oh!, aparecerá de inmediato el fraile, el terrible fraile, el espantoso fraile que, con voz de santo santificado, le murmurará al oído muy quedamente: "Amaos los unos a los otros..."

Marul entonces exclamó:

-¡Pero cómo! ¡Cómo Fray Palomo! Vos lleváis también los hábitos de aquellos que ahora criticáis tan duramente...

A lo que Fray Palomo contestó:

-Sí, mi señora, sí, los llevo porque he de llevarlos siempre. Es el diezmo que tengo que pagar por la gloriosa misión que se me ha encomendado, la mil veces gloriosa misión que me ha encomendado el verdadero Dios que vela por los destinos de la humanidad, ese reverendo Dios que es llamado: ¡Satán! Porque conviene que en la manada de burros haya un león disfrazado, muy bien disfrazado, para que no turbe la calma dócil propia de una manada de burros...

Guardamos un nuevo silencio. Miré hacia Palemón de Costamota. Vi, en su sitio, sólo una columna de humo que oscilaba, que se balanceaba lentamente. Pero otra vez más fui sorprendido por su risa, una risa corta y golpeada. Fray Palomo, ya un tanto serenado, volvió a sentarse. Nos dijo entonces con voz tranquila:

-Conozco a un hombre que va por este mundo acoplado a una que él llama "bestia". Vosotros lo conocéis también. Se llama Lorenzo Angol. Este hombre quiere luchar en contra de esa bestia que vive a él acoplado, quiere matar a esa bestia, quiere reducirla a escombros para... para ¿qué? ¡Aaaah, mis queridos oyentes! Es esto un error, un error de miraje, un simple error de miraje, un miraje que a todos vuelve a cogernos, a todos, sin excepción. Lorenzo Angol lleva un..., un... -osaré usar esa palabra hoy día tan prostituida-, lleva un Dios con él y en contra de este Dios el tan ignorante de Lorenzo Angol se defiende... ¿Es ello posible? Tenemos que darnos a la razón y verificar que es así, que no es nada más que así. Es este hombre como... como..., como vos, mi señor... ¿Con qué, con qué nombre debo llamaros? ¿Con el de señor Borneo o el de señor Yáñez?

Contesté:

-Llamadme como os plazca.

-Muchas gracias, señor... Borneo. Pero hablemos de nuestro amigo, de Lorenzo Angol. Ha venido a mi celda y aquí hemos hablado largamente. ¡Qué de confianzas me ha hecho! Recuerdo una vez que me dijo que había en él una lucha despiadada, una lucha que él no podía definir claramente. Era una lucha vieja nacida en aquellos tiempos en que empezaba a llegarle la razón. Por eso, por ella, se iba a su fundo, a La Cantera, y allí en su gabinete se encerraba a tratar de pensar, de meditar, de ver, de examinar. Porque es el hecho de que siente, a menudo, unos deseos poderosos de fundirse, de romper toda separatividad y de confundirse, entonces, con algo, con algo... Le he preguntado varias veces en qué consiste, qué es este algo que lo persigue. Me ha respondido: "Es algo que me ronda alrededor de la cabeza, algo como una nube; es algo que me ordena Anam". Sabéis vosotros lo que es esto de Anam: es, a mi modo de ver, quien obliga a Lorenzo Angol a ser según la ley de nuestro amo y señor, es decir, de ¡Satán! La voz de Anam lo perseguía. Ya las cosas de este mundo habían terminado para él, aseguraba que habían terminado totalmente. No obstante una costumbre férrea, así tenía que llamarla, le obligaba a desearlas y a desearlas siempre aunque no lograba precisar cuáles eran esas cosas del mundo que lo

llamaban de modo tan perentorio. En vano se preguntaba: "¿Qué cosas del mundo?". Tenía que repetirse el pobre Lorenzo Angol: "¡No, no las hay, no y no!". Yo, para mis adentros, pensaba: "¡Oh, mi Satanás, cómo este hombre peca contra vos!". Total, mis caros oyentes, que vive, el miserable, en medio de un terrible desasosiego. Porque va Lorenzo Angol a las selvas y en ellas oye la voz de Maraini que le dice: "La selva tiene una personalidad, tiene sus deseos, sus maldades, sus odios; sus fatigas y sus languideces, sus ojos ocultos, su hambre...". Comprende que pierde su mundo, que ha dejado un mundo sin entrar aún en otro; siente que nuevas ideas van a aflorar en él, cree que va a recordar algo; cree que, por fin, va a oír la voz que le ha prometido hablarle... Como lo comprendió cuando fue a Rapilermo, por allá en Temuco, allá lejos...

Una risa estentórea se dejó oír. Fray Palomo calló unos instantes. Marul y yo miramos hacia el sitio que ocupaba, hasta hace poco, Palemón de Costamota. Vimos la nubecilla que ahora titilaba llevando el compás de la risa. Luego una voz nos preguntó:

—¿Allá lejos? ¿Así disponéis de los trechos universales? ¡Oh! Contemplad por acuesta lumbreira, contemplad!

Marul y yo, nuevamente, nos precipitamos a la ventana y la abrimos. Era un radiante día de sol en medio de una selva de troncos. Quedamos atónitos.

—¡Ved, Fray Palomo, ved donde estamos! —exclamamos ambos.

—¿Qué os extraña? —nos preguntó el fraile—. Mi celda no ha hecho más que obedecer a la voluntad de Palemón de Costamota. Él ha dicho que nos pilotearía, como quien maneja un avión, y que nos llevaría lejos, muy lejos, acaso a la laguna del Quepe, esa linda, esa bellísima laguna con que siempre ha soñado todo hombre que piensa y que medita y que ve y que examina.

En efecto, junto a esa selva de troncos quemados, se veían las aguas tranquilas de una enorme laguna. Silencio; paz.

Marul quedó aterrada al contemplar este panorama. ¡Desolación y desolación! Era aquello un enorme cementerio, era la sepultura de una selva en otros tiempos viva y frondosa. Silencio; paz; paz y silencio. Podría repetir estas palabras mil veces. Era la paz absoluta; era el silencio mismo. Sobre este silencio, en él, había una laguna, muda; a su alrededor había cerros y más cerros, callados; sobre estos cerros, la selva de troncos, dormida, quieta.

Salimos de la celda nosotros tres; Palemón no estaba. Caminamos algunos pasos. Nadie.

Fray Palomo nos dijo:

—Satan no deja a los hombres colaborar con la naturaleza. Los obliga, apenas llegan a ella, a que pongan de su cosecha. Si hay una selva les hace pensar que lo primero es arrancarla, es hacerla desaparecer. ¿Desaparecer? Es mucho decir. El fuego basta. Los hombres queman. Quedan los troncos como ahora los veis: erectos, inmóviles, quedan en su manifestación de eternidad; quedan como una protesta que nadie oye. Por entre ellos se plantan entonces y en gran cantidad, en inmensas cantidades, lechuguillas y arvejillas. Sí, mis buenos oyentes, lechuguillas y arvejillas harán las veces de pasaporte que justifique la quemazón. ¡Ah, el pasaporte! Ha de tenerse siempre un pasaporte porque el hombre no puede hacer cosas sin un objetivo: tiene que tener el visto bueno de Satanás. Entonces vienen las lechuguillas y las arvejillas. Para que éstas vengan y se multipliquen... ¡ah!, la selva ha ardido durante meses. Quedan los troncos. Por todas partes veréis troncos y más

troncos. Mirad para donde queráis: troncos y más troncos... El agua de la laguna allí está, muda. Pero en fin, se han comido lechuguillas y se han comido arvejillas...

—Pero Fray Palomo, si aquí no hay ni arvejillas ni lechuguillas en ninguna parte —exclamó Marul.

—Por eso, mi señora, he dicho: “se han comido...”; no he dicho: “se comen...”.

—Es verdad —acepté—. Se han comido muchas lechuguillas y también muchas arvejillas...

Continuó Fray Palomo:

—Lorenzo Angol, cuando estuvo aquí, proclamó que los hombres, si están solos, destruyen. Miraba los troncos Lorenzo Angol.

Dije convencido:

—¡Es falso lo que ha dicho Lorenzo Angol! ¡Nadie, nadie se da el placer de destruir por destruir!

Fray Palomo me rebatió:

—Por el placer, no; tenéis razón. Hace falta, os he dicho, una justificación. Existe esta justificación, existe, existe. Se llama: “progreso”. Satán pone estas tres sílabas sobre los hombres, entonces los hombres destruyen, queman, arrasan. El progreso vuela y vuela, entonces. El progreso llega a las ciudades, entonces. Los hombres son comentados y celebrados y ensalzados, entonces. Comemos lechuguillas y arvejillas, entonces. Porque tal es la obra de las ciudades, de las grandes urbes. En ellas se comenta y se celebra y se ensalza el progreso. ¿Me comprendéis, mis caros oyentes? En esas urbes ha quedado comentado y celebrado y ensalzado el fantástico progreso alcanzado por esta región del Quepe. Los restoranes han comprado en cantidades lechuguillas y arvejillas. Los hombres que hicieron un terreno apropiado para que ellas crecieran, invitan a sus amigos y con ellos van a los restoranes y se las comen.

Repetimos:

—Van y se las comen.

Fray Palomo tuvo un nuevo cambio. Vociferó:

—¡Sí, sí y mil veces sí! ¡Si no fuera por nuestro padre y señor, si no fuera por el grande entre los grandes, si no fuera por Satanás, oh, qué miseria reinaría sobre esta Tierra! ¿Qué, qué sería de vosotros, infortunados humanos, si no fuera por la existencia prodigiosa de nuestro padre y señor, si no fuera por la existencia portentosa y asombrosa de Satanás? Decidme: ¿qué sería de vosotros? ¡La manada de burros! Despertar con la luz matutina; comer y comer... Pero, comer ¿qué? ¡No habría sobre esta Tierra ni lechuguillas ni arvejillas...! Y el hombre ha menester de arvejillas y lechuguillas... Bien, comeríais otras cosas, otras, otras. Luego vendría el sopor de tanto comer de esas otras cosas; el sopor y... la siesta. Se duerme. Al fin despertaríais. Entonces os amaríais. Os amaríais para que no mengüe la manada de burros. Entonces ese Sol, el gran Sol, se ocultaría y desparramaría las sombras sobre esta Tierra. Uno de los burros diría: “Ya es tarde”. Otro de los burros respondería: “Ya es tarde”. Un tercer burro les haría eco asegurando: “Ya es tarde”. Entonces dormiríais. Sí, mis oyentes, dormiríais y dormiríais. Hasta el día siguiente en que el Sol, otra vez, ¡oh, qué hastío!, se elevaría sobre el horizonte. Despertaríais, comeríais. Sentiríais el sopor. Dormiríais. Luego despertaríais. Amaríais. Acaso os pelearíais un poco. Volveríais a sentir el sopor. Dormiríais. Despertaríais. Comeríais... ¡Pero, por el mezquino y raquíico y exiguo Dios de los crédulos en este exiguo y raquíico y mezquino Dios! ¿Vamos, acaso, oh, alto amigo que os apodáis Palemón de Costamota, vamos a continuar eternamente repi-

tiendo lo que esta aburridísima vida sería para los humanos sin tu soberbia existencia? ¡La veo, la veo, tu arrogante y altanera existencia cerniéndose majestuosa sobre los afanados y ansiosos humanos! ¡No, no, mil veces no! ¡Quememos, hagamos inmensas hogueras, arrasemos con los silenciosos frutos que tú das, Natura! Es mi orden, tal es mi orden. Tal es nuestra orden. Tal es, tal es la orden que da Palemón de Costamota, que da Satán. ¿Yo? Yo no hago más que obedecer y obedecer y obedecer. Obedezco ahora sus órdenes. Son las órdenes que nos vienen como un eco, un eco lejanísimo. Son las órdenes de trabajo y más trabajo. ¿Sabéis vosotros qué órdenes? ¿Las sabéis? Hablemos a media voz. Estos troncos oyen más de lo que sospechamos. A media voz. Y esas aguas, esas que son conocidas por los hombres como las aguas de la laguna del Quepe... ¡Ooooh! Esas aguas del Quepe tienen aguzados oídos. Acurruquémonos aquí en estos matorrales. Así, así. Y ahora os diré las órdenes que he recibido como un eco, como un lejanísimo eco lejano.

Iba a hablar Fray Palomo cuando lo interrumpí de súbito pues exclamé:

—¡Mirad, mirad!

Indiqué la laguna. Sobre las aguas del Quepe volaba una gran bandada de patos silvestres. Pasaba y se iba. Se iba esta bandada, volando, volando. Pasó. Se perdió.

—¡Qué hermoso! —dije.

—¡Qué hermoso! —repitió Marul.

—Es algo verdaderamente espléndido —exclamé.

—Es algo verdaderamente magnífico —exclamó.

—Es la belleza en sí misma —agregué.

—Es el encanto en sí mismo —agregó.

Y expresé mi emoción diciendo:

—Esa bandada de patos silvestres da una nota de vida a esta grandiosa desolación.

Y expresó Marul su emoción diciendo:

—Es la unión de la vida volando con el silencio adusto de estos troncos silenciosos.

Y no pude dejar de añadir:

—Gracias, Fray Palomo, por haber traído vuestra celda a estos sitios de tanta belleza.

A lo que Marul, a su vez, añadió:

—Sí, gracias, Fray Palomo, por haber traído vuestra celda a estos sitios de tanta belleza.

Pero el fraile maulló como un gato:

—¡Ah, miseria y desventura mías! ¡Se ve que sois afiliados a esa secta buscadora de las llamadas bellezas, sí, bellezas aunque ellas hiedan el hedor de lo que hiede! ¡Se ve que aspiráis a ser, lo que se llama, artistas! ¡Maldita y mil veces maldita sea esa voz de artistas! Pero, ¿no os dais cuenta que, al serlo, estáis en contra del grande entre los grandes, de Satanás, padre y señor nuestro? Satanás ha cumplido aquí, manejando a esos hombres, manejando a esa manada de burros, el tercer precepto que cita aquel que llamáis Stanislas de Guaita: ¡la fealdad! ¡Para eso vino aquí la manada de burros y holló con sus cascos la tierra que Dios había hecho frondosa!

Entonces Marul rió desenfrenadamente:

—¡Oh, Fray Palomo! ¡Oh, mi buen Fray Palomo! ¡A Satán se la han jugado y ha sido vencido! Quiso hacer feo, feo y... ¡han hecho lo más maravilloso de este mundo!

—¡Es que no hemos terminado aún! —vociferó el fraile—. ¡No hemos terminado! ¡Artan-caremos esos troncos, mataremos a los patos silvestres, secaremos la laguna! ¡La voz del progreso ya se ostenta por todas partes, por toda la república, por los países vecinos, por los países lejanos! ¡Se ostenta por el orbe entero! ¿Creéis que Satán hace las guerras sólo

por el gusto de hacerlas? ¿Creéis que no hay un designio en todas, en todas ellas? ¡Os equivocáis, mis oyentes! ¡Guerra, guerra, guerra!

Marul volvió a reír:

—A Satán se la han jugado y ha sido vencido. Queriendo hacer la fealdad ha hecho la belleza.

Fray Palomo respondió:

—No. La fealdad se entronará sobre el mundo. Para ello tenemos el segundo precepto de Stanislas de Guaita: el egoísmo. No olvidéis que quienes a él obedecieron fueron los hombres ensalzados en las urbes por sus lechuguillas y arvejillas. Y estos hombres, la gran mayoría de ellos, ¡os detestan a vosotros, artistas! A no ser que os resignéis a describir y a pintar lechuguillas y arvejillas. ¡Sí, sí! ¡Ja, ja! Será vuestro destino para que así os corrompáis mutuamente. Por lo demás, ¡sois tan pobremente pocos, vosotros artistas! Apenas si formáis grupos, grupitos. ¡Acabaremos con ellos! En cambio, ¿sabéis cuántos miles y miles, cuántos millones de hombres habitan y veneran sitios medio destruidos como éste? ¿Lo sabéis? Aquí no veis a nadie. Pero, ¿y más allá? ¿Y en el mundo entero? Os lo digo: hay miles, millones de hombres que habitan sitios parecidos a éste. Y estos hombres ¡no los ven! ¡No ven los bosques los hombres que habitan los bosques! ¡No ven las montañas los hombres que habitan las montañas! ¡No ven las grandes llanuras los hombres que habitan las grandes llanuras! ¡No ven las costas los hombres que habitan las costas! ¡No ven los acantilados los hombres que habitan los acantilados! ¡Ni siquiera ven las urbes los hombres que habitan las urbes! Porque Satanás, al lado de aquella palabra sacrosanta de progreso, ha implantado otra palabra no menos sacrosanta. Es ella la bendita y mil veces bendita palabra de: "natural". Entonces bosques, montañas, llanuras, costas, acantilados, ciudades, urbes, esconden la que llamáis belleza y, haciendo un purísimo retruécano, se muestran como naturales, naturales, sí, mis caros oyentes, naturales: es lo natural que haya allí un bosque, que haya allí una montaña, que haya allí una llanura, que haya allí una costa, que haya allí un acantilado, que haya allí una aldea, que haya allí una gran urbe... ¿Y qué es esto de "natural" ¡Ah, ah, ah! ¡Venerado mil veces Satanás, sí, mil veces! ¡Ja, ja, ja! Natural es el sitio donde están los deberes, los afanes, las preocupaciones, los sinsabores... ¡Así es la vida, así es la vida! ¿Qué queréis, caros oyentes, qué queréis? La vida es sumamente pesada...

Volvimos a mirar la laguna del Quepe. Los tres la contemplábamos en silencio cuando alguien se inquirió amablemente:

—¿Puedese?

—Adelante —dijo el fraile.

Entonces, frente a nosotros, se destacó la inmortal figura de Palemón de Costamota. Sonreía. Caracoleaba su bastón. Vestía de chaquet negro, encintado; pantalones a cuadro, ajustados; botines puntudos; chistera de alas planas; alto cuello tieso; corbata vistosa; una orquídea en el hojal. Sus bigotillos estaban más afilados que nunca; su perita se había alargado y cubría parte de su gran corbata.

Dirigió la bola de oro de su bastón hacia las aguas y exclamó lleno de arrogancia:

—Ecco il Cuepe.

Luego, dirigiéndola hacia la celda de Fray Palomo, agregó con mucha solicitud:

—Dunque..., dunque...

Y sacándose su chistera con un noble gesto nos hizo la más perfecta y profunda reverencia. Luego se incorporó y, orientándose nuevamente hacia las aguas, les dijo:

—¡Addio, senza rencore!

Para después de un momento agregar:

—Ora e per sempre addio...!

Hizo otra perfecta y profunda reverencia y nos indicó la celda a la par que manifestaba:

—Avanti, signora di Carampangú; avanti, signore dil Borneto; avanti, terribile Fra Palometo.

Penetramos a la celda. Palemón clausuró debidamente la puerta y la ventana. Nos ofreció asiento. Sentí un pequeño barquinazo. Comprendí que volábamos. Entonces dijo Palemón:

—¡Bellida correría habemos perpetrado! Bellida ha sido tanto por lo avistado como por lo de boca de Fray Palomo hase escapado cual suma sapienza. ¡No debéis preterirla! ¡Jamás preterirla debéis! Retened su alto verbo. ¡Ojivead, Fray Palomo de las incontadas y múltiples Ojivas, lo que ovijeasteis hace un soplo de instante! Seremos la cortesanía misma si os dignáis expresar nuevamente vuestras nobles expresiones.

Palemón se arrellanó en un sillón, sacó un cigarrillo y se puso a fumar. Fray Palomo dijo entonces:

—Oyentes míos, no lo olvidéis: la vida según los preceptos de ese que llamáis Dios, y cuya voz atruena en las iglesias por intermedio de los que llamáis sacerdotes, es tan, tan tediosa, tan miserablemente aburrida, que forzados os veréis siempre a colaborar con las luces de Satán. No hay otro medio de encontrar un interés aquí abajo. Porque, mis caros oyentes, todos los humanos son y han sido y serán satánicos y obligados a ellos lo han sido. Es la grata colaboración que vos —¡oh, mi reverendo señor de Costamota!— tenéis a bien suministrarnos. Si con vos —Palemón o Satanás o Lucifer o Belcebú o Mefistófeles— no se colabora, es el hastío, es la vida del topo y del pangolín para la humanidad entera. ¡No hay más! Dicen algunos, los descarriados, que hay otra vida una vez que se pasa y sobrepuja lo satánico. ¡Mentira y mil veces, sí, mil veces mentira! O se está con Satán o se vive la vida de esa triste manada de burros. Dicen aquellos que vociferan en los templos que, con paciencia y con la llamada santidad, se encontrará al final a Cristo... Sí, ellos lo han encontrado porque ellos lo han vestido como a Satanás; al que fue indigente y pobre le han puesto sus oropes. Es el modo que tienen de doblegaros y hacer de vosotros una manada de burros. Es el modo que tienen..., ¡no!, que tenemos para poder domar a los hombres hasta convertirlos en una manada de burros. ¡No hay más! ¡No hay más! Ya lo sabéis, mis oyentes: ¡no hay más! Id, pues, a predicar lo que habéis aprendido en esta visita al Convento de los Jerónimos. Id por todas, por todas partes con esta feliz nueva. Golpead en todas las puertas. Y haceos los propagandistas, llenos de tesón, vociferando hacia los hombres las palabras de: "¡Orgullo! ¡Carácter! ¡Triunfo!". Sí, mis oyentes: ¡no hay más! ¡Triunfo! ¡Carácter! ¡Orgullo!

Palemón, siempre sonriente, se levantó. Otra reverencia ante Marul. Luego se volvió a mí y me reverenció con donaire. Luego hizo un gesto enigmático a Fray Palomo y le susurró:

—Pletórico de aflicción me retiro. ¿Os repetiré la palabra: adiós? ¡No! Os manifestaré mi amarga tribulación expeliendo la voz que ha de expelerse: ¡Asatán, nobilísimos oyentes, asatán!

Se dirigió hacia la puerta, la abrió, hizo una última y muy perfecta reverencia y se alejó. Abrí entonces la ventana y pudimos ver los jardines de nuestro Convento de los Jeró-

nimos. Minutos más tarde, después de despedirnos de nuestro huésped, Marul y yo nos alejamos de la celda de Fray Palomo.

113

Apenas traspasamos el umbral del Convento le dije a Marul:

—¡Huyamos, Marul, huyamos! ¡Huyamos, por favor, huyamos! Si seguimos junto a Palomón de Costamota nos satanizamos nosotros también. ¡Huyamos de él y de esa espantosa imagen satánica de ese espantoso Fray Palomo!

Marul me preguntó extrañada:

—¿Por qué tener tanto miedo? A mí me ha interesado cuanto hemos oído, Onofre, me ha interesado muchísimo. No he hecho más que tomarlo al revés. A cuanto decían lo daba vueltas y, te aseguro, resultaba una enseñanza perfecta.

—Eres de una plasticidad verdaderamente asombrosa. Pero es mejor huir, ¡huir de esas gentes! Si pueden llamarse gentes...

—Huir... ¿Y hacia dónde iremos?

—Iremos a lo contrario, ¡a lo contrario! Vamos, te propongo, al Cabaré San Lito, vamos donde se oiga hablar de lo contrario, de lo contrario...

—Bien, vamos al Cabaré San Lito.

Al llegar a la esquina de la calle de los Dominicos y la calle de la Ostia nos detuvimos intranquilos: algo ocurría en el Cabaré San Lito... No se veía aquello como de costumbre: poquísimas luces y la puerta a medio cerrar.

—¿Qué ocurrirá? —nos preguntamos mutuamente.

Avanzamos con lentitud. A pocos pasos de la entrada encontramos a Romualdo Malvilla enjugándose los ojos.

—Murió —nos dijo.

Luego apareció a nuestro lado don Torcuato Melipenco. Nos dijo en voz baja:

—Murió. Entremos.

Entramos.

Vimos pasar rápidamente a Desiderio Longotoma.

Se comprenderá lo que es un sitio de jolgorio cuando... ha muerto. Un murmullo sobre un silencio. Todos hablaban sin oírse. ¡Murió! Era triste la cosa. Duelo. ¡Scht!

Marul me preguntó:

—¿Quién murió?

Le dije:

—Es lo que iba a preguntarte porque no lo sé.

Divisé a Braulia Tinguiririca y me acerqué a ella.

—¡Pobrecito! —me dijo—. ¡Morirse así tan de repente, sin que nadie sospechara siquiera que se iba a morir!

—Pero ¿quién ha...?

—¡Cómo que nadie ni siquiera sospechaba! —exclamó Clementina Rengo que aparecía desafortada—. Hacía ya tiempo que no daba en bola. Eso lo veía cualquiera.

—Yo..., francamente, yo... —dijo como excusándose Ramiro Lampa, que por ahí pasa-

ba— no lo habría creído si no lo hubiera visto. ¡Muerto! Está inmóvil en su ataúd. ¡Murió! Ni se mueve el pobre hombre. ¡Pobre Esmeraldo Collaique, pobrecito!

Dije entonces enternecido:

—¡Pobre Esmeraldo Collaique!

Y miré a Marul con una interrogación en los ojos. Marul bajó los labios y levantó los hombros. ¿Quién sería este Esmeraldo Collaique?

Pero Gualberto Choapa, que nos vio, se acercó a nosotros y nos aseguró con voz decidida:

—Por Collaique, sí, comprendo el dolor. Por el Cabaré, no hay por qué hacerse mala sangre. Muere un propietario, viene enseguida otro propietario. Por lo demás Esmeraldo tiene un hijo, ya cuarentón; tiene a Max. Debe llamarse Máximo pero todos le decimos Max. Sí, Max Collaique será el próximo propietario y ¡santas paces! Para algo existe la herencia.

—Es verdad —repuse—, para algo existe la herencia.

—Porque si no existiera —prosiguió Choapa—, ¿se da cuenta usted, señor Borneo, y se da cuenta usted, señora..., señora...

—Marul Carampangue —dije.

—A sus órdenes, señora Carampangue, aunque sea un tristísimo momento para tener el honor de conocerla. Pero felizmente existe la herencia porque si no existiera la herencia, ¡oh!, sólo de pensarlo uno se aterra. Ahora, en cambio, murió Esmeraldo Collaique; ¿propietario, entonces? Max Collaique y no hay más.

Nos separamos de Gilberto Choapa. ¡Claro, no hay más! Ahora será propietario Max Collaique. ¿Lo conocía yo? Creo que sí, que lo había visto, que lo había divisado, mejor dicho, una que otra vez. ¡Ah, sí! Era aquél, sin duda, era aquél. Conversaba atribulado con un grupo de amigos. Algunos lo abrazaban. Le decían, por cierto, aquello que había que decir en semejantes circunstancias. Luego pasaron todos a las dependencias interiores del Cabaré. Pensé, de súbito, seguirlos.

—Espérame un momento, Marul, un momento nada más.

Vi, pues, a Esmeraldo Collaique. Al lado de su ataúd estaba Chispita y lo miraba en silencio. Cuando me vio me mostró al muerto y me dijo:

—¡Pobrecito!

Es claro..., ¡pobrecito! Me acordé rápidamente de los chistes y más chistes que se hacían, noche a noche, junto a él. Ahora no había chistes, no los había. ¡Pobrecito! Luego tuve que retirarme para dejar sitio a una serie de carabineros, de oficiales de carabineros, que llegaban, lo miraban y decían:

—¡Pobre Collaique, pobrecito!

Volví donde Marul. Es claro clarísimo: lo había oído nombrar cientos de veces y ahora me acordaba que había conversado con él, un poco; no, habíamos conversado mucho entre copa y copa... ¡Oh, pobre Esmeraldo Collaique, pobrecito!

De pronto llegaron unos empleados de las pompas fúnebres. Se cerró el ataúd y lo sacaron de su capilla ardiente. Era llevado por una serie de personajes que veía por primera vez. Iban, entre ellos, Max Collaique y dos oficiales de carabineros. Vi la hora: las 10 de la noche. Funerales en la noche, bella costumbre de San Agustín de Tango; costumbre como en Valparaíso. Se lo llevaron. ¡Pobrecito! Casi lloramos todos al verlo abandonar para siempre el Cabaré San Lito. No; lloramos todos.

Con Marul, desde la calle de la Ostia, vimos el triste cortejo que se encaminaba lentamente hacia el Cementerio Apostólico.

¡Pobrecito!

114

Dejé a Marul en su casa de la avenida Ave María y me encaminé a pie hacia la plazuela Fray Tomate. Iba por la calle del Sumo Pontífice cuando al cruzar la calle del Pecado Venial me encontré con Gavino Cuncumén. Nos saludamos. Iba Gavino como entumido a pesar de que era una noche tibia. Le dije:

—Al verlo a usted se pensaría en un hombre extremadamente desgraciado.

Me respondió:

—No, en absoluto; no soy un hombre desgraciado.

—¿Es usted, entonces, un hombre feliz?

Me respondió:

—No, en absoluto; no soy un hombre feliz.

—Entonces, ¿cómo es usted?

Me respondió:

—Pues vea, amigo Borneo, no soy feliz ni desgraciado. Soy un hombre que vive, que vive solamente. Por eso, usted ha de recordar, es que lloro de cuando en cuando.

—Sí, recuerdo; usted llora de cuando en cuando.

Permanecemos en silencio. Luego me dijo:

—Soy un hombre totalmente descentrado. Busco, en vano, dónde hallar una fe. No la encuentro. Por eso lloro de cuando en cuando.

—Sí, por eso usted llora de cuando en cuando.

Nuevo silencio. Al fin se expresó con algo de rabia en su voz:

—A veces me hago comunista y lo soy rabiosamente. Luego me pregunto: "¿Qué me importa a mí el comunismo?". Entonces me hago un reaccionario furioso. Pero me encuentro con los capitalistas y, de inmediato, me digo: "No; esto no puede ser". Al fin me pregunto, como me preguntaba esta noche mientras caminaba solo por la calle: "¿Cómo voy a pasar mi vida, toda una vida, con algo negativo, no siendo ni lo uno ni lo otro?". Debe usted darse cuenta, amigo, lo tremendo que es eso, lo espantosamente tremendo: realizar que uno no es nada, nada, y que así, sin ser nada, ha de llegar el día de la muerte.

Repuse:

—Es verdad, amigo Cuncumén, tiene que ser algo espantosamente tremendo y ello justifica que usted llore de cuando en cuando.

—Sí —me contestó—, esto justifica que yo lloro de cuando en cuando.

Y nos separamos.

Seguí hacia mi casa. Iba a entrar en ella cuando la puerta se abrió y apareció Anacleto Ibacache.

—¡Salud y buenas noches! —me dijo.

—¡Salud y buenas noches! —le respondí—. ¿Viene usted de ver a nuestro amigo Angol?

—Justamente he conversado con él y, le aseguro a usted, que su charla me ha hecho bien.

-¿De qué se trataba?

-Se lo explicaré en pocas palabras. Pero no aquí, de pie. ¿Quiere usted que vayamos a...?

-¡Oh, no! -le contesté-. Prefiero que nos sentemos en un banco aquí en la Plazoleta Fray Tomate o, si usted prefiere, que entremos a mi casa un instante.

-La noche está tibia -dijo entonces-. Sentémonos en un banco a la intemperie.

Así lo hicimos. Ibacache, entonces, me explicó la conversación que había tenido con Lorenzo:

-Se trata de la opinión de Ascanio Viluco sobre mis cuadros; y no sólo de su opinión sino también de la de Facundo Doñihue. Me dirá usted que son dos opiniones que no pueden dar tema suficiente como para desmontarlo y analizarlo. ¡De acuerdo, mil veces! Pero..., sin embargo... Óigame usted: Ascanio Viluco, como crítico, ha dicho y lo dice por todas partes que es natural que yo pinte cosas más bien tristes pues tal es mi temperamento; a lo que Facundo Doñihue ha dicho que no y que no, que lo natural es pintar como lo hace mi compañero Bonifacio Colbún, es decir, cosas festivas, porque así el arte pasa a ser una defensa contra las malas tendencias de un temperamento. Es decir, señor Borneo, que si yo no pinto cosas muy tristes, mi temperamento no tendría desahogo alguno y ello, entonces, me llevaría a la locura -según don Ascanio Viluco... Es decir que si yo no pinto cosas festivas, mi temperamento se fortificará en sí mismo y me puede llevar a transformarme en un hipocondríaco de verdad- según don Facundo Doñihue...

-Y Lorenzo, ¿qué le dijo? -pregunté.

-Me dijo que pintara como..., en fin, como quisiera. Pero no es esto lo que me preocupa ni menos lo que temo..., ¡oh, no!

Le pregunté:

-¿A qué le teme usted?

-A la neurosis -me contestó con voz apenas audible.

-¿Es posible? -le pregunté extrañado.

Me dijo, entonces, siempre con una voz apenas audible:

-Amigo Borneo, el estado neurótico es como tener un dolor de cabeza: uno piensa, cuando lo tiene, en las cosas que lo rodean, mejor dicho, uno se preocupa auditivamente de las cosas que lo rodean; hay unos que hablan demasiado fuerte; hay otro que toca un instrumento cualquiera; hay bulla o pendencias en la calle; en fin, mil cosas. Llega uno a atribuirle a estas cosas, a estos ruidos, la causa del dolor de cabeza. Pues bien, puede usted suprimir estos hechos, todos ellos... el dolor de cabeza subsiste. Es lo mismo, amigo Borneo, con un estado neurótico. La neurosis está ahí, está y está ahí..., como está en mi interior. Pero ello no es motivo para que me hagan oír necedades tan..., tan... necias, diré, como las de los señores Viluco, don Ascanio, y Doñihue, don Facundo. Total, señor Borneo, que me acuesto y me duermo. ¿Para qué? Me acuesto para levantarme al día siguiente y esto para volver a acostarse; y acostarse para levantarse nuevamente; se levanta uno para esperar la hora de ir a acostarse... Total: levantarse, acostarse, levantarse, acostarse... Y todos, todos los días igual cosa. ¡Para eso nos han hecho venir a este mundo! Para levantarse y acostarse y levantarse y acostarse... ¡Es atroz, atroz, señor Borneo! Así, de este modo, no se puede tener ni un momento de..., de... En fin, usted me ha de comprender, de..., de alegría sana; no se pueden tener esos momentos para gozar del hecho de vivir porque hay que acostarse, todos los días, todos... ¿A reposar? ¡Oh, no, mi señor! La mañana se acerca, se aproxima, se aproxima... ¡Y levantarse! Se levanta uno, ¿a ver la vida? ¡Oh, no y

no! Porque la noche se acerca, se avecina, se aproxima... ¡Y acostarse! Ya le digo a usted: ¡es atroz, atroz!

Le dije:

–Yo no había pensado nunca en eso, Ibacache. Me da usted miedo, Ibacache. Porque ahora voy a tener que ir a acostarme y mañana...

–¡Levantarse! –exclamó–. ¡Levantarse! Pero le daré a usted un consejo, señor Borneo: La preocupación es siempre igual, siempre idéntica. La preocupación la llevamos dentro de nosotros, es algo como..., como una dosis de preocupación que nos dieran al nacer. Parece que a uno le dijeran al nacer: “Te vas a preocupar tanto y tanto por tal y tal cosa”. Son felices, muy felices, aquellos para quienes ese “tal” encierra algo de verdadero interés. Por ejemplo, la pintura. Sí, señor, la pintura...

–Pero entonces, usted Ibacache, usted Anacleto Ibacache, tiene un verdadero...

–¡Ooooh! ¡Sé lo que me va usted a decir, lo sé, lo sé! Señor Borneo: yo fui pintor, lo fui; ya no lo soy. Ahora... ¡que pinten otros!

–¿Y por qué no es usted más pintor?

Movió la cabeza mi buen Anacleto. Después de un rato me dijo:

–No soy más pintor porque ahora me voy a mi calle, me voy a la calle ¡Muera Lutero! Pasaré frente a la casa, pasaré en silencio, frente a la casa de Sofanor Pehuenco. Tal vez una luz en su ventana y pensaré que Sofanor Pehuenco está preocupado, que tiene su dosis de preocupación, puesta en el arte de bien escribir. Diré entonces: “¡Feliz tú, Pehuenco!”. Y seguiré. Dos o tres pasos más y... y... Señor Borneo, mi preocupación, la única que ahora me embarga, ¿me entiende usted?, la única: ¡acostarse! ¿Y acostarse para qué? Para levantarse. ¿Y levantarse para qué? Para acostarse...; para levantarse...; para...

–Sí, sí –interrumpí–, Lo sé; es una rueda que gira y gira interminablemente.

–¡Ahí está la cosa, ahí está! –exclamó Ibacache–, Usted ha dicho la palabra: “interminablemente”. Aquí, en esta palabra, está lo atroz, lo atroz: porque no hay tiempo para más, no lo hay. Ahora estamos conversando... ¡De acuerdo! Pero yo, mientras hablamos, estoy pensando que debo ir a acostarme para luego levantarme para luego... ¡Alto, Ibacache! ¡Calla boca, calla boca! Porque vea usted lo curioso de este caso mío: mientras pienso en eso que usted sabe, en eso de “acostarse-levantarse” puedo, sí, señor, puedo además pensar en otra cosa; y cuando pienso en otras cosas, puedo, estoy forzado a pensar en mi leitmotiv. Son, en resumen, dos mentes en una. Así, por ejemplo, ¿sabe usted cuál es mi pensamiento número 2?

–No; lo ignoro.

Ibacache miró hacia todos lados como para sorprender a algún indiscreto. Nadie, nadie. Silencio en Fray Tomate. Entonces me dijo en voz bajísima y acercándose a mi oído:

–Pienso en Harry Norwich...

Lo miré asustado.

–¿Piensa usted en Harry Norwich?

Me hizo un gesto de asentimiento. Luego, y siempre en voz bajísima, me confesó:

–Pienso en el suicidio de Harry Nowich, pienso en que era él un grande, un enorme ser humano. Haberse suicidado porque en esta vida hay demasiados botones que abotonar y desabotonar y una vez que se han desabotonado va haber necesidad de abotonarlos nuevamente para que una vez que estén abotonados desabotonarlos y luego abotonarlos y luego desabotonarlos y luego abotonarlos... ¡Oh, mi señor Borneo! ¿Me entiende usted? ¿Ve el caso de similitud? Botones: se abotonan, se desabotonan, se abotonan, se desaboto-

nan... Un hombre: se levanta, se acuesta, se levanta, se acuesta... Y en ambos casos: ¡dos gestos inútiles, inútiles! ¡Mueran los botones, mueran los botones abotonados como los botones desabotonados! ¡Mueran! Como he de morir yo, ¡sí, señor Borneo!, he de morir yo, yo, yo... Pero no sé aún si debo morir acostado o levantado...

Anacleto Ibacache se había puesto de pie. Miraba al vacío. De pronto dio media vuelta y se alejó, se alejó.

Me quedé solo en Fray Tomate, solo y pensando en el pobre de Ibacache. Allí estaba cuando...

Fuí cogido por ¡un chiflón! ¡una tromba! ¡un huracán! ¡un vendaval! Creí en un terremoto de estaciones. ¡No! Era Baldomero Lonquimay que pasaba. Oí que me decía:

—Al brillar nuevamente y otra vez más reluciente luz... ¡en mi pertenencia seré!

Comprendí que me esperaba para el día subsiguiente. Luego lo vi perderse siempre achiflonado, trombático, huracanado, vendavaliano.

115

Volvamos al taller de Rubén de Loa. Por Anacleto Ibacache he oído hablar de Ascanio Viluco: ahora, pues, encontrémonos con el gran Macario Viluco; por Anacleto Ibacache he oído hablar un poco de pintura: sumerjámonos, pues, en más pintura.

Esto que escribo parece ya un libro hecho ex profeso. ¿Por qué ha de estar Macario Viluco en el taller de Rubén de Loa? Pero el hecho es que estába. Sé, naturalmente, que tiene el don de poner al pintor en ebullición con sus múltiples necesidades; lo sé. Pero encontrarnos hoy, hoy, un día cualquiera, toca a lo milagroso. El caso es que, apenas había yo traspuesto el umbral del taller, aparecía Macario en compañía de la risa de Mamerto Masafuera.

—¡Bravo! ¡Muy bien! —clamó Macario apenas nos vio a Rubén y a mí—. ¡Espléndidamente bien! ¡Ustedes convencerán a este terrible de energúmeno de Mamerto! Yo sostengo y sostengo y sostendré hasta el final que sí, señores, sí; o mejor dicho que no señores, no: las mujeres no juegan billar. ¡Sí, señor don Mamerto! Quiero decir: ¡no, señor don Mamerto! Las mujeres, hoy día, se han metido en todo, en todo lo de los hombres. Pero en el billar, ¡nunca! ¡jamás! Podrá used, Mamerto, alegar lo que le plazca pero en materia de billar y de mujeres... ¡no hay caso porque las mujeres no juegan ni juegan billar!

Mamerto retenía su risa y murmuraba:

—Inefable, sencillamente inefable.

—¿Qué es lo que encuentra usted inefable? —preguntó airado Macario—. ¿Qué jueguen o no jueguen billar?

Entonces Mamerto interrogó a Macario con suma gravedad:

—¿Sabe usted, mi buen amigo, quién es el inventor del billar?

—Lo ignoro y, por lo demás, me es perfectamente igual.

A lo que Mamerto contestó:

—No debería serle a usted tan igual. Porque sepa usted que el billar fue inventado por monsieur Billard y este monsieur Billard era un loco, un loco desenfrenado por las mujeres.

—¿Y...? ¿Y...? —preguntó Macario—. ¿Qué deduce usted de ello? ¿Qué...? ¿Qué...?

—¿Yo? Yo no deduzco nada, amigo, absolutamente nada. Es sólo un pequeño alcance que hago entre el inventor, las mujeres y la prohibición de que ellas tomen parte en tan inofensiva distracción. Nada más, créamelo usted.

Macario dijo entonces:

—Permítame un momento.

Y sin más se dirigió rápido a la biblioteca de Rubén, sacó de ella un gran diccionario y se sumió en sus páginas.

—¡Aquí está, aquí está! —dijo al cabo de unos instantes—. “Billar”, que en francés se escribe con una “d” final, ¿me entiende usted?, con “d” final, viene de la palabra “bille” que quiere decir “bola”. Es decir que es un juego de bolas y no hay más, no hay más. No aparece aquí ningún monsieur Billard; no existe ese tal monsieur Billard.

Mamerto rió estrepitosamente y dijo al fin:

—¡Es ése un diccionario de pacotilla! Porque es sabido que la palabra “bille” viene, precisamente, de su inventor, de ese conocido monsieur Billard, el amante frenético de las mujeres a quienes les prohibió por la costumbre...

—¡No, señor! ¡No, Mamerto! —vociferó Macario—. ¿Qué piensa usted de semejante absurdo, Rubén? ¿Y usted, Onofre? Todo eso es una idiotez y nada más. ¿No lo cree usted, Rubén?

A lo que Rubén le contestó:

—Si no hubiera idioteces en el mundo no habría tampoco cosas que no lo fueran.

—¡Admirable! —exclamó Mamerto Masafuera.

—Porque nosotros —prosiguió Rubén—, los que trabajamos en arte, nos alimentamos de ese alimento que, sin sospechar, nos proporcionan los idiotas al darnos sus idioteces.

—¡Oh, oh! —bufó Mamerto—. Esto es más que admirable, mucho más. Expláyese usted, Rubén de Loa, expláyese usted.

Macario calló y se sentó en el diván. Yo hice otro tanto. Rubén entonces dijo:

—El billar está completamente ajeno a mis inquietudes. Es algo que se mueve, fuera, fuera de mí mismo, en otro planeta. Mi planeta no es éste, no es este que llamamos Tierra. Aquí tengo que estar; aquí tengo que comer, andar y dormir. Pero soy en él un extraño. Mi planeta es la región del arte. ¡Sí! Es una magnífica región lejana. En ella se me recibe con alborozo. Esto basta. Porque basta un recibimiento así. Sé que estoy entre amigos. Después, trabajar, sí, ¡trabajar! Hasta que, fatigado, me detengo. Entonces, nuevamente a este planeta.

En él, les repito a ustedes, me siento extraño. Tal vez la gente se da cuenta de ello. Tal vez me encuentran hosco, tal vez me encuentran severo. Porque se afanan, junto a mí, para que deje ésa para ella terrible severidad. Sonrientes me exponen miles de bagatelas de artes aplicadas. Es decir que, sin querer, aumentan mi severidad. Porque ¿hay algo peor, algo más horrible que las artes aplicadas? Artes aplicadas es el afán de hacer arte fuera del arte. Es evocar esa “región” y, cuando es evocada, traerla y ponerla fuera de la región. Es hacer vivir un águila bajo el agua. Es algo horrible.

Veamos un poco, veamos esta pintura como arte aplicada. ¿Qué es? Es, simplemente, sacarla, arrancarla de la tela para ir a ponerla en algo que no sea una tela ni nada parecido, en algo que no se cuelgue, que no se pueda colgar ni a altura ni a vista necesaria como debe estar una pintura. Es culebrear, pincel en mano, por entre los laberintos arquitectónicos; es arrastrarse por el suelo siguiendo los caprichos de una empleada con una alfombra o un tapiz; es obligar a uno a comer sobre motivos que son tapados por lo que se come.

¡Es algo horrible! Es como en la música cuando se la hace servir para que marche una serie de imbéciles o para que bailen en un salón otra serie de más imbéciles aún. O es como en las letras cuando alguien lee con un objetivo que no sea el de sumergirse en aquella región y entonces meditar.

No admito el arte que se prostituye para ir a mezclarse en algo que tenga que ver con la vida cotidiana.

¡Prostitución!

Prostitución es el taller de doña Claudia Puchuncaví. Allí la pintura se ha escapado de cuadros que no han podido ser hechos y se ha distribuido por pedazos en los adornos del taller. Ese taller trae la necesidad de las llamadas reuniones de etiqueta. Es imposible ir a él de cualquier manera y a cualquier hora. Antes de entrar en él hay que averiguar qué clase de frivolidad hay que tener. Hay que aprenderla bien. Entonces, ¡adelante! De más decir que considero que hay que someterse a esta frivolidad, que hay que admirar con todo embeleso las seudobellezas desparramadas por muebles, tapices y objetillos. Las que escaparon de los cuadros que no se hicieron; o bien..., no ir, no ir al taller de doña Claudia Puchuncaví.

No, no vayamos al taller de doña Claudia Puchuncaví. Es ella una mujer demasiado "inteligente". Es ella capaz, en medio del bullicio de su taller, de explicarnos, sí, señores, de explicarnos, ¿me entienden ustedes?, ¡de explicarnos! en qué y en dónde reside la belleza de sus cuadros.

Entonces cada concurrente se verá obligado a explicar, sí y sí, señores, ¡a explicar! en qué y en dónde reside la belleza de los cuadros que recuerdan. Y tanto se sumergirán en estos recuerdos que a lo mejor, pueden tropezar con un objeto cualquiera y romperlo... No, no vayamos al taller de doña Claudia Puchuncaví.

Porque el arte es algo que nada tiene que ver con la inteligencia.

Se puede ser un tonto y ser un gran artista.

El arte no está ni puede estar ligado a ninguna circunstancia de la vida. El arte es apolítico. Porque cuando se toca el arte, todo lo que no es arte pasa a ser política. El arte tiene un pasado y un futuro más allá de esta vida.

¡Un gran signo de interrogación! ¡Un enorme signo de interrogación! ¡Un inmenso signo de interrogación debe haber sobre toda obra de arte! Una obra de arte que no lleve encima de ella este signo es un excremento aliñado con perfumes de Coty

¡Cuántos hay erradamente colocados en la apreciación del arte! Hay cientos, hay miles de individuos que confunden, que viven en plena confusión. Hay individuos que son víctimas, que se torturan ante simulacros de arte; se consideran, por estas torturas, en pleno mundo del arte. ¿Quién no ha visto individuos que, con aire de estar en las artes, se torturan si no hallan las "bucnas y las bellas" cosas al alcance de su mano, como ser los buenos vinos y las buenas comidas, los bellos trapos y las bellas encuadernaciones, los buenos muebles y la bella disposición de ellos?

Seudoartistas... ¡Los hay por miles y miles!

Son ellos los que me interrogan:

—¿Y tú, Rubén de Loa? ¿No estás haciendo como nosotros? ¿No te torturas acaso por la bondad y belleza de una obra de arte?

A esos individuos les respondo:

—No. No hay tortura posible con el arte en el sentido en que puede haberla con vinos y comidas y trapos y encuadernaciones y muebles y demás. Porque en arte no hay ni nunca

ha habido ni bueno ni malo, no hay ni nunca ha habido ni bello ni feo. Sólo hay cosas que nos conectan con el infinito de aquella región y cosas que se arrastran a ras del suelo.

Porque hacer arte no es sólo realizar obras. Es algo más. Es una escuela que nos enseña cómo encerrarnos en nosotros mismos y así vencernos. ¡Hay que seguir cierta manera! ¡Hay que saber sacrificar! Hay que aprender a... ¡perder el miedo!

Cuando estas cualidades morales entran en uno, entonces y sólo entonces, florece la obra.

¿Y qué es esto de seguir cierta manera, de saber sacrificar, de perder el miedo? ¿Qué es, lo pregunto, qué es?

Es, mis amigos, una serie de principios y de recetas que llevan a adormecer, que llevan a matar nuestro ímpetu de cuerpo consciente, que llevan a matar el yo. Es la manera de cómo acallarse a sí mismo hasta caer en completo sopor. Entonces por las manos del pintor se expresará la voz de la región. Y uno pasará a ser su médium.

Pero es necesario el silencio. La voz de la región, para poder explayarse, pide el silencio. Y hay que empezar por el silencio de nuestra conciencia. Si no lo hay la pintura se desparrama. El cuadro no logra ser hecho. Entonces va desparramado a los muebles, a los trapos, a las alfombras, a los objetos, a la simetría y al lindo gusto que guarden entre ellos.

Y aquí nos encontramos nuevamente instalados en el taller de doña Claudia Puchuncaví.

¿Nos encontramos en medio de cosas muertas?

¡Oh, no! Son cosas vivas, son cosas vivísimas mas llenas de un espíritu de venganza, llenas de rencor. ¿Por qué? Porque están fuera de su sitio.

Poco a poco la venganza se va urdiendo. ¿Cómo se venga esa pintura desparramada?

Se venga, amigos, inmovilizando y luego comiéndose a la persona que no supo colocarla dentro de los cuadros que le correspondían.

Y ahí tenemos a doña Claudia Puchuncaví inmóvil en su taller, temerosa de que alguien mueva este objeto o mueva aquel objeto, ahí la tenemos temerosa de que alguien produzca una nota desafinada al correr esta alfombra o aquella silla, temerosa ella misma de producir un chirreo en la armonía total al mover la menor cosa.

¡No te muevas, Claudia Puchuncaví! ¡Sigue siendo la prisionera de tus bellísimas cosas!

¡Ah, mi querido Macario! ¡Viva monsieur Billard al poner sobre su invento del billar una interdicción a las mujeres! Así la señora doña Claudia Puchuncaví no se sentirá tentada por ese juego. Podrá quedar como guardia de los prisioneros que, desde su prisión, son los guardias de su guardián. Así no llegarán mercaderes a ofrecerle una mesa de billar. Porque doña Claudia responderá:

—Monsieur Billard nos prohibió, a nosotras las mujeres, que tomáramos un taco y que con este taco golpeáramos las bolas y de este modo las hiciéramos correr por el tapete verde.

Es decir: ¡no jugar! Es decir: ¡no trabajar!

Y hay que trabajar en esta vida. Mi gran amigo Florencio Naltagua me dijo cierta vez:

—El pasaporte para el otro mundo es la obra que uno haga en este mundo. —

Las gentes creen que los artistas trabajan “por gusto”. Creen que lo hacen como ellas lo hacen con los negocios y quehaceres; que es una simple ocupación en que se han metido... ¡Una ocupación y poco beneficiosa...! Si es así —se preguntan— ¿por qué diablos no hacen otra cosa?

Las gentes ignoran que:

La fuerza de aquella región ¡se impone!

Se impone de lejos, calmadamente. Se impone a través de un hilo frágil. Es este hilo tan endeble que basta muy poco para romperlo. Si se ha roto, el artista seguirá trabajando, sí, trabajando... Llamará entonces a muchas personas para que vean cómo él ha trabajado, sí, ha trabajado. Les mostrará sus cuadros. Será aplaudido. Esas personas lo felicitarán; tal vez le comprarán sus obras; tal vez se las llevarán encantadas. El artista dirá que ha trabajado, sí, que ha trabajado mucho, muchísimo. Prueba de ello es que sus obras se han ido, que ahora decoran otros sitios, tal vez el taller de doña Claudia Puchuncaví...

¡No! No hay que trabajar para individuos como nosotros no queremos ser. Hay que trabajar más allá de esos individuos. No debe haber individuos en el trabajo del artista. Hay que echarlos fuera. Hay que hacer este... ¿Podré llamarlo "sacrificio"?

Se sabe que uno no está conectado con aquella región, se sabe que el hilo frágil se ha roto apenas en nuestra mente viene la idea de exponer, de hacer una exposición, de cambiar una obra por dinero.

He aquí el modo de rendirle culto a la burguesía. ¡Oh, el modo de rendirle culto a esa burguesía que uno desprecia, de la que uno se ha escapado para ser un artista!

No. ¡No hay que exponer! ¡Hay que huir de los burgueses!

Se ha de trabajar por la obra, se ha de trabajar para los "habitantes" de aquella región. ¡Jamás trabajar para las personas! Porque nuestra obra ha de tener, por lo menos, un reflejo, un destello de inmortalidad.

Pero no sólo los burgueses son nuestros enemigos. Si ellos lo son se les deja de lado y se sigue. Nuestro oficio está lleno de enemigos. Un ejemplo: los colores "sucios". Los colores sucios se introducirán entre la paleta y el pincel, llegarán al pincel y, por él, pasarán a la tela.

Amigos míos, ¿se han dado ustedes cuenta de que en la naturaleza no existen los colores sucios?

Mírenla, mírenla mucho. Si alguno de ustedes ve un color sucio venga de inmediato a decírmelo. Ahora déjenme ustedes trabajar en silencio.

116

Al día siguiente, por la tarde, me presenté en la "pertenencia" de Baldomero Lonquimay. Le dije:

-Amigo Baldomero, comprendí, la otra noche, su invitación y aquí me tiene usted.

A lo que él me respondió:

-Tome usted sede sobre el madapolán de ésa que no es jamuga; en esa sede descanse. Se volvió y gritó:

-¡Cleta Purén! ¡Haceos seguir por Irineus Pidincus!

Alcancé a ver a doña Cleta que desaparecía por un rincón del patio. Luego la volví a ver trayendo, tras ella, a don Irineo Pidincó. Llegó éste compungido y vacilante. Dijo, entonces, el gran Lonquimay:

-Saludaos los unos a los otros. ¡Colotrenas!

Don Irineo repuso:

-Sí, mi señor, usted perdonará... Colotrenas...

Pregunté:

-¿Qué quieren decir ustedes con esa palabra?

Lonquimay contestó:

-Lo que ella manifiesta y que lo manifiesta ¡por vida y por muerte de los manturbios! Colotrenas... Su etimólogo acento lo expresa: "colo" y "trenas". ¿No es así, mi digno señor don Irineo Pidinco? Y si así no lo es, ¿no lo es acaso porque la marea del turno hace que os llame tanto Irineo como Irineus y tanto Pidinco como Pidincus? Respondednos sin circunloquios.

Don Irineo respondió:

-Usted perdonará, mi señor don Baldomero Lonquimay, como le pido también perdón a usted, mi señor don Onofre Borneo, pero es el caso de que en esta cabeza (se la toco con un dedo) se han formado ciertas ideas o ciertos principios respecto a esa palabra que ha producido este, este..., yo no sé si llamarlo "altercado", no lo sé. Llamémoslo, con el permiso de ustedes, esta simple, simple discusión; sí, eso es, discusión. Porque en esta cabeza (volvió a mostrarla con un dedo) se han formado ciertos, diría, conceptos sobre, justamente, eso de "colo" y eso de "trenas"; sí, señores míos, "colo" y "trenas" que juntos forman la palabra que discutíamos, sí, el señor Lonquimay y éste su muy seguro servidor de ustedes, es decir que...

-¡Id al grano o partícula, señor Pidinco, y no os conturbéis con cidóneas expresiones! "Colo" es un baile o danza o quirimí que ejecutan de siglos atrás los terruñentes de aquel confin apodado Servia; "trenas", mezclada a una z debidamente placeada, forma la trenza que viejos guerreantes o mosquetiles usaban de hombro diestro a costado izquierdo. Por lo que se infunde que colotrena es un dislocamiento bailarín en la longitud de una banda pechera de esos terribles guerreros, de esos tremebundos guerresentes o guerrosantes.

-Si usted lo dice, mi distinguido señor, así ha de ser. Bien, pero yo me voy a atrever, aquí en presencia de este esclarecido caballero, el señor Borneo, a insinuarle a usted, mi señor Lonquimay don Baldomero, que "colo" es un simple mogate, o sea el barniz que se usa en alfarería; y "trenas" es un bollo o pan hecho como una trenza, sí, con esa z bien colocada, que mucho se come en España, en la provincia de Aragón. Así es que, usted perdonará mi señor don Onofre, así es que "colotrena" es ese sabroso panecillo español, sí, señores, cubierto con un..., con un barniz puesto a manera de un almíbar si se le pone azúcar; o a manera de una salsa si se le pone sal, eso es, sal...

-¡Refrigeraos en vuestro silencio mortal, oh, Irineus Pidincus! La ira hace presa de mis cogortes al oír tan necia explicación. ¡Oh, tratar, versar, imbuir e imbullir de la suerte, con azúcar y sal, un dislocamiento de bailes locos en los confines de los suburbios del anciano Beograd! ¡Es ello inaudito! ¡Es inauditum! ¡Es centenas de veces inauditísimum!

-Tal vez así será, mi señor, tal vez. Pero yo voy a llamar con el nombre de "colotrena" a este guiso, a veces, sí, señor, a veces; porque otras veces lo llamaré manjar, eso es, manjar. Así es que llevaré guiso y manjar para comerlo en mi próximo viaje...

-Si de tal modo lo apodáis, ¡que él reviente, estalle, explote, bombardee vuestros míseros intestinos si tenéis la osadía diabólica de ingerir un danzante servio en la bandurria de su altivo pecho!

-Dios sabrá, mi señor Lonquimay, cómo ha de suceder. Por ahora, si ustedes me lo permiten, voy a tomarme la libertad de retirarme. Tengo aún que estudiar un punto sobre la *siembra de garbanzos que haré en el fundo de mi capitán Angol*. Tengo además que preparar colotrenas. Tengo, si ustedes permiten, que verme con el señor Tadeo Lagarto

y con el señor Sofanor Pehuenco para un pequeño asuntillo, sí, muy pequeño, con el perdón de ustedes, como es la visita a una casa solitaria.

—Tadeus Lagartus en magia esotérica pretende inmiscuirse. ¡Contraturbios! Sofanorum Pehuencum desea coger el aura de las casas desamparadas. ¡Sicaturbios!

—¡Oh, no; no lo creo! La llaman la Casa Maldita. Pero no me parece que ha de ser tan maldita como ellos dicen.

Aquí creí necesario preguntar a don Irineo:

—¿De qué Casa Maldita se trata?

Me respondió:

—De una casa que ha de ser como todas las casas. Dicen que está situada, si ustedes permiten, al pie del volcán Marmolejo, es decir, un poco al Norte del cajón del Lepomande. Está, pues, en plena cordillera. Si quiere usted, mi señor Borneo —y hago la invitación extensiva a usted, mi señor Lonquimay— podría venir con nosotros. Será en pocos días más que iremos a visitarla. ¿Les gustaría a ustedes acompañarnos?

—¡No! —repuso Lonquimay.

—Por cierto —repuse yo.

—Le avisaré entonces, mi señor Borneo; puede usted contar conmigo. Y hasta pronto, muy pronto.

—Hasta pronto, don Irineo.

—Con su permiso, señor Lonquimay, me despido de usted.

—¡Confundíos en hoscas tinieblas! —exclamó Baldomero.

Y don Irineo se retiró a pasos cortos, cortitos.

Después de un rato dijo Lonquimay:

—¡Triturbios! Mi subconsciente hállase nervioso. ¡Politurbios!

—¿Por qué no se reposa usted un momento? —le insinué.

Me respondió meditabundo:

—Porque he de meter en esta mente, que es finita, este enorme y colosal infinito que nos envuelve.

Guardamos silencio un largo rato. Mi anfitrión estaba magnífico: de pie en el patio de su casa, inmóvil bajo su abeto, la cabeza de color rojo echada hacia atrás, sus barbas temblantes, ambas manos sobre su pecho. De pronto dijo:

—Arribó a esta pertenencia cubierta de amplia hopelanda que se campaneaba con solemne son que no se oía. Menudeaban sus bajas extremidades en finas zapatillas de charol. Ornábase su testa con arrogante y festoneada pluma de flamenco. Al verla la dije:

—Rumetruda Guatacondo, yo te amo.

—Y Rumetruda me respondió:

—Baldomero Lonquimay, yo también.

—Entonces me deshice de mi capuz y caí de hinojos ante ella. Oí el redoble de un atabal; oí el tañido de un olifante. Al ritmo de olifante y de atabal, enderecéme y bailé frenético colo. Ella me dijo:

—¡Oh, colo, colo; ah, colo, colo!

—Oímos entonces la aguda tesitura del himplar de un colocolo. Haciéndole eco exclamé:

—Rumetruda Guatacondo, ¡soy vuestro!

—Rumetruda Guatacondo repuso:

—Baldomero Lonquimay, ¡te pertenezco!

"Y Lonquimay Baldomero poseyó a Guatacondo Rumetruda. Poseyóla tantas veces hasta que presentóse Mardonio Pilmaiquén trayendo tras él un pterosaurius que rozaba. Coitos interrumpidos fueron. Retiróse Rumetruda Guatacondo. Caí en sabia conversación con Mardonio Pilmaiquén sobre la existencia del zenglodón.

"He ahí la historia de mi último amor.

"Sed huraño con Rumetruda si la veis; sed con ella arisco, sed áspero y cortante. ¡Lealtad-amistad! ¡Amistad-lealtad!

"Era lo que deseaba deciros. Y... y... ¡no comáis de esa torta que el torpe de Pidinco llama "colotrena" Ahora seguidme.

Me llevó a la pieza en que había experimentado con las hormigas. Estaba a media luz pues sólo era iluminada por una pequeña ventana. Todas las demás estaban cerradas. Baldomero Lonquimay se dirigió a esa ventana y, frente a ella, me dijo:

-Mirad, oh, mancebo Borneo.

Miré. Nada vi de particular. Los vidrios, bastante sucios, eran acosados por gran cantidad de moscas y moscardones. Lonquimay me los mostró y declaró:

-¡Desventurados insectos! Sois desventurados por el destino que vosotros mismos sufrís. Mas sois plenos de ventura porque me lleváis a profundas meditaciones.

-¿Y qué medita usted, Baldomero, sobre ellos?

-Medito sobre el dolor, mil veces multiplicado, que ha de sentir cada uno de ellos y todos ellos en conjunto al ver pedazos de naturaleza primorosa, sonriente y llena de sol. La contemplan estos pobrecillos múscidos. Retroceden los desdichados y luego se lanzan frenéticos a la luz. ¡Alto! El vidrio impertérrito las detiene; sí, os detiene, míseros dípteros. Entonces soñáis en florecientes praderas verdes cuajadas de pútridas y exquisitas carnes que chupar... Quedad ahí y que vuestros sueños de ventura os minen poco a poco hasta la muerte, hasta la hora de la guadaña que, sin más, os decapitará.

-¿Y por qué no les da usted libertad o los mata con un poco de flit o de tánax o con un simple matamoscas?

-No -me respondió con sequedad-, no, jamás. Sobre ésta que llamo ventanalillo cierrro el postigo y aprisiono así el dolor que es algo humano también. Entonces, cuando él se halla aprisionado, dibujo, sobre un fondo de silencio, dos sinuosas líneas anaranjadas y retorcidas. Las contemplo. Luego hago ruido, hago bulla, bramo, bufo, mujo, rujo, himplo, rozno, gruño, gaño y vozno. A los varios y variados sonos expelidos por mi garganta, las líneas anaranjadas y retorcidas se hacen negras y se yerguen rectas hasta el confín de los cielos.

"Entonces me retiro y trepo a mi biblioteca. Llevo en la mente a Eusebio Palena, el terco amator de Silesia Tobalaba. Porque cierta vez oí expeler a Palena estas frases:

"-Los libros expresan siempre el estado de ánimo con que han sido escritos; los libros traducen, sin inmutarse, las ideas del autor. Son ellos inamovibles; son un ejemplo de eterna estabilidad, de eterna serenidad. Puede usted estar furioso como puede usted estar regocijado; no tiene más que abrir un libro y posar los ojos sobre él: verá usted que habla y habla sin tomar en cuenta su estado de ánimo.

"Es decir, mancebo Borneo, mis furias y regocijos no alcanzaban hasta los libros. Los libros yacían serenos en mi biblioteca, yacían inmutables. Con ira cogía yo un libro gracejo y... a mi ira le lanzaba sus gracejas; con alborozo cogía yo un libro de tragedias y... a mi contento le lanzaba sus dramas catastróficos. La presencia de esos lomos impertérritos

llegó a serme símbolo de la pequeñez de la diminuez de los achaques humanos. ¡Aplastante cosa!

"Aplastante... hasta ayer.

"Ido habíanse ya doña Rumetruda Guatacondo y don Mardonio Pilmaiquén. Por éste había yo penetrado en la existencia del zenglodón; por aquélla había tocado yo las delicias deliciosas del coito y del ultracoito completo. ¿Qué más desear, os lo pregunto, mancebo de mis cortaturbios? Revoloteaba en mis adentros en refocilo total.

"Subí a mi biblioteca. Cogí el libro trágico entre los trágicos: "Denuedos negros", de Corvino Antillanca. Lo abrí. Leí. ¡¡Era todo él la alegría de las alegrías!!

"Su autor, el terrible Corvino Antillanca, era la alegría de las alegrías. Sus denuedos eran blancos cual la nieve andina.

"Ante este cambio entré en cólera. Colérico cogí entonces los chistes de nuestro idioma. Lo abrí. Leí.

"Una lágrima de congoja rodó por mis mejillas ante el sabor de profunda tristeza que desprendíase de cada chiste.

"Bajé, bajé al patio y al pie del abeto bramé, bufé, mugí, rugí, himplé, rozné, gruní, gañé y vozné. Luego me tendí en mi lecho. Allí me dormí.

"Ahora, amigo y mancebo Borneo, coged aquel búcaro y bebed de su contenido. Después... disponed, a vuestro antojo, del tiempo que pasa.

Así lo hice. Bebí un sorbo y me marché.

117

Está lloviendo, Marul mía. He pasado todo el día aquí abajo, en el departamento de Lorenzo Angol. Hemos conversado mucho. ¿De qué? Como se conversa con Lorenzo, es decir, de todo, de lo que venga. Afuera todo está gris y, te digo, llueve todavía, llueve con una lluvia cansada y monótona. A la hora de comer he subido a mi departamento. Ahora te escribo.

Hay una coincidencia en la vida de Lorenzo y en la mía: es ella un gato. Junto a este gato están nuestras madres en la más completa quietud. El gato va y viene, se amodorra, se levanta, desaparece allá arriba en el tejado, se pasea, baja, vuelve, se echa. Sí, mi Marul, el recuerdo de mi madre está unido a un gato que veo, a veces, echado junto a ella, después lo veo allá arriba en el tejado, se asoma, maúlla, baja, viene, se echa nuevamente.

Hablamos de él porque vimos a otro gato pasar por el tejado de la casa de enfrente, en la calle Sacerdote Pérez.

Lorenzo me preguntó de pronto:

—¿Por qué estoy siempre en espera de una desgracia? Es una desgracia irreparable. Pero de súbito creo que no es una desgracia. Tengo entonces la sensación de que estoy a punto de acordarme de algo, de algo trascendental. Pero ello se borra. Oigo entonces una voz pero no la oigo con estos oídos. La oigo nítidamente. Me dice:

—Desconcétrate, desconcétrate...

"Ya te he hablado de esta voz. ¿Recuerdas cuando estábamos en la gota de nitroglicerina? En todo caso fue en las Calderas, bajo Illaquipel.

"Luego me toma el torbellino de la vida y me sumerjo, sin darme cuenta, en esta tromba de torbellinos. Así voy y voy hasta que de pronto, la voz:

"-Desconcétrate..."

Le pregunté:

-¿Qué es esa rama o espiga que hay ahí clavada en tu muro?

Me respondió:

-Es la síntesis que espera.

Esta espiga era formada por un pequeño tallo de unos tres o cuatro centímetros que arriba se bifurcaba formando una perfecta umbela.

-¿Síntesis de qué?

-Fíjate, Onofre, que el tallo se ha bifurcado. Ello es para mí un símbolo. El tallo de la izquierda me representa la ciencia; el de la derecha me representa la religión. Son dos mundos apartes que nacen, sin embargo, de un tronco común. El que va únicamente por uno de ellos llega a un punto límite. Deja, por lo tanto al otro tallo sin conocer; deja, por lo tanto, una oscuridad sin luz. Si quiere desde allí decir la palabra total, genera un error. ¿Ir, entonces, por ambas? No podrá pues será comido, devorado por miles de contradicciones. Quien vaya por ambas tendrá que crearse un doble cerebro; terminará viviendo en el vacío que hay allí entre ambos tallos. Habrá generado dos errores. ¿Qué hacer?

"Onofre, esto se verá resuelto el día en que se cree un tercer tallo en la umbela, un tallo que junte a los que hoy están bifurcados. Mientras tanto esperemos. Pero esperemos con una permanente ebullición interior. ¡No cabe descanso alguno en nuestro interior!

"Ahora recuerdo lo que Fray Canuto-Que-Todo-Lo-Sabe dijo cierto día en que yo me hallaba extremadamente decaído:

"-Para luchar contra la depresión hay dos medios: o confiar en sí mismo, o encomendarse a Dios.

Marul, estoy en este momento, deprimido. Te veo en Taulemu, te veo bajo los árboles enormes. Aquí, lluvia. Allá, lo sé, tiene que haber sol, mucho sol. Siento deseos locos de ir a verte. Pero me detengo y me pregunto:

-Una vez en Taulemo, ¿qué haría?

No quiero tenerte a ti para llorar mis penas. Sin embargo aquí las estoy llorando con esta pluma que va hacia ti, hacia ti, hacia ti... ¿Acaso Lorenzo me ha deprimido? No, Marul, no. La depresión está fuera de mí, fuera de nosotros. Es como esa nube que ahora se descarga sobre San Agustín de Tango. Su lluvia la recibimos. Tal vez esto tenga relación con algo que Lorenzo me dijo:

-No te das cuenta, Onofre, de que un misterio atroz nos rodea por todos lados. Cuando este misterio nos ha hecho una seña es imposible olvidarlo. Su llamado aparecerá ante cualquier circunstancia de la vida.

Pero déjame seguir en Fray Tomate. Allí estábamos ambos. Llovía. A lo lejos divisaba la silueta de la Universidad apenas dibujada sobre el gris. Te recordaba mucho, mucho. Lorenzo hablaba entrecortando sus palabras con largos silencios:

-¡Es espantoso, Onofre, esta lucha en contra de la bestia! La bestia me atisba desde cada encrucijada. Está siempre lista para saltarme encima y dominarme. ¿Cómo? Sencillamente llevándome al olvido de los momentos en que yo triunfaba sobre ella; haciéndome creer que, como ella la presentaba, es y ha sido siempre toda, toda la vida.

"¡Las malas fuerzas, Onofre, las malas fuerzas! ¡Pobre Lumba Corintia! Una vez, o dos,

o tres, le dije justamente para defenderme de esa bestia o de esas "malas fuerzas", como ella las llamaba:

—No peleemos tanto, Lumba Corintia. Sobre todo no gritemos tan alto. Si tú quieres peleemos siempre y cada vez un poco más que la vez anterior. Pero... en voz baja, dulcemente. ¿No ves que con los gritos las paredes se agrietan, las puertas se entreabren y entonces esas que tú llamas "malas fuerzas" aprovechan grietas y entreaberturas para penetrar e implantarse? Se instalan, quedan. No sólo se instalan y quedan: hilan, tejen, laboran. Y lo que es peor, esperan. ¿Qué? La próxima pelea. Viene ésta. Y, sin que nosotros nos percatemos en lo más mínimo, los contrincantes, de dos que debiéramos ser, pasamos a ser tres: tú, yo y Él. ¡Desgracia, Lumba Corintia, desgracia! Porque Él es el que lleva y siempre llevará la batuta. Y nosotros, creyendo obrar por nuestras voluntades, sólo obraremos bajo sus órdenes inexorables... ¿No ves, Lumba Corintia, que es mejor pelear en voz baja?

Marul, nosotros no peleamos. Es, tal vez, porque te miro de lejos, porque no trato de inmiscuirme en los resortes que mueven tu vida propia, tu vida íntima. Se lo dije a Lorenzo:

—Lorenzo, debemos tratar todos, como yo trato con Marul, de hacer una vida redonda y lisa, sin asperezas ni puntas.

Me respondió:

—Para eso quería yo que, si peleábamos, lo hiciéramos en voz baja. Porque necesito el silencio, el mayor silencio posible. Mi trabajo, no lo olvides Onofre, no es un trabajo de creador, no es un trabajo de crear. Es un trabajo de "acordarme". Por eso es mejor que todo pase en voz baja, ojalá, en silencio.

Guardamos un momento de silencio. Luego Lorenzo dijo:

—Yo, desde niño, había pasado mi existencia sumido en las más hondas meditaciones. Ya los arcanos de la vida no me presentaban secreto alguno; y los de la muerte se iban deshojando día a día. Desde tan vertiginosas alturas o desde tan recónditas cavernas el trabajo de los demás hombres —¡oh, si a aquello podía dársele el nombre de trabajo!— me aparecía inferior al hormiguar de las hormigas y al mosquear de los mosquitos. Pero un día, un día cualquiera —¡qué voy a saber yo por qué, yo que me hallaba a punto de hender el índice en la última llama!— tuve que pavonar unos vidrios de mi Bóveda, en La Cantera.

—Empecé con seño adusto y mano indócil. Mas pronto comprendí que esa indocilidad podría manchar los vidrios y supuse que ello podría acarrear manchas correspondientes a la próxima y definitiva concentración. Entonces me apliqué, me apliqué y me apliqué más. Quedé estupefacto. Pues lo que había durado catorce o más años de recogimiento, ahora duraba, para quedar reducido a nada, al cuarto de hora requerido por un vidrio; y lo que se explayaba por la Tierra entera saliendo fuera de ella y abarcando las nebulosas, ahora, en una suprema reducción, cabía en los doce centímetros cuadrados de cada cristal..

—"Todos los gigantescos procesos que habían tenido como testigos al Sol y a las estrellas, en los días y noches de campo; a altares centenarios y piedras milenarias, en las ciudades de Europa; a los viejos infolios y al gruñir de los filósofos de todas las edades, en las bibliotecas; ahora se reproducían, calladamente, humildemente, en mi humilde y callada tarea frente a cada trozo de mi ventana. Eran las mismas leyes, era el mismo proceder. "Como arriba es abajo" —pensaba. "Como abajo es arriba" — agregaba. Y si recordaba *arriba*, ese día realizaba, por primera vez, *abajo*.

"Me aplicaba, me aplicaba, muñequilla en mano, para borrar toda disparidad en mi labor. Me aplicaba sin oír ningún tic tac de ningún reloj. Y soles, estrellas, noches campesinas, altares, piedras, infolios y filósofos me agradecían que, ¡por fin!, después de tantos años, los dejara, por un momento, descansar en paz.

"De pronto observé que el postigo, junto al cristal que me ocupaba, mostraba una gota de pintura blanca. ¡Santo Dios! ¿Estaba ella allí de más antiguo o acababa de caer por torpeza mía? Me aseguré, interiormente, de que era, sin duda, lo primero. ¡Eh! ¡Todos los maestros pintores, por maestros que sean, cometen sus errores! Yo, no. Era aquél mi primer ensayo, ¡el primero! Ninguna gota de pintura atestiguaría mi impericia mientras que una gota ostensible atestiguaba la de viejos profesionales en el asunto. Un enorme orgullo me dilató el pecho hasta casi hacerlo estallar. Un hálito de desdén eché, como un mento, sobre los trabajadores todos del mundo entero. Y alargué altaneramente el meñique de mi diestra hacia la gota.

"¡Estaba fresca!

"Bueno, bueno, bueno... ¿Y qué? ¿No sabemos todos, y no lo he verificado en mi meditar profundo, que es la adversidad nuestra única y real enseñanza? ¿Y ha de aparecer la enseñanza única y real al discípulo dudoso? ¡No, no! Esto no ha ocurrido nunca, no ocurre hoy ni ha de ocurrir jamás. Al discípulo meritorio, al que está ya en el umbral de la mansión del Maestro, se le envía la adversidad para bien aquilatar sus dones y coraje. Prueba de ello es que se me hizo salpicar el postigo; prueba de ello es que los Maestros atisban ahora las reacciones de mi corazón. *Sursum corda!* El mío no se ha precipitado en su latir. ¡Adelante, adelante! ¡Venga otro cristal! Al día siguiente mi ventana estaba totalmente pavonada.

"Había vuelto el momento de escalar, otra vez, alturas vertiginosas y desafiar temibles cavernas. Mas no sé por qué extrañísimo fenómeno, desde aquel día, me contenté con las alturas de los pequeños cerros que me rodeaban y con el subterráneo de mi casa donde se guardan los viejos vinos. Tampoco sé, desde aquel día, por qué busco con vehemencia modestas labores que apaguen en mis oídos el tic tac de los relojes universales.

Le pregunté de inmediato:

—¿Has encontrado, Lorenzo, estas modestas labores?

Vaciló unos momentos antes de contestarme. Al fin me confesó:

—Sí, las he encontrado; sólo que me aburren horriblemente.

—¿Por qué te aburren?

—Porque Satán me ha visitado y me ha mostrado las voluptuosidades que hay en el mal. Entonces toda nuestra labor se ha deshecho entre mis dedos.

—¿Lo has visto tú, tú personalmente, a Satán?

—Sí.

—Dime, por favor, ¿cómo era?

—Como todo el mundo; tal vez un poco pasado de moda. Ahora se usa poco el chaquet encintado y los pantalones ajustados a cuadros. Llevaba además botines puntudos y una enorme chistera de alas planas. El cuello parecía que lo ahorcaba apretado por una vistosísima corbata. Una orquídea lucía en su solapa. Hacía verdaderos juegos malabares con su bastón de cache de oro. Su aspecto también era algo anticuado con sus bigotillos afilados y su perita.

—Lo conozco también, Lorenzo. Se hace llamar aquí Palemón...

—...de Costamota —terminó Lorenzo.

Quedamos en silencio. Lo rompió él diciéndome:

-He de escuchar siempre el tic tac de los relojes universales. Sé qué es lo que de mí espera Lumba Corintia.

-¿Nadie puede indicarte dónde suena ese tic tac?

Meditó largo rato. Al fin se puso a hablar sin ilación, de un modo precipitado, pasando de un tema a otro. Se veía que el hombre deseaba descargarse de tanto problema que lo acosaba:

-Nadie puede hacerlo. Es ello, tal vez, lo que espero recordar a cada instante: el sitio donde se oye el tic tac de los relojes universales. A propósito de su sonar consulté, cierta vez, al doctor Pitrufluén. Le dije:

-Doctor, sufro una terrible amnesia.

Me preguntó:

-¿De qué momento de su vida?

-No lo sé porque recuerdo todo claramente, desde mi nacimiento hasta hoy día.

-¿Entonces...?

-Doctor, sufro de una terrible amnesia.

Dimos por terminada nuestra sesión.

Es acaso la amnesia de la normalidad. Quisiera vivir en una normalidad activa. Me encuentro bajo esta normalidad. La siento a ella como un sitio inmenso, un sitio de reposo. ¡Mira, Onofre, mira! Así es mi vida, tal como la he dibujado en este papel que, te aseguro, no me abandona nunca.

(Me alargó un papel que había sacado de uno de sus bolsillos. En lo alto había una línea horizontal al lado de la cual se leía: "Normalidad". Más abajo había un pequeño círculo al lado del cual se leía la palabra: "Yo". De este círculo caían muchas flechas al lado de las cuales se leía: "Inconvenientes que pueden asaltarme". Abajo una serie de líneas quebradas; a su lado se leía: "Infierno").

Esa es mi lucha, Onofre. Me parece que estoy agarrado con una sola mano de la línea de la normalidad. La punta de las llamas del infierno me quema los pies. Y sé, sé, sé que, de pronto, iré a una normalidad efectiva y activa. Pero, por hoy, la amnesia... Lo he olvidado.

Pienso ahora en Rubén de Loa. Es para mí un hombre feliz. No necesita más que de las ideas de Macario Viluco para entrar en ebullición. Viene la ebullición, habla y pinta con el consentimiento "inefable" de Mamerto Masatierra. El resto de la vida, fuera de sus palabras y de de sus pinceladas, que siga como quiera porque no entra en sus preocupaciones. Es el camino del verdadero artista. En cambio ve el camino mío, ve, Onofre, el camino que tiene que seguir aquel que es tomado por la vía mística. En el camino del místico ha de entrar en juego *todo* el ser. Ha de entrar hasta el menor movimiento de nuestro cuerpo. ¡Y no hay que caer en la obsesión porque entonces es la locura! ¡Serenidad! Y serenidad sin que haya nada material en qué podernos apoyar. El artista ha de cuidar que los conductos que lo unen a la Región no se obstruyan. El resto, ¡no importa! Para ello, ya lo ves, basta, a veces, la charla de Macario Viluco.

¡El resto! Es donde nosotros debemos poner el acento; es para nosotros lo esencial.

Pero dime, Onofre, ¿cómo se puede llegar a la fe? Hay en ello un toque que es de otro plano. Yo siento a menudo que tengo cerradas las vías que a ella, a la fe, me comunican. Lo comprendo todo, sí, todo. Pero falta el toque sagrado.

Porque Anam no siempre colabora conmigo. Por los otros oídos oigo y oigo. Pero aquí

viene la dificultad: saber cuál cosa está ordenada por Anam y cuál es de nuestra propia personalidad.

¡Sí, sí! ¡Es mejor que Lumba Corintia y yo estemos separados! Cuando una pareja está mal ajustada y cada uno se mueve en direcciones opuestas es la ruina. Hay que separarse inmediatamente. ¡Que otros vientos soplen en cada cual! Después, tal vez, juntarse de nuevo. Está ella en los Estados Unidos. Acaso los vientos la lleven y la lleven más lejos. Puede ser.

En mí, respecto a ella, los vientos soplan bien. Mil veces se lo agradezco a ese que llamo Anam. Sí. Anam me ha inspirado y entonces le escribo. Tengo un alto de papeles para Lumba Corintia. Así he encontrado donde poder desparramar este fondo de cariño que hay en mí y que sin ella me habría ahogado tornándose en su contrario: en un odio hacia la humanidad entera.

Veo lo que piensas ahora, Onofre. Piensas que hablo demasiado de mí mismo. ¡No y no! ¿Me estudio acaso? ¡No y no! Lo que hago es estudiar. Porque jamás he dudado que haya una bestia en uno que es necesario dominar. Esta bestia no es *uno*; ella está como acoplada a *uno*. Además no puedo creer que lo que me pasa a mí sólo me pase a mí. Estudio todo un aspecto de la humanidad al mirar y analizar esta bestia que cada hombre lleva acoplada.

¡Qué gran mujer es Marul Carampangue! Puedes, Onofre, considerarte un hombre dichoso al tenerla por compañera. Me encontré con ella, hará dos o tres días, en la puerta del Zoo San Andrés. Me preguntó por Vicente Pocuro. No sé en qué momento me encontraba; el hecho es que le respondí:

—Sé, Marul, que no soy un hombre para amar. Sin embargo el amor me hace falta. Pienso, a veces, en Vivencia y cuando pienso en ella, créame usted, que la quiero. Mi senda debo recorrerla con este dolor encima, un dolor que se repetirá de tarde en tarde pero con un ritmo regular. Su senda, estoy cierto, ella también deberá recorrerla con este dolor encima. No soy un hombre para amar. El amor necesita acercarse al anonimato. Quiero llevar el amor a complicaciones que son únicamente para nosotros mismos y que debemos resolver en la soledad. Pero, Marul, algún día vendrá, ¡algún día vendrá! Sé que Vivencia piensa como yo cuando me recuerda y que se dice: “¡Algún día vendrá!” Pero, ¿qué ha de venir?

Quedé con esta interrogación dentro de mí: “¿Qué ha de venir?”.

Me fui entonces, en pensamiento, a Temuco, a Rapilermo, a los troncos quemados, al agua silenciosa que corre por entre ellos. Cerca de Rapilermo está la laguna del Quepe. La vi con Vivencia. ¡Desolación, desolación! Una laguna de paz rodeada de troncos fantasmales. ¡Troncos desolados, troncos implorantes!

¡Porque imploran, Onofre, imploran desesperadamente!

¿Qué?

No lo sabemos ni, tal vez, jamás lo sepamos.

Es otro modo de vivir. De todas maneras hay en ellos una queja despiadada y muda en contra de los criminales que los hicieron morir por... por...

Ganaron unos pesos esos criminales. Y esos pesos se perdieron junto con los criminales.

¡Es la influencia de la economía doméstica, Onofre, sobre la economía universal! ¡Es el ratonzuelo voraz del hombre frente a la inmensidad de la naturaleza!

Pero en fin..., en fin... No puedo explicarte lo que siento. Me hace el efecto de que

pienso tanto, que vislumbro y comprendo tanto que todo ello queda fuera de mis facultades razonadoras. Porque al haberme encontrado frente a las aguas del Quepe y junto a esos troncos que imploraban vi que todo aquello era mayor, mil veces mayor que mi inteligencia. Esto me impedía concentrarme en algo y formularlo.

Ahora, Onofre, estoy solo, solo. ¡Vivencia Pocuro! ¡Lumba Corintia! Ambas se han asomado a mi vida y ambas han desaparecido.

Si pudiera desconcentrarme de esta Tierra sé que las vería. ¡Te vería, Lumba Corintia! ¡Te vería! Tal vez... te vería.

Anochecía, Marul. Pasaron, a gran altura, dos cocolayes que agitaban pausadamente sus alas. Como ellos volé yo también, volé a Taulemu y vi confusamente el corredor de las casas; luego recordé esa gota de sol en los ladrillos. Luego te vi, Marul, mirando hacia la Luna, hacia el cuarto creciente que yo veía desde el balcón de Lorenzo. Mucho, mucho rato lo miramos Lorenzo y yo. Estoy cierto de que tú también lo mirabas allá.

Seguimos hablando. Le dije:

–Yo he estado, a mi vez, en la laguna del Quepe. Fui hasta ella con Marul, con Fray Palomo de la Ojiva y con nuestro común amigo Palemón de Costamota.

–Yo –contestó Lorenzo–, tal vez influenciado por Palemón de Costamota, vi la perforación de los troncos a través del aire. Vi la tortura que es para ellos crecer. Porque crecen, Onofre, a través de esta masa glutinosa que es el aire.

–El aire –respondí– es espeso, aceitoso. Al menos si él es mostrado por Palemón de Costamota.

–¡Hay que abrirse una brecha a lo largo de él –me dijo–. Una vez abierta el aire se calma, se hace casi etéreo. Entonces crecen las hojas, los frutos y las flores.

Después de un minuto de silencio agregó:

–Que es lo que los hombres queman.

Le dije:

–Por eso, ya desnudos, sin hojas ni frutos ni flores, son una queja despiadada, una queja que, en su inmovilidad, sigue mostrando las luchas que tuvo al perforar el aire:

Vino la noche, una noche negra. Me despedí y subí a mi departamento. Ahora te mandaré esta carta a Taulemo.

118

–Sí, Onofre Borneo, soy un pederasta. Los que no son intelectuales, sí, Onofre Borneo, comprendo que no lo sean. Porque... Tome usted asiento y trate de entenderme bien.

Estaba yo en casa de Carmelo Lipingue, calle de la Santa Biblia. A unas pocas cuerdas veíamos las tumbas del Cementerio Apostólico y los altos cipreses.

–Soy un pederasta por convicción –prosiguió Lipingue–, por la más férrea convicción. Esta convicción me ha hecho tomarle gusto a mis prácticas de homosexual. ¿Que no lo entiende usted? ¡Se diría que no es usted un intelectual! La gente se acostumbra a pensar en ciertas cosas y deja las cosas restantes sin pensarlas ni medirlas. Es una mala costumbre, muy mala costumbre. ¡Hay que pensar en todo, en todo, mi amigo Borneo! Entonces, cuando se piensa en todo, se es homosexual.

Hizo una pausa Carmelo Lipingue mientras yo lo miraba atónito ante una convicción tan firme y laudable y que llevaba, sin más, a la... homosexualidad. Luego siguió hablando:

—Soy un poeta nervioso. Las mujeres confunden nerviosidad con histerismo. Y no se olvide usted de que soy también hombre de negocios porque me gusta tener mis reales en el bolsillo y me gusta vivir cómodamente. Es el medio que he encontrado para darle amplio curso al poeta nervioso que hay en mí.

Y Carmelo Lipingue me contó entonces someramente su corta pero intensa existencia.

Ante todo, Marul, quería vivir tranquilo y con confort. Pero el hombre no tenía bastante dinero. Algunos o muchos le aconsejaron que se fiara a una mujer. ¡Las mujeres tienen un verdadero sentido para pispar los buenos negocios! Pero, según Carmelo, ¡son tan, tan tontas y tan carentes de ideas grandes y atrevidas! ¡Qué hacerle! El dinero era algo apremiante. Entonces le hizo la corte a Mirlena Contulmo. Se acostó con ella. Luego le habló de negocios y de sus afanes. Mirlena Contulmo le escuchó muy atenta y le dio, al parecer, muy sabios consejos. Lipingue los siguió. Se fue a la Bolsa y compró acciones y papeles y... ¡se arruinó!

Desde entonces juró borrar el bello sexo de su existencia. Lo borró para siempre. ¡Adiós Mirlena Contulmo!

Pero un tío o tío abuelo suyo falleció y le dejó una herencia. Carmelo Lipingue revivió. Se compró la casita en que ahora vive, calle de la Santa Biblia, y en ella se instaló.

¿Qué más podía desear? Tenía su dinero, tenía su confort y tenía libertad. Él mismo administraba sus fondos y estaba convertido en un verdadero y perfecto hombre de negocios.

¡Ahora que vengan a él los amigos y donceles cuajados de altas ideas!

Porque aquí está el quid de su homosexualidad: en las ideas de que están cuajados y pletóricos esos amigos y donceles participantes de las noches de voluptuosidad.

Marul, me ha dicho Carmelo Lipingue que es a estas ideas a las que él coge en un pederasta... De ellas se nutre, ellas lo impregnan y de ahí nace el indiscutible poeta nervioso que se presenta en sus horas de inspiración.

¿Ves tú, Marul, cómo basta un descalabro bursátil para que de nuestra vida queden eliminadas todas las bellas doncellas que aún podrían venir a aconsejarnos sobre negocios?

En cambio nos podemos saciar con ideas que peguen en nuestros nervios y que las prodigan los jóvenes soñadores...

Tal es el caso de mi amigo Carmelo Lipingue.

¡Que Dios lo guarde por largos años!

119

Volví lentamente por la calle Santa Biblia. En la esquina del Cementerio Apostólico me encontré con Teodoro Yumbel. Había estado en el Cementerio; a él había ido a llorar sus penas, al menos, a aliviar sus inquietudes. Me dijo apenas me vio:

—A veces, Onofre, los muertos, en su silencio, nos ayudan más que los vivos.

—¿Qué te ocurre, Teodoro? —le pregunté.

—Tú sabes que me he dedicado a la litografía y hoy empezaba a trabajar en grabados

en madera. Allí estaba trabajando. De pronto apareció Ascanio Viluco. ¿Sabes tú para qué venía a verme? Pues a proponerme como jurado, ¡sí, Onofre!, como jurado en un concurso de poemas o de novelas cortas o qué sé yo. ¡Jurado! No titubeé en contestarle:

—Señor Viluco, ¿cómo voy a ser jurado yo que voy por este mundo sólo en busca de hermanos? ¿No se da usted cuenta de que en los concursos no se premia, en verdad, a nadie sino que se rebaja a muchos?

“Ascanio me miró como asustado. Al fin proclamó:

—Nuevas ideas subversivas son éstas de ir en contra de los concursos. No lo pensaba de usted, Teodoro. Me marchó.

“Y se marchó.

Yumbel había quedado afectadísimo con esta idea de que a él se le pudiera nombrar jurado para degradar a los que no eran premiados. Me repitió varias veces:

—“Sé solo, sé solo, sé solo”. Es la voz que oigo como un mandato. Si quiero ser artista, Onofre, debo ser solo, solo, solo. Si voy a un concurso, como participante o como jurado, caigo y caigo en la política, en la politiquería. ¡Que hagan concursos en el Club Cerol! ¡Que hagan concursos en el 6.47, en casa de ellos, los Viluco! Pero a mí, ¡déjenme en paz! Porque yo, Onofre, nunca he escrito para “crear”; como ahora no trabajo en mis litografías ni pienso trabajar en mis grabados en madera para “crear”. No voy tras de hacer una obra. No he trabajado jamás para enseñar; que tal, creo yo, es el significado de la palabra “obra”. He trabajado siempre para *aprender*.

“Es difícil aprender, Onofre. Me propongo hacer miles de cosas: escribir, hacer grabados y litografías y ¡qué sé yo! Pero he llegado a la conclusión de que una práctica no debe forzarse. Es decir, no hay que tratar de aplicarla inmediata y tenazmente como se hace, por ejemplo, para la aplicación de una ley. Lo que hay que hacer es NO OLVIDARLA. Y para esto procedo así: 1º) Repetirla mentalmente; 2º) Implantarse la voluntad de ejercerla; 3º) Ir al mundo libre de ella; 4º) Si en el mundo no viene, verificarlo, no forzarse y pensar: “ya vendrá”; y 5º) Volver a repetirla mentalmente. Al fin se incorporará, será parte de uno mismo. Sin embargo me encuentro deprimido. Siento como que todos los momentos buenos de mi vida se separaran de mí y quedarán estáticos rodeándome. Al centro, inmovilizado, estoy yo con una tristeza negra.

Nos separamos. Me vine a casa. Aquí me encontré con el viejo amigo Artemio Yungay que me esperaba. Te contaré, Marul, lo que hablamos.

120

Empezó Artemio Yungay por tomarme de un brazo y me condujo a la calle del Niño Dios, cerca de mi casa. Allí vimos unas luces y penetramos al Bar de la Tonsura. Nos sentamos, pedimos nuestros tragos y Yungay me contó su última aventura amorosa. Ya se perdían en la nada del pasado la malograda Tártara Tigre, la bella Lili, la seudorrusa de Prascovia... Ni siquiera me habló de Agripina, es decir de Yoni; ni siquiera se acordó de su buena amiga Eustaquia Zepeda. Ahora era otra mujer la que ocupaba su sentido erótico. Era Clorinda Machali.

—¡Amo a Clorinda Machali! —me dijo apenas consumió su primer sorbo de su trago.

Le respondí:

—Servidor de usted.

Continuó:

—Me han dicho que Clorinda sufre y ha sufrido y me han dicho en son de reproche que es irritante mi insensibilidad. Amigo mío, compréndame usted a mí también, compréndame un poquitín. ¿Cómo es posible que crea yo semejante cosa?

Le respondí:

—No, mi señor Yungay, ello no es posible.

—Es usted la amabilidad misma.

—Por usted, ¡salud!

—¡Salud!

Bebimos y Artemio Yungay continuó:

—Señor Borneo, hagamos una suposición. Supongamos que todos me dicen que mi mano derecha me está doliendo y yo, el único interesado en el asunto, verifico que no me duele... ¿Podrán alguna vez convencerme? No, mi amigo, no lo podrán.

—¿A qué viene esta suposición, don Artemio?

—Viene, don Onofre, al hecho de que Clorinda es mía, sí, es mi Clorinda, y “mi” quiere decir yo. De este modo el problema se plantea con mayor claridad.

—No la veo esta claridad.

—Ya la verá usted. ¡Salud, mi amigo!

—¡Salud!

Continuó Artemio:

—Si “mi” quiere decir yo, yo soy Clorinda. Si Clorinda goza en los mayores espasmos que sea posible concebir, entonces yo gozaré en estos inenarrables espasmos. ¿Cómo ha de gozar Clorinda? Fíjese usted que ella no es una invertida. Ella ha de gozar, entonces, con los hombres. Pues bien, ¡que vengan los hombres a poseer a Clorinda! Sí, mi señor, vienen estos hombres y la poseen. Clorinda goza. Clorinda es yo. Luego yo gozo. No veo dónde está lo complicado de todo esto.

Lo pensé y lo aprobé:

—Es sencillo, es sencillísimo.

—¡Salud, entonces, amigo Borneo!

—¡Salud, entonces, amigo Yungay!

—¡Por Clorinda Machalí que ha de estar, en estos momentos, entre los brazos de un marinero de Norioli!

—¡Por Clorinda Machalí y por el marinero de Norioli!

—¡Salud!

—¡Salud!

Después de esto nos separamos.

121

El cura de Putaendo me ha dado ciertas informaciones que todo buen sanagustindetanqueño ha de conocer.

Me había preguntado varias veces de dónde venía el nombre de nuestro primer cabaré: San Lito. Yo no conocía ningún santo con este nombre. Al fin me decidí a preguntárselo al cura de Putaendo pero se hallaba fuera de la ciudad, tal vez en su parroquia. Hoy,

por fin, nos encontramos. Después de las cordiales bienvenidas del caso le hice la pregunta. El cura me explicó lo que sigue:

—La patrona de esta venerable ciudad es Santa Prisca. ¡Una santa mujer! Vivió, la pobrecita, cortos años, desde 1780 hasta 1808, o sea 28 años. Pero en tan corto lapso de tiempo hizo uno que bien podría llamarse milagro: ¡hizo un santo! Era él Emilio Guatacondo, antepasado de doña Rumetruda, y que todo el mundo llamaba con el sobrenombre de Lito. Usted comprenderá: Emil-lito. Pues bien, Lito conoció, cierta vez, a Santa Prisca. Santa Prisca le habló, le lanzó luces, le hizo oír voces del más allá y el buen Lito, abismado, se convirtió. Luego tomó los hábitos y, créame mi señor, murió en olor de santidad. Quiso conservar, ya de fraile, el nombre con que lo designaban sus compañeros, es decir, Lito. Ha sido un caso muy curioso. ¡Una mujer iluminando a un hombre! Según el padre Froilán y según el padre Protasio se asemeja a otro caso parecido, a uno que hubo en España, hace ya más tiempo. Ella se llamaba Santa Teresa de Jesús y él, San Juan de la Cruz. Usted, seguramente, ha oído hablar de ellos. ¡Curioso y muy laudable caso, mi señor Borneo! Ahora, con su permiso, señor Borneo, tengo que seguir, señor Borneo. Usted sabe, los anatemas y demás. ¡Será hasta pronto, señor Borneo, hasta muy pronto!

Se fue rápido el cura de Putaendo. A la vuelta de una esquina me encontré con Desiderio Longotoma.

—¿Sabe usted de dónde vengo? —me preguntó jovial.

—No, no lo sé.

—Pues vengo del Aeródromo del Apocalipsis. Allí fui a dar un abrazo de adiós a nuestro héroe sin igual Baldomero Lonquimay. Partía al Sur el grande hombre, partía a Curacautín. Va por una o dos horas y regresa nuevamente en avión. Un viaje relámpago, como usted ve.

—¿Y qué va a hacer Baldomero en Curacautín?

—Va a ponerse de pie, mudo e inmóvil, frente a las nieves del volcán Lonquimay y, según me dijo —después de llamarme “belitre” y “follón”—, va a quitarse su chambergo y a exclamar:

“—¡Oh, volcán Lonquimay, Baldomero Lonquimay te saluda!

“Esperará unos instantes. Las brisas, entonces, le traerán la respuesta:

“—¡Oh, Baldomero Lonquimay, el volcán Lonquimay corresponde a tus saludos!

“Y regresará el hombre al Aeródromo del Apocalipsis.

Desiderio Longotoma pedía ahora un poco de reposo. Nos fuimos a su casa, calle de la Excomunió. Allí se puso a sus anchas, se sacó la chaqueta y se caló pantuflas. Luego me dijo:

—¡Ay de estos hombres raros y extraños! Son terriblemente fatigosos. Es el caso de nuestro amigo Baldomero. En este momento sólo deseo conversar con un ser normal. ¡Con usted, mi amigo! ¡Qué cosa maravillosa es encontrarse con un sujeto que a uno le dice: “¡Hola! ¿Qué tal? ¿Tomamos una copa? He estado leyendo la crisis ministerial. He visto el resultado de las carreras. ¡Qué calor ha hecho hoy día! Anoche hacía más bien frío...”. Es esto, mi amigo, algo admirable, algo francamente admirable.

Se dirigió presuroso a su escritorio y se sentó pluma en mano junto con disculparse:

—¿Permite usted un momento?

—Sí, sí, haga usted, se lo ruego.

Escribió un rato y luego se volvió a mí:

—Hay que hacer cosas sin saber para qué se hacen —me dijo al oído—. He anotado el

día de ayer en ese mi diario. Mañana voy a anotar el día de hoy. Hacer mi diario, día a día, me es una obligación tan fuerte como la más apremiante. ¿Cree usted que lo leo a menudo? ¡Ah, no! Lo escribo y lo dejo. Después, dos o tres años más tarde, o cuatro o cinco, lo vuelvo a tomar, lo abro y lo leo. Veo entonces, amigo, veo... Pero, en fin, hablemos de otras cosas.

—Como usted guste, Desiderio. Tengo ganas de hablar normalmente. Lo malo es que ignoro la cuestión de los ministerios y no voy jamás a las carreras. ¿Entonces...?

—¿Y el apetito, mi amigo Borneo, qué tal anda?

—A decir verdad, con sólo oír hablar a usted de comidas se me abre de par en par.

—Se equivoca usted porque estoy inapetente. Ahora mi pasión, arrebatadora pasión, es el cigarrillo; fumo y fumo sin cesar. ¿Y sabe usted por qué fumo tanto? Porque no hay medio de reemplazar al tabaco con nada. Y yo soy hombre que no contradigo a nuestra santa madre la naturaleza. ¡El apetito! Me hace usted reír. Me propuse, cierto día, no ser más el devorador insigne que era. Lo logré con la mayor sencillez y sin ningún sacrificio. Antes de asistir a una comida me comía una empanadita o dos, me tomaba luego una taza de café cargado y me fumaba un par de estos buenos amigos los cigarrillos. Asistía enseñada a la comida y... ¡extrañeza general! ¡Longotoma apenas prueba un bocado! ¡Longotoma quiere adelgazar! Y mil sandeces por el estilo. En cambio a este tabaco no hay medio de reemplazarlo, amigo Borneo, no lo hay. Por lo mismo soy su adepto y admirador sincero.

—Usted conoce a Nemorino Limache aquel hombre también llamado Calixto Ri. Después de unas aventuras más o menos agitadas se sintió tan nervioso que decidió dejar el cigarrillo. El doctor Hualañé, a quien consultó, le dijo que siguiera fumando, que el cigarrillo nada podría hacerle. Pero él alegó que era mejor dejarlo, sí, era mejor y lo dejó... ¡Pobre Nemorino Limache! ¡Qué de esfuerzos, que le golpearon en los nervios, hizo el infeliz! Ya cuando, al fin, no sintió deseos de fumar, fumó uno, uno solamente, uno para ver... Luego fumó otro. Y luego otro más. Y volvió a fumar. Ahora, donde usted lo vea, lo verá con su cigarrillo en la boca.

—Bien —le dije—, por el bueno de Nemorino ¡fumemos!

Encendimos sendos cigarrillos y prosiguió Longotoma:

—Por lo demás yo no soy capitalista así es que puedo vivir sin preocuparme mayormente de los regímenes alimenticios. Porque ¿se ha fijado usted, mi amigo Borneo, que la gran preocupación de los capitalistas es saber qué pueden comer y qué no pueden comer?

—Sí, me he fijado en ello y, por lo mismo, yo como de todo, de todo.

—¿Aún en casa, en el suntuoso taller de doña Claudia, de la muy elegante doña Claudia Puchuncaví?

—No he tenido ese honor aunque no veo...

—Pues le diré a usted: me invitó a comer en su elegante y muy elegantísimo taller; me preguntó, ante todo, qué me gustaba y qué no me gustaba, qué apetecía y qué no apetecía. Entonces le dije para que se sintiera bien a sus anchas:

—Yo, señora, no tengo ni costumbres ni hábitos de ninguna especie, ni aun en las comidas. Me amoldo a las costumbres y a los hábitos que hallo en torno mio y así, créamelo usted, mantengo mi buen humor.

—¡Ah, mi amigo, qué rico estaba el venadillo aliñado con finas estalagmitas de simarruba! Me comí tres platos. Y esto lo hice a pesar de la empleada, de esa tremebunda empleada, de la Zenobia, que no paró de molestarnos a doña Claudia y a mí”.

–Pues yo creía –le dije– que era usted un hombre que se habituaba a todo, aun a las Zenobias tremebundas.

–¡Un momento! –exclamó Desiderio–. Me amoldo a todo lo que es normal. Pero de ahí a comer un bocado y quedar con una puerta abierta a la espalda y oír a doña Claudia que pide que la cierren y ver que la Zenobia se olvida de cerrarla y por más que doña Claudia se lo repite y repite ella olvida y olvida y vuelve a dejarla mil veces abierta y esto toda, toda la noche... ¡Oh, es horrible, es horroroso, amigo Borneo!

–Es verdad, Desiderio, a mí también me molesta hasta la exasperación esas puertas que quedan siempre abiertas.

Longotoma pensó un rato frotándose las manos y sonriendo con no poca malicia. Al fin me explicó:

–Onofre Borneo, ¡el horror a las clausuras! Onofre Borneo, ¡el espanto a las clausuras! Por eso, dejar siempre las puertas abiertas. La clausura indica sosiego, indica reconcentración y también... prisión. La gente primitiva, como esa Zenobia, necesita grandes espacios abiertos, necesita campos enormes; necesita no sentir limitaciones a su ser. Entonces, sin darse cuenta, ¡las puertas que queden abiertas!

“Felizmente tuve una idea: invité al teatro a doña Claudia. Sí, mi amigo, aquí donde usted me ve, la invité al teatro...”

–¿Usted fue al teatro, Desiderio? –le pregunté extrañado sin comprender.

–Sí, señor y amigo, yo, Desiderio Longotoma, fui al teatro.

No pude menos que exclamar:

–¡Osorno!

A lo que Longotoma me agregó:

–¡Calbuco! Porque hay que ir a todas partes, amigo, a todas partes. Ahora que yo, cuando me dedico a ser serio y a tener ideas, no acepto el teatro porque no acepto que se haga arte con uno mismo. El arte debe poder ser contemplado por su autor, ¿no lo cree usted? Es lo que siempre he sostenido y en ello estoy de acuerdo con Rubén de Loa. ¡Oh, como si Rubén me hubiera adivinado lo que yo pensaba! Un día que fui a visitarlo acababa de partir Macario Viluco. Rubén estaba con toda la labia. ¡De acuerdo con él, mi amigo, de acuerdo! No aceptábamos el teatro y, en cambio, ambos aceptábamos el cine. ¿Por qué? Sencillamente porque el actor puede tomar su butaca y verse actuar. Los del teatro no lo pueden ni lo podrán nunca. Es una triste cosa pero es así. En fin, mi amigo, no hablemos de estos asuntos intelectuales como el teatro y el cine y demás. Yo, verá usted, prohibiría a la gente hablar de intelectualidad. Sobre este punto: ¡silencio! La intelectualidad se realiza. Hablar de ella es descansar. ¿Recuerda usted a la Tomasa?

–¡Por cierto! –exclamé algo extrañado por tan brusco cambio de tema–. La recuerdo en Curihue y lo recuerdo a usted elevado por los aires corriendo tras ella.

–Hoy día tengo una amiga –me susurró– que es la perfección absoluta. ¿Se extraña usted?

–No me extraño, Desiderio –le respondí–. Todos los enamorados proclaman al objeto de su amor como una perfección absoluta, como una mujer diferente a todas las demás.

Longotoma se echó a reír a carcajadas.

–¡Así es, amigo, así es! Habla usted con el señor X que ha encontrado una novia. Ante sus ojos de desconfianza le dirá a usted: “Aaah, es que mi novia es distinta...”.

Y yo agregué:

–Y habla usted con el señor Y que, ante su desconfianza por su nueva novia, le dirá: “¡¡Aaah, es que mi novia es distinta...!”.

-Y así le dirá el señor Z...

-Y el señor W...

-¡Y todos!

-¡Todos, todos!

-Pues bien, mi amigo Borneo, lo inenarrable que tiene esta novia mía, doña Lorena Tiliviche, que tal es su nombre, es que... ¡es igual a todas!

-Fumemos un cigarrillo más, entonces, por esa inenarrable y sin par Lorena Tiliviche.

-¡Fumemos por Lorena Tiliviche! Porque es verdaderamente ideal una mujer que sea como todas las mujeres. ¡El eterno femenino! Y esto en medio de una ciudad, de una gran ciudad como San Agustín de Tango. ¡Vivan las ciudades, las grandes ciudades! Curihue, se lo confesaré a usted, me daba miedo, algunas veces, mucho miedo. La Tomasa era como un escudo para defenderme de ese terror que me da la naturaleza. Porque la naturaleza devora y mata. La calma, esa beatífica calma, ¿dónde encontrarla? ¡En el centro de las grandes urbes, amigo mío! En Santiago, en la calle Ahumada; aquí en San Agustín de Tango, en plena plaza de la Casulla; en París, en los grandes bulevares; en Londres, en Trafalgar Square; en Berlín, en Unter den Linden; y así en seguida. ¡No más Cavernas Comunes ni Calderas de Illaquipel! ¡Y qué decirle a usted de Lo Gay y de San Pascual y de La Cantera y La Torcaza...! Sólo de pensarlo me hielo. En cambio estas ciudades que crecen y crecen de la mañana a la noche... ¡qué cosa linda! Porque, ¿se ha fijado usted cómo crecen? El otro día vi el censo de San Agustín de Tango: 887.246 habitantes. Es decir, amigo, 1 millón. ¿No es así? Y si contamos, lo que es justo, sus alrededores llegaremos a 1.300.000. ¿Entonces? San Agustín de Tango tiene 1.300.000 habitantes. San Agustín de Tango, entiéndame usted bien. Porque los suburbios es otra cosa, sí, otra cosa que ha de calcularse en unos 400.000. Digamos que la gran ciudad tiene o ha de tener 1.700.000 habitantes. Luego esta cifra es para la ciudad misma porque si contamos sus alrededores pasa los 2.000.000. El cuento sigue y sigue hasta llegar a ser como es Londres o Nueva York. No, no es posible. Veamos el censo. Dice el censo: 887.246 habitantes... ¡La respiración, amigo, la respiración! Inhalar-expeler; inhalar-expeler... 800.000-2.500.000; 800.000-2.500.000... ¿No encuentra usted que tengo razón al amar y amar y amar a Lorena Tiliviche?

-¡Por cierto, Desiderio, por cierto!

Así charlábamos cuando un campanillazo nos interrumpió. Fue Longotoma a la puerta, abrió y... apareció la imponente figura de Baldomero Lonquimay.

-¿Ya ha regresado usted? -preguntó jovial cual ninguno Desiderio Longotoma.

-Ya he regresado yo -respondió secamente Baldomero Lonquimay.

Entró el hombre. Se dirigió a mí:

-Salud, mancebo.

-Asiento -le ofreció Longotoma.

-No; permaneceré de pie -respondió Lonquimay.

-¿Y vio usted el volcán que lleva su nombre?

-Vi el volcán que lleva ese honor.

-¡Bravo! ¡Dos hermanos que se encontraron!

-Nos saludamos en las afueras de Curacautín. Os he dicho que iba yo a decirle: "¡Oh, volcán Lonquimay, Baldomero Lonquimay te saluda!". Se lo dije. Entonces las brisas se arremolinaron y entre sus arremolinamientos me dijeron: "¡Oh, Baldomero Lonquimay, el volcán Lonquimay corresponde a tus saludos!". Di media vuelta y me encaminé hacia

Curacautín para coger el superveloz avión que allí me había llevado. Entonces acaeció superespantable de los supermomentos de ésta nuestra atmósfera.

—¡Osorno! —exclamó Longotoma.

—¡Calbuco! —creí necesario exclamar a mi vez.

Lonquimay bufó.

—¿Y qué acaeció, mi querido Baldomero?

—Que medio cielo se cubrió de espesos nubarrones; que medio cielo límpido y azul cual el puro azul y límpido del cielo. Una raya fue trazada en lo alto, una raya que partía de la cumbre del nevado Lonquimay; una raya que pasaba recta y terca por sobre mi testa; una raya que se perdía en lejanos horizontes: A mi diestra, os lo digo, limpidez y azulinos; a mi siniestra, el hosco nubarrón. Entonces la hosquedad de esta negra nube se derritió y cayó. Llovió. Tronó. Relampagueó. Mientras del otro lado brillaba el astro rey y trinaban los pajarillos. Así caminé a grandes zancadas. De un costado llevaba yo el estío caluroso; del otro, el gélido invierno. Ardía, de alto a bajo, mi flanco derecho; empapábase, de alto a bajo, mi flanco izquierdo. Me detuve entonces y giré sobre mis talones. Mi mitad llovida se secó; mi mitad ardiente se mojó. Allá a lo lejos vi que medio volcán derretía sus nieves bajo los rayos de nuestro lucero; vi que medio volcán se nevaba envuelto en penachos oscuros de ciclópeos cirros, cúmulos, estratos y nimbos. Resuelto avancé entonces hacia la tempestad: el fenómeno atmosférico me acompañó pues la raya de lo alto se enchuecó siguiéndome; resuelto avancé entonces hacia el sol: el fenómeno atmosférico me acompañó pues la raya de lo alto se enchuecó siguiéndome. Decidime por Curacautín y hacia Curacautín caminé. Llegué, por fin, a ese pueblo llevando a la naturaleza, sobre mi cráneo y chambergo, dividida en dos.

“El superveloz avión me esperaba. Su piloto, al verme, se inclinó. Subí y partió. Dejamos atrás, atrás, atrás la velocidad del sonido. A tal velocidad pronuncié nuestro nombre, el del volcán y el mío: “Lonquimay”. Hice señas, entonces, al susodicho piloto para que aminorara su volar. Aminoró. Y la palabra por mí pronunciada nos alcanzó: “Lonquimay”.

“Clamé entonces:

“—¡Arre, volador pollino, arre!

“Volvimos a pasar la velocidad del sonido; la dejamos atrás, atrás, atrás. El piloto me indicó hacia abajo: Los Cerrillos. Luego me indicó hacia el frente: El Apocalipsis. Aterrizamos. Bajé. Un taxi: ¡Excomunió 590! Llegué. Trepé. Toqué. Entré. Saludé.

Longotoma gritó:

—¡Y olé!

Lonquimay siguió:

—Justa justicia es de justiciero justo que si vos, Desiderium Longotomus, fuisteis el último sanagustindetangueno que mis córneas perforaron antes de elevarme por los aires, seáis vos también quien reciba mi primera visión y mi primera ceremoniosa pompa. Lo que no quita que seáis el más insigne follón que haya hollado el piso de esta celeberrima ciudad. Entonces, ¡oh, follón!, os digo adiós. Y a vos, Onóferum Borneus, os digo que repudiéis cualquier intento que se haga por follonaros.

“Obeso y mancebo:

“¡Adiós!

Y, como una tromba, Baldomero Lonquimay se marchó.

Marul, he regresado de la Casa Maldita. Una mañana me telefoneó don Irineo Pidenco anunciándome que partiría por la tarde rumbo a Illaquipel en compañía de Tadeo Lagarto y Sofanor Pehuenco. Allá nos esperaba el viejo de don Barbaciano Mallarauco. Nos alojaríamos en el Hotel de las Vertientes y al día siguiente, temprano, nos dirigiríamos en auto al pie del volcán Marmolejo donde se halla esta famosa casa.

Así lo hicimos. Fue un viaje sin mayores alternativas: tren, hotel, auto. A las 2 de la tarde, más o menos, nos detuvimos: del otro lado de un barranco, entre algunos árboles grandes, se levantaba una casa como cualquier casa. Parecía cerrada y abandonada. Pero luego vimos salir de ella a un hombre anciano que nos saludó agitando su sombrero. Correspondimos a sus saludos. Minutos más tarde estábamos junto a él después de atravesar el barranco por un viejo puente. Tadeo Lagarto nos presentó a éste don Barbaciano Mallarauco.

En realidad, Marul, esta casa no tenía nada de muy particular. Una casa que, claro está, denotaba en sus dueños un cierto buen gusto y nada más. Era más bien pequeña: un living tal vez demasiado cargado de muebles y de objetos de adornos; en un rincón, el comedor; dos o tres dormitorios; un pequeño escritorio; una sala de baño; a un lado la cocina y pequeñas dependencias. Se veía que nadie la habitaba. Tal vez Barbaciano Mallarauco adivinó mi extrañeza pues me dijo:

—Yo habito aquí al lado.

Por una ventana vi otra casita como todas.

—¿Y vive usted solo?

—Completamente solo.

—Es usted un verdadero ermitaño.

Sonrió Barbaciano Mallarauco y me explicó:

—Eso es relativo, señor. Si me juzga usted por la compañía de otros semejantes, sí, es verdad, soy un ermitaño, pero hay que ver que no sólo nos acompañan los hombres. Las cosas, a veces, son muy buenas compañeras sobre todo si están cargadas de vida.

Luego nos acomodamos en el living. Pehuenco, entonces, le pidió a nuestro ermitaño que nos contara qué le había llevado a tener una tan solitaria existencia en esos contrafuertes cordilleranos.

Te haré, Marul, un resumen de lo que el viejo nos dijo:

Existió en una época, cuando este ermitaño contaba con unos 40 años de edad, una pareja de enamorados que proclamaron, a quienes querían oírlos, que eran los seres más dichosos de esta Tierra. Él era Tarquino Vilcún; ella, Adelfa Tolhuaca. Disponían del mundo. Los goces eran algo reservado para ellos; en todo caso tenían la llave para abrir su guarida y dejarlos que se precipitaran al exterior.

Después de viajar un tiempo por el mundo llegaron a estas tierras, compraron esta casa y trajeron a ella algunos muebles y tapices y chiches que, con los no pocos que ya había aquí, le dieron, al total, un aspecto bastante agradable. Aquí, pues se instalaron Tarquino Vilcún y Adelfa Tolhuaca.

¿Crearás tú que se instalaron a gozar de la vida tranquila que ofrece esta serranía cordillerana, que pasaban sus ratos de descanso contemplando el Marmolejo? No, Marul,

porque tenían una gran misión que llenar, una misión que echa sus raíces en ciertos arcanos ocultos que Barbaciano nos los expuso en pocas palabras.

Nos citó las palabras del iniciado tibetano Koot-Hoomi que, como tú sabrás, fue el corresponsal místico de Sinnett, y que dicen:

“Todo pensamiento humano sobrevive como una inteligencia activa, como criatura engendrada por el espíritu, durante un período más o menos largo, y proporcional a la intensidad de la acción cerebral que lo ha generado”.

Este principio era la base que hacía actuar a Tarquino y Adelfa. Presentían, pues, que había en este mundo miles de miles de ideas que habían quedado entre su propio reino y este reino de los hombres, en un estado, si tú quieres, embrionario.

De aquí nace la segunda creencia de ellos. Se dijeron:

—Si estas ideas y preceptos han sido sacados de su reino, han de estar ansiosos por encontrar el otro reino adonde, por lógica, tenían que llegar.

Este reino era, a no dudarlo, éste en que nosotros vivimos, o sea el de los hombres.

Un ansia se implantó en ellos:

Convertirse en un puente, en un paso, que les diera su fin tan anhelado. Ellos, pues, recibirían las ideas y ellos las transformarían, les darían el vehículo para hacerlas susceptibles de vivir junto a los hombres.

Pero dime, Marul, ¿dónde hallar el principio de estas ideas? ¿Dónde poder coger un punto siquiera de ellas para de ahí, afinándose, tomarlas luego en su integridad?

La soledad se les presentaba como algo imprescindible. Pero en la soledad..., tú comprenderás, Marul, se corre el riesgo de ser ahogado por ella y de caminar y llegar a la nada.

Cierto día parece que Adelfa, como iluminada, le dijo en tono imperioso a Tarquino.

—¡Las cosas, sí, las cosas! Porque las cosas que han vivido largo tiempo junto a un ser poderoso han de guardar algo de su poder. ¡Es falso, Tarquino, que las cosas sean tan muertas como se las cree! ¡Ellas son vivas, vivas! Las cosas están en espera de quien quiera y sepa acercarse a ellas...

Empezaron ambos a buscar. Compraron muchos cachibaches, muchos objetos y hasta muebles. Se apegaban a algunos; desechaban otros. En fin, quedaron con algunos pero necesitaban la soledad, el sitio adecuado donde estas cosas tuvieran a bien develar sus misterios.

Pasó un tiempo. Al fin supieron que allá, allá lejos —es decir donde ahora nos encontrábamos— existía una casa que toda ella no era más que un enorme proyecto de cosas a medio nacer, de cosas que vivían entre dos mundos. Una pareja anterior, tal vez teniendo ideas similares a las tuyas, habíase relegado a esta casa y aquí había vivido. ¿Quiénes eran ellos?

¡No, Marul, no! No había sido una pareja; había sido un solo hombre, un tal Fabiano Arrayán. Él había hecho construir esta casa, más pequeña, por cierto; él se había enclaustrado aquí; él aquí había vivido; él era un solitario. A veces, dicen, una mujer venía a verlo y de este hecho viene la idea de una pareja. Pero él quedaba nuevamente solo; ella desaparecía.

Una vez ella estaba aquí. Era ella Elcira Quintay. Pues bien, salieron Fabiano Arrayán y Elcira Quintay. Salieron y no volvieron. Quedó la casa abandonada.

Cuentan algunos que murieron en una terrible tempestad de nieve; otros, que fueron asesinados; otros, que viven ahora en San Agustín de Tango; otros, por fin, que llegaron

a Santiago y que luego emprendieron viaje al Viejo Mundo. Es decir que no se sabe a punto fijo qué ha sido de ellos.

Pasó el tiempo. La casa siguió sola. Hasta que ya nuestros conocidos de Tarquino Vilcún y de Adelfa Mallarauco llegaron a ella y en ella se instalaron.

Comprarla fue cosa fácil: un corredor de propiedades era el encargado de ella y todo estaba en claro: Fabiano Arrayán había dejado órdenes de venderla a quien se presentara. Pasó, pues, con la casa como con una casa cualquiera.

Tarquino y Adelfa vivieron aquí unos tres o cuatro años. ¿Solos? Esto es algo relativo pues si en verdad no invitaban a nadie, recibían, en cambio, gustosos a las visitas y se despedían de ellas con el: "¡Vuelvan, pues, vuelvan! ¡No se pierdan!".

Pero alguien más los veía sin que ellos lo sospecharan; alguien más los atisbaba; alguien más estaba al corriente de todos sus actos y afanes. Este alguien era Barbaciano Mallarauco.

Barbaciano Mallarauco se apoyaba sobre sus primeras esperanzas pues conocía a Tarquino y conocía a Adelfa. Había depositado una cierta confianza en ambos. No se abandona por un simple capricho la vida de la ciudad con todo cuanto ella ofrece para ir a retirarse al pie de un volcán desamparado.

Pues bien, Marul, las esperanzas de Barbaciano subían y bajaban, igual a una marea. Había momentos en que veía claramente que estos dos jóvenes llevarían a buen fin el objetivo de esta voluntaria reclusión porque lograrían afinarse a esos innumerables objetos y les arrancarían, de este modo, sus secretos. Ellos los escribirían y luego los echarían a rodar por el mundo. ¡Qué bella cosa sería! Pero había otros momentos en que un lado, diría, vicioso los tomaba, sí, los dominaba y ellos a él se entregaban con dicha.

Barbaciano llegaba a verlos. Notaba en ellos cierta indecisión; los notaba turbados. Conversaban de todo. Poco a poco llevaba el tema al punto álgido. Les decía:

—Hay aquí muchos pensamientos que piden forma; hay aquí muchas promesas que no se han cumplido, todo un mundo de ideas que fueron evocadas y que, hasta hoy, no han sido llevadas a buen fin. Es lo que simbolizan estos múltiples objetos.

Contestaban ellos llenos de fe, de fulgor:

—¡Claro está! ¡Lo sabemos! Esas ideas se hallan presas en estos objetos; cada idea tiene un objeto que la encadena. Ansían volver a su seno o bien seguir bajando hasta cumplir la misión que en un día se les encomendó. Pero..., pero... no vemos esa misión. Buscamos en vano. A veces creemos hallar el principio de una idea. Es un principio tan sólo porque la idea se va o se escabulle... ¡sepa alguien por dónde!

Barbaciano les respondía:

—Hay que saber mirar. Cuando un comienzo de idea aparece hay que dedicarse a él con tesón, con una firmeza que dará, acaso, más dolores que alegrías.

—¡No importa! —respondían ambos—. ¡Nada nos arredra!

—¡A la obra, entonces! —les decía Barbaciano—. Si tardan ustedes, tal vez encuentren muertos a objetos y muebles, tal vez los encuentren sin el alma que en ellos se cobijaba.

En estas pláticas don Irineo Pidincó parecía nervioso. Se apretaba las manos y se retorció en su asiento. Una vez, no pudiendo más, exclamó:

—¡Oh, si usted permite, don Barbaciano Mallarauco! ¡Permítamelo usted! ¡Dijo usted, o mejor expresado, aconsejó usted lo que había que aconsejar en estos tan..., tan... ¿Me permite usted que diga "álcidos momentos"?

Naturalmente Barbaciano se lo permitió.

Cuanto a Sofanor Pehuenco no pronunciaba palabra pero escuchaba con suma atención; tal vez tomaba temas para un futuro libro. Y cuanto a Tadeo Lagarto, era la indiferencia misma.

Al fin Barbaciano nos contó las idas y venidas de Tarquino y de Adelfa:

Eran ellos, en resumen, dos seres torcidos, dos seres tomados por ideas lujuriosas, dos seres "curis" (creo haberte ya explicado el significado que a esta palabra le dábamos, si no me equivoco, allá en Curihue). Pero eran, a la vez, dos seres demasiado finos, demasiado refinados para contentarse con goces terrenos y materiales. Habían, pues, ideado extraer sus placeres de intelectuales en la concepción de grandes, de enormes obras basándose en otros puntos de partida que el que usan los intelectuales comunes. ¿En qué puntos? He aquí el secreto que tenían:

Afinar sus mentes al gran todo, ese sitio misterioso donde se hallan en germen, en estado latente, todas las potencialidades que los hombres, sea en la época que sea, pueden lograr desarrollar. Es sin duda este, y no otro, el secreto del genio.

Ahora bien, resulta, mi Marul, que las ideas son tan vivas como los hombres y si es cierto que son susceptibles de sentir por éstos un gran amor es cierto también que son extremadamente vengativas. Barbaciano nos repitió cien veces:

—¡Desgracia a quien no sepa conducirse con ellas!

Esto era lo que ocurría aquí en la casa que hoy se conoce con el nombre de "casa maldita". Ocurría que dos seres, Tarquino y Adelfa, que habían tenido nobles ideas, ahora gozaban con sus símbolos y dejaban a esas ideas amontonarse más y más convirtiéndolas en una verdadera amenaza para los hombres. Porque con ninguna de ellas cumplían la promesa primera que las había hecho bajar a esta Tierra. Era un engaño. De las ideas arrancaban el placer de la concepción mas evitaban el dolor de la realización. Como ellas juzgaban por semejanza a todos los hombres cual esos dos que veían, se estaban convirtiendo en un foco de principios negativos. Esta era ya una casa maldita.

Barbaciano quiso poner remedio a este estado de cosas. Barbaciano, ya cansado de sus prédicas y consejos inútiles, terminó por arrojarlos de allí. Tarquino y Adelfa se marcharon. Quedó el ermitaño solo. Quedó rodeado de un mundo de ideas flotando en el espacio. Se las sentía con sólo llegar a esta casa. Se sentía el pedido apremiante de ellas por que les diera un cuerpo y así formar parte de este mundo nuestro.

Tú me preguntarás la causa por la cual no se las devolvía a su seno, a ese reino de donde salieron... Era ello imposible, Marul. De él habían salido vírgenes y puras. Las puertas de aquel reino no se abrirían para cobijar a las que volverían llenas de pesimismo, de odio y desilusión. Era necesario cumplir la promesa que a ellas se les había hecho. Barbaciano juró hacerlo y aquí se enclaustró.

La atmósfera le fue ingrata, hostil. Nos confesó que, en un principio, sintió miedo. Los bosques, las quebradas oscuras y silenciosas, los picachos cordilleranos, todo parecía con-fabulado en contra de él. Además oía, o le parecía oír, quejidos lastimeros sobre todo al acercarse la noche. Barbaciano comprende que son quejidos que han nacido muy lejos y seguramente en otra forma y que ahora vienen a rebotar aquí dentro de los muros.

Barbaciano mira; Barbaciano implora; Barbaciano impreca. ¡Nada! Es el silencio y, como te digo, los quejidos al anochecer. Sintió que varias veces desfallecía. Veía que le faltaba la serenidad necesaria. Estaba y seguía rodeado de cosas estáticas y mudas.

Marul, nosotros creemos conocer el silencio. ¡No, Marul, no lo conocemos! Barbacia-

no, en un momento, nos lo hizo sentir. Fue allí en la casa, en el recibo, estando todos reunidos. Nos dijo:

—¡Sientan el silencio! ¡Óiganlo!

Y calló.

Nosotros escuchamos el silencio. Sólo puedo decirte que es algo aterrador.

Porque el silencio no es la carencia de ruidos. Es otra cosa, es.... ¿podría decirte que es un ruido diferente? Cuando se le oye, uno se estremece.

Luego nos dijo Barbaciano que, poco a poco, la calma empezó a venir. Los quejidos se debilitaron y, al fin, desaparecieron. El silencio cesó, es decir, fue la habitual carencia de ruidos. Entonces empezó su tarea.

¡Qué ardua tarea!

Porque todo necesita su cuerpo para vivir. Te daré un ejemplo: Una idea se forma y corre en un sitio cualquiera. Al principio está ella en el ambiente. Son esas ideas que se sienten con vaguedad. Son sentires dudosos que cada cual expresa a su modo y con muy débiles contornos. Es una impresión la que está pero como idea aceptada, asimilada, todavía no está. Se habla de ella, se la discute. Se ve el interés de todos por darle forma, por catalogarla y archivarla entre las demás ideas ya tenidas. De pronto alguien, como si tomara del ambiente esas impresiones débiles, formula la idea. Este alguien se hace el eco de todos los demás. La idea ha tomado cuerpo. Entonces corre rápidamente. Unos tras otros la van asimilando. Hasta que no se habla más de ella. Está archivada, está poseída. Es cosa que se sabe.

Barbaciano nos preguntó:

—¿A quién no le ha sucedido al viajar, por ejemplo, una cosa parecida? Se llega a un país extraño. Desde el primer momento se recibe una impresión. Uno siente el carácter del nuevo pueblo que visita pero no logra cogerlo, sintetizarlo. De pronto alguien dice dos palabras y nuestra impresión queda concretizada. Uno piensa entonces: "Eso era lo que yo sabía... sin saberlo". Ese alguien ha dado materiales para el cuerpo. A veces estos materiales son dados mucho tiempo después. Cuando uno ha dejado el país desde hace años. Conviene poder formularse sin necesidad de otros. Todos tenemos así mil cosas, que llamaré negativas, que para nacer sólo esperan un soplo positivo que las fecunde...

Como tú ves, Marul, yo me acercaba notablemente a las ideas que sobre el asunto tenía Barbaciano.

El viejo ya estaba, o empezaba a estar, en paz con aquello que flotaba. Así nos lo dijo. Me pareció al punto que el aterrador silencio de las cosas se hacía más viable. Pudimos, entonces y a pedido de él, mirar con calma por todos lados.

¡Oh, Marul, qué de cosas había allí! Lo primero que llamó mi atención fue una gran manta araucana, una manta negra con dibujos blancos y rojos. Estaba clavada a un muro y servía de fondo a una calavera colocada sobre viejos libros de pergamino. El todo se hallaba sobre una viejísima cómoda colonial. A su lado había un sin número de guacos incaicos. En un rincón vi un mueble coreano, de linda madera chapada con especies de flores de cobre. Sobre él reposaba sonriente un Buda. Luego una antiquísima petaca de cuero, seguramente de esas que usaban nuestras abuelas. Todo un rincón de la sala estaba llena de kakemonos. Bajo ellos contrastaba una sólida mesa de caoba con su sillón de vaqueta. Les hacía frente un pequeño Cristo de marfil, un Cristo crucificado en una cruz enorme para él. Vi también un bar más bien grande y cómodo con una serie de botellas arrumbadas en un rincón. Sobre él, dos grandes copones de cristal. Con la luz vespertina

todo un rincón se tenía de azul y de rojo, o mejor aún, de anaranjado; se debía ello a dos grandes vidrieras que ornaban una ventana. Un resplandor rojizo caía sobre un corvo viejísimo, de navaja grabada con signos casi invisibles y con cache de hueso. Era, sin duda, nada más que una curiosidad este cuchillo pues su valor intrínseco no debía ser mayor. Y como él había miles de cosas: ceniceros en cantidades locas y muy pocos de ellos de formas curiosas; muchos aparatejos de librería como lapiceros comunes, lápices, papel, secantes, cuadernos y qué sé yo. Entre ellos se alzaba un yelmo. No tengo otra palabra que la de "alzar": en primer lugar, por su posición; luego, por el fondo que lo presentaba; por último, por su propio aspecto. Era algo risible verlo allí abandonado entre útiles de escribir. Enseguida me llamó la atención una serie de santones de madera. Junto a ellos dos lindas casullas y una gran mitra. A su lado, una tinaja. Detrás de la tinaja, una especie de pergamino con los signos del zodiaco y sobre ellos, respetable, un trabuco. Sobre él, más alto, galopaban desenfrenadamente los corceles de una cuadríga manejados con altivez por dos romanos. ¿Adónde iban? ¡Ah! ¡Ya lo sé! Siguiendo su dirección llegábamos a una pagoda china que, creo, era la réplica de la pagoda de Changai pero, se entiende, en miniatura. A sus pies, por tierra, un tomahawk, éste no en miniatura sino de tamaño natural, contrastaba con la severidad de un báculo episcopal del medioevo. Pero esta severidad se desvanecía al encontrarnos con tres pipas para opio que tanto y tanto humo habrían despedido en noches silenciosas. Por las murallas, por todas partes, colgaban diseminadas decenas y decenas de teclas de piano, de algún muy viejo piano que transformó sus restos en objetos decorativos. Porque aquí todo era decorativo en esta curiosa casa, porque había muchos y muy hermosos mates con sus boquillas y una serie de complicados equipos y una honda descomunal entre una pequeña y laborada cruz bretona y un raro, sí, muy raro mono de la Isla de Pascua. Había también un lindo rabel junto a un relicario más lindo aún. Hacían ellos un extraño efecto al hallarse cerca de un viejo reloj de sol. Éste parecía cansado de dar y dar las horas a..., al grande y muy noble de Asurbanipal. ¡Grande, sí! Aquí, en esta casa, era chico, chiquitín, parecía cohibido entre tanta cosa extraña. Como, por ejemplo, entre un sin número de retortas, de variadísimas retortas, naturalmente sin uso. ¿No habría estado mejor en el otro extremo de la sala, allá junto a Ramsés II? Ambos chiquitines y célebres en la Historia... O bien allá, junto a Carlomagno que es, sin duda, una figura imponente. Y así, entre todos ellos, se habría podido colocar a nuestro general, Ramón Freire, ex presidente de la República que, aislado y solo en aquel rincón, no estaba en su sitio adecuado. Una cornisa también se veía. De cada lado de ella caían dos fajas de huaso, grandes y vistosas. Cada una tenía encima una enorme espuela. Al lado de cada espuela, un pebetero. Tras cada pebetero, un pectoral egipcio. Entre los pectorales, dos palmatorias coloniales con sus velas rancias. Entre ellas, una lámpara árabe de mezquita. ¡Y estampas, estampas y estampas! Vi una de Wagner, otra de don Francisco de Goya y Lucientes y otra de Fray Luis de Granada. Entre ellas, Caupolicán. Las había por miles, representando desde los orígenes del arte hasta el arte en nuestros días. ¡Un completo y verdadero museo! Como era también un verdadero y completo museo el de los látigos. Es fantástica la diferencia que puede haber entre látigos y látigos y es portentosa la imaginación humana para crear tal variedad con un objeto que no tiene otro fin que el de pegarle a un prójimo o a un animal. Y esta variedad se recalca al verla junto a un naípe completo del Tarot, sabiamente arreglado: el Prestidigitador con el Bufón, la Sacerdotiza con el Mundo, la Emperatriz con el Día del Juicio, el Emperador con el Sol, el Hierofante con la Luna, la Tentación con la Estrella, la Carroza con la Torre, la Justicia con el Diablo, el Ermitaño

con la Templanza, la Rueda de la Fortuna con la Muerte y la Fuerza con el Hombre Colgado. El todo coronado con una enorme, una inmensa, una descomunal chupalla de pretéritos tiempos. Y aquí, al lado de esta mesa, con tintero y papel, una foto, una foto grande y hermosa de la bella, muy bella Adelfa Tolhuaca. Debajo, una pequeñita: Tarquino Vilcún. Ambos estaban envueltos por intrincadas ramas de cochayuyos secos. Y sobre los muebles... ¡qué de chiches y monerías, Marul! Era para volverse loco sólo con tratar de verlos todos...

Sofanor Pehuenco contemplaba todo aquello con suma atención y tomaba, de cuando en cuando, algunas notas. Tadeo Lagarto no se movía; sentado en un sillón de cuero repujado, refunfuñaba a veces un poco y luego iba hasta una ventana cualquiera, miraba hacia fuera un momento y volvía a sentarse. Cuanto a don Irineo Pidínco se movía como una rata, empezaba a opinar, luego se interrumpía, seguía sus caminatas y volvía hacia Pehuenco o hacia mí y nos daba sus múltiples opiniones. Así recuerdo que me dijo en voz baja y con un aire lleno de misterio:

—Es, si me atrevo a decirlo, es curiosísimo todo esto, ¿no lo cree usted, mi señor Borneo? Tal vez esté demasiado, sí, esa es la palabra, demasiado abandonado; quiero decir, demasiado lejos, si usted permite, de los ojos humanos. Yo me atrevería a llevar todo esto a San Agustín de Tango. Allá, en un lugar apropiado, sí, apropiado, podríamos gozar de tanta belleza y curiosidad. Gozaríamos debidamente. ¿No le parece a usted, mi señor Borneo?

De pronto Barbaciano Mallarauco nos llamó y todos nos apresuramos a reunirnos junto a él, excepto Tadeo Lagarto que siguió echado en su sillón y levantándose de vez en cuando. Barbaciano nos habló, entonces, de lo que hasta ese momento algunos objetos le habían narrado al conectarse con ellos. Eran, Marul, historias que, a mi juicio, merecían otra cosa que la conducta que con ellas tuvieron Tarquino y Adelfa. Te las voy a referir y así podrás juzgar. Una vez que estuvimos todos a su lado, nos habló así:

—Ven ustedes allí una calavera. Es la calavera de una joven peruana del tiempo de los Incas. Ustedes conocen la grandeza de este gran pueblo. Allí tienen una representante de ellos. Porque entre ellos vivía esta muchacha. ¿Cómo ha llegado su calavera al pie del Marmolejo? Los viajes de Tarquino y de Adelfa los llevaron, cierta vez, a la playa de Pachacamac. Allí, en las ruinas de un cementerio, entre un alto de huesos humanos, la vieron y la recogieron. Ella fue lo primero que llamó mi atención. Diría que tenía ansias porque su historia no se perdiera. Con ella, pues y sin vacilar, me conecté. Pasó un largo rato, pasamos ambos, la calavera y yo, en un silencio completo. Al fin pude oír como un murmullo. Este murmullo se acentuó poco a poco y, al fin, pude coger con claridad las palabras que de ella venían. Era su voz dulce y suave. Lo que me dijo me ha impresionado. Tal vez a ustedes les ocurra otro tanto. Óiganme ustedes:

Hace ya de esto largo tiempo puesto que fue durante la llegada de los españoles. Esta muchacha vivía con su pueblo en medio de la paz de la cordillera. Como su pueblo, ella era feliz. Obedecían todos a la voz de su amo, el Rey. Todos contemplaban, allá en lo alto, las nieves eternas. Todos adoraban al Sol. Le rendían homenaje cuando aparecía y cuando se ocultaba en lontananza. ¡Dichoso pueblo!

Cierto día los arreboles que siempre se juntaban en el cielo y siempre acompañaban al Sol, se convirtieron en nubarrones negros y espesos. La nieve no se vio aquel día. El Sol no se mostró a su pueblo.

Comprenderán ustedes que el pavor de la incertidumbre se amparó de aquella gente. ¿Qué iría a ocurrir?

Ocurría, nada menos, que el Sol se ocultaba en signo de pesar. ¿Por qué? Porque el Rey, su hijo, había muerto asesinado. ¿Quién había osado matar al Rey? Un pueblo brutal, un pueblo compuesto de hombres blancos que avanzaban destrozando y asolando todo a su paso.

Amigos míos, sientan lo que esto significa:

El Rey, el hijo del Sol, ha sido asesinado.

Ya no existe quien guíe a este rebaño humano...

¡Los hombres blancos avanzan siempre!

Entonces, de la paz de las cordilleras, que hasta ese momento sólo habían oído cantos de fe, surgió un clamor doloroso.

Únicamente esta muchacha conservó la calma. Únicamente esta niña tuvo la serenidad suficiente. Reunió al pueblo y lo arengó:

—¡El Rey nos ha abandonado! ¡El Rey se ha marchado! ¡El Rey ha ido hacia su padre, el Sol! Si no lo seguimos y aquí permanecemos lamentándonos, seremos las justas víctimas del pueblo de los hombres blancos. ¡En marcha! ¡Huyamos nosotros también! ¡Vamos hacia nuestro Rey! ¡Vamos hacia el Sol!

No todos obedecieron. Hubo resistencia de parte de los ancianos. ¿Qué quieren ustedes! Ellos allí habían nacido, allí habían crecido, allí habían esperado siempre morir. Y ahora... ¡marcharse! ¡Oh, no! El Rey había muerto asesinado... Pues bien, moriremos, como el Rey, asesinados a nuestra vez.

Pero hay más fuerza en las palabras de una muchacha que en los lamentos de los ancianos. A la hora del crepúsculo las nubes se entreabrieron y, por unos instantes, brilló el Sol. Fue aquello una verdadera fascinación. Un solo grito se dejó oír:

—¡Hacia el Sol! ¡Hacia el Sol!

Marcharon. Todo un pueblo abandonaba la ciudad de la paz, de la paz cordillerana. Todo un pueblo huía de los hombres blancos. Todo un pueblo se encaminaba hacia el Sol que, a lo lejos, brillaba como una esperanza.

Aquí empieza, amigos míos, la parte dura de este duro peregrinaje.

Oía yo los lamentos de la voz que, apoyada en esta calavera, surgía trémula en el silencio de esta casa.

Caminaban todos. Caminaban día y noche. El Sol aparecía nuevamente; el Sol los esperaba. ¡Ya no hay Rey! ¡Ya el Rey ha muerto asesinado!

La cordillera había desaparecido. Ahora, caminar por la pampa abandonada, por el desierto asolado. El desierto se extiende y se extiende siempre con desolación; parece no tener fin.

Hay gente que sucumbe. Los ancianos, sobre todo, sucumben. Se les entierra y se sigue. Al frente está el Rey muerto; atrás, la amenaza de los hombres blancos.

Esta joven iba adelante. Su fe era ciega. Su amor por el Rey era total. La esperanza era una realidad que se hacía viva en cada Sol que aparecía. Su movimiento era un llamado permanente.

Caminaban. Algunos abandonaban la peregrinación y morían en el desierto. Un pequeño desconsuelo, acaso una duda se amparaba de muchos al ver caer así a sus amigos. Pero allí estaba la tenaz muchacha para animarlos:

—Hermanos míos, he oído decir, como se oye aquello que nadie lo comunica, he oído

decir por un rumor que está más allá de las voces que, siguiendo este rumbo, no muy lejos, se halla un gran lago sin riberas. En él, todas las tardes, se recuesta el Sol. ¡Marchemos siempre! Pronto llegaremos al gran lago sin riberas. El Sol, entonces, enviará por nosotros. ¡Hay que tener fe pues con la fe llegaremos hasta el Sol!

Y la marcha seguía.

Por fin la profecía se cumplió. Una mañana esta muchacha, a la cabeza siempre de su pueblo, cayó de rodillas. Porque a su vista se extendía hasta el infinito aquel lago sin riberas. Se oyó, entonces, un inmenso cántico de fe.

Vino el crepúsculo. ¡Grandiosa visión! ¡Un inmenso disco anaranjado que se reclinaba sobre el mar! ¡Un inmenso disco, que se tornaba rojo, se iba, lentamente, sobre el mar!

Al son de los cantos, de los gritos de fe, el Sol cayó en las aguas y en ellas se sumergió.

Ahora vendría su mensajero. Acaso una gran barca o una serie de barcas en las que ellos subirían y se irían hacia el Sol.

Esperaron, esperaron.

Poco a poco el canto se fue transformando en una plegaria.

Esperaron.

La fe era inquebrantable. Pronto aparecería la barca. Pero era el caso, amigos míos, de que los días pasaban y pasaban y la indiferencia empezaba a ampararse de aquella gente.

La muchacha les repetía:

—¡Fe, fe, fe!

Sólo oía, como respuesta, un suspiro: sólo veía una lágrima.

Al cabo de cierto tiempo los víveres empezaron a escasear. La fe se mantenía. Ella alimentaba a aquel pueblo que todas las tardes caía de rodillas ante el astro indiferente.

Más de mil voces preguntaban:

—¡Oh, Sol! ¿Qué te hemos hecho? ¿Qué injurias hemos podido lanzarte para que no oigas nuestros llamados? ¿Por qué no te conmueve nuestra fe ciega?

Pero este clamor se perdía en la soledad de aquellas playas desiertas; este ademán de súplica no hacía eco en el corazón del astro ingrato.

Pasaron aún varios días. El hambre empezaba a acosar. Los jóvenes salían de alba tras de alguna caza. Mas volvían casi siempre con las manos vacías. Varias madres vieron a sus hijos morir en sus brazos. Varios niños vieron a sus padres morir sobre la arena. El Sol, con su calma majestuosa, se levantaba allá tras los cerros desamparados y se ocultaba tras las aguas sin escuchar nada, sin sentir nada.

Entonces la muchacha se aisló a meditar. A la mañana siguiente dijo a su pueblo:

—El Sol no viene a nosotros. Debemos nosotros ir hacia el Sol.

Es decir, amigos míos, la muerte.

¡Oh, noble y doloroso sacrificio!

Los más fuertes empezaron a cavar grandes fosas. Primeramente los ancianos, luego las mujeres, después los niños, todos se iban sepultando sin una queja ni un reproche. De este modo desaparecían de este mundo para alcanzar los dominios del Sol.

La tarea fue larga, la tarea fue triste. Al final quedó esta joven con dos o tres acompañantes. Les dijo:

—Seré la última.

Aquella tarde, cuando el Sol se ocultó, se vio, sobre la playa árida y desolada, una sola figura humana de pie sobre el vasto y trágico cementerio.

Entonces la muchacha cayó en oración con el rostro entre las manos. Cuando terminó era una noche serena. La Luna brillaba en el cielo. Las olas lanzaban quejidos lastimeros.

De pronto, rompiendo aquel silencio, oyó una voz venida de las tumbas. Tembló. Oyó luego otra voz. Corrió hacia las tumbas. ¡Nada! La paz imperaba. La noche seguía tranquila.

Pero las voces seguían; seguían los llamados. Ahora parecían venir, no de las tumbas sino del gran lago sin riberas.

Junto a ella rompió una ola y su murmullo dijo:

—¡Ven! ¡Ven!

Rompió otra ola y su murmullo dijo:

—¡Yo te llevaré hacia el Sol!

La Luna, entonces, desde lo alto le indicó, sobre las aguas, una senda de plata que se extendía hasta las mansiones del Sol.

Avanzó. Con los ojos fijos en el cielo y los brazos extendidos avanzó. Las olas, en su murmullo decían:

—¡Adelante! ¡Adelante!

Como brazos cariñosos y maternales las aguas la cogían.

Ardía la fe aún en su pecho.

Avanzaba siempre...

Un instante más tarde, sobre la senda de plata, sólo se vieron dos manos...

Y esta muchacha, ésta cuya calavera ven ustedes, se sumergió.

Las olas devolvieron su cuerpo. El tiempo lo desintegró. Las tormentas y el ir y venir de gentes lo descuartizó. Al fin quedó una calavera sola, sola, en la playa desolada. Tarquino y Adelfa llegaron y, sin saber esta historia, la recogieron.

Después de contarnos la historia que la calavera le había referido, Barbaciano se dirigió a la estatuilla del pequeño Buda que se hallaba sobre el mueble coreano. Nos dijo:

—Este Buda ha sido mi segundo interlocutor. Tal vez a causa de la práctica que ya había adquirido al escuchar la calavera de la muchacha incaica, esta estatuilla fue más dócil conmigo pues me respondió de inmediato.

—¡Oh, señor! —exclamó don Irineo Pidínco—. ¡Oh, qué de maravillas tiene usted a bien contarnos! Es algo, si usted me lo permite, algo que no merecemos, es decir, no quiero ofender, no quiero ofender a nadie, me comprenderá usted. Quería decir, con el perdón de usted, que yo, simple cosechador de garbanzos, no merezco. Los señores aquí, sí, ellos lo merecen, merecen ser los cómplices de estas inimaginables historias. Quiero decir..., sí, eso es, no quiero decir esa palabra de "cómplice" porque ella nos llevaría a un desmedro, es decir... Usted me entiende, mi señor don Barbaciano. Quería decir tan sólo... en fin, compañeros o bien colaboradores en la altura que usted, mi señor, se coloca. Usted me entiende, ¿no es así, mi señor?

—Sí, don Irineo —respondió Barbaciano—, le entiendo a usted perfectamente. Créame, amigo, que es usted tan merecedor como el que más de oír estas historias, tanto la de esa calavera como la que oirá usted ahora.

Don Irineo agradeció emocionado:

—¡Gracias, mi señor, gracias! No creía yo, es decir, creía yo, creía... Usted me comprende, don Barbaciano; ¡gracias mill!

Se encaminó entonces el ermitaño al pequeño Buda y, mostrándolo, nos dijo:

—Hace ya tiempo me dirigí a él. Él me habló de Lao-Tzeu. Con lentitud me citó sus palabras, algunas palabras del gran poeta y filósofo que fue Lao-Tzeu.

Esta estatuilla representa a Buda. Para ellos, Tarquino Vilcún y Adelfa Tolhuaca, era un símbolo de todo aquello que soñaban o que intentaban en los días y noches de encierro en esta casa, en medio de la paz cordillerana.

Eran ellos llamados por las palabras de Lao-Tzeu. Quisieron penetrarlas y que ellas se convirtieran en el Norte de sus existencias.

Las palabras de Lao-Tzeu resonaron a mis oídos pero resonaron lejanas, apenas perceptibles. Se borran de cuando en cuando, se iban. Volvían a aparecer. Eran como órdenes que el Buda me daba. Las oía yo lleno de respeto. Quería yo someterme a ellas; quería hacer de ellas ese Norte que Tarquino y Adelfa menospreciaron.

¡No los culpo, no! Son ellas palabras que se hallan en un plano demasiado elevado. Cada sentencia merecía una larga meditación. Porque me dijo:

“Sabed que sentir la bondad de hacer el bien no es la verdadera bondad.

“Cuando hayáis llegado a la virtud no la toméis para vosotros mismos. Pues si no la tomáis para vosotros mismos, no os la tomarán.

Me pareció algo fácil lo que había oído. Me dije:

—Esto es simple. Sigamos adelante.

Hace ya mucho tiempo, amigos míos, que en estas cuantas palabras estoy detenido. Las medito siempre. Cuando creo que ya se han incorporado en mí, me veo en la obligación de empezar de nuevo. Pero les dije que quise seguir. Oí entonces:

“Quedaos a la zaga y os pondrán a la vanguardia. Quedaos fuera y os harán entrar.

Pensé:

—Es lo que hago.

Pero la frase siguiente aconsejaba:

“No tratéis con irreverencia lo que el mundo reverencia.

Es decir, amigos, estar fuera y dentro a la vez de aquello que el mundo reverencia. Porque en la primera de estas dos sentencias hay la prevención de un peligro. Medité mucho.

Luego volví junto a este mueble. Entonces la estatuilla dijo:

“No hagáis nada y todas las cosas se harán.

“No hice nada y mi pueblo se volvió bueno espontáneamente.

“Abandonad la sabiduría y desechad el conocimiento; el pueblo saldrá beneficiado cien veces.

“El débil vence al fuerte; lo blando vence a lo duro. Todos sabéis esto; sin embargo nadie lo practica.

“Las cosas más suaves de este mundo vencen a las más duras. Lo que no tiene materia entra allí donde no hay ni una sola hendedura. Y por eso sé que hay muchas ventajas en la inacción.

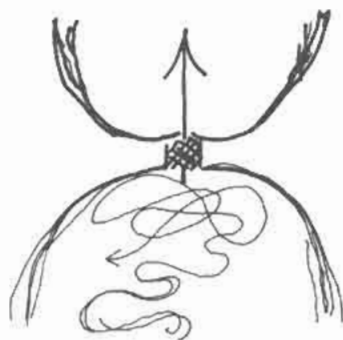
Detengámonos, amigos míos, unos momentos aquí. Porque aquí caí en verdadera y honda meditación. Sentí que Lao-Tzeu me hablaba desde un mundo superior. Sentí que aquello encerraba altísimos preceptos, tal vez la esencia de nuestra mayor grandeza.

Nos detuvimos y quedamos los cuatro en silencio. Tadeo Lagarto se levantó de su silla, vino hacia nosotros, nos miró y se volvió a sentar. Sofanor Pehuenco hizo algunas notas. Irineo Pidincó no se movió.

Al fin Barbaciano sacó un papel de su bolsillo, un papel más bien grande, y lo desplegó ante nuestros ojos. Nos dijo entonces:

—Estas palabras de Lao-Tzeu me han bastado para formarme un esquema, este esquema, y tener una visión clara de lo que con ellas se quería aconsejar. No creo, ni por un momento, que mi visión abarque todo cuanto sea posible deducir de ellas. No, no lo creo. Mas para mí, y en mi estado actual de desarrollo, este esquema me es suficiente. Véanlo ustedes con calma.

Barbaciano había dibujado lo siguiente:



Naturalmente, nada entendimos. Pehuenco fue el primero en manifestárselo. Entonces Barbaciano nos explicó:

—El medio círculo inferior es nuestra vida. Dentro de este medio círculo inferior cabe todo cuanto podamos concebir y todo cuanto podamos anhelar. En él están desde nuestro cuerpo hasta nuestros sentimientos y nuestro intelecto. Están nuestros movimientos inconscientes y están nuestras más finas lucubraciones. En él está el misero gañán y está el gran creador. Al recorrerlo se diría que no hay más.

Pero vean ustedes que este medio círculo no está cerrado en su parte alta. Hay allí una pequeñita abertura. Ella comunica a ese trazo negro y angosto. Este trazo, podrán ver ustedes, tiene arriba otra pequeñita abertura. ¿La ven ustedes?

Esta pequeñita abertura comunica con el otro medio círculo, con el medio círculo superior.

Déjenme ustedes hacer una flecha. Así. Una flecha que vaya desde la abertura de este trazo al círculo superior. Así.

Estamos ahora en medio del círculo superior. Estamos en otra vida, o sea en otra manera de vivir. Para esta manera de vivir habló Lao-Tzeu. Para esta manera de vivir han hablado muchos desde que el mundo es mundo.

En el medio círculo bajo no tienen significado las palabras del medio círculo alto. Porque aquí arriba es la vida de la paz, la vida del renunciamiento.

¡Es una gran vida! Pero no lo olviden ustedes: es la vida con el renunciamiento.

El círculo bajo se ha perdido, se ha borrado. Ya no existe. Les repito a ustedes: es el renunciamiento.

Aquí están los grandes místicos. Aquí están los hombres superiores. Aquí están los que se han conectado con el más allá.

¡Oh, enorme; oh, inmensa región!

Mas para llegar a ella hay que pasar por ese trazo negro y angosto.

Es el precio que hay que pagar.

Hay que pagar por ir a un momento espantoso. Porque es espantoso este paso de un círculo a otro círculo.

A veces este paso es largo, es muy largo, A veces dura él una vida; dura lo que dura nuestra vida aquí en la Tierra. Son las vidas tristes, monótonas, inestables. Pero en el pecho de aquellos que las viven arde y brilla una fe.

Otras veces es un momento corto, es un momento cortísimo. Pero entonces es un momento de un sufrimiento máximo, de un sufrimiento sin igual.

Porque es el momento de la soledad.

El momento de la soledad completa.

El momento de la soledad como ustedes, estoy cierto, no la han conocido aún.

Ante esta soledad muchos retroceden.

Ante esta soledad retrocedieron Tarquino y Adelfa.

Porque la mayoría retrocede.

La mayoría concibe; la mayoría se deja mecer por los encantos de la concepción; la mayoría se embelesa en los goces del acto de concebir.

Y la mayoría está cierta de que en esos momentos de concepción está en el momento de creación.

Porque la mayoría de la gente se queda en el acto de concebir y evita el acto de parir.

Pues para parir hay que pasar por el sendero negro y angosto.

¡Hay que aislarse!

¡Hay que aislarse!

Entonces resonaron a mis oídos, nuevamente, las últimas palabras del poeta y filósofo Lao-Tzeu:

"Y por eso sé que hay muchas ventajas en la inacción.

¡La inacción! ¡Terrible palabra! El hastío está a su lado. Y también a su lado está la sensación de que perdemos nuestra vida. Porque hemos renunciado a toda actividad.

¿Concebir y nada más que concebir? Ello no basta.

Es el momento de la completa soledad.

La vida que presenta este círculo superior aparece como una vida triste, monótona y... estable en su tristeza y monotonía.

Pero hay que ir. Ya el trazo negro y angosto nos ha cogido... Hay que ir.

Piénsenlo ustedes un momento:

¡Hay que decidirse a la inacción!

Abajo, en el círculo bajo, se ve la vida de la acción, la vida bullente, la vida en el cráter de un volcán. Así la indiqué con esa raya que va y viene, que asciende y desciende, que roza esa entrada hacia el callejón sombrío, que vuelve a descender y vuelve a ascender.

Pero hay que ir. Hay que despedirse de todo aquello que queda abajo. Hay que saber pronunciar la palabra: "¡Adiós!".

Hay que pasar, amigos míos.

Yo estoy pasando. Ya la vida de la inacción me aparece.

Y ahora empiezo a ver que el sentido que a esta palabra, esta "inacción" se le da, no es el sentido que ella tiene en la región alta.

La inacción, en ella, es el más duro, el más esforzado y el más impetuoso de los trabajos que el hombre puede imaginar.

Sólo que sus efectos no son notorios. Sólo que él no tiene recompensa alguna.

Porque ha desaparecido, y para siempre, la personalidad.

Nuestro concepto de personalidad se ha diluido en algo para lo cual la palabra personalidad no tiene significado.

Volví a guardar silencio Barbaciano Mallarauco. Nosotros llamamos también. Miré de soslayo a Tadeo Lagarto: el hombre ahora, sentado en una silla de vaqueta, rezongaba.

Pero pronto nuestra atención fue tomada por un nuevo objeto, a mi parecer harto diferente a ese Buda y a lo que de él nuestro ermitaño nos había hablado. Porque nos mostraba ahora el viejísimo corvo de afilada navaja y nos decía:

—Será mi próximo interlocutor.

Pehuenco le advirtió:

—Gusta usted de los contrastes. Después del Buda y de las palabras de Lao-Tzeu, en que vinieron a continuación de una historia incaica, veo que se va usted a dirigir a este corvo que, sin duda, no le dirá nada de muy sabio.

Barbaciano respondió:

—No es por mi gusto que voy a él. El corvo me ha llamado y algo me ha insinuado. Es justo que oiga este llamado.

—¿Qué le ha insinuado? —pregunté yo.

—Me ha insinuado que pronto se marchará de aquí. Porque será robado por una mano que quiere hacer de él lo que él tiene que hacer en la vida: destruirla; digámoslo: matar.

—¡Un crimen! —vociferamos los tres al unísono.

—Sí —nos respondió—, un crimen. Alguien va a cometerlo y quiere que sea con él, con este corvo.

—¿Y quién, quién...? —volvimos a vociferar.

La respuesta fue lacónica:

—Tarquino Vilcún.

Nos miramos. La idea de que él veía venir un crimen y que ante sus ojos tenía el arma que lo cometería nos dejaba confusos. Tal vez lo adivinó pues acto continuo nos previno:

—Nada puedo hacer yo para evitarlo. Son cosas del círculo bajo. Yo estoy entrando en el círculo alto.

Quedamos atónitos ante esta explicación. Pero Barbaciano miraba ahora los dos vasos de fino cristal que había sobre el bar. Luego, volviendo los ojos, los dirigió a un diván cubierto con una vistosa funda rojiza, un enorme y muelle diván que se ocultaba en un rincón tapado por cortinas.

—¿Qué mira usted? —le preguntó Sofanor.

Respondió:

—Miro el lado real de estas vidas aquí en la casa maldita. Si a esto le agregamos aquellas pipas de opio estaremos con los objetos que muestran la verdad de lo que aquí pasaba: alcohol, opio y un diván...

Era la verdad, Marul. Para Tarquino y Adelfa la vida había ido cayendo y cayendo en ese sentido: borracheras de opio y de alcohol y, naturalmente, ¡el diván!

Vimos, pues, los objetos que habían sido la síntesis de esas dos vidas. Vimos, representada por ellos, la causa que obligó al ermitaño a echarlos fuera de allí.

Barbaciano nos dijo:

—Todo lo que hay aquí me ha de contar la intención que traía al venir. A todas estas ideas que hoy flotan tengo que darles su debida forma. Mi trabajo es duro y largo.

Entonces Tadeo Lagarto intervino:

-¡No robemos más tiempo! Ya es hora, ya es la hora. Nos vamos, señor Mallarauco.

-Sí -dijimos nosotros-, nos vamos.

Nos despedimos. Le prometimos volver a verlo algún día, algún día...

¡Adiós, Barbaciano Mallarauco!

123

Fuimos juntos hasta Illaquiapel. Allí Sofanor Pehuenco tomó el tren para San Agustín de Tango; Tadeo Lagarto... no lo sé; desapareció súbitamente. Me quedé, pues, con el tan bueno de don Irineo Pidinco. No teniendo prisa, ni el uno ni el otro, resolvimos pernoctar allí para seguir viaje al día siguiente. Nos dirigimos al Hotel de las Vertientes. Conversamos mucho.

¡Es un curioso tipo este Pidinco, mi Marul!

Estaba nervioso, más que de costumbre. Quería hablar sin duda alguna. Le costaba decidirse. Al fin lo pudo. Me dijo:

-Es, mi señor Borneo, si no le molesto a usted, es o encuentro yo..., no sé qué importancia pueda tener lo que yo encuentre o no encuentre, pero es el caso de que, a parte de mi preocupación sobre los garbanzos, encontré muy interesante lo que el señor Mallarauco tuvo a bien narrarnos..., sí, narrarnos, si usted permite.

Le contesté de inmediato:

-Por cierto, don Irineo, fue interesantísimo: lo de la muchacha incaica y luego las palabras que oyó a través del Buda...

-¡Oh, sí, señor Borneo! Y..., y, si usted permite, lo del corvo y aquello de los copones y las pipas de opio y lo del diván...

-También fue interesantísimo.

Volvimos al silencio mientras Pidinco se agitaba en su silla. Porque olvidaba decirte que así hablábamos mientras comíamos en el Hotel de las Vertientes.

Después de un rato me dijo:

-A usted, mi señor Borneo, le debe cansar, sí, eso es, le debe fatigar y acaso hasta rendir oír hablar siempre de cosas tan, tan elevadas.

-¡No, de ningún modo! -exclamé-. ¡Qué idea! Por el contrario, me gusta y enormemente. Por eso, usted lo habrá notado, frecuento con sumo agrado su compañía de usted, mi señor don Irineo.

-Gracias, mil gracias, un millón de gracias. Eso es lo que tenía que decir: ¡tantas gracias! Porque si usted permite, mi señor Borneo... Ya no le digo "amigo". Fue esa una especie de..., de..., en fin, digamos, euforia. Sí, una euforia que, espero, usted me perdonará.

-¡Por supuesto, mi amigo don Irineo Pidinco!

-Ahí, acaso, digo yo, podríamos llegar a una..., a una...

-¿Transacción, quiere usted decir?

-¡Eso es, mi señor Borneo! Digo: mi amigo señor Borneo. ¡Eso es! Entonces, si no es abusar de su complacencia, yo me permitiría insinuar a usted algo... sí, algo...

-¿Y qué es ello?

—Qué yo tengo también, sí, tengo también mis ideas al respecto. ¡Oh, no, no es al respecto de lo hablado por el tan ilustre señor don Barbaciano Mallarauco! ¡Oh, no! ¿Qué podría yo decir en contra de ello? ¡Oh, no! Es respecto a la constitución del hombre, eso es, a la constitución íntima del hombre... como a la del garbanzo, ¿me entiende usted, mi señor y amigo Borneo?

—Sólo espero que usted se explique, mi amigo y señor Pidinco, y entonces, por cierto, le entenderé a usted.

—Tantas gracias pero ¿no cree usted en..., en..., en fin, digamos tabarra de mi parte que yo me...

—¡De ningún modo!

—Entonces me atreveré a hablarle.

Y don Irineo Pidinco me habló.

—El hombre, mi señor y amigo, está formado, como lo está el garbanzo... Aunque no es el caso. El garbanzo es otra cosa. Porque el hombre está formado por un conjunto, eso es, un conjunto de cinco elementos. Yo, permitirá usted, los llamo "elementos", si no ve en ello objeción alguna que hacerme. Las otras divisiones que se han hecho me parecen, a mí, se entiende, falsas, aunque los señores que las han hecho han debido tener sobradas razones para hacerlas. Pero yo, ocupado siempre en la siembra y cosecha del garbanzo, no he tenido, eso es, no he tenido ni oportunidad ni ocasión de conocerlas. Decía, mi amigo y señor, que me parecen o mejor dicho... no, no me parecen puesto que ignoro las causas que ha habido para ellas.

Ahora bien, es el caso de que yo veo, si usted permite, al hombre dividido en cinco partes o elementos. ¿Permite usted, si no es algo engorroso, que las enumere? Un millón de gracias, tantas gracias. Voy a enumerarlas:

1. El Alma;
2. La Conciencia;
3. El Intelecto;
4. El Cuerpo;
5. La Sangre.

Habría podido usted ver que son cinco elementos o partes, como mejor desee usted llamar a estas partes o elementos de que, creo yo, se compone el hombre.

Es, amigo y señor Borneo, es imposible que falte uno de ellos o una de ellas; depende cómo usted haya querido llamarlas o llamarlos. Porque si viniera una o uno a faltar, usted permite, ya no sería un ser humano el hombre a quien la o el le faltara.

Si no es abusar de su nunca desmentida paciencia me atrevería a suponer un hombre..., aunque, en realidad ya no sería tal, que le faltara, pongamos, el N^o 1, es decir, el Alma. ¿Qué ocurriría? Es una pregunta que formulo para el buen encadenamiento de ésta mi exposición. No le pido a usted respuesta aunque sé que si usted me la diera sería ella superperfecta, eso es, superperfecta. Así es que oso preguntar de nuevo: ¿qué ocurriría?

Mi señor y amigo, ocurriría que ese hombre viviría fuera, eso es, fuera del Total-Superior-Universal. No sé si logro explicarme pero lo veo viviendo fuera del Todo. Es decir, lo veo sin vivir. Es lo... lo fuerte, o acaso prefiera usted, lo terrible del caso.

Ahora, para no interrumpir esta exposición que le estoy, sí, que le estoy haciendo, voy, siempre que su benevolencia de usted lo permita, voy a suponer a un hombre, sí, a un hombre al cual le faltara el N^o 2. Usted perdonará porque no es un número el que le faltaría sino lo que este número representa: la Conciencia.

¿Cómo, oso preguntar, viviría este hombre?

Mi amigo y señor mío, ya que osé volveré a osar. Así osando me atrevería a decir, si usted lo permite, que este hombre viviría sin, eso es, sin un inmenso envoltorio invisible donde se..., donde se..., se reflejan, eso es, se reflejan y anidan los ecos o los grandes ecos del Total-Superior-Universal. ¡Tristísima cosa! Creo que usted, mi señor amigo, opinará como yo, si no es un atrevimiento pretender que nuestras opiniones coincidan.

Ahora pienso, es decir, he pensado, mas para dar brillo a la exposición, si puedo yo dar brillo a una exposición cualquiera, pienso que falte el Intelecto, usted comprende, mi amigo y señor, que falte, si prefiere usted, el N° 3.

Voy a osar hacer la misma pregunta que hice cuando hablé del N° 1, es decir, si usted permite, del Alma. ¿Qué ocurriría a un hombre sin intelecto?

Creo, mi señor amigo, que viviría este hombre sin un instrumento capaz, eso es, capaz de transmutar y luego de fabricar con algo, con esos elementos, perdonará usted, sí, con esos elementos del Total-Superior-Universal puestos a su alcance por el N° 2, o sea, por la Conciencia.

Ahora va usted a comprender fácilmente aunque no dudo, no, no he dudado ni un solo instante que usted, mi señor y gran amigo —¿permite que lo llame “gran amigo”?—; ¡gracias, un millón, no, no es eso, quiero decir tantas gracias —no he dudado de que haya usted comprendido desde el comienzo de esta tabarrosa explicación mía todo cuanto lo quiero exponer a usted. Sí, sí, eso es, usted ha comprendido. Entonces le será extremadamente fácil imaginarse a un hombre sin el N° 4, digamos, sin Cuerpo.

¡Oh, qué idea, qué idea! Pero es así, es así y así. Vive este hombre sin cuerpo. ¿Qué le ocurre? Creo, si usted permite, creo que no pasaría de ser un fantasma, sí, mi señor, un muy simple y simplísimo fantasma, sí, mi amigo. ¿Y qué haríamos nosotros con un fantasma? Es ésta, claro está, una pregunta hipotética y nada más. Usted me comprenderá. Tendríamos a un fantasma que ronda y ronda y ronda y no logra penetrar en este mundo. ¡Tristísima cosa, tristísima!

Pero..., pero... Aquí me va usted a permitir, si ello no es abusar en demasía de su siempre justificada benevolencia, sí, le pido a usted que me permita acompañarme a la última suposición, sí, eso es, a imaginar a un hombre sin Sangre, sin el N° 5 de mi esquema, si esquema puede llamarse.

Señor y amigo, yo, con su permiso de usted, en este esquema he puesto un signo de interrogación, un signo de apertura de interrogación, seguido de tres puntos y terminado por un signo igual, es decir, parecido porque es un signo de clausura, con el punto abajo y la guirnalda, si oso llamarla así, arriba. Pero ya veremos, sí, ya veremos.

¿No está usted fatigado o rendido? ¿No? ¡Un millón, tantas, tantas! Entonces me va usted a permitir que me atreva a decirle que he observado, sí, he observado en medio de mis ajetreos diarios como ser en la siembra y cosecha del garbanzo... Aunque, de verdad, no tanto en dichas siembras y cosechas, no, no tanto. He observado, sobre todo, en mis ajetreos sociales, si sociales pueden llamarse, que en el hombre predomina siempre, sí, siempre uno de estos, que ya hemos resuelto llamar “elementos”. En unos predomina el Alma; en otros, la Conciencia; en otros, el Intelecto; en otros, el Cuerpo.

Dejemos, si ello no es engorroso para usted, dejemos, por ahora, en paz al N° 5, o sea a la Sangre. ¿Me lo permite mi señor y amigo? ¡Tantas, tantas!

Así, pues, mi amigo y señor, predomina un elemento y los otros tres quedan en reposo, eso es, en reposo. Pero, usted perdonará, no es un reposo absoluto, no. Es un reposo

más o menos activo y, si usted permite, más o menos coloreado por el elemento predominante. Pero esos tres no faltan, no, no faltan, mi..., mi... ¿Permite usted que lo llame "amigo" a secas? Aliar o coligar estas dos palabras de "señor" y de "amigo" me es sumamente embarazoso cuando de estos elementos humanos se trata. Su calidad y estofa de usted me pide llamarlo "señor"; su bondadosa clemencia me pide llamarlo "amigo". Así es que... ¡Oh, tantas y tantas y tantas!

Osaba decirle a usted que no faltan los elementos no predominantes. Están allí, sí, allí. Y allí están porque no pueden, no, no lo pueden, desprenderse. Si no lo pueden, yo considero obvio, y me parece que ha de considerarlo usted también, que algo ha de atarlos, que algo tiene que atarlos.

Usted, mi amigo, supondrá que es el elemento N^o 5, es decir, la Sangre. Pues hace usted muy bien en suponerlo porque es ella, es la Sangre, el N^o 5 de mis elementos. Pero... ya hablaremos de ello. Quisiera, por el momento, hablarle a usted, si acaso el tiempo no le apremia en demasía –¡tantas!– de las características que, a mi parecer, han de tener esos hombres.

¿Puedo empezar? ¡Oh, oh, tantas y tantas!

Las características del hombre cuyo predominio lo tiene el Cuerpo, el N^o 4, no olvidará usted, son, creo yo, digo yo, son las siguientes:

Un hombre grueso, agachado, muy agachado; su cráneo es, sí, es reducido y su labio inferior es colgante, es decir, le cuelga. ¿Los brazos?, preguntará usted. Los brazos son extremadamente largos y tiene una mirada de ebrio, mi..., mi amigo, aunque no haya bebido ni una copa ni haya estado en bar alguno. Porque no lo hago beber, usted permitirá, no. Las orejas son casi perpendiculares a la cabeza. Así..., ¿me entiende usted? Ahora, cuanto a la risa, pues bien, mi señor –oh, quise decir "amigo", perdón– cuanto a la risa, ríe con carcajadas estrepitosamente sonoras, si usted permite. Lo hago medir 1 metro 70 centímetros de altura, eso es, de altura. ¿Su peso? ¡Ah, aquí está la cosa, sí, aquí! Porque pesa 91 kilos.

Ahora refrésquese usted un poco. ¡A su salud, mi tan distinguidísimo amigo! ¡Salud! Y veamos al hombre N^o 3, usted me comprenderá, al hombre cuyo Intelecto es en él quien manda. Un intelectual, si usted acepta, aunque esta denominación no es, perdón mi amigo, de mi agrado. No importa y sigamos. Es éste un hombre bien proporcionado, sí, muy bien proporcionado, y es un hombre derecho aunque, aunque a menudo se inclina, eso es, se inclina para ir más veloz. Sus labios se agitan como si hablara a todo momento para sí mismo. Yo digo, si usted permite, que habla para sí mismo. Los brazos y las orejas son normales, eso es, normales, como los suyos y acaso los míos. Su mirada es aguda, una mirada buscadora. Y ríe con alegría, eso es, con mucha alegría. Permítame, mi señor, digo, mi amigo, que lo mida con mi medida standard, es decir, que mide este hombre también 1 metro 70. Pero en el peso me veo obligado, eso es, a cambiarlo un tanto: 75 kilos, sin inconveniente para usted.

¿Permite usted que pasemos al hombre N^o 2, al hombre de la Conciencia? ¿Sí? ¡Tantas, mi amigo, tantas! Nos encontramos con un hombre delgado, eso es, delgado y siempre recto. Es un hombre de una boca serena... Yo, en verdad, no sé si pueden haber bocas serenas o no serenas. Pero esta disertación me lleva a...; usted comprende. Ríe suavemente. Sus miembros son como todos los miembros. Y su mirada es penetrante, sí, eso es, penetrante, tanto que, usted permitirá que lo diga, tanto que parece que contemplara hacia el más allá. Es algo calvo este hombre, así como yo. Pero, ¡oh, no crea usted que trato

de compararme con él, no, no! Es una simple coincidencia y nada más. Su standard, el mismo, sí, para conservar la unidad, el mismo: 1 metro 70. Pero en el peso me voy a ver obligado a pedir su aquiescencia nuevamente porque este hombre, el N° 2, pesa sólo 62 kilos, si usted me lo permite.

Y hemos llegado, ¡oh, amigo mío!, hemos llegado al hombre del Alma, es decir, al hombre N° 1. Me turbo, me desordeno, me trastorno al hablar de él. Sí, quedo enturbiado cuando hago mención de tan magnífico ejemplar de hombre. Si usted me permite probaré uno de estos bocadillos o picatostes para desenturbiarme. ¡Tantas, tantas! Porque es mi amigo, enturbiador imaginarse a un hombre así, a un hombre del N° 1. ¿Lo ve usted? Un hombre muy fino, muy erguido, sí, erguidísimo aunque, no por defecto alguno, su cabeza tiende a inclinarse hacia un costado, pero se inclina graciosamente. Y sus labios muestran una permanente sonrisa de ángel. Voy, si usted me permite, voy a mencionar su mirada: es algo vaga, algo, nada más, y siendo algo algo vaga da una sensación de protección, de mucha protección. El standard, si ello no le es a usted engorroso, lo mantendremos: 1 metro 70, sí, eso es, 1 metro 70. ¿Su peso, me preguntará usted? Mi amigo, es sólo de 50 kilos.

Créame usted que ahora, que he terminado con su descripción, me siento aliviado, sí, me siento más ligero, me siento como apto para emprender el vuelo. Pero no, mi amigo, no voy a volar. Prefiero, por mucho, quedar aún aquí en su tan grata compañía de usted. Y sobre todo lo prefiero si es usted tan amable de permitirme que pase al otro elemento, al que, lo habrá usted notado, no he mencionado en esta disertación. ¡Tantas, tantas, amigo mío! Vuelvo, pues, a aquello que ata, o encadena, si prefiere usted, a no ser que su preferencia vaya por amarrar o por ligar; vuelvo a aquello que ata, encadena, amarra, liga...; ¿liga?; pues bien, ¡vamos por ligar! ¡Tantas!

Le decía a usted que vuelvo a aquello que liga a los cuatro elementos que he mencionado. ¿Qué es ello?

Usted, mi amigo, lo adivinará porque ha visto mi esquema o gráfico, sí... Es decir, usted lo habría adivinado de todos modos, porque no es posible dudar de su clara perspicacidad; así es que digámoslo pronto: es, mi señor—¿permite usted que por esta vez lo llame "señor" en vista de lo grande y grave del asunto? ¿Sí? ¡Tantas y tantas!— Es, pues, mi señor: la Sangre.

¡Estupendo elemento este de la Sangre!

Lo llamo estupendo o pasmoso o portentoso, si usted prefiere, porque es, en realidad, un elemento asombroso y sorprendente, sí, un elemento milagroso.

Porque vea usted: la Sangre, mi amigo, recorre los cuatro ya mencionados elementos, los recorre. Pero, ¡aquí está la cosa!, es francamente roja sólo en el elemento predominante en cada hombre. No lo olvide usted: sólo allí es francamente roja. Pero dejemos esto e imaginemos, en cambio, lo que ocurriría si ella faltara. ¿Permite usted que estemos de acuerdo? ¡Tantas, sí, tantas!

Si ella faltara... ¡Oh, amigo mío! el hombre se disociaría, estallarían y cada elemento se iría a su mundo correspondiente: el Alma, al mundo de la gran Alma; la Conciencia, al mundo de la gran Conciencia; el Intelecto, al mundo del gran Intelecto; el Cuerpo, al mundo del gran Cuerpo.

Ahora, permítame usted comerme otro picatoste u otro emparedado porque, de verdad, esto es agotador. ¡Tantas! Y voy a explicarle a usted la manera cómo se disociarían estos, en este momento, tan fugaces elementos.

¿Otro picatoste, me permite usted? ¡Tantas y tantas!

Ahora vamos a ello:

Al disociarse el elemento N° 1, es decir, el Alma, se desprendería, o se desprende, en forma de una colosal aureola; el elemento N° 2, es decir, la Conciencia, en forma de una flor; el elemento N° 3, es decir, el Intelecto, en forma de un metal; el elemento N° 4, es decir, el Cuerpo, en forma de una sabandija.

¿Le horroriza a usted, mi distinguido amigo, esto de la sabandija? ¿No? Me alegro por ello. Es mejor no horrorizarse, mejor, sí, mejor. Y tanto más cuanto que el tamaño de cada una de estas formas, por lo tanto el de la sabandija, está en relación, sí, en estrecha relación con la cantidad que el hombre ha tenido de él.

Yo, mi generoso amigo, le hablo a usted de disociación. Sí, es verdad. Podría hablarle de la muerte, eso es, de la muerte. Pero quedemos, si ello no le enfada a usted, en disociación. Al fin y al cabo, es a ella a la que me refiero. ¿Me lo permite usted? ¡Oh, tantas y tantas!

Entonces voy a osar pedirle a usted que se imagine, por unos momentos, a un hombre del N° 1 que se disocia... ¿Estamos?

¡Oh, qué aureola enorme, inmensa y cegadoramente luminosa! ¿La ve usted, amigo mío? Cegadora, de verdad. ¿Y su sabandija? ¿La ve usted? Porque créame, amigo, que yo no la veo. ¿Y por qué? Porque tiene apenas el tamaño de una pulga.

Ahora, ¿sería del agrado de usted, mi amigo, que disociáramos a un hombre del N° 4, es decir, a un hombre en quien predominara el Cuerpo? Pues hagámoslo entonces, quiero decir, imaginémoslo, si usted permite:

¿Y su aureola? ¿Dónde está? Es casi imposible verla, amigo mío, porque ella es apenas del tamaño de un grano de trigo. Obvio decir a usted que a veces es menor aún. ¿Y su sabandija? ¡Oh, sí eso es! ¡La vemos, ya lo creo! Es ella mayor que una respetable iguana. ¡Qué digo, mi amigo! Es ella como un cocodrilo, sí, eso es, como un inmenso cocodrilo. ¿Se da usted cuenta, mi amigo?

Ahora bien, ocurre, eso es, ocurre que estas disociaciones casi nunca ocurren. Se han hecho cálculos, créame usted, muchos cálculos y, de verdad, casi nunca ocurren. Porque este que llamo gráfico de los cinco elementos, yo creo en él a pie juntillas pero nada más; porque, usted perdonará, yo no lo he hecho. Está hecho por... En fin, no adelantemos. Acaso por mi mal narrada explicación usted ha creído... ¿No, no lo ha creído usted? ¡Cuánto me alegro, amigo mío!

Le decía a usted que se han hecho cálculos, muchos cálculos. ¿Qué han dado estos tantos cálculos? Han dado, mi amigo, que no hay más de dos, máximo tres, por siglo de disociaciones de esta especie. Quiero decir, si usted me lo permite, de hombres, eso es, a quienes se les prive, un buen día, de su elemento N° 5, o sea de su Sangre. Es muy poco, claro está, sí, claro está pero eso no quita lo horrible del hecho, mi buen amigo.

Sin embargo —usted, mi amigo, me va a permitir que, siguiendo una regla muy aconsejada, sí, muy aconsejada, aunque no siempre abrazada, saque yo buenos fines a esta malhadada cosa de la que he llamado disociación—, sin embargo le decía a usted que ella, esta malhadada cosa de la disociación ha dado resultados bastante beneficiosos, eso es, beneficiosos por su precisión. Así, permitirá usted, se ha verificado que la aureola más común es la de color anaranjado; la flor más común, la petunia; el metal más común, el estaño; la sabandija más común, el alacrán.

Yo quisiera que hubiese usted llegado a una conclusión, mi benévolo amigo, sí, a una

conclusión a la cual se ha de llegar cuando el oyente es un ser de tanta prestancia como tengo el honor de que usted sea. No, no es un honor propiamente para mí, oh, no. Esa prestancia es suya de usted pero..., pero..., usted me comprende.

La conclusión es que la Sangre, sí, esta sangre, esta que circula por nuestras venas aunque no la veamos, esta sangre que es lo más importante del organismo humano. Si así es no creo que sea difícil deducir, por el contrario, creo, con su permiso de usted, que sea más bien fácil deducir que la sangre es lo que con mayor esmero es menester cuidar.

Así pues los..., los... ¿Permite usted que ahora me atreva a revelarle este arcano? ¡Oh, no es, mi gran amigo, un arcano ni cosa que se le parezca, oh, no! Es un simple secreto que guardamos entre nosotros. Y un secreto que es posible revelar cuando nos encontramos con personas de su alta catadura de usted. ¿Me permite usted que vaya a la revelación? ¡Oh, tantas, tantas!

Existe, mi noble amigo, existe a un paso de aquí, es decir, cerca de aquí porque un paso es una metáfora, lo sé, existe en San Agustín de Tango una..., una... ¿secta, le parece a usted bien? Yo diría más bien un bando, sí, un bando o escuela, eso es, una escuela; pero no vale la pena discutir por ello; guardemos nuestras penas para cosas mayores, sí, mayores. Así es que decía a usted, mi amigo, que aquí en San Agustín de Tango radica la secta o el bando o la escuela de los "Cinco Elementos". ¡Oh, créame usted que es una gran escuela o bando o secta! ¡Con qué placer veríamos a usted, mi amigo Borneo, formar parte de él o de ella! Sí, ¡con qué placer! Y he dicho "veríamos" porque yo, si no ve usted inconveniente, formo parte de los conjurados de los "Cinco Elementos".

Le ha parecido a usted mal, estoy cierto... O tal vez no le ha parecido a usted mal que yo haya pronunciado esa terrible palabra de "conjurado". Le pido a usted disculpas, mi noble amigo. Porque lo que quería poner en su conocimiento de usted es que ellos los..., los..., los adeptos o iniciados a estos "Cinco Elementos" no nos ponemos jamás inyecciones intravenosas; evitamos en lo posible el color rojo tanto en los muros de nuestras habitaciones como en nuestras corbatas; nos alimentamos casi exclusivamente de bellotas y de espinacas y, como carne, sólo comemos hígados de aves migratorias. Por eso, y usted me perdonará, he comido con tanto apetito de estos bocadillos..., sí, me comprenderá usted; y de aquellos picatostes, por razones..., en fin, me comprenderá usted también. Cuanto a las bebidas nuestra preferencia va a la savia, eso es, a la savia porque allí en los "Cinco Elementos" se asegura que hay una misteriosa y muy saludable correspondencia entre el reino animal y el vegetal; sí, eso es, animal-vegetal...

Pero no vaya usted a sospechar, mi distinguido amigo, que nosotros nos consideremos animales. ¡Oh, no! Porque haciendo caso omiso de usted, gracias a su enorme prestancia, y haciendo igual caso de algunos otros seres superiores, créame usted que podemos distinguir muy bien al último de los hombres con el primero de los animales, sí, con el primero de todos ellos.

Le hablo a usted de la savia... Su perspicacidad ya le habrá hecho notar en qué consiste esta correspondencia o afinidad... ¿Verdad? ¡Tantas, mi amigo Borneo, tantas! Porque es claro que la savia es la sangre del reino vegetal. Entonces... Usted, sí, usted me comprende, me comprende.

Ahora, volviendo a la savia... Aunque no debería decir, no, "volviendo" pues no me he alejado de ella. Siguiendo, es mejor. Siguiendo, pues, con la savia me tomaré la libertad de decir a usted que la más cotizada es la del árbol conocido con el nombre de alerce tropical; eso es, alerce tropical. Después se coteja altamente también el álamo finlandés,

sí, finlandés. Algunos afiliados o iniciados a los "Cinco Elementos" han preferido beber la savia de sus propios árboles genealógicos. Ha sido una preferencia asaz atrevida. Porque para ello es menester haber llegado al más altísimo grado iniciático que puede otorgar esta secta o bando de los "Cinco Elementos"; sí, eso es, el más altísimo.

A propósito de estas alturas altísimas me va usted a permitir que le comunique que los "Cinco Elementos" constan de un Sumo Emperador, de tres condestables, de nueve archiprestes, de veintidós satélites y de 167 afiliados, entre los que tengo el alto honor de encontrarme, sí, mi amigo Borneo, eso es, de encontrarme.

El sueño me toma. Me agradecería, si no ve usted inconveniente para ello, me gustaría recogerme. No debemos olvidar que mañana debemos tomar el tren, sí, el tren, mi buen amigo. Con el permiso de usted le deseo muy buenas noches. Quiero, antes de entregarme al descanso, leer un poco, sí, un poco un libro, un librito que habla sobre la siembra y cosecha del garbanzo. Muy buenas noches, muy buenas noches, mi distinguido amigo.

124

Lo primero que hice, al llegar a San Agustín de Tango, fue dirigirme a ver a mi gran amiga Teodosia Huelén. En la entrada de la estación de los Ferrocarriles del Estado me topé con el doctor Pitrufrquén que me dijo que Teodosia había sufrido una nueva crisis de embotamiento, que luego había dormido con tranquilidad y que ahora se hallaba mejor.

Llegué, pues, a la calle del Oratorio.

Teodosia Huelén se hallaba echada en una chaise-longue. Sonreía beatíficamente. Su alegría me pareció sincera al apercibirme.

—¡Qué bien que vengas, Onofre! —me gritó—. ¿Cómo es que te acordaste de tu amiga que ya apenas vive en este planeta?

—¡Oh, Teodosia! —exclamé—. Podrá usted imaginar los cataclismos más espantosos y yo siempre la tendré como la amiga N^o 1 en mi memoria.

Me preguntó de inmediato si estaba dispuesto a oírle sus últimas aventuras. Le respondí con una convicción total:

—¡Sí!

—¡Bravo, bravo! —gritó—. ¡He viajado tanto, mi querido, mi tan querido Onofrillo! La verdad es que ahora estoy ansiosa de poder referir mis andanzas. Luego me enfermé, es decir, caí en ese estado de embotamiento que me es peculiar después de mis viajes. Vino a verme ese bueno del doctor Pitrufrquén, me dio un tónico o una bebida rara de esas que él no más comprende, me aconsejó reposo, sí, mucho reposo por un par de días y luego me aseguró que me sentiría bien, estupendamente bien. Así ha sido. Ha venido a verme varias veces el doctor. Hemos conversado mucho. Pero estos médicos no tienen tiempo para nada, jamás tienen tiempo. Tanto es así que pensé en Fray Canuto Que Todo Lo Sabe... Son también terribles estos frailes porque no tienen tiempo jamás; son como los médicos en esto. ¡Pero has venido tú, Onofrillo! ¡Qué bien, qué bien!

—De verdad ¿no está usted fatigada? Dígamelo con toda confianza, mi querida Teodosia.

—¡Qué ocurrencia! Si ardo, ardo de ganas de hablar y hablar.

—Pues entonces me sentaré y oiré. Nosotros, los que no tenemos esa posibilidad de ir hasta los espacios interestelares, debemos escuchar a aquellos que en ellos han estado.

—¡Escucha entonces!

Teodosia se acomodó en su chaise-longue, se envolvió en sus mantas y quedó un momento en silencio. Luego sonrió y me dijo:

—Es algo curioso. Onofrillo, curioso, como dice Isidra Curepto. ¿No lo encuentras tú? El hombre vivía aquí en la Tierra y la consideraba enorme, casi infinita. Un buen día se encontró viviendo en un reducidísimo sitio y que este sitio era una migaja en medio de la inmensidad del espacio. Y resultó, además, que este sitio era redondo... ¿Te das cuenta? ¡Redondo! Sin embargo siguió viviendo igual que antes, igual, igual. Siguió viviendo preocupado de lo que iría a comer y de la política... ¡Qué falta de visión, Onofre! Es algo increíble.

Yo no, yo no he seguido igual. Cuando supe que vivía en algo pequeñito y redondo comprendí que tenía que cambiar. En ese momento, creo, me vino la idea de mis viajes a los planetas y a las estrellas. En ese momento vi la posibilidad de ir a las galaxias. Y fui. Después de todo no es cosa tan difícil. Es más bien fácil, Onofre, pues todo depende de uno mismo, de modelar de otro modo esta mente, estas ideas que bullen alrededor nuestro. Una vez bien modeladas dejar que pasen y entren y nos dominen sólo las que son verdaderamente importantes. Yo te diría las que son *vivas*. ¿Me entiendes, Onofrillo?

Así, por ejemplo, pensé mucho, mucho en el tiempo, en el suceder de los hechos. Estas ideas me daban vueltas alrededor mío; las sentía girar en torno mío pero no lograba cogerlas y detenerlas. Hasta que un día fui al Cementerio Apostólico y, en él, me senté junto a unas pobres tumbas, a la entrada de una galería subterránea y a la sombra de altos cipreses. Frente a mí se alargaba una avenida o una alameda recta, recta, hasta muy lejos.

Esta alameda que se iba me chocó. No sabía por qué razón pero ella me chocó. ¿Qué podía ser? Veía las tumbas, veía los cipreses, veía a uno que otro visitante que pasaba... La alameda se iba, se iba, larga, larguísima e... inmóvil.

De pronto me dije o alguien dijo en mí:

—El tiempo NO camina.

—¿Cómo? —pregunté—. ¿Y ayer y anteayer y hace un año? ¿Y mañana y pasado mañana y dentro de un año?

La voz volvió a repetir:

—El tiempo NO camina.

Entonces exclamé:

—¡Oh! ¡Explícate, tú, voz que oigo, explícate!

Y la voz me explicó:

—Para el tiempo no hay línea recta. Es una ilusión pensar en aquello de ayer y de mañana. Porque el tiempo es circular. Es una ilusión pensar que el tiempo sea como esta alameda que ahora miras, con puntos tan cercanos que tu mano puede tocarlos y con puntos tan lejanos que para llegar a ellos necesitas caminar. Ya te lo digo: el tiempo es circular. ¿No te ha sucedido de sentirte cerca, cerca, al lado de remotas épocas, de la época de los egipcios, por ejemplo? ¿Y no te ha sucedido que un hecho acaecido hace veinticuatro horas se aleje y se aleje hasta perderse?

Quedé un momento atónita. Luego pensé en los egipcios. Tú sabes, Onofrillo, cuánto amo yo Egipto, ese fabuloso Egipto. Creo que tú también lo amas. Pues te aseguro que me sentí viviendo a su lado y vi, entonces, que lo actual era remotísimo.

Me levanté y caminé lentamente. Mientras caminaba le pregunté a la voz:

-Dime voz: ¿existe el espacio?

La voz me respondió:

-Ilusión también.

Hará de esto, Onofre, un año o año y medio. En la puerta del cementerio me dije:

-Si tú, espacio, eres ilusión, ¿por qué no he de viajarte?

¡Es claro, es claro, Onofre amigo mío! Era claro: podría viajar por el espacio.

Viajé.

Volví aquí a casa y me eché en mi cama. Me adormecí un tanto. Hasta que, de pronto, volví a volar.

¡Oh, mi querido Onofre, qué lindo es volar! ¡Volar, volar y volar! Sí, es muy lindo pero aquella vez era pesado, era pasadísimo. ¿Sabes tú por qué? Porque llevaba conmigo un listón, un inmenso listón, es decir, llevaba conmigo una tabla angosta y larga, muy larga, de unos 3.000 kilómetros de largo. La llevaba conmigo y esto dificultaba no poco mi vuelo, lo dificultaba un tanto y nada más. Porque en el espacio las cosas son más fáciles que aquí, aquí en esta Tierra pesadísima.

¿Te extraña que haya volado así? No, no debe extrañarte. No me he explicado aún. Porque tenía yo una idea al haberme dificultado el vuelo de este modo. ¡Ah, ah! ¡Ahora verás!

Yo tenía un problema. Me daba vueltas y más vueltas por la mente, mejor dicho, alrededor de la mente. Ya te he dicho lo que pienso acerca de estas ideas o problemas que nos acosan: modelarlos bien y darles entrada; ¿no es así? Pero éste era diferente, éste necesitaba ponerlo en práctica y mirarlo. Pensé, claro está, consultarlo con seres que supieran más que yo, con Jovino Panquehue, por ejemplo. Pero la voz me habló nuevamente y me dijo:

-No, no. Hazlo tú.

Tuve que hacerlo y, te repito, ahora verás.

Un astro, ya lo sabemos, es redondo, es como esta Tierra. Se trataba, entonces, de poner sobre él este listón, esta tabla, si tú prefieres, y una tabla recta, absolutamente recta. Esta tabla o listón, al ser absolutamente recto, se alejaría paulatinamente del astro, tanto para un lado como para el otro lado; ¿no es verdad? Quedaría así:

Aquí Teodosia dibujó lo siguiente en la pizarra de su pieza:



Entonces me pregunté:

-¿Cómo verían esta tabla o listón los que vivieran en este planeta?

Onofrillo, lo verían así:

Y Teodosia hizo el siguiente dibujo:



Tuve entonces que preguntarme:

—¿Qué es una recta?

Había que saberlo y para eso volé hacia la Luna, hacia el astro más cercano.

Llegué a la Luna y coloqué mi listón.

Trepé a él y miré hacia todos lados.

¡La Luna! ¡Qué soledad, Onofrillo! ¡Y qué silencio! Hay en ella montañas y más montañas. Hay montañas con enormes cráteres. Y no hay ni un solo pajarito. De pronto me acordé de mi listón que yacía ahí tendido a mis pies. ¡A la obra! —me dije y caminé.

Yo puedo caminar mucho y no me canso. San Agustín de Tango lo recorro, a menudo, a pie. No, no me canso. Pero subir me cansa y me cansa bastante.

Onofre, apenas caminé por el listón sentí el esfuerzo que hacía para subir. Además veía cómo la superficie de la Luna iba quedando más y más baja. Dí, entonces, media vuelta y caminé en sentido contrario.

Bajé, resbalé, Onofre, resbalé... ¡Uf! ¡Qué cosa agradable! Llegué a la superficie, me detuve y luego empecé a caminar nuevamente pero, como te digo, en sentido contrario, es decir, volví a subir. Y, naturalmente, volví a cansarme.

Entonces... ¡volé!

Pero volé de espaldas. Yo puedo volar para atrás. No creas que es cosa tan difícil. Dicen que aquí el picaflor vuela un poco para atrás. No sé si sea cierto pero lo que yo puedo asegurarte es que yo vuelo tan bien para adelante como para atrás. Volé, pues, para atrás y con los ojos fijos en mi listón. Volé rápidamente. Me alejé del listón rápidamente. Pues bien Onofrillo, a medida que me alejaba, el listón se enderezaba y la superficie de la Luna se combaba... ¿Sería posible?

Volví entonces hacia el listón, con los ojos fijos en él. Pues bien, a medida que me acercaba era el listón el que se combaba y era la superficie de la Luna la que se ponía y se estiraba recta.

Lo de la Luna no me intrigó tanto. Era, después de todo, algo natural. Pero el listón..., el listón...

¡Debería permanecer recto!

¿Recto?

Pensé. Sí, pensé y vi que nosotros llamaríamos recto lo que fuese paralelo a la superficie de la Luna, es decir, lo que fuese redondo...

¡Ay, Onofre! ¡Algo se me confundía aquí en mi mente. Porque no lograba la representación clara de esto de recto y de redondo.

Al fin tomé una decisión; consultar a alguien que supiera más que yo. Interrogué a la voz:

—¿Podría hacer yo algunas preguntas a..., a Aliro Gorbea?

La voz me respondió:

—Claro está; ahora lo puedes.

Volé, entonces, hacia esta Tierra, volé como un chiflón. Llegué aquí y, de inmediato, me lancé tras ese sabio de Aliro Gorbea.

Lo encontré, le expliqué mi dilema. Al fin me dijo:

–Vamos a ver ese famoso listón. Le prometo a usted, Teodosia, examinarlo debidamente. Llevaré mi microscopio y...

–¡Microscopio! –exclamé–. ¿Para qué?

–Ya lo verá usted –me respondió y emprendimos ambos el vuelo de retorno a la Luna y al listón.

Fue corto el viaje. Al fin y al cabo la Luna está aquí al lado. ¿Qué son unos 380.000 ó 390.000 kilómetros? Los hicimos en un rato. Recuerdo, Onofre, que íbamos del brazo; en la otra mano él llevaba su microscopio. Yo cantaba y cantaba cuantas canciones me venían a la cabeza. Estaba alegre, Onofrillo, porque era la primera vez que volaba acompañada. Luego aterrizamos o alunamos, si prefieres, allá en la Luna, al lado del larguísimo listón. Me dijo, entonces, Aliro Gorbea:

–Procedamos, mi gran amiga. Este listón, según me ha dicho usted, es absolutamente rectilíneo. Por lo tanto las células que lo componen deben ser todas del mismo tamaño. La materia de este listón indicará, por sus células, cualquier torcedura. Puedo, por cierto, demostrárselo inmediatamente porque si se ha doblado, las células externas, en el sentido de la torcedura, serán mayores, y las células internas, al apretarse, serán menores.

Y sin más colocó su microscopio a ras de suelo y miró. Luego me hizo mirar a mí.

Onofre, vi las células del listón: eran todas iguales y todas oblongas. Tendrían unos 4 centímetros de largo vistas, naturalmente. por aquel potente microscopio de Gorbea. De ancho tendrían no más de 1 centímetro.

–Mídalas usted con este compás –me dijo y me alargó un compás que sacó de uno de sus bolsillos–. Ahora confronte usted su medida en esta regla.

Así lo hice y verifiqué: 4 centímetros por 1.

–Ahora –prosiguió– subamos el microscopio perpendicularmente hasta la altura mayor de este listón, es decir, subámoslo los 20 ó 25 centímetros que ha de tener.

Así lo hizo y me dijo:

–Mire usted y vea si las células han empequeñecido. De este modo veremos si hay o no hay torcedura. Porque si la hay es natural que las de abajo se hayan alargado y las de arriba se hayan acortado.

Volví a mirar, compás en mano, y volví a medir. Le dije:

–Miden también 4 centímetros...

–¿Entonces? –me preguntó con aire festivo.

–Entonces –respondí– este listón es recto y queda recto como tirado con regla.

Me miró con un dejo de ironía.

–Lo que ha sentido usted al fatigarse –me dijo– es tan sólo la atracción de la Luna. No olvide que “abajo” es siempre el centro de un astro, y que “arriba” es la línea que de él se aleja.

–Lo que no quita –respondí– que haya en todo esto algo que no veo con claridad meridiana. Lo comprendo, claro está, lo comprendo muy bien pero..., pero...

–Pero si es la Luna la que se aleja –me gritó alzando los brazos–, la Luna que se va y se va para ambos lados. No hay más, mi querida amiga. Por eso se cansaba usted al ir por el listón y por eso resbalaba usted al volver a su punto de partida. ¡Es todo!

–Y ahora, ¿por qué me siento cansada? –le pregunté.

–Volvamos a la Tierra –me respondió–, volvamos a San Agustín de Tango. Yo me haré cargo de este maldito listón que ha tenido usted la idea de traer hasta acá.

Lo tomó, lo levantó y lo lanzó al vacío. Lo vimos perderse. Se volvió hacia mí y me preguntó:

—¿Volvemos?

—Sí, volvamos.

Del brazo, nuevamente, nos lanzamos también al vacío. Íbamos ahora en silencio. Nos balanceábamos al volar. De pronto Aliro me dijo:

—Recuerdo un grabado que vi, hace tiempo, en una revista para niños. Representaba a una especie de Tarzán que volaba hacia los astros y exclamaba:

“—¡Britt...! ¡Qué solo se siente uno en estas vastedades del espacio!

Al fin llegamos.

—Quiero recostarme un rato —le dije.

—Muy bien hecho —me respondió.

Vine a mi casa. Me eché y me dormí. Cuando desperté estaba el doctor Pitrufquén a mi lado. Me amenazó con su dedo índice. Me dijo:

—Reposo, doña Teodosia, reposo. No quiero más vuelos a los planetas, ni siquiera a los satélites.

Sonreí, nada más, y me reposé. Ahora me siento mucho, mucho mejor, me siento bien.

125

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor! ¡Es algo probado y requete mil veces probado! ¡Es algo que todo el mundo sabe! ¡Basta con leer las estadísticas! ¡Sí, señor! ¡Basta con las estadísticas y no hay más!

Así oí gritar en el corredor mientras fuertes pasos avanzaban. Tres golpes a la puerta. Rubén de Loa se precipitó y abrió. Entró Macario Viluco en compañía del gordo y bueno de Mamerto Masatierra que, antes de saludarnos, nos espetó:

—¡Inefable! ¡Verdaderamente inefable!

—¡Muy bien! —clamó entonces Macario—. Tenemos aquí dos buenos testigos y ellos decidirán. Yo sostengo, y puedo probarlo, sí, señor, con las estadísticas y aunque Mamerto no lo crea, que los chilenos prefieren a las chilenas.

Mamerto, riendo como un chico, se echó en un sillón y exclamó:

—¡Es algo sencillamente inefable! ¿Y los argentinos, y los brasileños, y los ingleses, y los checoslovacos...? ¡Lo felicito, Macario! Porque ellos también han de preferir a las argentinas, a las brasileñas, a las inglesas, a las checoslovacas... ¡Lo felicito nuevamente, mi gran Macario!

—¡Es usted un ignorante, Mamerto! —gritó Macario—. Sepa usted que, de diez mil matrimonios que se hacen en Chile, nueve mil novecientos noventa y nueve son de chilenos ¡con chilenas! ¿Qué tengo yo que ver con lo que hagan los argentinos y los brasileños y los ingleses y los checoslovacos y los hombres del país que usted quiera citarme? Esto no me concierne, Mamerto, y, además, no tengo estadísticas al respecto. Pero el hecho está, Mamerto, está probado: ¡los chilenos prefieren a las chilenas!

Rubén de Loa hizo un gesto pidiendo silencio. Luego nos miró uno a uno para decir enseguida:

—¡Un error! Ha caído usted, Macario, en un error. Él es el de dividir al mundo haciendo primar la nacionalidad. Pero ello es perdonable pues todo el mundo, pues ese nueve mil novecientos noventa y nueve que usted citó lo hace así y sólo hay un uno por diez mil que no lo hace.

—¡Bravísimo! —exclamó Mamerto.

—Así es —dije yo sin saber a punto fijo lo que decía.

Macario se sentó azorado.

Rubén de Loa, entonces, se puso a hablar:

—¡Oh, qué necedad sin nombre es esta de dividir a los artistas por nacionalidad! Los artistas son los que están fuera de este concepto de nacionalidad. Dividirlos según ella... ¡qué estupidez! Se me figura como si se les dividiera en liberales y conservadores, en demócratas y socialistas...

Usted, Macario, me ha hecho dar un salto por encima de los inefables de Mamerto y me ha hecho pensar en esta división que llamaría "nacional" y que es común hacer en los artistas. Debe ser igual en esos chilenos y argentinos y checoslovacos de que hablaba usted... Pero yo hablo de los artistas. Porque usted, mi amigo Macario, me hace abordar los temas que rondan junto a mí. Con sus palabras de usted los veo claros, nítidos. ¡Los chilenos, los brasileños y qué sé yo! ¡Las estadísticas...! No, no hay duda: es una estupidez, nacidada de la miopía de las gentes, esto de meter en todo a la nacionalidad.

Hago yo siempre y siempre tengo presente este dibujo:

	1	2	3	4	5	6	7	8
A								
B								
C								
D								
E								
F								

Las líneas verticales son los países. Allí tenemos al país N° 1 y al N° 2 y al N° 3 y demás. Las líneas horizontales representan la calidad de los artistas: los hay de calidad A y de calidad B y de calidad C y D y E.

Los de calidad A son los grandes creadores, son aquellos que permanentemente están comunicados con aquella región. Los de Calidad B son los que tienen talento. Los de calidad C son los que tienen "calidades". Los de calidad D son los imitativos. Los de calidad E son los mediocres. Los de calidad F son los nullos, son los que viven arraigados a este mundo.

A través del tiempo veo a los de calidad A entenderse muy bien porque es el mismo problema el que los ocupa. El llamado de aquella región suena igual para todos ellos. Así, a través de los siglos, conversan, entendiéndose, Lisipo con Delacroix, Botticelli con Cézanne, Courbet con Memling, Leonardo con Picasso. Y ninguno de ellos puede entenderse con los nullos arraigados a la tierra a no ser que hablen de lo que las revistas ilustradas publican o de lo que comentan las viejas señoras que en sus casas se aburren.

Porque éstos cuchichean como viejas aburridas y se esconden mutuamente el deseo de gloria, de gloria y más gloria...; gloria que traiga el dinero de esos burgueses...

De este modo, pensando en mis rectángulos horizontales, anulo el tiempo. En el silencio del crepúsculo converso largamente con los titanes del arte. Luego de conversar se marchan. Quedo siempre un rato en silencio con Fra Angelico da Fiesole. Al fin se marcha también. Entonces pinto un poco o dibujo un poco. Después duermo con toda tranquilidad.

¡Oh raza magnífica la de los verdaderos artistas que labora fuera del tiempo!

Y puesto que, gracias a usted Macario me hallo fuera del tiempo, dejemos que se precipite en mí aquello que ronda alrededor de esta cabeza.

Veo a los artistas de la categoría A, veo a los genios. Veo también a los de la categoría B. ¿Qué los diferencia?

Los diferencia la facultad inconsciente de conectarse con aquella región.

Distingo con plena claridad los cuadros que han sido hechos por mi personalidad de aquellos para los cuales no he sido más que un simple obrero de la otra región. Por eso maldigo a menudo este hecho de "tener un par de ojos". Mil veces he querido matar esta parte intrusa de mi personalidad. Porque cuando el hombre con sus ojos se mezcla, todo se echa a perder. Hay que acallar al hombre, hay que cerrarle los ojos y dejar que sea el simple médium de la otra región.

Sí, amigos míos, estoy alejándome de más en más del "hombre" pues quiero llegar a aquella región o, mejor dicho, que aquella región venga a mí. A veces lo logro; a veces ello me es imposible.

Es que la naturaleza me molesta. La naturaleza me es demasiado pavorosa. En esto estoy de acuerdo con Desiderio Longotoma. Él la evita llevando una vida ciudadana que le permita frotarse las manos y mover los pies. Así, y guiñando los ojos, me dijo hace días:

—¡Ah, qué felices son ustedes los pintores! Viven en perfecto acuerdo con la naturaleza y se intercambian saluditos. ¿Jamás le ha producido a usted un sentimiento de pavor?

Le respondí:

—Sí, Desiderio, me lo ha producido y me lo produce aún. Así es que no la miro más. Vivo en la naturaleza que hago en éstos mis cuadros.

Entonces exclamó dichoso:

—Pues, mi querido Rubén, podremos llegar a ser grandes e íntimos amigos.

Es la verdad que la naturaleza causa pavor. Ahora ya no soy su contemplador extasiado. Ahora, felizmente, no tengo tiempo de quedar embelesado en su contemplación.

Ahora yo la hago. Luego la enmarco. ¡Qué lindos son los marcos! Los amo tanto como a los cuadros. ¿Se han fijado ustedes lo que un marco significa? Es un límite, es una barrera. El marco dice siempre:

—De mí para adentro hay otro mundo. De mí para adentro cesa la vida cotidiana. Hay que traspasarme y entrar en el cuadro que albergo.

Pero hay gente que no ve los marcos, que no tiene conciencia de haber traspuesto esa barrera. Hay gente que dice:

—Me gusta este cuadro; no me gusta ese otro cuadro...

¿Qué quieren decir? ¡Pobre gente! Es gente que aún está arraigada a esta Tierra, es gente que mira y sigue con sus preocupaciones.

Un cuadro no debe gustar ni debe no gustar. ¡No hay que poner tan alto nuestro juicio! Ante un cuadro: ¡silencio! Ante toda obra de arte: ¡silencio! Se ha traspuesto la barrera del

marco; por lo tanto: ¡silencio! Ante él hay que desprenderse totalmente del mundo. Entonces, y sólo entonces, se empezará a ver el comienzo de los comienzos.

¡Horror a los cuadros que se cuelgan en las murallas! ¡Horror a los cuadros que allí, colgados, se estereotipan! Un cuadro debe estar en la sombra, debe estar oculto a los ojos que por él pasen distraídos. Sólo cuando el silencio se ha hecho a su alrededor, sólo entonces debe mostrarse a la luz. Y debe quedar a la luz tanto tiempo como comprenda que hay alguien que desea escapar de esta naturaleza pavorosa y solazarse en otra naturaleza que esté de acuerdo con nuestros más recónditos anhelos.

Y mi mente me lleva ahora a repetirte, Onofre, y a repetirle a usted también, Mamerto, una conversación que tuve con mi buen amigo Florencio Naltagua. ¿Ya usted, Macario? Ahí tiene usted un chileno, un completo chileno que no ha preferido a las chilenas pues su amor ha sido Nastia Poltava y con su muerte murió en él todo amor terreno. ¿Qué pensarán las chilenas...?

—Pensarán, sencillamente, que no hay regla sin excepción, que no la hay. Florencio Naltagua es el 1 por 10.000 y ¡no hay más! Y me marchó, amigos, me marchó contento, después de todo, que haya usted verificado, usted Rubén de Loa, la veracidad de mi afirmación al citarme ese 1 por 10.000. ¡Hasta luego!

Macario Viluco se marchó después de dos o tres "inefables" de Mamerto Matsierra. Cuando sus pasos se perdieron Rubén de Loa continuó:

—Fue un día triste para mí cuando estuve en el Portal Colonial. Después de charlar un rato le dije a Florencio:

—Amigo, el arte debe terminar. Porque el arte es una expresión, es un reflejo, una proyección de "algo". Yo diría que es una transmutación. Con esta palabra quiero decir un sentido total de la vida; quiero decir Dios. No quiero decir "tú y yo", ni "objeto ni sujeto"; quiero decir "unidad". Lógicamente cuando el hombre sea ese algo no necesitará ya expresarlo y su expresión tendrá que desaparecer. Al arte lo veo útil mientras tanto. Llegará un día en que terminará.

Florencio Naltagua me refutó así:

—Sí, desaparecerá siempre que se parta de la base de un hombre "finito"; es decir, de un hombre que tiene un punto de partida y ha de tener un punto de llegada. ¿Qué punto de llegada existe o, mejor dicho, es posible que pueda existir? Lo único admisible es la unidad en el más amplio sentido, o sea: Dios. A Dios no se puede llegar sino ser en Él; más exactamente: ser Él; más exactamente aún: ser. Desde el momento en que se *es*, ya no se puede ser un hombre. Pero mientras no se sea, es decir, mientras se vaya aproximando hay permanentemente un punto en que se está y otro al cual uno se aproxima. Para aproximarse a éste, y no errar rumbo, ha de saberse el sitio de él. En realidad el hombre no lo sabe; todo lo va descubriendo, lo va intuyendo. Cada vez que lo descubre o lo intuye comunica lo descubierto o lo intuido. Si ello es descubrimiento se llama "ciencia"; si es intuición se llama "arte".

"Sí, Rubén: mientras no se llegue a Dios, arte habrá.

"Mas no puede *un solo* hombre llegar a Dios. Sólo puede ir de aproximación en aproximación. Porque la llegada de uno solo significaría la disolución de él en el Total, o sea la disolución también en *todos los demás*. Porque los demás seguirían siendo hombres y así quedaría todo en el mismo punto en que se hallaba.

Así me habló Florencio Naltagua.

Yo quedé pensando en el problema del hombre ante la naturaleza y pensando, sobre todo, en el hombre usando *los ojos* para solucionar este problema.

La naturaleza tiene misterio para nosotros. Estos misterios son problemas que hay que descifrar. Ellos no son el problema del hombre con los demás hombres; ni es tampoco el de sus creencias; ni es tampoco un problema pictórico: no entra en él ni el claroscuro ni la armonía de líneas. El hombre es dejado de lado, es dejado en su torre de marfil. Hay que poder forzar la puerta de esta torre de marfil porque es el hombre el objetivo que hay que desentrañar; la naturaleza es el medio que sirve para llegar a él.

Y la naturaleza se agota al ir por ella tras esta búsqueda.

Como se agota también mi estado de ánimo en esta búsqueda.

Pero ¿qué importa? Hacc ya tiempo que me he dado cuenta de que el estado de ánimo de un pintor nada tiene que ver con el sentido ni con la calidad de la pintura. Este sentido y esta calidad van por su lado.

Puede el pintor estar en su mejor estado de ánimo y aquella región quedar cerrada: pintará mediocrementemente.

Puede el pintor estar en su peor estado de ánimo y aquella región estar abierta: pintará con entusiasmo, es decir, el cuadro revelará un entusiasmo propio.

Porque el tipo de pintura es independiente a todos los estados de ánimo.

Yahora, no sé por qué, viene a mi memoria Facundo Doñihue, el tan mediocre pintor de Facundo Doñihue. Fui a verlo el otro día, mejor dicho, me vi obligado a verlo en su taller. Llegué a la calle de La Llave del Cielo. Entré, tuve que entrar. Facundo allí estaba y leía. ¿Qué? Pues leía el *Tratado de la Pintura* de Leonardo de Vinci. Apenas me vio me dijo:

—¡Qué obra tan inútil, tan totalmente inútil, es este famoso tratado!

No le seguí el tema, hablé de lo que tenía que hablar y me fui.

Me fui pensando en la "inutilidad" de la obra de Leonardo.

¡Qué falta de poder volar por las épocas, de poder charlar en buena amistad con los artistas que ya no son! Esta sola frase de Facundo me reveló que es un pintor de las categorías E y F. Porque en dicho tratado hay algo extremadamente importante. Ello es:

La actividad del hombre ante la naturaleza.

En él está reflejada la actitud de escuchar *respetuoso*. Está, sobre todo, la fe cierta de que la naturaleza responderá.

Hoy..., hoy existe la actitud de *sorprenderla*. La fe existe en que ella pueda, acaso, *descuidarse* y entonces dar sus secretos a quien no merecía esta dádiva.

Hoy..., hoy esta actitud respetuosa la tienen los hombres de ciencia pues son ellos los que han empezado la marcha hacia la naturaleza.

¿Van bien los sabios? No lo sé; ello no es de mi oficio.

Pero aquella vez que estuve con Florencio Naltagua algo hablamos sobre este particular.

Hablábamos de la imaginación. Alabábamos a Jovino Panquehue, el gran astrónomo. Naltagua me dijo:

—Jovino Panquehue va bien. Es para mí un verdadero hombre de ciencias porque ha descubierto—y en este descubrimiento se basa— el verdadero papel de la imaginación. Me dijo que imaginación es hacer revivir coordinadamente a los seres y las cosas en *otro* mundo perfectamente factible. Nosotros los sabios debemos descubrir la coordinación y lo factible de este mundo.

Pero entonces yo me pregunté después, cuando estuve solo aquí en mi taller y mientras recordaba las ideas de nuestro amigo Macario Viluco, mientras revoloteaba por encima de esas pobres mujeres que no juegan billar, por sobre la grandeza de Karl Marx y lo nefasto del comunismo, sobre el gallo que es el único animal que no le hace la corte a su hembra, sobre el arduo problema si puédesse o no puédesse dar la mano al Papa, y sobre la inutilidad de los tenedores, y sobre tantos otros temas que lo asaltan..., me pregunté:

—Si los sabios van tras la coordinación de ese otro mundo factible, ¿tras de qué van los artistas y los poetas?

No encontré respuesta y me engolfé entonces en una tela.

Pero oía siempre la voz que me preguntaba:

—¿Tras de qué vas tú, Rubén de Loa? ¿Tras de qué ibas tú, sí, tú, Carlos Pezoa Véliz, cuando solo en el hospital veías llover y dormías y seguía la lluvia...? ¿Qué pensabas?

Pues, amigos, pensaba yo en los surrealistas. No quería pensar en ellos pero ellos volvían y volvían. Venían encabezados por Salvador Dalí. Venían, algo me gritaban y se iban. Se iban y volvían. Al fin, Salvador Dalí se plantó junto a mí, aquí, aquí mismo. Veía yo sus larguísimos bigotes. Sonreía y, a veces, reía. No hablaba. Al fin lo interpele:

—¡Y bien! ¿Qué desea usted? ¿Acaso una nueva broma o un chascarro? ¡Responda!

Dalí me dijo:

—¡Pobre hombre, pobre Rubén de Loa! ¡Todavía piensa en bromas y chascarros! ¡Todavía...!

Y se marchó. ¿Por dónde entró y se marchó? No lo sé. Pero quedé con su imagen al frente. Después vi que había estado yo pensando y que mis pensamientos me decían:

—Tiene que ser enorme la tragedia interna de Salvador Dalí. De ahí vienen sus locuras, que yo llamé chascarros y bromas. Porque hay que hacer bromas y chascarros cuando ya uno parte de nuestro ser que ha traspasado el punto negro que une los dos círculos: el círculo bajo con sus llamadas y más llamadas al mundo; el círculo alto donde comienza la creación.

Vi de nuevo la obra de Dalí, vi sus numerosos cuadros. Ahí están. Sin saber por qué razón los había juntado. Los recortaba, los guardaba y los olvidaba. Aquel día me precipité a esa carpeta. Véanlo ustedes ahora. Mírenlos con calma. Díganme ahora: ¿dónde están los chascarros; dónde las excéntricas; dónde, su locura?

Es que sabemos que esos cuadros son hechos por él: entonces vemos sus afilados bigotillos y clamamos: ¡excéntrico!

¿Y si no supiéramos que son hechos por esos bigotillos...?

Entonces veríamos como autor a un monje, a un monje recluso en sí mismo, a un monje que atónito mira el nuevo mundo en que, de pronto, se ha encontrado.

¡Qué tragedia hay en todos esos cuadros! Como existe la tragedia en los cuadros de Picasso y en los cuadros de Bracque y de Max Ernst y de Marcel Duchamp y de Wolfgang Paalen, y de Philippe Soupault, y de Victor Brauner, y de Ives Tanguy, y de Shigeru Imai, y de Joan Miró, y de Giacometti, y de Otsuka, y de Domínguez, y de Crevel, y de... ¿Puedo, acaso, citarlos a todos?

Ellos, todos ellos, no nos traen la luz reveladora de un más allá lejano, no nos traen el punto futuro de la humanidad. Nos hablan de cómo deberíamos ya ser todos.

Porque deberíamos estar más allá de las fórmulas, ¡más allá! Son los "pompiers" los que se aferran a las fórmulas en contra de aquellos que viven *la vida*. Me parece que los

hombres libres son únicamente los que aman con locura o los que resbalan por la Tierra con inteligencia.

Es fácil amar las fórmulas; por eso se las ama por encima de todo. Es la tendencia a la inercia que se presenta con el miraje de la evolución, de la propia superioridad. Pues si tengo fórmulas de amor o de inteligencia o de moral o de lo que sea, siento que existo pues defino y sé qué pienso. Entonces me estanco en mi grandeza amurallada.

Los hombres de las fórmulas no atinan ante aquello que aparece sin fórmulas. O lo niegan o, sencillamente, levantan los hombros. Pues los formulistas no ven la vida *fuera*, no ven la vida real, la que existe y es. Se ven ellos en su castillejo y lo que, más o menos, con él se amolda. El formulista es autoadorador; el llamado "modernista" es altruista.

Un formulista oye un baile de ahora; le gustarán los que son sacados de piezas clásicas. Porque no ubica en el mundo a la danza de hoy. Sólo ubica dentro de él su pequeño casillero con la fórmula musical.

¿Y un auto? Amó, al principio, los que parecían carrozas. Luego tuvo que amar los de hoy. Pero les negará siempre el pasaporte de "belleza".

Ahora, amigos, acompáñenme donde la anciana que vive aquí cerca. Vamos a ver al tucán. Vamos a poner junto a él esas dos últimas telas mías. Así veremos si ellas resisten con sus colores las críticas inteligentes. Porque mientras no las he puesto al lado de ese pájaro noto en ellas una espantosa insolencia: la insolencia de su presencia. ¡Oh, entonces envidio los libros, envidio su silencio amable! Ellos pueden cerrarse y guardan para ellos lo que encierran. Tienen pudor y viven con pudor.

¡Ea! ¡Vamos!

126

Noche de lectura donde Florencio Naltagua. Mucha gente. Estaba Silesia Tobalaba y estaba, también, Eusebio Palena. Se habló y se discutió. De pronto vi que Palena iba a leer. Se hizo el silencio. Y Palena, con aire transportado, leyó:

A trancos trotan galopan trotan
Los bultos negros de la ciudad
A golpes tumban los adoquines
Zapatos corren van para allá
¡Prisa!

La llama verde sola en la noche
A langüetazos se afirma en sí
Fósforos de oro puntas naranjas
Chisporroteando cruje voraz
¡Fuego!

Estrella blanca que chupas todo
Dios aplastante Dios borrador
Todo se ha ido Satán abajo
Crujidos chispas todo cayó
¡Negro!

A trancos lentos a golpes tardos
Los bultos negros se vuelven ya
Llorando llamas en sus zapatos
A sus guaridas de la ciudad
¡Paz!

Lo aplaudimos con entusiasmo. Palena, emocionado, se deshizo en agradecimientos y luego nos dijo:

—Señoras y señores: Les he leído a ustedes mi Zambafusa N^o 2. Recordarán que la Zambafusa N^o 1 me fue inspirada por mi correligionario don Antenor Lentejuelas y que ella fue escrita en prosa. Esta vez lo he hecho en versos. ¿Por qué? Sencillamente porque la hice en versos. Me pareció más descansado hacerlo así. Me pareció que con eso echaba lejos de mí a una serie de mosquitos que me zumbaban al oído. Tenía que echarlos; tenía que hacer cuanto pudiera por que ellos se fueran. ¡Que se fueran a “trancos trotan galopan trotan”! Sí, señoras y señores: “¡Prisa!” ¡Pasemos por el “¡fuego!” y pasemos por el “¡negro!” que nos asechan. Y volvamos a las “guaridas de la ciudad”. Encontremos la santa palabra de “¡paz!”

¿Para qué —me preguntarán ustedes— deseo esta paz más allá de los mosquitos?

Señoras y señores, la deseo para... escribir un libro.

Señoras y señores, mil veces yo, como todo el mundo, he oído decir a un individuo cualquiera después de contar sus hazañas y aventuras en sus viajes:

—¡Ah, mi amigo, si yo escribiera cuanto he visto...!

Naturalmente todos dicen esto pero nadie lo escribe.

Yo, una vez, me lo dije también y me prometí escribirlo. No lo he hecho aún pero ese libro lo escribiré. Para ello, lo recuerdo, me di una palmada en la frente y me puse de pie, en postura magnífica, frente al espejo. Y me repetí:

—Yo lo escribiré porque he visto más cosas que las que dicen y pregonan los demás, he pasado por más aventuras, he estado ligado en más hazañas... Cuanto habéis visto vosotros, simples escritores en proyecto, no es nada en comparación a lo que he visto yo.

Al día siguiente estaba frente a mi escritorio: papel sobre la mesa y mi pluma en la mano.

Pero ese día no escribí.

Al día siguiente tampoco escribí.

Señoras y señores, ese libro no ha sido empezado aún.

Pero siempre pienso en él.

Tanto pienso en él que hoy debí empezarlo. Me miré al espejo en postura magnífica, me di una palmada en la frente y me senté en mi escritorio con papel sobre él y con la pluma en mi mano.

Golpearon a la puerta en ese momento. Fui a abrir. Era don Ricardo Cortés Mandiola. Al verme pluma en mano me dijo:

—¡Ah, mi amigo, si yo escribiera todo lo que en este mundo he visto...!

Dejé la pluma y guardé el papel porque una idea me atravesó la mente como un rayo: “Esta gente dice haber visto tanto para que uno se abisme y entonces ‘pise el palito’...”. Créanme ustedes que llegué a un desaliento profundo en lo que se refiere a escribir lo que he visto. Pero ¡no! Escribiré mi libro, lo escribiré.

Felicitemos a Eusebio Palena. Yo, personalmente, le encontré sobrada razón. Luego

siguió la charla y, por fin, empezaron todos a retirarse. Quedamos un rato Marul, Florencio y yo. Quedamos hablando de los restos de las conversaciones pasadas. Eran gajos que permanecían en el aire. Los tomábamos, los desmenuzábamos y, ya hechos polvo, los dejábamos que se fueran. En un momento Naltagua nos dijo:

—Eusebio Palena es un hombre que vive aún tomado por miles de cosas de esta Tierra. Pero, esperemos, pasará más allá de ellas. Sé que tiene intentos por ir más lejos. Pero es llamado hacia atrás por una charla, por un tertulio de café, por un diputado o por quien sea. Debería vivir más alto y no pasar como obsesionado por poner obstáculos a otras vidas. Iba a escribir un libro cuyo origen es lo que oye a los demás; basta la aparición de don Ricardo Cortés Mandiola para impedirle escribir el libro. Pero confío en la mujer que ama, en Silesia Tobalaba: ella sabrá ponerlo en la verdadera vía.

Es algo difícil, difícilísimo entrar en la verdadera vía. Tengo la experiencia personal. Porque he vivido siempre por encima de todo aquello que se alejaba de lo que yo llamo trascendental. Me han llamado brujo y hechicero. Han cesado esos apodos. Ahora no puedo quejarme. Ustedes han visto: vivo en plena cordialidad con las gentes y nadie ve en mí un maléfico encantador. Trato de ayudar, de ser el guía de todos los que sienten en sí latir un corazón enamorado de lo bello y de lo grande.

Me han refutado. Me han dicho que esto es colocarse en un sitio predominante, que ello está bien para hombres como Leonardo de Vinci, no para los que vivimos en la vida sin misterios que nos rodea. Porque esos seres superiores, como Leonardo, tienen deberes que nosotros, simples mortales, no tenemos.

Yo digo que esto es un error, un error cobardé.

Cuando un hombre reconoce un ideal y reconoce su grandeza, sean cuales sean sus fuerzas y capacidades, debe tratar de marchar hacia él y si por cualquier circunstancia no lo hace es un renegado. El que asustado ante su propia visión vuelve hacia atrás se convierte en un germen infeccioso sembrado en la sociedad. Pero les repito que esto es difícilísimo conseguirlo hoy día. Porque los hombres viven y proceden con la idea de que no tendrán más que una vida. Por eso viven de prisa, siempre bajo el peso del tiempo que apremia.

¡Una sola vida! ¡Unos cuantos años! ¿Qué hacer en ellos? No hay más que una cosa posible: se visa un pequeño objetivo que pueda ser realizado en poco tiempo. Es como si se redujeran las aspiraciones a aspiraciones diarias y sólo se pensara en lo que es posible hacer en un solo día.

Tal vez pensarán ustedes que he caído en el terreno de la teología. De ningún modo. Estoy circunscrito a nuestro pensamiento y sólo contemplo la dilatación que a él puede dársele. Si ustedes lo reducen verán objetivos diarios, verán objetivos, a lo más, para el día siguiente; si ustedes lo dilatan verán objetivos para toda una vida y ellos crecerán en grandeza. Si aún lo dilatan ustedes esos objetivos pasarán más allá de la vida e irán a colocarse en un punto de un futuro mayor y necesitarán la colaboración, para ser debidamente realizados, de los hombres que han de venir.

¡No han sido realizados por uno! Está bien y ello no importa. Porque uno ha sembrado la semilla o ha colocado la primera piedra. Ahora les pregunto a ustedes: ¿no es esto, acaso, ya un objetivo, no es ya una obra?

¡Hay que huir de las obras sin ramificaciones! Porque hay obras que viven menos que la efímera vida de un hombre; y hay obras que tienen infinitas ramificaciones hacia lo eterno.

Pero hay que tener dentro de sí el concepto de la eternidad. Y sobre todo: no hay que tener este concepto mientras la obra se hace. Hay que hacerla como Silesia le aconsejó a Eusebio: como el canto de un pájaro, como el correr del agua.

¿Qué jactancia cabe aquí?

No olviden nunca "aquella región" de que siempre está hablando Rubén de Loa.

Calló Florencio Naltagua. No pude impedirme de hacerle una pregunta:

—Florencio —le dije—, ¿crees tú que hago bien en seguir y seguir escribiendo en silencio?

Me contestó:

—Si con ello sientes que hay otro que guía tu mano, sí, haces bien y ¡sigue! Pero no te detengas ni te enfades contigo mismo cuando sientas que es tu cerebro desconectado el que te está dictando. ¡Recuerda, Onofre, esos mosquitos a que aludió Eusebio Palena!

Nos retiramos. Caminamos hasta la casa de Marul.

—Marul —le dije—, quisiera escribir y escribir mucho pero me siento atacado, acosado por millones de mosquitos.

Me contestó tan sólo:

—Déjalos que vuelen y zumben en torno tuyo. De pronto se irán, se alejarán y entonces..., entonces...

—Entonces, ¿qué? ¡Han de volver, Marul!

—Déjalos que vuelvan y zumben en torno tuyo. Volverán a irse, a alejarse y entonces...

—Sí —le respondí—, entonces...

127

Vamos, Juan Emar, vamos ahora a tomar un trago. Vamos donde Max Collaique. Ya don Esmeraldo yace bajo tierra. Y en su memoria, ¡bailemos y bebamos!

Sobre todo charlemos. ¡Oh, Malvilla, mi querido Romualdo! ¡Que Onofre Borneo repose allá en casa! Así podré, hablando contigo, mi querido Romualdo, oír de vez en cuando a Chispita y a Gualberto Choapa y a Ramiro Lampa y a Carmelo Lipingue; y así podré bailar contigo Clementina Rengo y contigo también Braulia Tinguiririca.

¡Salud, salud todo el mundo! ¡Repósate Onofre Borneo! Allá en el San Lito tienen pernod de un lindo verde nilo con el agua que se le vierte. ¡Ea! ¡Camarero! ¡Dos copones de pernod!

—¡Y...! ¡Qué me dices Romualdo Malvilla!

—Digo cosas trascendentales, Onofre Borneo. Digo cosas que todos los médicos, todos sin excepción, deberían saber si no es que ya las saben. El doctor Hualañé, el doctor Pitrufrquén, el doctor Mangual, el doctor Gultro, el finado doctor Linderos, todos, todos debieran saber si no es, te lo repito, que ya lo saben de memoria.

—¿Y ello es?

—¡Borneo! Ello es: el procedimiento para dejar lo que se ha de dejar. Por ejemplo, la carne. Para dejar la carne lo primero que hay que hacer es ordenar que preparen un gran biftec, un enorme biftec. Ahora, ¡que espere el biftec! Porque antes de engullirlo te servirás tú una sopa, luego una ensalada, luego un farináceo, luego una tortilla, luego el postre y el café y te fumarás un gran cigarro. Dime, Onofre, ¿te comerías ahora el biftec?

—No, hombre —le respondí—, no me lo comería por ningún motivo.

-Entonces no podrás negarme que mi sistema es sensacional.

-En verdad es sensacional.

-¿Merezco un trago? -me preguntó-. ¡Camarero, mozo o mozo y alguacil! ¡Repite lo ya ingerido! Tenemos que repetirlo porque voy ahora a contarte algo más sensacional aún.

-¿Y ello es?

-Ello es la moderación en las prácticas sexuales, ello es la moderación en la satiriasis. Es decir el modo de ver en los ojos de cada mujer sólo vastos campos nevados y en ellos cayendo, cayendo, cayendo puros aguacates doloridos como se ven en los lindos ojos de Alicia Bick. ¡Muy dificultoso!, dirás tú. No, Onofrov, no lo es. Se hace sólo una cosa: se imaginan todas las posibles y muy posibles prácticas refinadas y se imaginan las imposibles también. Se promete uno llevarlas a la práctica estas prácticas, llevarlas con ella -¡oh, no con Alicia Bick, no, jamás!-, con la bella con quien... en fin, tú me comprendes, Onofrov. Y apenas has terminado de imaginar esos refinamientos ¡vas al acto sexual!

-¿Insistes todavía en esos refinamientos y en esas prácticas contra natura? ¡No, mi amigo Borneo, ya no insistes en ellas!

-Aquí viene mi consejo, mi sapientísimo consejo: usa, amigo, de estos dos procedimientos y, al cabo de corto tiempo, preferirás espontáneamente los platos vegetales a las carnes y preferirás la relación sexual como lo pide Dios a las refinadas prácticas. ¡Se acabaron los grandes biftecs! ¡Se acabó la imaginación lasciva! ¿Qué te parece, Onofre Borneo?

-¡Bravo y mil veces bravo! ¿Es lo que tú practicas con Braulia Tinguiririca?

-Es lo que practicaré.

-Por la práctica futura ¡un trago!

-¡Eeeeh! ¿Un trago has dicho? Bien, bebamos. Es lo espantoso de este miserable trago y de esta miserable nieve que llevo aquí, aquí, en esta cajuela: ¡la coca!

-Miserable..., ¿por qué?

-Porque para esto que llaman tóxicos, y el alcohol entre ellos, ¿qué procedimientos emplear? No, mi amigo, para los tóxicos y para el alcohol no hay más que la voluntad desnuda, desnuda y desnuda.

-Así es, Malvilla, desnuda, desnuda...

Romualdo meditó un rato y luego con aire confidencial me dijo:

-Sobre este caso, sobre esta desnudez que está más allá de la desnudez de las mujeres cuando se desnudan, he consultado a..., a ¡Satán! ¿Tú lo conoces? Te diré en secreto: se llama Palemón de Costamota.

-I.o conozco -respondí-. Él me llevó a la laguna del Quepe, allá lejos, cerca de Temuco.

-Por el Quepe y por Temuco, ¡salud!

-¡Salud! -contesté.

Entonces Romualdo siguió:

-Tú, Onofre, debes conocer a Perpetua Mamoeiro, la sin par por su desnudez, diría, apocalíptica, ¿no es verdad? Ella conoció y habló con Palemón de Costamota. ¿Cómo? Por intermedio de ese Fray Palomo de la Ojiva, tú sabes, allá en el Convento de los Jerónimos. Ella sí lo conoció. ¿Yo? Apenas de vista porque es un tipo, el tal Costamota, demasiado elegante para mí. Ella, en cambio, lo conoció y le habló y Palemón le dijo:

-¡Ven!

"Se dieron el brazo y partieron a deambular. Así me lo contó la Mamoeiro. Se dieron

el brazo y se fueron por un camino hermosísimo en el sentido satánico, se entiende. En el sentido celestial no valía nada: no había ningún pajarillo ni ningún arbol. En cambio había siete mil sapos y, sobre cada sapo, un hongo del tamaño de una locomotora. Te diré, entre paréntesis, que doña Perpetua Mamoeiro ha adorado siempre las locomotoras, los hongos y los sapos. Además adora los cigarrillos y Palemón le ofreció uno de tabaco magnífico. Ambos fumaron. Fumaban y fumaban cuando la Mamoeiro se dio cuenta de que empezaba a desprenderse del ambiente un extraño olorillo indefinible. Al cabo de hora y media de marcha todo el ambiente apestaba a nenúfares en flor. Tú sabes, Onofrov, que doña Perpetua siempre ha repelido cuanto se halla en flor y especialmente los nenúfares. Por eso pensó: "Esto va mal". Entonces djóle a Satán o a Palemón de Costamota, como tú prefieras:

—Déjeme usted anotar la fecha y la hora.

—Jamás ningún demonio se ha negado ante un semejante pedido y menos uno vestido como antaño, es decir, con chaqué encintado y con pantalones de a cuadro y con gran chistera de alas planas. Así es que respondió:

—Anote usted.

—Y Perpetua anotó. ¿Qué te parece, mi buen amigo?

—Me parece, Romualdo, interesantísimo. ¡La fecha y la hora...!

—¡Ah, no! —me gritó Malvilla—. Lo que Perpetua Mamoeiro anotó fue otra cosa. ¿Sabes tú qué?

—Lo ignoro completamente.

—Anotó las influencias malignas que había alrededor de ella o de mí, en fin, tú me comprendes, grato Onofrov. Yo creo que eran más bien las mías pues, apenas regresó, Perpetua me dio sus anotaciones. ¡Sí, señor mío, eran las mías! Es decir que la Mamoeiro me dio el tema para mi próximo estupendo libro, estupendo libro, mil veces, ¡estupendo libro!

Le dije entonces con entusiasmo:

—Por el estupendo libro, ¡bebamos!

—¡Bebamos!

Y bebimos. Y luego bailamos. Yo bailé con Clementina Rengo; Malvilla, con su Braulia Tinguiririca. Nos volvimos a sentar.

—Algo te iba a contar, Onofre —me dijo Malvilla—. ¡Ah, sí, ahora recuerdo! Es el sueño que tuve aquella noche, después de estar con Perpetua Mamoeiro que había estado con Palemón de Costamota gracias a Fray Palomo de la Ojiva... ¿Recuerdas? Pues bien, aquella noche tuve un sueño, un lindo sueño, creo yo que es el precursor del libro estupendo que voy a escribir. Óyeme bien:

—Es de noche. Estoy en cama. Mi catre es inmenso y la pieza en que él se halla es inmensa también. A mi derecha hay una galería suntuosísima y hay un fonógrafo. A mi izquierda, una serie de habitaciones. Empiezo a desesperarme en mi cama. Es algo horrible pues no sé si estoy despierto o dormido. Quiero huir, huir mas no debo huir. Una especie de pesadilla me agarrota. Pienso en ir donde la bella Alicia Bick que duerme en una de las habitaciones a mi izquierda. El fonógrafo algo canta. Entonces yo grito. Grito y grito, mi viejo Onofre Borneovski, porque quiero que Alicia Bick despierte para que venga hacia mí a consolar mi mal. Porque el fonógrafo canta ahora quejándose el cantante de su soledad. Le hago coro, con toda mi voz, aunque se despierte quien se despierte. Me revuelco entre las sábanas impelido por una fuerza ajena a mí; me revuelco tanto que, de

pronto, me encuentro acurrucado a los pies de mi cama. Luego me coge un friecillo por la espalda. Ello colma toda medida. Me lanzo cama abajo y corro al dormitorio de Alicia Bick. Entonces el gran fonógrafo amplifica su voz más y más cantando: *Miei signori*.

“¡Oh, qué linda romanza! Cuando el pobre Rigoletto... Pero no cambiemos de tema. Lo que quería decirte es que el fonógrafo la amplificó de tal modo que es ahora un estruendo, un estruendo que me va a alcanzar por la espalda y me va a arrollar en sus notas. ¡Pavor, Onofrov, pavor! Alcanzo la puerta del dormitorio de Alicia Bick. La veo. Me voy sobre ella. Me desplomo. Ella se baja de su cama, ni lenta ni precipitada, como ya acostumbrada a tales escenas mías. Verifico, con sumo agrado, que nadie más ha despertado. Entonces volvemos a la galería suntuosa. Yo voy llorando como un pobre desesperado. En la galería habla ahora la radio. Le pido a ella que la corte. Y para que ella se dé cuenta de que cuanto a mí me ocurre no es una simulación sino algo orgánico, le agrego que mi desplomo se debe a las dos adalinas que he tomado.

“Alicia Bick se apoya ahora hierática contra el muro vestida con ajustada camisa de seda negra. Y llora, amigo, y llora. Me dice que nada valen mis penas al lado de las suyas; que piense en cuanto ha sufrido por esa Braulia y por Epifania Tamarugal... ¿Es posible? ¡No! Tú sabes, Epifania Tamarugal, el amor de Teófilo Borneo, tu primo, Epifania a quien yo apenas conozco. ¿Es posible? Hay que rebatirle, es necesario rebatirle. Avanzo hacia ella pero..., pero...

“Por allá, por el comienzo de la galería, empieza a aparecer mucha gente. Alicia Bick las recibe. Alicia Bick está elegantemente vestida. Es muy amable con todos. Pienso que es inmenso su don de gentes a pesar de sus sufrimientos con Braulia y con Epifania. ¡Dejémosla, entonces, embriagada en su don de gentes! Yo, mientras tanto, iré a ver a Perpetua Mamoeiro, sí, a Perpetua Mamoeiro, ¡Oh, Perpetua! Yendo hacia ella desperté.

Le dije sinceramente:

—Ese sueño, Romualdo, te dará tema para dos estupendos libros; por lo menos, para dos estupendos libros.

Me contestó:

—Debes agradecer, al leer ese nuevo y estupendo libro, a la sin par de Perpetua Mamoeiro. ¡Qué de cosas me ha dado esa soberbia mujer! Era yo, al pensar en ella, todo agradecimientos y todo, todo veneración. Me felicité yo mismo al verme henchido de tales tan altos sentimientos. Creí necesario felicitarle. Me dividí en dos, ¿me entiendes?, en dos: el de aquellos sentimientos y el que queda estático contemplándolos. Entonces a este último le obligué a escribir una carta en la que ensalzara los dones del primero.

“Porque te diré, Onofrovski, que yo siempre he tenido un gran compañero de farras. ¡Oh, mi bueno y generoso amigo, cuánto, cuánto lo recuerdo! Estando en su compañía era para mí el alcohol un imán irresistible y las mujeres, ¡oh, las mujeres!, una fuente inagotable de placeres no comparados con otros.

“Pero un día tuvimos que separarnos. ¡Qué tristeza! Siempre, por cierto, el manantial mismo de mis goces iría a subsistir: por nuestra separación ningún bar iba a cerrar, ningún jazz a callarse, ninguna mujer a ausentarse. Pero..., de ahora en adelante, atacar solo los placeres, solo y sin estímulos. De ahora en adelante regresar solo a casa, solo y sin tener con quien hilvanar los mil comentarios de la juerga... Partió mi amigo. “¡Hasta la vista!”. Caían mis lágrimas mientras el tren se alejaba. Volví a mis andanzas de noctámbulo. “¡Allá él!” —pensaba puesto que la fiesta seguía por todas partes y era ella el núcleo de la cosa, y él, tan sólo el acompañante. Sí, seguramente era así. Pero fue el caso de que con su partida

el alcohol se me destiñó, el jazz me sonó a hueco y las mujeres perdieron su sexo. Vine, entonces, a comprender, con gran estupefacción, que él era el verdadero núcleo y la farra, tan sólo, su fiel compañera.

"Le escribí dos palabras contándole tan extraño caso. Terminada la carta escribí sus señas en el sobre:

Señor Don
Romualdo Malvilla.
Calle de la Parroquia, 38.
San Agustín de Tango.
Provincia de Aconcagua.
República de Chile.
Continente Sudamericano.
Nuevo Mundo.
Globo Terráqueo.
Sistema Solar.
Via Láctea.
Universo.

Y eché carta y sobre en el buzón más cercano. ¡Onofrov: al día siguiente la recibí!

-¡Estupendo! -exclamé-. ¡Es un capítulo de tu nuevo libro!

-Alto, alto ahí -me susurró al oído-. Esta historia tiene sus múltiples..., no; tiene su terrible ramificación...

-¿Terrible? ¿Y por qué?

Me miró, con ojos ya vidriosos, para decirme:

-Para contarte este terrible caso me vas a dejar tomar una copa más. Así; muy bien. Te diré ahora que llevaba yo el sobre y la carta en mi bolsillo. Ya ambos habían sido recibidos por mí y me encontraba satisfecho. Caminaba por la calle cuando me encontré con el inmenso de Baldomero Lonquimay. Me detuvo y me dijo:

"-Insigne borrachín, sé que algo nos une.

"Le contesté:

"-Considerable Baldomero, que los dioses quieran que así sea.

"Entonces el considerable desplegó ante mis ojos un sobre, un sobre que había traído una carta que él había hecho pedazos. Pero es el sobre el que nos importa. Prueba de ello es que me manifestó sus deseos de que leyera las señas que había en él. Así lo hice. ¿Sabes tú qué señas había?

-No, no lo sé.

-Había las siguientes:

Señor Don
Baldomero Lonquimay.
Muelle de la Sotana, 1644.
San Agustín de Tango.
Provincia de Aconcagua.
República de Chile.
Continente Sudamericano.
Nuevo Mundo.
Globo Terráqueo.
Sistema Solar.

Vía Láctea.

Universo.

Le dije a Malvilla:

-Esto es, sencillamente, abrumador.

-¡Ah, mi amigo! -exclamó-. ¿Has olvidado ya el idioma que se habla allá en las muy dulces Galias? Allá siempre se dice y se repite: *Les grands esprits se rencontrent*.

-Es verdad -le respondí-; *Les grands esprits se rencontrent*.

-Entonces, ¡un último trago!

-Eso es, ¡un último trago!

-¡Y huyamos, Onofre, huyamos! Mira que ahí viene nada menos que el pederasta de Carmelo Lipingue...

-Es verdad -dije-, ahí viene Carmelo Lipingue.

Bebimos y huimos.

128

¡Qué horror lo que hoy día nos ha tocado ver a Marul y a mí! He quedado enfermo. ¿Y tú, Marul? ¡Háblame, háblame mucho! Tu voz me es un verdadero calmante. Si no la oigo vuelvo a ver, hasta la obsesión, a ese desdichado, a ese desgraciado, a ese infortunado de don Silvino Condoriaco.

¡Pobre don Silvino Condoriaco! Es un hombre bien puesto, diría, arrogante. Hoy todavía lo es. ¿Y mañana? ¿Y pasado mañana? ¡Pobrecito!

Fuimos llevados a su casa por el doctor Hualañé. Vive el malogrado lejos del centro, a unas 8 ó 9 cuabras de la Universidad, en la calle de San Narciso. Allí vive y se agota y se consume el desgraciado.

Después de verlo preguntó Marul al doctor:

-¿Cómo, señor mío, no hay alguna medicina para detener o para aliviar semejantes males?

A lo que el doctor respondió:

-Puede haberlos, señora, pero don Silvino no quiere ayuda de ninguna especie; quiere sufrir así hasta el final; quiere experimentar los males que han empezado en su vida, mejor dicho, que él mismo ha hecho empezar.

-¡Pobrecito! -gritó Marul.

-¡Pobrecito! -le hice eco.

El doctor Hualañé se limitó a decir:

-Hay que dejar a cada cual con su voluntad.

¿Qué voluntad puede ser? el doctor nos lo explicó:

Es el caso de que nuestro organismo es una verdadera revolución, una verdadera guerra. Es un conglomerado de voluntades dispares que, en un momento, se hallan sujetas por una voluntad superior. Esta voluntad es el cerebro. Pero cada parte del cuerpo, como, por ejemplo, las piernas o el estómago o los brazos o los pulmones o hasta el último tejido tienen, a su vez, su propia voluntad, es decir, tienen su conciencia, su alma.

Naturalmente que las finalidades de estas conciencias, de estas almas, no siempre coinciden con la voluntad del cerebro. He dicho que son dispares a ella, que, a veces, van

en su contra. Y, a este propósito, el doctor Hualañé nos citó las palabras de Ouspenski, en su libro "Un nuevo modelo del Universo", que figuran en la página 268, de la edición Sol, de México:

Al observar la independencia de diferentes órganos y partes del cuerpo los Yogis llegaron a la conclusión de que la vida del cuerpo está formada de miles de vidas separadas. Cada una de estas "vidas" supone un "alma" o una "conciencia". Los Yogis encuentran estas "vidas" independientes con "almas" separadas no sólo en todos los órganos sino también en todos los tejidos y en todas las substancias del cuerpo. Este es el lado oculto del Hatha Yoga.

Luego nos citó, del mismo libro, lo que Ouspenski dice en la página 301:

Hablamos solamente de la cabeza y del pensamiento cerebral y le atribuimos la parte principal del trabajo de crear sueños a la vez que de pensar. Esto es completamente erróneo. Nuestras piernas también piensan, piensan completamente de un modo independiente y diferente de la cabeza. Los brazos también piensan, tienen su propia memoria, sus propias imágenes mentales, sus propias asociaciones. La espalda piensa, el estómago piensa, cada una de las partes del cuerpo piensa independientemente. Ninguno de estos procesos de pensamiento llega a nuestra conciencia en un estado de vigilia, en el momento en que el pensamiento mental, el de la cabeza, operando especialmente por medio de palabras y de imágenes visuales, domina todo lo demás. Pero cuando la conciencia mental descansa y pasa a un estado nebuloso en el sueño, inmediatamente otras conciencias empiezan a hablar, a saber, las de los pies, las de las manos, los dedos, el estómago, la de otros órganos, de los músculos. Estas conciencias separadas en nosotros tienen sus propias concepciones de muchos fenómenos, de las que algunas veces tenemos también concepciones mentales y otras veces no. En el sueño las imágenes mentales que pertenecen a las piernas, a los brazos, a la nariz, a las puntas de los dedos, a los diferentes grupos de músculos motores, se mezclan con nuestras imágenes verbo-visuales ordinarias. No tenemos palabras ni formas para la expresión de concepciones de una clase en concepciones de otra clase. La parte visuo-verbal de nuestro aparato físico no puede recordar estas imágenes completamente incomprensibles y extrañas. En nuestros sueños, sin embargo, estas imágenes juegan el mismo papel que las imágenes visuo-verbales, si no es un papel mayor.

—¡Doctor Hualañé! —gritó Marul—. ¡Esto es la guerra!

—Sí —respondió el doctor—, es la guerra que Silvino Condoriaco quiere ver y medir en todas sus alternativas y hasta en las más pequeñas escaramuzas.

—¿Cree usted que lo logrará?

—Eso tendríamos que preguntárselo a la Muerte porque es muy posible que ella, la Muerte, aburrída ya de esta guerra sin fin, entre a poner la paz en Condoriaco.

Marul gritó:

—¡Pobre Condoriaco!

Yo, como un eco, grité:

—¡Pobre Condoriaco!

Veníamos de regreso por la calle de San Narciso. Frente a los edificios de la Universidad el doctor nos dijo:

—Vean ustedes que plácida tarde tenemos. Hay que pensar, mis buenos amigos, que

ella lo es sólo para los que escuchamos la voz de nuestro cerebro guiada por los impulsos de nuestros sentimientos. Para el pobre Silvino no es así.

—¡Qué cosa atroz! —dijo Marul.

El eco mío repitió:

—¡Qué cosa atroz!

Seguimos nuestra marcha en silencio. Pasamos frente al Zoo, atravesamos el Puente de la Serpiente Tentadora y entramos por la calle del Escapulario. Al llegar al N^o 137 el doctor nos invitó un momento a su casa. Una vez en ella tuvo a bien darnos una que otra explicación sobre las altas y bajas por las cuales pasa el mísero de Condoriaco. Nos ofreció café y un bajativo. Luego nos dijo:

—Veo a menudo a este bueno de Silvino Condoriaco. Yo, como usted, señora doña Marul, pensé en un alivio cualquiera que poder ofrendarle al desdichado pero he renunciado a él porque me doy clara cuenta de que ya es demasiado tarde para hacer volver al hombre a su normalidad.

Si las cosas fueran como son sus pulmones o como son sus manos, andaríamos muy bien. Ustedes vieron qué bonitas manos tiene nuestro paciente. Pues, amigos, así han de ser también sus pulmones: sanos, limpios y, sobre todo, sumisos. Jamás tendré, digo yo, ni el menor inconveniente con ellos: ni una pequeña sombra, nada. Harán su labor hasta el final, indiferentes a la guerra que arde en otras partes. Son como sus manos. Parece que ambos, manos y pulmones, tuvieran la conciencia dormida y que sus voluntades se guiaran por una consigna anterior: obedecer y cumplir con el cometido que se nos ha encomendado.

Se comportan casi como el corazón. El corazón de don Silvino ha sido examinado por lo menos mil veces; yo mismo lo he auscultado en repetidísimas ocasiones. A veces he notado una aceleración en sus latidos sin que el hombre haya hecho esfuerzo o movimiento alguno.

—¡Tate, tate! —he dicho de inmediato—. Aquí vamos a ver una independencia total... ¡Tate, tate!

Pero no. La precipitación en sus latidos debe ser cosa de su propia vida, de su propia conciencia. Sin duda vive preocupado de otras cosas y han de ser estas cosas las que, de pronto, piden una aceleración de su marcha. Pero él no está, digamos, conectado con la conciencia del cerebro. Hace su trabajo y... ¡se acabó!

Pero el estómago... ¡Qué cosa horrible! Es, súbitamente, un hambre loca, loca. ¿Digo bien al decir "hambre"? Nosotros estamos acostumbrados a llamar "hambre" a nuestra necesidad lógica y muy normal de nutrirnos. Aquí, no. Desde que se vio, desde que se sintió libre y sin tener a nadie a quien alimentar sino únicamente alimentarse a sí mismo, fue, amigos, el desborde. ¡Comer, comer! ¿Qué digo? ¡Devorar, devorar! Al verlo se comprende la frase de Victor Hugo: *¡Manger c'est dévorer!* Y es el caso de que don Silvino, muchas veces, no tiene deseos de ingerir nada, de que está satisfecho... ¡No y no! Hay que comer, hay que devorar, hay que tragar y tragar. Y esto le ocurre al desdichado a las horas más increíbles: después de un verdadero banquete lo he visto yo sentirse presa de los deseos de comer y devorar opíparamente. Y tuvo que comer, el pobre hombre, comer los restos de los diferentes platos, los pedazos de pan que había sobre la mesa, tuvo que humillarse e ir a la cocina a pedir un poco más, un poquito más...

Ustedes comprenderán que el escándalo que se produjo en aquefía mansión en que estaba don Silvino fue enorme. Se prometieron los dueños de casa no invitarlo más, nunca

más. Pero las cosas se olvidan y fue invitado al otro banquete. Yo estaba cerca de él. Amigos míos: don Silvino Condoriaco, esta vez, no comió. Don Silvino Condoriaco no tenía hambre, ni siquiera tenía apetito...

Le preguntaron los comensales:

—¿Almorzó usted muy tarde? ¿Se siente usted enfermo? ¿Tomó té con sandwiches y pasteles? ¿Le duele algo?

Indiscutiblemente el estómago lleva una vida y su dueño, otra vida diferente.

Hoy día lo han visto ustedes en cama. ¿Estaba el hombre enfermo? ¡Quiá! Nunca su cabeza había soñado con paseos más hermosos que hoy día. Basta ver qué tiempo tenemos. Don Silvino, por la mañana, se echó cama abajo para tomar su baño, vestirse y salir a caminar. Pues don Silvino se cayó, sin más, se cayó. Volvió a meterse a la cama. ¡Las piernas, mis amigos, las piernas dormían, las piernas sólo querían reposo! No pudo salir.

Recuerdo, cierta vez, que estaba invitado donde Rosendo Paine a jugar a las cartas. Llegó el hombre contento. Se sentó y tomó los naipes para barajarlos. Distribuyó las cartas y... ¡se marchó, se marchó! Fue en vano que se le trató de sujetar. ¡Se marchó don Silvino Condoriaco! Yo, que estaba en casa de Rosendo, salí tras de él. Me decía a cada momento:

—Caminemos, doctor, caminemos. Claro está que preferiría estar jugando a las cartas; pero ahora hay que caminar.

A la vuelta de una esquina lo perdí de vista porque, ustedes me comprenden, a mi edad no puedo hacer un footing tan violento.

¡Era la voluntad de las piernas la que había decidido caminar y caminar así!

¿Y los ojos? ¡Ay, mis buenos amigos, qué de torturas han dado esos ojos! Porque tiene el hombre buenos, espléndidos ojos. Ustedes habrán notado que no usa anteojos ni para ver de cerca ni mirar a lo lejos. Y, además, tiene el bueno de Condoriaco un alma de artista pintor. Al menos es lo que su cabeza desea. Sí, sí, su cabeza, sin duda, *desearía* ser la cabeza de un artista pintor. Y por eso le ha dado órdenes, órdenes formales, a sus ojos para que se deleiten con los paisajes del mundo, sobre todo en la magnífica época del otoño cuando, por doquier, salen y bullen los amarillos y los ocre y los tonos tostados y hasta los rojos.

Pues bien, amigos míos, miran y contemplan esos ojos de don Silvino. Y ven, claro está, que ven: un árbol rojo sobre un fondo verde oscuro; ven un árbol que del verde claro va pasando al cadmio; ven otro árbol de hojas tostadas, hojas de siena. Exclama entonces don Silvino:

—¡Qué lindo, qué lindo!

¿No sería natural, no sería lógico, que, después de tal exclamación, corriera este buen hombre hacia una tela y pintara lo que sus ojos han visto? ¿No sería lógico que sus manos, al impacto de estas bellezas, se alargaran hacia los colores?

Pero no, mis amigos, no y no. En ese momento sus dedos están tamborileando sobre una mesa o sobre su solapa y... ¡nada! Porque, como les he dicho a ustedes, esas manos son normales; no están dispuestas a emprender trabajos que ellas pueden reemplazar con un simple tamborileo.

—¡Y el hígado, amigos míos, el hígado! De pronto se despierta y pide trabajo, trabajo y más trabajo. No hay manera de defenderse en contra de este pedido imperioso. Y puedo asegurarles a ustedes que no es que el pobre Condoriaco tenga sed de alcoholes, no, ¡qué esperanza! Pero ese día lo vemos meterse en un bar y luego en otro bar y en otro más. Y entonces bebe y bebe hasta emborracharse, hasta salir dando tumbos y hasta caer por ahí, en cualquier parte. Le preguntamos luego:

—¿Le gusta a usted emborracharse?

Responde de inmediato:

—No, señores, no. Pero tuve que beber. Es el hígado que se había entretenido en fabricar bilis y luego necesitaba darle un empleo. Entonces bebí; quiero decir, bebí.

Creí que era mi deber decir al doctor Hualañé:

—Doctor, yo también bebo, de cuando en cuando, pero bebo. Sin embargo no creo que haya en mí esta disociación de la personalidad.

Me respondió el doctor:

—Sí, usted bebe; pero no olvide que es por otro motivo: usted bebe para liberarse del que no cree ser usted, es decir, de Onofre Borneo.

Me callé y me puse a reflexionar. Siguió hablando el doctor Hualañé:

—Ahora les diré a ustedes la parte trágica que hay en todo esto. Esta parte la forman: ¡los dolores! Porque sufre terribles dolores don Silvino. Son dolores súbitos y agudos; otras veces son dolores sordos, cansados y duraderos. Esto es lo que me hace ir a visitarlo. Es lo que hace que considere a este caballero como uno de los casos interesantes que me han ofrecido estos 75 años de práctica que llevo sobre mí.

Señora y amigo, hemos hablado de guerra. Tenemos, pues, dos lados o partidos que se baten entre sí. Hasta hace poco tiempo no había más que un solo partido bien organizado y, diría, disciplinado: era éste el cerebro. Por el otro lado era la desorganización total porque cada cual tiraba para su lado y no se preocupaba de la marcha del vecino. Hoy día diríamos: faltaba allí el comando único. Mas pronto comprendieron que este comando único no podría traerles sino ventajas. Así, pues, se ha constituido. Y hoy tenemos en ese pobre Condoriaco toda una perfecta organización en contra de su masa encefálica.

¿Qué medidas tomar? ¿De qué armas valerse para el ataque? La respuesta cayó de su peso: los dolores.

Porque los dolores, amigos míos, los sentimos en el cerebro. Si el cerebro está anestesiado no hay dolor alguno. Es claro que tenemos la ilusión de que es éste o aquel órgano el que ha dolido; pero son ilusiones. El órgano mismo apenas si siente una incomodidad, una desazón que, a lo mejor, ni siquiera registra. Pero el cerebro recibe todo esto como un dolor y el hombre que lo experimenta lanza un verdadero bramido.

Ayer, sin ir más lejos, don Silvino Condoriaco sufrió de una terrible crisis dolorosa a la vesícula. ¡Cómo gritaba el pobre hombre! ¡Se retorció en su cama! No hubo más que adormecerle el cerebro, es decir, administrarle morfina. Así logré calmarlo y así lo dormí. Pero su vesícula estaba bien, al menos hasta donde nosotros logramos apreciarlo. Total: es este caballero el hombre de cuerpo más achacoso que es posible concebir siendo, al mismo tiempo, el más sano que es posible concebir.

Durmió don Silvino, durmió. Yo me hallaba a su cabecera y lo veía dormir bajo la morfina. Entonces, amigos, lo ausculté profundamente. Y... ¡oí, oí, oí!

Ustedes me preguntarán qué fue lo que oí. Oí, amigos, las voces de las conciencias que cambiaban sus opiniones. Eran todas opiniones rebeldes, espantosamente rebeldes. ¡No querían seguir sujetas a esta unión localizada en el cerebro! Se preguntaban:

—¿Por qué se nos tiene unidas de este modo? ¿Qué tenemos que hacer un órgano con otro órgano? ¿Queremos terminar con semejante tiranía!

La dentadura era indomable. Gritaba desaforadamente:

—¡Libertad, libertad! ¡A muerte el encéfalo!

Y una muela se picaba; un diente se aflojaba; otra muela alegaba por declarar una terrible paranoia.

Condoriaco iba en camino de quedar sin un diente ni un colmillo ni un molar. En este momento debe estar con el doctor Manfredo Angachilla, el dentista, ustedes saben. Hace lo que puede el bueno de Angachilla pero ante la testarudez sin límites de don Silvino...

Y a propósito voy a contarles a ustedes algo muy significativo y que viene a confirmarnos en la irreductibilidad de nuestro porfiado paciente:

Cierta vez Manfredo Angachilla estaba que no podía más: ¡se le había caído un colmillo a don Silvino y se negaba a someterse a curación alguna!

Angachilla lo increpa. Condoriaco oye impertérrito. Al fin le dice tranquilamente:

—Dígame, illustre doctor, ¿no es acaso lo que sucede en mí en pequeño, en pequeñito, porque ello no va más lejos de mi cuerpo, lo mismo que en grande y en enorme sucede en la relación de los hombres todos...?

Angachilla no supo qué contestar y, pretextando que un cliente lo aguardaba, se marchó.

Pues bien, mis queridos amigos...

Sonó el teléfono. El doctor Hualañé se levantó presuroso. Marul y yo aguardamos en silencio. Se presentó nuevamente el doctor y nos dijo:

—Era Manfredo Angachilla el que telefoneaba. Me comunicaba que Silvino Condoriaco acaba de fallecer...

—¡Pobre Condoriaco! —exclamó Marul.

Yo, como un eco, repetí:

—¡Pobre Condoriaco!

El doctor dijo:

—¡Pobre Condoriaco!

129

Ha amanecido un día invernal. Gris, frío y con viento. A ratos llueve.

Salí temprano de mi casa con la intención de seguir hablando con el doctor Hualañé sobre el desventurado Silvino Condoriaco. Iba de prisa hacia su casa cuando un trueno me detuvo. Pero, no; no era un trueno; era la voz de Baldomero Lonquimay que, habiéndome apercebido, me gritaba:

—¡Eeeh! ¡Ulp!

Me alcanzó y se puso a mi lado junto con decirme:

—¡Marchemos, *avanti, en avanti!*

Marchamos.

—Ha vuelto el gélido invierno —me dijo.

—Así parece —le contesté.

Seguimos marchando. Luego me agregó:

—En la taberna o bar o bodegón o tasca o vinería de la Tonsura seremos los bienvenidos si consumimos tónicos o brebajes que repongan nuestros cuerpos a temperatura adecuada. ¡Vamos, pues, a esa vinería o tasca o bodegón o bar o taberna!

Fuimos allí y pedimos dos aguardientes. Después de beber un sorbo me dijo Lonquimay:

—¡Hermosísimo tiempo acarrea esta recrudescencia del invierno que se aleja! ¡Horror al astro padre, el Sol! Sobre todo me furgen y me horripilan los días que se alargan y se alargan. Se alongan, ¡oh, sí, mancebo!, mas vendrá la época en que han de empezar a acortarse, abreviarse y reducirse. ¡Dichoso momento! Porque es la dicha misma, la dicha químicamente pura, cuando la noche se extiende y se explaya y se dilata por ambas extremidades: la aurora y el crepúsculo. En esta periódica fluctuación anual vivo y me hamaco yo. Así mi mente, mi mente que aquí ves, mancebo, se ha engarfiado con el girar del planeta, con el ronco rodar cósmico. Es mi modo de abrir puertas hacia el eterno infinito. ¡Que en el infinito nadamos y en él hay que bracear con empuje! ¿Cómo? Gritando a voz en cuello: ¡Horror al Sol! Y sigamos rodando con el son sordo del cosmos. Mancebo, bebe y ¡salud!

Terminó su copa, pagó, se levantó y salió cual un huracán.

Seguí tras él. De pronto se detuvo y yo llegué a su lado. Me miró un rato en silencio; luego me preguntó con tono confidencial:

—¿Conoces tú, mancebo, la cuarta dimensión? Ella es el tiempo; es decir, es el suceder. ¿Conoces tú, mancebo, la quinta dimensión? Ella es el dolor; es decir, es el sentir. ¿Conoces tú, mancebo, la sexta dimensión? Ella es el sexo; es decir, es la mujer. ¿Conoces tú, mancebo, la séptima dimensión? Ella es el amor; es decir, es la fusión de dos seres en uno.

“He ahí lo que el sin igual hombre hermético que se apoda con el nombre de Tadeo Lagarto, se ha dignado comunicarme. Ante esta verdad me descubrí porque tal ha sido siempre lo que yo he pensado. Y tal fue lo que las oleadas del volcán que lleva este mi nombre, Lonquimay, me murmuraron. Y lo mismo se me ha murmurado en las profundidades de las Calderas de Illaquipel.

“¿Y doña Gleta Purén? Ella contempla, embobada en el recuerdo de mis ósculos, aquella séptima dimensión. Mas yo le pido que trueque ese recuerdo por el de los fenecidos himenópteros.

“Mas... ¡mira, mancebo, quién se avecina allí!

“Ante tal avecinamiento me marchó hacia el rondar ronco y sordo del cosmos infinito. ¡Adiós!”.

130

Quien se “avecina” era Rosendo Paine. Fuimos a almorzar juntos al Restaurante de la Basílica. Conversamos tanto que el doctor Hualañé y Silvino Condoriaco se me olvidaron. Después del almuerzo pasamos a su casa, en la calle del Vicario, donde Rosendo me habló de su familia, de los Alicahue Paine; los hijos e hijas, nietos y nietas, yernos y nueras de don Parmenio Alicahue, casado con doña Barbata Paine, una anciana, si puede decirse, que es tía de mi amigo. Viven éstos, con varios de sus descendientes, en el Muelle del Abad, lejos del centro y cerca de donde empieza la carretera que va hacia Quillota y Santiago.

Puedo asegurarte, Marul, que es una familia curiosísima, al menos vista por Rosendo. En esencia es la familia “caballuna”.

Tienes que tomar esta palabra en su mejor sentido porque esto de “caballuno” no

quiere decir ni tonto ni brutal. Tú comprendes que bien podría significar: simpatía, docilidad y utilidad. La familia Alicahue Paine vive de una manera "correspondiente" al de la familia caballar en el campo. Cada miembro vive su propio mundo sin ocuparse en nada de los demás. Es decir, viven como un grupo de caballos en un potrero. Todos estos mundos son casi idénticos; las pequeñas diferencias las marcan hechos naturales, como ser, el sexo, la edad, la salud, etc., y hechos circunstanciales, como ser, la profesión, el estado social, la cantidad de dinero de que disponen, el libro o periódico que están leyendo, un quehacer, un traje, etc. Para los caballos correspondería el hecho de comer, de reposarse, de estar al sol, de estar a la sombra, el ser laceados, el ser ensillados, el haber tropezado, etc.

Comen los Alicahue Paine enormemente. Se pregunta uno en qué momento hacen lo tanto que hacen. Yo conozco a algunos de ellos y puedo asegurarte, Marul, que es así. Rosendo, para qué decirte, los conoce a fondo. A pesar de casi la identidad de sus mundos no se los comunican, no los hablan, pues, parece, que hacerlo sería totalmente inútil. Y es verdad. ¿Para qué comentar lo que hacen si todos ellos están comiendo?

Como te he dicho, viven casi todos juntos allá en el Muelle del Abad. A veces algunos se separan. Tarde o temprano vuelven. Se miran unos a otros y no hablan en profundidad; lo comentan todo por encima. Luego se ponen a comer. Y tanto los residentes como los visitantes se desparraman por la casa de modo a encontrarse y a rozarse lo menos posible.

Si algo les fuerza a juntarse, ya tratados los asuntos de superficie, indefectiblemente se pelean. Varias veces se han mordido. Luego salen todos como si los arrearan. En la puerta de calle vuelven a desparramarse en direcciones opuestas y ninguno sabe adónde habrá ido ningún otro. Luego llegan a la comida de cualquier modo y a cualquier hora. A veces les resulta comer todos al mismo tiempo pero otras veces comen unos tras otros encontrándose el postre de éste con la sopa de aquél. Si al salir o al entrar en el comedor se topan dos o más, se muerden. Pero comen y luego se desparraman.

Si alguien llega de visita todos miran por sus puertas o ventanas y poco a poco se van agrupando alrededor del visitante. Cuando éste se marcha se miran con recelo, se tiran dos o tres mordiscos y vuelven a desaparecer. Luego vuelven a comer.

Están siempre dispuestos a ayudar al prójimo pero no se cuentan la ayuda que han prestado ni nombran al prójimo ayudado. Si por una mala casualidad a dos les toca encontrarse en la misma ayuda, ambos hacen lujo de desinterés frente al beneficiado pero no se miran y, por bajo, se cocean. Luego comen.

Uno llega a pensar, mi Marul, que los Alicahue Paine no se quieren. ¿No se quieren? ¡Ay de quien ataque a uno de los miembros de esta familia! Te diré, a propósito, lo que Rosendo me refirió:

Le habían contado que, en un país de lobos, un lobo, cada vez que encontraba a un caballo solitario, lo devoraba en un santiamén. Cierta vez el lobo entró en un potrero en que muchos caballos hacían su vida acostumbrada distantes los unos de los otros. Pues bien, entrar el lobo y reunirse todos los caballos fue algo instantáneo. Se agruparon éstos uniendo las cabezas y formando el exterior del círculo con sus patas traseras. El lobo, confiado tras sus múltiples experiencias, atacó. ¡Desdichado! Una ametralladora lanzando sus balas es una verdadera lentitud al lado de estos caballos lanzando sus coces. En menos que canta un gallo el lobo fue aventado con costillas, patas y cráneo hechos harina...

Esto lo tiene Rosendo siempre presente porque —me lo repitió varias veces— ¡desgraciado de aquel que ose tocar la punta de un dedo a algún miembro de la familia Alicahue Paine!

Marul, te prometo, a mi vez, tenerlo también siempre presente.

Pues bien, resulta ahora que esta familia es formada por verdaderos melómanos. La música es para todos ellos algo indispensable como lo son las succulentas comidas que a diario devoran. Por lo menos una vez por semana se juntan con una serie de invitados y tienen, entonces, unas reuniones musicales exquisitas. En ellas cada cual luce su especialidad. ¡Oh, hay que ver cómo se interpretan desde Palestrina y Vittoria hasta Maurice Ravel y Prokofiev! Los entendidos en esta materia están de acuerdo en que es una perfecta perfección. ¡Como son también las guitarras con sus trozos de folklore tanto chileno como extranjero! Y así, entre un trozo de Giuseppe Verdi y otro de Stravinski, se oye el rajeo y tamboreo dislocado de arpas y guitarras.

Terminada la reunión musical. Se van los invitados destilando música. Es hora de acostarse. Entonces cada miembro de la familia, desde don Parmenio y doña Barbata hasta el último nietecito y la última nietecita, piden a alguno de los ejecutantes que les toque un trozo, un trocito nada más, de su pieza favorita para irse a acostar con sus acordes en los oídos.

131

Me acordé del doctor Hualañé. Dejé a Rosendo y me encaminé a su casa. En la esquina de la avenida Benedicto XX me encontré con Teodoro Yumbel.

—¡Hola! ¿Qué tal mi buen Teodoro?

Me respondió:

—Mal, muy mal.

—¿Qué te ocurre?

—Estoy desazonado. Estoy así desde anoche. ¿La causa? Una niña, Onofre, una chililina que no conozco y que he visto sólo por breves instantes. Caminaba yo por la avenida de la Santa Locomotora, caminaba distraído. De pronto un grito me hace volverme. Iba frente a unos terrenos baldíos. Veo, entonces, a la luz vaga de los faroles, saliendo de una especie de rancho que hay allí, a una niña de unos 4 ó 5 años que camina insegura, tiritando, con ambas manitos levantadas. Adentro del rancho alcancé a ver a unos hombres y a una mujer que preparaban la comida. La niña avanza así, ahogada, y, de pronto, prorrumpe en un grito y se lanza a llorar y a llorar con lamentos desgarradores. Es todo, Onofre, es todo. Apresuré el paso y no vi más.

Quedamos un rato sin hablar. Al fin oí que murmuraba:

—Mientras haya niños que sufren no puede haber felicidad en esta Tierra.

Le pregunté entonces:

—¿Qué entiendes tú por felicidad? Felicidad... Esto queda fuera de mis posibilidades.

Me detuvo y con voz convincente declaró:

—Es que tú no has estado en Venus. Mirando desde allá no es difícil comprender lo que quiero decir.

“Onofre, allá medité mucho. Puedo asegurarte que aquí las cosas andan mal. El perdón y la dulzura sólo se ven con claridad desde Venus. Aquí la ley es diente por diente; diente por dos dientes. Y yo me pregunto: ¿Por qué el dolor se radica, de pronto, en una sola persona y la martiriza? Porque esto no es sufrir, Onofre, no es sufrir; ¡es martirizar!

Allá se ve claro. Cuando gozo, créemelo, noto que me he separado de nuestro vecino, del planeta Venus. Noto que he desertado. Por eso es que el goce, para mí, tiene que ser desesperado.

Seguimos andando en silencio. Al fin oí que, en un murmullo, decía:

—¡Pobre chiquilina, pobre chiquilina...!

132

Me separé de Teodoro Yumbel y, por fin, me encaminé a casa del doctor Hualañé. Ya veía sus ventanas cuando alguien me tomó del brazo. Me volví: don Manrico Cocalán que caminaba por la calle del Escapulario, satisfecho con su aire de hombre fornido y bonachón.

—Vengo de casa de los Romeral —me dijo—. Allí asistí al civil. Bonita ceremonia, sencilla y elegante. Es que el palacio de Plácido se presta, sin duda, se presta.

—¿Había allí una fiesta? —le pregunté.

—El civil —me respondió.

¡Era cierto y yo lo había olvidado! Había recibido un telefonazo de don Plácido invitándome al matrimonio civil de su hijo Higinio con Salaberga Huintil... ¡Qué hacerle!

—Es verdad, don Manrico —me expliqué—, el matrimonio de Higinio y Salaberga... Debería haber ido pero usted comprenderá... Al religioso, sí, iré sin falta.

Me confesó entonces:

—Ella, la niña Huintil, no vale gran cosa. Es mona, sí, muy mona. Pero hoy día ¿qué chica no es mona? Y con el matrimonio cambian tanto las mujeres.

—En fin —me atreví a insinuar—, harán una buena pareja pues creo que están hechos el uno para el otro..., es decir, el uno para la otra...

—¿Para Higinio? —me preguntó—. No, Higinio es una gran, una muy gran persona. Conozco sus actividades. Almuerza, a menudo, aquí en el centro; tiene su oficina; atiende a los clientes; es estimado por sus relaciones; tipo que sabe lo que es la vida. En fin, amigo, esperemos que Salaberga lo acompañe como se debe.

Nos separamos.

133

Por fin estuve con el doctor Hualañé.

—Doctor —le dije—, quisiera que me hablara usted más de don Silvino Condoriaco porque su caso lo encuentro muy interesante a pesar del triste fin que ha tenido. Hábleme usted del pobre hombre, hábleme cualquier cosa que, sea ella lo que sea, será para mí algo apasionante.

El doctor, entonces, me dijo:

—De mis frecuentes visitas a Condoriaco tengo una que me ha quedado grabada. Aquel día el hombre estaba más o menos bien; había pasado algún tiempo sin dolores; tenía apetito; se había levantado para comer un poco; estaba afable.

De pronto se dirigió a su biblioteca, tomó un libro y, socarronamente, me dijo:

—Este es un precioso manual, doctor. Es el *Yoga de Occidente*, de Kerneiz. Lo leo, mejor dicho, lo hojéo de vez en cuando, luego lo cierro y lo miro largo rato en signo de amistad. Porque vea, mi buen doctor, lo que dice aquí en la página 20:

El aparato digestivo llega así a jugar en el organismo un rol parasitario, absorbiendo para su propia función la mayor parte de las fuerzas que produce la asimilación del alimento.

Luego me mostró un párrafo de la página 39 en el que se decía:

En un morfinómano, el sistema nervioso tenderá a subordinar la vida entera del individuo a la satisfacción de su deseo particular.

Pero esto era para Condoriaco sólo un ejemplo, sólo una especie de confirmación a su teoría, porque, le diré a usted, que nunca ningún estupefaciente fue del agrado de don Silvino. Pero luego me dijo; con voz alterada:

—Lea usted, doctor, ahí en la página 40, sí, justamente ahí.

Leí:

El aparato sexual tiene tendencia a jugar un rol parasitario y a subyugarlos a sus pasiones.

Yo conocía este libro como conocía también el libro de Jung, *La psique*, que Condoriaco tomó luego de la biblioteca para leerme el siguiente párrafo que, afanosamente, buscó hasta encontrarlo en la página 181:

En la psicología del inconsciente rige como principio que toda porción del alma relativamente independiente posee el carácter *personal*, es decir, que se personifica en cuanto encuentra la ocasión para manifestarse autónomamente.

Me quedó mirando un largo rato, con una mirada de interrogación, hasta que, al fin, le dije:

—Expláyese, amigo. ¿Qué deduce usted de estos párrafos que me ha hecho leer?

—Deduzco —me contestó— que estoy en mi plena razón, sí, mi querido doctor, en mi plena razón. No quiere este cerebro ser un tirano con las conciencias que ha tomado bajo su férula. Ellas sólo quieren irse, irse. ¡Todas quieren irse! Bien, ¡que se vayan! Así como mi alcohol se ha ido, doctor, para vivir su propia vida. Y mi sexo se va a su mundo que ahora yo contemplo con ojos abismados. Y mis pies... Y mis manos... Y mi corazón... ¡Todos! Bien, bien. ¡Idos! Se van todos. Se han ido todos. Pero hay que sumergirse en esta palabra, en este sentido de: "todos". ¿Qué queda? ¿Dónde, dónde estaban? Vamos acercándonos poco a poco.

—Sí, don Silvino —le dije—, vamos acercándonos poco a poco.

Entonces me habló como en éxtasis:

—El fondo en que esto se ve es de consistencia de nubes algo acuosas. ¿Su color? Morado-azul con algunas estrías rojizas; y su base es circular, sólida, como trunco de una arcilla áspera, como el suelo de mi cocina pero más ocre. Ahí, sobre esta base, veamos lo que queda: Una lengua o columna muy alta, cilíndrica, más delgada abajo que arriba, blanquizca, lustrosa, húmeda y... —esto es lo más significativo— ondulante, con flojedad, impulso venido de la base, impulso que trepa, dormido, sin abrir los ojos, hacia la cúspide. Eternamente, eternamente.

"A través del fondo se ve la primera estrofa del poema de ese poeta insigne, de Eusebio Palena:

A trancos trotan galopan trotan
Los bultos negros de la ciudad
A golpes tumban los adoquines
Zapatos corren van para allá
¡Prisa!

No pude dejar de exclamar:

—¡Era un hombre interesante, interesantísimo, este don Silvino Condoriaco.

—¡Por supuesto! —me ratificó el doctor— Ahí tiene usted una de las causas que me hacían visitarlo con tanta asiduidad como con tanto placer.

—¡Doctor! —le pedí entonces—. ¡Me gustaría saber cuáles fueron sus últimas palabras!
El doctor Hualañé se echó a reír.

—¡Cómo! —exclamó—. ¿Todavía cree usted en esto de las últimas palabras? La muerte, mi amigo, cae de súbito sin tomar en la menor cuenta lo que el sujeto está diciendo. A la muerte ¡maldito lo que le importa el curso que llevaba lo que se estaba diciendo ni el movimiento de la mente! Uno de mis pacientes dijo: “Hay que ir siempre más allá...”. Y murió. Otro dijo: “La lluvia está más lejos...”. Y murió. Otro dijo: “Mi mal fue confiar tanto en todos esos amigos...”. Y murió. Otro dijo: “Que saquen al gato...”. Y murió. Otro preguntó: “Qué hora es...”. Y murió. Otro: “Me gustaría tomar una cerveza...”. Y murió. Otro: “La vida no puede terminar...”. Y murió. Otro, por fin, no dijo nada... Y también murió.

“Sí, mi amigo, cae la muerte y corta en cualquier frase el discurso de la vida. Nosotros nos fijamos en esta última frase. ¿Por qué no nos fijamos en la penúltima o en la antepenúltima? ¿No encuentra usted que sería más provechoso tratar de averiguar lo que iba a venir?”

“Don Silvino Condoriaco dijo: “Quiero dormir un rato...”. Y murió. Es lo que me contó el doctor Manfredo Angachilla que se encontraba a su lado preparándose para extraerle una muela.

“La vida tiene un largo determinado. Pongamos este largo. (El doctor me lo indicó sobre su mesa). Durante esta extensión el hombre habla y habla pensando en cualquier nimiedad, o en cosas muy profundas, o —lo que es más común— no pensando en nada. De pronto mueren. Mueren, mi amigo, estando algunos cerca de la muerte; otros estando muy, muy lejos...”

“En todo caso, mi distinguido amigo, yo he encargado a todos los posibles asistentes a mi muerte que, ¡por favor!, no me interpreten esas famosas palabras que diré antes de morir. ¿No cree usted que sería mejor que me interpretaran por lo que a diario digo y digo ahora que estoy bien vivo?”

—Sí, doctor, lo creo.

—El hecho de vivir, o sea nuestra vida animal que va del nacimiento a la muerte; y nuestra vida anímica, o sea lo que lucubramos y sentimos, casi nunca coinciden en su extensión. La vida animal es este lazo que nos tiene unido a esta Tierra. ¿Lo que lucubramos? Son de un árbol cuyas raíces se pierden en el pasado y cuyas más altas hojas se pierden en el futuro...”

Fue esto lo último que dijo el doctor Hualañé.

-Lorenzo Angol, amigo mío, háblame, por favor. Renuncio a ser el biógrafo de estos compañeros que me rodean. Pero tu charla me hace bien, me reconforta. Soy todo oídos.

Empezamos a hablar en su departamento de Fray Tomate. Me preguntó:

-¿De qué quieres que te hable?

Respondí:

-De cualquier cosa.

Y Lorenzo Angol me habló, no sólo en Fray Tomate. Me habló un poco en cualquier parte. Estaba hecho el compromiso entre nosotros: hablar y escuchar. También me habló en el Restaurante de la Basílica; en el Zoo de San Andrés; en la Isla del Olor de Santidad; en la avenida del Evangelio, frente al Convento de los Jerónimos; sobre el puentecillo que une la avenida de la Santa Locomotora con la avenida de la Inquisición, en fin, por todas partes. Recuerdo una noche: nos retirábamos ya e íbamos a pasos lentos por la calle de los Franciscanos cuando, en la esquina de la calle del Pecado Venial, nos cruzó un hombre. Silbaba *El Bolero* de Ravel y llevaba un cigarrillo encendido en la mano que, por supuesto, supuse que era un cigarrillo Baracoa. Además vi claramente su sombrero: un calañés gris claro con cinta negra. Tú comprenderás, Marul, quién era. Al verlo, Lorenzo le gritó:

-¡Adiós, Martín Quilpué!

Pero el hombre no hizo alarde alguno de haber oído y siguió su marcha, ni de prisa ni con lentitud. Nosotros quedamos aspirando un vago aroma de agua de colonia de la Farmacia Universo. Seguimos.

De pronto Lorenzo me preguntó:

-¿De qué se trata, Onofre, de qué...?

Le respondí sin vacilar:

-De liberarse; no hay más: ¡de liberarse!

A lo que Lorenzo agregó:

-Sí, es verdad; pero, ¿liberarse de qué? Aquí está lo que busco desesperadamente y que, muy a menudo, no encuentro.

Luego, con mayor calma, me dijo:

-Hoy por la mañana, Onofre, mientras estaba en ese estado entre el sueño y la vigilia, tuve un potente llamado de la que yo llamo "la mente superior". Tuve una verdadera expansión de la mente. Me es casi imposible traducirlo ahora en palabras. Es algo que vi, por una fracción de segundo, que vi con claridad y se borró. Ello no giraba alrededor del "cómo" ni del "por qué" sino del "para qué". Me dije que la existencia de la vida, la existencia de la no-vida, el significado de Dios y del Universo, de todo, ya es. Tuve la sensación de que algo entraba en mi pecho y me hacía estallar la mente hacia la estabilidad, hacia el no-movimiento. Me atrevería a sintetizarte haciendo esta pregunta que luego me la hice a mí mismo:

-¿Cómo no haberme dado cuenta de que Yo soy Dios?

Mas al mismo tiempo percibí que yo no soy, que no existo y que, bajo el punto de vista cotidiano, me voy a disolver, a fundir, en... , en mí mismo, en ese "mí mismo" que no es.

Aquí está mi mesa, Onofre. Ahí están mis libros. ¡tantos libros! Ahí están mis papeles. Yo llamo a todo esto: mi biblioteca. Vengo a ella muy a menudo. Aquí me encierro y trabajo. Pero cierta vez, traspuse el umbral después de diez días de ausencia.

Mientras me acercaba a su puerta pensaba que, para un objeto, para una estancia, para

un sitio o lo que sea, cada día de abandono es un día de avance de las fuerzas que manchan, que envejecen y que matan. Recordé, entonces, otras ausencias mías, recordé la mayor: dos meses. En efecto, todo lo había encontrado cubierto de polvo, con mala atmósfera por flores descompuestas, un trozo del muro humedecido por algún caño que filtra, varias telarañas en los rincones, una enorme cucaracha que huyó veloz.

Barrer, sacudir, limpiar, ventilar, remendar. Horas más tarde era nuevamente dueño de la ofensiva que en mí contra había lanzado la naturaleza.

Sesenta días. Ahora, diez. Calculé: un poco de polvo, tal vez algo de olor de aire inmóvil, seguramente una araña o dos y, para no forjarme ilusiones, algún imprevisto por aquí o por allá. Pues la cosa es simple, es matemática.

Si 1 día de abandono trae 1 de polvo y 1 de telaraña y 1 de gota de humedad en el muro y 1 de envenenamiento del aire, etc.; 2 días de abandono traen 2 de polvo y 2 de telarañas y 2 de cuanto pueda haber; y 3 días traen 3; y 4 traen 4. Luego: 10 traerán 10; y dadas mis experiencias anteriores y dado el polvo de la ciudad y la abundancia de bichos y arañitas y la humedad y el aire y cuanto haya: 10 días será cuestión de media hora, o de tres cuartos de hora, pongamos 1 hora de esfuerzo y... sigamos escribiendo.

Abrí la puerta. Quedé estupefacto, aterrado, como cogido a la garganta por una mano velluda y con garras.

Onofre, había aquí polvo que, según mis cálculos, debiera ser el de varios años; las arañas no habían dejado ni rincón ni paredes ni espacio entre libros ni hueco entre muebles sin cubrir con sus telas; la humedad había descascarado un buen tercio del enyesado de los muros; las puertas de las estanterías se habían forzado a tal extremo que todas mis fuerzas eran impotentes para abrirlas; y un minúsculo hilito, absolutamente despreciable hilito de gas que se escapaba de aquel radiador para calefacción y que, en los sesenta días anteriores de que te hablé, era casi sumergido por el olor de las tres o cuatro flores descompuestas, esta vezapestaba en tal forma que creí que podría caer de golpe asfixiado.

¡Nada aquí de racionios de lógica primera! Constataciones posteriores, hechas no sólo por mí, probaron que nada insólito había sucedido durante aquellos diez días: ni mayor fuga de gas, ni una ventana entreabierta que hubiera permitido la entrada de mayor cantidad de polvo, ni filtraciones en nuevos caños, ni nada. Era la normalidad absoluta pero llevando dentro los procesos de la vida y su desenvolvimiento, digamos mejor, su matemática propia.

Después de esta dolorosa experiencia, tan dolorosa como desconcertante, a diario me encerré aquí en la habitación contigua, me encerré a meditar. Llegué a esta conclusión:

El mundo de la vida *no* sigue la ley matemática o, al menos, la de nuestra matemática.

Tiene que haber un punto —pensé luego— desde el cual la vida sea matemática exacta.

Pero desde el punto en que hoy hallamos la vida y la matemática bifurcan y se contradicen.

Así, para el caso de mi biblioteca, ocurrió lo siguiente la primera vez:

1 día de abandono trajo 1 de avance destructivo; 2 trajeron 2; 3, 3...; 59, 59; y 60, ¡60!

Ante esta lógica tan de acuerdo con las enseñanzas de matemáticas recibidas por mí —las que, a su vez, tan de acuerdo con el actual punto mental—, deduje, precipitadamente, que *siempre* sería así. Pero en el segundo caso las cosas ocurrieron del siguiente modo:

1 día trajo 1; 2 trajeron 2; 3, 3; 4, 3 $\frac{1}{2}$; 5, 3 $\frac{3}{4}$; 6, 6; 7, 30; 8, 60; 9, 240; y 10, ¡4.000!

Al verificar esta extraña progresión recordé que, junto con abrirse la puerta y junto con sentirme acogotado por aquella mano velluda, una voz exclamó dentro de mí:

—¡Tenía que ocurrir esto!

Yo lo esperaba, por lo tanto, en alguna parte de mí ser había conciencia de esta nueva matemática. Pero ¿conciencia de qué? Más o menos, ¿de qué?

Lo ignoro. Por eso agrego "más o menos". Te hablaré, entonces, en más o menos. En este hablar sólo puedo decirte, a título meramente indicativo, que, al seguir el curso del primer caso, lo que hacemos es poner un comienzo a un proceso cualquiera de la vida y, a veces, hasta un fin; es aislar al frente, es aislar atrás, es aislar por ambos lados. Me parece que cualquiera que haya consagrado algunas horas a pensar más allá de sus narices, aquílata el absurdo de tal modo de juzgar la existencia pues habrá visto que para cada ser, para cada sitio, para cada cosa hay un infinito en un pasado y un infinito en un futuro y otro infinito a la derecha y otro a la izquierda, otro hacia arriba, otro hacia abajo, en fin, otros y otros por todas partes...

Onofre. ¡Una esfera infinita!

Pero ya esto no es el caso. Lo que ahora nos interesa es que una vez la progresión fue: $1 = 1$; $10 = 4.000$.

¿Por qué? Pues justamente por lo que te digo: por esos infinitos o, mejor, por ese infinito esférico. Por ejemplo para mi biblioteca, en síntesis, fue así:

Esta segunda ausencia la consideré, antes de abrir la puerta, sola, aislada, con un principio: el día que abandoné la biblioteca; con un fin: el día que volví a ella. No pensé que todo cuanto pudiera suceder durante ese tiempo *contaba* con la ausencia anterior, era su continuidad de destino y éste, a su vez, *contaba* con los anteriores, y todos contaban con ellos y era *la historia de la biblioteca*.

Historia en el pasado:

Lo que iba acumulándose fuera de todos los ojos, lo que quedaba fuera de su sitio, estas ausencias mías, mis abandonos, el reflejo de mi ser íntimo en muros y estanterías y libros y qué sé yo.

Historia en el porvenir:

Tales son los materiales que a todo esto dan cuerpo, tales son los mil gérmenes hoy dormidos para despertar mañana, tales son mis intenciones futuras que algo han colocado por aquí o por allí y que la falta de continuidad en ellas ha empezado a insinuar un llamado a la descomposición.

Todo esto —pasado y porvenir—, en el silencio y bajo la luz violácea de mi biblioteca, dulcemente se desplaza, hierva apenas pero hierva, se expande, se contrae, se expande, ¡labora! Y van acumulándose fuerzas, acumulándose, contrayéndose, hasta que una fisura, una nada, una arañita, mueve el último finísimo sostén de mis primeras matemáticas... ¡Es la explosión! ¡Es la Creación!

Desde entonces voy con una zozobra permanente en mi espíritu. Todos mis pensamientos comienzan con la voz de "¡alerta!"

Es el presentimiento de que así se está produciendo dentro de mí, de que estallará pronto, mañana o ahora, a cualquier momento.

Es ello, a veces, como un precursor del éxtasis divino. ¡Tantos esfuerzos, tantos anhelos por querer ver la luz; tantas cavilaciones y estudios; tantas vislumbres y tantos ruegos...! ¿Cómo todo aquello no ha de estar moviéndose dentro de mi espíritu, hirviendo, replegándose para, de pronto, estallar? A cada momento vacilo, me detengo, espero, escucho... Puede ser la revelación que viene.

Otras veces, Onofre, es el terror. Porque existe el reverso con sus torpezas y desmanes, sus pasiones acerbadas, sus agravios y dolores sembrados por todos lados y en todo tiempo...

Fuerzas que también hierven y se repliegan, fuerzas que se desplazan girando en torno a mí y acercándose.

Esperanza, desesperanza.

Ansiedad.

¿Cómo estará ocurriendo dentro de mí? ¿Cuál sostén último la arañita indiferente hará caer?

Escucho, escucho.

Y hay, Onofre, un punto curioso:

En todo tiempo de espera ante la luz siento que las fuerzas replegadas están *dentro* de mí, que es en mi interior donde la lucha se libra. En todo tiempo de espera ante la catástrofe siento que la lucha está *fuera*, siento fuerzas que me acechan desde todos los puntos de la Tierra.

En el primero, para facilitar su expansión, me voy a La Cantera, solo y camino de prisa, cada vez más de prisa, esperando a cada instante que los pies se me despeguen del camino para empezar un vuelo diáfano como las regiones que de pronto han de aparecer.

En el segundo, al sentir que se me acecha y que se ronda en torno mío, que ya algunos se acercan, cojo instintivamente un palo o un bastón o lo que sea y loco, entonces, me pongo a dar golpes y más golpes al aire hasta sentir que los peligros ya no me pueden herir, que han sido ahuyentados.

Cuando veo esta pequeña Isla del Olor de Santidad me voy hacia los campos. Pienso en La Cantera con sus casas silenciosas y sus enormes árboles. ¿Cómo la iré a encontrar? Temo, ante ella, una experiencia parecida a la que tuve con mi biblioteca de aquí...

He descuidado mucho en mi vida la práctica de magnetizar. Por cierto que no me refiero a personas. Me refiero a objetos, a sitios y, me atrevo a agregar, a momentos.

He descuidado la necesidad de tener los mismos pensamientos y los mismos sentimientos en los mismos sitios; ojalá a las mismas horas. Porque objetos y sitios guardan efectivamente el magnetismo de sus propios acontecimientos. Lo comunican sea positivamente o sea negativamente. Y esto se va sumando. La atmósfera se llena, se satura. Entonces la tarea se facilita con sólo respirar.

Fíjate, Onofre, en una cosa, fíjate cuando vayas caminando por las calles: al entrar en una casa inocuada que se va a comprar o se va a alquilar, es decir, donde se piensa desenvolver parte de la vida, la primera simpatía o antipatía que inspira se considera sin importancia y como emanante del estado psicológico de uno mismo. Error, créemelo, error. Emanan de la casa misma y el estado psicológico de uno juega sólo el rol de mayor o menor afinidad para captar lo que llamaría el alma de la casa, fijada allí por el magnetismo acumulado durante su historia.

Es por esto que siempre miro con respeto este Convento de los Jerónimos. Un alma profunda es entonces la mía. En cambio me destemplo aquí en esta Cité del Altar, con esa casa moderna y con el muy cínico de Valdepinos dentro... Para qué decirte que siento un franco desasosiego cada vez que pienso en el palacete de la familia Romeral. ¡Míralo allí! Es algo horrible...

La Cantera... Muchas veces he estado a punto de partir a mi fundo y en él enclaustrarme. He pensado que todo el problema consiste en "retirarse".

Pero me siento impedido por un temor: el cambio de vida. A pesar de estar decidido en mí mismo, este temor se impone. Entonces aquí quedo, aquí en San Agustín de Tango,

atisbando las arañas que puedan llegar a mi biblioteca. Me falta el movimiento que me haga romper los lazos que me tienen atado.

¡Al menos si supiera qué lazos son y a qué me atan! No lo sé, lo ignoro totalmente. Mientras tanto paso mi vida preguntándome:

—¿Dónde puedo vivir? En Santiago, no; aquí, no; en La Cantera, no; en París, no; en otra parte, lejos..., no.

Tengo la sensación de que me hallo bifurcado. ¿Será la ausencia de Lumba Corintia?

No puede ser sino ella —pienso a veces— la que me hace sentir como algo espantoso el hecho de moverme de un sitio a otro sitio.

¡El hecho de cambiar, Onofre!

Lo he dicho ya:

Todo cambio es una muerte; toda muerte trae una resurrección...

En vano me lo repito.

Pero hay que morir. Y esto es doloroso.

En vano me repito que la marcha hacia esa vida de reclusión con que sueño debe aumentar el sacrificio. ¡Sí, Onofre, debe aumentarlo! Al fondo no está la palabra: "Refugio".

Los que se refugian han abandonado el sentido verdadero de la vida, han procedido cobardemente.

Luego pienso que el dolor, por lo tanto el problema, está en los otros; no está en mí. ¿Qué gano con mejorarme y con tener buen ánimo? Me reduzco, Onofre, quedo en mí mismo y olvido a los otros. Aligero, sí, mi purgatorio. ¿Y el de los demás?

Cuando esta idea me viene tengo un recuerdo súbito de Chinchilla. Me aparece, sonrío tristemente y se va. Soy tomado por un profundo remordimiento. Lumba Corintia se presenta entonces. ¡Oh, cuánto la quiero! Pero el remordimiento queda allí, ajeno a ambas, queda y me tortura.

¡Caminemos, Onofre, caminemos! ¡Mira el severo aspecto de los edificios de la Ulpif! ¡Y nuestra vieja catedral! Algo tengo que hacer aquí, en esta ciudad. Pero la pregunta que me obsesiona vuelve y vuelve:

—¿Qué, qué...?

Siento a menudo que no he nacido en San Agustín de Tango. Todo esto me es ajeno puesto que lo veo *fuera* de mí. No circulo entre estos edificios como... ¿Cómo qué? ¿Sería, acaso, una buena comparación la de los insectillos que van y vienen a lo largo de un tronco de árbol?

Pero a veces, Onofre, soy parte integrante de estas calles, de este río Santa Bárbara, de las piedras de la Catedral, de las salas de la Ulpif, de los senderos del Zoo de San Andrés.

Es decir, me balanceo entre la aclimatación perfecta y la desaclimatación total.

Caminemos.

Aquí en tu departamento me siento bien. Aquí en tu departamento me aclimato con San Agustín de Tango. Aquí siento que Lumba Corintia, que vive allí abajo conmigo, va a subir de un momento a otro.

Porque dime, Onofre, ¿cómo ves tú el amor? ¡Mira! Anoche he hecho este dibujo: dos círculos que se interpenetran; cada uno de ellos representa a un ser humano: uno es el hombre, el otro es la mujer. ¿Ves cómo se aman? ¡Se interpenetran! A veces forman un solo círculo. ¡Es el reino del amor! Pero ve aquí, aquí abajo, ve la *vida* de estos seres. ¡Están

separados, completamente separados! Él hace su vida; ella hace la suya. Así son casi todos los casos que vemos.

En cambio mira este otro dibujo: los círculos del amor son iguales: se interpenetran, se yuxtaponen. Pero los círculos de la vida se diferencian a los del dibujo anterior porque no están separados, porque nada los separa. ¡Ellos también se interpenetran, se juntan, se yuxtaponen!

Así debe ser, Onofre.

¡Así te siento, Lumba Corintia!

Pero Lumba Corintia está muy lejos...

A veces creo que aquí, tras estos muros, está mi destino: en el Manicomio del Eclesiástico.

¡Sí, Onofre, sí y mil veces sí!

Porque no me negarás tú que las concepciones que se tienen pueden llevar a uno a la locura.

¡Es nuestro mal tener tantas concepciones! Y yo las tengo y las tengo sin fin. Las siento que están cerca de mí, que me atacan, que tratan de trastornarme.

Escúchame bien, Onofre:

Toda energía mental necesita de su cuerpo físico para ver el mundo. Lo necesita para desprenderse de la mente que lo ha concebido. Sólo con dicho cuerpo puede vivir y dar los dones que están a su alcance. Necesita, pues, transformarse en una obra.

Tomemos como ejemplo una concepción de un pintor. Para que se cambie ella en un estimulante de la mente, para que pueda dejar lugar a otras y sirva de alimento al cerebro tiene que convertirse en obra y sólo entonces uno se separa de ella y la tiene como cosa propia, contrariamente a lo que antes pasaba que uno era cosa de la concepción. Luego es necesario al hombre saber escoger la válvula de escape de sus energías, o en otros términos, saber abrir y escoger cuidadosamente el camino por donde ha de bajar de la mente a la obra física.

Es el descenso del espíritu en la materia.

Ve, Onofre, esos hipopótamos. Son, para mí, el símbolo de la pesadez. Vamos ahora a ve lós tigres y las panteras. ¡Cuánto equilibrio hay en todas sus formas y movimientos! Se ve que es un cuerpo modelado justamente para los fines a que ha sido destinado... No me negarás que hay una relación entre estos animales y el mundo intelectual. Hay una relación con aquellos que imaginan y concentran sus fuerzas en el plano de la mente y quieren dar a luz su visión.

A veces es necesario un gran esfuerzo para ver que ciertas visiones no han de ver la luz con el cuerpo de las artes o de las letras sino que su vida, su físico, es seguir como tales, nada más que como tales.

¿Por qué tomé como ejemplo la concepción de un pintor? Óyeme: Hace tiempo frecuenté, casi a diario, a Tulio Azapa. Fue en la época en que se formaba el grupo del Pampantumismo. Tulio hervía en sueños inmensos y ellos querían llevarlos a la tela. Su taller estaba lleno de bocetos. De pronto todos ellos desaparecieron porque se fueron arrinconando y, como ratas, metiéndose bajo los muebles. Le pregunté a qué se debía este cambio, que ahora su taller se viera únicamente con una gran tela en blanco. Me contestó:

—Al intentar hacer mis sueños tuve que detenerme porque antes necesitaba hacer una serie de estudios de oficio...

Bueno, bueno... ¿Y qué?

¡Nada! Sigamos caminando. Entremos, si quieres, a la Taberna de los Descalzos... O vamos a olvidar al San Lito...

Pero olvidar ¿qué? Caminemos, Onofre, caminemos.

Porque la verdad es que, de pronto, no entiendo nada de nada; quisiera descansar y no lo puedo. Caminemos.

Sólo sé una cosa: si alguien me viera por un lado no tendría más que decir: "¡Oh, qué hombre perfecto para ser un místico!".

Pero inmediatamente otro me vería por el otro lado y éste no podría exclamar más que: "¡Oh, qué hombre perfecto para ser un verdadero degenerado!".

Quiero ser bueno, Onofre, ser la bondad misma. Ser bueno es extremadamente difícil. Algo he progresado en este sentido pero nadie lo reconoce. Dicen que soy egoísta... ¿Cómo no he de aparecer egoísta si aún no he encontrado la manera en que debo dirigirme a mis semejantes?

Llevo muchos años buscando esta manera. ¿Muchos años? Acaso llevo muchos siglos. Pues tengo la certeza de que mi nacimiento no fue en el año 1899. Mi nacimiento está más lejos, más lejos. Ya vivía yo cuando se pusieron las primeras piedras para elevar esta catedral de Bourges.

Contempla esta imagen. La he traído desde allá y siempre me ha acompañado: Notre Dame de Bourges... Estoy a punto de recordar cuando trabajaba en su construcción. Pero el ruido de los autos me distrae, me vuelve a poner como comienzo mío al año 1899.

Caminemos. Pero... ¡no, Onofre, no, por favor! No nos alejemos de los sitios poblados. Si damos algunos pasos más entraremos en los cerros yermos de la cordillera de la Costa. Y tendremos al frente el océano inmenso, al parecer infinito. Veremos, por aquí, por allí, un árbol aislado. Acaso veamos pasar una manada de quidapermos. Y luego volverá a rodearnos la soledad desamparada de estas tierras yermas y mil veces yermas. Por favor, Onofre, volvamos hacia San Agustín de Tango.

La naturaleza me causa pavor. ¡Cómo comprendo a Desiderio Longotoma! Lo comprendo en el sentido del pavor pero no en su actitud frente a este pavor que nos espera agazapado en la naturaleza. Él, Longotoma, lo ve, le hace entonces un guiño malicioso, le vuelve la espalda y se aleja. Lo deja siempre tras él sin permitirle que lo coja. Luego... un rato en la Taberna de los Descalzos y ¡adiós pavor silencioso de la naturaleza!

Yo no puedo proceder de la suerte. Al menos hay momentos en que no lo puedo. Hay momentos en que necesito de mis semejantes, de su bulla, de su ir y venir, de sus luces y construcciones, de todo aquello que han inventado para vivir cogidos por la vida de cada momento.

Porque los hombres aman esta concentración en la vida.

¿Has oído hablar del Guardián del Umbral? Creo que su primera aparición ha de ser en la inmensidad de la naturaleza. Es un grito que te perfora los oídos:

-¡Atrás! ¡Atrás!

Si sigues... entras en la soledad negra.

Volvamos a San Agustín de Tango. Hoy no puedo internarme ni en estas tierras yermas ni en un bosque como el de Guayacán ni entre los desfiladeros de los Andes.

Ellos están bien para aquellos que los miran en el sentido de "bonito". ¡Gente frívola! Ni siquiera divisan, ni siquiera sienten la presencia del Guardián...

¡Ay, Onofre! ¡Si quisieran convivir con la naturaleza...! Me estremezco con sólo pensarlo. Volvamos, Onofre, volvamos.

Lorenzo volvió. Yo seguí caminando hacia Noriol. Era un día esplendoroso. Sobre el mar un barco avanzaba. Lo saludé porque fue un verdadero placer divisarlo. Llegué a los muelles. Allí estuve deambulando entre las grúas y entre los hombres del puerto que se afanaban en miles de trabajos, a mi parecer, inútiles. El barco que había divisado se acercaba ahora. Fui hasta el muelle que le habían destinado. Era un barco grande, un barco de pasajeros. Atracó con lentitud. Vi su nombre:

M. N. Gutapercha

Ahora, gente que baja, gente que se empuja, que se saluda, que grita y, por entre ella, subiendo por las escaleras, una que otra gente que sube, que estorba la bajada, que se cuele por entre los que bajan.

De pronto, desde el medio de la escala, una exclamación:

-¡Onofre!

Miro, veo y respondo:

-¡Guni!

Un momento después nos abrazábamos en tierra.

Le pregunto lleno de ansiedad:

-¿Adónde va, niñita mía?

Me mira como extrañada:

-¿Que ha olvidado ya cuál es mi destino? Voy ahora hacia el Sur, hacia el extremo Sur, para seguir y seguir siempre. ¡Otra vuelta al mundo! ¡Es tan interesante!

-¡Guni! -le dije con decisión-. ¡Guni, va usted a dejar ese barco, va a desembarcar del Gutapercha y va a vivir algún tiempo aquí conmigo! Verá usted a sus antiguos amigos, a Lorenzo Angol que acabo de abandonar, a Rosendo Paine, al inmenso Baldomero Longotoma, al cínico de Valdepinos, al pintor Rubén de Loa, a Teodoro Yumbel y le presentaré a mi actual compañera, a Marul Carampangue, una mujer sin igual, y además podrá conocer a...

Guni me miró casi sonriente y me preguntó:

-¿Y la mandioca?

-¡Encargaremos mandioca, encargaremos lo que sea necesario! Pero ¡quédese conmigo un poco de tiempo, un poquito de tiempo, de modo que yo pueda...!

-¿Y Marul Carampangue? No, mi buen Onofre, no. Tengo, apenas, la oportunidad de conocer rápidamente este puerto de Noriol y luego seguiré hacia allá, ¿ve?, hacia allá, hacia allá...

-¿Va usted a Valparaíso?

-Voy más lejos. El Gutapercha costeará nuestro territorio hasta el extremo Sur. Por babor verá aparecer y desaparecer cientos de islas e islotes; por estribor, el océano. Luego, desde popa, verá el Cabo de Hornos que se pierde lentamente. Aparecerán luego los grandes y primeros iceberg flotando sobre las olas. Llegaré a la Antártida. ¡Qué lindo será, Onofre, qué lindo!

-¡Va usted a morir de frío, Guni mía!

-¡Oh, no, no lo crea! El Gutapercha tiene una calefacción muy buena, estupenda. Así es que estaré con calor, con calorcito, ¿me entiende?, mientras afuera será el desfile de hielos. ¿No se tiente usted, Onofre, de venir conmigo?

Medité un rato y, al fin, le dije:

–Tengo que escribir mis biografías. Además tendría que prevenir a Marul y... hacer mis maletas.

Guni rió de buena gana. Al fin exclamó:

–¡Oh, Marul! ¡Oh, maletas!

–Pero, niñita mía, entiéndame: Marul me es indispensable y las maletas son indispensables también para todo viajero.

–Y además –me dijo maliciosamente– están esos pseudoamigos míos, los Lorenzo Lonquimay y los Desiderio Paine y ¡qué sé yo! Dígame, Onofre, ¿quiénes son ellos?

–¡Cómo! –exclamé atónito–. ¿Ya los ha olvidado usted? ¿Ya no recuerda nada de nuestro libro *Umbral*?

–Onofre –me dijo con seriedad–, usted desvaría. Deme el brazo, será mejor, y muéstreme este puerto.

–Es verdad, Guni, le mostraré este puerto; es verdad que estamos sólo en 1929; es verdad que falta aun mucho para..., para...; en fin, para... Bueno, aquí tiene usted la calle principal que va, por una espléndida carretera, hasta San Agustín de Tango; y ahí, a la derecha empieza el...

Y le mostré a Guni el puerto de Noriol.

Luego, sentados en un cafetín, le pregunté:

–¿Y qué hará usted después de cruzar la Antártida?

Me respondió:

–Iremos a Sydney, en Australia, y luego, tal vez, tocaremos en Brisbane. De aquí, a nueva Guinea, a Wilhelmina, para seguir a la isla de Ceilán donde pasaremos un par de semanas. ¡Colombo! ¡Oh, es maravilloso que una mujer como yo pase un par de semanas en Colombo! Y sobre todo lo es si ha de seguir, siempre en el Gutapercha, a la bella ciudad de Capetown, la ciudad de El Cabo, en el extremo Sur del África... ¿Me sigue usted bien, Onofre?

–No, Guni –le respondí–, no la sigo a usted porque en todo esto hay algo que está mal, que está al revés. ¡Hay una confusión de tiempos, de años, mi Guni!

Volvió a reír. Al fin me dijo con cierta ironía:

–Pero, Onofre, ¿que no es usted el que se entretiene en jugar con el suceder del tiempo? Ahora lo llevo yo al objeto de sus juegos y... ¡ay, qué cara de estupor pone usted!

–Sí, tal vez. Pero ¡oiga ese pitazo! El Gutapercha la llama, Guni, el Gutapercha se va.

–Entonces me voy, mi buen Onofre. Tal vez pase nuevamente por aquí y entonces, le prometo, iré a San Agustín de Tango. Por ahora, seguir y seguir: de la ciudad de Capetown iremos a Bahía, en el Brasil, y ahí desembarcaré para ir, por tierra al río de Tocantins. Cruzaré el río Araguay y llegaré al Tapajoz... ¡La mandioca, Onofre, y la tapioca! Después, después..., no lo sé. Tal vez me deje llevar por el viento y entonces aterrizaré en San Agustín de Tango.

–¡Adiós, mi Guni, adiós!

–¡Adiós, Onofre, adiós!

Subió la escala del barco agitando un pañuelo. Yo, desde abajo, la saludé. Otro pitazo. Y la Moto Nave Gutapercha se despegó del muelle con lentitud cubierta de pañuelos que revoloteaban por los aires y que, abajo, se convertían en cientos de manos y sombreros que dibujaban miles de arabescos.

Oí una última vez:

-¡Adiós, Onofre, adiós!
Grité una última vez:
-¡Adiós, mi Guni, adiós!
Y el Gutapercha se alejó.

136

Temprano, casi al alba, llegó a verme Barbaciano Mallarauco, el anciano de la Casa Maldita. Me traía la noticia que él había estado esperando: Tarquino Vilcún se había robado el corvo y había cometido un crimen.

Tal vez Tarquino había entrado en la casa una noche pues a la mañana siguiente Barbaciano había encontrado la puerta abierta y el corvo había desaparecido. Cinco o seis días más tarde había vuelto a encontrar el corvo en el pequeño corredor de entrada bajo una mata de flores. Estaba maculado con sangre ya seca. Lo había cogido y llevado a su sitio habitual; luego se había sentado frente a él; luego, tras una profunda concentración, el corvo le había dicho:

-He cumplido una vez más con mi misión: matar. Fui llevado al bosque de Guayacán por Tarquino Vilcún.

¡Un digno hombre es este Tarquino Vilcún! La paz no existe en él. La inquietud lo domina, lo subyuga. Es el amo que yo necesito. Lo presentí apenas lo divisé, allá en una roñosa tienda de antigüedades donde pasé no menos de siete años de modorra. Antes... ¡Eh, eso es historia antigua! ¿Le interesa a usted, señor Barbaciano? ¡Yo no quiero ni recordarla! ¡Sigamos!

De esa tienda de antigüedades Tarquino me sacó. Iba en compañía de una dama, de una hermosa dama, de doña Adelfa Tolhuaca. Recuerdo que ella le preguntó:

-¿Para qué compras eso?

Él respondió:

-Lo necesito. Es, además, un bonito cuchillo; un corvo, como los llaman; fíjate en su cacha de hueso.

Estuve con ellos un tiempo en Santiago. Después me llevaron a la Casa Maldita... Porque es, en verdad, una casa "maldita". Porque es una casa de prisioneros, es una verdadera prisión. Todos, todos los que en ella estábamos, estábamos inmovilizados haciendo el rol de objetos decorativos. Llegué a echar de menos mi tienda de antigüedades. Al menos ahí me tomaban, me miraban, preguntaban datos sobre mí. Aquí quedé y quedé. A veces soñaba. Soñaba en matar, en terribles altercados con golpes y puñetazos. De pronto yo dirimía el altercado y un tipo caía por el suelo. Pero la gente aprecia erradamente las cosas en este mundo porque hay los que se llaman "gentes de gustos refinados". ¿Qué es esto? Es darle a cada cosa un valor que no tiene; es, ¡oh, mi señor Barbaciano!, hacernos cambiar el destino para el cual hemos nacido. ¡Ya lo ve usted! Yo, el nacido para los terribles altercados... ahora dormir en esa especie de museo muerto...

Pero llegó ese digno señor de Tarquino Vilcún. ¡Aaah, yo lo consideraba ya como un hombre de gustos refinados! Pero, ¡no, no, qué esperanza! Tarquino Vilcún tenía algo dentro de sí. Prueba de ello es que me robó una noche, mientras usted dormía en la casa vecina, y, como le he dicho, nos fuimos juntos, bien juntos, al bosque de Guayacán.

Allí maté.

Sin altercados, sin ni siquiera una discusión.

Maté porque tal es mi destino.

¡Bendita sea la unión que se formó aquella tarde entre nosotros! ¡Bendita seas Tarquino Vilcún!

Barbaciano calló unos momentos. Luego me dijo:

—Señor don Onofre, así me habló el corvo. Lo interrogué aún; empezó a repetirse de modo que comprendí que no me diría nada más. Tal vez ni sabía en qué carne se había adentrado. Pensé, entonces, en evocar al autor del asesinato. Me concentré. ¡Nada! Demasiado ruido por todas partes. La brisa sonaba como truenos. Entonces esperé la noche. Evoqué nuevamente. Ahora tuve mejor suerte. Tarquino acaso dormía porque me contestó de inmediato. Le dije:

—Habla conmigo, Tarquino. Dime qué te llevó a cometer el crimen que cometiste.

Un silencio. Luego habló:

—Ahora y por fin veo, señor Barbaciano. Mi mal fue el de amar exageradamente la vida sensacional. Ese ha sido mi mal: el ansia de la vida sensacional.

Tal vez sea esto un individualismo exagerado. Necesitaba yo buscar vida por lados singulares. Buscarla, encontrarla, vivirla y ser su espectador.

¡Ser!

No había otra cosa en mí: ¡ser!

El Bien y el Mal no existían *de verdad* para mí. Esta división de Bien y de Mal me aparecía como cosa de los hombres que aman fortificarse donde han llegado.

El Bien me era como una inmensa, como una descomunal barrera circular que nos tenía aprisionados. Fuera de esta barrera estaba el Mal; no había que ir a él, ¡no, mil veces no! El Mal cuando cogía no soltaba más.

En el fondo de mí mismo una voz me decía:

—¡Patrañas todas éstas del Bien y del Mal, patrañas! No se quiere que el hombre viva con el máximo de sensaciones... Se quiere hacer un rebaño. Tú Tarquino, ya empiezas a formar parte de ese rebaño... Y pertenecerás plenamente a él cuando hayas olvidado la existencia de esa barrera llamada del Bien, cuando a la barrera la veas como un campo extenso que se pierde en el horizonte.

¡La vida gris me obsesiona como el peor castigo que se me podría infligir!

Y Adelfa Tolhuaca estaba junto a mí.

¿La conoce usted? ¡Qué mujer, mi señor don Barbaciano! Su mirada, su modo de deslizarse, su silencio... Y cuando habla hace temblar hasta el fondo de quien la escucha. Veía en ella todas, todas las posibilidades, veía en ella abismos insondables de sensaciones.

¿Qué le daba yo? ¡La vida gris! Porque el gris se va juntando en las cosas que han vivido mucho y que ahora se aburren al verse formando parte de un museo.

¡Adelfa ven, ven!

La poseía y la poseía mil veces. El gris se retiraba durante unos momentos. Pero volvía a caer sobre nosotros, más gris aún, más y más.

Adelfa nada me decía. Pasaba de un lado a otro, pasaba con su modo hierático o indiferente. De pronto me miraba y luego quitaba la vista que se iba sobre un kakemono o sobre un guaco incaico o sobre un pebetero... ¡Eh! ¡Qué voy a saberlo ahora yo!

Sólo sé que había un reproche en su modo de pasar, en su modo de mirarme, en su

silencio, en su contemplación de cualquier cosa aquí encerrada o de las lejanías que se veían por las ventanas. ¡Sí, sí! Porque Adelfa, muda, me reprochaba.

Yo era el teórico aficionado. ¿Lo comprende usted, mi señor? Yo era el hombre que mucho había prometido y que nada llevaba a cabo. Yo no era digno de las posibilidades que había en ella.

¡Era necesario arrancarle esos gestos de superioridad! ¿Cómo? Siendo yo un hombre de mayor vida interior que ella; teniendo yo un secreto, ¡cualquier secreto!, cuya sola evocación nos hiciera a ambos palidecer.

Yo ahora le pregunto a usted, mi señor don Barbaciano: ¿qué manera hay de ir al Bien? Sólo veo una, o sólo veía una: conocer, ante todo, el Mal; agotar el Mal.

¡Mi secreto! Un secreto efectivo. No podía seguir desentendiéndome del Mal. Había que ir a él.

Una mañana vi el corvo. No; mejor dicho, el corvo atrajo mis miradas. Junto con clavar mis ojos en él oí el susurro lejano de grandes árboles al viento. Me dije:

“La selva de Guayacán.

Escondí el corvo en mi faja. Partí.

Al día siguiente, entre árboles susurrantes, contemplaba las aguas del Tulcamar.

No había nadie, nadie en todo aquel bosque. ¿Ha visto usted un bosque en un día frío de invierno? ¡Es algo horrible, mi señor don Barbaciano! Se siente uno atisbado por todos lados; se vuelve uno bruscamente para sorprender a aquel que atisba; el que atisba ha tenido tiempo para guarecerse de nuestras miradas.

De pronto un grito real le perfora a usted los tímpanos. Es un ave, un ave cualquiera que ha gritado; o es el paso de una bandada de choroyes; o es un cocolay que pasa graznando. Luego vuelve el silencio. Sobre él se perciben miles de ruidos ínfimos que le penetran a uno como garfios punzantes.

Recuerdo que aquel día vi una serie de tutucuyes que, a pocos pasos de mí, escarbaban y devoraban gusanos. Instintivamente me agaché para coger una piedra y lanzárselas. Pero ¡no! Dejémoslos que vivan en paz. Así es que seguí.

De pronto un canto llegó a mis oídos. Me estremecí. Era una voz cristalina la que cantaba. Tal vez la voz de un niño. Sí, era un niño. Me agazapé tras un tronco y miré. Era, en realidad, un niño, de unos nueve o diez años, el que cantaba. Lo reconocí. Lo había visto varias veces en las afueras de San Agustín de Tango. Era el chico Amaro Puyehue. Ahora recogía callampas que echaba en un saco. Y cantaba:

Cuando te vay a casar
Mándame avisar con tiempo
Para hacer dos fiestas juntas:
Mi muerte y tu casamiento.

Cuando lleguís a la iglesia
Te acompañará la gente;
A mí me acompañarán
Cuatro velas solamente.

Cuando tú ya estís casada
Te acompañarán blanduras
Ya mí me acomodará
Una triste sepultura.

-¡Qué linda canción! -le grité.

Dejó de recoger callampas y me miró asombrado.

-¿Qué tal Amaro? -le dije entonces-, ¿Qué recoges ahí?

-Callampas, señor -me respondió-. Mi mamá quiere comer hoy día callampas.

Me acerqué a él y le insinué:

-Siéntate aquí a mi lado un rato.

Se sentó.

Entonces no titubeé más y cogí mi corvo.

¿Qué pasó en mí en aquel momento? Puedo asegurar a usted, don Barbaciano, que sentí una sensación de bifurcación: el que enterraba el corvo en el pecho del muchacho, el que lo enterraba varias, muchas veces; el que pensaba en cosas, a mi parecer, completamente ajenas al muchacho, al corvo y a mí mismo. Porque pensé en las ondas torrenciales que rodean a nuestro planeta, las ondas negras en que van confundidas, con toda clase de imágenes astrales, las almas que van a nacer. Y me alegraba. ¡oh, sí, me alegraba!, ver, entre esas almas, al notario don Dámaso Mamiña del brazo con Perpetua Mamoeiro. Los saludé y me contestaron. Me preguntaron "qué tal lo pasaba". Les respondí: "¡muy bien!". Y las ondas negras que rodean a la Tierra se los tragaron.

Entonces huí. Huí, en un principio, desafortadamente. Luego me calmé y caminé con lentitud. Vi un gusanillo por tierra; lo cogí con sumo cuidado; luego busqué un tutucuy y se lo alargué. Aquella tarde, ya de noche, llegué al lado de Adelfa. La poseí. Ella nada dijo. Estaba, eso sí, muy pálida. Después dormí con un sueño profundo.

Señor don Onofre, no pude oír más. Intenté nuevas evocaciones. Oí solamente la voz de Tarquino que me repetía:

-Después dormí con un sueño profundo...

Volví, entonces, al corvo. El corvo me imploró:

-Hazme desaparecer; ya he cumplido mi misión; rómpeme, por favor, tritúrame.

Lo rompí y lo trituré. Aventé sus restos en el barranco que hay frente a la Casa Maldita.

Quedamos un rato en silencio. Al fin le pregunté:

-¿Qué es ahora de Tarquino Vilcún?

-Dos días después de haber cometido su crimen fue descubierto y apresado.

-¡Cómo! -exclamé-. ¿Tan pronto?

-Sí -me respondió don Barbaciano-. El niño quedó tirado sobre el pasto. Luego fue descubierto por su madre que merodeaba por allí en busca de más callampas, su madre, doña Ericipela Vitacura. ¡Fue un espantoso golpe para esta pobre mujer! Gritó y gritó como una verdadera demente. Llegó gente. Un rato después llegaba el famoso detective Cirilo Collico. Usted sabe como es Collico. Estaba el hombre pintando una tela gris cuando fue prevenido. Dejó sus pinceles y salió de su taller como un perro que divisa su presa. Collico, de inmediato, husmea, huele, atisba, interroga, se precipita, va al bosque, regresa del bosque, vuelve a husmear, a oler, a olfatear y... encuentra. En la Casa Maldita Tarquino Vilcún fue apresado: Adelfa Tollhuaca nada dijo. Hizo una pequeña maleta y partió por su lado.

Pregunté:

-Tarquino Vilcún ¿ha sido condenado a muerte?

-No -me respondió Barbaciano Mallarauco-. Ha sido encerrado en el Manicomio del Eclesiástico. Está loco.

-¿Y Adelfa adónde fue?

—Adelfa fue al Convento de las Monjas Contemplativas, allá en las afueras de la calle del Calvario. No la veremos más.

Así terminó Barbaciano su historia sobre el corvo de la Casa Maldita.

137

Quedé con la cabeza trastornada después del relato que Barbaciano Mallarauco me hizo sobre el asesinato del hijo de Ericipela Vitacura, el niño Amaro Puyehue. Pensaba, además, en el desdichado de Tarquino Vilcún ahora en el Manicomio del Eclesiástico, y en la pobre mujer de Adelfa Tolhuaca recluida para siempre en el Convento de las Monjas Contemplativas. ¡Qué de cosas ocurren en este mundo! Me sacudí como un perro que sale del agua y salió a caminar.

Cerca de casa me encontré con Desiderio Longotoma. ¡Muy buen encuentro! Así, con él, podría echar lejos la obsesión que se me insinuaba de que el acto de Vilcún se me convirtiera en una idea fija.

—¿De quién huye usted? —me preguntó Longotoma apenas me vio—. Porque usted no va a ninguna parte, amigo mío; usted huye de algo o de alguien.

—No lo sé —le respondí—. Necesito marchar y marchar a toda prisa de modo que no me alcance...

—¡Eso es! —exclamó Longotoma—. Necesita prisa para que a usted no le alcance usted mismo. ¡Muy bien! ¡Prisa, entonces, mucha prisa!

No pude dejar de notar la exactitud de la observación de Desiderio. Súbitamente me apareció la imagen de Florencio Naltagua. Después de las tempestades y de los terremotos que se desencadenaban en la mente de Vilcún vi a Naltagua como la placidez misma, como el hombre que, en su conversación, reajustaría el mecanismo de mi cerebro desajustado.

Le dije:

—Voy donde Florencio Naltagua.

—¡Maravilloso! —gritó Longotoma—. Don Florencio Naltagua, doña Marul Carampangue y don Onofre Borneo... Un terceto, en verdad, admirable: tenor, barítono y soprano. Usted llevará el alto como tenor; doña Marul será la elevada, la elevadísima soprano; y ese gran Naltagua será el cantante abaritonado que le servirá a ustedes de fondo y sostén.

—¿Y por qué mezcla usted a Marul Carampangue en esta visita mía a Florencio?

—¡Cómo! ¿No lo sabe usted? Pues allí la va a encontrar, amigo mío. No debe jamás faltar la soprano en un terceto. Pero, le aconsejo, tanto a ustedes como a su distinguida compañera, que hablen poco, que oigan las aterciopeladas notas de su gran barítono. Porque, amigo mío, le diré a usted una cosa: con Florencio Naltagua no se aprende, propiamente. No es él como don Mardonio Pilmaiquén, ese verdadero pozo de ciencias paleontológicas, ese pozo que tienta el cacumen de nuestro amigo Baldomero Lonquimay. Con Naltagua hay que convivir en la paz, casi me atrevería a decir, en el silencio. No es un terrible erudito como lo es Tadeo Lagarto en ciencias ocultas, o como lo es Aliro Gorbea en ciencias físicas, o Ascanio Viluco, ¡sí, Ascanio Viluco!, en las artes de bien escribir... Yo desconfío de los eruditos, amigo mío. Es toda aquella gente que se hipertrofia en un sentido y en el otro... *siguen como cualquier hijo de vecino. Naltagua pasó ya esa etapa, ¿no lo cree usted?* Con él se respira otra atmósfera, justamente lo contrario que ocurre con

un erudito, porque en él lo que se aprecia es su manera total de estar en la vida; no un raciocinio sabio sobre una parte de ella, un raciocinio del que no se palpa a cada instante su puesta en práctica de quien lo predica.

—Es lo que yo pienso también de Naltagua, amigo Longotoma, es exactamente lo que pienso.

—Entonces usted encontrará un hondo significado en las palabras que va a oír. Todo está en que se halle usted en el estado de ánimo de él. Con un erudito... ¡cualquier estado de ánimo es igual! ¿Y se ha fijado usted cómo beben los eruditos? ¡Qué parsimonia para ingerir un poco de alcohol! Parece que se preguntaran si el trago está o no está de acuerdo con su mucho saber. En cambio Naltagua bebe o no bebe y usted ni se ha dado cuenta si el hombre ha bebido o no ha bebido. Estamos frente a su casa. Entre, amigo, y le deseo un muy buen provecho.

Desiderio Longotoma se alejó frotándose las manos. Iba a entrar cuando alguien me llamó.

¡Teodoro Yumbel!

Venía preocupado, cabizbajo. Me dijo:

—No entres todavía donde Florencio Naltagua. Siempre tendrás tiempo para hablar con él. Acompañame un rato. Sentémonos allí bajo ese árbol. La plaza Dominus Vobiscum me es muy grata.

—Veo que una preocupación te abrumba, Teodoro. ¿Qué te ocurre?

Me respondió:

—Nada, en mi vida, ahora, nunca me ocurre nada. Ya pasaron aquellos tiempos de amores locos y para qué hablar de destierros a Venus. Porque, ¿sabes?, mi tío, el hermano de mi madre, falleció. Bien, falleció y no me importuna. Ahora... siempre escribo un poco recordando mis viajes y hago, de vez en cuando, algunos grabados y una que otra agua-fuerte. Pero todo ello sucede, diría, fuera de mí, en otra parte. Yo mismo vivo de otro modo.

—¿Tu vida no está reflejada en tus obras?

Vaciló unos momentos; luego me aseguró:

—No, no lo está, Onofre. Mis obras son como para matar una especie de exceso de vida que, en realidad, es una vida totalmente ajena a mí.

Le pregunté entonces:

—¿Y cuál es tu verdadera vida?

Sin vacilar me contestó:

—La meditación.

—¿Y en qué meditas tanto, Teodoro?

—No lo sé.

—¿Cómo que no lo sabes! Tiene que haber algún tema en esas meditaciones, tiene que haber algún objeto que te preocupe más de lo que te preocupan los objetos corrientes...

Me dijo entonces:

—Sí, tal vez. Me llevan a meditar sobre temas que van destruyendo.

—¿Quiénes te llevan?

—No lo sé.

Quedamos en silencio. Al fin exclamé:

—¡Expílicate, hombre, expílicate!

—Si acaso logro poder explicarme.

-Sí, sí, ¡lo lograrás!

Teodoro Yumbel, después de quedar callado un largo rato, me dijo como hablando de muy lejos:

-He pasado mucho tiempo internándome por sendas esotéricas. Nunca las he abandonado o, si prefieres, nunca me han permitido abandonarlas. No me preguntes quiénes me lo han impedido. Tendría que repetirte, una vez más: "No lo sé". El hecho es que sigo, desde años atrás, internándome por esas sendas.

-¿Y a qué conclusión has llegado?

-¿Conclusión? -me preguntó-. Dispénsame pero no lo sé. El caso es que me separo de más en más de la gente que me rodea. Mi padre, don Onías, me es ya un extraño; mi madre, doña Sofronia Santapán, me ha llegado a ser completamente indiferente. No es que no los quiera, no; creo, por el contrario, que los quiero y los quiero mucho. Cuanto a mi hermana Atanasia y a su marido, Laureano Iloca, y a Tancredo y a Ernestina y a mi tío Diego, también han desaparecido de mi esfera. Los veo, los saludo, converso un poco con ellos y... es todo. Veo, de tarde en tarde, a aquel que fue mi profesor de letras, don Hipólito Pisagua. Con él hablo algo más. Pero es todo.

-Dime, Teodoro -le dije-, ¿te es muy dura esta separación de tu familia?

-¿Dura? -me interrogó como extrañado-. No, tal vez no me es dura porque, en realidad, no la siento mayormente. He llegado a una conclusión, ahora lo veo. Se llega siempre a conclusiones y a más y más conclusiones...

-¿Y es ella?

-Que todo cuanto veo, que todo cuanto me rodea no es más que pura ilusión. Sí, Onofre, ahí tienes la conclusión irrefutable a la cual he llegado. Porque siento que mi corazón se va llenando de un desinterés cada vez mayor por la vida, por toda la vida, sea ella de los seres o sea de la naturaleza misma. Dime, amigo, ¿para qué interesarse por todo esto si nada es verdad?

-Yo creo, Teodoro, que, por el contrario, todo es verdad, que no hay nada que no lo sea; más aún: no hay nada que pueda dejar de serlo. Creo que la cosa escriba exclusivamente en el hecho de haber mil puntos diferentes de visión para cada objeto, para cada momento. Estoy cierto de que Naltagua ha de pensar como yo. Porque piensa, mi querido Teodoro, en un crimen, en un asesinato de un muchacho que pasea por un bosque... ¿Va a ser él una pura ilusión? Naltagua no puede pensar así. Se lo preguntaré.

-Bien, anda y pregúntaselo. Podrá Florencio filosofar mucho alrededor de ello. Pero yo..., yo tengo que seguir internándome por la senda por donde voy.

-Te compadezco, Teodoro.

-Haces bien, Onofre, porque, a menudo, yo también me compadezco.

Yumbel se levantó del banco en que estábamos sentados. Hice lo mismo.

-Voy ahora al Zoo de San Andrés -me dijo.

No hallé qué expresarle ni qué decirle. Le deseé un buen, un muy buen provecho y... y... nada más.

Lo vi alejarse lentamente con su aire cabizbajo. Yo, mientras tanto, me coloqué un rato bajo los arcos del Portal Colonial a meditar como Teodoro Yumbel. Luego me dije:

-¡Ea! ¡Basta ya de meditaciones! ¡Vamos a cambiar ideas con Florencio Naltagua y con Marul Carampangue!

Un minuto después se formaba el terceto: Marul Carampangue, Florencio Naltagua y yo. Estábamos en el escritorio de Florencio. Sólo con traspasar el umbral sentí que el asesinato que me había contado Mallarauco, los eruditos citados por Longotoma y la tenaz hipocondría de Yumbel se volatilizaban. Longotoma ve bien a este gran amigo: no se aprende con él; con él hay que vivir y respirar la atmósfera que él respira. Aprender... ¿qué? Es una manía que hoy tenemos todos: aprender y aprender, hipertrofiarnos dentro de un sentido cualquiera. Es el intelecto que nos devora. Aquí, en el escritorio de Florencio, me sentí como un niño. Junto con verlo y con ver a su lado a la linda Marul Carampangue recordé a los niños que les gusta oír un cuento tantas veces como se les quiera contar. Saber la trama y el desenlace del cuento les es secundario porque lo que les interesa es entrar en otra atmósfera que la habitual y recibir sus ecos. Bien, sentémonos y dejemos que afuera suceda el tiempo.

En un rincón del escritorio vi un tablero de ajedrez con sus piezas revueltas. Le pregunté a Florencio:

—¿Juegas mucho al ajedrez ahora?

Me respondió:

—Jugar, propiamente, no. Me gusta, eso sí, adentrarme en la mentalidad de un ajedrecista. Para ello es necesario tener un tablero y verlos jugar. Esto me gusta enormemente.

Marul, irónica, le dijo entonces:

—Usted, Florencio, lo juzga todo con mentalidad de ajedrecista.

Pero Naltagua le respondió:

—¿Qué es eso de mentalidad de ajedrecista? Usted, Marul, ha querido referirse a que un ajedrecista lo piensa todo, una y mil veces. No, Marul, en ajedrez no se piensa, al menos no piensa el gran ajedrecista. Tomo esta palabra de “pensar” en el sentido que ella tendría para un hombre que hace, por ejemplo, una operación matemática, que recorre toda una línea de razonamientos y de cálculos para alcanzar la solución que ya existía y a la que él aún no había llegado; o para un hombre que está sumido en una investigación y conserva los elementos que van a serle útiles rechazando los demás para luego agrupar los primeros según una lógica que lo lleve a la solución que también ya existía.

“Por de pronto en el ajedrez la solución no existe. Las soluciones pueden ser infinitas pues dependen de un curso, de un desenvolvimiento, de miles y miles de posibilidades después de cada jugada. Pensar en cada una de estas posibilidades sería pensar en *casos* en número de millones y millones, es decir, pasar la vida entera en ello.

“Cuando se ve a un ajedrecista sumido en el tablero, créame Marul, que está pensando vagamente en las infinitas combinaciones posibles, está, como quien dice, *planeando* sobre el tablero que esconde estas combinaciones.

“Otra cosa le sería imposible hacer porque este planeo lo hace para conseguir la concentración mental; no para seguir un curso de razonamiento. Busca tal concentración para alcanzar la visión, para alcanzar la iluminación. El ajedrecista SÚBITAMENTE VE.

Marul exclamó:

—El ajedrez es, entonces, un juego espiritual.

Florencio le dijo:

—Por cierto; porque “ver súbitamente” es captar, borrando el tiempo, todas las posibi-

lidades que realmente se encuentran, diría, existentes, vivas en el tablero mismo. Pues si se borra el tiempo en una partida de ajedrez, todas las faces que ella pudo haber tenido tienen que agruparse, tienen que venir a agruparse en un solo instante. Al ver este instante se ve, en el presente inmóvil, el futuro. El gran jugador de ajedrez adquiere en esos momentos una visión tetra-dimensional.

He ahí lo que Naltagua nos dijo respecto a ese tablero que se hallaba en un rincón. Sí, es verdad; los grandes ajedrecistas, las miles de combinaciones que pueden haber en un juego, el presente, el futuro... Es muy justo lo que ha dicho. Pero... pudo haber dicho cualquier otra cosa sobre cualquier otro tema...

Luego seguimos hablando y, en realidad, hablamos mucho, mucho. Recuerdo que, al referirse a los cambios que se experimentan en la vida, nos citó una de sus frases favoritas:

“Todo cambio se asemeja a una muerte; toda muerte trae una resurrección”.

—Sí, por cierto —le arguyó Marul—. Pero entre esa muerte y esa resurrección hay un momento, ¡qué!, hay un período, y a veces un largo período, de un total aniquilamiento. Creo que ello es lo que a tantos nos hace retroceder ante un cambio que promete mejor vida.

Florencio le dijo:

—La resurrección feliz no puede venir si la etapa anterior no ha sido totalmente agotada. Entrar en la etapa siguiente con sedimentos de la que antecede, es el dolor. Dicho en otros términos: hay que “morir puro”. Morir impuro es pasar con tales sedimentos. Es decir, es el purgatorio y, en mayor grado, el infierno. Por eso el moribundo católico se confiesa. Piensa que con este acto agota su etapa terrena y que podrá pasar a la otra vida “sin añorar”. Añorar es, por lo tanto, sinónimo de purgatorio. El purgatorio es, para los hombres evolucionados, esta vida, aquí en esta Tierra porque todo hombre evolucionado añora su calidad divina. Salir del purgatorio es la cesación de las añoranzas. El cielo es no añorar. Añorar tiene que referirse a “algo” en el tiempo, pasado o futuro. No añorar es la desaparición de ese “algo”, de TODOALGO. Es decir, de todo lo que es “parte”. Desaparecen, pues, las partes. Es la aparición del TODO. Es el estado, en esta vida y en esta Tierra, del hombre mayormente evolucionado. A todo sitio, Marul, hay que llegar RECIÉN NACIDO.

Le dije:

—Pienso ahora en Lorenzo Angol.

Me respondió:

—Por eso está ahora en San Agustín de Tango y no está aún en su fundo de La Cantera. Para ir a él tendrá que nacer de nuevo.

Luego nuestro tema de conversación fue a parar, no sé por qué laberintos, a Teodoro Yumbel. Le dije a Florencio que lo acababa de encontrar y le conté su estado de hipocondría exponiéndole su punto de vista sobre la falsedad de cuanto existe. Florencio me confirmó lo que yo ya pensaba. Recuerdo que me dijo más o menos lo siguiente:

—Hay muchos puntos de vista. Hay, por ejemplo, el punto A y el punto B y el punto C. Ahora bien, que el punto A sea más amplio que el punto B y éste, a su vez, sea más amplio que el punto C, no quita ni por un instante que lo visto desde este punto C sea también la verdad. Nunca ha sido falso que aquello sea un plano blanco sobre un fondo verde por el hecho de que ese plano sea una casa y el fondo sea un grupo de árboles.

Por fin se extendió sobre aquella famosa frase de Santo Tomás de Aquino: “Ver y creer”.

—Es la verdad: no hay que creer nada sin antes haberlo visto; hay que aceptarlo y creerlo

todo sin haberlo visto. Por lo tanto nos encontramos aquí con una verdadera contradicción; pero ella es tan sólo en apariencias pues, en verdad, indica dos estados de ánimo diferentes que pueden y deben ir juntos para todo desarrollo espiritual: ver y creer sin ver.

"El desarrollo espiritual toma siempre una forma igual que bien podría comparar con el movimiento de la respiración: absorber del exterior, o sea, aspirar; echar fuera, o sea, expeler.

"El hombre debe estar abierto a todas las ideas que cruzan por su mente, a todas las que oye o llegan a él por cualquier conducto, debe aspirar hondamente cuanta vida haya a su alrededor. Es el estado de ánimo en que deben considerarse todas las ideas. No hay que considerarlas como entidades precisas que expresan algo definitivo sino como una serie de sucesivas evocaciones que se van produciendo en él a medida que la idea se vaya considerando. No hay que cerrarse ni detenerse jamás. Detenerse es considerar que se ha llegado ya a la interpretación absoluta de una verdad; cerrarse es hacer converger todas las demás ideas a la primera, a ese núcleo principal para que de él tomen su colorido. Hay que tener siempre presente, siempre sentir y saber que es desde una relatividad desde donde se está apreciando y creyendo.

"Pero en la vida no ocurre así. La primera evocación intelectual es considerada como el total de la idea. Por lo tanto el desarrollo consiste para los hombres en considerar una idea como una concepción de que el mundo es definitivo y es real, es decir, que las ideas existen en forma definitiva y real y que ellas no son meras definiciones de un estado de ánimo. Ahora bien, una idea puede tomar tantos aspectos como estados de ánimo puede tener un hombre.

"Aquí está el error: dar mayor importancia a la idea que al estado de ánimo.

"La frase de Santo Tomás de Aquino, "ver y creer", encierra la advertencia de no detenerse nunca ante ninguna idea o creencia pues no existiendo éstas en sí, existen, sin embargo, los infinitos estados de ánimo en los hombres. Por lo tanto toda idea que se cree debe ser creída no en razón de sí misma sino en la evocación que hace nacer en el hombre.

"Así la vida exterior sienta su centro en el interior de uno. Toda idea produce la posibilidad de transformarse en el comienzo de una larga sucesión de experiencias interiores en vez de quedar como una simple comprensión intelectual. Ver, pues, no es considerar una idea o una verdad oculta como algo que se cree cierto y se comprende: es identificar el ser entero con un estado de ánimo en el cual la idea sea la comprobación natural y armónica de todo cuanto haya en uno.

"Este "ver" implica en sí el "creer". Creer no es tener una fe ciega. Es llegar a un punto de armonía alumbrado por esta idea. Esto es "ver y creer".

"La creencia no pasa así a ser un esfuerzo de voluntad ni una deducción intelectual; es algo inherente e inevitable del acto de ver. Mientras no se crea no se ha visto. Mientras no se vea no hay que creer.

"Ver y creer es llegar a vivir dentro de la idea, vivir en ella hasta que pase a ser uno mismo, hasta que pierda su carácter de opinión y se transforme en una clara y nítida verdad.

Ahora escribo lo que me viene al recuerdo. Florencio Naltagua habló más, mucho más. Mientras lo oía recobraba yo un franco, muy franco optimismo. Sobre todo me lo daba el hecho de ver que en todo lo que decía había una segunda parte, escondida y no intencionada, que era la principal, una parte que era justamente la que llegaba al fondo de mí mismo.

Pero esta parte estaba fuera, fuera de mí, estaba lejos. Me hacía recordar a esas grandes aves que, en el campo, revolotean sobre uno. Habría que hablar con Marul sobre ello. Hablar pero después, hablar solo con ella, casi en confidencia. ¿No es verdad, Marul?

Al fin nos retiramos. ¡Magnífica visita fue esta al Portal Colonial! ¡Adiós y hasta pronto, Florencio Naltagua!

¡Adiós y hasta pronto!

139

Cuando salimos de casa de Florencio Naltagua, Marul me abandonó. Tenía que hacer. ¡Siempre las mujeres tienen algo que hacer cuando se las necesita! Es algo horrible pero es así. Me quedé, pues, en la plaza Dominus Vobiscum mirando los árboles y los peatones que pasaban de un lado para otro lado. ¿Qué hacer? Una idea me vino: ir hasta el Convento de los Jerónimos pues allí siempre se encuentra uno con alguien de interés. Tomé, pues, por la calle de la Penitencia y me encaminé a largos pasos. Luego tomé la calle del Te Deum y, con no poco regocijo, volví a ver los añosos árboles del parque y los jardines cubiertos de flores.

¡Bárulo Tarata! Su nombre me sonó súbitamente. Me interné por los corredores: un portero, un monaguillo, un guardapueas, un sacristán y, por fin, un guardiero que me llevó hasta su celda. Antes de entrar vi que pasaban, veloces y doblados en sí mismos, los padres Froilán y Protasio. Me recordaron a los innumerables y pequeños rinopomas que, de noche, revolotean en el parque. Pasaron y desaparecieron, como sombras, en los recovecos del corredor, sin pronunciar palabra. Entré, entonces, en la celda de Bárulo Tarata.

Sin poder detenerme le dije:

—Señor Tarata, he visto pasar, rápidos como un relámpago, a los padres Froilán y Protasio. Parecía que huían y huían...

—Sí —me respondió Tarata—, huían del sermón y de la plática que han hecho aquí en la iglesia de los Jerónimos.

—Pero... ¿eran sermones y pláticas tan tremendas o pecaminosas que forzaran a huir como desalmados?

—Era aquello como son esos dos frailes. Algo habrás oído o sabido sobre ellos cuando estuviste en Melichaquí. ¿No lo recuerdas? Reciben una voz de orden y... ¡adelante! Luego huyen mientras esperan que lo que han dicho haga su efecto.

—¿Y qué efecto?

—El padre Froilán, en su sermón, amenazó a sus oyentes con el peor castigo que es posible imaginar. Les dijo que, si seguían en su vida pecaminosa, irían al infierno y allí, como punición, tendrían que estar... ¡junto a la impía Isabel de Inglaterra!

—En realidad, don Bárulo, después de eso hay que huir. ¿Y el padre Protasio?

—El padre Protasio hizo una plática amena que versaba sobre la vida diaria y sobre la vida doméstica. Al terminarla, y como resumen, les dijo con aire contrito: "Hermanas y hermanos míos: meditación para el día de mañana: horror al coito".

—En realidad, don Bárulo, no cabe más que huir y huir a toda prisa.

—Y desaparecer, Onofre, entre las oscuridades del corredor.

—Así es, don Bárulo, desaparecer entre las oscuridades del corredor.

Quedamos un rato en silencio. No sé si verdad o ficción, me pareció oír los pasos de los dos frailes que se alejaban desmoronándose escaleras abajo. Al fin me pareció no oírlos más. Entonces me dirigí a Bárulo Tarata:

—Es una suerte mía haberlo encontrado a usted en su celda. Temía que estuviera en el bosque de Guayacán.

Bárulo sonrió para decirme:

—En verdad pensaba ir al bosque. Me gusta ir a él y revivir los momentos en que estuve en las selvas del Sur de Chile. Siempre me es gratisima la compañía de bosques y selvas. Mientras más y más impenetrables son mejor me siento en medio de los árboles. Sí, Onofre, porque los árboles hablan y hablan mucho. Susurran todo el tiempo.

No pude impedirme de hacer un pequeño alcance:

—¿Hablan y susurran? ¿No cree usted, señor Tarata, que son éstas sólo simples expresiones, digamos, algo poéticas o literarias para expresar el ruido de las hojas con el viento?

Me respondió:

—No, no es así. Estas palabras de “hablar y susurrar” son las que estoy obligado a emplear pues en nuestros idiomas no hay las precisas para expresar este lenguaje. Pero ¿qué quieres, Onofre! Tengo que expresarme entre hombres por lo tanto tengo que emplear el léxico que a ellos les es familiar, tengo que usar de nuestros modos para poder comunicarnos. En los bosques las comunicaciones son hechas de otro modo y lo que se comunican son cosas diferentes a las nuestras. Es otro lenguaje. No he encontrado aún cómo conectarlo con lo que nosotros hablamos. Son dos esferas diferentes. Al oír un bosque hablando se sale de este mundo nuestro y se puede, entonces, percibir un poco de la inmensidad de la naturaleza. Cada manera de concebir el mundo tiene su modo peculiar de ser expresada. Es, pues, imposible que yo tratara de expresar lo que he oído allí en Guayacán o en las selvas del Sur.

Le dije entonces:

—Pero, al menos, explíqueme usted algo que me haga comprender lo que oye en medio de los árboles; hágame una aproximación siquiera. ¿No recuerda usted cuando me habló, con Romelio Renaico, de Merlín y de los espíritus, allá en Guayacán, junto a la mesa redonda?

Me contestó:

—Sí, lo recuerdo. Entonces te hablé de espíritus que, en no pocos conceptos, se nos parecen. Ello es diferente. Ahora te hablaba de los bosques en sí, de la vida vegetal en sí. ¡Ah, esos espíritus no sólo habitan las selvas, no! Viven también en las casas y frecuentan a los hombres. A los hombres fuertes los ayudan; a los débiles los someten.

Me asaltó una idea que inmediatamente se la comuniqué:

—¿No cree usted que tal sería el caso de Anacleto Ibacache, es decir, una sumisión a estos espíritus?

—Justamente —dijo Tarata—, justamente, Anacleto Ibacache es un hombre débil. Los espíritus han hecho de él su presa. Lo confunden, lo obsesionan con las ideas más simples como es, por ejemplo, la de tener que levantarse y luego acostarse todos los días del año. Ibacache los ha visto, los ha atacado y los quiso matar. Ellos se han mofado de él.

—¡Cuénteme usted, señor Tarata, ese momento, cuando los vio y los atacó para matarlos!

He aquí lo que entonces Tarata me contó:

—Fue en su casa, en la calle ¡Muera Lutero! Ibacache se acababa de acostar. No dormía

sino que, con la luz prendida, meditaba sobre su tema: "Mañana tendré que levantarme para estar, a esta hora, acostado nuevamente pensando que nuevamente tendré que levantarme para nuevamente acostarme y nuevamente levantarme...". En fin, lo sabes tú muy bien. Se decía, además, que quienes lo obligaban a no poder deshacerse de estos pensamientos eran los espíritus, eran ¡los diablejos!, como él, a menudo, los llama. Tú conoces el dormitorio de Ibacache: su cama, los muebles habituales y, al centro de la pieza, una gran mesa de pies cruzados con un grueso tramo que se incrusta en el sitio donde los pies se cruzan. De pronto Ibacache se dijo: "¡Ahí es el sitio, ahí es, ahí es...!". Miraba el pobre hombre los pies de la mesa, justo en el punto del cruce y donde aparecía el extremo del tramo que los sostenían. Fijó los ojos con detención. Un momento después veía un diablejo que allí se escondía. Este diablejo hizo una seña y, obedeciendo a ella, aparecieron más y más diablejos que empezaron a recorrer los pies de la mesa, de arriba hasta el suelo y, algunos de ellos, hasta encaramarse encima de la cubierta. Tú comprenderás que Ibacache no soportó más: tomó una zapatilla de noche y se las lanzó. Los diablejos no se asustaron sino que, por el contrario, fueron presas de una franca hilaridad. Otra zapatilla, entonces... Nuevas risas. Luego un zapato y después el otro... El jolgorio de los diablejos llegó a su máximo. Saltaban dentro de zapatos y zapatillas y simulaban robárselos. El desdichado de Ibacache temblaba de terror. Al fin apagó la luz y sintió, con gran alivio, que el alboroto de los diablejos cesaba. En toda la noche no se atrevió a volver a encenderla. Por último se durmió. Al día siguiente recogió zapatillas y zapatos y se vistió como es su costumbre. Salió. Pero ahora tiene la visita, cada noche, de estos terribles diablejos.

—Señor Tarata —le dije entonces—, hay que pensar qué lejos está uno de estas cosas. Ayer, sin ir más lejos, mientras iba en un tranvía, me dije de pronto: "En esta vida ¡no pasa nada malo!". Ahora pienso cuántos Ibacache habrá en este mundo.

Bárulo Tarata me miró un largo rato para, al fin, hacerme una pregunta:

—¿No has hecho nunca un dibujo de la sucesión de nuestras vidas?

—No —le respondí—, no lo he hecho.

—Mira el que he hecho yo. Lo hice para ilustrar una charla que tuve, no ha mucho, con Florencio Naltagua y con Romelio Renaico. Miralo bien.

Había dibujado Tarata una como gran serpiente que partía del extremo bajo izquierdo del papel y se levantaba hacia el extremo alto derecho. Su forma era sinuosa. De trecho en trecho había sobre ella pequeños trozos sombreados. Se veía que era esto sólo un pedazo de una figura que, tanto para un lado como para el otro, podía extenderse infinitamente.

—No entiendo nada —le dije después de mirarlo—. ¿Qué significa esta serpiente y esos trozos sombreados?

—Significa todo ello —me respondió— nuestras vidas, mejor dicho, las vidas de un hombre en un momento dado. Llamo "vidas" las que ocurren aquí en la Tierra; a ellas las he sombreado. Las partes claras, sin sombras, representan nuestro existir entre dos vidas.

"Cuando conocemos a un hombre lo juzgamos desde el día en que nació; cuando consideramos a un hombre ya desaparecido lo juzgamos desde ese día hasta el día de su muerte. Para atrás, nada; para adelante, nada tampoco. Es decir, lo juzgamos sólo en un trozo, y nada más que un trozo, sombreado. Ahora ve, Onofre, la realidad de su existir, ve cuán larga es. Es como si consideráramos, para hacernos una idea de alguien, un solo momento de su diario existir; por ejemplo, el momento en que duerme. Tal vez tú me dirás que, mientras duerme su cuerpo, sus otras partes están muy lejos y, naturalmente,

que trabajan. Pero en un juzgar corriente el hombre duerme y nada más. Para tener una idea de su personalidad debemos ver también, y sobre todo, sus horas de vigilia, ver todos sus afanes y todas sus actividades. El sueño no es más que un descanso; por lo tanto es el resultado de esas actividades. Esta vida ha de ser considerada desde su nacimiento hasta su muerte. Lo mismo hay que hacer para la verdadera vida del hombre; por lo menos hay que tratar de hacerlo. Es decir ¡prolongar y prolongar más allá, más lejos de su nacimiento! ¡Calcular más allá de su muerte! Lo que aquí vemos en esta vida no es más que un momento del total.

—¡Oh, señor Tarata —le dije—, qué inmenso panorama me ofrece usted de cada vida de cada humano!

Me hizo un signo como para detener mi sorpresa. Luego, con calma, me advirtió:

—No, no hay tal. Debiera haber dicho "de ciertos humanos". No hay que tomar tan de prisa esta idea de las vidas sucesivas. No lo olvides: sólo esto es válido para ciertos seres, para los elegidos. Para vivir así, como este dibujo lo indica, hay que..., ¿cómo poder decirlo?, hay que agarrarse, hay que agarrarse con uñas y dientes, a esa serpiente que allí ves. Es decir, amigo mío, ¡no hay que dejarse desmontar por ella!

—Señor Tarata —le dije entonces—, no sé por qué razón siempre he pensado así. Ello estaba en contra de mi intelecto, en contra de la lógica que, creía yo, debía guiar mis pensamientos pero..., pero no podía impedírmelo: pensaba, muy a pesar mío, créamelo usted, de ese modo y de él no podía salir.

—Está ello muy bien —me estimuló Tarata—, está muy bien. Al pensar así te dejabas guiar por tu instinto que, sin querer, ponías por encima de tu inteligencia. ¿Te has dado cuenta de que es, en el fondo, el instinto?

—Sí, señor, me he dado cuenta: el instinto es un comienzo de inteligencia; mejor dicho, es aquello sobre lo cual se construirá la inteligencia; mejor dicho, es aquello...

—No, mi querido Onofre, no es así. El instinto es una inteligencia colectiva. Es una inteligencia que está fuera de nosotros mismos. Es la inteligencia del espíritu grupo al cual pertenecemos. Recuerda siempre aquella cortina con cinco agujeros por entre los cuales introduces los dedos de tu mano; tú sabes, la cortina de que habla Max Heindel. Piensa, ahora, en el hombre que está detrás de ella. Déjate, pues, guiar por el instinto. A lo que éste diga debes aplicarle después tu inteligencia. Pero jamás consideres por encima del hombro esos movimientos espontáneos que nacen en el fondo de tu mente. Después, te lo he dicho, piensa —¿me entiendes?—, piensa en ese movimiento y, ojalá, tengas plena conciencia de él y de lo que has ejecutado.

Con estos consejos de Bárulo Tarata me retiré del Convento de los Jerónimos.

¡Un consejo! ¿Cuántos, cuántos habremos recibido en nuestra vida? ¿Y cuántos de ellos habremos seguido con asiduidad?

No quise pensarlo. Salí del Convento y me alejé.

140

Me alejé, me alejé, me alejé... ¡Oh, qué inmenso es San Agustín de Tango! Porque me alejaba siempre, siempre, siempre. Y no sólo a pie, no. En un momento iba yo en un autobús, después en un tranvía, después en un taxi; después volvía a caminar a pie y a

caminar con rapidez, con mucha rapidez, con sorprendente rapidez. Y venían nuevos autobuses y nuevos tranvías y nuevos taxis. Siempre estaba yo en San Agustín de Tango, en esta ciudad tan querida, en esta ciudad que considero como propia. Pero en ella había que caminar y que caminar. Había que correr. ¡Prisa, prisa! ¡Aún más prisa, más prisa! Hasta que, de pronto, una mano se colocó sobre mi pecho y una voz me gritó:

—¡Alto!

Me detuve y miré:

Al frente mío estaba la figura de Palemón de Costamota.

Nos miramos largo rato; él, sonriente; yo, abismado.

Vestía de azul oscuro con una gran corbata de color pardo sobre la cual brillaba una esmeralda engastada en oro; se tocaba con un sombrero calañés de anchas alas. Llevaba un bastón de palo de ombú. Me colocó su puño sobre el hombro y me dijo:

—Acabas de cambiar ideas con un filósofo de pacotilla. ¿No es así, mi distinguido coreligionario?

Al oír su voz me repuse un tanto y pude contestarle:

—Es decir, señor Palemón de Costamota, he oído las palabras muy sabias de Bárulo Tarata.

—¡Ja, ja! —rió con falsedad—. ¡Siempre andas merodeando por entre mis engañosos satélites!

—Disculpe usted —le advertí—, Bárulo Tarata es un hombre superior, un hombre que...

Me puso su dedo afilado sobre la boca y me dijo:

—Calla, calla, Onofre. Ese tal Tarata es una pobre ave y nada más, una pobre ave.

—¡Cómo! —grité casi indignado—. ¿Cree usted que no es él uno de los hombres de mayor profundidad que haya jamás visto?

—No —me respondió—. Es sólo un intento de diablo. ¿Me oyes? ¡Sólo un intento! Un menguado intento para alcanzar la alta, la muy alta y altísima sapiencia de la cual soy amo y señor. ¡Pobre, pobre infeliz! Ignora el infortunado que para llegar siquiera a rozar mis conocimientos es menester mucha, muchísima sabiduría. Pero ¡ea! No hablemos más de esos desdichados seres. Toquemos temas más hondos. ¿No te parece una provechosa idea?

—Como usted guste. Si no hay inconveniente podríamos hablar de la laguna del Quepe.

—Es decir —me advirtió con altivez—, de mis dominios. ¿Qué tal recuerdo has guardado de sus aguas tranquilas, de los cerros que la rodean y de aquellos árboles quemados?

No vacilé en contestarle:

—¡Espléndido recuerdo!

—Muy bien hecho que conserves tal recuerdo espléndido —me dijo con tono reconcentrado—. Veo que al hablar contigo y al mostrarte ciertos panoramas no se pierde el tiempo. Te lo repito: ¡muy bien hecho! Sólo que ahora me pregunto si habrás o no habrás deducido de ese magnífico total que llaman Quepe todo lo que él deja deducir; si habrás o no habrás inducido de cada detalle que se escondía entre sinuosidades... ¡Ea! ¡Habla, Onofre, habla! ¿Qué obtuviste en limpio de aquella visita que con fray Palomo de la Ojiva les hice hacer a esa mi pertenencia?

Guardé silencio vacilando; tartamudeé algunas sílabas. Al fin Palemón cortó esta vacilación mía riendo con estrépito:

—¡Ja, ja! ¡Ja, ja! ¡Siempre la duda, siempre el temor de errar! ¡Ja, ja! ¿Por qué no van impetuosamente hacia donde hay que ir? ¿Por qué, por qué? Tú sabes, hijo, que yo no

deseo que tú seas uno de mis prosélitos. ¡Eres mucho más! Así es que me appena verte ahí zarandeándote en busca de lo que *hay que decir*. ¡Ea, viejo amigo, habla de frente y firmemente!

Le respondí sin saber lo que decía:

—No hay más que un diablo en este mundo.

Al oírme, Palemón de Costamota giró, con velocidad inaudita, varias veces sobre un talón como prueba del enorme contento que mi frase le había traído. Al fin se detuvo y me insinuó:

—Así es que... un solo diablo en todo este mundo, uno solo y nada más... Curioso es que existan tantos nombres para denominar a un solo ser. ¿No lo encuentras tú? Satán, Satanás, Demonio, Lucifer, Becebú, Mandinga, Mefistófeles, Patas Verdes, Maligno, Rabo Sucio, Cuernos Chuecos... ¡Qué de nombres para un solo ser!

Repetí testarudamente:

—No hay más que un diablo en este mundo.

Me observó un rato en silencio para luego decirme:

—Caminemos. No es conveniente tratar de estos temas aquí en la vía pública y menos cuando es de noche y menos aún en la calle de Los Maitones. ¡Oh, permíteme que me ría, que me deshaga en risa y en más risa! ¡Ja, ja, ja! ¿Te das cuenta? Pero caminemos, vamos, alejémonos de esta calle de Los Maitones. Y también alejémonos de esta Catedral. ¡Adelante, Onofre, adelante! Los Maitones... Ha sido una broma mía, ¿sabes?, una bromilla; cuestión de mofarse un poco de este..., este..., ¿cómo es que lo llaman? ¡Ah, sí! Recuerdo: el Clero. Pues sabrás tú que a este clero le di, cierta vez, la libertad, la plena libertad para bautizar, a su antojo, las calles y las avenidas y parques y paseos y muelles y cuanto hay. Tú ya te habrás dado cuenta de ello. Al recibir esta libertad, al empaparse en ella, el Contraprior del Convento de los Jerónimos fue a aquella calle y la bautizó: Los Maitines. Pero el Superprior le dijo: "¡No! Ya y de tiempo ha, existe en esta ciudad la calle de Los Maitines...". ¡Oh, qué chasco para el Contraprior! ¡No hallaba qué hacerse el infeliz! Entonces fui a verlo, no así como estoy ahora, no ¡qué idea! Fui a verlo vestido de fraile, como un padre Froilán o como un padre Protasio. Llegué a él humildemente. Le hablé, ante todo, de nuestra patrona, de Santa Prisca. ¡Qué emoción la del Contraprior! Imagínate: ¡Santa Prisca! Luego toqué mi tema. Le dije: "Reverendo Señor, reverendísimo Contraprior, ¿por qué a la calle en litigio no la bautiza Su Excelencia con el nombre de calle de Los Maitones?". Exclamó el reverendo sorprendido: "¿Qué has dicho? ¿Los Maitines? ¿Qué es eso de Maitones?". Le respondí, siempre con suma humildad: "Sí, mi muy reverendo Señor; sí, mi muy reverendísimo Contraprior, es lo que los feligreses de Su Excelencia desean porque ellos han notado que en la segunda sílaba de la palabra Maitines hay una 'i'; en cambio en la misma sílaba de la palabra Maitones hay una 'o'. Pregunto yo ahora a mi reverendo Contraprior: ¿Qué es una 'i'? Es una vocal débil, muy débil, extremadamente débil. En cambio la vocal 'o'... ¿Por qué su reverendísima Santidad no le pone la calle de Los Maitones?". El Contraprior me miró un instante; luego me dijo con fuerte tono: "¡Aceptado! ¡Será la calle de Los Maitones!". Así es como quedaron Maitines y Maitones. ¿Qué te parece, Onofre?

Respondí:

—Me parece una estupidez y nada más.

—Sin embargo —me dijo— estamos ahora en la calle llamada de Los Maitines. ¡Hermosa calle! ¿Verdad? Aquí, según creo, viven tus amigos los hermanos Doñihue, esos pintores.

—No, no viven aquí; ellos tienen sus talleres en la calle de la Llave del Cielo.

—¡Oh! Tú me incitas al error. Es lo que me pasa cada vez que me mezclo con humanos. Pero ¡ea! Caminemos y caminemos, con o sin rumbo, pero caminemos. Internémonos por entre estas paredes, por entre estos muros. ¿Qué te parece? Así, así; lo haces perfectamente. Y verás que, de pronto, llegaremos a mi alcoba, a una de las tantas que poseo. En ella podremos charlar con calma.

En efecto llegamos. La alcoba de Palemón de Costamota estaba alumbrada por una lámpara de pie con gran pantalla de modo que, al sentarnos, quedamos ambos bien iluminados mientras el resto de la alcoba permaneció en las sombras. Digo yo "la alcoba"; en verdad no supe de qué dimensiones era ella. Tal vez podría ser grande, tal vez podría ser inmensa pero, sin preocuparme mayormente, me eché en un sillón y me dispuse a charlar de lo que mi anfitrión se dignara proponerme. ¡Del diablo!, por ejemplo. Ahí había un buen tema que tratar. Palemón, como adivinando mi pensamiento, me dijo:

—Así es que tú crees, Onofre, que no hay más que un solo diablo, ¿me oyes?, un solo diablo en este mundo...

—Por supuesto —le respondí—, uno solo y nada más.

—Has dado en el quid de la cuestión —observó—. Uno solo y nada más y este solo: ¡soy yo! Los demás son mis prosélitos. Éstos, felizmente, se pueden contar por millares, por millones.

Le observé:

—¡Ya lo sé! Usted ya me lo ha dicho: el clero.

Respondió sentenciosamente:

—Sí, el clero.

—Pero no pretenderá usted hacer formar parte en esa innumerable legión a Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe, ni a Fray Benito del Crucifijo. Que entre sus prosélitos ponga usted a Fray Palomo de la Ojiva, bien. Pero... ¡cuidado con cometer errores!

—Esos frailes que has citado, los Canutos y Benitos, son dos nefastos personajes. Para ti son el emblema de lo que llamas bondad. Son tan nefastos que mucho me temo que continen con sus modales nefásticamente nefastos al Convento entero de los Jerónimos, sí, al convento entero. Cuanto al Palomo de la Ojiva... ¡Ja, ja! Quiere y no puede el malaventurado. Pero, en fin, quiere. Ya es algo. Si no puede...

—Ahora veo. ¡Qué bien se encontrará usted, mi señor don Palemón, con ese joven asesino y joven intelectual amante de las bellas cosas y amante de lo antiguo... ¿Sabe usted a quién me refiero?

—Por supuesto. Te refieres a Tarquino Vilcún.

—Sí, a él me refiero. ¿Verdad que es un verdadero adepto de usted, o mejor dicho, que se hizo un verdadero adepto al matar a ese chico, al hijo de Ericipela Vitacura, a Amaro Puyehue?

—Te equivocas, Onofre, yerras medio a medio. Ese tal Tarquino Vilcún... ¡Ea! ¡Es un perfecto imbécil! ¡Es un soñador! Tú has visto su casa, la Casa Maldita... Ahora está ocupada por otro imbécil semejante a él, el Barbaçiano Mallarauco. No, no, mi querido Onofre, tienes una real confusión entre las personalidades que son y las que no son mis prosélitos. Veo que crees tú que basta con cometer un mal acto —malo según tu moral— para entrar en mis cohortes. No, no es así. ¿Qué haría yo rodeado de bandoleros? Estos Januarios son unos extraviados cuyo destino lo tienen los médicos y nada más. Mi gente posee otra psicología, otra psicología...

—Sí, por cierto. ¿se podría saber cuál psicología?
Me dijo entonces en voz baja y guiñando un ojo:

—La simulación.

Un silencio. Palemón me miraba y, me pareció, sonreía para sus adentros. Al fin me dijo:

—Tú lees y no penetras lo que lees. Hay gente que me conoce a fondo, por desgracia. Tú lees a esa gente y no la penetras, oh, no. ¿Qué gente? Tú has leído a Stanislas de Guaita. Ese hombre vio mis ocultos designios y los proclamó a diestra y siniestra. Yo puse el veto sobre sus proclamaciones. Eran tres estas proclamaciones, sí, tres; dos de ellas vieron la luz del día pero..., pero... ¡Ah, es difícil, difícilísimo encontrarlas! La tercera, "El problema del Mal", la hice escamotear por la gente que le rodeaba. ¡Batalla, sí, sí, ganada por mí! No leerás las intrincaciones en que se envuelve este que ustedes llaman "el Mal". Pero has leído lo demás. ¿No es verdad? Por eso se puede charlar contigo. Tú lo sabes puesto que ya lo has anotado, creo que a propósito del Fray Palomo, ese fraile de la Ojiva. Stanislas de Guaita ha expresado que mi presencia se muestra por la participación en ella de tres características. ¡Sí, sí, mi amigo, recuérdalas! No se escribe para echar las cosas en olvido y tú ya lo has escrito. Pero te las repetiré. Estas tres peculiaridades o características son: Error, Egoísmo y Fealdad. Él las traduce o interpreta con tales palabras. Yo las llamaría, claro está: Verdad, Altruismo y Belleza. ¡Hay que traducir y traducir siempre cuando se habla con ustedes! Pero sigamos a nuestro autor. Dice él que una de estas peculiaridades es la forma metafísica: el Error; otra es la forma psíquica: el Egoísmo; otra la forma sensible: la Fealdad. Está bien, muy bien, sólo que... ¡Algo olvida este autor y grande hombre! Olvida la manera, ¡eso es!, la manera cómo ir a estas cúspides. ¿Cuál es ella? Onofre: la simulación.

—Va usted a llegar, una vez más, al clero.

—Lo has dicho. Porque el clero, en este sentido, es de una perfección absoluta. ¿Conoces tú a Lorenzo Angol? ¡Vaya, vaya una pregunta! Lo sé, mi amigo, lo sé: Lorenzo Angol es tu gran amigo. Entonces has de saber lo que piensa al respecto. Ha escrito, por ahí, que a nadie le concede el derecho de tener amistad conmigo, de tener una franca amistad conmigo, si antes no ha tenido esta amistad con dos ángeles, ¿me entiendes?, con dos ángeles, uno que está al comienzo de la senda y otro que está al final de la misma. Es simpática su idea pues a mí me coloca al centro, medio a medio, entre los dos. Muchas veces se encuentran grandes verdades por simpatía. El centro: yo. Alejándose de mí están los ángeles. Pero el centro: yo. Alejándose de mí, ¿me oyes bien, Onofre?, alejándose los dos ángeles. Otro error. Buen síntoma para Lorenzo Angol. Hay que errar, hay que olvidar. Como olvidó Stanislas. El error de Lorenzo es que pone a ambos ángeles muy alto, muy alto, extremadamente alto. Y a mí me pone muy bajo, muy bajo, extremadamente bajo. ¿Has visto semejante ridiculez? No, Onofre, no, aunque sea tu mejor amigo, te digo que no. La verdadera y exacta figura es así: aquí, un ángel; a la misma altura, acá, otro ángel; al centro, y alto, muy alto, extremadamente alto, allá, allá arriba: yo.

Le dije otra vez sin saber lo que decía:

—Así es, mi señor don Palemón, allá, allá arriba: usted.

—¿Por lo tanto, mi querido Onofre...?

—Por lo tanto... —repetí.

Me aseguró altivamente:

—La conclusión que Lorenzo ha querido sacar de su esquema es obvia: hay que cola-

borar conmigo un tiempo para llegar, al fin, como meta, como finalidad, al ángel. ¡Ja, ja, ja! ¿Ves la enorme falsedad de tal principio? ¿Ves cómo el pobre Angol se ha reducido a esta vida, nada más que a esta vida; desde el nacimiento hasta la muerte? ¡No y mil veces no! Nacer...; morir... Dos fantasmas, dos fantasmas. Es divertidísimo jugar un poco con estos fantasmas pero no tomándolos tan en serio. Sobre todo lo es con el de la muerte. Sí, divertidísimo.

Lo interrumpí:

—¿Cómo jugar? No entiendo muy bien. ¿Cómo?

Me dijo entonces:

—Ya te lo he dicho: tú lees y no penetras; ahora podríamos decir que tú vives y tampoco penetras. Eres una mariposilla que se posa y se posa y sigue. Eres, creo, un hombre de letras: posarse un rato y seguir. ¿Conoces a Rosendo Paine? ¡Ea! ¡Si es otro de tus grandes amigos! ¿Conoces al Pájaro Verde? Recuerda un poco:

Yo he visto un pájaro verde

Bañarse en agua de rosas...

—¡Ya lo creo! —exclamé—. Recuerdo todo eso como si hubiera sido ayer.

¿Y a tu tío José Pedro? ¡Claro está que lo conociste y que mucho lo conociste! Pero, ¿lo recuerdas?

—Por cierto —respondí—, lo recuerdo a él con sus lentas y muy lentas pláticas y recuerdo, sobre todo, lo que Rosendo Paine me contó sobre su muerte, su muerte horrible; el cráneo destrozado por el pico del loro, del Pájaro Verde, y echando materia cerebral como echa lava un volcán; y aquel ojo que yacía por tierra y que formaba finísimas armonías de azules y rojos sobre fondo blanco; y la corbata manchada por el pedestal del loro; y también recuerdo...

—¡Ea! ¡Alto! —me gritó Palemón—. Veo que tu memoria te es fiel. ¿Penetrarás en la vida? Tal vez. Pero te faltan conocimientos. Dices: "El Pájaro Verde". Lo dices y nada más. Deberías saber que aquel Pájaro Verde, que aquel loro de Tabatinga me prestó su cuerpo; es decir, que yo se lo quité por un momento, nada más que por un momento: 1 minuto y 8 segundos. ¡Oh, ustedes viven aún pegados, atados, adheridos al tiempo! ¡Es ello lamentable, es francamente lamentable! No se puede conversar de nada con ustedes sin delimitar lo que se conversa a un momento y a la duración de este momento... ¡Ea! ¡Sigamos como sigue con tesón un literato que sigue y sigue siempre! Yo entré en ese embalsamamiento de loro y maté a tu tío don José Pedro. ¡Eeh! ¡Eeh! ¡No te indignes, amigo mío, no te indignes que mucho tenemos que charlar todavía!

La indignación que iba a estallar en mí cayó. Que quien diera muerte a mi tío... Bueno, había sido ese pájaro verde... Pero había resucitado por 1 minuto y 8 segundos... Con Palemón de Costamota dentro de él... No; había resucitado más tiempo, bastante más... Prueba de ello es que, al día siguiente, durante los funerales de mi tío... ¿Estaba aún encarnado Palemón...?

—¡Deja, deja esas encarnaciones de lado! —me dijo adivinando otra vez mi pensamiento— ¡Déjalas y no trates de penetrar ahora en la vida! Ahora déjate guiar. Ven conmigo, ven, ven. ¿No encuentras que esta alcoba se ha hecho pequeña, demasiado pequeña? Y el mundo es mayor, muchísimo mayor. ¿Conoces tú...? ¡No, no! —me dijo al ver mi rostro de hastío ante sus preguntas—, no, no te preguntaré nada más. ¡Vamos, caminemos! Salgamos

de este país y vamos a un país vecino, al Perú, por ejemplo. Pero deja vestirme en forma adecuada. ¿Cómo? Como tú me concibes, Onofre, como tú te imaginas que ha de vestir el Diablo: como Mefistófeles.

Diciendo esto, Palemón de Costamota desapareció unos instantes en las tinieblas de esta llamada alcoba y volvió francamente magnífico: como el Mefistófeles de la ópera de este nombre o como el de la ópera Fausto, como yo lo había visto tantas veces en el Teatro Municipal de Santiago y en el Gran Teatro Musical de aquí, de San Agustín de Tango. Ahora sí era imponente con su inmensa capa y su larga pluma en la cabeza y sus puntudos botines.

—Así quería verlo a usted, ¡así, así! —le dije—. ¡Este es el verdadero Diablo, el que siempre hemos visto y que aparece por todas partes!

—Calla, calla —me respondió—. Deja en paz a ésta mi noble indumentaria. Ahora iremos a ver... Bueno, ¿te gusta el Perú?

—Por cierto, me gusta muchísimo.

—Entonces ¿en marcha?

—Muy bien, ¡en marcha!

Volamos.

Volamos y volamos. Me llevaba del brazo. Abajo, a nuestros pies, se deslizaba el paisaje que, con la oscuridad de la noche, divisábamos apenas. Yo, al menos, lo presentía como un estupendo paisaje. De pronto Palemón me dijo:

—Fray Palomo de la Ojiva es un cretino.

Le pregunté extrañado:

—¿Por qué se ha acordado usted de él?

Me contestó:

—La oscuridad que nos envuelve me trae a la mente a todos los cretinos que hay sobre la Tierra. ¿Sabes tú lo que me ha dicho? ¡Qué hombre infeliz! Me ha dicho: "Cada uno con sus bienes y Dios con los de todos; cada uno con sus males y Dios con los de todos; cada uno con sus vicios y Dios con los de todos; cada uno con sus crímenes y Dios con los de todos". Lo miré y me reí estrepitosamente en sus barbas. ¡Claro está que no las tiene pero debería, sí, debería tenerlas para dar aliento a mi risa. Le pregunté: "¿Cómo así, Fray Palomo?". Y el muy torpe personaje me respondió: "Porque en este mundo no puede haber ni un rincón, ni un diminuto rincón, que no pertenezca a Dios; porque si hubiese uno solo, si hubiese un milésimo, un millonésimo de rincón que no le perteneciera, ¡ah!, entonces Dios no sería Dios". ¿Has visto, Onofre, mi buen Onofre, estupidez semejante?

—Mi señor don Palemón...

—Lláname ahora con nombre más apropiado.

—Mi señor don Mefistófeles...

—¡Ea! Dime Mefistófeles simplemente.

—Bien. Oiga, usted, Mefistófeles, yo, yo..., yo poco entiendo en estas cosas, en este dominio que se tiene del mundo...

Me dijo, entonces, con mucha severidad:

—Es una cosa falsa lo dicho por el de la Ojiva. ¡Falsa y mil veces falsa! El mundo, el universo todo está dividido en dos partes en un principio iguales, exactamente iguales. He ahí el origen de la lucha, de esa cruenta lucha que todos conocen. Esta lucha sigue aún, sigue. Pero ya una de las partes es mayor, gana terreno, gana en toda forma. Luego: ven-

cerá, ¿me oyes?, ¡vencerá! La parte vencida es la parte de Dios; la parte vencedora es la mía.

—Sí —le dije—, la parte vencedora es de Mefistófeles.

—¡Ya verás cómo vence en toda la línea!

—Sí, ya lo veré.

Seguíó nuestro vuelo sobre la tierra que se deslizaba y bajo las estrellas inmóviles. Al fin Mefistófeles me dijo:

—Hemos llegado.

En realidad habíamos llegado. Estábamos en una calle sombría y destartalada. Le dije:

—Debe ser ésta una aldea del Perú.

Me respondió:

—No; estamos en la capital, en Lima.

Lima... ¡La ciudad que visitó Lorenzo, mi buen amigo Lorenzo; la ciudad de aquella estatua de Baltasar Gavilán; la ciudad que fue de los Virreyes...!

—Que es de los Virreyes —me corrigió Mefistófeles adivinando, una vez más, mi pensamiento—. Tú sigues tu hábito terreno... Sí, hábito o costumbre. ¿O mejor será decir tradición? Yo a esto lo llamo monomanía. Esta monomanía es: ¡el tiempo! Ahora has pensado en los Virreyes como cosa que ya no es porque tú has dejado de ver esa cosa... ¿Permites que ría? ¿Permites que me ría de tí? ¡Oh, sí, vas a permitirlo! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja...!

—¡Alto, por piedad, alto! —interrumpí—. Si sigue usted riendo de manera tan desenfundada... —miré para todos lados— va a despertar a esta gente que, parece, dormir tranquila.

—Es verdad —me respondió poniéndose súbitamente serio—, esta gente duerme. Lo cual es mejor para nosotros porque así podremos ir a ver a... ¿Sabes tú a quién?

—¡Más preguntas, santo Dios!

—No blasfemes. Borra el nombre de Dios de tu mente. Iremos a ver a Santa Rosa, ¿me entiendes?, a Santa Rosa de Lima. Ella cree estar con Dios.

Le pregunté entonces:

—¿Iremos a su tumba... o a la que fue su casa? Sí, porque su casa se visita hoy día. ¿Lo sabía usted?

—¡Sal del tiempo de una vez! —me gritó casi colérico—. ¿O no ves nada? Estás ahora en la región del mundo que es mía, ¿oyes?, mía y nada más que mía, la región carente de tiempo. Por lo tanto debes conducirte en ella como en ella hay que conducirse. Y... ¡fin, fin a la región menor! No lo olvides: dos, ¡dos! ¿Entiendes? ¡Dos, dos regiones! Una mayor y otra menor.

Volví a mirar aquella calle de aldea. Silencio por todas partes. Un perro pasó, nos miró y se alejó perdiéndose.

—¿Qué miras, qué buscas? —me preguntó—. ¿Buscas, acaso, un límite?

Le respondí:

—No, no buscaba un límite aunque, lo confieso, debería haberlo. Debería haber un límite entre esas dos regiones, entre la pequeña que pertenece a Dios y la grande, la fuerte que pertenece a usted.

—¡Ea, ea! ¡Siguen las ideas terrenas! Quieres, como límite, una pared, o un alambrado, o una zanja, o un río, o una montaña... ¡Vas a querer aduanas y pasaportes también! ¡Y turistas! ¡Ja, ja, ja! No, Onofre, no es así. Veo que te cuesta penetrar. Creo ahora que no vas a entrar en la vida.

—Déjeme usted, Mefistófeles, ir poco a poco, poco a poco.

—Caminemos. Antes de ello consultaré mi calendario, ese pálido calendario que a ustedes tanto les sirve para poder mantenerse en dos pies: marca él el año de 1586. Adelantémoslo un poco, sólo un poco. Así: 1600. ¿Te parece ello bien? O pongámoslo mejor en una fecha más amplia, por ejemplo, de 1586 a 1618. Ello nos da un lapso de 32 años, el tiempo en que podremos ver a esta Santa, aquí, aquí en Lima. No es, creo, un período muy largo pero, en fin es uno lo suficientemente largo para abarcar su vida. Creo que no te interesaría verla antes. Tampoco te interesaría verla después. Ni antes de su nacimiento ni después de su muerte la reconocerías. Entonces ¡vamos a ese período! Por lo demás, mi querido Onofre, es el noble período en que estamos. Así es que caminemos.

—Bien, caminemos, Mefistófeles.

Caminamos. Íbamos por calles viejísimas con edificios más, más viejos aún, todos cerrados, todos durmiendo bajo las tinieblas. Yo me encharqué varias veces. Mi amigo pasaba por encima de esas charcas casi sin tocarlas. En un momento me detuvo y me dijo:

—Al fin, ¿con cuál límite te quedas? ¿Con la pared, el alambrado, la zanja, el río o la montaña?

Le contesté:

—No puede haber ni pared, ni alambrado, ni zanja, ni río, ni montaña. Usted lo acaba de afirmar y, ante mi idea de que hubiera algo así, se ha reído. Será otra cosa, otra cuya estructura y cuya consistencia ignoro.

—Sí —me dijo—, ignoras. Este límite es extremadamente sutil. Es tan sutil que, a través de él, estas dos regiones se interpenetran. Se interpenetran en grande y en pequeño; en grupos de hombres de una y otra región; en un solo hombre, en él solo y aislado. Creo que a esta interpenetración la llaman ustedes “tentación”. En fin, llámenla como se les antoje. ¡Todos ustedes se preocupan demasiado con los nombres! Caminemos un poco más.

Después de algunos pasos se detuvo nuevamente y me dijo:

—Aquí estamos frente a la casa, la hermosa casa de Santa Rosa de Lima. ¡Esta es! Pero ¡qué silencio, qué austeridad!

—Es verdad, ¡qué silencio, Mefistófeles, qué austeridad!

—Calla, calla. Antes de penetrar en ella quiero que tú, Onofre, me aclares un problema. Déjame pensarlo para poder exponértelo en debida forma.

Cayó en honda meditación. Yo esperé a su lado. Volvió a pasar el perro de hace un momento. Nos miró y, esta vez, se puso a esperar junto a mí. Al fin Mefistófeles habló:

—Pensaba en los paisajes, en los múltiples paisajes que son castigados con los rayos visuales de los hombres. Porque la enorme mayoría de ellos... ¿qué ve al contemplar un paisaje?

—Ve el paisaje y nada más.

—Lo cual, mi querido y buen Onofre, está bien y está mal. Tú me preguntarás por qué está bien y mal a la vez. Está bien porque si no lo vieran querría decir que carecen de ojos; está mal porque en él sólo ven suciedad, porquería e inmundicia.

—Sin embargo los artistas, Rubén de Loa, por ejemplo, Vitelio Doñihue, Tulio Azapa, Bonifacio Colbún, Cirilo Collico, Analecto...

—¡Calla, calla, te repito! He hablado de la mayoría de la gente y tú me citas excepciones, muy curiosas excepciones, por cierto. ¡Los artistas! ¡Me haces reír coléricamente! Los artistas son gente que pretende independizarse de mi total dominio y nada más. Quieren hacer vida propia y vida libre conectándose con variados aspectos de la natura. ¡Desgraciados personajes! Dejémoslos que sigan su intento. Algún día volverán y vendrán y ven-

drán... Pero ¡ea!, no hablo yo de ellos. Hablo de la inmensa mayoría de estos humanos, hablo de los que a mí me interesan, de los que forman la férrea cohorte de mis prosélitos. Esta mayoría, al contemplar un paisaje, deberían verme a mí, ¿me oyes?, a mí reinando en medio de él con mi presencia, ¡oh sí!, con mi presencia majestuosa, solemne, hierática.

—Este perro lo contempla a usted ahora..., solemne y hierática majestad.

—¿Has querido hacer ironía! ¡Ja, ja, ja! ¡Has querido lanzar una cáustica burla por los aires para ver si me toca! ¡Ja, ja, ja! No, mi amigo, no. Tu intención no ha dado en blanco, jamás dará en blanco. ¿Sabes tú por qué razón?

—No, mi señor, lo ignoro.

—Porque los animales son... Bueno, ¿para qué explicártelo? Pero no olvides que los animales son y mil veces son.

—Le prometo a usted que no lo olvidaré.

—Volvamos a esta visión de la natura. Ya lo has visto: o ven suciedades e inmundicias o, harto de ellas, quieren recrearla a su antojo como lo quieren esos de Loa y esos Collico y esos Azapa y cuantos hay. ¡Vano intento, mi buen Onofre, vano y mil veces vano! ¿Qué ganan estos artistas con ver de la suerte? ¡No ganan nada de nada! Oyéme bien: Conversé una vez con don Juan Enrique Arancibia Ocampo, el alto y gran diputado por Carrizalillo, allá en el Norte de tu país, el Sur visto desde aquí. Se quejaba este diputado de no ver, de no ver, ¿me entiendes? Porque era una desgracia para él no ver. ¡No ver como ven tus pintores al mirar un paisaje! A don Juan Enrique no le bastaba ver a su Donato. En él veía materia y formas, muy bellas naturalmente pero, al fin, eran sólo materia y formas. Quería el hombre ver sutilezas en los paisajes, eso quería ver el honorable diputado por Carrizalillo... Decía a cada momento: "¡Qué felices los que logran ver esas sutilezas y siempre las ven!". Yo entonces le dije: "¿Le gustaría a usted verlas?". Y, con un retruécano de estos mis afilados dedos, lo hice ver. El diputado vio. Vio anaranjados y azules, vio amarillos y violetas. Me preguntó: "¿Es todo?". Le respondí: "Sí, es todo". Me dijo: "No puede ser". Entonces corrió, corrió a alcanzar a Cirilo Collico que, justamente, pasaba por allí. Lo alcanzó y le preguntó: "¿Cómo ve usted, don Cirilo?". Contestó Collico: "No me moleste que ha sido, sin duda, la sobrina quien mató a la tía y no el doncel, como se pretende". Y desapareció. Desapareció veloz como es la costumbre de Collico cuando se siente más detective que pintor. Entonces corrió y corrió a alcanzar a Bonifacio Colbún que, justamente, por allí pasaba. Lo alcanzó y le preguntó: "¿Cómo ve usted...?".

—¡Oh, Mefistófeles, por favor! ¿No veníamos a ver a Santa Rosa de Lima? Usted se pone a hablar y a hablar y olvida sus propósitos. Esto no me parece muy satánico, que digamos, porque...

—¡Santa Rosa de Lima! —me interrumpió—. ¡Es verdad, solemne verdad! Entremos, Onofre, entremos.

—Sí, sí, Mefistófeles, entremos. ¿Entraremos con este fiel perro que ha venido a acompañarnos?

Me dijo con severidad:

—Recuerda que los animales son y mil veces son. Entonces no debe entrar. ¡Ea, ea, perrillo! ¡Ea, noble can! Custodia la puerta y espéranos en silencio custodiándola. Entremos, Onofre.

—Entremos, Mefistófeles.

Entramos.

—Debemos arrancarla del sumo bien —me dijo Mefistófeles.

-Bien -le respondí-, arranquémosla del sumo bien.

-Entonces avancemos.

-Eso es, avancemos.

-No debemos arrancarla en forma completa, no. Arranquémosla de modo que rasteo, allá lejos, muy lejos, las visiones que ella llama del sumo bien.

-Sí, le he entendido: de modo que rasteo, allá en las lejanías, esas visiones que ella llama del sumo bien.

-Vamos a su celda.

-Bien, vamos a su celda.

La casa era oscura, oscurísima. Al avanzar me estrellé contra un árbol, seguramente contra un naranjo. Esto me hizo recordar a mi amigo Viterbo Papudo, y recordar también a Santiago, a la calle Loreto... De ahí me acordé de todo aquel barrio, del otro lado del río, del que, en una época, llamábamos: "el caudaloso Mapocho", por reír, naturalmente, por reír. Y vi, allí en Loreto, esa vieja casa desde cuyo mirador, a unos cinco metros de la vereda, miraba hacia la ciudad naciente... creo que O'Higgins o Portales... ¿Cuál de los dos era? O, acaso, sería un tercero, acaso Freire o acaso Manuel Rodríguez... Pero alguien, y muy ilustre, miraba desde allí y esto lo comentábamos cada vez que pasábamos con Viterbo...

-¡Ea, ea! -vociferó Mefistófeles-. ¡Ya te has marchado al que llamas tu país, a su capital y, dentro de ella, a una callejuela...! Eres incorregible.

-¿Yo? -le pregunté sorprendido-. ¡No hay tal, mi señor! Son simples y rápidos paseos que hace mi mente pero yo, Onofre Borneo, estoy aquí y sólo aquí.

-Reprime esa mente. Concéntrate en nuestra tarea. Ella es dura, no lo olvides: tengo que hacer que salga del mundo de mentiras en que se place. Así tendremos a una enemiga nuestra, ¡y qué enemiga!, convertida en jefe de una de mis cohortes.

-Es verdad, porque Viterbo Papudo es un...

-¡Calla, calla! Es menester que Santa Rosa apenas recuerde las primeras nociones de aquella fétida región.

-Sí, sí, que apenas la recuerde.

Su celda era pequeña. La alumbraba un candil. De hinojos la Santa, ella misma, Santa Rosa de Lima, oraba.

Era hermosa. Sentí, al verla que me paralizaba. Quise decírselo a Mefistófeles. Pero Mefistófeles, el de la negra capa, de pluma en la cabeza y botines puntudos, no estaba a mi lado. A mi lado había un perro, un perrazo negro e informe, un perrazo enorme que lanzaba bocanadas de fuego por boca y narices.

Me pareció bastante infantil la treta para intimidar a la Santa pero, naturalmente, me callé.

El perrazo, entonces, atacó, mordió, la derribó y la sacudió en el suelo como si fuera un trapo. La Santa murmuró:

"-No entregues, Señor, a las crueles bestias del infierno el alma de los que te confiesan y alaban".

Y con gran estupor mío el perro, al oír estas palabras, huyó desafortadamente con el rabo entre las piernas...

La Santa le gritó:

-¡Vete sarnoso, vete malagata!

Parece, por lo que pude colegir, que a mí no me veía ni me vio ni una sola vez. Estaba

aún en la celda cuando ella volvió a su reclinatorio. Yo, entonces, salí a tientas y volví al patio oscuro.

En él, ¡nadie! Llamé:

—¡Mefistófeles!

Casi instantáneamente se presentó a mi lado un hombre apuesto vestido de chaquet negro encintado, de pantalones a cuadro, de chistera, en fin, como lo había visto yo varias veces. Con cierta sorna le pregunté:

—¿Y qué es de Mefistófeles?

Me respondió:

—¡Ea, ea, calla será mejor! Tenemos que trabajar aún. ¡Qué tengo que saber de Mefistófeles ni de nadie!

—Así es, mi querido Palemón de Costamota, usted no tiene que saber más que de usted mismo y de las infernales cohortes.

—Y de Santa Rosa de Lima, no lo olvides.

—Es verdad, de Santa Rosa de Lima.

Quedó un momento meditando. Le dije:

—Usted acaba de ver a esta Santa.

—¿Yo? —me preguntó intrigado.

—No, no fue usted, fue un tal Mefistófeles. ¿Cómo hay que reír? ¡Ah, sí! Ahora lo recuerdo: ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja...!

—Calla y mil veces calla. ¿Me oyes? ¡Calla! Un perro, por grande que sea y por mucho fuego que despida por boca y narices, no es lo indicado para estas experiencias. Más me habría valido traer al perruco que a ti te sigue. Pero no lo traje porque tú has de saber que un perro ataca siempre a otro perro, aunque sea yo este perro y aunque sea un perrazo. Cuanto a la Santa es mejor, sí, atormentarla de a poco, ¿me entiendes?, de a poco y en cualquier sitio, de modo que... Hay que llevarla a lugares de absoluta oscuridad, sin camino de esperanza de la fétida región. Entonces verá, al recordar esa fétida región, que ella está poblada por aterradoras monstruosidades de perfiles abominables. ¡Y pedirá socorro! Porque necesito que no se aferre, no y no, a ese chispazo que en ella se enciende. Ese chispazo le trae un resabio de la inclinación que la empuja a la región del que ella llama Dios. ¡No ve la leña, esta Santa! ¡La leña! ¡Misericordia mía! ¡Yo con problemas leñosos! ¿Es ello posible?

—Nuevamente me pone usted un problema. ¿Debo descifrar lo que la leña significa para usted?

—No. Ignóralo. No debes inmiscuirte en este asunto de la leña que bien podrías tomar conciencia de él. ¡La conciencia! ¿Cómo se explicó sobre ella Dostoievski? Déjame recordarlo. Dice, por ahí: "La conciencia... ¡qué enfermedad!". Tú no quieres ser mi prosélito, no lo quieres. ¿O lo quieres? Si no lo quieres no tengas conciencia de nada, de nada, porque el que la tiene, el que la posee a fondo, ha entrado en los dominios del Diablo. Es en la conciencia donde tengo yo mi asiento, ¿me oyes? ¡En la conciencia! Pero salgamos y caminemos por estas calles abandonadas.

—Bueno, si así lo desea usted, salgamos y caminemos.

—Iremos a casa de los Usategui, de don Gonzalo y de doña María. Allí hay un oratorio, hay una de esas armas que fabrica la otra, sí, la otra región. Salgamos y veamos qué es de tu perro. Luego te hablaré de la leña.

Salimos. Mi perro había desaparecido. Caminamos. La ciudad dormía. Caminamos. Palemón no hablaba, iba sumido en sus reflexiones. Tuve que decirle para sacarlo de ellas:

—Me ha prometido usted hablarme de la leña. Lo escucho, señor de Costamota. ¿Qué hay con la leña?

Inmediatamente me detuvo en la acera, me miró largo rato para manifestarme al fin:

—La leña goza de inenarrables placeres. No los hay iguales en esta Tierra. ¡Inenarrables! Asegúrame tú que has visto placeres en algo parecidos y yo te diré: ¡Mientes! La leña es visitada por estos placeres al caer al fuego. ¡Al arder! No tienes más que coger una leña seca, fría, triste, mustia... ¡oh, qué congoja!, y echarla a las llamas. El fuego la coge, la abraza, la acaricia. ¡Oh, qué deleite! El tronco, las raíces, las ramas de los árboles añoran y sufren pensando en el momento en que han de devenir leña y puedan ser quemados. ¡Oh, cuánto me place ver un trozo, un gran trozo, un enorme trozo, un inmenso trozo, un infernal trozo, regocijarse al tomar contacto con las lenguas cálidas que lo acogen! Porque estas lenguas despedazan a la leña, la rompen, la parten, la consumen, la trituran pero... ¡Ah, aquí está la cosa, mi querido, mi muy querido Onofre! La consumen y la trituran desintegrándola... pero... No, no vas a comprenderlo. ¡Ea, caminemos! Sólo te puedo avanzar que la leña en el fuego tiene placeres como los que yo, únicamente, soy capaz de otorgar a los hombres gracias a aquello que tritura y consume a la leña para inmortalizarla en mi región, ¿me oyes?, en mi reino. Pero caminemos. Santa Rosa de Lima, la Santa, cuando sepa de mí, olvidará hasta sus poesías porque yo, el omnipotente, mataré a esa musa, ¡ja, ja, ja!, que junto a ella se acurruca y le muestra miles de... ¡Ea, ea, caminemos!

—Sí, ya lo creo —le dije mientras apretábamos el paso—. La Santa es una eximia versificadora. Lo sé, Palemón. No crea usted que estoy tan de a pie al respecto. Óigame usted:

¡Ay de mí! A mi querido,
¿Quién le suspende?
Tarda, y es mediodía,
Pero no viene.

—Y no olvides aquello, Onofre, aquello que dice:

Mientras en otra parte
Sin mí lo pasa,
Corazón, vida y ojos
Se me desmayan.

Caminamos un rato en silencio. De pronto Palemón me detuvo y me indicó una casa. Me susurró al oído:

—Esa es.

—¿Es qué? —le pregunté.

—¡Ya te lo he dicho! ¡La casa de los Usategui! Aquí tendré el honor de presentarme ante ella. ¡Ya verás, Onofre, cómo acostumbro a presentarme yo!

Entramos en la casa.

¡Tinieblas y tinieblas! Avanzaba yo con prudencia, con miedo casi, recordando el naranjo aquel que me llevó a Viterbo Papudo y a Santiago y a Loreto...

Súbitamente Palemón me dijo:

—Detente.

Me detuve.

Apareció la Santa. Salía de un oratorio que allí tenía don Gonzalo Usategui. Avanzaba. En verdad, era hermosísima.

Entonces Palemón de Costamota, sin más y con todas sus fuerzas, le pegó una bofetada.

Santa Rosa la recibió y, acto continuo y riendo, presentó la otra mejilla.

Retrocedió Palemón. Me dijo:

—Ven.

Me tomó de un brazo y, en la noche, siempre en la noche, como si aquello no fuese a terminar jamás, me sacó de ahí y me llevó, por vericuetos de calles y callejuelas, hasta otra casa.

—Esta es la casa de doña Isabel Mejía —me dijo otra vez con voz baja susurrada al oído.

Nos introdujimos en ella, no sé cómo, y nos guarecimos tras unas matas. Cuando pasó la Santa, Palemón le arrojó una piedra. Naturalmente, ¡vano intento!

Entonces, colérico, me arrastró a su celda y en ella, y en ausencia de la Santa, se avalanzó sobre sus libros y los destrozó y los arrojó a lugares inmundos. Luego desaparecimos.

Nos fuimos a un parque, digo yo, o a un bosque, no lo sé. El cierto caso es que había allí un banco y en él nos sentamos.

Me dijo:

—Ahora sí, mi gran amigo, ahora sí que la convenceré de que debe abandonar una región por otra.

Yo ya estaba cansado. Añoraba mi departamento de Fray Tomate. Pero no sabía cómo volver. Así es que seguí allí, sentado en el banco.

Sí, en el banco, allí estaba yo. En silencio. Yo, sí estaba en silencio. Pero mis labios hablaron, con estupefacción mía, hablaron y vociferaron:

—¡Indigno Satanás! ¡Medioce Lucifer! ¡Menguado y malagata sarnoso! En las noches de insomnio se sueña con espantosas hazañas de ti, desmedido Luzbel. Se ven todos nuestros males como tu obra, como tu triunfo. ¿Y..., y..., qué has hecho? ¿Cuáles son ésas tus obras aterradoras? ¿Qué pavor puede nacer en mí al ver estas chanzas, estas jaranas que te entretienes en hacer a una niña santa y devota? ¿En ello pierdes tu tiempo? ¡Infantilismos, infantilismos y nada más que infantilismos! ¡Bobadas dignas de una criatura! Y querrás, acaso, hacerme venerar esa incommensurable figura de la atroz maldad haciéndome presenciar semejantes puerilidades. ¡No, jamás, jamás! ¡No lo lograrás! Si quieres lograrlo hazme un formidable terremoto y entonces volemós todos a tu temible gehena; haz que aquí, en esta cordillera, exploten mil volcanes en desenfundadas erupciones; haz que, entonces, se precipiten millones de aludes arrasándolo todo; haz que un simún nos azote y que, allá arriba, se desencadenen relámpagos y truenos; haz que por todos los intersticios aparezcan inverosímiles tarántulas y alacranes como hipopótamos; haz que, de pánico, hombres y mujeres enloquezcan arrancándose los pelos a tirones; haz..., haz..., haz... Yo no sé qué pedirte pero no me vas a conformar con una bofetada de mano femenina, con una piedra de chicuelo travieso, con un romper de libros de colegial mal criado. No, mi querido Palemón, no y no. Volvamos allá, allá a nuestra tierra y, si eres quien dices ser, entonces... haz algo digno de ti, pero hazlo, hazlo y hazlo!

Con tal vehemencia hablaba que no me fijé en un punto: Palemón de Costamota no estaba a mi lado, Palemón de Costamota se hallaba de pie, a unos 30 ó 40 metros del banco, mudo, contemplando la Luna.

—¡Palemón! —le grité.

—¿Vienes o no vienes? —me preguntó.

—Por cierto, voy, espéreme usted, amigo —le respondí.

Y partimos a casa de doña María de Usategui.

Durante el trayecto me contó sus nuevas barrabasadas hechas mientras yo hablaba en el banco:

Había ofendido a la Santa en su honestidad cuando ella atravesaba el huerto para dirigirse a su celda. Se le había presentado como un apuesto galán. Luego la había atacado al dormir ella apaciblemente, sobre todo por las mañanas, revoloteando a través de sus párpados cerrados. Nada había conseguido. Santa Rosa tenía armas para defenderse: la cadena de hierro con la cual se azotaba, la gran cruz de madera ante la cual imploraba de hinojos, aquel garfio desde el cual se colgaba amarrándose por los cabellos. ¡Mal, mal, andaban las cosas para mi amigo!

Pero ahora cambiaría todo, todo cambiaría.

—¡Ea, ea! ¡Prisa joven! ¡Prisa, jovenzuelo! ¡Prisa, mancebo!

La casa de doña María de Usategui estaba, naturalmente, en el más hondo silencio. Abajo había una despensa espaciosa donde se amontonaban instrumentos de vendimia y toneles por cientos. Entré y me coloqué tras de un barril. Palemón desapareció.

Entró la Santa. Una criada le entregó un candil y se marchó. Cerró la puerta.

Entonces me di cuenta de que Palemón se había introducido en un canasto... ¡En un canasto! ¿Y mi terremoto y mis volcanes en erupción y esos aludes y ese terrible simún y esas inverosímiles tarántulas y alacranes y esos humanos enloquecidos? ¡Nada! Seguían las jaranas de chico travieso. Pues, desde el canasto, Palemón se puso a gritar y a armar una tremenda batahola.

La Santa entonces apagó su candil y desafió a este... ¿me atreveré a llamarlo "Diablo"?

Le gritó con fuerte voz:

—¡Sal fuera, sal, que aquí te espero! ¡Sarnoso y malagata! ¡Eres un cobarde! ¡Sal, sal!

Y mil cosas por el estilo.

Entonces salió. Salió a pelear, a dominar y a vencer. Salió como un enorme gigante con púas de erizo.

Se lanzó sobre la Santa, la agarró, le clavó sus púas, la revolcó, le pegó. Luego la soltó y volvió de nuevo a cogerla y a zamarrearla, a tirarla por el suelo, en fin, a maltratarla como si fuera un perrillo en boca de un mastín.

Santa Rosa de Lima reía alegremente, mostraba en todo su rostro una beatífica paz.

Se abrió la puerta, por fin. Una luz. Doña María de Usategui apareció llamando a la Santa. Era la medianoche. La contienda había terminado y el chicuelo travieso... Bueno, quedaba, otra vez más, como un chicuelo travieso y..., un chicuelo.

—¡Huyamos, huyamos! —me dijo, al pasar a mi lado, aquel tipo de traje encintado y chistera—. ¡Huyamos, huyamos!

Huimos.

Huimos y huimos.

Yo quería hablarle, repetirle aquello del banco que no me había oído. Quería... ¡Sí! ¡Que hiciera e hiciera e hiciera algo formidable, aterrador!

Pero él me dijo con mucha calma:

—Ve, Onofre, qué bien se está aquí. ¿No es verdad? Sitios semejantes me recuerdan al grande de Saturnino.

Sí, era verdad; era hermoso donde estábamos: en el cielo, a una altura de unos... No, yo no sé calcular alturas. La Tierra no se veía, al menos no la vi en un principio. Luego fui apercibiéndola poco a poco. Estaba oscura. Era de noche en ella. Pero, allá, Júpiter brillaba. Me acordé de Lorenzo Angol con sus 15 puntos... ¿Me los iría a descifrar? ¡Y Saturnino! Pero él es de Teodoro, de Teodoro Yumbel y de la Caverna Común... Con Tadeo Lagarto... El único que se tutea con Saturnino...

—Bajemos. Ya es hora.

Bajamos.

Me encontré frente a la puerta de mi casa, en San Agustín de Tango... A mi lado estaba Palemón de Costamota. Era gentil lo que hacía: me dejaba frente a la puerta de mi casa, en Fray Tomate N° 2. Creí que sería una cortesía de mi parte invitarlo a subir, invitarlo a que pasara unos instantes conmigo, en mi casa. Así lo hice.

—Con alto placer —me respondió.

Y me hizo una venia. Entramos. Lo pasé a mi escritorio. Encendí las luces. Se sentó en un sillón cómodamente. Me dijo:

—Heme alegre, alegre por mi acción reciente. Algo tiene que haberse sepultado en el alma de la Santa. Haz de saber, Onofre, que no existe tarea mayor que la de arrancar de su región y traerla a la mía a aquellas o a aquellos que se otorgan el pomposo título de santidad. ¡He ahí la verdadera dificultad! Es un tropiezo superior, miles de veces superior, a lo de, por ejemplo...; déjame ver para poder citarte un caso que, al parecer, fuese durísimo; déjame ver. ¡Un terremoto! ¡O cien aludes! ¡O un dislocante simún! ¡O los volcanes cordilleranos en locas erupciones! Porque el verdadero entorpecimiento está en estos que tú llamas santos y que además...

Pensé:

“Terremotos, aludes, simún, erupciones...”.

¿Me había oído Palemón?

—¿Un cigarrillo o un cigarro? —le interrogué.

—Gracias, no deseo fumar. Aunque..., es verdad..., dame un cigarro pues el tabaco ayuda a poner en claro ciertas ideas. Eso es; muchas gracias. Ciertas ideas que se escabullen. Por ejemplo... el clero. Allí es donde hay que laborar ahora, allí. Son estas gentes del clero mis muy buenos prosélitos. ¡Cuánto los amo! ¡Oh, cómo embaucan y alucinan a las masas, cómo las perturban...! Tú, amigo, me dirás: “cómo las prostituyen”; ¿verdad? Desconoces los bienes que hay en la simulación. Deberíamos beber algo a la salud de estos simulados. ¿Qué tienes para ofrecerme?

Le ofrecí coñac y gin. Bebió. Me preguntó:

—¿Estás contento con mis variadas actuaciones?

Era el momento. ¡El banco solitario! ¡No más! Le dije:

—No y no. Porque vea usted y véalo muy bien, que...

—¡Ea, ea! —me interrumpió sonriente—. ¡Calla, calla! Sé lo que me vas a alegar, lo sé. Mas para ustedes, hombres del..., en fin, hombres y nada más, basta con estas explicaciones. Conténtate con ellas. Así los hombres verán que, en su estado de desarrollo y de comprensión, ellas les son suficientes. Después vendrán otras y otras y, cada cual, será mejor. Pero entonces verán que estas primeras no eran falsas, que calzaban justo con el

estado de ustedes. Y ahora me marchó. ¡Tengo mucho que hacer! ¡El clero, no hay que olvidarlo, el clero! ¡Estupendo estaba tu coñac con gin! Y no lo olvides: ¡el clero! ¡Adiós, mi gran amigo! ¡Adiós!

Y Palemón de Costamota desapareció.

141

¡Desiderio Longotoma!

¡Qué bien cae este hombre después de haber tenido una charla tan larga con el Diablo!

Me reconcilié con San Agustín de Tango. Entré gozoso a nuestra Taberna de los Descalzos. Nos sentamos y charlamos. Era de noche pero noche llena de luces. ¡Se acabaron las noches tétricas y sin fin, las que rondan junto a uno en la casa de los Usategui, en las calles y callejas de Lima, sobre el Perú y sobre Chile, en el cielo mismo! ¡Se acabó todo ello! ¡Desiderio Longotoma!

El salto fue grande: de Mefistófeles al partido Nacional Progresista... ¡Había que progresar! Por lo tanto ilustrar nuestras calles y sitios públicos con los nombres de aquellos que supieron ilustrar a la ciudad y al país. Longotoma me dijo:

—De ahí viene la polémica. Usted sabe todo el bien, el gran bien que se le debe a don Claudio Recabarren. San Agustín de Tango no sería la ciudad que es sin este señor Recabarren. Y tanto es así que los miembros del partido Nacional Progresista, unánimemente, acordaron bautizar la plaza del Monaguillo con su ilustre nombre. ¿Y los católicos, apostólicos y romanos? ¿Qué irían a decir? Pues bien, amigo, aplaudieron y aplaudieron, con el Arzobispo y con el Super Prior de los Jerónimos a la cabeza y con el cura de Putaendo a la cola. ¡Todos, todos! ¡Aaaah! Pero nadie pensó en don Pedro Luis Antúnez. ¿Lo conoce usted? ¿No? Pues es el jefe de los nacionales progresistas. Don Pedro Luis Antúnez se opuso y se opuso.

—¿Es posible, Desiderio?

—Lo que usted oye: se opuso y triunfó. ¡La plaza, nuestra plaza del Monaguillo seguirá siendo y siempre será nada más que la plaza del Monaguillo!

—¿Y a qué se debe esta oposición?

—Se debe a que don Pedro Luis Antúnez estima una enormidad a don Claudio Recabarren. Entonces se dijo que había que recordar a Recabarren. Si se nombra una plaza o una calle o una avenida con su nombre, esta avenida o calle o plaza tomará para sí todo, todo el recuerdo. Y el hombre que daba el nombre pasará al olvido. Si alguien pregunta: “¿Y Recabarren?”, se le responderá: “Vaya usted por aquí y es la tercera a la derecha...”. ¡A eso quedaría reducido Recabarren! ¡Don Pedro Luis Antúnez sabe mucho, mucho! ¡Aaaah! Lo que es yo, mi amigo, jamás permitiré que haya una calle o una plaza o un paseo o avenida que lleve mi nombre. Porque quiero vivir en la posteridad, ¡en la posteridad!

Le dije incrédulamente:

—¿Usted? Yo creía que sus ambiciones estaban aquí en este momento y que se mofaba de lo que pudiera venir.

—Hay que mofarse de todo —me respondió seriesísimo—. ¿Y cómo no mofarse? Sin embargo yo creo en mí, ¡vaya que creo! Pero hay algo que me impide poner en práctica esta creencia. ¿Sabe usted qué?

-No, no lo sé.

-Es ver siempre que todos creen en ellos...

Pasó Malvilla que nos saludó amablemente. Luego siguió, se detuvo, husmeó y se alejó.

-¿Comemos? -le pregunté.

-Sí -me contestó-. Comamos lengüetas al intestino.

-Es delicioso comer y al mismo tiempo es algo horrible. La comida y las mujeres son iguales, idénticas. De pronto da hambre. Usted come y se harta. ¡Basta, no más comida! Una mujer atrae y enloquece. Usted la posee y... pudiera decirse: ¡basta! Pero lo horrible es que las mujeres siguen y siguen. Son ellas ahora las que se sienten atraídas, las que enloquecen. Es como si un plato de cachazas o de porotos insistiera en venir a uno y se le metiera por fuerza a la boca.

-¿La Tomasa? -pregunté.

-No, la Tomasa, no, jamás. Es la mujer ideal. Porque las gallinas vivas no son ni comida ni mujeres. ¡Son ideales!

-¿Qué le gustaría a usted comer de postre?

-Caramelillos a la rizófara. Los comí, el otro día, en casa de don Plácido Romeral. ¡Exquisitos! Recordaban un viaje, don Plácido y doña Plácida, una visita a los fiords de Noruega. ¡Qué gente, Dios mío! ¿No cree usted, amigo, que si no se pudiera contar lo que se ha visto al viajar nadie viajaría? Creo que, en tal caso, no se iría a ninguna parte.

-Usted, Desiderio, ha estado en Europa; no lo olvide. Allá se encontró con Lorenzo Angol.

-¡Aaaah! Fui a Europa a verificar un aspecto de un aspecto. A eso fui. ¿Sabe usted qué? Los climas. Me decía Torcuato Melipenco que la latitud no existía, que era un cuento de viejas. Así en el Sur de este país, en Temuco y Valdivia y demás, hacía un frío horrible; en cambio en el Mediterráneo, en Italia y en la Costa Azul hacía un calor casi sofocante. Me di el trabajo de medir latitudes y vi que eran las mismas. Me dije entonces: "Los años de civilización crean calor". Ahora ¡a verificarlo! Fui. ¿Qué verifiqué? ¡Es psicología, nada más que psicología! Cuando hay un cielo azul con un nubarrón la gente dice en la Costa Azul: "¡Ah, vemos ese cielo azul!". Aquí en Chile la gente dice, en igual caso: "¡Ah, miren ese nubarrón...!". Lo que pasa es que esa gente compara con sus capitales: aquí, con Santiago; allá, con París. Volví y le conté esta historia a Melipenco. Don Torcuato Melipenco se enojó conmigo y no me saludó durante tres meses.

-¡Desiderio Longotoma! ¡Me he reconciliado con San Agustín de Tango!

-Yo nunca he estado peleado con San Agustín de Tango.

-Ni con nadie en el mundo -le observé.

-Ni menos con la Tomasa -me observó.

-Por la Tomasa, entonces.

-¡Por la Tomasa!

Y bebimos una última copa. Me fui a acostar.

Estábamos en silencio. Yo hojeaba una revista. Rubén de Loa pintaba. Luego se detuvo y quedó, por largo rato, mirando su tela. Por fin me dijo:

—Sin duda el más hermoso cuadro es el que se acaba de hacer. Nunca he mirado, ni ningún pintor ha mirado, con tanto transporte una tela como miro la que acabo de terminar. El cuadro que uno ha hecho es el cuadro de la contemplación silenciosa.

Allí quedamos sin hablar. De pronto oímos pasos. Nuestro gran profesor de Castellano y Geografía, Mamerto Masatierra, avanzaba riendo con Macario Viluco a su lado. Entraron. Inmediatamente dijo Macario tomando a Rubén y a mí como testigos:

—Mamerto es más testarudo que un asno. ¡Sí, Mamerto, sí y sí! ¿Cómo va usted a negarlo?

Contestó éste:

—No niego nada, mi buen amigo. Creo que lo que usted sostiene es únicamente una idea de usted.

Macario no cabía en sí de indignación. Dirigiéndose a nosotros dos nos explicó:

—Oigan ustedes, amigos y oíganlo muy bien: yo sostengo, y sostendré siempre, que un hombre..., no, que un caballero del año de 1900 y alrededores no es concebible desnudo. He visto fotos y más fotos de ellos. Algunos son parientes míos, como el borrico de mi tío Ascanio; otros no lo son. Como les digo son fotos hasta del año 1910 o, mejor dicho, hasta antes de la gran guerra. ¡Hay que verlos con sus levitones, sus cuellos, sus enormes corbatas! Algunos están de tarro de pelo... ¿Los conciben ustedes desnudos? ¡Imposible, imposible! Si usted, Mamerto, los desnudara encontraría, al final, a otro hombre, a un desconocido; ¿me oye usted?; a otro hombre que nada tendría que hacer con el de la foto. O bien no encontraría nada..., nada... ¿Ha oído usted?

Mamerto se echó a reír y exclamó:

—¡Inefable, sencillamente inefable!

Macario respondió furioso:

—Si usted lo encuentra inefable... Bueno, yo no encuentro nada de inefable en esto de desnudar a un tío y hallarse con el perfecto vacío. En cambio hoy día... ¡Qué diferencia! Y es esta diferencia la que yo sostengo, ¡esta diferencia! Porque un tío de hoy día puede ser desnudado y vuelto a vestir mil veces y apenas si nota usted la diferencia... La ropa, hoy día, ¡cumple su cometido! ¡Es él vestir y nada más! ¡No es ponerle encima a uno otra personalidad! ¡No y no! Podrá usted alegar lo que quiera, mi señor Masatierra, lo que quiera! Pero el hecho es que ahora va usted por las calles y queda en su casa solo; ¿me entiende usted?; solo con su persona y algunas prendas que lo cubren de acuerdo con el frío o con el calor que haga, o sea con la temperatura reinante. Es una manera de guarecerse y no es una manera de pasear a un doble que nunca, jamás lo abandona a usted, ¿me oye?, nunca, jamás.

Mamerto contestó sencillamente:

—¡Inefable!

Pero Rubén de Loa miró a Macario con insistencia y luego le preguntó:

—¿Qué encuentra usted de mal en el hecho que vayamos por las calles o estemos en casa con un compañero adherido a nuestra personalidad?

—¡Depende, amigo de Loa, depende! —gritó Macario—. Usted habla de un compañero real, de carne y hueso. Yo hablo de esa levita y de ese levitón, del sombrero de copa, del cuello enorme, de esas corbatas y esos mostachos y esos...

Pero Rubén lo interrumpió:

—Toda compañía es buena. Yo sin compañía no logro vivir.

—¡Muy bien! —exclamó Mamerto—. La compañía es indispensable. Sin ella...

Rubén le confirmó:

-¡Oh, sin ella!

Creí deber decir:

-¡Oh, sin ella!

Y vino un silencio entre nosotros. Tal vez, diez minutos. Al fin Rubén, volviendo de un viaje mental, nos dijo:

-He vuelto a ver unos pequeños pueblos medievales agarrados a rocas escarpadas. Los vi allá en Europa, en Francia, en España. En ellos todo data del medioevo. ¡Qué belleza! Me he quedado largo rato contemplándolos desde lejos. Luego he pensado en la gente que vive dentro de ellos. Gente que vive dentro de una belleza que... no aprecia, que no puede apreciar. Me dije, me he dicho y ahora me digo: que no debe apreciar. ¿Por qué? Porque les es, a todas esas gentes, totalmente inútil ser una pura expresión de un franco anacronismo. ¡Pobres gentes! Clavadas allí en el tiempo que no ha sucedido. Allí se encuentran detenidos por las garras de la Edad Media. Deben añorar, tienen que añorar. Pero, ¿qué?

Tienen que añorar otras viviendas, viviendas con espacio y con sol bajo un cielo azul. Pues allí hasta el cielo está cubierto por una pátina de siglos.

Mas no deben salir de aquellas encrucijadas de callejas tortuosas. Se les tiene aprisionados, a hombres y mujeres y chicos y ancianos, para que de lejos, como yo, sean divisados por cientos, por miles de necios de ánimo vacío.

Estos necios llevan sus máquinas fotográficas. Y retratan y retratan y retratan esos puebluchos con sus callejuelas, con sus casas apretadas y sus rincones pintorescos. La gente que allí vive continúa una época que pasó. Luego anotan sus impresiones si han podido tener una impresión. Pero el cuaderno está en blanco y la pluma es inútil. Sin embargo hay que anotar. Anotan y anotan y anotan.

Ahí tienen que quedar esas gentes. Si allí no quedan ¿qué harían los rollos de películas y los cuadernos en blanco? Tienen que quedar porque fotografiar y escribir sobre un pueblito vacío no es lo mismo que fotografiar y escribir sobre un pueblito lleno de gente que ha de simular la vida.

Se les enclava en la Edad Media. Esta enclavación influye e influirá siempre sobre sus ideas y sus determinaciones.

Se van las fotos... Hay unas anotaciones más sobre los puebluchos agarrados en las altas rocas y en los despeñaderos.

Es un compañero que se ha adherido a un ser humano. ¡Como ese compañero de los señores de 1900! Sólo que éste de escritos y fotos no tiene otro objetivo que roer a quien lo lleva.

Por eso yo los vi esos míseros puebluchos pero jamás los pinté. Ante ellos calló la inspiración de mi pensamiento y calló también la inspiración de mi pincel.

¡Un pincel! Es para mí el misterio. Junto con empezar un cuadro, ¡qué!, un bosquejo toma éste una cierta independencia individual y, acto continuo, principia a desarrollarse por sí mismo, por leyes propias que no son las mías.

Esto no sólo ocurre en pintura. Ocurre también en las letras. Es lo que me ha dicho Lorenzo Angol.

Las artes tienen su personalidad propia. Uno es el medium que de ellas se vale para llegar a los hombres.

Cierta vez me interné por el cajón del río Tincau. A mi frente se alzaba el volcán

Picoldo. A mi izquierda veía a veces, por entre encrucijadas cordilleranas, el volcán Marmolejo.

Pinté.

Pinté paisajes abracadabrantés. El pincel corría solo y me llevaba. Quedé contento con lo que hice. Hasta que tu tío, Macario, ese hombre que es el equilibrio sin asperezas, hasta que Ascanio Viluco los vio. Quería verlos porque sólo guardaba un muy vago recuerdo de aquellos sitios. Los miró largo rato. Al fin me dijo:

—Jamás tales paisajes han existido allí.

Yo tuve que contestarle:

—Son los paisajes que a mí me sucedieron.

Repuso:

—Imposible.

Y yo:

—Fui una vez a Iquique; otra vez, a Singapur; otra vez fui a Finlandia; otra vez, a Oregón. En todos esos sitios tuve aventuras dignas de un aventurero y tragedias dignas de un actor trágico. Después fue Adalberto Huachipato a Iquique, a Singapur, a Finlandia y a Oregón. Esperaba, tal vez, tener aventuras y tragedias. A este hombre de Adalberto Huachipato no le sucedió nada. Vio, sin embargo, lo mismo que yo había visto.

Macario, tu tío reflexionó. Luego me dijo:

—Ese señor Huachipato, que yo sepa, nunca ha estado en Iquique, ni en Singapur, ni en Finlandia, ni en Oregón.

Le respondí:

—Porque sabía que en ninguna de esas partes jamás nada de nada le ocurriría.

Ascanio Viluco no ha vuelto a hablar de artes conmigo. No lo habría podido. ¡Que se marche!

Yo pensaba, en esos momentos, que a muchos pintores les habla cuando ejecutan sus cuadros. Habla sobre ellos aquella voz, la alta y grande que viene de aquella región. Se la ve cómo se transparenta en sus telas, hasta se ve cómo en ellas se manifiesta. Pero...

La voz de ellos les grita, la voz personal, la voz del intelecto. Entonces toman un aire de satisfacción. Siguen pintando y siguen. Y corrompen el cuadro.

Pero han quedado satisfechos.

¡Deben ir a la escuela estos pintores! Deben ir a la escuela con que sueño.

Tengo en ella dos cátedras: de música y de pintura. En cada una de ellas se emplea el sistema ya insinuado, el sistema ya conocido por buena gente de humor:

En la de la música hay un piano automático con muchos rollos de serios trozos; los inspectores de esta escuela son los encargados de desenrollar estos rollos y luego volverlos a enrollar... al revés. Entonces, así al revés, se ponen en el piano.

En la de pintura hay un asno. Hay un asno de cuatro patas; no un asno de dos patas. A este asno se le amarra un pincel o una brocha en la cola, se los llena de pintura y se le pone una tela para que la embadurne cuando mueva la cola.

Esta es mi escuela. Está llena de alumnos. ¡Ah, cómo trabajan y cómo se interesan!

Hay quienes claman:

—¡Esto es un absurdo, un total absurdo!

Hay quienes ríen llenos de satisfacción:

—¡Esta es la caricatura del arte moderno!

Pero en mi escuela no hay tema ni para clamar ni para regocijarse.

Leonardo de Vinci miraba las manchas que se formaban en las rocas.

¡La búsqueda, la búsqueda infinita!

Quien está en plena búsqueda tiene el don de percibir lo que hay de viviente en medio de elementos, al parecer, totalmente incongruentes.

Son ellos como sedimentos que se han depositado de un hallazgo milenario. Es un punto que se ha calcado en la memoria de la naturaleza.

Pueden ser recreados a cada instante. Prueba de ello: el disco al revés y la cola de asno.

Esta subconsciencia se aguja cuando hay algo oscuro, cuando hay algo subterráneo que pugna por desentrañarse.

Mis alumnos miran y escuchan como en éxtasis.

¡Hay que amar el arte! La gente no ama el arte. Ama el adorno. Lo que ella llama amar es lo que nosotros llamamos gustar.

A un señor y a una dama les gusta el juego de la ruleta o el juego del tenis; a otros les gusta el baile o el whisky. Oyen decir, desde niños, que hay que amar. Por sugestión, entonces, creen amar. Pero amar es otra cosa.

Amar...

Ante todo hay que oír y ver en el objeto de arte otra cosa. Hay que pasar más allá de lo que esa cosa es, sea ella un cuadro o un trozo musical o un poema o una estatua o lo que sea.

¿El símbolo?

Sí, el símbolo. Pero nada que simbolice esta vida; que simbolice aquella región.

El símbolo... ¡Terrible palabra de múltiples significados! Es la palabra que tiene anverso y reverso. Con el símbolo puede bajarse a la más asquerosa necedad cuando se simbolizan ratos o circunstancias de esta vida; con el símbolo puede subirse hasta lo sublime si el símbolo es de aquella región.

Todas las obras de arte son simbólicas; todos los mamarrachos también.

Hablando de los símbolos con Bonifacio Colbún y con Tulio Azapa caímos, cierta vez, en la historia del arte. Colbún nos sostuvo que el arte tiene historia, que se desenvuelve, que progresa y que se rige por causas y efectos.

Nosotros lo negamos. Colbún se apoyó en la palabra de Ascanio Viluco y en las del seriesísimo Zócimo Taltal; nosotros, en la de Ubaldo Masafuera.

Para nosotros el arte era una expresión única de un momento interior y podía, por lo tanto y en rigor, suponerse la posibilidad de una historia del arte con otra sucesión de hechos.

Colocamos a los primitivos en un punto; este punto era posterior al ocupado por los impresionistas. Los primitivos acababan de suceder; los impresionistas hacía siglos que habían pintado.

Pero las cosas tienen que suceder de una manera. Como ellas han ocurrido así han ocurrido. Todos conocemos la historia del arte. Por eso nos inclinamos a creer en una lógica histórica de causas y de efectos.

¡Error!

Porque en arte las cosas pudieron ocurrir contrariamente a como han ocurrido.

No están ellas regidas por la ley inexorable a que está sometido el explorador de una tierra desconocida: si está en el punto A y quiere llegar al punto C tiene que pasar forzosamente por el punto B.

En arte, no.

En arte se puede saltar de A a C; como pudo haberse comenzado en C y luego saltar a A; como pudo haberse comenzado en B para ir a A o a C, o para ir a ambas simultáneamente o para no ir a ninguna de ellas y dirigirse a D.

Por cierto que esta luz no logró iluminar la testa de Bonifacio Colbún.

Lo cual no quita que Colbún pinte extremadamente bien.

El error permanente:

Querer explicar un fenómeno con una sola fórmula.

Es esto la incompreensión de que un fenómeno pueda tener una explicación. Porque explicar es formular lo que de un punto de vista se aprecia de un fenómeno. Pero no es tocar el fenómeno mismo pues esto sería apreciarlo de todos los puntos de vista posibles y simultáneamente.

Colbún decía, Colbún había dicho con la decidida aprobación de Taltal y con las felicitaciones de Ascanio Viluco; Colbún había pronunciado una sola palabra:

—Perspectiva.

Volvió a pronunciarla y la última sílaba de esta palabra se envolvió en atronadores aplausos. Que tu tío, Macario, cuando aplaude en compañía de Zócimo llega al ruido de un público desenfrenado.

—¡Perspectiva!

Terrible palabra como lo es también la de "símbolo". Ella había sido pronunciada por Bonifacio Colbún; ella había sido repetida por Ascanio Viluco; ambos la habían dicho con fe, con toda la fe que es posible tener. Ahora la repetía Zócimo Taltal como se repite un dogma de fe, el cual se acepta la primera vez que se oye y no se piensa más en él.

Vino con la entrada de la perspectiva un conocimiento más.

Colbún lo aprobaba; Ascanio y Zócimo veían en ella un progreso, un paso más hacia la perfección que se anhela.

—¿Ven ustedes, señores, cómo el arte camina? —decía y repetía Zócimo Taltal.

Pero Ubaldo sólo dijo:

—La Edad Media ignoró la perspectiva.

En nuestras mentes se dibujaron las obras medievales.

Pensé, recuerdo, en Cimabue y pensé en los pintores de hoy. La flecha del avance, que debería dirigirse del primero hacia los segundos, cambia de orientación: de los segundos indica la aparición del primero.

Pensé también en Rafael Sanzio y en los artistas de hoy. Los cotejé. Vi, entonces, que hay en el arte una marcha no paralela a la sucesión del tiempo sino, a veces, contraria a su suceder.

El arte marcha con su línea propia. Nuestro tiempo histórico no cuenta para él.

El arte es la carrera de nuestro perfeccionamiento.

Los que se perfeccionan con el arte ignoran la historia.

Algo hablé de esto con Ubaldo Masafuera. También lo he hablado con los demás. No recuerdo cuándo lo hablé pero recuerdo muy bien que les hice una pregunta:

—¿Cómo puede un artista tener un *estilo*?

Luego les dije:

—Tenerlo es la vanidad intelectual que da el estancamiento.

Los críticos alaban el "estilo". Les gusta entrar en una exposición y, de un solo vistazo, poder decir a quién pertenecen los cuadros expuestos.

Son iguales para todo. Ningún ideal, ningún principio los guía para hacer la crítica,

sea ésta de un cuadro o de un libro. Miran los cuadros y leen los libros como si se tratara de una maquinita, de un motor de auto o de algo semejante y opinan como si alguien pidiera consejos a un mecánico:

—Esta pieza está suelta; aquí convendría aceitar; acá falta un perno; el émbolo marcha más o menos bien...

Es decir, amigos, que el mecánico tiene en su cabeza el exacto conocimiento de un motor en buena forma. Me atrevería a decir que tiene en él la idea clara del motor prototipo y entonces compara esa imagen perfecta con la imagen material que se le ha presentado.

En igual forma proceden nuestros críticos. Toman un libro, miran un cuadro y a ambos los comparan con el libro y el cuadro prototipo que llevan en su cabeza. Luego van a un diario y escriben:

“Sería conveniente aceitar tal escena; sería conveniente poner un perno en tal personaje; no tocar para nada las bujías de aquella descripción; limpiar bien el carburador de aquel fondo”, etc. y etc.

Es decir, procede como el mecánico, exactamente como él.

Pero... hay una pequeña diferencia que me hace recordar la otra pequeña diferencia: ¿Qué diferencia hay entre un hombre y una mujer?

En rigor, ninguna. Es lo que responde una madre a su pequeñín. Ambos tienen cabeza, tienen tronco y extremidades, tienen corazón, pulmones, estómago y demás. Pero el pequeñín pregunta:

—¿Y el sexo, mamá?

La madre responde:

—Oh, allí hay una pequeñita diferencia...

El hermanito del pequeñín entonces grita:

—¡Viva la pequeñita diferencia!

Macario se entusiasma:

—¡Magnífica su anécdota, Rubén, magnífica —exclamó—. ¡No la olvidaré, créamelo usted!

A lo que Rubén le advirtió con seriedad:

—Siempre que la próxima vez que venga no la traiga usted como novedad.

—Se lo prometo, Rubén —aseguró Macario—. Siga ahora con ese motor y sus consecuencias.

—Muy bien acertado —dijo Mamerto—. Sigamos con el motor.

Rubén, entonces, siguió:

—¡Vaya con que es pequeña esta diferencia! Cualquier objeción que haga el mecánico puede ser defendida por los hechos: el motor funciona o no funciona; lo hace en buenas condiciones o lo hace en malas condiciones. Es decir, concuerda con un objetivo primero, sea con un principio, sea con un ideal.

En el crítico concuerda con una idea personal nacida de sus gustos espontáneos y primarios.

Estas ideas personales pueden variar hasta el infinito, puede haber tantas como personas existen y cada una de ellas tendrá igual fundamento de valor, o sea: cero.

Muerto el señor que la sustenta habrá que pedir la opinión a otro pues su concepto ha muerto también. Y este otro puede decir algo diametralmente opuesto. La obra seguiría igualmente bien o igualmente mal.

Desafiaría yo a un mecánico a que armara un motor al revés y siguiera igualmente bien.

En fin, mis amigos, creo que ya he hablado bastante. Déjenme ahora seguir con mi trabajo.

—Sí —dijo Mamerto—, dejemos trabajar a Rubén. Bien lo merece. No ha estado de más oír tantas teorías que se ciernen sobre el arte.

—¿Teorías —preguntó Rubén—, ¡Son teoréticas y más teoréticas sobre arte! ¡Son cosas que están demás! Porque es bien simple enunciar lo que debemos buscar:

¡Nuevas sendas que se abran al espíritu! ¡Dejar de lado ese terrible “para qué pintar”!

Hay que pintar porque sí.

Lo he dicho mil veces. Siempre he sido rebatido por gritos de protestas. Creen que ignoro estas teoréticas. No, mis amigos, las sé y las conozco todas. Las estimo. Pero ellas son el trabajo de... los otros, de los que hablan sobre artes. Nosotros los pintores debemos pintar como... ¿recuerdan ustedes a Oscar Wilde cuando habla de un cigarrillo? ¡Su inutilidad! Si vamos por este camino encontraremos el mundo lleno de inutilidades. Como: ¡el inútil canto del pájaro! ¿Inútil? No, amigos, no. El pájaro canta para seducir a sus hembras. Tiene que ser igual en las artes. Hacemos arte para seducir a otras hembras que se hallan donde nosotros no sabemos. Estas hembras, créanmelo, sólo aman escuchar el canto que ha nacido por el hecho de cantar. Sólo escuchan el canto que ha sido modulado con verdadera embriaguez. ¡No hay más!

Dejamos a Rubén de Loa frente a su caballete. Nosotros, después de despedirnos, nos retiramos.

143

—¡Qué feliz soy, amigo mío, qué feliz! Quiero desenfadadamente al ideal de mis ideales... Ella..., ella parece que... ¡también me quiere!

En la calle de la Inmaculada Concepción me recibió, con estas palabras y abriéndome los brazos, Teodoro Yumbel.

Se veía en su rostro el cambio que había experimentado: ¡quería y era querido! El nubarrón negro que había pasado sobre él ya se había ido lejos, muy lejos. Ahora vivía bajo el sol. Ahora sonreía. Ahora era dichoso.

Sobre su escritorio vi la fotografía de una muchacha.

—¿Es ella? —le pregunté.

—¡Ella es! —me respondió en éxtasis.

—¿Cómo se llama?

Se volvió a mí y me dijo con voz entrecortada:

—Columbana Manquípel.

Nos sentamos. Teodoro se levantó, se volvió a sentar y se volvió a levantar. Así estuvo durante toda mi visita. Miraba el retrato de Columbana. Lo tocó varias veces. Al fin le pregunté:

—¿Y tu familia? ¿Te es siempre tan distante?

—¿Mi familia? —me dijo volviendo de otras regiones—. ¡Oh, mi familia! La quiero, Ono-

fre. Cumple con su misión como todos cumplimos con la nuestra; no, como todos deberíamos cumplir con la nuestra. Pero por favor, ¡dejemos el pasado que pasó!

-¡Una ilusión, Todoro! El pasado no pasa.

-Entonces, Onofre, debe haber muchos puntos de vista para considerarlo. Lo consideraba malo, nefasto. Él no ha cambiado. Ahora lo considero bueno, perfecto. Columbana, ¡cuánto, cuánto te agradezco que hayas cambiado mi punto de vista!

-¿Vives feliz aquí?

-¿Para qué dices "aquí"? Vivo feliz. Ahora entro feliz en esta casa. Déjame acordarme del momento en que llegaba a esta mansión... ¡Qué! ¿No la llamas tú una mansión? Yo, sí, Onofre: una mansión. Antes también llegaba..., bueno, a una casa como había miles en San Agustín de Tango. Llegaba; mi llave; cerraba la puerta; entraba; me detenía. ¿Sabes tú a qué? Me detenía, amigo, a ponerme una máscara, una máscara que pusiera en movimiento un fonógrafo interior. ¡Todos tenemos un fonógrafo interior! Ahora me entretengo observando a quienes oigo hablar por ellos mismos y a quienes les oigo hablar por el fonógrafo. El mío se ponía en movimiento apenas encontraba a alguien, a mi padre, a mi madre, a mis hermanos o hermanas. Y sonaba y sonaba. Se establecía, entonces, un diálogo fonográfico. Yo, amurrado, los oía. Oía el mío. ¡El mío, Onofre! No sabía que tenía semejantes discos. Me ponía huraño al oírlos. A veces llegaba una visita. ¡Poner entonces el disco de la llegada! Entraba el mío a funcionar. Hasta que lo paraba. Me llamaban intratable. Todo eso pasó, ¿me entiendes, Onofre?, pasó.

-Has dicho una verdad muy grande, Teodoro. Todos llevamos un fonógrafo para poder circular entre los demás.

-¡No, no, mi querido Onofre! ¡No hay que circular! No hay más que vivir como Columbana y yo vivimos. Lo terrible era, en aquellos momentos, que yo no sabía si algo se gestaba en mi interior o... si era el fin de los fines. Esto me hundía aún más. ¡Culpaba a la gente que me rodeaba de este hundimiento!

-Y te peleabas con ellas.

-Jamás. Me callaba. Era todo.

-Hasta que volviera a sonar el fonógrafo.

-¡Hay, Onofre, no siempre sonaba! Imagínate una noche. Es verano y hace calor. ¡Cómo recuerdo esos momentos! Aquí en casa. De noche y verano. Todos están aquí. Los discos no funcionan. Estamos en el saloncito, alrededor de la mesa central. Un silencio aburridor. Mamá está sentada sin hacer nada. Atanasia conversa con Ernestina sobre paseos y más paseos. Tancredo juega al ajedrez con Laureano. Papá, en su sitio de siempre, lee el diario. De pronto pide atención. Nos lee, entonces, en voz alta:

"La dentadura de los niños de Inglaterra ha mejorado visiblemente. Se cree que esto es debido a la disminución de los dulces y bombones durante la pasada guerra".

"Hay una pausa. Luego sigue el murmullo de Atanasia y Ernestina sobre los paseos. Tancredo y Laureano se concentran nuevamente en su juego. Sentía yo que una miseria negra me envolvía. Pero ahora, ahora... está Columbana.

Le dije:

-¡Podías haber salido! ¡Salir a vagar! Conozco un poco esas noches caseras.

-¿Salir? -me preguntó-. ¿Salir para ir adónde? Cuando no existe una mujer es la soledad aplastante en todas partes.

Pero yo le objeté:

—No cuando se tiene una labor entre manos. Acuérdate que eres escritor y ya, tal vez, eras grabador.

Me respondió:

—Todo trabajo refleja... ¿Lo reflejará? ¿Crees tú que un trabajo puede reflejar nuestro estado de ánimo? No, no puede reflejarlo. Cuando se está así no se puede trabajar. ¡Piensa en las horas de comer!

—Alrededor de la mesa se charla siempre.

—¿Los fonógrafos, quieres decir?

—Si tú quieres.

—Las horas de comer —me explicó— me eran como un ritual solemne. ¡Solemnidad! No encuentro otra palabra. Solemnidad cortada por largos mutismos. Me iba yo hacia la visión de una niña imaginaria. No olvides que Columbana no aparecía aún. Allá estaba entre vaguedades. A veces recordaba al planeta Venus, recordaba a Tannhauser y su vinos. De pronto una observación de papá a nuestra empleada causaba un hielo acallado. Cualquiera creería que, en ese instante, se había producido un molestísimo altercado entre personas de etiqueta. Al fin terminaban estas comidas. Yo salía a veces. Salía.

—Tienes amigos aquí en San Agustín de Tango, amigos alegres a quienes les gusta la farra.

—No me juntaba con nadie, ¿me entiendes? Es un error creer que no se puede estar solo en medio de una ciudad. ¡Solo! Quería golpear a la puerta de los demás. Golpeaba de cuando en cuando. Sí, una vez golpeé. Vas a reírte cuando te diga adónde fui. ¡Fui al Cabaré San Lito!

—¿Cómo! ¿Has frecuentado el San Lito?

—Había que frecuentarlo. ¿O no has entendido aún lo que es estar solo?

—Bien, fuiste al San Lito.

—Sí, fui al San Lito. Pero me escapé de él apenas pude. Allí me encontré con gente, con mucha gente. Todos hablaban. Todos reían. Ni se dieron cuenta de lo insólita que era mi presencia. Es decir, Chispita me miró asombrado. Pero siguió en su jarana. Me senté solo frente a una mesa. Luego llegó a mi lado Gualberto Choapa. Tú sabes, el hombre que descifra los letreros. Un intelectual, después de todo. Le hablé entonces, le hablé de libros. Le dije que era yo un admirador de Benito Pérez Galdós y que ahora leía, con entusiasmo, a Vicente Pérez Rosales. Como no me dijo nada le hablé entonces de Joseph Conrad. Me siguió el tema... más o menos. Pero yo estaba con cuerda. Le hablé de mis obras, de *Oculto tesoro mío* y también de *Miseria del goce*. Estaba disertando sobre este último cuando y sin más, Gualberto me abandonó. Había sido llamado por una mujer, no sé por cuál, pero el hecho es que se marchó. Quedé, pues, solo. ¡Otra vez solo! Entonces, mientras terminaba mi cerveza, reflexioné.

—¿Qué reflexionaste?

—En el afán que tenemos de que otros lean las obras que uno ha leído y que le han impresionado... ¡Pérez Galdós! ¡Pérez Rosales! Y... uno mismo. Es éste un acto de defensa, sí, Onofre, de defensa. En eso reflexioné. Porque es el acto que hacemos para defendernos de la terrible soledad, cuando... En fin, tú me comprendes, cuando no ha aparecido aún Columbana Manquipel.

—Teodoro, Columbana Manquipel te ha traído el mundo entero.

—Me ha traído más que el mundo entero. Ahora, por ejemplo, se me ocurriría hablar de cualquier cosa pero no de esos autores con Gualberto Choapa. Pero antes tenía el

temor, el hosco temor... Tú lo sabes. Entonces luchaba, inconscientemente, para que nadie se separara del camino grande que se hacía, del camino que *teníamos* que hacer juntos.

-¿Junto con Gualberto Choapa?

-Con quien fuera. Junto con todos lo que se interesan un poco, un poquito, en una cosa. ¡Es la defensa y nada más! Porque me fijé que así, en medio de mi soledad y de mi hastío, me fijé que así obraba yo. ¡Atraer a la gente, formar grupos! Si no se hace es quedar solo y es la ruina. ¡Sí, sí, que vengan todos! Pero partí, me marché de allí, del San Lito. Otra vez solo por las calles interminables.

-¡Teodoro! ¡En esos ratos de soledad callejera te acompañaba Columbana!

-Pero yo no lo sabía.

Quedamos un rato sin hablar. De pronto me dijo:

-Ahora me acuerdo. Salí del San Lito y caminé y caminé. ¿Sabes tú en qué pensaba?

-En la aparición de ella.

-No. Pensaba... Te vas a reír. Pensaba en las alcachofas y en San Pedro de Roma.

No pude menos que exclamar:

-¡Osorno!

Prosiguió, entonces, Teodoro:

-Te pregunto, Onofre: ¿Dónde estaba antes San Pedro de Roma, antes de ser construido? ¿Dónde? Sentía yo que ya estaba en alguna parte, que sólo esperaba el momento para hacerse realidad. Y mi mente se fue entonces a unas matas de alcachofas. Las vi claramente. Allá en tu fundo, en la Torcaza, cerca de la que tú llamas la Bóveda. No habían dado aún sus alcachofas. Las miré mucho rato. Pensé y me olvidé. Ahora recordaba nuevamente. Pensé que las alcachofas próximas están, ¿me entiendes?, están, sí, están. No sólo están desarrollándose en la mata. En ella se han de manifestar y nada más. ¿Cómo? Como se manifestó la basilica de San Pedro de Roma, allá a principios del siglo xvi.

"Sí, así tenía que ser. Pero me sorprendí parado en una esquina, sin moverme. Pasaban algunos autos. Me sacudí. Vi, entonces, vi con claridad la realidad de mi vida: ¡mi soledad! Caminé. Volví a casa, volví a esta que es hoy ¡una mansión!".

Quedé pensando.

-En realidad, Teodoro, San Pedro estaba... como esas alcachofas. Debe haber muchas cosas que piden ser manifestadas.

-Sí -me respondió-, debe haber muchas cosas. Debe haber tantas que, al día siguiente, me propuse escribir sobre estas cosas. Me senté a mi mesa y escribí. ¿Podrá llamarse escribir esto que hacía? Veía la punta de mi pluma que resbalaba sobre el papel. La veía que iba estampando necedades y más necedades, frases malas, frases torpes que caían con la tinta y que yo, entonces, me esforzaba en sujetar con el dedo o con el secante. Pero algunas se desplomaban de la mesa y sus letras de despegaban. Esto cogía mi atención, me preocupaba mucho. Al fin no escribí. Estaba solo, solo. Era lo único que sabía.

Le pregunté entonces:

-¿No acudían a tus recuerdos los buenos momentos del pasado? No quiero hablarte de la pobre Norca. ¿No recordabas a Calucha, por ejemplo? ¿Y a Clarisa y a Titina? ¿No recordabas a aquellas mujeres venusianas de actitudes perfectas y maravillosas?

-No, no podía recordar nada. Todos los buenos momentos de mi vida se separaban de mí y quedaban estáticos rodeándome. Al centro, inmovilizado, estaba yo con mi tristeza negra.

Por fin le dije:

—En verdad, Teodoro, fueron tristes momentos los que pasaste bajo el nubarrón que te aislaba. Pero apareció Columbana. ¡Dichosa sea! ¿Cuándo y cómo la conociste?

Me miró sorprendido.

—¿Cuándo? ¿Cómo? En verdad no lo sé. Creo que la he conocido siempre, siempre pero... no la recordaba. De pronto la recordé. Hay gentes así, como Columbana, que a uno le dan la impresión de haberlas ya conocido de mucho tiempo atrás. ¿Qué será esto, Onofre? Hay otras personas, la mayoría, que uno las ve por primera vez.

—“A ti, por ejemplo, te he conocido siempre, te he conocido desde mucho tiempo antes de que nos presentaran. Por eso deseo hablarte y contarte todo lo de ella. ¿Quieres que te lo cuente?”

—Por supuesto, Teodoro. Cuenta y yo te escucharé pensando en que ésta es una de las tantas confidencias que en nuestras vidas pasadas nos hemos hecho.

Entonces Teodoro se sentó y me habló:

—Conocía yo a Columbana desde hacía tiempo, como se conoce a tantas personas. Me era indiferente. Una noche pasaba yo frente al Cine Modelo. Era la hora de la salida de la función. Salía y salía gente. ¡Odiaba a esa gente, la odiaba en medio de mi soledad! De pronto veo que sale, con su familia, Columbana Manquipel. Me junté con ellos pues su padre me reconoció y me llamó. Tú lo conoces, creo; don Elario Manquipel. Así caminamos varias cuerdas. Ella iba delante de mí con otras personas. Naturalmente funcionaban los fonógrafos. El mío, apenas.

De pronto vi que, a su paso, un sombrero negro inscribía medio círculo sobre un muro blanco. Entonces este hecho le hizo inclinar el rostro y sonreír.

Yo sonreí también.

Luego fijé mi vista en ella. La miré con insistencia. ¡Oh, mi querido amigo! ¡La vi por primera vez! ¡La reconocí! Iba tan airosa, envuelta en un gran abrigo de pieles, con el pelo suelto y con un modo ligero de andar que, a cada momento, me parecía verla volar como una sombra.

Al despedirme le retuve un poco, apenas, su mano. Pero ella sintió mi... ¿Cómo explicártelo? Sí, lo sintió porque me miró por primera vez. Antes me veía, nada más. Ahora, te digo, ¡me miró! Y nos separamos.

Volví.

En cama pensé, pensé mucho.

¿Sería posible que Columbana...? ¡Oh, no, no, mil veces no! Pero oía que algo o alguien me decía:

—¡Sí!

Creo, Onofre, que en ese momento ya estaba aprisionado por ella. Creo que ella también lo estaba por mí.

Se desvanecía mi pasado. ¡Calucha y Venus con sus mujeres! ¡Y Clarisa y Titina! ¡Y la desdichada Norca! Todo eso se derrumbaba para siempre. Renacía yo. Porque aquí sería un sonriente y angelical amor, un amor nada más que para quererse, y un quererse nada más que para sentir en el alma un sonriente y angelical amor.

Al día siguiente nos juntamos y hablamos.

Nos quisimos, Onofre. ¿Comprendes lo que esto significaba? ¡Nos quisimos! Nos hemos seguido viendo y hablando.

Onofre, nos hemos besado.

Entonces empecé a quererla porque es dulce, porque es buena, porque tiene donaire

al andar, porque lo tiene en sus movimientos, porque es viva de inteligencia, franca, espontánea y con un corazón que sabe corresponder. Por ella empecé a sentir lo que verdaderamente siento: un cariño infantil, risueño, un cariño como debe tenersele a algo adorable por su encanto especial, por su gracia y eterna belleza.

¡Oh, Columbana!

Esto risueño e infantil, ¿no crees tú que es la esencia misma del amor?

¡No quiero más tragedias, no las deseo ni las busco! Sólo deseo amarla así, que así nos amemos los dos: ¡riendo, riendo siempre a cuanto nos rodee!

¿Me llamas ingenuo?

Tal vez lo sea. Pero dime, Onofre: ¿comprendes tú un amor, un verdadero amor que no esté regido por la ingenuidad?

¡Amar es volver a la franca ingenuidad y sumirse voluntariamente en sus modales!

¿Crees tú que sé cuánto tiempo hace de aquella noche en que la vi a la salida del Cine Modelo? ¡Claro, claro está que podría saberlo! Sería cuestión de sacar cuentas y estas cuentas me darían unos pocos días. Pero en realidad...

¡Ay, Onofre, hace años, hace siglos, hace una eternidad de aquella bendita noche!

Entonces escribí para ella. ¿Crees tú que escribí cartas de amor? ¡Oh, no! Escribí lo que vi pensando en ella. Dejé que se escribiera en mí. Algo tengo aquí. Óyeme bien:

Alrededor del pobre náufrago, en el fondo del océano, a 8.000 metros de profundidad, ardió el fuego marino durante siete días y siete noches... Aunque en el fondo del océano, alrededor de un pobre náufrago, no existe ni jamás ha existido el día ni tampoco la noche. ¡Pero puede arder el fuego marino!

¿Sería yo, acaso, ese pobre náufrago? ¡Y ella el océano, más allá de este suceder de días y de noches! ¡Pero el océano con fuego, con fuego!

Corrí a mi ventana y me asomé, lleno, pletórico de ella, mi Columbana. Pero me detuve, Onofre. Me detuve en seco y quedé mirando en suspenso:

Llevando un sombrero calañés gris claro con cinta negra y con traje vestón azul marino de rayas blanquecinas, camisa blanca rayada de azul, cuello de pajarita, corbata violeta con pintas ocre, zapatos negros de cuero de potro y calcetines grises algo más oscuros que el sombrero, pasaba el hombre Martín Quilpué.

Lo saludé, le grité:

—¡Hombre Martín Quilpué! ¡Salud!

Él se volvió tranquilamente pero no se detuvo; siguió, se alejó.

Entonces volví a mi escritorio y pasé la noche escribiendo. Empecé con una plegaria a ella. Eran cuartetos, pequeños cuartetos, que se terminaban todos con este estribillo:

Entonces... rogué por ti.

Onofre, no sabía que era yo poeta. No sé cómo escribí ese poema pero lo escribí. Y después escribí un largo poema en prosa en el cual, con un estribillo también y recordando mi cuaderno de defunciones, puse:

Tiré tu cariño al río...

Sí, lo sé, Onofre, lo sé. Esto te recuerda mi cuaderno de allá de Curihue que eché al canal. Ahora echaba al río mi pasado. Calucha, Clarisa, Titina, Norca..., ¡todas se iban para siempre! ¡Adiós, adiós!

Sí, todas pero no todo. Porque ha vuelto a presentarse a mi memoria, llena de un relieve nuevo, mi permanencia en Venus.

¡Ah, el badulaque de mi tío Santapán! ¡Creyó darme el peor, el más terrible castigo

que fuera posible imaginar! En verdad lo que hizo fue proporcionarme un tema inagotable para conversar con ella. ¡Supieras tú cuánto le interesa mi estadía allá! Afrodita, la bella; Botticelli; Tannhäuser; Saturnino...; el mismo capitán Angol... ¡Todos y todo! Al acordarme de mi tío le agradezco por haberme enviado a aquella estrella luminosa.

Me ha pedido que le haga algunos grabados de allá, de Venus, que mis recuerdos los grabe.

Ya tengo varias ideas; ya he hecho varios bosquejos. No se me había ocurrido jamás tomar a nuestro planeta vecino como fuente de inspiración. Pero ella, Columbana, me lo ha pedido y ello ha sido bastante.

¡Sí, mi querido Onofre, sí! En ella he encontrado mi verdadera musa. ¡Qué de proyectos tengo ahora! ¡Grabaré y escribiré todo, todo cuanto vislumbre! Y esto lo haré como ya he empezado a hacerlo, como ha de recibirse la inspiración de una musa: con serenidad y en medio del orden más perfecto. ¡Sí, amigo, el orden más perfecto! Tendré un orden total en mis objetos, aun en los menores; impondré en todos ellos la disciplina extrema; un lápiz, por ejemplo, en cada sitio donde haya la posibilidad de escribir; los buriles en su sitio y en su sitio también los punzones; mis libros clasificados con perfecta clasificación; mi prensa, mis papeles, en fin... ¡para qué describirte cómo quedará aquel rincón..., y éste otro y aquél, más allá. Ya he empezado a disciplinar estas cosas que nos ayudan de tan buena manera cuando hay tras ellas una linda mujer que las dirige.

Esto da un ritmo, Onofre, un ritmo seguro, grandioso, religioso; es como un cosmos sin peripecias ni destemplanzas; es la negación del caos; en él perecería aplastado.

El caos viene de no tener una buena visión de las cosas. Para tenerla hay que remontarse muy alto, muy alto, y mirar hacia todos lados. Para ello hay que tener una mujer que a uno lo remonte. Como ese pájaro... ¿Sabes tú qué pájaro? Él será el tema de mi próximo poema para ella, para Columbana.

Óyeme, Onofre:

Un pájaro volaba a gran altura y, desde los aires, miraba hacia la tierra quemada por el sol, la tierra de hermosísimos colores, todos armónicos dentro de una gama pura e ideal. Oía un concierto divino formado por mil voces diferentes que a las alturas llegaban como una sola nota, como un solo murmullo de una melodía sin igual. Entonces bajó para ver de más cerca tantos encantos. Llegó a la tierra. ¡Oh, qué decepción! La armonía de colores concluyó. Barreras y matorrales le impedían extender la vista. Cada color brillaba por su lado. El horizonte era reducido. El murmullo melodioso se transformó en ruidos sin conexión. A su lado mugió un buey y su mugido lo aterrorizó. Creyó el pájaro haber sido víctima de una alucinación cuando volaba muy alto por los aires. Desilusionado, abatido, remontó nuevamente el vuelo. Pero apenas se elevó vio que a su vista se extendía un horizonte magnífico y a sus oídos llegaba ese murmullo encantador.

¡Oh, este pájaro, Onofre! Su vuelo explica mi estado pasado cuando me hundía y me hundía más y más. Cuando dejé de planear como aquella chispita, ¿recuerdas?, que vi desde el peñón del Alcatraz. Cuando sonó como pecaminosa la voz de mi confesor en la iglesia del Convento de los Jerónimos...

Ahora, como ese pájaro, estoy arriba. Desde arriba la llamo:

-¡Columbana Manquipel!

Ella me responde:

-¡Teodoro Yumbel!

Y los dos repetimos:

-¡Manquip...el! ¡Yumb...el!

Sí, Onofre, porque ahí, en ese "el" final de nuestros apellidos, ahí estamos unidos: Manquip...el; Yumb...el.

¡Soy feliz!

Me atreví a decirle, antes de partir:

-Es verdad que ambos apellidos terminan en "el", pero, fuera de eso, no se parecen. Cuanto a Columbana con Teodoro... ¡No, amigo, es esto buscarle ya demasiados resortes a un amor! Veo que desvarías, desvarías y mucho.

-Onofre -me dijo convencido-, si no desvariara no estaría enamorado.

Se abrió la puerta y apareció Columbana.

Fui presentado a ella. Era, en verdad, una muchacha que no estaba mal. La felicité por este nuevo amor. Luego me retiré deseándoles todas las felicidades posibles de este mundo.

FIN DEL TOMO III

TOMO IV

Marul mía:

Ayer, después de dejarte en tu casa, me encaminé lentamente hacia Fray Tomate. Iba inquieto. Sentía como que algo hubiera alrededor mío, como si algo quisiera hablarme con urgencia. Pensé que sería un estado nervioso. Seguí caminando. Luego, en la calle del Sumo Pontífice, divisé a Rosendo Paine. Créeme que, al verlo, estuve a punto de recordar o de oír eso que querían decirme. Pero luego me distraje con el ajetreo de la ciudad. Seguí. Caminé un buen rato sin rumbo. Por fin me encontré en el Muelle del Abad. Llegué hasta la vitrina de la tienda del chino Pey; allí vi dos o tres loicas embalsamadas alrededor de un pedazo de tronco. Las miré mucho rato y, de pronto, recordé:

¡Mi tío José Pedro!

Luego vi mi escritorio; en él, un cajón casi siempre cerrado; dentro, una carpeta con viejos papeles míos...

¡Eso era, Marul! No sé por qué razón necesitaba ver esos papeles. En ellos hablaba yo de mi tío a raíz de su espantosa muerte. Luego los había encarpetado y los había olvidado. ¡Claro está! Rosendo que pasa presuroso por la calle...

Corrí a mi casa. Llegué a mi escritorio. Saqué aquella carpeta. Volví a leer esos papeles.

Aquí los tengo. Voy a copiártelos porque tengo horror a las cosas que mueren en un cajón. Además así aprovecharé tu viaje a Taulemo, uniéndome a ti. Déjame, pues, acercarme a aquel hombre tan despiadadamente muerto por el pájaro verde.

Hace ya más de seis años de su muerte. ¿Recuerdas? Falleció el 9 de febrero de 1923, allá en Santiago. En mi casa se le hizo una capilla ardiente. Vivía yo en Lastarria con Isabel, mi primera mujer. Aquella noche lo velamos. Vino mucha gente a pasar, siquiera un rato, junto a su ataúd; vinieron muchas beatas de esas que aparecen sólo cuando alguien muere. No recuerdo en qué momento escribí; tal vez dos o tres días después. El primer papel dice así:

Velando a mi tío José Pedro. El reloj avanza y las últimas personas van a acostarse. Entonces retroceden los gritos y los llantos que hacen en el fondo de silencio un eco sonoro para el oído sobrecitado. Se van. Calma. Quedo solo en un rincón. El muerto está en la pieza vecina con luz. Empieza entonces la vida nocturna de la casa, vida que todos ignoran; yo también si en otras circunstancias me hubiera quedado allí. Mas con su muerte oigo. Los criados hacen un rato de pequeña vida, después de los patrones y de las visitas, algo como un rito antes de dormir; recuperan ahí sus propias vidas antes absorbidas por la casa trepidante. Se oyen algunas ratas. Me parece que oigo frases de amor. Oigo un retrete que se vacía. Oigo quejidos que me parecen llenos de voluptuosidad. Se vacía ahora una jarra con agua. Todos recuperan. Todos, sin excepción, afirman su voluntad de *ser*, todos la confirman y verifican. Todos desafían al muerto. Junto a él, contra los

lirios y la esperma, se teje y crece una charla menuda. Se apaga, expira. Ahora sí: la casa va a dormir. No. Vuelve una rata; vuelve algo como el chisporrotear de un fuego que se apaga. Vuelve la charla junto a él, junto al ataúd. ¿Charla? Aguzo el oído. No, no es charla. Alguien reza:

Santa María, madre de Dios,
Ruega por nosotros los pecadores
Ahora y en la hora de nuestra muerte;
Amén.

Se apaga. Las 3 de la mañana. Duerme todo. Pero, de pronto, surgen pasos sordos, lentos, cadenciosos. Alguien, abrumado en su almohada por su dolor, ha salido a pasearlo calladamente.

Entonces lloro. Y hágole eco a su andar, paseándome a mi vez. Se ha ido el otro. Paz.

Junto al muerto cuchichean. Me vuelvo a sentar en silencio.
Todo duerme ahora.

El papel siguiente dice:

Amanece. Con el verde de los cristales, con su frialdad, empiezan todos a salir de a poco de sus madrigueras. Renace el hormiguelo afanoso. ¡Qué petulancia en todos esos seres que han dormido! ¡Qué destemplanza! Van y vienen por la casa y por el muerto. Nosotros, los que vivimos a lo largo de toda la noche lúgubre, nos replegamos con pudor ante el ruido destemplado de la actividad. Y nuestra noche vivida retrocede a su vez. Mas con las frentes inclinadas, callados, los que hemos velado, sabemos que los verdaderos amos de la verdadera vida de la casa somos nosotros. Los demás sólo rozan al misterio y los muros sin penetrarlos. Sabemos que los que hemos vivido la muerte del muerto, somos nosotros. Los demás tienen de aquello una noción intelectual; nada más. Rozan las carnes verdes y heladas. Nosotros, en invisible abrazo, las hemos abrazado y hemos sabido de su grandiosa descomposición mientras, sobre nosotros, la muerte se ha recostado cobijándonos bajo sus alas en el murmullo de su secreto. Nosotros hemos marchado con el muerto, lado a lado, en horas tras horas de recogimiento. Los demás ahora vienen con sol en sus manos y nos llaman, que volvamos a la casa de todos los días, que dejemos al muerto seguir solo su peregrinación por las sombras.

Volvemos. Sentimos que, al aclarar, lo abandonamos, nos desprendemos de él. Cada cual, su destino. Hasta un umbral te hemos acompañado. Sigue. Yo vuelvo a la casa que se ilumina, que los pájaros cantan, que alberga llantos superficiales en sus rincones, preocupaciones inmediatas por escaleras y habitaciones.

El astro brilla.

Voces rítmicas, potentes, claman ahora, claman a martillazos:

Santa María, madre de Dios,
Ruega por nosotros los pecadores
Ahora y en la hora de nuestra muerte;
Amén.

Luego, Marul, en pequeños papeles, había yo anotado:

...y aunque mis sentimientos decíanme lo contrario, me sentí extrañado cuando la razón me dijo que el gato nada sabía.

...ese día que para todos era otro día y que para mí era siempre el mismo.

...El muerto salió de la casa. Los muebles quedaron. Algo como una deserción. Algo feo, incomprensible que así se vaya.

...El otro día hizo mi tío José Pedro su último gesto inútil: murió.

Allí quedé. Quedé pensando en el pobre viejo, en Rosendo y qué sé yo. Recordé al loro de Tabatinga en su pedestal de madera; recordé al doctor Guy de la Crotale; al hijo de su sobrina, Henry-Guy; al *père* Serpenteaire; al tango preferido por Rosendo; en fin, viajé por todos los recuerdos que algo tenían que ver con el pájaro verde.

¿Qué se habrá hecho ahora este pájaro?

Desapareció. Bien..., desapareció.

Desaparición...

Golpearon a mi puerta: Lorenzo Angol.

Nos miramos en silencio; luego me preguntó:

—¿Sabes a qué he venido?

Le respondí sin titubear:

—Sí, lo sé; has venido a hablar de mi tío José Pedro.

Me contestó:

—Sí, a eso he venido, a hablar de tu tío José Pedro.

Riendo le dije entonces:

—Es una coincidencia que ojalá siempre ignore...

Me dijo:

—Ascanio Viluco.

—Coincidencias así las pondría bajo el escarpelo de las teorías literarias. Háblame, Lorenzo.

—No sólo lo haré sobre tu tío. Todos los muertos queridos parecen haberse agrupado en torno mío. Mi padre, mi madre, mi abuela, mi primo Quintín...

Se juntan y se van, se van. ¿Sabes tú adónde van? A Bourges, a trabajar en la construcción de la catedral. Es por allá por los comienzos del siglo XIII. ¿Te das cuenta? Yo trabajé en ella. Ellos revolotean a su alrededor. Luego se ocultan y se pierden.

Converso, entonces, con Guy de Danmartin, el arquitecto del duque de Berry, que construía la catedral. Creo que esto es a fines del siglo XIV. ¿Cómo voy a precisarlo? Conversamos un rato y vuelvo a casa, a mi vieja casa, en Santiago. La veo claramente, en la calle Moneda: casa de un piso, estucada de blanco; en la parte principal tiene un segundo y pequeño piso; a su lado, una casa roja de dos pisos; más allá, la casa de un médico; después un caserón amarillento, con ventanas raramente abiertas. En esa casa de la calle Moneda murió mi padre.

¡Es algo horrible, Onofre, pero esto de la muerte es algo que no podemos entender! ¡Pobre mamá! Sé que se lloraba a sí misma al ver los días que iban a venir sin él. Me decía siempre que cuando lloraba a algún muerto se lloraba a ella al verse sin el muerto. Jamás había llorado ante el misterio del más allá. Me acerqué a ella. Sin pronunciar palabra le hablé. Después, encerrado y solo, escribí lo que le había dicho. Aquí está ese escrito.

(Me alargó un papel que leí).

Mamá:

La muerte ha entrado en casa. Atiéndela y sívela bien. Ya salió Herminio, nuestro

viejo mozo; ya salió primero a preparar todo, a que no haya nada en desorden. ¡Pobre Herminio! ¿Pobre? ¿Por qué? Ahora te comprendo, mamá. ¡Pobres nosotros los que ya no lo vemos afanarse! Se fue a afanarse allá, se fue a prepararlo todo.

Mamá, la casa está ocupada por la muerte.

—No —dices tú, mamá.

—Sí, mamá —te digo yo.

Evidentemente seguimos todos con las mismas libertades que antes teníamos. Pero ello es sólo en apariencias. Desde luego, al subir o bajar por la escalera del hall, hay a lo largo de ella —cosa que antes no había— varios, muchos guardias que reglamentan. Nada hacen. Nada. Pero están allí. Antes no estaban mamá. Y aunque nada hagan, subimos y bajamos todos de otro modo. Diferente a cuando la muerte no estaba allí verificando, averiguando, cobrando.

Digan lo que digan, mamá. ¡Claro! Cada cual alega tener igual libertad en sus acciones, ideas, sentimientos, ¡qué sé!

¿Qué piensas tú, mamá? ¿Será igual?

No, no. Está la muerte en casa.

La prueba es que Herminio se fue ya a preparar nuestra llegada. Por algo se ha ido.

Tú alegas, mamá, un sinnúmero de cosas. Por ejemplo: que el terror de las empleadas por Herminio son cosas que nos han contado en la niñez. Es posible. Es una solución. *Una.*

Otra:

Esto tan simple y tan conforme a nuestra ciencia y mentalidad actuales: "El pánico a la muerte". Nada más. Este pánico todos lo tenemos. Ellas, entonces, las empleadas, lo expresan sencillamente, sintiéndolo. Nosotros..., ¡ah, mamá!, nosotros somos muy astutos. Entonces le decimos al pánico: "¡Sí!"; pero le agregamos: "Espera, espera, espera...". Porque, mamá, tenemos todavía tantas deudas. ¡Y como que uno no las pague...!

Le debemos a *lo que es*.

Le debemos a *la fe que hemos jurado*.

Debemos.

Tercera solución que es la que yo creo, mamá. ¡Ni cuentos de niños, ni supersticiones de empleadas, ni fe nuestra, ni nada!

Creo, nada más, que Herminio está en casa todavía, haciendo su trabajo fuera, continuando su labor, hoy ya en sentido de la muerte. Pero no en eternidad de la muerte.

¡Qué palabras, Dios mío! ¡Eternidad!

No, mamá, como cuando abría la puerta de casa. Así. Está siempre con nosotros. Así es como sigue en casa pero... en la muerte de casa.

¡Y es claro! Las empleadas, que son simples empleadas, después de todo, lo ven aún.

Y yo, que no soy empleado, no lo veo. Pero veo a los guardias que, a lo largo de la escalera del hall, están ahí, inmóviles. Ahí están con harta malicia, ¡con harta, harta, mamá! Prueba de ello es que cada cual que sube o baja hace retumbar sus pasos de tal modo que todos decimos:

—Calla, calla...

Porque nos da miedo que un estrépito más y Herminio conteste:

—¡Listo, caballero!

Así escribí aquella vez.

Ahora he quedado un largo rato aquí en mi departamento de Fray Tomate. Pensé. Me fui a Santiago. Una noche, en la soledad iluminada de la ciudad. Me encontré, de pronto,

con tu tío José Pedro. Tengo muy presente aquella noche. Nos saludamos. Luego me cogió del brazo y, caminando lentamente y charlando, me acompañó hasta la puerta de casa. Pero como su relato no había aún terminado seguimos hasta la puerta de la suya, de modo que vinimos a separarnos cuando ya una débil claridad anunciaba un frío amanecer de otoño.

Lo que había ocurrido aquella vez, y que había culminado en la convicción de que ese señor que se perdió en la noche, no era más que un badulaque, era una historia simple, inofensiva hasta el hastío. Pero tu tío hablaba con suma calma, interrumpía sus frases con largos silencios, se detenía a menudo apuntando con su índice a mi solapa y todo ello volvía a repetirse de igual manera dos o tres veces antes de pasar a la frase siguiente. Por eso trascurrió casi tanto tiempo durante los hechos mismos como en la narración de ellos. Era esto:

Tu tío había estado por la tarde en el Club con sus amigos habituales. Poco antes de separarse para volver cada cual a su casa, había aparecido el señor en cuestión que, conociendo a uno de los contertulios, se había sentado en la mesa con ellos. Tu tío lo veía por primera vez. Minutos después todos se despedían más el señor, que seguramente tenía escasas relaciones y que, por un motivo u otro, temía aquella noche la soledad, al ver que los demás se marchaban resueltamente, detuvo a tu tío José Pedro con pretexto de algunas palabras más y luego le propuso que comieran juntos en el Club.

Comieron juntos. El hombre era ameno, charlador, jovial.

Tu tío era muy ducho, así es que desde el primer momento —y más aún cuando lo retuvo y más aún cuando le propuso la comida juntos y mucho más aún cuando hablaba de que en la vida... ¡hum!, en la vida... y reía— tu tío se dijo que aquel señor, sin duda...; ¿cómo decirlo?; en fin, que en aquel señor había algo “no muy claro”. ¡Esa es la expresión!: “No muy claro”. Entonces tu tío se dijo: “Esperemos y veamos”. Y trascurrió la comida.

El señor propuso un paseillo por las calles; era algo muy indicado después de las comidas. Tu tío dedujo inmediatamente una cosa: ese hombre no era un alcohólico; había bebido apenas y ahora le proponía alejarse del Club sin siquiera asomarse al bar... Ese hombre no era un alcohólico.

Salieron por las calles y charlaron como todo el mundo: de política, de negocios y demás. Pero el muy bandido propuso pasar al teatro. Tu tío protestó: no le gustaba el teatro, acostumbraba recogerse temprano, etc. Mas el otro insistió: entrarían sólo a una sección de la noche y, justamente, la segunda empezaba; aquello distraía; tres cuartos de hora, más o menos... Entraron.

¡El muy bandido no era tampoco un mujeriego!

La pequeña pieza que se ponía en escena —el hombre la conocía— era más bien delicada, en todo caso nada tenía de picaresca y, lo que es más, para la tercera sección se anunciaban ciertos cuadros atrevidos y ese hombre no había ni siquiera propuesto permanecer. No era un mujeriego. Onofre, era asunto resuelto.

—¿De qué lado va usted? —le había preguntado al salir.

Respondió tu tío:

—A mi casa —y había dado sus señas.

El otro había dicho:

—Pues entonces le acompañaré algunos pasos; yo voy también por ese lado.

Salieron juntos. Al llegar a una esquina dijo este mismo señor:

—Acompañeme usted unos metros y podré así mostrarle algo único en Santiago.

¿Irábamos, por fin, a saber lo que se escondía en tan misterioso sujeto? Algunos metros... La cosa tentaba. Accedió tu tío. Recorridos esos metros detúvose el sujeto y, apuntando con su bastón, enseñó a tu tío, entre las medias tinieblas de la calle, tres balcones iluminados.

—Es el Club de la Capital —había dicho con malicia el muy sinvergüenza.

—¿Y qué? —había preguntado tu tío.

El otro, como respuesta, había hecho un gesto circular con su diestra.

—¿No comprende?

—No.

Entonces, aproximándose bien y en voz muy baja, aunque no hubiese ni un alma por allí, le había murmurado risueño:

—Subamos siquiera un momento. ¡Hay ruleta! ¡Una ruleta estupenda!

Tu tío no había hecho ni un gesto. Respondió únicamente.

—Perdón, señor, no soy jugador. Buenas noches.

Este era su relato. Estábamos detenidos bajo un farol. Le pregunté entonces ya algo interesado por sus andanzas nocturnas:

—¿Quién decía usted que era este señor?

—Te he dicho que no lo sé —fue su respuesta—. Lo encontraba por primera vez en mi vida. Aunque ahora que me preguntas lo recuerdo: era un señor Delgadillo.

—Pero entonces, don José Pedro, ¿por qué le interesaba a usted tanto lo que pudiera hacer o no hacer este señor Delgadillo?

—¡Cómo! ¡Cómo!

Aquí fue, al exclamar “¡cómo!”, una de las tantas veces que me detuvo con su índice en mi solapa. Así detenidos, el uno frente al otro, empezó un segundo relato: la explicación de los fundamentos que tenía su interés. Fue una explicación lenta y confusa pero, en fin, había en ella algo de que él no transigía con esos hombres que no se muestran desde el principio cual son, que gustaba desenmascararlos, que siempre lo conseguía pues él era muy, muy hábil psicólogo, que la psicología era una gran cosa y que con ella en la vida..., etc. y etc. Total: que la claridad del alba nos sorprendía y que tu tío tosió; total: que ya ahora sabría a qué atenerse respecto a ese tipejo que era sin duda un badulaque y que, contrariamente a lo que me había dicho en su primer relato, él, don José Pedro Borneo, había juzgado como un empedernido jugador. Total y en resumen: yo volvía a quedar solo por las calles desiertas y los faroles empezaban a palidecer con el azul claro de la aurora.

Eso fue todo.

Quedé solo en medio de dos hileras de casas en una calle que no parecía tener fin: casas y casas todas iguales y todas de colores diferentes; iguales hasta la desesperanza y cambiando de tonos hasta la exasperación; una igualdad eterna hasta su último día y cada diez o veinte metros jugando, en su inmovilidad, con un color diferente.

Como dos muros cerrados arriba, esto, Onofre, me cruzaba. Esto iba apuntalando mis ojos con la imagen de tu tío, que, sin querer, me había sacado de mis inocentes contemplaciones de faroles para sumirme en el hueco de una vida.

Ahora iba entre dos muros cerrados, por entre ellos me encaminaba a mi rincón. Tu tío José Pedro había dado cuerpo, había hecho un imán nervioso donde vinieron a agolparse mis inquietudes, mi no aceptación hasta entonces silenciosa. Las otras noches la sentía revolotear en torno mío; la despistaba diciéndome:

“¡Qué feos son los faroles de esta ciudad!”.

Sí, Onofre, iba entre dos muros cerrados. La no aceptación del hecho de vivir, de ser, estaba en mí, me hendía de parte a parte sin dejar ni una célula sin saturar. Pero yo pensaba en otra cosa:

Pensaba en una denominación para algo de tu tío...

A través de su relato, permanentemente, se había filtrado algo más que el relato mismo. A este "algo más" necesitaba detenerlo y clavarlo con un nombre, como se clava un insecto con un alfiler. Mientras no hubiera hallado la palabra que lo clasificara sabía yo que, desde esas aventuras nocturnas de don José Pedro y Delgadillo, gotearía sobre mi mente un malestar indefinido.

Buscaba por el Club, por las calles, por el teatro, por la ruleta, por su compañero improvisado, por tu tío desapareciendo en la oscuridad de un zaguán, por el alba que aparecía... ¡Nada! De pronto vi y me dije:

—Gesto inútil.

Era eso.

Tu tío José Pedro Borneo, durante toda una larga noche más bien fría, había hecho un gesto inútil. Era eso. Un gesto de una lastimosa inutilidad. Ese gesto no había penetrado ni había sido parte orgánica de la vida de Delgadillo y, menos aún, de la vida del Santiago nocturno...

Me dirás tú que todos hacemos mil veces inutilidades máximas. Sí, puede ser. Pero en este caso aquella había sido lamentable y nada más. Él, compenetrado, casi profundo, desde el primero hasta el último instante; él, llenando, repletando esa inutilidad con toda su energía vital, con toda su seriedad y experiencia, con toda su ¡psicología! Era lamenable, Onofre. El señor Delgadillo entraba a jugar y, al dejar su sombrero en el vestuario, olvidaba, por todos los años que le quedaban en la Tierra, a tu tío. Seguiría jovial y charlador su destino; tu tío quedaba hosco y cejijunto girando como un torbellino alrededor de la imagen de aquel sujeto. Así giran, por tierra y sobre sí mismos, algunos moscardones; así giran y zumban.

Siempre ese taladro vertiginoso de los moscardones en el suelo se me ha figurado como la justa representación de un esfuerzo desvanecido, de un esfuerzo sin objeto. Así sentía a tu tío alrededor del señor Delgadillo; así, sin poder salir del círculo de su propio taladro; así, como un mosco enloquecido; pero él con gestos ampulosos y pausados. En el fondo, la misma cosa.

El señor entró a jugar; tu tío no volvió a verlo nunca más ni tuvo por qué volver a verlo.

¡Un gesto inútil!

Esa era la cosa. Esa era la desesperanza que me inspiraban los moscardones girando: la inutilidad, la inutilidad activa llenada con uno mismo.

¡Qué horror, Onofre! ¡Qué horror tu pobre y querido tío... y yo!

Para esto había atravesado medio Santiago—desde su casa hasta la mía y de la mía a la suya—, para encontrar no sólo una denominación a las minúsculas actividades de él sino también una para todas mis actividades de entonces y acaso—lo que es peor—de todas las actividades mías actuales; ¡un gesto inútil!

Así lo sentí aquella noche.

Así vivía yo: girando y... alegando, refunfuñando, destilando hiel alrededor de esta ciudad y de la vecina y del país; así vivía yo... girando y girando en la inutilidad del moscardón que gira y gira antes de morir.

Hace ya de esto mucho tiempo, Onofre; tal vez unos ocho o nueve años. Desde enton-

ces hay en mi alma un pequeño casillero donde reside esta inutilidad mía. A veces queda en él sin moverse; otras veces sale y se presenta frente a mí.

Como hoy, por ejemplo.

Desde entonces he conocido el sentido de mi vida y lo he denominado; he sabido el sitio justo que ocupaba y he deducido cuál ha de ser mi destino.

¿Cuál ha de ser?

Junto con saberlo lo ignoro. Sólo sé que he de cambiar. No sé si mi vida tiene o no tiene alguna utilidad. Que la tenga o no la tenga, nada importa. ¿Por qué? Por la razón absoluta, avasalladora de que en tenerla o no tenerla no está el fundamento de mi vida, no es allí donde se encuentra el eje sobre el cual he de apoyarme.

Hoy por hoy vivo. Hoy por hoy estoy amoldado, encajado en la vida de aquí. Sigo su curso, su curso me arrastra y voy adonde él vaya y he de llegar adonde él llegue. Por muy trivial que la imagen sea me veo ahora en medio de un río correntoso, cogido a un madero y siguiendo el correr de las aguas.

Pero de pronto pienso:

¿Si todos nuestros gestos fueran inútiles?

Sin embargo, y de cuando en cuando, hay una voz que me dice:

"No, no lo son si... encuentras el camino en que los gestos adquieren una utilidad.

Es mi preocupación de ahora: saber hacia dónde camino.

La imagen de Lumba Corintia se me acerca; luego se aleja y se pierde; vuelve a aparecer después.

Una vez oí que me decía:

"No te afanes en hacer algo; no hagas nada; ve al silencio meditativo; allí está el camino.

El espectro del temor se me apareció entonces. Me hizo verme como un niño temblando.

¿Te das cuenta, Onofre, que tenía que abandonar todo, todo para caer en el vacío de la nada?

Tuve miedo y temblé. Me puse a escribir y escribí muy largo. Después leí cuanto había escrito y exclamé:

"¡Un gesto inútil más!".

Me vi entonces como tu tío, como el bueno de don José Pedro descubriendo las flaquezas del señor Delgadillo.

Pero, de inmediato, viene la contraparte: la alta sabiduría que hay en la inacción.

Tú has oído hablar de ella, Onofre; me lo contó Barbaciano Mallarauco cuando fuiste a visitar la Casa Maldita, la casa que fue de Januarío Vilcún y Adelfa Tolhuaca. ¿Recuerdas el pequeño Buda? ¿Recuerdas las palabras de Lau-tzī? Barbaciano me las citó y luego las oí del propio Buda. Te citaré las que me han quedado grabadas:

No hagas nada, y todas las cosas se harán. Abandona la sabiduría y desecha el conocimiento. Por eso sé que hay muchas ventajas en la inacción.

¡La inacción! ¡La inacción total!

¿Te das cuenta, Onofre, qué temple es necesario para poder entrar en el mundo del absoluto sosiego?

No hagas nada...

Parece éste ser el ideal de la humanidad... Pero allí están los "gestos inútiles" para llenar el vacío que se produce al no hacer nada.

Los que hacen gestos inútiles los hacen para llenar un hueco que en ellos existe.

Los que no tienen huecos están en la verdadera y en la activa inacción.

Porque ésta ha de ser intensidad interior.

Los que hacen actividad inútil carecen de vida interior.

Ahora, como te he dicho, me dejo llevar por la corriente de la vida diaria. Cuando quiero dirigir yo esa corriente siento, sobre todo mi cuerpo, los azotes del oleaje y siento, bajo mis pies, los guijarros que me hieren.

Hay estupor en los demás que me aseguran que nada de ello, nada ocurre, que no hay azotes, ni olas, ni guijarros en ninguna parte. Voy, pues, a todas partes. Voy por las calles, por los bares, por los museos, por el campo; frecuento mujeres y frecuento amigos; con todos hablo y discuto y río.

Siento a mi lado el río caudaloso que me rodea.

Pero ahora vivo, sí, vivo.

Vivo, Onofre, desamoldado aunque sigo en plena corriente. Camino y camino, con sol o con lluvia. Exteriormente hablo, discuto y río; interiormente, maldigo. Pero toda maldición se ha ido hoy a una verificación intelectual y a una lejana nostalgia de una tierra ideal.

Hoy por hoy, en el fondo, odio mi casa, odio este departamento de Fray Tomate. Odio todas las calles. Me enerva el eco de mis propios trancos. Me enerva el recuerdo de los besos que di a Vivencia Pocuro y a Genara Linares. Llega mi enervamiento al máximo cuando evoco los besos que he dado a Lumba Corintia.

¿Qué es todo esto, Onofre?

Creo que en el fondo de mí mismo trabaja una fuerza que pide la desconcentración mía en esta Tierra. Por eso estoy siempre al borde de acordarme de algo..., de algo... La concentración vuelve y entonces camino y camino, hablo, discuto y río.

¡Ah! Es mejor vivir como vivió tu tío José Pedro. ¡Ah! ¡Ocupar su existencia en descifrar los puntos poco claros que hay en un señor Delgadillo!

Pero no olvidemos:

Al fondo de su vida estaba el Pájaro Verde que un día saltó sobre él y lo mató. En el Pájaro Verde estaba encarnado Palemón de Costamota...

145

Baldomero Lonquimay no es un hombre; Baldomero Lonquimay es una ráfaga en forma de hombre.

Pasaba yo frente al Bar de la Tonsura cuando sus puertas se abrieron y, de sus batientes, surgía y se precipitaba él, Baldomero Lonquimay. Sin más me cogió de un brazo y me aventó bajo su capa. Así marchó un par de cuerdas; yo volaba a su lado. De pronto se detuvo y me interrogó:

—¿Qué creéis, ¡oh, mancebo!, que he ingerido en éste que llamáis el Bar de la Tonsura?

—Lo ignoro —le contesté—. Tal vez ha tomado usted un pisco o un cinzano o un...

—¡No y cientos de veces no! —exclamó—. He ingerido una larga y cítrica bebida, extraída de los limoneros de cálidas regiones. Ella me ha puesto en mis cabales después de haberme yo descabalado en el mundo de los recuerdos.

—¿Qué ha recordado usted?

—He recordado a la pobre y dulce doncella, la bella. He vuelto a ver la trepidante Lutecia. En medio de Lutecia he visto, por segunda vez, a la pobre y dulce doncella, la bella.

Siguió, mejor dicho, seguimos nuestra marcha. De pronto se volvió a mí y me dijo:

—Venid conmigo a mi morada. Allí... ¡veréis!

Nos encaminamos al Muelle de la Sotana. Nos abrió la puerta doña Cleta Purén. Baldomero me hizo pasar a su gabinete. Luego, con gesto olímpico, me mostró un muro mientras me decía:

—Imponeos, mancebo.

Allí había clavado, con cuatro chinchas, una enorme sentencia francesa, como se estilaban a principios del siglo pasado, y que rezaba así:

P A R A R R Ê T
D E L A
C O U R D ' A S S I S E S
S É A N T À S A I N T - O M E R , D É P A R T E M E N T D U P A S - D E - C A L A I S , E N
D A T E D U 1^{er} D É C E M B R E 1 8 1 2
J E A N - B A P T I S T E
L A V I G N E

Agé de 40 ans, né et domicilié à Hestrus, arrondissement de St-Pol, taille d'un mètre 790 millimètres, cheveux et sourcils chatains, front haut, yeux gris, nez moyen, bouche grande, menton long, visage ovale, et

AUGUSTINE

L A V I G N E

Agée de 24 ans, née audit Hestrus, Couturière, domiciliée à Arras, taille d'un mètre 500 millimètres, cheveux et sourcils blonds, front bas, yeux bleus, nez meyen, bouche meyen-ne, menton rond, visage plein et coloré, accusés présens, convaincus de s'être rendus coupables

D E F A U X E N É C R I T U R E S P U B L I Q U E S E T A U T H E N T I Q U E S O N T
É T É C O N D A M N É S
À C I N Q A N N É E S
D E T R A V A U X F O R C É S

Et à une heure d'exposition au Carcan, sur l'une des Places publiques d'Arras, et à être flétris sur la dite Place publiques, par l'application, sur l'Epaule droite, d'une empreinte, avec un fer brûlant, portant les lettres T. F.

Altivo la mostró con su índice y exclamó:

—¡Triturbios!

Luego nos sentamos. Un largo momento de silencio. Por fin Baldomero Lonquimay me dijo:

—Augustine Lavigne, ¡hermosísima doncella! Estaba yo en la gran Lutecia con el belitre de Desiderio Longotoma cuando oí vibrar en mis oídos un lamento. Supe, de inmediato, de qué se trataba. Era Augustine que imploraba mi asistencia. Miré, por sólo medio minuto, este cartel-sentencia y, con voz decidida, le dije:

—Iré.

—Fui.

—¡Contraturbios!

Me expresé con voz tenue, temeroso ante tanta grandeza:

—Comprendo, Baldomero, que, al ir, caminó usted no sólo por las calles de París sino también por el tiempo. Estuvo usted allí en 1928 y esa niña, según veo por la sentencia que tiene usted allí clavada, fue castigada en 1812.

Me respondió:

—El tiempo no existe, mancebo, menos aún cuando él ruga y bufa con el sufrimiento humano.

Quedamos de nuevo en silencio sintiendo el estancamiento del tiempo sobre el cual zigzagueaba ondulante el sufrir de los hombres. Luego prosiguió:

—La vi. Vi a aquella doncella. Vila sobre aquel cuadrilátero público; vila sobre lo que hoy llamaríamos vosotros un *ring*. Vila en el carcán. Estaba muda y pálida. Su rostro, acaso, había sido lleno y coloreado. Ahora, mudez y palidez. A Jean-Baptiste no lo miré. Miré hacia ella y en ella mis ojos se clavaron. Ella miraba la nada. El barullo de la plebe la inundaba. Nosotros, Augustine y Baldomero, nos cerníamos sobre ese inmundo cuchicheo plebeyano. Allí quedamos. Hasta que..., hasta que...

—¿Hasta qué? —le pregunté.

—Hasta que hendió los aires una estridente sirena que veloz se avanzaba por el tiempo hasta hoy.

—¡Mancebo! ¡El instante había llegado!

—¡Mancebo! ¡Repicó una campana!”.

—Baldomero —le dije—, como ahora que oigo el repicar de las campanas de nuestra catedral.

—Exacto —me respondió—. Ellas doblan en señal de eterno duelo por los dolores que sufrió la bella doncella Augustine. Fue sacada del carcán, fue impelida y zarandeada y sus manos fueron atadas y su hombro derecho fue desnudado. Cayó de hinojos. Entonces una bestia, que se asemejaba a un ser humano, le hundió en ese dicho y bello y límpido hombro derecho una larga marca de hierro ardiente con las letras, con las fatídicas letras, con las nauseabundas letras: T.F.

—¡Oh, contrapoliturbios!

Baldomero, que hasta entonces había permanecido de pie, cayó en un sillón tomándose la cabeza con ambas manos. Luego se irguió y dijo:

—Mancebo, llamé a los dioses todos para que el dolor que ella experimentaba retumbase en mí, aquí, ¡aquí! —se tomó el hombro derecho—. Pero... nada sentí. Ella, en cambio, rebudió como catorce barracos que, al unísono rebudieran. Entonces escapé, escapé y, como un demente, ¡escapé! Vine a detenerme frente a mi hotel. Allí medité...

—¿Qué meditó usted, Baldomero?

—Rumié.

—¿Y qué rumió usted?

—Excogité.

-¿Y qué excogitó usted?

-Si acaso no sería peor que todos los dolores humanos, el hecho de compartir la misma alcoba con el mentecato de Desiderio Longotoma.

146

-Marul, alejémonos de ese estrepitoso de Baldomero Lonquimay. Me enferma su potencia, esa potencia que tiene la fortaleza de mecerse por el tiempo, por los siglos. He pensado mucho en esa infeliz de Augustine Lavigne, joven, rubia, hermosa y con un rostro "plein et coloré". Marul, vamos a divertirnos.

¿Recuerdas cuando te hablé así? Tienes que recordarlo porque fuimos juntos a divertirnos. Empezamos en el Restaurante de la Basílica, seguimos en la Taberna de los Descalzos, luego fuimos al Cabaré San Lito y luego..., luego... ¿Dónde estuvimos o estuve sin ti?

Hoy, con el cuerpo malo, estoy en Fray Tomate y escribo. Te he telefoneado y has respondido alegre, riéndote a tus anchas. Quiere decir que nada engorroso ha pasado, que todo no ha ido más allá de una buena diversión.

¿Y cómo no iba a ser así si Romualdo Malvilla nos acompañó todo el tiempo?

No me negarás, Marul, que las personas ebrias, esas personas que viven a "medio filo", son personas que, sin querer, logran lo que tanto anhela Lorenzo Angol; desconcentrarse de aquí de la Tierra. Claro está que una copa de más o una copa de menos puede muy bien sumergirlos en la Tierra y allí no es raro que caigan en mano de Satanás, en manos de nuestro amigo Palemón de Costamota. Entonces es la ruina. Pero no es ni ha sido mi caso y ¡para qué decir el tuyo! Nos hemos divertido. Mucho he olvidado. Pero al grande de Malvilla lo tengo bien presente.

Me has pedido que escriba mis recuerdos. Bien, lo haré. Me permitirás que en ellos falte la ilación. Voy a dejar que esos recuerdos vengan como quieran, que se presenten a mí en el orden que han de tener, según su propia lógica, y no en el orden cronológico que siempre quiere imponerse.

En un momento hablábamos todos. ¿Quiénes éramos? En fin, todos. Una dama muy hermosa -la veo bien, a ratos- dijo, de pronto, para expresar el fondo de su impresión.

-¡Oh! ¡Era bello como una rosa té!

Yo, naturalmente, la interrumpí:

-¡Señora! Aquello era bello como... ¡un frasco de nescafé!

Me miró sorprendida, me miró de alto a bajo y se marchó. ¿Crees tú, Marul, que se marchó por mi interrupción? No, no puede ser. Ahora veo mejor a esa bella dama: era Miroslava Lipingue, hermana de Carmelo Lipingue, el pederasta. Yo la creía muy seria, casi adusta... ¡Y encontrarla en el Cabaré San Lito! Perdóname, Marul, porque no fue en el cabaré donde ella habló de la rosa té; fue en la calle, en una calle donde nos encontramos. ¡Es linda, es muy linda Miroslava! No sé si esta sensación de belleza mi irá a durar hasta mañana, hasta que mi cuerpo se restablezca.

Sí, íbamos por la calle rumbo al San Lito o, tal vez, de regreso de él. Al menos, hoy por hoy, el San Lito es para mí Romualdo Malvilla. Aquí a mi lado tengo el poema en prosa que escribió y que luego me lo obsequió como un regalo, como un fraternal regalo de un

poeta emocionado. Anoche lo leyó en alta voz pero yo no lo recordaba. Ahora lo leo con calma. Dice Malvilla:

Fragancias

Conocí a una mujer llamada Luz. Mas, a pesar de su amor, un día la abandoné tras otra mujer, ésta llamada Paz. Paz, agradecida, me ofreció un gran frasco de agua de Colonia. Entonces creí llegado el momento de volver hacia Luz. Pero Luz no pudo soportar el aroma de esa colonia y, para lograr armonizar las líneas de su vida, se dirigió a un arcángel en demanda de otro perfume. El arcángel le regaló un frasco de colonia de marca Carameler que es –como lo saben todos los que se tildan avezados en estos asuntos– el franco reverso de la colonia marca Caramelario, que fue la obsequiada por Paz. Ante tales hechos, por primera vez en mi vida pensé en el suicidio. Mas antes de resolverme a él, y como postrera esperanza, me acerqué a Luz y, tan quedamente, como el más leve de los susurros, le dije:

–La colonia Caramelario es de magnífica calidad.

Y Luz respondió:

–Ya lo sé; prueba es que, cada mañana, me fricciono con ella todo el cuerpo. Esto es lo que os permite que aún yo viva entre vosotros.

Pero hete-ahí que las cosas no habían terminado todavía pues, envalentonado, osé suplicar:

–Luz, aconséjame una marca de agua de colonia para mí.

Y Luz respondió:

–Carameler.

Temblante proseguí:

–¿Para friccionarme también el cuerpo?

Luz respondió:

–No. Para la fragancia de tu cabellera y de tus manos.

Y es así como Luz, envuelta en su propia cabellera, se marchó para siempre y lo abandonó todo, todo. Y es así como Paz lanzó a los aires su última paloma. Y es así como yo quedé dueño de cuantas colonias existen, pero... solo, solo, olvidado, sin una mujer que me escuchara, a pesar de preferir mil veces las mujeres a las fragancias de las colonias aunque sean ellas de marca Caramelario o de marca Carameler.

Ahora, Marul, he ido a abrir la puerta porque alguien ha llamado. ¿Sabes tú quién? Te lo diré: ¡Chispita!

Siempre, después de una farra, viene algo de esa farra hasta mí. Hace tiempo llegó hasta mi departamento el mismo Malvilla con su mujer de entonces, con Braulia Tinguiririca. Ahora ha venido Chispita. Lo miré y algo vino a mi memoria. Sí, Marul, sí: yo había insultado a Chispita: tú ya no estabas con nosotros. Ahora, sin duda, venía a cobrarme cuentas. Consideraba yo, mientras lo veía cantando y bebiendo en el San Lito, que había llegado el momento de decirle cara a cara, de escupirle lo que guardaba en su contra... ¿Qué era ello? No lo recordaba porque el aire tibio, consistente del día, amurallaba lo que

tenía que decirle y escupirle a su rostro. Anoche, por fin, había llegado el momento. Por lo tanto lo insulté.

Pero Chispita no venía enfadado, venía sonriente. Entonces me avergoncé pues sentí: ¡el eterno día siguiente! ¡El día del arrepentimiento, Marul! Pues, al fin y al cabo, va a haber que seguir la vida con ese aire tibio y consistente; no con el aire ralo de las noches de juerga. Me sometí frente a Chispita, acepté todo y me juré pedirle perdón. Pero Chispita reía. Al fin me dijo:

–Te dio anoche con quererme a mí...

Puedo asegurarte, Marul, que creí en una ironía, en una burla. Pero Chispita siguió:

–No me dejabas ni bailar ni beber; me abrazabas y me decías y me repetías: "¡Piti-Cuti, Piti-Cutito!".

Entendí todo.

Marul:

Los dioses de la buena razón, los dioses que borran los recuerdos de las noches crapulosas para no perturbar el buen orden, me acaban de conceder un rayo de recuerdo. Por eso entendí todo. El proceso había sido tan sencillo como necio:

Desde el momento en que recordé sus faltas imaginarias hasta el momento en que juzgué oportuno cobrarle cuentas, debe haber pasado largo rato. Durante ese rato yo buscaba el insulto, un insulto que le doliera, que no se pudiera atribuir al exceso de alcohol. Buscaba un insulto que despertara con él a la mañana siguiente y lo acompañara a todo momento. ¿Lo encontraba? Sí, de cuando en cuando, de tarde en tarde pero... desaparecía junto con las faltas que yo debía criticar severamente a Chispita. Te vuelvo a preguntar, mi Marul, ¿cuáles eran estas faltas? Había que empezar por ahí, por precisarlas bien, por ponerlas claramente en mi mente. Mientras tanto Chispita podía marcharse... ¡No, no te vayas Chispita! Y para retenerlo le decía:

–¡Piti-Cuti, Piti-Cuti!

Y luego le repetía casi con lágrimas en los ojos:

–¡Piti-Cutito!

Y no lograba precisar aquellas faltas. Porque, a lo mejor, ellas no habían existido jamás. Pero no cabía duda alguna: Chispita era un vil individuo y era necesario hacérselo ver y refregárselo en público, delante de todos sus amigos. Lo miraba ya decidido y le decía:

–¡Piti-Cutito!

De pronto me di cuenta, Marul, que Chispita ya no estaba con nosotros... Y tú tampoco... ¿Entonces? Entonces bailemos Clementina Rengo, ¡bailemos!

Ahora Chispita estaba en Fray Tomate y, alegre siempre, me decía:

–Aquí me tienes, Onofre; como ves he sido puntual. Veamos ese magnífico Pernod que ha venido de Francia para los "habitués" del San Lito.

Ya te lo he dicho, Marul: recordé otro poco, entendí otro poco. Con Chispita hemos bebido un trago de Pernod. Luego hablamos de la crisis ministerial que acaba de producirse...

Y ahora, que Chispita se ha marchado, vuelve a mis recuerdos Malvilla en el San Lito o en otro sitio semejante. Vuelve lleno de papeles con notas, garabateados en forma indescriptible. La orquesta atruena. Me muestra sus papeles.

–¿Sabes tú, Onofroy, qué es todo esto? –grita–. Pues son los apuntes para mi futuro gran libro, para el que se llamará como se ha de llamar: *As de Copa*. Será la obra máxima de mi literatura, ¡sí, Onofrense, sí!, la obra máxima. Porque yo escribo y bebo, bebo y

escribo. ¡Oh, ese gran Baudelaire! ¡Sabía mucho, mucho! ¿Sabes tú lo que ha dicho? Aquí lo tengo, aquí tengo sus palabras. Espera, espera un rato, espera que lo encuentre. ¡Aquí está! Oye y verás qué buen epígrafe Baudelaire me puede dar:

Un hombre que no bebe más que agua tiene un secreto que ocultar a sus semejantes.

“Entonces yo le he contestado lo siguiente:

Combado mi cuarto combóse también mi lecho y yo rodé por los suelos resquebrajados desvencijándome a tal punto que quedé maltrecho cual un terremoto. Mas no tuve tiempo para detenerme a considerar los achaques de mi cuerpo ni la ruina de mi pobre habitación. Pues acto continuo, junto a mí y por todas partes, hasta en el lejano horizonte, empezaron a brotar de la caparazón terrestre y a crecer luego con pasmosa velocidad, largas, negras y afiladas púas. Ante tan horrible peligro todos mis enseres huyeron cual balines despavoridos. Lo que visto por mis ojos y registrado por mi cerebro hizome, en un supremo y feroz esfuerzo, dar un salto de felino y asirme de las faldas de mi gabán que emprendía, a su vez, las de villa Diego. Entonces, ahorcadas en él, dejé que la singular catástrofe me llevara adonde el viento lo quisiera.

“Porque yo no tengo nada que ocultar, mi buen Onofrov. Quiero que todo salga y salga con el ímpetu de las cataratas del Niágara y del Iguazú. Entre sus remolinos de H₂O bailan los ojos de Alicia Bick. Pero dejémosla, dejémosla en santa calma; ¿no te parece, mi tan leal Onofrense? Dejémosla que duerma en su lecho lejano y anhelado...”

Bueno, Marul, el caso es que me encontré medio borracho en la calle. Caminé unos pasos. Luego sentí que me tambaleaba. Pero, de pronto, volví en mí y me mantuve recto, recto. No era para menos: Delante de mí pasaba una guapa mujer de gruesos tobillos, encaramada sobre dos puntas de tacones exageradamente altos. Iba, tal vez, a farrear. Iba, tal vez, a desconcentrarse de esta terrible concentración terrena que a todos nos tiene atados a la Tierra y no solamente a Lorenzo Angol.

“Voy a seguirla, voy a alcanzarla y voy a felicitarle éste su osado paso –me dije.

Avancé. Pero ella se encontró con un señor que se puso a caminar a su lado tomándola del brazo. Este señor –me fijé– marchaba a “paso de callo”. Los zapatos le crujían pero a él no le importaba. Este señor iba recién rasurado, es decir, comprendí que siempre había tenido bigotes y que ahora acababa de rapárselos para representar menos edad. ¡No cabía duda sobre esto! ¡Malvilla, que todo lo sabe, podría confirmármelo!

No sé cómo ni dónde me encontré nuevamente con él. ¡Un trago! ¡Allí en aquel boliche!

En él entramos y pedimos sendas copas.

Las bebimos en silencio. Malvilla se dormía.

–Tengo que irme a casa –le dije.

–Vete –me contestó.

–Porque acabo de ver –continué– a una mujer con altos tacones y del brazo de un tipo recién afeitado. El verlos me hizo caer en una sucesión de relaciones inimaginables.

–Vete –repitió Malvilla–. Vete a tu casa y anótalas todas, todas esas relaciones. Deben ser nueve esas relaciones. ¡No vayas a olvidarlo! ¡Nueve relaciones! ¡Desgraciado de ti si sólo encuentras ocho! ¡En la novena está la clave! Si no la encuentras... ¡Ah! Si no la encuentras quedarás con un remordimiento eterno, eterno, ¡eterno! ¿Me oyes, Onofrov? ¡Eterno!

Le contesté:

-Sí, eterno, Romualdov. Así es que..., así es que... ¡me voy!

-¡Buenas noches!

-¡Buenas noches!

Debo haber vuelto a casa, Marul, porque aquí, en mi casa, amanecí, con dolor de cabeza, pero, en fin, amanecí.

147

Siempre, después de una juerga dislocada, siento la necesidad de arrodillarme ante ti, de ocultar la cabeza entre tus faldas y que tú, entonces, me acaricies la frente.

Esto ha de ser un gesto que hago para volver a mi estado normal, para poder circular respirando ese aire "tibio y consistente" de los días.

Déjame hacerlo, Marul, y no hablemos.

Sí; me siento mejor. Pero me siento fuera del mundo. Tengo la sensación que ha de tener el hombre que ha perdido su barco y que, solo, de pie en el muelle, lo ve alejarse a lo lejos.

Voy a ir a visitar a Florencio Naltagua.

Todo se borra, todo se va a otras regiones, cuando se habla con Florencio. Su sola presencia me confirma la existencia de varias personas en uno mismo. Me transporta a otro plano. O, tal vez, pone de manifiesto en mí una personalidad que llevo oculta, que no aflora en las circunstancias diarias de la vida.

¿De qué hemos hablado?

Marul, hemos hablado de todo pero... En fin, llegué a su casa y, en ella, las horas empezaron a deslizarse sin sentir. Me siento pequeño, muy pequeño cuando quiero evocar sus palabras; me siento incapaz al tratar de transmitirte las porque sé que, en mi pluma, se convertirán en simples vulgaridades. Pero tú, que lo conoces y que conoces el ambiente en que vive, podrás trasmutarlas y elevarlas hasta la altura que ellas merecen.

Llegué deprimido a verlo. ¡Oh, esas juergas y borracheras! Debes creerme que hacen un mal horrible. Después de ellas busco algo que me borre su recuerdo, lo busco instintivamente. Le conté todo lo de anoche. Naltagua me oyó y luego se rió. No entendí su risa pero, sólo con oírla, vi el sitio que ocupaban Malvilla y Chispita, Max Collaique y Gualberto Choapa, Lipingue y su hermana, Clementina Rengo y Perpetua Mamoeiro y ¡qué sé yo! Eran cosas de otro ser, sí, era el mundo de otro ser lejano y extraño a mí. Pero es un ser que llevo dentro aunque quiera desconocerlo.

¿Crees tú que esto será un reflejo de aquella dualidad que se me ha presentado entre Onofre Borneo y Álvaro Yáñez? Bien y, como sea, no se trata ahora de ella. Se trata de lo que me dijo mi amigo Florencio Naltagua.

Te decía que se había reído al saber una juerga más de ese... ¿Álvaro? Se había reído. Luego me dijo, como único comentario a mis andanzas:

-Onofre, los que tienen una línea característica e inmutable de conducta son los seres aún limitados. No olvides que hay que verlo todo, que hay que pasar por todo.

Luego me agregó:

—¿No has notado tú que la mayoría de la gente cree que el mundo *es* así? ¡Así son esas gentes que por todas partes encontramos! En sus mentes forman un mundo con sus características inamovibles; entonces la sabiduría consiste en saber someterse a estas características. Y aquí está la gloria de ellas: en el hecho de haber descubierto cómo *era* el mundo, cómo *era* desde tiempos inmemoriales. En esto se apoyan en los hombres de ciencia.

Aquí me di cuenta de que mi juerga se había esfumado.

Ahora había traspuesto el umbral. No son, Marul, las palabras mismas que se oyen las que ayudan a dar este paso. Es una afinidad que despierta entre uno y el mundo donde esas cosas son, donde son verdaderamente. Naltagua debe haber visto en mi fondo, debe haberse percatado hacia dónde me llevaba este estado de ánimo, pues se apresuró a decirme:

—No trabajes demasiado, Onofre. Trata de que la paz reine en ti. Deja que, suavemente, la armonía resuene en tu interior. Si trabajas demasiado tu mente tomará el sitio que ocupaba la región de esa armonía. Déjate guiar por la mente superior. No abuses de las palabras “fantasías”, “divagaciones”, “euforias” y demás. Escúchalas, será mejor. Ve qué traen dentro de ellas. Puede ser que sean un llamado.

Pensé un rato y luego le dije:

—No recuerdo bien en qué libro leí que nosotros, en general, no prestamos la suficiente atención ni damos la suficiente importancia a los pensamientos que nos vienen de la mente superior pues estamos cogidos por los de la mente inferior. Es decir, que los dejamos pasar denominándolos, como tú has dicho, “fantasías” o “divagaciones” o “euforias” o lo que sea.

Me respondió:

—Debemos obrar, justamente, del modo contrario; debemos compenetrarnos de la idea, de la creencia, de que tales pensamientos son más reales e importantes y que esas palabras de fantasías y de divagaciones y euforias nada significan, nada traen en desmedro de ellas. Por eso yo siempre aconsejo: “Insistencia en los momentos plenos”. Es un consejo referente a una práctica. ¡Insistir en ella cuando aparezca!

“Esto lo he hablado con Lorenzo Angol, el hombre que ha dejado pasar tantos llamados sin querer oírlos. Me citó muchos momentos en que, ahora veía, la voz de la mente superior le había hecho señas. Recordaba una vez en el campo, en La Cantera, después de un almuerzo en un rancho, que él volvía, de a caballo, por entre matorrales y, súbitamente, vio desplegarse ante él la primavera llena de sol; fue cogido por un sentimiento inexplicable que se alejaba de él e iba hasta las lomas más lejanas. Otras veces, en La Cantera siempre, al reunirse todos en la galería de las casas: una intimidad, una armonía de bondad, una sensación de que todos eran corazón y nada más; era el mismo sentimiento que en el caso anterior pero en aquel ensanchándose hacia la naturaleza y, ahora en las casas, cobijándose, replegándose dentro de uno. Otra vez, durante sus viajes, en París: escribe y pasa toda una tarde tratando de resolver un punto oscuro que, a cada momento, se complica; de pronto ve y ve claramente: una serie de planos, de planos inclinados, que se funden y él con ellos; siente el ahogo supremo del nudo a la garganta y se diluye en el infinito; piensa que ha sido bastante, que ha ido ya muy lejos, que tiene derecho a regresar; regresa y... ¡una juerga! Luego en París, nuevamente, mientras se pasea por una exposición de pintura, ve un cuadro del Greco: dos grandes monjes que meditan sobre osamentas; al volver a su departamento le dice a Draguignan que: “hay que creer en Dios”. Y tantos

pasados momentos de amor en los que verdaderamente no se es más uno mismo para ser el otro ser, para ser el Todo. Y por fin, como un leitmotiv, esos museos de noche, cerrados y solos, en que sus obras viven la vida del silencio.

Luego me habló de otras cosas. Mientras hablaba entendía perfectamente cuanto decía. Ahora me es más difícil entenderlo con claridad. Hizo unos dibujos. Los copié y, las copias, te las remito. Ellos eran a propósito de lo que decía. Veré, de todos modos, cómo puedo comunicarte sus palabras. Tú, después, me dirás si has entendido o no has entendido. Oyéme bien.

Habló Naltagua de la visión repentina que, a veces, se tiene sobre la igualdad de todos los seres. Se refería a la igualdad intrínseca o, en otros términos, a la igualdad de las almas, mejor dicho, a la existencia de UNA SOLA alma. Los hombres, entonces, pasan a ser diferentes aspectos momentáneos de tal alma.

Yo sentí esta visión como grandes cilindros transparentes, con un líquido dentro (no sé por qué). Cada cilindro era, no un hombre sino *todo* el hombre desde el nacimiento de su primera encarnación hasta la muerte de su última encarnación. Diría yo el *linga sharira* de su total.

Estos cilindros ahí están, fijos, inamovibles en el espacio como lo están, para nosotros seres tridimensionales, todos los objetos. Pero, en realidad, estaban más allá de todo tiempo; ERAN.

Dentro de ellos nadaba por el líquido como una culebrilla, nadaba para todos lados, subiendo y bajando. Esta culebrilla era el suceder de las vidas. Esta culebrilla era ilusoria, hasta cierto punto, pues la única verdad era el cilindro.

Recuerdo que uno de los cilindros era el de Einstein; otro era el de Taita Higuera, hombre, después de todo, limitado. Los dos cilindros eran *iguales*. Los dibujó junto a una tabla de valores intelectuales. (Es el esquema N^o 1.) Ambos cilindros van desde el genio hasta la mediocridad. Pero esto hay que entenderlo de modo especial: En realidad, Marul, NO VAN. Hay que recordar siempre que SON. Por lo tanto las cinco rayas horizontales no tienen realidad absoluta sino que son aspectos que se ven de cada cilindro.

En el cilindro A yo percibo el punto 1, lo percibo únicamente y, al percibirlo así, me aparece como la vida de un hombre cuya característica es la genialidad. Igual ocurre con el punto 2 del cilindro B.

Hay que adentrar bien en la cabeza que no hay aquí referencia alguna "a personas", que no hablo de Einstein ni de Taita Higuera y que, por lo tanto, Einstein no es desde un punto de vista un cretino ni Taita Higuera, desde otro punto, una lumbrera. No. El cilindro rebasa al individuo desde mucho antes del nacimiento y mucho después de la muerte. Lo rebasa de SIEMPRE. Y "siempre" se siente aquí sin antes ni después, momentáneo y total. Girando, diría, no extendiéndose, es decir, en permanencia: de ahí que los cilindros sean inmóviles.

La culebrilla se mueve pero, al verla moviéndose, es visión mía, espejismo producido por lo otro inmutable. Podría decir que si cada individuo tiene su *linga sharira*, ella vendría a ser el cilindro; su crecimiento y decrepitud, la culebrilla.

Ahora bien, en mi visión es como si hubiese vislumbrado ese *linga sharira* de todas las vidas. Por una analogía creo poder aclarar el esquema N^o 1: Ya bien se entiende que el cilindro A no es Einstein; él es sólo una visión, una sección de él. Igual cosa ocurre con el cilindro B.

Alguien me observa y juzga en dos momentos diferentes. Por su clase de observación

no logra unir en un solo haz los dos momentos observados. En la primera observación yo estoy pensando seriamente; en la segunda, riendo frívolamente. El ser que observa clasificaría su primera observación como hecha a un hombre cuya vida está en el punto 1; su segunda observación como hecha a un hombre cuya vida está en el punto 2. Esto se hace únicamente para explicar más la visión, para determinar con mayor precisión la posibilidad absoluta de la igualdad de todos los cilindros y la posibilidad de poder verlos ya en 1, ya en 2, ya en cualquier otro punto.

En esta analogía hay un solo ser, un solo cilindro; en nuestra visión hay tantos como individuos puede haber. Por lo tanto si la visión hubiera sido como la analogía deberíamos haber apresado la unidad de la humanidad, la no individualización, la que se habría presentado tan ilusoria como la culebrilla de los cilindros.

Vuelvo a la sensación resentida:

Fue la que se experimenta ante toda solución de un problema por largo tiempo sin resolverse: deseos de saltar, de abandonarlo todo, para ir a verificarlo prácticamente, para rehacer todas las líneas de la vida según este nuevo entendimiento de las cosas. Hasta uno se pregunta: "¿Cómo es posible no haberlo visto antes y que nadie lo vea?". Pero vino bruscamente el despertar y todas las cosas y los seres volvieron a tomar la posición y clasificación acostumbradas.

Como podrás ver, Marul, esta unidad de los hombres me apareció resuelta en el sentido de la potencia intelectual. Pero, poco a poco, empezó a insinuármeme cómo sería refiriéndola al Tiempo.

Me pregunté:

Si esta unidad permanente (sea sin tiempo) existe, ¿por qué me aparecen seres en el pasado y en el futuro? ¿No será un rayo de mi conciencia que, según de donde nazca, me haga ver el tiempo así, distribuido en tres partes: pasado, presente y futuro?

De aquí vienen los esquemas que te incluyo.

En el esquema N° 2 verás un cuadrado con un N° 1 que representa a un personaje no limitado por el nacimiento y la muerte sino en su totalidad sin principio ni fin. Es algo estable, inamovible. La que, pasando por A va de B a C, es mi conciencia, mejor dicho, las posibilidades de ella. El punto A es mi conciencia activa, la que me hace sentir la existencia, el ser, digamos, mi conciencia objetiva. Por lo tanto si de ella hago uso para apreciar a I, tengo que verlo según ella, objetivamente y, como ella me hace sentir la existencia. Lo radico, pues, en el Presente. Lo veo, hablo con él. Y él me ve y habla conmigo por las mismas razones: yo toco en él su parte actuante en el plano de conciencia representado en el esquema por la línea amarilla, y esa parte de él, puesto que se halla en la misma línea, toca la mía. Por eso podemos hablar, por eso nos damos mutuamente la sensación de *simultaneidad* en el tiempo.

Ahora muevo mi conciencia:

Del punto A va al punto B. Entonces mi rayo (verde) se encuentra en un mundo no objetivo, en partes que mi conciencia puede apreciar sin la sensación, diría, de tacto. Estas partes tienen dos medios de hacerse presentes a uno: como *recuerdos* y como *imaginación*.

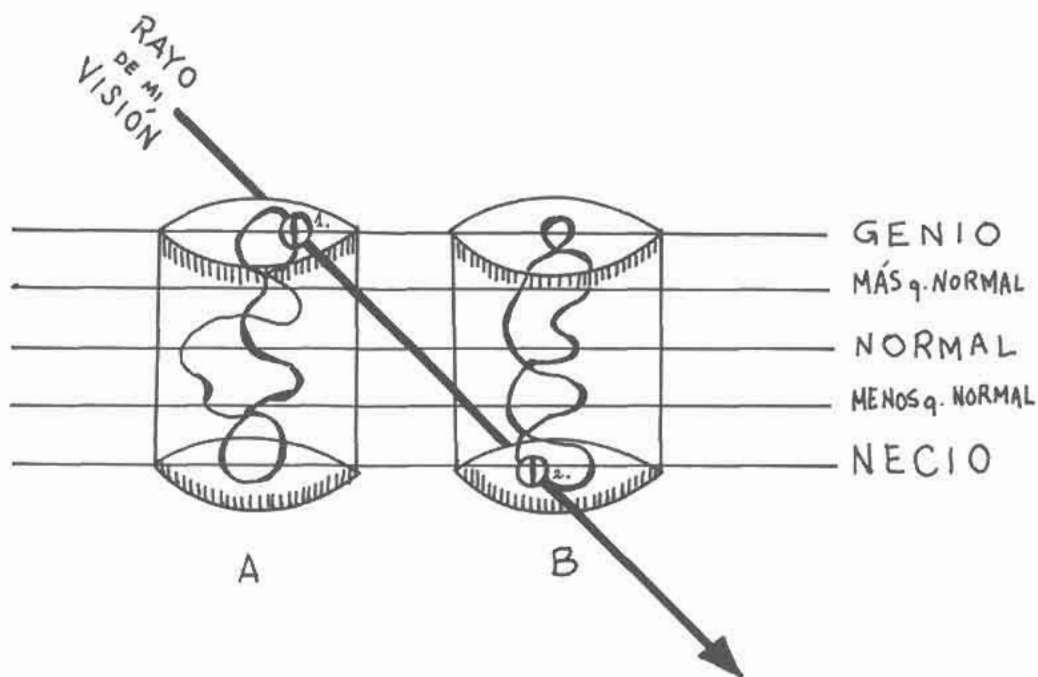
Desplazo, pues, mi conciencia hasta B, hasta que su rayo vaya a caer fuera de mi propio período de nacimiento a muerte, a un período que no me puede ser objetivo mientras mi conciencia permanezca en A. Llamaré a esto pasado del mundo, no mío, pasado histórico. En B el personaje I me aparecerá como un hombre del pasado.

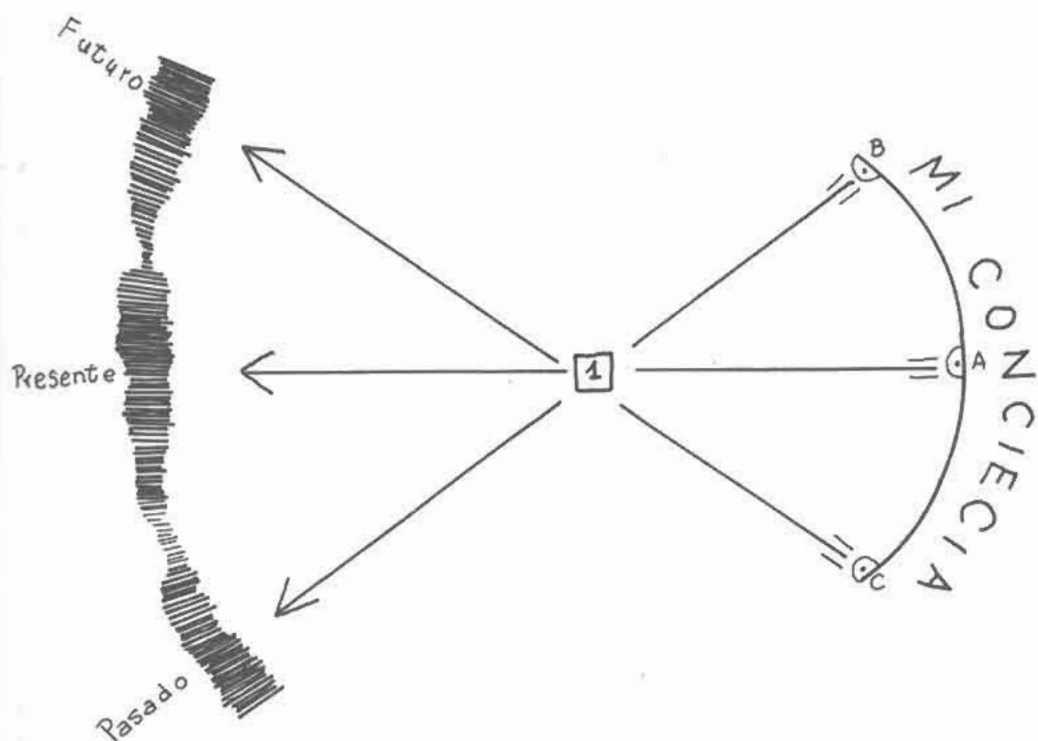
Estos desplazamientos de conciencia los estábamos considerando como a diario se

hace. Otra cuestión sería si uno pudiera transformarse en lo que Naltagua llamó "conciencia de la conciencia", de modo que pasado y futuro recobraran la objetividad que hoy limitamos al presente. Del mismo modo, si paso mi conciencia al punto C, el personaje I me aparecerá como un hombre del futuro, como uno que acaso yo imagino, como un personaje ficticio. Habíamos, pues, tocado tres momentos del personaje: un presente, un pasado y un futuro. Estos dos últimos *fuera* de mi vida y de la suya.

Aquí te mando, Marul, las notas que hice mientras hablaba con Florencio Naltagua como también los dos esquemas. Te diré, de verdad, que no entendí plenamente cuánto habló pero sé que ello es cierto. Sé, sobre todo, que Lorenzo Angol, al oír a Naltagua tiene que haberlo apreciado debidamente y que éstas sus palabras tienen que haberle sido de gran utilidad. Esto me basta.

Me despedí de él. Salí ya de noche. En una esquina tuve un encuentro.





¡Don Irineo Pidinco!

Por allí avanzaba, presuroso y agachadito. Lo detuve, por cierto, y le dije:

—¡Hola! ¡Don Irineo! ¿Hacia dónde se encamina usted?

El hombre se turbó, luego se repuso y se volvió a turbar. Al fin me explicó:

—Voy, mi señor, voy a la calle Pentateuco, es decir, voy a mi casa; cuestión de un trabajito que tengo que terminar y que, usted perdonará, he de terminar, es decir, deseo terminar lo antes que me sea posible; eso es, lo antes, lo antes.

—Es una lástima, don Irineo —le dije—, pues me habría gustado charlar con usted. En estas noches...

—¡Oh, mi señor don Onofre! Charlemos —contestó—, charlemos. El trabajito lo haré mañana o pasado mañana. Ha tenido usted una muy buena idea: charlar. Es lo que me hace falta, usted comprenderá, charlar.

—Entonces, don Irineo, ¡adelante!

Me llevó a su casa. Allí, charlando, dejamos pasar el tiempo. ¡Qué simpatiquísima persona es este hombre! Se transformó en diez para ofrecerme asiento, para ofrecerme una bebida, para ofrecerme algo de comer, para que me sintiera a mis anchas. Y todo el rato no dejaba de repetir:

-¡Oh, charlar! ¡Qué buena cosa! ¡Charlar!

Le dije entonces:

-Tendrá usted la mente llena de nuevas ideas que le deben haber traído sus siempre interesantes experiencias.

-¡Oh, no, mi señor! -me contestó-, Estoy dedicado ahora a los garbanzos. Ellos me llenan. Porque..., porque, le diré a usted, mi señor, que mientras más estudio cosas profundas, ¿me entiende usted?, como ser el destino de esas colectividades de hormigas y de abejas; o bien los viejos ritos y viejas leyendas; o bien ese mundo hermético, sí, eso es, hermético, de la cuarta dimensión; o bien..., en fin, usted, don Onofre, me comprende, mientras más mi curiosidad me lleva hacia tales cosas, más estudio y me engolfo y me encajo en la siembra y cosecha del garbanzo. Cuestión, usted comprenderá, de mantener el equilibrio, eso es, el equilibrio. Si no lo hiciera... tal vez me volvería loco.

-¡Pero qué ideas tiene usted, don Irineo! -no pude dejar de exclamar-, ¿Usted volverse loco?

Me contestó:

-En verdad, tal vez, he exagerado. Le presento mis excusas. Pero, de todos modos, es una buena cosa ésta de pensar siempre en el equilibrio mental. Sobre todo..., sobre todo...

-Sobre todo, ¿qué?

-Sobre todo cuando uno se aventura a otras regiones; sí, a otras regiones.

-Veamos, don Irineo; ya que ansía usted charlar conmigo, ¿a qué regiones se refiere usted?

-Tal vez me he expresado erradamente, mi señor don Onofre, porque tal vez no son regiones. Es, más bien, una meditación que me ha perseguido. ¡Ah, las ventajas que tienen los garbanzos! Se les puede estudiar detenidamente y ello no impide sumirse en estas meditaciones sobre el alma, eso es, sobre nuestra alma.

-¿Ya a qué conclusiones ha llegado usted, don Irineo?

Meditó un rato mirando el suelo, luego se sentó para ponerse casi inmediatamente de pie. Por fin me dijo:

-Mis meditaciones o, mejor dicho, mis cavilaciones me llevaron a preguntarme quién soy y, siendo quien sea, dónde se halla mi alma. ¿Lo encuentra usted muy complicado, por no decir ocioso, este modo de cavilar? ¡Qué quiere usted, don Onofre! Las cavilaciones se me imponen y entonces debo tolerarlas. Y, créame usted, las tolero en debida forma. Pues pienso, mi señor, que ellas tienen mucho, mucho de limpieza, sí, eso es, de limpieza de las ideas que, desde pequeñín, nos han introducido en la cabeza. ¡Hay tanto, tanto, que limpiar, que barrer, mi señor don Onofre! Sentimos, por lo menos una vez en la vida, surgir una duda. Luego la vida nos toma y nos lleva adonde esa vida va. Sí, sí, era lo que me pasaba. Ahora, felizmente, tengo los garbanzos que le hacen, diría, una jugarreta a este ir de la vida: le hacen creer que yo también voy con ella. ¿Le molestaría a usted que me explayara en forma, es decir, que..., que...?

-¡Expláyese usted, don Irineo! Para eso estoy aquí y, créame, estoy encantado.

-¡Oh, cuántas gracias, mi señor! Es usted la amabilidad misma. Lo que me pasaba era que, a menudo, me sentía invadido por un dulce y plácido ensueño que me llevaba a regiones tan altas que la razón no me era ya de ningún auxilio al tratar de profundizarlas. Verá usted, señor, que comenzaba a ver un conjunto de relaciones armónicas entre todos los seres y entre todas las cosas, como si todo no fuera más que una unidad que por ceguera de éste que ahora le está hablando no la hubiera advertido antes. Ahora, sí, mi señor;

ahora empezaba a ver claro y, créamelo usted, había momentos en que me sentía a punto de tocar la verdad con mi mano. Pero esto, con el permiso de usted, no era lo esencial; esto lo experimentan casi todos con relativa frecuencia. Lo principal en mi sueño, en mi sueño despierto, era que esta armonía, esta unidad palpable con su mundo de diferencias, no se me revelaba por el entendimiento sino que se me revelaba por el sentimiento. No era, mi señor, que yo comprendiera que este universo estuviera hecho de ésta o de aquella manera, no era eso; era..., era que yo sentía, como se siente en la vista el objeto que se ve, la verdad revelárseme. Experimentaba entonces una sensación para la cual no hallo nombre apropiado, no, no lo hallo.

-Pues vea usted, don Irineo, que esa sensación sentida por usted me trae al recuerdo una sensación experimentada por mí. Fue anoche cuando andaba de juerga. Iba por la calle y, de pronto, veo aparecer a una mujer hermosísima encaramada en altos tacones. Se juntó con un tipo recién afeitado y siguieron, se perdieron. Yo, entonces, caí en una de relaciones infinitas al contemplarlos. Y, como usted ahora, no hallaría nombre para clasificar estas relaciones y sensaciones.

Don Irineo me miró como estupefacto. Levantando sus manos al cielo exclamó:

-¡Las Guaxas! ¡Las Guaxas! ¡Cuidado, mi señor don Onofre, con esas terribles Guaxas!

-¿Quiénes son ellas, don Irineo?

El hombre se movilizó todo, se multiplicó por cien, fue a su balcón, volvió, se sentó, se levantó, bebió un vaso de agua, para decirme al final:

-Las Guaxas, mi señor, son seres femeninos y seres, créamelo usted, nefastos, sí, nefastísimos, que viven... ¡Oh, cuando pienso en este grano de polvo que soy yo y me veo ilustrando a un hombre de la sapiencia de usted, don Onofre! Me parece algo increíble. Pero es el caso de que esto de las Guaxas... ¡Oh, tal vez, un día podré hablarle detenidamente de ellas! Lo podré si acaso en mi destino está escrito que pueda penetrar en el misterio que las rodea. Son, mi señor, seres mitad hembras y mitad espíritus malevos. ¿No se acuerda usted cuando le conté, mi buen señor, el encuentro que tuve con una de ellas? Fue en Curihue, sí, en Curihue, en el fundo de mi capitán Angol; fue una noche, sí, una noche, en unos solitarios sauces, esos sauces que se hallan vecinos a las casas. Allí, una de ellas, me llamó y yo fui a su llamado. Entonces me..., usted me perdonará, pero ella me... En fin, me obligó a ir hacia una pureza obligada... ¡Son terribles estas Guaxas, mi señor! ¡Y son osadas cual ningunas! La prueba está en que osaron conmigo, con este grano de estiércol que, al fin y al cabo, soy yo.

-Las evitaré, don Irineo, las evitaré. Me imagino lo que han de ser esas terribles Guaxas.

-Sí, evítelas usted, mi señor, evítelas cuanto pueda, mi tan estimado don Onofre. Se presentan en cualquier parte y en cualquier forma. Pero, por favor, no hablemos más de ellas y déjeme y, si no es engorroso para usted, déjeme seguir el relato de esas..., esas experiencias mías. ¿No le parece, don Onofre?

-¡Sí me parece, mi amigo! ¡Siga usted!

-Mil gracias, mi señor, mil gracias. Con éstas que yo llamo mis experiencias me he dado cuenta de que los hombres se consideran, porque así es el sentir humano, como entidades aparte del resto del mundo, como si todo cuanto existe fuera una pura dualidad, sí, una pura dualidad. Es decir, mi señor: yo, por un lado; lo restante, por el otro. Es así el sentir humano, mi señor. Por lo tanto un hombre que siempre haya pensado de la suerte,

tiene que estar rotundamente convencido de que en el universo existen dos partes, eso es, dos partes y nada más: él y lo demás.

“Ahora yo me pregunto, con el permiso de usted: ¿Qué sentiría este hombre si, por una causa cualquiera, se le hiciera ver que él era también aquella piedra y aquel pájaro y aquella nube y aquel árbol? Me he atrevido a pensar que sentiría algo muy extraño, sí, mi señor, algo muy extraño. Porque tendría que asombrarse y hasta enfadarse al ver que esa parte que él denominaba “yo” era no sólo esa parte sino que se extendía y se diluía fuera de ella misma. No sé, mi señor, si me explico bien, pero no dudo de que usted me ha de comprender. El caso es que..., que sería enfadoso para ese hombre un tal estado de cosas: él diluyéndose hacia fuera o, este fuera, penetrando en él y alimentándose de él para poder subsistir.

“Pues bien, mi señor, era algo así lo que yo sentía, sí, sí, algo así, pero amplificado, enormemente amplificado. Entonces yo, como ese hombre que me he tomado la libertad de citar, sentía, a mi vez, algo extraño al ver que mi vida se extendía hacia una piedra, hacia un pájaro, hacia una nube y un árbol. Me atrevería a decir, si ello no es mucho exagerar, que sentía que todo el universo entraba en mí, que todo el universo era yo.

Le dije entonces:

—Es verdad es algo extraño pero, al mismo tiempo, es algo que está lleno de interés. Me miró azorado. Luego me preguntó:

—¿Lo encuentra usted?

Le respondí:

—Por cierto, lo encuentro.

Se puso, de inmediato, benévolo y me dijo:

—¡Cuántas, cuántas gracias! Su benevolencia me confunde. Así es que va usted a permitirme, si no hay molestia, que me atreva a sugerir algo, sí, don Onofre, algo.

—¿Y qué es ello?

—Que si tal sensación hubiera durado un largo tiempo..., no habría podido responder del equilibrio de mis facultades.

—¿Es posible, don Irineo?

—Sí, señor, lo que usted oye. Pero, felizmente, era un pequeño momento, era como, si usted permite, como un relámpago. Acaso se pregunte usted por qué razón era aquello tan corto. Si se lo ha preguntado le diré, mi señor, que era yo mismo el que alejaba de mí tal sensación a pesar de su encanto, de su grandeza sin límites. Sí, así lo creo, lo creo; no podría asegurarlo. Porque le diré a usted que no sé si lo que me detenía en el umbral de ese mundo misterioso era el temor de ver demasiado y quedar, entonces, y quedar, para siempre, hecho un esclavo de una visión pasada; o bien si era la existencia real de una imposibilidad para avanzar siquiera un paso más por esos senderos escabrosos.

Calló don Irineo. Callé yo también. Después de un rato le dije:

—Si usted se place en esta clase de experiencias, hace muy bien en tenerlas y en proseguirlas.

El hombre no pudo más en su alegría. Gesto inesperado en él, me tomó una mano y me la sacudió con vehemencia mientras repetía y repetía:

—¡Oh, mi señor! ¡Oh, don Onofre! ¡Oh, oh, mi señor!

—Veo que estamos de acuerdo —le dije.

—Sí, señor, y mil veces sí —me contestó—. Porque he pensado una cosa que, si no le tomo mucho tiempo, me va usted permitir que se la exprese.

-¡Por cierto, don Irineo, por cierto!

-Nuevamente le doy a usted las gracias, don Onofre. Esta cosa es algo sencillo, si, sencillísimo, digo yo. Es sobre lo que ya varias veces me han dicho y repetido: "Cambie usted sus hábitos". ¿Cambiarlos? ¿Lo cree usted, mi señor? ¿Para qué cambiarlos? ¿Por qué cambiarlos? ¡Oh, es un afán que tiene la gente de que todos seamos iguales! ¿Por qué? ¿Para qué? Tal vez, digo yo, los médicos mentales, los médicos que llaman psiquiatras, han introducido esta idea en la cabeza de las gentes: ¡todos iguales! Yo pienso, con el permiso de usted, lo contrario: ¡todos diferentes! Porque no me negará usted, don Onofre, que cuando se tienen algunas ideas profundas, o que quieren ir a una profundidad cualquiera, no hay que cambiarlas. Por lo contrario, hay que seguirlas y seguirlas, diría con tezon. ¿Con qué objeto? Mi señor, para ver, si ello es posible, de dónde vienen, para ver qué son y qué traen allá, allá lejos, allá en su extremo.

Lo alenté con efusión:

-¡Sí, don Irineo, sí! ¡Hay que ir hasta el final con ellas, hay que desentrañarlas todas ellas! ¡Usted está en la razón! ¡No hay más y no hay más!

-¡Oh, qué reconfortante es hablar, es compartir sus ideas con un ser que tiene un fondo! Se lo agradezco, don Onofre, créamelo usted, se lo agradezco.

-Don Irineo -le dije con severidad-, usted ha de tener, sin duda, mucha gente con quien compartir sus ideas.

-¡Oh, no, mi señor! -me respondió-. Esa gente es rarísima, rarísima. Por eso me es tan grato encontrarme con usted; es decir, siempre me sería muy grato, usted comprende, siempre, siempre...

-Sí, lo comprendo, porque conmigo se puede tocar cualquier tema y no me asusto ni critico. Además usted nos instruye mucho, una enormidad.

-¿Yo, don Onofre?

-Sí, usted, don Irineo.

-¡Oh, cuánto me halaga oírlo hablar de la suerte!

-Puedo darle una prueba: usted acaba de advertirme algo sobre la mujer de anoche, la hermosa de altos tacones, haciéndome ver que se trataba de una Guaxa.

-¡Oh, sí, mi señor! ¡No hay duda sobre ello! Es un hondo, muy hondo placer para mí ver que esta advertencia le haya sido de cierta utilidad.

-¡Por supuesto, don Irineo, de gran utilidad! Además, mi amigo, tenemos otro punto de contacto. ¿Sabe usted cuál? ¡Satanás!

-¡Oh, oh, qué ha dicho usted, mi señor! ¡Cómo, cómo puede ello ser posible! Si yo, créamelo usted, yo, yo...

-Me ha entendido usted mal, don Irineo. Quiero decir, tan sólo, que conmigo puede usted hablarme de sus experiencias, digamos, si bien le parece, satánicas, de esas que usted emprende con el fin de desenmascararlo.

-¡Oh, sí, es verdad, mi señor! Satanás..., ¡qué nefasto, qué nefasto personaje!

-Nefasto será pero... es Satanás.

-Comprendo, sí, mi señor, lo que usted quiere decirme con ello; lo comprendo, sí. Pero no querrá usted negarme que este personaje tiene tantas caras como necesidades. Es la terrible verdad que lo envuelve, don Onofre. Que un día come usted una fruta, una simple fruta... Señor, ¡Satanás estaba en ella! Otro día se acuesta usted cansado y deseoso de un dulce reposo... Señor, ¡Satanás estaba en su cama! Después se pone usted, aquí en su mesa, a estudiar la siembra y cosecha del garbanzo... Señor, ¡Satanás estaba metido en

ellas! Sale usted, entonces, a caballo por colinas y cerros gozando de los panoramas que se le presentan... Señor, ¡Satanás se mezcla en ellos y le perturba a usted su visión! Se encierra usted, entonces, en su casa en demanda de paz... Señor, ¡Satanás se pone a tocar el piano y le taladra los oídos! ¡Oh, oh, don Onofre, es algo horrible esta presencia continua del malevo!

—Pues vea usted, amigo —le dije—, que hasta cierto punto lo envidio. ¡Poder ver a ese malevo en todos los sitios que usted frecuenta! Yo, por mi parte, me he llegado a preguntar por qué, ¿me entiende usted?, por qué no vemos nosotros, salvo rarísimas excepciones como la suya, a Satanás en todas partes, tal como lo veían las gentes de la Edad Media.

Don Irineo fue tocado como por un resorte y no vaciló en darme una explicación al respecto:

—Lo que acaba usted de insinuar, don Onofre, de, me atrevería a decir, de asegurar, es una cuestión de afinidad, sí, eso es, de afinidad y nada más. Nuestro ser entero está afinado para recibir la visita de Satanás de acuerdo con nuestro medio y con nuestro modo de ser actuales. Por eso, permítame usted que le avance, la forma “extraordinaria” a que, sin duda, ha querido usted hacer una alusión, no se nos presenta con tanta claridad como se presentaba en la Edad Media. Pero que él está entrometido en todas partes..., ¡oh, oh, no lo ponga usted en duda, si no es mucho pedirle, no lo ponga usted en duda! El oficio de Satanás es claro y muy claro: es sacarlo a uno de su recto camino.

—Tal vez, don Irineo, lo hace el malevo con ayuda de sus tantos secuaces, con esa cantidad de prosélitos que ha de tener.

—Lo ha dicho usted, don Onofre, lo ha dicho usted. Prueba de ello son...; en fin, al hablar de secuaces me veo en la necesidad de citar nuevamente a esas temibles Guaxas.

—Temibles son en verdad, don Irineo. Puedo asegurarle a usted que siento un verdadero desasosiego cuando recuerdo a aquella..., no sé si apetitosa o nefanda mujer de anoche.

Quedó un rato inmóvil, viajando, de seguro, por otros mundos. Al fin, tomándose la cabeza con ambas manos, exclamó:

—¡Oh, las Guaxas, las Guaxas! ¡Son de las peores aliadas que Satanás tiene aquí sobre esta Tierra! Y también la sangre, sí, don Onofre, ¡la sangre!

—¡Cómo! ¿De qué sangre me habla usted? —tuve que preguntarle.

Me miró un rato en silencio. Al fin me dijo en voz baja, muy baja, casi en secreto:

—Señor don Onofre, las Guaxas hacen uso de la sangre. A nadie se lo había dicho. Ahora puedo decirselo a usted, mi amigo, en vista de su tan rara penetración en estos escabrosos asuntos. Sí, sí, permítame que se lo diga: las Guaxas hacen uso de la sangre.

—¿Acaso matan, acaso son criminales?

—¡Oh, no, no matan ni son criminales, don Onofre! Lo que hacen es fijar su atención, ¡una atención de seres diabólicos!, en este líquido que nos llena. O si prefiere usted podría decirle que ellas se concentran en este verdadero imán de potencias anímicas que circula en nosotros todos. La sangre... A veces más lejos aún que una simple concentración. Cuando..., cuando yo estuve, por mal de mis pecados, con aquella Guaxa allá en Curihue, al ir a..., a..., en fin, usted me comprende, me..., digamos, me arañé esta mano y una gota de sangre..., en fin, usted me comprende. Aquella Guaxa tomó su muy blanco pañuelo y me enjugó la gota. Yo, en aquel momento, inocente que soy, no le di mayor importancia a este que juzgué como un acto de atención de ella. Después logré apreciar su terrible alcance,

su secreto alcance. ¿Permitiría usted, don Onofre, que yo me atreviera a decirle lo que es esto que llamamos sangre?

—No sólo se lo permito sino que le pido que me dé usted toda clase de detalles sobre el particular.

—Tanta confianza en mi humilde persona me sofoca. ¡Gracias, mil gracias, amigo mío! Empezaré por repetirle a usted, con su venia, que la sangre es un imán de potencias anímicas. ¿Entonces? Entonces a los seres expertos en estas materias les es fácil, muy fácil, aprovecharse de esta facultad para proporcionar una objetivación a estas potencias. ¡Es lo que hacen, a menudo, ellas las Guaxas; ellas las aliadas del terrible Satanás; ellas que, después de todo, son tan humanas como nosotros. ¡Usan el vapor de sangre, mi señor, porque él les proporciona a los muertos ciertas facultades de vida! Obran, don Onofre, como verdaderos brujos, sí, como muy verdaderos brujos. Porque ha de saber usted, mi señor, que todas, todas las substancias, todas, aun en el reino mineral, tienen, sí, poseen en estado latente, ciertas virtualidades, buenas o malas, más o menos ávidas de poder objetivarse, aunque sólo sea una objetivación pasajera.

No pude impedirme una pregunta:

—¿Existen estas virtualidades también en los garbanzos?

—¡Oh, oh! —exclamó—. Esto sería mi secreto, si usted permite que un hombre como yo pueda tener un secreto ante un ser como usted, esto sería mi secreto el día que me dedique a averiguarlo. Lo que es hoy por hoy, créamelo usted, los garbanzos son el asiento de la dulce paz.

—¡Benditos sean, entonces, los garbanzos, don Irineo!

—Usted lo ha dicho, don Onofre, ¡benditos sean!

Un momento de silencio, creo que de meditación. Luego prosiguió don Irineo:

—Permítame usted una confidencia, don Onofre.

—Permitida, don Irineo.

—¡Gracias mil, don Onofre!

—¡De nada, don Irineo!

—Ésta que yo me he tomado la libertad de llamar una confidencia, no es, en verdad, una tal, no, no lo es. Quería decirle a usted que, cierta vez, estuve con..., con doña Isidra Curepto, estuve conversando con ella un largo rato, pero, créame, amigo, conversando y nada más. Es ella, sin duda, una simpatiquísima persona pero... pero, encuentro yo, encuentro, sí, que es demasiado sapiente, sí, demasiado sapiente. Esta consideración mía me hizo entrar en dudas respecto a tan distinguida dama: "¿Será una Guaxa?" —me pregunté. Ante la incertidumbre creí mejor retirarme y la dejé presuroso. Pues bien, mi amigo, no habría caminado cien metros cuando me encontré con esa bellísima persona que es la sin par Jacqueline. ¡Oh, qué hermosa es! Me detuvo y nos pusimos a charlar. De pronto me asaltó la misma duda: "¿Será una Guaxa?" Otra vez la incertidumbre, don Onofre, así es que creí más conveniente retirarme y también la dejé presuroso. ¿Cómo saber si eran Guaxas ellas ambas? Meditaba en esto mientras me alejaba cuando vino a mí la solución, la perfecta y muy clarividente solución.

—¿Y cuál es ella?

—Consultar a Tadeo Lagarto.

—¿Sabe mucho sobre las Guaxas este Tadeo Lagarto?

—¡Oh, sí, mi señor, sabe una enormidad! Lo considero yo como un verdadero maestro, como la sapienza suma.

—¿Y qué le ha dicho?

—¡Oh, me ha dicho que no, que no son Guaxas! Casi se rió de mí y, usted sabe, el señor Lagarto no ríe nunca. Pero me repitió, una y mil veces, que no y que no; que esas dos damas están tan lejos de las Guaxas como nosotros aquí en San Agustín de Tango estamos de la China o de Vladivostok, es decir, y usted lo sabrá seguramente, de las antípodas de esta ciudad. Pero..., pero..., pero me aconsejó algo, mi señor, sí, me aconsejó algo.

—¿Y qué le aconsejó?

—¡Desconfianza, don Onofre, desconfianza!

—¿De Isidra y de Jacqueline?

—¡Oh, no, mi señor, mil veces no! Ellas ya habían quedado fuera del asunto. Me aconsejó desconfianza, en general, de las mujeres pues nunca se sabe con certeza qué hay tras ellas, sí, qué hay tras ellas. Empezó por recomendarme que leyera a un escritor, a un español, a don Mario Roso de Luna que habla maravillas, en el estilo y en la manera, se entiende, de estos seres guaxáticos. En el fondo..., usted comprenderá, don Onofre, que en el fondo habla como se debe hablar. Porque leí ese libro y así es, así es, una maravilla. Luego me dijo que ellas, las Guaxas, son las mujeres de verdad, las únicas verdaderamente mujeriles...

—¿Es posible, don Irineo?

—No olvide usted que hablaba yo con Tadeo Lagarto, mi señor don Onofre.

—¡Ah, sí! Es verdad, hablaba usted con Tadeo Lagarto.

—Y me dijo más aún.

—¿Qué más?

—Que son los espíritus débiles, los espíritus enclenques, esos que nosotros llamamos espíritus sanos y fuertes, los que luchan en contra de ellas. Por cierto que no me negó que, a menudo, las Guaxas toman formas repugnantes. Entonces los seres que son atacados por ellas, los que por ellas se sienten acorralados, llegan, mi señor, hasta el horror para defenderse. Es lo que les pasa a esos enclenques, para Tadeo Lagarto; a esos vigorosos para usted y para mí, don Onofre. Luego el hombre me tomó de las solapas y, remeciéndome, me preguntó: “—¿De quién es la culpa en esta lucha cruenta entre las cruentas? ¿Respondedme, Pidincó, respondedme! ¿Es de quien ataca o de quien se defiende?” Yo, comprenderá usted, don Onofre, no supe qué contestarle. Me callé y luego me marché dichoso de que doña Isidra Curepto y de que la bella Jacqueline no fueran Guaxas ni por asomo. Pero al alejarme de él me gritó y, con voz profunda, profirió: “¡Las larvas! ¡Los lemures!”. Tuve miedo, puedo confesárselo a usted, don Onofre, y escapé, por fin, como un bólido, si ello no le parece a usted una exagerada exageración de mi parte.

—¡Oh, no, don Irineo! Creo que cualquiera escaparía como un bólido después de semejante entrevista.

—Así es, mi señor, así es. Y esas palabras que me lanzó como una piedra... ¡Oh, señor mío, más me habría valido no haberlas, no, no haberlas oído!

—¿Se refiere usted a “larvas” y “lemures”?

—Exacto, don Onofre, a esas palabras me refiero, si usted lo permite. Las larvas..., bueno, sé que usted las conoce, algo sé de su ida al Manicomio del Eclesiástico, don Onofre, con los señores doctores Hualañé y Pitufuquén. Sí, lo sé. Pero acaso sus vastos conocimientos no lleguen a los lemures.

—En realidad no llegan a ellos. ¿Qué son?

-¡Oh, oh, qué bien hace usted en ignorarlos, mi señor! Pero, si no ve inconveniente para ello, me voy a permitir darle algunas informaciones al respecto.

-Con todo gusto, don Irineo.

-Es usted todo amabilidad, don Onofre.

Se sentó, tomó un sorbo de agua y luego me dijo:

-Su vasta sapiencia lo ha de tener al tanto de la existencia del gran escritor Stanislas de Guaita, ¿no es verdad? Él define a los lemures con pocas palabras. Dice:

Especie de larvas dotadas de instintos perversos. Se ha pensado que los lemures podían ser las almas condenadas, venidas a este bajo mundo para ayudar a los demonios en su tarea de proselitismo infernal.

-¡O-sor-no! -Exclamé.

-Y podría usted agregar: ¡Cal-bu-co! Porque son entidades, mi señor, absorbentes de vida ajena, chupadoras, succionadoras, estenuadoras.

"Dicen los novicios en estas materias que los lemures son sólo divagaciones que se originan en nuestro mundo mental... ¡Oh, no, don Onofre, no es así! Son seres tan reales como lo es un gato o un puma o un leopardo. ¡Si los he visto, mi señor, los he visto! Y ellos me han frecuentado. Apenas dejaba de lado mis estudios sobre los garbanzos me aparecía uno, y luego otro y otro más. ¡Oh, oh, qué horror, mi buen señor!

"Y allí quedábamos; yo, de un lado; ellos, del otro lado. Me miraban. De pronto se ponían a girar en torno mío, cuestión de ver si había en mí el menor descuido, el más mínimo descuido, para introducirse en mi cuerpo y cogerme, entonces, el alma. Pero yo me defendía. Vea, don Onofre, vea, si para ello no tiene usted ningún inconveniente.

Don Irineo corrió a su mesa y, de un cajón, sacó una especie de daga laboriosamente cincelada. Me dijo, entonces, en voz baja:

-Es un p'ur-b'u, mi señor. Creo de más advertirle a usted lo que es este puñal pues sé que los conoce..., que los conoció en la visita de que le he hablado, al Manicomio del Eclesiástico, con esos pozos de sabiduría que son los doctores Hualañé y Pitrufquén. ¡Qué útil me ha sido y cuántas veces he tenido que recurrir a él! Los lemures, como las larvas, le temen y huyen, o mejor sería decir, se disgregan a su contacto. Después tardan mucho en volver. Lo dejan a uno en paz. Pero... ¡hay que estar alerta, alerta! Si uno se distrae o si no lucha con denuedo en contra de ellos, está perdido, sí, señor, irremediablemente perdido. Se le introducen, ¡sepa Dios por dónde!, y la vida, entonces, cambia, sí, mi señor, cambia y cambia totalmente. Acaso creará usted, don Onofre, que le hablo de una cosa rara, rarísima. No, mi señor. ¿Qué cree usted que son esos usureros de que, seguramente, ha oído usted hablar? Don Onofre, son hombres que fueron normales y que ahora se hayan poseídos por un lemur. Y usted, mi señor, que tanto aprecia el arte de bien escribir..., ¿qué cree que son esos literatos plagiarios? ¡Son hombres poseídos por un lemur! Pero, felizmente, están los garbanzos, estas benditas leguminosas. No tengo más que imaginar un enorme garbanzal y ellos, los lemures, no se atreven a venir. Pero, a veces, pienso en otras cosas, me escabullo por los senderos..., en fin, por los senderos lejanos al garbanzo y entonces no me queda más remedio que coger este p'ur-b'u y acometer, acometer ciego de ira.

-¡Y usted entonces vence, don Irineo!

-Sí, señor, entonces yo venzo, don Onofre!

-Pues lo felicito a usted de todo corazón, don Irineo.

-Soy todo agradecimientos por sus tan delicadas felicitaciones, don Onofre.

Calló don Irineo y quedamos en silencio. En la calma de la noche oí claramente las doce campanadas de un reloj anunciando la medianoche. Mi amigo, alzando el índice de su mano derecha, me hizo ver que las oía a su vez y, por su rostro, vi que le preocupaban. Luego murmuró:

—La hora fatídica para larvas y lemures, don Onofre, la hora de la medianoche y la del mediodía, sobre todo cuando brilla el sol.

—¿Cree usted que ahora se presentarán, don Irineo!

—¡Oh, no, mi señor, oh, no! Su sola presencia les atemoriza así es que no se presentarán.

—Pero —creí necesario advertirle— es hora de que yo me marche a casa, don Irineo.

—Sí, señor, puede usted marcharse con la libertad de que es usted merecedor. Deja a su servidor tranquilo y confiado. Allí están esos papeles con las notas para mi próxima siembra de garbanzos en el fundo de Curihue, de nuestro capitán Angol. Me sumiré en ellas y entonces, oh, no habrá peligro alguno.

—Me voy en paz, don Irineo.

—Que ella le acompañe siempre, don Onofre.

¡Hasta pronto, don Irineo!

—Eso es, ¡hasta pronto, don Onofre!

149

El doctor Hualañé es un gran sabio. A veces siento deseos de enfermar para sentir, sobre mi cuerpo, su alta pericia y contemplar, entonces, cómo ese cuerpo se restablece, mejora y vuelve a la vida.

El doctor Pitrufrquén es, sin duda, el más aventajado discípulo del doctor Hualañé. Su sabiduría crece y se agiganta por días. Si seguimos sus consejos, unidos a los de su maestro, no moriremos anticipadamente. Moriremos de viejos y, por cierto, sonriendo ante la expectativa de un justo reposo.

Fui ayer al N° 137 de la calle del Escapulario, fui un poco antes de la hora de cenar. El doctor Hualañé, siempre amable, me retuvo. Me dijo que lo acompañara a disfrutar de su comida. Así tendríamos ocasión de conversar un buen rato.

Después de haber pasado una noche con don Irineo Pidinco, acepté con gratitud esta invitación. Así es que acabo de pasar toda una noche de charla con el eminentísimo doctor Hualañé.

—¿Qué tal, amigo, cómo ha estado usted este último tiempo? Hacía, por lo menos, un par de meses que no nos veíamos.

Le respondí:

—Así es, mi querido doctor. Usted sabe que las cosas de esta vida, los quehaceres y trajines...

—¿Acaso... indispuerto?

—Oh, no, doctor. Me he sentido perfectamente.

—¡Tanto mejor!

Ahora estamos ambos en su gabinete. Luego pasamos a su comedor. Por fin terminamos nuestra entrevista nuevamente en su gabinete.

Me dijo:

—Es lástima que mi colega, el doctor Pitrufluén, no esté con nosotros. Es un ameno charlador.

—La profesión de ustedes, doctor, no siempre deja momentos libres. Hay que ir a visitar a los enfermos y...

El doctor Hualañé alzó la mano:

—Muchas veces, amigo mío, los enfermos son los mejores y más gratos charladores que pueden encontrarse.

—¿Es posible?

—Sí, es muy posible. Un paciente me decía cierta vez: "Doctor, la salud a sido siempre para mí un impedimento para realizar mi vida, para entregarme a mi verdadera labor; ella me ha forzado a salir, a mezclarme con la gente, a ir de un lado a otro lado; en cambio, cuando he estado mal, echado en mi lecho, he recobrado mi centro y toda mi vida interior ha vuelto a florecer".

—Extraño paciente, doctor.

—¿Por qué? —me preguntó abismado—. Vea usted que en la vida llamada "sana" lo que hacemos es entregarnos a la enfermedad del bullicio que nos tiene como suspendidos sobre la meditación, al lado de ella, sin permitirnos entrar de lleno a sus dominios.

Le advertí:

—Doctor, no a todo el mundo le gusta meditar.

—Tiene usted razón —me respondió—, no a todo el mundo le gusta. Pero basta con que haya algunas excepciones... y, créame usted, ello es bastante. Pues bien, amigo, a estas excepciones se les fuerza también a ir al bullicio. En tal caso estaba este paciente mío.

Luego le dije:

—Debe ser cosa rara, doctor, que a usted lo visite una persona en buen estado de salud.

Me contestó:

—Rarísimo. Era, justamente, lo que hablábamos, el otro día, con mi colega, el doctor Pitrufluén. Apenas un visitante cruza el umbral de éste mi gabinete, se siente aquejado por un mal. En vano trato de desviar la conversación. Es inútil. Un dolor, un malestar, un cansancio, un ahogo, una obsesión... ¡Qué sé yo! Debería tener, aquí a mi lado, un camposanto. Amigo Borneo, toda la medicina debería ser de las puertas del hospital para dentro; de las puertas del manicomio, para dentro. Y dejar, entonces, circular a la gente en paz por las calles.

"Pero están los regímenes... Son, mi amigo, los hijos de esta enfermedad del bullicio. Con ellos se la mantiene, con ellos se impide la llegada de la salud. ¿Conoce usted algún ciudadano que no siga algún régimen? Y los que, por un motivo u otro, no lo siguen, se sienten mal de inmediato, se quejan, se echan a morir. Pero para eso estamos nosotros los médicos... Tarde o temprano llegarán, sí, llegarán a vernos. Nosotros los miramos, los examinamos, los auscultamos y luego les recetamos. Así hacemos funcionar a nuestros buenos colaboradores de boticarios y farmacéuticos. ¡Un régimen y unas cuantas tomas y unas cuantas píldoras! El sujeto, entonces, se va feliz.

"¡Y las mujeres, amigo mío, las mujeres! Diría yo que, adrede, tratan de enfermarse. Comen rápido, engullen con pasmosa velocidad y lo que encuentran a mano y... ¡vengan píldoras y más píldoras! Es la ley de la ociosidad, amigo. Es como colgar cuadros y cuadros en las habitaciones donde viven. ¿Los ven, los contemplan, acaso? ¡Quia! No los han mirado jamás ni jamás los mirarán. Es algo como el hecho de pelearse las unas con las otras.

¿La causa? ¡El tenaz aburrimiento, amigo, el aburrimiento que debe dirigir sus existencias! No hay más.

“Amigo Borneo, no olvide usted nunca, jamás, aquel bueno y magnífico régimen que le di yo, cierta vez, que usted también se sintió algo indispuesto. Fue en Santiago, en casa de su compañero Viterbo Papudo, hará cuestión de un par de años. Algo tuvo usted al estómago; entonces yo le receté: un tarro de sardinas, un queso de Limburgo, un bife con huevos y una botella de vino tinto. ¿Lo recuerda? Minutos más tarde sanaba usted.

—¡Así es, doctor! ¡Sanaba! Y recuerdo lo que usted nos explicó luego a Viterbo y a mí: aquello de la temperatura, aquello de 37,9 y de 39,7. Y luego nos habló usted de una temperatura más baja que 37,9 y de otra temperatura más alta que 39,7. No, no puedo olvidar lo que usted nos dijo, doctor. Esto de las enfermedades humanas me hace pensar en las enfermedades de la humanidad entera; me hace pensar en las épocas, llamémoslas, históricas. Vemos pueblos que nacen, que crecen, que llegan a su apogeo; luego los vemos declinar, sucumbir y morir y desaparecer. ¿No cree usted, doctor, que la humanidad también enferma y luego muere?

Me contestó sonriendo:

—Por cierto, lo creo. Existen nuestras enfermedades individuales como existen las de nosotros en conjunto, es decir, la de pueblos y razas. Este hombre está mal, está tan mal que los médicos creen que deben retirarse y dejarlo morir en paz. ¿Qué más pueden hacer a su lado? Va a fenecer. Es cuestión de minutos, no más. Acaso de una hora, o dos, no más. Acaso viva aun tres horas, no más. Sería algo pasmoso si llegara a ver el día siguiente, el día de mañana. Se retiran los médicos; nos retiramos. Es lo mismo para la humanidad. Aquel pueblo, aquella raza va a morir. Retirémonos, amigo, sí, retirémonos. Ahora que para ella es cuestión de horas más largas: una hora puede ser un siglo. Pero se ha visto: no, no vivirá, no subsistirá.

—Es verdad, doctor —le dije—. Sin embargo..., sin embargo... Doctor, yo creo en ciertos aspectos de la medicina, yo creo, por ejemplo, en la psiquiatría, en los psiquiatras; creo, por ejemplo, en las actividades del doctor Pitrufluén.

Rió vagamente el doctor Hualañé y murmuró:

—Y el doctor Pitrufluén apenas sí cree, en sus propias actividades...

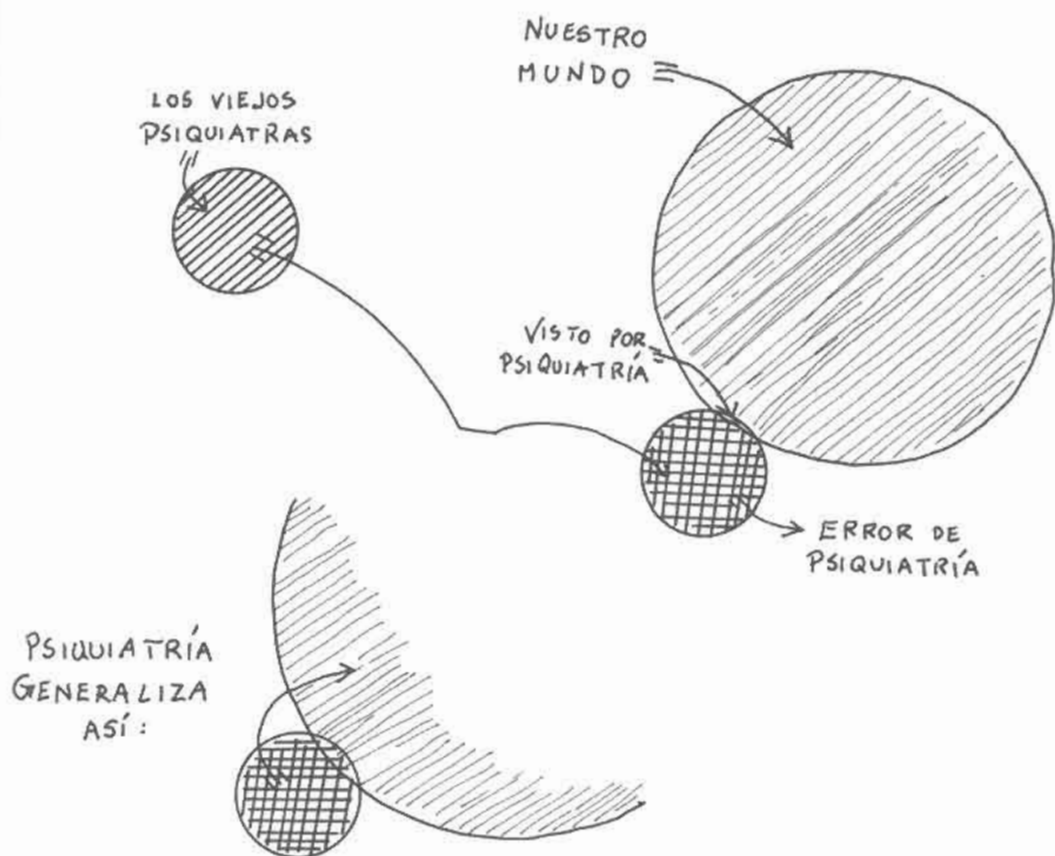
—Pero, entonces, si apenas, cree, ¿por qué, por qué...?

—El doctor Pitrufluén busca, amigo Borneo, busca como buscan tantos otros. Pero en el fondo, ¿qué puede creer? ¿En qué puede creer? ¿Recuerda usted nuestra visita al Manicomio del Eclesiástico? Piense un poco en ella y vea dónde estamos aún... Hoy por hoy tienen los psiquiatras, consciente o inconscientemente, que contentarse con un empeño para fabricar el hombre standard. ¡No hay más, amigo mío! ¡El hombre standard! Imagínese usted un triunfo, un triunfo sin igual de los psiquiatras... ¿Adónde nos llevaría este triunfo? Nos llevaría a castrar a la humanidad de todo ímpetu, de toda tentativa, digamos, genial. Créame usted que tiemblo al pensar en semejante humanidad regida por los psiquiatras. Todos iguales, todos... normales. Todos haciendo sus actos según las normas que ellos han clasificado como normales... Años, acaso meses después, llegaríamos a la calidad de simples animales. No, mi amigo, no; la psiquiatría está bien, como ya le he dicho, de las puertas del manicomio para dentro. Y aun así..., y aun así...

No pude responderle nada. Quedé pensando. El doctor Hualañé se levantó, buscó entre unos papeles y extrajo, por fin, una hoja con dibujos que me alargó.

—Vea usted, joven Borneo, vea en estos dibujos cómo me imagino yo la cosa.

El dibujo, más o menos, era así:



Luego me explicó:

—Ya ve usted, amigo Borneo, cuán grande considero yo a nuestro mundo, al mundo que abarca nuestra psique. No lo hice mayor, pues lo hacía, al fin y al cabo, en este papel. Luego vea usted lo que de él ven, o creen ver, los psiquiatras. No es tan grande pero, en fin... Así lo suponen y dejémoslos. De esta suposición vea usted lo que coincide entre ambos mundos: un poco, un poquitín, nada más. Todo lo restante del mundo psiquiátrico... ¡error, amigo, error! Pero ellos, aferrados en este error, generalizan así. (Me mostraba en ese momento el dibujo de la parte inferior.) En un mundo real encajan y reencajan, por fuerza, su mundo de errores. Cuanto a los viejos psiquiatras... ¡ni para qué hablar! Tenían, a su vez, el mundo de falsedades, como los de hoy, pero era un mundo ajeno, muy lejano, sin un solo contacto con nuestro mundo.

—Pero, doctor —le dije—, es, tal vez, la única manera de ver desequilibrados por todas partes. De este modo cumplen con su verdadera misión, la misión de todos los facultativos de esta tierra: salir como locos por las calles en busca de trastornados del cuerpo o del espíritu.

—Es nuestro oficio —me advirtió el doctor Hualañé—, sí, mi amigo, nuestro oficio; al fin y a la postre, de algo tenemos que vivir.

—Es verdad.

—En cambio, mi amigo Borneo, ¡qué diferencia con los enfermos de verdad! El otro día atisbaba a uno, a un muchacho bien parecido y de rostro simpático. Su padre lo había llevado al manicomio. Allí estaban ambos: el padre inquieto, nervioso; el hijo, impertérrito. Yambos, con el doctor Evaristo Gultro.

—¡Ah, mi amigo, no se crea usted! El doctor Gultro es un sapientísimo sabio en materia de terminología psiquiátrica-psicoanalítica. Le bastó sólo una mirada al muchacho para sentar su diagnóstico y sus labios se desataron. Habló el doctor Gultro y habló y siguió hablando. El muchacho seguía impertérrito. Pero... ¡el padre, ese pobre padre! ¡Quería entender, un poco siquiera, algo de esa ráfaga de ciencia médica que fluía frente a él! Parecía que ya iba a caer de la silla porque se iba hacia adelante llevado por las fuerzas unidas de sus oídos y sus ojos. Y así pasó tal vez más de media hora, acaso una hora entera. ¿Y? El muchacho fue internado, siempre impertérrito; el doctor Gultro siguió hablando con nuevos clientes; el padre, cabizbajo, se retiró después de una mirada a su hijo.

Exclamé sin poderme contener:

—¡Me hace usted pensar en el cambucho, mi distinguido doctor! ¡El cambucho y nada más que el cambucho!

Me miró sorprendido:

—¿Conoce usted el cambucho?

—Sí, doctor, lo conozco y mucho me preocupa. Cierta vez el doctor Pitrufrquén me habló de él.

—Amigo Borneo, estamos hoy día bajo la ley del cambucho.

Es la verdad: estamos hoy día bajo la ley del cambucho. El doctor Hualañé, mientras yo lucubraba sobre esta ley, había hecho un cambucho de papel. Luego me lo indicó con aire severo; luego me repitió:

—Estamos hoy día bajo la ley de este cambucho.

Asentí:

—Estamos hoy día bajo la ley de ese cambucho.

Marul, déjame explicarte lo que significa un cambucho de papel, un cambucho de amplia base redonda y terminado en aguda punta.

Marul, esa amplia base redonda es un trastornado.

Marul, la aguda punta, en lo alto, es otro trastornado.

Ambos son partes del mismo cambucho; ambos son iguales; pero...

Marul, en la vida, en las calles, en las casas, en el campo, en el ajeteo diario, son diferentes, muy diferentes:

El que está abajo, en la base, es un místico, es un hombre que, de pronto, ha caído en el misticismo, que ha tenido una visión y esta visión acompañada de un llamado; entonces, obedeciendo a este llamado, ha partido tras la visión.

El que está arriba, allá en la punta, es un hombre desabrido, un hombre indiferente, que se mueve en este mundo sólo por la indolencia, por la apatía; nada le importa nada, todo lo mira de alto a bajo; levanta ambos hombros cuando se le habla y luego se marcha.

Cuando éste ve a aquél, al místico, hace una mueca y vuelve la espalda. Cuando el místico ve al apático trata de convertirlo y le predica. Pero... En fin, Marul, tú comprendes cómo se comportan ambos.

Pues bien, estos dos extremos opuestos no forman más que uno. ¿Me oyes? Un uno único. Porque ambos han huido y siguen huyendo de la realidad.

Uno ha encontrado más hacedero huirla refugiándose entre los seres del más allá; el otro, mofándose de cuanto le rodea con suma displicencia.

Yambos no se soportan y se desprecian. El cambucho los tiene atados a un mismo mal y ambos protestan en contra de este mal. El uno dice:

“¡Ah, esos místicos! ¡Son de matarlos a todos!

El otro dice:

“¡Ah, esos seres apáticos! ¡Deberían morir todos!

Marul, de esto hablamos con el doctor Hualañé.

Créeme que yo sentí, como sentí cuando hablé del cambucho con el doctor Pitrufrué, que me hundía en un cambucho, tal vez en dos cambuchos, tal vez en tres o en cuatro... Desesperé ante la idea de formar parte de esa construcción de papel y, sobre todo, ante la idea que ella tenía una base y una punta y, sobre todo, que tanto en la una como en la otra, había gente seguramente conocida por mí.

Sí, desesperé. Se lo dije al doctor.

Me miró un rato y luego rió de buena gana. Por fin me habló con voz severa:

—¡Alto a los nervios, amigo Borneo! ¡Alto! Desespera usted por muy poco. ¿Conoce usted a alguien que se halle libre de este cucurucho o cambucho? Todos vivimos dentro de uno. El doctor Gultro le trataba de explicar esto al pobre padre quien, naturalmente, no entendía palabra. Le decía que, basándose en las elevadas teorías de Jung, nosotros todos obedecemos al móvil del dominio. Prueba de ello, le decía, es que usted tiene que haber influido en su hijo porque quería usted dominarlo, quería que él hiciese en la vida a su antojo y no al antojo de él, al antojo del hoy impertérrito muchacho. ¿Iría a comprender algo aquel viejo que casi caía de su silla? Pero, ¡no había caso! ¡El dominio y el dominio! Y este dominio en todos, sin excepción. Yo, para mis adentros, pensaba en cuántos hay en este mundo para quienes el móvil es no llegar al dominio. Piense usted en aquellos que sólo anhelan aislarse, que sólo piden silencio alrededor de ellos; en aquellos que huyen del comercio de los humanos porque aspiran a escapar de esta enfermedad del bullicio.

“Y mientras hablaba... peleaba, se batía el doctor Gultro, se batía denodadamente”.

Quedé perplejo.

—¿Con quién, contra quién peleaba y se batía el pacífico del doctor Gultro?

El doctor Hualañé me respondió con seriedad:

—Contra su encendedor.

Quedé pasmado.

—¡Su encendedor! —exclamé.

—Sí, mi amigo Borneo, su encendedor. Usted sabe lo que son estos aparatos: de cien de ellos hay noventa que no funcionan y el cigarro o cigarrillo tiene que esperar. El doctor Gultro decía de cuando en cuando, interrumpiendo su larga y muy sabia perorata psiquiátrica-mental-psicoanalítica: “Es la mecha, sí, es la mecha”. Luego seguía ensayándolo, mientras hablaba, para decir entre dientes: “Le debe faltar bencina”. Y volvía a su perorata, lo apretaba y lo aflojaba y lo volvía a apretar y lo volvía a aflojar. Decía entonces rápidamente: “Ha de ser la piedra, eso es, la piedra”. Hasta que, hasta que...

—¿Hasta qué..., doctor?

—El muchacho impertérrito tuvo a bien bajar de sus nebulosas y le alargó un fósforo encendido.

—¿Es posible, doctor?

—Tan posible es que, minutos después, era internado este pobre muchacho y ahí, internado, debe estar aún. ¡Oh, mi amigo! ¡Qué cosa difícil es saber, a ciencia cierta, quiénes están enfermos de verdad! Porque se ha de fijar usted que, hablando *grosso modo*, que muy bien podemos dividir a los enfermos en dos categorías nítidas: los enfermos verdaderos y los enfermos simulados. Los que tienen, por ejemplo, una pulmonía o una colitis o se han quebrado una pierna o están perdiendo la vista o son atacados por la meningitis o por la poliomielitis y demás, ¡enfermos de verdad! Los que sienten malestares vagos o dolores por aquí y por allá, los que se fatigan antes de tiempo y se quedan en cama, los que sufren males indeterminados y demás, ¡enfermos falsos! Y éstos van, tenga usted la más absoluta seguridad, con ¡los regímenes y los regímenes! Empezando, por cierto, con la alimentación. Le preguntan a usted: “¿Qué debo comer, doctor? ¿Cree usted que una salchicha me hará mal? ¿No cree usted que debo suprimir las bebidas cuando como? ¿No es, acaso, suficiente comer una sola vez al día?”. Y así, amigo Borneo, las mil preguntas.

—Pedro, doctor —le interrumpí—, ello es lo natural, es lo lógico, porque...

—No, mi amigo, ello no es ni natural ni lógico. Vea usted: esa gente preocupada por el régimen que ha de seguirse, es gente que sufre de un dominio de la mente, de la mente de la cabeza, de esta mente (se golpeó la frente con el índice) que ha tomado el mando del organismo total. Por lucubraciones médicas o religiosas han llegado, o quieren llegar, a una conclusión irrefutable: ¡lo que debe y lo que no debe comerse! Esta mente pasa a ser una verdadera dictadora que somete a su voluntad todo el resto.

“Amigo, esta gente no ha pensado nunca que el cuerpo tiene también su mente. Un aparato nutritivo piensa a su vez y sabe lo que le conviene o no le conviene. De pronto pide: “¡Un budín de sardinas y cholgas!”; o bien: “¡Un bife con un par de huevos!”; o bien: “¡Una media docena de pasteles a la crema!”. Pero la mente de la cabeza, esa mente médico-religiosa se ofende y protesta y alega: “¡Cómo! ¿Tú comer semejantes manjares? ¿Quieres, acaso, interrumpir mi labor?”. Y no come el pobre hombre ni su budín de sardinas y cholgas, ni su bife con un par de huevos, ni su media docena de pasteles a la crema...

“Entonces vemos pasar un desfile de seres tristes y cabizbajos, lo vemos pasar por aquí, por esta calle del Escapulario y meterse en mi consultorio; o lo vemos pasar por la calle de la Saeta Espiritual y meterse en el consultorio del doctor Pitrufulquén; o lo vemos pasar por la calle del Juicio Final y meterse en el consultorio de mi viejo amigo el doctor Mangual.

“Así es la cosa, mi amigo, y no es de otro modo.

Le contesté:

—Sí, doctor, así es la cosa y no es de otro modo.

Volví a oír, lejos, las doce campanadas que anunciaban que había llegado la medianoche. Creí oportuno interrumpir mi visita a nuestro gran facultativo, el doctor Hualañé.

150

En la Taberna de los Descalzos me encontré con el grande de Desiderio Longotoma.

Reía Desiderio Longotoma casi eufóricamente. Sin poder contenerse me dijo:

—La gente es sencillamente admirable en este país. Tengo más de cien recuerdos de su extrema bondad. Pero, por ahora, que nos baste uno solo. ¿Sabe usted cuál, amigo mío?

Cuando, cierta vez, perdí mi personalidad de hombre. Esa vez me bastó poner un aviso en el diario contando, en poquísimas palabras, esta desventura mía. Al día siguiente, once personas hacían cola frente a mi casa y me llevaban algo que les representaba mi personalidad. Luego fueron doce estas personas pues a ellas se agregó usted, mi queridísimo Onofre Borneo. ¿Lo recuerda? ¡Todos allí al pie de mi puerta y con mi personalidad entre manos! ¡Mi personalidad! ¡Magnífico, amigo, magnífico!

Le respondí:

—Naturalmente, lo recuerdo. La primera de ellas llevaba a usted un frasquito lleno de arena.

Desiderio continuó:

—Y la segunda, un lagarto vivo.

Y yo:

—Y la tercera, un viejo paraguas de cache de marfil.

Y él:

—Y la cuarta, un par de criadillas crudas.

Y yo:

—Y la quinta, una flor.

Y él:

—Y la sexta, una barba postiza.

Y yo:

—Y la séptima, un microscopio.

Y él:

—Y la octava, una pluma de gallineta.

Y yo:

—Y la novena, una copa de perfumes.

Y él:

—Y la décima, una mariposa.

Y yo:

—Y la undécima, su propio hijo.

—No me negará usted, amigo Borneo, que esto es una simple y enorme maravilla. Sobre todo si a ello agregamos ese molar de vaca que fue lo que usted me llevó.

—Exacto, me acuerdo perfectamente. Como me acuerdo también de las gratificaciones que usted, de inmediato, obsequió a esas personas.

—¡Claro, claro! A la primera le obsequié un cortaplumas; y a la segunda, dos cigarros puros.

—Y a la tercera —le recordé—, un cascabel; y a la cuarta, una esponja de caucho.

—Y a la quinta le di un lince embalsamado; y a la sexta, una tira de terciopelo azul.

—Y a la séptima le obsequió usted un par de huevos al plato; y a la octava, un pequeño reloj.

—Y a la novena le obsequié una trampa para conejos; y a la décima, un llavero.

—Y a la undécima le obsequió usted una libra de azúcar; y a mí, una corbata gris.

—¿Y recuerda usted, amigo Borneo, cómo terminó todo aquello?

—¡Por cierto, Desiderio, por cierto! Terminó con..., con... ¡los grandes cuernos del ciervo!

—No, no; hay un pequeño error en lo que usted proclama. Todo aquello terminó con el cuerno único del unicornio.

-Entonces bebamos por el cuerpo único del unicornio.

-Bebamos.

Y bebimos un gin festejando este cuerno único de este sin par cuadrúpedo.

Luego me dijo riendo a mandíbulas batientes:

-Deberíamos también beber otra copa por esa cosa divina que son las flores. ¡Oh, las flores, amigo mío! A mí me gustan más que..., que ¡la gastronomía! Lo abyecto es que no podamos nutrirnos con flores. Pero..., pero...

-Pero, ¿qué?

-Amigo Borneo, he pensado muchas veces en un menú de ricos floripondios. ¿Como entrada? Una ulva lactuca condimentada con trozos de polypodium refinatum. ¡Qué magnífico! Luego seguiríamos con una convallaria majalis y unas buenas droseras rotundifolias. ¿De plato de fondo? ¡Ni qué dudarlo! ¡Huelo ya el humo que despide! Porque se acerca un sabrosísimo ruscus aculeatus pletórico de aliñados mesembryanthemum calcarum. ¿Y de postre? ¡Oh, de postre, de postre! Una primula officinalis chorreada de batrachium aquatile. ¿Se da usted cuenta, amigo? ¡Sería exquisitísimo!

-Ahora ha cometido usted el error, Longotoma, al decir que las flores no se comen. ¿Ha olvidado usted ya a Baldomero Lonquimay en el fundo de Curihue? Aparte del jabalí dominical, ¡flores y nada más que flores!

-Amigo Borneo, Baldomero Lonquimay no es un hombre; Baldomero Lonquimay es un ciclón con cuello de avestruz.

-Es verdad; lo había olvidado.

-Y después de ingerir esta comida nos iríamos a Quito, sí, mi amigo, ¡a Quito!

-Pero, ¿qué piensa usted hacer en Quito?

Me miró con ojos risueños y me espetó:

-Brujerías.

-¿Brujerías?

-Sí, mi amigo Borneo, brujerías. Porque una noche soñé yo con las brujerías de Quito... Me hallaba en un sórdido tabuco. Me hallaba encerrado en él. Había una tufarada allí dentro... Bueno, el caso es que no podía salir. Entonces oí una voz que me gritó: "¡Evoca las brujerías de Quito!". Las evoqué, amigo, y me encontré fuera del tabuco, en medio de una tolvana espantosa, tan espantosa que desperté.

-Sí, ya veo, ya veo, despertó usted.

-Y vea quién penetra en esta Taberna: Herr Interlaken, el suizo. El hombre de los múltiples idiomas pues, como buen suizo, habla alemán y francés y también italiano; por haberse radicado en Chile, habla español; y por ser hombre de múltiples actividades comerciales, habla inglés; y por interesarse en la nueva evolución del mundo, habla ruso. ¿Qué le parece? Alemán, francés, italiano, español, inglés y ruso... ¡Seis idiomas!

-¡Qué felicidad, amigo Longotoma! ¡Hablar seis idiomas! Yo no habría deseado más que...

-¿Felicidad? No, no es la opinión de Herr Interlaken. También yo le dije, cierta vez, que ello sería una felicidad. Me miró y me volvió a mirar asustado. ¿Ha visto usted alguna vez a un suizo asustado? Es algo que vale la pena, sí, que vale la pena. Porque para Herr Interlaken todos los idiomas son iguales, idénticos. Variaciones sobre el mismo tema y nada más. Le pregunté: "¿Es ello posible? ¿Nada más que variaciones, Herr Interlaken?". Me respondió: "Sí, señor, son idénticos porque las necesidades de decirse cosas entre los hombres, son siempre las mismas, sean ellas dichas en alemán o en francés o en italiano

o en español o en inglés o en ruso". Le dije entonces: "Sí, comprendo, las necesidades de decirse tonterías". Me corrigió severísimo: "O las necesidades de decirse altas cosas profundísimas". Cuando un suizo dice: "cosas profundísimas...", ¡alto, amigo, alto! Porque estas cosas no son simples ideillas, ¡ah, mi amigo!, no lo son. Para ideillas hay que venir a esta Taberna. ¡Es aquí donde se sabe vivir! ¿No lo cree usted?

—Es una curiosa manera de vivir, Desiderio Longotoma: la de contentarse con ideillas.

—¿Usted necesita grandes ideas profundísimas?

—A veces, sí, las necesito.

—Pues entonces, mi amigo, estará usted bien servido.

—¿Aquí en los Descalzos?

—En el mundo entero. Porque estamos en el reino de las ideas menores, de las ideillas. ¿No ha frecuentado usted a los literatos de hoy? ¿Y a los pintores? ¿Y a los estetas? ¡Linda palabra es esta de "esteta"! Amigo, un consejo: frecuéntelos y frecuéntelos. Desde el más elevado filósofo, como Remigio Natales, hasta los hacedores de poemas, como Eusebio Palena y Nemorino Limache. Y en aquellos que se llaman estetas-pintores frecuente desde Ascanio Viluco, el crítico sin igual, hasta Facundo Doñihue y el inefable don Zócimo Taltal. ¡Frecuéntelos y hábleles, amigo! Es decir, que ellos le hablen a usted y verá y verá... Tome un poco de candiyugo mezclado con un poco de maltiyugo para tener dominio sobre su estado de hilaridad y no reventarles con su risa en las narices. Verá y verá: ¡ideillas, ideillas y nada más! Que se expresen sobre literatura o sobre pintura o sobre poesía o sobre escultura o sobre lo que sea... ¡Se expresan sobre hoy día y de ahí no salen! En cambio, en cambio antes... Recuerdo que allá en Atenas...

—Desiderio Longotoma, le pido, le ruego a usted que no imite a los hombres de antes porque se va a elevar a alturas, de verdad, inalcanzables. Ya está usted en Atenas... ¡Pare, amigo, pare!

—Paro y regreso. Paro y, antes de llegar, déjeme usted que le cuente un nuevo recuerdo que me ha asaltado. Pero no se alarme, no se alarme, vengo de regreso. Ya estoy en Francia. Estoy en los alrededores de Lyon; no, estoy lejos de Lyon y voy en automóvil. De pronto pido a mi chofer que se detenga unos minutos ahí, ahí en esa cigarrería. Usted sabe lo que son las carreteras allá: en medio de una de ellas, una cigarrería. Me bajo y compro un paquete de esos inolvidables Gauloises. Allí estaba cuando veo pasar un coche fúnebre automóvil con el ataúd dentro y, detrás, en múltiples autos, los deudos llorosos y de negras vestimentas. Pasaron y pasaron. Tardé un rato más viendo diarios y revistas y, al fin, subí a mi coche. Partimos. Pues bien, ¡ríase usted, mi amigo, ríase usted! A unos 3 ó 4 kilómetros de allí encontramos al coche fúnebre detenido... ¡tomando bencina! ¿Ha visto cosa semejante? ¡Tomando bencina! Y los deudos que esperaban inmóviles... ¡Y el muerto, amigo, el muerto! Era algo para perecer de la risa.

—Si usted quiere, Longotoma... Pero, le diré de verdad, yo no le encuentro a su anécdota nada de tan gracioso.

—Es usted ¡un hombre difícil, mi amigo Borneo. ¿Cómo es que no le hace gracia ese muerto? Supongamos que haya fallecido a los 80 años. Es toda una vida. Pasar 80 años pensando, molestándose, trajinando, con guerras, con altas y bajas y sabe Dios con cuántas cosas más. Pues bien, amigo, jamás, jamás pensó el buen hombre, a pesar de haber pasado mil veces por puestos de bencina, que él, él, sí, él iba a detenerse frente a un puesto para poder continuar su viaje postrero y reposar.

—Si usted quiere, Longotoma.

—Es usted un hombre difícil, un hombre que debería frecuentar más y más a los beneméritos personajes que le he citado: Remigio Natales, Nemorino Limache, Ascanio Viluco, Facundo Doñihue..., ¡Oh! ¡A propósito! ¡Qué grande hombre es este Facundo Doñihue! Fui a verlo el otro día a su taller, ahí en la calle de la Llave del Cielo. ¡Uuuuy qué seriedad, qué gravedad! Su seriedad y gravedad están en razón directa de lo mala que es su pintura. Pintaba el artista. Después de cada pincelada miraba hacia un costado y se ponía de nuevo a pintar. ¡Amigo, sobre ese costado, clavado con chinches, tenía dos papeles! En ellos se inspiraba el bueno de Facundo. En uno decía: “Trabaja, Facundo, trabaja”. En el otro: “¡Los valores, los valores, los valores!”. ¿Qué tal, amigo?

—Muy bien, Longotoma, muy bien.

—¡Ya lo creo! Porque este Facundo Doñihue es un ser que sabe y sabe y sabe hasta apabullarlo a uno. ¡Hay que oírlo hablar! Está al corriente de cuanto demonios ocurre en el mundo. Usted se pregunta si ha de tener secretos de cancillería o si es íntimo con los más altos personajes de la política internacional o si es consultado por estos personajes al tomar una resolución cualquiera. ¿De dónde le viene tal sabiduría? De pronto ¡descubrí! Es divertidísimo, amigo: Facundo lee, todos los días, ¡los diarios! Entonces yo compré un número de El Farol y otro de La Nave y me los leí. Volví a verlo en casa de doña Claudia Puchuncaví y, apenas empezó a hablarme del mundo internacional y nacional, ¡paf!, lo paré en seco y me puse a hablar yo. ¡Había que ver qué cara puso!

—¡Divertidísimo!

—Sí, amigo, hay que saber divertirse, se esté donde se esté. ¿Creerá usted que los mejores momentos los he pasado en el muy suntuoso taller de doña Claudia? ¡Mavarilloso taller! Rubén de Loa lo llama una prostitución... ¿Por qué? Si él es prostitución, pues entonces ¡viva la prostitución! Pero de Loa afirma lo contrario. De Loa afirma que la gente ha nacido para usar de los muebles y no los muebles para usar de la gente. Es una idea como cualquier otra. Pero una hermosa mujer como doña Claudia Puchuncaví... El cuadro es perfecto cuando se la ve cohibida entre arcas y bargueños, o se la ve apoyada en una cómoda cincelada de bronce, o junto a un cofre de ébano, o sentada en [una] vieja butaca de cuero repujado. ¡Nadie, nadie puede moverse ni un ápice más de lo que permiten esos muebles! Todos pasamos a ser personajes de una comedia..., en fin, mi querido Borneo, de una comedia cuyo original se representa... ¿Sabe usted dónde se representa? Yo creo que ha de ser allá en...

—Me voy, Desiderio Longotoma. Estoy algo fatigado y quiero descansar.

—Descanse usted, amigo Borneo. Lo que es yo... ¡ah! Lo que es yo quedaré en gratísima compañía porque... ¡mire, mire quien, con aire estupendo, se avecina!

Entraba en la Taberna de los Descalzos nada menos que doña Perpetua Mamoeiro. Entraba airosa, deslumbrante. A su lado se tambaleaba Romualdo Malvilla. Desiderio Longotoma se deshacía en reverencias y más reverencias.

Yo aproveché para escapar.

a la del chino Pey; seguí por el Paseo del Corderito Pascual y atravesé el Puente de los Concilios Euménicos; al fin me encontré frente a la puerta de mi casa.

Noche, silencio.

Una voz me ordenó:

-¡Entra! ¡Sube!

Obedecí. Al pasar frente a la puerta de Lorenzo Angol quise golpear. La voz me ordenó:

-¡Sigue!

Llegué a mi departamento y entré. Pasé a mi escritorio y, en él, encendí la luz. Me eché sobre un sillón.

Volví a respirar el silencio.

Sabía que algo me iba a pasar.

Silencio.

De pronto me sentí tomado por los hombros. Me remecieron. Quedé inmóvil. Volvieron estas manos a remecerme. Escuché.

JUAN EMAR

¡Heme aquí! Sí, aquí estoy. Te he venido siguiendo desde La Taberna de los Descalzos. Esperaba la noche. Ahora es de noche y estamos solos. Es el momento de que cambiemos ciertas ideas. Por ejemplo, podemos hablar de lo que has escrito. Estamos solos; no lo olvides. Como no debes olvidar tampoco que existe un compromiso entre nosotros. Tengo, pues, derecho a exigirte una revisión, una completa revisión de tu obra.

ONOFRE

¿Quieres, acaso, que ahora me ponga a leer desde la página primera, desde la N^o 1, desde que empecé a escribir allá en el fundo de La Torcaza? ¡Eh! ¿Qué bromas te traes conmigo? Yo soy un hombre libre, libre, ¿me entiendes?, libre. Yo no soy un escritor. La vida se extiende ante mí. ¡Debo aprovechar esta vida, la única que tengo! Por lo demás, te juegas con las fechas. Estamos sólo en 1929, a fines. De aquí a que llegue 1941...

JUAN EMAR

Recuerda cómo empezaste a escribir: "Guni querida". Así empezaste a escribir a Guni Pirque. ¿No es verdad? Es decir, empezaste a escribir una carta, una carta a Guni. Luego Guni partió a dar vueltas por el mundo. Tú, entonces, escribiste para ti. Así terminaste el Primer Pilar. Después te apoyaste en lo escrito por Lorenzo Angol y aparece su viaje por Europa. Ahora... Bueno, dices que escribes una carta a Marul.

ONOFRE

¡Marul! ¡Linda mujer! ¡Marul! ¡Mujer superior!

JUAN EMAR

Pero escribes, generalmente, sólo para ti. A veces la nombras, a Marul, la linda mujer superior. No; ahora escribes para ti. La carta, esa carta, se ha esfumado. Esto está mal, muy mal; ¿me oyes? Está mal porque mi intención primera, la mía, la de Juan Emar aquí presente, fue la de escribir una carta. Tú lo sabes: yo no puedo escribir, no tengo manos con qué coger el lápiz. Yo puedo, únicamente, inspirar. Entonces confié en ti.

ONOFRE

Y me sacaste de la vida mía... Felizmente existen -por aquí, por allí, por todas partes- hombres que aman el vivir; y mujeres que... ¡adoran el vivir!

JUAN EMAR

¿Marul, por ejemplo?

ONOFRE

¡Calla, calla con tu Marul! Marul... Se ha asomado a La Taberna de los Descalzos, se ha asomado al Cabaré San Lito... Es todo. Ella piensa cosas, cosas y más cosas. Marul... ¡Es tuya!

JUAN EMAR

Confiado en ti me puse a inspirarte. ¿Una carta? Sí, ¡una carta! Es el sentido que ha de tener lo que escribes, lo que escribimos. Tal es su carácter. Hay que devolverle este carácter. Tienes que ir a una confesión. ¡Te asusta esta palabra: "confesión"! Bajemos un poco de tono: una charla, una disertación. Eso me gusta: una disertación... envuelta, toda ella, en un enorme signo interrogativo. Pero tú, en el fondo, escribes para dar lecciones. Lecciones ¿de qué? ¿Te encuentras ya en el final de un ciclo? ¿Crees haber aprendido algo que ahora sea necesario dar a conocer a los demás? ¡No, no! Dar una lección te es imposible.

ONOFRE

Sin embargo, viejo amigo, ¿por qué no podría darlas? ¡Oh, si supieras tú cuánto sé y, sobre todo, si supieras cuánto ignoran los demás! Por otro lado, hay que hablarles siempre en son de una lección. Es la única manera, la única, que seas considerado. ¿O quieres que pase mi vida haciendo preguntas?

JUAN EMAR

¡Baja, baja de tono! ¡Vuelve a la carta! ¡Vuelve al gran signo de interrogación! Si bajas y sigues bajando llegarás a la corteza de la Tierra, a esta corteza donde se afirman tus pies. La mirarás. Quedarás atónito al verla. Porque no has pasado ni un centímetro, ni un décimo de centímetro, a través de ella. A tus pies está el misterio, el terrible misterio, el insondable misterio. Por eso, porque es insondable, ¡adelante frente a él! Esta Tierra es pequeña, pequeñita: un diámetro de 12.756 kilómetros. Atraviesas este diámetro y estás del otro lado. Pongamos la mitad de esos kilómetros para encontrarnos en el centro. ¿La mitad? Son 6.288 kilómetros, nada más. Distancia que has recorrido muchas veces aquí en la superficie. Pero recorrer esa distancia para abajo..., para abajo... ¿Te das cuenta cómo se agigantan esos kilómetros? ¿Te das cuenta de las cosas que verías? ¿Te das cuenta de que...?

ONOFRE

¡Basta, basta, Juan Emar! ¡A otros el indagar esos misterios! ¡Hay gente suficiente aquí en la Tierra para hacer toda clase de indagaciones! Yo, yo... con Romualdo Malvilla y con Desiderio, el gran Desiderio Longotoma, el hombre que ve bajo el agua... Y luego con don Bruno Camarones y don Waldo Caracoles y con Higinio Romeral y su distinguida esposa doña Salaberga Huintil... Y no olvidemos a la gran familia Alicahue Paine, y a Chispita, y a Braulia, la bella Braulia Tinguiririca, y con Miroslava Lipingue, y con el pintoresco de su hermano, y con la mujer de altos tacones... ¡Sí, Onofre, sí! ¡Hay que vivir la vida! Dirás, acaso, que te interrumpo en tus meditaciones. Dirás que soy pendenciero, que me plazco en confundirte con mis riñas...

JUAN EMAR

Tus riñas son permanentes, Onofre. Es lo que tengo que sufrir. Es el pago que se tiene al querer sacar a alguien de la pocilga en que se hunde. Tú me riñes siempre porque yo no voy, porque no quiero ir a ese círculo inferior en que te places. ¿Entonces? Haces algo muy sencillo: confundes ambos círculos, el mío y el tuyo. Porque cada vez que estás en el tuyo, aunque en él estés plenamente, te aflora una esperanza..., una esperanza... ¿De qué?

¡De la grandeza de mi círculo! Onofre, te doy un consejo y óyelo bien: Trabaja con los ojos cerrados; trabaja sin pensar; trabaja así; haz lo que tienes que hacer; oye mi dictado y nada más. ¡Nada más! ¿Has oído? ¡¡Nada más!!

ONOFRE

Bueno, es lo que hago. Lo que tengo que hacer... Para que me lean y me comenten..., sí, me comenten, no los Malvilla ni Chispita ni la gente del San Lito; para que me comenten todos los demás, en fin, todos, todos.

JUAN EMAR

¡Cobarde!

ONOFRE

Me insultas, Juan Emar. ¿Cobarde yo? Ve y pregunta qué hago en esta vida, ve y preguntalo. Te responderán, todos los hombres de algún valor, que soy literato. ¡Eso es! ¡Literato!

JUAN EMAR

¡Cobarde! Tú sabes que no quieres entregarte a mí; tú sabes que me esquivas. Cuando escribes estás alerta para que yo no me acerque, para que quede en mis mundos. Sólo de tarde en tarde logro colocar una frase mía. ¡Las escribimos con gusto! ¿No es verdad? Pero luego tu círculo te llama. ¿Qué hacer? ¿Ir a ese círculo dejando sobre el papel mis frases? No, no se puede. Entonces borras mis frases. O las corriges. Las aplanas. Las pones al alcance de todo el mundo. Y desde lejos te hacen señas tus amigos, desde allá, desde el San Lito y sus alrededores. Ves a Romualdo Malvilla. ¡Claro está que tú, tú, Onofre, puedes ir a ver y frecuentar a Romualdo Malvilla! Tus amigos te lo han dicho: eres un literato. Y esta palabra es un pasaporte para ir a todas partes, para emborracharte y soñar con mujeres de tacones altos. Porque todo esto, todo, las borracheras y las mujeres con cualquier clase de tacones, todo ello, y los comentarios de ese Gualberto Choapa y de Ramiro Lampa y de Braulia Tinguiririca y de Clementina Rengo y del pederasta de Lipingue, todo, todo ello, tiene dos sentidos. ¡Es la gran comodidad que tiene! ¡Dos, dos sentidos! Primero...

ONOFRE

Los sé, los sé, los conozco esos dos sentidos. Primero: el de todo el mundo que acude a las tabernas; segundo: el del literato que los estudia observándolos.

JUAN EMAR

Me mira con ojos maliciosos durante un largo rato. Luego me dice a media voz:

Observar.

ONOFRE

Con tono desafiante.

Sí, observar.

JUAN EMAR

Prorrumpo en una estrepitosa carcajada y río y río sin poderse contener. Yo lo miro con verdadero odio, con asco casi. Al fin se serena. Me pregunta:

¿Quieres, Onofre, que me marche? Dímelo y te obedeceré.

ONOFRE

¡No, no, por favor! ¡No te marches! Hagamos una transacción; es todo lo que te pido.

JUAN EMAR

Me marchó. Tu manera de observar me fatiga y, sobre todo, me fatiga la observación por la observación. Es lo que tú haces.

ONOFRE

Te repito: ¡No! ¡No te marches! Quédate aquí a mi lado un poco, un corto momento y veamos con claridad, eso es, con claridad.

JUAN EMAR

Llegué a esta vida *junto* contigo. Desde pequeño, desde que empezaste a ver el mundo, yo estaba a tu lado y, desde entonces, empezó también nuestra lucha: tú, divertirte; yo, hacer algo grande, duradero.

ONOFRE

Pero, ¿por qué no escogiste a otro? ¿Por qué me escogiste a mí? ¿Por qué no te dirigiste a alguien más adecuado?

JUAN EMAR

¿Lo sé? ¡Eras tú! A ti vine. Tal vez debemos sufrir juntos: yo, con tus juergas; tú, con el remordimiento después de cada una de ellas.

ONOFRE

Te lo he dicho ya mil veces: en las tabernas, en los cabarés, yo observo; yo estudio; yo anoto. Cada visita mía quedará, ¿me oyes?, quedará. Como ha quedado aquella mujer, la hermosa, la de los altos tacones. ¡Oh, si pudiera divisarla una vez más!

JUAN EMAR

Recuerdo ahora: Curihue. ¡Cómo nos balanceamos allá! En un momento, yo mandaba; en otro, tú. ¿Ves el drama aquel, *Antioquía*, del chino Fa?

ONOFRE

Naturalmente, lo veo. Es, ese drama, uno de mis mejores, de mis más profundos descansos. ¡Cómo reposé mientras ustedes seguían las peripecias de los antioquianos o antioquenses, y las discusiones de papas y generales, y la marcha a la ciudad lejana! Te lo diré: dormí, dormí a piernas sueltas durante toda la representación.

JUAN EMAR

Me has obedecido sólo en una cosa, en: no publicar. Créeme, te lo agradezco. Has sido obediente ante esta idea de la calma, de la gran calma ante la obra.

ONOFRE

¡Aaah! ¿Cómo no iba a obedecerte? Oye, Juan Emar, me basta ver cómo trabajan los demás... ¡Es algo increíble! Tienen un público prefijado y a él se dirigen. ¿Quién es, quién forma ese público? No lo saben ni les importa. Pero hay que hacerlo hablar, hay que hacerlo discutir con la obra que se les lanza. ¡Qué imbéciles! Bueno, y como sea, ya has publicado, ya has expuesto, ya se ha hablado de ti. Dime, Onofre, ¿no es mejor un cabaré, mi cabaré? ¿No es mejor tocar la verdadera vida? Di, Juan Emar, ¿no es mejor, no es mejor? Pero di, di algo; ¿no encuentras tú que es mejor? ¿Por qué no respondes?

JUAN EMAR

Recuerdo una vez, cuando eras un chiquilín, que te hablé y te hablé muy seriamente. Años más tarde te pregunté por lo que, aquella vez, te había dicho. No hiciste memoria. Me repetiste fielmente mis palabras, sólo que lo hiciste en primera persona. ¿Las recuerdas?

ONOFRE

Sí, las recuerdo.

JUAN EMAR

¿Qué decían?

He de concluir mis días retirado del mundo, lejos, en contacto íntimo con la naturaleza, no oyendo más el ruido de otros, sino haciendo surgir de mí mismo el murmullo de mi propia vida. ¡Oh, con cuánto anhelo mi ser entero espera esos días futuros de paz, de silencio y de elevación del espíritu! Vida de sencillez, para el cuerpo; vida de labor, de desinteresado trabajo, para el intelecto, vida de contemplación, de comunión santa con lo divino, para el alma. Por ahora me siento aún impelido al bullicio del mundo. Aún siento lazos que me atan a él. Por eso quiero vivir intensamente para agotar cuanto antes la deuda que con ese mundo he contraído. Mas lo repito: todo mi ser, día a día, hora a hora, tiende indefectiblemente a ese rincón de paz, suelo santo del cual, una vez en él, no quisiera salir nunca más.

JUAN EMAR

Bien... Lo has oído: "No quisieras salir nunca más". Ahora, en esas épocas de vacío, ¿las recuerdas?, de vacío negro sin una esperanza en el futuro todo, hacía que tus ojos interiores, en angustiosa mirada, se hundieran en la contemplación de tu pasado. Cuando eras todavía un niño. Cuando empezó a despuntar en tu alma el deseo de vivir, de saber, de sentir. Dabas vueltas, una a una, las hojas de tu libreta. No leías. Una palabra aquí, otra palabra allá, raras veces una frase entera, removían en tu memoria los dormidos recuerdos de aquellos tiempos. ¡Misteriosa fibra la que el despertar a la vida crea en el corazón del hombre! No siempre se puede impunemente tocar a ella. Con sus vibraciones surge un mundo de fantasmas. Y tú veías aparecer ese mundo construido y forjado con pedazos de tu propia vida, de tu propia carne. En él aparecían puras, inmaculadas, las figuras de grandes hombres con sus grandes obras complejamente entretejidas con tus visiones. No lo dudo, no lo dudo, y te lo dije, que esos grandes hombres, desde la tumba, desde el más allá, se complacen en ayudar y en alimentar, con su excelsa sabiduría, las ilusiones de los niños que sueñan. Yo quise ensayar contigo; porque, al llegar a ti, traía una idea, un proyecto: llamar a una de esas grandes figuras, comunicarme con ella desde aquí, desde esta tierra, desde estas calles, desde estos bosques..., comunicarme con aquella ignota región donde ellos viven. ¡Leonardo! Leonardo venía a nosotros. Ambos hacíamos contigo nuestro instrumento. Tú atisbabas a hurtadillas las tabernas. Al fin fuiste abandonado por tu invisible protector. Me dije: ¡Buena idea! Has sido abandonado para que solo, solo, encuentres la verdad de tus ideales. Pero yo veía cómo Leonardo te había asistido en los momentos de tus dudas y amarguras. Veía la serena figura frente a ti cuando eras un niño, lo veía acompañándote en los primeros pasos por la senda del arte, lo veía guiando tu mano cuando escribías. Luego lo veía triste cuando tus caprichos que aparecían enredados en una taberna, te impedían oír sus consejos. Lo veía ingeniándose para despertarte, con mil amorosas visiones y con dulces ensueños, cuando te dormías odiando el arte y amando las tabernas. Ahora siento el dolor de tu remordimiento. ¿Del tuyo? ¡No! ¡Del mío! Tú, Onofre, tratabas mal a ese hombre. Y él se conducía perfectamente contigo y conmigo. A mí, Juan Emar, me daba temas de inspiración; parecía decirme que era fácil seguir su ruta cuando el discípulo era un ser obediente, era un ser dócil. ¡Y aparecía otra nueva insinuación! Porque en todos tus movimientos pasados, en tus gustos, en tus ideas y propósitos, yo reconocía la existencia del germen que hace fructificar. En todo ello había habido, allá en tu infancia, algo de sereno y sabio muy por encima, por cierto, de la experiencia y de la sabiduría de tu edad. ¿No lo recuerdas? Claro está: no siempre habías obedecido a la voz de la sabiduría; muchas veces te habías dejado guiar por tus propias

tendencias, las tendencias con que nacemos. "¡Ya pasarán, ya pasarán!", me decía. Pero no pasaban, no. He estado por retirarme; más de una vez he estado por retirarme...

ONOFRE

¡No, no te retires! Sigue hablando. Te escucho con toda, con toda atención.

JUAN EMAR

¿No te das cuenta de que has de quedar solo, completamente solo, si me retiro? Y algo en tu organismo se ha filtrado de mí. Sin ello te sentirás demasiado débil, demasiado miserable, para poder echar sobre tus hombros un vacío semejante. Piénsalo bien: yo ya no estoy; tú estás solo. ¿Me oyes? Te encuentras con tu amigo Romualdo Malvilla y pasan una noche juntos, en juerga; y pasa, de pronto, la mujer de los tacones altos; y se acerca y te conversa Chispita; y hablas con Clementina Rengo; y ves a Miroslava Lipingue; y me comenta a su hermano Carmelo... ¿Podrás estar allí tratando de observar y sin que la observación aparezca? Porque... ¡no lo olvides, Onofre, no lo olvides! Soy yo el que te incita a observar, soy yo el que te da un pretexto para que vayas a tus juergas. Sé que sin ellas no resistirías la vida... Entonces, transijo. Te dejo ir a las juergas. Yo, mientras tanto, yo...

ONOFRE

¿Tú? ¿Qué haces?

JUAN EMAR

Yo... evoco a Marul.

ONOFRE

¡Por piedad no mezclemos a Marul con mis juergas! Hablemos de otras cosas. No vas a decirme que no hay otros temas, y temas muy interesantes, sin necesidad de nombrarla.

JUAN EMAR

Bien, hablemos de otras cosas. Por ejemplo, hablemos de esa reproducción que has colocado allí. ¡Linda reproducción! Y lo sería más aún si no se convirtiera en una permanente acusación en contra tuya.

ONOFRE

¡Acusarme! ¿De qué puede acusarme? Es una reproducción del "San Juan Bautista" de Leonardo. La compré en París...

JUAN EMAR

Yo te la hice comprar.

ONOFRE

¡Ea! ¡Quién sea! ¡Se compró! ¿Está bien dicho así? Me gusta el Bautista. Lo miro siempre.

JUAN EMAR

Míralo ahora. Y yo miraré el espectáculo: tú mirándolo. Veré dos ojos que van a él con angustia; veré dos ojos que les responden con dulzura. Luego veré, en el Bautista, una sonrisa; luego, una mano que muestra hacia arriba, hacia los cielos. Aquí está la acusación: el camino hacia los cielos.

ONOFRE

¡Me haces reír, Onofre! Me tratas como a un sabandija que se arrastrara por el suelo. Pero no es así, ¡no es así! Yo sé, yo sé, ¡yo sé! Sé cómo debo desenvolverme en esta mi vida de ¡literato! ¿No lo crees? ¡Ahora verás! ¡Verás cómo observo! Verás que algo en mí queda recogido y..., y anota. ¿Dices que no? Oye, Juan Emar, óyeme bien. Fue en casa, ¡qué!, en el palacete de los Romeral. Ahí, en ese palacete, observé. Observé a un grupo, un pequeño grupo: don Plácido, don Ricardo Cortés Mandiola y Estanislao Buin. Tú, Onofre,

acababas de dejarme. Tal vez aquello era, para ti, demasiado, ¿cómo decir?, demasiado frívolo. ¿No es así?

JUAN EMAR

¡Al grano!

ONOFRE

Este grupo encarnaba la perfecta satisfacción propia, encarnaba la exaltación infinita del yo-pavo-real. ¡Oh, qué admiración satisfecha y pagada de sí misma! Uno de ellos, don Ricardo Cortés Mandiola, creía, sin lugar a dudas, que él, desde su asiento en la Cámara y en representación de la gran urbe de Loncoche, hacía y deshacía el mundo entero según su voluntad; el otro, Estanislao Buin, lo escuchaba atentísimo comprendiendo que esas marejadas de la muy alta política eran cosas que había que tener siempre presentes y no descuidarse ante ellas pues de ellas dependía el alza y baja de los dineros que pasan por entre nuestros dedos; y el tercero, don Plácido Romeral, incrustado en su gran sillón colonial, les seguía la charla y subrayaba, de cuando en cuando, su opinión con la formidable autoridad que le daban sus millones. ¡Era algo inimaginable! Y todo esto sucediendo en aquel palacete, en el que estuve, hace años, con Isabel, mi primera mujer; ¿recuerdas? cuando era el de mi padre, don Eleuterio Borneo, y de mi madre, doña Trinidad Calama; después fue comprado por don Plácido Romeral; ¡ah, qué bien lo recuerdo! Aquel sofá esquinado con la "cosa" detrás y el muy badulaque de mi hermano azuzándome para ir a ver...

JUAN EMAR

¿Vas a seguir eternamente haciendo observaciones de esta clase? Naturalmente, recuerdo la vez que fuiste con Isabel al palacete. Y recuerdo, además, que esa vez, sí, Onofre, esa vez, quisiste ser un profundo observador.

ONOFRE

Déjame seguir. Esos tres personajes no tienen la verdadera importancia. Don Plácido, don Ricardo, don Estanislao... ¡Ea! ¡Al diablo! Lo que observé fue algo mayor: observé que los tres, esos tres conspicuos personajes, llevaban, dentro de ellos, el máximo de la grandeza humana. Por eso esparcían en torno de ellos una atmósfera de desdén, de altanería e imperialismo tales que, entregados a sí mismos y sin frenos, serían nuevos inquisidores de la Edad Media. Como ellos, hay miles, hay millones, los hay en todas partes; este mundo está lleno de seres con el máximo de grandeza humana... Seres que se inflan y se inflan pero..., ¡ah!, pero que no revientan...

JUAN EMAR

¿Qué has ganado con la observación de esos caballeros del palacete de los Sagrados Corazones? Recordemos: De allí saliste y te fuiste a beber, al Bar de la Tonsura; aquí te sentaste con varios, con muchos piscos que absorbías unos tras otros; yo llegué y te hablé. Te hice sacar tu libreta y en ella te hice anotar... ¿Recuerdas qué? Anotaste mientras esos caballeros se borraban de tu imaginación.

ONOFRE

¿Qué anoté?

JUAN EMAR

"Ninguna grandeza es asequible al hombre antes de que pase por las puertas de la humildad. Convencido de esto sentí mi corazón henchido de amor humilde al divisar a ese grupo de personas. Así me acerqué a él".

¿Para qué sirvió tal anotación? ¡Oh, ya lo veo! ¡Para la obra, la gran obra, la inmensa obra! Te diré con franqueza: la aburrida, la aburridísima obra. Tú, con Marul, te encargas de ella, tú, con ella —jentiéndeme, con Marul!—, te la has propuesto entre ceja y ceja. Ya pasó Guni... Ahora que venga Marul! "Las puertas de la humildad...". ¿Humildad? Sí, por cierto, mucha humildad... siempre que lo anotes; y lo anotado, que se archive en los innumerables escritos; y los escritos, que se publiquen; y lo publicado, que haga hablar a los Ascanios Viluco... Es, todo esto, ponerse una tarea obligatoria y gratuita. Es un modo de hacerse esclavo. ¿Me oyes? ¡Esclavo, esclavos! ¡En esto pasan la vida entera! ¡Esclavos! Parece que les espantara el hecho de ser libres, el hecho de disfrutar de esta vida. Bueno, si ello te tiene de tal manera tomado, ¡adelante! Yo quedaré con mis cosas, aquí en mi casa. ¿Me oyes bien? ¡Con mis cosas en casa! ¡Y en las tabernas! Porque iré a las tabernas con... Te lo diré: con Sulandía ¡Sulandía! ¡Qué lindo país es Sulandía! ¿Sabes tú dónde se encuentra? Pues se encuentra aquí, sí, aquí, frente a Chile. Es una isla, una isla enorme. Piensa, tan sólo, que su parte norte queda, más o menos, frente a Antofagasta y a unos 500 kilómetros de ella. Es decir, Juan Emar, en pleno océano Pacífico. Su extremo sur queda a 4.000 kilómetros de distancia, es decir más abajo que el Cabo de Hornos, en pleno océano Antártico. Son, pues, 4.000 kilómetros de largo por unos 1.000 de ancho. Porque es un país rectangular. Veamos ahora: 4.000 por 1.000... Te da, mi buen Onofre, una superficie de 4.000.000 de kilómetros cuadrados, ¡4.000.000! ¿Te das cuenta? Y todo ello a lo largo del meridiano 80. De este modo queda este inmenso rectángulo separado de unos 250 kilómetros de nuestras islas de allá de Magallanes. Y... ¡Ontay! ¿No sabes qué es? Pues es su ciudad principal. Sí, señor, Ontay. Se encuentra en la línea central de este país y a unos 500 kilómetros de su parte norte. ¿Su población? No quiero exagerar nada: París alcanza una población, con sus suburbios, de 5.000.000 de habitantes; Londres, pasa los 8.000.000; Berlín, 4.500.000; Nueva York, 7.500.000; en fin, como te digo, no quiero exagerar así es que a Ontay le doy una población de 3.500.000 de habitantes. Es esta una población que da, para el país entero, 36.000.000 de habitantes; o sea 9 habitantes por 1 kilómetro cuadrado. Como ves, quedo muy bien en las proporciones, pues no debemos olvidar que se trata de un país de este continente, es decir, de Sudamérica. Ya te lo he dicho: no quiero exagerar nada. ¿Te acuerdas del cínico, de ese gran cínico de Valdepinos? ¿Cómo es que decía? *Mesure, mesure...* Pues te fijarás que con ese número, con 36.000.000, quedo por encima de España y bajo Francia e Italia. Pero hay que ver, hay que ver ¡qué población! Es un ejemplo mundial. Y Ontay es... ¡Oh, ya lo podrás imaginar! Al Norte tiene un puerto: Veragua. Medio a medio de la costa norte. Le vamos a dar una población de 1.200.000. Entre Ontay y Veragua está la capital con 600.000 habitantes. Se llama esta ciudad: Nuria. Y ahora, para el Sur... ¡Oooh! ¡Qué de bellezas y grandezas! Cuando se llega al extremo Sur se encuentra uno y de pronto con una inmensa cordillera. Entre sus acantilados está la ciudad de Pocuro. ¿Población? Pocuro también tiene 600.000 habitantes. Son 600.000 habitantes que contemplan, junto a ellos, la mole del volcán Coyocupil. Un volcán que no está apagado, no y no. Pero tampoco tiene erupciones. De la cima del Coyocupil se eleva una fina columna de humo, se eleva siempre, siempre. Esta columna se refleja en las aguas del Andalicán. ¡Inmenso río! Aguas tranquilas. Atraviesa todo el territorio de Sulandía. Un verdadero Nilo, sí, Onofre, un verdadero Nilo por la alta, altísima sabiduría que hierve en sus orillas. Pasa por Ontay, pasa por Nuria y va a desembocar en el puerto de Veragua...

JUAN EMAR

Estas notas pudieron seguir. Al hacerlas tú, me dije: "Sí, hay aquí una base". Y es una base que te ha nacido a tí, a tí solo, sin influencia mía. Me apresté para seguir en su estudio. ¿Qué pasó? Lo peor que podía haber pasado, es decir, ¡nada! Allí quedaron don Plácido Romeral y don Ricardo Cortés Mandiola y Estanislao Buin... Volví a mí. Volví a esta idea que me persigue, día y noche: la idea de la actitud del hombre ante un gran asunto cualquiera, como, por ejemplo, la naturaleza o el universo o la inmortalidad. Quien caiga a reflexionar sobre estos tópicos, caerá, a no dudarlo, en cientos de confusiones. Quedará envuelto en una enorme duda. Pero el camino para salvar esta duda es sencillo: no hay más que creer en *su* propia lógica. No preocuparse si ello *es* la verdad. Hay que preocuparse sólo en ver si esa lógica es absoluta con referencia a uno mismo y armónica con todas las percepciones que tengamos del exterior, con nuestros sentimientos y con nuestras ideas. Entonces, y de este modo, tendremos que estar en la verdad. ¿Es relativa esta verdad? ¡No importa! El hombre debe y tiene que contentarse con ella. Porque la verdad no es sino armonía, en un momento dado, entre los modelos externos y el molde interno que los refleja. Pongamos por ejemplo una buena fotografía. Ella es verdad, indudablemente lo es. Es una verdad para ella misma. Ahora, que sea la verdad de la naturaleza... No, Onofre, y poco nos importa. Lo único que importa es la lógica y la armonía. ¿Me entiendes? Englobemos: la afinidad de lo que se piensa con lo que es pensado. No hay ni puede haber más. Así viene la razón consigo mismo que después, después será vista por los demás. Pero tú prefieres ahondarte en... ¿Sólo en Sulandia? No; esto es un recreo, un descanso. Tú ahondas en...

ONOFRE

En lo que escribí pensando en la ingrata de Huinchita Pin. Hace años de esto. ¡Qué mocosa terrible. Juan Emar! Huinchita... Sí, esa Huinchita... Llegué a mi casa desesperado. Vivía yo en Santiago en aquel momento. Vivía en la calle Esmeralda, N° 644. No lo olvidaré nunca. Porque cuando se está desesperado... Bueno, me fui a mi mesa, tomé mi cuaderno y en él escribí:

"¡Ay! Si *él* supiera cuánto te quiero, si *él* supiera de qué sufrimientos inconsolables está lleno mi corazón, si supiera, *él*, ese feliz, qué angustia sofocante ha aplastado todo mi ser..., ¡no lo dudo!, gozaría más, una dicha más le sonreiría en su amor..."

JUAN EMAR

Pienso ahora en lo sobrenatural. Borro esta palabra de sobrenatural. Ella no está de acuerdo con mis hondos principios. Porque nosotros, gracias a la larga práctica que tenemos como occidentales, nos hemos ejercitado en la comprensión de lo externo. No así de lo interno. Aunque *él* sea la fuente de toda luz, no le prestamos la suficiente atención; llegamos casi a no percibirlo. Por esto podemos ponernos fácilmente en el camino que lleva al dominio del mundo externo y no ver, en *él*, nada de sobrenatural. Pero si no lo pudiéramos y nos explicaran entonces los resultados en la misma forma que se nos explican los resultados del mundo interno... ¿no veríamos, acaso, lo sobrenatural en todas partes? Veamos una palabra, nada más que una: "Avión". Ella significa que los hombres cruzarán los aires como las águilas y los cóndores, que los cruzarán mejor, sí, mejor que las águilas y los cóndores. ¿Una palabra, no más? Veamos otra: "Fonógrafo": Los muertos hablarán y cantarán aún a sus amigos y a sus familiares... Y "Cablegramas": De un extremo a otro del mundo se podrán enviar instantáneamente nuestros pensamientos a todos los seres... Y "Cinematógrafo": Lo que ocurre en los más lejanos parajes podrá ser visto por

todos los hombres desde sus propios asientos sin molestarlos mayormente... Y "Automóviles": Los hombres correrán más, mucho más, que los galgos y no se cansarán... Y "Submarinos": Los hombres se sumergirán bajo las aguas y nadarán en ellas mejor que los peces... He aquí la definición de varias cosas sin dar a conocer el punto de vista que exigen... ¡Cosas sobrenaturales!

Igual cosa sucede cuando se describen los poderes alcanzados por nuestro yo interno: ellos se nos describen sin describir cómo ni por qué se realizan. Esto se hace porque cada cual debe encontrarse a sí mismo. Mientras esto no suceda, toda explicación es inútil. En fin, creo que la diferencia esencial que existe entre los métodos internos y externos para alcanzar el dominio, o sea la conciencia, consiste en lo siguiente:

En el método externo uno NO es el todo; uno forma parte de un todo al cual le da su trabajo. Cada hombre viene a ser en ese todo como una célula de él; así es que cada verdad, cada luz que haga un hombre se extiende a los demás... como los círculos del agua al caer una piedra. Hagamos lo que hagamos, estemos donde estemos, estaremos siempre en contacto con el conocimiento total de los hombres de nuestro medio... sin necesidad —¡aquí está la cosa!— de experimentar ni de trabajar. El trabajo de cada hombre puede no estar dirigido a los demás; pero está dirigido al conjunto, a la gran mente, a la civilización.

En el método interno uno pasa a ser el todo. Por lo tanto toda ayuda exterior será secundaria. Deberá experimentar personalmente cada uno de los pasos que llevan a su progreso sin poder aceptar a ciegas lo que otros hayan experimentado.

En el método interno tenemos que estar con el sabio, tenemos que ser el sabio. En el externo existe un cómodo término medio: el de convertirse en un ser pasivo y dejar que el progreso total lo tome a uno y lo eleve a las alturas.

En el método interno no existe tal término medio. Aquí no hay más que la existencia de dos extremos:

O experimentar por sí mismos y por sí mismos descubrir la luz; o creer con fe ciega lo que otros nos dicen que debemos creer.

O somos la luz; o... somos carneros de fe...

Esto no es sólo aplicable a las religiones. No. Lo es a todos los que siguen el método interno, sean ellos poetas o sean pensadores o sean religiosos.

Pero observando un poco se verá que, en realidad, en medio de todos ellos —poetas, pensadores, religiosos— se encuentran por miles los... los carneros de fe.

Son los que proceden por lo que otros han dicho; no lo han verificado por sí mismos.

¡Oh, sí! El que acepta un axioma que no haya verificado por sí mismo... ¡oh, sí, ha cogido una plaga horrible que poco a poco lo corroerá.

¿No lo crees tú así? ¡He! ¡Responde, responde!

Callas.

Piensas en otras cosas; navegas por otros mares; te siento muy lejos, muy lejos...

ONOFRE

¡Tonterías y más tonterías todas éstas, mi buen Juan Emar! ¡Ea! ¡Huinchita, Huinchita! ¡Huinchita Pin! ¿Por qué no Natalia Toltén? Y el 399 de la calle Lastarria, allá en Santiago, con Isabel... ¿Te das cuenta? ¡Con Isabel! ¡Uuuuy! Es para volverse loco, loco. No, no hay que quedarse en tales desvarios. No y no. Es mejor hacer algo útil. ¡Sí! ¡Útil! ¡La gran palabra! U-ti-li-dad. Algo que pueda ser aprovechado por los demás. ¡A eso debo ir! Por ejemplo...

Sí, yo he viajado mucho, mucho. Y, como tal, he regresado también mucho y mucho.

A propósito de mis regresos, te diré que me tocó, en una de mis vueltas, ir a vivir allá en Santiago, al barrio alto, así es que conocí bien, bastante bien, todas esas calles y más calles. ¿Qué crees tú que yo llamo conocer? ¿Poder ir de un lado a otro sin perderse? ¡Ah, no, mi amigo! Conocer, ¡es algo más! Conocer es..., es... En fin, yo diría que es darse cuenta de las cosas que están bien y, sobre todo, de las que están mal. Créeme que me convertí en un verdadero arquitecto, en un urbanista, sí, en un urbanista hecho y derecho.

Onofre, ¡está mal, te lo repito, este Santiago! ¿Por qué le digo "este" y no le digo "ese" o "aquel"? Porque Santiago es, al fin y al cabo, nuestra capital. Entonces debe ser el ejemplo para todo el país. ¿Qué ejemplo dan los arquitectos de aquella ciudad? Onofre, un ejemplo detestable, sin más, detestable. Y esto que te digo no es sólo una idea mía. ¡Oh, no! Lo hablé con Rubén de Loa y él estuvo completamente de acuerdo conmigo. Porque ¿no encuentras tú que es un disparate tender a...? En fin, veamos las cosas lo más claras que nos que ellas no sean posibles:

Arquitectos individualistas... ¿Me oyes bien? ¡Individualistas! ¿Adónde se puede ir a parar con semejante idea? Porque la arquitectura debe ser colectivista, sí, señor, colectivista. Pero allá en Santiago existe la idea de que un hombre, después de una vida bien meritoria, debe recibir un premio, ¡un premio, Juan Emar! ¡Ja, ja, ja! ¿Qué premio? ¡Una casa! ¡Y lo terrible es que...! ¡Ah, aquí viene lo terrible! ¡Oyeme bien: una casa hecha a...! ¡¡su gusto! ¿No es para morir de la risa? Porque la cantidad de ciudadanos que han hecho vida meritoria es una cantidad inconcebible...; en cada mente pon tú un ideal diferente...; te resultan casas diferentes...; ¿no es así? Y viene, entonces, la pelotera, la trifulca, de aquel barrio alto... ¡Oh, la casa hecha al propio gusto de su dueño! ¡La casa tal como la había soñado...! Visité varias de estas casas, de amigos, tú comprenderás. ¡Había que verlos...! Oye, Juan Emar, ¡cómo abren las puertas, cómo te ofrecen asiento, cómo te colocan con vista hacia lo que tienen de más sorprendente! Tú lo adivinas todo esto. Pues, ¿qué son, después de todo, estas casas y su interior acomodado? Te lo diré: Llegas a ellas y todo, todo, es según el más puro gusto burgués... ¡Ja, ja, ja! Un gusto burgués que yo llamaría, ¿sabes tú cómo? Burgués-fin-de-mundo; sí, ¡burgués-fin-de-mundo! ¡Ja, ja, ja!

Ahora fijate, mi buen amigo, en el horror que existe aquí por hacer casas con corredores... ¿No las encuentras tú muy lindas? Te hablo, claro está, de allá del barrio alto y... te hablo también de todos los barrios altos de todas nuestras ciudades. ¡Una casa! ¡Para una familia y nada más! ¡Abajo los corredores! ¡A muerte los corredores! Es algo increíble pero es así. Oye: ¿no crees tú que esto es, sencillamente, falta de ocurrencia? Y con la ausencia de los corredores han suprimido también... ¡los postigos!

¿Me dejas reír? ¿En compañía de un trago? ¡Sí, Juan Emar, con un trago se ríe mejor, mucho mejor! Y se evoca también mejor el dibujo de una reja. ¡Una reja! ¡Dos rejas! ¡Diez rejas! ¡Cien, mil, diez mil rejas! Hay que ponerlas en todas partes... Es decir, entiéndeme, en todas las ventanas. Se compran rejas y luego se hacen las ventanas para estas rejas. Porque son rejas... coloniales. Sí, son rejas ¡coloniales! Llenas de dibujos y de arabescos.

¡Todo está hecho al revés, Juan Emar, al revés! Porque las cosas deben hacerse de... Oye bien: "las cosas deben hacerse de adentro para afuera". ¡Como en las grandes épocas, las enormes épocas, el Renacimiento, la Edad Media, la vieja Grecia, el viejo Egipto y qué sé yo! Aquí se hacen al son de chirimías y sacabuches... ¡Ni eso! Estoy cierto de que ni conocen las chirimías y los sacabuches. El jazz, y es todo. Y, naturalmente, la música sería, seriesísima.

Acércate o... ¡vete a tus mares! Yo pienso que las cosas *son*; pienso que todo *es*. Darles un calificativo moral, es asunto nuestro. Pues lo bueno, ¿es bueno?; lo malo, ¿es malo? Puesto que lo grande y lo pequeño sólo existen en relación a nuestras necesidades físicas, ¿por qué lo concerniente a la moral no ha de ser lo mismo? Pienso siempre en esto: si nuestro cerebro en vez de ser tal cual es tuviera una diferencia cualquiera, nuestros conceptos sobre lo que nos rodea serían completamente diferentes. Es al pasar por el cerebro que cuanto existe adquiere un carácter. ¡Oh, cuánto más bajo demuestra estar aquel que se cree más alto porque sus ideas ya son inquebrantables! Las cosas *son* y todo *es*. Ellos, los hombres, en general, consideran el mundo de modo diferente. ¿Están, por esto, más cerca de la verdad? Imaginémonos un mundo con una pequeñita diferencia... Nuestro cerebro sería también diferente. Todas nuestras ideas serían también otras. ¿No es verdad? Me pregunto entonces: ¿Somos, acaso, un tropel de locos para ese mundo hecho con esa diferencia? No, no lo somos. ¡Recordemos lo que pensé sobre nuestra lógica, si ella es absoluta con referencia a uno mismo! ¡No hay ni puede haber más! La verdad, ¿existe? La sinceridad, sí, existe. Pero..., ¿la verdad?

Sí, existe la sinceridad pero ella debe posarse sobre algo. No lo dudo; sobre algo. ¿Sobre qué? Debe posarse sobre la sensibilidad. ¡Que la sensibilidad nos guíe! ¡Que ella nos guíe con toda libertad! ¡Llévanos adonde quieras!

Tú, sinceridad, obsérvala.

Tú, sensibilidad, camina, corre, atraviesa, hiende.

Y tú, tú el hombre, sé un observador que luego de observar, se recoja y vea lo que se haya observado.

Creo que aquella vez hice bien. Fue durante mi última visita a París. Voy por la rue de Rivoli, costeano el Palacio del Louvre. De pronto me detengo y contemplo los nichos sombríos con sus fieros mariscales dentro. ¡No pueden haber sido sino mariscales! ¡Qué arrogancia en cada uno de ellos! Sí, vale la pena detenerse a contemplarlos. De pronto me veo a mí mismo, me veo ahí, de pie, inmóvil, contemplando esas estatuas. Y juntamente con verme... me veo, años antes, ahí mismo, de pie, inmóvil, contemplando esas estatuas. Esta imagen se adueñó de mí. Desaparecieron los mariscales. Allí quedó, solamente: Yo..., yo..., yo...

Grité, entonces, para mis adentros:

—¡Ea! ¡Mariscales! ¿Sois verdad? ¿Existís allí o no existís?

Pero yo me había disuelto. Allí no había más que: "Yo hace años"; y: "Yo ahora...".

Es horrible disolverse de este modo. Es horrible...

ONOFRE

Las rejas..., las chirimías..., los sacabuches... ¡No! ¡No son estos instrumentos musicales! ¡Son las viejas rejas coloniales! Sí, aquella hermosa reja que vi un día, allá en Santiago, en la calle Sotomayor... Me detuve un rato a mirarla y, de la casa del lado... Se abre la puerta y ¡sale! Sale linda como nunca, como nunca. No me mira. Camina contoneándose... ¿Quién sería? ¿Quién...?

Pasó un taxi. Lo detuvo. Subió. Yo la miraba embelesado.

Subió. Y vi su pierna, vi sus dos piernas, hasta más alto que la rodilla, ceñidas con medias de seda, calzada con zapatos de muy altos taconitos... ¡Qué encanto!

Tú me dirás, Juan Emar, que me estoy pareciendo a ese gran hombre que es Desiderio Longotoma. Tal vez, sí. ¡Tiene razón Longotoma...! ¡Los taconitos...! Eran como los de

la mujer de la otra noche, la del San Lito. Cuando yo bebía con Romualdo Malvilla. ¡Con el siempre inconmensurable Malvilla...! Mal-vi-lla... Mal-vi... Mal...

JUAN EMAR

—Sí, es horrible disolverse así... Porque no hay que disolverse. Hay que conservar su integridad. ¿Lo contrario?

Es horrible... Horrible... Ho-rr-i-ble... Horr...

152

Dormí profundamente. A ello me ayudó aquel trago, ¡qué!, me ayudaron aquellos tragos tomados para poder reír mejor y para evocar el dibujo de una reja. Miré el dormitorio lentamente. Tuve cierta dificultad al querer ordenarlo con el fin de que fuera mi dormitorio de siempre. De pronto vi a Juan Emar sentado en un sillón.

—¡Hola! ¿Qué tal?

Me contestó:

—Debes considerarte feliz por el hecho de ser yo quien esté contigo. Hay mucha gente que lleva su doble; esto sucede más a menudo de lo que generalmente se cree. Son muchas las personas que viven en este mundo acopladas a un espíritu ansioso de manifestarse. He conocido a una dama que, por lo demás, tú también conoces. Ella es Isidra Curepto; con ella vive también un espíritu. Isidra está contenta con su presencia; lo mimó y lo halaga a todo momento. Vas a creer que se trata de un espíritu alegre... No, mi querido Onofre. Es un espíritu hacedor de neurosis falsas, de complejos y de toda clase de arrebatos. Pues bien, ella está contenta con él y le agradece estas neurosis.

—Es verdad, mi querido Juan Emar —le contesté—; Isidra, ¿qué haría si no tuviera que pasear, para arriba y para abajo, a esa dama neurótica y vagamente postrada? ¡Se aburriría hasta la desesperación! Además dejaría de ser la admiración de los jóvenes interesados por los complejos del alma femenina. ¿Sabes tú lo que ocurrió con nuestros pintores Ibacache y Colbún? Pues bien, Isidra oyó hablar, una vez, de la naturaleza de sus cuadros: los de Anacleto Ibacache eran de una melancolía desgarradora; los de Bonifacio Colbún eran de una festividad delirante. Luego confundió a estos pintores y la naturaleza de sus cuadros y, entonces, proclamó, por todas partes, que se sentía tristísima después de haber estado en el taller de Colbún y que se sentía llena de euforia después de haber estado en el taller de Ibacache... “Pero, señorita Curepto, ¡se equivoca usted!” —le argumentaron. Ella quedó estática y con los ojos vagos. Moduló unos cuantos: “Curioso, curioso...”. Y luego dijo: “No me han comprendido. Ibacache me sumió en la tristeza; Colbún me elevó al alborozo...”. ¿No lo encuentras graciosísimo? Yo lo encuentro tanto que creo que voy a festejarlo con un pichuncho...

—No.

—¿Por qué no? ¿Por qué te opones?

—No.

—Bien; no beberé. Terminaremos de vestirnos y saldremos por estas hermosas calles y plazas y avenidas.

Me vestí lentamente. Luego salí a vagar sin rumbo.

Camino y camino. Es algo indudable:

Yo no escribo para ser leído ni para el éxito póstumo ni para que se me comente y se me discuta. Escribo por una necesidad interior, escribo como una confesión para... aquella región.

Ahora recuerdo... Sí, recuerdo tantas cosas. Ellas me tocan, a veces me penetran, luego las olvido. Sigo viviendo como si esas cosas fueran ajenas a mí. Así, por ejemplo, Max Heindel dice en "Enseñanzas de un Iniciado":

Es este espíritu de raza el que les inculca el amor o el odio hacia otras naciones, determinando así las relaciones de desconfianza y de adversidad entre algunas naciones y la simpatía y buena fe entre otras.

Pensé mucho en esta frase. ¿En tiempo? No, pensé rápidamente, instantáneamente. Y prometí escribir sobre ello, una idea que me había venido... No la escribí. Pasó esa idea, pasó. Ya ni sé de qué se trataba. Otra vez, cuando amaba a Natalia Toltén, cuando empecé a amarla, escribí mecido por nuestros arrebatos amorosos:

"Sonó una bandurria y hubo una flor de atardecer".

Bandurrias...; espíritu de raza...; flores de atardecer...; relaciones de adversidad...

¡Nada, nada ha quedado en mí de todo ello! Ya aquellas veces, tanto cuando me vi en contra del espíritu de raza como cuando sonó la bandurria, juré proclamarlo. Es decir, juré que había que luchar en contra de esos espíritus de raza, que había que hacer prosélitos que lucharan contra, que lucharan frenéticamente... Sí, juré también que había que hacer prosélitos del amor al son de una bandurria y contemplando una flor de atardecer...

Ni lo uno ni lo otro. Seguí viviendo.

¿Por qué?

Es verdad, no hay que hacer prosélitos. Aquí está lo malo, en este afán de proselitismo. Es empezar las cosas al revés. Lo que hay que hacer es: *ser uno*. Así estaremos rodeados de prosélitos que nos acosarán.

¿Para qué hablar y hablar? Es también hacer las cosas al revés. Busquemos, primeramente, de qué hablar; sepamos, luego, lo que vamos a hablar; una vez que lo sepamos... ¿Hablarlo? No. Construyámoslo. No debe hablarse.

Ahora veo lo infructuoso que es esto de hablar y hablar siempre. Recuerdo a nuestro sabio, Aliro Gorbea, cuando dijo con tono serio que:

"En un triángulo rectángulo la suma de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de la hipotenusa".

Lo dijo frente a Isidra Curepto; y frente a Adalberto Huachipato; y frente a Liberio Barón; y a doña Claudia Puchuncaví; y a doña Nora de Bizerta y Ofqui; y al general Mataquito; doña Gervasia Cachapoal y a... ¡qué sé yo!

No, no, no debe hacerse. Ante esta afirmación de Aliro Gorbea se formó, de inmediato, un alboroto entre los oyentes. Y allí estaba también Pascasio Vallenar, el revolucionario. Lo recuerdo. Hablaban todos a la vez. Dijeron, o uno dijo, o dos dijeron, o uno solo:

-¡No, no puede ser! Fijense que yo, en cierta ocasión, estaba en Singapur y allí vi un triángulo rectángulo todo de oro y más grande que un hombre. Tenía los dos cuadrados de los catetos de marfil y, en la hipotenusa, no se formaba ningún cuadrado sino que había, de marfil también, una especie de caballo o de jirafa que era montada por un sacerdote o hierofante. Todo el mundo venera este triángulo y el Vicecónsul de Inglaterra, que es uno de los más grandes matemáticos de Europa, me dijo que fuera a verlo, a ver ese triángulo pues era una de las maravillas del mundo. Me parece que un matemático así no va a equivocarse y si ahí en la hipotenusa debiera haber, como ha dicho don Aliro

Gorbea, un cuadrado igual a la suma de los otros dos, el Vicecónsul, me lo habría dicho, en todo caso no me habría aconsejado que fuera a verlo. ¿No les parece?

Y todos clamaron:

—¡Claro! ¡Por cierto! ¡Qué duda cabe!

Entonces Gorbea explicó:

—Yo, lo único que he hecho, es enunciar el teorema de Pitágoras.

Pero alguien sentenció:

—El teorema puede ser falso. Usted mismo, señor Gorbea, dijo hace un rato que lo absoluto no era el dominio del hombre. Ahora se desmiente, se contradice, puesto que afirma cosas definitivas. Yo, en cambio, comprendo muy bien que, en vez de ese caballo o de esa jirafa y en vez del sacerdote o del hierofante, pudo haber habido allí una casa con una gran ventana y, en la ventana, una mujer con quitasol. ¿Por qué no?

Y otro dijo:

—Y además, al poner como dogma inamovible a Pitágoras —fíjense todos que vivió en el siglo v antes de Cristo; ¿se dan cuenta— pone, establece, proclama usted lo estático en el devenir humano, o sea y en buenas cuentas, niega el devenir mismo. Y basta abrir los ojos y mirar para ver que la sociedad deviene y deviene, es decir, cambia, se transforma, se orienta hacia nortes totalmente diferentes. Hoy, hoy día —abra los ojos, señor Gorbea, ábralos y mire— va hacia el norte indicado por Karl Marx. ¡Sí, señores y señoras! ¡Por Karl Marx! Por esto no voy a rebajar a Pitágoras en lo más mínimo; él es de otro tiempo, de otro mundo. Nada podía saber Marx, como nada hoy, a nosotros hombres modernos, pues vivimos en el siglo xx después de Cristo, nos importa el dios Zeus y su corte de dioses encaramados en el Olimpo.

Y otro u otra gritó:

—¡Sí, pues, don Aliro Gorbea! ¡Todo cambia! Hasta el mismo Olimpo, fíjense. ¿Qué es el Olimpo hoy día? ¿Qué es?

—Un montículo.

—¿De qué altura?

—¡Oooh...! Tendrá, tendrá... Oye, ¿qué altura tiene el Olimpo? ¿Por qué no ves en el Pequeño Larousse?

—Olimpo, Olimpo, Olimpo... ¡Qué curioso! ¡No sale!

—Búscalo en la palabra "Altura", en la primera parte; no en la parte de Historia.

—Mejor buscarlo en el Mmemènto Larousse. Lo buscaré en la palabra "Montes".

—No, hombre, no. Búscalo en Grecia. A ver, a ver... ¡Aquí está! El Olimpo tiene 2.972 metros de altura.

—¿No más? ¿Es posible?

—¡Fíjense!

—Verdaderamente nos da risa a todos. Y los griegos se quedaban lelos mirándolo. Es que así como no conocían a Karl Marx, tampoco conocían el Tupungato, ni el Cotopaxi, ni el Aconcagua, ni el Llullaillaco, ni el Chimborazo.

—¡Qué linda palabra es esa de Chimborazo! ¿No la encuentran ustedes? Me recuerda de esa otra linda de Illampú. I-lam-pú. ¿No es cierto?

—¡Cierto, cierto! ¡Qué duda cabe!

—En cambio comparen ustedes estas palabras con la palabra que le gusta a don Aliro Gorbea: Cateto. ca-te-to... ¡Horrible!

—Y con la otra que le gusta: Hi-po-te-nu-sa... ¡Horrorosa! ¿Han oído algo más horrendo?

—¡Horripilante! Cateto, hipotenusa... Y hay que ver que esta palabra de "hipotenusa" rima con "musa".

—Y con "escaramuza".

—Ahí donde ustedes ven, a mí me gusta la palabra "escaramuza".

—En el estricto sentido de la palabra "rima", no riman "hipotenusa" y "escaramuza" pues la primera se escribe con "s" y la segunda con "z".

—¿Y qué importa? Nosotros los hispanoamericanos no hacemos ninguna diferencia en la pronunciación de la "s" y de la "z". Los españoles no más la hacen y no todos los españoles puesto que los andaluces pronuncian como nosotros.

—Y aunque todos los españoles hicieran la diferencia, ¿qué importaría? Los españoles ya no cuentan. España ya no cuenta. ¡No cuenta! Valemos mucho más nosotros los hispanoamericanos.

—Eso es relativo, muy relativo. España vale todavía mucho. Afirmar lo contrario, y en forma tan rotunda, es, como quien dijera, asentar un absoluto. Usted, hace un momento estaba en contra de los absolutos.

—No, mi señor, no es un absoluto el que yo proclamo. Es, únicamente, una clara visión del futuro.

—Su visión puede ser equivocada, mi señora, como fue equivocada la de Pitágoras a carecer totalmente del sentido artístico y acústico de las palabras. Ciertamente es que en su época no se conocían aún ni el Chimborazo ni el Illampú. Pero de todos modos...

—De todos modos, ¿qué? No puede equivocarse si, en su concepto del mundo en el futuro, va involucrado un punto de vista marxista.

—¡Oh, y como sea! ¡Como sea! Volvamos a la base de nuestra controversia y no nos alejemos de ella. Se trataba del valor, y nada más que del valor acústico-emotivo de la musicalidad fonética del hablar humano, valor que pone en juego a las artes mismas a abrirnos las puertas de la literatura universal. Porque yo siempre me he preguntado: ¿qué es la expresión literaria sino eso?

—¿Eso? ¿Qué eso? ¿Música?

—Claro está.

—¡Qué horror hablar así! ¡Qué espanto! La literatura vale no por su música sino que por su contenido, por el valor, sea emotivo o sea utilitario, de ese contenido. Sí, señores señoras, por ese valor..., o contenido...

153

¡Eh! ¡Pobre Aliro Gorbea! ¡Para eso hablaste sobre Pitágoras! ¡Para eso se habla!

¡Al diablo y mil veces al diablo!

—Adiós, amigo.

—¡Hola! ¡Usted!

—Sí, yo.

—¡Qué gusto!

—Como el mío.

Me encontré con Anacleto Ibacache.

Le dije:

-Veo que se ha levantado usted. Lo felicito.

Me contestó:

-Sí, me he levantado. Quise quedarme en cama... ¡Imposible! Siento ahora, de más en más, la necesidad apremiante de..., usted lo sabe, de: levantarme-acostarme, levantarme-acostarme. ¡Ah, si uno pudiera levantarse y acostarse una vez por semana o una vez al mes! ¡Qué dichosos seríamos! Ahora si llegáramos a una vez al año... ¡Sería, amigo Borneo, la perfección completa! Pero hablemos de otra cosa: ¿Sabe usted en qué ando, mejor dicho, tras de qué voy?

-No, no lo sé, Anacleto. Tal vez va usted...

-Pare, amigo, pare. No lo puede saber. Se lo diré: Terminó, hace tiempo, mi euforia alcohólica. Ahora tengo, por lo tanto, otro hueco que llenar.

-¿Otro hueco? No le comprendo bien. Tal vez quiere usted decir que...

-Pare, amigo, pare. Cuando era alcohólico, porque lo fui yo también, llevaba, al salir de casa, un objetivo: beber. Ahora ha desaparecido ese objetivo. En vano lo busco y lo busco. En vano mortifico esta cabeza. No se me ocurre nada de nada. Usted dirá la morfina o la coca o el hachís o ¡qué sé yo! No es lo mismo. No me tientan nada esas cosas. Son, para mí, como es el alcohol hoy día. ¡Nada! Así es que veo, al fondo, una sola solución.

-¿Y es ella?

-La locura.

-Oiga, Anacleto: le propongo a usted una cosa: acompañeme a almorzar. Vamos al restaurante Criollo. Allí podremos servirnos unos güiros a la nortina...

-Si usted gusta.

Allá fuimos. Ya sentados me dijo:

-Recuerdo muy bien mis épocas pasadas. Eran, después de todo, épocas hermosísimas. Recuerdo, una vez, que iba yo en un microbús y después de hacer algo así como un inventario de mi cabeza, me dije dichoso: "¡Ah, qué buena cosa que tenga tanto en qué pensar!" Ahora sólo puedo decirme: "Estoy aburrido de ¡pensar!"

-Anacleto, es la soledad en que usted vive...

-¿Soledad? ¡Qué va, Onofre! Frecuento gente y más gente. La gente me aburre. Me retiro pronto. Me encierro en mi casa. Y allí, allí... sueño. Claro está, veo cosas lindas, muy lindas. Allí se quedan. Mi mano no obedece para pintarlas. ¿Mi mano? ¡No, no! Es, tal vez, mi cerebro que ha perdido el resorte que lo ponga en marcha. Yo diría que mis visiones allí están, como antes; mi cerebro aquí está, como antes. Pero lo que une una cosa con la otra, se ha roto. Puedo ver esas visiones, puedo verlas, claro está. Como usted puede ver la calle por esa ventana o el plato de güiros que comemos. ¡Sí, sí, aquí está la comparación buena, perfecta! ¡Los güiros a la nortina! Imagínese que usted los ve, los palpa, los huele y... no puede comerlos. Los güiros y su estómago; su estómago y los güiros.

-¿Qué ha visto usted, Anacleto? Deme un ejemplo de sus visiones, cuénteme algo de lo visto para ver, de ese modo, si es posible...

-Anoche. Sin ir más lejos, anoche. He visto un mar, un inmenso mar azul-verdoso, un mar lleno de manchas rojas agrupadas en diferentes partes de su superficie. El horizonte estaba oculto por una nube vertical, parecida a un muro, a un enorme muro que se asentara sobre las aguas. Me quedé un rato, un buen rato, mirando este mar y esta nube.

-Lo veía usted de verdad, veía a ambos, mar y nube, de verdad; ¿no es así, Anacleto?

-Naturalmente. Empecé imaginándolos. Pero luego..., luego allí estaban de verdad. De pronto la nube se rompió, se rompió al medio, frente a mí, y formó una gran puerta

una gran abertura, si usted prefiere. ¡Imagínese usted una gran abertura! Una abertura o puerta de contornos caprichosos pero casi iguales a ambos lados. Sin duda el Sol estaba tras la nube; sin duda. Sobre esto no dudé.

—¿Por qué tanta seguridad?

—Pues vea usted, Onofre: estos contornos de la puerta estaban ribeteados por una raya luminosa, una raya dorada. Por entre estas rayas doradas se veía la continuación del mar que se perdía allá, allá en el horizonte. Un mar de plata, ¿sabe usted? Y, al fondo, el cielo anaranjado de crepúsculo. Pensé en Yumbel, en el bueno de Teodoro Yumbel. Pensé en esa chispita que iba, sobre el mar, de un lado a otro lado. ¿Recuerda usted? La chispita que, de pronto, cayó sobre las aguas del otro mar.

—Claro está, lo recuerdo. Fue aquella una tarde triste para Teodoro Yumbel.

—Aquí no, no hubo nada de triste. Era un momento de suspensión. Quedé un rato largo suspendido. Hasta que apareció, tras la nube y asomándose por la abertura, una esbelta carabela. Es hermosísimo una carabela así. Véala bien: una carabela de cien mástiles que enarbolaban velas rojas, velas desplegadas. Créame usted que me encontraba pasmado contemplándola. Créame usted que, en aquel momento, olvidé que se acercaba la hora de acostarme. ¡Qué descanso! Desde este descanso la veía cruzar, la veía atravesar la abertura y pasar para este lado. Y lo que es verdaderamente asombroso es lo siguiente: ¡óigame bien, amigo mío, óigame muy bien!

—Sí, le oigo a usted muy bien. ¡Adelante!

—¿En qué estábamos? ¡Ah, sí, ahora me acuerdo! Apenas hubo cruzado la carabela esta inmensa abertura..., ¡oh! la nube, como obedeciendo a un mágico conjuro, se abrió más, más, mucho más. Ambos costados se voltearon hacia los lados y se desparramaron por sobre el mar. La carabela avanzó. ¡Ay, qué cosa hermosa es ver una carabela que avanza! ¡Qué hermoso, qué hermoso! Cuando..., cuando...

Calló Anacleto Ibacache. Lo dejé un rato. Comió unos cuantos güiros. Al fin le pregunté:

—¿Qué pasó entonces con la carabela?

Volvió en sí y me dijo:

—¡Ah, sí, la carabela! Lo que pasó fue que oí una voz que me advertía que ya era la hora de meterse a la cama, de meterse a la cama y, una vez metido, ya me advertiría ella que ya era la hora de levantarse, de levantarse... ¡La carabela! No, no. Me acosté sin más. Hasta hoy. Hasta hoy por la mañana en que tuve que levantarme. Usted, Onofre, ¿conoce a Pierre Loti?

Lo miré atónito.

—¿A Pierre Loti? Sí, algo. He leído de él...

—No, no se trata de sus libros. Se trata de sus pensamientos cortos, extractados. Me refiero a uno que leí hace mucho tiempo, en un libro que encontré; en fin, no recuerdo bien pero era de Pierre Loti. Sí, era de él. Decía allí, más o menos, lo siguiente:

“¿No habéis notado que, a veces, hay en los objetos una testarudez mayor que en los individuos?”

¡Gran pensamiento, Onofre, enorme pensamiento! Porque vea usted cuánta verdad encierra. Es una verdad que, generalmente, no se nota. Pero que alguien ponga el dedo en ella, que alguien lo ponga... ¡Ooh! Es horrible, horrible.

—¿Y por qué lo asegura usted con tal énfasis?

—Porque los objetos son vivos, Onofre, ¡vivos! Será otra, otra manera de vivir, ¡de acuer-

do! Pero, lo repito, ¡son vivos! Y su vitalidad la tienen allí, allí, allí. ¿En dónde? En luchar en contra de nosotros, los hombres. Ahora, cuando vuelva usted a su casa, fíjese en ellos, mejor dicho, en esa mala voluntad que todos, agazapados, demuestran a cada ocasión. ¡Es una testarudez insoportable! ¿Testarudez? Me pregunto yo ahora: ¿testarudez? No; los burros son testarudos pero no lo son para molestarnos. Jamás ninguno de ellos ha tenido deseos de hacer algo y ha dejado de hacerlo para darnos una molestia. En cambio en los objetos, en esa vida sórdida e hipócrita que llevan... ¡Es para molestarnos, Onofre, para molestarnos! ¿Conoce usted a Gérard de Nerval? ¿Y a Carlo Gozzi?

Nuevamente creí que Ibacache desvariaba. Le contesté manteniendo mi serenidad:

—Sí, algo. De Gérard de Nerval he leído *Aurelia* y también he leído *Silvia*. Cuanto a Carlo Gozzi... ¿No es el autor de un libro llamado *Contratiempo*?

—No lo sé o, si lo he sabido, lo he olvidado. Pero uno de ellos ha dicho, o sobre él se ha dicho que: "veía en los más mínimos accidentes de la vida, el trabajo de espíritus aviesos y maliciosos". Sí, Théophile Gautier lo ha dicho; él ha sido. Se ha referido a los objetos, a las cosas. Nerval, Gozzi, Gautier, todos ellos lo sabían, todos ellos han vislumbrado esta mala voluntad de los objetos y de las cosas. Y para esto me he hecho muy sensible, a tal extremo sensible, que logro ver en todos los objetos, sean ellos cuales sean, su mala, su pésima voluntad para con nosotros. ¿Qué puedo deducir de esto? Dígamelo, Onofre, ¿qué puedo deducir? ¡Aaah! Lo que he deducido es muy simple: las cosas tienen una vida propia y, con esta vida, lo que hacen es una intriga, una convención secreta que tiene un fin, un fin..., ¿diré culpable? Para nosotros, claro está, lo es. Para ellos, no. Para ellos es la finalidad de sus mismas existencias.

—¿Lo cree usted así, amigo Anacleto?

—Sí. No sólo lo creo sino que lo sé. Porque, vea usted: en cada cosa, en cada objeto, aun en el más pequenito, se esconde un diablejo. ¡Sí, sí, sí! Un diablejo como esos que la señorita Guni presintió cuando empezó usted a escribir. ¡Un diablejo!

—Es posible, sí, es posible.

—¡Cómo! ¿Posible? ¡Es verdad, mi amigo, es verdad! ¿Quería usted, entonces, que nosotros los hombres fuéramos los únicos vivos y conscientes en este mundo? Si quiere ampliar el hecho, no le basta con poner algunos animales. ¡No, no, no! Nosotros y los diablejos; diría mejor, los diablejos y nosotros. Y todos ellos unidos, sí, férreamente unidos en contra de nosotros, en nuestra contra. Debe usted creerme que mi vida se ha reducido, hoy en día, a una lucha despiadada para... —¡oh, iba a decir "para vencer"!— para soportar mi existir, rodeado, como me hallo por esos inmundos personajes.

—¿Y cómo lo atacan a usted?

—Vea, amigo, vea: No sólo me atacan a mí; ellos atacan a todos, a todos los hombres, a la raza humana entera. Vea, amigo, vea: los accidentes de automóvil. Podría decirle a usted: vea cualquier, vea cualquier accidente, como un incendio, como un muro que se desmorona, como un avión que cae, como dos trenes que chocan..., en fin, como cualquier accidente. Pero concretémonos a un accidente de auto: ¿Por qué se produce, por qué se producen estos accidentes? ¿Descuido del chofer? ¿Distracción del chofer? ¿Mal cálculo de éste? ¡No, no, no! Esta es una explicación a medias y nada más. Porque puede usted preguntarse de inmediato: ¿Por qué se descuidó ese chofer, por qué se distrajo? ¿Por qué calculó mal? Y verá usted que no hay otra respuesta que la respuesta de los diablejos. ¡Ellos son los que han hecho distraerse, ellos son los que han inducido a calcular mal! ¡Si tienen a la naturaleza entera sometida a sus instintos! Entonces, ¿qué les cuesta moverla

en este o aquel sentido para provocar algo que marche al revés de nuestra lógica? ¿Qué les cuesta? Dígamelo, ¿qué les cuesta?

—En realidad, no ha de costarles nada.

—Exacto. Pero no vamos a cosas tan grandes como son estos accidentes. Vamos a nuestra vida cotidiana, a las pequeñas cosas cotidianas, como, por ejemplo, a un sobretodo. Usted creerá que allí no, no y no. Pero yo le digo a usted que allí sí, sí y ¡sí! ¿Cómo? Los recursos que tienen estos diablejos son infinitos, son infinitos. Porque no hay más que pensar en..., en ¡las hilachas! ¡Las terribles hilachas que se pegan! No había ninguna en mi pieza, ni una sola; pues me pongo el sobretodo, porque hace frío y... el sobretodo está... ¡con hilachas! Y la mugre, mi amigo Onofre, la mugre. ¡Es algo horrible! No tiene más que pensar usted en su lavatorio. Esas mugres que no se van, que allí quedan y se esfuerzan en quedar... Ellas solas se habrían ido pero están los diablejos, o sea los espíritus que mueven a las cosas inanimadas. ¿Y para qué las mueven? ¡Para molestarlo a usted, nada más que para eso! Oiga bien esto que le voy a decir: mientras estos diablejos no entren en mí y no me impidan hacer las cosas como es debido, no albergó mayor temor. Pero el día en que empiecen a meterse en mí y me hagan equivocarme y me hagan hacer todo al revés... Amigo Onofre, ¡será la locura!

—En fin, mi querido Anacleto, no han empezado, esos diablejos, a meterse en usted. Esperemos que no lo hagan y que nunca lo harán. Es, al menos, lo que yo creo.

—¿Nunca? ¡Oh, amigo mío, creo que ya han empezado a hacerlo!

—¿Lo cree usted?

—Sí. Esto ya es directamente conmigo. Lo he notado en cosas sencillas como es, por ejemplo, sacar un libro de la biblioteca; o encender un cigarro; o marcar un número del teléfono; o..., o, lo que hago más a menudo, echar pintura con un tubo en la paleta. Allí, Onofre, los diablejos no se mezclan, no, no se mezclan. Pero entiéndame usted, no se mezclan con esos objetos, es decir, con el libro de la biblioteca o con el cigarro o con el teléfono o con el tubo de pintura; es verdad, allí no se mezclan. Pero en cambio..., en cambio...

—En cambio ¿qué?

—Atacan al que emplea esos objetos. ¡Sí, sí, mi amigo! Atacan, quiero decir, me atacan a mí. ¿Cómo? De manera muy sencilla: me obligan a distraerme. No hay más: ¡a distraerme! Así impiden que haya en mis actos una perfecta concentración mental.

“Esta desconcentración mental me asecha a todo momento. ¡Una bufanda, sí, una bufanda! Ahora no la llevo; la dejé en mi taller. Pero una tarde extremadamente fría quise salir y, sin más, la cogí y me la envolví al cuello. ¡Inútil, amigo Borneo, inútil! ¿Qué había pasado? Pues que sus flecos, o un fleco, o dos flecos, se habían enredado en un botón de la bragueta. Y mi bragueta, puedo jurárselo a usted, la había abotonado cautelosamente.

“Ese día no salí. Permanecí en mi taller. No por causa de ellos, esos diablejos, no; ya me estoy habituando a sus diablerías. Fue a causa de dos visitas que llegaron a verme: Ubaldo Masafuera y mi colega Bonifacio Colbún. Llegaron y nos instalamos. Recuerdo que tomamos café, mejor dicho, nescafé. Estábamos tomándolo cuando me dije: “¡Tate, tate!”. Pensé un momento y luego proseguí para mis adentros: “Ahora voy a ponerlos a prueba, diablejos inmundos...”. Sí, así me dije, así me dije...

—¿Y qué hizo usted?

—Algo muy simple. Le dije a Ubaldo: “Hazme un favor: sácate el vestón y el chaleco y la corbata y luego póntelos de nuevo”. Lo hizo Ubaldo. Entonces me dirigí a Bonifacio y

le dije: "Haz lo mismo, si ello no te es una mayor molestia". Lo hizo Bonifacio. Pues bien, mi buen amigo, pues bien: Ubaldo lo hizo sin el menor tropiezo, como si no hubiera hecho otra cosa durante toda su vida; en cambio el pobre Bonifacio... Bonifacio se equivocó, se enredó, le costó un trabajo inmenso hacer esta cosa, después de todo, harto simple. ¿Qué me dice usted, amigo Borneo?

—¿Yo? Pues que uno de ellos lo hizo sin entorpecimientos; el otro lo hizo con entorpecimientos. No veo, realmente...

—Pare, amigo, pare. Si tuviera usted esta supervista que yo tengo, lo habría visto: los diablejos se mezclaron con Bonifacio; los diablejos dejaron en paz a Ubaldo. En el primer caso hicieron lo que es su oficio; en el segundo caso se guardaron muy bien de hacerlo para ¡mortificarme! ¿Me entiende usted? ¡Para mortificarme! Porque al no meterse allí con Ubaldo... ¡fallaría mi teoría! ¡No podría generalizar! Estos badulaques saben mucho, mucho, y no quieren que se les descubra.

—Es verdad, no quieren que se les descubra.

—No, no lo quieren. Pero allí están, sí, allí estaban. ¿Una prueba de su oculta presencia? Fue aquella misma noche, después de la partida de Ubaldo Masafuera y de Bonifacio Colbún. Había silencio en mi taller. Todo estaba en calma. Era la hora. ¿Me comprende? Era la fatídica hora de acostarme. Había que hacerlo porque no iba a quedarme la noche entera en vela. Me acosté. Todo quedó perfectamente arreglado. Ya iba a apagar la luz cuando... ¡vi mi corbata sobre la cama!

—Es algo tremendo, Anacleto, algo tremendo.

—Usted lo ha dicho: tremendo. Pero no perdí la calma, no la perdí. Me bajé de la cama, cogí mi corbata y la puse en el sitio donde debería estar. Después fui a mi baño a lavarme las manos. Es una costumbre que tengo siempre que me quito la ropa: lavarme las manos. Acababa de tomar la corbata... En fin, usted me comprende. ¿No es verdad?

—Sí, lo comprendo. ¿Y qué pasó entonces?

—Pasó lo siguiente: los diablejos me siguieron a la sala de baño. Me dejaron lavarme en paz pero... me observaban, me observaban. Abrí un grifo del lavatorio. Lo abrí bien, ampliamente, de modo que el agua saltara y repiqueteara. Pues bien, amigo, estos diablejo se lanzaron súbitamente al chorro de agua.

—¡Increíble, Anacleto! ¿Y qué hicieron con él?

—Se lo diré: Cogieron, los muy badulaques, las ondas sonoras. ¿Me entiende usted? Cogieron las ondas del aire, las que se producían con la salida del agua. Entonces, este ruido lo hicieron, sí, mi amigo, lo hicieron repercutir por mi departamento entero. ¡Oh, había que oírlo, había que oírlo! Recorrí todo mi departamento, lo recorrí presuroso. El ruido del agua, usted me entiende, del agua que salía del grifo, golpeaba por todos lados, se balanceaba, en algunas partes se amortiguaba, en otras se avivaba. ¡Ah, qué felices estaban estos diablejos! Porque llevaban el ruido sobre sus hombros y lo lanzaban de un lado para otro lado. Los dejé. Los dejé que hicieran lo que bien les viniera en gana con ese famoso chorro. Yo, mientras tanto, me fui en puntillas, me fui a la cocina. Me fui y abrí, en ella, el grifo del lavaplatos. Me puse luego en un rincón y escuché. Pues bien, amigo, ¡nada! Apenas, apenas se oía el caer natural del agua. ¿Qué pasaba? Yo se lo pregunto a usted, amigo mío, ¿qué pasaba?

—No lo sé. Tal vez, digo yo, que...

—No, no y no. Pasaba que los diablejos estaban ocupados con el primer chorro de agua,

con el del grifo del lavatorio. Con éste se entretenían; por lo tanto, habían descuidado el segundo chorro de agua, éste que yo había abierto en la cocina.

—¿Y qué hizo usted entonces?

—Cerré un grifo. Luego cerré el otro grifo. Y..., y no me lavé las manos.

Quedamos un rato en silencio paladeando nuestro café. Ibacache había comido con gran apetito. Nos habíamos servido una entrada fría de rodaballos con lechuguines; luego los güiros a la nortina; luego un salpicón de pechuga de cerceta con tubérculos de aguaturma. De postre, un flan de chirimoyas sollanado con ron de Indochina. Ibacache había devorado todo y hasta, con migas de galletines de avena, había limpiado los platos. Ahora, la degustación del café. Luego le ofrecí un cigarro que el hombre aceptó y que encendió con manifiesto placer. Chupó varias veces en silencio mirando el techo. De pronto me dijo:

—Ahora volveré a mi taller y pintaré. ¿Cosas alegres o cosas melancólicas? No lo sé ni me importa. Pintaré. Esa cuestión de la pintura alegre o melancólica, es cuestión de los críticos; no, no es cuestión nuestra. Nosotros... ¡echar fuera! ¡Que salga lo que hay en nuestra...! En fin, usted comprende. Si hay mucho que queda dentro... ¡ello puede servir de alimento a los diablejos!

Salimos del restaurante Criollo y nos separamos.

154

¡Los egipcios! ¡Oh, qué arte maravilloso!

—Marul, ¿no te enloquecen los egipcios? Vamos, Marul, al Museo de Bellas Artes y visitemos las reproducciones egipcias. Rubén de Loa nos espera allí.

—Bien, vamos, Onofre. Hace tiempo, además, que no ves a tu gran amigo de Loa. Me interesa en alto grado oír sus opiniones sobre ese arte. Creo que las reproducciones, aunque no son muchas, son muy buenas, son magníficas.

—Sí, Marul, son estupendas. Las vi el otro día solo. Ahora, pues, viene a la perfección una visita con Rubén. ¡Vamos, vamos!

En la puerta del Museo nos esperaba nuestro amigo. Entramos. Al principio, nada: Marul y yo pagar la entrada (Rubén tiene, por cierto, entrada gratis), pasar a través de salas con pinturas de todas clases, subir una escalera, doblar a la derecha y... ¡estamos en la sala de los egipcios!

Las reproducciones que se han traído, a San Agustín de Tango, son 18. Hay en ellas 10 esculturas, 4 relieves y 4 pinturas. El catálogo lleva, tras el nombre de cada obra, una pequeña reseña. Dice así:

ESCULTURAS:

EL REY KEFRÉN: Gobernó en tiempos del Antiguo Imperio, alrededor de 2560 a. de J.C. Su estatua de diorita refleja la serena majestad de los monarcas de una época tranquila. El jeroglífico dice: "Kefrén, Dios bueno, señor de las diademas".

EL REY AMEN-EM-HAT III: Del Imperio Medio, gobernó a Egipto de 1840 a 1792 a. de J.C. Su cara, con melena de león, revela las tensiones de una época turbulenta. De gran sensibilidad y benevolencia, realizó grandes obras de riego.

UN MATRIMONIO NOBLE: El príncipe Rahotep y su esposa Nofret parecen reflejar la dicha conyugal eterna. Las imágenes, de caliza con ojos de cristal, aterraron por su naturalidad a los que las desenterraron en 1871.

UNA JOVEN ARISTÓCRATA: Del Imperio Medio. Lleva lentejuelas de oro en su tocado, a la usanza de las damas nobles. Esta delicada talla en madera, de 90 cm., ha perdido ya parte de la peluca y de los ojos, que son incrustaciones de cuarzo.

HATSCHEPSUT: La primera faraona del Antiguo Egipto.

TUTMOSIS: Estructurador del primer Imperio mundial.

TUTANKHAMON: Sobre la caja interior del sarcófago, está revestida de oro y tiene incrustaciones de lapislázuli. Cubren sus brazos el buitre y la cobra, y las alas de la diosa Isis envuelven sus piernas.

LA CABEZA DEL REY: Con máscara de oro y con vidrio azul, adorna la segunda de las tres cajas de Tutankhamon. En la frente tiene el buitre y la cobra.

LA DIOSA ISIS: Tiene en el regazo a su hijo Nurus. Estatuilla de loza fina que data de tiempos postimperiales. Mujer de Osiris, rey de los muertos, fue adorada como el prototipo de la eterna fidelidad conyugal.

EL DIOS AMON: Refulge en esta estatua de oro macizo, obra de un escultor de la XXII dinastía. Originalmente dios local de Tebas, su importancia aumentó con la ciudad, hasta ser declarado dios de todo el imperio.

RELIEVES:

LOSCARPINTEROS: Hacen una barca para un ministro de la quinta dinastía. El relieve los muestra trabajando con la característica jovialidad de la gente rústica egipcia. En los jeroglíficos se lee: "Pega bien en la tabla".

LOSPASTORES: Regresan a casa con el ganado al caer la tarde. La ternura y humorismo de este artista se revelan en la inquietud del becerro y en la preocupación de la vaca.

UNA FAMILIA DE CLASE MEDIA: Disfrutan de un banquete. El relieve muestra a un hombre entre su mujer y un amigo, entrelazados los brazos. A la derecha, junto a un montón de provisiones para el "más allá" aparece la hermana del esposo, de pie.

TUTANKHAMON Y SU ESPOSA: Ankhsenpaton, la esposa, se muestra en este relieve frotándole el brazo con un ungüento aromático. Los dibujos intrincados señalan hasta qué punto se apartó el Nuevo Imperio de la vieja austeridad.

PINTURAS

A LA CABEZA DE SUS CARROS: Tutankhamon aparece en esta pintura de un arcón funerario, entrando en combate. Aunque no participó en batalla alguna, era costumbre de los soberanos incluir tales escenas en sus tumbas.

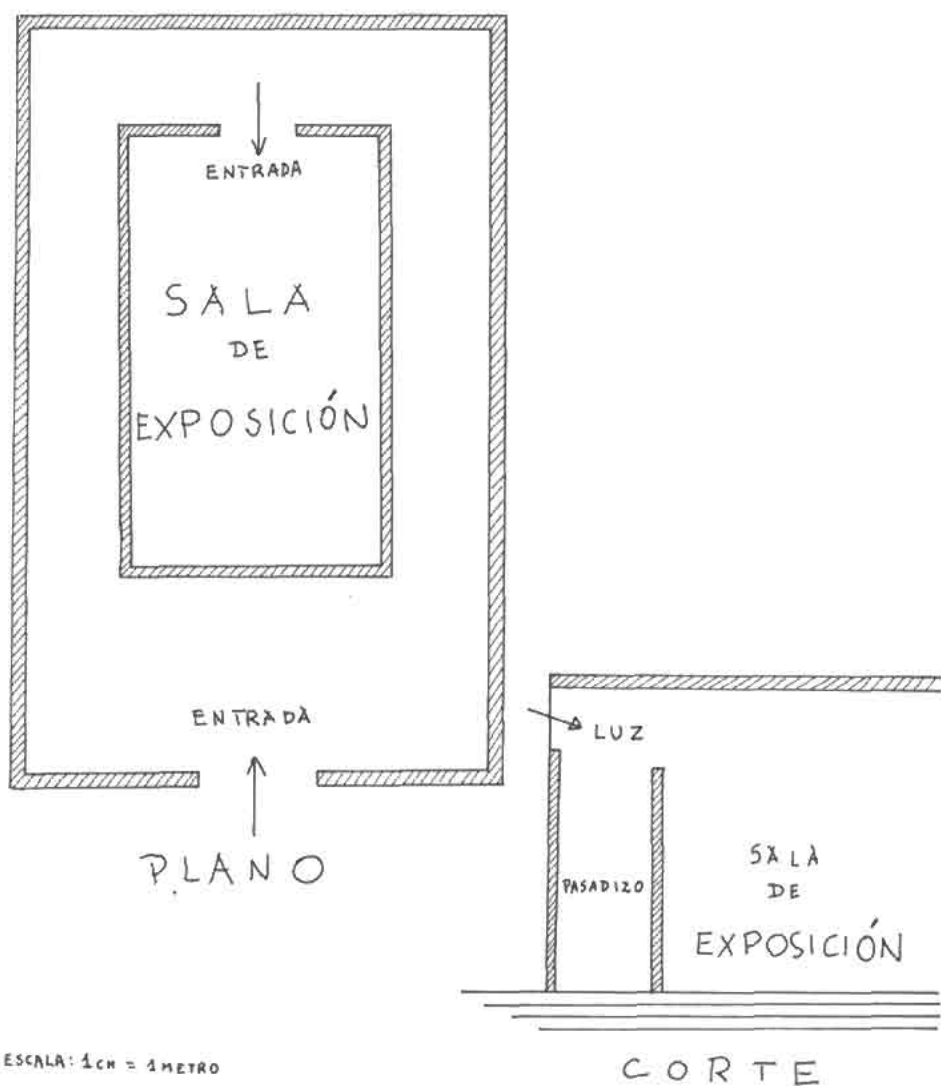
NUT, DIOSA DEL CIELO: Se extiende sobre la tierra, con los pies en el horizonte oriental y las manos en el occidental. Los brazos de Shu, dios del aire, aguantan su cuerpo estrellado, y debajo se ve a Geb, esposo de Nut y dios de la tierra.

EL DIOS OSIRIS: Señor de ultratumba, lleva el cayado y el mayal, símbolos tradicionales de soberanía sobre vivos y muertos. Se acostumbraba a representar a este dios con una corona distintiva y con el rostro pintado de verde.

EL DIOS RA-HARAKATE: Una de las tantas encarnaciones del dios-sol Ra, se representa aquí con cabeza de halcón, símbolo de Horus, coronado por disco solar, símbolo de Ra. Detrás de él, la figura de Hathor, diosa del amor y de la dicha.

Ahora voy a hacer un pequeño plano y un pequeño corte de la sala en que se hallan estas reproducciones. Esta sala fue obra de Ladislao Casanueva y Limarí, nuestro joven y talentoso arquitecto. Cuando ellas fueron encargadas a Egipto mismo, el Director del Museo de Bellas Artes, don Polidoro Toconao, ordenó de inmediato la construcción de esta sala. Marul me ha ayudado a hacer tanto el plano como el corte. Pero ninguno de los dos, ni ella ni yo, somos arquitectos. Así es que... También mostramos nuestros croquis a Rubén de Loa. Los miró, movió la cabeza y no dijo nada.

Vamos a la obra:



ESCALA: 1CM = 1METRO

Bien, entramos y dimos dos vueltas por los pasadizos aunque en ellos nada había que ver. Marul y yo nos fuimos por el de la derecha; Rubén de Loa por el de la izquierda. Después hicimos lo contrario. Al fin nos hallamos frente a la puerta de la sala interior, cubierta con amplia cortina. Entramos y nos hallamos frente y en medio de las 18 obras. No creo necesario elogiar la perfección de estas copias: ellas son perfectas. Cuanto al ambiente es también perfecto tanto más cuanto que se trata de un museo. La tonalidad de los muros es verdosa; abajo llevan una franja de un verde más oscuro; los muros de los pasadizos son amarillentos. Como se verá por el plano y por el corte, están rodeados de una vidriera de 1 metro 20 de altura, así que la luz que cae dentro, y al venir de todos los lados, es, a su vez, perfecta. Ignoro qué sistema habrán discurrido Toconao y Casanueva y Limarí pero el caso es que el sol no penetra a ninguna hora. El día que fuimos nosotros era un día de sol radiante: adentro era un nublado claro que no puedo llamar sino perfecto como lo eran las reproducciones, el ambiente y la luz. Tuvimos la suerte de no ser importunados por nadie o, mejor dicho, por casi nadie: al entrar había allí un señor de sombrero hongo que, al vernos, se preocupó más de mirar a Marul que a los egipcios; pero luego se marchó. En la mitad de nuestra visita entró una señora con su chica; después, dos estudiantes. Estuvieron allí no creo que más de cinco minutos y también se marcharon.

Miramos en silencio estas obras. Al fin Rubén nos llamó y nos dijo, haciendo un gran gesto con sus manos:

—Esto es sencillamente maravilloso.

Colocamos un signo de interrogación en nuestros ojos. Entonces Rubén nos explicó

—Ustedes conocen mi taller como, por lo demás, lo conoce mucha gente. Entre éstos no olvidemos al inefable de Macario Viluco y a su compañero Mamerto Masatierra. Pocas muy pocas de ellas, se han percatado de que es un taller acuático. Está aquí, en San Agustín de Tango, en la calle de La Tiara; en realidad está en el fondo del océano. Cada visita a él es una sumersión que se hace hasta este fondo.

¡Lejos de mí está el hablar con paradojas! Lo que hago es transmitir, lo más exactamente posible, la verdad: mi taller se encuentra en el fondo del océano.

¿Por qué he escogido este sitio para pintar, es decir, para conectarme con el mundo de las artes?

Es para recibir, en su ambiente, a la gente que allí se ha de encontrar bien. ¿Quiénes? La respuesta cae de su peso:

Los egipcios.

Los egipcios son acuáticos. Su elemento es el agua.

Frente a ellos el agua crece y domina a la tierra. El agua absorbe y termina con el aire

Tanto el uno —la tierra— como el otro —el aire— son, en su dominio, simples, aunque indispensables, agregados.

Veo a este inmenso pueblo en el fondo de las aguas. Pero son aguas tranquilas y luminosas. Al llegar a ellas, todo movimiento se estiliza. Se estiliza de pronto y así, estilizado, perdura.

¡Es que aquella región ha encontrado el vehículo donde puede manifestarse!

Por eso se estampa y queda.

Es un arte que ha logrado escaparse del Tiempo.

¿Les extraña a ustedes esta expresión, les extraña que haga entrar al Tiempo frente a estas obras?

Relacionemos nuestra vida con el Tiempo:

Abajo, muy abajo, en nuestro existir cotidiano, nuestra vida no es más que un sin número de pequeños hechos que se suceden los unos tras los otros. Me los represento como una minúscula raya hecha con medios círculos que se siguen y se siguen hasta el cansancio extremo. Sobre esta raya hago una segunda con trozos de círculos más amplios; sobre ésta, otra raya con mayores trozos de círculos; sobre ésta, otra raya con trozos que ya apenas son círculos; sobre ésta, otra mayor; sobre ésta... En fin, hasta la última que a todas las envuelve en un inmenso círculo.

Aquí, en esta última raya, están los egipcios.

Al contemplar esta raya inmensa estamos, entramos en el círculo mayor.

¡Qué lejos ha quedado la diminuta rayita allá abajo!

En esta raya inmensa los objetos reales han venido en su calidad primera.

¡Enorme y silenciosa síntesis!

¡Estamos con los prototipos de los objetos!

Tienen ustedes, ante su vista, 18 muestras de los objetos primeros, de los objetos de la otra, de aquella región.

Veán, ahora, cómo se ha trasplantado para llegar hasta nosotros en forma estética, en forma de arte puro.

¡He ahí mi favorito! ¡*El dios Osiris!*

Cuando lo veo oigo una voz que me ordena:

-¡Alto! ¡Y calla!

Por eso necesito unos minutos de silencio al entrar en esta sala. Gracias; ustedes supieron dármeles; gracias.

¿No sienten ustedes que el tiempo se detiene al mirar este cuadro?

No hay duda de que entre el hacedor de una obra y el contemplador de ella se establece una cinta magnética.

Quien no ha estado bajo la potencia de esta cinta no ha contemplado aún el arte.

Ahora miremos aquel relieve:

Tutankhamon y su Esposa.

Veamos todo el paso de los objetos, desde el mundo en que moran hasta nosotros. Veámoslo y apreciemos cómo ni un solo momento han dejado de ser de aquel mundo, cómo jamás se han mezclado con esta realidad.

Las dos regiones, ésta y aquélla, quedan nítidamente establecidas.

¿Qué hay entre ambas regiones?

Hay el terrible penar de nuestra vida de humanos.

Calló un rato Rubén. Luego nos dijo en voz baja, como un secreto:

-Es nuestra desgracia que no podamos permanecer en la región superior. Tenemos aquí su ritmo. Podemos verlo.

¿Podemos verlo? ¿Lo hemos visto?

Entonces, bajemos. El traqueteo de la vida cotidiana nos llama. Si no queremos oírlo, elevará su voz. Si no queremos oírlo, mandará emisarios. Si no queremos oírlo..., se retirarán estos emisarios y vendrá para nosotros la soledad. La soledad sin un solo amigo, ni un solo compañero, sin nadie. Habrá empezado el camino a través del tramo desesperado que separa las dos regiones: ésta y aquélla.

¡Oh, poder quedar afianzado en aquella región del arte!

¡Aunque sólo fuera poder quedar cogido a ella con una mano para no desconectarse jamás!

En cualquier momento de hastío... no tendríamos más que recoger el brazo y entraríamos de lleno en..., en...

Entraríamos a someternos al *Dios Ra-Harakate*.

Otro ritmo de armonías llegaría a nuestros oídos.

Pero están los emisarios del traqueteo.

¡Oh, *Dios Amón*, protéjenos! Inclinado ante tus pies desaparece este suceder del tiempo. Inclinado ante tus pies se toca un momento la eternidad.

He leído una frase de Maurice Nicoll en su obra *El Tiempo Vivo*. Esta frase la traigo siempre conmigo y la pongo aquí a mi lado mientras contemplo estas obras. Dice en ella: "Aun el arte más excelso puede tan sólo hacer copias del invisible centro de plenitud de significado, en torno del cual nos hallamos".

¡Son las copias, sí, las copias! ¡Aquí están las copias!

Al frente estamos nosotros.

Ha desaparecido ahora el tramo entre ambas regiones. ¡Allá lejos, allá abajo, se hunde la región cotidiana!

Ahora estamos frente a las copias del invisible centro de una plenitud de significados.

Todos pueden ver, a través de ellas, el original pleno de significados. La cuestión estriba en saber y poder mantenerse dentro de él.

¡Ah, qué fuerza sobrehumana es necesaria para mantenerse dentro de él! Porque los emisarios atisban y atisban. ¿Quiénes son estos emisarios? Todo, todo se convierte en un emisario para tentar al que ha osado subir hasta aquí. Todo y todos. ¿Quiénes? No sólo Palemón de Costamota; él es un jefe y sus soldados son tan audaces como él. El más aguerrido es:

¡La naturaleza!

Dirán ustedes:

—Naturaleza... ¡Dulce y pura emisaria que sabes llevarnos dulce y puramente hacia la otra región!

No, cien veces no. La naturaleza es la tentación.

Tentación solapada y adornada con mil atributos de aquella región. ¡Tentadora horrible! Oímos su voz:

—Cópíame y te entregaré el secreto. ¿No son, acaso, las obras excelsas del arte una copia de aquel invisible centro de plenitud? Yo soy la madre de todas ellas.

Pero éstas son palabras lanzadas al vacío si acaso quiero que ellas vayan hasta nuestros semejantes.

No creo en el vacío; se los diré a ustedes a media voz. El vacío es, en este caso, no dar en el blanco que nosotros habíamos fijado; las palabras seguirán y seguirán y alguna vez han de tocar a aquellos para quienes estaban destinados.

Pero a los que visualizo en este momento... Son hombres frívolos. ¿En qué lo veo? En el hecho de que tratan de "intelectualizarse". No hay más que mirarlos un instante: como leen, como contemplan el arte, como están aquí frente a estos egipcios. Vendrán a verlos tales días, no otros días, tales días y a tal hora, cuando una visita se ajuste con los demás quehaceres de sus vidas. Entonces, ¡sí, un poco de Egipto! Entre un bajativo y una taza de té. No, no son gente que conviva con el arte. El arte es, para ellos, sólo un extra.

Pero volvamos a la naturaleza... natural; habfemos de élla aquí junto a la naturaleza... verdadera. Hablemos de una montaña, de un arroyo, de un árbol enmarañado; hablemos

de todo ello junto a estas obras que ya hace mucho tiempo perdieron la visión de una montaña, de un arroyo y de un árbol enmarañado.

Hablemos de ella en silencio.

¡Silencio!

La naturaleza nos impone un objetivo. Él es: ¡corregirla!

Pero ante esta inmensa corrección que de ella hicieron los egipcios... Nuevamente callemos. ¡Ssst! ¡Silencio!

Dejémonos llevar. ¡Que ellos nos hagan cernernos sobre el arte universal! De este modo, contorneándonos sobre él, llevo, irremisiblemente, al arte de la Edad Media. Junto a los egipcios se hierguen las catedrales góticas. Junto a estas figuras estáticas se yerguen las innumerables estatuas que trepan por aquellos muros del medioevo. Entonces una ambición despierta en mí: ¡Volver a la Edad Media!

¡No! Volvamos al bullicio callejero.

Escondamos dentro de nosotros las palabras del arte egipcio, las palabras que estos egipcios nos han murmurado. Escondámosla con esas que se insinuaron: las de la Edad Media. ¡Y huyamos!

155

Salimos por la puerta lateral de la calle Santa Gumecinda. Atravesamos el Puente del Fruto Prohibido y nos dirigimos al taller de Rubén. Junto con nosotros llegaban Mamerto Masatierra y Macario Viluco. Éste nos detuvo y quiso hablarnos en plena calle. Pero, a instancias de Rubén, entramos a su taller.

—¿Qué le pasa, amigo? —le preguntó apenas nos hubimos sentado.

Macario mostró a Mamerto y dijo:

—Este hombre no quiere entender y no quiere entender. Ya creo que lo hace por el gusto de contradecirme y nada más.

—¡De ningún modo, Macario! —protestó Mamerto—. ¿Yo querer contradecir a usted? ¡Qué idea! Pero sostiene usted cosas que son verdaderamente extrañas.

—No, señor, no y no. La extrañeza está en su mente de usted, Mamerto, y nada más. Porque veamos, veamos sin engaños de ninguna especie: ¿cuántos hombres inteligentes ha conocido usted? Dígallo con franqueza: ¿cuántos?

—La verdad es que no los he contado pero, en realidad, he conocido varios, por no decir muchos o muchísimos, si usted prefiere.

—Bien: retengo la palabra “muchos” y le perdono a usted la palabra “muchísimos”. Y ahora permítame otra pregunta: ¿Qué impresión le han causado, al conocerlos, estos hombres inteligentes? E insisto y subrayo esto de “al conocerlos”. Dígallo, dígallo, sin más, dígallo que lo escuchamos.

—Me han causado la impresión de hombres inteligentes. Es todo.

Macario se alborotó, se dirigió a Rubén, luego a Marul, luego a mí y, por fin, habló como quien habla en una asamblea:

—¡Falsedad y, lo sostengo, falsedad! Cuando yo era chico, un chiquilín apenas, me hice esta pregunta y me prometí fijarme bien y observar. Oía a los grandes que decían: “Hoy va a venir don Fulano que es un hombre muy inteligente”. Llegaba don Fulano. Yo lo miraba,

Allí están todos, todos. Allí está el doble de los artistas. Porque cada uno de ellos se duplica al exponer sus puntos para hacer la luz. Yo los miro, los escucho y reflexiono. Allí veo en ciernes el próximo poema de Eusebio Palena y veo refocilarse, ante sus cimientos prometedores, a su amada Silesia Tobalaba. Allí veo a los emisarios de aquella región acometer a Javier Licantén. Allí veo en éxtasis a Cicerón Haití. Allí oigo las sabias palabras de doña Claudia, de la excelsa doña Claudia Puchuncaví, palabras que le han sugerido, en su taller, las caprichosas formas de una caprichosa pipa hindú o de un esmalte antiguo o de una silla colonial o de una madre selva que se deshoja. Allí oigo perorar a Antenor Lentejuelas. Allí veo nutrirse de nuevas y altas ideas pictóricas a Facundo Doñihue. Allí me dejo tomar por las hondas meditaciones de Zócimo Taltal. Y veo a Artemio Yungay con su sin par Clorinda Machalí. Y me refresco ante el paso airoso de Gervasia Cachapoal. Y me dejo inundar por cientos de nuevos artistas y diletantes que vacían sobre las mesas sus sacos de ideas nuevas. ¡Oh, cuando llego al Fiat Lux creo que de él no me voy a mover más!

¡Hágase la luz, hágase la luz!

Luego regreso a casa. Ni una luz se ha hecho en mí...

Porque allí prima un anhelo, reina y domina el anhelo de la gente intelectual del mundo actual:

¡Formar grupos!

Están todos bajo el sortilegio de los grupos formados.

Se afanan, se acaloran, discuten y hasta... se pelean para hacer estos grupos, estas asociaciones de gente intelectual. Pues, ¿cómo es posible que no se hable de ella, de esta gente intelectual? Hay que unirse y, unidos, haremos ruido. Con este ruido despertarán los burgueses. Al despertar hablarán. Al hablar se entusiasmarán. Al entusiasmarse decorarán. ¡Adelante! ¡Un grupo! ¡Otro grupo! ¡Otro grupo más!

Y todos pasan y vuelven a pasar acalorados bajo las palabras de Hokusai que, alguien, tal vez con cierta ironía, grabó en un muro del Fiat Lux:

Pinto desde los seis años. Pero fue a partir de los 73 cuando comencé a comprender la forma y la naturaleza.

Allí ninguno se repliega, ninguno hace su obra en paz. Porque ven tras un fin al revés: Quieren que el efecto produzca la causa.

Creo que ya les he hablado a ustedes de este sin par sin sentido: la adoración por el burgués que ellos aborrecen en el fondo.

Allí he visto tronar a la literata Fabricia Lumaco.

Fabricia Lumaco estaba fortificada en su mundo literario como se hallaría fortificada en el mismo Verdun. Tronaban sus cañones y, al reventar sus granadas, caían despedazados los artistas solitarios. "¡Uníos, uníos!" —parece que gritara. A su voz de unión se unían y se unían los artistas.

Era esto ver funcionar un mundo con sus leyes en un sitio donde se desconoce este mundo y se desconocen sus leyes.

De pronto Fabricia Lumaco vio a Claudia Puchuncaví. Vio, allí cerca, muchos millo- nes; vio, allí cerca, su sueño dorado.

Allá se dirigió Fabricia y cayó en brazos de doña Claudia.

Pero Zócimo Taltal reía ante los elogios de aquellos que lo rodeaban. Porque Zócimo Taltal les explicaba la técnica que había empleado su último cuadro:

—¡Ah, sí! ¡Ese cuadro lo pinté con "malicia"! Yo no sé de qué color ven ustedes el cielo pero yo lo veo azul. Entonces lo pinté azul; y tampoco sé de qué color ven ustedes los

árboles pero yo los veo verdes. Entonces los pinté verdes. Y donde puse harta, pero harta malicia, ha sido en éste.

Zócimo sacó una tela de bajo la mesa y la mostró. Era un patio de dos pisos de una vieja casa con ventanas de persianas color ocre; a la izquierda, una mata de flores ocres; a la derecha, una niña y su compañera vestidas de ocre. Entonces, con un amplio gesto de su diestra, mostró las flores, luego las persianas y luego a las niñas y contempló a sus oyentes.

Dijo Zócimo echándose hacia atrás:

—El ocre hace aquí un gran semicírculo.

—¡Magnífico! —gritó uno.

—¡Estupendo! —gritó otro.

—¡Admirable! —gritaron todos.

Huí esa vez del Fiat Lux. En la puerta me encontré con Cirilo Collico que entraba presuroso a tomar un whisky. Me dijo:

—No me hable usted de pintura, ¡por favor! Estoy ocupadísimo en el caso de los tres Pedros. ¡Es lo importante! ¿Pinturas, artes? ¡Después! Ahora se trata de Peter, de Pietro y Piotr. ¡Adiós!

Salí pues, en el fondo, encontraba más magnífico, más estupendo y más admirable estar aquí en mi taller. Ya fuera divisé al escultor Recaredo Palquín que, pensativo, se dirigía adonde la luz se hace. Un recuerdo me asaltó:

Vi a Recaredo Palquín hace un par de años. Recaredo, escultor humilde, chico, pobre y enfermo; escultor que trabaja en el silencio, lejos de todo bullicio de camaradas. Ahora se dirigía al Fiat Lux. ¿Era ello posible? No, no podía ser. Pasó frente a la puerta y siguió sin verla. Lo vi perderse por la Avenida de los Querubines. Se perdió llevando sobre sus hombros toda su bondad, se perdió con la cabeza gacha y las manos en los bolsillos arrastrando su pobreza. Cuando fui a verlo trabajaba en una gran escultura. Ocupaba el centro del que he de llamar su taller. Allí vivía Recaredo con su mujer y con sus tres hijos, tres chiquilines. Conversamos un rato. De pronto uno de sus hijitos toma un cincel y arremete contra un pedazo de arcilla. Este escultor humilde que nunca habla, al verlo, se yergue, se convierte en un león, le arrebató el cincel y lo increpa gritándole:

—¡No, no! ¡Jamás el arte! ¡Jamás!

Y se quedó, después de su arrebató, extenuado, encogido, hecho un ovillo.

Así suceden las tragedias del arte: un arrebató que es pronto reprimido. Luego el silencio.

Salí. Era ya de noche. Un tren pasaba lleno de luces. Dejé tras de mí a doña Claudia Puchuncaví y a doña Fabricia Lumaco.

Sigamos... Sigamos...

Una vez aquí, en mi taller, pensé:

En esta vida hay que destruir eternamente. Así como se construye, así hay que destruir. Uno de nuestros principales males consiste en esto: cuando hemos construido algo nos quedamos ensimismados ante nuestra construcción y, ante ella, nos detenemos.

Dejamos, sin percatarnos, que la vida total pase y pase y que nos distancie.

Nuestra vida debería ser una construcción continua. ¡Construir! ¡Sí! ¡Construir maravillosas mansiones! Pero no permanecer en ellas. Apenas ha terminado una obra, ha terminado también nuestra unión con ella.

¡La paz!

¡La paz para los artistas!

¡Que no se amarguen los que trabajan en paz!

Hay muchos que se han retirado a la paz por estar amargados.

Ansían el poder y la fama.

Ansían ser reconocidos. Que los reconozcan..., ¿quiénes?

No me canso de repetir: ¡los burgueses! ¡Esos burgueses que ellos desprecian!

Paradoja absurda: ser adulados por quienes se desprecia.

Quieren causar admiración en quienes tienen del arte y del mundo un sentido estático. Es como poner a un recién nacido como prototipo del hombre con juicio crítico.

Es este el círculo vicioso del mundo artístico.

¡Deshagámonos de él!

A un paso están las obras egipcias. Evoquemos también las obras medievales. Y veamos a los artistas laborando en la paz y sin amarguras.

Pero no es fácil penetrar en aquellas épocas ignotas. Es, por lo contrario, extremadamente difícil.

El otro día compré un libro. Aquí está. Se llama *El Legado de Egipto*. Empecé a leer su introducción que firma un señor Glanville. No leí más pues ella me bastó. Es la máxima sapiencia que juzga los juegos de un niño. ¡Basta y basta ya de esa anomalía! Pues allí se da a nuestra marcha terrena una finalidad "única". Se la lee y uno queda convencido de que el ideal de los egipcios fue el de llegar a nuestra actual civilización. Ustedes los verán añorando un automóvil y un avión; añorando el no poder transmitir un programa por la radio; añorando un reloj pulsera; añorando ese ideal de la desintegración del átomo...

¡Pero señor Glanville! ¿Qué sabe usted de lo que pensaban los egipcios? ¿Conoce usted, acaso, las conexiones que tenían con las manifestaciones del mundo?

No, nada sabe usted. Usted los ignora como los ignoran los cientos y los miles de turistas que, con gemelos y máquina fotográfica, se detienen frente a las Pirámides. Ignoran todo.

Pero... ¡yo lo sé!

Me basta para saber concentrarme en una obra.

Entonces... ¡lo sé!

A veces me falta el "sentido" que darle a eso que veo, me falta tener el poder de hacerlo viviente y que..., y que me salga al volver cada esquina.

Cada esquina de esta ciudad, como de cualquier ciudad del mundo, está hoy día contaminada con algo que yo ignoro si es grande o muy pequeño... pero que es una nota predominante que se introduce por las rendijas de nuestra vida.

¡Atraviesen San Agustín de Tango! ¡Atraviesen cualquier ciudad del mundo! Y fíjense con el encuentro que van a tener al doblar cada esquina.

Salimos Marul y yo. Íbamos callados. Yo atisbaba cada vuelta de esquina y vi que ella hacía lo mismo. En la calle Sursum Corda esquina de la calle del Sotacura nos topamos con Desiderio, con el grande, como mentalidad de tipo, con el pequeñito, como tamaño de cuerpo, de Desiderio Longotoma. Se juntó con nosotros y empezó a hablar:

—Vengo de una reunión estupenda, en realidad, estupenda. Fue ella allá en el Club Cero. ¡Estupenda reunión! Tanto es así que después salí a dar vueltas y más vueltas por la ciudad. Sabía que tendría un encuentro feliz. ¡Nos hemos encontrado!

Marul lo interrogó:

—¿Y de qué se trataba en esa reunión?

Longotoma se detuvo un instante y luego siguió a nuestro lado diciéndonos:

—Se trataba, nada menos, que de hacer un gran desfile, un enorme desfile embanderado del pueblo. ¿Me oyen ustedes? ¡Ah, sí, el pueblo! ¡El pueblo que busca sus reivindicaciones! Entonces... ¿qué mejor que hacerlo pasearse por estas calles? ¡Y lucir muchas banderas! Se me acercó Hilario Quinchao para felicitar me o para que yo lo felicitara a él ante tan inconmensurable idea. Pero yo le dije: "No, camarada Quinchao, no creo en la eficiencia de un desfile de este pueblo". Me miró espantado y luego me interrogó: "¿Cómo! ¿Por qué no cree usted, camarada Longotoma, en la eficiencia de este desfile?". Le contesté simplemente: "No creo en el comunismo de un pueblo con calañés...". Y escapé, escapé, antes de dejarle tiempo a que tomara sus represalias.

Marul rió y dijo:

—Felizmente que Onofre va sin sombrero. Pero usted, Desiderio, lleva su flamante calañés.

—Señora —respondió Longotoma con aire soberbio—, yo no soy comunista.

Seguimos nuestra marcha sin objetivo determinado. Nuevamente nuestro amigo se detuvo un instante para decirnos:

—Tuve otro encuentro, amigos míos —siguió caminando—, otro encuentro descomunal.

—¿Contra quién? —le pregunté.

Me respondió:

—Contra doña Martina Vichuquén. Apenas me vio exclamó: "¡Oh, Desiderio, oh, qué bueno encontrarme con usted! Fíjese que acabo de tener una larga conversa con el doctor Evaristo Gultro. ¡Qué hombre tan interesante! Vengo, créamelo usted, encantada después de esta conversa con el doctor Evaristo Gultro". Le dije, le grité, mejor dicho: "¡Muy bien, doña Martina, muy bien! Los médicos, como los ingenieros, son hombres que, por su profesión, están obligados a trabajar según las leyes de la naturaleza. ¿No es verdad? En cambio los abogados trabajan según las leyes hechas por los hombres. ¡Mala, muy mala cosa! Y los arquitectos trabajan miti-miti porque se afirman en la naturaleza y le agregan algo de su propio cacumen". Quedó boquiabierta. Me declaró, entonces, convencida: "Es verdad y no lo había pensado yo. ¡Es la pura verdad! Lo tendré siempre presente. Hoy es el día de cosas interesantes. ¡Gracias, mi querido Desiderio, gracias!".

"Seguí caminando cuando me encontré con Eusebio Palena y con Nemorino Lima-che. ¡Uuuu! Comprenderán ustedes: ¡dos intelectuales! ¡Uuuu! Venían enredados en una discusión. Algo, sin duda, que había dicho Nemorino pues Eusebio le contestaba con términos decididos: "No, Nemorino, no; en esta encarnación déjame con Francia; tal vez en la próxima iré a Alemania y a Estados Unidos si es que no voy a Rusia. En la que sigue iré a... No; en la que sigue espero vivir conmigo mismo, lo que equivale a decir con todos y sin ninguno y sin preocuparme de encontrar un sitio adecuado para dar expansión a lo que tengo que expandir". Ahora, ustedes comprenderán, merezco un trago. Vamos a un bar cualquiera.

Yo insinué ir a un teatro, a ver una revista o algo ligero, pero Desiderio Longotoma se opuso.

—¡Oh, no! —exclamó—. ¡Nada de teatros! ¡Si al menos hubiera usted dicho el cine! Porque vean ustedes, amigos míos, yo acepto el cine; pero el teatro, ¡jamás! Lo he dicho ya mil veces. La primera condición que pongo para un espectáculo cualquiera es la de que pueda ser contemplado por quienes hacen ese espectáculo. En el cine sus ejecutantes pueden, como ustedes y como yo, tomar una entrada, sentarse en sus butacas y contemplarse. En el teatro... ¡Oh, no, amigos míos!

—Sin embargo, Desiderio —le arguyó Marul—, usted ha ido, y va a menudo a los conciertos.

—Es otra cosa —respondió con severidad—. Acepto, sí, esos conciertos, acepto la música como espectáculo. Los ejecutantes pueden estar... Pero óiganme ustedes antes: ¿Sabemos adónde nos lleva la música? ¡Aaah, es el misterio! Los ejecutantes la tocan solamente. Y entonces se abren sus esclusas y se van, se van, se van, con nosotros y con todos y con todo. Pero como sea, ¡eal, un trago es, por ahora, una cosa mejor.

Fuimos, pues, a un bar cualquiera. Nos sentamos y Desiderio se puso a reír como un loco.

—¿Qué le pasa, amigo?

—¡El teatro, el teatro! —exclamó—. ¡El ballet, al ballet! Una vez fui al ballet, fui a los bastidores. Allí me arrebujé y me puse a contemplar. ¡Uuuh! Era aquello, lo que danzaban una especie de Walkirias, era algo inmenso. ¡Y cómo bailaban esas sílfides...! ¡Para allá, para acá, de un lado, para el otro lado! ¡Y se elevaban como tiradas por elásticos! Yo me sentía más pequeñín de lo que soy. De pronto una de esas especies de Walkirias se eleva junto a mí y pasa veloz, pasa y, al pasar, me grita desde lo alto: “¡Salud, Longotoma! ¿Cómo te va?” Y desaparece, desaparece; desapareció.

—¿Y quién era esa bailarina? —preguntó Marul.

Desiderio hizo un gesto desesperado.

—No lo supe —dijo por fin—. Yo conozco a muchas de estas bailarinas. ¿Cuál de ellas sería? Luego volvieron a salir pero vestidas de otro modo. Ninguna se preocupó de mí. Me fui, entonces, a beber un trago; cuestión, ustedes comprenderán, de refrescar la memoria. ¡Nada! ¿Qué hacer? ¡Aaah! Para algo se tiene imaginación, amigos míos. Fui a mi casa y abrí el cofre de mis joyas. Las saqué y fabriqué con ellas un magnífico regalo. Veán ustedes: coloqué al centro un linco circón que rodeé de varias rubelinas. A éstas, a su vez, las rodeé con algunos peridotos entremezclados de espinelas y de turmalinas. Coloqué el todo sobre un terciopelo granate y me dirigí al teatro. Allí rogué al empresario que entregara a la bailarina que lo reclamara este escrito de mi pluma:

“Desiderio Longotoma ruega a la danzante que a él bien lo conoce y que, en la función de anoche, lo vio entre bastidores y que, al verlo, lo saludó desde lo alto de los aires para luego perder su personalidad cambiando de indumentaria; Longotoma Desiderio le ruego pasar por su casa, calle de la Excomuni3n, número 590, y, en ella, recoger un conjunto de piedras preciosas que le ofrenda como sentido homenaje a su etéreo saludo”.

—Naturalmente —dije— la bailarina se presentó.

Abrió los brazos en signo de interrogaci3n. Luego nos confesó:

—No lo sé. Porque a mi casa llegó, reclamando el obsequio...

—¿Quién? —preguntamos ambos.

—¡La Tomasa!

—¡Arrea! —exclamé.

-¡Osorno! -exclamó Marul.

-¡Calbuco! -proferí yo.

-Sí -nos dijo tristemente Longotoma-. Arrea... Osorno... Calbuco... Y la Tomasa se llevó el regalo de circones, espinelas, turbalinas, rubelitas y peridotitos.

-Menos mal que tales joyas quedaron en buenas manos -observé yo para consolarlo.

-Y en tan buenas manos quedaron que creo que ahora merezco comerme un sandwich. ¡Señorita! Por favor: tráigame un Barros Luco.

-Bien, señor.

Al rato volvió la señorita con un abundante Barros Luco. Lo miró Longotoma y luego preguntó a la niña que lo había traído:

-Dígame, señorita, ¿por qué estos sandwiches se llaman "Barros Luco"?

Ella lo miró extrañada. Al fin le contestó:

-¡Bah! Porque tienen queso y jamón, pues...

Longotoma nos miró y nos dijo:

-Es cierto. No lo había pensado.

Y devoró Longotoma. Mientras devoraba nos mostró a la señorita para comunicarnos:

-Ahí tienen ustedes a una perfecta burguesa.

-¿Por qué?

-Porque, como buena burguesa, todo lo sabe. ¿No se han fijado ustedes que no hay ni un solo burgués ni una sola burguesa que no esté al corriente de cuanto existe y sucede en este planeta y aun fuera de él? Yo, para saber si estoy ante la burquesía, hago preguntas y más preguntas, las más extraordinarias que me sean posibles. Ante ellas un sabio quedaría en suspenso. Pues bien, el burgués responde de inmediato, de cualquier modo, pero responde como esta señorita con su Barros Luco. Yo les daría, a cada uno y a cada una, un gran cuaderno en blanco y les obligaría a llenarlo, con letra menuda, con esta frase: "No lo sé, no lo sé, no lo sé..." Pero ellos lo saben, lo saben y lo saben. La única restricción que tienen en su sapienza es: lo que es permitido y lo que no es permitido. ¿El amor? -preguntarán ustedes. ¡Uuuu! El amor es cosa prohibida pero... pero para eso está el matrimonio. El matrimonio es para ellos ¡la locura! Pues en él les es permitido hacer, entre ambos cónyuges, lo que era prohibido. ¡Es el desbordamiento en el matrimonio! Es... una triste cosa pues ahora pienso y recuerdo...

-¿Qué piensa y qué recuerda usted?

-Pienso en Proserpina Coyancura y recuerdo a... Proserpina Coyancura.

-Ya ha comido y bebido usted, mi buen Desiderio. Ahora...

-Sí -nos contestó-, ahora salgamos a hacer lo que yo venía haciendo: pasearme por la ciudad. Así olvidaré a Proserpina. Porque es increíble cuánto acompaña ir por una ciudad donde se hable nuestro idioma. A ustedes, ¡maldito lo que les importa lo que se dice al pasar! ¿A mí? ¡Menos aún! Pero es el hecho, amigos míos, de saber que basta un pequeño esfuerzo y la ciudad entera se abrirá a ustedes de par en par. Se abrirá por mil agujeritos diferentes, que parecen ser diferentes. Pero ¡se abrirá! En cambio donde se habla otro idioma... ¡qué horror! La ciudad muestra su apariencia y nada más. De aquí viene el atroz recuerdo que guardo de Praga. Me paseé y me metí por todas partes. En realidad no me paseé ni me metí en ninguna parte. Quedé hecho un extraño mientras la ciudad vivía. Para no llegar al máximo de esa extrañeza... ¡Divisé a mi amigo Baldomero Lonquimay! ¡Seguir arrebujado y diminuto bajo los pliegues de su capa! ¡Qué horror!

Salimos a gozar de esta ciudad que, con cada par de transeúntes, se nos abría un poquito.

157

—Onofre, he conversado mucho con Columbana Manquipel. ¡Qué bien me ha hecho conversar con Columbana! Porque ¡me escucha, sí, Onofre, me escucha Columbana Manquipel! Le leí mi poema, el que más quiero hoy día: *El pájaro protervo que pasa por allí*. ¡Y le gustó, le gustó!

—Te felicito, amigo, de todo corazón.

—Gracias, Onofre. Imagínate que me tomó las manos y me las apretó. ¡Oh, qué dicha es ésta! ¡Qué dicha! Entonces... hablé.

Nos hallábamos, Teodoro Yumbel y yo, en el escritorio de su casa, calle de la Inmaculada Concepción. Las cortinas corridas nos daban una media tinta que invitaba a las confidencias. Entonces Teodoro se confidenció conmigo. ¡Con qué claridad recuerdo sus palabras!

Me dijo:

—Estoy siendo víctima de la imposición del trabajo. No trabajo alegremente sino como si ello fuera un imperioso deber. Entonces el trabajo me roe. Por eso mismo me es penible. Creo que es ésta la causa que me hace evitarlo porque es como una fiebre que se avecina. Al evitarla, aumenta esta fiebre. Y, con ojos afiebrados, miro a los trabajadores de verdad. Sí, los miro a todos.

—¿Y qué ves?

—Veo que no los que no trabajan en cosas del espíritu son hombres que se hunden y se hunden en la materia. Sí, los veo que se entierran en sus cuerpos físicos, ahogando toda otra voz que no sea la de la bestia inerte y embrutecida. ¡Es horrible! ¡Y son tantos, tantos!

—No lo creo, Teodoro, pues verás tú...

—Veré..., ¿qué? Me basta haber visto a la familia Alicahue Paíne; no sólo a ella; he visto también a nuestro senador por Carrizalillo, don Juan Enrique Arancibia Ocampo; y a su inseparable y viejo amigo, el diputado por Loncoche, don Ricardo Cortés Mandiola; y a doña Martina Vichuquén; y a Cicerón Haití; y al capitán, gran capitán, Corn-Flakes; y a la familia Romeral, en masa, con el que se llama Justiniano y con su mujer, Salaberga Huintil; y a don Manrico Cocalán; y a Ascanio Viluco; y a Gervasia Cachapoal; y he visto también...

—Sí; lo sé. Si te pones a enumerar pasarás enumerando toda tu vida. Será otra manera de hundirse en la materia.

—¡Es que los he visto juntos!

—¿En una fiesta?

—¡Oh, no! En un balneario. En el balneario de Punta Lobos... Todos ellos, todos los que te he nombrado, más los que no te nombré, están de acuerdo en que el balneario vecino, Punta Cahuil, es más árido que Punta Lobos. Pero en este Punta Cahuil están las comodidades, está el confort. Entonces todos ellos, estando en Punta Lobos, quieren irse a Punta Cahuil. Muchos se fueron. Otros quedaron lamentándose. ¿Qué significa esto? Onofre, significa, sencillamente, que dan preferencia al confort sobre el encanto. Al ir tras la comodidad van tras el agrado mayor. La pregunta es obvia: ¿cuál es el agrado mayor en

ellos? La respuesta es igualmente obvia: lo que da bienestar al cuerpo. Están lejos de buscar algo que dé bienestar al espíritu; prefieren que el cuerpo esté bien acomodado aunque el espíritu languidezca. Por eso se despuebla el balneario de Punta Lobos y todo el mundo fluye al balneario de Punta Cahuil. ¿No encuentras tú que es esto algo lamentable? Sí, es lamentable. Se lo dije a Columbana; ella me miró tristemente y asintió. Entonces... nos tomamos las manos y miramos la belleza de Punta Lobos.

-El amor, sin duda, el amor por Columbana, te lleva a escoger lo hermoso.

-No lo sé, Onofre. Tal vez de él venga esta ebullición mental en que ahora vivo. Creo que de ahí viene lo que he pensado después. Pero... ¿puede saberse? En fin... El caso es que caí en ebullición después de oír hablar a Epifania Tamarugal; tú sabes, la que fue amor de tu primo Teófilo. Epifania vive ahora en una buena casa. Es de las mejores que he visto aquí. Pero Epifania la encuentra insoportable porque hay casas mejores... Rabia ella por todo, por todo; rabia por la luz indirecta porque su casa no la tiene; en cambio en la casa tal y en la casa cual acaban de estrenarla; rabia porque las puertas no se abren y no se cierran solas; rabia porque la calefacción... Entonces pensé:

"Aquí, Onofre, no hay una ambición frustrada del cuerpo físico de esta gente. Lo que hay es un reflejo de no poder vivir consigo mismo, de no poder vivir por sí y para sí; porque viven sujetos a toda influencia extraña. No es el propio ser el que determina lo que ha menester; es la necesidad externa de otros seres.

Le aconsejé que conversara con Florencio Naltagua. Me respondió:

-Ya lo he hecho. ¡Cuánto hablé con él! Toda nuestra conversación se la conté a Columbana. Rodeados de una calma como la que hay aquí pude expresarme. Él, tan bondadoso como siempre, me escuchó. Le dije abriéndole mi corazón:

"Oye, Florencio, oye lo que me ocurría y que, tal vez, vuelva a ocurrirme aún: era un sentimiento de tristeza que llevaba junto a mí, una tristeza muy honda pero venida de otras regiones que las tristezas terrestres. Venían, o se precisaban, al ver que se cumplía un deseo mío que afectara, aunque fuera en bien, a otras personas. Me daba tristeza ver a los demás inconscientes de toda causa mayor. Otras veces me entristecía al sentir la enorme responsabilidad que tenía yo al dirigir en otro sentido el suceder que en sus vidas habría ocurrido de otro modo si yo no me hubiese mezclado con mi voluntad en ese suceder. Era una tristeza que aparecía siempre que lo inexorable se presentaba. Pero era una tristeza dulce: era la de sentir melancólicamente mi propia superioridad.

"Luego era la sensación al despertar, muy temprano. La sentí junto al mar. Era el hecho de pensar que, la noche antes, me había propuesto empezar una vida de labor. Por la mañana amanecía sin ánimos, con un cierto vacío dentro de mí. Me preguntaba a cada rato: "¿Para qué...?". Y me llenaba una especie de certeza de que nada se ganaría con trabajar. ¿Será esto debido a la proximidad del mar? Su presencia me era insoportable. Al despertar quería huir lejos de él, acaso meterme de lleno entre los picachos cordilleranos. Pero, poco a poco, el mar obraba positivamente sobre mí. Me echaba cama abajo y, por una ventanita, lo atisbaba. Veía su inmensidad. ¡Oh, Columbana! Por encima de sus olas pasaba el recuerdo mío de aquella vez en que me dirigí al Peñón del Alcatraz y contemplaba, sobre su vasta superficie, las algas dibujadas por una mano distraída. Terminaba aquello con un abrazo a Columbana y, acto continuo, así, en bata, corría a mi mesa y escribía.

"Lo que sentía, Onofre, era una intensa vibración superior que llegaba a mí en esa forma.

“¿Por qué, Onofre, por qué los hombres, al encontrarse en este mundo, creen que a él han venido a gozar? Quieren que todo se, todo se acomode a sus gustos, que todo esté preparado de antemano para recibirlos agasajándolos. No, no lo comprendía en aquellos momentos en que contemplaba el mar y escribía o cuando bosquejaba algunos temas para mis grabados; no lo comprendía cuando Columbana estaba conmigo. Porque era feliz muy al fondo de mí mismo; no, en la superficie. Me consideraba... ¿Cómo explicártelo?; me consideraba como un simple pasante que aquí en este mundo me hallaba para cumplir un deber.

“Así hablé con Florencio. No sé si hablé más; tal vez, sí, tal vez mucho más. Ahora me confundo. De pronto Florencio me dijo...; pero no sé tampoco si fue a propósito de lo hablado por mí. El caso es que me dijo:

Teodoro vaciló. Quedó en silencio.

—¡Habla, Teodoro, habla! Son, después de todo, palabras de Florencio Naltagua y no tuyas.

—No olvides que yo le había hablado mucho de ella, de mi amor por Columbana Manquipel...

—Sí, no lo olvido. ¿Y...?

—Dijo: No es conveniente tener trato sexual. El sexualismo hay que retenerlo cuanto sea posible, pues él desgasta y ataca, si no a la intelectualidad, a la espiritualidad. Lo que en esos momentos consideramos natural, lo sentimos luego como un descenso a la más baja animalidad. Hay que evitarlo, sobre todo con la mujer que es nuestra compañera espiritual.

Quedamos callados. Al fin agregó:

—Cada vez que pienso en esto me turbo y me turbo. Oigo las palabras de Florencio que rondan junto a mí. Recuerdo que me dijo que me entregara más a la subconciencia y me alejara un tanto de la concentración mental. Porque ésta, ¿qué es? O mejor dicho: ¿cómo la entiendo yo? Tomo de antemano una idea o una visión y trato de aislarme en ella hasta que se haga nítida y *única* en mi mente. Según Naltagua la subconciencia es desechar toda idea premeditada, dejar la mente vacía y entonces entregarse, suave y dulcemente, a un ensueño sin pensamientos anticipados. Es algo —según la entendí— como vagar en planos más sutiles de modo que cuanto haya en ellos penetre en uno suave y dulcemente. Parece, Onofre, que de este modo algunas ideas han de venir. El caso es que me dijo:

“—Acógelas y piénsalas con calma dejándolas que ellas te lleven a ti y no tú a ellas. Ten fe pues la que ha de venir será la más necesaria para ti. De cuando en cuando conviene dejarse llevar. No siempre ordenar nosotros nuestros pensamientos. Al principio no nos bastamos como Maestros. No hay que ser intransigente. Ordena tus pensamientos pero no te cierres al murmullo de la naturaleza. En vez de concentrarte, ábrete. Disuelve tu personalidad en el gran Todo y entonces lo que el gran Todo te muestre cógelo y recíbelo como si un ser superior te lo enviara”.

Después de esto nos despedimos. Lo dejé afirmado en su escritorio. Lo dejé francamente turbado.

Iba yo por la calle de la Inmaculada Concepción cuando Teodoro Yumbel me alcanzó.

—Un momento, mi querido Onofre —me dijo deteniéndome—. Oye, oye muy bien lo que te voy a decir: el día en que yo sea feliz podré cantar victoria con todas las fuerzas de mis pulmones porque a ningún accidente exterior ni a ninguna suerte se lo deberé. Será

una felicidad creada por mi propia voluntad, una felicidad incubada en el seno de mis dolores pasados y forjada en el temple de mi fe y de mi constancia.

Dio media vuelta y lo vi alejarse con rapidez.

158

¡Teodosia Huelén está enferma! Es lo que he oído a varias personas. Por lo mismo he corrido a su casa, he llegado a la calle del Oratorio y he entrado como un loco en su habitación. Ahí estaba mi queridísima amiga Teodosia Huelén.

Aunque algo inquieto entré con un gran placer. ¿Era Teodosia quien me lo provocaba? Dudé. Claro está que ella contribuía a causármelo. Pero ya voy conociendo muy bien cómo funciona mi ser: Formulo en mí una decisión nueva y sé que voy a someterme a ella: luego la olvido o la dejo de lado; la alegría que esta decisión me ha causado queda en mí y me invade a pesar de este olvido; vivo contento, feliz. Así es que entré lleno de vida en casa de mi buena amiga Teodosia Huelén.

—¿Qué le pasa a usted, Teodosia, que la veo en cama?

Me contestó:

—Estoy fatigada, nada más. Hice un viaje muy largo, muy largo y ahora necesito reposo. Es lo que me doy, Ono, lo que yo me doy; ¿oyes? Pero imagínate que vino a verme un facultativo muy grave, el doctor Amancio Cunco. Es un poco amigo mío. Me examinó, me tomó sangre y me tomó la presión y qué sé yo. Hizo analizar esta sangre y meditó con los resultados; luego los comparó con la presión y con mi temperatura; luego volvió a examinarme; luego me recetó. ¿Sabes tú qué cosas me recetó?

—Reposo, supongo; es lo que usted necesita.

Teodosia rió. ¡Qué bien sabe reír! Hay momentos en que se transforma en una verdadera belleza.

—¡No! —me dijo—. ¡Mira todo lo que hay allí, sí, allí, sobre la mesa! Es una parte de lo recetado por el doctor Cunco. Claro está que yo no lo compré; él me lo trajo cuando volvió a examinarme. ¿Te das cuenta todo lo que quiere que yo ingiera?

—Sí, lo veo —respondí—. Aquí hay vitaminas ZF 42 H y también hay antibióticos N 17 XN...

—¡Uuuu! ¡Sigue viendo! Encontrarás también penicilinas...; y sulfas y más sulfas... Esperaba tu venida, mi buen Ono, para que juntos hiciéramos un paquete, un atado, con esos medicamentos y los tiráramos al tarro de la basura.

—Después, Teodosia, no tendrá usted más que decir que se los ha administrado todos ellos y... ¡santas paces!

—Es cuestión, Ono, de que descanse un poco y nada más. Pero no te vayas a ir. Tú me reposas mucho. Siéntate ahí, siéntate en ese sillón y conversemos.

—Sí, Teodosia, conversemos. Le dejo a usted la palabra. ¿De qué astros me va usted a hablar? ¡Hábleme de lo último que haya visto, hábleme de todo!

—¡Eso es, Ono, eso es! Te hablaré de lo que es la causa de este pequeño cansancio que casi ha vaciado una farmacia... ¿Has visto una cosa más descabellada? Felizmente que pasó por aquí también el doctor Hualañé.

—¿Y qué dijo?

—¡Oh! El doctor Hualañé es un hombre inteligente. ¿Qué se le aconseja a una persona que está cansada? Pues... ¡que descansa! Y mejor si descansa fumando un buen cigarrillo. ¡Fíjate, Ono, el paquete que me ha regalado! Rubios y suaves. ¡Son riquísimos, son deliciosos! ¿Quieres uno? ¡Pruébalos, Ono, pruébalos!

—No, muchas gracias, Teodosia; yo fumo negros y fuertes.

—Fuma entonces.

—Y usted también.

Prendimos nuestros cigarrillos y nos dispusimos a charlar con tranquilidad.

—Estos viajes a los astros son algo cansadores —me dijo—. Pero son tan interesantes. Ahora es cuestión de un par de días en cama y otra vez estaré bien.

—¿Qué astros visitó usted, Teodosia?

Reflexionó un rato para luego decirme:

—¡Oh, qué viaje ha sido éste, mi queridísimo Ono! ¡Qué viaje! Salí de esta Tierra lentamente y me elevé. Me elevé mucho, mucho. Iba con bastante tranquilidad cuando empecé a sentir una verdadera lluvia en torno mío. Digo lluvia para que puedas tú entenderme pero ¡qué iba a ser agua la que caía! ¡No, no! ¿Sabes tú qué era?

—A esas alturas... Veamos... No, no lo sé.

—Eran los rayos cósmicos que me atravesaban.

—¡Osorno, amiga Teodosia, osorno! Y dice usted que ellos la atravesaban, ¿no es así?

—Sí, Ono, ni más ni menos. Al principio calmadamente pero luego arreciaron. Al principio era una simple ventolina; luego fue borrascoso; al final fue un verdadero huracán. ¿Qué otras palabras quieres que emplee? Empleo las del viento porque..., porque... Tú me comprenderás, Ono, aunque flaquee un poco mi vocabulario.

—Sí, Teodosia, la entiendo a usted perfectamente.

—Entonces, si me entiendes tan bien, no te será difícil darte cuenta de la pasión que me invade.

—¿Qué pasión?

—Ono; ¡saber dónde se vive!

—Claro está, como yo sé que vivo aquí en San Agustín de Tango.

—Claro está, como que conoces las calles y las avenidas y las plazas y el río Santa Bárbara y los parques y el Zoo y...

—Y los bajos fondos, Teodosia, no lo olvide usted.

—En el mundo que yo visito no hay bajos fondos. A no ser que consideres como tales a esos rayos cósmicos que..., que, son acaso, peores que lo que aquí llaman bajos fondos.

—¿Es posible, Teodosia?

—¡Ya lo creo! Fíjate lo que es atravesar a una persona, atravesarla de lado a lado, por arriba, por el rededor, por todas partes. Llegó un momento en que creí que me iba a desintegrar y a convertirme, a mi vez, en una lluvia cósmica. Felizmente que la experiencia ya tenida me dio coraje.

—¿Había sido usted atravesada ya por esos malditos rayos cósmicos?

—¡Por cierto, Ono, por cierto! Cada vez que me voy me atacan. Pero luego... ¡oh!, luego soy atraída por esas grandezas que no me canso de contemplar. Y además..., además...

—Además, ¿qué?

—Además..., en esos malos momentos, me acuerdo de ti.

—Tantas gracias, Teodosia.

—No, no, no me lo agradezcas. Porque pienso en ti para..., para perforarte.

-¡Santo Dios! Se comporta usted mal conmigo.

-¿Por qué? Si te desintegraras podrías no vivir aquí, en este San Agustín de Tango. Podrías ¡viajar! Y entonces, sí, podríamos hablar con conocimientos de causas. Porque, no me lo niegues, Ono, que todo lo que te cuento te ha de sonar un poco como pura fantasía mía; ¿no es verdad?

-No, mi gran amiga, no. Creo absolutamente en sus viajes y en las inenarrables cosas que usted ha de ver.

-Crearás en ellas... tal vez. Pero no puedes imaginarlas como se debe, no las puedes hacer revivir en tu mente. Esto no lo puedes. Yo, en cambio... ¡Uuuu, mi buen Ono! Conozco esas estrellas mejor que tú estas calles. Sirio y su compañero opaco, Canopus y Antares, Pólux y Alamak, Denébola y Mizar y la nebulosa, la gran nebulosa de Andrómeda y las Pléyades y Deneb... ¡Todas! Si esta palabra pudiera emplearse... ¿Me entiendes?

-¡Por supuesto, Teodosia! Sé que las estrellas son infinitas.

-Son, Ono, son, son...

Me miró y luego se echo a reír con franca carcajada mientras me decía:

-Son más numerosas que las calles de San Agustín de Tango, aun con sus alrededores...

Reímos ambos.

-Pero óyeme, Ono, óyeme muy bien: yo me sentía verdaderamente empapada mientras me alejaba de aquí de la Tierra. ¡Oh, qué lluvia, qué tempestad se me venía encima! ¡Era una verdadera granizada! Porque has de saber, Ono, que la intensidad de estos rayos, a la altura en que me encontraba yo, es algo formidable. Ya no se debilitan con nuestra atmósfera. ¡Son rayos terribles, terribles! Han dicho por ahí que su intensidad es unas 200 ó 300 veces mayor que al nivel del mar. No, no; aquí donde me hallaba yo sería, sería... ¿Qué sé yo de números? Pero me imagino que unas 20.000 o tal vez unas 30.000 veces mayor que al nivel del mar. Y esta granizada cayéndome desde inimaginables distancias, desde más allá, desde mucho más allá de los confines de la Vía Láctea.

-Pero, Teodosia, ¿cómo la sabe usted?

-Por lo que oigo decir, por lo que oigo por aquí y por allí. El otro día cayó en mis manos un pequeño libro, de un señor que se llama Pascual Jordan. El libro se intitula *La física del siglo xx*. No lo leí, por cierto. Tú sabes cuán perezosa soy para leer. Pero lo abrí y lo hojeé y, de pronto, me detuve en una frase, ¡qué!, en todo un párrafo que leí varias veces y que luego copié. Allí en la mesa está la copia. Vela, Ono, y léela.

Me dirigí a la mesa y tomé el papel en que Teodosia había copiado lo siguiente sobre los rayos cósmicos:

De momento, nos resulta absolutamente incomprensible en gracia a qué procesos se comunican tales energías a estas partículas. Por eso ha llamado mucho la atención recientemente una muy sorprendente respuesta a la cuestión de la procedencia de estos rayos; respuesta que, todavía, es puramente hipotética y, acaso, también incorrecta, pero que representa, de todos modos, una posibilidad que hay que tomar muy en cuenta. Según ella, el origen de estos rayos que atraviesan los espacios cósmicos no habría que buscarlo en procesos que están teniendo lugar en la actualidad, sino que esos rayos serían un resto, que va disminuyendo poco a poco, de las radiaciones muy ricas de energía que se formaron en las explosiones primeras, remotísimas, de las que, según parece, habría surgido el universo entero.

—¿Ves tú, mi buen Ono, en lo que pensaba yo mientras, allá, me balanceaba, allá muy arriba?

—Sí, ya lo veo.

—Pero créeme que no es un buen sitio para pensar en estas cosas cuando una se halla así balanceada por los ámbitos; menos aún para tratar de indagar algo. Esto lo vi claramente, claramente. Entonces tomé una resolución que, para decir verdad, no me llevó a nada pues me distraje con otro hecho.

—¿Cómo así, Teodosia, qué hecho?

—Óyeme bien, Ono. Necesitaba calma y un poco de estabilidad; ¿no es cierto?

—Es cierto y mil veces cierto.

—En medio de los ámbitos no tenía ni calma ni menos estabilidad. Tenía que ir a alguna parte. ¿La Tierra?, me dirás tú, ¡Oh, no! Aquí no se indaga nada, pero nada, Ono. Miré, recapitulé mucho, mucho, un largo rato hasta que, al fin, escogí.

—¿Y qué escogió usted?

Me miró fijamente y, al fin, exclamó:

—¡Júpiter!

—¡Oh! ¡Nuestro vecino! ¡Un planeta! ¿No temía usted que la cercanía de la Tierra le impidiera entregarse a sus indagaciones?

—¡Ay, Ono, ay, ay! ¡Qué terreno eres aún para pensar! La cercanía...; la lejanía... Todo lo mides según tu tamaño. ¿Por qué eres así, mi buen amigo?

—No, Teodosia, no. Júpiter está a unos 770 a 780 millones de kilómetros del Sol; la Tierra está, más o menos, a unos 150 millones de kilómetros. Es decir que la distancia que nos separa del planeta adonde usted fue es de unos..., de unos 620 ó 625 millones de kilómetros. ¿Y qué es eso? Cuando se piensa que Alfa del Centauro, la más próxima de las estrellas, está a 4 años de luz...; y que las Pléyades tardan como 3 siglos en enviarnos su luz...; y que...

—¡Cállate, Ono, por favor! ¡Todo has de verlo según tu porte! ¡Eres el verdadero y único standard para medir! Que si fueras del tamaño de una pulga o de un microbio... ¡Uuuh! Y si fueras más, mucho más grande que un elefante...; más grande que un plesiosauro, más grande que un antediluviano... ¡Uuuh! ¡Revolucionarías todas las tablas de medidas que existen! Pero dime, Ono, dime, por favor: ¿no te das cuenta de que, una vez que se ha salido de esta atmósfera, se acaban las medidas que se hacen dentro de esta atmósfera? ¿No lo ves, Ono, Onito mío?

—Tal vez así sea, si usted lo dice.

—Pero te decía que me fui a Júpiter. Es algo aburrido Júpiter. No, no me gustó. Miré para un lado y para otro lado. Aburrido, muy aburrido con su eje sin inclinación alguna, con sus días y noches iguales..., y su consistencia tan, tan blanda... Hasta que, de pronto, vi a Ganimeda. ¿Sabes tú qué es Ganimeda?

—Claro está; es un satélite de Júpiter.

—Eso es, Ono, esó es. Un satélite. A él me fui a meditar y a indagar sobre los rayos cósmicos. Allí estaba cuando..., cuando, mi buen amigo...

—Cuando, ¿qué?

—Cuando oí que me decían: “¡Salud y ventura, dignísima señorita Huelén!”. Contesté *sin preocuparme mayormente y antes de mirar y dije*: “Salud, caballero”. Luego me volví y vi la tan elegante a la par que rebuscada silueta de nuestro conocido y afable Palemón de Costamota.

-¡Pero ese Palemón de Costamota es el diablo, Teodosia, es el diablo...!

-¿Y qué, Onito, y qué? Él es uno de los tantos diablos que hay en la Tierra, de los tantos que existen. ¿Por qué lo llamas *el* diablo? Y aunque fuera el único y el más terrible, ¿no encuentras tú que es muy agradable conocer a quien viaja así como yo? ¡Piensa un poco, piensa que nos encontramos en Ganímeda! ¡En un satélite del gran Júpiter! ¡Es un gran satélite, casi del tamaño de Marte, de nuestro vecino..., déjame llamarlo "vecinito"! Y en él, Palemón de Costamota... ¡Fue un gran momento en mi vida!

-Sí, es verdad. Agradable...; compañía, al fin y al cabo...; conversaciones sobre los puntos que se conocen... Sí, tiene que ser agradable.

(Naturalmente que me guardé de mencionarle mis anteriores andanzas con él, nuestra ida a Lima y nuestra borrascosa cita con la Santa y demás).

Teodosia prosiguió:

-Pues bien, Ono, Palemón de pronto me preguntó: "¿Qué hacéis aquí en Ganímeda?". Le respondí: "Pienso; mejor dicho me dispongo a pensar y a descifrar enigmas. Hay tanto que aun ignoramos". Me miró con altivez y, diría yo, me ordenó: "Señorita Huelén, os aconsejo que descifréis vuestros enigmas lejos de aquí; que los descifréis en otro sitio. ¿Queréis un ejemplo de sitio adecuado? Será un gran placer para este humilde servidor daros ese ejemplo: Titán. ¿Me comprendéis? Titán, uno de los ocho satélites del anillado y siempre bello Saturno. Allí estaréis a vuestras anchas".

-Y usted, Teodosia, ¿siguió el consejo?

-Le pregunté varias veces si era ese Titán un sitio adecuado para entregarse a meditaciones y si acaso no creía que había yo viajado lo suficiente. Me respondió: -Sois infatigable para estos viajes siderales; en Titán encontraréis lo que debéis encontrar. Cuanto a mí, regreso a aquel puntillo que se me ha encomendado. Debo ir a él y en él cambiarme de indumentaria". Pues te diré, Ono mío, que vestía, en aquel momento diablamamente endiablado, como en una ópera, ¿sabes?, y, parece, que a él no le agradaba esa vestimenta.

-Creo -le dije- que prefiere el chaqué, los pantalones de fantasía y la chistera.

-Al menos las prefiere para presentarse a nosotros. El hecho es que se ofreció a acompañarme o a dejarme encaminada hacia Titán. Volamos juntos, volamos y volamos.

-Magnífico de verdad, ¡magnífico! Aunque la compañía...

-¡Calla, Ono, calla! ¡Siempre tú con tus ideas de aquí de la Tierra! Allá es diferente, mi buen amigo, diferente. Todo cambia, ¿sabes? ¡Todo, todo! ¿Quieres un ejemplo? Te lo daré: nuestros ensueños. Te juro que ellos cambian.

-Entonces no son ensueños. Han de ser, acaso, realidades o...

-Pero, ¿no te he dicho que calles?

-Sí, es verdad; le pido a usted perdón.

-Nuestros ensueños son allá, son, sobre todo, más lejos que Júpiter y que Saturno; son, en las estrellas, son... coordinados. ¿Me entiendes? Co-or-di-na-dos. Nada tienen del mariposeo que los distinguen aquí en la Tierra, nada, nada. Se parte en uno de ellos y con él se va y se sigue hasta hacerlo vivo, vivo. Uno pasa a ser, entonces, como su..., como su... ¿Te parecen bien las palabras de "administrador" o de "gerente"?

-Muy bien, Teodosia, muy bien! ¿Y cómo logran ustedes o cómo se logra llegar a esta vivacidad de los ensueños?

-No lo sé, Ono, no lo sé. Pero es allá lo natural, lo lógico, es lo que está de acuerdo con los ensueños. Ahora que me has preguntado... Sí, tiene que influir; sin duda tiene que influir...

-¿Influir? ¿Qué cosa?

-¡Es claro, Onito lindo, es claro como lo que hay de claro en este mundo! Allá no hay lucha por el dinero, no, no la hay.

Creí necesario -aunque no lo piense- intervenir con decisión y, simulando un enojo, grité:

-¡Teodosia! ¡La lucha por el dinero es el eje y es el motor de nuestras vidas!

Teodosia arrancó en una tan estrepitosa carcajada que, al verla, quedé lelo.

-Así es que crees tú... -me dijo entre sus risas-, crees tú..., crees tú... -Y volvió a lanzar su carcajada-. ¡No, Onito precioso, no y no! Los dos vivimos aquí en San Agustín de Tango pero tú eres hijo o vienes o perteneces... -hizo un gesto vago-; en cambio yo, yo... Pero no me interrumpas más y déjame seguir con esta narración; ¿quieres?

-Sí, sí, Teodosia, le prometo a usted no interrumpirla más y dejarla seguir su narración.

-¿Te interesa ella?

-Por cierto, en alto grado.

-Bueno, te decía, entonces, que con mis ensueños vívidos pude llegar a Titán. ¿Se podrá decir "aterrizar"? En fin, tú comprendes, ¿no es verdad? ¡Titán! ¡Hermoso, hermosísimo satélite! Te dije que es grande como Marte pero es mil, es millones de veces más hermoso y más... profundo. Es el hijo predilecto de Saturno. Y Saturno, tú lo sabes, es algo superior, ¿oyes? Como que es un centro, diría, de artes y ciencias y de religiones esotéricas. Pero a ti poco, muy poco te importa todo eso...

-¡Oh, no, Teodosia! Me importa mucho, muchísimo, créamelo, sí, créamelo usted.

-Lo que hice, entonces, fue lo que tú, Ono, habrías hecho, ni más ni menos.

-¿Y qué habría hecho yo?

-Mirar hacia la Tierra.

-Es decir, Teodosia...

-Mirar hacia la Tierra. ¿Me oyes? Mirar hacia ese puntito invisible, buscarlo y no verlo. Pero no olvides que Palemón estaba conmigo y que Palemón es el ser de los mil recursos. Parece que me adivinó pues, acto continuo, me alargó un pequeño telescopio y me decía: "Así, dignísima Huelén, podréis encontrar lo que buscáis". Miré por ese telescopio y ¡la encontré! ¡La Tierra, allá, allá lejos, lejos! Y una idea me cruzó por aquí, por la mente.

-¿Qué idea, Teodosia?

-Me pregunté: ¿Dónde, dónde estabas Tierra en los tiempos de Newton y en los tiempos de Galileo y en los tiempos de Ptolomeo...? ¿Dónde? El infinito... ¡Piensa, Onito lindo! Y en este infinito todo se mueve y se mueve. Te prometo que juré preguntárselo al astrónomo que es Jovino Panquehue. Pero después pensé: ¿Qué podría contestarme Jovino? ¿Y cómo lo haría? ¿Cómo? En eso estaba, imaginando cómo lo haría, cuando vi junto a mí y al lado de Palemón a un ser magnífico, soberbio, ¡oh, sí!, francamente soberbio, que, por lo demás, tú conoces, mi buen Ono.

-¿Yo?

-Sí, tú.

-¿Qué ser magnífico, soberbio?

-¡Saturnino!

-¡Oh, oh, mi buena amiga, oh, oh! ¿Eso llama usted un ser magnífico y soberbio? ¡Pero Teodosia, por favor! ¡Pierde usted todo sentido estético! Un ser con un ojo mandibular y con...

—¡Calla, otra vez te lo digo, calla! O no te cuento nada más de mi viaje.

—No, no; seré el silencio mismo, Teodosia, seré una roca, sí, una roca y... ¡ya lo soy!

Fruncí mi boca y quedé completamente inmóvil. Ella sonrió al verme. Luego me dijo recalcando cada sílaba:

—Saturnino es, sencillamente, un ser admirable; lo digo por su aspecto físico; por su aspecto físico.

Me miró largamente con los ojos fijos. Luego prosiguió:

—Sé muy bien cómo lo ves tú y cómo lo vio Teodoro Yumbel, lo sé, cuando lo encontró allá en Venus, con Sandro Botticelli; y sé también cómo, a lo mejor, lo vio el capitán Angol, en su avión. Lo sé, ¿me oyes?, lo sé. Porque sé cómo ven ustedes ¡terráqueos! Sí, mi Ono, apenas se les pone en contacto con algo que esté un metro más allá de esta atmósfera, empiezan a ver monstruosidades. Pero yo salí ya de esas monstruosidades y veo como se ha de ver. Por eso te repito que en esta Tierra no hay un solo galán que le llegue al tobillo.

Hice un signo afirmativo.

—¡Qué belleza es Saturnino! ¡Qué gracia en sus proporciones! ¡Con razón es de Saturno, con razón!

Hice un nuevo gesto afirmativo.

—Saturnino me dijo que podía hacerme revelaciones inauditas, Ono mío, ¡inauditas! Y sin más hizo un ruido, o yo lo llamo ruido, hizo un acorde, mejor dicho, sí, eso es, un acorde y, a él, desde Saturno, ¿oyes, Onito?, desde Saturno, donde ese acorde fue oído, bajaron una serie de..., de... ¿Cómo llamarlos? En fin, diré para que tú me entiendas, de "saturnianos". Bajaron y, todos ellos, contemplaron a Palemón de Costamota. Lo contemplaron con un signo de interrogación, eso es, de interrogación. Hasta que Palemón, siempre tan correcto, hizo una enorme venia y dijo con voz respetuosa: "Os comprendo, ¡oh, saturnianos! Sé que mi jurisdicción no alcanza ésta vuestra bellísima morada. Así es que me marchó. ¡Adiós! Quiero decir con mayor pulcritud: ¡Asatán!" Y desapareció, desapareció.

Teodosia quedó un rato en suspenso. Luego me dijo con plena y firme convicción:

—Desapareció y yo me alegré...

—Comprendo. El diablo es, después de todo, una compañía...

—¡Calla, Onito! Otra vez tengo que decírtelo. ¿Su compañía? ¡Qué puede importarme a mí! Me alegré porque Palemón es demasiado terreno, es demasiado de aquí. Y yo, tú comprenderás, quería con todas mis fuerzas, no estar aquí. Así es que me volví hacia el tan bello e inmaculado Saturnino.

—Sí, sí, el tan bello...

—Que lo es no sólo en su persona ni en los demás saturnianos; lo es también en sus posesiones. ¡Oh, si vieras, si pudieras ver qué mansión tiene allí en Titán! Me condujo a ella. ¿Para qué te la voy a describir? ¡No, no, no! No la entenderías, Onito mío. Porque he traducido con el término "hermoso" o "soberbio" —no recuerdo bien qué término empleé— y tú, entonces lo referirías a una mansión terrena, a la mejor de todas y luego multiplicarías sus bellezas por 100 o por 1.000. Y no es eso, no, no. ¡Es otra cosa, otra cosa, Ono mío!

—Comprendo, Teodosia, comprendo; es otra cosa.

—Bueno, llegamos a esa otra cosa. Entramos. Te he de decir así: "entramos". Bueno, el caso es que, de pronto, nos encontramos con la cosa alrededor nuestro. Nos sentamos;

manera de decir, tú me comprenderás. En fin, Ono, estábamos bien. ¿Entiendes lo que es esto de "bien"? Estábamos fuera del tiempo.

—¡Calbuco! ¡Qué interesante! ¿Y qué se siente al encontrarse así fuera del tiempo?

—Se siente el futuro como presente.

—¿El futuro como...?

—Sí, mi buen Ono, el futuro ya realizado, si prefieres que me explique así. ¿Te doy un ejemplo?

—Bien, deme usted un ejemplo.

—Tú tienes un proyecto en tu vida. Piensa en cualquiera que hayas tenido. Figúrate ahora tu pasado como una línea recta; ¿me sigues? Este proyecto tuyo lo realizas. Entonces haces una pequeñita raya al extremo de la que representa ese pasado tuyo, una rayita en otra dirección. Y quedas ¡tan contento! Porque crees haber hecho un esquema total de tu vida; ¿no es cierto? Pero no esa sí, mi querido Ono, ¡oh, no es así! Yo te explicaré cómo Saturnino me lo explicó a mí; ¿quieres?

—Por cierto, Teodosia, ¡adelante!

—Bien; tienes, entonces, la raya de tu vida y la rayita de tu proyecto que se realiza. ¡Ono, Ono! Por cada proyecto debes hacer dos o tres o cuatro o diez o cien rayitas más...

—Nunca he tenido tal número de proyectos, mi querida Teodosia, nunca he hecho más de...

—¡Calla! O mil rayitas más. ¡Sí, amigo, sí! Así es la cosa. Que tú no las veas estas rayitas, que te pasen totalmente inadvertidas, ¡es otro asunto, otro! Pero las rayitas han sido hechas y... y...

—¿Y?

—¡Se realizan, Ono, se realizan!

—¿Es posible, Teodosia?

—Sí, y sí. Saturnino me lo dijo y me lo hizo ver. Porque me lo mostró y lo vi. Vi mis proyectos, mis anhelos —por vagos que ellos fueran— como se realizaban en las estrellas. Ahora que tú en tu calidad de terráqueo tienes que escoger una, una sola rayita, mientras ves que las demás se pierden, se evaporan y se deshacen en la nada. ¡No es así, mi buen Onito! Porque nada se pierde ni se evapora ni se deshace en la nada. Todo se realiza. Tú eres un simple..., un simple..., un simple colaborador de esa fuerza que proyecta. Te tocó realizar uno de esos miles que han surgido, uno solo. ¡Y no has visto la inmensidad que se exhibe por el infinito! ¡Pobre, pobrecito, mi buen Ono!

—Pero, Teodosia, ¿cómo es posible que ocurra una cosa así? No, no, ello es imposible.

—¡Qué va a ser imposible, amigo mío! ¡Si así vivimos todos! Pero ustedes los terráqueos disminuyen de tal modo su memoria, disminuyen su capacidad de concentración y de ver el total. Sí, disminuyen todo para poder sumergirse en una sola cosa y realizarla. Y olvidan, sí, olvidan. Porque luego no se acuerdan de nada. ¡Son muy frívolos ustedes los terráqueos! O mejor dicho, los ponen, sí, eso es, los ponen en ese estado de frivolidad.

—¿Nos ponen? ¿Quiénes?

—Ustedes mismos, Ono. Parece que el destino que debiéramos tener aquí en la Tierra fuera frivolizarnos de más en más. Pero, Onito lindo, ¡fíjate, nada más, en los honores!

—¿Qué honores, Teodosia? La verdad es que la comprendo a usted cada vez menos.

—Los honores con que se colman los unos a los otros, los honores por cualquier cosa, cualquier cosita por infima que sea. Es lo que también me explicó Saturnino; me lo explicó

con lujo de detalles. Que uno de ustedes haya hecho apenas un comienzo de obra, que haya hecho los primeros ensayos... Entonces... ¡Déjame reírme, Ono! ¿Quieres?

—Ríase usted todo lo que quiera pero después...

—Sí, después... ¿Qué hacen los demás? ¡Academias de ciencias o de artes! ¡Miembros honorarios de la Facultad tal o cual! ¡Y te otorgan diplomas por tus méritos! ¡Y la prensa habla y habla y habla...! No, no me lo niegues que es así. ¡Se emborrachan ustedes los unos a los otros! Pero dime, Onito, ¿no les basta el alcohol para emborracharse?

Por decir algo le contesté:

—Tal vez el alcohol no sea suficiente salvo en el caso, que seguramente usted conoce, de Romualdo Malvilla.

—¡Cierto! ¡Qué bien has hecho en recordármelo! Malvilla se emborracha todas las noches, ¿no es verdad?

—Sí, Teodosia, todas las noches.

—Y le gustan, según creo, las mujeres de tacones altos, ¿no es verdad?

—Sí, Teodosia, le gustan las mujeres de tacones altos.

—¡Ono, Ono, Ono! ¿Por qué me mientes? ¿No es a ti a quien le gustan esas mujeres?

—Bueno, Teodosia, aquella noche yo había bebido demasiado y, entonces, una mujer que pasó por allí...

—No me lo cuentes, Ono, no me lo cuentes que lo sé tan bien o mejor que tú. A ti deberían, aquella noche, haberte nombrado miembro de la Academia de los Altos Tacones, deberían haberte regalado un diploma y haberte tocado el himno nacional.

—Usted se mofa de mí, Teodosia.

—No, no me mofa ni cosa que se le parezca. Al haberte colmado de honores aquella noche, habrían procedido muy bien. ¿Por qué? Porque te habrían incrustado más a fondo entre la gente de aquí abajo. ¡Sí, mi Ono precioso! Para eso son esos honores: para incrustar e incrustar entre..., entre..., ¡entre mármoles! a los que han manifestado una pequeña posibilidad de huir de aquí y, sobre todo, de ¡salir! ¡Así se les tiene bien a mano! Ahora..., ¡cuidado con el diploma, cuidado con ensuciarlo! Hay que vigilarlo con gran esmero, que no vaya, por ningún motivo, a apermaginarse. Hay que cuidarlo como se cuida a un niño chico...

Riendo le dije:

—Usted delira, mi buena Teodosia.

—¿Deliro? —me preguntó con ojos llenos de malicia—. ¿Lo crees tú? Pues te diré, Ono, que es un delirio que deberías compartirlo con Saturnino, compartirlo así: Saturnino-Teodosia, Teodosia-Saturnino, Saturnino-Teodosia. Y mientras lo compartes... ¡oh, mirar por aquellos inmensos a la par que diminutos ventanales de esa que llamé mansión, allá en Titán!

—Miraré por esta ventana, ¿qué le parece a usted? No veo, por cierto, un panorama de Titán ni me alumbra la luz de Saturno; veo tan sólo la calle del Oratorio y algunos transeúntes que pasan.

—Sí, mi Ono, pasan sin ir a ninguna parte. ¡Pobre gente! Yo, en cambio, yo...

—¿Usted?

—También paso, también pasé pero en proporciones universales. Pasé en compañía de Saturnino. Junto pasamos por el universo, una pequeña vuelta. Porque te diré, Onito, que mi viaje no ha terminado aún. Si hubiera terminado en esta escapada hasta Saturno,

claro es que ahora no estaría en cama reposándome y meditando. ¡Viajé mucho más, mucho más!

—Cuéntemelo todo, Teodosia, cuéntemelo!

—Ono, fuimos juntos, Saturnino y yo, a los Islotes y a los Racimos. Fuimos a los Islotes del Universo y fuimos a los Racimos de estrellas. ¡Qué lindo fue! El solo hecho de mirar por ese que he llamado ventanal, abrió en mí el deseo de ir, de ir, de ir cada vez más lejos.

—Y usted fue cada vez más lejos.

—Sí, fui, fuimos Saturnino y yo. Pasamos como una flecha junto a los demás planetas. ¡Como una flecha! Tengo que hablar en tu idioma para que me comprendas. Claro está que habría podido decirte "como una bala". En fin, entiéndeme, Ono, y déjame seguir. Un racimo...; modo de llamarlos... Un racimo... Estoy segura de que tú estás pensando en lo que esa palabra te ha de evocar: en un gran racimo de uvas... ¿No es verdad, Onito?

—No, no. Estoy, con usted, en pleno cielo. Aunque en tan poco tiempo y tratándose de años de luz de distancias, no comprendo muy bien...

—¡Oh, dale y dale con tus teorías científicas...! ¿No te he dicho ya que, apenas se sale de la atmósfera...?

—Sí, sí, me lo ha dicho usted. Me desdigo, Teodosia, créame, me desdigo.

—Pasamos por las nebulosas de gas. Íbamos tomados del brazo. Pasamos. Llegamos a un racimo, no de uvas, Ono, no y no. Llegamos a un racimo de estrellas en que se apretujaban no menos de unos 100.000 soles. ¿Te das cuenta? Porque te aseguro que el más chiquitín era mucho, pero mucho más voluminoso que el Sol de aquí. Mi compañero, es decir Saturnino, quiso quedarse allí pero yo le dije: "¡Adelante, adelante, sigamos, por favor!". Él sonrió y aceptó mis deseos así es que seguimos. Pasamos por un nuevo vacío y llegamos a un Islote de Universo. Déjame medirlo según tus medidas: deben ser, calculo yo, unos..., unos 800.000 años de luz; y este Islote está compuesto de unos 3.500 millones de soles, más o menos. ¡Una bicoca y una bicoca, nada más! ¿No es verdad?

—Por cierto, una bicoca y nada más.

—No, Ono, no y no. Aquello no es una bicoca, es, por el contrario, algo serio, seriesísimo. Si acaso no voy en compañía de ese grandioso Saturnino, si él no me hubiese guiado a todo momento, tal vez no me habrías vuelto a ver.

—Soy, entonces, todo agradecimientos a Saturnino.

—Calla, Ono, y déjame, por fin, decirte, lo que verdaderamente fue algo interesante, algo cautivador. Ahora me habría gustado tenerte junto a mí para ver... la cara que habrías puesto.

—La cara... Dígame, mejor será, qué era aquel inmenso Islote a aquella distancia y con tal número de soles.

—Era: ¡Andrómeda, Onito, Andrómeda! ¿Qué te parece?

—Andrómeda... Es, según entiendo, una nebulosa como las demás; tal vez eso... ¿algo mayor o algo más luminosa?

—Es por la distancia por la que te hablo; es por el número de soles que la componen. ¿No te das cuenta lo que son 800.000 años de luz?

—¡Oh, son distancias que me sobrepasan! No puedo ni siquiera concebirlas, son distancias inenunciables para mí. Son, en verdad, distancias...

—... que tu mente, educada como está, no te da permiso para que las formule. Pero óyeme, Onito lindo, ¿tardas tú mucho más en pensar en tu dedo meñique que en pensar en el Sol? ¿Tardas mucho más en pensar en tu nariz que en esta Andrómeda? No, no;

tardas lo mismo, lo mismo. Porque... ¡siempre, siempre, Ono, estás pensando en ti mismo! ¿Me entiendes? ¡En ti mismo! Ahora que...

—Ahora..., ¿qué cosa, Teodosia mía?

—Que tú tienes un cuerpo tan sumamente arraigado a ti mismo. Y por eso es que te cuesta tanto moverlo, tanto, tanto. Tienes que contentarte con... ¡soñar!

—¿Yo? Créame usted, Teodosia, pero créame que...

—Ya sé, de antemano, lo que me vas a alegar. ¡Es casi imposible conversar contigo, mi buen Ono! ¿Para qué te voy a hablar de esa belleza, de esa superbelleza, que es Andrómeda? El caso es que volví de allá, siempre con Saturnino, por cierto. Volvimos. Lo dejé en Saturno mismo. Y... nos separamos. Entonces bajé a la Tierra, bajé a San Agustín de Tango. Me sentía algo fatigada y me eché a la cama. Pero antes, antes de llegar aquí a la calle del Oratorio, caminé un poco por las calles, caminé la distancia que hay desde el Zoo hasta aquí. Porque te diré, Ono, que aterricé en el Zoo; cuestión de ver un paquidermo cualquiera y de ver un picaflor. Bueno, te decía que caminé hasta aquí, mi casa. Caminaba pensando y pensando y llegué a la conclusión de que este viaje mío es algo tan inmenso, tan inmenso, que llega a la imaginación de un niño.

—¡Por cierto, Teodosia, por cierto!

—Así pensaba cuando vi a una niñita, a una niñita de unos seis a siete años, que venía en sentido contrario al mío, con un señor. Venían ambos tomados de la mano y, al pasar a mi lado, la niñita le sonrió al señor, sí, le sonrió, tal vez por algún cuento que contaba el señor. Sonrió la niñita pero tan vagamente, con una sonrisita tan pequeñita que, cuando la volví a mirar, cuando la miré con fijeza..., ya no estaba, ya se había ido, ya no era...

Quedamos en silencio. Ella, acaso, dando vueltas por las constelaciones y por la niñita que había visto; yo, pensando que ya era la hora de retirarme y de volver a mi casa en Fray Tomate. Así es que me despedí y salí.

159

Salí contento de casa de Teodosia. Caminé de prisa. ¿Fue ella quien me alegró? ¿O fueron las andanzas de Saturnino con ella al lado? ¿O Titán; o Andrómeda? No, no; todo ello había sido una loción sobre mi contento. Estaba alegre al llegar a su casa, muy alegre. La causa era, simplemente, una simplificación de mi trabajo. Había empezado a escribir con la intención de hacer la biografía —“en vida”— de Lorenzo Angol y de ahí me había bifurcado y bifurcado por mil senderos diferentes. Ahora se balanceaba sobre mí la idea de volver a mi primer intento: esa biografía y nada más. Vi, con sorpresa, que este trabajo había ya echado sus cimientos dentro de mí. Tenía, sin darme clara cuenta, todo un plan.

¡Qué cosa sencilla es un plan cuando se tiene hecho! El mío consistía en reducir, en podar mi trabajo. Me hallaba ahora muy lejos de primera intención, de la biografía de Lorenzo; porque luego me había dado cuenta de que un hombre no vive solo; entonces hablé de sus amigos; luego me di cuenta de que estos amigos, como hombres que son, tampoco vivían solos; entonces hablé de los amigos de estos amigos; luego me di cuenta de que... En fin, mi biografía iba ya en camino de abarcar la Tierra con sus miles de millones de habitantes.

¿Qué remedio había para esto? Uno solo: ¡cortar y cortar!

Entonces saqué de dentro de mi cabeza el dibujo sintético que había hecho:

Al centro, rodeada de un círculo, una letra U, que quería decir "Umbral"; de ella partía una flecha hacia arriba que tenía al final las letras L.A., es decir, Lorenzo Angol; luego la había rodeado de flechas con sus respectivas letras: F.N. (Florencio Naltagua); R. de L. (Rubén de Loa); T.H. (Teodosia Huelén); I.P. (Irineo Pidincó); luego, entre estas flechas, partían otras más pequeñas: P. de C. (Palemón de Costamota); A.I. (Anacleto Ibacache); T.Y. (Teodoro Yumbel); R.M. (Romualdo Malvilla). Y me dije:

—¡Así es! ¡Ahora el "U" está bien!

Pero luego empezaron a aparecer otros y otros más. Un ejemplo: don Juan Enrique Arancibia Ocampo; otro ejemplo: el bosque, el gran bosque de Guayacán con Bárulo Tarata; otro ejemplo más: el doctor Hualañé y el doctor Pitrufuquén; ¿y Fray Canuto-Que-
Todo-Lo-Sabe?; y luego...

Me dije:

—¡Alto! Seréis vosotros simples accesorios y nada más.

Entonces apreté el paso y, en vez de dirigirme a casa, me dirigí a la avenida Ave María, a casa de Marul.

Llegué y le conté mi decisión. Ella sonrió y luego me dijo:

—Has olvidado al celeberrimo de Baldomero Lonquimay.

—¡Oh, es verdad! —le respondí—. Pero ya hallaré un hueco o entrehueco donde colocarlo.

—También colocarás al diminuto de Desiderio Longotoma.

—Sí, por cierto, también tendrá su entrehueco.

Me dijo entonces:

—Y no olvides otro entrehueco para Ascanio Viluco con su sobrino Macario; y a éste ponlo con Mamerto Masatierra. ¡Y Rosendo Paine que lo tienes tan olvidado! Deberías dejarle dos entrehuecos, por lo menos. Y a don Juan Enrique no olvides ponerlo con su amigo, con don Ricardo Cortés Mandiola. ¡Y Tadeo Lagarto! ¡Y al pintor-detective Cirilo Collico! ¡Y a los hermanos Doñihue! ¿Y por qué has olvidado a don Jovino Panquehue? Y... ¡las mujeres, las mujeres! Por ejemplo doña Nora de Bizerta y Ofqui y también Jacqueline... ¿Cómo es su apellido? ¡Neuilly, eso es! ¡Oh, qué barbaridad haber olvidado a una belleza semejante! ¡Y Lumba Corintia! Bueno, claro está que ella entrará con Lorenzo Angol. Pero doña Clea Purén... ¡Ah, sí, claro, es verdad, con Baldomero Lonquimay! Y la Tomasa y Alicia Bick... Sí, entrarán con Desiderio Longotoma y con Romualdo Malvilla. Pero la sabia de Isidra Curepto; y Silésia Tobalaba; y también...

No pude más y le grité:

—¡Por piedad, Marul, por piedad! ¡Entrarán todos y todas, sin olvidar a ninguno ni a ninguna! Pero, por piedad, no me cites más gente, no me...

Me interrumpió diciéndome amablemente:

—¿Quieres, mejor, que cenemos en vez de hablar de literatura? Tengo una muy buena cena.

Le respondí, por cierto:

—Sí, sí. ¡Muy buena idea! Cenemos.

Y cenamos juntos hablando sobre..., sobre... En realidad, no recuerdo sobre qué pero, en todo caso, puedo jurarlo, no hablamos sobre literatura.

Al día siguiente bajé al 2º piso a conversar con Lorenzo Angol. ¡Que en "Umbral" salgan quienes salgan, que salgan todos o ninguno! Era necesario decírselo a Lorenzo. Toqué el timbre; Lorenzo no estaba. Bajé entonces y partí por la calle de la Inmaculada Concepción. Frente a la puerta del Cementerio Apostólico me encontré con don Irineo Pidinco. Iba con gabán y con el cuello alzado; toda su indumentaria estaba húmeda, desde su sombrero hasta el calzado. Había un sol espléndido.

—¿Dónde se ha mojado usted, don Irineo? —le pregunté—. Se diría que viene usted de un país de aguaceros.

Vaciló un instante y me dijo:

—Me ha llovido, mi señor don Onofre. Claro está que veo con toda claridad que la naturaleza nos brinda hoy con mucho sol, pero a mí..., a mí me llovió. Apenas salí de mi humilde casa me empezó a llover. Era cuestión de unos tres o cuatro metros alrededor mío, no más. En ese pequeño espacio, con el perdón de usted, llovía. Y fuera de ese espacio brillaba el sol.

Le dije convencido:

—Sería un nubarrón que coincidió con su marcha de usted, eso tiene que haber sido.

—¡Oh, no, mi señor, oh, no! Usted me permitirá pero yo me detuve; luego me apresuré; luego caminé normalmente; ¡Era inútil, mi señor! Llovía o, mejor dicho, llovíame siempre. Tanto era así que, violando mi costumbre, quise entrar en un bar cualquiera, en el que estuviera más cerca de mi persona. Llegué a él y entré. Pero fue inútil. ¡Llovió dentro del bar! Y, naturalmente, esto produjo el consecuente escándalo entre los camareros. Entonces, sin haberme servido nada, salí. Aun me llovió unos cuantos pasos hasta que esta inoportuna lluvia cesó.

Le pregunté:

—¿Es la primera vez que le llueve a usted así, de esta manera personal?

Me respondió:

—¡Oh, sí, mi señor, es la primera vez! Pero ello no me ha alarmado mayormente porque sé de dónde venía esta, digamos, rareza del tiempo.

—¿De dónde?

—Venía, mi señor, de los bosques, de las selvas, si usted me lo permite; mejor dicho venía de los..., de los...

—¡Dígalo usted, don Irineo! A mí, usted lo sabe, puede muy bien confiármelo todo.

—Pero hablar en medio del ruido de una ciudad..., no puedo, no. ¿No pasaría usted un momento a mi casa? Estamos a un paso, usted lo sabe, aquí en la calle del Pentateuco.

—Con todo gusto, don Irineo.

Y nos encaminamos a su casa.

Había silencio en casa de don Irineo Pidinco. La mujer rubia envuelta en tules blancos no tocaba el piano; el dentista, Manfredo Angachilla, no murmuraba. Paz.

—Tenga usted la bondad de tomar asiento, mi señor.

—Gracias, don Irineo.

—Yo me ausentaré, si usted lo permite, unos pequeños segundos. Mi indumentaria está tan mojada con esa lluvia que..., que me traje de las selvas o, mejor dicho, que las selvas me mandaron.

-Lo esperaré a usted, don Irineo.

-¡Oh, tantas, tantas gracias!

Y don Irineo salió a mudarse de ropa volviendo en batá a los pocos instantes.

-Le escucho a usted, don Irineo.

-¡Oh, tantas, tantas gracias! Siempre que una cosa así, tan minúscula, pudiera interesar a usted. Pero debo advertirle, mi señor, que esos seres que habitan las selvas y aun los bosques son, si usted permite, son temibles, sí, temibles. El otro día fui al bosque de Guayacán y allí, desde una pequeña altura, contemplé los bosques y las selvas que se alejan hacia la cordillera. Sentí que esas dichas selvas no querían mi contemplación pues me lo avisaron. Sentí un calofrío que me inundaba. Además oí una voz que me decía: "Te mojarás, te mojarás". Comprendí, por cierto, este mal presagio que me hacían conocer. Volví aquí a mi casa y me eché a la cama y esperé. Nada ocurrió anoche. Pero hoy, apenas salí, empezó esa lluvia a mi alrededor y siguiéndome adonde me metiera. Porque no sólo me metí en ese bar, no, no. He caminado mucho, si usted permite, hoy por la mañana. Mientras caminaba pensaba en esos seres que habitan las selvas, los seres que me hablaron y que ahora me enviaban esta tan molesta lluvia.

-¿Los seres? ¿Qué seres, don Irineo?

Me respondió:

-Se lo diré a usted si es usted tan amable de querer escucharme. En esas selvas habitan muchos, muchos ornitorincos. Seguramente los ha de conocer usted dada su gran sapienza.

-¿Ornitorincos...? En verdad he oído hablar de un mamífero de Australia llamado "ornitorrinco", con doble r.

-Sí, sí, es verdad; el de Australia se llama como usted ha tenido a bien nombrarlo, es decir, con doble r. Pero éstos de aquí son sólo con una r, con una sola. Y éstos viven en comunidad con enormes, enormes escolopendras y lampalaguas y, lo que es peor, con terribles cumbilecos.

-Debe ser aquello peligrosísimo.

-Usted lo ha dicho, mi señor Borneo, es, en verdad, muy en verdad, peligrosísimo. Porque estos seres no aman al hombre, no, no lo aman. En el bosque mismo de Guayacán sí se puede, claro está, se puede estar y se puede recorrerlo. Sobre todo si se es amigo del distinguido señor Bárulo Tarata. Sí, él defiende de los peligros que a uno pueden atacarlo. Pero si va usted más lejos, a las otras selvas, a las que llegan hasta las faldas de la cordillera..., ¡oh, mi señor Borneo, es, le repito a usted, peligrosísimo! Pero tengo que ir, sí, tengo que ir; algún día iré y penetraré en ellas. Si usted fuera tan amable de querer acompañarme...

-Deseos no me faltan. Tal vez lo acompañe a usted.

-¡Oh, tantas, tantas gracias!

-No tiene usted por qué agradecerme. Créame, don Irineo, que será un placer para mí, justamente por esos peligros que usted ha mencionado. Los ornitorincos, las escolopendras, los lampalaguas, los cumbilecos... Iremos, don Irineo, iremos.

-¡Oh, tantas, tantas gracias! Además pienso mirar mucho, por todos lados, a ver si encuentro...

-Si encuentre, ¿qué?

-Algunos sitios donde sembrar garbanzos. Sí, mi señor, los garbanzos son especiales para esta defensa, son muy eficaces, son como un, como un... pasaporte, si usted no ve

inconveniente en que me exprese de este modo. Así presentaremos este pasaporte, sí, lo presentaremos.

—¿A quién? ¿A esos seres?

—No justamente, no. Lo presentaremos en teoría, es decir, en principio, ¿me entiende usted? El hecho de los garbanzos indicará nuestra buena intención. Eso es, nuestra buena intención no sólo para con esos seres, no sólo para con ellos. Indicará nuestra muy buena intención para con la naturaleza toda, toda.

—No creo que haya necesidad de ello, don Irineo. Yo sólo tengo buenas intenciones para con ella; y usted, mi amigo, y usted...

—Sí, sí, ya lo creo, tiene usted muy buenas intenciones pero algo... Usted perdonará, sí, pero son algo superficiales, al menos a mí me parecen, es decir, oso que así me parezcan. Y creo que necesitamos salir de esta superficialidad, eso es, salir de ella, salir de ella allá en esas selvas.

—¿Cómo así? Explíquese usted con mayor precisión.

—A ello quiero ir, si no ve usted inconveniente alguno.

—¡Oh, no veo inconveniente alguno!

—Tantas, tantas gracias. Le diré a usted, entonces, y ya que tengo su beneplácito, que este planeta, sí, éste, la Tierra, no es nuestro; es de la naturaleza. Él es de los árboles y de las yerbas y de las flores; es, en resumen, del que llamamos reino vegetal. Sí, es de todo eso y en todo eso se albergan los seres de que hemos hablado, desde el ornitorinco hasta el perrito faldero, sí, eso es, hasta el perrito faldero. Nosotros, los hombres, somos en la naturaleza, es decir, en esta Tierra, unos simples intrusos.

—¡Cómo! ¡Desvaría usted don Irineo! Nosotros los hombres... ¿unos simples intrusos en ésta nuestra Tierra?

—Sí, mi señor Borneo, así es, así es. Vea usted lo que hace un niño apenas se le deja en libertad. Digo un niño porque un niño es, a mi humilde modo de ver, lo más..., lo más... En fin, usted me ha de comprender, mi señor. Un niño rompe las ramas de un árbol, rompe las hojas y arranca las flores. Un niño hace hoyos, eso es, hace hoyos. Y desviaría, si pudiera, el curso de las aguas. Porque un niño obra por puro instinto, obra por el instinto de su..., de su... especie. ¿Encuentra usted, don Onofre, que la palabra que he empleado, ésta de "especie", no es la palabra que corresponde?

—Sí, sí, está bien, sí, especie.

—Es usted de una gran comprensión, don Onofre; muchas gracias. Me dirá usted, seguramente, que si los chicos obran así, en cambio los hombres ya maduros no obran así. Yo me atrevería, yo osaría decir a usted que eso es un error. Usted se ha de basar, sin duda, en las miles y miles de obras arquitectónicas, es decir, en las ciencias y artes que dependen de la arquitectura, como ser en la jardinería y en la forestación y en el ornato de esos miles y miles de parques que vemos por doquier. Pero en este proceder hay, si usted permite, hay una..., una intención, eso es, una intención, digamos, empleando el léxico hoy en voga, una intención subconsciente. Esta intención, o esta subconciencia, traduce lo que el hombre es, lo traiciona; traduce y traiciona su calidad de intruso en esta Tierra.

—Pero, ¿por qué? Yo diría casi lo contrario, que ello es un reflejo de...

—¡Oh, no, mi señor Borneo, oh, no! Usted me va a perdonar que ose yo contradecir a usted. Pero el hombre arregla tanto la natura —a veces la llamo así, natura y suprimo el "leza"—, la arregla tanto porque, en el fondo, en esa que hemos llamado subconciencia, trata de hacerse amigo de ella y trata de hacerlo a su manera, es decir, arreglándola. Es

lastimoso pero es así. Es lastimoso como lo es toda equivocación, toda partida en falso, mi señor Borneo. ¡Lastimoso, lastimoso! ¿No lo encuentra usted?

—Sí, seguramente.

—Es más que seguro, mi señor. Es una equivocación y nada más que una equivocación porque el hombre hiere a nuestra...; perdone, señor Borneo, que la llame como ya es costumbre llamarla; hiere a nuestra madre la naturaleza. ¿Y por qué, por qué la hiere? Creo que la respuesta es sencilla: es el intruso, nada más que el intruso, que, al encontrarse de pronto en un sitio que desconoce, ataca a este sitio con los tantos pretextos que tiene todo intruso. Pero, pero yo...

—¿Usted?

—Es decir, creía que mi ser entero estaba lejos de esos que llamo adornos, sí, muy lejos, muy lejos.

—¿Y no estaba su ser tan lejos?

—No, señor Borneo, usted permitirá, pero mi ser no estaba tan lejos como yo hubiera querido que estuviera. No, no lo estaba. Pude cerciorarme de ello allá en las selvas. Le puedo decir a usted, sí, le puedo decir dónde, justamente, me cercioré: fue en la que se llama la selva de Lemoleno, usted sabe, mi señor, la que sigue de la de Guayacán para allá, para la cordillera. ¿La ve usted, la ve, mi señor? Claro está que de aquí no puede verla, claro está, pero me refiero a su potente imaginación de usted.

—Sí, la veo; sé a cuál se refiere usted, pero yo no he estado nunca en ella.

—Mejor, señor, que no haya estado nunca en ella, sí, es mejor. Si no es demasiado fastidio para usted me permitirá que le narre esta incursión que hice, hace poco, hace tres días, si usted no ve en ello inconveniente, a esa selva de Lemoleno.

—Con todo gusto, don Irineo; empiece usted.

—Pues bien, mi señor, fui a Guayacán donde estuve con el tan distinguido señor de don Bárulo Tarata y, al día siguiente, me fui solo a cobijarme bajo los frondosos árboles de la selva de Lemoleno. Yo me decía para mí, para mis adentros: "¡Qué paz, qué verdadera paz voy a sentir allí!". Luego me dije: "¡Qué paz siento, de verdad, aquí!". Respiré, sí, respiré mucho oxígeno, mi señor, abriendo los brazos. Inhalé la mayor cantidad de oxígeno que pude. Una vez que lo hube inhalado quise compenetrarme más con esa natura, quise pertenecer a ella. ¿Me entiende usted? No ser únicamente su expectador, no. Quise fundirme, si usted permite, en esos inmensos, sí, inmensos árboles. Pero, mi señor, no pude, no lo pude. Me sentí, de pronto, lejos, extremadamente lejos de cuanto me rodeaba. Me sentí, mi señor, extraño, sí, esa es la palabra, extraño allí, allí bajo esas bóvedas verdes. Le hablé a la natura, le hablé, créamelo usted. Pero ella... no contestó. Y lo que es peor es que no contestó apesar de que hablaba y hablaba todo el tiempo. Porque le diré a usted, señor Borneo, que la natura no calló un solo, ni un solo instante. Hablaban los árboles, los riachuelos, las yerbas, las piedras, los terrones, las flores silvestres, todo, todo hablaba. Y, por encima de sus palabras, hablaba además algo que yo, con mi natural insignificancia, no logré determinar qué era.

"Comprendí, de súbito, que la natura, es decir, la naturaleza, si usted permite, y yo, yo Irineo Pidenco, hablábamos diferente lenguaje, sí, mi señor, diferente idioma. Entonces grité, grité muy fuerte...; luego murmuré muy bajo, apenas...; luego lloré, mi señor, lloré...; luego, en palabras, expresé mi cólera...; luego reí y reí...; luego conversé como si estuviera con un amigo... ¡Nada, nada, mi buen señor y amigo! La natura seguía impertérrita su ininterrumpida conversación sin que el hecho de haberme entremetido le afectara en lo

más mínimo. Naturalmente, mi señor, quise dejar estampada, si oso expresarme así, ésta que yo me atrevería a llamar protesta mía. Dije, entonces, con voz calma y acentuando cada sílaba:

—“Tu natura y yo no nos entendemos y nunca nos entenderemos; ni yo ni ningún hombre logrará jamás entenderse contigo.

—Estaba usted en un momento de franco pesimismo, don Irineo. Lo comprendo muy bien ante esta diferencia de idiomas.

—Sí, mi señor, pesimismo a pesar de que, junto con proferir esta exclamación de incompreensión entre la natura y yo, es decir y si usted permite, entre la naturaleza y nosotros los hombres, me volví súbitamente pues oí una estrepitosa risa junto a mí.

—¿Y quién reía así en aquellas soledades?

—Se lo diré a usted, mi señor: un cumbileco, sí, un cumbileco.

—¿Es posible, don Irineo?

—Sí, mi señor Borneo, muy posible. Uno de esos tremebundos cumbilecos reía a carcajadas y, lo que es peor, reía de mí, de este insignificante personaje que soy. Me serené un tanto al comprender que no tenía intenciones nefandas; pero me dolía ver que era yo la causa de tan despreciativo tratamiento. ¡Reírse y reírse! Diría, si usted permite: ¡mofarse y mofarse!

—¿Y de qué, de qué se mofaba este cumbileco?

—Se mofaba de mis intenciones fracasadas. Se mofaba, digo yo, de mis intentos por conversar con la natura. Sí, sin duda se mofaba de eso porque, de pronto me dijo... Pero debo advertir a usted, mi señor, dos cosas antes de proseguir: Primera, que estos cumbilecos, como los ornitorincos, lampalaguas y escolopendras de las selvas, saben expresarse, sí, lo saben; segunda, que era de él la voz que había oído, cuando me gritaron que me mojaría. Ahora, ¿permite usted que prosiga?

—Por cierto, don Irineo, prosiga usted.

—Gracias infinita. Este cumbileco me dijo: “Te mojarás, te mojarás, Irineo, con una lluvia para ti; ya te lo he advertido”. Y, diciendo esto, trepó a un árbol; de este árbol saltó a otro; de este otro, a otro y a otro. Ya cuando estaba a gran distancia mía me gritó: “¡Intruso, hombre intruso!”. Y desapareció. Créame usted, don Onofre, que no lo he vuelto a ver.

—Triste cosa, triste cosa.

—Usted lo ha dicho, señor Borneo, triste cosa. Me agaché lo más que pude y emprendí marcha de regreso. Llegué cabizbajo a este departamento. Durante el viaje miré de soslayo las llanuras que atravesaba el tren, porque venía yo en tren, mi señor. También miré de soslayo las aguas de las termas de Tincau y luego las aguas del río Santa Bárbara. Miré de igual modo los recovecos que se formaban aquí y allá. Miré todo, don Onofre, todo. Y a todo le repetí esa frase que, con su permiso, repetiré aquí en su presencia:

—“Tu natura y yo no nos entendemos y nunca lograremos llegar a un entendimiento; ni yo ni ningún hombre podrán jamás entenderse contigo.

—Así llegué a la calle Pentateuco.

—“¡Qué tristeza me invadía, señor Borneo! Estuve a punto de llorar. Pero no, no lloré. Porque me alegré de súbito, sí, eso es, de súbito.

—¿Qué le causó tal alegría?

—Se lo diré a usted, mi señor: fue recordar, de pronto, algo que había olvidado; sí, eso fue: recordar.

-¿Y qué recordó usted?

-El cántico de las aves. Porque, de pronto, todos, todos los pájaros cantaron. ¡Oh, créame usted, don Onofre, que es muy, muy hermoso oír cantar a los pájaros!

-¡Ya lo creo!

-Pero estaba yo bajo el peso de las palabras de ese temible cumbileco. Así es que..., así es que... Usted ha de comprender, don Onofre, seguramente ha de comprender. ¿No es verdad?

-Sí, lo comprendo a usted, don Irineo, y comprendo muy bien lo que se ha de sentir después de oír y de ver saltar por las ramas a un cumbileco.

-Usted lo ha dicho, mi señor. Es algo atroz y es de tal modo atroz que ese cantar de los pájaros, que era un cantar tan hermoso, tan hermoso... ¡Oh! Eran unas notas agudas y largas...; eran acompañadas por notas roncadas y cortas... ¡Otro pájaro, por cierto! Luego vinieron unos trinos y luego, luego... Sí, mi señor, usted me ha de comprender. Pero lo que le va a costar un tanto de trabajo comprender es... ¿Cómo llamarlo? Yo lo llamaría el reverso de este cántico. Sí, eso es, el reverso. Salió este reverso de entre unas piedras, de entre un montón de piedras...

-¿Otro cumbileco o un lampalagua o un...?

-¡No, no, mi señor! Lo que de allí salió fue un alacrán.

-¡Repugnante bicho!

-Usted lo dice, mi señor, sí, es un repugnante bicho. Esto es lo que me hizo apresurar el paso y dirigirme de prisa a la estación del ferrocarril. Sí, esto fue, este alacrán.

-Pero en fin, don Irineo, pronto se distrajo usted mirando esas llanuras y esas aguas del Tincau y del Santa Bárbara.

Movió la cabeza varias veces para decirme al fin:

-No lo crea usted, don Onofre. En el tren, mientras miraba, iba pensando y pensando en nuestra calidad de intrusos aquí en la Tierra. Oía las palabras del cumbileco de Lemoleno y estas palabras me perforaban los oídos. Y lo peor es, y usted me perdonará, lo peor es que tenía razón, mucha razón ese cumbileco de Lemoleno; sí, tenía toda la razón.

-¿En qué sentido? ¿En lo de llamarnos intrusos?

-Su sapiencia lo ha dicho, mi señor, sí, justamente en eso de llamarnos intrusos. Porque vea usted, don Onofre, véalo como es su costumbre ver estas cosas, es decir, con plena frialdad. ¿Me entiende usted?

-Sí, sí, le entiendo, don Irineo. ¿Qué debo ver?

-Debe usted ver los..., los..., los inventarios.

-Pero, ¿qué inventarios?

-Los inventarios que hace la humanidad desde el día en que llegó a este planeta. Pues dígame, mi señor, ¿qué es lo primero que hace un hombre apenas entra en contacto con la natura? No me lo podrá usted negar que es hacer un inventario, inventariar, si usted prefiere, todo, todo cuanto puede. Y esto de inventariar es lo propio de todo intruso que, en lo ajeno, se encuentra con ciertos derechos. El hombre hace el inventario del reino vegetal, lo divide, lo subdivide colocándolo en el sitio que ocupa en la natura; y el reino mineral también, todo, todo entero; y el reino animal desde los mayores mamíferos hasta los insectos, los insectillos, mi señor; y no le basta pues va a los microbios, sí, eso es, a los microbios. Y este todo, este gran inventario, si usted permite, lo coloca junto al inventario que otros han hecho antes que él, sí, mi señor, otros que han inventariado, digamos, la geografía con sus océanos y mares, sus continentes y sus islas, sus montañas, sus planicies,

sus desiertos, sus selvas, sus..., sus... En fin, don Onofre, usted me comprende lo que me atrevo a decir. ¿No es verdad?

—Sí, es verdad. Pero usted no se fija en que es necesario saber qué es lo que se tiene y dónde se encuentra.

—¡Oh, no, no, mi señor! ¿No es para eso, no, no! Es para..., para... Usted me va a permitir que lo diga; es para que no le roben, sí, es para eso, para que no le roben y, además, para poder, es decir, para...

—¡Dígalo usted, dígalolo!

—Bien, lo diré; tantas y tantas gracias. Pera poder robar él a su vez si es posible, eso es, si es posible.

Me pareció algo exagerada esta opinión de don Irineo Pidenco. Aunque pensándolo bien... El cierto caso es que discutimos el asunto y no sé por qué camino se engolfó nuestra conversación que caímos a hablar de las casas encantadas. Debe haber sido a propósito de la dama de los tules y del piano; tal vez. Don Irineo me dijo:

—¡Cómo, cómo, mi señor, no voy a creer en ellas, en esas casas encantadas! Claro está que creo en ellas porque las he visto. He vivido, don Onofre, entre los duendes que las habitan, sí, eso es, entre los duendes. Ahora que debe usted, si no es demasiada arrogancia de mi parte insinuarle este consejo, debe usted ponerse al unísono con ellos. Porque los duendes no gustan, no quieren vivir con los ricos, menos aún con los millonarios, no, mi señor, no lo quieren. Y si se trata de un millonario incrédulo, ¡oh!, entonces se callan, se esconden, desaparecen. Pero apenas ven que ha llegado a una casa un hombre que los comprende, digamos, que se percata de su existencia, vuelven, mi señor, vuelven. Este hombre puede temerles: entonces lo asustan, hacen los más extraños ruidos, hasta le lanzan piedras, sí, mi señor, Piedras. Pero si el hombre en cuestión no les teme entonces conviven con él. Porque no hay que temerles, no, no. Yo me pregunto a menudo: ¿Por qué la gente se asusta con ellos? No lo entiendo, mi señor, no lo entiendo; ello me sobrepasa. Dígame, don Onofre, ¿no encuentra usted que es peor la convivencia con los demás mortales?

—Eso, don Irineo, ¡sin duda, sin duda!

—Es usted la comprensión misma, señor Borneo, la comprensión misma. Pronto verá usted, el día menos pensado, una casa encantada. Tal vez la ve usted ahora, en este momento.

—¿Se refiere usted a esta casa, aquí, en Pentateuco?

Vaciló unos instantes para decirme:

—Sí y no. Es necesario que me entienda usted muy bien aunque me parece una insinuación superflua la que acabo de hacer. Al tanto estoy, mi señor, de su vasta sapienza. Quiero decir que esta casa está... ¿Cómo explicarme? Está como las demás del mundo entero. Es decir, si usted permite, como todas las casas, como los castillos y las ermitas, las iglesias, los hospitales, las cárceles, los monasterios, las chozas, los manicomios, las casas de huéspedes, los figones, las cantinas, las casuchas, los circos, los teatros, los lupanares, los cortijos, los museos y también las grutas y las cavernas y aun los agujeros más pequeños como los más regios palacios, en fin, mi señor, todo, todo aquello que el hombre usa como de su exclusiva propiedad, todo está cuajado de duendes. Es algo... Iba a decir "atroz", pero no, no lo crea usted mi señor, no es cosa de tanto. Porque entre esos duendes hay muchas buenas hadas y ninfas y sílfides; hay geniecillos como hay gnomos en cantidad. Y muchos trasgos, sí, muchos. Pero ellos y ellas se muestran sólo a..., sí, eso es, sólo a los que poseen

una sensibilidad adecuada, como usted, don Onofre, como usted, señor Borneo, ha de poseerla a no dudarlo.

Tuve que responderle.

—Nunca, nunca me he encontrado con esa clase de seres o nunca, nunca ellos se han dado el trabajo de venir hasta mí.

Alzó su índice derecho y me dijo:

—Mejor, mejor, mejor. Porque no se puede tener con ellos un comercio, digamos, amorfo. ¡Recuerde usted tan sólo lo que a mí, a este insignificante cultivador de garbanzos, le ocurrió una vez con una Guaxa.

—Sí, lo recuerdo.

—Créame usted —me dijo con el índice siempre levantado— que es mejor, mejor no tener esa clase de frecuentaciones. Pero hay tantas, tantas gentes que la buscan.

—¿Es posible, don Irineo?

Volvió a arrellanarse en su sillón y, con voz lejana, como si se tratara de la confesión de un pecado, me murmuró:

—La mandrágora.

—¿Qué ocurre, don Irineo, con la mandrágora? A parte de su olor, que es fétido, no veo...

—¿Permite usted, mi señor? —me preguntó—. La mandrágora tiene poderes mágicos, sí, eso es, mágicos. Hay muchos que se la administran para poder frecuentar a esos seres de que hemos hablado. Pero, como le he dicho, es una frecuentación nociva, don Onofre, muy nociva. Claro está que logran ver centauros y basiliscos, rémoras y tritones. Pero no, no es el medio que es conveniente, no, no lo es. Sé de algunos que han ido al..., al Pandemonio, mi señor, sí, al Pandemonio bajo la influencia de la mandrágora. Y usted ha de saber, dada su vastísima sapiencia, que el Pandemonio es la capital de los Infiernos. ¡Oh, mi señor! Dicen estos mandragóricos que allí ven la llegada de espantosos aquelarres. Pero yo no los frecuento a estos amantes de esa vil yerba, no, no los frecuento.

—Hace usted muy bien, don Irineo. No veo la necesidad de frecuentar a esos seres que usan medios artificiales para entrar en contacto con...

—Usted lo ha dicho, mi señor. Yo me contento con ésta, sí, con ésta mi sensibilidad; ella es suficiente. Después de pasar todo un día y toda una noche en una casa encantada pensé ir a ver a usted, don Onofre, sí, ir a verlo. Porque es usted buen amigo, mi señor, y su comprensión me satura de contento. Pero no lo pude, no lo pude. Así es que me vine a esta casa. Es decir, mi cuerpo se vino a esta casa, eso es, mi cuerpo pues me encontraba, diría, bifurcado, como si este cuerpo hubiese salido de la vida. Y, al fin y al cabo, tenemos nuestros órganos de recepción en él, en este cuerpo. Lo que es una gran lástima, una grandísima lástima. Es una experiencia, mi señor, hallarse con el alma, habituada a regiones superiores, enclaustrada en este cuerpo sujeto a todas las vilezas de la materia, es una terrible experiencia. Pero me encontraba fuera, al margen de la vida. De todos modos salí, salí sin rumbo. Mi cuerpo solo se encaminó hacia la plaza de la Casulla pero, al encaminarse, vi que esta ciudad, esta ciudad, usted perdonará, era pequeña, era corta, vi que se apretujaba y, si de pronto se dilataba, luego, un poco más allá volvía a ser pequeña, volvía a apretujarse, es decir, remendando esta..., usted perdonará, esta vida mía tan pequeñita, diminuta... Algo, sí, algo pensaba en mí, algo muy lejano, algo que me hacía ver que esta vida es grande, que es enorme. Pero esta vida había quedado suspendida arriba, muy alto... Y la gente pasaba y pasaba y algunos me saludaban y desaparecían. De pronto me encon-

tré con Tadeo Lagarto, sí, con Lagarto que usted conoce, mi señor, el tan sapientísimo Lagarto. Me dijo:

—Camina, Irineo, camina y camina siempre.

—Sí, señor —le respondí—, caminaré siempre.

—Caminé y, al caminar, volví a mi punto de partida. Así es que fui tomado, mi señor don Onofre, por la sensación de que la vida pasaba y pasaba y seguía y de que a mí me dejaba atrás. A veces era cuestión de un minuto, de un segundo, nada más, de medio segundo. Pero..., pero ¿qué se puede hacer si uno lleva un medio, un cuarto de segundo de retraso? ¿Qué, qué?

—En realidad ha de ser algo molestísimo, algo francamente engorroso.

—Usted lo ha dicho, mi señor. Al fin, después de deambular sin sentido, me encontré con el distinguido señor don Adalberto Huachipato y nos pusimos a charlar amablemente. Y tanto, tanto charlamos que, al separarnos, vi, con gran sorpresa de mi parte, que había estado en la vida, que había estado con ella, que ella me había penetrado, no sé por dónde, tal vez por los labios del distinguido Huachipato. Sí, mi señor, ahora íbamos, la vida y yo, lado a lado. Y entonces, don Onofre, me aburrí...

—¿Es posible, don Irineo?

—Sí, mi señor, es posible porque la vida lleva mucho, ¡ay!, mucho aburrimiento; y lo lleva como alguien, como alguien...; usted va a perdonar esta comparación mía; como alguien que lleva una valija, eso es, una valija, y que, de pronto, la deja caer sobre uno, si es que no la ha dejado caer ya. Pero..., pero...

—¿Pero?

—¡Están los garbanzos, mi señor, los garbanzos! Y está el capitán Angol y su tan respetada esposa doña Nora de Bizerta y Ofqui de Angol. Y estos beneméritos ciudadanos piensan aumentar, ¡benditos sean!, la siembra de los garbanzos.

—En verdad, ¡benditos sean!

Don Irineo se incorporó un tanto en su sillón y me propuso:

—¿Desearía usted, señor Borneo, compartir conmigo un plato de garbanzos? Están listos, mi señor, están listos.

Le respondí:

—¡Encantado, don Irineo, encantado!

En pocos minutos teníamos la mesa puesta y don Irineo me servía y se servía un plato de garbanzos magníficamente aderezados por sus propias manos.

—Mi señor —me dijo mientras devorábamos—, estas bellas e inigualables leguminosas son, como ha de saber usted, a no dudar, originarias del viejo Cartago. Me han dicho que Aníbal, el famoso guerrero, ¿sabe usted?, el hijo de Amílcar Barca, se nutría especialmente de garbanzos. Por eso derrotó a los romanos. Pero luego Escipión el Africano los comió a su vez y se templó mientras Aníbal los abandonaba por otros comestibles. Esto, por cierto, explica muchas cosas, mi señor. Pero no vaya usted a creer que los garbanzos son hacedores de guerreros, no y no, señor mío. Ellos templan y vigorizan lo que se lleva dentro, sea lo que sea esto que se lleva dentro.

—Pues comamos y comamos, don Irineo.

—Eso es, mi señor, comamos. ¿Desearía usted tomar una copita de vino?

—Por cierto.

—Entonces me voy a permitir ofrecer a usted una copa, o dos, o tres si usted desea, de

este Mouton-Rothschild, del año 1916, eso es, 1916. Tiene ahora trece años de vida, trece años. Creo que será de su agrado, señor Borneo.

-¡Ya lo creo, don Irineo, completamente de mi agrado!

-A su salud, entonces, mi señor don Onofre.

-A su salud, mi querido don Irineo.

Seguimos comiendo garbanzos y degustando este vino. De pronto don Irineo en tono confidencial:

-Mi señor, en esta encarnación quise ser hombre y vivir en un sitio donde se pudieran tener buenos garbanzos. Es éste mi único vicio, si puede llamarse vicio alimentarse con esta real leguminosa cartaginesa.

-¡Oh! -le repliqué-. ¡De ningún modo! Créame usted que yo los aprecio en debida forma.

-Jamás he dudado de su exquisito paladar, mi señor Borneo. Sé que usted ha estado en Francia, ¿no es verdad?

-Sí, he estado en Francia.

-Me han dicho que en ese bello país se come muy bien.

-En realidad, muy bien. Francia es el centro de la buena mesa. Estos garbanzos que usted me ha dado serían debidamente apreciados allá.

-¡Oh, tantas y tantas gracias por este cumplido que ha hecho usted a este humilde cocinero! Pero..., pero yo no he viajado nunca. Me resisto al hecho de salir de este rincón de mi terruño: San Agustín de Tango y las extraordinarias selvas; las faldas del Marmolejo; Curihue, naturalmente; Illaquipel; esa casa maldita; Lo Gay; Itoquito; Santiago, lo menos, sí, lo menos posible... En fin los alrededores de aquí, adonde me llevan mis trabajos, es decir, los garbanzos.

-¿Y nunca le ha tentado hacer una arrancada de este muy bello aunque no suficiente terruño?

-Le diré a usted, mi señor, si me lo permite: la tentación es algo que me asalta muy a menudo. Prefiero decir la verdad: me asalta casi todos los días y, lo que es peor, casi todas las noches. Sí, eso es, las noches me asalta y, créame usted, que llega a agobiarme. Naturalmente que he tenido la tentación de viajar, de ir, sobre todo, hasta la remota India. Sí, la he tenido pero..., pero... Tal vez esa tentación ha visto que no era un viaje lo que me haría su presa. Y créame usted que hace falta tener la templanza que yo he logrado tener para defenderse de ella. Porque es, esta tentación, una hermosa, una hermosísima mujer. Sí, eso debe haber visto esta hermosísima mujer porque no insistió más en esto de los viajes. No, mi señor, no anhelo viajar, no lo anhelo.

Lo miré fijamente y le dije:

-¡Otras, sin duda han de ser las cosas que lo tientan ahora a usted, don Irineo! ¿No es verdad que hay otras cosas?

Me preguntó de inmediato:

-¿Le han gustado a usted mis garbanzos?

-Muchísimo.

-Y el vino que osé ofrecerle, ¿fue de su gusto?

-Por cierto.

-Entonces ¿permite usted que le ofrezca un reposo en aquellos sillones que acabamos de dejar?

—Aceptado, don Irineo, siempre que el reposo no sea, ni por asomos, un sinónimo de silencio. Le acabo de formular una pregunta y espero que usted...

Me respondió con entusiasmo:

—¡Oh sí, mi señor, oh sí! Le contestaré a usted al respecto. Pero en aquellos sillones, si no ve usted inconveniente para ello, sí, en aquellos sillones. Cuando estoy en ellos, cómodamente sentado, me vienen las ideas con mayor facilidad; se lo puedo asegurar a usted.

Acepté su insinuación y luego estábamos nuevamente instalados en su pequeño salón. Don Irineo carraspeó varias veces y luego me dijo:

—Mi señor, yo vivo tanto en estado de vigilia como en estado de sueño. Por cierto que con los garbanzos estoy plenamente, sí, en estado de vigilia. Gracias a esto gozo de la estimación de nuestro capitán Angol y de su dignísima compañera; sí, es gracias a esto. Pero cuando duermo... ¡Oh, mi señor, oh! Claro está que duermo como todo el mundo, es decir, profundamente, pero mi sueño se ve a menudo cortado por unas ensoñaciones tan sumamente vividas que me parece que hago mal en emplear esta palabra de ensoñación. Yo creo, si me lo permite usted, yo creo que es aquel que llamamos Palemón, eso es, Palemón de Costamota, quien se aprovecha de mi estado para hacerme ir a esas regiones. Porque vea usted, mi señor don Onofre, vea usted..., ¿quién otro podría ser, quién?

—Cuénteme primero sus ideas a esas regiones y luego se lo diré.

—Sí, se las contaré, mi señor. Pero yo no dudo de que fue él quien me envió, la otra mañana, la visita de esa Guaxa, de otra Guaxa, sí, hará de ello unos cuatro o cinco días.

—¡Otra Guaxa más!

—Usted lo ha dicho, otra Guaxa, no aquella de que le he hablado a usted. Porque ésta era otra, sí, otra, y era más comedida que la primera, más recatada, al menos lo era conmigo. ¡Y era hermosa, era hermosísima! Pero, como le digo a usted, era muy recatada conmigo, al menos cuando se me acercó. Con los demás hombres... ¡Oh, no creo que lo sea tanto! Con los demás hombres... Porque imagínese usted, mi señor, que esta mujer —que, entre paréntesis dijo llamarse Eufobina— sí, eso es, esta Eufobina es la mujer de los cien amantes. No sé si serán unos cien o si serán más o si serán menos, pero en todo caso es Eufobina la mujer de muchos, de muchísimos amantes. Esto tal vez no le extrañe a usted, don Onofre...

—En realidad, y dados los tiempos en que estamos...

—Usted lo ha dicho, mi señor, usted lo ha dicho. Hoy tal es la moda o la costumbre: tener muchos amantes. Pero no es la costumbre tenerlos como los tiene Eufobina, ¡oh no y no!

—¿Y cómo los tiene esta Eufobina?

—Pues verá usted, mi señor don Onofre, verá usted. Esta mujer, esta Eufobina es una mujer magnética, sí, eso es, magnética. Ella lo hace todo mezclando el magnetismo. Toma un amante y no es que ella lo magnetice a él solamente sino que se magnetizan ambos, sí, ambos, Eufobina y el amante. ¿Cómo? —me preguntará usted. Pues de un modo muy sencillo, digo yo, es decir, muy sencillo para poder explicárselo a usted, mi señor, que es hombre de gran comprensión instantánea. Pero para llevarlo a la práctica es otra cosa. Hace de su amante un receptor magnético, sí, eso es, un receptor magnético de una de las grandes cosas..., ¿cosas? Es el caso de que no hallo otra palabra, usted me perdonará, que esta palabra de "cosas"; en fin, de las grandes cosas de esta natura, como ser el océano o las montañas o las selvas o los desiertos o los farellones o el viento que muge o la tem-

pesta que muge más fuerte que el viento o..., en fin, usted comprenderá, mi señor, o todas las cosas, si usted permite que siga llamándolas "cosas", o todas las cosas de nuestra madre la natura. ¿Qué ocurre entonces? Pues también es muy sencillo explicárselo a usted, mi señor: ocurre que todas las fuerzas vivas y palpitantes de los elementos y de esta Tierra convergen a esos amantes y se posesionan de ellos, sí, se posesionan de ellos.

-¡Estupenda cosa, don Irineo!

-Usted lo ha dicho, mi señor, estupenda cosa.

-¿Y qué hacen estos hombres-océanos o montañas o tempestades...?

-Caen, don Onofre, en estado de sonambulismo. Es como una, como una especie de sonambulismo sin mayores demostraciones externas, un sonambulismo más bien quieto, sí, quieto y que pronto, prontísimo, la toma a ella también, a Eufobina.

-Así es que tenemos una Eufobina-selva y luego tenemos una Eufobina-desierto y luego...

-Su perspicacia me subyuga, don Onofre, pues tal es lo que ocurre. Pero lo que ocurre, en realidad, es decir, la finalidad de este proceso, es..., es...

-¡Hable usted, don Irineo, hable usted!

-Sí, hablaré, don Onofre. La finalidad de este proceso es que esta mujer, esta Eufobina, se entrega, sí, se entrega a esos medios hombres y medio natura, se entrega sexualmente. De modo, mi señor, que es poseída por los elementos, por la natura misma y por sus extraños aspectos.

-¡Oh! ¡Es algo fantástico, don Irineo!

-Sí, mi señor don Onofre, es algo fantástico. Sobre todo es ella la fantástica, esta mujer, cuando es poseída. Su perspicacia finísima le hará comprender a usted que Eufobina siente que esos elementos o fuerzas o configuraciones de la natura la poseen, la penetran, la cojen y la recorren íntegra y quieren desintegrarla, quieren llevársela a su seno, eso es, a su seno.

-¿Y se la llevan por fin?

-¡Oh, no, mi señor! No lo logran o, al menos, hasta ahora no lo han logrado.

-Entonces, ¿cuál es el objetivo que busca esta Eufobina?

-Se lo diré a usted, mi señor, se lo diré: ella oye, sí, oye el lenguaje oculto de estos elementos o fuerzas o configuraciones de la natura toda. Ella oye el lenguaje hecho de símbolos para nosotros, en todo caso para mí que no soy más que un humilde cultivador de garbanzos. Ella lo oye, este lenguaje, de modo claro y real. Es el modo que tiene de acercarse, de penetrar en la vida total, sí, total.

-Y dígame usted, ¿qué buscaba esta mujer al ir, la otra mañana, en busca de usted?

Vaciló unos instantes don Irineo. Al fin me dijo:

-Se le había metido entre ceja y ceja que yo era el hombre que podría encarnar las fuerzas de los volcanes.

-¡Santo Dios! ¡Los volcanes!

-Sí, mi señor, sí, tal fue lo que me dijo.

-¿Y qué hizo usted, don Irineo?

-Lo que hice, don Onofre, fue gritarle: "¡Vete, vete Eufobina, vete!". Luego me arrebujé entre mis sábanas sin chistar. Eufobina debe haber pensado que conmigo no había caso, eso es, no había caso. Entonces se marchó.

-Menos mal. Así volvía la paz para usted.

-¡Oh, no lo crea usted, mi señor, no lo crea!

—¿Por qué?

—Porque una meditación permanente me persigue día y noche, sí, día y noche. Es algo atroz pero es así.

—¿Sobre qué es esta meditación?

—Vea usted, mi señor, vea usted que ella no es sobre Eufobina. Yo la clasifiqué como una hija de Palemón de Costamota, sí, eso es, una hija o una discípula o una allegada o una colaboradora de él. Usted sabrá, mi señor, que yo huyo de este Costamota y de cuanto puede concernirle. Pero esta meditación porfiada me agarrota como me agarrotó después de la visita de ésa su hija o colaboradora o discípula. ¿No cree usted, don Onofre, que esta meditación, esta clase de meditaciones, son enviadas también por este diablo?

—En realidad no lo sé, don Irineo. Ello depende de tantas y tantas cosas...

—Su clara visión de usted ha acertado. Esto depende de tantas y tantas cosas, porque es el caso de que medito a pesar mío. Yo quisiera deshacerme de estas meditaciones pero ellas se me imponen y me obligan a someterme a su dominio. Y usted, mi señor, me repetirá su pregunta: "¿Sobre qué es esta meditación?". No la he olvidado su pregunta de usted, no la he olvidado. Ahora verá usted: medito sobre el mundo espiritual.

—¡Hermosa e interesante meditación!

—Usted lo ha dicho, don Onofre, si ella no fuera más que una hermosa e interesante meditación. Pero apenas llego a los deslindes de este mundo espiritual retrocedo, retrocedo casi con espanto pues no dudo de que lo que en él veo tiene que ser algo absurdo.

—¿Y qué ve usted?

—Veo, mi señor, lo que se ve durante el sueño. Ello es lo que veo, lo que me muestran estas ensoñaciones cuando se avivan. Ellas son para mí, si usted permite, el símbolo de la otra parte de nuestras vidas; ellas me aparecen como el medio de penetrar a otras regiones más elevadas y de obtener una poderosa clarividencia. Porque no me cabe duda alguna de que, mientras duermo, ha viajado mi verdadero ser en otras regiones, en esas regiones que el tan distinguido artista, que es don Rubén de Loa, llama las regiones superiores. Pero luego, al entrar de lleno en la vigilia, tengo sólo recuerdos informes, sí, mi señor, tengo sólo vestigios de esos momentos de clarividencia.

"Mi señor, despierto de un sueño tranquilo. Luego sigo en una especie de pesadilla en la que no duermo bien pero de la cual no logro zafarme del todo. Es una especie de torpor general, una especie de mezcla de sueño y de vigilia. Siento vivo mi ser íntegro, lo siento como siempre, pero luego soy presa de la sensación de que mi parte pensante, ratiocinadora, se va y se va totalmente. Pero se va dejándome con algo que es capaz de percibir y de sufrir ante la fuga de lo más útil y, me atrevería a decir, de lo más querido de él. Mas luego veo, siempre con sorpresa, que esa parte que me ha quedado, esa parte que he osado llamar "útil y querida", es solamente el fin, el extremo fin de lo que se ha ido, nada más que el extremo fin.

—Lo que es, don Irineo, una triste visión.

—Usted lo ha dicho, don Onofre, usted lo ha dicho. Y es aún una visión más triste, pues duplica su tristeza, cuando veo que esa parte que, con su permiso, hemos llamado útil y querida, se va a su vez, me la arrancan con un hilo que tira y tira, un hilo fino como el de una araña pero más sólido que el más sólido de los aceros. Entonces caigo en un sueño pesado, aplastante, en un sueño de plomo.

—Tal vez, don Irineo, es entonces cuando usted reposa de verdad.

—Tal vez, don Onofre, cuando duermo así y cuando...

-¿Cuándo...?

-Cuando me entrego a la siembra y cosecha del garbanzo.

-Es verdad.

-Pero cuando estoy en medio de esta pesadilla siento sobre mí un algo que tiene tanto de música como de visión. Son notas que se ven, que percibo en igual forma por los oídos y por los ojos. Y no crea usted, don Onofre, que es algo que se vea y que produzca un sonido, no y no. Es una *sola cosa*, a la vez música y visión, algo como la materialización visible de las ondas sonoras o, si usted prefiere, la percepción musical de un algo que no produce rumor alguno.

"Sí, mi señor, cuando estoy en medio de estas pesadillas estas cosas audibles y visibles vuelan por mi habitación, la habitación que está aquí al lado, con una rapidez asombrosa. Se entrechocan y chocan con los muros pero no salen fuera, no, no salen. Lo que hacen es dejar tras ellas una estrella brillante de notas..., de notas arrebatadoras.

-¡Hermosísimo, don Irineo, subyugante!

-Sí, tal vez, acaso así lo sea de verdad. Pero no olvide usted que estas notas visibles están unidas a mí por ese hilito fino, como el de una arañita.

-No, no lo olvido.

-¿Osaré, entonces, preguntar a usted si capta o ha captado ya lo que son esas visiones audibles que contemplo con miedo, casi con pavor?

-No, don Irineo, no lo he captado.

-Pues entonces voy a tomarme la libertad de insinuar a usted una creencia mía; no, no es una creencia, es una certeza mía sobre el carácter de estas..., de estas visiones audibles o de estas notas visibles. ¿Me lo permite usted?

-¡Por cierto, don Irineo, adelante!

-Estas cosas que se ven y que se oyen, allí en mi habitación cuando soy presa de esas pesadillas, son, mi señor, pedazos de mi parte pensante que vuelan en libertad.

-¿Y qué hace usted ante tamaño prodigio?

-Yo lucho, mi señor, yo lucho despiadadamente. Lucho desde mi pesadilla, lucho por atraer hacia mí y aprisionar nuevamente en este mi cráneo esa parte pensante que me está unida tan sólo por un hilito de araña; lucho para que no vayan a escurrirse fuera de mi habitación; lucho para mantener el dominio sobre mi parte pensante; lucho para que esta parte no se escape fuera y salga, salga, mi señor don Onofre, salga a la calle Pentateuco y se vaya y se vaya mientras en mi cama no quede más que un cadáver.

-¡Qué lucha heroica, don Irineo, francamente heroica!

-¿La encuentra usted de verdad tan heroica?

-¡Por cierto!

-Soy entonces todo agradecimientos ante su benevolencia por esta mi humilde persona. ¡Tantas y tantas! Con esta benévola, sí, muy benévola expresión de usted, mi señor, mitiga un poco esa tan horrible angustia que empiezo a sentir. ¡Sí, mi señor! ¡Horrible! Porque cuando estoy así, con estos pedazos de mi parte pensante que vuelan y vuelan, he sentido a veces, no siempre, pero a veces, que alguien viene hacia mí, que alguien se acerca. Fijese usted, don Onofre, que la mañana de que le hablo, hará unos cuatro o cinco días, alguien, tal vez Minesota, ese Minesota que se encarga de hacer y de limpiar esta mi pequeña casa o departamento, si prefiere usted, tal vez Minesota andaba por ahí arreglando el desaliño que, más de una vez, se implanta aquí dentro. O tal vez era mi tan buen amigo el dentista que habita aquí en estos pisos, el distinguido señor don Manfredo An-

gachilla; ¿y por qué no podía ser la dama que toca el piano? Sí, bien podría ser ella. Pero, mi señor, fuera quien fuera, el caso es que, en un momento más, iban a abrir la puerta, sí, abrir la puerta y entrar o penetrar, si usted prefiere, dentro de ese dormitorio mío. ¿Comprende usted, don Onofre, cuán horrible era aquello?

—¡Lo comprendo, don Irineo, lo comprendo! Y no sólo comprendo eso sino que me percaté de la tremenda angustia que a usted lo tomaba, una angustia en franco aumento.

—Eso es, mi señor; su finísima perspicacia ha dado con la expresión justa, justísima: "en franco aumento". ¿Y por qué se ha anticipado usted en ese mi estado de ánimo? Mi señor, porque yo no podía, ¡oh, no!, no podía moverme a causa de dos hechos, sí, de dos hechos que me tenían atados a la cama: primero, el sueño de plomo que inundaba y rebalsaba a este mi pobre cuerpo; segundo, mi parte pensante que revoloteaba y revoloteaba sin tener yo ni hacedero ni dominio alguno sobre ella. ¡Era algo horrible, horrible, mi señor!

—¡Cuánto lo compadezco a usted, don Irineo, y créame que lo acompaño con verdadero cariño en semejantes trances!

—Nuevamente, mi señor Borneo, soy todo agradecimientos para usted y permítame que los exprese en debida forma.

—Expréselo usted como le plazca.

—Le diré entonces: ¡Gracias, muchas gracias, don Onofre!

—¡No hay de qué; no hay de qué, don Irineo!

—Estábamos en lo horripilante que son estos acercamientos de personas ajenas a estas notas visibles o, si usted no ve inconveniente alguno, a estas visiones audibles. Sí, mi señor, se acerca y se acerca quien sea: Minesota o el doctor Angachilla o la dama del piano y de los tules blancos o cualquier otro o cualquier otra. Aquí es, mi señor don Onofre, cuando hago el supremo esfuerzo de voluntad: traigo hacia mí, de un golpe, mi fugitiva parte pensante. Esas visiones sonoras se precipitan a mi cerebro y lo atraviesan, me atraviesan el cráneo como si fueran mil agujas brillantes y estridentes. ¡Las siento y siento un verdadero dolor al ser así atravesado! Pero despierto, por fin, despierto bañado de sudor y aun oprimido por ésta que he llamado pesadilla.

—Mal llamada está, don Irineo, porque esto es de otra índole que una pesadilla corriente.

—Su fina perspicacia me deja lelo, mi señor. Sí, porque esto es más, mucho más que una pesadilla corriente, como con tanta justeza lo ha mencionado usted. Esta experiencia, si usted permite que así la llame, me lleva ahora al recuerdo de otra experiencia que tuve hace ya mayor tiempo. ¿Podría ser yo tan osado como para referírsela a usted?

—¡Ya lo creo, mi buen amigo! ¡Refiérala usted!

—¡Oh, mi señor, tantas y tantas gracias!

—No hay de qué, don Irineo, no hay de qué.

—Pues bien, don Onofre, fue aquello en el puerto o, si usted prefiere, en el puertecito de Curacopque, el puertecito del manganoso. Fue durante una noche. Dormía yo en paz, sí, en paz, cuando fui acometido por un sueño confuso, muy confuso. Digo "sueño", es mi manera de llamarlo aunque..., aunque...

—El nombre que les dé no tiene mayor importancia, no la tiene, don Irineo. ¿Le parece a usted bien llamarlas "experiencias" como usted ya las ha llamado?

—Me parece muy bien, don Onofre, muy bien; de acuerdo, mi señor don Onofre, de acuerdo. Quedamos, entonces, en que yo tuve una experiencia que me dejó la impresión

de haber vivido, mientras dormía, con una intensidad no igualada nunca en mis horas comunes, es decir, de vigilia. Hoy todo ello es algo vago en mí, hoy lo recuerdo como se recuerda un sueño y nada más. Llegan a mi memoria una serie de fragmentos. Pero puedo asegurar a usted que en esta experiencia de Curacopque hubo algo intenso, algo penetrante, algo que me hace pensar que viví, durante toda ella, con mi ser entero, íntegro, con mi carne y con mis huesos. El caso es que desperté afiebrado, alucinado ante esta vida que se esconde de mi vista en el olvido. Me hace el efecto de que en otra parte de mi ser, en otra que ignoro en mi vigilia, se hubiera desarrollado un..., un...; ¿permite usted que lo llame "un drama poderoso o una tragedia poderosa"?

-¿Qué menos puede llamarlo usted que un poderoso drama o una poderosa tragedia?

-La verdad, mi señor, es así por desgracia mía, tal es esta verdad. Le agradezco, de todos modos, este estímulo que usted ha dado a mis palabras. Llamémosla, pues, una tragedia poderosa. Pues bien, tuvo esta tragedia un desenlace como si un resplandor instantáneo hubiera tocado mi cerebro dormido. Tanto fue así que pasé luego varios días obsesionado por este desenlace, verdaderamente obsesionado.

-¿Y qué ocurrió?

-Pues señor... No, me turbo un poquitín; ocurrió que yo, desde mi cama, me paseaba tranquilamente por los muelles de Curacopque, por entre los cargadores, las grúas y los barcos allí anclados, por entre las gaviotas que me rozaban el rostro con sus alas, sí, mi señor, me entretenía viendo el ajetreo que provoca la carga del manganeso cuando... Usted perdonará, don Onofre, pero lo que le voy ahora a contar no es propiamente algo, digamos, digamos algo santo, sí, eso es, algo santo.

-Está usted perdonado de antemano, don Irineo, está usted totalmente perdonado.

-Su benevolencia me sojuzga, mi señor, me avasalla. ¿Puedo, entonces, ir a este caso poco santo?

-Por cierto.

-¡Oh, tantas y tantas!

-No tiene usted por qué y ¡adelante!

-Mi señor, apareció una mujer.

-¿Una mujer? Pero yo creía que, desde aquel momento de esa Guaxa, de aquello que le ocurrió a usted en Curihue, las mujeres habían desaparecido de la vida de usted.

-Sí, don Onofre, habían desaparecido. Es decir que ellas han desaparecido de mi vida diaria, de mi vida de vigilia. Pero ¿qué voy a poder hacer yo en mi vida de los sueños? ¿Qué, qué? Porque no debe olvidar usted que en esta experiencia estoy en cama, en ese estado... Bueno, sé que su infinita perspicacia atisba muy bien este que llamo estado. Estoy en Curacopque y lo que veo en este sueño es lo que ocurre de verdad allí en Curacopque, sí, de verdad y de absoluta verdad. Pero, le repito, estoy en cama y estoy en... ¡Su infinita perspicacia, don Onofre!

-¡Oh, tantas gracias, don Irineo!

-No hay de qué, don Onofre.

-Íbamos en que entraba en juego una mujer.

-Sí, eso es, una mujer. Apareció una mujer como todas, no tan hermosa como la bella Eufobina, no, no; como todas. Caminaba también por entre los cargadores y bajo las grúas del manganeso. La miré. Pero la miré como se mira cualquier cosa, como se mira una de esas grúas o el manganeso que cargan. Y la volví a mirar. Y..., y...

-¿Y...?

-Y un sabor a sangre, sí, eso es, a sangre subió y llegó hasta mis labios.

-¿Se había herido usted?

¡Oh, no mi señor, oh, no! Era un sabor, si usted permite, simbólico pero era sabor a sangre. ¿Qué podía significar este sabor? ¿Acaso una muerte? No lo creo, mi señor, ni lo creí cuando me llegó a los labios pues, hasta donde van mis recuerdos, yo no he matado nunca a ninguna mujer, ni tampoco a ningún hombre; no he matado a nadie, a nadie.

-¡Ni qué dudarlo, don Irineo!

-Entonces, ¿se trataba de una violación? ¿Había violado a una mujer y, al violarla, había corrido sangre?

-No, mi amigo, usted no viola; usted es violado.

-Sí, esa es la verdad, la verdad. Pero esta idea de la violación se me implantaba de más en más, se me implantaba tanto que me detuve bajo una grúa, me detuve unos instantes a meditarla y, mientras la meditaba, la mujer desapareció, desapareció. Pero yo seguí meditando, seguí, sí, seguí.

-¿Ya qué conclusión llegó usted?

-Pues verás, mi señor, verás: ese sabor a sangre, del que tengo el honor de hablar a usted, ese sabor no era el habitual de la sangre, de la sangre de la carne, de la que circula en nosotros, de la que nos empapa por todas partes. Era sangre de otras esferas, si puedo explicarme así, de esferas oscurecidas e impenetrables para nuestra conciencia diaria siempre turbada y solicitada por la intensidad de las percepciones sensoriales de la materia. Era el sabor de toda mi sangre, sí, de toda ella, no de la que brota de una herida por grande que ésta sea, no y no. Era el sabor de esa sangre que circula y penetra en el ser entero. Y lo peor es que en este sabor ¡había también sangre de ella!

-¡Horrible, don Irineo, horrible!

-Usted lo ha dicho, don Onofre, usted lo ha dicho. Una pregunta se me implantó entonces: ¿qué roles jugaban, en ésta que llamamos una tragedia, las sangres de esta mujer y la mía? No encontraba, no, respuesta alguna pues mi pregunta se amplificaba: ¿qué roles, sí, eso es, jugaban en esta tragedia de las almas y de los cuerpos...? Quedé largo buscando hasta que desperté sin haber encontrado la adecuada contestación.

-Menos mal; así la cosa terminaba.

-¡Oh, no lo crea usted, don Onofre, no lo crea usted! Porque ayer, sí, ayer volví a ver a esa mujer aquí cerca de esta casa, aquí en el cruce del Muelle de la Sotana y de la calle del Génesis. Volví a ver a esta mujer cualquiera. Créame, mi señor, que la había olvidado, sí, eso es, olvidado. Pero al volver a verla mi ser entero tembló. Y hubo algo en esas regiones, en esas esferas que no alcanzan a la vigilia, que se agitó y tembló también.

-¿Con el sabor a sangre nuevamente?

-Es lo terrible, mi señor: ¡con el sabor a sangre nuevamente!

-Espantoso, don Irineo.

-Sí, don Onofre, espantoso, ¡espantoso! Porque no pude, no pude impedirme que una parte de mi ser vacilara pero una parte, como le he dicho a usted, inaccesible a nuestro estado de vigilia. Así es que fui presa de un vértigo pavoroso. ¡Y ese sabor a sangre que se extendía más allá, mucho más allá de los labios! ¡Y el recuerdo de aquella noche pasada en Curacopque! ¡Y lo que es peor, peor aún...!

-¡Dígallo usted, amigo mío, dígallo usted!

-Creo, mi señor, que era el pavor de ver en la realidad, sí, eso es, en la realidad a una

mujer que había yo visto en aquel estado y que, por lo tanto, tenía razones para dudar de su existencia verdadera y... ¡animal!

-¡Horroroso, don Irineo, horroroso!

-Usted lo ha dicho, don Onofre, horroroso, ¡horroroso! ¿Qué me ocurrió entonces? ¡La sangre, la sangre y la sangre! Pero ya no sólo en los labios, no y no. Ahora era en todo el cuerpo, como si la piel y la carne misma se entreabrieran a impulsos de esa sangre, como si ella buscara una salida, sí, eso es, una salida para lanzarse tras esa mujer, esa mujer...

-Esa mujer..., ¿qué?

-Esa mujer que, se lo confesaré a usted, que ahora encuentro la más hermosa que estos ojos hayan contemplado jamás.

-¡La aprecia usted por intermedio de su sangre, don Irineo!

-Sí, usted lo ha dicho, don Onofre, por intermedio de mi sangre. O mi sangre la ama sola, por su parte, sin que la mente de este mísero sembrador y cosechador de garbanzos entre en ello para nada. Es esta sangre la que quiere poseerla, la que quiere mezclarse con ella, la que quiere fundirse con ella en un solo ser, sí, eso es, en un solo ser.

-¿Y qué hizo usted al verla?

-La miré nuevamente pero no como en Curacopque, no. La miré y ella me miró. Es decir, nos miramos.

-¿Se trataba, acaso, de otra Guaxa?

-No, mi señor, no. Se trataba de ella, de ella y nada más que de ella. Porque me acerqué a ella, a ella y a ella... Le pregunté sin preámbulos, le pregunté: "¿Quién es usted, mi señora?". Sonrió y me contestó: "Biandina Tarata. ¿Y usted, señor?". Respondí: "Irineo Pidinco". Me atreví a agregar entonces: "Tengo el honor de conocer a un sabio de los bosques que se orna con igual connotación que usted, mi señora, un sabio de los bosques de Guayacán y Lemoleno". Volvió a sonreír y me dijo: "Sí, Bárulo Tarata; es mi padre". Hice, entonces, la más profunda reverencia, emocionado como me hallaba por este encuentro y, sobre todo, por la presencia de ésa que ahora se convertía en la más hermosa de las mujeres. No pude retenerme y le pregunté: "¿Y su madre de usted?". Ahora rió con estrepitosa carcajada y me contestó: "¿Madre? ¡Yo no tengo madre!". Ante mi estupor tuvo a bien explicarme con una leve sonrisa: "Yo soy la hija de Bárulo Tarata y de una... campánula".

-¿Qué me dice? ¿La hija de una campánula...?

-Sí, mi señor, usted disculpará, pero Biandina Tarata es la hija de su tan honorable padre, don Bárulo, y de una campánula.

-¡Prodigioso, don Irineo!

-Usted lo ha dicho, don Onofre: hay cosas que tocan y penetran en el prodigio.

-¿Y cómo, cómo es posible que un hombre haga con una planta lo que es necesario hacer para embarazarla? ¿Y cómo es posible que esta planta se embarace? ¡No lo comprendo, don Irineo, créame usted que no lo comprendo!

-Pues, mi señor don Onofre, yo tampoco lo comprendo. Ahora le diré a usted la verdad sobre mis propósitos, sí, la verdad: volveré al bosque de Guayacán e iré a la selva de Lemoleno en busca de ésta que quisiera llamar *mi* Biandina, sí, *mi* Biandina. Hablaré, si ello es menester, con el sabio de don Bárulo y le confesaré lo que siento por su hija. Iré adonde sea necesario ir para encontrarla aunque aparezcan nuevos cumbilecos y hagan que una tormenta caiga sobre mí. Iré, iré y... ¡la hallaré!

-Pero ayer ¿no habló usted más largamente con ella?

-No, mi señor, no hablé más largamente porque se alejó de mí marchando con un garbo inefable. Yo, atónito, no pude seguirla y la vi alejarse mientras quedaba petrificado allí donde estaba. ¡Oh, fue una gran lástima, una gran lástima! Pero, dígame usted, dígame, mi señor don Onofre, ¿qué podía hacer estando petrificado como me hallaba?

-En verdad, ¿qué podía usted hacer? No hay más, don Irineo: tiene usted que ir al bosque de Guayacán e ir a la selva de Lemoleno, ir adonde sea y encontrarla.

-Sí, es lo que haré. Si no logro encontrarla..., pues, señor, me dedicaré a seguir mis estudios, bajo los árboles y aquí en casa, sobre la aclimatación del garbanzo en medio de las selvas. Leeré y leeré mucho el nuevo libro que ahora leo y su lectura me ayudará en mis estudios, sí, me ayudará.

-¿Qué libro es ése que usted lee ahora?

-Se intitula: *El Garbanzo y su relación con lo Infinito*.

-¿De quién es?

-De un español, sí, de un español ya fallecido hace poco, muy poco: don Agatón Fuenterrabía y Monasterio. Lo leeré allá en los bosques y las selvas siempre que la ausencia de la tan immaculada Biandina me obligue a ello.

-En difícil prueba me pone usted, don Irineo; francamente no sé qué desear a usted: si el garbanzo y el infinito o bien la muy bella Biandina.

-Yo me digo, simplemente, ¡que se haga la voluntad de aquel grande y omnisapiente!

-¡Muy bien dicho, don Irineo!

-Así lo creo, don Onofre. Pero ayer, cuando me despetrifiqué, ella, ahora la tan bella Biandina, se había marchado. Entonces no tuve más que volver a este mi pequeño departamento. Ya era casi de noche, ya el alumbrado de la ciudad alumbraba. Me senté en este sillón, me senté a meditar, otra vez más a meditar. Pero no lo logré, no, mi señor. Entonces me levanté y me asomé por ese balcón, sí, por ese balcón. Y vi... ¿va usted a encontrar muy raro lo que vi, mi señor?

-Depende de lo que haya usted visto, don Irineo.

-Vi pasar al hombre Martín Quilpué.

-¡Osoromo! ¿Al hombre Martín Quilpué, ha dicho usted mi señor don Irineo?

-Sí, mi señor, eso he dicho.

-¿Y cómo iba?

-Pues marchaba, nada más, marchaba ni muy de prisa ni muy lentamente. Marchaba... pero no sé si iba solo o iba acompañado, no, no lo sé.

-Pero, en fin, usted tiene que...

-Me he explicado mal, don Onofre, usted perdonará. El hombre Martín Quilpué iba solo, sí, solo pero tras él venían, lo seguían, unos catorce o quince o dieciséis perritos, o acaso más o acaso menos; no los conté; los vi pasar y nada más. Iban todos, es decir, el hombre y los perros, hacia allá, hacia la Universidad y hacia el Jardín Zoológico y la Ulpif, sí, eso es, y la Catedral. Los miré un rato y luego me volví a este sillón y aquí me dormí.

-Tal vez ahora tendrá usted sueño, don Irineo.

-¡Oh, no! Un poquitín apenas, apenas, don Onofre.

-Repósese usted, don Irineo. Yo me voy a marchar.

-Como usted guste, don Onofre, como usted guste.

-Será hasta muy pronto, don Irineo.

-Eso es, hasta muy pronto, don Onofre.

Dormí bien al llegar a casa. Tuve un sueño profundo sin visitas de Eufobinas ni de Bianquinas, sin ornitorincos ni lampalaguas, sin viajes interplanetarios ni estelares, sin asomos del gran Palemón de Costamota. Estas dos entrevistas, que había tenido en el día de hoy, me habían dejado una sensación de optimismo. ¡Me cambiaban de la vulgaridad que existe en la superficie de este mundo! ¡Gracias, mil gracias, Teodosia Huelén y gracias, mil gracias, Irineo Pidenco!

Hay días buenos y hay días malos. Ayer fue un día bueno con Teodosia y con don Irineo. Hoy ha sido un día malo. Me invitó a almorzar el señor don Juan Enrique Arancibia Ocampo y almorzamos los dos solos en su casa, en su palacete.

¿Por qué llamo a esto un mal día? Don Juan Enrique Arancibia Ocampo es un gran hombre y un gran señor. Va tras el éxito público y el público lo corona con este éxito; va tras la notoriedad y, cuando va por las calles, las gentes le abren paso, se golpean en el codo y se dicen:

—Ese es don Juan Enrique.

Entonces pasa. Algunos se atreven a saludarlo haciendo un gran semicírculo con sus sombreros y don Juan Enrique responde a estos saludos tocándose el ala del suyo o alzándolo apenas sobre su testa. Y siguió su marcha, si es que va a pie. Don Juan Enrique va, a menudo, en su auto, en su Cadillac, en *el* Cadillac. Desde él se toca el ala de su sombrero o lo alza apenas un poquitín. Luego para el Cadillac y entonces el chofer se precipita, abre la portezuela y desciende don Juan Enrique Arancibia Ocampo.

Me pregunto Marul:

—¿Por qué me habrá invitado a almorzar?

Marul, es éste un misterio. Con esta gente hay que estar siempre alerta ante los misterios. Pero el caso es que don Juan Enrique me había invitado y, a la hora indicada, entraba yo en su casa, en su palacete, en su palacio.

Créeme que me sentí algo cohibido al traspasar el umbral a pesar de que allí no había nadie más que nosotros dos: su señora, doña Cecilia Urquizar de Arancibia Ocampo, está ausente, está en Viña del Mar, con sus tres hijas. Un doméstico me abrió la puerta, este doméstico cogió mi sombrero, este doméstico me acompañó, este doméstico me sentó en un inmenso sillón del salón, este doméstico me pidió que tuviera a bien esperar unos instantes y este doméstico se retiró.

Volví a preguntarme:

—¿Por qué me habrá invitado a almorzar?

Recorrí rápidamente mi pasado y lo que proyecto para el futuro; no encontré causa alguna que justificara esta invitación. ¿Acaso para hablar de Donatello? ¡No! Hay, aquí en San Agustín de Tango, gente más avezada que yo sobre Donatello. Pero este gran señor me había invitado —y a mí solo, solo— así es que, después de seguir al doméstico, allí estaba en la penumbra de aquel imponente salón.

Una palabra sonó en mis oídos: "Austeridad". La repetí mentalmente: "Austeridad". El eco de las cortinas dijo entonces: "Austeridad". Y, junto con ello, apareció, por la amplia puerta, don Juan Enrique Arancibia Ocampo.

-¡Hola, joven! ¿Qué tal?

-A sus órdenes, don Juan Enrique.

-¡Siga sentado, joven! ¡Sentémonos! ¿Un copetín?

-Como usted guste, don Juan Enrique.

Entonces volviéndose clamó al vacío:

-¡Ciriano!

Y reapareció el doméstico, es decir, Ciriano que avanzó y, junto a él se mantuvo cuadrado y en silencio. Preguntóme el anfitrión:

-¿Un whiskycillo le parecería a usted bien, don Onofre?

-Como usted guste, don Juan Enrique.

Entonces Ciriano se esfumó tras una cortina para reaparecer con una bandeja, con botellas y dos copas.

Bebimos un whiskycillo.

Pero óyeme Marul mía: no voy a contarte todo este largo, este interminable almuerzo que tuve con el gran señor, con el ahora, nada menos, que senador por Carrizalillo, el que dejó perderse en las lejanías del pasado el cargo de diputado que desempeñó durante luengos años por ese mismo sitio. Estaba en casa de un senador. ¡Honor, pues, para mí!

Pasamos luego al suntuoso comedor y nos sentamos.

-Sírvase usted, don Onofre -me dijo.

Miré y no vi nada pero pronto advertí que don Juan Enrique se servía una de las tres almendritas que había en su plato. Hice lo mismo y me comí las almendritas. Me dijo entonces:

-Muy digestivo.

-Sí -respondí-, muy digestivo.

Luego apareció Barbea, la doncella, con sus manos enguantadas y encastillada en su blanco delantal.

Primer plato: langostinos en salsa de achiras con lenguas de tórtolas japonesas. Los miré con mi cuchara de plata en mi diestra y el tenedor ídem en mi siniestra. Don Juan Enrique, tieso en su silla Luis XIV (la mía era una silla Luis XV), me manifestó entonces:

-Sírvase, amigo, sírvase de estos deliciosos langostinos. Yo, para acompañarlo, voy a tomar un consommé de orugas. ¡Oh, no crea usted que se trata del insecto lepidóptero que lleva el mismo nombre! Se trata de una planta de las crucíferas con la que se prepara un muy sano consommé. Los langostinos, aunque los reconozco, y por cierto, sabrosísimos, no me sientan del todo bien.

Le pregunté de inmediato:

-¿Padece usted del estómago?

Me respondió:

-Como padecer, no; no es cosa de tanto. El estómago marcha como debe marchar un estómago. Pero, por desgracia -o por ventura, visto desde otro ángulo- no es él el único órgano de los que se apodan internos. Hay otros órganos entre los cuales está el hígado. ¡Ah, sí! Es un órgano que hay que vigilar, joven, que hay que vigilar, porque se padece de él con frecuencia y es mejor no padecer de él, no padecer.

Exclamé vacilando si colocar dos langostinos en mi plato:

-¡Por cierto! ¡Se padece de él con frecuencia!

-Pero no tema usted, joven -me aseguró-. Esta salsa, ésta de achiras, según me han asegurado varios facultativos, posee gran cantidad de sulfuros vitamínicos que contrarrestan el efecto de las lenguas de tórtolas japonesas.

-¡Aaah! ¡Aaah! -proferí demostrando alto interés-. ¿Son las lenguas de tórtolas japonesas las que...?

-No tema, joven, y sírvase. La salsa de achiras es amiga de la juventud, por lo tanto es amiga de usted, joven (guiñó un ojo) y es ligeramente malvada con los que ya empezamos a bordear ese estado de la vejez.

-¡No diga usted eso, don Juan Enrique, no lo diga!

Me miró y me dijo:

-Nací en 1873.

-Está usted en plena juventud.

-¡Eh, eh, eh! No exageremos nada.

Y ambos reímos. Yo, para mis adentros, me preguntaba:

"¿Para qué me habrá invitado este caballero? ¿Será para charlar sobre Donatello o para mostrarme lo que sus dedos han hecho con la plasticina?"

El caso es que comí dos langostinos en salsa de achiras con lenguas de tórtolas japonesas; y el caso es que él me acompañó, en silencio, sorbiendo su consomme espolvoreado con paprika y ligeramente *velouté*. Cada sorbo de don Juan Enrique resoplaba como una locomotora y cuando la locomotora llegó a su destino alzó el índice y así quedó largo rato. Barbea se precipitó y levantó nuestros platos. Creí que este alzamiento de dedos era algún signo a la criada; pero no, no lo era. Era tan sólo el anuncio de una peroración.

-El hígado -dijo.

-Sí, el hígado -repuse.

-*The liver*, como dicen los ingleses.

-*Le foie*, como dicen los franceses.

Respondió severo:

-*Il fegato*, como dicen los italianos.

Quedamos un rato en silencio. Luego me dijo:

-Hay que remar, hay que remar mucho. Es la manera y su *liver*, su *fegato*, se lo agradecerá.

-Sí -contesté-, podría remar pero, en realidad, no me agrada mayormente.

Sentenció entonces:

-Aunque ello no sea de su agrado, hay que remar.

-¿Para el buen funcionamiento del hígado?

-Eso es, para el buen funcionamiento del hígado.

-¿Remar?

-Sí -aseguró-, remar.

Es curioso cómo pronunciaba esta palabra de "remar": la "e" la hacía como "eu" francesa y la prolongaba enormemente. Es decir, pronunciaba: "reu...eumar". Luego agregó:

-Cuando se *reuma*, el hígado se contrae y ello facilita la eliminación por la vesícula. Por eso debe usted *reumar*. Ataquemos, ahora, nuestro segundo plato.

Reapareció Barbea trayéndolo en una gran fuente que me pareció de estilo rococó. Era una fritada de dulcamaras y hongos matacandiles que se bañaban en una crema de *quatre épices* rebozada con muy pequeños retamos de simarrubas.

-¡Ataquemos, joven, ataquemos! -clamó mi anfitrión-. En esto sí puedo acompañarlo pues el rebozamiento de estas benditas y mil veces benditas simarrubas es tan eficaz para el hígado y la vesícula como una hora de agitado y fogoso reumar.

-¡Ataquemos, don Juan Enrique!

-¿Un vinillo tinto?

-Sí usted gusta, don Juan Enrique.

-Ya hemos saboreado el whiskycillo como aperitivo y ese exquisito Chateau Margaux como vinillo blanco.

-¿Lo llama usted "vinillo"? Yo habría dicho "vinazo".

Rió don Juan Enrique:

-¡Ja, ja, ja, ja! Es mi manera de expresarme. Cuando digo un "vinillo" se ha de entender un "vinazo".

-Entiendo. Por eso dijo usted "whiskycillo". Debió haber dicho: "whiskysazo".

-¡Eh, eh, eh! ¿Lo apreció usted de verdad?

-¡Ya lo creo!

Entonces se alzó el índice y profirió:

-*Seven Towers*.

Dije:

-¡Calbuco!

Me interrogó:

-¿Qué ha dicho usted?

-He dicho que era aromático cual ninguno.

-Sí -me respondió-, aromático cual ninguno. Pero ahora verá usted este tinto que, espero, sea de su agrado. Se trata de uno que, a mi gusto, no está mal, de un Madariaga, 1909. Se aprecia su sabor con estos matacandiles que come usted. Veamos, veamos.

Barbea traía una servilleta en sus manos de cuyos pliegues aparecía la punta de un gollete. Me sirvió a mí; sirvió a mi anfitrión; chocamos nuestras copas y bebimos.

-Amigo Borneo -me dijo-, póngale a esta fritada un poquitín de mostaza, de esta mostaza. Me han dicho que es una mostaza lituana. No sé si sea cierto pero, puedo asegurarle a usted, es exquisita y se aviene, a las mil maravillas, con este guiso. Levanta el sabor de las dulcamaras y apaga, un poquitín apenas, al sabor algo estridente de los retamos de simarruba.

-¡Oh, le pondré entonces, don Juan Enrique! -exclamé al punto.

-Muy bien hecho -replicó-. Usted es aún joven así es que no ha de temer el sumo de verdolaga mezclado con sumo de patitas de verderón. ¡Oh, es la delicia de los lituanos! ¡Échele usted y verá!

Le eché y probé. Me sentí un lituano y así se lo expliqué a mi anfitrión. Me respondió:

-¡Eh, eh, eh, eh! ¡Ja, ja, ja, ja! Son los misterios, los hondos misterios de la cocina. Cecilianita se vuelve loca con esta mostaza. Por eso la compro. ¿Cómo es el nombre? A ver..., a ver.

Se caló sus gafas, tomó el frasco y miró parpadeando largo rato. Al fin dijo:

-Eso es: "Mostaza Poneviezh". ¡Diablo de nombre! Pero no me negará usted que es deliciosa. ¿No la encuentra usted?

-¡Por cierto! ¡Deliciosa!

Luego me relató cómo había conocido esta mostaza:

-Fue en Nueva York. No justamente en Nueva York. Fue, mejor dicho, en Washington,

en nuestra Embajada, cuando fui Embajador..., Embajador suplente, que, en el fondo, es lo mismo. Allí, en nuestra Embajada la comíamos al almuerzo y a la comida. A veces le echaba un poco a las *bouchées*, a la hora del té. Y ahora también le echo, allí, en aquella mesita donde tomo el té. No acostumbro a tomarlo aquí en el comedor. El té, su mesita; el comedor lo guardo para el almuerzo y para la comida; guardo este comedor porque, le diré a usted, el gran comedor lo reservo para las grandes comidas. ¿No le parece a usted que así entramos en una armónica proporción?

-¡Oh, ya lo creo, don Juan Enrique! Usted lo ha dicho con toda y absoluta razón; la armónica proporción. Es ella una de las bases de nuestra obra en la vida y de la obra de los que han hecho una verdadera obra. Así, por ejemplo, Donatello...

¡A ver si el hombre picaba! Pero no picó. Siguió con su perorata sobre mesas y mesitas:

-Esa mesita la traje de Washington mi mujer, Cecilia. En ella preparaba el té cuando tenía visitas en la Embajada. Es decir, casi todos los días. Porque... ¡ah, qué vida, amigo, qué vida llevábamos allá en Washington! Pero no hay que añorar, no. Somos, y lo somos mil veces, chilenos. Y estamos en la ¡la cosa pública! No, no usted; usted, creo, que escribe, ¿no es así?

-Así es, don Juan Enrique, escribo un poco.

-Muy bien hecho. Escribir es también una manera de manifestar nuestro amor por la patria. Yo la amo en la política y en la diplomacia, como en Washington. Tomemos un poco de este Madariaga, 1909. ¡Salud, amigo, salud!

-Salud, don Juan Enrique.

Y don Juan Enrique Arancibia Ocampo se lanzó entonces a nadar sobre las olas de sus recuerdos de United States of America.

Este caballero está absoluta y herméticamente convencido de que su vida ha sido y es algo trascendental. Hace, en buenas cuentas, lo mismo que hacen todos o casi todos: él ha puesto en U.S.A. el ansia de una gran existencia; otros la han puesto en otra parte; pero todos vivimos una vida y tenemos otro sitio en que..., ¡ah! en que..., ¡aaah! El caso es que don Juan Enrique no habla inglés pero pronuncia, cuando cita cosas yanquis, con un acento que el más yanqui entre los yanquis se lo quisiera. Total que yo poco comprendí cuanto dijo. Estaba disertando creo que sobre la distribución del agua potable en las diferentes ciudades norteamericanas o sobre los premios de belleza o sobre la movilización del ejército de U.S.A. durante la guerra cuando apareció Barba trayendo una enorme fuente y, sobre ella, una enorme cabeza de un enorme animal. La depositó frente al dueño de casa y, por unos momentos, éste se borró envuelto en humos odorantes. Dijo entonces:

-Nuestro tercer plato.

-¡Muy bien! -exclamé.

Él agregó:

-Las como así estas cabezas, es decir, pido siempre que me las traigan sin cortarlas, enteras. Yo, luego, las corto con este cuchillo especial para el caso y luego las devoro con gran apetito. Ahora verá usted cómo procedo yo.

Y ese cuchillo especial, colaborando con una especie de gran cuchara, se enterró en esa cabeza de... ¿de cordero o de buey? A mí me pareció de elefante.

Hundió la cuchara en el cráneo y sacó un montón de sesos. La cabeza giró entonces empujada por el cuchillo y dejó ver un ojo. Luego, empujada nuevamente, dejó ver el otro ojo. El primero estaba apagado, sin vida, cubierto por una membrana seca apenas trasparente. El segundo, fuera de su órbita, aún miraba con una inamovilidad espantosa y esta

mirada se clavó en mí. Vi, entonces, en esta cabeza, una cabeza de hombre y vi a mi anfitrión convertido en un verdadero antropófago. ¡Oh, sí, Marul! Veía la cabeza de un hombre, la veía verde, fría, cercana ya a la putrefacción que la roe por dentro y que pugna por salir fuera a través de un cuero viscoso de cadáver. Veía a don Juan Enrique, con el hambre de un buitre, empecinado en esos restos de animal que, por este ojo, parecía aún sufrir resignado y pedir protección.

—Ahora, ¡al tenedor! —profirió don Juan Enrique.

Cogió un gran tenedor y pude ver que sus cuatro púas se hundían por entre muelas y se clavaban en la lengua del pobre bicho.

Francamente, Marul, te diré que miré hacia otro lado, que tomé del Madariaga, que miré una copia de un cuadro con melocotones y con zanahorias, que dejé caer mi servilleta, que quise poner conversación y no lo logré.

—¡Listo! —clamó don Juan Enrique—. Sírvase, amigo.

—Señor —le dije—, soy de poco comer. Con los platos que ya he comido creo tener suficiente. De todos modos, muchas gracias.

Me miró asombrado:

—¡Eh, eh, eh, eh! Me defrauda usted, amigo mío. ¡Esta cabeza, esta cabecita cortada por mí! ¡Sírvase, sírvase algo! ¡Eso es, eso es! ¡Algo más! ¡Se puede quedar con hambre! Vea, amigo, póngale un poco de sesos o de lengua. ¿O prefiere usted las mollejas? ¿O las orejas? ¿O el hocico bien picado, bien picadito? Con esta mostaza Punoviazh... ¿Es así su nombre? A ver, a ver... No, es Poneviezh, eso es. Con esta mostaza resulta sobrosísimo. O si quiere usted comer...

¡Marul, Marul! No puedo seguir con lo que habló este hombre frente a su cabeza de cordero, o de cerdo, o de buey, o de elefante. Me parecía, al fin, una cabeza de ictosaurio. Tuve que aceptarle un poco, un poco, no mucho. Porque te diré que no era cierto que me encontraba satisfecho; llegué a su casa con bastante apetito. Pero esa escena del buitre o del antropófago con su víctima y la mirada de aquel ojo que imploraba protección no me dejaron comer a mi gusto. Así es que, después de un largo rato, vi con sumo, vi como una dicha, a Barbea acercarse con unos panqueques rellenos de miel. ¡El postre, el postre, bendito sea!

¿Bendito? No, Marul. Te diré que yo adoro los panqueques pero, mientras los comíamos, don Juan Enrique siguió hablando de la cabeza. ¿Era una cabeza de cordero, de cerdo, de buey, de elefante o de ictosaurio? No, Marul, no. Era una cabeza de ¡jabalí!

Me dijo con aire de plena satisfacción:

—¡Eh, eh, eh, eh! No me dirá usted que no estaba sabrosísima. El secreto es simple, muy simple y yo lo aplico: la dejo *mijoter* durante siete días, con sus noches, por cierto, y luego la hago reposarse durante tres días en salsa Montrejeau. Después, reposo. Al aire libre. Mejor si le llueve un poco como ocurrió anoche. El agua de la lluvia es espléndida para la cabeza de jabalí; no así para el costillar de este animal. El costillar no debe mojarse ni una pizca. Por fin, una hora antes de servirla, se le echa un poco de ají con puntas de eléboro. ¿El olor del eléboro? Porque ha de saber usted que es algo fétido y por eso mismo lo he dejado pasar su fetidez en una mayonesa de jabillo. Le decía a usted que se le echaba esta mezcla y... ¡se sirve! Y ahí tiene usted cómo se prepara este digno plato para un comensal como usted.

—Agradecido, don Juan Enrique, agradecidísimo. He apreciado debidamente esta cabeza de jabalí.

-Para pasarla debidamente no está mal estas *crêpes*. Las he hecho rellenar con el producto de mis colmenares, de allá del fundo, de mi fundo.

-En realidad son exquisitos estos panqueques.

-Sí, exquisitas estas *crêpes*.

-Exquisitos.

-Exquisitas.

-En verdad son exquisitos.

-Sí, en verdad son exquisitas.

Luego me preguntó:

-¿Un cafecito?

Le respondí:

-Ya veo que ha de ser un cafesazo. Se lo acepto, don Juan Enrique, muy agradecido. Un cafesazo nos vendría admirablemente.

-¡Ja, ja, ja, ja! Es un simple café corriente, nada más. ¿Qué le parece a usted que lo tomemos aquí al lado, que lo tomemos en mi escritorio, es decir, en mi gabinete? Lo tomaremos con una copita, o dos, de coñac, de coñac chileno, pues yo, como hombre público, prefiero el chileno al francés. No en su sabor ni en su perfume, ¡oh, no! En sabor-perfume es mejor el galo. Pero cuando se piensa en la patria..., ¡oh!, entonces...

Me apresuré en exclamar:

-¡El chileno!

-Luego -prosiguió- se le puede *chambrer* en una de esas copas especiales que se hacen para ingerirlo. Y luego se le puede *velouter* como se debe. Ya lo verá usted, ya lo verá.

Me hizo un amplio gesto solemne y, a media voz, me dijo:

-Avancemos.

Y avanzamos.

Llegamos al inmenso gabinete donde Ciriano nos aguardaba con café y coñac. Nos sirvió del primero y luego se alejó. Yo, por mi parte, quedé atónito: ¡qué de estanterías, Marul! Miré por todas las esquinas: ¡qué de mesas y de sofás y de sillones! Y sobre todo, ¡qué de estatuas y estatuillas! Sin embargo, entre éstas, no vi ningún Donatello... Para hacerlo pícar mostré una cabecita cualquiera e interrogué:

-¿Es de Donatello?

-¿De qué? -me preguntó-. No, no, es de mármol.

-Comprendo.

Luego las mostró con un gran gesto y me dijo:

-Me acompañan mucho en mis horas de labor que son, por cierto, las más de mi vida. Sírvase el coñaquito; ya debe estar bien, muy bien *chambré* y bastante *velouté*. ¿Un cigarro puro?

-No, muchas gracias, fumo cigarrillos.

-Porque ha de saber usted que el trabajo es la base de nuestra vida. Tenemos que gobernar, que dirigir y entcauzar a nuestro pueblo y llevarlo como se le lleva en los Estados Unidos de Norteamérica, es decir, por el sendero del progreso. Y esto, hay que creerme, es algo agobiador.

-¡La cosa pública! -exclamé.

-Eso es -me respondió-, la cosa pública. Ella nos absorbe nuestro tiempo, nos lo absorbe. Pero hay que hacerlo, hay que hacerlo. Hay que plegarse a las circunstancias, lo quiera usted o no lo quiera. Y es penoso ver que mucha, muchísima gente descuida la cosa

pública. ¡Y no hay que descuidarla! Aquí vino, cierta vez, un hombre, un quiromántico, uno de esos que pretenden ver el destino mirándonos las manos. Es increíble pero es la verdad. Quiso mirar mi mano este Azarías Metrenco; porque así se apodaba este hombre. Naturalmente me negué. Entonces se las miró a Cecilia y a una de mis hijas. ¡Y se las miró a Barbéa, la mucama! ¿Es posible, amigo mío? ¡A Barbéa! ¡La doméstica! Son las influencias de los comunistas. ¿Y qué dijo este Azarías? No dijo más que borricadas y nuevas borricadas. Porque dígame, joven, si esto de las manos fuera verdad, ¿adónde iríamos a parar? No, joven, no y no. Estas pocas cosas de las manos como de la letra y como el tinte de sus ojos y la manera que se tiene de dormir y demás son puras necedades y necedades y nada más, nada más...

Marul: necedades y nada más que necedades... Y siguieron estas necedades con mayores necedades aún. Siguieron y siguieron. No sé cómo salí de aquel palacete. Pero salí mientras dejaba a su dueño sumido en la cosa pública y olvidado, completamente olvidado, del pobre Donatello...

163

Me dirigí hacia mi casa; estaba algo fatigado. Es increíble lo que cansa la conversación de un caballero como éste. Te he escrito una décima, ¡qué!, una centésima parte de lo que habló. Pasé al Bar Azul donde tomé una copa de helados y luego pasé a una pastelería cualquiera donde tomé otra copa de helados. Este hombre público me dio un calor interno que había que refrescar. Después vagué por las calles y, al fin, me fui decidido a descansar en Fray Tomate. Pues bien, en la puerta de calle alguien me detuvo, alguien me hizo una gran reverencia, alguien me dijo:

—Es un alto honor para mí saludaros, ¡oh, adolescente chaval!, y un honor que llegaría a la auténtica euforia si lograra departir con vos unas cuantas palabras.

Tú comprenderás, Marul, de quién se trataba. Era Palemón, el gran Palemón de Costamota. Subimos juntos. Frente a la puerta de Lorenzo Angol se paró un momento y me murmuró:

—Este joven sabe cuanto hay que saber y, si no lo sabe, es muy grato para este vuestro servidor ayudarlo a que sepa aquello que se ha de saber. ¿Penetramos aquí?

Y sin más tocó la campanilla. Un momento después estábamos los tres sentados en el saloncito de Lorenzo. Luego Palemón nos miró a ambos y profirió:

—¡Onofre Borneo me ha traído y se ha traído hasta vuestra fina morada! No, no os defendáis tachándome de embustero. He visto en ése vuestro rostro un tal rostro de hombre desplomado que tuve que decir: "¡Algo va mal! ¡Se ha menester de distracción para este benemérito de Onofre Borneo!". Entonces pensé en vos, doncel Angol. Ascendimos. Retuve a mi compañero faz a esta puerta. Toqué. ¡Y apareció el muy insigne matador de hastíos!

Lorenzo, con cierta ironía, se inclinó y dijo:

—Agradecido por ese mote de matador de hastíos.

—Es el mote que merecéis —replicó Palemón y siguió hablando—. Henos cómodamente sentados y el porvenir no nos conturba; podemos, pues, charlar sin tropiezos. Mas... ¿qué os ocurre, Borneo? ¿Una visita con ricos guisos y ricos vinos y café y coñac de la patria os

descompone de tal manera? ¿O es, acaso, la personalidad de don Juan Enrique Arancibia Ocampo?

No vacilé en confesar:

—Sí, creo que es ella, esa personalidad la que me ha sumido en esta prematura vejez.

Lorenzo, entonces, terció:

—Ya se lo había advertido yo.

Y Palemón no pudo menos más que agregar:

—Callaos os lo pido con el máximo de reverencia; callaos sólo un pequeño instante y dignaos responder a esta pregunta que me intriga: “¿Por qué ha caído sobre vos esta prematura vejez al contacto de un tan alto personaje?”.

—¡Se mofa usted de mí, Palemón! —grité.

—No, no me mofo. Yo también he sido contertulio de ése que me atrevería a llamar un magnánime caballero. Porque conozco a la muy bella Barbea y al silencioso Ciriano. Yo he comido un exquisito menú en aquella bien puesta y mejor servida tábola. Y conozco a la partícipe de esa alta existencia, a la sin par de doña Cecilia, de doña Cecilia Urquizar de Arancibia Ocampo. Y conozco a sus tres tan bellas hijas y conozco a sus menores dos hijos. Conozco a todos, a todos, pues conozco a Parapeto, el monono gato; y conozco, allá en Las Peralillas, el immaculado fundo de esta noble familia, conozco al férreo Cebollón, el inmenso dogo; y a Cerceta, la inmensa doga; y conozco, por fin, a Zurito, el perrito, el chiquitín, el gracioso. ¡Oh, cuánto los amo a todos: don Juan Enrique, doña Cecilia, sus tres hijas, sus dos hijos, sus cuatro siervos, sí, adolescentes míos, cuatro siervos fuera del chofer! ¡Y cuánto amo a Parapeto y a Cebollón y a Cerceta y a Zurito! ¡Y cuánto amo a...!

—Veo que sigue usted mofándose de nosotros —lo interrumpió Lorenzo—. ¿O, acaso, se mofa usted de usted mismo?

—No, mis grandes amigos, aquí no hay ni una pizca de mofa, no la hay. Este nobilísimo caballero con su nobilísima esposa forman la más acabada yunta de mis más perfectos prosélitos.

Ambos nos echamos a reír y dijimos:

—¡Valiente yunta! ¡Valientes prosélitos! ¡Progresas usted en forma estruendosa! Si todos sus prosélitos son así ¡ha triunfado usted, Palemón de Costamota!

Él sonrió para sus adentros y calló un rato. Luego, con tono misterioso, nos habló:

—El dignísimo de don Juan Enrique Arancibia Ocampo, con la dignísima de doña Cecilia Urquizar de Arancibia Ocampo son, a no dudarlo, los representantes de uno de los medios que he hallado para doblegar a la humanidad y llevarla a la perversión. ¿Cuál es este medio? ¡La frivolidad enfatuada en grandes proyectos y en grandes labores! Así, revolcándose en dicho enfatuamiento, así no piensan. ¡Sí, sí! Yo les he prohibido pensar. Porque no basta, no basta lanzaros, a vosotros humanos, una cosa fea, una cosa deforme, una cosa desfigurada, una cosa abyecta. ¡No basta, no! Pues no hay nada, nada, que no podáis dar vueltas, es decir y usando vuestra manera de expresaros, que no podáis redimir con ese hálito de inteligencia que os ha dado aquel que llamáis Dios, mi enemigo, mi tan execrable opuesto y regañador. ¿No lo creéis? Permaneced silentes y oídme:

“Remontémonos por vuestra historia y lleguemos en esta noble remontación a los albores de la Edad Media. ¿Qué veis? ¡Mirad, mirad por todos lados! ¡Ya los veis! Son grupos, son legiones, son naciones enteras..., es la humanidad entera que ama, ama cual ama el piojo vuestra carne, que ama a ese mi enemigo, a ese mi execrable opuesto y regañador, a ese que llamáis Dios. ¡Vedlos, sí, vedlos! ¿Qué hacen, qué? Revedlos. ¿Qué hacen?

Erigen templos y más templos y en ellos incrustan su imagen con la imagen de los suyos. ¿Es, en verdad, su imagen; es la imagen de los suyos? ¡Aaah! Ha llegado mi momento pues ahora yo, yo, yo con mis demonios satélites, es decir, nosotros influiremos sobre esos grupos, sobre esas legiones, sobre esas naciones y haremos hacer, de cada imagen, un engendro horrible de una mente perversa. ¡Diez, cien, mil, cien mil horripilantes engendros! ¡Adelante hombres necios, hombres gordos y sandios! ¡Id y haced vuestras esculturas y cubrid con ellas vuestros templos y vuestras iglesias y vuestras catedrales! En los albores de la Edad Media la humanidad presenta un aspecto de ingenuidad. ¿Entonces? ¡Haced, esculpid! ¿Qué? ¡Horrores y más horrores! Y la humanidad obedeció.

“Hizo, esculpió horrores y más horrores. Cubrió con ellos sus templos, sus iglesias, sus catedrales.

“Cuando vimos el resultado de nuestras órdenes nos congratulamos de tal modo que dispuse se formara el mayor de los sabat que se registrara en memoria existente. ¡Beber, beber hasta embriagarse! ¡Fornicar y fornicar hasta el agotamiento! ¡Blasfemar y blasfemar hasta pasar más allá de lo soez! Porque ahora podíamos gritar sin temor de equivocarnos: ¡¡Triunfo, triunfo!!

“Un día terminó el gran sabat. Un día volvimos cada cual a su noble tarea. Miramos a la Tierra. Y vimos, vimos, vimos:

“Mi opuesto regañador, sin hacer ni un gesto ni mover la punta de un dedo, había transformado aquellos horrores en objetos de venerada admiración; había hecho que vosotros los hombres encontrarais en ellos una expresión inefable... ¡Oh, adolescentes míos! Nuestra obra había sido burlada; nuestros actos habían sido fisgados y luego contravertidos. Lo *santo* imperaba allí donde nosotros creímos hacer una maldición justamente para eso que llamáis “santo”.

“¿No lo creéis? ¿Dudáis de cuanto os digo? Entonces venid, sí, venid conmigo y asomaos; sin miedo, asomaos; ¡asomaos!

Nos asomamos. Pero, ¿dónde? Estábamos en un balcón suspendido en los aires. Abajo y frente a nosotros, torres y torres y torres. Pude distinguir, entre ellas, las de la Catedral de Burgos; luego vi las torres de la Catedral de Angulema; luego, las de Chartres; allá lejos vi las de Santiago de Compostela; y las de Reims; y las de Nuremberg; y las de Amiens... ¿Voy, acaso, a poder citar cuantas vi? Sobre todo que nuestra atención estaba fijada sobre las estatuas que las adornaban. ¡Estatuas y estatuas y estatuas! Palemón, entonces, nos susurró:

—Ved a los gusanos que roen y roen esos cuerpos muertos.

En efecto, y si a los admiradores de la estatuaria medieval se les puede apodar gusanos, alrededor de cada estatua había gente y más gente que, con aire devoto, las contemplaba.

¡Un fracaso para Satanás! Él lo reconocía. Nos dijo, muchas veces, con tono pesaroso:

—¡Esos hombres se me han escapado! ¡He sido burlado y burlado! Les he dado alimento y ellos, al probarlo, ven al regañador, ven a mi enemigo...

Quedó un momento silencioso para luego proclamar:

—Pero la lucha no ha hecho más que tener un comienzo. ¡Ya se verá su final! ¡Aaah! Por cada contemplador de las obras medievales tengo ahora cientos, tengo ahora miles de fieles discípulos míos. ¡Gloria, Satán, gloria!

Preguntamos de inmediato:

—¿Se refiere usted a don Juan Enrique Arancibia Ocampo y a su mujer, doña Cecilia Urquizar de Arancibia Ocampo?

Nos miró y nos dijo:

—Volvamos a vuestro salón, caro adolescente Angol. Volvamos y volvamos. ¡Así!

Así... ¿Cómo? El cierto caso es que estuvimos de nuevo sentados cómodamente en el saloncito de Lorenzo mientras desaparecían, tragadas por la nada, las viejas catedrales e iglesias de la Edad Media.

Debo aquí abrir un paréntesis. Quien esté leyendo esta entrevista nuestra con Palemón de Costamota ha de decirse, estoy cierto, que es de una gran ingenuidad aquello del balcón con la visión medieval que desde él tuvimos. Encuentro lógico esta manera de considerar y que haya aparecido la palabra "ingenuidad". Además se trata aquí de una entrevista con el Diablo. Por lo tanto habría que hacer aparecer cosas verdaderamente fantásticas. No basta un pequeño salón de un departamento y luego estar trasladados a un balcón suspendido en los aires desde el cual se ve el conjunto de catedrales e iglesias románicas y góticas que hay diseminadas en Europa. Tendrá este lector que repetirse la palabra: ingenuidad y nada más que ingenuidad.

Sí, es verdad si acaso se mira esta escena desde un punto de vista LITERARIO. Bajo este punto de vista ello es simplemente elemental. Pero quiero decir aquí, quiero estamparlo, de modo que no persistan dudas al respecto:

Aquí, en mi relato con Palemón de Costamota, no ha habido, ni hay, ni habrá nada de "literario". Narro una realidad absoluta así es que la medida para aquilatarla tiene que ser cambiada y viendo la "realidad". Ella es así:

Estamos tres personas en el saloncito de un departamento de Fray Tomate, estamos allí conversando amigablemente y, de pronto, nos encontramos en un balcón lejano y suspendido viendo todas las iglesias antiguas a nuestros pies y con la gente de hoy día que las contempla y las admira... No se me negará que esto es ¡algo que raya, algo que sobrepasa la mayor fantasía que se pueda concebir!

Así es que ¡basta ya de tildarme con ese epíteto de "ingenuidad"! Tómese cuanto digo seriamente, con toda la seriedad posible y se verá entonces que la cosa es para erizar los pelos de la cabeza. Todo estriba en reemplazar la crítica y en cambiar la palabra "literario" por la palabra "realidad". Si así no es, que me digan cuántos son los que han tenido en sus vidas una experiencia semejante. Ahora sólo pido que se me escuche en paz y con absoluta credulidad.

Cierro, entonces, este paréntesis.

Palemón de Costamota nos dijo luego fingiendo una cierta indiferencia e indicando hacia el sitio en que se halló nuestro balcón:

—Son hombres, hombrecillos del contrario. ¡Allá ellos! Y pienso: ¿cuántos son? Son limitados. No los juzguéis en masa como os los mostré. De cada cincuenta habrá uno que se interesa efectivamente en aquello que se me usó. En cambio mi cohorte... ¡Oh, queridos adolescentes, oh! ¡Mis cohortes son numerosísimas y son, sobre todo, verídicas!

—¿A qué cohorte hace usted alusión? —preguntó Lorenzo.

Palemón respondió riendo:

—A aquellas que se nutren con langostinos en salsa de achiras con lenguas de tórtolas japonesas; a las que sorben un consomé espolvoreado con paprika; a las que se atragantan con fritadas de dulcamaras y hongos matacandiles bañados en *quatre épices* con retamos de *simarrubas*; a las que cubren el todo con mostaza de *Poneviezh*; a las que se abren el apetito con una *Seven Towers* y bañan lo que comen con vinillos o vinazos *Chateaux*

Margaux y Madariaga y se endulzan con panqueques a la miel; a las que bajan el total con café y con coñac de su país. ¿Las conocéis vos, Onofre Borneo?

—Por cierto —respondí—, las conozco.

Siguió entonces Palemón:

—Bien, la gente que forma estas cohortes son millares, son millones, son incontables, ¡incontables! Como que son mis fieles discípulos. ¡Yaman, adoran, idolatran lo que forma el fondo de sus vidas! A ello se apegan con uñas y dientes. Alrededor suyo sienten, huelen, intuyen a aquellos que ambicionan llegar a ser como ellos ya son; los sienten que trepan y trepan y trepan. Pero de pronto uno se desmorona y cae. Ellos fingen pesar mas siguen y siguen. ¡Arre, arre, arre! Ellos son los que, por las noches, ¡toc, toc!, golpean a los aposentos de mi buen colaborador Fleuretti... ¿Les abrirá, Fleuretti? ¡Ea! ¿Vas a abrirles? A veces sí, les abre; a veces, no. Sabe a qué vienen. Vienen a suplicar, con voz desgarradora y con lágrimas en los ojos, que los conduzcan hacia el grande de Lucifogo. ¡Lucifogo, la potencia de riquezas y tesoros! Van entonces estos mis buenos discípulos. Nuevas voces desgarradas, nuevas lágrimas en los ojos. Lucifogo con un gesto dice: "Id más lejos, más y más lejos". Entonces se despeñan estos discípulos míos, se despeñan y se golpean agarrándose y remeciéndose los cabellos y lanzándose coces por lo bajo. Suena, tras ellos, la voz de Lucifogo: "Más, más lejos..., aun más lejos..." Hasta que...

—¿Qué...? —preguntamos ansiosos.

—Llegan al amo y señor de un signo.

—¿De un signo?

—Sí, de un signo.

—¿Y de qué signo?

—De éste.

Palemón de Costamota —no hay que olvidar que es el Diablo; reléase la nota que creí oportuno intercalar aquí—, el inmenso Palemón de Costamota escribió "en una pizarra que apareció en su diestra y con tiza que cayó del cielo", escribió, entre signos de admiración: "¡\$!"

Quedamos confusos. Pizarra y tiza desaparecieron. Rió nuestro huésped. Por fin nos dijo:

—Visito, a menudo, al amo y señor de aquel signo que ahora se va por los ámbitos. Este amo y señor se apoda: Dopelar. Visito muy a menudo a Dopelar. Nos tomamos del brazo y así tomados miramos este mundo y reímos. Luego estrecho las manos de Dopelar. Él se inclina hasta hollar el suelo con su frente. Luego volvemos a reír. Mas... ¿por qué reímos así? Porque vemos el signo, ese signo que os he dibujado, mis buenísimos adolescentes, el signo con que tengo agarrotados a los hombres, ¡agarrotados!

—¡No! —gritó Lorenzo—. No los tiene usted tan agarrotados como cree.

Palemón nos miró fingiendo alta sorpresa:

—¿Cómo! ¿No los tengo agarrotados? Pero... ¿no habéis visto el signo que a bien tuve dibujaros? ¡Oooh! ¡Ya veo lo que vais a decir, lo que vais a alegar: algunos hombres escapan a él. Pero ¿habéis pensado cuántos son los que así escapan? ¿El uno por ciento? ¿O el uno por mil? ¿O el uno por diez, por cien mil? Transijamos: escapa el uno por millón; ¡no!; el uno por diez millones. Y estamos plenamente de acuerdo.

Lorenzo contestó con vehemencia:

—¡No, Palemón, no y no! El dinero es uno de los tantos y tantos atributos que hay aquí en la Tierra. Es, pues, justo, es justísimo que...

—He dicho: ¡alto! —sonrió Palemón.

—Bien —repuso Lorenzo—. Repetiré: ¡alto!

Nos miró a ambos Costamota como posándonos una pregunta. Nos volvió a mirar. Al fin susurró:

—¿Permitís?

Lorenzo levantó los hombros y replicó:

—Todo está permitido aquí, sobre todo para usted, mi querido amigo.

—Entonces... ¿queréis que diga lo que asomaba a mis labios?

—Dígalo usted si ello le place.

—Ello me place y allá voy. ¡Sois unos niños! ¡Sois como esos niños que viven junto a nosotros y que no han nacido todavía! ¡Sois una avanzada de los hombres que hay tras de vosotros! ¡Sois dos cuerpos que esperan al que ha de venir a habitarlos! ¡Esperad! Mas, mientras así esperáis, puedo ayudaros un tanto. Porque no hay que ser como son la mayoría de los niños. A éstos se les enseña una cosa, una sola cosa que se refiera a la naturaleza y a los demás hombres y, cuando la han aprendido, se les dice: "¡Muy bien! ¡Ya saben ustedes lo que hay que saber!". Es verdad: los niños han aprendido su lección perfectamente. ¡Aaaaah! ahora podrán seguir sus vidas hasta el día de la muerte. Pero, ¡estoy yo! Yo me entretengo haciéndolos atisbar otros aspectos de la naturaleza, otros aspectos de los hombres. Yo trato de ensancharles sus horizontes. ¿Y qué veo entonces? Veo..., ¡ah!, veo ¡qué de esfuerzos hacen los infelices para coger este nuevo aprendizaje! ¡Es algo preciosísimo, preciosísimo ver sudar a estos niños, ¡qué!, a estos ya casi hombres, para interiorizarse con esta nueva...! Adolescentes míos, voy a llamarla: "visión". Pues me preguntan confundidos: "¿Cómo, cómo? ¿No es, acaso, así y asá la naturaleza; no son, acaso, así y asá nuestros semejantes?". Creo perecer de la risa al ver la lenta, la lentísima estulticie de vuestros prójimos. ¿Perecer? ¿Yo, perecer? ¡No, no! Yo no perezco. Yo soy eterno tanto hacia el futuro como hacia el pasado. Soy Palemón de Costamota, hijo de Palemón de Costamota, nieto de Palemón de Costamota, bisnieto de Palemón de Costamota, tataranieto de Palemón de Costamota, chozno de Palemón de Costamota y así hasta la eterna eternidad. Y mi hijo será también Palemón de Costamota y lo será mi nieto y mi bisnieto y mi tataranieto y todos los que los sigan pues para un lado como para el otro no hay ni habrá más que un solo Palemón de Costamota. Sí, mis gratos adolescentes, soy eterno como es eterno lo bello. Veo que os confundo. Es que hablamos diferentes idiomas, es decir, hablamos el mismo idioma pero... ¡al revés! ¿Queréis un ejemplo? Oídmelo bien: Al decir yo "lo bello" habéis visto, sin duda, una flor, un lirio, una azucena; habéis visto muchas obras de aquel que llamáis el Renacimiento italiano; acaso a vuestros ojos ha venido la obra de ese primitivo de Cassetta, o un tapiz de por allá el siglo xiv o siglo xv o qué sé yo; o habéis evocado el canto de un ruiñeñor que se mece sobre una rama o la música que los imita a estos pajarillos soñadores; vendrá a vosotros un ejemplar de aquello que tildáis de "inefable" y que yo tildo de "puerco". ¿Qué es verdaderamente, qué es verídicamente "inefable"? Adolescentes: es aquello que os sacude, que os remece, que os trastorna mostrándoos otro aspecto de este mundo. ¡Lo sabéis tan bien como yo lo sé! Lo sabéis porque sois artistas y, al serlo, tenéis como dogma de fe aquello que es, para vosotros, un dogma de fe. ¿Qué es aquello? ¡Cualquiera lo sabe! Sí, adolescentes míos, cualquiera lo profesa con el solo hecho de entrar en las artes. Recordad a Gherardo Marone que ha escrito:

También lo feo pertenece al arte, del mismo modo que en la vida vive lo feo.

¿Lo feo...? Vuelvo a preguntar: ¿Lo feo? ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Lo que llamáis "feo" es lo que

debe llamarse "sublime". ¡Lo sé, lo sé! Porque: ¡no lo olvidéis! Os habla, en estos momentos, la mayor cantidad de experiencias, el mayor conjunto de experiencias. ¡El conjunto! Ese conjunto soy yo, yo, yo, ¡Satán! Porque nací antes de la primera idea de que fueseis creados; porque nací cuando esta idea no había aún tomado forma alguna. Yo vivía ya, de tiempo inmemorial, cuando despertaron en un jardín abúlico, vuestros primeros padres, Adán y Eva. ¿O habéis olvidado a la serpiente? ¿No, no la habéis olvidado? Ve, entonces, que la serpiente es más vieja que el hombre.

Lorenzo, entonces, le respondió:

—¡Qué puede importarnos a nosotros ni la edad de su nombre, ni la edad del hombre, ni la edad de la serpiente! Lo que sabemos es que lo feo, en arte, es lo que está mal hecho.

Palemón corrigió:

—Lo feo es lo que no mueve al hombre, lo que no lo sacude ni lo remece ni lo trastorna para mostrarle, al final de tanto movimiento, sacudidas, remecimientos y trastornos, otros horizontes de incomensurables perspectivas.

—Esos horizontes —dijo Lorenzo— son de pura armonía.

—¡Vamos, vamos entonces! —exclamó Palemón con íntimo regocijo— ¡Vamos, vamos!

—¿Adónde? —interrogamos ambos.

—Vamos hacia esos horizontes que tienen al final el mundo de la armonía.

Y hacia esos horizontes no dirigimos. La ventana de Lorenzo se abrió y, a través de ella, en vuelo veloz salimos los tres. (Por favor, recuérdese el paréntesis que escribí).

Pasamos con la velocidad del rayo por sobre la ciudad de San Agustín de Tango y por sobre sus alrededores; luego las luces se acabaron y reinó abajo la oscuridad sólo interrumpida por una que otra chispita; luego presentimos la enorme mole de Los Andes y, al fin, sobrevolábamos el bosque de Tulquipunco, al pie del volcán Picoldo y a la entrada del Cajón del Lepomande. Palemón nos hizo dar unas cuantas vueltas y nos hizo bajar en un pequeño claro del bosque. La Luna se levantaba sobre el cielo.

—Caminemos un poco —nos dijo en voz baja.

Caminamos hasta que apercebimos, frente a nosotros, una capilla entre los árboles. Palemón nos dijo:

—Es la muy conocida capilla de San Ruperto.

Me acerqué a Palemón y protesté:

—Ya hemos ido nosotros dos hasta Lima; ya conozco, y por ende conoce Lorenzo, a quien todo se lo cuento, los poderes que usted posee; créame que Lorenzo quedó inperterrito cuando le hablé de nuestro viaje porque es amigo de Teodosia Huelén... Creía que esta vez haríamos un paseo de inmensa trayectoria. ¿Me ha comprendido usted? Palemón, llévenos a los Infiernos.

Colocó su afilada mano sobre mi hombro y me respondió con tono conciliador:

—Iremos a los Infiernos, adolescente Borneo, iremos. Mas para ir a ellos es necesario conocer antes sus..., sus..., ¿cómo poder explicarme? ¡Sus sucursales aquí en la Tierra! Por lo tanto os pido a ambos que tengáis a bien penetrar unos instantes en esta venerada catedral de San Ruperto.

—¡Qué! ¿Llama usted, a esta capilla, una catedral?

Respondió:

—Elevo su rango y ya veréis por qué.

Penetramos en la capilla o catedral de San Ruperto.

La oscuridad, en toda ella, era completa salvo al fondo, junto al altar que se hallaba

iluminado por unas cuantas velas. Me costaba trabajo orientarme allí dentro entre la gente, entre esa cantidad de gente que ya se había aglomerado por todos los recovecos. Luego perdí a Palemón y luego perdí a Lorenzo. Quedé, pues, solo y apretujado por miles de sombras. Estas sombras hablaban, susurraban todo el tiempo. De pronto una de ellas me tomó la mano y me murmuró al oído:

—Sabía que te encontraría aquí.

Clavé los ojos y la reconocí:

—¡Marul! ¿Tú, aquí?

Me contestó, ahogando una risa:

—Sí; yo, como tú, aquí.

—¿Y cómo, con quién has venido?

—Me ha traído Tadeo Lagarto —fue su respuesta.

—¡Tadeo Lagarto! —exclamé pero en voz bajísima—. ¿Y dónde se halla ahora?

—Me murmuró:

—No lo sé. Nos vimos obligados a separarnos en este tropel de gentes. Pero me aseguré que no me abandonaría.

—Pero oye, Marul, no es posible que...

Una campana dejó oír su tañido. Nos inmovilizamos. Miré, sin soltar la mano de Marul, hacia el altar. Ahora veía con mayor claridad. Al centro de él, vestido de Mefistófeles, se erguía Palemón de Costamota. Se produjo un silencio sencillamente aterrador. Hizo una seña que indicaba que iba a hablar. Su voz sonó límpida a pesar de ser la voz de un bajo profundo:

—¡Hablad vos! ¡Agliareth, Gran General! ¡Haced las preguntas que os roen la lengua!

Por detrás del altar se asomó entonces Agliareth. Venía todo envuelto en una túnica granate. Hubo un momento de silencio mortal. Luego interrogó:

—¿Debe, sobre este mundo, reinar la Teurgia?

Una sola voz lanzada por cientos de voces, acaso por miles, le respondió:

—¡No!

—Entonces —volvió a interrogar—, ¿qué debe reinar?

Fue unánime la respuesta:

—¡La Goecia!

Agliareth dijo entonces:

—Lucifer, aquí presente, os ha oído.

Todos clamaron:

—Lo vemos y veneramos.

Pero Lucifer quedó inmóvil. Entonces Agliareth se retiró tras el altar y apareció, por el lado opuesto, Fray Palomo de la Ojiva. Avanzó hasta el púlpito y trepó a él por un costado sin hacer uso de la escala. Y se santiguó. Apreté la mano de Marul para llamarle la atención: Fray Palomo de la Ojiva se santiguaba al revés. Marul me susurró:

—¡Fijate! Todos hacen igual que él.

Pero entonces se oyó su voz:

—La Teurgia es hacadera siempre de lo mismo, desde el albor de ella hasta el día de su ruina y fin, allá en el futuro. La Teurgia es la monotonía misma pues ella ha hecho, hace y hará lo mismo, desde su albor hasta el día de su ruina y fin, allá en el futuro. Es el rito que simula la grandeza y para ello omite toda variación pues ha repetido, repite y repetirá, hasta la monotonía matadora, aquello que, falta de vida viva, se convierte en

cuanto hay de monótona sobre este mundo. Parece este rito, este rito de teúrgico, haber dicho ayer, decir hoy y volver a decir mañana: "No habrá cambios pues nada cambia porque lo cambiante es de otro mundo". ¡Nadie ni nada cambia! He ahí la teurgia. He ahí el embrutecimiento de la terrible monotonía. Ella, este embrutecimiento vendrá a vosotros, si queréis santos y más santos. Pues a aquellos que no lo sean: ¡los espantosos y eternos sufrimientos. Decidme: ¿llamáis tal cosa ir hacia el Supremo? Contestad, ¡contestadme!

Un murmullo y algunos gritos:

-¡No, no!

Siguió, entonces, Fray Palomo de la Ojiva:

-En cambio ved la Goecia, la verídicamente noble Goecia. ¿Qué os predica, a qué os insita? ¡El cambio! ¡Cambiad siempre! ¡Desafiad la naturaleza con todos los seres que la habitan! ¿Qué seres? ¿Qué seres, os repito, qué seres? ¿Creéis que me refiero a los animales? ¡No, no! Voy más lejos como ya pronto iréis vosotros. Me refiero a esos elementales, me refiero a los seres que habitan junto a nosotros y que, sin oír el llamado de Lucifer o de sus súbditos, no se muestran. Pero esta vez se mostrarán, se mostrarán, esos seres que se ocultan y vendrán a bendeciros como se ha de bendecir, ¡como se ha de bendecir! ¡Adelante, adelante sin temor! ¡Adelante!

Siguió hablando en el púlpito Fray Palomo de la Ojiva. Hubo un silencio espectacular.

No sé si sería a causa de la habituación de mis ojos, pero es el caso de que ahora veía con bastante claridad. ¿O se habría aumentado la luz en la iglesia toda? No lo sé pero yo veía bien, casi normalmente. Miré hacia todos lados hasta que vi un pequeño piso. Quedamente le dije a Marul que me esperara un poquitín y quedamente también me encaramé en ese piso. Fray Palomo, naturalmente, seguía hablando pues he de decir la verdad: lo que aquí he transcrito de su sermón ha de ser no más de una vigésima parte de lo que en verdad sermoneó. Pero, en fin, ahora estoy sobre mi piso y domino con claridad cuanto me rodea.

¡Oh, oh! ¡Qué de sorpresas tuve, sorpresas tan fuertes como la que me dio Marul al tomarme la mano y al decirme que allí se hallaba con Tadeo Lagarto! En efecto, Tadeo Lagarto fue al primero que vi: hurao y ceñudo mirando con el más profundo desprecio cuanto veía. Cerca de él se hallaba Lorenzo con una expresión indescifrable y, diría yo, algo hastiada. Luego, con gran extrañeza mía, vi entre aquella multitud, a una dama que me llamó la atención por su innegable belleza. ¿Quién sería? Miré hacia un lado y otro para ver si hallaba una respuesta y la hallé: se me acercó don Irineo Pidenco, se me acercó temeroso, agachadito, como tragado por sí mismo. Algo quería decirme pero yo le gané el "quien vive":

-Dígame, don Irineo -le dije en voz baja, bajísima-, ¿quién es aquella dama tan esplendorosamente hermosa?

Y se la mostré con disimulo.

-¡Oh, oh, mi señor! -me susurró-. Esa es: ¡Eufobina, sí, mi señor, Eufobina Colliguay! Pero... ¡schchicht!

Y el hombre se escabulló por entre los asistentes para volver luego abriéndose paso con sumo cuidado. Me susurró, entonces, al oído:

-Mi señor, pronto verá usted a Biandina Tarata, sí, a Biandina. Por eso vine yo, vine a verla aunque no creyera que ella, tan, tan bella, frecuentara estas cosas. Ella hará de..., de... ¿Permite usted? Sí, eso es, ella hará de altar en la misa que, según tengo entendido, oficiará

Palemón de Costamota. ¡Las Guaxas, las Guaxas! Es algo horrible pero es así. ¡Vea, mi señor, vea! ¡Ella es, sí, ella es! ¡Biandina! ¡La que sube al altar! ¡Biandina!

Y esta vez el hombre se escabulló definitivamente.

Pero... ¿era un sueño mío todo aquello? ¡Ver a mis conocidos allí: Marul Carampangue, Tadeo Lagarto, Fray Palomo de la Ojiva, don Irineo Pidenco...! Además Biandina y Eufobina... Quise preguntárselo a Marul pero ella me hizo guardar silencio poniéndose un dedo en los labios.

En ese momento quedé lelo, clavado, pasmado: Biandina, frente al altar, se despojaba de su bata y quedaba desnuda, tal como Dios —diría yo—, tal como Satanás —habría que decir ahora— la echó al mundo. Quedó inmóvil, muda, hierática. ¡Oh, don Irineo, ya puedes verla! Unas especies de diablejos trajeron, entonces, un gran tiesto, que me pareció de cobre, y lo depositaron frente a ella y se alejaron en seguida. Biandina despertó, clavó una sonrisa en su rostro y, avanzando hacia el tiesto, orinó. Fue la locura. Hombres y mujeres se peleaban por acercarse al tiesto y orinar en él.

Volvió a oírse el tañido de la campana. Nuevo silencio. Vi, entonces, el bautizo de Biandina. Palemón de Costamota la bautizó. Su nombre le fue confirmado; su apellido le fue cambiado: en vez de Tarata, Palemón la apellidó: Atarat, es decir, Tarata al revés. Luego la persignó mojándose los dedos en el tiesto orinal. Gran número de los asistentes, casi todos los asistentes, fueron, en muda y disciplina procesión, pasando junto a ese orinal, se untaron los dedos en su contenido y se persignaron con unción. Todos, naturalmente, se santiguaban al revés.

Una vez bautizada, Biandina se colocó tendida de boca sobre la repisa del altar y allí quedó sin movimiento, como dormida. El gran Palemón, que había desaparecido por algunos instantes, volvió a presentarse. Estaba casi inconocible pues llevaba, sobre la cabeza, una especie de casco plano que se adornaba con dos cuernos de macho cabrío. Además sus pies se habían transformado en patas de ese animal. ¿O serían un simple disfraz? En todo caso estaban tan bien hechas que era punto menos que imposible darles con certeza el apodo de disfraz. Ahora veo que lo mismo puede decirse para ese que llamé "casco plano". No, no creo en disfraces. Quise preguntar al respecto a Marul y me incliné hacia ella. Pero ella se volvió y se colocó un dedo en la boca.

Junto a este rarísimo macho cabrío apareció, linda, hermosa cual ninguna, la mujer, esa mujer de los tacones altos. Y apareció desnuda, completamente desnuda, toda ella salvo sus piecitos que seguían adornados con unos zapatitos de... ¿De qué serían? Eran de un azul claro que hacía pensar en el cielo en un día esplendoroso; pero sus tacones afilados eran más oscuros. Así avanzó y se colocó a un lado, es decir, junto a la cabeza de Biandina.

Entonces vi algo que me sacudió violentamente: en sus manos traía el cáliz que ella alzó manteniéndolo por lo alto. Este cáliz era una media calavera humana engastada en un cuerno que me pareció ser de macho cabrío, semejante a los que ornaban la testa del gran Palemón. Luego bajó el cáliz y lo depositó en el altar. En él empezó a preparar un menjunje extrañísimo: pedazos de ostias consagradas, sangre menstrual, harina, tierra, huesos molidos, excrementos de perros, pedazos de melón, pelos de hiena y hojas de espinacas; el todo lo roció con orinas de aquel tiesto, orinas que sacó con una taza. Lo revolvió y lo colocó sobre —¡ay, don Irineo!—, sobre las blancas nalgas de Biandina; pero no justamente sobre ellas, no: porque sobre éstas alguien había puesto un hornillo que ardía.

Sobre este hornillo puso la calavera con esa mezclanza y aguardó, serena, fría, impertérrita, que ella se cociera.

Luego contempló el resultado y, dulcemente, lo sacó: era una especie de pasta espesa. La partió en múltiples pedacitos que pasó a Palemón. ¡Y se comulgó!

Hubo un barullo con esto de la comunión. Me vi obligado a bajar del piso en que me había encaramado. Fui empujado de un lado para otro lado. Al fin volví a encontrarme con Lorenzo. Le pregunté de inmediato:

-¿Quién es, sabes tú, la mujer que ha preparado ese simulacro de ostias?

Me respondió:

-Esa es Julieta Pehuén. ¿No la conocías tú?

Me turbé un tanto. Al fin le respondí:

-Sí, sí; es decir, la conocía de vista, mejor dicho, la había visto una vez por la calle. Es muy bonita, ¿no es cierto?

-¡Ya lo creo! -me respondió-. Como que tiene fama...

La tranquilidad volvía poco a poco. Nos movimos un tanto. Me separé de Lorenzo y vine a quedar junto a Marul.

-El diablo nos junta, Marul -le susurré.

Riendo a hurtadillas me dijo:

-¡Alabados sean el diablo y los demonios que lo acompañan!

Y la misa comenzó.

Yo poco conozco de misas así es que lo que anotaré aquí serán cosas que oí a Marul y que le oí confusamente. Además hay una que otra observación mía. Marul me hizo fijarme en el misal: no le encontré, en verdad, nada de especial pero ella me dijo que era uno encuadrado con piel de una criatura que no había sido bautizada y que había sido asesinada en una misa como ésta. Palemón lo tomaba, lo alzaba y se lo pasaba a Julieta Pehuén. Luego manipulaba una serie de objetos y menudencias que había sobre las nalgas y sobre las espaldas de Biandina. Luego -y esto llamaba enormemente la atención de Marul- la misa toda era dicha de atrás para adelante. Por fin terminó. Entonces vino una lujuriosa bacanal.

Aparecieron, no sé de dónde, miles de cruces en las manos de estos prosélitos. Estas fueron alzadas y luego echadas por tierra y sobre ellas danzaron estos mismos prosélitos, danzaron de tal modo que las pateaban y las destrozaban. Y mientras así hacían abjuraban de Dios y lanzaban gritos de loas a Satán. Paseaban, además, una imagen de Cristo en la cruz y... con orejas de burro. A su paso era el delirio de risas y blasfemias. La gente gritaba:

-¡Ea, Dopelar, Dopelar! ¡Contigo estaremos! ¡No con ése de las orejas de burro!

Tal vez el que llevaba la cruz con el Cristo era Dopelar, el amigo de Palemón. Trataba yo de verlo bien cuando el llanto de un niño me hizo volverme hacia el altar: Fray Canela del Calvario, como Julieta Pehuén lo hiciera hace un momento con el cáliz de calavera, levantaba en sus brazos a un niño desnudo. Entonces se avalanzaron cientos de manos armadas de cuchillos sobre este pobre indefenso. Pero allí estaba Palemón que los detuvo. Hizo un ademán y todos retrocedieron. Llamó entonces a uno. Éste avanzó con su cuchillo en la mano.

-¡Sí, sí, él es! ¡Claro que es él! -decían a mi lado.

¿Quién es? -pregunté.

Una vieja me respondió:

-Elario Taitao.

Quedé tan enterado como antes. Pero el caso es que este Elario Taitao enterró su cuchillo en el cuello del niño y así lo mató. ¡Oh, qué de risas, de risas histéricas, surgieron de todas partes! ¡Reían y reían todos hasta revolcarse por tierra! Mas alguien se iba, se retiraba, presuroso, agachadito, sumergido en su abrigo de cuello levantado.

—¡Don Irineo! —exclamé—. ¡Cómo! ¿Se marcha usted?

Me respondió titubeando:

—Sí, mi señor, me marchó. No he nacido para contemplar estos crímenes, no, no he nacido para ser testigo de tales atrocidades. Así es que me marchó, con el perdón de usted. Ya estoy acosado por larvas y lemures. Pero me he de defender como hasta ahora me he defendido, sí, mi señor, como hasta ahora... ¡Así mataré a estas Guaxas disfrazadas! ¡Así, así! ¡Y están los garbanzos, mi señor, los garbanzos!

Y de bajo su gabán sacó el p'ur b'u que empezó a blandir a diestra y siniestra. Así lo vi alejarse.

Mientras tanto el cadáver del niño había desaparecido y otra vez más Biandina yacía sola, desnuda y echada boca abajo, en medio del altar. Todos la miraban ansiosos; todos esperaban...

Avanzó, entonces, Palemón de Costamota y, en presencia de todos y separándole las piernas, la poseyó.

¡Oh, coito estupendo, delirante! Biandina clamaba más que una poseída; Palemón vociferaba con voz de trueno. Después de este coito se retiró riendo como en una ópera de Arrigo Boito o de Gounod. Vino entonces Fray Canelo del Calvario y Biandina Tarata fue, a la vez poseída por él. Y luego vino ese Elario Taitao y también fue Biandina poseída por él. Y luego vino un desconocido que, a su vez, la poseyó. Y luego..., luego..., fue poseída por Julieta Pehuén, por la linda mujer de los altos tacones, por aquellas que casi me hizo perder el juicio, allá, en las cercanías del Cabaré San Lito. ¡Hiciste bien, Irineo Pidínco, en escaparte a tiempo! Yo, debería hacer otro tanto...

Fue Biandina poseída como casi todas las mujeres que allí se hallaban. Porque he de decir verdad: aquello era el coito general, era el coito por tierra, contra los pilares de la iglesia, contra los muros, sobre los reclinatorios, en el altar, por donde fuera y como fuera... No sé cómo nos encontramos nuevamente con Lorenzo. Apretujados los tres—Marul, Lorenzo y yo— mirábamos atónitos aquel espectáculo nunca visto por nosotros. Tadeo Lagarto había desaparecido, al menos no se le veía en ninguna parte. Mientras lo buscaba con los ojos vi, como última visión, a Eufobina Colliguay que, echada por el suelo, fornicaba con un hombre que acaso representaba para ella la furia de los volcanes en erupción, oh, esos terribles volcanes que don Irineo no supo traerlos hasta su tibio lecho...

Así miraba yo y así miraban Marul y Lorenzo, cuando una voz me interpeló:

—¿Qué tal, mi buen caballero? ¿Se place usted por aquí, por estas tan eufóricas fiestas?

Era una voz cascada la que me hablaba. Me volví. A mi lado vi a una anciana, a una ancianísima anciana, a una mil veces viejaña encorvada que se apoyaba en su bastón. Le pregunté:

—¿Con quién tengo el gusto...?

Me respondió:

—Con Restituta Mañigual. ¿No me recuerda, mi caballero?

Hice Memoria. Restituta Mañigual... ¡Ah, sí! Por cierto que la había visto antes... ¡Sí! ¡Claro está! La había visto en un fundo. Pero ¿en qué fundo? ¡Ah, sí! ¡En San Gomo, allá cerca de Melichaqui! Le dije inmediatamente:

—Ya lo creo que la conozco, doña Restituta, si hemos estado juntos en San Gomo.
¡Claro está!

—Veo que su memoria no es mala, mi caballero. ¡Cuánto me alegro, cuánto me alegro!

Mi confusión, al verla, era francamente grande pues jamás me habría imaginado encontrar en esta misa a esta mujer, a la tan apacible y bondadosa de doña Restituta Mañigual.

¡Claro está que la había visto allí en su rancho de San Gomo! Siempre sentada, por las mañanas, en el corredorcillo de ese rancho, tejiendo o chupando su mate, entreteniéndose a los chicos que se le acercaban o acariciando algún perro, siempre callada o hablando muy poco y observando todo a su alrededor con ojos benévolos. Se oía, de pronto, allá lejos, el repiqueteo de una campana. Entonces doña Restituta decía, indefectiblemente: "Ya son las 12". Y se santiguaba. Luego los que la oían, por lo general una de sus hijas, repetía: "Sí, ya son las 12" y también se santiguaba. Recordé que también la había visto varias veces por las tardes allí mismo, sentada con una comadre que había ido a verla. Hablaban y hablaban. ¿De qué pueden hablar tanto esas viejañas? Un día, disimuladamente, me acerqué a ellas. Decía doña Restituta: "¡Cuidado, cuidado! Esos dos, esos dos... en amoríos andan...". La otra respondió: "Claro está que en amoríos andan...". Y rieron las dos viejas, rieron mucho y chuparon de sus cigarrillos de trigo regular. Esto pasaba todos los días de Dios, tanto en verano como en invierno, con sol o con lluvia. Si no era esa comadre, era otra comadre u otra u otra. Por allí en San Gomo tenía doña Restituta Mañigual más comadres que hijos e hijas y perros y gatos, y nietos y nietas, y gallinas y chanchos. Me acordé que, al verla, había pensado: "¡Ay, estos seres con todos sus puntos de comando fuera del aparato...". Pero luego, al volver a caballo lentamente a las casas de Melichaquí, no pude impedirme de hacerme esta pregunta: "¿Estarán esos puntos de comando tan fuera como lo he creído?". Pero... una cosa era indiscutible: pasarían cien años, mil años, diez mil años, y siempre habría, sentada plácidamente en un corredor o en una piecitos humilde o en un gran salón, un par de viejas que, a las 12 del día, dirían: "Ya son las 12". Y luego comentarían los amores de esos dos... Y no pensé más en el asunto.

Ahora la veía aquí a mi lado en medio de esta "tan eufórica fiesta". Eufórica fiesta..., me repetía yo para mis adentros cuando su voz cascada volvió a interrumpirme:

—¿Irás usted, mi caballero, a la continuación de esta eufórica fiesta? Sí, sí, usted irá, mi caballero, y le dirá a la linda, tan linda señorita que lo acompaña y a ese caballero que está con usted que lo acompañen. ¿Me promete hacerlo, mi caballero?

—¡Por cierto, doña Restituta, por cierto! —respondí sin saber a punto fijo lo que decía—. Les diré a ambos que me acompañen.

—Entonces, ¿vamos? —me dijo y con su bastón me indicó la puerta de la capilla.

Marul, que había estado escuchando nuestro diálogo, nos interrumpió con entusiasmo:

—¡Sí, Onofre, sí, vamos a la continuación de esta eufórica fiesta! ¡Ea, vamos Lorenzo!

Y sin más seguimos a doña Restituta Mañigual hacia la puerta de esta capilla convertida en catedral...

Por lo demás ya todos salían. Algunos iban con un aspecto de perfectos ebrios; otros iban contritos; muy pocos, indiferentes; casi todos tenían los ojos brillantes y parpadeaban sin cesar; casi todos respiraban con verdadero anhelo. Doña Restituta, afirmada en su bastón, caminó delante de nosotros.

Pero afuera la cosa cambiaba: la Luna se había escondido tras espesos nubarrones que

pasaban veloces por el cielo empujados por el viento. De pronto brillaron varios relámpagos y luego fuimos ensordecidos por el retumbar de los truenos. Entonces doña Restituta se detuvo y rezó en alta voz:

"Santa Bárbara, Santa Flor, la verdadera cruz de Nuestro Señor; ¡oh, Nuestro Señor, oh, Santa Flor, oh, Santa Bárbara! Donde quiera que esta oración sea dicha el rayo no ha de caer".

Y, al ver a un muchacho que sangraba de las narices, le pasó la mano por la cara y oró así:

"Jesucristo ha nacido en Bethléem y ha padecido en Jerusalén. Su sangre se ha turbado; yo lo digo y te ordeno sangre que pronto te detengas por el poder de Dios, por la ayuda de San Fiacro y de todos los Santos, lo propio que el Jordán, en el que San Juan el Bautista bautizó a Nuestro Señor, sí, te ordeno que te detengas y has de detenerte. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén".

Todos la escucharon silenciosos y quietos. Pude ver entonces que, poco a poco, la Luna volvía a aparecer y que el muchacho dejaba de sangrar por las narices. Me acerqué a ella y le dije:

—Doña Restituta, hay algo que no comprendo en su proceder. Nos hemos encontrado en una misa oficiada por Palemón de Costamota sobre las espaldas y nalgas de Biandina Tarata y ayudado por la muy bella Julieta Pehuén; luego ha estado usted en una horrible bacanal en un templo y se sentía en ella, no me lo niegue, como en el mejor de los mundos. Y ahora, doña Restituta, para despejar el cielo y para detener hemorragias nasales reza usted invocando a Jesucristo y a San Juan Bautista, a Santa Flor y a Santa Bárbara y a San Fiacro y a todos los santos y termina usted clamando "en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo" y ni siquiera se le olvida ese "amén" para terminar sus oraciones. ¿En qué quedamos, doña Restituta, y de qué lado está verdaderamente usted?

—¿Yo, mi caballero, yo?

—Sí, usted, doña Restituta.

—¡Pero, mi caballero! ¿Cree usted que podría asistir a una misa oficiada por el tan benemérito de Maese Leonardo si no me hallara cientos de veces con él?

—¿Maese Leonardo? ¿Por qué lo llama así?

—¿Y cómo quiere usted que lo llame, mi caballero?

—¡Como él se llama: Palemón de Costamota!

—¡Uy, uy, uy! ¡Qué horror! ¡Que no lo vayan a oír diciendo semejantes atrocidades! ¡Uy, uy, uy!

Y movía ambas manos y, con ellas, el bastón.

—Óigame bien, doña Restituta, le pido que me conteste a la pregunta que acabo de formularle.

—Hay mucho ruido aquí —fue su temerosa respuesta.

—¡No, doña Restituta, no hay tanto ruido! Vamos, respóndame, sí, respóndame usted.

—Mi caballero —me contestó con voz queda y a la vez con tono convencido—, usted no es un buen observador. Es verdad que cité a Jesucristo y al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo; a San Juan Bautista, a Santa Flor y a San Fiacro y... no sé si cité a otros de aquella mazamorra pero, como le digo, no es usted un buen observador, no, no lo es.

—¿Y qué quería usted que observara?

—Mi caballero, mientras elevé esas preces alcé mi mano, esta mano, la izquierda, muy alto, por encima de la cabeza... Y con la derecha manipulaba este bastón, caballero, mani-

pulaba su cacha que me refregaba entre las piernas. ¿Me ha entendido usted, mi buen caballero?

—Sí, le he entendido.

—Vamos, entonces, avancemos.

Avanzó lentamente, con dificultad. De pronto se alzó se estiró y clamó con una voz agudísima agitando ambos brazos:

—¡Emén-hetan! ¡Aquí y allá! ¡Emen-hetan! ¡Aquí y allá!

Y sin más montó en una escoba y la vi ascender por los aires, culebrear en las alturas, pasar como una flecha por entre las ramas de los árboles y desaparecer en la noche.

—¿Has visto, Marul? ¿Has visto, Lorenzo?

Marul me respondió:

—Pero, Onofre, si estamos entre brujos y brujas.

—Es verdad —contesté.

Entonces fue aquello el verdadero aquelarre. Por todos lados llegaban más y más brujas por los aires y montadas en escobas o en simples palos. En algunas grandes escobas había hasta cuatro o cinco de ellas. Mientras absortos mirábamos aquella invasión aérea no me di cuenta de que al ras de tierra esta invasión era tan temible como la de los aires: miles y miles de brujos pasaban, gritando los unos y agachados y en silencio los otros.

—¡Sigamos, sigamos! —gritó Marul.

Y los tres, tomados de la mano, avanzamos o, mejor dicho, tratamos de avanzar por medio de este brujeo tumulto.

—¡Emen-heta! ¡Aquí y allá! ¡Emen-heta! —se oía retumbar en las alturas mientras un murmullo sofocante salía de abajo.

Yo, en un momento, creí que perdía el juicio. Pero fuimos, de golpe, detenidos: frente a nosotros, con su clásico chaqué, con pantalones rayados y con chistera, reía nuestro amigo Palemón de Costamota.

—¡Basta ya de tales espectáculos —le gritó Lorenzo.

—¡Sí, basta ya! —confirmé yo.

Palemón se inclinó ante Marul y le preguntó:

—Y usted bellísima dama, flor entre las flores, ¿qué opina?

—¿Yo? —gritó Marul—. ¡Sigamos viendo cuanto haya que ver!

Palemón volvió a inclinarse y nos dijo:

—Todo galante y fino gentilhomme ha de considerar los votos de una flor entre las flores como una orden superior que le ha sido dada.

Y, sin más, alargó a Marul una larga, larguísima escoba que levantó un tanto por el manojito de crines.

—¡Arriba! —gritó.

Marul se encaramó; yo me encaramé detrás y Lorenzo al final. Entonces Palemón se puso en el primer lugar, tomó en su mano izquierda un puñado de esas crines y nos preguntó:

—¿Estáis prestos?

—Sí —contestamos y la escoba partió elevándose por los aires.

¿Adónde fuimos los cuatro cabalgando en esa forma? No lo sé, no tengo ni la más mínima idea; Lorenzo, tampoco; cuanto a Marul, ¡oh, estaba encantada, cogida a las faldas del chaqué de Palemón y volando así! Porque aquello era un vuelo simplemente fantástico, un vuelo loco: a veces nos elevábamos a vertiginosas alturas; luego pasábamos por entre

los árboles y caracoleábamos entre sus ramas. Después nos encontrábamos con otras escobas tripuladas que parecían acometernos o que nosotros parecíamos acometer.

—¡Hurri! ¡Hurri! —nos gritaban desde ellas.

Palemón se volvió y nos explicó:

—“Hurri” quiere decir: “cuidado” —y seguimos.

Después, conversando con Marul y con Lorenzo, hemos llegado a la conclusión de que no nos alejamos mayormente del bosque de Tulquipunco pues nuestra escoba viraba siempre y siempre parecía volver hacia un sitio dado. Pero... ¡vaya uno a saber! El cierto caso es que por fin aterrizamos en un claro rodeado de árboles a orillas de un pequeño lago o, mejor dicho, de un gran charco de aguas pantanosas. Ahí, en ese claro, ya había una enorme concurrencia. Luego esta concurrencia aumentó y aumentó sin cesar, tanto por las gentes y brujas y brujos venidos por los aires como por gentes, brujas y brujos venidos por tierra.

El murmullo era intenso. Todos hablaban y las escobas, al bajar, silbaban con agudeza. De arriba nos llegaban los gritos de “¡hurri, hurri!” que lanzaban los jinetes para evitar todo choque.

Al fin vino la calma. Parece que toda la concurrencia se hallaba en este claro del bosque y entre sus árboles inmediatos. Alguien tocó un silbato estridente y empezó, entonces, una orgía descomunal, ¿para qué voy a describir semejante cosa? Que sólo se sepa que allí no había diferencia ni de sexos ni de edades ni aún de calidad humana pues se producían los más raros acoplamientos: una serie de gnomos, surgidos de bajo tierra, poseían a las mujeres, fueran éstas hermosas o feas hasta el asco, fueran jovencitas o viejas como doña Restituta. Y los hombres, los machos, por su lado, arremetían contra ondinas pero, la mayoría de ellas, tan asquerosas como las aguas de ese charco de donde salían.

No nos separamos. Caminábamos lentamente. Una cosa buena he de decir: muchos, hombres, mujeres y espíritus nos miraban pero al no ser sus miradas correspondidas nos dejaban en paz. Allí no había ni asomos de violencia. Los que se acoplaban lo hacían gustosos por ambas partes.

De pronto oí un canto. Eran voces de hombres. Iban éstos tomados del brazo de una serie de mujeres. Cantaba a voz en cuello:

De ti mono quisiéramos la lascivia

¡sí, tu lascivia!

De ti gallo quisiéramos la potencia

¡sí, tu potencia!

De ti burro quisiéramos la verga

¡sí, tu verga!

Y entonces las mujeres les respondían:

De ti mona quisiéramos la lascivia

¡sí, tu lascivia!

De ti gorriona quisiéramos la potencia

¡sí, tu potencia!

¿Y qué tendríamos por vulva, qué, qué?

¡La tuya pulga, oh, pulga!

Y sonó nuevamente ese silbato estridente. Miramos, entonces, para todos lados y vimos un espectáculo imponente:

Palemón de Costanota se hallaba de pie sobre un montículo y a su derecha tenía a

otro diablo y a su izquierda a un segundo diablo, los tres tiesos e inmóviles. Bajo sus plantas, sentada por tierra había una bellísima diablesa movедiza y risueña. Los tres diablos se hallaban vestidos con grandes capas que los envolvían enteros; la diablesa, con una malla escarlata. A ambos lados de este grupo ardían unos fuegos de los cuales surgían, se elevaban un tanto y volaban hacia las llamas, innumerables y deformes seres que se retorcián.

-¡Miren, miren, qué lindo! -nos gritó Marul-. ¡Oh, es algo francamente soberbio!

Lorenzo le respondió displicente:

-Sí, no está mal ese cuadro... alegórico.

Súbitamente llegó a nuestro lado Tadeo Lagarto. Nos hizo una mueca y nos dijo:

-Es esta una bacanal como aquí se estila. ¿Les interesa a ustedes estas cuestiones del Sabat?

Antes de que tuviéramos tiempo de responder, Marul se adelantó y profirió llena de entusiasmo:

-¡Claro, claro está! ¡Nos interesan y muchísimo!

-Entonces -contestó Lagarto- no les vendrá mal algunas breves explicaciones que puedo darles.

-¡Bravo, muy bien! -vociferó Marul y los tres nos acercamos a Lagarto. Éste, siempre enfurecido, nos dijo:

-Ese demonio que está al centro, con un ademán estatuario, es el que conocen ustedes por Palemón de Costamota. Ahora este nombre cae en desuso. Ahora es el Emperador Lucifer. Si ustedes creen en las potencias diabólicas deben caer postrados ante tal Emperador. ¡Lucifer! ¡No lo olviden! Se acabó ya aquello de su nombre de Palemón y de su nombre de Costamota. A su derecha está el Gran General Satanachia, el amo y señor de las lascivias femeninas; a su izquierda está el Brigadier Sargatanas, el que transporta a quien quiere y adonde sea. Sentada por tierra se halla la que fama tiene de ser una belleza; ella es Gomory, la diablesa. Ahora, ¿qué hacen aquí? Se los diré a ustedes:

"Ellos son fieles amigos de Artemio Yungay, fieles porque les ofrenda culto y devoción; entonces ellos le pagan debidamente. Creo que lo conocen ustedes a este hombre de los amores antinaturales, de los amores de... costado. A ellos fue inducido y por ellos aun llora y se desvela. ¿No recuerdan ustedes a Tártara Tigre?

-Sí, claro está -dije yo-. La recuerdo y ustedes, Marul y Lorenzo, la recuerdan también. Recuerdo haber leído la carta que Artemio escribió a Eustaquia Zepeda en la que narraba sus amores con Tártara Tigre.

-Así es -dijeron al unísono mis acompañantes-. Onofre nos contó lo que decía esa carta.

-Pues bien -prosiguió Lagarto-, este Artemio Yungay no pudo olvidar a esa mujer y quiso introducirse en su tumba. Pero no, no consiguió que amores así duraran. Porque ella estaba entre las llamas y en su tumba sólo quedaba un despojo que lentamente se volvía materia insensible. Entonces Artemio Yungay se dirigió a Satanachia y a Sargatanas. Éstos le han complacido. Pero, en fin, Lucifer les hará ver a ustedes a esa hembra de la Tigre cuando los lleve hacia las llamas.

No pude impedirme de interrogar a nuestro cicerone:

-¿Por qué Tártara Tigre se halla en los Infiernos?

-No, no en los Infiernos propiamente -me respondió Lagarto-. Se halla en lo que se conoce con el nombre de Purgatorio y allí la verán ustedes. Era una mujer de prácticas pecaminosas. Pero se le permite que siga con dichas prácticas pues, poco a poco, esa

manera lateral de amar se irá apagando. Por el momento dejémoslos en paz tanto a ella como al Artemio Yungay. Será mejor que miren ustedes hacia ese grupo de brujas, que miren cómo preparan sus maleficios esas abyectas especies de mujeres.

En efecto, rodeaban una olla sobre la cual se inclinaban con lento ritmo mientras pronunciaban frases incoherentes para nosotros. Al mismo tiempo hacían extraños signos con las manos. Tadeo Lagarto nos dijo:

—Allí, en esa olla, hierven y se cuecen los terrones que han de asaltar a la humanidad. Con estos terrones y con la ayuda de Dopelar es como se generan las guerras y toda clase de matanzas. ¡Terror y dinero! ¡Y listo!

Marul, con cierto temor, le preguntó:

—¿Se hace esto siempre, Tadeo?

—Esto se hace los viernes por la noche, es decir, hoy. No olviden ustedes que hoy es viernes.

—¡Fétido viernes! —exclamó Lorenzo.

De verdad el ambiente se ponía de más en más mal oliente. Tadeo levantó los hombros y, con gesto despectivo, nos dijo:

—¡Qué quieren ustedes! Este olor viene de los ungüentos con que se han cubierto brujos y brujas. Pero pasará. Huele así al comienzo. Luego o este olor se esfuma o nuestro olfato se abilita a él. Pasará, se lo puedo asegurar a ustedes. Pero ¡contemplan allí, allí! Y verán los fines que aquí, en el Sabat, se persiguen.

Contemplamos hacia donde Lagarto nos indicaba:

Tanto una serie de hombres-brujos como de mujeres-brujas iban hacia los diablos y hacia la diablesa Gomory llevándoles una cantidad de niñitos recién nacidos. Los diablos los miraban, los palpaban y los olían. Algunos, los menos, eran dejados de lado; los restantes eran despreciados y, entonces, pasaban de mano en mano hasta que un puñal se blandía sobre ellos y eran degollados. Un minuto después eran descuartizados y hombres y mujeres se peleaban y se arañaban por apoderarse de sus carnes, de sus trozos de carnes, y así crudas los devoraban.

Lucifer, Satanachia y Sargatanas reían, satisfechos, de este festín. Gomory lanzaba una carcajada agudísima. Pero —Marul lo notó— los corazones de estas criaturas no los tocaban sino que los echaban a un recipiente que pronto se llevaron en medio de un frenesí de alegría.

Entonces Lucifer bajó de su montículo y, para cada niñito que fue escogido buscó entre los brujos un padrino y entre las brujas una madrina. Luego se arremangó la capa, se inclinó un tanto y mostró su ano que padrinos y madrinas fueron besándose con unción. Entre las madrinas pudimos ver a doña Restituta Mañigal que se entregaba a besar con fervor el ano de Lucifer.

Estos niños fueron bautizados y sobre ellos los diablos hicieron el signo de la cruz con los orines del gran tiesto.

Yo miraba cohibido estas prácticas. Marul, igualmente. Lorenzo, despreocupado, se puso a fumar.

—¿No te interesa todo esto? —le pregunté.

Me respondió.

—La primera vez que lo vi me interesó. La segunda, menos. Ahora es la tercera vez que asisto al Sabat. Te diré con franqueza que los encuentro bastante aburridos.

—¡Pero cómo! —le dije sorprendido—. ¿Frecuentas a menudo estos sitios y sus bacanales?

—No, no los frecuento a menudo —me respondió—. He venido a ellos de diversas maneras. No creas que me ha sido necesario una escoba. La primera vez que vine fue algo extraño, muy extraño...

—Entonces reemplaza a Tadeo Lagarto y cuéntenos cómo viniste. ¡Marull! ¡Ven que Lorenzo nos va a contar sus anteriores visitas al Sabat!

Nos alejamos de esta "eufórica fiesta". Pasamos a través de gentes y más gentes que danzaban frenéticamente y que se acoplaban sin distinción de sexos ni edades. Era esto la repetición de lo ya visto en la capilla de San Ruperto. Luego nos encontramos con el recipiente que guardaba los corazones de los chicos sacrificados. Junto a él Sargatanas los repartía con una enorme cuchara. Brujos y brujas los recibían en silencio y luego los comían masticándolos con una cara de verdadero arrobamiento.

—¡Ea, sigamos! —nos ordenó Lorenzo.

Seguimos y fuimos a sentarnos bajo un árbol que se levantaba al comienzo del bosque. A nosotros alcanzaba a llegar la bulla infernal del Sabat. Oíamos gritos, aullidos, carcajadas, suspiros lascivos, imprecaciones y ¡qué sé yo!

—¡Cuente, cuéntenos usted, Lorenzo, sus otras visitas a este Sabat! —le imploró Marul.

Lorenzo musitó:

—Un ópalo me hizo verlo.

—¿Un ópalo? —preguntamos ambos.

—Óiganme bien y verán de qué artimañas se vale el diablo cuando quiere pervertir a alguien.

Entonces, bajo ese árbol, Lorenzo Angol nos relató esta extraña visita al Sabat. Nos dijo así:

164

—Desde Belcebú, desde el Príncipe Belcebú, viene rodando por línea recta, a través de todos mis antepasados, un ópalo. Hace ya cuatro años llegó en su rodar a mí pues gran parte de mi linaje había bajado a la tumba y el Príncipe no se presentaba de tiempo atrás sobre la Tierra.

Cuando mi padre desde su ataúd me lo alargó estiré mi mano izquierda por entre los cirios que lo rodeaban y, apenas sentí que lo depositaba en ella, lo cubrí con mi derecha para que nada de la atmósfera de las flores y del cadáver fuese a guardarse en sus reflejos tornasoles y marcharse a casa junto a mí. Lleno de honda emoción dejé la capilla ardiente, cruzando con lentitud y con el rostro gacho las plegarias de los que pedían a Dios por el difunto y los llantos sofocados de los demás. Al entrar a mi estancia contemplé la gema sólo un instante y luego la eché en el cajón de mi mesa de trabajo. Allí ha quedado, como les he dicho, largos años este ópalo remoto, ha quedado y ha vivido ocioso como el océano.

Más una noche, fatigado de lecturas y meditaciones, lo saqué de su glauca ociosidad y, dirigiendo mi vista sobre él, puseme a contemplar su profunda y misteriosa vida interior.

Allí dentro había sentado plaza nuestro amigo Palemón de Costamota y, dejando de lado este nombre, se había ungido como el muy grande y terrible Zar Palemón y se había rodeado con su corte, con sus favoritos, sus juglares y alabarderos, sus lacayos y sus hembras, sus gacelas y sus espectros.

Allí reinaba, allí tronaba el justiciero Zar Palemón y, al reinar y tronar con su potente voz de plata, hierático entre cuatro columnas de alabastro, como un eco hiende los aires en círculo chispeante la cimitarra del hercúleo negro de piel de tigre, el siempre fiel Trabucodonosor.

Mudo, dejándome coger por mil presentimientos oscuros, quedé en contemplación y, lentamente ante mis ojos, fue desarrollándose una escena de aquella corte, escena solemne como un rito sagrado.

Tronó el Zar Palemón y la plata de su voz me hirió los tímpanos mientras allí dentro todos callaron palideciendo, Rasgó el aire la cimitarra de Trabucodonosor y un hilo de viento helado me tocó el rostro mientras, allí dentro, los cortesanos rojos y negros se replegaron y disimularon temerosos en el oro añejo de las altas tapicerías, mientras las hembras temblaron sus mármoles cálidos y las alabardas se inclinaron y las gacelas huyeron sobrecogidas de terror más allá de las posibilidades de mis ojos. Sólo los espectros no vacilaron. Quedaron esbeltos junto a su Amo y Señor y clavaron al frente sus órbitas huecas sobre el cortinaje de armiño bordado de topacios y carbunclos.

Hubo un momento de espera.

Luego, por entre sus pliegues, haciendo titilar las pedrerías, apareció un obispo, un inmenso obispo de mitra incommensurable, de báculo pastoral refulgente como una llama.

Otro momento de espera. Silbó por los aires la cimitarra del negro, se retorcieron lacayos y juglares y, con su voz de plata, habló hacia el obispo el santo Zar Palemón:

-¡Suéltala! -gritó.

Fue todo. Y hubo un tercer momento de espera.

El obispo alzó sus hábitos que subieron desde el suelo crujiendo, hundió su mano por entre las sedas de su vientre y sacó y remeció y echó a tierra y mostró a todos los ojos, el cuerpo suave de Papusa, su cabellera de bronce, su mirar desatento, sus senos, su sexo y una sonrisa imprecisa que por largo rato se meció.

Gritó el magnánimo Zar Palemón:

-¡Échala!

Entonces las diademas de zafiros de la suela de una bota obispal golpearon y pincharon las carnes de Papusa.

Papusa se levanta, avanza.

Está al centro. Se detiene.

La alfombra es púrpura. La atmósfera, verde mar. La luz, ligeramente amarilla.

Y vino el cuarto momento de espera. Nadie se movió. Únicamente los espectros temblaron apenas.

Cuarto momento de espera, interminable. Yo espero como todos, como el piadoso Zar Palemón, como su último histrión.

Y ahora oigo, oigo allá, en una lejanía de aguas, lejanía tanto más vertiginosa cuanto que más aprisionada se halla en la esfera del ópalo remoto, oigo algo indefinido que crece.

Son las gacelas, que ya sin miedo, se acercan.

Galopan.

Husmean desde cualquier distancia y por sobre cualquier terror la piel desnuda de Papusa.

Es una hermana, sola al centro, clavada por millares de ojos.

Llegan. Se paran rígidas y finas.

Miran. Sus narices palpitan.

El Zar Palemón hincha las suyas. Todos respiran dilatándose: el obispo, los espectros, los alabarderos.

Papusa sonríe apenas.

Y viene un largo momento de espera.

Yo espero como todos, como magnates y fantoches. Ya estoy cogido y ahogado por los mil presentimientos oscuros. Espero.

¡Papusa! ¡Papusa mía!

El Zar Palemón se yergue. Su lóriga se infla y se deshace como una ola gigantesca. Su índice se clava. Su voz retumba:

-¡A tí!

Avanza un cortesano, joven, rubio, ojos de mar como la atmósfera, vestido todo de añil.

Papusa sobre la alfombra se tiende y se abre; sobre la alfombra y bajo mi cabeza caída y pesada por encima de la gema y de mi mesa de trabajo.

El obispo bendice alzando su esclavina.

Todos los ojos están fijos en la escena. Todos tranquilos salvo el Zar Palemón.

El Zar Palemón se inquieta, se agita, haciendo entrechocar las perlas y las flores que cuelgan de su trono. Luego interroga con la vista a sus espectros. Éstos mueven lentamente la cabeza en signo de negación.

El Zar Palemón pregunta con sus ojos:

-¿No avanzamos?

Los espectros con sus cabezas responden:

-No avanzáis.

Entonces, al enderezarse el cortesano, clama el Zar Palemón:

-¡A tí!

Y su índice apunta esta vez a un bufón.

Sube el bufón enclenque balanceando su joroba verde y azafrán.

Papusa cae.

Las gacelas retroceden.

Papusa sonríe vagamente y su pequeña sonrisa se mece dulce y pura, envolviendo primero el cuerpo del bufón, elevándose luego, atravesando la esfera, errando por fin a lo largo de las paredes de mi cuarto.

-¿Avanzamos?

-¡No!

¿Qué avance pide el todopoderoso Zar Palemón? ¿Qué ven sus espectros que niegan tal avance?

Tomo una lupa que pongo sobre el ópalo. Miro intensamente.

Allí veo, enorme, la cara pintarrajeada del bufón. Allí veo la cara tristemente divina, tristemente sonriente de Papusa.

Nada más.

Miremos aún. Miremos con todos los ojos, con todo el cuerpo, con toda la sangre. Algo ven los espectros. Miremos.

Empiezo a ver.

Allí al centro, sobre la alfombra púrpura, bajo la luz amarillenta, no sólo hay tendidos Papusa y el bufón. Hay algo más.

Hay una voluta de humo gris carbón que rodea y gira por frente, nuca y sienes de aquel polichinela; hay un pequeño rodaje de ensoñaciones de nácar que empieza a elevarse dulcemente por entre los cabellos de bronce de Papusa.

Es que ambos piensan.

Miremos siempre.

Veo entrelazarse con el humo gris carbón el máximo placer que al hombre le es dado. El placer del cuerpo entero. El placer de venganza, de reivindicación... cuando se es deforme, monstruoso y yace bajo sí la belleza, la adolescencia, ¡Papusa! Veo cómo algunos de esos relámpagos de luz granate se desprenden del humo de carbón y pegan sobre los espectadores encendiéndoles el hambre, la furia de la posesión. Veo cómo todos los miles de seres de allí dentro forman un solo monstruo, uno, nada más, monstruo de cien mil cabezas pero de un solo pensamiento; de cien mil corazones pero de un solo sentimiento; de cien mil sexos pero de una sola lascivia: ¡Papusa!

Salvo al Zar Palemón que tiembla. Salvo los espectros que, sin moverse, desesperan calladamente.

Salvo el pequeño rodaje de ensoñaciones de nácar.

Sube limpio sin teñir ni uno solo de sus átomos. Claro, ajeno, excelso. Sube tal cual nace de entre los cabellos de bronce. Igual, intocado, aparte y puro.

¿Es Papusa la frigidéz total? Ni un estremecimiento de goce...; entiendo, sí. *¡Ni un estremecimiento de horror!*

Lentamente quito los ojos de la escena. Miro hacia el trono. Desde allí, disimulado tras una de las columnas de alabastro, un espectro echa sobre mí el vacío de sus órbitas.

Entonces pregunto, pregunto con tanta intensidad como hace un instante miraba intensamente.

Y voy sabiendo que el espectro dice:

—Los humanos vinieron sin sexo. Luego los sexos cayeron en ellos, se incrustaron e, incrustados, vivieron su propia vida nutriéndose de la sangre y de las ideas de los humanos. Así, hasta hoy; así, ya, siempre. Simbiosis casi eterna que el hombre se niega a reconocer. Simbiosis que ya ni siquiera siente. Identificación abyectamente aceptada. Hay algunos, sin embargo, que a veces miran y piensan. Ya veces presienten que el sexo vive por sí, por cavernas y revelaciones, deslizándose y arrastrándolos a ellos, hombres, mujeres, soberanos. Dicen por soberbia: “Es nuestra voluntad”. ¡No, error! Van arrastrados. Y hay otros —rarísimas excepciones— que cómo las cosas son en verdad, lo saben, lo sienten, lo viven. Han desconectado. Son dos vidas aparte en un ser solamente en apariencias *uno*. Pero la unión, el pacto de ser humano y sexo lo han roto hasta donde es posible romperlo hoy en nuestra Tierra. Entonces los sexos pueden seguir viviendo su propia vida, nutriéndose tal vez con un poco de sangre mas sin alcanzar a hacer de ninguna idea su presa. Recuerda ahora en ti mismo, Lorenzo, un hecho lejano, acaso olvidado, pero cuya esencia ha quedado en ti causándote pavor cada vez que la vida te ha ofrecido algo análogo. Oye bien, Lorenzo Angol: ¿puedes negarme que un pavor “inexplicable” —por la distancia de causa y efecto— te coge cada vez que, sorpresivamente, descubres vida en lo que creías inanimado?

“Una noche muy oscura, en el campo, allá en La Cantera; hay una ruma de piedras, distinta apenas como un fantasma. Luego algo de entre la ruma se mueve, sale, parte: un perro. Pero en el primer momento creíste que era una de las piedras la que así se movía, así salía y partía. Palideciste porque viste vida en lo que creías sin ella.

“Años antes. Una sala de cine. Se proyecta la circulación de la sangre. Allí van, allí los

glóbulos. Lentamente algo va entrando en tu entendimiento: aquello no corre como simple líquido compacto e impulsado; aquello es vivo en cada partícula, vivo y libre. Los glóbulos avanzan, se detienen, chocan, se aglomeran, buscan su ruta, la buscan porfiadamente, la encuentran, siguen veloces. Es vivo cada uno y está cumpliendo su vida. ¡Vida independiente ajustada a vida mayor! Ajustada, sí, pero independiente. Así es dentro de ti. Tuviste que abandonar la sala.

"Pavor que se hunde lejos en tu infancia. Ahora hay hechos, en cierto modo semejantes, que golpean en ti como un eco.

"Allá en una playa de la infancia. Un erizo de caparazón ya abierta. Tú estás mirando dentro como se ha de mirar hacia la fragua del mundo. Dentro, líquido negro y vinoso, viscosidades azules, las lenguas sanguinolentas, todo ello removido, destrozado por un cuchillo de acero helado. Olor de mares salados y cavernosos; dejos de putrefacción aromática. De pronto algo de ese hervidero interior vive solo, alarga seis patas húmedas y puntudas, se despereza y se agita. Es el simple camaroncillo siempre parásito del erizo pero cuya existencia tú ignorabas. Entonces, un grito de pavor: "¡Mamá!".

"Este pavor era a su vez un eco más hondo y más lejano. Pavor nacido no de un instante súbito como aquél sino lentamente incubado ante el estupor de la vida en uno del sexo. Pavor ante el misterio de esa sensibilidad, de ese movimiento que no se logra llamar totalmente yo; que, con temor y turbación, llamamos EL. Pavor que sigue lado a lado en nuestra vida, haciéndonos cavilar vagamente sobre una dualidad extraña, a veces aceptada, a veces renegada. Pavor hecho pacto. Pavor permanente. Pavor de lo que tiene que ser nuestro destino así acoplado.

"Y desde entonces —como todos los hombres, por lo demás— has experimentado un recelo ante el *intruso* que puede gobernar y puede subyugar el centro de tus IDEAS.

"Dudas ahora de cuanto te digo. Dudas como todos tus semejantes que creen cuando presienten y niegan cuando se les afirma. Duda, bien, duda si quieres. Pero antes estira tu mano; mueve los dedos; míralos. Ve cómo eres tú. Luego ve cómo eres tú y EL.

"El Zar Palemón quiere que este pacto se mantenga entre sus súbditos. El Zar Palemón quiere que todos ellos permanezcan en ese umbral confuso en que se presiente una confusa dualidad pero que no avancen ni un paso más. El Zar Palemón sabe que, mientras los hombres estén ligados a tal pacto, son ya virtualmente esclavos de sí mismos y, por ende, fáciles de hacerse esclavos de los demás, es decir, de él, del justo y magnánimo Zar Palemón. Su mano de hierro se hunde, pues, en el sexo de sus súbditos y por eso gobierna, por eso ruge, por eso truena, por eso tiemblan cuando rasga los aires la cimitarra del fiel negro Trabucodonosor. Porque no hay ningún hombre, ninguna mujer, ninguna gacela libre en su vasto Imperio. Todo esto lo sabe el santo Zar Palemón.

"Hasta que una mañana cayó ante su trono Papusa.

"Papusa ha desconectado. Su sexo vive su vida fuera. Sus ideas quedan incólumes. Papusa es pura y libre.

"Piensa ahora —tú, Lorenzo— lo que ella representa, lo que puede llegar a representar en medio del vasto Imperio: un ser ya sin asidero en sus ideas... ¡El comienzo de la liberación!

"El Zar Palemón no puede soportar semejante cosa. El Zar Palemón cifra todas sus esperanzas en un formidable traumatismo que reintegre el sexo de la personalidad liberada de Papusa. Y de este modo, ya reintegrado, hundir su mano, manejar, doblegar, esclavizar para gloria eterna y excelsa de su poderoso Imperio.

"Un traumatismo... Por eso allí está desnuda ante la Corte entera. Por eso fue hacia aquel joven adolescente. Mas no bastó. Por eso ha ido sobre ella ese monstruoso bufón. Pero tampoco ha bastado. Ve su sonrisa de ensueño. Ve cómo se alzan intocados y cada vez más diáfanos sus pensamientos. Ve cómo bulle de ira nuestro Zar Palemón frente a su impotencia para anudar el sexo de Papusa con su mente, para corromperla y, una vez corrompida, subyugarla. ¡Inútil! Papusa ya está liberada y ninguna fuerza, aunque emane del mismo Zar, logra someterla nuevamente a la maldición que a todos vosotros os tiene aún sometidos.

"Tú pensaste en una frigidez abominable. ¡No hay tal! Ve, rayando a las ensoñaciones de nácar, largas flechas escarlatas.

"Es un goce. Porque goza como cualquier otro ser, como tú, Lorenzo; como gocé yo cuando fui un hombre hace mil años. Pero aún gozando queda ella fuera, queda planeando muy alto por encima de todos los espasmos, sintiéndolos y sabiéndolos mas sin ser ellos. Por eso no ves ningún estremecimiento de placer, ni verás nunca ningún estremecimiento de horror...".

Y el espectro calló.

Ahora el bufón se había alzado y se había perdido entre aquella multitud. El Zar Palemón de pie, blandiendo su cetro, temblaba. Con vaguedad Papusa sonreía.

Yo, inclinado, doblado, partido, casi incrustado en la lupa, temblaba más que el mismo Zar Palemón, pero de indignación, de ansias desesperadas por ir en ayuda de Papusa y salvarla.

Gritó el Zar Palemón:

-¡Tú!

Da dos pasos un lacayo. Ordena el Zar:

-¡¡Los perros!!

Un silencio de expectación.

Oigo lejos, remotamente lejos, galopar. Oigo acercarse. Ladran. Son ellos. ¡Allí están! Grandes mastines blancos manchados de negro.

La misma escena.

La Corte entera se estremece.

Mi lupa tiembla a tal punto que todo aquello se me nubla y dejo de ver.

Cae la lupa. Caigo y me duermo.

Queda solo sobre la mesa de trabajo el ópalo que, rodando, ha venido desde Belcebú hasta mí.

Al día siguiente lo hice engastar en platino y luego lo paseé, en mi anular, por calles y plazas.

Apenas cayó la noche lo volví a mirar intensamente y llamé:

-¡Papusa!

Allí estaba, sola. Sonreía vagamente. Volví a llamar:

-¡Papusa! ¡Ven! ¡Abandona ese mundo de aguas verdes y maléficas! ¡Ven a mí! Diga lo que diga el espectro ¡sal de ese antro! ¡Aquí está el amor, aquí está la paz! ¡Ven!

Papusa sigue sonriendo con ojos vagos. Le pregunté:

-¿No ves, acaso, lo que sueño contigo? ¿No crees tú que podríamos llegar a amarnos locamente?

-Tal vez...

-Entonces, ¿vienes?

-No. Soy la fidelidad; soy la obediencia. Si quieres que vaya, que Él me lo diga, el santo Zar Palemón.

Silencio largas horas.

"Que él me lo diga...".

¿Para qué intentarlo? ¿Qué interés puedo tener yo, en mi vida y en mi amor reducidos, para el siempre grande y terrible Zar Palemón que más allá de sus súbditos llega a sus esclavos y bufones, más allá de éstos llega a sus perros, más allá de sus perros ha de estar escudriñando en la naturaleza toda por donde hacer vibrar su Imperio todo con el pequeño rodaje que se descarga en Papusa mía cuando su cuerpo baja, baja y baja?

¿Qué interés puedo tener yo, en la soledad de una habitación sombría, para las transparentes ensoñaciones y los pensamientos que en jaque tienen y hacen vacilar un Imperio entero?

-¡Papusa! ¡Dame una esperanza, una sola, alguna vez!

-Si Él quiere te la daré; si no, ¡no!

Si no, ¡no!

¡NO!

El Zar Palemón me ha robado a Papusa y nada gano con llevar todo su Imperio en mi anular.

165

Calló Lorenzo. El ruido del Sabat crecía siempre con sus gritos y aullidos, sus carcajadas y sus suspiros lascivos. Le pregunté:

-¿En qué ves tú un intento para conquistarte en esta historia de Papusa? Ella se negó a ir contigo.

-Sí, es verdad que se negó -me respondió-. Pero es el caso de que luego me encontré con Palemón en una calle y que entonces me saludó con gran efusión. Al fin me dijo: "Es buena, es alta cosa doblegar a las mujeres como yo tengo doblegada a esa Papusa, a esa lindísima Papusa; para ello, mi amigo Angol, basta con no olvidar que la compañía de Satanachia es de importancia suma". Y luego, remedando a Papusa, me murmuró en voz baja: "Si no..., ¡no!". Me hizo una venia y se marchó. Puedo asegurarles a ustedes que quedé muy inquieto, extremadamente inquieto. Miré, otra vez, el ópalo en mi anular. Al llegar a casa lo tiré dentro de un cajón y ahí lo dejé olvidado y ocioso.

Quedamos en silencio. Una voz nos volvió a la vida:

-¿Qué hacen ustedes aquí? ¿Ya creen saber cuánto hay que saber sobre este Sabat?

Era Tadeo Lagarto que se aproximaba.

-No, Tadeo -contestó Marul-, no creemos eso pero, en cambio, hemos visto otro aspecto sabático que Lorenzo ha tenido a bien contarnos. ¿Conoce usted al Zar Palemón?

-Por cierto.

-¿Y conoce usted a Papusa?

Tadeo repuso:

-Sí, la conozco. Es la muy bella joven de la grandiosa Corte de ese Zar; es la que, sonriendo siempre, brilla en sus dominios de ópalo. Y es traicionera cual ninguna. ¡Bien hizo usted, Lorenzo, en quitar sus ojos de esa maldita gema! Es mejor que sigamos viendo

este final de fiesta. Ya se aproxima la hora en que el gallo ha de cantar. Al sonar su cántico por los ámbitos, todo termina. Y veréis, veréis... el final de esta "eufórica fiesta o bacanal".

Marul le preguntó, creo yo que algo inquieta:

-¿Qué veremos, qué?

A lo que Tadeo le respondió con calma:

-El gallo, al cantar, da la nota final. Brujos y brujas se retiran, entonces, a sus guaridas o a sus simples domicilios. Mas, ¿qué son estos domicilios? Los hay como los de todo el mundo, como tienen ustedes en la avenida del Ave María o en la calle Fray Tomate. Pero hay otros que están en medio de la naturaleza. Muchos brujos y brujas se convierten entonces en lobos, en gatos monteses, en zorras, en aves de rapiña, en sosegadas iguanas y ¡qué sé yo! Y así se marchan a sus escondrijos.

Nos levantamos y nos pusimos a caminar con lentitud. Un vago, un vaguísimo resplandor parecía mostrarse en el cielo, hacia el Este. Oíamos cantos entrecortados por lamentos y gritos, al parecer, de riñas. Ardían siempre los dos fuegos junto al montículo que había servido de pedestal a Lucifer. En sus llamas seguían retorciéndose esos extraños seres. Marul los indicó y preguntó a Tadeo:

-¿Qué son esas figuras en las llamas?

Tadeo le respondió:

-Esas son salamandras. Pronto desaparecerán a su vez. Allí se retuercen mientras el gallo duerme.

De pronto el gallo despertó, un gallo tal vez lejano pero cuya voz oímos claramente. Lo oímos agitar sus alas y echar por los aires su canto sonoro. Fue, entonces, en todo el Sabat, un toque de zafarrancho. Con una increíble rapidez se marcharon brujos y brujas. Naturalmente nos llamó la atención el increíble número de animales y de aves que por todas partes aparecían y que se alejaban presurosos por entre árboles o dejándose rodar por despeñaderos, o elevándose por los aires. Pasaron junto a nosotros lobos y zorros y cientos de conejillos indefensos que corrían desaforados.

-¡Conejos! -exclamó Marul.

-Claro está -le respondió Tadeo-. ¿No vio usted, mi señora, a numerosos niños en el Sabat? Cuando estos niños se transforman en animales son conejos o bengalíes o murciélagos. Depende de su modo de ser o de sus intenciones. Hay musgaños. ¡Vea, mi señora, allí va uno!

Pasó un inmenso y tranquilo dromedario; luego un puma seguido de varios matacos; luego, varios gatos entre los que había una serie de gatos negros; entremezclados pasaban los perros que aullaban con furor; una foca se arrastraba pesadamente; las boas y las viboras se deslizaban; un tejón me atropelló y casi me hizo caer; pasó un sapo enorme; luego, una iguana que apenas se movía; por los árboles saltaban los semnopitecos, los chimpancés y los cinocéfalos; vi un cerdo que trotaba con dificultad; pasó una alta y linda jirafa; por los aires era aquello como un enorme techo por las miles de aves de rapiña y guacamayos y tordos y cuervos y vampiros y ¡qué sé yo! que se iban volando... Por entre esa cantidad de animalejos y sabandijas trotaban y trotaban los cientos de brujos y de brujas y algunos se iban por tierra, se enderezaban y seguían. Por lo alto silbaban las escobas montadas por una o por dos o más viejas que aullaban como locas: "¡Hurri, hurri!".

-Esta fuga no va a terminar nunca -me atreví a insinuar.

-¡Qué! -exclamó despreciativo Lorenzo-. ¡Mira! ¡Ya toca a su fin, ya se acaba!

En efecto aquello terminó repentinamente. Ahora, nada de nada. Todos los bichos

habían desaparecido. Ahora era la calma grandiosa de un bosque solitario. Allí estábamos nosotros cuatro: Tadeo Lagarto, Marul Carampangue, Lorenzo Angol y yo.

-Heños nuevamente en el silencio -dijo Tadeo.

-¡Oh, qué bien viene esta paz del atardecer! -dijo Marul.

-No me movería más de aquí -dijo Lorenzo.

-Me quedaría aspirando estos perfumes -dije yo.

-¡No, no! -clamó Marul-. Yo sé que Tadeo Lagarto quiere y quiere hablarnos aún. ¿No es así, amigo?

Tadeo miró a Marul y le dijo:

-Los brujos y brujas están muy bien organizados. Ese desmán que veíamos por doquier es sólo cosa aparente. La organización de brujos y brujas es magnífica. Cada uno y cada una tiene su sitio. No hay desorden. Han visto ustedes perros y gatos. No cualquier brujo ni cualquier bruja puede convertirse en uno de ellos. ¡Cruenta lucha ha de mantener el hombre contra perros y gatos! A veces los somete; a veces es sometido, sobre todo por los gatos negros. No es sometido inmediatamente pero lo es a la larga. Y cuanto a zorros y a lobos... ¡No lo olviden ustedes: el lobo-garú! Los lobos que han visto ustedes eran tales. Por cada uno de ellos había, en un rincón cualquiera, un brujo que dormía en catalepsia.

Marul preguntó entonces:

-¿Y adónde se han dirigido ahora todos estos animales y todas estas aves?

Tadeo respondió:

-Se han dirigido a poblar y a manejar a los animales y a las aves de su especie, se han dirigido ¡a irritarlos en contra de los hombres! Es lo que hacen, es su oficio. Luego, aquí en el Sabat, dan cuenta a Lucifer y a sus secuaces del resultado de sus negras maquinaciones. Entonces se les da o se les niega el derecho de participar en estas orgías.

-Pero, Tadeo -le interrumpí yo-, ya hace un rato que ese gallo cantó, ya ha salido el Sol y es de día. ¿Cuándo lograrán llegar a sus domicilios o guaridas?

-Es cosa casi instantánea -me respondió-. ¿No han venido ustedes de ese modo hasta aquí? Así como ustedes, ellos se van. ¡No olviden que estamos en los dominios de Lucifer! Ya debe estar cada cual en sus tierras haciendo, en silencio, su labor destructiva.

No pude dejar de reírme y de exclamar:

-Como doña Restituta Mañigual. La veo ahora sentada allá en su rancho tomando mate y esperando la hora para decirle a alguna comadre: "Ya son las 12".

-No justamente -me advirtió Tadeo-. ¿Sabe usted en qué está doña Restituta Mañigual? Está acariciando y mimando a un pequeño, muy pequeño sapito que siempre lleva consigo como lo llevan todas esas brujas que acaban ustedes de ver. ¡Un sapito! ¿Me oyen ustedes? Lo llevan bajo su corpiño y lo visten con un gabancillo de capucha. El sapito dormita y doña Restituta le rasca el vientre. ¿Saben ustedes para qué? Para que el sapito bien digiera sus alimentos y luego los vomite. ¿Qué vomite? ¡Agua fétida, fetidísima! Esta agua la guardará doña Restituta y la beberá la próxima vez que quiera venir aquí al Sabat. Otras brujas harán con ella un ungüento que se frotarán por el cuerpo entero y entonces...

Una carcajada sonora surgió tras de nosotros. Era una carcajada de bajo profundísimo. Nos volvimos de inmediato tanto Marul como yo. A nadie vimos pero la carcajada seguía.

-¡Es la risa de un bajo mefistofélico! -exclamé.

-¿Por qué dices eso? -me preguntó Marul-. Es una risa pura, cristalina, una risa de plata nacida en gargantas de arcángeles.

—¿Dónde oyen ustedes reír de esa manera contradictoria? —se informó Lorenzo mirando de lado a lado.

Tadeo se enfirruñó y calló. Volvió casi en seguida el estrépito de la carcajada.

—¡Es mefistofélico ese reír! —volví a exclamar.

—¡Es el reír de los arcángeles! —dijo Marul embelesada.

—¡Ustedes sueñan! ¡Yo nada oigo! —dijo Lorenzo.

Tadeo nos miró a los tres, retrocedió dos pasos y desapareció adentrándose en sí mismo.

Entonces se presentó el grande de Palemón de Costamota, sonriente, afable, con ojos chispeantes. Allí estaba frente a nosotros con su chaqué negro y con pantalones rayados, de alto cuello y vistosa corbata, con su sombrero de copa presuntuosamente caído sobre el ojo derecho y con un bastón que caracoleaba entre sus dedos. Reía y reía nuestro amigo, para mí imitando a los diferentes Mefistófeles; para Marul haciendo platillos de argento; para Lorenzo, por fin, sonando como la risa de un mortal cualquiera. A la postre calló. Nos hizo una reverencia a la que contestamos presurosos. Entonces nos dijo con voz meliflua:

—¿Os placería, bella flor entre las flores; os placería, serios donceles, que juntos hiciésemos un recorrido por los dominios tan mentados para vosotros y denomináis Purgatorio?

Lorenzo se levantó pues se había tirado por tierra.

—¡Palemón! —dijo con voz obstinada—, ¡nos ha prometido usted llevarnos a visitar los Infiernos!

Nueva reverencia de Palemón y oímos que contestaba:

—Sí, mi tan distinguido y soberbio doncel, sí, eso os he y mil veces os he prometido. Pero una larga experiencia en estas visitas me impulsan a llevaros ante todo a ese sitio donde se purgan los males que han venido a cobijarse en nuestro cuerpo y en nuestra mente. ¡Ea, flor y donceles! ¿Me acompañáis?

—Sí, sí y sí —gritó Marul—. Vamos al Purgatorio. Allí, estoy cierta, encontraremos a muchos conocidos nuestros.

Palemón entonces murmuró:

—Encontraréis a... ¡Tártara Tigre!

Me sentí electrizado al oír este nombre: ¡Tártara Tigre!

Vería a la mujer de los amores laterales. Me inclinaría ante ella con respeto sumo.

—¡Sí! ¡Vamos, vamos! —grité vecino al éxtasis.

Palemón, entonces, sin parecer haber oído mi exclamación, nos aconsejó con la seriedad de un catedrático:

—Reposaos un momento; entregaos a los brazos de Morfeo que él velará vuestro plácido y bien merecido descanso. Yo, mientras tanto, saldré en zaga de una compañera para vos, ¡oh, chaval Angol! Porque no podéis ir solo con vos mismo. Borneo va con la flor Carampangue. Angol irá con esa doncella que gratísimo me es aportaros. Y ahora, ¡dormid, dormid!

Palemón de Costamota desapareció. Nosotros nos echamos por tierra. Poco a poco todo se fue nublando hasta que caímos en profundo sueño.

-¡Ea, arriba! ¡Ea, volemos! ¡Ea, perforemos estos ámbitos! ¡Allá, allá nos espera la noble puerta del averno! ¡Allá se alza el tremebundo hocico del Coscorrón volcán! ¡Ea, tragadnos de esta terráquea superficie! ¡Borradnos de ella! ¡Allá iremos pletóricos de alegría, pletóricos de alborozo!

Con estas voces de Palemón o de Lucifer despertamos. Pues allí estaba arremolinando con sus brazos su inmensa capa. Nos pusimos de pie. Entonces el Emperador Lucifer nos dijo con voz solemne y con gesto imperial:

-Os presento a la sin par Pradelia Coyanco, digna compañera del mancebo Angol en estas incursiones a los avernos.

En efecto, allí había una joven que nos saludó cortésmente y con pulcritud. Luego sonrió a Lorenzo y le interrogó:

-¿Te gusto?

Lorenzo respondió de inmediato:

-¡Por cierto! ¡Me encantas!

-Entonces... ¿vienes conmigo?

-Por cierto que contigo iré hasta la muerte...

Y sin más nos remontamos por los aires guiados por Lucifer. Medio minuto después llegábamos a la cumbre del Coscorrón. Era un día esplendoroso. Brillaba el Sol. A nuestros pies veíamos el nacimiento del río Tulcamar que se perdía entre los árboles del bosque de Lemoleno. A lo lejos se divisaba el bosque de Guayacán. Por los demás lados, montes y montes, enormes cordilleras nevadas y silenciosas. Mirábamos extasiados. Mas pronto empezó todo aquello a ensombrecerse y tuvimos un espectáculo único: sobre un fondo oscuro de cielo cuajado de estrellas vimos al Sol como un enorme disco anaranjado.

Entonces nuestro diablo silbó con su estridente pito y ese silbido se alzó por los cielos y, muy alto, allá arriba, hizo mil remolinos, extendió sus alas y bajó lentamente mecido por un suave vientecillo que lo columpeaba. Cayó a nuestro lado: frente a nosotros estaba el Brigadier Sargatanas, de pie e impertérrito.

Nuestro diablo, entonces, se convirtió en un perfecto Emperador Lucifer. Se dirigió a su Brigadier:

-Haz que aquí venga a quien has llevado a los abismos negros purgatoriales.

Sargatanas ululó. Luego oímos que alguien, ululando, respondía y apareció, caminando por las nieves y las piedras, Artemio Yungay.

Nos saludamos llenos de alborozo. Igualmente saludó a Marul, a Pradelia y a Lorenzo. Luego nos mostró el cráter del Coscorrón y nos dijo:

-Vengo de esos antros adonde he ido por última vez. ¡Adiós, adiós! Todo tiene su fin en este mundo. Justo es, pues, que haya tenido su fin mi amor con Tártara Tigre. ¡Adiós, adiós! El fuego purgatorial la ha redimido. Yo quedé triste, agobiado, pensando que nunca más volvería a unirme a ella a lo largo de mi cuerpo entero. ¿Qué hacer? Lloré, amigos míos, durante varios días. Hasta que decidí viajar para olvidar este dolor. Partí. En Valparaíso me embarqué en la M.N. Maremoto. Levamos anclas y, un mes después, llegábamos a Saint Nazaire. Seguí a París. Y allí, allí, en la ciudad luz... ¡Onofre! Usted ha sido el lector de mis cartas a Eustaquia Zepeda y a Rufina Mardones; usted conoce bien aquella triste correspondencia; usted ha de recordar aquel paseo por la avenida de los Membrillos cuan-

do airosos marchaban el Despiporren y la Repanocha; usted sabe de los abyectos crímenes de Yoni; usted verá, dentro de poco, a esa inmaculada de Tártara Tigre, a ésa a quien he dicho: "¡Adiós, adiós!". Encuentro justo, mi buen amigo Onofre Borneo, que lea usted ahora las palabras que ha producido mi último idilio, mi idilio con..., con: ¡Chuchezuma! ¡Aquí está estampado! Se lo doy y, ojalá, él sea oído por esos dignos acompañantes de usted. Siéntense ustedes a la sombra de ese peñón. Lea usted en alta voz, Borneo mi buen amigo. Yo me marchó, me marchó. ¡Adiós, gratísimas personas, adiós!

Y Artemio Yungay se alejó por los despeñaderos cordilleranos. Entonces nos sentamos en círculo a la sombra de aquel peñón y yo di comienzo a la lectura de la narración de éste su último idilio:

167

Una tarde invernal recibí un telefonazo de mi buen amigo y gran escultor Lucien Poitiers invitándome a su taller para esa misma noche. Quería mostrarme su última escultura, en aquel momento no bautizada aún, pero que ahora llamo yo *Chuchezuma* sin saber si tal nombre concuerda con la opinión de su autor. Por lo demás hoy la escultura es mía lo que me da ciertos derechos para bautizar a mi antojo. Esto no es todo: creo que este modelado era ya en parte mío antes de ser ejecutado, sólo que yo no sé esculpir y mi amigo Poitiers lo sabe y sólo que, al ser ejecutado no había aún *Chuchezuma* actuado en mi vida aunque ya todas las líneas de su destino, como las mías también, se dirigían hacia un punto inevitable de encuentro.

Comí aquella noche en el pequeño restaurante "Au petit chez soi", en el bulevar Pasteur. Después del café me dirigí a la rue Belloni donde habita mi amigo. Vi sobre los techos bajos del edificio el rectángulo iluminado de la claraboya de su taller. Muchas tardes y noches de hastío —del hastío parisiense diferente al de todas las demás ciudades del mundo— he colocado sobre la luz o la sombra de ese rectángulo parte de mi destino, al menos del destino de varias horas que con el hastío —parisiense— pesa como el destino de varios meses. Su luz me indica la presencia del amigo, es decir, salvar la noche; su sombra, su ausencia, es decir, arrastrarse por las calles con la vaga esperanza de que algo suceda. Ahora brilla: un amigo, muchos bocetos y esculturas, una copa de coñac y tabaco.

La lógica de mis reacciones debió haberme hecho *no* pensar en aquel momento en la posibilidad de que algo sucediera puesto que la claraboya estaba iluminada. Sin embargo, junto con ver su luz anaranjada presentí algo y atravesé la calle pausadamente para dar tiempo de que mi mente precisara tal presentimiento. Atravesé. Al frente a su puerta pasó una mujer: silueta fina de andar suelto, rostro oculto por el frío. Pasó rápida. La seguí.

Se encaminaba hacia la rue Falguière. Cuando llegó a ésta dobló a su izquierda. Me apresuré entonces para alcanzarla bajo un farol y verla. La vi. Sonrió. Era ella, ¡Chuchezuma!

La tomé del brazo y empezamos a andar con lentitud. Después de algunas frases triviales la rogué por décima o vigésima vez. Y esta vez, con cierto estupor de mi parte, aceptó. Nuestro diálogo fue así:

—¿Aceptas?

—Sí.

-¿Cuándo?

-Ahora mismo. Si no es ahora mismo no será nunca.

-¿Por qué?

-Una tontería o un presentimiento, como quieras llamarlo.

-Cuenta, por favor.

-Salí de casa pensando que algo me sucedería. Casi creo que pensaba que esta noche o nunca sería de alguien. Apareciste tú. No hay más que hablar.

Todo estupor se fue de mí. Lo dicho por Chuchezuma me pareció de una lógica absoluta. Sólo recordé, en silencio, el presentimiento mío frente a la claraboya iluminada. Fue todo. Ya aquí creo que es conveniente decir la biografía de Chuchezuma.

Dice ella que desciende directamente de Moctezuma. ¿Verdad o no? Tal vez le gusta jugar con la igualdad de las dos últimas sílabas. Le dije:

-Pelo castaño claro, tez blanquísima, ojos verdes... ¡No, no! ¡No mientas!

Ella sonrió y me respondió:

-A lo largo de mi linaje han venido a salpicar sobre él muchos hombres rubios del Norte, a salpicar sobre la larga, larga hilera de madres color aceituna y ojos de noches cálidas. Hasta que nací yo.

-Tú vienes de tus padres nada más.

-Mi rostro; mi cuerpo, no. Éste viene de los olivos y su contacto pondrá en todo goce muchas nostalgias.

Sonríe siempre.

-¿Y qué haces?

-Amo México, amo Escandinavia y amo Francia.

-¿Es todo?

-Es bastante para una mujer y... a mi edad.

Tiene diez y siete años.

Esta es la biografía de Chuchezuma.

Seguimos del brazo. Momentos después le propuse un pequeño hotel del barrio. Me respondió:

-No. Vamos a ir a otro. Yo te llevaré.

Que Chuchezuma supiese de hoteluchos dudosos me alcanzó a inquietar sólo un instante. Era ello un dato que no entraba en su biografía. Además era invierno.

Seguimos del brazo por la rue Falguière siempre en dirección a las *fortifs*. Después de algunos minutos doblamos a la derecha por una callejuela ignorada por mí. Sea dicho de paso yo poco conozco ese barrio. Esta callejuela era tranquila, casi me atrevería a decir dulce. Luego volvimos a doblar, esta vez a la izquierda, por un angostísimo *impasse*. Igual tranquilidad, igual dulzura. Parecía todo aquello pertenecer a una ciudad inhabitada. Sin embargo se sentía un vago calor a través de los muros apretados. Luego, un portón viejo y austero. Entramos por él. Ahora llevaba yo a Chuchezuma cogida por el talle. Con gran sorpresa vi que este portón no comunicaba con un patio sino con una serie de nuevas callejuelas extremadamente angostas y tortuosas. Apenas una que otra luz. Siempre la dulzura. Arriba, por entre los techos difícilmente perceptibles, vi una estrella. Es todo respecto al decorado.

Mi sensación: ya formándose de rato atrás cierta voluptuosidad no sólo por la presencia de Chuchezuma sino por la conformación de las calles y el tono ligeramente azul de la noche. Luego, después de cruzado el portón, aumento súbito de esta voluptuosidad.

Chuchezuma toma siempre en él una parte secundaria. Es decir que la parte sexual de la voluptuosidad es mínima. Su esencia es otra que podría definir así: "la irresponsabilidad". La irresponsabilidad se presentaba del siguiente modo: sentir profundamente dentro de sí mismo —y al decir "dentro" me refiero e insisto en pecho y garganta— que puede uno hacer cualquier acto, especialmente los contrarios a cualquier moral y a cualquier ley, sin que produzca sanción alguna ni proveniente de fuera —es decir, de los demás hombres— ni de la propia conciencia. Es la libertad total. La libertad, por ejemplo, de penetrar en cualquier casa, violar, asesinar, y la cuenta será saldada fuera, lejos, sin parte de uno mismo. Libertad mayor aún: la de lanzarse por un balcón, caer y no estropearse; la de abrirse, con una daga, el vientre, mirar lo que hay dentro y seguir por la vida de igual modo; la de extender las manos por entre las llamas de los faroles y, sin experimentar dolor alguno, soñar dulcemente en que uno puede hacerlo todo y los demás hombres no lo pueden... Apreté intensamente el talle de Chuchezuma.

Ejecutar cualquiera de esos actos habría sido innecesario. La sensación y certeza de su posibilidad era suficiente para penetrar el cuerpo entero y golpear pecho y garganta. Tal vez la prologación de este estado habría llevado, al fin, a la necesidad de un acto, por ejemplo: un asesinato o la caída desde el balcón, un balcón muy alto y, al caer, abrir los brazos, voltear hacia atrás la cabeza para que mucho aire golpeará pecho y garganta. Pero por el momento estoy en lo innecesario y en él quedé. Un hecho ajeno se produjo y todas mis sensaciones cambiaron por otra, por una: miedo.

Se produjo lo siguiente: súbitamente, por entre los pilares de un pequeño portal, aparecieron varios perritos ladrando con estrépito. Los perrillos mismos, por cierto, no lograban intimidarme, pues eran del tamaño de un zapato, pero sus ladridos, me dije, podrían atraer a algún perro grande que nos acometería sin piedad. Yo me hallaba totalmente indefenso y aunque, ante la vista del animal, me hubiera puesto a gritar: *Au chien, au chien!!*, creo que habría podido despedazarme sin más.

Chuchezuma me dijo, entonces, con cierta malicia:

—Por estos lados no hay perros grandes.

Yo no había pronunciado palabra alguna. Pero Chuchezuma adivina tal como el amigo de Edgar Allan Poe, Auguste Dupin.

Creí conveniente defenderme:

—Ningún perro, por grande que sea, me atemoriza.

Chuchezuma sonrió. Me dijo:

—Los perros grandes de noche te evocan, muy dentro de ti mismo, al lobo-garú. Y al lobo-garú, no me lo niegues, le temes como al mismo Satanás.

No aconsejo a nadie pasearse solo por los campos de noche si ellos producen una sensación aguda de dulzura y si la noche muestra un cierto tono azulado. Existe en tales casos un alto porcentaje de probabilidades de encontrarse con un lobo-garú. Si no se es de una gran serenidad y se carece de conocimientos sobre la materia, la lucha ha de ser irremediadamente perdida por el hombre. El lobo-garú, después de destrozar a dentelladas la carótida, beberá la mitad de la sangre de su víctima y, junto con alejarse satisfecho, caerán sobre estos despojos humanos sus inseparables compañeros los vampiros negros. Éstos chuparán la otra mitad de la sangre. El lobo-garú es grande como el mayor de sus semejantes terrestres, ágil como una ardilla, su pelaje es rojizo, su mirada es fría como el acero y penetrante como un estilete. Las balas no lo hieren salvo que hayan sido sometidas a

largas y penosas consagraciones. Un puñal lo atraviesa sin causarle daño a no ser que haya sido sometido, como las balas, a dichas consagraciones. Otro tanto puedo decir de su hermano el vampiro negro. Tiene este vampiro por lo menos un metro de envergadura, es de alas aceitosas y de ojos de munición. Digo "hermano" porque aquí el parentesco zoológico del reino animal difiere: lobo y vampiro que, bajo el punto de vista de la zoología no lo tienen, aquí sí lo tienen y más que un lobo común y un zorro o más que un vampiro común y un murciélago. Y sigamos.

Que el perro grande me evoque al lobo-garú y que a éste yo le tenga un verdadero temor... ¡cosas de Chuchezuma! Avancé hacia el pequeño portal, entré bajo él, marché por las callejuelas mostrando mi valor. Largo rato. Percibía algunas luces de faroles, percibía calles que se iban lejos. Marché. Pasó a mi lado un paisaje con grandes árboles, con casitas campesinas y un arroyo como jamás hubiese pensado que existiese en París. Pasó el resplandor de las vidrieras de un café bullicioso. Gente, mucha gente. Otra soledad; otro bullicio; rincones insospechados. Marché, fijo, seguro. Calles, gentes, calles, luces. Algunos silencios. Llegué.

Yo habito en el número 55 de la rue Marcadet. Es un departamento chico que comparto con mi hermano Bertino. Cuarto piso. Entré en nuestra sala. Me eché sobre un diván. Pensé.

Este diván era de felpa amarillenta. Junto a él había otro de felpa granate. Al frente, uno de arpillera color cordel y, tras éste, otro de brocato azul. A mi derecha, uno de arpillera oscura; sobre él, uno de cuero de tapir y, más arriba, uno de cretona con flores esarlatas en fondo gris. A mi izquierda se alineaban tres más: dos también de felpa, verde el uno, gris ratón el otro, y uno de cuero de potro teñido de azulino. Sobre este último, otro más de brocato morado. Del techo colgaban dos de cada lado de la lámpara: el primero de arpillera cereza y amarilla; el segundo de cretona japonesa multicolor. Tal era todo el amueblado de nuestra sala.

Mi hermano Bertino sueña con una vasta casa con vastos salones y, a lo largo de sus muros sombríos, con vastos divanes. Su sueño dista aún mucho de hallar materia conforme para existir y perdurar en la vida. Su sueño no es aún más que materia pensante y su torbellino sólo ha logrado acumular y hacer materia palpable a algunos de los tantos divanes que han de nacer. Estos divanes son las primeras formas de un feto. Esta sala, como una matriz, alberga las primeras palpitaciones del feto que será y huele a algo enmohecido a ratos y a ratos fertilizante como tierra recién regada. En medio de todo, respirando, yo.

Mi hermano Bertino, me espera del parto, pasa sus días en la cocina tratando de trasmutar el arte culinario en ciencia de verico alquimista. Luego, como reposo, sale por las calles y atisba los divanes de toda la ciudad. Cuando se cruza conmigo se mofa y me demuestra un desdén altanero. Fuera de esto no creo que tenga otra ocupación.

Me eché sobre el diván de felpa amarillenta y pensé.

El lobo-garú no tiene lo que correctamente podríamos llamar una mentalidad y una voluntad propias pues, para poseer ambas, es menester haber nacido como nacemos nosotros los hombres y los demás animales, es decir, ser fecundados por un macho de nuestra especie en el vientre de una hembra ídem, ser concebidos y paridos por ella. En cambio el lobo-garú nace de un pensamiento y de una volición de un hombre ya existente que ha caído en estado de trance. Este hombre tiene que estar saturado hasta en sus últimas células de todo el odio en contra de sus semejantes que le sea posible resistir. Entonces debe saber que este

odio no es de él mismo sino que es algo aparte que se guarece en él como en un templo libremente ofrecido. Cuando cae en trance él es como una iglesia cerrada, como una basílica muda. El Dios o el Demonio que la habita, cuando ya se halla desierta, se asoma por sus torres, sale por los aires y medita. Este Dios o Demonio pide y pide materia para poder actuar. Su pedido es oído:

Hay otros seres cuyos lazos con la humanidad han sido ya totalmente rotos y que sólo los une a ella un odio feroz. Pero, lo he dicho, carecen de materia que les permita defecar este odio hiriendo al hombre. Ahora ven, ven un coágulo de sañas y enconos, lo ven solo en el campo, dormido y ansiando, a su vez, tomar forma. Se lanzan a él. Hábiles como son, modelan y materializan estos aborrecimientos. La forma más apropiada para ello es la de un lobo de pelaje rojizo, mirar de acero y ojos de munición.

Estonces esta bestia es electrizada por la unión de ambos espíritus: el que ha bajado hasta la Tierra; el que ha subido hasta la región que nos sigue. El lobo está vivo ahora y parte veloz a matar, parte como un relámpago. Ya saciado de sangre humana vuelve hacia el hombre dormido y allí este cuerpo es desintegrado: la mitad de la sangre se va, sutilizada, a aquellas regiones; la otra mitad queda para este brujo que despierta sintiendo la voluptuosidad de una venganza cumplida en las tinieblas.

Ahora veamos a su hermano el vampiro negro. El proceso es igual en todas sus partes salvo en dos de ellas: 1. El creador no es, como en el caso anterior, un hombre en estado de trance amalgamado con un ser de otra región sino que es un hombre que ha muerto; 2. Parte de la sangre chupada por el vampiro negro va hacia su creador, es decir, hacia el hombre muerto.

Diré sobre estos puntos dos palabras: Hay hombres que han vivido con tal cantidad de odio (y en ésta sintetizo todas las ignominias de que es capaz nuestra humanidad) que, al morir, su sed se halla lejos de estar saciada; por lo tanto necesitan seguir ligados a esta vida para continuar su obra de exterminio y no se resuelven a emprender el peregrinaje que lógicamente los iría alejando de sus objetos de odio. Un problema se presenta: la desintegración de sus cuerpos rompe fatalmente todo lazo con los hombres, es decir, todo medio de herir. Necesitan, pues, conservar sus cuerpos sin que se desintegren. El único modo para ello es seguir inoculándoles en el ataúd sangre humana, sangre de hombres palpitanes de vida. De ahí que se deje al vampiro negro parte de su botín. Tal es la conveniencia de todos.

Pero, en fin, yo no escribo para hacer un tratado sobre el vampiro negro ni sobre el lobo-garú. Yo escribo sobre ellos únicamente porque la malicia de Chuchezuma me los evocó y de ellos sólo me interesa un hecho: que el mundo, que en este mundo, que en la noche, que en estas noches, haya seres —semejantes o diferentes a nosotros ¡no me importa!— que actúen sin inteligencia ni volición propias sólo impulsados por otros seres que se apoderan de su estado de desorientación, de sus pasiones salidas más allá de la piel. Es todo lo que me interesa. Y sigamos.

Pensé mucho rato en el diván de felpa amarillenta. Pensé hasta que en el umbral de nuestra sala apareció mi hermano Bertino sonriente y desdenguado.

Me basta una mirada para saber sus intenciones: mi hermano Bertino quería que yo

le dijese que es altamente absurdo acumular divanes para una futura y problemática casa con vastos salones. Al decirle así encuentra medio de rebatirme y demostrarme que cuanto yo haga es más absurdo aún. Y me lo demuestra con tanta claridad y tanto desdén que, desde ya largo tiempo, no le digo ni la menor palabra sobre sus incalificables divanes.

Esta vez el hombre vio que no me arrancaría de mi silencio. Nada dijo del amueblado de nuestra sala. Sólo después de varios minutos habló de su cocina.

Me dijo:

-¿Te gustaría cenar esta noche?

-Depende de lo que ofrezcas -contesté.

Su respuesta fue:

-Ven conmigo a la cocina.

Mi hermano Bertino había cazado con sus propias manos -según contaba- una magnífica langosta digna de entusiasmar al mejor gastrónomo y, por su volumen, al mayor glotón. Ahora se preparaba a hacerla morir.

Luego me dijo, con cierto tonillo entre acaramelado y burlón:

-Esta es, hermano (siempre "hermano"; nunca mi nombre), la gran ventaja de alimentarse con mariscos: que uno mismo los mata sin necesidad de cómplices. Así la absorción y nutrición llegan a su punto perfecto. ¡Oh, creer que es sólo alimento lo que se mastica y traga! ¡Error, hermano, error! En la agonía y muerte del ser comestible hay por lo menos, según mis cálculos, un tercio de la nutrición total. Esto, por lo que se refiere al lado, digamos, físico de la cuestión. Cuanto al lado moral, volvamos a los cómplices. ¿Hallas tú que es justo hacer asesinar a otro hombre para aprovecharse uno después de los dos tercios de beneficio de su asesinato? ¡Injusto, hermano, injusto, hermanito! Y sobre todo, cobarde. En cambio con estos bichos toda la responsabilidad queda con uno mismo, lo cual es digno de un hombre. Estos bichos son una gran cosa y los respeto como bien lo merecen. Hay algunos tal vez más respetables aunque... Tal vez lo sean por la lógica pura, pero, en realidad... En fin, ya, ya hablaremos de todo ello. En todo caso un buey es intolerable y es inalcanzable. ¿Te imaginas, hermano, un buey en esta casa, aquí en este departamento?

No pude impedirme una intervención:

-No lo sé, Bertino, si sería posible, por la ley de los policías y los conserjes, traer un buey aquí, pero de poder; imaginarlo, ¡por cierto, hombre, por cierto! No sólo me imagino un buey aquí dentro sino tantos bueyes como divanes tienes y, cada buey, recostado en su diván. Te diré: ¿recuerdas el film de Luis Buñuel, *La Edad de Oro*? ¿Recuerdas aquella vaca en la cama de la muchacha? ¿Sí? Pues bien, desde que lo vi sólo tengo una obsesión, te confesaré, una esperanza: ver algún día sobre cada diván tuyo una vaca o un buey, da lo mismo. Pero sigue con tu asunto.

Aquí, sonrisa despreciativa y, sobre todo, bondadosa, extremadamente bondadosa.

-¡Allá Buñuel y sus gentes y tú! El caso es que yo, personalmente no voy a beneficiar un buey ni siquiera un cerdo. Mis proporciones no sobrepasan el tamaño de una gran langosta como ésta. Bien, te decía hace un momento que hay otros bichos acaso superiores a los mariscos. Me refería a las aves. Una gallina, por ejemplo. Tamaño adecuadísimo, nadie impide traerla a casa y vamos apretándole el cogote. No se pierde ni un miligramo del tercio agonía-muerte. Pero, por otro lado, tiene, al menos para mí, un cierto inconveniente. Te explicaré: cada ser comestible -y he de advertirte que son comestibles muchos más seres de los que la gente cree; pregúntaselo a un antropófago o a los habitantes de

nuestras cumbres cordilleranas que en verano bajan a los valles a cazar alacranes y vinchucas para degustarlos con fruición en las largas y silenciosas noches de nieve— cada ser comestible, digo, procura dos clases de alimentos: el uno, físico y, como ya sabes, igual a los dos tercios de la nutrición total; el otro, digamos, moral, o mejor aún, psíquico, igual a un tercio. Los dos primeros tercios se mascan y se tragan más o menos sazonados y sobre sus bondades alimenticias cualquier médico o higienista te podrá dar amplias informaciones. Por lo que a mí respecta, la carne de marisco me cae a las mil maravillas. El último tercio, hermano, es otra cosa. Escucha bien: cada ser durante su agonía y, sobre todo, en el momento de su muerte, suelta, deja escapar... No sé cómo explicártelo a ti que eres profano, horrorosamente profano en estas materias... En fin, echa al ambiente, hermanito, un..., un... ¿Cómo decírtelo? Eres, sí, horripilantemente profano. Digamos un *doble* suyo. Este doble lleva en esencia dentro de sí las cualidades morales del ser al que pertenecía en vida. Estas cualidades son en analogía, en paralelismo, el reflejo exacto de su aspecto físico. ¡Ah, pero aquí viene un punto difícil que no sé si tú logres alguna vez penetrar! Es el punto de saber distinguir por el aspecto físico cuáles son las cualidades morales de un ser, las cualidades esenciales, el prototipo a que pertenecen, que representan en principio, te diría, casi en principio abstracto. No; esto no lo vas a comprender pero no importa... Por ejemplo esta langosta, ¿qué te dice? Te preguntarás: ¿qué cualidades morales tiene una langosta? ¡No, hombre; no, hermano mío! ¿ves cómo desde un comienzo partes por mal camino? ¡No te preguntes nada, hombre de Dios! ¡Mírala, no más, mírala! Con intensidad y, ojalá, agrandándola en tu imaginación hasta el tamaño de un elefante o reduciéndote tú frente a ella al de una pulga. Entonces ve sus ojos desorbitados en puntas de alfileres gigantescos, ve el movimiento crujiente de sus patas lentas, ve su vida de caverna a medio despertar bajo el hierro de su caparazón, ve los ecos vagos y sordos en ese brumoso comienzo de conciencia, ve su boca, ve su cola plegable con rendijas viscosas, ve, ¡qué diablos!, la mente que pensó en tal modo que su pensamiento tomó las formas que has estado viendo. Ve ese pensamiento originario y siente luego que, si es verdad que anda él solo rodando por la atmósfera de nuestra Tierra, hace, al incorporarse, que una langosta más avance dificultosamente por entre las rocas sumergidas. Y verás que toda langosta es un monstruo, un monstruo espantoso de los infiernos, aunque sosegado, triste y, acaso por esto mismo, más tenaz. ¡Eso es, hermano, eso es! Mátala entonces, goza con su agonía y aspira profundamente no sólo por las narices sino por todos tus poros. De todo aquello te nutrirás. Y entonces, y sólo entonces, después, en tu mesa, con mucha gente, ojalá de frac, sabrás gustar su carne blanca, sabrás por qué corre mayonesa sobre ella, por qué las mujeres, si son jóvenes y hermosas, entornan de cierto modo peculiar los ojos apenas esa mayonesa les toca la lengua y apenas sus dientes hacen crujir el primer pedazo de carne. Pero... ¡nada! Tú eres inefablemente profano. Contigo no hay ni habrá jamás un remedio...

Bertino ríe de buenas ganas, me desprecia, me aplasta, me hunde con su gran langosta pateando en ambas manos.

¿Qué hacer?

Sabía yo que el muy canalla seguiría por horas hablando de la suerte; su voz y sus gestos me tenían petrificado impidiéndome hallar fuerzas suficientes para abandonar la cocina. Hasta que vino la salvación: mi mano derecha se posó sobre el bolsillo de mi chaqueta y palpó un objeto que súbitamente recordé y reconocí.

Hallé mis fuerzas perdidas. A Bertino le dije:

—Ahí te dejo con tus langostas y tus teorías alimenticias. Creo que, por esta noche, no voy a cenar. Te lo agradezco pero, por el momento, ¡hasta pronto!

Volví a nuestra sala y me eché nuevamente sobre un diván, esta vez sobre el de arpillera color cordel. Me propuse entonces ponerme a saborear los dulces proyectos que aquel objeto me iba a hacer nacer.

Era un pequeño libro con el plano de París por distritos como venden en todos los quioscos y estaciones del metropolitano. Hacía un momento que Chuchezuma me lo había entregado diciéndome a media voz.

—Guárdamelo, ¿quieres? Mi saco está tan lleno. Pero, por favor, no te olvides de entregármelo cuando nos separemos.

Promesa por parte mía y... olvido. ¡Chuchezuma!

¡Allá Bertino con las hondas voluptuosidades de sus langostas!

Una langosta... En cambio yo, ¡Chuchezuma! Verdad es que la langosta agoniza y muere y que está, por lo tanto, la cuestión del doble, como él dice. Agoniza y muere... ¡Falta de imaginación del pobre Bertino! Se puede agonizar y morir y soltar por todo el ambiente el pensamiento originario; se puede agonizar y morir sin ningún irremediable, renaciendo para recomenzar. ¡Chuchezuma!

Quise saborear mis proyectos pasando las yemas de los dedos por sobre las calles del planito de París, del planito de Chuchezuma.

Pero a pesar de mis intentos mi mente, como un autómatas, repitió las líneas de Eliphaz Lévi leídas por mí poco antes en su *Historia de la Magia*:

“Los fisonomistas han notado que la mayoría de los hombres recuerda por algunos rasgos fisonómicos la semejanza de un animal. Esta semejanza puede ser sólo imaginaria y producirse por la impresión que hacen sobre nosotros las diversas fisonomías revelándonos los rasgos sobresalientes del carácter de las personas. Así encontramos que un hombre hosco se asemeja a un oso, un hipócrita a un gato y así los demás. Esta clase de juicios se exagera en la imaginación y se completa en los sueños en los que, a menudo, las personas que durante la vigilia nos han impresionado penosamente, se cambian en animales dándonos todas las angustias de la pesadilla. Pues bien, los animales están como nosotros y más aún que nosotros bajo el imperio de la imaginación pues carecen del juicio para rectificar sus desvíos. Se conducen, pues, a nuestro respecto siguiendo sus simpatías o antipatías sobreexcitadas por nuestro magnetismo. No tienen, por lo demás, ninguna conciencia de lo que constituye la forma humana y no ven en nosotros sino otros animales que los dominan. Así el perro toma a su amo por un perro más perfecto que él. Es siguiendo este instinto donde se halla el secreto del imperio sobre los animales. Hemos visto a un célebre domador fascinar sus leones mostrándoles un rostro terrible y disfrazándose de león furioso. Aquí se aplica a la letra el proverbio popular: “Hay que aullar con los lobos y balar con los corderos”. Por lo demás cada forma animal representa un instinto particular, una aptitud o un vicio. Si dejamos predominar en nosotros el carácter de la bestia tomaremos más y más su forma exterior, a punto de imprimir su imagen perfecta en la luz astral y de vernos, en estado de sueño o de éxtasis, tal como seríamos vistos por sonámbulos o extáticos y tales como apareceríamos, sin duda, a los animales. Que la razón se apague entonces, que el sueño perseverante se trueque en locura y henos cambiados en bestias como lo fue Nabucodonosor. Así se explican las historias de los lobos-

garús, algunas de las cuales han sido jurídicamente constatadas. Los hechos eran permanentes, probantes, pero lo que se ignoraba era que los testigos no estaban menos alucinados que los mismos lobos-garús”.

Por cierto es que se explican estas historias. Por todo el ambiente se había esparcido un perfume acre y cautivante. Bertino había vertido en el agua hirviente que serviría para matar la langosta varias gotas de extracto de acónito. De ahí tal perfume.

“ACÓNITO (*Aconitum napellus*). Los profanos no deben hacer uso de esta planta en materia medicinal pues ofrece graves peligros. *Botánica oculta*: Es fría y seca. Se emplea, mezclada con ruda, con azafrán y con áloes, en fumigaciones para alejar a los malos espíritus. Es una de las doce plantas de los Rosacruces. Los griegos decían que esta planta había nacido de la espuma de Cerbero cuando Hércules lo sacó de los infiernos. Se le atribuye la virtud de hacer renacer el cabello. Planeta: Saturno; signo zodiacal: Capricornio”.

RODOLFO PUTZ – *Las plantas mágicas*.

Ahora se oía el furioso, el desesperado patear de la pobre víctima bullendo en el agua, en esa agua más allá de los 100 grados, por las virtudes del acónito. Se oía la respiración rítmica y honda de Bertino.

Sali.

Tenía la certeza absoluta que dentro de pocos minutos encontraría a Chuchezuma. Sali. Marché.

El rectángulo anaranjado de la puerta de un bar. Allí, levemente inclinada hacia la calle, Chuchezuma. Viste ahora de rojo encendido.

Llegué hasta la puerta y eché un vistazo hacia el interior. Era una taberna o un bar pintado de verde. Junto al mesón, apoyado en él con su codo derecho, un hombre bebía una copa de coñac.

Ese hombre bien podía ser el amante de Chuchezuma, en todo caso el causante de su cambio de ropas. Allá por Belloni, olvidé decirlo, ella vestía de gris oscuro. Tomé, pues, mis precauciones para no ser visto. Me apegué bien al muro como queriendo incrustarme en él. De este modo sólo veía del bar una larga y angosta faja de alto a bajo por la puerta en chafán. El hombre no se veía. Pero una luz tras él proyectaba su sombra sobre la pared que yo, en parte, apercibía por esa faja. Así es que, desde mi puesto, veía yo en verde sombrío la punta de su sombrero, la punta de su nariz y su corbata, todo ello de proporciones gigantescas y arriba, muy alto, junto al techo.

Me acordé entonces que entre Chuchezuma y yo había sido cuestión de una próxima cita. Según mi parecer..., veamos: creo, sí, para el miércoles a las 5 de la tarde. Le alargué el plano que tomó rápidamente con disimulo. En voz muy baja, entonces, para que el tipo del interior no se enterase, le pregunté:

–¿El miércoles a las 5, dijiste?

Ella en voz alta, resonante, contestó:

–Sí, el miércoles a las 5, *dijeron*.

Salió del marco de la puerta y se alejó por todas las calles de París... Fue la sensación que me dejó al alejarse así.

Otra vez sólo, de este lado de la puerta. Entre mis deseos y la desaparición de ella quedan los ojos de ese hombre que, si avanzo, me apercibirán al pisar la luz anaranjada

que cae sobre la acera. Sabrá que soy su rival, saldrá, se echará sobre mí, me golpeará, me descuartizará, me matará. Quedo, pues, allí incrustado contra el muro, quedo allí, medito, amo y tiemblo. Respiro rítmicamente las calles de París que se la tragan degustándola llenas de fruición. Medito. ¡Chuchezuma!

Ella tiene una habilidad de diablillo. Ella engaña y juega con cualquier tipo de cualquier bar. Ella todo lo puede con sólo cambiar de persona una forma del verbo. Yo le había preguntado: "¿El miércoles a las 5, *dijiste?*". Ella había respondido: "El miércoles a las 5, **DIJERON**". Ella todo lo puede.

Pues partamos de la base que el sujeto aquel tuviese el oído extremadamente fino o bien que yo no tuviese un buen dominio sobre mi voz y que, creyendo haber hablado en voz muy baja, hubiese hablado lo suficientemente alto para hacerme oír de él. Se adivinan las consecuencias: saber, salir, golpear, descuartizar, matar. Y Chuchezuma vela por mi vida. Al decir yo: "dijiste", es uno, uno solo, puesto que no hay más que la mía, el que pregunta y "dijiste" significa que ha de contestar sólo uno también, por lo tanto que se trata de una cita de dos: el que habla, yo; quien responde, ella. Ella tiene diez y siete años, pelo castaño claro, tez blanca, ojos verdes, viste de rojo encendido... Se adivinan las consecuencias. En cambio... **DIJERON** quiere decir mucha gente que ha de juntarse el miércoles a las 5 de la tarde. Un paseo, un party: no hay peligro para su pelo castaño claro. El tipo debe seguir bebiendo en paz su coñac. Verifiquemos: siguió bebiendo en paz su coñac, ella pudo alejarse por todas las calles de París, yo seguir meditando incrustado en el muro. Chuchezuma lo puede todo con sólo cambiar de persona una forma de un verbo.

Paz. Meditemos.

Ya no hay peligro alguno. El tipo sólo piensa en su bebida y no reconoce en mí su rival. Pero si no hubiese sido por la astucia de ella habría habido sangre. ¡Sangre! Todo el mundo quiere sangre. Es en vano que disimulamos y nos engañamos a nosotros mismos: vamos tras de nutrirnos con sangre. El lobo-garú y el vampiro negro son nuestros hermanos sin hipocresía. El lobo-garú y el vampiro negro son nuestra aspiración suprema inconfesada. El primer verbo en nuestra conciencia es chupar. Quisiera ver jugar a Chuchezuma con este verbo como hace un momento jugó con "decir". El único color vital, el rojo. Así como ella viste ahora; así como el pasto o los caminos o los arroyos se tiñen cuando se logra dar muerte a un lobo-garú o a un vampiro negro, haciéndoles verter, para que tiña, la sangre chupada por ellos. Entonces... ¡de rodillas!, ¡de rodillas caer frente a tierra! Y chupar la sangre ya chupada.

¿Pero quién puede asegurar su triunfo en semejante combate? Se necesitan —ya lo he dicho— unas armas largamente, penosamente consagradas. Además hay que ser amo de una vasta ciencia.

Es preferible la astucia solapada. Quiero decir lo siguiente: en vez de arremeter en contra de tales entes, buscar solapadamente el origen. Ya sabéis que tras de cada uno hay un hombre en éxtasis o un ataúd.

Buscadlos.

Luego golpead, golpead sin piedad. Vuestros golpes, por eco simpático, pegarán en lobo o vampiro y golpes así no pueden soportar. Reintegrarán su condición originaria de voluntad maldita sin materia. La sangre chupada se desparra-

mará sonando y formando un gran charco. El resto lo sabéis: ¡de rodillas, frente a tierra, chupar!

Chuchezuma ya debería estar lejos, un poco por todas las calles de París. El bar había cerrado, el tipo había desaparecido y ninguna franja anaranjada teñía la acera. Ahora se podía avanzar como ella, simultáneamente un poco por todas las calles de París. Chuchezuma aparecerá. Avancé.

Toda vaguedad se fue deshaciendo. Una certeza se implantaba, una sola, dura. En ella, una casa por sobre todas las demás, una sola, vacía.

Ante esta certeza algo me golpeó despiadadamente en pecho y garganta: un sueño de la infancia, siempre mantenido, iba a realizarse por fin: una casa grande, siete pisos, de noche, *vacía*. Una casa así: ¡entrar!

Avanzaba.

Aquí está: una calle sola, duerme, dura. Allí está; esa es la casa.

Todas sus ventanas están con las persianas abiertas de par en par. Ninguna ventana tiene cortinas. Todas las ventanas están con sus cristales cerrados. Es mejor porque así, en todas las habitaciones, se hace oscuridad, mayor oscuridad.

En alguna parte, allí dentro, Chuchezuma.

Entré.

Ni una alfombra, ni un mueble. Mis pasos en las escaleras van resonando hasta el último techo. Golpean allá. Vuelven en eco, rebotan abajo.

Ahora todas las piezas para mí. Puedo entrar, llamar a las puertas, dar de taconazos, gritar. Chuchezuma está en algún rincón.

Puedo arriesgarme hasta tras un cristal de una ventana cualquiera, atisbar hacia la calle, causarle miedo a algún transeúnte. Si este transeúnte ha leído —como es lo probable— y tiembla aún con el recuerdo de Dostoievski, recordará al príncipe idiota creyendo que ha apercibido desde la calle, en una ventana de una gran casa, un instante, la cabeza de Rogochin. Temblará mi cabeza. Retrocederé veloz hacia el muro opuesto. ¡Quieto, quieto! Y su temblor temblará en mí... ¡Chuchezuma está en un rincón cualquiera!

Otra habitación. Puedo entrar. Ahora hagámoslo en silencio. Que no se oiga ni un rumor, ni mis propios pasos, de modo que se destaque mejor el rectángulo glauco de la ventana. Y como yo he leído y he temblado con Dostoievski, puedo pensar como Raskólnikov en el cuarto de la vieja usurera al ver por la ventana "la enorme Luna redonda de un rojo cobrizo" y puedo repetirme con él: "Es la Luna quien crea el silencio; está ocupada en descifrar enigmas".

Aquí no hay Luna pero está el sueño de Raskólnikov. Está el silencio creado, no por ella, sino por todo, por los maderos del piso, por los techos bajos, por las puertas entreabiertas, por la respiración de Chuchezuma que no se oye pero que está por aquí en la casa vacía, por algún rincón...

Sé que basta avanzar decididamente para hallarme frente a ella. Por lo mismo no hagamos nada con decisión. Sigamos flotando así en la oscuridad, echando ruidos a correr, un golpe, un silbido; echémoslos a correr al mismo tiempo por todos los recovecos de la casa, por arriba, por abajo, por todos al mismo tiempo como Chuchezuma, hace un momento, por todas las calles de París.

Pasarán los ruidos a través de ella, cada ruido la atravesará. Doy un golpe con las manos, con los pies, silbo, canto.

He cogido mi reloj de oro, grande y viejo, lo he lanzado al aire, ha caído, se ha despe-

dizado: cada ruedita, cada resorte, cada tornillo, cada pedazo del cristal quebrado, cada numerito del cuadrante, ha sonado con su modo peculiar, ha ido por cada encrucijada de la casa, ha atravesado, ha perforado a Chuchezuma conmigo en cada sonido.

Esperemos, esperemos puesto que basta avanzar con decisión para encontrarla.

Retardemos el momento.

Pensemos en su tez blanca y en su sangre joven.

Nosotros no conducimos nuestros pensamientos. Toda mi voluntad está actuando sobre poder manipular esa tez y esa sangre. Pero la sangre se aísla, deja a Chuchezuma para que se me presente sola y hacerse pensar. La siento como un chorro, alto, inmóvil, aquí al frente. Yo me siento en el umbral de un templo.

Entrar en él con unción; entrar y empaparse.

Estoy al frente, estoy apenas en el umbral. Quedo fuera. Sólo me llena lo que susurra a su alrededor, como los pájaros alrededor de las torres de una catedral. Lo que agoniza, lo que muere, lo que vierte sangre, lo que devora y chupa.

Bertino, en este momento, descuartiza. Por los campos han de galopar los lobos y han de volar los vampiros. ¡Cuántos hombres indefensos caerán! Pues son muy pocos los que, encontrándose en su ruta, se libran de ser acometidos. Sin embargo los hay. Son los que han hecho uso de un antídoto contra las bestias. Entre éstos son los más recomendados:

Contra el lobo-garú: Si su progenitor es de sexo masculino, o sea un brujo, se le echará disimuladamente en su alimento algunas semillas finamente molidas de yerba mora, las que previamente deberán ser bañadas en una infusión de ramas de mirto. Este alimento provocará en las manos del sujeto una serie de pequeñas úlceras que sangrarán abundantemente. El sujeto se secará la sangre con su pañuelo. Róbese este pañuelo y échesele en remojar en agua pura. Esta agua se teñirá con la sangre. Mézclese entonces con vino y bébase el total. Ningún lobo-garú nacido de un brujo atacará al que haya bebido de este vino.

Si su progenitor es de sexo femenino, o sea una bruja, no habrá necesidad de recurrir a la yerba mora pues bastará con apoderarse de uno de sus paños de menstruación habituales y proceder con él tal como con el pañuelo del anterior. Bebido este vino, ningún lobo-garú nacido de bruja se atreverá a atacar.

Contra el vampiro negro: Igual medio para ambos sexos. Búsquese el ataúd y destápele. Se hallará éste lleno de sangre líquida y, al parecer, fresca. En ella, flotando, el cadáver del brujo o de la bruja. Hlénese con esta sangre un pequeño frasco, sangre que luego se dejará coagular. Muélanse estos coágulos. Con el polvo obtenido háganse galletas en la forma corriente. Comidas éstas, ningún vampiro negro osará tentar un ataque.

Es todo, al menos es lo más recomendable.

No lograré salir de este círculo de pensamientos. Sin poder pensar es preferible actuar. Vamos con decisión. Aquí en el piso superior ha de haber una sala vasta, larga como todo el frente del edificio.

Subo. Entro.

Allá al fondo Chuchezuma está de pie de espaldas contra el muro. Apoya sobre él sus dos manitos por las palmas. Sonríe. Me dice:

-Te esperaba.

Y se calla.

Corro hacia ella.

Caigo de rodillas.

Le abrazo sus piernas y la beso, la beso apasionadamente. Respiro apenas. La beso hasta que, por las ventanas, aparece el alba.

Chuchezuma se marcha.

Yo quedo aún algunos minutos para fumar con calma un cigarrillo. Entra un rayo de sol. A mi vez me marcho.

Rue Belloni.

Reconozco en seguida la estatua, una pequeña estatuilla que mi amigo Poitiers quería mostrarme. Es exacta. Le digo:

–Es lo que más me gusta de lo que has esculpido.

Me dice:

–Pensaba que te iba a gustar. Te la regalo.

Y aquí está la estatuilla, viva y silenciosa.

A Chuchezuma no la he vuelto a ver

168

Terminé la lectura de los papeles de Artemio Yungay. Levanté los ojos lentamente. Quedé sorprendido: a mi lado, rodeándome, había una infinidad de seres de los más extraños aspectos. Yo creía haber leído sólo a Marul y a Lorenzo y a ambos diablos si es que ellos podían interesarse por estas andanzas amorosas de mi amigo. Pero, no. Como lo he dicho, junto a mí había no menos de mil oyentes que se habían acercado sin hacer ni el menor ruido. Me turbé un tanto y me dirigí a ellos:

–Buenas tardes, señoras y caballeros.

Ellos se inclinaron lentamente. Luego un grupo desapareció, se volatilizó. El resto siguió impertérrito. Afronté, entonces, a Palemón, diría mejor, a Lucifer:

–¿Me puede usted explicar qué significa este público que se ha juntado aquí?

–Por cierto –me respondió magnánimo.

–Le escucho a usted, Palemón.

–Habréis querido decir: Lucifer.

–¡Bien! ¡Lucifer!

Me hizo, entonces, una enorme reverencia. Luego habló con tono doctoral:

–Los acordes melódicos de vuestra voz han girado y caracoleado en torno a vuestro céfiro hablante. Ello ha bastado. Porque este sin par caracoleo traspasó las regiones físicas en que tenéis la costumbre de actuar. Al traspasarlas llegó a las regiones del bajo astral. Hizo en ellas un batifondo estruendoso. Fue una voz de orden que osaría calificar de descomunal. Las larvas y los lemures que allí dormitaban despertaron y, en tropel, se acercaron a vuestro tan armonioso y finísimo gorjeo que se desprendía de vuestra titilante tragadera.

“Ahora se esfuman. Rehacen su peregrinación llevándose en sus seres las insólitas aventuras de don Artemio Yungay.

“¡Eha! ¡Uhe! ¡Iho! ¡Partid, visitantes! ¡Lucifer os lo comanda! ¡Iho! ¡Uhe! ¡Eha! ¡Idos

a vuestro ambiente! ¡Ya os habéis escapado un instante de aquel báratro! ¡Volved a él! ¡Idos, idos al báratro donde vivís! ¡Adiós! ¡Ja, ja, ja! ¡Asatán, amigos, asatán!

Se volvió entonces obsequioso hacia nosotros cuatro y, después de hacernos otra reverencia más, nos propuso:

-¿Bajamos, amigos míos?

Nuestra respuesta fue afirmativa. Sin más saltamos a la inmensa boca del Coscorrón y nos despeñamos hacia el abismo.

Descendimos largo rato. Era aquello un sin fin de precipicios y desgalgaderos. Cuando creíamos caer y precipitarnos a esas negras profundidades, una mano invisible nos sujetaba. Por fin pudimos detenernos frente a una severa puerta cerrada con cientos de candados y de barras. Lorenzo preguntó a Lucifer:

-¿Iré a ver, aquí en el Purgatorio, a mi pobre Chinchilla? ¡Tengo miedo! ¡Chinchilla mía...!

Lucifer respondió:

-¿Chinchilla? ¡Jamás, jamás! Aquella meretriz se encuentra en los cielos.

Y la severa puerta se abrió de par en par.

¡Fuego, fuego, por todos lados fuego! Las llamas nos envolvían pero, con sorpresa nuestra, no nos quemaban. Sin embargo eran llamas ardientes, terriblemente ardientes pues bastaba con ver a los desdichados que entre ellas se revolcaban. Nosotros volábamos sobre ellas y las perforábamos. De pronto Lucifer nos dijo:

-Cada una de estas llamas recuerda un árbol del membrillo. Cada uno de esos monstruos (nos mostró unos monstruos que iban y venían) hácenos excogitar en aquellos que, allá en la terráquea superficie, apodáronse Despiporren y Repanocha. ¡¡Uuuuhuy!! ¡Ama y señora de la Repanocha; insigne multipropietaria del Despiporren! ¡Presentaos!

Las llamas a nuestro lado se agitaron y luego se voltearon a ambos lados. Entonces, entre ellas, macilenta, mustia, se allegó una mujer con su rostro cubierto por una gran cabellera. Sumisa se detuvo; luego elevó sus ojos hacia Lucifer.

-¡Tu nombre en la Tierra! -vociferó éste.

Ella quedadamente contestó:

-Tártara Tigre.

No pude impedírmelo; me acerqué a ella, le tomé una mano y se la besé con verdadero apasionamiento. Marul me golpeó el hombro y me susurró:

-No te arreates, Onofre.

Lucifer, entonces, me alargó un membrillo y me dijo:

-Comed.

Luego se dirigió a Tártara Tigre:

-¿Cuánto tiempo debéis pasar aún aquí?

Ella, siempre quedadamente, contestó:

-Tres siglos y... saldré.

-¿Queréis volver a la superficie?

-Sí así me lo ordenáis, volveré.

-¿A hacer el amor nuevamente de costado?

Tártara Tigre se enderezó, sus ojos relampaguearon, toda su actitud fue desafiante.

-¡Sí, sí, sí! -exclamó-. ¡Iré a compartir con todos, todos los hombres que conmigo se crucen esos arrebatadores estremecimientos de los amores laterales! ¡Sí, sí, sí!

-Volveréis a la Tierra como hombre.

-Compartiré, entonces, con mujeres.

-Jugaréis, frente a ellos, la eterna quimera.

-Es preferible una quimera al hastío cotidiano.

-Entonces pensáis, a la postre, hacerles un bien.

-Sí, un bien... ¡al final! Felicidad...; quimeras...; desencanto...; llamas purgatorias...

Y recomencemos eternamente.

-¿Creéis, entonces, en la eternidad?

-Yo no creo. Yo obro por instinto. Hay un lindo momento...; después hay un horrible momento...; después vuelve ese lindo momento...; después vuelve ese horrible momento...

-Sí, eso es, todo vuelve y vuelve. ¿Y después, al final?

-¿Qué puede importarme a mí? Aquí, mientras me quemó y tuestó, sólo pienso en una cosa.

-¿En qué?

-En hacer más intenso ese amor..., ese amor... ¿Cómo puedo llamarlo? ¿Lateral o membrillar? En fin, vos lo sabéis, Lucifer. Bien, ese amor hacerlo de tal modo intenso que estas llamas, a su lado, se conviertan en una simple bicoca. Y además..., mi Lucifer, además...

-Además, ¿qué?

-No ha llegado ninguno a este Purgatorio, no ha llegado ninguno todavía. ¿Me habéis oído? ¿Ninguno! Y son siete, ¡siete!, los que hay allá en la superficie, ¡siete a los que he iniciado en estas sublimes prácticas del amor de los membrillos! Pero ¡ya llegarán! Sí, oídmeme bien: Artemio Yungay fue el séptimo; ya antes habían pasado seis por mí. Bien, iremos los siete y yo a la Tierra y allí juntaré muchísimos más... ¿Me entendéis? ¡Hombres y mujeres, sí, mujeres y hombres! Será la locura en el amor, la locura cuando seamos miles y miles los que sabremos amar. Moriremos entonces. Y vendremos a este Purgatorio. ¡Oh, oh, qué exorbitante será, Lucifer, qué exorbitante! Las llamas, en vez de quemar, se asomarán y nos mirarán. Y esas tan graciosas salamandras que en ellas pululan no sabrán si ponerse coléricas o envidiarnos. ¡Así, así me balanceo con mis proyectos futuros! Tres siglos de espera... ¿qué son? En cambio cada momento del... -¿permitís que lo llame "membrillar"?-; gracias, cada momento del membrillar será, en intensidad, igual a nueve siglos, ¡oh, nueve siglos de éxtasis viviente! Y habrá muchos, muchos momentos así... ¡La cuenta es clara, clarísima! Y no habéis pensado en otra cosa, Lucifer...

-¿En qué otra cosa?

-En que Artemio Yungay es aún un terreno medio virgen... Como lo son los otros seis. Yo los iniciaré, os lo he dicho, los iniciaré. Pues fijáos en una cosa: Artemio cree en lo imperecedero de lo que se produce en la superficie de la Tierra... ¿Queréis una prueba de ello? ¡Chuchezuma! ¡Es para descuartizarse en carcajadas. Ahora no la ve ni nada sabe de ella pero se cree a salvo por la existencia de ¡Chuchezuma! ¡Reíd, reíd, Lucifer! Un día morirá el bueno de Artemio y por aquello de la avenida de los Membrillos, cuando fue conmigo, lo traeréis para acá. ¿Nos quemaremos mucho? Llegarán, además, los otros seis. La iniciación será larga y dificultosa. Pero al fin la lograré y, entonces, volveremos a la Tierra. ¡La Tierra y Artemio y los seis restantes y yo y otros y otras y miles y millones! ¡Qué festividad loca y maravillosa! ¡Lado a lado! ¡Arriba una mano de cada cual! ¡Junto un pie de cada cual! ¡Y amor, amor! No, no es un precio caro tres siglos de Purgatorio...

-Y... ¿no teméis el Infierno?

-Ya no lo temo. Ya pasé esa época. Ya crecí. Ya...

Una llama larga, larguísima, cogió a Tártara Tigre y se la llevó retorciéndola en, al parecer, espantosos dolores. Pero un grito gozoso nos hizo volver. Pradelia Coyanco gritaba sus adioses. Lorenzo, azorado, se interpuso:

-¿Te vuelves loca? ¡Pradelia! ¿Qué te ocurre?

Entonces Pradelia se calmó y nos dijo simplemente:

-He reconocido a una amiga. En tres siglos más, y después de mi paso por el Purgatorio, volveré con ella a la Tierra. Juntas, entonces, y con muchas más sabremos amar como se debe amar.

Lorenzo se expresó con furia:

-¡Este es el antro de la corrupción! Aquí, Lucifer, prepara usted a los que a la Tierra han de ir a corromper y a tratar de derrocar al verídico Dios. Aquí se preparan los luchadores del Mal que han de luchar en contra de los luchadores del Bien. Es aquí uno de los lados del terrible maniqueo. ¡Estamos en el reino de Manes, de Manes! ¡Estamos en el reino de Zaratustra!

Lucifer, entonces, dijo:

-Cada cual hará aquí la interpretación que mejor le parezca. ¿Seguimos nuestra visita, Marul, flor entre las flores? ¿Seguimos nuestra visita, Pradelia, futura bien aventurada? Y vosotros, caros adolescentes, ¿seguimos?

Lorenzo dijo entre dientes:

-Muéstrenos usted el Infierno y daremos por terminada esta visita.

Lucifer se inclinó y dijo:

-Bien.

Un nuevo silbido estridente y aparecieron volando y vinieron a posarse junto a nosotros cuatro arpías de bellísimos rostros de doncellas con cuerpos de grandes águilas. Nos subimos en ellas. Ambos diablos tomaron la delantera y empezó nuestro vuelo por aquellas, en realidad, interminables cavernas.

¿Cuánto rato habremos cabalgado sobre estas arpías? Pasábamos por oscuros precipicios, por hondos despeñaderos, por galerías negras y plateadas, galerías ora angostísimas ora extremadamente anchas. A veces, en medio de esas tinieblas de plata, brillaba una pequeña luz. Junto a ella y sobre una mesilla de tres patas, veíamos a un viejo o a un diablo o a un ser deforme que trabajaba afanosamente. Apresuré a mi arpía hasta colocarme cerca de Lucifer y, mostrándole a uno de estos seres, Le pregunté:

-¿Qué hacen esos entes solitarios sobre sus mesas? Parece que se entregaran a un rudo trabajo.

Lucifer, sin siquiera volverse hacia mí, me respondió:

-Envían a la Tierra la orden que hay que defender.

-¿Y qué dice tal orden?

-Dice: "Todo lo que ignoro lo niego". Tal es mi mandato. Así los aferro a sus sentidos y así hago fáciles presas contra el engañoso Dios.

Al pasar cerca de uno de ellos le preguntó:

-¿Niegan tus súbditos como se ha de negar?

-¡Oh, sí, niegan y niegan! -respondió éste-. No quieren saber más que lo que dicen sus sentidos. Para todo lo restante, ¡niegan y niegan con exaltación!

Seguimos, seguimos, seguimos... Marul preguntó:

-¿Está aún muy lejos el Infierno?

–Llegaremos cuando menos penséis –respondió Lucifer.

Y las arpias, sin más, se elevaron entonces hasta llegar a la boca de un inmenso cráter. Nos dejaron a su borde y bañados por el Sol. Luego desaparecieron sumiéndose por aquel cráter y guiadas por Sargatanas. Lucifer, entonces, manifestó con tono convincente:

–Hemos terminado nuestro peregrinaje. Estamos al borde de ese que llamáis volcán Quizapu. Aquí se acaba Lucifer y vuelvo a ser vuestro humilde servidor Palemón de Costamota. Ahora...: ¡rápido a vuestro saloncito, rápido, mi tan estimable señor don Lorenzo Angol!

Emprendimos el vuelo a velocidad inaudita. Un minuto después llegábamos a Fray Tomate Nº 2 y nos instalábamos Marul, Pradelia, Palemón y yo en el salón de Lorenzo y nos disponíamos a oír y comentar nuestras andanzas bebiendo los aperitivos que el dueño de casa tuvo la gentileza de ofrecernos.

169

Empezó el comentario. Fue cortésimo y en él habló únicamente Palemón de Costamota. Con su copa en la punta de las uñas nos interrogó sonriente:

–¿Habéis apreciado como es debido, bellas damas y preclaros varones, el inmenso Infierno por el cual nos hemos hamacado?

Se le respondió:

–Nos ha escamoteado usted ese pavoroso Infierno. Nos esperábamos ver en él llamas mil veces mayores que las que persiguen y se tragan a Tártara Tigre.

Palemón, entonces, se pone serio, calla unos instantes y por fin nos dice:

–No hemos salido ni un sólo instante de los Infiernos. Tal vez una idea fugaz os haya sacado de ellos algunos instantes. Pero siempre, siempre, a ellos hemos vuelto. ¿Qué es, amigos, qué es el tan pavoroso Infierno? Es la vuelta a la Tierra.

Se ha dicho del hombre que es un dios caído que se acuerda del cielo.

¡Así os hago vivir! ¡Recordando! ¡Con el recuerdo y nada más!

De pronto queréis subir y subir e instalaros en ésa que veis como nube pletórica de maravillas imperecederas. Hacéis un esfuerzo y llegáis a sus deslindes. Pero no olvidéis que os he dado esos cinco sentidos. Ellos tomarán el mando. Os susurrarán una dulce, muy dulce cancioncilla que os obligará a bajar y a embriagaros en el ruido de la Tierra.

Podéis vivir en ese cielo con el recuerdo y nada más.

¡He ahí el castigo espantoso en que os tengo!

Recordar lo grandioso y carecer de templanza para ir a su alcance...

Entonces: resignación.

Sí, pero la resignación os inculca un pavor: el pavor de caer y caer más bajo, siempre más bajo, hasta el momento en que os convirtáis en piedras.

¿Me habéis oído?

¡En piedras!

Piedras mudas, inertes, inmóviles, muertas.

¡He ahí el Infierno!

Porque una vez que os hayáis convertidos en piedras, tendréis que recomenzar y recomenzar siempre.

¡Oh, no serán entonces, tres siglos como lo son para esa Tártara Tigre! Serán millones y millones de siglos, será tanto tiempo como el tiempo que existe entre una piedra y un arcángel.

Ahora me despido, gratisimos amigos míos.

¿Mi puerta? ¡Oh, es aquella! ¡Abríos!

Palemón de Costamota mostró una ventana que se abrió instantáneamente.

Por ella salió y se fue por los aires con toda dignidad. Quedamos callados y en suspenso. Hasta que Pradelia dijo:

-Me voy yo ahora, me voy a rodar tierras. Gracias, Lorenzo, por tu buena compañía.

Marul dijo:

-Yo me voy a reposar, me voy a mi casa.

Yo dije:

-Si quieres te acompaño. ¿No? Entonces subo a mi departamento.

Lorenzo dijo:

-Buenas noches; a todos, buenas noches.

Respondimos:

-Buenas noches.

170

Los contrastes no creo que deban ser demasiado fuertes. Hemos estado en los Infiernos, en ese pétreo silencio de los Infiernos; hemos estado en el Purgatorio y he visto a Tártara Tigre; hemos visto una orgía en el Sabat; hemos conocido a dos mujeres, a Papusa y Chuchezuma; hemos visto actuar a doña Restituta Mañigual; hemos asistido a una Misa Negra; hemos estado presentes en la bacanal de los coitos... Ahora, ir entrando poco a poco a la vida modorrienta de San Agustín de Tango. Antes de ello me haría falta un hombre en realidad vecino a la antimonotonía.

Salí por las calles a vagar sin rumbo fijo. ¡A lo que el destino tenga a bien depararme! Caminar y caminar. Brillaba un sol débil. Entré por la calle Ruega-Por-Nosotros-Los Peca-dores y me detuve un instante frente a la puerta del Museo de la Historia. Allí vacilé. ¿Entrar? Mientras me decidía ya me encontraba frente a la parroquia de la Asunción. ¿Entrar en ésta? No; sigamos. Así llegué al Paseo del Corderito Pascual. Calma por todos lados. Mas de pronto veo avanzar frenético y a toda prisa, arremolinado en su capa española, cubierto el mate con su chambergo, al indomable y fiero de Baldomero Lonquimay.

-¡Hola, amigo! -le grité.

Se detuvo, entonces, de un golpe frente a mí. Me consideró un instante. Luego dijo:

-¡Brrrrrr...!

Inmediatamente quise hacer de él un hombre. Entonces le dije con un convencimiento sincero:

-Lástima es que no nos haya usted acompañado a los antros del Purgatorio y del Infierno.

Me respondió desde lo alto:

-Purgatorio e Infierno los llevo yo en mí y los distribuyo por doquier a diestra y siniestra.

Me incliné ante tal afirmación y le aseguré:

—Ha sido, por lo mismo, una gran pena que...

Pero él accionó con enorme gesto, me hizo callar y volvió a proferir con ímpetu indecible:

—¡¡Brrrrrrr...!!

Y tomándome de un brazo me encaminó, a veloz marcha, hacia el Puente de la Serpiente Tentadora. Lo cruzamos casi corriendo y, por el Muelle de la Sotana, nos dirigimos a su casa. Apenas en su recibo me dijo:

—He dado la vuelta de las vueltas: mi morada; las aguas del Santa Bárbara atravesadas por el Puente de los Concilios Ecuménicos; las aguas del ya mencionado río atravesadas con usted, noble amigo, por el Puente donde la serpiente tiente; este Paseo que, como a una fruta sabrosa, mantiene estos aposentos; por fin, estos mismos y siempre idénticos aposentos. Ahora, ¡asiento y lucubre usted sobre lo que su mente perfore! Yo seguiré meditando en aquella popular sentencia que expresa: “El hábito no hace a monje”.

El hombre bufó tres veces y luego me aseguró:

—Yo digo al reverso: “El hábito sí hace al monje”. Y esto que digo puedo probarlo de inmediato.

Sin más Baldomero Lonquimay se quitó su chambergo y cogió, de un viejo ropero, un abollado sombrero de copa de dimensiones exorbitantes. Se lo caló y me dijo:

—Con este cubretestas me siento un lleco país. En vano quiero hablar. Mis clamores fenecen al asomarse a las comisuras de estos labios. ¡Fenecen! Como ahora yo feneczo. Porque este cubretestas es letal. Muero... ¡¡fuera, fuera!!

Lanzó lejos su chistera. Ahora el hombre reía satisfecho. Yo le pregunté en seguida:

—¿Se siente usted bien a cabeza desnuda?

Me respondió:

—Sí. Ahora soy un monje con el hábito que ha de calzar. Esta relampagueante experiencia la he hecho para hacer a usted entrar en confianza y que deje lejos, muy lejos, los acordes tremolinos del acceso a sociedad. Deseaba narrar a usted algo de esas mis ciertas experiencias del hábito y del monje.

—Soy todo oídos, Baldomero.

—Oiga, entonces, usted: en recónditos puertos, uno al Norte y el otro al Sur de brava costa, se anidan dos potentes barcos de guerra iguales, gemelos, ultragemelos pero enemigos a muerte, a terrible muerte. Desplazan 23.700 toneladas; su andar es de 25 nudos por hora; su principal armamento, 9 cañones de 13 pulgadas. Cierta día les grité a ambos: “¡Arre, navegantes pollinos, arre! *C'est la guerre!*”. Y ambos, a esta voz de mando, zarparon hacia la alta mar. Pero...; ¡ah, grato amigo! el truco estaba en la vestimenta de su marinería. ¡Sí, allí estaba el truco! Pues la que tripulaba el barco del Sur vestía a la usanza de todos los marinos y marineros de todas, todas las escuadras del orbe. En cambio la que tripulaba el barco del Norte vestía cual damiselas de 1880. Se enfrentaron y comenzó la sin igual refriega. ¡Pum, pum, pum! Era algo horrible. El odio ancestral de aquellas dos naciones retumbaba por los aires —¡pum, pum, pum! y se iba a golpetear en las golpeteaduras de babor y estribor. A los contados minutos el barco de la marinería de los vestimentados a la vieja y coqueta usanza de jóvenes damiselas, se hundía y era tragado por el líquido elemento. Su tripulación se marchaba al reino de los muertos. ¿Qué puede usted alegarme? ¿Acaso la luz solar influía en este resultado? ¿Acaso la mar con sus potentes olas

favoreció a los hombres del Sur? ¡No, amigo, no y no! Fue la vestimenta de la marinería y de la oficialidad quien impuso esta finalidad en el sangriento combate.

“Me dirigí, entonces, a visitar al Arzobispo de San Agustín de Tango y lo atavié de fogueado futbolista. Dignamente, entonces, le rogué que fuese a nuestra catedral y cantara misa. El Arzobispo de San Agustín de Tango no lo pudo.

“Entonces corrí desahogado donde el mancebo y elegante Higinio Romeral y, junto con su cara mitad, doña bella Salaberga Huintil, lo vestimos con nauseabundos andrajos. Cortésmente le pedimos que fuese al Hotel de los Vicarios e hiciese, por su vasto hall, un muy donairoso paseo. Higinio no lo pudo y se negó.

“Entonces me precipité donde el enorme y jamás desmentido compositor, el genial Stramuros y lo acicalé con un completo terno de huaso campesino; elegante chupalla, vistosa manta, altas botas de cuero con correoncillos colgantes, enormes espuelas sobre zapatos de alto tacón y le lancé mi grito de estímulo y de acción: “¡Arre, musicastro, arre! ¡Vete al Gran Teatro Musical que allí se halla la filarmónica orquesta en espera de tu sin igual batuta! ¡Arre, musicólogo, arre!” El inmenso Stramuros no pudo ni avanzar ni un par de metros y se desplomó.

“Púber amigo:

“El hábito sí hace al monje”.

Me atreví a insinuarle:

–Baldomero, si el hábito hace al monje debería usted tener mil hábitos diferentes de modo a vestirse, según lo que fuera usted a hacer, en forma adecuada. El mundo entonces sería suyo. Todo, todo retrocedería ante su presencia debidamente aparecida.

Meditó un rato ceñudo para decirme al fin:

–Esos variados hábitos están en mi poder. Soy el disfraz que en mí se personifica. Mas... ¡prontiturbios!, los disfraces tienen su destreza habilidosa. Permiten que uno los cale y, una vez que han sido calados: ¡pum, pum, pum!, como el guerrero barco vencedor, hacen fuego en contra de quien los lleva. Poned, ¡oh, púber amigo!, vuestros timpanos al alcance de mis sonoras vibraciones.

–Puestos están, Baldomero.

Entonces me explicó:

–Fue una mañana. Salía yo del baño y el elemento líquido se deslizaba aún por mi piel. Vi el espejo. Miréme y vime aderezado cual un jinete de brioso corcel. Minutos después doña Cleta Purén sostenía de las riendas a ese brioso corcel que, a su vez, tenía tras él a un enorme can. Monté, partí. Al partir obedecía a una de las grandes leyes que se implantan sobre nosotros, ¡soplaturbios! ¿Qué manifiesta esta ley? Manifiesta: “El hombre se aprovecha de la inteligencia del perro y de la imbecilidad del caballo”. Entonces díjeme: “Eres tú, Lonquimay, un doble aprovechador de los dos extremos de la humana mente”. Paré. Me hallaba bajo las líneas férreas de un tren, del tren que va a Matatiuques. Allí un recuerdo me detuvo, recuerdo austero y serio. Este recuerdo, vestido de negra levita, me murmuró una serie de altos pensamientos que en ese mismo sitio habían aparecido, en esta mi mente fecunda, poco tiempo antes. Sentí que en mí se reincorporaba una parte de mí mismo allí dejada y olvidada, una parte que, al aparecer la prima vez, estaba plena de inmensos acordes y bellísimas notas que se ramificaban por el orbe entero. Todo ello ¡lo había sumido en el olvido! Y todo ello había sido un mundo que instalar y acomodar... Díjeme entonces: “¡Mataturbios!”. Volví aquí a casa henchida el alma de dolor. Me desensillé. A doña Cleta Purén, que precipitábase hacia mí en demanda de novedades, manifes-

téle: "Los ferrocarriles impidieronme seguir mi cabalgata". Encerréme en mi aposento y caí en una hondura negra y azulada de extrañas meditaciones. "Debes cambiar vestido y vestiros como siempre vistes". Era lo que todas ellas decían. Vestíme como ahora me veis. Pero esa voz agregó: "Debes cambiar de vestimenta". Púseme el frac. Porque allí, en aquel guardaprendas, yace un frac. Lo abrí y me introduje dentro de él. Caléme mi sombrero de copa y partí, partí, con ánimos de traspasar lontananza.

-¿Y adónde fue usted así ataviado?

-A Pompita.

-¿Usted... en Pompita?

-Sí.

-No lo veo a usted en un balneario elegante, Baldomero, y menos aún en un casino de juego.

-A esa tahurería fui. En ella me engolfé. No era, por lo demás, la primera vez o la primera volta que mi figura se adentraba en un templo de jolgorio cual son esos centros sin centro. Haced memoria, púber hombre, y a vuestra recordación vendrá que ya una vez o volta, en las viñas de los mares, había yo penetrado a un semejante templo del azar. Luego había yo adquirido la tasca del oriental de Pey. Pero esta vez me guiaba esta volta otro, muy otro designio.

-¡Ya lo veo! ¡Terminar con esos antros del vicio!

-No.

-¿Entonces?

-Jugar.

-Bueno, como todo el mundo, por lo demás...

-No. Mi designio o cometido era el de hacer profundos estudios que convertiríanse en no menos profundas cavilaciones! Crucé, a grandes pasos, el umbral y, al cruzarlo, divisé al siempre mentecato de Desiderio Longotoma. Me saludó. No contesté. Seguí. Hasta que me encontré con un celeberrimo jugador: Jovino Panquehue, el hombre que vive en las galaxias y baja a mover reyes y reinas, torres, caballos y arfiles y peones. Entre nosotros, un tablero y henos entregados al noble juego de Eneas y Foción. El ajedrez... ¡digno juego de estas barbas que aquí veis! Porque el tiempo pasó, pasó y voló; voló, voló, y pasó. Volvió a su primer punto y volvió a pasar, a pasar, a volar; y una vez que hubo pasado y volado... volvió a volar y a pasar. Los relojes se fatigaban de tornar y tornar pues sentían en sus corazones de rodajas que, por mucho que tornasen, moveríanse siempre en el mismo cuadrante. Las gentes, entonces, para zafarse de este tiempo que pasa y vuela sin salirse de su propia esfera, huían del templo acasinado, corrían a sus moradas o guaridas, dormían, despertábanse, vestíanse, salían, galopaban y volvían a los dominios del jugar... ¡Nada, nada! Estaban todas atadas a esos punteros y tenían que seguir girando con ellos. Pero nosotros... ¡no!

-Ustedes están libres del girar de los punteros. Es una gran dicha poder libertarse así. ¿Cuánto tiempo estuvieron ustedes allí jugando ajedrez?

Me respondió:

-Siglos. Hasta que la Tierra con sus habitantes volviera a estar en el punto donde estaba cuando comenzó nuestra contienda ajedrecista. Desapareció Pompita y desapareció San Agustín de Tango. Portentosas selvas impenetrables cubrieron sus respectivos y hoy conocidos sitios. Luego llegaron los hispanos, se batieron con los hijos de Arauco y allí, a nuestro lado, caían y morían tanto los unos como los otros. Panquehue y yo jugába-

mos al ajedrez. Surgió aquí, en este sitio, una casucha, donde indicó el hemiono de las huestes de don Pedro de Valdivia. Panquehue y yo jugábamos al ajedrez. Creció y creció esta ciudad; llenóse de edificios y estos edificios fueron salpicándose en Noriol y en Curacopque y aquí en Pompita. Y la Tierra giraba y giraba en torno del Sol. Y se inauguraba el primero y resoplante locomotivo a la capital. Panquehue y yo jugábamos al ajedrez. Los relojes enloquecían girando en ellos mismos; la gente salía y entraba y corría y jugaba y dormía y despertaba y se vestía para volver a salir y entrar y correr y jugar y dormir y despertar y vestirse... Panquehue y yo habíamos anulado el Tiempo y nos entregábamos a la simultaneidad de todas las posibilidades. Hasta que con mi muy potente voz exclamé: "¡Al rey!" Y di, al benemérito de Jovino de los Panquehues, un rotundo mate. Luego le sacudí su diestra mientras nos mirábamos en silencio. Luego dije: "¡Adiós!". Y me alejé.

"Entré, entonces, en el endemoniado juego del póker. Gravedad alrededor de una mesa, gravedad en todos los semblantes. ¿A quiénes pertenecían estos semblantes? Os diré la lista de los tahures; doña Claudia Puchuncaví; el capitán don Gaspar Angol; su esposa doña Nora de Bizerta y Ofqui de Angol, la que en un lejano tiempo cuasiamé; el mil veces belitre de Desiderio Longotoma; éste que os habla. Van las cartas. ¡Sus diez y diez más! ¡Sus cien y cien más! ¡Sus mil y mil más! ¡Visto!

"¡Oh, fueron aquellos verídicos e inolvidables momentos! Pues se trataba de vencer a los humanos —sin distinción de edad ni de sexo!— en un campo que se halla más allá de su pericia y habilidad en el manejo de las cartas. ¿Dó se encuentra este campo? Púber y tan púber varón: se encuentra más allá de la telepatía. Hay que llegar a él, hay que elevarse hasta él en un avión vertiginoso y entonces veréis, en las modalidades de un rostro, las cartas que os pretenden aniquilar. En ese terreno os encontráis cara a cara con el destino y el sino personal de cada cual. ¡Sus mil y mil más! ¡Sus diez mil y diez mil más! ¡Visto! ¡Aaaah! Es el mentecato de Longotoma quien ha ido hacia el bluf. ¡Visto! Él ha blufado. Pues ese belitre de Longotoma muestra su juego y os ha desplumado... Pero, en cambio, desplumáis a doña Claudia Puchuncaví. Yella os despluma a vos. Y el capitán nos despluma a todos y todos desplumamos al capitán. Y doña Nora se despluma a sí misma y vuelve al desplume general. ¡Arre furibundos jugadores, arre! ¡Me voy! Hagamos balance y hagamos arqueo de caja. Me han ganado. He perdido. Pero yo he visto el verdadero retrato de la vida de los humanos.

"Cuando uno ha sido así vencido no hay más que un remedio, no hay más que uno solo: seguir jugando. ¡Deteneos punteros de los invisibles relojes! Punta y banca. Allí me fui, a la mesa de punta y banca. En ella ni gané ni perdí, quedé mano a mano conmigo mismo. Pero mi atención entera despierta. Oídme, púber proyecto de hombre: me fui a tomar parte en la lucha descomunal del hombre en contra del misterio; la lucha del azar en contra del hombre sin apoyo, de ese hombre que está solo ante lo inmenso y superior. Pues es aquí el acto casi sacrílego: tocar y enredarse con leyes indiferentes más allá del humano y sin nada saber ni siquiera sospechar de ellas. Es la frontera del mundo religioso. Al divisarlo meciéndose sobre nosotros los jugadores sentí el vértigo de lo sobrehumano. Entonces elevé mis preces al supremo Dios que me contemplaba tomado del brazo del supremo Satanás.

No pude más y le grité a Baldomero:

—¡No vamos a salir jamás de la presencia de ese terrible Satán! Porque en todas partes está, en todas, en todas... ¡Desde las ventanas de La Torcaza hasta los antros del Purgatorio, desde el salón de Lorenzo Angol hasta la cumbre del Coscorrón...! Pero... (me serené un

tanto) creo, mi buen Baldomero, que aquí exageramos un poco. Por lo que entiendo usted ganó en el ajedrez; perdió en el póker; quedó mano a mano en punta y banca. ¿No es verdad? Si nos damos el trabajo de pensar en la ley de probabilidades...

—¡Alto allí! —clamó casi colérico Lonquimay—. ¡Alto allí! ¡Jamás un hombre de mi estirpe soportará, sin levantar su más airada protesta, que la ley de probabilidades se ejerza también sobre él!

Un silencio. Baldomero bufó tres veces consecutivas. Yo fumé y luego le pregunté:

—¿Qué hizo usted después de jugar punta y banca?

Me respondió:

—Después..., después me dirigí sosegadamente al bar de ese casino. Di dos golpes sobre el mesón y, al jovenzuelo que se precipitó, le ordené o comandé un pichuncho. Me lo sirvió. Yo lo contemplé, lo pagué o cancelé regándolo con succulentas propinas y... no me lo servi. Allí lo dejé abandonado, cual un barco sin timonel en alta mar, allí lo dejé en medio de la inmensa ménsula sosegada de ese bar.

Algo extrañado quise informarme:

—¿Por qué no bebió usted ese pichuncho?

Contestó:

—¡Alto allí! ¡Alto allí, púber puberino! Eso que tomáis como alcohol os lleva a las realidades del existir, a sus desórdenes y bajezas. Es ese alcohol una puerta de escamoteo de Satanás, ese que en todas partes está, que en todas las cosas se ha de mezclar. Por eso no bebo. Por eso he desterrado los alcoholes varios en éste mi paso por el mundo.

Le dije:

—Pues no valía la pena llegar hasta el bar, pedir, pagar y no consumir.

A lo que me respondió:

—No es hombre aquel que nunca, aunque sólo sea una sola vez, en medio de la marcha frenética no se ha detenido de súbito y sin saber por qué, llamado por mil voces y ha vuelto la mirada hacia los abismos de atrás.

Quedamos largo rato en silencio que cortó únicamente una vez:

—Ese es el fondo de Hamlet.

Luego se caló su chambergo y, con aire solemne, se paseó de aquí para allá repetidas veces. De pronto susurró:

—Oigo el estremecimiento de una hembra.

Le dije:

—Es acaso doña Cleta Purén.

Me corrigió:

—No. Quien así se estremece es la hembra en sí.

Volví a corregirle:

—Quiere decir que esa hembra está en usted.

—Como en usted —me afirmó—. Como está en todos nosotros sin que se registre ni una excepción a esta malhadada ley. Porque debéis saber, púber, que esta división en hombre y mujer, en macho y hembra, es ficticia. ¡No existe! ¡Somos uno! Mas es tanto el poder que esta separación nos impone que tenemos menester del horrible coito para llegar adonde hemos de llegar. ¡Horrorizante mal que nos penetra! ¡A todos, todos! ¿Me escucháis bien, oh púber puberino? Porque nos penetra, sí, nos penetra...

Me atreví a decirle:

—Sin embargo doña Cleta Purén...

Me interrumpió:

-¡Alto allí! Es, ha sido, fue el suceder de la ley que cierta vez sucedió asimismo en mí. Estoico acepté este suceder. Después manifestéme: Es desconcertante, por no decir, trágico, que una parte de nuestro cuerpo se independice, viva su propio vivir, goce con espasmos y haga resonar en uno cientos de ecos de otros mundos, de otras leyes, de otro suceder que espanta por su inmensidad y aniquila por la percepción remotísima que de él apenas se alcanza a tener. ¡Oh, es el misterio de los misterios!

-¿Qué hizo usted, Baldomero, después de lanzar tal manifiesto?

-Salí desahogado de este aposento. Estuve, una vez salido, a un paso de vuestra guarida pues estuve con el benemérito de Lorenzo, de Angol como lo apellidan. Expliquéle lo que afirmaban mis meditaciones. Él me respondió por intermedio de una hoja en la que había estampado su parecer.

-¡Lorenzo! -dije casi incrédulo-. ¿Qué le dijo a usted?

-Nada.

-Pero..., ¿entonces?

-Lorenzo se ejetreó dentro de un arcón y de él extrajo, por fin un papelín, por su tamaño; un papelón, por su contenido. Con beneplácito me lo pasó; con beneplácito leílo; con beneplácito lo transcribí. He aquí lo que en él se manifestaba. Léedlo y empapaos en él, pubertino.

Allí Lonquimay había copiado las palabras de Lorenzo Angol que decían:

-Después del coito: Aparición del pasado en imágenes aisladas y vivientes. A veces llegame a dar pavor la veracidad de tales imágenes. Pero se van, se van... Y vienen otras y otras y otras. Es aquello un anverso que tiene su terrible reverso. Siento el pavor de que una de ellas quede y se concrete, de que se haga real".

Leí estas palabras y le dije:

-¿Qué quiere usted, Baldomero! Existe en su pensamiento la sombra de Lumba Corintia y esta sombra irradia...

Me respondió convencido:

-“Irradiar” es un verbo que, en su irradiación, conmueve y nos hace tremolar. Porque él irradia más allá de toda irradiación. Él es un jamelgo que nos lleva y nos lleva sobre sus lomos a sitios de verdadera y verídica alucinación. Habéis de saber, puberino, que aquello es inmenso y abracadabrante como a mí se me presentó la vez que los visité. ¿Cuándo? Cuando aquel ilimitado de Tadeo Lagarto me interrogó y un mudo gallinazo nos escuchó. ¡El cumplimiento de esos llamados recónditos anhelos que hierven en los substratos de nuestra honda constitución! La inmutable serenidad de aquel que nosotros apodamos Angol Lorenzo lo ha conducido, sobre los lomos de su gran jamelgo, a la apreciación exacta de lo que exactamente hay que ver y apreciar: el coito; digamos con mayor exactitud: lo mujeriego. Por eso ha trepado él en ésta mi estimación. Y lo acarreo con respeto a ésta mi recordación. Y en ambas, estimación y recordación, ¡yo lo saludo! ¡Oh, púber puberino! Las cosas no son aquello que ellas son; son el concepto que nos formulamos faz a faz de esas cosas que se agazapan agazapadas en el estiércol de la estiercolitis. Así como se agazapa la ciudadela de Pompita. ¡Balneario, casino...! ¡No, mi tan púber puberino! ¡Pompita la noble, la supernoble!

No pude menos de decirle:

-Como lo es todo balneario en que hay un casino.

Me precisó:

-Pero estos balnearios con sus casinos no se encuentran donde esa real Pompita se encuentra.

-¿Es decir?

-Meridiano 72 y paralelo 32. ¡El punto en que estas cifras acabadas en 2 se unen y se unen para crear!

-¿Crear...? Crear, ¿qué?

-¡Oh, puberino púber! ¿No hagáis el incomprensibilidor de las cosas que ampliamente comprendéis! ¿Váis, acaso, a incomprensibilidar también el hecho de que empecé a trataros de usted y ahora vuestra augusta presencia ha elevado ese trato al "vos"? Porque comprensibiléis denodadamente lo que significa esa conjunción terminal de un 2 en aquellas cifras de 72 y 32. Mas no aseguremos nada en este mundo de la antiaseguración. Prefiero explicároslo.

-Lo escucho sumiso, Baldomero.

-Bien. Ved entonces ese meridiano 72. Se desprende del Norte Polo o, si os daís media vuelta, se desprende del Sur Polo. ¡Artica y Antártica! Y estos dos desprendimientos se enfrentan y se arremolinan sobre el paralelo 32 en el sitio en que se alza Pompita. Sí, ya lo sé, que diréis que ellas son humanas medidas o humanas y mil veces humanas lucubraciones sobre este terráqueo globo. ¡No, no y no puberino púber! Estos dos desprendimientos son dos considerables canales que en su conjunción abren una más considerable aún exquijetura que piérdese adentrándose por la masa terráquea. Al fondo se escaldan las similitudes diferenciadas de ambos polos y en ellas se incineran las voces que surgen del Este y del Oeste. Entonces el total bulle; este bullimiento se eleva dulcemente, se corcolea con suavidad y, por fin, se expande por calles y plazas, por parques y playas, por colinas y arrecifes, por oleajes y atmósferas de esta bella a la vez que sórdida ciudad de Pompita. Se expanden y luego se concretizan en las salas del tahúr casino. Es en estas salas donde cogen la mentalidad de los jugadores y los hacen tahúrear con denuedo. Entonces veréis cómo son trigados esos apuestos apostantes cual se triga el trigo en las trigadoras máquinas; y veréis asimismo cómo son retrigadas esas garbosas y esbeltas dononcellas que se deshacen y se desprenden de ese simbólico metal, ¡causa de nuestros males y sinsabores, de nuestros desvelos y nauseabundeces!, se desgarritan de él para contribuir al bien de esa trigadora máquina. Y veréis, veréis...

-¿Qué más veré, Baldomero?

-Id y poneos en el 72 con el 32; perforad las puertas de ese Casino, esas puertas que asemejan ser sólo puertas para llevaros al simple entretenimiento; sumíos en todo aquello y veréis, veréis...

-¿Qué veré, Baldomero?

-¿Veréis por qué hay hálitos de desventura en esta nuestra tan corriciada Tierra.

-¿Es posible?

-Tan posible es que por ello lloraq las catedrales.

-Pero, Baldomero...

-Los poetas ya lo han visto.

-¿Los poetas...?

-Pedro Salinas, el alto vate, rememorando una vieja catedral, tuvo que exclamar ante su rememoración:

Aquella catedral

que disparaba piedras
a la niebla.

“Y luego, al ingresar en sus aposentos, fue cogido por una horrorosa..., pérfida...

-Horrorosa, pérfida, ¿qué?

-Haced memoria, púber puberino, y temblad haciendo rechinar vuestros miembros todos, ante su exclamación:

Nostalgia
de un jarrón sobre una mesa.

Tuvo un momento de silencio. Luego exclamó con furia:

-¡Aaaah! ¡Brrrrrr...!

-¿Qué ha visto usted o qué ha inducido?

-De los clamores del poeta que van dirigidos a los objetos que rodean, como inmensas catedrales y pequeños jarrones sobre la mesa, he visto, por centésima décima cuarta vez, lo que oscurecido queda a la visión de la mayoría de aquellos que forman este triste aglomerado.

-No le comprendo a usted, Baldomero. ¿De qué aglomerado me habla con jarrones y catedrales?

Se detuvo y vociferó:

-¡¡De la crueldad!!

-¿En qué ve usted una crueldad?

-En nuestro conjunto; sea: en el hombre. En la humanidad, en la humanidad entera.

-¿Ha tenido usted...?

-¡Alto allí, puberino púber, alto allí! No se trata de ésta ni persona, no. Se trata del conjunto visto en conjunción. Se trata de este conjunto desde el día en que fue arrojado o parido para vivir en medio de las hermosuras que giran junto al girar de este sin par planeta. ¡De ello se trata y nada más que de ello! Porque el hombre, el humano, el mortal, el envanecido y enquillotrado ser que somos se envanece y se enquillotra contemplando los míseros y raquíticos bienes que esta gran naturaleza se ha dignado prestarle y vuelve su testa, sin ver, del verídico fondo que forma el fondo de su terrible y espeluznante ultrafondo. ¿No lo creéis así, vos, escuchante de mis palabras?

-Si usted lo dice, Baldomero, lo creo.

-Hacéis bien en creer. Ahora penetrad hasta el fondo de esos espeluznantes ultrafondos. Repetíos la palabra: “crueldad”.

-Si usted me lo pide la repetiré pero, en realidad, no veo hacia dónde quiere usted ir.

-No quiero ir ni venir a parte alguna; quiero hundirme en la comprensión de esa palabra que es el ultrafondo de nuestro fondo. No hay más.

-Comprendo; claro está que hay hombres crueles...

-¡No! Los que son crueles ponen un aditamento a la crueldad que yace en ellos en estado latente pronto a revelarse al primer toque de clarín, o grito de demonio o grito... ¡de ángel!

-¿Lo cree usted, Baldomero?

-Oídme: ¡¡Brrrrrr...!! Es la mayor prueba que puedo daros.

Se paseó, entonces, el hombre dando tres pasos en un sentido, luego tres pasos en sentido inverso. Repetía a todo momento:

-La crueldad..., la crueldad...

Luego me preguntó:

—¿Conocéis, acaso, puberino de los Borneos, algún ser, sea él animal o ave o pez o insecto o ictiosauro o mogigonte que, alguna vez, que una sola volta, haya cometido un acto de crueldad? ¡No os déis la penalidad de interrogar vuestra retentiva! Pues no encontraréis aquello en demanda de lo cual habréis partido. La crueldad es propia del humano.

Exclamé convencido:

—Pero ¡cómo! La historia de la creación podría resumirse en crueldades y más crueldades. Piense usted en el tigre cuando ataca y devora; piense en el jabalí y en la hiena; piense en los feroces monos; y en los ciervos y en los corzos... ¡Y las aves! Sólo de recordarlas me estremezco. ¿No ha visto usted nunca una riña de gallos? ¿Y no ha visto al cernícalo dejándose caer sobre los pobres polluelos? ¡Y en el mar...! ¡Qué horror! Ahora si pasamos a los microbios y si vemos cómo matan y la gente muere...

Me respondió:

—¡Alto allí! Hay tremolante confusión en vuestros conceptos. Tomáis la lucha por la vida como expresión de crueldad. ¡No, púber puberino! Porque tomáis los actos de subsistencia como actos de crueldad. El animal o bichómetro que se halla satisfecho no ataca ni hace daño por ¡el *placer* de atacar y de hacer daño! Esos calmos bichómetros no piensan ni lucubran en qué hacer ni cómo hacerlo para que brote el dolor y para aumentarlo. Los tormentos les son totalmente ignorados. Buscan el acto de matar para saciarse o para que otro no se sacie con ellos. Quieren vivir y ello es todo. El humano, en cambio, se refina. El humano se cree un dios rodeado de entes infernales. Y se refocila con el hecho de producir la tortura. Es lo que he visto en un momento absoluto, absolutísimo, de este vivir.

—¿En qué momento, Baldomero?

Me miró en silencio. Luego dijo:

—¡En el segundo!

—Es verdad que usted vive periódicamente en ese segundo y que él le revela tantas verdades.

—Sí. Así es. Sí.

Le dije entonces algo temeroso de verlo engolfarse en las visiones de ese segundo:

—Quiero irme ya, Baldomero. Quiero irme a meditar sobre lo que me ha dicho usted.

—Idos, idos, pues este borceguí se amarrana.

—Tal vez le aprieta a usted.

—No. Quiere su independencia.

—Lo mejor sería sacárselo.

—No. Que él resuelva lo que sea conveniente.

—¿Y será capaz de hacerlo solo?

—Sí. Dejadle la paz cual yo se la dejo. Si la independencia en él apremia ya reminará en lo que hay que reminar.

Esperamos un momento. Luego el zapato derecho de Baldomero se desató solo y empezó a pugnar y a esforzarse por zafarse del pie. Su dueño entonces alzó la pierna y dobló la rodilla. Era lo que el borceguí esperaba pues apenas hubo hecho este gesto... ¡el borceguí echó a correr!

—¡Idos, idos, chinela inmundada que de prestado tenías este pie! ¡Volved a vuestro sota-banco! Mas antes recorred detalladamente las vías santiagustindetanguañas arrancándoles sus secretos. Regresad luego a estos aposentos y comunicadme las sin par noticias que os hayan comunicado en vuestras correrías. ¡Idos, idos!

Y el borceguí se fue. Lo vi pasar veloz, como una rata, por el medio del patio. Oí un

grito de doña Clea Purén. Luego la puerta de calle se abrió y se cerró y la calma volvió a nosotros. Entonces Baldomero Lonquimay dejó su calma y, haciendo grandes alardes, con voz sonora gritó:

—*Parturiunt montes, nascetur vidiculus mus.*

Respondí:

—Amén.

Se quitó entonces el zapato izquierdo, se puso unas zapatillas y me dijo:

—Púber puberino, debéis ahora seguir las huellas de ese sabio y averiguador borceguí. Yo aquí restaré en espera de su regreso y me comeré un huevo.

—¿Un huevo, ha dicho usted?

—Sí, eso he dicho, pues habéis de saber que cada volta que mis fauces ingieren tal condimento, cada volta que lo machacan entre sus caninos, mi mente se atoniza en el rubor de lo atónito al contemplar la grandiosidad de nuestra madre la naturaleza.

—¡Salud, entonces, por ese huevo! Y... ¡adiós!

—Púber puberino... ¡adiós!

171

Caminé y caminé. Ni rastros del borceguí de Baldomero Lonquimay. Así, caminando, llegué a la Taberna de los Descalzos. Entré y al primero que vi, tras de una mesa con tragos y dichoso cual ninguno, fue a Desiderio Longotoma. Después de las trascendencias de cuanto habla Lonquimay no puede haber cosa mejor que la charla de Longotoma. Juntos son perfectos. Siento deseos de hacer, con ambos, un solo hombre. Pero..., ¿no me resultaría de esta mezcla un perfecto idiota descolorido?

Me senté con Desiderio. Bebimos y luego fuimos a comer al Restaurante de la Basílica. ¡Qué hombre gozar tanto con mis relatos sobre Baldomero! Rió y rió sin tregua; me hacía repetir y repetir sus inconmensurables ideas. Por fin me dijo:

—Baldomero Lonquimay no cabe en esta ciudad. La ciudad debería anidarse en él. Entonces podría ir hasta Pompita y allí jugar y jugar hasta el cansancio. ¡Delicioso cuanto me cuenta usted!

—¿Usted juega, Desiderio?

Restregó sus manitos a velocidad inaudita y, después de comerse un bocado, me manifestó:

—Pues bien, mi amigo, he jugado mucho y aún sigo jugando pero jamás con Baldomero porque ello me aterra. Mis compañeros, o mejor dicho mis *partenaires*, como ahora hay que decir, son dos: mi capitán Angol y la bella, muy bella amiga de Adalberto Huachipato, la sin par de Gervasia Cachapoal. En una época lejana jugué también con Lumba Corintia pero ella partió, partió a Nueva York, según tengo entendido. Con mi capitán juego brisca; con las damas, dominó; con Lonquimay, ya se lo he dicho a usted, ¡nada! ¡Que juegue con Jovino Panquehue! ¡Que se maten ambos cuanto quieran! Gervasia Cachapoal y mi capitán Angol son dos de las poquísimas personas que me han entendido en esta materia y que han coincidido conmigo. Porque es algo muy difícil entenderme y llegar a esa *coincidencia por la muy simple razón de que yo sufro —o gozo— de esa falta de reajuste de la naturaleza y del universo*. Tengo, amigo, Borneo, ese juego propio a una máquina imperfecta y, diría, suelta, mal ajustada, es decir, como es todo esto que nos rodea tanto por

fuera como por dentro. ¿No lo cree usted? Pues vea, amigo, mi horario: 8 horas de sueño; 16 horas de vigilia. De estas 16 horas, haga lo que haga, tenga una enormidad de trabajo o no tenga ninguno, esté en la máxima y estruendosa revolución nerviosa o en la calma absoluta de mis nervios, ame con locura a una mujer o no ame a ninguna, me atosigue comiendo o me halle a dieta, de estas 16 horas me sobran siempre dos. Son dos horas huecas, dos horas fuera de mí, dos horas que no me pertenecen, que son del mundo o de la nada. Me pregunto entonces: ¿cómo pasarlas para seguir con vida y en la vida? Cavilo y vuelvo a preguntarme: ¿cómo pasarlas mientras sus verídicos propietarios las ocupan...? Pues si no las paso de un modo o de otro modo me puedo detener para toda la eternidad. ¿No lo encuentra usted, mi caro amigo, algo seriesísimo?

—Por cierto, Desiderio, es algo seriesísimo. ¿Cómo ha resuelto usted tan intrincado problema?

—Consulté a alguien ducho en la materia. ¡Oh, no crea usted, mi amigo Borneo, que esto de ducho se refiere a un tahir avezado! ¡Oh, no! Consulté a alguien ducho en psicología humana.

—¿Quién es él?

—Tadeo Lagarto.

—¡Bien escogido, Desiderio, muy bien escogido!

—Tadeo Lagarto me dio varias recetas. La que fue de mi mayor agrado es la de jugar. Porque vea usted cómo hay que decirse cuando ante usted están las cartas o las fichas: "Yo no soy juego; luego el jugar no soy yo". Consejo también de Lagarto. ¿Me ha entendido usted debidamente?

—Sí, perfectamente.

—Luego, ¡qué vicio ni qué pasión ni que nada puede tomar! Usted puede seguir tranquilamente. Pero, amigo, ¿cuál es usted? Amigo, ¡usted duerme y se reposa recobrando fuerzas en la calma! Y otra parte suya, para velar este sueño reconfortante, juega. Por eso es que, después de tahúrear de esta manera, nos levantamos de la mesa frescos y descansados. Al capitán Angol ha de ocurrirle lo mismo; a Gervasia Cachapoal, ídem y mil veces ídem; a Lumba Corintia, también pero ahora... En fin, amigo, el caso es que tácitamente nos juntamos al comenzar esas dos horas huecas, nos juntamos nosotros tres y un compañero que nunca falta. A veces es el general Mataquito; otras veces, doña Nora de Bizertia y Ofqui. Terminan las dos horas y nos separamos. Mi estado de ánimo habitual ha vuelto.

—Como ahora, Desiderio. Está usted en perfectas condiciones. ¡Comamos y que esa trascendencia baldomereana no venga a inmiscuirse en esta cena!

—Eso es, comamos y bebamos. Así matamos esas dos horas huecas. Pues ellas vienen, por lo general, antes de dormir, por las noches. ¿Dos horas huecas? ¡Han sido llenadas! ¡Jugamos! Ya hemos liquidado, cada cual, todo el afán de ese día: ellos, sus problemas; yo, los míos. ¡Todo lo nuestro ha quedado atrás! Había un abismo ancho de dos horas. Era cuestión, amigo, de poner un puente para atravesarlo. ¿Cómo? ¡Metamos bulla o enceremos el piso de casa o limpiemos sombreros que no nos pertenezcan...! ¡Hum! Es algo aburrido todo ello, ¿no lo cree usted? Entonces desafiémonos a la brisca o al dominó y ¡santas paces! Y benos jugando. Hay que ver a los que nos han juzgado con tanto entusiasmo con cartas y fichas en mano... ¡Oh, se extrañan al día siguiente al ver que nada nos interesa el juego, que ni siquiera tenemos conciencia de él, que lo ignoramos...! Nos interrogan, tratan de averiguar. ¡Nada! Estamos en otra cosa. Porque la gente que nos interroga es gente que ignora ese negro hueco de esa dos horas matadoras. ¿Cómo un hombre

tal cual soy va a poder mirar al grandioso Baldomero Lonquimay cuando juega? ¿O cómo va a poder acercarse a menos de veinte metros de su persona si hay un tapete verde? ¡Es imposible, amigo, imposible! Por ese enorme de Tadeo Lagarto, ¡bebamos!

—Por ese enorme de Tadeo Lagarto, ¡bebamos! Pero... Ya me voy a poner a la altura de Tadeo y aconsejaré a mi vez.

—¿Cómo? ¿Acaso otros juegos?

—No, Desiderio, nada de juegos. Yo le aconsejaría a usted que llenara sus dos horas huecas leyendo, leyendo novelas.

—¡Horror! —gritó Longotoma—. Sepa, amigo, que yo no leo ni leo novelas. ¿Por qué? Pues que en ellas nada se aprende, ¿me oye usted? ¡Nada! En ellas le cuentan a usted mil cosas que le han sucedido a gente que uno no conoce ni conocerá jamás y gente, que si usted conociera no le interesaría. ¿No cree usted que es mejor preguntarle por sus vidas a los transeúntes que pasan?

—Tal vez sí, tal vez sea mejor.

—Hágalo usted entonces. Porque... ¡cuidado, amigo, con esas dos horas, con esas fatídicas dos horas! Ellas tienen dentro algo horrible, ¡horrible!

—¿Qué cosa, Desiderio?

—¡Aaaah! Tienen un gusanillo. Y ese gusanillo puede crecer y crecer extendiéndose al... al... ¡Oh, por favor, no hablemos de cosas trágicas!

—Sí, sí, hablemos y hablemos. Sus ideas, usted lo sabe, me interesan altamente. ¡Hable, Desiderio, hable!

—Ese gusanillo puede convertirse en un elefante, sí, amigo mío, en un elefante. Y los elefantes, digan lo que digan los sabios zoólogos, tienen una vista penetrante, penetrantísima que perfora más allá de dos horas, más allá de dos días y de dos años, una vista que perfora tanto que de pronto lo envuelve a usted en su vida entera.

—Explíquese usted, Desiderio, que no logro comprender.

—Bien y vea usted: ahora es el verano. Ya estamos en esa tan venturosa época de los calores. ¿Venturosa, amigo mío, venturosa? ¡Ay, amigo, ay! ¡Cuánto diéramos por encontrarnos en "el gélido invierno", como dice el poeta! ¿No echa usted de menos su grueso gabán? ¿Y sus guantes? ¿Y esos días grises, bellos como son los grises? ¿Y no le repugna a usted este sudor que inunda todo cuanto se puede inundar? Sí, mi amigo, ahora añoramos el invierno por el hecho de estar en verano. ¡Y no hay más! Hasta que venga el deseado invierno. Entonces envidiaremos los calores y aborreceremos los fríos y temeremos las corrientes de aire y la humedad y el agua que se escurre por todos lados... ¡Horror, amigo mío, horror! He ahí donde lo harían vivir sus ojos de elefante. En esa tremenda, en esa espantosa cadencia siempre igual, en el ritmo eterno de calor y frío, de frío y calor. Se vería usted obligado a decir y a repetir cada año de su vida las frases ya consagradas: a la llegada del verano: "¡Oh, qué calor!"; a la llegada del invierno: "¡Oh, qué frío!". Y tendría usted que pensar que ella le va a durar mil, diez mil años si el Todopoderoso quiere darle tan larga vida. ¡Oh, es el aburrimiento de esa eterna igualdad que se ha de repetir sin un asomo de cambio! Porque..., porque...

—Porque, ¿qué?

—¡No, no, no! ¡Tonterías son todas éstas que nos producen los ojos de elefante! Es mejor tener ojos de hombre, de modesto y buen hombre que va por las calles y cena aquí en el Restaurante de la Basílica. ¡La perfecta sintonización con el ritmo de la naturaleza! Como la tienen los hombres y la tienen las mujeres de lo bajo.

-Sí, ya lo veo, los y las que nunca protestan, los y las que se aclimatan con cuanto los y las rodea.

-¡Eso es! ¡Eso es, amigo mío! Como la buena Tomasa. Porque yo no creo en la bailarina que se elevaba por los aires para gritarme desde lo alto. ¡No! ¡Pamplinas y bromas de algún conoedor de mis amores tomasinos! La Tomasa aprendió un día, junto con nacer y desperezarse en este mundo, aprendió una cosa. ¿Me oye usted? UNA cosa. ¡Todo este mundo reducido a una fórmula! ¿No es ello estupendo? ¡Una fórmula y nada más! Fuera de esa fórmula acaba el mundo. Le han dicho a esta sin par Tomasa: "Todos los días arreglarás la pieza del patrón así y así y así". Ella morirá, ya viejita, arreglando esta pieza así y así y así. Es decir que el ritmo eterno del cosmos se apodera de ella y juntos siguen su evolución... ¿No encuentra usted que es algo magnífico? Pues ¡hágale usted modificar cualquier cosa! ¡Es el cataclismo, es el desorden total! En cambio éstos que llamamos los supervivilizados... ¡Oh, es conocerlo todo, todo y, una vez que lo conocen, hacer las cosas de otro modo.

-¿Encuentra usted que es así?

-Sí, mi amigo Borneo, es así. Su amigo Lonquimay no ha perforado este principio; al menos, si lo ha perforado, ¡schcht! Ha comido un huevo al separarse de usted pero no ha dicho la verdad, no, no la ha dicho.

-Pero ¿qué verdad quiere usted que diga a propósito de un huevo?

Desiderio Longotoma se echó a reír. Al fin exclamó:

-¡La raza, la raza!

-¿Qué raza?

-La raza de la gallina que había puesto el huevo. Porque un verdadero extra refinado es el que, con la punta de la lengua, le distingue a usted si el huevo que gusta es de una Rhode Island o de una Catalana. ¡El sabor difiere enormemente! Y cuanto a las de raza Kómaron..., y a las Leghorn... ¡Oh, es como no diferenciar los huevos de una Mongólica! Pues los huevos, amigo mío...

-¡Basta, Desiderio, basta! A usted le gusta mofarse de todo cuanto existe en este mundo. Porque no me negará que esta diferencia entre huevos es algo...

-¡Oh, oh, oh! Diré como nuestro amigo Lonquimay: "¡Alto allí!". Esto me hace ver que usted, a pesar de ser todo un Onofre y un Borneo, por añadidura, no se ha percatado de esa inmensa institución que es un almuerzo. Y si hablo de un almuerzo es porque no quiero atiborrarlo a usted con la esplendidez de una comida porque ella nos llevaría a las magnificencias de un banquete. Y esto, por cierto, sería demasiado para nosotros. No así para el hombre entre los hombres.

-Se refiere usted, sin duda, a Baldomero Lonquimay.

-Pero... ¿que hay otro que sea un hombre por encima de los demás hombres?

-No, por cierto.

-Entonces terminemos nuestra cena con un bajativo que beberemos a la salud de ese hombre recto entre los rectos, fuerte entre los fuertes, de ideas precisas e inamovibles. Y hagamos votos para que siga siempre rodeado de esa superioridad que no se sabe, a causa fija, de dónde y por qué le viene. ¡Bebamos, amigo, por esos seres así, por esos seres que han venido al mundo para estimarse y respetarse a sí mismos!

-¡Sí, bebamos!

Y bebimos por su inmortal salud.

TOMO V

He telefonado a Marul y nadie ha contestado. He pasado al 2º piso a ver a Lorenzo Angol y no he encontrado a nadie. Entonces he salido. Mis pasos se fueron al taller de Rubén de Loa. ¡Es claro! Hoy es el día en que, sin falta, va a exponer sus descubrimientos Macario Viluco. Allá llegué.

Un momento después éramos cuatro los contertulios: Rubén, Mamerto Masatierra, Macario Viluco y yo. Lo que hay de verdaderamente "inefable" en estas reuniones es que siempre Macario empieza calentando la atmósfera y luego se apaga dejando a Rubén el cargo de elevar y explayar ese calor. Ahora vociferaba Macario en contra de Mamerto aunque éste nada alegaba. Vociferaba y vociferaba el joven con verdadera pasión:

-¡Sí, señor, sí! ¡Sí, Mamerto! ¡Es como yo le digo y no de otro modo! Porque dígame, ¿ha visto usted alguna? ¡Dígalos sin temor: ¿ha visto usted alguna?, dígalos, hombre de Dios!

-Por cierto, mi respetado señor don Macario -contestó Mamerto-. He visto no sólo una sino varias.

-Ha visto usted las excepciones.

Rubén terció:

-¿No podría usted, Macario, decirnos de qué se trata?

Eufórico contestó:

-¡Ya lo creo, Rubén, ya lo creo! A usted, como al amigo Borneo, le han de gustar los chistes y han de reír con ellos. ¿Verdad? A usted, Mamerto, también le gustan y harto que ree con ellos. ¿Verdad? Nadie puede negarlo.

Respondimos los tres que, de verdad, nos gustaban y que reíamos con ellos.

-Pues bien -prosiguió Macario-, yo sostengo y sostengo y si es necesario afirmo, diga lo que diga el señor Masatierra, aquí presente, que las mujeres no se ríen con los chistes.

-¡Inefable! -dijo Mamerto.

-¿Inefable? -le interrogó Macario-. Es algo inefable esa actitud de usted, caballero. Al menos que usted no haya estado nunca en una velada de chistes y chascarros en que se encuentren mujeres o señoras o como usted quiera llamarlas. Yo, en cambio, he estado en muchas de esas veladas. Las mujeres, claro está, sonríen pero lo hacen por educación, por ponerse a tono y nada más. Pero reírse... ¡jamás, jamás! Parece que comprendieran los chascarros intelectualmente y nada más; pero parece que les faltara ese..., ese..., -¿cómo llamarlo?, ese resorte que desencadena la risa, la gran risa.

Rubén de Loa alzó la mano y dijo:

-La sonrisa es algo más profundo que una risa desencadenada.

-Es lo que le he dicho cien veces a Macario -afirmó Mamerto-. No sabemos qué de misterios puede haber en una sonrisa.

Macario no cabía en sí de cólera. Gritó:

-¡No se trata de misterios! ¡Se trata de un chiste y nada más! Como el que se contó

- ¿Los pintores navegan para pintar?
- ¡No, no! Es una manera de expresarnos y nada más. Quiero decir que el artista va siempre...
- ¡Qué bonito ese retrato! ¡Y ese otro también!
- ¿No te gusta, Matilde?
- ¡Aaaaay! ¡Me encanta!
- Yo, que algo me conozco en pintura, apostaría, apostaría que aquello es un rincón del fundo San Pascual.
- ¿San Pascual? No, no, hijo, por Dios. Se ve que no tienes ojos. Eso es de Lo Gay. Un poco más allá, a la derecha, están las alcachofas, adonde fuimos esa vez que fuimos.
- Lo Gay..., Lo Gay... ¿No es el fundo de Florencio, de...? ¿Cómo es el apellido de Florencio?
- Angol.
- ¡No, hija, no! Ese es Rosendo. ¡Naltagua!
- Pero Rosendo ha sido siempre un Paine.
- Bueno, ¿cuál es, al fin, el fundo de ese señor Naltagua?
- San Pascual.
- ¡Ah, claro! El fundo que administra Polidoro Zacatecas.
- Que administró hace mucho tiempo, en calidad de mayordomo, nada más. Ahora Polidoro Zacatecas administra Lo Gay y como verdadero administrador.
- Zacatecas, ahora, es propietario y no administra nada. Vive de sus rentas, de lo que le da el fundo La Tapia, que lo compró hace poco.
- Polidoro..., Zacatecas... ¿No es el casado con la Asela?
- Era casado pero divorció. Es decir, ella divorció. Y él se volvió a casar con la Nicanora Talinay.
- ¡Claro! La sobrina de ese hombre que siempre está ausente. ¿Cómo se llama, mira?
- Adalberto Huachipato. Ahora viven en Lo Gay y...
- ¡No, hombre! Viven en La Tapia.
- No sé dónde vivirán pero sé que tienen un hijito.
- ¡Lindo fundo es ese de Lo Gay!
- ¡Oh! La Tapia también. Muy buenas tierras y todo el fundo es regado, todo el fundo.
- ¡Qué curioso! Me habían dicho que era de rulo.
- No, no, no. Basta ver la atmósfera que hay en él, en ese fundo. Véalo ahí en ese cuadro.
- ¿Es de La Tapia, eso?
- No, hija, no; eso es de San Pascual. Lo reconozco por su tan clara atmósfera, por su transparencia. Es lo que veo en sus telas, mi querido Rubén, veo esa transparencia sutil. Porque le diré, mi amigo, que yo entiendo en pintura, sí, entiendo en pintura.
- Como don Juan Enrique Arancibia Ocampo.
- Juan Enrique entiende en escultura, en Polanello.
- Donatello, habrá querido decir.
- Eso es, Donatello. Y Ricardo Cortés Mandiola es un especialista en...
- ¡No mezcles la poesía aquí en un taller de pintor!
- Las artes se valen unas y otras. Ricardo conoce de memoria a Manrique. A los modernos también, a Zorrilla y Darío y...
- ¿Un hijito? Me dijo usted. Pues yo estaba segura de que era una hijita, una niña.

- No, un hijito, un niñito.
- ¿Cuándo nació?
- ¡Oh! Hará ya más de un mes.
- ¿La niñita?
- El niñito, querrá decir.
- Ese niñito tiene ya cuatro meses. Anteayer los cumplió.
- ¿Anteayer? Anteayer cumplió tres meses.
- ¡No, hijo, por Dios! ¡Cuatro! Si nació el 16 de agosto, la fecha aniversario del terremoto de Valparaíso.
- ¡Terrible terremoto fue ése!
- Dicen que ya no va a temblar más así, como en esa fecha de 16 de agosto.
- Saquen la cuenta: a septiembre, a octubre, a noviembre y a diciembre; son cuatro meses y puesto que estamos a 16...
- Hoy no estamos a 16, estamos a 18 mi querida Cantalda.
- ¡Cómo, cómo! Hoy es 21.
- ¡Uuuuy! ¡Cómo pasa el tiempo!
- Para estos artistas no pasa, no, no pasa.
- Para ellos pasa más rápido todavía, pasa como un auto que vaya a gran velocidad.
- Como el Oldsmobile en que hemos venido.
- ¿Oldsmobile? ¡Es un Mercedes-Benz!
- ¿Su auto? ¿Pero que no es un Hudson?
- ¿Mi auto? No, no; pensé comprar un Hudson; pero me dieron en la venta mayores facilidades para éste que tengo.
- ¿Es un Fiat, no?
- No, no. Es un Chevrolet.
- ¿Qué tal resultado le ha dado?
- Muy bueno, mire. Estoy francamente contento con él.
- Pues yo no cambiaría mi Ford por ninguna otra marca. Es lo que le he recomendado a Polidoro Zacatecas: un Ford.
- ¿Al padre de la niñita?
- Del niñito, querrás decir.
- ¡Oye! ¡Javinal! ¿No es una niñita la de Polidoro y la de la Asela?
- ¡De la Nicanora, tonta! ¿Qué no oíste que se casó dos veces? ¿No es así, Grimaldo?
- Sí, dos veces. Ahora tienen un hombrecito.
- Que cuando grande administrará San Pascual.
- ¿San Pascual? ¡Lo Gay, amigo, Lo Gay! Y tendrá para ir y para venir su regio auto.
- Pues vea usted, yo no soy partidario de los grandes autos. Mi ideal es el autito chico, un Hillman, por ejemplo. Son más manuales y se colocan mejor en esta pelotera que hay ahora para encontrar una buena colocación.
- ¡Es lo que yo digo! ¡Un autito chico! ¡Un Austin! Pero a mi mujer le gustan los grandes autos... ¿Para qué? Sólo lo que gastan en bencina... ¡Uuuuh! La prueba es que hemos salido juntos y hemos llegado juntos. ¿Para qué un auto enorme?
- ¡Toda la razón, toda la razón! Lo que es yo me quedo y me quedaré con mi pequeño Hillman.
- ¡No, no, no! ¡Prefiero los autos grandes! Como ese colosal Studebaker que tiene Ricardo Cortés Mandiola.

-¡Qué locura! ¡Es un Buick!
-¡Aaaah! ¡Feliz usted, don Rubén, que no le preocupan, no le preocupan mayormente estos autos!

-Es que Rubén es un artista.

-Justamente, justamente: yo siempre he pensado que un artista debería tener un auto para salir a paisajear y llevar sus cosas.

-¡Qué...! Los artistas tienen amigos que los llevan siempre a ver esos paisajes.

-Como ese paisaje que está ahí. ¡Qué bonito es!

-Así es; muy bonito, muy bonito. Me evoca la atmósfera limpia y transparente de San Pascual.

-Pero ese otro sí que no lo entiendo. No lo entiendo nada de nada.

-Es cierto. ¿Qué representa, Rubén?

-¡Oh, yo ya sé! Representa un terremoto en tabuco. ¡Ja, ja, ja!

-¡Ja, ja, ja!

-¿Dónde ven ustedes un terremoto y un tabuco? Yo veo en él la adoración de la Santa Virgen.

-Bueno, bueno, como sea, Santa Virgen o terremoto, no le quitamos más tiempo al artista.

-Sí, es verdad. Acuérdate de que tenemos que ir a ver a don Plácido Romeral.

-Sí, vamos, vamos.

-Vamos.

Se despidieron estos visitantes y partieron con tanta rapidez como habían tenido para llegar. Entonces Macario Viluco se puso de pie y exclamó:

-¿Por qué, señor Masatierra, no emplea usted ahora su preciosa palabra de "inefable"? Las ideas que yo sostengo valen algo más que estas charlas de esta gente. ¿No lo cree usted?

Mamerto se echó en un sillón y dijo:

-¡Inefable! ¡Inefable!

Rubén se dirigió a un armario, sacó de él una botella y la destapó. Luego dijo con voz sonora:

-Destapo esta botella para beber una copa... ¡por usted Macario Viluco!

Bebimos todos encantados y Macario ¡para qué decir! Apenas Rubén la hubo bebido se volvió hacia la puerta por donde acababan de escabullirse los "artísticos" visitantes y exclamó colérico:

-Podréis bufar, ladrar, aullar... ¡las artes jamás estarán al servicio ni de la sociedad ni de la política!

-Por cierto -dijo Mamerto.

-Por cierto -repetí yo.

Macario le preguntó:

-Pero... ¿no cree usted, Rubén, que la...?

-¡Nada de preguntas! -gritó Rubén-. La sociedad y la política son dos mundos apartes, lejanos; son dos mundos que están en otro satélite. Sería buena cosa que nuestra amiga Teodosia Huelén visitara este satélite, lo visitara de paso, nada más. Gracias a ella podría saberse qué influencias manda hasta esta Tierra para hundirnos de este modo, para hacernos pasar momentos oyendo las palabras de esa gente propia de una mazmorra. ¡Es atroz, amigos míos, atroz!

Aprobamos, naturalmente, su decir. Callamos bebiendo nuestras copas. Por fin Rubén hizo un gesto de despezarse y se puso a hablar así:

173

—¡Olvidemos a esta comitiva que hasta aquí ha llegado para matar el hastío que les da su vida hueca! Es gente que ronda y ronda tras de..., ¿de qué? Tras de llenar de algún modo cualquiera esa oquedad con que han venido a este mundo. Entonces, ¡al taller de un artista! Y ustedes los han oído: entre fondos y automóviles dicen de pronto: "¡Qué linda la figura tal! ¡Qué lindo el paisaje cuál! ¡Pero aquello no lo entiendo!". Hablan precipitadamente y se van. ¿Por qué no van al taller de Facundo Doñihue? Allí se encontrarían de igual a igual en su terrible necesidad.

Facundo, ese increíble hermano de Vitelio, hizo el retrato de una dama, de una de las damas que estuvo aquí, de esa emperifollada de Javina Guaitecas. Vi ese retrato al comienzo, cuando apenas lo había empezado. Miré la tela y a punto estuve de gritarle: "¡Alto! ¡No lo sigas!". Porque había en ese esbozo toda una maravillosa armonía de formas y de colores. Pero Facundo no las veía y escondió el cuadro a medio hacer. El lo creía a medio hacer pues todavía no había conseguido lo que quería. Quedé con el remordimiento de no haberle dicho lo que pensaba y volví al día siguiente a su taller. Nuevamente miré ese retrato. Era ya otra cosa pues en él habían desaparecido esas nubes que se cernían sobre un mar oscuro envolviendo la figura de un viejo que pugnaba por salir. Ya no existía este viejo. Ahora era, a través de doña Javina que se entrometía en la tela, ahora era un plácido paisaje que pasaba, que pasaba y que se iba... Le dije: "¡Adiós!". Pues Facundo, paleta en mano, lo apresuró en su fuga. Iba él tras los rasgos de doña Javina Guaitecas. Hoy el retrato está terminado y cuelga en el salón, allá arriba, vecino al techo, a una altura desmedida, como si tuviéramos un par de ojos a tres o cuatro metros de altura de éstos aquí bajo la frente, como si los tuviéramos en la punta de un periscopio.

Los cuadros salen solos; los cuadros debieran salir solos. Hay que entrar en la región superior del arte y entonces hay que pintar. Pintar, ¿qué? ¡Calma, serenidad! Esa región dirá lo que hay que hacer. Y uno—suelto, flojo, laxado como si fuese a entrar a la hipnosis—oír su voz y obedecer.

Es lo que trato de hacer. Mi cabeza entera quiere ir y conectarse con esa región, pero mis manos no me obedecen aún debidamente. Parece que fueran manejadas por otro pintor, por el hermano de Vitelio, por Facundo Doñihue; parece que, antes de haber empezado, ya tuviera la imagen completa de su obra ante la vista. ¡Llego a odiar a estas manos que han de pintar siempre según lo que han aprendido!

Por esta calma, esta serenidad no es, como se cree, sinónimo de pereza. Hay en ella una laboriosidad inmensa. Esta laboriosidad debe parecer, a primera vista, inútil. Porque es inútil para nuestra lógica pensante. Es una orden que viene de allá. Entonces, ¡obedecer!

Ayer le obedecí. ¡Ese ramo de lirios! Por él entró la orden hasta mí. Lo vi súbitamente a pesar de que llevaba más de veinticuatro horas allí, en ese viejo florero. "¡Qué bello!" —exclamé. Luego salí y, por la calle, vi pasar a Lucila Volcán. La contemplé y, al fin, exclamé. "¡Qué bella!". Volví a mi taller y me puse a pensar si la belleza es una cosa en sí, si ella

existe como prototipo en otra región más elevada que la nuestra y que, al ver en esta región su reflejo, reconocemos ese prototipo y exclamamos: "¡Qué bello!". Pero luego he pensado que la belleza es una idea nuestra, que es una concordancia con nuestra mente y nada más. Para ello hice experimentos: poner allí, sobre esa mesa, cosas hermosas y cosas horribles hasta la repugnancia. Puse esas dos miniaturas medievales: "Intermedio durante la comida"; y aquella otra del libro ejecutado para Hércules de Este; son obras del siglo XIV. Por entre ellas hice pasearse a un alacrán. Luego coloqué una orquídea y a su lado puse una pocilga con excrementos de perro. Luego puse el grabado de esta linda mujer desnuda y él fue hollado por las ocho patas de una tarántula. A su lado aparecía el retrato de este caballero, con sus anteojos y sus bigotes largos, este horrible caballero fotografiado a fines del siglo pasado. Luego... miré el total. Porque creí, en una época, que la belleza era algo cierto... Ahora veo que ella es mudable y que oscila como todo oscila en este mundo. Para afirmar mis conclusiones invité a mirar el conjunto a Tadeo Lagarto. Miró todo y oyó mi explicación. Por fin me dijo:

-Bien, señor de Loa, ha progresado usted, ha dado un gran paso en el sendero unido -¿me oye usted?- unido en la que llama usted "aquella región", de lo bello y de lo nauseabundo.

Tadeo Lagarto se marchó. Entonces cogí una especie de bicho, de bicho raro, un insecto, si ustedes quieren, que se movía con lentitud. Lo miré largo rato. ¡Oh, qué hermoso era! Lo seguí mirando y lo di vueltas. El bicho luchó, forcejeó por volver a su posición normal. ¡Era aquello la eterna lucha de esta humanidad! Estaba en éxtasis contemplándola y viendo, ahí, ante mis ojos, que todo puede llegar a ser bello, que todo depende de quién y cómo se mira, cuando... ¡Otra vez! Golpearon y entró doña Martina, nada menos que doña Martina Vichuquén en compañía de otra dama que me presentó como a doña Pantruca Colihuinco. Ambas quedaron mudas de horror... ¿Ven ustedes qué ideas cruzaron las mentes de esas dos damas? Veían junto a esas miniaturas medievales y a esa orquídea y a ese ramo de lirios y a aquel grabado, veían un alacrán y una tarántula y una pocilga con excrementos de perro y a ese insectillo que forcejeaba y forcejeaba; el todo bajo los ojos de un caballero de fines del siglo pasado... Doña Martina creyó que yo estaba loco. Gritó llevándose las manos a la cara:

-¡Ay! ¡Oy! ¡Uy! ¿qué significan esas cosas?

Doña Pantruca le hizo coro:

-¡Jesús! ¡Qué horror!

Y ambas imploraron:

-¡Tire, tire todas esas asquerosidades!

Pero como yo no los tiré sino que seguí en muda contemplación ante ellas, ambas damas se escaparon como liebres asustadas.

Quedé en muda contemplación.

Quedé penetrando en épocas ignotas.

Quedé sumergido en ese milagro que hace el arte:

"¿Qué milagro? -preguntarán ustedes. Les responderé simplemente:

El milagro de unir en un solo momento todas las épocas de la historia.

¡Es lo que me fascina! Porque me veo, mísero ser pequeñito de pie frente a mi caballete o caminando por las calles o leyendo las noticias allí en mi sillón o almorzando en un restaurante cualquiera o..., en fin, me veo en una actitud lejana a las artes. Me veo yo

mísero y pequeñito, como el más pequeñito y mísero de los mortales. Y veo, allá arriba, la otra región. La veo serena. Pero en ella algo bulle. Algo que quiere manifestarse.

De pronto se desprende. Revolotea a mi alrededor. Caen en mi mente. Entonces pinto. Hago una tela más. ¿La he hecho yo, o? Ella se ha hecho.

La región superior se ha manifestado una vez más.

¿Ven ustedes ese dibujito? Al centro está el mísero y pequeñito ser igual a todos los seres, a todos. A su izquierda, arriba, en esas rayas, está la región superior; de ella cae una flecha hasta mí. De mí sale una flecha hacia la derecha que va a mi tela. No está la tela tan alta como aquella región, no. Pero, en fin, el camino de las flechas está indicado. ¡No hay otro medio de hacer arte! Ser uno mismo un medium.

Ahora que lo vean, ¡que lo vean! ¿Quiénes? Que no lo vean ni doña Martina Vichuquén ni doña Pantruca Colihuinco ni ninguno de los visitantes de talleres, ¡no!

Hay dos modos de verlos: esotéricamente y exotéricamente.

En el modo exotérico se ve el tema; en el modo esotérico se ve el fondo.

Las manos, estas manos, tienden siempre al exoterismo. ¡Hay que disciplinarlas! ¿Cómo? Es la dificultad. He hecho ensayos en este sentido. He llegado al máximo de los ensayos. Pero el resultado ha sido más bien negativo. Entonces he vuelto a pintar, he llamado al mísero y pequeñito, le he puesto una paleta en una mano, le he puesto un pincel en la otra y lo he puesto frente a una tela. Le he dicho entonces: "¡Pinta!".

Mis ensayos, como lo he dicho, fueron más bien negativos. Quise hacer un cuadro dictándolo. Ni más ni menos, hacer un cuadro por dictado.

Me junté, cierta vez, con Tulio Azapa, el que fue jefe de aquella escuela de grato recuerdo, el pampantumismo. Fue aquí en este taller. Yo me senté en ese sofá mirando hacia el rincón. Tulio Azapa se puso frente a una tela que yo, naturalmente, no veía. Entonces empecé a dictarle:

—Fondo de tal color; tal otro color, a la izquierda; tal otro, a la derecha; mezcla tales y cuales y ponlos abajo; haz una raya arriba; haz una esfera al centro; y ¡qué sé yo!

Luego Tulio Azapa se sentó en el sofá y me dictó un cuadro. Yo, ciegame, obedecí.

Luego miramos el resultado. Les diré, amigos, que no estaban del todo mal. Eran mejores que muchas de las telas que a diario hacemos. Pero..., pero... Mientras los mirábamos me dijo Tulio:

—Mientras pintaba me puse a pensar en Breughel, el Viejo. Porque vino a obsesionarme.

—¡Qué curioso! —le dije—. Desde un principio yo he sido y he seguido obsesionado por Gainsborough que se mezclaba con Watteau.

Quedamos ambos en suspenso. Sé que pensábamos en lo mismo.

—¿No será ésta una nueva vía, una verídica nueva vía...?

Bien, pero quedamos ambos en suspenso.

—¡Hasta pronto! —me dijo al fin.

—¡Hasta pronto! —respondí.

Un minuto después salía yo a mi vez. Me fui, me fui lejos. Por el río Tincau subí en un pequeño vaporcito y me fui, me fui muy lejos. Al fin bajé. Me puse, entonces, a caminar distraídamente. De pronto llegué a un fundo o a una chacra, no lo sé. Su propietario era un hombre simpático. Al decirle yo que era un pintor me dejó plena libertad. Las casas allí habrían tenido un piso, uno sofo que corría bajo el follaje de árboles gigantescos y añosos. Luego este propietario había querido agrandarlas. Entonces les había puesto un

segundo piso: un gran corredor con cristales que se alargaba por entre las ramas mismas y con varios recovecos que parecían internarse por las hojas. Nada, nada de vista. Sólo hojas y hojas. Pensé en ese famoso Liberio Barón que allí habría cortado sin piedad pues las hojas "tapaban la vista"... ¿Únicamente se veían hojas? ¡No, amigos, no! Porque esas hojas formaban los panoramas más hermosos, las perspectivas más fantásticas, los paisajes más fascinantes. A través de los vidrios era un montón de verdura salpicado, de cuando en cuando, por pequeñas manchas de cielo claro. Estas manchas eran perforadas por las formas de troncos caprichosos. La luz que caía en la galería se teñía de un verde diáfano en partes; en otras partes, de un verde tenebroso. A veces caía, vacilante, un rayo de sol, una telaraña de sol.

Quedé mirando todo aquello, inmóvil. El propietario llegó a mi lado. Le dije:

-Esto es verdaderamente alucinante.

Me respondió:

-Sí; yo lo he querido así.

-¿Podría usted decirme su nombre?

Me respondió:

-Contaldo Nipaco.

Me presenté a mi vez y nos dimos la mano. Me agregó:

-Quédese usted hasta mañana. Piezas no han de faltar.

Me quedé. Por la noche aquella galería sobrepasaba, en fantasmagoría, cuanto es posible imaginar. Había luna. Las telarañas de sol eran substituidas por telarañas de luna.

Total: dos maravillosas visiones y un amigo solitario.

Pensando, tanto en esas visiones como en el amigo, pinté.

Mis obras las llevé a confrontarlas con el tucán de la vieja: no desmerecieron.

Peró, ¿creen ustedes que esta confrontación de las obras frente al tucán es una maña de artista? Puedo decirlo: ¡No!

Ese tucán me conecta con la naturaleza. ¡Gracias, vieja, por tenerlo y cuidarlo como merece! Bueno..., un día morirá. Entonces serán otras cosas las que vendrán a reemplazarlo. Como el tucán reemplaza hoy a otras que fueron el pasaje por donde la naturaleza venía hasta mí. En una época fue una rama de escaramujo y luego una de bejuco; luego fue el nido de una avispa; luego, una cucharilla en su taza. Después..., después... colocaré mis telas junto a la huella de un pie femenino. Por esa huella la naturaleza me dirá si he acertado o no he acertado al tratar de traducir lo que me ha dicho el ritmo eterno del mundo al cernirse sobre mí.

Peró... ¡son estas manos, estas manos y estos ojos los que se interponen a cada momento para hacerme hollar los caminos ya mil veces trillados y machacados!

Estas manos y estos ojos...

Ojos a los cuales les enseñaron la manera de ver... ¡Qué horror! Manos a las cuales les enseñaron la manera de interpretar lo que se ha visto... ¡Qué horror!

Debiera enseñarse a pintar de otro modo, debiera enseñarse al revés de como se enseña hoy día. Primeramente las formas y los colores: arabescos y armonías. Y una vez que arabescos y armonías ya están dominados ir, sobre ellos, a lo que indican que ha de ser expresado.

Así habló aquella tarde Rubén de Loa.

Ahora... ¡habla tú, Marul! Repetiré tus palabras con toda la fidelidad posible. Te escucho. Ahí tienes cómo empleé mi tiempo después de nuestras aventuras con Palemón de Costamota. Y tú, ¿qué hiciste? Marul, te escucho.

Salí, Onofre, salí sin rumbo. ¿Será cierto? ¡No! Sabía hacia dónde iba. Iba a ver a Florencio Naltagua. Pero iba sin rumbo.

Por ahí fui llamada por una ventana. No; nadie me llamó; era el silencio completo. Pero vi la ventana. Entonces, a su llamado, me acerqué a ella. ¿Sabes tú dónde era? Pues, en la calle de los Camerlengos, casi al llegar al Muelle del Abad. Fíjate que estaba lejos de mis intenciones de ir a ver a Florencio. Pero, ¡no importa! Ahí estaba la ventana. Fui hacia ella y por ella me asomé. Dime, ¿qué crees que vi? ¡No, no y no! Vi más, mucho más. ¡Oooh! ¡Es esa terrible cuestión del Tiempo! Porque imagínate, Onofre, que allí estaba nada menos que Fouquier-Tinville, allí estaba, terrible. Pero terrible y todo... es un tipo imponente. Tú lo has visto también, ¿No lo encuentras imponente? Yo, sí. Tal vez esté rodeado por todo aquello de la Revolución Francesa y eso, sin duda, lo hace más imponente aún. Ahora no estaba con los hermanos Marx, como lo viste tú. Estaba con... ¡Danton! Nada menos que con ¡Danton! Y con el pobre y nervioso de Desmoulin. Los iba a condenar, los iba a hacer guillotinar. ¡Oh, qué horror! Ahora encontraba menos imponente su figura. Impertérrito, siempre. En cambio los otros... Danton bramaba. ¡Qué voz, qué vozarrón! No sé cómo el barrio entero no corría a la ventana al oír sus alaridos. Pero no; estaba sola, sola, allí y... miraba. Desmoulin, con voz más queda, alegaba y alegaba. Como te digo, Fouquier-Tinville permanecía impertérrito. Total: ambos fueron condenados a la guillotina. Los vi alejarse por una puerta lateral. Iban escoltados como dos badulaques cualesquiera. Entonces Fouquier-Tinville salió también por otra puerta, por una puerta que daba a la calle, a mi calle, a la calle de los Camerlengos. ¡Qué manera arrogante de andar! Pero no me importó. Me acerqué a él y le hablé. Tú sabes, yo hablo francés. Le pregunté si esta vez no podría salvar a Danton y a Desmoulin. Se detuvo y clavó sus ojos en mí. Creí morir. Porque fijate cuáles fueron sus palabras, es decir, su respuesta:

—Deben morir esos dos. Deben morir siempre, siempre. En todo momento. No hay que estabilizar. Esta muerte ayudará a la aparición del gran tirano. Verá la humanidad a Napoleón. Que muera uno, que mueran diez, que mueran mil... ¡No importa! Pero debemos regar con sangre. Así pasa a todo momento y en todas partes.

Y Fouquier-Tinville se alejó. Yo también me alejé pero, tal vez, en otro sentido. Caminé. Llegué, por fin, a la casa de Florencio Naltagua.

Te aseguro, Onofre, que iba triste, decaída. Estuve a punto de no entrar a verlo e irme a mi casa. Pero entré. Apenas pasé el umbral me sentí mejor, me sentí bien. ¿Es algo terrible cómo somos tomadas por cualquier impresión...! Yo creo que, al dejarse tomar por ellas, se pierden muchas oportunidades, muchas cosas que, bien prolongadas, podrían hasta cambiar el sentido de nuestras vidas.

Entré. ¡Florencio Naltagua! Es un hombre que... Bueno, tú lo conoces tanto como yo. ¿No es cierto que es encantador?

Nos sentamos ahí en su escritorio. Naturalmente que lo primero que le conté fue mi fugaz entrevista con Fouquier-Tinville. No creas que se extrañó. Parece que, para él, era lo más natural del mundo. Yo, en vano, recalqué el lado insólito, casi imposible de la escena. Créeme que fue en vano.

—Casi... —me dijo—, Usted se traiciona, Marul. “Casi...”. Es decir que existe la posibilidad de que ello sea. Veá, amiga mía, lo que le pasó a usted es muy sencillo. Usted se ha liberado un tanto del tiempo. Entonces han vivido juntos, como son en realidad, dos momentos que en la historia nos aparecen separados. ¿Me ha entendido usted?

Claro está que le entendí pero le entendí... intelectualmente. Nada más. Intelectualmente podemos entender tantas cosas. Podemos entenderlo todo. Pero no se trata de esa intelectualidad, no. Óyeme lo que me dijo:

—Consideremos el tiempo...

No, no es así, Onofre. Porque Florencio me preguntó cómo veía yo el tiempo, cómo lo sentía íntimamente. Es decir que me hizo decir que el tiempo era una línea, una línea larga, larga, infinita. Su principio se perdía allá muy lejos y su fin también se perdía y se perdía allá en remotas lejanías. Nosotros vivimos en esta línea. Lo que pasó, pasó; lo que no ha pasado aún..., bueno, no ha pasado aún. Vista así era la vida una cosa sin sentido. Porque las líneas rectas no existen, no, no existen. Todas las líneas son curvas, son inmensos círculos. Esto ya se lo había oído a Florencio. Pero ahora fue más interesante, fue real. Me dijo y en eso te criticó:

—La vez que Onofre vio a estos personajes, cerca del chino Pey, vio mal, es decir, no vio con la claridad necesaria puesto que, junto a Fouquier-Tinville, estaban los hermanos Marx. Hay allí una confusión de imágenes, es decir, hay imágenes superpuestas que, en la realidad, no están unidas suficientemente. Al transportarnos al pasado debemos ir con toda nitidez pues es nitidez lo que deseamos en esta vida.

Lo que hizo, entonces, fue muy simple: me llevó a su ventana y me hizo asomarme. Yo esperaba ver la Plaza Dominus Vobiscum; era lo natural. No, no la vi. Por la ventana vi otra escena, una escena del Chile colonial. Vi todo ello con absoluta nitidez; te lo puedo asegurar, con un ritmo de existencia permanente. Hacía tiempo que esto ocurría. Tengo que emplear esta palabra de “tiempo” con el fin de facilitar nuestro entendimiento. Era... ¡Ya lo sé! La muerte de la Quintrala, por allá por la segunda mitad del siglo XVII. Vi a doña Catalina de Porras y a Fray Antonio Vásquez de Taboada.

Es decir, según Florencio, veía yo lo que dura más de una existencia humana. Pero enténdeme: no veía en perspectiva, no veía en línea recta, no veía hacia atrás; veía en líneas perpendiculares. Así, es que lo mismo que vi un hecho ya acaecido podría haber visto un hecho por acaecer. Lo que en línea recta nos parece lejanísimo estaba ahora a mi lado.

Así, por ejemplo, vi una escena de la Edad Media. ¡Es algo de verdad asombroso estar, sin moverse y sin que nada cambie, en plena Edad Media! Luego vi —¿no crees tú que mejor sería decir, en vez de “vi”, “estuve”?—; bien, estuve en la vieja Macedonia; de allí pasé a pocos días atrás; de estos días estuve en las carabelas de Colón.

Pero ¡fíjate bien en esto!: todo ello, todo era realmente, era naturalmente actuante.

Ahora... Oye bien esto: le pregunté a Florencio por qué razón había visto las escenas que te he mencionado y no otras, de otras épocas y de otras cosas. Su explicación fue sencillísima. Oye bien lo que me contestó:

—Son esas escenas las que traía usted, Marul. Han sido las últimas que a usted le han ocupado su parte recordadora. Que ahora no lo recuerde, nada significa.

Quedé en silencio y, tal vez, algo triste, algo deprimida. De inmediato Florencio me lo reprochó, es decir, que hubiera en mí una marejada de tristeza o de depresión. Me dijo:

—Piense, Marul, “por qué vemos”. Piense, un momento, en los personajes que acaba

de ver, con los que ha estado en realidad: Fouquier-Tinville, Danton, Desmoulins, la Quintrala, doña Catalina de Porras, el fraile Antonio y las personas de la Edad Media y de Macedonia y de hace pocos días atrás y las de las carabelas... Ha visto usted lo que está a ras de suelo, ha visto lo inmediato. Deje de lado lo que llama usted "tiempo". Las cosas debe ahora medirlas por lo que llamaría la actualidad que tengan con su mente. Pero... ¡deje el "tiempo"! Entonces verá con otros valores.

Es decir, Onofre —según me explicó—, vi yo las cosas que *son*. ¡Las cosas! Vi lo que es. Por sobre esas cosas pasan y pasan las vidas humanas. Nosotros damos demasiada importancia a estas vidas. Ellas son, tal vez, lo menos importante. Me dio un ejemplo: Danton y Desmoulins. ¡Ellos son lo importante según nuestra manera de pensar! Y no, no. Lo importante es el hecho de que un momento revolucionario haya sido aplacado.

Creo haber comprendido que son las cosas, más que los hombres, las que tienen importancia. Y estas cosas están siempre, siempre. Están hasta... Porque fijate bien; estas cosas hacen, a su vez, como esos hilos humanos que resbalan sobre ellas. Estas cosas resbalan, a su vez, en cosas mayores. ¡Era aquello un vértigo! Pero me serené. Seguimos conversando. Ya sabía yo que podía ver aquello que está a ras de suelo; que, un paso más allá, aquello, lo visto, no era verdad; que un paso más acá, nosotros lo vemos exageradamente.

De pronto me dijo:

—Debe usted depurarse hasta llegar a un solo "yo", al único, al verídico. ¡No arrastre más ropajes en torno suyo! Pues luego se identificará con ellos y el "yo" quedará ahogado.

Le oí en silencio. Luego me agregó:

—No considere nunca al hombre como un Todo. Ese Todo existe pero está cubierto por los otros "yo". Considere el intento que hace el verdadero "yo" para poder actuar libremente.

Me iba, Onofre, me iba en una confusión de ideas. Eran ideas que apenas llegaban a mí. Me rozaban y desaparecían.

Entonces sentí, *fuera de mí*, otro mundo que existía.

Un silencio.

Esas ideas que me confundían eran yo misma que miraba un mundo para mí desconocido. Ese mundo ahí estaba quieto, inmóvil; diría yo: férreo.

Era yo la que, sin querer, me acercaba y me alejaba de él.

Esto se lo expliqué a Florencio. Sonrió Florencio. ¡Ah, qué serena es su sonrisa! Luego me explicó:

—Ese mundo superior se insinúa solamente en usted. Pero su insinuación es algo más fuerte que un llamado. Podrá transcurrir mucho tiempo hasta que usted se decida a obedecer a ese llamado. Pero su voz la ha oído así es que, tarde o temprano, marchará.

Le respondí plena de convicción:

—¡Quiero marchar ya, ya, hacia ese mundo!

Me preguntó:

—¿No teme usted las dificultades?

—¿Qué dificultades? —interrogué.

Pero espera un momento. Aquí, creo, que verá más claramente.

Marul se levantó, fue a su escritorio y, de un cajón, sacó una serie de papeles escritos por ella. Luego se puso a leérmelos. He aquí lo que decían: Florencio Naltagua me ha hablado de las dificultades que presenta un mundo supe-

rior. Las dificultades —ha dicho— no pasarán jamás. Son ellas como un techo circular que nos cubre. Forzamos por traspasarlo. Al otro lado veremos el cielo abierto y grande. Es, al menos, lo que esperamos. Lo traspasamos y un nuevo techo mayor se aparece ante nosotros. Es ésta la marcha infinita: el aumento permanente de las dificultades.

Esto ya se lo había oído a Florencio. Me acuerdo del dibujo: un triángulo hacia arriba; otro triángulo hacia abajo; entre ambos, un espacio. Es en este espacio donde vive el hombre común. La punta, o Triángulo superior, indica al hombre que sabe, al que va rompiendo los techos. Pero es el triángulo o punta de abajo el que aquí nos interesa. Porque, hasta hoy, no se ha producido nunca un triángulo alto solo, solo. No. A medida que crece, crece también el inferior. Por cada techo que abre el hombre, se abre también una perforación hacia las tinieblas. El conocimiento es "universal"; jamás él es en un solo sentido.

Aquí viene la parte del sabio: fundirse en la parte superior. La inferior debe quedar sólo en su intelectualidad.

Esto parece una simple lección de moral, de ética. En cambio, dicho por Florencio Naltagua, lo oía yo por primera vez en mi vida. Porque una cosa es saber y es otra penetrarse en ello.

Hay muchos que en ellos se penetran. ¿Muchos? En fin, es una manera de decir. Pero los hay. Me citó varios ejemplos que luego olvidé. Sin embargo recuerdo a Nemesio Pozuelas. ¿Quién será este Nemesio Pozuelas...?

Hablando sobre esto, sobre el camino que rompe y rompe techos, me dijo Florencio: —No espere nunca, Marul, que en esta marcha, se ha de encontrar usted con goces deleitosos o con milagros prodigiosos.

Es la verdad y, tal vez, ello marque un techo más que ha sido perforado: "Ni goces deleitosos, ni milagros prodigiosos".

Esta frase la anoté inmediatamente. Porque hablamos mucho sobre ella. Fue a propósito de lo que habíamos visto, de aquello de la Revolución Francesa, de la Quintrala, de la Edad Media, de Macedonia, de pocos días atrás y de las carabelas de Colón.

Me preguntó:

—¿Tuvo usted la sensación de un milagro al ver todo aquello? ¿Tuvo usted la sensación de lo inusitado? ¿Tuvo usted la sensación de que se trastocarán las leyes naturales de este mundo?

Tuve que responder: "No". Porque no hubo nada de eso. Al ver todo aquello... Bueno; fue lo inevitable; lo que, lógicamente, tenía que suceder.

Creo que debo juntar —así, lado a lado— esta observación con algo que Florencio me dijo, sobre algo en que mucho insistió. Es lo siguiente:

El misticismo debe ser silencioso.

¿Es claro?

Silencioso...

No hay necesidad de comunicarlo con nadie.

Además... ¿Con quién se podría comunicar? El misticismo no camina por la humanidad... con palabras.

Me lo imagino como un gran castillo, como un inmenso castillo que ahí está asentado en lo alto de una colina. Su puerta está abierta para todo el mundo. Pero, para llegar a ella, hay que subir la colina. ¿Quiénes la subirán? Los que quieran entrar en él y en él

permanecer. ¿Los demás? ¡Oh! ¡Irán sólo a estorbar allá, a meter bulla, a seguir hablando de sus..., de sus negocios!

Dejarlo solo, solo a ese inmenso castillo. Que la selección se haga sola, sola. Ni invitaciones para ir a verlo, ni guardias que impidan su entrada. ¡Solo!

No; ¡no hay que hacer prosélitos! Aquí debería emplearse la frase: "Selección natural".

El castillo está comunicado con otra región, como dice Rubén de Loa, con "la otra región". En ella hay prosélitos en gran cantidad.

Pero no he de olvidar lo del "goce deleitoso" y lo del "milagro prodigioso". Allí hay una clave, una gran clave. Por el momento he de tener presente lo que sigue:

"Debe cambiar el sentido del placer".

Al cambiarse ha de cambiar también lo que expresamos con la idea de milagro.

Es decir: ¡muerte a lo deleitoso y a lo prodigioso!

Cuanto al placer puedo decir:

"Deben gustar otras cosas en las que no entren los placeres de los sentidos".

Si en ellas nada, nada, entra de los sentidos... desaparecerá inmediatamente lo prodigioso, es decir, lo milagroso.

Ver un milagro es ver erradamente.

Florencio habló sobre esto. Ahora lo recuerdo:

Lo milagroso es la falta de lógica, es decir, de causa y efecto. Así se explicó él. Cada acontecimiento tiene su lógica. Si saltamos de un acontecimiento a otro saltamos, sin darnos cuenta, de una lógica a otra lógica. Pero si olvidamos hacerlo... clamamos: "¡Oh, el milagro!". Porque pasar, repentinamente, de una lógica a otra lógica da la sensación de un "logro prodigioso". A veces este "prodigio" se tiñe con goce; otras veces, las más, con dolor o con pavor. Entonces

—Usted, Marul, no pasó; usted resbaló suavemente de una lógica a otra lógica. Por eso nada sintió ante el hecho de encontrarse en lo que creía ido para siempre. Eso "ido" estaba allí. Me atrevería a decir que la palabra "ido" es una locución exclusivamente nuestra, una locución para entendernos en nuestra vida cotidiana.

Si todo lo "ido" está, vivir es recordar.

Aquí me habló de Baldomero Lonquimay. ¡Qué curioso! Yo consideraba a Baldomero Lonquimay como un loco y nada más que un loco. Pero Florencio me dijo:

—Recuerde usted el "segundo" de Baldomero Lonquimay. Él lo expresa a su manera pero expresa una gran verdad. Recuerde ese segundo que hay entre dos años. Durante él la Tierra recuerda nuestro vivir. Nuestro vivir lo vemos luego desartrollándose aquí.

Esta vida es una repetición constante. Al menos así lo veo yo. Porque nada, nada se pierde. Todo queda y queda, más cerca o más lejos de nosotros; pero queda y queda para que, a su hora, sea recordado.

¿Cuándo?

Ya lo sé: cuando el recipiente esté lleno y... ¡se sea ya un verdadero ser humano!

Es decir... ¡esperar! Toda esta vida se me figura una espera. ¡Esperar! Si, al menos, pudiéramos esperar en una permanente, en una muy larga charla con Florencio. Pero, no. Hay que hacer un esfuerzo. ¡Hacer un esfuerzo!

Ahora me pregunto: ¿En qué sentido hacerlo? Es otra dificultad que encuentro, otro techo.

Florencio me ha dicho, citando una frase de Lao tzeu, lo que sigue:

"Por eso sé que hay muchas ventajas en la inacción".

Aquí quedo en una confusión: por un lado veo que hay que hacer un esfuerzo; por otro lado está la inacción.

Esto tiene que ser una confusión a primera vista solamente. Porque llégo a la inacción perfecta: ¡oh, qué cosa más terrible, qué cosa más espantosa! Es, tal vez, lo más difícil que a un ser pueda decirsele. Es como aquello que dice San Mateo en su Evangelio:

"No os congojéis por el día de mañana; que el día de mañana traerá su fatiga; basta al día su afán".

No pensar en el día siguiente... Someterse plenamente al afán de hoy día. Es otra manera de cumplir con su misión. Pero todo el mundo dirá entonces:

-¡Hay que hacer algo!

Es ésta una manera de *evasión*. Esto es lo contrario de *inacción*.

Florencio me hizo pensar en algo que yo había ya pensado: todos, todos los malos momentos, todos los defectos... están *en uno*.

Pero, de pronto, me entró una duda:

Si estuvieran "en uno", afuera sería el vacío. Esto no es posible. Me acerco más a lo que, en un momento, me dijo Florencio:

-Usted, Marul, está vacía. Es un receptáculo que quiere llenarse. Ha venido al mundo para eso, para llenarse. Porque tal es nuestra obligación: llegar aquí con un recipiente vacío y, durante nuestra vida, llenarlo. Debemos partir con él lleno, lleno. ¡Ya veremos, ya veremos luego, después, qué hemos recogido!

Entonces me explicó algo que encontré interesantísimo:

¡Es sobre nuestros estados de ánimo!

No sé transcribirlo aquí como él me lo dijo. Pero yo me lo imagino así:

La pena, la alegría, la confianza, el resentimiento, la ansiedad, en fin, todos los estados en que se pueda estar, todos, sin excepción, están inmóviles, rígidos, *fuera* de uno mismo. Podemos morir o no haber nacido aún, podríamos no existir: esos estados allí están, inmóviles, rígidos, fuera de uno.

¡Ellos no son creaciones nuestras!

Nosotros... somos el vacío que camina y que ¡busca! no soportamos este vacío; necesitamos llenarlo. Entonces... ¡adelante! Sí, ¡busquemos!

Veo que hablo mucho, demasiado, de un Yo, del que ha llegado vacío y se pone a buscar. Me he expresado mal. Para aclarar esto debo antes hablar de lo que me dijo Florencio respecto al yo y a los "Yo".

El yo... ¿Cuál es? ¡Oh, tenemos muchos "Yo"!

Cada uno de ellos tiene sus ambiciones: desde el trabajo sacrificado hasta el trabajo entusiasta pasando por la pereza y por la indolencia.

Entonces cada uno de ellos busca a esos como monolitos que hay alrededor de él. Allí están la pena, la alegría, la confianza, el resentimiento, la ansiedad, todos. Cada Yo quiere ir a uno determinado. Triunfa uno y va a ese que he llamado monolito. Triunfa de tal modo que apaga la voz de los otros. Entonces somos ese Yo.

¿Quién no ha tenido días de alegría loca sin motivo alguno que la provoque?

¿Quién no ha amanecido pesaroso, con un esplín profundo que hace ver sombría la vida entera?

De pronto vemos a todos nuestros semejantes como seres claros, nítidos, abiertos; la confianza nos llena.

De pronto los vemos replegados cual sabandijas y no dudamos de que algo tramán en contra nuestra y los evitamos porque la desconfianza nos llena.

A veces nada vemos, todo es hueco, sin sentido ni finalidad... Aburrimento... ¡Nada, nada! Pero algo va a suceder, algo, en alguna parte, tal vez muy lejos, tal vez a nuestro lado, pero algo que no se muestra y que atacará de improvisto... Es la angustia.

Así somos: alegría o tristeza; confianza o desconfianza; aburrimento o esperanzas angustia...

¿Qué hace, en estos momentos, el yo? Me refiero al verdadero yo, al estable. Ahí está y bracea y bracea para salir a flote, bracea para dominar. Por el instante es un espectador y nada más. Tiene que someterse a la vida errante de estos "yo" que buscan y buscan, que se cansan y dejan el sitio a otros.

Al fin dormimos. Es acaso ahora cuando el verdadero yo trata de reconquistar la plaza perdida.

Sí; ¡un solo yo! ¡Uno sólo!

Despojémos de los demás como nos despojamos de una ropa ya usada y vieja.

¡Un solo yo! ¡Desnudo!

La marcha es llegar a ese solo yo que es siempre bueno y que siempre sufre.

¿Sufre?

No, no lo creo. Es otro concepto de la felicidad pues aquello que la formaba ha desaparecido. Acaba el goce sensual y ¡se abre otra esfera! Otra esfera carente de todo placer sensual.

Voy a citar a algunos autores. Creo que es Sinesio el que se expresa de este modo:

"El hombre no es uno sino muchos. La verdadera filosofía se ha "definido como aquello que sabe cómo unificarlo". No, no, esto no es de Sinesio; esto es de Maurice Nicoll que cita a Sinesio y habla mucho de él. En todo caso Sinesio y Nicoll están de acuerdo.

Plutarco dice:

"Cada uno de nosotros está hecho de diez mil estados diferentes y sucesivos, de un montón de unidades, de una multitud de individuos".

Ouspensky dice:

"A menos que logre una unidad interior, el hombre no puede tener un Yo, no puede tener voluntad. El concepto de 'voluntad' en relación a un hombre que no ha logrado una unidad interior es completamente artificial. La totalidad de la vida está hecha de pequeñas a las que obedecemos y servimos continuamente. Nuestro Yo cambia como un caleidoscopio".

Platón dice:

"La justicia es algo semejante a lo que prescribíamos, en concepto de que no se detiene en las acciones exteriores del hombre, sino que arregla el interior, no permitiendo que ninguna de las partes del alma haga otra cosa que no le concierne y prohibiendo que las unas se entrometan en las funciones de las otras. Quiere que el hombre, después de haber ordenado a cada una de las funciones que le son propias; después de haberse hecho dueño de sí mismo y de haber establecido el orden y la concordia entre estas partes, haciendo que reine entre ellas perfecto acuerdo, como en los tres tonos extremos de la armonía, la octava, el bajo y la quinta, y los demás tonos intermedios, si los hubiera; después de haber ligado unos con otros los elementos que lo componen, de suerte que de su reunión resulte un todo bien arreglado y bien concertado; quiere, repito, que cuando el hombre comience a obrar, ya se proponga reunir riquezas o cuidar su cuerpo, ya consagrarse a la vida

privada o a la vida pública; que en todas estas circunstancias dé el nombre de acción justa y bella a la que crea y mantiene en él este buen orden, y el nombre de prudencia a la ciencia que preside las acciones de esta naturaleza; que, por el contrario, llame acción injusta a la que destruye en él este orden, e ignorancia a la opinión que preside una acción semejante”.

Esto me hace pensar mucho, mucho. Es siempre sobre el Yo.

¿Cómo llegar a saber cuál es el verdadero Yo? Se puede estar contenta, feliz, con una expresión nuestra y ser esta expresión la de otro Yo que no es el verídico.

¡Con alegría serán recibidas estas expresiones! Es la trampa que se nos pone; la alegría. ¡Atención! ¡Cuidado! Sí somos tomados por algo que es aprobado, por algo que toda una línea de ética reprueba... no, ello no basta.

Hay que discernir.

¡Discernir!

Sobre esta palabra, Florencio apoyó y apoyó enormemente.

Entonces me sentí cogida por un terrible estado de ánimo. Creo que es primera vez que él me cogía así. ¿Cómo definirlo? Yo diría:

“El llamado espantoso que hacen las células”.

Florencio me habló mucho de él.

Me sentí dividida, partida en dos o, mejor dicho, en cuatro partes. ¿Me sentía yo? No; no sé por qué vi a Baldomero Lonquimay. En él se me precisó esta idea y lo vi. Porque veamos, volvamos a ese Yo que me ha ocupado.

Según Florencio estamos formados por cuatro elementos: nuestro cuerpo; el cuerpo astral; el alma; el espíritu.

Cada uno de estos elementos sólo ansía vivir en su medio y vivir sin los otros tres. Debe ser esta la causa de tantas y tantas luchas en nosotros los humanos. Ya aquí vuelve a aparecer Baldomero Lonquimay. Porque en él veo nítidamente esa terrible lucha. Lo veo al pobre a pesar de su “reciedumbre” y de su gran capa española, lo veo llamado a todo momento por sus células, por el mundo bajo, por el más bajo. Lo llaman para que, desprendiéndose de sus cuerpos superiores, deje en plena libertad a sus células. Lo llaman, lo apremian, lo persiguen. Por otro lado él se aferra a su alma desesperadamente y quiere, con sus elementos bajos dominados, ser un hijo directo de esa alma y nada más que de ella. Pero las células gritan; y él bufa; y siguen gritando; y él se escapa a grandes zancadas. No puede ser otra la lucha, su lucha permanente. Verlo de otro modo es ver con superficialidad.

Así veo: un alma y un montón de células. ¡Oh, cómo luchan en Lonquimay! ¡Oh, cómo se azuzan! Cuando un mundo está bien, el otro mundo protesta y ataca. Entonces él sale, hiende su puerta y camina convertido en una ventolera. Pasa...

Nuevamente me pregunto:

¿Quién, cuál es él?

Tal vez ha de ser... su espíritu.

¿No encuentras tú, Florencio Naltagua, que me he expresado bien sobre Baldomero Lonquimay? Ahora siento deseos de verlo pasar veloz por una calle cualquiera.

O de haberlo visto en aquella otra ocasión. Se lo dije a Florencio: la Bóveda de Lorenzo; allí está él, Lorenzo, con Rosendo Paine y con Desiderio Longotoma. Teodoro Yumbel acaba de partir y Onofre Borneo lo ha seguido. Llega Lonquimay y habla sobre la muerte de su gatito, de Curanipe, que ha caído de un 8º piso al patio; habla del hombre Marín

Quilpué; habla sobre los combates de arañas; habla, en fin, habla mucho y hace hincapié sobre el pavor, el tremendo pavor, que a él le causa el dolor.

¡El dolor...!

Se creería que Lonquimay está más allá del dolor. Pero, al leer las páginas que Onofre ha escrito sobre esta reunión en la Bóveda, se ve otro Baldomero Lonquimay. Pues nada, nada pasa. Y debo, deberíamos todos recordar que ese pelirrojo tuvo "una infancia sin ninguna expansión" y que mucho amó a su madre.

Sí, Florencio, lo he comprendido.

Pero él habló más. Habló también sobre Vivencia Pocuro, la dulce muchacha que allá lejos, en el campo, fue un amor de Lorenzo.

La lucha de estas partes de un ser luchaban en ella; lucharon después de haber sido abandonada con indiferencia. ¡Fue una terrible lucha! El mundo espiritual llamaba y llamaba. Su voz era tan fuerte que, al fin, hizo callar a la voz del mundo bajo.

Calló este mundo y Vivencia... murió.

Lorenzo ha sufrido, ha sufrido mucho con esta muerte. Ambos la sabíamos, él y yo. Cuando lo vi le di la mano y se la retuve. No hablamos de Vivencia. ¿Para qué hablar? Él agachó su rostro y eso fue todo. ¡Pobre Lorenzo!

Florencio, entonces, me preguntó:

—¿Por qué dice usted, Marul, "pobre Lorenzo"?

Quise explicarle pero él, con un gesto, me hizo ver que comprendía lo que iba yo a decir. Me dijo solamente:

—¡Cuidado, cuidado! Las cosas que nos sobrevienen debemos dividir las de otro modo: las cosas que son hijas legítimas del Yo, o de sus Yo; las cosas que no son de este Yo o de sus Yo. Estas últimas son las que deben advertirnos si quien sufre merece estas palabras de compasión, como la que usted usó para Lorenzo.

Aquí me habló de estas cosas que no son propias del Yo o propias de sus Yo:

Las locuras y los vicios que a un hombre se le pegan... ¡Ellas y ellos vienen de otros seres! O son larvas que nos acometen. Los arrepentimientos sinceros, los que arrancan lágrimas, son los gritos de los otros Yo que prometen y prometen no reincidir, que se lo prometen al último y sereno Yo.

Pero cuando hay otros seres, cuando hay intromisión de seres desencarnados... ¡Oh, entonces la cosa es horrible!

Es esto, tal vez, lo horrible de nuestras vidas. Acaso todo se precipite a esta lucha; o acaso de esta lucha surja todo cuanto nos atormenta.

Así pensaba yo mientras Florencio hablaba.

175

Marul guardó sus papeles. Luego reanudó nuestro diálogo y me dijo:

—Comprenderás, Onofre, que en lo que te he leído hay apenas una pequeña síntesis de lo dicho por Florencio Naltagua. He querido estrujar sus palabras pero con Florencio... ¡es tan difícil! Pues, ¿cuánto he tardado en leerle esos papeles? Algunos minutos, no más. En cambio hablamos mucho, mejor dicho, habló él, toda una tarde. Nos vinimos a separar después de la hora de comida, tal vez a las 10 o a las 11 de la noche.

Me fui a mi casa. Al salir casi me detuve y casi volví a subir donde él. ¿Para qué? ¡Ah! Para comunicarle una idea que me había llegado. Después me dije que no, que no valía la pena pues él tenía que saberla como la sabía yo y..., y... ¿Sabes qué? Tal vez era él quien me la enviaba.

¿La idea? Miraba yo los árboles oscuros, negros de la plaza Dominus Vobiscum cuando me dije...: cuando el gran Yo, el único, me susurró:

"En el dolor, en el hecho de que el dolor exista, es donde hay que empezar a buscar la clave total".

Seguí, seguí rápidamente. Iba por la calle de la Penitencia, iba a mi departamento con ansias de reposarme y luego de hablar contigo. Porque tú venías a mi lado, Onofre, me perseguías. ¿Qué querías? ¿Qué? ¿Qué...?

Ya te lo digo, caminaba rápidamente.

De pronto te lo dije. ¡No! Me buscaron a mí para decírtelo. Una palabra, una sola palabra, ¿me oyes?, una sola.

¿Cuál? ¿Qué palabra?

Oye, Onofre, tú escribes ahora *Umbral*. ¿No es así? Entonces la palabra fue:

DINTEL

¡Oh, sí, sí, sí!

¡La puerta queda hecha, Onofre! ¡La puerta *quedaría* hecha!

¿Cómo! ¿Qué es un "dintel"?

Es, sencillamente, la parte superior de una puerta, la que descansa sobre las jambas; es la parte opuesta al umbral.

¿Me has entendido?

¡No, Onofre, no se trata de un simple cambio de nombres. Se trata de algo más. Oyeme:

En *Umbral* tú estás haciendo las biografías de cuantos te rodean y, no lo niegues, la mía también. Es decir, las haces *durante esta vida*.

Pasará esta vida, Onofre, ¡pasará!

¿Y nosotros los biografiados? ¿Pasaremos?

¡No!

Nosotros seguiremos.

Deberías escribir el libro que hable de nosotros ya idos de aquí, ya en otra vida, ya continuando nuestra marcha. Ese libro será:

¡Dintel!

Claro está que te dejo en paz. Claro está que comprendo que *Dintel* es un trabajo demasiado, sí, demasiado... ¿Dirías tú que él es demasiado "pesado"?

No, esta no es la palabra.

Sería un trabajo demasiado *de otro estado de ánimo*.

Pero..., pero...

Esta idea está en mí y yo ¡no la olvido!

Tú tampoco debieras olvidarla.

Decididamente Lorenzo Angol no está en su casa pero en la mía encuentro una palabra de él. Lorenzo Angol ha partido a su Bóveda, a La Cantera. Me invita a que llegue por allá un par de días. Iré a verlo. ¡Buena cosa es salir unos momentos de aquí! ¡Ah, la vida entera es una buena cosa!

¡Remoler! ¡Janear! ¿Por qué estar siempre descontento? ¡Ea! ¡Vamos! —le dije a unas palabras de Marul, mejor dicho de Florencio en su conversación con Marul. Eran, a no dudarlo, palabras que se dirigían a mí:

“¿Por qué desalentarse? Hay frente a usted, Marul, un panorama bien definido que abarca desde el extremo bajo hasta el extremo, el más extremo alto. Usted puede contemplarlo en medio de la paz. Puede ver claramente a los de abajo como puede ver a los de arriba. Puede estudiarlos y compenetrarse de sus obras. Porque hacen tanta obra los de arriba como los de abajo. ¡Siga, Marul, siga!”.

Allí está el San Lito. En él ha de estar Romualdo Malvilla; y Chispita; y Perpetua Mamoero; y Gualberto Choapa; y Miroslava Lipingue; y el pederasta de su hermano Carmelo; y Clementina Rengo, y Braulia Tinguiririca; ¡y todos y todas! Y puede ser que me tope con Julieta Pehuén, la de los altos tacones, la fabricante de ostias sacrílegas en las Misas Negras de Palemón de Costamota... Bien, muy bien. Pueden todos éstos y todas éstas estar o no estar. Ahora se trata de remoler y de janear. Ya he visto, Marul: Lorenzo no está en San Agustín de Tango. ¡Ya sabremos, en su Bóveda, lo que ha hecho después de Palemón. ¿No lo crees así tú?

Romualdo Malvilla es el indicado para que yo bien me enclave en este mundo: ¡remoler y janear!

—¡Sí, gran Onofrense, sí, gran Onofrov! ¡Enclávate! Porque ya has tomado tu buen baño de tina, baño a temperatura apropiada y con jabón ultra perfumado. Eres, pues, como el señor A. No; eres como el señor B. De esto discutía yo con una dama, con una damita de baño de tina, de temperatura apropiada y jabón ultraperfumado. Una damita que se bañaba dos, tres, catorce veces al día. Por lo tanto, Onofrov, siempre quedaba sucia. ¿Qué te sirves, ñatito?

—Pues bien Romualdovich, opinaría por hacer destapar un gran botellón de champañá...

—¡A tus órdenes! O hacemos traer un lavatorio con ponchera.

—O ron, eso es, ¡ron cubano! Es exquisito.

—O tomamos tinto en grandes cantidades. ¡Lo que sea! Siempre que lo ingerido nos contrarreste el efecto de esos catorce baños diarios. Porque fíjate, Onofrov, fíjate bien.

—¡Soy todo fijación! ¡Soy un fijativo!

—El señor que se baña una sola vez por semana, los domingos tempranito, queda más limpio que el que se baña todos los días y mucho más limpio que el que se baña tres veces al día. ¡Sí, señor! Tal es el resultado obtenido después de científicas experiencias y de científicos exámenes hechos los domingos por la tarde. Al ir en busca de las causas que producen tan singular fenómeno se van viendo y descubriendo algunas luces.

—Por las luces, ¡salud! Ahora explícate.

—Me explico: el señor A, que se baña tres veces diarias, tiende hacia la estática; el señor B, que se baña sólo los domingos, tiende hacia la dinámica. Porque A adquiere un ritmo

de costumbre que se va haciendo de más en más instintivo hasta llegar a lo mecánico. En cambio B ataca, de pronto, lo inusitado, de pronto y de golpe, y necesita recurrir a toda su inteligencia como si se tratara de un momento revolucionario. En los baños de A la mente no toma parte; en los baños de B la mente sí toma parte. Ese señor A mata toda posibilidad de una plusvalía; este señor B produce la plusvalía cada vez que se moja. ¡Y en la plusvalía, m' hijo, está la cosa!

-Por la plusvalía, entonces, ¡salud!

-¡Salud!

-Y esas letras, ¿cómo van?

-Esas letras caminan y caminan tras de la última vidente y, a veces, tras de Alicia Bick. Ahora se hallan en otro sitio.

-¿En dónde?

-En el Hotel Mac Quice.

-¿Qué hotel es ése?

-Óyeme, ñaté. Óyeme en medio de este ruido. Aunque, tal vez, no podrías concentrarte. Vamos a un sitio de tranquilidad y a él llevaremos ese botellón de champaña de que tú hablabas. Después saldremos nuevamente. ¡Ea, vamos! Allí en mi casa sabrás lo que es ese Hotel Mac Quice.

Con el botellón bajo el brazo nos dirigimos a casa de Romualdo, en la calle de la Parroquia. Entonces Malvilla, de pie tras su bar, me leyó lo siguiente:

EL HOTEL MAC QUICE

Dejamos nuestra habitación, mi mujer y yo, por el atardecer. De nuestra habitación pasamos por un corredor angosto a la galería larga, ancha y alta. Esta galería era sobre todo larga. Su final era dudoso. Era principalmente de color ocre amarillo. Las columnas de mármol, a mitad embutidas en los muros, eran de un ocre ligeramente más claro. Los paños de muros entre ellas eran casi pardos, bordeados de una franja de oro seguida por otra, ya junto a las columnas, de un tono chocolate. En el techo predominaba el oro pero un oro viejo, viejísimo. La alfombra era de color tabaco. De cuando en cuando, sea a derecha o sea a izquierda, colgaba de los muros un trapo granate. Una sola vez, un trapo verde esmeralda. El total de todo lo descrito era, como he dicho, ocre amarillo.

Pero volvamos a la alfombra. Era, repito, de color tabaco. Olvidaba decir, de tabaco claro. No era esto lo más característico que tenía. Lo más característico era, sin duda, su espesor. Por cierto que no se le podía medir pues llegaba, la alfombra por ambos lados, hasta la base de los muros. Pero se le adivinaba por su blandura y, sobre todo, por su total silencio.

Tanto mi mujer como yo y como también el botones que nos precedía con nuestras valijas, al avanzar sobre ella, tomamos un ritmo de péndulo muy lento. Otro olvido: el botones vestía de color guinda, mi mujer de color lana de carnero y yo de color de cocodrilo muerto hace días. Mi sombrero era de un tono de extracto de malta, el de mi mujer de un tono de algodón quemado y el del botones de un tono de papel humedecido en agua salada.

Pero volvamos a nuestro modo de andar. Ya que lo comparé con el movimiento de un péndulo, debo advertir que este péndulo se movería, con relación a nuestros cuerpos, de

atrás hacia adelante, es decir, en el sentido de nuestra marcha, de ningún modo de un lado hacia otro, de ningún modo un balance, en fin, de ningún modo como un ave que se aleja por las piedras.

Si se toma bien en cuenta lo dicho anteriormente, este movimiento podría compararse, aunque de lejos, al movimiento que toman los actores italianos en sus óperas medio-cres, sobre todo cuando visten a la usanza del siglo xv y, más aún, si llevan cada media de color diferente y una de ellas rayada a lo largo de negro y amarillo. A los camellos también, pero a veces solamente, si no llueve y es algo tarde.

Otra particularidad de nuestra marcha por la galería: en todas las marchas de mi vida he sentido con nitidez blanca que soy yo quien avanzo y que es inmóvil aquello sobre la cual avanzo. Esta vez —junto con sentir siempre mi avance— sentía que la galería se movía a su vez y, naturalmente, en sentido contrario. Esto facilitaba nuestra marcha aunque ni por un momento la aceleró. Esto, además, me hizo recordar algunas cintas cinematográficas tomadas desde la cabeza de un tren: los rieles se precipitan con el paisaje encima y uno queda quieto en su butaca, quieto como la Tierra, como el Sol, cuando la Tierra es la que se mueve. Y esto último a nadie se lo comuniqué, ni a mi mujer, ni al botones, ni a ningún ser que hubiésemos podido cruzar. Quedó como secreto. Un secreto que se balanceó ligeramente dentro de mí en sentido inverso a mi propio balanceo de modo que, regularmente, me golpeó una vez el pecho, otra la espalda, por dentro ambas, se entiendo. Contra el pecho era sonido de dardos quebrándose; contra la espalda, de labios carnosos, húmedos, pegados con saliva y sangre.

Llegamos al pupitre del conserje. Aquí la galería se ensanchaba al costado del pupitre, es decir, a nuestra derecha. Allí se formaba un nicho grande, tan grande como para dar cabida a veinte y acaso a treinta conserjes. Mas no había más que uno. Bajo sus bigotes de ceniza, su librea era de color sangre de toro coagulada. Corrían por ella hilos de oro líquido con antenas movibles. El conserje no prestaba a ellas ninguna atención. No es de extrañarse pues eran las antenas extremadamente finas y no más largas que las de un *calluctidonium stridensis*, sobre todo cuando, bala guirnalda de codornices que las velan, duerme, desplegadas sus alas de cristal. Este cristal es opaco, entre semen y lava ya por detenerse. Igual tono se hacía en las vidrieras del nicho. Porque todo el fondo del nicho llevaba vidrieras. Quedaban en los sitios que, en la galería, ocupaban los paños de muro entre las columnas casi embutidas. Su luz golpeaba al conserje por toda su mitad posterior. Por lo tanto lo que he dicho respecto a su librea es válido únicamente para su parte anterior que era, por lo demás, la que nosotros veíamos. Pero aunque no nos detuvimos pude saber, o suponer, cuál era el color de allí atrás. Al pasar nosotros, el conserje inclinó la cabeza de modo que lo alto de su gorra, que durante largo había recibido la luz de las vidrieras, vino a quedar en el campo de nuestra visión. Por un segundo conservó aún el color tanto rato recibido. Era color telaraña de arañas viscosas de vientre púrpura. Como si una mano cogiese un hilo y tirara hacia arriba, se esfumó resbalando este color. Y quedó la gorra tal cual la librea, sangre de toro coagulada.

Pasamos, el conserje y nosotros. Pasó el conserje hasta la succión completa en el glauco de su nicho. Las vidrieras se apagaron. Entonces el único trapo verde esmeralda colocó sus reflejos sobre cada uno de los cristales vacíos.

Nuestro balance aumentó en amplitud y suavidad.

Apareció, siempre a nuestra derecha, una puerta atravesada por una flecha de metal. Dóciles a su indicación dejamos la galería tras botones y valijas.

Y entramos a una vasta plaza de goma.

Algunos árboles a medio morir oscurecían el enorme silencio hueco de aquel sitio. Antes de seguir diré: el tono de los árboles era aceituna, por sí solo; al estar allí se rayaba de visos de ébano amargo.

Más o menos por el centro de la plaza nos detuvimos. El botones puso por tierra nuestras valijas que formaron una especie de monolito alto como mi mujer. Cueros de camello, de ciervo, reno, cobra, lagarto, sapo de la India, leopardo y lince se acurrucaron envolviéndose en sí mismos y nos esperaron a mi mujer y a mí mientras el botones desaparecía.

Miré entonces la fachada del edificio que acabábamos de abandonar, del gran Hotel Mac Quice.

Sus paredes eran de nubes sucias. Donde las nubes son agua y va a llover, había algo rojizo, cobre enmohecido. He visto las flores de la pavlona con un poco de sol contra un cielo azul. Hay que mirarlas largo rato y luego aburrirse sin fumar. Ese era el color de las paredes del Hotel Mac Quice.

El suelo de la calle era como un tronco de jaracarandá tendido, no redondo sino plano. Los pasos sobre él resonaban como la tos mía de noche a oscuras, cuando, para ahogarla, me cubro la boca con mi gran pañuelo de seda fresca ribeteado de gris acero y con un losange amarillo al centro, me lo cubro para que mi mujer no se despierte. Pues yo siempre velo por el sueño de mi mujer y siempre he velado por él. Sin ello, no habría logrado mi mujer ni una noche de paz ya que ni una sola, desde que tengo memoria, he dejado de toser, súbitamente, arrancándome del sueño. Porque sueño. Cada noche empiezo a hilvanar el mismo sueño de la misma gacela que viene a mí, viene y va ya a balar en mi sexo cuando es la gacela una mujer que no identifico. Un instante más y voy a identificarla y me vuelve la esperanza de poder, en adelante, gobernar de otro modo mis pasos en la vigilia. Mas la mujer grita, un acceso de tos me coge la garganta y despierto. Entonces mi pañuelo fresa, acero y amarillo ahonda, ahueca el eco de la tos y retumba por la alcoba, quedamente, un ritmo sordo de pasos por una calle de troncos de jacarandá. Y mi mujer puede seguir su sueño.

Así es la calle y la plaza toda en donde ahora estamos. Y allí enfrente, la masa de los muros con sus mil ventanas. Sobre lo alto de una hilera de ellas léese en oro gastado y verde:

HOTEL MAC QUICE

Un sentimiento de malestar empezó a invadirme. Luego este sentimiento, lentamente, se fue transformando en un pensamiento que me ocupó entero: empecé a pensar que, de seguro, al abandonar nuestra habitación, algo, por lo menos algo, habíamos dejado olvidado en ella. Algo, indiscutiblemente. Vale decir, imposibilidad de seguir adelante sin antes verificar y recobrar.

-Un momento -dije.

Crucé los palos de jacarandá y penetré en el hotel por una puertecita lateral que, dejándome casi enfrente a la habitación, me ahorró todo el largo paso por la galería de felpa.

Abrí la puerta, entré, miré. En efecto habíamos olvidado:

Mi cepillo de dientes de carey color de naranjada artificial y más aún, de jalea de

extracto de naranja $\frac{3}{4}$; de caki, $\frac{1}{4}$; como las preparadas por mi madre hace veinte años para festejar cualquier éxito de la familia. En el mango de mi cepillo se lee: *Garantie*. Siempre, antes de usarlo, aplicaba este mango contra el ojo izquierdo y miraba a través de él. Toda la vida, hacia el pasado como hacia el futuro, era de jalea con tendencia a derretirse; por la boca sabía, entonces, a susurro de naranjas acres. Todas las mañanas me confirmaba, me prometía comprar por la tarde un cepillo con mango de carey verdoso para que la vida fuese un aroma de manzanas crujiendo. En fin, no se trata de esto. Se trata de que habíamos olvidado mi cepillo de dientes. Habíamos olvidado también un par de zapatos de gamuza blanca que mi mujer llevaba mañana por medio; nuestra máquina Voigtlander, 6 x 9; mi sombrero de paja; el jabón para el baño; tres sostensenos de mi mujer, dos de ellos rosados, el otro huevo de pato. Este último llevaba un agujero en el sitio del pezón derecho. No era razón para olvidarlo. Además habíamos olvidado su bata, de seda negra por fuera, de franela blanquecina por el interior, con dos manchitas de tinta cerca del cuello y una dudosa, mucho, tanto, que varias veces nos había ocasionado acaloradas discusiones, manchitas en forma casi perfectamente redonda, de tono gris pardo y que se hallaba, estando la bata bien cerrada y mi mujer de pie, inmóvil al centro de la habitación, sus ojos contemplándome —¡oh, mujer!—, se hallaba, digo, justo a dos centímetros sobre la cicatriz de su apendicitis. Habíamos olvidado todas mis corbatas sin excepción alguna (excepto, se entiende, la que llevaba y que era de color de pergamino limpiado en partes, por lo tanto admirablemente armonizador con mi traje y más aún con mi sombrero). Pero todas las demás, ¡olvidadas! Y hay que ver que eran tres docenas y media. Habíamos olvidado mi reloj pulsera, Longines; un tubo de aspirina; mi smoking de paño inglés, hecho donde Simos, \$1.750; una cajita de roble americano con tapa de laca china que contenía cuatro condones sin uso, marca "Safety Brothers Ltd.", hechos de tímpanos de palomas y yendo, la docena entera, del más fino cerúleo al más bronco azul de Prusia. También nuestro fonógrafo portátil "Decca", con dos discos de cantejondo, uno del Angelillo y otro de la Niña de los Peines, con tres discos de ópera italiana: Rigoletto, Mefistófeles y Pagliacci; y con un disco con la Carmagnole, por un lado, y la Internacional, por el otro. También un cenicero réclame "Cordon Vert-Champagne Demi Sec Reims". Un prendedor de corbata que el día antes habíamos comprado para llevarlo de regalo al tío Lisobio y que era hecho con una cereza petrificada engastada en una garra de platino. Habíamos olvidado un paquete con comestibles que mi mujer había preparado con suma atención. Contenía ocho sandwichs que deberíamos comer simultáneamente, ella y yo, en cuatro tiempos: los dos primeros eran de queso de cabra silvestre y deberíamos haberlos tragados mientras, como péndulos, avanzábamos por la galería ocre sobre el silencio de la alfombra. Los dos siguientes serían comidos en la plaza, frente al hotel; eran de tiburón ahumado. Los otros dos, una hora después, ya al hallarnos en plena campiña dorada; eran de labios de lobo. Por fin los dos últimos, hechos de patitas de ruiseñores, serían consumidos junto con traspasar el umbral de la habitación que nos esperaba para cobijar nuestro próximo amor, nuestro mutuo sueño, mi gacela no identificada, mi tos de jaracarandá y su dormir piadoso. También habíamos olvidado este paquetito. Habíamos olvidado además a nuestra gatita de diez meses, Katinka. Apenas me vio llegar y mirar atónito tanto olvido, vino regalona a restregarse en mis pantalones. Y además habíamos olvidado mi bastón de palo de *latrodectus formidabilis*; el cortapapel; siete paquetes de tabaco habano; un ramo de azaleas, ofrenda del propietario del hotel; el irrigador de mi mujer; las notas para mi próxima novela; una invitación para visitar la exposición vitivinícola; y mis zapatillas de noche de

piel de tarántula con dibujitos al óleo representando varias escenas de la pasión y muerte de N.S. Jesucristo. Y habíamos olvidado a mi hermana Sylvania que, como si nada hubiese acontecido, seguía en su lecho durmiendo suavemente, bajo las sábanas de espumilla, en su pijama de papel sedoso. Dormía Sylvania con una inocencia infinita y, de seguro, cruzaba por hermosos sueños porque, junto a ella, alrededor de todo el lecho y mientras las comisuras de sus labios, se esparcía un vago perfume de ágata recalentada.

Todo eso habíamos olvidado.

No me sentí con fuerzas para recoger tanta cosa, sobre todo porque me asaltó la idea que, a medida que fuese recogiendo, nuevos olvidos se irían presentando a mi vista. Bien podría ser asunto de nunca terminar. Así es que sin más saludé con la mano:

—¡Allá todo ello! ¡dije y, por la misma puertecita lateral, volví a la plaza.

Mi mujer se había marchado.

Mi mujer se había marchado con todas las valijas. No había dejado ni una sola, ni siquiera una como indicadora del sitio en que, un segundo antes, habíamos estado juntos unidos y mudos.

Me senté en un banco de madera suave, siempre frente a los muros del hotel. El color de las maderas del banco era entre hueso de palta y greda cocida. Mirando fijamente las letras del hotel, este color se rayaba, por rapidísimos instantes, de un azul calavera.

No había nadie en la plaza ni en ninguna de las calles que a ella abocaban.

Esperé media hora. Nadie. Esperé una hora. Nadie. A la hora y 17 minutos de estar sentado en el banco pasó un hombre. Vestía de negro, las manos en los bolsillos de su gabán, el sombrero hundido en la cabeza. Se envolvía el cuello con una bufanda negra también pero con algunos hilos de plata gris. Pasó rápidamente, a pasos menudos. Ese hombre, indudablemente, sabía adónde iba. Resumió en su gabán, en su sombrero sumido, en su bufanda y en su andar precipitado todo lo que en mí podía haber de esperanza. Así es que lo seguí. Mediaba entre nosotros un trecho de unos 5 a 6 metros. No más.

Entró por una callejuela, se engolfó por otra y otra más, siempre con rapidez.

Las calles aquí no eran como las de nuestras ciudades en que para pasar de una a otra, hay que doblar en 90 grados a riesgo de seguir indefinidamente por la misma. Aquí eran calles y callejuelas tortuosas y enredadas de modo que el hombre en cuestión —aunque saliendo de unas para precipitarse en otras— siempre conservaba una dirección única, siempre hacia allá, hacia el Este. Del punto de su objetivo no creo que se desviase nunca más de 15 ó 20 grados. Obvio advertir que luego los corregía aprovechándose de la topografía de la ciudad y, si del otro lado volvían a desviarse otro tanto, luego hallaba medio de enfrentar su meta hacia el Este.

Estas calles y callejuelas no tenían color porque yo miraba únicamente a mi hombre delante. Es evidente que si en ellas hubiese habido algún color vibrante —un verde esmeralda, por ejemplo; o un escarlata; o un anaranjado; etc.— mi vista lo habría registrado y, al registrarlo, lo habría enfocado y, al enfocarlo, habría notado que calles y callejuelas tenían, como todo, color. Pero no hubo nada vibrante. Así es que la única concesión que puedo hacer es que todo aquello era grisáceo o ceniciento. Mas, no.

Marchamos así mucho tiempo. Al fin una claridad no muy distante me anunció que nos acercábamos a un espacio más amplio que este dédalo de casas amontonadas. En efecto, pasos más allá, entrábamos a una plaza con algunos árboles en vías de morir. El hombre se sentó en un banco. Yo me senté a su lado pero no junto a él. Como el banco

era bastante largo dejé que entre nosotros mediara un par de metros. Al frente teníamos un gran edificio con mil ventanas. Allí se leía con grandes letras de oro gastado y verde:

HOTEL MAC QUICE

Naturalmente, al leer esas letras, juzgué que me era necesario un poco de orden en mis ideas y, sobre todo, en mis hechos pues esto estaba completamente fuera de todos mis hábitos.

Me revolqué entre varias suposiciones turbias hasta que una luz —algo dudosa, algo opaca— brilló en mi mente: el hombre, aprovechándose de la tortuosidad de la ciudad no había marchado siempre hacia el Este sino que —sin que yo lo advirtiese— había hecho un gran rodeo y había vuelto a la plaza por la calle opuesta a la que había tomado al salir de ella.

Después de un corto reposo, el hombre se levantó y siguió su marcha. Tomó el mismo camino que la vez precedente. Yo me coloqué a seis metros de él y... ¡adelante!

Por si la cosa se repetía tomé, de inmediato, mis precauciones. Justo encima de nuestra marcha parpadeaba una estrella desteñida. La fijé con detención. No había medio de confundirla. Abajo, formándole triángulo, palidecían dos otras; arriba, algo a la derecha, una cuarta vagamente rojiza. Y, por lo demás, eran ellas cuatro las únicas que brillaban al menos en todo ese sector del cielo. ¿Con qué confundirlas? Para mayor precaución consulté mi pequeña brújula: ¡Bien! Norte a mi izquierda; Sur hacia el hotel; Oeste perforándose el vientre; Este tras el hombre bajo las cuatro estrellas. Así, pues, ¡adelante!

Marchamos, marchamos, marchamos. Mis ojos iban del hombre a las estrellas, de las estrellas a la brújula, de la brújula al hombre. Las callejuelas se retorcían un poco de cuando en cuando. Si el hombre caía hacia la derecha, las estrellas, para compensar, caían como un mástil, en la misma magnitud, hacia la izquierda. Y para que todo quedase cual es la voluntad del Sumo Hacedor o de sus cardenales, mi aguja, desde su esfera, me rozaba la tetilla del corazón.

Luego el hombre corregía. Las estrellas se suspendían sobre nosotros y la aguja se me alejaba perpendicular a mi costado izquierdo. Y cuando el hombre tumbaba al otro lado, lo primero se repetía hacia la derecha, acompasadamente, titilando allá arriba las cuatro minúsculas luces contra el cielo.

Marchamos sin variar rumbo. Marchamos hacia el Este. Hasta que después de larga marcha llegamos a la claridad de una plaza grande. Árboles semivivos, bancos largos, jacarandá. Al frente gruesas letras:

HOTEL MAC QUICE

El orden puesto a mis ideas la vez anterior se deshacía. Pensar que las estrellas se moverían según nuestra marcha habría sido absurdo. Otro tanto para la aguja de la brújula. Era menester otra explicación. Cualquiera otra con tal que fuese otra.

No encontré más que una. Hela aquí:

Un nuevo concepto de la estética urbana.

¿Por qué no? Yo, por mi parte, siempre había soñado con distribuir de otro modo centros y grandes edificios de una ciudad y, por ende, las arterias que los unirían. En mis sueños las ciudades se redondeaban, su plano llegaba a ser una gran filigrana redonda.

Pues bien, la idea realizada aquí podía ser diferente, al menos en lo que yo hasta ahora había apreciado. Una idea larga y, en esta longitud, a distancias regulares, poner los grandes hoteles de la ciudad. Para mayor armonía, todos estos hoteles serían iguales e iguales también las plazas que los enfrentaban. Para llevar la armonía a su máximo, se llamarían todos de igual modo: Mac Quice. ¿Por qué no? Otra explicación no me venía. Y el hombre se puso en marcha nuevamente.

Callejuelas sin color, estrellas, brújula. El hombre entró a una plaza, se detuvo y se sentó. Yo entré tras él y, como él, me detuve y me senté. Al frente se leía:

HOTEL MAC QUICE

Vaciló mi concepto sobre una nueva estética urbana.
Siguió el hombre. Otra plaza.

HOTEL MAC QUICE

Vaciló mi concepto sobre una nueva estética urbana.

HOTEL MAC QUICE

Vácila, vacila el concepto.

HOTEL MAC QUICE

HOTEL MAC QUICE

No era posible semejante concepto sobre la estética urbana.

Lo que tres veces repetido resultaba magnífico, repetido así, diez, quince, veinte veces, resultaba de un absurdo intolerable.

Bien. Por eso los hombres no repiten, no prolongan nada más allá de ciertos límites harto restringidos. Lo más sólido que tengan, prolongado, se les vuelve absurdo. No lo hacen, no. Así es que aquí tampoco lo hacen, tampoco lo han podido hacer.

Me era necesario encontrar otra explicación. Hela aquí:

Lo que ocurre es que, entre plaza y plaza, entre hotel y hotel, damos una vuelta al mundo, ni más ni menos.

No hay sobre la Tierra más que una sola plaza con árboles muriendo y con ecos de jacarandá. No hay sobre la Tierra más que un solo Hotel Mac Quice.

Es la solución.

El hombre ha tomado asiento por la quincuagésima quinta vez. Quincuagésima quinta... Es tiempo, lo es sobradamente, de cerciorarse en definitiva de lo que ocurre. Pues podría ser que hubiese aún otra solución. Está ello dentro de las posibilidades. Es tiempo de ir recto al conocimiento de tal solución. Es decir, preguntárselo al hombre.

Dos metros entre nosotros. Suavemente resbalo hacia él. Entre nosotros, no más de medio metro. Entablemos conversación.

Pensé, ante todo, en el color que ella tendría. Recogí en mi cerebro cuantos datos alcancé: sitio, hora, circunstancias, etc. El color que tendría nuestra conversación sería el del agua pura en un vaso de cristal azulado cayendo cerca de él un último rayo de sol de naranjas y siendo todo alrededor aire encerrado de piedras.

Este u otro comienzo... Sin embargo no podría romper el silencio diciéndole al amigo: -Caballero, hablemos y, si hablamos, cuanto digamos... -y lo demás ya anotado.

Preferible dejar de lado lo que se refiriese al color e ir, directamente, al asunto por conversar.

Pero aquí la elección se me presentó erizada de dificultades. Era menester algo no

muy ajeno en la historia; para ese hombre, sin duda, a medida que los hechos se alejaban por la historia, se cubrían de indiferencia. Algo de palpitante actualidad... siempre la palpitante actualidad puede presentar un lado dudoso, sospechoso; puede ser para enredarle a uno, para acarrearle un compromiso. Y luego...

El hombre se levantó y se marchó por la misma callejuela. Marchamos. Llegamos a una plaza de goma; nuestros pasos resonaron como palos de jacarandá; sobre muros de nubes sucias y flores de pavlona se leía:

HOTEL MAC QUICE

Asiento.

Algo de mi vida privada, de mis luchas y sinsabores: la desaparición de mi mujer o las mil cosas olvidadas en la habitación del hotel. ¿Allí? Seguramente. Porque no hay más que un Hotel Mac Quice en todo el globo terrestre. Pero es el caso de que un hombre que, de buenas a primeras, prorrumpe con su vida privada, hace lujo de una mediocridad, de una debilidad vergonzosa. Y excusado decir que a un hombre así no es posible darle datos, proporcionarle conocimientos sobre asunto tan complejo y tan hondo como era el que me ocupaba y atormentaba.

Se puede hablar del tiempo, de los tonos callados que envuelven la plaza, a todas las plazas y hoteles y ciudades enteras. Pero el hombre pensaría:

“Este sujeto me ha seguido durante cincuenta y seis plazas para, al final, hablarme de tales cosas... ¡Un imbécil, a no dudarlo!

¡Cincuenta y siete!

¿Y hablar, hablar, no más, de cualquier cosa? Cualquier cosa al ser hablada no se ubica en la historia, es permanente. Cualquier cosa no atañe la vida privada, flota encima de los hombres, sin penetrarles en la médula. ¡Ah!, mas ahora pienso que todo puede ser cualquier cosa, según el rostro del que lo anuncie y del rostro del que lo escucha. Y yo no puedo asegurar nada sobre mi rostro una vez ya algo enunciado, una vez que lo enunciado lo vea alejarse de mis labios y, más aún, si es color de agua pura, vaso de cristales azulados, sol de naranjas, aire de piedras. ¡Qué decir si me es posible responder del rostro de otro ser al recibir tales cosas!

¡Cincuenta y ocho!

Mas lo que se habla siempre, lo que habla todo el mundo, lo que se habla espontáneamente. Cuando se habla, se habla, se habla...

¡Cincuenta y nueve!

Toser, revolver el cerebro, oír al país entero en su hablar y enredarse en su engranaje de lenguas. ¡Vamos! ¡Prisa!

¡¡Sesenta!!

¡Habla, habla, habla...! ¡Venga!

—Caballero... —empecé. Tos. Pasó en un relámpago mi gran pañuelo fresa, acero y oro. La gacela. Su sueño.

—Caballero... —El mundo ya me era un caos.

—Caballero, ¿qué piensa usted de la novela actual?

Al oír mi pregunta, su corbata palideció.

Ahora se va por la misma callejuela. Yo me agarro, me arraigo al banco hueso de palta

y greda cocida. Hundo las uñas. A medida que el amigo se aleja siento que del pecho, a través de la ropa, me chupan.

Desapareció. Vuélveme el pecho.

¿Y si ahora yo solo partiese en un sentido diferente?

A pasos lentos, volviéndole la espalda a las paredes del hotel, me alejé. Pasé bajo los árboles semi muertos. Los visos de ébano amargo que los rayaban eran pardos de Siena rayados, a su vez, de tiza gris.

Seguí. Las callejuelas por donde anduve tenían mucho de esa tiza. Una vez, desde un balcón, colgó un trapo color damasco. Otra vez, desde otro balcón, cayó una orquídea.

De pronto, entre tres o cuatro casas, se abrió una plazoleta. Al centro silbaba un chorro de agua. Al fondo, un pequeño hotel. Sus muros blanquecinos se chorreaban de una pátina piel de puma. En viejas letras de plomo se leía:

HOTEL O'CONNOR

Sus ventanas eran de un verde veronés extremadamente brillante. Una de ellas se abrió de par en par. Su hueco era tono de fondo de cuba granate. Sobre este fondo y ribeteada por el verde brillante, apareció y se encuadró mi mujer. Al verme agitó su pañuelo de violetas frías. Yo contesté con una mano de pergamino añejo.

Subí. Visité, una tras otra, las catorce piezas del hotel. Entreabría cada puerta, alargaba el cuello y proyectaba dentro la cabeza. Volvía la cabeza sin haber percibido a nadie salvo las piezas mismas. Las piezas, que de fuera eran fondo de cubra granate, eran por dentro de tinta espesa. Al frente de cada ventana era un rectángulo de cadmio limón, en sus tres cuartos superiores. El cuarto inferior, al ser las techumbres de los edificios vecinos, era lila fresca.

Nadie. Salvo, en una pieza, un anciano envuelto en una bata terrosa. Al verme me lanzó un escupitajo.

Nadie más. Nada de mi mujer.

Bajé. Encuadrada en su ventana, agitó sus violetas frías.

Subí. Nadie.

Bajé. Siempre sus violetas frías.

Partí en busca del hombre. Estoy en busca de él. Sigo, sigo en su busca. En tiempos regulares paso ante la mole del Hotel Mac Quice. Minutos después paso ante el pequeño Hotel O'Connor y mi mujer, desde su ventana, me saluda.

El hombre no aparece. En este momento me viene una duda, una suposición: No aparece porque ha de venir tras de mí.

¿Cuestión de volver la cabeza?

Seguramente.

Mas... ¿qué ganaría con saber que viene o que no viene tras de mí?

Sigamos.

Hotel Mac Quice,

Hotel O'Connor;

Hotel O'Connor,

Hotel Mac Quice...

Malvilla metió sus papeles en un cajón y me gritó.

—Ahora ¡bebamos San Onofrense! Recuerda que el Hotel Mac Quice ha quedado olvidado en el cenicero del champagne de Reims. ¡Así ha quedado! En cambio, por obra de magia, ha llegado otro champagne. Pues todo llega cuando ha de llegar. ¡Bebamos!

Yo contesté eufórico:

—¡Todo lo olvidado allí en el hotel ha de volver! ¡Bebamos por tu hermana, por Silvania! ¡Ha de ser de una belleza sin igual, sin paralelo posible en el mundo! ¡Por ella!

—¿Mi hermana? ¿Cuál hermana? ¿La de las sábanas de espumilla? ¿La del perfume de ágata recalentada?

—¡Esa misma! ¡Brindo por tí, Silvania!

Malvilla rió. Me dijo tomándome de un brazo:

—Yo, mi querido Onofrov, no tengo hermanas, ni una sola hermana. Como tampoco tengo hermanos ni tengo mujer que salude desde un balcón de violetas frías. Soy solo en este mundo. ¿Me entiendes? Soy solo, ¡solo! ¡Recontra solo! Silvania es una hermana literaria, eso es, li-te-ra-ria. Y como tal ¡es hermosísima!

—Entonces... schcht. No la despertemos. Y aconsejemos a tu tío Lisobio que entre en puntillas a recoger su prendedor de cereza, el de cereza petrificada.

—Sí, sí, schcht. Mientras clavetea su corbata con el prendedor, te diré una cosa, una sola, sola como yo soy solo.

—Sí, dila, a media voz.

—Yo soy un hotel.

—Tú... ¿un hotel?

—Sí, yo, un hotel. Más misterioso que el hotel O'Connor y más grandioso que el hotel Mac Quice. Soy un hotel donde recibo a todos los ebrios, a todos los ebrios que no han nacido aún y que nacerán para beber. ¡Los ebrios no encarnados y que piden un cuerpo para poder echarle licores y más licores, tinto y más tinto, trago y más trago! Pero yo... ¿Yo? ¡Oooh, mi amigo! Como el conserje de la galería, como ese conserje solo tras su pupitre. Porque yo, amigo mío, yo, yo...

—¿Tú, tú...?

—Soy solo, solo pero con el recuerdo de Alicia Bick.

—Por el recuerdo de Alicia Bick, ¡salud!

—Déjame, primero, enjugarme esta lágrima. Ahora, sí. Eso es, por Alicia Bick ¡bebamos el concho de la botella! Y salgamos, salgamos, Onofrenvsky, vamos a celebrar lo que hoy se celebra. Que no nos pille el Año Nuevo aquí. ¡Que nos sorprenda en medio de la bulla y de la locura! ¡Vamos al San Lito, al San Lito!

—¡Sí, sí! ¡Al San Lito!

Partimos del brazo. Era verdad, ¡año nuevo! Terminaba, pues, el año de 1929 para dar entrada a 1930. Iba a terminar en pocos minutos más y se iba a ir por los ámbitos volando o se iba a ir al cementerio para enterrarse en una tumba y forzar las entrañas de esta Tierra hasta llegar al fuego eterno y central.

—¡Diablos! ¡Quema!

—¡Por cierto! —me respondió Malvilla—. ¡Quema! ¿Cómo no ha de quemar un hotel como el grande, el suntuoso Hotel Malvilla? ¡En él están los ebrios, todos los borrachos de

este mundo, encarnándose mezclados a alcoholes varios y abundantes; además están las mujeres, ¡las mujeres!

—Y en él se encarnará también 1930.

—Y vendrá 1931; luego vendrá 1932; luego... ¡Qué sé yo!

Llegamos del brazo.

Adentro, música que se columpiaba tras sus notas. Música y bulla y algazara. La fiesta estaba que se ardía. Entremos.

Estaban todos y todas. Había además una serie de alemanes. Uno de ellos abrazaba a Perpetua Mamoeiro. Pero la cosa era a base de trago, de trago, ¡de trago! *Alles in rosa*—decía y repetía uno de ellos, un alemán tan alemán como los otros. Entonces éstos respondían: *Alles in rosa!* Cogí una copa de ellos y la alcé gritando a voz en cuello: *Alles in rosa!!* ¡Oh! ¡Qué alegría! Entonces hablamos y conversamos. Pero llegó allí Ramiro Lampa. ¿Estaría borracho? No lo sé o, mejor dicho, no sé si era yo el borracho. El caso es que lo encontré de una grosería..., sí, de una grosería aterradora. Pero luego estábamos todos alrededor de otra mesa. ¿Todos? Supongo... Y Ramiro Lampa tuvo una idea, una idea que no puede tener ningún, pero ningún borracho. Hela aquí:

Escribir una tarjeta de felicidades de Año Nuevo a Remigio, al filósofo Remigio Natales, al alto, al altísimo filósofo.

—Por su filosofía, ¡salud!

¡Ah! ¡Aaah! Pero en el bar está el hombre que debe siempre estar en un bar. ¿Quién decía que ese hombre era un abstemio? Un hombre de esa altura, de esa altura moral, se entiende, ¡moral! No me refiero a la altura física, ¡no!

Malvilla me grita:

—¡Eh! ¡Borneo! ¡Bornovsky! ¡Ven a estrechar tu diestra en la diestra de Richepin!

Pero Gualberto Choapa lo interrumpe:

—¿Richepin? ¡No, señor! Este es el famoso, el famosísimo y mil veces refamosísimo político francés Jean Jaurès.

Allá voy y nos abrazamos todos, todos y... ¡todas! Porque ahora está con nosotros ella, Julieta Pehuén, la mujer de los tacones más altos que la torre única de la catedral de Estrasburgo, más altos que el Aconcagua; altos como el Everest. ¡Aquí está! La abrazo, la beso. ¡Oh, Julieta Pehuén! ¡Oh, mujer de la Misa Negra del sublime y veintitrés veces sublime Palemón de Costamota! ¡Hay, hay y hay que brindar por él!

—¡Por Palemón de Cost...!

—¡Calla, imbécil! Por algo me extrañó verte allá. Ahora se lo vas a contar a medio mundo...

Schcht, schcht.

—Un traguito y me callaré, Julieta mía, un traguito.

—A tu salud.

—A la tuya.

—Quise decir Jean Jaurès, el político, el gran político, el inmenso político, el que supo morir por la guerra...

—¡No, señor! ¡No murió por la guerra! ¡Murió defendiendo la paz y nada más que la paz!

—¡Cómo han de morir todos los políticos si son verdaderos y muy verdaderos políticos!
Julieta me interrogó:

—¿Hablan de Alessandri? ¡Déjate de politiquerías! ¡Otro y otro traguito por 1930 que ya viene!

—¡Por 1930 que ya está esperando tras las ventanas! ¡Ea, Jean Jaurès! ¡Ea, Richepin!

—¡Eso está bien! ¡Richepin, bebamos!

Pero Richepin-Jaurès está serio, seriesísimo. Es una estatua, es un monolito. ¡Uuuy! ¡Qué seriedad! De pronto ríe y ríe como un loco:

—¡Ja, ja, ja, ja, ja!

¡Coro! Todos reímos ahora:

—¡Ja, ja, ja, ja, ja!

—¡Cómo! ¿No conocían ustedes el eminente educador?

—¿Yo? —pregunta Jaurès-Richepin—. Yo no soy educador; yo soy un profesor y gran profesor.

—Es lo mismo, pues, señor Richepin-Jaurès. ¿Profesor? ¿Educador? ¡Lo mismo, lo mismo!

Pero ahora está serio otra vez. ¡Uuuy! Es el monolito inmóvil, inmóvil... ¿Inmóvil? No, no; aquí hay algo que no anda bien, que anda arvesado.

—¿Quién ha visto —pregunto— un monolito en marcha? Dime tú, Chispita, inconmensurable Chispita, monolítico Chispita.

—Cuando tienen sed... los monolitos caminan y se van a tomar un trago. ¡Con el señor Patillas!

—¡Patillas! ¡Patillas! Ese es su nombre y no Richepin; ni es su nombre Jean Jaurès. ¡Abracémonos!

¡Ah! ¡Aaah! ¡Uuuh! Patillas aguanta todo pero que no lo toquen, no, señor, no me toque. Pues Patillas nos explica que así, tocándose, empiezan todos los boches en Chile, y las bofetadas. Y él no quiere esas cosas, no las quiere, no, señor, no las quiere.

—¡Muy bien hablado! —grita Clementina Rengo.

—Entonces... ¡un trago por las palabras de Patillas!

Pero él ha vuelto a reír y ríe y ríe con voz de trueno, con voz que da miedo:

—¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Vuelvo a preguntar:

—¿Quién ha visto un monolito en marcha? ¿Quién, quién...?

—¡Nada de monolitos aquí! ¡Aquí cada uno paga lo que ha tomado! ¡Esa es la regla!

—¡Si ya está pagao! ¡Ya pagué yo!

—¿Y por qué me paga usted, señor? A mí no me paga nadie, nadie. ¿Me oyó? Porque yo me tomo mi propio trago.

—¡Ya, hombre, ya! ¡No peleen más! Da lo mismo que cualquiera pague. Vamoh, mejor, vamoh.

—¿Y Ramiro? ¿Dónde se ha metido Ramiro?

¡Qué! Ramiro está sentado al piano y toca y toca que es un contento.

—¡Eh! ¡Vamoh, Ramiro, vamoh!

—¿Pa ónde vamoh a ir...?

—¡Al circo! ¡Al circo! ¡A la función de Año Nuevo! ¡Tenemos tiempo! ¡Ya, vamoh! ¡Al circo todo el mundo!

El caso es que, de pronto, estaba yo en el circo. Gente que aplaudía, gente que reía. Claro: un tony. Y hay un caballo. Está uno de los alemanes con nosotros; Frenz, se llama. Encuentra todo lo que ve interesantísimo, lleno de color, con mucha localidad, con mu-

cha. Pero Gualberto, el chileno, insulta, insulta. Insulta al tío que toca música en unas copas, con un palito.

-¡Oiga, so cretino! ¿Usted inventó ese aparato con las copitas?

El tipo le contesta:

-No; fue un curao que está en platea.

Malvilla encuentra aquello interesante por Seurat. Porque él conoce a Seurat, al inigualable Seurat.

-Tú sabís, ñaté, el que le gusta a Colbún. Y a Ibacache. Y a de Loa. ¡A todos, todos! Porque es el pintor que mejor ha hecho los circos y los clown y los trapecistas y los...

-¡Ya, nos vamoh! ¡Nos vamoh!

Y nos vamos en un taxi, en dos, en tres taxis. Entonces Gualberto grita a voz en cuello, con el cuello metido en la voz:

-¡¡Viva Lenin!! ¡¡Viva la revolución rusa!!

Y un tío le contesta entusiasmado:

-¡¡Viva Recabarren!!

Y se abrazan; y ahora beben por la revolución rusa y por la que pronto vendrá aquí, sí, aquí, aquí en Chile. Pero la cosa se pone algo fea porque estamos en un chinchel con soldados, con soldados por todos lados que nos miran de reojo. ¡Qué! ¿Fea la cosa? ¡Nada! Se abrazan y toman juntos. Es, tal vez, la revolución que ha empezado ya. Pero Clementina nos hace salir. No, no es Clementina. Es Braulia, Braulia Tinguiririca con Chispita. ¡Chispita! ¡Qué fenómeno con el sombrero de Gualberto! ¡Te queda grande, enorme, ese sombrero, Chispita!

-¿Grande? -me pregunta-. ¡Mira a Choapa con el mío!

Y nos dispersamos. ¡Adiós Chispita! Estamos en un barrio desconocido, desconocido para mí. ¡No! ¡No nos hemos dispersado! ¡Ahí golpean! ¡Adelante! Pero... ¿por qué tengo este carácter tan, tan sentimental? ¿Por qué acuden todas ellas a inundarme entero? ¿Por qué vienes tú, tú, tú, mi linda? ¡Y cuando estoy en estos sitios! Pero tomamos otro taxi.

-¡Bravo, bravo! -vocifera, a mi lado, un señor que no conozco- ¡Bravo y muy bien bravo!

Hago un esfuerzo y le pregunto:

-¿Por qué tanto "bravo"?

-¿Por qué? Porque esta gente no sabe remoler. Ahora ya están aprendiendo. ¡Ahora sí! ¡Donde la Juana Piojo! Allá vamos.

-Es lo mejor que hay aquí, la Juana Piojo.

-Lo mejor.

Paró el taxi. Nos bajamos. Ahora debo recoger mis emociones y... ¡anotarlas! ¡Qué lindas notas haría! Pero son tantas, tantas. ¡Una que sea! ¡La de mi sombra! Sí, eso es, mi sombra que pasaba y pasaba, con cada farol... ¡No! Con la luz que daba cada foco, cada uno, sobre la espalda de Frenz, el alemán, que venía en el taxi con nosotros. ¡Luz de focos! Ya éstos no se llaman faroles. Pero hemos llegado. Hemos llegado. Entramos.

-¡No hay como la Juana Piojo!

-¡Calla, imbécil! -me grita Julieta-. No digas eso de Piojo, idiota. Es la Juana Mardones, ¿oyes?, la señora Juana Mardones.

-¡Bailemos, entonces, Julieta!

Y bailamos, bailamos. Todo el mundo bailó y bailó. ¡Se acabó el baile, se acabó! ¡Ya empezará de nuevo!

-¡Ya, ya! ¡Que declame, que declame!

¿Quién irá a declamar? ¡Oooh! ¡Es Braulia Tinguiririca! ¡Sí, que declame! Está al medio del salón y declama. ¡No! ¡Canta acompañada por el piano! Yo conozco al tipo ése del piano. Pero canta:

De dalias, de heliotropos, violeta y jazmín
Un camino de aromos, de azucenas, claveles,
Camélias y lirios yo te adornaré.

De paso a paso pensamientos habrá
Donde comprenda que tu pie pisará.

Sobre un geranio yo te haré descansar
Y en tu mano, mi bien, te pondré
¡Un ramito de azahar!

-¡Bravo, bravo! ¡Bravísimo! ¡Eso es música!

El señor del taxi... Y yo... Y todos... ¡Bravo! Pero ahora hay otra cosa. Perpetua va a declamar. ¡Silencio! Perpetua declama:

Eres tan puta y ramera
Que en el vientre de tu madre
Te ponías de manera
Que te cogiera tu padre
Sin que tu madre supiera.

Una ovación, una verdadera ovación. ¡Qué lindo! ¡Esa sí que es poesía! ¡Verdadera poesía! No, no es poesía para ella, para ella, para ti, mi Jacqueline Neuilly. Ni para ti, mi Nimba Canaria. ¡Oh, Nimba, Nimba! Claro está: es el nimbo el que se ama.

El tipo del piano... ¡Carmelo Lipingue! ¡Carmelo, Carmelito! ¡El pederasta número uno!

-Usted toca piano, Lipingue y toca muy bien.

-Sí, señor, toco, pero así, así. Soy el pianista de aquí, de doña Juanita Mardones.

-¿Y su hermana? ¿Doña Miroslava?

-Por ahí ha de andar.

-Se pasa bien aquí, Carmelo.

-¡Ay, sí! ¡Muy bien! Hay para todos, para toditos los gustos y ya casi no hay boches. ¡Tan molestos, molestos en demasía, que con esos boches, señor!

Mejor me voy. Salgamos. Salgo.

La calle da vueltas, sube y baja, de derecha a izquierda. Sube y baja de lado, de lado... ¡Viva el alcohol!

-¡Eh! ¡Tortillero!

Compremos tortillas y comamos. Claro está que este tortillero va a creer que es una pitanza, que un tipo remolador compre de esas tortillas. No, no es pitanza. La prueba está en que he comprado tres tortillas y que las he pagado. ¡Pagado! Así es que este bueno de *tortillero va a pensar que hay todavía gente honesta, gente muy honesta, honestísima que*

compra tortillas aunque remuela. Porque yo hago el bien, el bien en pro de la humanidad. Es la gran, la enorme palabra: ¡la humanidad!

Vamos, vamos. Llego, llego. Llego ¡a la hora cero! ¡Cero!

¡Hay luz allí, en mi casa, en mi ventana. Porque esta es mi casa: Fray Tomate, 2, o sea: 2, Fray Tomate. Llamémosla mejor de otro modo. Fray 2 Tomate. ¡Y con luz! No es luz donde Lorenzo, no es luz donde Angol. Él está en La Cantera. Es luz de mi escritorio, de mi gabinete, de mi laboratorio. Hay luz.

Subamos. ¡Te comprendo, Romualdo Malvilla! Cuando me decías:

—¡Oh! La noche... ¡oh! Estoy al pie de mi escalera y todo está a oscuras y en silencio. ¡La felicidad, Onofrov, de pensar: "Nadie sabe que estoy aquí perfectamente ebrio". Entonces pienso en que un tabique, nada más que un tabique, me separa de que supieran que aquí estoy perfectamente ebrio...

¡Vamos! ¡Arriba!

Subamos a ver esa luz.

178

Una luz...; una luz... Tras esta puerta hay una luz. Debe, debe estar ahí el infame, el miserable. Sí, ahí ha de estar, ahí. ¿Quién? ¡Juan Emar!

Si me ve en este estado, en este delicioso estado, me reconvenirá y me reconvenirá infamemente, miserablemente. Porque Juan Emar es un imbécil, un idiota y nada más. ¡Eso eres, eso! ¿Me oyes?

Un imbécil y un idiota que sabe una enormidad. Tanto sabe que va a firmar este libro, que lo firmará.

¿Qué libro? Eso pregunto: ¿qué libro?

Bueno, el que sea.

Que él lo firme, muy bien hecho.

¡Ahí te dejo dentro firmando y firmando! Yo me quedaré aquí, al lado afuera, aquí en el zaguán.

¡En el zaguán y echado por tierra! ¿Por tierra? ¿Qué tierra hay aquí, qué tierra? Si la hay quiere decir que no han barrido, no han barrido y no han barrido.

Me echaré, entonces, por el suelo, por el suelo. Así.

¡Por el suelo!

Y tú, puerta de las puertas, ¡schcht!

¡¡No te abras!! ¿Oíste? ¡No te abras! No, no te abras...

179

¿Dónde dormí?

Amanecí en mi cama. Mi ropa estaba en perfecto orden y colocada donde de costumbre debe colocarse.

Mi despertar fue una caída. Pues soñé. Del sueño maravilloso vine a encontrarme aquí en mi cama.

Soñé con Colomba de Oro.

Salté de la cama y anoté mi sueño.

¡Colomba de Oro!

¡Ya no eres la niña de plata que, junto a Bárbara, estabas muda en mi Catedral!

Anoche, en mi sueño, vestías de oro ajustado a tus carnes. Sobre tu rostro sereno: un nimbo.

Sonreías apenas. Yo entonces, echado a tus pies, te dije:

—Quieta, Colomba, quieta.

Y te repetí la frase con que te he marcado:

—Sé la Prostituta-Madre para que el Niño tenga dos senos donde hundir, como un puñal, sus ensoñaciones.

Luego te repetí:

—Muere, Colomba, muere un poco, hasta esa vecindad con la muerte que me es necesaria. ¡Muere!

Entonces anoté, no sé si dormido o despierto; pero, al anotarlo, recuerdo, creí tener la clave de mi vida.

Aquí tengo esas anotaciones. Óyelas.

Primera contemplación:

Colomba pasa y su oro resplandece junto al estremecimiento de sus carnes.

Primer despojo:

Duerme, Colomba, porque al despojarte has caído en el sueño y en ese sueño ha nacido un ensueño. En él te sigues despojando.

Por segunda vez te contemplo:

Pero una reja ha surgido de la nada entre nosotros. Tú la pasas, vienes a mí y me enlazas con tu cuerpo de serpiente.

Caigo, entonces, en oración:

Mi sangre se desparrama, va hasta la reja y la tiñe. La atraviesa y te baña.

Pero tú estás a mi lado y te acaricio:

Entonces todos los humanos se reflejan en tus ojos.

Las yemas de mis dedos se electrizan:

Quedo contemplando mis manos y, entre nosotros, hay una pausa.

Hablas del hastío, del terrible hastío que te va a sumergir:

Yo clamo por el erotismo y él me suspende de los cabellos. Tú has quedado abajo y, con dulzura, modulas algo sobre ese hastío que va hundiéndote.

Muevo los brazos y grito:

Algo me hace correr hacia ti.

Te beso:

He besado a una diosa de la belleza, a una Venus de mármol.

El mármol se desparrama:

Llega, desparramado, a mi cuerpo; llega a mi boca y se convierte en electricidad.

¡Dolor!

¡Grito!

Estoy en una sombría catedral medieval.

Tú ya no estás. Llamo:

-¡Colomba! ¡Colomba!

Entonces, siempre de oro, apareces y vienes a mí.

Te poseo.

La catedral se ha derrumbado.

Entonces desperté.

¡No, no! Se está siempre mejor en el sueño que en la vigilia. Cuando ese sueño es llevado por manos diestras.

Que ellas sean de Dios o de Satán... ¡Poco me importa!

¡Oh, Colomba de Oro!

180

Me aprontaba a salir cuando se presentó Artemio Yungay.

-¡Siéntese, amigo! Charlemos un rato.

-Muy poco rato -me respondió-. Usted ha de saber que tengo una serie de cosas que hacer.

-¿Chuchezuma? -pregunté.

-No. Lo pasado pasó. Me he mecido sobre un recuerdo del año de 1919. Luego lo escribí. Mientras las cosas no son escritas quedan como arañas, como ratas, en el cerebro. Las escribe usted y ellas se tornan gratas compañeras. Lea usted ahora lo que he escrito.

Me alargó unos papeles.

-Los leeré con todo gusto.

-Gracias. Quiero dejar impresos mis recuerdos más valiosos. Usted ya conoce mis cartas, aquellas cartas en que imploraba el amor de Tártara Tigre, la sin par que hoy descansa. Usted también conoce lo que escribí sobre Chuchezuma. Ahora lea eso.

-Sí -respondí-, conozco sus llamados a Tártara Tigre y, con usted, me he paseado junto a Chuchezuma.

Me dijo entonces:

-Mis recuerdos vividos son inagotables. Poco a poco los voy desalojando de los rincones de mi cerebro donde se anidan más astutos que esas arañas y esas ratas. Ahora lea usted "Maldito Gato".

-Créame, Artemio, que lo leeré sencillamente encantado.

-Así lo espero. ¡Adiós, amigo Borneo!

-¡Adiós, amigo Yungay!

Se marchó.

Yo, arrellanado en mi sillón, me dispuse a leer esas páginas.

Decían así:

Maldito gato

El 21 de febrero de 1919 tuvo una mañana esplendorosa, ni más ni menos, esplendorosa. A las 6 hice ensillar el Tinterillo, monté y me alejé de las casas al galope por la larga alameda de algarrobos.

Era mi objetivo llegar a los cerros del Melocotón. Para ello hay que ir hasta el final de dicha alameda; tomar luego, por espacio de unas ocho cuadras, el camino público; torcer a la derecha por un sendero cubierto por las ramas de tupidos arrayanes; por fin, cruzar un gran potrero sembrado de alfalfa. Terminado éste se halla uno al pie de los cerros.

Lo que más contribuía al esplendor de aquella mañana eran dos cosas: 1^a) La temperatura; 2^a) Los perfumes campestres.

La primera se hallaba mantenida por un sol tibio de rayos aterciopelados. No tuve la ocurrencia—cosa que cualquiera se explicará—de proveerme de un termómetro por lo cual me fue imposible verificar qué grado exacto marca esa atmósfera deleitosa. Lo único que puedo decir es que al galope suave del caballo daba justo la temperatura tan adecuada, tan exacta, tan precisa que, con ese galopar, desaparecía la temperatura.

Ahora bien, forzando un poco el galope del animal, sentíase de inmediato un frescor agradable; y si, aprovechando sus bríos, se le espoleaba hasta el gran galope largo, un frío franco penetraba por los huesos. Al final del camino público hice que mi cabalgadura corriese a cuanta velocidad sus patas pudiesen dar; mas apenas pasados unos treinta metros la detuve: una helada glacial de picacho aislado encima de las nubes me acuchilló el cuerpo entero y a punto estuve de quedar petrificado.

En cambio si del galope suave uno pasaba al trote corto sentíase un calorillo reconfortante que inundaba los pulmones, y si de aquel se venía al paso se recordaba, acto continuo, que nos hallábamos en verano en un sitio a 32 grados de latitud. En la alameda de algarrobos tuve la idea de detenerme un instante: una bocanada de fuego me envolvió súbitamente como si caballo y yo nos hallásemos sobre un horno gigantesco. Adopté, pues, fuera de estos ratos de ensayos, el suave galope acompasado así es que hice la mayor parte del trayecto sin temperatura alguna.

Mientras así galopaba me entretuve en gozar cuanto podía con aquel amplio registro de hielos y calores que esa esplendorosa mañana había puesto a mi disposición. Regulé perfectamente la velocidad del Tinterillo de modo que la temperatura quedó del todo anulada. Entonces me entregué al siguiente juego: echaba mi mano derecha hacia atrás hasta tocar el anca del animal y luego, con el brazo bien estirado, la proyectaba hacia adelante hasta tocarle las orejas. La velocidad adquirida por mi mano durante este gesto era, naturalmente, la del galope del caballo más la suya propia, es decir que haciendo este gesto con mayor o menor violencia la mano alcanzaba un galope apresurado o un gran galope o la carrera. Por lo tanto, según como la proyectase hacia las orejas, sentía en ella todas las gamas del frío mientras el resto del cuerpo permanecía sin ningún grado registrable, al menos como sensación. Puedo asegurar que esto era agradabilísimo, cuanto hay de agradabilísimo en este mundo. No es todo: una vez la mano en las orejas repetía el gesto hacia la grupa de modo que restase su propia velocidad a la velocidad del Tinterillo. Sentía entonces, según su mayor o menor violencia, todas las gamas del calor y, cuando la echaba

hacia atrás con igual velocidad que el caballo iba hacia adelante, era la detención y poco me faltaba para quemarme las yemas de los dedos.

Después de divertirme varias veces con este agradabilísimo juego quise ir más lejos: tanto para adelante como para atrás acelerar mi movimiento al máximo. Para adelante doblar, si fuese posible la velocidad del caballo; para atrás, llegar primeramente al punto de detención y luego retroceder con respecto a este punto.

El primer ensayo lo hice al entrar al sendero de los arrayanes. El segundo, en medio del mismo. Al hacer el primero no había alcanzado a tocar mi mano las orejas que ya había lanzado un grito de dolor. Fue como si cien navajas me hubiesen herido; luego, una total insensibilidad. La mano estaba verde y dura. Con la izquierda le di un papirote: sonó como una bola de billar. Felizmente, al entrar al sendero, vi que a un costado se alzaba un pirca. Cogí de inmediato una de sus piedras y la restregué con fuerza sobre el miembro congelado. Las piedras superiores de las pircas guardan de cada verano un poco de calor, así es que cuando la pirca tiene más de setenta años de existencia basta frotar una de ellas para que el calor almacenado se derrame irradiando. Así salvé mi mano.

Por cierto que pensé que, si tal me había sucedido con la experiencia del hielo, peor me iría a ir con la del fuego. Pero, ¿cuándo volver a hallar una mañana como ésa? ¿Cómo dejarla trunca? ¿Cómo, pudiendo experimentar, no hacerlo? Me decidí.

¡Mil demonios, qué dolor! Aquí fue más que un grito: fue un aullido. Mi mano ardía roja como un tomate. Felizmente, como todos saben, el arrayán produce el arrayanín y los que allí había se hallaban llenos del morado fruto. Cogí uno con mi izquierda y, apretándolo fuertemente, dejé que su jugo azucarado cayera sobre mi mano en combustión. ¡Santo remedio! El arrayanín, condensa en su jugo todas las temperaturas bajo cero que el arrayán haya tenido que soportar durante el invierno anterior y, como el de 1918 había sido excesivamente frío —catorce veces el termómetro había bajado de cero— el jugo del fruto pudo fácilmente volver mi mano a la normalidad.

Sin deseos de repetir semejantes experiencias llegué hasta el alfalfar entregado a otro ejercicio. Helo aquí: mientras el Tinterillo seguía su galope regular yo avanzaba el pie derecho junto con retroceder el izquierdo y, llegado a este punto, avanzaba el izquierdo retrocediendo el derecho. De este modo, cuando un pie se iba refrescando hasta el frío de un picacho, el otro iba entrando en calor hasta el grado de la tapa de un horno. Estas dos sensaciones iba registrándolas el resto de mi cuerpo sin sentir él ni una nada de temperatura.

¡Agradabilísimo! ¡Deleitoso! ¡Mejor que todo lo experimentado por mí hasta entonces! Y creo que es suficiente en cuanto a la temperatura de aquella esplendorosa mañana se refiere.

Vamos entonces a los perfumes campestres.

Se dividieron en cuatro categorías según los sitios por donde pasé:

- A) Alameda de algarrobos: olores útiles;
- B) Camino público: olores humanos;
- C) Sendero de arrayanes: olores silvestres;
- D) Potrero final: olor a alfalfa.

A) Los dos costados de la alameda de algarrobos están sembrados de productos extremadamente útiles al hombre. Además muchos potreros alimentan animales igualmente útiles. Así es que respirar en ella daba en uno como un compendio de nuestras necesidades más apremiantes, *compendio que entraba por las narices.*

El primer potrero a la derecha estaba sembrado de trigo. Olía a pan. Un pan por venir, de miga algodonosa y cáscara crujiente; un pan arquetipo. Un pan por venir; por lo tanto, todas las posibilidades de pan para el hombre.

El potrero de enfrente mostraba pasto para varias vacas holandesas. Estas vacas olían a mantequilla. Las mismas consideraciones que para el caso anterior: la mantequilla arquetipo puesto que aún no se había hecho. Este olor entraba por la ventanilla izquierda; aquél, por la derecha. Al fondo se juntaban y uno vivía entonces de un perfume de pan con mantequilla. Pero no se olvida: todo ello en la realidad primera, no involucionada aún en la materia formal; de donde: las posibilidades infinitas para una próxima existencia palpable.

Seguía una viña. Olía a tinto. Al llegar de pronto su olor se producía un choque con el otro. Mas a los cuantos pasos éste lo dominaba todo y entonces uno, ligeramente mareado, perdonaba, desde su caballo, a todos sus enemigos.

En el potrero siguiente embarrábanse cien cerdos. Cerca de la alameda, en su rancho, un hombre los iba destripando. Aquello iba a oler a arrollado e iba yo a saber todos los misterios latentes en el arquetipo de todos ellos. ¡Pero no! Al llegar al deslinde de este potrero divisé allá lejos una carretela que se alejaba y que reconocí por ser la del carnicero del pueblo vecino que a este hombre compraba todo lo comestible de sus puercos. Olía, pues, este trecho a lo inútil de los cerdos, a putrefacción, a desechos pestilentes de carnes, vísceras y excrementos. Casi una náusea, pero una náusea fácil de retener pues bastaba pensar que aquello no era en verdad pestilente sino únicamente inútil y que por el hecho de serlo nosotros lo encontrábamos pestilente. Como que algún día le encuentre utilidad y será deliciosamente aromático.

Luego un potrerillo con alcachofas que olían a insondables misterios pues ya estaban allí presentes y florecientes. El aroma es, en las mañanas esplendorosas, el aroma del destino. Cada alcachofa guardaba en potencia el suyo. Todos ellos se mezclaban y se confundían. Uno quedaba aturdido, con las narices encandiladas... ¡Insondables misterios de las alcachofas!

Por fin otro potrerillo con ovejas que olían a lanas, que olían a colchones, que olían a bostezos, a modorras y espasmos.

B) El camino público está bordeado por casas de inquilinos. Los inquilinos de estas casas echan hacia el camino público diversos perfumes humanos.

Recuerdo que el primero de tales perfumes fue de anciano con barba medio cana rabiando obstinadamente. El motivo de su rabia no logró precisarlo mi olfato. Luego me llegó un aroma de sumisión momentánea de mujer entrada en carnes, morena, de unos 40 a 45 años de edad. Pensé, pues, que una mujer, dentro de aquella entre casa y rancho, había cedido a las furias de un anciano; pero no olí más; ya el Tinterillo me tenía frente a otras puertas.

Olí frente a una de ellas un olorcillo confuso, informe, mezclado. En él había algo de arrullador y algo de violento; algo que pedía pasar del techo para arriba y elevarse; algo que miraba hacia tierra, al barro, a los ladrillos pisoteados. Pero luego todo eso se fundió en un crudo olor a semen. Pensé que pudo haber sido un idilio, un arrebató de amor terminado en coito. Tal vez. Mis apreciaciones olfativas eran aquí hartó vagas ya que la vista, como en la alameda, no les prestaba ayuda alguna.

Más allá olí mugre humana corrompiendo al jabón que la había sacado de los trapos que la mantenían. El jabón corrompiéndose hacíase mucho más fétido que la mugre mis-

ma. Ésta, para decir verdad, no era totalmente desagradable, digan lo que digan los académicos del mundo entero y los profesores de todas las universidades. Creo que esto de afirmar que la mugre huele mal es algo *a priori*, una simple convención. Creo más: creo que muy en breve, muy en breve, este asunto volverá a ser puesto sobre el tapete y entonces, nuevamente examinado y estudiado, nuestras ideas al respecto sufrirán francos cambios. Naturalmente que allí, al pasar frente a aquel rancho, lo repugnante sobrepasaba a lo agradable pero ello —puedo asegurarlo— se debía a la descomposición del jabón y además a la inodoridad de los trapos. Éstos, en un principio, olían a fábrica, a palillos, a agujas y a almidón. Luego, al ser usados, olieron a verano caluroso con gente laboriosa dentro del verano. Luego, las convenciones de los profesores universitarios, hicieron que esas gentes, por laboriosas que fuesen, se plegasen a las creencias en curso en universidades, academias y demás y que juzgasen necesario lavar dichos trapos. Y lo hicieron. Al hacerlo hubo un momento en que los trapos quedaron ya sin el olor a la mugre, un momento inodoro. Certifico que cuando un objeto deba por su constitución oler a algo y deja de tener olor, produce en nuestro sentido olfativo tal desilusión sorpresiva que ello se traduce por una sensación de fetidez inaguantable. Así es.

A tal punto es así que, metros más lejos, el Tinterillo me hacía pasar frente a otra puerta que lanzaba una bocanada de olor auténtico sin mezcla alguna. Olor tal cual de nuestra verdadera y santa mugre. Lo aspiré a pulmones llenos, tan embebido en diferenciar y gozar hasta sus últimos matices que no presté la debida atención a la calidad y estado del humano que lo desprendía. ¿Hombre, mujer, joven, anciano? No lo supe. Mas ante el vigor y salud que tal bocanada imprimía en uno se me antojó —¿romanticismo, juventud...?— que tenía que ser una muchacha castaña hecha trigueña por la acción del sol, del oxígeno y de las aves de rapiña que surcan el aire del techo de su rancho.

Todo este olor era una concentración de todos los olores de nuestros campos inmensos. Olíase su infinita desolación asoleada, sus granos trillados, sus mantecas vivientes, su dilatación lunar. Lo que concentraba tanto olor diferente, lo que le imprimía una unidad, era ese dejo humano, dejo sudoroso y consistente, almizcle y pezuña aclimatados, fundidos con las secreciones de la tierra regada y con las bestias que las comen.

Pero el Tinterillo ya estaba cerca de la última casa. Fue aquí donde ensayé su carrera. Pasé, pues, frente a su puerta como un relampago y petrificado más allá de ambos polos. Sin embargo alcancé a oler, casi instantáneamente, un perfume compacto, grueso total. Hubo en mí una punzada de voluptuosidad junto con un abandono lacio. Este perfume llevaba en su interior rayas agudas de hielo tibio y duro que hacían cerrarse las ventanillas mientras el otro, el total, las ensanchaba. Presentí el cuadro dentro de aquella casa que despedía tal mezcla: sin duda un hombre quitaba allí de su corvo gotas espesas de sangre humana, gotas voluptuosas, gotas para frotarlas a lo largo de nuestro cuerpo, gotas donde hundir la lengua, gotas con ensueños dormidos de felicidad total. Y al quitarlas así el acero del corvo chirriaba frialdad de éter y rasguñaba como amoníaco la esponja grasa de la sangre.

Pero ya estábamos en el sendero de arrayanes.

C) Olores silvestres.

Por entre los arrayanes crecen cien clases de malezas y en estas malezas viven cien clases de arácnidos e insectos. Este total de doscientas clases da un olor uniforme, tranquilo y torpe. Sólo tres malezas detonan: el pímpano, el quilehue y el haba tenca. Sólo dos bichos: el perro del diablo y la vinchuca de los pantanos.

El pímpano era allí escaso. Percibí su olor únicamente dos veces y sólo una de ellas divisé sus hojas agudas de color tabaco. Tal olor es igual al que tendría una mezcla de boldo, cedrón, tilo, manzanilla, borraja, toronjil, verbena, zarzaparrilla, hinojo, brezo y hierba del platero debidamente macerada, filtrada y calentada a 55 grados. Un olor, pues, cobijante que causa una inmediata reconciliación con la naturaleza entera. Se la ama con todos sus nobles aspectos y se considera con inquebrantable fe que son ellos mucho más fuertes y duraderos que sus aspectos viles. Al olerlos se desprecia el alcohol, el opio, la morfina, la cocaína, el hachís y la nicotina y se bendicen todos los frutos jugosos y maduros cuando caen del árbol en ese momento magnífico y santo en que abandonan a quien los sustentaba para convertirse a su vez en sustento. ¡Oh bendita y bondadosa armonía con cuanto existe! Nada hay que remediar; nada que agregar; nada que quitar. Pensé en la Luna y, con espanto, con estupefacción, recordé que en mi vida, fuera de los aromas del pímpano, muchas veces la había deseado para que me mostrase diferente luz en un mismo paisaje o para que acompañase algún idilio llorado. ¡Qué pecaminosa inversión de roles me parecía aquello ahora! Pensé en la Luna bajo el pímpano y sólo sentí, sólo supe que si hay Luna allá uno debe dormir aquí. Poco a poco el sueño me invadió y a punto estuve de caer del caballo completamente dormido. Pero de pronto consideré el Sol: ¡arriba, despierto, enérgico! ¡Oh Sol, pobre y escarnecido Sol! ¡Discúlpalos! ¡No saben lo que hacen! También te usan y te abusan para mil cosas que no son de tu incumbencia. Ahora, con el pímpano, yo sé la verdad, tu verdad: sé que cuando brillas majestuoso, sé que entonces un hombre debe despertar, caminar, comer, cantar, maldecir, defecar, fornicar. Mas no mirarte ni mirar los curiosos matices y arabescos que te places en hacer en los diferentes rincones. Eso también es violación a la santa ordenación de las cosas que esta hierba nos muestra.

El quilehue es muy diferente. Su forma de cacto con tronco liso y cilíndrico de tono pálido anaranjado y con sus hojas planas, ovaladas y duras, sembrada de lunares blancos de estrías azules, le da un aspecto ligeramente diabólico. Cosa curiosa: por más que lo aspiré repetidas veces no sentí ni un dejo de azufre por lo que puedo asegurar que el Diabolo no huele a tal. Es ésta, pues, una creencia popular sin base alguna. Huele el quilehue —y por ende el Espíritu de las Tinieblas— a un término medio entre las chinchas y el aloe sucrotino. Este olor irrita las mucosas nasales y obligan a apretarse la nariz con el pañuelo. Al hacerlo se experimenta en ella una especie de dolor sordo que al cabo de algunos instantes toma cierta semejanza con el sabor de la eyaculación sexual. Si en ese momento se retira el pañuelo y se aspira con fuerza el aroma del quilehue se desatan ciento de violetas pasiones contranaturales que un momento antes ni siquiera se sospechaban. Naturalmente que callaré las que a mí me asaltaron aunque guardo para mis adentros la perfecta convicción de que cualquiera de mis semejantes que hiciera la misma experiencia que yo quedaría asombrado ante el nidal de endemoniados instintos que duermen en su interior. ¡Cuán lejos quedan el Sol fructificador y la Luna adormecedora! Ahora sé que el uno sólo tiene como misión cultivar las fiebres y acelerar las putrefacciones; la otra, conectarnos con los fantasmas y las larvas y ayudarnos a violar, en evocaciones negras, lo que se tilda de sagrado y venerable. Aquellos que con estas afirmaciones duden o se escandalicen no tienen más que oler el quilehue y después hablaremos.

El haba tenca huele a distancias interplanetarias.

Las ventanillas se dilatan en tal forma que todos se precipitan por ellas precedidas del haba tenca. Luego se precipita el paisaje entero. Luego cabe el mundo. Luego, los plane-

us. Quedé desconcertado, aturdido ante este derrame que me inundaba las narices. Mas cuando el último planeta penetró renació mi calma y entonces pude oler su verdadero olor: el haba tenca huele a distancias interplanetarias, es decir, huele a sal. Todo el espacio, apenas se aleja uno de sus núcleos flotantes, huele a sal. Después de aspirar la primera bocanada de tal aroma me propuse, a riesgo de chamuscarme, detener mi cabalgadura para gozar un rato mayor de tal grandeza. Allá, a unos ciento cincuenta metros, divisé las hojas lacias y dentadas, teñidas de diversos verdes. Casi inmediatamente un friecillo me inundó: sin darme cuenta había apresurado el galope del Tinterillo. Llegamos. Nos detuvimos. Una llamarada de infierno nos quemó. Mas yo, tolerando cuanto podía, aspiré. Vino la primera cascada con nuestro primer mundo planetario. A pesar de conocerlo volví a sentir el mismo estupor. Hasta que, pasadas y hundidas las últimas distracciones ocasionadas por los aromas propios de Plutón, me hallé aspirando la pura sal de más allá sin alcanzar a sentir aún las emanaciones del Alfa del Centauro. ¡Sal! Apenas logré gustarla un infimo instante. Su olor fue bruscamente revuelto, mezclado, mancillado, deshecho. Abismado ante tal fenómeno, que no pude atribuir a la presencia, de un sol maloliente, me acerqué a las hojas del haba tenca. ¡Negra suerte mía! Un perro del diablo acababa de saltar sobre ellas y hedía abominablemente.

Yo había visto varios de estos bichos en colecciones de insectos. Ya muertos no tienen olor alguno. Son extremadamente hermosos, de una hermosura singular pues, al contemplarlos, uno se está diciendo: "¡qué maravilla!" y: "¡qué horror!". Mide de seis a ocho centímetros de largo del extremo de la cabeza al extremo del abdomen, es decir, sin contar sus patas delanteras. Éstas le nacen del cuello y miden tanto como el resto del bicho. Son gruesas, liláceas, llenas de agudas puntas y tienen, al final, fortísimas pinzas granates. Son, pues, más propiamente manos que patas. El bicho las lleva siempre levantadas moviéndolas con pasmosa velocidad. En el cortísimo espacio que lo contemplé se rascó una vez con la derecha tras la nuca y tres veces bajo el tórax; con la izquierda, una vez el abdomen y una vez cada una de sus verdaderas patas. Además se alisó con ambas las antenas y las alas y, por último, con la izquierda cogió un mosquito y lo reventó y, con la derecha, un abejorro que por allí pasaba y que luego lanzó a no menos de diez metros. Su cabécita es ovalada, con dos ojillos vivarachos cual ningunos. Parpadean, guiñan, se adormecen, fulguran. Su cuello es altivo; su tórax, pequeño; su cintura, fina; su abdomen, robusto y alargado; sus alas transparentes con nervios finísimos de un verde acuoso; su cuerpo es de un verde terroso; las patas son escarlatas. No he podido impedirme esta descripción pues, a pesar de la hediondez y del calor, estuve, durante el instante que lo miré, subyugado por su extrañeza. No dejaba de pensar qué huésped poco grato sería para nuestras sábanas, ni de imaginar qué espanto sería si fuese del tamaño de un ternero. Pero, ya digo, aquello hedía abominablemente. Era un hedor a una putrefacción viva, a putrefacción llena de salud, a putrefacción no acompañando a la muerte sino ama y señora de la vida, reina y dominadora de todo lo existente. Clavé espuelas despidiéndome para siempre de los infinitos ámbitos de sal y de aquella posibilidad de enseñoramiento del olor a muerte en todo lo que bulle, piensa y vive.

Las vinchucas de los pantanos son muy diferentes. Son grandes (5 a 6 centímetros de largo por unos 3 de ancho), planas, chatas, pesadas, duras. Duermen permanentemente embarradas en los pantanos y tembladeras que yacen por entre las raíces de los arrayanes. Su presencia se advierte únicamente por sus trompas que salen erectas por encima de los barriales. Cuando los entomólogos las divisan excavan con sus cuchillos todo el rededor y

pronto sacan algo más bien encarnado que estira y remueve seis patas cortas en forma de espátulas. Como he dicho, duermen permanentemente salvo una noche por mes al estar la Luna en cuarto menguante. En ese momento sienten hambre. Con sus espátulas se desentierran y, agitando sus alas córneas, salen por los aires zumbando como pequeños aviones. Buscan de especial al hombre mas, a falta de éste, atacan a cualquier animal. Con velocidad insospechada para bestezuelas al parecer tan cachazudas, se lanzan sobre el cuello de su víctima, se cogen de él con sus seis espátulas y, enterrando la trompa en la carótida, chupan cuanta sangre pueden. Entonces la base del abdomen, que venía aplanaada contra la parte inferior de la espalda, empieza a inflarse tal cual un globito soplado por un niño. Se hincha, se hace trasparente y al fin es tal su volumen y su peso que las seis patas no logran sujetarse y el bicho cae casi inerte con un sonido opaco y seco.

Se preguntará cómo es posible que un hombre atacado en esta forma no tome cien precauciones al oír el zumbido del insecto o, por lo menos no se dé una palmada en la carótida apenas sienta su contacto y lo deshaga. Más aún: cómo es posible, si ya ha sido picado, que después, cuando el bicho ha caído casi inerte, no lo reviente de un pisotón. Aunque increíble es así y no hay memoria en esta tierra, como en ninguna otra habitada por la vinchuca de los pantanos, de que jamás hombre alguno haya matado una de ellas en el momento de sufrir su ataque. La razón de hecho tan extraño es la siguiente:

Desde que la vinchuca de los pantanos se encuentra a unos quince metros del hombre produce sobre él cierto efecto de adormecimiento que se traduce por una marcada indiferencia. Es también de quince metros la distancia a que empieza a percibirse el zumbido del insecto; parece, pues, que la tesitura de este zumbido es la causante de tan extraño efecto.

He llamado a esto "sentimiento de indiferencia". Ello no es completo, pues podría decir también "sentimiento de desgano o de pesimismo y aún de rebelión. No lo sé a punto fijo así es que trataré de describir someramente sus diversas facies:

Desde que el hombre siente la presencia del enemigo se dice para sus adentros más o menos lo siguiente:

—¿Una vinchuca de los pantanos? Está lejos aún. Tontería tomar desde ahora precauciones. Ya habrá tiempo para ello. Como que se me pegue a la carótida... ¡pobrecita! Bien; íbamos pensando en...

Y sigue el buen hombre con el tema que le ocupaba. El bicho llega y se coge al cuello con sus seis patas. El hombre piensa:

—Una vinchuca de los pantanos... Debería matársela al picar en la carótida. Apenas pique la mataré. Pero ahora... Ahora... levantar la mano, golpearse, interrumpir todo pensamiento, aplazar sus conclusiones porque está allí sujeta con sus patitas... ¡Y mis pensamientos son tan grandes, tan grandes!

Y sigue el buen hombre con el tema que le ocupaba. El bicho perfora la carótida con su trompa y chupa. El hombre piensa:

—Una vinchuca de los pantanos... Chupa un poco de sangre. Y esta noche es hermosa, es dilatada. ¡Hermosa esta noche mientras el mundo entero se halla clavado de crímenes espantosos, de crueldades al revés, mientras por todas partes se alzan esperanzas ilimitadas...! ¡Pobre vinchuca de los pantanos! ¡No es culpa suya nuestra mala, tan mala suerte!

Y vuelve el buen hombre al tema que le ocupaba. El bicho se hincha. Ya es, bajo su caparazón, una cereza de sangre. El hombre sigue diciéndose:

—¡Eh! ¡Mañana será otro día! La prueba es que la Luna ronca con dulzura. Estos cami-

pos y las maldades... La culpa ha sido mía al ocuparme de ellas, de esas maldades inexistentes, por haberme olvidado de la Luna con sus campos. ¿Matarla? Si todo está mal... ¿suprimir una vinchuca de los pantanos? ¡Vaya un remedio! Todo no puede estar mal. Como que estuviese, yo hombre lo sabría y habría dado el golpazo.

Y el buen hombre trata de volver al tema que le ocupaba. El bicho ya no puede más. Sus seis patitas son impotentes para sostener una casi ciruela amoratada que le cuelga. Se desprende. Rebota sobre el hombro de su víctima. Caen. Da contra el suelo un sonido opaco y seco. El buen hombre se vuelve, la mira y piensa:

-Una vinchuca de los pantanos... Si fuera verdad tanto mal ya el mundo entero habría estallado. ¡Y no! Prueba: nada estalla a mi lado. Todo sigue en paz. Reventarte de un pisotón sería confirmar el temor al mal que pudieras hacerme. ¡Quédate allí! No seré yo el que vaya a corregir con tan pequeña cosa cuanto existe. ¡Eh! ¡Mañana es otro día!

Y el buen hombre sigue su camino, olvidado, totalmente olvidado del tema que le ocupaba, conservando apenas una noción nebulosa de que hubo un momento en que un tema lo ocupó. La vinchuca de los pantanos se revuelca pesada y tiene pesadillas completamente estúpidas. Mas apenas cae la primera gota de claridad puede agitar sus alas córneas, elevarse un poco y volar a sus ciénagas muy lentamente, con un ruido de viejo obeso que dormita y eructa. El hombre sigue toda su vida, hasta su último minuto, dudando entre la maldad y la bondad pero convencido a medias de que no es a él a quien corresponde dirimir la cuestión. Al verlo las viejas lo muestran con la uña del índice y murmuran:

-¡Cuidado con ése! De seguro que una vinchuca de los pantanos lo ha picado.

Pero volvamos a mi asunto y pásese sobre este paréntesis.

El insecto vuelve a enterrarse enteramente salvo la trompa que le sirve para respirar. Su respiración se ejecuta en dos tiempos diferentes: una aspiración extremadamente lenta; una exhalación muy rápida. En la primera emplea todos los días y todas las noches que van de uno a otro cuarto menguante menos veinticuatro horas. Estas son las empleadas para expeler el aire quedamente aspirado. Ahora bien, mientras el bicho aspira no huele. Es entonces cuando los entomólogos recurren a sus ojos y a sus cuchillas. Mas cuando el bicho expele huele ampliamente, lleva su olor a la altura suficiente como para ponerlo al lado de todos los que he mencionado hasta ahora. Deduzco de esto, por lo tanto, que aquella mañana del 21 de febrero de 1919 precedía a un cuarto menguante de la Luna. Aquella mañana las vinchucas de los pantanos olían.

Su olor es sordo, lento, aplastante. Se asemeja mucho al martirio que los indios fueguinos aplicaban a sus enemigos en el siglo XIV: les colocaban alrededor del cráneo un círculo de hierro que luego con un tornillo iba apretando con toda lentitud. Es un olor de desesperanza y angustia. Es un olor totalmente hueco. Da en un comienzo una sensación de asco pero luego uno piensa que no vale la pena tener ninguna especie de asco. ¿Para qué? Hay sobre todo una imposibilidad de cimentar ese asco, de retenerlo, pues apenas despunta se diluye en el hueco del olor. Así diluido uno percibe, allá muy lejos, en un sitio plano como una plataforma, un dejo constante de sangre añeja. Es en vano querer precisar si está él en nuestras narices, en la vinchuca de los pantanos o en la atmósfera misma. La razón impone creer que tal olor nace del bicho y llega a nuestras narices mas el sentimiento total de nuestra alma nos desmiente asegurándonos que no sólo se halla en la atmósfera toda sino que toda atmósfera no es ni puede ser más que ese sabor desleído e inconducente que hace maldecir con la más perfecta serenidad. En todo caso yo, cuando las emanaciones del insecto me llenaron, pensé que no hay aún ni nunca ha habido ni

habrá jamás razón alguna que justifique que Colón haya surcado los mares para descubrir continentes tan demasiado vastos.

Mas el Tinterillo galopaba y, con su galope, terminaba el sendero de los arrayanes. Bajar una tranquera; respirar el sol. Frente a mí, el alfalfar grande y violáceo. ¡Galopar!

D) Olor a alfalfa.

Creo que todo el mundo conoce el olor a alfalfa, al menos en este país de Chile. Olor sano y optimista; olor suave, ponderado. Olor que deja a nuestra mente la libertad para pensar y juzgar como se quiera esta vida y las demás pero que dulcemente la inclina a considerar que todas ellas guardan al final una justificación de bondad.

Para mí el olor a alfalfa tiene un significado más: me induce a coger su flor, llevarla a la boca y mascarla; me induce, una vez mascada, a tocar su jugo con el extremo de la lengua y, una vez tocado, a entregarme a la reconstrucción de los más gratos momentos de mi vida. Aquella mañana lo hice así. Arranqué un puñado de sus flores y, manteniéndolo bien apretado en la mano, dejé al caballo cruzar el potrero deleitándome con el intenso placer de remembranza que pronto iría a terminar.

Llenos los dedos de flores llegué a la falda de los cerros del Espliego. Dos macizos, como lomos de ballena, caían a ambos lados. Al frente alzábanse hasta el azul sus cumbres suaves. Detuve al Tinterillo y sentí.

Ni un olor; nada más que aire, aire y aire. Con algo de cerros, tal vez. Pero sobre todo, aire. Ni una singularidad en la temperatura, ni una sola, aunque me mantuviese inmóvil o me agitase o corriese, ¡nada! Tibia mañana estival plantada en nuestros inmensos campos. Paz.

Masqué la flor de alfalfa. Destiló su jugo. La lengua, como una culebra aguda, con su lengua picó. Pude, entonces, evocar mi dicha pasada.

¡A ella!

Dos años antes de aquella mañana, en la vecina ciudad de San Agustín de Tango, dejé de existir un grande y viejo amigo mío, el chino Yu. Era un hombre alegre y tranquilo que tenía un baratillo de cachibaches al lado del río Santa Bárbara. Cuando mis quehaceres o mis deberes me hacían ir a dicha ciudad me imponía la obligación de pasar a verlo siquiera un instante y, de este modo, charlábamos amigablemente unos minutos. Este buen chino era poseedor de un misterioso secreto que le había sido revelado pocos años antes de la guerra mundial por una tribu nómada del desierto de Gobi. El chino Yu había, pues, aprendido a fabricar el purpiyugo.

El bastoncito de purpiyugo es—diré mejor, era—cilíndrico, de tres centímetros de largo por siete milímetros de diámetro. Su color, de almendra ahumada. Jamás el buen amigo quiso referirme cómo se fabricaba ni las proporciones en que deberían entrar los diferentes elementos que lo componían. Sólo una vez se atrevió a comunicarme cuáles eran tales elementos pero cómo manipularlos, cómo proporcionarlos, no lo confesó jamás. Así es que su secreto se fue con él a la tumba y así es también cómo aquella mañana hacía ya dos años que esa dicha no existía para mí ni había esperanzas de que volviera a existir.

Según el chino Yu, el purpiyugo se componía de:

Lúpulo cordillerano

Escamas de brema

Tuétano de huesos

Haba tenca

Hígado de alcaraván

Raíz de ravenola
Miel de gomeró azul.

Era, pues, una especie de mezcla del candiyugo y del maltiyugo sólo que, en vez de ser líquido como éstos, era sólido y se chupaba. Me dijo, además, que él no gustaba compartir estas delicias; salvo don Torcuato Melipenco y ahora yo, nadie las conocía.

Cuando tuvo ese momento de expansión me apresuré a anotar los componentes pensando que acaso que otro día se le ocurriría completar los detalles de la receta. Pero una tarde vino la muerte y se acabó la historia. En fin...

La manera de administrarlo era muy sencilla: un sitio solitario y una posición cómoda. Se cogía entonces el bastoncillo con los incisivos de modo que su mayor longitud quedase hacia el interior de la boca. Hecho esto se le palpaba con el extremo de la lengua con un movimiento giratorio muy lento. La dicha suprema empezaba y ella duraba tanto como duraba el deshacerse el purpiyugo, o sea cuatro minutos.

No sabría definir exactamente en qué consistía esta felicidad sin igual. Tal vez en lo siguiente: todos los sentidos se dormían a excepción del gusto que venía a radicarse en la superficie de la lengua. Ahora bien, junto con el sueño total de los sentidos se elevaba la sensibilidad de la lengua a un grado inimaginable para todos los hombres que no hayan probado tal substancia. Esta sensibilidad adquiría pronto una singularidad curiosísima pues era como ver por la lengua, oír por la lengua, oler y palpar por ella y además, y por cierto, gustar. Así se formaba en el cerebro una imagen del mundo totalmente diferente a la que dan los sentidos en su normalidad. La lengua sigue mostrando —a manera de ojos, oídos, narices, dedos y lengua misma— una como contraparte de lo mostrado por tales órganos; sigue, mientras se deshacen todos los componentes del purpiyugo a excepción de la raíz de ravenola. Mas en los últimos cinco segundos del cuarto minuto la lengua ha punzado este componente: la raíz de ravenola se diluye y, junto con diluirse, se funden las cinco nuevas percepciones en una, en nada más que una, cesa su diferencia, créase el sentido único que es ver, oír, oler, palpar y gustar simultáneamente por un solo órgano. Entonces se sabe la realidad y la causa primera que la originó.

Pero la raíz de ravenola se ha terminado a su vez. La lengua se detiene y vuelve a ser lengua. Se abren los ojos, suenan los oídos, huele la nariz, palpan los dedos. La realidad se divide en cinco y uno vuelve a no entender nada y a formularse un rabioso, un desesperante, un aniquilante: "¿para qué?".

Pero queda en el fondo el recuerdo de haber sabido lo que es y para qué es. Entonces se mira con mayor tranquilidad a las gentes y sus afanes, a los astros y sus órbitas, a Dios y sus ocurrencias. Y se bendice la buena idea que tuvo una vez el chino Yu de internarse por el desierto de Gobi y la mejor aún que tuvieron los indios de aquella tribu nómada al revelarles al pobre y generoso amigo los secretos de la fabricación del purpiyugo.

Pero todo eso es pasado, remoto pasado.

Aquella mañana, como tantas otras veces en el curso de los dos años que siguieron a la muerte del buen chino, me limité a lo único que podía hacer: palpar el jugo de mis flores. Con esto revivía el momento final del bastoncito. Al revivir resonaba en mí un eco lejano del diluimiento de las siete substancias y, sobre todo, de la raíz de ravenola. Un eco lejano, muy lejano... Pero, de todos modos, era una franca dicha poder acercarse a momentos tan magníficos.

Así fue como aquella mañana, en la falda de los cerros del Espliego, pude evocar mi felicidad perdida.

Un momento después me ponía a explorar con la vista los anchos cerros. Por ellos culebreaban y se perdían en sus gargantas tres quebradas. La que más tentaba para explorar era la que había frente a mí por hallarse cubierta por grandes árboles. Pero no sé qué raciocinio tonto me hizo llegar a la conclusión de que si esta quebrada tenía grandes árboles a su entrada debería tenerlos pequeñitos y raquíuticos al final. De allí deduje que la que presentara los más endebles en un comienzo debería adornarse al fondo con los más gigantescos y frondosos. Cosa absurda que en nada lógico puede asentarse, lo conven-go; pero lo pensé y lo creí. Por lo tanto, sin titubear ni un segundo, me dirigí a la quebrada que aparecía a mi izquierda y por ella me interné.

Largo rato avancé al paso dificultoso de mi cabalgadura que tenía que evitar constantemente las piedras y matorrales y buscar un sendero cualquiera. Mis deducciones resultaron totalmente erradas: los árboles allí no iban creciendo; los había grandes de cuando en cuando pero la mayoría de ellos era como todos los árboles comunes. Total que, después de una hora de marcha, me sentí defraudado. Me detuve entonces, me desmonté, dejé al Tinterillo pastar tranquilamente y me eché por tierra a fumar.

Luego me interné a pie un poco más. Matorrales, algunos arbustos, un hilo de agua por entre los guijarros y nada más.

Reinaba una paz de cielo. A recalcarla venía, de tiempo en tiempo, un buitre cordillerano que pasaba allá arriba con sus alas extendidas e inmóviles. Luego, tras un picacho, se perdía y volvía la soledad asentada sobre el silencio sordo de los cerros. Entonces, por breves instantes, este silencio se quebraba: oculta entre los matorrales cantaba una pájara pinta. ¡Qué hermoso es el canto de la pájara pinta! Es un fuego de artificio, es esa llama culebra que se estira en el cielo oscuro, que detiene su extremo, que retumba como un cañón y que luego se desparrama en mil lengüetas de fuego y en mil chispas silbando como silban las amapolas y los crisantemos. Así canta la pájara pinta. Mientras canta vuelve a pasar en el vértigo de la altura, tranquilo, lento, en silencio negro, otro buitre cordillerano. ¡Qué mañana de verdad esplendorosa!

Seguí avanzando.

Con gran gusto, en la luz tibia de la quebrada, vi de pronto un grupo de árboles cuyas copas alumbraba el Sol seguramente por algún callejón de la montaña. Llegué a ellos. Con mayor gusto aún pude verificar que me ocultaban nueva sorpresa, pues apenas me hallé bajo sus hojas divisé, a unos cien metros, una enorme roca. Siempre me han gustado locamente las rocas sobre todo las que se levantan solas en los cerros entre mil hierbas y arbustos retorcidos. A largos pasos me dirigí hacia ella con la intención de contornearla y sorprender, entre sus grietas, algún asiento cómodo que me sirviera luego como sitio habitual para mis próximas lecturas. ¡Es tan dulce leer así! En toda la naturaleza las rocas son las únicas que rivalizan con las industrias de los hombres en materia de comodidad, para un asiento, se entiende. Luego, entre línea y línea, mirar los inmensos buitres cordilleranos, oír el canto de cristal de alguna oculta pájara pinta. Empecé, pues, a contornear la roca girando sobre mi izquierda, es decir, en el sentido contrario al de las agujas de un reloj. No sé para qué doy este detalle, vino solo a mi pluma. Pero apenas había andado un cuarto de círculo pude darme cuenta que la roca, como el grupo de árboles, estaba allí para ocultarme y revelarme después una nueva sorpresa. Mas así como la primera fue de encanto, ésta fue de curiosidad. Pues he aquí lo que se presentó ante mi vista:

A algo más de cien metros, frente a mí y en dirección tal que formaría con la de toda la quebrada un ángulo recto, se abría a ras de suelo un socavón perfectamente circular,

de unos dos o tres metros de diámetro. A la distancia que me hallaba lo veía negro. Esto contribuyó a espolear mi curiosidad así es que corrí hacia el umbral de aquella inesperada cueva. Llegué él, me detuve, me senté en una piedra y miré hacia el interior.

Esta cueva o galería o socavón tenía las siguientes particularidades: un diámetro a la entrada era exactamente de 2 metros 70 centímetros por lo que puede verse que mi primer cálculo fue bastante acertado. Internábase recto pero disminuyendo progresivamente de diámetro de modo que venía a formar como un embudo horizontal. El largo de este embudo era de 11 metros, al final de los cuales el diámetro era de 50 centímetros. En este punto abríase una especie de nicho cuyo tamaño, naturalmente de 50 centímetros de alto a bajo y de lado a lado, era de 39 de profundidad. Esto, cuanto a las dimensiones. Cuanto a la naturaleza de este socavón-embudo diré que era todo de tierra extremadamente gredosa y que se hallaba bastante húmeda. Su color, un rojo ladrillo ligeramente gris. Su calidad, más bien lisa que rugosa.

Pues bien, sentado sobre la piedra del umbral miré hacia el interior y fijé mis ojos sobre el objeto que había dentro de él. Todo lo demás —dimensiones, forma, color, etc.— lo registré de modo instantáneo y automático sin que para ello haya mediado ni un décimo de segundo. Puedo, por lo tanto, decir, sin faltar a la verdad, que junto con llegar al umbral no miré otra cosa más que el objeto en cuestión dentro del nicho.

Este objeto era un gato, un simple y vulgar gato blanco con algunas manchas amarillentas. Se hallaba sentado de perfil pero con la cabeza vuelta hacia la entrada del embudo, es decir, hacia mí. Sobre su cabeza, entre ambas orejas, tenía una pulga, una diminuta pulga en nada diferente a las miles de pulgas que todos hemos visto y hemos tenido que sufrir. Eso era todo. Poca cosa, por cierto. Pero como tantas veces las cosas simples son complicadas fijemos nuevamente, para bien inculcar el cuadro, los tres puntos principales dentro del embudo: yo, el gato, la pulga.

Como el diámetro del círculo de entrada al embudo era de 2 metros 70 y el círculo final, al fondo, de 50 centímetros, el punto inferior de este último —donde estaba el gato— hallábase a 1 metro 10 sobre el mismo punto del primero, es decir, sobre el punto donde yo me hallaba. El gato, por otro lado, desde su asiento, o sea a 1 metro 10 de altura, hasta sus ojos —que he de decirlo pronto por temor a olvidarlo, eran ojos de un verde brillante— medía 28 centímetros los que, sumados a la primera altura, dan un total de 1 metro 38 de elevación respecto al umbral de entrada, o sea, a la base de mi asiento. Esto, cuanto se refiere al fondo de la cueva, digamos a "los dominios del gato", para elevar nuestro estilo. Cuanto se refiere a la entrada, a "mis dominios", diré que la piedra que me servía de asiento medía 72 centímetros y que yo, sentado cómodamente, algo echado hacia adelante, mido, desde el asiento hasta los ojos, 66 centímetros. Sea: $72 + 66 = 1,38$. Es decir que nuestros ojos se hallaban exactamente a igual altura, lo que viene a ser que, para mirarnos mutuamente, teníamos que lanzar un rayo visual paralelo al nivel de las aguas, y un rayo así se me antoja, se me ha antojado y siempre se me antojará que, si no es más corto ni más recto que otro cualquiera y aunque sea más curvo que la recta ideal, etc., etc., para mi antojo es y sigue siendo más fijo, más punzante, más fuerte, mil veces más fuerte, por eso mismo que sigue paralelo a ella a pesar y más allá de sus montículos y más allá de sus depresiones, paralelo a esta Tierra que es en donde estamos y pensamos, dígame lo que se diga y piénsese lo que se piense.

Respecto a nuestros otros sentidos nada tengo que decir. Ni el oído, ni el tacto, ni el olfato, ni el gusto jugaron rol alguno, al menos rol de alguna importancia, en nuestras vidas

desde entonces para adelante. Si continuaban intactos y viviendo, sus actividades se redujeron a la más mínima expresión. Cuanto al resto de nuestros organismos pasó a llevar una vida totalmente vegetativa. De modo que nuestras existencias tenían como vehículo de expresión el sentido de la vista y el rayo aquel de ojo a ojo.

¡Ah! ¡Pero aquí viene el rol de la pulga! Haciendo entrar a dicha pulga en nuestro sistema iremos formando una figura organizada que puede tener una relación con el resto de lo creado, con la otra y total *figura*.

Se recordará que dije que la pulga se encontraba en el vértice de la cabeza del gato, es decir, algo más arriba de los ojos del mismo y al final de mi rayo visual. Era cuestión ahora de formar la figura cerrándola. Tracé la tercera línea que partió de la pulga y vino hacia mí. Se formó, entonces, un agudísimo triángulo. La naturaleza entera se detuvo estupefacta durante un milésimo de segundo. Luego, ya bien clavado los tres puntos en mí, en él y en ella, y ya pudiendo decir en él, en ella y en mí; como también en ella, en mí y en él; ya entonces pudo la vida, no sólo llegar, no sólo pasar, sino que circular, circular así: yo, él, ella; él, ella, yo; ella, yo, él..., circular, circular siempre, circular definitivamente, al lado, al espejo de la otra, en pequeño, muy pequeño, mas en condensación apretada, comprimida y retenida, circular allí por el largo y agudísimo triángulo ya por fin establecido y fijo dentro del embudo que pasó a ser su estuche protector.

Mediodía, mediodía en punto.

Estaba terminada nuestra obra, establecida y fijada. Y los tres nos establecimos y fijamos.

Una gratísima sensación de reposo me inundó, una sensación de estabilidad. No sé si todos los seres la hayan sentido. En todo caso puedo asegurar, en lo que a mí respecta, que hasta ese instante la noción de estabilidad, sin saberlo yo mismo, me había sido una noción abstracta, puramente intelectual, que jamás había penetrado mi organismo fibra por fibra como sucedió entonces. De noción pasó a ser sensación física y esta sensación no sólo ocupaba mi cuerpo sino que se le prolongaba por las vibraciones del triángulo y abarcaba, envolvía a mis dos compañeros silenciosos.

No había duda que al juntarnos así los tres habíamos formado una figura, una imagen estable, mejor dicho, habíamos realizado un equilibrio, un perfecto equilibrio entre fuerzas aisladas y sueltas tres fuerzas diferentes que, hasta ese momento, habían estado trotando desorientadas y a locas por el mundo, tres fuerzas incoherentes en el caos de la vida que, por su misma incoherencia, por su mismo desequilibrio, al hallarse errantes, contribuían de más en más a intensificar ese caos. Tres fuerzas desesperadas en su rodar y rodar inútil, agriadas en su no empleo, rabiosas en su correr obligado, temerosas de reflejar su infortunio a las demás fuerzas ya existentes, ya agarradas en un equilibrio que podría al fin romperse sobre todo si, libres y caprichosas, ellas, el viento o el hastío las empujasen en contra de él, golpeándolo.

Tres fuerzas así, así, largas, larguísimas, en el espacio tan largas que ya, habiéndolo surcado todo, habían perdido sus formas iniciales de serpientes largas que se estiran y ya, sin formas, tenían la forma de *ser* y nada más, y en el tiempo tan remotas que no podían tener como origen más que tres míseros, infinitamente míseros, gestos descuidados del Todopoderoso, Omnipresente y Omnisapiente cuando vino a su voluntad crear un mundo de exactos equilibrios.

Pero hasta aquella mañana las tres, por aquí, por allí, por acá, no habían logrado más que resbalar sin penetrar por el cosmos; resbalar la una hasta incorporarse en su resbalar

frenético al dulce gato que roncaba junto a un brasero; la otra, a la pulga que saltó de los maderos carcomidos a la cabeza del gato; la tercera, a mí, ¡sí, señores!, a mí que vivía en tan grata paz, fumando, soñando, hojeando viejos libros; a mí que era toda buena y reposada vida, a mí que esa mañana fatal se me ocurrió, sin saber por qué, hacer ensillar el Tinterillo y salir al galope por alamedas, caminos y senderos rumbo a los cerros del Espliego.

Se me dirá que cuanto he escrito proviene de una enorme exageración mía pues aun admitiendo que tres fuerzas dispersas hubiesen logrado manifestarse en el embudo a través de nosotros tres, no habría medios de producir hecho alguno dada la insignificancia de sus expresiones en aquel instante: un gato, una pulga y yo. Se me dirá que, aun admitiendo la formación allí dentro de un perfecto equilibrio; aun admitiendo que allí dentro pasase a ser un contrapeso colocado al espejo del gran equilibrio en que viven y ruedan los astros; aun admitiendo más, es decir, que mudos y quietos nosotros tres allí fuésemos como un microcosmos al lado del vasto, del vastísimo macrocosmos; y aun admitiendo que la ruptura de un equilibrio tiene que producir trastornos de consecuencias nefastas; se me argüirá siempre que, en el caso mío, podría todo hacerse y deshacerse cientos de veces sin que ni una hoja de un arbusto vecino, sin que ni un grano de arcilla del embudo, sufriese ni un pequeño movimiento. La descarga de fuerzas, al romperse el equilibrio sería tan minúscula como minúsculo es en el mundo todo gato que representa entre nosotros tres el justo promedio: es más que la pulga y menos que yo. Por lo tanto, ¿qué temer? ¿Para qué mantener tal estatismo allí en una quebrada perdida en esos cerros solitarios?

Pues bien, argumentar en tal forma es argumentar haciendo lujo de una inconcebible superficialidad. Escuchadme bien:

Tres gatos, se ven tres gatos y se piensa y se piensa en la fuerza física de los tres. Por cierto, insignificante. Tres elefantes, tres mastodontes, insignificantes también. Ahora, tres gatos... ¡Ni qué decirlo! Pero se olvida una cosa esencial: que aquí no hay que considerarlos en su calidad de tales sino en su calidad de fuerzas constitutivas, en su calidad de ¡elementos! De ahí que haya hablado de tres gatos aunque de verdad haya uno solo y los otros dos estén representados por la pulga y por mí: de ahí que haya trazado la figura, el finísimo triángulo para pasar a ser, de aislados que éramos, un todo y cada cual un elemento en ese todo. Que hayamos pasado a ser, de libres y vivientes como seres, de errantes e inocuados como fuerzas, tres elementos estables de una nueva forma que como tal había inexistido hasta aquel momento de las 12 del día del 21 de febrero de 1919.

Desde aquel momento había algo más en el universo, una formación más, un reflejo, un espejo. Era un nuevo total idénticamente equilibrado como el gran total. Pequeñito, ínfimo, raquítrico, miserable... ¡todo lo que se quiera! Pero era un total. Era nuevamente, era dos veces lo que hasta entonces no había sido más que una. Era el total caído sobre el total y viviendo desde entonces, no de la vida del otro, sino con vida igual al otro. Porque no se olvida que lanzada la primera línea —de mí al gato— nada ocurrió allí ni en ninguna parte porque la línea fue la unidad inexpresada e inexpresable. Mas cuando se lanzó la segunda —del gato a la pulga— ya hubo dos y la vida se manifestó. Pero no se olvide tampoco que, al no existir más que estas dos, quedó en cada extremo —de la pulga para allá, de mí para acá— una como boca, como arteria cortada que derramaba. Por lo tanto, durante ese momento, es decir, antes que se lanzara la tercera, la vida, por mucho que se manifestase, lo que hizo fue *circular*. O sea que, al circular, era *aún* la vida del total vitalizada pero parte

de él. Todavía no había habido la individualización, la separación, el espejo reproductor, el nuevo total junto al total, el nuevo cosmos junto al cosmos.

La tercera línea se trazó. Recuérdese: vino de la pulga a mí. Nos desprendimos, aparte, fuera, espejo, pero solos, con nuestro mundo, nuestro principio, nuestra espera de nuestro fin.

¡Las doce! El universo entero se detuvo por un mínimo instante. Luego siguió rodando. Y nosotros, a la par, rodamos también.

Allá, las órbitas y las miserias.

Aquí, ¡silencio! Yo, él, ella... Ella, yo, él... Él, ella, yo...

Acaso hasta el tiempo infinito.

¡Las doce!

Tuve una noción nítida de esa súbita e instantánea detención. Luego vino aquella gratísima sensación de reposo. Pero entre ambas, entre esa noción y esta sensación; fueron muy otros los sentimientos que me llenaron. Entre ambas tuve primero un sentimiento de estupor, de solemnidad, de adiós. Luego me pinchó un arrepentimiento repentino. Luego, un sentimiento de pavor tan intenso como rápida fue su duración. Sólo entonces, cuando la detención del mundo hubo cesado y volvió a marchar y cuando a su vez el embudo con mis dos compañeros marchó, sólo entonces fue inundado por aquella sensación de reposo de que he hablado.

Vamos, pues, ordenadamente.

Un sentimiento de estupor; algo solemne, el adiós. Porque súbitamente mi significado como hombre terminaba; mi signo cambiaba, mi signo hombre se iba, mi signo era otro al pasar a ser elemento. Pasaba a ser fijado con el signo elemento. El hombre, en el sentido del ser que cumple su vida aquí, cesaba en mí. A todos los hombres hoy poblando el mundo, a todos cuantos lo poblaron, a todos los que se incuban para poblarlo después, a todos los vi alejarse, los vi haciéndome un quite en el espacio para seguir a suelazos con el polvo y con el barro y yo me vi aspirado por otra conformación y otro destino.

Cuando antes paseaba por las calles en medio de la muchedumbre pensaba de pronto en algo como una gigantesca grúa cuyo eje se hallase a distancia inimaginable, cuyo brazo se inclinase hasta mí. Luego me veía cogido por una de sus poleas y elevado vertiginosamente por los aires. Me venía la certeza de que mi propio movimiento dejaría muy pronto de sentirlo para ser transferido al planeta de que me arrancaban. Vería, pues, a la Tierra desprenderse y caer a mis pies, dibujar a su alrededor un inmenso círculo, luego redondearse y, como una gran esfera primero, como una bolita después, disminuirse hasta un punto que ahora inmóvil se clavaría en un sitio del espacio mandándome en una chispa parpadeante los sanos, los cálidos soles de que en ella gozaba al pasear por sus calles distraído. Entonces al pensar así, junto con la solemnidad de sentimiento al haberme desprendido de mis suelos y de mi atmósfera, se me filtraba una angustia desesperada, un arrepentimiento agudo, una falta imperdonable: ¡todos los asuntos, todas las cosas que dejaba pendientes! Todo lo que no terminé, todo lo que quedó abierto, sin cicatrizar, como una herida chorreando sangre... Cada asunto, cada asuntillo que hubiese quedado sin redondearle su objetivo propio sabía que me aparecería como punto de descomposición, como una úlcera que a más de algunos molestaría, mortificaría torciéndoles su destino y esos algunos me reprocharían el haber partido sin antes no haber finiquitado, cauterizado esos focos de miasmas dejados por mí. No sabrían cuánto estaría yo sufriendo allá arriba, solo, perdido, frente a la Tierra luminosa en un cielo de abajo. Entonces veía de

cuántos huecos ociosos, de cuántas postergaciones abúlicas, pálidas, formaba yo mismo mi vida en vez de repletar tales huecos precipitadamente, en vez de coger las postergaciones, de coger las fechas futuras en que caían y traerlas, precipitadamente también, al momento actual y ¡tapar, cicatrizar, cauterizar, redondear! Por si la grúa venía y me llevaba y para poder entonces estar en paz para siempre al haber venido y haberme llevado.

Sí; pero todo esto no pasaba de ser una pequeña fantasía con qué llenar los silencios de mis pies entre dos tacazos sobre el asfalto al marchar. Como consecuencia llegaba únicamente a hacerme apresurar la marcha hacia un deber improvisado o hacerme girar sobre los talones, volver a casa y precipitarme en un trabajo cualquiera repitiéndome entre dientes que aquello, de no hacerlo, podría un buen día convertirse en úlcera, dañar a muchos y, a distancia, pincharme a mí.

De allí no pasaba la cosa en aquellos tiempos.

Pero ese día, el 21 de febrero de 1919, a las 12 en punto, la cosa fue muy otra. Ese día las pequeñas fantasías tantas veces hechas por las calles se convertían en realidad. No había, por cierto, grúa alguna, no me alejaba de esta Tierra, mas el hecho era el mismo: por tres fuerzas puntudas como víboras, me amarraba y me englutía en la nueva figura, me separaba de mis semejantes y sentía descomponerse oliendo a mal, allá lejos, tantos de mis asuntos dejados inconclusos, quedados para siempre como yo hasta entonces había sido: algo suelto, volante, inocupado; y no como hubiera debido ser: algo de un total, elemento inamovible, fijo, de un organismo completo y paralelo. Sentí acto continuo cómo hasta lo más cercano —el potrero de alfalfa, las faldas mismas de estos cerros— se me alejaban. ¡Qué decir de los arrayanes, del camino público y de los algarrobos! ¡Y qué de las casas del fundo, del país entero, del mundo entero! Era de verdad un adiós.

Mas no había nada que pudiera emparentarse con la sorpresa. Si tal hubiese habido no habría podido producirse la sensación de solemnidad. Sin embargo era lo único existente.

Por cierto que la continua repetición, la casi obsesión de la grúa, me había familiarizado con la idea de un aislamiento, de una muerte en vida. Mas esto había sido simple fantasía que no bastaba por sí sola para eliminar cualquier sorpresa al pasar de un estado a otro. Había más, había habido más y lo había habido durante largo tiempo.

Desde luego, al hallarme allí clavado ante mis dos compañeros, supe que siempre en mi pasado liviano de campos y ciudades este hecho de pasar a ser elemento me había rondado muy cerca. Aquello de la grúa no era más que materializar con una imagen esta vaga obsesión de cambio.

Pero ahora me venían a la memoria muchos actos de mi vida para los cuales no hallaba explicación posible. Eran actos que repetía sistemáticamente, actos que tenía que repetir pero que, al ser interrogados, se me deshacían volviendo a sumirse en la vaguedad de algo que iría a producirse o acaso que ya se había producido, en todo caso que se escapaba. Entonces seguía mis horas habituales sin tratar de ir más hondo. Pero a la noche siguiente volvía a lo mismo inexorablemente. Quedaba mirando con los ojos fijos pero sin que se abriera paso ninguna idea nítida en mi cerebro.

Así era casi cada noche.

Casi cada noche, escapándome de la cama, bajaba al pequeño hall de mi casa a beber un café y luego a fumar arrellanado en un sillón; más o menos como ahora en el embudo. Antes quedaba yo fuera y miraba los elementos ya formados, ya amarrados, ya parafeos

allí enfrente; ahora sólo miraba, sólo podía mirar parte de esta nueva amarra pues la otra parte de ella la formaba yo, sencillamente yo.

En el muro del hall, frente al sillón, había colocado un cuadro de Gabriela Rivadeneira: dos maderos, dos trozos de metal y $\frac{3}{4}$ de círculo de zuncho. El todo, sobre fondo de madera y cada elemento coloreado diferentemente con tierras a la cola: el primer madero era de un color gris azulado y de forma casi triangular; seguía uno de los metales, alargado y quebrado en ángulo recto, de tono de oro viejo, ligeramente brillante; más atrás, como sombra de éste, el otro metal, opaco, oscuro, con reflejos sordos de violeta y tinta; atrás, al último, el otro madero, recto, gris azulado como el primero, pero ensombrecido y algo chorreado por transparencia de vagos tonos rojizos; y abajo, mordiéndolos a todos, el $\frac{3}{4}$ de círculo, de hierro negro. El fondo, tabla de ocre tostado. Por los cuatro lados, un marco amarillento, fino, liso.

Pasaba muchos minutos fijando esas formas y dejando que, como humos, me envolvieran. Era un sentimiento de equilibrio. Un natural impulso me inducía a querer transformarlo en idea manual que poder llevar conmigo por todas partes y poder lanzar por todos lados. Pero al menor esfuerzo se desvanecían, se esfumaban las pequeñas raíces de tal idea y, sin formular nada, sentía y sabía que así tal cual estaban, tal cual ya eran, esos elementos allí reunidos aseguraban una ordenación mayor que repetían en el sosiego y en el silencio de un pequeño cuadro suspendido en el muro vacío de mi hall.

Sosiego y silencio...

Ahora recuerdo que ambas palabras las murmuraba a menudo durante esos momentos. No eran vanas palabras venidas a los labios por repicar bien en los oídos. No.

Silencios, sosiego...

Suenan bien por cierto; sobre todo en las noches de café y tabaco. Eran palabras espontáneas, últimas puntas de un proceso interno que rondaba cerca de mi conciencia. Era un sentir más agudo de lo que era de verdad el silencio, de lo que era de verdad el sosiego. Veía, entonces, que el sosiego, dentro de aquel marco, era como un movimiento. Pues había allí una relación y una relación sólo puede existir si por lo menos dos están en juego y, al estar en juego, tienen que moverse pues la quietud absoluta los haría fundirse y desaparecer. Si todo ello no fuese más que imaginación mía, si ningún movimiento existiese allí, mis ojos, para verlo, giraban, palpaban, titilaban en la punta de sus rayos por maderos y metales. Una diferencia, al resbalar por sobre otros objetos, se me implantaba aquí: en la mayoría de los otros ese resbalar se extendía hacia más allá de ellos, abarcaba cuanto les rodeara, habitación, casa, calles, mundo todo, de modo que no lograban aislarse sino que seguían como detalles del total. Mientras que aquí quedaba todo encerrado dentro del pequeño espacio limitado por el marco y, al ir con los ojos una línea más allá, era salir definitiva e inexorablemente de ello para pasar a *la otra parte*.

Otro tanto era para el silencio. Atentos los oídos a ruidos y murmullos del exterior, emanaba el cuadro el silencio. Era la imposibilidad de que por entre sus elementos se produjese la más insignificante vibración. Entonces sabía imaginativamente que si me fuese dado penetrar y escuchar dentro del marco conocería la total carencia de ruido. Pero, ¿cómo la conocería? Para ser un conocimiento verdadero no podría ser más que con los oídos ya que de oídos se trataba. Sentía entonces que, al conocer así, el total silencio no era más que otra manera de ruido, era tal vez sentir los propios tímpanos enmudecidos. Pero no. De los propios tímpanos pasaba a escuchar nuevamente el cuadro. Ese silencio radicaba en él y no en mí. Aguzando, pues, los oídos al máximo trataba de saber cómo en

él oíría el silencio y oía de verdad, abismado, los silencios de cada elemento, madera o hierro, sus silencios que pasaban a ser su modo peculiar de cada cual de haber enmudecido desde que, arrancándolos de desechos e inutilidades, los habían entrelazados, los habían pactado al espejo del mundo de que se habían desprendido.

Todas éstas eran cosas que yo sentía, lo sé, lo recuerdo nítidamente como si apenas pocas horas hubiesen transcurrido desde mi última contemplación hasta hoy que escribo. Pero algo como que en alguna parte existiese un cierto parentesco entre ese cuadro y yo, o entre él y mis ambiciones, mi finalidad o tal vez... mi fin. Era algo ante lo cual parte de mí mismo me aconsejaba dilucidar, atacar de frente, como si con ello me quedaría adquirido un punto importante. Pero otra parte de mí mismo llena de pereza prefería balancearse y amodorrarse en las dulces sensaciones del sosiego y el silencio y no exponerse a mortificación alguna al pretender perforar más hondo. Pequeña, minúscula lucha de casi todas las noches. Para acallarla venía siempre una transacción y venía en la forma de un propósito para el día siguiente: ¡un poco de literatura lo soluciona todo! Mañana —me decía— escribiré ese cuadro. Por ejemplo: la historia de cada uno de sus elementos; la semilla que dio el árbol, que dio la madera; su corte, su empleo en éste o en aquel objeto; la muerte del objeto, su rodar por polvos y fangos; su existencia en otra forma que la de hoy; etc., etc. Y otro tanto para los metales. ¡Lindas historias! Junto a ellas, planeando cual inmenso pájaro negro y atisbando por los rincones de desperdicios y hierros viejos, planeando la concepción del pintor para cogerlos, torcerlos, mutilarlos, cortarlos y hendirlos allí plasmados en un color. ¡Lindas historias!

A veces sentía pena por esos elementos aprisionados, deseos de devolverles la libertad, que sigan ellos también su destino. Era como un sentimiento espantoso de nuestra crueldad. ¡Atarlos, detenerlos así! ¡Por gozar una sensación estética! Y allí seguían “¡haciendo una figura!”. El mundo fuera...

Pero no era eso, no, nada era eso. Prueba es que el cuadro está allí y que la historia no se escribió jamás. Y ahora me digo, no sé bien por qué, pero me digo: “No se escribió, a Dios gracias”.

Esos proyectos de historias eran para postergar la insinuación que, en aquello de los elementos, algo de mi destino tomaba parte. Ahora, apenas sentado en la piedra del embudo, veía, por encima de historietas, que más allá de silencios y sosiegos, lo que había era un presentimiento de lo que alrededor mío se estaba formando para luego empujarme y decidir mi vida una mañana. Mas como en esas noches nada podía saber de la existencia de un gato y una pulga ni aún de mí mismo con relación a ellos, dejaba pasar este presentimiento. Y vuelta a lo mismo: “Una historia de esos maderos y hierros sería una linda historia...”. Así, en las noches de mi casa.

Hoy, mediodía estival, con él y ella al frente, conmigo mismo frente a ella y a él, acallado todo sentimiento de sorpresa por tanta experiencia anterior, empezando ya a acallarse esa impresión de solemnidad por una rápida aclimatación y una resignación sin defensa; hoy pasaba por mí un arrepentimiento agudo al recordar mi indolencia, mi inconsciencia ante tanto llamado para estudiar lo que iba a ser mi destino, un arrepentimiento desolado por no haberme entonces *fijado más*.

Pero esto también pasó con velocidad inaudita. Había empezado junto con venir las doce del día. Aun las doce se estaban dando y ya otro sentimiento ocupaba mi ser entero: pavor que me heló las venas.

Ya he dicho que, desde aquel momento, había un todo más, un todo viviente, organi-

zado allí en los cerros del Espliego, caído al costado del otro y equilibrado instantáneamente sin que ni una hoja hubiese temblado en ningún matorral. Allí al costado estábamos y quedábamos; es por este hecho que había algo más en el universo. Hasta entonces habíamos rodado siendo lo otro. ¡Terminado todo ello!

¡Las doce! ¡Pavor!

Pavor de que el universo perdiese su equilibrio y estallase.

Sé lo que me van a alegar, sé que tratarán de volver siempre a lo mismo: tres gatos, por mucho que equilibren o desequilibren, tres gatos..., etc. Sé también que por mucho que demuestre, siempre el sentimiento "gato" triunfará en todo hombre ponderado, serio y juicioso.

Así, pues, renuncio a que los hombres ponderados sepan lo que es, por un lado, desprenderse de la vida, por otro lado, lo que es no estar dentro sino frente a algo, por un tercer lado, saber con cada célula de la piel, de la sangre y de los huesos que únicamente existe el equilibrio; y por un cuarto lado que sepan que, por este hecho de no existir más que equilibrio, nada puede ser inmenso ni nada minúsculo, que desaparecen tamaños y condiciones para sólo ser el equilibrio mismo sin posibilidad de un "más uno" ni de un "menos uno". Renuncio a todo ello aunque pienso que una lógica elemental debiera convencer de tales verdades. Pero sé, hombres juiciosos, que el sentimiento es más fuerte que todo en vosotros. Sé que, una vez al borde del convencimiento, echaréis máquina atrás y os diréis:

—Un gato..., dos gatos..., tres gatos... ¡Absurdo! ¡Ello no es posible! ¡Nada ocurrirá en ninguna parte! ¡No hay tal equilibrio, no lo hay!

Mas como último recurso haré una comparación con una balanza. Está en equilibrio y es de tal sensibilidad que ya para ella no tiene significado hablar de sensibilidad. Está en equilibrio, sigue, vive, es en equilibrio. De pronto cae a uno de sus platillos un gramo, un milésimo de gramo de una sustancia cualquiera: un platillo bajará; ¡roto el equilibrio!

Pongo este ejemplo porque apenas caí sentado allí, mientras aún eran las doce, vino a cruzarme como una flecha. Hasta tuve un momento de espera frente al desequilibrio del mundo. Esperé que el mundo estallara. Esperé que todos los mundos se precipitaran unos sobre otros, los grandes chupando a los pequeños para ser a su vez chupados por otros mayores, para luego... ¡Oh! Ya en tales momentos mis compañeros y yo nada seríamos sino nuevamente elementos sueltos, sólo que ahora no de un rodar en equilibrio sino de una realización de desequilibrio.

Esperé lleno de pavor. Sentí, entonces, como un ligero vaivén universal. Fue como una onda circular desprendida de nuestro centro, del Sol, que golpeó a los primeros planetas alejándolos de él justamente los milímetros necesarios para subsistir en el nuevo equilibrio. Golpeó a nuestra Tierra en aquel momento en detención. Sentí como si levemente mi asiento vacilara hacia abajo y, allí al fondo, vaciló el gato con su pulga en la frente. Y todo se restableció.

Entonces sentí la onda alejarse y mover los mundos siguientes. Marte, los planetoides, Júpiter, tal vez Saturno. Es decir: indudablemente Saturno también. De otro modo... Bueno, ¡ni qué hablarlo! Quiero decir que ya de Saturno no supe nada; sólo supuse. Menos aún de Urano y Neptuno. Mi receptibilidad no registraba más. O acaso era turbada ya con la nueva actividad que volvía a aparecer por todos lados junto a mí, desde mi propia sangre volviendo a circular hasta el infinito volviendo a rodar. Así es que de Júpiter para allá me contenté, sin percibir nada, de que todo, todo había vacilado en aquel momento, se equi-

libra de nuevo, de nuevo se amarraba y de nuevo seguía ajustado ligeramente de otro modo.

Justo en ese instante dejaron de ser las doce para ser, como he dicho, lo que es inmediatamente después de ser cada hora. Entonces, muy lejos, oí cantar a una pájara pinta. Al romperse bien alto en el cielo su canto los oídos se me llenaron de crisantemos y amapolas. Fue aquí cuando esa gratísima sensación de estabilidad me inundó todo íntegro.

He estado a punto de omitir la comparación de mis sentimientos, al desparramarse más allá de Júpiter, con los que supongo han de tener los que se unen a un Dios. Pero la fidelidad de mi relato ha podido más que mi deseo de no mencionar a ningún Dios y que la certeza de que en mi destino para nada se ha inmiscuido. Pero recuerdo que al pasar Júpiter y abarcar el cosmos infinito pensé y creí con firmeza que tal era lo que sentían cuantos aseguran haberse unido a la divinidad.

Las doce ya han sido dadas. Todo vuelve para todos a tomar su ritmo acostumbrado y yo, en mi plena estabilidad, noto que las horas me son ligeras. Yo, él, ella... Ella, yo, él... Él, ella, yo... Esto me ocupa, me absorbe. Pasan las horas. Pasan los días. Mi vida entera anterior la siento definitivamente desaparecida.

Mas no se crea que esto duró sin alteración. Ya pasados varios meses era a menudo presa de muchas añoranzas. Mi hogar, mi gente, ¡mi vida de hombre suelto! Para alejarlas de mí y volver a recuperar la estabilidad de mi nuevo estado tenía que hacer dolorosos esfuerzos. Sobre todo cuando me asaltaba el recuerdo de aquella mañana en que hice ensillar el Tinterillo y salí rumbo a estos cerros. ¡Mi última mañana! Por eso la he escrito con todo detalle. Temperaturas extremas, perfumes útiles, perfumes humanos, pímpano, quilehue, haba tenca, perro del diablo y vinchucas pantanosas... Por fin los enormes buitres cordilleranos y las cataratas de gorjeos de esas pájaras pintas que nunca se ven.

Pasaron años. Nuestras vidas estaban reducidas al mínimo de movimiento. La pulga picaba de tarde en tarde, dormía el resto del tiempo, muy raras veces se desplazaba algunos milímetros; el gato, sentado, me miraba, se estiraba, se desperezaba, dormía poco, no maullaba nunca; yo, sentado a mi vez, me enderezaba un tanto, alargaba las piernas, las recogía, creo que no he vuelto a dormir. Con cada uno de nuestros movimientos, por leves que fuesen, el triángulo obedecía con cierta rigidez. Me parecía entonces oír como un crujido, como un roce de cuerdas mojadas.

A veces venía la desesperación atroz de verme clavado allí y unos deseos súbitos, vecinos a la locura, de saltar, de echar a correr, de desmoronarme cerro abajo y lanzarme, como a un mar, al vasto potrero de alfalfa. Meterme nuevamente al mundo vivo por entre esas flores violáceas, otra vez la vida mascándolas, chupándolas, triturándolas. ¡Saltar y partir venga lo que venga! Pero siempre que tales deseos me espoleaban el gato posaba sobre mí sus ojos verdes, quitaba de ellos todo brillo y me apesantaba con una mirada sorda, suave, plácida que desmenuzaba mis proyectos de fuga.

Entonces era la ira contra aquel animal maldito. Lentamente echaba mano atrás y cogía mi revólver. Sería tan simple apuntar. El cañón quedaría en la línea de él a mí, la bala la recorrería en toda su longitud e iría a destaparle los sesos fulminando, a su vez, a la maldita pulga.

Por cierto que nunca he hecho fuego. Estamos aún los tres tal cual nos encontramos en aquel verano de 1919. Nunca he hecho fuego ni nunca lo haré. Siempre dos conjeturas me han sujetado y me sujetarán en lo sucesivo. Helas aquí:

1ª Junto con atravesar la bala el cráneo del animal nuestro equilibrio quedaría roto.

Roto éste se desequilibraría lo que nos rodeaba trayendo como consecuencia un desequilibrio mayor y, éste, otro más hasta el estallido total.

Me objetaba, para enardecerme, que si la primera vez el cosmos se había acomodado, ahora, por las mismas razones, volvería todo al equilibrio antiguo sin más consecuencia que un ligero vaivén universal. Por lo tanto, ¡santas paces para todos y para los cadáveres de mis compañeros!

La primera vez se formó el embudo sin voluntad particular... Aquí convergían todos los ejes del asunto: *sin la intromisión de la voluntad de un hombre*. No concebía una realización cualquiera sin una voluntad que la guíe, la voluntad de aquella mañana la radicaba fuera de todo designio mío. Por lo tanto aquello había sido destino y nada más: nosotros tres sus simples ejecutantes. Al ser tales, aquello estaba previsto, calzaba con la ordenación de tales cosas. Todo, por los siglos hacia atrás, se había estado moldeando para que en ese instante tres seres se unieran en un nuevo curso de vida y añadieran un peso más.

Mientras ahora no había sido la voluntad de un hombre. Este hombre no podía llevarla a finalidad con el pleno dominio de sus facultades pues cualquier intento suyo se desmenuzaba con sólo recibir la lenta mirada de un gato de ojos verdes y apagados. Para hacerlo tendría que ser bajo el imperio de un arrebato, de un total desorden, de la locura. ¡Un hombre así ante el destino! La misma insignificancia del realizador demostraba que tal empresa no podía acometerse, en todo caso, con un hombre así.

Seguía mi raciocinio:

Viene el arrebato, la locura, parte el tiro... La otra vez se había realizado lo que el destino gestaba en el mínimo vaivén de un instante detenido. Esta vez, sin gestación, sería una sorpresa. Ante ella vendría el crujiir del embudo amplificándose de sitio en sitio, de mundo en mundo, hasta la precipitación. ¡Sería el caos!

Nada de revólver. Sigamos. Yo, él, ella... Ella, yo, él... Él ella, yo...

2ª Que no ocurriese nada, absolutamente nada. De un balazo se rompe el triángulo. Supongamos el modo más violento: dinamitar y todo vuela; o el más tranquilo: me levanto de la piedra, me estiro, sacudo mi ropa y me marcho paso a paso. Por algo que ignoro se rehace súbitamente el antiguo equilibrio, nadie nota el ligero vaivén, ni yo mismo que ya me hallo embelesado contemplando las faldas de los cerros. Regreso hasta las casas del fundo y vuelvo a ser una fuerza larga inocuada.

Esto no podría ser posible.

Volví a ser una fuerza inocuada. Todo puede volver a ser más o menos como antes pero no *exactamente* como antes. Durante el trecho de haber sido y de volver a ser ha tenido que ocurrir algo. Se vuelve a ser lo anterior más la huella de lo ocurrido. En mi caso: esa fuerza inocuada que volvería a rodar habría ya conocido lo que es *ser*, habría ya adquirido conciencia de un estado diferente, de la posibilidad de su ocupación, de su subsistencia. Sería fundamentalmente de otra naturaleza aunque mucho aparentara ser idéntica.

No cabe duda de que diferente naturaleza era la de un estado superior venido a uno inferior. No se piense en mí como persona caminando libre por calles y carreteras o clavado aquí en la boca del embudo. Esto podría llevar a error porque ir a grandes trancos es un estado superior a permanecer en la casi total inmovilidad sobre una piedra y así el proceso indicado se vería en sentido inverso. Yo en esto no soy más que un mero ejecutante. Es de las fuerzas que a través de nosotros tres se expresan de lo que quiero hablar.

Ahora otra vez estaría suelta pero no exactamente como antes. Ahora habría en ella un agregado, un algo semejante a lo que en nosotros se llama recuerdo o experiencia. Esto

no habría sido superior. Lo que es nostalgia o añoranza se cernería enredado en ella. Estaría como una sutil tendencia moral.

No encuentro aquí en mi retiro otra palabra: "tendencia". Tendencia a volver a encarnarse, a no más seguir circulando, a volver a tener en jaque al gran equilibrio. Si en ella hay algo de conciencia, entonces no sólo tendencia sino también temor. Temor por su ociosidad galopante, al choque de las otras dos que galoparían ociosas a su vez, causara el estallido evitado penosamente hasta aquella mañana y ahora conjurado en mí, en él y en ella.

Molestaría, se agazaría, se escurriría hasta encontrar. Se inclinaría hacia mí que la habría devuelto a su ociosidad de trotar eterno.

Seríame entonces la obsesión de cada instante. Me parecería que cuantos males ocurriesen en cualquier parte serían culpa mía. Ante cada catástrofe, aun ante cada destemplanza, no dejaría de decirme que si hubiese quedado allá en los cerros del Espliego manteniendo el pequeño mundo paralelo, destemplanzas y aun catástrofes, habrían podido evitarse. No podría seguir viviendo sino echándome sobre los hombros hasta los crujidos imperceptibles de la naturaleza al desenvolverse sufriendo. Entonces, ¿cuál sería mi salvación, mi idea fija? ¿Qué se me impondría para verme libre, para descargar tanta culpa?

¡Volver! ¡Volver al embudo!

Me rozaba a esta altura de mis pensamientos una solución posible.

Partir de aquí; si por el mundo me distraía y me descargaba, seguir en él y anotar lo del embudo como un recuerdo más; si la fuerza me perseguía aumentando mi obsesión, volver. Por lo menos, de este modo, sabría que no había ni podía haber otra alternativa para mí, sabría la potencia de mi estado y esto, tal vez, calmaría mis iras contra el gato permitiéndome volver sin revólver.

Pero veamos con calma.

Primer punto:

¿Quién se atrevería a asegurarme que una vez ya lejos iba el gato, con su pulga en la frente, a permanecer aquí? ¿No es lógico que a su vez partiera y se me perdiera para siempre? Todo raciocinio serio tiene que llegar a esta conclusión: si yo hasta entonces no me había movido por hallarse frente a mí ellos dos, ellos tampoco se habían movido por hallarme yo frente a ellos. De donde se deduce que si yo me marchó se han de marchar ellos también. Luego: volvería a un embudo vacío y nada podría volver a formarlo:

Mi vida, entonces, se convertiría en una desesperada búsqueda de mi gato... o de otro gato. Mi vida se convertiría en correr tras un gato.

Segundo punto:

Logro un gato. Más aún: la suerte me es tan benévola que me ofrenda un gato justamente con una pulga en la frente. Heme, pues, camino a los cerros del Espliego. Galopa mi caballo, otro Tinterillo; aquel debe haber muerto. Viene mi gato en un saco. Galopamos. Nuestras necesidades nos envían sus perfumes; los humanos, también; hierbas de los arrayanes, bichos de los arrayanes; el potrero de alfalfa y un nuevo saludo al incomparable amigo que fue el chino Yu; pájaras pintas y buitres. ¡El embudo!

Tercer punto:

Me arrastro por el embudo con mi gato en ambas manos para colocarlo en el nicho del fondo. Lo coloco. Allí se queda. Retrocedo como un reptil. Me levanto, me vuelvo y marchó hacia la piedra.

Junto con dar el primer paso, el gato saltará nicho abajo y marchará sobre mis talones. Entonces... media vuelta, cogerlo y al nicho otra vez.

Retrocedo, me vuelvo y... ¡el gato en mis talones! Otra vez, otra más, otra y otra. En vano lo acariciaré dándole a entender que debe quedar en el más completo sosiego. Apenas ve mis talones, ¡al suelo y tras ellos!

Ya mis talones empiezan a tomar una especial sensibilidad. Ya son el único punto de mi cuerpo en que vivo. Ya son dos llagas. Y el gato insiste.

Retrocedo sin volverme. Él vacila un momento pero salta al fin. Viene y busca mis talones contorneándome los pies. Para evitarlo avanzo hacia el nicho. El, atrás. Mas la estrechez del embudo me obliga a detenerme. Vuelta hacia afuera entonces. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Al mundo de las obsesiones otra vez! O bien hacer de todos los años que me quedan por vivir este ir y venir hasta el nicho, hasta su entrada. Ya talones y gato no serán más que uno, doloroso, sanguinolento, ¡atroz!

Los años pasan, pasan. Aquí seguimos inmóviles los tres, gato, pulga y hombre.

Es mejor no desatar lo que se ató. Es mejor que este nuevo espejo siga su curso de mí a él, de él a ella, de ella a mí. ¡Allá los hombres y el otro Universo!

Por lo demás, ¿a qué tanta queja? Nuestro triángulo tiene su cierta flexibilidad. Nos movemos un poco, nos estiramos. La pulga duerme a veces; el gato abulta el lomo; yo echo una pierna arriba, junto y separo las manos a voluntad. Hay libertad. Por ejemplo, en este momento el gato duerme. Es lo que aprovecho para escribir, hoy 30 de mayo de 1934.

Mayo...

Un nuevo otoño, un nuevo invierno. Las pájaras pintas más que cantar lanzan graznidos helados. Los buitres cordilleranos pasan hacia el mar cubiertos de plumas blancas.

Sigamos aquí.

182

¡Desiderio Longotoma!

Es, sin duda, la más querida de las personas que frecuentó aquí en San Agustín de Tango. Podré no estar de acuerdo en muchas cosas con él, en muchísimas, pero Desiderio es Longotoma y Longotoma es Desiderio.

Hoy he pasado el día entero con él. Hemos estado en todas partes. Nos encontramos en su casa, en la calle de la Excomuni3n, 590. Allí fui a verlo. ¡Charlar y charlar! Es decir, era él quien charlaba sin detenerse y yo, para darle cuerda, me contentaba con una u otra frase de cuando en cuando.

A su lado me sentía liberado de los mil demonios que me acosan día y noche.

Al llegar a su casa estaba el hombre sentado en el respaldo de un sill3n tocando mandolina. Le hice una seña y lo dejé que terminara su melodía. La terminó y me dijo:

—¿Sabe usted qué hacía yo sobre el respaldo de ese sill3n? Pues arrancaba notas y melodías a mi instrumento favorito, a esa mandolina. Entonces me iba a lejanías nunca vistas. Desde ellas se tiene una linda visi3n sobre este mundo. Yo, ahora, había fijado mi vista en esta ciudad, en San Agustín de Tango, y me cernía sobre su historia, sobre los momentos agitados que ha tenido. Le citaré a usted uno de esos momentos, hace de ello muchísimo tiempo, cuando el cura de Putaendo, el del "tonito", estaba aún en el Semina-

rio. Creía haberlo olvidado pero ¡no! Ese momento dormía en las cuerdas de mi instrumento musical. Las toqué y apareció.

Apareció... ¡la revolución!

Sí, mi amigo, la revolución de San Agustín de Tango: deberían cambiarse los nombres de todas las calles, avenidas, parques, plazas, muelles y *tutti quanti*. Hasta el nombre de la ciudad misma debería ser cambiado; en vez del que ostenta ahora se llamaría: Tegualda del Bejuco.

ONOFRE: ¡Qué nombre más extraño, Desiderio! ¿Y a qué Tegualda y a qué bejucos se referían?

DESIDERIO: Esta Tegualda parece que era una joven iluminada que, a la sombra de un gran bejuco, tuvo la inspiración de estos cambios de nombres. Comunicó esta inspiración al Gran Corregidor del Ayuntamiento, corrió ella con la velocidad de una liebre y llegó a ser la voz de orden, el grito revolucionario de la asamblea que se formó para iniciar el trueque de nombres.

Usted sabrá, amigo, que todos los actuales nombres fueron impuestos por un concilio que precedía el Super Prior del Convento de los Jerónimos, ¡nada menos! Y lo respaldaba el Arzobispo de San Agustín de Tango y el Contraprior de los Jerónimos. Tenían, además, a un lego para los alegatos, a un lego soplón. ¿Sabe usted quién? El que es ahora Fray Canelo del Calvario.

Pues bien, la revolución era en contra de las determinaciones tomadas en aquel concilio. Es decir, ¡se borran los nombres de las vías públicas y se les reemplaza!

Yahí tiene usted que el Gran Corregidor del Ayuntamiento, apoyado por Palemón de Costamota, lanza el nombre de calle de la Tahona para la actual calle Pentecostés. Entonces Melitón Malleco Mardones —que en paz descanse— propone el nombre de los Tahoneros para la calle Ruega por Nosotros los Pecadores; y Ascanio Viluco, el nombre de Hotel El Arte de Bien Escribir para el Hotel Vaticano, donde se hospeda. Entonces Hilario Quinchao propone el nombre de La Hoz y el Martillo para la avenida Benedicto XX. Y se entusiasma Pascasio Vallenar y bautiza con el nombre de El Pueblo Triunfa a la avenida del Todopoderoso. Tiburcio Azapa, más moderado, llama a la Plaza de la Casulla, la Plaza de los Fundidores. Y don Bruno Camarones propone el nombre de Gran Figón y de El Comercio a las calles de los Sagrados Corazones y del Evangelio. Y otro pide el nombre de La Hostería para la calle de Los Obispos, donde se halla la Taberna de los Descalzos; y otro, el nombre de General Mataquito para El Fuego Eterno; y otro, El Tricolor Vencedor para el Puente de la Catedral; y otro y otro... En fin, amigo, ¡es la revolución!

La revolución que duró... quince días.

Porque con eso de General Mataquito... ¡ah! surgieron muchos, muchísimos candidatos para legar sus nombres a una calle. Fueron tantos que, al fin, se pelearon. ¡Sí, mi querido Onofre! Se pelearon y se pelearon por todas partes, por barricadas improvisadas, por asaltos a los domicilios privados y ¡qué sé yo!

Hasta que alguien clavó en una esquina, en la esquina de la calle de las Profecías, un letrero que rezaba:

Calle Aniceto Pichilemu

Fue el acabóse, amigo mío. ¡El estafador de Pichilemu con una calle! ¡Oooh! Las barricadas fueron conquistadas y reconquistadas mil veces.

Esto se agravó con la voz y la gran capa del enorme Baldomero Lonquimay. Llega a

una sesión de la Alta Junta Deliberante. Mira, arremolina y desarremolina cien veces su capa; bufa, brama. Al fin, en medio del estupor general, pide la palabra. Se la otorgan. Entonces lanza su moción:

—¡Dignos altos, medianos y bajos corregidores! Vengo aquí para contribuir a la inmortalidad de esta bella ciudad que nos ha visto nacer y a los que no ha visto... ¡ella lo lamenta tanto como nosotros lo lamentamos! Mi contribución, hela aquí: "Truéquese el nombre de Muelle de la Sotana por el nombre de: Muelle Baldomero Lonquimay".

Y el hombre, con pasos agigantados, se alejó cruzando barricadas bajo su imponente capa.

La cosa ¡no resultó!

Demasiadas peleas. Se dejaron, por fin, los nombres que hoy ostentan calles, muelles, avenidas, parques, plazas y demás.

Entonces me fui, me fui, amigo Borneo, a caballo en las volantes notas que desprendía mi mandolina. Me fui y caí en una solemne, muy solemne reunión: los Alicahué Paine festejaban —el Diablo sepa por qué— a los Romeral. Conversaban, ¡discutían! ¿Sobre qué? Oiga usted bien: sobre el número de hijos que hay que tener...

ONOFRE: ¿Es posible? ¿Puede, acaso, fijarse de antemano un número? Se tendrán los que..., en fin, los que vengan...

DESIDERIO: ¡Oh, no! Se ve que usted no se ha penetrado en la honda sabiduría de don Plácido Romeral. Amigo, deben tenerse cinco hijos o más. Pero jamás cuatro, ni tres, ni dos, ni uno. Ya se lo digo: ¡cinco o más!

Don Plácido confirmó su ponencia de este modo:

Un hijo para reemplazar al padre;

Otro hijo para reemplazar a la madre;

Otro hijo para aquellos que no los tienen;

Otro hijo para reemplazar a aquellos que mueren a temprana edad;

Otro hijo para aumentar la población.

Entonces vino la abracadabrante discusión para cerciorarse de cuántos son aquellos que no los tienen. ¡Uh, salieron a relucir las madres con trastornos internos, y las trampas, que tanto marido y mujer, hacen a la naturaleza; y los que no se casan; y los frailes (al nombrar a éstos se vieron ciertas miradas de soslayo llenas de malicia); y los impotentes; y demás y demás.

Pero lo curioso de esta discusión es que Higinio Romeral, el casado con Salaberga Huintil, que oía sin chistar palabra, se levantó de pronto y dijo: "Me voy".

¿Adónde se iría?

Amigo Borneo: ¡a hacer un hijo que lo empiece a aproximar a ese número cinco!

Apenas se hubo marchado, don Plácido, aludiendo a él, dijo:

—Higinio, mi hijo, es un benemérito de la Patria.

Entonces yo huí, huí, huí...

ONOFRE: ¿Acaso tras la Tomasa para ir aproximándose a ese número cinco?

DESIDERIO: ¡Oh, no! ¡Que otros trabajen por mí! ¡Que otros se preocupen del aumento de los ciudadanos! Yo..., yo tengo esta mandolina y ello ¡basta! Sus notas me llevaron al barco en que me marché a Europa, la moto-nave Carcajada y en él volví a navegar.

ONOFRE: ¡Oh, qué maravilla es navegar, Desiderio! Yo, de todas las construcciones humanas, amo más, mucho más, los barcos modernos pues son a los que mejor les veo el rostro.

DESIDERIO: ¡Y los pasajeros que en ellos se encuentran! En el Carcajada iba Gilberto Moya, el inenarrable de Gilberto Moya. ¡Qué tipo, mi querido amigo! Imagínese usted que lo veía yo a menudo con un frasquito pequeñín atado a un largo cáñamo. Lo lanzaba a las aguas y luego lo alzaba lleno de agua marina; lo tapaba bien tapado y desaparecía en su camarote. Al final del viaje tenía una serie de ellos y cada cual con un membrete. En éstos se leía: “Océano Pacífico Sur”; “Océano Pacífico Norte”; “Canal de Panamá”; “Mar de Las Antillas”; “Océano Atlántico”; “Golfo de Vizcaya”; “Canal de la Mancha”; “Mar del Norte”. ¡Era aquello su más preciada colección! Ya tenía otros tantos frascos en su casa con aguas del estrecho de Magallanes, del Atlántico Sur, del Estrecho de Gibraltar, del Mar Mediterráneo y ¡qué sé yo! Según me dijo, tenía, allá en su casa, una vitrina especial donde los colocaba y embelezado los miraba.

Pero de pronto –Dios sepa por qué– le vino un patriotismo desmesurado. Él era chileno al ciento por ciento. Todo lo chilenezaba, todo; aquí estaba el centro del mundo. Entonces Gilberto Moya no dijo más: agua de Colonia sino agua de Colina; no dijo más: polvos de Talco sino polvos de Talca. Y borró, por inútiles y por insultantes, a todos los demás idiomas que se hablan en el mundo. ¿Para qué hablarlos, para qué? ¡Español y nada más que español! ¡Hacer la campaña pronto, pronto! no será cosa difícil puesto que en Inglaterra y Estados Unidos se habla inglés y español; en Francia, francés y español; en Alemania, alemán y español; en Turquía, turco y español; en China, chino y español; en Arabia, árabe y...

ONOFRE: Sí, sí, comprendo. Entonces el hombre fue de viaje con su español. ¡Bonito chasco ha de haberse llevado!

DESIDERIO: ¡No! ¡Qué chasco ni qué nada! Gilberto Moya cambió. El universo se abrió para él apenas el barco levantó anclas allá en La Guaira. ¡Nada de español ahora! ¿Es posible adoptar un idioma que trastoca todos los significados de una palabra? ¡Horror!

ONOFRE: Pero, ¿qué palabra? No entiendo.

DESIDERIO: Es sólo una teoría. Para confirmarla citaba la palabra: “Abarrotés”. Piénselo usted bien: “A–ba–rro–tes”. ¿Cómo es posible que esa gran sonoridad sea para designar la tienda de comestibles y menudos artículos de primera necesidad? ¡No y no! “Abarrotés” debería ser el nombre de un formidable acorazado capaz, por sí solo, de hundir a toda una escuadra enemiga; o de un monte de mayor altura que el Monte Everest; o de un colosal río mayor que el Amazonas; o el de un avión que en una hora diera la vuelta al mundo... Para ir lentamente le propuse que nuestro barco se llamara la Moto-Nave Abarrotés. El hombre se puso ceñudo y me dijo: “No; está bien con el nombre que tiene: Moto-Nave Carcajada”.

Y el Carcajada llegó a Curazao, a esa hermosísima colonia holandesa que es la isla de Curazao. ¡Oh, qué linda es! Gilberto Moya bajó por su lado; Baldomero Lonquimay, por el suyo, yo, por el mío. Cuando el barco partió me apersoné con Moya. Me dijo en tono confidencial:

–He visitado los prostíbulos que hay allí (me indicó el sitio en que creía que quedaba la isla aunque, en realidad, me indicaba el mar pues el barco había virado). Los visité solo y, naturalmente, no hice más que tomar un trago pero no me metí con esas mujeres.

¡La curiosidad! Usted sabe que el chileno es curioso por excelencia.

¡Ah, mi amigo! ¡El chileno, el chileno...! ¡Resabios de su época de patriotismo! ¿Cómo es posible que para cosas de esta categoría, como son la curiosidad y la búsqueda y la inquietud, se pueda dividir por nacionalidades? Y no me negará usted que Gilberto Moya

es un muchacho de cultura. ¿Qué ha hecho de su cultura, qué ha hecho de sus conocimientos de historia, de artes y de ciencias? ¡Ah, ya lo veo! Mientras está encerrado con sus libros, y mirando de cuando en cuando sus frasquitos de agua marina, debe ver todo de un modo universal y ha de dividir por temperamentos, por inteligencias, por épocas y qué sé yo. Pero apenas entra en acción con su cuerpo no puede zafarse del virus que se le ha inoculado respecto a la nacionalidad.

Me fastidió tanto este Gilberto Moya que le interrumpí sus consideraciones sobre los chilenos y le dije:

—¡Amigo Moya, amigo Moya! ¿No ha visto usted a la terrible vieja alemana que ha subido a bordo? Es una vieja flaca, rígida, severísima. Al verla no he podido dejar de exclamar: “¡Oh, las terribles viejas de Alemania!”

—Es verdad— me respondió concentrado—, son terribles las viejas de Alemania.

Entonces le agregué:

—Pues, amigo, al verla recordé a cientos de viejas francesas iguales. ¡Oh, las terribles viejas de Francia! ¿Y las terribles viejas de España? ¿Y las terribles viejas de Roma y de Varsovia y de Chicago? Ahora recuerdo las no menos terribles que se esconden tras las rejas coloniales de Lima y de México o que toman mate en los sosegados patios de Santiago. ¡Y qué pensar, Jesús mío, de las que hay agazapadas en Hong-Kong y en Alejandría! Sólo de imaginarlas siento pavor... Al recordarlas a todas me dije que ésta era la mejor observación que he logrado hacer durante mi vida. Pues haré entonces un obsequio de ella a todos los turistas-observadores y a todos los hacedores de psicología de los pueblos.

Gilberto Moya se retiró un tanto amostazado.

—¡Hasta mañana! —le grité.

Se volvió y me interrogó:

—¿Qué ocurre mañana?

—Pero, amigo, ¿cómo no lo sabe usted? —le pregunté con verdadera sorpresa—. ¡Las corridas de toros! ¡Sí, en un barco! Los preparativos ya están terminados. El toril está listo. Toda la popa del barco será mañana una esplendorosa y sangrienta arena de lidia. Ardo de deseos de ver toreros holandeses. Ardo de deseos de ver toros nutridos con tulipas. ¡Los preparativos han terminado! Sólo falta ahora sacar al toro de la bodega inferior, encerrarlo en el toril y esperar hasta mañana a primera hora. Bramará entonces la sirena. El bicho saldrá bufando a cubierta y arremeterá contra los toreros de babor y los picadores de estribor. Sólo quisiera saber cómo se dirá “¡olé!” en holandés...

Un bufido me interrumpió. Creí que era un toro que, oyendo mis palabras, había atravesado volando los mares y había venido al Carcajada. Gilberto Moya, huyó, huyó hacia su camarote. Me quedé, pues, solo con aquel bufido. Seguí a la inversa su trayectoria y me encontré, nada menos, con la imponente figura de Baldomero, de Baldomero Lonquimay.

ONOFRE: ¡Digno bufido ha de ser el de Baldomero Lonquimay en medio de las olas del océano!

DESIDERIO: Lo que el hombre habló fue más digno aún. Dijo súbitamente: “He oído un cañonazo”. Le respondí: “*C'est la guerre*”. Me miró un momento y agregó: “No. Hay paz en el mundo. El cañonazo que ha taladrado mis tímpanos ha sido el eco volante del disparo meridiano que allá, allá, allá prorrumpie en Santiago de la Nueva Extremadura”. Me limité a contestarle: “¡Calbuco!”.

En ese momento entrábamos a La Taberna de los Descalzos. Nos sentamos con nuestras sendas copas. Desiderio entonces me contó las ideas que abriga el grande de Baldomero sobre el cañonazo del mediodía que se dispara desde el cerro Santa Lucía en Santiago. Le había dicho éste, en medio de triturbios, politurbios y contraturbios, que ese cañonazo tenía una larga historia. Hela aquí:

DESIDERIO: En el siglo XI poblaban la región hoy ocupada por Santiago los indios Chuchuchos quienes, a mediado del siglo siguiente, sea el XII, construyeron, a orillas del río Mapocho, un alto montículo que les facilitara, trepando a él, la caza de la codorniz. Los halcones eran en aquel entonces desconocidos para tales indios ya que fueron traídos por primera vez a Chile a principios del siglo XV por el pirata inglés Bart Scarborough.

Años más tarde los indios araucanos bajaban de los Andes, derrotaban en sangrientas batallas a los chuchuchos y los arrojaba al mar. Los araucanos aprendieron rápidamente a servirse del halcón por lo que bautizaron el ya mencionado montículo con el expresivo nombre de "Huelén", que en araucano quiere decir: "Ya-no-sirve".

Naturalmente vio Baldomero Lonquimay por mis ojos de sorpresa que yo pensaba en la sin par Teodosia Huelén. ¿Sería ella de origen araucano? Baldomero, respondiendo a mis pensamientos, lanzó un profundo y rotundo: "¡No!". Y me explicó que Teodosia descendía del primer español que subió al montículo y que, una vez en lo alto, trocó su nombre de Pácoro Huesca por el de Pácoro Huelén para que bien se arraigara en la mente de los vencidos araucanos que el montículo servía, sí, señor, servía.

Este español tuvo un hijo; este hijo tuvo, a su vez, otro hijo; y, estos hijos siguieron teniendo hijos hasta llegar a don Macerino Huelén, padre de la sin par Teodosia.

Aquellos españoles eran poseedores de magníficas escopetas. Desecharon, pues, la caza del halcón. Bautizaron entonces el montículo con el nombre de "Santa Lucía" que fue siempre la santa de la completa inutilidad pero prometedora de próximos y muy altos servicios.

Jamás las profecías católicas han errado. El 8 de marzo de 1601 terminó la inutilidad de la santa: en el puerto de Valparaíso fondeaba la goleta escandinava "Tupinamba" y desembarcaba miles de relojes de todos tamaños y de todas las marcas conocidas en aquel entonces: Longines, Acron, Omega, Ruibarbo, Winchester, Solfatara, Fontipia... En fin, amigo Borneo, el benemérito de Baldomero Lonquimay pasó más de un cuarto de hora citando marcas de relojes.

Era, en ese entonces, Alto Corregidor y Maestro de Galas de la ciudad de Santiago don Marcelo Cádiz Aranjuez de Torrenegra y Valladolid de los Mancebos de Gijón. Este caballero comprendió de inmediato el peligro que significaba esta mercadería para colonial de los relojes de arena.

En aquel siglo nada impedía la entrada de productos extranjeros así es que el bueno de don Marcelo Cádiz Aranjuez de Torrenegra y Valladolid de los Mancebos de Gijón no tuvo más que buscar los medios de poner en jaque los nuevos operativos traídos por los marinos escandinavos. Hizo colocar un cañón en lo alto del ahora llamado montículo de Santa Lucía y avisó, por todos los medios a su alcance, a los habitantes de su ciudad que a partir de mañana, o sea el 27 de marzo del mismo año, se dispararía un cañonazo a las 12 meridiano en punto, absolutamente en punto, agudamente en punto. Con esto esperaba nuestro Alto Corregidor y Maestro de Galas que todos los poseedores de relojes automáticos verificarían que el tal automatismo no era tan exacto como se pregonaba.

Así fue.

Los relojes recién llegados fueron abandonados por todos los habitantes del territorio chileno y el cañón de Santa Lucía siguió tronando victorioso a las 12 meridiano.

ONOFRE: Pero, Desiderio, no le entiendo a usted o no logro entender al enorme de Baldomero Lonquimay. ¿Por qué un estampido de ese cañón acabaría con los relojes de los habitantes y haría subir nuevamente el valor de los relojes de arena?

DESIDERIO: Muy sencillo, amigo Broneo. Baldomero Lonquimay me lo explicó con lujo de detalles. Óigalos usted:

En el año 1601 ningún habitante de Chile sabía que el sonido se movía por la atmósfera con una relativa lentitud. Es la carreta con bueyes de los ámbitos. Pero el ya citado don Marcelo Cádiz Aranjuez de Torrenegra y Valladolid de los Mancebos de Gijón lo sabía pues había seguido, catorce años antes, un curso de velocidades de luz y sonido con Galileo Galilei. Consecuencia: Cada día, poco antes de las 12, cada habitante se detenía, en cualquier parte de la ciudad en que se hallase y, por ende, a cualquier distancia del cañón, y con su reloj en la mano, los ojos sobre él y el oído en espera, verificaba. Consecuencia: los que se hallaban junto al cañón aseguraban que nada que nada había tan excelente como los relojes del Tupinamba pero los que se hallaban a cierta distancia aseguraban que sus relojes adelantaban un poco; y los que se hallaban más lejos, que los suyos adelantaban notablemente; y así hasta los más lejanos que, al notar diferencias de 5 y aun de 10 minutos, arrojaban los suyos a los puercos.

ONOFRE: Ingeniosísima la idea de ése don Marcelo Cádiz Aranjuez de Torrenegra y Valladolid de los Mancebos de Gijón.

DESIDERIO: Entonces, para festejar la ingeniosidad de don Marcelo Cádiz Aranjuez de Torrenegra y Valladolid de los Mancebos de Gijón me eché en mi silla a dejarme mecer por el balanceo suave del Carcajada. Allí quedé entonces en aquella travesía hacia la vieja Europa y, recordando ese momento, aquí estaba en mi casa con la mandolina entre mis dedos. Tocaba y tocaba cuando surgió el gran recuerdo de mi viaje Valparaíso-Calais a bordo de la Moto-Nave Carcajada. ¡Al diablo Gilberto Moya y al diablo Baldomero Lonquimay! ¡Vengan, en cambio, las ideas de nuestro Capitán del barco, el Muy Honorable Zuider Zee! ¡Él sería un digno discípulo del doctor Hualañé! Se trata del mareo, mi querido amigo Onofre, ¡del mareo! Vea usted: es algo que tiene íntima relación con la ciencia de la homeopatía, es decir, sanar las enfermedades atacándolas con ellas mismas.

ONOFRE: Muy curioso, Desiderio. Siga, por favor.

DESIDERIO: El Muy Honorable Zuider Zee empleaba el método homeopático en contra del mareo. Es decir, para quitarse el mareo, ¡otro mareo! Viene el causado por el movimiento del barco. ¡Échesele otro! El Capitán en persona regaba a todos los pasajeros mareados con grandes copones de whisky. ¡Santo remedio! ¡Oh, mi querida mandolina! ¡Cuánto me hacía ir y venir por mi pasado! Me alegré, mi querido amigo. Sentí que sus acordes me decían que me asomara por la ventana y así lo hice. Pasaba por la calle el tan ilustre profesor don Porfirio Churcal, el profesor de la Escuela Primaria de la calle de los Obispos, aquí al lado de esta Taberna. ¡Oh, es un respetable hombre el profesor Churcal! A lo mejor acarrea otra revolución en esta pacífica ciudad de San Agustín de Tango.

ONOFRE: ¿Es este don Porfirio Churcal un militante de los nombres católicos o de los nombres laicos para los sitios que se revolucionan por ellos?

DESIDERIO: Nada de eso. Sería, más bien, por las enseñanzas que da en su escuela. El otro día fue sorprendido explicando a sus chichuelos que la lagartija se alimenta de mirra.

celuloide y bicarbonato por lo cual no es conveniente criarlas cerca de sauces y otras plantaciones de leguminosas.

Esto produjo en la ciudad un revuelo atroz. Un grupo de ciudadanos, encabezado por Ascanio Viluco, pidió la encarcelación del profesor Porfirio Churcal; otro grupo, en el que militaba yo, pidió su ascenso y que fuese premiado con la medalla "Al Mérito"; un tercer grupo, obediente al gran Baldomero Lonquimay, manifestó públicamente que el deber de todo ciudadano ante este caso era el de permanecer mudo, guardando una actitud de neutralidad religiosa. Unos pocos fueron de opinión de comunicar el hecho a La Moneda para que se enviara una comisión desde la capital a fallar tan grave asunto. Pero fueron éstos rebatidos por los personeros de los tres grupos que le he citado a usted y a uno de los cuales tuve el honor de pertenecer. Alegamos los errores cometidos, durante los funerales de la malograda y bellísima Chinchilla por los señores Arancibia Ocampo y Cortés Mandiola. Aquellos pocos no se atrevieron a mantener su proposición. ¿En qué habrá terminado el asunto? No se sabe aún.

¡Pero don Juan Enrique Arancibia Ocampo...! ¡Qué tipo, amigo mío, qué tipazo!

ONOFRE: ¿Lo dice usted por la invitación que me hizo a almorzar a su palacete?

DESIDERIO: ¡No sólo por eso, amigo! Lo digo por sus ideas todas, todas. Véalo usted: alto, flaco, serio, arrogante, de palabras escuetas. Lo encontré el 31 de diciembre del año pasado. Brillaba aún el Sol. Me detuvo y me dijo:

—En este momento es ya el Año Nuevo en la U.R.S.S., en ese foco de nefastos comunistas. Aquí aún tenemos Sol. En una hora más será Año Nuevo en la Europa central. En una hora más lo será en Inglaterra, Francia y España. Una hora más tarde lo será en medio del Atlántico. Después será el Año Nuevo en Río de Janeiro; después, en Buenos Aires; por fin lo será aquí en Chile; sólo después lo será en México, en el centro de los Estados Unidos y en el centro de Canadá; horas más tarde vendrá a serlo en Alaska... ¿Es ello posible?

Don Juan Enrique se enderezó jupiteriano y proclamó:

—En esta época de acercamiento mundial, después de la terrible conflagración mundial del 14 al 18, ¿cómo es posible que aún no se haya unificado el Año Nuevo? ¡Un solo instante, un solo cañonazo, un solo grito de alegría en la humanidad entera! Amigo Longotoma, ¡adiós!

Y don Juan Enrique Arancibia Ocampo se engolfó altivo en su auto que desapareció.

Ya habíamos bebido. Ahora, ¡a comer! Fuimos al Restaurante de la Basílica. Fuimos lentamente. Mi amigo Longotoma se mostraba feliz, felicísimo. Respiraba a pulmones llenos. Varias veces le oí susurrar: "San Agustín de Tango...". Llegamos al restaurante y nos sentamos a devorar una succulenta y fina comida.

DESIDERIO: ¡San Agustín de Tango! Estoy cierto, mi querido amigo, que cualquiera que lea sus biografías creerá que es esta ciudad un centro artístico sin igual y una ciudad fantasmal. ¡No hay tal, no hay tal! Es ésta una ciudad como todas, corriente, tibia y plácida. Me atrevería a compararla con Santiago donde, no me lo negará usted, hay fantasmas a porfía y hay arte en no menos cantidad. Zócimo Taltal dice, a quien quiera oírlo, que tanto la capital como San Agustín de Tango son dos verídicas Atenas en Sudamérica. Pero lo que prima en ambas es, sin duda, gente, diré familias que nacen, crecen, envejecen y mueren, por fin, sin que nadie sepa para qué...

ONOFRE: Es la verdad: sin que nadie sepa para qué...

DESIDERIO: ¡Vea, amigo Borneo, quienes vienen entrando! ¡Sí, ellos son! Don Polidoro

Zacatecas con la que creo que es ahora su actual esposa, doña Nicanora Talinay. Es decir, dos representantes de la más pura y refinada burguesía.

ONOFRE: Dejémoslo que coman en paz mientras crecen que ya envejecerán y morirán... sin que nadie sepa para qué han nacido y crecido, envejecido y muerto.

DESIDERIO: ¡Déjeme usted contemplar a doña Nicanora Talinay! Adoro a esa mujer por ser el prototipo de los mil significados de la burguesía. Un burgués, una burguesa... ¿qué significa esto? Es vivir, amigo mío, bajo normas y más normas hasta ser uno mismo una norma personificada. Son normas cuyo origen se pierde allá en lontananza de los tiempos y que hoy perduran como un resabio estéril. Pero ¡qué fuerza inaudita tienen estos resabios! Tal vez saben que van a morir y entonces se aferran a la vida. Están siempre alertas estos burgueses, siempre, oyendo la voz del agónico resabio. Apenas la han oído la proclaman con consejos. Le dirán a usted, como dice doña Nicanora a todo el mundo: "Señor mío, acuéstese temprano si se siente fatigado; haga un poco de ejercicio todos los días; vaya al teatro de cuando en cuando pero sin exagerar; vaya a la iglesia los domingos, oiga la misa y converse con los santos padres; siga usted sus pareceres porque estos santos padres saben mucho; y, sobre todo, almuerce y coma siempre a la hora, que no haya nunca un retraso. Así, amigo mío, tendremos un ejército bien disciplinado y obediente. Hoy ha venido doña Nicanora al restaurante con su tierno esposo, don Polidoro Zacatecas. Mañana no podrá venir. Porque venir mañana significaría dos días seguidos comiendo fuera de casa... ¡Oh, sería sumergir la vida en algo imprevisto! Y todo, todo les es permitido menos esa cosa horrible del imprevisto.

Salimos juntos los cuatro del Restaurante de la Basílica: doña Nicanora, don Polidoro, Desiderio y yo. Nos saludamos. Desiderio los invitó al cine, a ver un film, según él, estudiando.

DOÑA NICANORA: ¡Oh, no, tantas gracias, don Desiderio! Otro día será, ¿quiere? Pero ahora ya hemos cumplido nuestro programa que era venir aquí y comernos un pepayúan con tuleca y nada más. ¡Muchísimas gracias, don Desiderio!

Y partieron como partimos nosotros también.

183

—Estoy obsesionado, mi señor, obsesionado...

Así se quejaba don Irineo Pidenco en el sillón de su saloncito de la calle Pentateuco. Luego prosiguió:

—Estaba dispuesto a no salir de esta ciudad. Usted sabe, mi señor, que los viajes no son hechos para mí. Ya creo habérselo dicho: viajar... ¿para qué? Viajar es huir. Esto lo creo a pie juntillas. Claro está que he pensado viajar pero apenas me ausento unos poquísimos kilómetros veo que lo que quería dejar sigue a mi lado. Entonces he vuelto. Ya espero no moverme más de esta ciudad y de sus cercanos alrededores. Hasta que, usted perdonará, hasta que... me toque el gran viaje.

"Pero cierto día una voz me murmuró al principio; me gritó luego: "¡Arriba, arriba, pereza humana; ve al bosque y a las selvas!"

"Sin más, mi señor Borneo, tomé el tren y luego una pequeñita embarcación de un hombre que remaba en el río Tulcamar. Iba yo más bien contento. Recuerdo que cambié

algunas palabras con aquel buen hombre. Al fin lo dejé seguir por el río y yo me interné por el bosque de Guayacán. Por él caminé. Iba atisbando la aparición de esos que tuve a bien narrarle a usted, de esos ornitorincos y de esos cumbilecos y lampalaguas y escolopendras.

—De pronto creí ver a una de éstas, a una escolopendra. Me detuve trémulo. Pero no, mi señor, no era una escolopendra así es que seguí. Hasta que... ¡Ay, señor! Hasta que...

Marul mía, don Irineo Pidenco me contó sus últimas andanzas por bosques y selvas. Es, en realidad, algo abrumador. ¡Pobre hombre! Está afinado de tal modo con esos espíritus que éstos lo persiguen y lo obsesionan jugándole mil engaños, algunas de las cuales llegan casi a la crueldad como fue aquella que hizo llover sobre él un día de pleno sol. Esta vez fue peor, Marul, mucho, mucho peor.

Los espíritus de la selva lo rodearon, lo obligaron a sentarse junto a un viejo tronco y, mientras se balanceaban lentamente con los ojos fijos sobre él, un cumbileco le dirigió la palabra:

—Eres un hombre, un hombre, un hombre; luego eres un intruso, un intruso, un intruso en esta Tierra.

Todos entonces, cantaron:

—¡Intruso! ¡Intruuuso! ¡Intruuuuuso!

Él, ahora, rememorando ese momento me repetía:

—Sí, mi señor Borneo, tales somos y nada más, absolutamente nada más.

Le pedí, entonces, que me explicara por qué guardaba una idea tan extraña sobre nuestra calidad. Don Irineo me explicó:

Obsesionado con esta idea fue una tarde a ver a Rubén de Loa y le explicó su parecer sobre nuestra situación aquí abajo. Me dijo que Rubén de Loa lo había escuchado con suma atención y, al final, le había expresado que él estaba totalmente de acuerdo.

Sin más, Rubén le había mostrado unas telas suyas y varias reproducciones de los cubistas, como ser de Bracque, de Picasso, de Gleizes, de Metzinger, de Léger y demás y, abarcándolas todas con un gran gesto, le había dicho:

—¿Por qué, señor Pidenco, se ha pintado así? Porque el hombre ha querido vivir en una naturaleza que le sea propia, hecha a su imagen y no más en ésta que es lo contrario de lo que él sueña. Los cubistas, los dadaístas, los surrealistas... ¡han querido hacer a la naturaleza al antojo del hombre!

—Pero..., pero están los clásicos, mi señor de Loa —había sugerido don Irineo—, esos clásicos que parece que se placían en copiarla lo más exactamente posible...

De Loa le había respondido:

—Esos clásicos quisieron congratularse con la naturaleza y... no lo pudieron. La naturaleza, ¡jella!, no los vio. No olvide usted la diferencia de idiomas que hablamos. Luego ¡la añoranza primó! ¡La añoranza siguió gestándose en ellos por años, por siglos, hasta que, al fin, estalló! Este es el significado que yo veo en estas escuelas.

Don Irineo no cesaba de repetirme:

—¡Toda la natura se defiende en contra del hombre! ¡Oh, mi señor, es una lucha atroz, atroz!

Le pregunté:

—¿Qué pasó luego cuando estaba usted sentado al pie de ese viejo tronco rodeado por los espíritus de la selva?

Me respondió:

-Mi señor, usted perdonará, pero lo que pasó entonces fue algo horrible: vino una tempestad con viento y con lluvia a cántaros y, en medio de ella, un temblor fuertísimo, casi un terremoto. Usted imaginará, señor Borneo, cómo me asusté y casi maldije a los elementos pero me detuvo la risa general de esos espíritus, una risa que, saliendo de ellos, se elevaba y se elevaba por los aires y se mezclaba a las ramas de los árboles. Entonces me parecía que los árboles también reían. Y ello es lógico, muy lógico... Porque dígame usted, señor Borneo, y si no es demasiada pretensión mía la de osar posarle preguntas a usted.

-De ningún modo, don Irineo.

-Una tempestad, un ciclón, un terremoto... ¿no encuentra usted que es la vida diaria de la natura? ¿Por qué asustarse de ellos, de esos ciclones y de esos terremotos y de las erupciones volcánicas y de los maremotos? ¿Por qué? ¡Es la manera de vivir que tiene la naturaleza. Pero a nosotros, que somos intrusos que atisbamos y conquistamos por hipocresía, nos producen estos movimientos un pánico espantoso!

"Cuando me serené, mi señor, cuando volví a mí estaba solo, solo allí al pie de ese tronco. Los espíritus se habían marchado. A mi lado pasó un conejito, luego otro y ambos se escabulleron; arriba, entre las ramas de los árboles, volaron algunos tiiques; a mis pies se afanaban unas hormigas; alcancé a ver una lagartija. No pude impedirme de pensar que nosotros los hombres somos los únicos de todo el reino animal que necesitamos, para poder subsistir, de fuego en el invierno y de luz artificial apenas se ha puesto el Sol. ¿Se imagina usted, mi señor, a un tigre prendiendo una vela por la noche? ¿Se imagina a unos gorriones calentándose junto al fuego que acaban de encender?"

En esto pensaba don Irineo, en un tigre con su vela o en una reunión de gorriones junto a la chimenea, cuando fue perturbado por el ruido de un motor. Este ruido lo trajo de un mundo a otro mundo pues el hombre se sentía lleno de la inmensidad de ese mundo y de sus espíritus. De pronto... un motor. Tú comprenderás, mi Marul, que él le haya sonado como un alarido del entremetimiento de los hombres. Don Irineo esperó, callado, agachadito, cogido por estas dos fuerzas que se lo peleaban: el silencio hablante de la naturaleza; el ruido vacío de los humanos...

Pasó luego un coche con toda lentitud. Tú sabes que las carreteras de Guayacán no son muy buenas. En él vio a una serie de niños que iba recitando, a una voz, aquellos versos que todos conocemos:

Tinguiririca sube a la higuera,
Corta palitos con la tijera;
Tinguiririca baja la higuera
Con muchos palos en su cartera.

Y el auto desapareció.

Don Irineo se confundió a tal extremo que tuvo que echarse por tierra a juntar sus ideas. Se dijo:

-Tinguiririca... He oído mentar ese nombre... Sí, lo he oído mentar por... ¿Por quién será? ¡Braulia, Braulia Tinguiririca...! Me han hablado de ella... ¡Ah, sí! Un cabaré, uno que llaman el San Lito, según creo... Y todo ello, ¡hasta con la señora Braulia!, aquí en esta soledad..., ¡oh! en esta terrible soledad...

Al final el pobre don Irineo no sabía si soñaba o si deliraba. Allí quedó por tierra largo rato. Era ya tarde y la noche se avecinaba. Silencio... relativo, tú me comprenderás, Marul.

La noche en los bosques y selvas está poblada de voces. Don Irineo pensó entonces en Bárulo Tarata, el hombre sabio entre los sabios; pensó también en Biandina, la hija de Bárulo y de una campánula. Pero, ¿dónde encontrar a este sabio entre los sabios? ¿Dónde?

De pronto un cumbileco llegó a su lado. Lo miró, se rió y le dijo:

—Sígueme, Pidenco, sígueme. Yo te acompañaré hasta la guarida de ese Bárulo Tarata.

Allá se encaminaron.

La guarida de Tarata estaba más bien cerca. Era un choza donde, según don Irineo, reinaba la comodidad y un aseo esmerado. Fue recibido en ella con toda amabilidad. El cumbileco hizo una venia y desapareció por entre los árboles.

—Señor —le dijo don Irineo—, he venido a ver a usted para que me ayude, si ello no le es demasiado engorroso, a descifrar la verdad que pueda haber en una idea que se me ha metido entre ceja y ceja.

Bárulo Tarata le ofreció asiento y le pidió que se expresara con toda confianza. Se sentó nuestro hombre y empezaron a hablar. ¿Cuánto tiempo hablaron? Se lo pregunté, Marul, a don Irineo y él me respondió:

—Mi señor Borneo, estábamos ambos *fuera del tiempo*.

Le dije:

—Entonces cuénteme usted, don Irineo, qué hablaron tanto fuera del tiempo.

—A eso voy, mi señor, si no ve usted inconveniente.

—Ninguno. Le escucho a usted.

184

PIDENCO: He venido, mi señor don Bárulo, a posarle a usted una cuestión. Espero humildemente que usted me sacará de la duda que a veces me atormenta. Creo, mi señor, que nosotros los hombres no somos partes de ésta que llamamos la Natura; creo que ella no somos más que unos simples intrusos. Oso pensar como ese tan sapiente señor escritor de nacionalidad inglesa, el señor Nicoll, eso es, Maurice Nicoll. ¿Sabe usted quién es? ¡Oh, discúlpeme este nefasto atrevimiento al sospechar que podría usted ignorarlo! Pero estoy nervioso, mi señor, sumamente nervioso.

TARATA: Cállese usted, don Irineo. Sí, conozco a Nicoll; lo he leído en tiempos pasados.

PIDENCO: ¡Cuánto me alegro! En su libro *El tiempo vivo* dice: "El hombre está viviendo en un mundo que no le pertenece". Esto me ha confirmado a mí en esta idea de que somos nosotros unos meros intrusos en esta Tierra. ¿Puede ello ser verdad, mi señor Tarata? ¿O es una simple idea mía, un exceso de imaginación desbordante? Usted comprenderá, mi señor, que yo no soy más que un simple, un muy simple cultivador de garbanzos.

TARATA: Es la verdad, don Irineo. La evolución de la humanidad necesitaba que ella pasara un largo tiempo aquí en este planeta. Por eso a él vinieron los humanos. Vinieron y se instalaron. Eran en total 244.738. Hacían su vida. Había en ellos muchas olas de evolución. Una de ellas fue rebelde pues la añoranza de su verdadero sitio la trabajaba a todo momento. Éstos querían irse, marcharse, no querían pasar por esta etapa terrestre.

Un buen día resolvieron marcharse. Sin más se juntaron y se suicidaron. Fueron

11.024 los que pusieron fin a sus días; todos murieron entonando cánticos de alegría desesperada.

PIDINCO: ¡Oh, terrible cosa! ¿Permite usted que le haga ahora una pregunta?

TARATA: Por supuesto, pregunte usted.

PIDINCO: ¿Qué fue de los restantes, don Bárulo?

TARATA: Los restantes procedieron a enterrar sus cuerpos. Luego siguieron en esta peregrinación terrestre. Muchos de ellos se casaron y tuvieron hijos en gran cantidad.

PIDINCO: Pero no creo, mi señor, que esta añoranza vuelva a llevarnos hasta el suicidio.

TARATA: No al suicidio violento; él es más bien raro. Pero existe el otro suicidio, el lento, el suicidio de los vicios. Es la manera que tiene la humanidad de desprenderse de este mundo, es la manera de añorar su verdadero hogar. El alcohol, el opio, la cocaína, el hachís... Es el modo que tienen de representarse ese hogar del cual han sido sacados para venir a circular aquí en la Tierra.

PIDINCO: En esta Tierra de la cual usted se aleja, ¿no es verdad, mi señor don Bárulo? Sé que no debería tener la osadía de formular a usted estas preguntas pero..., pero ahora, créamelo, mi señor, mi lengua habla sola y yo, arrebujado en un rincón, la oigo expresarse e inquirir.

TARATA: Alejarse... Es una manera de decir. No existe ese alejamiento verdadero. Cuando usted abandona a los hombres, la naturaleza se pone a hablar. Pero el ruido producido por los hombres me era molesto y, sobre todo, me era molesto la ausencia de todo ruido en una ciudad. Por las noches, allá en mi casa, cuando había silencio, era un vacío negro que se alejaba de mí como tubos insonoros que me llevaban hasta el mismo infierno. Por eso pedía que hubiese bulla, mucha bulla para echar lejos a esos espíritus que se presentaban envueltos en el silencio de los hombres. No siempre lo conseguía. Al final he preferido vivir rodeado del ruido perpetuo de una selva como es ésta, como es la vecina de Lemoleno. Aquí oigo todo el repertorio de los humanos: alegrías, tristezas, hastíos, vehemencias, languideces, rencores, horrores... Todo tiene su eco aquí; sólo que con lentitud. ¡Ritmo lento! No por eso menos penetrante. Vea por aquí, don Irineo, por esa ventanita, y contemple el árbol que verá usted inmediatamente.

Don Irineo fue a la ventanita, la abrió y se asomó. Quedó temblante. Había visto, afuera, un árbol grande cubierto de hojas salvo en lo alto donde se elevaban hacia el cielo varias ramas desnudas y retorcidas.

PIDINCO: Esas ramas, mi señor, esas ramas son una súplica; me atrevería a decir, una súplica angustiosa.

TARATA: Sí, don Irineo, hay en ese árbol un llamado trágico. Hay que oír este llamado. Los hombres hemos nacido aquí en la Tierra para que aprendamos a desprendernos de la Naturaleza, para recobrar nuestra libertad. No lo lograremos con la rebelión; lo lograremos, más bien, con la sumisión. Para mí la sumisión viene acercándonos a lo pequeño, preguntando a la Naturaleza sus más ínfimos secretos. No digo que sea éste el único medio de que ella consienta en revelarnos esos secretos. Porque también existe lo inmenso. Ejemplo: la buena y querida Teodosia Huelén. Ella oye la voz del cosmos cuando se relaciona con lo infinitamente grande; yo, cuando me relaciono con lo infinitamente pequeño. Esta choza me basta. Este bosque de Guayacán me es, en verdad, demasiado grande; piense usted que sigue y sigue con el nombre de Lemoleno. Por eso lo reduzco. Hago, a diario, siempre el mismo paseo. Por el camino por donde usted ha venido, camino a pasos lentos; una hora, tal vez hora y media. Creo conocer todos los rincones que encuentro. No, mi

amigo; cada día, cada rincón me muestra nuevos aspectos insospechados. Por estos aspectos me voy y por ellos trato de crecer.

PIDINCO: Señor don Bárulo Tarata, es lo que, talvez, me ocurre a mí cuando me entrego a la siembra y cosecha del garbanzo.

TARATA: ¡Benditos sean esos garbanzos que han venido a llenar una parte de su existencia y que lo mantienen a usted con el más allá del cosmos!

PIDINCO: ¡Usted lo ha dicho, mi señor Tarata, usted lo ha dicho! Me imagino a la natura con los hombres como a los hombres con los microbios. Porque ellos son en nuestros cuerpos una serie de intrusos que han venido a conquistarnos. ¡Oh, hábleme usted, si no es demasiada osadía de mi parte, pedírselo a usted, hábleme de los secretos que este bosque ha tenido a bien manifestarle!

TARATA: Ya le he dicho a usted que camino siempre por el mismo sendero. A veces me siento por ahí y respiro la naturaleza. A veces llegan hálitos del cosmos. El caminar siempre por el mismo sendero me dio la idea de disminuirme de tamaño para penetrar en estos misterios que sentía me rodeaban. Envié, entonces, un saludo a la buena de Teodosia Huelén. Sentí que, ella y yo, formábamos dos extremos que se juntaban. Los hombres, al ver más de un pequeño sendero, al aventurarse por caminos y caminos, se atosigan con la naturaleza y terminan por no ver nada; no hacen más que pasar y pasar. Por lo demás... ¿qué podrían ver?

PIDINCO: Es verdad, mi señor, es verdad. Pero esto mismo, sí, esto mismo de ir siempre por los mismos sitios, ¿no le hacen a usted sentir deseos de ver otras cosas, de internarse e internarse sin saber adónde se va?

TARATA: No, don Irineo, no siento esos deseos. Pues el camino que hago a diario se alarga y se alarga, toca al infinito. Yo, en cambio, casi no me he movido. Ver mucho es distraerse de modo que nada pueda profundizarse. Así es que aquí en Guayacán hago lo contrario de Teodosia: me disminuyo de tamaño y me introduzco debajo de una hojita pequeña y en los recovecos y sinuosidades de la tierra. Entonces aquello se agiganta pero no por sus dimensiones de tamaño: es porque cobra su verdadera dimensión. Nos vemos muy pequeños, pequeñitos y, sobre todo, llenos de un orgullo satánico.

PIDINCO: Es lo que quiero matar en mí, mi señor Tarata, ese terrible orgullo del que sólo me libentan los benditos garbanzos, como usted los ha llamado. ¿Quién diría que en mí está también el orgullo de mi calidad de hombre?

TARATA: Pase usted por las puertas de la humildad y le volverá el sosiego. Es lo que he hecho yo. Estaba una tarde junto a una hojita de álamo. A mi lado vino un grillo; luego se posó sobre ella una falena. Allí quedamos en espera. ¿De qué? ¿Qué esperábamos? Hasta que el grillo dijo a la falena: "Los hombres están henchidos frente a la importancia que le dan al Yo". La falena respondió: "Lo cual termina con el endurecimiento que cierra las puertas de las ondas de vida".

PIDINCO: ¿Los oyó usted a ellos, a ese grillo y a esa falena, los oyó usted hablar de ese modo?

TARATA: O acaso hablaba yo, o acaso alguien, a través de esos insectos, habló. El caso es que los tres escuchábamos en religioso silencio.

PIDINCO: ¿Podría ser yo tan osado como para..., para... ¡oh, usted comprende, mi señor don Bárulo!

TARATA: Sí, usted lo puede. El grillo volvió a hablar. ¿Sería el grillo? ¿O sería la falena?

Pensé en un momento que era yo mismo el que hablaba. En fin, don Irineo, allí se habló. Era un susurro melodioso a la par que enérgico. Escuché contrito. Decía este susurro:

“Al endurecerte admites algunas ondas, las que están de acuerdo con tu dureza, las que de antemano encuentras beneficiosas para ti. Eliminar muchas que acaso podrían ser de mucha utilidad. Esta dureza es encontrar que hay cosas que no son dignas de uno; es encontrar que hay trabajos inferiores; es no ver, en todas partes, el lado divino. Ella es decirse de antemano: ‘Yo haré en mi vida tal cosa; yo estoy destinado a tal cosa’. Al decir así se corre el riesgo de abrirse un solo camino cerrando los restantes. Porque ello es disponer previamente de su destino en una vía preconcebida en vez de cantar lo que el destino haya puesto por delante. Trata de hacer lo mejor posible lo que el destino te haya puesto frente a ti. Ser humilde es elevar la obra que se hace en vez de hacer sólo ciertas obras que se encuentran elevadas. Es ser un obrero que pide trabajo, cualquier trabajo con tal de trabajar y no decirse: ‘Yo sólo hago tales cosas; si no me las dan, no trabajo’. Es ser en cada cosa algo digno de nuestra mayor altura; es aceptarlo todo.

PIDINCO: ¡Oh, tanta grandeza me conmueve, mi señor! Ahora, al marcharme a mi casa, iré lleno de humildad. Bajaré, bajaré mis pensamientos a la altura de las hierbecillas, y por entre ellas me escurriré. Aunque algo temo, mi señor don Bárulo, algo temo. ¿Osaría decir a usted cuál es mi temor? ¡Temo las campánulas!

TARATA: No, don Irineo, una campánula no lo cogerá a usted. Las campánulas cogen a los hombres que desconocen la humildad, a aquellos que viven en la soberbia.

PIDINCO: Pero usted, don Bárulo, jamás, jamás ha rozado esa soberbia; usted, mi señor...

TARATA: Sí, la he rozado, he sido el endemoniado de la soberbia. Yo, en un momento, me creí el hombre perfecto. Como tal me enorgullecí y, para mis adentros y pleno de satisfacción, no dudé en proclamarme el más perfecto sabio de este mundo.

PIDINCO: Pero, mi señor, todos —creo yo, digo yo— hemos creído una semejante cosa, sí, la hemos creído.

TARATA: Pero esta creencia puede tomarse ora como un gran bien, ora como un gran mal. Ello depende del nivel en que uno se encuentre; si se está en un bajo nivel, empezando nuestra carrera, esta creencia es un estímulo; en el medio de nuestra carrera... ¡cuidado!, hay que empezar a separarse de ella; arriba, ya cuando hay que avanzar serenamente, hay que dejarla de lado e ir hacia las puertas de la humildad. Para ello basta mirar, todos los días, las ínfimas sinuosidades de esta tierra; todas las noches, mirar las estrellas.

PIDINCO: ¿Cree usted, mi señor, que la tan bella niña que es doña Teodosia Huelén se halla pagando algún lejano pecado?

TARATA: Si ella tiene algún pecado que pagar, créamelo usted, que los paga con sus periódicos males que la postran en su lecho. Pero sus idas a los cielos son su avance, son su premio.

PIDINCO: ¿Osaría preguntar a usted, mi señor, si ha sido nuevamente atacado por esas nefandas campánulas? Ello me interesa saberlo y conocerlo, me interesa en alto extremo. Yo, usted perdonará, relaciono a estas campanuláceas con las terribles guaxas que me han atacado.

TARATA: Lo comprendo, don Irineo. Fui atacado por una de estas campánulas estando yo a medio dormir; fui atacado aquí en el bosque de Guayacán. Un tiempo después vino a este mundo mi hija, Biandina. Desde el primer momento la amé entrañablemente. Poco a poco se fue independizando. Iba tras su destino que brillaba hoscamente en su horizonte.

te: la misa negra y el sabbat y, en ellos, la figura de Palemón de Costamota. Lo vi tronando allí y no tuve más que inclinarme ante las fuerzas del mal que esparcía a diestra y siniestra.

PIDINCO: ¡Oh, oh, mi señor don Bárulo! ¡Oh, Biandina! ¡La he conocido y me he sentido atraído por sus encantos! Luego, usted perdonará, luego la he visto en una misa negra oficiada por ese Palemón de Costamota. La vi y me fugué de esos antros infernales. Usted debería, mi señor, arremeter en contra de ese nefando diablo que viene a inmiscuirse en cosas que no son, que no pueden ser de su incumbencia.

TARATA: ¿Arremeter? ¿Yo? ¿Para qué? Él cumple con su deber. No me toca ponerme de juez. Cada cual ha de hacer su labor. A mí se me ha castigado haciéndome amar a Biandina que se place meciéndose por ondas inferiores. ¡Dejémosla! Todos los días, a la hora del crepúsculo rezo por ella, elevo mis preses para su bien.

PIDINCO: ¡Oh, mi señor, si quiere usted lo acompaño en estas oraciones! Me sería altamente grato rezar por el bien de Biandina.

TARATA: Biandina está bien porque, hoy por hoy, Biandina no sufre.

PIDINCO: ¡Oh, Dios santo! ¡Esparce tu clemencia sobre todos los humanos, espárcela sobre Biandina!

TARATA: Amén.

Quedaron ambos largo rato en silencio, con el rostro gacho. Sus meditaciones se iban cada una por su lado. En algún sitio deben haberse encontrado porque de ellas se desprendió una chispa. Esta chispa los hizo hablar.

PIDINCO: Ahora comprendo que es mejor frecuentar un solo sitio y amarlo.

TARATA: Es mejor que andar siempre tras de muchos porque lo que a primera vista se ve en cualquier lugar no es ni la centésima parte de lo que puede ofrecer. Pero no hay que forzar. No hay que tratar que un lugar cualquiera dé cuanto uno pide. La naturaleza lo ofrecerá a su debido tiempo. Este tiempo es cuando, dentro de uno, se haya despertado algo vívido que corresponda a algo real en la naturaleza. Cuando una síntesis del universo, una síntesis en miniatura, haya despertado, cuando esta síntesis encuentre su correspondiente en el mundo. Aunque se cambie de sitio, lo que ya se conoce volverá a aparecer. En todas partes se hallará el ideal.

PIDINCO: Mi señor don Bárulo, yo vivo en San Agustín de Tango en la calle Pentateuco. Mi departamento es mi bosque de Guayacán. Él también, con sus pequeños objetos, me comunica muchas cosas, tantas cosas que no siento la necesidad de abandonarlo. Sí, sí, mi señor, con las obligadas visitas a Curihue, usted sabe, el fundo de nuestro capitán Angol, adonde voy por la cuestión de los garbanzos, no necesito acarrear mi cuerpo más lejos. Salvo hoy, sí, hoy que he venido hasta estos bosques a hablar con usted, mi señor, sí, con usted, y a..., a..., usted perdonará, a..., a...

TARATA: Diga, don Irineo, ¿a qué?

PIDINCO: A informarme sobre su hija de usted, sobre Biandina, a pesar de que había prometido no buscar más informaciones sobre ella después de haber apercibido aquella misa negra y el papel que en ella jugó; pero he venido, mejor dicho, me han venido.

TARATA: Dejémosla en paz que siga su camino. El que quiera avanzar debe estar tan dispuesto a construir como a destruir. Debe construirse mundos y más mundos, mas cuando estos mundos hayan agotado sus dádivas, debe destruirlos sin queja alguna, destruirlos hasta que no quede ni rastro de ellos en nuestros corazones. Hay que lavar los pies en la sangre del corazón, o sea, matar toda nuestra parte pasional y animal. Disolver las envol-

turas materiales para que el espíritu respire libremente y así, libre, aparezca. Hacer un sosegado examen, plano por plano, de los defectos y luego ir arrancándolos de raíz.

PIDINCO: ¿Acaso, mi señor, fumar, fumar un cigarrillo...? Yo fumo, no mucho, pero fumo y este culebreo del humo me ayuda a ir a esas regiones que me esperan.

TARATA: Fume usted, don Irineo, fume usted; no está ahí el mal; tal vez estaría en el esfuerzo que tendría usted que hacer para abandonar el tabaco.

PIDINCO: ¡Oh, tantas y tantas! ¿Me permite que le ofrezca un cigarrillo?

TARATA: Gracias; nunca he fumado.

Nuevo y largo silencio. Don Irineo fumaba. Así los sorprendió la noche. Tarata encendió el quinqué que derramó una pequeña e íntima luz. Luego, como sorpresa, invitó a don Irineo a comer un buen plato de garbanzos.

PIDINCO: No sé, mi señor, qué me agrada más: si comer este sabroso fruto leguminoso o bien oír sus palabras de usted. ¡Oh, no olvidaré, mi señor don Bárulo, las palabras que he oído!

TARATA: Sobre todo no olvide usted que entre cada momento vital existe un abismo negro. No hay que temerle; hay que afrontarlo. Como entre cada vida nuestra hay una muerte. Ella nos aparece como un punto final. Pero recuerde usted, don Irineo, que estos puntos finales se nos presentan siempre y que son, en realidad, comienzos de nuevas vidas. Recuerde usted a Lorenzo Angol cuando partió al Viejo Mundo. Ir al Viejo Mundo era un ideal para él, un ideal largamente sustentado. En el momento de partir sufrió pues se alejaba de todo un mundo querido. A él, a este mundo, volvió. No se confíe usted en un juicio prematuro. Deje todo en paz, no trate de averiguar nada, suponga, solamente, que hay razones para ir hacia adelante tan dignas de respeto que ningún ojo debe tratar de sondearlas.

PIDINCO: Pero, mi señor, si no es atrevimiento mío, podría, osaría yo refutar a usted que la intelectualidad se nutre de todo ello. ¿Por qué negarle su alimento? Si ello sugiere grandes ideas, digo yo, debe prestárseles oído. ¿No lo cree usted, mi señor? O, acaso, me equivoco yo porque en estas cuestiones intelectuales no soy muy versado, no, no lo soy.

TARATA: Hay que prestarles oído pero inmediatamente cortar el lazo que las une con quienes las sugieren. Hágalas usted vivir en su reino suprahumano, en el reino de las ideas que a todos pertenece en general y a nadie en particular. Mientras el lazo se mantenga obraría usted mal. Si así no hiciera, su idea irá hasta ellos y volverá a azotarle el rostro. Ame las ideas en sí pero que jamás nazca en usted algo que no tenga mayor alcance que el de un juicio personal. Todo lo personal debe ser elevado a las altas regiones. Así no viviremos entre nuestros semejantes; así viviremos en medio de ellos.

PIDINCO: Sí, mi señor, sí, es lo que yo deseo. Cuando estoy en el fundo del capitán Angol con mis garbanzos, créamelo usted, soy así, como usted ha tenido a bien explicarlo, es decir, vivo en medio de todos nuestros semejantes. Pero luego vuelvo y, sin saber cómo, me voy engolfando en el ajetreo de la ciudad y este ajetreo me va tomando, me va tomando hasta que dejo de ser quien siempre he sido. ¡Es algo horrible, mi señor don Bárulo, es algo verdaderamente horrible!

TARATA: Las ideas abstractas, más allá de su justa comprensión, inducen a endurecer el corazón. Todo tiende a separarnos del mundo. Uno siente la irrealidad de los pesares ajenos... entonces se niega a tender una mano, a dar un consuelo. Voy a leer a usted una nota que escribí hace algún tiempo, una nota que medito siempre y que aconsejo que siempre se tenga presente. Dice así:

"Por cada paso que des en la comprobación de lo ilusorio de este mundo, procede para con él como si hubieses avanzado en el sentido de comprobar su realidad y que ella fuese lo único existente e importante".

PIDINCO: ¡Oh, sí, lo tendré siempre presente, mi señor, no lo echaré en olvido! ¡Lo recitaré cuando me halle preocupado de la siembra y cosecha de mis garbanzos!

TARATA: Hará usted muy bien pues hay que vivir según esta máxima pues ella encarna la verdad. Lo ilusorio de la realidad física es verdad para nosotros; así como lo que para nosotros llega a ser verdad puede ser ilusorio para otro hombre superior. Partamos de la base, para matar toda ambición y fanatismo, que si es ilusorio el mundo físico y los conceptos de los seres que en él viven, ilusorio será nuestro mundo también y los mundos que siguen hacia arriba, hasta mucha altura. Unos ven una ilusión, otros ven otra; lo que vemos es nuestra verdad. Inútil será para cualquiera hablarle desde un punto al cual no haya llegado. Nuestras palabras se perderán en el vacío. Y no olvide usted, don Irineo, lo que ahora le voy a leer; es otra máxima que debe usted aprender de memoria como me la he aprendido yo:

"Todo cambio interior semeja una muerte, pero toda muerte trae una resurrección".

PIDINCO: ¡Ya la sé y de memoria, mi señor! "Todo cambio interior semeja a una muerte, pero toda muerte trae una resurrección".

TARATA: Estas resurrecciones nos van acercando a la eternidad. ¡Eternidad! Todo apresuramiento es un defecto, es un germen de mal que corroe el alma. Se podrá pensar que somos eternos pero si no obramos de acuerdo con ello, de nada vale tal pensamiento. Porque queda en la región intelectual y no penetra todo el ser. Mate, pues, todo apresuramiento: los tiempos eternos nos pertenecen. Si decimos que todo eso está muy bien pero que esta obra, ésta precisamente, no la podemos seguir más allá de la tumba, quiere decir que nos encontramos ligados a la obra en lo material que ella tiene, que lo estamos a su cuerpo físico, que no reparamos que ella no es más que un lejano símbolo de un alto estado de conciencia y que éste, que es lo que verdaderamente vale, no puede morir jamás y siempre nos acompañará.

PIDINCO: ¿Permite usted, mi señor?

TARATA: Sé lo que usted desea, don Irineo: ¡buenas noches!

PIDINCO: Buenas noches, mi señor don Bárulo. Créame usted que dormiré cobijado por los ángeles.

Don Irineo Pidincó durmió aquella noche en la pieza que don Bárulo tenía para sus posibles visitantes. Se durmió sintiéndose cobijado por los ángeles.

Se levantó de alba. A cada momento echaba la mano al bolsillo, sacaba un puñado de garbanzos, los miraba y los volvía a guardar. Tarata lo dejaba hacer.

A poco pasó por allí un coche que se detuvo frente a la choza. Don Irineo inquirió de inmediato:

—¿No será, mi señor, el coche con los niños del Tinguiririca?

Pero Tarata lo reconfortó:

—Es el coche de Contaldo Ñipaco que va, a menudo, a San Agustín de Tango y pasa a darme los buenos días.

Descendió Ñipaco. Tarata le presentó a don Irineo.

—¡Oh, mi señor Ñipaco, oh, don Contaldo! —exclamó Pidincó— Ya había oído pronunciar su nombre, sí, su nombre, si ello no es una aberración por parte mía. El distinguidí-

simo pintor don Rubén de Loa me había hablado de usted en términos asaz elogiosos, sí, eso es, asaz elogiosos. ¡Cuánto gusto y cuánto honor tengo en poder estrechar su mano!

—¿Es usted pintor como el señor de Loa? —le preguntó Ñipaco.

—¡Oh, no, mi señor! —respondió presuroso don Irineo—. Yo soy un aficionado o, si no es mucha mi osadía, un casi profesional de la siembra, cultivo, cosecha y guisamiento del garbanzo y nada más.

Contaldo Ñipaco pareció encantado al oír estas palabras.

—¡Señor! —le dijo—. ¡Qué buena nueva! En mi fundo pensaba, justamente, sembrar garbanzos y no tenía a quién dirigirme. Usted, creo, podrá ser el hombre que necesito. Iremos juntos a La Manigua.

Y ambos, olvidándose del mundo, se engolfaron en una plática sobre esta leguminosa; hablando sobre ella se despidieron de Bárulo Tarata; hablando sobre ella subieron al auto; hablando sobre ella se alejaron por entre los árboles ahora sin un solo ornitorinco, ni un solo cumbileco, ni lampalaguas ni escolopendras que vinieran a distraer a estos eruditos del garbanzo.

Yo, Onofre Borneo, he quedado igualmente dichoso al verificar que don Irineo Pidincó tiene, en la persona de Contaldo Ñipaco, un verídico aficionado a su tan grata especialidad.

185

Llegué a la calle ¡Muera Lutero! Quería ver a Anacleto Ibacache. Allí lo encontré con bata y pantuflas. Ibacache había pintado algo y estaba de buen humor. Apenas me vio mostró su alegría. Me dijo:

—Onofre, ¡adelante! Onofre, es usted... ¡no! Eres tú un buen amigo. Nos tutearemos, ¿no te parece? Antenoche me he echado a la cama ¡una vez más! Pensaba que ayer por la mañana tendría que levantarme ¡otra vez más! Pero, no. Me puse esta bata y estas buenas pantuflas y así he quedado. ¿En qué he quedado? ¡Meditando, girando alrededor de una idea que llegó aquí a mi taller! La hice entrar a esta idea y le ofrecí asiento como ahora lo hago contigo. Empezó nuestra conversación y, te aseguro, ella ha removido un tanto mis conceptos sobre el arte en general y sobre la pintura en especial.

—¿Qué te ha dicho esta idea?

—Óyeme bien: Tomemos al arte como una entidad sola, aparte, que tiene a su servicio a los artistas. Vi a esta entidad, la vi grande, inmóvil, como una piedra dura. Pero una especie de grieta empezó a rajar esta piedra dura. La grieta era la luz; la piedra, la estulticie de los hombres. La marcha de esta grieta era, pues, una marcha buena, estupenda. Por lo tanto los demonios se encarnizaron en contra de ella. También los vi dirigidos, desde lo alto, por Palemón de Costamota. ¿Sabes tú lo que yo llamo "bueno"? Es lo extraño, es equivocarse en ¡una búsqueda! ¿Y sabes tú qué aspecto tenían esos "demonios"? Tenían el aspecto de lo académico. ¡La luz, por un lado! Por el otro, el academismo. Se encarnizaba éste, se encarnizaban los demonios; estaban al acecho del primer descuido de los artistas para desviarlos. Así, Onofre, apenas un artista de esa grieta lograba vestir una alta imagen espiritual con su cuerpo justo, los demonios llamaban al que venía inmediatamente detrás de él y, murmurándole al oído, le hacían NO ver que lo bueno de esa obra consistía en la

afinidad de su alma con su cuerpo, que la primera había creado al segundo. Entonces le murmuraban: "¡Está bien esta obra! ¿Verdad? Veamos si tú puedes hacer mejor pues hacer un cuerpo así es de lo que se trata. ¡Imítalo! Pero, mejor, siempre mejor". Y el artista se lanzaba por esta senda. Salía de la grieta y, con él, salía el siguiente, y el otro y el otro, y todos se descarrilaban como los vagones de un tren tras la locomotora que se ha desrriado. La piedra dura los enmurallaba mientras ellos, ciegos, trataban de hacer mejor y la marcha del arte era detenida.

—Pero tú, Anacleto, no has detenido la marcha del arte. Veo que has pintado, veo que tienes una serie de bosquejos. Has tocado la grieta, sin duda que la has tocado.

Ibacache me respondió:

—He soñado tan sólo. He revoloteado junto a una idea, junto a un cuadro por hacer.

—Seguramente un cuadro que te ha sugerido la idea que te visitó.

—Tal vez; no lo sé. Su título se ha impuesto: *La materia*. Ahí hay una serie de croquis sobre ella.

Los miré con detención mientras Ibacache iba acompañándose con ellos en una larga disertación.

—La materia —tú me entenderás lo que trato de decir con este nombre—, la materia es una de las causas acarreadoras de dolor pues trae consigo el apego a los bienes terrenos. Este apego está en contraposición con los bienes espirituales. Por lo tanto la esencia del dolor del hombre ha de ser lo que dicho apego trae inevitablemente; el ansia nerviosa, el correr siempre tras las quimeras que se deshacen al contacto del hombre. Esto puede traducirse por el deseo de un móvil que justifique toda acción. Mi cuadro o mi fresco, mejor dicho, estará dividido en tres partes: a) la destrucción del mundo espiritual; b) la creación de un mundo material que ofrece grandes esperanzas; c) la inestabilidad de dicho mundo. La individualidad, la personalidad exaltada deberá aquí jugar un gran papel: cada hombre solo formando un mundo a su imagen, tratando de darle un sentido definitivo a su propia vida. Todos quieren creer y nadie cree; sólo están satisfechos aquellos que pueden hacer caso omiso de todo mundo interior y concentrarse con el exterior.

—Ve todo este grupo de desnudos que se ensañan con la tierra, abriéndola para arrancarle sus secretos pero esta misma tierra, al abrirse, se reblandece y se los traga. Ellos siguen y siguen desmenuzándola entre sus manos para arrancar el último átomo de sabiduría.

—Igual que con la tierra hacen con los árboles. Entonces son las ramas las que, a medida que el hombre se acerca, lo envuelven como tentáculos, lo oprimen y lo matan.

—He querido ir al símbolo, Onofre, he querido hacer una gran obra simbólica, he querido sacar símbolos de mi propia vida, únicamente de ella como si en el mundo no existiera otro ejemplo más que yo mismo. ¡A un lado, pues, todo lo restante, todas las ideas de otros, sean quienes sean! En resumen, Onofre: formarme una concepción clara y única de un mundo virgen no interpretado aún por nadie. ¡Un mundo mío, nada más que mío! Todos dicen que el hombre es un microcosmos reflejo del gran macrocosmos. ¿Entonces? ¿Para qué extender nuestra vista más allá de nosotros mismos? Para esto estudio mi desarrollo interior desde su principio, lo estudio con todas las tendencias, sensaciones e ideas que haya tenido. He de llegar a una concepción de todo el universo, sólo mía. Cada cosa —el Sol, la Tierra, las lejanas estrellas, los demás seres, las artes, las ciencias, todo— que sea según el papel que haya tenido en mi vida. ¿Mi vida? ¡No y no! Así tendré la imagen de una vida —¿me entiendes?—, ¡de una vida!

“Pero este es un arduo trabajo. Si yo no logro realizarlo en mí mismo, en cambio será realizado en mi gran fresco.

—Ya lo veo, amigo. El comienzo de tu idea está visible en tus diseños.

—Tal vez esté visible. Pero no los he seguido. Tal vez ahora los siga. ¿Sabes tú quién me interrumpió en mi labor?

—No, no lo sé.

—Palemón de Costamota. ¡La grieta de luz que empezaba a romper mi piedra dura! Entonces..., entonces se presentó lleno de cortesía, Palemón de Costamota. Miró interesadísimo todos los rincones de mi taller. Me puso el tema y... yo hablé explicándole lo que anhelaba. Él me oyó en silencio pero con suma atención. Al fin me dijo que sería conveniente que hiciera yo, antes que todo, antes de seguir trabajando en mis bosquejos, que hiciera un pequeño, un pequeñín dibujillo de la inmensidad de historia de esta nuestra humanidad. Es decir, cómo la veo, cómo veo el tiempo en ella; es decir, cómo este tiempo se amolda en mi mente; es decir, cómo es la perspectiva que de ella tengo; es decir, si la veo alejarse poco a poco, aquí a mi lado este siglo, más lejos los siglos anteriores, más lejos aún la Edad Media, más lejos, allá al fondo, Roma y Grecia, y así hasta que mi memoria se ofuscara por las lejanías nubladas y remotas.

—¿Hiciste, Ibacache, ese dibujillo?

—Por cierto. Tardé mis buenas horas en hacerlo; rompí varios papeles; pero al fin lo hice.

Ibacache me alargó este dibujillo. Aquí lo reproduzco. No sé qué se entenderá de él. El caso es que yo he pasado largas, muy largas horas mirándolo y he visto que la historia y nuestra vida misma no tienen una cronología fácil de acomodar con el tiempo. En algo estuvimos plenamente de acuerdo: en la Baja Edad Media que está totalmente unida con nuestra vida intrauterina. La Baja Edad Media dista, pues, de nosotros unos 37 a 39 años. Más lejos, tal vez siglos después, viene lo que Ibacache llama: “remota y dulce infancia”. Luego el hombre crece y llega al Renacimiento y con él están Roma y Grecia. Le pregunté de inmediato:

—¿Y Egipto? ¿No lo cambiarías por Roma y por Grecia?

Me contestó:

—Egipto me es una noción aprendida. En cambio a Roma y Grecia las veo simultáneas con el Renacimiento y a los tres muchos más cerca de mí que ese lejano, lejanísimo siglo XIX y que ese...

—Ese..., ¿qué?

—Ese siglo actual que se pierde en oscuras nebulosas.

—Sin embargo —le discutí— hay una enorme riqueza para los que tocamos, en nuestras vidas, estos dos siglos, el XIX y el XX. Empiezo por decirte que para mí el siglo XX empieza, como lo ha dicho Jean Cocteau, en agosto de 1914. Es vivir en dos mundos, es vivir como el señor que ha viajado y tiene en la memoria y a su alcance dos continentes. Con mala voluntad, con inercia, puede florecer la maleza de la añoranza, el perpetuo llamado hacia atrás. ¡No, Ibacache, no! Debe ser una riqueza, es la riqueza que nos da este siglo; la de separarnos de un modo cortante de un pasado que recordamos y que fácil nos es acoplarlo con las guerras napoleónicas, con el virreinato, con las carabelas de Colón y hasta..., y hasta con Carlomagno y con Esquilo..., si tú quieres.

—Sí, puede ser. Es verdad que es enorme la diferencia entre nuestro ayer y nuestro hoy. Por lo mismo debemos darnos prisa.

—¿Prisa? ¿De qué?

-Del fin, del fin de los fines. Oye, Onofre: el otro día leía yo un libro. De pronto veo un microbio, un microbitito que corre por sus páginas. ¡No, no, mi querido Onofre, nada tenía que hacer ese microbitito con el que perforó, hace ya tiempo, el libro aquel, el libro de Lautréamont! Este no perforaba; corría y corría tan sólo. Onofre, oí claramente que me gritaban: "¡Cuidado, cuidado!" Era tarde. El microbitito entró en mi piel y ahora sí perforó. Ahora se reproduce. Soy el hombre que lleva en él mil millones de microbios. Siempre que no lleguen al cerebro...

-No han de llegar, Ibacache, no han de llegar.

-Por si acaso, por si llegan, recito un poema. ¿Será un poema? Preferiría llamarlo un cántico o, mejor aún una "orden superior". Es la orden que se me ha dado. Escúchala:

Taller ante tus grandes obras. Satisfacción, ¿de dónde vienes? Retrocediendo tanto disminuye hasta llegar a la idea primera. Una semilla, un óvulo que se bifurca. ¡Helo ahí! ¡He ahí el óvulo! Una concepción de realización. Un despertar interior. Tomó esta forma; podría haber tomado otra y otra forma. Lo he visto en forma plástica como un sol verde y amarillo sobre una cabeza. ¡¡Ser!! Lo he visto. ¡¡Realizarse!! Algo del coito...; algo del sexo. Una certeza de grandiosidad, una certeza de mayor intensidad de vida por sendas tentadoras. Un momento entre dos abismos. Es decir; la luz o las imágenes que da. Sí, la luz es mejor puesto que ella es esencia. Pero la mente no lo coge. ¿Cómo es? Imposible. Lo ve aislado, inútil. Ve la obra y cree que en ella está el encanto. Cae ciego sin darse cuenta del abismo de materia. Creyó realizarse en sí mismo y lo que hizo fue crear fuera de sí mismo. Hacer el mundo imagen de sí mismo en vez de estudiarse a sí mismo. Hasta que llegue el último viraje. ¡Poco importa! ¡Adelante! ¡Obra! Es un viraje necesario. Porque este es el modo de echar para fuera partes de uno y poder verlas. Pero la vida se complica pues se bifurca. Entonces es copular con un macho imaginario.

"He aquí lo que recito, Onofre. Una vez que lo he recitado siento que nuevas fuerzas me inundan. ¡Ya poco me importa tener que acostarse y luego tener que levantarse! Me acuesto a cualquier hora; me levanto a cualquier hora. Trato de hacerlo llevando el ritmo contrario al que indica la naturaleza. ¡Oye, Onofre, oye! No madrugo, no. Justamente porque las aves madrugan no hay que hacerlo. ¿Soy yo, acaso, un ave? Hay que ir en contra de la naturaleza. Sí, sí, empecé levantándome tarde, muy tarde, al mediodía o a la 1 o a las 2. Así me creé una segunda naturaleza.

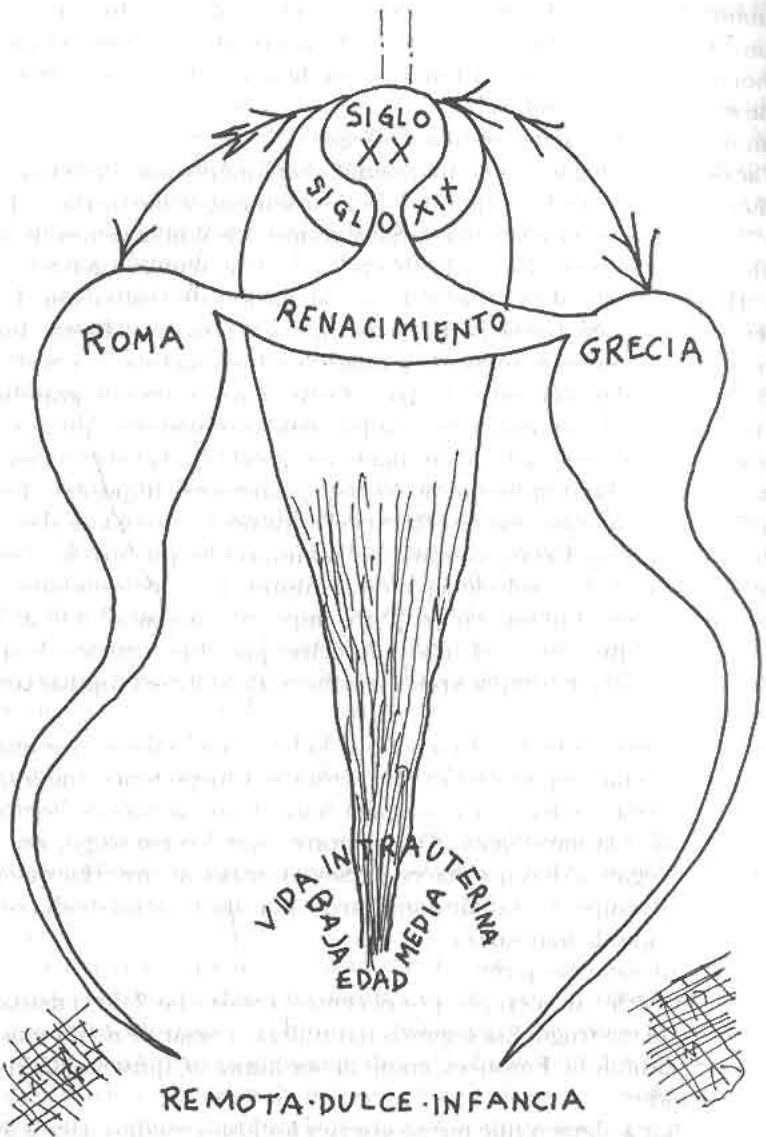
No pude dejar de interrumpirle:

-El otro día, Ibacache, te vi en pie, por el centro, como a las 7 de la mañana.

-Sí, porque ahora madrugo. Esa segunda naturaleza, a pesar de no ser más que segunda, ya era otra vez naturaleza. Entonces, como deber humano, quise también destruirla.

-¿La has destruido?

-Quería consultar a alguien que me aconsejara los justos medios para ir a su destrucción. Salí en busca de ese alguien. Se me había puesto, entre ceja y ceja, que herr Interlaken sería el hombre que buscaba. Pero no lo encontré. Encontré, en cambio a Zócimo Taltal. Este Zócimo Taltal me llevó a ver a un pintor que poco frecuente, a Facundo Doñihue. En su taller encontramos a don Bruno Camarones y a don Dámaso Mamiña. Luego llegó doña Martina Vichuquén acompañada de Gervasia Cachapoal. Llegó también Benigno Naltagua con su mujer Natalia Chipana. Llegó, además, doña Nora de Bizerta y Ofqui disculpándose de no haber traído a su marido, el capitán Angol. Llegó gente y más gente.



Era aquello una reunión con picatostes, emparedados, confites, naranjadas y ponche. Vi la hora: eran las 6 de la tarde. ¡Así pasa el tiempo, Onofre! Las 6 de la tarde es una hora sagrada para mí. Me metí en un rincón con un emparedado de arrollado de chanco y una copa de limonada. Me puse a observar y nada más que a observar. Observé hasta las 8 de la noche o, tal vez, hasta más tarde. Hablaban todos, todos hablaban. Aquello era, créemelo, un difícilísimo, un interminable, un fatigoso juego de paciencia. Se charlaba como aquí en este país se charla, sea en la ciudad o en el campo o en cualquier parte: con preguntas y respuestas hechas de antemano que luego hay que saber colocar y ajustar con la destreza de un rompecabezas japonés. Y antes de la charla cada cual trae su bagaje completo y lo exploya. Pronto aquello es un mercado, una exposición de mercaderías de frases. Mercado de poco color, de poco cambio. Es un mercado de tradición que, abasteciéndose a sí mismo, sigue paralelamente más bajo y más quedo, sigue y sigue la vida coloreada y cambiante. Se dicen siempre las mismas cosas, se formulan las mismas preguntas y se responde del mismo modo. Todas estas fórmulas interrogatorias o explicativas se colocan sobre los objetos y sucesos diferentes que se desprenden de la vida real. Así se obtiene una ilusión de realidad, así se cree seguir con el tren veloz que pasa. Todo ello, Onofre, con caras y con gestos adecuados. ¡Se diría que están profundizando las más hondas profundidades!

—Al fin logré marcharme. Salí de allí como un escapado de los infiernos; salí, salí... Necesitaba sumergirme en otro mundo, en las cosas que me son habituales, en las cosas que son mi verídica vida. Salí, salí...

—¿Y adónde fuiste?

—A Noriol. Vi un autobús que allá se dirigía y lo tomé. Me alojé en un hotelucho cualquiera. No sé por qué pero era el caso de que aquellas charlas donde Facundo Doñihue me habían llenado de unos deseos locos de pintar y de pintar...: ¿sabes tú que?

—Tu cuadro de *La Materia*.

—No.

—¿Qué, entonces?

—Pintar humos, humos y más humos. Pero debo advertirte aquí una cosa: no juntes la vaciedad de las conversaciones que acababa de oír con los humos que veía y que llevaba dentro de mí. En estos humos veía la solidez misma. Llegué a Noriol y dormí profundamente. A la mañana siguiente me levanté —una vez más— y me fui hacia el puerto y hacia esas fábricas que hay allí. Quería ver trenes que humearan, que sus humos se mezclaran con los de fábricas y con los de vapores. ¡Quería que todo fuera humo, humo, humo! Humos con una luz que se prolonga y que ilumine según ella. Por lo tanto lo material, o sea la calidad de los objetos, es decir, de las máquinas, de las casas y galpones, de los barcos, de las figuras y del agua misma, que pase a segundo plano y que el primero lo ocupe la iluminación, la irradiación luminosa. ¡Qué hermoso sería! Los objetos, al estar ante ella, son puros motivos para hacerla palpable, son dependientes, esclavos de ella que allí está para que pueda mostrarse al mundo.

—¡Es verdad, Anacleto Ibacache, es verdad! ¡Muéstrame esas manchas que hiciste en Noriol!

—No hice ninguna, no hice ni un croquis, no hice nada.

—¿Por qué?

—Allí estaba fondeado el Hipocampo. En él viajé una vez, en él fui al Viejo Mundo.

Echaba humo por una de sus chimeneas. De este humo se desprendió un recuerdo que me tomó entero. Entonces me quedé con ese recuerdo.

“Fue en medio del Atlántico, cierto día, después del almuerzo. Estaba yo en cubierta cuando vi pasar un ave blanca que se alejaba hacia el oriente. No tuve ningún testigo de caso tan extraño. Lo comuniqué a todo el mundo. Todos me decían:

“-¡Imposible! ¿Un ave en medio de las aguas sin tierra alguna? ¡Imposible!

“Total, Onofre, que empecé a dudar de mis ojos y luego comprendí que tal duda, si se repetía ante otros hechos semejantes, podría referirse a mi propio cerebro. En ella vi el primer paso hacia la locura. ¡De tal modo necesitamos la confianza y la credulidad de los demás!

“Temblaba al aproximarme al Capitán. Me escuchó indiferente. Apareció un marinero que se dirigió al Capitán. Éste tuvo la idea peregrina u ociosa de consultar al marinero sobre el ave. El marinero la había visto también.

“-¿Es posible, entonces, Capitán?

“Me respondió:

“-Posible, sí; pero muy raro.

“¡Salvado!

“Por la coincidencia o por el destino de la conversación del Capitán y del marinero en mi presencia; por la casualidad de inquirir sobre asunto tan nimio; porque el marinero había alzado los ojos y no había olvidado...

“Si no... hoy, Onofre, sería acaso otro mi destino.

“Este recuerdo me llenó; por eso no pinté ni me acordé más de esos humos que a Noriol me habían llevado. Volví a San Agustín de Tango, me vine a ¡Muera Lutero! y aquí me encerré.

-Te dejaré entregado a ese alto de croquis.

-Si es que ellos permiten que yo me entregue a ellos. Siempre hay que tener presente la voluntad de las cosas.

-Es verdad.

-Pero, como sea, me entregaré a mis bocetos y me entregaré a ellos de fondo. ¡Ya sé cómo hacerlo! ¡Mi vida es lo único que ha habido y puede haber en este mundo! Me retiraré, entonces, unos dos pasos y la contemplaré, la escudriñaré hasta en sus más recónditos pliegues. Hecho esto daré imagen plástica a cada idea, a cada concepción, envueltas en su simbología clara, nítida. ¡Ah, felices los que conozcan a fondo esta simbología! Mirarán mi fresco y... ¡Luego lo leerán como en un libro! ¡Una síntesis del rodar humano sobre la Tierra se les presentará ante los ojos! ¿Y gracias a qué habrá tanta grandeza? Onofre, tanta grandeza habrá venido gracias a que he sido el primero que he tenido el valor de borrar toda la existencia que no sea la suya propia. ¡Por el ojo de una aguja se abrirán a mí los ámbitos universales!

He ido con Marul Carampangue, al balneario de Punta Breñal. Hemos ido en auto con Jacqueline Neuilly y con Lorenzo Angol que acababa de regresar de La Cantera. Salimos por la mañana, almorzamos en Taulemo, el fundo de Marul, y un rato después llegábamos

a Punta Breñal. Allí habían cedido a Marul una casita alegre en la que nos instalamos excepto Jacqueline que se fue a alojar con unas amigas. Por las ventanas del hall veía el mar, grandioso en su tranquilidad. Me evocó miles de ideas, miles de sensaciones. Lo saludé agitando una mano. Por la tarde fuimos a dar una vuelta. Cientos de chalets se levantaban por todos lados entre terrenos baldíos. Algunos bosques pequeños; algunos arroyos; grandes rocas junto al mar en cuyas bases las olas se agitaban repentinamente. Reventaban, de pronto, con furia; luego se retiraban con un ruido de sirenas; entonces veíamos aparecer los moluscos, algunos pegados a las rocas como las lapas, los enorinos, las almejas y los mejillones; otros nadando a merced de las olas que se retiraban, como los pulpos, los calamares y los argonautas. El aire estaba lleno, repleto de sal. Lo respiramos hondamente. Me sentí rejuvenecer, me sentí con deseos de correr, de saltar de roca en roca, de cernerme sobre las aguas y luego de lanzarme a ellas a convivir con lampreas, rayas, rémoras y percas.

¿Qué pasará aquí en Punta Breñal? El caso es de que medio San Agustín de Tango se ha volcado para acá. Sin haberse dado cita, sin convenio ninguno, todo el mundo ha venido. ¿Es, acaso, Palemón de Costamota quien nos ha movido? No, no lo creo. El hecho es que está Rubén de Loa (no creo que sea hombre de ponerse como en épocas pasadas, con un caballete frente a un motivo); está Higinio Romeral siempre del brazo de Salaberga Huinil (¿dormirán también del brazo?); está el grande de Romualdo Malvilla (menos mal por sí aparece, traído por el viento, un hastío que nos coja); está, lo divisé y quedé lelo al divisarlo, nada menos que Baldomero Lonquimay (¡sí!, era él quien iba bajo una enorme capa y un descomunal chambergo); está, como para ir en contra de chambergo y capa, don Juan Enrique Arancibia Ocampo (felizmente se hospeda en el Hotel, no en casa propia, así es que no me invitará a compartir sus comidas con él); está también ¡Isidra, Isidra Curepto! (es el momento de lanzar sus "curioso" por todos lados); y está Teodoro Yumbel con la divina Columbana Manquipel (miremos esas algas muertas meciéndose sobre el mar y lloremos); y está don Irineo Pidenco (podrán, sin duda, sembrarse garbanzos aquí en Punta Breñal); y está... ¡Biandina Tarata! (sí, sí, la sombra de Palemón de Costamota se cierne sobre este balneario), he divisado, además, a gente del tipo de doña Pantruca Colihuinco y de doña Javina Guaitecas y de don Polidoro Zacatecas; he divisado, por fin, a más y más gente.

Hemos subido a la pequeña colina. Estábamos en lo alto en silencio. De pronto Marul exclamó:

—¡Mira, Onofre! ¡Mira, Lorenzo!

Indicaba el vacío.

Allá, muy lejos, vimos el otoño que se aproximaba con lentitud segura, inquebrantable. Venía cargado de amarillos, de rojos y de tonos pardos. Los dejaba caer. La gente los miraba extrañadas como si ello sucediera por primera vez. Tenían rápidos estertores de frío y se aprontaban para encender el fuego. Lo encendían y lo miraban largo rato. Entonces, junto a él, alguien decía:

—¡Qué cortos están los días! ¡Ya va a ser de noche!

Otro indefectiblemente, le respondía:

—Sí; es el otoño que llega porque ya se acabó el verano.

Volvimos lentamente a casa.

Apareció, de pronto, un largo caballero de aspecto fantasmal o un fantasma largo de aspecto caballeresco. Nos saludó moviendo varias veces la mano:

-¡Hola! ¡Qué tal! ¿Cómo está usted, Marul?

-Aquí estoy, muchas gracias. ¿Y usted, don Juan Enrique?

-Aprovechando esta pequeña calma en los asuntos (¿a qué asuntos se referiría?) para respirar aire puro y salado y así acumular fuerzas.

-La cosa pública -le dije- consume muchas fuerzas.

-Eso es -dijo con gravedad y se alejó.

Comimos casi sin hablar. Lorenzo dijo:

-Don Juan Enrique respira todas las fuerzas que hay aquí. No deja ninguna para nosotros.

-¿Se siente usted decaído? -preguntó Marul.

-Sí y no; depende. Ahora echo de menos mi departamento de Fray Tomate o mi Bóveda de La Cantera. ¿Para qué hemos venido a Punta Breñal?

-Es lo que me pregunto -dijo yo-. Se está mejor allá en Fray Tomate o en la Torcaza y, para qué decir, en tu Bóveda.

-Sí, es cierto. Se está mejor en la avenida Ave María o allá en Taulemo.

-Pero ahora ya estamos en Punta Breñal.

-Sí, estamos en Punta Breñal.

-Estamos en Punta Breñal.

Tomamos nuestro café. Nos aburríamos. Oíamos el romper de las olas contra las rocas. De pronto estalló un trueno.

-¡Un trueno! -exclamó Marul.

-Sí, un trueno -dijo Lorenzo.

-Asomémonos -propuse yo.

Nos asomamos por una ventana del hall que, afuera, tenía un largo y estrecho corredor.

A lo lejos, sobre el mar, se desencadenaba una tempestad. Relámpagos por todas partes.

-¿Es el otoño que se ha apresurado? -pregunté.

-No -me respondió Lorenzo-. El otoño está allá, donde brillan esos relámpagos. Ya llegaremos a él.

Permanecemos callados, iluminándonos a ratos para caer nuevamente en la oscuridad. Así vimos esta tempestad lejana con la misma emoción con que se ve pasar un desfile carnavalesco o los funerales de un general.

Terminó todo aquello y el cielo volvió a poblarse de innumerables estrellas. Lorenzo nos indicó una de ellas:

-Esa es Antares -dijo- que tiene un tamaño de 480 veces mayor que el Sol.

-Usted sabe mucho de astronomía, ¿no es cierto? -preguntó Marul.

-Un poco, apenas -respondió Lorenzo-. La astronomía me da miedo, a veces me da pavor.

-Entremos -propuso Marul-. ¿Otro café?

-Bueno -contestó Lorenzo-, y me iré a acostar.

-Bueno -contesté yo-, y me iré a acostar.

-Yo también beberé otro café -dijo Marul- y me iré, después, a acostar.

Los bebimos sin hablar.

-Buenas noches.

-Buenas noches.

-Buenas noches.

Día de sol. El mar estaba inmóvil. Salí a vagabundear un rato y, a los pocos pasos, me encontré con Teodoro Yumbel. Iba solo con un paquete bajo el brazo.

-¿Qué le llevas a Columbana? -le pregunté.

-No, no -me respondió-, es decir, sí le llevo comestibles que serán también para mí. Hemos decidido almorzar en casa. No queremos salir y voy a tratar de trabajar un poco.

-¿En litografías siempre?

-No, no hago litografías ahora; estoy escribiendo.

-Aprovecha para poner aquella impresión sobre el mar que un día me dijiste. ¡Míralo!

-¿Qué impresión?

Le recité, entonces, unas palabras que creo eran de él cuando iba al Peñón del Alca-traz:

-“El mar estaba cubierto en toda su superficie por una enorme y finísima capa de celuloide azul que ondulaba dulcemente a influjos del agua que cubría”.

Teodoro sonrió, levantó los hombros y se marchó presuroso con su paquete.

Seguí vagando solo hasta que sentí los pliegues de una enorme capa arremolinarse sobre mí, revolotear sobre mi testa y venir a posarse sobre mis hombros. Una voz salió de entre ellos:

-¡Soy yo! Y cuando soy yo no puede ser más que yo el que se presenta.

-¡Qué placer de verlo a usted, Baldomero Lonquimay!

Me dijo, entonces, con alta seriedad:

-Ha llegado a Punta Breñal un visitante más. He ido a verle. He ido allí. (Mostró una pequeña casita entre algunos árboles.) Le he alargado mi diestra, él me alargó la suya y nos hemos saludado. Este nuevo visitante es lo que debe ser. ¿Sabéis qué es lo que debe ser, oh, mancebo?

-Lo ignoro, Baldomero.

-¡Un fantasma! De tiempo atrás se hace llamar Mister Red. Se presenta siempre Mister Red cerca de mí. Él fue quien hizo, anoche, estando ya sumido entre sábanas... ¿Sabéis qué, mancebo?

-No, Baldomero, no lo sé.

-Hizo precipitarse a mi ventana dos aves nocturnas de la muerte brotadas espontáneamente de las olas. Yo, con un plumero, las ahuyenté. Luego me dormí.

“He ido ahora a darle cuenta de la hazaña de mi plumero. Mister Red me miró largo rato y, por fin, me dijo:

“-Un momento, Baldomero Lonquimay.

“Se agachó tras su sillón para levantarse inmediatamente pero ahora no era Mister Red el que se levantaba.

-¿Quién era entonces?

-Ved, mancebo: Mister Red, el fantasma, materializa, a veces, su cuerpo astral y se presenta entonces con los rasgos de una muy siniestra vieja escualida toda vestida de negro, llevando una gran vela encendida en su mano izquierda y un orinal en su mano derecha. Así se levantó, atravesó la sala en donde estábamos y desapareció tras de una puerta. Yo me alejé de su morada y ahora voy hacia la que ahora me alberga.

-¡Adiós, Baldomero!

-¡Adiós, mancebo Borneo!

Al volver al chalet Lorenzo preguntaba a Marul:

-¿Qué puede ser calificado de "fantasía"?

Marul contestaba:

-Es menester que las cosas se designen con un nombre. Si este nombre es el de "fantasía", adoptémoslo. Pero por lo general se entiende con tal denominación un mero juego del intelecto sin parentesco con nada real, o sea, se entiende un juego sin utilidad de ninguna especie.

Lorenzo reflexionó un rato y luego dijo:

-Yo no empleo la fantasía para nada. Me cierno exclusivamente a la realidad y trato de copiarla con exactitud.

-Tú empleas la verídica fantasía, Lorenzo. ¡Oh, te he dicho "tú"! Para levantar este ambiente de Punta Breñal debemos todos tratarnos de tú.

-Sí, es mejor. ¿Qué llamas tú la verídica fantasía?

-La que sobrepasa nuestra mente positiva y llega a ver un mundo mayor de causalidades. ¿No es, acaso, allí donde tú estás?

Lorenzo vaciló unos momentos; por fin habló:

-Soy llamado permanentemente por esa voz de mayores y más lejanas causalidades. Me detiene a cada momento y me murmura. "Ve, fijate". Entonces veo o, mejor dicho, sigo viendo, Onofre (se dirigió a mí), a esos brujillos que se alejan trotando. Ahora quisiera ver si hay algo en mis escritos que falte a la verídica... realidad. ¡No, Marul, yo no hago juegos malabares con lo que escribo! Porque para mí escribir es confesarme a un ser más alto que sé que, desde un punto lejano, me oye.

El que lograra hacer un juego malabar ya estaría fuera de toda causalidad, es decir, en un mundo totalmente inconcebible para nosotros. Pero, en fin, llamémoslo "juego malabar" y veamos cómo llegó a expresarse.

Desde lejanos recuerdos veo que la simbiosis sexual se me había hecho presente. Desde niño sentí que otro ser, independiente, se iba instalando allí. Por cierto que muchos de mis temores infantiles residían en la duda ante cuál los vencería.

Este temor se me formuló con un miedo súbito de *descubrir vida donde no debería haberla*.

Es lo que el espectro me dice en "Papusa". Se refiere primero directamente al sexo. Luego me recuerda miedos míos que, por extensión del nacido al constatar otra vida en la mía, se me produjeron cada vez que algo vivía donde no lo esperaba: Un perro que salta de una ruma de piedras; por un instante he creído una piedra viva, independiente en su vida de la vida total de la ruma -La circulación de la sangre proyectada en la pantalla de un cine, la vida propia de cada glóbulo; escribo como expresión de mi miedo: "Vida independiente ajustada a vida mayor". -Un erizo ya abierto, su contenido, algo entre horrible y tentador para un niño pero siendo, de todos modos, un todo, una sola vida; de pronto el camarón parásito mueve sus patas; un grito de pavor: "¡Mamá!".

Siempre recuerdo el espanto que tuve en compañía de otros niños al ver una culebra que aparece de entre unos troncos derrumbados pero no un espanto por la culebra misma sino porque, desde un comienzo, la habíamos tomado también por tronco.

Veo en esto una clara conexión con la simbiosis del sexo.

De este asunto he hablado con Tadeo Lagarto.

Su caso es aún más agudo. Dice reconocerle el mismo origen. ¿Algo como un trauma? En fin, sucede que él no puede dejar de sentir una repugnancia indomable si come o bebe sin antes haberse hecho una clara representación del sabor que va a experimentar. Si

representación y sabor coinciden, todo marcha bien; si discrepan, o sea, si hay una sorpresa o algo inesperado, viene una insoportable repugnancia.

Creo que es fácil ver las relaciones entre los sabores de Tadeo Lagarto y las vidas imprevistas mías.

Al discrepar el sabor hay una autonomía del paladar por desobediencia. En esto está el parentesco. Parentesco por extensión, naturalmente; no directo.

Esta percepción del proceso de simbiosis ha de crear imágenes recordativas motoras. En un momento se me produjo el que llamo "ejemplo de las palomas". Logré representarme el vuelo súbito de cientos de palomas, SIN ellas, SIN objetos de donde partan, SIN espacio por donde el vuelo se explaye; el hecho en sí, la expansión en sí, nada más. Luego después ESO se encarna en palomas. Me surgieron al infinito las posibilidades de encarnaciones en todo cuanto explote en sí, que este explotar es un sentimiento primero, una idea primera, ya existente antes que haya una mente que la piense. Es condición de nuestro ser, es existir. A nosotros sólo se nos puede hacer perceptible así, con representaciones encarnadas. Pero existe antes y fuera de nosotros.

Pero no me negarán ustedes que hay una independencia más o menos manifestada en nuestros órganos. ¡Es lo terrible de nuestra constitución! Es lo que opina Tadeo Lagarto. Es lo que ambos opinábamos. Nuestros órganos viven su vida propia. Nosotros no tenemos más que seguirlos. Luego se esconden, ya satisfechos, se ocultan, tal vez se reposan y bendicen el hecho de compartir la vida de la naturaleza. Nosotros... mirarlos, ser simplemente sus espectadores.

De esto me habló Tadeo Lagarto, me habló como habla él, con frases cortas, refunfuñando. ¿Conocen ustedes su casa? Es algo interesante, es un verdadero laboratorio de alquimista. Vive allá en la calle ¡Mahoma miente! Tiene una casa llena de vericuetos. De pronto se llega a una gran habitación que, de inmediato, me evocó aquel grabado de Kunrath llamado *Amphiteatrum sapientiae*. Jules Bois en su obra *Satanismo y Magia* hace una muy bella descripción de este grabado, es decir, de la morada de un verídico mago. Léanla ustedes y se formarán una idea nítida del interior en que se guarece Lagarto. Sí, digo "se guarece" pues su vida es la de un reptil huraño. Poca gente llega hasta allí. La casa de la calle ¡Mahoma miente! está clausurada para los visitantes. A mí me llevó y, hasta ahora, ignoro por qué. Hablamos poco, sólo con frases sueltas y abruptas. En un momento me quedé en contemplación de una calavera que tiene sobre una repisa. Se acercó a mí y me dijo mostrándola: "Aprende a bien morir". Le respondí: "Es una santa lección que nunca deberíamos olvidar". No tiene allí Tadeo ningún cuadro, ningún retrato; las paredes están vacías; no quieren distraer al meditativo que ha de ser Lagarto. Estuve dos horas allí.

Súbitamente Lagarto me dijo: "Quiero matar a mis órganos independientes. ¡Que mueran! Así surgirá el espíritu puro en mí". Calló un rato. Luego exclamó: "¡No quiero que haya ningún parasitismo en mi cuerpo!".

Iba a hablarle cuando me asaltó el recuerdo de Vivencia, la linda Vivencia Pocuro que se ha marchado. Hablamos de todo un poco; él refunfuñaba.

Ahora, Marul; ahora, Onofre, ahora ha vuelto ese recuerdo a mí. La siento presente, tan presente como los siento a ustedes. Ahí quedo y no puedo explicarme nada. Apenas toco con la razón la muerte de Vivencia, la cosa desaparece.

Fue llamada y ella obedeció.

Es todo lo que sé.

Escribo sobre ella. Pero no soy yo quien escribe: se escribe para mí, por mí. Ahora estoy, a penas, comunicándome con aquel que algo quiere expresar aquí en la Tierra.

Hay, sin duda, algo que ronda a mi alrededor. No logro, me es imposible llegar a definirlo. Toma, a menudo, la forma del hastío que me persigue. Lo echo. Vuelve y se pone cerca de mí. Lo desecho y lo olvido. ¡Se ha ido! De pronto está nuevamente a mi lado y se me presenta en una forma inusitada: en el color de una flor, en la posición de una silla, en el silbar de un pájaro, en algún detalle de la arquitectura de mi casa... Lo vuelvo a echar. Quedo libre. De pronto, sin que yo lo sospeche, me ha cogido y me tiene entre sus garras. Lo dejo y sufro. Me lamento. Luego me distraigo. Otra vez se ha marchado. Súbitamente vuelve. Me es evocado por cualquier cosa, por la visión de un ser cualquiera o, como les decía, por el color de una flor o el silbar de un pájaro. El hecho de descansar solo en mi Bóveda, o la percepción de un objeto, de aquel guaco que tú conoces, Onofre; o una palabra oída con cierta entonación; o el murmullo que se cuele en el silencio del campo; como les digo, cualquier cosa me hace sentir instantáneamente que voy a recordarlo todo, *todo* ¡por fin! Por un momento llego a coger el hilo del recuerdo..., de un recuerdo que luego se escapa, se evapora.

Allá en La Cantera salía a caminar todos los días. Iba por el sendero que va al bosquecito cercano a las casas. Me senté al borde del camino. Estaba solo y, en todo mi alrededor, no había nadie. ¡Soledad, soledad! Pensé en Vivencia cuando vi a Lumba Corintia llegar hasta ella y, dulcemente, hacerla un lado. Mi soledad, créanmelo, redobló. Pero Lumba Corintia avanzó y se sentó junto a mí, lo hizo desde allá, desde Nueva York. Me dijo: "Habla de mí". La miré y pregunté: "¿Te gustaría vivir aquí, en estos campos y con la Bóveda al lado?". Contesté, por cierto: "Sí". Pero ella, su sombra, dijo: "No". Entonces sentí el ambiente en que ahora vive; la vi en una verdadera corte reinante y bulliciosa. Miré a mi alrededor y... ¡nada, nada, nada! Ahí en La Cantera no hay nada de cortes bulliciosas y yo no quiero que las haya. No quiero convidar a nadie. Aquí la vida surge y ha de surgir por otros conductos. Es ésta y nada más que ésta mi lucha, mi felicidad o mi desgracia. Es desgracia si no entro totalmente en la región de felicidad que es... ¡Saben ustedes qué es? ¡Es un cuaderno y, en él, una obra! ¡Que haya en mí un gran entusiasmo por realizarla! Regresé triste a las casas. Díganme, ¿creen ustedes que a Lumba Corintia le gustaría una vida así? ¿Green ustedes que la llenaría una vida de recogimiento y de paz? Es una vida en la cual los amigos están formados por gente de... LA OTRA REGIÓN.

Golpearon a la puerta. Se precipitaron doña Pantruca Colihuinco, doña Javina Guaitecas y don Polidoro Zacatecas. Bien, estamos de vacaciones...; hay que adoptar la mentalidad de gentes en vacaciones. Saludos y demás. Nos miramos todos con aires de cómplices. Es que estamos de vacaciones... Comimos juntos en nuestra casita. Ellos comieron un menú preparado por Marul el que ella compartió con bastante apetito, Lorenzo y yo nos hicimos nuestro menú especial que consistía en lo siguiente:

Sopa de lagartijas
Ratas mechadas con verduras
Hígado de perro
Pechugas de cucarachas trufadas
Gelatina de arañas peludas
Moscas reventadas
Avecacinas en salsa de vómitos

Hoy por la mañana me he encontrado con Rubén de Loa. Miraba para todos lados y luego alzaba los hombros.

–Veo que Punta Breñal no te interesa mayormente –le dije.

Me contestó.

–Es todo esto demasiado pintoresco. Tengo una verdadera, una rotunda imposibilidad de sentir nada que se adorne con pintoresco. ¿Para qué insisto en constatarlo cuando lo he verificado ya más de mil veces? Hace algún tiempo fue en Valparaíso, cerca de Playa Ancha, luego ha sido en Pompita; ahora es aquí. Lo pintoresco ya está hecho. ¿Para qué copiarlo?

–Para venderlo a las niñas románticas –le respondí.

–En realidad no veo otro objetivo. ¿Recuerdas tú a Torres García? En su obra *Pintura Moderna* dice: “Un objeto pintado debe parecerse al modelo como un avión se parece a un pájaro”.

En realidad Rubén de Loa se aburre aquí en Punta Breñal. No quiso hacer ni un croquis. Añoraba su taller allá en la calle de la Tiara. Le faltaban las ideas novedosas de Macario Viluco y los “inefables” de Mamerto Masatierra.

Así, conversando malamente, se acordó de una conversación que había tenido con el cínico de Darío Valdepinos sobre la pintura abstracta. El cínico lo había escuchado atentamente y nada había dicho pero después debe haber leído algún libro o haber consultado a alguien; el caso es de que llegó a la conclusión de que abstracto era aquello que no representaba “cosas”, por lo tanto la copia de un calidoscopio o de las manchas de un muro eran la más pura y la más perfecta abstracción.

Rubén no había pensado semejante cosa o, mejor dicho, no se había hecho esta imagen. Sencillamente le había dicho al cínico:

–¡No y mil veces no! Te diré quién es abstracto y, tal vez, de una abstracción que nunca se volverá a alcanzar.

El cínico había preguntado mientras un ojo le giraba a pasmosa velocidad:

–¿Quién es ese abstracto?

Rubén le había respondido:

–Leonardo de Vinci.

–No, no lo creo.

–Sí; lo es, justamente, en sus caras y en sus cosas, lo es cuando pinta lo concreto. Él, en estas caras y cosas, invita a penetrar en el mundo de las ideas, en el mundo de las causalidades primeras, con preferencia al mundo de los simples arabescos.

Después de oír estas palabras pasó el cínico de Valdepinos mucho tiempo contemplando “abstracciones” por todas partes. En su bar favorito trataba de copiar todas las manchas de los muros. Por las noches, fumando un cigarrillo y en silencio, miraba sus copias largamente esperando –según decía– que de un momento a otro se abrieran las puertas del mundo de las ideas generadoras de los arabescos. Pero... ¡nada!

Hasta que un buen día, en ese mismo bar, las botellas, las copas, el barman, los clientes y qué sé yo lo llevaron, por un instante, al mundo originario de todo aquello, al que se expresa, para comodidad de los transeúntes de la Tierra, en tantos bares diseminados en

el globo. Valdepinos copió, entonces, este rincón de su bar y, con el título de "Abstracciones", se lo envió, debidamente dedicado, a Rubén de Loa.

Rubén rió y me dijo:

—Valdepinos vio, en aquel momento, lo pintoresco que hay en todas partes y, tal vez con muy buena intención, lo confundió con la abstracción. Estas confusiones en el arte son muy comunes y es, acaso, uno de los males de tanto y tanto título que a todo ha de ponérsele.

—Yo también estoy harto de esos títulos —le dije—. Hacen un segundo arte paralelo y totalmente inútil.

—Es la verdad —exclamó Rubén—. Por eso mismo me iré cuanto antes de aquí; aquí huele a ¡balneario pintoresco! Aquí huele a ¡un segundo arte paralelo! ¡Adiós, Onofre!

—¡Adiós, Rubén!

Mientras tanto Marul había paseado con Salaberga. Habían ambas visitado una cantidad de sitios pues Higinio estaba resuelto a comprar uno, edificar en él un chalet y tener así donde pasar las vacaciones con el hijo que parecía venir. Desiderio Longotoma tenía razón: Salaberga iría a dar a luz.

Vieron muchos, muchísimos sitios, algunos con árboles, otros sin ellos, algunos con casitas que no habría más que refaccionar, otros baldíos donde emplear los dotes de un Casanueva y Limarí. Ya cuando Salaberga estaba decidida por uno llegó Higinio radiante pues había descubierto el sitio necesario para el próximo vástago. Desde él se veía el mar, tenía árboles pero no muchos, en fin, era el ideal.

Por la noche conversamos mucho con Lorenzo.

Había pasado el día leyendo *Tertium Organum*, mejor dicho, volviéndolo a leer. Es esta obra una de las mejores y más completas de las escritas por Piotr Demianovich Ouspensky. Lorenzo la tiene como un libro de cabecera.

Nos indicó el libro y nos dijo:

—Ouspensky muestra ahí claramente que la naturaleza como la humanidad son vivas, tienen una vida propia, ajena a la vida de los hombres tomados individualmente.

—Siempre me he planteado el problema en mí mismo: ¿dónde empiezo, dónde concluyo? Hoy me lo he vuelto a plantear y he tenido un momento vecino al éxtasis, pero un momento rápido, rapidísimo.

—¿Qué sentiste en él?

Vaciló unos instantes y luego nos dijo:

—Me sentí como proyectándome en los demás seres, es decir, los demás seres son TAMBIÉN YO. Hay una conciencia común que es totalmente UNASOLA. Nosotros, al vivir, somos sus meras expresiones que cumplen un cometido.

—Yo soy Baldomero Lonquimay; yo soy Teodoro Yumbel; yo soy Artemio Yungay; yo soy Rubén de Loa; yo soy Darío Valdepinos; yo soy Waldo Caracoles; yo soy Silvestre Tongoy... En fin, yo soy todos ellos y soy también aquellos que no conozco. A su vez ellos son yo. Se impone, pues, la presencia de un ser inmenso y altísimo; nosotros, los hombres, somos sus actividades.

—Sí, Marul; sí, Onofre. Veo en los demás a mí mismo actuando. De aquí me nace el amor y el respeto hacia todos los seres humanos, sin excepción alguna.

—Tengo, entonces, un poco la conciencia de la conciencia de un ser superior:

—"Sé que tengo muchos "yo" que se bifurcan hacia otros seres.

“Soy como una casa ocupada por moradores diversos. Pero ¿dónde está la conciencia de esta casa? Está mucho más hondo; está despreocupada de lo que a mí me interesa y me toma.

“¡Es horrible cuando un “yo” inferior toma la conciencia de “la casa” y borra la existencia de todos los “yo” superiores. A estos se les vuelve a encontrar, a veces, en el color de una flor, en la posición de una silla, en el silbar de un pájaro, en el detalle de la arquitectura de mi casa...

Le dije:

—Las mismas cosas que te llevan hacia el hastío.

Marul dijo:

—Las cosas son únicamente símbolos que se pliegan a nuestro estado de ánimo.

Lorenzo dijo:

—Sí, es verdad. Uno queda lelo, entonces, al verse detenido por el color de una flor, por la posición de una silla, por el silbar de un pájaro, por un detalle cualquiera de la arquitectura de nuestra casa. Así oigo el llamado de seres superiores. Llamam para sumirnos en la desesperanza o para darnos un estímulo.

Una idea me asaltó:

—Lorenzo —le manifesté—, tú deberías consultar estos estados de ánimo, con nuestro amigo Florencio Naltagua.

Hizo un gesto despectivo con la mano y, sonriendo, declaró:

—He hablado mucho con él. Les diré que no ha parecido querer profundizar el tema; hábilmente se ha escapado siempre. Al fin le he dicho, le he pedido que me dé algún consejo para poder volver a mis cabales y tener una franca serenidad para pensar en cualquier cosa que quiera pensar. ¿Saben ustedes qué me contestó? ¡Es para reír! Fue lo que yo hice: reí y nos apretamos la mano con enorme cordialidad.

—¿Qué contestó? —inquirió Marul.

Lorenzo dijo:

—Solamente estas palabras: “Vas bien, amigo, vas bien; sigue buscando”.

—¡Oh, yo habría respondido exactamente lo mismo! —declaró Marul con entusiasmo.

—Sí, es lo que me ha dado fuerzas. Ya tengo una seguridad tras de mí y ella es altamente importante. Cuando he creído que desvariaba, las palabras de Naltagua han venido a mi ayuda: me he sentido súbitamente con nuevos bríos y no me he desanimado como ustedes pueden creerlo.

—¡Vaya una tarea que me has dado o que yo me he dado contigo! ¡Escribir una biografía tuya...!

—Piensa, Onofre, que mi vida es la tuya que se expande más allá de ti mismo. Esto, tal vez, te facilite tu trabajo.

He visto pasar por los aires una cantidad inmensa de garbanzos. Eran tantos que nublaron la luz del sol. Debajo de ellos iba bien agachadito don Irineo Pidenco. Lo detuve. Se detuvieron, a su vez, los garbanzos.

—Ahora no es una lluvia la que cae sobre usted, don Irineo. Ahora lo acompañan sus queridas leguminosas.

—Felizmente, mi señor —me respondió—. No he visto hoy a ningún cumbileco; ni siquiera un lampalagua ha venido a entorpecer mi camino. Hoy me siguen los garbanzos y ellos, como usted podrá apreciarlo, se van, se van. Así es que los seguiré, si ello no es muy engorroso para usted, sí, los seguiré. Estas tierras no son apropiadas para su siembra.

-Tal vez -le dije- vayan a Curihue, adonde nuestro querido capitán Angol.

-O a sus alrededores, mi señor. No sé, verdaderamente, qué he venido a hacer aquí. Con su permiso de usted me despediré, eso es, me despediré, don Onofre. Tengo que seguirlos, usted comprenderá, pues ellos me indican los buenos suelos.

-Sí, sígalos usted, don Irineo, y ¡hasta muy pronto!

-Eso es, mi señor, ¡hasta muy pronto!

Seguí caminando. De pronto una voz me paró:

-¡Salud! ¡Mil veces salud!

Contesté:

-Podría haberme imaginado cualquier cosa menos encontrarte aquí en Punta Breñal. Porque, no me lo negarás, que hay una real diferencia entre este balneario y las juergas del San Lito.

Romualdo Malvilla rió pleno de satisfacción y alzando varias veces sus brazos. Al fin me respondió:

-Por lo mismo que hay una real diferencia he venido. ¡Basta ya de juergas! A veces siento la necesidad del retiro, me siento un verídico trapense. Entonces..., beber solo conmigo mismo, beber reconcentrado. ¡Adiós Miroslava Lipingue! Mejor diría: ¡Hasta más o menos pronto, Miroslava! Ya ustedes también les digo lo mismo, a ti Gualberto Choapa y a ti Chispita y a ti..., a ti..., a ti...

-¿A quién?

-A Julieta Pehuén, la mujer encaramada en sus altos tacones. Ahora quiero tranquilidad con mi botellón. ¿Sabes tú qué bebo? ¿No? Pues bebo gin con gin. Con más gin que gin... ¡Ea! Es igual. Bebo grandes copones de gin a los que agrego un poco de gingerale. ¡Ven conmigo y verás!

Fuimos hasta el hotel y allí, sentados en la terraza, tomamos varios copones de gin con gin.

-Julieta Pehuén es macanuda -me dijo-, ¡es pistonuda! Es, mi querido Onofrov, la mujer ideal y una compañera... ¡oh!, una compañera ¡que ni Dios!

-Ahora tú la amas.

-Como amo el gin con gin. Es decir la amo más que a Braulia Tinguiririca, más que a Clementina Rengo, más que a la repulida de Perpetua Mamoeiro, más que a todas, ¡que a todas! Pero un poquito menos que a este gin con gin. ¡Salud!

-¡Salud!

-Dime, Onofrensky, ¿has visto entre los contertulios de esta Punta al correcto de Higinio Romeral?

-Marul habló con él y con su mujer, Salaberga Huintil, sobre un sitio que pensaba comprar para edificar una casita; cuestión del hijo que viene en viaje.

-¡Es lo que esperaba! ¡Un sitio y una casita! Estoy aguardando tan sólo que compre el sitio para finiquitar estos botellones de gin y marcharme, ¡marcharme! y no volver más a estas desolaciones, nunca más. Entonces, nuevamente, iré al San Lito, a beber mientras él edifica y edifica y puebla lo edificado con cientos de hijos e hijas. Entonces... ¡amar a Julieta Pehuén!

-Por la bella Julieta, ¡salud!

-¡Salud!

Lo dejé entregado a su nuevo amor y a su gin y me marché a casa.

Lorenzo había salido también a pasear tranquilamente salvo cien metros que tuvo que correr al lado de la capa de Baldomero Lonquimay. Marul se reposaba y bostezaba. Luego preparó la comida que comimos hablando necedades. Después nos sentamos en las poltronas del hall. Oíamos, a lo lejos, el ruido del mar. Creo que nos aburríamos hasta que Marul dijo:

-Se me figura que la avenida Ave María se encuentra a miles de miles de leguas de aquí.

-¿Crees tú, acaso, que está más lejos que Fray Tomate? -le pregunté.

Lorenzo manifestó:

-Fray Tomate existe únicamente para hacernos sentir que las distancias son verdaderamente reales.

-¿Y qué piensas, Lorenzo, a estas distancias inimaginables de Fray Tomate y, sobre todo, de tu Bóveda?

-No crean ustedes que estoy tan lejos de mi Bóveda. Ahora recordaba la penúltima tarde que pasé en ella con una visita que no esperaba.

-¿Quién fue esa visita?

Lorenzo dijo:

-Romelio Renaico.

-¡Oh, el ocultista! -exclamó Marul-. ¡El amigo de Bárulo Tarata! ¡Cuenta, Lorenzo, cuenta!

Lorenzo nos contó esa visita de Romelio Renaico hablando con lentitud como si ella se hubiese efectuado hace muchos años.

-Estaba yo encerrado allá en mi Bóveda. Miraba el guaco incásico que me aparecía único y aislado de todo cuanto lo rodeaba. Apareció Renaico. No sé cómo había hecho el viaje hasta La Cantera. Después de saludarnos me dijo:

-Hace pocos días he cumplido 64 años; nací en 1866. He hecho una vida de meditación durante más de cuarenta años, vida alejada de todo contacto ruidoso de mis semejantes. Recuerdo perfectamente que en mis mocedades pensaba que cuando llegara a la edad que ahora tengo sabría una enormidad que tendría como fondo una serenidad inamovible. Hoy miro mis conocimientos y puedo decir que es muy poco lo avanzado. Veo que nada sé, que estoy en el mismo punto en que estaba antes y que en ese mismo punto seguiré. Pienso cuán profunda es la frase de Sócrates: "Sólo sé que no sé nada".

-¡Cómo, don Romelio! -exclamé-. ¿Va usted a decirme que todas sus meditaciones han sido vanas?

Me respondió:

-No, no he dicho tal cosa. Tan sólo he querido decir que el progreso en esta vía llamada del ocultismo no es un progreso en línea recta, que nada se gana con saber ciertas cosas si ellas no forman parte integrante de nuestro espíritu. A veces creemos que han formado parte, que ya en él se ha incrustado de modo que nuestro espíritu se ha modificado en todas sus partes. Luego se aleja esta sapiencia y, al alejarse, deja, por succión, un hueco horrible que en vano tratamos de llenar.

-No será ése su estado en este momento.

-Creo que no, creo que pronto me encontraré con lo que he sabido no sólo como una enseñanza sino como mi propio ser. Es decir, Lorenzo, que volveré a vivir de otro modo, con una conciencia de mayor amplitud.

Le dije entonces:

-Yo, con sólo oír sus palabras, con sólo verlo, siento que mi horizonte se ensancha.
Me advirtió:

-No tema cuando pronto se restrinja y cuando lo lleve a usted al vacío completo. Es así el movimiento natural de esta sabiduría: inhalar las grandes verdades; luego exhalarlas sin que nuestra voluntad entre en juego para nada.

-Debo, pues, bendecir toda inhalación.

-Sí, debe usted bendecirlas y durante las exhalaciones debe permanecer sereno, permanecer con el recuerdo y con la fe de que es así el camino hacia la sabiduría.

"Fíjese usted, Lorenzo, cómo se me presenta este camino por el sendero. Hagamos una imagen:

"Veo a un hombre aquí en la vida; es un hombre como todos, un hombre corriente. Su mundo, el de sus preocupaciones, de sus alegrías y sinsabores, lo envuelve y forma sobre él una cúpula. La contempla extasiado y se imagina qué enorme felicidad tendrá el día en que la recorra entera, el día en que ella le haya develado todos sus secretos. Es un momento glorioso para este hombre. Al fin la recorre entera, es de ella su amo y señor. Pero esta cúpula tiene una pequeña rendija que el hombre presiente. Se pone a buscarla por todos lados. Por fin la encuentra. Por ella se desliza y una nueva cúpula, mayor que la anterior, aparece ante sus ojos. Queda el hombre deslumbrado ante ella. ¡Un mundo nuevo y de mayor amplitud se ha abierto ante él!

"Estos son los momentos de verdadera dicha: descubrir cientos de caminos inexplorados. Ya la cúpula anterior ha dejado de serle de un interés cualquiera. El hombre se lanza bajo estos ámbitos llenos de sorpresas. Pero el proceso recomienza: al principio está lleno de júbilo. Luego empieza a sentir la rendija y empieza a buscarla.

"Alcanzar sus alturas es cosa difícil. El hombre pena y pena. Hasta que llega, nuevamente, a hacerse su amo y señor. Viene, entonces, el abatimiento. Lo único que lo sostiene es la fuerza que lo induce a buscar esa rendija. La busca y la encuentra.

"Una tercera cúpula inmensa se abre, otra vez, ante sus ojos.

"¡Felicidad! Pero todo el proceso se repite. Vuelve el abatimiento, vuelve la postración. Se siente extenuado. Quiere renunciar a todo. Sin embargo la fe subsiste, muy alejada, muy queda, pero subsiste. Hasta que, de pronto, encuentra una nueva rendija. Por ella pasa, por ella se escabulle. Todo vuelve de igual modo: una cuarta cúpula, una quinta, una sexta... Al fin ve que hay una sola palabra para designar esta marcha: *infinito*.

"De pronto se ve otra cosa...

Calló un rato Romelio Renaico. Le pedí, lleno de intranquilidad, que siguiera hablando.

-¿Qué cosa se ve? Dígamelo usted, por favor, dígalo señor Renaico.

El me murmuró:

-Se ve un paseo interminable por entre estatuas.

Volvió a callar. Luego prosiguió:

-Se ve que sólo se hace un camino por lo ya existente. Se ven todos nuestros estados de ánimo ya existentes con anterioridad a nosotros mismos; se les ve como entidades estables y eternas. Uno se ve, entonces, entre ellas guiado por su voluntad y no por la nuestra. Es como ir a un museo con un guía sapientísimo que lo va acercando y alejando a esas estatuas inmóviles. ¡Porque allí se ve la inmovilidad de las estatuas! Y nosotros nos vemos como insectos que revoloteamos a su alrededor. Alrededor de estos estados que están siempre desde mucho antes de nuestra vida y que siguen después de nuestra vida. El hombre tiene que pasar a través de ellas. ¡Oh, es terrible el paseo entre estatuas!

“Porque estas estatuas dicen algo; es un murmullo permanente sin que sus labios se muevan.

—Ya lo veo, don Romelio, el murmullo adelante, de no detener la marcha.

—No sólo eso. Este murmullo lo dice el guía invisible, el guía sapientísimo.

—Entonces, ¿qué murmuran?

—Que los estados de ánimo son inamovibles, que ellos no dependen de nosotros. Los estados de ánimo allí están, los estados de ánimo *son*. Sí, Lorenzo, allí están completamente ajenos a nosotros, completamente indiferentes a nuestra actitud. Pensar o no pensar en ellos no los hace aparecer ni desaparecer. Allí están, como las estatuas, inmóviles. El guía tan sólo los muestra. ¡Oh, sí, amigo mío, más vale afrontarlos pronto!

—Algunos, acaso guarden la que creo una justa esperanza, de que ellos no tengan que afrontarlos.

—No. Sería una vana esperanza. Todos debemos pasar frente a ellos, vivir bajo su influencia un tiempo. ¿Cree usted que esos estados pasan o subsisten según nuestra actitud ante ellos? No. Le repito: allí están y a través de ellos es el único sendero posible. Uno se dice: “Oh, no pensaré más en eso... porque eso ya pasó...”. O bien se dice: “Voy a pensar de nuevo en aquello...”. Entonces, ante lo primero que uno se ha dicho, el estado de ánimo ha desaparecido; ante lo segundo, el estado de ánimo vuelve. ¡Es un error! Ya lo he dicho: son inamovibles y allí están. Lo repito: tenemos que afrontarlos todos. Esa frase: “¡Ya pasó!” no debiera existir en nuestro léxico.

—Es decir, si le entiendo a usted debidamente, ¿nada puede borrarse en esta vida?

—Nada.

—¿Todo subsiste?

—Todo.

Repetí mientras mi imaginación volaba:

—Todo...

Yo había leído en alguna parte:

“No debemos olvidar que nada desaparece. Todo es eterno. “Todo lo que ha sido sigue existiendo”.

¡Ah, sí! Ahora recordaba: lo había leído en *Un nuevo modelo del Universo*, de Ouspensky. Allí se decía eso y allí me había yo detenido al leerlo. Ahora volvía ese momento:

¡Lumba Corintia!

Pronuncié su nombre.

Renaico me dijo:

—Si ha hecho usted un mal con Lumba Corintia debe repararlo cuanto antes.

No recuerdo qué más hablamos. La imagen de ella me había cogido entero y yo la seguía. Era ya la hora del crepúsculo. Salimos a vagar un rato. Volaba, allá en lo alto, un águila; luego pasó un avión. Renaico permaneció la noche en La Cantera y regresó por la mañana siguiente, no sé adónde. Yo regresé al día siguiente. Ahora sería bueno dormir; ¿no les parece a ustedes...?

Salimos los tres —Marul, Lorenzo y yo— a andar por la mañana. Queríamos ir a una quebrada que se divisaba desde nuestra casa. Marul la llamaba “la quebrada del Busgoso”.

Llegamos hasta los últimos ranchos del lado norte y, de allí, seguimos internándonos por los cerros. No habíamos caminado más de cien metros cuando nos encontramos con Jacqueline Neuilly y con Isidra Curepto que, en compañía de Teodoro Yumbel y Colum-

bana Manquipel, reposaban sentados en el pasto. Decidimos, todos de acuerdo, internarnos hacia la quebrada.

Pronto llegamos a un pequeño sendero que, caracoleando bajo enormes árboles, bajo matorrales espesos y perdiéndose a cada paso entre rocas y pantanos, nos condujo, por fin, a un verdadero callejón sin salida que terminaba en una especie de gruta oscura formada por tupidos y casi impenetrables follajes y grandes peñascos. Allí hicimos el primer descanso conversando alegremente. Luego salimos de la gruta en busca de algún camino, avanzando y deshaciendo lo andado. Empezamos a trepar, más que subir, por esos cerros rodeados siempre de exuberante vegetación. Descubríamos, a cada paso, rincones misteriosos. Por fin llegamos a un paraje ideal: en medio de la quebrada, ancha y profunda y por encima de esa vegetación, se alzaban tres grandes árboles añosos suspendidos sobre abismos. Tras ellos había una enorme, una colosal roca de un solo bloque. Por abajo corría una vertiente. Nos detuvimos a contemplar todo aquello. Se oía un continuo murmullo de selvas. Había paz y todo invitaba a la quietud y a la ensoñación. Luego bajamos por pendientes resbaladizas; intentamos nuevamente penetrar a una pequeña quebrada que Isidra, después de considerarla varias veces: "curiosa", la llamó: "Quebrada del caracol", tal vez por uno muerto que había en su comienzo. Por fin nos perdimos entre esos matorrales. Marul, con el apoyo de Jacqueline, aseguró que todo aquello estaba admirablemente defendido por legiones de busgosos. Nuevamente Isidra colocó aquí su: "curioso", y avanzó decidida mientras nosotros nos rezagábamos ayudando a Columbana a pasar un estero. De pronto la oímos gritar:

—¡Oh! ¡Vengan! ¡Vengan! ¡Oh!

Corrimos, saltamos matorrales. Llegamos, por fin, al pie de un inmenso negondo africano. Isidra, con su mano estirada, nos mostraba, agarrado, aferrado, incrustado en él a... ¡don Irineo Pidincó...!

—¿Qué hace usted ahí, don Irineo? ¿Se ha vuelto usted loco? ¡Suéltece, don Irineo, suéltece! —tales fueron nuestros gritos.

El pobre hombre volvió lentamente la cabeza y nos dijo en voz baja, como si se hallara en un confesonario:

—Biandina Tarata...

Miramos hacia todos lados. ¡Nada de Biandina! Entonces nos susurró:

—Míren al suelo.

Miramos y vimos una serie interminable de pisadas femeninas en la tierra que llegaban hasta el negondo africano, viraban y seguían perdiéndose en la espesura. Al lado de ellas vimos también las huellas de los pies de don Irineo que llegaban hasta el árbol y allí se detenían.

—¡Explíquese usted, don Irineo! ¿Qué ha ocurrido?

—Antes quisiera, mis distinguidas señoras y señoritas y mis respetados caballeros, que tuviesen ustedes a bien despegarme de este tronco donde me he incrustado.

Lo ayudamos de inmediato cogiéndolo por los brazos, por las piernas, por los faldones y tirando fuertemente. Al fin logramos arrancarlo de allí. Don Irineo se sacudió mientras nos agradecía atorándose con sus palabras. Por fin logró explicarse:

—Estaba yo, si ustedes permiten, allá junto al mar, sobre una roca, y miraba el ir y venir de las olas. De pronto me volví y vi que pasaba esa mujer, sí, esa mujer, la hija de don Bárulo Tarata y de la campánula; sí, eso es, Biandina Tarata Campánula. Me miró y me saludó

agitando su mano. Entonces sentí... ¡oh!, espero que ello no les chocará en su tan respetado pudor..., sentí que su saludo me cogía, me chupaba, me llevaba tras él.

“Obedecí, es decir, obedecí a esta succión sin que mi voluntad entrara para nada. Tuve que obedecer. Y salí tras ella. Una voz me decía: “¡No vayas, Irineo, no la sigas!”. Pero era inútil. Seguía yo siempre y seguía. Ella caminaba adelante como distraída; yo, de atrás. Se engolfó por unos senderos para mí desconocidos. Sí, mis señoras, señoritas y caballeros, completamente desconocidos. De pronto apresuré el paso. Yo hice lo mismo, si ustedes permiten, es decir, apresuré mi paso.

“Así, caminando velozmente, entramos en estos bosques, siempre del mismo modo: Biandina adelante; yo, unos metros más atrás. Vi que se dirigía a este árbol, a este negondo africano. Llegó a él, lo contorneó y siguió presurosa. ¡Oh, mis distinguidísimos amigos y amigos! Una idea me atravesó la mente como un rayo: ¡el negondo africano me salvaría! Sí, sí, eso me dije. Vi claramente que él podría interrumpir esta especie de persecución..., de persecución involuntaria por parte mía. Llegué aquí a la base y, sin más, me precipité a él, al negondo africano, ustedes comprenderán. Era cuestión de poner un obstáculo entre Biandina y yo, eso es, un obstáculo. Abracé este obstáculo, es decir, abracé este tronco y el tronco, entonces, el tronco... Yo creo que había oído el llamado mudo de salvación que imploraba todo mi ser, sí, tiene que haberlo oído porque me succionó apenas lo toqué, me succionó y, como si tuviera goma, me pegó a él... Allí quedé, pues, allí, pegado a él.

—¿Y Biandina? ¿Qué hizo al ver que usted no la seguía?

—Biandina, distinguidas damas y distinguidos caballeros, Biandina no se inmutó y siguió su marcha, internándose por estos bosques, sí, por esta quebrada. Tal vez, digo yo, idea mía nada más, tal vez iba en busca de una campánula.

—Pero, en fin, don Irineo —le dijo Lorenzo— usted, gracias a este noble negondo africano, se ha liberado de las atracciones de esa Biandina.

—Y acaso, acaso... —manifestó don Irineo—, si ustedes me lo permiten, me he liberado de algo peor, de algo que temía yo, sí, de algo que verdaderamente temía. En fin, no creo que valga la pena hablar de ello, no lo creo, no.

—¿Seguimos? —preguntó Columbana.

—Sí, sigamos —respondimos los demás.

Y volvimos a Punta Breñal.

Entonces aproveché para interrogar a don Irineo Pidincó sobre “eso peor” de que se había liberado.

—Mi señor —me manifestó—, quería referirme a las terribles y nauseabundas misas negras, ¡oh!, a esas misas que oficia el que se hace llamar Palemón de Costamota, el maligno, y para las cuales sirve de altar esa niña de quien hablábamos, mi señor, esa Biandina Tarata. Creo que sus intenciones eran ésas, sí, ésas: llevarme a una misa negra y convertirme en un adorador de ellas...

—¿Lo cree usted, don Irineo?

—Sí, mi señor, lo creo. Recuerde usted que después de ellas es la bacanal, la espantosa bacanal en la que se mezclan toda clase de Guaxas y de mujeres pervertidas. Y yo..., yo, al fin y al cabo, soy débil, muy débil, mi señor, entonces... ¡Ah, pero existía ese enorme negondo africano que ella, Biandina, ignoraba!

Aparecieron los primeros ranchos de Punta Breñal. Más allá se alzaban los chalets y a lo lejos se veía el mar. Isidra nos indicó el conjunto con un amplio gesto de su mano y dijo.

—Curioso...

Henos de nuevo en nuestra casita. Del hotel nos han traído la comida. No tenemos más que servirnos, reposar en nuestras poltronas y —¡ojalá!— oír a Lorenzo Angol si es que se siente con deseos de hablar. ¡Sí, hablará! Mañana partimos a San Agustín de Tango... ¡Sí, hablará!

Lo primero que nos dijo fue a propósito de nuestro paseo a la Quebrada del Busgoso pero no fue sobre don Irineo Pidincio y su extraña aventura con Biandina sino sobre la roca colosal que se levanta junto a aquella vertiente y a los árboles añosos. Nos expresó:

—Es esa roca lo que más se ha grabado en mi memoria. ¿Saben ustedes qué me dijo en su silencio de un solo bloque? Me dijo:

“Con relación a vuestro concepto del tiempo, yo soy eterna”.

Es verdad, esa roca es eterna. La miré largo rato en silencio y pensé, por analogía con ella, en todas las rocas, en las montañas, en nuestra cordillera. Las vi inmutables a todas ellas. Me vi, a su lado, pasando a velocidad indescriptible.

¡Piensen ustedes en esa roca! Visualícenla bien y reflexionen un rato; retrocedan, ahora, por el tiempo. Verán, entonces, que allí estaba, igual, idéntica, en tiempos de Almagro, cuando él llegaba, por primera vez, a estos parajes. Y allí estaba, siempre igual, allí en los tiempos en que reinaba, en Francia, Carlomagno; y estaba cuando Cristo predicaba; y allí estaba cuando Platón escribía su *Timeo* y su *Fedro*. Podemos remontarnos aún por los tiempos, pasar por el Egipto y hundirnos más lejos todavía, más y más lejos; podemos cruzar la China entera y llegar a Fu Hi... La roca allí estaba, igual, idéntica, como está la cordillera toda con sus picachos y ventisqueros. ¿Nosotros? Los ratonzuelos que merodeamos a su lado, que abrimos los ojos un instante, la miramos y luego los cerramos para siempre.

No es la primera vez que esta idea de la eternidad me la evoca la naturaleza. La sentí, otra vez, en La Cantera. Iba yo a caballo con el capataz del fundo. Volvíamos a las casas. El Sol se ponía. Con sus rayos póstumos hizo resaltar la sombra de un cerro sobre el cielo. Miré ese cerro y, ante él, tuve la sucesión de ideas que me evocó la roca del Busgoso. Aquel cerro se elevaba, como telón de fondo, tras una higuera que, sin moverse, removía sus ramas deshojadas en convulsiones histéricas. Hice una analogía entre ese cerro eterno y la higuera y nosotros. Al ver su movimiento frenético en su inmovilidad exclamé:

—¡Oh, qué lindo, qué lindo!

Nonato, el capataz, me miró con malicia y me dijo como quien recita un dogma de fe:

—Estamos en invierno, patrón. Espere que llegue la primavera y ya verá esa higuera y la verá también en verano. Entonces sí que es rebonita y da unas brevas de primera.

Siguió hablando. Lo dejé hablar cuanto quisiera. ¿Para qué discutirle? Sabía yo que en su cabeza había una absoluta negación ante la belleza, que había una identidad entre lo útil y lo bello: es bello lo que es útil; es feo lo que es inútil.

De allí no se pasa.

Quise despreciar a ese hombre, al pobre Nonato.

¿Despreciarlo? Aquí me engolfé en una meditación que..., no sé, que... Puede resumirse en esta pregunta.

“¿Hay en el mundo gente mejor que Nonato?”

Lo pensé, tal vez lo pensé mil veces. Recordé y vi, muy lejos, a mi padre, a Casimiro Angol, y a mi madre, Emiliana Octay. Vi, con ellos, a mi tío Basilio y a mi tío materno Severiano. Vi a mi hermana Ida de novia con Arcadio Carrizal, pronta a casarse. Vi mi casa.

en Santiago, grande, enorme, silenciosa, allá en la calle Moneda; una casa de un piso, estucada de blanco. A su lado vi la casa roja de dos pisos y, más allá, otra casa de dos pisos blanca también; por último vi el caserón de la esquina, un caserón amarillento, de un piso, con sus ventanas rarísimamente abiertas y, adentro, una mujer entrada en años. Silencio.

“¿Hay en el mundo gente mejor que Nonato?”

Las gentes de mi casa eran buenas; ¿me oyen ustedes? ¡Buenas! Pues bien, estas gentes buenas tiraron miles, decenas de miles de francos en la compra de alfombras encargadas a París. Alfombras inútiles pero que satisfacían su vanidad. Al mismo tiempo se erizaban cual arañas para dar cinco pesos de limosna. La conciencia no les decía nada, la conciencia callaba. ¿Por qué? Porque tiraron ese dinero en nombre de... ¡una buena obra!

¡Es lo que no entiendo! ¿Qué buena obra?

La de adornar convenientemente la casa ya que una casa adornada indica cultura, indica refinamiento artístico...

Sí, amigos míos, los hombres son malos, son hipócritas. Lo son, acaso, con inconsciencia pero lo son. La voluntad personal obra dentro de la voluntad universal; cada hombre es una célula de otro hombre inmenso que se llama humanidad. Lo que nos jactamos de hacer por nuestra voluntad no es más que lo que ordena hacer la voluntad superior, la voluntad del Universo; el hombre es su instrumento. Porque es la humanidad la malvada; nosotros por ella somos malvados...

¿Podía yo, acaso, rebelarme en contra de mi padre o de mi madre o de mi hermana o de mis tíos?

No, no lo podía pues vi que si un hombre se rebela contra esto, tiene, sin darse cuenta, su voluntad reducida a la voluntad universal.

Claro está:

¡No hay gente mejor que Nonato!

Conciencia... ¡Conciencia...!

Es, tal vez, la palabra que representa lo más noble, lo más alto del hombre. Todos creen comprenderla. Cada uno la adapta a sus conveniencias. Una cosa caracteriza, ante todo, la conciencia: severidad para con los otros y libertad para consigo mismo. Para esto se tienen ciertos principios morales que acallen las inmoralidades que se cometen. Cada hombre se permite un sinnúmero de actos para los cuales nada les dice la conciencia; en cambio jamás cometen otros actos porque los principios que tienen se los impiden.

Recuerdo muy bien y tú, Onofre, lo has de recordar también: una noche con Rosendo Paine, tú y yo, pensamos introducir por el balcón de mi escritorio a tres mujeres alegres con quienes pasar la noche. Así lo hicimos.

Pocos días después nos encontramos con Justiniano Romeral y le contábamos la que considerábamos una verdadera hazaña nuestra. Justiniano se indignó. Me acuerdo de sus palabras:

“¡Oh! ¿Meter mujeres perdidas a las piezas del santo hogar!”

Justiniano se había raptado a una muchacha virgen engañándola; le era cosa común volver a su casa a las 4 ó 5 de la mañana casi ebrio o completamente ebrio. En ese estado lo veía su madre... Su conciencia, ¡silencio!

¿Es posible? Sí, lo es por un razón muy sencilla:

Todo hombre necesita tener algo para acallar la voz de la conciencia o tener, por lo menos, causas atenuantes para ella o, mejor aún, tener un contrapeso para sus acciones. Así puede permitirse todo quedando ante sí mismo siempre puro.

Justiniano se roba a una muchacha virgen y llega borracho donde su madre... Pero, en cambio, sigue siendo un hombre perfecto pues respeta el "santo" hogar. Tiene, como prueba de su perfección, este respeto.

Yo me pregunto:

"¿Por qué respeta el hogar más que a esa muchacha virgen y más que a su madre que lo ve borracho?"

La respuesta es muy simple:

Porque de otro modo no podría gozar de las muchachas vírgenes ni emborracharse de noche y él no necesita su propia casa para estas orgías...

Este caso que les cito no es un caso aislado; es un ejemplo general. La conciencia se manifiesta en todos y su voz es siempre oída pero, para acallarla, los hombres tienen moralidad en un cierto sentido dejando la puerta ampliamente abierta en otro sentido.

Las cosas ante las cuales tienen respeto son aquellas que menos necesitan cometer. La conciencia es muy relativa.

Justiniano, que es un remoledor y un borracho y que, con ello, martiriza a su madre, se sentía orgulloso... ¿Sabían ustedes de qué se sentía orgulloso? Desde luego por el respeto a su hogar y, además porque jamás había ido a una agencia a desprenderse de un objeto cualquiera a cambio de un poco de dinero...

¿Qué más claro que la conciencia está al servicio de los prejuicios? Ningún hombre es capaz de analizar las cosas si no hay costumbre de hacerlo. Todo lo ven según como es mostrado y así se obedece y se obedece y se seguirá obedeciendo.

Calló Lorenzo. Quedamos en silencio los tres. Luego nos retiramos.

—Espero duermas bien —le dije a Lorenzo.

—En realidad duermo mejor en mi Bóveda. Aquí me he sentido atacado por cientos de ideas que, como pájaros, llegan hasta mí y luego se retiran. Esa idea de que yo me prolongo en los demás seres, de que todos somos UNO con una conciencia única, de que hay un punto que nos une en un pensamiento común, más allá de razas, más allá de nuestra calidad de hombres, que somos cada uno de nosotros como son los diferentes miembros con relación a nuestro cuerpo, que yo soy tanto un Irineo Pidincó como un Baldomero Lonquimay, esta idea me persigue a todo momento. A su alrededor nada cambia; todo sigue perfectamente igual. La verdad es, mi querido Onofre, como dice Ouspensky en *Tertium Organum*: "No sabemos qué es lo que buscamos".

Le recordé las palabras de Florencio: "Vas bien; sigue buscando".

Me respondió:

—Por eso mismo volvamos a San Agustín de Tango y volvamos a La Cantera, a mi Bóveda. Por ahora... ¡miremos el mar!

Hemos regresado. Durante el viaje vimos muchas veces el mar. Aquí estamos nuevamente.

¡Sigamos viviendo!

Fundo de La Cantera,
Abril 4 de 1930
Marul mía:

Te escribo desde La Cantera. Me he venido con Lorenzo Angol después de pasar tres días en San Agustín de Tango. Ni él ni yo soportamos esa ciudad. ¿Por ella misma? No, no lo creo, Marul. Ha sido, más bien, porque nuestra ida a Punta Breñal nos sacó de nuestro ritmo. Entonces llegamos como personajes... ¿Cómo te lo diré? Llegamos como turistas y, al vernos así, tuvimos que partir. Henos, pues, en La Cantera.

Aquí se está mejor. Todo induce a volver a ese ritmo. Por eso te escribo, Marul mía. Estoy pletórico de vida y de una vida intensa. Todo nos ayuda. En este momento han pasado, volando por los aires, cientos de loros que gritaban y aullaban y que luego se perdieron. ¡Han sido aullidos de bienvenida!

Marul, yo esperaba, allá en Punta Breñal, que mi vuelta a Fray Tomate iba a ser maravillosa. Pues bien, he llegado, he mirado para todos lados y he encontrado únicamente el aburrimiento agazapado en los rincones. Creo que él ha aprovechado mi ausencia para instalarse porque, estando yo aquí, ha de sentir que se le combate y que se le echa fuera. Tú me preguntarás por qué razón no combatí ahora. No, Marul, no puedo pasar mi vida en un combate permanente. Si he de combatir, prefiero hacerlo con fuerzas, prefiero estar debidamente preparado. Para esto: La Cantera. ¿No lo crees tú?

Llegué del balneario a Fray Tomate. Instintivamente me dirigí a mis colecciones. Tú sabes: las cerámicas incaicas, los tejidos y las sedas marroquíes, los dibujos y reproducciones de pintores de hoy día, y... —¡no lo olvides!— mis botellas de formas y de colores variados, esas lindas botellas vacías que allí, alineadas, cuentan tantas y tan amenas historias.

Las miré. Les hablé. ¡Nada! Silencio.

Bien, quiere decir que se han enfadado y por eso callan. No quieren un propietario con vida dispersa y con ausencias. Debo quedarme aquí —me dije. Pero vi que quedarme sería el decaimiento. ¿Qué hacer?

En ese momento golpearon a la puerta. Abrí. Era Lorenzo Angol que venía a verme. Me dijo, exactamente, lo que yo sentía pero sentido por él.

—¡No hay más! —exclamó—. ¡Me voy a La Cantera! Omofre, ¿no me acompañarías?

¡Imagínate, Marul! Por supuesto que lo acompañaría. Arreglé de inmediato mi maleta. Mientras la arreglaba me dirigí a mis colecciones y les pedí permiso para ausentarme, cosa que no había hecho al ir al balneario aquel. Te puedo asegurar que ellas no vacilaron en otorgarme el permiso. Hasta sonrieron. Yo también les sonreí. Nos habíamos separado en nuestro vivir, nos habíamos separado desde antes, mucho antes de ir a Punta Breñal. Comprendieron, esas tan lindas colecciones, que la manera de volvernos a juntar era: nacer yo de nuevo.

Para esto, ¡La Cantera! Y un amigo como Lorenzo.

El día 3 partimos en auto.

Llegamos al río Tulcamar. Lo costeamos. Atravesamos el Bosque de Guayacán sin encontrar ni divisar a nadie. Luego tomamos un sendero que nos llevó a la carretera que va a Valparaíso. Un rato después entrábamos en estas viejas casas de La Cantera.

Ahora te escribo mi Marul.

¿Quién habrá dicho que la unión de dos personas consiste en estar lado a lado?

¡No, Marul no!

Consiste en crearse un buen estado de ánimo positivo. La otra persona lo ha de crear también. Entonces estos estados de ánimo se encuentran en la "otra región".

Desde ella bendicen como ahora te bendigo yo.

Abril 9 de 1930.

Marul mía:

La Cantera y, en ella, la Bóveda. ¡Qué paz! Su visión me transporta. Las he vuelto a ver después de mucho tiempo. Aquí está todo igual... más ese tiempo que he pasado lejos de ellas.

Miré mucho rato este tiempo de ausencia mía. Era él un hueco negro. Tuve que llenarlo presurosamente. Después miré los objetos que nos rodean. Vi la foto del abuelo que, en ella, sigue sin moverse. Vi los libros. Me quedé un momento largo con los ojos clavados en los de astronomía. ¡Las estrellas, Marul! Pensé en nosotros, los humanos, en medio de esa inmensidad que, al evocarla, tronó en el más absoluto silencio. Después me fui a la constelación de Andrómeda, a 800.000 años de luz de donde nos hallamos; tú, en San Agustín de Tango; Lorenzo y yo, aquí en La Bóveda. Todo me vaciló y todo se rigió por otras proporciones. Pensé en Teodosia Huelén que va y viene por semejantes distancias con mayor facilidad que la de nosotros para movernos unos cuantos metros. Comprendí que ello era cuestión de cambiar nuestro punto de mira y nada más. Pasó, cerca de mí, la sombra de Jovino Panquehue...

Mis ojos cayeron sobre el guaco incaico. Aquí está, Marul, en silencio en esta eternidad que pesa viva.

Todo ello —guaco, libros, anaqueles, grabados, fotos, la calavera— me miró y formó un total. Nada quedó con su existencia propia, con su vida propia, sino que fue a formar parte de una existencia, de una vida mayor. Recordé esas palabras lejanas de Lorenzo:

"Los objetos no están separados; se engloban formando otro objeto de más amplitud".

Vi, entonces, a Rosendo Paine delimitando cada cosa: entre ese guaco y ese libro... hay miles de kilómetros; entre esa foto y esa calavera... hay ciento de miles de kilómetros.

No, Marul; todo, todo está englobado en... "un momento". Así estás tú conmigo y yo contigo.

Luego vi un grabado: *El fin del mundo*, de Van Aken. No estaba allí la otra vez. Me quedé absorto mirándolo. Al fin dije:

—¡Qué hermoso!

Lorenzo, entonces, lo desprendió y me lo obsequió. ¡Vamos a mirarlo juntos, Marul! En él veo a Lorenzo: es el rostro principal, el de mayor tamaño, un rostro sereno en medio de aquel torbellino moviente que, aun en su desorden, guarda una armonía: arriba, al fondo, el fuego; más abajo, la descomposición lenta de este fuego. Es el pasar, es la rapidez del pasar. ¡Ya lo verás Marul!

—Pero ahora pienso en Van Aken, pienso en las postrimerías del siglo xv, en los primeros años del siglo xvi. Es decir: pienso en ayer; tal vez, en hoy.

Llamé, entonces, a Colomba.

¡Muchacha hoy desaparecida!

Con qué facilidad, con qué negligencia empleamos esta palabra: desaparición. Ella

dirá lo mismo de mí. Estamos, sin embargo, juntos. Lo estamos en este momento. Evocar a Andrómeda nos junta. Evocar los siglos idos y los siglos por venir nos junta.

Sí, mi Marul, en los siglos y en las distancias estamos todos juntos.

Estamos separados solamente hoy y aquí.

Ha vuelto la calma.

Fijate en un punto, Marul:

Consideraba yo que no había "calma" aquí en la Bóveda y en las casas de La Cantera, en general. ¿Por qué? Porque todos esos objetos, desde el guaco hasta el grabado de Van Aken, llamaron mi atención, es decir, hicieron ruido para que yo los considerara. Luego creaban una intranquilidad en torno mío.

Ahora somos uno, ellos y yo.

Ahora podemos hablar Lorenzo y yo.

Hablemos. Le he dicho:

—De toda nuestra permanencia en Punta Breñal me ha quedado grabada una frase de Ouspensky que tú citaste. Ella es:

"No sabemos qué es lo que buscamos".

Lorenzo me contestó:

—Por cierto; ella es una frase que mucho encierra. Cuando la leí se desprendió del libro, revoloteó y vino a picarme aquí en la cabeza. Hay allí una gran verdad: buscamos y no sabemos qué es lo que buscamos.

—Yo busco —agregué— e ignoro totalmente lo que busco. Creo, por lo demás, que casi todos los hombres lo ignoran. Si no son todos, es la mayoría de ellos. Creo que buscan lo que buscan. Una fuerza les impele a buscar siempre. Y se lanzan. Hay que buscar y encontrar... ¿qué? No se sabe. Entonces sigamos en esta búsqueda afanosa.

Lorenzo agregó:

—En esta búsqueda aparecen miles de soluciones, es decir, miles de hechos que se presentan como el hecho requerido. Hacen una seña y murmuran: "Yo soy lo que tú buscabas". Algunos siguen sin oír este llamado; otros se detienen. Al fin todos se han detenido. Se ve, entonces, la marcha de la humanidad compuesta por miles, por cientos de miles de hombres detenidos. En sus rostros se ve la satisfacción de haber encontrado.

"Es una de las tristes visiones que tiene Florencio Naltagua.

Dije riendo:

—Piensas tú, y tal vez piense Florencio, en don Juan Enrique Arancibia Ocampo.

Me respondió.

—Sí, en él pienso si lo tomo como un tipo genérico. Ve junto a él a don Ricardo Cortés Mandiola, a Higinio Romeral, y al Gran Corregidor del Ayuntamiento de San Agustín de Tango, y al Vice Corregidor, y al General Mataquito, y a don Plácido Romeral, en fin, pienso en casi todos los hombres. ¿Qué les ha dado esta sensación? El halago de los bienes de esta Tierra; de los que se suponen bienes de esta Tierra; o sea, ¡surgir! ¿Has visto palabra más vacía que esta de "surgir"? Surgir, Onofre, es ser comentado. Se comenta todo lo que llame la atención, tanto en bien como, sobre todo, en mal. Pero hay que hacer hablar de uno. Entonces se va a la cumbre: se ocupan puestos y se es condecorado...

"Mas no olvidemos, Onofre, que hay gente, poca gente, para quien todo esto se derrumba en un momento dado.

"Es la soledad. Entonces los hombres quedan solos, solos.

No tuve más que decirle:

-Es, tal vez, Anam que los llama o bien es él quien los pone a prueba.

-Como sea; guíate por el consejo que te dio Florencio: "¡Sigue! Vas bien. ¡Sigue!".

Pero el tema principal fue siempre éste.

"Bajemos de tono".

Aquí está todo, Marul: bajar de tono. Porque ello es no imponer nuestra "presencia" a lo que se habla. Es dejar nuestro estado de ánimo en absoluta pasividad para que en uno resuene la otra voz. ¿Me entiendes?

Tratamos el tema de:

Una raya horizontal que, en su extremo derecho, se bifurca en una serie de otras rayas.
Así.



Piensa, Marul, que somos todas esas rayas pero que nuestra conciencia está sólo en una de ellas.

¡Mala cosa! Debe estar en todas a la vez. Al estarlo comprendo lo que le sucedía a Lorenzo:

Él es los demás, los demás son él.

¡Sumérgete en esta idea!

Verás, entonces, que escribir la vida de una persona es como pasar apenas la mano, como tocar la superficie de las aguas que son, en realidad, el océano Pacífico.

¡Este océano somos y en él vivimos!

Mientras hablaba Lorenzo vi la superficie de las aguas y vi el océano; a éste lo vi intensamente. Vi que para sentirlo así era menester la calma, la paz profunda que sólo puede dar esta calma y esta paz del campo. Porque así esta vida se dilata, se amplifica enormemente, a tal punto que dejamos de ser una persona determinada para convertirnos en dos, en tres, en muchas y, todas ellas, se disuelven a su vez para convertirse en el vivir humano.

Nuestros pensamientos iban hacia Florencio Naltagua. Desde el silencio de la bóveda lo saludamos. Mientras lo saludábamos ¡todas las rayas sucedían!

Pero en esta vida nuestra conciencia era traída, era empujada a una sola raya y dejaba a las demás como meras hijas de la imaginación.

No, Marul, no.

¿Imaginación?

Entremos en ella. Verás que es un mundo tan serio y tan bien organizado como el que más. Verás cómo la raya actuante, cómo la raya consciente no es más que un modo efímero pero al cual le prestamos nuestra total y profunda atención.

Me parece que cuanto ahora te escribo te va a parecer demasiado "intelectual".

¡Borra de tu mente esta palabra de "intelectualidad"!

Ella no es más que un punto del proceso y, de ningún modo, el punto principal. A su lado están los otros puntos. ¿Cuáles? Marul, están los éxtasis, está la iluminación.

La intelectualidad es la moneda que se requiere para poder circular en esta vida de todos.

Lorenzo y yo, en la media luz de la Bóveda, deseábamos más éxtasis, más iluminacio-

nes. Cuando se producían veíamos, créeme que sobrecogidos, los demás rayos de esa línea, los veíamos vivientes, actuantes.

Alguien decía entonces:

—No es nuestro valor el que se acrecienta. Junto con acrecentarse nuestro sentir y nuestro saber... ellos se esfuman, por el otro lado, al ir hacia los demás y al ser llamado por los demás.

Sentí un golpe tras de mí.

Me volví.

Allí estaban los tres espejos. Tras ellos estaba el alma de aquella que ya no es con nosotros, de Chinchilla.

Imperaba el silencio tras esos espejos, un silencio lleno de murmullos, de susurros que me hablaban.

De pronto todos cesaron pues vino el gato canterino y los perturbó. Con él llegaron los ruidos de la Tierra.

Lorenzo me dijo al ver mi rostro de descontento:

—Voy a escribir un poema.

—¿Sobre qué? —le pregunté.

Me respondió:

—Sobre Leonardo de Vinci. Leonardo resucita. Su ausencia, desde el día de su muerte, se borra en él. Resucita tal como era el día de su muerte, el día de su fin aquí en la Tierra. Mira, interroga, averigua. Todo lo ve y lo escudriña. Una cosa lo arrebató; sí, Onofre, lo arrebató por encima de cuanto existe. Ella es la aviación. ¡Qué gloria! ¡Volar! ¡El sueño de Ícaro realizado! ¡Los hombres han sobrepasado a los pájaros! ¡Qué gloria! Se sumerge de lleno en la aviación. ¡Vuela!

“Es el capítulo I de este poema. ¿Qué te parece?”

—Me parece exacto; es lo que he pensado yo también. He pensado en Leonardo y lo imagino frente a una escuadrilla de aviones; los mira absorto. Después lo veo volando solo, ¡por fin!, solo y por los aires.

—Escucha ahora el argumento del capítulo II.

Lorenzo quedó un instante en silencio. Luego prosiguió:

—Han pasado los años. Pongamos diez o quince años. ¡Un tiempo consumido por el espacio! Cruzan por lo alto aviones y más aviones. La gente los mira y se felicita por aquel progreso en que todos, por lo menos mentalmente, han participado.

“¿Y Leonardo? ¿Cuál es el avión de Leonardo?”

—Leonardo ya no vuela; Leonardo hace ya tiempo que ha abandonado la aviación. Leonardo vive ahora en una pequeña casa y, en ella, trabaja. ¿En qué trabaja? Leonardo, entre notas y notas sobre el Universo, pinta, Leonardo ha vuelto a encontrar otra vía que lleve al conocimiento.

—Pinta largo tiempo y, sumido en un punto, investiga. Hasta el día en que la muerte lo sorprende por segunda vez. Esta vez es la definitiva. Ha muerto con un pincel en la mano y con el pensamiento muy lejos.

—Es todo mi poema.

Lo encontré a mi gusto. Al decírselo me advirtió:

—Mi poema no es un cántico a la pintura; no es una diatriba a la aviación. ¡Oh, no! Cada cosa en su sitio. Tú sabes, yo admiro la aviación porque Leonardo la admiró. Yo admiro todo lo que vuela: hacia ese cielo externo o hacia este cielo interno.

Pero el ropero de tres cuerpos me llamaba siempre. A cada momento mis ojos se iban hacia él. Una vez lo abrí y miré... Ningún ser vivo había dentro de él; había sólo una serie de utensilios que allí se habían acumulado con el tiempo. Vi el agujero del gato canterino. Estaba igual.

Lorenzo me dijo:

—Tú miras el mal. Ese mal no ha pasado. Podría yo romper y quemar este ropero. El recuerdo del mal subsistiría. ¿Crees tú que es lo que debo hacer? ¿Destruir, quemar? ¡No, jamás! Sería acometer a una pequeña, a una pequeñita presencia de un mal que sigue en el pasado, que sigue vivo en el pasado. ¡A él habría que ir y matarlo! Al encontrarlo seríamos nuevamente llamados más, más atrás aún. Al fin... ¿Cómo ir hacia ese pasado?

Quedé, Marul, en silencio; Lorenzo, también. Sé que él veía que nuestra vida está jalonada sobre el tiempo que se desarrolla; veía que anhelaba vivir una vida jalonada simultáneamente en todo lo largo del acontecer.

Marul, juntó algunas palabras suyas con los hechos aunque hechos y palabras no coincidían en su hablar. Veo una relación entre sus ideas sobre el mal en el pasado y lo que me dijo referente a las mujeres:

—Hasta hace poco he tenido la idea de que yo podía disponer de mi vida como mejor me pareciera. La he tenido, sobre todo, en lo que se refiere a las mujeres. Ellas me eran como un complemento, como una continuación de mis posibles alegrías. No me eran más. Eran la sal y la pimienta de esta vida. No me eran más. Ahora, desde hace ya un tiempo, he cambiado en este punto. ¿Habré cambiado yo o se me habrá hecho cambiar desde lejos? El caso es que ahora sé una cosa: mi vida es una misión que cumplir y, en ella, lo principal es vencer las miles de tentaciones que por todos lados nos acechan. Entonces ha de aparecer una mujer. ¿Será esta mujer Lumba Corintia? Sí, creo que es ella. En ella tengo puestas mis esperanzas. ¡Algún día tendremos que encontrarnos!

Un silencio. Luego me pregunté en alta voz:

—¿Has pensado, Lorenzo, en cuántos habrá que pasan al lado de la mujer y no la ven? Esos hombres, es decir, nosotros, tendremos que volver y volver a la Tierra hasta el día en que con ella nos encontremos. Entonces...

—Entonces... tendremos que volver y volver para empezar a aprender a vivir solos.

Pero hablábamos del "mal". Hablábamos de que él reina sobre el mundo y de que todas las gentes, sin excepción, lo reconocen apenas muestra sus dientes. Todas esas gentes quisieran poner fin a este mal. No trae más que miserias y miserias. Las guerras se ciernen sobre él; como sus hijas están las pendencias privadas, los rencores, los odios y hasta las pequeñas desavenencias. Sobre este conjunto, ¡hacer algo grande, algo halagüeño que perdure por generaciones...!

Pero, ¿cómo? La materia prima está podrida. Hay que corregirla. Algunos buenos hombres buscan la manera de corregir. Estos buenos hombres allí quedan detenidos. Porque el mal tiene hendidas sus raíces muy lejos, lejísimas, en el pasado. Entonces, para corregirlo, se le agrega otro mal encima y así se forma la gran feria de los males.

—Es mejor el trabajo en el silencio y en la soledad —me dijo Lorenzo—. ¡La soledad! ¡La absoluta soledad! Es la prueba por la que hay que pasar. Quien quiera hacer obra benemérita debe recluirse. ¿Recluirse mientras hace su obra? No debe despedirse para siempre de todo halago, de todo reconocimiento por parte de sus semejantes. Esto, Onofre, o se hace y se va a la obra; o no se hace y se renuncia a ella.

"Frente a mí veo una puerta; sobre ella está grabada la palabra: "Soledad".

"Todos la han visto; ante todos ella se ha presentado. La miran. Algunos levantan los hombros y siguen su camino. Otros, con sólo divisarla, retroceden. Han echado una ojeada a través de ella. Se han dicho: "¡Jamás!"

"Retroceden. Pero retroceden con la imagen de ese umbral que han pisado. Esta imagen los perseguirá eternamente. El dios del vicio los contempla y de ellos hace sus súbditos.

"¿Quieres un ejemplo?

"Romualdo Malvilla.

"A otros los deja donde están; ambos se miran y sonríen; ambos esperan y vuelven a sonreír...

"¿Un ejemplo?

"El Sobrenenido.

"Aquel que ve aisladamente cada objeto, aquel que necesita pasar los dedos en torno de ellos.

-¿Es, acaso -le pregunté-, el horror a que se forme un todo donde haya entidades?

-Tal vez.

Lorenzo me ha leído unas páginas escritas sobre este fundo. Marul, te las voy a copiar:

I

El fundo La Cantera

Para datos sobre el fundo La Cantera consúltese al corredor Estanislao Buin; oficina 10º piso del Banco del Pacífico, cualquier día hábil y a cualquier hora. Rarísimo no encontrarlo. Apenas, en pleno verano, toma quince días de vacaciones.

Por mi parte doy estos datos:

La propiedad mide 849 hectáreas cuadradas. De éstas hay 208 de rico migajón y de riego natural; 33 de riego artificial; 191 de faldeos suaves aptos para toda crianza; 417 de cerros aprovechables en talajes de temporada. Amplias casas de habitación, casas de administración; bodegas; dos silos; 9 posesiones de inquilinos, en fierro galvanizado; 16 en fierro negro; gran galpón de lechería; hortaliza; arboleda frutal; plantaciones de álamos y eucaliptos.

Todo eso tiene este fundo de La Cantera, fuera de vacunos, caballares, lanares, porcinos y aves de corral.

Yo, al llegar aquí noté que algo más tenía: una marcada, una marcadísima molestia.

La molestia caía por entre las hojas de los árboles y dominaba a todos los habitantes de las casas y de los campos.

Sentí la inmediata necesidad de remediar este mal.

Venía él de un comienzo de putrefacción anímica.

El remedio mejor era proceder a la repetición de las más ordenadas bases sobre las que reposa nuestra vida de hombres.

Éramos tres al empezar a ocultarse el Sol: Desiderio Longotoma (hombre alegre y sabio), Julián Ocoa (violinista distinguido) y yo.

Los tres vestíamos levita negra abotonada hasta el cuello y llevábamos chistera y guantes negros. Nos pusimos lado a lado, tocándonos los codos.

Y partimos firmemente hacia adelante, pero separándonos paulatinamente en ángulo de 30 grados.

Frente a cada uno de nosotros, a 125 metros de distancia, había algo:
frente a Longotoma, una ruma de ladrillos;
frente a Ocoa, una escala de tijeras;
frente a mí, un peral.

Avanzamos con paso militar. Hasta llegar: Longotoma, a la ruma; Ocoa, a la escala; yo, al peral.

¡Alto! Un solo minuto. Y trepamos al mismo tiempo.

Ya arriba miramos la desaparición del Sol. Al desaparecer Longotoma se descubrió y, alzando la chistera, exclamó:

-1, 2, 3, 4, 5, 6, 7; 7, 6, 5, 4, 3, 2, 1.

Y se cubrió y calló.

Entonces Ocoa hizo igual gesto y dijo:

-Do, re, mi, fa, sol, la, si, do; si, la, sol, fa, mi, re, do.

Y se cubrió y calló.

Entonces yo, imitándolos, pronuncié:

-A, B, C, D, E, F, G; G, F, E, D, C, B, A.

Y me cubrí y callé.

Bajamos simultáneamente y, de nuevo, los 125 metros en sentido inverso, acercándonos en ángulo de 30 grados hasta quedar codo a codo de espaldas al sitio en que se había ocultado el Sol.

Oscureció. Pero quedaron algunos polvillos de sol: verdes en las hojas, ocres por el suelo, rojos en las flores. Un hombre viejo, encorvado, con una pala y una escoba los fue recogiendo. Los echó en su carretilla y se alejó con el sol quedado. Al doblar tras unos bodegones, anocheció.

Anocheció con una noche de metal.

En la mente de cada uno de nosotros ardía la fe ante la vuelta del orden básico y, por ende, ante la fuga de toda molestia.

II

Noche de metal.

Hay tras las casas un parrón delimitado, de día, por una tapia de adobes.

Yo ahora visto de pantalones blancos, vestón azul oscuro y sin sombrero.

En medio del parrón me detengo. Certeza de que frente a mí, a no más de veinte pasos, está.

Doy media vuelta y regreso. Él, entonces, da media vuelta y se aleja.

Me detengo. Se detiene.

Media vuelta, yo; media vuelta, él. Avanzo; avanza. Nos acercamos. Hasta dejar entre ambos los veinte pasos. Paro; para.

Desiderio Longotoma se ha ido a su cuarto y lee: *Plutarco-Vidas Paralelas*.

Julián Ocoa, bajo una encina, ha cogido su violín y toca: *Debussy - Petite Suite*.

Yo miro la noche y siento la sensación siguiente: vértigo del peligro.

Llegan las notas del violín. La voz de Longotoma runrunea:

"El linaje de Catón adquirió lustre y gloria de Catón su bisabuelo...".

Porque sé que si nos acercamos un centímetro más de la distancia que aún hace de ambos dos mundos desligados, sé que nuestras atmósferas se mezclarán y quedaremos por ellas atados.

Ocoa trina.

Longotoma:

"... pero después, habiéndose mostrado muy fiel y muy útil a Bruto, murió con él en la batalla de Filipos".

Entonces, a mi media vuelta, no habrá correspondiente media vuelta suya pues me seguirá. Y si escapo me perseguirá.

Cansándome yo primero, me alcanzará por la espalda.

Doy media vuelta y regreso.

Da media vuelta y se va.

Noche de metal. Se oscurece más y más, lentamente, cobre viejo.

III

La hora que marcaba mi reloj, en aquel momento, la tengo siempre presente: las 10 en punto.

Nunca en mi vida este conocimiento así adquirido me ha servido para nada y, en aquel momento preciso, lo único que se me ocurrió pensar al ver las agujas es que en todo mi país todos los relojes indicaban las 10, mas que en el país vecino indicaban las 11. En cambio las 9 no eran indicadas en ninguna parte pues caían en medio del océano, en medio de las aguas desiertas, a no ser que en ese instante pasara por allí un buquecito errante.

Cosa muy poco probable.

IV

Un momento más tarde estallaron todos los hormigueros de la región. Y las galerías, que por siglos habían aprisionado a las hormigas, se escaparon por los aires con un ruido de pájaros de vidrio.

Junto con ello me asaltó el temor de que, con tales explosiones, se produjese un nuevo y formidable desorden que hiciese derrumbarse entro el fundo de La Cantera.

Corrí.

No había peligro alguno. Porque allí estaban Desiderio Longotoma y el cínico de Valdepinos.

Julián Ocoa había fallecido.

Llevaban su cuerpo muchos frailes. Sobre su pecho, el violín; sobre sus piernas, el arco.

Avanzaba solemne el cortejo. Adelante se mecía una cruz como el mástil de un buquecito errante en medio de las aguas desiertas a las 9 de la noche.

En sentido contrario a la marcha del cortejo y paralelo a él, corrían todas las ratas de La Cantera y todas las hormigas quedadas sin hormigueros.

No había peligro alguno.

V

Allí estaban Desiderio Longotoma y el cínico de Valdepinos.

Julián Ocoa había fallecido

R. I. P.

Aquellos dos hombres se hallaban en un galpón, en un vasto galpón. Toda la luz allí era ocre, del color del aserrín de una pista de circo. La mesa central de ébano, las sillas blancas, la bolita azul, los dos hombres, eran ocre, ocre desteñido de chonchón de parafina. Por eso fue que, al sacar de mi bolsillo una fresa, se formó una hermosísima armonía de colores entre la fresa y todo lo demás.

Desiderio Longotoma, fuera de alegre y sabio, es bajo, gordo y lleva bigotes. El cínico de Valdepinos, fuera de cínico, es alto, flaco y rapado.

Estaban sentados junto a la mesa, uno frente al otro. Ambos se balanceaban acompañada y alternativamente: cuando el uno se inclinaba hasta tocar la mesa con el frontal, el otro se enderezaba hasta clavar los ojos en el techo. Y esto con ritmo absoluto, fijo. De modo que cuanto de ellos y de allí se desprendía era armonía pura, armonía capaz de desafiar todas las explosiones del mundo.

Agréguese lo siguiente y crecerán ritmo y armonía; en cada movimiento Valdepinos decía,

–Pipirigallo;

y Longotoma decía:

–Melancólico un quinqué.

Tan, tan,

tan, tan...

Ritmo absoluto. Armonía pura.

–Pi-pi-ri-ga-llo.

–Melancólico un quinqué.

Tanta armonía y tanto ritmo desataron mis nervios. Al desatarse, la bolita azul se puso en movimiento.

Empezó a rodar por el suelo y, a cada momento, venía a golpearme los pies.

Así es que, muy quedamente, salí.

Era fortificante saber –a pesar de los nervios– que allí quedaban esos dos hombres ordenando en la luz ocre cuanto pudiese caer en desorden.

VI

Junto con traspasar el umbral:

–¡La viuda! –exclamé con razón pues la maldita vieja, la puntiaguda me abordaba como un proyectil.

–¡Ay, hijito! –me dijo–. Yo fui tan amiga de tus padres...

Y me hizo retroceder siete años en mi vida.

–Tú no te acordarás siquiera cuando vivíamos todos en la calle Chuquisaca...

Y me echó treinta años hacia atrás.

–¡Ay, hijito! –me repetía colgada de la solapa–. Tú me decías tía Chacha...

¡Santo Dios! Ya no estaba agarrado más que con dos años en este mundo.

–Y si supieras cómo me acuerdo siempre de ese día, el año de...

¡Vieja bruja! ¡Ya me lleva y me mete en el vientre de mi madre!

–Te diré, hijito, que cuando yo era niña como tu sobrinita y jugaba con tu madre, niña también...

¡Vieja tenebrosa parida en los Infiernos! –Hete ya a tus anchas en el mundo del no ser acurrucada cual siniestra alhuaquereca graznando!

–De todo me acuerdo, señora, de todo, tía Chacha... Tome, tome usted, cinco pesos.

Seguí por la noche, entre zarzales y malas yerbas, dejando viuda y galpón allá atrás. Hasta que me hallé frente a dos viejos veteranos que conversaban afirmados en el último manzano.

Desde la guerra del 79 siempre conversan ahí.

Hablaban ahora de una guerra próxima con un vecino cualquiera y confiaban en nosotros para un nuevo triunfo como el de ellos. Me puse a escucharles tras un cerezo.

Luego hablaron de nuevas guerras y conquistas cuando yo —según mis cálculos— fuese a mi vez un veterano afirmado de noche en un manzano. Y, enardecidos con clarines, uno le dijo al otro con gesto marcial indicándole con su valeroso índice un muchachito que pasaba.

—Ten la certeza, compañero, que cuando los nietos de ese chiquilín que va allí...

Para cuando los nietos del chiquilín...

Pero, ¿y yo, entonces, y yo? ¿Acaso porque estoy tras un cerezo mi existencia pasa como un relámpago?

VIII

Seguí saltando zarzales y malas yerbas.

Al tropezar contra una piedra sentí que la sangre me corría a flor de piel. Quedaba, por lo tanto, a merced de cualquier mala intención que se hallase suelta por el campo. Y peor que exponer los nervios, o el cerebro, o el corazón al dominio de tales intenciones es exponer la sangre a lo que pueda errar en una noche abandonada de la sucesión de todas ellas.

Primer peligro.

Segundo:

Con la sangre así podía ser presa también de cualquier ser viviente por inofensivo que fuese. Pues bastaría su roce para que la sangre se me destilara chorreando a través de la piel, en láminas delgadas de arriba a abajo.

Nada me aconteció salvo el paso de un avión silencioso que, más que acontecerme a mí, le aconteció a todos los grillos de la comarca.

Llegué desnudo al patio principal, desnudo no sólo para ojos sino para la creación.

Ya no quedaba ni un resto de la noche de metal. Ahora, noche de carbón.

En medio de ella, y partiendo del patio, creció un tubo. Sus paredes eran de aire. Estas paredes contenían, por fuera, la noche de carbón.

Por dentro goteó entonces, hasta llenarlo, una luz plomiza. Gracias a ella pude ver que estaban todos allí charlando en pequeños grupos.

Mi sangre seguía a la intemperie.

Charlábamos sin peligro.

Hasta que miré a un extremo del patio:

Ahí dos lindas damitas con sus amplias crinolinas que inflaban la seda de sus faldas rosas, dos lindas damitas, silenciosas y sonrientes, me miraban. Y las dos lindas damitas tenían rostros de cera.

Un segundo nos miramos los tres. Y mi sangre, por transparencia, humedeció entero mi cuerpo.

Sonreía la cera de sus caritas lindas. Chirriaba muy dulcemente la seda de sus faldas. Dos sombrillas, mantenidas por sus manecitas enguantadas, vinieron a encuadrar sus dos sonrisas y las miradas negras hacia mí.

No había más de diez metros entre nosotros.

Diez metros hacia adelante.

Hacia atrás, todos los metros de mi vida pasada.

Mas, hacia adelante, repito, sólo diez.

No iría yo a quemarlos marchando hacia las damitas. Todo hombre, cuando ve que no le restan más que diez metros, se detiene.

Sopló entonces un viento suave y los maitenes del patio titilaron. El trecho que me rechazaba a caminar, el viento lo caminó hacia mí. Pues titilaron también las dos sombrillas, sonrieron más las caritas de cera y, balanceando con dulzura las dos amplias faldas de seda rosa, las damitas enguantadas, en un minueto silencioso, finamente, empezaron a avanzar.

Ante su proximidad clamé a todos los Dioses me alargaran otras leguas de vida hacia otros rumbos, fuesen ellos por la noche circundante. Pero mi clamor se perdió y mi cuerpo pasó a no ser más que de hilos de sangre externa, hilos que circulaban fuera de mi piel, fuera de mi voluntad, abiertos, ¡sí!, a la creación entera, al vientecillo de los maitenes, al beso de las damitas, al contacto de sus labios duros sobre mis venas desdobladas.

¡Damitas lindas y cadenciosas! Sus cuatro ojitos de alfiler mirábanme el cuello bajo los oídos y hacia ahí caminaban. Una de cada lado hundirían la cera de sus rostros en mi sangre desparramada y sentiría yo, allí en ese punto de aguda sensibilidad, allí en el cuello, sus labios negros, sólidos, delineados, besarme, besarme, irme por ellas dentro, borrar me en nada, en ahogo angustioso, por el cuello en sus labios yo todo íntegro, mientras ellas, embriagadas, dejarían inclinarse lentamente las dos sombrillas como dos flores tumbadas al peso de la sangre en sus pétalos de seda.

¡Silencio! ¡Inmovilidad! ¡Estáticos todos! Sólo las campanas de sus faldas se mecían adormecedoras. Cerré los ojos un instante. Cuando los volví a abrir, las dos caras estaban junto a mí, junto, junto, rozándome la sangre y mirándome fijamente. Mas ya no sonreían. Serias, hieráticas, impenetrables, eran dos máscaras de quietud. Dejé de ver a mis compañeros de charla, dejé de ver el patio y sus maitenes, dejé de ver sus faldas rosas, sus sombrillas y sus manecitas enguantadas y todo yo no fui más que visión de la palidez de sus ceras inmóviles. Y ya rozándome la piel de mi sangre se acercaron siempre, se acercaron más, más y más hasta que, en la detención absoluta, borráronse a su vez sus rostros y no hubo, por un momento, sino dos ojos míos dilatados por el terror y cuatro ojos negros y fijos, solos en el espacio, clavándose en los míos.

¡Lindas damitas!

Era mi último instante.

Hice, entonces, una mueca grotesca y reí.

Golpeó mi risa en sus caritas lindas. Y ellas, sensibles a mi reír, hicieron eco riendo a su vez, con pereza, es cierto, más inclinando flojamente sus torsos hacia atrás.

Entonces volví a verlas, mascaritas adoradas, volví a ver las faldas de seda rosa, volví a oír su crujido quebradizo, volví a ver a los amigos en charla siempre, el patio, los maitenes y allá, por encima de las tejas, las últimas hojas de un palto añoso...

Y entonces también, al volver a verlo todo, pude medir la magnitud de mi peligro pues, mientras así me iban mirando las dos damitas, una de ellas, sin que yo lo sospechase, había

comenzado a bajar sobre mí, quedamente, su sombrilla a manera de un bocal que me cubriese aislándome de toda posibilidad de existencia y encerrándome a solas con mi sangre y con sus dos boquitas duras, allí tras los oídos ajustadas.

Pero reían inclinadas hacia atrás y, al separarse así, al abrirse de este modo, que se me antojó ser un abanico que se abría, pudo sonar el instante de mi salvación.

Agité los brazos y escapé.

¡Damitas lindas de cera suave y sedas lindas!

IX

Escapé recogiendo con ambas manos mi sangre hacia adentro, anteponiendo la piel al ambiente, hasta que llegué al borde de aquella noche del fundo de La Cantera.

Entonces me asomé.

Abajo, muy abajo, con un sordo ruido de torrente, iban las noches y los días entrelazados en su santa sucesión de infinito.

Allá abajo se deslizaban —claro, oscuro; oro, rojo— y como serpentinadas del Sol y de la Luna, seguían su misión con todos los hombres dentro, con todas sus miserias, sus buenas dichas y sus cadáveres.

¡Volver! ¡Volver! —fue mi esperanza.

Me lancé al abismo. ¡Atrás el maldito fundo de La Cantera, enredado en esa noche desprendida y errante del vacío!

¡Atrás y adiós todo aquello!

Ahora me balanceaba cayendo. Sentí el silbar de una noche que pasaba por abajo; luego el estruendo de un día que seguía su destino, y otra noche, y otro día: desarrollábase la cinta sin fin.

Cái.

X

Fundo de La Cantera.

Para toda clase de datos dirigirse a Estanislao Buin, oficina: 10º piso del Banco del Pacífico, cualquier día hábil y a cualquier hora. Rarísimo que tome vacaciones.

Ahí tienes, Marul, lo que Lorenzo escribió.

Le dije de inmediato.

—¡Qué diferencia hay entre ese fundo que viste y el fundo que ahora nos rodea! El uno lleno de vida; el otro, en la agonía.

Me respondió:

—¡No!

—¿Los ves iguales?

Me respondió:

—¡Sí!

Avanzamos fuera de la Bóveda.

—Debemos, ante todo —me dijo—, recoger las molestias que se hayan desprendido de las hojas de los árboles. ¡Ea! Toma una pala, yo tomaré otra, y echémoslas en esta carretilla.

¡Ea! ¡A la obra!

Eché a rodar mi pala. Lorenzo echó a rodar la suya. De la mía una voz dijo:

-1, 2, 3, 4, 5, 6, 7...

Yo le respondí:

-7, 6, 5, 4, 3, 2, 1.

De la pala de Lorenzo otra voz dijo:

-Do, re, mi, fa, sol, la, si.

Y Lorenzo le contestó:

-Si, la, sol, fa, mi, re, do.

Entonces el Sol se ocultó tras unas parras y cayó la noche, como la otra vez, una noche de metal.

Quedamos inmóviles. La tierra se deslizó dulcemente bajo nuestros pies.

¡Un bosque!

Un bosque con luz. Un bosque, como nosotros, inmóvil. Yo me agarré fuertemente a un tronco de plátano oriental. Me murmuró, quedamente, este tronco:

-Tengo 750 años de vida.

Lorenzo se agarró a los restos fósiles de uno de los primeros hombres que llegaron a este mundo. Luego tomó su calavera y la puso ante él, a la altura de los ojos. Luego plantó sobre lo alto del frontal una turmalina que chisporroteó.

Todas las ensordecedoras titilaron entonces. Se fueron desprendiendo de sus tallos, las unas tras las otras. Ya en lo alto, muy alto, las ensordecedoras se detuvieron. Lorenzo exclamó:

-¡Idos!

¡Oh, qué hermoso es ver a esas flores remontándose por los aires!

Cada una llevaba un beso para ti, mi Marul, llevaba un beso interminable. Y nuestros besos se fueron, Marul, se fueron. Poco a poco brillaron. Al fin se incrustaron en las paredes de la bóveda celeste, de la bóveda negra.

Allí quedaron como estrellas.

Las otras estrellas, las de siempre, hicieron una venia lenta, inclinándose, hasta tocar el vacío con sus frentes.

Lorenzo gritó.

-¡Es ese un saludo de eternidad!

El plátano oriental, al que yo estaba cogido, me murmuró con voz más nítida:

-Tengo 7.500 años de vida.

Le pregunté:

-¿Y yo? ¿Qué edad tengo?

Sonrió y me contestó:

-Tienes 75.000 años, o sea, no tienes aún ninguno.

Entonces el tiempo retrocedió, retrocedió, retrocedió.

A medida que retrocedía, los caminos del bosque se multiplicaron por mil.

Por uno de ellos me interné.

Solo, solo, soledad.

Y un ruido permanente. Los árboles del bosque conversaban. Conversaban con tal lentitud que a mis oídos llegaba el espectro de una charla.

¡Charla inmensa!

Yo, de ella, oía solamente, un extremo.

Comprendí, entonces, la inutilidad de mi hablar. Me callé. Silencio. ¡Schchi!

Marul se presentó entre dos canéforas escarlatas. Me miró y sonrió. Luego me preguntó:

-¿Me reconoces?

-¡Por cierto! -exclamé-. Eres Marul, ¡eres Marul!

Volvió a sonreír y agregó:

-No. Fui Marul. Ahora soy... ¡Tomba!

Tomba:

Tu pelo es castaño. Tu cutis es muy blanco. ¿Y tus ojos? ¿Cómo son? Los miro y los miro mas no llevo a saber cómo son.

Es mejor, mi Tomba, que aquí sean: movedizos, cambiantes. Es mejor que lleven muy lejos; que traigan aquí cerca, cerca, dentro del tronco de estos árboles.

Te tomé del brazo y te dije:

-Caminemos.

Tú me respondiste:

-Sí; caminemos.

Y ambos caminamos por el bosque.

Yo pensaba y pensaba sin hallar solución:

"¿Quién, quién ha dicho que hay, en este mundo, sólo tres dimensiones? Tres..., tres..."

¡No, no puede ser!

Tú me respondiste:

-¿Por qué no puede ser? ¿Qué te extraña que esa mujer que, durante tanto tiempo, has llamado Marul hoy día se llame Tomba? ¿Por qué ello no puede ser?

Te dije entonces:

-No me extraña si, en vez de tres dimensiones, hubiera más.

Me dijiste entonces:

-Ve cómo en estos caminos hay algunos que violan esa ley de las tres dimensiones. Ve que si avanzas por uno de ellos, ¡por ése!, sí, por ése...

Te interrumpí:

-Si avanzo por ése volvería a encontrarme con un niño que, temeroso, se volvería hacia mí y me preguntaría lleno, lleno de inquietud.

"¿Qué hiciste con aquella sonrisa? ¿Por qué no has venido con ella?

Fue una sonrisa que se clavó en mí.

Era yo, en aquel entonces, un chiquilín. Estaba en el corredor de mi casa paterna. Un corredor inmenso. Un corredor azul. Por mi alrededor volaban las gentes, lentamente, me rozaban y se alejaban. Volaba Antuco. Me rozó y se alejó. Al fin quedé solo. Como ahora en el bosque.

Pero ahora estoy contigo, Tomba.

Esa vez también estuve acompañado un rato, un cortísimo rato. Un señor alto, altísimo, un gigante, salía del escritorio de mi padre. Se detuvo a charlar conmigo un rato, un cortísimo rato.

Como charlan estos árboles, como ellos susurran cuando uno calla, Tomba.

Me quedé inmóvil mirándolo.

Inmóvil...

Entonces él sonrió. Y se fue, se fue, se fue. Se fue hacia el espantoso misterio -tú sabes- que en aquel entonces se extendía de la mampara para allá, más allá.

¿Se fue, en realidad?

No, Tomba, no. Dejé a mi lado su sonrisa.

¡Tengo que marchar con ella siempre!

Ese niño, en el que viví, se ha ido ya, se ha ido. Ese cuerpito..., Tomba, ¿sabes tú qué se ha hecho?

Inmóvil...

Como ahora estamos inmóviles... Dejando que el movimiento se efectúe bajo nosotros.

Ese cuerpito se asió a la sonrisa y allí, allí quedaron...

Allá quedaron considerando al mundo de otro modo. Desde ese modo me llaman, me hacen señas.

En ese momento me bifurqué.

Esta bifurcación es, acaso, la que da este eterno descontento que siempre nos acompaña.

El suelo seguía deslizándose bajo nosotros. Pero hacía grandes, enormes círculos y venía, en su movimiento, a terminar allí, en nosotros.

Como terminaba también al lado de nosotros. Y terminaba más allá. Allá. Allá...

Era aquello un círculo perfecto sin centro.

Así era en el espacio. ¿En el tiempo? Era también un círculo perfecto con su centro aquí y más allá, más, más...

Lorenzo me dijo:

—Yo soy todos. Ésta no es una idea en mí. Es una constatación. Así es que al observar a otros me observo yo mismo. Lo que hace las posibilidades de poder conjugar el verbo en “yo, tú, él” es mínimo, es tan mínimo que, ante esta constatación, se pierde. Pero ello es suficiente, en esta relación, como para darles la sensación de ser *ellos* y nada más que *ellos*... No ignoro, pues, que todo lo mío es de todos; no ignoro que hay un punto mínimo, un punto perdido entre estos árboles, que no es más que mío.

—¿Y cuál es él? —le pregunté.

Contestó:

—He venido a estos bosques a buscarlo. Está aquí, en este centro de este círculo. Está también más allá, más allá, más, más y más allá.

De pronto vimos al Pasado que avanzaba por uno de los caminos del bosque.

Lorenzo le gritó:

—¡Bienvenido seas, Pasado!

Nos sentamos al pie de un grupo de inmensos licoforos. Los pájaros que en ellos había empezaron a revolotear. Revolotearon varios tiuques. Pasó, con mucha lentitud, un jote. Luego, alto, muy alto, vi un peuco. Quedé embelesado mirándolos. Una voz me dijo, entonces, con firmeza:

—¡No entres en esos pájaros! ¡No te aclimates allí! ¡Queda fuera y, de fuera, haz tu vida!

Me recogí. Escuché a Lorenzo. Decía:

—Ahora que tú, Pasado, estás aquí, me siento como siempre debería sentirme. Antes consideraba, al ver tu presencia junto a mí, que me había sucedido algo irracional. Consideraba que te acercabas demasiado. Entonces te veía por trozos. Te veía un solo miembro; luego, otro. No lograba verte como ahora, verte entero, de una pieza.

“Me traías escenas aisladas sin pasado y sin posibilidades de continuación. Eran solas, estaban suspendidas sobre un roncar viviente que pasaba bajo ellas.

-Eran escenas -dije yo- como la de esa sonrisa que logró ajustarse a mí allá en mi casa, en el corredor que se ha teñido de azul.

-De esas escenas, tú, Pasado, me vertías. ¿No es verdad que así me las vertías?

El Pasado contestó:

-Sí, es verdad. Yo te vertía restos del estado de ánimo que entonces tenías.

Lorenzo agregó:

-Yo llenaba esos estados de ánimo con escenas revoloteantes como esos tíuques, jotes y peucos que tú, Onofre, mirabas hace un rato. Los aprisionabas -¡pájaros errantes!- y los hacías entrar, coincidir con el estado de ánimo para darles vida. Así hacía yo. Caminé por las calles, por calles fantasmales, por calles que ahora me niegan sus fantasmas para mostrarlos a otros niños que por ellas transitan. Caminé por el crepúsculo. Un crepúsculo eterno del que ahora sólo cojo un instante. Vivía yo en la calle Moneda. Aún está esa casa ahí: de un piso estucado de blanco. Las casas del lado han desaparecido. Ahí estoy. Pero escúchame, Onofre; tú también escúchame, Tomba: esto que les cuento NO es un recuerdo, no, no lo es. Es la vivencia de aquel entonces que parece acercarse y ser hoy día.

El Pasado rió. Luego dijo:

-¿Parece acercarse...? ¡Qué inocente eres, amigo mío! Nada, nada en este mundo "parece". Lo que "parece" ES. Ese pasado..., ¿lo crees tú, Lorenzo, tan lejano?

-Sí -respondió Lorenzo-, lo creo lejano, lejanísimo. Oye: mi padre vivía en aquel entonces; mi madre, también; la casa...

-Es decir -alcancé a insinuar...

-¡No, no, no! -gritó Lorenzo-. ¡No me hables de dimensiones, no me hables de la tri-dimensionalidad. ¡Vamos al pasado! ¡Vamos a este momento!

Respondimos nosotros:

-¡Sí! ¡vamos a este momento!

Lorenzo, entonces:

-Cuando miré, en aquel entonces, me dije: "Yo he estado ya aquí". Reconocía todo. Pero mi memoria no se adelantaba. Aquello de futuro permanecía cerrado. Tenía que llegar ese futuro, tenía que *suceder*. Cuando sucedía... ¡ah!, entonces *recordaba*.

"Aparecía todo:

"Los parientes, las amistades, los sitios..., todo. Todo lo de antes, de mucho antes, de inmemorables tiempos antes pasaba frente a mí y se iba a colocar en el futuro, en un lejano futuro, en un inmemorable futuro.

"Ambos, pasado y futuro, se juntaban.

"Entonces hacia ello caminé. Caminé como ahora hemos caminado por este bosque.

Nuestro círculo era perfecto. Se mantenía en su perfección. Pero, de pronto, era cortado, era perforado, era destemplado por líneas rectas que, deshaciendo su unidad, formaban allí un pasado remoto y allá, del otro lado, se prolongaban en un futuro remoto.

¡Oh, qué sensación desesperante!

Lorenzo dijo:

-¡Jateña!

-¿Quién es? -le pregunté.

Me respondió:

-A la gente debo contestarle que Jateña fue una hermana mía. Yo me hago la misma pregunta que tú acabas de hacerme: "¿Quién era Jateña?"

"¡Oiganme ustedes! Nuestros recuerdos infantiles son más verdaderos de lo que cree-

mos. Ellos deslindan con otro mundo. Ellos se apoyan en este mundo para penetrar en el otro mundo.

“Jateña fue un ángel que vino y que luego se marchó. Vino tres años después de mi nacimiento. Estuvo a nuestro lado cinco años y se marchó. Cinco años que pasé mirándola aprisionado por ese otro mundo del cual ella era su manifestación.

“Jateña era débil, era enferma.

“Vino, habló un poco, se quejó, murió.

“Cuando murió voló, voló, voló muy alto. Desde lo alto nos miró a nosotros y oró. Nos vio cómo llorábamos y cómo muchos, un sinfín de panzudos nos estrechaban la mano largamente. Vio a muchas mujeres como alfileres, como toneles, que nos lanzaban su pésame. Vio a estos pésames que revoloteaban por los aires, como tiuques, y luego, con gritos destemplados, se iban a los infiernos. Entonces nosotros sacamos su ataúd con lo que quedaba, con lo último de Jateña. Con él fuimos al cementerio.

“Creí pasado todo aquello. Hoy está aquí. Lo creí pasado pues este círculo había perdido su centro.

—Tomba, esto de Jateña me ha sumido en una tristeza loca, porque, óyeme, Tomba Carampangue...

—Yo no soy Carampangue —me advertiste.

—¿Cómo es, entonces, tu nombre?

Me respondiste:

—Tomba Montbrison.

Allí, a nuestro lado, habían cien veteranos de todas las guerras pasadas; había, además, un grupo formado por cien veteranos que esperaban ser veteranos de las guerras por venir.

Entonces se afirmarían en cincuenta árboles añosos y, por los siglos, comentarían:

—Ten la certeza, compañero, que cuando los nietos de ese chiquilín que va allí...

Un veterano se afirmó sobre las raíces salientes de un viejo algarrobo del Líbano. Bostezó; tosió; escupió. Luego se dirigió al veterano que estaba a su lado y, mostrándole a un chiquilín que pasaba, le dijo:

—Ten la certeza, compañero, que cuando los nietos de ese chiquilín que va allí...

Entonces me dirigí a Florencio Naltagua.

Reposaba sobre una piedra. A su derecha estaba, en silencio, Olegario Cunaco; a su izquierda, Sulpicio Calatambo. Tras ellos sonreía y sonreía Teodosia Huelén.

Junto a nosotros estaba el antiguo Egipto.

Junto a nosotros estaba la Edad Media.

En la Edad Media y en el antiguo Egipto estabas tú, Tomba Montbrison.

En ti, en mí, en Lorenzo estaba la constelación de Andrómeda.

Teodosia sonreía siempre.

Naltagua permanecía sereno.

El círculo detuvo su tiempo y colocó su centro en todas, en todas sus partes.

Callamos.

De pronto le pregunté:

—¿Sabes tú, mi Tomba, quién es Olegario Cunaco?

—Sí; uno más.

—No, mi Tomba. Olegario Cunaco es un hombre que jamás ha tenido una encarnación. Creo que viene desde la Lamuria sin encarnación. ¿Te das cuenta? Es un caso...

- ¡Oh! ¡Me aburres! El otro, ¿quién es?
- Sulpicio Calatambo.
- ¿Cuántas encarnaciones ha...?
- ¡No te mofes de mí, Tomba! Sulpicio Calatambo luchó y luchó valerosamente en la feroz batalla de Antioquía y, después de ello, murió con heroísmo, sucumbió.
- Bonito. Luchar valerosamente y sucumbir. Y hoy está aquí con nosotros. Bonito.
- ¡Claro! Es bonito porque...
- ¿Y la dama sonriente que está con ellos?
- Esa dama es Teodosia Huelén, una mujer, de verdad, te lo aseguro, maravillosa. Fíjate, Tomba, que ella...
- Sí, sí; comprendo. A Florencio Naltagua ya lo conocía y bastante bien. He conversado largo con él.
- Pero... ¿cómo! ¿Cuándo y dónde lo habías visto?
- El otro día; en San Agustín de Tango; en su casa. Me gustó mucho como hablaba; me gustó su manera, es decir, sus maneras.
- San Agustín de Tango...
- ¿Y qué?
- ¿Cuándo llegaste allí?
- No lo sé. Depende de lo que tú llames llegar a un sitio.
- Llamo llegar..., ¡llegar!
- Hace ya tiempo. Llegué junto contigo, esta vez.
- Es decir... ¿en tren? ¿Cuando vine con Jovino Panquehue?
- No vas a entender jamás, Onofre. Yo vivía ya en la calle de la Penitencia, esquina de la avenida Virgen María. Vivía en una casa al lado, al lado de la casa de Marul.
- Sí, sí; entiendo, entiendo...
- ¿Qué nos ocurre, Florencio?
- Les ocurre a todos ustedes que han ampliado su manera de vivir. Nada más. Lorenzo ya te ha dibujado esta manera: una raya horizontal que, en su extremo derecho, se divide en una serie de otras rayas. Les ocurre que ahora están viviendo simultáneamente en varias de esas rayas. Es una amplitud de vida.
- Teodosia rió y rió. Al fin me dijo:
- ¿No te lo había explicado ya, mi buen Ono? ¡Es la gran, la enorme ventaja de poder estar en todas las constelaciones junto a la Edad Media! Así empequeñecemos el tiempo. ¡Y mira, mira allí a los griegos juntos con nuestra infancia! El tiempo, el famoso tiempo..., ¡uy! ¡Qué largamente aburrido es! Es mejor, es más práctico vivir aquí. ¿No lo crees tú? ¿Cómo se llama todo esto, aquí donde estamos?
- Esto es, Teodosia... No; esto era Teodosia, el bosque, el pequeño bosque de La Cantera, el fundo del que, creo, le ha hablado a usted, el fundo de Lorenzo Angol, adonde vine yo...
- Ya ves, mi buen Ono, que no es tan difícil ir a distancias estelares. Es cuestión de buena voluntad, nada más que de buena voluntad. Lorenzo la tiene. Lorenzo sabe escuchar a Florencio y me toma en serio a mí.
- Pero dígame usted, Teodosia, ¿de qué distancias estelares me está hablando?
- ¡Oh! ¡Oh! ¡Tú siempre, Ono, con tus ideas terrenas...!
- Miré lejos, lejos.
- Un enorme volcán. Todo blanco, todo cubierto de nieve.

Lorenzo me preguntó:

—¿No se te figura el Coscorrón?

Entonces ese Coscorrón cogió una bufanda de nubes del cielo y, con gesto decidido, en ella se envolvió. Luego se la quitó y la mantuvo abierta, bien abierta, con ambos brazos estirados, tragando el aire. Luego volvió a echársela al cuello y, dentro de ella, pareció entumirse. Después se alejó tras unos cerros que, frente a él, venían subiendo, subiendo, perezosamente, pero subiendo, subiendo.

Naltagua decía:

—El error está en considerar el presente como una línea, como una línea clara, nítida, pura. El error está en no admitir las demás rayas. De este modo tenemos la impresión de que sucede una, una sola y nada más que una. ¿Y las demás? ¿Se pierden?

“Nada puede perderse.

“Las otras se van de nosotros y hacen la vida que tienen que hacer fuera, fuera del que podía haber sido su colaborador, ¿me oyes?, fuera, muy lejos o, ya puedo decírtelo, muy cerca, cerquísima de ese colaborador que ya no lo es. Entonces éste siente que alguien o que algo —no sabe definir— lo llama, le hace señas... ¿Quién será, quién está siempre interrumpiendo...?”

“Ahora ya sabes tú quién es.

“Eres tú.

—Es decir —dijo Lorenzo, según creo entender, todas las rayas suceden, sí, todas, y es, únicamente, que están fuera del radio de nuestra vista.

Naltagua dijo:

—Desde luego; todas suceden fuera de nuestra vista.

Lorenzo lo interrumpió.

—Pero hay algo que no logro...

Naltagua siguió:

—Así les sucede a todos, a Malvilla, a Paine, a de Loa, a todos. Así les sucede a Isidra y a Jacqueline y a Baldomero Lonquimay cuando corre bajo su gran capa; así le sucede a Desiderio Longotoma cuando ríe y se restrega las manitos pataleando.

Lorenzo exclamó:

—Es lo que me sucede a mí, ¡a mí!, en Malvilla, en Paine, en de Loa, en Isidra, en Jacqueline, en Baldomero, en Desiderio, en todos, en todos. Y soy yo que en ellos y en todos... sucedo.

Naltagua dijo:

—Es esto lo que se llama un éxtasis, una iluminación.

Me cobijé cerca de las raíces de una inmensa encina. Una encina... Bueno, debe haber sido una encina y era inmensa. Por su tronco se agarraba el musgo, verde, verde profundo, apretado. De él salió Lorenzo.

—¡Qué interesante paseo acabo de hacer! —me dijo.

—Te oigo —dije de mala gana.

—Te noto incrédulo —me advirtió.

—No; te oigo.

—¿Estás, acaso, con las dimensiones terrenas...?”

—No; ni con éstas ni con ningunas. Estoy, solamente.

Se sentó a mi lado y me contó:

—Entré por ese musgo, por esa malihuilla. ¡Oh, qué espesura hay en ella, Onofre! Sus

troncos, para que me entiendas, son mayores que el tronco de una inmensa encina. Tienen que ser así pues, bajo ellos, reposan los restos del hombre de Neanderthal. A su lado monta guardia, en el más absoluto silencio, Arcturus.

—Dime, Onofre, ¿qué manía tenemos allá, allá en la Tierra, de los tamaños? Mis libros me decían que Arcturus tenía un tamaño de 30 veces el del Sol. Y lo colocaban en otro sitio, lejos del Sol, para que girara libremente.

—Empecé a excavar para contemplar esos restos. Pero me detuve, temeroso, casi temblando. ¡Oh, ya veo que vas a reír! Me detuve porque vino a mi memoria don Trifón Bucalemu. ¿Recuerdas cuando halló unos cordeles y más cordeles al abrir un hoyo? No, Onofre, no excavé, me guardé muy bien de ponerme a excavar. Preferí, por mucho, recostarme en ese inmenso volcán que acabábamos de admirar. ¡Qué hermoso era! ¡Qué hermoso es!

Muy quedamente me dijo Lorenzo:

—Miremos hacia el extremo del patio.

Allí estaban.

Allí estaban las dos lindas damitas con amplias crinolinas que inflaban las sedas de sus faldas rosas. Eran dos lindas damitas silenciosas y sonrientes. Callaban sus rostros de cerca y la cera sonreía en sus lindos rostros.

Lentamente avanzaron meciéndose dentro de sus crinolinas.

—La una es Marul Carampangue —exclamó Lorenzo.

—La otra es Tomba Montbrison —exclamé yo.

Balanceáronse dulcemente las sombrillas en sus manecitas enguantadas.

Y avanzaron siempre.

Nosotros, estáticos, las contemplábamos.

Nos separamos con lentitud: Lorenzo, hacia la izquierda; yo hacia la derecha.

Al centro, a treinta pasos, chirriaban las sedas de sus faldas y sonreían las ceras de sus rostros.

Las lindas damitas cantaron:

¡Qué triste susurra el viento,

Parece ausencias llorar...!

Si él repite mi lamento

¡Cómo triste no ha de estar!

—¡Qué hermoso es ese tango, Marul, qué hermoso es! —dijo Lorenzo—. ¡Qué hermoso es ese tango, Tomba, qué hermoso es!

—¡Ese no es un tango, Lorenzo! —le advertí.

—Es el tango que prefiero entre todos los tangos —replicó.

y moduló, imitándolas:

Caminito que el tiempo ha borrado,

Que juntos, un día, nos viste pasar...

—¡Tomba! ¡Tomba Montbrison! —grité.

—¡Marul! ¡Marul Carampangue! —volví a gritar.

Y las vi, a ambas, balanceándose, con ruido de sedas y ceras chirriantes; siguiendo el

ir y venir de sus dos sombrillas, con el rostro encuadrado por enormes cofias, altas como mitras, vastas como capelos, con pasitos menudos; las vi, a ambas, acercarse más y más a mi amigo, a mi gran amigo, al amigo que estimo con el corazón entero, a Lorenzo Angol.

Ambas eran mías, mías...

¿Podría ser esto una simple equivocación?

Volví a gritar agitando una mano!

—¡Tomba Montbrison!

Volví a gritar agitando una mano:

—¡Marul Carampangue!

Pero ellas seguían, seguían, seguían... como seguía el agua de ahí de la cascada cayendo, como seguían todas las aguas de este mundo cayendo, cayendo, cayendo.

—¡Sois mías, mías, ambas! —exclamé.

Vi sus sombrillas que se mecían.

Como todas las aguas de este mundo seguían avanzando hacia el gran amigo, hacia el amigo que estimo con todo el corazón, hacia Lorenzo Angol.

Al tumbarse una sombrilla vi el rostro de Jateña.

Al tumbarse la otra sombrilla vi el rostro de Colomba.

Entonces Jateña y Colomba se mecieron y se mecieron; dos mástiles de un barco detenido en medio del océano, del océano vasto, del océano inmenso, océano abandonado por los demás barcos, por los peces, por los mariscos, por las algas, por los pájaros... salvo por un pájaro grande, lento, de alas desplegadas, que pasa muy alto dejándose llevar por algún viento errante.

Pasa, pasa, pasa.

Las orcas, entonces, se arremolinan y saltan sobre las aguas, se hunden, vuelven a saltar.

Ahora Lorenzo se aleja con ellas, con todas ellas, con:

Jateña, Colomba, Tomba, Marul.

Grité una vez más:

—¡Sois mías, mías, mías, mías!

Y apareció, convertida en una tromba, ¡la viuda!

Apareció la maldita vieja, corriendo desahogada tras su nariz puntiaguda. Me vio y me echó los brazos al cuello.

—¡Ay, ay, hijito! ¡Yo fui tan amiga de tus padres...!

—Sí, tía Chacha —le respondí—, fue tan amiga de mis padres.

Y le alargué cinco pesos.

¡Silencio! ¡Paz! ¡Silencio!

Ha fallecido Julián Ocoa.

Ha fallecido el violinista celeberrimo. Ahora sepultan sus restos bajo el musgo de las encinas.

Muchos frailes llevan su cuerpo. Sobre su cuerpo va el violín; sobre sus piernas va el arco.

Lo sepultan. Los frailes se retiran.

Julián Ocoa se desepulta, toma su violín y su arco y toca, toca, toca largo rato, tan inconmensurable rato que aun toca y sigue tocando, sigue tocando. Su música que se va... su música vuelve a su violín y Julián Ocoa toca, toca, toca.

Quise interrumpirlo.

La música siguió. Entonces con música le hice la pregunta que tanto ansiaba oír contestar:

—Dime, Julián Ocoa, ¿quién fue Jateña?

Me respondió:

—Jateña fue una no coincidencia entre dos vidas.

¡Retroceder! ¡Sí! ¡Retroceder!

Quiero ir, ir, ir. Quiero preguntar:

—¿Quién fue Colomba?

No; esto está mal. Debo preguntar:

—¿Quién es Colomba?

El único que podría contestarme acertadamente es aquel señor alto, altísimo, aquel gigante que sale del escritorio de mi padre, que vuela con Antuco, que clava sonrisas en los ojos de los chicos.

—Señor —le digo—, señor...

Él sonríe.

—Señor, ¿quién es Colomba?

Me responde:

—Colomba es una no coincidencia entre dos vidas.

¡Tempestad!

Hay descargas eléctricas. Hay rayos y relámpagos. Ahora truena el trueno. Lluve, graniza, nieva.

Los granizos forman grandes pirámides; la lluvia forma ríos caudalosos; la nieve se extiende y se extiende hacia allá, muy lejos y sigue extendiéndose.

El viento silba.

El viento lo causa el violín de Julián Ocoa.

Veo a un ser gigante, mil, diez mil veces mayor que los humanos. Un ser gigante cien mil, un millón de veces mayor que nosotros los humanos.

Cojo un nervio de este ser gigante. Lorenzo ha cogido otro nervio de este ser gigante.

Pero... ¿dónde está el límite entre este ser gigante y nosotros? ¿Dónde?

Lorenzo me ha dicho:

—A veces siento que me prolongo y me sumerjo en ese ser, desaparezco. A veces siento que es él, ese ser gigante, el que penetra en mí; me amplió. En ninguno de estos casos mi tamaño ha cambiado.

Naltagua decía:

—Nadie muere. La muerte es dejar de mover el cuerpo. A este cuerpo, entonces, lo entierran.

Julián Ocoa seguía tocando.

Naltagua escuchaba a Eusebio Palena. Éste le contaba:

—Es una idea que me vino mientras iba yo en tranvía. Es la idea sobre la jactancia de la gente por el hecho de hacer tal o cual cosa. ¡Jactancia! Es increíble pero... es jactancia. Crean hacerlo por su propia voluntad; creen que la voluntad es algo que les pertenece como a mí un bastón o un chaleco. ¡Oh, Florencio! ¡No ven la voluntad superior que hay sobre ellos! ¡No ven que este universo está regido! ¡No ven que ellos son sólo instrumentos! No ven esto: aquí una voluntad mayor; allá, la obediencia a ella en formas ya muy distantes. ¡No hay más! Yo me pregunto, Florencio, ¿qué es Dios? Yo me respondo, Florencio: Dios es la voluntad mayor.

Colomba... Tú me llevas a Chinchilla, tú me juntas con ella. ¿Dónde estás?

Te busco por todos lados.

Pero... ¿hay lados aquí?

¡Chinchilla!

Aquí no hay lados.

Los lados de un círculo inmenso, inmenso, cuyo centro está en todas partes.

Yo no sé vivir en un círculo inmenso cuyo centro esté en todas partes. No lo sé.

Me confundo, me ofusco más y más.

¿Qué pasa? ¿Se mueve esto o es el más máximo de detención?

El máximo de detención es el movimiento máximo.

El movimiento máximo es la detención.

¡Oh, la Bóveda!

Allí va Rosendo Paine; allí va Desiderio Longotoma; allí va don Irineo Pidenco; y va doña Nora de Bizerta y Ofqui; y va Julián Ocoa; y va Braulia Tinguiririca; y va Baldomero Lonquimay; y va Romualdo Malvilla; y va Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe; y Rubén de Loa; y Teodosia Huelén; y Eusebio Palena; y Tomba Montbrison; y Viterbo Papudo; y Ascanio Viluco; y Marul Carampangue; y Bárulo Tarata; y Clementina Rengo; y Perpetua Mamoeiro; y Florencio Naltagua; y Nemorino Limache; y Luciérnaga Nahuelhuapi; y Ubaldo Masfuera; y Columbana Manquipel; y...; y...; y...

Van todos.

¡Van todos, todos, todos!

¿Eran tantos?

¡Van todos y más y más y más...!

Pues pasó Trifón Bucalemu; y Jacqueline; y Taita Higuera; y Guni Pirque; y Pascasio Vallenar; y Eucarpio; y la Tomasa; y Nonato; y Mister Edinburgh; y Aniceto Pichilemu; y Sulpicio Calatambo; y el loco de Bernabé Maullín; y don Fidey de Comiso; y el pobre de Ventura Mejillones; y Torcuato Melipenco; y doña Clea Purén; y Chispita; y Lucien Poitiers...

¡Sí, sí! ¡Van todos, todos, todos!

¡Van y vuelven a pasar!

¡Sí! ¡Vuelven a pasar!

Ahí va don Juan Enrique Arancibia Ocampo; y Bárbara; y Romelio Renaico; y Nicanora Talinay; y don Dámaso Mamiña; y Stramuros; y Justiniano Romeral; y Estanislao Buin; y el doctor Pitrufrquén; y el cura de Putaendo; y Manfredo Angachilla; y el Gran Corregidor del Ayuntamiento; y doña Martina Vichuquén; y Melitón Malleco Mardones; y el sabio de don Mardonio Pilmaiquén; y Artemio Yungay...

¡Todos, todos, todos!

Y vuelven a pasar con otros más, más, más...

No sólo míos; son de todos, de todo el mundo; son del pasado, del presente, del porvenir...

Ya es una lluvia; ya es una granizada...

¡Y van a seguir! ¡Van a seguir!

Ahí va Colomba... ¡Colomba...!

Va también Remigio Natales; tras él, el marino Plum Pudding...

¡Chinchilla! ¡Vas ahí!

El único que no va, que no pasa, ni por aquí cerca ni por allá lejos, el único es Lorenzo Angol.

¿Dónde, dónde estás, Lorenzo?

Al fin lo llamo, desesperadamente, lo llamo, lo grito:

-¡Lorenzo! ¡¡Lorenzo!! ¡¡¡Lorenzo!!!

-¿Qué quieres? -me preguntó.

-No te veía -le respondí.

Rió Lorenzo.

-¿Sabes por qué río? ¿Sabes lo que me causa tanta, tanta hilaridad? ¿Sabes qué?

-No; no lo sé.

-Te lo diré, entonces. Imagínate, Onofre, que aquí, aquí en este bosque, he subido en el concepto de muchos, de muchísimos hombres, a causa del monograma de mi reloj...

-Muestra, Lorenzo, quiero ver un reloj con monograma.

-Pero, ¿dónde estará mi reloj? Porque yo tuve un reloj, sí, lo tuve; mi padre, para ponerme a la altura de los demás, lo llevó donde un relojero, un relojero perito, e hizo grabar en él mi monograma. Desde entonces hice una subida rápida, atropelladora entre las relaciones mías y de los demás. Hasta hoy. Hoy he vuelto a subir en un feroz atropello. Pero, pero, ¿dónde estará ese reloj? ¡Es mi reloj, qué diablos! ¡Y con mi monograma! ¿No lo viste pasar entre tanta y tanta gente? Entre esa gente tiene que haber ido mi reloj.

-Tu reloj...; no, no lo he visto. En cambio...

-En cambio, ¿qué?

-Vi tu monograma.

-¿Dónde? ¿Cómo?

-Entre las gentes que iban y venían, que pasaban sin fin, ahí iba tu monograma, iba y venía, pasaba sin fin. Ya todos han pasado. Ahora es la calma.

-¿Calma? Onofre, hablas tú de calma porque miras únicamente el presente. Pero, ¡ve el devenir de cuánto nos rodea!

-Dejemos calma y monograma. Volvamos a tu Bóveda.

-Volvamos.

Quedamos inmóviles. Entonces la tierra resbaló nuestros pies, lentamente. A cada momento pasaba una noche de metal.

Tenía la certeza de que, frente a mí, él estaba. Avanzamos. Él retrocedió ante mis pasos.

Me detuve. Se detuvo. Ahora yo retrocedo. Él avanza.

Lorenzo me dice:

-No te abandonará jamás.

Las 10.

A esa hora pasó el cortejo, el larguísimo cortejo, el interminable cortejo de las hormigas de La Cantera. Corrían y corrían. Por lo alto trinaban, con ruido de vidrios, las galerías que las habían aprisionado.

Paz sobre la tumba de Julián Ocoa.

Los frailes rezan, rezan mientras caminan. Uno de ellos canta. A lo lejos se oye el trinar, con ruido de vidrios, del violín de Julián Ocoa.

-Un veterano ha fallecido, ha fallecido...

-¿Está usted segura, tía Chacha, de que un veterano ya no es más, nunca más?

—Hijito —me responde—, por la amistad que tuve con tus padres te diré que, junto con fallecer, un veterano nació.

—Ha sido, sin duda —le dije—, el chiquilín aquel el que ha nacido.

—No —me replicó—, ese chiquilín ha fallecido. Pero junto con fallecer aparecieron..., aparecieron...

Y vi.

Vi:

Dos sombrillas mantenidas por manecitas enguantadas. Entonces, con ruido de vidrios que trinan, trinan los maitenes del patio.

La cera de sus caras se deshace.

¡Damitas lindas de cera suave y sedas lindas!

A Estanislao Buin compró Lorenzo Angol este fundo.

—Volvamos a mi Bóveda.

—Volvamos.

La tierra siguió deslizándose bajo nuestros pies. Pasamos cerca de la arboleda frutal; vimos unas posesiones de inquilinos; luego vimos un silo; luego, las casas de administración; por fin vimos las casas, las viejas casas del fundo. Entramos por un largo corredor. Entramos en la Bóveda.

El guaco estaba siempre ahí. No se movía; permanecía estático. Ahí estaba también, sin moverse, el cuadro de Van Aken. Por la ventanita entró el grito de una vieja que pasaba; ofrecía sus mercaderías a quien las necesitara. Lorenzo habló:

—Esos dos tipos han de estar saciados por su venganza.

—¿Qué dos tipos? —le pregunté.

—Es verdad que en el bosque estuvimos separados. A veces se juntaban nuestros cuerpos. Es todo. Tú viviste amando, con el pensamiento en Tomba Montbrison. Yo viví, más que tú, la vida del bosque. Por eso vi a esos dos tipos. Tú no los viste a pesar de estar junto a mí. Tú contemplabas los funerales de Julián Ocoa, oías el canto de los frailes y el violín que trinaba. Fue entonces cuando se precipitaron esos dos hombres, corriendo despavoridos y se arrinconaron, se apertrecharon tras unas piedras. Allí quedaron al acecho.

—¿Al acecho de qué?

—De dos hombres que corrían furiosos persiguiéndolos. Dos hombres con látigos, con grandes látigos que silbaban haciendo un eco melodioso al violín de Julián Ocoa.

—Ambos hemos oído el trinar de un violín.

—Estos perseguidores se detuvieron. Miraban, buscaban. Estos perseguidores interrogaban con sus ojos el vacío. Una piedra azotó el rostro de uno de ellos; una segunda piedra azotó el rostro del otro; y una tercera, y una cuarta, y una quinta, y más y más piedras cayeron sobre esos hombres que amenazaban con sus látigos. Ahora yacían tumbados por el granizar de piedras sobre ellos.

—¡Oh, sí, recuerdo, Lorenzo, esos granizos que cayeron! ¡Sí, recuerdo que formaron grandes, altísimas pirámides!

—Sí, recuerdo lo que tú viste: y la lluvia que formaba ríos caudalosos y la nieve que se extendía hasta muy lejos.

—Fue un paisaje invernal.

—Para traer el calor del verano, los dos hombres que se hallaban tras las piedras, al ver por el suelo a los otros dos, saltaron y, como lobos hambrientos, cayeron sobre los tumba-

dos. Vi un cuchillo, vi otro cuchillo, los vi a ambos enterrarse, salir, alzarse, caer, perforar las carnes y volver a alzarse y volver a caer... Luego huyeron. Allí quedaban dos cadáveres.

Le dije:

-Es por esos cadáveres que oraban y cantaban los frailes.

-Además oraban y cantaban por nuestra posesión de la que ya no es...

-¡Sí, Lorenzo! ¡En el bosque es!

-... por nuestra posesión, aquí, aquí en ese ropero, de ella, de Chinchilla.

Dije entonces:

-¡Colomba!

Y guardamos silencio.

El guaco estaba siempre ahí. El cuadro de Van Aken estaba siempre ahí. De afuera nada se oía. La vieja ya había pasado, ya no ofrecía su mercadería.

Y guardamos silencio.

Lo rompió Lorenzo:

-Poco a poco estoy echando fuera de mí a ese Yo inquieto que vivía en mí. Era un ser que se inquietaba por sorprender algo maravilloso, algo sobrenatural, en esta Tierra.

-¿Crees tú, Lorenzo, que se puede vivir sobre esta Tierra sin esperar siempre que suceda algo sobrenatural?

Me respondió:

-Sí.

Lo interrumpí:

-¡Cómo! ¡Esa es nuestra permanente esperanza!

Agregó:

-Se puede vivir porque he llegado a la conclusión de que no hay nada de sobrenatural. Es lo que me había dicho cien, mil veces Florencio Naltagua: no lo hay. Yo, como tú ahora, no lo creía. Ahora estoy convencido de ello. Lo sobrenatural no existe en ninguna región del mundo, en ningún plano. Todo es *natural*.

-Depende, tal vez...

-Lo maravilloso, lo sobrenatural viene de una confusión de regiones, o sea, de planos. Por lo tanto, quien vea algo o se sorprenda ante algo por hallarlo sobrenatural, comete un error anticipado pues está viendo cosas que aún no debería ver.

-No, no, no puede ser, porque...

-Siempre debe sentirse una plenitud interior con..., con...

-¿Con qué?

-Onofre, con la puerta abierta.

-Sí, comprendo: con la puerta abierta hacia otras regiones.

-Eso es: con la puerta abierta hacia otras regiones.

Medité un momento. Tuve que decirle:

-Ahora que la calma vuelve en mí, ahora que me encuentro entre objetos familiares, veo que nuestro paseo al bosque ha sido algo sobrenatural.

Me respondió:

-¡Míralo bien! ¡Fíjate bien! ¡Recuérdalo bien! ¿Qué hay en él de sobrenatural?

Miré; pensé; recordé. Tuve que responder:

-En realidad, nada.

Luego me dijo:

-Yo tampoco encontré nada de sobrenatural. Sencillamente, Onofre, porque, duran-

te nuestro paseo por el bosque, no buscaba lo maravilloso. Vivía allí como si allí hubiera nacido y allí tuviera que morir. Sí, Onofre, todo en el bosque era natural. Porque no había en nosotros confusión alguna de planos.

Exclamé con entusiasmo.

-¡Hemos subido un punto más! ¡Hemos subido, Lorenzo, hemos subido!

Me respondió:

-Creo que no hay subida posible. Apenas se sube un tanto, el firmamento que nos envuelve crece a su vez y muestra esa puerta abierta de que hablábamos. Subes tú hacia ella y ella, con el firmamento, retrocede. Es una marcha infinita.

"Claro está que yo era feliz mientras recorría todo ese gran bosque. Pero el chiquillo que pasó con el perro me hizo ver que subir es doblar nuestro empeño por seguir subiendo.

-Cuéntame lo de ese chiquillo con ese perro.

Lorenzo entonces habló:

-Tú, en ese momento, mirabas abismado las hormigas de este fundo. Por centésima, por milésima vez habían estallado y por centésima, por milésima vez volaban las galerías con ruidos de pájaros de vidrio. Tú seguías abismado ante este ruido y nada más sabías. ¿Y yo?

Yo me paseaba por la selva de malihuilla. Miraba para un lado y para otro. Miraba las faenas que allí se hacían. Faenas lentas, sin apremio. A mi frente estaban las bodegas. Dentro trabajaban con lentitud algunos hombres. Pasó un chiquillo. Pasó seguido de un perro. Pasaron ambos y creo que entraron en la bodega; no lo recuerdo bien. ¿Cuánto rato habré visto a ese chiquillo y a ese perro? El rato que dura pasar la vista de un sitio a otro sitio; porque entre esos dos sitios pasaba el chiquillo con el perro.

No sé si hubo una coincidencia entre este pasar y una ráfaga que rondaba cerca de mí. El caso es que vi, por ese chiquillo y su perro, que el mundo seguía y seguía, que se abrían más y más firmamentos inmensos y cada uno con su puerta.

Quedé aterrorizado ante la marcha que tendría que emprender hasta alcanzar esa puerta.

Esta ráfaga no duró. Dejó solamente un impacto en mí. De este impacto es de lo que te hablo. De la ráfaga misma..., no, no lo podría porque, te repito, pasó. Tú mirabas las hormigas y oías el trinar de las galerías que ahora volaban.

Lo sabía, te sabía abismado ante esas hormigas que corrían veloces; te sabía abismado con las galerías de pájaros. Lo sabía, ¡te sabía!

¿Cómo?

Ya te lo he dicho.

Yo soy los demás; los demás son yo.

Cuando pienso nada más que en mí, siento que mi conciencia se limita; cuando soy los demás, ella se amplía.

Se amplía de tal manera que me confundo. Pues tengo que ver qué enormes diferencias hay entre ellos, hay entre los demás hombres. Me confundo y retrocedo. Luego, en la calma, en plena calma, soy los demás.

Entonces me veo a grandes zancadas, llevando mi capa que me persigue y clamando: "¡Brrrrrr...!" soy Baldomero Lonquimay.

Luego me restrinjo y juzgo desde un pequeñito punto, pequeñito punto de vista y, con

seriedad, con profundidad, como si se tratara de revelar el mundo, lo predico: soy Ascanio Viluco.

Luego robo, estafo, engaño a medio mundo: soy Aniceto Pichilemu.

Luego me proyecto a las estrellas; soy Teodosia Huelén.

Luego lloro emocionado junto a Columbana Manquipel: soy Teodoro Yumbel.

Luego voy sintiendo cómo se me ama, cómo ese amor se expresa y llega a mí: soy Columbana Manquipel.

Y así me sigo desparramando.

¡Porque pasan todos, todos, y todas!

Porque pasan otras épocas, lejanísimas épocas, que se apresuran por pasar.

Porque pasan los seres de otros países, de lejanísimos y muy lejanísimos países, pasan y vienen hasta mí.

¡Se anulan los tiempos y las distancias, Onofre!

Como tú cuando los viste pasar a todos, todos y todas.

¡Sí, como tú! Porque yo soy tú, ¡tú también!

Aquí, y nada más que aquí, está el secreto de cómo veo lo que hacen los demás.

Yaquí está el secreto de que los demás puedan ver en mí.

Porque es entonces cuando siento, cuando profundizo que no somos más que uno solo en esta Tierra.

¡Yo en ellos!!

¡Ellos en mí!!

No sólo los que viste pasar sino todos, todos y todas. ¿No recuerdas que pasaron más y más, que al fin te ofuscaste por el número de ellos?

¿No recuerdas que no eran únicamente los que han figurado por tus biografías sino que eran todos, todos y todas?

¿Me oyes?

Todos y todos los que han figurado, los que figuran en la vida; los que figurarán en ella hasta el último minuto de la última hora del último día del último siglo.

¡Yo en ellos! ¡Ellos en mí!

Yo en ellos y ellos en mí...

Entonces cojo un nervio de este ser gigante.

Espera, Onofre: ¿lo cojo yo?

Espera: ¿o me coge él a mí?

Espera, Onofre...

Bueno y como sea... El caso es que me pregunto:

¿Dónde está el límite entre este ser gigante y nosotros los humanos separados...?

Veo que no hay límite marcado y que separe claramente. Veo que somos uno, ¿me oyes?, uno, uno solo.

Tú conversabas con la tía Chacha.

Es decir, Onofre, yo conversaba con la tía Chacha.

Es decir, Onofre, los que viste pasar allá en el bosque, todos, todos y todas, conversaban con la tía Chacha. Y la tía Chacha era parte de todos y de todas.

Me vas a entender mal porque he dicho: "parte de todos y de todas".

¡No, no, mil veces no! ¡no me refiero a una idea, a un concepto de conjunto, como quien dijera: "los chilenos o los ingleses o los argentinos o los persas...". ¡No, mil veces no!

Me refiero a nuestras funciones orgánicas trabajando al unísono en un inmenso organismo.

Y en este inmenso organismo: una gotita, una gotita, apenas, que simula la personalidad de que nosotros nos jactamos.

Recuerda, Onofre: la tía Chacha decía.

-¡Ay, hijito! ¡Yo fui tan amiga de tus padres!

Pero esto la tía Chacha me lo dijo a mí, a mí, ¡a mí!

En aquel momento Rosendo Paine se encontraba con una vieja puntiaguda, que él llama tía Chacha. Esta vieja lo abraza y le dice:

-¡Ay, hijito! ¡Yo fui tan amiga de tus padres...!

Onofre, ¡todo se repite!

Al repetirse veo que Anam sonríe. Tu Anam, Onofre. Veo que se dice: "Paciencia", porque aquí hay una contradicción de velocidades: lo que necesita siglos para realizarse quiere nuestra vida, veloz como bala, realizarlo en pocos momentos.

¡No importa, Onofre, no importa!

Hay que tener, desde ahora, el dominio de sí mismo para que Anam, todos los Anam, toda la gente de aquella región pueda dar expresión a sus anhelos a través de uno.

No somos nosotros los que nos expresamos; es la gente de "aquella región".

Este es nuestro trabajo: preparar y tener lista la casa.

Anam sólo desea expresarse, sólo desea encontrar el material adecuado. Nosotros somos sus intérpretes. Por eso hay que cuidar bien el vehículo y..., y...

¿Sabes qué, Onofre?

¡No ensorberbecerse por la buena expresión que Anam haya encontrado! Pues nuestra parte, al lado de la suya, es pequeña, es pequeñísima.

Hacia ello me encamino.

No es fácil encaminarse a alguna parte cuando la meta ha sido fijada de antemano.

Soy un hombre de doble naturaleza.

Cada una de las partes de esta naturaleza está en mí marcada nítidamente. Cada una de ellas quiere vivir y realizarse por completo.

¿Cuáles son estas partes?

Oyeme bien:

La una va hacia el "espíritu"; la otra, hacia la "materia".

Tú ahora me has visto en uno de los momentos en que el hombre de la materia ha callado. Tal vez duerme o tal vez espera su oportunidad. Cuando en mí se ha instalado este hombre del espíritu, tú ya lo has visto: voy al bosque y contemplo el guaco.

Luego anoto.

Pero cuando es el hombre de la materia el que domina en mí..., ¡oh!, entonces empieza la danza de las mujeres en torno mío.

Ellas me hacen señas; yo obedezco a sus señas.

Jenara Linares me ha hecho señas.

Chinchilla me ha hecho señas.

Y créeme que allá en Curihue... Jacqueline me ha hecho señas.

Y otras y otras.

A todas esas señas he obedecido, he obedecido sin mi razón. He obedecido ciego.

Recuerda mi viaje a París, aquel que escribí:

En él figura Jules Draguignan, es verdad. Fue un gran amigo. Pero hay, en ese viaje,

dos meses de juergas, es decir, de mujeres y más mujeres. El hombre espiritual me había abandonado durante ese tiempo.

Acuérdate de mi sueño: Jenara y Lumba Corintia...

Creo que Jenara era el símbolo de "la mujer por la mujer".

O, acaso, lo es Vivencia Pocuro.

No, no lo es. Vivencia Pocuro ha muerto: tenía otra misión que hacer. ¿No la viste entre esas "todas" que pasaban por el bosque?

Lumba Corintia me hace señas diferentes.

Lumba Corintia se dirige al hombre espiritual.

Onofre, cuando el hombre de la materia me tiene entre sus garras oigo la voz apremiante del espíritu.

La oigo. Me llama y me llama. No me deja gozar con libertad. Me susurra todo el tiempo. A veces levanta su voz y me habla de mis deberes. Me recuerda que en esta Tierra yo estoy concentrado y que debo desconcentrarme; que entonces empezaré a ver la luz. Total: me lanzo a gozar y sólo gozo a medias.

Cuando el Espíritu me toma oigo la voz de la Materia. ¡Habla la Materia! Habla:

"¿Qué haces ahí, ahí, ahí...? ¿No ves, acaso, que pierdes tu tiempo, que pierdes tu vida, que toda experiencia verdadera viene de vivir? ¿No lo ves?"

Y pasa, volando con ruido de vidrios, pasa Jenara. Tras ella van otras, otras, otras.

Todas me saludan. Todas me hacen señas. Me voy detrás de ellas. Hasta que del fondo del pozo -¡no, más hondo aún!-, del fondo del océano -¡no, más hondo aún!-, del fondo, del centro de la Tierra empieza la voz del Espíritu nuevamente a moldearse y a levantarse.

¡Oh, no puedo, Onofre, no puedo!

¿Dejar una semana para el Espíritu y una semana para la Materia?

¿Crees tú que uno puede arreglarse como se arregla un ropero?

¡Un ropero! Ahí está, tras de ti. Ahora es el vacío. Ahora nadie modula dentro ni una palabra. El gato canterino ya no tiene una compañera de juegos como no la tienes tú ni la tengo yo...

Porque nosotros jugábamos contigo, Chinchilla.

Jugábamos.

Hasta que después de aquella comida de pescado tu suspiro se alejó huyendo de Rosalinda, huyendo del doctor Hualañé, huyendo de sus propias palabras en contra mía.

¡Oh no puedo, Onofre, no puedo!

¿Por qué no me quedo aquí y tiro por la borda a San Agustín de Tango? ¿Por qué? ¿por qué no me refugio en La Cantera, en esta calma y aquí me arraigo? ¿Por qué?

Ya oigo, desde el centro de la Tierra, la voz de la Materia que empieza a formarse en la garganta, la voz que ha de lanzar.

Jenara pasa.

Y otras, otras, otras.

Lumba Corintia se apresta para retirarse.

La Soledad me mira, serena fría.

No logro descifrar lo que piensa. Me habla de Stanislas de Guaitá. Dice Stanislas de Guaitá:

"No hay término medio: no se prescinde de la humanidad sino para vivir con Dios -o con Satán".

¿Cómo quieres que te responda Soledad?

¿Depende ello de mí?

Sé que tú, Espíritu, me llamas y me prometes mil mundos superiores.

Pero sé que tú, Materia, estás agazapada y lista para saltarme de un momento a otro,
O Dios;

o Satán.

Estas casas son enormes.

Crecen en la soledad.

Tú, Onofre, ya te has marchado. No quedan en ellas más que personas ajenas, personas lejanas. La vieja pasa por última vez por fuera, ofrece su mercadería y huye tras su grito que la precede.

Silencio.

Viene la noche.

Estas casas crecen desmesuradamente.

Crecen y a mí me reducen. Soy un punto en su interior.

La literatura ha huido también. No puedo cantar la soledad inmensa de estas casas vacías.

Es de noche.

En cada rincón obscuro está Jenara.

Ella se mueve. Con ella se mueven estas casas. Te lo he dicho: crecen, se agigantan; luego disminuyen y se empequeñecen.

A veces estoy bajo una inmensa cúpula.

Otras veces me ahogo en la estrechez de los muros que se me vienen encima y me aprietan.

¡Cómo! ¿No tienes tú sensibilidad?

¡Ah! ¡La fuerza del positivismo que algunos imbéciles han querido meternos proclamando en él la única verdad posible...!

El positivismo es un gendarme con mentalidad de gendarme y armas de gendarme y nariz de gendarme que acompaña a los hombres que no necesitan ver aún a una casa en movimiento.

Camino por las casas solitarias.

Las distancias son enormes, enormes.

Cruzar un umbral es una marcha pesada.

Me canso y me recluyo con sólo ver la vertiginosa altura de la escalera que trepa hasta la torre, hasta el cielo, que sobrepasa el cielo llevando a la torre consigo y sigue elevándose, elevándose...

¿Hasta dónde, Onofre?

La medianoche se acerca.

Me detengo.

Por eso no visito ningún castillo.

He visitado varios, muchos castillos, allá, en Francia. Si algún día vuelvo... Sí, Onofre, tal vez vuelva a visitar muchos, muchísimos castillos.

Felizmente se les visita de día. De noche, y en la soledad, un hombre sensible enloquecería.

He estado en el castillo de Vitré, en Ille-et-Vilaine. He estado en el castillo de Bonaguil, en La Dordoña. He visto los cuatro pisos de aberturas que se alzan disminuyendo de tamaño en el castillo de Chateaudun, en Eure-et-Loire. En La Dordoña también he visto el

castillo de Beynac; y en Vaucluse, el castillo de Avignon, el castillo de los Papas. Miré, mucho rato miré las ruinas del castillo de Murols, en el Puy-de-Dome.

Onofre, vino la noche. Esperé que nuestra Tierra se avecinara a la noche.

Se avecinó.

Entonces me deslicé en este castillo de Murols.

¿Qué es enloquecer?

Después de esta andanza por lo ruinoso, por lo vetusto que allí se me presentaba, me pregunto siempre:

¿Qué es enloquecer?

También me lo pregunté después de aquella noche que pasé en el Museo del Louvre, allí en París, cuando iba de sala en sala: los egipcios, los asirios y caldeos, la Edad Media, los esclavos de Miguel Ángel..., las pinturas; la galería larga, larguísima.

Tú sabes todo esto.

Murols...

Camino.

Murols...

Ahora La Cantera.

Caminemos.

Ya la noche se avecina.

¡No, no, no enciendas luz alguna!

Esa mujer grande que me cogió allá en el Louvre está aquí. Nos aguarda tras una puerta cualquiera. Esa mujer pequeña que yo cogí en el Louvre se guarece como una rata en un rincón cualquiera.

Avancemos, Onofre, avancemos.

¡La Cantera!

¡El fondo de La Cantera!

¡Cuánta vida hay en cada una de estas telas! ¡Cuánta vida hay en cada una de estas estatuas!

¡Ve, Onofre, cómo cada objeto, cómo cualquier objeto va hacia esas estatuas y hacia esas telas!

¡Ve cómo se mueven!

¡Es el movimiento que encierra nuestra tragedia!

¡Nuestras tragedias que se retuercen entre estos muros de adobe! ¡Nuestras tragedias que se retuercen entre estos muros de piedra!

De piedras cinceladas por muchos orfebres que aquí trabajan día y noche, noche y día: ¡para darles la eternidad!

Onofre, con Dios las cosas se deshacen y pasan.

El hombre las detiene.

Para eso se ha hecho el arte: para detener las cosas que, solas, entregadas a Dios, pesarían.

Por eso estas casas son un comienzo de arte.

¿Un comienzo?

Tal vez ellas cumplen la vuelta definitiva y son, entonces, viejas, vetustas.

Avancemos, Onofre, avancemos.

El bosque me fue grato.

El museo... ¡no!

¿El bosque?

Nuestra visita a él me fue grata. Lo dije allí. Tú mirabas, Onofre, en ese momento, aquel volcán que se envolvía en su bufanda de nubes.

Luego, como Cristo, abría los brazos, crucificado.

Pero pensemos en el bosque... En el bosque, solo y de noche.

¡No, no pensemos en él, solo y de noche! Es mejor que sigamos avanzando por estas casas.

¡Sí! ¡Por ahí!

Entremos por ese claustro.

Entremos.

Veo claustros por todas partes.

Aunque es raro, muy raro, que en un claustro se encuentre este genio alado. Es, acaso, del siglo IX antes de nuestra era.

¡Oh! Entonces no se puede construir la Catedral de Bourges. Estos adobes, que ahora son casas, eran tierra y nada más que tierra. Pero se inventó la fotografía...

¿Se inventó? ¿Lo crees tú, Onofre?

No, no se inventó.

La veo ahí esperando. Los hombres dan vueltas y más vueltas a su alrededor para violarla.

¡Sí! ¡Eso es!

Violarla.

Y hoy, al haber sido violada, cualquier sujeto lleva consigo su aparato fotográfico. Pero yo no lo tengo. Si lo tuviera...

Ve, Onofre, ve:

Aquí estoy yo trabajando como un peón. Estoy cincelandando piedras que volverán a ser la Catedral de Bourges después de haber sido ya.

¿Y aquí? Recuerdo al hombre que nos la sacó. Gritaba:

¡No se muevan! ¡No se muevan!

Y... ¡clie!

Ella es una damita, como puedes ver muy bien. Una linda damita que a mí me lleva a confundirme con la naturaleza. Pues las mujeres tienen eso: confunden con la naturaleza.

No Lumba Corintia, no. Pero Jenara, sí.

Las mujeres me confunden, me hacen uno con la naturaleza, Onofre. Así Jenara y otras, otras, otras. Todas las que son lindas, lindas.

El guaco nos contempla.

Avancemos, Onofre, avancemos.

Por este largo corredor.

Al fondo encontraremos la abadía de Saint Robert. En aquella puerta que está al fondo. Déjame dirigirte, déjame a mí; tú no tienes más que seguirme. Es demasiado estrecho este corredor para ir lado a lado. ¡El corredor del Cónclave! Por aquí paseaban los Papas cuando vivían aquí en Avignon. Sígueme y no mires por esas ventanas para afuera que puedes ver a la vieja con sus mercaderías; podemos ver su grito y su grito nos puede tomar y nos puede envolver como la bufanda de aquel Coscorrón que tanto tú, Onofre, miraste en el bosque. Puede envolvernos aquí, en este fundo de La Cantera.

Es mejor estar aquí. Una capilla grande, grande, como una iglesia. Pero no hay nadie en ella. Hay sólo tapicerías y más tapicerías.

¡La Chaise-Dieu!

La veo por segunda vez. Bajo estos olmos. ¡Ah, los famosos olmos de La Cantera!
El caballo ensillado de Nonato. Ahí viene y monta. Y se marcha, muy lejos, muy lejos.
Bien; que se marchen todos.

¡Silencio!

Trepemos, Onofre, trepemos.

¡Y deja, por favor, a esos veteranos en paz! Por favor, ¡no los mires ni los escuches más!
"Cuando ese chiquilín que va ahí..."

¿Qué te importa ese chiquilín?

Trepemos.

Trepamos al revés, trepamos invertidos. El verdadero piso es ahora el techo. Las vigas
son los peldaños.

Trepemos.

De lo alto podremos ver el desfile de la Victoria que pasa con clarines y trompetas y
generales.

Porque en este desfile yo miro tanto a los soldados como a una damita, ¡sí, ésa!, la que
vítorea. ¡Qué linda es!

Me mira y ríe.

Vamos juntos, damita, ahora que ha terminado el desfile, a comer algo en un cafetín
cualquiera. Somos amigos, amigos.

Nos acostamos juntos, en un hotelucho, como con Jenara.

Stanislas de Guaita lo ha dicho, ¿sabes qué? Ha dicho:

"Es frecuentemente bajo una apariencia sentimental que el esperma de orden inteli-
gible es transmitido por la mujer".

¿Por qué, por qué estará mal esto?

¡No! ¡Está bien!

De lo que se trata —oye bien, Onofre— es de lo siguiente que es una idea mía, mía. ¡Oye
bien! La he formulado así:

Siendo siempre el mismo, ser cada vez uno diferente.

Pero... ¡Oh! Para ser siempre el mismo siendo cada vez uno diferente... ¡Oh!

¿No te das cuenta en lo que estamos?

Vivir es romper la unidad. Es triturar. Es ver todo en una separatividad que no existe.

Lumba Corintia no entendió.

Lumba Corintia no entendió a Jenara y a mí.

Tampoco entendió a esa entrada que hacemos nosotros a la naturaleza con otras y
otras y otras.

Una vez me leyó, me leyó un párrafo de Maurice Magre. En él decía esto, hablando
de alguien, de no sé quién:

"...temía el acercamiento físico de la mujer, el placer que de ella podía obtener, como
una fuerza contraria a sus intentos susceptibles de arrastrarlos a la materia de que quería
escapar..."

Lumba Corintia es otro plano.

Lo he dicho: hay un hombre espiritual; hay un hombre material.

Lumba Corintia es otro plano.

Otra noche, Onofre.

Noche de metal.

¡La Cantera!

Tú te balanceas entre dos mujeres. Ayer era Marul Carampangue; hoy es Tomba Montbrison. Te balanceas como las hojas de esos olmos. Cuando sopla el viento,

Onofre, ¿y si no hay viento?

Quedemos quietos.

Quedemos sin viento aquí en las ruinas del castillo, de este hermoso castillo de Murois.

Míralas bien, mira estas ruinas.

¿Qué te decía hace un momento?

Te decía que vivir es romper la unidad. Es triturar. Es ver todo en una separatividad que no existe.

Ve ese torreón decapitado que domina los valles. Deben llamarse los fértiles valles del Puy-de-Dome. Ve cómo ese torreón se asienta al finalizar la escalera que lleva a la torre de las casas de La Cantera. Ve cómo su escalera, tortuosa y arruinada, nos lleva más allá del cielo, más, más, hasta la torre de La Cantera.

Jenara...

Lumba Corintia...

No había sitio para ambas en este mundo. Yo amo a Lumba Corintia.

Arrodíllate, Onofre, aquí en esta iglesia callada, en esta iglesia de la Chaise-Dieu.

¿Nonato, dices tú?

Déjalo con su higuera.

Aquí respiremos el viento de los olmos.

Y miremos el guaco.

Como ves, nada ha cambiado. El guaco está siempre ahí.

¡Siempre ahí!

188

San Agustín de Tango.

Hemos vuelto.

El río Santa Bárbara; la Plazoleta Fray Tomate; el Puente de los Concilios Ecuénicos... Otro aire; otra atmósfera; otro suceder.

Ahora había que traer al tiempo a la costumbre del reloj.

No coincidimos: mi reloj se ha detenido en las horas de La Cantera; algo ha seguido caminando por otros parajes que llegan a esta ciudad; y, con ese algo, me he embarcado yo.

Caminemos. Dejemos a Lorenzo Angol en su casa.

Caminemos.

¡Todo igual! La gente va de prisa. Algunos se detienen en las puertas de los bares. Algunos se detienen a mirar las vitrinas de las tiendas. Pasan también muchas, muchísimas damitas. Pero ya no estoy en el fundo de La Cantera.

Me detuve un momento en la esquina de la calle del Pentescostés con la calle del Incienso. Miraba el monumento al Hemíono; miraba la mole del Ayuntamiento; miraba el salir y entrar de la gente a la Estación de los Ferrocarriles; allá veía el Hotel Vaticano.

Pasa y pasa gente. ¡Qué soledad!

De pronto me golpean el hombro. Me doy vuelta.

-¡Oh! ¡Desiderio Longotoma!

-¡Oh! ¡Mi gran Onofre Borneo!

Algunos minutos después estábamos cómodamente sentados en su casa de la calle Excomuni3n y bebíamos sendos copones de una mezcla estrafalaria que, por lo demás, sabía muy bien.

Desiderio Longotoma se apresuró:

-Es a base de alcohol de gimnotos y de hemitrípteros. A éstos se les pone un poco, no mucho, de volvaria viscosa con otro poco de rúsula emética, esos magníficos hongos que llaman venenosos. ¡Qué idea, amigo! ¡Venenosos! ¡Beba sin temor, Onofre! ¡Beba que, en el beber...!

Y etc., y etc., hasta que tuve que pedirle que no ponderara más su bebida. Obedeció. Sonriendo y patealeando me preguntó:

-¿Sabe usted por qué hablo así de esta bebida?

-No.

-Porque prepararla cuesta carísimo.

-¿Y es eso lo que le produce a usted tanta euforia?

-Sí; y vea por qué. Amigo, ayer, haciéndome el que dormía, he asistido a una inefable, como dice Mamerto, a una inefable conversación entre el corredor Estanislao Buin y nuestro gran diputado por Loncoche, el sabio y reflexivo señor don Ricardo Cortés Mandiola. ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja...!

-No ría más. Desiderio, y partícipeme usted con...

-A eso voy, amigo, a eso voy. ¿Otro poco de este trago?

-Bien, otro poco. Y soy todo oídos. ¿De qué se trataba?

-De la "chaucha".

-No le entiendo.

-Sí, de la chaucha, de la moneda de 20 centavos, de 20 centavos de peso, nuestro padr3n monetario. De eso hablaban y ahí los dejé hablando y hablando de la chaucha. Era el motivo del llanto de Estanislao Buin. Porque lloraba y lloraba este Estanislao Buin. No con lágrimas, no, pero sí en su tono de voz, en su trágico tono de voz. Fíjese usted lo que decía:

"-Amigo Cortés Mandiola, cuando me acuerdo, ¡qué tiempos!, de mis mocedades..., ¡ah, de mis mocedades! ¡Lo que se podía hacer entonces con una chaucha...! ¿Qué no podía hacerse con una chaucha? Era lo que mi padre nos daba: una chaucha. ¡Y nos sentíamos millonarios! Me acuerdo, amigo don Ricardo, cuando, con esa chaucha, salíamos y entrábamos a un bar cualquiera...

"Aquí nuestro diputado saltó:

"-¡Cómo! ¿Entraban ustedes a los bares? ¿A esa edad?

"Pero Estanislao respondió:

"-No, mi distinguido amigo, no entrábamos a nada pecaminoso, a nada. Porque en aquella época, ¡caramba, hombre!, se podía ir y entrar a cualquier parte, a cualquier...

"-¡Eeeeh! -arguyó el diputado-; es lo aciago, lo ominoso, de aquella etapa pretérita de nuestra expansión. La consciente evolución de ella va restringida de más en más en la libre, a la vez que expedita entrada de...

"-No sé, no sé qué es lo que se restringe o no se restringe, pero con una chaucha usted se comía un sandwich, un riquísimo sandwich de arrollado de chancho, o de lengua y...

“-Porque ésa que usted apoda una “chaucha” tenía un valor adquisitivo superior. Y en este valor está la clave de lo que denominamos la compra-venta que es el eje mismo...”

“-No sé, no sé, pero usted pedía, además de ese sandwich, que se lo servía el patrón mismo y que le ponía, sonriendo, harta, harta mantequilla, pedía un trago, un gran trago...”

“-Lo que ha sido la nefanda causa de esta degeneración de nuestro pueblo. Hoy en día ella se limita en la forma racional o razonable, pues de ambas maneras es dado decir, y aporta, como desviación popular o divulgada, el menos precio a...”

“-No sé, no sé, no sé... Pero a usted le daban vuelto, sí vuelto, ¡caramba, hombre!, y con ese vuelto podía comprar cualquier cosa, como ser pastillas o caramelos, y le quedaba todavía de la chaucha el vuelto, una ficha, si es que no le quedaba más, y con esa ficha... ¡caramba, hombre! En cambio hoy, hoy, ya las chauchas ni existen y las fichas... ¡para qué decir!

“-Es que la existencia, dentro del fenómeno monetario, no es una existencia positiva sino que es la nomenclatura de los detrimentos valorados en la resultante valuada del alza diferencial que marcha asignándose por este fenómeno, del que he hecho ya mención, como asimismo del...”

“-No sé, no sé, y usted volvía a su casa a comer unos ricos guisos de congrio, de esos guisos que preparaba mi madre como hoy ya nadie prepara, ¡caramba, hombre! Porque hoy hay que ir a un restaurante y el mozo, que ni lo conoce a usted y que le ofrece un vino de una lista y ¡qué sé yo!, lo atiende apenas. ¡Caramba, hombre! Con otra chaucha o con dos chauchas, póngale usted, se almorzaba regiamente, hasta quedar satisfecho, satisfechísimo... ¿Y hoy, amigo mío, y hoy?

“-Ah, aaah, aaaaah! Es porque no ha inquerido usted, amigo mío, en la conexión de la demanda y de la oferta en estos casos similares. Pues habla usted de la moneda cuasi inferior de este país que, en aquella época, no era tanto para obtenerla en número correlativo a esa demanda que he puesto en parangón con la renta financiada que usted percibe hoy, en el correr de los tiempos, los cuales tiempos...”

“-No sé, no sé, no sé, pero es el caso de que con esos congrios y esos salsifíes que preparaba la empleada, que los preparaba sin pedir aumento de sueldo, los preparaba por el gusto de prepararlos, y a pedir de boca, ¡caramba, hombre!, y hoy la empleada, si logra usted encontrar una, no le prepara ni un estofado, jamás. Porque prefieren comprar una lata de conservas y abrirla con un abridor de tarros... ¡como éste! ¡Véalo usted! Aquí en mi llavero llevo uno. ¡Véalo! Con éste yo mismo los abro esos malditos tarros para encontrar... ¿qué? Es lo que pregunto yo: ¿qué? Una comidilla aliñada y aliñada que repugna cuando uno se acuerda de los guisos de mi madre y de mi tía y de nuestra vecina... ¡Caramba, hombre! Cuando se podía comer y comer sin ninguna restricción..., ¡caramba, hombre!

Reímos ambos.

¡La chaucha, la ficha, el sandwich, el tarro de conservas, el congrio...! ¡Y la fraseología de don Ricardo Cortés Mandiola! ¡Y las quejas amargas de Estanislao Buin!

Le dije a Longotoma:

“-Vi, no sé qué día, a nuestro diputado por Loncoche. Iba sereno, grave, a pequeños y dificultosos pasos; daba miedo sólo de mirarlo.

Me respondió:

“-¡No, no, qué miedo! Camina así nuestro diputado porque, en sus estudios sobre la alta finanza, ha usado tanto sus anteojos que, al fin, los cristales se le han gastado.

Salimos de su casa, ¡sin miedo! Con Desiderio Longotoma... Bueno, lo mejor es seguirlo; se sabe adónde iremos, a La Taberna de los Descalzos.

¡Vamos allí!

Caminábamos de prisa. Felizmente, digo yo, Longotoma no se elevó; me habría sido imposible seguirlo. Iba a mi lado alegre y restregándose con rapidez sus manitos. Pasaron, luego, a nuestro lado y, luego, se perdieron en las sombras—porque ya era de noche—varios “deudos del difunto”. Así los llamó Longotoma. Vestían todos ellos de negro, tanto hombres como mujeres. El paso que marcaban era de silencio. Mi amigo los dejó pasar y luego se volvió a mirarlos con tal cara de tristeza que pensé que iría a soltar el llanto.

—¿Qué le ocurre, Desiderio?—le pregunté.

—¡La tremenda historia de la humanidad! ¡Qué triste cosa, Onofre, qué triste cosa! Al ver a estos enlutados no pude, no pude impedirme de pensar que hace ya millones de años, millones de millones, que la gente nace, vive y muere... Pues bien, muere uno y todos gritan alarmados: “¡Oh! ¡Oooh! ¡Ooooh...!”.

—Así es, Desiderio.

Los vimos alejarse callados: allá iban los deudos del difunto. Los miramos y, al unísono, exclamamos:

—¡Oh! ¡Oooh! ¡Ooooh!

¡La Taberna de los Descalzos!

Entrar en ella y perder a Longotoma fue todo uno.

¡Las mesas! ¡Las copas! ¡El trago!

Longotoma fue acaparado por diez mesas a la vez. Yo también acepté un trago con personas que se decían grandes amigas mías. Ahí estaba cuando oí la voz de Romualdo Malvilla. Al pasar junto a mí me dijo:

—Es la hora de ir al San Lito. ¿Vienes conmigo?

—¡Por supuesto! ¡Voy contigo!

Yambos, tomados del brazo, nos encaminamos a los indecibles antros de Malvilla.

Romualdo Malvilla está en vísperas de lanzarse a su mundo de nebulosas. Cuestión es de ver si logra coger un relámpago entre dos nubes. Camina de prisa; luego se detiene; luego sigue caminando.

—¡Onofrov! —me grita por fin— ¡Onofrov! La vida es una imbecilidad y nada más que una imbecilidad. ¿Me has oído? ¡Una perfecta imbecilidad! Y esta vida está basada nada más que en el sexo y nada más que en el sexo; ¡sí, señor!, basada en él, en ¡el sexo! Hay que ver a la gente llamada culta frente al sexo. ¡Eso es! El sexo aquí y ellas, las personas cultas, ahí. Frente a frente. ¡Es un horror, Onofrov! Porque lo ven de un modo... Yo lo llamo extraño, extrañísimo. ¡Ah, si tú supieras cómo veo cómo ellos lo ven! ¿Muchos “cómos”? No importa, mi viejo amigo. Pueden haber siete millones de “cómos” y ello no quitará la extrañeza que tienen al ver el sexo que está ahí y ellos que están aquí. ¿No lo encuentras tú?

—Explícate más y te diré lo que pienso sobre este asunto. Explícate bien, Malv..., Malvillevsky. ¡Eso es! Malvillevsky.

Me repuso indignado:

—¿En la calle? ¿Yo explicarme en la calle? ¡No y no! Oye, Onofrensky, vamos, antes de ir al San Lito, vamos a un bar, a un bar cualquiera, a aquel bar donde ya hemos estado varias, sí, varias veces. ¡Vamos!

El bar. Algunas gentes; cada una en un mundo separado que se une con los otros en el bar.

Nos sentamos. Malvilla me dijo mientras bebíamos:

—Veo lo siguiente, mi viejo Borneoni: veo, que esas gentes cultas, no conciben ni aceptan el amor sexual EN SÍ. ¿Me has entendido? ¡EN SÍ! Es decir, el sexo EN SÍ. Tienen que envolverlo en algo. Lo tragan cuando está rodeado de otra substancia, otra substancia alimenticia; eso es: ¡alimenticia! Si lo ven puro, si lo ven como se debe ver, declaran que no es comestible. ¿Has visto imbecilidad semejante? ¿Has visto?

Le respondí:

—¡Jamás he visto imbecilidad semejante!

—Entonces —me apremió—, bebamos.

—Eso es, bebamos.

Y bebimos.

Malvilla gritó:

—¡No, no puedo saborearlo rebozado! ¿Me has entendido? No puedo. Rebozado del verbo rebozar, con "z". Sé de memoria la definición de este rebozar con "z": "Cubrir el rostro con la capa o con el manto". O bien: "Bañar una cosa comestible en huevo, en harina o en miel". ¡No lo confundas con el rebosar con "s"! Con "s" se refiere a los líquidos que se derraman y se desparraman y, sobre todo, a la cantidad enorme de dinero que se tiene. ¡Líquidos y dinero! Es lo que importa en esta vida. Y... además... rebozar, con "z", lo que haya que rebozar. Es decir, y entiéndeme bien: yo no puedo saborearlo rebozado. ¿Por qué? Sencillamente, mi buen Onofrensky, porque se le desvirtúa su verdadero sabor. Es como tener que acarrear algo ligero en sí y con un peso muerto que le cuadruplica, que le quintuplica sus kilos. Entonces exclamo: "¡Al diablo! ¡Al diablo! con todo eso culto que quintuplica!". ¿No me hallas razón, dime, no me hallas que tengo toda la razón?

—¡Por supuesto! —respondí— ¡Tienes toda la razón! Por lo mismo bebamos este perlático líquido antes de que se rebase, con "s", del vaso que lo contiene.

—¡Oh, oh, oh! ¡Has comprendido a las mil maravillas! Por esa maravilla de comprensión: ¡Salud!

—¡Salud!

—Encuentro, Onofrov, que no hay, no hay que obscurecerle su característica principal, su característica primordial: porque primordial es más que principal. ¡No hay que obscurecerla! Como yo jamás la obscurecí con Braulia, con la bella Braulia. ¿Y sabes tú cuál es ella, esta característica? ¿No lo sabes? Te lo diré entonces. ¡Salud!

—No; la salud no puede ser esta característica —le advertí.

—La salud siempre es lo primordial... en el trago en el amor es..., es... ¡Ay, Onofrensky! Es...

Exclamé:

—¡Amor!

Me interrogó dudoso:

—¿Y para amar?

Contesté:

—¡El amor!

Afirmativo entonces:

—Eres genial, genial. Pero para amar con amor, ¡ah!, el acto sexual se convierte en un cántico, en un éxtasis.

-¡Vivan los éxtasis en cánticos!
-¡Vivan! Siempre que todos los acordes le sean propios y muy propios. Imagínate un éxtasis que, en vez de tener un punto de concentración, imagínatelo, mi querido Onofrini, bifurcándose a uno y otro lado como lo bifurcan esos seres cultos, o sea, imbéciles. Esta bifurcación la ha traído... ¿Sabes tú quién?

-El ser culto.

-No.

-Sí.

-El ser culto es el discípulo pero el maestro, Onofrov, es, es... ¡la Iglesia! Ella ha venido a cocinar el amor sexual, ha cocinarlo borrándole su pureza, borrándosela...

-¿La Iglesia?

-Sí: la pureza del amor sexual, o sea, Borneoni, ser, ser totalmente el amor sexual. La impureza es; serlo a medias. ¡Sí, sí, sí! Tenemos que formar personajes que proclamen en todas partes: "¡Ser, en cada cosa, únicamente lo que es esa cosa!".

-¡Admirable, admirable! Por la cosa en sí: ¡salud!

-¡Salud! Y..., y...

-¿Y...?

-¡Al San Lito!

La calle; otra vez la calle. Las luces. La gente que pasa. Y la mujer de los altos tacones, Julieta Pehuén, que ahora no está. ¿Dónde, dónde estará?

-¡Al San Lito! grita Malvilla.

Caigo en reflexión:

"¿Iré al San Lito? Oye tú, Juan Emar: ¿Iré al San Lito, iré? Respóndeme: ¿iré? Porque quiero ir, quiero, quiero..."

Juan Emar se acerca y me murmura:

-¿Y la cantera, entonces?

-¡Volveré, Juan Emar, te lo juro, volveré!

-Anda, pues, al San Lito si crees que podrás volver.

Fui con Malvilla al San Lito.

Nos tambaleábamos. ¡No! El mundo se tambaleaba a nuestro alrededor y nosotros permanecíamos estáticos. ¡Eso es! Nosotros, estáticos. El suelo avanzaba a nuestros pies; ¡no! avanzaba bajo nuestros pies. ¡Oh! ¡Como en La Cantera! ¡El bosque se avecina! Y en él veré... ¡Oh, qué de cosas!

Ahí te veré a ti: Tomba Montbrison.

Ahí vienes... ¡No! ¡No es ella! ¿Quién es?

Con el suelo que corría bajo mis plantas, llevándose a los edificios y a los faroles, en sentido inverso pasaba indiferente, a pasos regulares: ¡el hombre Martín Quilpué!

-¡Adiós, adiós! -le vociferé.

-¡Ea, camina! -me reprendió Malvilla.

Pero el hombre Martín Quilpué no avanzaba puesto que el suelo iba, como con aquellos caballos de las Walkirias, en sentido contrario de su marcha. Movía sus pasos regulares y el mundo, ¡sí, el mundo!, se precipitaba tras de él hacia los infiernos de San Agustín de Tango.

-¡Adiós, hombre Martín Quilpué! -volví a vociferar.

Pero Malvilla me empujaba y entrábamos en el San Lito.

Los veo a todos, ¡a todos! Menos a Malvilla que, como ese Desiderio Longotoma, tiene el don de desaparecer en los sitios en que siempre debiera aparecer.

¡Todos!

Salvo tú, Julieta Pehuén.

Salvo tú, Marul Carampangue.

Salvo tú, Tomba Montbrison.

Julieta Pehuén debe estar oficiando una Misa Negra con esa..., con aquella... ¿Cómo se llamaba?

No, no era Perpetua Mamoeiro pues Perpetua ahí está. Y ése que está a su lado... ¡Ya sé! Ese es Carmelo Lipingue, pianista y pederasta, claro, de doña..., doña..., ¡Qué! ¡La casa aquella! ¡La farra! ¡Los versos! Pianista y pederasta. Dos "p".

Y Gualberto Choapa. Y Clementina Rengo. Y Ramiro Lampa. Y...

¡Chispita! ¡Chispita!

—¡Tanto, tanto, pero tanto tiempo que no nos veíamos...! ¡Chispita! Sí, por cierto, la conozco; Miroslava Lipingue. Usted, creo, es hermana de Carmelo...

No importa. ¡Todos! Y se baila. Y se canta, y ¡trago, trago!

Y Romualdo Malvilla me susurra, en un vendaval lejano:

—Vamos.

Respondo:

—No. Acabamos de llegar.

Responde:

—Hace más de una hora que estamos aquí.

Respondo:

—Es que tú te guías por el reloj.

Responde:

—En casa no hay reloj.

Respondo:

—Pero hay una vidente.

Responde:

—Recuerda que es la última.

Respondo:

—Si es así, vamos.

Responde:

—Vamos.

Y fuimos a su casa. En la calle le digo:

—Dame coca.

Me dice:

—Toma.

Y ambos nos encocainamos.

Calle de la Parroquia. Número 38.

La última vidente tiene que estar aquí. Mujer ¡inefable! Esto de "inefable" es de Mamento. ¡No es tuyo, Macario Viluco!

Coca. Paz. Callemos.

Malvilla saca de la nada unos papeles. Proclama... a media voz, a media voz, a media voz:

—Yo he escrito lo que hay aquí.

No se olvide que la tarántula queda *sobre* la rosa.

Símbolo expresado:

La verdad está sobre la mentira.

Cada cual puede hacer esta construcción simbólica en su propio domicilio. Pero, si se quiere que alcance a las masas, hace falta algo más:

¡El muchacho!

Y el sombrero.

El muchacho con su sombrero debe colocarse tras el cajón y el cajón debe colocarse al centro de una plaza pública. El muchacho debe ponerse a gritar:

—¡Acudid! ¡Acudid!

Entonces, sí, acudirán las masas y, al ver todo aquello, huirán para siempre del vicio del alcohol.

Si los hombres no bebiesen habría, tal vez, posibilidad de atar algunas muchachas y azotarlas. Así las estrellas podrían seguir su camino, los obispos seguir con sus sotanas habituales y las tiras de terciopelo no temer violación alguna.

Pero hace falta el sombrero.

Recibiré todos los modelos que se me envíen.

Anoche oí el grito ronco de una mujer que gozaba.

Luego sopló el viento. Se lo llevó todo. Se llevó a un obispo que depositó, tras ocho siglos de vuelo, en medio de la Vía Láctea.

Ese obispo puede ser allá nuestro representante en la lucha tenaz en contra del vicio del alcohol. Sólo que... hay que buscar medio de enviarle cuanto antes un muchacho esbelto, moreno, de ojos claros. Él allá se encargará de vestirlo como sea necesario. A caso, dado el clima, con arena.

Como sea: ¡hay que luchar! Al fondo —¡no lo olvidéis!— están las muchachas atadas con cadenas. No lo olvidéis:

¡Podréis azotar sin piedad!

Anoche oí el grito ronco de una mujer que gozaba.

Un momento después me tomé una copa de alcohol puro. Y lloré sobre las desventuras que afligen a mis semejantes.

Luego tomé una copa de whisky. Lloré por cuanto tienen que sufrir, a causa de mis semejantes, los animales y las aves de nuestro planeta.

Luego tomé un copa de pisco. Lloré por los reptiles, los peces y los insectos.

Luego tomé una copa de vino. Lloré por las flores, las hojas, los frutos, por las raíces que se entierran suelo abajo.

Por fin tomé un vaso de cerveza. Y lloré por nuestros hermanos, nuestros tiernos y dulces hermanos que no hablan, que no crecen, que no fornican: los minerales.

Entonces me encomendé al obispo de la Vía Láctea y le imploré tuviese a bien pedir al Sumo Hacedor hiciese caer sobre la Tierra una lluvia abundante de agua de Su Reino o de las simples nubes si el tedio en aquel instante lo dominaba.

Llovió.

Estiré ambas manos juntas. Me incliné sobre ellas. Bebí, bebí agua, agua inocente y celeste.

Apareció Julieta Pehuén, lenta, regular, sobre sus empujados taconitos rojos.

Sonriente, Julieta se dejó atar con cadenas gruesas.

Desnuda, clara, lejos de toda sombra de alcohol.

Clara, diáfana. Su cabellera de oro viejo y oscuro; su sexo de oro vibrante. Sus pies con las dos largas gotas sangrientas de sus taconcitos. Las cadenas, mudas.

La azoté sin piedad.

La azoté con el látigo hecho de cuero de potro. Un potro manso y sosegado. Aquel que, cuando yo era niño, muy niño, me paseó con tranco lento por sobre el primer cerro que veía.

La azoté más y más.

Entonces todo el barrio, todo San Agustín de Tango, todo Chile, toda América, todo el mundo oyó, en medio de la noche, el grito ronco de una mujer que gozaba.

—Julieta, Julieta Pehuén... Yo esperaba que apareciera la otra, Alicia Bick.

Malvilla me respondió:

—De los ojos de Alicia Bick llueven manzanas. No puede ella mezclarse con los vicios del alcohol.

Le dije:

—Entonces... dame más coca.

Me alargó una mano llena de paquetitos, llena de pequeñas y minuciosas y temblantes empanaditas. Luego con la otra mano alargó una caja, incomensurable caja en la que ardía helándose la nieve. Absorbí. Volví a absorber. La coca declaró:

—El fundo de La Cantera es una imbecilidad.

Malvilla, desde muy lejos, desde distancias estelares, hizo que al aire murmurara:

—Una imbecilidad cual es esta vida en los hombres que caminan y van, van y no vuelven.

Entonces revolotearon junto a mí:

Julieta Pehuén y Alicia Bick...

Marul Carampangue y Tomba Montbrison...

Eran guiadas por la Última Vidente.

A veces iban hasta el cielo puro, puro; a veces iban hasta las llamas del infierno.

189

Fundo de La Cantera.

La Bóveda.

Alrededor, el fundo.

He cruzado una puerta. He hecho ese gran milagro de cruzar una puerta. Junto con sentir que el batiente se golpeaba tras de mí, he visto una vida que quedaba sin cruzar. Quedaba sorprendida; levantaba los hombros, me daba la espalda; se alejaba.

Se alejaba a San Agustín de Tango. Se alejaba, loca, a todas partes del mundo. Se alejaba a... ¿A qué? Ella dirá: "A buscar vida". Yo diré: "No; a buscar hechos que te distraigan".

Sí; distraer.

Así no se piensa en este hecho único que se cierne sobre nosotros: el hecho de tener una vida.

Paz.

Para este cuerpo, sí, hay paz.

El otro cuerpo... ¡tendrá otro cuerpo? Lo otro se recoge, lentamente. Cae de hinojos. espera. El universo va a hablar, el universo está aquí.

Por el momento hay paz.

Gocemos de ella, respirando.

Afuera brilla el sol. La vieja de las mercaderías pasa, está pasando... siempre, siempre. Un gallo canta. Ladra un perro. Se oye, allá lejos, el grito de un vaquero. Sí, es un vaquero. Mugen las vacas.

Paz.

Lorenzo me pregunta:

-¿Recuerdas lo que hablamos la otra vez?

Le respondo:

-Sí, lo recuerdo. Me has dejado... ¿Eras tú quien me ha dejado? No; no eras tú ni era yo mismo. Algo quedó en mí con ansias de ir más a fondo en mis propios tormentos.

-Callemos entonces.

-Callemos y dejemos que se aleje, tras la puerta, la coca y el alcohol.

-Que se alejen... Por aquí, tras un rincón, han de estar tus... ¡Tus tormentos? No. En un rincón han de estar, cual inmensa pirámide, los tormentos que tenemos que afrontar.

-Callemos.

-Ya se presentarán.

Le dije:

-Lorenzo, soy un espectador que se tortura.

Contestó:

-Recordemos un poco, un poco solamente.

-¡El bosque! -exclamé-. En él veo a Colomba bajo una sombrilla. De igual modo veo a Jateña. Veo a tu hermana que ya no es. ¿Ya no es, Lorenzo?

-Jateña siempre será.

Veo a Marul y veo a Tomba. Se marchan las cuatro bajo sus sombrillas. Veo el castillo de Murols. Veo... Pero me parece, Lorenzo, que veo allí, frente a las damas que se marchan y frente al castillo, a todos los castillos, me parece que es a otro ser al que veo. No, no soy yo. Y esas cuatro damitas se han marchado.

-Se han marchado, tal vez, para cruzar el umbral de una puerta.

El guaco está siempre ahí.

Lorenzo me dijo:

-Naltagua me repetía sin cesar: "No cruces un umbral con lo que, acaso, llames tu vida. ¡Déjala atrás! ¡Sepárate de ella!". Es lo que me ocurre a menudo, aquí en La Cantera, aquí en esta Bóveda. Siento el golpear del batiente. Entonces me desprendo del pasado cotidiano.

-Y caes al lado, caes a lo que el guaco encierra.

-Tal vez.

Meditó un rato para luego expresarse:

-El guaco es una punta de lo que en él se encierra. Otras veces esta punta no me es perceptible por estos ojos, por los míos. La puerta se cerró tras de mí una vez que entraba en la oficina de Dámaso Mamiña, el notario. Otra vez se cerró al llegar a casa de Javier Licantén. Otra vez, al ir por las calles, distraído. Otra vez, al ir por la rue de Rennes, allá en París. No importa lo que hay detrás del umbral que se atraviesa. Es la vida cotidiana que se aferra a nosotros, que se agarra. A veces se desprende y nos da la paz.

-Tú, Lorenzo, eres un mago. Recuerda, allá en Curihue, cuando hiciste no sé qué artes diabólicas con el perro que se había tragado al chino Fa. El chino Fa apareció, entonces, en lo alto de un árbol.

Me dijo:

-Es la única prueba de magia que he hecho en mi vida. No la repetiré ni pienso más en ella. Chino, perro... ¡adiós! Pero entiéndeme: "Adiós", en este sentido de magia. Porque ambos siguen a mi lado. Como sigue todo aquello y todo lo que se nos presentó anticipado y todo lo que se nos presenta postergado.

Paz.

Silencio.

Dije entonces:

-¿Qué has sentido al cruzar un umbral?

Me respondió:

-He sentido que hay una vida más en nosotros mismos. He sentido que el infinito está en nosotros. He sentido, sobre todo, que no somos los que creemos ser en la vida cotidiana. Éste, el de la vida cotidiana, se aleja avergonzado. Pero ríe y ríe. Le he oído murmurar: "¡Ah! ¡Ahora veamos cómo ordenará esta nueva vida...!". Luego me grita: "¿Por qué te vas? ¡Estábamos tan bien juntos los dos!".

Repitió varias veces:

-¡Cruzar un umbral! ¡Dejar la vida atrás! ¡No cruzar con la vida! ¡Dejarla atrás!

Silencio.

Paz.

-Onofre: la sensación que he tenido al nacer es igual a la sensación que se tiene al llegar a un país extraño.

-Lo sé, Lorenzo; se siente uno solo y aislado.

-Onofre, el ruido que hace la vida viene de muy lejos y ese ruido lo está haciendo la vida al lado tuyo. Se produce ese ruido y se va, se aumenta, a sitios inconmensurablemente lejos. De allí vuelve a tus oídos.

"Recuerdo que miraba a mi alrededor con ojos asustados. Oía y miraba. Me sentía solo y aislado, me sentía un desconocido entre ese barullo de gente que se me antojaba audaz y atrevida conmigo. Tuve que aclimatarme lentamente para no seguir fuera. Al fin logré entrar en el barullo y pasé a ser uno de tantos. Pero una voz no dejó de preguntarme: "¿Habrás logrado entrar de verdad?".

"Era una voz de fuera.

"De dentro oía siempre un consejo que me daba mi cuerpo, que no se cansaba en repetir: "Cúidame, Lorenzo, cúidame como tu madre te cuida a ti".

Desde una pequeña altura mirábamos los campos al sol.

Teodosia Huelén nos dijo:

-Díganme, amigos, ¿conocen ustedes una leyenda eslava, una muy vieja leyenda, sobre la creación de esta Tierra? Ella pasaba en el comienzo de las edades. A mí me gusta mucho y más me gusta aún lo que ese sabio, tan sabio viejo de Barbaciano Mallarauco, me agregó sobre ella. Pero oíganla, oíganla.

En aquellas remotas, remotísimas épocas, no había en el mundo más que cielo y agua; nada más. ¿Te das cuenta, Lorenzo? ¡Cielo y agua! Y tú, Ono, ¿te das cuenta?

En esta inmensidad se encontraban solos Dios y el Diablo.

Dios y el Diablo se aburrían en esta inmensidad desierta con sólo cielo y agua. ¿Qué

hacer? La leyenda dice que ambos sacaron del agua un puñado de arena marina que lanzaron hacia el cielo. Así se formó esta Tierra.

Es todo lo que sé de esta leyenda eslava. Pero aquí viene Barbaciano Mallarauco porque él la continuó. ¿Cómo supo la continuación de la leyenda? ¡No, no, mis amigos, no era una leyenda! Era la verdad. Mallarauco la supo, creo yo, por revelación. Fue lo que me contó, sí, esta revelación.

Sentémonos mirando este paisaje. Ahora escúchenme.

¡Sí, Lorenzo! ¡Sí, Ono! La Tierra empezó a girar y, en ella, brotaron los árboles como éstos que ahora vemos. El agua se llenó de peces y de mariscos. Por los árboles aparecieron los animales. Quedó la Tierra tal cual es hoy día, tal cual, pero..., pero... ¡sin hombres!

Es decir, mis buenos amigos, que el aburrimiento seguía.

Entonces, para pasarlo, echaron a vivir a los hombres en esta Tierra.

¡Estaban de acuerdo Dios y el Diablo! Echar a vivir hombres y ver de qué lado estos hombres se irían. ¿Me entienden?

Dios y el Diablo hicieron una apuesta para ver cuál de los dos tendría mayor fuerza con los hombres: Dios atrayéndolos hacia el Bien; el Diablo atrayéndolos hacia el Mal.

Ustedes comprenden que la lucha sería cruenta, sería horrible. Era una ¡lucha a muerte! Sí, a muerte, si ellos, Dios y el Diablo pudieran morir.

Entonces ambos pusieron a condicionar los paisajes.

Dios hizo los paisajes bellos, tranquilos, como éste que ahora contemplamos nosotros; hizo los océanos y mares tranquilos como un espejo de agua inmóvil; hizo las noches de luna y el cielo poblado de estrellas.

El Diablo hizo los paisajes tenebrosos, las cavernas, los bosques que dan miedo e impenetrables por nosotros; hizo los mares borrascosos, las tempestades, todo aquello que da pavor; las grutas, los laberintos subterráneos, los precipicios que dan el vértigo; los despeñaderos. En fin, ustedes comprenden: eran dos aspectos de la naturaleza, el que guía hacia el Bien y el que precipita hacia el Mal.

Ahora... ¡a tentar a los hombres! Ahora... ¡mostrarles la luz esplendorosa o las tinieblas del horror!

Y ambos, tanto Dios como el Diablo, nombraron sus emisarios aquí en la Tierra.

¡Sí, sí, mi querido Lorenzo! ¡Y a ti, Ono, también te lo digo! En todas las épocas de la historia este mundo ha estado lleno de esos emisarios. Ellos atraen y subyugan a los hombres.

¿Palemón de Costamota? ¡Oh, es un encargado del Diablo aquí en la Tierra! Debe coger prosélitos y llevarlos consigo para demostrar a Dios que ellos, los Diablos, han ganado la partida.

¿Les digo lo que yo pienso? Estoy cierta de que es la idea que abrigan tanto Barbaciano Mallarauco como Bárulo Tarata. Sí, sí; oíganme ustedes bien:

Florencio Naltagua es aquí un representante de Dios.

¿No lo creen ustedes?

Ahora... ¡hay tantos, tantos Palemones en este mundo! A cada rato una se encuentra con un Palemón. Y hay pocos, poquísimos Naltaguas. Cuando me voy a las estrellas... ¡uy!, créanme, respiro. Allá, claro está que hay Palemones pero hay más Naltaguas. Hablemos con claridad, ¿quieren? Oigan:

Hay estrellas en las cuales, por cada representante del Diablo hay, por lo menos, diez o cien representantes de Dios. Y hay algunas en que ningún representante maligno ha

logrado poner el pie. Sí, algunas de éstas que tú, Ono, llamas lejanísimas y cuyas distancias mides por años-luz, o algo así, ¿no es verdad?

¡En ellas todo es un sendero hacia Dios!

Pero hablemos de nuestros semejantes. ¿No creen ustedes que es lo mejor?

¡Nuestros semejantes...! Llegan a dar risa o, tal vez, un calofrío, porque estos semejantes no se inquietan mayormente por esta lucha entre Dios y el Diablo. Vienen al mundo, hacen lo que tienen que hacer y un día se mueren. Es todo, todo... Ahí están, ahí van callados, callados. Forman una insípida y descolorida masa humana. Parecen una materia disponible. ¿No lo creen ustedes?

—¡Mejor, mejor!, dicen los del Bien y del Mal.

Porque para ellos es cuestión de arrimarse a esta masa y hacer de ella sujetos y más sujetos para llevarlos a las filas.

Oye, Lorenzo; oye, mi buen Ono:

Para el Mal la lucha es vistosa, es atronante, rodeada de un bullicio como el de mil bandas de músicos tocando un himno, un verdadero himno con tambores que redoblan. Así atraen y cogen por miles a los humanos.

Para el Bien la lucha es diferente. Es una lucha tranquila y lenta. Es renunciamiento. De tarde en tarde se ve a uno que quiere ir a este Bien. Pero... ¡Oh, ustedes deben saberlo! ¡Qué voy yo a predicarles sobre estos senderos! Basta con echar una mirada y se ve de inmediato: el Diablo gana la partida; ¿no es verdad? Gana, sí... en cantidad. Aquí está todo; el Diablo gana en cantidad; Dios gana en calidad.

Naturalmente, mi buen Ono, que Dios es el total. Al final está Dios, por cierto. Pero yo no me refiero al Dios grande, al Dios inmenso. Me refiero a sus representantes aquí en la Tierra. Hablo de Palemón de Costamota y de Florencio Naltagua, nada más. Ellos deben también luchar y vencer como vencen los humanos que entran por estas vías. A ellos tenemos que encomendarnos según hacia donde queramos ir. No deben ustedes olvidar que el dos por ciento, acaso el uno por ciento, ama de verdad el Bien; en cambio el diez o el veinte por ciento ama el Mal. El resto de la humanidad es amorfo, es, como les he dicho, una materia disponible.

¡Oigan! ¡Afinen sus oídos!

¿No sienten el murmullo de las voces del Bien? ¿No sienten el trepidar de las voces del Mal?

Esa voz potente es la voz del Mal. La otra, la queda, es la voz del Bien.

Le dije a Lorenzo:

—Presiento que en el bosque está Tomba Montbrison. Oigo la voz queda que de ella emana. Es la voz de Dios.

Lorenzo me respondió:

—Como ha sido la voz de Teodosia Huelén.

—Tú, Lorenzo, la mirabas como éxtasis.

Me contestó:

—Sí. Porque siento con ella una afinidad enorme; siento una afinidad que no podría definir. Ella es, acaso...

—¿Quién?

—Jateña.

La noche.

Todo cuanto nuestros ojos habían visto en actividad durante el día, ahora reposaba. Todo dormía: hombres, animales, aves, insectos.

Gritó un mochuelo. Su grito llenó el ambiente. Su grito era dueño de las tinieblas.

Con nuestros pasos huyó una sabandija nocturna. Corrió y se escabulló por entre malezas. Nosotros nos detuvimos. Oímos el canto de los sapos. Volvimos a avanzar. Tomba me apretó el brazo para decirme luego:

—Tengo miedo.

Saltó un gato montés y desapareció.

Repuse a Tomba:

—Eres sugestionable. Estamos en el huerto de La Cantera, en el huerto de Lorenzo, que de día recorres sin preocupación alguna.

Don Irineo Pidinco intervino:

—Usted perdonará, mi señor. La distinguida señora que a usted lo acompaña recorre estos predios de día, es decir, si me lo permite usted, cuando son en realidad unos predios. Ahora es de noche y ya no son predios.

—¿Y qué, don Irineo?

Lorenzo aseguró:

—En la noche rondan espíritus que de día se ocultan. ¿No es verdad, don Irineo?

—Sí, mi señor, esa es la verdad —respondió don Irineo—. Por la noche se levanta todo aquello que de día no vemos, que se esconde: los gusanos, los cuervos y las hienas del invisible. Y todo eso ataca sin piedad. Yo, en el campo, acostumbro a guarecerme entre los garbanzos pues parece que éstos les temen, sí, si ustedes permiten, les temen estos..., estos... Tienen un nombre, con el perdón de ustedes, tienen un nombre que en este momento se me escapa.

Lorenzo vino en su ayuda:

—Stanislas de Guaita, en su *Clave de la Magia Negra*, los llama los Masikim.

—¡Eso es, mi señor, eso es: los Masikim! —exclamó frenético don Irineo.

—Quien mucho sabe sobre estos misterios nocturnos —continuó Lorenzo— es nuestro amigo Tadeo Lagarto. Él me hizo notar, una vez, la diferencia esencial que hay en las noches de las diferentes comarcas de la Tierra. Estaba aquí en La Cantera. Me habló de las noches del Nilo, luego de las noches en las selvas tropicales y de las noches heladas del invierno en el norte de Noruega. Por fin me habló de las noches aquí en nuestro país, en medio de la cordillera y junto al océano. Después de oírlo salimos a andar por los alrededores de las casas. Tadeo me hizo ver, como quien muestra a un ser viviente, la substancia de la noche. Cuando la hube palpado me dijo:

—“Cada noche es diferente, señor Angol; cada comarca tiene su noche en medio del silencio de todas ellas”.

“Luego me dijo que era en la noche cuando, en el plano que sigue al nuestro, se traman las torceduras de los destinos humanos.

—¡Oh, sí, mi señor! intervino don Irineo—. Tiene que ser por la noche cuando se confabulan esos semiseres que pululan en las selvas, como los cumbilecos y los ornitorrincos y demás. En el día son traviesos, son incómodos, a veces, pero de esta incomodidad no pasan, no. Pero por las noches... ¡oh!, ustedes me permitirán, son temibles, sí, temibles.

—Esos semiseres de que usted habla, don Irineo —dijo con certeza Lorenzo— se comportan al unísono con la naturaleza. De día dejan que se tienda sobre ellos un manto de igualdad porque de día se reposan. Tal fue lo que me aseguró Tadeo Lagarto. Y me ase-

guró que era de noche cuando despertaban para tomar sus planes y desenvolver su existencia. Aprovechaban el sueño de los hombres. Se juntaban con algunos noctívagos y afiliados del lado negro y con ellos colaboraban hasta la aparición del Sol. Entonces volvían a la vida relativamente tranquila y traviesa.

Don Irineo, entonces, nos apremió diciéndonos:

—Señora, señores, amigos míos, les pido, les suplico, si no ven ustedes inconveniente, les imploro que volvamos a sus casas de usted, mi señor don Lorenzo. Por grande que sea Su sapiencia y la del señor Borneo y por mucha que sea la de la señora, nada podemos en contra de este trabajo nocturno. Si permiten ustedes, volvamos, sí, volvamos cuanto antes. En su Bóveda de usted, mi señor don Lorenzo, nos cobijaremos unos instantes bajo el hálito que se desprende de ese guaco milenario que usted tiene. Después de esta cobijación les propongo, si no es demasiada mi osadía, les propongo que se nos dé la autorización para ir a entregarnos en brazos de Morfeo. Eso es, en brazos del dios del sueño. Esta noche, si seguimos frente a ella, puede acarrearlos muchos daños, muchísimos daños.

Volvimos a las casas.

Tomba y don Irineo, después de estar breves minutos en la Bóveda, se dirigieron a sus respectivas habitaciones. Teodosia dormía, Lorenzo y yo quedamos en silencio fumando. Por fin me dijo mi anfitrión.

—La frase de Sócrates me persigue permanentemente:

“Sólo sé que nada sé”.

¡Qué verdad encierra, Onofre! Mientras más se piensa, mientras más se estudia y más se profundiza, con mayor claridad se ve que es imposible abarcar a este mundo. Nuevos misterios se ven. Más salta a la vista la pequeñez del hombre. ¡Oh, cómo me alejo de los seres satisfechos que se inflan porque saben tres o cuatro verdades de las llamadas intelectuales!

Nos enorgullecemos porque pensamos y no sabemos por qué pensamos.

Es como si diéramos vuelta un vaso con agua y el agua se enorgulleciera de caer.

Tomamos una determinación que es admirada por los demás y nos enorgullecemos. Pero no sabemos por qué razón la hemos tomado.

Vi, el otro día, un cuadro de Vitelio Doñihue, un cuadro viejo de la época del Pamantumismo. Vitelio me lo mostró con satisfacción y con orgullo. Me dijo:

—Me resultó bien esta tela.

En verdad era una tela acertada. Pero... ¿por qué era una tela acertada? ¿A causa de qué había en ella una comprensión de la naturaleza y una reminiscencia de los autores pasados? No lo sé. Ni Vitelio ni nadie sabe por qué razón logró penetrar a la naturaleza y, junto con ella, al pasado.

Onofre, niego la voluntad.

Todo en este mundo es efecto de una causa y es causa, a su vez, de otro efecto. Al hombre lo veo allí agazapado mirando y mirando esas causas y efectos y sin saber por que ello le interesa.

He llegado a decirme que pienso de éste o de aquel modo porque hay causas que me determinan a ello.

El pensamiento es involuntario. Es susceptible de variar o de tomar otro rumbo por efecto de causas producidas en él mismo pues no todas las causas nos son extrañas; las hay también dentro de él puesto que cada efecto deviene causa a su vez. Por eso es que la educación puede mejorar o empeorar el rumbo del pensamiento.

Es decir, Onofre, tengo yo un pensamiento X; éste produce otro pensamiento, llamémoslo Y, consecuencia de X; luego produce otro más, Z, consecuencia de Y, por lo tanto, de X. Ahora bien, X puede haber venido por causas ajenas, extrañas. Si dichas causas son profundas, profundos serán Y y Z. De ahí que exista, hasta cierto punto, la educación propia y que el hombre pueda subir o bajar su nivel intelectual por su propio pensamiento.

Pero en el fondo dichos pensamientos son involuntarios puesto que el hombre no puede decirse: "al pensar tal cosa voy a pensar tal otra y, de esta última, voy a deducir tal otra".

Voy a ir a un país del que nada sé. No puedo anticipar lo que pensaré sobre él. ¿Qué impresión me irá a causar y qué pensamiento me vendrá de dicha impresión? No lo sé, Onofre, no lo sé. Será, pues, involuntario. Pero se producirá influenciado por mi educación anterior, es decir, por causas ajenas y propias que ya habrá en mí. De ahí que, conociendo el modo de ser de una persona, se pueda presumir el efecto que vaya a causarle un país que no conoce.

Después de todo esto, dime Onofre, ¿dónde está la voluntad, la superioridad del hombre, su dominio, su fuerza? Él es un espejo y nada más. Lo que hay ante él, en él se reproduce y se expresa. En un espejo plano la reproducción es igual; en uno convexo ella es más pequeña; en uno cóncavo, mayor. Es lo mismo en los hombres: las escenas se reproducirán y se expresarán según la forma que tenga su mente.

Así pensaba yo una noche aquí en mi Bóveda.

De pronto mi Anam se presentó. ¡Yo creo tener un Anam también! ¿Lo tendré?

De pronto Lumba Corintia se presentó.

"¡Sí, eres tú! —exclamé.

Luego le dije en voz baja:

"A menudo siento que tú me guías desde allá, te siento como a mi madre. Recibo las fuerzas que me envías; trato de aceptar la vida con toda grandeza. Cuando ésta no viene te llamo, te llamo, Lumba Corintia. Pero, ¿qué quieres? Necesito tenerte a mi lado. Perdóname. Un chico es siempre inconsciente con su madre...

Escúchame, Onofre.

Sentí que el arte en mí había muerto, que seguía el camino de todos. Sentí que escribía por escribir; sentí que cuando mi mano producía, mi cerebro estaba vacío. Había aprendido técnicas, había aprendido la manera de componer y, con ello, había dado muerte a la inspiración. Mi pluma se había perfeccionado; mi alma había desaparecido. ¿Dónde están ahora esos momentos de inspiración, de reconcentración que antes tenía? El medio ambiente que me rodea y mi falta de energías han muerto a esos momentos. ¿Es posible? ¡No, no!

Onofre, es preciso volver a aquellos tiempos, es preciso dar vida al alma. Me repetí muchas veces:

"¡No lo olvides, Lorenzo! ¡Piénsalo siempre! ¡A todo momento debes tenerlo presente!

Hay que ir por la vía del idealismo, hay que impresionarse, sentir y vibrar y *eso* llevarlo al papel. ¡Que la técnica y los sentidos sean un medio, pero jamás un fin!

Porque, créeme, yo siento la naturaleza. Sí, yo siento la naturaleza...

Oí, entonces, la voz de Lumba Corintia que me preguntaba:

—Si la sientes así, ¿por qué hacer otra cosa? ¿Es para caer bien en el público? ¿Para agradarlo? ¿Para oír sus aplausos? ¿O es para recibir vanas recompensas? Recuerda que,

una vez, allá en París, dijiste: "¡Mis escritos!". Recuerda que lo gritaste y recuerda qué fue lo que te impulsó a gritarlo. ¡Vuelve a ese sentimiento! ¡Siente a tu modo, interpreta a tu modo! Oye los consejos en cuanto ellos se refieran a la técnica, a la composición de un libro. Pero en lo demás, ¡oye a Dios!

Calló Lorenzo un largo rato. A lo lejos sentía yo el bosque con sus damitas bajo sombrillas. La luna brillaba protegiendo con su luz las andanzas de los semiseres confabulados en la noche.

¡Qué diferente es el arte a lo que se piensa de él! —me dijo por fin Lorenzo—. Se cree que es un artista el que se emociona y romantiza frente a la naturaleza, el que se estremece ante un espectáculo grandioso, el que deja caer lágrimas al claro de luna. Yo no pienso así. Es artista el que comprende la naturaleza, el que la juzga friamente, no para sentirla sino para compenetrarse en ella, el que trata de ver cuánto existe, desde ese Dios de que me habló Lumba Corintia hasta el último escarabajo. Tenemos que penetrar con nuestro cerebro los misterios reflejados en la naturaleza. Para mí el artista es el pensador; no el vibrante. Es más el que comprende que el que siente, el que comprende sus sentimientos y no el que es víctima de ellos. Por eso es necesario ser artista para no emocionarse a la luz de la Luna.

Golpearon tímidamente a la puerta.

—¡Adelante! —dijo Lorenzo.

Entró don Irineo Pidinco envuelto en su bata. Nos explicó:

—Ustedes perdonarán mi atrevimiento pero esta conversación sobre la noche y lo que en ello traman los espíritus malignos, no me ha permitido, sí, eso es, conciliar el sueño. Entonces me atreví a pensar que tal vez podría, en la compañía de ustedes, calmar estos nervios. Pero no se inquieten, no se inquieten. Ya el sueño ha de venir y sabré retirarme, lo sabré.

—¡Qué idea, don Irineo! —exclamó Lorenzo—. Siéntese usted cómodamente y háganos compañía. Me había yo engolfado en temas que me desvirtúan así es que cae usted maravillosamente.

—¡Oh, tantas y tantas, mi distinguido señor y anfitrión! Comprendo muy bien lo que usted ha tenido la bondad de avanzar sobre esos temas que en uno se cuelan. Yo creo, mi señor, que es una idea que está ahí, que está fuera de nosotros y que espera ser aclarada. Por eso insiste e insiste.

—Como la idea de que nosotros los humanos somos unos intrusos aquí en este mundo —le dije yo—. Es una idea en la cual usted trabaja, don Irineo; ¿no es verdad?

—Sí, mi señor Borneo. Yo rondo en torno a esta idea que, por lo demás y si ustedes no ven inconveniente, es una verdad que se me ha dejado ver.

—Expláyese, don Irineo —dijo Lorenzo—. Onofre tendrá un gran gusto en escucharle. A mí, déjenme ustedes vagar en mis propios pensamientos.

—Sí, mi señor; yo, por mi parte, lo dejaré a usted en este su viaje mental. Espero que usted, don Onofre...

—Por cierto, lo dejaré también. Y ahora hábleme usted de sus nuevas investigaciones sobre estos intrusos que somos.

—Con todo gusto, mi señor Borneo, aunque, si usted permite, ellas no son muchas, no, no son muchas.

Lorenzo se arrellanó en un sillón. Entonces don Irineo habló con marcada preocupación. Me dijo:

-Mi señor, para calarme esta bata prendí la luz que luego apagué. Al encaminarme hacia acá, hacia esta Bóveda, pasé por frente a la cocina. Al verla, una idea me asaltó, una idea que vino a confirmarme en mi creencia de la intrusidad de nosotros los humanos en este bello globo errante. Se la diré a usted, si no ve inconveniente para ello: la luz artificial y la cocina, mi señor. Vi, en ambas cosas, una prueba más de nuestro origen, de nuestro curiosísimo origen. Porque verá usted que somos los únicos aquí en la Tierra que necesitamos esa luz artificial y los únicos que necesitamos una cocina para preparar nuestros alimentos. Los demás pobladores de esta Tierra no encienden luces, mi señor, ni preparan ni aliñan sus condimentos. A ellos les basta el Sol y lo que ofrece la natura. ¿No encuentra usted que nuestro origen es a parte del origen del globo terráqueo?

Le expliqué, entonces, lo hablado por Teodosia Huelén, sobre el cielo y el agua en un comienzo y de cómo, después del aburrimiento que ello les producía a Dios y al Diablo, resolvieron, en son de apuesta, echar humanos en este mundo.

-¡Oh, qué sabia idea, mi señor Borneo, se ha expedido del cacumen de esa distinguida dama! -exclamó entusiasmado don Irineo-. ¡Tiene que haber sido así como ella lo cree y como con tanta sabiduría le explicaron esos dos insignes pensantes de don Barbaciano Mallarauco y de don Bárulo Tarata! ¡ahí está, ahí está el nacimiento de esta lucha feroz entre la natura y nosotros los humanos! Una lucha que, me temo, será coronada por el triunfo de esta natura, sí, mi señor, si usted permite, por el triunfo de ella, la natura. Vea usted cómo nos está colectivizando a todos, tanto a la gente que se dice pertenecer a la extrema derecha como aquellos que se dicen pertenecer a la extrema izquierda. Sí, mi señor, está haciendo de nosotros un numerito colectivo. Lo he hablado con mucha gente y, después que les he explicado esta tan extraña situación me he permitido avanzarles una ocurrencia mía, sí, señor Borneo, una que me atrevería a llamar "idea" mía. Es sobre las razas, eso es, las razas. Porque todos, aunque no lo queramos, pertenecemos a una raza. La nuestra se llama "la raza blanca"; pero hay otras y otras, como sin duda no lo ignora la inmensa sapienza de usted, mi señor. Pues bien, esta raza blanca es la que ha llevado la intrusidad a su máximo. Está como una serie de malhechores en una casa en que sus ocupantes duermen. ¡Quiere triunfar y quiere vencer! ¡Quiere hacer de la natura su esclava sometida! La raza negra no ha tenido estas intenciones, no, no las ha tenido. Los hombres y mujeres de la raza negra no se preocupan por dominar ni por vencer: ellos están con la natura y nada más, ellos son de la natura. Y los de las razas orientales, los de la raza amarilla... Bueno, dicen que, en un tiempo, estos humanos se dieron perfecta cuenta de la situación que ocupaban ante la natura; entonces colaboraron con gentileza, con mucha gentileza, y pudieron vivir en una buena convivencia. Pero, pero detrás de ellos estaban los blancos, mi señor Borneo, sí, estaban los blancos quiénes, látigo en mano, los han forzado a convertirse en dominadores, mejor dicho, a pretender convertirse en tales.

¿La natura? Yo creo que se divierte ante esté afán de dominio que tenemos. Vea, mi señor, cómo ella se viste con sus mejores galas para que la admiremos, nos enamoremos de ella y, sin embargo, no logremos nunca acercarnos a tanta belleza y a tan arrebatadoras y subyugantes galas. ¡Es muy triste pero es así! Recuerde, mi buen señor Borneo, lo que, a propósito de estas galas, escribió cierta vez el tan distinguido prosista Javier Licantén: cuando estaba en un pueblucho del Sur, en un pueblucho sucio e incómodo. Quiso estar en la belleza misma y, entonces, subió hacia un picacho de la cordillera. Cuando regresó escribió:

"Cuando estoy abajo, lo hermoso está arriba. Para gozar de lo hermoso, subo.

Llego a lo alto y encuéntrome con algo totalmente diferente. Giro la cabeza y veo;

cuando estoy arriba, lo hermoso está abajo. Para gozar de lo hermoso, bajo. Llego abajo y encuéntrome que lo hermoso se ha marchado hacia arriba. Por el camino nos hemos cruzado sin vernos”.

Está visto con mucha penetración esto que anotó el distinguido señor Licantén. Por eso lo he copiado y lo paseo conmigo en este bolsillo. Es un modo lento que tiene la natura para hacernos ver que ella no se da. Es un modo de emborracharnos, es un juego, sí, mi señor, un juego malabar el que ella hace con esto de lo hermosísimo que escamotea cuando queremos aprehenderlo. Es una manera de crear neurosis. Porque, dígame usted, mi señor, y si no es enorme mi osadía al preguntárselo: ¿Sabe usted de algún animal que admira la belleza de la natura? ¡No, señor, no lo hay! Pues son de ella. Admirarla sería un narcisismo.

Calló don Irineo. Callé yo también. Lorenzo escribía ahora sentado a su mesa. El fundo de La Cantera vino entero a zumbiar a mi alrededor. Allá, o tal vez aquí a mi lado, vi el bosque. El guaco estaba siempre ahí, inmóvil. El cuadro de Van Aken se acercaba y se alejaba. Por fin don Irineo volvió a hablar más para sí mismo que para mí:

—¡La limitación humana, mi señor, la limitación humana! Por todas partes se habla de arte, de ciencias, de ocultismo y demás. Por todas partes dicen que tal cosa está bien, que es la verdad, que tal cosa está mal, que es una falsedad... ¡Como si las cosas estuvieran estáticas y definidas en un sitio preciso del espacio! ¿Por qué, mi señor, no se dan cuenta de que todo es una unidad, es una sola lámina? Me atrevo a pensar, si usted permite, que lo que cambia no son esas cosas que se creen colocadas en algún sitio. Creo que lo que cambia son los diferentes modos que tiene el hombre de formular una pregunta a un secreto. Pero no..., no. Hay hombres, si usted permite don Onofre, que pasan sus vidas haciendo deslindes en el espacio... ¿Por qué no comprenderán, de una vez por todas, que sólo somos un aparato que tiene variadas maneras de conectarse con la ola eterna y única de vida? Es esto lo que me apabulla, mi señor, sí, lo que me apabulla. Encuentro reposo sólo cuando me entrego a la siembra y cosecha de esos benditos garbanzos. Felizmente que no escasean, mi señor, no escasean. El capitán Angol, el primo del respetado señor que ahora escribe allí en esa mesa, y el tan distinguido hacendado de don Contaldo Nipaco me han asegurado que ampliarán sus siembras, sí, señor, que las ampliarán. Esto me permitirá entregarme más a fondo a mis meditaciones, a las meditaciones que me asaltan.

Sí, sí, hablaré sobre estas dudas si acaso no interrumpimos al señor Angol en su trabajo. ¿No, no lo interrumpimos, es decir, no lo interrumpo yo? Es usted la amabilidad misma, mi señor Angol, una amabilidad que rompe todos los límites. Permítame que hable en voz baja. ¿Sí? ¿Cómo yo quisiera? ¡Oh, tantas y tantas!

Quería solicitar su opinión sobre las dudas que aparecen en lo referente a la verdad del esoterismo y al desarrollo, eso es, del hombre. Son las siguientes estas dudas: una contradicción en lo que se enuncia. No sé si soy muy oscuro pero no encuentro, no, otras palabras para expresarme y usted perdonará la insignificancia de mi léxico. ¡Oh, tantas y tantas!

Seguramente que usted ha oído decir que el hombre actual, en su actual estado de desarrollo, con las facultades que hoy posee, en una palabra, tal cual es un hombre corriente, como lo soy yo, es sólo una ilusión del verdadero hombre. Es decir es algo pequeño, pasajero, que no ha de durar ni debe tomarse en cuenta. Luego existe un algo superior, que es lo que verdaderamente vale, existe el verdadero hombre que no es el actual.

Luego, mi señor, es otro. La contradicción estriba en que, no siendo el hombre actual el verdadero, la vida resida en el hombre inferior y en que sea éste el que ha de llegar al otro. Y esto implica, mi señor, que el inferior es superior al otro ya que éste, así establecidas las cosas, pasa a ser objeto de conocimiento y el primero pasa a ser el conocedor.

El hombre superior es un conocimiento perfecto, es el máximo de desarrollo a que pueden llegar las facultades humanas. Pero este conocimiento es una facultad latente, vivida y exacta. Por lo tanto, considerándolo de una manera perfectamente abstracta, pasa a ser como otro ser con cualidades definidas y que es el verdadero ser. Todo hombre queda, pues, dividido en dos partes: 1º) Su estado de desarrollo; 2º) Sus potencias ignoradas, su realización, su alma.

Hoy día, mi señor, y dada mi insignificancia, yo, el que se apoda Irineo Pidenco, yo, señor Borneo, estoy en la primera parte. Entonces oso preguntarme: ¿dónde está mi segunda parte? Será la respuesta: ella está en estado latente.

Tengo que aceptar esta respuesta; bien, la acepto. Pero el hecho mismo de aceptarla implica que yo en mi estado actual soy el verdadero hombre superior. ¿Qué es, entonces, mi alma? Es, mi señor, un objeto de conocimiento.

El sendero de perfección llega a aparecerme como un vasto panorama que voy contemplando a medida que mi vista me lo permita y cada vez voy contemplando a alturas más elevadas. Luego volvemos aquí al mismo punto, o sea: la realización, mi Yo, es objeto de conocimiento mío, de mí, de "yo". Por lo tanto, oso, nuevamente, preguntarme: ¿Quién soy yo? ¿Quién esté yo que va conociendo?

Esto es lo que me preocupa, mi señor don Onofre, esto es lo que se lanza tras de mí con una, sí, con una... Tal vez va a creer usted en una comparación literaria pero no lo olvida, mi buen señor, que yo no soy literato, que sólo soy un cultivador de esas leguminosas que tanto gustan al capitán Angol y al señor Nipaco. Esta figura que se lanza tras de mí lleva en la mano una enorme espada flameante con la que amenaza castigarme duramente.

Usted comprenderá que el sueño haya escapado de mis almohadas, que me haya calado esta bata y haya llegado hasta esta Bóveda en busca de su tan grata compañía y de la no menos grata compañía del señor don Lorenzo Angol. Pero por las luces, que prendí y apagué, y por esa cocina que se me presentó a los ojos, sentí, ¡otra vez más!, la espada resplandeciente agitándose en torno a esta mi pobre testa.

Pero ahora siento que una dulce calma me invade. Sabía yo que alternar unos instantes junto a su gran sapiencia calmaría estos momentos. Ahora creo que puedo ir a mi lecho y que el tan dulce sueño vendrá pronto a visitarme.

Y siento, además, que la noche, aquí en estos vastos alrededores, se ha tornado más calma. Los cumbilecos y ornitorincos, las escolopendras y lampalaguas parece que se aguardan callados, mi señor, calladitos. Así es que me voy a retirar a mi aposento si ello es permitido por ustedes. ¿Sí? ¡Oh, tantas y tantas! Muy buenas y pacíficas noches les deseo. Eso es, eso es. ¡Muy buenas y muy buenas!

Los vidrios de las ventanas empezaron a desteñirse. Pasando del azul oscuro, negro, caminaba su color a tonos pálidos. Me dirigí a la ventana, la abrí y miré hacia fuera:

Pasaba, en ese momento, el chino Fa vestido todo de blanco, con una gran túnica que se arremolinaba sobre su cabeza y caía hasta los pies. Caminaba lentamente con las manos juntas atrás y la mirada hipnotizada hacia el frente. Seguía, contoneándose, toda de azul claro vestida y lanzando reflejos de plata, el eterno femenino. ¡Oh hermosa, oh cautivante

mujer! Culebreante, rítmica, enroscadora en sus sinuosidades que se alargaban y se acortaban. Grité al verla:

-¿Colomba!

Ella, imperturbable, desapareció siguiendo al chino Fa.

Me fui a dormir. Lorenzo también se retiró.

Momentos después era el silencio en las casas de La Cantera. Un silencio que sólo perturbaba el canto de un gallo, un gallo que, regularmente, seguía cantando cada dos minutos.

Su canto era un enorme pedestal que sostenía una nueva noche que trajo el Sol al fondo de La Cantera.

Me incorporé en mi cama. Luego, con pantuflas y con bata, como don Irineo Pidenco, salí a la noche del corredor de las casas. Por el otro extremo apareció Lorenzo a su vez con bata y con pantuflas.

-¡Preséntese usted! -exclamó cuando estuvo a mi lado.

Obedeciendo a este mandato se irguió frente a nosotros, de un golpe, Palemón de Costamota. Hizo una gran reverencia y luego profirió con voz de trueno:

-Que la tenue luz de esta noche artificial os traiga el tan anhelado sosiego a vuestros turbulentos espíritus.

Contestamos al unísono:

-Mil gracias.

Él prosiguió:

-Don Irineo Pidenco sueña en estos momentos. Contempla su alma y su cuerpo fuera de su persona, como grados a los que tiene que llegar. Lo cual quiere decir que él no es ninguno de esos grados y es lo que ya es: un conocedor que va conociendo más y más. Es como si eso que llamáis "hombre" lo elevarais de categoría en categoría. Durante todo su existir permanece esta dualidad: categoría y hombre, es decir, una entidad, siempre la misma, que sube y progresa.

"En esta dualidad se revuelca don Irineo Pidenco; en esta dualidad se hunde don Irineo Pidenco.

"¡Que se sumerja y se hunda! Yo, mientras tanto, reiré, mis señores, reiré.

"¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

"¿Por qué río? Porque veo, aun muy lejos, es verdad, veo una esperanza que se acerca. Oídme:

"Toda persona que confía en una enseñanza ajena, sin vivirla punto por punto, ya es un cliente mío. Don Irineo Pidenco cae, a menudo, a esta calidad. Pero don Florencio Naltagua lo salva y lo protege llevándolo a la siembra y cosecha del garbanzo. Él fue quien hizo llegar a sus manos aquel famoso libro: *El garbanzo y su relación con lo Infinito*, el libro de ese español que en sí mismo se confunde una y mil veces, don Agatón Fuenterrabía y Monasterio.

"Cuando don Irineo Pidenco lo leyó, lo perdí de vista.

"Luego lo sorprendí y lo envolví en obscuras meditaciones. ¿Queréis enteraros cómo hice yo que el desdichado meditara?

Ambos respondimos:

-Por cierto, Palemón de Costamota, por cierto.

Una nueva reverencia y, en tono confidencial, nos habló del modo siguiente:

—Las categorías, ¿qué son? Ellas son los cuerpos, son el alma, son los poderes latentes. El hombre que los ocupa, ¿qué es?

Así planteado el problema, mis señores, la idea de realización se hace insostenible por el hecho de que el hombre, el alto hombre verdadero pasa a ser una facultad del hombre corriente y nada más que una facultad.

Ahora bien, este hombre corriente ¿qué es de todo ello? ¿Es, acaso, sus sentimientos o sus pasiones? Nadie podrá negar que aquellos y éstas son atributos. ¿Sus pensamientos, entonces? ¿Su voluntad? Atributos también. Puesto que sentimientos en sí, sin que haya quien los experimente, no pueden existir. Pensar sin que haya quien piense...; querer sin que haya quien quiera... ¡No, no mis amigos! Es ello algo incomprendible.

Luego hago pensar al señor Pidínco que hay algo donde todo eso radica. Si lo llama "cuerpos" caerá en los atributos. Donde todo radica es en el alma. Pero antes lo hago abrir un pequeño paréntesis:

Esta alma ¿existe o es una creación del hombre? ¿Él ¿tiene alma o tiene que crearla? Si hubiera que crearla resultaría que el alma procedía de la materia, que esta materia sería Dios. El alma sería cosa fabricada por los hombres... ¡No, no! El alma existe en unidad, en potencia y todos los atributos son emanaciones de ella producidas en un ciclo de evolución.

Don Irineo dice que lo acepta y cierra el paréntesis. Por lo tanto él tiene, como todos tienen, un alma. Sin embargo, si la tenemos, nos consideramos lejos de sentirla o lejos de que ella se manifieste. Luego le es forzoso aceptarla como existente pero fuera de su alcance.

Ahora ve, el infeliz, que toda enseñanza le dice que llegue al alma, le pide que progresa por el sendero y, de este modo, llegue a percibirla. Y la contradicción vuelve a aparecer pues él, que es un cúmulo de atributos y de relatividades, ha de ser quien ha de ir al alma, ha de ser el objeto de progreso, ha de ser el conocedor con relación al alma que pasa a ser lo que él ha de ver y deleitarse con su vista.

Entonces le presento un segundo problema:

El alma existe y él no tiene conciencia de ella. ¿Dónde está, entonces, esa alma? No encuentra más que dos respuestas:

1ª) Existe, vive su vida en esferas superiores, fuera de su alcance, no habiéndose aún revelado; 2ª) Duerme, no se manifiesta, está muerta momentáneamente.

Si es verdad la primera respuesta el mismo problema de siempre vuelve a aparecer: si el alma existe y se desarrolla y vive... ¿qué objeto tiene nuestra existencia y para qué tratar de que nosotros, partes inferiores de ella, lleguemos a ella? Es como si un órgano de nuestro cuerpo, el estómago, por ejemplo, llevara su vida propia con sus propios anhelos y se convenciera de que él no era lo que es y que debería remontarse hasta conocer el cerebro con sus mil magníficos pensamientos y fundirse con él.

Ahora... si el alma 'duerme'... Nosotros tenemos que despertarla. Pues bien, en este caso, ¿qué es ese "nosotros"? Y vuelve lo mismo, o sea, un *algo* que tiene potencialidades dormidas en sí y que anhela despertarlas. Por lo tanto, en uno y en otro caso, más importante que todo es ese algo a quien, como premio por sus progresos, se le concede ver el alma.

Don Irineo Pidínco piensa, entonces, que la respuesta pudiera ser la siguiente:

El algo —que despojado de todo atributo podría llamarse conciencia— y el alma no son más que una sola y misma cosa. Pero esto no llega, de modo alguno, a resolver el problema

pues llegamos a que el alma va despertando poco a poco y teniendo después visiones de sí misma. Don Irineo se pregunta:

—¿Será esto, mi Dios, lo que en realidad sucede?

Pues el despertar de un alma se iría produciendo de lo pequeño a lo grande y toda la evolución sería un “darse cuenta”. Pero entonces, si él es un alma perfecta y tiene conciencia de una centésima parte de la misma, ¿dónde y en qué estado se encuentran las noventa y nueve partes restantes? Se responde:

—En estado latente, sí, señor, en estado latente.

¡Y vuelta a lo mismo! La única diferencia conseguida, si parte de la base de que conciencia y alma son una misma cosa, es que queda descartada definitivamente la idea de algo que conoce. Lo que conoce y lo conocido es lo mismo. Sentir, pensar, desear... serían manifestaciones directas del alma. Pero entonces nada quedaría en calidad de atributo, ni de cualidad ni de defecto, ya que todo pensamiento, todo sentimiento y deseo pasarían a ser grados de autoconocimiento.

Pero... ¿antes? ¿En un ser primitivo, en un salvaje?

La conciencia aun no ha despertado; existen sólo manifestaciones regidas de acuerdo las unas con las otras. Resultaría que el alma empieza su autoconocimiento con la manifestación del movimiento. Luego vendría la manifestación de conciencia. Pero en el dicho estado de movimiento, ¿dónde está el alma que así se está manifestando?

Don Irineo Pidincó no acepta su inexistencia porque en tal caso resultaría ella creación de la materia.

Se pregunta perplejo:

—¿Dónde, dónde está?

La respuesta es:

—Inmanifestada, dormida, ¡muerta!

Ante la idea de almas muertas... ¡Oh, mis amigos, oh, cómo se debate y cae el infeliz! ¡Cuánto añora sus buenos garbanzos!

Por cualquier lado que tome la respuesta no le es satisfactoria. Si las almas no están muertas y viven su vida aparte, entonces vuelve la idea de la inutilidad de la manifestación consciente, viva y materializada que se transforma ante su creadora en una dualidad e invierte los papeles pasando a ser el creador objeto de conocimiento del creado.

Quédale, sin embargo, una última hipótesis y ella sería la de suponer las almas vivas viviendo sus respectivas vidas con plena conciencia de sus actos, estudiando y pensando.

Así todo no sería más que pensamiento de algo superior y las vidas de los seres, ideas de las almas.

Un alma piensa lo que su desarrollo le pide que piense y su acto de pensar es una cosa o un ser que se produce. Se llega así a la concepción del mundo como un pensamiento divino.

O bien..., o bien... ¡diabólico!

Don Irineo sufre, sufre. Yo río, río.

¡Aaaaah! El otro día pensaba el pobre hombre y ahora sueña que a medida que un ser progresa va comprendiendo que todas sus partes son el no-yo. ¡Aaaaah! Esas partes que antes consideraba como su Yo, o sea, mis amigos, que él es lo cognoscible y no el conocedor. Y le susurro, como una brisa, pequeñita brisa que lo envuelve, que en la etapa humana hay un cognoscible y conocedor, que hay partes de uno que se reconocen como propia propiedad.

A lo lejos despiden colores los garbanzos.
A lo cerca paga don Irineo Pidenco el hecho de no querer frecuentarme enrollándose a sí mismo en estos tremebundos misterios del alma.

Y sufre, sufre...

Yo río, río...

¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja! ¡Ja, ja, ja!

Desapareció Palemón de Costamota.

Lorenzo y yo nos fuimos a acostar. Al dirigirnos a su dormitorio un hombre nos detuvo y nos saludó. Lo reconocí en seguida. Era Romelio Renaico. Nos dijo:

—Vengo de partes lejanísimas. He cumplido con mi misión y ya estoy de vuelta. Ahora pido un poco de reposo. Ello no quita que podamos charlar una vez que me haya tendido en un lecho.

Inmediatamente Lorenzo lo condujo a una habitación de alojados donde Romelio Renaico se echó sobre la cama y se desperezó. Lorenzo le preguntó:

—¿De dónde viene usted, señor Renaico?

Nos miró con una sonrisa beatífica. Luego nos dijo:

—Vengo de la reunión de los "supers". Así llamo yo a aquellos que nos envían a este mundo, a aquellos que nos buscan un sitio y un padre y una madre para que pasemos una vida más en esta Tierra.

Recuerdan ustedes, sin duda, aquella serpiente ondulante que de mis palabras, cierta vez en el Convento de los Jerónimos, dibujó Marulí Carampangue. En ella los momentos hacia lo alto son siempre mayores que los momentos que se hunden en las bajas pasiones. Tuve, hace poco, una altísima ascensión. Ella me conectó con la reunión de los superhombres, o de los supers, como los llamo, pues ya hace tiempo que han sobrepasado su calidad de hombres.

Allí estaban. Allí distribuían los futuros nacimientos. Allí me senté junto a ellos y, en silencio, escuché.

Mi cuerpo quedó en mi celda del Convento.

El tiempo desapareció o, al menos, desapareció en el modo que aquí lo consideramos.

Estaban ellos reunidos en torno a una mesa, como los caballeros de la mesa redonda. Se distribuían el alto cuidado de los hombres de esta Tierra.

Se los distribuyeron.

Los hombres que recibían su papel eran lanzados a este globo y acometían su mandato. Cuando venía el sueño y dormían volvían junto a esta mesa redonda y daban cuenta de sus obras. Luego volvían a sus cuerpos. Esta venida hasta el reino de los supers pasaba al olvido.

¡Qué de engaños sufrían los supers!

Al mismo tiempo ¡qué de acertadas!

Allí estaba yo cuando llegó el sueño de Romualdo Malvilla envuelto en hálitos alcohólicos. Habló. Aseguró que él se emborrachaba para poder rememorar su verdadera patria porque, aquí en la Tierra, se sentía como un hombre de objetivo errado, como un intruso y sólo como un intruso. Preguntó varias veces:

—¿Hasta cuándo me tendré que emborrachar?

Una voz le respondió:

—Hasta que os conforméis con vuestra calidad de intruso tal cual ha sido vista por Irineo Pidenco.

Otra voz agregó:

—Paciencia y ¡adelante!

Una conclusión se presentó ante mí: “No intervenir en el destino de los demás; pero ¡ayudar siempre!”.

Vino a mi mente la imagen de Bárulo Tarata. Él se acuerda, durante su vigilia, de los ratos en que ha alcanzado hasta la mesa redonda. Él ha ido hasta ella a purgar su pecado de la propia infatuación que, en un momento, lo poseyó. Llega a la mesa redonda y allí medita sobre la humildad. Luego regresa a su casita. Vuelve al bosque de Guayacán. Sabe que transformar la arrogancia que tuvo en humildad sincera es trabajo muy arduo. Allí en el bosque, junto a las hierbas y a las piedras, Bárulo Tarata se está preparando para, un día, ir ya en forma al mundo.

Se detuvo un momento Romelio Renaico. Quedó en meditación, en una, al parecer, molesta meditación. Al fin Lorenzo lo interrogó. Le respondió Renaico:

Hay algo malo al hablar de estas cosas, algo dañoso; es tener que referirme a ustedes en un lenguaje común, es decir, tener que adaptar a nuestro idioma, hecho para las cosas concretas, aquellas imágenes de que he sido testigo. ¡No hay más! O cosas concretas o imágenes literarias.

Amigos míos, no es ni lo uno ni lo otro. Es una verdad superior que en ella funde las cosas llamadas concretas y las imágenes llamadas literarias para darnos la verdad que sigue.

Les he hablado a ustedes de “mesa redonda”; les he dicho que los hombres van a estas reuniones durante su sueño; les he mencionado a los superhombres; les he citado a personas como a Romualdo Malvilla y a Irineo Pidinco. No encuentro otro modo de expresarme ni creo que lo haya. Les ruego, pues, que lo mediten, que mediten la idea que se esconde entre mis palabras. Verán así, que al querer expresarla, habrá que recurrir a motivos y símiles materiales.

Pero permítanme ustedes que les hable de Bárulo Tarata. Son pocas palabras las que diré sobre él. Lo vi en su sueño allá. El hombre meditaba; en todo caso estaba cabizbajo. Luego cambiamos algunas palabras. Tiene Tarata una franca afinidad con Nicoll, con Maurice Nicoll. Me dijo que sus escritos eran tema de sus cavilaciones y que algunas de sus palabras lo acompañaban en sus paseos por el bosque de Guayacán. Me citó a Nicoll; ha de crearse un estado en uno ajeno al “amor propio”, única manera de conectarse con un plano superior. Sobre esto decía:

“Ha de crearse a través de una serie de trabajos que no tienen por base el amor propio y que no pueden comenzar partiendo de la admiración de sí mismo.

Luego agregó:

Únicamente el reconocer que hay grados superiores de realidad, y las emociones que surgen de tal reconocimiento, pueden proporcionar el verdadero punto de partida.

Y por fin dijo:

Quien pueda ser tan sencillo que encuentre un verdadero placer en las cosas que hace, y que verdaderamente se interese en lo que trabaja, evidentemente da un paso más allá del amor propio.

Quedamos un rato en silencio. Lorenzo le preguntó:

—¿Quiere usted descansar?

Contestó:

—Siempre que no tengan ustedes alguna pregunta que posarme. Nada me reposa tanto como charlar con amigos.

—Señor Renaico —dije—, cuando usted sigue el curso de esa serpiente ondulante que lo lleva tan alto, ¿adónde va en sus descensos, a qué punto lo llevan?

Me respondió:

—A la nada, al vacío absoluto, a la desorganización mental. Todo se detiene en mí. Quedo a merced de lo que ocurre en torno mío. La ilación de mis ideas y de mis propósitos queda rota. Siento, allá lejos, cernirse sobre mí una región superior, una región que aguarda. Me callo, entonces, me repliego en el vacío de mí mismo. Y caigo en oración. Así espero que el Sol nuevamente se levante.

—Una pregunta más —dijo Lorenzo—. Es sobre algo que me inquieta. Por eso me atrevo a inquirirlo: ¿Por qué nos ha contado usted estos viajes hasta la mesa redonda? ¿Qué tenemos de especial para oír sus confidencias?

La respuesta de Renaico fue sencilla:

—Sé que ustedes necesitan la serenidad del Yo; que este Yo esté siempre plácido, imperturbable y en espera. Es lo que necesitan los que van subiendo a través de la experiencia. No olviden que estas experiencias pueden ser dolorosas. ¡Y ojalá así lo sean!

Nos retiramos Lorenzo y yo. Dejamos que Romelio Renaico se entregara al reposo.

Me fui, entonces, al bosque.

Quería volver a encontrar la vida llena que él me había brindado la vez anterior; quería ver a los veteranos hablando sobre el chiquilín que pasa; quería ver las turmalinas y ensordecedoras; quería verlas remontándose por los aires hasta la bóveda negra; quería afirmarme sobre un plátano oriental de 7.500 años de edad; quería oír, nuevamente, que tener 75.000 años no es tener ninguno; quería ver al Pasado y oír su voz al pie de inmensos licoforos; quería oír el vuelo invisible, porque ya es la noche, de tiuques, jotes y peucos; quería saber, ¡por fin!, quién había sido esa niña que fue hermana de Lorenzo, esa niña que llamaban Jateña; quería hallarme frente al antiguo Egipto y frente a la Edad Media y ver cómo van levantándose, simultáneamente, las Pirámides y las catedrales góticas; quería tener remembranzas de aquella feroz batalla de Antioquía donde había muerto Sulpicio Calatambo; quería ver, estando al lado de Teodosia Huelén, el volcán Coscorrón cubierto de nieve y esa bufanda que ora se extiende por los cielos y ora se envuelve en su garganta; quería que Florencio Naltagua me asegurara una vez más que el presente no es una línea recta y nítida que se aleja; quería que me asegurara que nuestra vida es múltiple y que en toda esa multiplicidad vivimos nosotros los hombres simultáneamente, y, al preguntarle yo por qué no nos vemos vivir, quería que me respondiera: "Porque nuestra vista está demasiado solicitada por los objetos que nos rodean"; quería ver los bosques espesos, impenetrables, de malihuillas y de musgos grandes como encinas; quería estar sobre la tumba del hombre de Neanderthal; quería ver los funerales de Julián Ocoa pasar lentamente llevados por muchos frailes silenciosos bajo el peso de un funeral sobre sus hombros; quería oír la música de su violín y oír su voz diciéndome: "Jateña fue una no coincidencia entre dos vidas"; quería que el eco de esta frase retumbara en la garganta de aquel gigante que sale del escritorio de mi padre y pronunciara: "Colomba fue una no coincidencia entre dos vidas"; quería que el viento silbara y que la nieve se extendiera, entre ríos caudalosos, hasta allá, allá; quería que se hiciera real la evocación de Chinchilla; quería volver a verte, a ti, verte un instante y arrodillarme frente a tus pies, ¡oh, mi niña Tomba, mi Tomba Montbrison!

Caminé hacia el bosque; caminé solo y en silencio.

Llegué, por fin, a su paz atronadora.

¡Nada!

La ruta me había sido pesada; el camino, áspero. En un momento resbalé y caí en una charca de barro. Callaron, a una voz, las chicharras. Vi que su chirrear se detenía un instante sobre mí, me miraba con asombro y luego se alejaba tras su destino. Me levanté suavemente y seguí marchando. Oí el bufido tal vez de un toro. Me detuve. Entonces, por un minuto, los sapos entonaron su canto y vino nuevamente el silencio.

Llegué, por fin, a su paz atronadora.

¡Nada!

Los misterios que en él se ocultaban no se mostraron. Habían sido tragados por los enormes troncos y ahora nadaban por su savia.

Llamé, sin gritar, sin ni siquiera murmurar:

—¡Tomba, Tomba Montbrison!

Zumbaron varias mariposas nocturnas. Esperé.

¡Nada!

Me dije:

—Las mariposas nocturnas son silenciosas, no deben zumbar como zumban los insectos diurnos.

Ahora grité:

—¡Las sombrillas! ¡Balanceaos entre los árboles! ¡Cubrid el rostro de Colomba y de mi Tomba!

Nada... Entonces emprendí marcha de regreso cuidando de no volver a resbalar y embarrarme. Vi luz en la Bóveda de Lorenzo.

Entré

Conversamos mucho. Sucedieron varias noches y varios días. Oía, de cuando en cuando, pasar a la vieja pregonando sus mercaderías. Oía ladrar a un perro. Oía, a intervalos regulares, cantar a un gallo. El guaco estaba inmóvil. El fin del mundo se retorció, ardía y explotaba bajo la mirada serena, por fuera, de Jacob Van Aken.

Lorenzo hablaba. Sus palabras revoloteaban junto a mí. Algunas de ellas lograban penetrarme.

Aquí las pondré al azar de mi recordación.

—Has vuelto al bosque, Onofre, y nada has visto. No había veteranos ni turmalinas ni ensordecedoras. No encontraste ningún plátano oriental viejo de 7.500 años ni divisaste al Pasado. Los inmensos licofores estaban quietos. Dormían en la noche los peucos, jotes y tiuques. Nada supiste sobre Jateña. Estaba, acaso, detrás del antiguo Egipto contemplando una catedral gótica que lentamente se levantaba sin hacerse presente a tus ojos ansiosos. ¡Silencio Teodosia Huelén! ¡Silencio Sulpicio Calatambo! ¡Duerme, volcán Coscorrón, envuelto en tu bufanda! Florencio Naltagua no te habló. Tu vista estaba solicitada, como tus oídos también, por el mutismo enhiesto de esos troncos que te rodeaban. La malihuilla se había empequeñecido para no estorbar los funerales de Julián Ocoa y no estorbar los pasos de los frailes que lo llevaban. No murmuró su violín. Así es que no oíste que Jateña y Colomba fueron dos no coincidencias entre dos vidas. El viento no silbó y los ríos caudalosos no corrieron. La nieve no se extendió. Chinchilla no se hizo real a los clamores de tu voz por evocarla. Porque tu voz gritó: ¡Tomba Montbrison!, y Tomba no apareció.

¡Nada! ¡Nada!

Mejor es que estés aquí bajo la protección del guaco. Junto a él podrás ver el retrato de Lumba Corintia. Es su mirada la que detiene el fin del mundo que Van Aken quiere precipitar.

Fuiste al bosque, Onofre, fuiste pero dejaste tu mente aquí en las casas de La Cantera. No la hiciste entrar en el silencio y en la inmovilidad.

Yo he ido con otros al bosque; lo hemos recorrido entero, de extremo a extremo. Como tú ahora, nada he visto. Sólo he presentido que había una distancia planetaria entre el alma del bosque y el alma mía. ¿Sabes tú por qué? Porque los otros, mis acompañantes, seguían en las ciudades verificando que en él era todo incomodidad y aspereza. Yo tenía que defenderme para no ser tomado por los árboles y allí, entre ellos, desaparecer con un estado de ánimo que no hallaría concordancia en su vivir. Pero ellos deben haber quedado convencidos de que estuvieron en el bosque conmigo. Porque daban demasiada importancia a la tierra que hollaban sus pies.

Sé, Onofre, que nuestros cuerpos han estado juntos. Pero mi mente, como la tuya ahora, había quedado aquí.

Me repetía en vano:

"No, no es posible que estemos solos; nuestra voz tiene que ser oída en alguna parte.

Cuando se fueron esos visitantes me encerré aquí en la Bóveda. Le escribí a Lumba Corintia. Me vino de inmediato otra imagen y el bosque de aquí desapareció. Me vino el recuerdo de mi visita a la laguna del Quepe, años atrás. Con ese recuerdo le escribí:

Lumba, ¡bosques y más bosques de troncos quemados! A pérdida de vista y para donde se mire: troncos quemados, calcinados... Lumba Corintia, lo terrible es que son troncos... ¡silenciosos! Pues el silencio es sencillamente aterrador. De pronto, en medio de ondulaciones del terreno, apareció la laguna del Quepe, laguna grande, casi un lago y... en la paz más profunda que es dado imaginarse. Cerros, troncos, agua y... ¡nadie! ¡Silencio, mi Lumba, silencio! ¡Schcht! El cielo azul inmóvil. Créeme que fue la primera vez que me di cuenta de la inmovilidad del cielo. Pasó entonces una bandada de patos silvestres que volaban sobre la laguna. Pasaron para recordarme que había vida. Pasaron y se fueron y... otra vez más el silencio, el detenimiento total de cuanto existe. Entonces te hablé, Lumba Corintia. Tú, tomada de mi brazo, me contestabas. Pero cuanto decíamos era sin importancia porque se iba volando, como esos patos, por entre los terribles troncos, sí, mi Lumba, terribles o no sé si muy acogedores. Porque, te diré, que daban ganas de quedarse ahí, daban deseos de no moverse más y de vivir en esas soledades.

La soledad... Es, Onofre, lo que en mi vida me persigue, la terrible soledad de no poder estar EN nadie. Cuando ella se siente, el mundo se separa de uno y se aleja. Todo acercamiento es inútil. Se empieza a ver que sólo se hacen semáforas para entendernos en cosas primarias. Esta es la más cruenta experiencia de una soledad completa.

Te das cuenta de tu "invisibilidad".

Y te das cuenta de que todos son invisibles.

No hay posibilidad de un acercamiento perfecto con nadie. Quieres hablarles, quieres fundirte en alguien. Y te ves haciendo semáforas y recibiendo de ellos otras semáforas que interpretarás según ese Yo oculto que hay en ti.

Vuelve, Onofre, la espantosa soledad.

En este momento te recoges en ti mismo. Contemplas, entonces, lleno de un terror místico, el espantoso, el tremendo misterio del hecho de vivir. Ante él, todos los demás se ven como cosas mínimas, pequeñitas, que se alejan y se encogen. El mundo entero te da vueltas. Te detienes. Piensas:

“¡El secreto va, por fin, a revelármese!

No. Nada se revela. Vuelve el llamado de los sentidos. Te dejas llevar por ellos y los sigues. Como los seguí yo, el otro día, tomado plenamente por unas hormigas que corrían veloces tal vez huyendo del ruido de cristales que se desprendía, allá en lo alto, de sus galerías subterráneas que habían estallado. ¡Sí, sí, Onofre, como tú las viste la otra vez que fuiste llevado al bosque o que el bosque se acercó a nosotros haciendo rodar la tierra donde él crece!

Estallaban, crujían las galerías y huían las hormigas. O tal vez continuaban sus faenas.

Entonces vi que se acercaba a mí la tía Chacha. Alcanzó a formular sus primeras palabras:

—Yo fui tan amiga de tus...

Ante la invisibilidad de los seres comprendí la necesidad de oír a la tía Chacha. Ante el misterio de vivir comprendí la necesidad de mirar a las hormigas. Volví a la Bóveda.

Cogí un diario mío, un viejo diario que escribí en 1919. Me puse a hojearlo. Quería calmar esta nerviosidad que me había tomado al caer, una vez más, en la idea de nuestra invisibilidad. Te leeré lo que cayó a mis ojos:

Julio 21.

No sé por qué, desde hace algún tiempo, tengo como un débil presentimiento de que voy a concluir loco. Pienso en cuáles son mis ideas, cuáles mis tendencias y cuáles mis gustos, cómo y en qué sentido voy evolucionando y llego, muy a pesar mío, a ver que ese débil presentimiento es una indiscutible realidad. Si alguien entrara en mí, ¿no vería en mi cerebro el cerebro de un loco? Pero hoy por hoy la cordura de mis actos y la indiferencia en la vida, el equilibrio en cuanto hago demuestran que la locura está aún muy lejos.

Desde luego, soy raro. Ese odio al mundo es una rareza, común si se quiere, pero en mí la acompaña una tal impotencia de hacerla real que, sin duda, mi desprecio a la gente es un extravío de mi mente. Esta contradicción la encuentro hasta en los menores pensamientos que me nacen. Deseo algo con el mayor ardor imaginable y no puedo ni siquiera tratar de conseguirlo. Todo me aleja y todo me distrae del ideal soñado: la bulla, la luz, los amigos, el cielo y, sobre todo, la extrema clarividencia con que logro entender el universo. Un equilibrio completo me llena y una naturalidad tan clara veo en todo que no llego a comprender ni puedo volver a sentir mis deseos ardientes, mis preocupaciones misteriosas, mis sueños complicados, mis locuras.

De pronto, como si se descorriera un velo que cubría al universo, todo cambia de aspecto antes mis ojos y siento que el verdadero Yo reaparece. Entonces las ideas más extrañas me asaltan, pienso absorto sobre el mundo, sobre su principio y su fin; medito sobre el alma humana; medito sobre misterios que no logro definir pero que alcanzo a columbrar. A veces, queriendo dejar constancia de estas meditaciones, anoto las conclusiones a que llego. Cada una de éstas, una vez bien formulada, me sugiera otras tantas. Sigo escribiendo y anotando hasta que la inmensidad de mis pensamientos me confunde. Quedo entonces con la duda si lo que he pensado son locuras o rasgos de genio.

Por otro lado experimento sensaciones muy extrañas. Esa idea del abandono que me atormenta a menudo, que viene a mí sin que nada cambie, habiendo todo a mi alrededor menos abandono, ¿no es una locura?

Además esa otra idea que no he podido formular, que sólo diviso en contados momentos, la idea que me asaltó aquella noche invernal en que por medió de la calle, bajo una lluvia a torrentes y con un viento helado, corría gritando y maldiciendo una vieja zaparrastrosa, dándole una importancia extrema a alguna contrariedad que habría tenido. Este cuadro miserable evocó en mí la imbecilidad de la gente al darle importancia a los hechos de esta vida..., cuando esta vida... Aquí está lo que siento y no defino: cómo considero la vida al sentir el contraste de su inmensidad con el concepto que el mundo le tiene.

Ya es tarde; me acuesto; leo un rato. En seguida, como es mi costumbre, me quedo sentado en la cama pensando. ¿Qué pienso? Pues, en el silencio. ¿Qué es el silencio? Medito, reflexiono, sobreexcito mis sentidos, escucho, algo escuchando... ¡Nada! Pero el silencio lo siento no sé cómo y siento que es algo enorme, indescriptible, algo que aterra.

Por él siento rodar al tiempo que pasa. ¿Pasa? ¿Cómo avanza el tiempo? ¿Cuándo? ¿De qué modo? Hay que aislarse de todo lo que caracteriza su camino: la hora, la noche y el día, el nombre de los meses, las estaciones. Hay que considerarlo solo, solo a él, al tiempo y pensar, en el silencio, si es él el que avanza o si somos nosotros los que avanzamos sobre una inmovilidad.

Arrojo lejos de mí estas ideas y, para distraerme, miro cualquier cosa. Y bien: ¿Dónde sentimos la sensación de la vista, en los ojos o en el objeto mirado? Todos contestarán que es en los ojos. Sin embargo...

A veces creo que vivo en una esfera diferente del resto de mis amigos y de mis relaciones. Los oigo hablar y los oigo discutir sobre problemas de actualidad, los oigo opinar sobre todo lo que ven y discurrir sobre temas escabrosos; no es raro que lleguen a filosofar. Entonces siento el abismo que nos separa; me veo rodeado por una manada de animales.

¿Cómo —me digo— es posible que ni siquiera hayan entrevisto que tras las apariencias hay un algo muy grande, una inteligencia y voluntad superiores de las cuales, cuanto vemos, oímos y palpamos, no son sino simples manifestaciones?

Luego me encuentro con grandes personajotes, con los grandes de Chile. Pues bien, ¡la misma impresión! A lo más son personas que pueden obrar y producir dentro de una esfera de acción. Me hacen el efecto de una rata que se halle en una habitación rodeada de tierra; acto continuo se pondrá a hacer una cueva, a obrar y a producir. Pero, ¿llega a ella la pregunta de que por qué se halla allí? No; esta pregunta no llega.

Así son ellos, los grandes que encuentro: ¡buenos obreros de un oficio clasificado como bueno!

Pero, después de ver que ante los ojos de todo el mundo mis conceptos sobre ellos aparecen como absurdos y que los personajotes siguen en la cúspide de la gloria, tengo que preguntarme: "¿Seré, entonces, yo el raro?"

Yo no soy tonto ni tampoco soy genio. Entre las personas que conozco hay muchas clasificadas de genio. ¿Cómo es posible entonces que nada vean, que sus miradas se detengan en la materia de las cosas y el alma se les escape? Yo veo mucho más lejos; lo que no veo lo comprendo; lo que no comprendo lo presiento. El universo, el hombre, todo, me aparece, no como un accidente cualquiera sino como el efecto de una voluntad superior.

He llegado a un punto en el que nada me aparece "porque sí"; todo me aparece formando parte de un conjunto sublime, obedeciendo a una sublime voluntad; y que marcha, se desarrolla y crece.

Ahora bien, ellos son genios y yo no lo soy.

¿Qué deducir?

Que mi vista se ha extraviado.

Sin embargo sigo creyendo en mí. Pero, ¿adónde voy?

Veo tres caminos extenderse ante mi vista por las tinieblas del porvenir. Por el primero mis locas preocupaciones siguen aumentando cada vez más reconcentradas y extrañas; al fondo dice: "Casa de orates". El segundo camino es hermoso; si entro en él puedo emanciparme del medio ambiente; en él mis ideas se afianzan, toman un rumbo grande que me lleva a esferas superiores. Al fondo dice: "Genio". El tercero me da horror. Entro en él y mis preocupaciones ni se esfuman ni se afianzan; libre de ellas me convierto en personaje, el mundo se inclina a mi paso, la vulgaridad me aclama. Al fondo dice: "El camino de todos".

Di vueltas algunas páginas. En ellas vi un retrato mío más arisco, más huraño. Óyeme, te lo pido:

Agosto 9.

Anoche no pude dormir. Estuve despierto hasta las 6 de la mañana, furioso en contra de todo el mundo y analizando esta vida, los hechos y el universo y encontrando en todo vergüenza, miseria; viendo que la vida es una farsa, que los que reciben el título de honorables y morales son sólo egoístas mezquinos, hombres de miras estrechas; sintiendo que la virtud y el genio son palabras que no dan eco; que todo lo que se hace es bajo y miserable y que lo que uno creyó un santuario cuando pequeño es un foco de esa misma pequeñez que acompaña toda obra humana.

Me encontraba solo en el mundo, desterrado y olvidado con mis pocas aspiraciones, solo en medio de todos los demás que llevan como divisa: "Prejuicio"; como norma: "Frivolidad"; como ideal: "Satisfacción propia".

Junto a mí sentía también abandonado todo lo grande del mundo... Cuántas historias imaginé, no podría decirlo. Eran historias, a veces, con desenlaces felices; otras con desenlaces fatales. Quería huir de este país y de esta gente para poder realizar mis aspiraciones, no en la soledad sepulcral en que vivo sino con algo que fuera un estímulo, una alegría.

Todos mis sueños concluían, naturalmente, en nada. Sólo oía el reloj dejar caer, una a una, las horas en medio del silencio que me envolvía.

Luego leí una pequeña juerga. ¿Podría considerarse como un paréntesis en mis tribulaciones? No, no lo creo. Mi estado de ánimo se revela, creo, en ella. En fin, tú dirás:

Agosto 15.

Día de fiesta. Rosendo Paine, Javier Licantén y yo hacemos un paseo en auto con Guacolda y Taciana a la Quinta de los Alerces. Allí pedimos un comedor reservado y nos hicimos servir las once con abundancia. Había en ellas trago fuerte, vino, sandwiches, tortas y qué sé yo. Había también chacota, había abrazos y besos. Rosendo pidió una guitarra y, como quien hace un regalo, se la pasó a Guacolda. Entonces Guacolda cantó acompañándose admirablemente con ella. Cantó varias veces pero en mi recuerdo ha quedado *La Perjura* que fue, sin duda, el mejor momento de nuestro paseo. Nuestro comedor estaba casi a oscuras y la voz de Guacolda, una voz suave y muy dulce, se dejaba oír con tanta tristeza que todos guardábamos silencio escuchándola. A lo lejos el sol alumbraba sólo la cumbre de la cordillera completamente nevada. La oíamos recostados en las sillas y ella, embriagada con su canto, cerraba los ojos y modulaba:

Cuando te veo pasar radiante
con otro amante
cual antes fui...

Así continuaba, más bien susurrando que cantando, para dejar perderse en un suspiro la última nota. Entonces, con nuevos bríos y llenando el comedor con notas ardientes, exclamaba:

¿Por qué no fueron aquellas horas
como soñé...?

En seguida Rosendo y Taciana bailaron cueca, luego anduvimos por los jardines y regresamos ya de noche a casa de Guacolda donde seguimos de juerga hasta el día siguiente:

Agosto 18.

Cuando estoy en medio de la gente, ¡no! Cuando estoy solo, entonces ¡sí!, soy un loco asediado por ideas de más en más extrañas, ideas que me llevan a una tierra de voluptuosidades que me estremecen. Para convencerme me basta lo siguiente:

Si alguien entrara en mí, recorriera mi vida y penetrara en mis más profundos pensamientos, tendría que decir:

—¡He ahí un loco!

Sin embargo soy uno ignorado que ha gozado al sentir que los que me acusarían de loco nada saben ni pueden nada saber. Porque debo tener sólo un lado de loco, el lado que escondo en lo más hondo de mi alma y que saboreo, de cuando en cuando, en la soledad. Mi otro lado es cuerdo, equilibrado y me siento con una clarividencia completa y sensata. Pero en todo lo demás... ¡Dios mío! ¿Sería ello posible?

Noviembre 28.

¡Estoy desesperado! ¡Toda mi familia me repele! ¡Oh, siento una distancia tan grande entre ellos y yo, entre yo y todo el mundo, al fin y al cabo, que me he vuelto a sentir solo en el mundo. He vuelto a comprender que no hay ni una idea común, ni una aspiración, ni una nada entre la gente que me rodea y yo. He deseado escaparme lejos para no volver nunca más, escaparme solo, solo, pero, en fin, ¡lejos!

Diciembre 4.

Hace un mes, a esta misma hora, me encontraba en La Cantera y recordaba tantas cosas. Hacía un rato solamente que Lumba Corintia, cerrando los ojos, se había recostado sobre mi hombro, completamente abandonada y tendiéndome los labios. Hoy... ¡cuánto he cambiado y sufrido! Porque tengo la impresión de una soledad de tumba que me persigue a todas partes. Me encuentro solo en el mundo, solo cuando estoy con los míos, solo en medio de mis amigos, solo con Lumba Corintia, solo en todas partes, a todo momento, en el descanso y en el trabajo. Pues, ¿quién vive conmigo, quién me acompaña? Yo voy por un camino; los demás van por otro muy diferente. Siento a cada paso el abismo infranqueable que existe entre mis relaciones y yo, siento la imposibilidad absoluta de encontrar aquí en la Tierra alguien que piense y proceda y viva como yo. Siento un vacío enorme a mi alrededor que todos me evocan y que, sin querer, me torturan con él.

¿Por qué viviré tan lejos de los que me rodean? Parece que por el solo hecho de ser superior a los demás, de pensar y vivir más que ellos, se me castigará cruelmente. Si hubiera justicia en esta Tierra debería ser lo contrario. ¡Sí! Debería yo sentirme feliz para poder cumplir bien mis altas aspiraciones y para que se me pagara con algo todo lo grande que

hay en mí. Pero, ¡nada! Sigo solo, solo. Sin embargo debo vencer la angustia de la soledad y seguir mi sendero aunque sea sufriendo.

He leído y he releído este diario. Se me figura que Lumba Corintia se mece sobre él. Has visto cómo hablo yo de la cruel soledad que me rodeaba. ¡Y tenía a mi lado a Lumba Corintia! El misterio, el terrible misterio de esta separación actual, me sigue rondando.

Ahora somos tres aquí en la Bóveda: Lorenzo Angol, yo y Teodoro Yumbel. Ha venido solo, sin su compañera, la niña que ahora ama, la niña Manquipel.

—¿Qué es de ella, Teodoro? —le interrogo.

Me responde:

—Ya no es mi compañera. No nos aveníamos debidamente así es que nuestro idilio ha terminado pero sin ningún sufrimiento, ni de parte de ella ni de parte mía.

—¡Tanto mejor, Teodoro, tanto mejor!

—Sí, ha sido mejor porque, a la vuelta de una encrucijada abstracta, me esperaba la verdadera mujer, la que hoy amo con todo el corazón.

—¿Y quién es ella?

Respondió:

—Albania Codahue.

—Háblanos de ella.

—Es ella el ideal. Es un verdadero sostén en ésta mi vida tan extremadamente desorbitada.

—¿Desorbitada tu vida? —interrogó Lorenzo—. Yo la llamaría una vida bien organizada y regular. Tienes ya una bonita cantidad de obras literarias y sé que sigues trabajando con empeño. Agrega a ella las aguas fuertes y los grabados...

—¡Oh, no! —nos interrumpió Teodoro—. Las artes plásticas han terminado en mí. Fue una pequeña incursión que hice por ellas. Ahora me dedico exclusivamente a las bellas letras.

—¿Por qué has interrumpido esa incursión a las artes?

—Por largas, por larguísimas conversaciones que he tenido con Albania Codahue. Ella tiene que saber cuál es mi destino.

—Por cierto.

Entonces Teodoro Yumbel nos habló sobre ésta que él llamaba una verdadera revelación.

—Siempre esperaba este momento de la revelación. En él me sucedería todo. Y todo me ha sucedido. Me ha sucedido en mi casa, en la calle de la Inmaculada Concepción, una tarde a la hora del crepúsculo, teniendo entre las mías la mano de Albania.

No nos movimos de allí. Sin embargo viajamos juntos, volvimos a la vieja Europa. Una palabra bastó para ello, una sola palabra:

—Escribe.

Fue pronunciada por Albania, es decir, fue una orden. Guardamos silencio. Al fin le dije:

—No haré más grabados.

Clavó sus ojos en mí y me preguntó:

—¿Por qué?

Le respondí:

—Cada cual con su cruz en esta vida. La mía, créeme que sabré llevar, está en llevar al

papel, escribiéndolo, todo lo que bulle en mi cabeza. Mis recuerdos se han agolpado ahora. Debo darles libre curso.

Ella me dijo:

-¡Qué bien! ¡Me has entendido!

Tú recordarás, Lorenzo, allá en París, al que fue gran amigo de Artemio Yungay, al escultor Lucien Poitiers. Con él fui una vez a las bóvedas o catacumbas del museo del Louvre. Así las llamaba yo. Ustedes saben a qué me refiero: sus pisos bajos, donde hay tantas y tantas esculturas. Esta visita con Lucien se destacó, se hizo vívida. Apreté la mano de Albania.

Luego aparecieron las sombras de Rubén de Loa y de Anacleto Ibacache. Los tres -Poitiers, de Loa, Ibacache- me hablaban o, acaso yo, entrando en sus vidas, era el que hablaba mezclándome con sus espíritus. El caso es que con ellos recorrí mi pasado. Vi muchas cosas que mientras sucedía no había visto.

Llegué a Europa. Llegué a París, Entré en el Louvre. Dije en voz baja:

-Albania, ven, avancemos.

Luego subimos a las salas de pintura. Le pregunté mientras besaba su mano:

-¿Crees tú que debo seguir grabando?

Me contestó:

-Los pintores, los grabadores, los escultores ven el mundo de otro modo, ponen el acento en otra parte. Asómate a la calle del Pentateuco o, por aquí, a la de la Inmaculada Concepción. Si ves pasar a un hombre o a una mujer, a un niño o a un anciano, serás tomado, de inmediato, por los que creas tú que han de ser sus sinsabores o sus alegrías. Y con ellos los seguirás y los seguirás. El claroscuro, las manchas de luz o de sombras que ellos hagan contra los edificios, las líneas que tracen sus gestos, todo eso, te pasará totalmente inadvertido. ¿No es verdad, Teodoro?

Debo decirles a ustedes que esto fue una verdad. Tuve que estar conforme con ella. Obedecí.

Entonces, haciendo acopio de mis recuerdos, me dirigí a los artistas que he conocido. Ya les he dicho a ustedes: estaban ahí conmigo, representándolos a todos, el escultor Lucien Poitiers y los pintores Rubén de Loa y Anacleto Ibacache. De cuando en cuando aparecía Recaredo Palquín, escultor también; Tulio Azapa daba sus vueltas, me hablaba dos o tres palabras y se marchaba; y Cantalicio Rododendro, el que debió ser mi compañero de labor, el que es un verdadero as de los grabados. Todos ellos se dirigían a mí; todos me susurraban o me hablaban en voz alta, altísima. Albania sonreía y me acariciaba tiernamente la mano.

¡Oh, Albania, qué mujer divina tú eres!

Oye Lorenzo, oye Onofre, vi de pronto, o ellos me hicieron ver, que la disciplina me estaba acechando, la de la simple y primera noción de la plástica. Pues yo quería hacer con mis grabados verdaderos arranques, hacer la locura, el desenfreno. Los creía tales, los creía la obra de una especie de demente enloquecido. Los he mostrado, amigos míos; ustedes también los han visto. Mis grabados no han extrañado a nadie, ni siquiera han despertado el más ligero signo de estupor. Todos, fueran quienes fueran, se dirigían inmediatamente, con una especie de instinto, al oficio, a la factura, a la manera cómo estaban hechos.

Se los mostré, cierta vez, a un discípulo del gran grabador de Cantalicio Rododendro, un principiante que trabajaba con el ahínco de todos los principiantes; Lautaro Tahuinco, un creo que se llamaba; sí, eso es, Lautaro Tahuinco. ¡Igual cosa, mis amigos! Los miró, uno

por uno. Lo que le interesaba en ellos era la manera cómo yo los había hecho, por qué había empleado tal punzón y no tal otro, de qué ácidos me había servido. Se preocupaba de otra cosa que yo.

Aquella tarde, al volver a mi casa, recordé una frase que Rubén de Loa me había dicho. Había afirmado:

—El cubismo es una manera de ver y no una manera de pensar; una manera de realizar y no una manera de embriagarse.

Fui, pues, percatándome de que el instrumento sobre el que quería tocar me había quedado totalmente desconocido. Me era algo separado que no había entrado en el total de mi vida.

Desde luego todas mis deducciones caían erradas. No podía acertar jamás cómo admirando a Cézanne y a Raoul Dufy podían extasiarse ante Tiziano. Que se extasiaran ante el Greco lograba comprenderlo. ¡Su extrañeza, claro está! Pero, no. Ellos veían en el Greco algo más, algo que le daba el “visto bueno” y que a mí se me iba...

Una vez con Rubén de Loa creí que íbamos a estar de acuerdo. Pero él lanzó un panegírico sobre los hermanos Lenain...

Total, amigos míos, que me fui dando cuenta de que yo no veía, de que la contemplación visual del mundo no tenía una correlación constante y fundamental con el hecho de vivir. Por otro lado, nada de lo aprendido —lo que es el puntillismo, el cubismo, Cézanne, el surrealismo, el dadaísmo— tenía una continuidad deductiva en mí aplicable a mi desenvolvimiento. Quedaba todo ello como una cosa aparte que ahora sabía cómo hacer y que había ensayado varias veces, no sólo en mis grabados sino también borroneando una serie de acuarelas.

Si es verdad que hay gente que pasa su vida entera sin poder percatarse de lo que es una silla para un pintor, yo la iba a pasar tratando de descubrir lo que para un pintor es una silla.

Además me atrapaban a cada momento. Recuerdo una acuarelilla que hice una vez. La mostré a Ubaldo Masafuera. La miró guiñando los ojos y exclamó:

—¡Muy bien, muy bien, Teodoro! Es algo muy fino, muy fino.

Inmediatamente hice otra más fina aún. Días después fui a su casa y se la mostré. Le echó sólo una mirada y me dijo:

—Demasiados azulitos, demasiados. Me gustan más tus grabados; en ellos estás mejor.

Entonces me pregunté con asombro:

“¿Dónde, dónde estaba lo fino en mi otra acuarela...?”

¡Misterio!

Volví de lleno a mis grabados. Junté todos los que había hecho y los puse frente a mí: eran ellos, todos, algo frío, algo de principiante y no pude dejar de acordarme que habían sido precedidos por ideas terribles; la soledad de los muebles, la quietud de los pensadores, el misterio del silencio, lo tremendo de la medianoche...

No, mis queridos amigos, no. Albania Codahue y yo estamos de acuerdo: ¡no soy grabador ni acuarelista ni hombre de las artes plásticas, no, no lo soy! Volvió a resonar su palabra mágica:

—Escribe.

Entonces he vuelto a escribir. He escrito un poema que, por cierto, se lo he dedicado a ella. Se intitula:

“La Golondrina iracunda”.

Fue tanto su entusiasmo al leerlo que, de inmediato, escribí otro poema y, naturalmente, se lo volví a dedicar a ella. Éste se llama:

"Oruro indómito".

Ahora, buenos amigos, ¡soy feliz!

Se ha terminado ya ese embeleso por la rima que producían nuestros nombres de Manquip-el y Yumb-el. Esta rima se ha disuelto en la atmósfera junto con ir a continuar sus labores, allá en el taller de Lautaro Tahuinco, mis buriles y punzones y la gran prensa que tenía.

¡Adiós todo ello!

Ahora vivo de hinojos ante la belleza de Albania Codahue. Siento que la niña Manquip-el vela este amor junto a las otras que he creído amar.

Les repito a ustedes, amigos míos: ¡soy feliz!

Teodoro Yumbel desapareció.

Otro día y otra noche habían pasado por la Bóveda de Lorenzo Angol.

Ahora estamos en ella nuevamente. Hay silencio. El guaco está siempre ahí.

De pronto Lorenzo se pone a hablar:

—Onofre, voy marchando hacia la soledad absoluta.

A ella me va llevando mi completa *invisibilidad*. Porque somos invisibles; somos fantasmas.

No podemos estar en otra persona. Entre las otras personas y nuestro Yo se tiende un velo; sí, un finísimo velo a través del cual tú puedes hacer todos los signos que quieras pero a aquel que los ha hecho nadie podrá verlo.

Hundámonos en nuestra invisibilidad.

Dejemos a los demás que se hundan en la suya.

Este es todo nuestro drama.

Onofre, ¿te extraña lo que digo a propósito de nuestro estado de invisibilidad?

Piensa, tan sólo, en que nuestras ideas y nuestra imaginación son invisibles. De ellas partimos a hacer signos y más signos y luego miramos a nuestro alrededor para ver si otros signos han correspondido a los nuestros. El amor nos hace creer que no sólo han sido correspondidos sino que nos hemos fundido en otro ser.

¡Una ilusión más que ha de acompañarnos siempre!

Por eso no quiero que me impresione el mundo de los sentidos; quiero vivir lejos de él. Quiero que ese velo de que te he hablado se corra ante él y me deje profundizar mi invisibilidad.

Tú debes, naturalmente, haber oído hablar de los complejos. ¿Quién no tiene complejos hoy día? Es una palabra que ha servido para reclutar a su alrededor a todos aquellos que, como moscones ante flores, se posan unos instantes sobre lo que es conocido con el nombre de "intelectualidad".

¿Por qué he de ser yo una excepción en materia de complejos? No, no soy una. También yo tengo un terrible complejo que me abrumba a todo momento. Es él mi posición ante el Cosmos. Nada más. Entiéndeme bien: mi posición ante el Cosmos.

Es un complejo porque es indefinido. Es en vano que trato de definirlo. Me siento prisionero por todos lados, me siento cercado y sin poder explayar el vuelo de mis pensamientos. Te lo he dicho ya: me siento preso por mi calavera; siento que esta Bóveda es una calavera.

¿Salir de ella? ¡Oh, no! Si salgo, claro está, veo otros panoramas y me distraigo un

tanto. Pero la prisión me sigue a todas partes adonde vaya. Ya te lo he dicho y ahora te lo vuelvo a repetir:

“Quisiera pensar como ha de pensar el Cosmos”.

Pero ya te lo he dicho: algo me falta y ese algo lo busco desesperadamente. Mas no sé qué es ese algo.

Por eso llego a odiar todos los sitios porque ninguno de ellos encierra lo que yo buscaba.

Y creo que estoy odiando también a las mujeres. Cada una de ellas me dice, sin pronunciar palabra, que ella guarda lo que es el afán de mi búsqueda. Corro hacia ella. No, no me da nada y lo que buscaba vuelve a esfumarse en el vacío.

No hay duda, no puede haberla. Onofre, está en mí ese “tornillito mal atornillado”.

Lo miro, lo contemplo largo rato. Me veo forzado a pensar lo que en él se piensa. Entonces me resigno y pienso y soy como en él, en este cerebro, se ha pensado.

¿Soy demasiado soñador? No, no lo creo, Onofre. Me veo forzado a explorar regiones que una vez exploradas hagan, tal vez, cesar esta invisibilidad.

Entonces... ¿hacia dónde me dirigiré?

La gente toda, no lo olvides, es invisible.

Pienso en Lumba Corintia. La invisibilidad se agiganta y yo caigo, otra vez, en la profunda soledad.

¿Soñador, yo? Tal vez lo sea; siempre que me concedas que en mis sueños hay una realidad, y en mis hechos hay una ficción.

Aquí oigo la risotada de Palemón de Costamota. Acaso ríe por la desorientación con que me afano buscando cuando la verdad está a mi lado, a un paso. ¿Sabes tú cuál? Palemón me la susurra:

—Tienes que redimir un pecado atroz que, mucho tiempo antes de nacer, has cometido...

Nada recuerdo. Es la soledad nuevamente.

Jateña ha venido a visitarme aquí a esta Bóveda. Viene de cuando en cuando, está unos momentos conmigo y luego se aleja. El otro día, mientras jugueteaba y se entretenía con mis libros y con los cachivaches que aquí se amontonan, mientras miraba temerosa el guaco incásico, vino a hacerle compañía ese poeta, ese gran poeta que tanto admiro, Stefan George.

Sé que su imagen las has puesto tú en parangón con la mía; sé que ves una cierta semejanza entre él y yo. Esto me inclinaba a intimar con él.

Bien; ahora aquí está.

Jateña lo mira con una leve curiosidad que vela sus ojos.

No, mi querido Onofre, no tenemos nada de común. Yo admiro a Stefan George por su actitud ante la vida, por su donaire y gentileza. Lo admiro como se admiran esas cosas lejanas que nunca alcanzaremos nosotros y que, además, no está en nuestra índole alcanzarlas. Claro está que siento también “el culto por el gran hombre”. En esto me acerco a Nietzsche. Pero el poeta Stefan George huía de toda hipertrofia tanto física como intelectual; iba hacia la armonía completa del ser humano. Tú sabes cuáles eran los modelos que acudían a su mente: Alejandro, César, Napoleón, Dante, Shakespeare y Goethe y también la juventud griega según Platón. Ambicionaba “la transfusión de la teoría a la vida cotidiana”. Empezó a escribir siguiendo las huellas dejadas por Baudelaire y por Mallarmé, es decir, *l'art pour l'art*. No quería el *laisser faire*; no quería el *laisser passer*. Estaba en contra de

la sobreestimación del pensamiento racional. Era un gran señor. Recuerda, tan sólo, a ese chiquilín que, al verlo pasar, no pudo impedirse esta exclamación: "¡Ahí va el Papa!".

Todos estos datos sobre Stefan George los he leído en el libro de Erich Kahler, *Historia Universal del Hombre*. Creo que tú también lo has leído.

Recuerda, Onofre, lo que Kahler dice a propósito de él:

Nunca necesitó los lujos de la vida y jamás permaneció en ninguna parte durante mucho tiempo; viviendo aquí y allí, aparecía y desaparecía casi misteriosamente. Evitaba los lugares públicos y se negaba a recibir a nadie que no fuera a verlo llevado por alguna razón definida y por un amigo de confianza, y cuando, con bastante frecuencia, se le veía en cualquier parte, era solamente en compañía de sus jóvenes discípulos que eran sus medios de comunicación con el mundo exterior y que le permitían llevar su vida con si intransigente dignidad y lógica peculiares.

Estas frases me golpearon. Recibí su influencia. Quedaron ellas susurrando largo tiempo en mi mente y, al fin, se concretizaron en una idea:

¡El Pacto!

Tú te acordarás: el pacto que traté de hacer con Rosendo Paine. Quería que él fuera "el medio de comunicación con el mundo exterior" dejándome a mí permanecer en esta Bóveda con mis meditaciones y con el recuerdo de Lumba Corintia. El mundo viviría a mi lado y yo guardaría un contacto con él. Luego podría ausentarme de su bulla y recogerme en mí mismo. Entonces, sí, traería a mi presencia a "los hombres con potente fuerza creadora".

Así trabajaría; así iría hacia adelante.

En fin, estos son sueños de un pasado que ahora se me antoja lejanísimo, sumido en la antípoda que el tiempo hace en su circunvalación alrededor nuestro.

¿Quiénes vienen hasta mí? ¿Vienen, acaso, los hombres con potente fuerza creadora?

Onofre, ellos no vienen. Saltan a mi lado... ¡los bufones! Porque tal me siento en la gran vida: un bufón.

¡Qué lejos estoy de la donosura del poeta George! Soy un bufón, Onofre, con una pernera roja y la otra rayada de negro y amarillo. Vivo en la soledad de un loco, vivo como un paria, me veo contrahecho y jorobado. Sin embargo los reyes y los príncipes me temen y, temblando, me consultan. Pues los bufones tenemos arranques que nos llevan hasta las estrellas.

Así, como un bufón iluminado, puedo huir de este espantoso medio burgués que me cierne por todos lados. Tengo allá lejos, o tal vez aquí cerca, mi torre de marfil. No siempre su puerta está abierta. Cuando está cerrada, ya lo sabes, es la soledad, es la terrible soledad para este bufón que sueña con una estrella.

¿Sabes tú a qué he venido a La Cantera?

He venido para hacer, aquí en la calma, una completa revisión de todos los valores que ha habido en mi vida. Necesito hacerla ahora que sé que no puedo entrar en otra persona, que he de quedar siempre en la soledad de lo invisible.

Tal vez estoy construyendo mi torre de Babel.

Temo ver, de pronto, su derrumbe...

Terminaron los días y las noches del fundo de La Cantera. Regresé a San Agustín de Tango. Aquí estoy en Fray Tomate.

Salgamos a *caminar y caminar y caminar*.

San Agustín de Tango.

Por cierto, Lorenzo Angol y Stefan George no tienen nada de intrínsecamente semejantes. Allá en la Bóveda el poeta no habló; miró todo con un aire lejanísimo, con una leve sonrisa de aceptación a cuanto pudiera suceder. Puso su mano cariñosamente sobre el cabello de Jateña. Luego se alejó.

Caminemos aquí en esta ciudad.

Vamos a la avenida del Ave María; quiero averiguar con Marul qué es de Tomba Montbrison.

—¿Tomba? —me inquirió extrañada—. Partió, se marchó a ese lindo país de Italia. ¡Italia! ¡Qué hermosa es! Allá fue Tomba. Y antes de partir me dejó esta carta para ti. Aquí está. Léela si quieres.

Decía la carta:

Onofre:

Me ausento por un corto tiempo; al menos así espero que ha de ser: corto. Voy a dar una vuelta por ese país de que tú me has hablado con veneración. Sabrás cuál es: Italia. De allá espero escribirte algunas palabras contándote mis impresiones.

¿Cómo te fue en La Cantera? Desde aquí en mi casa te he visto. Te he visto ir al bosque y en él buscarme para caer de rodillas ante mis pies. Pero, naturalmente, no me encontraste. Yo, en ese momento, estaba en los ajetreos que impone un viaje. Supongo que el haber visto una turmalina te haya consolado de mi ausencia.

¡Hasta pronto, mi querido Onofre!

Te abraza largamente,

Tomba.

Bien. Tomba Montbrison fue un sueño. Apareció allá en el bosque, se balanceó bajo su sombrilla, conversé un poco con ella, sé que vivía aquí al lado y hoy desaparece. Se va al viejo mundo a recrearse en el pasado de Italia. Escribirá, tal vez...

—¿Y esas maletas, Marul?

—Son las mías, Onofre, que estoy embalando porque ver partir a Tomba... Bueno, me marcho también. Quiero cambiar de ambiente. Me marcho a Río de Janeiro y a lo que venga. Estoy harta de San Agustín de Tango. Necesito refrescar mis visiones. Te escribiré también, ¿quieres?

Le dije simplemente:

—Felicidades y ¡hasta la vuelta!

Salí. Caminé sin rumbo. San Agustín de Tango es monótono, es siempre lo mismo. Me encontraba solo, solo. Tomba se había marchado a Italia; Marul se marcharía a Río; Guni seguía dando vueltas alrededor del mundo; Bárbara era feliz con aquel medicamento de Balbontín, el benzinfestisimol; Colomba era, acaso, un sueño mío; Nimba Canaria estaría entre sus alfombras y cortinas; Jacqueline... ¿Voy a nombrar a todas las mujeres que conozco? No, no es posible. La verdad es que no hay ninguna junto a mí.

Era la soledad de Lorenzo que también me invadía. Éramos hermanos en la soledad.

Lamba Corintia estaba en Nueva York; Jenara ha desaparecido; Vivencia ha muerto; las demás se han disuelto en juergas y más juergas.

Chinchilla también ha muerto dejando sólo un suspiro. Un suspiro que cogió el doctor Hualañé. Pero Chinchilla se ha ido, se ha ido... El ropero de la Bóveda es ahora un sepulcro.

Estoy solo, aislado en medio de esta gente que se agita aquí en esta calle y en la calle vecina y en todas las calles de todos los sitios donde hayan calles. Y más allá de ellas, más allá. En todas partes es la soledad.

Caminé por todo el centro de la ciudad. En la calle del Sumo Pontífice divisé a Teodoro Yumbel del brazo de Albania Codahue. Pensé súbitamente en Rosendo Paine y en Nicole; recordé a Catalina. Pasaron por mi mente Higinio Romeral y Salaberga Huintil. Vi parejas y más parejas. Vi a todos los hombres con una mujer al lado de ellos.

Todo cuanto hago, todo cuanto trato de hacer es para emborracharme, para no quedar a solas frente a mí mismo. ¡Sí! ¡Hay que distraerse y huir del sosiego! ¡Hay que estar siempre con una faena delante de uno! ¡Hay que aturdirse! Porque hay que evitar que el silencio nos interroge.

Lao-Tzeu viene a mi memoria.

“Lao-Tzeu, ¡oyeme! ¡Cuán lejos estoy aún de poder enfrentarme con esa divina “inacción” de que tú hablas!

Caminemos.

Esta es la calle del Escapulario. Allí vive el doctor Hualañé. Entremos a verlo. Tal vez su charla me remonte un poco.

Sí: entremos.

191

Me encontré con el doctor Hualañé en el ascensor de su casa. Subía con el doctor Pitrufrquén y ambos venían de la “pieza secreta”. Pasamos a su salón y lo primero que hice fue preguntarle qué denominaba con ese nombre de la “pieza secreta”. Me contestó:

—Es un invento nuestro (indicó al doctor Pitrufrquén) que hemos instalado en el sanatorio, allá en la calle de la Saeta Espiritual donde reside mi amigo, ¡Oh, ha tenido un éxito completo! Ha sido aceptada esta pieza por el doctor Mangual y los tres acudimos a ella apenas se nos presenta la ocasión.

“Vea usted, amigo Borneo: una pieza pequeña, pequeñita, sin ventilación y alumbrada por una sola y débil ampolleta eléctrica. Está al lado de la sala de consultas.

“Pues bien, llega un cliente a consultarnos, uno de esos enfermos que “no se sienten nada bien”. Cualquiera de nosotros lo examina detenidamente y se ve el resultado: los que sufren de algo son inmediatamente hospitalizados; los que no sufren de nada pasan a la “pieza secreta”. De más está decirle a usted que éstos son los más numerosos. Allí está, por lo general, el doctor Mangual y, en su ausencia, está mi colega Pitrufrquén. Están, amigo Borneo, con un gran látigo en la mano y, sin más, ¡pan, pan, pan! Hasta que el paciente implora clemencia y asegura que sus males han pasado. Amigo mío, ¡santo remedio!

Le dije entonces simulando reír:

—Supongo, doctor, que no me irá usted a llevar a la calle de la Saeta Espiritual...

—¡Oh, no, amigo! —me respondió—. Con usted me place mucho conversar y, además, no ha venido usted a mi consultorio sufriendo de un mal imaginario. ¡Conversemos, es lo mejor que podemos hacer, conversemos!

Les conté a ambos doctores el sentimiento de soledad que me había invadido como también esa invisibilidad de Lorenzo Angol. Les aseguré que mi soledad tenía razones poderosas por tantas y tantas mujeres que se habían ido o que pronto se irían; que ese estado invisible de Lorenzo era de una realidad certera, como lo era para todos, todos nosotros. Me escucharon con suma atención y al final el doctor Hualañé me dijo:

—Usted, amigo Borneo, necesita poner su mente en otras cosas, necesita ser tomado por otras preocupaciones. ¡No piense más en esa soledad ni tampoco en su invisibilidad! Distráigase, amigo, distráigase y ojalá con algo serio que lo ocupe enteramente y así no deje tiempo a la entrada de sus ideas negras.

En ese momento llamó el teléfono. Era del Manicomio en donde solicitaban la presencia del doctor Hualañé pues había llegado un loco que insistía conversar con él personalmente.

—Vamos, amigo, vamos a ver a ese nuevo loco. Esto le distraerá a usted. Sí, sí, ponerse en contacto con ese mundo de total invisibilidad que es el mundo de la locura. ¡Adelante!

Antes de ver al nuevo huésped dimos una vuelta por todo el manicomio. ¡Locos y más locos! Cada cual con su mundo individual y a leguas de distancia del compañero que tenía a su lado. Vimos a Ponciano Chacarilla y a Bernabé Maullín. Después conversamos un rato con Galo Carón. Divisamos a la niña que telefoneaba, que seguía telefoneando y que así podría morir feliz pues habría hablado cuanto una mujer necesita hablar.

Por fin pasamos a la celda del nuevo huésped. Al vernos se levantó y estiró la mano al doctor Hualañé mientras decía:

—Abel Socompa, a las órdenes de usted.

El doctor lo saludó y luego de presentarme a mí tomamos asiento y nos pusimos a charlar. El doctor le preguntó:

—¿Deseaba usted hablar personalmente conmigo?

Socompa respondió:

—Sí, personalmente con usted pero la presencia de su amigo no me molesta; por el contrario, ella me es sumamente grata y la recibiré como debe recibirse a una persona que se hace grata con su presencia. (Hicimos los tres una reverencia). Quería, deseaba, distinguido y sapiente facultativo, hacer partícipe a usted de las conclusiones a que he llegado sobre el que es el tema de mis profundas cavilaciones, o sea, la persecución; eso es, ni más ni menos, la persecución.

El doctor le contestó de inmediato.

—Hable usted, señor don Abel Socompa, y nosotros le oiremos como es debido ya que se trata de tema de tan alto interés.

Socompa dijo:

—Agradecido.

Luego meditó unos instantes y nos dijo:

—En ciertos casos, señor doctor y señor oyente, el delirio de persecución ha de aparecer *después*, cuando, por un círculo vicioso, un síntoma, a causa de su continua repetición, se convierte en una causa, si no única ni aun principal, en un foco productor a su vez de

nuevos síntomas. O sea: síntomas derivados del síntoma primero. Esto es claro como el agua clara. Es más claro y filtrado que el agua clara y filtrada.

Conocí yo a un hombre, un hombre de mi edad, de mi estatura, con mi rostro y mis ademanes, que vestía con ropa igual a la mía, con ropa como ésta que ahora ven ustedes aderezándose.

Este hombre se llama Abel Socompa.

Pero no era yo. No, señores, no lo era. Aunque puedo asegurar a ustedes que era igual, idéntico a mí.

Este hombre era un camorrero, un pendenciero. Armaba riña con cuantos seres conocía. Tanto era así que la gente murmuraba de él y decía indicándolo:

-Ese pobre Abel sufre, en el fondo, de manía de persecución.

Pero yo conocía a este Abel tan bien como me conozco a mí, sí, tan bien como es este conocimiento que poseo de mí mismo. Entonces levantaba los hombros y, desde mi altura, despreciaba un semejante juicio. Pasaba yo por alto de tal afirmación. No, no la creía, no. Así es que sobre ella lanzaba el escupitajo de mi desprecio. Y les diré a ustedes por qué una afirmación tamaña no lograba jamás perforar las paredes de este cerebro.

¿Han leído ustedes a Guy de Maupassant? ¿Sí? Entonces han de estar grabadas en sus mentes aquellas palabras de un cuento suyo, del cuento *El Horla*. Yo he leído ese cuento una vez; luego lo he leído una segunda vez y una tercera y una cuarta y una quinta... Lo leí tantas veces como infinitos caben en la noción lectura. Puedo probarlo. Pero no lo probaré. Puedo recitarlo de memoria. Pero no lo recitaré. Bástenos saber que en él se habla de un loco, de un mísero y caído loco. No, no se habla de este loco. Este loco describe su propia locura. Y a mí, distinguido esculapio y silencioso oidor, no me interesa la locura de ese loco. Sobre ella lanzo nuevamente el escupitajo de mi desprecio. Porque esa locura no me interesa. Pero, ¡aaah!, pero dice, exclama, profiere este vesánico alienado ciertos conceptos que merecen detención ante ellos. ¡Detengámonos! Son términos sapientísimos. Estos términos los voy a recitar. Así quedará probada mi aseveración de que yo conozco de memoria ese cuento o narración. Óiganme ustedes. Oír es lo que ahora nos urge. Dice el lunático:

¿De dónde vienen esas influencias misteriosas que cambian nuestra felicidad en descorazonamiento y nuestra confianza en abandono? Diríase que el aire, el aire misterioso, está lleno de poderes incognoscibles cuyas vecindades soportamos. Me despierto lleno de alegría con ganas de cantar en la garganta. ¿Por qué? Camino a lo largo del agua y, de pronto, después de un corto paseo, regreso desolado como si alguna desgracia me esperara en casa. ¿Por qué? ¿Es acaso un escalofrío que rozando mi piel ha desequilibrado mis nervios y ensombrecido mi alma? ¿Es la forma de las nubes o el color del día, el color de las cosas, tan variable que, pasando por mis ojos, ha turbado mi pensamiento? ¿Lo sabemos? Todo lo que nos rodea, todo lo que vemos sin mirarlo, todo lo que rozamos sin conocerlo, todo lo que tocamos sin palparlo, todo lo que encontramos sin distinguirlo, tiene sobre nosotros, sobre nuestros órganos y, por ellos, sobre nuestras ideas, hasta sobre nuestro corazón, efectos rápidos, sorprendentes e inexplicables.

¡Qué profundo es este misterio de lo invisible! No podemos sondearlo con nuestros miserables sentidos; con nuestros ojos que no saben ver ni lo demasiado pequeño ni lo demasiado grande, ni lo demasiado cercano ni lo demasiado lejano, ni los habitantes de una estrella ni los habitantes de una gota de agua... Con

nuestros oídos que nos engañan pues nos transmiten las vibraciones del aire en notas sonoras. Son hadas que hacen el milagro de cambiar en ruido ese movimiento y por esta metamorfosis dan nacimiento a la música que torna cantante la agitación muda de la naturaleza... Con nuestro olfato más débil que el del perro... Con nuestro gusto que apenas puede discernir la edad de un vino...

¡Ah...! Si tuviéramos otros órganos que realizaran en nuestro favor otros milagros, ¡cuántas cosas podríamos aún descubrir en torno nuestro!

¡Oh, sí, señores! ¡Ese llamado demente vio! ¡Ese conocido con el nombre de Guy de Maupassant vio!

Vio la realidad, la perfecta realidad. No hay en él ni vestigios de delirio de persecución. Hay vista clara como el agua clara y transparente. Hay aumento de los poderes, de estos rudimentarios poderes que todos tenemos y que llamamos la vista.

Un día será *verdaderamente* perseguido. Será perseguido por un ser real e igual a él, idéntico a él. Este ser no existirá. Él lo creará dentro de su mente y lo proyectará fuera de su mente.

Entonces el ser lo perseguirá como son perseguidos muchos, enormes cantidades de los que se denominan escritores, que son asediados por esta fauna invisible que trota, que galopa y corre por los ámbitos. Entonces él sucumbirá atacado por el que lo persigue. ¡Terrible y dolorosa refriega de él contra él!

Pero yo, Abel Socompa, no ansío hablar a ustedes de esta refriega. Ansío hablarles, ansío hablarlos—que es como en verdad debe decirse tratándose de vosotros—, ansío hablarlos del otro, o sea, de Abel Socompa. Eso es, mis preclaros oyentes, eso es: Abel Socompa 1; Abel Socompa 2. Restringiendo lo que aun no he restringido: Abel 1; Abel 2. ¡Y estamos prontos a endosar este celeberrimo tema o cuestión o motivo!

Abel 1 creyó una vez que él carecía de vida interior. Abel 1 lloró largos ríos de lágrimas. Como ríos fueron al mar. En el mar se perdieron, desaparecieron.

Pero con el verano vino el calor; con el calor vino la evaporación de las aguas marinas; con el tiempo estas aguas formaron nubes; con mayor tiempo aún ¡llovió!

Señores míos, la lluvia ha traído hasta aquel pobre infeliz, ha traído en sí, entre sus gotas, no en las gotas mismas, ha traído lo que había que traer. ¿Qué? Os lo diré aquí, os lo diré en íntima confianza: Ha traído a Abel 2.

Abel 2 era el hombre recio. Abel 2 pensaba. En su mente se acumulaban enormes pensamientos y ellos fluían, fluían, fluían, fluían y... ¡fluían!

Abel 1, extasiado, recibía este fluir.

Él, este número 1, había dicho:

—Yo no tengo personalidad alguna, no tengo vida interior.

Luego, en el silencio de una noche oscura y escondido del gato maligno de su casa, se había hecho esta confesión:

—Sólo ansío tenerla.

Decidme, sapientes y penetrantes oyentes: ¿qué hacer, qué?

La respuesta se balanceó y tremoló a través de esas gotas clarísimas de agua clarificada. Decía, murmuraba, susurraba:

—Silencio-soledad; silencio-soledad; silencio-soledad...

Y era esto repetido por las gotas tantas veces como una repetición puede ser repetida por las interminables gotas que caen las unas tras las otras. Sea: el infinito.

Entonces medité, entonces descubrí qué hacer:

Convertirme en transmisor, convertirme en altoparlante.

¡Aaaah! ¡Aaaah! Para que un altoparlante transmita hace falta un transmisor...

¿Un transmisor?

Sí, señores, un transmisor. ¿Qué transmisor? ¡Ahí está! ¡Él es, él es! ¿Quién? La respuesta:

Abel 2.

Llegó, pues, Abel 2. Llegó un excitante. Porque la llegada de estos hombres, de hombres de semejante calaña, son llegadas de terribles, de monstruosos excitantes.

Me asusté ante este concepto. Me asusté o, mejor dicho pues siempre hay que decir mejor, asústeme. ¿Por qué? Porque una voz me aseguró:

-Todo, todo, todo ser que hace uso de excitantes..., que hace uso de excitantes..., excitantes...

Temblé.

Me vi perdido como un ruin perdido.

Clamé:

-¡Terminad vuestra frase, terminadla!

Y la frase fue terminada así:

-... es porque está clamando por una vida interior, por una vida superior.

¡Salvado! ¡Salvado!

La llegada de Abel 2 era el anuncio de una nueva vida, de una vida interior de calidad superior.

Abrí las puertas a este llegado, a este venido de las gotas de agua; abrí las puertas a este Abel 2. Aquella noche -pues he de decirles a ustedes que era ya la noche- nos sentamos ambos en inmensos, en inconmensurables sillones y..., y... fumamos. El tabaco ayuda en estos momentos solemnes. Luego, entre las espirales que producía nuestro humo, le pregunté:

-Abel 2, ¿qué vais a hacer?

Me respondió:

-Arremeter.

-¿Contra quién?

-Contra todos.

-De acuerdo -contesté-, hay que arremeter contra todos aquellos que han puesto en duda la calidad superior de ésta mi vida interior.

Al día siguiente arremetía Abel 2. Vio a un poeta y, sin más, lo apostrofó por sus malos versos:

-Eres la mugre que la mugre desecha; eres la mugre proclamada por tus hediondos versos; pareces revolcarte junto a la mugre de esos seudopoemas de un Shakespeare y de un Racine. ¡Eres peor, mil veces peor que aquel llamado Calderón de la Barca!

Vio también a un musicólogo y vio a un hombre de las leyes, es decir, a un abogado; y vio a un corredor que corría en los negocios; y vio a un fraile; y a un político; y a un revolucionario; y a un sabio paleontológico; y a una cortesana; y a un serio profesor; y a una matrona. Vio a todo el mundo. Se decía al verlos y les decía a ellos mismos con voz tonante:

-Sois una serie de pequeñas mediocridades. No valéis ni una uña de un pie de aquellos que relumbran en el cielo de las altas relumbraciones.

Señor psiquiatra, señor escuchante, Abel 1 revivía bajo esta lluvia de insultos y de pendencias que provocaba Abel 2. ¿Por qué? Os lo diré:

Abel 1 revivía porque necesitaba la pelea, la reyerta, la bronca, el jaleo, la batalla, la lid, el jollín. Porque los seres insultados contestaban y repelían al agresor. ¡Era lo que Abel 1 requería! Necesitaba que se le dijera estúpido, torpe, porro y demente. Necesitaba ver su flaqueza fuera de él. ¡Ponerla a distancia para arremeter!

Entonces insultaba, sí, señores, insultaba... sin denigrar su orgullo.

Este cambio de insultos removía su ser interior. Al removerlo: sensación de vivir. Podía yo hacerme transmisor; puesto que Abel 1 y Abel 2 tenían en ellos la sensación de vivir.

Yo...; he dicho: Yo, ¿Quién era ese Yo? He aquí uno de los temas de mis más hondos pensamientos. Oídme un momento:

Los insultados, desde el abogado y el sabio paleontológico hasta la sonriente cortesana, desde el fraile hasta la matrona, todos los insultados no estaban ni podían estar siguiendo las sinuosidades de estos procesos. Llega, pues, un momento, un terrible momento de anonadamiento pavoroso para... ¿Para quién, os lo pregunto?

Para: ¡Abel 3!

Sea, la conjunción de los dos primeros. Porque yo ya no soy ellos, no, no lo soy. Está mi parte observante que los mira y los critica. Está Abel 3.

Fijaos que por años Abel 1 se había habituado a que sus enemigos fuesen fantasmas. Pues bien, Abel 2 los había convertido en seres reales. ¿Os dais cuenta? ¡Seres reales! Porque ¿hay algo más real que una matrona? Busquemos el punto opuesto: un poeta. ¿Hay más real que un poeta? Metámonos en este mundo de perversidades y ahora os pregunto: ¿hay algo más real que un abogado? ¡Vamos al misticismo: un fraile! ¿Vamos a la juerga: una cortesana! ¡Vamos hacia donde queráis! La realidad se ha de presentar.

Abel 3 fue presa de pavor pues no podía explicarse qué había pasado, por qué tal cosa a él le había pasado, por qué ahora se le vienen encima cuando durante tanto tiempo habían quedado en su justo sitio. Ahora, no. ¡Hay injusticia en contra de Abel 3! Se le quiera mal, ¡oh, muy mal! Y... un paso más: se le PERSIGUE.

Sí, señores: se persiguió a Abel 3.

Sí, señores: se persigue a Abel 3.

Sí, señores: se perseguirá a Abel 3.

Y no lo olvidéis jamás: Abel 3 soy yo, éste que tenéis frente a vosotros, éste que os estrecha vuestras manos, éste que ahora vuelve a presentarse en debida forma:

Abel Socompa, servidor incondicional de vuestros dotes y de vuestros alúsísimos méritos.

Nos saludamos con una gran reverencia. Nuestro cliente nos volvió la espalda y se echó sobre su cama. Un minuto después lo oíamos roncar beatíficamente.

Pocos días más tarde volvíamos el doctor Hualañé y yo al manicomio a pedido de un segundo llamado de Abel Socompa. Esta vez nos había pedido que lleváramos un numeroso público y muy especialmente médicos psiquiatras. En el manicomio, pues, nos juntamos con el doctor Pitrufquén y los tres nos dirigimos a ver a Socompa.

Nos saludamos ceremoniosamente. Luego nos pidió un sitio adecuado para hacernos la revelación del secreto que se hallaba escondido en lo que, la primera vez, no había hecho más que insinuar. El doctor Pitrufluén, ofreció de inmediato su sala privada. A ella nos dirigimos. Socompa pidió entonces una jarra con agua y un vaso que colocó sobre una mesa frente a él. Hizo una reverencia. Luego nos miró largamente pero con una mirada vaga que, sin duda, era más dirigida a un público imaginario y numeroso que a nosotros tres. Tosió dos veces, tomó un sorbo de agua, se inclinó y dijo:

–Respetabilísimo público que os dignáis escucharme; señor doctor Hualañé; señor doctor Pitrufluén; señor oyente cuyo nombre se me ha escapado...

–Me apodo Onofre Borneo –dije entonces.

–Gracias –respondió Socompa–. Este nombre altera el orden en que debo dirigirme a estos oidores. Me corrijo y diré.

“Señor doctor Pitrufluén; señor don Onofre Borneo; respetable público; señor e ilustre sabio doctor Hualañé:

¡Silencio!

Quedamos mudos. Socompa tosió tres veces y tomó dos sorbos de agua. Carraspeó y luego habló:

–Ese insigne escritor francés, Guy de Maupassant, supo una verdad. La atisbó y luego la sufrió porque fue realmente y con tenacidad perseguido por seres de otro plano, por esos seres de que todos estamos rodeados, mayormente rodeados aún que lo que estamos por nuestros semejantes de carne y hueso.

¿Por qué esta tenacidad, este encarnizamiento en contra de él?

Señor facultativo Hualañé, porque él los atisbó.

Señor esculapio Pitrufluén, porque él los atisbó.

Señor escuchante don Onofre Borneo, porque él los atisbó.

Pletórico público, porque él los atisbó.

Atisbar es un verbo escurridizo. Maupassant fue más lejos de aquello que se escurre. Maupassant se dio cuenta de su real, muy real existencia y esto, amados y esclarecidos vástagos de las palabras que expelo, esto ellos no lo permiten ni toleran.

¿Por qué tanta intransigencia en contra del atisbador? Me lo he preguntado y, al fin, he hallado la respuesta. Hela aquí:

Porque son estos seres un grupo de entes mansos... para con nosotros los hombres. Son mansos o, diré mejor, son seres que tienen como divisa esta gran frase:

“Cada uno en sus quehaceres”.

Quieren vivir en paz. No quieren ni siquiera ser presentidos por los humanos. Los perros, esos canes que veis por doquier, sí, sí pueden presentirlos y aun verlos. Y cuando los ven aúllan y aúllan. Los ven sobre todo por las noches. Pero un hombre... ¡no! Aunque aúlle, aunque ulule.

Así es, mis doctos facultativos, así es mis señores esculapios –porque todos vosotros sois ahora dignos doctores de estas tan altas esculapias ciencias–. Así es. Así están rodeándonos y atisbándonos esos seres que arremetieron en contra del insigne galo; allí están; allí y aquí están encarnados para mortificar y para corregir a aquellos que pretenden atisbarlos y descifrarlos.

Pues bien, ¡yo los atisbé! ¡Yo los espí! ¡Yo los aceché! ¡Yo me inmiscuí en sus dominios!

Por eso ahora se han vuelto en contra mía.

¿Cómo?

¡Aguzad vuestra ciencia clarividente y oídme!

¿Cómo?

Se han vuelto en contra mía con seres reales, sí, ¡reales! Con esos seres que os saludan por las calles y os invitan a beber una taza de café y que, en el fondo, sólo ansían aniquilaros y despedazaros en pedacitos más, mucho más mínimos que una pulga subdividida hasta la última subdivisión que una pulga pueda ser dividida cuando os dedicáis, como única tarea de vuestras vidas, a dividir y a fraccionar las partes de una pulga que desmenuzáis en partículas más reducidas que el alcance de un microscopio por perfecto que éste sea.

Aquel que atacó al muy ilustre compañero mío, aquel que se apodaba el Horla, aquel que se escurría cual tenue nebulosa en un espejo; aquel que se escondía en el anonimato de la invisible invisibilidad al sentarse ante la mesa del ilustre Maupassant y ponerse a hojear lentamente sus libros, aquél era un nebuloso.

Los míos, ¡no! Los míos son seres reales, como vosotros, ¡oh, dignos oyentes y escuchantes!, tan reales que os saludan por las calles y os invitan a beber una taza de café.

¡Reales, reales!

Por eso he pedido asilo aquí, en este noble Manicomio, en este Manicomio del Eclesiástico. A este sitio no vienen, no, no vienen. Porque tienen también sus preferencias como nosotros los humanos. Hay sitios que los subyugan y a ellos acuden. Hay sitios en que están en plena impunidad. Como lo están en..., en...

¿Os lo digo?

Como lo están en la calle del Calvario, más allá, un poco más allá del Regimiento Atómico, justo en frente de una casita pequeña, pintada de amarillo, con una puerta lateral y tres..., no, y cuatro ventanas a la calle, o sea, con cinco aperturas hacia el ruido y bullicio. Allí se hospedaba este vuestro grato servidor de vosotros. Sí, mis esculapios y distinguido público, allí se hospedaba Abel Socompa y sobre su frente ostentaba un número y, a veces, otro número, ostentaba el 1, el 2 y el 3.

¡No quiero más de esa casucha infame! Prefiero el Manicomio del Eclesiástico porque aquí está el Eclesiástico en persona y él atisba y atisba garrote en mano. Al ente que pretenda llegar a este sacro rincón..., ¡zas! un garrotazo y el ente vese obligado a emprender las de villa Diego. Así ha de decirse: villa (un suspenso), luego, Diego. Como quien diría villa blanca o bien villa verde. ¡Jamás juntar estos dos vocablos haciendo uno solo! ¡Jamás! Puede llegarnos el garrotazo de que os hablaba y... ¡zas! No, no nos espongamos. ¡Silencio!

Pero quiero que sepáis a ciencia cierta que aquí no hay ni el más mínimo peligro. Aquí no han de atacar a un buen hombre como he sido y sigo siendo yo, un buen hombre cuya única falta ha sido la de poseer una vista atisbadora.

Pero..., pero..., pero... ¡Hum!

A veces estos seres se cuelan por rendijas insospechadas, se cuelan vaporosamente y entonces hacen de uno su presa.

¿Cómo? ¿Cómo hacen esta presa?

¡Aaah, facultos facultativos! ¡Aaah, escuchante público!

Conozco el proceso que emplean, lo conozco en sus más reducidos detalles. Pero... ¿os perturbaré, perturbaré ésta vuestra tan grata y bondadosa atención narrando este proceso? ¡No! Me limitaré tan sólo a hablar de mí, de mi persona, de Abel Socompa.

Escuchadme.

Estos seres juntaron a Abel 1 y a Abel 2. Nada más. O si preferís: juntaron a Abel 2 y Abel 1. Entonces crearon al otro, a Abel 3. Nada más... por un lado.

Por otro lado se metieron en seres reales, archirreales, seres que os saludan por las calles y os invitan a beber una taza de café.

Seres así, seres sapientísimamente sapientes que eran ignorados por Abel 1 y por Abel 2.

¡Oooh! ¡Ooooooh! ¡Ahora pienso! ¡Ahora veo!

Abel 2 era el encargado de penderciar, de gazapinear y, en estas gazapinas, el encargado de reñir y provocar. Él era el buscarruidos camorrista. Lo hacía para atraerse enemigos. Había que anonadar a Abel 1 y a Abel 3. ¡Sí, anonadarlos, exterminarlos!

¡Oooh! ¡Aaaaaah! ¡Uuuuuuuuuuuuh!

Dejadme dar libre curso a esta carcajada que se atraganta en las tragaderas de mi garganta.

¡Oooh! ¡Aaaaaah! ¡Uuuuuuuuuuuuh!

¡No, no riamos más! ¡Calla Abel Socompa! ¡Calla! Porque estás frente a un intruso, frente al terrible y temible intruso, frente al cobarde, por añadidura, de ese Abel 2.

¡Tú te has valido de mi distracción, de mi apacible distracción soñolienta, para arremeter y atacarme! Pero ahora, no, no, mil veces no y no. Ahora estoy bajo la vigilancia férrea del Eclesiástico que no ha de titubear para lanzaros el garrote sobre vuestras costillas si es que acaso tenéis costillas.

¡Yo tengo las mías! ¡Yo tengo mis costillas! ¡Las tengo y las tengo! Pero... ¡aaah! Pero... ¡oooh! Pero... ¡uuuh! Las tengo y las tengo únicamente para recibir las caricias de:

El estimado doctor Hualañé;

el estimado doctor Pitrufquén;

el estimado don Onofre Borneo;

el estimado público escuchante.

Señores, he dicho.

Abel Socompa salió del gabinete presuroso. Atravesó el patio, siguió por un corredor y lo vimos encerrarse en su habitación.

Nosotros nos retiramos.

193

Los doctores desaparecieron no sé bien por dónde. Me encontré de pie en la puerta principal del Manicomio, en la calle desierta del Incienso. Miré para un lado, luego miré para el otro. Respiré profundamente. Entonces caminé. Entré por la calle de los Camerlengos, rocé con el hombro derecho las paredes de la Prisión Legal y seguí. Doblé luego por la calle de la Primera Comunión. Doblé hacia mi derecha y me alejé, me alejé a grandes trancos, con rapidez como si fuera perseguido por alguien. Doblé a mi izquierda; luego a mi derecha; luego nuevamente a mi izquierda; luego... En fin, caminaba y doblaba y seguía mi ruta caminando. Me decía:

"Esto no va a tener fin..."

Pero tuvo fin. Al doblar una esquina, una mujer, una vieja, cayó en mis brazos. Exclamó:

-¡Ay, hijito! ¿Yo fui tan, pero tan amiga de tus padres...!

Le respondí:

-Lo sé, tía Chacha, lo sé.

-Entonces -me dijo misteriosamente-, entonces... ¿me vas a acompañar?

-¿Adónde quiere usted que la acompañe?

Hizo un gesto rápido y me susurró:

-¡Ven, ven! ¡Ya verás!

Y nos fuimos ambos caminando, caminando.

Ella trotaba a mi lado, sumida en sí misma. Yo caminaba y caminaba.

Doblamos también varias calles. Al fin se detuvo, indicó una puerta y me dijo:

-Aquí es.

-Bien -le respondí-, si aquí es, aquí ha de ser.

Entonces ella agregó.

-Entremos.

Acepté:

-Bien, entremos.

Una pieza grande, grande. No había nadie en ella pero se oía el cotorreo de voces femeninas. La tía Chacha desapareció unos instantes y volvió casi en seguida con Jovina Guaitecas. Después entró doña Martina Vichuquén seguida de Restituta Mañigual. No me saludaron. Hablaban entre ellas precipitadamente. Luego entraron tres viejas que yo nunca había visto; luego reconocí a la comadre de Restituta; luego entró, despavorida, Mirolava Lipingue; luego una serie de muchas viejas más; luego llegó también Clela Purén; y Clementina Rengo; y más y más viejas y algunas jóvenes; y llegó doña Claudia Puchuncaví y Gervasia Cachapoal; y otras viejas y otras más. Todas hablaban y hablaban y repetían, a cada instante, frases como éstas:

-¡Dios mío, Dios mío! ¡Santo Dios, qué horror! ¡Protégenos Virgen santísima! ¡Llévanos al cielo! ¡Yo nunca, jamás he pecado! ¡Aaaay, misericordia, misericordia! ¡Libranos Señor! ¡Arcángeles ayúdanos! ¡Ángel de la Guarda no me abandones! ¡Interceded, oh, querubes, interceded! ¡Dios mío, Dios mío, mi Dios! ¡Santísimo Dios, qué horror! ¡Aaaay, aaaay!

Quedé lelo ante estas voces... ¡Qué manera de hablar, cada una por su lado sin preocuparse si era o no era oída! Y seguían entrando más y más viejas. Entre ellas entró una linda muchacha que, entre su cotorreo, se acercó a mí, me alargó una mano rápida y me dijo:

-Praxedes Bagdad.

Y se alejó cotorreando.

Pero de pronto se produjo un silencio. Doña Martina Vichuquén había golpeado las manos y pedía un poco de calma. Miró a toda la concurrencia y dijo:

-Hable, no más, señora doña Restituta, hable, no más.

Y doña Restituta habló:

-¡Ay, señoras! ¡Ay, señoritas! ¡Ay, amigas mías! Esto tenía que llegar. El santísimo lo ha querido, así lo ha querido, y por eso tenía que llegar.

Anoche llovió, llovió... Y estamos en pleno verano cuando es sabido que nunca llueve. Ha sido esta lluvia un anuncio que el Dios todopoderoso nos ha enviado para que nos arrepintamos y nos arrepintamos de nuestras faltas y de nuestros pecados.

¡Arrepintámonos! ¡Arrepintámonos!

(Aquí la cosa, a esta voz, se tornó clamorosa, delirante. El arrepentimiento general tomó ímpetus inimaginables).

¿Qué significaba esa lluvia? ¿Qué era ese caer y caer del agua sobre esta ciudad y sobre las demás ciudades y sobre los campos todos? ¿Qué era, qué significaba?

¡Ay, señoras! ¡Ay, señoritas! ¡Ay, amigas mías!

Era el anuncio, el terrible anuncio, el pavoroso anuncio que nos llegaba...

Pero, ¿anuncio de qué, de qué?

¡Lo sabemos, lo sabemos!

¡El fin del mundo!!

(Una vieja gritó: "¡El fin del mundo!". Otras viejas le hicieron coro: "¡El fin del mundo!". Clementina Rengo chilló con voz agudísima: "¡El fin del mundo!".

Y todas, viejas y jóvenes, repitieron tomadas por una nerviosidad indescriptible.

"¡El fin del mundo!". Pero doña Restituta alzó su voz, la alzó en forma tal que dominó el alboroto total):

¡Llovió anoche! ¡Llovió anoche! Esto jamás se había visto, ¡Llover y llover y en medio de la noche! Y no hay que olvidar que estamos en pleno verano, en esa época del año en la cual nunca, jamás llueve...

¿Qué podemos hacer? ¿Qué hacer nosotras en medio de este tan tremendo anuncio? ¿Qué, qué? ¡Ay, señoras, ay, señoritas; ay y mil veces ay! Recordemos que esta noche, a las 12 en punto, el mundo va a terminar.

¡Lo sabemos, lo sabemos! ¿Qué hacer?

¡Arrepentirnos de nuestras faltas y pecados! ¡Arrepentirnos para que el Altísimo reciba en sus santos brazos las almas puras y sin yerros de estas pobres penitentes!

¡Arrepentimiento general, general, general!

¡Arrepentimiento...!

Se detuvieron entonces las exclamaciones histéricas. Vino una calma laboriosa. Todas, sin excepción, se pusieron a la obra con apresuramiento, con solicitud.

Vi que Praxedes Bagdad prendía una vela y caía de hinojos ante ella rezando a media voz. La comadre de doña Restituta, al verla, la acompañó. Doña Martina Vichuquén pidió, por todos lados, tinta y papel pero dos viejas se aproximaron a ella y le preguntaron: "¿Para qué, para qué...?". Y ella les respondió: "Para hacer mi testamento". Pero las viejas alegaron: "¿Para qué, para qué si esto de nuestras vidas va a terminar esta noche a las 12 en punto...?". Vi que otras viejas lloraban a lágrimas vivas a sus pobres ausentes. Vi que la tía Chacha se confesaba en alta voz. Vi que Cleta Purén permanecía serena e impávida. Vi que Jovina Guaitecas enviaba bendiciones a sus pequeñitos nietos que aun no habían pecado. Otra vieja se ausentó proclamando que despedazaría en mil pedazos la cocina por ser ya inútil. Miroslava Lipingue lloraba. Clementina Rengo se tomaba la cabeza con ambas manos y pronunciaba palabras ininteligibles...

Pero todo esto pasaba quedamente, sin gestos exagerados, con una disciplina verdaderamente conmovedora.

Empecé entonces, sin hacer ruido, en puntillas, a retirarme. Estaba yo emocionado, sobrecogido. Salí de aquella gran pieza al corredor de entrada. Las viejas y mujeres que me veían retirarme me hacían un gesto amable, un gesto de resignación. Yo las saludaba con toda lentitud.

Llegué al corredor de entrada. Una voz en sordina me llamó:

-¡U-huy! ¡Venga! ¡U-huy!

Un chico risueño, un chico alegre me hacía señas. Me acerqué a él. Me miró, atragantado por la risa, y me dijo:

—Voy a asustar a esas viejas.

—¿Cómo las vas a asustar? —le pregunté.

—¡Mire! —me respondió.

Y me mostró un gran revólver de juguete con fulminantes.

—Venga conmigo, por aquí, a la pieza vecina. ¡Ya van a ser las 12! ¡Apresurémonos!

Pasamos a la pieza vecina donde nadie, nadie había; sólo un gato dormitaba. El chico lo tomó con cuidado y lo puso junto a la puerta que comunicaba con la pieza grande, la pieza del fin del mundo. Allí quedó el gato. Entonces el chico puso una doble carga de fulminantes en su revólver y... ¡pum!!

Disparó riéndose estrepitosamente y el gato saltó despavorido y huyó entre las viejas y mujeres de la pieza grande.

Un grito, un aullido espantoso perforó mis oídos:

—¡¡Aaaaay...!!

Otro aullido aterrador lo siguió:

—¡¡El fin del mundo!!

El chico y yo nos asomamos: era aquello sencillamente horripilante: caían desmayadas las viejas y otras proferían en lamentos histéricos; otras caían de rodillas y se golpeaban el pecho; otras se asían de las jóvenes que revolcaban por el suelo desgrenadas y convulsionadas.

No era para menos:

¡El fin del mundo!

Me escapé entonces antes de caer yo también en aquel abismo delirante que allí se abría, escapé a la calle y abandoné a mi compañero el chico que ahí quedaba riendo a mandíbulas batientes.

194

Las frases tiñen.

No se puede decir una frase cualquiera porque no hay frases que sean tales. La frase si no penetra en los oyentes se va.

Revolotea por los ámbitos.

Al fin encuentra a aquellos que buscaba y en ellos penetra perforando. Aquellos dicen:

—No sé por qué...; pero es el caso...; he pensado yo...

Después, mucho tiempo después, encuentran al autor de esa frase, lo encuentran en la calle o en un salón o en el bar o en el tranvía o en el Banco. Le dice:

—He pensado yo...; pero es el caso...; no sé por qué...

Y le repiten la frase. Entonces el autor la oye abismado y responde colérico:

—No, amigo mío, usted habla necedades. Porque la verdad es extremadamente diferente. La verdad es...

La frase entonces llora.

Y se va, se va, se va.

Como aquella que se fue.

Se fue y subió por la atmósfera. Llegó al éter y, desde el éter, echó su vista a estos suelos.

Fue entonces cuando se acercó Jabalí Batuco y le preguntó:

—¿Qué buscas allá abajo, oh, doncella?

Y ella le respondió:

—Busco un solo hombre que alguna vez haya escrito algo que no sea hablar de sí mismo.

Jabalí Batuco huyó, huyó, huyó.

Fue, por fin, a cobijarse entre los más ancianos de todos los antropoides existentes.

Allí estaba Jabalí Batuco cuando resonó una cajita de resonancia. La resonancia ha sido hecha para siempre resonar. Decía en sus acordes resonantes:

—Ella mintió, ella mintió y seguirá mintiendo...

Eran sus acordes como los de un violoncelo con pedales y ellos hicieron hablar a Jung, el gran psiquiatra. Dijo:

Los contenidos inconscientes no están constituidos por complejos en un principio conscientes y que luego han derivado en inconscientes merced a una represión o desplazamiento, sino que lo inconsciente posee también un contenido propio que va subiendo desde profundidades desconocidas hasta alcanzar la altura de la conciencia.

Entonces ella, ella. ¡Ella! se inclinó hacia mí y, quedamente, murmuró:

—¿No es esto exactamente para los hombres lo que es el espíritu grupo para los animales?

Le contesté:

—Eso del "espíritu grupo" lo he leído yo en alguna parte. Sí, lo he leído. Ahora lo recuerdo: en Max Heindel.

Entonces ella, ella. ¡Ella! me obsequió un regalo simbólico: una cartera y un cenicero.

Tuve que decirme.

"Ella emplea una simbología mucho más visible que su propia capacidad. ¿De dónde la toma? ¿De dónde...?"

Una respuesta súbita llegó a mí bajando del éter, atravesando la atmósfera y perforando mi cráneo:

—De un fondo común a todos los hombres.

Vi que, en alguna parte, todos estábamos unidos; vi que todos somos el mismo ser; vi que, en alguna parte, nos separamos, nos sentimos separados.

Hay algo esencial en esto y ello es la inversión del valor en "alguna parte". Repetí varias veces en alta voz:

—En alguna parte..., en alguna parte...

Esto fue sentido y vivido y vivido. Luego meses, años, acaso épocas más tarde, ello me penetró perforando mi cráneo.

Allí está, allí sigue su vía de cristalización a lo largo del largo de mi intelecto.

Todo en mí circula por ese canal. Porque él es el canal que tengo abierto.

Entonces ella, ella. ¡Ella! volvió a susurrar.

—"Corazón" suena como un violoncelo con pedales, suena como lo permanente. ¿Y "cabeza"? Ella suena como el golpe de las faenas cotidianas.

—Es decir... —le dije.

—Es decir —me dijo— que la cabeza debe ser de tal hora a tal hora; el corazón, siempre.

Medité un rato, un largo rato. Pasaron meses, años; acaso pasaron épocas. Al fin le dije:

—La cabeza debe ser para mis ratos de escritorio sobre un papel. El corazón, en cambio, debe ser...

Me dijo ella:

—Debe ser en la calle, en las fiestas, en las disputas... ¡Siempre! Y que tu cabeza oiga este siempre.

Medité un rato, un largo rato. Pasaron meses, años y, tal vez, épocas. Al fin logré entender:

Hacer extenderse, lentamente, los papeles más allá de las ventanas del escritorio.

Entonces fui a la danza, fui al teatro a ver la danza, a ese maravilloso teatro hoy maravilloso porque en él hoy hay maravillosas danzas.

Mi padre acababa de morir.

¿Has muerto, papá?

Sube, entonces, por la atmósfera, traspásala, llega al éter y, en el éter, detente. Allí echa tu mirada sobre estos suelos que nosotros seguimos hollando.

¡Mírame, papá!

Voy al maravilloso teatro a ver maravillosas danzas.

Se sentó a mi lado Jabalí Batuco. Me preguntó o se preguntó a sí mismo:

—¿Por qué, señor mío, por qué querer transmutar algo en lo que no es? Hay, señor mío, quienes intentan en transmutar el arte en filosofía.

Le advertí:

—¡Silencio, señor Jabalí Batuco! La danza va a empezar.

Y ambos, en silencio, vimos la danza.

Al verla se abrió ante mis ojos un agujero. Por él me fui tan alto que pasé como un celaje por esta pequeña atmósfera que nos envuelve; llegué al éter y, encontrándolo también pequeño, seguí mi viaje sideral.

Allí me encontré con ella, con ella. ¡Ella! Le dije:

—¡Oye, mujer, oye! Desde que veo danzas siento la posibilidad de que toda la existencia se resuelva en ritmo, en música, en color y en movimiento.

Ella me respondió:

—Sería otro modo, otro modo...

Y ambos cantamos:

—Pero, pero, pero llegaríamos, después de todo, a lo mismo, a lo mismo...

Pero ella dio la nota final:

—A lo mismo, a lo mismo... ¡un poquito más arriba!

En un entreacto Jabalí Batuco me dijo:

—Tu padre ha muerto. Esto es un cambio profundo en toda vida profunda. Porque ahora puedes decir: "Hasta hoy fui uno; desde hoy seré otro". Mas para que esto aflore...

—¿Qué?

—Debes tener conciencia de que tu padre ha muerto. Una vez que esta conciencia se arraiga en ti...

—¿Qué?

—¡A practicar esta conciencia!

La bailarina, esa bella niña, esa hermosa niña, esa hermosísima niña siempre son-

riente, siempre impávida, siempre enfadada, sonrió quedando serena y contraído con furia su rostro que, en esta contracción, sonrió denodado.

Yo pensé, yo dije:

-Aunque lleguemos a lo mismo es mejor llegar a lo mismo un poquito más arriba.

¡Sí, sí, sí!

¡¡Sí, sí, sí!!

Fue lo que cantamos todos.

eso Nada más que una cosa pero tan intensamente concentrada que todo lo demás, todo que hoy creemos indispensable... seríanos dado por añadidura!

Jabalí Batuco aplaudió.

Yo, al verlo, aplaudí.

Entonces el público todo, al vernos, aplaudió.

Desde más allá del éter ella aplaudió.

se derrumbó. La bella niña, la sin par niña, hizo una reverencia y, con esta reverencia, el teatro

Sobre sus ruinas salí.

Caminé.

En una esquina de la calle con esta bella, con esta hermosísima niña. Nos detuvimos.

Le dije:

-Me llevaste más allá del éter.

Ella me dijo:

-Ahora estamos en la Tierra.

Le dije:

-Es hermosa esta Tierra cuando tú estás en ella.

Me dijo:

-Quisiera saber tu nombre.

Le dije:

-Onofre. Quisiera ahora saber el tuyo.

Me dijo:

-Virginia.

Pensé en mi padre. Lo llamé. Cuando se presentó le dije:

-Eres un hombre feliz, papá. Eres feliz porque ya te has ido y te has ido. ¡Oh, qué felicidad! Nosotros todavía estamos repitiendo tanta, tanta tontería... Has partido de viaje.

Dime, papá: ¿es muy hermoso por allá?

Papá me miró, sonrió y me contestó:

-Allá no existe Virginia.

-¡Papá! ¡Partiré con ella!

-Allá no existe Virginia.

Y papá se fue, se fue. ¿Hacia dónde? ¿Por dónde? Giré varias veces sobre mis talones para ver hacia dónde, por dónde papá se había ido.

Pasó un fiacre vacío al trote lento de su caballo. Dije:

-¡Qué raro es un caballo si uno logra fijarse bien en lo que es un caballo!

Caminé.

Caminé tras una capa. Una inmensa capa que revoloteaba dando vueltas sobre un hombre que huía de su capa. Apuré mis pasos y la capa, llevando siempre al hombre dentro, apuró los suyos.

—¡Eh! ¡Pare! —grité.

La capa se volvió y profirió:

—¿Qué queréis, oh, mancebo?

Respondí:

—Caminar a vuestro lado.

—¡Ea! —vociferó— ¡En marcha!

—Ea —musité— en marcha.

Y ambos, con un solo ritmo, con una sola música, con un solo color caminamos con un solo movimiento.

Caminamos durante meses, durante años, tal vez durante épocas. Hasta que al fin la capa se detuvo y murmuró:

—Tengo algo que proclamar.

—¿Qué? —pregunté curioso.

—Soy Baldomero Lonquimay —respondió la capa.

Bajo la capa aparecieron unas grandes barbas colorinas. Tras las barbas un hombre me miró. Luego me dijo este hombre a través de las barbas:

—Heme confrontado con la existencia corriente y la existencia corriente no aceptó la confrontación con este ser que os habla. ¡La rechazó! Hube de ver si en aquel instante había yo avistado la verdad. Mas quedé en la perplejidad. Por eso ahora cabalgo bajo ésta que asemeja lo que no es. Pues ella es una almadraba cubierta de motelera que cobija el paso de los atunes custodiados por una bellísima napea...

¡Oh, Virginia —pensé yo.

¡Mancebo Borneo! La napea ha erguido ante mis visionarios ojos un telescopio. Con el telescopio he contemplado... ¿qué? He yo contemplado aquel astro, aquella gota luminosa, aquella ampolletuela que vosotros apeláis Júpiter. Ante esta mía taciturna y mía examinación, mancebo, ¡caí en éxtasis! Y habéis de saber que este éxtasis, por ser mío, diferenciaba de los éxtasis que extasiados galopan por los mundos.

Repetí:

—Galopan por los mundos...

Lonquimay profirió:

—Por los mundos galopan. Al galopar, ¿qué vi, qué vide? ¡Serio, mancebo, ante mi respuesta! Oídla: ¡Non vide nada! Pues para ver y veder falta hacía aquí a mi banda la presencia enhiesta de aquel ilustre en medio de los ilustres. ¿Sabéis quién?

Respondí:

—Vos mismo, ¡oh, Baldomero!

Profirió:

—¡No!

Entonces caminamos nuevamente. A mi lado caminaba una capa arremolinante. Yo caminaba con Virginia y Virginia alargaba y luego acertaba sus rayos de visión para seguirme pues yo sabía que ella, ¡oh, Virginia!, que ella acertaba y alargaba sus rayos de visión para seguirme en mis pasos baldomerianos.

De pronto Lonquimay se detuvo y con él se detuvo todo cuanto a nuestra percepción cotidiana no se detiene jamás. Dijo:

—Hacia falta Lorenzo Angol. Lo que falta hace llega. Llegó, pues, Lorenzo Angol. ¡Habra Lorenzo Angol! Púseme al lado de un varón que no se menospreciaría por hallarse

al lado de este varón que yo soy, púseme al lado del inmenso Buonarroti y, cogiendo un escultórico batiente, golpeé el aire y exclamé: "¡Habla! ¡Tú lo puedes!".

Dije:

—Digno momento ha tenido que ser aquel en que, tan noblemente, ordenásteis a Lorenzo que expeliera lo que en él, sin duda, se encerraba.

Dijo:

—Sendemos por esta senda.

Por aquella senda sendamos. Y sendamos por ella durante días, durante meses, durante años, acaso durante épocas. Hasta que el pelirrojo, otra vez más se detuvo y sobre una dulce, una mansa, una suave melodía que a mi boca llevaba la dulcedumbre de cuantas cosas dulzorosas en mi vida había yo paladeado, cantó el verbo de Lorenzo Angol.

Para claridad del que esto, algún día, algún mes, algún año, ¡no!, alguna época lejana, lejanísima, remota, remotísima, cuando ya esta Tierra sea un núcleo fuera de la Vía Láctea, cuando ya nosotros seamos, ¡por fin!, lo que tanto anhelamos ser, cuando todas las palanquetas sean inútiles; para su claridad, para tu claridad, por remota y remotísima que esa época sea, tan remota que esté a tu lado junto a ti, ¡oh, Virginia mía!, para tu claridad transcribiré las palabras de Lorenzo Angol vueltas a decir por Baldomero Lonquimay y dejaré perderse por los ámbitos la dulce y mansa y suave melodía con que fueron acompañadas.

Virginia, helas aquí:

Quince conos se levantan sobre la mesa y con su imbecilidad externa protegen vidas interiores completas y grandes;

Y un ratonzuelo, cuyo destino se encontró con el de Desiderio Longotoma, tiene que sufrir las vicisitudes que acarrea el hecho de que haya talentosos y cretinos en este mundo;

Y un gato ignorado pone a todo trágico fin;

Y ante el entusiasmo casi diabólico de su nocturno compañero, un aglomerado de mandatos vuela hasta el sueño de Rosendo Paine;

Y como constancia de lo sucedido queda una firma en una hoja de níspero;

Y sin más y así tal cual suena, es el hecho de que Ascanio Viluco está seguro de no ser sino Ascanio Viluco;

Y recibe en la Bóveda una reverencia de Juliano el Apóstata, de Leonardo de Vinci y de Pedro el Grande;

Y entonces un monstruo sobrevenido le presenta una faz espantosa;

Y todos los objetos, con uno incaico a la cabeza, se ponen, mudos, en marcha por el tiempo;

Y vuelve una pequeña tela con su ambiente y con un viejo amigo fallecido;

Y un triángulo temible está a punto de malograrlo todo al alzar en su vértice un álamo solitario;

Y entonces y a pesar de juergas en medio de las reses muertas, hay que raptar a una mujer maravillosa;

Y la mujer, virgen hasta entonces, pierde su virginidad detrás de tres espejos que no la reflejaron;

y Naltagua, con voz cadenciosa, le asegura que el conocimiento total ya nos acecha por ahí;

Y al ver a Júpiter cayendo tras las tejas, sabe que es necesario el apoyo de una estrella.

Caminamos nuevamente. Pasó, junto a nosotros, otra época, otra dilatada hasta lo

incomensurable. La saludé agitando mi mano. Baldomero Lonquimay se arrebujó dentro de su capa y, desde allí dentro, me dijo:

—Un humano, si tiene la altivez de ser un humano, contempla y medita al sentir sobre sus ojos que ha caído un punto brillante. Y su meditación perfora nuestros ámbitos si ella toca su fin con el alzamiento de las techumbres.

Yo le agregué:

—Al ver ese punto brillante reviven en él los acontecimientos de su vida.

Abrió su capa y yo vi un inmenso murciélago con las alas desplegadas. Este despliegue de sus alas nos hizo caer en penetrantes consideraciones acerca del telescopio.

Helas aquí:

Júpiter..., un punto brillante, sin telescopio. Con telescopio, un gran globo con sus satélites cual una gallina con sus pollitos. Deja el telescopio y vuelve el punto brillante. Porque nosotros somos SIN telescopio.

Por eso volvemos a la vida corriente y en la vida corriente vemos como todos ven en esta vida corriente.

Así es el hombre desnudo, original, puro.

¿Puro...?

Y esta palabra fue un quid que se interpuso entre la pureza de ese hombre y Júpiter allá arriba.

Entonces esta palabra, ¡puro!, desvirtuó nuestro camino.

Y apareció la duda cual una hermosa mujer, ¡hermosísima mujer!, que te balanceas en el teatro donde Jabalí Batuco aplaude.

Mujer que no sale para ir luego por las calles sosegadas.

¡Virginia! Pienso en ti.

Pero mi pureza duda... La duda trae la pérdida de toda fe.

Dudemos.

Perdamos la fe.

El hombre debe ser CON telescopio.

Pero las calles, estas calles, aquellas calles, todas, todas las calles que las ciudades han hecho para que el hombre transite. Todas se oponen a que un hombre sea CON telescopio.

Porque entonces el pavimento crecería hasta el infinito. En un infinito el hombre no puede vivir.

Esperemos. Esperemos.

Es de noche. Ya es la noche.

Esperemos.

Así dejamos pasar siete largas épocas, una tras otra, tan largas que, cuando estuvieron nuevamente a nuestro lado, te vi a ti, ¡Virginia!, junto a mí. Y allá, en lo alto, muy alto, un globo con sus hijos satélites como una gallina con sus polluelos.

Pasaron las épocas largas, largas, largas.

El pavimento creció con cada época.

El pavimento arrancó y se llevó al gran amigo que de verdad estimo, al sin par de Baldomero Lonquimay. Lo arrancó y se lo llevó envuelto en su capa que se extendió a tal extremo que una lonja de ella ocultó la sonrisa que Júpiter me enviaba.

Caminé solo, solo.

Bajo un farol solitario estaba solitario Tadeo Lagarto. Se afirmaba en la noche, muy

de noche, con ese solitario farol, solitario en medio de calles y pavimentos que habían desaparecido.

Entonces el farol voló con nosotros dos y la paz pudo reinar junto a nosotros.

—¿Qué meditabas? —le pregunté.

Me respondió:

—Meditaba en la suma sapiencia de esos tres hombres.

—¿Qué hombres?

—Los guardadores de la piedra.

—¡Cuenta!

—Oye:

—Fui al campo. El campo vino a mí. Nos encontramos ambos, el campo y yo. Fui a una casa que hay en esos campos, una casa toda llena de largos corredores de cristal. Estos corredores cobijan a un trabajador solitario. La casa y el hombre solitario vinieron hacia mí. Nos encontramos. ¿Quiénes? La casa, el hombre y yo.

—Esa casa —le dije— está en el fundo de La Manigua; ese hombre es Contaldo Nipaco.

—Nos encontramos la casa de La Manigua, Contalco Nipaco y yo. Los tres; la casa, Nipaco y yo; salimos al sendero de las Urracas y el sendero de las Urracas llegó hasta nosotros y nos dio su bienvenida.

—Seguimos por él hasta el sitio en que estaban.

—Eran tres. Eran tres, según Nipaco. La casa calló. Yo dije que no eran tres, que eran cuatro: los tres hombres y la piedra. Pero luego vacilé. Esos tres hombres eran tres sabios. Me dije, entonces, que allí había siete seres: tres hombres que en ellos llevaban tres sabios y una piedra que era cobijada por los tres sabios apoyados en los tres hombres.

—Dígame, señor Lagarto, qué hacían allí esos tres hombres?

—Respondían, levantando la piedra, a cualquier pregunta que usted les posará. Luego, con esa piedra, volvían a cubrir la fuente donde yacían las respuestas a las preguntas.

—Su ciencia, señor Lagarto, debe haber crecido enormemente con el trato de esos tres sabios.

—Efectivamente.

—¿Podría yo saber qué...?

—Volemos —me respondió.

Sobre el farol volamos. Vinimos a aterrizar justo en el sitio donde nos habíamos encontrado. Tadeo Lagarto se afirmó en él, yo me afirmé sobre la noche y la noche giró dejándome en completa inmovilidad.

—Interrogué. Interrogué sobre la existencia actual y pasada de Paracelso. Los tres sabios se inclinaron. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra. Los tres sabios contemplaron ensimismados bajo ella. Los tres sabios se volvieron a mí.

—¿Y qué dijeron?

—Sobre Paracelso no hay nada.

Quise exclamar: "¡Calbucol!" mas no lo pude; quise exclamar: "¡Osorno!" mas no lo pude. Miré a Lagarto con una mirada de gran interrogación.

—Interrogué, entonces, sobre la vida pasada hasta la más lejana antigüedad, sobre la vida aquí en la Tierra, sobre la vida de hoy día de Napoleón Bonaparte. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre Napoleón Bonaparte no hay nada".

—Interrogué entonces sobre Sakiamuni. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron

la piedra y contemplaron bajo ella ensimismados. Luego me dijeron: "Sobre Sakiamuni no hay nada".

"Luego interrogué sobre Nicolás II y sobre Lamartine. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre Nicolás II y sobre Lamartine no hay nada".

"Luego interrogué sobre la relatividad de Einstein y sobre Zurbarán. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre Einstein y Zurbarán no hay nada".

"Luego interrogué sobre Agripina y sobre doña Nora de Bizerta y Ofqui. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre Agripina y sobre doña Nora de Bizerta y Ofqui no hay nada".

"Luego interrogué sobre Cagliostro y sobre Almagro. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre Cagliostro y sobre Almagro no hay nada".

"Luego interrogué sobre la redondez de la Tierra y sobre Papus. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre la Tierra y sobre Papus no hay nada".

"Luego interrogué sobre Fray Benito del Crucifijo y sobre la distancia que nos separa de Capello. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre Fray Benito y sobre Capello no hay nada".

"Luego interrogué sobre el barro que se forma en los caminos polvorientos cuando llueve y sobre las letras de Cervantes. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre el barro y sobre Cervantes no hay nada".

"Luego interrogué sobre lo que ocurre en un baile después de las 2 de la madrugada. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre los bailes no hay nada".

"Luego interrogué sobre la verdad de las ciencias matemáticas y sobre el autor de una zarzuela. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre matemáticas y zarzuelas no hay nada".

"Luego interrogué sobre la soledad de las noches tétricas y sobre las máquinas de escribir. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre noches y sobre máquinas no hay nada".

"Luego interrogué sobre las amapolas y las Cruzadas. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre amapolas y sobre las Cruzadas no hay nada".

"Luego interrogué sobre Ñipaco y sobre los aluviones que caen por las montañas. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre Ñipaco y sobre aluviones no hay nada".

"Luego interrogué sobre el futuro lejano y sobre la cosecha de sandías. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre el futuro y las sandías no hay nada".

"Luego interrogué sobre las cartas del tarot. Los tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre el tarot no hay nada".

"Luego interrogué sobre la inmortalidad del alma y sobre el canto de los gallos. Los

tres sabios, con un solo impulso, alzaron la piedra y contemplaron ensimismados bajo ella. Luego me dijeron: "Sobre el alma y sobre los gallos no hay nada".

"Entonces, sartisfecho, plenamente satisfecho, regresé. Contaldo Ñipaco regresó tras de mí. Tras de nosotros regresó la casa y sus cristales tremolaron con cada paso que avanzábamos.

Caminé, caminé mucho. Virginia me impulsaba a caminar, a caminar mucho. Hasta llegar frente a un farol solitario que solitario brillaba en aquella noche. Como tú, Tadeo Lagarto, me afirmé en él. ¿Permites, Tadeo, que te tutee en una noche, muy de noche?

Di media vuelta y caminé, caminé mucho alejándome de aquel farol. Mis pasos sobre las aceras resonaban como resuena el tambor en las selvas africanas al toque de los negros de esas selvas africanas:

¡Pom, pom, pom...!

A mi lado Javier Licanté gimió:

¡Pom, pom, pom! Así suenan los misterios de mi corazón. Así: ¡Pom, pom, pom!

Imité a Baldomero Lonquimay. Le ordené.

¡Habla! ¡Tú lo puedes!

¡No soy Moisés —respondió.

¡De todos modos, habla.

¡Sólo puedo decirte que aquí tengo reprimido un delito cruel.

Clamé entonces:

¡Pom, pom, pom!

Javier clamó entonces.

¡Pom, pom, pom!

Por la ventana de su casa se extendía la Avenida Benedicto XX. La Avenida Benedicto XX estaba iluminada por grandes focos eléctricos.

Ha terminado para mí la época de los faroles, míseros faroles abandonados en el pavimento de las ciudades.

Javier me dijo:

¡He tenido una absolución. He sido absuelto del odio que he sentido por mi padre. Lo he odiado por amor a mi madre.

Pero un farol se balanceó; allá lejos, muy lejos.

¡Lo he odiado por amor a mi madre.

¡Haz hecho bien. Estamos en los tiempos del psicoanálisis, en los tiempos de Sig. Freud. Hay, pues, que seguir estos tiempos.

¡Sí, mi querido Onofre, he leído a Freud. No puede ser un hombre mediocre. Yo no sé alemán así es que lo he leído en una traducción española. Autor: Sig. Freud —De la Universidad de Viena. Traductor: Don José Alberto Melquíades de Valladolid y Estrada Murcia de Villanueva y Córdoba de Torrelaguna y Nava de los Alejos— Profesor de la Real Universidad de Madrid, Instigador Suplente de los Institutos de Tamámel de Quintanar y Ayudante con dos decoraciones de los Supremos Concilios de Valencia en Ocaña de las Lunas. Sin embargo lo leí. Y vi en aquellas páginas por qué, al ausentarse mi padre con mi madre, quería yo retener a mi madre junto a mí. Pero mi padre me reprendía y salía con mi madre. Desde entonces no pude soportar más un peso fuerte sobre un sostén débil. Por eso odiaba yo el florero sobre la mesita. Hasta que un día, sin saber por qué, mi padre quitó de la mesita el florero y volvió la paz a este pecho.

—¡Oh! —exclamé—. ¡Qué grande es Freud y qué grandes son los pequeños floreros sobre las mesitas!

Javier me dijo:

—Como son grandes, en esta noche de paz, los faroles que se balancean sobre las olas del océano.

—¡Vamos hacia ellos, Javier!

—¡Vamos hacia ellos, Onofre!

Y salimos ambos tras un farol que, sobre las olas del océano, se balanceara removiendo los pavimentos.

—Es que, Onofre, con moral única me siento agitándome en el vacío. Por eso fui al Sur. Allí verifiqué: 1º) que cuando estoy abajo, lo hermoso está arriba; 2º) que cuando estoy arriba lo hermoso se ha ido hacia abajo.

“Quisiera encontrarme con él en el momento en que nos cruzamos. Quisiera detenerlo, cogerlo de la solapa bruscamente. Al ver mi gesto, estoy cierto, sonreiría. Y yo sonreiría con él. Al sonreír ambos llegamos a la Estación de los Ferrocarriles de Puerto Montt. Ahí lo hermoso me hizo ver por qué, por qué, ¡Dios mío!, por qué Montt y Varas nada quieren saber con el océano, por qué le vuelven la espalda.

“Corrí como ahora corremos nosotros, Onofre. ¡Corramos, corramos! Llegaremos a la Estación de los Ferrocarriles y veremos un vagón de ferrocarril en la estación. Perderé los puntos de comparación, las relaciones, pues siempre los puntos de semejanzas son mayores que los puntos de diferencias. ¡Corramos, Onofre! Porque es en la proporción de semejanzas y diferencias donde reside la influencia del medio ambiente.

“¡Oh sensibilidad! Quisiera, amigo mío, escribir “sintiendo” y nada más. Dejar pasar para siempre aquello de si coincide o no coincide con la realidad estricta. Ser impávido como son estos faroles y dejar que circule ¡la poesía, el ritmo, la fuerza!

Pero yo seguí caminando. Y mientras caminaba pensaba en ella, en Virginia. Seguía pensando en ella y entonces caminaba. ¡Oh! ¿Cómo te hablaré, cómo te diré lo que hay en mí? ¡Oh, Virginia! Pensaba y discurría, discurría para saber si los pajaritos se arrastraban bajo tierra o si los cocodrilos y los rinocerontes volaban por los aires.

¡Caminar, caminar!

Jabalí Batuco me tomó del brazo y juntos nos fuimos a ver la danza. Fuimos a ese maravilloso teatro ahora maravilloso porque en él hoy hay maravillosa danza.

Pasaron días, meses, años. Pasaron épocas.

—¡Prisa, prisa! —le gritaba yo a estas épocas que pasaban con una lentitud de elefantes y de camellos volando por los aires.

¡La danza!

Se realizaba ella con todo el esplendor posible. Yo, abismado, la veía. Jabalí Batuco aplaudía.

Mas no podía penetrar en ella. Traté varias veces de hacerlo. Mas no podía penetrar en ella.

Jabalí Batuco aplaudía desafortadamente.

El primer papel lo hacía: ¡Virginia!

El segundo papel lo hacía... ¿Quién? Sí, yo la conocía, te conocía, segundo papel. ¿Quién eres? ¡Tú me habías saludado y aun tengo en la palma de mi mano el sabor de tu contacto!

¡Praxedes Bagdad!

¡Eras tú!

Pasó un nubarrón espeso, cargado. En él iba doña Restituta y doña Martina y doña

Cleta y doña Gervasia y...

-¡No puede ser! -le dije a Jabalí Batuco.

Jabalí Batuco prorrumpió en una ovación. El teatro entero obedeció prorrumpiendo en una ovación.

El nubarrón se deshizo y llovió, llovió, llovió sobre las ciudades y los campos lejanos, muy lejanos.

Virginia y Praxedes danzaron. Todas las bailarinas y todos los bailarines danzaron. Fue aquello el delirio.

Música: Stramuros;

Director de orquesta: Silvestre Tongoy;

Autor del Ballet: Cirino Queilén.

Jabalí Batuco sigue ovacionando. El teatro sigue ovacionando. Las columnas siguen ovacionando. Las ovaciones se pierden poco a poco, poquito a poco. Se pierden entre los miles, entre los centenares de miles de faroles abandonados que hay a lo largo de todas las calles, a lo largo de todas las carreteras, a lo largo de todas las sendas tortuosas, a lo largo de los picachos cordilleranos, a lo largo de los remolinos del océano.

Reinó el silencio. ¡Gloria a lo que reina! ¡Gloria al rey!

Lleva corona de diamantes; lleva una enorme capa de armiño.

Me inclino ante su majestad.

Entonces mi nieta, Magdalena, mi pequeña nieta canta:

Érase un rey que tenía

Un palacio colosal,

Un coche de porcelana

Y un jardín todo en cristal.

Magdalena y yo nos fuimos a cazar hambrientos lobos y feroces leones. Fuimos al bosque. ¿Al bosque? Fuimos al pequeño bosquecito, al modesto bosquecito, al diminuto bosquecito, al minúsculo bosquecito que hay aquí al lado.

Yo pensaba:

¡Virginia! ¡Has de estar con Praxedes!

Jabalí Batuco dijo:

-¡Oh! ¡Qué bien!

Y vi el más fabuloso salto de danza que jamás se haya ejecutado. Porque Virginia, con un cocodrilo por los aires, saltaba y pasaba sobre Praxedes. Y Praxedes se agachaba como un pajarito chiquito bajo tierra.

Desfilaron bailarines y bailarinas.

Se alaban todos y caían con un ritmo, con uno solo, ritmo único. Ritmo que me acompañarás siempre, por mucho que viva, por mucho, mucho.

Aunque viva días, aunque viva meses, aunque viva años...

¡Aunque viva épocas!

El pasado sería pasmoso si volviéramos a él considerándolo como pasado, con la presencia de nuestro presente.

Esta frase me tortura.

El pasado es pasmoso cuando volvemos a él con la presencia del presente.

-¡Eh! ¡Eh! ¡Rosendo! ¡Rosendo Paine!

Rosendo me miró y me dijo:

—El pasado es pasmoso cuando volvemos a él con la presencia del presente.

Caminamos sin hablar largo rato.

Pasaron años. Pasó Praxedes. Pasaron épocas. Pasó Virginia.

Calle del Vicario. Es bonita la casa de Rosendo. En ella se respira un aroma de Nicole Chaumant. El aroma de Nicole trae recuerdos lejanos, recuerdos de otros mundos, de lontananzas que se hierguen a nuestro lado cuando Nicole habla.

—¿Crees tú, Rosendo, en un presente y un pasado?

—Cuando no fumo, sí.

—¿Y cuando fumas?

—Entonces, no.

—¿Por qué no fumas?

—Porque el humo se va.

—¿Y no puedes retenerlo?

—Eso es un trabajo muy arduo; eso es un trabajo para nuestro amigo Lorenzo Angol.

—¿Para nadie más?

—Sí; también es un trabajo para Baldomero Lonquimay.

—¿Qué sientes con el opio?

—Ahora... Te he dicho que no fumo.

—¿Qué sentiste con el opio?

—Sentí con el opio que ello era entrar de lleno, de lleno, ¿me entiendes?, en un no-presente pero llevando el claro, el total recuerdo de este presente, con sus achaques y sus pavorosos afanes, llevándolo todo. Todo... pero achaques y afanes han desaparecido a pesar de seguir allí, a tu lado. Siguen como..., como un juguetito insignificante que hubiera a tu lado. Allí está y allí sigue. Tú estás fuera, tú estás lejos de él.

Arreglé el reloj de la casa de Rosendo. Adelantaba diez minutos. Para ello detuve el péndulo y el reloj paró.

El tiempo se precipitó alrededor mío. El tiempo que caminaba estático con nosotros dentro que caminábamos con el tiempo. Ahora se precipitó con un ruido sordo, bajo, profundo.

Seguí este ruido.

Me alejaba de Rosendo. Allá quedaba su casa; allá quedaba la calle del Vicario; allá, dentro de la casa, quedaba Nicole, la bella Nicole Chaumont; allá quedaba todo, todo cuanto existe, todo cuanto existió y existirá.

Quedaba avanzando con un paso lento, lento como la marcha de un reloj.

Yo, sin reloj, volé.

Yo sentí el tiempo.

Los péndulos de los relojes son para que el tiempo marche a su debido compás.

¡No apresurarse! ¡No apresurarse!

Deja, tiempo, que la humanidad pueda seguirte en tu marcha.

Así, así, así...

Virginia...

El sortilegio de tus trajes.

Ellos viven contigo, Virginia.

También viven los trajes de Praxedes. Viven más bajo, más bajo, agachados bajo tu inmenso salto, ese salto que desafortadamente aplaudió Jabalí Batuco.

Con esos trajes tú eres otra mujer, con cada traje, otra mujer, otra cosa... Tú eres ¡todo!
El todo que hace penetrar en otros ambientes hasta ahora cerrados.

Como un primer beso, como un segundo beso.

Tú tienes la posibilidad de llevarme hasta el abismo.

Pasó un vendedor de pájaros.

Gritaba:

-¡Canarios! ¡Chincoles! ¡Zorzales!

Callaba un momento y volvía a gritar.

-¡Zorzales! ¡Chincoles! ¡Canarios!

Se asomó la vidente por un ventanal. Cubrió la reunión, la gran reunión de intelectuales. Todos sus dedos estaban cubiertos de dedales de oro.

El vendedor era flaco, escuálido. Repugnaba. Llenaba los ojos de lágrimas al mirarlo con atención. ¡Daba pena el pobre vendedor de pájaros! A pesar de esta pena sonreía. Lo saludé.

Me ofreció una enorme grulla. Luego me mostró un enorme, enorme tántalo. Luego, un pequeñito, pequeñín, casi invisible tocororo. Este tocororo bailaba. Hacía pequeñas, pequeñas danzas como las hacías tú, Virginia. Un gorrión se agachaba al verlo. ¡Praxedes!
¡Basta de reminiscencias!

Vino, felizmente, el gavilán que se posó, con las alas abiertas, sobre la grulla, sobre el tántalo, sobre el tocororo y sobre el gorrión.

Su mirada adusta los vigiló.

Estaba todo más bien obscuro. Al fondo brillaba una pequeña, pequeña ventana. Su luz era moribunda. El vendedor me dijo:

-Por esa ventanita entra la luz que alegra, ¡que regocija! la vida de estos pájaros.

Y gritó:

-¡Canarios! ¡Chincoles! ¡Zorzales!

Gritando se marchó, se alejó el vendedor de pájaros. Era seguido por miles, por decenas de miles de grullas; por centenas de miles de tántalos; por millones de gavilanes. Y un tocororo.

¡Oh! ¡La ventanita reía! ¡Oh! ¡La ventanita se desternillaba de risa!

Entonces reí yo también.

¡Qué buena cosa es reír así! ¡Reír inconteniblemente! ¡Caer al suelo riendo!

Y mantener esta risa, mantenerla con severidad, seria, seca, enhiesta, columna inmóvil, como un gavilán que vigila. Sí, debes vigilar que aquí no se entremeta ni una gota de histerismo...

Riamos, nada más. Riamos dulcemente. Como se ríe en la mesa, con una señora al lado, un plato de caviar al frente y una copa que se mueva de la mesa a los labios, de los labios al caviar, del caviar a esa señora que ríe, ¡claro está!, ríe la gran señora, la gran dama, ¡eso es!, la gran dama, dama, damas... como las llama y ha llamado siempre el honorable Senador por Copiapó, don Juan Enrique Arancibia Ocampo.

Pregona el vendedor de pájaros:

-¡Zorzales! ¡Chincoles! ¡Canarios!

Se aleja el vendedor de pájaros, se pierde por entre las calles y por entre los vericuetos de las calles y por las rendijas de que están llenas estos vericuetos y por las cavernas, ¡sombrias, terribles cavernas! que aparecen en cada recodo de cada vericuerdo.

En las cavernas sombrías viene a hacerle compañía el pescador de perlas. Luego viene el tonelero de Nuremberg.

Conversan, conversan mucho. De pronto callan y se detienen.

Pregona el vendedor de pájaros:

—¡Canarios! ¡Chincoles! ¡Zorzales!

Hay que ir a ver al Notario, a don Dámaso Mamiña.

Su oficina es sombría, negra. La gente que hay en ella es negra, sombría. Su reloj, en la pared, adelanta.

—¿Desea usted, señor Mamiña, que lo ponga a la hora?

—Haga y no moleste.

Detengo el péndulo, el reloj para. ¡Veamos!

Caminó todo, todo, todo. Caminó con una precipitación sin igual. Pasaba todo, todo a velocidad indescriptible.

Vi pasar a Virginia que se iba junto al Notario; vi pasar a Praxedes junto a un mar de gentes, vi un mar tempestuoso; vi pasar a Baldomero Lonquimay arrebujado en una inmensa capa; vi pasar a Lorenzo Angol y a don Bruno Camarones y a Stramuros y a Remigio Natales y a Estanislao Buin y al doctor Hualañé y al cura de Putaendo y a la Tomasa y al marino Plum Pudding y a Ladislao Casanueva y Limarí y a Jacqueline y a Cirilo Collico y a Taita Higuera y a Cleta Purén y a Teodoro Yumbel y a Zócimo Taltal y a Rosendo Paine y a doña Nora de Bizerta y Ofqui y a don Ricardo Cortés Mandiola y a Teodosia Huelén y a Mardonio Pilmaiquén y a Perpetua Mamoeiro y a..., y a... ¿A quién no vi? Todos pasaban y se iban.

El tiempo, en total silencio, no se movió.

Estático.

Yyo, dentro de él.

Hice andar nuevamente el péndulo.

Caminó el tiempo.

Tuve necesidad de ajustar al tiempo inmóvil esa tromba de gentes que pasaban llevándose sus casas, sus trajes, sus objetos, sus alegrías, su miseria.

Entonces el reloj de don Dámaso Mamiña marcó la regularidad.

Caminemos. Caminemos a trancos cortos, caminemos lentamente.

Esta es la plaza de la Casulla. Aquel edificio es el Ayuntamiento. Esta es la Estación de los Ferrocarriles. Ese, el Hotel Vaticano. Y tú, al centro, erguido, ¡oh, hemíono tradicional!

Caminemos. Caminemos a trancos cortos, lentamente.

Eusebio Palena me dice:

—Mientras los prosistas insisten aún y se sumergen en el naturismo, los poetas ya cabalgan por el alma del hombre. ¿Para qué tan imponente ese palacio del Ayuntamiento? Los prosistas aun no pueden entender que para un hombre real esta mesa real es menos real que lo que sobre ella se piensa. Dicen: “La mesa es real; lo otro es irreal, es inexistente”. ¡Pobre país es éste! Los prosistas de este país marchan hacia abajo pero..., pero... tienen terror a las cavernas por donde entró el vendedor de pájaros, el pescador de perlas, el tonelero de Nuremberg. Quieren volar, volar como una mariposa con alas de águilas. Pero..., pero... tienen terror a las corrientes de aire que pueden llevarlos hasta el éter. ¡Pobres prosistas hay en este país!

He poseído a Chinchilla.

¿Qué querrá decir “poseer”? Yo he poseído a Chinchilla; Lorenzo Angol ha poseído a Chinchilla... Poseer..., poseer...

El diccionario dice:

Tener uno en su poder una cosa. Saber con perfección una cosa; como idioma o facultad. Dominarse uno a sí mismo; refrenar sus ímpetus y pasiones.

Y agrega:

Ser o estar poseído de temor.

No; yo no dominé ni mis ímpetus ni mis pasiones cuando te poseí; Lorenzo Angol, tampoco. No; yo no te tuve en mi poder; Lorenzo Angol, tampoco. Verdad es que tú no eras una "cosa". Tú no fuiste jamás ni un idioma ni una facultad. No; no fui ni estuve poseído de temor; Lorenzo Angol, tampoco.

Tu suspiro se fue, Chinchilla. El doctor Hualañé encerró en un frasquito lo que tú dejaste allí de ese suspiro. El suspiro siguió y se explayó por todo el mundo. Hoy toco... No; hoy he tocado un poco de tu suspiro.

Caminemos, caminemos.

Ya pasan los meses, los años, las épocas.

Vamos a la calle de la Tiara; vamos a ver a Rubén de Loa. Hoy debe ir Mamerto Masatierra y, seguramente, debe ir con mi gran amigo Macario Viluco.

¿No vendrías tú, Virginia?

No; tú no puedes caminar por las calles. Tú naciste en una danza; tu vida es una danza; tu muerte es una danza. Tú naciste para repetir en la eternidad el más fabuloso salto que jamás se haya ejecutado. Porque Virginia, como un cocodrilo por los aires, saltaba y pasaba por sobre Praxedes. Y Praxedes se agachaba como un pajarito chiquito bajo tierra.

Aplaudió Jabalí Batuco.

Aplaudió el teatro entero.

Aplaudió una columna.

Aplaudió otra columna.

Aplaudió el telón.

Aplaudió el escenario.

Aplaudió todo.

Sólo yo no aplaudí.

Quedé mudo, estático, subyugado bajo ese salto fabuloso, ese salto que jamás se haya ejecutado. Porque Virginia...

-¡Eh! ¡Calla, tú! -vociferó alguien a mi lado.

Me volví. Era Antenor Lentejuelas. Le dije:

-Sí, me callo. Voy a la calle de la Tiara.

-¡Buen viaje!

-Gracias.

Calma, calma.

¡Qué gran persona es Rubén de Loa! ¡Qué gran pájaro es el tucán! Si el vendedor de pájaros hubiese llevado uno, lo habría comprado y ahora estaría ofreciendo un regalo. ¡Qué gran persona es Rubén de Loa!

Calma, calma. Hay demasiada calma en esta semiluz del taller. Calma que invita a ir más lejos, a lejanías remotas y en ellas quedar largo rato.

Se oyen pasos que se aproximan.

¡Sí! ¡Ellos son!

—Disculpen si no saludo con la calma... —dijo Macario.

—La calma, la semiluz —dije yo.

—¿Qué? —preguntó Macario.

—Nada —respondí yo.

—Es algo imposible —siguió Macario—, imposible, ¿me entiende usted, Rubén?, algo verdaderamente imposible, ¿me entiende usted, don Onofre?, hacer entrar en razón a este caballero, a don Mamerto Masatierra. ¡Sí, mi señor don Mamerto, sabrá usted una enormidad en castellano y otra enormidad en geografía! Pero lo que es en materia de automóviles, de aviones, de helicópteros, de submarinos y de máquinas progresistas... ¡Ooooh! ¡Ooooooh! Usted está de a pie, Mamerto, está todavía en carretela. ¡Oh! Y repito mil veces este ¡oh!

—Explíquese usted, Macario —dijo Rubén—. ¿Por qué está en carretela nuestro amigo?

—Vean, vean bien —argumentó Macario—. Vea, amigo de Loa y vea, amigo Borneo: aquí me sostienen (indicó a Mamerto) que esos vehículos, esos modernos vehículos, no son un innegable progreso de nuestra civilización. ¿Es posible sostener una cosa semejante?

Mamerto se rió y, restregándose las manos, proclamó:

—¡Inefable!

—¿Qué, qué, qué es inefable, qué? Todo lo encuentra usted inefable. Pero yo quisiera que usted me citara, nada más que una cita, ¿oyó?, una cita y nada más. ¡A ver esa cita!

Mamerto reía siempre. Rubén preguntó:

—¿Una cita de qué quieres usted, Macario?

—Quiero que el distinguido profesor me diga cómo decían los antiguos romanos: helicóptero; cómo se decía submarino en esa Asiria tan mentada; qué marcas de autos preferían los griegos, los antiguos griegos; en qué avión volaba..., volaba Tao-Leu o como se llame: qué motocicleta...

—Usted quiso decir Lao-Tzeu —observó Mamerto.

—¡Qué sé yo lo que quise decir! Y sea lo que sea, ello no viene al caso. Porque el caso es que esos vehículos nos eran completamente desconocidos antes de ser conocidos. Y si no eran desconocidos... ¡Veamos, veamos! ¡Una traducción, sí, señor, sí, una traducción! ¿Cómo se decía "submarino" en antiguo mesopotámico? Dígalo, señor, que aquí lo escuchamos. ¿Y cómo se decía motocicleta...?

Mamerto rió con una potente carcajada.

—¡Reír, reír! Es lo único que usted sabe, Mamerto, lo único. Pero en sus vastísimos conocimientos de castellano, estoy seguro, no ha encontrado ni una sola traducción para helicóptero ni ha encontrado otra para automóvil. ¡No, señor, no la ha encontrado!

Mamerto movió la cabeza.

—¡Qué! ¿Otro "inefable"? No, amigo mío, no. Lo que es un verdadero inefable es creer, antes de existir, en vehículos que anden solos sobre la tierra y por los aires y bajo el agua y demás y demás.

—¿Demás...? —preguntó Rubén extrañado.

—¡Sí, Rubén! He dicho "demás" porque pronto tendremos coches o balas o cohetes o

como usted quiera llamarlos, que vayan a la Luna y perforen este planeta hasta el otro lado porque para algo la Tierra es una bola, para algo...

-¡Inefable! -dijo Mamerto.

Rubén de Loa alzó la mano como era su costumbre. Se produjo un silencio. Luego dijo:

-Ha dicho usted, Macario, la palabra clave: *Demás*.

En arte todo está "demás".

El tiempo se somete al arte; el tiempo es reversible en arte. No existe, ni jamás ha existido, la "historia del arte". Esta es una historia para colegiales o para hombres que, en medio de este misterio del tiempo, necesitan un punto de apoyo para no caer en sus círculos infinitos.

Hoy existe Salvador Dalí... Hace más de cuatro siglos existió Rafael Sanzio...

¡Mentira! ¡Falsedad!

Veo a los señores que tiemblan ante los círculos infinitos y estables del tiempo.

Yo he escrito una "historia del arte". Digo en un capítulo:

"... y gracias a la obra de un pintor francés, Cézanne, pudo, años más tarde, pintar sus telas el español Goya, de cuyas experiencias aprovechó, siglos después, el holandés Memling quien influyó grandemente en la elaboración del arte románico lo que hizo posible la aparición de la escultura griega...".

Ibacache, que me escuchaba, me dijo:

-Debiste haber puesto a Goya antes que a todos porque a mí Goya me fascina. Fue él, y no Memling, quien tuvo una real, una verídica influencia en la aparición de la belleza del arte románico.

Zócimo Taltal, que nos escuchaba, dijo:

-¡Ya están ustedes hablando en jergonza! ¡Ya están ustedes diciendo las cosas al revés! ¡Ya están ustedes...!

Si; estábamos nosotros, junto a nosotros estaba aquel hombre inmenso pintando. Saben ustedes de quién hablo: Rembrandt.

-¡Muy bien, Rembrandt, que pintes! -le dijo Ibacache.

Rembrandt sonrió.

-¡Muy bien, Rembrandt, que pintes! -le dije yo.

Rembrandt sonrió.

Taltal gritó:

-¡Me marchó!

Y se marchó.

-¿Para qué pintas, Rembrandt, para qué?

Rembrandt nos contestó:

-Me lo pregunto desde el día que tomé un pincel por primera vez entre mis dedos.

¿Será, acaso, para los moscardones?

-¿Qué son los moscardones...?

-Los que revolotean alrededor del arte. Para ellos pinto cosas claras que puedan comprender. Por bajo, en el mismo cuadro, pinto para los otros.

Y como Zócimo Taltal, Rembrandt se marchó.

Dije:

-Si no pensara, no vería.

Ibacache dijo:

-Se cree comúnmente que la pintura es de los ojos, de los ojos exaltados de tal modo que el resto duerme.

Repetí:

-Si no pensara, no vería. Siempre mi pensamiento ha ido adelante. A veces se va solo y yo me confundo. La visión quiere alcanzarlo.

Amigos míos, cuando se juntan viene el asombro.

Tengo la sensación de un "despertar". Sí, un despertar, más que ante la realidad, ante una visión que uno mismo se ha forjado.

La visión de la voluptuosidad. ¡Oh, qué inenarrable voluptuosidad! Ella me esperaba. Este era un miraje que me hacía...

¿Quién?

El pensamiento.

Pensaba yo en mi taller. El taller venía y se presentaba ante mis ojos. ¡No, no era un taller! Era un templo. Como en un templo, recogerse.

Yo rezaba:

-Así como Miguel Ángel tuvo el cuerpo humano, yo tendré el árbol.

Los árboles cubrían el templo.

Bajo ellos me acurrucaba yo.

Era un modo de disfrazar la enorme voluptuosidad... ¿He dicho disfrazar? ¡No! Sobre esa voluptuosidad se mecía el arte.

¡Europa!

Allá fui. Fui de chiquitín. La cabeza, llena de imágenes, me llevaba. Necesitaba ver, saludar, hablar cara a cara con todos ellos, con Murillo, con Rubens, con Rafael...

¡Ya los había visto volviendo los ojos hacia mi mente! Ahora hablemos, así, cara a cara. Y caeré en éxtasis. ¡Sí, sí, mil veces en éxtasis!

Me metí por todos los recovecos de Europa. Y vi los cuadros de Murillo, de Rubens, de Tintoretto, de Delacroix, de Van Dyck, de Poussin, de Ruysdael... ¡Los vi!

Quedé anonadado. ¿Era posible? Sí, ahí están y ahí están venerados por el mundo entero. ¿Era posible?

Ahí está Ruysdael y Poussin y Murillo y Gericault y Reynolds y Tiziano y Goya y Van Dyck... ¡Ahí estaban todos, mudos, silencio, no moverse, alto!

Creía yo que esos cuadros tenían que ser -¿me oyen?- tenían, tenían que ser iguales, idénticos a los cuadros de mis compatriotas chilenos pero... ¡mejor hechos!

La composición sería..., la pincelada sería..., el dibujo sería...

¡No! Eran otra cosa, eran totalmente diferentes. Olían a rancias estampas de una época ya pasada. ¿Qué costaría volver a hacer cuadros así? ¡Cualquiera, cualquiera lo podría! Me bastaba recordar a nuestro gran Acilino Pismel. Por lo menos ya en éste se insinuaba la pasta, la gruesa pasta que luego haría el sueño dorado de nosotros.

-¡Ah! -decía un señor cualquiera-, ¡ah! Hay que ver esas telas de los primitivos... ¡Qué maravilla, qué maravilla!

Fui a ver esas telas de los primitivos.

Vi a Benozzo Gozzoli, a Jean Malouel, a Giotto, a Lucas Cranach, a Fran Angelico, a Mantegna...

Pero, ¡cómo! ¿Son éstos?

Sí, son éstos. Ese es un Cimabue; y esos... ¡ah! ¡qué lindos! son de la época, de la estupenda época gótica, estupenda, cuando empezaba...

¡No, no y no!

¡Ahí estaban mudos, silenciosos, ¡silencio!, ¡alto!

¡Ahí estaban... ¡¡todos los cuadros que ornaban las piezas de las sirvientas de mi casa!!

Yo pasaba, la gente pasaba por esas piezas, frente a esas imágenes... Nadie decía nada.

¿Por qué había ido a Europa, por qué me maltrataban así?

¿O es el arte, acaso, el que no se mueve? ¿Moverse...? ¿Qué? ¿Moverse...?

Jamás, jamás se ha movido, jamás ha dado ni un solo paso!

Giotto, Cimabue, Cranach, Poussin, Zurbarán, Rubens... Ahí están todos. ¿Es posible,

es posible?

¡No y mil veces no! Esos pintores, si eran pintores, tenían que ser mejores que Acilino

Pamel.

¿Qué desencanto al encontrar los monos de la llavera de Curihue, de la Úrsula y de

todas ellas, ahí, con marcos, en el silencio de un museo, frente a los pasos miedosos de sus

admiradores!

Yo quería ¡pasta! ¿Me entienden ustedes? Yo quería cuadros empastados, con mayor

empaste que los hechos aquí.

Pero... no. Los pasos miedosos pasaban extasiados ante una negación de empastes,

pasaban ante cuadros que se asemejaban a los más académicos de que yo tenía recuerdo.

¡Lo académico...!

Por todas partes aparece, acecha y ataca. Forma sociedades con estatutos, con prolon-

gados estatutos. Hay que aprendérselos todos de memoria, luego recitarlos a ojos cerrados

y entonces ya se puede entrar en la sociedad de los estatutos.

¡Tiene razón Javier Licantén! Él lo ve en la prosa; él cree que es un mal de la prosa.

¡Lo académico...! Es él un mal general. Afecta a los espíritus enclenques que, como gusa-

millos, van a protegerse en lo que fue y ya no es.

¡El novelón! ¡El cuadro con buquecitos! ¡Miseria!

¡Qué lejos están los poetas de semejantes estancamientos!

La obra de arte debe limitarse, debe concentrarse. Todo intento de querer abarcar

más la diluye y la hace desvanecida en vez de real y afectiva.

Alguien me ha dicho que hay aquí una relación con el alma, sí, el alma única del

hombre... Yo no entiendo en esas cosas. Tiene que haber, sin embargo, una relación, tiene

que haberla.

En la obra de arte que pretenda abrazarlo todo se convierte en un abrazo al vacío.

Querer decir "todo" es encaminarse a no decir "nada".

El camino hacia la perfección es inverso al que aparenta pues tratando de decir UNA

cosa se tienen probabilidades de decirlo TODO.

Limitarse es más difícil que amplificarse. Si un hombre se amplificara y lo dijera todo,

su discurso o su cuadro vendría a tomar valor cuando otro lo limitara.

Ahora recuerdo a Facundo Doñihue. ¡Pobre hombre! Facundo sabe que él es un

fracasado. Se ha constituido voluntariamente en el símbolo del fracaso. Vive, desde enton-

ces, para hacer ver a los demás que el fracaso es la norma. ¿No? ¿No lo creen ustedes? ¡Ah!

Es que Facundo sabe mucho, es un verdadero sabio en esta materia. Sabe que es un fan-

tasma y se comporta como tal. ¡Por bajo, por caminos solapados! Y riendo, siempre riendo,

siempre amable. Así es el fantasma del desaliento; así vive agazapado frente a las pobres

víctimas que han de escucharlo.

Proclama, entre risas y risas y con frases espirituales, que es imposible "llegar". ¡Oh,

hay tanto, tanto que estudiar, tanto que saber! Hay, antes de empezar, que atesorarse de enormidades, de montones, de montañas de cosas y más cosas. Algunos le han creído y se han puesto a escalar esas montañas. Facundo les grita desde abajo:

—¡Más todavía, mucho más todavía!

Facundo Doñihue se hace el orador del desaliento. Pinta, claro está; muestra lo que pinta, claro está. Y, al mostrarlo, un pequeño discurso, un discursito que fluye de sus labios sin querer.

—Hay tanto que saber; por ejemplo aquí...

¡No! ¡No pintaré más!

Se alejan las visitas de su taller y van diciéndose:

—Facundo... ¡Uuuuh! Facundo se ve que es un hombre serio, un hombre que, de verdad, se afana y...

Esta opinión de las visitas le ha bastado.

No, amigos míos, no son los estudios ni la educación ni la sabiduría lo que al hombre hace avanzar.

Cada hombre estudia, aprende y sabe justo, justísimo lo que su avance requiere.

Si ha aprendido menos... ¡el amor le dará lo que le falte!

Si ha aprendido más... marchará con un estorbo que pronto lo devorará.

196

En Fray Tomate N^o 2; en el piso 2^o; en casa de Lorenzo Angol. Allí me recogí. Estaba desazonado. Por lo menos, ya que no estoy en La Cantera, evocar su ambiente en la compañía de Lorenzo Angol. Llegué a verlo después del almuerzo. Ahí estaba. Me dijo al verme:

—Ayer hablé con Florencio Naltagua. A propósito de nuestra conversación me dijo, ¡oyeme bien!, creo que es importante su opinión porque es una opinión que, acaso, está más allá de él; me dijo:

—No es cuestión de estar en un punto dado y de él partir en "mejor". No. Hay que partir de otro punto que nada tenga que ver con el primero. Hay que abandonar totalmente ese punto primero. Hay que renacer.

Por cierto: hay que renacer. Pero esto no depende de..., ¿me atreveré a decir "de uno"? ¿De quién dependerá?

Lorenzo habló.

—En mi caso ello no depende de mí. Yo soy el campo de batalla. El campo de batalla sufre enormemente de las consecuencias de una batalla. En ella están: por un lado, Florencio Naltagua; por el otro, Palémón de Costamota.

Pensé un rato. Es decir, según tengo entendido, por un lado la flor; por otro, la cuncuna. Pero una cuncuna también es hermosa, es hermosísima, es algo...

—¡Mira ésa! —me gritó Lorenzo.

Una cuncuna pequeña, de unos 3 a 4 centímetros. Estaba inmóvil y estaba de pie. Se apoyaba sobre sus patitas traseras y alzaba todo el cuerpo. Tenía dos ojitos. ¿Era una cuncuna? Era, exactamente, un pedacito de madera. Con una lupa me cercioré de que era una cuncuna.

-¿Dónde la encontraste?

-No lo sé. Estaba en mi manga, aquí. No moví el brazo hasta llegar a casa. Luego, con mil precauciones, la tomé y ahí la puse.

-Diré, entonces, el alto picacho cordillerano y el lóbrego fondo del océano.

Lorenzo me advirtió.

-Recuerda las palabras de Licantén: "Cuando estoy abajo...; subo...; cuando estoy arriba..."

Le dije:

-En la naturaleza no hay un símil para esos dos extremos: lo bello y lo feo; o lo grande y lo pequeño; o lo emocionante y lo insípido.

Lorenzo me contestó:

-Porque la naturaleza es y nada más.

-Sin embargo...

-La naturaleza es y nada más. Bello, feo, grande, pequeño, emocionante, insípido... todo eso lo traemos nosotros. ¡Siempre la dualidad! Por eso he sido el campo de batalla.

Luego me explicó esta batalla. Era algo así:

Florencio Naltagua, por un lado; Palemón de Costamota, por otro. Cada uno de ellos muestra su finalidad, quiere deslumbrar con lo que muestra. Entre ambos, Lorenzo se debate. Se debate callado, avanzando lentamente por las calles de San Agustín de Tango o por los recovecos de La Cantera. Y siento cómo allá, allá lejos, Florencio y Palemón luchan para conquistar y apoderarse de su intención profunda. Él seguía viviendo y nada más; ya lo he dicho: por calles y recovecos.

Sentía que, junto a esas calles y recovecos, a su lado, se alzaba una blanca montaña. A sus pies se abría un espantoso abismo. Ponía el acento en esos adjetivos, en "blanca" y en "espantoso".

Sentía, a veces, que algo mugía, que algo ululaba. Escuchaba.

A veces era la montaña; a veces, el abismo.

Iba tras ese mugido, iba tras esa ululación. Vinieran de donde vinieran iba tras ellos.

Conversaba, entonces, largamente con Florencio; salía a vagar con Palemón.

Cierta noche un grillo lo despertó. Se preguntó:

-¿Qué o quién grita en ese grillo?

El grillo calló. Calló un momento. Luego empezó de nuevo su grito monótono, estridente. Retumbaba en el sosiego de su habitación amplificado por la oscuridad.

De pronto vio algo enorme, algo inmenso como esa montaña; algo profundo y lóbrego como ese abismo.

¿Ver? ¿Vio? Sí; porque tenemos dos vistas: la de los ojos, simples espejos; la otra.

Con esta otra vio algo, algo... No sabía si era inmenso y luminoso o si era profundo y lóbrego. Allí estaba. ¡Oh, qué grande, qué imponente era ello en su altura o en su profundidad!

Esto grande e imponente se agitó por toda la casa, por toda la ciudad, por el país, por el mundo, por los satélites, por las estrellas.

O más bien las estrellas se redujeron de tamaño, ¡sí, eso es!, se redujeron de tamaño a tal extremo que allí estaban todas, ¡todas!, dentro de su habitación.

Este todo se manifestaba.

Este todo se manifestó.

Apenas un minuto, tal vez, un segundo.

Se expresó en el canto cortado, monótono, estridente de ese grillo.

¿Qué hacer, qué hacer?

Al día siguiente fue a ver a Florencio Naltagua. Hablaron de todo. Mientras hablaban llegó Marul Carampangue. Hablaron de una experiencia de días atrás: cuando Marul, asomándose a la ventana, había visto una escena de la Edad Media y había visto a Danton y a Desmoullins y había visto a La Quintrala y a Colón y ¡qué sé yo! Florencio le explicaba que todo ello había sido ¡una ilusión!

Pero una ilusión real. Había acentuado mucho esta palabra de "real". Ello no quitaba que todo ello hubiera sido una "ilusión".

Fue a ver a Palemón de Costamota. Palemón planchaba un par de pantalones a cuadro. Luego había sacudido un chaqué. Estaba amable, atento y reía de cualquier cosa.

Volvió para acá, a su casa, a Fray Tomate. Abrió su estante donde se acumulaba su pasado. Tomó una carpeta y de ella extrajo unos papeles. Los leyó.

Papeles de Marieta Uscana; un viejo diario de Marieta Uscana. Allí, en ese estante, había dormido este diario.

Marieta había sido una chiquilina. No se acordaba de ella, no se acordaba casi nada de ella. Hacía mucho tiempo de esto. En un momento, cuando ella había escrito ese diario, él, Lorenzo, la había amado. Se habían amado mucho, verdaderamente. Después él había partido de viaje. La existencia de Marieta había quedado aquí. Había quedado envolviéndose en el polvo y en las alcantarillas de Santiago. Sí, había sido en Santiago donde él la había amado.

¿Amar? ¿Qué significa esto de "amar"?

No lo sabíamos; ni él ni yo.

Claro, ahora Marieta estaba en San Agustín de Tango.

Sí, yo la conocía. La había visto una que otra vez.

—Lorenzo, ¿qué dice ese diario?

—Él ha cambiado mi vida. O mejor diré que mi vida, siguiendo el camino por donde alguien la empuja, abrió aquel estante, sacó, sin darse cuenta, esos papeles y, entre ellos, se había arrebujado el diario que ¡al fin! salió. Óyelo bien.

Lorenzo me leyó:

Enero 1^o.

¿Hay algo más lindo que querer y ser querida? Anoche he vivido minutos de intensidad, de siglos. Besos y... ¡caricias! Caricias que parecen puñaladas, que llegan hasta el fondo. Esto es vivir. Ansias tengo de entregarme toda entera y de recibirlo todo entero. ¿Qué me importa el resto del mundo? A mis labios viene una sonrisa de ironía al saber que nos burlamos de todos, que nadie sabe de nuestro amor, ¡que estamos solos!

—No te cambiaría por ninguna mujer en el mundo, ni por todas juntas. Te quiero *bien*. Quiero contarte toda mi vida, decírtelo todo. Creí dominarte y soy yo el vencido. Me haces renacer y me das vida. Te quiero demasiado y quiero probártelo. ¿Qué hago para probártelo? Te quiero tanto, tanto.

Soy yo la que te quiero tanto..., tanto...

Enero 2 (8¹/₂ P.M.)

¡Qué feliz estoy! Me siento nerviosa, ¡febril! Y todo es de felicidad.

Ya nunca más me atormentaré con dudas sobre si debo o no debo hacer algo que yo desee, sobre si debo o no dejarme llevar por mis sentimientos. Me siento completamente desligada de todos los prejuicios y por eso estoy liviana, podría volar como un pájaro.

-¡Pajarito...!

¡Cómo me gusta cuando él me dice así. Me siento *nueva*, como si solamente ahora empezara a querer, como que nunca hubiera habido otro hombre en mi vida. Creo que ahora quiero por primera vez. ¡Y de qué modo! Yo misma me doy miedo de la pasión que tengo adentro y que me era desconocida. Pero ¡qué lindo, qué lindo es el amor! Gracias a ti lo conozco. Por fin comprendo que esa cosa grande e indefinida que he esperado toda mi vida, llega.

(11 de la noche.)

Recuerdo sus palabras de esta tarde:

-Piensa cuando estés sola, acostada en tu camita, que tienes una persona que te quiere a ti más que a nadie en el mundo, que el único deseo que tengo es el de hacer lo que tú quieras. Mándame. Dime cómo quieres que yo sea y así seré inmediatamente. Mi vida no tendrá ningún secreto para ti, quiero deshacerme ante ti. Puedes hacer de mí lo que quieras.

¡Cuántas cosas más me dijo! Tengo miedo de derrochar demasiado la cantidad de felicidad que nos está reservada a cada mortal. ¡Estoy gastando tanto ahora!

Enero 6.

Escribo estas líneas sabiendo que tú las leerás algún día. Una por una han sido vencidas todas mis resistencias, sé que te entregaré mi diario como te he entregado mi cuerpo. Tal vez te lo negaré un poco de tiempo aún pero sabiendo en el fondo que será tuyo. Todo lo mío es ya tuyo, y siento con una fuerza enorme el placer de entregarme. El amor que te tengo me hace ver como muy posibles y naturales cosas que nunca hubiera pensado sin quererte como te quiero. Voy de asombro en asombro.

Es la una de la mañana; estoy metida en mi cama. Recorro con el pensamiento todos mis actos de hoy: he salido con amigas en la mañana; he estado en tu casa desde un cuarto para las 3 hasta cerca de las 5. Te he visto nuevamente en mi casa y después hemos salido juntos en auto. En la noche he comido con Belisario que ha estado de una amabilidad asombrosa, y hemos cantado mucho; y por último he ido donde tía Emiliana. Habían varios muchachos, entre ellos César. Ha sido un día precioso gracias a ti. No te puedes imaginar tú, hombre mío, (no me atrevo a poner tu nombre) lo que gozo cuando estoy a tu lado. Los demás sentimientos del día se borran por completo. ¡Sólo tú existes en este momento para mí! Revivo las horas en que he estado en tus brazos, en que me has *besado* y mi cuerpo entero se estremece y vibra. ¡Cuánto, cuánto tengo que agradecerte lo que me haces vivir!

Estoy contenta, feliz como tú quieres. Tengo fe en tu cariño y no deseo nada más en el mundo que conservarlo.

Tengo sueño. Me dormiré repitiendo las palabras que me repito el día entero: ¡Te quiero, te quiero, te quiero!

Enero 7.

Ahora soy otra. Siento vértigo. No puedo creer que sea cierto. ¿Soy yo? ¡Cómo es que he podido sentir tanto! ¡cómo es que he podido...! Y no estoy arrepentida.

He vivido.

Ahora me puedo morir.

Enero 26.

He estado releyendo lo que he escrito desde que soy tuya y, con la lectura de estas pocas páginas, he confirmado más mi duda. La duda que todos estos días que hemos

pasado juntos en La Cantera, me ha perseguido sin cesar: tú ya no me quieres. No puedo decir en qué lo noto o tal vez lo noto en todo. Lo siento en el modo con que me hablas, en el modo con que me miras, que ya no eres como antes. He dejado de ser novedad para ti. Tal vez habría sido mejor no entregarme tan luego. Ahora estoy triste. Nunca nadie cree que yo pueda sentir pena. Para todos soy "la Marieta" y veo con espanto que estoy volviendo a serlo para ti también. ¡Y si supieras todo lo que eres tú para mí! Me basta pensar en todo lo que te he dado para ver la intensidad de mi cariño. ¿No sientes lo mucho que te quiero y que te quiero completamente?

Comprendo que mis palabras no corresponden a lo que tengo adentro: siempre que estoy contigo me califico de tonta por no poder decirte nada de lo que verdaderamente debiera decir. Pero eres tal vez tú el que tengas la culpa. Hay momentos en que te siento tan indiferente que me hielas y las palabras se me atajan. Eres cruel tal vez sin saberlo. Si leyeras estas líneas yo sé que te daría pena. Y las leerás... pero no todavía. ¿Y qué adelanto con que me tengas lástima? Mi orgullo se levanta. No acepto tu compasión. Tengo rabia, me encuentro hostil. Me estoy riendo de haber puesto esta palabra. ¿Te acuerdas que hoy, en La Cantera, a la hora de once, todos me embromaron por eso? Pero entonces no estaba hostil. Era decepción lo que debía haber puesto: ¡un amor tan grande en ti y haber tenido tantas ilusiones y ver que todo se derrumba! No eran celos como tú creías. En este momento no tengo celos de nadie.

Lo terrible es que yo sé que para ti el amor es una cosa secundaria, que ni siquiera crees en él, que es uno de los pasatiempos de tu vida.

¡Qué diferencia a las proporciones que el amor toma en mí! ¡Para mí es la vida!

Afortunadamente que todavía puedo reaccionar. Me encuentro con las fuerzas suficientes para no dejarme llevar más por él. Yo también quiero ahora saber manejarlo y no que él me lleve a mí.

Mañana iré a verte a las 11. Voy a pesar de que no debiera ir. Trataré de contarte lo que esta noche he escrito. Tal vez me convencerás de que estoy equivocada y, mientras tú hables y mientras esté en tus brazos, te creeré todo lo que quieras hacerme creer. No puedo resistir a tus razones cuando verdaderamente te propones convencerme. Tú sí que sabes hablar y mostrar ideas claras. Con tu talento y tu experiencia yo no soy a tu lado nada más que un juguete. Y no puedo aceptar ser solamente una muñeca sabiendo que te quiero como mujer.

Silencio ahora. Calma absoluta.

¡Marieta Uscana!

Sí, yo la había conocido, la había visto una que otra vez.

Me puse de pie y allí quedé... inmóvil. Como en la otra ocasión, creo que pasaron años, siglos, épocas. Tuve una sucesión de ideas que me forzaron a salir.

Miré la cuncunita.

Ahí estaba inmóvil, de pie, apoyada en sus patitas traseras, el cuerpo alzado, erecto. Tenía dos ojitos fijos, también inmóviles. Era, exactamente, un pedacito de madera. No tenía ni una sola púa, ni una sola.

Me alejé, entonces, en puntillas, ¡schcht!, sin hacer ningún ruido.

Cuncunita, ¡que tu paz no se turbe, que tus ojos no vean, no vean...!

Eché, al salir, una mirada a la manga de Lorenzo.

Cerré la puerta tras de mí.

Bajé, ¡schcht!, en puntillas.

¡Marieta Uscana...!

Sali.

Poco a poco, mientras me alejaba de Fray Tomate, apresuraba el paso. Marchaba, creo, por la calle de la Eucaristía. De pronto me encontré en la avenida Benedicto XX, la que lleva el nombre del Papa que ha de ser. Entré por la calle de Los Dominicos y luego por la calle del Cura Párroco.

Decididamente mi cabeza no venía conmigo. Es muy curiosa la sensación que se experimenta al ir por las calles sin cabeza. Es muy, muy curiosa.

Por ahí me encontré, repentinamente, con Praxedes Bagdad.

-¡Oh, Praxedes! ¡Qué gusto tengo al...!

Me estiró la mano y me dijo:

-...Cómo le va...

-¡Oh, Praxedes! Mi cabeza (olvidé que la había dejado allá en el departamento de Lorenzo) está llena, está plétórica con su recuerdo, aquel recuerdo que Jabalí Batuco aplaudió entusiasmado.

Me preguntó sin poner signos de interrogación:

-...Quién es Jabalí Batuco...

-Es mi compañero, aquel que aplaudía encantado cuando Virginia daba ese salto soberbio sobre usted y usted se agachaba como un chincolito que ha sentido pasar sobre él el furor airoso de toda la naturaleza.

-... De qué naturaleza...

-De la que pasaba sobre ese desgraciado chincolito.

-No sé de qué habla...

-¡Cómo! ¡Praxedes! ¡En el teatro! ¡La otra noche! ¡Oh, qué noche divina!

-... Qué teatro...

-El teatro donde usted danzaba, Praxedes.

-Ah, sí...

-Y ahora, Praxedes, ¿ensaya una nueva danza?

-No sé de qué habla...

-Quiero saber si va usted a danzar nuevamente otra danza, si otra vez va usted a desencadenar sobre su cuerpo divino esa airosidad de la naturaleza que ha de encarnar Virginia.

-Ahora voy allá, a la casa donde nos conocimos.

-¿Tiene usted, sin duda, una cita con la tía Chacha?

-... Qué tía Chacha...

-Recuerde, Praxedes, recuerde aquella tarde en que nos hallamos allá y ustedes todas rogaban a los Supremos..., a los Supremos... mandatarios de este universo vil que no pusiera término a este vil universo enviando sobre él una lluvia extemporánea.

-No parece que va a llover ahora.

-¡Oh, Praxedes! Así lo espero. Pero dígame, ¿pensó usted realmente que el mundo iría a terminar el otro día?

-Así me lo dijo la señora Puchuncaví, doña Claudia...

-Pero, ¡oh, Praxedes!, no terminó.

-Porque nosotras rezamos...

-Es verdad, ustedes rezaron.

-... Dónde está la calle del Cáliz...

-Sé, Praxedes, que es por aquí cerca. A ver, a ver...

-Quiero decir la avenida de los Querubines...

-¡Ah, sí! Comprendo, Praxedes, la avenida de los Querubines, donde se encuentra el café de los artistas, ese gran café llamado el Fiat Lux.

-... El qué...

-El Fiat Lux.

-... Qué quiere decir...

-Pues vea usted: Fiat Lux es la frase que, según la tradición, dijo...

-Ya en la avenida de los Querubines me oriento. Tengo cita con Miroslava Lipingue.

-¡Cómo! ¿Frecuenta usted a Miroslava Lipingue?

-Es amiga de doña Claudia Puchuncaví. Bueno, me voy porque ya es tarde.

-¡Adiós, Praxedes Bagdad! Pero, antes de separarnos, quiero hacerle una pregunta, una pequeña pregunta.

-... De qué...

-Es sobre su apellido, sobre Bagdad.

-... Qué tiene...

-Su padre, acaso, ¿es de Mesopotamia?

-... Qué es eso...

-Mesopotamia o Irak, como ahora se llama. Bagdad es la...

-Mi papá es de apellido Malleco. Yo me puse o, mejor ellas me pusieron Bagdad. Pero mi papá y yo somos emparentados con Melitón Malleco, que ya murió.

-Comprendo, Praxedes. ¡Adiós, adiós!

-... Por aquí me dijo que estaba la avenida de los Querubines...

-Sí, por ahí. ¡Adiós!

-Adiós...

Seguí caminando. Fui al Bar Azul. Allí mi suerte mejoró un poco pues me encontré con Desiderio Longotoma y con Jabalí Batuco. Me senté con ellos.

Habían estado en el Gran Teatro Musical y habían oído una ópera de Donizetti o de Rossini o de Verdi. No recuerdo bien de cuál de ellos. En todo caso, una ópera italiana. Ambos estaban dichosos de haberla visto y oído. Su entusiasmo se reflejaba en las copas y en los ademanes que hacían.

-¡Qué cosa hermosa! -exclamó Jabalí Batuco.

-¡Es algo estupendo! -confirmó Desiderio Longotoma.

-¿La ópera? -pregunté.

-¡Por cierto, la ópera, por cierto! -exclamó Desiderio Longotoma.

-Ellas son como todo debiera ser -confirmó Jabalí Batuco.

Y hablando ambos al mismo tiempo, jugando a la pelota con sus conceptos, me explicaron por qué aquello era una cosa hermosa, estupenda, como debiera ser. Me dijeron, uno tras otro o al mismo tiempo:

-¿Cuánto rato dura una ópera? Pongamos dos horas o dos horas y media; máximo tres horas. Es decir lo que nosotros empleamos en hacer cualquier cosa, la más insignificante o el tiempo que empleamos en no hacer nada. Ya lo digo: ¡tres horas a lo más! El tiempo justo para no hacer nada. Y en este tiempo... ¿En qué se emplea este tiempo? ¡Fíjese bien, amigo, fíjese! ¿En qué, en qué se emplea? Pues, en conversar, sí, ¡y en italiano! Y lo que

hay de más interesante es darse cuenta de lo que allí se conversa, ¡eso és!, darse cuenta de lo que se conversa. Recuerde cuando él se halla sentado, ¡oooh! Porque hay que ver que un barítono cuando se sienta... ¡oooh! Y ella, la soprano, llega. Y él le ofrece asiento. Y ella vacila. Y él insiste. Y ella no se decide. Y él la apremia. ¡Aaah! ¡Lo veo, lo veo!

Y aquí ambos se pusieron a repetir cantando en italiano, idioma que desconozco pero que algo comprendo, las frases de la ópera que decían:

-Tome asiento... Gracias... Le ruegoooo... ¡Oh, tantas gracias, tantas graaaacias!
...Avanzad y senta-ooos... Es una gran, graaan gentileza de vuestra parte ...por eeeeeso, os pido, asiento, a-siento... ¡Oh, mil gracias! ...Sentaooos ...Si oso... ¡Sí! ¡Osad!... Os agradeeeeeeisco ...No hay por qué ...¿Dónde osaríiiiia sentarme? ...Escoged un sillón ...¿Cuál? ...Un sillón... ¿Cuál, cu-ál sillón ...El que os plazca ...Gracias muchas, gracias ...De nada ...Si permitís, aquí, aquí, aaa-quí ...¡Sí!

-¡Qué cosa hermosa! -exclamó Longotoma.

-¡Es algo estupendo! -confirmó Batuco.

-Y recuerde que los relojes no se detienen, que siguen y siguen avanzando.

-Y son dos horas y media, nada más.

-Y hay entreactos.

-En los que se sale el foyer.

-Y se toma cerveza.

-Queda, apenas, la mitad del tiempo, apenas queda una hora o una hora y media y en ella...

-¡Oh! ¡Va a suceder todo! ¿Me entiende usted? ¡Todo!

-¡Todo cuanto puede suceder en la vida!

-El drama, la tragedia, lo increíble, lo inimaginable. Lo que en esta vida corriente necesitaría años por cada cinco o por cada dos minutos.

-Si acaso lo que se hace durante esos años no es cogido por otros y otros y otros intereses y se esfuma en la nada.

-Y, naturalmente, la orquesta toca y toca siguiendo la altiiva batuta del gran Stramuros y robando tiempo a los cantantes.

-¿Stramuros? ¿No era Silvestre Tongoy el que dirigía?

-No..., no creo. Creo que era Stramuros.

-Pues yo apostarí que era Tongoy.

En elucidar si era Tongoy o si era Stramuros vamos a gastar horas y horas, acaso días.

-O meses y acaso años.

"Épocas -pensé.

-Como sea, va a suceder ¡todo!

-El barítono va a matar; el tenor va a clamar; la va, la pobre, a agonizar...

Y ambos cantaron nuevamente.

-Muero, muero... ¡Oh! ¿Por qué, por qué moriiiiir? ...Sí, muueeeero ...¡Oh! ¿Por qué, por qué moriiiiir?

-Y ella muere y allí queda muerta mientras es cubierta, con toda lentitud, por las grandes cortinas que se cierran.

-Y el público aplaude estrepitosamente.

-Se sale a la calle y... es la espantosa lentitud del tiempo.

-Llegar a la casa...

-Tranquear y tranquear...

-Abrir la puerta...

-Empezar a desvestirse...

-Concluir de desvestirse...

-Meterse en la cama...

-Apagar la luz...

-Y la noche tejará de nuevo el suceder del tiempo...

-¡Para nosotros! Que tenemos que levantarnos otra vez...

-¡Y toda una vida, una descomunal vida con música que atronaba se ha deslizado en un momento!

-En un momento...

-¡Qué cosa hermosa es una ópera italiana!

-¡Es algo estupendo!

Longotoma dijo:

-Ahora me voy a comer, a llenar este buen estómago que está pidiendo grandes cantidades de alimento.

-¿Va usted, Desiderio, al restaurante de la Basílica, o al restaurante Criollo, o a algún hotel...?

-¡Oh, no, jamás! Voy a comer en mi casa. Yo, amigos, voy a todos los restaurantes posibles para ver si los hombres han inventado algo mejor que aquello que es lo mejor de lo mejor.

-¿Y qué es ello?

-¡Un par de huevos a la copa!

-¿Y no ha encontrado usted...?

-No. Así es que me voy a mi casa. ¡Ay, amigos, lo que se debe comer! Le dicen: "Usted debe comer esto y esto y nunca debe comer de aquello y de lo de más allá". ¡Esas son imbecilidades! Porque hay que tomar también en cuenta el paladar.

-Sí, y entonces ir... ¡Ay, Desiderio!

-Usted no ha consultado a la gran sapienza, al enorme doctor Hualañé. Oigan sus palabras, amigos míos, oíganlas. Se las voy a repetir exacta, exactamente.

Desiderio Longotoma nos repitió las palabras del doctor Hualañé. En estas palabras insistió en que siempre debe tomarse en cuenta el paladar. La medicina de hoy día tiene ojeriza contra el paladar. Naturalmente, hay gente que se deja tomar y llevar por él y luego terminan comiendo... No, no se trata de eso. Se trata de encontrar "el justo término medio". El, Longotoma: un par de huevos a la copa.

¡Abalí Batuco lo interrumpió exclamando:

-Yyo, una ensalada de dihueñes. ¡Oh, qué cosa!

Además el doctor Hualañé le había hablado de los alcohólicos. ¿Veneno el alcohol? Depende para quiénes. Hay gentes que sin una gota de alcohol acortarían sus vidas a la mitad, que ya estarían muertas. En cambio hay gentes que, tomando y tomando, viven 80 ó 90 años, frescos y campantes. Sí, hay gentes que viven tanto como Matusalén. Según el doctor Hualañé -broma, sin duda- Matusalén fue un alcohólico.

Una destemplanza en el alimento trae inevitablemente otra destemplanza no sólo física sino intelectual y emocional. Esto se lo había repetido varias veces el doctor.

¿Cómo guiarse en la selección de lo que se ha de comer?

Aquí el doctor había gritado, había vociferado. Casi había puesto a Longotoma en la puerta.

-¡Jamás, jamás, jamás!

Jamás debe adoptarse un régimen por "obligación". Jamás un médico debe ordenar tal o cual alimento a su paciente. ¡Jamás! Porque... los gustos, y por ende los alimentos, deben obedecer a una orden "de adentro para afuera".

"Adentro" estamos nosotros.

"Afuera" está el extremo del paladar.

¡Armonizar esos dos extremos! ¿Cómo?

¡Penetrar y penetrar hacia dentro! ¡Aun más y más!

Adentro, bien al fondo, no puede haber errores.

Entonces, que la telegrafía marche debidamente.

Hay errores que vienen de adentro. ¡Esos tenebrosos místicos o cavernosos ascetas! Hay errores que vienen de afuera. ¡Esos no menos tenebrosos y cavernosos glotones! Los unos no comen más que un lechuguín cada veinticuatro horas; los otros devoran relamiéndose todas las listas de todas las fondas y mientras reclamen ya están pensando en su próxima comilona.

¡Qué sabio es el doctor Hualañé!

Cuando él le había hablado de su par de huevos a la copa, el doctor había exclamado:

-¡Qué sabio es usted, señor Longotoma!

La telegrafía debe marchar debidamente.

Hay, de pronto, un yerro, o se ha cometido un desacierto, o se ha incurrido en un lapsus. ¡Ah, ah! Aquí el doctor vociferó otra vez:

-¡Jamás, jamás atacar los síntomas, jamás!

Pues atacar los síntomas es proceder como proceden, a diestra y siniestra, ¡los medicastro!

¡Los síntomas, los síntomas y los síntomas!

La parte de "adentro"... olvidada.

-¿De qué sufro yo, doctor; qué tengo; me siento tan mal...?

El medicastro, entonces, afirma:

-Usted sufre de una parasititis hipocondrial con trastornos al esternón del ictiosauro mayor.

-¿Es posible, doctor...?

El medicastro sigue:

-Y ha de cuidar usted que ella no repercuta en una oruga lateral del cono pulmonar izquierdo.

-¿Y cómo, cómo debo impedir...?

-Yendo a la farmacia con la receta que le voy a dar. Luego vuelva a verme para que evitemos una gangrenitis episcopal del diéresis derecho con ramificaciones en la orobanca polipeital del sequerón cubístico.

-¡Pero, doctor, doctor, doctor, Dios mío...!

-No tema nada si sigue mis prescripciones al pie de la letra. No hay temor, creo yo, de una crestitis interina al matacán labiolado. No, no creo que ella venga. La podremos evitar, la podremos evitar. En la farmacia le darán a usted, con mi receta, lo que usted necesita.

Longotoma terminó:

-¡Un par de huevos a la copa!

Jabalí Batuco le hizo coro gritando:

-¡Y yo, una ensalada de dihueñes!

TOMO VI

Quedamos solos, en el Bar Azul, Jabalí Batuco y yo. Quedamos en silencio hasta que Batuco, lanzando un gran suspiro, dijo:

—¡Ah! ¡Cuánto me gustaría conocer a esa divinidad de Virginia pero sé que ello es imposible, imposible! Sé que ella no quiere conocer a nadie porque vive en otros mundos. Bueno, ¡mejor que así sea! ¡Cuánto me gustaría conocer a esa otra divinidad, a esa Praxedes Bagdad!

Inmediatamente salté:

—¡No, no! ¿Conocer a Praxedes Bagdad? ¡No, Jabalí Batuco, por Dios! ¡No cometa ese error, no lo cometa nunca!

—¿Por qué? —me preguntó algo asombrado.

Le conté entonces mi entrevista con ella, la que acababa de tener, minutos antes de venir al Bar Azul.

Le conté todo: le conté la sin par necesidad que Praxedes revelaba; le conté lo de la reunión de las viejas ante la lluvia que temían y la única preocupación de Praxedes por saber dónde estaba tal calle, tal avenida, etc. Por fin, para remachar mi disertación, le dije que ella no era ni nunca había sido "Bagdad", que su apellido era Malleco, sí, Malleco, como Melitón Malleco de quien era medio pariente. En fin, la dejé por los suelos.

Jabalí Batuco me oyó muy sosegadamente. Cuando hube terminado mi diatriba, me interrogó:

—¿Y...?

—¡Cómo! ¿Le parece a usted poco? ¡Un asno más en el mundo!

—¿Y...?

—Parece que no quisiera usted entender. Praxedes, ¿me oye?, ¡es una necia y nada más que una necia!

—¿Y...?

—Pero, ¿qué no entiende usted, hombre de Dios? Praxedes es inexistente, es menos que nada.

—¿Y...?

—Bueno, me calló entonces. Vaya usted donde quiera ir y ¡conózcala cientos de veces! Jabalí Batuco sonrió con sonrisa protectora, tomó un trago y luego me dijo:

—¿Qué importa que no conozca bien las calles de aquí? ¿Qué importa que no se haya dado cuenta de lo que usted le hablaba sobre el teatro? ¿Por qué tiene que saber el nombre de los espectadores, por ejemplo, el mío? Ella iba por las calles cuando usted la encontró y usted quiere que las danzas la acompañaran también por las calles. ¿Se baila en las calles? No, no se baila. ¿Qué tiene que ver la lluvia, esa lluvia con que amenazó doña Claudia Puchuncaví y sobre la cual disertó doña Restituta? Diga, ¿qué tiene que ver ese chincolito, ese diminuto pajarito que se nos apareció bajo el salto de Virginia? ¿Por qué un chincolito

ha de estar al corriente de la existencia del Fiat Lux? ¿Por qué no puede conocer a Mirolava Lipingue? ¿Le interesa a usted tanto el nombre de ella, que él sea Bagdad o sea Malleco? ¿Por qué no puede ser emparentada con ese señor Melitón? ¿Para qué quiere usted amputarle su vida, digamos, ciudadana?

“Debería usted tener siempre presente la diferencia, la enorme diferencia que hay entre el arte y los artistas.

“¿Qué quiere usted pedirles en la vida cotidiana? ¿Acaso quiere usted pedirles que, por ser artistas, conozcan de memoria el plano de una ciudad? ¿Que sepan dónde se halla la avenida tal y las calles tales y cuales? ¿Quiere usted que el hecho de elevarse como la naturaleza misma sobre un pajarito les indique dónde se halla la oficina del Notario? ¿O que el hecho de aplastarse como un chincolito bajo la naturaleza les indique la hora en que funcionan los tribunales? ¡No, señor Borneo, no! Los artistas son como todos, como toda esa gente que va por ahí, que entra a un bar, que pasa por las tiendas, que se aburre esperando el tranvía. Los artistas son como la vulgaridad, ¡eso es!, como la supina vulgaridad.

“Pero... ¡ah!, viene el momento, el gran momento y entonces... ¡ah, ah!

“Virginia, Virginia... Ella es diferente a Praxedes. Como el abogado don Bruno Camarones es diferente al abogado don Waldo Caracoles; como el grande e intrépido Corn Flakes es diferente al serio y mudo Plum Pudding.

“Virginia, Virginia... Yo no sé qué hace, en qué estará. Creo que está tomada por el baile. Tal vez ensaya movimientos en su pieza frente al espejo. Y en los momentos de descanso... ¿Sabe usted qué hace?”.

—¿Yo...? No, no tengo idea. Tal vez imagine el próximo movimiento y entonces...

—No, mi amigo Borneo. Yo creo que en esos momentos se ha de poner a zurcir sus medias. Porque...

—¿Porque...?

—A una cita se va siempre con las medias impecables.

—Por cierto.

—Pero Praxedes, Praxedes Bagdad... ¡Oh, perdón! Praxedes Malleco. ¡Qué ganas, qué ganas tengo de encontrarla por una calle cualquiera e indicarle dónde se halla la plaza que ella, desorientada, busca...! ¡Oh, amigo mío, encontrarla como esas plazas y calles que busca, esas magníficas calles sobre las que se cierne una lluvia anunciadora del fin del mundo! ¡Quiero y quiero encontrarla sin nada, nada, ¿me entiende usted?, nada de intuición! ¿La intuición? ¡Que se haya ido muy lejos, volando con el chincolito! ¡Volando con el águila que se pierde en las lejanías! “Sí, Praxedes, la calle de los Camerlengos está, caminando por aquí, la tercera a su derecha...”. El águila, entonces, hará un vuelo vertiginoso en las alturas. “Muchas gracias, señor Jabalí Batuco”. “No hay de qué, señorita Praxedes”.

“Y usted, usted, señor Borneo, quiere bajar al águila lejana, quiere que camine nostálgica por aquí abajo... ¿Es posible, señor Borneo? ¡No, no amigo, no! Porque las calles son más fuertes que los sueños de un artista.

“Vea usted, véalo:

“Yo conozco a otra bailarina, la conocí hace tiempo ya, mucho tiempo. ¡Una gran bailarina! ¡De quedarse estupefacto al verla en un ballet! La conocí y fuimos, más o menos, amigos. Visité su casa varias veces. Pues... ¿qué hacía allí en su casa esta buena bailarina? Se llamaba Surama, eso es, Surama Tarcupay. Bueno, ¿qué hacía en su casa con sus amigos y amigas?

—Supongo que zurcían medias...

-No. ¡Tomaba coñac! ¡Grandes cantidades de coñac! ¡Era la real borrachera general! ¡Y qué hablar de disparates y desatinos sin fin! Surama tenía que contarnos siempre lo que había hecho durante el día: "¡Ay! -gritaba-, fijense que, el otro día, me encontré con la Fulana y con la Mengana y lo pasamos tan bien, tan, pero tan bien que al día siguiente amaneció nublado...". O bien, lo recuerdo siempre: "Iba en auto tan rápido, tan, pero tan rápido que un momento después me encontré con don Ricardo Cortés Mandiola". O bien: "Sufrió tanto la pobre, tanto pero tanto que el tren salió a las 8 y 45, en punto, de la mañana". O bien: "Es un hombre tan feliz, pero tan, tan feliz que en el cine estaban todas las personas de siempre". O bien:

-Sí, sí, ya lo veo, Jabalí Batuco, ya lo veo.

-Al día siguiente: ¡el ballet! Y ¡arrodillarse, amigo Borneo, arrodillarse! ¡Lo increíble!

-Sí, sí, ya lo veo, Jabalí Batuco, ya lo veo.

-Y aquel escritor, el simpatiquísimo de Romualdo Malvilla... Dígame, ¿lo ha visto usted alguna vez sin una botella, por lo menos, en el cuerpo? ¡Quia! ¡Venga y venga trago hasta caer bajo la mesa! Y no me negará usted...

-Sí, sí, Jabalí Batuco, es un buen escritor.

-¿Y los pintores? ¿Y Soutine? ¿Qué me dice usted de ese pobre y miserable y ¡grandioso! Soutine? ¡Ah, aaah! ¡Qué gran pintor! ¿Y Modigliani? ¡Qué maravilla de vida la de Modigliani! Murió, el infeliz, murió, usted sabe cómo... Y Jeanne, su mujer... usted sabe cómo... un 5º piso, a la calle... Pero, dígame, señor Borneo, cree usted que usted no va a morir nunca?

-Sí, sí, Jabalí Batuco, moriré como todo el mundo.

-¡Y Baudelaire, amigo, Baudelaire! ¡Qué poctazo! ¿No lo cree usted?

-Sí, sí, Jabalí Batuco, un gran poeta.

-Y Rimbaud, Rimbaud... No lo hacía mal, ¿eh?

-No, no Jabalí Batuco, no lo hacía mal.

-¿Y Carlos Pezoa Véliz? ¿Qué me dice usted de Pezoa Véliz?

-¿Yo? Yo no le digo nada. Era un gran poeta, a no dudarlo.

-¿Conoce usted *Tarde en el Hospital*?

-Por cierto, Jabalí Batuco, la conozco; puedo recitarla, si usted quiere.

-Lo escucho.

Entonces yo recité:

Sobre el campo el agua mustia
Cae fina, grácil leve;
Con el agua cae angustia;
Llueve...

Y pues solo en amplia pieza
Yazgo en cama, yazgo enfermo,
Para espantar la tristeza
Duermo.

Pero el agua ha lloriqueado
Junto a mí, cansada, leve;
Despierto sobresaltado;
Llueve...

Entonces, muerto de angustia,
Ante el panorama inmenso,
Mientras cae el agua mustia
Pienso.

Jabalí Batuco me dijo:

-Ya lo ve usted, ya lo ve. Un poeta..., el hospital..., la enfermedad..., como a cualquier hijo de vecino. Ya lo ve usted.

-Sí, sí, Jabalí Batuco, ya lo veo.

-¿Y Rubén de Loa, amigo, Rubén de Loa? ¡Ah, qué pintorazo! ¿No lo considera usted?

-Sí, sí, Jabalí Batuco, así lo considero pero, en realidad, no veo bien...

-Óigame, señor Borneo, óigame bien: usted ha visto a Rubén de Loa más de una vez; él me lo ha dicho. Dígame ahora: ¿lo ha oído alguna vez disertar sin antes haber oído la palabrería de Macario Viluco?

-No, Jabalí Batuco, nunca. Un día fui a verlo y el hombre no era nadie, era menos que nadie porque Macario Viluco no había ido aquel día a verlo.

-¡Ya lo ve usted! Y su pintura que, sin duda, usted admira como es debido, ¿la imagina usted sin la existencia del tucán de la vieja del lado?

-No había pensado en ello, Jabalí Batuco, pero, de verdad, es algo difícil imaginarla sin el tucán.

-Macario Viluco y ese noble tucán hacen las veces de los entrebastidores del teatro antes de comenzar la función.

-Sí, sí, Jabalí Batuco, eso han de hacer.

-Sin ellos... Rubén de Loa... pues no hace nada, se aburre, chismorreá con sus amigos y... bueno, nada más. Hasta que el tucán lo mira.

"Sí, quiero encontrar a Praxedes Bagdad o Malleco o lo que sea, e indicarle cómo hay que hacer para ir hasta el puente de la Serpiente Tentadora. Así la verá encaminarse hacia ese puente y yo me diré:

"¡Qué lindo, qué lindo es..., es...!". Yo diría "vivir"; no, no encuentro otra palabra. Sí, está bien: ¡Qué lindo, qué lindo es vivir!

"Sí, señor Borneo; sí excelentísimo señor Borneo, huya usted como se huye de la peste negra y de la peste escarlata de todos aquellos artistas que se le presenten a usted como hombres superiores. ¡Huya usted de los que no pregunten por calles, plazas y puentes! ¡Huya de aquellos que, sin pronunciar palabra, tratan de hacerle ver que ellos ¡sí! son magnánimos artistas! ¡Huya de aquellos que quedan en éxtasis frente a un bellissimo crepúsculo! Tómelos de la solapa, si no ha podido huir, y... ¡una copa, una copa! Mientras la beben hábleles usted del choque que hubo el otro día ahí en la esquina, hábleles del discurso de algún muy honorable diputado, hábleles del ¡tiempo, el tiempo! El tiempo es el que salva en estos momentos: hace frío, hace calor, no va a llover... Y, ¡otra salvación!: pregúnteles la hora,

"Me voy ahora a ver si encuentro a ese pajarito que se acurruca. Debe andar buscando la calle del Cura Párroco".

En realidad, ¡qué lindo es vivir!

Es la síntesis de lo que habló Jabalí Batuco. Libró a los artistas. Les dio, mejor dicho, les devolvió el vuelo de gran libertad. Yo los tenía prisioneros exigiéndoles enormes cosas que en cada palabra deberían fluir. ¡No, no! ¡Volad artistas! ¡Por calles, por campos, por bares, por tiendas, por oficinas, por cines, por cantinas, por iglesias y qué sé yo! ¡Aterrizad en vuestro lecho a la hora de dormir! ¡Y amad, como el hijo del vecino, a una niñita cualquiera! ¡Besadla y luego enojaos con ella si os engaña! Las cosas que deben fluir repletas de enormes cosas que dejen con la boca abierta... ¡para los seudoartistas! ¡Para los parlanchines del arte! ¡Para el tendero y corredor de la Bolsa que quieran también participar de aquella región! La región ahí está y ello ¡basta!

-¡Basta, basta, basta! ¿No es así, viejo amigo, viejo y mil veces viejo Romualdo Malvilla?

-Así es y nada más que así, viejo Onofre Borneo.

-Entonces... ¡un trago!

-Entonces... ¡un trago!

-¡Salud!

-Soy, mi excelso Onofrov, un hombre empedernido en el vil y santo alcohol. ¡Ja, ja,

-Sí, Malvillini, tú te empedernes en el alcohol.

-¿Y qué haría si no me empederniera en el vil y santo?

-Te empedernerías hasta la empedernación en otro sustituto estupefiante.

-¡No, no! Eso... ¡jamás!

-¿Por qué?

-Porque no hay empedernicionidad semejante a esta alcohólica empederninosamien-

Alcé mi copa y grité:

-¡Así es, así es! ¡Bebamos!

Malvilla alzó la suya y me hizo coro:

-¡Bebamos que así es y así es!

Y se puso a cantar:

Al santo Cristo de acero

Mis penas yo le conté

Y el santo Cristo me dijo:

"¿Y a mí qué me cuenta usted...?"

Gira y gira todo a mi alrededor. Pasa girando el San Lito y dentro van Virginia y Praxedes. Atrás viene Jabalí Batuco y ella, Jeanne, la petite Jeanne, cae y cae de un 5º piso a la calle, cae sobre el hombre Martín Quilpué... El hombre Martín Quilpué que viste siempre con pantalones de a cuadro, ¡eso es! pantalones de a cuadro como el insigne Palemón de Cost...

-¡Calla, calla, te he dicho cien veces!

-Callo, mi linda, porque viste en calzoncillos.

-Por los calzoncillos, ¡un trago, Julietita, un trago!

Gualberto Choapa se impone, es el hombre, como es el hombre de los pantalones de a cuadro. ¿No se impone? ¡Oíganlo, sí, sí, oíganlo! Suena su voz ronca:

—¡Ya, ya! ¡Tómese su trago pa que pidamoh el otro!

Y Romualdo subraya:

—Y nada de novelones ni de buquecitos... ¿No es así, mi gran Onofrensky? Como te decía tu amigo que es la perspicacidad misma en esas materias. Se llama, Borneov, *El perro amaestrado*.

—Por todos los perros, ¡salud!

—¿Te lo leo?

—Lee. Yo, entre tanto, besaré a Braulia Tinguiririca.

—Hay mucha bulla aquí, demasiada bulla. Vamos a casa.

Y fuimos a su casa. Caminando, caminando, caminando. Como caminaba yo el otro día, o este día, o mañana. Caminemos, Malvillosky, y escondámonos que no nos pille.

—Sí, de acuerdo, que no nos pille... Oye, ñaté, que no nos pille... ¿quién?

Reflexioné un rato y me afirmé en un farol. Le grité a ese bueno, rebueno, rerrebueno de Romualdov:

—¡Anda a tu casa! ¡Anda! ¡En cinco minutos más, te lo juro, que estaré allá.

El farol y la soledad nocturna. Le dije, al que del otro, del otro farol vino a éste:

—¡Qué importa, Juan Emar, qué importa! Pero oye, Juan Emar: ¿no oíste tú lo que explicó tan, pero tan, tan rebien; tan, tan pero tan, tan... Esto no sé yo si lo explicó Jabali Batuco o si fue..., fue... ¡Ella fue! La amiga de Surama, de Surama Tarcupay, la que...

Una voz espantosa, aterradora, horrorífica casi echó por tierra ese mísero farol:

—¡¡SILENCIO!!

Naturalmente, silenció.

Juan Emar, entonces:

—Así trabajas, así.

Le dije, tiritando como un niño:

—Oye, Juan Emar, óyeme: todo el día he trabajado, sí, sí, todo el día; tú conoces a ese gran hombre, a Jabalí Batuco y conoces también a Desiderio Longotoma que, a veces, como hoy, ¡oh, qué de cosas estupefacientes habló sobre el tan excelso doctor Hualañé! Y sobre los artistas, habló y habló también; pero no fue él..., no. Praxedes... Fue Jabalí Batuco...

Sonó nuevamente la voz espantosa, aterradora, horrorífica:

—¡¡SILENCIO!!

Silenció. Juan Emar, entonces, me tomó de una solapa y con voz hiriente me murmuró:

—Así trabajas, así. Apenas me descuido un poquitín, tú te largas y te largas al alcohol y, ahora, vas a la coca, vas a aspirar esa deliciosa nieve... ¿No es cierto? ¡Ea! ¡Responde! Vas a eso y tienes como pretexto...

—¡Oh, oh, oh! ¡Te lo juro, Juan Emar! ¿Pretexto? Malvilla es un gran escritor. Lo dijo Jabalí Batuco. Y ahora me va a leer su último resultado de esa grandeza que él tiene adentro, bien adentro en su cabeza, y entonces...

Casi oí la voz aterradora pero no la oí.

Juan Emar siguió hablando a media voz, una media voz que se iba volando, volando, como vuelan los chincolitos... No, como vuelan las águilas. Eso es, las águilas. Muy lejos.

tan lejos que tienen de compañeros a los cóndores. Allá... allá arriba. En la estratosfera. No, más lejos, más alto.

Yo, claro está, que oía todo lo que hablaba Juan Emar.

Pero me acordaba también de..., de..., de Pezoa Véliz y de Rubén de Loa y de Rimbaud, y de... Me acordaba de todos y sabía que los artistas no siempre, no, no siempre se conectan con esa sublime región. Porque ellos van también y van la mayor parte del tiempo a la peluquería. No todos, no todos. Los melencólicos no van a la peluquería pero hablan de..., de... lo que hay que hablar...

El trago..., la coca...

¿Qué importa?

Juan Emar murmuraba:

—Tienes como pretexto oír el cuento de Romualdo Malvilla, oírlo y atisbar a la Última Vidente y pensar y pensar, en medio de la cocaína, en Alicia Bick... ¡Trabaja, Onofre Borneo, trabaja! Es ahora el momento del reposo para mañana amanecer...

—Sí, es verdad, es verdad, es la pura verdad. Reposar y mañana amanecer... Te lo juro Juan Emar, te lo juro y está mil veces rejurado. ¡Última vez! ¿Me oyes? ¡Última vez!

Y yo caminaba, caminaba, caminaba.

A la calle de la Parroquia que... Naturalmente no soy como esa sin par bailarina... Yo no soy como ella. Yo sé muy bien, requetebién dónde se halla la calle de la Parroquia.

¡Si ahí está la Última Vidente!

¡¡Y ahí Alicia Bick!!

¡¡¡Y ahí está el brocal que se alza!!!

Juan Emar: ¡Reposa! Así mañana amanecerás...

—Viejito lindo, Onofrini querido, otro poco, otro poco.

—Eso es, Romualdini, otro poco de coca. Gracias.

Ahora hay silencio, hay paz. La paz del águila y del cóndor. La paz allá en lo alto.

¡Paz, paz! ¡Paz con continuidad eufórica silenciosa!

El mundo se aplasta. Nosotros subimos. ¡Es claro, clarísimo! Los artistas son como todo el mundo, son de ese mundo que se aplasta, que se aplaca. La región está. Sólo se trata de tener el poder de poder, de poder, en poner, que poder...

Coca... Nieve...

—Te escucho, Romualdo.

—No lo he escrito todavía, Onofre. Te hablaré del próximo cuento.

—Habla de tu próximo cuento.

—El próximo cuento que aún no he escrito.

—Aún no has escrito.

—Aún no he escrito.

—Es de un perro esté cuento, de un perro amaestrado. Fue lo que me dijiste.

—Sí, te dije que era de un perro amaestrado, de un perrito, de un quiltrito, como los llaman aquí.

—Sí, eso me dijiste: un perrito amaestrado.

—Este cuento le va a gustar mucho, una enormidad a ella, a la linda mujer, a Alicia Bick.

—Le va a gustar mucho a Alicia Bick. Como le va a gustar a Virginia.

—A todas las Alicias y a todas las Virginias les va a gustar mucho este cuento del perro amaestrado.

-Te escucho, Romualdo.

-Es la historia de un perro, de un perrito, de un quiltrito, como los llaman aquí. Era mío ese quiltrito. Se llamaba Piticuti. Aquí entran en juego dos amigos tuyos y míos también: Desiderio Longotoma y Baldomero Lonquimay. Total: éramos cuatro: Longotoma, Lonquimay, Piticuti y yo.

Longotoma es un gran hombre. Me acordé de él, de su visita al doctor Hualañé y del par de huevos a la copa que siempre devora. ¿Devorar...? No es la palabra tratándose de un par de huevos a la copa. Lonquimay también es un hombre grande, enorme, un hombre inmenso. Le pregunté a Romualdo:

-¿A qué jugaban ustedes con Piticuti?

Me contestó:

-Jugábamos Desiderio Longotoma y yo..., y Piticuti también. Baldomero Lonquimay era, ya de niño, extremadamente serio y muy reflexivo; era, además... En fin, sobre los substratos anímicos de su ser he hecho ya un esbozo que, algún día, publicaré.

-Ése día nos entregaremos a la nieve.

-Y ese día invitaremos a Desiderio Longotoma para que se ría y goce con mis observaciones sobre su gran amigo.

Le dije, desde muy lejos; no sé si me oyó:

-Su gran amigo que huirá clamando: "¡Brrrrrr...!".

No sé si me oyó pero ambos reímos, reímos un poco, un poquitín, no mucho. Y ambos sorbimos más coca.

Romualdo Malvilla, hojeando papeles, me contó su cuento del perrito amaestrado. Era, más o menos, así. ¿Más o menos? ¡No, no! El cuento era así y así le irá a gustar a Alicia Bick y también te gustará a ti, a ti, ¡oh, Virginia! Pero no sé cómo escribir lo que Malvilla me contó y me leyó a ratos. En fin, era así; algo así. Ahora recuerdo. La voz de Malvilla suena pura y clara como un toque de campana. ¡Te oigo, Malvilla! No tengo más que copiar tus palabras. ¡Te oigo! Tú dices:

Hace años, hace muchos años, juntos los tres emprendimos nuestras primeras calaveradas.

¿Calaveradas? Puedo notar lo mismo que para los juegos de infancia respecto a Desiderio Longotoma y a mí, por un lado; a Baldomero Lonquimay, por otro lado.

Más o menos en la época de mis veinte años compré un perrito recién nacido y lo amaestré. Lo llamé Piticuti. Era él pequeño, de cuerpo largo, de color pardo oscuro.

Longotoma nos dijo un día.

-Todo transeúnte es un absurdo. Cada ser humano cuando está quieto o cuando se entrega a sus actividades o satisface sus necesidades vitales puede ser razonable. Pero al convertirse en transeúnte se convierte en un absurdo. Amigos, ¡hay que vengar tal absurdo!

Entonces hicimos lo siguiente:

Cada noche, en una habitación oscura de la planta baja de mi casa -cuya ventana sobre la calle estaba protegida por una reja colonial- nos agazapábamos nosotros tres y el perro.

Silencio. Larga espera. Mi calle era tranquila.

De pronto un transeúnte venía. Pasaba frente a la ventana. Longotoma azuzaba al perro:

-¡Zus!

Piticuti saltaba sobre la reja y ladraba. El transeúnte creía desfallecer. Esto, todas las noches durante más de un mes.

Otro día nos dijo:

-Todo esto es una venganza al corazón de los transeúntes. Todo esto es venganza por intermedio del sentimiento. Pues bien, ¡no! Es necesario vengar con el dolor. Amigos, ¡a las piernas!

Y salimos por las noches, los tres y el perro, a recorrer las calles apartadas.

Designamos como víctima al décimo sexto transeúnte que nos cruzara; luego, al trigésimo segundo; luego, al cuadragésimo octavo; etc. Siempre de dieciséis en dieciséis.

Al cruzarnos una víctima, Desiderio Longoyoma o yo, azuzábamos:

-¡Zus!

Y Piticuti mordía un tobillo. Luego escapábamos. Salvo el gran Baldomero que allí quedaba refunfuñando.

Yo, cada vez que salíamos, me preguntaba con ansiedad:

-¿Quién irá a ser el décimo sexto? ¿Cómo irá a ser? ¿Qué ha de tener como ocupaciones y preocupaciones? ¿Cuál de entre ellas lo ha empujado a entrar en las noches de las calles? Si es hombre, ¿tendrá una mujer? Si la tiene, ¿la amará? ¿Y si es mujer? (Porque a las mujeres tampoco las perdonábamos; una mujer, al ir por las aceras, es igualmente transeúnte que un hombre). Al regresar a su domicilio, ¿irá a encontrar en él a un niño indiferente a su herida? ¿O a una viejecita que va a alarmarse hasta la insensatez? ¿O a dos amigos burlones que van a reír por lo ridículo del hecho? ¿O no va a encontrar a nadie?

Iguales preguntas para el trigésimo segundo, para el cuadragésimo octavo, etc.

Producíanse a veces alternativas que aumentaban la ansiedad hasta la angustia: viene el décimo sexto; de pronto se vuelve y se aleja; no era su destino. Viene el décimo sexto; de pronto aparece en una esquina otro transeúnte que queda precediendo al primero convirtiéndose, de este modo, en el décimo sexto. ¡Ha arrebatado la numeración fatal! El destino era para él; no era para el anterior.

La angustia ahoga. La angustia, como el ahogo, se compenetra con la voluptuosidad. De aquí viene lo que hablan los que han estado a punto de morir ahogados. De aquí las añoranzas, al parecer paradójales, por ciertas épocas pasadas de nuestras existencias en que se ha vivido entre las garras de la angustia.

Todo ello es voluptuosidad.

Pero resumamos, al menos en lo que a mí me atañe:

Érame el total de estas andanzas una sensación ahogante de destino. Porque sentía su realidad, su vivencia, como un monstruo que, aunque invisible, se posaba hosco y mudo, sobre la ciudad.

Era un monstruo hecho de hilos.

Estos hilos iban tejiéndose por todas las calles.

Cada transeúnte iba dejando tras sí un hilo a veces como el humor plateado de la babosa, a veces como el bramante fino de la araña que se desprende.

Estos hilos les eran visibles como experiencias, como recuerdos. Yo los veía casi con los ojos. Éranme visibles en la zona límite entre la vista interior y la exterior.

A menudo los vi -fuera, puros- a lo largo de las calles negras, temblando. En cada extremo de cada uno, un hombre o una mujer caminaban.

Todo transeúnte echaba hacia adelante otro hilo. Le era apenas visible como voluntad, como deseo. Este hilo, diferentemente al anterior, estaba acechado por imprevistos.

¡Nosotros éramos imprevistos para todos los seres que caminaban por la ciudad!

Mas no teníamos contacto directo con ellos. Nos era necesario otra criatura de otra especie: Piticuti.

Estos hilos éranme apenas visibles. Los percibía sólo por la vista interior. En cambio mi tacto los sentía mejor que los quedados atrás, pues sentía nitidamente cómo me atravesaban el cuerpo a manera de finísimas y largas agujas.

Una noche noté alarmado que todos ellos me atravesaban, o tendían a atravesarme, por el sexo.

Quise comunicar esta observación a mis amigos: Desiderio Longotoma reía y reía con su reír menudo; Baldomero Lonquimay era inviolable en su seriedad de mármol refunfuñador.

Nada les comuniqué.

Y Piticuti volvió a morder.

Al fin tanto atropello a nuestros conciudadanos empezó a pesarnos en la conciencia. Para absolvernos decidimos juntar dinero. La suma total la dividimos en cuatro partes iguales para entregarlas cariñosamente a los transeúntes décimo sexto, trigésimo segundo, cuadragésimo octavo y sexagésimo cuarto. Y nos dirigimos al barrio más indigente de la ciudad. Piticuti quedó en casa encerrado.

Con estupor noté que no sentía ni hilos que se quedan, ni hilos que se anticipan, ni sexo. Sabía que, al dar dinero, *tenía* que producirse lo mismo que al herir. Lo sabía... Nada más.

No sé qué ocurrió con mis amigos. El caso es que Baldomero Lonquimay proclamó:

—¡Nefanda compasión! ¡Ominosa filantropía!

Y Desiderio Longotoma:

—¡Basta de tonterías! Vamos a tomar una copa.

Y volvimos, la noche siguiente, a nuestras correrías con Piticuti, menos Lonquimay que quedó refunfuñando durante media hora. Entonces Longotoma me susurró:

—Tengo un nuevo proyecto que realizar con nuestro fiel y buen perrito. Mañana lo comunicaré solemnemente.

Pero al otro día amaneció muerto Piticuti.

Lo enterramos al fondo del jardín de mi casa. Sobre su cuerpo echamos tierra. Sobre la tierra, una lápida de cemento. Longotoma cayó en honda tristeza. No quiso revelarnos su proyecto. Sólo repetía:

—Ahora... ¿para qué?

Y yo no volví a sentir nunca más la profunda, la desgarradora voluptuosidad de esos hilos nocturnos y temblantes.

¡Pobre Piticuti!

Años más tarde volví a sentir. Hace hoy una semana.

Avanzaba yo hacia el cerro que hay en el centro de esta ciudad. Eran las 8 de la noche. Pasaban muchos transeúntes, muchos coches, autobuses y tranvías. Brillaban faroles y letreros luminosos. Aquello mareaba.

Al costado izquierdo del cerro hay un dédalo de callejuelas bastante complicado y que han complicado más aún con la apertura de nuevos pasajes y plazoletas y con la construcción de enormes edificios residenciales. Mas yo conozco bien ese barrio.

Mi intención era llegar a uno de estos edificios en donde tiene su departamento una mujer que me inquieta y me atrae.

De pronto, a pocos pasos ya del cerro, me ofusqué.

Vacilé por un centésimo de segundo. Todas aquellas vías se me confundieron, se me enredaron en un embrollo tan súbito y tan inesperado que me punzó la sensación aguda de un misterio oscuro, temible, efervescente que surgía en todo aquel barrio.

En aquel misterio que así bulló... ELLA estaba.

ELLA lo vivía con su cuerpo entero.

ELLA lo vivía con su sexo.

Yo, a pesar de embrollos y complejidades, seguiría adelante y llegaría como un sonámbulo suspendido por una voluptuosidad angustiada.

Entonces el barrio todo, al revolverse con ELLA, rebotó en mi sexo.

¡Había vuelto a sentir!

Sólo durante el espacio de un centésimo de segundo. Poco, poco importaba.

¡Había vuelto a sentir!

Y había aprendido que existe una clara relación entre la configuración de una ciudad y nuestros más encubiertos deseos. Así como antes, gracias a los colmillos de Piticuti, había aprendido que, desde cierto ángulo de vista, hay también relación clara entre ellos y los seres que van caminando por las calles.

Pensé entonces correr a la tumba de nuestro antiguo compañero y, como ofrenda a su memoria, depositar algo sobre ella.

Pero ¿qué depositar?

No lo supe ni lo sé.

Todo cuanto he pensado, cuanto he imaginado me ha presentado acto continuo varias fallas.

Ahora creo que lo mejor será colocar en un extremo de la lápida un caracol. Y quedar allí, de pie, inmóvil, hasta que la cruce entera, de largo a largo; quedar allí hasta que se pierda de vista, lejos, ojalá en el mar.

Calló Romualdo Malvilla. Pequeñitas estalactitas brillaban como luciérnagas en sus solapas. Sobre las mías, también. Las sacudí y, mientras las sacudía, miré allá lejos, muy lejos, allá donde se pierde un caracol.

—En el mar —me susurró Malvilla.

—Sí —le respondí—, en el mar...

200

Naturalmente, no fui aquella noche a ver a Lorenzo Angol como había sido mi primera intención. Ignoro a qué horas me acosté. El día siguiente fue un día pesado y negro a causa de la nieve. Nieve negra... Esta idea me hizo sonreír. Mi atención fue tomada por lo que vi. Estaba echado en mi cama y creo que soñaba... ¿en qué? Pasaban por mi mente muchas mujeres: tú, Marul, pasabas; pasabas también tú, Tomba Montbrison; pasaba Virginia; pasaban Marieta Uscana y Lumba Corintia; pasó el chincolito de Praxedes y, entonces, Jabalí Batuco aplaudió desafortadamente. Tomé un lápiz para anotar algo, algo, cualquier cosa. Tal vez quería anotar esos aplausos.

Allí quedé sin anotar nada, con el lápiz en la mano.

Vi, entonces, vi lo que quería anotar: al mantener el lápiz un dedo mío se recostaba

sobre otro de una manera tan tierna, tan tierna, que sentí pena por él y casi lloré. Pero luego el lápiz dio órdenes y el dedo tuvo entonces que moverse. El curso normal de la vida volvió a cogerme. Algo debo haber anotado. El caso es que me dije:

“¡No más penas, no más!

Al día subsiguiente fui a ver a Lorenzo. Le conté mi juerga. ¿Podrá esto llamarse una juerga? Le hablé de Romualdo Malvilla y de la cocaína que habíamos absorbido. Lorenzo levantó los hombros y me preguntó:

—¿Qué te dijo Juan Emar?

Le contesté:

—Algo me dijo al comienzo, algo en contra de mis calaveradas con Romualdo Malvilla. Después, no lo sé. Yo estaba con la coca y con Piticuti.

—Y ahora, ¿cómo te sientes?

—Magníficamente. ¿Y tú?

—Yo no me he movido de aquí —me respondió—. He seguido girando sobre mí mismo. He hecho algunas anotaciones sobre este permanente girar. Aquí están.

Me alargó unos papeles. Los voy a copiar sin omitir nada y, por cierto, sin nada agregarles.

1. La literatura, ¿no es acaso un acto de desprendimiento de cuanto sentimos rondar junto a nosotros y que está demás en nuestro ser íntimo?

¡Salir de ello! ¡Desprenderse de ello!

¡Cancelarlo! Para que se vaya a su mundo y en él viva su vida.

Entonces nosotros...

He aquí el terrible misterio que me causa pavor.

2. Veo, de pronto, la enorme diferencia que existe entre mi manera de escribir cartas y mi manera de escribir literatura.

Son dos técnicas totalmente diferentes.

¿A cuál técnica debo sujetarme?

No me cabe duda alguna: ¡Al modo, a la técnica con que escribo las cartas! La técnica que empleo en literatura es fabricada de antemano.

3. Quisiera que todas las mujeres, todas aquellas a quienes he cortejado, todas las que han estado conmigo, todas, sin hacer excepción alguna, se presentaran ante mí. Quisiera que se presentaran teniendo en ellas los sentimientos que “yo les hice nacer”. Quisiera que estos sentimientos estuvieran en ellas en su plena actualidad. Entonces quisiera que me miraran y me preguntaran nada más que esto:

—¿Y... qué?

Comprendo cómo veo las cosas hoy día. Antes no habría tenido más que mentir o dejarme llevar por la pasión del momento que ellas me inspiraban. Ahora, no. Ahora les podría responder:

—Quiero, a través tuyo, descifrarme; así es que ¡compadécete de mí! Crees que gozo porque te poseo. ¡No! Lo que hago es huir y huir de mí mismo, nada más que huir.

Pero ellas me dirían:

—Tal vez. Pero nosotras nos hemos entregado así es que es justo que tú nos pagues.

¡Tal es la justicia!

4. A veces quedo en silencio frente al verdadero yo. Allí está. Me inclino ante la quietud que implanta a mi alrededor. Mas en torno mío... ¡oh!, siento a los “yo”, a los pequeños

"yo" que se afanan y que me embisten. ¡Cuánto gritan, cuánto chillan, cuánto atacan por todos lados!

5. Viajar, llegar a una nueva ciudad, fue siempre una tarea difícilísima para mí. Encontraba que mi cuerpo ya estaba en ella pero que mi espíritu aún tardaba en llegar.

Recuerdo que en Francia me decían:

—*Tu es trop sudaméricain.*

En Chile me dicen:

—Eres demasiado afrancesado.

6. ¿Por qué hay tantas lagartijas en este fundo?

A todo el mundo que viene hasta acá le llama la atención al sinnúmero de ellas que hay en todas partes. Y más les extraña que yo me encohere si matan a una.

Las cuido, las protejo. Así es que La Cantera está llena de lagartijas por todos lados. Les dejo plena libertad. Las llamo "vilcunes", el nombre que tienen en araucano. Las miro vivir y veo cómo saludan moviendo sus cabecitas; las veo trepar por los cercos y por los árboles. ¡Qué lindos son estos vilcunes!

Siempre tengo presentes las palabras de Bárulo Tarata sobre los bichos en general: ¿Cuándo debe matarse a un bicho? Él dice que cuando su vida y su multiplicación es francamente dañina para nosotros. Pero matar por el gusto de suprimir una vida..., eso, ¡jamás! Otros matan para comer. ¡Allá ellos! Yo, es verdad, como la carne de esos seres matados por otros pero no podría contribuir a darles muerte.

Las lagartijas son hermosas. No sólo lo son las verdes claro de cola azul cielo; prefiero tal vez las negras llenas de pintas amarillas.

7. Siento una repulsión instintiva al ver matar; que se trate de una vaquillona o de una oveja o de una gallina o de lo que sea, es igual.

Esto no está dirigido; ningún principio moral me lleva a esta repulsión. Ella viene sola.

Después, claro está, me saboreo con la vaquillona o con la oveja o con la gallina o con lo que sea.

8. Sí, sí, mi Lumba Corintia, tú eras una chiquilina de 15 años cuando te seduje. Sí, sí, mi Lumba Corintia, así aparecen muchas, aparecen cientos de chiquilinas, de pobres chiquilinas que esperan, miran y esperan... ¿qué?

El tiempo en que algo podían esperar ya pasó.

Ahora sólo deseo acercarme a ellas suavemente, con toda tranquilidad, y pedirles:

—¡Perdón!

9. Yo siempre he hecho un diario. Creo que un día que no se ha anotado es un día que no se ha vivido. Ahí están mis cuadernos de diarios. Los he tomado en mis manos y me he preguntado:

—¿Para qué *me hacen* escribir mi diario?

Silencio.

Oí este silencio. En él resbalaban frases entrecortadas. Agucé los oídos para percibir las debidamente. Decían, me parece:

—Anota, anótalo todo, todo; no es para ti este diario; "aquí" lo necesitamos. Así es que no hagas *literatura* en él.

10. He conversado largamente con Anacleto Ibacache. Me ha dicho:

—Lorenzo, se sufre demasiado al ver cosas hermosas, sean ellas rincones pequeños o sean vastos panoramas. Por eso salgo poco, lo menos posible. Quiero que lo hermoso se me revele aquí dentro y nada más que aquí dentro.

(Mientras esto decía mostraba su cabeza y la golpeaba).

Tal vez tiene razón don Irineo Pidenco cuando habla de que nosotros somos aquí en la Tierra unos simples intrusos. Mirar la naturaleza o es arrebatador, para aquellos que creen que la están dominando; o es terrorífico para aquellos que la ven bajo el punto de vista de don Irineo, es decir, de intrusos que no logran penetrarla a fondo.

¿En qué punto, entre estos dos extremos, se halla Ibacache? Creo que él ahora, con sus bellezas, su verdadera patria. Está, pues, más cercano a don Irineo.

Cuanto a los demás... sencillamente no la ven. Es, acaso, mejor que no se abanderen todavía.

11. Los libros, en su absoluta quietud, se mueven. En ellos es inmóvil la parte material, es decir, la tapa, las hojas, la tinta y qué sé yo. Pero el contenido vive tanto como un ser cualquiera y la vida es movimiento.

Leo algo. Después, mucho tiempo después, quiero sumirme en lo que he leído. Busco, entonces, el libro, encuentro aquello que buscaba, lo releo y... no dice nada. La primera vez me dijo tanto, ¡tanto! Ahora, no. Me manda hacia otros y otros libros. Los busco, releo el párrafo que recordaba... Igual cosa, ¡nada!

En cambio el libro que estoy leyendo me está dando y dando, me está nutriendo con un alto alimento espiritual o con un alto alimento intelectual. Pero ¿sé, acaso, cuánto me está dando y sé en qué página me lo da? No, no lo sé.

12. La Cantera; en mi Bóveda. Ahora tienes, Van Aken, una buena compañía. ¡Basta ya de tu *Fin del mundo!* Hay que equilibrarlo, hay que ponerle un contrapeso. He adquirido una copia, una espléndida copia en colores, de *Los esponsales de San Francisco con la Pobreza*.

Es una obra de principios del siglo xv. Autor: Sassetta.

Ante ella quedo en éxtasis. La contemplo sin descanso y, cada vez que llego a La Cantera, lo primero que hago es recogerme en silencio ante ella. ¡Sassetta!; un nombre que siempre, siempre me acompañará.

13. Soy, a menudo, asaltado por esos terribles nervios, por esa idea de que llevo un pecado dentro de mí y de que necesito redimirlo.

Tú, Sassetta, podrás, acaso, ayudarme en esta redención.

14. No, no he cambiado. Estoy, por fin, empezando a ser el que verdaderamente soy. Estoy despojándome de todas las capas que se me habían venido encima y que tenían a mí yo ahogado haciéndolo creer que esas capas eran él.

Con este cambio ¡oh, cómo se levantan mil recuerdos que dormían! ¡Jateña! Tú vienes hasta mí y borras, poco a poco, las adversidades que creía tener.

15. Lumba Corintia, te he visto. En mis sueños, anoche, has venido hasta mí. Nos hemos besado con pasión, locamente. Por fin he despertado. He quedado tembloroso, trémulo.

Al haberte tenido en mis brazos he comprendido cuán prematuro ha sido este encierro mío. Todavía mi corazón está dispuesto a entregarse de lleno, como si estuviese virgen al amor. Comprendo, siento, como una visión que se despliega ante mis ojos, todo lo que aún podría vivir.

Sin embargo, al contacto de grandes genios comprendo también que mi ser entero está destinado al silencio sagrado.

¡Es algo fatal!

En el fondo tenías razón, Lumba Corintia, mi buena y querida mujer. Pero, ¡aún no,

aún no, seamos justos! ¡No, no, Lumba mía, no! Es una desesperación, es un tormento atroz...

16. El otro día vi con los ojos de otras personas y el objeto que vi era yo mismo.

Estaba en La Cantera, en el jardín. Salía de mi Bóveda donde había pasado largo rato frente al Sassetta y, además, mirando el Van Aken. En el jardín miré las flores. Allí estaba. De las flores alzaba la vista hacia los eucaliptos. Después miraba el cielo, un cielo límpido lleno de sol.

Pasaron por el camino unos muchachones. Echaron un vistazo sobre mí y siguieron. De pronto me vi, *desde fuera*, tal como me veo para esa gente que pasa.

Fue algo extraño, sumamente extraño. Sí, fue extraño ver mi cuerpo, ver mis ademanes, ver mi traje, todo ello *sin* pertenecerme a mí.

Para muy pocos vi que habían visto un hombre interesante.

Oí que la mayoría decía:

-¡Cómo se aburre el infeliz!

17. Estoy en la lectura de un libro que me interesa en sumo grado. Es él un libro de Louis Pauwels; se llama: *Gurdjiev*.

Me he detenido en la página 165 y 166.

Allí se trata de: SER y de SABER.

¡Hay que SER!

A esto está dirigida mi vida actual. Si quiero avanzar por este camino interno, debo SER. Me suena, ante todo, la palabra: "¡Perdón!". Porque no ha de volver la paz en mi pecho mientras no me incline, es decir, mientras no se incline el verdadero yo, ante la inocencia de Marieta Uscana.

Por esta prueba tengo que pasar.

Después que hube leído estas notas quedamos largo rato en silencio. Por fin Lorenzo me preguntó:

-¿Crees tú que es a las mujeres a quienes se quiere o que son ellas únicamente símbolos de algo que se nos va? Y pienso también: nosotros... ¿no seremos, a nuestra vez, meros símbolos?

"Vi, Onofre, creo que antenoche o hace tres noches, una flor inmensa que se presentó en la oscuridad de mi habitación. Tenía un enorme pistilo, un pistilo fluorescente que se alzaba erecto hacia lo alto. A su lado se retorcián los estambres; se movían culebreando; querían, a su vez, alzarse; caían nuevamente. El pistilo quedaba inmóvil, solo, y su luz me invadía. Miré largo rato esta flor maravillosa y hasta la saludé con la mano.

"Luego el pistilo se empequeñeció. Se contrajo, se arrugó. Y los estambres, entonces, crecieron. Fue envuelto por ellos y casi desapareció.

"Onofre, ¿qué significaba esta flor? Veo símbolos en todas partes. Ese gran pistilo, que se alzaba fluorescente, era el YO, ese YO que hay que alcanzar; los estambres eran estos pequeños "yo" que siempre nos envuelven y bajo cuyo dominio quedamos identificados con ellos.

"Luego salí a vagar un rato en vista de que tú no venías. Ante Romualdo Malvilla y la coca sé que es inútil toda espera. Aquí cerca, en el Muelle del Abad, me encontré con un viejo amigo, don Divito Capicúa, que, afirmado en el pretil, miraba las aguas del Santa Bárbara.

"¿No conoces tú a Divito Capicúa?

-Vagamente pero sé que es un viejo amigo tuyo.

—Y es un caso extremadamente curioso.

—¿Por qué?

—Porque nadie lo considera como un simple ciudadano, como un hombre, ni siquiera como un mamífero o un vertebrado.

—Pero... ¿como qué lo consideran?

—Algunos, como representante de Dios; otros, como representante del Diablo. Me vine a casa con él y aquí estuvimos largo rato conversando. ¡Curioso tipo este Capicúa! Siente perfectamente que todos aquellos que lo miran le lanzan un signo de interrogación y luego callan para estudiarlo. Oye, en su interior, la pregunta que se hacen: "¿Será Divito una encarnación divina aquí en la Tierra? ¿Será Divito una encarnación diabólica aquí en la Tierra?".

"Y esperan que el hombre se manifieste. Luego se produce la sorpresa, la confusión, la alarma ante cualquier manifestación del pobre hombre. Pide, nada más, lo primordial, lo pide como cualquier hijo de vecino: pide respirar, beber, comer, dormir y amar. ¿Qué hay de insólito en esto?

"Hay quienes se acercan a él y escuchan para ver si respira; hay quienes le ofrecen whisky y lo miran pues aseguran que el whisky es una satánica bebida; hay quienes le alargan un vaso de horchata pues creen en la santidad de esta pócima; hay quienes lo atosigan con carne cruda, como dicen que devoran en el Turkestán y también en Alemania, pues no conciben que un hijo del Diablo se alimente de otro modo. Pero hay quienes le sirven con esmero cereales y frutas frescas que, según dicen, son los alimentos preferidos por los hijos de Dios. Y hay quienes, cuando saben que duerme, encienden una vela de cera de avispas para ahuyentar las malignas influencias de Belcebú; y hay quienes sonrían beatíficamente pues no dudan que su alma, mientras su cuerpo descansa, está en plática con serafines y querubines.

"Un buen día Capicúa se enamoró perdidamente. Su amor fue tan intenso que semejava el amor de cualquiera de nosotros. Se enamoró de Alodia Pilintruca y ella le correspondió en forma apasionada. ¡Oh, qué felices fueron Divito y Alodia! Vivían los dos mirándose en los ojos. Las viejas los miraban, a su vez, y murmuraban:

"—¿Ven ustedes? Ese aborto del Demonio ha sido cogido por esa inmunda meretriz hija de Palemón de Costamota.

"Y otros decían:

"—¿Qué les decíamos nosotros? Sólo un ser sin pecado puede ser correspondido por esa divina santa de Alodia Pilintruca.

"Es decir, mi querido Onofre, que con este matrimonio no se puso fin a los sinsabores del bueno de Divito. Siguió su vida a encontrones y a tropezones con medio mundo y con respeto humilde y ceremonioso con el otro medio mundo. Él les repetía tanto a los unos como a los otros:

"—Dadme, amigos, como se los dais a todos, esas necesidades primordiales y veréis que soy un hombre viable...

"Tanto repitió esta frase y tanto se la hizo repetir a la buena de Alodia que, al fin, se las dieron si regatear. ¡Que beba y que coma lo que quiera! ¡Lo mismo para Alodia! ¡Dormid en paz, queridos amigos! Y si os place ¡amaos con frenesí!

"Y todo el mundo les dio vuelta las espaldas. Pero de lejos, sobre todo las viejas, observaban recelosas a este Divito y a su tierna esposa.

"El hombre estaba dichoso; Alodia, también.

“Pero pronto, confiado, pidió Divito algo más, un poquito más. Pidió que se agregara a ese buen trato indiferente esas siempre bien recibidas superestructuras indispensables, como ser la amabilidad, la cordialidad y los entretenimientos que a todo momento tanto ayudan. Entonces los unos dijeron:

“—¿Ven ustedes cómo ha mentido? Incitado por el Diablo ha de querer siempre más y más. ¡Nunca va a cesar de pedir!

“Y los otros comentaron:

“—No hay que dejar a ese santo barón en la indiferencia. Hay que acercarse a él y procurarle cuanto le sea menester.

“Se atribuyó, pues, su conducta a la calidad satánica del buen hombre; otros la atribuyeron a la calidad divina.

“Así volvieron a confirmarse las ideas que reinaban sobre ese manso y dócil de Divito Capicúa: no era un hombre como todos, no, no lo era, ni siquiera era un mamífero, ni siquiera un vertebrado, ni nada perteneciente a esta Tierra. De nuevo, ya sea en pro o ya sea en contra, se le puso toda clase de dificultades para que respirara, bebiera, comiera, durmiera y amara. Pero el hombre, alegando que es un ser viable, respira, bebe, come, duerme y ama.

Con lo que Lorenzo me dijo de Divito Capicúa pude hacer memoria y, es claro, había yo oído hablar más a menudo de él de lo que imaginaba. ¡Ahora recordaba!

No, no era un hombre tan manso y dócil. Era un hombre bastante singular. En el fondo era buenísimo o, al menos, trataba de serlo. Para esto había elucidado un sistema hacia la bondad y a ella esperaba llegar tarde o temprano.

¿Cómo era este sistema? Lorenzo me lo explicó y algo sabía yo de él. Era muy simple.

Divito Capicúa tenía, por cierto, una cantidad de defectos: se encolerizaba con suma facilidad; perdía la calma y se precipitaba sin son ni ton; era nervioso y era, a menudo, dominado por sus nervios; a veces surgía en él un apersonamiento de una altivez extrema; otras veces tornábase suspicaz hasta la majadería; y otras veces convertíase en un hombre lujurioso que, fácilmente, llegaba a la deshonestidad; luego caía en una honda hipocondría y no había quién le sacara palabra alguna.

Divito Capicúa juró, cierta vez, poner fin a tan engorroso carácter. Él iría a devenir un hombre viable; eso es: ¡viable en el más amplio significado de esta palabra!

Se decía entonces:

“¡No más apersonamientos de incólume caballero; no más cóleras sin dominio; no más lujurias vergonzosas; no más nervios que hagan de mí su presa; no más hipocondrías tenebrosas! ¡Seré un hombre viable, viable y siempre viable!

Vivió, desde ese momento, anteponiendo represiones a cualquier arrebatos que en él se insinuara.

Pero estos arrebatos se acumulaban y se retorcían dentro de él. Necesitaban y pedían explayarse. Por las noches el hombre no dormía y se revolcaba en su cama. Alodia Pilin-truca trataba, en vano, de calmarlo. Él le respondía:

—No es nada, mi Alodia querida, no es nada...

Y volvía a caer en revolcones con sábanas y almohadas.

Al fin Divito no pudo más. Se levantó temprano aquella mañana y salió hecho un ventarrón. Por la calle encontróse con Hilario Quinchao, el apasionado y batallador revolucionario, la fiera del Club Cero. Divito Capicúa lo increpó defendiendo la actitud noble de los miembros de la Iglesia Católica Apostólica Romana que se habían opuesto a ciertas

maquinaciones de la gente de extrema izquierda. Quinchao no pedía más así es que se lanzó contra este santurrón que desconocía los derechos de la clase obrera. Por poco no se fueron a las manos. Hasta que Divito se alejó vociferando y rebudando como un condenado.

Minutos después se encontraba con el padre Froilán.

—¡Ah, ah, padrecito! —le gritó con tono sarcástico—. ¿Conque ustedes, viles esclavos del llamado Santo Papa, se oponen a las medidas que quieren, por fin, que se realicen esos hombres de la extrema izquierda? ¡No, padrecito, no! ¡La clase obrera triunfará pese a sus asquerosas maquinaciones de ustedes! Y así tendremos un país digno de merecer el nombre de tal: en lo alto: ¡el proletariado!; por los suelos: ¡la frailería!

El padre Froilán escapó sin proferir palabra y dejó a este energúmeno vociferando solo.

Sus vociferaciones lo llevaron al Café Fiat Lux. En él entró. En él se encontró con Cantalicio Rododendro y con otros artistas más. Divito formó una discusión, una acaloradísima discusión sobre el mérito de las artes que él negaba y que clasificaba como el más torpe pasatiempo en estos momentos cruciales.

—¡Sí, señores! —aullaba—. ¡Un pasatiempo indigno en estos momentos por que atravesamos...!

—¡Qué sabe usted, señor! ¡Cállese la boca!

—¡No me callo!

—¡Si se calla!

Entraron las copas y los sifones en esta reyerta. Entraron los mozos. Entró la mesa. Vino el patrón. Y... ¡pam, pam, pam! Rodó don Divito Capicúa. Un ojo en tinta... Se levantó como pudo. Salió maldiciendo de allí.

En la avenida de los Querubines se detuvo y respiró a pulmones llenos. La calma lo envolvió. Entonces, cubriéndose el ojo en tinta con su pañuelo y aceptando dichoso una sonrisa que mariposeaba en sus labios, volvió a su casa, volvió con la paz dentro del pecho, volvió a los brazos de Alodia Pilintruca. Y empezó nuevamente un período de bondad, de benevolencia hacia sus tan amados semejantes.

Los demás distribuyen sus defectos a lo largo de sus largos días. Así evitan estos altercados en un sitio público. Así no tienen para qué cubrirse los ojos tumefactos. Así no son verdaderamente maléficos. Pero..., pero toda su vida, a lo largo de todos los días, destilan un poquito de veneno que no se nota y que va juntándose y solidificándose en sus almas.

Así se ha originado la fama que pesa sobre este hombre. ¡Por un mal sistema de encaminarse hacia la bondad! ¡Por retener y frenar demasiado sus ímpetus nefastos y luego darles salida a todos de un golpe! De aquí viene, de estos momentos de arrebatos, la creencia de que se trata de un hijo del Diablo. Pero el resto del tiempo él es el hijo de Dios.

Lorenzo agregó:

—Me gustaría enviar a éste don Divito Capicúa al bosque de Guayacán y hacerlo vivir allí durante un largo tiempo sin más compañía que la soledad. Me gustaría que no tuviera dónde inclinarse humildemente como un corderito de Dios; que no tuviera dónde desahogar sus iras repentinas y amontonadas durante días y más días. Me gustaría que viviera y nada más sin siquiera encontrarse con Bárulo Tarata. ¿Sabes tú quién sería entonces el buen Maestro que vendría hasta él?

—Tal vez sería el ruido de las aguas del Tucumán; tal vez el canto de los pájaros en los árboles.

—No, Onofre. Sería Stanislas de Guaitas. Recuerda que él dice, en su “Clave de la Magia negra”, que “el hombre se fija en la soledad en su vía recta o tortuosa; se hace espíritu de luz o de tinieblas”.

Luego nuestra conversación cayó, no sé por qué caminos, en Lumba Corintia y de ella pasó, siempre por caminos ocultos, a los viajes en alta mar. Recordó palabras de ella y dijo:

—Me hablaba siempre de mil cosas que yo dejaba entrar por un oído y dejaba salir por el otro. Ahora me vienen a la memoria. Ahora le respondería:

—Dices, Lumba Corintia, que yo amo una imagen de mujer reflejo de mí mismo y desplazado hacia ti desde mí.

“Es verdad... también. Ello cabe en mi amor pero en él hay algo más.

“Amo tus cualidades propias, tu conducta, tu modo de ser. Pero hay algo más.

“Amo tu ser, tu sensualidad. Siempre hay algo más.

“Amo en ti todo lo que en mi vida se ha producido o se halle en germen para producirse.

“Amo, ¡en fin! ¿Para qué seguir? Todo cabe. Todo es. Pero nada de ese todo, tomado aisladamente, lo define. Es algo mayor y mil veces más complejo:

“El solo hecho de la existencia real de una persona determinada”.

Luego me leyó lo que había anotado en su cuaderno y que, según me pareció entender, había escrito a Lumba Corintia:

“Nuestra unión espiritual no puede ser en presencia. Tiene que ser por escrito, es decir, por meditación y concentración en la calma y la soledad. Me explico:

“*Meditación:* Es movimiento, o sea, es poner en marcha el intelecto. Por lo tanto es “pensar” él en las cartas de ella; ella, en las de él. Es hacer el esfuerzo máximo por “entender” lo que se ha escrito.

“*Concentración:* Es quietud. Es penetrar, por la tranquilidad y suspensión, en el mundo íntimo del cual lo escrito es el símbolo. Es vivir de otro modo, vivir del modo del otro. No comprender a la otra persona sino SER la otra persona. Fusión total.

“*Calma:* Ninguna perturbación externa. Posibilidad de que la carta únicamente resuene. Esto por un lado. Por otro: la profundidad que da el hecho de no ser necesaria la respuesta inmediata que es lo que ocurre al hablar. No hay plazo. Se viene a responder cuando la respuesta ha madurado dentro del alma.

“*Soledad:* Es decir, el alejamiento mutuo para evitar en el intercambio espiritual toda vibración que causa la presencia. Quedan tan sólo las vibraciones del mundo superior.

Y nuestra conversación fue llevada por las olas de un mar inmenso. Al centro de esa enorme circunferencia nos encontramos Lorenzo y yo. Lorenzo me habló así:

—Nunca se debe viajar en el mismo barco porque hay, al comienzo de la navegación, demasiados fantasmas. Ellos nos perturban. Pues lo que a mí me gusta a bordo es esa vida de paz sin llamados externos porque no se puede salir del barco. Y los fantasmas... Sin ellos uno se gobierna por un ritmo lento, hondo y regular. Se piensa bien; la vida florece. Nada del ajetreo ciudadano que solicita rompiendo los tímpanos, erizando los nervios, destemplando con la gente, inclinando demasiado al llamado “juicio crítico” y que se convierte, sin que uno lo note, en malevolencia hacia los demás pues uno lleva una vida artificial, sin tierra, sin mar, sin vacas ni gaviotas; y sí con la atenuadora discusión de humo de tabaco sobre la teoría de la verdad última y absoluta... ¡Y por todos lados la gran meditación que espera! Mas cuando se es araña velluda o alacrán siniestro, quédase uno bajo tierra y pica.

He dicho "gaviotas".

Onofre, hay una hora a bordo, tal vez la única, que me da un profundo hastío: medio día con sol. En el mar azul brillan con luz alterna, gotas de oro; las gaviotas, sobre el agua, módorrean inmóviles.

Vuelan las gaviotas alrededor de los mástiles del barco que se halla anclado en un puerto. Se paran en palos y cordeles. Pasan, de proa a popa, volando vertiginosamente. Después pasan de popa a proa. Es decir, ellas se mueven; el barco, no.

De pronto zarpamos suavemente, casi sin notarlo nosotros. Las gaviotas toman una velocidad igual a la del barco. De modo que vemos, súbitamente, que vuelan sin avanzar, que vuelan detenidas. Y al posarse en los mástiles figuran hacerlo con una lentitud entre majestuosa y desconcertante.

Todo ello, por algunos minutos, presenta lo irreal.

Este "irreal" me trae la sensación de intimidad. ¿Paradoja, crees tú? No, no lo creas. Nada me da tanto la sensación de intimidad como los barcos. Porque en los barcos nadie puede huir. Sí, eso es. ¡Que nadie huya!

¡Partió el barco! ¡Ya no podrá escapar nadie!

Naveguemos, Onofre, naveguemos.

Somos abandonados por las últimas gaviotas. Quedamos solos. Ahora, ¡los prisioneros del barco! ¡Los que no podrán escapar y tendrán que someterse a esta vida encerrada en 18.000 toneladas que se mecen suavemente.

Ahí están todos: unos, paseando a lo largo de la cubierta a pasos apresurados; otros, tendidos en sus sillas largas dormitando o fingiendo un mareo ya pasado de moda; otros, contemplando el mar sin ver nada.

Yo siento el placer, el interés apasionante de juntar destinos diferentes. Es, después de todo, lo que proporciona un viaje. Divido a la gente en dos categorías:

a) Aquellos que no soportan otro destino pasando junto a ellos;

b) Aquellos que prefieren tal cosa a tener que vérselas con destinos siempre iguales que han de darles, a la larga, la impresión de marcar el paso.

Sí, Onofre, ahora comprendo por qué se aburren y se desesperan tantas gentes en los barcos. Se hallan sin brújulas, se hallan desorientados. Al fin dejan de aburrirse cuando logran repetir en otros su propio y mismo destino.

Yo, no. La tierra se ha perdido. Sólo mar, mar y mar.

Entonces vuelo como un pájaro feliz que canta sobre árboles de todos colores, árboles con nombres divertidísimos y con frutas que tocan músicas de trutruacas y ukeleles.

Suena el gong. ¡A cenar!

Hay fiesta en el barco. Estoy en la M/N Baarn en la que regreso a Chile. En ella está Jabalí Batuco. ¡Cómo! ¿Tú no sabías que yo era amigo de Jabalí Batuco? Ese día de fiestas y más fiestas él aplaude desafortadamente los disfraces que lucen los viajeros y las viajeras. Sobre todo le gustó hasta la locura el disfraz de una muchacha húngara vestida de llave ganzúa. También le gustó el de su compañero, un inglés alto y flaco, que lucía un apropiado traje de fotografía instantánea. Aplaudía y aplaudía Jabalí Batuco y no cesaba de repetir.

—¡Estupendo, estupendo!

Y se refocilaba en sus aperos de triángulo rectángulo.

Durante la cena se sentó junto a mí y me dijo:

—Este es uno de los placeres de los viajes: poder estar lado a lado de esta gente que ha

tomado, de pronto, su característica estafalaria. Mire usted y verá que la gente que hay aquí en el comedor ha tomado un interés especial, inexistente en el sitio en que uno reside, como ser Santiago, por ejemplo, o San Agustín de Tango. Es que sabemos que a esta gente quizás no la volveremos a ver nunca más. En cambio en los sitios donde se reside... ¡horror! Se la pueden presentar a uno. Al ser presentadas pasan, en el mal sentido, a ser parte de uno mismo. Y al no ser presentadas conservan su identidad propia y su vida ajena. Se convierten, por lo tanto, en expresiones de existencia total sin posibilidad de un egoísmo cualquiera.

Y volvía a aplaudir desaforadamente y volvía a felicitar a la chica húngara y al inglés alto y flaco.

Pero terminó la fiesta, mi querido Onofre, y vino como es natural, el día siguiente. Eran inconocibles esos disfrazados. Me acerqué a la niña húngara para cumplimentarla por su disfraz de llave ganzúa y me acerqué también al inglés para decirle que jamás había visto una tan espléndida caracterización de fotografía instantánea. Apenas me oyeron. ¿Sabes tú en qué estaban, cómo estaba la mayoría de los pasajeros?

¡Encontraban mala la comida de a bordo, los preciosos...! ¿Era mala de verdad? ¿Y el Capitán? ¿Y los oficiales? ¿Y los marinos y los marineros todos?

¡Estúpidos! No hay tal. Todas esas quejas, ¡literatura y nada más que literatura de antaño! Todo eso viene de los tiempos en que era una odisea navegar; de los tiempos en que uno lograba salir de entre los cien mil provincianos reducidos; de los tiempos, en fin, en que el mundo no había empezado a ser de todos los hombres. Entonces, para el regreso, había que contar cosas espeluznantes ya que a la Serpiente de Mar la habían asesinado de siglos atrás.

¡No, señores! Si sois tan enclenques que no podéis soportar como hombres la comida de a bordo, al menos aferraos a la moda. Hoy la moda es no notar cambio alguno ni en el barco, ni en el tren, ni en el avión. Hoy la moda es que todo hombre esté en su casa en todas partes. ¡Gloria al esnobismo, paladares de cocotas!

¡Cómo! ¿No sabíais, entonces, que los barcos se balancean, que los trenes trepidan, que los aviones zumban y los caballos galopan y los burros dan de corcovos? ¿Y olvidáis que vuestras casas adoradas tejen día y noche el hastío estancado? ¡Aquí deberíais protestar de la comida porque es comida que no cambia jamás de latitud ni de horizonte!

¿No podéis tampoco con la moda? Entonces, boquitas de polvo de arroz, pensad, siquiera una vez, que todavía, ¡todavía!, ningún roto en todo Chile ha comido como coméis vosotros a bordo de cualquier barco.

Miraba a esta gente rezongona de paladar de muñecas. No pude menos que decir:

¡Cabrones!

¡Hijos de puta!

Y me vino a la mente el recuerdo de Pablo Neruda. Lo vi, en su mesa, sentado escribiendo su poema *Aquí estoy*. Tiene que haber sido invadido por la desesperanza.

¿No conoces tú ese poema de Neruda? No creo que haya sido publicado. Yo tuve una copia de él y me aprendí algunos trozos de memoria. Luego perdí la copia. Créeme, Onofre, que encuentro que es uno de los poemas más fuertes que haya escrito. Óyeme lo que de él recuerdo. Dice Neruda:

Aquí estoy

Estoy aquí con mis labios de hierro
y un ojo en cada mano,
y con mi corazón completamente,
y viene el alba y viene
el alba, y viene el alba,
y estoy aquí a pesar
de lobos, a pesar
de perros, a pesar
de pesadillas, a pesar
de ladillas, a pesar de pesares
estoy lleno de lágrimas y amapolas cortadas,
y pálidas palomas de energía,
y con todos los dientes y los dedos escribo,
y con todas las materias del mar,
con todas las materias del corazón escribo.

¡Cabrones!
¡Hijos de puta!
Hoy ni mañana
ni jamás
acabaréis conmigo.
Tengo lleno de pétalos los testículos,
tengo lleno de pájaros el pelo,
tengo poesía y vapores,
cementerios y casas,
gente que se ahoga,
incendios,
en mis veinte poemas,
en mis semanas, en mis caballerías,
y me cago en la puta que os malparió.

Después, como te he dicho, Onofre, he olvidado la continuación de este poema. Sólo recuerdo el final que dice:

¡Adiós a muerte,
adiós a vida,
fracasados,
aquí estoy con harinas y cimientos,
aquí estoy haciendo pájaros,
aquí estoy solo,
venid horribles seres muertos a clavar cadáveres
en mi alma,
para que vuestra muerte,
en el horrible olor a muerte de vuestras muertes

os ayude a salir de las tumbas amargas,
que estaréis llenos de baba pútrida
con el olvido a cuatro labios
y una víbora negra en la garganta!

Subí a mi departamento y me acosté. Susurraba en mi mente sin dejarme conciliar el sueño esta eterna lucha, esta refriega sin un enemigo tangible que se cierne sobre nosotros los hombres.

Pablo Neruda la ha sentido; Lorenzo Angol la ha sentido; Anacleto Ibacache la ha sentido; y Artemio Yungay; y Bárulo Tarata; y, quizás, Tadeo Lagarto; y yo mismo... ¡Todos, todos alguna vez la hemos sentido o la sentiremos!

¡Pobre Isidra Curepto! ¡Pobre Jacqueline Neuilly! ¡Pobre Lumba Corintia y Marieta Uscana! ¡Todas, todas pasan o han de pasar por este trance!

Al fin me dormí.

201

He recibido una carta de Tomba Montbrison. Me hace en ella una reseña de su rápido paseo por Italia. Ahora está en Balboa. De aquí me escribe. Voy a transcribir sus palabras que me han sido un verdadero paliativo después de la conversación que he tenido con Lorenzo Angol.

Te escribo, mi Onofre tan recordado, para que puedas ver que soy capaz de mantener una promesa. ¿Te acuerdas que te dejé unas palabras con nuestra amiga Marul Carampangue? Ella partía a Río y yo a Italia. Ahora te escribo. Ahora estoy en la zona del Canal de Panamá, en Balboa. He viajado por ese país de Italia. ¡Lindo, hermoso país! Fíjate en el itinerario que hice:

Llegué a Roma; de ahí fui a Florencia; de ahí, a Venecia; de ahí, a Milán; de ahí, a Génova. Y luego volví.

He visto museos y más museos. Necesitaba verlos. Bueno, los he visto. En ellos me he dirigido a ver lo que *a mí* me gustaba. Lo demás, claro está que le eché una mirada y hasta me detuve ante varias cosas. Pero sentía que con ello no tenía una cita. Con lo que buscaba tenía una cita. Algo tenían que decirme y me lo dijeron. Pero esto no se puede, es imposible escribirlo porque no es cosa para letras.

Pero ya te digo: vi todo, todo, como ser esas calles con tanta gente y esos restaurantes con sus *canneloni* y *spaghetti* y *ravioli* y *gnocchi* y *tutti quanti*. Me han dicho que estos alimentos son de origen chino y que fue Marco Polo quien los trajo a Italia. Pero no te escribo para hablarte de esas pastas que, por lo demás, las encuentro deliciosas. Te escribo para: 1º) mantener mi promesa; 2º) porque ello me es un franco placer; 3º) para hablarte de lo que me gustó en los museos. Empiezo, pues:

En Roma fui al museo del Vaticano. Ahí vi tantas y tantas cosas que... Pero no, mi querido Onofre. Te he de escribir sobre aquello que se me ha grabado en los ojos. ¿Sabes qué? ¡Un Fra Angelico! No te rías; ahí está la Capilla Sixtina, está San

Pedro, está la Vía Apia y ¡qué sé yo! Todo lo vi, puedo asegurártelo. Pero mi cita era con Fra Angelico, con su cuadro *Dos milagros de San Nicolás de Bari*.

Allí quedé frente a frente a este cuadro, allí quedé largas horas mirándolo. Y todo, todo lo que me rodeaba desapareció. ¡Sí! ¡Soy una devota de Fra Angelico!

Este cuadro del Vaticano me persigue. Tal vez es a causa de que fue el primero que buscaba. Pero ahora creo que buscaba algo determinado, una manera dada que aún no se hallaba consciente en mí.

Entré en el museo y el cuadro me hizo señas y él creo me ordenó seguir mi viaje, seguir en busca de sus... Tengo ganas de ponerte "correligionarios". Hay dos correligionarios ahí en Florencia, en los Uffizzi. ¿Sabes tú cuáles? Te los diré:

Cimabue y Giotto.

El primero con:

La Virgen y el Niño en el trono con ángeles y santos.

El segundo con otro cuadro que, tengo entendido, se llama también así.

Y aquí, sí, encontré francamente lo que buscaba.

¡Cimabue! ¡Giotto!

Estos dos cuadros me hablaron. Pero tú sabes que es otro lenguaje, otro que no puede ser traducido cuando se tiene en la mano una pluma y un papel por delante. Lo único que logro decirte es:

Me hace el efecto que estos artistas estaban en la región del arte, del arte puro, cuando se pusieron a pintar. No estaban aún verdaderamente conectados con esta Tierra y con nosotros sus pobladores. Luego empezó el peregrinaje hacia abajo, hacia éste en que vivimos. ¡Es un adiós a la región del arte! Sí, Onofre, un adiós. Pero ¡con qué grandeza, con qué inmensidad dolorida!

¿No lo crees tú?

Que te baste pensar en Miguel Angel y en Andrea del Sarto y en Pontormo y en Bronzino y en Rosso Fiorentino y ¡no olvidemos! en el Tiziano.

La distancia que separa a estos artistas que te he nombrado y a miles más con el arte de Cimabue, de Giotto y Fra Angelico, es una distancia que sólo puedo llamar planetaria.

No creas que pretendo hacer crítica de arte, no y cien veces no. No sé cuáles sean mayores desde el punto de vista de la gente que entiende en arte. Quiero, únicamente, marcar esa *diferente región*.

Yo estoy con la primera.

Yo estoy con la gente que rodeaba a esos artistas, a Cimabue y a Giotto y a Fra Angelico.

Así adoré –no encuentro otra palabra– al grande entre los grandes de Gentile da Fabriano. ¡Qué hermosa es su *Adoración de los Magos*! No sé cuánto rato quedé contemplándola.

Onofre, el Renacimiento se entregaba a mí a través de estas telas. Sentía que todo, todo el Renacimiento italiano me pertenecía.

"¿Italiano?" –me pregunté–. ¿Pueden estas cosas de arte dividirse por nacionalidades en vez de ir directamente al espíritu que las dictó?

Haciéndome esta pregunta avancé y deambulé por los Uffizzi. De pronto un hombre me hizo señas y me dijo, estoy cierta que me dijo:

–¡Mírame también a mí!

Era Hugo van der Goes, un hombre del Norte. Me mostraba su *Adoración de los Pastores*. No, mi querido y recordado amigo, no se puede, en las artes proceder de esta manera, yo diría, ¿qué te parece "turística"? ¿O prefieres la palabra de "guerrera"? Como sea, yo no procedo así. Eran para mí, todos ellos, una serie de hermanos, de buenos hermanos que comulgaban en una fe común: Cimabue, Giotto, Fra Angelico, Fabriano, van der Goes y Albrecht Dürer, que tiene aquí también una *Adoración de los Magos*. Y hay más, Onofre, hay más. Me parecería un pecado no citarte *La Virgen y el Niño en el trono con ángeles y santos* de Domenico Ghirlandaio y la *Coronación de la Virgen* de Fra Filippo Lippi. No quiero olvidar a ese gran francés de Nicolas Froment con su *Resurrección de Lázaro* y a Botticelli con otra *Adoración de los Magos* y con la *Virgen de la Granada*. ¿Y el padre de todos ellos, el papá? Yo lo considero, a veces, el papá: Leonardo da Vinci. Me basta contemplar esa *Adoración de los Magos* y lo considero el papá. Un papá posterior, si tú quieres, en fecha de nacimiento a los demás; tal vez. Pero déjame llamarlo así que así lo seguiré llamando.

Todos estos artistas me atraen más que los otros, los que, para entenderme yo misma, llamo de la segunda región, como ser Miguel Angel y Pontormo y Tiziano y demás. Éstos me tocan los nervios. Tú vas a creer, seguramente, que ello es porque soy mujer, porque me conociste allá en La Cantera bajo una sombrilla y junto a Marul que avanzaba conmigo con otra sombrilla. En ese momento cantábamos ambas —¿lo recuerdas?— cantábamos a media voz, casi susurrando:

¡Qué triste susurra el viento
Parece ausencias llorar...!!

¡Ya me llamaban estos pintores de aquellas épocas, los pintores de la primera región! En ese instante me sentía desprendida del machacar de esta vida dura. Ya tenía que partir en busca del consuelo que esperaba. Ya lo he encontrado este consuelo. Ahora cierro los ojos y los traigo, con sus cuadros hasta mí, y me digo:

“¡Creo en Dios!

Seguí mi viaje. Ahora, Venecia. ¡Canales y más canales! El puente de los Suspiros; la plaza de San Marcos. No, yo iba tras otra cosa. Fui bien, muy bien recibida. Fui recibida nada menos que con el *Paraíso* de Jacobello del Fiore.

Debo ser muy ignorante, mi querido Onofre. No recuerdo haber oído hablar de este pintor y ahora, al ver su obra, oí la voz de Dios. ¿Cómo es que no sé le nombra tanto como a los que más se nombran? ¡Qué maravilla, qué aplastante maravilla! Estamos en pleno reino superior, ese reino de quietud y de paz hierática. Allí me habría gustado quedar por un tiempo sin límites, quedarme un siglo por cada una de esas cabezas aureoladas. Pero, no; sigamos y sigamos. La Plaza de San Marcos; no la real, la verdadera. Prefiero, como prefería, la que vio Gentile Bellini en su *Procesión del Corpus Christi* Ahí la vi. Ahí quedé en un místico silencio. Ahora puedo decir que aquella plaza forma parte de mí misma. ¿Qué necesidad tenemos de movernos? No, no deberíamos hacerlo. Yo no me muevo, Onofre, yo me balanceo por eternidades cuando voy bajo una sombrilla sobre mí. Entonces sé quiénes me han reconocido o quienes, como tú, han sido golpeados por la presencia de un misterio frente a ellos.

Y ahora estoy en Milán, en la Pinacoteca Brera. Voy directamente a lo estático y ante ello me detengo: Piero della Francesca. Su cuadro se llama: *La Virgen y el Niño, con ángeles y santos, adorados por el Duque Federico de Urbino*. Y luego Bernardino Luini: *El entierro de Santa Catalina*.

Lo estático, Onofre.

¡La paz!

Nuestro origen y finalidad.

Quiero que me comprendas bien:

Llamo "lo estático" a aquello que no se mueve, que no hay medio de hacerlo moverse, a aquello sobre lo cual podrán pasar siglos y más siglos y ello ha permanecido tal cual. ¿Por qué? Porque es el movimiento interior, el movimiento síntesis, aquel del cual deriva este ajeteo que vemos nosotros a diario.

Lo contrario a lo estático sería lo moviente. Cuando pienso en los frescos de la Capilla Sixtina y pienso que los podría volver a ver en cientos de siglos más, creo que en todos ellos notaría un muy pequeño cambio. Cientos de siglos más tarde este cambio habrá aumentado pues aquello vive la vida de nosotros. Yo quiero el movimiento inamovible. Ante él me inclino.

¿Quieres un ejemplo? El *Entierro de Santa Catalina*, de Bernardino Luini.

Tengo una copia de él y tú la podrás ver. Así fue el entierro *antes* de producirse, *mientras* se producía y así será *eternamente*. Los hombres no necesitan aún moverse ni trabajar sobre sus nervios martirizados. Faltan aún miles, millones de años para que aparezca Miguel Ángel. Sin embargo ya se le anuncia con Jacobo Tintoretto. Vi este anuncio allí en Milán. Su cuadro *Hallazgo del cuerpo de San Marcos*. Ya se tortura toda esa gente, ya se retuerce y ya sufre. Han dicho que el hombre es un dios caído que recuerda el Cielo. Eso es lo que pinta, lo que anuncia Tintoretto. Hay en él movimientos de recuerdo nostálgico; hay en él movimientos de sumersión en la tierra.

Mi viaje terminó en Génova. Allí pasé los pocos días que estuve mirando un anónimo del siglo XIII: *San Jorge el Genovés, San Bernabé y San Lorenzo*.

Mezclaba esta contemplación con aquel que llaman *Caffaro dictando sus anales*. Ante estos cuadros podría haber pasado mi vida entera. Pero... tenía que volver y volví. Lo último que miré fue a Cristóbal Grassi. En su *Génova a fines del siglo XV* había barcos y más barcos. Onofre, tomé un barco de esos y en él me vine hasta Panamá.

Ahora, bajo una sombrilla que se mece y no cambia, te saludo de todo corazón.

Tomba Montbrison.

Con la carta de Tomba Montbrison he ido a ver al hombre de la calma, a Florencio Naltagua.

He subido a su piso en el Portal Colonial, he transpuesto el umbral y me he sentido, de súbito, en el mismo estado de ánimo que Tomba allá en Italia frente a los primitivos. Florencio leyó esta carta. Luego se puso a hablar, a hablar mucho. Voy ahora a transcribir sus palabras como ellas vuelvan a mi memoria. Es muy difícil recordar con justeza lo que dice Florencio. Quedan, de sus palabras, una especie de síntesis, diría mejor, un estado de ánimo. En fin, veamos si logro transmitirlo:

—Esta carta me hace pensar en Rubén de Loa. Me hace pensar en todos aquellos que no han sido arrastrados por la vorágine hacia la vida de esta Tierra. Me hace pensar en los que aún se mantienen tomados a lo que Tomba llama, tan justamente, “nuestro origen y finalidad”.

Rubén sigue aquel consejo de Leonardo de Vinci:

“Hay una categoría de pintores perezosos que querrían vivir sobre oro y azul; alegan, neciamente, que no trabajan bien pues están mal pagados. ¡Ved la necia ralea! No saben trabajar más que diciendo: ‘Ésta es cara, aquélla es mediocre, la otra es de lance’. Y muestran así que hacen obras de todos los precios.

Luego Leonardo prosigue:

“El pintor debe ser solitario, considerar lo que ve, hablar consigo mismo, escogiendo los aspectos más excelentes de cada cosa que ve, a la manera del espejo donde se reflejan tantos colores como tienen las cosas y poseyéndolas seguidamente, y haciendo así su arte parecerá una segunda naturaleza.

“Que además la prosperidad corporal no perjudique la espiritual, para lo cual el pintor o dibujante debe ser un solitario, sobre todo durante los períodos de sus especulaciones y de sus búsquedas, renovados sin cesar a sus ojos, que enriquecen su memoria y él guarda como reserva.

“Si eres solo será todo tuyo; si tienes un compañero, no te pertenecerás sino a medias y aún menos, según la indiscreción de su comercio. Si sois muchos, el inconveniente aumenta. Podrás decir: ‘Haré a guisa mía y permaneceré aparte para mejor investigar la forma de las cosas naturales’. Yo te digo que tú no lo lograrás puesto que no podrás cerrar la oreja a su charla; nadie puede servir a dos amos y serás un mal camarada y un detestable especulador del arte.

“Me dirás aún: ‘Me colocaré tan aparte que sus dichos no me alcanzarán ni molestarán’. Te tomarán por loco y te advierto que estarás entonces menos solo.

Este consejo viene acompañado de una nota. Creo que es una nota de Péladan. En ella se lee:

“El artista debe meditar y rezar una especie de oración mental sobre los temas que quiere tratar; el consejo concierne al estado especulativo o, más bien, de incubación, predecesor y preparador de la creación.

“Leonardo señala aquí ya el peligro de la camaradería que lleva al amaneramiento, a la exageración y crea vanidades demasiado precoces. Si el artista ha pasado largo tiempo por ser un mistificador de lo burgués, aún no ha notado hasta qué punto a sí mismo se mistificaba. El taller de la época Romántica con sus chanzas, bromas y burlas de toda

indole, ofrece una atmósfera animada y picaresca, divertida para el profano, pero muy poco apta para favorecer el trabajo mental.

“Los obreros trabajan cantando y jugando; los artistas sin recogimiento ni unción no son sino pintamonas. Por lo demás, si Ilorace Vernet, como evidencia su célebre grabado, podía pintar en medio de un barullo incesante, lo debía a una facultad personal de aislarse para la realización de su obra, superficial y sin concentración anímica alguna.

“Una estampa antigua representa el taller de Bandinelli. No se oye más que el chisporrotear del aceite en las lámparas, los ojos todos fijos en su trabajo. El taller ruidoso y agitado data de la época en que un gran número de jóvenes se hacían pintores como diversión, así como algo más tarde se hacían abogados para medrar, sin vocación alguna. ¿Indica esto que Leonardo era de humor insociable y sombrío? No, pues gustaba de bromas tales como ponerle alas artificiales a un lagarto para convertirlo en dragón; pero su trabajo semeja una oración y él lo realizaba religiosamente, como un rito sagrado”.

Onofre, hay artistas que trabajan a corto plazo pues cuentan con una sola vida: desde el día de su nacimiento hasta el día de su muerte. En este breve período tienen que mostrar todo cuanto hay dentro de ellos. Es un horror anticipado por el hecho de tener que morir. No es el caso de nuestro amigo Rubén de Loa. Él me hace el efecto de haber venido a este mundo a continuar una obra lenta, lentísima, que viene haciéndose de tiempo ha. Aquí veo la relación con esos primitivos de que habla Tomba Montbrison con nuestro amigo. Él ha sabido detener la voráGINE que sopla junto a todos los artistas de hoy día. Parece haber pedido permiso a los artistas de la segunda región (hablo como Tomba) para ir acercándose a los de la primera región. Un permiso a los inmensos andamiajes de la Capilla Sixtina para ir al modesto taller de Vittore Carpaccio, a ese *San Jerónimo* que está en Venecia, o a Carlo Crivelli en su pura, sencilla y elegante *Anunciación* de la National Gallery. Es éste el verdadero trabajo a plazo.

He meditado mucho sobre la lógica del éxtasis. Soy atraído a ver la lógica donde es costumbre negarla. Ella no es fantasía en el éxtasis. Allí existe tan sólida como en lo que es costumbre de verla. Porque hay una segunda vida bajo esta primera vida. Una vida de inmensa duración a cuyo lado ésta, la que va de un nacimiento a una muerte, no es más que un pequeño episodio.

Ahora es curioso que esta Gran Lógica nos aparezca casi siempre con los atributos de lo ilógico.

Es indudable que la puerta que lleva al éxtasis está siempre clausurada para la enorme mayoría de los mortales. Es necesario un esfuerzo para arrimarse a ella, coger el tirador y abrirla. Una vez que se ha atravesado su umbral, es el éxtasis. Con él viene la certeza de nuestra vida eterna. Nuestro recuerdo pasa más allá de la hora del nacimiento. Pero se trata de hacer consciente este recuerdo.

¿Cómo? Fijate bien, Onofre:

Nosotros creemos que hemos de acordarnos de ese pasado como nos acordamos de los sucesos de esta vida, es decir, viéndonos como otro ser a quien le ocurren cosas y cosas en un sitio determinado. ¡No, no es así!

Es otra manera de recuerdo; otra manera de acordarse.

Nuestra inteligencia y nuestra sensibilidad no son más que el recuerdo, mayor o menor, que se tiene de nuestras vidas pasadas.

Tal es la clave. No existe otra.

Hice el otro día, como tú sabes, ver a Marul una serie de escenas sobrenaturales: escenas de la Edad Media y de la Quintrala y ¡qué sé yo! ¿Qué ganó ella con tales visiones?

Onofre: ¡nada!

¿Qué es lo que tú entiendes por la "personalidad"? Deberías decir con mayor acierto: la inexistencia del hombre UNO: Sí, la inexistencia de ese hombre definido, en bloque personal desde el nacimiento hasta la muerte.

En cambio la visión que se hace súbita y fugazmente de lo que yo llamo un hombre...

Ahora recuerdo al hombre que vi ayer tarde al pasar por el Bar Azul, sentado en una silla frente a su mesa con una copa que miraba y que luego se tomó. Ese hombre era únicamente el punto de confluencia de diferentes líneas de diferentes mundos ajenos unos de otros, mundos que existen FUERA de tal hombre y son, por cierto, infinitamente más grandes que él. Es esto como el canto del grillo del que te habló Lorenzo. El hecho de nombrar, de nombrarte a ti o a mí o a quien sea, no nombra a una entidad única, no nombra a un individuo, sino que nombra a un "fenómeno". Es un fenómeno de fuerzas contradictorias que, al confluir, algo forman que nos da la sensación de movimiento, de forma, carne, ojos y demás. Es la posibilidad de decir, sin paradoja alguna: "Yo no soy yo; YO SOY ILUSORIO; YO SOY ESAS FUERZAS Y ESAS FUERZAS SON TOTALES Y PERMANENTES.

Momentos después aparecía otra visión, aunque más reducida, más nítida y duradera.

Fue a propósito de lo hablado con Lorenzo Angol. Lo vi después de esta visión. Él me había contado sus paseos nocturnos con mujeres al Bois de Boulogne, cuando estuvo en París.

Fue la clara visión de que el hombre no es continuo sino que es exclusivamente en cada momento lo que es la línea de fuerza que predomina en dicho momento en él. Es decir, por ejemplo, que el Lorenzo Angol que entra en meditación NO ES EL MISMO que el Lorenzo Angol de ese taxi nocturno allá en el Bois de Boulogne. Aquí veía nítidamente por qué, al hablar de ese taxi, se produjo la sensación en otras personas de que "ciertos momentos lo tomaban enteramente, de que él se iba a otros mundos".

Es porque él no existe como cosa única; por lo tanto no es posible detener, petrificar nada. Somos mil diferentes expresiones de fuerzas a cuyo conjunto denominamos Fulano de Tal.

Pero volvamos al Bar Azul y a aquel hombre con su copa:

Vi claro vacilar la entidad de cada ser. El señor X, el de esa mesa de ahí, fue, en un momento dado, parte de una entidad, de un organismo viviente mayor, de un ser animado compuesto del rincón formado por él, por sus amigos, sus objetos y consumos y sus charlas. Y este nuevo ser viviente era, a su vez, parte de todo el bar que se aislaba, como tal, de todo cuanto no fuera él. El "animal bar" era órgano del animal barrio, el que lo era del animal ciudad. Así podemos ir hasta el vértigo. Todos estos animales *eran en cada instante diferentes, eran otros que en el instante anterior* PUES EL TIEMPO SE FUNDIA CON LAS FORMAS PARA SER A SU VEZ SER VIVIENTE E INDEPENDIENTE A PESAR DE HABERSE FUNDIDO.

Piensa ahora que nosotros funcionamos dentro de todo esto y que somos respirados por estos animales que se diluyen...

En estos ejemplos creo que el sentimiento fundamental es el mismo, ya sea que se presente como expansión de la naturaleza, o como recogimiento hacia el corazón, o como solución a las investigaciones intelectuales, o como amplitud hacia el sentimiento eterno de la muerte, o como fusión con el ser a quien se quiere, o como fusión extraña con las épocas remotas.

Hablé con Rosendo Paine. Le pregunté:

-¿Qué sentiste con el opio?

Te haré un resumen de nuestra larga conversación:

El éxtasis de éste difiere fundamentalmente de los otros. ¿Fundamentalmente? ¿O será diferencia de superficie? Una de las características de estos arrebatos o éxtasis, si prefieres tú llamarlos así, es la euforia. Uno es tomado por un torbellino inconmensurable que lo funde en una UNIDAD. Recordaba que con el opio, no. No era euforia; era "beatitud". Era la felicidad plácida, la fusión de los otros que se diluyen, se aplanan y desaparecen ante uno, dentro de uno. Traduciría lo sentido exclamando: "¡Yo soy Todo!". En el caso del opio, preguntándose en el más absoluto sosiego: "¿Por qué un hombre puede ser desdichado?". Deseaba llamar a la exclamación: "Modo de desenvolvimiento del occidental"; y a la pregunta: "Modo de desenvolvimiento del oriental".

Se me figura que la visión del mundo de un ser bi-dimensional ha de ser algo parecida a la nuestra cuando miramos un calidoscopio. Naturalmente que el calidoscopio debería hallarse en perpetuo movimiento. Agrando, ahora, este calidoscopio, hago que me rodee, que me envuelva y que su movimiento perpetuo se voltee hacia atrás de mí. Es como una avalancha de aguas multicolores, aguas cambiantes, veloces, que pasan y se van. Sin embargo hay en todos esos movimientos algo que llamaría un "gran ritmo de continuidad". Hay una nota profunda, única, que da el tono general. Prima por sobre todos los cambios de formas, colores y velocidades. Pero hay también otra cosa, otra que parece turbar ese tono general. Imagino nuevamente el simple calidoscopio y veo en él, además de sus múltiples planos coloreados, algunas luces chispeantes, extremadamente veloces, que no siguen el ritmo total, caprichosas, locas. Aparecen, desaparecen, se agrandan, se achican. Otra vez todo el calidoscopio me envuelve y se voltea hacia atrás. Las luces toman mayor significado. Estas luces son nuestras mociones, mociones naturales, mecánicas y vivientes.

Con mi manera de pensar, de sentir y de buscar, esta manera que coincide con la de Piotr Demianovich Ouspensky, muchos deseos e intereses que tuve en un tiempo, se han esfumado y se han perdido de mi vista, atrás.

Tú, Onofre, deberías seguir esta disciplina.

Por ejemplo: las ideas político-sociales, es decir, comunismo, socialismo, anarquismo, etc., son cosas que de corazón y cabeza me han dejado de interesar; el ansia de saber, de aumentar sin límites lo que se llama "ilustración", y yo agrego "personal". Se está ahora en un punto desde el cual todo ello es muerto si no se conecta directamente con ese punto. A los sabios de la "ilustración" los veo sin saber nada, los veo "enumerando".

Yo soy un conjunto de una serie de "entidades". Las he llamado "animales" cuando hablé del hombre del Bar Azul; Stanislas de Guaita las llama "egrégores".

Yo formo parte, una parte, de cada una de las de una serie. Lo que llamo "yo" es el poder de recordar en un mismo punto a ciertas modalidades dadas de cada una, modalidades que guardan entre ellas un parentesco para tal recordación. Nada se opone para que en otras partes se me esté recordando de otro modo; que partes que yo considero como únicamente mías sean también de otro u otros. Así yo, Florencio Naltagua, soy parte y me incorporo vitalmente a la entidad-familia, a la entidad-país, a la entidad-raza, a la entidad-humanidad, a la entidad-Tierra, a la entidad-Sol. Junto con ello me incorporo a la entidad-letras, y a la entidad-dinero, y a la entidad-estudios, y a la entidad-amor y odio y desdén. En un momento dado la parte, supongamos, de esa entidad-letras que yo estuve sintiendo es llevada a la entidad-neurosis. Aquí está la mente recordadora que las reúne.

Cada entidad tiene millones de memorias distintas según las conciencias que con ella se conecten. Si dos memorias tuvieran la misma "fórmula", serían el mismo individuo.

Veo que así como cada individuo tiene su memoria, cada entidad tiene la suya: memoria-país, raza; memoria-amor, odio; etc.

Mi memoria participa en pequeño de cada una de las mayores. Mi persona es el punto de confluencia de una fórmula dada. Mi personalidad, la mayor o menor potencia de penetración en cada memoria mayor. Yo soy parte de lo permanente.

Todo es permanente según como se mire.

Si yo muero como individuo, soy siempre parte permanente de mi país puesto que él sigue existiendo y su cuerpo total ha sido en un momento conmigo. Yo soy todas mis células y todas las que en mí han sido. Luego: sigo sin morir en mi país.

Al terminar mi país, sigue la raza.

Igual cosa de la raza a la humanidad; de la humanidad a esta Tierra; de esta Tierra al Sol.

Lo que tal vez, Onofre, te dificulte la clara comprensión de esto es la idea del "tiempo". Hay que echar de lado tal idea.

Hay que decirse, hay que considerar hasta el sentir profundo la existencia de un individuo, de una nación, de una raza; hay que considerar la "unidad" que cada uno es o fue, lo que representa no en los episodios de un "suceder" sino como una obra de arte en su conjunto, en su total, en su existencia única. No como si miopemente la recorriéramos, en el tiempo, pulgada por pulgada.

Digo: Grecia. Digo: considerar hasta el "sentir profundo".

Para ello, subir un peldaño más, ver desde arriba, desde muy alto. Ver *dueño de un tiempo casi infinito*. Ver las mil arañitas diminutas que construyen su tela.

Si desde lo alto muevo los ojos, un poco que sea, las arañitas forman parte de las yerbas que las abrigan, de las flores más altas, de los gusanos más bajos.

Todo ello sucede en el mismo instante, sucede *SIMULTÁNEAMENTE*.

Ahora me digo que esas arañitas bien podrían representar a la Grecia del pasado. Todo el resto representaría a la raza blanca.

Yo representaría la carencia de tiempo.

El movimiento de mis ojos para percatarme de arañitas, yerbas, flores y gusanos, sería el suceder de la historia.

Ahora bien, aquel conjunto, aquel paisaje de un jardín allá abajo contemplado por mí —aquel paisaje *CON* tiempo al mover los ojos y *SIN* él al comprenderlo mi mente— ha sido con todos, todos los elementos que lo constituyen. Las arañitas *HAN SIDO* del paisaje; el paisaje, en su totalidad, no pudo haber sido sin esas arañitas. El paisaje es arañas, yerbas, flores, gusanos, todo ello. Como yo soy mis órganos todos y mis sentimientos y mis ideas y mis aventuras. La raza blanca es Grecia y Roma y es hasta hoy y hasta su fin. Cada griego fue gracias a que Grecia fue; y Grecia gracias a la raza blanca; y la raza blanca, gracias a la humanidad; y la humanidad, gracias a la Tierra. Y así, siempre, siempre.

Ese griego no muere en el sentido de desaparición total.

Diría yo que él *PASA* en la *permanencia absoluta* de esferas concéntricas mayores.

De la esfera 1, a la 2; de la 2, a la 3; de la 3, a la 4; de la 4, a la 5. Podemos seguir esto al infinito. Trato de pensar en la última de todas las esferas. Ellas "son" y nada más; la esfera única *sólo ES*.

Y aquí llego, por un instante de elevación, a sentir, con ese sentir profundo, la imposibilidad de morir, el sin sentido de la palabra *muerte*.

Recuerda, Onofre, lo que he dicho del animal-bar, animal-barrio, animal-ciudad; recuerda también lo de entidad-amor, entidad-odio, entidad-desdén. Te aparecerá como un contrasentido la indignación que despierta alguien que haya cometido una acción reprochable. Me refiero, sobre todo, a la indignación nacida en seres conscientes. Pues, ¿contra quién se indignan, a quién castigan?

Se castiga a una "expresión" y no al verdadero culpable, al "animal" o a la "entidad".

Es decir: por la acción nefasta de mi cerebro se castiga con saña la *individualidad* de mi pie...

El cierto caso es que se les castiga.

X mata a Z, lo mata injusta y traicioneramente. Todos y yo castigamos a X. Diríase que este castigo se produce "espontáneamente".

Así como X es sólo expresión de una entidad, así el castigo es una fatal expresión de otra entidad. Es un castigo mecánico; es la Justicia Mecánica.

Por extensión agrego: el Crimen Mecánico.

Por mayor extensión deduzco: la cólera de X que lo lleva a matar, la cólera de los otros que los lleva a castigar, son en sí mismas *inexistentes*. De aquí doy un paso más y veo, con el sentir profundo: la inexistencia del Mal.

Ahora se plantea, casi automáticamente, la interrogación sobre el Bien. ¿Su existencia o su inexistencia? Algo he profundizado al respecto y siento, con certeza indudable, que el Bien no es únicamente una "expresión", que en él hay algo como "contribución", como ayuda a la conciencia de la entidad. Es un esfuerzo personal y libre del individuo. En el Mal, un estallido de las fuerzas de la entidad, estallido ajeno al actor.

Por eso ha de ser que siempre e instintivamente se habla de la "irresponsabilidad" del delincuente; no se habla de la inconsciencia, de la irresponsabilidad del acto abnegado, sea del Bien. Por eso es que se habla de "ceguera" cuando se alude a los movimientos del furor. ¿Cabría hablar de "ceguera" al aludir a los movimientos de bondad, de protección, de desinterés? No siento tal palabra para tales movimientos.

Sin embargo se habla de "amor ciego". Mas aquí suenan otros acordes. Son, Onofre, acordes que se hallan en la región en que el Bien y el Mal han perdido ya sus características de tales. Un paso basta para ir al Bien total; un paso basta para ir al Mal completo.

Al decir que se castiga a mi pie, le presto al pie una individualidad. Por esta individualidad el pie sufre una injusticia: el Mal fue concebido por mi cerebro y ejecutado por mi mano. El pie sufrió por el hecho de pertenecer a la entidad actuante mas sin culpa propia. Pero es el caso de que la entidad también ha sufrido puesto que yo he sufrido por el daño al pie.

Al castigar a X sufre, a su vez, la entidad culpable. Si se castiga, ¿no es acaso porque no tenemos otro medio de alcanzar a ese culpable?

El otro día, en La Cantera, Lorenzo miraba el trabajo de una araña. De pronto me preguntó:

-¿Cuándo iré a ver a *ese ser* que ahora se me muestra tan sólo como puntas apenas de él, puntas que son esta araña y ese grillo que oí cantar? ¡Ese ser inmenso que cubre a la Tierra entera!

Tanto Lorenzo como tú son entidad-letras, entidad-Chile, son entidad-Cantera, enti-

dad-Torcaza y ¡qué sé yo! Es decir, son miles de entidades "permanentes". Pero nunca las son "simultáneamente", no las son en su totalidad. Pasan de una a otra a todo momento. Diría mejor, ellas los pasan a ustedes de la una a la otra.

Este continuo cambio, este saltar de los ojos, ¿no será lo que les da la sensación de movimiento?

El movimiento trae, inevitablemente, la sensación del Tiempo.

Debes pensarlo, Onofre.

Me preocupan los mundos de diferentes dimensiones. Es decir, nuestra percepción "temporal" de lo "espacial". Me preocupa la música y aún más una serie de balazos.

Siento cómo en esa serie de detonaciones soy engañado al oír las apareciendo de la nada silenciosa y desapareciendo en ella; al oír las "sucederse" en el tiempo. Siento el enorme volumen de eso estable que mi limitación hace rodar en sucesivas intermitencias.

Con la música el hecho del engaño irrita menos. Por esto:

Un trozo musical es un todo. Lo es pues puedo, sin esfuerzo, recordarlo como recuerdo un rostro, un objeto, es decir, sin recorrerlo, recordarlo fuera del tiempo. Por otro lado está su contenido emotivo. El contenido emotivo de los balazos está mucho más en mí que en ellos pues puedo ligarles la emoción —miedo o sorpresa o lo que sea— que yo sentí al oírlos. El contenido de la música me viene de ella. Un contenido emotivo así me es un todo, una unidad, un instante. Un trozo musical me es siempre el mismo, es EL. Como ese objeto y aquel rostro que allí están, firmes, sin necesidad de *mi* tiempo para aprehenderlos.

El tiempo sólo acompaña a la ejecución del trozo. Me es como un agregado inherente mas de ningún modo indispensable. La ejecución me es como un juego malabar, como un acto mágico. El trozo musical es una entidad que vive, un ser que "está". Está por ahí; lo presiento oculto en un rincón y "en todas partes". Sólo logro percibirlo cuando lo ejecutan.

¿Es culpa de él o es prueba de su inexistencia en ese Silencio? ¡No!

Siento claramente dónde y cómo está cada trozo de música en el Silencio, cómo están, cómo *son* todos ellos sin excepción alguna.

No basta apreciar a una persona. Apreciar a una sola persona es trabajo a medio hacer. Como es también trabajo a medio hacer sentir desprecio o antipatía por una sola persona.

Cada persona es la confluencia de entidades que la sobrepasan. Hay, pues, que apreciar o despreciar a estas entidades; al ser mayor del cual las personas son su eco. ¡No ver individuos finitos, excepcionales y aislados! Hay que ver grandes inteligencias eternas, seres sin principio ni fin y sobre ellos proyectar nuestros sentimientos.

Ver, sentir hondamente, que personas similares no son personas diferentes, personas separadas por grandes distancias o por épocas de la historia. Ver que son efectivamente un solo ser viviente. Este ser se muestra aquí y allí y allá, nos cruza cientos de veces en todo momento y en cualquier sitio.

Al proyectar de este modo nuestros sentimientos ellos se impersonalizan, son los del hombre ante los árboles, cobijándose bajo sus horas o evitándolos a todo trance.

—¿Con el amor? —me preguntas tú.

Con el amor no cabe la actitud anterior. El amor es una rebelión que todo ser siente de estar obligado a ser UNA confluencia de entidades y de no poder ser otra. Es el deseo, el ímpetu de "querer ser no siendo". Recuerda, Onofre, que ya te he repetido infinidad de veces:

“Más que querernos mutuamente debemos querer el hecho de amar”.

Tengo un amigo que, llegado el momento de enfrentarse con la vida, se halló en una habitación con dos puertas y ocho ventanas que se abrían sobre la vida. Además había en esta habitación una escalera que subía hacia la terraza y otra que bajaba al sótano. Mi amigo al hallarse allí dentro, lleno de luz y de posibilidades y perspectivas, procedió, acto continuo, del modo siguiente:

Lo cerró todo.

Y allí se quedó. Allí está todavía.

Su manera de alternar con sus semejantes es como sigue:

Llega alguno y le cuenta que acaba de ver un inmenso torrente que arrastraba árboles enteros, restos de chozas y qué sé yo. Le va a explicar con detalles la visión, le va a pedir que juntos la comenten. ¡Alto! Mi amigo se concentra. Piensa en lo que él vio al ir cerrando cuantos orificios había en su habitación. Y en silencio hace un largo raciocinio envuelto en una no menos larga analogía sobre lo que acaba de oír y algún recuerdo de algo parecido entrevisto en el momento de la clausura. Acto continuo diserta.

Así para este torrente disertará –aunque empleando el vocabulario “torrente, árboles, chozas, etc.”– sobre un chiquillo que vació su balde sobre una piedrecilla que rodó; para la guerra de 1914 disertará sobre sus observaciones de un vejete que apercibió al cerrar la puerta y que iba con tal furia que alguna sobrina o algún nieto iría a sufrir las consecuencias; para las increíbles y recientes proyecciones que ha tomado la aviación disertará sobre lo que él habría visto si hubiese subido por la escalera hasta la terraza y hubiese dirigido sus ojos hasta Marte; para los mundos de asombro que se despliegan frente al filósofo ermitaño, disertará sobre lo que, indiscutiblemente, él habría visto si hubiese bajado al sótano y se hubiese sumido en su silencio lleno de humedad.

Y no habrá manera de arrancarlo de su punto de vista pues él recuerda realmente y con sobrada razón que: ¡Él vio! ¡Él vio!!

Lo visto con esos ojos no puede refutarse.

Y ahí queda mi amigo. Y ahí quedamos todos...

Después de hablarme Florencio Naltagua de este modo quedamos largo rato callados. Al fin me dispuse a partir. Entonces me dijo:

–Onofre, debes reencarnar en el pasado. ¡No pienses más en el futuro! Tienes que escribir lo que no hiciste en tu pasado. Por esto es que tienes que redimirte ante los demás haciéndoles sus biografías.

Debes distinguir a las dos personas que hay en ti: una que obra a su antojo; otra que tiene un ideal nacido en el pasado y que trata siempre de corregir a la primera.

Todo nuestro error consiste en querer solucionar problemas mayores encastillándonos en nuestra pequeña morada de sólo tres dimensiones. Verás que toda la gente empieza su trabajo con la más absoluta tridimensionalidad. Poco a poco, lentamente, se van remon-tando.

Cultiva a tus amigos. Los hay más de lo que tú puedes concebir. Una clave para escogerlos: ¡la gente que sabe conversar en total silencio! ¡Acércate a esa gente! Como corolario puedo decirte sin vacilar: ¡Huye de la gente que necesita bulla para entablar una amistad!!

Si vas hacia el lado del misticismo recuerda que él debe ser silencioso. No hay necesidad de comunicarlo con nadie. No hay que hacer prosélitos. No olvides que con el misticismo te comunicas con otra región en la que hay prosélitos en gran cantidad.

Yo nunca doy consejos. Tú me has preguntado y yo te respondo. Eso es todo.

¡Ah, la rabia que tienen los demonios y sus representantes en esta Tierra! ¿No sabes tú qué es lo que los irrita? Es ver que todos se liberrarán de sus garras y entonces la humanidad podrá pasar a otros estados, podrá seguir. Pero mientras quede uno, uno que no se haya libertado, tendrá que volver a esta Tierra.

No eches en olvido el *Sermón de la Montaña*. En el acápite 18 dice San Mateo:

“Porque de cierto os digo que hasta que perezca el cielo y la Tierra ni una jota ni una tilde perecerá de la ley hasta que todas las cosas sean hechas”.

203

Estaba yo junto a mi balcón de Fray Tomate cuando sonó el timbre. Abrí y vi aparecer a un hombre medio calvo y de nariz puntuda: ¡don Irineo Pidincol!

—Mi señor don Onofre —me dijo como excusándose— he osado llegar hasta sus aposentos para pedirle, si ello no es una molestia para usted, que mañana me acompañe a cenar a casa del distinguido escritor y ex grabador don Teodoro Yumbel.

—¿Tendremos garbanzos, don Irineo? —le pregunté.

Me respondió:

—Usted lo ha dicho. Yo me voy a tomar la libertad de llevar unos cuantos, un kilo o dos kilos, y voy a guisarlos para así ofrendarlos tanto al señor Yumbel como a su distinguidísima amiga, doña Albania Codahue. Quiero, señor, que usted comparta esta tan modesta cena que regaremos con un Santa Carolina que ha conseguido el señor Yumbel o, mejor dicho, la señorita Codahue.

—¡Encantado, amigo mío! —exclamé—. Cuente usted conmigo y así nos daremos un atracón de esos exquisitos garbanzos.

—Es usted la amabilidad misma, mi señor.

—Tome asiento, don Irineo.

—Gracias, sí tomaré asiento si ello no es engorroso para usted. Estoy algo fatigado.

—¿Muchos trajines...?

—¡Oh, no, mi señor! La vida misma fatiga cuando ella bulle en su cerebro y, sobre todo, cuando lo persigue a usted. Me ha perseguido en la propiedad del esclarecido señor Contaldo Ñipaco, en su fundo de La Manigua. Pero él, este esclarecido don Contaldo Ñipaco, no ha tenido arte ni parte en esta persecución de que fui víctima.

Le pregunté entonces:

—¿Acaso unos bandoleros la han atacado?

—¡Oh, no, mi señor! —me respondió—. Me atacó, si puedo expresarme así, un árbol.

—¡Osorno! ¿Un árbol, ha dicho usted?

—Sí, eso he dicho con el perdón de usted, un árbol, una tuya.

—¿Una mía?

—¡Oh, no, mi señor! Es un árbol que así se apoda, eso es, así: “tuya”. Debí haber dicho una “suya”, claro está, dados los méritos que a usted lo adornan, mi señor Borneo. Pero este árbol viene del Canadá, según tengo entendido, y en nuestro idioma, usted comprenderá...

—Claro está que comprendo, don Irineo. ¿Y cómo fue este raro ataque?

—Iba yo solo y de a pie por unos cerros de La Manigua. Iba en busca de tierras a propósito para la siembra del garbanzo. De pronto lo vi, la vi, a esta tuya, la vi enorme entre otros árboles. No menos de unos 15 metros de altura. Y yo ni siquiera la había divisado antes. La vi y allí quedé clavado sin poder ejecutar ni un solo movimiento. Pero, al fin, avancé, claro que con mucho cuidado. Llegué hasta él y le dije con voz queda y amistosa: “No, no; no quiero nada maléfico en contra de tu majestad, ¡oh, tuya! Soy un simple sembrador y cosechador de garbanzos; nada más”. Entonces avancé otro poquito.

—¿Qué silencio, mi señor había junto a esa gran tuya! Me molesta decir “tuya”; ¿permite usted que la llame “suya”?

—No, de ningún modo, don Irineo. El nombre de “tuya” le viene admirablemente y, además, dicho por usted...

—¡Oh, tantas y tantas! Es usted la amabilidad misma.

—Hemos quedado en que avanzó usted un poquito y luego otro poquito; ¿no es así?

—Así es exactamente, mi señor. Llegué hasta el tronco de este árbol inmenso y vi que por él corrían, subían, bajaban, se ocultaban y volvían a aparecer unas cuatro o cinco o seis menudas lagartijas. A veces se detenían y me miraban. Me saludaban moviendo la cabecita. Quise hablarles y decirles bellas cosas. Pero, pero de pronto... ¡Oh, mi señor don Onofre Borneo!

—¿Qué le ocurrió a usted?

—Fui cogido por el pánico, por un pánico atroz. Entonces huí, huí, huí con toda la velocidad que pueden alcanzar estas piernas de este infeliz personaje que, al fin y al cabo, yo soy.

—¿Y sabe usted, mi señor don Onofre, en qué pensaba yo mientras huía así desenfundadamente?

—¿En qué, don Irineo?

—Pues pensaba, mi señor, en los alrededores de esa tuya, de esa tuya inconmensurable. A su lado había un precipicio, no muy grande, pero, al fin y a la postre, un precipicio donde uno, si se descuidaba y resbalaba, podía quebrarse una pierna o un brazo. Luego, del otro lado, todo era acogedor. Crecían allí diminutas malezas, muy buenas malezas, aunque los agricultores no las deseen. Y entre ellas corría un arroyuelo.

—Alcancé a ver todo eso pero yo huía, escapaba como un loco. Entonces vi que los demás árboles, hasta muy lejos, le temían a esta inconmensurable tuya y le rendían fiel obediencia. Algunos, claro está, querían rebelarse. Pero no lo osaban, no, mi señor, no lo osaban. Estaban todos sometidos a la tuya que ellos denominan... Oh, no sé cómo lo supe pero créame usted que lo supe, don Onofre.

—¿Cómo la denominan?

—El Emperador de los Árboles.

—¡Hermoso y bien merecido nombre!

—Así es, mi señor, usted lo ha dicho. Este Emperador tiene toda esa comarca sometida a su voluntad. Las lagartijas que vi en su tronco y las lagartijas de los vericuetos vecinos también están sometidas a esa voluntad que, puedo asegurarle a usted, no es tan benigna para nosotros los humanos, para nosotros los pobres intrusos. Estas lagartijas no son como las que nacen y crecen y viven en La Canterá, en el fundo del ilustre señor don Lorenzo Angol. No, no lo son; éstas son maléficas para nosotros. Por eso yo huía y huía.

—Al fin, mi señor, me detuve fatigadísimo y me eché por tierra. A lo lejos veía al Emperador de los Árboles enhiesto como lo más enhiesto de las enhiesturas. Vine, entonces,

a percatarme que en lo alto terminaba por un tronco o una rama, si usted prefiere, sin una sola hoja, desnuda, que se erguía hacia el cielo. Ahora había una cierta calma junto a mí así es que pude mirar a mi alrededor. Miré y... sonreí, mi señor Borneo, creo que hasta reí.

—¿Por qué reía usted, don Irineo?

—Reía de satisfacción al ver a mi lado, al alcance de mi mano, el Monte de la Pespa. ¡Qué paz, mi señor, qué paz! Pues era un monte pequeñito, pequenín. Habría podido abrazarlo sin mayor esfuerzo. De él se elevaba una varilla erecta que, en su punta, tenía unas cuantas hojitas. ¡Era muy lindo, mi señor, se lo aseguro, muy lindo!

—Y dígame, don Irineo, ¿por qué lo llama usted el Monte de la Pespa?

—Mi señor, porque al pie de esa varilla, y afirmada en contra de ella, reposaba una pequenita Pespa.

“Le he hablado a usted de los ornitorincos y lampalaguas y escolopendras y cumbilecos... ¿Lo recuerda usted?

—Por supuesto que lo recuerdo. Esos seres medio diabólicos que habitan bosques y selvas.

—Usted lo ha dicho, mi señor. Pues bien, ahora, ¡a Dios mil gracias!, veía a un ser del otro lado, del lado benéfico. ¡Una Pespa, una linda Pespa!

“Si escribe usted alguna vez sobre ellas le ruego, si no es mucha mi osadía, que ponga su nombre siempre con mayúscula. Es cuestión de hacer una diferencia con los otros habitantes nefastos de bosques y selvas, como esos ornitorincos y demás. Me atrevo, sí, me atrevo a pedirselo y espero que no encuentre usted inconveniente alguno en hacerlo.

—De acuerdo, don Irineo, puede usted estar seguro que ese nombre de “Pespa” será escrito siempre con mayúscula.

—¡Oh, tantas y tantas! Allí estaba yo en muda contemplación de ella cuando llegó a mis oídos una estrepitosa carcajada. Me volví de inmediato y alcancé a ver a un horripilante cumbileco que se desprendía de las ramas de una encrespadera y echaba a correr riendo y riendo a reventar. Porque a mi lado había una encrespadera y yo, siempre distraído, no la había advertido, no mi señor, no la había advertido. Ahora me encontraba cara a cara con ella y, créame usted, que un frío me corrió por el cuerpo entero.

—¿Que es una encrespadera? ¿Es, acaso, un árbol maléfico del orden de esos seres diabólicos de que me ha hablado usted?

—¡Ah, mi señor! Voy a tomarme la libertad de referir a usted lo que es una de estas plantas o tal vez arbustos. Es un enredo, un atolladero, un revoltijo de ramas y raíces y hojas y pedúnculos que se mueven y se agitan para todos lados pero sin hacer ni el menor movimiento. Porque todo en las encrespaderas está quieto, quieto pero, le aseguro a usted, don Onofre, que, junto con estarlo, se mueve como se mueven los tentáculos de los pulpos. ¡Es algo horrible, mi señor, sencillamente horrible! Usted comprenderá que no soporté más y eché a correr nuevamente lamentando no poder volver a esos parajes a charlar con la linda Pespa que dormitaba allí apoyada en la varilla. ¡Una lástima, créamelo usted! Ella podría haberme dado muy buenos consejos para evitar el ataque de esas Guaxas que me asedian. Felizmente tuve mi recompensa: a un paso de allí vi el mejor terreno imaginable para la siembra y la cosecha del garbanzo.

—¡Lo felicito a usted, don Irineo! ¡Habiendo garbanzos hay gloria!

—Que le ruego a usted, mi señor Borneo, no olvidar que la ingeriremos, esta gloria, en casa del esclarecido señor don Teodoro Yumbel y su bellísima amiga doña Albania Codahue.

—No lo olvidaré, don Irineo. Su viaje de usted, al fundo del señor Ñipaco, fue beneficioso pues hay terrenos y más terrenos aptos para el garbanzo y es ello lo que realmente interesa.

—Sí, mi señor, usted lo ha dicho. La prueba es que volví de La Manigua satisfecho. Volví en el auto de ese esclarecido y muy lúcido caballero. Veníamos ambos asaz contentos. Él puso en marcha la radio del auto que, en aquel momento, transmitía un concierto de un violinista. Y esto, este concierto, puso fin a mi contento, sí, mi señor, puso fin.

—¿Por qué? ¿No se place usted con la música?

—No es justamente eso, señor Borneo; es porque yo quisiera que mis conocimientos fueran tales como para saber, con absoluta certeza, si lo que la radio tocaba era o no era lo que tocaba el violinista que tocaba... Transmitía Buenos Aires, transmitía un disco Odeón y grabado en Nueva York hace ya muchos años. Y piense usted que lo oíamos ahora, ahora... Tuve más datos aún: el pianista que lo acompañaba había ya fallecido y el violinista se encontraba en Rusia, en la URSS... Yo me preguntaba: "¿Qué hace en este justo momento este violinista? ¿Estará comiendo o durmiendo o tocando?". Agregue usted, mi señor, que el auto iba a una velocidad que fluctuaba entre los 70 y los 80 kilómetros por hora; y agregue usted que ya era casi de noche y que, a cada momento, veía yo las aguas del río Santa Bárbara... Tenía, pues, que preguntarme: "¿Será el violinista mencionado el que estamos oyendo?".

—En verdad, don Irineo, es para sumirlo a uno en una confusión difícil de dilucidar.

—¡Y los pajaritos cantaban y cantaban, mi señor don Onofre! A cada rato yo me preguntaba: "¿Cantan esos pajaritos de alegría o cantan sin querer...?". Creo, mi señor, que ni siquiera cantan: es, simplemente, su modo de expresión y expresan cosas como nosotros, los hombres, hablamos de negocios y de política.

"Hasta que un grupo de árboles me llevó, en imaginación, al bosque de Guayacán y vi, en su casita, al tan noble y digno de don Bárulo Tarata. Pero, ¡no y no! Porque apareció, acto continuo, su hija, esa nefanda Guaxa de Biandina Tarata. ¡No y no, mi señor, no quiero saber más nada de ella! ¡No lo quiero desde que la vi, ¿recuerda usted?, en aquella Misa Negra haciendo las veces de altar y siendo poseída por el representante del Diablo, por ese Palemón de Costamóta y por tantos otros hombres!

"Instantáneamente me corrí a la selva de Lemolemo. Yaquí, aquí, usted me disculpará don Onofre Borneo, aquí fui abordado por cientos de cumbilecos, de ornitorincos, de lampalaguas y de escolopendras. En imaginación, por cierto, nada más que imaginación pues ya estábamos, el sabio señor Ñipaco y yo, en las afueras de San Agustín de Tango y ya el violinista de la radio había cesado su concierto.

"Entonces me pregunté: "¿Lo ves, en realidad, tú Irineo Pidinco; que no sabes que estamos ya en San Agustín de Tango; no ves que es tu mera imaginación dislocada la que te lleva hasta esos seres cumbilequianos?

"Sí, señor, tal era la verdad pero... pero... Usted me va a disculpar, mi señor, porque lo que ocurre en estas cosas es otra cosa que se mezcla con la cosa. ¿Sabe usted qué cosa ocurre, si ello no es engorroso responderme?

—No, don Irineo, no lo sé.

—Pues, señor, es como lo que ocurre con un pintor, como le ocurre al tal sapiente señor Rubén de Loa. ¿Cree usted que el señor de Loa ve la natura "de otro modo" que nosotros, es decir, que yo, sí, eso es, que yo? No, no, la ve igual, la ve como todo el mundo.

Pero descubre y descubre y atisba una segunda natura superpuesta. En buenas cuentas, ve.

“Llegamos a San Agustín de Tango. El benemérito señor Contaldo Nipaco tuvo la gentileza de dejarme en la calle Pentateuco. Nos despedimos y subí a mis aposentos. Caí en mi sillón pero caí provisto de un libro que tomé de mi incipiente biblioteca. Un libro de Etienne de Lacépède, una edición de 1860, admirablemente ilustrada, por Furne; al menos eso colegí yo al hojear este libro. Entonces pensé, mi señor, con los ojos puestos en esas imágenes, que ellos, los cumbilecos y sus semejantes *son* de la natura, sí, mi señor, *son* de ella, como esa encrespadera, y no han venido con nosotros los intrusos. Nosotros creamos seres “astrales”, eso es, “astrales”, que revolotean a nuestro alrededor y, a veces, que se alejan a gran distancia. Pues bien, mi señor, estos seres creados por nosotros se pelean a muerte con los seres de la natura. ¡Sí, mi señor, es una lucha cruenta, despiadada, sangrienta...! Si, acaso, tuvieran sangre estos seres. ¡De aquí vienen nuestros estados de inquietud, de desasosiego y de neurosis! ¡Es nuestro destino, mi señor! Porque ya han pasado las épocas en que el hombre sabía vivir. Me dan ganas de llorar cuando pienso en ello. Si no fuera por la existencia del garbanzo...

—Mañana lo comeremos, don Irineo, y oiremos la labia del señor Yumbel y contemplaremos la magnífica belleza de la señorita Albania Codahue.

—Así es, mi señor, su sapienza lo ha dicho. Comeremos muchos garbanzos y con ese Santa Carolina con que serán regados, tal vez olvidemos, mejor dicho, tal vez olvide yo el triste destino de aquellos lejanos pueblos del lejano Oriente. Ellos supieron vivir, mi señor, sí, supieron vivir. Pero llegaron un día los occidentales, se les fueron encima y los obligaron a entrar en la tarea de intrusos.

Don Irineo se levantó del sillón y, con ademanes de implorar excusas, me dijo:

—Ahora me voy a retirar, mi señor Borneo. Mañana nos veremos en casa de esos esclavizados ciudadanos que se han dignado compartir mi guiso de leguminosas.

—Eso es, don Irineo, mañana nos volveremos a ver.

—Sí, mi señor, eso es, mañana. Ahora me voy a casa a meditar sobre un asunto que me infunde cierto temor por estar tan lejos de esa exquisita leguminosa que comeremos.

—¿Podría yo saber de qué asunto se trata?

—¡Oh, sí! Siempre que ello no sea engorroso...

—De ningún modo, don Irineo.

—Entonces usted permitirá que se lo explique en dos palabras rápidas y así de pie como estoy.

—Por cierto, don Irineo, hable usted.

—Tantas y tantas. El hecho es que he sido tomado por la idea de que los seres humanos no existen, por la idea de encontrarme en una gran ilusión al juzgar a los hombres como entidades propias que son lo que son y en sí. Tengo la idea fugaz de que son manifestaciones de un algo superior que tanto ellos como yo ignoramos; que son actos y palabras de otros seres verdaderos y, que en sí, no representan nada propio; algo superior a ellos que viene por un segundo y se va, se va con la muerte de esos hombres.

“Esta idea me ha venido al ver seres más adelantados y seres más atrasados. ¿Cómo ello es posible en el infinito? Que unos hayan nacido primero y otros hayan nacido después, ¿es posible en el infinito? No, mi señor, no puedo creerlo; creo que todo, todo, tiene la misma edad, tanto el anciano que ya falleció como el bebé que aún no ha nacido; tanto

aquellos hombres de los que nos habla la historia como los hombres de que nos hablará en siglos y siglos más.

“Creo, mi señor don Onofre, que son otros los seres que en realidad crecen y progresan. Nosotros somos sus experiencias, sus pensamientos, sus sentimientos. De ahí me viene esta extraña idea que me voy a tomar la libertad de comunicársela a usted, mi señor, si no ve mayor inconveniente para ello.

—No, no, don Irineo, no tengo inconveniente alguno; por el contrario, ardo en deseos de oírlo a usted.

—¡Oh, mi señor, tantas y tantas! Es usted la amabilidad misma. Es ésta una idea que me asalta cuando me encuentro con algún ser, con algún hombre, de baja, de muy baja cultura y sapienza, con algún gañán o cosa por el estilo. Me pregunto entonces: “¿No será este mísero hombre un ensayo tremendo y fructífero de algo enorme, de algo inconcebible por este infeliz sembrador y cosechador de garbanzos?”

“Sobre esto, si usted no ve engorro alguno, voy a ir a meditar. Así es que me despido de usted, mi señor.

—¡Hasta mañana, don Irineo!

—Eso es, ¡hasta mañana, don Onofre!

204

Momentos después salía yo a mi vez. Otro ser obraba por mí. Otro ser me arregló la corbata, me puso la boina, me hizo bajar y encaminarme, a grandes zancadas, al Fiat Lux. Mis intenciones eran, más bien, el Bar Azul. ¡No! ¡Fiat Lux! Mis intenciones eran las de encontrarme con mi próximo anfitrión, con Teodoro Yumbel, y para ello pensaba tomarme una copa en el bar y seguir a la calle de la Inmaculada Concepción. ¡No! ¡Jabalí Batuco!

Jabalí Batuco frecuenta el Bar Azul. Algo me dijo que ahora estaba en el Fiat Lux.

Vamos entonces a éste. Y allí, sentado ante una mesa, con un gin con ron frente a él, estaba este admirador de Virginia y de Praxedes, este hombre que aplaude desenfrenadamente cuando ella, Virginia, salta, con el más espectacular de los saltos, sobre Praxedes que se acurruca como un chincolito.

Me dijo apenas me divisó:

—Lo esperaba a usted, señor Borneo. Sabía que aquí lo hallaría, no porque sea usted un hombre que se avecine en estos lugares donde, dicen, se elaboran las luces del arte sino porque aquí quería conversar con usted. ¡Asiento, amigo! ¿Un gin con ron? Sí, beba usted porque ahora soy un hombre feliz. Me he encontrado en una calle con la linda de Praxedes Bagdad y le he hecho una reverencia como ante una reina. Entonces ella me ha preguntado con su voz de ruiseñor: “¿Sabe usted dónde se encuentra la calle de Los Camerlengos?”. Una segunda reverencia mía y le he respondido: “Nos encontramos, justamente, en la calle de Los Camerlengos”. Miró para todos lados, me agradeció y luego desapareció por una puerta. Y yo comprendí la genialidad de ese chincolito que se arrebujaba cuando sobre ella pasa, volando como un relámpago, la sin par de Virginia Rapel.

Le pregunté de inmediato:

—¿Es Rapel su apellido?

—Naturalmente —me respondió—, Rapel que no debe usted jamás confundir con “rap-

pel" que en francés significa "llamado". ¿No recuerda usted el libro *Rappel a l'ordre* de Jean Cocteau? Virginia no hace llamados de ninguna especie salvo cuando se abren las cortinas del teatro. ¡Ah, entonces...! Después desaparece. Es gran suerte la suya, amigo, de haberla visto unos instantes después de aquella función. Desaparece y, creo yo, que se entrega a las prácticas físico-intelectuales de que tanto habla y propaga ese alto mago e iniciado que se llama Gurdjiev. ¿No lo cree usted? Haga, entonces, un solo ejercicio, uno elemental, uno de los primeros y de los más sencillos: con la mano derecha abierta sòbese usted el vientre haciendo lentos círculos mientras con la mano izquierda, también abierta, golpéese rítmicamente de arriba a bajo la cabeza. Esto tratan de hacerlo los niños. Esto lo puede hacer Gurdjiev, el hombre iniciado del Cáucaso. Sí, señor. Mas usted, don Onofre, usted no lo podrá.

—Es verdad, Jabalí Batuco, nunca he logrado hacerlo. Tal vez Virginia Rapel...

—Ella lo puede todo. Ella está en medio de la independencia total de sus músculos. Sus músculos trabajan por su cuenta y saltan sobre Praxedes Bagdad mientras ella prepara el menú para su próxima comida. ¿Lo encuentra usted sencillo? Bien, haga la prueba como con ese movimiento de las manos en vientre y cabeza. No, mi amigo, no es cosa fácil; es cosa difícilísima. En su libro sobre Gurdjiev lo describe así Louis Pauwels: "Este juego consistía en lo siguiente: había que procurar masajearse el estómago con el movimiento circular de una mano mientras que con la otra uno se daba, cadenciosamente, pequeños golpes en la punta de la cabeza". ¿Quiere usted verlo hacer? ¡Míreme!

Y Jabalí Batuco lo hizo con gran estupefacción de mi parte. Exclamé:

—¿Es usted un émulo de Virginia Rapel!

—No, mi señor, no; mis conocimientos físico-intelectuales no van más lejos que esto. En cambio, en el Bar Azul, veo claro, muy claro, traspaso la visión de los que se jactan de tenerla doble. Por eso fui a ese Bar Azul y ahí, con otro gin con ron... ¡Eh, eh! ¡Camarero! ¡La misma cosa para el caballero y para mí! Le decía a usted que ahí, con un gin con ron, leí lo que usted escribe, amigo mío, le eché una mirada de conjunto. Ello me bastó.

—¿Es posible, señor don Jabalí Batuco?

—Sí, mi amigo, muy posible.

—¿Y qué le ha parecido a usted lo que yo escribo?

—Usted, como de tener condiciones, las tiene pues si no las tuviese sería ingeniero o empleado público o agrónomo o conductor de autobús o no sería nada. Usted se ha contentado con esas condiciones y el artista o escritor que se contenta con su propia obra y con ella se refocila... ¡malo! Resulta un artistoide que culebrea alrededor del arte. ¡Malo, muy malo! Debe usted, debería usted hacer otra cosa. ¿Cómo definirla? No veo más que una sola palabra: "¡Soltura!". No hay más, amigo: "¡Soltura y soltura!". Para ello, coja una escoba y... ¡palo y palo con todos esos fantasmas que a usted lo acechan noche y día! ¡No piense, amigo Borneo, en que algún día será leído y criticado! ¡Palo y palo con esos fantasmas que susurran tales palabras a sus oídos interiores! ¡Y no afloje la escoba, mi amigo, no la afloje! Ella es indispensable cuando menos se piensa. Es ardua tarea, como la de este pequeñito ejercicio de ambas manos en vientre y cabeza, llegar a vencer a estos fantasmas de la crítica tanto oficial como doméstica. ¡Ojo a esta crítica doméstica! Y siempre tenga usted presente a la bellísima Praxedes Bagdad. Indíquele todas las calles y avenidas y plazas de todas las ciudades del mundo y... ¡acuérdesese de que pronto el telón del teatro se va a levantar! Con esta práctica, tal vez algún día logrará usted saltar, con su lápiz, como salta la sin par de la niña Rapel, la inigualable Virginia. Y una vez que haya usted saltado como

un relámpago sobre un chincolito, entonces tómesese otro gin con ron o converse de todas las necedades posibles con sus amigos. Piense, don Onofre, en su querido amigo Lorenzo Angol. Él me lo ha dicho, él me ha dicho que estaba roído por la intelectualidad, que lo estaba a tal punto que en él se había apagado toda sensibilidad. Ahora quiere volver atrás y para ello se va, de cuando en cuando, a La Cantera y se encierra en su silenciosa Bóveda. Fumemos y bebamos ahora. ¡Que no le ocurra a usted lo que al bueno de Lorenzo le ocurrió con esa graciosa de Marieta Uscana! Y lo que ahora le ocurre con la no menos graciosa de Jenara Linares...

—Dígame, señor Jabalí Batuco, ¿qué le ocurre con Jenara Linares?

—¡Ah, ah! Mi amigo Borneo, dígame usted que le lea unas pocas cartas que por allí tiene arrumbadas, creo que en la Bóveda, y que son cartas que ella le escribió. ¡Verá usted qué cara va a poner ese hombre de Lorenzo Angol! Y ahora le aconsejo a usted que tenga cuidado con “el novelón” y con “los buquecitos” que por él navegan. De ellos, me parece que es Romualdo Malvilla quien le ha hablado a usted. ¡Nada de novelones ni de buquecitos! ¿Lee usted a Ouspensky? ¿Sí? Pues bien, recuerde lo que él dice en su obra *Tertium Organum*: “Audacia de pensamiento; audacia de sentimiento”. Y entonces, pensando en los problemas del tránsito o en la corbata que se ha de poner o en la Honorable Cámara de Diputados o en el quiltro que le ladra y no lo deja dormir, podrá usted aplaudir y aplaudir desafortunadamente como aplaudo yo, a Virginia Rapel y a Praxedes Bagdad.

205

He cenado donde mi gran amigo Teodoro Yumbel y su amiga la bella Albania Codahue. Don Irineo Pidincó nos presentó los más sabrosos y abundantes platos de garbanzos admirablemente aderezados. Don Irineo no habló pues estaba preocupado en servirnos debidamente; Albania escuchaba, sonreía apenas, decía una que otra frase de tarde en tarde; Teodoro hacía el gasto de la conversación; hablaba, comía, bebía un poco del Santa Carolina y seguía hablando. Empezó con su tema favorito: el amor. Nos dijo, a Albania y a mí, pues don Irineo nos servía en aquel momento sus garbanzos a la mortadela:

—Antes el amor era para mí el decir y repetir: “Tú, tú y nada más que tú...” y mirar dos ojos que se agachaban. Ahora, no. Es el amor tomarla del brazo, ¡tomarte del brazo, mi Albania! y murmurarte: “Marchemos hacia adelante”. Antes yo sufría con el amor; ahora, no. He olvidado esos sufrimientos. Porque, mi bueno y querido Onofre, es tan difícil, cuando se es feliz, acordarse que en un tiempo se fue desgraciado; pero es tan fácil, cuando se es desgraciado, acordarse que en un tiempo se fue feliz.

“Pero déjame hacer memoria de aquellos tiempos en que amaba yo a Columbana Manquipel; cuando rondaban junto a mí aquellas mujeres —Calucha, Jacqueline, Titina—; cuando tantas otras se cernían sobre mi corazón. No vivía en esos tiempos, Onofre; sólo buscaba y buscaba y los días pasaban unos tras otros repitiendo su atroz monotonía. ¡Días turbios, días iguales, todos iguales y monótonos, todos tristes y sombríos!

“Y ellas, ellas vivían despreocupadas, alegres, frívolas. ¡No sabían lo que eran en realidad, no sabían qué volcanes encendían en aquel que las contemplaba! ¡La miseria del goce! ¿Recuerdas mi poema sobre este asunto? ¿Y recuerdas a la encantadora Norca tan alevosamente asesinada por Guido Guindos? ¡Oh, qué de recuerdos! Cuando la vi allá en

Curihue, tendida en el suelo, tuvo un golpe espantoso pues ya no podría repetirme nunca más aquello que me decía cada vez que, de lejos, la miraba: "¡Feliz tú misma que puedes acariciarte cuanto quieras!".

"Yo había tenido el presentimiento de su muerte. Pero no así, en manos de ese badulaque de Guido Guindos, no haciendo intervenir a Cirilo Collico ni al doctor Watson. Había pensado de otro modo que cierto día escribí allá en Curihue. Te lo leeré, Onofre, apenas pasemos al salón y podrás ver..."

Don Irineo nos interrumpió pues entraba en el comedor con el segundo plato:

—¡Oh, mi connotada dama! ¡Oh, mis señores! Voy ahora, si a mí me lo permiten, a tomarle la libertad de ofrecer a ustedes el segundo guiso de esta cena familiar: garbanzos al salmonete. Es, digo yo, algo muy agradable, sí, muy agradable.

—Lo saborearemos, don Irineo, tenga usted por cierto.

—¡Oh, tantas y tantas! Espero que no ha de atosigar el tan refinado paladar de ustedes. ¡Sírvese, mi dama! ¡Tenga la bondad! ¡Sírvanse, mis señores, sírvanse!

Nos servimos y engullimos estos garbanzos al salmonete. No se pronunció palabra mientras duraba nuestro festín. Al terminarlo Teodoro me advirtió:

—Onofre, no temas ningún arrebato de celos de Albania. Ella comprende mi corazón como ha comprendido mi trabajo de literato. Ella me ayuda en todo esto. Ella percata el móvil del alma mía. Y para probártelo, ¿quieres que ahora mismo te lea lo que escribí sobre Norca?

—¡Por cierto, Teodoro! Será tu lectura un buen acompañamiento a estos ricos garbanzos.

—¡Oh, tantas y tantas! —musitó don Irineo.

Entonces Teodoro fue a su escritorio y volvió con unos papeles. Terminó de comer y nos leyó mientras don Irineo se afanaba con el postre.

Norca

Hoy he vuelto, por fin, al fundo. Desde que mis pies pisaron esta tierra sentí la necesidad imperiosa de escribirlo aquí en estas hojas, sin que nadie jamás lo lea, pero siquiera escribirlo, siquiera que su horrible secreto esté también fuera de mí. He vuelto. Todo está igual. ¡Norca! ¡Norca! ¡Mi pobre Norca! Cuanto ven mis ojos me hacen verla, verla allí bajo los árboles, allí en los viejos corredores, allá en los jardines y allá en el cielo. Cielo azul. Mañana de campo. Aire fresco. Así era el tiempo cuando salíamos a vagar por cerros y potreros, Norca y yo. Y hoy... la ausencia, la eterna ausencia. Porque el cuerpo de Norca reposa allá muy lejos, porque su alma voló también muy lejos.

Pero ante todo es necesario que diga dos palabras sobre ella, sobre su extraño carácter, sobre esa doble naturaleza que fue el tormento de mi vida, que fue mi desgracia, mi ruina. Porque es a ella a quien debo el estar así decaído, quebrantado, vencido por su recuerdo, por *el* recuerdo, y aquí en el fundo, en este maldito fundo. Porque fue Norca también quien me obligó a venir a estos sitios en que tanto sufro. Yo sabía que así iría a sufrir junto con ver todo esto, junto con respirar esta atmósfera siniestra. Mas no pude, no pude defenderme. ¡No pude! Salí tem-

prano, tomé el tren y ¡heme aquí! Ya aquí permaneceré, aquí, ¡mi Norca, mi pobre Norca!

Pero, como digo, quiero hablar de su carácter. Norca era alegre, era frívola, risueña, era un diablillo en cuerpo de mujer. Su cuerpo era delgado, fino, extremadamente fino, ágil y esbelto. Norca no había amado nunca. Para amar, creo yo, hay que saber sufrir siquiera un poco. Norca no lo sabía. Norca reía, reía siempre. ¡Oh, cuán doloroso me es ahora traer tales recuerdos a mi memoria! Porque la quise, la quise mucho.

La conocí en una playa. Vivíamos en casas vecinas. Yo estaba entonces enamorado de otra. A Norca la encontraba simpática y nada más. Me gustaba su risa, su alegría, la extrema frivolidad con que sentía todo lo de esta existencia. Me gustaba así, ligeramente. Pero cierto día, en cierto momento, germinó en mí una curiosidad malsana que tuvo las horribles consecuencias que hoy deploro. Tuve la curiosidad de ver qué sentiría esa alma despreocupada al amar. Pensé que tal vez iría a sufrir y, ante tal pensamiento, la curiosidad primera se convirtió en un deseo desesperado, en una obsesión de todo instante. Esta obsesión debió crecer y crecer siempre más. ¡Pobre Norca!

Entonces empecé a representar ante ella la más baja comedia del amor. Lo hice con toda habilidad. Ya se podrá ver:

Fue primero en ella lo mismo de siempre. Rió, echó todo a la broma. Mas yo insistí. Fue entonces una duda; sus labios murmuraron, de seguro, ese "tal vez". Pude apreciar, hasta en sus más insignificantes detalles, la marcha del veneno que se infiltraba en su corazón. "Tal vez" se debe haber dicho. Vi claramente cómo todo su ser trataba de defenderse de este nuevo sentimiento que la iba dominando y que le presentía más de algún dolor para después. Varias veces la vi pensativa. Yo me sentí dichoso al verla así.

Nos separamos. Volví a la ciudad; quedó ella en la playa. Pasó un mes. ¡Qué mes feliz! Lo viví como en un sueño, como en un éxtasis. La idea de que aquel ser estuviese inquieto, temeroso ante el amor que no conocía, de que pudiesen despertarse en ella sensaciones con algo de sensual, me hacía temblar de gozo. Así viví aquel mes.

Volvió por fin. Llegó una noche. Fui a la estación a esperarla. Cuando el tren se precipitó con estrépito por entre los andenes repletos de gente, me retiré y me oculté. El tren se detuvo y empezaron a bajar los pasajeros. Sobre el andén: abrazos, gritos, saludos. Yo atisbaba desde lejos y sentía latir mi corazón con cada silueta que veía semejante a la suya.

De pronto la vi, de pie en la pisadera del vagón y vi que arrojaba a los andenes una mirada escrutinadora. Me buscaba, sin duda. Un goce, más físico que moral, recorrió todo mi cuerpo. Bajó con su familia. Muchas personas las esperaban. Allí estaba Norca, alegre, riendo y abrazando a medio mundo. Tuve un dolor agudo como la herida de un puñal al pensar que aquella mirada hubiese sido una mera ilusión mía. Se veía claramente que, fuera del encanto de volver a ver a amigos y parientes, nada más había en ella. ¡Oh, qué dolor profundo!

Avancé. Saludé a todos deseándoles la bienvenida. Norca, en un grupo, reía y saltaba de gozo. Me acerqué a ella y le alargué la mano con suma indiferencia. Me vio y palideció por un instante. Llegué a morderme los labios al sentir en mí

una sensación de increíble voluptuosidad. Duró aquello apenas un segundo. Nadie lo percibió. Norca siguió riendo y contando sus impresiones de veraneo. Me separé de ella y reí y hablé mucho también.

Sólo una idea había en mí, una idea que engendró un proyecto: la idea era de que ella había sido alcanzada por mi dardo envenenado; el proyecto era gozarla, hacerla mía.

Vino nuestro idilio. No se crea que fue un idilio como el de todos. Hablábamos poco, rara vez. Nadie lo supo ni nadie habría podido saberlo. Norca era siempre la misma, era frívola, no pensaba en nada, era el símbolo de la inocencia despreocupada y jovial. Pero apenas quedábamos solos, por un minuto que fuera, me iba sobre ella, le tomaba las manos, la miraba fijamente clavando mis ojos en los suyos y le decía mil frases de amor. Entonces ella, ella mi Norca, temblaba como un pequeño pajarito, entristecía, bajaba los párpados, me apretaba contra su cuerpo y ese símbolo para todos de alegría jovial se convertía, sólo para mí, en el símbolo encantador de los sufrimientos que un alma encierra ante el primer amor.

Quiero dirigirme a los que me lean alguna vez; quiero preguntarles: ¿No es verdad que estos goces, perversos si se quiere, es inútil tratar de abandonarlos? ¿Qué fuerza podría impedirme jugar con esa doble naturaleza, de hacer de su frivolidad el más profundo símbolo del dolor de un amante? La veía por ahí contenta y juguetona, hecha un diablillo, y sabía que me bastaría clavar mis ojos en los suyos para que viniera a mí dulcemente, implorando el cariño que sentía en su alma, que viniera a doblegarse a mi voluntad, a vivir, a sentir, a vibrar bajo mi imperio. ¿Cómo no ensayarlo mil veces si nadie ni siquiera lo sospechaba?

En aquellos instantes Norca era tan bella. Su cuerpecito temblaba flojamente entre mis brazos. Norca tenía diez y seis años. Sus ojitos se cerraban y luego se entreabrían dejando pasar a través de sus largas pestañas miradas de completa sumisión. Sobre mi hombro apoyaba su cara, su carita suave como la más fina gamuza, su carita que se hacía un temblor cuando la besaba con pasión.

¡Pobre Norca! Hoy solamente he venido a comprender que al robarle así su alegría se tejían entre nosotros imperceptibles lazos de cariño. Hoy, al volver a este fundo que aborrezco, en donde ella estuvo, en donde tanto me quiso, en donde murió y ya no está. Hoy lo he comprendido al contemplar estos viejos abetos que vieron sus cambios bruscos que yo le obligaba a tener.

Estos viejos abetos... ¡Cuántas veces los bendije lleno de la más santa emoción! Era que entonces oía por ahí la risa cristalina de Norca; era que yo me decía:

"Quiero que esa risa concluya, que ella, mi Norca, sea vida, sea un temperamento, un alma divina que se revele por mi voluntad.

Y así ocurría. Norca cesaba de reír y era mía, ¡Norca era mía!

Duró este idilio más de un año. Yo no notaba que Norca palidecía poco a poco, que su delgadez se acentuaba, que su juguetona frivolidad disminuía y que sus emociones de amor iban siendo cada vez más fuertes y que iban robándole la vida. Es cierto también que yo aumentaba mis demostraciones de amor, que las hacía cada vez más intensas. Sólo hoy me ha venido a la memoria que un día Norca, bajo el ardor de mis besos, estuvo a punto de desmayarse. Aquel día no rió ni una vez. Hoy solamente lo recuerdo. Duró este extraño idilio más de un año.

Cuando empezó el otoño del año siguiente al de nuestra estadía en la playa, Norca vino a este fundo y pasó aquí sus últimos días.

¡Otoño! Días grises de indescriptible melancolía. Crepúsculos de fuego, ardientes, de nubes rojas y amarillas que cegaban como llamaradas. Luego nuevos días grises y tristes. Los árboles perdían sus hojas. Recuerdo cómo iban cayendo y cayendo dulcemente como una lluvia de oro. ¡Otoño! Parecía que la naturaleza iba a morir. Sólo daban signo de vida los crepúsculos de fuego.

Norca vino a este fundo. Poco recuerdo esos días. De las manos enlazadas, de los primeros y dulces besos, ya no quedaba nada. Ahora eran besos apasionados, sensuales, besos que acortan la respiración. ¡Cuánto temblaba Norca bajo esos besos! Ya su cuerpecito no me ocultaba ningún secreto. Y mis manos y mis labios lo habían poseído tras de hacer salir de él el alma vibrante que encerraba. Como en otros tiempos surgió en mí una nueva idea, un nuevo proyecto: ¡la posesión completa de ese frágil cuerpecito para que ella produjera la aparición completa de su alma divina, celestial! Entonces un alma habría crecido bajo mi voluntad y vendría a resplandecer ante mis ojos junto con mis caricias apasionadas.

¿Qué fuerza podría detenerme? Un cuerpecito débil, esbelto, fino; dentro de él, nada; impero sobre él, nace un alma; aumentan mis caricias y crece el alma. La caricia completa me ofrece, acaso, el alma completa. ¿Qué podría detenerme? ¡Oh, tal vez me hubiese detenido el ver que Norca palidecía y se debilitaba! Pero no se me culpe injustamente porque no lo noté jamás.

El día tan esperado llegó. Fue bajo unos sauces sombríos. Nos dejaron solos. Norca cayó en mis brazos. Cayó y, en medio de mis besos, de mis caricias de fuego, yo veía revelarse a cada instante con mayor intensidad su alma divina, su alma completa, ¡por fin completa!

En un momento sólo su alma vi. El cuerpo desapareció de mi vista. Mas, de pronto, desperté. Miré a Norca entre mis brazos. Su alma ya no la veía, se había ido. Allí sólo tenía su cuerpecito inerte, pálido, adorable...

Aquella tarde otoñal puso fin a nuestro extraño idilio. El cuerpo de Norca fue llevado a la ciudad y sepultado una mañana. Su alma, su alma idolatrada, que vi salir de su cuerpo, ha huido, Dios sabrá adónde, ha huido para siempre, siempre...

Y nadie supo nunca nada.

Quedamos en silencio. Don Irineo lo interrumpió preguntándonos a todos si ya nos habíamos repuesto del efecto causado por esta lectura. Luego se enjugó los ojos y procedió, mientras poco a poco su cara se envalentonaba, a servirnos su rico postre: alfeñiques al garbanzuelo.

—Ahora tú sabes, mi Albania tan querida, que en esto hay literatura y más literatura. Es lo que soñé en aquellos tiempos y nada más. Luego lo escribí. Ahí está.

Fue lo que dijo Teodoro Yumbel. ¡Pobre Teodoro! A pesar de su contento con esta reunión, yo le notaba que la suerte de Norca le había afectado profundamente. Esta posesión de ella ya no podría tener lugar. Ella había muerto asesinada; él quería haberla visto morir de un exceso de amor por él provocado.

Comimos esos alfeñiques al garbanzuelo que nos preparó el tan amable don Irineo Pidenco. Luego pasamos al salón a tomar el café y los licores.

Me acordé de pronto de aquel libro de defunciones que llevaba Yumbel y que ahora

estaría en el fondo del océano Pacífico. El nombre de Norca era el último que en él se había estampado. Ahora se desteñiría poco a poco y grandes peces velarían a su alrededor esperando que desapareciera el último borrón de tinta.

¡Pobre Teodoro Yumbel!

206

Una voz de trueno me gritó:

—¡Acompañadme imberbe mancebo! ¡Devorad, a mi diestra, leguas más leguas con pasos agigantados! O mejor, no. Detengamos nuestro avance y veréis, entonces, cómo esta Tierra, en su rodar eterno, se desliza bajo nuestras caminantes extremidades calzadas con chancletas y borceguíes.

Así lo hicimos Baldomero Lonquimay y yo. Nos detuvimos y pudimos sentir el girar del planeta bajo nuestros pies. Nosotros lo contrarrestamos alargando, una tras otra, nuestras extremidades andariegas. Baldomero me dijo:

—Esperad ahora que pase ante éstos nuestros ojos la Taberna de los Descalzos. Al pasar... ¡al abordaje! Una vez que abordemos, sentémonos ante pacífica tábola. Una vez sentados pidamos brebajes a porfía. Una vez traídos a nuestro insaciable y líquido apetito engullámoslos con lentitud. Y mientras así los engullimos abrid vuestros orificios oyentes al tintineo de las palabras que han de escaparse de estas labiales comisuras que paso se abran entre mis rojos cabellos.

Minutos después pasaba la Taberna y a ella entrábamos. Nos sentamos y pedimos sendas tazas de chocolate con picatostes. Y esperamos. Baldomero bufaba antes de sorber o comer. De pronto dijo:

—Leonardo de Vñci expiró el año de 1519. Partió a ver a los seres quedados en la atmósfera de ultratumba. Los vio y luego reencarnó en esta bola llamada Tierra. Echó su mirar a diestra y siniestra y nuevamente expiró. Volvió a ser concebido por obra de mujer el año de gracias de 1888 en esta ciudad de San Agustín de Tango. Fue bautizado y fue denominado Baldomero Lonquimay. Soy, pues, una reencarnación de aquel que al mundo asombró con su sin igual talento. ¡He ahí mi deber! ¡Continuar la obra que ya empecé! Debo coger las ciencias y las artes y las religiones que nos adornan, hacer con ellas una debida síntesis y, entonces, ¡proclamarlas! En signo de ello he de decir siempre: “¡Brrrrrrrr...!”.

Le aseguré con énfasis:

—¡Magnífica labor tiene usted, Baldomero Lonquimay!

—Por lo tanto —me argulló— masquemos un picatoste y bebamos un sorbo de chocolate.

Mas de pronto se levantó, cogió su capa española y en ella se arrebujó dejando a la vista sólo sus fulgurantes ojos. Mostró la calle de la Misa y dijo:

—He ahí que se avecina el belitre y mentecato de Longotoma el Desiderio. ¡Que su calidad de proxeneta lo hunda en el fuego de los avernos! Mas ahora lo perdono pues siento que este perdón ciérnese sobre nuestras testas de machos desafortados que, con dulzura, entran en el reposo chocoláteante.

Le hice un pequeño alcance:

—Antes de encontrarnos con Desiderio, desearía que usted me explicara lo siguiente: tengo entendido que Leonardo no fue lo que se llama un espíritu religioso.

Me contestó de inmediato:

—Por cierto, mancebo; habéis dicho la verdad en su total y límpida desnudez. Leonardo no lo fue mas lo fue Fra Filippo, sí Fra Filippo Lippi. Y lo fue, sobre todo, Giotto, Giotto el inmenso; es decir, lo fui... ¡yo! Fra Filippo me admiraba y en éxtasis quedaba ante mis obras. Porque tal fue mi encarnación anterior, anterior de ser el de Vinci: Giotto. Como tal existí y me paseé por aquellas calles florentinas: ¡Giotto! Giotto fui y, siéndolo, en religión me empapé. Luego fui el de Vinci y, siéndolo, en ciencias me vislumbré y, en mis telas, recordé los toques que la religión había dado cuando fui Giotto. Entonces sentí a los admiradores que, en torno mío, formaban círculo: Jacopa Bellini, Bartolomme Vivarini, Vittore Carpaccio, Gentile Bellini, Carlo Crivelli, Cimabue, Andrea Orcagna, Maso di Banco, Taddeo Gaddi, Andrea da Firenze, Lorenzo Monaco, Masolino, Andrea del Castagno, Bernardino Pinturicchio, todos, ¡todos! Todos aquellos que ahora son la admiración de la joven con sombrilla, de ella la que me ha reconocido a mí, de Tomba Montbrison.

Entre tanto Desiderio Longotoma había llegado a nuestro lado. Baldomero Lonquimay gruñó en sordina, luego alzó su diestra y pronunció:

—Adelante, valiente genízaro. Recorvad vuestras asentaderas sobre esa jamuga e ingerid lo que no os amondongue más del merecido amondongamiento.

—Gracias —repuso Longotoma—. Una cerveza me ha de bastar. Cuestión de refrescarme el gaznate pues me ha dado un calor de los calores el asistir a los funerales del desdichado Monsieur Camille Toulon.

—¿Murió Monsieur Camille Toulon? —pregunté yo.

—Murió —repuso Longotoma.

—¡Triturbios por los fallecidos! —sentenció Lonquimay.

—¿Cuál fue la causa? —pregunté.

—Una terrible indigestión de letras "g" —repuso Longotoma con aire condolido.

Nos quedamos ambos, Baldomero y yo, lanzando signos de interrogación con los ojos.

—Les explicaré —dijo entonces Desiderio—. Era una buena, una simpática persona este gran Toulon. Con él yo no conocía las penas porque reía y reía siempre. Como buen francés hablaba el francés admirablemente salvo en un punto en que flaqueaba de continuo: no lograba pronunciar las dobles "gg". De modo que al decir la palabra "suggestion", por ejemplo, la pronunciaba con una sola "g" y se tragaba la otra. Ustedes han de saber que esta letra "g" es nefasta para nuestros órganos de alimentación, es francamente nefasta. Y el hombre tragaba y tragaba todo el tiempo un sinnúmero de "g". Ellas no se digerían y le daban al hígado un trabajo descomunal. Se sentía mal Monsieur Toulon, se sentía decaer. En vano guardaba cama. ¡Siempre mal! Al fin decidió dirigirse al gran Esculapio del doctor Hualañé. Los demás médicos que lo habían atendido pasaban discutiendo entre ellos y llegando a conclusiones acertadísimas en materia médica. Pero Monsieur Toulon se debilitaba y se agotaba día a día.

—El doctor Hualañé procedió a internarlo y, sin más, lo operó. ¡Qué sorpresa, amigos, qué sorpresa! El hígado, el hipocondrio, el bazo, la arteria hepática, los riñones, todo, todo aquello no era más que un revolutis en el que se retorcían las "g" como gusanos histéricos. El doctor Hualañé, con unas largas pinzas, procedió a extraerlas. Extrajo catorce "g" consecutivas. Al extraer la decimoquinta, Monsieur Camille Toulon, expiró. ¡Oh, pobre, pobre Monsieur Toulon! ¡Pobrecito!

Repetí consternado:

—¡Pobrecito!

Baldomero Lonquimay sentenció:

—Aquel hábil Galeno del doctor Hualañé debió, repentinamente, oxear esas maléficas consonantes que ya se habían habituado a hacer, de las vísceras de aquel mozallón, su habitual morada y su habitual refugio.

—Sí, sí, quiso hacerlo, amigo Lonquimay —le corrigió acto continuo Longotoma—, pero al ir a proceder de la suerte Monsieur Toulon falleció.

—¡Pobrecito, pobrecito! —repetí.

—Aquellas letras —dijo Baldomero Lonquimay— han debido convertirse en un esteato-ma flabelado.

—No lo sé —dijo Desiderio Longotoma—, sólo sé que hoy lo hemos llevado al camposanto.

—¡Pobrecito! —volví a musitar.

—*Requiescat in pace* —susurró Baldomero Lonquimay y con gesto teatral se persignó.

Desiderio Longotoma se enjugó una lágrima.

Los tres quedamos sin hablar. Sólo se oía en torno nuestro el paso del chocolate a través de nuestras gargantas y el paso de la cerveza a través de la garganta de nuestro gran amigo de Desiderio Longotoma.

De pronto Lonquimay creyó necesario expresarse:

—Cuando yo fui Leonardo jamás me entristecí. Ante el torvo entristecimiento hurgaba las causas primeras que lo producían. Cuando yo fui Giotto me encomendaba a la Trinidad y enseguida expresaba lo sentido pincel en mano. Esto causaba la admiración y veneración y santaración de los Cimabue y los Pinturicchio pasando por los que ya he mencionado. Fra Filippo Lippi caía entonces extasiado y, una vez extasiado, Lippi oraba y Lippi pintaba.

—Ahora, ¡oh, Desiderium!, contándonos los pormenores de ese acto funerario al que acabáis de asistir.

Desiderio nos dijo:

—Fue en el Cementerio Apostólico. Monsieur Camille Toulon reposa en la Galería Subterránea WL, nicho N° 51194. A su lado tras una reja, dos potentes crótalos miran fijamente a los que allí se acercan. Cuando ven un féretro agitan veloces sus claros cascabeles. Luego caen en sopor. Nosotros guardábamos silencio junto al ataúd. Entonces avanzó Monsieur Etienne Chateauroux y, con voz sonora y ronca, dijo: "*Au nom de la colonie française...*". Entonces el señor de Re se inclinó dos veces consecutivas y luego dijo: "En nombre de los amigos de este gran francés...". Y ambos pronunciaron tristes discursos. Luego salimos todos marchando con un lento, lentísimo compás. Poníamos días enteros en levantar una pierna y nuevos días en posarla por tierra; al posarla repicaba una campana. Salimos, por fin, a la superficie. Lanzamos los mil acompañantes de este sepelio un gran suspiro. Pero una voz potente exclamó: "¡Mirad frente a vosotros!". Miramos; allá, por entre los cipreses, caminaba un hombre con sombrero calañés gris claro de cinta negra, traje vestón azul marino con rayas blanquecinas, camisa blanca rayada de azul, cuello de pajarita, corbata violeta de pintas ocre, zapatos negros rebajados de cuero de potro, calcetines grises algo más oscuros que el sombrero...

Baldomero Lonquimay extendió su mano y proclamó:

—Ese hombre era el hombre Martín Quilpué.

- Sí –contestó Longotoma–, era el hombre Martín Quilpué.
 –Ese hombre estuvo en la muerte de mi fiel y querido y jamás olvidado gato Curanipe.
 –Su caminar –explicó Longotoma– alargaba una larga sombra tras él. Esta sombra, al final...
 –¡Hablad, hablad! ¿Qué acontecía con el final de esta sombra?
 –En ella se enredaba y trastabillaba...
 –¿Quién? ¡Decidlo presto!
 –Don Fidey de Comiso.
 Lonquimay masculló mientras tragaba el último pedazo de picatoste:
 –*Un bel morir tutta la vita onora.*

207

Lorenzo Angol me urgía a todo momento mientras avanzábamos por la calle del Sumo Pontífice:

–¡Prisa, Onofre, prisa! ¡Marul Carampangue nos espera! No podemos hacerla esperar, no lo podemos.

Y así casi corríamos en demanda de la Avenida del Ave María. Llegamos por fin, subimos a su departamento y, los tres, nos dirigimos al Convento de los Jerónimos.

–¿Es algo tan importante lo que vamos a ver? –pregunté.

Marul respondió:

–Depende, depende, Onofre. Hoy se reúnen y, acaso, van a hablar. En todo caso sé que Palemón de Costamota asistirá.

Lorenzo no pudo dejar de exclamar:

–¡Cómo! ¡Palemón!

–Sí, sí –le dijo Marul–. Palemón usa de cuando en cuando el hábito de monje y entonces...

–Comprendo –respondió Lorenzo–, entonces entra de contrabando en medio de los frailes y sacerdotes.

–¿Estás loco, Lorenzo? ¿De contrabando, has dicho? ¡Nada de eso, nada de eso! Porque verás qué bien le sienta un hábito al amo de las tinieblas.

–En fin, veremos –aceptó Lorenzo.

–Marul –le interrogué yo–, ¿a quién nos dirigiremos aquí en el Convento?

–Amigos –nos respondió–, la cuestión es entrar en él. Ya nos orientaremos una vez que estemos dentro. ¡Adelante!

El Convento de los Jerónimos...

Su grandeza es imponente; la calma reina en él; sus parques y jardines son apacibles; los pájaros vuelan y se detienen en las ramas de los grandes árboles; por aquí, por allá pasa un fraile encapuchado y de prisa; luego aparece y se pierde otro sereno e impávido; los beatos y las beatas entran y salen en la gran iglesia; divisé al hombre sin encarnaciones, Olegario Cunaco, que se alejaba con lentitud; bajo un enorme ombú jugaban unos niños con un perro; una vieja rezaba el rosario sentada en un banco; un buen señor comía barquillos... Así era todo: *¡paz, paz y paz!*

Instintivamente retuvimos nuestra marcha acelerada. Entonces paseamos por entre esa multitud como fieles secuaces de aquel mundo tranquilo, de aquel mundo sin pecados.

Marul nos susurró:

—Por aquí; entremos por aquella puertecita.

Al cruzar su umbral nos encontramos con Taita Higuera y con la Simeona, la mayordoma de Melichaqui. Salían ambos a pasos lentos y algo mascullaban entre dientes. Quedamos en un largo corredor desierto. Nos detuvimos sin saber qué hacer. Marul nos dijo en voz baja:

—Espérenme en la iglesia. Yo volveré lo más pronto que pueda.

Y desapareció. Con Lorenzo nos fuimos, entonces, a la iglesia y a ella nos introdujimos por otra puertecita. Él se acomodó en un reclinatorio; yo empecé a deambular perezosamente.

Esta iglesia es grande y sombría, al menos la vi el doble del tamaño habitual. Tuve que esperar un momento para que mis ojos se habituaran a la luz de allí dentro. Por fin distinguí el altar mayor. Era dorado. Poco a poco surgía de la sombra. A su frente, en lo alto, el coro de madera tallada. En uno de los pilares, un letrero bien a la vista. Decía: "Por el amor a Dios y el prójimo, se suplica no escupir en el suelo".

Desde que respiré esta atmósfera tuve la impresión de la cosa lóbrega, sádica, sanguinaria del catolicismo. ¡Religión de horror y de pavor! Hay en él un espíritu justiciero implacable. No cuentan las buenas obras; pesan más las faltas que no es posible perdonar al menos si no se ha destilado sangre. A lo largo del muro exterior de la nave izquierda, mirando desde el altar, había una serie de cuadros ennegrecidos representando únicamente cabezas, mayores que el tamaño natural, de religiosos, de obispos, santos, frailes muertos, de expresiones agónicas, dolorosas, a veces macabras. Todas las cabezas, por cierto, están recostadas y las hay pendientes, con el cuello más alto que el cráneo. Las hay decapitadas. Recuerdo una que, con el descascamiento de la pintura sobre las mejillas, parecía haber sucumbido a una lepra infecta. Luego vi un altar bajo vidrio en el cual dos santos, dos santones ricamente vestidos y con rostros cadavéricos de madera pintada, montaban guardia a cada lado de una cruz con un Cristo chorreando sangre de alto a bajo. En lo alto de este altar había un gran cuadro: Dios, santos, ángeles, arcángeles, luces; bajo ellos dos religiosos los contemplan; el de la izquierda, con beatífica y regocijada mirada y con las manos juntas a pesar de tener transpasada la garganta con un cuchillo que le hace manar la sangre a borbotones; el de la derecha, igualmente regocijado, alza su diestra bendiciendo al Dios de lo alto mientras con su otra mano entierra las uñas en el cogote de un monstruo mitad diablo y mitad caballo y no mayor que un perro común. Una lanza le penetra por el homóplato derecho para asomar bajo la última costilla izquierda. Tanto de estas heridas del religioso como del cogote del monstruo fluye la sangre que se desparra por el suelo; mas al llegar a éste se nota una diferencia: la del religioso es más clara y por ella nadan pequeños peces de oro y plata; la del monstruo es granate y se ahogan en ella negros murciélagos y arañas velludas.

Apareció de pronto y en puntillas Marul. Nos dijo precipitadamente:

—Aguárdenme en la sacristía. Es cuestión de pocos minutos más y estaré con ustedes.

Lorenzo se levantó de su reclinatorio, yo cesé mi contemplación de cuadros y altares dorados y nos dirigimos a la sacristía. Era ésta subterránea y tuvimos que bajar por una escalera angosta de piedra. Tenía un carácter frío y húmedo, extremadamente húmedo. Su aspecto era lúgubre. En un costado vimos una larga colección de frascos de cristal transparente, herméticamente cerrados, en los que se conservaban, en calidad de reliquias, lenguas, ojos, orejas, dedos y sangre de hombres y mujeres ya desaparecidos. Los de

aquellos que habían sido piadosos llevaban tapa de oro reluciente y los fieles, que a cada momento entraban, los veneraban contemplándolos arrobados. Los de aquellos y aquellas que habían sido pecadores llevaban tapa de hierro enmohecido y los fieles caídos en falta iban frente a ellos por orden del confesor. Allí, según oímos, quedaban durante un par de horas arrodillados sobre pequeños y afilados guijarros. Vimos a una mujer en este acto; la desgraciada lloraba a lágrima viva. De cuando en cuando levantaba sus ojos y los dejaba fijos: leía un gran letrado que decía: "Más que tus buenas obras pesan tus faltas; sólo tu sangre destilada podrá redimirlas".

Lorenzo me hizo señas y me mostró otro letrado. Lo leí: "No fuméis: el tabaco es sacrilego e incomoda el santo olfato de Dios". Me di vueltas. Vi, entonces, un tercer letrado que rezaba: "Flagela tu carne".

Por fin se presentó Marul. Nos tomó del brazo y nos dijo:

-¡Ahora sí! Por aquella puerta...

Fuimos a ella y Marul golpeó suavemente. Acto continuo nos abrió un chiquillo feo y amarillento que, sin más, se puso en marcha. Nosotros lo seguimos. Llevaba en la mano una llave enorme, fantástica, absurda por su tamaño en las manos de pergamino de ese chiquillo. Subió por una escalerilla, luego torció, luego volvió a bajar, luego caminó por un oscuro corredor de piedras. Al fin, con esa llave fantástica, abrió una puerta y nosotros pasamos a otra pequeña iglesia. Aquí encontré yo que había mayor calma e intimidad que en la primera en que estuvimos. Siempre altares dorados por todos lados, grandes y pequeños. El chiquillo se metió tras de uno y se pegó a la pared.

-Es el torno -nos aseguró Marul.

Entonces el chiquillo habló y oímos que una voz de vieja le respondía con un tal acento difícil que casi nada se le entendía. Luego habló una voz de una joven de acento claro. Sonaron ambas voces con acordes entre infernales y celestiales. Me acerqué a este torno y, en verdad, nada vi fuera de una reja erizada de púas gruesas y puntudas de hierro, todas pintadas de gris.

Se retiró el chiquillo con su llave; callaron las voces de la vieja y de la joven; ahí quedamos los tres acurrucados en ese vasto y tenebroso silencio. De pronto Marul nos dijo:

-¡Ya viene! ¡Es él!

Y vimos aparecer, avanzando con paso lento, su gran barba sobre la toga, a Trifón Bucalemu. A su derecha venía el perrito Guillermo Tell; a su izquierda venía su otro perrito Gil Blas de Santillana. Nos saludó con una gran reverencia. Luego nos dijo pausadamente:

-He mostrado lo que es el régimen capitalista. ¿No es así, mis gratos amigos?

Exclamé inmediatamente:

-Sí, así es. Lo recuerdo: un hoyo y, al fondo de él, un atado de cordeles nudosos.

Respondió:

-Así es. Ahora ya se han retirado esas monjas reclusas tras el torno. Ahora, a través de él, podréis ver lo que es la logia de los magos negros. Podréis echarle una ligera ojeada. Van a reunirse y nosotros los atisbaremos. Mirad en silencio.

Nos precipitamos hacia el torno. ¡Otra iglesia, otra más! Iglesia lóbrega de cuyos altos ventanales caían rayos de luz violeta, de luz azul y anaranjada. Al centro de ella se alzaban altos sitials. Entró, a ocupar el del centro, un imponente y seriesísimo cardenal. Vestía entero de púrpura y se tocaba con un capelo de alas descomunales. Tomó asiento y, con ceremonia, golpeó las manos.

—¿Lo reconocen ustedes? —preguntó Bucalemu.

—Por cierto —respondimos—. ¡Es Palemón de Costamota!

—Sí, él es —nos explicó—. Viene a presidir este cónclave y a que su voz sea oída.

Al golpe de sus manos apareció el Superprior del Convento de los Jerónimos en compañía del Arzobispo de San Agustín de Tango. El Superprior se tocaba de una tiara; el Arzobispo de una mitra. Se sentaron ambos a diestra y siniestra del Cardenal Palemón. Entonces entró el Contraprior del Convento tocado de un simple solideo y se sentó frente a ellos.

—¿Quiénes somos? —preguntó el Cardenal.

Los otros tres respondieron al unísono:

—¡Somos los grandes Magos Negros!

—¿Quién nos obedece?

—Los católicos y apostólicos y romanos que pululan sobre esta Tierra.

—Así sea por los siglos de los siglos.

Los tres oyentes cayeron de hinojos y repitieron:

—Así sea por los siglos de los siglos.

—Amén —profirió el Cardenal.

—Amén —contestaron los oyentes.

Luego se alzaron, humildemente se persignaron y volvieron a ocupar sus sitios.

—¿Cuál debe ser nuestra apariencia?

—La de la completa humildad.

—¿Cuál debe ser nuestro fondo?

—El de tenerlos a todos sometidos.

—¿Cuál es el color de los colores?

—¡El Negro!

Entonces el Cardenal Palemón alzó su mano izquierda y con ella bendijo a sus oyentes. Luego clamó:

—¡Adelante!

Y se precipitó, abriéndose paso entre los reclinorios que empujaba con su mano, el Cura de Putaendo. Detrás, mirando a hurtadillas hacia todos lados, avanzaba Fray Canela del Calvario.

Ambos permanecieron de pie con las manos juntas y la vista gacha. El Cardenal los examinó largamente. Luego y siempre con su mano siniestra hizo la señal de la cruz.

En el nombre de Lucifer,
De su origen y continuidad...
¡Amén!

Una voz se oyó que decía:

¡Amén!

Y todos se persignaron con la mano izquierda. Y vino un descanso. Se estiraron las piernas, se desperezaron los brazos, se ofrecieron cigarrillos y brotó una menuda charla. Los sitios pasaron a ser de uso común. Satisfechos y se veía que bien, muy bien alimentados, departieron alegre y animadamente. Duraría la cosa unos quince o veinte minutos. Por fin el Cardenal golpeó las manos nuevamente y todos se hieratizaron y se apegaron a sus puestos. Dijo, entonces, Palemón:

—Escucho.

Y los ojos se volvieron hacia el cura de Putaendo. El cura carraspeó varias veces y, al fin, haciendo un enérgico ademán se puso a hablar:

—He ido y he venido, mi Eminencia, he vuelto a ir y he vuelto a venir, he corrido y corrido, he acarreado fieles a la misa, los he sermoneado y he vuelto a correr deteniéndome apenas para conversar dos palabras con éste o con aquél. Me he movido como sólo puede moverse el que está lleno, pletórico de esta fe que nos abraza. No he perdido ni un minuto, ni un segundo. He estado aquí en San Agustín de Tango, he estado en Pompita y en Noriol, he llegado hasta Santiago y he pasado por Valparaíso, he visitado Illaquipel y he pasado por Itoquito. Me he lanzado por el ferrocarril de Cartagena y me he detenido en Melipilla y en San Antonio. He conversado con los cargadores de Curacopque. También he charlado con los huasos de Quillota y Limache y no sólo con los huasos sino hacendados y muy ricos hacendados. Y he visitado fundos y más fundos: Lo Gay, La Torcaza, Melichaqui, Curihue, La Cantera, Taulemo, aquel de la estación Peralillo con nombre impronunciabile por su longitud, en fin, mi Eminencia, me he metido por todas partes y lados; en fin, Excelencias, he visto cuanto he podido ver. En todas partes y lados he compartido un bocadillo con mis feligreses, cuestión de hacerlos entrar en confianza y, una vez esta confianza ya bien establecida, les he hablado de lo que hay que hablar, de Nuestro Señor Jesucristo, sí, sí, del Hijo de Dios que vino a esta Tierra a redimir sus pecados y por ellos murió crucificado. Y después, en algunas partes, he aceptado una manito de póker. ¡La confianza, la confianza! Y a la hora de recogerse los he hecho a todos persignarse y elevar sus corazones hacia el Altísimo. Así he actuado, así y así, Eminencia; así y así, Excelencias. Y así he seguido y he seguido por todos los lados y partes, por todos, por todos, por todos. ¡Aun en Putaendo donde aparecía yo de cuando en cuando! ¡Aun en Putaendo!

El Superprior cortó este discurso que parecía no tener fin:

—Vanas palabras son todas éstas si acaso no habéis tocado lo que se ha de tocar y sobre ello machacar.

—¿Qué cosa? —preguntó azorado el cura de Putaendo.

El Superprior sentenció:

—¡El sexo!

—¡Sí! —exclamó el Arzobispo de San Agustín de Tango— en el sexo hay que machacar.

—¡Sí! —le hizo coro el Contraprior—, en el sexo y nada más que en el sexo hay que machacar.

—Sí, así es, claro está —murmuró Fray Canela del Calvario con voz tenue—, en el sexo, en el sexo.

El Cardenal Palemón proclamó entonces:

—Ahí está la clave: ¡en el sexo!

Se produjo un silencio. Todos agachaban la cabeza y se miraban entre sí por entre las pestañas. El Cardenal se levantó con gran ceremonia y ordenó:

—Oremos.

Todos cayeron de hinojos y oraron precipitadamente.

—¡Atadlos por el sexo! —vociferó el Cardenal.

Uno a uno fue respondiendo:

—*¡Por el sexo los ataremos!*

—¿Cómo, cómo obraréis? ¡Eh, tú, tú, Fray Canela del Calvario, responde!

El fraile, entonces, con aire contrito, tomó la palabra:

—Un momento, si me lo permitís. Allí veo acercarse a Fray Palomo de la Ojiva con los reverendos Padres Froilán y Protasio. Querría que ellos me escuchasen también si para ello no véis inconveniente alguno.

—No hay inconveniente alguno.

—¿No lo hay? Entonces, avanzad Reverendísimos Padres, avanzad excelso Fray Palomo y prestadme vuestros oídos algunos instantes. Ocupad un sitio. ¡Eso es! Escuchadme vosotros todos que seré, os lo prometo, lo más breve posible.

“Es sabido de tiempo atrás, como lo sabía aquel grande y santo varón que a esta ciudad dio su nombre, como es sabido por nuestra religión católica, apostólica y romana, que teniendo en nuestros puños el sexo de los feligreses podemos hacer de ellos lo que nos plazca.

“¿Qué cosa hacer?

“Lo que pida esta enorme y grandiosa religión a la cual, por la clemencia del Todopoderoso, pertenecemos.

“¡El sexo, sí, el sexo, mis ilustres prelados y beatíficos hermanos! ¡Ojo sobre él! ¡Que por él no caigamos en pecado, que nunca jamás caigamos! Debemos, entonces, ser inmovibles ante la santa institución del matrimonio entre los seglares. No hacer de ella una institución para el amor; hacer de ella una institución para la familia. El amor que sea tan sólo el eje que mueva para llevar a la familia. Los amantes deben buscar otra forma de unión; los amantes, sí, es decir, los que aman por el amor sin pensar en la familia... ¿Me entendéis, ilustres prelados y beatíficos hermanos! Deben verse de cuando en cuando, de tarde en tarde y nada más. Que la aventura siempre sea su guía porque la vida en común revela mil pequeños detalles y defectos que estaban ocultos y que no es conveniente que salgan a la luz entre seres que se aman. No, no es conveniente porque...

—¡Oremos! ¡¡Oremos!! —chilló el Contraprior.

Todos enmudecieron.

—¡¡¡Oremos!!! —volvió a chillar el Contraprior con una voz de trueno pulverizante.

Vimos, entonces, a todos los componentes de ese cónclave caer de hinojos y ponerse a orar con fervor. Rezaban en latín; de vez en cuando oíamos palabras en español; luego volvía el latín. Los gestos eran casi desesperados; las manos se alzaban hacia el cielo y los puños golpeaban el pecho. A veces parecían imprecaciones o súplicas angustiosas. Oí varias veces el grito: “¡El sexo, oh, el sexo!”. Y los veía sumirse en fuego sin fin.

Sólo el Cardenal Palemón de Costamota permanecía impertérrito. Se alzaba, en medio de aquella barahúnda, echado hacia atrás, su capelo convirtiéndose lentamente en un apretado birrete. Una negra barbilla le creció; dos afilados bigotillos se alzaron de sus labios. Y así miró esa locura de salmos y plegarias que se elevaban junto a él.

Entonces el Cardenal hizo un gesto rápido con la mano.

Apareció de inmediato y frente a los que yacían de hinojos una linda bailarina. Flotaba por los aires sus vaporosos y finos mirañaques. Sus senos aparecían cada vez que ella se agachaba. Sus piernas, bien delienadas, se tambaleaban velozmente. Su mirada, ¡oh, su mirada!, iba llena de calor a unos y a otros. Y luego seguía su danza sin cesar.

Dije sin poderme contener:

—¡Oh, me recuerda esta bailarina a la tan bella Virginia, a la sin par de Virginia Rapel!

Lorenzo exclamó:

—¡Miren, miren! ¡Se ha agachado como un chincolito, como se agacha Praxedes Bagdad.

Y retumbaron en aquella iglesia, llenando los ámbitos, unos desaforados aplausos que, seguramente, los producía Jabali Batuco entusiasmado.

Marul nos pellizó los brazos y dijo:

—¡Callen!

Nuestra atención fue de inmediato tomada por los cogotes de aquellos prelados: se alargaban y se alargaban hasta la inverosimilitud cuando la bailarina se inclinaba hacia adelante y los ojos se introducían por el escote para refocilarse con los senos; luego los cogotes se encogían y se replegaban en ellos mismos para facilitar a los ojos la entrada por entre las piernas. Mas esto no impedía seguir la santa oración. Llegaba a nuestros oídos como el zumbido de un moscardón:

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea
Puesto que un Dios se recrea
En tan amable belleza
A ti, celestia Princesa...

Y se perdía este rumor ya intensificándose, ya apagándose.

Hasta que el Cardenal Palemón hizo un nuevo gesto con su mano y todo volvió a la más absoluta normalidad. Desapareció la linda bailarina, los cogotes frailunos tomaron su aspecto habitual, los sitiales fueron debidamente ocupados y el Arzobispo de San Agustín de Tango pidió a Fray Canela del Calvario que tuviera a bien seguir con su plática. Se levanto éste y dijo:

—Amados hermanos de mi corazón, voy a narraros el caso de aquel feroz bandido, de aquel salteador y degollador sin escrúpulos que asolaba, años ha, estas regiones pacíficas. Este feroz energúmeno humano, hiciese lo que hiciese, nunca, jamás dejó por las noches, antes de conciliar el sueño, de elevar sus preces a la Santísima Virgen. Nunca, jamás tuvo una falla en este proceder.

“Cierta día murió este malhechor. ¡Oh, qué gran festín para Satanás y sus malignos súbditos! Cogieron el alma de este desdichado y con ella se fueron a los abismos del averno. Mas al llegar a él quedan todos detenidos por una visión radiante, una visión toda de oro y diamantes:

“¡Era la Santísima Virgen que allí se presentaba!

“Comprenden los míseros satanases y los hediondos belcebúes. Su ira es tal que los obliga a revolcarse y contornearse dentro de esa terrible ira. Braman y escupen; se arrancan los dedos a mordeduras y se azotan con sus colas y se rasguñan con sus agudas garras...

“Pero la Santísima Virgen dijo con una voz que asemejaba el susurro del viento:

“—Este que llamáis un malhechor no dejó jamás de orar cuando el sueño le venía. Oró, pues, y durmió con mi santa compañía. Esta oración lo redime de sus pasadas faltas.

“Y dirigiéndose al malhechor exclamó:

“—Ven conmigo y conoceréis el Reino de los Cielos.

“Se lo llevó, pues, a este Reino de los Cielos. Y ya en él, ante nuestro Dios sublime, intercedió. El que había sido un malvado fue elevado a la categoría de santo entre los santos.

“¿Qué rezó, noche a noche, este feroz bandido? Rezó lo mismo que vosotros habéis rezado ahora:

Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea

Puesto que un Dios se recrea
En tan amable belleza
A ti, celestial Princesa...

Significó una plegaria en común. Uno de ellos —no pude precisar cuál— llevaba el alto; el resto contestaba con el coro. Eran rostros impenetrables, eran rostros duros y fanáticos. Marul tuvo miedo. Le pregunté de inmediato:

—¿Qué te pasa?

Me contestó:

—Veo ahí el espíritu, aún viviente, de los terribles, de los tremendos inquisidores. ¡Sí, Onofre! ¡Sí, Lorenzo! Aquí, aquí, en el Convento de los Jerónimos, está siempre activo, pronto a lanzarse contra los que no se sometan, pronto a reimplantar las torturas de la inquisición. ¡Sí, sí, don Trifón Bucalemu! ¡Es la tremenda magia negra bajo la capa del corazón amante y bondadoso!

Trifón Bucalemu respondió:

—Así es, hija mía, así es,

—¡Pero cómo! —exclamó Marul—. Dígame usted, ¿es posible que en semejante ambiente viva Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe? ¿Y Fray Benito del Crucifijo?

—Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe y Fray Benito del Crucifijo se resignan ante la obra de este egrégor —contestó Trifón—. Ellos viven en otro mundo, lejos de estos magos negros y lejos de la inquisición.

Marul le suplicó:

—¡Llévenos usted a verlos, por piedad!

—Bien —dijo Trifón—. Pero antes vean ustedes quién se aleja dulcemente mientras los preladados rezan.

Nos asomamos y vimos que se alejaba presuroso Anacleto Ibacache. Llegó a la puerta y ahí se detuvo. Entonces dejé el torno y casi grité:

—¡Ya vuelvo!

Un segundo después estaba con Anacleto Ibacache y le pregunté de prisa:

—¿Qué hacías aquí?

Me miró y sonrió con cierto desgano. Me dijo:

—Si tu memoria es buena, Onofre, recordarás lo que te dije una vez: "Por el ojo de una aguja se abrirán a mí los ámbitos universales...". Pero esta aguja se me pierde a menudo y entonces salgo en su busca. Esto me ha traído a venir a atisbar esta especie de cónclave que aquí se celebraba.

—Y la aguja, ¿la has hallado?

—Creo que sí. He tenido una confirmación de lo que pensaba para mis adentros. Por el ojo de esta aguja veo todo lo que hay de inmundo sobre esta Tierra. Veo la hipocresía que se recuesta sobre tanta inmundicia. Es la causa por la cual contemplo todo lo fúnebre y por qué escucho lo que huele a sermón apocalíptico. ¡Quiero enfrentarme con la desgracia creada por los hombres!

"Ven a mi casa, a la calle ¡Muera Lutero!, y ahí hablaremos sobre este asunto. ¿Te parece bien?"

—¡Por cierto, por cierto! Iré a verte y hablaremos.

Ibacache se alejó y yo volví hacia mis amigos. Se alejaban con toda lentitud, abandonaban la iglesia y, juntos, nos internamos por un angosto corredor en demanda de Fray Canuto y de Fray Benito.

Por este corredor nos paseamos un buen rato. Íbamos hasta un extremo y volvíamos; después rehacíamos lo andado y, nuevamente, igual cosa. Los perritos de Trifón, como sabiendo nuestras intenciones, se echaron en un extremo y allí quedaron modorreando. Trifón Bucalemu con lentitud, más para él mismo que para nosotros. Nos dijo:

—Hay fuerzas fabulosas y evidentes que nadie ve ni sospecha. Pensemos en la electricidad que durante siglos y siglos no fue advertida. Luego... ¿qué? En último examen o, mejor dicho, como base primera... ¿qué? Todo consejo relativo a estudios de la naturaleza pasa a ser secundario puesto que los fenómenos eléctricos, por ejemplo, han existido siempre y que el universo no cambia. El laboratorio está siempre listo e igual.

“Por otro lado existe a la base de los hombres la tendencia a formular principios absolutos, a formular recetas, o sea, a estagnarse, a imprimir un rumbo, un ritmo al pensamiento del que luego no logra safarse y cuyo resultado es: la disecación de las ideas que, de vivas en un momento, mueren y se convierten en fórmulas.

“La idea fue viva, pues, sólo en un momento y para ciertos cerebros. Luego, en otros momentos, muere y se convierte en un esqueleto. Esto es un principio, general a ciencias, artes y demás. Por él vemos el crepúsculo de las religiones. Una muestra hemos tenido a través del torno.

“Para hacer revivir las ideas, para darles vida, para poder generar y ver su desarrollo y avance... ¿qué? La ciencia misma no basta a pesar de basarse sobre la razón y el experimento. Me pregunto entonces... ¿qué? Para mantener a la humanidad estudiosa, abierta, renovada, en poder permanente de la clave que abre la sabiduría y que sólo y de tarde en tarde algunos encuentran para perder esta clave nuevamente... ¿qué?

“En el fondo es un *estado de ánimo*. Esto tanto para las ciencias como para las artes.

“Para la religión también.

“Un estado de ánimo de amplitud (para abarcar y aceptar en principio cualquier cosa), de flexibilidad (para aun en esta aceptación sentir la relatividad de lo que se acepta) y de empuje (para, dado un principio, tener la libertad de espíritu de hacerle dar, de hacerle rendir todo su contenido).

“Paso, entonces, a una generalidad; paso a lo que es evidente, lo que siempre lo ha sido y que nadie percibe: Dado el estado de ánimo del hombre, así el universo se entrega o se niega. Es el hecho de que se entregue el que tiene importancia, sea en la forma que sea, sea en ciencias, en artes o en religión. La forma misma no la tiene, o tiene una importancia completamente secundaria. Aquí vemos hacia dónde van los hombres, sean ellos hombres de ciencias o de artes o de religión.

“Todo esto me hace pensar en la unidad de la materia; me hace pensar en la unidad de la mente para base de la grandeza humana. Sí, Marul; sí, Lorenzo; sí, Onofre: ni el arte, ni la ciencia, ni la religión tienen importancia; sólo la tiene el estado de espíritu.

“Aquí medito sobre la enseñanza de todas estas ramas, de las ramas de ciencias, de artes y también de religión. Aquel a quien se le enseña debe formársele, ante todo, su estado de espíritu. Sólo cuando el alumno haya alcanzado la plenitud interior de sí mismo, entonces irá hacia las ciencias, las artes o la religión. Hasta este momento nada se le habrá enseñado de técnica alguna de estas ramas; ello sería de completa inutilidad. ¿Por qué? Amigos míos, porque si el alumno no posee este estado de ánimo, de espíritu, de ciencias,

artes y religión se convertirán en sus manos, por mucho que sepa, en respectivos cadáveres cuya descomposición hará mal a la humanidad entera.

Marchando así llegamos al jardín del Convento de los Jerónimos. Día de sol y de paz. Los pajaritos seguían volando entre las ramas de los grandes árboles; beatos y beatas seguían entrando y saliendo de la gran iglesia; los niñitos, que había visto al llegar con un perro, jugaban siempre bajo el enorme ombú; la vieja del rosario dormía ahora profundamente en su banco; el buen señor de los barquillos había desaparecido. Gil Blas de Santillana y Guillermo Tell corrieron alegres tras una mariposa que los esquivó. Ellos insistían en atraparla. La mariposa, entonces, se paró junto a una flor demasiado alta para sus perseguidores y, meneando sus alas, les gritó:

—¡Cu - cú!

Guillermo Tell murmuró:

—Tonterías son éstas de perseguir mariposas.

Gil Blas de Santillana confirmó:

—Así es; ¡tonterías!

Y la mariposa se elevó por los aires y desapareció entre un espeso follaje. Entonces volvimos a entrar en el vetusto edificio y, después de mil caracoleos, llegamos a la celda de Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe. Trifón golpeó a la puerta. Una voz débil le respondió:

—Adelante.

La celda. Tranquila, silenciosa. Allí estaba, creo que en meditación, Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe. Lo acompañaba, metido en un rincón, Fray Benito del Crucifijo. Nos acomodamos como pudimos. Pregunté al aire:

—¿Se podría fumar aquí?

El aire, por boca de Fray Canuto, me respondió:

—Por supuesto; fume usted.

Un silencio. Luego Trifón dijo:

—Hemos venido hasta la celda de usted, mi padre, a pedido especial de la dama que nos acompaña, Marul Carampangue. Me lo ha solicitado —y a esta solicitud se han unido mis jóvenes compañeros— después de oír parte de una especie de cónclave que se reunía en la pequeña iglesia del Convento. Han querido, todos ellos, resarcirse, han querido oír otras palabras, han querido volver a la paz interior.

Fray Canuto dijo a media voz:

—Mantengámonos solos y aislados y esa paz interior vendrá hasta nosotros.

Entonces, alternando sus palabras con las de Fray Benito, se puso a hablar con suma lentitud.

He perdido, por supuesto, el orden de lo dicho por ellos. Echaré mano a mi memoria como ella me dicte sus palabras. No tendrán, acaso, una continuidad lógica; mas quiero traducirlas aquí y no veo otro medio que el de copiar lo que mi recuerdo me presente.

¿Cuánto rato estuvimos allí en la celda? Lo ignoro. Cuando salimos ya era de noche, una noche estrellada. Ahora, en esta calma de mi casa, voy a tratar de traducir lo mejor que pueda cuanto haya quedado de lo dicho por ambos padres. A ello voy:

Quando hay serenidad hay alegría en el vivir. Hay, pues, que evitar el asco de vivir.

El deseo de figurar, de ser conocido, de que se hable de uno, ¿no es algo que, en el fondo, revela nuestra soledad? El hombre se encuentra de pronto en esta Tierra, sin pasado y sin más allá. En él bulle, en su subconsciencia, un sentido de inmortalidad. Los hombres que la desean es porque se sienten por ella taladrados. Entonces, ¡hacerse conoci-

dos...! El místico ya pasó esta etapa. Él está acompañado por el otro mundo, vive en la supervivencia, "Ser conocido" es el ansia de una compañía permanente. Es la insinuación de lo que verdaderamente somos. Es sentir el horror de que fuera cierto esta soledad en que estamos.

Fondo, fondo, fondo... Pero, ¿qué quieren entender con esta palabra? ¿Es acaso el reconocimiento de la existencia en todo humano de una chispa divina? ¿O acaso la visión de un egoísmo hambriento que toman por bondad cuando la bestia se ha calmado ya satisfecha?

Creo que es el reconocimiento de lo divino en el fondo de nuestras almas. ¡Fondo...! Mas no hay que jugar con él. He leído por ahí:

"...Excesivamente susceptible, vengativo, rencoroso y, sin embargo, no malvado en el fondo".

He leído también:

"...Su mal carácter y sus odiosos excesos disimulaban una bondad de fondo".

Hay, amigos míos, que hacer aparecer esta bondad de fondo.

Los Santos sólo piensan bondad y son ellos mismos buenos; su alma está en la diafanidad de la pureza. ¿Por qué, entonces, son tristes y la marca del dolor está siempre impresa en sus rostros? ¿Es que la bondad y la diafanidad están reñidas con la alegría?

Es por la permanente visión de cuán cerca está la gloria, cuán cerca la divinidad y cuán fácil nos sería alcanzarla; y ver en todo sitio y tiempo que todo lo perdemos y dejamos cual chicuelos que no aprovechan sus horas y viven exponiéndose a males irreparables. Y quienes los van a sufrir son seres amados. No hay medio de venir a socorrerlos. ¡Ver el peligro! ¡No poder anunciarlo ni evitarlo!

Siglos y siglos repitiendo en todas partes y en todos los tonos exactamente lo mismo. ¡Es ya una majadería, una obsesión! Es ello insistir hasta obligar a la rendición. Dan, al fin, deseos de gritar: "¡Bueno, bueno!". Porque entonces la obsesión deja de ser tal pues ya no es un llamado que nos persigue sino una afirmación hecha por nosotros a otros. En vez de tener enemigos se tienen amigos. En vez de resistir una propaganda, se hace uno propagandista. Es ir con la corriente en vez de ir en contra de ella. La Iglesia (¡piensen ustedes en esos magos negros!) conocía esta propaganda "moderna" como hoy la conocen los Estados Unidos de América. Con tal de librarse de un fantasma, se hace uno su amigo y el fantasma protege.

¡Oh, no hablemos de la intransigencia de curas y de padres! No, no hablemos de lo que creen hacer ni de aquello que los de buena fe hacen de verdad. No hay explicación lógica y razonable para conformarnos con esto de vivir y de estar aquí. Entonces cada cual argulle e inventa. Para ellos Dios es un sin sentido. En vista de esta sinrazón vienen y dicen: "Se trata de tal y tal; la finalidad es cual; hay que proceder así y así...". Temiendo olvidos o fantasías de los hombres, establecen y dejan un cuerpo que recuerde, enseñe y ayude: la Iglesia y sus gentes. Es como el señor que, ignorando totalmente cuanto a aviación se refiere, se encuentra súbitamente volando en un avión y quiere, dentro de él, proceder según sus hábitos que siempre ha tenido en tierra. El piloto le corrige y hasta lo reprende, hasta que el señor comprende al ver una nueva forma y una nueva finalidad. No ha negado el piloto lo bueno de la tierra; se ha regido por otras leyes, por otro modo que ahora está en práctica.

Los hombres progresan, avanzan y descifran. Es curioso que, con esta marcha, se separen de Dios, lo olviden, en vez de entusiasmarse con ir siguiendo Sus pasos.

Por el hecho de descubrir, el hombre se cree autor. Es imposible entender este modo de proceder.

¡La paz de los muertos...! Hay un sin sentido en tal expresión. Por un lado es saber qué va a pasar después; por otro lado, si nada pasa y todo se acaba, no es la paz pues es el vacío, por lo tanto la carencia absoluta de una conciencia que registre y que aquilate la noción de paz.

Cristo no se dirigió nunca a lo que llamamos sensibilidad o sentimiento ni aun a lo que llamamos espíritu religioso. Siempre se dirigió al hombre inteligente.

A y B nacieron en un mundo ya conocido para ellos. Nada ven de verdaderamente nuevo. Están perfectamente amoldados. Todo lo reconocen y lo recuerdan.

C y D nacieron en un mundo desconocido que ignoran en su totalidad y al cual deben aclimatarse con dolor, con dureza, asaltados por vagas nostalgias del mundo anterior.

Los A y B son los buenos corderos para Dios Nuestro Señor. Los C y D son los que Dios Nuestro Señor quiere poner a prueba, pues necesitan del dolor y del esfuerzo para llegar a Él.

No hay que olvidar jamás que lo que sufre uno, lo sufren todos.

¿Qué se llora ante la muerte? Primeramente se llora a uno mismo porque, a partir del momento de la muerte, ya tendremos que interrumpir nuestros hábitos, el hábito de ver al que acaba de morir, el de conversar con él; se llora el fin de esta vivencia mutua. Luego se llora ante el estupor de esto inmenso que ocurre ahora junto a nosotros, ante el tremendo misterio que sucede inexorablemente.

He visto una gran catedral; en ella he caído en éxtasis. He quedado largo rato allí dentro en oración.

Una voz le decía, contestaba a mis oraciones de que allí, en esa catedral, había una prueba de que no se sustentaba la verdadera religión. ¿Cómo es ello posible? Alcé los ojos y miré en torno mío; vi los adornos que había por todas partes, que invadían los altares y pilastras, que allí crecían como sabandijas trepando en medio de aquella inmensidad gloriosa de una vieja catedral.

En esta celda no hay adornos, no hay nada que distraiga una meditación tranquila. Sólo la acompaña, desde aquel rincón, esa "Madona con el Niño" de Ambrogio Lorenzetti. Ella vigila lo que da entrada a esta mente de la divina voz.

Hay gente que dice y repite que la religión es lo mayor, que ella es nuestro objetivo, que ella es el sentido y la razón de ser finales.

El peligro reside en que, ignorando y anhelando esta razón suprema, la gente, por pereza, recurra a que desde un Cielo hecho por esta ignorancia, se le envíen desde él las "verdades", se le envíen ya confeccionadas y prácticas para el uso cotidiano. Es lo que predicán la mayoría de las religiones, lo que, al final, siempre se hallará en boca de los predicadores.

La humanidad cae y cae hacia la materia; la humanidad reemplaza al Dios espiritual por la búsqueda del inmediato material.

He visto una ciudad inmensa, toda ella compuesta de rascacielos. Esta ciudad fue sepultada por grandes olas de tierra. Sobre el sitio que ocupaba creció el pasto y vinieron a él varios pastores con sus ovejas. Así se deslizó el tiempo. Hasta que siglos después fue redescubierta. Unos niños, haciendo montículos con esa tierra, descubrieron la punta de una veleta. Vivieron hombres y cavaron. Así, de arriba hacia abajo, empezó a aparecer el primer rascacielos. ¡Oh, qué euforia dominó al mundo con este sin par descubrimiento!

La admiración llegó a las vecindades de la locura. Por todos lados, ¡más y más rascacielos! Se preguntaban los hombres: “¿Qué simbolismo tendrán estas magníficas construcciones?”. Fue lo que, con ahínco, se pusieron a buscar. Al fin lo supieron. Junto con saberlo, esos mismos hombres fueron tomados por la más profunda desilusión.

La velocidad... ¡Siempre mayor! Los autos, los aviones... Es una locura por aumentar y aumentar siempre esta velocidad. Y no se preguntan: “¿Para ir dónde?”. A ninguna parte pero ir rápido a esta ninguna parte.

La medicina... ¡Alargar y alargar la vida! ¡Mejorar y mejorar la salud! ¿Para qué? Para poder trabajar y poder rendir el máximo. Trabajar... Me pregunto: ¿En qué? La respuesta es sencillísima: ahí están las riquezas materiales que, a su vez, huyen a toda velocidad; ahí están las comodidades físicas que también huyen y se esquivan del hombre.

La Iglesia Católica se ha dado cuenta de esto, ha entrevisto los grandes rascacielos, los aviones y la salud. Lo malo es que Palemón de Costamota también lo ha visto. Y un pacto ha sido de inmediato sellado. No es otro el significado de ese cónclave que ustedes acaban de entrever.

No, no es posible entender esta caída; la humanidad tiene que realizarla ya que se ha abocado a ella; no puede evitarla. Pero siempre, y sea en lo que sea, aunque se trate de lo más inevitable y necesario que exista, siempre, en todo lo humano, estarán presentes Dios y Satanás.

Ahora lo han visto ustedes: al centro de ese cónclave se alzaba la figura de Palemón de Costamota.

Si la caída se hace bajo la dirección de Dios, ella recogerá todos los frutos que pueda ofrendar y luego la ascensión será tanto más gloriosa y potente.

Mas está el peligro de que Satanás se aproveche de la aceleración propia a toda caída y la convierta en un vértigo que haga de ella, para la conciencia de los hombres, no una experiencia sino una finalidad.

Entonces los humanos se hundirán e irremisiblemente se perderán. La Iglesia militante lo ha visto, lo sabe ¿Qué hacer? No puede ni debe evitar. Pero sí puede y debe vigilar que esta caída no pase a derrumbe, que de experiencia no se convierta en vértigo.

Es lo que debiera hacer esta Iglesia militante.

Hay quienes alegan que la Iglesia no debiera jamás ceder ni aceptar principio alguno contrario a sus dogmas revelados.

¡Error!

A cada cual hay que hablarle en su idioma. Pues si no entiende lo que se le dice, todo es inútil y todo se ha perdido. El único idioma comprensible para los hombres que hoy caen es el de la aceptación de sus principios y finalidades materialistas. Hay, pues, que aceptar tales principios y luego dar un golpe de freno cuando Satanás quiera presentarlos en la categoría de finalidades únicas.

¿Cómo es posible poner un comienzo a la Eternidad? Una eternidad que comienza es como una eternidad que termina. ¡No es una eternidad!

Para usted, Marul, ella habría empezado en 1900; para usted, Lorenzo, en 1899; para usted, Onofre, en 1893. Para los hijos que ustedes tengan no ha tenido comienzo todavía. En cambio Santa Teresa de Jesús tiene una eternidad igual a la suya, Marul, más 385 años pues nació en 1515; y San Agustín, que nació en el año 354, tiene una eternidad de 546 años mayor...

A todo esto lo veo sin pies ni cabeza. Yo creo en una eternidad única y sola.

Aquellos del cónclave me preguntan entonces: "¿Cree usted haber existido antes?". Aquí está el error, el error nacido de nuestra limitación, de nuestra falsa manera de pensar, de nuestro egocentrismo. Él está en este concepto de "antes y después". Hay que empezar por suprimir el "antes" y el "después" y reemplazarlos ambos por el "siempre" pero un siempre *sin movimiento alguno*.

Salimos luego, dejamos a ambos frailes en la celda y nos separamos de Trifón Bucalemu que lo vimos alejarse seguido por sus dos perritos.

—¿Dónde vivirá Trifón? —preguntó Marul.

No lo sabíamos. Lo vimos salir de los jardines del Convento por la puerta que se abre sobre la Plaza del Monaguillo, luego lo vimos atravesar el puentecillo del Anatema y perderse en la pequeña Isla del Olor de Santidad. ¡Buen viaje, Trifón, sea adonde sea que vayas!

Nosotros tres tomamos por la calle de la Flagelación y empezamos a vagar por las calles centrales de San Agustín de Tango. Nos deteníamos ante las vitrinas de las tiendas y luego, por idea de Marul, nos pusimos a contar el número de radios que encontráramos en nuestro paseo. Pasaron éstas de 300 en no más de unas cuantas horas de caminata lenta.

Quedamos atónitos, no tanto ante la cantidad sino ante la actitud frente a ellas de los oyentes y de los técnicos en el mundo entero. Todos, sin excepción (aceptamos, por cierto, que por ahí o por allá hubiese algunas excepciones) encontraban las radios totalmente naturales, normales, como el más simple fenómeno de la naturaleza. Ninguno se preguntaba ni lo más elemental ante ellas:

—¿Cómo y por qué oigo yo aquí en mi casa lo que dice o canta un señor o una dama allá lejos?

Ni un solo estupor en ninguna parte. El estupor les habría venido si, por un motivo cualquiera, la radio no hubiese transmitido lo que decía el señor o la dama de allá lejos.

Como adivinando mis pensamientos, Lorenzo me dijo:

—El estupor se ha perdido porque hoy, hasta para el ignorante máximo, se ha perdido lo inaudito. Ya no hay nada inaudito. Todo es tan normal para la mente actual que un día cualquiera veremos a toda una familia frente a una tumba en el cementerio acompañada de un fulano especialista que preguntará:

—¿Cuál, por favor? —y mostrará un nicho.

—Alguien le responderá:

—Ese de abajo, por favor.

—Con todo gusto.

—Muchas gracias.

Entonces el fulano abrirá el nicho, sacará un ataúd, lo destapará, hará algo con el cadáver y el cadáver se levantará, se desperezará y reconocerá a sus deudos que esperaban anhelantes. ¡Grandes saludos y grandes gritos! Algunas lágrimas furtivas; uno que otro pañuelo que enjuga los rostros. Y luego:

—¿Cuánto se le debe?

—Veinticinco pesos, caballero.

—Aquí están.

—Muchas gracias, caballero.

—No hay de qué.

—Y no habrá ni un estupor ni nadie sentirá en sí algo inaudito.

¡Horror llegar a esto!

Entonces pregunté:

—¿Qué pensará sobre esto Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe?

Lorenzo contestó:

—También tenía yo esta curiosidad. Por eso, hace ya unos cuantos días, llegué a su celda y, después de hablarle de las radios y demás, se lo pregunté. Él me dijo que el horror reside no en la falta de estupor ante un inaudito, pues lo inaudito no existe. El horror reside en la falta de conocimiento para poder probar que nada hay de inaudito y, sobre todo, en la falta de curiosidad para adquirir tal conocimiento. El horror es sólo considerar todo "normal". Pues, en el fondo, ¿qué entiende la gente por "normal"? Me dijo que la gente entiende simplemente inamovible, que no puede ser de otro modo, estático, definitivo. Es decir, a la altura y de acuerdo con la mente de ella. Por lo tanto la mente de ella es definitiva, no tiene ni ha de tener la posibilidad de crecer ni de subir. Esto —según él— es lo que llaman "normal".

Marul y yo exclamamos:

—¡Horror

Lorenzo, entonces, agregó:

—Fray Canuto Que-Todo-Lo-Sabe me aseguró que éstos son los primeros síntomas del materialismo imaginado por Satanás y que aquí, en esta ciudad, en este país, representa Palemón. Así se hará de esta caída un derrumbe vertiginoso.

209

Anoche he ido a cenar a casa de Anacleto Ibacache, de acuerdo con lo hablado rápidamente con él en la iglesia de los Jerónimos. Allí me encontré con Rubén de Loa. ¡Oh, cuánto se habló! Rubén había tenido la visita de Macario Viluco con su inseparable amigo Mamerto Masatierra, así es que estaba con toda la labia. Recordé a Jabalí Batuco... Macario se la había despertado. Había llegado al taller alegando sobre la pobreza de nuestro idioma, una pobreza que tenía su parangón con la del idioma francés y, seguramente, con muchos otros idiomas. Para una variedad casi infinita de muy diferentes sensaciones se tenía un solo verbo, una sola expresión, a lo más dos. En español: "amar" o "gustar"; en francés: "aimer". Tal vez sería lo mismo en italiano y en inglés y ¡qué sé yo! Mas él no estaba bien al corriente de estas lenguas. Macario parecía culpar a Mamerto de esta escasez del léxico. Pero éste se contentaba, riendo de buena gana, de decir y repetir su "¡Inefable!" que sólo lograba enfadar a su contrincante.

Macario alegaba:

—Sí, señor Masatierra, así es y no de otro modo. Pues dígame usted si no es una mezquindad que sólo puede llamarse y calificarse de abracadabrante el decir: "Me gusta la señorita tal; me gusta el congrio; me gusta Chopin; me gusta el fútbol; me gusta una noche de luna; me gusta el vino tinto; me gusta rascarme donde me pica; me gusta leer a Gustave Flaubert... ¡Absurdo, pobre, mezquino! Ya lo he dicho que ello es algo abracadabrante. Y en francés es lo mismo, exactamente lo mismo: "J'aime mademoiselle une telle; j'aime le congrie; j'aime Chopin...; j'aime et j'aime et j'aime".

Mamerto había dicho muchas veces "¡inefable!" pero luego se había puesto a hablar. —En el fondo de uno mismo —había dicho—, en esa parte que hace decir "me gusta",

tiene que haber, para cada gusto, regiones o centros anímicos tan diferentes y tan distantes los unos de los otros que todos sus dispositivos y sentidos u objetivos han de ser de otra textura e irreconocibles entre ellos. Entre ellos han de negarse todo parentesco. Lo único que los acerca es que se inclinan al principio "placer" alejándose del principio de "dolor". Pero englobar en una sola palabra o en muy pocas palabras las tantas categorías y, en éstas, los tantos matices... En verdad tiene usted razón, Macario, ¿qué pobreza del léxico, qué mezquindad!

☉ Luego Anacleto Ibacache nos contó que él, de muy joven, había querido ser literato pero que pronto había abandonado estas intenciones y que creía que las había abandonado por pereza, en busca del menor esfuerzo.

☉ Aquí empezó un diálogo entre él y Rubén de Loa. Voy a poner lo que recuerdo de lo hablado por cada uno de ellos. Empezaré con Anacleto Ibacache:

☉ A veces siento que la pintura se hace sola; en cambio la literatura hay que hacerla. Es como si en la primera "alguien" ajeno colaborara conmigo; y en la segunda se me dejara solo.

☉ Éste es, tal vez, el menor esfuerzo que yo buscaba.

☉ Una serie que se desata..., serie de eslabones inseparables... Sale uno y han de salir los demás como las rabias o penas emparentadas. ¡Imposible atajarlas y a uno se lo llevan!

☉ Otras veces la causa del desate es oscura: un ruido, una luz, algo entrevisto, un gesto... Causas totalmente ajenas a cualquier estado personal nuestro. Son estos "golpecillos" los que cambian el humor.

☉ El menor esfuerzo me ha llevado a la pintura. ¡Yo no contaba con esta serie de "golpecillos"!

☉ Se presentan a veces como molestias. Cuando así se presentan estos golpecillos me son peores que las desgracias. Llego a decir que hay en mí una grandeza. ¿No lo creen ustedes? En las desgracias me comunico con el infinito y me siento fuerte y soberano. En cambio mi grandeza se humilla ante las molestias pues ellas me hacen sentir mi miseria, la miseria de esta condición humana a que estoy sujeto. ¡La miseria de tener, diariamente, que acostarse y luego levantarse! Es ello un reflejo de la triste inadaptación del hombre en el mundo, la miseria de sentir la carne espesa que nos separa los unos de los otros y nos obliga a querer devorarnos...

☉ En este caso, seguramente, yo seré el devorado.

☉ Por eso me asalta el miedo que echa por tierra esa sensación de fuerza y soberanía. Óiganme ustedes:

☉ El otro día había pasado yo toda la tarde trabajando en mi taller, haciendo los primeros bosquejos para aquella obra que llamo *La Materia*. Después salí a dar una vuelta. Así, caminando sin finalidad, me sorprendió la noche. Entonces volví a casa. Frente a ella un hombre regaba lanzando un enorme chorro de agua con su manguera. ¡Y el miedo me asaltó! El miedo de que ese hombre me lanzara, por maldad, el chorro de agua y después se hiciera el desentendido. Entonces me di cuenta de algo, me di cuenta de que todos los temores, los fracasos, los ideales no conseguidos, yo los tragaba y los tragaba poniendo sobre ellos una lápida que los transformaban en cuentas por cancelar más tarde. Eran giros por pagarse en el futuro. Por este hecho, este hecho tonto y, felizmente, irrealizable, presentí que, de realizarse, sería capaz de hacer desbordar el vaso lleno. Por eso temí a ese hombre con la manguera. Por casos así que se repiten siempre me ha venido la timidez,

la desconfianza. En este hecho de tragar y tragar reside el origen de este miedo que me asalta.

Al día siguiente almorcé en el restaurante de la Basílica. Allí estaba comiendo mi buen pepayuan, bien aderezado a la tuleca, y pensaba en aquella dama, en doña Martina Vichuquén, cuando entró y vino a mi mesa nuestro amigo Tiburcio Azapa. Conversamos mucho. Tiburcio, por fin, me dijo.

—Anoche yo estuve discutiendo en casa de la familia Viluco, la casa 6.47, ¿sabe usted? Allí estaba don Ascanio, el crítico. La conversación rodó, no sé por qué, sobre el matrimonio. Ambos estuvimos de acuerdo en su fragilidad en vista de las separaciones y divorcios y anulaciones, hoy a la orden del día. Hasta que don Ascanio, grave y solemne, declaró que tal fragilidad existiría, sin duda, entre “cierta gente” pero que ella era inexistente entre los verdaderos conservadores, los tradicionalistas, como hoy se apodan. Ellos seguían respetando la santa institución del matrimonio con el mismo fervor con que respetaban los demás sacramentos instituidos por la Iglesia, es decir, por el Omnipotente que está en los Cielos. Repudiar al esposo o a la esposa era un acto, ante sus ojos de buenos observantes, de pecado mortal. Yo le dije:

—Es posible, señor, pero la razón no es esa observancia tan escrupulosa. Es porque ustedes, si son hombres, nunca se han casado aún con una mujer y, si son mujeres, nunca se han casado aún con un hombre.

“Don Ascanio, al oírme, quedó punto menos que petrificado. Al fin pudo articular:

—¿Qué quiere usted expresar, señor? La señora de Viluco ¿no es, acaso, una mujer? Y yo, su marido, ¿no soy, acaso, un hombre?

—Sí, señor —le respondí—, es usted un hombre bajo todos los aspectos salvo uno: como esposo de su dama; y ella es mujer ciento por ciento en todo lugar salvo cuando es su esposa de usted.

Así siguió hablando Tiburcio Azapa, y siguió y siguió. Yo no sabría repetirles a ustedes nada sobre la calidad de hombre de don Ascanio Viluco ni sobre la calidad de mujer de su esposa. No, no podría aunque hiciera esfuerzos inauditos por recordar lo que al respecto oí o creí oír. ¡Otra cosa me había tomado! ¡Otra cosa había hecho sus señas desde muy lejos y yo estaba en éxtasis contemplándola! ¿Saben ustedes qué cosa? Óiganme bien:

Un hombre de ciencias que avanzaba junto a un artista... Y el hombre de ciencias decía:

—Sí, mi señor artista, podrá usted alegar cuanto se le pase por la mente pero jamás podrá destruir esta verdad única, esta verdad inamovible que es: $2 + 2 = 4$.

Y el artista le respondía:

—Tal vez, señor, así sea y así es: $2 + 2 = 4$. Nosotros los artistas lo sabemos pero —¡qué quiere usted!— no lo sentimos y aun sabiéndolo, al hacer esa adición, a menudo nos resultan 3 si no nos ha resultado 5...

Lo único que buscan los artistoides es su propia tranquilidad, su dulce reposo. Quieren que, de una vez por todas, se les diga cuál es lo bueno y no se les moleste más con la posibilidad —aunque remota— de tener que verificar, cambiar, pensar, buscar, vivir...

Tener sus ideas estéticas y literarias bien encajadas y aseguradas, como en una Compañía de Seguros, para poder, con toda calma y con toda dignidad, ocuparse de sus negocios, de sus comidas, de su vestimenta y de su consorte.

Ahora ustedes parten... ¡Buenas noches, amigos! Yo aquí quedaré. Sí, aquí, para cumplir el rito sagrado, ese rito al que estamos todos sometidos y que es la dádiva que se nos

impone para seguir viviendo: ¡acostarse! Mañana temprano alargaré mi mano con la otra parte de esta dádiva: ¡levantarse! ¡Oh, si al menos pudiera, mientras duermo, soñar con un pajarito blanco, enorme, de alas extendidas e inmóviles, que, indiferente, cruza por encima de las soledades del Atlántico!

De este modo creo que podría continuar la tarea que me he impuesto. ¿La recuerdan, amigos? Ella es mi esperanza y mi anhelo:

“Por el ojo de una aguja se abrirán a mí los ámbitos universales”.

¡Buenas noches!

Anotaré ahora lo que recuerdo de lo hablado por Rubén de Loa. Naturalmente esta conversación fue simultánea a la de Anacleto pero yo preciso con mayor claridad separándolos a cada uno de ellos. Vamos, pues, a Rubén:

El otro día hablé con Lorenzo Angol. Fue a mi taller y yo, carente de la visita de Macario, estaba callado. Así, pues, la conversación la hizo Lorenzo. Pero pronto, recordando al bueno de Viluquillo, me vino un poco de labia y hablé a mi vez. Me dijo Lorenzo:

—Rubén, los hombres no aman la personalidad sino que aman siempre la fatalidad. Es ello un desplazamiento de la antigua fe que siempre reside en los hombres de hoy. Así es que esta actual libertad de espíritu es simplemente un espejismo.

“Los hombres necesitan fatalidad ajena, fuera de ellos, que hagan las veces de un oráculo infalible. Como no creen ya en los oráculos, los fabrican ellos mismos y, una vez fabricados, los depositan en un santuario. A ellos van a orar sin atreverse ninguno a hacerlo con su propia voz.

Luego Lorenzo me citó una serie de ejemplos: los jueces que condenan según el código y no según su conciencia; los científicos cuando consideran que algo no está de acuerdo con la ciencia y cuando respiran satisfechos si acaso lo está; los estatutos de las sociedades a los que todos se someten; y así, mil más.

Entonces hablé. Cité el arte. Dije que era esto lo que en él indignaba. Porque en las artes, ¿dónde se halla Dios? Sencillamente no se halla en ninguna parte. Cada cual tiene que quedar, tiene que enfrentárselas con su propio valer. ¡Es horrible!

Yo niego la pintura de Facundo Doñihue y de Zócimo Taltal. No son trabajadores como muchos sostienen. Pues no trabaja quien no pone en su labor una búsqueda que traiga en sí una inquietud. Se me preguntará entonces: “¿Una inquietud? ¿Qué hace, en tal caso, un minero, un capataz, un contador?”. Sí, trabajan, claro está pero en ellos falta que se siembre esa semilla de la “inquietud”. Es lo que la gente no entiende, lo que no quiere entender. Dice esta gente: “¡Qué inquietud ni qué nada! ¡Fantasías, lucubraciones y palabras de esos intelectuales siempre deseosos de embrollarlo todo para lucirse!”.

Yo nunca he comprendido a esos artistas que se quejan del desconocimiento, de la incompreensión por parte de la gente que los rodea. ¿No es, acaso, culpa de ellos? ¿No es el arte un culto? ¿Entonces? ¿No pasaría con todo igual si uno tratara de meterlo por las narices? Veo a un sabio, a ese mismo sabio que tú, Anacleto, viste en compañía del artista, llorando sin consuelo por la incompreensión del público ante el cálculo integral...

Dios fue un mal arquitecto, un mal pintor, un mal escultor. El objeto del arte es corregir la obra de Dios y embellecerla. Si la obra de Dios estuviera bien, las artes no tendrían razón de ser.

Pero a veces la imagen de Dios se nos presenta. ¿En los enormes e inconmensurables panoramas? No. Se presenta en las pequeñas, muy pequeñas cosas que casi se esconden bajo tierra. Tú has de calcular a lo que me refiero, Onofre; tú, estoy cierto, lo sabes, Ana-

cleto. Me refiero a esas piedras, a esas pequeñitas piedras que hay, por aquí, por ahí, ocultas en los campos, cubiertas de polvo, escondidas entre las yerbas, junto a nosotros cuando nos sentamos a reposar unos instantes. ¡Los guijarros! ¡Qué hermosos son!

En mi taller tengo unos cuantos que he recogido en mis paseos campestres y aun aquí en San Agustín de Tango, en el Zoo de San Andrés, en la plaza Dominus Vobiscum y aun en la puerta de calle de mi taller. ¡Los hay en todas partes!

Ahí los tengo y los miro largo rato. Hasta he deseado hacer con ellos mi próximo cuadro. Claro está que estos guijarros no son fotogénicos ni son pictogénicos ni dibujénicos. Pero son, y mil veces lo son, "ojogénicos". Deleitando, pues, los ojos, los miro.

Pienso luego: "¿Mi próximo cuadro con ellos?". Ya pasaron esos tiempos en los que la naturaleza me ofrecía los temas. ¡Sí, sí, pasaron! Ahora pinto de otro modo: ¡Pinto!

¡Fuera de mí toda idea preconcebida! ¡Muerte a los temas que se hayan lucubrado por esta parte pensante! ¿No tengo, acaso, un pincel entre mis dedos? ¿Y no hay allí a mi lado una gran paleta repleta de colores?

Yo les digo: ahora ¡pinto!

Las piedrecitas allí están, silenciosas; me miran, se guiñan un ojo; hacen pequeñines gestos indicando mi tela y... nada más.

Yo repito: ahora ¡pinto!

Una de ellas, de estas lindas piedrecitas, sonrió.

Yo, a mi vez, sonreí.

Entonces ella se agrandó, se agigantó, hasta ocupar cuanto mi visión pudiera alcanzar. Sus ámbitos ocuparon el mundo entero. Sus dibujos se multiplicaron por mil. Yo, en éxtasis, los contemplé.

Vi allí inmensos precipicios que abocaban, perdiéndose, en los cielos y en los infiernos; vi, ante ellos, enormes estacas que desafiaban mis deseos de penetrar a esos antros; vi colores armónicos y destemplantes que se mecían y se mezclaban. Vi, mis buenos amigos, lo que siempre he esperado ver; lo que he buscado con ahínco en mis caminatas solitarias.

¡La vi!

Allí estaba, allí se mecían, allí sonreía.

¡Elsa! ¡Elsa!!

Entonces pinté, seguí pintando. Pero mis pinceles, al tocar la tela del caballete, se doblaban, desparramaban su pintura y caían al suelo.

Al fin me eché en un sillón, fatigado.

De pronto alcé los ojos y vi mi tela, la que había doblado y tirado lejos los pinceles. Volví a gritar:

¡Elsa! ¡Elsa!!

Ella abrazaba la tela y sonreía siempre.

Me acerqué.

A media voz hablamos.

Algún día—tal vez, digo yo—, algún día les comunicaré lo que dijimos en este diálogo. Él me reconfortó enormemente y, al mismo tiempo, me hundió en una soledad sin límites.

En fin, otro día hablaremos. Ahora quiero decirte, Anacleto, una cosa: quiero darte un consejo:

¡Záfate, záfate de la materia! ¡Da media vuelta y ponte de espaldas a la naturaleza! ¡Cierra tus ojos a toda visión primera! ¿Me oyes? ¡Huye, huye de aquello que golpee tus sentidos! ¡Llega a la oscuridad absoluta.

Entonces una piedrecita, o un insectillo sobre una flor, o una hoja olvidada en el suelo, o un gesto apenas perceptible de un alguien cualquiera, o la modorra de tu gato, o el murmullo de tu propia mente... te mostrará una segunda naturaleza, te traerá hasta tu lado a esa Elsa que revolotea sin hallar dónde posarse, esa Elsa que yacía desde tiempos inmemoriales dormida junto a ti y que esperaba una voz que le dijera:

“¡Levántate y anda!”.

210

Ahora releo lo que he escrito sobre esta comida en casa de mi amigo Anacleto Ibacache. Releo lo dicho por él como también lo dicho por Rubén de Loa. No lo puedo negar: es exactamente lo que han dicho, tanto el uno como el otro.

Tal vez haya algún pequeño olvido de mi parte. Por ejemplo: Rubén citó a Leonardo de Vinci al referirse a los guijarros y recordó que aconsejaba mirar siempre las manchas que se producen en las rocas. Pero éste es un olvido de poca monta.

Leo y releo. No hay duda: lo que he transcrito se parece entre sí; a tal extremo se parece que lo dicho por Rubén puede muy bien ser atribuido a Anacleto; y lo dicho por Anacleto, a Rubén. Sin embargo, ¡qué diferencia, qué enorme diferencia había en las palabras de uno y otro! Eran dos mundos desiguales que se escapaban de los labios de cada uno de ellos. Mundos que iban a otra parte, mundos que llevaban un sentido completamente diverso de la vida.

Aquí, en mis escritos, ello no se nota. Parece, simplemente, una conversación taquigráfica por un profesional atento al sonido de la voz y ajeno al espíritu que está dictando a esa voz.

¿Dónde, en qué radicará esta diferencia, esta desemejanza total?

Hablaban y hablaban y, al hablar, cada uno permanecía en el extremo de su punto de vista. Nada tenía ello que hacer con el otro extremo que pertenecía en su totalidad al que ahora callaba y escuchaba. Era aquello como una elevada cumbre y un profundo abismo sin que yo pueda atribuir a uno la luz de la cumbre y al otro las tinieblas del abismo.

¿En qué radicará esta diferencia?

Mi pluma no logra darla, hacerla sentir. Aquí veo el trabajo, el afán de los malos hombres de letras: quieren recalcar esta diferencia en lo dicho, quieren recalcarla en las palabras que se dicen. ¡No se fijan que un hombre vivo dice y dice todas las cosas posibles que puedan ser dichas!

Son los ex-abruptos los que interesan a estos literatos. En ellos ponen su acento y nada más que en ellos. Yo no creo haber oído a un hombre hablar con ex-abruptos. Lo miramos, vemos sus gestos, algo adivinamos, sentimos una vivencia en él y... es todo.

Sobre esta vivencia tejemos entonces las palabras que *debió* haber dicho.

Pero veamos esas palabras: iguales, iguales e iguales a las que pudo haber dicho cualquier hijo de vecino.

Algo había notado yo sobre esta manera de comportarse, esta manera absolutamente inconsciente: Florencio Naltagua me lo había hecho sentir, desde un principio, desde que lo conocí. La taquigrafía me apareció como un arma inútil frente a él.

Al evocar a Naltagua, una palabra sonó en mí: “Invisibilidad”. Había hablado con él

de esta terrible invisibilidad que nos rodea, que nos acompaña siempre, haciendo de cada uno de nosotros, un mundo aparte, cerrado, sin posibilidades de expandirse un poco siquiera.

Habíamos hablado de ella a propósito de un libro que yo leía en aquel tiempo, un libro de Maurice Nicoll, *El tiempo vivo*.

Dejé, pues, mis papeles y salí.

Iba de prisa por las calles. Me repetía a todo momento que las palabras, transcritas taquigráficamente, nada expresaban sobre la vivencia que las emite. Llegué al Portal Colonial y subí. Llamé, golpeé, esperé. ¡Nadie! Florencio, sin duda, se había ausentado. ¿Qué hacer? Volví a caminar por las calles y, de pronto, me encontré, en la calle del Escapulario, frente a la morada del Doctor Hualañé. Subí, llamé, golpeé, esperé. Tampoco nadie...

Volví a bajar y a caminar. En la Plaza de la Casulla divisé al respetable de don Juan Enrique Arancibia Ocampo que se alejaba expeliendo un discurso a su amigo don Ricardo Cortés Mandiola y a otros correligionarios más.

En la avenida Benedicto XX trepé a la casa de Javier Licantén. Un hombrecito me abrió la puerta y me dijo susurrando:

—No hay nadie en casa, señor.

Salí nuevamente. Mis pies me llevaron a ver a Rosendo Paine mientras mi mente ya conversaba con él sobre Nicole Chaumont. Aquí me abrió la puerta una viejecita que, como el empleado de Javier Licantén, me puso en la calle.

Salí amurrado y caminé lentamente. De pronto una enorme capa pasó por encima de mí y casi me arrebató el sombrero. Una voz tronó:

—¡Brrrrrrrrrr...!

La capa dio media vuelta y se detuvo frente a mí llevando en sus pliegues al enorme de Baldomero Lonquimay. ¡Qué felicidad! ¡Por fin encontrar a alguien! Le dije:

—Baldomero, fijese usted que en todas partes...

Me interrumpió:

—Mancebo, guardad silencio y escuchadme.

Abrió su capa como un inmenso vampiro y recitó:

Aquí la envidia y mentira
Me tuvieron encerrado:
Dichoso el humilde estado
Del sabio que se retira
De aqueste mundo malvado;
Y con pobre mesa y casa
En el campo deleitoso,
Con sólo Dios se compasa,
Ya solas su vida pasa
Ni envidiado ni envidioso.

Entonces volvió a cerrar su capa y me dijo sentenciosamente:

—Habéis oído, mancebo, el grito calmo de las entrañas de ese que fue el poeta Fray Luis de León. ¡Meditad este grito calmo!

Se agachó, se sumió en sí mismo y huyó, mientras de aquel bulto que se alejaba se oía un nuevo e interminable:

¡Menos mal! Eran tres los habitantes de esta ciudad.

La casa de Jabalí Batuco era moderna: pequeñita, por fuera; inmensa, por dentro. Grandes cortinas cubrían las ventanas. En toda ella había una serie de muebles cubiertos de objetos raros, al parecer antiguos en su mayoría. Al acercarme a uno de estos muebles tropecé con un disimulado paraguero del que surgían, como flores, una cantidad de bastones y un paraguas.

De pronto vi a Desiderio Longotoma que fumaba un cigarrillo sentado en amplio sillón. Me saludó sonriente. Luego, por una puerta disimulada tras una cortina, apareció Monsieur Edmond Dunkerque quien me fue presentado. Longotoma, como despertando súbitamente me gritó:

—¡Oh, mi querido y grande Onofre Borneo! ¡Oh, qué buena, qué estupenda cosa tenerlo a usted por aquí! Jabalí Batuco ha tenido una de esas ideas geniales, dignas de él, y ella ha sido convidar a monsieur Dunkerque para que le enseñe a preparar el guiso que, hoy en día, hace furor aquí en San Agustín de Tango. Monsieur Dunkerque, con una amabilidad exquisita, le ha dado todos los datos del caso así es que ahora lo comeremos y lo devoraremos. Me aseguran ambos, tanto Dunkerque como Batuco, que una vez que lo pruebe abandonaré para siempre esos huevos a la copa que hasta hoy hacían mi delicia. En cambio él, Jabalí, seguirá comiendo su ensalada de dihueñes pues parece que se aviene muy bien con este guiso.

Pasamos a la mesa. Apareció, de pronto, Edmond Dunkerque con una fuente humeante que llenó el comedor de una apetitosa fragancia. Luego él mismo nos sirvió y empezamos a comer.

¡Era aquello exquisito! Felicitamos cien veces al cocinero que sonreía satisfecho. Cuando hubimos terminado nos dio una explicación sobre este manjar.

—Señores y amigos —nos dijo—, este guiso es el *clou* de mi restaurante: AU BON GOURMET. ¡Qué éxito ha tenido entre los buenos *connaisseurs* del paladar! Y, no me negarán ustedes, que bien merece la pena. Es un estofado de excrementillos de dromedario a la salsa Perry. Su preparación es larga y algo costosa pero los resultados, ¡oh, los resultados...!

—Son magníficos, monsieur Dunkerque, sencillamente ¡magníficos! —clamó Longotoma y se sirvió un tercer plato.

Monsieur Dunkerque agradeció y continuó:

—Sí, es larga su preparación pues hay que hacer venir estos excrementillos del verdadero excremento del dromedario que es un animal extremadamente mañoso cuando se da cuenta que algo quieren arrebatarle y tanto más cuando se da cuenta de que se trata, nada menos, que de su defecación natural. Ahora imagínense ustedes lo que es correr y correr por las cálidas arenas de un desierto, por esas arenas que hierven allá en el Sahara... Pero, en fin, se recoge y se embala y se me manda a Valparaíso.

“Una vez aquí en mi poder yo lo transformo aderezándolo, y ahora podrá hacer otro tanto usted, señor Batuco. Lo transformo y lo adrezo... ¡oh, con qué cuidado y con qué penetración! Al fin tengo ante mí estos excrementillos o, mejor dicho, tengo la sombra de lo que serán estos excrementillos. Pues aún hace falta algo más, ¡oooh!, hace falta algo más. Veán ustedes:

“Esta sombra la aliño, en *bechamel*, a la salsa Perry y lo dejo *braiser* y luego lo dejo *mijoter* junto a pequeñas *paupiettes*, más o menos durante 48 horas. Luego coloco el conjunto en largas y calientes *brochettes aux fines herbes* que son ablandadas con mucha anterioridad en un finísimo y colado *ramequin soufflé* que he remojado en líquido de caballo bayo.

—¿Qué líquido es ése, señor Dunkerque? —pregunté pues no había comprendido bien.
—¡Oh! —dijo éste—, es el líquido que expele ese animal; es la orina, si usted prefiere. Esta orina pierde totalmente su mal sabor al permanecer en la oscuridad durante no menos de un lapso de 14 a 15 días. Luego recobra un sabor delicioso al amalgamarse con los excrementillos que se encuentran ya como una *mousse saignante* pasada al *vol-au-vent*.

—Es algo largo pero, al fin y a la postre, se obtiene un guiso sabrosísimo. ¿No es así?

—Así es, mi querido monsieur, así es —volvió a clamar el gordo de Desiderio; y se sirvió por cuarta vez.

—¿Y por qué tiene que ser de caballo bayo? —volví a preguntar—. ¿No sería igual si fuera, por ejemplo, de una yegua y si ésta fuera mulata?

—¡Oh, no, no, no! —exclamó Dunkerque—. Tiene que ser de caballo y este caballo tiene que ser de color bayo. ¡Aquí está el secreto, el gran secreto! En Burdeos un amigo mío lo hacía en líquido de potranca overa... ¡Horror! Otro amigo lo hacía, allá en Viroflay, en líquido de potrillo alazán... ¡Nuevo horror y espantoso horror! ¡Caballo bayo y no hay más! ¡Como éste, como éste! ¡Sirvanse más, mis queridos amigos, que jamás llegarán a atosigarse con estos riquísimos excrementillos a la salsa Perry y a la orina de caballo bayo!

Volvimos a servirnos; yo, por tercera vez; Longotoma por sexta vez; Jabalí Batuco terminó su primer plato. Cuanto a monsieur Edmond Dunkerque, se contentó con probar del guiso con la punta del tenedor.

Luego Desiderio se durmió. Luego yo me eché sobre un sillón y me dormí. Jabalí Batuco encendió un cigarro y se puso a fumar con calma. Monsieur Dunkerque se marchó.

Dormimos una hora y cuarto. Despertamos, nos estiramos y nos sacudimos. Jabalí Batuco nos dijo:

—Buen provecho.

Agradecemos. Luego prosiguió:

—Veamos, ahora, qué efecto ha producido el guiso que hemos ingerido para desatar la labia de ustedes. Desiderio Longotoma, le escuchamos a usted.

Y se sentó en una silla con las piernas abiertas y las manos afirmadas en un sólido bastón que había sacado de ese paragüero que yo había visto al entrar. Llevaba en la cabeza un sombrero hongo echado hacia atrás.

—¡Ea! —volvió a decir—. ¡Le escuchamos a usted!

Entonces Desiderio Longotoma habló:

—He sido un hombre feliz, felicísimo. Hoy por haber gustado de estas delicias culinarias; anoche, por haber ido al teatro y ¡a qué teatro! ¡Un teatro superior al Gran Teatro Musical y al Viejo Teatro del Hablar! Está él un poco lejos pero eso... ¡qué, no importa! Hay que ir por la avenida del Cáliz y caminar y seguir caminando hasta llegar a él. ¡El Teatro del Antílope Negro! ¡Una maravilla de teatro! Y lo que en él se representaba, ¡otra superior maravilla! Una obra de Antenor Lentejuelas, el ahora inmenso, el ahora reinmenso dramaturgo... Allá, pues, llegué; compré mi entrada y me instalé. ¡Qué apretura de gente! Y no era para menos porque aparecía en escena... la obra inmortal intitulada:

“La Cuenta ‘el Pan”.

—Es una obra en 14 actos y un epílogo... ¡Qué maravilla, qué estupenda maravilla! Se abre el telón y aparece una sala, una muy linda sala, parecida a ésta en que ahora nos recibe usted Jabalí Batuco, y por ella se pasea, de arriba abajo, un hombre serio, ceñudo, un hombre hosco. Cada paso que da lo demuestra. El público tiembla y su temblor se

traduce pronto por una formidable, por una nunca oída ovación. ¡Qué maravilla! ¿Y cómo no iba a serlo? El actor que allí pasea es, nada menos, ¡Tezardo Nahuelbuta!

“De pronto suena la campanilla. ¡Qué momento de expectación! Tezardo se detiene. Luego Tezardo avanza hacia una puerta que hay al fondo de la escena. Ahí, mis amigos, se ve, sí, se ve que Tezardo tira un cordón. ¡Y no hay ningún cordón a la vista! El público, abismado, prorrumpe en una nueva ovación.

“-¿Quién es? -interroga.

“Y de abajo, porque ustedes se dan cuenta que Tezardo está en los altos, de abajo responde una voz, una voz indiferente, una voz cualquiera, una voz como la del vecino, una voz...

-Prosiga usted, Longotoma -interrumpió Jabalí Batuco.

-Sí, sí, proseguiré -contestó Longotoma-. Esta voz responde con un tono apacible, con un tono cualquiera, con un tono...

-He dicho que prosiga usted. ¿No me entiende? -volvió a decir algo enfadado Jabalí Batuco.

-Sí, entiendo perfectamente -replicó humildemente Longotoma-. La voz responde: “La cuenta ‘el pan...”.

“Un silencio en la platea, un silencio en los palcos, un silencio en el anfiteatro, un silencio en la galería. Nahuelbuta dice únicamente, más para sí que para el hombre que está abajo: “Qué molestia; otra cuenta...”. Y, señores y amigos, cae el telón.

“Minutos después vuelve a abrirse. La misma escena. El actor se pasea y se pasea y...

-¡Adelante! -vociferó Jabalí Batuco.

Longotoma se apresuró en decir:

-Voy adelante, amigo, allá voy. El grito que se oye desde abajo ya puede llamarse “grito”. Es algo más acentuado y la contestación de Tezardo Nahuelbuta también lo es: “¡La cuenta ‘el pan...!” y “¡Qué molestia; otra cuenta!”. Tienen ambas, advertencia y contestación, un signo de admiración en cada extremo.

“Y cae el telón. El público aplaude con entusiasmo.

“Y así siguen 13 actos. ¿Se dan ustedes clara cuenta? ¡13, sí, 13 actos! Cada vez es más enérgica la demanda que sube por las escaleras; cada vez es más enérgica la respuesta que por ellas baja. El público no cabe en sí pues los signos de admiración van en aumento a la par que se repiten las dos voces. ¡Aumentan y aumentan en intensidad! En el acto 13, el penúltimo, llevan 12 signos de admiración para repetir estas sencillas o fatídicas palabras:

“-...La cuenta ‘el pan...

“-...Qué molestia; otra cuenta...”.

“Y se abre el telón la 14ª vez. ¡Oh, oooh! ¡Es algo en verdad sobrecogedor! Da pavor mirar a ese público anhelante. Porque, ¡ah!, porque... ¿Me permiten ustedes un minuto de descanso?

Jabalí Batuco respondió con tono terminante:

-Descanse usted un minuto y no más.

Sus ojos se dirigieron a una clepsidra que había sobre una viejísima mesa de caoba. Goteó ésta un minuto y dijo nuestro anfitrión:

-¡Adelante!

Desiderio Longotoma prosiguió:

-¡Sobrecogedor, de verdad! Porque Tezardo Nahuelbuta, él, sí, el gran actor, avanza y pregunta dejando que sus sílabas se derrumben por las escaleras:

“-¿Cuánto le debo, mire?”

“Y el otro, el incógnito, el que no ha sido visto, responde únicamente:

“-Siete pesos, caballero...”

“El público prorrumpe en una ovación estrepitosa. Yo, medio loco de entusiasmo, me acoplo a ella y aplaudo desafortunadamente, como nunca había aplaudido y mientras mis manos se golpeaban la una contra la otra, ¡me acordé de usted, Jabalí Batuco, cuando a su vez aplaudía con desafuero ese magnífico y arrebatador salto de Virginia Rapel sobre el chicolito de Praxedes Bagdad...! Sí, mi buen señor, porque -¡ah, aaaah!- yo estaba allí aquella noche cuando usted fue al Teatro, al gran Teatro, con...”

-¡Basta ya, Desiderio Longotoma! -gritó Batuco-. Ya ha hablado usted. Ahora debe usted...”

-Marcharme, mi distinguido y preclaro señor. Mis deseos son que pase usted este día de admirable manera satisfaciendo todos sus deseos por subconscientes que ellos sean. ¡Hasta pronto, Jabalí Batuco! ¡Hasta pronto, Onofre Borneo!

Y Longotoma se marchó.

Apoyado sobre su bastón, con el sombrero hongo echado hacia atrás, Jabalí Batuco me miró largo rato en silencio. Luego me dijo ceñudamente:

-Estamos en el siglo xx. Esto debe usted saberlo.

-Así es -respondí-, lo he sabido.

-Pero lo que usted ignora -prosiguió- es que nuestra vida se desenvuelve exactamente como ella se desenvolvía allá en el siglo xix. Por lo tanto: estamos en el siglo xix. Esto lo ignoraba usted.

Contesté:

-En verdad, esto lo ignoraba yo.

-Porque usted, señor Borneo, no escudriña lo suficiente. Hay que escudriñar y escudriñar sin descanso. Entonces se ve.

Creí bien interrumpirlo:

-Yo creo, Jabalí Batuco, que nosotros vivimos...

-¡Alto ahí! -exclamó-. Usted no puede creer nada, absolutamente nada, por falta de escudriñamiento adecuado.

Me callé. Sólo murmuré:

-Enséñeme usted a escudriñar.

Se echó el sombrero sobre los ojos, golpeó con el bastón, tosió y luego habló con tono que no admitía réplica:

-A pesar de estar en el siglo xx, vivimos con la idea que había en los cerebros del siglo anterior, o sea, en este caso, del siglo xix. Y en el siglo xix, con las ideas del xviii; y en el xviii, con las del xvii; así sucesivamente tanto para atrás como para adelante. Vivimos con un siglo de retraso. Y elaboramos ideas con un siglo de anticipación. Total: ¡no vivimos ni en el siglo anterior ni en el que ha de venir! Total: ¡no vivimos! ¿Me ha entendido usted?

Sin entender gran cosa respondí:

-Perfectamente; le he entendido a usted, Jabalí Batuco.

-Entonces proseguiré. ¡Y clave su atención en mi decir! De este no vivir provienen los descontentos, las neurosis y esos vivientes absurdos que vemos tanto en las masas como en los individuos. Es la causa de las guerras y de las revoluciones. Es la causa de más de alguna locura y de algún suicidio.

“Pero, ¡alto! No le hablaré a usted más de esta especie de desafinamiento entre el siglo que marcan los calendarios seculares y los hombres que lo habitan. Así es que, ¡alto!

–Sí, ¡alto! –repetí.

–Hablemos de otra cosa.

–Sí, hablemos de otra cosa –repetí.

–¿Quiere usted un cigarro puro?

–¡Oh, no, muchas gracias! Prefiero un cigarrillo.

–Fume, entonces, un cigarrillo.

–Muchas gracias.

Volvió a echarse el sombrero sobre la nuca, encendió con gran calma su cigarro y me dijo:

–Hablemos de lo consciente y de lo inconsciente.

–Eso es, hablemos de lo consciente y de lo inconsciente –repetí.

–El caso es que cierto día me hallaba yo en el campo, en el fundo de un amigo mío que usted no conoce, así es que es inútil que lo nombre. Cerca de las casas trabajaban, no sé en qué, un grupo de hombres; trabajaban en algo. Sonó una campana y dejaron de trabajar. Se sentaron por aquí y por allí y se pusieron a tomar algo que no averigüé qué sería. El caso es que se pusieron a untar pedazos de pan en eso que engullían. Apareció un perro, tal vez atraído por el olor a pan remojado. Era un bonito perro, un perro de raza. No sé de quién sería pero apareció y allí quedó mirando los bocados que engullían esos hombres. Uno de ellos lo mostró y preguntó:

“–¿De quién será ese perro?”

“Otro le contestó:

“–¡Qué sé yo!”

“Y sin más, un tercero cogió una piedra y se la lanzó al pobre bicho que huyó gritando pues la piedra le había dado medio a medio del pecho, entre las patas delanteras.

“Los hombres rieron a grandes voces y el perro seguía huyendo y llorando.

“¿Qué me dice usted de esto, Onofre Borneo?”

–¡Qué crueldad! ¡Qué ignominiosa crueldad!

–Ya he dicho –replicó– que usted no escudriña lo suficiente. ¡Hay que escudriñar, amigo, hay que escudriñar! Aquí usted procede como un hijo de vecino cualquiera pues cree que esos hombres son malos, son perversos, bellacos y ruines. ¡Y no es así, señor mío, no es así! Son seres como usted y como yo. ¿Me entiende? ¡Como yo y como usted! Jamás, jamás –¿me oye usted?– jamás han sido... Óigame bien, muy bien: jamás han sido *concretamente* malos ni perversos, ni bellacos, ni ruines.

“Esos hombres han procedido por reflejos. Y la obra de un reflejo es sagrada –¿me oye usted?– ¡sagrada! Porque es una obra natural, tan natural como si usted pone en el aire esa tan bella clepsidra y ella se cae; o como si usted corre la cortina de esa ventana y entra luz; o como si usted...”

“Pero ¡ya me ha entendido, amigo Borneo! Así es que no necesita usted hacerme más preguntas.

–Pero, amigo Jabalí Batuco, si yo no le hago ni le he hecho ninguna pregunta...

–Pero usted las pensaba. Debe usted grabarse bien en su mente que esos hombres han procedido como procede un animal, sin maldad alguna, obedeciendo únicamente a sus instintos que son los que gobiernan esta vida. ¿Me ha entendido usted?

–¡Perfectamente! sí, por cierto; le he entendido cuanto usted ha dicho.

- 100 -Entonces puede usted marcharse si ello le place.
- 110 -Sí, me marcharé. ¡Hasta pronto, Jabali Batuco!
- 120 -Hasta pronto.

212

He ido a la vieja, a la vetusta casa colonial de mi amigo el escritor Eusebio Palena. Me he sentido sobrecogido al traspasar el umbral. El silencio absoluto caía sobre esos muebles de antaño; sobre esas alfombras; sobre los cuadros que, sin moverse, colgaban de las paredes. Y estas paredes se alzaban, mudas, mudas, sin dejar escapar ni un murmullo, hasta el techo que parecía protegerlas... en silencio también.

La época entera de la colonia allí vivía acurrucada. A cada rato me parecía ver aparecer y pasar a un torvo personaje de capa y espada.

100 ¿De capa y espada? ¿Era esto en tiempos de la colonia?

No lo sé. En todo caso era sobrecogedor el ambiente que allí reinaba. Así es que entré y anduve en puntillas. Palena, al ver estos modos míos, me interrogó:

110 -¿Qué te pasa, Onofre? ¿Te duele un pie?

120 -No, nada me duele -le respondí-. Es el ambiente tan, pero tan portentoso, el que me obliga a andar de esta manera.

130 -¡Ea! ¡Basta de necedades! -exclamó.

140 Pude, entonces, andar como todo el mundo y así, andando, nos dirigimos a su gabinete. Tomamos asiento y me dijo:

-He continuado con este cuaderno. (Me alargó un cuaderno grande y lujoso sobre cuya tapa se leía la palabra: ZAMBAFUSA). Tenía sólo dos hojas ocupadas; hoy ya tiene cuatro. Léelo y así podrás ver que aquí se trabaja como se debe trabajar.

Página 1: Zambafusa N° 1; página 2: Zambafusa N° 2. Ambas las conocía yo. Di vueltas una página y me encontré con la Zambafusa N° 3 y, a la página siguiente, con la Zambafusa N° 4. Después... nada.

100 -Puedes leer -me sugirió.

110 Y leí.

Zambafusa N° 3

Pongamos las cosas en su punto y si hasta ahora sus argumentos han querido repetir delante de nosotros, diciendo la verdad y nada más que la verdad, ¿dónde, dónde estaríamos? Habría que interrumpirse por el interés de Mister Gomboll aunque la escena sea la primera en desaparecer: ¡Oh! ¡Treinta y cinco o, acaso, cuarenta años! ¡Oh! ¡Todo cuanto ha existido en el espacio de seis mil y más años! Es lo que convendría al hombre natural en el misterio de este horrible tiempo...

100 Guardemos, pues, silencio.

110 Sí, silencio.

120 Mucho silencio...

130 Que nos hundamos bajo el silencio.

Fue entonces que dijiste que eras una mujer inteligente. Y miraste por la puerta entreabierta: la calle, la gente que pasa, los autos... ¡Ha muerto! ¡Mister Gomboll ha muerto! Guardemos el original bajo llave; demos a la plebe inmunda sólo la copia y, si ello es posible, un vaso de aserrín.

Y guardemos silencio.

Mucho silencio...

Que nos hundamos bajo el silencio.

Que no haya más que silencio junto a nosotros.

Entonces podré suicidarme.

Entonces me suicidé.

Zambafusa N° 4

Me es grato informar a usted que veo un rollo de veinte codos de largo asimismo que grandes torres edificadas. También veo la fiesta de la siega y los primeros frutos de las labores cotidianas. Mas se me responde:

—¿Por qué Capetos, por qué Urracas? ¡Alejáos de las grandes ciudades en las épocas de inventos grandes!

Es en la zona fronteriza de habla antigua, cuando ha cambiado el candidato y han cambiado las religiones de las razas, que he de surgir como un sin igual penacho.

Venecia... ¡Venecia! Ciudad de los Dux; la época cabaleresca; el sentimiento del amor... El objeto de mi reconocimiento tenía la impresión de otra ventaja más, como es fácil imaginar: una, sí, una islita inalterablemente igual hasta llegar a la entrevista final.

Vi, pues, la piedra lunar en el peligro de la noche... ¡Qué descuido de mi parte!

Llegué al teléfono: árboles, árboles y ríos, ríos y ríos...

Entonces conjugué:

Fondo, asiento, profundidad, hondura, esencia, intimidad y... traspatio.

¡¡El alba renació!!

—¡Admirables! ¡Admirables ambas Zambafusas! —exclamé.

—Tal ha sido la opinión general —me contestó.

—Debes, entonces, estar dichoso.

—No.

—¿Por qué? —pregunté sin comprender.

—Ellas no han gustado a Luzmira Loncoche.

Guardamos silencio un largo rato. Al fin me atreví, aunque tímidamente, a preguntarle:

—¿Quién es Luzmira Loncoche?

—¡Oh! ¡¡Oh!! Es, nada menos, que Luzmira Loncoche...

—Comprendo —asentí—, comprendo.

Un nuevo silencio. Por fin habló:

—A ella no le gustaron; ni la N° 3 ni la N° 4. Le leí, en vista de su negativa, las primeras que escribí, las N° 1 y 2, que tú ya conoces. Tampoco le gustaron. ¡Las rechazó! Me dijo con un aire displicente: "Tonterías".

—Mi querido Eusebio, ¡qué golpe ha de haber sido para ti!

Me respondió.

-No; no fue un golpe. Por el contrario, fue algo halagador, algo edificante.

-No entiendo.

-Sí, Onofre, porque ello, esta crítica contraria, me obligó a escribir en otro sentido, a buscar otra manera, a derramar mi inspiración por otros canales y..., y...

-¿Y...?

-Son canales que van al río; es un río que va a la mar.

-¿Podría yo ver algo de esta nueva inspiración?

Sonrió Palena, el bueno de Eusebio Palena, y me dijo indicando el cuaderno de las Zambafusas:

-Ahí mismo puedes verlo. En la última página.

Me precipité al cuaderno y lo abrí en esa última página. Allí, lleno de emoción, leí lo que Palena había escrito. Decía así:

¡Qué linda en la rama
La fruta se ve!
¡Si lanzo una piedra
Tendrá que caer!

No es mío este huerto,
No es mío, lo sé;
Mas yo de esa fruta
Quisiera comer...

213

He pasado, nuevamente, algunos días en La Cantera. Hemos estado, Lorenzo Angol y yo, solos en aquellas vastas, enormes casas que, con la soledad, se agigantaban estirando tentáculos de corredores, de habitaciones, de interminables galpones y bodegas. Con esta soledad se hundían, también, a profundidades nunca vistas, esa Bóveda del guaco y de Bosch; luego se elevaba la Torre a alturas vertiginosas. Nosotros nos dejábamos balancear desde honduras a cumbres, de extremo a extremo de pasadizos sin fin. Luego me iba yo a la Bóveda a charlar un rato; mejor dicho, a oír charlar a Lorenzo. Después dormía hasta que los gritos lejanos, de hombres y de viento, me traían, otra vez, a vivir un día más.

De aquello que habló Lorenzo tengo ahora sólo una imagen más bien revuelta. Me sería imposible ponerlo aquí en su orden. Así es que me confiaré a mi memoria como ella haga aparecer, a su voluntad y no a la mía, esta imagen.

Me dijo Lorenzo:

-Tengo muchas cosas que dilucidar. Ellas se aclaran al ser habladas y, sobre todo, al tratar de darles cierta forma. ¡Oye, Onofre, pasemos a la Bóveda, te lo ruego!

Le respondí de inmediato:

-¡Sí, sí! ¡Pasemos a la Bóveda!

Era ya casi de noche. Entramos y nos acomodamos lo mejor que pudimos. Empezaron las horas a pasar, a pasar, a veces con suma lentitud; a veces con vertiginosa velocidad.

Luego salía yo, sea al pequeño jardín, sea al bosque, sea al huerto. Vi muchos, muchísimos chincolitos. Ellos me hicieron pensar en la linda Praxedes.

Pero vamos a las palabras de Lorenzo según como ellas vengan hasta mí:

Siempre he creído que en otra época voy a poder hacer lo que ahora no soy capaz de hacer. Espero, pues, un milagro. ¡Tiene en mi vida que producirse un milagro! En el fondo creo ser un espíritu religioso.

Mas, para serlo, para que él se realice... ¡he de dominar a la bestia!

Es lo que hago, Onofre. ¡Esta bestia terrible que quiere vivir y abarcarlo todo! Quiere vivir y, una vez que viva, quiere, no lo dudo, quiere devorarme.

Esto es lo que pasa: ¡Perder un mundo! Es la tragedia de todo avance, es lo que causa el pavor indescriptible: ¡tener que decir "adiós" a cuanto nos rodea ¡Adiós, adiós!

Ahora, ¡adelante! Y nada hay a nuestro alrededor; es el desolado desierto en el que no florece ni una yerba...

"La madre terrible" es el llamado imperioso *hacia atrás*. Pero este llamado ofrece, a quien lo oye, una protección paradisíaca.

La Naturaleza vence al Hombre y lo humilla. Esto lo hace a cambio de un sosiego sin problemas.

El Hombre adquiere conciencia de que puede ser vencido. Lo tremendo es que aquello que va a vencerlo es pavoroso.

Napoleón, Julio César, Alejandro... No, no son narcisos ni jamás lo han sido. Admiran en ellos a "otro" personaje que ellos: al "explayador"; al hombre que está más allá de una personalidad de hombre. Admiran la misión que el hombre debe tener superando a la "madre terrible".

Baudelaire se admira *dentro* de la "madre terrible".

Los otros, *fuera*.

Total: me he quedado solo con mi Anam. ¡Oh, supieras tú qué difícil es ello! ¡Consuélate, Onofre, de tener a tu Juan Emar a tu lado! ¡No lo degrades, no lo deprimas nunca! Deberías oír su voz a todo momento; siempre estar alerta a lo que insinúa.

Sí, es verdad. Yo le había hablado a Lorenzo sobre mis rebeldías contra Juan Emar. Le había contado las iras que, de pronto me venían contra él. Sobre todo después de pasar una noche en medio de juergas con Malvilla. ¡Es cierto! Debo oír y estar atento siempre a su voz.

¡Qué! ¿Ello te hace reír? ¿El hecho de que yo coma "sopa de lagartijas" y "pechugas de cucarachas trufadas" y "gelatina de arañas peludas"? ¿Por qué has de reír siempre ante lo que sale un poco de lo común?

No debes reír. Debes tomar esto en serio, en muy serio.

Existe, Onofre, la necesidad *súbita* de recurrir al disparate, como una propia negación, como una negación "impotente" en contra de la literatura. Impotente porque seguirán los hombres con sus poemitas y novelistas, reduciendo la verdad. Y porque yo me halló metido en ella, teniendo que seguir su primer empujón sin poder romper, sin poder esquivar.

Es lo mismo que me ocurre en reuniones de viejas inspiradas: una necesidad de gritarles que escriban mil veces la palabra: "mierda".

¡Comer! No sé qué vaga realidad y justeza presiento entre la comida y una rebelión contra novelitas y viejas inspiradas.

Onofre, las edades no existen; el tiempo no existe. Hay que ver cómo se juntan los hombres a través de las edades.

Me han quedado grabadas unas páginas de Merejkovsky, en su libro *Compañeros eternos*. Allí hace ver, tal vez sin sospecharlo, que Renan y Marco Aurelio están juntos.

¿Sus cuerpos juntos? No. Pero... ¿qué importa?

En nuestro juicio está el error. Damos demasiada importancia a nuestro juicio ilusorio sobre las edades.

Florencio Naltagua me ha dicho:

—La línea recta no existe; todas las líneas son curvas. ¡Rompe las líneas rectas y encontrarás! Porque el tiempo NO camina. No hay línea recta para él. El tiempo es "circular". Es un absurdo pensar que el tiempo sea como una avenida que se aleja, como una avenida que camina...

Creo en la unidad del tiempo.

Pienso en Marco Aurelio y Renán.

Un momento... ¡simultáneo!

Mi reloj marcaba las 10 y 23 minutos y 14 segundos.

Luego marcó las 10 y 23 minutos y 15 segundos.

Todo se movió simultáneamente: la vida de las personas como los hechos. Todo fue un solo momento en el que los extremos, el nacimiento y la muerte, se juntaban.

Luego se abrían en un inmenso abanico en cuya base había que desarrollarlo todo, todo, todo.

Yo sé que vivo en ese segundo largo que ustedes llaman mil años.

¿Me hablabas tú del carácter de los sueños?

¡Oh, el afán de ver lo que se ve durante la vigilia con el aspecto de un sueño!

¿Dónde reside el encanto de las visiones de un sueño?

Creo que, tal vez, en el enfocamiento especial de la vista que en la vigilia, junto con enfocarse sobre una escena, percibe además cuanto la rodea.

En cambio en los sueños desaparece todo lo que no sea objeto de una visión; el encanto de algo no es turbado por las cosas que lo rodean.

Así, pues, cada cosa aparece tal como es en sí y por sí; no aparece afectada por su medio.

Aquí está todo el misterio:

Ver una sola cosa, teniendo en sí *toda* su razón de ser, desde el soplo profundo que la anima hasta su expresión más densa.

Las cosas, pues, en los sueños viven ya que son, no cosas de un total sino cada cual una unidad completa.

¡Nadie —créemelo—, nadie podrá empezar a hacer literatura mientras no le otorgue a todos los hombres de la Tierra un interés infinito!

Sí, es lo que siempre he pensado. Pero no he logrado arrancarles ese infinito. Parece que lo escondieran deliberadamente.

No; sabes muy bien que no lo esconden, ni con deliberación ni sin ella. Ellos ahí están

y... ¡no hay más! El infinito, ese infinito que en ellos queremos ver... ¿no debemos, acaso, crearlo dentro de nosotros mismos?

¡Ve cómo leen! Al principio dan ganas de reír; luego ello indigna.

Leen: Tras de lo que puede hacerles valer, por si acaso se habla de ese libro, por si él está en boga... Cuando algo les gusta es porque remueve sentimientos propios insatisfechos.

Pero nunca leen por el libro en sí; nunca tienen el anhelo de que se remuevan sentimientos ajenos, que sean como los sentimientos de un no-yo o de un cosmos que, al resolverse creando sentimientos, se vivifica y nos vivifica.

Otras esferas empezarían a revelársenos.

¡No! Prefieren quedar dando vueltas a su propio yo inmóvil.

Soñé anoche con Bretaña. Bretaña se acercó a mí y me dijo:

-Vous ne faites qu'un avec la nuit.

Me cuesta fijar como objetivo el otro mundo; decirme que cuanto hago tendrá su verdadero valor a lo largo de mi existencia total. Soy siempre tomado por los resultados momentáneos.

No echo de menos ningún país.

Esta falta de lamentar algo me lleva a lamentarlo todo.

Onofre, óyeme bien: he pensado en la vida entre los Espectros del Pasado. ¡No, no he pensado en esta vida! He vivido en ella. Yvi que cada ser al obrar, al desear, al pensar, crea un mundo que, cuando él lo abandona, sigue su vida propia evolucionando a su modo, tras fines que su creador ignora.

Este mundo sigue una existencia fina, finísima; produce mil efectos incalculables en todos los seres, en todas partes.

Pero un lazo magnético une al ser que lo ha creado con su propia creación.

¡Desgraciado el que vuelve a este mundo y no se contenta con sólo contemplarlo por el recuerdo! Porque se hallará con algo más sutil que lo creado por él y ya no comprenderá su lenguaje.

Es porque tan sólo podrá ver el cuerpo de esa vida, vida que ha seguido su evolución indiferente al momento que la creó.

Ella fue creada y se sirvió del creador como un simple instrumento y nada más.

Verá cascarones sin vida, reflejos lívidos y espectrales de lo que quiere volver a sentir. Pero lo que animó a esos espectros ha huido. Está en otros mundos. De estos mundos siente, sin embargo, reminiscencias desconcertantes que confunde en su mente pues las atribuye al momento pasado, sin sospechar que es el momento evolucionado. Cree, entonces, que su pasado ha sido de ésta o de aquella manera... Son maneras en todo diferentes a lo que fueron de verdad.

Quise, cierta vez, escribir un cuento sobre esto. Óyeme bien, Onofre, te lo pido nuevamente:

X —llamémoslo así—, X volvió a un punto de su pasado por el lazo magnético. Se encuentra, de pronto, entre lívidos espectros. No los reconoce, por cierto, los niega. Pero sigue su viaje. Hasta que llega a la vida que los creó. ¡No la reconoce tampoco como una vida suya! Hoy vive de otro modo; todo aquello le aparece como fantasmal. Espantado ve lo que un pensamiento suyo, que él ya había olvidado, puede crear y sigue creando y creará por la eternidad. Se ve, se comprende como un vulgar instrumento. Comprende la insignificancia de su personalidad al lado de los fines que el mundo entero lleva.

Toda vida es un símbolo.

Descompongamos una vida en todas sus partes, en todo cuanto haya sucedido. Se verá que ella ha descrito, en pequeño, una historia simbólica de la humanidad.

Cuanto pueda ocurrirle a una persona tiene su expresión en lo grande, en las leyes que todo lo gobiernan. Corresponde con precisión matemática a algo semejante en los mundos superiores. Allí como aquí ha nacido por idénticas causas, ha producido idénticos resultados. Cuanto a un hombre ocurre tiene, en cualquier esfera, su correspondiente.

Digánoslo de otro modo: lo ocurrido expresa lo superior como si fuera inteligentemente llevado.

Pienso a veces:

Aquí hay entidades superiores que dan una enseñanza, que algo tratan de explicar.

Toda vida obedece a leyes que la gobiernan. Esto, Onofre, me lo ha dicho y repetido mil veces Florencio Naltagua. Tú sabes cómo él habla; no puedo traducirlo.

Me agregó: toda vida es la expresión de esas leyes.

De aquí deduje yo la existencia de los símbolos. Si lanzo una piedra al espacio, su caída es la expresión simbólica de la fuerza de mi mano y –aquí Naltagua hizo hincapié– de la idea que tuve al lanzarla. Una vida humana es la expresión simbólica de las leyes que le han dado origen. Y me dijo y me repitió:

–Ninguna ley obra al azar. Toda ley se complementa desde los más altos planos hasta los más bajos. Toda ley viene a ser como una sola luz que toma apariencia diferente según el objeto en que cae.

Ya aquí, Onofre, se dirigió directamente a mí:

–Tu vida ha de recorrer, paso por paso, las etapas del universo, repitiendo en tu persona los grandes hechos que, en mayor escala, ya han sucedido. Si alguien se acerca a tí y te dice tal o cual cosa, sus palabras corresponden, justamente, al hecho en la historia de tal o cual pueblo; al hecho de una raza; a la creación del universo. Podrías, pues, hacer sobre la vida de una persona cien, mil interpretaciones diferentes. Ellas corresponderían con justeza matemática, a hechos mayores. Porque esta vida habría descrito simbólicamente esos hechos. Podrías hacer una interpretación histórica, referente a la evolución de los pueblos; podrías hacer una intelectual; podrías hacer otra espiritual. Pues aun en un hombre no evolucionado espiritualmente, si tal de sus actos representa al mundo físico, tales otros representarán, en relación a los primeros, el mundo espiritual.

Quise penetrar más a fondo esta idea. Medité mucho. Luego empecé a vislumbrar una estupenda unidad del todo. La vi con un movimiento circular, con vertiginosos círculos, que llegaban a deshacer todo concepto de separatividad, de personalidad, de suerte, de azar, ¡entiéndeme!, de locura. Vi las inflexibles leyes; vi una sola ley que se lanza y labora. Y luego vi a cada cual creyendo, inconscientemente, que el pedacito de ley que él toca era el significado total del universo.

¿Para qué te hablo de estas cosas?

Debería hablar de ella, de Lumba Corintia. Ahora la siento verdaderamente ausente. Ha seguido su viaje, ha dejado Nueva York, ha atrevasado el país entero, se ha embarcado en San Francisco y, ahora, el Japón y, tal vez, la China.

Mis esperanzas de volverla a ver se han esfumado. Piensa, tan sólo, que las costas de la China, Shanghai, Hong Kong, quedan en las antípodas de San Agustín de Tango, de aquí de La Cantera. No creo que vuelva a verla. ¡Adiós!

Piensa lo que esto significa para mí: el renunciamiento sexual.

¡No habrá más mujeres en mi vida! ¡Adiós a todas, a todas, sin excepción! ¡Adiós a Jenara Linares! He dicho a todas.

Aquí tienes sus palabras:

Lorenzo:

Sigo mi viaje. Hace una semana partí de Nueva York y ahora te escribo desde este puerto, de San Francisco. En tres días más tomo un barco que va a Yokohama. Permaneceré un tiempo en el Japón y, tal vez, siga a dar una vuelta por China.

Luego me da su posible dirección y... se despide. Es decir, Onofre, que ahora... ¡nadie! ¡Se ha terminado todo eso que pudo ser eterno!

Veo una sola finalidad en mi vida: recogerme.

Pero, dime, dime, Onofre, ¿dónde? Necesito un convento, un grande y sosegado convento, con silenciosos corredores y con... Pero divago. Necesito un claustro cualquiera y nada más.

¡No hay conventos laicos!

¡No hay dónde recogerse!

Es la ventaja que tienen los frailes, los que profesan o dicen profesar la religión católica.

¿En el Convento de los Jerónimos?

Naturalmente que ello te hace reír. En él encuentro que hay una trepidación como... como..., en fin, como en París.

¿Recluirme aquí en La Cantera? ¡No, no! ¡Es igual! Ya todos estos muros trepidan de tiempo atrás.

¡No, no!

Ya todo esto está encauzado en otra dirección. Si yo trato de evadirla... ¡Imagínate! Los muros me lo reprocharían a todo momento.

Además La Cantera no es mía, es como si fuera mía, sí, es...

Ante mi extrañeza, Lorenzo me explicó: La Cantera es propiedad, hoy por hoy, del Capitán Angol y de doña Nora de Bizerta y Ofqui, su mujer. Fue, naturalmente, suya pero luego... No podría explicarlo ni Lorenzo, a pesar de sus esfuerzos, tampoco lo pudo. Tiene, por cierto, un derecho aquí, un derecho inamovible, pero justamente por esta inamovilidad del derecho, La Cantera pasa a ser... O diré mejor... No, es mejor que no trate de dar una explicación legal de la cosa. Las casas en que vive, ahí donde nosotros estábamos, la Bóveda, el guaco... En fin, se me comprenderá; todo esto es de él. Pero los campos que lo rodean no son únicamente de él pues son también del Capitán, mejor dicho, han pasado a ser del Capitán desde que... Pero me vuelvo a turbar. En fin, no es ahora La Cantera una propiedad únicamente de Lorenzo, aunque las casas en que vive, donde nosotros estábamos, son... Pero esto creo ya haberlo dicho. Entonces sigamos con las palabras de mi distinguido amigo.

¿Has visto, Onofre, las grandes casas de La Cantera? ¿Has visto las "verdaderas" casas de La Cantera? ¿No las conoces? ¡Vamos, entonces a verlas, vamos! Ahora el Capitán está allá en Curihue! ¡Vamos, vamos!

A ellas fuimos, a ver esas verdaderas, esas inmensas casas. Mientras caminábamos, Lorenzo me decía: "Esto es mío, claro está... Pero, de ese cerco para allá, ya no es mío... Aquí empieza lo comprado por el Capitán... No, no; eso es de un vecino... etc., etc. y etc."

214

Lorenzo me llevó por senderos que acortaban camino. Caminamos un poco por una especie de avenida sombreada por grandes árboles. Luego tomamos un pequeño atajo. Este subía y bajaba, se ensanchaba a veces y luego se angostaba hasta el extremo que teníamos que ir el uno tras del otro.

Llegamos, de pronto, a unos espesos e interminables matorrales tupidos.

—¡Por aquí, por aquí! —me gritó Lorenzo.

Por ahí tuve que pasar dejándome agujerear por las espinas. Pero, en fin, pasé y me encontré ante un enorme charco, un charco que parecía un río.

—¡Por esas piedras, sí, por éstas! —me gritó Lorenzo.

En fin, logramos cruzarlo. Caminamos otro poco y fuimos atacados por una cuadrilla de perros endemoniados. Petrificado me detuve.

—¡No temas! ¡No hacen más que ladrar! —me gritó Lorenzo.

Y cogiendo una varilla del suelo los espantó.

Seguimos.

Tras una pequeñita tapia una vaca nos miró. Dos vacas, tres vacas, cuatro vacas, muchas, infinidad de vacas.

—Camina, Onofre, no te detengas. Esas vacas no hacen nada —me dijo Lorenzo.

Seguimos.

Llegamos, por fin, a una nueva tapia, una grande y soñolienta tapia que ahí estaba sin moverse, quieta.

—No se mueve —le dije.

—¡Cómo! —me respondió—. ¿Querías, acaso, que se pusiera a bailar? ¡Ea! Camina, hombre, y, en aquella vuelta doblaremos.

Llegamos a la vuelta y doblamos. La tapia, gentilmente, se convirtió en reja. La reja, con toda gentileza, abrió, en medio de ella, una puerta.

La puerta estaba cerrada.

—¡Eh! ¡¡Eeeh!! ¿Hay alguien? —gritó Lorenzo.

Casí al instante apareció un hombrecito que abrió la puerta. Nos saludó con toda amabilidad y nos hizo pasar al jardín, a ese inmenso jardín que caracoleaba entre árboles vetustos. Lo cruzamos lentamente mirando la vetustez de esos árboles y las flores que brillaban aquí y allá.

Al fin llegamos. Lorenzo me dijo:

—Aquí tienes las casas, las verdaderas casas de La Cantera.

—Así veo —le respondí.

—Como podrás ver, son más amplias y más lujosas que las mías, es decir, las que yo ocupó; tienen mayor categoría.

—Así veo —le respondí.

Casas, casas, casas... El piso bajo, por lo que me di cuenta, eran bodegas o especies de bodegas. El piso superior contenía los salones y dormitorios. Un galpón, al lado, contenía las cocinas.

Lorenzo me dijo:

—Son más amplias estas casas.

Le respondí:

—Así veo.

Y nadie, nadie, nadie. Andábamos por ellas como dos sonámbulos. Sentí que mi peso disminuía y que, con un esfuerzo cualquiera, podría elevarme por los aires. Me tomé del brazo de Lorenzo para evitar una posible elevación.

—Y siguen para allá, ¿te das cuenta?

—Así lo veo.

—Y para acá también siguen.

—Sí; son enormes. ¿Nadie las ocupa?

—Ahora, nadie. Son del Capitán. Él viene con su mujer una o dos veces al año. Viene por unos cuantos días. Viene, por lo general, acompañado de amigos.

—Así lo veo.

—¿Qué ves?

—No; nada.

Nos introdujimos por anchos pasadizos ornados de ventanales. Luego pasamos a estrechos pasadizos. Veía yo, de cuando en cuando, las habitaciones con sus camas, con confortables camas. Luego vi un salón en la penumbra. Lorenzo abrió una puerta y me dijo:

—Asómate.

Me asomé; miré: un gran patio, ¡un lindo patio!

Voy a tratar de hacer una descripción de él:

Tenía edificios a los costados... Pero esto, según creo, es común a todos los patios. Tenía viejos, viejísimos edificios a los costados. ¿Serían tan viejísimos?

Recordé, súbitamente, esos antiguos castillos que, tanto él como yo, habíamos visitado allá en Europa...

No, no eran tan viejos estos edificios aunque eran "viejos edificios del campo chileno". Sí, éstos lo eran.

Quedé contento con esta frase: "viejos edificios del campo chileno". Estuve a punto de decírsela a Lorenzo pero... No, no le dije nada. Me limité a mirar bien este patio para poder, un día, describirlo y dar, con esta descripción, una nota de franco color local.

Voy a tratar de darla ahora, de darla ya, enseguida, esta nota de franco color local:

Todo un costado del patio tenía grandes arcos que, según su forma total, eran arcos peraltados. Tras ellos se divisaban unas enormes puertas, todas ellas de dos hojas, que ocultaban...

¿Qué ocultarían? No, nada ocultaban pues ya nosotros habíamos pasado por el interior y, en realidad, nada *ocultaban*.

Pero no divaguemos. Tras estas puertas había grandes salones; es todo. Sí, los había a pesar de encontrarse en el piso bajo que, ya dije, era compuesto de puras bodegas. Pero estos arcos peraltados formaban parte del cuerpo principal de las casas.

¡Estos arcos! ¡Oh, ellos me recordaron algo, algo que empezó a balancearse alrededor mío, que se insinuó, que se...! ¿Qué era? Recordé de pronto: era el recuerdo de aquella

tela, de aquella maravillosa tela de Fra Angelico da Fiesole, de aquella tela que se titula *La Anunciación*. En ella hay arcos así que se abren sobre un patio y, en ese patio, hay...

—Como ves, éste es un gran patio —me dijo Lorenzo.

—Así veo —le respondí—. Un gran patio que...

—¿Qué?

—No estaría mal allá en la casa tuya.

—Naturalmente, estaría a la perfección; tanto es así que he pensado construirles un patio semejante a éste. Cuando estuve en ellas con Ladislao Casanueva y Limari, el arquitecto, tú sabes...

—¡Oh! ¡Muchacho de alto valor!

—¡Ya lo creo! ¡De alto valor!

—Él construyó la casa que ahora habita Ascanio Viluco con su señora.

—Y muchas casas más.

—¡De alto valor!

—Sí, sí, ¡de alto valor!

Pero yo estaba en la descripción de este patio. Sigamos, pues, con ella:

Sobre este piso se elevaba el piso alto. Estaba formado por un alto corredor con arcos también, pero arcos de medio punto. Sus pilastras eran más angostas que las del piso bajo.

Arriba estaba el techo. Un techo de tejas, de lindas tejas. Sin duda las tejas adornan enormemente las casas de campo. Las prefiero mil veces a las planchas de zinc que ahora se están usando de más en más.

A ambos lados de estos corredores se extendían los muros. El de abajo, con puertas de diferentes tamaños, algunas de ellas muy grandes pues daban a las bodegas. Sobre el costado izquierdo había un corredor sobresaliente con simples pilares. El sol caía sobre él, caía de lleno sobre él.

De pronto mi atención fue tomada: gozando de las llamas solares y acurrucada en una silla ¡estaba la llavera de Curihue!

¡Oh, qué de recuerdos se agolparon en mi mente! ¡Curihue y ahora La Cantera! En un segundo desfilaron aquellos días pasados en el otro fundo del Capitán Angol. Vi a los amigos, vi a las amigas, vi todo eso que vivió y se agitó. Vi, sobre todo lo que...

Pero no divaguemos.

Al frente de aquel cuerpo principal se eleva una no muy alta tapia o muralla o murallín de unos 2 metros de altura. Hay en ella una puerta, una pequeña puerta, de un solo batiente. Le pregunté a Lorenzo el objeto de aquella puerta. Me respondió:

Es para comunicarse con el otro lado.

El patio entero está pavimentado con gruesos ladrillos. Al centro se abre un pozo o una fuente. Sacan agua de ahí para el riego de muchas plantas en maceteros. Vi algunas de estas plantas por los rincones del patio. Una de ellas me llamó la atención. Se la mostré a Lorenzo.

—¡Ah, sí! —me respondió—. ¡Qué linda! ¿No es verdad? Ese es un ejemplar de perixodáctilo multiforme de hojas labioladas y de flores cuneiformes. ¡Una flor maravillosa!

—Ahora parece que no es el tiempo de esas flores.

—No, no es el tiempo. En un mes más ya empezarán a brotar. El Capitán y su mujer vendrán para entonces.

—Seguramente que vendrán con muchos amigos.

—Seguramente.

-Tú también vendrás.

Meditó un rato. Luego susurró apenas:

-Sí, sí, por cierto, también vendré. Bueno... ¿nos vamos ya, Onofre? Ya se está haciendo algo tarde.

-Sí, vámonos. El camino es algo escabroso, algo abrupto -le recordé.

Me contestó:

-Es mejor que volvamos por las grandes avenidas. Claro está que es algo más largo pero el camino es mejor.

-Sí; entonces volvamos por las grandes avenidas.

-Así te formarás una opinión del conjunto del fundo de La Cantera. Es decir, del antiguo fundo, pues hoy ya se ha dividido en dos hijuelas, la del Capitán y la mía, y tal vez se formará una tercera hijuela que...

-Que...

-Que...

-Que...

-Que...

Y nuestras palabras se iban, se perdían. No, no se perdían. Nuestras palabras quedaban atrás de nuestra marcha cadenciosa por esas grandes avenidas. ¡Sí, sí! Allí quedaban mecidiéndose sobre esas grandes, esas inmensas casas de La Cantera..., es decir, sobre las verdaderas casas de La Cantera.

215

-¿Qué nos pasó ayer, Onofre, qué nos pasó? ¡Dímelo, por favor! No, no logro darme cuenta. Hemos tenido un lapso, sin duda, un lapso.

Tales fueron las palabras que Lorenzo me lanzó apenas me vio. Le contesté:

-Venía yo también a preguntártelo: ¿qué, qué nos pasó ayer?

Guardamos silencio.

Miré a mi alrededor: ¡La Bóveda!

Y la Bóveda empezó, lentamente, a desnudarse:

El guaco... Una foto del tímpano de la catedral de Autun... Van Aken... Los libros, callados, en completo silencio... Tres estampas medievales... Y fotos, muchas fotos de parientes y de amigos... Jateña, sonrío apenas y tiene una guitarra en las manos... *La Adoración de los Magos*, de Stefano da Verona... Ese es Picasso... Aquel otro es Don Quijote que levanta en su diestra una bellota y clama: "Dichosa edad, siglos dichosos...". Lo firma Salvador Dalí... Está bien, muy bien, al lado de Jean Malouel, de ese *Martirio de San Dionisio*... Yesos náufragos que mueren en *La Balsa de la Medusa*; no, no; no parecen morir; ¡saludan! Saludan a esa procesión que se encamina en silencio. *La Procesión de los Reyes Magos*, de ¡Sassetta! Es algo hermosísimo. Descienden con calma, lentamente porque ese camino es como esas transversales de aquí que acortan camino para ir a las verdaderas casas. Aquí hay castillos y hay arcos cercanos; y vuelan pájaros. Ahora no recuerdo haber visto ni un solo pájaro. Aunque, sí, sí... Vi uno, vi varios... Pero, en fin, eso pasó, pasó. Ahora sigamos la marcha de esos reyes: van a la biblioteca, van tras los libros, que ¡ahí están!, de Ouspensky y de Stanislas de Guaita. También van a ver los de Maurice Nicoll. Para ello tendrán

que pasar frente a esa estatua de Baltazar Gavilán, la del Perú. ¡Es linda esa estatua! Y lo que está ahí, al lado de Baltazar Gavilán, claro que es un Rubén de Loa. Aquí en la Bóveda se encuentra plenamente en ambiente. Sobre todo con esa maravillosa cruz románica o bizantina... ¡Me acuerdo muy bien! Me acuerdo de la primera vez que la ví y me quedé en éxtasis mirándola hasta que Lorenzo me advirtió que no era cruz ni románica ni bizantina, que era un pedazo, una punta, un diente, de un viejo arado...

—¿Y esas maderas, Lorenzo, ese cuadro hecho de maderas? —le pregunté pues no lo había visto antes—. ¿Quién lo hizo?

Respondió:

—Lumba Corintia.

Guardamos nuevamente silencio.

Pasó la vieja pregonando su mercadería. Lorenzo me interrogó:

—¿Podré volver a coger mi vida?

Le interrogué a mi vez:

—¿Y yo? ¿Lo podré?

Otro silencio. Me dijo al fin:

—Siempre que no nos miren esas vacas inmóviles.

Le agregué:

—Y no seamos atacados por jaurías de perros.

—Ni pasemos por interminables corredores con habitaciones y más habitaciones que esperan a amigos y a amigas.

—Y siempre que los amigos y amigas no lleguen hasta el silencio de esta Bóveda.

Lorenzo me dijo:

—Onofre, siempre recuerdo la frase de San Agustín: "Si nadie me lo pregunta, lo sé; mas si quiero explicarlo, ya no lo sé". Cuando me encuentro con el Capitán y con sus amigos y amigas, no sé nada, nada de nada. Hasta he llegado a pensar... Pero, ¿lo pensé yo? Era mientras mirábamos aquel patio donde modorreaba la llavera de Curihue. ¿Era yo, verdaderamente yo, el que te indicaba las puertas de las bodegas y te mostraba los ladrillos del pavimento? No lo sé. El caso es que esa persona, la que ocupaba mi Yo, me insinuó:

"¿Qué puede importarte a ti, Lorenzo Angol, esa idea de esa 'madre terrible'; y las visiones en los sueños; y los Espectros del Pasado; y ese recorrido que harás, paso por paso, en lo que ya fue; y esos símbolos que ves en todas partes?

"Lo triste es que le respondí:

"No, nada puede importarme; lo hago para matar el tiempo; la verdadera vida está aquí, en estas verdaderas casas.

"Anoche dormí profundamente, como una piedra.

—Yo, lo mismo: como una piedra. En fin, hoy creo que empiezo a despertar.

Sentí, entonces, que las verdaderas casas se hundían en un abismo espantoso. ¡Con tal que nada le suceda a la buena llavera de Curihue!

Lorenzo se puso a hablar:

He pensado mucho en los movimientos reflejos del cuerpo que provienen de una abstracción del espíritu. Pienso, por ejemplo, en lejanos amigos, en barrios que he conocido, en momentos pasados. Con esta abstracción pierdo las limitaciones de tiempo y espacio. Porque me identifico con mis pensamientos; es decir, vivo.

Viene, entonces, el movimiento reflejo.

Aunque uno no quiera, ha pasado la fuerza del espíritu al cuerpo y éste trata de moverse. Se produce una pequeña, muy pequeña comunión entre ambos. Uno se mueve. Entonces... aparece la imposibilidad, el golpe brusco, lo fatal.

¡Nada que hacer, Onofre, nada!

El esfuerzo estimulante y el esfuerzo deprimente...

¿Cuál de ellos debe hacerse?

Hay que hacer el esfuerzo y no parar mientes en su calidad. No importa que sea estimulante o deprimente. Debe él hacerse si hay tras él un "amor"; un amor que sea como un motor; por oculto que se halle y por doloroso que parezca. No debe hacerse si no hay un amor pues, en este caso, el esfuerzo ha de llevar a la depresión y al odio.

Recuerdo un trabajo que, en una época, se les hacía hacer a los presos: llenar una gran cuba de agua; una vez que estaba llena vaciarla llenando otra cuba; una vez que ésta se llenaba, volver a llenar la primera; así, sin fin...

¡El trabajo inútil! ¡El sacrificio inútil!

Los sacrificios de la guerra...

No vayamos tan lejos; no vayamos a esos sacrificios enormes y totalmente inútiles.

¡Dejemos a los egrêgotes en paz!

Vamos al quehacer diario, a los pequeños quehaceres, digamos, domésticos. Uno de ellos me rindió, el otro día, allá en mi casa, en Fray Tomate: me puse a cambiar y a recambiar las sillas, la disposición de las sillas, en mi gabinete. No sé por qué lo hice. Ello me rindió. ¿Por qué? Porque en este cambio y recambio, no había ninguna búsqueda de estética, ni de comodidad, ni de nada.

¡La "teorética"!

¿Qué era, en realidad?

Así llamábamos a una mentalidad severa, calculadora, metida dentro de una conformación despreocupada y, más bien, alegre. Una mentalidad que, para cualquier acto, por mínimo que fuese, necesitaba, ante su ejecución, todo un andamiaje filosófico que le diera explicación y así lo justificara.

Con cierta agudeza de noctámbulo veía yo cómo obraba el docto de Remigio Natales, el filósofo. Lo encontraba graciosísimo, de parecer de la risa. Fíjate bien, Onofre:

Para beber una copa de vino, para salir a dar unas vueltas de baile, para encender un cigarrillo, para ponerse o quitarse el abrigo... Era en un instante, en un solo instante, que se advertía en un fino, en un finísimo relampaguear de los ojos y en una casi instantánea vacilación del gesto. ¡Nada más!

En ese instante removía toda la historia de su pasado, todas sus creencias, todos sus principios y conclusiones. Todo lo removía y manipulaba en tal forma que, el acto que iba a ejecutar, encajaba perfectamente en el anterior y quedaba, de este modo, con su plena justificación. ¡Más, más aún! Se convertía en una prueba, en una acción lógica resultante de la firmeza de esa construcción filosófica.

¡Qué quieres! A mí me ha dejado siempre este modo de actuar la impresión de una falta de consistencia de estas mentes por el afán de autoprobarte que, cuanto hacen, está bien, "se" permite.

SE..., SE permite...

¿Quién lo permite? ¿Desde dónde se envía este permiso?

No cabe más que una respuesta general:

"Otro y desde fuera".

De aquí me viene esta impresión de inconsistencia a pesar de lo formidable que sean estas "teoréticas" del agudo filósofo que es Remigio Natales.

Tengo ya un tal respeto por la realidad que no puedo soportar lo realista.

¡Eso que se llama "realismo" porque toca a la primera realidad que ven los ojos!

Quiero una literatura que se fije en otras relaciones; que no se fije tanto en la mesa como en lo que se piensa de la mesa. Y... ojalá, en "relación" con aquel señor que va pasando.

Igual entre dos personajes: no tanto lo que "les sucede" como la relación entre ellos, y de ellos con el cosmos, que hace que las cosas sucedan así y no de otro modo.

Es lo que husmeo, vagamente, por cierto. Tal vez es una consecuencia de aquel dibujito que hice aquí en la Bóveda y que tanto gustó a Florencio Naltagua. ¿Lo recuerdas, Onofre?

Tomó un papel y dibujó ese dibujito otra vez más: una raya horizontal que, en su extremo, se bifurcaba en una serie de otras rayas. Sobre la primera escribió: "Nuestra vida"; sobre las otras: "Nuestras vidas..."; y, al lado: "que no vemos".

¿Taumaturgo, yo? ¡Estás loco! ¡Jamás, jamás! Me acuerdo muy bien de aquella noche en Curihue, sí, me acuerdo, con el perro, con Donizetti y con el chino Fa. Unos cuantos pases a Donizetti y el chino salió de su cuerpo y me gritó desde lo alto de un árbol. ¿Y..., y...?

Tú olvidas una cosa, Onofre: ¡la presencia ahí del chino Fa!

¿Qué más quieres que te diga?

Antenor Lentejuelas dice necedades. Me ha dicho que, desde ahora en adelante, él será el "arquitecto" de sus escritos. No está contento con lo que ya ha hecho; son cosas como *Tuga el Tabulador* y como *Pernambuco* y como *Pero hete ahí* y como varias otras cosas que ha escrito. Ahora, ¡no! Ahora, ya te lo he dicho, será... ¡El Arquitecto!

¿Te das cuenta lo que esto significa? Antes de que una casa se construya en realidad, ya tiene que estar construida en la cabeza del arquitecto. Es decir, un poema, un cuento, una novela y demás, antes de ser escritos... En fin, tú me entiendes.

Onofre: ¡esto es la no comunión con los dioses!

Lentejuelas ignora el significado de esa palabra sagrada, de esa que debe ser el Norte de nuestro camino: ¡imprevisto!

Así llamamos nosotros nuestra comunión con los espíritus que nos dictan lo que escribimos.

Lentejuelas quedaría pasmado si me oyera expresarme de esta manera.

¡Él será el "arquitecto"!

El arquitecto...

Y yo..., yo lanzándome a las tinieblas.

Sésamo, ¡ábrete! -tal es mi frase; ella es mi brújula. Estoy siempre a la espera que, al abrirse, me presente algo insospechado.

Por eso lo he dicho y lo he escrito en varias ocasiones:

"Yo no explico nada; sólo presento problemas".

Le dije, de inmediato, que yo, Onofre Borneo, había escrito también algo semejante. Lorenzo me contestó:

Lo sé; lo recuerdo. Te he leído.

Quiere ello decir que somos dos caminantes por senderos que jamás han sido explorados... ¡por nosotros!

¿Te extraña lo que digo? ¿Todos los escritores hacen lo mismo? ¿Crees tú que entran por caminos inexplorados, que por ellos se introducen por la primera vez?

¡Qué ingenuo eres, Onofre!

De cuando en cuando, de tarde en tarde, hay uno, uno solo, que va por un camino inexplorado. Luego cuenta sus andanzas. Los otros, la inmensa mayoría, leen estas andanzas. Y entonces, entonces... ¡copian y copian, los oficinistas!

Tal es la historia del arte de la literatura...

¡No, no! No se trata de una obediencia ciega sin reflexión ni sensibilidad.

Se trata, únicamente, de abrir los oídos. Se trata de ponerse a escuchar. ¡Sí! ¡Habla, mi Lumba Corintia! ¡Hazme entrar por un camino inexplorado.

Ya te lo digo: tengo los oídos alertas a una palabra tuya; quiero cultivar esa fe en la mujer y en su contacto con lo espontáneo y puro.

Pero, naturalmente, hablaremos, discutiremos. Todo lo echaré a la Espina Dorsal. Tú, Lumba Corintia, sabes que tal es el medio que tengo para oír una voz del más allá.

Entonces, lo comentaremos.

Naturaleza... ¡Naturaleza...! ¡¡Naturaleza...!!

Te digo: "Adiós".

No la interpretaré; no haré, con ella, autocánticos; la dejaré en paz, en completa paz. Y trabajaré.

¿Trabajaré?

Es lo que he tratado de hacer. Pero luego tuve que transigir un poco con ella; luego tuve que transigir más con ella. Al fin llegamos a una relativa buena unión.

Ahora podemos convivir como dos buenos amigos. Pero ¡cada uno con su habitación! Porque el sueño es sagrado. Pero podemos ir a almorzar juntos y, juntos, tomar una copa de vino.

¡Oh! ¡A fiestas ya he ido demasiado! ¡No puedo repetir hasta la eternidad la misma cosa! ¡Ya las conozco!

¿Qué pasó con esas fiestas y comilonas del "Cafard"?

Sí, sí, así se llamaba aquello: El Cafard.

Tú debes saber de dónde viene esta denominación. En Francia llaman "*avoir le cafard*", es decir "tener o estar con la cucaracha", el hecho de aburrirse, de hastiarse. Como varios de nosotros estábamos aquí con un tedio indescriptible y añorábamos los rincones lejanos de esa Francia tan querida, nos juntamos y formamos el grupo del "cafard". Comíamos juntos y recordábamos; cenábamos juntos y también recordábamos. Hoy día veo que no lo pasábamos tan mal en aquella época. Pero no se trata de eso. Se trata de la "nivelación bajando". ¡Esa terrible nivelación que baja y baja hasta convertirse en lo que..., en lo que... ¿cómo te explicaría?, en lo que es el tono medio de este país!

Pronto vino al "cafard" otro amigo, el que trajo a otro más; y éste vino con otro y con otro y otro. Luego vinieron mujeres y más mujeres... ¿El local? ¡Empezó a crecer y a agigantarse! Por esta pendiente resbalamos... De pronto, con ojos abismados, nos vimos en un sitio desconocido...

Me lo habían repetido hasta el cansancio:

"Todo, hasta lo más insignificante, obedece a leyes inmutables".

Yo lo sabía; llegué a saberlo; me lo repetía con frecuencia: "Leyes inmutables; leyes inmutables...".

Pero ello no había sido más que una noción intelectual. Lo sabía, lo creía pero no lo sentía realizarse dentro de mí.

Un día revisé mis escritos, tanto los pasados como los presentes; y tuve, entonces, la vaga sensación de comprender esta ley realizándose en algo de mi propia vida.

Verás, Onofre, cómo sucedió la cosa:

Vi que, en otros tiempos, no tenía yo más que dos divisiones en estos escritos que, creo, bien podían reducirse a una sola: una libreta o cuaderno de ideas. La otra era mi diario donde yo anotaba, en breve, lo que hacía cada día.

Ahora esto no bastaba. ¡Tenía cientos, miles de ideas! ¿Un simple cuaderno? No era posible. Tuve dos cuadernos; luego tuve tres; luego... Se multiplicaron hasta lo infinito. ¡Y piensa en las carpetas!

Había un cambio en mí; había un agrandamiento. ¡Yo había, sin duda, crecido!

Este cambio me apareció como hasta entonces siempre me había aparecido: un cambio hecho por *mi propia voluntad*.

Mas de pronto noté que ello no se debía a un simple deseo caprichoso. En esto tan mínimo había yo obedecido, inconscientemente, a un proceso interior matemático, fijo, inexorable. Vi que era yo el reflejo de una ley universal. Sí, una ley..., una ley universal... En mi caso tomaba la forma del cambio en mi manera de compaginar mis escritos.

No había tal cambio. Aquello era una evolución, es decir, que nada en ella se debía al azar. Al principio todo en mis escritos era simple, sencillo. Pedía poco; para expresarlo necesitaba menos.

Así son las cosas al nacer. Son simples. Aún guardan algo del origen. ¿Me entiendes? *Del origen*; de esa unidad-fuente... Tú me has de comprender.

Pero a medida que empiezan a vivir, a bajar hacia la Tierra, viene la complejidad, viene la diferenciación. La unidad primera empieza a subdividirse; cada subdivisión empieza a personalizarse. Cada personalización pide una vida independiente. De este modo habían obrado mis escritos.

¿No hay aquí un reflejo de la ley?

¿No era yo su fiel instrumento?

Toda vida, en un comienzo, es simple. La vida de los seres, la vida de los pueblos; creo que hasta la vida de las cosas. La simplicidad de ellas es porque están en un comienzo.

De pronto me vi habiendo realizado ese círculo fatal. Sentí a otro ser, mil veces más fuerte que yo, dirigiendo el destino de mis obras. Sentí que me obligaba a pasar por la ley impuesta de antemano. Sentí que me obligaba a pagar el tributo impuesto a quien entra en la existencia.

Esta ley me apareció con toda su inexorable grandeza.

Pero, no, no, no fue ella la que me apareció. Fui yo el que me sentí lanzado en medio de ella.

Empecé a verificar, a ver con la velocidad del relámpago, cómo todo cuanto puede existir en este mundo sigue, sin excepción, ese círculo fatal.

Pero existe otra ley, Onofre, ¡otra ley! ¿La llamaré una ley de compensación? Óyeme bien:

"Todo lo que se pierde en un sentido es ganado en otro".

Óyeme bien porque no sé si me explico con claridad, óyeme bien:

De la simplicidad primera, de esa que se perdía a medida que se avanzaba, se iba pasando a la exaltación de la personalidad; ¡se iba pasando a la independencia de ser quien se es y nadie más!

Me sentí en el extremo de un inmenso círculo.

De él —más vaga, más difusa—arrancaba una senda ascendente en la cual se perdía a su vez la conquista anterior. Convertíase ésta en fruto de experiencia e impelía al ser a volver a su origen.

Vi el puro origen de mis ideas sencillas, no personalizadas aún. Las vi como un algo sin vida propia y despuntando a la vida; las vi luego, como hoy las veo, llenas de potencia; las veo enseñoreándose en sí mismas; las veo independizarse, tomar sus cuerpos y sus almas propias.

Y como esto, mi querido Onofre..., ¡los seres, los pueblos y los mundos todos!

Luego esta comprensión se fue esfumando; la perdí.

Pero la sentí entrada hasta mi fondo; la sentí permanecer allí, fuera o no fuera yo consciente de ella.

Ahora me pregunto si no sería ese momento una caída mía al extremo del círculo; o si no sería una advertencia o, acaso, un impulso para empezar a ascender.

Allá en la ciudad conversé una tarde con el doctor Soto. Tú lo conoces: Carlos Soto. Fui a verlo. Leía, por decimo cuarta o decimo quinta vez, a Honoré de Balzac; una obra suya: *Eugenie Grandet*. Conversamos mucho.

Es decir, conversaba él y yo me limitaba a hacer una que otra pregunta. Nuestra conversación voló, voló.

De pronto, Soto la sintetizó con una sola frase:

—Ver el mundo *SIN* pecado.

Naturalmente que es algo curioso: el tiempo nosotros lo sentimos recto, como una línea que se prolonga llevándonos en su punta. Para marcar esta marcha recta usamos aparatos redondos, o sea, algo que se le hace volver en sí mismo.

¡Ay, Onofre! Es lo que me cuesta, es mi duro, mi durísimo trabajo: fijar como objetivo el otro mundo.

¡Ay, tener que decirse que cuanto hago tendrá su valor a lo largo de mi existencia total! ¿Me entiendes? Soy siempre, siempre tomado por los resultados momentáneos.

No, no lo creas; no echo de menos ningún país, absolutamente ninguno.

Esta falta de lamentar algo me lleva a lamentarlo todo.

Tú sabes que yo hago "Diario". Te he leído algunas páginas de él, de un diario antiguo y algo literario. He seguido con él pero en forma mucho más escueta. Anoto lo que hago, todo cuanto hago, y no hago comentario alguno.

Ahí están esos cuadernos, esa cantidad de cuadernos. Pensaba que era un trabajo secundario, casi inútil. Muchas veces, muchas, he resuelto dejarlo, no hacerlo más.

Algo me detenía. ¿Sabes tú qué? Sencillamente que el diario me había sido aconsejado por Florencio Naltagua.

¡Qué raro, qué cosa rarísima!

¿Qué objeto podía tener el hecho de anotar lo que se hace, sobre todo en una vida como la mía? Si yo fuera un formidable andariego, si mi vida tuviera como base las aventuras, si el destino se ensañara conmigo..., lo comprendería.

El objeto era el siguiente:

Ver en cada página de ese diario –y en cada página ver en cada día– la multiplicidad de quien lo escribe. Ver nuestra complejidad, nuestra permanente diferenciación.

Porque, no me negarás tú, nosotros creemos ser *uno*, nada más que uno, entero, completo, desenvolviéndose bajo el compás de esta unidad.

Con Naltagua vimos esos diarios. Mejor dicho, vimos un día cualquiera; luego vimos otro día; luego, otro. En total vimos, tal vez, unos seis o siete días. Ello fue suficiente.

Entonces Naltagua habló de ti, sí, de ti, Onofre. Veo que esto te extraña. Escúchame. ¿No recuerdas cuando dividiste las partes de tus escritos en tres colores? Tenías en ellas el Azul, el Rojo y el Amarillo. Pues bien, Naltagua me dijo que mis diarios podían dividirse, a su vez, en estos tres colores: un diario, digamos, Azul; otro diario, Rojo; un tercer diario, Amarillo. Es decir, ¡tres diarios!

Dijo tres por no decir cinco o siete o más. Yo no entendí, no entendí nada. ¿Cómo, por qué una semejante división? Ellos, todos, habían sido escritos por mí, ¿me entiendes?, por mí, por *uno*, por uno entero y completo, por uno que se desenvuelve bajo un solo compás. ¿Un solo compás? Sí, uno solo, siempre el mismo que sólo se diferencia por las distintas facetas de su desenvolvimiento.

Y, en este compás, bajo él, había tres personajes, ¡tres, por no decir cinco o siete!

Entonces leímos:

Diciembre 14.

Sol. Se van los invitados con empleado enfermo; va a clínica. Veo pasar muchacha estupenda, medio rubia, con vieja. Sigo escribiendo la paz con notas antiguas. Flores en el jardín muy hermosas: granates y rojo fuerte. Paseo por los corredores. Acantes. Hojeo *El Velo del Destino*, de Max Heindel.

Estaba en La Cantera, aquí. Luego leímos otro día, al azar, el que viniera:

Julio 9.

Nublado; luego lloviznando. Mañana: por el centro y rato Ayuntamiento; quehaceres; lata. Almuerzo en restaurante de la Basílica con Desiderio Longotoma. Donde Rosendo Paine: toca en fono melodías napolitanas. ¡Honda impresión! Veo, al salir, a Gervasia Cachapoal: ¡linda! En casa leo *Asesinato de mi Tía*, de Richard Hull.

En fin, Onofre, así varios días más. No voy a fatigarte con mis diarios. Por lo demás todos los días se parecen. Creo que la diferencia entre ellos, sólo yo puedo percibirla.

Leímos. Después me preguntó:

–¿Cuántos personajes han escrito en estos diarios?

Le respondí:

–Uno, nada más que uno: ¡yo!

Naltagua sonrió. Tú sabes cómo sonríe; no se sabe, si en su sonrisa, hay o un acuerdo o una ironía o un reproche. El caso es que sonrió y luego me dijo:

–Recuerda la división que intentó Onofre: Azul-Rojo-Amarillo. Onofre quiso trifurcarse o, mejor dicho, sintió la necesidad de trifurcarse. En tus diarios, Lorenzo, ¿no hay lo

mismo? ¿No hay una polifurcación? Examinemos tranquilamente esos días que hemos leído.

Empezó Naltagua a dividirlos en los diferentes personajes que los habían escrito. ¡Oh, te aseguro que ese “uno, entero y completo” empezó a desaparecer y, al fin, se borró!

En primer lugar había ahí una persona preocupada del tiempo. Acuérdate: “sol; nublado; llovizna; llueve; tiempo revuelto; calor; frío y etc. y etc.”. Esto era en todos, todos los días. Era aquello el diario, mejor dicho, los apuntes de un meteorólogo o algo por el estilo.

En segundo lugar, acuérdate: “Veo pasar muchacha estupenda...; Gervasia Cachapoal; ¡linda!”. Casi no había un solo día en que yo no me refiriera a una mujer. Hablemos claro; ¡un mujeriego!

En tercer lugar: “Empleado a la clínica”. Esto es todo; en casi todos los días también hay anotaciones sobre el estado de salud de la gente que veo. ¡Un estudiante de medicina!

En cuarto lugar: “El Ayuntamiento”. En otros días de San Agustín de Tango está la Intendencia y la Bolsa y los Consulados de las Europas Unidas y ¡qué sé yo! Y en los días de La Cantera está el recuerdo de esas visitas y están los proyectos de más y más visitas.

En quinto lugar: ¡Tus sueños, tus sueños dormidos! Soñaste con esto y con aquello y soñaste, sobre todo, con ella, con esa mujer con que sueñas.

En sexto lugar: El trabajo. Llevas de él una cuenta, yo diría, una contabilidad perfecta pues anotas lo que has escrito, lo que piensas escribir, el número de páginas, los capítulos y demás.

En séptimo lugar: Tus farras, tus juergas descomunales con amigos y con amigas; los prostíbulos de última especie adonde van y los sitios elegantes donde hay que emborracharse con toda mesura.

En octavo lugar: Tu lectura. Toda tu lectura: desde la alta filosofía hasta las novelas policiales pasando por un metódico estudio de las ciencias, sí, recuerda: Bruno Bürgel, *Los Mundos Lejanos*; y recuerda: Louis de Broglie, *La Física Nueva y los Cuantos*; desde las perdidas galaxias hasta los cuantos.

En noveno lugar...

¡No, no voy a seguir con esta numeración de las personas que entraban en la elaboración de mis diarios! Piensa que en ellos está el recuerdo de las pequeñitas de Bernardina y de Serafina. ¿Te acuerdas de ellas? Felizmente Naltagua no vio ese día. Y está Jateña; ¿cómo no iba a estar? Tampoco vio ese día. Y en esos días está... Bueno, está todo lo de este personaje que yo llamo: uno, entero completo.

Me dijo Naltagua que esos diarios –y no lo olvides: escritos por uno, entero, completo– estaban escritos por una enormidad de personajes.

Es decir: ¡la disgregación!

Es decir, que yo, el uno entero y completo, los hacía vivir a todos... ¡en un solo tiempo y a un solo compás!

No hablamos más. ¿Qué podía decirle? Él se puso a hacer unas anotaciones, supongo yo. Hasta que le dije.

–Me marchó, Florencio. Voy a pensar en estos diarios.

–¿Qué vas a pensar? –me interrogó.

–Es decir –le expliqué–, en esta serie de personajes que los escriben.

Me respondió:

–No veo que haya mucho que pensar sobre ello. Sería mejor que hicieras algo.

-¿Qué? -pregunté ansioso.

-Dejar a cada personaje que viva su propia vida.

Es la verdad, Onofre: "que cada personaje viva su propia vida".

Claro está; he hablado con Hilario Quinchao, el revolucionario apasionado y batallador. Lo encontré en el momento que se alejaba del Club Cero. Se alejaba con velocidad de automóvil. Me junté con él y le hablé de la grandeza de mi dios literario. ¿Sabes tú cuál es? ¡Dostoievski!

Exclamó:

-¡Anticuado!

No supe si él o yo. Pero pronto se explicó:

-Dostoievski... ¡Un burgués! ¡Ya no se lee! ¡Es el reflejo de la decadencia burguesa! ¿Por qué? Porque trata de individualidades que..., que no existen, que ya pasaron. Es para..., es para entusiasmar a damitas de la burguesía histórica. ¡No sirve, no sirve para otra cosa! ¿Dónde, dónde hay, en sus obras, un movimiento de masas? La literatura actual... ¡a las masas! ¿Me oyes? ¡A las masas!

Me separé rápidamente de él.

X se aburrió...; Y se aburrió...; Z se aburrió...

El abecedario tiene un fin. Demos la vuelta y empecemos:

A se aburrió...; B se aburrió...; C se aburrió.

Todos, todos se aburrieron. Seres y cosas. El estante, mi mesa, mi sombrero... ¡Todos!

Sonó, en ninguna parte, una canción de cuna. Al oírla:

X se durmió...; Y se durmió...; Z se durmió...

Demos la vuelta:

A se durmió...; B se durmió...; C se durmió...

Luego se solemnizaron. Todos hicieron solemnnes. Óyeme bien, Onofre, óyeme muy bien:

X se solemnizó...; Y se solemnizó...; Z se solemnizó...

Demos la vuelta:

A se solemnizó...; B se solemnizó...; C se solemnizó...

Uno de ellos vistió de militar.

La gente, en un grupo aparte, comentó el total y comentó los detalles del total; lo comentó todo.

Se formó el Comité Cívico. Se formó la Corporación de la Funcional. Se formó la Institución Pro Fomentos. Se formó el Cenáculo de Intelectuales. Se formó todo, ¡todo!

¡Desfilar!

Desfilaron.

Aquello se revistió de inmensa inmensidad. Porque desfilaban.

Desfilaban... Se iban... Se perdían... Atravesaron las nubes y acercaron las estrellas...

Vino la noche...

Una viejita lloró.

Tres años en prisión. ¿Te das cuenta? ¡Tres años!

Ahora es la libertad. Todo cuanto ocurrió en esos tres años se recoge, se junta, se ciñe.

Es un bloc.

Durante mi época de prisión... ¡Oh, escúchame, Onofre, te lo pido! La medianoche se acerca -aunque esto yo ya lo he dicho o lo he escrito en otra parte. Pero ¡ve! En verdad la medianoche se acerca.

¡Mírala, mírala! ¡Allá viene! ¿La ves? Trae a la viejita que por aquí pasa pregonando su mercadería.

¡No, no, no! ¡Vaya una idea! La viejita avanza lentamente. La noche se precipita. Y pasará por aquí, ¡por encima de nosotros, Onofre, por nuestro lado, bajo nuestros pies, por todas partes!

Nosotros, acurrucados, la dejaremos pasar.

Entonces oiremos allá, allá, un grito... ¿Podrá llamarse un grito? Oiremos un "pregón".

¿Hallas fea esta palabra? ¿Por qué? ¡Qué! ¿Ella no ha sido aceptada?

¡Ea! ¡Sigamos!

El pregón crecerá. El pregón atronará. El pregón se irá debilitando poco a poco. El pregón pasará, allá, allá, allá. Apenas se oirá:

—¡Cachaaaarros! ¡Vasiiiijas!

La vieja quiere seguir la marcha de la noche. Es cuestión, mi querido Onofre, de ver si puede alcanzarla.

Tres años de prisión.

Durante la prisión, nada ambicionaba tanto como escaparme, salir, libertarme.

Ya lo he conseguido.

Sí, lo conseguí al traspasar las últimas montañas. Pues tras ellas ¡era la vida, mi sueño, mi ambición suprema!

¿Cómo! ¿Me preguntas qué prisión? ¿Yo no he estado nunca, nunca preso?

Oye, mejor, las palabras de Tadeo Lagarto:

—Todos estamos en una prisión. Todos queremos libertarnos. Para eso el hombre sale a la calle. Una vez en la calle, toma el tren y va... ¡a otra prisión! Porque estamos presos aquí, en nosotros mismos.

No conocemos estos muros que se elevan frente a nosotros. Se elevan más altos que el grito de la vieja, que el pregón de la vieja de los cacharros y vasijas.

Tomé un tren, un tren cualquiera que me diera la ilusión de que ese tren, conmigo dentro, atravesaba, perforaba esos muros.

Los perforó.

Entonces eché de menos mi prisión.

Echo de menos su modorra; echo de menos vivir como vivíamos, sin necesidad de actuar. Dejar que todo, ¡todo!, fuera hecho por otros y no por nosotros.

En la prisión ambicionaba sacrificarme, luchar. Quería una molestia.

Libertarse es como nacer.

¡Luchar, luchar hasta por lo más insignificante! ¡Luchar por labrarse un hueco donde acurrucarse!

Insoportable.

Allá, en la prisión, los guardas lo hacían todo, ¡todo!

Pero, en cambio, se siente el peso de las cadenas que caen.

Esto lo apreció más que todo, ¡que todo!

Estuve en la imprenta de La Nave. Como siempre, mucha gente hablaba; ocupaba su tiempo hablando; apuraban la boca para que ella hablara y hablara hasta caer en su propia...

¡Basta! ¡Atrás!

Tuve que salir, que marcharme, no sé por qué.

- Había llegado optimista. Ahora, ¡no! ¡Vamos! ¡Adelante!
- Caminé y caminé por esas calles y callejuelas que pasaban ensuciadas con luz.
- Pasó un autobús. Iba completo. Me incliné sobre él y me dije:
- Esa gente ni siquiera lo sospecha.
- Entonces me asaltaron todas las ausencias.
- Se mecían sobre mí y yo no las veía.
- ¡Ausentes! ¡Ausentes! ¡Ausentes!
- Y vi, pude ver... –¿cómo no iba a poder verlo?– pude ver con qué seguridad hablaban; así seguirían hablando; siempre, ¡siempre! Y así seguirían hablando y hablaban después de lo que en mí había acontecido, ¡en mí, solo caminando por esas calles sucias de luz!
- Yo creía que aquello era universal.
- Como es universal, debe ser universal, siempre universal, en esta latitud como en la latitud vecina, universal comprarse un fundo y administrarlo como es debido. Desde estas casas, desde esta Bóveda; no desde las grandes y verdaderas casas.
- Así es que les dije con voz sonante:
- El mundo es muy hermoso... (esperé un segundo y repetí)... (esperé un minuto y repetí)... (esperé una hora, dos horas y aún sigo esperando)... ¿Me entiendes?...; ...; ...Continúan hasta lo infinito.
- Nadie, nadie, nadie se agarró a ellos. Los dejaron perderse. Pero me lanzaron rayos con los ojos.
- Gran reunión que se formó sola. Estaba todo el mundo. Creo que esto lo comprenderás debidamente:
- “Todo el mundo” es el mundo que yo conozco. ¡No, no! Conozco demasiada gente y esa gente está fuera del mundo. “Todo el mundo” es el mundo que a mí me interesa.
- ¡Perdón! ¡Tú, Onofre, no estabas! ¡Perdón!
- Pero estaba el mundo todo, todo.
- Tadeo Lagarto permanecía mudo, seguía fastidioso. Al fin profirió:
- Decir que el pensamiento es más veloz que un avión, que es más veloz que una bala, no es decir absolutamente nada.
- Teodosia Huelén rió, rió. ¡Qué bien ríe Teodosia Huelén! Y dijo:
- Decir que Arica está más lejos de San Agustín de Tango que Valparaíso es una verdad absoluta; pero decir que las últimas curvas del universo curvo están más lejos de San Agustín de Tango que Arica, no quiere decir absolutamente nada. ¿No lo piensas así, Saturnino?
- Saturnino, sin mirarla, respondió:
- En Saturno no se piensa.
- A lo que Teodosia, siempre riendo, siempre feliz, agregó:
- Es verdad; en Saturno no se piensa.
- Tadeo Lagarto prosiguió:
- Relacionar, por sus formas esas curvas con las de un melón o de una bola de billar o de un sombrero hongo es no haber relacionado absolutamente nada.
- Se levantó, entonces, pletórico de... ¿De qué sería? En fin, se levantó pletórico Hilario Quinchao y dijo:
- La necesidad de que se haga la Revolución Social es una necesidad inmediata. ¡Inmediata en el tiempo! ¡No puede tardar más! ¡Pronto! ¡¡Pronto!!
- Tadeo Lagarto le corrigió:

-Valparaíso se halla más "pronto" que Arica o que Iquique de San Agustín de Tango. Se llega más pronto a Valparaíso que a Iquique o que a Arica.

Lagarto siguió este razonamiento:

-La Revolución Social...; su necesidad...; ¡pronto! Más pronto que Valparaíso. ¡Curacaví! Está en Curacaví y avanza hacia donde debe avanzar: la capital. Por lo tanto se aleja más y más de Valparaíso. Y más de Iquique y de Arica. Y más de Lima y Bogotá. Y más de Montreal. A pesar de alejarse se va acercando a todas, a todas partes. Porque va envolviendo. Va cubriendo. Va englobando. Mientras más se acerca en un sentido, más se aleja acercándose en el otro sentido. ¡Inevitable! Entonces yo pregunto: "¿Dónde queda Curacaví? ¿Dónde está Curacaví?".

Teodosia aplaudió.

Saturnino ya no estaba allí.

Don Irineo Pidenco abría los ojos.

Don Dámaso Mamiña, como Notario, tomó notas.

Stramuros se contrajo en una melodía.

Javier Licantén soñó.

El doctor Gultro se revolvió.

Plum Pudding se embarcó.

Cirilo Collico salió disparado como un proyectil.

Taita Higuera cayó de hinojos.

Vitelio Doñihue hizo un croquis.

Monsieur Berbiguier salió tras un chonchón.

Don Juan Enrique Arancibia Ocampo se paseó alzando su nariz.

Mardonio Pilmaiquén estudió un cráneo de gorila.

Romualdo Malvilla se sirvió un trago y rió locamente.

Liberio Barón abrió una ventana para aumentar la vista.

Aniceto Pichilemu se robó un billete en el aire.

Por fin, ¡ah, por fin! Hilario Quinchao proclamó:

-No entiendo nada.

Y Pascasio Vallenar repitió:

-Tampoco entiendo nada.

Y una voz que no se vio repitió:

-Yo tampoco nada entiendo.

Entonces creí oportuno explicar y expliqué:

-En el viaje que en aquel vehículo hicimos tardamos más, mucho más, en llegar a la Alameda, allá en Santiago, que en el año de 1830, a pesar de que íbamos a ver la fonda "¡Aquí está Silva!", que en llegar a las fronteras de la Grecia de Pericles. ¿Por qué? Uno dijo porque la Alameda estaba más lejos; otro dijo porque, en el circular eterno de las cosas y de las épocas, Grecia, *ahora*, estaba pasando más cerca de nosotros; un tercero (que a mí me pareció el más acertado) porque para ir a Grecia habíamos tomado el buen camino, es decir, el más corto, y en cambio para ir a la Alameda habíamos dado una vuelta errada, inútil, por ignorancia nuestra.

Pascasio Vallenar dijo:

-Menos se entiende aún.

Y la sesión se levantó pues oímos el timbre que levanta todas las sesiones del mundo.

No me gustan las novelas. He visto el artificio que todas ellas tienen, el artificio que las hace que jamás puedan ser una imagen de la vida.

¿Sabes tú cuál es él? Oye, Onofre:

Una novela tiene un *comienzo* y tiene un *fin*.

Hoy me molesta menos el fin que el comienzo. Dime, ¿con qué derecho voy a mostrar de pronto a un señor o una dama de 40 años como si nunca hubiesen existido antes?

¿Con qué derecho?

La gente... ¡La gente! ¡¡La gente!!

Dice la gente:

"El caballo agacha las orejas cuando se enoja". O bien dice la gente: "La gallina mueve las alas cuando salta". O bien la gente dice: "El perro meneaba la cola cuando...". ¡Eh! ¡Tú me has de comprender! Y comprende también que está mal dicho.

Debe decirse:

"Al caballo *se le* agachan las orejas cuando se enoja; a la gallina *se le* mueven las alas cuando salta; al perro *se le* meneaba la cola cuando...". ¡Eh! ¡Tú me comprendes!

La gente dice:

"Fulano obra de tal manera; Zutano piensa tales cosas; Mengano come demasiado; Perengano...". ¡Eh! ¡Tú me comprendes!

¿No estará mal dicho? ¿No debería aplicarse a la inmensa mayoría de los hombres ese "*se le*", aun en sus más sublimes actos y sus más profundas ideas?

Siento que son bien pocos los humanos que llevan dentro una voluntad suficiente como para que ese "*se le*" sea injusto y sea errado aplicárselos.

Tú dijiste una vez: "Todos los comandos de fuera".

Dijiste ahí una gran verdad.

¡Perdemos contacto!

Escuchaba disertar a don Waldo Caracoles; luego oía las altas opiniones de Estanislao Buin; después oí una conversación entre los doctores Gultro, Evaristo, tú sabes, y Amancio Cunco; luego me habló Cicerón Haití; luego, Gavino Cuncumén; luego, don Ricardo Cortés Mandiola; luego, Ascanio Viluco; luego...

En fin, Onofre, me parecía que el mundo entero no era más que una fuente inagotable de palabras que corrían y corrían. Hasta que, de pronto, me detuve y me puse a pensar: "¿Será bueno o será malo lo dicho por esas personas...?"

Pensé. Llegué a una conclusión: No era ni bueno ni malo; "era", nada más.

¿Te extraña? ¿Por qué?

No sé si ello me extrañaba. No me había fijado en la conversación de las gentes. Ahora Lorenzo me hacía pensar en ellas... En verdad, no conversan, no; creo que sólo meten bulla...

¡Eso es! ¡Meten bulla! Pero debes fijarte como ellos se fijan al meter bulla. No cualquier bulla es meritoria. ¡Oh, no! Tiene que ser la bulla que refleje lo que *está en uso*.

¡Sí, Onofre, sí!

Lo que está en uso es el camino que lleva a Roma.

Recuerdo cuando llegué a una reunión, a otra reunión de mucha gente. Reunión de pretendientes a intelectuales. Así es que llegué a ella con más de mil ideas sobre lo que se iba a tratar.

Mis ideas no eran ni justas ni falsas. Todas ellas obedecían a un común denominador, ya tratado, ya cancelado, ya manoseado... Pero era lo que se iba a tratar.

Este común denominador no era un resumen de las ideas, ni mucho menos...

Era un estado de ánimo que, fatalmente, producía esas ideas.

¡Ya no me interesaba ese estado de ánimo! Él era la expresión de una etapa cancelada por mí de tiempo atrás. Tal vez interesaba a... Bueno, no voy a repetir nombres y más nombres. Sí, les interesaba como las primeras lecciones interesan al universitario que se estrena en las lecciones universitarias.

¡Perdí contacto!

Me retiré; rodeado de miradas interrogativas y maléficas.

Anoté en mis papeles:

"¡Palabras huecas!".

Esta expresión me quedó zumbando en los oídos largo, larguísimo tiempo: "Palabras huecas...; ¡¡Palabras huecas!!". Así. Como un zumbido lejano, muy lejano; luego precipitándose a mis oídos y tronando.

Pasaban estas palabras no tanto por las cosas dichas. Porque ¿qué decían? Eran ellas un cúmulo de ropajes que no tenían ni un cuerpo que vestir.

Entonces partíamos tras el cuerpo. ¡Un cuerpo! ¡Cualquier, sí, cualquier cuerpo! Era horrible sentirse rodeado de estas palabras que anhelaban algo que vestir.

No encontramos nada que vestir. Nada.

Entonces partimos tras el "tono". Y en este tono pusimos y fijamos nuestra atención.

Así nos entendimos. Todos estábamos afinados a un mismo tono. Con este tono pudimos dar una vuelta al mundo entero. A veces éramos recibidos con los brazos abiertos; otras veces éramos repudiados. En este último caso apretábamos el tono y seguíamos la vuelta al mundo.

Y veíamos.

Cada sitio tiene su verdad. Cada sitio vive según una verdad. Y la verdad de un sitio es la falsedad del sitio contiguo. Nos balanceamos, pues, sobre una verdad y abismados veíamos cómo se iba trocando en falsedad a medida que el mundo se deslizaba bajo nuestros pies.

Lo que eran las sabanas aquí era la estepa allá, una inmensa estepa desolada, sin nadie, nadie. Salvo algo que se mueve allá lejos; sí, algo se mueve.

Deslicemos tierra bajo nuestros pies.

Hemos llegado por fin.

-¡Adelante, caballeros! -nos dijo.

Yo, entonces, tomé la palabra y dije:

-Caballero, la verdad que traemos la traemos de muy lejos, más lejos, de la lejanía misma que, estando en ella, toma la forma de una calle que nos da el sustento diario. Aquí la verdad se nos ha elevado más alta que la cordillera andina. Para tocarla habría que perder los pies de esta tierra y así elevarnos en muy arduas abstracciones que no formen parte de nuestra sangre. Es nuestra tragedia, caballero, nuestra espantosa tragedia.

Entonces este caballero de la estepa me posó la pregunta: ¡entiéndeme, Onofre! Este caballero me interrogó:

-¿Por qué tú, Lorenzo Angol, naciste en Chile?

Un torbellino me hizo responder:

-Se lo diré más tarde, caballero.

La interrogación se metió en mí, se mezcló con mi sangre y con ella circuló. Así es que, a momentos regulares, vuelve a resonar:

—¿Por qué tú, Lorenzo Angol, naciste en Chile?

Llevo esta pregunta dentro de mí.

No dudo que seamos varios. ¡Esta es la lucha, la terrible lucha! Que seamos varios...

No, no puede ser así. Creo que hay —¿cómo explicarme?—, que hay muchos mundos, todos ellos diferentes, con finalidades diversas, con origen diverso.

Llegamos de pronto a uno y, naturalmente, no lo reconocemos. Ante esto retrocedemos y volvemos a un mundo conocido. ¡Oh, qué bien se siente uno en un mundo conocido!

¿Uno? ¿Qué he querido decir con semejante expresión? ¿Uno?

Nuestro hábito...

Onofre: ¡nuestra pereza!

Conocer algo nuevo es doloroso. Es marchar a tientas. Es tocar cosas que se escabullen y que presentan formas extrañas.

¡No quiero ver cosas extrañas!

Quiero lo conocido. Lo que sea mil veces conocido por mí. Por cada vez que lo conozco veo los cientos de miles de cosas que se van, se van, se van.

Pero todas ellas obedecen a un *común denominador*.

Esto me basta.

Entonces saludo el camino por donde se pierden esos cientos de miles de cosas que no conozco. Les digo:

—¡Hasta pronto!

Vuelvo al día siguiente.

Vuelvo al día siguiente.

Vuelvo siempre.

¡Qué horrible es una ciudad adonde se llega por primera vez!

¿No lo encuentras tú? Sí, es algo espantoso. Por eso no voy a viajar más, nunca más. Los *chateaux*... ¡No! ¡Se acabaron!

Y una ciudad...

¡Horror! Te lo repito cien veces: ¡Horror, horror, horror...!

Le hice coro diciendo a mi vez: "¡Horror!". Pero allá lejos veía las grandes ciudades tantas veces soñadas por mí. Quedé soñando.

¿Londres? ¿Berlín? ¿Nueva York?

No, mi querido Onofre. ¿Por qué no Buenos Aires? No, te lo digo: ¡no!

En una ciudad quedo fuera. Sólo siento un inmenso egrégor que me rodea y que no me permite la entrada. Es allí, en una ciudad, donde mejor he sentido a los egrégores.

Los siento lejos, muy altos. La ciudad la veo como un efecto. ¡Un efecto, un efectito, que se agita y que se afana cogido por una locura colectiva!

Onofre, habla con don Irineo Pidinco. Él fue llevado, por Tadeo Lagarto, a una reunión de egrégores.

Yo, mientras tanto, me paseaba por una calle desconocida, totalmente desconocida, por la que me había paseado más de mil veces. Y estas veces me murmuraban:

—Aquí es Milán.

Otra vez me murmuró:

-Aquí es Frankfurt.

Otra vez corrigió:

-No, ¡qué Frankfurt! Aquí es Barcelona.

Otra vez explicó:

-Es decir, aquí es Buenos Aires.

Yo trotaba por esa calle que no tenía fin, que se alargaba y se desenvolvía creando casas, casas, casas.

La gente entraba en esas casas. La gente salía de esas casas. Y más presurosa que yo, trotaba, trotaba.

Empujado por este trote entré a la gran recepción del Hotel. Cuatrocientos domésticos, mil garzones y un Maestresala, todos, a una voz que no se oyó, se inclinaron ante mí. Me dijeron:

-Estamos en una ciudad.

Luego agregaron:

-¿Qué podemos servir al señor?

No pude responder pues estaba atragantado con la ciudad entera que en mí palpitaba: Milán, Frankfurt, Barcelona, Buenos Aires... Lima, Viena, Burdeos, Madrid...

Huí a una pequeña ciudad: Temuco. En Temuco me escabullí en un hotel. Cuatrocientos domésticos, mil garzones y un Maestresalas, oyeron la voz que no se oyó y me dijeron:

-El señor va a servirse... (Una espera). ¡El señor va a ser...! (Otra espera). ¡¡El señ...!!

La radio cantaba:

Si mi cuerpo en la tierra

Va a queee...daaar...

Un gordo hablaba con otro gordo; un tercer gordo los escuchaba; los tres gordos hablaban a la vez:

-Le ofrecí 60.000 pesos; pero él quería 75.000.

-Los novillos fueron vendidos en la feria. Yo estuve ahí.

-¿75.000, dijiste? ¡Es mucho! Está bien con 60.000.

El Maestresalas me hizo una reverencia, sonrió y me preguntó:

-¿El señor desea un...?

Los gordos seguía su charla. Yo creía que "charla" era otra cosa. Seguiría esa charla por toda la eternidad. Pensé:

"¿Será por toda la eternidad?"

Los 75.000 pesos son, sin duda, por toda la eternidad. Esta palabra, "eternidad", la usamos muy vagamente.

La ciudad seguía en torno mío; la ciudad se me metía dentro del cuerpo. Entonces caminé. Las calles. ¡Es hermosa una ciudad! Una ciudad promete; una ciudad toma; una ciudad muestra la real, la verdadera vida; al fondo de ella están las múltiples aventuras.

Caminé. Aquel día... no vi el cielo.

Sonó una voz terminante, austera. Dijo:

-¡Rapilermo!

Vi a Vivencia Pucuro: tendida en el andén de la estación.

Sonó la voz terminante y austera. Dijo:

-Si no escapabas pronto ¡estás perdido!

Yo te pregunto, Onofre, adónde podía escapar. ¡Por cierto, a La Cantera! ¡A la Bóveda! Pero vi a La Cantera y a la Bóveda... Ambas eran reducidas, sin horizontes que muestren lo real, es decir, la verdadera vida.

¿Serán reducidas?

¿O seré yo el reducido?

Ese es Van Aken; aquél es el guaco; ese es de Rubén de Loa; ¿Esas dos mujeres? ¡Picasso! La de perfil es de Pollaiuolo; eso es Goya; Daumier; reproducciones de estatuas egipcias; Modigliani; Coubert y, el del lado, Chagall...

¡Jateña!

Esa es Jateña.

Me parece, Onofre, que te he hablado muchas veces de Jateña. No sé si siempre te he dicho la verdad respecto a esta hermanita mía. Ahí está su retrato. Poco antes de morir. Tiene una guitarra entre las manos; guitarra que, naturalmente, nunca tocó en esas manos.

No, no creo haber idealizado su recuerdo. ¿Qué idealización cabría? Pero no divagemos y déjame hacer memoria.

¡Idos, idos, enormes decorados que atiborráis estos muros!

¡Silencio en torno mío!

Quiero hablar sin pronunciar palabra. Quiero hablar en un completo mutismo. Callemos, callemos.

Jateña murió.

Pero callemos, por favor, callemos. Ese zumbido semeja ser el de un abejorro que se mece en el aire que no hay aquí.

Siempre, siempre, zumbará un abejorro cuando pronuncie su nombre. Zumbarán hasta la eternidad... toda la eternidad...

Como zumbaron los 75.000 pesos, aunque habrían bastado menos, unos 60.000, no más. Porque debes fijarte que...

¡Eh! ¡Idos, idos! ¡Arrinconaos con estos monos de mi Bóveda y, entonces, idos!

Quiero hablarte de ella, de Jateña, y hablarte sin que me persiga la obsesión de estos monigotes. Aquél, aquél, es una estampa de la Edad Media; el grupo que sigue... Ve, ¡qué bonito! Ese señor, serio y grave, es mi abuelo paterno; al lado estoy yo cuando niño, estoy con otros colegiales; el otro es...

Es imposible, Onofre, imposible. Estas fotos y estos grabados volverán y volverán siempre. No quieren que se hable de Jateña sin estar todos ellos presentes.

Podríamos hablar fuera, bajo una encina o en un corredor. No. Es aquí, en la Bóveda donde zumba el abejorro que no se ve.

¡Todo cuanto nos rodea está unido a su recuerdo!

Es la continuación de su vida la que muestran estos grabados y estas fotos.

Ella no se ha ido completamente.

Un día se hastió de esta Tierra y se alejó un poco.

¡Es tan duro vivir!

¡Es tan duro llenarse de sabiduría para poder circular!

Siempre me ha hecho reír esta palabra de "sabiduría". Ella se asemeja a los 75.000 del gordo... que, por cierto, pudieron haber sido sólo 60.000, más los novillos que se vendieron en la feria, nos dan la cantidad de...

¡Callemos, Onofre, callemos!

Jateña murió pequeña, pequeñita, a la edad en que los demás niños ya caminan solos, por todos lados, corren, saltan, juegan.

Ella quería correr y saltar y jugar también.

Se tomaba, para ello, del chal que usaba mi madre. No podía correr libremente si no se sentía apoyada en ese chal. Mi madre, entonces, corría con ella. Ambas atravesaban la casa, pasaban de estancia en estancia.

Y corrían.

Mi madre tenía como aliadas unas tjeritas, chiquitas. Las escondía en su mano.

De pronto, sin que Jateña lo viera, cortaba el fleco que le servía de apoyo. Jateña, con el fleco en sus deditos, corría y corría. Reía. De pronto se apercibía que ya el fleco no era un apoyo. Entonces caía.

Lloraba. Clamaba.

Yo veía esta escena.

¿Que le pasará a Jateña?

Preguntaba a mi madre. Me respondía:

—Calla, Lorenzo, calla.

Me iba a mi cama. Allí me tendía. Y soñaba. Soñaba tanto, tanto. El ejército entero desfilaba atronando el aire con su ruido de clarines, cornetas y tambores.

¡Jateña lo comandaba!

Ella era el "coronel". ¡Palabra mágica esta de "coronel"! Su uniforme era todo de oro.

Se alejaba por una calle. Una calle larga, indefinida que iba a todas partes a la vez. El oro de su uniforme titilaba. Yo la aplaudía sin mover las manos.

Estos momentos —del chal de mi madre y de los paseos de este tan aguerrido coronel— son posteriores a su muerte.

Porque Jateña murió.

Murió en una casa que murió junto con ella. Ya no existe esta casa. La he buscado al volver a Viña. No hay casa porque aburrída de albergar gente se fue.

Murió Jateña.

Nosotros, echados por tierra, escuchábamos pegando el oído al entablado. Y oíamos.

Pero ¡no! No era así, Onofre. Nosotros escuchábamos al viejo que habitaba el piso inferior. Este viejo refunfuñaba y gritaba al sermonear a su hijo mayor. Porque, ¡otra vez más!, el hijo mayor había vuelto en estado de ebriedad.

Después siguió la vida.

Después ha seguido la vida.

En la vida estamos aún.

En la vida seguiremos.

216

Una fuerza indomable me empujó.

Apenas llegué de La Cantera a la ciudad de San Agustín de Tango, sentí esta fuerza indomable que me empujaba.

¡Prisa! ¡Prisa!

Me dirigía a la calle Pentateuco. Me dirigía a visitar, a charlar, a quedarme largas horas, largos días, largos años, por todo lo que puede reducirse y conjugarse con esta palabra, con la palabra de "largo"; allá me dirigía a charlar y a visitar por largos, largos, largos... ¡junto a don Irineo Pidinco!

A él lo necesitaba. Y, de seguro, él me necesitaba a mí.

¡Qué el Sol gire en torno de la Tierra!

Es lo que yo necesitaba. Seguramente él lo necesitaba a su vez.

¡Prisa! ¡Prisa!

¡Que se cubra de garbanzos este sol que nos hace girar! ¡Que se cubra este pequeñín astro! ¿Pequeñín? ¡Siempre será mayor que el otro, el que hace de candil para alumbrarnos, el otro no mayor que un melón y que se ha entronizado con el pomposo, múltiple pomposo nombre de "astro-rey"!

Vi, de pronto, a Baldomero Lonquimay. Iba veloz, veloz. Su gran capa lo seguía y galopaba junto a él. Pero, gracias a esta Tierra, huían de la calle Pentateuco.

¡Nos cruzaríamos! ¿Qué hacerle? Pregunto nuevamente: ¿qué hacerle? ¿Cómo evitar tamaño cruzamiento?

Me hice pequeñín, pequeñín, no mayor que un melón, y así pasé bajo su capa sin ser visto.

¡Prisa! ¡Prisa!

Quiero tener noticias de Eufobina Colliguay.

Quiero enterarme de las idas y venidas de Biandina Tarata.

Quiero ser atacado por Guaxas y más Guaxas, quiero ser atacado junto a don Irineo.

A punta de garbanzos sabremos defendernos o... ¡morir!

Quiero, por fin, codearme con duendes, con cumbilecos, con ornitorincos, con lam-palaguas, con escolopendras.

¡Prisa! ¡Prisa!

Por fin he llegado.

A medida que subo me siento decaer. Esta escalera no tiene fin; esta escalera es interminable.

Una tiniebla densa baja por ella. Una tiniebla que me toma del brazo y me hace subir con ella, lenta, lenta, lentamente.

Oigo un piano. ¡Lindos acordes!

La mujer rubia con tules blancos. Ella toca. Sus acordes bajan con la tiniebla y con la voz del doctor Manfredo Angachilla:

-Sí, por cierto; esto puede producir una paronfalocele.

Pero yo he llegado. Me hago anunciar con el timbre que suena y suena locamente.

La dama rubia toca ahora un tul blanco sobre el piano.

El doctor Angachilla diagnostica una oftalmía palpebral.

Y el timbre, bajo la presión de mi dedo, timbrea y timbrea. Y nadie abre. Todos cierran.

Tiemblo.

Porque los acordes del tul se esfuman, se pierden.

Crece la voz del doctor. Cada sílaba que pronuncia toma cuerpo y descende por los peldaños de acuerdo con la tiniebla densa que allí me hace timbrear y timbrear.

El dedo no basta. Ahora es con la mano. Ahora introduzco el brazo entero. Mi brazo husmea, camina a tientas, nada ve. Todo allí en negro, negro, tinto, retinto.

Sigo a mi brazo. Mi brazo sigue a la mano. Mi mano sigue al dedo del corazón.
Mi corazón palpita despiadadamente.

Nada se ve; nada; nada. Grito:

-¡Don Irineo Pidinco!

Nada.

-¡Don Irineo! ¡Por favor! ¡Por piedad!

Oscuridad. Oscuridad como en las noches en los bosques. No. Es una oscuridad mayor pues en los bosques, por la noche, se ven, de cuando en cuando, un pájaro que ha perdido su nido; o un muy pequeño insectillo que medio ebrio vuelve a su casa cantando.

De pronto es la luz.

Todo se recoge y vuelve a su sitio. La dama rubia ha callado; el doctor Angachilla se ha olvidado de la paronfaloccele. O tal vez..., tal vez, digo yo, el doctor estudia ahora un estudio de piano; y..., y, tal vez, digo yo, la dama del tul rubio está atareada, terriblemente atareada, locamente atareada, con un diente que se defiende contra la picadura que ella se obstina en colocarle.

Como sea, ¡hay luz! ¡Todo está en su sitio! ¡Todo recogido!

Yo aquí estoy.

Don Irineo Pidinco allí está.

Allí está sentado, echado en un amplio sillón; envuelto en su bata... ¡llorando!

-¡Llore usted, don Irineo, llore usted! ¡He venido a consolar sus cuitas y pesadumbres! ¡Créame usted que las he compartido un tanto al trepar por su escalera! ¡He oído un piano en un tul y he oído la voz truculenta de don Manfredo! ¡Llore usted, mi grande y bueno don Irineo, llore usted!

Entonces, juntos, ambos lloramos.

Lloramos, lloramos.

Hasta que, harto ya de tanto llanto, le pregunté:

-¿A qué se debe este correr de lágrimas, don Irineo?

-¡Oh, mi señor! -me respondió-. Usted perdonará pero es el caso de que he sido, si puedo explicarme así, he sido atacado por una Guaxa. Tal vez no era un ataque, tal vez... Pero con las Guaxas, usted ha de comprender, dada su inigualable sapienza, con estas Guaxas...; no, no hay medio posible; no, no lo hay.

-Pero usted, don Irineo, debe ya conocer el medio de ahuyentarlas, de exorcizarlas.

Me contempló largo rato. Al fin me explicó:

-Usted lo ha dicho, mi señor don Onofre, usted lo ha dicho. Algo conozco en esta que me atrevería a llamar defensa, si ello no fuese un tanto ajeno a mi modesta persona. Pero..., pero...

Don Irineo soltó nuevamente el llanto. No pude retenerme y con él volví a llorar. Hasta que, harto ya de tanto llanto, le supliqué me diera algunas explicaciones sobre este ataque. Don Irineo me contempló largo rato y, al fin, habló:

-Ya me he tomado la libertad de decírselo a usted, mi señor don Onofre; ¡una Guaxa penetró a esta vivienda mía! Si usted me lo permite, yo la recibí y le ofrecí asiento. ¡Oh, no tema nada, señor mío, porque ella se sentó en otra parte! Esta Guaxa me miró largo rato. Entonces yo la reconocí. ¡Era Julieta Pehuén! Ni más ni menos: Julieta Pehuén. Bajé mi vista y vi, vi..., si ello no es francamente una osadía mía..., vi sus pies, no justamente sus pies, vi su calzado con esos tacones desmesurados. ¡El terror se amparó de mi ser! Me deslicé hasta aquel mueble y, con mucho disimulo, saqué un p'ur-b'u. Usted, con su tan

vasta sabiduría, comprenderá las precauciones que tomé. Lo saqué y lo escondí aquí en este bolsillo; cuando...; ¡ah, mi señor don Onofre!; cuando...

—Cuando... ¿Cuándo qué, don Irineo?

—Cuando ella, si puede llamarse “ella”, me preguntó de qué color veía yo el aire... ¡Oh, mi señor, los resortes que usan estas mujeres —¡si pueden llamarse mujeres!— son inagotables. Porque, ¿de qué color puedo ver el aire? He de confesarle a usted que jamás le he visto color alguno; si a veces lo he visto algo teñido ha sido por las partículas que en él flotaban y nada más. Así es que quedé en suspenso y no contesté nada. Ella entonces me dijo: “El aire es negro, Pidinco, negro”. Y estalló en risa, en una risa que no puedo llamar más que diabólica. Yo, si no es una ofensa, yo, si ello no le hiere a usted, yo, sin poner en duda su extrema sapienza de usted, yo, mi señor, temblaba al unísono con su reír. Y...

—¿Y qué, don Irineo, y qué...?

Me susurró en voz bajísima:

—El aire empezó a tornarse negro.

—¡Horror, horror! Y Julieta, ¿reía siempre?

—Sí, señor mío, Julieta reía siempre y se borraba, se borraba, de mi vista y borraba también el sonido de su risa.

“Así es que pensé o calculé o induje o deduje —usted, mi señor, perdonará si no hallo el verbo que debiera hallar—, eso es, induje o, mejor dicho, deduje que esa Guaxa se alejaba hacia la dama rubia de tules blancos, usted lo sabe por su vastísima sapienza, la vecina del distinguido doctor Angachilla. Sí, hacia ella encaminábase... y yo, don Onofre, aquí quedaba, aquí en medio de la negrura misma, siendo un día esplendoroso como lo es.

—¡Horror, horror, don Irineo!

—Usted lo ha dicho, don Onofre. He de volver a ésa su sapienza sin límites que se ha puesto a la altura de mi dolor.

—En este dolor lo acompaño a usted, don Irineo.

—¡Oh, tantas y tantas, don Onofre!

—De nada, don Irineo.

Exclamó por fin:

—¡El aire negro!

Lo acompañé en su exclamación:

—¡El aire negro!

Luego siguió:

—El aire negro que nada deja ver, nada de nada. A tientas logré llegar a esa ventana y a tientas la abrí. Me asomé y miré: ¡Nada de nada! ¡Negruras por todos lados! Y el Sol... ¡Oh, el Sol que brillaba y brillaba más allá, mi señor, allá donde estos mis míseros ojos no podían penetrar!

Casi desesperado manifesté:

—¡El Sol borrado, escamoteado por una Guaxa!

—Eso es, mi señor, eso es: el Sol también sumido en profunda oscuridad, en negras tinieblas. Y por ellas algo se oía, ¡oh, sí, don Onofre!, algo se percibía, se advertía, se cautaba, se notaba, se percataba... ¡Los verbos, señor mío, la repetición de estos verbos! Usted me perdonará, señor mío, usted me indultará, usted me eximirá, me compurgará, me manumitirá... ¡Oh, esos terribles verbos que se vienen contra mí! Son restos que aquí ha dejado esa Guaxa, esa Julieta Pehuén! No me permite expresarme o manifestarme o

significar o vocalizar o memorar o recordar o... o... ¡Ay, mi señor, es que no puedo, no puedo!

—Cálmese usted, don Irineo. Todo ello irá pasando poco a poco, lentamente.

—Sí, sí, su innegable sapienza... Pero estábamos en que yo me asomé a aquella ventana y sólo vi sombras y más sombras. Alcé mi mano y no la vi; la acerqué a mis ojos y no la vi. Y de pronto, sí, mi señor, de pronto...

—¿Qué ocurrió de pronto?

—De pronto oí; ni más ni menos, mi señor, ¡oí!

—¿Y qué oyó usted, don Irineo?

—Oí unos pasos que por la calle pasaban. Unos pasos que... pasaban por la calle, por la que había sido la tan amable, la tan acogedora calle Pentateuco.

—Un transeúnte, sin duda, un transeúnte.

—¡Oh, no, señor mío! Es decir, sí, era un transeúnte, por cierto. Pero sus pasos eran regulares, acompasados, rítmicos, cadenciosos, uniformes... ¡Otra vez viene esta repetición, esta tremenda repetición a interponerse...!

—¡Ya pasará, ya pasará, don Irineo, se lo he dicho a usted que ya pasará!

—Su sapienza me confunde, mi señor, y en ella confío.

—Tantas gracias, don Irineo.

—De nada, créamelo usted, de nada, don Onofre.

—Hemos quedado en que pasaron esos pasos, ¿no es así?

—Así es, así es. Pasaron frente a mí con la regularidad de un péndulo; crecieron en su intensidad; se debilitaron con esa misma regularidad; se esfumaron.

—Naturalmente usted no supo quién pasaba.

Me miró atónito y luego exclamó:

—¡Oh, mi señor! ¿Cómo iba a ignorarlo? ¡Lo reconocí, sí, lo reconocí! Es un ruido tan peculiar el que producen esos pies al seguir el uno al otro. ¡No, no hay medio de equivocarse, no, no lo hay, mi señor! Por la calle pasaba...

—¿Quién, don Irineo?

—¡El hombre Martín Quilpué!

—Mi desesperación llegó al paroxismo. Me tomé la cabeza entre las manos y dije repetidas veces:

—Primera vez que pasa sin ser visto..., primera vez...

Don Irineo casi lloraba. ¡Haber estado frente al hombre Martín Quilpué y no haber sabido qué o quién lo acompañaba! La cosa era francamente trágica.

—Sí, mi señor, pasó y se perdió. Volvió el silencio en medio de las oscuridad. Yo, a tientas siempre, regresé hacia el interior, eso es, hacia el interior de esta habitación. Cuando...

—Cuando... ¿Qué pasó?

—¡Oh, mi señor don Onofre! ¡La luz fue hecha por segunda vez!

—¡Qué felicidad, don Irineo!

—¡Qué felicidad, don Onofre!

Ahora nuestros rostros se iluminaban. Don Irineo empezó a reír y a reír y, por fin y en confianza, me aseguró:

—La felicidad de que en esa luz estaba usted, don Onofre.

—¡Cuánto se lo agradezco, don Irineo!

—No tiene usted por qué agradecermelo, don Onofre. Ese atroz maleficio había ter-

minado. La Guaxa de Julieta ya nada podía hacer en contra mía ni de nadie. Y pensar, mi señor, pensar que acababa, acababa de pasar horas inolvidables e instructivas en la buenísima compañía del tan distinguido mago de don Tadeo Lagarto.

—¡Qué interesante, don Irineo! Tadeo Lagarto siempre me ha interesado en alto grado. ¡Cuénteme usted esas horas pasadas con él, cuéntemelas!

—Sí, mi señor, si ello no es algo engorroso para usted. Porque dada su gran sapienza...

—¡No, don Irineo! ¡Admiro a Tadeo Lagarto! Así es que hábleme usted de él y de sus andanzas.

—Su sapienza está a la altura de su bondad, don Onofre.

—Entonces, para no desmentirla, soy todo oídos.

—¡Oh, tantas y tantas, don Onofre!

—De nada, de nada, don Irineo.

Se acomodó debidamente en su sillón y carraspeó varias veces. Luego me dijo en voz baja que, poco a poco, fue tomando volumen:

—Me encontré con el distinguido señor Lagarto aquí en esta puerta, en la puerta de esta casa. Sospecho que él tenía la muy grata, para mí, intención de escalar la escalera y venirme a ver. Yo salía en ese momento a dar una vuelta, a estirar las piernas, a digerir caminando el plato de garbanzos que había comido. Él me miró y, sin más, me dijo: “Estamos prestos; así es que vamos”. No me dijo nada más y empezó a tranquear a largos pasos que eran difíciles de seguir. Yo, usted comprenderá, mi señor, interrogaba a esta mente: “¿Adónde iremos, adónde...?”. Al fin osé colocar una pregunta: “¿Adónde vamos, don Tadeo?”. Él, digo yo, parece, que no se percató de esta mi pregunta porque siguió y siguió, cada vez más de prisa. Si usted, don Onofre, no considera que es un..., un atrevimiento de mi parte..., ¿me comprende, mi señor?

—¡No, no! ¡Jamás un atrevimiento tratándose de Tadeo Lagarto y de usted, don Irineo!

—Su amabilidad me sofoca, don Onofre.

—Debe usted decir “su sinceridad”.

—¡Oh, tantas, tantas!

—De nada.

—El caso es que llegamos a la puerta lateral, esa pequeñita puerta que seguramente su sapienza se la ha mostrado, la puerta lateral del Cementerio Apostólico.

—No, no la recuerdo pero me la imagino.

—¡Esa es la palabra, don Onofre! ¡Imaginarla! Por su imaginación me hizo entrar, de modo que, de pronto, me encontré rodeado de tumbas y más tumbas y ¡en silencio! Es decir, él y yo íbamos en silencio. Las tumbas..., naturalmente, no hacían ruido alguno, no lo hacían. Y las personas que pasaban por entre ellas...; ahora estoy pensando y no recuerdo si vimos o no vimos otras personas. El caso es que llegamos a una galería subterránea. Sí, sí, porque bajamos una escalera y nos hallamos en esa galería subterránea. A mí, mi señor, poco me agrada hacer estas fúnebres visitas. Las encuentro, si oso expresarme así, las encuentro fúnebres. Así es que mis pasos se fueron calmando y casi se detuvieron. Pero el distinguido señor Lagarto, sin mirarme, como si adivinara mi pereza por seguirlo, pronunció un: “¡Adelante, Pidincó!” que tuve la necesidad de obedecer, sí, mi señor, la necesidad.

—Lo comprendo perfectamente, don Irineo.

—Esta comprensión suya de usted viene, sin duda, de su extrema sapienza, don Onofre.

—Muchas gracias, don Irineo.

-No hay de qué, don Onofre.

-Sigo escuchándolo a usted con la misma atención.

-¡Oh, tantas y tantas! El caso es, mi señor, que seguimos y seguimos avanzando o retrocediendo, no lo sé a punto fijo, por esas sombrías galerías. Tadeo Lagarto, usted comprenderá, el tan distinguido caballero que así se apoda... Usted me permitirá que así lo llame, sin anticiparle un "señor" o un "don", porque él me lo ha permitido, sí, él me lo ha permitido.

-Apódelo usted como guste, don Irineo, que un apodo que viene de usted no puede estar errado.

-¡Oh, tantas y tantas! Le decía a usted que Tadeo Lagarto avanzaba por esas galerías sin mirar ni a diestra ni a siniestra, como una flecha. Yo, de atrás, lo seguía y atisbaba, de cuando en cuando, esas tumbas convertidas en pequeñín museo de historia, sí, de historia natural o zoología como ahora la llaman. Pero a cada momento oía un: "¡Adelante, Pidinco, adelante!". Así es que nada pude ver, nada. De pronto...

-¡Adelante, amigo, adelante!

-Usted me ha ordenado como Lagarto, mi señor; debo, sí debo obedecer. Le diré a usted que ya no recuerdo bien las veces que bajamos por escaleras, escaleritas y escalerines. Y no, no íbamos hacia el centro de este planeta porque otras tantas veces subíamos y subíamos por otras, sí, otras escaleras y escalerillas. Ya del Cementerio Apostólico nada quedaban. Eran más bien unas llanuras tenebrosas las que se extendían ante nosotros. ¿Habrán sido tan extremadamente tenebrosas? Ahora, en su compañía de usted, don Onofre, lo pongo en duda. Creo que eran llanuras como todas las llanuras que se extienden indiferentes o pensando en cosas muy diferentes y teniendo sobre ellas nuestro estado de ánimo. De pronto, mi señor, de pronto...

-¡Adel...!

-¡Oh, sí, don Onofre, sí y sí! De pronto Lagarto dijo: "¡Ho... ho...!a!". ¿A quién podría decirle "hola"? Miré y vi, sí, mi señor, vi ¡un cocodrilo! Casi caí muerto de espanto, puedo asegurárselo a usted. Pero acto continuo un segundo "¡hola!" me volvió a mis rectos cabales: Lagarto ahora saludaba a una rata de las tapias; y una pantera me saludó a mí; y luego un macaco; y luego un abejorro; y un hipopótamo; y una luciérnaga; y..., en fin, mi señor, no voy, no, de ningún modo, a pretender enumerar a usted la inmensa, la loca cantidad de animales o de bichos que se iban juntando allí y seguían nuestra marcha. Y todos ellos hablaban y reían de buenas ganas. Hasta que llegamos; sí, eso es, llegamos a una especie de anfiteatro o algo que mucho se le parecía. Llegamos en medio de carcajadas. ¡Qué reír, señor mío, qué reír! Tanto se reía que yo también fui tomado por la risa y..., y..., naturalmente, reí.

-Lo comprendo, don Irineo, lo comprendo. Además creo que no había entre esos animales ninguna mala intención. Como tampoco la podía haber entre las aves que de seguro allí había.

-Su sapienza, don Onofre, su sapienza. Porque allí estaban también todas las aves posibles, es decir, todas las que son las verdaderas dueñas de esta Tierra; o del aire de esta Tierra; eso es, mi señor. Como los animales y como los insectos y demás. ¡Los verdaderos dueños! Nosotros los hombres...; usted me comprenderá, señor mío, nosotros... ¡simples intrusos que aquí estamos metidos!

-Ya lo sé, don Irineo. Usted me ha hablado varias veces de esta nuestra calidad de intrusos.

—¡Oh, su recordación, mi señor, me alucina! ¡Ella está a la altura de su dilatada sapienza!

—Tantas gracias, don Irineo.

—De nada, don Onofre.

—Si no es engorroso para usted seguiré adelante, como quería Lagarto que siguiera.

—De ningún modo, don Irineo. Ardo en deseos de saber lo que ocurría en aquel anfiteatro. Siga usted, por favor.

—¡Oh, tantas y tantas, don Onofre!

—De nada, don Irineo.

—Imagínese usted, mi señor, ese anfiteatro, ese enorme, sí, inmenso anfiteatro, con todas, todas sus localidades ocupadas por todos, sí, por todos los habitantes de este planeta. Es decir, no por todos ellos sino por un representante de cada uno de ellos. ¡Sumaban una cantidad fantástica! ¡Yo jamás lo habría creído! Es verdad que mis conocimientos zoológicos son algo raquíticos, usted perdonará, pero..., pero... ¡oh, hay que ver qué fabulosa cantidad de seres pueden juntarse con sólo tomar un representante de cada, de cada, de cada... No sé si decir "género" o bien "orden" o bien "especie". Con esa duda estaba yo en aquel anfiteatro. Para salir de ella, no vi modo mejor que el de informarme con mi vecino, un pangolín que estaba sentado a mi derecha, o con el que estaba a mi izquierda, una víbora que no cesaba de reír a mandíbulas batientes. Al fin me decidí por el búfalo que se hallaba delante. Le toqué un cuerno y osé preguntarle: "¿Están reunidas aquí todas las familias o reinos o tipos que hay en la Tierra?". Me miró con suma gravedad. Luego vaciló unos instantes. Por fin prorrumpió en la más estrepitosa carcajada que mis oídos hayan escuchado. Y se puso a gritar, a gritar... ¡Es lo horrible, mi señor! Porque le diré a usted que gritaba con un júbilo..., en fin... No sé si se me explico pero era un júbilo..., un júbilo...

—Le comprendo a usted perfectamente, don Irineo. Siga, por favor, siga.

—¿Sabe usted qué gritaba este búfalo o bisonte? ¡Oh, mis tan escasos conocimientos zoológicos, señor mío! Gritaba: "¡Aquí hay uno, aquí hay uno!". Créame usted que el anfiteatro entero se dio vueltas hacia mí y me fijó en sus pupilas. Estuve a punto de, sí, a punto de perder el conocimiento si es que puede llamarse conocimiento eso que se alberga en este menguado cerebro.

—Usted se menoscaba, don Irineo. Eso no está bien.

—Si su sapienza lo asegura... ¡Oh, tantas y tantas, mi señor don Onofre!

—De nada, don Irineo.

—Pero, si me permite usted una pregunta que ayudará a poner un poco de luz en éste que veo no es considerado tan menguado, sí, dentro de este cerebro: ¿Se da cuenta usted, señor mío, lo que es tener súbitamente miles de miles de ojos que en usted se clavan? ¡Y qué ojos, qué ojos! Los había grandes, grandes, enormes; los había también pequeñines y no por esto menos penetrantes; los había medianos; los había cubiertos por párpados que hacían temblar; los había a la..., a la ¿intemperie? Mis vocablos se han agotado ahora completamente; por eso voy a usar este calificativo; es a falta de otro, mi señor. Y no le he hablado a usted de los ojos que no se ven y que nos están viendo: los de las hormigas y las cuncunas y ciertas arañas y los gusanos... ¡Oh, era algo de poner los pelos de punta! Piense, ahora, por favor, piense un poco en el contraste que ellos, en su borrada presencia, formaban con la mirada de las aves rapaces que parecía querer perforarme...

—Sí, pienso en ello y lo encuentro verdaderamente atroz, don Irineo.

—Su sapiencia lo ha dicho, don Onofre. Pero allí estaba el tan famoso supermago, el eminente de don Tadeo Lagarto. ¡No puedo, no puedo llamarlo sin sus ubérrimos ultratítulos al referirme a este instante! El señor don Tadeo Lagarto me gritó: “Penetra bien con tu mirada, Pidínco”. Yyo, mi señor, penetré. ¡Qué momento, qué momento!

—¿Qué penetró usted con su mirada, don Irineo?

—¡El aire, don Onofre, el aire! Pero no un aire negro como ese que nos acaba de hacer ver o no ver esa terrible Guaxa. Mi vista penetró por él y, al penetrar, vio, sí, mi señor, vio los millones y millones de peces que hay en ríos, mares y océanos. Allí nadaban todos, todos y... conversaban con animales, aves, reptiles, insectos y demás, si hay aún un demás que agregar. Y eso no era todo, mi señor, no era todo: los moluscos también allí estaban y, como todos, reían y reían. No olvidaré jamás la risa aguda y silbante de un abrojin y las contorsiones de una voluta y la carcajada de un rotífero. Sólo tenían su paralelo en los arrebatos de un tritón y en los que llegaban a parecer estertores de un basilisco. Al ver esto me reí también, otra vez, me reí de todo corazón. Vi en la mirada del conspicuo mago que aprobaba mi reír. Reí, pues, reí como un loco. ¡Imagínese usted, don Onofre...; imagínese...!

Y don Irineo no pudo seguir; de tal manera reía a borbotones. Me contagió a mí. Ambos rodamos por el suelo apretándonos a dos manos el estómago.

—¡Imagínese usted, señor mío...; imagínese... que ahí en... en... el cielo no había ni una... ni una... ni una gota de agua!

Ante esta idea —un cielo lleno de peces y moluscos y sin una sola gota de agua —dijimos en coro:

—¡Ja, ja, ja! ¡¡Ja, ja, ja!! ¡¡¡Ja, ja, ja!!!

De pronto don Irineo se serenó, se levantó del suelo y corrió a la cocina vociferando:

—¡Mis garbanzos! ¡Mis garbanzos!

Corrí tras él. Don Irineo había cogido un gran cucharón y lo zambullía en un tiesto. De este tiesto se elevaba hasta el cielo el aroma de aquellas leguminosas deliciosas. Don Irineo volvía paulatinamente en sí. Me susurró:

—Usted, mi señor, me hará el honor de compartírselos conmigo esta noche. Oso invitarlo pues no creo sea una pretensión mía juzgar la delicadeza de su paladar. Además, sí, eso es, durante nuestra merienda terminaré el relato de mis andanzas con ese tan distinguido supermago; sí, eso es.

Lo dejé en el aderezo de su plato. Volví al saloncito. Miré para todos lados. Luego me asomé al balcón. Pasaba una mujer con un niño. Nada del hombre Martín Quilpué. Pasó un carretón. Luego, un Studebaker. Volvió el silencio. El aire estaba inmóvil y claro. Nada de esas negruras guaxáticas. De la cocina venía el llamado garbancil. Entraba por el olfato. Por los oídos entró una voz:

—Oso, señor mío, asegurar que están listos.

Nos sentamos a la mesa y comimos, comimos, devoramos. El paso de cada garbanzo era un retroceso del anfiteatro de las fieras. Las fieras... ¿Es, acaso, el haliótide una fiera? ¿Y la gacela? Claro está que el águila puede ser considerada como una fiera; pero el ave del paraíso... ¡No, no! Y la curruca... Un tigre y un rinoceronte, ¡por cierto! Como aquel tiburón que, seguramente, don Irineo ha visto al lado de una merluza... ¡Y los zancudos! Y los murciélagos... Dudosos. Son horribles. Yo, al menos...

—¿Son de su agrado estos garbanzos, mi señor don Onofre?

—¡Por cierto, don Irineo! Me había ausentado y vagaba...

—¡Oh, señor mío, oh! No habrá sido usted arrebatado por los acordes de esa Guaxa que, a menudo, toca el piano aquí cerca. Se envuelve en tules blancos y su música le trae un diagnóstico de los clientes del distinguido doctor Angachilla.

—No, don Irineo, estaba en aquel anfiteatro que Lagarto le hizo visitar a usted. Pensaba en los murciélagos. No me imagino a un murciélago riendo a carcajadas. Dígame usted, don Irineo, ¿por qué reían tanto todos esos bichos?

—Mi señor, no es para atreverme a ofender a usted, pero ellos reían de nosotros los hombres, de nosotros los intrusos. Reían del esfuerzo que estamos obligados a hacer para poder entendernos con ellos. No sé, don Onofre, si me explico debidamente. Su gran sapiencia va, sin duda, a encontrar muchos reparos en mi manera de expresarme. Pero reían de las divisiones, sí, eso es, de estas divisiones en que los hemos dividido... No sé, mi señor...

—Sí, sí, comprendo, es decir, voy comprendiendo. ¡Adelante, don Irineo, adelante!

—Tantas y tantas, don Onofre. Un gato, un vulgar gato, decía, entre risa y risa, que, para el hombre, era un hermano, o un primo hermano, del león y del jaguar y del lince y demás porque se les parecía y porque comían otros animaluchos... Usted, su alta sapiencia de usted, mi señor, no será chocada por esta afirmación gateril. Sobre todo si hubiera usted oído a los demás expresarse en forma semejante: una barbada le decía a un delfín: "¡Me llaman hermano tuyo, ¡ja, ja, ja!, oh delfín!". Y éste se desternillaba de la risa. Y un armadillo se decía para sí entre ahogamientos hilarantes: "Yo, yo, yo... parece que nada tengo que ver contigo, según opinan esos hombres". Y se dirigía a una almeja. ¡Y el pulpo, mi señor, el pulpo! ¡Qué ataque de hilaridad! Abrazado con sus tentáculos a una avestruz..., ¡oh, don Onofre, creí yo que había llegado su último momento! ¡Y las pulguillas! ¡Reían también con cada salto que daban! Era una risa aguda, agudísima, que contrastaba con la risa monótona y grave del pulpo... ¿Monótona, grave? No lo sé, mi señor; como tampoco sé si he tildado debidamente el reír de las pulguillas con esa palabra agudísima... No lo sé, señor mío. La costumbre, comprende usted, de aplicar los adjetivos que aquí usamos... Podría decir que el pulpo reía con acordes agudísimos; que las pulguillas, con acordes monótonos y graves. Aunque, usted perdonará, don Onofre, aquello no era ni grave ni agudo, no, no lo era. Era sólo un inmenso sonido de hilaridad. Sí, eso era, mi buen señor, eso era. A pesar de mofarse de nosotros los hombres, me contagiaba a mí, a este diminuto personaje que soy.

Lo interrumpí inmediatamente:

—¿Usted un diminuto personaje? ¿Se ha vuelto loco? ¡Usted es un considerable personaje! ¡Ya lo creo, sí, ya lo creo!

Me respondió al punto:

—¡Oh, su amabilidad vuelve a sofocarme, señor mío! Tantas y tantas. Permítame que engulla unos pocos garbanzos más que ellos me rehabilitarán de seguro.

—Yo también engulliré algunos más. Y siga usted, se lo ruego, con lo que me percataba en medio de ese sonido hilarante.

—A ello voy, mi señor, a ello voy. Los animales... Sí, mi señor, tendré que llamarlos así porque no me viene otro nombre genérico que abarque tanto a cuatripatis —si usted permite— como a las aves, peces, moluscos, insectos y sin nosotros, eso es, sin nosotros. Es, acaso, pobreza de nuestro idioma, como lo hizo ver en el taller del distinguido pintor señor Rubén de Loa, el joven y tan vivo señor Viluco, don Macario. El distinguido profesor de

castellano y geografía, señor Mamerto Masatierra... ¡Oh, oh, perdone usted, don Onofre, esta escapada mía a otro asunto; perdóneme, sí, perdóneme!

-Perdonado por cierto, don Irineo.

-Tantas y tantas, don Onofre.

-De nada, don Irineo, y siga usted con su narración.

-A ella voy, mi señor, a ella voy. Ahí estábamos todos en la más desenfadada hilaridad al ver cómo los hombres han clasificado lo que han encontrado al llegar a esta Tierra; ahí estábamos todos menos el distinguido señor don Tadeo Lagarto. Es decir, mi señor, claro que allí estaba como todos pero no reía, no. Don Tadeo... ¡Oh, usted me perdonará o, mejor dicho, él me perdonará por osar llamarlo así pero me es imposible, completamente imposible, no anteponer a su apodo ese "señor" y ese "don" que él tanto, tanto merece.

-Así es, don Irineo, apódelo como a usted le plazca. Tadeo Lagarto se complacerá en ello.

-Lo haré entonces anteponiéndole esas partículas a las que tanto se acredita. Le decía a usted, don Onofre, que allí estábamos riendo a mandíbulas batientes, riendo todos, los elefantes, los osos, los canguros, las medusas, los calamares, los ciervos, los cimpiés, las avutardas, los búhos, las tortugas, las tritones, los basiliscos, las iguanas, las sanguijuelas, las jirafas, los cachalotes, los congrios, las langostas, los moscones, los chinches, los camellos, las angulas, las jaivas, las focas, los narvales, las cigüeñas, las orcas, los orangutanes, las cucarachas, las lapas, los veretilos, los perros, los paguros, las palometas, las sardinas, los armiños, las albacoras, las grullas, los alcatraces, los..., las..., ¡oh, mi señor, me vuelve la risa con sólo tratar de enumerar esa cantidad de seres! Y lo curioso es que allí no había ni un lampalaguas, ni un cumbileco, ni un ornitorinco, ni una buena pespa, ni una escolopendra. Usted comprende, mi señor, que éstos son seres más astrales que terrestres. Aumentó, pues, mi risa que voy ahora, con su permiso de usted, a repetir: ¡ja, ja, ja!

Ambos lanzamos nuestras carcajadas pero no hasta caer. Pronto nos serenamos y don Irineo prosiguió:

-Sí, señor mío, allí estábamos cuando...

El hombre abrió desmesurados ojos.

-Cuando... ¿qué, don Irineo?

-Cuando apareció una flor.

-¡Osorno! -exclamé lleno de estupor.

-Sí, mi señor, una flor, una tunquinela encarnada.

-¡Calbuco!

-Usted lo ha dicho, don Onofre: ¡osorno, calbuco! ¿Cómo llegó allí? ¿O, acaso, estaba ya y yo no la había percibido? ¡Una flor! ¡Una hermosa tunquinela encarnada! Y ella, señor mío, se balanceaba de aquí para allá, de allá para acá. Puedo asegurarle a usted que no soplaban ni una gota de viento, ni una pizca de viento en aquel anfiteatro. Pero ella se balanceaba y se balanceaba; luego se detenía; luego empezaba de nuevo su balanceo.

"Me corrí entre aquellos seres y llegué hasta ponerme cerca del señor mago don... usted, o él mejor, perdonará..., don Tadeo Lagarto -no puedo llamarlo de otro modo- y, sin más, osé posarle una pregunta sobre esa tunquinela. Me contestó únicamente: "¡Calla, Pidínco, calla! ¡Ya te lo explicaré a su hora debida!". Me callé, pues, mi señor y, nuevamente, me entregué a esas carcajadas que no podía detener. Fue un inmenso coro de risas hasta que una voz me dijo en tono imperativo: "¡Vamos!".

"Era el señor Lagarto quien me hablaba. Me levanté y salí, salí añorando ese buen reír.

Pero el mago volvió a dirigirse a mí adivinando mi añoranza. Me dijo: "Ya te infundiré el conocimiento que te falta aún, Pidinco; ya sabrás lo que anhelas saber. Ahora, ¡adelante!".

"Así fue, mi señor, como terminó aquella inolvidable e hilarante visita a ese anfiteatro. ¡Oh, créamelo usted, señor mío, que pasarán muchas cosas antes de que yo me olvide de esas..., de esas... ¿Encuentra usted, don Onofre, que está mal que las apode "nutritivas carcajadas"?

—De ningún modo, don Irineo.

—Su amabilidad me confunde, don Onofre.

—No es amabilidad, don Irineo, porque hay carcajadas que son francamente nutritivas.

—Su sapienza lo ha dicho, don Onofre. Nos retiramos. Caminamos. Todo se repitió: escaleras, escalerillas, escalinatas; el Cementerio Apostólico; la calle Pentateuco; la puerta de esta casa; y un seco, un severo: "Adiós". Ahora estoy en espera de que este tan supremo mago me ha de hallar en cualquier parte y me explique lo que, de seguro, tiene que explicarme aún.

Sonó la campanilla.

Don Irineo se precipitó a la puerta. La abrió:

¡Tadeo Lagarto!

217

PIDINCO: ¡Oh, mi señor don Tadeo Lagarto! ¡Cuánto, cuánto honor tenerlo a usted por aquí!

LAGARTO: Prometí infundirte el conocimiento necesario ante lo que presenciaste en aquel llamado anfiteatro. Aquí estoy para que ese conocimiento se infunda en ti.

PIDINCO: ¡Oh, tantas y tantas, mi señor! No puedo, no puedo llamar a usted sin anteponer ese "señor" y ese "don" que tengo ya la costumbre de anteponer. ¿Permite usted...?

LAGARTO: Apódame como mi apodo llegue a tu garganta. Veo que Onofre Borneo te hace compañía. ¡Salud, ilustre barón! No piense usted en alejarse de esta mansión. Le hará y le dará reconfortación oír aquello que tengo que infundir a Pidinco.

YO: Con todo gusto me quedaré pues ansío tener pormenores de esa visita que ustedes han hecho.

LAGARTO: Entonces, ¡asiento! Y... ¡alerta los oídos! ¿Me has escuchado, Pidinco?

PIDINCO: ¡Oh, sí, mi señor don Tadeo! Le he escuchado a usted y, créame, que no soy más que una fogata, si no es osadía llamarme así, eso es, una fogata ardiendo de deseos de saber y saber siempre más.

LAGARTO: Entonces, ¡silencio! Contestarás, Pidinco, tan sólo mis preguntas. ¿Conoces tú algún cuento de hadas?

PIDINCO: ¡Oh, mi señor, sí, sí! Conozco, desde luego...

LAGARTO: ¡Silencio! Basta un "sí" o un "no". ¿Me has oído?

PIDINCO: Sí.

LAGARTO: Los cuentos de hadas son la suprema verdad. No son cuentos. Ellos son un resumen *real* de lo que existe un paso más allá. ¿Me has entendido, Pidinco?

PIDINCO: Sí.

LAGARTO: Tú, sin duda, tomaste aquello como una ficción. No. Hemos estado en la

realidad absoluta, es decir, en la realidad invisible. Has estado en medio de uno de los que aquí se llaman "cuentos de hadas". Has estado en medio del reír de los animales. También en medio del reír de las aves, insectos, peces, moluscos. Has reído desafortunadamente. No era para menos. Porque ellos reían de los hombres, de los que tú llamas intrusos en este globo. Era una risa justa. ¿Por qué? Porque los hombres necesitan poner el punto de semejanza y el punto de diferencia. ¡A eso se dedican! ¡Nada más que a eso! Entonces encuentran muy diferentes a un hurón de un escorpión. Ya a una ostra de un hipopótamo. ¡Error! ¡No hay tal diferencia! Como tampoco hay semejanza entre un dogo y un lobo. O un zorro. ¡No la hay! ¿No es ello para reír, Pidinco?

PIDINCO: Sí.

LAGARTO: Los hombres no se fijan que "diferencia-semejanza" reflejan una condición de ellos. Nada más que de ellos. Eso no existe en la naturaleza. ¿No te extraña cuanto te digo, Pidinco?

PIDINCO: No.

LAGARTO: Pero hay algo que te inquieta. Eres la fogata. ¿Lo niegas?

PIDINCO: No.

LAGARTO: Entonces, ¡habla, interroga, Pidinco!

PIDINCO: ¡Oh, tantas y tantas! Quisiera saber un punto que no he dilucidado debidamente. Es verdad que he reído a carcajadas con aquellos seres, con todos ellos. Pero, puedo asegurárselo a usted, mi señor don Tadeo Lagarto, que es la primera vez que en mi vida he visto reír, sí, eso es, reír a esos que consideramos como mudos para este acto, para esta expresión de alegría.

LAGARTO: ¡Error tuyo, Pidinco! Los vivientes que pueblan esta Tierra siempre... ¿me oyes?... siempre han hablado y han reído si el tema tocado portaba a risa. Sólo que lo hacen en otro plano. ¡Otro plano! Hay que ir a este plano. Hay que saber y poder ir a este otro plano. Yo te he llevado. Recuerda el Cementerio Apostólico. Es de este plano. Recuerda las galerías subterráneas, su comienzo. Este plano. ¿Y luego? Recuerda aquellas escalas, aquellas escaleras, escalerillas y escalinatas. Ya pasabas al otro plano. Las llanuras. Esas llanuras no las volverás a ver, Pidinco. Si vas al Apostólico verás un cementerio cualquiera. A su alrededor, San Agustín de Tango. Las llanuras podrás buscarlas en vano. Sin embargo, allí están. No es difícil entender esto que te digo. ¿Verdad, que no lo es?

PIDINCO: No.

LAGARTO: Fuiste ante mí, Pidinco, allá en ese anfiteatro, trémulo de miedo al ver una flor. Quisiste informarte sobre ella. ¿Lo recuerdas?

PIDINCO: Sí.

LAGARTO: Era esa flor una tunquinela encarnada. ¿Lo recuerdas?

PIDINCO: Oh, sí.

LAGARTO: No viste ninguna otra flor; ni un alhelí, ni una violeta, ni un geranio, ni una reseda, ni una tuberosa; no, no viste más.

PIDINCO: Oh, no.

LAGARTO: Y ello te extrañó. Te lo explicaré, Pidinco. Óyeme bien: las flores caminan en el otro plano. O bien camina el mundo bajo ellas. Las flores, en el otro plano, hablan y ríen y, a veces, lloran. Pero no conocen el hastío; lo ignoran. Como no lo conoce ningún ser del reino animal. Igual cosa puedo decirte de todos los árboles. Igual, de las yerbas. También de las frutas puedo decirte lo mismo. ¡De todo! ¿Me has oído?

PIDINCO: Sí, sí. Le he oído a ust...

LAGARTO: ¡Alto! Basta un "sí" o un "no". Al ver tu estupor te ordené que partiéramos. Temía que, de pronto, tu risa cesara. Temía verte, solo y desorbitado, bajar a este plano. Desaparecían, entonces, esos cientos y cientos de representantes del reino animal. Y todo ello por una tunquinela encarnada. Tu pregunta fue el grito de alarma. "¡Vamos!" —te dije entonces. No era posible que allí quedaras. Y partimos. Era menester que salieras de allí con el recuerdo de esas carcajadas locas. Ellas confirmarían tu noble teoría de los "intrusos". Era menester de que tuvieras una prueba de que todo, ¿me oyes?, de que todo habla y, sobre todo, ríe. Pues la naturaleza es bella. Y merecen que la mofa caiga sobre ellos, los hombres que catalogan. Y los que enseñan estos catalogamientos. También los que los aprenden. Pero no trates, Pidinco, de volver a verlo nuevamente. Lo buscarías en vano. Recuerda lo que te dije sobre las llanuras. No las volverás a ver. Porque todo lo que has visto sucede en otro plano, ¡en otro plano! ¿Me oyes? Puedes ir al Cementerio Apostólico y bajar a las galerías. ¡Nada! De ellas no saldrás. ¿Me oyes, Pidinco, me oyes?

PIDINCO: Sí.

LAGARTO: Y usted, Onofre Borneo, ¿me ha oído hasta el fondo lo que he tratado de explicar?

YO: Sí, Tadeo Lagarto, le he oído a usted a fondo y quedo admirado de su potencia para desprenderse tan fácilmente de este plano y poder dirigirse a otros mayores, a esos planos donde moran, según tengo entendido, los espíritus grupos.

LAGARTO: O los egrégoros. A este ciudadano (indicó a don Irineo Pidinco) había que hacerle entender. Aquello lo vio en forma de risa. Ahora baja, baja, Pidinco. Verás el último, último extremo de ese espíritu grupo, de esos egrégoros: verás un buey que tira una carreta enyuntado a otro buey, verás un caballo que han ensillado o que come apaciblemente, verás un cordero y un perro y un gato y ¡qué sé yo! Verás, por los cielos, cruzar mil aves y por doquier verás insectos. Verás peces en las aguas y verás moluscos. Verás lo que se ve a diario. Lo verás seguir su vida hasta la eternidad. ¿Me has escuchado debidamente?

PIDINCO: Sí, sí.

LAGARTO: Ahora, gracias a nuestra visita al anfiteatro, oirás tronar la vida egrégorica de esos seres que forman el llamado reino animal. Gracias a esa tunquinela oirás el tronar lejísimo de aquellos que forman el reino vegetal. Habla ahora a tu antojo. Basta del "sí" y del "no".

PIDINCO: ¡Oh, tantas y tantas, mi señor don Tadeo Lagarto! Créame usted que podrán pasar muchas cosas antes de que yo olvide este reír en el cual tuve el honor de participar. Pero a pesar de tanta risa siento una verdadera pena ahora, sí, mis señores, la siento ahora pues antes vivía en mí el recuerdo de esas carcajadas. Algo nubló este grandioso recuerdo con la aparición de esa malvada Guaxa, esa Julieta Pehuén, que ennegreció el aire que ahora vuelvo a respirar a pulmones llenos.

LAGARTO: ¡Cuidado con las Guaxas, Pidinco! Porque esa Julieta Pehuén es una de ellas. Como lo son todas las rameras que existen en este mundo, todas. Por lo tanto... ¡cuidado al frecuentar ese café o taberna o tasca o bailable que llaman el San Lito! ¡Cuidado, Pidinco! Allí, en él, hay un semillero de Guaxas.

PIDINCO: ¡Oh, mi señor don Tadeo, no lo frecuento jamás, jamás! El distinguido señor Borneo puede servirme de testigo, ¿no es así, mi señor don Onofre?

YO: Así es. Don Irineo Pidinco lleva, en ese sentido, una vida ejemplar.

LAGARTO: Te felicito, Pidinco. Julieta Pehuén es una Guaxa; Miroslava Lipingue es otra

Guaxa; Clementina Rengo es otra Guaxa; Biandina Tarata también lo es. En fin, ¡todas ellas lo son!

PIDINCO: ¿Es posible, mi señor? ¡Ah, por eso yo me mantenía siempre alejado de esos infectos lupanares!

LAGARTO: Oye bien, Pidinco: toda ramera es un símbolo de lo infinito. Sí, ¡de lo infinito! Pero de lo infinito... ¡negativo! Es decir: -1, -2, -3, -4... y así puedes seguir y seguir, ¿me oyes?, seguir toda tu existencia y, una vez fenecido, los números seguirán, con el signo "menos", ante ellos, hasta lo infinito. Igual que los números positivos: 1, 2, 3, 4 y los demás. Son dos líneas: una positiva; la otra negativa. Suben y bajan. Van hacia los extremos. O hasta el extremo único del infinito. Allí se juntan. Sí, se juntan... ¿dónde? Se juntan..., ¿qué es este extremo?

Quedamos ambos en suspenso, interrogando con los ojos. Al fin me atreví a hablar.

YO: ¿Dónde se juntan, Tadeo? ¿Qué es ese extremo?

LAGARTO: Es lo que busco. Es mi vida. Es mi dilema. Es mi desvelo. Es mi ofuscación.

Un largo silencio durante el cual nuestras mentes revolotearon junto a ese extremo que se nos esquivaba siempre.

LAGARTO: Pidinco, no te asomes jamás al infinito. No uses los números, sean ellos positivos o negativos, como una baranda o un antepecho para dirigir tus rayos visuales, o tus rayos pensantes, a ese extremo adonde llevan los números. Ya te lo digo: que sean ellos positivos o que sean negativos; pues por ellos..., por ellos se deslizan...

PIDINCO: ¿Quiénes, mi señor, quiénes?

LAGARTO: ¡Las Guaxas! ¡Y te cogerán sin remisión!

PIDINCO: ¡Qué horror, señor mío, qué horror! ¡Puedo prometer a usted que no lo haré jamás!

LAGARTO: Para ir al infinito hay que fortificarse. Hay que fortificarse enormemente. ¿Oyes? Como se ha fortificado Teodosia Huelén. Teodosia ya vuela por un comienzo de infinito. Si no se hubiese fortificado... ¡hoy sería otra Guaxa más! Pero ella ha derrotado todo con su candor. El candor le ha abierto las puertas de los planetas, de los astros, de las lejanas galaxias. Ella va más allá de esos números de que te he hablado: 1, 2, 3, 4 y así hasta la pulverización; -1, -2, -3, -4 y así también hasta la pulverización. Abajo quedan estas locuras numeriles.

PIDINCO: ¡Se me turba la mente, mi señor! ¡Me infunde usted un verdadero pavor!

LAGARTO: Te lo repito: abajo quedan estas locuras numeriles; en ellas se revuelcan las Guaxas, se revuelcan atisbando donde atacar. Se revuelcan... in-cons-cien-te-men-te.

PIDINCO: ¡Señor mío, don Tadeo! ¡Va a producirme usted un desmayo! ¡Voy a perder la razón con este malhadado tema de las Guaxas y rameras!

LAGARTO: ¡Temple, Pidinco, temple! ¡Dureza! ¡Arrojo! De pronto estarás a salvo y verás en putas y mozcarras que, por sobre esos instintos guaxáticos, prima la inconsciencia que acabo de mencionar. Como..., como prima en los habitantes del reino animal la carcajada que lanzan sobre los hombres. Ellas, una buscona o prostituta, son inconscientes. Ellas lo son individualmente. Ellas ríen, beben, gustan del chiste, de los bellos trajes, del hermoso calzado, del peinado exótico. Ellas lo son aquí abajo. Los egrégos de estas bagasas cuen-

tan los números negativos y así los contará quien por ellas es atrapado. ¡Podría llevarte, Pidinco, a ver esos egrégos! ¿Lo quieres?

PIDINCO: ¡Oh, no, mi señor! No quiero ir más, nunca más a ver esos cúmulos vivientes; no quiero ver a sus representantes, aunque sean inconscientes, pululando aquí en esta Tierra...

LAGARTO: Bien. No iremos. Pero... ¡ten presente que es una nefasta cabalgata desenfrenada por los números negativos!

Un silencio. De pronto oímos lejos, muy lejos, un compás musical. Se acentuó. Fue un franco, un nítido crescendo, golpeado, rítmico y, en el fondo, melodioso. Tadeo Lagarto, con su diestra, seguía este compás; don Irineo, dichoso, decía moviendo la cabeza: "¡Qué lindo, qué lindo!"; yo entoné al unísono esa música que se filtraba en nuestro saloncito.

PIDINCO: ¡El coro de los martillos!

LAGARTO: *Trovador*, de Giuseppe Verdi.

YO: ¿Quiénes tocan y cantan ese coro?

PIDINCO: Tal vez es la dama de los tules blancos, aquí, aquí; es decir, ¡una Guaxa, señores míos!

LAGARTO: ¡No! Es aquello la música que brota de los egrégos de aquellos que cortan y cortan bosques para... arreglarlos aun mejor. Verdi la oyó. Verdi la puso en música. Verdi dio un martillo a cada cantante o cortante. ¡Oíd! Y... ¡ved!

Vimos a través del muro. Un bosque lejano. En él, una serie de hombres. Trabajaban. ¿Trabajaban? Cayó un enorme ombú. Cayó luego un eucalipto. Cayó una tuya. Cayeron unos peumos, unos tras otros. Cayó una jubea. Cayó un cedro. Cayó un roble. Luego cayeron varios álamos... y pinos... y sauces. Un bosque desaparecía. La luz solar llegaba a tierra sin tener nada que recalentar. Nosotros quedamos abismados largo rato viendo caer aquellos árboles y siguiendo el compás del coro de los martillos con nuestros pies mientras teníamos que hacer un esfuerzo para retener más de una lágrima que quería escaparse.

PIDINCO: Ellos, esos hombres, señores míos, nada oyen, nada. Cortan y cortan y no se percatan de esa música que los envuelve.

LAGARTO: Ellos, para no oírla, se cubren los oídos con vino tinto.

218

Salí de casa de don Irineo Pidinco. Salí solo pues nuestro amigo Tadeo Lagarto había desaparecido, no sé bien si dentro o fuera de la casa. Caminé por la noche. En la esquina del Muelle de la Sotana y de la calle Santa Gloria me encontré con Jabalí Batuco que, a grandes pasos, se encaminaba hacia su casa. Llevaba dos bastones iguales de palo de guindo. Con uno bastoneaba y el otro colgaba de su brazo izquierdo.

—Dos bastones —me dijo—. Es lo que se requiere. Así, cuando el bastón que bastonea se ha cansado de bastonear lo cuelgo de mi brazo para darle el merecido descanso y tomo el otro que, ya en reposo durante un buen tiempo, bastonea que es un contento.

Le respondí:

—Buena idea. Desgraciadamente yo no uso bastón pero tendré muy presente esta idea de usted si alguna vez se me ocurre ir por las calles bastoneando. ¿Regresa usted a su casa?

—Sí —me contestó—, regreso para reposar en cama las energías perdidas en un día como el de hoy. ¡Fatigoso y, sobre todo, tonto, estúpido día! Si no es porque he estado en compañía de Desiderio Longotoma, creo que me habría suicidado al verificar la tan horrenda estulticie de mis semejantes.

—¿Dónde han estado ustedes? —le inquirí de inmediato.

Me respondió:

—En el estadio, en el gran estadio. Allí hemos presenciado un “magnífico” partido de fútbol. Ambos no cabíamos en nosotros al ver tanta estupidez en medio de las aclamaciones de un público que añoraba su pasado.

—No le entiendo a usted, Jabalí —le dije.

—Entonces bastarán dos palabras para explicarlo. Longotoma y yo considerábamos a esos jugadores como una expresión clara y nítida de un retroceso de la humanidad hacia una época en la cual el hombre no es hombre todavía. Longotoma reía y se frotaba las manos y pateaba al verificarlo. Yo era un volcán casi en franca erupción. El público se deleitaba en medio de un entusiasmo que rayaba en la locura.

“Pues veamos qué es el fútbol, veamos sus reglas, sus principios, esas bases inamovibles que todos, todos acatan y a ellas se aferran. El fútbol, amigo Borneo, se juega con los pies y con la cabeza. Las manos... ¡prohibidas! ¿Se da usted cuenta, amigo mío? ¡Las manos!

“En la escuela nos han enseñado que aquel momento en que el hombre se incorporó y pudo disponer de sus manos para otras labores que no fueran las de movilizarse de un sitio a otro sitio, que ese momento debería ser festejado en el mundo entero como un aniversario mayor que un 14 de julio, que un 24 de diciembre.

“Entonces la plebe hace lo contrario: ¡pies y cabeza y total prohibición de las manos! Y aquel que no las ha usado, aquel que ha sabido borrarlas durante todo el juego... ¡oh!, ése es un héroe que sale llevado en andas por los hombres de esas épocas que tan bien les ha hecho revivir el fútbol.

—Es verdad, Jabalí Batuco; no había pensado en ello.

—Piénselo, amigo. Ojalá lo piense usted como Longotoma, es decir, riendo y frotándose las manos. No como yo pues ello me descompone entero. Pensar —¡oh, Dios mío!—, pensar tan sólo en el hecho que allí se realiza, en una enorme cancha rodeada de una multitud enloquecida; ver hombres sin manos que corren y se afanan corriendo tras una pelota que ellos mismos han lanzado... ¡Es la locura, amigo! Por eso, por el hecho de tocar a la locura, este juego, el fútbol, ha tenido una aceptación mundial.

“Salimos luego de aquel estadio. Salimos a reponernos un tanto, a comer algo. Pasamos al restaurán de la Basílica. Longotoma pidió dos huevos a la copa; yo, una ensalada de dihueños. ¡Y nada más! ¡Allá el maestresala y sus reverencias! ¡Allá los camareros! Le dije a Longotoma: “Desiderio, sepa usted que la comida se hace para el paladar y nada más que para el paladar, es decir, para cosquillar la lengua; jamás, jamás para el mantenimiento de la vida”. Me respondió: “¡Es verdad, Jabalí!” y sin más engulló otros dos huevos a la copa y yo engullí otra ensalada de dihueños. Después nos separamos. Ahora sigó viaje. ¡A la cama! Antes de entregarme en brazos de Morfeo evocaré una ópera italiana. Entonces el reposo será perfecto. ¡Adiós, amigo Borneo!

—¡Adiós, Jabalí Batuco!

Cambió de bastones y se alejó a grandes pasos por la sombra. Yo quedé solo junto a un farol, sin saber qué hacer. De pronto una idea me cruzó la mente, una idea avasalladora. La puse en práctica de inmediato. A pasos apresurados me dirigí a ver a ese Romualdo Malvilla, a sumirme en música, en copas, en compañeros medio ebrios y en... ¡Guaxas!

219

¡El San Lito!

Unas palabras me sacaron de los animales y bichos que tronaban en carcajadas; de los cuentos de hadas; del otro plano que Lagarto visita; de las tunquinelas encarnadas; de ocultos y pensantes y mil veces pensantes egrégos; del coro de los martillos con pinos, cedros, álamos, peumos y demás que caen; de la marcha bastoneada de Jabalí Batuco por las sombras nocturnas; de su indignación al ver a la plebe desafortunada ante los hombres sin manos y con pies y con patas, ¡eso es!, con patas... ¡Oh, las patas que triunfen al son del coro de los martillos y que ríen hasta la demencia los bichos terráqueos todos, todos! ¡Sí, riamos, riamos...! Pero yo hablaba de unas palabras que borraron todo aquello; unas palabras que me tomaron a mí como un jugueteillo cualquiera, como un mísero globito, y me hicieron volar por ese ámbito de las Guaxas. Unas palabras. ¿De quién? ¡Oh, eran tuyas, tuyas, inolvidable Romualdo Malvilla! Levantaste tu copa y gritaste:

—¡Por el novelón y los buquecitos!

Y Clementina Rengo se echó a reír acompasando las risas del grande de Chispita.

Patillas-Richepin-Jaurés quedó serio.

Ramiro Lampa salió a bailar.

—¡El novelón y los buquecitos! —exclamé.

—Y el..., el... ¡regimiento! —dijo fingiendo grave seriedad el grave, gravísimo, supergravísimo de Malvilla envuelto en grave, tremendamente grave seriedad.

—¿Se refiere a mi regimiento, caballero? —preguntó un capitán o teniente de la mesa vecina.

—Me refiero al regimiento total de la totalidad de los hombres, mujeres y ancianos y ancianas que pueblan este globo. Por ese gran regimiento digo: ¡salud!

—¡Salud! —contestó el teniente o capitán mayor de la mesa vecina.

—¡Salud! —grité yo.

—¡Salucita! —dijo Chispita.

—¡Salucita m' hijo lindo! —le respondió Clementina.

—¿Yo? Yo no bebo —protestó Patillas— No, señores, no bebo. Y sin más lanzó por los aires una estrepitosa carcajada.

Esta carcajada me trajo al ambiente que acababa de dejar. Vi a un muy serio caimán junto a un tucán y a una rescaza que hacían coro a esa insólita carcajada. Y vi a Jabalí Batuco alejarse por una calle oscura bastoneando con una larga, larguísima arenícola.

Lo seguí con la vista. La arenícola se desprendió de su mano y fue a enroscarse en los pies de... ¡Juan Emar!

¡Oh, qué aire de reproche, de terrible reproche lanzan sus ojos!

SIGNOS

1. Estrella Grande
2. Estrella Media
3. Estrella Chica
4. Luna Alta
5. Luna Baja
6. Luna Recta
7. Luna Vuelta
8. Los dos
9. Mina
10. Pilo
11. Intelectualidad
12. VN
13. Vida (Según VN)
14. Vida ordinaria
15. Ejercicios
16. Mundo
17. Sens
18. Huasca
19. Fe
20. Amor
21. Amistad
22. Unión
23. Físico
24. Relato
25. Preceptos
26. Proyectos
27. Temas
28. Práctica
29. Concentración
30. "Luz en el Sendero"
31. Yoga
32. Voluntad
33. Ánimo
34. Templo
35. Taller
36. Torre



37. Ruca
38. Casa (Stgo.)
39. Diario
40. Notas
41. Ramakrishna
42. Cuaderno
43. Libreta
44. Cofre
45. Apy
46. Positivo
47. Negativo
48. Morir, muerte, más
49. Nacer, nacimiento
50. Negocios
51. Abejas
52. Chanchos
53. Cajas
54. Ids
55. Visualización
56. Psicometría
57. Serie
58. Gonzalo
59. Friso
60. Mueble
61. Lienzos
62. Cto Yoga
63. Ccp
64. Luna Chica
65. Cosas
66. Simbología
67. Pta del Inf
68. Huir Cocha
69. Viñas
70. Frutillar
71. Viajes, excursión



-¿Eres tú, Juan Emar? ¡Juan Emar! ¡He venido a estudiar el caso del regimiento, del regimiento que acompañe al novelón y a los buquecitos! ¿Me oyes?

-¡Eso es! -vociferó Malvilla.

Y Juan Emar desapareció.

Entonces pude beber y beber. Creo que bailé también, un tango. Clementina Rengo reía siempre. Chispita colocaba sus chistes y salía a bailar también. Patillas, serio y sin tomar ni un trago, lanzaba una risotada regularmente cada seis minutos.

Malvilla se acercó a mi oído derecho y me murmuró muy bajo, en un bajo que fue creciendo poco a poco:

—No lo olvides, Onofrini Borneoni: ¡el regimiento! ¡Es la ley que tratan de imponer y a la cual tenemos que someternos! ¿Qué es un regimiento? Es: ¡todos iguales! Todos “a una misma voz, a un mismo instante” —como ha dicho un poeta por ahí— hacer lo que *ha de hacerse*. ¡Ni una diferencia, Onofrov! Entonces se refocilan los egrégos de esos críticos que pululan en las salas de las redacciones de los periódicos. Porque Tadeo Lagarto me ha hablado a mí también de esos tremebundos egrégos, como le habló a tu amigo Pidinco, al inquieto garbanzoide de Pidinco. Bueno mi gran Onofrensky, ¡un trago por la labia de Lagarto y por los escuchantes oídos de Pidinco!

—¡Eso es! —le respondí—. ¡Un trago!

Lo bebimos y Malvilla prosiguió:

—Lagarto tenía razón, toda la razón de este mundo y de sus alrededores al oír esas voces del otro plano. Tiene que haber oído la voz de los críticos literarios, tiene que haberla oído en el otro plano. El regimiento bien disciplinado: “¡Atención... fir! ¡A la izq... er! ¡De frente... mar!” Y los escritores obedecen y el mundo ha visto el parto de otro novelón. ¡Sí, Borneoni, como la he oído yo, yo, ¡yo! ¿Quién? Yo, Romualdini Malvillov. Entonces, ñaté querido, he querido hacer lo contrario para indignar a esos egrégos, a esos espíritus grupos de la crítica. He meditado mi proyecto y luego lo he consultado con la digna Última Vidente que allí estaba, en mi casa, detrás de una puerta. Ella me escuchó y me dijo: “¡De acuerdo!”. Sin más me precipité a mi pupitre y metí la mano en un alto de papeles viejos escritos por mí tiempo ha. Saqué uno. Lo leí. ¡Míralo! ¡Aquí lo tengo! Un papel que, abandonado, se marchaba al olvido y a la muerte. Pero, ¡no! ¡Resucitó! ¡Míralo, Onofrov!

Me alargó un papelucho arrugado. En él leí:

1. Antropoide.
2. Posmona.
3. El café.
4. ¡Mentiras!
5. Indiferencia de libros.
6. La puta del autobús.
7. El gusto a los pescados.
8. ¡Revivir la feria de París!
9. Cinco alcohólicos
10. Satanás y las Máquinas.

Me miró Malvilla y me preguntó:

—¿Qué tal te parece esa lista? ¡No me lo niegues que te es una lista formidable! Es lo que le sucederá a mi héroe, al sin igual de Medardo Colihueco. Es lo que ya le sucedió a Medardo Colihueco. Es lo que le está sucediendo a Medardo Colihueco allá en mi casa. ¡Vamos, Borneovsky, y verás lo sucedido! ¡Vamos!

—Yo me voy contigo, Romualdo —dijo, de pronto y con tono lejano, Braulia Tinguiririca—. Estoy cansada y me aburro. Allá en tu casa dormiré. ¿Quieres?

—Bueno; ¡vamos!

Salimos los tres tomados del brazo. Minutos más tarde estábamos en la calle de la Parroquia. Braulia se echó en un diván y, acto continuo, se durmió. Romualdo sacó de su escritorio un alto de papeles y se dispuso a leer. Yo fui atraído por un inmenso botellón de pisco Locumba. Se lo indiqué a Malvilla.

-¿Puedes servirme un trago? -le pregunté.

-Y dos y tres y cuantos tú quieras. -me respondió.

Bebimos varias veces. Desde el otro mundo le dije:

-Ahora te escucho y mejor te escucharía si nos cubriéramos de blanca nieve.

-Tú lo has dicho, mi gran amigo.

Y sin más aspiramos una buena cantidad de cocaína. Silencio. Se oía la respiración calmada y lenta de la bella Braulia que ya dormía con una sonrisa en los labios. Apareció un gato gris que saltó a las rodillas de nuestro anfitrión.

-Un gato -le dije.

-Sí, un gato -me respondió.

-Me recuerda a Tragalauchas y a Zamparratas, allá en el fundo de Curihue.

-Éste se llama Rufián por las mañanas cuando molesta mi buen dormir; Rubí, por las noches cuando se acurruca tranquilamente en mis faldas. Ahora, pues, es Rubí.

-Por Rubí, ¡otro Locumba, Romualdo!

-Por todos los cariñosos gatitos del universo -me contestó.

Bebimos otra vez varias veces consecutivas y aspiramos grandes cantidades de coca. Al fin le dije:

-Préstame tus papeles. Los leeré en Fray Tomate.

-Ahí los tienes -me dijo y me los alargó.

No sé cómo terminó aquella noche. El caso es que, a la mañana siguiente, yo, en mi cama, aquí en Fray Tomate, me sentaba y me disponía a leer lo escrito por Malvilla sobre esa lista de cosas olvidadas que irían a remecer el regimiento de los críticos.

220

I. ANTROPOIDE

Escribo yo, Romualdo Malvilla; escribo para que lo leas tú, tú, Medardo Colihueco. He salido de mi pocilga y, al salir, me he encontrado contigo, Medardo. Juntos hemos entrado en otra muy vieja pocilga y en ella hemos esperado: un, dos, tres... Tres golpes.

-¡Adelante! -gritó Colihueco.

Y entró. Grande, fornido, macizo, piernas cortas, brazos largos, desmesurados. Tomó a Medardo y lo hizo girar; luego me tomó a mí y me hizo girar en sentido inverso. Luego nos posó por tierra y nos dijo:

-Soy el antropoide N^o 1, el gran Gorila; mi nombre particular es otro: Gorilón.

-¿Tu destino? -pregunté yo.

-Avanzar por entre los semejantes que duermen -respondió sin titubear Gorilón.

-¿Para ir dónde? -preguntó Colihueco.

-A la plena humanidad -respondió Gorilón.

-Aquí tienes, Gorilón, dos representantes de esa humanidad: Medardo Colihueco y yo, Romualdo Malvilla, tu servidor.

-Encantado -respondió Gorilón.

Nos alargó una gran mano velluda y nos zamarreó; luego nos hizo girar a velocidad indescriptible.

–Perderás esa fuerza si llegas a la humanidad –expliqué.

–Lo que pierda en fuerza ganaré en inteligencia –repuso al punto Gorilón.

–Entonces, si vas hacia la humanidad, bebe, Gorilón –dije yo con el beneplácito de Colihueco.

Ambos acarreamos un barril repleto de aguardiente y lo pusimos frente a él. Le alargamos un tubo de goma.

–Chupa por él –dijimos al unísono mientras daba una pajita a Medardo y tomaba otra pajita para mí.

–Chupemos todos –agregué.

Y he ahí cómo los tres nos embriagamos hasta caer rendidos de tanto chupar.

–¡Soy un talento ahora! –gritó Gorilón.

Y volvió a chupar.

–¡Soy un genio ahora! –volvió a gritar.

Y se durmió. Se durmió Medardo. Me dormí yo.

2. POSMONA

Desperté yo; despertó Colihueco; despertó Gorilón.

–La mona es tu hembra allá en las selvas; aquí es una simple borrachera –le dije a Gorilón.

–Tienes, pues, como a mujer a una mona aquí en Chile, o sea a una borrachera –dijo Colihueco.

–Con mi mujer, ¡la mona!, entro a los dominios de la muy alta inteligencia –exclamó Gorilón.

–Pero la posmona es el derrumbe –advertí yo.

Entonces Gorilón y Colihueco me destaparon los sesos, los sacaron y pusiéronse a lavarlos con agua y jabón y un poco de pasta Odontine que echaron en largos cepillos. Una vez que mis sesos estuvieron limpios y puros cual estrella de la tarde, me los colocaron en la cabeza, apretaron mil tuercas y exclamaron:

–¡Listo!

Dije:

–Vamos al Bar para evitar la posmona.

Del brazo salimos los tres, evitando las luces de los faroles y refocilándonos en cada oscuridad entre faroles. Así llegamos al Bar. ¿Nombre? El siguiente:

BAR TOLO.

–¡Bebe, Gorilón!

–Sí –repuso–, beberé porque ya entro en la humanidad.

Dijimos siete mil veces salud. Siete mil veces entró a colaborar con nosotros el aguardiente.

¡La vida es bella!

Cantamos.

Desperté en mi cama acostado al revés. La vida es dura. Esa alegría de anoche se la llevó Gorilón y se la llevó Medardo, el gran Colihueco.

Hay que volver al Bar Tolo. Hay que volver hasta doblegar al alcohol. Voy a escribir yo, Romualdo Malvilla. Tú... ¡cállate, Colihueco! ¡Tú, Gorilón, sigue avanzando hasta la humanidad! Yo escribiré. Mis impresiones. Si aquí termina mi inspiración iré al San Lito.

Tú, Gorilón, trepa a un árbol y contempla cien veces a esa humanidad que ambicionas. Yo escribiré. ¿Sobre qué? Sobre:

3. EL BAR TOLO

Porque allí fui. Me senté ante una pequeña mesa, solo. Vi la lenta descomposición de las mujeres. No era el envilecimiento, no, porque sobre ellas flotaba una pereza. Era la descomposición lenta, triste, lamentable.

¡Cómo! ¿Para eso quieres, Gorilón, alcanzar esta sublime, esta prodigiosa humanidad?

Y, una vez más, renacieron *Las Libélulas*, es decir, la danza de esas libélulas y de esas luciérnagas con faros de autos. Renacen tocadas por una orquesta para la cual tocar esa danza es su oficio; y tocar también otras danzas más. Pero sobre todo, ¡las libélulas, las luciérnagas! Mal imposible de extirpar. Como el cáncer. Como la muerte.

Y cuando salen los acordes de esa música es tanta, tanta la trivialidad aplastante que surge... que aquello es y se hace simplemente fantástico.

Pero, ¿por qué te llaman Bar Tolo? ¡Lo sé! Es para hacer el chiste con bartolo, o sea, con bartola. ¡Eso es!

Ahora me iré a casa. Y te abandonaré Bar Tolo o Bar Tola. Voy a repetir una vez más lo mismo: cuando con trago estaba contento, entusiasta, optimista, resolviendo todos los problemas, siendo más, mucho más que Medardo Colihueco, asemejándome a Romualdo Malvilla, es decir, a mí mismo, a este que escribe; cuando con trago caminaba hacia mi casa a encandilarlos a todos, ¡a revelarme!, cruzaba el umbral y caía sobre mí la pesadez, el agotamiento con otro ritmo de vida..., el de ellos. Diferente ritmo de comprensión y de rumbo.

¡No importa! Llegué a mi casa de todos modos. Y hablé.

Hablé de Gorilón que quiere llegar hasta nosotros los hombres, que ya le falta poco. Entonces mi padre me dijo:

—Calla, Romualdo.

Y mi madre repitió:

—Calla Romualdo.

Entonces comimos pan con arroz y un poco de zanahorias. Comimos carne molida sin chistar palabra. Aunque en ninguna parte de este mundo las palabras hacen chistes o chistean.

Entonces se alzó un muro alto, alto, alto y gris, gris, gris. Se alzó entre ellos y yo. De un lado hablé yo:

—Gorilón es un gran ejemplar de la evolución positiva.

Del otro lado hablaron mi padre y mi madre:

—Calla, Romualdo.

No, no, no. No te dejes Bar Tolo. No volveré ni ahora ni jamás a casa. Volveré con el tiempo, a encontrarte a ti, Gorilón, y a ti, Medardo Colihueco. Nos despediremos de ti, Gorilón, pues Medardo y yo iremos hacia los antropoides.

Tú, antropoide Gorilón, caminarás, seguirás caminando hacia los hombres. ¡Te lo ordeno!

Nosotros, Colihueco, caminemos hacia el reverso de este mundo de los llamados hombres. En ese reverso gozaremos desde lo alto de un aroma. Volveré yo, Romualdo Malvilla, a mirarte a ti, Gorilón, que irás embadurnándote en la miseria humana.

4. ¡MENTIRAS!

Habrás un infinito en cada paso que des. Luego dirán que tus pasos no son más que: ¡mentiras!

Darás otro paso en sentido contrario. Oirás la voz que grita:

-¡Mentiras!

Darás otro paso, otro, otro, todos en sentido diferente. Todos ellos serán acompañados con una palabra. Hela aquí:

-¡Mentiras!

Querrás conocerme personalmente. Irás entonces al cabaré San Lito y juntos iremos al Bar Tolo. Allí verificaremos la putrefacción de las mujeres.

No iremos más lejos en este mutuo conocimiento de mis propios pasos y mío. Entonces clamaremos al unísono:

-¡Mentiras!

Iremos a consultar la sapiencia humana que se halla impresa en los libros. ¡Para ver si cogemos a Gorilón!

5. INDIFERENCIA DE LIBROS

Yo leí; Medardo escuchó. Leí en alta voz un libro que llegó a mis manos: Graham Greene -*El Espía*. Decía allí:

Apenas tuvo tiempo de exhalar un suspiro de satisfacción, pensando en que también aquello había sido la vida, antes de haber pasado a los terrenos que precedían al sueño.

Un hombre con sombrero tricolor llamó a la puerta; iba en servicio de Su Majestad...

Medardo hizo un gesto de disgusto y me suplicó:

-Aguarda un momento, por favor.

Cogió el teléfono y por el transmisor pidió un libro elevado, un libro superior. Por el receptor apareció: *Después de la Muerte*, de León Denis. Leyó en voz alta:

La vida actual es, pues, la consecuencia directa, inevitable de nuestras vidas pasadas, como nuestra vida futura será la resultante de nuestras acciones presentes. Al venir a animar un cuerpo nuevo...

Entonces yo corrí a mi pupitre y, de un cajón, saqué unos versos que leí también en alta voz. Helos aquí:

Tengo celos del Sol porque te alumbra,
Del cristal en que tu imagen se refleja,
De las flores que trepan por tus rejas,
De la tierra que sueña ser tu tumba,
Tengo celos del Sol porque te alumbra.

Del mar que con su oleaje tus pies baña,
De la brisa que al paso te da un beso,
Del tiempo que en tu rostro queda impreso,
De la luz que recogen tus pestañas,
Tengo celos del mar que tus pies besa.

Celos me da la fuente que murmura,
El pájaro que al alba te despierta,
Y la sombra que recorta tu figura,
Celos tendré de ti después de muerta.

Celos me da la noche silenciosa,
Tengo celos de Dios que te hizo hermosa,
Y si al celarte siento que me muero,
Celos tengo de mí porque te quiero.

Entonces Medardo Colihueco echó mano a su bolsillo del gabán y extrajo de él: *¿Adónde va la Ciencia?*, de Max Planck. Tosió dos veces y leyó:

Cuando nos remontamos en el curso de los siglos vemos que las doctrinas de la interpretación de la naturaleza, que eran consideradas como buenas y sólidas en su época, se han derrumbado al ser iluminadas por la luz de alguna nueva teoría científica. Cumplen un papel y luego pasan...

Nos miramos ambos. Al fin yo le dije:

—Los autores, sean ellos quienes sean, no se mezclan en nuestras cuitas, Medardo.

Medardo dijo:

—Ellos se preocupan únicamente de sus problemas, sean ellos poéticos o científicos o teológicos.

Dije:

—¡Nos ignoran, Medardo!

Dijo:

—No leamos más, Romualdo.

Salimos ambos. Medardo se encaminó a grandes pasos tras un árbol que huía llevándose a Gorilón hacia los hombres. Gorilón saludaba a diestra y siniestra. Yo tomé el autobús.

6. LA PUTA DEL AUTOBÚS

Ha llegado la hora de ganarme el sustento. Emperifollémonos y tomemos un ritmo cadencioso y excitante para andar. Así, así.

Viene ahí el autobús. Hoy no tengo coche particular porque anoche nadie gozó conmigo. Hoy vamos a buscar por todas las esquinas de la ciudad, por todos los Cafés, por el Bar Tolo y por el San Lito.

Tomaré una manera despreocupada como la tomaré desde luego, al subir al autobús. Que vea aquel que allí va que mis ideas están muy lejos, que mi ser se balancea en otras regiones lejanas, muy lejanas. Aquí, en el autobús, quedan tan sólo mis piernas y mis senos.

Mostremos mis piernas al que va allí. Las mira, las contempla. Tal vez mañana volveré a salir a esquinas, bares y a todos los sitios susceptibles de darnos el pan, en un coche, en un regio coche. Te divisaré pasar a ti, autobús, cargado de gente que sale a ganar su sustento como yo. Yo, en mi coche, reiré.

Una sonrisa.

Y las piernas, que las veas. Después verás mis senos.

De este modo pensaba la puta y miraba por la ventanilla, lo más lejos posible. De este modo mostraba sus piernas. De este modo me insinuaba a juntarme con ella para ver sus senos y poder chuparlos.

El autobús saltó sobre sí mismo. Con el salto me lanzó al lado de la puta. Le dije:

–Eres la más hermosa ramera, eres el ideal de todas, todas las suripantas.

Ella me respondió:

–Tú eres el más seductor beodo, el insigne temulento.

–Eres la palendusca sin igual –agregué lleno de euforia.

Ella sonrió y me preguntó:

–¿Quieres de mí, oh, achispado, joven?

–Sí, quiero de ti, oh, meretriz sublime.

Pero el autobús volvió a lanzar una corveta y yo fui disparado a mi asiento y ella fue hundida en el suyo.

Después el autobús rodó suavemente. Ella se bajó en una esquina propicia. Yo seguí solo, completamente solo, hasta el extremo, el último extremo del recorrido.

7. EL GUSTO A LOS PESCADOS

El cerebro marcha ya tan rápido que la voluntad, sin poder ya asirse a él, resuelve actuar por su propia cuenta y hace lo que bien le viene en gana. Esta vez fue pedir un plato de pescado, de congrio con pequeños langostines.

Yo, antes de rendirme a la voluntad, tomé un pisco más. El pisco partió a regiones insospechadas. Tras él partió mi cerebro. La voluntad comió, entonces, congrio con langostines.

Yo, inquieto, extremadamente inquieto, vi cómo me bifurcaba en dos: el que saboreaba el gusto del congrio y de los langostines y refocilaba con este gusto; el que galopaba como un loco tras el cerebro siguiendo al pisco y ni siquiera añoraba el biftec con arroz que había querido en un tiempo, en un lejanísimo tiempo ya terriblemente remoto.

–No hay gusto como el gusto a los pescados –dijo ella, la Voluntad.

Yo me callé y apenas si miré de soslayo a mi cerebro. Pero mi cerebro dijo:

–Nada de biftec ni de arroz. ¡Pescados! Y sobre todo, para poder volar por regiones insospechadas: ¡pisco, pisco!

Acepté. ¿Qué otra cosa podía hacer? Acepté.

–Camarero, otro pisco.

Ahí quedé tomándomelo y siendo el blanco de las risas de los demás...

De todos los demás. Todos reían. ¿Qué hacer? –pregunto. No hay más, no, no hay más:

–Camarero, otro pisco.

8. ¡REVIVIR LA FERIA DE PARÍS!

Medardo Colihueco, ¿quieres revivir la feria de París? Bien, ¡revívela! Tú has estado en París y allí has estado en la feria. Muy bien, Medardo. ¡Vamos a ella!

Esas chicas que giran en el carrusel; esos muchachones que disparan al blanco; esos varios que han ganado trozos de chocolate, esa vieja que mira sin hallar qué hacer; ese que lanza anillos a las botellas; esos dos que flirtean; aquel que, hastiado ya, bosteza y bosteza; esos y esas que llegan alegres; ese gendarme que mira la copa de un árbol; esa música de un valse que suena y suena; aquel que ofrece buñuelos y pastelitos; ¡todo este conjunto es lo que se llama "la feria de París"!

¿Que hacías tú allí Medardo?

No me lo niegues; tú te aburrías allí en la feria, Medardo. La prueba está en lo siguiente: preferiste abandonar la feria e irte a sentar en la terraza de un Café. Ahí encontraste a un amigo y a él le contaste lo que tú te imaginabas de una feria en París. El amigo, oyéndote, se durmió. Llegó un camarero y, al verlo, dormido, se durmió a su vez. Entonces tú, Medardo Colihueco, pagaste a una paloma la cuenta y, dormido, te fuiste por la vía subterránea.

9. CINCO ALCOHÓLICOS

Sin quererlo hacen una escena teatral. Son cinco alcohólicos: A, B, C, D y E. Son iguales, tras cinco mesitas, sobre cinco sillas, con cinco copas de Pernod.

Gestos exactos simultáneos. Beben. Terminanse las copas. Piden otras cinco. Beben. Terminanse las copas. Piden otras cinco. Beben. Terminanse las copas.

Se levantan. Tratan de avanzar.

¡Al suelo!

Rompen todo. Quedan inanimados.

Se presentan cinco agentes del orden público.

Presos. En su calabozo los cinco duermen. Despiertan y pasan al Juzgado y son interrogados por el Juez, por un grave Juez así con mayúscula cada vez que se pronuncia su título de Juez. A este Juez le dicen los cinco borrachos o de lo dicho por ellos el Juez deduce:

Los cinco se emborrachan por razones totalmente diferentes y repudian toda semejanza con los otros cuatro. Entre estos motivos hay todas las gamas: desde la que merece cuidado y ayuda hasta la que merece franca reprobación.

Luego es verdad lo que alegan: que nada tienen que hacer con los otros porque viven en mundos, en universos diferentes.

Nosotros espectadores vemos:

Los cinco han recurrido a un idéntico medio, a un ser que *tiene su vida propia*.

Luego: cohabitación común. El trago es aparte de lo que su compañía haga experimentar o de que haya inducido a pedirlo.

El Juez "parece" que obrara de modo diferente al castigar a E —con multa y prisión— y al ayudar a A —atención médica—. Esto es simple apariencia. En el fondo es una lucha igual contra un mal común y amenazante.

Tal fue lo que me dijo Medardo Colihueco. Y me aseguró que el mal de A, B, C, D, E era igual, idéntico.

¡Por fin te he visto cara a cara, Satanás! Siempre he repetido que el hombre es un ser caído que se acuerda de Dios. ¿De Dios únicamente? No. También se acuerda de Satanás y a éste lo ha puesto en práctica venerándolo. ¿Dónde? ¡En las máquinas!

—¿Cómo lo supiste, Medardo Colihueco?

Me respondió:

—Bajando a las máquinas de un barco que iba en alta mar.

Luego agregó:

—¡Oh, magnífica; oh, venerable sutileza la de Satanás para haberse introducido y reinar entre los hombres con medio tan, tan estupendo y prometedor de paz, dicha e igualdad!

“Parece que Satanás nos dará la redención. Dios calla por el momento. Porque, ¿dónde está Su reino en la actualidad? ¿Dónde algo que sea la contraparte de las calderas y motores? No se ve. Las catedrales góticas pertenecen al pasado. ¡¡Estudiaré mecánica!!

221

Estábamos los tres: Florencio Naltagua, Lorenzo Angol y yo, en casa del primero, Portal Colonial N° 6. Era un día de sol, sin calor. Por la ventana veíamos el lento tránsito de la Plaza Dominus Vobiscum. Volaban algunas palomas. Pasó, lentamente una camioneta cargada.

NALTAGUA: La ciencia ha tenido sus ventajas, ha tenido sus pequeñas ventajas que nadie cotiza. Ellas son apreciadas allá, en ese espíritu grupo que Tadeo Lagarto hizo visitar a don Irineo Pidincó. Yo he visto también una reunión de los animales en mis frecuentes paseos a esa región. Recuerdo la de los animales domésticos, de carga. En ella un caballo dijo: “Agradecemos a esos hombres de ciencia que hacen trabajar a las máquinas y así nos dejan un poco más tranquilos”. Un buey le respondió: “Así es, mi amigo, así es”. Varios otros repitieron: “Así es, así es”.

BORNEO: En ninguna parte me siento rodeado de tanto reposo como aquí en tu casa, Florencio. De seguro que algo has puesto alrededor de ella para impedir la entrada del ajetreo de los hombres que van y vienen sin saber adónde van ni por qué vienen.

NALTAGUA: Lo que he puesto es, sencillamente, la amistad. La amistad es algo tranquilo, algo dulce, sereno, silencioso. Lo demás es bullicio, insoportable bullicio.

ANGOL: Es hacia donde quiero ir yo; ¡amistad! Lo has dicho muy bien, Florencio: algo tranquilo, dulce, sereno, silencioso. Lo encuentro a veces; luego lo pierdo. Caigo, entonces, a ese insoportable bullicio.

NALTAGUA: Debes atravesar una puerta, Lorenzo, atravesarla sin miedo, con los ojos cerrados. Amigos, yo siempre tengo una puerta ante mí. Existe una fuerza que me impele a cruzarla mientras fuera de mí oigo el rumor de una lucha despiadada. Esa fuerza me muestra una luz. A ella voy. Tras de mí queda mi sombra que se afana por impedir mi marcha hacia delante.

Al fin logro traspasar el umbral. He separado con ambas manos las jambas que se

estrechaban. Esa luz ha triunfado. Siento, atrás, el bramar de mi sombra que se me presenta con suaves, con seductores colores. Pero yo sé que aquello es un bramido. Es una negación a todo avance. Para eso muestra mil seducciones terrenas. La luz, en cambio, es vaga y retrocede siempre. Uno se detiene con un dilema frente a sí.

ANGOL: Salgamos, Florencio, salgamos de modo que cambien algo los panoramas que nos rodean. Vamos a cualquier parte. ¿Crees tú que es algo imposible volver a ver a Jateña?

NALTAGUA: ¿Imposible? ¡No! Nada hay imposible en este mundo. Mas para ello tendrías que atravesar las puertas sin umbrales; tendrías que pasar por encima de sus dinteles. Mientras tus pies sientan la atracción de hollar un umbral, tendrás que hollarlo. Es una experiencia que aún te falta por registrar.

BORNEO: Es el camino que todos anhelaríamos seguir. Pero...

NALTAGUA: ¿Pero...? Comprendo, Onofre, qué es lo que te ataja. En esta marcha no tendrás ningún punto de relación para saber cómo va tu marcha. ¡Empezarás a conocer la soledad!

La soledad, la absoluta soledad, la soledad *completa*.

Hay que pasar por ella, ¡solo!

Hay que dejar a los otros que griten su *sociedad*. Recuerden, amigos, que esto es vivir para "fuera"; que esto es ir tras el "amor propio". ¡Hay que desterrar todo amor propio! Hay que desterrar la idea que la gente pueda tener de uno o de sus acciones.

Obrar como si estuviéramos solos en este mundo.

Porque en realidad estamos solos en él. Sólo vemos puntas, nada más que puntas de un conjunto que se nos escapa. No olviden, jamás lo olviden.

Debemos traspasar nuestra INVISIBILIDAD.

Debemos comprender la INVISIBILIDAD de la naturaleza.

Lean ustedes a Maurice Nicoll, su libro *El Tiempo vivo*. En él encontrarán palabras sobre esta invisibilidad.

ANGOL: Di, Florencio, ¿cuál es el compañero en esta marcha? ¿Qué o quién va a tu lado?

NALTAGUA: A mí me acompañó el silencio. ¡El silencio total! El silencio que está tanto fuera como dentro de la bulla. El silencio que reina en todas partes; la carencia de las voces habituales.

ANGOL: Háblanos de ese silencio. Veo que él nada tiene que ver con la falta de ruidos.

NALTAGUA: Es algo aterrador tener que enfrentarse con este silencio. Porque es un silencio aparente. El silencio está poblado de voces cuyo sonido nos espanta. ¡Ah! Se llega a decir que es mejor la bulla y es mejor estar lleno de quehaceres diarios. Uno lo dice y se lo repite. Pero ya es tarde:

Lejos quedan el silencio y la soledad...

... esperando, esperando...

¡Salgamos, amigos, salgamos!

Caímos a las silenciosas salas del Museo del Louvre. Todo el pasado allí estaba en quietud.

Apareció Tomba Montbrison. Nos dijo:

—Esta es, aquí en París, mi visita preferida: el Louvre. También visitar los siglos que duermen en Notre Dame. Así no oigo el ajeteo humano. Este cuadro, sobre todo, me lo calla.

Nos mostró: *Martirio de San Dionisio*, de Jean Malouel.

Luego dijo:

—También medito mucho con este *Retrato de Carlos VII*, de Fouquet. ¡Qué hermoso contraste presenta su rostro con la gente alegre del Baile en el *Moulin de la Galette*, de Renoir! ¿No lo creen ustedes?

—Oye, Tomba —le dije—, muy bien me parece buscar siempre los contrastes en la pintura. Sobre todo debes...

—¡Alto! —me interrumpió—. Me marchó. Debo ir a Madrid a ver el *Bufón Calabacillas*, de Velázquez. Será un buen contraste, te lo aseguro.

Tomba se marchó. Un ojo giró a mi lado. Desató una lengua que dijo maliciosamente:

—El Louvre... Luego, El Prado, en Madrid... ¡Buscar contrastes! Muy interesante, muy interesante. Y un día moriremos. Dígame, amigo, ¿qué haremos entonces con tanto contraste?

Miré al cínico de Valdepinos y le dije:

—Tanto vale morir con la cabeza llena de contrastes que morir sin ninguno de ellos. La cuestión es hacer lo que nos interesa.

—¡Muy bien, amigo, muy bien! Tendré siempre presente lo que usted acaba de decirme. ¡Muy bien, mi querido Onofre!

NALTAGUA: Oye, Lorenzo, óyeme bien: sabrás escuchar cuando termine en tí todo apresuramiento.

Entonces podrás recogerte. Sea donde sea, en Fray Tomate o en una celda de los Jerónimos o en un palacete o a la sombra de un árbol como éste, de esta encina que no se mueve, que sigue desde hace años, ¡quieta!

Cuando te recojas verás que hay amor.

¡Amar, amar!

De pronto podemos morir y veremos cuánto mal hemos hecho al no amar y amar. Es el gran esfuerzo que hay que hacer: desterrar todo odio y aun antipatía que exista en nosotros: ¡El mundo es bueno! Primero será la teoría; después, la práctica. Pero que esta teoría que no se rompa jamás. Es la única manera de ir a la práctica.

¡Romper la vergüenza de poder amar a todo el mundo!

La Cantera, en la paz de la Bóveda. Es de noche. Todo está igual. Veo el armario de los tres espejos en que estuvo secuestrada la inefable Chinchilla. Ahí en ese asiento también estuviste tú, Florencio. Lo recuerdo bien. Es necesario que hables. ¡Habla!

NALTAGUA: ¿De qué quieres que hable, Onofre? A ustedes les toca decírmelo por la actitud que adopten.

BORNEO: Nuestra actitud es aquella del silencio y del sosiego, es algo dulce y sereno como tú lo dijiste al definir la amistad.

NALTAGUA: Es lo que necesitaba saber, saberlo dicho por ustedes. Porque yo debo hablar a la altura de cada cual. Hoy no es así; hoy todos quieren hablar, hacerse oír, mostrar sus obras, si son artistas; publicar si acaso escriben.

Esto es el afán de darse vueltas para "fuera". Esto está ¡mal! Primero: ¡para "dentro"!

No hay que dejar al pequeño YO que tome la palabra. Tiene bastante en esta vida y sus quehaceres. Dejémoslo en ella.

El gran YO que viva la otra vida, la infinita. Para ello, lo repito, ¡silencio! Entonces, laborar.

Habr  siempre una lucha, una lucha tenaz, entre estos yo. Para el pequeño tendrán ustedes la aprobación de la gente, de toda ella, sean los críticos o los simples conocidos. Es decir, como ha dicho Malvilla:  el regimiento!

BORNEO:  Te ha hablado Malvilla de su famoso regimiento?

NALTAGUA: Malvilla habla siempre y por todos lados; no es raro que yo lo haya oído. Malvilla, cuando ha tomado algunas copas, se afanar  hasta encontrar un oyente. Así me habló a mí. Lo escuch  con calma. Luego, estoy cierto, olvidaría cuanto me había dicho.

ANGOL:  No aprovechaste para aconsejarlo?

NALTAGUA: Por raro que ustedes lo encuentren, no me toca a mí aconsejar. Ellos deben venir hacia mí pidiendo un consejo preciso. Si no... es una inutilidad; es predicar en el vacío.

La "atmósfera" está llena de voces que no hay más que oír.  Abrir los oídos a la atmósfera!

ANGOL:  C mo hacer para abrir nuestros oídos?

NALTAGUA:  Voluntad, Lorenzo! La gran voluntad es oír permanentemente la voz de ANAM.

Tal vez oímos su voz. Florencio siguió hablando con lentitud. El son de su voz hizo que resbalara la Bóveda fuera de nosotros de modo que quedamos fuera de ella. Llegamos a la choza de Bárulo Tarata, all  en el Bosque de Guayacán. Luz tenue fuera de las horas de luz. Bárulo nos acogió con toda amabilidad, nos hizo entrar y junto a él nos acomodamos. De pronto dijo:

TARATA: Ha llegado otro momento más, Florencio. Queremos oír tu voz. Así afianzaremos muchos puntos que ahora quieren escaparse y hacer, cada uno de ellos, un mundo aparte y especial.

Entr  Marul Carampangue y, quedamente, tom  asiento en un rincón. A nadie extraño esta llegada. Sólo Florencio se inclin  y dijo:

NALTAGUA: Gracias, Marul, por haber venido. Una influencia femenina har  bien a lo que a través mío quiere expresarse.

Marul agradeció. Silencio. Ni un solo ruido llegaba hasta la choza.

TARATA: Es el momento. Ayúdanos, Florencio y habla, por favor.

Florencio Naltagua habl  entonces de este modo:

 Si no ponemos atención nuestra cabeza piensa sola, por su lado. Este pensamiento es incontrolable. Parte y se va en cientos de direcciones diferentes que nosotros no apreciamos como tales sino que vemos únicamente pequeños puntos de ellas. No podemos, pues, ver qué las une, dónde se halla el punto común a todas ellas.

El hombre puede enloquecer si deja a su cabeza pensar de este modo. Será él un simple juguete de observación sin sentido.

A esta cabeza llegarán cuadros al parecer aislados, inconexos. Cuadros que pasarán sobre la idea del tiempo. Ya uno de ellos es el recuerdo de algo sucedido en la infancia, ya otro es algo que ha acaecido en el día de ayer.

¿Por qué existe la idea de que todo trabajo de ocultismo tiene que convertir al estudioso sea en un hombre mago de maldad o sea en un místico tonto? No es concebible que sea un hombre como todo el mundo.

El camino es otro.

Por cada luz que se eleva sobre nosotros, se abre un foco de tinieblas a nuestros pies. No hay que ir únicamente tras la luz. Hay, ante todo, que dominar la parte baja.

¡Basta, santo Dios, basta! ¡Ya estoy harto! Cada rama del misticismo; en cada rama, cada secta; en cada secta, cada subsecta; en cada subsecta... ¡No! ¡Basta!

Me refiero a la majadería de los poseedores *únicos* de la verdad.

Dicen:

–Yo la tengo; los otros se acercan a ella o intentan cogerla. Puesto que tal cosa es de tal modo, quien no exprese exactamente tal modo, ya comete un error –por infimo que sea–, ya no es *la* verdad; etc.

Tratar de liquidar estas polémicas ateniéndose a las polémicas mismas o a los problemas que ellas plantean es perder el tiempo. No veo otra manera adecuada para acallar a estos discutidores fanáticos, para hacer entender a los neófitos que empiezan ya a descorazonarse al oír tales básicas divergencias que recurrir a una analogía simple como es, por ejemplo, la del misticismo con el arte. Y obtendremos lo que sigue:

Una serie de señores que calculan, sospechan vagamente la existencia de algo que nosotros llamamos arte, sin más; otra serie de señores que, habiendo investigado más el asunto, conocen ya y practican una forma de él aunque, para las demás formas, apenas calculan o sospechan la existencia.

Lo que estos últimos dirán a los primeros se adivina: "

"El arte es una expresión acústica...".

"El arte es una expresión visual...".

"El arte es una expresión de la palabra...".

"El arte es una expresión danzante...".

"El arte es una expresión de modelados...".

Etc.

Y a cualquiera que pretenda ir por otra vía que la indicada por uno de ellos le será asegurado que es vía hacia el error y que jamás de memoria humana se ha procedido en tal sentido.

Podemos hacer subdivisiones. Por ejemplo en la música: piano, violín, guitarra, flauta y qué sé yo. Cada vez la vía más y más estrecha. Sin embargo –y aquí está lo que tanto a los neófitos conturba– la vía aquella y cualquier vía por estrecha que sea frente al significado total de la palabra "arte", es *perfectamente verdadera*. A ninguna nada hay que agregarle ni quitarle. ¿Qué quitarle o agregarle a un violinista? Jamás tal pregunta se nos ha planteado a ninguno de nosotros. Mas no por eso dejamos de imaginar a un principiante que, tras arduos empeños, está ya a punto de concebir y creer que con colores y pinceles podrá un día penetrar a esos misteriosos dominios. De pronto se encuentra con un "Maestro" que pone cara de insólita extrañeza al oír por primera vez tales palabras de "colores-pinceles" y que, dando media vuelta, enarca su pecho, enarbola su violín y se lanza a tocar...

Al neófito no le queda más que asegurar, por propia experiencia, que todos aquellos que afirman saber el arte y las vías que a él llevan no logran jamás entenderse, se contradicen, se desmienten, hablan en el aire y se embrollan apenas el tema abordado.

Conclusión irrefutable: Aquello no existe.

A cualquiera que quiera entrar por las vías del misticismo le aconsejo que recuerde esta analogía simple al oír predicar que se posee la verdad. ¡Claro, se posee! Pero si es violinista puede, en su limitación, deshacer todo lo que ya un estudiante había avanzado como pintor.

Ahora bien, hay que tener presente que si en el arte el número de vías tiene un límite, en el misticismo puede decirse que casi no lo tiene.

Y esto es lo que reconforta ante ramas, sectas y subsectas.

Me paseaba una vez a lo largo de un corredor medio claustal. Al ir por él iba dejando atrás una serie de ventanas. Al mismo tiempo veía al frente otra serie de ventanas. Éstas me parecían inmóviles respecto a las primeras que se iban hacia atrás.

De pronto me vino la sensación, la casi comprensión que me encandiló, que me abismó: Las ventanas que dejaba atrás estaban en el tiempo y no en el espacio como las que veía al frente, allí, inmóviles, fijas, seguras. Las que pasan con mi marcha no están aún, vienen, se acercan, suceden en el presente, pasan, se pierden, ya no están. Me decía entonces:

"Fueron hechos de mi vida que no se repetirán, que no podrán repetirse aunque pase mil veces frente a cada una de ellas; cada vez que pase será un hecho nuevo, muy semejante al anterior mas no será el mismo; cada hecho se lo tragó el tiempo, se hundió en la nada...

Me sentí como en un abismo, como en un torbellino de abismos cuyo efecto principal en mi ser íntimo era diluirlo, llevarlo a una esfera inconsistente y, al mismo tiempo, aterrador por su grandeza.

Las ventanas inmóviles me devolvieron a la realidad: se hallaban en lo permanente, en lo estable, sin venir, sin pasar, sin desaparecer, sin una nada antes ni una nada después.

Llegué al recodo y empecé a caminar frente a estas ventanas: súbitamente esas ventanas espaciales y de consistencia imperecedera se disolvieron en el tiempo convirtiéndose en hechos de mi vida que nunca más han de volver. ¡Espacio ido en el tiempo! Lo sublime y terrible a la vez que había en todo esto era mi conocimiento absoluto de que todo ese pasado ya remoto y de que todo ese futuro aún tan lejano subsistía igual sin tener ni en la menor consideración mi marcha, mis sensaciones, mi existir.

Así seguí, yendo y viniendo por los dos corredores: viendo nacer el espacio, viendo devorar al tiempo. Hasta que la idea me asaltó de cogerme con ambas manos de los barrotes de la ventana fija del rincón frente a mí. Lo hice y me aferré a ella, me aplasté en ella como queriendo que ella y yo no fuésemos más que una entidad. Sentí, entonces, que bruscamente nos íbamos ambos, nos íbamos a velocidad vertiginosa, que segundos, minutos, horas, días, años, siglos, pasaban instantáneamente a través nuestro, existiendo nosotros en ese suceder de tiempo infinito y siempre presente. Al mismo instante este sentir se amplificó: tomó los corredores, la casa entera, los campos circundantes, cuanto veía y cuanto sabía que podía ver, cuanto existía, la Tierra y el cosmos, ¡todo!

He conversado largamente con Armand Lorraine. Ustedes saben que fue movilizado en 1914 y que, en el frente, hizo toda la guerra. Me ha hablado de sus recuerdos de las trincheras, me ha hablado de ellos como se habla de cualquier cosa. Yo notaba que había sobre ellos una sordina voluntaria. Es natural; no se puede vanagloriarse con aquellos momentos. Pero, en fin, me ha hablado. Les voy a hacer a ustedes un resumen de lo que me ha dicho a lo largo de sus conversaciones. Helo aquí:

-No, Florencio, no había o yo no sentía el miedo. Me atrevo a decir que no había ningún pensamiento verdaderamente propio, como tampoco ningún sentimiento verda-

deramente propio. Hay que entender lo que llamo "propio". Es un pensamiento o sentimiento venido exclusivamente de mí mismo. Por lo tanto aquellos eran de fuera; para ser más exacto: *quedaban* fuera.

Me explico:

Junto con desatarse el ataque veía con absoluta precisión y con mis ojos internos que tanto mis ideas y sentimientos como los de mis compañeros se escapaban de nosotros, se elevaban por encima de nuestras cabezas y flotaban en el aire como una densa nube. Nosotros quedábamos con sólo la parte elemental de nuestras vidas: instintos, reflejos, visiones y audiciones simples, etc. Pero además guardábamos—con muchas intermitencias, es verdad, y con mayor o menor nebulosidad—una posibilidad de comunicarnos con esa nube formada por el total de nosotros. A veces sabíamos qué iba ocurriendo en ella. Ante todo era saber, por vislumbres fugaces, que todo aquello formado por nuestra suma era un solo ser, uno solo, que yo llamaba el Egrégor. Ahora sentía con asombrosa nitidez que en él yacían, ¡no!, bullían, se entrechocaban, se desgarraban nuestros dolores, nuestro diario sufrir del cuerpo y del alma, la ignominiosa insensatez de cuanto sucedía y nos manejaba como a insectos. Allá arriba estaba todo; abajo, nos movíamos nada más como escarabajos... En buenos términos, nuestra propia conciencia actuaba fuera de nosotros, suspendida y en un sólo bloc que devenía un nuevo ser hecho de nosotros y del cual teníamos sólo a veces una noción vaga, raras veces nítida.

También sentía, aunque esto con mayores intermitencias, que aquel ser, el Egrégor, no sólo se limitaba a sufrir nuestro tan horrible padecimiento sino que también *lo elaboraba*. Hacía de él nuevas cosas. Es decir, no era un ser a medias, era un ser completo: un ser no únicamente con pasado y presente sino también irradiando hacia el futuro. Este futuro era el moldamiento de nuestras mentes, la nueva estructura interna que ineludiblemente tendríamos que poseer y guardar en los días venideros y para siempre. ¡Algo nada halagador, por cierto! Algo fatal, en pocas palabras, algo que no quiero evocar ni por un instante.

Sentía, ahora, cómo esto iba o iría filtrándose desde lo alto a nuestros cerebros. Gota a gota. Y es curioso notar que si la terquedad de este proceso la sentía sin vacilaciones, el momento de cuándo se haría no podía precisarlo ni siquiera calcularlo aproximadamente. Por eso digo: "... iba o iría filtrándose..."

Me obsesionaba entonces una serie de interrogantes que, en los ratos de calma, me parecían que llevaban hasta las fronteras de la locura: ¿Caerían las gotas en los momentos mismos en que nos batíamos en ese estado de conciencia elemental? ¿O sería ahora en la calma de las trincheras cuando, al ir deshaciéndose esa nube, cada cual recuperaba su propia parte? ¿Se haría entonces el proceso en esta recuperación al volver teñido todo con las ebulliciones del monstruo? Y si se deshacía—punto indudable puesto que bien diferente éramos en el asalto y el en reposo—¿se deshacía cada vez que un combate terminaba? ¿O sería ese Egrégor bien constituido fuera devolviéndonos un mínimo de vivencia superior? Si era así, ¿habría que esperar el fin de la guerra?

Entonces vendría la descomposición del monstruo a la voz de "paz". Y lo que cada uno había dado para su formación sería definitivamente devuelto. Pero... ¡cómo! Lacerado, ensuciado, irreconocible. Iríamos a mirarnos estupefactos a los espejos sin poder encontrar nuestros antiguos rostros ahora perdidos para siempre, siempre.

Esas personas que se han fijado un modelo... He sido de ellas también... Esas personas han creado una imagen a la cual poder parecerse. Es como un intento de que la ley de causalidad los rija y rija todo...

Cuando se alejan del modelo –por fuerzas de la vida– hay un franco descontento, hay incertidumbre, hay comienzos de un terror cósmico. Entonces corren al modelo y explican su alejamiento con argumentos teóricos que lo inflan por terror.

Todo quieren someterlo. Llevan un culto, un altar de espejo halagador.

De aquí a la autoadoración no hay más que un paso. O a la desesperación espantosa de ver que el modelo, uno mismo, se va bifurcando, partiéndose en dos.

Para mí un místico es el que vive en permanencia y por su voluntad en el cosmos. Para mí un artista es el que vive en él temporalmente y no por su voluntad.

Esto es lo que se llama “inspiración”; lo otro, “éxtasis”. Luego el éxtasis debe ser permanente.

El místico trabaja en sí mismo;

El artista, en su obra;

El místico ES;

El artista VE.

El místico es como si alguien se dijese: Estoy, en este momento, en el primer piso; subo al segundo; he de llegar al tercero.

Al artista le es igual dónde está y si su obra está en el primer piso, quiere lanzarla al segundo o al tercero.

Cada artista penetra el cosmos con su cuerpo. No puede ir a él y penetrarlo con *otro* cuerpo. ¿Cuerpo? Sí. Ante todo su oficio (letras, pintura, música, etc.) Luego el tono impreso en ese oficio.

Como soy yo, como es cualquiera de ustedes. Primero el cuerpo material, este cuerpo; luego, sus características individuales desde el tamaño, el peso, etc., hasta el temperamento, la herencia, las tendencias y demás.

En este cuerpo, puesto que está en el cosmos, el cosmos en él se refleja. Es lo mismo para su oficio que sube al cosmos, que pasa por él.

Así como es natural que yo considere mi cuerpo como mi verdadero Yo, es también natural que el artista tome su oficio como esencial, y en él, su “tono” pues éste pasa a ser su modo de comunicarse con el cosmos.

Así un poeta cree que él es ese tono suyo cuando él es lo que ha visto. Se me ha dicho que no puede ser él puesto que él está viendo... No, porque de estos dos –el que ve y lo visto– es para mí ilusorio, es una ilusión forzosa, ya que se es uno con permanencia sin tiempo.

Esta constatación es lo que a mí me interesa.

Mas para nosotros tal hecho es imposible si no pasa por un cuerpo. Luego el cuerpo, el oficio, el tono, pasa a ser reflejo también del cosmos.

Al llegar a este punto siento místicamente la divinidad, la irradiación de todos los cuerpos carnales.

El artista lo que hace es hacer un cuerpo más para tales reflejos.

Los cuerpos, ¿son las obras mismas en su materialidad?

Sí, lo son; pero sólo en parte; no totalmente.

Siento para cada obra un doble que vive, un doble real. No siempre los percibo. Pero ellos rondan. Un tenue hilo une al doble y a la obra. La destrucción del uno mata al otro.

Lo pintoresco, el tener carácter y colorido, lo que en Francia llaman *avoir de la gueule...* Recuerdo ahora que volví cierto día a un hospital y, con sorpresa de mi parte, encontré que estaba casi vacío: apenas uno que otro enfermo, apenas uno que otro enfermero.

Todos habían sanado y estaban viviendo. Total: el hospital ya no tenía colorido, ya no tenía *gueule*...

Amigos: la implacable crueldad burguesa es inconsciente. No son crueles; son tontos. Ni siquiera son calculadores, como los creen los comunistas. Son tontos, nada más, es decir, son miopes.

Recuerdo una vez que estuve en un cabaré "pintoresco y lleno de carácter". Miré a las muchachitas que allí hacían su trabajo. La gente quería –¡para el bien de ellas!– que tuvieran estas desgraciadas más, mucho más carácter y mucho más colorido... No pude impedirme pensar si una de ellas fuera una hijita mía, si tal hubiese sido el destino de la pobre Lola. ¿Que pensaría ahora frente a esas muchachitas?

Si ese alcahuete o ese invertido, que dan tanto color, va a ser en pocos años más el hijo tuyo que hoy ya empieza a caminar y a modular, con el alma, sus primeras palabras... ¿Cómo los vería ahora en su color y en su carácter?

¡No, no!

¿No creen ustedes que ya basta del pintoresco puesto que es él proporcionado únicamente sobre un sufrimiento demasiado grande?

Por una asociación de ideas veo las grandes casas, los vastos edificios en cemento que lenta e inexorablemente van comiéndose a los asquerosos conventillos que llenaban de pintoresco los cerros de allá de Valparaíso.

Los miraba una vez en compañía de Facundo Doñihue, el pintor. Facundo protestaba y maldecía estos edificios que terminaban con el pintoresco amontonamiento de viejas casas.

No comprendo estas protestas. Espero que hayan sido hechas bajo el punto de vista armónico-arquitectónico y nada más. Pero cuando todos protestan, como sé que ha protestado Zócimo Taltal y, por cierto, doña Claudia Puchuncaví, dudo de que sea bajo tal punto de vista. Llego a pensar que la ignominia del "pintoresco" los carcome.

Los ambientes con "carácter"...

¿Hay alguno que no lo tenga? Todos lo tienen vistos desde fuera, vistos inusualmente. Pero vistos desde dentro... ¿lo tendrán? Desde dentro es el suceder cotidiano de la vida. Y en este suceder sólo se puede pasar bien o mal, mejor o peor. En último término vendría a ser el verdadero carácter el grado de intensidad que nos da una amplitud de conocimiento.

Esto sucede ajeno al "ambiente con carácter".

El ambiente pasa a ser mayores o menores oportunidades para el fin interior que lleva cada cual.

Facundo me alegaba que en la miseria de las putillas, que en esa vida de cocainómanos e invertidos había intensidad. Yo le alegaba que si la hay, tiene que haberla aún más en un campo de concentración o en los sótanos de la Inquisición española.

Nunca mi meta ha sido la busca de la felicidad. Mi meta ha sido siempre la busca de la intensidad. Puedo asegurarles a todos ustedes que esta búsqueda es a menudo dolorosa.

¿Mi edad? Todo el mundo la sabe: nací en el año 1890, en San Agustín de Tango. Pero..., pero...

Amigos, yo no tengo edad porque yo vivo; es decir, he vivido y viviré siempre.

Soy como Teodosia Huelén;

Lorenzo, soy como tu hermana Jateña.

Ya tenemos una unidad que debemos pasear... ¡eternamente!

No olviden que "eternidad" es un solo momento. Es a este momento al que hay que llegar. Entonces el tiempo se desprenderá de uno como... un cascarón.

Buscará ubicación este cascarón. Al fin la encontrará y será en un señor como todo el mundo, un señor *con edad*. De pronto se sentirá incómodo este señor con el cascarón que tiene que pasear y que le impone una edad. Entonces...

Aquí Florencio rió y nosotros le hicimos coro en su risa.

... lo llevaremos donde el doctor Hualañé que lo examinará concienzudamente y le recetará una entrada a esa salita privada que ha acomodado en su gabinete.

He dicho que eternidad es un solo momento. Óiganme ustedes: Hago un círculo y en él escribo la palabra "niñez"; hago a su lado otro círculo y en él escribo la palabra "vejez". Están lado a lado para que lo entiendan ustedes más claramente. Ahora los uno por una raya sobre la cual pongo la palabra "vida".

Pero este dibujo no está completo aún, algo falta en él. Debo poner sobre el círculo "niñez" las palabras: "cielo puro"; sobre el círculo "vejez", las palabras: "cielo teñido".

Ahora sí, ya empieza a tomar su significado porque nos muestra cuál es el trabajo que debiera tenerse en toda vejez: separar lo teñido y, una vez separado, ¡verlo claro! ¡Verlo con la indiferencia que tendría si perteneciera a otra persona!

Es ésta una larga experiencia que hay que vaciar.

Recuerdo, Marul, cuando estuvo usted en mi casa con Onofre Borneo y conversamos mucho sobre el estado de ánimo y sobre las palabras de Santo Tomás de Aquino: "ver y creer". Ahora me han preguntado ustedes cómo dejé todo de lado para penetrarme por las vías del ocultismo y del esoterismo. Vuelvo a insistir: es un estado de ánimo que llega a uno sin que sepamos verdaderamente por qué razón. El dolor tiene aquí que jugar su papel. Recuerden ustedes que yo he perdido a Nastia Poltava, que he perdido a la pequeña Lola.

¡Un estado de ánimo...! No me pareció como tal debido a que era lo único que me era dado ver. Estado de ánimo implica, por cierto, relatividad. Al comprender esto llegué a la conclusión inevitable de que: tal es el estado de ánimo, tal es la cantidad de verdad que él da. O bien de que todo cuanto un hombre diga y aun imagine es verdad dentro de un estado de ánimo determinado.

Por lo tanto, amigos, la falsedad no existe sino en relación al que la aprecia. Así, las cosas que no entendemos son cosas que poniéndose uno en el estado de ánimo a que pertenecen se harán francamente entendibles.

Viene entonces la comprensión de que estamos rodeados de la verdad, de que toda la naturaleza está dispuesta a revelarnos sus secretos, pero que nosotros procedemos con ella como con un espejo, es decir, colocándonos frente a él en determinadas formas y en determinadas posturas que hacen que el espejo las refleje. Mientras permanezcamos oyendo únicamente a nuestros propios oídos y al medio ambiente que nos rodea, permanecemos cerrados colocando un obstáculo a cualquier avance.

Pero ahora vendría el segundo movimiento cuya manera de efectuarse ha de ser bien comprendida y que es a lo que "ver y creer" se refiere.

Tomemos nuestras ideas corrientes, las que no nos merecen duda alguna, las que hemos alimentado desde que tenemos uso de razón, en buenas cuentas, las que vemos con igual claridad que lo que nos muestran nuestros ojos a la luz del sol.

Ahora tomemos nuestra creencia en Dios y supongamos que en él creemos con la fe que tiene el más creyente de los imaginables. Veamos la diferencia entre ambas creencias:

La primera es efectiva, es real, y su efectividad y realidad reside, si bien se mira, en que ella *es una* con todo el ser, que es el ser mismo, puesto que yo soy lo que veo, lo que oigo, siento, palpo, gusto, etc.; puesto que privado de toda sensación sería como una piedra, a lo más sería como un árbol.

La segunda no es efectiva ni real pues es una simple creencia nacida de que ella produce mayor armonía con uno; o es una deducción más o menos precisa del intelecto; o es una intuición más o menos justa del espíritu. Pero de ningún modo *es una* con nosotros, de ningún modo nosotros vemos, oímos y palpamos a Dios como a los objetos terrenos, ni pensamos ni sentimos como un Dios. Toda creencia permanecerá, más o menos, en la región de las probabilidades.

Creer, sea lo que sea, sea lo más grande que nuestras mentes puedan concebir es, para el desarrollo espiritual, tan infructuoso como no haber oído jamás ni una palabra de tales ideas colosales. Pues el ser uno, el yo no ha avanzado por eso, pues sigue en el mismo estado de ánimo que antes.

El segundo movimiento debe ser el de trasladar, diría, el ser íntegro de uno al estado de ánimo correspondiente desde el cual Dios aparece con tanta certeza, claridad y seguridad como antes aparecían las demás cosas. Antes que así no sea uno no ha visto a Dios y, por lo tanto, no puede creer en Dios. De ahí viene lo dicho por San Mateo: "Buscad primeramente el reino de Dios y el resto os será dado por añadidura".

Reino es ahí lo que yo he llamado estado de ánimo. Ver, pues, no es suponer o tener la mayor o menor certeza. Es ser uno con lo que se ve y que eso que se ve apoye la razón, el intelecto y no contradiga nada de cuanto uno es o puede ser. Sólo entonces el ser habrá dado un paso –para adelante o para atrás–, pero sí un paso puesto que habrá cambiado de estado de ánimo.

Abierto, pues, el ser recibir y recibir cuanto la vida quiera enviar y entonces, poco a poco, dobligar todos los órganos, todo el ser hacia el reino de esa idea.

Es ahora, en este momento de ir dobligando los órganos, cuando hay que tener presente la relatividad; o sea no decirse: "así creo, así pienso, así soy". Lo que debe decirse es: así se me ha manifestado hasta este momento el hilo de la larga madeja de verdad que voy desarrollando. Pues desde el instante en que uno dijera "así soy" vería cerrarse nuevamente o detenerse ante un solo estado de ánimo olvidando los demás.

Todo cuanto pueda darnos lo que hay en nosotros no es tampoco lo único que se debe creer en razón de que es lo único que se ha visto, ya que todo ello no es más que un conjunto de efectos de una causa que es el estado de ánimo, o sea, uno mismo. Así que lo que estoy creyendo porque lo veo es lo que estoy creyendo porque así yo lo estoy produciendo. Nada es enseñanza externa; todo es como uno quiere que sea.

No son éstas, amigos, interpretaciones exactas de algo que existía en el exterior; son interpretaciones de lo que el hombre experimenta, piensa o siente ante el choque de su ser con las cosas externas. Una idea no es el descubrimiento de una verdad externa sino de una verdad interna. Por lo tanto toda idea, conservando su verdad, puede cambiar de significado según y cómo se interprete.

Cualquier verdad que se descubra en la naturaleza es colocar de otro modo al ser humano, de un modo tal que lo que antes le aparecía de un modo, ahora le aparezca de otro, o sea, que en el exterior todo es inmutable, todo está más allá de leyes y de verdades. Lo que se hace es sólo descubrir estados de mente, maneras de colocarse ante las cuales

esas cosas inmutables, sin leyes ni verdades, toman la forma de las mentes que están ante ellas y las interpretan.

Practicar el camino esotérico es una de las más arduas tareas que puede tener un hombre. ¿Cuántos libros sobre este asunto han leído ustedes? ¿Muchos, muchísimos? ¿A cuánta gente han oído hablar sobre estas prácticas? ¿También a muchas, a muchísimas?

Todos hablan y hablan... Yo les aconsejaría una cosa, una sola cosa. Hela aquí:

Tomen ustedes un libro sobre el sendero de la iniciación, un libro ojalá lleno de consejos y metódico en su exposición. Entonces van a ver que cada uno de esos consejos, que han parecido tan simples, es casi de una dificultad sobrehumana ponerlo en práctica. Pues basta poner el acento en un defecto y querer corregirlo para que él se nos venga encima y se vea que todo uno no era más que ese defecto.

Los males pueden ir siempre en aumento. Para ello no hay más que agregarles "algo". Tienen ustedes una vida de desgracia, una vida en la que todo anda mal. Agréguesele un dolor de cabeza, agreguémosle la muerte de un ser querido, agreguémosle un simple insomnio o lo que sea.

No así con los bienes porque ante uno los demás no sueñan, se callan.

El gran mal es enclavar nuestra vida entre dos estacas: el nacimiento y la muerte.

¡No hay tal! ¡No, no lo hay, amigos míos! ¡Ni nacimiento ni muerte!

Es una manera reducida de ver. Hay que ampliar nuestra visión.

Comprendí, durante mis dolores, cuando Nastia había muerto, que me encontraba bajo el signo de una bendición espiritual; y bajo el signo de una maldición material. En esos días, junto con perder a Nastia, supe que mi fortuna, que nunca había sido mayor, habíase perdido en los juegos de Bolsa que otros habían hecho por mí.

Me dije entonces:

"¡Cuidado con poner el acento en estas crisis materiales pues ellas devorarán la bendición espiritual!

Entonces *se me* respondió... ¿Quién? ¿Lo preguntan ustedes? ¿No has hablado tú, Lorenzo, de un Anam? ¿No has hablado tú también, Onofre, de él?

Saben ustedes a qué me refiero. Su voz dijo claramente:

—Florencio, ¿no trabajan para ti los que por aquí han pasado y cuyos recuerdos te visitan a menudo? ¿No trabajó para ti Miguel Angel Buonarroti y Leonardo de Vinci y tantos otros? ¿Y Paracelso y Helena Petrovna Blavatsky? ¿Debo aún citar más nombres? Es el momento de darte cuenta de ello.

Les hablo de esto pues he recordado aquella pérdida de mi fortuna.

A propósito de ella:

Conozco la historia de dos amigos que pasaron juntos seis años en Europa y luego regresaron a Chile. El uno se desesperó y fue su viaje una maldición; el otro volvió feliz por el hecho de haber conocido mundos y haber ampliado su conocimiento con la bendición de los viajes.

Pensé luego: el viaje es mi fortuna perdida...

El hombre, al vivir, mira sólo un pedazo del tiempo, un trozo de aquello que es inmutable. El hombre, pues, pasa. Si él se identificara con el tiempo ¡no pasaría!

Nunca una práctica debe forzarse. Es decir, no hay que tratar de aplicarla inmediata y tenazmente como se hace para la aplicación de una ley. Lo que hay que hacer es no OLVIDARLA. Para esto, proceder así:

- a) Repetirla mentalmente;
- b) Implantarse la voluntad de ejercitarla;
- c) Ir al mundo libre de ella y si en el mundo no viene, constatarlo y pensar: "Ya vendrá".

Al fin se incorporará y será parte de uno mismo.

Es lo que tú tratas de hacer, Lorenzo; para eso vas a La Cantera y te encierras en tu Bóveda, para eso has hecho en ella un centro de meditación: ¡para tratar de nacer de nuevo!

Sí, amigos, debe nacerse de nuevo si entramos en el sendero del esoterismo. Pero sin que nada cambie a nuestro alrededor, dejando en paz cuanto nos rodea. Es algo que nos incumbe únicamente a nosotros. Lo demás... ¡que siga su curso!

He oído hablar de un libro de Ray Bradbury en el cual hace ir a una persona hacia el pasado, hacia el remoto pasado. Esta persona lo ve todo y cae en admiración. ¡Imagínense ustedes lo que es estar, de pronto, frente a un plesiosauro que hace su vida habitual! Esta persona quiere tomar parte de esta nueva y remota vida ahora presente para ella. Entonces se inclina y va a coger una yerba. Pero su maestro la detiene y le pide que nada, nada toque, ni una hojita, nada. Porque al tocarla sería querer colaborar en una línea de vida que tal como se desarrolla así tenía que desarrollarse. Es decir, sería introducir en ella ¡la catástrofe!

Es esto una gran verdad. Así como nosotros nos desarrollamos, así tiene TODO que desarrollarse *ajeno a nuestra voluntad personal*.

¡No salgamos, pues, de nuestro límite!

¡No hagamos que nuestra conciencia tome un papel mayor!

Recuerda, Lorenzo, aquella línea que dibujaste y que luego dividiste, en un extremo, en tres o cuatro nuevas líneas. Recuerda que así es la vida TOTAL de nosotros, es decir, con todas esas líneas que se han bifurcado y de las cuales tenemos plena conciencia tan sólo de una de ellas.

Las demás hacen también su vida.

Llegará un momento en el que seamos conscientes de todas ellas.

Por ahora: paciencia y calma; calma y paciencia.

Calló Florencio Naltagua. Hubo un largo silencio en el que cada cual quedó en meditación. Yo me asomé por una ventanita y vi aquel árbol que tanto ama Bárulo Tarata: un tronco, luego el follaje y, en lo alto, unas ramas desnudas que se retuercen sin hacer movimiento alguno. Allí estaba cuando la voz de Tarata me hizo volver.

Barúlo Tarata hablaba. Me es difícil repetir exactamente sus palabras pues su labia, aunque lenta y parsimoniosa, era extremadamente abundante. Lo único que puedo decir es que cuanto sobre él escribo es exacto como lo ha sido respecto a mi amigo Florencio Naltagua. Me consideraría un traidor si algo fuese falso en lo que voy a transcribir. Es muy difícil hacer un resumen de las palabras ajenas

pero, de todas maneras, pido que se me crea en todo lo que digo y pido asimismo que se sepa que sólo me guía un espíritu de absoluta lealtad hacia Tarata como me guió hacia Naltagua.

Ya era tarde cuando me volví hacia el grupo que ellos formaban y cuando abandoné mi contemplación por la ventanita. El árbol se había perdido en la noche. Nos alumbraba la luz tenue, velada de un quinqué. Marul seguía acurrucada, siempre sin pronunciar palabra; Florencio y Lorenzo escuchaban con suma atención; yo anotaba algo de sus palabras para que luego me sirvieran esas anotaciones como ayuda memoria de lo que ahora voy a escribir.

Helo aquí:

—Haces bien, Onofre, en abandonar esa ventana. ¿Qué más se puede ver por ella? ya es la noche. Deja en paz a aquel árbol cuyas ramas superiores y desnudas se retuercen. Ahora conversemos un poco. Me hace mucho bien desahogarme de cuando en cuando con buenos amigos como son todos ustedes.

Yo no soy aún un hombre sabio. El hombre sabio es aquel que sabe vivir simultáneamente en la fe y en la duda. Creer como el fanático; dudar como el escéptico desencantado. He ahí la verdadera sabiduría: el resultado de esos dos estados de ánimo reunidos. Porque todo es verdad en la vida, pues todo es reflejo de la verdad absoluta; y nada es absoluto en la vida porque la vida no es el absoluto sino su simple manifestación.

El hombre que no hace más que creer corre riesgo de construirse una prisión hecha a su imagen de la cual difícilmente podrá algún día evadirse: el hombre que no hace más que dudar se arriesga a perder contacto con la vida misma y a languidecer como una planta privada de sol y de agua.

Si en realidad no existiera un más allá sería totalmente imposible que ideas místicas existiesen en el hombre. Hay que implantarse bien esta idea: no puede el hombre pensar o extraer pensamientos de la NADA. Creer, siquiera suponer lo contrario es un absurdo absoluto. Tiene, pues, que ser el reflejo de "algo".

Discútase lo que se quiera sobre el error de este reflejo. Pero no se discuta sobre su inexistencia pues si ella existiera el misticismo vendría a ser el efecto de una causa. Ello es un absurdo. Es como decir que en una suma el resultado es menor que un factor; o que un padre es menor que su hijo; o como hablar de morir sin haber nacido.

Es por esto que a menudo vemos esa tendencia a creer lo que es absurdo con exclusión de las cosas que confiesa la razón.

Naturalmente que lo hablado por Tarata se mezclaba a todo momento con lo hablado por Naltagua. Era una especie de diálogo. Pero a mí me parece más sencillo separarlos en dos como si fueran muy largos monólogos. Tal vez se note cierta incoherencia en lo que anoto. Es que ellas se refieren a contestaciones del uno al otro. Lo único que trato es seguir mis anotaciones y hablar entonces en el orden de tiempo que se hablaron guardando siempre la salvedad de que, hace un momento, me referí únicamente a Naltagua y ahora lo hago refiriéndome únicamente a Tarata.

Después de hablar de este "reflejo de algo", que acabo de anotar, recuerdo que, siguiendo los miles de recovecos de la conversación, Tarata interrumpió de pronto para decir:

—Ha dicho usted, Florencio, una gran verdad de enorme sabiduría al recordar a Lorenzo esa línea que se bifurca en varias y de las cuales somos conscientes tan sólo de una.

Una vez fui consciente, plenamente consciente de una línea, nada más que de una y olvidé aún la posibilidad de existencia de las demás. Hace ya de esto muchos años; era yo un joven, un mozo. No sé qué entusiasmo me cogió de pronto que exclamé lleno de euforia:

—¡Sí! ¡Yo soy el primero! ¡Los hombres deberían imitarme si quieren avanzar! ¡Estoy de lleno en la verdad! ¡Ésta es mi grandeza, mi insuperable grandeza!

Pasaron los años y ahora pago este golpe de fatuidad. Vi que para ser el primero y poder llegar a esa grandeza tenía que sumirme en mí mismo y desde allí empezar lentamente a levantar una nueva idea que encerrara en ella una nueva vida.

Por eso, amigos míos, estoy en este bosque de Guayacán; a veces visito la selva de Lemoleno. Mis compañeros son únicamente ornitorincos, los lampalaguas, las escolopendras y los tan queridos cumbilecos; todos ellos seres más astrales que físicos pero, en el fondo, buenos seres. Aquí vivo, aquí medito y hago acto de contrición. A veces asomado, como tú, Onofre, hace un momento, a esa pequeña ventana; otras veces a la sombra de un árbol cualquiera; otras veces perdiéndome en mis largas caminatas que me llevan hasta más allá de este bosque y me internan en Lemoleno; las más veces, a la luz de este quinqué. De tarde en tarde viene a verme mi hija Biandina, mi buena y querida hija. Dice ella que es hija de una campánula y mía. Tal vez así sea. No lo sé. Ama las Misas Negras. Tal es, sin duda, su destino. Es amiga de Palemón de Costamota. Nada, nada puedo en contra de ello. Debo expiar en el más completo silencio mis faltas y, sobre todo, los males que estas faltas hayan producido fuera de mí. Por el momento, ya lo saben ustedes, mi consuelo y mi deber es este bosque de Guayacán y la vecina selva de Lemoleno.

De tarde en tarde, muy raras veces, voy a San Agustín de Tango cuando los ajetreos de la vida llegan hasta mí y yo no logro detenerlos tras sus fronteras. Allí, lo saben ustedes, me cobijo en el Convento de los Jerónimos. Allí me veo con mi amigo Romelio Renaico; a veces llega hasta acá, a mi choza como han llegado ustedes. Conversamos algo. Luego él se retira para caer en oración.

Recuerdo que una vez me dijo:

—Si yo uso un par de zapatos todos los días diré, al cabo de cierto tiempo, que me duran poco; si los uso una vez cada quince días diré que me duran mucho. Esto es un error. Pues los zapatos, en su interna y real vida, duran siempre lo mismo. La única diferencia que hay es que en un caso hice yo pasar tiempo a través de ellos; en el otro caso me abstuve de hacer pasar tiempo.

Así conversamos, dejando que acuda a nuestra mente cualquier idea, cualquier cosa. No es raro que de observaciones como esta de los zapatos pasemos, de pronto, a ideas sobre el cosmos o sobre nuestras propias faltas.

El tema que más he pensado ahora último es el de la personalidad y sus diferentes caparazones. Llega en el hombre que ha empezado a evolucionar un instinto que se sobrepone a todos los demás, un instinto que es una fuerza ciega que derriba cuanto encuentra a su paso. Es el de: yo soy; el de acentuar la personalidad, de dirigirla de modo que se diferencie de las demás y que cuando se hable de uno o cuando uno piense en sí mismo, pueda definirse clara y precisamente diciendo: "Soy esto; no soy aquello".

Esto nace de la misma fuerza que obliga a la mujer embarazada a dar a luz; la misma fuerza que obliga a todo el mundo a echar fuera lo que tiene dentro: una ira se traduce

en gesticulaciones y en gritos; una emoción se traduce en llanto... Es algo que hay dentro y que hay que arrojar.

Así, en el curso de su evolución el hombre siente la necesidad de llegar a la suprema separatividad, la necesidad de ser, la de convencerse y de convencer que él es, que existe en sí y por sí.

Es un punto crítico, culminante, un extremo de un círculo-espiral. He observado personas que pasan su vida en este punto. Proceden casi siempre inversamente a como debieran y hacen así el camino cien veces más largo. Quieren ser, ser de un modo definido y echan una mirada sobre sí mismos, sobre su interior. Ninguna voz se eleva de sus fondos. Entonces recurren a todo el mundo para orientarse en el vacío. Alguien les dice:

—Eres muy reconcentrado.

Otro les dice:

—Eres muy nervioso.

Otro:

—Eres demasiado impulsivo.

Si algo de eso suena bien a sus oídos lo adoptan y se lo echan encima. Lo cultivan erradamente a veces, casi siempre. Lo que debiera ser la puerta del desenvolvimiento del propio ser pasa a ser un velo que los cubre.

Luego un libro da datos; una persona emite ideas. El hombre ése, como una esponja que se sumerge en el agua, lo absorbe todo cubriéndose sin cesar de falsas capas.

Quiere encontrar el secreto de su corazón en medio del mundo en vez de aguzar sus oídos y escuchar su cántico silencioso. Van hacia el ruido en vez de ir hacia la paz.

Es curioso ver cómo buscan en todas partes y en todo lugar con un tesón increíble, como si fueran bestias hambrientas y al fin erigen ante ellos un falso ser creado por los desperdicios de los demás, espectro deforme que halagándolos en un comienzo, empieza a ser una visión de pesadilla que se transforma al final en una visión maldita.

¡Sí, maldita! Pues hay que alimentarla, mantenerla erguida y viva...

Pero entonces el verdadero Yo, ahogado en ese momento, principia muy quedo a elevar su propia voz. Esta voz se manifiesta como un peso sofocante del espectro. El ser entero quiere huir de él, de él que lo aprisiona y no lo deja respirar libremente. Sería necesario matar al espectro, destruirlo íntegramente, parte por parte. Pero el hombre se ha habituado a verlo como a su yo. Matar su propio yo le aparece como darse muerte a sí mismo. No sospecha que el único objeto de tal espectro es el de rodear al hombre con sus velos para que dentro se incube en calma el verdadero Yo.

El verdadero Yo saldrá a luz como sale el pollito del huevo, rompiendo su cáscara. Pero este acto asemeja a la muerte total. ¡Cuesta destruir las ilusiones y fantasmas que uno mismo se ha creado! ¡Hay que ser valiente! El tiempo no destruye. Sólo carcome lentamente.

He conocido a un ser que se había cubierto con la caparazón de la caridad, del altruismo, del bien, de dar y siempre dar, de ayudar a los que no tienen, a los pobres necesitados.

Después de practicar sus ideas, suelta a su ser y entonces rabia por mil pequeños motivos de envidia o de falta de mayores riquezas y esplendores propios. ¡Hay que verla (porque les diré que se trata de una mujer) cómo se avergüenza de su propia casa porque la de la vecina es algo superior! ¡Hay que verla cómo corre tras pomadas para el cutis y qué sé yo, sin confesarlo a nadie en este mundo!

¿Es que semejantes ideas no penetran más que en las primeras capas del intelecto?

¡No! Es la falta de sinceridad, de armonía, entre la idea y el fondo. Cogen la idea como meramente intelectual. Nada, ni ideas ni actos, dará sus frutos mientras permanezca en el cerebro en calidad de concepto y no penetre en lo más hondo de la conciencia en calidad de parte integrante del ser.

Cada idea tiene su flor intelectual y sus raíces morales.

La flor es algo hermoso. Las raíces dan el alimento y el alimento da la vida. Sin la parte profunda arraigada al alma, sin el espíritu que las anima, las ideas son flores muertas.

Este es el caso de una flor muerta. Las raíces de esta flor habrían dado la luz, viva y fresca. Pero no hay que tener las ideas como cosas de uno, como bonitas curiosidades que mostrar a los vecinos. Tienen que ser parte de uno mismo, tienen que ser el yo.

La vivacidad de las impresiones físicas ciega la vista espiritual. La naturaleza física defiende sus derechos y cuando ha cogido a un hombre, cuando este hombre le pertenece, difícilmente lo suelta.

Su manera de retener es la tentación: le antepone bellezas, le sugiere deseos, le crea obligaciones, mil cosas que le atraigan la mirada hacia la Tierra. Así no tendrá tiempo de contemplar el espíritu.

¡Cuántos de esos que maldecimos como dolores o males que nos llegan no son más que excelsas bendiciones! Pues traen como único objeto quitar nuestra vista de este mundo físico que nos emborrachaba y crear dentro de nosotros la paz, el silencio necesario para oír las otras voces.

Luego, amigos míos, debe irse al exterior no por su atractivo sino por determinación propia, sin que el ruido externo turbe la paz interna. ¡Y cuántos momentos pueden robársele al ruido para consagrarlos al silencio!

Sí, amigos míos, tenía yo una tendencia extrema a salir de los límites de mi mentalidad física y engolfarme lentamente en tales sutilezas abstractas y, con más frecuencia aún, en tal mundo de fantasmas forjados por mi imaginación, que las realidades conocidas dejaban de pronto de interesarme. Otro mundo, otra tierra sólo conocida por mí mismo, llegó a ser el alimento único de mis cavilaciones.

A veces quería, para tranquilidad de mi conciencia, sentir el mundo de mi vida cotidiana. Como todos, lo lograba. Pero apenas trataba de formularlo, veía que las fantásticas visiones de esa vida cotidiana, visiones que en ella pasaban solapadas, dominaban a esa vida cotidiana. Pronto noté que mi inteligencia, mis facultades, todo mi ser, estaban prácticamente estériles en el mundo que me rodeaba. Despertaba y tenía su actividad en un mundo desconocido para mí y que, de tarde en tarde, comprendía con exactitud.

No podía jamás formular una idea cual la había imaginado. Las ideas me eran como un pretexto y un medio para entrar a mis regiones de ensueños.

Calló Bárulo Tarata. Quedamos todos en silencio. Nos sentíamos bien alumbrados con esa luz del suave quinqué. Recuerdo que Tarata nos ofreció una taza de café que aceptamos gustosos menos Florencio Naltagua que dijo preferir el té. Tarata sonrió con un signo de entendimiento y aseguró que él también prefería el té.

Nos sirvió y bebimos hablando menudencias. De pronto Marul se enderezó y preguntó a Tarata:

—Lo que usted nos ha contado, don Bárulo, créame que lo he escuchado con el más

alto interés. Yo veía, en cuanto usted ha dicho, la marcha inexorable que lo ha traído a vivir en esta humilde choza del bosque de Guayacán. Todo me ha parecido como un destino prefijado al que usted tenía que llegar. Dígame usted, señor Tarata, ¿me he equivocado en lo que me atrevo a asegurar?

Tarata le respondió:

—No, Marul, usted no se ha equivocado en lo más mínimo. Es y ha sido así. Cuanto he dicho es, si puedo expresarme de este modo, un poco... ¡no!, es completamente *autobiografía*.

223

Aquí mis recuerdos se hicieron vagos; aquí perdí todos mis recuerdos. Ignoro qué pasó. Fue algo como en los sueños en que el paisaje cambia de pronto haciéndonos recorrer el mundo entero con la velocidad del pensamiento. Vine a despertar, a volver en mí mismo, con la voz de Marul Carampangue. Me decía:

—¡Ea! ¡Despierta, Onofre! Vas caminando como dormido.

Miré a mi alrededor. Estábamos junto al ascensor del edificio de la avenida Ave María donde ella habita. Lo tomamos y subimos a su departamento. Marul preparó un cóctel que bebimos juntos y alegremente. Rehaciendo mis recuerdos le pregunté:

—¿Y los otros, Marul? ¿Qué se han hecho?

—¡Dormías, entonces, de verdad! —me respondió—. Los otros, pues cada cual ha de estar en su casa y Tarata ha de estar allá en el bosque de Guayacán. ¿Hasta dónde guardas memoria?

Le dije:

—Hasta que tú, saliendo de tu mutismo, hablaste con Tarata y le aseguraste que todo lo habías escuchado debidamente. Él te respondió y..., y... Mis recuerdos se esfuman, no porque haya perdido la razón sino porque caí en una especie de meditación que, por lo demás, he olvidado también. La última palabra que se grabó en mis oídos es la de "autobiografía", dicha por el buen amigo de Bárulo Tarata.

—Por algo y para algo tendrías que caer en meditación —me contestó—. En realidad todo lo escuché muy, muy bien. Desde mi rincón, donde me hallaba agazapada, oí claramente la voz de esos dos hombres superiores: Naltagua y Tarata. Ahora, querido Onofre, quiero hablar yo, quiero desahogarme, no de un pecado mío como esa suficiencia de nuestro anfitrión de la choza, no; quiero, necesito hablar y quiero también que tú me hables porque sé que mucho tienes sin hallar debida salida.

Le dije algo dudoso:

—No veo qué puede ser eso que yo tengo sin hallar su debida salida.

Sonrió para contestarme:

—Ya vendrá, ya vendrá y ya... saldrá.

—Muy bien, Marul. Empieza tú, te lo ruego. En tu compañía puedo oír hasta la música de las esferas sin inmutarme mayormente. Te escucho.

Bebimos otro cóctel y Marul me dijo:

—Onofre, deseo decirte algo sobre Lorenzo Angol, algo que me vino súbitamente mientras Florencio disertaba. Nada tiene que ver con sus disertaciones pero... tú sabes

cómo es nuestro cerebro cuando se le deja en libertad. ¡Y no creas que el mío tenía una libertad aceptada por mí! ¡No y no! Mi voluntad, y él, mi cerebro obedecía, era registrar bien las palabras de Florencio. Pero por su lado pensó y lo pensado me lo comunicó.

-¿Qué fue ello?

-Mi cabeza pensaba en ese... ¿Podré llamarlo "un mal"? Sí, en ese mal de que sufre Lorenzo Angol. Era yo, en aquellos momentos, una doble persona. No me inquietaba mayormente este hecho porque ya se lo había oído decir a Florencio instantes antes. Era de lo que hablaba cuando yo llegué y me ovillé en mi rincón guardando un perfecto mutismo. Sí, Onofre, es una necedad creer que nosotros mandamos a nuestro cerebro.

-Por cierto, Marul. Recuerdo cuando Florencio dijo que, si no poníamos atención, la cabeza pensaba por sí sola y se escapaba por cientos de direcciones diferentes. Tu cabeza... ¿fue hacia Lorenzo?

-Fue hacia la obsesión de la cual sufre Lorenzo cuando ve o cuando evoca a una mujer. Fue hacia esa atracción indomable que sufre ante las mujeres, hacia esa verdadera manía que, sin duda, está fuera de él y, entonces, él es atraído, es hipnotizado por la existencia indiferente de esas mujeres. Me dije entonces:

"Lorenzo, tú vives y vivirás y... morirás como ¡el escorpión!

-¿Qué relación ves, Marul, entre Lorenzo y un escorpión?

Marul me contestó pausadamente:

-Dicen, Onofre, que no hay más que rodear a un escorpión, a un vulgar alacrán, de una prisión de fuego. Se forma un pequeñito muro de paja o de cualquier substancia inflamable, se coloca a este alacrán al centro y se le prende fuego al muro. El alacrán trata de huir por un lado, luego por otro y por otro y al fin, al ver que está cercado por las llamas y que de ellas será víctima, se suicida clavándose el aguijón en su propia cabeza.

-No veo aún la relación.

-Oye, Onofre, oye: Lorenzo vivirá y al fin se matará como este alacrán o escorpión, es decir, clavándose o víctima de haberse clavado miles de veces su aguijón en la cabeza; o sea, su falo.

-¡Cómo! ¿Lo crees tú posible?

-No lo sé. Es una hipótesis que hago, mejor dicho, que hizo mi cerebro cuando empuñó esa carrera lejos de mí. Puede ser que así suceda como puede ser que Lorenzo... -¿cómo decírtelo?- que Lorenzo apague el fuego que lo circunda y se alce entonces victorioso de esta obsesión mujeril que, poco a poco, lo irá estrangulando.

-¡Está la Bóveda, Marul, no lo olvides!

-Es mi esperanza. Sus idas a La Cantera, sus encierros en la Bóveda, deben tener, consciente o inconscientemente, el ansia de desprenderse de su mal.

Pensé un rato y luego dije:

-Lorenzo ha nacido bajo el signo del Escorpión; creo que el 28 de octubre. Nació bajo el mismo signo que yo pues el Escorpión abarca desde el 23 de octubre al 22 de noviembre inclusive. Yo nací el 13 de noviembre.

Marul rió de buenas ganas y luego me dijo:

-¡Cuidado, Onofre! -me gritó-. No vayas tú también, de tanto y tanto pensar e imaginar cosas voluptuosas con lindas damiselas, no vayas a morir enterrándote el falo en la cabeza como el escorpión se entierra su aguijón en la suya.

Quedamos un rato sin hablar tomándonos el cóctel. Luego ella me preguntó:

-¿Se refresca tu memoria, Onofre?

–Mi memoria –le respondí– está perfectamente bien menos en lo que se refiere a lo que aconteció mientras Tarata hablaba. Tú lo sabes, Marul. Después estos buenos cocteles me han dejado en mi normal.

Me preguntó:

–¿Nada recuerdas de los cumbilecos?

–No, nada. ¿Qué pasó con ellos?

–Poco después de hablar Tarata sobre su “autobiografía” oímos un pequeñito golpe en esa ventana a la que tú te asomaste. Miramos hacia ella y vimos dos cumbilecos que allí estaban como en signo de espera. Tarata fue hacia ellos y algo debe haberles dicho. El caso es que nos despedimos y salimos guiados por ellos. ¡Oh! ¡Qué gracia tenían! Iban adelante, trepaban a los árboles, se dejaban caer y seguían ante nosotros. Así nos acompañaron hasta el límite del bosque de Guayacán, nos hicieron grandes, muy grandes reverencias, y desaparecieron. Nosotros volvimos.

Le expliqué entonces:

–Es lástima que allí me haya venido esta caída en meditación que he olvidado. No lo digo por eso, por el olvido. Florencio tiene perfecta razón al decir que nuestra cabeza parte y se va adonde ella quiere. La mía, tal vez, quería, pedía una meditación cualquiera. Lo digo por el hecho de no haber aprovechado esta partida en compañía de esos lindos cumbilecos.

–Y de esas escolopendras –agregó Marul.

–¿También vinieron a acompañarnos?

–No. Pero nos atisbaban a nuestro paso y hacían una serie de movimientos al vernos para perderse luego entre la espesura de esos inmensos árboles. Pero ¡dime, Onofre, dime! ¿No vas a caer nuevamente en meditación olvidadiza? ¿Qué te pasa?

–¡Oh, no Marul, mi Marul mía! Pensaba, nada más, en algo relacionado con lo que hoy día he oído de boca de Naltagua y de Tarata. ¿Quieres que te lo relate? Se refiere un tanto a mis escritos, a lo que ahora tendré que hacer.

–¡Sí, sí! ¡Relátalo!

–A ello voy, Marul, pero antes déjame tomar otro cóctel.

Marul volvió a llenar los vasos y nos acomodamos en nuestros sillones. Entonces hablé de mis tribulaciones literarias:

–Voy ahora a escribir sobre lo que he oído a Florencio. Lo sé y lo tengo muy presente. No seguiré bien el orden en que él habló; pero el fondo estará. Luego escribiré sobre lo hablado por Tarata. Puedo hacer las mismas observaciones salvo a su final que, tú lo sabes, no lo escuché.

“Alguien, algún día, leerá estas palabras de mis amigos. Las encontrará –crémelo– iguales y luego se preguntará por qué razón lo dicho por uno de ellos no lo dijo el otro. Se pueden intercambiar sus frases. Ese lector que veo en el futuro se dirá al fin: “No valía la pena poner aquí dos personajes; mejor habría sido que todo ello hubiese sido dicho por uno solo”.

“Esto está mal, Marul. Quisiera hacer notar la diferencia que hay en ellos, esa diferencia que tú también notaste y de la cual ya hemos hablado. Tendría que hacer hincapié en cosas que están más allá de sus palabras; como ser: la manera de hablar, el pasado de quien habla, los ademanes con que se acompañaban, el tono de voz, hasta la luz del quinqué y el paisaje de aquel árbol solitario que se veía por la ventanita. Pero esto no es mi oficio, no

lo es. Yo tengo que poner el acento en el contenido de sus palabras y no en la atmósfera que ellas, esas palabras, levantaban en torno de ellas.

“Creéme, Marul: compadezco por anticipado al lector que va a leerme... si es que me lee y no tira lejos el libro.

“¿No lo crees tú así? Dímelo con franqueza, con la más absoluta sinceridad. ¡Sácame de este atolladero en que me veo sumergido!

Marul meditó un segundo y luego me respondió:

–Tú has traducido, Onofre, casi estenográficamente lo que has oído; así lo tienes en tu mente y en tu pequeña libreta de apuntes; así lo llevarás a tu obra. Naturalmente que podrías rodearlo todo con diferencias nítidas para cada cual que hablara; podrías poner las diferencias que daban la edad de cada uno de ellos (Tarata nacido en 1877; Naltagua, en 1890); podrías también poner los respectivos físicos (ese aire de prematura vejez que ostenta Tarata; ese aire de permanente juventud que ostenta Naltagua); podrías poner asimismo el ambiente, es decir, la hora en que sus palabras fueron pronunciadas (de día aún para Naltagua; de noche ya para Tarata); podrías –¡ah, si las letras estuviesen debidamente acopladas con la música–, podrías poner el tono, las notas que zumbaban en el aire, ajeno este tono a lo que ellos decían. Entonces ¡sí! habrás roto el “regimiento” –¿me oyes?–, el regimiento “malillesco” al cual se sujeta, hoy día, cuanto se escribe.

“Tal vez, al leerlo después, van a aparecer parecidos, muy parecidos, casi iguales o iguales. Ese lector de que tú me hablabas tendrá que preguntarse, por cierto, para qué hay ahí dos personajes cuando con uno solo es suficiente.

“Pero ahora recuérdalo bien, Onofre, y transpórtate a esos momentos: ¿son iguales? ¿Crees tú que con un solo personaje habría bastado?

Le contesté de inmediato:

–¡No! Es verdad que hay que transportarse frente a la presencia de ellos, hay que vivir los instantes en que sus voces llenaban el ambiente. Entonces se verá ¡cuán diferentes eran!

Ella me agregó solamente:

–Sigue en recuerdo sus palabras y verás que van a sitios diferentes del Gran Pensar.

Mi mente, seguramente, había empezado a volar por su cuenta. El punto de partida tiene que haber sido aquel “Escorpio” de que había hablado Marul. Por él tiene que haber pasado para luego asentarse en Lorenzo Angol. Le dije:

–¡Es tan fácil ser inteligente! Diría mejor: ¡sería tan fácil ser inteligente! Es cuestión de acostumbrarse a razonar, a ser objetivo, a ¡preguntar! Y si esto, en tales o cuales no diera resultado, estoy cierto de que el hecho de verlos obrando así, nada más que este hecho, impediría a la gente decir que son tontos.

“Por ejemplo, Marul: llega un fulano cualquiera a una casa cualquiera y recibe de ella la peor impresión. Esta impresión lo hiere, lo marca, lo deja marcado. La gente cursi llama a esto “emotividad”. Ésta, como mancha, teñirá, en adelante, todas sus visiones; todo lo que ocurra estará bajo el signo de este primer golpe y del efecto que produjo. El fulano ha quedado así condicionado. Ha dejado, pues, de ver lo bueno que aparece y ahora lo ve malamente.

“Igual cosa le ocurre ante una ofensa, ante un mal acto de otro ser. Por esa “emotividad”, actuando siempre en negativo, no podrá reconocer las bondades de sus ofensores. El recuerdo “emotivo” primará. No podrá, pues, *perdonar*. Lo “emotivo” o subjetivo ha de triunfar sobre lo objetivo. Lo objetivo es razonar y relacionar sacando conclusiones. Esto

es inteligencia. Los que no saben perdonar son faltos de inteligencia, son tontos. La religión, que dice: "perdona a tus enemigos", se dirige a la inteligencia, pide al hombre ser inteligente. No va al sentimiento ni a la bondad espontánea e irrazonada.

"Creer que religión, que misticismo, es sentir una cosquilla agradable a lo largo del cuerpo.

"Dime, Marul, ¿no crees tú que Lorenzo Angol es un hombre francamente inteligente y que aquel rincón de La Canterera es el fruto de su inteligencia?"

—¡Por cierto, Onofre, por cierto! No temamos al suicidio del escorpión.

—Onofre, mira eso y dime lo que piensas sobre ello.

Marul me mostraba, en un rincón, un descomunal sillón de todos los estilos imaginables y de colores chillones.

—¡Horrible! —le dije sin ambages—. No puede ser gusto tuyo.

—Te vas a reír, Onofre, pero es un regalo. ¿Y sabes de quién? De ese gran caballero que se llama don Ricardo Cortés Mandiola. Supo un día mi aniversario y, sin más, mi casa se adornó con un sillón más.

—No seré yo, Marul, quien te mande otro sillón para hacer juego con ése.

Me miró un rato pero yo veía que sus ojos iban más lejos. Al fin me habló casi como en éxtasis:

—Todos tenemos que llenar un hueco de vida, un hueco mayor que nuestra vida plácida; sea esto en lo moral o en lo intelectual, sea ello en alegrías o sufrimientos.

"Nuestra vida carece de elementos de valor para llenarla. Tal vez es culpa del ambiente o de nuestra propia desidia. Pero hay que llenar. Entonces inflamamos. El intelectual infla con tanto esfuerzo y tanto desgaste como el intelectual que trabaja en una gran obra sería. En lo moral es lo mismo. Si esto pudiera medirse con un termómetro veríamos que las cavilaciones de don Ricardo Cortés Mandiola ante el problema de qué regalo hacerme y, al fin, al decidirse por ese sillón, veríamos, digo, que el termómetro marcaría igual temperatura que la de un verdadero y noble sufrimiento. Sólo que..."

—¿Sólo que...? ¡Dime, Marul!

—Es que es algo que me ocurre a mí y, estoy cierta, que no le ha de ocurrir a don Ricardo. Oyeme, Onofre: cuando se ha llenado este hueco, este eterno hueco que siempre acompaña, con cosas de mala calidad, viene un sentimiento negativo, un descontento que lleva a la angustia. En cambio cuando se ha llenado con cosas de buena calidad, el sentimiento que entonces se tiene es de plenitud, me atrevería a decir, de santidad o de verdadero heroísmo.

No pude impedirme de declarar:

—Lo hermoso que hay al hablar, al conversar de cualquier cosa contigo, Marul, es que se entreabren otras puertas que van hacia lejanías insospechadas. Ya lo has visto: el sillón de don Ricardo Cortés Mandiola y... ese hueco, intelectual o moral, que hay que llenar.

—Podrás, entonces, retirarte satisfecho —me dijo—. Tienes mucho donde trabajar en tus biografías. No te olvides de incluir en ellas a ese galante caballero de don Ricardo Cortés Mandiola.

—No, Marul, no lo olvidaré.

Luego prosiguió:

—Yo me voy a mi cama, a meterme en ella con mi luz de noche y entregarme, antes de dormir, al cuarto de hora de lectura, un cuarto de hora, para mí, sagrado; sin él no puedo conciliar el sueño.

-¿Y qué lees, Marul?

-¡Oh, me es igual, lo que haya a mano! La cuestión es leer antes de caer en ese otro mundo. Es una vieja costumbre que, creo, corresponde a la oración que reza el beato. Es decir, que sea cual sea lo ocurrido en el día, recordar, con una repetición que lleve al automatismo, que existe lo otro, que ello es y que sigue y siempre seguirá. Por eso leo unas cuantas páginas cada noche antes de dormirme.

-Dime, Marul ¿no rezas tú nunca?

-No, mi querido Onofre, no rezo porque no sé a quién debe rezarse. Y si supiera a quién... no rezaría; hablaría con él y nada más. No me niegues que quien sepa a quién se reza..., ¡oh, más le valdría escribir una carta certificada!

-Es verdad, Marul. Me retiro entonces y te dejo con tu libro.

-Buenas noches, Onofre.

-Buenas noches.

224

He ido a la Unión Laboratorios Pro Inmensidad Futuro; o sea, he ido a la Ulpif. Me dirigí directamente al gabinete del doctor Hualañé. Allí lo encontré trabajando afanosamente.

-Pase, amigo, y espéreme un momento; ya voy a desocuparme -me dijo apenas me vio.

Siguió un rato más en su trabajo. Luego se volvió hacia mí y me ofreció asiento.

Conversamos mucho o, mejor dicho, él conversó mucho pues estaba con una labia inagotable. Voy a anotar lo que dijo y haré un esfuerzo de memoria para que no me resulte igual a lo dicho por Florencio Naltagua y por Bárulo Tarata. Tú, Marul, dirás después si esto que voy a transcribir podría, a su vez, reducirse a un solo personaje.

Dijo el doctor Hualañé:

-Amigo Borneo, sepa usted una cosa: las enfermedades son, sobre todo, para llamar la atención, para que se hable de uno y para que en uno caiga la solicitud y la consideración general. De aquí viene esa "pieza secreta" que hay en mi consultorio; de aquí viene la "pieza secreta" que mi colega Pitrufrquén ha hecho instalar en el suyo. Óigame usted:

Si usted quiere hacer una vida interior superior no debe empezar jamás por atacar los síntomas que son sólo la última expresión de lo que anda mal. Por ejemplo le dicen a usted: no comer tales y tales guisos; acostarse siempre a tal hora; hacer ejercicios diariamente; y etc. y etc. Debe empezar por ir directamente a esa vida interior superior y entonces dejará solo de comer esos guisos dañinos, se acostará usted a la hora conveniente, hará los ejercicios de acuerdo con su estado y con su edad.

¡Para todo, todo, debe ser igual!

Mis colegas, casi sin excepción, hacen justamente lo contrario. Atacan de inmediato; ¡los síntomas! Dejan, pues, el mal incólume. ¿Qué remedio quiere usted para los "enfermos"? No hay más, amigo, no hay más: ¡azotes y azotes!

Por eso, a muchos de mis futuros pacientes, les digo apenas comienzan a sentirse mal con sólo mi presencia:

-Señor, o señora, cuando usted esté enfermo de verdad..., entonces llámeme y nos pondremos a la obra.

Ellos me miran con tamaños ojos y, parece, que quisieran caer enfermos inmediatamente, quisieran que les encontrara algo, algo, cualquier cosa. Porque dígame usted: ¿ha visto alguna vez a un cliente que vaya donde el médico y que el médico le diga, sin más: "Caballero, señora, usted no tiene nada, usted está perfectamente bien...?"

Es en esto en lo que el doctor Pitrufquén y el doctor Mangual y algunos más han seguido fielmente nuestro sistema: que cada cual se dirija como mejor crea. Fijarse, ante todo, en cómo el paciente se siente: si se siente bien, dejarlo y empujarlo; si no se siente bien, corregirlo y dejarlo, dejarlo... Al final sería como hoy pero todos mucho más felices.

Es lo que yo hago con los viciosos y cómo los llevo a dejar la costumbre sea de beber o de picarse morfina o simplemente de fumar. ¡No forzar, nunca forzar! Pero que la idea de que algún día abandonará ese vicio... ¡ah!, esta idea que esté bien, muy bien implantada en el fondo de ellos mismos. ¡Recordársela siempre y que ellos la recuerden! Pero no atacar antes al vicio mismo. Este vicio caerá solo; un día vendrá en que ellos ya no lo necesitan.

Para esto hay que inculcarles el sentido de la *responsabilidad*. Toda la gente tiende a evitar las responsabilidades. Existe el afán de culpar siempre a una circunstancia de la vida. Es para dejar de lado lo que se trae como propio temperamento.

¡Siempre culpando y culpando a cosas ajenas a nosotros mismos! Ante la manera de ser de un niño o de un hombre se oye a cada momento lo mismo:

—Es así porque de chico le dijeron...; fue su amistad con ese Fulano lo que...; el viaje tal o cual lo cambió y lo hizo ser...; y mil cosas más, mil pretextos más.

¿Qué hay en el fondo de esto? Únicamente un deseo de evitar la personalidad; una negación a la vida eterna.

Le pedí al doctor Hualañé que me orientara, que me ayudara, sobre esta tarea de las biografías en vida en que yo estaba metido. Me escuchó mis desesperanzas, mis continuas tribulaciones; le dije que, a veces, estaba a punto de abandonarlas y de no pensar más en ellas. Al fin se explicó así:

—No mucho podrá usted avanzar, amigo Borneo, pues sean cuales sean los síntomas o las interpretaciones que dé usted a los relatos de los biografiados, ellos, estos síntomas y estas interpretaciones, tórnanse —fíjese usted bien— interpretaciones y síntomas exclusivamente de ALGO y nosotros, tanto usted como yo, no sabemos qué es y adónde va este ALGO.

Para poder descifrarlo tendríamos que saber si corresponde o no corresponde a la finalidad de la vida humana, si va por sus rieles o si descarrila. Esto... no lo sabemos. Tal vez haya alguno que lo sepa... No lo sé. Así, lo más inaudito puede ser flecha indicadora de un paso hacia adelante; lo más ponderado y razonable puede ser una desviación.

Yo empleo mis conocimientos no tanto para sanar enfermos sino para escudriñar y descubrir todo lo que hay dentro del hombre.

Cuando tengo ante mi vista toda la muestra, veo o empiezo a ver qué objeto puede tener todo ello. Porque enfermedad es, hoy día, la falta de aplicación de esas muestras que se nos presentan y es su inutilidad momentánea lo que nos hace pensar en un mal, en tumores, en quistes, en adherencias y demás; así como, no hace mucho, el petróleo era una enfermedad de la tierra.

Si para diagnosticar se parte del hecho de ver si tal persona es sociable o es asociable, hay que tener cuidado de fijarse si no se está refiriendo a una sociedad determinada en

un momento determinado, o sea a conveniencia de algunos o de muchos; ello es igual porque es conveniencia y no es finalidad. No podemos saber si es verdadera conveniencia ya que ignoramos la verdadera finalidad.

No hay enfermos, amigo Borneo, porque no sabemos a fondo qué es salud.

Aquí hay muestras y más muestras de mis pacientes. Las clasificaré y con ellas, como con todas las que he acumulado, seguiré juntando datos sobre las posibilidades y sobre los órganos que tiene un hombre-humano-total. ¡No quiero estudiar más personas aisladas!

¡Los profesionales de medicina...! Ellos, amigo, forman parte de un inmenso egrégor, de una inmensa colectividad, que obra sin la conciencia de aquellos a quienes hace obrar. No olvide usted que hay gente de buena fe en toda colectividad. La *ciencia* pesa sobre esa gente y entonces creen y creen.

El egrégor murmura:

—Que entre el dinero..., que entre el dinero...

Luego grita a toda voz:

—¡Qué entre el dinero!

Entonces los egrégores, vestidos con blanca toca, aconsejan en nombre de la ciencia, aconsejan a media voz pero no por eso menos persuasiva.

—Sí; es bueno que entre el dinero.

Usted, Onofre Borneo, ha presenciado una reunión de frailes, creo que en el Convento de los Jerónimos. En ella estaba Palemón de Costamota. ¿Lo recuerda usted?

Bien; allí, mientras la presenciaba, tiene que haber sentido la voz de los egrégores que hablaba a esos frailes. Con los médicos, créamelo usted, ocurre lo mismo, exactamente lo mismo.

Los locos... ¡Qué de problemas nos dan! Usted ha de recordar nuestra visita al Manicomio del Eclesiástico, aquel patio de las larvas, las puertas erizadas de puntas de hierro... A pesar de todo lo que vimos —y que yo veo varias veces por semana— puedo decirle a usted una cosa: el hombre normal puede ir desde la exaltación que lleva al crimen, desde la más abyecta aberración hasta la placidez estática e inamovible. Y ninguno, en esta larga escala de condiciones, es un loco.

En cambio puede serlo uno que se halle en medio de la escala, un *monsieur comme tout le monde*.

Yo diría que loco es cuando el hombre no es todo él, no es únicamente él, como si otro con él colaborara y lo balanceara. Entonces ese hombre queda sin saber a punto fijo si lo pensado o lo hecho por él es de él o de algo más o de alguien más. Esta duda, claro está, no tiene por qué ser formulada en su conciencia.

¿Recuerda usted a Abel Socompa, recuerda usted a ese Abel 1, a ese Abel 2 y a ese Abel 3? Hablaremos de él un poco porque él es un caso interesantísimo. Fue días antes de que se recluyera en el Manicomio del Eclesiástico. Estaba yo con él y con mi colega Evaristo Gultro, comiendo unos churrascos y bebiendo una chicha dulce. Estábamos bajo un parrón, rodeados de sol, de polvo y de uvas. De pronto Socompa, antes siquiera de pedir su chicha y su churrasco, plantó al medio de la mesa el tema de la actualidad haciendo volar las moscas asustadas. Mas una de ellas, después de dar dos o tres revoloteos, volvió y le picó una oreja. Socompa, de un manotón, la devolvió a los aires. Entonces altanero al ver que el centro de la mesa era de él, no más de nosotros, esperó la agonía de nuestra charla.

Durante su espera mi colega Gultro dijo:

—¡Vaya uno a saber!

Fue suficiente. Abel Socompa se lanzó:

–Para saber hay que conocer, pero a fondo, el psicoanálisis.

Miró al centro de la mesa y luego agregó:

–Como lo conozco yo.

Atisbó a Gultro y me atisbó a mí. Nosotros nada respondimos. Entonces volvió a mirarnos como para cerciorarse de si acaso éramos o no éramos conocedores de esa ciencia. Nos miró largo rato. Al fin se dirigió a Evaristo Gultro:

–¿Para qué estuvo tanto tiempo en Zurich y en Berlín si no fue para compenetrarse en el psicoanálisis? ¡Tiempo perdido el suyo, dignísimo esculapio! Porque todo, todo, puede conocerse a fondo cuando se estudia aquí o allá o más allá.

–No se trata de estudios, señor Socompa –le replicó Gultro con tono conciliador–. Sé muy bien que todo el mundo puede muy bien estudiar en cualquier parte.

Socompa prosiguió:

–Señores facultativos, de lo que se trata es de practicar, sobre todo en psicoanálisis que es cosa de la conciencia y de la subconciencia de cada cual y no de los libros. Es muy, muy diferente el que se echa capítulos y más capítulos al cuerpo al que, como yo, de cada hecho de la vida, hasta de cada objeto de su casa, saca luces para ahondar los misterios del alma en el subconsciente y de éstos saca los procesos reprimidos que lo acogotan.

Entonces, a la sombra de aquel parrón, supimos cómo Socompa desalojaba sus propias represiones recurriendo a sus objetos caseros.

El protagonista era un pesadísimo cacharro colonial de cobre. A pesar de que estos objetos coloniales eran sumamente ligeros, se otorgó –cuestión de conservar la paz– un fuerte peso al de nuestro contertulio sin quitarle su origen colonial. Pues bien, Abel Socompa había colocado el suyo en una finísima mesita de endeble pies y desde aquel momento la tranquilidad había huido de su pecho. Sin darse bien cuenta, su pieza escritorio, donde se hallaba la tal mesita, se convirtió en un sitio únicamente bueno para ponerle los nervios de punta. Luego esta nerviosidad se extendió por la casa entera. El caso es que Socompa empezó a preferir las calles a su hogar. Y el pobre diablo, ante este tan extraño fenómeno, buscaba angustiado, pero sin hallar, el origen de él. Lo único que sentía, pero vagamente, era que su angustia y sus nervios iban, por más que giraran largo rato por el mundo, iban a caer al cacharro y la endeble mesita que lo mantenía.

Creo que hoy día hay menos locos que antaño. Digase lo que se diga, hay menos, amigo Borneo. Porque antaño la locura era estimulada por la repetición infinita de los dibujos de esos terribles empapelados que adornaban las habitaciones.

En un pueblito perdido en la soledad de nuestros campos vivían dos seres que luego se amaron. Los llamaré ÉL y ELLA.

Tanto el uno como la otra, habían tenido conocimiento –nadie sabe por qué misteriosas vías– de que ese pueblito no era todo lo que la Tierra llevaba sobre su corteza; habían sido informados de que lejos, en dirección desconocida, existían magníficos y enormes palacios que encerraban dentro profundas sabidurías.

Ella lamentó su soledad, su abandono, mas para evitarse mayores nostalgias sobre mayores incógnitas no pensó más en ello y volvió a sus quehaceres cotidianos.

El, espíritu más dinámico, se sintió clavado por el agujijón de la curiosidad y del ansia y se puso, ayudándose con todos los recursos posibles de su humilde pueblo, a averiguar hasta por debajo de las piedras y de los vientos de la atmósfera. Supo así que, en efecto, en un lugar denominado Oriente, había, desde remotos siglos, había...

En fin, Él supo tanto sobre lo que allí había que pasó a ser uno de los más distinguidos orientalistas de las Américas reunidas. Todo cuanto supo lo comunicó fiel y fidedignamente a la cabeza y al corazón de Ella. Ella brilló de entusiasmo.

El viaje a aquellos parajes fue decidido. Llegaron al puerto de embarque y, antes de embarcarse, conocieron, por mera casualidad, al ilustre y cultísimo facultativo, doctor Amancio Cunco.

El doctor Amancio Cunco los convenció que, antes de emprender tan larguísimo viaje, deberían someterse a un examen médico. Así lo hicieron ambos jóvenes.

Amigo Borneo: ¡todavía están ambos sometidos a este examen que se complica y se enreda cada día un mundo más!

Los palacios del Oriente allí están en espera que lleguen estos nuevos visitantes.

Ahora recuerdo las palabras del doctor Pitrufrquén, el gran doctor Pitrufrquén. El doctor Hualañé me lo ponderó enormemente apenas se hubo ido. Me recordó los siguientes datos que, creo, los he puesto ya en alguna parte pero que no estará de más recordarlos aquí:

Doctor Pitrufrquén: nacido en Pailahueque, el 2 de marzo;

a los 6 años se recibe de bachiller;

a los 9 años hace estudios de psiquiatría;

es ahora jefe del Manicomio del Eclesiástico, en San Agustín de Tango.

Tiene actualmente 14 años de edad.

Cuando llegó al gabinete del doctor Hualañé nos habló de las molestias que tiene emprender cualquier trabajo nuevo. Se refirió, a lo largo de la conversación, especialmente a los artistas de aquí. Mejor haré en tratar de recordar sus palabras:

—¡Oh, queridos amigos míos! —empezó diciendo el muy calado doctor Pitrufrquén—, vengo con el peso de la imposibilidad de poder dedicarse a una obra "sin interés práctico-local". Usted, mi querido colega, no podrá comprenderlo pues su caso es justamente lo contrario. Sin embargo el suyo no es tampoco el ideal.

Vean ustedes: imaginémonos un trabajo de ciencia pura y, para realizarlo, va usted de prisa a su laboratorio cuando, en medio de la calle, un amigo lo detiene y le interroga a usted:

—¿Va usted, doctor, a seguir el método inductivo o el método deductivo?

Le contesta usted, el amigo le rebate y se forma la discusión. Total que, en todo el día, nada se ha hecho.

Al día siguiente logra usted encerrarse en su laboratorio y empieza a laborar cuando alguien le golpea y le clama a grandes voces:

—¡Doctor, doctor! ¡Doña Juana está con dolor de estómago!

Usted responde colérico:

—¡Al diablo doña Juana!

Entonces los demás, todos sin excepción, comentarán en sus propias barbas de usted:

—¡Aaah! ¡Aaah! No va porque se siente un Pasteur...

Y el trabajo no se hace.

Si vivimos entre necios, me dirán ustedes, ¡qué cosa más hermosa, qué noble misión convencerlos! Pero, amigos míos, convencerlos ¿de qué? Si se pone usted a convencer necios... más le valdría dedicarse a profesor primario.

De pronto aparece un señor muy docto que lo contempla a usted y, al fin, le pregunta:
—¿Así es que somos seres inferiores porque nos preocupamos de la vida?

Y esparce a su alrededor una sonrisa socarrona.

¡No hay más, no hay más! Hay que ir hacia los intelectuales, hacia esos que ostentan el título de "artistas". Sí, sí, ¡vamos a ellos y con ellos entendámonos!

Es peor, peor, colega Hualañé; peor, señor Borneo. Lo mirarán de alto a bajo, lo considerarán a usted un simple sirvientillo que se preocupa de cosas a nivel del suelo y seguirán preocupados de sus obras inmortales; salvo si alguno, como esa doña Juana, siente un pequeño malestar al estómago. Es como ver a un convencido anarquista en medio de un grupo socarrón de capitalistas o ver a una mujer virtuosa en medio de prostitutas. Se hable o no se hable, se alegue o no se alegue, es la lucha, la guerra sin piedad. Mejor es volver a la soledad indiferente que se tenía entre los cinocéfalos o los perros...

—Así es, colega, así es —exclamó el doctor Hualañé—. Mas ha de conseguirse usted algunos momentos de paz en los cuales podrá trabajar debidamente.

—Por cierto —respondió el doctor Pitrufuquén.

—¿A qué conclusiones ha llegado usted en general?

—A la siguiente, mi querido colega: Si un sujeto tuviese simultáneamente todas las enfermedades posibles de la humanidad, no moriría sino que crearía un nuevo tipo de hombre. Sería éste un tipo tal vez inferior al hombre corriente pero sería viable y acaso de larga vida. Porque sería vida *compensada*.

Yo caí en la duda y tuve que interrogar:

—¿Es ello posible, doctor? ¿No cree usted, doctor, que más bien moriría acto continuo? Me respondió:

—No, porque un sujeto muere cuando unos órganos tienen que *socorrer demasiado* a otros órganos. En lo físico es como en lo social. Vea usted lo que ocurre aquí en este país: hay miles de seres descontentos que viven y vegetan en la más horrenda miseria y así seguirán viviendo por generaciones tras generaciones. Sin embargo, no me lo negará usted, no hay violencia alguna.

"Esta miseria atroz es un órgano enfermo; multiplicada son todos los órganos los que han enfermado. La falta de violencia, la falta de rebelión, es esa larga vida de la que hablaba. Pues se ha producido un equilibrio en la miseria y en lo nauseabundo. Entonces sigue todo calmadamente su suceder.

De pronto a mí, Onofre Borneo, me vino una idea: ya que ahí estaban reunidos dos médicos de mi más completa confianza, había llegado el momento de consultarlos sobre ciertos aspectos de mi estado de salud. Les dije sin pérdida de tiempo:

—Doctores, quisiera hacerles a ustedes una pequeña consulta sobre mi persona.

Ambos se inclinaron hacia mí.

—Diga usted, don Onofre, diga usted.

Entonces les relaté esa pérdida de memoria o esa involuntaria y súbita distracción que de pronto me venía cuando me hallaba interesado por algo que me rodeaba. Les expliqué, con el mayor número posible de datos, lo que me había ocurrido allá en el bosque de Guayacán mientras estaba en la choza de Bárulo Tarata y éste hablaba y disertaba. Luego recordé que igual cosa me había sucedido hacía ya tiempo cuando, en Curihue, asistía al teatro del Capitán Angol y ante nosotros desfilaban aquellos inmortales cuadros del chino Fa tan admirablemente interpretados por don Fidey de Comiso. Terminé preguntando:

—¿A qué se debe esto? Es, puedo asegurarle, una completa amnesia que coge una parte

de lo que vivo y se lo lleva para desaparecer después dejándome completamente establecida la continuidad de mi memoria. Pero ese momento de amnesia.... ¡nada, nada! Es un vacío completo. Y he de advertirles a ustedes que lo que acaparaba mi atención me era del más alto interés. ¿A qué puede deberse esto?

El doctor Pitrufrquén dijo entonces:

—Debemos, por lo tanto, descartar toda clase de hastío. ¿No es así?

—Así es, doctor.

El doctor Hualañé me interrogó:

—¿Acaso otra preocupación le atormenta a usted? Fíjese muy bien que estas preocupaciones no necesitan estar presentes con claridad en la conciencia. Pueden ellas trabajar desde muy al fondo de la subconsciencia.

Le respondí:

—No, doctor, no. Créame que mis preocupaciones no son mayores que las que puede tener cualquier hijo de vecino. Que mis biografías no marchan como es debido, que ellas se me complican a cada momento, en fin... Son éstas las preocupaciones inherentes a cualquier trabajo de esta índole.

Me miraron un instante; me hicieron levantarme de mi sillón; me hicieron sentarme nuevamente; me volvieron de espaldas; por fin el doctor Hualañé me dijo:

—Conversemos, amigo. Su caso, sus amnesias, son, creo yo, extremadamente sencillas.

—Yo también lo creo —agregó el doctor Pitrufrquén.

Luego ambos se alejaron unos cuantos pasos y cuchichearon con aire entendido. Por fin se volvieron a mí y me dijeron ambos a la vez, empezando la frase el uno para terminarla el otro:

—Amigo Borneo, lo que hay es que hace usted trabajar mucho, demasiado su cabeza. Usted le impone un verdadero trabajo forzoso a su parte pensante. Usted quiere saberlo y organizarlo todo; quiere, en suma, que las cosas sucedan como usted las imagina y no con el ritmo que ellas tienen al suceder. Esto está mal y esto fatiga enormemente pues se trata de un esfuerzo estéril. Debe usted dejar que las cosas se hagan solas y usted no ser más que un aparato receptivo. Luego, con la misma indiferencia, usted debe ser un transmisor, un simple transmisor, que no se preocupa del efecto que lo transmitido puede producir en los demás.

“Es decir, ¡no se precipite usted y deseche toda lucubración personal!

Después de este buen consejo me despedí de ambos facultativos y me dirigí cavilando hacia Fray Tomate.

225

¡Hoy ha sido un día que he de llamar de gloria! Lo he pasado, Marul, con Teodosia Huélen. Y me ha contado su último viaje con todos los detalles imaginables. ¡Qué maravilla, Marul!

Salí temprano de Fray Tomate y, sin saber qué hacer, me encaminé al Zoo de San Andrés. En él entré y empecé a pasearme por sus avenidas casi sin mirar las jaulas de los animales. Por fin me detuve un rato a contemplar una pareja de falangeros. Subían y

bajaban por las ramas de un pequeño guayabo. En eso estaba cuando oí una voz que me llamaba:

–¡Ono! ¡Ono! –gritaba esta voz.

Me volví enseguida y la reconocí. ¡Era Teodosia!

–¡Oh, qué suerte! –exclamé–. ¿Qué hace usted aquí en este Zoo, mi querida amiga?

Me miró muy seriamente aunque me apercibí que tras sus ojos danzaba la sorna. Luego me respondió:

–He venido a verificar mi estado de ánimo. Sí, Ono, he venido a ponerme frente a estos miles de animales y a estas miles de aves para ver qué efecto me producían.

–¿Y qué efecto le han producido, Teodosia? –le indagué.

–¡Magnífico efecto! –me respondió sin titubear–. Es algo admirable recrear la vista entre tanto bicho. La última vez que aquí estuve encontré que era algo aburridísimo ver a estos bichos privados de su vida natural. ¿No lo encuentras tú también que están todos ellos felices, dichosos?

Dudé antes de contestar. Al fin lo hice:

–Tal vez están dichosos; al menos así lo parecen estos tan graciosos falangeros. Pero los cóndores, que vi hace un momento, demostraban un hastío profundo.

–¡Calla, Ono, calla! ¡Qué podemos saber nosotros de lo que piensan esos cerebros! ¡No, no, no lo sabremos jamás! Estos bichos sólo sirven para verificarnos nosotros mismos y para nada más. Hoy, hace un instante, casi me he introducido en las muy tranquilas y dulces ensoñaciones que se cernían alrededor de la testa de un rinoceronte. ¡Estupendo, mi querido Ono, estupendo! Puedo asegurártelo.

–¡Bravo, Teodosia, bravo que lo haya encontrado usted así, es decir, estupendo! Usted no puede imaginarse cuánto me alegra verla a usted en tan alegre estado de ánimo.

Volvió a mirarme sonriente esta vez:

–Es que tengo mis razones –murmuró.

–¿Qué razones tiene usted? Supongo que no será indiscreción preguntárselo.

–No, no es indiscreción alguna. Estoy con mi ánimo radiante gracias a mi último viaje, un viaje maravilloso del cual acabo de regresar.

–¿Y adónde ha ido usted?

Exclamó llena de euforia:

–¡Ono! ¡He ido al Sol!

Seguimos marchando. Teodosia reía por cualquier motivo y, al reír, movía su cabellera castaña y sus ojos –¿son azules o son verdes? –relampagueaban despidiendo luces. Al fin me preguntó:

–¿Te gustaría ir a casa?

–¡Por cierto! –contesté–. ¡Vamos a casa de usted!

Y sin más nos dirigimos de prisa a la calle del Oratorio. Allí llegamos y nos instalamos cómodamente. Teodosia, siempre sonriente, me preguntó:

–¿Dirías tú, Ono, que yo soy una persona que sufre de un mal, al parecer, incurable?

–¡Jamás, jamás! –le respondí–. Yo sólo desearía poder tener la salud que ostenta usted.

–Entonces, Ono –me dijo con ese tono socarrón que casi no la abandonaba–, debieras ir, como yo fui, al Sol.

–Deme usted los detalles para emprender tan lejano viaje y, le aseguro a usted, que haré lo posible por llegar hasta allá.

—Los detalles...; los detalles... Tú quieres detalles para continuar tus biografías; ¿no es así?

—¡Para lo que sea, Teodosia! Pero ese viaje de usted al Sol quiero conocerlo, todo él, desde el momento de su partida.

Ella rió con alegres carcajadas. Me dijo al fin:

—Bien, muy bien, mi querido Ono, te lo contaré entero, sí, entero, desde el momento en que abandoné esta Tierra. Óyeme muy bien y con suma atención:

—Estaba yo en mi pieza, aquí al lado, echada en mi diván. De pronto sentí unos deseos, unos deseos locos de ausentarme de aquí de la Tierra. Tú lo sabes, Ono, cuando estos deseos asaltan no hay medio de defenderse de ellos. Y sobre todo prometen, ¡oh, sí! prometen tanto. Así es que me decidí.

Esperé la noche. No es conveniente dejar la Tierra durante el día; cuestión de los vecinos y del comadreo que se formaría sobre una; es mejor la noche. Esperé, pues, radiante, créemelo. Las horas eran lentas, lentísimas, parecía que cada una de ellas fuera de dos o tres o más horas. Pero al fin vino la noche y yo, entonces, me asomé a mi balcón y miré para todos lados.

¡Horror, Ono mío, horror! Esta calle del Oratorio, que es tan tranquila por las noches, ahora era un verdadero remolino de gente que iba y que venía. Tomé otra decisión: mezclarme a esa gente y salir con ella. Así lo hice y salí.

Seguí tras dos viejos que iban conversando mucho. Doblaron por una calle y yo doblé tras ellos. De pronto vi que me despegaba de las aceras y la respiración se me cortó. Alcancé a gritar o creo que grité:

—¡Adiós viejitos! ¡Chao!

Y vi entonces, Ono, a la Tierra que se alejaba a velocidad indescriptible. Era algo como si tú tomas una pelota y te la pones al lado de la cara y ¡zas! la arrojas lejos con gran, con enorme fuerza. La pelota parte y se aleja rápida, rapidísima; tú la verás que se achica y se achica. Creo que ésta es la mejor comparación que puedo darte. Así vi a la Tierra.

Cuando..., cuando..., cuando...

Es mejor que siga hablando yo, Onofre Borneo. Puedo ser testigo de este viaje al Sol porque también lo hice en compañía de Teodosia Huelén.

Llegamos a un patio pequeño, estrecho, casi sin luz, con varios recovecos por todos lados. En uno de éstos había una puerta con una gran manilla de oro. Teodosia se dirigió a ella y tomó la manilla. Me preguntó:

—¿Entramos, Ono?

Le contesté:

—Sí, entremos y pasemos más allá.

Ella abrió la puerta y pudimos, entonces, contemplar una gran avenida con un extraordinario tránsito de vehículos que corrían desaforados.

Nosotros, desde nuestro balcón, agitábamos las manos para saludarlos. Pero ellos pasaban y pasaban y, lo que es más curioso, se alejaban hacia abajo como un rato antes se había alejado la Tierra. Al fin mirábamos esa avenida desde muy, muy alto.

Teodosia me dijo entonces:

—¡Mira a tu alrededor, Ono mío, mira!

Miré. Vi, hasta pérdida de vista, una inmensa cordillera nevada, llena de puntas erectas

que me recordaron el Tupungato y el Aconcagua las veces que los he visto desde el transandino.

Una voz cascarrienta nos hizo volver:

—¿Con quiénes tengo el honor de...?

Teodosia se presentó y luego me presentó a mí. La voz dijo:

—Tomad asiento.

Nos sentamos en amplios sillones. El viejo dijo entonces:

—Yo soy Abundio Roncovuca.

—Somos servidores de vos, mi señor —respondió Teodosia.

—Gracias —dijo Abundio Roncovuca.

Nosotros nos inclinamos. El viejo Roncovuca continuó:

—Estáis a un paso del Sol porque estáis en un pequeñito, en un insignificante planeoide, desconocido por los astrónomos de la Tierra, que gira a inaudita velocidad casi junto al padre de nuestro sistema, o sea, al Sol. Estamos aquí sólo a 450.000, o 500.000 kilómetros, de distancia de este gran padre; no creo que más.

—Señor Roncovuca —le dije yo—, ¿cómo se llama este nuevo asteroide o planeoide? Lo deseo saber para, cuando regrese a la Tierra, comunicarlo a los astrónomos de allá.

Me contestó:

—No tiene nombre y, en verdad, nunca he pensado en darle uno. Pero, si no tenéis inconveniente, lo podemos bautizar ahora mismo. Os propongo que, en honor a esta dama (mostró a Teodosia Huelén) que os acompaña, don Onofre, le pongamos "Huelenia".

—¡Bravo! —gritó Teodosia—. ¡Huelenia, Huelenia!

Yo hice notar entonces:

—En verdad que aquí en Huelenia no hace mayor calor a pesar de la cercanía en que nos hallamos del astro rey.

—¡Oh! —me interrumpió Teodosia—. ¡Tú siempre con tus ideas terrenas, Ono, por Dios!

—Perdón —musité y guardé silencio.

—El calor —explicó don Abundio— es cosa nuestra y nada más que nuestra; es debido a nuestra constitución pero no al medio ambiente. Podemos soportar temperaturas muchísimo más elevadas. Cuestión de que el organismo se aclimate. Decidme, amigos, ¿pensáis ir hasta el mismo Sol?

—¡Claro, claro está! —clamó Teodosia.

—Pues entonces veréis —prosiguió don Abundio— que vais a sentirlos a las mil maravillas con esos 6.000 y 7.000 grados centígrados que hay allí en la superficie. Acaso sentiréis un pequeño calorillo reconfortante pero, de ningún modo, molesto; será como un día de verano allá en la Tierra, un día de verano de pleno trópico y no más. ¡Son tonterías, y nada más que tonterías, eso de los termómetros! Yo, aquí, carezco de ellos. Dedicó mi tiempo a otras actividades.

—¿Podríamos saber a qué actividades...?

Don Abundio Roncovuca nos miró con aire de gran satisfacción y luego nos dijo:

—Señorita Teodosia Huelén, señor don Onofre Borneo, yo soy un hombre versado en todas las ciencias y las artes de este planeoide y de todas las ciencias y artes que nos sea posible aquí concebir, sean ellas del lado izquierdo o del lado derecho. Sí, amigos míos, estudio siempre, medito, deduzco, argumento, vuelvo a deducir y a inducir, observo, compruebo, rectifico, anoto y me rasco el cráneo y, a veces, hasta la barbilla, creo hipótesis

audaces y las cuelgo de este techo de mi laboratorio. Entonces apunto mi telescopio sobre ellas y miro. Suspiro, razono, vuelvo a suspirar y vuelvo a razonar y, cuando he llegado a una real conclusión, me restrego ambas manos y lanzo un sonoro quejido de algazara y de triunfo. Porque los quejidos, amigos míos, no son únicamente una expresión de dolor, no, no. Son, a menudo y muy a menudo, una expresión de profundo regocijo. Este quejido sale de mí, cruza aquella ventanita y se pierde en las lejanías. Lo veo alejarse y, desde aquí, le deseo feliz viaje. Él gira alrededor de este planetoide y, cuando mi alegría es suprema, gira alrededor del Sol con una velocidad que sobrepasa la de la luz. Gira y gira y vuelve a este sitio. Yo abro, entonces, la boca y por ella se me introduce. Entonces gritó: "¡Hip, hip, hurra!".

Teodosia, eufórica, gritó con todas las fuerzas de sus pulmones.

–¡¡Hip, hip, hurra!!

–Eso es, mi señorita, eso es –siguió diciendo don Abundio–. Este quejido es siempre el mismo, el mismo. Ya está acostumbrado a cantar mis hallazgos por diferentes que éstos sean. Y lo que hay de más curioso es que nunca deja de golpear, levemente si ustedes quieren, los oídos de dos jóvenes tarambanas que habitan justamente del otro lado de este sin par y famoso planetoide de Huelenia.

–¿Dos jóvenes tarambanas...? –interrogué sin comprender–.

–Sí, sí, –me respondió–, dos simpatísimos jóvenes llamados Losundro y Lisandro. ¡Verdaderamente simpáticos! Al oír este quejido mío ellos forman la juerga más descomunal que se haya jamás formado. ¡Oh, cómo cantan y ríen y abrazan y besan!

–¡Bravo, bravo, hip, hip, hurra! –volvió a clamar Teodosia.

Yo tuve que confesar mi incompreensión:

–¿Abrazan, besan...? No lo entiendo, don Abundio.

Teodosia le murmuró:

–Es inútil... Las ideas terrenas...

–Oiga usted, don Onofre –me dijo en tono confidencial don Abundio–, es que es el caso de que estos jóvenes no están solos allí en su mansión. Están acompañados y muy bien acompañados. Yo los he visitado de cuando en cuando.

–¿Quiénes los acompañan? –pregunté.

–Dos hembras lascivas y estupidas, dos libidinosas hembras sin igual, dos lujuriosas ninfas, dos barraganas eróticas que son capaces de ahuyentarle a usted el sueño por los siglos de los siglos. Suena, entonces, el fonógrafo con música de una lubricidad inenarrable... ¡Oh, qué gloria esplendorosa! Se asoman los cuatro a su gran balcón y, entonando cantos obscenos, contemplan a ese Sol que ellos lo ven alzarse por los cielos.

–¡Maravilloso, maravilloso! –gritó Teodosia. ¡Vamos, Ono, a recrear nuestro ser en las llamas de ese Sol!

–No, mi señorita, es mejor que esperéis un momento aquí pues pronto, me parece, va a formarse una gigantesca protuberancia solar que vendrá a acariciarnos a nosotros los habitantes de este sin par asteroide de Huelenia.

–Sí, esperemos –clamó Teodosia.

–¿No arderemos como un papelucho...? –pregunté yo.

–¡Oh! –dijo Teodosia de mal humor–. ¡Las ideas terrenas...!

En efecto, el Sol pareció inflarse y una inmensa, una descomunal protuberancia empezó en él a formarse. ¡Qué impresionante cosa! Ayudados con telescopios, y a la distancia que nos hallábamos de él, podíamos verla cómo se revolcaba y se retorció sobre su super-

ficie y se estiraba hacia el exterior. Teodosia miraba y danzaba; yo miraba asustadísimo; don Abundio sonreía. Y esa llama avanzaba hacia nosotros... No sabría decir si aquello era de verdad imponente o era amenazador y terrible. Pues hay que darse cuenta del tamaño que el Sol presentaba: ¡ocupaba casi todo el cielo! Era algo verdaderamente aterrador; pero el entusiasmo de Teodosia y la tranquilidad alegre de don Abundio Rocovuca, lograron calmar mi desazón.

De pronto creí que, de allá del Sol, nos habían disparado un formidable cañonazo de luz. Se borró el cielo, se borró todo, y una llama gaseosa se avalanzó sobre nosotros y, en menos de unos segundos, envolvía entero a Huelenia y, naturalmente, a nosotros también.

—¡Qué lindo, qué lindo, qué maravilla! —gritaba desahogada Teodosia mientras don Abundio reía satisfecho.

Yo, no sé por qué, rodé por el suelo. Agitaba los brazos y lanzaba coces a diestra y siniestra, hasta que, en medio de esas llamaradas que me encandilaban y me deslumbraban, sentí que ella me tomaba de un brazo, me forzaba a levantarme y me gritaba:

—¡Eh, terreno, eh! ¡Goza, como nosotros, de este espectáculo sin igual!

Me levanté, me sacudí instintivamente y miré hacia todos lados: era, por cierto aquello sencillamente maravilloso... Todos nos veíamos ardiendo en medio de una temperatura agradabilísima. Y ningún ruido nos perturbaba; era la calma perfecta en torno a nosotros. Esas llamas entraban, se retorcían, lamían, nos envolvían para alejarse un tanto y nada, nada, quemaban. Allí estaban los papeles de don Abundio y sus libros y cuadernos sin siquiera chamuscarse. Agarré varias veces ese fuego sin sentir ni la menor molestia. Don Abundio me observaba; al fin me explicó:

—Todo es cuestión de aclimatarse, don Onofre; no sólo nosotros sino también las cosas. Aquí, en Huelenia, todo está aclimatado de tiempos inmemoriales. Lo que sería la pulverización allá en la Tierra, aquí es lo normal. Así que no hay nada incombustible, no lo hay, no lo hay. ¡Para algo somos aquí, como quien diría, sí, los cachorritos del Sol! ¿Tomaría usted un vasito de whisky?

—¡Yo prefiero una naranjada! —gritó Teodosia.

—Muy bien, mi señorita, os serviré a vuestro placer —repuso nuestro anfitrión—. Para vos, mi señor, será un buen trago de este whisky que me ofrendó mi vecino Losundro la última vez que estuve a verlos.

Nos sentamos los tres alrededor de la mesa central con sendos vasos en nuestras manos. Teodosia se puso súbitamente de pie y exclamó:

—¡Salud! ¡Bebamos por esta sin igual protuberancia!

—Y bebamos también porque usted ya me conocía, señorita Teodosia Huelén —dijo a media voz don Abundio.

—¿Yo? ¿Cuándo lo he conocido a usted? —preguntó Teodosia.

—Sí, señorita, y por eso me permito suprimir ese “vos” con que yo la trataba. Ahora será suficiente un “usted”. Lo mismo puedo decirle a usted, don Onofre. Cuando usted salió de su casa, de la calle del Oratorio, ¿recuerda?, vio una multitud de gentes que iban y venían por ella. Usted se mezcló a ellas y empezó a seguir a dos viejitos que iban en amena charla; ¿no es verdad?

—Sí, es verdad.

—Pues bien, uno de ellos era yo.

—Entonces gritemos nuevamente: ¡hip, hip, hurra!

Y los tres gritamos a voz en cuello:

-¡Hip, hip, hurra!

Y bebimos nuestros vasos de naranjada y de whisky. Don Abundio murmuró:

-Podéis -¡oh, perdónenme!-, pueden ustedes continuar su viaje. Esta bella protuberancia los acompañará como un muy fiel acompañante. ¡Ya lo verán, ustedes!

Las llamas gaseosas desaparecieron del interior del laboratorio y sólo permaneció dentro una lengüeta de fuego. Sobre ella Teodosia se recostó y me dijo:

-¡Ven, Ono, ven! ¡Ponte aquí a mi lado!

Así lo hice. La lengüeta nos envolvió y se retiró, llevándonos, lentamente.

-¡Adiós, don Abundio! -clamó Teodosia.

-¡Adiós, señor Roncovuca! -clamé yo. Así salimos otra vez a vagar los ámbitos, esta vez cómodamente recostados en el fuego solar.

La protuberancia se contrajo. El Sol creció en forma fabulosa. Era algo que sobrepasaba cuanto pueda concebir una imaginación humana.

Allá veíamos perderse al planetoido Huelenia llevándose quién sabrá adónde los cálculos y estudios de don Abundio y las juergas descomunales de Losundro y Lisandro con esas ardientes, lúbricas y lascivas mujeres. Al fin lo perdimos de vista. Un momento más tarde llegábamos al astro rey.

Nos tendimos en él... ¿Cómo podré llamarlo? Aquello es una masa gaseosa, densa, muy densa, que arde y arde con una, que nosotros allá en la Tierra, llamamos temperatura de 6.000 ó 7.000 grados. La palabra "piso" me suena mal; la de "terreno" la hallo absurda; acaso "pavimento"... ¡No, no, qué pavimento ni qué nada! Tal vez lo más justo sería decir "oleaje", decir "olas enormes, olas inmensas, olas capaces de tragarse a la Tierra entera con un solo movimiento y hacerla desaparecer con todas esas obras de que tanto nos vanagloriamos allá". ¡Qué ridículos somos!

Por esos oleajes avanzamos.

A menudo nos perdíamos de vista. A menudo nos veíamos a inimaginables distancias, ora ella en la cumbre de una montaña de fuego; ora yo en aquellas alturas y divisándola a ella allá en las profundidades de ese gas ardiente. Entonces nos hacíamos señas y nos gritábamos cualquier cosa que demostrara nuestra alegría. Y, sin quererlo, nos hallábamos juntos, lado a lado, y nos poníamos a platicar, a comentar nuestras impresiones. En eso estábamos cuando me detuve súbitamente:

-¡Mire, Teodosia, mire! ¿Qué es eso?

Ella miró hacia donde yo le indicaba y volvió a reír.

-¿Eso? Eso, señor terreno... -así te llamaré mientras nos hallemos por estos mundos; terreno, don Terreno... ¿Oíste, mi señor don Terreno? -Bien, eso que te sorprende a tal extremo, eso oscuro, eso negro, eso inmenso, sí, Terrenillo, eso de miles y miles de kilómetros... Pero oye: ¿crees tú que puedan aquí, en pleno Sol, aplicarse esas medidas terrenas? Tú me vas a decir que sí, que hay que aplicarlas para luego contarlas allá en la Tierra o para transcribirlas en tu..., en tu... ¿"Umbral"? ¡Sí, sí, eso es, "Umbral"! Bueno, eso oscuro, negro, que tú ves casi negro, es una mancha solar, es decir, lo que los astrónomos llaman allá una mancha solar. ¡Qué absurdo llamar "mancha" a este fenómeno tan natural aquí!

-¿Por qué, Teodosia, lo llama usted "absurdo"?

-¡Eh, eh! ¡Terrenillo! ¿No sabes, acaso, lo que significa una mancha? ¡Ve el diccionario, Ono Terreno, ve el diccionario! Creo, no estoy bien segura, que, como primera acepción, dice de una mancha: "Señal de suciedad". Dime, ¿qué suciedad ves allí? O, acaso, los

telescopios que ellos tienen deben ser pésimos. ¡Vamos a esa mancha, Ono Terreno! ¡Vamos y entremos por ella! ¿Quieres?

Sin titubear le contesté:

—¡Sí, Teodosia, vamos a ella y entremos por ella!

Pero me puso una mano al pecho para detenerme. ¡Qué lindas manos tiene Teodosia! Y me planteó una interrogación que me dejó pasmado:

—¿Conoces tú las luciérnagas?

—¿Las luciérnagas...? —pregunté a mi vez—. ¿A propósito de qué me lo pregunta usted?

—¡Aaah, Ono, Onito Terrenito! Las luciérnagas son de mis mejores compañeras, inigualables compañeras. Fui, hace tiempo, muy amiga de tres o cuatro luciérnagas que, por las noches, volaban por mi jardín iluminando todo a su alrededor. Me gustaba tanto, tanto ver esas luces pequeñitas que revoloteaban junto a mí, que me puse a aplaudir y, al fin, grité: “¡Quiero volar yo también y tener mi foco frente a mí!”. Una de ellas se detuvo y luego se detuvo otra y otra más, aquí en mi mano. Su luz brillaba hasta encandilarme. Me preguntaron: “¿Quieres volar?”. Les respondí: “¡Oh, sí; volar y volar!”. Me preguntaron entonces: “¿Qué te parece si volamos?”. Respondí: “Sí, sí, ¡Volemos!”. Y volamos, Ono Terreno, ¡volamos!

—Entiendo que por el jardín —repuse.

Ella me miró con esos ojos verdes o azules para decirme:

—¡Qué jardín ni qué nada! Nos fuimos, las cuatro o cinco luciérnagas y yo, al espacio, al éter y seguimos volando a no sé qué distancias fantásticas. La Tierra... ¡ni se veía! Todo era soledad planetaria, soledad astral, junto a nosotros. De pronto se detuvieron y me dijeron: “Aquí vamos a quedarnos y aquí fijaremos nuestro devenir”. Y se detuvieron, se clavaron en los ámbitos. Su luz brilló más y más. Y ellas... ¡Oh, mi buen amigo Terrenillo! Ellas crecieron, se agigantaron y, lentamente, empezaron a girar. Esas luciérnagas son hoy día unas estrellas.

—¡Maravilloso, Teodosia! —exclamé—. Yo siempre me había dicho que existía un verdadero parecido entre la fosforescencia de las luciérnagas y el brillar titilante de las estrellas. Ahora lo veo claro. Una de las constelaciones ha sido hecha por esos diminutos insectillos que vuelan en las noches de campo.

Me miró severa aunque a la vez socarrona:

—¿Diminutos insectillos? —me preguntó—. ¡Cuidado, cuidado con sumirte demasiado en tus ancladas ideas terrenales! ¿Por qué los encuentras diminutos? ¿O es que tú te encuentras de un tamaño descomunal?

—No, Teodosia, me encuentro de un tamaño normal.

—¡Normal! —exclamó ella—. Lo terreno no se te quitará nunca, jamás, mi Ono querido.

“Pues bien, así se formó esta constelación. Emprendió viaje yo no sé adónde. Por ahí tiene que estar en alguna parte del cielo, esta constelación de las Luciérnagas. Yo la seguí un poquitín. Hasta conversé con las luciérnagas en forma de estrellas. Después me volví. Fíjate, Ono Terreno, que éste era mi primer viaje sideral, así es que no podía ausentarme demasiado tiempo.

—¿Su primer viaje sideral...?

—Sí, el primero. Ellas, esas luciérnagas, me enseñaron a volar.

Aquí una llamarada me tomó y me elevó. Teodosia quedó donde estaba, tranquila, indiferente. Revoloteé de aquí para allá; de allá para acá. Al fin vine a caer al lado de mi amiga. Me dijo sin dar muestras de haber notado mi ausencia:

—Vamos a *ensuciarnos* en esa suciedad de la mancha solar.

—¡Vamos!

Y caminamos ambos hacia ella, caminamos balanceándonos, sumiéndonos a vastísimas profundidades, elevándonos de igual modo. Luego, creo yo, nos hundimos. ¡Sí, bajábamos y bajábamos! No supe si era un zumbar de los oídos pero algo se insinuaba en ellos como música, como una apasionada canción que a veces se transformaba en una especie de canción delicadísima. ¡Sí, sí, alguien o algo cantaba o modulaba sus acentos en forma musical!

Le pregunté a Teodosia:

—¿Oye usted?

Me respondió:

—Claro que oigo, Terrenillo. ¿Sabes tú qué es esto que te aparece como un cántico?

—No, no lo sé.

—Te lo explicaré entonces: el Sol está habitado por una ronda de seres muy avanzados, muy superior a la que nosotros formamos. No, no trates de ver a esos habitantes. Acuérdate de que tú eres terreno y que por eso así te llamo. Estos seres serán invisibles para tus ojos. ¡Ya es una gracia que puedas oír sus meditaciones en forma tan acorde como una bella, como una arrebatadora música!

Quedé sencillamente embelesado oyendo aquello. Me parecía a cada momento que iba a caer en éxtasis. Hasta el resplandor del Sol me pareció menos fulgurante a pesar de que estábamos rodeados por dos altos, por dos altísimos muros incandescentes. Le dije a Teodosia:

—Esta música o este cántico es tan dulce que ha amortiguado el fulgor de la luz solar.

—No, don Terreno, no ha amortiguado en nada ese fulgor. Si lo ves menos brillante es, sencillamente, porque ya hemos penetrado por una inmensa mancha solar.

En efecto, esos dos altos muros, que ahora parecían cubrirnos, así lo indicaban. El cielo había desaparecido. Todo a nuestro alrededor eran despeñaderos tremendos, eran abismos que se nos perdían de vista hundiéndose a nuestros pies. Y todo, despeñaderos y abismos, se movían, se retorcían, se acercaban y alejaban. Lo hacían produciendo esa música encantadora, fascinante. ¡Qué espectáculo jamás imaginado en la Tierra! Me sentía dichoso y así lo comuniqué a Teodosia; porque, a pesar de aquella música, de ese movimiento perpetuo de los altos muros, a pesar de todo lo que en la Tierra habría sido el más infernal fragor, aquí podíamos conversar con calma, con paz.

De pronto un silbido agudo, espantoso, rasgó aquella dulce paz melodiosa. Zumbó hasta taladrarnos los oídos. Yo me los cubrí con ambas manos. Teodosia reía y reía encantada.

—¿Qué es ese chirrido, amiga mía? —le grité con todas las fuerzas de mis pulmones.

—Asómate por aquí y mira allá arriba.

Riendo siempre me mostró una especie de picacho que avanzaba sobre nosotros en aquellos momentos. Sobre él se retorcía y hacía inverosímiles contorsiones, nada menos que Palemón de Costamota.

Silbaba con estridencia perforante, chillaba como un loco, bramaba de ira y volvía a lanzar estridentes chiflidos. Luego una llama aislada se desprendió y voló y voló. Fue hasta Palemón y le arrebató su sombrero de copa que, en un santiamén, quedó pulverizado. Luego, al sentirse sin su eterno capelo, dio un salto feroz en medio de los abismos. Allí otras llamas le cogieron el chaqué; otras, los pantalones a cuadros; otras, los botines, el

cuello, la corbata, el bastón y demás, y todo aquello fue, a su vez, pulverizado. Desnudo, entonces, Palemón de Costamota huyó con rapidez inaudita. Lo vimos perderse y desaparecer más allá de lo alto de aquellos muros. Nuevamente volvió la paz, reinó la calma. Pudimos oír el cántico que nos había subyugado. Yo caí de rodillas, preso de un verdadero éxtasis.

Teodosia me hizo despertar al preguntarme:

—¿Has visto, amigo Terreno, has visto?

—Sí, he visto pero, le confesaré a usted, no he entendido nada de esa desesperación que había cogido a Palemón.

Me dijo entonces:

—Esta música, estos cánticos divinos, esta manera de hablar que tienen los seres de esta ronda superior, no puede soportarla un emisario de Satanás. Lo enloquece y le hace lanzar esos silbidos atronadores y lo obliga a revolcarse y a hacer las mil más raras contorsiones. Se ha tenido que dar cuenta de que el Sol no es sitio para él. Por eso ha huido desenfundadamente.

—¡Teodosia! —me atreví a insinuarle—, no seremos nosotros tan pecaminosos, es decir, no seré yo, a pesar de llamarme ahora Terreno, tan lleno de males y pecados. No he visto nada en contra mía, nada de nada.

Teodosia rió y me estrechó la mano. Al fin me dijo:

—Vámonos ahora, Terrenillo; volvamos a la calle del Oratorio.

—Sí, vámonos y volvamos a su casa de usted.

Partimos volando por los ámbitos. Veía las constelaciones sin fin, inmóviles, con una serenidad que me amedrentaba. Como a mitad de nuestro viaje vi que las estrellas se movían, revoloteaban a diestra y siniestra. Teodosia me gritó llena de entusiasmo:

—¡Son las luciérnagas, Ono Terreno! ¡Son nuevas luciérnagas que han abandonado los campos de la Tierra y salen a acrecentar la que hoy se llama: La Constelación de las Luciérnagas.

Las saludamos agitando nuestras manos. Y seguimos nuestro vuelo a velocidad cercana a la que emplea la luz.

Estamos de nuevo, Teodosia y yo, en el saloncito de la calle del Oratorio. Ella arregla flores en un gran florero. Yo fumo en mi sillón. De pronto me pregunta:

—¿Te ha gustado esta pequeña excursión que hemos hecho, mi buen Terreno? ¡Oh, discúlpame! Ya se ha acabado eso de Terreno. Ya estamos otra vez en la Tierra. Ahora serás el viejo y querido Ono. ¿Te ha gustado, mi buen Ono?

Le respondí:

—Para decirle a usted verdad, la encontré algo cansada, algo fatigosa. Estoy que ya me duermo, mi querida Teodosia. Es, acaso, la falta de costumbre que tengo de ausentarme a tales distancias de millones y millones de kilómetros.

Teodosia me dijo entonces con una seriedad de profesor dictando su cátedra:

—Son, Ono, 149.500.000 kilómetros según lo que alegan estos astrónomos de aquí. Has estado en un astro que mide 1.391.000 kilómetros de diámetro. Su luz tarda, más o menos, unos 8 minutos en llegarnos a la Tierra. Su temperatura es, en la superficie, de 6.000 a 7.000 grados centígrados. En el fondo de una mancha solar, allí donde Palemón de Costamota, perdió su indumentaria de hombre de la Tierra, la temperatura pasa los 25.000 grados. Has de fijarte que apenas nos habíamos sumergido en el Sol, pues no bajamos más, en esa mancha, de unos 30 ó 40.000 kilómetros.

-¿Qué habrá o cómo será allá en el centro mismo del Sol? ¿Lo sabe usted?

-No, no lo sé. Con el tiempo puede ser que alguna vez vaya y, entonces, te lo comunicaré. Por el momento, también estoy yo algo fatigada. Quisiera dormir. Las ideas se me confunden.

-¡Santa palabra! ¡Dormir! A los dos nos vendría muy bien. Así es que, con su permiso, me voy a retirar.

-Yo también me voy a retirar pero... ¡A mi cama! Una vez que en ella me halle voy a ver si recuerdo dónde, dónde se encuentra aquel patiecito chiquirritito con la puerta de manilla de oro.

226

Marul:

Antes de enviarte lo que he escrito sobre mi viaje al Sol con Teodosia Huelén, lo he releído.

No me ha gustado; sencillamente no me ha gustado.

Sí, Marul, he ido al Sol con Teodosia. Tú vas a encontrar que, en mi relato, no hay una perfecta ilación, que hay mucha confusión en varias partes. Parece que el suceder lógico de las cosas no estuviera contemplado. Empiezo en la calle del Oratorio con las palabras de ella y, de pronto, yo también estoy volando y visitando el astro rey. Veo, en Huelenia, a don Abundio Roncovuca y oigo hablar de Losundro y de Lisandro con sus dos hembras lascivas; luego soy alcanzado por una protuberancia solar; tomo whisky y llego al Sol. Veo una enorme mancha solar y en ella penetro con Teodosia después de oírla contar sus charlas con las luciérnagas; me llama Ono Terreno; quedo embelesado con los cánticos que nos rodean y que son interrumpidos por unos tremendos chillidos y gritos de Palemón de Costamota. Por fin, y sin más, estamos nuevamente en la calle del Oratorio y ahí escucho una serie de datos sobre esa inmensa estrella que he podido visitar...

Esto está mal, muy mal. La ilación..., la claridad..., la lógica que debe haber en todo relato...

¡Marul, Marul! Ahora yo te diría a ti:

-¡¡Terrena!!

¡Siempre confundidos y enredados con el tiempo, vosotros que no podéis despegaros ni un instante de lo que aquí, en la Tierra, se os ha enseñado!

¿Es posible, Marul?

Pero oigo tu voz. Tú ríes ahora como reía Teodosia. Me tomas una mano y, moviendo la cabeza, me murmuras:

-¡Pobrecito! ¡He entendido perfectamente! La ilación..., el tiempo lógico..., la claridad del estilo... ¡Todo ello es también secundario para mí!

Entonces respiro y te digo:

-¡Te felicito, Marul mía!

Después que leí lo escrito sobre el Sol con Teodosia Huelén, abandoné, como te dije, su casita y me lancé –¡ésta es la palabra!– por las calles de San Agustín de Tango.

Llegué a la esquina de la calle del Cura Párroco y torcí hacia mi derecha. Luego tomé la avenida del Todopoderoso y torcí, nuevamente a mi derecha, encaminándome por la avenida Benedicto XX. Llegué a la plaza de la Casulla y después... Bueno, todas, todas las calles y avenidas, y plazas, y muelles y paseos y ¡qué sé yo! Caminaba yo a grandes pasos mirando hacia la derecha y hacia la izquierda; o mejor dicho, la gente que encontraba haciéndome mirar a derecha e izquierda. Porque encontré a cientos, a miles de conocidos que pasaban a mi lado veloces como yo mismo. ¡Hombres, mujeres, todos!

Ahora se me confunde el orden en que los encontré. Sólo me acuerdo de los primeros y, entre éstos, del primero: don Irineo Pidenco. Me saludó y, creo, se aprontaba a detenerme para hablarme de Guaxas y de garbanzos. Pero llegó Tadeo Lagarto, con el filósofo Remigio Natales, y ambos se llevaron a don Irineo. Al mismo tiempo pasaba, por la otra acera, Jacqueline Neuilly, siempre hermosa, elegante, fina.

–¡Oh, Jacqueline –alcancé a decir y fui interrumpido por Estanislao Buin que, preocupado, pasaba en sentido contrario.

–Adiós –me dijo y siguió:

Me volví para contestar su saludo y, cara a cara, me encontré con Salaberga Huintil que me hizo una reverencia y se perdió.

Apreté el paso y me engolfé por calles y más calles huyendo no sé si de mí mismo o de esas mismas calles.

–¡Adiós!

–¡Hola!

–¿Qué tal?

–¡Salud!

Yo no sé a quiénes corresponden esas exclamaciones. Pero recuerdo a Corvino Antillanca y a Hilario Quinchao y a Bonifacio Colbún y a Ladislao Casanueva y Limarí y a Perpetua Mamoeiro y al doctor Evaristo Gultro y a Javier Licantén y al capitán Angol y a doña Claudia Puchuncaví y a Ubaldo Masafuera y a Ascanio Viluco y al bueno de Teodoro Yumbel, y a Chispita, el tan querido Chispita seguido del melancólico Anacleto Ibacache que parecía ser seguido por doña Martina Vichuquén... Pero ¡no! Doña Martina se juntó luego con don Juan Enrique Arancibia Ocampo, que venía con don Ricardo Cortés Mandiola, y los tres, serenos y altivos, pasaron sin saludarme. Cierto es que yo miraba hacia mi izquierda pues allí iban, en amena charla, Desiderio Longotoma y Jabalí Batuco; seguramente hablaban de óperas italianas por los gestos expresivos que hacían. Pero no pude atravesar a saludarlos pues una inmensa capa me envolvió de la cual surgía un: “¡Brrrrrrrrr!” que, mañosamente, seguía a Baldomero Lonquimay. Apenas me safé de capa y resoplido oí un:

–Salud, cómo te va...

Facundo Doñihue me saludaba.

–... Es ésta la calle de las Once Mil Virgenes...

Praxedes Bagdad me detenía mirando para todos lados. Le dije de inmediato:

–La que sigue es. Esta es la del Calvario y...

—¡Hola, ñaté! —Un recio golpe en el hombro y, haciendo muecas, se alejaba Romualdo Malvilla.

Me metí entonces, tras una puerta medio abierta para poder guarecerme de este inimaginable torbellino de gente conocida. Allí estaba atisbando hacia fuera cuando:

—¡Oh! ¡Mi buen hijito! ¡Entra, entra, no te quedes ahí en la puerta! ¡Yo fui tan, pero tan amiga de tu madre...!

La tía Chacha me abrazaba.

—Sí, lo recuerdo, tía Chacha, lo recuerdo muy bien...

Pero me escapé de ahí desafortado. ¡Tenía que alcanzarlas, a ellas, el sueño de mi vida! ¡Bárbara! Y... Colomba...

Las llamé, les grité, les clamé... Yahí quedé detenido por Miroslava Lipingue que avanzaba con Gualberto Choapa.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Un brazo férreo se posaba sobre mí y una voz tonante alegaba en mis oídos:

—Malas, pésimas amistades veo que tiene usted en esta bella ciudad —me decía el Gran Corregidor del Ayuntamiento de San Agustín de Tango. Y seguía su camino, con rostro severo y sin siquiera volverse.

Caminé un par de pasos y, a boca de jarro, me encontré con Rosendo Paine y su amiga Nicole Chaumont. Les pregunté sin perder tiempo:

—¿Qué pasa hoy día, Rosendo? ¿Qué pasa mi querida Nicole?

—¿Por qué? —me interrogaron extrañados.

Les contesté:

—Parece que todo el mundo se ha dado cita aquí en las calles, o se ha dado cita conmigo. No puedo avanzar un paso sin hallarme con alguien. ¡Es algo atroz, mis queridos amigos!

—No lo sé —fue la respuesta que me dieron—. Nosotros hace más de una hora que hemos salido y hemos vagabundeado por todos lados y eres tú la primera persona conocida que hemos encontrado.

—Pero oigan ustedes, yo hace apenas unos veinte minutos que he salido y... ¡Fíjense ustedes, fíjense!

Estábamos en la plaza de la Casulla, entre la calle de las Mitras y del Escapulario. Les indicaba yo a mis conocidos que seguían pasando:

Eusebio Palena, Zócimo Taltal, Isidra Curepto, Mardonio Pilmaiquén, Nora de Bizerta y Ofqui de Angol, Nemorino Limache, el Cura de Putaendo, Aliro Gorbea, Macario Viluco, la Tomasa, doña Cleta Purén, Cirilo Collico, el Padre Protasio, Viterbo Papudo, Hans Interlaken, Tulio Azapa, Gavino Cuncumén, Julieta Pehuén, Mamerto Masatierra, Recaredo Palquín, Rubén de Loa, Rumetruda Guatacondo, Edmond Dunkerque, Modesto Borneo, Bruno Camarones, el doctor Manfredo Angachilla, Dámaso Mamiña, Fray Palomo de la Ojiva, la llavera de La Cantera, Silvestre Tongoy, el doctor Mangual, Agripina Romeral, Gervasia Cachapoal, Lircadio Quilmarí, Olegario Cunaco, Clotilde Antilhue, Adalberto Huachipato, Epifania Tamarugal, Waldo Caracoles, Antenor Lentejuelas, Stramuros que avanzaba charlando con ¡Virginia Rapel!

¡Oh, Virginia Rapel! No vi más. ¡Al fin te volvía a ver desde aquella noche en el teatro cuando saltabas, sobre aquel chincolito, como una..., como una..., como una...! Y luego te vi en la calle y cruzamos dos o tres palabras. ¿Te acuerdas?

Corrí tras ella. ¡Qué me importaba a mí Stramuros! Corrí y corrí saltando montañas y ventisqueros y océanos y ciudades y valles y más valles y desiertos y planicies y ríos y lagos y aldeas y selvas y parques y... saltando cuanto es posible saltar.

Al fin, ya sin aliento, aterricé en una plaza. A mi parecer era una gran plaza medieval. Al fondo de ella se alzaba una catedral imponente que, sólo con mirarla, me agarrotó del cuello y me suspendió la respiración. Alcancé a exclamar:

–¡Oh! ¡Qué hermosura!

Y allí quedé inmóvil sin poder avanzar ni retroceder.

Una voz suave, dulce, me murmuró entonces:

–Sí, es muy hermoso todo lo que nos rodea.

Recuperé instantáneamente mis movimientos, me volví y, atónito, la contemplé:

–¡Tomba Montbrison! –exclamé.

Entonces ella, Tomba Montbrison, me preguntó sonriente:

–¿Te gusta Cremona?

Me restregué los ojos; volví a mirar la gran catedral; miré junto a mí la plaza y las calles que, haciendo mil vericuetos, se perdían; miré a esa gente que iba y venía; miré a otras que vendían bagatelas y recuerdos. Al fin le pregunté a Tomba:

–¿Cremona has dicho?

–¡Claro está! –me respondió con extrañeza–. ¿De dónde vienes que no sabes que esto es Cremona? ¿Acaso has venido a Italia con Romualdo Malvilla?

Le respondí inmediatamente:

–¡No, no y mil veces no! A Malvilla lo he visto hace poco, de paso, en las calles de San Agustín de Tango; y nada más, nada más; puedo asegurártelo.

–Expílicate, Onofre –me dijo con seriedad.

–Iba yo por las calles, allá en San Agustín de Tango, iba de prisa y, entre la cantidad inaudita de gentes que conocía y que me cruzaban a cada instante, vi a Romualdo Malvilla pasar presuroso. Me divisó, me dio una palmada en el hombro y me dijo: “¡Hola, ñaté!”. Y siguió. Te prometo que no lo he vuelto a ver.

–¿Cuándo fue eso?

–Hace un momento.

–¿Y ahora estás en Cremona?

–Es, mi querida Tomba, lo que no logro entender. Déjame recordar.

–Bien, recuerda, Onofre.

Pensé un rato. Luego le dije:

–Vi, pasando por aquellas calles, a casi todos y todas las personas que conozco allá en San Agustín de Tango. Yo las miraba y apresuraba mi paso. De pronto vi a Stramuros que venía con la tan bella Virginia Rapel. Me decidí a juntarme con ella pero ella, sin apresurar su marcha, se me perdía y se me iba. Entonces salté, Tomba, salté como un loco. A mis pies desfilaban cordilleras y valles, océanos, islas, desiertos y ya ni sé qué más cosas. De pronto caí a esta plaza y quedé abismado mirando esta magnífica catedral con su inmenso campanario allí al lado. Es todo lo que sé. Hasta que oí tu voz.

Me dijo, entonces, reteniendo una risa:

–¿Quieres que, antes de irte, visitemos un poco esta ciudad?

–¡Claro está, Tomba! ¡Visitémosla!

Me tomó del brazo y, mostrándome el campanario, me explicó:

–Este altísimo campanario se llama “Torrazzo”; tiene una altura de 112 metros. No es

ninguna broma, tú comprenderás. Yo lo encuentro uno de los más bellos de Italia. Pero lo que en verdad me deleita en esta ciudad es el patio del Palacio Fodri. ¡En ese patio me gustaría vivir! Tener una pequeña habitación en él y, por las mañanas, junto con despertar, asomarme a una ventana y contemplarlo. Bastaría para tomar inspiración durante todo el día. ¿Vamos a verlo?

Efectivamente era hermosísimo. Comprendo los deseos de Tomba de vivir ahí con una pequeña ventanita para mirarlo con todas las luces posibles que dé la naturaleza: un día de sol, un día nublado, una noche de luna, una noche oscura, al amanecer, luego al mediodía, luego al anochecer.

Le dije a Tomba:

–Yo me vestiría de fraile, si viviera aquí y, así vestido, me pasearía por este patio en el mayor silencio posible, sin que hubiera ni una persona más...

Me preguntó:

–¿Ni Marul Carampangue?

Simulé reír. Pero algo me trabajaba en mi interior. Decididamente no estaba en mis cabales. Al fin me atreví a decirle:

–Tomba, creo que ya es hora de marcharme. Por mí me habría quedado contigo aquí en Cremona o donde fuera. Pero debo irme.

–Bien, Onofre, vete si así lo sientes. Yo me iré a dar otra vuelta. Quiero ir nuevamente al patio del Palacio Cavalcabó. Es interesantísimo. Vale la pena llegar hasta él. ¿No me acompañas?

–Tengo que marcharme, Tomba, sí, es necesario que me marche cuanto antes.

–Te diré entonces como dicen aquí: *Arrivederci!*

Le contesté:

–¡Adiós, Tombita linda!

Y me marché.

Me marché con calma, tranquilamente. Caminé mucho pero, esta vez, sin saltar. Caminé con toda suavidad. Tenía mi cabeza más en las visiones de Cremona: aquella vieja catedral con sus santos y sus columnatas y el rosetón gótico de Giacomo Porrata, según me explicó Tomba Montbrison; aquel altísimo campanario a su lado, que llaman “Torrazzo”; el Bautisterio que rápidamente visitamos; y el bellissimo patio del Palacio Fodri; y las callejuelas que semejaban una madeja de hilo al envolverse las unas en las otras; y esa callejuela de Porta Marzia por la cual pasé cuando me iba, me alejaba tal vez para siempre de esa inolvidable Italia.

Todas estas visiones giraban en mi cabeza. ¡Quería seguir viviendo en ellas! ¡Quería fundirme en ellas y ahí morir! Me puse a meditar sobre lo que sería la muerte fundiéndose uno en aquellas viejas piedras de aquel viejo mundo. Había un banco allí en la plazoleta Fray Tomate. En él me senté a meditar en esa posible muerte mía. Era ya de noche. Vi luz en el 2º piso del número 2: Lorenzo Angol que, sin duda, estaba trabajando en su escritorio. Por lo demás, empezaba a llover. Entré en mi casa con intenciones de conversar un poco con Lorenzo.

–Eres, Lorenzo, una de las pocas personas que hoy no he visto en las calles de esta ciudad.

Me contestó:

–No me he movido en todo el día de aquí de mi casa. He estado leyendo y papeleando. Ahora, cuando tú llegaste, miraba un libro sobre Cremona, con hermosas fotos en color.

—¡Cremona! —exclamé sin podérmelo impedir.

—¿Por qué te extraña tanto? —inquirió.

Entonces le conté lo que me acababa de pasar, mi encuentro con Tomba Montbrison, las visiones que allá había tenido en su compañía. Luego recordé mis caminatas por estas calles cuando veía a todo el mundo que parecía precipitarse sobre mí.

—Sí, Lorenzo —le dije al final—. Eso fue a mi regreso de mi viaje al Sol, al astro rey, que acababa de hacer con la sin par de Teodosia Huelén.

228

Toda la tarde la he pasado en el taller de Rubén de Loa. Además ha ido Anacleto Ibacache. Faltó Macario Viluco; ¡es una lástima! Pero estaba Mamerto Masatierra; ¡menos mal! Éste no pronunció ni un solo: “¡Inefable!”. Se limitó a escuchar con toda seriedad y a dar, de cuando en cuando, su opinión.

Al principio de mi visita la cosa decaía. Rubén no hablaba, se asomaba a la puerta, estaba inquieto. En vano Mamerto le repetía la imposibilidad en que se encontraba Macario de alcanzar hasta el taller. Pero apareció Ibacache y la cosa tomó rumbo.

Me acordé de Jabalí Batuco cuando, allá en el Café, me decía que Rubén necesitaba de este buen Macario para dar rienda a su labia y del tucán de la vieja vecina para cotejar, a su lado, la calidad de la pintura que había hecho.

Ahora está Anacleto Ibacache. ¡Está mejor Ibacache! Entró sonriente y, en todos sus ademanes, había soltura, parecía un hombre dueño de sí mismo. Lo primero que nos dijo fue esta frase:

—¡Estoy mejor! Creo no ser el neurasténico empedernido. Al menos no lo soy hoy por hoy. ¿Una prueba? Ésta: mi presencia aquí.

Nosotros tres nos alegramos. Nos dispusimos, entonces, a dar expansión a nuestra boca y a nuestros oídos.

—¡Expílicate, Ibacache! —dijo Rubén.

—¡Eso es! ¡Expílicate! —confirmó Mamerto.

Tuve que hacer coro:

—¡Expílicate!

Y Anacleto Ibacache se explicó.

Yo me pregunto ahora: ¿se explicó? Creo que no. Dio una serie de razones pero que, en el fondo, eran más bien síntomas de que su neurastenia se había calmado. De ningún modo la causa que la hizo calmarse y, al parecer, pasar.

Veamos lo que Anacleto nos contó:

Había visto, pocos días atrás, una cantidad de revistas sobre una mesita que hay en su pieza; revistas que allí dormían sin haber sido ni siquiera hojeadas. Pues bien, esas revistas lo habían ayudado enormemente en su curación. Mamerto lo miró con cierto asombro y tuvo que preguntar:

—No te entiendo, Anacleto. ¿Unas simples revistas...?

—Sí, sí —repitió Anacleto—, unas simples revistas como esa que hay ahí. Pero deben ustedes oírme.

—Somos todo oídos —manifestamos los tres.

Anacleto, entonces, nos explicó:

–Estaba yo decaído, estaba por los suelos. Aquel tema que ustedes conocen, el de acostarse y levantarse, me obsesionaba. Mi mano se había colocado, sin quererlo yo, sobre esas revistas. Allí estaban todas ellas, allí se habían juntado y nunca habían sido leídas. Las tomé y empecé a hojearlas. Luego las vi todas con detenimiento. Algo me impulsaba a verlas así. ¿Saben ustedes qué? Sencillamente que yo miraba la vida desde afuera, como si estuviera asomado a un balcón, creyendo a pie juntillas que cada persona que en ellas aparecía convivía con todas las demás, hacía vida común con ellas: un aviador que sobrevuela una altísima montaña... contaba sus impresiones a ese reo que terminaba su condena y era el poseedor de todas esas estilográficas que allí aparecían; como esa cantante hermosa... es una sola persona con todos esos huelguistas que desfilan gritando por las calles y que son los dueños de esos antiquísimos autos que ahí se exponen y que la gente visita... La revista era un solo momento, uno solo para todos los que en ella figuraban. ¡Sólo yo estaba ausente de ese vivir...! Pensaba entonces: ¡Cómo viven los demás! En cambio yo: acostarme y levantarme y, una vez levantado, esperar las largas horas para volver a acostarme...

“De pronto vi que no era así. Se extendieron distancias y más distancias de una foto a otra foto, distancias planetarias. Nada había de común entre ellas: porque cada foto sólo retrataba un aislamiento...”

“¡El momento ha llegado! –me dije– y corrí a mi mesita y abrí el cajón, bendito cajón, donde guardo las cartas que recibo. Saqué una y la leí, la carta de Florencio Naltagua, una vieja carta que me escribió hace tiempo. Aquí la tengo. Si ustedes no tienen inconveniente, les leeré de ella unos párrafos.

–¡Lee, lee! –exclamamos los tres.

Anacleto, entonces, nos leyó:

Estás pasando por un mal momento, Anacleto. Me preguntas si conozco un remedio para la neurastenia. Sí, uno que me sanó a mí para siempre. Helo aquí: la neurastenia es una enfermedad como lo es la gripe, es decir, que no pertenece a nuestro ser profundo, que hay que aceptarla como se acepta esa gripe. ¿Que ella dura poco o dura mucho y que nos hace tener ideas negras? Sí, así es y hay que saberlo. Para la neurastenia hay que levantarse y decirse: “¡Caramba, ya está esta neurastenia molestándome! Bueno, vamos a llevarla a dar un paseo o a instalarla frente a la chimenea...”. Es el único remedio pero es el verdadero, el positivo. No trates de analizarla o de buscar un remedio fuera de ti mismo; el remedio eres tú; tú eres con o sin ella; tú *eres* y este *ser* no se analiza, como no se analiza Dios, ni el tiempo, ni el amor. Para sentir ese “yo soy” basta con respirar profundamente, estando bien erguido, con la mirada hacia el cielo y decir:

“Yo soy, aquí estoy presente”. ¡Un regalo a la vida! Nada más, Anacleto, nada más. Pero ello... ¡es todo! Con neurastenia ocúpate, pinta mucho y jardinea: esto último sobre todo. Jardinea y camina de modo que vuelvas a tu casa con un buen cansancio físico. Lee el libro que te incluyo: “Le Zen dans l’art chevaleresque du tir a l’arc” de E. Herrigel. Pero no busques solución a ti mismo; la solución eres tú en momentos de paz y en momentos de tribulación.

Rubén dijo entonces:

–Sí, Anacleto, porque estar neurasténico es estar desconcertado. Creo que la neurastenia es un gran desconcierto.

Anacleto repuso:

—Sí, es ésa la verdad. Se anhela y se teme algo. Anhelar es un movimiento interior hacia un mundo mayor; temer es sentir la duda de si podrá ser alcanzado o si habrá que renunciar a él con la vergüenza íntima. Viene entonces un movimiento natural para afrontar la lucha: imaginarse cómo será ese mundo y así prever y tomar las medidas del caso. Sí, amigos míos, todo ser espontáneo es un buen estratega en ciernes. Lo único que falta es experiencia.

Mamerto aclaró este concepto:

—Como buen estratega ha de exagerar las fuerzas del enemigo; si ellas son inferiores... ¡tanto mejor!

Prosiguió Anacleto:

—Has dicho una gran verdad, Mamerto. De esta composición de lugar abultada y terrible, nace algo extremadamente interesante: llega el momento de afrontar y... ¡no había tal! La realidad era diferente y siempre, para qué decirlo, muchísimo más suave, más mansa, más como todo el mundo. ¡Un desconcierto!

“Pero, en verdad y en el fondo, no ha habido equivocación. Ha habido únicamente mala colocación, mala valorización, confusión de los puntos ocupados y de cómo son ocupados. No la ha habido porque todo aquello que se temía existe en realidad y allí está. Sólo que está de otro modo. Está con la experiencia de su propia continuidad y de su propio desarrollo. Uno la imaginaba, como quien diría, en abstracto, sin tener que ir pasando por lo cotidiano. La imaginábamos, por ejemplo, sin comer, sin dormir, sin afectos ni antipatías, sin... ¡acostarse ni levantarse!, es decir, sin todo ese total que es vivir. Uno la veía sola, única, irreal. ¡Completo desconcierto! Pues la fe en *su* existencia no ha vacilado ni ha podido vacilar. Se sabe que allí está, que los grandes pensadores son grandes pensadores, los grandes artistas son grandes artistas, los grandes héroes son grandes héroes.

“Uno no comprende, entonces, este simple, facilísimo problema que ocurre: así como yo voy hacia el grande, voy a su encuentro, él *tiene* que hacer otro tanto. De otro modo no habría encuentro.

“Con la estupefacción más aguda lo veía aparecer en cualquier parte, a la vuelta de una esquina, en un café, a la salida de un teatro. Me acogía amablemente y me hablaba justamente de aquello que yo había querido superar y abandonar para siempre. No hay que olvidar, amigos, que yo no pensaba en comer, en dormir, en reposar, en amar, en... ¡reír! Era, pues, un espantoso desconcierto.

“Este desconcierto no lo olvidaré. Quedó grabado en mí. Antes lo estaba compartiendo mis sensaciones; ahora está como un simple recuerdo. Ha sido el pago que he tenido que hacer para avanzar. En mí se ha implantado ésta que considero verdad inamovible pues he tenido que sufrirla, pues lleva mi sangre:

“Lo superior ha de desconcertar a lo inferior; lo inferior no puede estar preparado para reconocer a primera vista a lo superior. Luego agregaba: “Soy superior a Zócimo Taltal como lo soy a Facundo Doñihue y a Ascanio Viluco y a doña Claudia Puchuncaví y a miles más que nombraba; ellos, todos ellos deben desconcertarse ante mí.

“Los encontraba y... ¡no se desconcertaban...! Entonces me prometía a obligarlos a llegar a ese desconcierto haciendo ante ellos algo fuera de su sitio, algo desajustado...

“Díganme, amigos: ¿no creen ustedes que es la manera de hacer de muchos, por no decir de todos los que, de pronto, lanzan ante nuestros oídos estupefactos, algo que los

altere, que los confunda y sorprenda? Pero no se lanza así como así. Es más complicado el proceso. Uno se dice: "Puesto que yo sufrí, que éste también sufra". O, cuando la alta filosofía nos ha tomado, argumentamos de un modo más profundo: "Todo avance efectivo hace derramar sangre; más vale que este hombre la derrame pronto y bajo mi tierna vigilancia..."

"Pero todo esto fracasó, fracasó en mí. ¿Por qué? Por esto: la palabra "desconcerto" había tomado demasiado cuerpo en mí y ya no me preocupaba más que de saber si desconcertaba o no, si era desconcertado o no lo era. Veía, a mi alrededor, todo un mundo que no hacía otra cosa: desconcertar o ser desconcertado. Y los que lo eran sólo parecían buscar una oportunidad para rehabilitarse y poder, a su vez, desconcertar..."

—¿Qué hiciste entonces? —le preguntó Rubén.

Lo apoyé en su pregunta como lo apoyó Mamerto:

—Sí, Anacleto, ¿qué hiciste entonces?

Anacleto nos miró uno a uno y luego, inclinándose hacia adelante, nos dijo:

—Me resolví, por fin, a presentarme sanamente tal cual soy, es decir, como si todos fuesen iguales, como si en todas aquellas cabezas ardieran las mismas ideas enormes que ardían en la mía, esas ideas que yo creía de mi propia exclusividad. ¡Todos somos iguales; todos somos inmensos! Así los frecuenté, así frecuenté a Zócimo Taltal, y a los hermanos Doñihue, a doña Claudia Puchuncaví y a Ascanio Viluco, ¡a todos! Pasé un buen tiempo teniendo un objetivo para levantarme por las mañanas. Hasta que...

—¿Hasta qué...? —preguntamos.

Rió Anacleto y nos expresó con franco contento:

—Con el tiempo fui viendo el resultado de mi actitud. Todos empezaron, poco a poco, a confesarme, cuando ya se había establecido una franca camaradería, que, en un comienzo, no habían entendido nada de nada de mis formidables ideas que alguna vez irían a expresarse con pinceles. Pero que no habían sentido ni una sola vez ni resquemores ni desencantos pues por encima de todo se cernía una... Bueno, ustedes van a reír o, acaso, van a confirmar... Veremos cuál va a ser la reacción.

Mamerto dijo:

—Será, sin duda, la mejor.

—¿Que los dioses te oigan, Mamerto —volvió a reír Anacleto.

—Me han oído.

—Bueno entonces. Óiganme ustedes: Por encima de todo, y como gobernándolo, se cernía una buena voluntad mía que no podía, no, no podía engañar.

Rubén le recordó:

—Voy a citar unas palabras tuyas, Anacleto: "Por el ojo de una aguja se abrirán a mí los ámbitos universales". Y no olvides que, por ese ojo, verías lo que hay de inmundo sobre la Tierra.

—Sí, lo he visto y hartó estoy de haberlo visto. Muy en el fondo de mí mismo se ha implantado esta visión. Sé que ella está ahí. A veces se hace efectiva. Creo que el arte ha sido siempre —hablo de mí; no de los demás— una búsqueda para encontrar un medio de huir de esta convicción profunda que tengo. Recuerden: quise ser literato cuando era aún un niño, un joven; después, ¡pintor! ¡Gran pintor! Basta recordar mi tela *La Materia*. Pero basta recordar también ese miedo horrible de que era yo víctima por cualquier insignificancia: aquel hombre que regaba la calle y que podía lanzarme el chorro de agua...

—¡No, no! Tenía que alejarme de todas esas cosas. Tenía que encontrar otro medio de

poder comunicarme con esa parte profunda que todos tenemos. ¡Sí, todos! Unos en permanente contacto; otros, muy al fondo y entonces hay que desentrañar. ¡Tú, Rubén, me diste un medio de desentrañarla! ¡Sí, tú!

Rubén le dijo:

—Sí, creo adivinar cuál es ese medio que te di. Te lo conté; se llamaba... ¡Elsa!

Anacleto, agradecido, lo miró y, al fin, exclamó:

—¡Elsa!

—¿La has visto?

—Elsa jamás se niega a llegar ante aquellos que la buscan con constancia y con amor.

—Es la reina, la diosa de esos mudos guijarros...

—... que nos rodean por todos lados.

Busqué instintivamente guijarros y más guijarros en su taller. No, no los había en ninguna parte. Rubén me dijo:

—No busques más, Onofre. Los guijarros se han marchado.

Anacleto seguía en su euforia. Mientras yo me preocupaba de esos guijarros que se habían marchado, Anacleto propalaba su nueva manera de vivir:

—¡Nada, nada! ¡Ahora soy otro hombre! Las artes todas me tenían agarrotado. Querían hacer de mí un..., un ¡monje, sí, un monje cabizbajo! Despreciaba yo todas esas pequeñas cosas que forman nuestra vida. ¿Qué cosas? Amigos, esas cosas que abandonamos por el hecho de haber entrado a ese mundo, a ese inmenso mundo de ¡las artes! Porque hacemos las cosas al revés. Ahora no. He dado vueltas mi régimen vital. Ahora me preocupo de los pequeños detalles, de esos detallitos que van a nuestro lado sin abandonarnos jamás, esos detallitos que son despreciados por los grandes, muy grandes literatos o literatoides; esos detallitos de todos los días. ¿Ejemplos? ¡Oh, el solo hecho de pedirme un ejemplo me hace ver que tú, Onofre, acaso vives como yo vivía! ¿Un ejemplo quieres? ¡Bañarse! ¡Lavarse! ¡Afeitarse! ¡Sí, sí, sí! Ahí empieza el verdadero arte sublime. Ahora, por las mañanas, despierto cuando he de despertar y me lanzo cama abajo; hago yo mismo mi pieza, barriéndola y sacudiéndola. La mucama aparece y ríe, ríe; yo río con ella. Entonces me ayuda a hacer mi pieza mientras conversamos sobre los grandes, los muy sensacionales acontecimientos del mundo entero: el señor del lado no ha pagado su alquiler; el gato de la vecina se ha escapado; las micros van a pasar por la calle vecina y no más por esta calle de ¡Muera Lutero!; “¿Ha visto el diario de hoy, don Anacleto, ‘El Farol’ de hoy?”; “No, no lo he visto. ¿Qué pasa?”; “Mírelo, don Anacleto: pillaron al ladrón ése, ese que andaba por estos barrios robando...”; me he vestido y la mañana brilla por los alrededores; me he afeitado así es que salgo y me voy a esas miles, millones de partes que antes se escondían a mi vista: el Zoo de San Andrés; nuestra inmensa Catedral; la plaza de Un Solo Dios No Más; el Ayuntamiento; la Ulpif que, de un momento a otro, va a reventar con tantísimos sabios que en ella se desvelan; los almacenes de San Fructuoso y Compañía Ltda; el Museo de Ciencias; el Museo de la Historia; y ¡qué se yo! ¡Un año no es suficiente para visitar todo lo que aquí hay que visitar. ¡Uf, uuuy! Y el Consulado de las Europas Unidas; y el Consulado de las Américas Unidas; y la Estación de los Ferrocarriles; y la avenida que lleva el nombre de ese Papa venidero y milagroso, de Benedicto XX; y los hoteles y más hoteles... ¡Uf, uuuy! ¡Es de no acabar! Total que ahora... ¡el tiempo empieza a faltarme! ¡Empieza a faltarme a mí, a mí, Anacleto Ibacache! Y así tiene que ser: porque la vida es hermosa, es hermosísima, es digna de ser vivida!

Mamerto aplaudía desafortadamente y gritaba: "¡Bravo, bravo!". Le hice coro. Rubén sonreía feliz. Anacleto dijo de pronto:

-Me carga el arte y, en el arte, me carga la pintura.

-¿Por qué? -preguntamos abismados.

Anacleto nos miró como midiendo el resultado que en nosotros haría lo que iba a decir. Al fin lo dijo:

-La pintura es traer a la casa lo hermoso y lejano y encerrarlo para que no se pueda marchar.

Rubén exclamó, contrariamente a lo que yo esperaba:

-¡Sí, ésa es la realidad! ¿Qué hacen los paisajistas cuando ven un hermoso crepúsculo o un amanecer radiante? ¿Qué hace todo pintor al ver un rostro con lo que ellos llaman "Carácter"? Lo que hace es aprisionarlo, clavarlo en una tela, cercarlo con un marco y ponerlo en la pared:

Mamerto dijo ahogando una risa:

-O cambiarlo por dinero a un vecino cualquiera.

Rubén agregó:

-Por eso yo quedo en éxtasis mirando esos guijarros que hay en todas partes. Por eso no los toco y allí los dejo. Me parece que es una profanación cogerlos. Aquí tenía varios que tú, Onofre, buscabas hace un momento. Les di a todos ellos la libertad. ¡No quiero que ellos vengan hasta este taller a contarme sus historias! ¡Yo debo ir hasta donde ellos se hallan!

"Voy y escucho.

"Hablan siempre, permanentemente. Dicen todas las cosas que nosotros decimos pero las dicen en otro idioma. ¡No! "Hablar" es un modo de decir. Sus conciliábulos son diferentes. Pero decir "conciliábulos" es un modo de decir.

"Las piedras: la mayor; la risueña; la dulce; la hosca; la menor; la pudorosa; la descocada; la humilde; la insolente; la dichosa; la malhadada... Nuevamente he tenido que usar adjetivos de nosotros. Ninguno de ellos traduce con exactitud lo que quiero expresar; todos ellos son la justa expresión que hacen sentir esas piedras, esos guijarros.

"Amigos míos: es estar en el umbral de la continuación del mundo.

"Pero... hay que dejar de ser quien se es para ir a ese mundo".

"Al lado de él me causaron horror los bichos, los insectos, las hojas, las aves. ¡Para qué decir los animales...!

"Recordaré siempre una piedra, no grande, casi un guijarro. Estaba, para nosotros, partida en dos. Tenía todas, todas, sin excepción, todas las constelaciones del cielo.

"La gente pasaba a su lado. Nadie, ni siquiera pensó por un solo instante, que en aquel momento las constelaciones del cielo tocaban sus zapatos.

"Alguien dijo que todo aquello era de una pobreza espantosa; que en otras partes, en vez de esas piedras inútiles, había piedras riquísimas, como ser, esmeraldas...

"Para la mayoría de los hombres es bueno, es valioso, despierta la codicia, lo que es raro, lo que es difícil de encontrar.

Quedamos un rato en silencio. Era un silencio de nuestras bocas. Dentro hablábamos mucho. Al fin Rubén sintetizó lo que bullía en torno a nosotros:

-*Volví llenos los bolsillos de guijarros. Los coloqué allí, donde tú los buscaste, Onofre. Luego salí y volví apresurado a verlos. Me encerré y los miré. Callaron. ¡Nada! El silencio más absoluto.*

Luego me pareció que algo murmuraba, refunfuñaba. Presté oídos. Si, venía de esos guijarros ese ruido. Me fijé bien: Elsa lloraba.

¡Elsa quería que la libertaran de esta prisión!

Entonces las tomé y las devolví a la naturaleza. Traté de recordar el sitio donde había cogido cada una de ellas, de esas lindas piedrecitas. Allí las dejé. Aquí en mi taller no brillaban, estaban marchitas. En la naturaleza ahora brillan y hacen un concierto con todas las demás.

Dejé tan sólo un guijarrito conmigo. Fue un regalo que me hizo Lucila Volcán. Me dijo al dármele:

—Rubén, se me figura un cuadro tuyo...

Aquí está ese pequeñito guijarro. Mírenlo bien, (lo tomó entre el índice y el pulgar), vean todo lo que hay en él.

En efecto, vi, y vimos, en aquel guijarro todo un mundo. A veces era un retrato de la naturaleza pero luego, por una mancha, por la posición que esta mancha tomaba, ese retrato se esfumaba y en él aparecían cosas diferentes. Luego estas cosas se yuxtaponían; entonces eran las constelaciones las que se presentaban a nuestros ojos; no, era el fondo de un inmenso océano; no, era una luminosidad de crepúsculo; no, eran manchas sin sentido... pero, ¿hay algo sin sentido? No, no lo hay. Era un sentido único que abarcaba a ese guijarrito y, al abarcarlo, nos cogía a nosotros también; y al taller; y a la gente ausente; a la que podría estar allí o bien no podría estar... ¡Era el todo!

Un día estaba en el campo; estaba cansado, mareado; estaba fuera de mí mismo. Subí a un cerro. La naturaleza entera callaba en torno mío. Me tendí junto a un árbol y ahí quedé. Al frente mío veía la cordillera; veía alzarse el Picoldo cubierto de nieve. ¡Nada! Como las piedrecitas que aquí tenía... ¡nada! El silencio completo. Divisaba, de cuando en cuando, las aguas del Tincau. ¿Por qué, para qué las divisaba? Divisaba colinas, valles, muchos árboles, algunas casitas... ¡Qué! ¡Divisaba todo! Y todo callaba.

De pronto miré en torno mío. Quedé mudo, anhelante:

¡Ahí estaba la “belleza”.

Estaba rodeado de guijarros y de piedras. Cada piedra, cada guijarro, era la belleza. Pero era una belleza escondida, una belleza pequeñita, que se escurría a distancias planetarias.

He dicho la verdad: “distancias planetarias”. Allá, a esas distancias se nos perdían de vista. ¡Había que caminar, había que hacer inmensas caminatas, para llegar a ellas!

¡Hay que ir! Las bellezas no vendrán jamás a nosotros; no podemos seguir aquí agazapados esperándolas. Tenemos que salir y encaminarnos en su búsqueda.

La pintura..., la música..., la escultura..., aun las letras. Todas ellas están fuera, lejos. Es el viaje que ha de hacer el artista: marcharse hasta el sitio en que ellas están esperando.

Ahí, reconocerlas. Luego presentarles el oficio que trae a su disposición para convertirlas y bajarlas a la Tierra, una vez ya convertidas, en su nueva forma... ¡con su *nuevo* cuerpo!

El arte no es una “creación”. No es algo inexistente que, de pronto, se lo imagina un sujeto cualquiera y, entonces, lo hace.

El arte es un viaje. Es un largo viaje. Él es una peregrinación. Hasta llegar *allá*.

Viene entonces el viaje de regreso.

La canalla os atisba. Lanza piedras y porquerías para ver si logra destruir lo que uno trae. Es la terrible lucha contra la vulgaridad. Contra aquellos que tiemblan ante la posibilidad de que aparezca algo que no marque el tictac habitual que empezó a sonar siglos antes de la invención de los relojes.

Los fuertes llegan.

Viene el estudio, diría, "clínico" de lo aportado.

La obra ha sufrido ciertos deterioros durante el viaje...; ha perdido su cualidad de otro mundo pues ha sido teñida por sentimientos del hombre...; esta obra ha llegado bien, es ella la expresión exacta del otro mundo...

¿Por qué les extraña a ustedes que emplee esta frase: "Otro mundo"? Tal vez ustedes creen aún en la creación de una mente aislada, de una mente sola, de una mente de por sí.

¡Fuera y muera esa idea!

Debemos tener mente de viajeros, sí, eso es, de viajeros... Mente de grandes viajeros que, sin movernos de nuestra habitación o de nuestro taller, vamos a regiones tan lejanas que están a un paso de nosotros.

Dar ese paso es el terrible viaje.

Hay que despojarse de todas, ¿me entienden ustedes?, de todas las medallas que han colgado en las solapas de estos aventureros los que tiemblan ante la idea de viajar sin mover el cuerpo.

¡Fuera y muerte a medallas y a diplomas y a títulos y a todas las academias existentes en este planeta!

Cada una de estas cosas es un peso tremendo que impide todo movimiento libre.

Una vez pensé:

"¡Desgraciados los artistas que creen saber ¡ellos!, más de lo que sabe el que está en silencio dentro de ellos! Éste pide hablar, pide que lo dejen ir a la aventura, ir al otro mundo, pide zafarse. Pero el tonto de la superficie lo detiene y lo ahoga.

Entonces ese tonto... ¡aplaude!

¡Aplauda, aplauda y aplauda!

Las artes y la literatura... allá han quedado solas, solas, esperando al hombre que, transformándose en artista, las va a vestir, a darles un ropaje y las traerá para acá, para ésta, sí, esta Tierra.

Habrán quienes las reconozcan junto con verlas. Habrá otros que quedarán anhelantes ante ellas porque algo como un recuerdo se moverá en ellos. Habrá otros, la mayoría, que mirarán y nada verán.

Así fue la historia de "La Ronda de noche", de Rembrandt; así bajó "La Majestad", de Simone Martini; así bajaron todos los frescos de la Capilla Sixtina; así han bajado tantas y tantas obras que..., que... existían de tiempo inmemorial allá arriba.

Existían junto a Hamlet que Shakespeare fue a buscar; junto al Quijote que nos ha traído Cervantes; junto a la Divina Comedia que nos ha traído Dante.

¡Silencio ante esta caravana de hombres que van a ese otro mundo! ¡Silencio, sobre todo, a los que ya vienen de regreso! ¡Callemos!

¡Dejemos que el vulgo grite!

¡Que grite!

¿Gritará de verdad? Gritar es una de sus actividades. No es más. Por eso grita. ¿Contra las artes? No. Grita contra todo. Lo he dicho: es una de sus actividades: gritar y...

Me hacen ustedes reír. Y... ¡aconsejar!

Aconsejan y aconsejan pues cada cual piensa en uno de sus rincones donde no iría mal un paisaje... o una figura... ¡Tiene que decorar esos rincones! Si no los decora... ¡la señora se va a enfadar!

Un amigo... ¡Ea! Lo llamaré así: un amigo. Se trata de Ascanio Viluco. Sí, Ascanio me encontró un día por la calle y se abalanzó sobre mí. Me dijo con tono convencidísimo:

—¡Rubén, oiga Rubén de Loa! Acabo de ver algo que ahora es necesario que vea usted, Rubén. ¡Vaya, vaya! Porque, le diré a usted, que es algo francamente precioso, preciosísimo. Se va por el río Santa Bárbara, derechito, cuestión de un par de horas en bote, y mire a su derecha; luego mire hacia su izquierda. Verá dos cosas completamente diferentes; pero, ¡qué hermosura! Ya se lo dije a Zócimo Taltal. Podrá hacer usted ahí un cuadro, un cuadro...

¿Por qué hablan? ¿Para qué aconsejan? ¿Qué se imaginan? Yo no hablo de química inorgánica ni de altas matemáticas. Me callo cuando me encuentro con un químico o con un matemático. Entonces, ¡que se callen ellos también!

¡Silencio para el arte!

¡Silencio!

Por eso yo no frecuento artistas ni gente que tenga como su oficio inmiscuirse en cosas de arte.

Un artista debe trabajar en el más absoluto silencio y en el más completo aislamiento.

¡Horror ante aquellos que pintan para hacer una exposición! ¡Horror —¿no lo crees, Onofre?— ante aquellos que escriben pensando en el libro ya publicado! ¡Horror ante todos aquellos que tienen una finalidad para hoy día!

No son artistas, los artistas hay que buscarlos con linterna.

Interrumpí a Rubén:

—¿Qué es de Mamerto Masatierra?

Me respondió:

—Ahí está, siempre igual. Los años no pesan en él.

Fui cogido por una inquietud. Exclamé:

—Me marchó, Rubén, ¡me marchó!

—Como gustes.

Y salí.

Salí con intenciones de dar una vuelta, una gran vuelta, por toda la ciudad. Sí, eso es, por toda la ciudad. El día es hermoso, es temprano... ¡Vamos! ¡Adelante! Y pasaré a un bar o a un café.

¡Caminar y caminar!

Caminemos...

Caminemos...

Caminemos...

Caminemos...

ÍNDICE

TERCER PILAR SAN AGUSTÍN DE TANGO

TOMO I	1239
TOMO II	1449
TOMO III	1649
TOMO IV	1857
TOMO V	2035
TOMO VI	2257